13592

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

TOMO DECIMOQUINTO.

Es propiedad de los Editores.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes
y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR UNA REUNION DE ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS,

Y REVISADA

POR UNA COMISION NOMBRADA

POR

la Autoridad superior eclesiástica.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

ADQUISICION POR COMPRA
DE LA DIPUTACION.

TOMO XV.

MADRID: 1863.

IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Colegiata, 6, bajo.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vida de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y ecsiarcas célebres por sus virtudes
y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR UNA REUNION DE ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS,

Y REVISADA

POR UNA COMISION NOMBRADA

POR

la Autoridad superior eclesiástica.

TOMO XX.

MADRID: 1863.

IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Corredera, 6, bajo.

SEÑORES REDACTORES

cuyos artículos figuran en el presente volúmen, y explicacion de las iniciales con que los firman.

A. G. R.....	D. Alejandro Gomez Ranera.
A. L.....	D. Antonio Lopez.
C. de la V.....	Caño de la Vega (D. Juan).
C. (B. S. C.).....	Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
G. P.....	D. Gregorio Perogordo.
G. R.....	García Rodriguez (Pbro. D. Juan).
M.....	Marti (D. Miguel).
M. B.....	D. Manuel Béjar.
O. y O.....	Ovilo y Otero (D. Manuel).
R. y C.....	Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. B.....	Sanchez Biedma (D. José).

SEÑORES REDACTORES

cuyos artículos figuran en el presente volumen, y explicación de las iniciales con que los firman.

A. G. R. ..... D. Alejandro Gomez Ranera.
A. L. ..... D. Antonio Lopez.
C. de la V. ..... Cano de la Vega (D. Juan).
C. (R. S. C.) ..... Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
G. P. ..... D. Gregorio Perogordo.
G. R. ..... Garcia Rodriguez (Pbro. D. Juan).
M. ..... Marti (D. Miguel).
M. R. ..... D. Manuel Réjar.
O. y O. ..... Ovilo y Otero (D. Manuel).
R. y C. ..... Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. R. ..... Sanchez Riedma (D. José).

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

N.

NICANDRO (S.). Nació en Egipto, y segun la opinion más general, moraba en Alejandría cuando se suscitó la persecucion de Diocleciano. Sorprendido una noche ocupado de recoger religiosamente las reliquias de los santos mártires, en cuya santa tarea se empleaba, fué llevado en el acto ante el tribunal del pretor, y habiendo confesado heróicamente el nombre de Jesucristo, fué en el mismo instante condenado á muerte. Su martirio tuvo lugar en el año 302, y su memoria se cita en 15 de Marzo.—M.

NICANDRO (S.), abad. La historia de la órden de S. Benito cuenta entre los muchos varones que la ilustraron con sus virtudes y que desde el cielo la favorecen con sus oraciones, al glorioso abad S. Nicandro, del cual refiere que no satisfecho de la observancia que se seguia en el monasterio de Mesina, junto al mar de Sicilia, se retiró á una pequeña cueva cerca del pueblo, donde acompañado de otros monjes pasó el resto de su vida en oracion y ejercicios de la más sólida piedad, ayudándose mútuamente en sus necesidades espirituales, y despreciando las temporales, de manera que parecia no tenerlas ó haber perdido el

uso de los sentidos, luego que se habia consagrado al servicio del Señor. Ha sido imposible averiguar más detalles acerca de sus heróicas virtudes; pero no cabe duda en que lo serían, en atencion á que la Iglesia las examinaria atentamente, y no hubiese procedido á calificar de santos al abad Nicandro ni á sus compañeros, por ligera ó leve que hubiera sido la duda que acerca de sus hechos distinguidos hubiese podido caberle. Es, pues, indudable, que merecieron tan señalado honor, cuando se estableció su fiesta para la Orden Benedictina todos los años el dia 19 de Setiembre, en que es tradicion que pasó á la eternidad el año de 800 próximamente, sin que tampoco pueda asegurarse con entera certeza ser esta la fecha exacta de su precioso tránsito y feliz vida. —G. R.

NICANDRO Y HERMAS (Stos.), mártires; obispo el primero y presbítero el segundo de la iglesia de Mira, en Siria. Sellaron con su sangre la verdad de la religion cristiana, pereciendo degollados en tiempo del emperador Diocleciano. Los Martirologios hacen conmemoracion de estos santos en 4 de Noviembre. —M.

NICANDRO Y MARCIANO (Stos.), mártires. Servian ambos en los ejércitos romanos, cuando indignados de los bárbaros decretos de Diocleciano contra los cristianos, se apartaron de la carrera militar. Acusados delante de Máximo, gobernador de la provincia, mandóles que desvaneciesen la acusacion ofreciendo incienso á los dioses; mas los dos santos se negaron abiertamente á tamaña abominacion. Todavía Máximo, que les amaba más por sus prendas personales que por la belleza de sus almas, quiso usar con ellos de alguna moderacion, y mandó que en vez de atormentarlos, los encerrasen en la cárcel. Veinte dias despues, creyendo vencida la constancia de estos cristianos, los llamó á su presencia y les instó de nuevo para que sacrificasen; pero si con energía respondieron la primera vez, con más noble heroismo rechazaron todavia las sugestiones del gobernador. En su consecuencia el juez mandó que fuesen decapitados, y juntas sus almas volaron al cielo. El martirio de estos santos tuvo lugar en la ciudad de Venafro, del reino de Nápoles, en el año 304. —M.

NICANDRO (S.). Véase HIEROK (S.), mártir.

NICANOR (S.). Fué compañero de S. Esteban y uno de los primeros siete diáconos de la iglesia de Jerusalen. Obró infinitas conversiones en la isla de Chipre, adonde fué enviado por los apóstoles, y murió mártir en el año 76. Su memoria se honra en 10 de Enero. —M.

NICANOR (S.). Véase MARIANO (S.).

NICANOR, hijo de Patroclo; regresó de Roma con el rey Antioco Epifanes, de quien obtuvo singulares favores. El autor del segundo libro de los Macabeos dice que Nicanor tenia el mando de los elefantes (II Macch., XIV, 12).

En el año del mundo 3839 Antioco le envió á Judea con Gorgias para oponerse á las armas victoriosas de Judas Macabeo; y se jactaba con tanta seguridad de alcanzar una victoria completa, que creia seguro pagar el tributo de dos mil talentos que su monarca debia á los romanos, con el dinero que sacaria de la venta de los judíos, de modo que envió emisarios á todas las ciudades marítimas para invitar á los comerciantes que quisiesen comprar los esclavos que pensaba hacer en la guerra, ofreciéndoles noventa por cada talento. No bien Nicanor hubo llegado con Gorgias á Judea con un poderoso ejército para exterminar los judíos y distribuir sus tierras entre gentes extrañas, conforme á las órdenes de Antíoco Epífanes, que se hallaba á la sazon en Persia, cuando lo supo Judas Macabeo, y reuniendo éste un cuerpo de siete mil hombres, les exhortó á combatir como valientes, sin temor al número de los enemigos, recordándoles los beneficios que el Señor habia obrado á favor de sus antepasados con la derrota del poderoso ejército de Sennacherib y de los ciento veinte mil gálatas. Dispuestos estos judíos á defender á todo trance su ley y su patria, pasaron á Maspha, lugar de devocion ántes que los israelitas edificasen el templo, puesto que entónces la ciudad de Jerusalen se hallaba en poder de naciones idólatras. Allí practicaron rigurosos ayunos, se vistieron de cilicios, cubrieron su cabeza de ceniza, desgarraron sus vestidos, imploraron el socorro del Señor, y Eleázar, hermano de Judas, les leyó los libros de la ley. En seguida Judas creó oficiales, nombró tribunos, capitanes y decuriones y puso á sus órdenes su gente, y emprendiendo la marcha, situó su campamento cerca de Emmaus, previniendo á su ejército que se preparase para pelear á la mañana siguiente. Creyendo Gorgias sorprender á Judas durante la noche y destrozar su pequeño ejército, salió con un destacamento de cinco mil hombres y mil caballos escogidos y guiados por judíos prácticos del terreno, que habian desertado ó apostatado de su religion, y se dirigió al campamento de Israel. Judas supo con tiempo esta marcha, y abandonando su campo, marcha precipitadamente contra el grueso del ejército que se hallaba situado en Emmaus. Miéntras tanto Gorgias llega al campamento de los israelitas, y hallándolo desierto, cree que han emprendido la fuga. A fin, pues, de darles alcance, se interna con su gente por las montañas; mas Judas deja la espalda á Gorgias, divide su ejército en cuatro cuerpos, confia el mando de mil quinientos hombres á cada uno de sus hermanos, Simon, José y Jonatás, da por seña á sus tropas, el *Socorro de Dios*, y poniéndose al frente de tres mil hombres, ataca á Nicanor, le derrota y deja el campo cubierto con nueve mil enemigos. (Véase Judas Macabeo.)—M.

NICARETA (Sta.), virgen, natural de Nicomedia, perteneciente á una de las familias mas ilustres del país, á principios del siglo V de nuestra era.

Su virtud principal fué la humildad, practicada en grado heróico, no quejándose jamás por los grandes bienes de que la despojaron. Dedicada al servicio de los pobres, les daba cuanto tenia, quedándose ella muchas veces sin lo indispensable á su sustento, les curaba enfermedades que se resistian á la ciencia de los médicos, proporcionándoles los remedios y aplicándoselos por sí misma, llegando á hacer curas verdaderamente milagrosas. A pesar del empeño que tuvo en ello S. Crisóstomo, no permitió recibir la investidura de diaconisa. Su memoria la celebra la Iglesia el 27 de Diciembre. —C.

NICASIO (S.), obispo de Reims. Nació este prelado francés en Reims, en donde vivia con su hermana Eutropia, cuando los sufragios de la clerecía y del pueblo reunidos le elevaron á la silla metropolitana de esta ciudad en 394, segun algunos autores, ó en el de 409, segun otros. En esta época conservaban todavía los de Reims en su ciudadela un templo que habia sido erigido en honor de Venus y de Cibeles por los antiguos idólatras, y bendiciéndole S. Nicasio, le consagró á la gran Madre de Dios, de la que era muy devoto, y no pudo ciertamente tomar mejor patrona el templo que la Reina de los Angeles, consoladora de los afligidos. La Francia debe á este Santo Pontífice la primera iglesia dedicada á la Santísima Vírgen, y á ella llevó su silla S. Nicasio despues de su consagracion. Sobre las ruinas de esta catedral, dos veces reedificada con mayor suntuosidad, se empezó en 1212 el magnífico edificio, considerado por los arqueólogos como el primero, más bello y mejor acabado de los monumentos arquitectónicos ojivales que existen en Europa. S. Nicasio, al que la Providencia habia colocado en Reims para sostener y alentar á los pueblos en la fe y soportar las diversas calamidades que iban á caer sobre el país, empleaba todos sus bienes en mantener á los pobres y en decorar el templo del Señor. Se ocupaba sin tregua en instruir y preservar á su rebaño de los errores del arrianismo que afligian á la Iglesia en aquella época. La provincia de Reims fué acometida de una larga y cruel peste; una revolucion general al propio tiempo anunciaba la próxima caida del Imperio Romano y se dejaba sentir hasta en las Galias. S. Nicasio en esta ocasion procuraba por todos los medios posibles consolar á su pueblo, exhortándole á la paciencia, en separarle de la embriaguez en que el contagio de las costumbres le habia sumergido, y en prepararle á los males que la irrupcion de los vándalos llevaba en pos de sí. La conducta de los inhumanos vándalos era tal, que llevaban consigo la devastacion con todos sus horrores, lo cual tenia asustados y desesperados á los pueblos por donde se acercaban, de tal modo que familias enteras huian á los montes y á los más ocultos sitios para librarse de la muerte, de la ignominia y de la esclavitud. S. Nicasio, como verdadero y cuidadoso pastor, no abandonó á su rebaño en este conflicto por el temor de ser víctima, empeñó á los que se ha-

bian quedado en la ciudad á preparar su defensa y águardar valerosamente sus hogares, y en tanto que el pueblo se oponia á la entrada de los bárbaros en Reims, S. Nicasio se puso en oracion haciendo á Dios fervientes súplicas. Más fuerte el enemigo que los defensores (á los que no quiso Dios ayudar en aquella ocasion porque sin duda tenia decretado su castigo, como el de los demás pueblos asolados por los bárbaros) deshizo con su ímpetu salvaje todas las fortificaciones y penetró en la ciudad á sangre y fuego, enfurecido con la resistencia que se le hizo. S. Nicasio, lleno de celo religioso y de amor por sus desconsoladas ovejas, cuyas cabezas caian á cientos bajo la homicida espada de los vándalos, se presentó delante de ellos pidiéndoles la paz; pero los bárbaros, que no buscaban más que saciar su venganza y que se gozaban en la sangre que derramaban, se apoderaron de él llenos de furor; y despues de haberle maltratado cruelmente de obra y de palabra, le martirizaron entre gritos de báquica alegría, martirizando con él á los santos Florense, Jocardo y Eutropia, su virtuosa hermana, que todos recibieron la palma del martirio que los condujo á la bienaventuranza á gozar de las delicias eternas el año 406 de nuestra era, por lo que la Santa Iglesia Católica los considera entre sus héroes y les presta veneracion.—C.

NICASIO (S.). Este Santo á quien recuerda la Iglesia entre los mártires del siglo II de nuestra era, fué el primer arzobispo de Ruan.—C.

NICASIO (Claudio), famoso anticuario, que nació en Dijon en 1525. Terminó sus estudios en la universidad de París y despues abrazó el estado eclesiástico. Aficionado á investigaciones anticuarias, siguió á un amigo suyo que pasaba á Roma para negocios importantes de la casa de Longueville, y en esta ciudad tuvo ocasion de ver el modo como fué recibida la famosa reina de Suecia Cristina. Unido en amistad con Poussin, hallóse presente á su muerte ocurrida en Roma en 1665, y compuso, para ser grabada sobre su tumba, una inscripcion latina que es un testimonio de su entusiasmo hácia aquel artista. El abate Nicasio salió de Roma para visitar á Nápoles, y regresó á Francia pasando por Venecia, manteniendo desde entónces una correspondencia activa entre los literatos y artistas, cuya amistad habia adquirido con su permanencia en Italia. El deseo de departir de nuevo con ellos, le movió á emprender otro viaje. Nicasio poseia renta bastante de su patrimonio para ambicionar los beneficios eclesiásticos; de modo que para entregarse con más libertad á sus estudios favoritos, renunció el canonicato que tenia en la santa iglesia de Dijon. Retirado á su casa de campo de Villei cerca de Is-sur-Tille, ocupóse exclusivamente en despachar la correspondencia con sus amigos y en enriquecer su hermosa biblioteca sin que los dolores que sufria del mal de piedra pudiesen alterar los tranquilos dias de su vejez. Este sabio eclesiástico falleció en Villei el 20 de Octubre de 1701. La-

monoye escribió un epitafio satírico, que segun los contemporáneos le caracteriza perfectamente. Los escritos más importantes de este abate son: 1.° *De nummo Pantheo Adriani imperi.*; Lion, 1689, en 8.° Esta disertacion, dedicada á *Spanheim*, versa sobre una medalla, en cuyo reverso aparecen Adriano, Sabina, su esposa, y Antinous, representados bajo la forma de Osiris, Isis y Harpocrates, levantados sobre las alas de una águila, emblema de su deificacion.—2.° *Disertacion sobre las Sirenas ó discurso sobre su forma y figura;* Paris, 1691, en 4.° Nicasio sostiene lo mismo que Huet, que anteriormente las sirenas eran unos pájaros y que no fueron deidades marinas con cuerpos que terminasen en la forma de pescado, sino despues de haberse precipitado á las aguas avergonzadas de que en el canto hubiesen sido vencidas por las musas. La obra acaba por varios pormenores sobre la reunion que tenia lugar en casa de Mr. Thou y sobre otras sociedades análogas que se formaron en Paris.—3.° *Relacion de un viaje á la Trapa*, insertada sin nombre de autor en el tomo V de las noticias, vida y muerte edificantes de algunos religiosos de esta abadía; 1755, en 12.°—4.° *Descripcion de varios cuadros del Vaticano*, traducida al italiano, de Belloni, con un discurso sobre la escuela de Atenas y el parnaso de Rafael.—5.° *Un discurso sobre la música antigua.* La correspondencia del abate Nicasio, que consta de cinco tomos en 4.°, se conserva entre los manuscritos de la Biblioteca Real Francesa. Algunas cartas suyas han sido publicadas en el *Oscium Hannoveranum;* Leipizg, 1718, y en la anécdota de Winckeler.—M.

NICAULE. Josefo da este nombre á la reina de Sabá, que fué á visitar á Salomon para cerciorarse por sí misma de si era tan grande la sabiduría que de él se contaba (III Reg., X, 1, 2, etc., y II Par., IX, 1, 2, etc.). Este mismo autor pretende que dicha princesa fué reina de Egipto y de Etiopía, y en prueba de su opinion dice que Herodoto menciona á esta Reina; pero este autor habla solo de Niconis, reina de Egipto, pero no de Nicaulé, y no hace la menor alusion á este pretendido viaje á Jerusalen. Sin sostener como Josefo que esta Reina se llamase *Nicaulé*, transcribiremos únicamente lo que acerca de ella se encuentra indicado en la Sagrada Escritura. Siendo tan grande la reputacion de Salomon, la reina de Sabá, ó como la llama Jesucristo la *Reina del Mediodia*, quiso hacer una visita al hijo de David. Probablemente que esta Reina habitaria en aquella parte de la Arabia Feliz, habitada por los sabeos, y en la cual las mujeres tenian derecho al trono:

. . . . . .

Medis ledibusque sabæis
Imperat hic sexus, reginarumque sub armis
Barbariæ pars magnæ jacet.

CLAUDIAN., *in Eutrop. L. I.*

Esta Reina se proponia descubrir hasta dónde llegaba la verdad de la sabiduría de Salomon por medio de enigmas y sortilegios, tan comunes entre los sabios de aquella época. Presentóse, pues, en Jerusalen con toda la dignidad y aparato propio de su alto rango, llevando consigo una cantidad extraordinaria de aromas, oro y piedras preciosas. Apersonóse con Salomon y le expuso con toda la ingenuidad el objeto de su viaje, haciéndole las preguntas que más podian satisfacer su curiosidad. El príncipe contestóle como deseaba. Viendo la Reina cuánta sabiduría brotaba de sus labios, la magnificencia de su palacio y la suntuosidad de su mesa y de la de sus oficiales, quedó tan admirada, que confesó á Salomon que la fama habia andado aún muy escasa al pregonar la excelsitud de tan gran príncipe. Como una ligera muestra de gratitud por el buen hospedaje que habia recibido en su palacio, la reina de Sabá le regaló ciento veinte talentos de oro, una cantidad infinita de perfumes y piedras preciosas. Salomon á su vez le regaló, á más de lo que deseaba, muchos presentes que excedian los límites de una munificencia tal, y despidió á la princesa embelesada de lo que habia visto. Tal es la sucinta historia de la Reina del Mediodía, sacada fielmente de lo que se halla consignado en el libro de los Reyes y de los Paralipómenon. Josefo la reviste de ciertas circunstancias que debian ser tradicionales entre los judíos. Dice que Nicaulé llegó á Jerusalen con toda la pompa de una reina poderosa, y presentó á Salomon varias cuestiones que resolvió al instante con una facilidad portentosa, y si esto causó en ella grande admiracion, todavía su asombro subió de punto cuando observó la suntuosidad del palacio llamado *Bosque del Líbano*, el órden, la limpieza y la magnificencia con que se servia en su mesa, la pompa y majestad que brillaban en los sacrificios y demás augustas ceremonias del templo, añadiendo que al despedirse regaló al príncipe veinte talentos de oro en vez de los ciento veinte mencionados en la Escritura. Y que le regaló tambien la planta del bálsamo tan preciosa como celebrada en Judea. Miguel Glicas afirma que una de las pruebas que hizo esta princesa para convencerse de la sabiduría de Salomon, fué vestir por el mismo estilo y con trajes idénticos á varios niños y niñas de la misma edad, y presentarlos á Salomon para que á la simple vista distinguiera unos de otros. El Rey mandó que se lavasen todos la cara en su presencia, y advirtiendo el modo riguroso con que unos se frotaban el rostro, miéntras los otros lo hacian muellemente, indicó cuáles eran los varones y cuáles las hembras. Los etíopes creen que la reina de Sabá era de su país, y que regresó á sus estados madre de un hijo que tuvo con Salomon. Cuando su hijo llegó á la edad conveniente, añaden, fué enviado á este príncipe para que le instruyera lo mismo que á su hijo, y Salomon correspondiendo como debia á los deberes de padre, dióle hábiles profesores, y despues de haber

formado su educacion, lo remitió á su madre á la cual sucedió. Por lo tanto los reyes de Etiopía se creen descendientes de Salomon por conducto de este príncipe. Los árabes designan con el nombre de *Balkis* á la reina de Sabá, que pasó á avistarse con Salomon, añadiendo que era reina de Arabia, de la posteridad de Yarab, hijo de Cathan, y que reinó en la ciudad de Mareb capital de la provincia de Sabá. Segun ellos su padre se llamaba Hadhad, hijo de Scharhabil, vigésimo rey de Yemens ó Arabia Feliz. Las historias de estos pueblos estan plagadas de cuentos fabulosos relativos al viaje de esta princesa á Jerusalen y á su matrimonio con este príncipe. — M.

NICEAS (S.), obispo y confesor. Gobernaba este santo prelado la grey de Jesucristo en Aquilea, enseñando la moral cristiana con el ejemplo de sus virtudes y el celo de la palabra. Fija su idea constantemente en lo futuro, Niceas no cesaba de exhortar á los fieles á que reformasen sus costumbres, alentasen sus corazones con mayor fervor religioso, y practicasen con toda la sinceridad de sus corazones los deberes que nos prescribe el Evangelio. «Se acerca el dia, les decia, que vuestros pecados sufrirán tremendo casti»go; acordaos de lo que debeis á Dios, haced penitencia; redimid con la »oracion y el llanto vuestras culpas, y asi aplacareis la cólera celeste, y evi»tareis el cúmulo de males que os amagan.» Poco tardó en tocar el pueblo la verdad de esta prediccion: el feroz Atila invadió la Italia, y quemando y destruyendo cuanto encuentra al paso, penetra en las ciudades, degüella á sus habitantes y las entrega al saqueo. Un solo grito se oye de todos los ángulos del país; grito de dolor y de muerte, porque nada resistir puede al fiero caudillo, y lo que el fuego no devora, perece al filo de su espada. San Niceas, que por revelacion divina sabia la próxima inundacion de los bárbaros, reune á su pueblo, llama al rededor de sí al huérfano, á la viuda y al pobre, y con los tesoros de la Iglesia, y con las reliquias que en ella se guardaban, huye de la ciudad y se traslada á la vecina silla de Grado, donde su grey se salva de la fiereza de los bárbaros. Allí echaron los fundamentos de la célebre ciudad de Venecia, y allí continuó apacentando sus ovejas ese modelo de pastores en virtud, en saber y en celo religioso. Dícese que escribió *seis libros de instrucciones* para los que se preparaban á recibir el bautismo, y un *tratado* dirigido á una vírgen que cayó en tentacion. Niceas falleció en la ciudad de Aquilea el año 458, á la edad de sesenta años, y su memoria es citada en 22 de Junio. — M.

NICEAS Y PABLO (Stos.), mártires, de quienes se sabe únicamente que murieron por la fe en Antioquía, haciendo conmemoracion de ellos los Martirologios en 29 de Agosto. — M.

NICEAS. Solo se sabe de este subdiácono de Aquilea que fué uno de los que se unieron á Evagro, amigo de S. Gerónimo y del santo obispo Vale-

riano, para ilustrar el clero de Aquilea, al que enseñaron muchas cosas de las que deben saber los sacerdotes para instruir á los fieles en la sana moral y buenos principios religiosos. —C.

NICEFORO ó NICEPHORO (S.), abad. Dice Fleury en su *Historia Eclesiástica* lib. 47, que Nicéforo fué el fundador del monasterio de S. Sergio, en Constantinopla, y que abad del mismo, asistió en esta categoría al segundo concilio de Nicea. Ordenó á Nicetas de Cesarea, monje jóven de esta casa, de sacerdote por medio del patriarca Taraiso, y le encomendó el gobierno de la comunidad. Murió Nicéforo en 815 en opinion de santidad, y la Iglesia le venera como santo el 4 de Marzo. Nicetas sucedió al Santo como abad, por eleccion de la comunidad, y fué santo como él. —C.

NICEFORO (S.), mártir. Vivia en la ciudad de Antioquía cuando la persecucion de Valeriano y Galieno daba al cristianismo millares de mártires. Cristiano de corazon y humilde en todos sus actos, Nicéforo poseia una de aquellas almas en quienes caber no puede el ódio ni el rencor. Aun cuando la religion de Jesucristo no le hubiese mandado la caridad y el amor al prójimo, su corazon naturalmente se inclinaba á la práctica de esas dos hermosas virtudes. La comunidad de religion más bien que la identidad de sentimientos, le habia unido con un presbítero llamado Sapricio, de corazon duro y carácter altanero, cual cumplir pudiera á un idólatra, pero no como debe ser un ministro del altar. En tranquila paz vivian estos dos amigos consagrados á los deberes de la religion, cuando vino un dia en que la ira sublevó el corazon de Sapricio, pretextando quiméricas ofensas de parte de Nicéforo y desechó para siempre su amistad. Y no en balde decimos para siempre, porque ni las repetidas instancias de Nicéforo para que le perdonase, ni sus humillaciones, ni el recuerdo de los preceptos del Evangelio pudieron recabar de la altivez de Sapricio que volviese á estrechar la mano de su amigo y depusiese el rencor que les enemistaba. Pero si este contraste es notable entre una persona ruda como Nicéforo y un presbítero que por deber habia de dar el ejemplo de humildad y caridad evangélica, más notable es todavía el que ofrece el distinto comportamiento de ambos al sellar con su sangre la fe de sus creencias. La persecucion, que como hemos dicho se cebaba en los cristianos, llevó al presbítero Sapricio al tribunal del presidente para dar cuenta de la religion que profesaba. Noble y digna fué la respuesta de un verdadero cristiano, y si la misma constancia hubiese manifestado hasta el último extremo, llegariamos á dudar si Sapricio era el hombre altanero que hasta entónces habia rechazado vivir en santa hermandad con el piadoso y humilde Nicéforo; mas si tuvo valor para proclamar el nombre de Jesucristo ante el juez, si soportó con resignacion los punzantes y desgarradores hierros del martirio, su corazon tembló ante el último golpe de la tiranía. Nicéforo,

que se hallaba presente en el acto de descargar la cuchilla sobre la cabeza de Sapricio, recuerda que todavía no ha podido alcanzar el perdon y lo solicita de nuevo en aquel instante supremo. Ni la eternidad que á los ojos de Sapricio iba á abrirse desde luego, ni las lágrimas que el dolor arrancaba de los ojos de Nicéforo, pudieron ablandar la impía altanería de este hombre. Nicéforo se dispone pues á retirarse, contristado el corazon, cuando observa que los verdugos suspenden la sentencia. ¿Qué ha sucedido en este instante? ¿El juez ha revocado acaso la órden sangrienta? No: es Sapricio quien tiembla, es el falso cristiano, el indigno presbítero, quien temiendo una muerte que ha de coronarle con una gloria eterna, apostata en el acto de la religion cristiana, y promete y jura sacrificar vilmente á los dioses del paganismo, miéntras pueda conservar su vida. Hecho digno de celebrarse de quien desconocia enteramente los sentimientos de la religion del Crucificado, y cuya dureza de corazon no podia hacer avivar el mágico acento de la caridad. Nicéforo, que hasta entónces solicitaba la amistad del que creia digno de celebrar en los altares del Dios vivo, levanta erguida la frente é inflamado del santo deseo del martirio, corre hácia los verdugos, y así les dice: «Dejadle, conservad la vida de ese falso cristiano, porque él es digno de »figurar en vuestros impuros misterios. Quien no ama ¿cómo puede dar por »Jesucristo su vida y su sangre? Como puede ser hijo de aquel Hombre-Dios, »que con amor y caridad padeció muerte y apuró hasta las heces el cáliz de »amargura? Huye pues, Sapricio, mas ántes aprende cómo saben morir los »verdaderos soldados de la Cruz.» Y dirigiéndose á los esbirros proclama en alta voz la religion de Jesucristo, predica su omnipotencia, arroja el sarcasmo y el desprecio sobre los mentidos dioses del paganismo y declara que está dispuesto á sufrir el martirio, porque su alma pertenece al Salvador del mundo. «Id y decídselo así al presidente: decidle que miéntras Sapricio vende su existencia eterna para salvar la miserable podredumbre de su cuerpo, Nicéforo entrega al martirio sus miembros y desafia su cólera para salvar su alma.» Tan noble ardimiento merecia de parte del juez nobleza tambien igual, si en el corazon del pagano hubiera podido abrigarse un resto de magnanimidad; mas al contrario, pronto llega la órden de que caiga la cabeza de Nicéforo, y éste, que si algo temia era el que le perdonasen, entrega su cuello á la cuchilla del verdugo, radiante la frente de alegría é impresa en su semblante la imágen de la esperanza. Su cabeza separada del tronco, rodó por el suelo; pero su alma, acompañada de un coro de ángeles voló al Cielo á recibir la inmarcesible palma debida á los que acá en la tierra anteponen su Dios á todas las consideraciones y estímulos del mundo. La Iglesia recuerda su martirio en 9 de Febrero.—M.

NICEFORO (S.), mártir. Véase LEON (S.) mártir.

NICEFORO (S.), patriarca de Constantinopla. Nació en esta ciudad por los años 750, y fué hijo de Teodoro, secretario del emperador Constantino Coprónimo. Destituido su padre del cargo que desempeñaba, y desterrado de su patria por su veneracion al culto de las imágenes, poco tardó en morir en el destierro bajo el peso del dolor y de sus años. El jóven Nicéforo creció al lado de su madre, viuda, de singulares prendas, y tan noble por su cuna como por sus virtudes cristianas. Aficionado el jóven Nicéforo al cultivo de las letras, y con talento claro y despejado, sus progresos fueron luego muy rápidos, de modo que llegando la fama de su saber hasta las gradas del trono del hijo de Coprónimo se apresuró á llamarle á su lado, y á investirle del cargo de que Teodoro habia privado tan injustamente á su padre. Nicéforo acreditó en este elevado puesto la reputacion de que gozaba excitando su rara y persuasiva elocuencia la admiracion de todo el Concilio, al que asistió en calidad de enviado del monarca. Su celo y la pureza de su fe, unidos á su virtud y ciencia, le abrieron el camino para suceder al patriarcado vacante por muerte de Taraice, aun cuando era simple lego. Por lo mismo tomó posesion de esta silla en el año 806, en cuyo acto renovó el juramento de defender hasta la muerte la integridad de las doctrinas de la Iglesia, depositando detrás del altar un escrito que habia compuesto á favor del culto de las imágenes. Este santo patriarca se consagró con infatigable celo á reunir los ánimos divididos por cuestiones tratadas con tanta sutileza como buena fe, logrando con su dulzura y paciencia atraer á sus deseos á un gran número de disidentes. Ascendido al trono de Constantinopla Leon el Armenio, mostróse enemigo de las imágenes, y no perdonó medio para arrastrar á su opinion á este santo patriarca; pero ni sus caricias ni sus imponentes amenazas, pudieron hacer titubear un momento la firmeza de Nicéforo, continuando del mismo modo en predicar públicamente las verdades de la Iglesia Católica y exhortando á su grey á perseverar en ella. Llamado á palacio por Leon, donde éste habia reunido á muchos obispos, Nicéforo se declaró contra la intervencion que el príncipe queria abrogarse en un asunto que no podia ser decidido sino por la Iglesia sola, y mandó á la reunion de obispos que se disolviera desde luego, porque su convocacion era ilegítima y nula; pero léjos estos malos pastores de obedecer á su patriarca, pronunciaron su deposicion, y el Emperador le condenó al destierro. Nicéforo prefirió ántes que ceder y faltar á la religiosidad de su ortodoxia sufrir las amarguras de la expatriacion que cuando jóven habia ya probado, y trasladándose al monasterio de S. Teodoro, fundado por él mismo, vivió en él catorce años entregado al estudio y á la práctica de las virtudes. En este retiro terminó sus dias en 2 de Junio del año 828, en cuyo dia los griegos celebran su festividad; pero el Martirologio Romano hace mencion de este

Santo en 13 de Marzo, aniversario de la traslacion de sus reliquias á la ciudad de Constantinopla en 846. La vida de este Santo, escrita en griego por Ignacio, escritor contemporáneo y despues obispo de Nicea, ha sido impresa en las *Acta Sanctorum*, con un discurso de Teófanes relativo al destierro de Nicéforo y á la traslacion de sus reliquias. Las obras más notables de este Sto. Patriarca son: 1.ª *Breviarium historicum*: compendio que comienza en la muerte de Mauricio y acaba en el reinado de Ireneo y Constantino 770. El P. Petau lo ha dado á la estampa con una version latina, 1616, en 8.°, y posteriormente ha sido reimpreso en la coleccion titulada: *Historia bizantina;* 1668. Cousin la ha vertido al francés en el tomo II de su Historia de Constantinopla.—2.ª *Chronographia brevis*, traducida al latin por Anastasio el Bibliotecario, y publicada á continuacion de la de Syncella; Paris, 1652, con notas del P. Doar y de Fabrot. Tambien se halla en el *Thesaurus temporum*, de Escalígero, y en la Biblioteca de los Padres.—3.ª *Stichometria librorum Sanctorum*, que es la enumeracion de los libros sagrados, con la indicacion del número de versículos que contiene cada uno. Este escrito algunas veces á continuacion de la Cronografía, se halla en las obras del P. Pithou, en los *Criticis sacri*, tomo VIII, y en el suplemento á la Credibilidad de la historia evangélica por Lardner.—4.ª *Antihæretici*, coleccion de opúsculos contra los iconoclastas, traducidos algunos al latin en la Biblioteca de los Padres, en el *Auctarium* del P. Conbegis, y en las *Lectiones antiquæ* de Canisio; pero la mayor parte se conservan inéditos en las bibliotecas de Roma, París é Inglaterra.—5.ª *Diez y siete cánones*, insertados en el tomo VII de la *Coleccion de los Concilios*. Cotelier ha publicado algunos otros con una *carta* de Nicéforo á Hilarion y á Eustrato en el tomo III de *Los Monumentos eclesiásticos griegos*. Tambien existen otros opúsculos inéditos de Nicéforo enumerados en la *Historia de los autores eclesiásticos*, por D. Ceidier, tomo XVIII página 586 y siguientes. La muerte impidió á Banduri publicar las obras de Nicéforo, de cuya edicion, que tenia proyectada, habia ya iniciado el prospecto en el año 1705.—M.

NICEFORO BLEMMIDAS, célebre abad del monte Athos. Floreció á mediados del siglo XIII, y estableció en su escuela un monasterio que fué semillero fecundo de varones ilustres. Habiendo la princesa Marcesina, conocida por sus relaciones criminales con Vatasio, entrado un dia en la iglesia del monasterio en ocasion en que se celebraban los oficios divinos, Nicéforo la obligó á retirarse, y justificó despues su proceder en una *carta* que Alacio publicó con la traduccion latina en la coleccion *De Eccles. Oriental. perpetua consectione*, página 718. La fama de la ciencia de este abad era tan general y reconocida en todo el Oriente, que le ofrecieron en 1256 el patriarcado de Antioquía, dignidad que rehusó por ser incompatible con su inclinacion al

retiró, continuando al frente de su abadía ocurrida en época ignorada. Este abad consagró todo su celo á procurar la reunion de las dos iglesias Griega y Romana, y escribió dos discursos sobre la procesion del Espíritu Santo, uno dirigido á Jaime Croacius, arzobispo de Bulgaria, y otro al emperador Teodosio Lascares, publicados con la traduccion de Alacius al final del tomo I de la continuacion de los *Annales* de Baronio por Rainaldi, y en las *Græciæ ortodoxiæ Scriptores*. Se conocen de Nicéforo muchos opúsculos anotados en la biblioteca de Gesner, de los cuales citaremos aquí los más interesantes. 1.° *Ratio de compendiaria arte discerendi et astrolavio*; Venecia, 1498, en fólio. Esta traduccion de Jorge Valla ha sido reimpresa en Basilea por Roberto Vinter. Algunos críticos atribuyen el tratado del astrolavio á Nicéforo Grégoras. —2.° *De quinque vocibus, et cur sint quinque tantum neque plures neque pauciores*; Basilea, 1642, en 8.° Esta disertacion sobre las vocales ha sido traducida por Joaquin Perion. —3.° *Una lógica;* Augsburgo, 1605, en 8.° que es un compendio del *Organon* de Aristóteles. Juan Weguelin la ha publicado con una version latina.—4.° *Un compendio de Física*; idem, 1606, en 8.°, de 280 páginas. Billi habia insertado este opúsculo traducido al latin en una coleccion de obras atribuidas á S. Juan Damasceno; pero Weguelin la ha revindicado para su verdadero autor. Se conservan además muchas obras de Blemmidas en las bibliotecas de Italia, Alemania, Francia é Inglaterra, entre las cuales figuran los tratados siguientes: *De officio imperatoris;* —*Comentarios sobre la Geografía de Dionisio Periegeto*; —*Varios opúsculos de Química*; —*Una disertacion de Urinis;* —*Las vidas de los Stos. Solitarios, etc.* —M.

NICEFORO, maestre de Antioquía. Esta calificacion con que los escritores distinguen á Nicéforo no tiene nada de comun con la de maestre del palacio, que solo recibian en su época las personas muy allegadas al emperador; cualidad tan distinguida que los hijos de éste y sus hermanos no tenian inconveniente en aceptar y desempeñar sus funciones. Era Nicéforo llamado así porque enseñaba con perfeccion suma la elocuencia, y porque en muchas ciudades se tenia por costumbre nombrar maestres. Por la sublimidad de su estilo llamósele tambien celestial. Escribió la *Vida de S. Simeon Stilita el jóven.* —O. y O.

NICEFORO, llamado *Calixto*, porque fué hijo de éste, vivió en el siglo XIV, siendo emperador Andrónico Paleólogo *el Viejo*, á quien dedicó su *Historia eclesiástica*, comprensiva desde el nacimiento de Jesucristo hasta la muerte del emperador Focas en el año 610. Esta historia se imprimió en París, 1630, en dos volúmenes en folio, y contiene hechos que no se hallan en otra alguna; aunque, á decir verdad, hay algunos que parecen inventados por el autor. De este carácter participa el retrato que hace de la Santísi-

ma Vírgen, el cual no aparece con ninguno de sus rasgos en los conocidos anteriormente. Afirma que nuestra Señora fué de estatura regular, de color trigueño, cabellos rubios, ojos vivos, de amarillenta pupila, cejas negras y arqueadas, nariz un tanto prolongada, labio sonrosado, los dedos lo mismo que la mano, largos; su aire sencillo y modesto; su ropaje aseado, pero sin fausto, y del color natural de la lana. Tambien fué este escritor el primero, segun Calmet, que haya dicho bien terminantemente que S. Lucas era pintor y habia retratado á la Vírgen.—C. de la V.

NICEFORO Cartophilax, es decir, guarda de los archivos, autor griego, florecia al principio del siglo XI. Nos quedan de él algunas obras en la Biblioteca de los Santos Padres y en la Coleccion del derecho griego romano. S. B.

NICERON (Juan Francisco). Nació en París en 1613, y desde jóven mostró una aficion extraordinaria al estudio de las matemáticas. Contaba solo la edad de diez y nueve años cuando se retiró del mundo y vistió el hábito de la órden de Mínimos, en la cual apénas hubo concluido sus estudios de teología, consagró todos sus ocios á su ciencia favorita, haciendo en la óptica importantes descubrimientos. Enviado dos veces á Roma trabó estrecha amistad con los sabios de aquella capital, cuyo trato le sirvió mucho para sus estudios sucesivos. Despues enseñó teología hasta que fué nombrado secretario de visita en la que el superior de su Orden se proponia girar por todos los conventos de Francia. Sus constantes estudios en la óptica prometian todavía otros descubrimientos en esta ciencia, cuando la muerte vino á interrumpir el curso de sus vigilias. Este religioso falleció en Aix el 22 de Setiembre de 1646 á la edad de treinta y tres años, despues de haber escrito las obras siguientes: 1.ª *Perspectiva curiosa ó magia artificial de los efectos maravillosos de la óptica por la vision directa*; Paris, 1636, en fólio, reimpresa con la Optica y la Catóptrica del P. Mersenne, idem, 1652, en fólio. Niceron, despues de haberla refundido y aumentado con muchas observaciones, la tradujo al latin con este título: *Thaumaturgus opticus sive admiranda optices, etc.*; Paris, 1646, en fólio. A esta primera parte debian seguir otras dos que no se publicaron, por haber muerto el autor.—2.ª *La interpretacion de las cifras, ó método para comprender perfectamente y explicar con facilidad toda cifra simple, sacada del italiano y aumentada particularmente para servir á los idiomas francés y español*; Paris, 1641, en 8.°—M.

NICERON (Juan Pedro), de la misma familia que el anterior. Nació en Paris en 1685, y dió pruebas de su claro talento desde que se dedicó á estudios literarios. Habiendo entrado en la congregacion de Barnabitas, un tio suyo, religioso de la misma Orden, le dirigió en su nuevo estado. Los variados conocimientos que poseia, los utilizó enseñando algunos años retórica y hu-

manidades en los diferentes colegios, al mismo tiempo que ocupaba sus ócios en el estudio de las lenguas modernas. Llamado á París en 1716, dejó la enseñanza para consagrarse exclusivamente á la ejecucion de la vasta empresa de compilar la vida de los sabios desde el renacimiento de las letras. Este proyecto, de inmensas proporciones, le ocupó tan asiduamente que abrevió el resto de sus dias, pues no contaba cincuenta y tres años cuando falleció en 8 de Junio de 1738. Esta obra se titula: *Memorias para servir á la historia de los hombres ilustres de la república de las letras*, con un catálogo razonado de sus obras; París, 1727, cuarenta y tres tomos en 12.° El décimo tomo dividido en dos partes, y el vigésimo, contienen correcciones y adiciones á las *Vidas* publicadas, y los últimos, desde el treinta y uno, comprenden cada uno una tabla alfabética general de todos los artículos contenidos en los precedentes; índice tanto más necesario, dice un biógrafo, en cuanto el autor no se ha ceñido á ningun órden. Algunos críticos califican de inexacto el título que ha dado á su voluminosa compilacion, pues muchos escritores que en ella se encuentran, no merecen el dictado de hombres ilustres; al paso que carece tambien de proporcion la verdadera importancia de algunos artículos con su extension; mas á pesar de estos defectos, debemos convenir que la obra de Niceron es una de las más útiles que se han publicado en Francia sobre la *Historia literaria*. El abate Papillon ha sido poco justo cuando ha dicho de este escritor, que «era un plagiario que se cuidaba muy poco de cansar al lector con vidas, que eran comunes y sabidas de todos, y que con este método fácilmente se podian hacer grandes tomos y ganar los cincuenta escudos que le daban por cada cuaderno.» Niceron ha buscado los materiales de su *Compilacion* en las mismas obras de cada autor, ó en las *biografías* de autores muy apreciados en Alemania y en Italia, y cita al fin de cada artículo las fuentes de donde ha sacado sus noticias, para que puedan ser más fácilmente comprobadas. Tambien se ha esmerado en dar la lista de todas las obras de cada autor, con minuciosa y exacta indicacion de las diferentes ediciones y traducciones. Pero el plan que habia adoptado era demasiado vasto; pues los cuarenta y tres tomos de sus memorias contienen únicamente mil cien artículos. El P. Niceron falleció miéntras estaba en prensa el tomo XXXIX; y el P. Oudin, J. B. y el abate Gouget, publicaron los cuatro últimos tomos, añadiendo noticias interesantísimas. El abate Ribe habia formado el proyecto de publicar las memorias de Niceron en mejor órden con sus correcciones y las del abate Sephet. Este autor tradujo además del inglés las obras siguientes: 1.ª *El gran febrífugo, ó discurso para probar que el agua comun es el mejor remedio para curar las calenturas y tambien la peste;* París, 1724, reimpresa con el título de *Tratado del agua comun*, idem, 1730, dos tomos en 12.°; esta obra pertenece á Juan Hanckock.—2.ª *Viajes de Juan*

Ovinglon á Surate: 1724, dos tomos en 12.°—3.ª *Conversion de la Inglaterra al cristianismo*; 1729, en 8.°—4.° *Respuestas de Woodward á las observaciones de Camerarius sobre la Geografía física*. Mr. Barbier le atribuye el primer tomo de la Biblioteca recreativa é instructiva continuada por Dupost del Tertre. Finalmente, ha dejado manuscrito un *Indice* de todos los periódicos, variedades literarias, una biblioteca ambulante y las tres primeras cartas de la *Biblioteca Francesa*, en cuya obra se proponia reunir las biografías de todos los franceses que han cultivado con éxito la literatura y las ciencias. El que desee más pormenores puede consultar el elogio de Niceron por el abate Gouget, impreso en el tomo XL de las *Memorias* del autor. Imprimiéronse de este elogio algunos ejemplares separados, y despues ha sido reproducido con adiciones en el Diccionario de Choufepie.—M.

NICESIO (S.) obispo de Lion. Pertenecia á una antigua y noble familia de las Galias á cuyo lado recibió una educacion esmerada y sólida. A pesar del lustre de su cuna, desde niño dió ya claros indicios de la humildad de su alma, pues cuando tuvo mayores dias, apetecia siempre el último lugar así en el seno de su familia como en la sociedad que frecuentaba. Conociendo lo efímero de los goces mundanos, todo su afan era entregarse á la oracion y practicar la virtud en el fondo del retiro. Estas dotes, que sus compatriotas apreciaban en su justo valor, y su ciencia en las cosas sagradas, le elevaron á la silla episcopal de Lion, vacante por muerte de su tio S. Sedot, ocurrida por los años 551. Padre de los pobres, escudo y amparo del huérfano, toda su felicidad consistia en derramar el bien á manos llenas entre sus ovejas. Dispuesto siempre á arrostrar los más inminentes peligros para cumplir con sus deberes pastorales, ni la persecucion ni la tiranía pudieron nunca obligarle á ceder y á debilitar en lo más mínimo su celo santo. Veintidos años de gobierno pastoral fué una continua série de beneficios para la diócesis de Lion, la cual veia en su buen prelado una providencia veladora y solícita. Con tan bellas dotes, S. Nicesio alcanzó que la virtud, la paz y la religion, floreciesen en su diócesis á pesar de los esfuerzos que el espíritu del mal hacia para introducir la division y el error entre sus ovejas. El Señor premió su infatigable celo con la aureola de los santos en 2 de Abril del año 575, obrando despues de la muerte de este prelado varios milagros que confirmaron la santidad del obispo de Lion. La Iglesia hace conmemoracion de sus virtudes en 2 de Abril.—M.

NICESIO (S.), obispo y confesor. Fué prelado de Viena de Francia en el siglo XIV, y distinguióse por su doctrina y santidad en los concilios á que asistió. Este prelado murió santamente en el año 375, y hallamos citado su nombre en los Martirologios en 5 de Mayo.—M.

NICESIO (S.), obispo y confesor. Floreció á principios del siglo VI y re-

cibió su educacion religiosa y literaria en un famoso monasterio de su tiempo. Habiendo poseido la amistad del monarca Thierri, prendado éste de las virtudes que adornaban al Santo, le nombró en 527 obispo de Tréveris, dignidad que rehusó S. Nicesio hasta tanto que el monarca le obligó á aceptarla con todo el peso de su autoridad, pues nadie mejor que este varon en quien resplandecian tan alto las buenas cualidades de un pastor, podia administrar aquella silla en provecho de la religion y de los intereses del Estado. Deseoso de extirpar los abusos y los errores que en ella fructificaban, S. Nicesio se ocupó luego sin descanso en la predicacion de la palabra divina, obteniendo los más lisonjeros resultados y aumentando cada dia el número de las conversiones. Fué desterrado por Clotario y devuelto despues á su silla por Sigeberto, sucesor de aquel. Tuvo tambien una parte muy considerable en los concilios que se celebraron en su época, y se dedicó con todas sus fuerzas á plantear en su diócesis las saludables reformas que aquellos decretaron. En estas santas y piadosas tareas le sorprendió la muerte en el año 566, siendo llorado de todos los que supieron apreciar en su justo valor los infatigables esfuerzos de este prelado de la Iglesia, la cual recuerda con veneracion sus virtudes en 5 de Diciembre. Escribió dos *cartas:* una al emperador Justiniano, en la cual le reprende por haberse dejado seducir por los errores de los eutiquianos, y otra á Closinda, reina de los lombardos, la que guiada por los consejos del Santo, cooperó á la conversion de su esposo Alboino, partidario del arrianismo. Ambas cartas han sido impresas en las colecciones de Duchesne, en las colecciones de los concilios y en el Espicilegio de Hacheri, tomo I. Este último atribuye á S. Nicesio un manuscrito que se halla en la biblioteca de S. German de los Prados: y dos pequeños tratados, *De vigiliis servorum Dei* y de *Psalmodiæ bono*, publicados en el tomo III del Espicilegio. Algunos autores dicen que falleció en 5 de Diciembre, en cuyo dia hacen conmemoracion de sus virtudes.—M.

NICETA (Sta.), mártir. Predicando en Licia la ley santa del Evangelio el glorioso S. Cristóbal, asistieron á sus pláticas religiosas dos jóvenes llamadas Niceta y Aquilina, que habian sido instruidas con mucho esmero en la religion gentílica. A pesar de lo prevenidas que estaban contra el Cristianismo, iluminó Dios sus almas con las santas palabras de Cristóbal, y llenas de entusiasmo al aprender las verdades de la religion de Jesucristo, y afligidas de la ignorancia y oscuridad en que se hallaban, quisieron ser cristianas, y al efecto rogaron al Santo les instruyese en los misterios de la fe y les enseñase á practicar las virtudes de la verdadera religion. Aun no estaban todavía completamente instruidas, cuando llegó á su noticia habian preso á su maestro, y presentándose al juez que entendia en su causa, le suplicaron no le hiciese mal alguno, contándole sus virtudes para más interesarle. Conmo-

vido el juez de su juventud y hermosura más que de su súplica, las manifestó que no podia dejar de condenar á quien tan descaradamente insultaba á los dioses y atacaba las creencias religiosas del país, y que sería bueno no se tomasen tanto interés por él, pues que se harian sospechosas y podria costarles la vida. A tal intimacion estas dos virtuosas jóvenes, que deseaban morir por Jesucristo, no despreciaron la buena ocasion que se les venia á la mano de lograr su deseo, por lo que se confesaron cristianas é insultaron á los dioses teniéndolos por hechuras del infierno, y á los gentiles por locos, pues que desconociendo al verdadero Dios, rendian homenaje y veneracion al error más craso, adorando semejantes monstruosidades. Irritado el juez con semejante declaracion, y no teniendo en cuenta su juventud é inocencia, las mandó martirizar cruelmente, y como ni aun en los más espantosos tormentos que sufrian con alegría confesasen á los ídolos, ántes se afirmasen más y más en el cristianismo, el impío juez las mandó degollar, y sus benditas almas volaron al seno de Dios á recoger el fruto de su heroismo el año 251 de nuestra era. La Iglesia recuerda á estas Santas el dia 24 de Julio, que sería tal vez en el que padecerian el martirio.—C.

NICETAS (S.). Hace mencion Fleury en su Historia Eclesiástica de este Santo, con relacion al año 815 de nuestra era, diciendo que fué patricio pariente de la emperatriz Irene, que le envió al concilio de Nicea para que la representase, pero que su nombre no se encuentra en las actas. Fué despues gobernador de Sicilia, en donde protegió mucho á las viudas y á los huérfanos, y volviendo á Constantinopla en donde vió al emperador Leon el Armenio declarado contra las imágenes, renunció á su dignidad y posicion, y abrazó la vida monástica. El emperador mandó á Nicetas una órden de que quemase la imágen del Salvador que tenia ó que se la mandase, y como el Santo no cumplimentase el mandato, le desterró, y en el destierro murió despues de muchos sufrimientos. La Iglesia Griega celebra su memoria el 6 de Octubre, y las alabanzas que le prodiga S. Teodoro el Studista en una carta que le escribió, son un claro testimonio de su mérito y santidad.—C.

NICETAS (S.). La Iglesia Cristiana fué desde muy á sus principios establecida entre los godos, y Teófilo, su obispo, asistió y firmó en el concilio de Nicea, segun la narracion de Sócrates. S. Cirilo de Jerusalen afirma que en su tiempo habia habido ya mártires entre los godos y los persas, y cuenta estos pueblos entre los que tenian obispos, clérigos, monjes y vírgenes consagradas al Señor. Refiere Philostorgo que en la época de Constantino *el Magno* fueron echados de su país una multitud de godos á causa de su religion, y que el Emperador les permitió establecerse en la Mesia, haciendo este autor remontar el orígen de su conversion al cristianismo á las correrías que habian hecho por el Asia Menor, y particularmente por la Galacia

y la Capadocia en tiempo del emperador Galieno. Divididos los godos bajo el imperio de Valente, obedecieron á dos reyes, Fritigernes y Atanarico. La mayor parte de los súbditos del primero eran paganos, y aunque este rey fué aliado de los romanos, muchos cristianos sufrieron el martirio. Atanarico, enemigo cruel del cristianismo, persiguió de tal modo á los que fueron acusados de haber abrazado la fe de Cristo, que no hubo suplicio que no inventase para sacrificarles, y cuando ya él mismo se asustó de tan espantosa crueldad, concluyó por lanzar á los que aún habian salvado sus vidas á tierra de romanos. S. Agustin asegura que estos fueron católicos, pues que el arrianismo no se conocia todavía entre los godos. Entre los mártires que causó la persecucion de Atanarico, solo ha quedado la memoria de S. Nicetas y de S. Sabas; pero aun cuando se tiene por más famoso al primero, se conoce ménos de su historia, al paso que del segundo se conservó una carta de la Iglesia de la Gotia á la de Capadocia, en donde se recogieron sus cenizas. —C.

NICETAS (S.). Nació este bienaventurado en Cesarea de Bithinia, y como su madre muriese á los ocho dias de su nacimiento, su padre abrazó la vida monástica, y le consagró á Dios desde la infancia, en la clase de guarda ó portero de la Iglesia. Ya más entrado en años, un anciano anacoreta le llevó al monasterio de S. Sergio de Medicion, en Constantinopla, en el que á la sazon gobernaba su fundador el abad S. Nicéforo. Solo hacia siete años que Nicetas se instruia en el monasterio, cuando conociendo su virtud y disposicion su santo abad, le hizo ordenar de sacerdote por el patriarca Tarasio, descargando en él en seguida el gobierno de la comunidad. Muerto S. Nicéforo, los monjes eligieron por abad á S. Nicetas, que recibió las órdenes por mano del patriarca Nicéforo. El año 815 fué llevado S. Nicetas con los demás abades al concilio de los iconoclastas, y encerrado en una hedionda prision, adonde le enviaron muchos blasfemos para atormentarle. Despues de haber sufrido largo tiempo en este calabozo infernal, el Emperador le hizo llevar á Natolia, á pesar del excesivo rigor de aquel invierno, y le hizo encerrar en un castillo llamado *Massalcon*. Viendo el emperador Leon el *Armenio*, que desterrando los obispos y los abades defensores de las imágenes solo consiguió confirmar más la opinion de los que las querian, mandó trajesen á muchos á Constantinopla, y uno de ellos fué Nicetas, á los cinco ó seis dias de haber llegado á su destierro, del que volvió con los mismos trabajos é incomodidades que habia sufrido á la ida; dejándole descansar, como á los demás que se hallaban en su mismo caso, en Constantinopla durante el invierno y la cuaresma del año 816. Pasada la pascua, el Emperador entregó á Nicetas y á los demás á Juan Leconomante, el que los encerró en prisiones separadas muy oscuras, en las que no les permitió lecho ni

abrigo alguno, y en las que se les arrojaba por una tronera una onza de pan amohecido, y agua corrompida por todo alimento. Advirtiendo el cruel carcelero que preferian morir á mentir, les dijo que con solo que ellos comulgaren una vez con el patriarca Teodoro, se les enviaria á sus monasterios, sin obligarles á abandonar su creencia. Habiendo convenido todos en esto, Nicetas cedió á las instancias de aquellos ancianos, y reunidos entraron en un oratorio, en el que se habian conservado las pinturas de objetos cristianos, y recibieron la comunion de mano del patriarca Teodoro, que anatematizó á los que no adorasen la imágen de Jesucristo. Todos los abades se volvieron á los monasterios ménos Nicetas, que arrependido de lo que habia hecho, resolvió irse á otro país. Al llegar á Proconeso, cambió de idea, y creyendo que la reparacion de una falta debe hacerse en el mismo sitio en que se ha cometido, volvió á Constantinopla decidido á confesar que persistia en la misma creencia. Asi lo dijo al Emperador, cuando le llamó para preguntarle por qué no habia vuelto á su monasterio; por lo que irritado le entregó á Zacarías, hombre piadoso que trató al Santo con mucha dulzura y respeto. Desterrado á la isla de Sta Gliceria, á las órdenes del eunuco Anthienio, al que los iconoclastas habian hecho exarca de los monasterios de este distrito, prometiéndole elevarle á mayor dignidad si obligaba á Nicetas á convenir con ellos; éste, de natural cruel, le trató con sumo rigor encerrándole en una prision, cuya llave no confiaba á ninguno. Seis años, desde 815 á 821, estuvo el Santo en este encierro, del que salió por muerte del emperador Leon; pues que habiéndole sucedido el emperador Miguel, éste llamó á todos los desterrados, pues aunque no honraba á las imágenes, dejaba á cada uno en su opinion y no queria se molestase á nadie sobre este particular. Al salir S. Nicetas de su prision, se retiró á un lugar cercano á Constantinopla, donde murió á los tres años el 3 de Abril de 824, habiendo sido trasladado su cuerpo á su monasterio por sus monjes: la Iglesia celebra su memoria el mismo dia de su muerte. —C.

NICETAS Y AQUILENA (Stas.), mártires. Nacieron en Licia, y fueron educadas en los principios del paganismo; mas convertidas á la religion verdadera del Crucificado por el mártir S. Cristóbal, mostraron tanta firmeza en la fe, á pesar de su corta edad y de los halagos del juez, á quien prendó la juventud y hermosura de las santas, que prefirieron sufrir los más crueles tormentos y ser degolladas ántes que volver á sus antiguos errores. Su martirio tuvo lugar en el año 251, y los Martirologios citan su memoria en 24 de Julio. — M.

NICETAS, patriarca de Constantinopla. El emperador de Oriente Leon el *Armenio*, iconoclasta furibundo, queriendo asegurar su poder que creia vacilante, hizo encerrar en islas y monasterios separados á S. Miguel su pre-

decesor y á su mujer Procopia y á sus dos hijos Theofilato y Nicetas, á los que hizo eunucos. Al abrazar la vida monástica cambiaron de nombre los tres varones, el padre tomó el de Atanasio, y vivió aun treinta y dos años hasta el de 845; Theofilato el de Eustasio, y murió cinco años despues de su padre, y Nicetas el de Ignacio, con el que fué patriarca de Constantinopla célebre por su virtud y por sus sufrimientos.—C.

NICETAS, obispo de Dax. Pasó falsamente por autor de un tratado que S. Ambrosio escribió bajo el título de *Invectiva contra una vírgen*, que se habia dejado corromper por Genades: hablando de los escritos de este prelado, dice que aquel habia compuesto un discurso dirigido á una vírgen caida en el pecado, y en el cual habia puesto cuanto podia tocar un corazon capaz del arrepentimiento, y podia llevar á la penitencia: mas esta conformidad de título y de asunto, no es suficiente razon para atribuir á Nicetas el escrito de S. Ambrosio, pues ellos no eran los únicos que podian haber tratado esta materia.—O. y O.

NICETAS, apellidado *Pectoratas* del monasterio de Estude. Floreció en el siglo XI, y queriendo sostener el partido de Miguel Cerulario contra los latinos, compuso un escrito que refutó el cardenal Humberto, legado de la Santa Sede en Grecia. Pero al fin se retractó de las proposiciones que habia aventurado en su obra, y fué admitido en la comunion de la Iglesia Romana. Entre las otras producciones de Nicetas, se cuenta un *tratado* del alma, del cual Alacius nos ha conservado un *fragmento*, un *himno* en honor de S. Nicolás, y otro en elogio de Metafraste.—M.

NICETAS, bibliotecario de la iglesia de Constantinopla, fué creado arzobispo de Tesalónica. Floreció en 1200. En su obra se ve era partidario de la Iglesia latina, y así ha publicado su lista Leon Allacio en su tratado *De Eccles. Occid. et Orient. consensu*. Compuso una obra de la procesion del Espíritu Santo en contra de la de Hugo Etheriano, dividida en tres diálogos, de los que menciona algunos fragmentos Leon Allacio. En el derecho griego romano se halla la respuesta de este autor á las preguntas del monje Basilio.—S. B.

NICETAS (David). Llamado el *Pafaglonio*, porque fué obispo de Pafaglonia, fué conocido por las obras que dejó, principalmente las *Homilías*. Brilla en ellas estilo elegante, narracion sencilla y concisa, y las pruebas tomadas de la Sagrada Escritura, ó de los monumentos auténticos y autorizados de su tiempo. Escribió doce *acerca de los Apóstoles*, una de *S. Marcos*, otra de la *Santísima Vírgen*, otra de la *Exaltacion de la Cruz*, *de Santa Tecla*. Llama Nicetas á Pedro el augustísimo príncipe de los Apóstoles, y la piedra firme con que Jesucristo edificó su Iglesia. Dice que éste apóstol fué crucificado la cabeza abajo y los pies hácia el cielo, en el mismo lugar que

S. Pablo fué decapitado. Habla con frecuencia de estos dos ilustres Santos, y describe el martirio de S. Andrés como se relaciona en las Actas. La vida de S. Ignacio, patriarca de Constantinopla, es sin duda la obra más importante de Nicetas, pues que figura en ella toda la historia de Constantinopla durante un período de cerca de treinta años. Un manuscrito de la Biblioteca de Milan le atribuye algunas poesías é himnos, y otro manuscrito de la Biblioteca Nacional de Paris algunos escolios, compuestos de cuatro versos yámbicos sobre cada una de las estrofas ó sentencias tetrásticas de S. Gregorio Nacianceno; pero algunos bibliógrafos piensan que estos escolios podrian ser muy bien de Nicetas de Heraclea. El P. Combé publicó en latin y en griego las *Homilías* de Nicetas en el tomo I de su nuevo *Actuario*. —O. y O.

NICETAS Serron, diácono de la iglesia de Constantinopla en el siglo XI. Despues ocupó la silla de Heraclea, y escribió: 1.° *Conformidad de los padres griegos sobre el libro de Job:* Lóndres, 1637, en fólio, en griego y en latin. —2.° *Otro libro con el mismo título sobre los Salmos y el Cantar de los Cantares.* —3.° *Comentarios sobre varias obras de S. Gregorio Nacianceno.* En estas diferentes compilaciones reunió los pasajes de los escritores más sabios de la Iglesia Griega. —M.

NICETIO (S.). Durante el consulado de los emperadores Arcadio y Honorio se celebró en Milevis de Africa un concilio que empezó el dia 27 de Agosto de 402 de nuestra era. Presidieron este Concilio Aurelio de Cartago, Jantipo, primado de Numidia, y Nicetio, primado de la Mauritania de Silici, cuyo prelado fué uno de los más piadosos y de los que más se conformaron en Africa con la doctrina ortodoxa. —C.

NICETO (S.), obispo de Besanzon, sucedió á Antido, mártir de la fe, durante la invasion de los vándalos. Consagróse sin descanso á mantener la pureza de la fe en su diócesis, cuyo vasto territorio recorrió á menudo predicando é instruyendo á los pueblos. Deseoso de satisfacer las instancias de Columbano, visitó diferentes monasterios establecidos por este piadoso fundador en las sociedades de los Vosgos, y bendijo las iglesias de Annegray, Luxeuil y Fontaine. Más adelante ofreció un asilo á su hermano S. Columbano que huia de la persecucion de Brune Hault, teniéndole oculto algun tiempo en Besanzon y facilitándole todos los medios necesarios para pasar á Italia. El autor anónimo que ha escrito la vida de S. Niceto afirma que este prelado gozó de la confianza del papa S. Gregorio el *Grande*, quien le ha consultado sobre cuestiones importantes; pero sus cartas se han perdido para la posteridad. Niceto falleció por los años 612 en 9 de Febrero, en cuyo dia la iglesia de Besanzon celebra su fiesta. Sus restos fueron depositados en la catedral que levantó con la invocacion al príncipe de los Apóstoles. La vida que hemos indicado se halla impresa en la coleccion de los Bolandos. —M.

NICHISOLA (Gerónimo Miguel), religioso dominico, natural de Verona. Habia adquirido grande reputacion en esta Orden cuando le nombró el papa Paulo IV en 2 de Enero de 1557 obispo de Theano. Asistió á las sesiones del Concilio de Trento que se celebraron durante el pontificado de Pio IV y se retiró despues á un convento de su Orden, donde falleció en Agosto de 1566, á los cuarenta y seis años de edad, dejando las obras siguientes: *De laudibus B. Virginis.* — *Directorium Synodi in sua Ecclesia habendæ.* — S. B.

NICHOLSON (Guillermo). Nació en Cumberland el año de 1655, y habiéndose dedicado á la Iglesia, hizo tales progresos que fué nombrado obispo de Carlisle, y despues arzobispo de Londonderry, y no llegó á serlo de Cashell porque murió en 1727, cuando acababa de ser electo para este arzobispado. Este prelado inglés fué sumamente apasionado á la bibliografía, por lo que gastó mucha parte de su vida visitando bibliotecas, y de este modo adquirió la gran reputacion que como bibliógrafo dejó en Europa. Sus obras son: *Bibliografía histórica de Inglaterra*, publicada en los años de 1690 y 1691;—*la de Escocia*, en 1702;—*la de Irlanda*, en 1724.—*Dissertatio de jure feudale veterum Saxonum*; Lóndres, 1821.—*Leges Marchiasum*; en 8.°, Lóndres, 1705 y 1707. La importancia de las obras de este autor para la historia bibliográfica de la religion cristiana es causa de que se le considere en esta obra.—C.

NICIAS, monje, autor del siglo XVII. Compuso una obra contra siete artículos que el filósofo Filopones insertó en su tratado que tituló *El Arbitro;* un escrito contra Severo y dos libros contra los paganos. Su estilo es conciso y sencillo, pero sus razones concluyentes; de modo que en sus libros no hay nada que sea inútil.—M.

NICKEL (Gosbinus). Nació en Juliers el 1.° de Mayo de 1582, y abrazó el estado eclesiástico en el instituto de Jesuitas en 1604. Despues de haber enseñado filosofía en Colonia y desempeñado con sumo acierto diferentes cargos, fué promovido al generalato de su Orden en 1652. El papa Alejandro VII le mostró particular afecto, habiendo merecido de este Sumo Pontífice que empleára todos sus esfuerzos para que la Compañía fuese restablecida en los estados de la república de Venecia, de la cual habia sido expulsada durante el pontificado de Paulo V. Este ilustre jesuita falleció despues de una larga enfermedad en 31 de Julio del año 1664, dia de S. Ignacio.—M.

NICODEMUS, discípulo de Jesucristo, judío de nacion y perteneciente á la secta de los fariseos. El Evangelio le apellida príncipe de los judíos (S. Juan III, 1), y Jesucristo le titula maestro en Israel (S. Juan, III, 10). Cuando el Salvador se anunció en Jerusalen por medio de milagros durante la primera

pascua que despues de su bautismo celebró en dicha ciudad, Nicodemus, no dudando ya que Jesús fuese el Mesías, vino á encontrarle por la noche, para que le enseñase el camino de la salvacion. Hé aquí cómo el evangelista S. Juan refiere este hecho. «Y habia un hombre de los fariseos llamado Ni»codemo, príncipe de los judíos. Este vino á Jesús, de noche, y le dijo: Rab»bi, sabemos que eres maestro venido de Dios: porque ninguno puede ha»cer estos milagros que tú haces, si Dios no estuviera con él. Jesús respon»dió y le dijo: En verdad, en verdad te digo, que no puede ver el reino de »Dios, sino aquel que renaciere de nuevo. Nicodemo le dijo: ¿Cómo pue»de un hombre nacer siendo viejo? ¿Por ventura, puede volver al vientre »de su madre y nacer otra vez? Jesús respondió: En verdad, en verdad »te digo, que no puede entrar en el reino de Dios, sino aquel que fuere re»nacido de agua y de Espíritu Santo. Lo que es nacido de carne, carne es; y »lo que es nacido de espíritu, espíritu es. No te maravilles porque te dije: »Os es necesario nacer otra ves. El espíritu donde quiera sopla y oye su voz; »mas no sabe de dónde viene ni á dónde va: así es todo aquel que es na»cido de espíritu.» Respondió Nicodemo y le dijo: «¿Cómo puede hacerse »esto? Respondióle Jesús y le dijo: ¿Tú eres maestro en Israel, y esto ig»noras? En verdad, en verdad te digo, que lo que sabemos eso hablamos, y »lo que hemos visto atestiguamos, y no recibí vuestro testimonio. Si os he »dicho cosas terrenas y no las creeis, ¿cómo creereis si os dijera las celes»tiales? Y ninguno subió al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del »hombre que está en el cielo. Y como Moisés levantó la serpiente en el de»sierto, así es tambien necesario que sea levantado el Hijo del hombre para »que todo aquel que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna, por»que de tal manera amó Dios al mundo, que dió su hijo unigénito para que »todo aquel que cree en él viva eternamente; porque no envió Dios su hijo »al mundo para juzgarle, sino para que se salve por él. Quien en él cree no »es juzgado; mas el que no cree ha sido juzgado, porque no cree en el nom»bre del unigénito Hijo de Dios. Mas este es el juicio: que la luz vino al »mundo y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus »obras eran malas; porque todo hombre que obra mal aborrece la luz para »que sus obras no sean reprendidas; mas el que obra verdad viene á la luz »para que parezcan sus obras, porque son hechas en Dios.» Despues de esta conversacion, Nicodemus entró en el número de los discípulos de Jesucristo y le oyó, sin duda, todas las veces que el Señor pasó á Jerusalen. Un dia que los sacerdotes y los fariseos enviaron á algunos arqueros para prender á Jesús, cuando los ministros regresaron dijeron: «Nunca hombre alguno habló de este modo.» Los fariseos, creyendo que los enviados habian sido seducidos, ¿por ventura ha creido en él algun príncipe ó fariseo? ¿No es

acaso el vulgo solo el que le da asenso porque no sabe la ley? Entónces Nicodemus levantándose, dice: «¿Por ventura nuestra ley juzga á un hombre »sin haberle oido primero y sin informarse de lo que ha hecho?—¿Tambien »eres tú galileo, le replican los otros. Escudriña las Escrituras y entiende »que de la Galilea no se levantó jamás Profeta.» Finalmente, Nicodemus se declaró abiertamente discípulo de Jesucristo, cuando con José de Arimatea tributó los últimos deberes á Jesucristo, descendiéndole de la Cruz, depositando su sagrado cuerpo en la sepultura despues de haberle embalsamado. Nicodemus recibió el bautismo de mano de los discípulos, pero se ignora si fué ántes ó despues de la muerte del Salvador. Desde este momento este príncipe de los judios se convirtió en blanco del enojo de los principales ó jefes de su nacion, los cuales no contentos con haberle depuesto de su dignidad y de haberle lanzado de la sinagoga y desterrado de Jerusalen, todavía intentaban darle muerte; pero en consideracion á Gamaliel, su tio, primo hermano, le azotaron únicamente y le confiscaron los bienes. Despues su pariente se lo llevó á su casa de campo, donde falleció poco despues, siendo sepultado con pompa al lado de S. Esteban. La Iglesia honra su memoria en 3 de Agosto, solo que como confesor, lo mismo que Gamaliel. Sus restos, juntamente con los de S. Estéban, fueron descubiertos en el año 415. Los escritos atribuidos á S. Justino y Tertuliano, *Un Evangelio de Nicodemus*, en el que se designaban nominativamente los acusadores de Nicodemus. Efectivamente, se conoce con su nombre y el de José de Arimatea un *Evangelio de la Pasion*, que fué impreso en Leipsik, en latin, 1616, en 4.°, y en el *Codex Novi Testamenti de Fabricius*; pero una inscripcion impresa al frente de este *Evangelio* dice que ha sido descubierto en el reinado de Teodosio *el Grande*, circunstancia que ha dado lugar á sospechar que fué hecho durante su reinado, pues no hicieron mencion de él ni los antiguos autores reputados auténticos, ni el decreto de Gelasio en el que se enumeran los diferentes evangelios. Así pues, con razon ha sido relegado entre los evangelios apócrifos y sospechosos. A pesar de esto, se ha impreso repetidas veces en latin durante los siglos XVI y XVII, y despues traducido al aleman en Nuremberg; 1620, en 16.°, sin contar la antigua version anglo-sagona, publicada por Eduardo Twaites; Oxford, 1798, en 4.° El texto griego se conserva manuscrito en algunas bibliotecas. La pretendida version francesa del *Evangelio de Nicodemus*, compendiado por Voltaire con un fin irreligioso, no ha logrado el objeto que se proponia porque este *Evangelio* no es canónico. —M.

NICOLAI ó Nicolás (Alfonso), filósofo y literato distinguido. Nació en Luca el 31 de Diciembre de 1706, y abrazó el instituto de los Jesuitas en Roma en 1723, pronunciando sus últimos votos en 15 de Agosto de 1740.

Dedicóse desde su juventud al estudio de la literatura, y adquirió merecida fama por la pureza de su gusto y la elegancia de su estilo. Pasó la mayor parte de su vida en Roma y en Florencia, explicando en la cátedra las Sagradas Escrituras con tanta fama como erudicion, y desempeñando el cargo de teólogo imperial que le confirió el emperador Francisco II, gran duque de Toscana, y que conservó hasta el reinado de Leopoldo. Este jesuita, tan apreciado por sus circunstancias morales como por su elevado talento, murió en Florencia en 1784 en el convento de religiosos del Cister, despues de haber escrito en italiano las obras siguientes: 1.ª *Memorias históricas sobre S. Blas, obispo y mártir*; Roma, 1762, en 4.°, que contienen una *Disertacion crítica sobre las memorias del Santo.*—2.ª *Panegíricos y otros varios escritos en prosa toscana*, 1755, en 4.°—3.ª *Disertaciones y lecciones sobre la Escritura Sagrada*, trece tomos en 4.°, de los cuales siete tratan del Génesis, uno del Exodo, dos de Daniel y uno de Ester, Judit y Tobías. El autor reune en estas disertaciones á la física, teología, cronología é historia.—4.ª *Discursos sobre el sagrado Corazon de Jesús y panegírico del bienaventurado Alejandro Sauri:* estos escritos han sido impresos en varias colecciones.—5.ª *Diferentes trozos en prosa toscana, pertenecientes al género oratorio, científico é histórico*, tres tomos en 4.°—6.ª *Pláticas sobre la Religion;* Génova, 1770, ocho tomos en 8.° La pureza del estilo descuella en esta obra al lado de una lógica irresistible contra los incrédulos. Nicolai se dedicó con muy buen éxito á la poesía latina, y fué individuo de la Academia de los Arcades.—M.

NICOLAI (Erasmo), obispo de Vesteras en Suecia. Floreció en el siglo XVI, y fué uno de los teólogos de su patria que secundaron las miras de Juan III, hijo de Gustavo Basa, para restablecer la religion católica en Suecia. En la instalacion de este prelado en su diócesis observáronse todos los ritos romanos y ceremonias que estaban en uso en la corte romana. Su carrera episcopal fué muy borrascosa, y falleció en 1580, despues de haber publicado la siguiente obra: *Brevis ratio discendi theologiam*; Witemberg, 1661, en 8.°, tan rara que con dificultad se encuentra en Alemania y Suecia.—M.

NICOLAI (Felipe), teólogo. Nació en 1556 y murió en 1608. Predicó en Hamburgo con universal aplauso, y escribió algunas obras sobre nuestro Señor Jesucristo que se hallan impresas en cuatro tomos.—S. B.

NICOLAI (Juan), dominico célebre en el siglo XVII, tanto por sus obras como por lo extraordinario de sus opiniones. Nació en Monza, pequeña aldea de la diócesis de Verdun, cerca de Stenai, en 1594. Tomó el hábito á los doce años de edad, y profesó en 1612. En la universidad de París, adonde le enviaron á estudiar sus superiores, se graduó de doctor en teología en el año 1632. Su grande capacidad y vastos talentos le valieron la distincion de

ser nombrado profesor de teología en el convento de su Orden de aquella ciudad, donde enseñó por espacio de veinte años, y murió despues de haber sido prior en 1673 á los setenta y ocho años de edad. Empleó la mayor parte de su vida en conciliar las doctrinas de Sto. Tomás con las más opuestas á esta escuela, lo que le atrajo algunas críticas de los versados en la lectura de Sto. Tomás y S. Agustin. Sus obras son: *Galliæ dignitas adversus præposterum Catalauniæ assertorem vindicata*; 1644. Publicada con el P. Masplede, de su misma religion, que en su *Catalauniæ Galliæ vindicata* habia probado la falsedad de la cesion que se supone hizo de Cataluña D. Jaime de Aragon á S. Luis de Francia. *Ludovici Justi XIII nuncupati, Galliæ et Navarræ regis triumphalia monumenta.* Escribió esta obra por mandato de la corte de Francia, la que le concedió una pension de seiscientas libras. Está llena de emblemas, figuras y versos latinos y franceses. —*Teología latina* de Rainerio de Pisa, del órden de Predicadores. — *Judicium seu censorium suffragium de propositione Antonii Arnaldi Sobornici doctoris et socii; ad quæstionem juris pertinentem in comitis Theologiæ facultatis*; libro que publicó tambien en francés con el título de *Aviso deliberativo.* —*Sancti Thomæ Aquinatis expositio continua super quatuor Evangelistas.* —*S. Thomæ Aquinatis præclarissima commentaria in quatuor libros Sententiarum Petri Lombardi, etc.* —*S. Thomæ Aquinatis commentarius posterior super libros Sententiarum.* El P. Nicolai pretende probar en el prólogo de esta obra que es de Sto. Tomás; pero el P. Echard sostiene que pertenece al cardenal Anibaldo de Anibaldis. — *S. Thomæ Aquinatis quodlibetales quæstiones, etc.* —*Festivus Fratrum Prædicatorum S. Jacobi pro natali regio plausus, etc.* — *Summa Theologica S. Thomæ Aquinatis accuratius recognita.* — *De jejunii christiani et christianæ abstinentiæ vero ac legitimo ritu Dissertatio.* — *De Baptismi antiquo usu ab Ecclesia instituto*; 1668. Hallándose en Roma en 1618 recitó un discurso latino sobre la toma de la Rochela por Luis XIII. Tambien compuso el oficio de S. Pio V y algunos discursos pidiendo al rey de Francia y á la Reina Madre, regente entónces de aquel reino, que el derecho de votar en las juntas de la facultad de teología no se restringiese respecto á los regulares á cierto número de personas en cada órden, pronunciándolos por sí mismo en las juntas que tuvieron los diputados de las religiones para deliberar sobre esta materia. El P. Echard le atribuye tambien un tratado *De ritu antiquo et hodierno Bacchanaliorum*, que publicó Gronovio en el tomo VII de sus Antigüedades griegas. Este escrito se habia dado ya á luz en Helmstadt en 1679, pero se cree pertenece á otro Juan Nicolai que fué por mucho tiempo profesor en Tubingen, y del que existen otras disertaciones del mismo género. *Tesis sobre la Gracia*, atacadas por Nicole que las publicó con este título: *Theses Molinisticæ S. Nicolaii Thomisticis notis expunctæ*; pero se descubre

desde luego la poca ortodoxia de estas notas, y cierta tendencia al sistema de Jansenio; pues tal es la costumbre de los autores de esta secta de tratar de molinistas á los que combaten sus errores. —S. B.

NICOLAI (Juan Bautista), sabio matemático, natural de Venecia. Vió la luz primera en 1726, y habiendo terminado su carrera literaria de un modo el más brillante, fué nombrado catedrático de matemáticas en la universidad de Pádua. Habiendo abrazado el estado eclesiástico, obtuvo el arciprestazgo de Padernello, renunció su cátedra para residir en su beneficio, habiendo sabido conciliar el cumplimiento de las obligaciones de su estado con el cultivo de las matemáticas que era su ciencia favorita. En vano intentó demostrar que el álgebra descansa sobre bases poco ciertas, pues solo logró probar que la manía de las innovaciones puede extraviar á los hombres de juicio más recto, y lanzarles á una senda de aberraciones las más singulares. Nombrado socio de la Academia de Padua, envió á esta corporacion varias memorias que tratan, entre otras cosas, de una nueva série de curvas. Estos escritos han sido presentados en los *Sagge cientifici é letterari dell' Academia*; tomos I y II. Nicolai ha compuesto tambien varias disertaciones sobre diferentes problemas, publicadas en la *Nueva Raccotta Calogerana*; pero de todas sus obras, la más notable es la titulada *Nova analysis elementa*; Pádua, 1791, 2 tomos en 4.° Este eclesiástico falleció en Schio, en el Vicentino, en el año 1793, dejando varios trozos inéditos, notables por la pasion que tenia á nuevos sistemas, la cual le ha impedido ocupar entre los matemáticos el puesto de que era digno su talento. —M.

NICOLAI (Juan Bautista), hermano del anterior y tambien jesuita. Fué cuarenta años catedrático de moral en el colegio de Arezzo, y examinador del clero en el gran ducado de Toscana. —M.

NICOLAI (Lorenzo), jesuita, natural de Noruega, pasó disfrazado desde Roma á Suecia en 1577, para servir á la reina Catalina, esposa del rey D. Juan III, y proponerla los medios de establecer la religion católica en aquel reino. Presentóle al Rey la princesa, quien le nombró catedrático de teología del colegio que acababa de fundar en Stokolmo. En este puesto procuró atacar, sin darse á conocer, los principios del luteranismo, pero habiéndolo comprendido el rector del colegio y un cura de aquella ciudad, intentaron oponerse á que continuase sus lecciones públicas. Venció por entónces, y el Rey desterró como calumniadores á los que le habian acusado, poniendo á Nicolai al frente del colegio, quien con este motivo escribió una docta apología contra estos dos desterrados. Pero no duró por mucho tiempo la bonanza, pues habiendo conseguido los herejes engañar al monarca, que habia abrazado ya la religion católica, depuso de su cargo á Nicolai restableciendo en el colegio á los luteranos. El mal éxito de su empresa obligó á

este jesuita á retirarse á Wilna, en la Lithuania, donde falleció en 5 de Mayo de 1622, á los ochenta y cuatro años de edad. —S. B.

NICOLAI (Melchor), célebre teólogo. Nació en 1598 y murió en 1619. Enseñó filosofía en Tubingen y sostuvo fuertes polémicas por escrito contra Foreso y sus partidarios. —S. B.

NICOLAI (Nicolás María), auditor general de la Cámara Apostólica, y secretario de la Congregacion Económica. Nació en Roma el 14 de Setiembre de 1756, y obtuvo en un principio un empleo en la Rota. Pio VI le encargó cuidar de los intereses del tesoro en los trabajos de los pantanos pontinos. En 1806 fué nombrado comisario de la Cámara Apostólica. Durante la ocupacion de los Estados Pontificios por los franceses, la *Consulta* le ofreció la subprefectura de Viterbo, que no quiso aceptar. Repuesto Pio VII en posesion de sus Estados, le hizo notario de cámara y presidente del anillo. Leon XII le nombró auditor general y le encargó de inspeccionar los trabajos militares de Tivoli. Este prelado murió el 18 de Enero de 1833; era aficionado á la conversacion con los literatos y presidente de la Academia de Arqueología. Entre sus obras pueden citarse principalmente: 1.ª *Mejoras del territorio Pontino;* 1800, en fólio. —*Memorias sobre el anillo de Roma;* 1803, 3 volúmenes en 4.° —*De la basílica de S. Pablo;* 1815, fólio mayor con láminas. —*De la basílica del Vaticano y de sus privilegios;* 1817, en fólio. —*Elogio del cardenal Sante.* Habia comenzado una obra titulada: *De los lugares habitados en lo antiguo, y desiertos ahora, en la campaña de Roma*, que no llegó á concluir. Nicolai hizo muchas investigaciones sobre la historia de su país. *El Amigo de la Religion* de 16 de Febrero de 1833 le dedicó un artículo. —S. B.

NICOLAO I (S.) papa. Sucedió á Benedicto III en 24 de Abril de 858, á los quince dias de la muerte de su predecesor. Habia nacido en Roma y era hijo de Teodoro. El papa Sergio habia vigilado su educacion, y despues le ordenó de subdiácono. León IV le promovió al diaconado, y Benedicto le mostró tanta confianza y afecto, que le retuvo constantemente á su lado, y aun le dió cierta participacion en el gobierno de la Iglesia. Cuando murió este pontífice, el mismo Nicolao le colocó en el féretro y le dió sepultura con los otros diáconos. El emperador de Occidente Luis, al saber que habia muerto Benedicto, regresó á Roma de donde habia salido pocos dias ántes, y presenció la eleccion de Nicolao, por cuyo motivo pudo ser esta más breve, porque no hubo que aguardar la confirmacion del Emperador. Este pontífice fué elevado al trono de S. Pedro por el voto unánime del pueblo y clero reunidos, en premio de las virtudes que en él resplandecian. Preciso fué usar de violencia hasta cierto punto para que Nicolao aceptára la tiara, y cuando su humildad hubo cedido, fué conducido al palacio de Latran, de aquí al de

San Pedro, y consagrado y entronizado en presencia del Emperador, celebró los divinos oficios sobre el cuerpo del Santo Apóstol. Esta inauguracion colmó de alegría al pueblo. Dos dias despues el Papa comió con el Emperador, quien saliendo de Roma, se dirigió á Quinton. Allí pasó á visitarle el Soberano Pontífice, recibiendo de parte de Luis las mayores muestras de consideracion y de respeto; pues al llegar Su Santidad, saltó de su caballo el príncipe, y fué á su encuentro y tomó la brida del de Nicolao para ayudarle á bajar. Eran demasiado graves los acontecimientos que tenian lugar en Oriente para no llamar desde luego la atencion de este Soberano Pontífice. El emperador Miguel III envió una embajada solemne á este Papa para que cesára el cisma que habia estallado con motivo de la deposicion del patriarca S. Ignacio, al cual Focio habia sustituido. Nicolao envió legados á Constantinopla para esclarecer este asunto, resultando de sus informaciones que si la doctrina de Focio no era ortodoxa, la deposicion de S. Ignacio tampoco era regular, y por lo tanto que debia ser restablecido en su silla, de la cual habia sido injustamente lanzado. Focio, apoyado en el valimiento de Bardas, hermano de la emperatriz, eludió obedecer á esta decision: al mismo tiempo un concilio celebrado en Constantinopla, compuesto de trescientos diez y nueve obispos, apoyó el partido de Focio, y los legados del Papa tuvieron la debilidad de dejarse sorprender y de adherirse á decisiones del Concilio. A su regreso los legados hicieron á Su Santidad una artificiosa relacion de lo ocurrido, mas como Nicolao reunia á una natural circunspeccion una penetracion y tacto poco comunes, escuchó con prevencion á los legados, mayormente habiendo sabido por el patriarca Ignacio, que halló medios para advertirle todo lo ocurrido en el supuesto concilio de Constantinopla. Al siguiente año, con más conocimiento de causa, el Papa no dudó ya de la connivencia de sus legados con Focio y sus partidarios, y deseando atajar los males con toda la prontitud posible, reunió en el invierno de 863 un concilio en Roma, en que despues de haber examinado la causa con toda detencion, y oidas las dos partes, el legado Zacarías quedó convicto y confeso, y en su consecuencia fué excomulgado y depuesto de la dignidad episcopal. En seguida se anuló el falso concilio de Focio, y se pronunció contra este la sentencia siguiente: «Focio, que ha seguido el partido de los »cismáticos y dejado el estado militar para que le ordenase Gregorio de Si»racusa, que habia sido condenado mucho tiempo ántes; que viviendo »nuestro hermano Ignacio, patriarca de Constantinopla, ha usurpado su »silla y se ha apoderado del rebaño como un ladron; que se ha atrevido á »deponer y á anatematizar á Ignacio en concilio; que ha violado el derecho »de gentes para corromper á los legados de la Santa Sede, y los ha obligado »no solo á infringir nuestras órdenes, sino tambien á combatirlas é impug-

»narlas; que ha arrojado á los pastores fieles y ha puesto otros en su lugar; »que continúa persiguiendo la Iglesia y no cesa de tratar inhumanamente á »nuestro hermano Ignacio: Focio, decimos, culpable de tantos crímenes, »sea privado de todo honor sacerdotal y de toda funcion eclesiástica, por la »autoridad de Dios omnipotente, de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo y de »todos los santos, de los seis concilios generales y del juicio que por nuestro »medio pronuncia el Espíritu Santo. Si despues de llegar á su noticia este »decreto, forma empeño de retener la silla de Constantinopla y no permite »que Ignacio gobierne en paz su Iglesia, ó si osa inmiscuirse de cualquier »modo que sea en el santo ministerio, quede excluido de toda esperanza de »volver á entrar en la comunion, y sea anatematizado, sin poder participar »del cuerpo y sangre de Jesucristo como no sea en el artículo de la muerte. »Gregorio de Siracusa, que consagró á Focio, y todos aquellos que recibie- »ron del mismo Focio las órdenes sagradas, sean tambien excluidos de todas »las funciones clericales. En cuanto á nuestro hermano Ignacio, arrojado »de su silla por la violencia del Emperador y la prevaricacion de nuestros »prelados, declaramos en virtud de la autoridad de Jesucristo, que no ha »incurrido jamás en la deposicion ni el anatema, pues ha sido condenado »por unos hombres que carecian de toda potestad para ello. Por lo tanto le »restablecemos en su dignidad y en sus funciones; y cualquiera que en lo »sucesivo le perturbe ó le impida de modo alguno, sin que preceda el con- »sentimiento de la Santa Sede, será depuesto si es clerigo y anatematizado si »es lego, sea cual fuere su clase ó dignidad. Ordenamos tambien, bajo pena »de anatema, que los obispos y clérigos depuestos desde la injusta expulsion »de Ignacio, sean restablecidos en sus iglesias y en sus funciones, no obs- »tante los crímenes de que se le acusára, acerca de los cuales deben ser juz- »gados, pero solo por la Santa Sede.» Por último, el concilio confirmó la tra- dicion relativa á la veneracion de las imágenes, que era el único objeto para el cual habia autorizado el Sumo Pontífice á sus legados. Focio despreció los mandatos de la corte de Roma, y continuó ocupando el patriarcado á pesar de ser lego, y persiguiendo á S. Ignacio apoyado en la proteccion del Emperador, cuyo carácter violento y desarreglos favorecia. La ira de este cismático estalló con mayor fuerza contra el Papa con motivo de la conver- sion de Bogoris, rey de los Búlgaros, y de todo su pueblo, acontecimiento que llenó de alegría á toda la Iglesia Romana. Este monarca acudió al Papa para consultarle sobre varios puntos de dogma y disciplina, y como este paso inspiró celos á Focio, desplegó toda su venganza contra los partidarios de la Iglesia Católica. No satisfecho todavía, quiso poner el sello á su audacia con- vocando una asamblea de obispos poco numerosa, en la que se atrevió á condenar al Soberano Pontífice y á deponerle; y para dar mayor peso á este

atentado, solicitó el apoyo del emperador Luis, prometiéndole si se adheria á la sentencia la reunion á su corona del imperio de Oriente. Mas la muerte de Miguel atajó toda esta série de males, porque habiéndole sucedido Basilio el *Macedonio*, restableció á S. Ignacio en la silla de Constantinopla. La ruidosa cuestion del divorcio de Lotario empezó en el pontificado de este Papa, ó sea en el año 863. Nicolao dedicó todo su celo á conservar su jurisdiccion suprema sobre los obispos, como se acredita con lo practicado respecto al arzobispo Juan, de cuyas exacciones se lamentaban los habitantes de Rávena. El Papa convocó un concilio en Roma, en el que el sentenciado fué condenado por entónces y depuesto de su silla; y si bien dirigió éste sus quejas al Emperador, este príncipe le aconsejó que se sometiera á su autoridad, y con esto alcanzó el perdon. Rotado, obispo de Soissons, habia sido excomulgado por Hingmaro, arzobispo de Reims, su metropolitano, en un concilio nacional celebrado en S. Crispin, por haber destituido á un cura sorprendido *in fraganti*. Esta excomunion habia sido fulminada en un sínodo provincial compuesto de treinta y tres obispos. Rotado apeló de esta sentencia ante el metropolitano, y el Papa, acogiendo su demanda, mandó con conocimiento de causa, que fuese reintegrado en sus honores conforme á la decision de un concilio solemne, al que fueron convocados todos los obispos de las Galias, de la Germania y de la Bélgica. En esta cuestion los obispos de Francia disputaban á Su Santidad el derecho de juzgarlos definitivamente; pero el Papa invocaba la autoridad de las decretales y las opiniones de S. Leon, de S. Gregorio y de S. Gelasio, y por más que Fleury rechace la autoridad de las decretales, porque se ha encontrado falsa alguna de las contenidas en la coleccion de Isidoro Mercator, es difícil combatir de un modo convincente los ejemplos de los Santos Padres, invocados por Nicolás. Además, este Pontífice expuso su doctrina en un escrito en el que se sostiene que los cánones han querido que en todas las partes del mundo conocidas pudiese apelarse á la autoridad de la Sede Apostólica. Este Pontífice falleció en 13 de Noviembre de 867, despues de haber gobernado la nave de S. Pedro nueve años. Todos los historiadores que se han ocupado en los actos de este pontificado, han elogiado sus virtudes, sus luces, su caridad y la firmeza de la conducta del papa Nicolao, habiendo merecido que Urbano VIII le inscribiera en el Martirologio Romano. Las cartas que escribió, que pasan de ciento, fueron impresas en Roma, 1542 en fólio, y se hallan en la *Coleccion de los Concilios*. Su *carta* á los obispos de Germania, publicada por Masteni, acredita que en el siglo IX la penitencia pública estaba aun en uso para determinados delitos. Sucedióle Adriano II. — M.

NICOLAO II, llamado ántes de su advenimiento al trono pontificio *Gerardo*. Nació en el castillo de Chevron, en Saboya, que entónces formaba parte

del reino de Borgoña, y fué elegido en Siena el 28 de Diciembre de 1058. Despues del fallecimiento de Esteban IX, una faccion tumultuosa, dirigida por los oligarcas de Roma, habia hecho nombrar á un intruso. El cardenal Hildebrando, que durante estas ocurrencias acababa de llegar de su embajada de Alemania, dió luego un nuevo sesgo á este negocio, pues indignado de lo que habia ocurrido durante su ausencia, consultó en Florencia con el virtuoso Pedro Damian lo más conveniente en aquellas circunstancias, y escribió á las personas más sensatas y de más buenos sentimientos de Roma que eligiesen á Nicolao de Siena. Luego reunió un concilio en Sutri, bajo la proteccion del duque de Lorena y de Toscana, é instaló en el acto á su protegido en el trono de S. Pedro. Esta solemnidad se verificó en 8 ó 18 de Enero de 1059 y es el primer papa que hallamos en la historia coronado. El arrepentimiento y la retirada del Papa intruso allanaron del todo los obstáculos, y Nicolao hizo uso desde luego de su autoridad legítima sin la menor oposicion. Este Papa ordenó sacerdote y creó despues cardenal al famoso abad Didier, y le confió la reforma de los monasterios de Italia. Más adelante convocó en Roma un concilio, en el que se acordaron las formalidades que debian observarse en la eleccion de los papas, consignándolas en estos términos: «A fin, pues, de que no vuelvan á experimentarse jamás semejantes desgracias, mandamos, segun las disposiciones de los Padres, que luego del fallecimiento del Papa, traten de la eleccion, ántes que otro alguno, los obispos cardenales reunidos, y que éstos llamen despues á los clérigos cardenales para que presten su consentimiento lo demás del clero y el pueblo. »No debemos olvidarnos de lo que dijo nuestro predecesor Leon, de santa memoria, á saber, que no han de reputarse pastores los que no son elegidos por el clero, ni pedidos por el pueblo, ni consagrados por los obispos de la provincia, de acuerdo con el metropolitano. Pero como el Papa no tiene metropolitana, corresponde hacer sus veces á los obispos cardenales. »Se hará la eleccion en el seno de la misma Iglesia que se trata de proveer, si hay en ella sugeto digno de ello, y sino en alguna otra, salvo el honor debido á nuestro amado hijo Enrique, que es al presente rey, y será emperador, mediante la voluntad de Dios, segun se lo hemos concedido ya. »Igual honor se tributará á aquellos sucesores suyos, á quienes la Santa »Sede haya concedido personalmente el mismo derecho. Si el poder de los malos se opone á que se haga en Roma una eleccion legítima, los cardenales obispos, reunidos con el clero y con los seglares temerosos de Dios, aunque sean en corto número, tendrán derecho para elegir papa en el sitio que juzguen á propósito; y si el electo no puede ser entronizado en la Santa Sede segun costumbre, no carecerá por eso de la autoridad competente para gobernar la Iglesia Romana y disponer de todos sus bienes, como lo

»hizo S. Gregorio ántes de su consagracion. Si alguno es elegido, consagrado »ó entronizado con desprecio de este estatuto, sea anatematizado y depuesto »con sus cómplices.» Este Papa hizo un viaje á Puya, para reconciliar á los normandos con la Iglesia Romana, y en su consecuencia la Iglesia volvió á incorporarse del dominio temporal de aquellas tierras del patrimonio de S. Pedro, que habian sido ocupadas por los normandos.—El Papa continuó en la posesion de la Pulla y la Calabria, exceptuado el Benevento, con el gravámen de una prestacion anual. Tal fué el orígen del reino de Nápoles. Los normandos agradecidos acompañaron al Papa á Roma, y de paso redujeron á la debida obediencia á algunos señores que habian usurpado bienes de la Iglesia y los tiranizaban desde mucho tiempo. En 1059 el Pontífice diputó dos legados á Francia para asistir á la consagracion de Felipe I, hijo de Enrique, que á la sazon contaba siete años: Nicolao conservó durante su gobierno pontificio el obispado de Florencia, en cuya ciudad falleció el 22 de Julio de 1061, despues de dos años y cerca de siete meses de pontificado. Existen cuatro *cartas* de este pontífice en la Coleccion de los Concilios, en la *Italia sacra* de Enghelli, en las *Miscellanea de Balusio* y en la *Marca hispánica*. El decreto relativo á la eleccion de Papas se halla en el tomo II del *Corp. Hist. Med. Ævi;* por Eckhart. Nicolás de Aragon ha escrito su vida, que ha sido impresa por Muratori en sus *Scriptores rerum Italic.*, tomo III, parte I.

NICOLAO III, llamado ántes de subir al trono pontificio *Juan Cayetano Ursini*. Era cardenal diácono cuando fué elegido papa en Viterbo el 25 de Noviembre de 1277 para suceder á Juan XXI. Tenia una estatura proporcionada, y su modestia corria al par que su hermosa figura. En la infancia San Francisco le predijo su grandeza futura, de lo cual era digno por su sabiduría y prudencia. Nicolao III atendió como era debido á los intereses temporales de la Sánta Sede en sus negociaciones con el emperador Rodolfo y el rey de Sicilia, Cárlos de Anjou, obligando al primero á restituir las ciudades de Bolonia, Imola, Faenza y varias otras que pertenecian á los estados eclesiásticos. Con respecto á Cárlos, el Papa le obligó á renunciar en un tratado particular al vicariato en todo el imperio de Toscana, así como al título de patricio de Roma. Un historiador florentino, Malespino, atribuye estas últimas concesiones al fundado resentimiento del Papa contra el rey de Sicilia, cuyo monarca habia rehusado dar la mano de una de sus nietas al sobrino de Nicolao, diciendo: «Que aun cuando llevase el calzado encarnado, su familia no era digna de enlazarse con la suya, porque su estado no era hereditario.» El deplorable estado en que se hallaban los cruzados en Palestina, tenia afligido el ánimo de Nicolao, que excitaba su celo con preferencia. Al efecto concedió el diezmo de las rentas del clero al rey de Inglaterra, quien ha-

bia prometido cruzarse y pasar con un ejército á la Tierra Santa; pero las promesas del monarca inglés fueron solo ilusorias. Sérias desavenencias mediaban entre el rey de Francia Felipe el *Atrevido* y el rey de Castilla, el Papa deseó terciar en ellas para restablecer la buena inteligencia, y al efecto se designó la ciudad de Tolosa por punto donde debian celebrarse las conferencias; pero vanos fueron los celosos esfuerzos de este Papa, así como las tentativas tantas veces repetidas para la reunion de la Iglesia griega á la latina. Nicolao III falleció el 22 de Agosto del año 1280, y ocupó el trono de S. Pedro dos años y nueve meses. Colmó de riquezas á sus parientes con la magnánima generosidad de un monarca. Mandó reedificar casi del todo la iglesia de S. Pedro, uniendo á ella un magnífico palacio que edificó para habitacion de los empleados de su corte. Su objeto, dice un autor, era dividir su imperio en cuatro reinos, Alemania, Viena del Delfinado, Lombardía y Toscana. Sucedióle Martino IV. —M.

NICOLAO IV, papa: llamábase Gerónimo de Ascoli, y fué elevado al trono de S. Pedro por unanimidad en 15 de Febrero de 1288. Sucedió á Honorio IV, ocho meses despues del fallecimiente de este Pontífice. Este interregno fué ocasionado por haber fallecido del contagio seis ó siete cardenales de los reunidos en el cónclave, y haberse dispersado los demás dominados por el terror. La modestia de este Papa era tan grande, que costó mucho obtener de él que aceptára la tiara. Perteneció anteriormente á la religion de Menores, de cuya Orden fué general, y el primero que la misma cuenta entre los papas. Durante su gobierno mostró particular afecto á los Gibelinos, elevando á la familia Colonna y deprimiendo á los Güelfos y al rey Cárlos. Al principio de su pontificado recibió una embajada de Argon, kan de los tártaros, que pedia recibir las aguas del bautismo, y prometia contribuir á la conquista de Jerusalen á nombre de los cristianos. Aflictivas eran las nuevas que se recibian cada dia de los cruzados de Palestina. Acre hábia sido tomada y entregada al saqueo: los cristianos, acobardados por los progresos de los musulmanes, habian abandonado la ciudad de Tiro sin oponer resistencia; en suma, los latinos perdieron todo cuanto les quedaba en el país. A vista de estos descalabros, Nicolao redobla sus esfuerzos y excita de nuevo el celo de los príncipes cristianos. Al efecto expidió varias bulas para una nueva cruzada, y mandó convocar diferentes concilios; mas la muerte de este Papa ocurrida en 1292, despues de cuatro años de pontificado, vino á inutilizar los esfuerzos de su celo. Este Pontífice era digno de la tiara, así por sus virtudes como por su talento, pues en los cargos que desempeñó y en los negocios que le confiaron sus predecesores, acreditóse de hábil filósofo y profundo teólogo. Gobernó la Iglesia con sabiduría, apaciguó las disensiones que se habian levantado en Roma y en otros puntos de los estados

eclesiásticos y concilió á varios príncipes cristianos y especialmente los reyes de Sicilia y Aragon. En 1289 erigió la universidad de Mompeller, y al morir dejó escritos varios *comentarios sobre la Sagrada Escritura y el Maestro de las Sentencias*. Existen de este Papa varias bulas á favor de los religiosos de su Orden, á la cual protegió concediéndola importantes privilegios. Imprimióse en Pisa, 1661, una vida de este Papa con el siguiente título: *Vita Nicolai papæ IV ab Hieronimo Rebeo, composita nunc primum ex manuscripto Vatticano edita, adnotationibus novisque accesionibus illustrata à P. Antonio Felice Matheo*; un tomo en 8.°

NICOLAO V (Tomás de Sarsana), cardenal obispo de Bolonia. Nació en un pueblo cerca de Luni y fué elegido papa contra su voluntad. Sucedió á Eugenio IV en 1447, y desde el momento que subió al trono pontificio, consagró todas sus vigilias al restablecimiento de la paz en la Iglesia, y especialmente en Italia, habiéndole cabido la satisfaccion de ver coronados sus esfuerzos con el resultado más satisfactorio. Los alemanes abandonaron la causa del antipapa Felix y se sometieron á la obediencia de Nicolao. Cárlos VII, rey de Francia, aprobó su eleccion y envió á este Soberano Pontífice una embajada, que segun Necesai dió orígen á la pompa y gastos de esas grandes ostentaciones con que los reyes manifestaban su obediencia en cada pontificado. El antipapa Felix conoció tambien su deber, y en cambio Nicolao le trató tan generosamente, que le nombró dean de los cardenales. Esta moderacion fué muy elogiada por los grandes, y valió al Soberano Pontífice la amistad y apoyo de los más ilustres de Roma. Los príncipes de Italia desistieron de sus propósitos de guerra, y la Iglesia vió lucir dias más serenos y bonancibles con la extincion de un cisma que la afligió tanto tiempo. Anunciόse para el año 1449 el jubileo universal, conforme á la bula de Clemente VI, que lo habia establecido cada cincuenta años, y fué tan grande la muchedumbre que atrajo á Roma esta solemnidad, más grande todavía con la canonizacion de S. Bernardino de Sena, que entónces se ejecutó, que á pesar de todas las precauciones tomadas de antemano por el Papa, muchas personas quedaron ahogadas entre la confusion y el tumulto que hubo en las iglesias, habiendo caido más de noventa personas al rio, empujadas unas contra otras en el puente de S. Angelo. Recibió Su Santidad honoríficamente á un gran número de peregrinos distinguidos, entre otros al arzobispo electo de Tréveris, á quien dió permiso para fundar una universidad en su metrópoli, y al conde de Cillai en Stiria, tan célebre por sus vicios como por sus poderosas alianzas. Hasta entónces el papa Nicolao habia vivido feliz y tranquilo entregado al gobierno de la Iglesia y al esplendor de la religion; pero una conspiracion tramada contra él y los cardenales por Estéban Porcario, que pagó su delito en el cadalso, turbó la paz de su ánimo. De otra

parte la tenacidad de los griegos en no querer admitir los decretos del concilio de Florencia, afligian tambien su bondadoso corazon. En vano previendo las desgracias de aquel imperio escribia en tono profético, segun la palabra del Evangelio, que si la higuera que cultivaba no producia fruto, sería cortada hasta la raiz, y la nacion griega arruinada. Esta prediccion, hecha en 1451, tuvo efecto despues con la toma de Constantinopla, á pesar de haber enviado el Papa al socorro de esta capital una flota de sus galeras equipada á sus costas, pues este refuerzo llegó cuando ya no habia medio de salvacion. Este Pontífice falleció en 1455, y ocupó el trono de S. Pedro ocho años y diez y nueve dias. En su pontificado renacieron con esplendor las letras, sumidas durante muchos siglos en la barbarie gótica, pues Nicolao era el primero que cultivándolas animaba á los que se consagraban á su estudio. Enriqueció su biblioteca con muchos manuscritos griegos y latinos, mandados recoger de todas las partes del mundo, é hizo traducir las obras griegas, recompensando espléndidamente, así á los traductores como á los comisionados que tenia para la reunion de las obras antiguas. Se dice que llegó á prometer mil ducados, á quien le proporcionase el *Evangelio de S. Mateo* en lengua hebrea. Son público testimonio de la solicitud de este Pontífice para el bien del pueblo, el honor de las letras y la gloria de la religion, las muchas obras construidas en Roma y otras partes. Los palacios, las iglesias, los puentes y las fortificaciones; los griegos refugiados y los nobles pobres socorridos con liberalidad; las jóvenes colocadas en matrimonio y los beneficios y empleos públicos confiados únicamente á los que lo merecian manifiestan la liberalidad y magnificencia de este Pontífice, tan celoso por el bien del pueblo como por la gloria de la religion. Tuvo por sucesor á Calixto III. —N. M.

NICOLAO Ficunanga (H.), religioso de la Compañía de Jesús. Este religioso fué japonés, natural de Omi, criado desde muy niño en el seminario, insigne predicador y catequista por espacio de cuarenta y cinco años, que fué individuo de la Compañía de Jesús. Fueron innumerables los japoneses que convirtió y bautizó en varios reinos de aquel imperio. En la persecucion del Daifu fué desterrado á Meaco, y en la de Xogun volvió al Japon, llenado del celo por el bien de las almas, donde contadas las habilidades de su grande talento, esforzó á muchos flacos en la fe hasta ser preso en Ficem; fué el primero en quien ejecutaron el tormento de las cuevas, que solo en el infierno se podia inventar. El modo de este inhumano y cruelísimo suplicio, es colgar al que lo padece de los pies, atadas atras las manos y metido desde las rodillas hasta la cabeza en una cueva estrecha, cavada en la tierra y cerrada la boca con dos tablas muy justas, para quitarle la luz que le puede entrar por encima, y toda comunicacion de cualquier alivio que pu-

diera recibir. En este tormento tuvieron al hermano Nicolás cuatro dias en batalla perpétua, para que dejase la fe; pero la Vírgen Santísima le confortó en aquel paso, asistiéndole con su presencia y con grandes favores. No cesaba este siervo de Dios en aquel tormento de predicar á los gentiles con grandes voces, aconsejándoles recibiesen la ley divina, pues sola era la verdadera. Espantábanse y se admiraban los gentiles al ver tanto desenfado y constancia en tan penoso trabajo como estaban haciendo sufrir al mártir de Cristo, quien les decia con mucha gracia y donaire, que mal podia tener pena, cuando la Vírgen Santísima le consolaba y refrescaba con agua. Los ministros de justicia, haciendo diligencias para ver si era verdad, hallaron en la cueva un caño de agua milagrosa; viéronle tambien algunas veces las manos desatadas y sentado encima de las tablas que tapaban la cueva, sin saber cómo podia ser que un hombre tan penado se pudiese aliviar de aquel modo sin algun favor divino. Y admirados los gentiles de verle tan gozoso en medio de tantos tormentos, le preguntaron si tenia alguna pena, les respondió que no sentia ninguna, más que el gran disgusto de que no fuese cristiano el Xogun y todo el Japon. Con el valor con que sufrió tan atroz tormento hizo perder el miedo á todos los que le podian dar, y así le cortaron la cabeza por mandato del Xogun á 20 de Julio de 1626. Escribieron de este glorioso mártir Antonio Cardin y Bartolomé Guerrero en su *Corona gloriosa*, cuarta parte. —A. L.

NICOLAO Fiquecio (Fr.), religioso mínimo del órden de S. Francisco de Paula. Conocido por su ciencia y virtud, la que le valió ser nombrado asistente ó compañero del general Fr. Gaspar Pasarelo, en cuyo cargo se distinguió, y estaba llamado á ocupar otros muchos mayores, cuando fué asesinado por los herejes hácia 1591. He aquí cómo se halla referida su muerte en la historia de aquella época. Estando predicando la fe católica como verdadero hijo suyo, execrando la perfidia de los herejes calvinistas en el camino que va desde Narbona á Tolosa, un soldado, en odio de la religion, le ató á un árbol y le puso la boca de un arcabuz en la suya, y disparándole le quitó la vida, con que gloriosamente dió testimonio de la fe que predicaba, desde donde comenzó á gozar los premios eternos. —S. B.

NICOLAO de Guliniso (Fr.)., religioso mínimo del órden de S. Francisco de Paula, natural de Nápoles, donde tomó el hábito en el convento de Santa María de la Estrella, y despues fundó otro fuera de la puerta de S. Januario en muy breve tiempo, con solas las limosnas que recogió, lo cual es muy alabado por los historiadores de su órden. No lo son ménos las circunstancias de este padre, que á una sólida piedad reunia no vulgar instruccion y otras cualidades, por las que es con justicia celebrado. Floreció en el siglo XVI. S. B.

NICOLAO DE SANLUCIDO (B. P. Fr.), religioso de la órden de los Mínimos de S. Francisco de Paula. Fué uno de los compañeros de este santo patriarca y se distinguió mucho por su virtud y severas costumbres; presenció algunos de los milagros que hizo el Santo, y en el de las aguas del Faro de Mesina, por que pasó á pie enjuto S. Francisco, le acompañó el P. Nicolao. Por estas y otras circunstancias goza de gran reputacion en la Orden, y es muy celebrado por sus historiadores, no obstante desconocer las principales particularidades de su vida, pues no nos dicen las fechas de su nacimiento ni su muerte. —S. B.

NICOLAO SILVANO (B.), profeso de la Orden Tercera. Fué varon de aprobada santidad, y resplandeció con milagros, como lo dice el Ilmo. Gonzaga. —O. y O.

NICOLAO (Andrés de S.), religioso de la órden de S. Agustin, natural de América. Fué cronista de su Orden y escribió: 1.° *Passerculi solitarii planctum sive peccatoris ad Dominum conversionem;* Roma, 1654, en 8.° —2.° *Proventum mesis dominicæ Patrum excalceatorum B. Augustini Congregationis Hispaniæ;* ibid., 1656, en 4.° —3.° *Historia general de los religiosos descalzos de la órden de S. Agustin;* Madrid, 1664, en folio. —4.° *Designios del siglo más dichoso sobre la regla de S. Agustin;* Roma, 1656, en 8.° —5.° *Tesoro de Palermo y su Monte Peregrino, Vida de Sta. Rosalía;* Madrid, 1655, en 16.° —6.° *Historia de nuestra Señora de Copacabana;* Madrid, 1665. Falleció despues de haber sido prefecto provincial del nuevo reino de Granada, ignorándose el año de su defuncion. —S. B.

NICOLAO (Fr. Lorenzo de S.), religioso descalzo de la órden de S. Agustin. Publicó: *Arte y uso de la Arquitectura;* Madrid, 1639.

NICOLAS (S.), obispo y confesor. Entre los santos de este nombre, celebra la Iglesia un prelado el 9 de Mayo, del que solo hemos podido averiguar que murió el año 1391 y que es santo titular de la nacion Sueca, en la cual parece está en gran culto y veneracion. —C.

NICOLAS (S.). Véase DANIEL (S.).

NICOLAS (S.), obispo y confesor. Nació en Patara, ciudad de la provincia de Lisia, y recibió de sus padres, tan ilustres en riquezas como en nobleza, una educacion sólida y cristiana. Los escritores de su vida dicen que desde niño dió muestras de cuán grande era el tesoro de virtud que se encerraba en su seno; que todavía en la lactancia se advertia en él cierta abstinencia que coincidia casual ó milagrosamente en los dias que la Iglesia tiene establecidos los ayunos, y que cuando más adelantado en dias, todo su afan eran los ejercicios de la caridad, los consuelos de la oracion, la vigilia y el ayuno. Apartado de la compañía de los jóvenes de su edad y aborreciendo prematuramente aquellos juegos propios de la infancia, vivia en

Dios consagrado dia y noche á su servicio; de manera que en sus costumbres, en sus hábitos, en la rectitud admirable de su juicio y en el fervor santo que encendia su alma, se veia impresa la mano del Señor y el sello que revelaba al que habia de ser ornato y lumbrera de su patria. Sus piadosos padres gozábanse en las hermosas virtudes del hijo, siendo mayor su júbilo al ver la natural inclinacion que tenia Nicolás al estado eclesiástico. Su tio materno, llamado tambien Nicolás, y prelado dintinguido por su doctrina y virtud, quiso ordenarle de sacerdote, vaticinando en el acto de unirle con el altar, que aquel modesto clérigo sería en su dia modelo de pastores y padre de una grey á cuyo lado se creeria dichosa. El sacerdocio impuso á Nicolás el deber de ser todavía más penitente: si ántes era parco en la mesa, hoy su sobriedad era una abstinencia contínua: si ántes domaba su carne con mortificaciones, hoy los cilicios eran su vestido ordinario, y si ántes la oracion era su consuelo y la caridad su ocupacion, hoy estos actos constituian una parte esencial y necesaria de su vida. Grave al par que bondadoso, caritativo sin ostentacion, y tan severo consigo mismo como tan complaciente para con los demás, Nicolás fué luego en el sacerdocio un ejemplo viviente de edificacion. Ocurrió algun tiempo despues una enfermedad contagiosa, que se extendió por toda la provincia de Lisia: innumerables eran las víctimas que sucumbian á la peste, á las que se añadian los estragos del hambre y la miseria Los caritativos sentimientos de Nicolás hallaron en esta ocasion vasto campo en que ejercitarse; pero tambien el Señor puso á prueba su resignacion y fortaleza de ánimo, derribando sus padres al sepulcro víctimas de la enfermedad desoladora. Nicolás sobrellevó este golpe con la resignacion de un santo, y tributando á los autores de sus dias los últimos deberes, empezó á distribuir entre los pobres las cuantiosas riquezas que heredaba de sus padres. Hizo un uso tan acertado de estos dones de la fortuna, que si con ellos hallaron la orfandad y la viudez el socorro de sus necesidades, tambien la honestidad y el pudor encontraron poderoso báculo en la mano caritativa de Nicolás. Tan ingenioso como solícito éste en hacer limosna, procuraba evitar á las personas socorridas el rubor de la miseria, y no pocas veces doncellas honestas, que su miserable estado les ponia en riesgo de sucumbir á las tentaciones mundanas, salvaron su vida, su honra y su alma con las oportunas larguezas de este ilustre hijo de Patara. Su tio acababa de fundar un monasterio, y deseando dar á los monjes que le poblaban una regla de la conducta que debian observar, nombró abad á su sobrino. La santidad y la prudencia resplandecieron en el gobierno de aquella casa: las virtudes cristianas y monásticas florecieron á competencia durante la administracion de Nicolás; mas deseoso este de mayor retiro y anhelando el momento de verse libre de cuidados para entregarse del todo á la contempla-

cion divina, dejó la abadía y emprendió un viaje á los lugares santos de Jerusalen. En la travesía que hizo por mar, el Señor le reveló que la nave se veria pronto azotada por una furiosa tempestad: suceso terrible y que anunció nuestro Santo á la tripulacion cuando sereno el tiempo, mansa el agua y propicio al viento, todo hacia presagiar un viaje próspero y feliz; mas á pocas horas anublóse el cielo, las olas se encresparon y á la luz del sol sucedió el rayo y el trueno. El buque, combatido en diversas direcciones, perdió su gobernalle, y la nave á merced del viento á cada momento la tripulacion creia segura su muerte. El terror estaba pintado en todos los semblantes: unos se entregaban á la desesperacion, otros ofreciendo votos al Eterno se preparaban á morir como buenos cristianos: pero habia en la popa del buque un varon impasible, extraño á esa escena de muerte, en cuya frente brillaba la esperanza y cuyo corazon estaba en Dios: era Nicolás, que sin acordarse del peligro que su persona corria, pedia al Señor que se apiadase de aquellos pobres marineros, padres muchos de numerosa familia, y los salvase de aquel trance terrible. La tripulacion corrió tambien á agruparse á su lado, y postrados todos subieron al cielo juntas sus preces. El Omnipotente, que siempre escucha á los que con fe imploran su misericordia, extiende su mano y la tempestad cesa, el dia reaparece y la nave emprende de nuevo su rumbo. Habiendo llegado á Jerusalen, Nicolás regó con lágrimas aquellos lugares en que se operó la redencion del género humano, y siguiendo su propósito iba á retirarse al desierto, cuando supo que la voluntad del cielo era que volviese á su monasterio. Los religiosos de esta santa casa le recibieron con muestras de un júbilo inexplicable, pues habian recobrado á su padre, á su maestro, su director; mas Nicolás cediendo á un impulso interior, inspiracion divina sin duda, se despidió de sus queridos monjes y pasó á la ciudad de Mira, metrópoli de la provincia, en la cual se hallaban reunidos los obispos sufragáneos para la eleccion de prelado. Su vida dice que indecisos los sufragáneos acerca de la persona que debian nombrar, pidieron al Señor que los alumbrase, y que el resultado fué nombrar á Nicolás como la persona más digna por su santidad de ocupar tan elevado puesto. Mas sea lo que fuere, es lo cierto que nuestro Santo fué elegido por unanimidad prelado de aquella metrópoli, y que si en el convento fué ilustre guia de sus monjes, en el episcopado las virtudes de Nicolás resplandecieron tan alto que fué modelo de los más dignos. Las rentas de su mitra estuvieron luego á la disposicion del pobre: su palacio fué el ordinario albergue del desvalido, y su rebaño le halló siempre dispuesto á sacrificarse por su felicidad. Celoso mantenedor de la disciplina eclesiástica, y enemigo incansable del vicio y de las malas costumbres, convocó cada año sínodos para la reforma y buen gobierno de las iglesias de su juris-

diccion. Las azarosas circunstancias de aquella época reclamaban de todos los pastores un celo heróico y la constancia de un mártir, pues imperaban (1) Maximiano y Diocleciano, emperadores cuyos nombres estan grabados en los anales de la Iglesia con caractéres de sangre. Cebábase la persecucion en la ciudad de Mira contra los cristianos, y cada dia el sol alumbraba nuevas escenas de horror y nuevas ejecuciones, á las que eran condenados los que no tenian más crímenes que no querer manchar su alma con la impiedad y la profanacion. Nicolás arrostrando los peligros más inminentes, excitaba á los fieles á la perseverancia, los consolaba en sus juicios, animaba á los tibios, sostenia el valor de los que espiraban en el martirio, y rogaba á Dios que levantase á los caidos, y no permitiese que en la lucha quedase vencida la verdad y la fe. Preso á su vez el santo prelado nada pudo conseguir hacerle titubear en el cumplimiento de sus funciones pastorales; y como su virtud tenia tan grande ascendiente aun entre los paganos, contentáronse con desterrarle por no exasperar al pueblo. Cuando subió al trono el emperador Constantino, S. Nicolás y los demás cristianos que con él fueron presos recobraron su libertad y volvieron á sus hogares. Devuelto el santo prelado á su iglesia, recorrió todos los pueblos de su obispado, impulsando los progresos de la fe, derribando los templos de los falsos dioses y combatiendo el error donde quiera que se manifestase. Los esfuerzos del Santo iban acompañados de milagros evidentes, con que el Señor acreditaba la santidad de su doctrina, los cuales extensamente se refieren en algunas de las vidas que se han impreso de S. Nicolás. Lleno de dias, pero más aún de virtudes, hallóle la muerte ocupado en el cumplimiento de sus deberes el 5 de Diciembre del año 326, entregando en dicho dia su espíritu al Señor. La noticia de su muerte cundió con una rapidez eléctrica por la ciudad y toda la comarca. El pueblo corrió á venerar los restos de su pastor, y los obispos sufragáneos y el clero, seguidos de muchos fieles, les dieron con toda solemnidad honorífica sepultura en un magnífico templo que á la sazon existia en dicha ciudad. Los prodigios que se obraron sobre su tumba fueron cada dia en aumento. Su sagrado cuerpo fue trasladado de Mira á la ciudad de Bari, reino de Nápoles, á 9 de Mayo de 1087, donde se guarda con gran veneracion y está ofreciendo un milagro constante por la fragancia del licor que mana de su cuerpo. La vida de este ilustre Santo ha sido escrita por muchos autores, y en todos se cuentan curaciones maravillosas, hechos sobrenaturales y casos raros y sorprendentes debidos á la eficaz intercesion de este ilustre Santo. La Iglesia honra sus virtudes en 6 de Diciembre.—M.

(1) Algunos autores afirman que este Santo vivió en tiempo del emperador Licinio.

NICOLAS (S.). Fué este esclarecido mártir compañero de S. Leonardo, y ambos maestros de los cristianos y curas de Salamanca en el pueblo de Ledesma, donde padecieron martirio por la fe á manos de los sarracenos, durante su invasion en esta como en las demás provincias de España. Ardiendo en celo por la gloria de Dios, habian con buenas trazas obtenido del rey Alcama permiso para edificar una iglesia católica, lo cual hicieron en las orillas del rio Tormes, dedicándola al glorioso S. Juan, y proporcionando á los fieles un lugar adecuado para que celebrándose en él los divinos oficios, y ejerciéndose la predicacion del Evangelio y enseñanza de la doctrina cristiana, tuvieran donde cumplir las prescripciones eclesiásticas, y recibir los santos sacramentos, con lo cual la gloria de Dios iba en aumento y eran cada dia más seguros los triunfos que obtenia la fe en aquellos corazones endurecidos tan solo á consecuencia de una fatal obcecacion, la cual desvanecida por los convincentes argumentos de la verdad católica, daba por resultado el que muchos, abandonando la religion falsa en que se criaron, profesaban la cristiana. Tal aconteció con un hijo del mismo Rey, y esta gloria del catolicismo fué un motivo de persecucion para S. Nicolás y su compañero; pues decidido el jóven á sufrir cuanto el inexorable furor de su padre quisiera castigarle, se atrevió á manifestar que él era cristiano; es decir, que queria recibir el sagrado bautismo, con lo cual se exasperó su padre, de manera que temió mucho el mancebo que en aquel momento mismo acabára con él, lo cual no ejecutó sin duda por permision del Señor, que quiso que sus ministros tuvieran el consuelo de administrarle el sagrado bautismo, poniéndole por nombre Nicolás, que quiso llamarse en veneracion de su distinguido maestro el cura de aquel lugarcillo mismo donde habia estudiado y aprendido los fundamentos de la religion que ahora aceptaba con tan grande entusiasmo. Puesto ya en el número de los siervos de Cristo, y fortalecido con el vigor que da la gracia, se creyó obligado á confesar paladinamente su fe, por lo cual á su mismo padre le indicó la resolucion que tomára. Es consecuencia legítima de la dureza de carácter de aquellos aguerridos extranjeros y del odio que profesaban á la religion de Cristo, que todo el enojo de Alcama se concitára contra su hijo y los maestros que le enseñáran, siendo todos tres sentenciados á morir apedreados, despues de haber él tratado de cerciorarse de la firmeza de su fe, y hallado que si constantes y decididos estaban los maestros, decidido y constante, firme y satisfecho estaba tambien el discípulo. La sentencia se llevó á cabo, y los mártires se vieron rodeados de gloria en su espíritu, miéntras su cuerpo yacia yerto entre las piedras con que les atormentaron, y su fama corrió de uno á otro ámbito de la tierra, y la Iglesia se complació en tenerlos por hijos y defensores de la fe, y colocándolos en los altares, despues de haber inscrito sus

nombres en el libro de los santos, hizo glorioso á Nicolás, á su compañero y á su discípulo; porque ellos, y especialmente el cura le ilustraron con sus doctrinas y con sus ejemplos, encaminados desde luego á la mayor gloria de Dios y al bien y felicidad de la miserable humanidad; puesto que no faltaron imitadores del jóven hijo del monarca á quienes no intimidó la muerte con sus rigores, ántes por el contrario, les prestára aliento la fundada esperanza de que no podian ménos de obtener de Dios un galardon, y un galardon precioso, quienes para servicio y amor de Dios sacrificaban lo más precioso que el hombre tiene, su vida, y la ofrecian perdiendo con ella para con su pueblo toda la reputacion y estima que hasta entónces hubiesen podido adquirir. Y todos estos triunfos son debidos á los heróicos esfuerzos de nuestro S. Nicolás, que no dejando de confesar la fe en aquella comarca poseida por los sarracenos, se hizo acreedor á la gloria que hoy posee.—G. R.

NICOLAS (S.). Fué este distinguido monje benedictino fundador y primer abad del monasterio Amdreviense en Polonia, al cual ilustró con sus virtudes extraordinarias y con sus excelentes méritos; pues pudo de esta suerte sufrir las contrariedades que son consiguientes á su importante cargo, tanto mayores cuanto más notable es el lugar donde estas se verifican. No nos han quedado detalles de la excelente vida de tan esclarecido monje, mas hay una razon que nos convence de que fué muy virtuoso, y es que la Iglesia nuestra Santa Madre; columna firmísima de verdad, é incapaz de engañarse ni engañarnos, no solo ha declarado heróicas sus buenas acciones, sino que incribiéndole en el precioso catálogo de los santos, ha asignado á su memoria en la Orden Benedictina y aun en las iglesias de Polonia el dia 13 del mes de Junio, que fué cuando acaeció su preciosa y gloriosísima muerte.—G. R.

NICOLAS (B.), obispo. En los más acreditados documentos de la siempre distinguida Orden Benedictina se hace mencion el dia 24 de Setiembre del B. Nicolás, obispo Roschildense, el cual se señaló mucho por su celo y afan en defender las inmunidades de la Iglesia. Habia aprendido desde sus primeros años que esta benéfica sociedad tiene por sí misma una existencia propia, independiente, libre, y que por consiguiente los ministros para el ejercicio de su ministerio y los fieles para la práctica de los deberes que prescribe y de los preceptos que impone, no deben ni pueden depender de otro poder que del de ella misma, en cuyo concepto defendió sus prerogativas sin temer nada de lo que contra la Iglesia podian disponer los soberanos temporales, y estando por consiguiente preparado á sufrir todo cuanto por tan excelente motivo quisiesen hacer contra él. Advertiremos, pues nos parece muy del caso el que esto se sepa, que el carácter de Nicolás no era ni vio-

lento ni duro, sino muy comedido y templado, por lo cual todas sus resoluciones fueron prudentísimas y muy conformes no solo al espíritu de la Iglesia, sino á lo que prescribia la recta razon, cuya exactitud de juicio no era sin embargo una salvaguardia contra los rudos ataques de sus enemigos, que mirando las cosas bajo un prisma segun el cual no deben mirarse, trataron de atraerle á sus opiniones; pero todo en vano, pues nunca pudieron hacerle discrepar un ápice de la verdad, toda vez que llegaba al conocimiento y apreciacion de esta. De aquí que empeñado en sostener la independencia y libertad de la Iglesia, y la dependencia absoluta que de ella tienen todos y cada uno de sus ministros, así como los fueros y derechos que á la misma competian, no conviniendo con el supremo imperante de su reino, que queria deprimirlos algun tanto, tuvo que sufrir un destierro tanto más glorioso cuanto ménos merecido; y libre de los deberes que le imponia su cargo pastoral, no porque él quisiera librarse, sino porque las circunstancias no le permitian ejercerlos, vivió en Claraval, sirviendo de muchísima edificacion á cuantos le vieron, y portándose en toda su conducta como si fuese un monje, á pesar de no haber vestido siquiera un dia la santa cogulla. Su preciosa muerte acaeció el año 1249, y sus virtudes le hicieron acreedor á que su nombre, inscrito en los catálogos de los beatos, pasase á la posteridad con gloria y honor, y á que su memoria la celebrasen los monjes el dia 24 de Setiembre de cada un año. —G. R.

NICOLAS (B.), abad. En el monasterio Villariense en Brabante resplandeció por los principios del siglo XIII este hombre cuyas dotes fueron muy singulares, y muy extraordinaria por consiguiente su virtud. Monje cisterciense y despues abad de su monasterio, presentó desde luego en sus obras y palabras un tino y prudencia tales, que le hicieron respetable, siendo de grande caridad para con sus prójimos, de una dulzura admirable para con los súbditos, de un sufrimiento heróico en las adversidades, de una invicta paciencia en toda especie de penalidades que le ocurrieron y que el Señor no escaseó en su siervo por lo mismo que le era muy acepto, y que en él habia desde luego fijado sus complacencias. No es extraño que no hayan podido pasar á la posteridad pormenores acerca de su vida, ya como religioso, ya como prelado, en razon á que su profundísima humildad no le permitió nunca consentir el que se consignáran de manera alguna, y su modestia le hizo que obligára á los que las conocian á que no las revelasen; en lo que no cabe duda es en que hombre de mucha oracion y mortificacion gobernaba con muchísimo acierto, habiendo conseguido su monasterio por medio de él el que desapareciesen ciertas imperfecciones ajenas en un todo del instituto monástico, y que él desterró de la manera más prudente reprendiendo los defectos, perdonando caritativo á los defectuosos, y animándolos á la enmienda, luego

que les habia convencido del extravío en que se habian dejado constituir á consecuencia de la miserable pequeñez de nuestra frágil naturaleza. Bajo estos auspicios dejó deslizar su preciosa vida, aprovechando el tiempo en favor de los fieles y de sus hermanos, hasta que Dios quiso llamarle para sí en 29 de Mayo del año 1240, siendo su preciosa muerte un nuevo testimonio de que estaba ya con Dios por la gracia el venerable abad, que por esta necesaria separacion del cuerpo y espíritu, iba á constituir este en la eterna gloria de la bienaventuranza. Pero no fué este el solo triunfo que Dios le preparó; sino que sus heróicas virtudes, declaradas tales por la Iglesia en consecuencia de lo que depusieron los testigos presenciales de sus acciones extraordinarias, le hicieron acreedor á la consideracion de beato en la Iglesia universal, y le merecieron el que en toda la Orden Benedictina se recuerde su memoria cada año en dicho dia, lo cual es muy justo tributo á quien con sus ejemplos la ilustró y con sus oraciones eficaces en la presencia de Dios la ha ayudado, ayuda y ayudará hasta el último dia de los siglos; pues hasta entónces y más será amigo de Dios su siervo el abad Villariense glorioso B. Nicolás. —G. R.

NICOLAS (Beato Fr.). En el monasterio Gemblacense recibió la cogulla del gran patriarca S. Benito este distinguido monje, siendo desde luego dechado de todas las virtudes, esmerándose en practicar hasta las más menudas reglas y aun aquellas observancias que solo espíritus muy elevados habian podido inventar. Era por tanto muy dado á la penitencia y á la oracion, y particularmente el espíritu de mortificacion con que Dios le dotára fué especial, y eso que en la Orden Benedictina ha habido muchísimos varones muy venerables que han ilustrado por este camino á la religion donde florecieron. No satisfecho, pues, su deseo con la penitencia que en su monasterio se podia practicar, á pesar de que á él no le hubiese sido difícil aumentarla, no quiso esta singularidad y prefirió el retirarse á la Villariense, donde habia entónces algunos monjes, cuyo rigor espantaba aun á los más perfectos. Allí dió rienda suelta á sus deseos, allí pudo su fervor encontrar esa santa envidia que favorece tanto á la vida espiritual; y en efecto, allí fueron para él muy provechosos los ejemplos de sus hermanos, al paso que sus ejemplos sirvieron de mucho en aquella casa, donde todos se miraban unos á otros, no con esa mirada envidiosa que suelen dirigir los del mundo, sino con una mirada caritativa en órden á los defectos y de deseo en órden á hacer cada uno cuanto más podia para el buen ejemplo de los otros, para el bien de su alma y para edificacion de los prójimos, que tenian en estos religiosos toda su confianza, consultándoles en sus más árduas empresas, encomendando á su cuidado los más delicados asuntos, y rogándoles sus oraciones para el feliz éxito de todas sus más importantes decisiones.

Esta confianza que inspiraban los monjes á los fieles de la comarca, y la muy particular á que era acreedor Fr. Nicolás, hacian que viniesen muchos á consultarle y poner en sus manos sus asuntos; y como Dios favorecia con feliz éxito las súplicas de su siervo, todos fundaban en él la confianza á que era acreedor por sus méritos. Atesorando estos con la práctica de nuevas y cada vez más elevadas virtudes, esperó tranquilamente la muerte, que acaeció despues de recibir con verdadero espíritu de devocion todos los sacramentos de la Iglesia, y exhortando á sus hermanos á la práctica de la virtud, como único medio de conseguir la felicidad eterna del cielo. Su dulce muerte, muy sentida de todos, hizo que todos fijáran su atencion en aquellas mismas acciones heróicas, que anteriormente habian pasado como desapercibidas, y llegando todo á conocimiento del vicario de Cristo en la tierra, dispuso que se probáran canónicamente, de cuyo exámen resultó hallarse su ejercicio en grado heróico, y Fr. Nicolás, por consiguiente, en la esfera de los beatos. Proclamósele como tal con las solemnidades acostumbradas, y sus hermanos conmemoran su vida admirable y preciosísima muerte el 11 del mes de Febrero de cada año, complaciéndose de nuevo cada vez en que Dios les permitiera por hermano al B. Nicolás, monje.—G. R.

NICOLAS (B.). Muchos y muy distinguidos varones han ilustrado la Iglesia como hijos de la órden de S. Benito, y entre ellos menciona el elocuentísimo y muy juicioso escritor de la misma M. R. P. Mtro. Fr. Antonio de Heredia, en su obra titulada *Flos Sanctorum de la órden de S. Benito*, al B. Nicolás, monje en el monasterio Ignaciense de Francia. Dice el Padre que este bienaventurado fué de extraordinaria virtud, y esto se confirma con la consideracion de que la Iglesia universal le reconoce como beato, y que fué muy estimado de Dios, hombre de mucha y muy ferviente oracion, en la cual recibió de su Divina Majestad singularísimos favores, cuyo detalle, sobre ser prolijo, nos parece de todo punto inútil; solo diremos, porque esto hace formar concepto de cuán aceptables eran en el divino acatamiento del Señor sus oraciones y plegarias, que como el abad hubiese fallecido en un monasterio de la Orden, acerca del cual él tenia interés y rogase á Su Magestad que hiciera que eligiesen uno cual convenia á la gloria del Señor, el Señor mismo le dijo de manera que muchos lo oyeron: *Nicolás, tu oracion ha sido oida*; y con efecto, la comunidad, que estaba algo dividida, se unió tanto para la eleccion que se hizo por unanimidad, y el sugeto fué tan á propósito, que despues de haber regido con todo acierto aquella santa casa, pasó á la eterna bienaventuranza, no así como quiera, sino entre el felicísimo número de los santos. No se sabe á punto fijo por cuándo floreció en el mundo el B. Nicolás, así como tampoco se han podido saber los muchos prodigios que aun durante su vida mortal hizo el Señor por su medio, solo

se sabe que desde muy antiguo data en la Orden el hacer honorífica mencion de este siervo de Dios, que en los catálogos todos que de sus Santos ha hecho en diversas épocas está inscrito su venerando nombre, y que el dia 9 de Febrero de cada año es el destinado á su particular veneracion, celebrándose en su honor solemne fiesta en el monasterio donde floreció.—G. R.

NICOLAS (B.), prior de Bucheto. Humilde por su nacimiento el que luego fué grandemente ensalzado por sus virtudes, pasó los primeros años, no diremos en la relajacion, ni en los escándalos, que no eran raros en su tiempo, sino en una vida poco ajustada, en la disipacion ó más bien en una verdadera inaccion, sin cometer delitos ni grandes pecados, pero sin dar tampoco un paso adelante en el camino de la virtud y de la perfeccion. Por su parte habia cierto deseo, aunque vago, de ir hácia Dios, y éste recibió del Señor un premio muy superior no solo á lo que merecia, sino á lo que se podia esperar. Dióle á conocer Su Majestad cuán equivocado estaba si creia que con una vida indiferente y tibia se podia servir á su adorable grandeza, y fundar esperanza de gozarlo, que para llegar á tan venturoso término era necesario esfuerzo, pues el Señor mismo habia dicho que no sería coronado sino quien peleare legítimamente, y esta legítima pelea habia de ser luchando y venciendo al mundo, al demonio y á la carne. Atendió Nicolás á este importante aviso, y mirando cuál sería la manera más adecuada de cumplir con lo que Dios exigia de él, se retiró al monasterio de Sta. Justina, en Génova, su patria, y allí estableció una vida arreglada y metódica, con algunos aunque no muchos ejercicios piadosos, entre los cuales contaba la santa meditacion, que fué ciertamente para él el lugar en que Dios quiso colmarle de los augustos favores que Su Majestad derrama profusamente en los que se dedican á tan meritoria obra. Uno de los dias en que nuestro bienaventurado estaba más embebido en la contemplacion de las divinas bondades, le pareció ver á Jesucristo nuestro Señor, como nos le representan los libros santos, que nos dicen la manera de existir en los dias de su vida mortal, y oyó terminantemente que el Señor con dulzura inexplicable y con un afecto como de Dios le decia: *Sequere me*: *sígueme*; y no fué necesario más para que él se decidiese á poner por obra una idea que venia meditando algun tiempo hacia, y que fué ponerse á los piés del superior de la santa casa en que servia de sacristan, y pedirle encarecidamente le concediese la cogulla, aun cuando fuera para emplearle por toda su vida en los ministerios más viles y despreciables de la casa, constituyéndose desde entónces por su propia eleccion criado y servidor de toda la comunidad, en lo cual recibia muchísima honra, pues honra era, y así lo aseguró, el ocuparse en servir á tan venerandos monjes como lo eran los de

aquel monasterio. El superior, que habia recibido tambien revelacion acerca de los designios de Dios sobre Nicolás, le recibió no como á lego, sino para padre de coro, por lo cual le obligó á hacer los estudios comenzando por latinidad, y comenzando tambien él á ser admiracion de todos, pues era en efecto cosa de admirar hallarse un hombre de regular edad confundido con los jóvenes principiantes, y sin permitirse ninguna de las exenciones ó libertades que no hubieran dicho mal, refiriéndose á una persona de sus circunstancias. Hizo, pues, su carrera, y la hizo con gran provecho, sin dejar de adelantar en la virtud, al mismo tiempo que á pasos de gigante adelantaba en las ciencias sagradas y profanas, con lo cual se puso en disposicion de recibir las órdenes sagradas hasta el presbiterado, si bien es verdad que para pasar de un grado á otro superior era preciso que la obediencia le impusiese tal precepto, pues alguna vez quiso hasta escaparse á un desierto ó granja para estar así libre de que le hiciesen tomar á su cargo tan importante ministerio. Pero como voluntad de Dios el que él fuese sacerdote, ninguna cosa pudo impedir el que se realizasen los designios de la Divina Providencia, y por sus pasos contados, despues de la más esmerada preparacion por su parte, llegó hasta el presbiterado, como hemos dicho, y en el ejercicio de tan sublime dignidad prestó grandes servicios á la Iglesia de Dios, porque dotado de mucha facilidad para la predicacion de la divina palabra, y de un tino especial para tratar los asuntos dogmáticos y morales de suerte que todos comprendiesen cuanto decia, y se moviesen á practicar cuanto aconsejaba, era oido con avidez por aquellas buenas gentes á quienes daba por consiguiente el pasto de buena doctrina con que les conducia hácia Dios. Al ver los superiores lo provechosos que eran sus trabajos apostólicos, pues naturalmente á ese afan de escucharla se seguian muchísimas conversiones, creyeron oportuno mandarle al monasterio de S. Jorge el Mayor, en Venecia, donde hizo prodigios en conversiones, siendo muy de admirar el que aun algunos monjes algun tanto extraviados que habia en su nueva casa atendieron á su voz, y por consiguiente entraron en el buen camino con gran provecho suyo y con mucho consuelo del P. Nicolás, que no tenia otro anhelo que la salvacion de las almas, único objeto que, como él decia, se propuso Jesucristo en su venida al mundo. Fué, pues, muy provechosa para la Orden y para la Iglesia en general su estancia en S. Jorge, pues todos los habitantes de aquella comarca cifraron en él su confianza de tal suerte, que no habia asunto árduo en que no le consultaran siendo coronadas todas sus empresas con el más feliz éxito, pues estaba dotado de espíritu de profecía, con el cual, viendo por decirlo así el porvenir, aconsejaba siempre lo mejor, acreditándose más y más por lo excelente de sus consejos y por lo acertado de sus determinaciones. No pudo, sin em-

bargo, estar de asiento en S. Jorge, porque las circunstancias de la casa de S. Nicolás, en Génova, exigian que fuese allí un varon de la índole del P. Nicolás, y en efecto, su mansion en aquella santa casa por espacio de más de treinta y tres años proporcionó grandes y muy felices sucesos á la órden de S. Benito. Es verdad que el espíritu de profecía no se borró en Nicolás, y además el Señor le permitió un absoluto dominio sobre la naturaleza, y como él era altamente caritativo lo ejercia en beneficio de sus prójimos, curando toda suerte de enfermedades y evitando males sin cuento, ya por los avisos que dirigia á aquellos á quienes queria librar de la desgracia, ya por los consejos que daba cuando por ellos era preguntado. La consecuencia legítima de todo esto era que inspiraba en los fieles grande aficion á la virtud, en cuyo seguimiento iban con el mayor esfuerzo, y el demonio sufria cada dia derrotas más considerables, arrancándole de las garras muchas víctimas que ya estaba á punto de devorar, con lo cual se enfurecia como es consiguiente este fatal adversario de la humanidad y asestaba contra Nicolás sus más bien dirigidos tiros, aunque todos fueren inútiles, pues de una parte la gracia de Dios, que no le faltó nunca, y por otra el esfuerzo contínuo con que luchó contra Satanás, le hicieron triunfar, asegurándole de su triunfo los ángeles, ministros del Omnipotente, á quienes más de una vez permitió el Señor le asegurâran en su nombre que conseguiria completa victoria si luchaba con el brio con que hasta entónces lo habia hecho. Esto, como es consiguiente, le daba nuevo aliento y servia para poner al enemigo más en cuidado y presentarle más vivas y al mismo tiempo más terribles tentaciones, lo que indirectamente servia para acrecentar sus méritos; pues sabido es que en la vida espiritual merece más quien más sufre. Era en aquella época el principal cuidado de los monasterios proveerse de prelados sabios, prudentes y celosos, y viendo reunirse en Nicolás todas estas apetecibles circunstancias, convinieron en nombrarle para el importantísimo cargo de prior de aquella excelente casa. No se puede formar una idea de los ardides que él puso en juego para evitar el aceptar este importante cargo, hasta el extremo de ser necesario que Jesucristo, en una de las muchas ocasiones en que trataba íntimamente con su siervo, le asegurase ser esta su voluntad, para que se decidiese á aceptar tan importante cargo, cuyo desempeño fué tan cabal y tan acertado como podia esperarse de un sugeto en cuya eleccion habia mediado el mismo Dios, ya inspirando á los monjes á que le nombráran, ya obligándole á él á que aceptase el cargo. Como su eleccion y nombramiento fueron obra de Dios, con Dios quiso componer el que le relevasen de su importante cargo, y para esto importunó, por decirlo así, á su amado, el cual le concedió el favor, si bien de una manera portentosa; pues cuando se reunió el capítulo de eleccion, todos pensaban y se

resolvieron á votarle á él, y cuando se hizo el escrutinio se encontró que eran muy pocos los votos que habia obtenido, siendo mucho mayor el número de los que dieron á otro padre, que por consiguiente entró á desempeñar el cargo, no sin temor por su parte; pues era muy difícil sustituir al P. Nicolás, en quien se reunian las dotes de un prelado excelente y las prerogativas de un favorecido por Dios, con distinciones las más excelentes y tan contínuas que parecian en él más bien naturaleza que gracia. Libre, pues, del cargo de superior, pudo como ántes dedicarse con más afan al bien de sus hermanos y á la propia santificacion, y ya habia dejado en los tres años de su prelacía los señalados ejemplos de virtud que fueron imitados por sus sucesores, y que dieron los saludables resultados que el Señor se propuso al distinguir á Nicolás con tan sublimes prerogativas. Vivió todavía algunos años, ofreciendo siempre ejemplos admirables de las más difíciles virtudes, y Bucheto se ilustró con sus ejemplos; por ellos se animaron los moradores de aquella feliz casa, y se consiguieron muy señalados triunfos sobre la impiedad y el libertinaje, sin más que poner por obra los acertados consejos y prudentes determinaciones del esclarecido monje, cuya vida nos ocupa. Era admirable, aun despues de haber sido prelado, la docilidad con que seguia las determinaciones de los que le sucedieron en el desempeño de tan importante cargo, como era de muy grande edificacion para todos el verle alternar con todos en el desempeño de los ministerios más viles de la casa, y hacerlo con tanto gusto, esmero y presteza como pudiera hacerlo el último novicio. Pero dejemos que despues de una lucha terrible en que venció siempre, despues de haber sembrado con la palabra y con el ejemplo la buena semilla, cuyos ópimos y sazonados frutos habian de verse mucho despues, pase á ceñir la corona de inmortalidad con que Dios queria premiar sus importantes servicios; y observemos que á pesar de los merecimientos que contrajo durante su preciosa vida, quiso el Señor que los contrajera más especiales en la época de su preciosa muerte; pues sufrió con completa resignacion las molestias consiguientes á su grave enfermedad, recibió con devocion grandísima los santos Sacramentos de la Iglesia, hizo que recomendasen á Dios su alma, acompañando él las preces del Ritúal, se despidió de todos encomendándoles la más fiel observancia, no solo de las reglas fundamentales de su instituto, sino aun de sus más menudas prescripciones, y por último, el dia 23 de Febrero de 1456, despues de protestar solemnemente que él habia despreciado las cosas de este mundo y que las habia pospuesto siempre al servicio y amor de Dios, entregó á éste su espíritu, pasando desde luego á ocupar el lugar que le estaba reservado en la Jerusalen celestial, donde el Señor premió ámpliamente todos los buenos oficios, que fueron ocupacion habitual del esclarecido prior Nicolás. Los

religiosos y los fieles, luego que se supo su muerte, comenzaron á esparcir la noticia de ella por todas partes, y la fama de sus buenas acciones llegó hasta Roma, donde el Santo Padre, despues de cerciorarse de que era exacto lo que le aseguraban, y visto que sus virtudes y milagros lo colocaban en la categoría de beato, declaró tal al P. Prior Nicolás, y asignó á su fiesta en toda la Orden Benedictina el dia 23 de Febrero, aniversario de su muerte para el mundo, en la cual comenzó su eterna felicidad.—G. R.

NICOLAS, Conde de Perusio (V.), de la Orden Tercera. Trocó las grandezas de su estado por el humilde hábito de la penitencia en dicha esclarecida Orden, en la cual hizo vida de santo ermitaño. — O. y O.

NICOLAS I, patriarca de Constantinopla, llamado *el Mistico*, sucedió á Antonio en 895, y gobernó esta iglesia con grande probidad. Leon VI, emperador de Oriente, le arrojó de su silla por haberse negado á aprobar el cuarto matrimonio de este príncipe con Zoa, cuyos enlaces se hallaban prohibidos entónces por la Iglesia. Nicolás escribió sobre este suceso al Papa, pero no fué restablecido hasta que en 911 le repuso en su sede el emperador Alejandro, hijo de Leon *el Sabio*. Fué tutor de Constantino *Porphyrogénito*, y envió legado al papa Juan X para unir la Iglesia griega con la latina. Murió en 925 despues de haber advertido al rey de los búlgaros lo que debia á la Santa Sede. — S. B.

NICOLAS, obispo de Butrinto ó Botronto, en la Albania, religioso dominico muy apreciado del emperador Enrique VII, quien se valió de su prudencia y consejos en las facciones y revoluciones que reinaban entónces en Italia. Envióle este príncipe á Clemente V para acordar el medio de remediar aquellos males; pero durante su viaje le sorprendió la triste noticia del fallecimiento de aquel príncipe, ocurrido á 24 de Agosto de 1313. Reconocido á los muchos beneficios que le debia, escribió en el mismo año una *Relacion del viaje de Enrique por Italia desde* 1310 *hasta* 1313, y la dedicó al pontífice Clemente V, que tambien falleció al año siguiente por el mes de Abril. Se halla en latin, y es muy curiosa y útil para la historia de aquella época. La imprimió Baluze como apéndice del segundo volúmen de las vidas de los papas de Aviñon, y la publicó tambien Muratori en el tomo 9.° de su *Coleccion de los escritores de la historia de Italia*; Milan, 1726. Se cree que Nicolás era aleman, y su apellido el de *Bunger*. — S. B.

NICOLAS, obispo de Metona en los siglos XI ó XII. Compuso un tratado del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo contra los que dudaban que el pan se convertia en su cuerpo y el vino en su sangre. Tambien escribió tres libros sobre la procesion del Espíritu Santo, que asegura Allacio se hallan manuscritos en la Biblioteca Vaticana. — S. B.

NICOLAS (el P.). En 1160 Pedro Valdo, rico comerciante de Lion, en

Francia, natural de la villa de Vaud, en el Delfinado, sobre el Rhana, se impresionó de tal modo al ver morir á un amigo suyo, que acordándose de las palabras de Jesucristo contra los ricos, distribuyó todos sus bienes entre los pobres de la ciudad, é hizo profesion de pobreza para imitar á los apóstoles. Como al buen ejemplo no le faltan por fortuna imitadores, hubo algunos que siguieron su ejemplo, y confesándose sus discípulos, se reunieron en comunidad, denominándoles el pueblo *Pobres de Lion* y *Valdos*, del nombre del fundador. Empeñados en predicar contra las prescripciones de los pontífices y de los soberanos, fueron excomulgados por el papa Lucio III. Renunciando algunos de ellos la herejía, teniendo por jefe al español Durando, natural de Huesca, se presentaron al papa Inocencio III el año 1208, y éste les admitió favorablemente, continuando la comunidad con el nombre de *Pobres Católicos*. En 1256 se reunieron varias sociedades religiosas á la órden de S. Agustin, y consta que el P. Nicolás, provincial de los Pobres Católicos, hizo cesion de los conventos de su Orden en Lombardía, de órden del papa Alejandro IV, al P. Santiago de Cremona, procurador general de los Agustinos, el que recibió á los Pobres Católicos en esta Orden en nombre de su general Lanfranc, con lo que logró el cardenal Ricardo de S. Angel hacer la union general que le fué encomendada por la Santa Sede. — C.

NICOLAS (el P.), predicador capuchino. Nació en Dijon y murió en Lion en 1694, despues de haber sido por tres veces sucesivas definidor y provincial de su Orden. Su talento para el púlpito le hizo adquirir una gran reputacion. Dejó las obras siguientes: 1.ª un Adviento intitulado: *Faraon condenado, ó el Abogado sobre la providencia de Dios y la condenacion de los pecadores*; 1685, en 4.° — 2.ª *Octava del Santísimo Sacramento* en 8.° 1689. — 3.ª *Octava de la Ascension de nuestro Señor*; en 8.°, 1687. — 4.ª *Sobre los Evangelios de Cuaresma*; 3 volúmenes en 8.°, 1688. — 5.ª *Sobre los misterios de nuestro Señor*; en 8.° — 6.ª *Sobre los misterios de la Santísima Virgen*; en 8.° — 7.ª *Sermones predicados durante el Adviento*; en 8.° — 8.ª *Sermones para las Cuarenta Horas, contra el mal uso del sacramento de la Penitencia*; 1691, en 8.° — 9.ª *Panegíricos de los Santos*; 3 volúmenes en fólio. — 10. *Sermones de todos los domingos del año*; 3 volúmenes en 8.°; 1694. — 11. *Sermones sobre los hábitos y profesiones religiosas*; en 8.° 1695. — 12. *Octava de los difuntos*; en 8.°, 1696. Todos estos sermones fueron reimpresos en Lion. Los de los *Evangelios de Cuaresma* fueron traducidos al italiano é impresos en Venecia, en 2 volúmenes en 4.° El P. Nicolás hablaba segun el método de los antiguos predicadores, que segun Barbier no es sin duda el mejor. — S. B.

NICOLAS, prosélito de Antioquía, que de pagano se convirtió al judais-

mo; abrazando luego la religion cristiana, fué elegido para ser uno de los siete primeros diáconos de la iglesia de Jerusalen. La memoria de este personaje se encuentra infamada por la acusacion, no sabemos si verdadera ó falsa, que se le hizo, diciendo que era el autor ó por lo ménos habia dado ocasion á la secta de los Nicolaitas. Los que le consideran culpable, pretenden que Nicolás fué reprendido por los apóstoles, porque habia vuelto á tomar su mujer, de la cual se habia separado por guardar la continencia, formándose tambien principios enteramente opuestos á la verdad y á la pureza, y dándose en consecuencia á los últimos excesos. Otros, por el contrario, sostienen con mayor fundamento que nunca se arrastró hasta semejantes abominaciones; pero que algunos libertinos abusaron de ciertas frases equívocas, escapadas á Nicolás, y con ellas dieron orígen á una herejía que llamaron con el nombre de su fingido autor para mejor acreditarle de tal. Parece que Nicolás ocupó la silla episcopal de Samaria. En cuanto á los sectarios que se adornaron con su nombre, concibieron los sentimientos más extravagantes acerca de la Divinidad, lo mismo que respecto de la creacion. Admitian la comunidad de mujeres, y practicaban sin escrúpulo alguno todas las impiedades del paganismo. — C. de la V.

NICOLAS (D. Fr.). No dice ninguna de estas crónicas en qué año floreciese, y por eso le pongo en este lugar, dándole por compañero á otro obispo de su religion. A D. Fr. Juan le sucedió D. Cárlos de Guevara en la mitra de Oviedo. — O. y O.

NICOLAS Albergato (S.), obispo y confesor. Este bienaventurado del siglo XIV nació en Bolonia en 1375, y estudiando el derecho en su universidad, sintiéndose con vocacion más para la vida contemplativa y devota que para el mundo, abrazó la vida religiosa en la regla de los Cartujos. Su piedad y sabiduría le elevaron á prior de la cartuja de Florencia, desde cuyo puesto fué elevado á la silla episcopal de Bolonia. Hallándose sus diocesanos indispuestos con el pontífice Martin V, se dió tan buena maña en procurar la paz, que acabó por reconciliarlos. El Papa le envió en 1422 á Francia de nuncio apostólico, destino que desempeñó con tal habilidad, que la Santa Sede no pudo ménos de recompensar sus servicios concediéndole la púrpura, por lo que, á pesar de lo mucho que se opuso á recibir el capelo, por el gran fondo de humildad que le distinguia, fué reconocido príncipe de la Iglesia Católica. Ya cardenal, el mismo Martin V le nombró legado *à latere*, y su sucesor el papa Alejandro IV le hizo ir á presidir en su nombre el célebre concilio de Basilea. Ademas de varias comisiones pontificias que desempeñó en varias cortes de Europa, y de haber servido la penitenciaría romana, presidió un concilio en Ferrara. En cuantos cargos sirvió, se distinguió siempre por su saber y elocuencia, á la par que por su extremada mo-

destia, por su humildad, exquisito celo y prodigiosa actividad en el despacho de los negocios en que entendió, sobresaliendo sobre todas sus virtudes en la piedad y en la caridad que ejercia con los pobres, que le consideraban un cariñoso padre, siempre solícito para consolarles en sus penas y socorrerles en sus urgentes necesidades. Rodeado este virtuoso cardenal en Siena de sus amigos y de los que le servian, murió, edificando á todos, el dia 9 de Mayo, en que lo recuerda la Iglesia, del año de gracia 1443, contándose en aquel momento entre sus fámulos Tomás de Sórzano y Eneas Silvius, que fueron despues papas sucesivamente, los cuales, habiendo conocido las virtudes del santo Cardenal su señor y maestro, no pudieron ménos de honrar y hacer venerar sus memoria, cuando por la voluntad de Dios ocuparon la silla de S. Pedro y el trono de los Césares. —B. C.

. NICOLAS Alvanale (V. P. Fr.), religioso de la órden de S. Juan de Dios, natural de Nápoles, notable por sus virtudes y en particular por la de la caridad para con los pobres. Su gran talento y capacidad le valió ser elegido dos veces general de la Congregacion de Italia, que gobernó con grande aumento espiritual y temporal, haciendo diferentes estatutos muy útiles para los religiosos y en particular para la educacion de los novicios. Reunió gran número de limosnas, con las que concluyó el nuevo edificio del hospital de S. Juan de Dios de Nápoles, cuya iglesia enriqueció además con muchas alhajas para el culto, en que parece gastó más de veinte mil escudos. Murió á la edad de noventa años, con grande opinion de docto y virtuoso.—S. B.

NICOLAS de Amiens (Fr.), religioso capuchino, predicador y guardian del convento de Troyes, y maestro de novicios: fué un sacerdote celoso por la observancia, dotado de singulares virtudes, sirviendo de modelo á los demás religiosos. Alcanzó dilatada vida, y en el expresado convento de Troyes tuvo la última enfermedad, cuya muerte fué triunfo y premio á sus excelsas virtudes, recibiendo para su mayor consuelo, y con la mayor devocion, los Santos Sacramentos. Despues se ocupó en exhortar á los religiosos, con vivas y eficaces razones, á la observancia del instituto. En seguida llamó á los novicios, á quienes miraba como hijos, y les manifestó el grande júbilo y alegría que experimentaba, dando inmortales gracias á Dios de que se hubiese dignado de traerle á aquel escogido rebaño suyo, por la santidad de vida que los capuchinos profesan. Les aconsejó prosiguiesen el camino que habian emprendido con constancia y observancia de las virtudes, cuyo término era la bienaventurada patria del cielo, como el del mundo una inacabable infelicidad debida al embeleso torpe de sus secuaces. En seguida entregó á Dios su espíritu, tan santamente como lo habian prometido sus fervorosas disposiciones. Vivia una hermana suya en un pueblo distante como

doscientas millas, á quien mostró Fr. Nicolás una idea de la suerte feliz que le habia tocado, apareciéndose á ella en la misma hora de su tránsito rodeado de una brillante luz, diciéndola que por la inmensa bondad de Dios estaba gozando en el cielo de su divino rostro. Aunque la hermana no sabia que hubiese estado enfermo Fr. Nicolás, no se atemorizó de la extraordinaria claridad que se ofrecia á sus ojos, ántes conociendo la voz del que la ocasionaba con su presencia, sintió mucho haberla perdido tan presto. Cotejando despues la hora en que supo habia fallecido su hermano con la que le habia visto glorioso, se confirmó en el gozo y piadosa fe de que era uno de los ciudadanos del paraiso. Este bienaventurado siervo de Dios y ejemplar religioso murió el año de 1623. — A. L.

NICOLAS DE ANCONA (Fr.), sacerdote y predicador, que con Fr. Eusebio de Ancona y otros, se pasó el año de 1534 de la órden de los Observantes á los Capuchinos. Era observantísimo de la regla y de la pobreza seráfica, en tanto grado, que andaba siempre con un hábito viejo y que apénas se podia traer de gastado. Castigaba su cuerpo continuamente con rigurosas disciplinas, vigilias y ayunos, para conservar puro y limpio el espíritu, y dispuesto al estudio de la oracion. Ayunaba todas las semanas tres dias á pan y agua, diciendo que el ayuno y la soledad eran dos cosas muy necesarias á los varones contemplativos, aquel para que hallándose el cuerpo ménos embarazado y grave con la abstinencia, no impidiese al ánimo entregarse á la contemplacion, y ésta para evitar los recuerdos que quedan impresos de los coloquios y conversaciones, evitando la ocasion de distraerse al tiempo de orar. De donde nacia en este religioso varon el apetecer los lugares más solitarios, y el huir el trato de los religiosos cuanto podia. Los ejercicios corporales y cotidianos no los excusaba, aunque vivia con tanta soledad, porque no habia para él mayor deleite que ocuparse en los ministerios más viles, y especialmente en el servicio de los enfermos. No era menor su caridad y deseo de la salud de las almas en su predicacion, eligiendo siempre los lugares humildes al efecto, y anunciando la palabra de Dios, no con voces escogidas y compuestas de humana sabiduría, sino con simplicidad evangélica, siendo el espíritu su elocuencia y el fervor su retórica. Proponia y presentaba á los pueblos así las penas horribles del infierno y la inefable felicidad de la gloria, persuadiéndoles el odio á los vicios y el amor y afecto á las virtudes; y cuanto menor era el aparato de las palabras, tanto mayor era el fruto que recogia en las obras. Ayudaba á ello singularmente el añadir á la doctrina el ejemplo, y el acreditar lo que enseñaba con lo que hacia, y ayudaba más la virtud de Dios, que agradándose en el modo de predicar de su siervo y en su vida ejemplar, confirmaba lo uno y lo otro con insignes milagros. Solian llegar á él varias personas cuando bajaba del púl-

pito, que padecian diversas enfermedades, para que les echase su bendicion, y con la señal de la cruz los sanaba á todos. Fueron sin número los que cada dia iban al convento á que les curase el varon de Dios con esta celestial medicina, con la que cobraban salud entera. Murió últimamente á la edad de cincuenta y cinco años en el convento de Monte-Vetere, de la provincia de la Marca, en el año de 1563, habiendo empleado los treinta de su vida en la religion, con gran ejercicio de virtudes que le aseguraron el premio eterno.—A. L.

NICOLAS Antonio Húngaro (Bto.). Profeso de la Tercèra Orden seglar de conocidisima virtud, aunque de su patria y de su prosapia no se tiene noticia. En la abstinencia y penitencia admirable. Curaba los enfermos y sustentaba á los pobres, y cuidaba de los expósitos, y educaba á los niños, y consolaba á todos los que llegaban á él por su gran fama de santidad. Su cuerpo se guarda incorrupto, con grande veneracion, en la iglesia mayor de Fulgino.—O. y O.

NICOLAS Aubertin, llamado *Prato*, cardenal, obispo de Ostia y legado apostólico. No debemos temer ser acusados de aduladores, si decimos que entre los grandes hombres que aparecieron en Italia en el siglo XIII, ó que honraron el Sacro Colegio al principio del XIV, hay pocos á quienes con justicia se pueda preferir á este ilustre hijo de Sto. Domingo, cuya historia vamos á escribir aunque sucintamente. La naturaleza le habia prodigado sus favores, el estudio perfeccionó las cualidades de su espíritu, y la gracia santificó las de su corazon. Los servicios que hizo á la Santa Sede y á toda la Iglesia no fueron menores que las eminentes dignidades que de ella recibió: Bonifacio VIII, Benedicto XI, Clemente V y Juan XXII le encargaron sucesivamente de muchas legaciones importantes. El tercero de estos papas le fué deudor de la tiara, y el cuarto la recibió de sus manos. Tuvo el honor de consagrar al emperador Enrique VII, y de coronar á Roberto, rey de Sicilia, hijo y sucesor de Cárlos II. Sus grandes acciones, animadas siempre de una sólida piedad, y su liberalidad con frecuencia pródiga para con las iglesias, las casas religiosas y los pobres, han hecho su memoria muy apreciable á la posteridad. El abate Ughel no hace más que una parte de su elogio, cuando le llama un personaje de profundo saber y de un genio muy elevado. Hubiera podido añadir con Oderico Raynald, siguiendo á los antiguos autores, que los talentos naturales de este grande hombre se hallaban todavía realzados por sus virtudes morales y religiosas. Nicolás nació en 1250, en Prato, ciudad de Italia, en el estado de Florencia. Su padre, llamado Mainardo, era de la familia de los Aubertinos, y su madre de la de los Martini. Se contaba á ambas entre las ilustres casas de Toscana. No fué, sin embargo, ni la nobleza de su sangre, ni el favor de los emperadores,

cuyos interéses abrazaban los Aubertinos en todas ocasiones, los que elevaron al jóven Nicolás á la cumbre de la grandeza; su solo mérito le bastó para distinguirse; con buena presencia y mejor talento se atrajo desde sus tiernos años las atenciones de sus padres, y supo aprovecharse tan bien de la educacion que se le dió, que desde la edad de diez y seis años fundaban ya sus conciudadanos en él sus más bellas esperanzas, cuando plugo al Señor llamarle á su servicio en la órden de Sto. Domingo, cuyo hábito recibió en Florencia en el convento de Sta. María la Nueva en 1266. Despues de haber dado nuevas muestras de su genio y de su capacidad en el curso de sus estudios, que comenzó en un principio en las escuelas de Italia, siendo enviado despues á la de París, donde correspondió siempre á las esperanzas de sus superiores, continuó haciendose acreedor á su confianza, porque su modestia, exactitud, religiosidad y sus progresos en la piedad iban de frente con los que hacia en las ciencias; porque su máxima (que será siempre la de los verdaderos sabios) era de no separar nunca el estudio de la oracion, ni la oracion del cumplimiento de todos los deberes de su estado. Queria saber y no descuidaba nada por enriquecer su espíritu de nuevos conocimientos, no para brillar un dia entre los doctos, sino para edificarse ó instruirse á sí mismo y llenar su corazon, haciéndose útil al prójimo y la Iglesia. Habiendo concluido sus estudios con estas disposiciones, y hallándose ya en estado de trabajar en la viña del Señor, no esperó Aubertin más que la órden de los que debian dedicarle al trabajo, tan distante de la tentacion como de presentarse por vanidad, ó de ocultar con una culpable indiferencia el talento que habia recibido. Lo que habia aprendido en las universidades más célebres del mundo, lo manifestó despues en muchas ciudades de Italia, donde ejerció con fruto el ministerio de la predicacion, y sus lecciones de teología en Roma y en Florencia no le dieron ménos reputacion. Pero pasados algunos años le obligaron á abandonar, ó al ménos á suspender ambos ejercicios. Su habilidad en el manejo de los negocios obligó á sus superiores á ponerle muy en breve al frente de diversos cargos, en que adquirió bien pronto una fama que se aumentó más cada dia. Despues de haber gobernado con grande prudencia muchas comunidades, y desempeñado con distincion el cargo de provincial en la provincia de Roma, fué nombrado procurador general de toda la órden de Sto. Domingo por el V. Nicolás Bocasini, que era entónces primer superior. Poniéndole el ejercicio de este cargo en la ocasion y con frecuencia en la obligacion de tratar con los oficiales del Papa, con los cardenales y aun algunas veces con Su Santidad, no se tardó mucho en conocer la superioridad de su genio y de sus talentos, su prudencia y su probidad. Agradaba á Bonifacio VIII el carácter de su talento, y resuelto á emplearle segun las necesidades de la Iglesia, le hizo á poco

obispo de Spoleto, enviándole poco despues en calidad de legado á los reyes de Francia é Inglaterra. Muchos nuncios extraordinarios, cardenales algunos de ellos, habian intentado en vano la reconciliacion de Felipe IV y de Eduardo I; asegúrase que Nicolás Aubertin tuvo el honor de conseguirla. Lo que hay de cierto es que los dos monarcas, á quienes hizo despues servicios muy importantes, no pudieron dejar de estimarle, le honraron siempre con su confianza, y si es permitido decirlo, con su amistad. Satisfecho el Soberano Pontífice de la manera con que habia llevado á cabo esta negociacion, hizo su elogio en pleno consistorio y le nombró vicario suyo en la ciudad de Roma. Habiendo sucedido, tres años despues, á Bonifacio VIII Benedicto XI, el crédito del obispo de Spoleto se aumentó tanto más cuanto que era más particularmente conocido y querido del nuevo pontífice. Habian vivido por largo tiempo juntos en el claustro y llevado con el mismo celo el yugo del Señor bajo el hábito de Sto. Domingo. Benedicto subió á la cátedra de S. Pedro el 22 de Octubre de 1303, y el 18 de Diciembre, miércoles de las cuatro témporas de adviento, dió la púrpura romana con su título de obispo de Ostia á Nicolás Aubertin, que fué al mismo tiempo cardenal y decano del Sacro Colegio. Los que hubieran podido pretender con justicia el mismo honor, no le envidiaron por ser concedido á un hombre de este carácter. Su mérito en esta elevada dignidad apareció con nuevo esplendor; pero todavía le distinguió más su modestia. Vamos á ver en lo que le hicieron emplear sus talentos el resto de sus dias el celo por la religion y el amor del bien público; es decir, durante los diez y ocho ó diez y nueve años que fué el oráculo al mismo tiempo que el jefe del Sacro Colegio, y como el brazo derecho de los soberanos pontífices. Las crueles divisiones ó las guerras civiles, de que no se habia podido apagar el fuego durante el curso del siglo XIII, y que continuaban todavía en el XIV desolando casi todas las provincias de Italia, pero más particularmente la Toscana, la Romanía y la Marca Treniana, obligaron al papa Benedicto XI á revestir al nuevo cardenal de la calidad de legado apostólico y enviarle á aquellos pueblos para terminar, si era posible, sus querellas y procurar una sólida paz. La comision lleva la fecha de 31 de Enero de 1304, y Su Santidad la extendió por sí mismo, para que el legado pudiera extender su autoridad á las ciudades y diócesis de Aquilea, de Rávena, de Ferrara y de los Estados de Venecia. Nuestro Cardenal quiso comenzar estas negociaciones en la misma ciudad de Florencia, donde fué recibido el 10 de Marzo con todos los honores debidos á su carácter. Reunió á los grandes y al pueblo en la plaza de S. Juan. Su reputacion y su natural elocuencia previnieron al pueblo en favor suyo, y les representó de una manera tan viva y tan patética los males infinitos que sus antiguas animosidades habian ocasionado ya á la república, y las

nuevas calamidades que les amenazaban de cerca si no se apresuraban á prevenirlas con una sincera reconciliacion, que todos le escucharon con placer. Si se le interrumpió algunas veces, no fué más que con aplausos, ó con voces confusas que pedian la paz. Hubo todavía más; se le autorizó á arreglar por sí mismo el gobierno de la ciudad, y á disponer todas las cosas segun su parecer, para llegar por último á esa apetecible paz, que no se podia desear demasiado, ni comprar demasiado cara. Los principales jefes de los Gibelinos, retirados entónces en la ciudad de Arezzo, resolvieron al mismo tiempo por una deliberacion comun, dejar sus intereses á la prudencia y á la discrecion del legado. Todo parecia pues conducir á ponerle en estado de hacer la paz en el interior con los ciudadanos, y en el exterior con los que habian sido desterrados. Pero si el pueblo, si la mayor parte de los grandes y de los magistrados, si muchos aun de los que hubieran tenido los más justos motivos de queja de la conducta pasada, ó de la dureza de sus conciudadanos, procuraban sin embargo con un laudable ardor facilitar los medios de una reconciliacion general y disipar las tinieblas, los ocultos enemigos de la paz tomaban al mismo tiempo medidas contrarias. La familia de los Aubertinos habia sido siempre del partido de los Gibelinos, los Güelfos se sirvieron maliciosamente de este pretexto para hacer sospechosas las intenciones y designios del mediador. La proposicion que presentó de amnistiar á los que habian sido desterrados de su patria y de sus tierras, aumentó mucho más el número de los descontentos ó de los mal intencionados. Sin embargo, no se manifestaron desde luego, ya por el conocimiento que se tenia de la firmeza del legado, ya quizá por temor al pueblo, que le defendia extraordinariamente. Los primeros autores de las turbaciones que se querian pacificar, tomaron otro giro para entretenerlos; lo mismo que habian empleado por bastante tiempo sus fuerzas contra sus conciudadanos y sus hermanos, quisieron emplear la intriga contra el ministro del Papa. Falsificaron varias cartas con el nombre y el sello del legado, y las enviaron con correos extraordinarios á Bolonia y á los demás amigos Gibelinos, para exhortarles á marchar en su socorro con todas las tropas que pudiesen llevar á Florencia. Su designio, dice un autor contemporáneo, era desacreditar la conducta de este Cardenal, rebelar al pueblo contra él ó disminuir al ménos su crédito haciéndole sospechoso á los mismos que deseaban la paz. Sin respeto á la presencia del papa Gregorio X y de Cárlos I, rey de Sicilia, los florentinos se habian servido treinta años ántes de una supercheria semejante para desconcertar los pacíficos designios de ambos soberanos. Fueron severamente castigados, pero el castigo no pudo corregirlos; y su mala política les precipitó por segunda vez en las mismas desgracias. Miéntras los emisarios de los Güelfos llevaban de ciudad

en ciudad las cartas falsificadas y se armaban por todas partes por las supuestas órdenes del legado apostólico; éste, consagrado siempre á las funciones propias de su cargo, trabajaba dia y noche en reunir los espíritus; oraba mucho y mandaba hacer rogativas públicas para obtener la conclusion de la paz. Miéntras los que no la querian, esperaban el resultado de su intriga y divertian al pueblo con espectáculos y representaciones. Lo que refiere un historiador del país que vivia en aquel tiempo, da á conocer bastante bien el genio de este pueblo tan extraordinario en sus diversiones como tenaz en sus venganzas. «Durante el tiempo que el cardenal de Ostia se halla»ba en Florencia, dice Juan Villani, se hicieron regocijos públicos, y se »anunció entre otros que todo el que quisiese saber noticias del otro mun»do, las sabria el primer dia de Mayo en cierto puente de la ciudad. En el »dia marcado se presentaron en la orilla del Arno muchos bateles y un gran »número de barcas, cargadas todas de tablados y de personajes que represen»taban la imágen del infierno. Se veian hogueras, ruedas inflamadas y otros »diferentes géneros de suplicios. Entre gran cantidad de dragones y de ser»pientes monstruosas se veian hombres con horribles figuras de demonios, »miéntras otros, completamente desnudos, lanzaban gritos y alaridos tan es»pantosos como si hubieran estado en efecto sufriendo los mayores tor»mentos. Pero nada pudo ser más trágico que con lo que terminó esta esce»na. En el momento en que el pueblo, ávido de aquellas locas representa»ciones, parecia estar más atento; el puente, que era de madera, se rompió »de pronto, cayendo la muchedumbre que estaba apiñada en él. Hombres, »mujeres, niños, señores ó pobres, todos se sumergieron en el agua, pere»ciendo muchos. Los que tuvieron la fortuna de salvarse nadando, queda»ron en su mayor parte estropeados, y toda la ciudad se llenó en un momen»to de luto y de lágrimas.» Tan funesto acontecimiento no hizo más tratables á los facciosos. En cuanto supieron que los Gibelinos de Bolonia y de la Romanía se habian puesto en marcha como cuerpo de ejército, hicieron correr el rumor de que todas aquellas tropas, llamadas por el legado, venian á saquear la ciudad. El pueblo, crédulo siempre, pareció más dividido que ántes, y se desvanecieron todas las esperanzas de reconciliacion. Los enemigos de la paz se aplaudian ya del éxito de su intriga; pero bien pronto fueron ellos mismos víctimas de su maldad. El Cardenal, que no se hallaba en seguridad en medio de un populacho seducido y amotinado, despues de haber hecho todo lo que el celo y la prudencia le inspiraron en circunstancias tan críticas, partió de repente de Florencia, dejando entredicho en la ciudad y excomulgados á los florentinos. Se los vió despues con las armas en la mano correr furiosos los unos contra los otros. Los Gibelinos en particular, irritados de la injuria hecha al legado apostólico, se ven-

garon con tanta crueldad que habiendo puesto fuego á los cuatro ángulos de la ciudad, la llenaron de horror, de sangre y carnicería. Leonardo de Arezzo asegura que fueron redúcidas á cenizas en este incendio cerca de mil cien casas. No fué este el último castigo de la cólera de Dios de que fué afligido este pueblo. El cardenal de Prato á su regreso cerca de la Santa Sede, dió á conocer la traicion de los que gobernaban á Florencia, y el Papa y el Sacro Colegio concibieron una extremada indignacion contra personas que no podian mirar más que como enemigos de Dios y de la Iglesia. Su Santidad, por una bula de 22 de Marzo de 1304, citó á los principales jefes de los Güelfos para comparecer delante de su tribunal en la octava de S. Pedro, es decir, al principio de Julio. No aguardaron este término, y fueron incontinenti á Perusa á excusarse con el Papa. Pero durante su ausencia, los Gibelinos de Pisa, de Bolonia y de otras muchas ciudades fueron á atacar á Florencia, donde se volvió á encender la sedicion entre los ciudadanos, habiendo mucha carnicería. Miéntras Benedicto XI, sensiblemente afligido de tantos males, tomaba con su legado nuevas medidas para impedir las consecuencias, el Señor le llamó á su seno. Y el Sacro Colegio, ocupado desde entónces en negocios que le tocaban más de cerca, dejó á los florentinos el cuidado de terminar por sí mismos sus propias querellas, y de hacer votos por la paz que habian desechado tan indignamente. Los cardenales reunidos en cónclave se hallaron muy divididos con respecto á la persona y cualidades del sugeto que debian elevar á la santa sede. Los unos deseaban un papa italiano y favorable á los favoritos de Bonifacio VIII; estos tenian á su frente á Mateo Rossi de los Ursinos y á Francisco Cayetano, sobrino de Bonifacio. Los otros querian elegir á un frances, ó al ménos un prelado que mereciera la confianza de Felipe *el Hermoso*, rey de Francia. Nuestro cardenal de Ostia y Felipe de los Ursinos apoyaban con tanta más decision este partido, cuanto que se hallaban convencidos que de él dependian la paz de la Iglesia y en particular la tranquilidad de Italia. Convenian, por otra parte, en las miras pacíficas del último pontífice, y se creian obligados á emplear los mayores esfuerzos para impedir se turbase el reposo de que comenzaba á gozar el reino de Francia por la conducta prudente y moderada que habia observado el pontífice Benedicto XI. Firme cada partido en su opinion, la santa sede se hallaba vacante hacia ya diez meses, cuando el decano de los cardenales, despues de largas reflexiones, creyó poder servirse de un medio que le salió bien para hacer concurrir á la ejecucion de sus designios á los mismos que parecian los más opuestos á ellos. No hacemos más que transcribir aquí las palabras de Juan Villani y de S. Antonino, ó más bien la traduccion que ha hecho de ellas Mr. Fleury, en su Historia Eclesiástica. Hallándose un dia el cardenal Au-

bertino ó de Prato en conversacion particular con Francisco Cayetano, le dijo: Hacemos un gran daño y un gran perjuicio á la Iglesia no eligiendo papa.—No depende de mí, dijo el cardenal Cayetano; y el otro replicó: ¿Y si hallára un buen medio, quedariais contento?—Cayetano contestó que lo quedaria. Y la conclusion fué que para quitar toda sospecha, una de las fracciones elegiria tres ultramontanos ó franceses, dignos del pontificado, que la otra fraccion se veria obligada á elegir en el término de cuarenta dias uno de estos tres, y que todo el Sacro Colegio se reuniria en favor del que fuese así nombrado. El partido de Cayetano se encargó de elegir los tres, creyendo salir aventajado, y eligió tres arzobispos italianos, amigos todos de confianza y hechuras de Bonifacio VIII; teniendo así por seguro que cualquiera que fuese el que eligiera la otra fraccion, tendrian siempre un papa escogido por ellos. El primero de los tres era Bertrand de Goth, arzobispo de Burdeos. Nuestro Cardenal no ignoraba que este prelado era muy opuesto á Felipe *el Hermoso*; pero conocia su carácter, y juzgaba con razon que era precisamente el hombre que convenia á los de su partido para llegar á su objeto. Habiendo, pues, hecho escribir el convenio, que fué firmado por todos los cardenales, le envió con tanto secreto como actividad al rey Cristianísimo, suplicándole se reconciliase con el arzobispo de Burdeos, porque dependia de él elegirle papa. El monarca recibió esta carta con grande alegría, y abrazó este partido con ardor. Escribió en seguida al arzobispo cartas llenas de amistad, y le dió una cita para conferenciar juntos. En una abadía en medio de un bosque, cerca de S. Juan d'Angeli, fué donde se dirigieron secretamente y con muy poca comitiva el Rey y el arzobispo. Despues de haber oido misa y hecho juramento sobre el altar de guardar fidelidad, dijo el Rey al prelado: «Se halla en mi mano haceros subir á la »cátedra de S. Pedro, y por este motivo he venido: si me prometeis seis »gracias que tengo que pediros, os procuraré esta suprema dignidad.» Al mismo tiempo le manifestó las cartas que habia recibido de Perusa y el tratado hecho entre las dos fracciones de los cardenales. Habiendo visto el arzobispo estos documentos, se arrojó á los pies del Rey, y en los primeros transportes de alegría, le dijo: «Señor, ahora veo que me âmais más que á »nadie del mundo, pues quereis darme bien por mal; no teneis más que »mandar y estoy pronto á obedecer.» El Rey le levantó, le abrazó y habiéndole explicado en lo que consistian los cinco primeros artículos, añadió: «En »cuanto á la sexta gracia, espero declararla en tiempo oportuno, porque es »secreta é importante.» Habiéndose obligado el arzobispo por medio de juramento á hacer todo lo que desease S. M., prometió este príncipe hacerle elegir papa, y se separaron como buenos amigos. De regreso á París, escribió el rey Felipe IV al cardenal obispo de Ostia para manifestarle lo que

habia hecho, lo mismo á él que á los de su partido, añadiendo que se podia elegir con seguridad al arzobispo de Burdeos. Este negocio fué dirigido con tanto secreto que la respuesta llegó en treinta y cinco dias á Perusa, sin que llegase á conocimiento de los amigos de Bonifacio. En cuanto nuestro Cardenal hubo recibido las cartas de S. M. las comunicó á los de su fraccion, y dijo á los cardenales del otro partido: «Nos reuniremos cuando gusteis y cumpliremos nuestro convenio.» Se renovó este convenio, y se confirmó de comun consentimiento. Despues de lo cual habiendo tomado un texto de la Escritura conveniente al objeto, pronunció un discurso el decano de los cardenales, que terminó eligiendo en nombre de todos á Bertrand de Goth, arzobispo de Burdeos, como sucesor de S. Pedro, jefe y pastor de la Iglesia. Se cantó el *Te Deum*, y la alegria fué general en el cónclave, lo mismo que en toda la ciudad, lisonjeándose todos de tener un papa amigo suyo. Toda esta relacion se halla tomada de la historia de Juan Villani, autor contemporáneo, á quien ha seguido S. Antonino. Las principales circunstancias de esta eleccion se hallan referidas, sin embargo, de una manera muy diferente en el decreto que se redactó en Perusa el 5 de Junio de 1305. Como disgustase á los cardenales que el nuevo Papa estuviese á este lado de los Alpes, al enviarle el decreto de su eleccion, le remitieron cartas muy apremiantes suplicándole se dirigiese inmediatamente á Perusa, á ejemplo de Clemente IV y de Gregorio X, que habiendo sido elegidos hallándose ausentes, no habian diferido el ir donde se hallaba el Sacro Colegio. Creian que el estado presente de los negocios, la utilidad, el honor, el reposo de la Iglesia, el bien de la cristiandad, las necesidades particulares de Italia, y la gloria misma de su pontificado, debian decidirle á poner su silla, como lo habian hecho sus predecesores, en la ciudad de Roma. Pero la resolucion ó los compromisos que acababa de adquirir el Pontífice elegido, hicieron inútiles los ruegos de los cardenales y toda su solicitud. Frustrada su esperanza, toda su alegría se cambió en tristeza, y fué extremada su consternacion cuando recibieron la órden precisa de Clemente V, que los mandó dirigirse á Lion, donde queria ser coronado el domingo despues de S. Martin, 14 de Noviembre de 1305, época memorable y principio de los setenta y dos años que residieron en Aviñon los sucesores de S. Pedro, y á los que los autores han llamado el *cautiverio de Babilonia*; la pérdida, la desolacion, la ruina de Italia, el escándalo de todo el mundo cristiano y el orígen funesto de muchos cismas. El abate Ughel no teme decir que esta traslacion de la Santa Sede fué mucho más fatal á la ciudad de Roma que lo habian sido nunca los ejércitos de los bárbaros, que la habian tomado y saqueado tantas veces. No se acusó á los cardenales ni á ninguna de las dos facciones de haber formado este designio; pero sí se los vituperó á todos, porque en vez de imitar la sabiduría del san-

tísimo padre Benedicto XI, que supo unir tan bien la prudencia de la serpiente á la sencillez de la paloma, habian consultado en demasía sus intereses ó sus pasiones, y procurando únicamente sorprenderse los unos á los otros, habian dado, aunque sin querer, ocasion á males infinitos. Fueron los primeros que sintieron las consecuencias y que las lloraron amargamente. Sin embargo, á pesar de este descontento general de los cardenales y de los murmullos de los italianos, la Iglesia no experimentó durante el pontificado de Clemente V los horrores del cisma, y es seguro que nuestro cardenal de Ostia trabajó más que nadie en prevenir ó alejar todo lo que hubiera podido hacerle nacer. Su genio, su grande experiencia y su habilidad sirvieron con frecuencia á sacar al Pontífice de las mayores dificultades; la historia nos da muchas pruebas de ello. Sábese la tenacidad con que Felipe *el Hermoso* pretendia la condenacion de la memoria de Bonifacio VIII; este era el artículo secreto que habia hecho jurar al Papa ántes de su eleccion. De que se lo declaró primero en Lion y despues más expresamente en la conferencia de Poitiers, todo el Sacro Colegio pareció turbado, y el papa Clemente V más que nadie; la voluntad del príncipe y sus propios compromisos le llamaban la atencion por una parte, y no veia ménos inconvenientes por la otra, porque temia, y con razon, que lo que se exigia de él fuese perjudicial á la Santa Sede por tener que disgustar á los parientes, hechuras y amigos de Bonifacio VIII, que no eran en pequeño número. En una situacion tan resbaladiza, en que no era ménos vergonzoso cumplir su palabra que violarla, consultó Su Santidad en particular al obispo de Ostia, como que era el que se hallaba mejor instruido de todo lo que se habia prometido al Rey, y el más capaz al mismo tiempo de dar un buen consejo. Este hábil cardenal le respondió asi: «Santo Padre, aquí os queda un solo camino que tomar, y es el de hacer »entender á S. M. que lo que se exige contra la memoria de Bonifacio VIII es »un negocio tan difícil é importante, que una parte de los cardenales no »consiente, y que es absolutamente necesario que las pruebas en todos los »casos de que se pretende acusar á este Papa, sean hechas en un con»cilio general, puesto que en esta clase de asambleas es donde hay la costum»bre de tratar los negocios más grandes de la Iglesia. Convocareis el concilio en Viena del Delfinado, como un lugar neutral tan conveniente á los ale»manes y á los franceses como á los ingleses y á los italianos. El Rey no po»drá oponerse á ello, ni quejarse de que vos no accedais á su peticion, y la »Iglesia, sin embargo, quedará en libertad.» Este consejo fué muy grato al Pap que resolvió seguirle, y respondió en su conformidad á Felipe *el Hermoso* que desistió por entónces de su empeño, esperando la celebracion del concilio general. En los Anales de la Iglesia puede verse la marcha de este gran negocio. No hablaremos más de él por no separarnos de nuestro asunto.

Basta hacer aquí la observacion de que no obstante los solemnes compromisos del Pontífice reinante y las vivas instancias de los que no podian olvidar todos los males con que el papa Bonifacio VIII habia querido anonadar á la Francia, la prudencia de nuestro Cardenal halló una salida favorable para conciliar todos los intereses. La memoria de un papa bienhechor suyo no fué mancillada, y todo lo que el bienaventurado Benedicto XI habia hecho ya en favor del rey Cristianísimo ó de su reino, fué renovado ó confirmado por Clemente V. Segun un autor seguido por S. Antonino, fué tambien por la persuasion y los consejos de nuestro Cardenal por lo que despues de la muerte de Alberto de Austria, rey de Romanos, favoreció la Santa Sede á Enrique, conde de Luxemburgo, para hacerle subir al trono del imperio. Este príncipe, que presentó al Papa el cardenal de Prato como el más digno de la corona por sus grandes cualidades, sobre todo por la pureza de su fe y el celo por la religion, tenia poderosos rivales, de que temia Su Santidad la grande autoridad y las fuertes solicitaciones, si no se las prevenia. El Cardenal le inspiró todos los medios que se debian tomar, se siguieron y se obtuvo el éxito deseado. El conde de Luxemburgo, llamado despues Enrique VII, fué elegido rey de Romanos y su eleccion publicada solemnemente en el mes de Noviembre de 1308 en la iglesia de Sto. Domingo de Francfort en presencia del clero y el pueblo. Este príncipe se hizo coronar segun costumbre en Aix-la-Chapelle por el arzobispo de Mayenza; pero esta ceremonia no se verificó hasta el dia de la Epifanía, 6 de Enero de 1309. Dos años despues entró en Italia con un grande ejército, con intento de restablecer la paz en aquel país, reuniendo las facciones de los Güelfos y los Gibelinos. El éxito no correspondió á sus deseos, su presencia animó á los unos y los hizo más atrevidos, dió celos á los otros, y aumentó las turbaciones en la mayor parte de las ciudades de Italia. El Papa habia prometido ir á Roma á darle por sí mismo la corona imperial; pero detenido en Francia por una multitud de negocios, honró con esta comision á nuestro Cardenal y á otros cuatro que nombró legados suyos. La bula, fechada en 19 de Julio de 1311, habia marcado el dia de la Asuncion de la Santísima Vírgen, 15 de Agosto del mismo año, para esta augusta ceremonia, que no pudo verificarse sin embargo más que en S. Pedro el 29 de Junio de 1312, porque las tropas del rey de Nápoles y los Ursinos, que se oponian á esta coronacion, la hicieron diferir hasta entónces. De cinco cardenales legados, dos habian muerto ya; y el decano obispo de Ostia, habiendo dado la uncion sagrada al Emperador, le hizo renovar el juramento que habia hecho ya en Lausana el 10 de Octubre de 1310 en manos del arzobispo de Tréveris. En este solemne juramento prometió Enrique VII defender la fe católica, exterminar la herejía, no hacer alianza con los enemigos de la Iglesia, proteger al Papa, conservar los derechos de la Santa

Sede, y renovó ó confirmó todos los privilegios y donaciones que la Iglesia Romana ha recibido de Constantino, de Carlomagno, de Enrique, de Othon IV, de Federico II y de otros emperadores. Despues de la ceremonia de la coronacion, el cardenal obispo de Ostia trabajó en virtud de su legacion con mucho celo en pacificar las turbaciones, ó en hacer á los pueblos más dóciles á las órdenes del Papa y á las del Emperador. La autoridad de Enrique VII era poco respetada en algunas ciudades de Italia, se vió obligado á combatir hasta en el mismo recinto de Roma; el combate fué sangriento, y quedaron batidos los alemanes. La prudencia de los cardenales restableció, sin embargo, la tranquilidad en la ciudad de Roma. La de Brescia era una de las más opuestas á la persona del emperador Enrique y á sus intereses. El obispo de Ostia y el de Sabina quisieron presentarse en esta ciudad despues de haber hecho anunciar su llegada y los motivos de su viaje. Se los recibió no solo con respeto, sino tambien con aclamaciones reiteradas y grandes demostraciones de alegría. Habiendo recibido órden de reunirse el pueblo y todas las compañías de la ciudad, nuestro Cardenal pronunció un discurso para recordarles los deberes de súbditos para con sus soberanos, é increparles por sus frecuentes revueltas contra la Iglesia y contra el soberano. Mezcló á propósito las promesas y las amenazas con las instrucciones, y les hizo esperar que el Papa y el Emperador tendrian á bien olvidar sus faltas pasadas, y tratarles siempre favorablemente, si no olvidaban nunca por su parte este precepto de Jesucristo: *Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César.* Los brescianos habian escuchado hasta entónces el discurso del Cardenal con tanta docilidad como atencion; más de una vez se les habia oido gritar: *Viva la Iglesia, viva el Papa, larga vida á nuestros señores y reverendísimos padres los cardenales.* Tan pronto como el legado les propuso recibir y reconocer al emperador Enrique VII, tomando el gobernador la palabra en nombre de la ciudad, respondió así: «Reconoce»mos la autoridad del Soberano Pontífice, jefe visible de la Iglesia; y sabe»mos lo que se debe á un legítimo Emperador, establecido por Dios para ser »ministro de su justicia en la tierra. Pero no podemos reconocer por tal á »Enrique de Luxemburgo, príncipe inquieto, avaro, ambicioso que no »piensa más que en saquear y chupar la sangre del pueblo, en proscribir los »Güelfos ó armar contra ellos á los Gibelinos opresores suyos. Enrique re»nueva la tiranía y el cisma de Federico, y tenemos por testigos de sus ve»jaciones á los pueblos de Milan, de Parma, de Verona, de Mántua y de Tre»visa.» Los gritos del populacho, excitado por este discurso del gobernador, triunfaron de todas las razones de los cardenales, que se retiraron muy poco satisfechos. Mejor resultado obtuvieron en algunas otras ciudades, y añade un historiador que la de Brescia, castigada poco despues por el azote de la

peste, volvió al fin á su deber. Vese aquí hasta qué punto las facciones de Güelfos y Gibelinos llevaban la insolencia y la tenacidad. Estos dos partidos se habian formado unos cien años ántes con motivo de las famosas disensiones de Federico II con los papas, y cuando los soberanos vivian en la más completa inteligencia, sus partidarios continuaban todavía haciéndose la guerra, y poniéndolo todo en combustion en las provincias, en las ciudades y en las familias. Aquellos, so pretexto de celo por el príncipe, rehusaban reconocer la autoridad de la Iglesia; estos pretendian manifestar su adhesion á la Santa Sede, sacudiendo el yugo del emperador, y todos no aspiraban más que á la tiranía ó á la independencia. Estas divisiones se hallaban entónces casi apagadas entre los genoveses: ó debe decirse que la habilidad y la elocuencia de nuestro Cardenal fueron más eficaces para reunir los espíritus del emperador Enrique VII. Este príncipe fué recibido en Génova en el mes de Octubre, no solo sin ninguna contrariedad, sino tambien con grandes honores. Se portó como soberano y al mismo tiempo como mediador con respecto á las ilustres familias, cuyas antiguas enemistades quiso terminar por medio de alianzas que procuró llevar á cabo. Fué, dice un historiador, un gran motivo de consuelo y una gran gloria para Enrique VII, ver la república de Génova tan poderosa en tierra y mar, someterse voluntariamente á su imperio. Pero añade despues, se atribuyó esto á las poderosas exhortaciones del Papa y á las del cardenal Nicolás, obispo de Ostia, que habia prevenido la llegada de este príncipe á Génova, y que permaneció allí con él durante algun tiempo. Los negocios del Papa y del Emperador no fueron los únicos que ocuparon á nuestro Cardenal durante su morada en Italia. Dió tambien ilustres pruebas de su caridad para con los pobres y de su celo hácia la religion, pero fué principalmente en su patria, la ciudad de Prato, donde esparció sus limosnas en favor de muchas familias, á quienes las desgracias de la época ó las guerras civiles habian reducido casi á la mendicidad. Proveyó sobre todo á las necesidades de las iglesias, hizo reparar algunas que amenazaban ruina, y regaló á todas las de la ciudad algunos cálices ú otras alhajas de plata para el servicio divino. Un convento de la orden de Sto. Domingo, comenzado desde 1283, fué concluido por la liberalidad de este Cardenal, que fundó al mismo tiempo un monasterio de religiosas sobre el modelo del de S. Sixto. Este nuevo santuario, que llegó á ser célebre en el país por el número y calidad de las vírgenes cristianas que se consagraron en él bajo el hábito de Sto. Domingo, lleva todavía el nombre de S. Nicolás, patrono del Cardenal fundador. El legado apostólico no estuvo de regreso en Francia hasta despues de la conclusion del concilio general de Viena, comenzado el 16 de Octubre de 1311 y terminado el 16 de Mayo de 1312. Se ignora si este Cardenal tuvo alguna parte en

lo que se resolvió en este concilio contra los caballeros Templarios. Excepto en esto, puede asegurarse que los negocios más importantes de la Iglesia del pontificado de Clemente V, pasaron por sus manos. En todas ocasiones se manifestó celoso defensor de los que carecian de proteccion y padre de los pobres, sobre todo de las personas consagradas á Dios. Por sus cuidados y sus piadosas liberalidades, el convento de Sto. Domingo de Aviñon, tan pequeño y poco cómodo, fué reedificado casi por completo, las sumas que consagró á esta obra de caridad debieron ser muy grandes; pero generoso naturalmente, no creia poder emplear mejor los beneficios que recibia ó del Papa ó de los príncipes cristianos, que haciéndolos servir para el adorno de los templos, la habitacion ó el sostenimiento de los siervos de Dios. Clemente V, que honraba la virtud de este grande hombre, tanto como admiraba sus raros talentos, creyó darle una nueva muestra de su estimacion, comprendiendo en la promocion de cardenales del 28 de Diciembre de 1312 al maestro del Sacro Palacio Pedro Godien de Benjona. Este cardenal, el tercero de su Orden á quien Su Santidad habia honrado con la púrpura romana, trabajó útilmente con el obispo de Ostia y Nicolás de Freauville en la canonizacion del santo papa Celestino V, celebrada el 5 de Mayo de 1313. Habiendo muerto el papa Clemente V el 20 de Abril del año siguiente en Roquemaure, ciudad de Francia, sobre el Ródano, dos leguas mas allá de Aviñon, los cardenales que se hallaban en las fiestas, en número de veintisiete, se reunieron en el palacio episcopal, donde queria el decano proceder sin dilacion á la eleccion de un nuevo papa, pero la mayoría no fué de esta opinion, y no pudieron convenir en nada. Los unos pretendian que se debia marchar en el acto á Roma para dar un jefe á la Iglesia en el mismo lugar donde convenia que residiera siempre. Los otros no creian que fuese necesario pasar los Alpes para hacer una eleccion libre y canónica; muchos, sin manifestar su parecer, se hallaban muy poco dispuestos á hacer ninguna diligencia para dar sucesor al papa difunto. Una sedicion ocurrida en la ciudad, de que se quemó una buena parte, obligó á los cardenales á separarse sin haber concluido nada, no volviéndose á formar el cónclave hasta dos años despues, en Junio de 1316, en que Felipe, conde de Poitiers, los reunió por órden de Luis X, rey de Francia, en Lion, en el convento de Sto. Domingo, declarándoles que no saldrian hasta que hubieran elegido papa. Esta especie de violencia pareció necesaria. Los cardenales bien intencionados no la sintieron, los otros se sometieron no pudiendo hacer otra cosa, y cuarenta dias despues de haber sido encerrados, eligieron por unanimidad á Jacobo de Euse, cardenal obispo de Porto, que tomó el nombre de Juan XXII, y fué coronado por el cardenal obispo de Ostia en la iglesia metropolitana de Lion el 5 de Setiembre de 1316. Bernardo Guidon, autor exacto y

tanto mejor instruido, cuanto que vivia en la misma época y en el mismo país, habla de esta eleccion de la manera que acabamos de referir. El mismo Juan XXII, en su carta circular dirigida á los reyes y á todos los obispos, dice que habiendo sido elegido unánimemente por todos los cardenales sin ninguna diversidad de pareceres, habia vacilado mucho en aceptar este cargo tan terrible. No es por lo tanto verdad lo que se han atrevido á avanzar algunos autores, de que Jacobo de Euse se habia nombrado papa á sí mismo. Así vemos que Luis de Baviera, Guillermo de Occam y los demás cismáticos, enemigos declarados de este Papa, que obraron ó que escribieron con tanta decision contra él, no se atrevieron á hacerle nunca esta acusacion. Los más hábiles críticos Sponde, Dupin, M. Fleury, el P. Alexandre, el P. Echard y Oderico Reinaldo, aunque italiano, miran como un cuento fabuloso la relacion de Juan Villani, que otros muchos escritores italianos en particular han seguido ó copiado con demasiada sencillez. Se sabe, por otra parte, que los mismos adversarios de Juan XXII se han visto obligados á reconocer y alabar las grandes cualidades de este Papa, el génio, la ciencia, el celo, la grandeza de alma y una firmeza á toda prueba. Hallaba él mismo con placer todas estas excelentes cualidades en el decano del Sacro Colegio, en quien tuvo siempre la misma confianza que sus antecesores. Aunque ignoremos los hechos de nuestro Cardenal durante los cinco últimos años de su vida, sabemos por testimonio de autores antiguos, que tuvo una parte muy activa en todo lo grande y útil que emprendió el nuevo Papa, ya para los progresos de la religion, ya para los adelantos de los príncipes cristianos. Tanto quizá para establecer la paz en algunas ciudades de Italia, como para la coronacion del rey y de la reina de Sicilia, fué encargado de una nueva legacion, que el abate Ughel cuenta como la última. No marca el año, lo que tampoco hacen Ciaconius, Leandro Alberto, Fontana y el padre Echard. Sobre la autoridad, sin embargo, de estos cinco escritores avanzamos un hecho que podria por otra parte sufrir alguna dificultad; pues que segun Bernardo Guidon, el rey Roberto, de que se ha hablado aquí, habia sido coronado ya en Aviñon el año 1309 por el papa Clemente V. Si el cardenal obispo de Ostia repitió esta ceremonia con motivo quizá de la coronacion de la reina de Sicilia, fué uno de los postreros actos de su vida. De regreso en Aviñon, cargado ya de años y consumido por los trabajos, despues de haber servido tanto tiempo y con tanto celo á la Iglesia y al prójimo, no se hubiera ocupado más que del pensamiento de la muerte en el reposo de la soledad, si los importantes negocios de la cristiandad no hubieran llamado su atencion. Hizo de este trabajo, que no le era permitido abandonar, una parte de su penitencia, y aplicado de una manera particular al gran negocio de su salvacion, se esforzó cada vez más, segun la advertencia del

príncipe de los apóstoles, en afirmar la vocacion por las buenas obras y los santos ejercicios de la caridad y de la oracion. Uno de sus deseos era ver la solemnidad de la canonizacion del doctor Angélico, en la que trabajaba hacia algunos años con mucho ardor, y ya tocaba de cerca el momento deseado, cuando el piadoso Cardenal terminó sus dias en Marzo de 1322. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de Sto. Domingo de Aviñon, donde muchos siglos despues de su muerte se veia aun una estátua de mármol, que le habia sido erigida, y un epitafio que habia sido grabado en su sepultura. Estos respetables monumentos no existen ya, pero el elogio de este grande hombre y la relacion de sus hermosas acciones se han conservado más fielmente en algunas bulas del papa Benedicto XI, en los escritos de S. Antonino y en los Anales de la Iglesia. Todos los historiadores han hablado de la superioridad, de los talentos y de las luces del cardenal Aubertin de Prato, y el uso que hizo de todas estas excelentes cualidades para el honor de la Religion, honrará eternamente su memoria. Hábil político y estimado justamente de todos los soberanos de Europa, no fué ménos sólido cristiano y perfecto religioso. Durante cerca de diez y nueve años que llevó la púrpura romana, sin dejar el hábito de su Orden, llenó todos los deberes de un príncipe de la Iglesia, y no observó con ménos cuidado los de su profesion, que no eran incompatibles con su dignidad. Cuando le llamó el Señor tuvo muy poco que repartir, dice un autor, porque su tierna caridad para con los pobres le habia hecho durante su vida repartirlo entre ellos. No tenemos más que dos pequeñas obras de este Cardenal, es decir, un *Tratado del Paraiso,* y otro *de la manera de celebrar las asambleas de los obispos.* —S. B.

NICOLAS Aubilot (Fr.) sacerdote religioso capuchino en la provincia de París. Este perfecto varon fué muy célebre y extraordinariamente notable en los ejercicios de pobreza seráfica, austeridad de vida, estudio de la oracion, y especialmente en tan alta obediencia que, como se hubiese propuesto no hacer cosa ninguna no precediendo órden ó mandato de su superior para obedecerle ciegamente, quiso aun en su muerte conservar tan laudable virtud. Y así aconteció que sintiéndose ya al fin de su vida, pidió al guardian el mérito de la obediencia para morir; y en dándosele descansó santamente en paz. Ocurrió su muerte en dicha provincia de París á mediados del año de 1595. —A. L.

NICOLAS Auximano, religioso franciscano, natural de la Marca de Ancona. Vivia en 1430. Escribió una *Suma de los casos de conciencia* y un *Interrogatorio de los confesores,* impreso todo en Venecia en 1484 y 1489. Entre sus manuscritos quedaron un *Comentario sobre la regla de la Orden Seráfica de la Menor Observancia;* un *Compendio de Derecho canónico* y algunos *Sermones.*—S. B.

NICOLAS DE AVIÑON (Beato). Fué este esclarecido varon insigne en santidad y no ignorante en letras, por lo cual pudo ser muy útil á los fieles en el ejercicio del ministerio de la predicacion del Evangelio, á que hubo de dedicarse por su profesion religiosa en la esclarecida órden que fundára el nunca bastantemente enaltecido Sto. Domingo de Guzman. Los sucesos que Nicolás obtuvo en las difíciles empresas de misionar á pueblos de condiciones fatales, solo pueden contarse con contar los lugares en donde fué, pues es muy de notar que un hombre que destituido de todas humanas relaciones y sin más auxilio que la divina gracia hiciera tan admirables conversiones, que aquellos mismos que dejaban el vicio por seguir la virtud, ó se apartaban del camino torcido para seguir el recto de la ley del Señor, se admiraban grandemente y se maravillaban de cómo Dios podia hacer por medio de su siervo tan portentosas mudanzas. Es verdad que la vida de Nicolás era admirable; sin penetrar en aquella época en que vivia en el siglo dando testimonio de una inocencia candidísima y de todas las virtudes que la sostienen y fomentan, examinemos, siquiera someramente, su vida religiosa. No nos fijemos en su noviciado, no sea que algun escrupuloso crítico nos diga que en este tiempo de probacion tenia que demostrarse observante para no perder el estado que deseaba, sufriendo una repulsa de sus hermanos el dia de la votacion; pasemos con él á la época en que estaba libre de la sujecion de su maestro, y en que por sí mismo podia obrar con entera independencia, y entónces le hallaremos minucioso hasta el extremo en el cumplimiento de todas las exigencias, no solo de su regla y constituciones, sino de los mandatos superiores, cualquiera que fuese su origen, y le hallaremos dispuesto siempre á emprender para bien de los fieles cualquier empresa en que se creyera deber intervenir, de cualquiera manera que fuese; le veremos humilde hasta parecer insensible, cuando sus hermanos, ó sin conocerlo, ó acaso por probarle, le trataban de una manera dura y en todo sentido improcedente, pues ni por sus virtudes personales ni por el trato siempre benigno y dulce, siempre caritativo y dispuesto á prestar á todos cuantos auxilios fuesen necesarios, le hacian acreedor más que á la veneracion y afecto de todos. En órden á penitencia era tan rígido consigo mismo, que fué preciso en repetidas ocasiones que sus superiores le obligáran por obediencia á moderarse, pues de otra suerte hubiera acabado consigo y hubiera, por consiguiente, privado á la Iglesia y á los fieles del eficaz apoyo y benéfico auxilio que respectivamente les prestaba. Su oracion era continua y tan ferviente, que á pesar del esmero que ponia en ocultar sus sentimientos, todos cuantos estaban cerca de él se apercibian de ellos, pues se ponia fuera de sí y ni él mismo sabia adonde le elevaban la contemplacion de los misterios, bondades y misericordia de Dios, ya la considerase en órden á la

redencion del mundo, ya en órden á los augustísimos atributos que Dios tiene y que hacen las delicias de corazones tan amantes como el de Nicolás. La consecuencia legítima de este delicado esmero con que él buscaba, por todos los medios que estaban á su alcance, el servicio y mayor gloria de Dios, fué que el Señor le dotára de poder especial para leer el porvenir, de prudencia extraordinaria para resolver en las más árduas cuestiones con indecible acierto, de caridad tan grande, que no era posible llegára á su conocimiento una necesidad de sus hermanos sin que volára á remediarla, teniendo además la modestia de ocultar su mano benéfica para que nunca le pudiese resultar otra gloria de sus buenas acciones que la de haber agradado á Dios, á cuyo importante fin las encaminaba todas. Sus palabras penetrantes y rebosando el divino amor de que su corazon estaba henchido, eran para sus correligiosos otras tantas saetas que avivaban en sus corazones el sagrado fuego de la gracia. De aquí que todos anhelasen con afan su compañía y poseer la dicha de ir con él á los lugares donde la obediencia le llevaba á predicar. Si en los pueblos pedian á su convento, cuantas veces se llegaban por ministros, que les diesen el pasto de la divina palabra, que fuese Fr. Nicolás uno de los que se les enviase, pues sabian que con caridad y acierto habia de moverles á la enmienda de sus costumbres por el amor de Dios y del prójimo. Nicolás en fin era, como fiel seguidor de los consejos evangélicos, un hombre segun los deseos de Dios, y por consiguiente respetado y querido por sus virtudes, además de por sus prendas personales, que tambien le daban derecho á cierta consideracion, pues era sabio sin afectarlo, y bien nacido, aunque nunca demostró su linaje. Pero Dios quiso un dia recibir el fruto de este árbol que plantó para este fin, y entrando en cuentas con su siervo le llamó á la posesion de su reino, no sin que ántes sufriera los rigores de una penosísima enfermedad, en la cual se mostró tan digno de las mercedes que Dios le prodigaba, como acreedor á ellas apareció durante toda su vida. El solemne momento en que recibió los Santos Sacramentos, el no ménos notable en que se despidió de sus hermanos, fueron para los que lo presenciaron dos actos que les demostraron claramente lo mucho que valia ante Dios el religioso que espiraba, pues sus palabras eran llenas del fuego del divino amor, sus acciones moderadas por un espíritu de verdadera mortificacion, y envidiable el sosiego en que se le veia y el cual no le abandonó hasta que exhaló el último suspiro en 29 de Setiembre de 1250, dia de San Miguel Arcángel y aniversario de su ingreso en la sagrada y apostólica órden de Predicadores, que sucedió bastantes años ántes en aquella misma casa. El momento de su muerte fué en el que se hizo patente el aprecio que á todos merecian sus virtudes y la grande estima en que tenian á quien las poseyó, pues más bien parecieron sus funerales una funcion de triunfo que no las

honras de un religioso, pues que todos á porfia querian tener alguna participacion en este solemne acto que honraba su memoria, y se apresuraban á ofrecerse á prestar los servicios que cada cual podia, así que la misa y demás preces la dijo el Emmo. Cardenal, y en los responsos le ayudaron dos arzobispos y dos obispos, que con otros muchos prelados habian asistido á la solemnidad, y que quisieron de esta suerte protestar de su veneracion hácia el siervo de Dios, pues entónces no era posible, segun lo que la Iglesia Católica tiene establecido, rendirle otra especie de homenaje. Mas luego que hubieron todos cumplido con los deberes que les imponia el respeto debido á su buena memoria, se comenzó á susurrar la fama de sus heróicas virtudes y se alcanzó del Romano Pontífice permiso para hacer acerca de ellas las averiguaciones que parecieron procedentes, y el resultado de todo fué que la Santa Iglesia Romana declaró á Nicolás de Aviñon beato, asignando á su memoria el dia de su muerte, 29 de Setiembre, y concediendo á la Orden que le tuvo en su seno oficio y misa en su honor, que se celebra cuando cabe, segun las rúbricas, pues no han querido usurpar su dia á la festividad del glorioso Arcángel S. Miguel, que la Iglesia universal conmemora en ese dia.—G. R.

NICOLAS Barjan, religioso de la órden de los Ermitaños del P. S. Agustin, natural de Plasencia. Floreció en 1494 y defendió la precedencia de su Orden al de los hermanos menores. Escribió una obra sobre este asunto, impresa en Cremona en 1500, y compuso además un *Tratado de los Montes de Piedad*, dado á luz en la misma ciudad en 1496; una *Cuaresma* y *setenta y siete cuestiones quodlibéticas sobre materias predicables*; Bolonia, 1501.

NICOLAS (Beltran). Fué natural de la ciudad de Barcelona, y desde su juventud se dedicó al oficio de mercader, habiendo llegado desde la pobreza, y siendo de muy humilde condicion, á reunir un respetable caudal por su diligencia ó su buena fortuna, juntando, por la especial gracia de Dios, á un ánimo noble y generoso una rectitud y honradez poco comunes en la gente de su trato. Una de las más notables cualidades que le distinguian fué su extremada economía, pues en su casa no se desperdiciaba nada, viviendo con notable estrechez y siendo fuera de ella espléndido y hasta pródigo con los necesitados. Ni uno solo de los muchos pobres de Barcelona dejó de disfrutar sus limosnas, pareciendo que los hospitales se hallaban á su cargo segun lo que les favorecia, socorriendo tambien á los monasterios de las Ordenes necesitadas, que vivian á expensas de las limosnas de los fieles. Fundó varias capellanías y beneficios en la iglesia catedral y en la de Sta. María del Mar, templo tan venerado por los barceloneses, como asimismo en las parroquias de S. Miguel y de S. Pedro, fundando otra pia memoria en la cárcel para que cada dia dijesen misa á los presos, dirigiendo además

á su costa una encañada de agua á dicha cárcel para alivio y limpieza de aquella mísera gente. Siendo muy devoto de los dos santos doctores y lumbreras de la Iglesia S. Gerónimo y S. Agustin, acordó fundar dos monasterios de estas órdenes, siendo el primero el de S. Agustin, en la villa de Martorell, que se tituló casa de Dios, y el segundo lo edificó con licencia del sumo pontífice Benedicto XIII, que se la concedió por breve apostólico, dado en Aviñon á 6 de Agosto de 1413, cuyo breve, que contenia tiernísimas palabras de agradecimiento, se conservaba en el archivo del convento fundado en el sitio titulado S. Pedro de las Rivas, á tres leguas de Barcelona, y que se denominó S. Gerónimo del Monte Olivete. Pidió Nicolás religiosos para ocuparle al prior del monasterio de Cotalva, que era un especie de seminario donde se instruian los monjes; y el prior envió cinco de mucha virtud y arregladas costumbres, enviando el de Vallehebron dos hermanos legos para los oficios mecánicos y ordinarios, entrando á ocupar dichos religiosos este monasterio el dia 20 de Noviembre de 1413. Con el afan que tenia Nicolás de ver fundado su monasterio, no atendió á la incomodidad del sitio, á lo desapacible de la temperatura y á la escasez que se sentia de agua y de leña, pues era menester traer estos artículos de muy lejanos puntos y á bastante costa. En esta atencion rogaron los monjes al fundador que supuesto tenia licencia para edificar el convento donde fuera de su agrado, le trasladase á sitio más conveniente, puesto que allí no les era posible vivir. Como era tan pio y tan humano, desde luego accedió á la súplica y les dijo rogasen á Dios para que les deparase algun sitio en que pudieran vivir con más comodidad. Luego oyó el Señor la súplica de sus humildes siervos, porque muy pronto se proporcionó un sitio sumamente á propósito y tal como pudieran desearle. A poco más de una legua de Barcelona, á la parte de Oriente y cerca de las riberas del mar, se levanta una pequeña montaña sembrada de muchas y salutíferas plantas y dotada de abundantes aguas, y en la falda de dicha montaña habia una casa, perteneciente á un ciudadano de Barcelona, cuya situacion pareció la más conveniente á los monjes que estaban comisionados; la cual casa, prévia consulta con el fundador, se adquirió al momento vendiendo ántes el antiguo monasterio del Monte Olivete y pasándose los religiosos al nuevo con gran placer el dia 12 de Noviembre de 1416, poniéndole el nombre de S. Gerónimo de Belen, en cuyo sitio permaneció muchos años, siendo aumentada su fábrica con las limosnas y donativos de varios reyes de Aragon y de Castilla, los cuales siguieron engrandeciendo la piadosa fundacion de Bertran Nicolás, á quien la órden de San Gerónimo conmemora como á uno de sus más generosos fundadores, y cuya muerte se ignora, aunque hay fundamentos para creer que ocurrió á mediados del siglo XV.—M. B.

NICOLAS DE BIAR (Fr.), religioso capuchino, predicador de la provincia de Valencia, se singularizó entre los demás de su tiempo por su religiosísima compostura exterior, con la cual movia los ánimos de los que le miraban, y su gran aprecio á la virtud. Todo esto lo comprueba el suceso ocurrido en una célebre procesion, en la que asistia con la comunidad de los religiosos; pues cuando pasaban por el mayor concurso, cayó de improviso una teja, que hiriendo en la cabeza al bendito religioso Fr. Nicolás, se la dejó maltratada vertiendo sangre, haciendo tan poco aprecio de la herida, que ni los ojos levantó á examinar de dónde habia procedido aquella violencia, ni aplicó las manos (accion tan natural) á la parte herida; ántes como ajeno á aquel accidente, conservó su lugar y en él fué pasando adelante con los demás, hasta que le mandó el superior se retirase á la casa de un cirujano que examinase el golpe y le aplicase el reparo más conveniente. A la medida de su amor á Dios en que se abrasaba su pecho, era el ansia de padecer penas y trabajos por el amado. Esto pedia en contínua solicitud de dia y noche; á esto se ordenaban sus súplicas, y esto vino á alcanzar en una durable dolencia que le ocasionaba graves fatigas, siendo para él la mayor verse imposibilitado de proseguir aquel tan austero y riguroso género de vida que por tantos años habia observado. Porque miéntras tuvo salud no admitió sino unas desnudas tablas para aquel preciso descanso que se debe á la humana fragilidad. Solo pan y agua era el medio dia de sus ayunos; con las desnudas plantas hollaba las nieves y soportaba los hielos más rigurosos. Hallábale el dia en la oracion, que muchas veces le habia ocupado toda la noche. Estas y otras muchas austeridades ejercitaba cuando tuvo salud, y cuando ya no la tenia, sentia con grave dolor no poder proseguir con ellas. Elogios fueron de su ardentísima caridad todos los enfermos á que asistió. No habia ocupacion por más penosa ó despreciable que fuese, que no abrazase prontamente en obsequio de los que padecian alguna dolencia más ó ménos grave. De aquí vino el aliviarle Dios en las suyas con tantos y tan copiosos dones del cielo. Conoció con profético espíritu muchos futuros casos y sucesos, cuya memoria se perdió por descuido de los religiosos. Hallándose muy fatigado de su enfermedad, vió delante de sí á Fray Buenaventura de Bibel, corista, que poco ántes habia muerto, el cual le convidaba á la gloria á que habia llegado por este género de martirio. Con esta aparicion quedó en conocimiento de que instaba el fin de su vida, y de que le aguardaban abiertas ya las puertas del cielo, experimentando un inefable júbilo y alborozo, empezando á dar gracias á aquel Señor tan grande y misericordioso, tan benigno y tan liberal, por cuyo amor habia padecido hasta entónces. Luego que se halló recobrado de esta interior y suavísima inundacion de espirituales deleites, pidió y recibió con piadoso afecto y sin-

gular devocion el santísimo sacramento de la Eucaristía, despues el de la Extremauncion, y alentado con estos sobrenaturales socorros, murió en el convento de Valencia el año 1623 para gozar de la inefable gloria que consiguió Cristo nuestro Redendor á los escogidos. —A. L.

NICOLAS DE BOBADILLA (P.), de la Compañía de Jesús. Fué uno de los primeros compañeros de S. Ignacio, español y natural de Bobadilla, pueblo del obispado de Palencia, donde tomó el sobrenombre, porque él se llamaba Nicolás Alfonso. Estudió en Valladolid y Alcalá, donde se graduó en artes. Despues de haber acabado con muy buen nombre su curso de filosofía, y leidola públicamente en la universidad de Valladolid, deseando pasar adelante en sus estudios se fué á proseguirlos á París por la grande fama de letras que en aquellos tiempos disfrutaba aquella universidad. Allí trató con S. Ignacio, de quien ya habia oido grandes cosas, y con su familiar trato y conversacion se encendió en deseos de alcanzar la perfeccion, determinando seguir en todo la direccion y pisadas de tan santo maestro en compañía de los otros cuatro discípulos que ya resueltamente le seguian. Acabó en París sus estudios con grande aprovechamiento, leyó la filosofía, y se graduó de maestro, acompañando á los demás padres en sus peregrinaciones y misiones apostólicas. Envió el Sumo Pontífice al P. Bobadilla á una isla del reino de Nápoles á hacer unas paces muy deseadas entre los duques de Taglacocio, que con grande escándalo y estrago de sus almas sustentaban pesadas diferencias, sin ser poderosos para remediarlas muchos medios eficaces que se habian puesto en juego; mas el P. Bobadilla con la admirable industria, apacibilidad y prudencia de que Dios le habia dotado, asentó y concluyó las paces felizmente, consiguiendo otros gloriosos efectos espirituales, no en un lugar solo, sino en muchos de aquel reino, que no podia el fuego abrasador de la caridad del P. Bobadilla estar encerrado en un solo punto. En Gaeta explicó las Epístolas dominicales, viviendo en el hospital, y pidiendo limosna de puerta en puerta por amor de Dios; cayendo malo, se hizo trasladar á Nápoles á un hospital público. Por las grandes muestras de talento y dones de Dios que en estas ocasiones descubrió el P. Bobadilla, habiendo de enviar nuestro Santo Padre, á instancia del rey de Portugal Don Juan el III y por órden del Sumo Pontífice, dos compañeros suyos con cargo de nuncios apostólicos á las Indias Orientales, por parecer de todos los padres fué elegido el P. Bobadilla en compañía del P. Simon Rodriguez, juzgando que por su gran celo y prudencia era muy conveniente y necesario para tan árdua é importante empresa. Con esta ocasion fué llamado de Nápoles, de donde vino con grande voluntad y ánimo de hacer esta mision de tanta gloria de nuestro Señor; pero tan estropeado y flaco, y tan falto de salud, á consecuencia de los excesivos trabajos que habia tomado, que no

pudo ponerse desde luego en camino sin peligro manifiesto de la vida; y así, por estar ya el embajador del rey de Portugal de partida, sin poder aguardar, y no quererse ir sin llevar consigo al Padre, entró en lugar del P. Bobadilla para esta gloriosa mision S. Francisco Javier con feliz suerte de la India. Convalecido el Padre, se ocupó en los ministerios de la Compañía con mucho fruto de las almas en la Calabria, y despues de haber hecho en Roma su profesion, pasó con el P. Claudio Yago por órden de Su Santidad á Alemania, que estaba muy necesitada de semejante socorro por las muchas herejías que por todas partes la combatian. Llegado á Alemania, no es decible lo que este varon apostólico trabajó en beneficio de las almas, y el fruto que de sus trabajos cogió; discurrió por las principales partes de Alemania, leyendo, predicando y confesando gran número de gente, no sólo vulgar y ordinaria, sino de los nobles, señores y príncipes, porque los más de la corte del rey de Romanos D. Fernando se confesaban con el Padre con grande provecho de sus almas, y el mismo Rey lo estimó y amó estrechamente, comunicándole muy de ordinario, y ayudándose y valiéndose de él en todas las cosas de piedad y religion. Y no solo el Padre conseguia fruto con los católicos, sino tambien y muy principalmente con los indios y turcos, de los cuales convirtió muchos á la fe católica, y con los herejes con quienes eran los principales encuentros, y de quienes alcanzó frecuentes victorias con grande crédito y aumento de la fe católica; en especial fué una famosa que alcanzó de uno de ellos en singular desafío, lo que se verificó del modo siguiente. Habia en Viena un luterano noble y muy estimado en su secta, porque con gran celo la defendia, si bien con más arrogancia que argumentos y razones: habia sido ántes este caballero consejero del rey D. Fernando, y tenido en mucho de todos; pero despues, por haber faltado de la fe católica, ni el Rey le miraba con buenos ojos, ni la gente cuerda hacia caso de él por ver su facilidad é inconstancia en materia de religion. El luterano viéndose despreciado, y deseoso de mostrar que su mudanza no habia nacido de inconstancia, sino de la fuerza de la razon, solicitó darla de sí delante del Rey y de jueces señalados y de todos los que estuviesen presentes disputando con el P. Nicolás de Bobadilla de las materias de religion, y que si los jueces, despues de haberlos oido, juzgasen que el Padre le convencia con sus argumentos, que él entónces cruzadas las manos se volveria á la religion católica que habia profesado; pero que si no le dejasen sin vejaciones en su nueva creencia, pues habia dado buena cuenta de sí delante de tan grande y tan docto defensor de la religion católica. Aceptó el Rey el desafío, señaló por cada una de las partes seis jueces, llamó al P. Bobadilla al nuevo palenque. Este, aunque todo podia temerlo de la poca formalidad de los juicios de los herejes, confiado en Dios y en la verdad de la causa, con deseo de des-

cubrirla á todos, y de recuperar y atraer al rebaño de Cristo aquella oveja perdida y otras con esta ocasion, holgó mucho de la disputa, y el dia señalado concurrió á ella, estando presente el Rey y toda la nobleza de la corte con innumerable gentío. Comenzó la discusion con grande fervor entre el verdadero católico y el hereje perverso; el sabio humilde y el hereje arrogante, argüia el uno al otro, ya con razones, ya con autoridades de santos, ya con lugares de la Escritura; mas como la verdad no puede ser vencida, ni oscurecerse la luz, ni parar delante de ella las tinieblas, no duró mucho la disputa, venciendo la verdad á la vanidad y mentira, y el pio, compuesto y docto católico al impío, libre é ignorante luterano, atrayéndole con la fuerza de sus argumentos á que declarase cincuenta proposiciones absurdas, una peor que otra. Finalmente, el arrogante y desbocado luterano fué condenado por todos los votos, dándole por evidentemente vencido del P. Bobadilla; pero habiendo perdido el contrario, juntamente con la fe verdadera, la fidelidad, y añadiendo á su ignorancia la obstinacion, no quiso cumplir lo prometido pasándose á la fe católica y abjurando sus errores, sino que prefirió quedarse en ellos como ántes. El piadoso rey D. Fernando, aunque el hereje merecia mayor castigo por la obstinacion, infidelidad y escándalo, no le dió otro que condenarle á perpétua clausura en un monasterio, adonde luego que se vió el miserable, rabioso y fuera de sí del sentimiento de su pena y deshonra, él mismo se hirió de muerte; mas de este mismo hecho le vino la vida espiritual: haciéndole entónces fuerza y convenciéndole las razones del P. Bobadilla y sus santas oraciones, y entrando la luz divina en aquella alma oscurecida, conoció su culpa y la detestó llorando amargamente; y el que ántes estaba tan firme en la herejía, que tenia tan arraigada, en el trance de la muerte se desdice delante de todos, clamando que no habia otra religion ni otra fe y doctrina que la que enseñaba la Iglesia Católica y la que defendia el P. Bobadilla, en la cual queria morir, y por medio de ella, llorando y confesando sus pecados, reconciliarse con Dios. De esta manera muy penitente, recibidos los Santos Sacramentos con grande edificacion de los presentes, acabó en paz en testimonio de la suma bondad y misericordia de Dios y de la alta doctrina y grandes merecimientos del P. Bobadilla, el cual con tan insigne victoria quedó muy estimado y respetado de todos, así católicos como herejes; y por esta razon, habiendo de ir por aquel tiempo el obispo Casertano como nuncio apostólico á una dieta que se celebraba en Norimberga, adonde se temia mucho la contradiccion, potencia y cavilaciones de los herejes, no quiso ir sin la compañía del P. Bobadilla que los reprimiese y tapase la boca. Se partieron á la dieta caminando por grandes nieves y manifiestos peligros de pestilencia de que estaba lleno el camino. En cuanto llegaron ayudó mucho el Padre al Nuncio

y á toda la dieta con su doctrina; celo y prudencia, y no contentándose con el trabajo que en esto se tomaba, que era mucho, dió vuelta en pocos dias á todas las iglesias de la ciudad con increible fruto, predicando, enseñando y amonestando, particularmente al clero y á los demás hombres de cuenta, fortaleciéndolos en la fe católica, y mejorándolos mucho en sus costumbres: tambien reprimió y alumbró á muchos herejes, ganándoles la voluntad, y haciéndoseles muy amable con su apacible trato y condicion. De allí, concluida la dieta, regresó á Viena, donde fué recibido con increible alegría y honra del Rey y de toda la corte, porque era de todos amado entrañablemente como á padre de todos: por esta estima y pia aficion que se habia granjeado el Padre, y por su incansable trabajo y celo ardiente del bien de las almas, era admirable el fruto que conseguia. Poco despues se juntó otra dieta en Espira para tratar las cosas de la religion; envió el Rey á ella al obispo Pataviense para que asistiese en su nombre. Mas este prelado no quiso asistir á la dieta sin que le acompañase el P. Bobadilla, por el alto concepto que tenia de su doctrina, y por saber que era muy conocido y estimado así de los protestantes como de los católicos, y que con su prudencia y consejo podia ser de mucho provecho en las cosas de la religion y de la república, y de grande luz y ayuda para todos los demás prelados como verdaderamente lo fué, llevando el principal peso de los negocios con gran aplauso y admiracion de todos. Y no solo se ocupó en las cosas de la junta, sino que tambien atendió con grande celo al bien de las almas, cogiendo copiosos frutos de sus trabajos, á los cuales aficionado el buen obispo, y conociendo que sus ovejas estaban muy necesitadas de semejante socorro por la vecindad de los herejes, pidió al Rey que despues de haber dado cuenta el P. Bobadilla de lo que se habia tratado en la dieta, le diese licencia para hacer una correría por su obispado. El Rey la concedió movido de la grande necesidad de aquellas almas, privándose del grande fruto que experimentaba en su corte con la presencia del Padre, y juntamente dió al mismo todas sus veces y autoridad en cuanto fuese menester para el feliz éxito que se deseaba; tal fué el de aquella mision, por el fervor y celo de este varon apostólico y por la autoridad que ya con todos tenia por su virtud y letras; en especial reconcilió con la Iglesia á algunos que habian apostatado de la fe católica, y circuncidándose profesaban la de Mahoma. Halló muchos sacerdotes que por haberse sacrílegamente casado y dado en otros errores, estaban presos y obstinados en las cárceles. Los hablaba frecuentemente, y les persuadió con la fuerza de su espíritu y razonamientos á que abjurasen sus errores, y confesasen públicamente sus culpas, y en penitencia de ellas pidiesen recogerse en austeros y estrechos monasterios á hacer vida penitente como de hecho lo ejecutaron. En otras cosas tambien ayudó con singular fruto al cardenal Farnesio lega-

do de Su Santidad, al rey D. Fernando y á otros prelados y príncipes cristianos, que todos deseaban al P. Bobadilla, lo atraian y tiraban de él á porfía para sustentar la cristiandad en sus estados y distritos, con sus sermones y consejos, trayéndole de un obispado en otro y de una en otra ciudad como único reparo de la cristiandad; no aprovechando los trabajos del Padre solo al vulgo y gente popular, sino tambien á los mismos príncipes, prelados, doctores y clero, confirmándolos á todos en la doctrina antigua y verdadera de la Iglesia. Y aunque siempre los trataba con grande respeto y sumision, no se olvidaba del celo y libertad cristiana en enseñar, responder, exhortar y reprender, y en irles á la mano cuando con buen celo se tomaban más jurisdiccion de la que convenia en tratar las cosas de la religion, como lo hizo con el emperador y el rey D. Fernando, su hermano, y casi todos los príncipes y prelados de Alemania, contradiciendo y resistiendo con pecho y valor cristiano que no juntasen concilio, como los protestantes pedian, para tratar las cosas de religion sin beneplácito de la suprema cabeza de toda la Iglesia, el Romano Pontífice. Dióle otra vez al Padre el rey D. Fernando una patente muy ámplia para que visitase y reformase todos los monasterios y religiosos de Austria, pero con grande entereza le respondió que por lo que á él tocaba estaba muy presto á tomar aquel trabajo en servicio de la Majestad Divina y de la Iglesia, pero que el Rey no podia dar tal facultad ni era lícito intentar semejante negocio sin autoridad de los superiores eclesiásticos. Con este mismo valor resistió una concordia que se hizo entre los católicos y herejes de Alemania, por ser contra la sinceridad de la Iglesia Católica Romana; mas todo esto no impidió que fuese el Padre amado tiernamente del rey de Romanos D. Fernando y de los amigos del emperador, y de todos los demás cortesanos, confesando á los más de ellos con grande aprovechamiento de sus almas. Estuvo en Colonia con el mismo fruto que en todas partes, y en nombre de aquella iglesia fué á tratar unos graves negocios con el emperador Cárlos V y con el concilio que habia juntado, mostrándose gran patron de aquella ciudad, y lo mismo hizo con el Sumo Pontífice, lo cual por cartas se lo alabó mucho Su Santidad, exhortándole y animándole á que prosiguiese en hacer bien á toda la Alemania. Despues fué á Spira y de allí á Ratisbona á otro concilio adonde hizo notable provecho, no solo en el concilio sino en todo el pueblo, con pláticas familiares, con lecciones y sermones en latin, oyéndole de casi todas las naciones, alemanes, franceses, italianos y españoles y todos los prelados, con grande frecuencia, gusto y provecho. Le señaló el rey D. Fernando para que en su nombre fuese por teólogo al Concilio Tridentino y se llevase las actas del de Ratisbona y de los demás de Alemania. Pero sobreviniendo en aquel tiempo la guerra que el Emperador y el Sumo Pontífice emprendieron contra los po-

tentados herejes de Alemania, pareció que era necesaria la presencia del padre Bobadilla en el ejército, y que sería su estada allí de más servicio á nuestro Señor. Fué, pues, el fervoroso Padre á los reales, con cargo y superintendencia del Hospital de los Italianos, y no hizo menor guerra á los herejes con su oracion y frecuentes exhortaciones á los soldados, que estos con las armas; acudia incansablemente á todo, curando y sacramentando á los enfermos, que eran muchos; socorria á todos los necesitados y exhortaba continuamente con grande fervor y eficacia á huir los vicios y abrazar las virtudes, lo cual no pudo ser sin mucha costa suya, porque le alcanzó el furor de las armas de los herejes, produciéndole una grande herida en la cabeza, que si no hallára reparo le matára. Cayó del excesivo trabajo en una grave enfermedad, y tambien fué herido de la peste, aunque por divina providencia de todo sanó prontamente. Pero lo que causó grande admiracion y edificacion en todos, fué que enfermo como estaba y herido de los enemigos y de la peste, no aflojó un punto en sus cuidados y trabajos, acudiendo con la misma solicitud y puntualidad que ántes al remedio de las almas y cuerpos de los soldados con grande apacibilidad, durmiendo vestido en el duro suelo para estar más pronto, en ocasion que se hallaba tan debilitado que apénas se podia tener en pie. Acabóse felizmente aquella guerra, dando nuestro Señor á los católicos una maravillosa victoria sobre los herejes. Y con este buen suceso el Padre se volvió para Ratisbona, mas en el camino le premió el Señor sus buenos y fructuosos trabajos con darle materia de otros que llevase por su amor, porque le salieron unos salteadores al encuentro é inhumanamente le desnudaron de sus pobres vestidos, hiriéndole muy mal, y lo tratáran peor si no sobrevinieran tres caminantes italianos con los cuales se distrajeron y divirtieron los ladrones, dando lugar al Padre para que huyese desnudo en camisa. Aunque se acabó la guerra del Emperador con los herejes, nunca dejó de hacerles guerra el P. Bobadilla con increible fervor con sermones y pláticas y por escrito, sacando muchos libros para refutarlos y convencerlos, sin acobardarse jamás por verse siempre cercado de muchos y poderosos herejes, ántes en los ojos de los príncipes luteranos persuadió con su grande autoridad y celo que se hiciesen procesiones y fiestas públicas en las iglesias por la victoria que contra ellos habia alcanzado el Emperador, y que se renovase el culto eclesiástico, que en gran manera se habia relajado é interrumpido en Alemania; y para esto discurria siempre de un lugar en otro, visitando y reparando ya una iglesia, ya otra, hasta perder la salud en la demanda, como verdadero discípulo y apóstol de Jesucristo, que así llamaba al P. Bobadilla escribiendo de él el obispo de Viena, y todos comunmente le veneraban y llamaban varon lleno de Dios y columna de aquella cristiandad. Iba creciendo cada dia el fruto espiritual que conse-

guia en toda Alemania; se reconciliaron por su industria con la Iglesia Católica algunos obispos y prelados en Sajonia con sus pueblos enteros; y los dos electores del imperio, el Palatino y el Brandemburgense, juntamente con sus mujeres, asistieron toda la cuaresma en Augusta á las horas canónicas y á los divinos oficios y sermones, y el último mandó á todos sus criados que ninguno comiese carne ni otra cosa prohibida en la cuaresma, que se confesasen y comulgasen como católicos, prometiendo él mismo devolver á la Iglesia todo lo que se hallase haberla usurpado. En un solo pueblo donde ántes no se frecuentaban los sacramentos, los recibieron como católicos más de siete mil personas, y en otros muchos se comenzó á celebrar el santo sacrificio de la misa con gran consuelo de los buenos; los católicos, italianos y españoles daban buen ejemplo á los alemanes, porque fué admirable la piedad que mostraron toda la cuaresma, en especial el Jueves Santo, realizando entre unas grandes nieves y crueles frios una procesion de disciplina por gran parte de la ciudad de Augusta, con tan grande devocion y tan copioso derramamiento de lágrimas y de sangre, que los herejes se quedaron atónitos y espantados de ver cosa tan desusada en aquella tierra, especialmente entre ellos. De estos y otros muchos resultados era la principal y casi total causa despues de Dios el P. Nicolás de Bobadilla, por lo cual todos los buenos le miraban y estimaban como á un ángel del cielo, en especial el rey D. Fernando, el cual para hacer mayor bien á aquellos estados, trató con grande resolucion de hacer obispo al Padre; pero él con otra mucho mayor refusó su eleccion, disuadiendo de aquellos intentos al Rey por el amor que tenia á la santa humildad y pobreza á que Dios le habia llamado en la Compañía de Jesus. Yendo los asuntos del P. Bobadilla y de la religion en Alemania en esta bonanza, ocurrió que salió á luz un folleto llamado comunmente *Interim*, porque miéntras el concilio Tridentino se terminaba, proponia la doctrina y ritos que se habian de guardar en Alemania, y con título de conservar la paz, condescendia con los herejes en algunas cosas que no decian bien con las costumbres y doctrina católica, ni los príncipes seculares las podian establecer, porque pertenecian solamente al Sumo Pontífice: el P. Bobadilla, con gran celo y constancia, sintiendo mal de la tal concordia, se opuso á ella sin hacer caso de respetos y temores humanos, impugnándola eficazmente de palabra y por escrito, de manera que los ministros del Emperador, deseosos de entablar la tal concordia, juzgando que no lo habian de poder hacer contra la volutad del P. Bobadilla, trataron de quitarlo de allí enviándole á Italia, acomodándole cumplidamente de todo lo necesario para el viaje, y de hecho lo ejecutaron con grande estimacion del Padre acerca de todos los que bien sentian y en especial del Sumo Pontífice, á quien no pudo parecer bien aquella publicacion y su doctrina. Aunque S. Ignacio, viendo

la novedad del caso, ántes de saber enteramente la causa, temiendo se hubiese el Padre excedido en contradecir con demasiado celo, y para quitar ocasion de sentimiento al Emperador y por otra parte al Sumo Pontífice, sin inclinarse ni favorecer á una ni otra parte, no quiso que el Padre fuese recibido en la casa hasta saber enteramente la verdad, mostrando el santo patriarca su prudencia y entereza sobre el particular, y dando materia al padre Bobadilla de mostrar su mucha paciencia y humildad. Despues de haber estado esta vez algun tiempo en Roma el siervo de Dios, haciendo mucho fruto en casa y fuera, fué enviado á Nápoles por S. Ignacio á peticion de aquella ciudad; se hospedó en el convento de los PP. de S. Benito, adonde habia estado ántes el P. Lainez, y comenzó á llenar la espectacion de todos, predicando y enseñando en todas las iglesias con admirable fruto á que contribuia con frecuentes confesiones, y en agradecimiento del hospedaje leia y explicaba á los monjes, con admiracion y grande provecho suyo, la epístola de S. Pablo á los Romanos. Aficionáronse tanto los habitantes de Nápoles á la Compañía por la admirable doctrina y admirables obras que veian en el P. Bobadilla, que les ofrecieron casa, iglesia y renta para sustentarse con grande voluntad y deseo de tenerlos de asiento en su ciudad. Pasada la pascua de Pentecostés, el Padre dió vuelta á algunos obispados de Italia con harto trabajo é incomodidad suya, porque fuera de la que traen consigo las misiones, le sobrevinieron unas recias calenturas; mas no por eso dejaba de discurrir por todas partes, predicando, enseñando la doctrina y confesando con admirable fruto de las almas y con grande alegría y gusto de los buenos, que le honraban y tenian sobre sus ojos, y no menor envidia y odio de los malos que le perseguian cruelmente, armándole lazos á cada paso, hasta que no pudiendo sufrir tanta luz, la procuraron apagar dándole veneno para quitarle la vida. Bien entendió el Padre estos malos intentos de sus enemigos, avisado de los que le querian bien, pero nunca hizo caso de sus peligros tratando la causa de Dios. Tomó el veneno mortal, mas el Señor milagrosamente le conservó la vida, aunque le causó una enfermedad, y el Padre, que estaba hecho á trabajar aunque estuviera enfermo, prosiguió en hacer sus ministerios con la misma alegría, celo y seguridad que ántes. Volvió despues de algun tiempo á la ciudad de Nápoles á dar asiento en ella á un colegio muy deseado y pedido de todos los de aquella ciudad, trayendo en su seguimiento para fundarlo y poblarlo otros doce de la Compañía, de los cuales era el superintendente y promotor vigilante con su ejemplo al estudio de las virtudes sólidas y perfectas de la Compañía, y de los de fuera á la perfeccion y salvacion de sus almas con el cuidado y éxito de otras veces; pero no contento con la mies que allí tenia, aunque era mucha, discurrió otra vez por varias partes de Italia, dando vuelta y visitan-

do los obispados á instancia de sus prelados y de los inquisidores que le eligieron por su comisario para inquirir y quemar los libros de los herejes y de judios que inficionaban la república, y para visitar y reformar el clero: todo lo hizo el siervo de Dios como de su celo, prudencia y letras debia esperarse, con pláticas, doctrinas y sermones frecuentes; con gran concurso y no menor provecho, en especial predicó á un auditorio numeroso en la iglesia del convento de S. Francisco de Ancona. Descubrió y quemó muchos libros de mala doctrina, principalmente una gran librería en lengua portuguesa, que unos hombres perniciosos trataban de enviar fraudulentamente á la India y á todo el Oriente, para inficionarlo y pervertirlo con sus errores. En tan gloriosos trabajos y ejemplar vida no faltó un lunar con que se humillase un poco este insigne operario de la viña del Señor, y le sirviese de estímulo para que de allí adelante, con mayor fervor, dorase con nuevos esmaltes lo que habia deslustrado en parte. Siendo vicario general de la Compañía, por muerte de S. Ignacio, el P. Diego Lainez, miéntras se hacia la eleccion del nuevo general pretendió el P. Bobadilla que tambien se le habia de dar á él parte del gobierno; mas luego que cayó en la cuenta de la turbacion que habia causado en la Compañía, procuró con nuevas hazañas de su apostólico espíritu resarcir el daño pasado, y quedó tan gozoso de la eleccion del P. Lainez, que cuando quiso despues el mismo P. Lainez renunciar el cargo de general, resistió á ello el P. Bobadilla, señalándose tanto en el particular, que le escribió manifestándole que en cuanto al generalato, su parecer era que fuese perpétuo por toda la vida, segun mandan las constituciones, y así deseaba lo desempeñase, si fuera posible, eternamente, y por lo tanto que le suplicaba humildemente por el amor de Jesucristo que llevase con buena voluntad aquella carga. Prosiguió, pues, sus apostólicos empleos el P. Bobadilla, hizo varias misiones en Fulgino y en la Baltelina, donde tuvo harto que batallar con los frios, hambre, sed, desnudez y otras mil incomodidades; mas para él mayor fué la guerra cruel que le hacia la herejía y corrupcion de costumbres. Le mandó un magistrado hereje comparecer ante sí, preguntándole qué era lo que en el sermon se habia atrevido á decir de la Eucaristía; el Padre, que al punto compareció para dar razon pública de su fe, aunque otros se lo disuadian, respondió con gran libertad y ánimo, repitiendo todo cuanto habia dicho, y predicando á aquel magistrado, que quedó vencido de la constancia del valeroso predicador de Cristo. Pasó despues á Iliria y Epidauro, donde por espacio de dos años anduvo cultivando aquellos incultos peñascos, por ver si podia sacar de las piedras miel y hacer de los pedernales católicos cristianos. Es indecible lo que entónces trabajó en continuos sermones, lecciones y doctrina, hasta que del excesivo trabajo cayó malo, siéndole forzoso regresar á Italia para combatir unas cuartanas.

En seguida le mandó á la Calabria el cardenal Guido Sforcia por visitador de los monasterios de los Silvestrinos, con lo que su fervor y celo tuvo ocasion de hacer misiones en Catanzaro y otras partes. En estos y otros semejantes empleos con la misma loa y fruto se ocupó el resto de su vida, discurriendo apostólicamente por toda Italia y Sicilia, siendo aclamado por todas partes como padre de todos y venerado por hombre santo de apostólica vida, la cual alargó el Señor por los merecimientos de su P. S. Ignacio; pues por su intercesion se restableció en una ocasion en que fué tenido por difunto. Finalmente, cargado de dias, que constantemente empleó en buenas obras y en servicio de las almas, fué á gozar el premio de sus contínuos trabajos el dia 6 de Setiembre, segun otros el 22 del mismo mes, año de 1590. Murió el último de los diez primeros padres que ocuparon la casa de Loreto.—A. L.

NICOLAS Bolaños (Dr. D.). Fué este distinguido sacerdote canónigo lectoral de la santa iglesia catedral de Valladolid, sin que haya podido llegar á nuestra noticia otra cosa de él, sino que muy aventajado en virtudes y letras, era de todos estimado por su celo y caridad, siendo esta tal, que repartia entre los pobres cuanto tenia, ocurriendo algunas veces que se privaba él mismo del alimento por repartirlo entre sus queridos los desgraciados. Era buscado con afan para predicar la divina palabra, en razon á que lo hacia con un gran fervor y con provecho de su siempre numeroso auditorio, siendo muy de admirar el que sabia acomodarse de tal suerte á las circunstancias de su auditorio, que para todos era comprensible y muy adecuada su doctrina, pudiendo cada uno sacar de ella lo que más particularmente le pertenecia. Lleno de merecimientos y con las disposiciones más adecuadas, pasó de esta á mejor vida, sin que podamos consignar fijamente la época, pero siendo muy sentida su pérdida de cuantos le conocieron, pues con su muerte perdieron los pobres el padre, los ignorantes el consejero y todos el fiel amigo que tomaba sobre sí el cargo de hacer á todos cuanto favor le era posible; sin reparar en lo costosa que á él le era su misma caridad. Su memoria por tanto se ha conservado y se conservará perpétuamente siendo venerado de todos.—G. R.

NICOLAS Borras (Fr.), de la órden de S. Gerónimo. Fué natural de Concentaina, en la provincia de Valencia, y en su juventud se dedicó al noble arte de la pintura, aprendiéndole con un maestro extranjero llamado Joannes, llegando á igualar á su maestro y á superarle más tarde, principalmente en los cuadros de historia sagrada y en los retratos de los santos, esparciendo un gran número de cuadros suyos por toda Valencia, los que fueron recibidos con notable aplauso y admiracion. Estaba tan poseido de su arte, que no solamente pintaba sino que al mismo tiempo meditaba sobre

los asuntos que producia, y así se ejercitó en la virtud á la vez que en la pintura; por lo cual aficionándose más cada dia á la práctica de las virtudes religiosas, estudió gramática y se ordenó de sacerdote, permaneciendo en Concentaina, su pueblo natal, hasta la edad de cuarenta y cinco años, disfrutando fama de excelente pintor y virtuoso eclesiástico. A la mencionada edad le llamo Dios á su servicio, tanto para que se dedicase á pintar imágenes santas, como para que no perdiese en el mundo la perfeccion que habia adquirido; y así habiendo formado decididamente su profesion, tomó el hábito en el convento de Gandía, perteneciente al órden de S. Gerónimo, donde se hizo notar, tanto por la habilidad que poseia, como por su ejemplar virtud. A los tres años de haber tomado el hábito, le tentó el demonio, haciéndole formar un intento, al parecer santo, y fué mudar de religion, pareciéndole ser poco austera la que profesaba, y deseando alcanzar la perfeccion en otra más estrecha. Permitió nuestro Señor esta tentacion del enemigo y que dejára cumplido su designio. Ingresó, pues, en una órden mendicante abandonando la de S. Gerónimo; pero Dios, que le habia llamado para servirle en la casa de Gandía, alumbró su ceguedad, y al punto conoció su error y lamentó su ligereza. Antes de cumplir el año de noviciado, dejó la Orden en que ingresára, y solicitó volver á la que habia abandonado, en la que los prelados le volvieron á admitir, persuadidos de su arrepentimiento por sus lágrimas, sus ruegos y por los desengaños que manifestaba tener. Permaneció en dicha Orden por el largo espacio de treinta y cinco años, humilde, pobre y prevenido siempre con valor contra las asechanzas y tentaciones del enemigo, ejercitándose en la continua oracion y en otras obras que demostraron la gran santidad de sus costumbres. Al mismo tiempo que en esto se ejercitaba en el cultivo de su arte, adornando con muchos cuadros aquella casa, siendo muy estimados los que hizo para la iglesia, claustros y refectorio. Ocupábase igualmente en hacer algunas obras de encargo, y con su importe compraba lienzos y colores, cediendo el resto en beneficio de la comunidad, contentándose por servirla y servir á Dios juntamente, con la mezquina racion de la Orden. A los ochenta y dos años de su edad fué atacado de unas calenturas que le indicaron sobradamente su próximo fin, y habiendo recibido los Santos Sacramentos con la mayor devocion y piedad, murió dando claras señales de que iba á gozar la eterna bienaventuranza. Valuáronse en treinta mil ducados las pinturas que dejó en el convento de Gandía, por lo cual la Orden le consideró como uno de sus bienhechores, haciendo por espacio de muchos años sufragios á su memoria y en beneficio de su alma.

NICOLAS DE CADOMO (Fr.), religioso capuchino, sacerdote de la provincia de París. Fué convertido de la herejía calvinista á nuestra católica fe por un

medio admirable y digno de conocimiento universal. Era este jóven enemigo capital de los católicos, y hallándose con tenacidad persuadido que era su secta la verdadera y á que los que la huian quedaban reos de la inmortal pena de los abismos, procuraba con incansable solicitud inducirlos á su errado camino y en especial á aquellos con quienes profesaba más estrecha comunicacion. Calumniaba los ritos católicos, y abusando de la Sagrada Escritura se valia siniestramente de sus lugares interpretados para apoyar el error herético, y de este modo iba vertiendo su ponzoña en los ánimos ménos advertidos y fuertes, creyendo que tributaba obsequios á Dios cuando vituperaba la fe católica y con adulterados textos del Evangelio procuraba probar las sacrílegas proposiciones del calvinismo. Tanto le habia ocupado el maligno celo de propagarle, que para conciliar más los ánimos de los que le oian, ejercitaba sin interés alguno el ministerio de predicador. Enemigo, pues, de la fe de Cristo y blasfemo como otro Saulo, perseguia la Iglesia de Dios, ignorando su precipicio y el que en los demás deseaba, porque si hubiera conocido el error de su secta sin duda la hubiera antes abjurado y huido, deseoso de hallar camino cierto á la salvacion. Acertó, pues, cuando más ciego le tenia su engaño, á encontrarse con dos religiosos capuchinos, que iban de puerta en puerta, como es costumbre, pidiendo la limosna del pan. Empezó á manifestarles la compasion que le causaba verlos en aquel ejercicio, y acometiendo al uno con sofísticas cavilaciones, quiso darle á entender le era inútil la cruz con que él y los suyos se atormentaban, porque siendo imposible el agrado de Dios sin fe, ni la gloria sin mérito, se frustraba la vida más austera en los que siguiendo dogmas erróneos se hacian incapaces de merecer. El capuchino, que era consumado teólogo y muy versado en la materia de controversias, disolvió con tanta claridad los engañosos argumentos del hereje, y probó con tan eficaces razones y textos tan expresos de la Escritura, que se perdia sin remedio el que vivia fuera del gremio de la Santa Iglesia Católica, que despues de muchas altercaciones, mediante la divina gracia, aquel ingenio tan contumaz y obstinado en su antiguo error se redujo y rindió á la fuerza de la verdad y á detestar la falsa secta que habia abrazado. Pidió, pues, treguas Nicolás para concluir con madura circunspeccion negocio de tan grande importancia, y habiendo hecho á Dios apretadas súplicas en órden á conseguir ilustracion singular á su entendimiento, se halló por ella libre de las ceguedades que le ofuscaban y profesó en público asenso nuestra católica religion. Sintieron con extremo esta mudanza los herejes, que habian concebido grandes esperanzas del agudo y perspicaz ingenio de este jóven y le consideraban como firme columna para la seguridad de su secta, y á este paso empezaron á excitar contra él implacables persecuciones. Armaron enojo á su padre, aconsejándole

debia arrojar de la casa paterna como á hijo bastardo al ya citado Nicolás, para que con este vejámen é ignominia volviese sobre sí y se restituyese á su antigua credulidad. Correspondió el engañado padre á las instancias de los sectarios, y para hacer manifiesto el celo que ardia en su pecho de defender los dogmas de Calvino, prohibió á su hijo el que habitase más en su casa. Pero el constante jóven, que habia ya previsto esta tempestad, la toleró con singularísima fortaleza, y acogiéndose á casa de una hermana suya halló en aquella la humanidad y agrado de que estaba tan léjos la ferocidad de su padre. Aquí vinieron á visitarle casi todos sus deudos, que eran muchos, y todos ricos y de honesto linaje. Quedaban admirados de que el que tan poco ántes habia defendido contra los católicos su primera fe, la hubiese desamparado tan de improviso, y así le preguntaban cuál habia sido el motivo y razon más fuerte para repudiar los dogmas que veia admitidos y seguidos de sus padres y parientes. Pero el advertido jóven, conociendo que esta era oportuna ocasion para procurar librar á los suyos de la tiniebla mísera en que se hallaban, respondió que debia dar inmensas gracias á la Divina Majestad por la estimable luz que le habia concedido para conocer la fe verdadera y segura, que solo se halla en la Santa Romana Iglesia, y que las doctrinas de los herejes no eran otra cosa que una locura y tropiezo de Satanás. Como vió no solo suspensos sino tambien afectos los ánimos de los oyentes, y en particular de los que eran parientes suyos, les confesó con ingenuidad que antes habia creido que los que profesaban las herejías de Calvino seguian la verdadera fe, tanto que no dudára de perder la vida ó por defenderla ó por propagarla; pero que perdonando Dios este error por el celo que le acompañaba y por algunas buenas obras que hacia, bien que no proporcionadas al mérito, le habia inspirado por su infinita bondad la fe ciertísima de la Iglesia Católica, y ahuyentado de su entendimiento las tinieblas que le ofuscaban. Recapacitando despues los artículos más principales de nuestra católica religion los comprobó, así con textos de la Escritura como con razones tan fuertes, que sacó de su error antiguo á todos los que se hallaban presentes y habian venido con ánimo de volverle á inducir á sus antiguas creencias. Divulgada esta comun y admirable novedad, se encendió más el falso celo de los herejes; les sacaba el enojo fuera de sí viendo que la mudanza de aquel mancebo era eficaz impulso para derribar las paredes de la sacrílega sinagoga; y para evitar este daño, que los traia tan rezelosos, mandaron, mediante la pública voz de su ministro, que ninguno de sus secuaces osase en adelante disputar con Nicolas, apóstata y enemigo capital de su secta. Y para desacreditarle é infamarle más con el pueblo, decian que era instrumento de Satanás su engañosa voz, y que el que la oyese se ponia á conocido riesgo de perder la salud eterna. No obstante, á pesar de este edicto, los más de los

sectarios, conservando el concepto que siempre habian hecho de aquel mancebo, le comunicaban familiarmente, y por sus saludables consejos consiguieron de Dios la gracia de la sincera y segura fe. Conociendo Nicolás con divina y eficaz luz la dificultad con que en el siglo escapan de las borrascas de las pasiones los que aspiran á las dichas celestiales, deseoso de huir de tamaño peligro y de asegurar en cuanto pudiese la salud y felicidad eterna, se despidió del mundo y abrazó con ardiente afecto el rígido instituto de los Capuchinos, que ántes habia juzgado inútil para el merecimiento. Habiendo, pues, cumplido el año de la probacion, nada olvidó de lo que en él habia aprendido y ejecutado. Entre todas las demás virtudes se dedicó con singular cariño á los ejercicios de la humildad, por la cual deseaba ocuparse siempre en los oficios más inferiores, y desembarazado de los que á él tocaban por la asignacion de la obediencia, iba luego á ayudar á los demás religiosos que veia en parecidas ocupaciones. Conociendo todos que el ánimo de Fr. Nicolás se inclinaba á servir y aliviar á los que necesitaban de su asistencia, acudian con suma confianza á él, y jamás ninguno dejó de hallarle pronto á su obsequio, pues lo que de dia no podia hacer lo ejecutaba de noche aunque fuese con perjuicio de su descanso, que posponia con mucho gusto á lo que podia ser conveniencia ajena. Ostentaba en el rostro aquella inefable alegría que bañaba su corazon, pareciéndoles ángel á los que le miraban, representando en sí la dichosa suerte de aquellos celestiales espíritus. De aquí se originaba el hacerse dueño de las voluntades ajenas cautivando los afectos de los que viendo aquella modesta compostura tan agradable, les ocupaba un inefable gozo y consuelo. Luego que el varon santo fué promovido al sacerdocio, y deputado por confesor de los religiosos, siendo estos veintiocho en número en aquella familia, y habiendo en ella seis confesores, fueron veintitres los que le eligieron para este efecto; porque aunque era el más jóven entre los que podian administrar este sacramento, le miraban todos como tan anciano en la cordura y en las costumbres, que fiaban de él con grande satisfaccion y seguridad lo más secreto de sus conciencias. Era industrioso en sus abstinencias, y así no tomando refaccion más que de una vez al dia, ninguno de los religiosos podia advertir si se negaba á la comida ó á la cena. Con esta contínua moderacion á un mismo tiempo conseguia la maceracion y la salud del cuerpo, pacificando el espíritu y desarmando sus movimientos en obsequio de la razon. Adornado de tantas virtudes mereció ser uno de los elegidos para asistir y servir á los apestados. Fué Ruan la palestra en que este generoso soldado peleó con la epidemia por espacio de un mes. Sin diferencia de personas acudia á todas las que necesitaban de su asistencia sin perdonar trabajo alguno en todo lo que conducia á la salud espiritual y corporal de los enfermos, dejándolos llenos de consuelo y consi-

guiendo para sí aumentos grandes de caridad. Pasado el mes, empezó á eclipsarse este astro benigno contagiado de la asoladora epidemia, de que hasta entónces se habia librado. Luego que supo el médico que habia enfermado Fr. Nicolás, á quien amaba con singular cariño y aprecio, fué á visitarle, deseoso de saber el estado en que tenia aquella peligrosa dolencia al que importaba tanto para el alivio de los demás que la padecian, y hallándole en el último riesgo, le dijo con el mayor sentimiento que poco podia socorrerle la ciencia, no encontrando remedio á la intensidad y rapidez del padecimiento, manifestándole su dolor más con lágrimas que con voces. Recibida la noticia de su estado, dió el siervo del Señor repetidas gracias á Dios y al buen amigo que le habia manifestado el peligro, protestando que estaba tan léjos de tener la muerte por infortunio, que ántes la respetaba por singular y estimable gracia y cumplimiento de los deseos que siempre habia tenido de morir por la caridad de sus prójimos. Alabando por esto á nuestro Señor y tratando de disponerse para morir, rogó á su compañero, que era un sacerdote de gran virtud, que le instruyese en lo más conveniente á la salud eterna, porque deseaba salir de esta vida gobernado por ajeno arbitrio y en la más exacta obediencia; vertiendo despues copiosas lágrimas á que le movia su perfectísima contricion, y publicándose por el mayor de los pecadores y más indigno de todo bien, pedia á Dios perdon de sus culpas con tanta compuncion y humildad, que movia á los mismos afectos á los que se hallaban presentes, entre los cuales habia muchos de los que asistian á los enfermos y no podian negarse al conocimiento y sentimiento de sus culpas propias, viendo así llorar las que habia cometido á un tan esclarecido y santo varon. Ardiendo, pues, en afectos de caridad, con un crucifijo en la diestra mano y la regla seráfica en la otra, clamaba Fr. Nicolás á Dios con jaculatorias tan encendidas, que se abrasaban en amor divino al oirle aun los más tibios corazones. Fray Simon de Roan, que hacia muchos meses se ejercitaba en la insigne obra de asistir á los apestados, no podia contener las lágrimas ni la envidia santa á la feliz suerte del que moria, el cual, deseando seguir las sagradas huellas del seráfico Patriarca, le pidió, como á director y maestro, permision para arrojarse en la tierra y entregar el espíritu á su Criador libre y despojado de todas las prendas del mundo. Accedió Fr. Simon á estos fervorosos deseos poniendo en tierra al que moria, pero no sin el hábito por no acelerar con este movimiento su última hora. Dobló las rodillas, y en esta situacion recibió el sagrado viático, con cuyo gran beneficio aumentó los ardores de su corazon. Administrado por Fr. Simon el último sacramento, salió muy luego de la humana mortalidad; en seguida partió al convento este compañero del siervo de Dios, y llamando al guardian le dijo derramando copiosas lágrimas de dolor y al mismo tiem-

po de alegría, manifestándole la sensible pérdida que habia tenido la Religion Seráfica en aquel dia, pues que habia muerto Fr. Nicolás, que con su ejemplo y fervorosas exhortaciones supo encender y avivar en muchos el apagado ardor de la caridad; y que le hubiera causado mayor dolor la muerte de este varon insigne, si no le hubiera dado palabra de pedir á Dios en el cielo le hiciese participante de aquella gloriosa corona que se promete á los que dedican su vida á la asistencia espiritual y corporal de los apestados, y que únicamente le afligia la perfecta salud que tenia despues de quince meses gastados en aquellos oficios de caridad; mas que como eran los juicios de Dios tan reservados y ocultos, y él tan indigno, temia verse privado de esta tan deseada gracia y dichoso fin. Lloró el guardian la muerte de Fray Nicolás, empezando á sentir tambien la cercana que rezelaba de Fr. Simon, religioso insigne en piedad, y habiendo oido sus temores y deseos, trató de animarle y consolarle, haciéndole esperar el premio que Dios concede siempre á las virtuosas fatigas en que estaba empeñada su caridad. A continuacion Fr. Simon se vió invadido del comun contagio, pero ántes de postrarse quiso disponer que se diese sepultura al cadáver, que aún no la tenia. Fué verdadera esta hermandad, á que ni la muerte se atrevió, pues casi con un mismo golpe de su segur segó ambas vidas, haciendo consortes de una misma felicidad á los que juntos habia engendrado, no por naturaleza, sino por la gracia de Cristo y la igualdad y semejanza en el ministerio. Ocurrió el fallecimiento de Fr. Nicolás y su virtuoso compañero en el año del Señor de 1623.—A. L.

NICOLAS Cardellach (P. Fr.), monje de Monserrat, excelente organista y apreciable tocador de viola. Fué prior, maestro de novicios y sacristan mayor; era sumamente estimado por sus grandes virtudes como religioso.—O. y O.

NICOLAS de Caumonte (Fr.), religioso de la órden de Capuchinos y predicador del convento de Auxerre, en la provincia de París. Afligida la ciudad de Auxerre con una epidemia general muy contagiosa, resplandeció el celo de la seráfica religion de Capuchinos, pues que casi todos los religiosos de aquel convento hicieron vivísimas instancias al superior que la gobernaba para que los enviase á asistir á los que aquella horrorosa enfermedad tenia segregados del trato comun con los demás, y por lo tanto destituidos de todo auxilio. Deseoso el guardian del acierto en eleccion tan importante, la redujo á votos secretos, los cuales concurrieron en Fr. Nicolás de Caumonte. Sin duda esta eleccion fué del divino agrado, puesto que dos despues llegó á manos del superior una carta del provincial, nombrando á Fr. Nicolás para el efecto mismo á que le habia destinado el comun sentir de los religiosos. Aplicóse á él con el mayor empeño, y no contentándose con adminis-

trar los Sacramentos á los que veia en urgencia de recibirlos, ya fuese de dia, ya de noche, volvia á visitar los mismos dolientes, y con blandas y amorosas exhortaciones les animaba á que, conformes con la divina voluntad, nada perdiesen del espiritual fruto y merecimientos á que les abrian puerta los dolores y ansias que producia la enfermedad. Despues de algunos dias empleados en esta cuidadosa asistencia, se vió acometido de la cruel epidemia. Apénas reconoció en sí su maligna intensidad, cuando hablando con Dios explicó su ánimo con caritativo y cordial afecto, suplicándole que perdonase á aquella afligida y desconsolada república, que volviese su mano hácia él con todos aquellos castigos que á sus prójimos tenia determinada su Providencia, que fuese él únicamente la sola víctima que ensangrentase su espada, como todo el pueblo se librase de ella. Consiguió esta ardientísima caridad que aplacado el Señor en alguna parte y satisfecho con este voluntario sacrificio, perdonase á aquel pueblo, reduciendo al sacrificio de su siervo los castigos que habian motivado sus moradores. De este modo este piadoso sacerdote, lleno de carbuncos y de llagas que produjo en él la intensidad del padecimiento contagioso, con ánimo superior á las angustias y dolores que le ocasionaba su próxima muerte, pidió y consiguió que se suspendiese el rigor de la divina justicia, presentándose en holocausto, cesando por algun tiempo la violencia de aquel contagio. Murió este celoso varon y esclarecido religioso Fr. Nicolás de Caumonte el año de 1628. —A. L.

NICOLAS de Chalons, vicario general del obispado de Vannes; murió por los años 1720 despues de haber escrito: *Reglas sobre la poesía francesa*; París, 1716, en 12.°—*Diccionario breton-francés*; Vannes, 1723, en 8.°; y *Diccionario frances-breton*, inédito. — M.

NICOLAS de Claraval, discípulo y secretario de S. Bernardo. Retiróse en el monasterio de Montieramei, donde espiró por los años 1180. Escribió un tomo de *cartas* que dan á conocer los sucesos de su época, y se hallan impresas en la Biblioteca de los Padres. — M.

NICOLAS de Clermont, siciliano. Dos son las épocas conocidas de la vida de este virtuoso siciliano, pero tan brillantes ambas, que hacen desear vivamente el conocimiento del resto, que á pesar de todo ha quedado envuelto en la oscuridad. Nada se sabe acerca de su familia ni de su primera educacion. Los primeros sucesos de su vida, quizá los más interesantes, han sido siempre desconocidos, y gracias que estas dos épocas no se hayan oscurecido jamás, acaso por no ser posible. Le encontramos por primera vez vistiendo el hábito del Cister, y siendo el modelo de todos los religiosos por sus rigurosas penitencias, superiores á todo encarecimiento, pues las sellaba siempre con su sangre, sin que se escapasen de sus labios sino ligeras sonrisas que indicaban el gozo de su alma. Humilde como pocos, solícito en

procurar el bien de todos, caritativo y virtuoso en fin como ninguno, era querido por sus superiores y sus hermanos; sin embargo, á pesar de su virtud, á pesar del afecto que todos le profesaban, á pesar de todo, desaparece de nuestra vista y sigue un camino desconocido por todo el mundo, silencioso y oscuro como el de la tumba. Cuando le volvemos á encontrar, apénas le conocemos; únicamente sus virtudes constituyen, por decirlo así, su fisonomía, pero viste la púrpura de los cardenales. Fué creado el año 1219 con el título de cardenal obispo de S. Frascati, y representó á Su Santidad Honorio III en Alemania en calidad de legado. Nos es desconocida la época de su muerte, sin que sea posible saber más que la de su elevacion. — G. P.

NICOLÁS Coeffeteau, religioso dominico, tan distinguido entre los teólogos como entre los predicadores del siglo XVI. Nació en 1674 en la provincia de Maine, en el castillo de Loir, segun algunos autores, ó en Saint Calais, sobre el rio de este nombre, segun otros. Su padre, llamado Nicolás Coeffeteau y su madre María Legeay, velaron su educacion con tanto más cuidado cuanto que fué el primer fruto de su matrimonio; y el jóven Nicolás estaba destinado á ser un dia el azote de los herejes. Quiso ponerse temprano al abrigo del contagio, consagrándose al servicio de los altares en el convento de Sens, donde tomó el hábito de Sto. Domingo en 1588, á los catorce años de edad. Poco despues de su profesion fué enviado á estudiar á Paris, é hizo tan rápidos progresos, que fué encargado de enseñar filosofia en 1595, cuando apénas contaba los ventiun años. Habiendo comenzado así su carrera, la belleza de su genio, su elocuencia natural, sus virtudes, sus talentos, le hicieron aparecer siempre superior á los destinos con que fué sucesivamente honrado. Doctor y profesor de teología en París, prior del convento de S. Jacobo, vicario general y definidor de la Congregacion de Francia, anunciaba al mismo tiempo la palabra de Dios, con tanto fruto como aplauso, en Blois, Angers, Chartres y en la corte. Si la escuela estimaba su condicion, y el claustro la sabiduria de su gobierno, los más numerosos auditorios no admiraban ménos el don de la palabra, la fueza y las gracias de sus discursos. Coeffeteau fué desde entónces el padre de la elocuencia francesa. Los señores de la corte unieron con gusto sus aplausos á los del pueblo, cuando en 1602 le eligió Enrique IV por predicador suyo. El tener que seguir á la corte, ó la necesidad de presentarse en ella con frecuencia, no dañaron á su piedad ni á los progresos de sus estudios. Podemos dar á conocer el uso que hacia del tiempo por las fechas de sus obras. Publicó algunas casi de año en año; las unas históricas, morales las otras, muchas teológicas ó de controversia, destinadas á explicar y á defender la doctrina de la Iglesia contra sus enemigos. Tales son: — 1.° *La Hidra abatida por el Hércules cristiano.* — 2.° *El exámen del libro de la confesion de fe, publicado bajo*

el nombre del rey de la Gran Bretaña, traducida del latin del cardenal Perron.—3.° *Las maravillas de la Santa Eucaristía, expuestas y defendidas contra los infieles.*—4.° *La defensa de la Santa Eucaristía y de la presencia real del cuerpo de Jesucristo, contra la pretendida apología de la Cena, publicada por Pedro de Moulin, ministro de Charenton.*—5.° La traduccion de un libro italiano intitulado: *La montaña santa de la tribulacion, ó tratado de las aflicciones y de sus remedios.* Todos estos escritos, compuestos los unos y traducidos los otros por Coeffeteau, se publicaron desde 1603 á 1606. El año siguiente el autor hizo imprimir su *Primer ensayo de las cuestiones teológicas, tratadas en nuestra lengua segun el estilo de Santo Tomás y de los autores escolásticos, por mandato de la reina Margarita, duquesa de Valois.* Habia traducido ya con mucha claridad y fidelidad las veintiseis primeras cuestiones de la Suma de Sto. Tomás, y como lo manifestó en el mismo título de la obra, no la emprendió más que porque lo habia deseado así la reina Margarita, sintiendo sin embargo la facultad de filosofía de París que se expusieran á los ojos del público y en lengua vulgar, materias que creia debian reservarse á los sabios; hizo advertir al autor que no continuase, y no continuó. Ejercitó su pluma y su celo en otro asunto. Las nuevas opiniones que hacian entónces tanto ruido, no dejaban de llamar la atencion de los doctores católicos. Coeffeteau imprimió en 1608 su *Tratado del Sacrificio de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana*, que se halla á continuacion del que habia publicado sobre *las maravillas de la Eucaristía.* Continuaba, sin embargo, predicando con frecuencia en la corte, y dirigiendo con su ordinaria vigilancia la Congregacion de Francia, de que era suprior. Este cargo le obligó á hacer un viaje á Italia, y á asistir al capítulo reunido en Roma para la eleccion de un general de su Orden. De regreso en París, y habiendo concluido el cargo de vicario general en 1609, publicó la *Refutacion de las falsedades contenidas en la segunda edicion de la apología de la Cena del ministro de Moulin.* M. Perrault observa en elogio de su autor, que en todo lo que escribió contra los herejes usó siempre de tal moderacion, que no avanzó nunca nada que les hiriese en sus personas, no teniendo otro objeto que el de combatir sus errores, en lo que no solo siguió las reglas de una severa moral, sino tambien los mejores preceptos de la elocuencia, que no permite nunca las injurias, cuyo efecto natural es exasperar al lector contra el que las dice y hacerle amigo de aquel á quien son dichas. Un autor de este carácter y de esta reputacion, podrá muy bien ser opositor del ilustre adversario á quien habia entónces que combatir. Jacobo I, hijo de la reina María Stuard y sucesor de Isabel, despues de unir los reinos de Inglaterra, Escocia é Irlanda, tomó el nombre de rey de la Gran Bretaña, y arrojó de sus estados á todos los católicos que rehusaron prestar el juramento cuya for-

mula habia redactado él mismo, ménos conforme á la religion que á la política. Hizo despues un memorandum, que dirigió á todos los soberanos y que debia servir de prefacio á su apología sobre el juramento de fidelidad. Como esta obra contenia muchos errores contra la fe, era necesario refutarla; el rey de Francia Enrique IV encargó de esta refutacion al P. Coeffeteau por consejo del cardenal du Perron. La escribió y fué impresa en París en 1610 bajo el título de *Respuesta al Memorandum dirigido por el Sermo. Rey de la Gran Bretaña Jacobo I á todos los príncipes y potentados de la cristiandad.* Este opúsculo, dice Mr. Dupin, se halla escrito con mucho arte, y Coeffeteau, sin tratar de lo relativo al juramento de fidelidad, trata las cuestiones de controversia que el Rey habia tocado en su prefacio, y le responde con mucha fuerza y respeto. Habiéndose propuesto algunos escritores combatir la obra de Coeffeteau, la defendió con una segunda mucho más sólida todavía, á que intituló : *Apología de la respuesta al Memorandum del Sermo. Rey de la Gran Bretaña contra las acusaciones de Pedro du Moulin, ministro de Charenton.* Publicó al mismo tiempo su respuesta al libro intitulado : *El misterio de iniquidad del Sr. du Plessis.* En esta respuesta trata nuestro autor con mucha luz y precision de la historia de los soberanos pontífices, de los emperadores y de los reyes cristianísimos, desde S. Pedro hasta el siglo XVII de la Iglesia. Despues de la muerte de Enrique IV, cuyo elogio fúnebre pronunció Coeffeteau en la iglesia de S. Benito de París, continuó mereciendo la misma estimacion y aprecio de la corte. El público recibió tambien con edificacion muchas de sus obras de piedad: *El cuadro de las pasiones; el cuadro de la penitencia de la Magdalena; el espejo de las gracias y de la inocencia de la Virgen María; la Margarita cristiana, dedicada á la reina Margarita.* Los Sres. de Sainte-Marthe pretenden que la reina María de Médicis, viuda del rey Enrique IV, habia nombrado á Coeffeteau para la silla de Lombes y de Xaintes, que rehusó, segun Mr. Dupin, ó que dejó, segun Moreri. El P. Echard ha creido que no habia sido efectivamente nombrado para estos obispados, sino que la corte le habia asignado simplemente una pension sobre ambos. De todas maneras es cierto que el P. Coeffeteau continuó por algun tiempo residiendo en París, dedicado siempre á llenar los deberes de un doctor católico, y no dejando de enriquecer la república de las letras, ya con sus escritos ó sus traducciones. Una de las mejores que nos ha dado es la de la *Historia Romana, que contiene todo lo más notable que ha pasado desde el principio del imperio de Augusto hasta el de Constantino el Grande, con el epítome de L. Florus, desde la fundacion de la ciudad de Roma hasta el fin del imperio de Augusto.* Se asegura que era el mejor traductor de su época. Su estilo tenia tanta elegancia y pureza, que no cansaba la lectura de sus escritos y el escuchar sus discursos. Mr. de Vaugelas propone sus traducciones

como verdaderos modelos de buen lenguaje. Admira sobre todo el órden y la claridad de todo cuanto salia de su pluma. Segun su expresion, Coeffeteau pensaba las cosas con tanta claridad, que la confusion no era ménos incompatible con su espíritu que las tinieblas con la luz. Pero si brillaba por sus talentos, no era ménos distinguido por la pureza de su fe y la regularidad de su vida siempre irreprensible. En Junio de 1617 fué propuesto por Luis XIII y preconizado por el papa Paulo V obispo titular de Dardania, sufragáneo ó administrador del obispado de Metz. Esta iglesia estaba entónces gobernada por un jóven prelado, tanto más incapaz de sostener el peso del episcopado cuanto que los calvinistas habian extendido ya la herejía en la diócesis. A la vigilancia y celo del ilustre Coeffeteau se debió que fuese desterrado el error y restablecida la pureza de la fe con la disciplina eclesiástica y el servicio divino. A esto es á lo que se dedicó particularmente durante dos ó tres años. Despues fué trasladado al obispado de Marsella. Pero como su salud era ya muy débil, tanto por sus enfermedades como por sus vigilias y contínuos trabajos, obtuvo de S. M. que el P. Francisco de Lornenie, religioso dominico profeso del convento de Limoges, sería su coadjutor. Miéntras llegaban las bulas de Su Santidad no permanecia en la ociosidad nuestro obispo. En 1622 publicó otro escrito con este título : *Obras del reverendo P. en Dios Fr. Nicolás Coeffeteau, de la órden de Sto. Domingo, consejero del Rey en su Consejo de Estado, obispo electo de Marsella, en que se contiene un nuevo tratado de los nombres de la Eucaristía, en que se refuta todo lo que los Sres. de Plessis, Casaubon y Mr. Pedro de Moulin, ministro de Charenton, han escrito sobre este asunto contra la doctrina de la Iglesia, con otros diversos tratados publicados anteriormente por el mismo autor.* La inquietud de los ministros protestantes, que no cesaban de atacar á la fe de la Iglesia en lo relativo al Santísimo Sacramento del altar, obligaba á nuestro autor á tomar con frecuencia la pluma y á publicar diferentes obras, en las cuales recogia y explicaba todos los nombres que los Santos Padres han dado á la Eucaristía para hacer ver la excelencia de este sacramento, y concluir de cada apelacion que contiene realmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Estos escritos, siempre luminosos, servian para afirmar en la fe; eran la alegría y el consuelo de la Iglesia y la desesperacion de sus enemigos. No fué solamente en el reino de Francia donde la reputacion de nuestro prelado llamaba la atencion de los príncipes y pastores; la Santa Sede le consideraba desde mucho ántes como uno de los más firmes apoyos de la verdad atacada en todas partes. El papa Gregorio XV le eligió con preferencia á otros muchos sabios para escribir contra el famoso Marco Antonio de Dóminis, arzobispo de Spalato, primado de Dalmacia y de Croacia, hombre naturalmente inquieto, avaro y rezeloso, que no habia tomado la resolucion de aban-

donar al mismo tiempo que su silla su religion, sino porque estaba disgustado de haber perdido un pleito y de verse odiado y despreciado por un obispo sufragáneo. Despues de haber recorrido la Suiza, la Alta Alemania y Flandes, se retiró por último á Inglaterra, donde bajo la proteccion de un príncipe protestante escribió dos grandes volúmenes contra la doctrina, la gerarquía y la policía de la Iglesia. Tituló su obra *De la República cristiana*. Muchos doctores católicos, de diferentes países, habian tomado la pluma para refutarle, pero sus luces no disipaban sus tinieblas: no se dignó ni aun ver sus escritos, no creyendo que fuese digno de él, como lo habia advertido en el prefacio, entrar en lucha con un adversario que no sería su igual, es decir, obispo como él. El embajador de España en la corte de Lóndres, ofreció, sin embargo, el perdon á este obispo apóstata, por lo que fué á Roma ántes de concluir el año 1622, é hizo una retractacion por escrito de todo lo que habia publicado contra la fe y la disciplina de la Iglesia. Pero poco despues le precipitó su ligereza natural en un nuevo abismo. Habiendo sido descubiertas sus inteligencias con los ministros protestantes, fué encerrado en el castillo de St. Angelo, donde murió en el mes de Diciembre de 1624, dando algunas muestras de arrepentimiento, muestras equívocas que no impidieron que su cadáver fuese entregado al verdugo y quemado públicamente en el campo de Flora. La obra de este arzobispo, aunque combatida ya por muchos escritores, no dejaba de hacer mucho daño. Los calvinistas triunfaban y los débiles estaban escandalizados. Esto fué lo que animó al papa Gregorio para dar á nuestro prelado la comision de refutar todo lo que habia sostenido este autor contra la religion y la verdad. El celo de Coeffeteau le hizo olvidar en esta ocasion todas sus enfermedades y los dolores de la gota de que se hallaba atacado. Compuso en latin un tratado con el título de *Pro Sacra Monarchiæ Ecclesiæ Catholicæ, Apostolicæ et Romanæ, adversus Rempublicam Marcii Antonii de Dominiis, quondam Archiepiscopi Spalatensis, libri quatuor Apologetici, quatuor prioribus ejus libris oppositi*. Nuestro autor, más teólogo, mejor crítico y más versado en la historia eclesiástica que su adversario, le sigue paso á paso y ataca su texto de capítulo en capítulo. No se aleja nunca del asunto, y concede á su adversario muchas cosas que no entran en la disputa. Pero le refuta sólidamente en todos los lugares en que habia errado. No se contenta con oponer pasajes á pasajes de los Santos Padres, sino que los explica con mucha claridad y manifiesta su conformidad con los mismos textos de la Sagrada Escritura, lo mismo que con la tradicion y la práctica constante de la Iglesia. Este tratado, dividido en cuatro libros, fué dedicado al papa Gregorio XV, é impreso en París en 1623. El autor le concluye con la discusion del sétimo capítulo del cuarto libro de Antonio de Dominis, impidiéndole continuarle su enferme-

dad y poniéndole término la muerte. Aún vivia en Roma el anciano obispo de Spalato, y porque se le creia entónces sinceramente convertido, nuestro prelado felicitó al Papa porque imitando al buen padre de familia, no habia desechado al hijo pródigo vuelto en sí de su extravío. Nicolás Coeffeteau no habia llegado todavía á los cincuenta años cuando murió en París el 21 de Abril de 1623. Fué enterrado en la iglesia de S. Jacobo, en la capilla de Santo Tomás. El P. Denis ha tenido razon en decir que no habia tomado posesion del obispado de Marsella. Pero las diferentes obras que habia dado á luz desde dos años ántes, son una prueba de que si su mala salud le obligó á diferir su viaje, no le impidió continuar trabajando útilmente en beneficio de la Iglesia. Además de los escritos de que hemos hablado y que se han impreso con frecuencia, este infatigable autor emprendió una traduccion francesa del Nuevo Testamento sobre el texto griego, cuyo manuscrito se conserva en la biblioteca de S. Honorato de París, y contiene los diez y ocho primeros capítulos del Evangelio segun S. Mateo, de todo el libro de los Actos de los Apóstoles, de la epístola á los Romanos y de la primera á los Corintios. Ignoramos si se han recogido sus cartas, pues habia escrito muchas sobre asuntos muy interesantes, habiendo estado siempre en relacion con los sabios de su siglo, sobre todo con el ilustre cardenal du Perron, quien quiso siempre ser el primero en leer lo que salia de la pluma de Coeffeteau, particularmente lo que escribia contra las nuevas herejías. Pero segun la expresion del P. Niceron, por mucha reputacion que hayan tenido sus obras de controversia, su mérito ha sido borrado por las que se han publicado despues, donde se ve reinar, dice, una crítica más exacta, razonamientos más precisos y pruebas más sólidas. Ignoro si esto es verdad por completo, y sino habria que aumentar una reflexion al elogio de Coeffeteau. No admiramos ménos en esos grandes hombres que la Providencia ha dado á la Iglesia de Francia, y que han hecho tanto honor al siglo de Luis XIV, la solidez, la precision, la exactitud, la fuerza del razonamiento, la buena crítica y la abundancia de pruebas. Pero nó han marchado sin guia: han tenido la gloria de haber dado el último golpe al error tantas veces atacado; el ilustre Coeffeteau tendrá siempre la de haber combatido de los primeros, y con tanta ventaja, que sus principales defensores no entraron nunca en liza con él más que para confusion. Los principios luminosos que estableció, son los mismos que se han empleado despues por los más sabios. Abrió el camino que estos han seguido; y el tiempo, que todo lo cambia, no puede impedir que no se halle todavía hoy en los escritos de Coeffeteau la energía, la fuerza, el buen gusto y la elevacion de su genio. Mr. Dupin ha dicho respecto á sus libros de controversia: «Estas obras de Coeffeteau estan perfectamente escritas en nuestro idioma, son sabias, sólidas y dignas de ser leidas por

todos los que tratan de controversia. En ellas puede verse la diferencia que hay entre un hombre hábil que trata las materias de controversia con dignidad y majestad, y la multitud de controversistas vulgares, cuyas obras son tan despreciables como dignas las de Coeffeteau de toda clase de elogios. — S. B.

NICOLAS DE COMADA (Fr.), religioso lego capuchino de la provincia de Bolonia en el convento de Ferrara. Este virtuoso varon no le impidió jamás el oficio de limosnero para el contínuo ejercicio de la oracion que Dios concedió á su fiel espíritu. Fué de tan singular abstinencia que hubo cuaresma en que no admitió más sustento que el de unos altramuces, con cuyo desabrido amargor quiso, en cuanto pudo, corresponder al de las hieles que padeció Cristo en la cruz. Aunque la ocupacion de limosnero le obligaba á frecuentar calles y casas y á conversar con todo género de personas, ninguna consiguió de su boca palabra que no se encaminase á la salud eterna del alma. Creyendo un enjambre de abejas que el túmulo donde su cuerpo fué sepultado era ameno jardin de flores, como á la verdad pudiera parecerlo por las virtudes de que habia sido templo el siervo de Dios, con milagroso instinto fabricaron en él un panal dulcísimo con noticia y admiracion de toda la ciudad de Ferrara. Despues de muchos años fué hallado su cuerpo incorrupto, como prueba y premio de los concedidos por Dios á sus virtudes y santo género de vida. Murió el siervo de Dios Fr. Nicolás de Comada el año de 1627. — A. L.

NICOLAS DE CURBIO, religioso de la órden de S. Francisco. Vivia en el siglo XIII, fué muy estimado del papa Inocencio IV, que le retuvo en Roma, nombrándole su capellan y confesor. El aprecio que se adquirió en estos cargos le mereció ser nombrado obispo de Asís. El papa Inocencio IV murió en sus brazos, y Nicolás escribió su vida, que es una obra importante para la historia eclesiástica de aquel tiempo. Mr. Baluze la hizo imprimir en el tomo VII de sus *Miscelánea*s. — S. B.

NICOLAS DE LA CUSA. Nació en 1401 y fué hijo de un humilde batelero, llamado Juan Crebs. Se dice de su infancia que siendo muy desgraciado al lado de su padre, quien le maltrataba lastimosamente, tomó la idea de escaparse de su casa, como lo verificó á la primera ocasion favorable, poniéndose en seguida bajo la proteccion del conde de Maudrescheidt. Reconociendo este señor en su protegido un talento privilegiado y una disposicion poco comun para el estudio, basada en un ámor verdadero para el cultivo de las letras, no tardó en mandarle á Deventer para que empezase sus estudios y diera las primeras muestras de su singular aprovechamiento. Contiguo á la ciudad estaba el convento de canónigos regulares, y allí fué donde nuestro Nicolás recibió sus primeras lecciones, y tomando por modelo á sus maestros

empezó á caminar con brio por la escabrosa senda de la ciencia y de la virtud. Pasó despues á la universidad á continuar sus tareas; más tarde se encaminó á Italia con el fin de perfeccionarse más y ver de cerca la corte pontificia entre los restos de la antigua señora del mundo, y últimamente llegó á Padua, donde recibió el grado de doctor en derecho canónico á los veinte y tres años de edad, despues de haber visitado las más famosas universidades de Alemania. Además de la lengua latina, que le era muy familiar, aprendió el griego y el hebreo; se elevó en virtud de su genio extraordinario sobre la filosofía de su tiempo, y resucitó en alguna manera el estudio de las matemáticas, que parecian haber caido en el olvido más profundo. En cuanto á la sagrada ciencia á que se habia dedicado con más amplitud nada tenemos que decir acerca de sus progresos, porque vistos los que hacia en otros estudios más secundarios, se puede comprender perfectamente cuánto adelantaria. Dícese que conocia las Sagradas Escrituras mejor que ninguno de sus contemporáneos, y que poseia con la mayor perfeccion la historia eclesiástica. Algunos de sus biógrafos hacen de él un domínico, otros un canónigo regular, y esta opinion es la más aceptable á nuestro juicio por el mucho afecto que habia mostrado á la profesion de sus primeros maestros cuando estaba en su compañía; pero lo que resulta más cierto es que fué dean de Saint-Florin en Coblenza y despues arcipreste de Lieja, asistiendo en calidad de tal al concilio de Basilea en 1431. Dirigió á los padres del concilio una obra titulada *De concordia catholica*; y demostrándoles la necesidad que habia de reformar el calendario, les indicó los medios más á propósito para llevar á cabo esta reforma con la exactitud y precision que era de esperar de sus estudios matemáticos. Hubiérase puesto su plan en ejecucion indudablemente á no haberlo estorbado los interesantes asuntos que llamaron, ó por mejor decir absorvieron necesariamente la atencion del concilio, con motivo de las disidencias que tenia con la Santa Sede. En esta cuestion es de observar que siendo Cusa de los más ardientes partidarios de la autoridad del concilio aun sobre la del Papa, no tuvo inconveniente Eugenio IV en enviarle á Constantinopla con el arzobispo de Tarentaise para tratar de la reunion de ambas iglesias; tanto esperaba este pontífice de la rectitud y sabiduría de Cusa, y con razon, porque apénas entabló las negociaciones Juan Paleólogo, emperador de Oriente, su hermano Demetrio, el patriarca y setenta obispos se trasladaron á Italia con el fin de tratar de esta reunion. Encantado por este motivo el Papa de lo bien que en esta ocasion le habia servido Cusa, le diputó de nuevo á una asamblea que celebraron en Nuremberg los príncipes de Alemania y los embajadores de España y Francia, donde se decidió que las tres potencias permanecerian neutrales entre el papa Félix y Eugenio IV. Encontróse tambien en la dieta de Francfort, reunida

con el mismo objeto, y en otras muchas asambleas. En los intervalos de estas reuniones, revestido siempre del carácter de legado, trabajó con éxito para restablecer la disciplina monástica en muchos conventos, haciendo á los religiosos edificantes discursos sobre los deberes de su vocacion, componiéndoles además algunos tratados espirituales. Despues de la muerte de Eugenio IV, Cusa se retiró á su arciprestazgo, donde pasó sus ratos de ocio haciendo un comentario sobre el principio del Génesis. En 1448 el papa Nicolás V hizo justicia á su mérito, creándole cardenal prelado con el título de S. Pedro. En esta ocasion fué cuando dedicó al pontífice un libro que habia escrito de geometría, en el cual se proponia buscar la cuadratura del círculo. Una vez en buenas relaciones con la Santa Sede, nuestro Cardenal volvió á continuar avanzando rápidamente en su carrera. Estaba vacante el obispado de Brixen en Tirol, y aun cuando el capítulo habia elegido, sede vacante, á Leonardo Corsmer, canciller de Segismundo, archiduque de Austria y conde de Tirol, como tenia alguna irregularidad el Papa no quiso dispensársela, á pesar de tener Leonardo en su apoyo al archiduque, y nombró á Nicolás Cusa en su lugar. En 1450 asistió nuestro Cardenal á la ceremonia de la apertura del jubileo en Roma. Más tarde le envió Su Santidad en calidad de legado *à latere* cerca de los príncipes de Alemania para moverlos á que hiciesen la paz entre sí, volviendo las armas contra Mahomed II, que amenazaba cada vez más y más de cerca á la cristiandad, llevando además la mision de publicar en aquel país las indulgencias del jubileo y de corregir los abusos entre los religiosos en particular y entre todos los fieles en general. En esta legacion el Cardenal dió muestras de una piedad y un desinterés sin igual. Nada era más sencillo que su comitiva, compuesta de pocos, pero fieles y buenos servidores, que hacian gala para sí de imitar en todo lo posible á su señor; entre otros le acompañaba Denis le Chartreaux, conocido por su virtud ejemplar y por sus escritos; las abstinencias que hacian en su viaje, las considerables limosnas que repartian y el bien que iba haciendo por todas partes la piadosa comitiva, era causa de que salieran los pueblos á recibirla, acompañándola largo trecho con las más vivas demostraciones de júbilo y de agradecimiento, sin que fuese por esto menor la humildad y modestia del legado en medio de tanta ovacion. Prohibió á los confesores recaudar limosnas á pretexto del jubileo, lo mismo que á los penitentes darlas, declarando nula la confesion de los que desobedeciesen esta órden. No permitió de ningun modo que se excitase ni comprometiese directamente á nadie para la guerra contra los turcos, exhortando á todos para que contribuyese cada uno segun sus medios y su devocion más ó ménos ardiente. Para dar el ejemplo rehusó todos los presentes que se le ofrecian, haciendo que los de su comitiva imitasen esta noble conducta. En los monasterios

adonde asistia, predicaba y estaba presente á los ejercicios de la comunidad, á quien no dejaba sin haberla dado sabias ordenanzas para el restablecimiento de la disciplina. Visitó su patria, su país y los sitios donde habia hecho sus primeros estudios, dejando en casi todos algun recuerdo generoso, un hospital en Cusa y en Deventer un seminario para veinte escolares pobres. Habiendo sido tomada Constantinopla por los turcos en 1453, nuestro Cardenal hizo nuevos esfuerzos para reunir á los príncipes cristianos contra Mahomed II, escribiendo á los que no podia hablar, y hasta componiendo un tratadito, que tituló: *De la paz que deberia reinar entre los que tienen una misma fe.* Calixto III, sucesor de Nicolás V, le envió de nuevo á Alemania en calidad de legado. Volviendo de Roma quiso introducir reformas en un monasterio, á lo cual se opuso vivamente Segismundo el archiduque, quien no habia olvidado la cuestion del beneficio que se habia provisto en nuestro Cardenal, por cuya razon tuvo que volver á Roma á dar cuenta de su comision. Poco despues murió el papa Calixto, y Pio II, su sucesor, volvió á dar á Nicolás otro legado para Alemania, tratando primero de reconciliarle con el Archiduque, quien hizo muy buenas promesas; pero apénas el Cardenal prelado habia puesto el pie en su diócesis le hizo prender alevosamente y le encerró en un oscuro calabozo. El Pontífice excomulgó á Segismundo, quien últimamente dejó en libertad á su prisionero, aunque bajo las más duras é injustas condiciones. Una vez puesto en libertad, Cusa se retiró á Todi en Umbría, donde terminó su laboriosa existencia poco tiempo despues el 11 de Agosto de 1464, á la edad de sesenta y tres años. Su cuerpo fué enterrado en Roma en la iglesia de su título, y su corazon fué trasportado al lugar de su nacimiento. Su sabiduría abrazaba todos los conocimientos de su tiempo, llegando á ser en muchos de ellos, como hemos indicado ya, superior á sus contemporáneos, y habiendo entrevisto algunos descubrimientos posteriores á él. Quiso reformar el calendario, como dejamos dicho anteriormente; concibió la idea del verdadero sistema del mundo, idea que continuaron con éxito los Copérnicos, Képler y los Galileos. Sus obras son numerosas, unas buenas, otras medianas y otras, finalmente, singulares y atrevidas. Indicaremos los títulos de algunas de ellas. *De visione Dei*; *De pace fidei*; *Reparatio calendarii*; *De mathematicis complementa*; *Cribratio Alcorani*; *De variatione sapientiæ*; *De ludo globi*; *De mathematica perfectione contra Bohemos*; *De quærendo Deum*; *De apice theoriæ*; *De docta ignorantia*; *De conjecturis*; *De filiatione Dei*; *De cuadratura circuli*; *De fortuna*; *Sermones per totum annum*; *Epistolæ ad diversos*; *De concordantia catholica*; *Dialogus de Deo absconditu*; *Exercitationum libri decem*; *Correctio tabularum Alphonsi*; *De transmutationibus geometricis*; *Complementum theologicum*; *Apologia doctæ ignorantiæ*; *De æquitate*; *Directorium*

speculantis; *De figura mundi*; *De æqualitate*; *Inquisitio veri et boni*; *Fabulæ Persicæ in latinum ex græco reductæ*; y otras varias que omitimos. La vida de Cusa ha sido escrita en latin por Gaspar Hartzheim, jesuita, quien la imprimió en Tréveris, patria del cardenal, en el año de 1730.

NICOLAS Cusano (P.), religioso de la Compañía de Jesús. Era aleman, nacido en la ciudad de Cusa en el campo de Tréveris, á 6 de Noviembre del año 1574, y el de 1601 entró en la Compañía de Jesús ya docto en la teología y graduado en ella, y que la leyó á los religiosos en el colegio imperial de san Maximino. Hizo la profesion de los cuatro votos el año de 1614, fué varon verdaderamente insigne y muy perfecto alumno de la Compañía: pasados los dos años de noviciado le enviaron á Luxemburgo, donde por espacio de un año enseñó á los niños los principios de la gramática, y luego despues fué enviado por aquellos pagos y lugares á enseñar é instruir á los rudos, pobres y humildes lo conveniente y necesario para su salvacion, en cuyo ministerio constantemente se empleó; y lo ejecutó con igual perseverancia leyendo despues en el aula de medianos, porque ántes de medio dia predicaba en la ciudad, y por la siesta se salia al campo miéntras era hora de leccion á ganar para Dios algunas almas. Y jamás le apartaron de este propósito, ni las lluvias, ni los frios, ni peligros de ladrones, ni otros riesgos por grandes y graves que fuesen, ni otras mil incomodidades y molestias que las más veces se le ofrecian; porque á pesar de los mismos riesgos se arrojaba intrépido á las empresas. Alguna vez confesó al superior, que siempre que salia de este modo le temblaba el cuerpo poseido de temores; pero que despues, reprimiendo el miedo con la fortaleza del ánimo, iba tan alegre y presuroso como si fuese á disfrutar las delicias de un regalado banquete. Un dia ántes de emprender las misiones, se prevenia pidiendo en el refectorio perdon de sus faltas, fregaba las ollas y tomaba una disciplina. Caminaba cargado de librillos, de rosarios y de objetos de devocion, que no poco le gravaban y embarazaban, pero todo le era fácil y gustoso, por tener que dar á los que le oian para inclinarlos y reducirlos. Entretenia con contínua oracion todas sus caminatas, solo cuando se detenia á enseñar á algun pastor ú otro hombre rústico, y lo que en esta obra tardaba, solia esperar al compañero que venia léjos, por no poderle seguir; tal era el aliento de este diligentísimo Padre. No perdia un solo instante del tiempo, y muchas veces por abreviar admitia un jumento para el compañero para que pudiese seguirle, pues él casi siempre iba á pie, y únicamente lo usaba cuando en un mismo dia tenia que predicar en distintos lugares, principalmente cuando llovia. Si sucedia tal vez que hospedado de gente acomodada y noble, la comida era abundante, entónces procuraba satisfacerse con los manjares más viles y sencillos, levantándose con antelacion de la mesa á continuar sus sagrados ejer-

cicios. Muchas veces con la prisa de caminar de un lugar á otro, faltándole las fuerzas naturales, se quedaba atollado en medio del lodo. Casi siempre se alimentaba con unas puches de harina y agua fria, ó con un pedazo de pan negro y una corteza de queso desabrido. Su cama era el suelo, y allí dormia cubierto con solo el manteo, el invierno en algun lugar más templado, lo más del año al sereno. En todos treinta y tres años no usó de defensa contra el frio, como se acostumbra en Alemania por su inclemencia, sino el último año de su vida, empezando á convalecer de una gravísima enfermedad. Obrando este bendito Padre de esta manera, y tolerando tantos trabajos por el bien de las almas, no pudo evitar las calumnias de los mal intencionados. Se atrevieron algunos hombres perversos á poner dolo en su castidad, y aun á acusarle de hereje; pero aunque el inocentísimo siervo de Dios tuvo estos males por los mayores, todas estas tribulaciones no pudieron extinguir su caridad ni el ardiente celo por la gloria del Señor y provecho de los prójimos; pues que pareciéndole breve término la provincia en que asistia, se extendió á la Lotaringia y toda aquella comarca, con tan feliz cosecha y copioso fruto, que él mismo afirmaba, aunque modestísimo, que le habia hecho mayor en un pueblo, solo por espacio de ocho dias, que en todos los tiempos pasados todos los curas y religiosos que en toda aquella tierra habian trabajado. Un clérigo decano de aquellos campos no queria que entrase en su parroquia; pero vencido de la santa porfía del Padre le permitió que predicase un sermon en ella, y habiéndole oido el párroco ántes rebelde, se echó humildemente á sus pies, y se confesó, sirviendo de grande ejemplo á sus feligreses. Componia con el mejor suceso los pleitos y discordias particulares, y castigaba severamente ó reprendia la mala costumbre de expresarse con juramentos y maldiciones, consiguiendo en muchos lugares extirparla de todo punto. Amplificó grandemente la devocion de la Vírgen nuestra Señora, instituyendo en muchas partes, y en especial en todas las casas donde posaba, que rezasen su Rosario y su letanía ántes de acostarse. En esto se ocupaba fuera de casa, pero no ménos dentro de ella era ejemplo universal de todas las virtudes. Nunca le vieron orar sino de rodillas, sin buscar descanso ni arrimo alguno; y en la oracion era tanto su sentimiento, y tan tierna su piedad, que parecia derretirse todo en lágrimas; y lo mismo le sucedia no pocas veces atendiendo á la leccion en la mesa. Fué tan devoto venerador del nombre santísimo de Jesús, que no solo cuando le pronunciaba, sino tambien cuando lo escribia, se quitaba el bonete de la cabeza con afectuosísima reverencia. Nunca permitió que en su presencia se murmurase del prójimo, ó excusaba sus faltas aligerándolas ó interpretándolas á mejor parecer. Jamás le vieron airado ni desabrido, siendo tan vivo ó tan eficaz, que cuando predicaba era como un fuego en sus acciones y

en sus palabras, manifestando el fervor que ardia dentro de su corazon. Acudió siempre á todo el mundo, estando pronto para favorecer y ayudar á todos. Fué su observancia tan puntual en las ceremonias de la Misa, que llegó á ser pasmo y edificacion de todos los que la oian y ministraban. Del mismo modo era muy diligente al imperio y á las órdenes de sus superiores, pues apénas insinuaban su voluntad, cuando él la obedecia y ejecutaba. Su pobreza era singular en todas las cosas; gastaba continuamente de los vestidos más viejos ó más usados, no pudiendo recabar con él sino con mucha dificultad que se pusiese algo nuevo. Con grandes muestras y estudio raro de humildad y sujecion, aconsejaba en las dudas á los que sabia que en la ciencia no le eran inferiores. Ultimamente, este varon grande en todas sus obras y ejercicios, fué singularísimo ejemplar y perfecta norma de la religiosa disciplina, y por esto tan venerable y tan amado, así de los propios como de los extraños, que nadie dudaba de compararle con los santos mayores que venera la Iglesia, proponiéndole á todos los religiosos, que se ejercitaban en las misiones apostólicas, por dechado que debian imitar, y espejo en que debian mirarse. Ocupado en los oficios de caridad de que viene hecho mérito, ayudando á muchos á bien morir, y andando entre los cadáveres por todos aquellos pagos de aquel país, le sobrevino la enfermedad y la muerte, despues de recibidos todos los sacramentos, en Luxemburgo á 20 de Abril del año de 1636. Escribió el P. Nicolás Cusano un libro intitulado *Escuela cristiana*, en el cual se explican todas las cuestiones de nuestra fe. Tuvo mucha aceptacion esta obra, por lo que se reimprimió muchas veces, y el reverendísimo obispo de Madauro, despues de haberle leido, mandó que se leyese en todo su obispado en lugar de los sermones. Escribió otro volúmen titulado *Sapientia Christiana*, que es como un compendio de toda la teología escolástica; y otro cuyo título es *Dux viæ*, en que se refutan los errores de los herejes, y se prueba la verdad católica. — A. L.

NICOLAS Español (Fr.). En la provincia de Palermo vive y vivirá siempre entre los sicilianos la memoria de este benemérito religioso, corista, de ilustrísima sangre, que siendo general de las galeras de Sicilia, con tantos méritos para el cargo como puede colegirse de haberle elegido el rey Don Felipe II, renunció voluntariamente la dignidad, y quiso más el ser despreciado y vil en la casa de Dios, que vivir en las fastuosidades y oropeles del siglo. Tomó el hábito de capuchino, y el mismo dia que se le vistieron, para mostrar que no queria tener nada de comun con el mundo, mandó que se diese á los pobres el vestido, el oro y las joyas de que vino adornado á la religion, que eran de muchísimo precio y valor entre los seglares. Comenzó luego la carrera de la vida espiritual y seráfica, con tal perfeccion, que han quedado en los originales de la Orden insignes memorias de su obediencia,

de su humildad, pobreza y austeridad de vida, del desprecio de sí propio y de todas las cosas, y principalmente resaltan las de su caridad y su amor de Dios, cuya fuerza era tanta, que no pudiendo en la oracion moderar sus impetus, por no inquietar á los demás religiosos con los suspiros y gemidos, ordinariamente se retiraba al bosque, donde nadie le oyese. Allí entre otros ejercicios de oracion, como su meditacion ordinaria fuese la consideracion de Cristo nuestro Señor con la cruz á cuestas, el deseo ardiente de la imitacion le dictó que tomase dos grandes vigas, que estaban arrojadas en el bosque, y atándolas con la cuerda que tenia ceñida, en forma de cruz, la llevaba sobre sus hombros largo trecho, por espacio de dos ó tres horas, cuando ninguno le podia registrar, prorumpiendo en lágrimas y sollozos todo el tiempo que duraba la accion. Tenia destinado á ejercitar este acto perpétuamente el espacio que hay desde las cuatro de la mañana hasta el amanecer, conmemorando la pasion de Cristo, no con poca fatiga del cuerpo, correspondiente á la afliccion interior del alma, por el gran peso de las dos vigas, intolerable aun á otro de más fuerzas y más robusto. Ocurrió una vez que un religioso sacerdote, llamado Fr. Bartolomé, salió al bosque á hacer oracion, y viendo de lejos á Fr. Nicolas llevando la cruz, al pronto se sorprendió, juzgando que era alguna vision que se le aparecia, mas despues conoció lo que era, y callando fué á decírselo al guardian. Para averiguar la verdad, acudió este en seguida al bosque, á tiempo que venia Fr. Nicolás cansado ya del peso, y casi rendido, llenando la soledad de gemidos y lágrimas, que entendiendo que no habia testigos, derramaba copiosamente en la meditacion de los pasos que dió el Señor con otra cruz de más grave peso. El guardian le preguntó qué hacia cargado con aquella cruz, y el santo religioso, al pronto se sintió embarazado al oir la voz del guardian, peró luego le respondió con seráfico aliento: «que si el Señor llevó »una cruz tan pesada por él, no era extraño que él la llevase igualmente, »y pagarle su amor y afecto cuanto le fuera posible.» En fin, como su alma era agradable á Dios, le sacó brevemente de las miserias de esta vida caduca; y apénas llegó al tercer año de la religion, cuando sobreviniéndole en Pullici la última enfermedad, despues de haber vivido el término que se le concedió en ejercicio de virtudes heróicas, remató la vida con la muerte feliz de los justos, y el amor que tuvo á la cruz de Cristo le llevó á gozar el premio debido á la misma por todo el espacio de la eternidad.—A. L.

NICOLAS Espinosa (D.), presbítero. Estuvo de escolar por los años 1750. Fué maestro de capilla de la Seo de Urgel. En Montserrat se conservan algunas obras suyas, notables por su sencillez y buen gusto.—O. y O.

NICOLAS Eymeric, ilustre por sus trabajos ó combates por la fe y muy

conocido por sus escritos. Nació en Gerona en el principado de Cataluña en 1320, y entró en la órden de Sto. Domingo el 4 de Agosto de 1334, cuando apénas habia llegado á los catorce años. Separado del mundo ántes de haber experimentado sus peligros, se consagró generosamente á llevar el yugo de Jesucristo. Bien pronto le hizo conocer la gracia cuál debia ser la extension de este sacrificio y cuál sería un dia su recompensa. El santo religioso que se le designó para instruirle y formarle en la sólida piedad, educado él mismo en la escuela del Espíritu Santo, le enseñó todavía más con sus ejemplos que con sus palabras á mortificar los sentidos y las pasiones, á renunciar á su propia voluntad, á caminar constantemente sobre las huellas de los santos, á no poner su confianza más que en el socorro divino, á hacerlo todo segun el espíritu de Jesucristo, y á no buscar en todas las cosas más que la mayor gloria de Dios. Tales fueron las primeras lecciones que el bienaventurado Dalmacio Moner dió á su jóven discípulo, y el fervoroso novicio, dócil siempre á las instrucciones de un maestro tan perfecto, aunque naturalmente severo, hizo en poco tiempo grandes progresos en la virtud con la práctica exacta de todo lo que le era prescrito y con la imitacion de lo que veia hacer á los más adelantados. Dedicado al estudio de las ciencias inmediatamente despues de su profesion religiosa, Nicolás Eymeric no dió menores pruebas de la penetracion y de la viveza natural de su espíritu, que de una noble emulacion para aprender todo lo que podia perfeccionarle en su estado, y todo lo que podia contribuir á hacerle un digno ministro de Jesucristo y de su Iglesia. A la lectura de los filósofos y de los teólogos, añadió la de los más hábiles canonistas, y no separó la meditacion de los libros santos del estudio de las leyes de la Iglesia y de su disciplina. El tesoro de erudicion que se nota en sus obras, fué producto de la oracion y de un trabajo contínuo; pues sin decir nada de más, se puede sostener que desde su entrada en la religion hasta su decrepitud, ó más bien hasta el fin de su carrera, no cesó de estudiar, de escribir, de adquirir nuevas luces y de comunicarlas. En las fatigas de los viajes, lo mismo que en el reposo de la soledad, en los buenos y los malos sucesos, en las contradicciones y en las persecuciones, se le vió siempre igualmente celoso por sus adelantos en la virtud y en las ciencias, por la instruccion y la salvacion de los fieles, por el honor de la Iglesia y la defensa de su doctrina. El ministerio de la predicacion fué el primer empleo que se le confió, y llenó con fruto sus funciones en un tiempo en que los fieles tenian más necesidad de la caridad de los ministros de la Iglesia para encontrar algun socorro espiritual por las funestas consecuencias de un contagio general, que les amenazaba á todos y de que muchos habian sido heridos en el momento que ménos se esperaba. La vista de la muerte, siempre presente, no fué capaz de entibiar el celo de nuestro predicador; sirvió, por el contra-

rio, para inflamarle más, porque ofreciéndole una ocasion de ser útil á sus prójimos, podia hacerle esperar consumar bien pronto su sacrificio en el ejercicio de la caridad. Pero estaba reservado para otros trabajos. En reconocimiento de las santas instrucciones que habia recibido del bienaventurado Dalmacio Moner, muerto en olor de santidad el año 1341, Nicolás Eymeric escribió la historia de su vida para dejar á la posteridad el cuadro de sus heróicas virtudes. Dió despues al público algunos tratados filosóficos y un volúmen de sermones; miéntras el célebre Nicolás Roselli, provincial entónces é inquisidor general de Aragon, trabajaba con celo en sostener el espíritu de fervor y de regularidad en su Orden, ó en extinguir desde su origen los errores que aparecian diariamente en el país, Nicolás Eymeric, lleno ya del mismo espíritu de celo y llamado al mismo ministerio, brillaba por sus talentos y se hacia útil por la manera con que los empleaba, ya para la instruccion de sus hermanos en las escuelas, ó para la de los fieles en los púlpitos. Su reputacion, que se extendia cada vez más, determinó sin dificultad la eleccion de los superiores, cuando Roselli, á últimos del año 1356 fué llamado cerca de la Santa Sede para recibir la púrpura romana. El nuevo cardenal deseó que fuese Eymeric su sucesor en el cargo de inquisidor general de la fe en los estados del rey de Aragon, y este príncipe, lo mismo que el papa Inocencio VI, dieron su consentimiento con tanto más gusto, cuanto que no ignoraban el mérito del súbdito, su habilidad, su prudencia, su sabiduría y la moderacion que sabia unir de una manera conveniente con todo el ardor del más fervoroso celo. Durante cuarenta y tres años, que ejerció este difícil cargo en tiempos infinitamente críticos, llegó á ser objeto de la envidia de los unos, de la calumnia de los otros, y se vió expuesto á una infinidad de peligros. Su valor y su firmeza no decayeron nunca. Es verdad que los soberanos pontífices Inocencio VI, Urbano V, Gregorio XI y sus legados apostólicos honraron siempre con su confianza y su proteccion á un ministro, cuya intencion fué siempre recta é irreprensible su conducta. Los obispos de los reinos de Aragon y de Valencia y los de Cataluña, á ejemplo de su soberano, conservaron tambien siempre una estimacion particular por este ilustre defensor de la fe. Pero como todo esto no pudo ponerle á cubierto de la persecucion que le fué suscitada de parte de los que no estaban muy contentos con que se siguiesen sus pasos de cerca, las amenazas de los herejes no fueron de consiguiente capaces de intimidar al siervo de Dios. Buscó con tanta vigilancia y cuidado á estos hombres perniciosos, que no se ocultaban más que para sembrar con mayor seguridad sus errores, que disipó con frecuencia sus complots é hizo condenar su herejía, y tuvo el consuelo de volver al seno de la Iglesia á muchos de los que combatian anteriormente sus dogmas. Esforzábase en contener los progresos de la herejía, no tanto

por el temor de las penas, como por la doctrina y la persuacion, y á este fin compuso un gran número de obras, de que no tardaremos en ocuparnos. Este camino, sin embargo, aunque tan natural y tan conforme al espíritu del Evangelio, no tuvo siempre el efecto deseado, y se hallaron muchos que prefirieron perder el alma y la vida á renunciar de sus insensatas opiniones llenas de impiedad. Uno de estos fué un tal Nicolas Calabres, discípulo de un maestro tan impío y más extravagante que él. Este, llamado Martin Gonzalez, de la diócesis de Cuenca, decia que era hermano del arcángel S. Miguel, la primera verdad y la escala del cielo: que reservaba para él la plaza que habia perdido Lucifer; que todos los dias se elevaba á lo más alto del Empíreo y descendia despues á lo más profundo de los infiernos; que al fin del mundo, que se hallaba próximo, iria delante del Antecristo y que le venceria, llevando en una mano la cruz de Jesucristo y en la otra la corona de espinas. No habiendo podido el arzobispo de Toledo convertir á este fanático obstinado, ni impedirle el enseñar, le habia entregado, por último, al brazo secular. Despues de la muerte de Martin Gonzalez, continuó su discípulo esparciendo los mismos errores, sosteniendo con la misma terquedad que Gonzalez era verdaderamente hijo de Dios, nacido en el cielo durante la eternidad, aunque en la apariencia tenia padre y madre en la tierra; que no habia muerto ni moriria nunca; que el Espíritu Santo debia encarnarse y aparecer entre los hombres; que el mundo entero recibiria entónces una nueva fe por las predicaciones de Gonzalez; y que por la virtud de sus oraciones saldrian los condenados del infierno en el último dia y se salvarian. Distinguia tres cosas en el hombre: el alma, el cuerpo y el espíritu. Aseguraba que la primera persona de la Santísima Trinidad habia creado el alma, que el cuerpo era produccion de la segunda y el espíritu de la tercera. Para colmo de impiedad enseñaba á invocar á los demonios. Nicolás Calabres habia pasado de la diócesis de Toledo á la de Barcelona, donde enseñaba atrevidamente sus errores. Habiéndole hecho prender Eymeric, le obligó á abjurar públicamente su herejía y á confesar sus errores, lo que verificó en Barcelona el domingo durante la octava de la Ascension en el año de 1357. Pero las consecuencias hicieron ver que la pretendida conversion de este hereje no habia sido más que un efecto de su hipocresía, ó del temor del castigo, que no pudo evitar sin embargo. Los analistas mencionan otro célebre fanático que publicaba en aquella misma época sus visiones. Bartolomé Janovezzi, natural de Mallorca, habia compuesto un libro titulado *Del Antecristo*. El autor decia en él que el dia de Pentecostés de 1360 cesarian los sacrificios no sangrientos y todos los sacramentos de la Iglesia; que los judíos, los sarracenos, los demás infieles, aunque seducidos en un principio por el Antecristo, se convertirian despues á la verdadera fe,

pero que no habria perdon ni valdria la penitencia á los cristianos, á quienes hubiese marcado con su sello. En 1359 era cuando este mallorquin enseñaba todas estas locuras, y apénas Nicolás Eymeric tuvo conocimiento de ellas condenó al fuego el libro de Janovezzi, y tuvo la fortuna de desengañar á su autor: despues de haberse asegurado de la sinceridad de su penitencia le reconcilió con la Iglesia. Mucho ménos fácil le fué evitar otro escándalo y reconciliar á un judío rico, habitante de Barcelona. Este infiel, llamado Astruc de Piera, hacia profesion de invocar al infierno y de ofrecer sacrificios á los demonios. El obispo de Barcelona, de concierto con el inquisidor de la fe, habia hecho detener á este judío, pero sus partidarios y amigos acudieron á los jueces seculares, que pretendieron que el acusado debia ser juzgado en su tribunal y no en el de la iglesia. Durante este conflicto de jurisdiccion, Astruc fué trasladado á las prisiones del obispo de Lérida, y Nicolás Eymeric compuso dos tratados, que tenemos todavía, uno contra la invocacion de los demonios, y otro para probar la jurisdiccion de la Iglesia ó de sus ministros sobre los infieles que ejercen esta clase de abominaciones en las tierras de los príncipes cristianos de que son súbditos. Habiendo ordenado el Papa á dos cardenales legados suyos en España hacer entregar al prisionero en manos del inquisidor, empleó este toda su erudicion y elocuencia para obligar á Astruc á abjurar sus errores y condenar él mismo los detestables sacrificios de que se hallaba manchado. Pero no habiendo podido ganar nada sobre un hombre obstinado, le condenó á una prision perpétua para impedir al ménos que su ejemplo no fuese un lazo y un motivo de tentacion para otros muchos. En la biblioteca de S. Victor de París se halla manuscrito el tratado contra la invocacion de los demonios, y se halla en él marcado expresamente que fué compuesto por Nicolás Eymeric en 1359. Fué, sin embargo, el papa Gregorio XI quien ordenó en 1371 al obispo de Lérida que pusiese al judío Astruc en poder del inquisidor. Lo que prueba que este negocio se alargó extraordinariamente, y sabemos que durante casi todo aquel tiempo se puso á prueba en más de una ocasion la constancia de Eymeric. La tempestad levantada contra él fué tan violenta, que sus superiores en el capítulo general celebrado en Perpiñan en 1360, pusieron á otro inquisidor en su lugar, y en el que se reunió dos años despues en Ferrara, le nombraron vicario general de la provincia de Aragon. Esto fué sin duda en consideracion á su mérito, y para manifestar al mismo tiempo que no se le habia privado de su primer empleo por descontento de su conducta, sino para asegurar su reposo librándole de las persecuciones de sus enemigos. Sin embargo, el cardenal Guido de Bolonia, obispo de Porto y legado del papa en el reino de Aragon, persuadido de que el celo ilustrado de Nicolás Eymeric, su vigilancia, su intrepidez y sus demás

cualidades, le hacian más propio que á otro cualquiera para ejercer con acierto el cargo de inquisidor, le obligó á desempeñarle de nuevo, lo que hizo sin embargo sin dejar de predicar y escribir. En 1371 honró el Papa á Nicolás Eymeric con el oficio ó título de capellan suyo, y habiendo advertido este religioso á Su Santidad que en las iglesias de Tarragona y de Zaragoza se habian predicado con frecuencia algunas proposiciones relativas al Santo Sacramento del Altar que podrian escandalizar á los débiles, ordenó Gregorio XI de viva voz á dos cardenales, que escribieran á los arzobispos de Tarragona y de Zaragoza, á sus sufragáneos y á los inquisidores de aquellas mismas provincias, para manifestarles que la intencion de Su Santidad era que no se permitiese en adelante á nadie predicar públicamente ninguna de las proposiciones denunciadas, so pena de excomunion en que se incurria por el solo hecho. Las proposiciones de que se trataba podian ser problemáticas, podian ser tambien un motivo de escándalo para los fieles, y se alabó con justicia á Eymeric, porque redoblaba su atencion sobre este punto, en un tiempo sobre todo en que algunos doctores hablaban indignamente del misterio de la Eucaristía, á ejemplo de Wiclef, que comenzaba ya á dogmatizar en Inglaterra. Las doctrinas de la Iglesia eran á la sazon muy atacadas, y en 1372 tuvo ocasion Eymeric de manifestar su celo por la fe, combatiendo los errores que un tal Arnaldo Montaner sembraba en la diócesis de Urgel, y las que Raimundo de Tarraga, judío mal convertido, continuaba publicando de viva voz y por escrito. El año siguiente de 1373 halló Eymeric entre los habitantes de Zaragoza á muchos cristianos, y distinguidos algunos por su calidad y sus riquezas, que seguian las costumbres de los judíos y observaban sus ceremonias. El escritor Francisco Diego dice que les hizo abjurar públicamente sus errores, y que les levantó las censuras en que habian incurrido. Entre estas ocupaciones daba Eymeric de tiempo en tiempo nuevas obras al público. Dió á luz en aquel año un nuevo volúmen de sermones, ó de panegíricos de los santos, que dedicó al superior y á la comunidad de Gerona. Habia comenzado tambien su grande obra, llamada *El directorio de los Inquisidores*, que continuó escribiendo el resto de su vida, como aparece por las fechas del gran número de hechos que en ella se refieren. Hallábase en Aviñon en 1376, cuando llegó allí Santa Catalina de Sena por el mes de Junio. Tambien nos refiere el discurso lleno de amenazas, que dirigieron pocos meses ántes al papa dos embajadores del pueblo romano para obligarle á dirigirse sin retardo á Roma. Habiendo determinado por fin muchas consideraciones á Gregorio XI á tomar aquel partido, siguió Eymeric á Su Santidad á Italia y acabó en Roma, en el mes de Abril de 1377, un comentario sobre el Evangelio de S. Mateo, que habia comenzado anteriormente en Barcelona. Esta obra fué seguida de otro comentario sobre San

Juan, en que trabajó durante los últimos meses del pontificado de Gregorio XI y el tumulto del cónclave de Urbano VI. Pero no habiéndola corregido el autor hasta 1383, cuando se hallaba ya en regreso de Aviñon, la presentó á Clemente VII, de quien era capellan, y por cuyas ordenes publicó en el mismo año un tratado del poder del Papa. Tenemos otras tres obras del mismo autor dedicadas á este Pontifice, á saber: *Un tratado del pecado original: Un tratado sobre el Evangelio segun S. Lucas, y otro sobre S. Marcos.* En un manuscrito conservado en el convento de Gerona se leen estas palabras: «Aquí concluye la exposicion de los cuatro libros del Evangelio, comenzada »en Barcelona en 1367 por Nicolás Eymeric, del órden de Predicadores, ca»talan, doctor en teología, y continuada en Zaragoza, Valencia, Gerona, »Aviñon, Roma, Anagni y concluida en Aviñon en el mes de Marzo de 1389 »bajo el pontificado de nuestro santo padre Clemente VII.» Esta nota confirma lo que hemos avanzado ya de que ni los frecuentes viajes, ni las diferentes ocupaciones de Nicolás Eymeric, no le hicieron olvidar nunca sus libros ni el estudio que hacia sus delicias. Puede servir al mismo tiempo para manifestar las fechas de sus obras y las diferentes situaciones en que el autor se habia encontrado, ya para llenar los deberes de su cargo ó para obedecer á los deseos de los soberanos pontífices, que emplearon con frecuencia su ministerio y su pluma para ilustrar ó para defender verdades contestadas. A este mismo año 1389 debe referirse lo que nos dice Eymeric en una de sus obras. Baluzio lo ha insertado en sus notas sobre la *Historia del cardenal Jaime de Aragon*, obispo de Valencia. Los curas llamados en este reino para dar el santo viático á los enfermos, acostumbraban á preguntarles si creian que lo que iban á recibir en la comunion era el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Si el enfermo contestaba que lo creia así, se le daba en seguida la Santa Eucaristía, y se les negaba á los que no respondian lo mismo. Llegó el caso de un doctor cuya respuesta fué, que creia recibir el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, y que confesaba que Jesucristo era Hijo de Dios, pero que no era el Padre ni el Espíritu Santo. Esta respuesta y la conducta del cura, que no quedó satisfecho, hicieron mucho ruido, y todos tomaron su partido; el pueblo en favor del cura, y los más instruidos por el doctor. Nicolás Eymeric, recien llegado á aquel país, fué informado del caso, y como queria evitar ó detener el escándalo, hizo con tanta precaucion como diligencia las investigaciones necesarias, ya para probar el hecho, ya para decidir el caso por los teólogos. Bien pronto se conoció que la costumbre de este cura era la de casi todos los que dirigian las parroquias de la diócesis de Valencia, y aun de las diócesis vecinas. Los doctores consultados creyeron, sin embargo, que era una supersticion y una herejía. La intencion de Nicolás Eymeric era terminar este asunto sin ruido por sola

la autoridad del cardenal Jaime de Aragon, que llamaria á los curas á su presencia para buscar con ellos los medios de abolir sin ruido esta costumbre ó este abuso. Pero este cardenal no se hallaba entónces en su diócesis, y el celo ardiente de dos predicadores dió lugar á largas disputas. Un religioso se atrevió á declamar públicamente contra la conducta de los curas, y un cura de la iglesia de Valencia, llamado Pedro Desplanes, se propuso contra la opinion de muchos sabios eclesiásticos justificar en el púlpito una práctica que sostenia ser irreprensible. No se contentó con avanzar que hay tres naturalezas en Jesucristo, que llamaba: la naturaleza humana ó la carne del Salvador, la naturaleza espiritual ó la santa alma, y la naturaleza divina ó la esencia de Dios: dió esta doctrina por escrito y obligó á un notario á levantar un acta en presencia de todo el auditorio. De este principio (que multiplica las naturalezas en Jesucristo, como si el alma y cuerpo no pertenecieran á la misma naturaleza humana) deducia Pedro Desplanes esta consecuencia: que cuando el sacerdote interroga á un enfermo preguntándole si cree que la santa hostia que le presenta es el verdadero cuerpo de Jesucristo; si cree que es el alma de Jesucristo: si cree que es la naturaleza divina de Jesucristo, ó lo que es decir lo mismo, si cree que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El enfermo debe responder á la primera pregunta: *sí, lo creo*; á la segunda debe responder: *sí, sí, lo creo*, y á la tercera tiene que responder: *sí, sí, sí, lo creo tambien*. Este buen predicador trataba á su capricho una materia que apénas habia estudiado y sobre principios que le conducian á nuevas herejías ó á renovar otras antiguas; así le contradijo desde luego una buena parte de su auditorio. El escándalo se aumentó con la tenacidad, y el pueblo murmuró contra el clero; el clero secular se quejaba de los religiosos y estos atacaron con demasiado ardor lo que era sin duda reprensible, pero cuyo juicio hubieran debido dejar á los superiores. Para impedir, sin embargo, las consecuencias de una conmocion popular, el inquisidor y el oficial del obispo hicieron prender á Pedro Desplanes, que permaneció encerrado en el palacio del obispo miéntras que el prelado venia en posta á Valencia. A su llegada se reunieron los teólogos en presencia del cardenal y del inquisidor. Desplanes, viendo que todo el consejo condenaba unánimemente su conducta y su doctrina, tomó el partido de disimular y de aparentar condenarlas ambas él mismo. Alcanzó su libertad mediante la seguridad que dió de que cumpliria religiosamente con lo que acababa de decidirse. Habiéndose retirado á Cataluña, comenzó de nuevo á dogmatizar y á lamentarse de que de buen católico que era, le habian hecho hereje entre el obispo de Valencia y el inquisidor. Estas mismas quejas las elevó á Clemente VII, el cual dispuso que los que le habian condenado en Valencia fuesen citados ante la Santa Sede. El cardenal Jaime de Aragon se hallaba entónces próximo á par-

tir de Valencia para dirigirse á Aviñon, y en aquellas circunstancias invitó á Nicolas Eymeric á acompañarle en su viaje, lo que obtuvo sin grande dificultad. Se examinó de nuevo en diferentes congregaciones de cardenales la costumbre de los curas de Valencia y la doctrina de Pedro Desplanes. En esta ocasion fué cuando Nicolas Eymeric compuso un tratado con el título de *Las dos naturalezas de Jesucristo y las tres personas de Dios*. Un manuscrito de esta obra, que vió Baluzio en la biblioteca colbertina de París, dice que fué comenzada en Aviñon y concluida el último dia de Enero de 1390, el duodécimo año del pontificado de Clemente VII. Por esta fecha puede corregirse la cronología de Antonio de Sienne, que refiere la manera de que fué terminada la cuestion: «Hácia el año 1389, dice este autor, hubo grandes »disputas en el reino de Valencia entre las órdenes religiosas y el clero secu»lar. D. Jaime de Aragon, cardenal obispo de Valencia, trabajó mucho para »convenir las partes sin poderlo conseguir. Pero dos años despues todo el »clero remitió el conocimiento y decision de este negocio á S. Vicente Fer»rer, quien hizo algunos reglamentos, que fueron aceptados por los partida»rios de unas y otras opiniones y restablecieron la tranquilidad y la paz.» Muerto el rey de Aragon Pedro IV, llamado *el Ceremonioso*, y reinando ya D. Juan, su hijo y sucesor en la corona, los defensores de Raimundo Lulio levantaron una nueva tormenta contra Nicolás Eymeric, que habia hecho censurar la doctrina de este autor y prohibir la lectura de sus obras durante el pontificado de Gregorio XI. Habiendo ganado los lulistas al rey D. Juan á su partido, se vió obligado Eymeric á tomar la pluma y á hacer una morada mucho más larga en Aviñon. En el año 1390 presentó dos tratados á Clemente VII contra la doctrina de los lulistas. El primero se halla dividido en cinco partes, en las que el autor refiere todo lo que habia pasado en este asunto en tiempo de Gregorio XI, menciona los extractos que se habian hecho de las obras de Raimundo Lulio, los errores y herejías que se habian condenado en ellas y las cartas apostólicas dadas por este motivo por el Soberano Pontífice. El segundo tratado, que está en forma de diálogo, fué seguido algun tiempo despues de otro tercero, al que el autor dió el título de *Encantamiento de los lulistas*, y le dedicó al sucesor de Clemente VII, llamado Benedicto XIII. Por no renovar antiguas disputas no referiremos aquí todo lo relativo á este asunto, que tuvo grandes consecuencias y que no ocasionó al inquisidor menos inquietudes, como lo manifiesta en una de sus obras. Si nos vemos obligados, por no faltar á la verdad histórica, á dar alguna idea de la doctrina de Raimundo Lulio, tan constantemente atacada por Eymeric y defendida con tanto ardor por otros, lo haremos empleando las palabras de dos ó tres autores, que no deben ser sospechosos á lo que pueden interesarse todavía en la reputacion de un hombre

que era extremadamente celoso por la religion, y que murió por la confesion de la fe de Jesucristo. Uno de nuestros primeros historiadores dice sobre este asunto: «No todos son de la misma opinion sobre lo que se debe pensar »de sus libros, y nunca se han dividido más los sabios, mirándolos los unos »con desprecio como obras poco útiles y aun perniciosas, llenas de extravagancias, de razonamientos alambicados y de errores ridículos. Los otros, por »el contrario, los miran como libros bajados del cielo para disipar las tinieblas de la ignorancia y abrirnos una nueva carrera en el conocimiento de »los secretos de la naturaleza y de los más sublimes misterios de la Religion. »Se debe convenir, sin embargo, que se han sacado de ellos quinientas proposiciones, que han sido condenadas en Aviñon por el papa Gregorio XI. »Esta condenacion se hizo á solicitud de Eymeric, religioso de la órden de »Sto. Domingo é inquisidor de Aragon. D. Pedro, arzobispo de Tarragona, »ha insertado ciento de estas proposiciones en la segunda parte del Directorio »de los Inquisidores, y para hablar con sinceridad, entre estas proposiciones hay muchas que son duras, que chocan á los oidos piadosos y que no »parecen convenir con las opiniones de la Iglesia Católica. Quizá dirán sus »partidarios que nuestras luces son demasiado débiles para conocer lo que »hay de divino en estas obras, para penetrar sus misterios y comprender su »sublimidad. Pero no se engañan á sí mismos y estan exentos de la reconvencion de visionarios cuando pretenden hacernos ver y palpar lo que no »existió nunca, y hacernos notar prodigios donde otros más ilustrados no »encuentran más que errores ó locuras?» Tales son las expresiones de nuestro historiador, que escribió dos siglos despues de estas disputas, Igual juicio ha hecho el P. Wadingo de la doctrina y escritos de Raimundo Lulio. Contiene, dice, proposiciones demasiado duras ó groseras para que puedan recibirlas los teólogos ó dejarlas sin censurar. Este analista sostiene que todo lo que condenó Eymeric en las obras de Raimundo Lulio, no se halla en efecto en ellas, al ménos en el mismo sentido: pero confiesa que lo que se lee es más que suficiente para permitir á los superiores mirar con indiferencia la lectura de ellas, porque hay más peligros que temer que utilidad que esperar. Reconoce además que los principios y las expresiones de este autor son extraordinarias, y que los que se han propuesto hacer su apología y responder á las objeciones de Eymeric, han hablado mucho sin ilustrar nada, ó al ménos sin explicar claramente las principales dificultades. Nadie ignora que Raimundo Lulio dedicado á los negocios desde sus primeros años, no habia estudiado nada y no sabia latin, cuando se retiró en una edad más avanzada á una ermita para meditar las verdades eternas y practicar los ejercicios de piedad. Asegura además él mismo, que fué por revelacion divina como aprendió todo lo que se lee en sus escritos; pues miéntras

que retirado en una montaña aislada vacaba tranquilamente en la contemplacion, se le apareció Jesucristo pendiente de la cruz y le reveló los misterios más profundos y las verdades más sublimes. ¿Y cómo sin semejante socorro hubiera podido escribir tantas y tan grandes obras? Tal es la reflexion de los discípulos de Raimundo Lulio. Wadingo hace otra muy diferente y habla como teólogo sensato. S. Pablo nos enseña que *todo escrito que es inspirado por Dios es útil para instruir, para reprender, para corregir y para conducir á la piedad y á la justicia.* Pero, añade el analista, la doctrina de Lulio no sirve para nada de esto; no es ni ha sido nunca de ninguna utilidad para la Iglesia. No es por lo tanto inspirada por Dios. M. Sponde da un golpe mucho más rudo á las obras del mismo autor, haciendo notar algunos de los yerros que se hallan en ellas contra los primeros principios de nuestra religion. Estos yerros no se le habian escapado á Nicolás Eymeric; hacia muchos años que los combatia con todas sus fuerzas, pero haciéndole odioso su celo á los que, segun la expresion de Mariana, admiran todo lo que no comprenden, se vió más de una vez obligado á emigrar de su patria para evitar un escándalo mucho mayor. En 1393 se hallaba de regreso en Cataluña y gozaba de algun reposo en la ciudad de Urgel, donde publicó una obra para explicacion ó correctivo de otra que podia ser una ocasion de error para los fieles. Eymeric declara desde luego que el libro que se propone explicar, aunque atribuido algunas veces á S. Agustin y á S. Anselmo, solo era produccion de un anónimo, que le habia llenado de errores, y que habia tanta más necesidad de distinguir exactamente lo que habia en él de verdadero y sólido, de lo que era poco conforme á la analogía de la fe, cuanto que este libro se hallaba muy generalizado. El arzobispo de Tarragona fué á quien Eymeric presentó sus explicaciones ó correcciones sobre el libro intitulado: *El Esclarecimiento.* Presentó al mismo tiempo, segun se le ofrecia ocasion, otras diferentes obras que publicó los años siguientes, ya en España ya en Francia, donde hizo otro viaje, tales son: 1.° *Un tratado contra la temeridad de algunos escritores que habian querido señalar la época del fin del mundo.* 2.° *Otro contra los que combatian la preeminencia de Jesucristo ó de su Santa Madre*; y un 3.° *contra algunos particulares que avanzaban esta herejía*, que S. Juan Evangelista fué hijo natural de la Vírgen María. Estos tres tratados se publicaron en 1395. El primero, que comienza por estas palabras: *Dies Cœli quis dinumerabit?* se halla dedicado al conde de Ampurias. El segundo fué presentado á Benedicto XIII, y el autor dice que le habia concluido en Aviñon el segundo año de su destierro por la defensa de la fe. En el tercer tratado se pueden notar sobre todo estas palabras del autor: «Esta »proposicion, que todavía hoy se atreven algunos á sostener contra el honor »de la Madre de Dios, diciendo que en virtud de las palabras de Jesucristo,

»fué S. Juan hijo natural de la Vírgen, es una herejía. Pero no es ahora »cuando se comienza á publicarla. Fué predicada en Roma en presencia del »papa Urbano V, de santa memoria, por un doctor en teología, á quien el »cardenal obispo de Ostia, de la orden de Sto. Domingo, reprendió severa»mente, no pudiendo oir sin horror una proposicion que condenaba como »herética. Despues se ha predicado en Aviñon en mi presencia y delante de »muchos sábios que se escandalizaron; reprendiéndose justamente al predi»cador (obispo de Pérgamo) á quien se redujo al silencio difiriéndole des»pues al Papa, que le obligó á retractarse.» Tenemos un cuarto tratado del mismo autor, publicado en aquel año en Aviñon y dedicado al confesor del rey de Aragon, contra los astrólogos, nigrománticos y demás adivinos, cuya presuncion é ignorancia combate sólidamente el P. Eymeric. Comienza su obra con estas palabras del libro de Job: *Numquid nosti ordinem cœli, et pones rationem ejus in terra?* Habiendo muerto de repente en una cacería el rey D. Juan de Aragon el 19 de Mayo de 1395, le sucedió su hermano D. Martin, duque de Montblanc, y á este príncipe es á quien dedicó Eymeric su pequeño tratado dividido en diez cuestiones relativas á la santidad de la Madre de Dios. Este infatigable autor publicó casi al mismo tiempo otros muchos escritos.—1.° *Un tratado contra los químicos.*—2.° Otro para examinar y corregir un libro titulado *De la bajeza del hombre.*—3.° El llamado *El encanto de la universidad de Lérida, relativo á veinte artículos publicados por Antonio de Riera, estudiante de la aniversidad de Valencia.*—4.° Un opúsculo que tiene por título *Confesion de la fe cristiana*, y un *Comentario sobre la Epístola de S. Pablo á los Hebreos.* Este último, que fué comenzado en Urgel en 1393, no le concluyó hasta el 25 de Noviembre de 1396 en Aviñon. El comentario sobre la epístola á los Gálatas y un tratado sobre los artículos, en los cuales no sigue por lo comun al Maestro de las sentencias, fueron fruto del reposo de Nicolás Eymeric en un convento de Gerona el año 1398. Al fin del mismo se propuso explicar la Epístola á los Romanos, y hallándose en esta santa ocupacion le sorprendió la muerte el 4 de Enero de 1399. Todas las obras de este autor, reunidas en once volúmenes, se hallaban manuscritas en la biblioteca del convento de su Orden en Gerona, habiéndose hallado tambien casi todas en la de Colbert de París y en otras muchas. La más estimada y más útil de todas es sin contradiccion su *Directorio de Inquisidores*; se ha impreso en Barcelona, Venecia y muchas veces en Roma con sabias notas de Francisco Peña. Los que han escrito la historia ó los anales de la Iglesia, citan con frecuencia esta obra, que es de grande utilidad para los ministros de la fe, encargados especialmente de velar por la conservacion del sagrado depósito.—S. B.

NICOLAS Factor (S.). Este santo español, valenciano, del siglo XVI, al

que celebra la Santa Iglesia Católica el 5 de Marzo, puede buscarse en esta obra en la voz Factor.

NICOLAS Flué. Véase Flué.

NICOLÁS de Fagan (V.). Fué este varon de grande virtud y mérito, distinguiéndose en una perfecta abnegacion con que miraba las cosas del mundo, de tal suerte, que renunciando á todas las esperanzas, muy fundadas por cierto, que le prometian la buena posicion de toda su familia y los caudales de que disponian sus padres, que indudablemente hubieran venido á él, se decidió á renunciar de todo por poder entregarse completamente al servicio y amor divino. Pensaba para llevar á cabo sus designios escoger para morada suya alguna casa de la órden de S. Benito, á la cual era muy afecto. En Irlanda, su país, no le fué posible realizar sus designios; pero el Señor, que sabe disponer todas las cosas de modo que dan por resultado su gloria, hizo que con motivo de la revolucion que en el último tercio del siglo XVI se movió en aquellos lugares, viniese Nicolás escapado á España, y en el monasterio de Herrera tomase la cogulla del gran Padre S. Benito, con indecible gozo suyo y no pequeña edificacion de los monjes, que en las buenas disposiciones y ardientes deseos con que le veian pretender la cogulla, prejuzgaron lo esclarecido que habia de ser en virtudes y literatura; y no se engañaron, pues desde su noviciado hasta su muerte pasó siempre creciendo en virtudes y en ciencia, á cuyos ejercicios era muy dado, por cuyo motivo no tenia gran trato sino con su Dios en el ejercicio santo de la oracion, y con sus prójimos facilitándoles cuanto era conveniente á sus adelantos espirituales. Muy satisfechos estaban todos con la presencia entre ellos de nuestro P. Fagan; pero la gloria de Dios y el bien de sus hermanos le requerian en otra parte, y la obediencia, á la cual estaba muy dispuesto siempre, le hizo ir algunos años despues á Irlanda, su patria, donde fué despues abad en el monasterio de Sta. María de Lurio. Cuando ya estuvo de partida, obtuvo de sus superiores la gracia de que se le permitiese llevar la imágen de la Santísima Virgen que tenia en su celda, y que llevada por él con la debida veneracion, sirvió de medio para que el Señor hiciera extraordinarios favores en aquel monasterio, donde era necesario un hombre verdaderamente apostólico, que pudiese hacer con los esfuerzos de su acertada direccion que se ganára el tiempo que las vicisitudes y trastornos políticos habian hecho perder, siempre con menoscabo de los importantísimos intereses espirituales de aquellas pobres gentes. Apénas llegó á Irlanda y se cercioraron los padres del monasterio Luriense de lo mucho que valia aquel monje, tan humilde que ni siquiera hacia ostentacion del gran talento y aplicacion con que Dios le habia dotado, sino que lo empleaba en bien de sus hermanos sin que nadie se apercibiese de este mismo bien, le hicieron de-

dicarse al ejercicio de la predicacion de la divina palabra, y lo hizo con tan buen éxito, que sería imposible el contar las conversiones que hizo, sin caber en lo humano el comprender el extraordinario acierto, que ya para la eleccion de los asuntos, ya en el modo de tratarlos tenia, agregándose á esto como circunstancia muy especial el que á una dulzura grande reunia una fortaleza y vigor tan extraordinario, que al mismo tiempo que era el consuelo y verdadero padre de los pecadores reconocidos y arrepentidos, era el terror y espanto de los herejes; por lo cual lo tomaron entre ojos y lo persiguieron de muerte, hasta el extremo de tirarle un pistoletazo, despues de haber promovido en otras ocasiones graves escándalos por motivo de oponerse ellos á que predicára, y él hacerlo con mayor entusiasmo, energía y fervor. Era, pues, un verdadero apóstol, y como ellos, unia el ejemplo á la doctrina, siendo el espejo en que todos se miraban, la antorcha que los iluminaba á todos, y el dechado perfecto de las más difíciles virtudes. Por todos estos motivos pensaron los religiosos encomendarle la direccion del monasterio, y para llegar al logro de su deseo, le nombraron abad por más que él se opuso con todas sus fuerzas á esta tan espontánea como merecida distincion, y Sta. María de Lurio tuvo á su frente un hombre en quien concurrian todas las circunstancias apetecibles para el buen desempeño del importantísimo cargo que se le confirió en la conviccion de que sucederia lo que sucedió con efecto, que sería excelente prelado sin dejar de ser buen monje, es decir, que sin alterar en nada su ejemplarísima conducta haria á los demás que le imitasen, con lo cual vendria á ser aquella casa jardin delicioso donde nacerian, crecerian y serian cortadas para el cielo flores de suave olor y delicadas frutas, que habian necesariamente de complacer al Padre celestial cuando á él fuesen presentadas por los ángeles santos. No se crea que al aceptar la importante prelacía que se le confiára, abandonó el oficio que tan bien desempeñaba de la predicacion del Evangelio y refutacion de los errores que á su santa doctrina se oponen; léjos de esto, parecia entónces más enérgica su expresion, más convincente su lógica, más contundentes sus razones; por lo cual los enemigos de la Iglesia se enfurecian cada vez más contra él, llegando su encono á todo su colmo cuando supieron que se le habia propuesto para la silla episcopal Ubatphordiense, por cuyo motivo trataron de cortar su preciosa vida disparándole otro tiro cuando estaba predicando; el cual no le dejó muerto en el acto, es verdad, pero le hirió en un hombro, de cuyas resultas padeció indecibles tormentos, si bien con una resignacion heróica, que decia á las claras el gran deseo que en él habia de dar su vida en honra y gloria de Jesucristo, Redentor nuestro. Sin curarse del todo su llaga, pasó de esta á mejor vida, dejando á todos en el mayor desconsuelo, pues su irreparable pérdida se hizo notar en su monasterio

como en el pueblo. Los católicos irlandeses, despues de haberle hecho suntuosas honras, colocaron en su sepulcro un mármol que consigna sus principales virtudes y el aprecio que les mereció; y los monjes benedictinos honraron desde luego su memoria, teniéndole en gran veneracion, veneracion que ha venido á aumentarse por haber sido declarado venerable, y asignándose á su recuerdo el dia 8 de Marzo, por haber sido en igual fecha de 1617 su preciosa muerte. — G. R.

NICOLAS Flamenco (B.). El 9 del mes de Agosto se recuerda en la órden de Predicadores á este varon de tan insigne virtud, que ella le mereció el dictado de Beato; pero que tuvo tal modestia y tanto esmero en ocultar á los ojos de los demás sus grandes méritos y sus buenas acciones, que nadie apercibió que era un varon de tan altas prendas, hasta que Dios quiso hacerle conocer por medio de un suceso extraordinario. Llegó la época en que al Señor parecieron bastantes los méritos de su siervo, que por mucho tiempo habia vivido en el convento de Brujas, y quiso que ántes de que recibiera la inmarcesible corona que en la gloria le reservaba, se acrisolára más y más por los sufrimientos de una penosa y larga enfermedad, y durante ella comprendiesen tambien sus hermanos el grande mérito que tenia aquel que iba á desaparecer de en medio de ellos, sin que ellos se hubieran fijado en el mérito del que moria para apreciar como era consiguiente su memoria, que sin este acontecimiento, acaso acaso habria pasado desapercibida. Fué pues, de esta manera el glorioso suceso para el santo. Padecia muy vivos dolores, y su enfermero observaba que en medio de los más terribles accesos, cuando parecia que debia estar mas desasosegado, y que su perturbacion tenia que ser mayor, porque así lo exigia su dolencia, estaba más satisfecho, más placentero y mejor avenido con su mal, sin que por esto se diga que hubo un momento siquiera en que no se mostrára resignado y enteramente conforme con la voluntad de Dios. Fijó su atencion, y su observacion fué siempre coronada del mismo éxito, hasta que llegando á excitarse en él un vivo deseo de manifestar la gloria de Dios, que en este suceso se veia bien á las claras, le rogó un dia le hiciese el favor de manifestarle si merecia á Dios algun don extraordinario que le hacia poder tolerar los vivísimos dolores que era preciso sufriese por efecto de su tan molesta enfermedad. Fr. Nicolás, con humildad muy profunda y por justa confesion de la verdad, le dijo: «que en efecto, su Dios le visitaba y consolaba en su padecimiento, uniéndole á los padecimientos que él sufriese inocente en una cruz, »y que esto endulzaba sus penas de tal suerte, que no llegando á percibir su »amargura, tenia como por precision que complacerse en la suma bondad »de su Señor.» Aun cuando el enfermero manifestó el prodigio á toda la comunidad, como no fué suficiente esta confesion de uno y otro para que los

padres se convenciesen, por lo que Dios, que queria por este medio elevar á su siervo, y que no quedase sumida en el olvido su memoria, muy acreedora á perpetuarse, le repitió este mismo favor delante del enfermero y aquellos que más tardos habian sido en creer que la misericordia de Dios puede cuando quiere hacer estas y más señaladas gracias. Así que apénas vieron en la repeticion del portento un nuevo testimonio del amor grande, y de la singular deferencia con que el Señor le trataba, comenzaron á venerarle por bienaventurado, y esta su veneracion se confirmó cuando con la mayor quietud y entonando himnos de alabanza á Dios, entregó su espíritu en 9 de Agosto de 1256. Desde entónces se hizo gloriosa su memoria, y sus contemporáneos, como los que les han sucedido, se han encomendado siempre con buen éxito al patrocinio del beato Nicolás el Flamenco, siendo el motivo de que su fiesta sea en este dia el haber él pasado en él á la gloria. — G. R.

NICOLAS DE FLORENCIA (Fr.), religioso capuchino de la órden de Menores. Este esclarecido varon pasó en Roma la flor de su edad, ocupado en negocios de grande peso y consideracion, y habiendo llegado á los treinta años de su juventud, dió de pie y repudió los empleos seculares, tomando el hábito de la religion de Capuchinos en la provincia de la Marca, profesando en la misma, tratando desde entónces de formar en su ánimo la sincera y verdadera imágen de un capuchino con el ejercicio de todas las virtudes seráficas, empezando por la más severa humildad, huyendo del humano trato y vano aplauso y estimacion de los mortales. Así fué que cuando visitaba los enfermos, que lo hacia con la mayor frecuencia, sacaba los vasos inmundos de que se servian, los limpiaba y restituia á su sitio con gran cuidado de que nadie lo reparase; al mismo tiempo barria la casa, lavaba los enseres de la cocina, cargaba ya con el agua, ya con la leña, y en fin, era el primero en todo á lo que los demás asistian. Era renuevo de esta virtud la modesta compostura de los ojos, que conservó siempre desde el año del noviciado, y consiguió tan pleno dominio sobre los movimientos y pasiones del ánimo que, tasando á cada uno la debida moderacion, nadie le vió jamás, ni turbado, ni airado en los accidentes adversos, ni con exceso alegre ó regocijado en los prósperos. Era muy observador de la obediencia que habia votado, llevándola con aquel rigor y puntualidad que cabe en las fuerzas humanas, evitando siempre el pedir ninguna cosa al prelado, aguardando siempre se expresase su voluntad, que ponia en ejecucion sin resistencia y con el mayor placer. Un sencillo hábito, fortalecido á puros remiendos, era en el verano su abrigo y en el invierno su desnudez, para ningun tiempo á propósito. Llegaron á tanto las advertencias de su evangélico y pobre espíritu, que recogia los papeles, aunque estuviesen escritos, que hallaba por la casa, y en el espacio que habia entre renglones solia notar sus ora-

ciones y sermones. Dormia sentado sobre las desnudas tablas de su lecho, defraudando al descanso que exigia su fatigado cuerpo. Su alimento se componia de crudas yerbas, con que se sustentaba al dia una sola vez, dejando exhaustas las fuerzas de la sensualidad con esta abstinencia acompañada de cilicios y disciplinas. Por muy importante que fuese su ocupacion, nunca le faltaron dos horas seguidas para entregarse á la oracion, arrodillado é inmoble, invocando á Dios como si le faltasen los demás sentidos. Fué tan ardiente su caridad con los enfermos, que al fin le vino á quitar la vida, porque asistiendo á confesar á un hombre que padecia una afeccion contagiosa y pestilencial calentura, y estimando más la salud espiritual de aquel prójimo que la corporal suya, se detuvo con él, de suerte, que habiéndole comunicado la misma dolencia, murió de ella en Loreto, con envidiable y dichoso fallecimiento, en el año de 1617.—A. L.

NICOLAS DE FREAUVILLE. Nació en Ruan á mediados del siglo XIII, siendo descendiente de una antigua y noble casa de Normandía, que poseia la tierra de Freauville, situada entre Dieppe y Neufchatel. La usaban como apellido y llevaban por armas en campo azul un número indefinido de flores de lis de oro. Tal es la observacion de Mr. Francisco du Chesne en su Historia de los Cardenales franceses. El mismo autor, despues de haber examinado con su ordinaria diligencia, añade que la ilustre casa de Freauville ha sido confundida despues con las de Dieux y de Clere por medio de alianzas que se han contratado entre los hijos de la primera y los señores descendientes de la segunda y de la tercera. La naturaleza y la gracia inspiraron al jóven de Freauville sentimientos dignos de la nobleza de su sangre y de la educacion cristiana que habia recibido desde sus más tiernos años. Se manifestó lleno de religion desde que estuvo en situacion de conocerla, y su piedad no se desmintió nunca. Llamado á seguir á Jesucristo por la profesion de la pobreza voluntaria, no creyó que el mundo con sus honores, sus riquezas y sus placeres pudiera indemnizarle de la pérdida de los sólidos bienes que le hacia esperar la gracia de su vocacion. Habiendo abrazado el instituto de Sto. Domingo en el convento de Ruan, las prácticas más austeras no fueron superiores á sus fuerzas, porque animado del deseo de la perfeccion y sostenido por la virtud del ejemplo, se habia revestido en cierta manera de la misma fuerza de Jesucristo, de que queria cumplir los preceptos y observar los consejos. Desde su entrada en una carrera tan santa, se le enseñó á leer con frecuencia y á meditar con fruto las divinas Escrituras. El estudio de la teología siguió de cerca su profesion religiosa, y los progresos que hizo parecieron tan rápidos, que segun la expresion de un autor francés, se hizo sabio en poco tiempo. Es, al ménos, cierto que su genio, sus talentos y una laudable emulacion le hicieron desde luego distinguirse

entre todos sus compañeros de estudio, y poco despues entre los profesores y los maestros. Paris, Orleans, Poitiers, Coutances, otras muchas ciudades, y en particular la Normandía, se aprovecharon de sus lecciones de teología y de sus predicaciones; pues no tenia ménos talento para el púlpito que para la cátedra, donde explicó durante muchos años la Sagrada Escritura. Su elocuencia le atrajo despues los aplausos de la corte y de la capital del reino. La reputacion de Nicolas de Freauville era más brillante cada dia, y una modestia religiosa, unida á su dulzura natural, que le hacia apreciar, daba un nuevo lustre á todo lo que se admiraba ya en él. Habia llenado con honor muchos empleos en su Orden, cuando el rey Felipe *el Hermoso* le tomó por confesor y le dió una plaza en su Consejo. Segun el conde de Auteil, en su Historia de los secretarios de Estado, este favor del príncipe no fué concedido solamente á las virtudes de Nicolás de Freauville y sus méritos, sino tambien á la recomendacion de sus próximos parientes, el célebre Eusquerardo de Marigny, conde de Longueville, chambelan de Francia, primer ministro de Estado y favorito á la sazon del rey Felipe IV. Sábese, sin embargo, que la fortuna de este señor no fué igual siempre; y su caida hizo comprender que solo la probidad del sabio confesor le habia asegurado para siempre la estimacion y la entera confianza del soberano. Es verdad que el crédito de Nicolás de Freauville le suscitó envidiosos, que trabajaron en hacer sospechosa su lealtad. Más de una vez se vió expuesto á los tiros de la calumnia, pues la baja envidia se complace en atacar la reputacion de los grandes hombres. Los franceses y los flamencos se hacian entónces una guerra cruel: vencidos éstos é irritados cada vez más con sus derrotas, no cesaban de revolver y de animar á los pueblos vecinos á ligarse con ellos contra la Francia. Se quiso persuadir al rey Cristianísimo de que su confesor, abusando indignamente de su confianza, tenia inteligencias secretas con aquellos enemigos de su corona. Tal fué la atrevida empresa de cierto Bernardo Deliciosi, hombre desacreditado ya por el desarreglo de sus costumbres, y que se hizo despues célebre por nuevos atentados. Por su consejo y á instigacion suya un abogado de Albi, llamado Arnoldo Garcias, dirigiendo la palabra al mismo Rey, que se hallaba en Tolosa, tuvo la osadía de decirle: «Señor, debeis desconfiar de vuestro confesor; lo digo en presencia »suya; todo lo que se trata en vuestro Consejo lo comunica en seguida á los »flamencos, vuestros enemigos.» Esta acusacion debia parecer tanto más grave, cuanto que se hacia públicamente. Pero bien pronto se conoció la calumnia, y el temerario acusador confesó que solo habia sido el órgano de Bernardo Deliciosi, primer culpable, que tuvo tiempo de expiar su falta ó de reconocerla, al ménos, en una prision perpétua, á que fué despues condenado por otros muchos crímenes. Digo por otros crímenes, porque la mo-

deracion de Nicolás de Freauville, tan completa como su inocencia, salvó entónces la vida y la libertad de dos malvados que habian querido perderle; pero esta misma lealtad fué de la que se valieron los enemigos del príncipe y los suyos para presentarle despues como criminal ante el Soberano Pontífice. Aunque este buen religioso, dice Mr. du Chesne, se hubiera portado siempre con toda la discrecion y moderacion posible durante las famosas diferencias que ocurrieron entre el papa Bonifacio VIII y el Rey, su señor, no se dejó de acusarle en la corte de Roma, como si hubiera defendido con demasiada pasion los intereses de su señor, ó las inclinaciones de S. M. Cristianísima, con perjuicio de los negocios de Su Santidad. Las circunstancias no podian ser más críticas, sobre todo en el empleo que ocupaba Nicolás de Freauville; pero el espíritu del Señor le habia enseñado á conciliar todos los deberes: excelente religioso, era al mismo tiempo buen súbdito y buen francés. No debe, pues, uno sorprenderse si el pontífice Bonifacio, que guardaba tan pocas consideraciones al monarca y al clero de su reino, no guardó tampoco miramiento alguno con su confesor. Se pretende que el cardenal Le Moine, legado en Francia, estaba encargado de citarle para comparecer en el término de tres meses delante de la Santa Sede. Pero de ser cierta esta citacion no tuvo efecto alguno. Tampoco es seguro el que llegase á hacerse, ya porque la inocencia de Nicolás de Freauville hubiese sido reconocida por el legado apostólico, ya porque los negocios cambiaron bien pronto de aspecto por la muerte de Bonifacio VIII y la exaltacion de Benedicto XI, cuya prudencia terminó muchas cuestiones en poco tiempo. Este santo Pontífice legó, sin embargo, á su sucesor el cuidado de recompensar los méritos de Nicolas de Freauville y los servicios importantes que habia prestado á la Iglesia en un tiempo tan borrascoso. Clemente V, en su primera promocion de 15 de Diciembre de 1305, le creó cardenal presbítero del título de S. Eusebio. Los historiadores franceses hacen la observacion de que fué el primero de los dignatarios de aquella corte á quien se honró con esta eminente dignidad. Y Mr. du Chesne añade que el rey Felipe IV no podia hacer recompensar más que con un capelo la experiencia, la capacidad, la elocuencia, la dulzura de costumbres, la prudencia y la nobleza de su confesor; cuyas virtudes fueron tambien reconocidas del nuevo Pontífice, que le nombró legado en Francia, y le empleó despues en los asuntos más importantes de la religion. Ya hemos dicho en la biografía del cardenal de Prato que consiguió á fuerza de destreza hacer suspender las investigaciones que se hacian contra la memoria de Bonifacio VIII. Pero apénas fué convocado el concilio general de Viena, cuando se emprendió con el mismo ardor este negocio, cuyo exámen y conclusion se exigia. En 1310, hallándose el Papa en Aviñon, se emprendieron los procedimientos;

hubo acusadores y defensores de Bonifacio, testigos, deposiciones y recusaciones. Clemente V encargó á Nicolas de Freauville, con otros dos cardenales, de oir á los testigos y de examinar sus deposiciones. Pero la intencion y el deseo del Santo Padre eran que Felipe *el Hermoso* desistiese por completo de este asunto, y no dudaba que nuestro Cardenal no se hallase en mejor estado que otro ninguno para conducir las cosas á este punto deseado. El honor de la Santa Sede y el reposo de la Iglesia, que se hubieran visto demasiado expuestos en el proceso hecho á la memoria de un soberano pontífice, eran motivos muy poderosos para excitar el celo de este Cardenal. Obró, en efecto, con tanta prudencia y sabiduría, que á pesar de la animosidad de Sciarra Colonna, de Guillermo de Nogaret y de algunos otros que soplaban continuamente el fuego de la division, desistió al fin el Rey de sus designios, como aparece por una de sus cartas fechada en Fontainebleau en el mes de Febrero de 1311. Dos años ántes habia enviado Su Santidad á Francia al cardenal de Freauville, para publicar la cruzada contra los sarracenos de Oriente, á quien se esperaba todavía poder arrojar de los Santos Lugares. Dirigiendo el Papa la palabra á su legado en la bula de comision, declara que le habia elegido para llevar á cabo esta empresa, porque además del conocimiento que tenia de sus virtudes y de sus buenas acciones, no ignoraba que su persona era agradable al rey Cristianísimo, y que la Santa Sede habia experimentado más de una vez su habilidad en los negocios más difíciles, cuyo buen resultado le hacia tanto honor como útil era á la Iglesia. El legado apostólico desempeñó su comision con su acostumbrado celo; puede decirse tambien que con mucho éxito y gloria, si solo se atiende á los grandes preparativos que se hicieron desde entónces en todo el reino para la expedicion que se meditaba contra los infieles. Hallándose en París en la pascua de Pentecostés del 1313, predicó el cardenal de Freauville en presencia de tres reyes y de su corte. Felipe *el Hermoso* y los tres príncipes, hijos suyos, Luis, rey de Navarra, Felipe, conde de Poitiers y Cárlos, conde de la Marche; los dos hermanos del Rey, Cárlos, conde de Valois, y Luis, conde de Evreux; el rey de Inglaterra, Eduardo II, se hallaba tambien presente con su esposa la reina Isabel de Francia; muchos otros príncipes y señores, tanto ingleses como franceses, tomaron la cruz de manos del Cardenal legado. Prometieron todos pasar á Ultramar y emplear sus personas y sus fuerzas para el recobro de la Tierra Santa. La cruzada fué predicada despues por órden del legado en todas las provincias del reino. En su consecuencia se prohibieron en Francia, Inglaterra y Alemania los torneos y las justas, porque en estas diversiones militares, en que los caballeros manifestaban su fuerza y su destreza, sucedia á veces que dar algunos muertos, consumiendo así la nobleza una parte de sus fuerzas, que

hubiera servido más útilmente en el sostenimiento del ejército. La bula que prohibió con las más graves penas esta clase de diversiones, es del mes de Setiembre de 1313. Nuestro Cardenal se encargó de hacerla publicar y observar en toda la extension de su legacion. Nuestro Cardenal habia empleado ya con éxito sus talentos para hacer concluir la paz entre la corte de Francia y el conde de Flandes, y el Papa dejó á su celo el cuidado de conservar esta paz ó impedir que fuese turbada por las secretas intrigas de los mal intencionados. La bula que le fué dirigida con este motivo, y que se halla en el tomo II de Balucio, está fechada en 20 de Junio de 1313. Antes de concluir el mismo año consagró el cardenal de Freauville una iglesia en la diócesis de Ruan, la que habia sido edificada y ricamente dotada por el conde de Longueville. Esta dedicacion fué muy célebre, habiendo sido asistido el legado apostólico de dos arzobispos y doce obispos, entre los cuales se hallaban dos parientes suyos, hermanos del fundador, á saber, Felipe, arzobispo de Sens, y Juan, obispo de Beauvais. Pero lo que quizá realzó más el esplendor de esta ceremonia fué la piedad siempre edificante del Cardenal, que se hacia admirar por su modestia y religion mucho más que por el esplendor de la púrpura, los talentos y los empleos. No hubo provincia en todo el reino en que no diera particulares pruebas de su tierna caridad hácia los pobres y de su generosidad para con los obispos, á los que perdonaba algunas veces lo que tenia derecho de recibir en su calidad de legado. Su legacion concluyó con la vida del papa Clemente V, muerto el 20 de Abril de 1314. Durante la larga vacante de la Santa Sede, el cardenal de Freauville continuó prestando sus servicios á la Iglesia, trabajando sobre todo en conciliar los espíritus y en reunir á los demás cardenales para la eleccion de un papa. No podia ser sospechoso á los de su nacion, y los cardenales italianos no se negaban á tomarle algunas veces por árbitro de sus diferencias. Esto se halla probado por una carta del rey Felipe *el Hermoso*, escrita á algunos cardenales franceses que no se prestaban bastante á lo que podia hacer cesar las divisiones y acelerar la eleccion de un soberano pontífice. « A todos los »que hemos consultado (decia el Rey en su carta) han juzgado desde luego »que las ciudades de Aviñon y de Carpentras son justamente sospechosas á »los cardenales italianos, y que la ciudad de Lyon, que eligen entre otras »muchas, es un lugar cómodo y conveniente para la eleccion de que se trata. Cierto es que allí no hay que temer ninguna violencia; estarán en seguridad y en libertad; así no hay ninguna razon justa para negársela. Han »creido tambien razonable el otro medio que proponen los italianos, que el »lugar de la eleccion sea escogido por uno de vosotros y por uno de ellos, »*con el cardenal Nicolás de Freauville, que está de acuerdo con Nos.* Los car»denales italianos manifiestan de esta manera lo justo de su causa, y prueban

»vuestra injusticia.» Los llamados cardenales gascones (parientes del último Papa ó hechuras suyas) no accedieron á los justos deseos del Rey, que murió dos meses despues, el 29 de Noviembre de 1314. Luis X, su hijo mayor y menor en el trono, obró con el mismo celo, de concierto con nuestro Cardenal, para hacer dar un primer pastor á la Iglesia universal. Por último, despues de las largas dilaciones, turbaciones y divisiones, que se refieren en las historias eclesiásticas, los cardenales, en número de veintitres, se reunieron en Lion y se encerraron en el convento de Sto. Domingo el 28 de Junio de 1326. Nicolás de Freauville (decano de los cardenales presbíteros, como el cardenal Prato lo era de los cardenales obispos) contribuyó mucho á la eleccion, que fué hecha unánimemente el 7 de Agosto del mismo año. El nuevo pontífice Juan XXII le dió las mismas muestras de confianza y de afecto que le habia dado su antecesor. Mas parece que se retiró desde entónces de los negocios para pasar los últimos años de su vida léjos del mundo y ocuparse con más gravedad del pensamiento de la muerte. Escribió una hermosa carta al capítulo general de su Orden reunido en Lion en 1318, y se sostiene que asistió al que se reunió dos años despues en la ciudad de Ruan. No contento con alabar la resolucion que se tomó en ambos, relativa á la canonizacion de Sto. Tomás de Aquino, este Cardenal, fiel discípulo del doctor angélico, prosiguió él mismo este negocio con tanto celo, que el resultado correspondió plenamente á sus deseos. Despues de la ceremonia de esta solemnidad volvió á Lion : ignoramos el motivo de este viaje, pero sabemos que ocurrió á ultimos del año 1323, y que murió á principios del siguiente, el 14 de Febrero de 1324 segun el P. Echard, ó el 17 de Enero segun un calendario manuscrito de la iglesia de Amiens, citado por Francisco du Chesne. El cuerpo del Cardenal fué enterrado ó puesto en depósito en Lion en la iglesia de su Orden, y segun Mr. du Chesne, su corazon fué llevado al convento de Dominicos de Ruan, que erigieron en su claustro una estatua á la memoria de este grande hombre, queriendo ya que en tanta estimacion le habian tenido durante su vida, manifestarle así su veneracion despues de su muerte. «Es verdad, dice Mr. du Chesne, que nunca puede »elogiarse lo bastante á un personaje tal como lo fué Nicolás de Freauville, »uno de los más sabios y más elocuentes predicadores de su época, comple»tamente instruido en los negocios eclesiásticos, magnánimo, animoso, li»beral, espléndido y muy excelente político.» Se debe añadir que un gran fondo de religion, una tierna piedad y un celo ardiente por el honor de la Iglesia, habian santificado todas estas eminentes cualidades naturales y adquiridas. Dejó un gran número de sermones y algunos libros de liturgia que habia escrito en sus ratos de vagar. La abadía de Sta. Genoveva y muchos conventos de su Orden se aprovecharon de las liberalidades de nuestro

Cardenal, en particular el convento de Ruan, que fué heredero de una parte de su biblioteca, y al que fué trasladado su cuerpo, como pretende probarlo el P. Echard, tanto por la última voluntad del Cardenal que lo habia ordenado expresamente en su testamento, como por el epitafio que se puso despues en la tumba de Roberto de Dreux, sobrino suyo, que quiso ser enterrado en la iglesia de Ruan al lado del cardenal de Freauville. Si no se encuentran ya los huesos ni las cenizas de este Cardenal, ni ninguna caja de plomo en la tumba en que se halla esculpida su imágen, debe atribuirse, dice un crítico moderno, al furor de los calvinistas que en el siglo XVI no respetaron los sepulcros de los reyes, y que se hicieron un mérito de saquear ó profanar los de los príncipes de la Iglesia. — S. B.

NICOLAS DE FOURQUET-PALENE (El Beato). Nació este bienaventurado en Fourquet-Palene, poblacion de los Abruzzos, de la diócesis de Sulmona en el reino de Nápoles. Haciéndose sacerdote, vivió muchos años en su país sumamente apreciado de sus conciudadanos, pero deseando dedicarse enteramente á Dios y vivir haciendo penitencia el resto de sus dias, tomó el habito de religioso en la Tercera Orden de S. Francisco. En una edad ya muy avanzada fué á Roma, en donde ocupó una casita con su compañero Piedmonté; informado el papa Eugenio IV de sus virtudes, encomendó á su cuidado la pequeña iglesia del Salvador, muy frecuentada por la devocion de los fieles. En este pequeño templo se le reunieron otras cinco personas de diferentes países, y formando una pequeña comunidad se ocuparon en hacer obras de piedad. Domingo Zurlo, de una de las familias más distinguidas del país, fué uno de los que se unieron al P. Nicolás; le empeñó en ir á visitar á ciertos ermitaños que hacian penitencia en un desierto de la provincia de Labor, y no encontrándolos, porque habian ido á Nápoles, se dirigieron á esta ciudad, y con el auxilio de los ermitaños y de sus demás compañeros á los que llamó á Nápoles, fundó el P. Nicolás el monasterio de nuestra Señora de las Gracias, que hizo construir con las limosnas que alcanzó Zurlo de las familias más ilustres de la ciudad. Nombrado superior Nicolás, fué á Roma despues de su eleccion, y encontrando al bienaventurado Pedro de Pisa, se hicieron amigos estos dos jefes de congregaciones tan piadosas. La reputacion de santidad que tenia en Roma el P. Nicolás llamó la atencion del papa Eugenio IV, que le concedió el convento é iglesia de nuestra Señora, cerca de Florencia, del que no tomó posesion por evitar las rencillas de los que se le disputaron á pesar de la sentencia pronunciada en favor suyo en Mayo de 1435 por el obispo de Recaraci, al que habia encomendado el Pontífice la decision de estas diferencias. Volviendo á Roma, el Papa le dió en 1439 la iglesia de S. Onofre sobre el Monte Jano, la que cedió en 1446 á los ermitaños de la Congregacion del B. Pedro de Pisa, así como tambien el

monasterio de nuestra Señora de las Gracias, de Nápoles, acabando por reunirse en una sola ambas congregaciones. A los dos años de esta reunion, murió en Roma el B. Nicolás el 29 de Setiembre de 1448, á la edad de cien años, y como se viesen experimentados muchos milagros sobre su sepulcro, los religiosos de su Orden, con permiso de la Congregacion de Ritos, le trasladaron en 1606 á un sitio más decoroso, dándose reliquia de su santo cuerpo á la iglesia de Fourquet-Palene, á peticion del pueblo, el año 1647 por el P. Remigio Lardan, general de la Orden.—C.

NICOLAS García (Venerable D.). Fué natural de Nueva Barcelona, donde se hizo notable por el ejercicio de todas las virtudes, descollando sobre todas una pureza angelical, una paciencia á toda prueba y un espíritu de penitencia y mortificacion que le obligaba á actos que parecerian increibles si no estuviesen sancionados por la aprobacion de la Iglesia que recayó sobre ellos al declarar venerable á quien los ejecutára. Con gran celo y vivísimo deseo de proporcionar á aquellos pobres indios la salud de su alma, que á pesar de ser el mayor bien posible, era para ellos una cosa enteramente desconocida, trabajaba mucho más de lo que le permitian sus fuerzas, así que estas extenuadas ya por tanto ejercicio, ya por los rigores de su extraordinaria penitencia, dieron por resultado el que enfermó gravemente aun en la flor de su edad, muriendo en el año de 1725, cuando todavía podia haber servido de mucho en la Iglesia de Dios. El país de Cumaná se llenó de sus fragantes virtudes, y los ópimos frutos de ellas fueron luego recogidos en aquel país, que por la buena memoria del buen ministro de Jesucristo, D. Nicolas García, se hizo más perfecto, y mereció muchos favores del cielo, ya en los buenos temporales, ya en los fieles ministros con que á Dios plugo atraerle hácia sí; por lo que todos aquellos naturales tuvieron á D. Nicolás la grande veneracion á que dijo la Iglesia años despues de su muerte que era acreedor por sus heróicas virtudes.—G. R.

NICOLAS el Gauloes, sétimo general de la órden del Cármen. Despues de haber ejercido este cargo por espacio de veinte años, se retiró á un desierto á últimos del siglo XIII. Escribió una obra titulada *La flecha del fuego*, en que se lamentaba de la desgracia acaecida en el monasterio del Monte Carmelo, que habian incendiado los sarracenos, pereciendo gran número de religiosos.—S. B.

NICOLAS Guilli (V. P.). Fué este distinguidísimo sacerdote, francés de nacion, muy dado á la virtud, y como viera los peligros infinitos y terribles que acompañan á la miserable humanidad aun en el estado clerical, que abrazó con decidido empeño, se resolvió á ingresar en la muy célebre congregacion de S. Felipe Neri, que entónces estaba tan á sus principios, que aún vivia su santo fundador. Reunia el P. Nicolás cuantas buenas cualidades son

de apetecer en un sacerdote y religioso, pues era extremadamente obediente y tan desprendido de las cosas del mundo, que ni siquiera abria la correspondencia de su casa, sino que entregándosela al superior, cuando este se la devolvia la quemaba, sin saber él siquiera su contenido y teniendo verdadero disgusto en que se ocupasen de él toda vez que juzgaba no merecia el que nadie fijase la mente en su persona. Era obedientísimo hasta el extremo de pasar dias enteros en un lugar donde los superiores le habian puesto, tan solo por no faltar á sus prescripciones; era incansable en el desempeño de su ministerio sacerdotal, hallándose él muy satisfecho cuando se ocupaba en el bien de sus hermanos cualesquiera que fuesen las molestias que para esto tuviese que sufrir, y de las cuales no hay ejemplo de que se quejára, ántes siempre anhelaba lo más difícil, para que así, es decir, cumpliéndolo él, se les evitase á sus hermanos, y pudiera él, que se consideraba el más inútil de todos, servirles de algun alivio y ayuda. Todas estas prendas que en Nicolás concurrian, le hacian muy apreciable al glorioso S. Felipe Neri, el cual le confió algunas comisiones importantes de las que obtuvo el mejor éxito. Su fidelidad á la gracia le hizo merecer señalados favores del cielo, siendo uno de ellos el que se le manifestase con alguna anticipacion el dia de su fallecimiento. Así fué, que apénas amaneció el 14 de Junio de 1571, que fué el en que Dios le llamó para sí, que lleno de una indecible alegría, pidió y recibió los Santos Sacramentos, encomendó á sus hermanos la observancia de su santa regla, y alabando á su Dios, le entregó plácidamente su espíritu con tan buena opinion, que el mismo S. Felipe guardaba como preciosas reliquias algunas cosas del uso de nuestro P. Nicolás. Su memoria, gloriosa en su congregacion, ha salido fuera de ella para hacer apreciar las grandes virtudes con que el Señor favoreció al que por todas estas circunstancias mereció ser venerable en la Iglesia de Dios.—G. R.

NICOLAS DE JOVENAZO (S.). Fué este esclarecido varon hijo de la familia más distinguida de Jovenazo en la provincia de Bari, y este es el motivo de conocérsele en la Religion Dominicana, á que perteneció, y en la Iglesia de Dios por el nombre de Nicolás de Jovenazo. Sus padres, piadosos además de ricos, encomendaron su educacion á un sacerdote muy respetable, que desempeñó el cargo muy á satisfaccion de los que se le encomendaron, y que tuvo á la verdad que trabajar muy poco en su importante mision, porque el niño se prestaba de un modo admirable, tanto que tenia que pasar como desapercibidas muchas cosas, en atencion á que si sobre ellas se fijaba hubiera tenido que prohibírselas, y esto veia que no era conforme al espíritu de extraordinaria mortificacion y penitencia que en el niño se dejaban ver. No obstante, llegó á tanto el exceso de su rigor, con especialidad para la observancia del ayuno, que moderándole su preceptor le fué preciso al niño

manifestarse y decirle que habia tenido una revelacion, en la cual se le aseguraba que lograria su más completa dicha si se acostumbraba al ejercicio de esta mortificacion, pues el designio de Dios era llevarle á una órden religiosa donde la abstinencia era una de las más frecuentes prácticas, por medio de las cuales sus profesores venian á acreditarse á la faz de todo el mundo como modelos de virtud, con lo cual aquietado el venerando maestro le permitió siguiera los impulsos de su inocente corazon. No fueron vanos los intentos del jóven, pues coincidiendo con este acontecimiento la fundacion de la órden de Predicadores, que hacia el gran Domingo de Guzman, y oyéndole predicar la doctrina de Cristo, y especialmente la perfeccion á que podian llegar mediante su sumision y adhesion al instituto recientemente establecido, tomó desde luego la heróica resolucion de dejar su casa, bienes, esperanzas y todo cuanto podia halagarle en este mundo para sujetarse á la observancia de las reglas sábiamente dispuestas por el excelente fundador; y tomando de su mano el santo hábito pasó á tener el noviciado en Canosa, donde el santo Patriarca acababa de fundar una casa, en la cual Nicolas no fué á aprender, porque sabia tanto como los eminentes varones, discípulos del fundador, sino á enseñar, y á enseñar con el ejemplo, pues que el hacerlo de otra manera repugnaba á su carácter extraordinariamente humilde. Hizo, pues, su solemne profesion luego que hubo concluido su noviciado, en que desplegó las alas de una altísima contemplacion, permaneciendo apoyado en los firmes cimientos de una humildad profunda, un silencio y penitencia rigorosísimos, una obediencia ciega y una pobreza extremadas; y la reunion en él de tan admirables circunstancias, hizo sin duda que luego de su profesion le escogiera el santo Patriarca para su inseparable compañero, siendo esta deferencia un motivo por el cual pudo apreciar perfectamente hasta los más ligeros detalles de las heróicas virtudes del santo padre, y esforzarse en copiarlas despues, proporcionando así dos ventajas inmensas: la de que muchas cosas que hubieran estado ignoradas se llegasen á saber, y que pudiesen los religiosos despues de la muerte del santo Patriarca consultar á éste que habiendo bebido su espíritu puede decirse que se habia identificado con él. En efecto, los sentimientos del discípulo se amoldaron en un todo á los del maestro, y, como él, fué abrasado de un celo por la salvacion de las almas y por la prosperidad de la religion apostólica, en realizacion de cuyo deseo fundó con extraordinario aplauso de los pueblos y provecho de los fieles las casas de Trani y Perusa, que fueron desde luego de las más distinguidas de la Orden, y fueron cuna de muchos santos de ella, así como el mismo celo por la gloria de Dios y bien de sus hermanos le hizo emprender las importantísimas misiones de Jovenazo, Brescia, Bolonia, Nápoles y muchísimos pueblos de Italia, siendo verdade-

ramente admirable el fruto que se obtenia por su medio; bien es verdad que sus ejemplares virtudes como que sancionaban sus palabras, y era por consiguiente preciso á cuantos le escuchaban hacer lo que él recomendaba, porque su voz, como bajada del cielo, venia á penetrar los corazones de sus oyentes, como el dardo que atraviesa hasta el fondo; y así como aquel, disparado al corazon, priva instantáneamente de la vida, así la saeta espiritual de la palabra de Nicolás daba instantáneamente la vida al espíritu, pues pocos, muy pocos, eran los que no resolvian al instante enmendar sus pasados extravíos, viéndose en muchos cambiar completamente de sistema solo por seguir las benéficas inspiraciones del padre; todo lo cual en último resultado producia un órden admirable, aun en la vida civil, y el que todos se admirasen de cómo un padre de tan pocas pretensiones podia hacer tamaños beneficios á todo el mundo. Es consiguiente que la Orden comprendiera el extraordinario mérito del P. Nicolás, y que dedujese como legítima consecuencia el que quien sin un cargo oficial, digámoslo así, hacia tanto y tan bueno en favor de la Religion, como prelado de ella sería excelente y se verian los adelantos de la misma bajo tan sabio como prudente gobierno. Así que lo nombró provincial de Roma, sin que fuesen suficientes á quitarle de encima tan importante cargo las infinitas protestas que hizo mil veces de su inutilidad para su desempeño, ni el que dijera que él únicamente podria obedecer y ser guiado sin guiar ni mandar nunca; todas sus protestas fueron desatendidas y todos sus empeños no sirvieron para que consintiesen los religiosos y los prelados en quitarle el cargo, y de ello se hubieron de dar el parabien, pues se constituyó en verdadero padre de todos, mirando como propias las necesidades de cuantos estaban bajo sus órdenes, siendo admirable el acierto con que él sabia consolar al afligido, apoyar al débil, enfervorizar al tibio, animar más y más al fervoroso. Era además muy cuidadoso de aprovechar los talentos de todos, segun su capacidad, y cuando llegaba el sensible caso de tener que demostrar á alguno sus defectos ó imperfecciones, lo hacia con tal dulzura, con tal conviccion y al mismo tiempo con tal energía, que quedaban plenamente convencidos cuantos eran por él amonestados, y enmendados de tal suerte, que eran en lo sucesivo los mejores aquellos mismos que ántes y con ocasion de sus faltas le habian dado motivo á que los reprendiera. Se comprende fácilmente que quien estaba adornado de las dotes que llevamos enunciadas no careceria de la prudencia necesaria para que todos los corregidos por él lo fuesen sin que nadie lo notase, habiendo él muchas veces dicho, para edificacion de los demás, que no era la parte esencial de la correccion esa manifestacion improcedente del defecto, sino la conviccion íntima que debia llevarse al corazon del imperfecto, la cual le hiciese avergonzarse de su mala accion para

no volver á cometerla, y alentarse á procurar otras muchas buenas que neutralizáran el mal efecto producido por aquella, acerca de la cual se le llamaba la atencion y reprendia. Todas sus aspiraciones iban encaminadas á que los religiosos se amasen como hermanos, diciéndoles en todas sus elocuentes y repetidísimas pláticas que esa union estrecha que produce el amor fraternal es un vínculo tan indisoluble, que aun cuando la criatura quiera deshacerse de él apénas puede conseguirlo, por lo que tiene que seguir en el servicio y amor de su hermano, sin otra razon que el afecto que Dios quiso fomentar en aquellos dos corazones que identificó. Como confirmacion de lo que importaba esta union íntima entre los hermanos, refirió en un capítulo provincial un portento que Dios habia hecho con él acerca de esta misma materia, que á todos recomendaba tan especialmente. Decia el Santo que un hermano suyo tuvo algo contra él, lo cual él ignoró; que con esta conciencia no procuró pedirle el perdon, que al punto le habria sido otorgado; falleció de esta manera, y el Señor se dignó detenerle en las tenebrosas cárceles del Purgatorio hasta que arrepentidísimo y derramando abundantes lágrimas vino en espíritu á su presencia, y el Santo rogó al Señor le acortase el padecer llevándole á la patria donde todo es dicha, felicidad y ventura, y donde estos bienes son eternos. Gobernaba el P. Provincial admirablemente sus conventos, procurándoles, ya con la santa visita, ya con las cartas verdaderamente pastorales que les dirigia, cuando un acontecimiento extraordinario vino á turbar, por decirlo así, la quietud y sosiego del Santo, y á producir esa misma turbacion, pero no una turbacion sensible, sino muy grata en el ánimo de los religiosos y de los fieles que estimaban en algo las virtudes, y por consiguiente los triunfos de Domingo de Guzman y de su provechoso instituto. Acababa Domingo de Guzman de ser puesto en el catálogo de los santos; las solemnísimas ceremonias que á este acto son consiguientes eran aun repetidas en todas partes por los mismos testigos presenciales, que se esmeraban á porfía en dar los más menudos detalles, y el Papa acababa de conceder á la Orden el privilegio singular de que escogiera el lugar donde habia de descansar el cuerpo del santo Patriarca, y para esto se reunió en Bolonia el capítulo general, que determinó fuese llevada allí tan preciosa joya, y á cuya asamblea asistió nuestro Santo, no tanto con el fin y designio de tributar al glorioso Patriarca el debido homenaje, cuanto con el intento de hacer ante la asamblea general formal renuncia del importante cargo de ministro provincial, dando por fundamento y motivo de su renuncia la necesidad en que estaba de retirarse los últimos años de su vida para tratar á solas con su Dios el importantísimo y árduo negocio de su salvacion, la cual si no conseguia, de nada le habian servido todos sus afanes, y poca cosa habia sido para él ganar á todo el mundo si su propia alma se lle-

gaba á perder. Sensible fué á toda la Orden, y muy particularmente á los sugetos de su provincia que allí se hallaban reunidos, una nueva tan inesperada, pero el fundamento en que apoyó sus deseos no pudo ménos de parecer á todos muy sólido y muy conforme á los sentimientos grandes de toda virtud con que se habia acreditado desde los años primeros de su más tierna infancia; por lo cual, sintiendo en el alma todos y cada uno verse privados del gobierno acertadísimo de un hombre tan grande, convinieron en permitirle que se retirára adonde quisiese, considerándole siempre como su más respetable superior, aun cuando él lo único que exigió fué el ser tratado como el último de los religiosos. Perusa, cuya casa fundó, fué la escogida por Nicolas para pasar los últimos dias de su vida, y su porte en aquella santa casa ni más ni ménos que si hubiese sido un novicio recien entrado. La misma modestia, la misma sujecion, la misma obediencia, la misma mortificacion y silencio, todo, en fin, como si estuviese comenzando su carrera espiritual, con la sola diferencia de que á él acudian cuantos tenian algo que consultar, ya fuese relativo al espíritu, ya á los deberes y relaciones sociales, encontrando en él siempre satisfactoria respuesta á las preguntas y favorable despacho á toda suerte de peticiones, como el Padre pudiese llegar á satisfacerlas; pues, en una palabra, desde que se hizo religioso fué todo para todos en toda especie de asuntos. Su contínua oracion fué motivo de su íntima comunicacion con Dios, y al Señor plugo enviarle á decir el momento de su muerte para que á ella estuviese bien dispuesto. Así fué efectivamente: cuando él conoció que su fin en este mundo estaba próximo y que sus pies pararian para siempre, quiso que la carrera última que emprendiera y el último viaje que hiciera, fuese á la casa de su Dios, donde él tenia todas sus delicias. Con efecto, se hizo llevar á la iglesia, allí recibió los Santos Sacramentos, allí oró y recomendó al Señor su espíritu, acompañando á los padres que le dirigian las preces de la Iglesia; allí los exhortó de nuevo al amor fraternal y les repitió la obligacion en que estaban de seguir las huellas del santo Patriarca; allí les hizo ver cuán agradable era al Señor el que el sacrificio que un dia le ofrecieron se consumase con la contínua inmolacion de sí mismos á Dios; por fin, allí se entregó á dulces deliquios con el mismo Dios, dueño de su alma, y se la entregó sosegadamente el dia 11 de Febrero del año de Cristo 1265. El pueblo, que ya tenia noticia de sus heróicas virtudes, hizo que la fama de estas se difundiese por do quiera, y la Silla Romana, á excitacion de los fieles y del clero de Perusa, condescendió en que se rindiera el homenaje de veneracion debido al ínclito Nicolás; pero los favores del cielo obrados por su glorioso nombre y memoria crecian de dia en dia, y haciéndose extraordinarios y legítimamente comprobados, obligaron á Leon XII á declarar beato al padre Nicolás y asignar á su

memoria oficio y misa en la órden de Predicadores el dia 11 de Febrero de cada año.—G. R.

NICOLAS DE HANAPS ó HANAPES, llamado así de una aldea de la diócesis de Reims, donde habia nacido; entró en la órden de Sto. Domingo hácia 1240. Habiendo tomado el hábito de religioso en el convento de Reims, siguió los estudios en el de París, y fué condiscípulo de Latino Malebranche de los Ursinos, que obtuvo despues el capelo de cardenal. Sus progresos en la piedad y en las letras se deducen de los elogios que hicieron de él los autores contemporáneos y de la confianza con que le honraron muchos pontífices. Ya habia dado al público algunas obras, cuando fué llamado á Roma, bien por el cardenal de los Ursinos, obispo de Ostia, ó quizá por el papa Inocencio V, que habiendo sido superior suyo cuando gobernaba la provincia de Francia, habia tenido ocasion de conocer su mérito y sus talentos. Nicolas Hanaps era penitenciario del Papa, y desempeñaba este empleo con muy buena reputacion, cuando el patriarca de Jerusalen, Tomás Agni de Leontino, religioso de su misma Orden, murió durante el pontificado de Nicolas III. Este Pontífice nombró en un principio á Juan de Verceil, general entónces de la órden de Sto. Domingo, para ocupar la silla patriarcal y cuidar de los cristianos de Tierra Santa. Pero no habiendo podido obtener su consentimiento, ni con sus reiteradas instancias, ni con sus reconvenciones, mandó á los cardenales elegir tres sugetos capaces de llenar santamente este difícil empleo. Aunque los cardenales no se comunicaron unos á otros su pensamiento, nombraron (no sin particular designio de la Providencia) al P. Nicolás de Hanaps, como muy propio para llenar las funciones de un celoso y vigilante pastor en una época en extremo tempestuosa. Su Santidad aceptó al elegido, y le exhortó á sacrificar su reposo y aun su vida, si era necesario, para la conservacion y el consuelo de una parte del rebaño de Jesucristo. El siervo de Dios aceptó humildemente tan pesada carga, y habiéndole consagrado el mismo Papa como patriarca de Jerusalen y obispo de Tolemaida, partió inmediatamente para la Palestina. Así refiere este hecho Mr. Sponde, que le coloca en 1278. El P. Echard le coloca diez años despues, en el primero del pontificado de Nicolao IV. Ambos pretenden apoyar su opinion en el testimonio de Bernardo Guidon. Segun Mr. Sponde, debe decirse que Nicolas de Hanaps fué durante trece años patriarca de Jerusalen, miéntras, segun la opinion del P. Echard y de Mr. Fleury, sucedió á un tal Elías, sucesor á su vez de Tomás Agni, y no tomó posesion de su iglesia hasta tres años ántes del famoso sitio de S. Juan de Acre, de que no tardaremos en hablar. Esta última opinion, mucho más seguida y conforme en un todo al texto de Guidon, que quizá no tenia á la vista Mr. Sponde cuando le citaba, se halla autorizada por dos bulas del papa Nicolao IV, pu-

blicadas por Oderico Raynaldo en sus Anales eclesiásticos. Lo positivo es que el Patriarca elegido, convencido de que iba á trabajar en una viña ingrata, rodeada siempre de pueblos infieles, que habian jurado su pérdida, y llena de malos cristianos que la deshonraban, no consultó más que el ardor de su caridad, y segun los deseos del vicario de Jesucristo, hizo á Dios el sacrificio de su vida, queriendo mejor exponerla que dejar sin ningun consuelo espiritual á los que se hallaban negados todos los socorros temporales. En la bula de 30 de Abril de 1288, el papa Nicolao IV habla así al nuevo Patriarca: «Tenemos una firme esperanza, que restablecida por vuestra »virtud y vuestro ministerio la Iglesia de Jerusalen en su primitivo esplen»dor, se hará digna de la misericordia del Señor. Acordaos de que llenos de »esperanza en vuestra prudencia os hemos consagrado con nuestras propias »manos y dado el palio por las de dos cardenales diáconos; os encargamos »tambien del cuidado y la administracion de la iglesia de Acre para que la »gobierneis con la de Jerusalen, hasta que ésta haya recobrado sus bienes de »que los infieles se han apoderado.» La llegada de nuestro Patriarca á la Palestina fué un motivo de grande alegría para los fieles, pero no tuvo motivo para regocijarse del estado en que los encontró, y demasiado pronto comprendió la verdad de cuanto la voz pública le habia manifestado ya. La vida desarreglada de la mayor parte de los cristianos, cuyos pecados parecian haber llegado á su colmo, era mucho más á propósito para conducirlos á su próxima ruina que todas las fuerzas de los sarracenos, por resueltos que estuvieran á exterminarlos por completo. Hacia poco que habian caido en poder de los infieles Antioquía, Tiro y las demás plazas fuertes que poseian los latinos en Siria. La antigua ciudad de Trípoli, que el mismo Saladino no se habia atrevido á atacar, acababa de ser tomada por asalto, saqueada y quemada por Elalfi, sultan de Egipto. Una multitud de fieles habia perecido desgraciadamente en aquellas diferentes expediciones, y los que habian escapado á la espada del vencedor, se habian refugiado en San Juan de Acre, la única plaza que quedaba entónces á los cristianos. Era en extremo fuerte y rica, porque desde mucho ántes era el centro del comercio de Levante y de Poniente. Pero al llevar allí sus mercancías y sus riquezas diferentes pueblos, llevaban tambien sus vicios y corrupcion, y los más capaces de atraer la cólera del cielo eran los de los malos cristianos, que habiéndose cruzado ménos por celo religioso que por avaricia ó libertinaje, se entregaban sin pudor á los más monstruosos excesos. Es vergonzoso decirlo, pero las leyes de la historia no permiten callarlo. Los robos, las rapiñas, los asesinatos, los adulterios, los incestos, por último, las grandes impurezas de que se hubieran horrorizado los mismos paganos porque deshonran la naturaleza; todas estas infamias habian llegado á ser como las di-

versiones ordinarias de aquellos pretendidos cristianos. Muchos no habian pasado los mares desde el principio de las cruzadas, más que para poder soltar impunemente la brida á sus brutales pasiones, ó para evitar el castigo que habian merecido por otros crímenes; y aquellos malvados, establecidos en la Palestina donde habian terminado sus dias, dejaron hijos todavía mucho más malvados ó corrompidos que sus padres. Así hablaba Mr. Sponde siguiendo al P. Bocchard, misionero dominico, que en su descripcion de la Tierra Santa no ha referido más que una parte de los desórdenes de que habia sido testigo y que habia combatido por largo tiempo. Tales eran los habitantes de Tolemaida ó de S. Juan de Acre; á semejante pueblo era al que nuestro Patriarca debia anunciar las santas verdades de la religion y la necesidad de la penitencia. Hízolo con un celo perseverante, no cansándose nunca de instruir, de advertir, de exhortar, de amenazar, sosteniendo siempre la fuerza de sus discursos con la virtud del ejemplo, y añadiendo á las instrucciones que daba de viva voz y por escrito, las más fervientes oraciones, los contínuos ejercicios y todo lo que puede inspirar una ardiente caridad á un hombre apostólico. Lo que hacia por sí mismo en un barrio de aquella grande ciudad, procuraba que los religiosos de su Orden, que le habian seguido desde su partida de Italia, ó que habia encontrado en el convento de S. Juan de Acre, lo hicieran tambien en los otros barrios. Los enviaba en particular á los lugares donde sabia que los latinos, mezclados con los judíos, los griegos cismáticos, los mahometanos y los gentiles, vivian como infieles, ó no se distinguian quizá de ellos más que por una grande corrupcion de costumbres. No era pequeño el número de los que apostataban, y la herejía ó la infidelidad hacia todos los dias grandes progresos entre hombres que se atrevian á gloriarse de haber tomado las armas para combatir á los enemigos del nombre cristiano. Miéntras que se exponia dia y noche á toda clase de fatigas y de peligros para detener el contagio y conservar una ciudad que tocaba tan de cerca al abismo de su ruina, manifestó á la Santa Sede que sin un socorro extraordinario ó un milagro particular de la Providencia, no podia esperarse obligar á cumplir con sus deberes á cristianos tan corrompidos en la fe como en las costumbres, ni librarlos de las últimas desgracias de que se hallaban amenazados. Para sostener ó autorizar más el celo del santo prelado, le nombró el papa Nicolao IV su legado apostólico en toda la Siria, en el reino de Chipre y en la Armenia, y le indicó que le enviaria el socorro de veinte galeras bien armadas para defensa de la Tierra Santa. La bula es de 13 de Setiembre de 1289. Su Santidad exhortaba al legado al mismo tiempo á continuar siempre la obra de Dios con el mismo celo, el mismo valor y la misma intrepidez, sin dejarse abatir nunca por la perspectiva de peligros tan multiplicados, ni desanimar por el endu-

recimiento de los que no se aprovechaban de sus saludables correcciones. Estos sentimientos, que habia puesto la gracia en el corazon del discípulo de Jesucristo, los hacia aparecer en todas ocasiones, y podia decir con un profeta, que no permitia á sus ojos cerrarse ni á su lengua callar. Pero el mal habia llegado á un extremo, que parecia aumentarse hasta con el mismo remedio. Se vió entónces un ejemplo terrible de lo que ha dicho el Sabio, que no está en la mano del hombre corregir al que el Señor ha desechado. El vigilante y celoso pastor ordenaba ayunos y rogativas públicas, ayunaba él mismo con rigor, y oraba con más constancia y humildad que hubieran debido hacerlo á los que era mucho más necesaria la penitencia. Despues de haber empleado todas sus fuerzas durante el dia, ocupado sin cesar ó en predicar ó en dar consejos y órdenes para contener al ménos los vicios escandalosos; su descanso por la noche era en presencia del Santísimo Sacramento, donde se le veia como á Moisés delante del arca, verter lágrimas y ofrecer su corazon delante de Dios como una víctima voluntaria por la salvacion de su pueblo, pero aquel insensato pueblo sin temor y casi sin religion, insensible á las más terribles amenazas y sordo á la tormenta que por todas partes rugia, pronta á caer sobre sus criminales cabezas, no abandonaba sus corrompidos caminos. A todos sus antiguos pecados no cesaba de aumentar otros nuevos, y despues de haber provocado la cólera del cielo por el número de sus iniquidades, tuvo la loca presuncion de irritar á los infieles, violando el primero los tratados, á beneficio de los cuales hubiera podido respirar ó sostenerse al ménos durante algun tiempo. Es cierto que el demasiado grande número de los que querian mandar hacia que los sediciosos no obedecieran á nadie y que se aumentase la division. Los reyes de Jerusalen y de Chipre, los condes de Tiro y de Trípoli, los Templarios, los Sanjuanistas, los jefes de los cruzados, sostenidos por el Papa y por los reyes de Francia é Inglaterra, todos residian entónces en Tolemaida, y en una misma ciudad se veian al mismo tiempo diez y siete tribunales superiores con derecho de vida y muerte. Para colmo de la desgracia, desde la tregua hecha por el rey de Chipre con el sultan de Egipto, habian llegado á S. Juan de Acre mil seiscientos hombres, que se llamaban enviados por el Papa ó por los reyes de Francia é Inglaterra, y bajo este pretexto no se creyeron obligados á guardar la tregua concluida sin su participacion. Conociendo demasiado mal las fuerzas de los enemigos y su propia debilidad, se pusieron á saquear y á matar á todos los musulmanes que bajo la fe del tratado continuaban llevando víveres ú otras mercancías á Tolemaida. Hicieron todavía más: no pudiendo ó no atreviéndose los habitantes de Acre á oponerse á sus violencias, salieron de la ciudad con las banderas desplegadas, se esparcieron como furiosos por todo el campo, pasaron á hierro y fuego muchas ciudades, y asesinaron sin distin-

cion á todos los que tuvieron la desgracia de caer en sus manos. No pocos cristianos, confundidos con los infieles, perecieron por la misma espada de los cristianos, porque la justicia de Dios queria comenzar á castigar por la mano de los impíos á hombres que llevaban su impiedad quizá mucho más léjos todavía. Informado bien pronto el sultan de Egipto de esta infraccion del tratado, y aunque en estado de tomar una venganza ruidosa, se contentó en un principio con enviar embajadores á los que mandaban en la ciudad. Además de la reparacion de todos los daños ocasionados á sus súbditos, exigia que se le remitieran algunos de aquellos amotinados en quienes queria hacer un ejemplar castigo. La razon y la buena política reclamaban que no se perdonase nada para apaciguar á tan formidable enemigo, demasiado orgulloso para disimular una afrenta y bastante poderoso para arruinar por completo la ciudad de Ptolemaida. Es cierto que el Patriarca por caridad se opuso siempre con firmeza á la opinion de los que querian que se concediese todo, porque no podia resolverse á entregar á los cristianos, aunque culpables, á la cólera de un príncipe infiel. Pero hubiera podido tentarse algun otro medio de acomodo, y habia un interés capital en no negarse á ninguno que fuese honroso. Los cristianos tomaron otro partido, y parece que permitió Dios su ceguedad para dar su último golpe y fulminar su terrible sentencia sobre un pueblo manchado de toda clase de crímenes. Desde el mes de Octubre de 1290, Relaoun Elalfi, sultan de Egipto, se puso al frente de un poderoso ejército con el designio de exterminar todos los cristianos que quedaban en la Palestina. Aquel príncipe no debia, sin embargo, ser instrumento de las venganzas del Señor y murió en el camino, creyéndose que habia sido envenenado por el general de su ejército. Su hijo y sucesor, llamado Melecseraf, prosiguió en el mismo designio con más vigor todavía, resuelto á no dar cuartel á sus enemigos. El dia 5 de Abril de 1291 se presentó el nuevo sultan delante de S. Juan de Acre con más de doscientos mil hombres á pié y á caballo. Se asegura que este jóven soberano, ganoso de gloria y animado de la venganza, habia jurado no dar sepultura al cuerpo de su padre hasta despues de haber arruinado enteramente la ciudad enemiga y hecho pasar á cuchillo á todos sus habitantes. Puesto el sitio y dispuestas las máquinas, comenzaron los infieles el ataque con bastante órden y un valor extremado. Aunque la ciudad bien fortificada y muy poblada, no estuviese sitiada por el mar, no podia sin embargo prometerse socorros extranjeros, y la consternacion fué desde luego universal; aprestóse no obstante á una vigorosa defensa por los consejos en particular y vivas exhortaciones del santo Patriarca, que en aquella ocasion llenó todos los deberes de un pastor celoso, vigilante é infatigable. Cuando el peligro habia parecido más distante, el prudente prelado no habia ni lisonjeado la temeraria presun-

cion de los habitantes de Ptolemaida, ni disimulado sus crímenes; mas cuando el peligro fué como inevitable, no abatió su valor y pensó por el contrario en sostenerle y aumentarle. Pero todo el socorro que queria hacerlos esperar del cielo, dependia de la conversion del corazon y de un sincero arrepentimiento y penitencia. Dichosos los fieles que aprovecharon al ménos para su salvacion avisos tan prudentes y el poco tiempo que les quedaba de vida. El 4 de Mayo, Enrique II, rey de Chipre, fué con doscientos caballos y quinientos hombres de a pié en socorro de la plaza, donde á pesar de las pérdidas que se habian sufrido, y que se experimentaban todos los dias hacia ya un mes, se contaba todavía con más de doce mil hombres bien armados, y un gran número de bravos oficiales, que hicieron prodigios de valor. Pero la sentencia se habia pronunciado en el cielo contra aquella nueva Nínive, mucho más criminal y ménos dócil á la voz de Dios ó de sus ministros que la Nínive idólatra. Miéntras que los sarracenos hacian los mayores esfuerzos para tomar la plaza por asalto, nuestro Patriarca, cuidando de todo, persuadió á los príncipes que mandaban á embarcar y hacer trasportar á la isla de Chipre los vasos sagrados de las iglesias, las santas reliquias y todo lo que habia en la ciudad que fuese más capaz de incitar la avaricia de los bárbaros. Se embarcaron, pues, numerosas riquezas, que se pusieron en un lugar seguro con los enfermos, los ancianos, las mujeres, los niños de uno y otro sexo y generalmente todas las personas, que no pudiendo servir de nada para defensa de la ciudad, hubieran sido las primeras víctimas de la brutalidad ó la crueldad del soldado victorioso. Con esta prudente precaucion se salvó la vida á muchas personas. Los infieles entre tanto continuaban adelantando sus trabajos y redoblaban sus ataques, miéntras que á cada momento aumentaba la division entre los sitiados. Los unos querian rendirse á discrecion, aunque no podian esperar ni perdon ni cuartel de parte de los bárbaros. Los otros preferian morir con las armas en la mano, defendiendo hasta el último suspiro el único asilo de los cristianos en la Tierra Santa. Toda la ocupacion del Patriarca era reunir á los jefes, porque, dice un autor antiguo, de esta reunion dependia la salvacion de la ciudad. Elogiaba el celo de los unos, animaba el abatido espíritu de los otros y se esforzaba en persuadir á todos hiciesen el generoso sacrificio de su vida para obtener el perdon de sus pecados. Habiendo celebrado el viernes 18 de Mayo por última vez los sagrados oficios, dió la comunion á los fieles que se habian dispuesto á recibir esta gracia. Todos se dieron el ósculo de paz por amor á Jesucristo, y despues de haber vertido muchas lágrimas volvieron á sus puestos resueltos á combatir como bravos. La resistencia no fué larga, sin embargo, pues el mismo dia atacaron los sitiadores con tan terrible ímpetu que entraron en la ciudad y se hicieron dueños de

ella. Entre los que la defendian se vieron algunos que en la desesperacion ó acobardados arrojaron sus armas á los pies de los vencedores, y recibieron bajamente el golpe de muerte, miéntras que otros se sostenian aún y vendian caras sus vidas. Un caballero llamado Fr. Mateo de Clermont, mariscal de S. Juan de Jerusalen, hizo su nombre célebre con las hazañas de un héroe. El gran maestre del Temple, seguido de muchos bravos, se adelantó tambien para rechazar á los enemigos, y murió combatiendo con valor. La mayor parte de los cristianos se retiraron al mar. Algunos se refugiaron en el templo, y no sobrevivieron más que algunos momentos á aquellos de sus hermanos á quienes los bárbaros pasaban á cuchillo en casi todos los barrios de la ciudad. El mismo rey de Chipre se aprovechó de las tinieblas de la noche para embarcarse con algunos de los caballeros que habia traido consigo, siguiéndole tres mil más. Pero el caritativo Patriarca no imitó su ejemplo. Como no habia dejado de exhortar á los sitiados á la defensa de la ciudad, en tanto que habia tenido alguna esperanza, quiso cuando fué tomada la plaza, exponer su persona para facilitar la fuga á una parte del pueblo y dar á los moribundos todos los socorros ó consuelos que pudiesen depender de él. Fué preciso, dicen los historiadores, sacarle á la fuerza y conducirle, á pesar suyo, á una chalupa para ganar despues una galera que se hallaba próxima. Pero al evitar un peligro cayó en otro el siervo de Dios en que perdió la vida. Fué este un exceso de compasion hácia su pueblo que le expuso á este último peligro; la tierna caridad de que se hallaba lleno su corazon, no pudiendo permitirle abandonar á los fieles desconsolados que corrian tras él, y muchos de los cuales se precipitaban en el mar para procurar alcanzar á nado su pequeño navío, les tendió las manos y recibió con bondad á todos los que se presentaron; su número era demasiado grande; la chalupa estaba muy llena y cargada y se fué á fondo. El sacerdote que llevaba la cruz delante del legado fué el único que pudo salvarse, y el santo prelado, como un buen pastor, dió su vida por sus ovejas y con sus ovejas. Así murió en el ejercicio de la caridad el último Patriarca latino de Jerusalen que residió en aquel país, pues á los que los papas han concedido despues aquella silla no han obtenido más que el título. Así cayó la ciudad de Acre ó de Tolemaida, una de las más ricas y de las más célebres de todo el Oriente; su caida fué atribuida, ménos á las fuerzas, aunque terribles, de los enemigos, que á las desgraciadas divisiones de los que debian defenderla, y á la impenitencia de sus habitantes. No añadiremos nada á lo que hemos hecho ya notar, pues sin duda es suficiente para justificar el pensamiento de un antiguo autor, que se atrevió á sostener que si el ejército de los infieles hubiese diferido aún su marcha contra aquel antro de la iniquidad y de la impureza más monstruoso, no se debe dudar que el cielo hubiera enviado su fuego y ra-

yos sobre aquella Sodoma. Sin embargo, á pesar de los desórdenes espantosos que el piadoso Patriarca habia visto reinar en un pueblo á quien no cesaba de hacer reconvenciones llenas de caridad, y en medio de una reconvencion casi general, habia encontrado algun motivo de consuelo en un pequeño número de fieles que se habian conservado puros é inocentes, ó que aprovechándose para su salvacion de sus exhortaciones y de sus ejemplos, habian tenido la dicha de volverse á Dios por medio de la penitencia. Muchos religiosos de su Orden y de la de S. Francisco, despues de haber sido fieles cooperadores del celo del santo prelado, fueron inmolados á su lado por mano de los bárbaros, miéntras que continuaban las funciones de su ministerio entre los muertos y los moribundos. Podemos concluir este artículo con la narracion de un suceso muy singular, pero que se halla referido por muchos escritores eclesiásticos. Cuando fué tomada la ciudad de Tolemaida habia un célebre monasterio de religiosas de Sta. Clara; ignoramos las razones que habian impedido al Patriarca salvar estas esposas de Jesucristo con las demás personas de su sexo que tuvo cuidado de hacer conducir á la isla de Chipre desde el principio del sitio. Mas se refiere que habiendo sabido la superiora que los sarracenos se hallaban ya en la plaza, temiendo ménos por su vida que por su castidad y la de sus hermanas, las reunió en seguida en capítulo y les dijo estas palabras: «He aquí, hijas »mias, el momento en que vamos á presentarnos á nuestro Esposo. El sacri»ficio que le hacemos de nuestra vida le será agradable si morimos puras »de cuerpo y de corazon; haced, pues, lo que me veais hacer.» Despues de estas pocas palabras se cortó las narices, cubriéndose el rostro de sangre, siguieron las demas su ejemplo, y se desfiguraron el rostro de diferentes maneras. Habiendo entrado los sarracenos en el monasterio espada en mano, se llenaron de asombro ante aquel espectáculo, y volviéndose despues su horror en furia, las asesinaron á todas. Así es como aquellas castas vírgenes, por medio de una accion que llaman gloriosa muchos autores, porque la suponen inspiracion particular del Espíritu Santo, al perder la vida conservaron la castidad. En la historia de Nicolas Hanaps no hemos hablado de sus diferentes escritos, cuyo catálogo puede verse en el P. Echard. Sin duda los habia compuesto ó en el tiempo en que enseñaba en las ciudades de Francia, ó miéntras desempeñaba en Roma el cargo de penitenciario del Papa, pues los negocios de Oriente, desde que llegó á aquellas regiones, no le permitieron entregarse á esta clase de trabajos. La obra más notable que nos ha dejado es una coleccion histórica dividida en ciento treinta y cuatro capítulos, y que contiene un gran número de ejemplos sacados de la Sagrada Escritura para inspirar amor á la virtud y horror al vicio. A este tratado de moral se llama comunmente la *Biblia de los pobres*. Algunos autores, dice Mr. Du-

pin, se le han atribuido falsamente á S. Buenaventura, y le han publicado entre sus opúsculos. Pero los antiguos manuscritos son una inequívoca prueba de que es de nuestro Patriarca; se ha impreso con su nombre repetidas veces en Turingia, Venecia, Basilea, Lion y París. En las bibliotecas de esta capital, en particular en la abadía de S. Victor y en el colegio de la Sorbona, se ven todavía muchos manuscritos de la misma obra, con el nombre de Nicolás Hanaps, de la órden de Sto. Domingo, y patriarca de Jerusalen.—S. B.

NICOLAS DE HUNGRIA (Fr.), religioso de la orden de S. Francisco. Fué varon doctísimo, de vida perfecta, y en la virtud de la abstinencia tan admirable, que en diez y seis años fué su alimento solo pan y agua, y no fué ménos admirable su penitencia, trayendo todo este tiempo inmediata á la carne una cota de acero, y ceñidas á piernas y brazos cadenas con sutiles puntas para macerar su carne. Fué uno de los cinco religiosos que padecieron martirio, siendo sacrificado en la ciudad de Bindin, sita á las márgenes del celebrado Danubio, y metrópoli de la Bulgaria, adonde fué destinado como misionero, conociendo su celo y virtudes religiosas para predicar la pureza de las verdades de nuestra santa fe, á peticion de Ludovico, rey de Panonia, que habiendo conquistado aquellas provincias, halló muy extendida entre sus naturales la doctrina y los errores cismáticos, siendo mártir y víctima en tan dificultosa empresa el santo religioso Fr. Nicolás de Hungría.—A. L.

NICOLAS DE INCKELSPUEL, natural de Suavia. Fué rector de la universidad de Viena, floreció á principios del siglo XI, y asistió á los concilios de Constancia y Basilea. Escribió un *Comentario y cuestiones sobre los cuatro libros de las Sentencias*, pero solo nos quedan de este autor algunos discursos piadosos impresos en Strasburgo en 1516, entre ellos once *sermones y discursos sobre los preceptos del Decálogo*, *la oracion dominical*, *las tres partes de la penitencia*, *las ocho bienaventuranzas*, *los siete pecados capitales* y el *confesional*. Se custodian manuscritos en la biblioteca de Augsburgo sus tratados sobre *los siete dones*, *la gratitud* y *la ingratitud* y *la comunion sacramental*.—S. B.

NICOLAS KEYAN (Hermano), de la Compañía de Jesús. Era japonés, natural de Fucunanga; estudió en la Compañía con mucho aprovechamiento y vivió en ella cuarenta y cinco años con gran religion y ejemplo, enseñando y doctrinando á los de su ciudad, siendo un modelo de virtudes y de buenas costumbres; fué muy devoto de la Santísima Vírgen María, de quien recibió grandes mercedes; le prendieron los gentiles por la sola razon de ser cristiano y predicar la fe de Cristo; le dieron el tormento de la cueva, adonde le colgaron atado de pies y manos, invocando siempre el favor de la San-

tísima Virgen, la cual vino una y más veces á visitarle y á confortarle en su tormento, y desatándole y dándole lugar á que descansase, dándole de beber y comer, y recreándole con aire fresco; y viéndole tan bueno los verdugos le sacaron y preguntaron la causa, y él les contó la merced que habia recibido de nuestra Señora, y vieron un vaso ó conchuelo con el agua que le habia traido; volviéronle á la cueva, y murió al cuarto dia, el último de Julio, en que su padre S. Ignacio partió al cielo, el año de 1633.— A. L.

NICOLAS LANCICIO (P.), de la Compañía de Jesús. Nació en Lituania, en una aldea cerca de Wilna, siendo casual el sitio, pues su familia no era de allí sino polaca, y de las más ilustres en nobleza de las muchas que adornan aquel reino. Infestaba por entónces aquella comarca la secta de Calvino, y hacian punto de honra los señores lituanos en ensalzar la nueva secta y acreditar su gusto, eleccion y creencia con el séquito de la novedad. Uno de ellos fué el señor de Lenczych, padre de Nicolás, y sabiendo esto y sus relevantes prendas el palatino de Lituania Radcibilo, riquísimo en rentas y muy noble, le convidó con el puesto de director ó gobernador de un seminario de nobles que fundaba en Wilna, con el falso celo de que se pervirtiese la juventud. Admitido el puesto y haciendo el viaje, nació entre tantas tinieblas el niño Nicolas, á 10 de Diciembre de 1574, mas su padre tuvo el disgusto, por prevision de la Divina Providencia, de que no compareciese ningun cismático para bautizar al niño; contrariado el padre, pero muy alegre la madre, siendo preciso que le recibiese en el gremio de la Iglesia Católica un verdadero católico sacerdote, cura de la iglesia de Alda. Crióse robusto hasta el tiempo en que se despeja el uso de la razon; y al alumbrarle su luz consagró á Dios su vida y su ser con accion externa, con que protestó la verdadera fe que habia de seguir y en que habia de servir al Señor que le habia criado. Su padre le dió maestros que le enseñasen con arreglo á su secta, lo que consiguió á su satisfaccion, creando un celoso defensor de la herejía, tanto más cuanto que su claro ingenio y mucha disposicion, además de otros estudios, salió superior en el idioma hebreo y en el griego. Siendo notable que llegó á tanto su pertinacia, que desobedeció é hizo ludibrio de las penas impuestas por Radcibilo, obispo de Wilna, á los calvinistas, habiendo obtenido régia facultad para castigarlos con tormentos é intimidarlos con azotes, cárceles y prisiones. A pesar de eso, en los últimos dias de su vida dejó consignado que, entre los beneficios divinos que Dios le habia acordado y por los que no cesaba de darle gracias, uno de ellos fué que jamás comulgó de manos de calvinista, ni tuvo con sus ministros comunicacion en punto de sacramentos. Era muy inclinado á la virtud, y le dolian las maneras licenciosas de la herejía; al mismo tiempo notaba el contraste de la limpieza, aseo

y adorno de los templos católicos, comparado con el descuido y abandono que se observaba en el de los heréticos, ofendiéndole mucho los vicios, y causando horror á su modestia el desenfreno y publicidad de sus livianda-des, y al contrario, le agradaba la humildad de los Jesuitas y el esmero con que enseñaban á la juventud, y con este halago determinó cursar en sus es-cuelas la poesía. La constante comparacion de estos padres virtuosos con la desenvoltura y desenfreno de los calvinistas hizo tanta impresion en su alma, y Dios le ilustró tanto con su gracia, que determinó con la mayor decision restituirse al gremio de la verdadera Iglesia, siendo digno de notarse que desde aquel punto en adelante jamás tuvo la menor duda ni vacilacion to-cante á la religion; así fué tan eficaz su mudanza, que al dia siguiente hizo una muy llorosa y arrepentida confesion general en el colegio, recibiendo en él la comunion, y al tiempo de dar gracias consagró á Dios su cuerpo en perpétuo voto de castidad, que hasta entónces habia conservado por permi-sion divina. Confirmando este voto con otro en que ofreció entrar en seguida en la Compañía, facilitándole Dios este propósito con la llegada al colegio de Wil-na del P. provincial Luis Marselo, con ocasion de su regular visita; mas éste por el pronto no acogió favorablemente su deseo, pues exigia que ántes era preciso convencer al padre de Nicolas, y que éste se reconciliase con la Iglesia Católica. Esta inopinada repulsa ó dilacion causó en el ánimo del desgracia-do pretendiente la mayor turbacion, porque el decreto era irrevocable, la condicion difícil, el empeño peligroso y el éxito muy contingente. Por lo tanto, no hallando otro camino intentó la conversion de su padre anciano y firme en sus eternas creencias; para este fin acudió á Dios con oraciones, lágrimas y penitencias, y tanto afligió á su cuerpo y espíritu, que cayó en una peligrosa enfermedad de gran cuidado á los médicos y más á su padre; su peligro y sus súplicas movieron á su padre, y con la concurrencia y con-sejo de algunos padres jesuitas, se logró por fin que abjurase de la herejía de Calvino en el colegio de Wilna, asistiendo á esta funcion su hijo, que sanó de alegría y la celebró con lágrimas de consuelo, dando á Dios infinitas gra-cias por el beneficio recibido y por el que esperaba con seguridad obtener. Y así desde la misma iglesia se dirigió al P. Provincial, quien le alabó sus cristianos procederes, pero de nuevo le exigió que recabase y concediese el permiso y licencia á su padre para ingresar en la Compañía. A pesar de las muchas dificultades que se presentaban para conseguirlo, por ser hijo único y heredero de mucha hacienda, por la gracia de Dios le obtuvo tan comple-to, que el mismo padre le presentó al Provincial, uniendo sus instancias y súplicas á las de su hijo para que fuese admitido en la religion; el Provin-cial abrazó al pretendiente y le concedió la licencia que habia merecido á costa de tan penosas fatigas como árduos empeños. Con esta licencia dis-

puso su viaje á Cracovia, donde estaba el noviciado, y en el año de 1591 fué recibido, empezando á manifestar sus grandes dotes de religioso. Era sufrido, callado, humilde, muy cuidadoso de las reglas, ansioso para saber todas las constituciones, ordenaciones, estilos y usos de la religion; haciéndose tan reparable su ejemplo, que en las cartas ánuas del año 1592 se puso como novicio, que habia merecido se hiciese mencion de su singular virtud. Esta cláusula movió al P. General á mandar que le enviasen al noviciado de S. Andrés de Roma; así se verificó con grandes ventajas de aquel noviciado y la fama que habia volado de su virtud. Acabado su noviciado con toda felicidad é inscrito en el número de los religiosos, en virtud de los votos de bienio, pasó al Colegio Romano á cursar sus estudios; terminada la filosofia entró á cursar teología, en cuyo estudio se encendió más su corazon en amor de Dios y en deseo de su perfeccion. Acreditada su ciencia y su porte, recibió los sagrados órdenes el cuarto año de su estudio de teología, el año de 1601 á 14 de Abril. Preparóse para su primera Misa con la mayor devocion: con el discurso del tiempo como si se uniese con eminencia en el P. Nicolás la santidad y el estudio y este fuese tan universal, le ocupó el P. General en el asunto de historiador de la Compañía y compositor de sus Anales. Fué acertadisima la eleccion, llenando los deseos del P. General; igualmente fué nombrado por el P. general Claudio Aquaviva, prefecto de espíritu del Colegio Romano; pero á pesar de sus graves ocupaciones asistia al mismo tiempo á la direccion al cielo de muchas almas, entre las cuales tuvieron muy principal lugar las señoras de Sta. Francisca Romana, llamada de Torre de Espejos. Esta tan fructuosa y aplicada vida movió á sus provincias de Polonia y Lituania á pedir para sí al P. Lancicio, á cuya demanda accedió el General, enviando á gobernar á aquella provincia al Padre Nicolás, adonde partió, llevado de su obediencia, conduciendo muchas reliquias de santos mártires, que expuso con grande ornato á la pública veneracion de los fieles en las iglesias de Polonia y Lituania. Despues fué señalado desde Roma al colegio de Cracovia, ganando á todos el corazon, y en muy breve tiempo el de todos los señores y prelados de aquella ciudad. De aquí pasó á Wilna con la ocupacion de prefecto de espíritu, y en su aposento tratando solo con Dios, se dió tanto á conocer, que los mismos padres del colegio solicitaron con el Provincial le colocase en posicion en que pudiera ostentar el gran brillo de su luz y de sus grandes dotes; así fué que el Provincial en la misma universidad de Wilna, le señaló maestro de lengua hebrea, pasando en seguida al de maestro de teología y escritura. Pasado algun tiempo el General le nombró rector de Calisz, y acabado este oficio, le mudó al rectorado del colegio de Cracovia, y de éste al puesto de provincial de Polonia. Despues estuvo algun tiempo en Roma, pasando al gobierno de la

provincia de Bohemia que le pidió. Estos fueron sus empleos, sus oficios y sus regulares ocupaciones de su benemérita vida. Llegado á Bohemia, repitió el mismo oficio de instructor de los Padres de tercer año de probacion, con que tomó posesion de sugeto de la provincia en el año de 1635. Verdad es que como iba á edificar no se juzgó conveniente detenerle y circunscribirle al estrecho término de un solo colegio. Visitó varios á fin de que su virtud, ejemplo, modo de vida y enseñanza, ilustrase y enseñase á toda la provincia. Con una vida edificante permaneció en la casa profesa de Praga, hasta que creciendo el rigor de la guerra, le mandó el P. General restituirse su propia provincia de Lituania, adonde volvió por los años de 1642. En dicho reino y en el de Polonia vivió todo el resto de su vida; constando que en dicho año vivia en Cracovia, el de 1643 en Wilna, el año de 1645 en Nesvisio, el año de 1646 asistió como elector por la provincia de Lituania á la octava congregacion general, en que fué electo el P. Carrafa; el año de 1650 firmó cartas en Brunsberga, en el de 1651 en Varnia, y últimamente el de 1652, en que sucedió su tránsito, en Kouduo. En el año de 1651, por el mes de Octubre, le asaltó al venerable Padre un accidente de perlesía que le postró y baldó todo el lado izquierdo, obligándole á permanecer constantemente en la cama sobre el lado derecho; grande era la mortificacion, pero mayor la deseaba el P. Nicolás, y más grandes sufrimientos por Dios, á quien toda la vida le habia suplicado le concediese una muerte muy penosa y en que tuviese mucho que padecer por Su Majestad. Esta reiterada súplica le concedió Dios, con enfermedad tan molesta y de efectos tan dolorosos, que parece pasar los términos de lo natural; pues de la continua postura sobre un solo lado se le presentaron vastas ulceraciones, sin que pudiesen contener su progreso los medicamentos apropiados, y al mismo tiempo la putrefaccion engendró y conservó vivos multitud de gusanos, que alimentados de la podre de las llagas y de las carnes vivas, crecieron á la magnitud de cuatro dedos de largo y uno de grueso; la medicina, el afecto, el cariño y el deseo emplearon todos sus esfuerzos inútilmente para atajar el daño; y el enfermo pedia á Dios que no concurriese con los medicamentos y aumentase los gusanos vivos y mordaces. Estos tormentos, esta mortificacion, este sumo y continuo dolor, le sufria con un ánimo tan quieto, tan sereno, con un rostro tan apacible, tan de risa, tan chancero, dentro de los términos de la modestia, que hasta un médico famoso luterano que le asistia, no pudo ménos de confesar que era un Santo, pues á otro cualquiera fuera imposible aquella tolerancia y sosiego; con él vivió casi seis meses, viviendo, puede decirse, solo para Dios en continuos actos de paciencia, amor, sufrimiento y ejemplo. Reconociendo cercana su última hora, pidió los Sacramentos, que se le administraron con universal ternura de los circunstantes por la pérdida, y

del enfermo por la devocion. Acabada esta devotísima funcion, pidió al Padre Floriano Maleyoski, rector del colegio, que permitiese que debajo de la almohada le colocasen los tres libros de la Biblia, el Concilio de Trento y las Constituciones de la Compañía, y que un libro pequeño en que tenia escritos sus propósitos y votos, que estaban firmados con su sangre, se le concediese tener sobre el pecho para dar este público testimonio en que manifestaba que moria con todos los que habian sido la regla y direccion de su vida. Le dió aquel gusto el Rector, reservando para sí el acto de auxiliarle en el último trance, y á quien el santo Nicolás reveló su futura gloria. No tuvo el Rector dificultad en creer cierta la revelacion de la salud eterna del que veia morir como justo, y se confirmó en ello cuando el dia 30 de Marzo, *Dominica in passione*, en el año de 1652, á los setenta y ocho años de su edad, al medio dia, observó que el enfermo, cruzando los brazos sobre el pecho y apretando con ellos aquel librito de sus propósitos y votos, inclinando la cabeza, espiró dulcemente. La poblacion toda se conmovió al saber la falta del P. Nicolás, deseando todos lograr alguna alhaja por reliquia, todos querian besarle los pies y manos y todos le miraban como á bienaventurado. Este santo siervo de Dios fué siempre un espejo vivo de humildad, siendo apreciado sobremanera en la Compañía, pagándole con esto la veneracion y cariño que siempre la tuvo: su pobreza fué ejemplar, su castidad angélica, su obediencia y sumision notables, su oracion constante y siempre en conversacion y presencia de Dios; sus raptos y éxtasis eran innumerables, lo mismo que sus actos de devocion; su amor á Dios y su grande fe y esperanza nunca le abandonaron; su caridad para con los prójimos, su amor de la cruz y deseo de padecer, su pureza de conciencia eran inimitables. Su grande inteligencia penetraba el secreto de los corazones, habiéndole el Señor favorecido con el don de profecía y de milagros. —A. L.

NICOLAS DE LIRE. Fué natural de esta poblacion, situada en Normandía, diócesis de Evreux. Educado en la religion judáica, dedicóse al principio al estudio de las ciencias bajo la direccion de los rabinos, mas habiendo la gracia alumbrado su corazon, vistió el hábito de religiosos Menores en el año 1291. Despues pasó á Paris, donde se graduó de doctor y explicó mucho tiempo las sagradas letras en el convento de su Orden. Su talento le granjeó el aprecio de la reina Juana, condesa de Borgoña y mujer de Felipe V, llamado *el Largo*, de modo que le nombró albacea del testamento que hizo en 1325. Nicolas falleció en París en 1340, despues de haber sido provincial de su Orden, y escrito las obras siguientes: 1.ª *Postilas ó pequeños comentarios sobre toda la Biblia*, adicionados por Pablo de Burgos. En su tiempo eran muy consultados, y se consideraba esta obra tan esencial para la interpretacion de los libros santos, que dió orígen al proverbio: *Si lira non lirasset*,

Ecclesiæ Dei non saltasset. Se han hecho de esta obra muchas ediciones, pero la más rara es la publicada en Roma, 1472, siete tomos en fólio, y la mejor es la de Amberes, 1634, seis tomos en fólio. Estos comentarios estan refundidos en la *Biblia máxima*; París, 1660, diez y nueve tomos en fólio. Tambien existe una traduccion francesa; París, 1511 y 1512, cinco tomos en fólio.—2.ª Un *Escrito contra los judíos*, en 8.°—3.ª Un *Tratado contra un rabino*, que se servia del Nuevo Testamento para combatir la religion cristiana. Además compuso otras obras llenas de erudicion y muy apreciadas de los teólogos. Este autor poseia perfectamente la lengua hebrea.—M.

NICOLAS DE MASSA (Fr.), sacerdote y religioso capuchino de la órden de Menores. Este varon dignísimo fué tan enamorado de la cruz de Jesús, que rogó muchas veces con grandes instancias al Señor enviase sobre él todos aquellos trabajos y penalidades que caben en la humana fragilidad; pero con la condicion que no le impidiesen asistir con los demás religiosos al coro en la oracion vocal y mental, ni decir Misa todos los dias. Accedió el Altísimo á los deseos de su fiel siervo, disponiéndole varios modos de padecer, y los más principales fueron unos cruelísimos dolores de ceática y vientre, que le duraron por espacio de cuarenta años, sin que en todo este tiempo faltase jamás ni por breve rato á las asistencias del coro. Aunque estos contínuos dolores le afligian tanto y era su vida un inacabable martirio, era rígida y severa la ley de su abstinencia, y no le dejó para sustentarse más que unos pedazos de pan grosero y un poco de agua pura. Y si alguna vez el refitolero porfiaba á poner en la servilleta que tocaba el santo varon algun poco de pan más blanco, juzgando él que no era este conveniente manjar de pobres, lo apartaba de sí y recurria á los duros mendrugos del dia antecedente, haciendo su plato únicamente de ellos. Llevado del mismo celo de pobreza, y contento con el hábito más viejo y de ménos abrigo, nunca quiso admitir el uso del manto, ni encender en la celda luz, temeroso de consumir con ménos utilidad y necesidad el aceite. Y para maltratar el cuerpo, no solo con el hambre, sino tambien con el frio, nadie le vió llegarse á la lumbre aun en el invierno más riguroso. Los trabajos tolerados con igualdad de ánimo unen á los hombres con Dios, y así en este su siervo, como era tan contínua la cruz, lo era tambien la oracion y contemplacion, porque los mismos males y dolores que le afligian, apartaban su ánimo de todas las cosas humanas y le elevaban al amor de las celestiales, uniéndole al Señor la semejanza en el padecer. La libertad de su ánimo, exenta de los cuidados del siglo, consta por los dos ejemplos siguientes. Tenia en Massa, su patria, hermanos y parientes de calidad y de noble sangre, y aunque el suelo donde se nace atrae á todos naturalmente, pues sabido es que el amor á la patria es muy dulce, é igualmente lo es el trato con los parientes, sin embargo, durante sesenta años que

vivió entre los capuchinos Fr. Nicolás, no solo no pidió licencia á los prelados para ir á ver á sus deudos, sino que pasando por Massa, compañero de otro religioso, y habiéndole encontrado uno de sus hermanos, que lleno de alborozo pretendió llevarle á su casa, se excusó con buenas palabras diciendo que caminaban muy deprisa, y les importaba llegar sin detencion alguna á otra parte. En otra ocasion una sobrina suya, á quien habia llegado la fama de la santidad de su tio, solicitó verle en la ciudad de Porcaria, donde estaba entónces, y hallar en su santa conversacion consuelo de muchos trabajos que padecia. Llegó, pues, al convento y rogó al portero llamase á Fr. Nicolás, diciéndole que le buscaba una sobrina suya. No fué necesario circunstancia más eficaz para que no se dejase ver, enviándola á decir que se volviese luego á su casa, que él se acordaria de ella en sus oraciones. La sobrina hubo de hacerlo así, aunque muy llena de dolor y de desconsuelo. Compadecidos los religiosos de verle sufrir dolores tan vehementes y porfiados, le aconsejaban les procurase algun alivio, mediante los remedios que dictase la medicina; pero despreciando el constante varon toda molestia y enfermedad, respondia que no era bien sacudir el yugo que tan voluntariamente habia cargado sobre sus hombros, pues que en vano, y no de veras, hubiera pedido á Dios le enviase trabajos si arrepentido tratára de descargarse de ellos y se condoliera de conseguir la gracia y favor que habia solicitado. Perseverante y fiel en este propósito, aunque con ochenta años de edad, nunca mitigó la austeridad de sus ejercicios, ni se abstuvo de dificultosas empresas, con que rendido ya á los años y á los trabajos murió en el convento de Capuchinos de Porcaria. Despues ciertó prelado, que padecia vehementes dolores de ceática, pidió una cuerda del santo varon, y apénas se ciñó con ella cuando se vió libre de los dolores y causa que los producia. Con el mismo remedio consiguieron otros muchos enfermos la sanidad, dispensándola Dios para descubrir las virtudes y méritos de su siervo. Murió el año de 1623. — A. L.

NICOLAS DE MONTE-CORVINO (Bienaventurado). Fué religioso de la Orden Seráfica, de muy ejemplar conducta y muy celoso por el bien de las almas que procuraba á su manera en el estado religioso y condicion de lego, por lo cual Dios le habia llamado, dotándole de muy especiales gracias que hacian su trato muy apetecible y por consiguiente muy provechoso, pues nunca se vió que quien trataba á Nicolás dejase de sacar de él algun buen ejemplo ó alguna oportuna advertencia. Esta circunstancia hacia que teniendo su residencia en la casa que los Franciscanos poseen en Jerusalen, cerca del Santo Sepulcro, le diesen los padres de ella la importante comision de estar en aquel santuario tan venerado, para ilustrar á los viajeros ó devotos, ya con la descripcion artística de aquel santo lugar, ya con las piadosas amonesta-

ciones y advertencias á que da lugar monumento tan respetable en todos conceptos y sentidos. Hallándose, pues, en el cumplimiento de su cometido, se le acercó un caballero llamado Thomas, que habiéndose hecho mahometano por conseguir algunos favores del sultan de Egipto, estaba arrepentidísimo de su error y queria hacer una pública retractacion; á lo cual le excitó vivamente nuestro hermano Nicolás, haciéndole comprender que esta era la única suerte de asegurar su felicidad eterna, pues de lo contrario la exponia, en atencion á que su pública ofensa requeria tambien una pública satisfaccion, para la cual no habia otro camino que el indicado. A efecto de su gran caridad, y por el rezelo que él tenia de que las ofertas ó las amenazas del sultan podrian hacer que Thomas se volviese atrás, y la importante empresa de su conversion quedára sin resultado provechoso, determinó acompañarle en este paso para él tan peligroso, porque habian de ponerse en lucha los encontradísimos intereses de Dios y del demonio, y éste tendria que hacer grandes esfuerzos para conseguir la victoria, por lo cual era necesario un varon del espíritu de Nicolás. Así que pareciéndole á Nicolás poco el ir él acompañando al convertido, hizo que se le agregasen los hermanos Francisco y Pedro, religiosos de su misma casa, los cuales todos se presentaron al sultan, y con la mayor energía le hicieron comprender lo mal que habia hecho Thomas en inscribirse ni aun por un dia en su infame secta, y éste le hizo comprender lo sentido que estaba de haber dado un paso tan poco conveniente, por lo cual pública, solemne y oficialmente se retractaba de su anterior error y se volvia al gremio de la Iglesia, para disfrutar en ella la paz, sosiego y ventura que solo en la Iglesia de Jesucristo es posible disfrutar. Hablaron los fieles servidores de Dios al monarca infiel con tal energía, que no pudiendo resistir á la fuerza de sus razones, ni oponerles otras que fuesen de igual peso, ó autoridad que ellas, se enfureció contra los que indirectamente le hacian ver lo inicuo de su conducta, y dictó contra ellos la sentencia de que fuesen llevados á la presencia del Cadí, á quien dió órden de que los tratára con la más rigorosa severidad. No necesitaba él de este mandato para haber sido cruel con los cristianos que caian en sus manos; pero como vió que por portarse con ellos rigorosamente se granjeaba el aprecio del Sultan, no les ahorró ninguno de los tormentos en que le fué posible sacrificarlos; así que despues de haberlos encarcelado y tenido allí con un hambre voraz, con un sufrimiento extraordinario, pues que las condiciones del encierro eran fatales, no contento con esto, mandó que se les descuartizára y que despues fuesen arrojados al fuego; sentencia que estremece y horroriza, pero que ejecutada en los santos el dia 4 de Abril de 1358, fué el medio de que se valió Dios para promover la gloria de sus siervos haciendo que perdiendo su vida en el martirio, la ganasen en la glo-

ria, y dejando su nombre venerando en el tiempo, ciñeran ellos una preciosa corona que nunca ha de marchitarse, y que estará tanto más preciosamente adornada cuanto más vivos fueren los tormentos que sufrieron, por lo que el glorioso Nicolás de Monte-Corvino ocupó un lugar muy distinguido en la gloria de los bienaventurados.—G. R.

NICOLAS NESINO (Beato). La Congregacion Cisterciense produjo en Sicilia, entre otros muchos sugetos que resplandecieron en ciencias y en virtudes, á éste, que en realidad de verdad fué muy extraordinario en uno y en otro, pero que ya por su profundísima humildad ó acaso por esos trastornos que se comprenden y no se explican, no han legado á la posteridad una razon detallada de sus acciones heróicas, lo cual es á la verdad muy sensible, porque la criatura miserable por sí misma, se alienta en gran manera con los ejemplos de los que tan miserables como el mismo que los contempla, han sin embargo sabido hacerse superiores á su miseria misma, venciendo sus pasiones, dominando sus deseos imperfectos y haciendo en todo y por todo la voluntad de Dios, no solo en el cumplimiento de sus preceptos, sino lo que es más, en la observancia de los consejos evangélicos. Así lo hizo el P. Nicolás, pobre, obediente y casto por profesion, atesoró caudales inmensos de merecimientos, que un dia le fructificaron, y cuyo fruto fué que despues de haber dado buen ejemplo y recibido de Dios el premio de una inmarcesible corona, la Iglesia declarándolo beato, y asignando en su memoria en la Orden que le recibió en su seno el dia 13 de Diciembre, ha demostrado á las generaciones posteriores á él que el siervo de Dios Nicolás Nesino fué acepto á su Divina Majestad, y que como amigo del Señor puede conseguirnos favores infinitos, que alcanzaremos sin duda poniendo á su cuidado nuestras necesidades ó deseos.—G. R.

NICOLAS ODBENO (Hermano), religioso de la Compañía de Jesús. Este santo y glorioso hermano, aunque se llamó en el bautismo Nicolás, por razon de encubrirse á los herejes los muchos años que anduvo en Inglaterra ayudando á los católicos en hábito secular se mudó el nombre de Nicolás en Juan, y por ser de pequeña estatura le llamaron Juan *el Párvulo ó el Pequeño*, si bien en la virtud, en el ánimo y el valor fué de los mayores que ha tenido aquella provincia, y dignísimo por su santidad y celo y por la industria tan extraña con que defendió y conservó á los predicadores católicos en Inglaterra; de ser celebrado entre los varones esclarecidos de la Compañía de Jesús, especialmente por haber rematado su santa vida con glorioso martirio. Las noticias que se tienen acerca de su vida son escasas, porque entró en la Compañía tan á los principios de ella que no estaba fundada aquella provincia, y ántes que fuese religioso sirvió como si lo fuera muchos años á los PP. Edmundo Campiano, Henrico Garneto y Juan Gerardo

Tonsonio, y por sus grandes méritos le admitió en la religion el santo padre Garneto. Se ignora su patria, padres y edad; pero no el tiempo de su muerte; y, como despues se dirá, su oficio fué de arquitecto, maestro de obras ó albañil; pero tan perito, tan diestro é industrioso, que parecia participar sus manos de entendimiento, segun salian de ellas las obras que hacia de acertadas, firmes y perfectas; fué católico desde su nacimiento y muy celoso de la gloria de Cristo y de la exaltacion de su Iglesia y ruina de la herejía, por lo cual se dedicó á trabajar cuanto pudiese, ayudando á los predicadores de Cristo en Inglaterra; y como era tan extremado en su arte, les fabricó muchos lugares secretos adonde pudiesen esconderse, con tal industria y arte, que toda la maña y diligencia de los exploradores y alguaciles no podia hallarlos; y los que se valian de ellos juzgaban que Dios le habia comunicado don de sabiduría para fabricarlos, pues más parecian obras de las manos de Dios que de hombres mortales. Antes de comenzarlas confesaba y comulgaba, haciendo larga oracion, acompañada con ayunos y penitencias, suplicando á la Divina Majestad que le diese acierto en lo que obraba para su gloria y servicio, y todo el tiempo que duraba la obra perseveraba en la oracion y penitencia; y como su intencion era tan buena, Dios le ayudaba de manera que todas salian perfectas, y por este medio libró innumerables veces á los predicadores y demás religiosos de las manos de los herejes, que si no fuera por sus ardides é inteligencia hubieran acabado con toda aquella cristiandad, y así decian que no tenia ménos parte en el sosten de la fe en Inglaterra el hermano Juan Pequeño que todos los grandes predicadores, porque si no fuera por su industria y por la diligencia que puso en guardarlos y ocultarlos de los herejes, que con rabiosa solicitud los buscaban, los hubieran consumido en aquel tiempo. Juntó con esta industria de su buen entendimiento un grande caudal de virtudes religiosas, porque era ejemplar en la humildad, empleándose contínuamente en los oficios más abatidos de la religion, sirviendo en un todo á los siervos del Señor; los curaba cuando estaban enfermos, y cuando sanos les servia de cocinero y despensero, comprando y guisando lo que habian de comer; les cosia los vestidos, les lavaba la ropa, les acompañaba por los caminos, los guardaba en las ciudades, los visitaba en las cárceles, teniendo maña é industria para regalarlos; y cuando no podia personalmente por el rezelo de ser conocido, lo hacia valiéndose de otros á quienes labraba las casas, hallando expediente para todo; acomodaba de posada á los recienvenidos, conducia á los católicos á oir misa y á confesar á lugares tan ocultos, que toda la sagacidad de los herejes no podia impedirlo; era manso, afable, muy obediente á cuanto se le mandaba, de una castidad angélica, resplandeciendo como tal ángel en medio de tantos vicios; su fortaleza, constancia y paciencia fué invencible, porque no se ocultaba á los

herejes las obras que hacia y en que se ocupaba, existiendo por su causa los católicos en su país, y así hacian todas las diligencias imaginables para cogerle; y por huir de sus manos le era muchas veces forzoso vivir en las selvas y montes, sujeto á las inclemencias del cielo, á riesgo de ser despedazado y comido de las fieras, sustentándose de las yerbas del campo; otras se trasformaba en labrador, otras en pescador, otras en tendero; y de esta manera acudia á los fieles y burlaba á los herejes, ofreciendo á Dios con el mayor afecto y alegría estas penalidades por el aumento de su Iglesia; y con la fineza de esta caridad para con los prójimos, juntaba un amor ardientísimo para con Dios, pareciéndole todo poco y malo en cuanto se ocupaba y padecia en su servicio, estando además dotado de una conciencia tan pura de su inculpable vida, que ninguno le oyó palabra airada, enojosa ni injuriosa, aun contra los que le perseguian; su modestia cautivaba y admiraba á los que observaban su porte y sus maneras; y su silencio y paciencia los edificaba; su extraordinaria caridad les robaba los corazones, y así decia el santo P. Garneto que le recibió en la Compañía por ser un perfecto dechado de un santo religioso, que sin maestro era maestro, y que sin haber tenido noviciado podia ser maestro de novicios, dado en tiempo de tantas calamidades y persecuciones á la Compañía, para defensa, alivio y honra suya. Ejerciendo, pues, el santo mártir tantas virtudes y buenas obras, se dedicó con particular estudio á servir al P. Edmundo Campiano, á quien acompañó hasta la muerte que padeció por Cristo; pero con tal sagacidad que no pudieron los herejes entenderlo; y estando un dia el hermano Juan hablando con otros de su martirio, cuando aun no era de la Compañía, movido así de su santidad como del amor que le tenia, habló de sus virtudes, paciencia y fortaleza con que habia muerto, de que tomaron indicio los herejes para sospechar que era católico, y le delataron á los jueces, los cuales le prendieron y le sepultaron en un oscuro y triste calabozo, cargado de grillos, esposas y cadenas pesadísimas; y el guarda ó carcelero, con el celo de su falsa religion, mirándole como á enemigo de ella, le trataba cruelmente, haciéndole muchos oprobios, dándole muchas bofetadas, golpes y puntapiés; le dejaba sin comer muchos dias, y cuando le traia algo, era tal y tan malo que más servia para apresurarle la muerte que para sustentar su vida, y no contento con estas injurias, le encerró en otro calabozo más oscuro, más húmedo y penoso, con tres facinerosos, redoblando las injurias y los malos tratamientos con tal rigor, que uno de los tres compañeros de prision concluyó su vida consumido, y á impulsos del hambre y del hedor; viéndose el santo hermano tan apurado y consumido, que estuvo á las puertas de la muerte, próximo á terminar su existencia, porque no le quedó más que la piel seca cubriendo sus huesos, lleno de miseria y de inmundos

insectos, estando sin aliento y sin fuerzas. Así testifica que le halló y visitó el P. Juan Gerardo Tompson, en su comentario; comprando á subido precio la licencia para verle, diciendo que le habia hallado tal que no podia tenerse en los pies, y que estaba tendido sobre una rueda que acaso habia en aquel calabozo, siendo esta la cama regalada en que pasaba su miseria; pero en cuerpo tan débil y consumido vivia un espíritu robusto y un ingenio tan vivo, que dió traza y modo al P. Gerardo para salir de aquella cárcel, como de hecho salió; y no acobardándose con los tormentos pasados, habiendo convalecido de trabajos tan crueles, volvió con el mismo aliento que ántes á servir á los católicos, y en particular á los de la Compañía, sentando plaza de siervo más que de compañero con el P. Henrico Garneto, el cual pagado de sus buenas prendas le recibió en la Compañía para coadjutor temporal por no haber estudiado; pero su humildad era tanta que no recibiera otro grado aunque se le ofrecieran. Viéndose religioso se impuso nuevas leyes de mortificacion, penitencia, oracion y silencio, y se dió con gran fervor al estudio de la pobreza y de la obediencia y de todas las virtudes religiosas. Por este tiempo, acompañando al P. Gerardo, fué preso con él y con otro sacerdote que se llamaba Gerardo Fuyodovo, que le acompañaba como criado suyo; fueron los tres encerrados en la Torre de Londres y atormentados cruelísimamente, por que descubriesen á los católicos: tres horas los tuvieron colgados de las muñecas con argollas de hierro y pesadísimas cadenas en los pies, y padecieron otros tormentos; pero su constante paciencia los venció todos, saliendo victoriosos de esta guerra, y lo que es más admirable, que el santo hermano con su buen entendimiento dió industria para librarlos de la cárcel, y los sacó y llevó á una casa que tenía labrada al muro de la ciudad con tal arte, que podian salir al campo y estar ocultos de dia sin que nadie pudiese hallarlos: allí los puso y regaló, proporcionándoles caballos en que salieron al amanecer sin ser sentidos, y los llevó al P. Henrico Garneto, que andaba oculto por los campos, con quien se consolaron grandemente, y trataron de lo que convenia para el buen progreso de aquella cristiandad y gobierno de la Compañía. Veinte años asistió al P. Garneto, sirviéndole fidelísimamente, ya de criado, ya de compañero, hasta que quiso Dios premiar sus santos trabajos. Prendiéronle en compañía de su santo maestro y del P. Eduardo Oldeorno; fué grande el alboroto de los herejes, juzgando que habian hecho el mayor lance que podian conseguir para lograr sus intentos y quitar el mayor valimiento y defensa á los católicos, encarcelando al insigne artífice que les labraba tantas guaridas y escondrijos y usando de toda maña le pusieron al principio en una cárcel segura, pero muy ancha y fácil de ser visitado y regalado de sus amigos, para conocer por este medio los que eran sus adeptos; pero el santo mártir, con más

prudencia que ellos sagacidad, avisó á todos con secreto que ninguno le visitase ni escribiese, dejando burlada la intencion de sus enemigos, llenándose de rabia y sentimiento de verse vencidos por él; por lo que emprendieron todo género de tormentos que pudo inventar su diabólica malicia; le pasaron á la Torre de Londres adonde le atormentaron por siete dias contínuos, teniéndole en el tormento siete horas, sin guardar leyes del reino, ni términos, ni humanidad alguna, hasta que con la fuerza de los tormentos se le arrancaron las entrañas y con ellas el alma, que desde el mismo tormento subió al cielo, quedando vencedor de sus enemigos, triunfando de su malicia sin haber podido desquiciarle un punto de su constancia. Los herejes, corridos de verse vencidos de un hombre pequeño, aunque tan grande en el ánimo, y de haber usado tan inaudita crueldad con el santo mártir, para encubrir su maldad publicaron que él mismo con un cuchillo se habia roto las entrañas, y le pintaron hiriéndose el vientre por su mano; pero no pudieron paliar su mentira porque en el tormento tenia las manos impedidas, como tambien de los pasados ántes, de suerte que no podia tomar una pluma en la mano; así tambien porque el verdugo declaró públicamente la verdad de lo que habia pasado. Deben darse á Dios infinitas gracias, porque le dió tan grande esfuerzo para sufrir tres martirios en cuerpo tan flaco, y ser tres veces mártir por la caridad de sus hermanos, dando la vida por guardarles las suyas, que es el último y supremo grado de esta virtud. Su vida y martirio escribió el P. Garneto como testigo presencial, y tambien la trae el P. Henrique Moro y los PP. Nadaso y Alegambe en sus martirologios. Fué su dichoso martirio el 12 de Noviembre de 1606.—A. L.

NICOLAS DE PERALTA (Dr. D.). Despues de hacer sus estudios con sumo provecho, ya en la parte material por ser aventajadísimo, ya en la parte moral por aprovechar para la práctica cuantos consejos y útiles advertencias encontraba en los libros que manejó, fué puesto como párroco en la villa de Quesada, reino de Sevilla, desempeñando su curato con un celo y una caridad admirables, y siendo ejemplar modelo de todo género de virtudes. Sobresalió mucho en el ejercicio de la caridad para con los pobres, habiéndose muchas veces verificado el desnudarse él de sus propios vestidos ó ceder su mismo alimento en el instante de ir á tomarlo, por remediar la necesidad de algun pobre que se acercaba á su puerta; fué muy dado á la oracion, y en ella alcanzó grandes progresos recibiendo del Señor muy superiores ilustraciones, y pudiendo por este medio penetrar en el corazon de los pecadores con muy gran provecho suyo y con una dulzura tal, que arrebataba á cuantos le trataban, y tan inalterable, que los sucesos más contrarios no eran capaces de hacérsela perder ni por un momento siquiera. Era

tal su asiduidad en el ejercicio de su ministerio pastoral, que nunca daba treguas ni tomaba descanso, asistiendo él á buscar á los extraviados, llegándose á dirigir sus oportunas advertencias á los que habian necesidad de ellas, y multiplicándose pasmosamente, si cabe la expresion, para de esta manera acudir á prestar á todos los auxilios que necesitaban, á fin de que los justos se justificáran más, los tibios se enfervorizasen y los pecadores, saliendo del letargo fatal de sus culpas, adquiriesen la vida de la gracia, mediante su reconciliacion con Dios por el santo sacramento de la penitencia. El celo y no se sabe qué asuntos importantes de su curato, le trajeron con licencia, y por órden del arzobispo de Sevilla, á gestionar cerca del monarca para el buen éxito de su empresa. En la corte se hizo admirar por su desprendimiento y caridad, llegando ambas virtudes al extremo de obligarle á vender cuanto tenia, que era mucho, y pedir de puerta en puerta por Madrid una limosna á fin de poder aliviar la extrema miseria en que se vieron sumidos los habitantes de la corte, en atencion á una gran carestía y muchos ataques de tabardillo con que en 1734 tuvo el Señor por conveniente castigarla. No se sabe si la constancia con que sufrió el señor Peralta muy repetidos desvelos, ó el rigor de sus penitencias (que fueron tales que en ocasion de haber de ponerle unos cáusticos, no hallaron lugar en su cuerpo que estuviese libre de lastimosas heridas de disciplinas ó silicios) ya fuera en fin que el Señor, en consideracion á que la corte, algun tanto desmoralizada, no merecia tener en su seno varon de tanta virtud, es lo cierto que á la temprana edad de treinta y un años, y agoviado de una enfermedad molestísima que le obligó á sufrir graves dolores, pasó á mejor vida el dia 22 de Noviembre de 1735, siendo su muerte muy sentida y muy solemnes sus honras fúnebres, á que concurrió lo más notable y distinguido de Madrid, esmerándose todos á porfía en protestar su respeto al ilustre sacerdote á quien todos deseaban tomar en sus hombros para tener la honra de tocar sus venerandos despojos. Su memoria se ha hecho imperecedera, pues la Santa Escuela de Cristo, á que perteneció, hizo extensiva la noticia de sus virtudes, por cuyo medio se aumentó su veneracion. —G. R.

NICOLAS DE PRADO (V). Perteneció este esclarecido varon á la Orden de S. Benito, siendo hijo de la casa de los Celestinos en Roma. Se aventajó en todo género de virtudes, pudiéndose en todas ellas citarle como modelo; pero en lo que, si cabe la expresion, se excedió á sí mismo, fué en el amor á la Santísima Virgen María. Además de que le causaba una alegría extraordinaria tan solo el oir el nombre de la Señora, se esforzaba de un modo singular en propagar su culto, y no tenia reparo en presentarse á los prelados y autoridades eclesiásticas para obligarles, por decirlo así, á que instituyesen corporaciones religiosas en honor de la Señora, y á los seglares acomodados

los excitaba á que fundasen obras pias ó memorias en culto y veneracion de la Madre de Dios, habiéndole el Señor dotado de un atractivo tan dulce que arrastraba tras sí á cualquiera, y puede decirse que involuntariamente condescendian con sus deseos, aun aquellos mismos que aparentemente estaban más lejos de acceder á ellos. Es indudable que María Santísima recompensaria un celo tan vivo por procurar su gloria con favores tan extraordinarios como los merecia su afan por difundir la veneracion hácia tan excelsa criatura, y aun cuando él en su profundísima humildad ha ocultado estos regalos con que su querida Madre le favorecia, está fuera de toda duda el que muchas veces le visitó y le dirigió la Señora las más lisonjeras frases, haciéndole entender lo complacida que estaba con sus servicios y lo mucho que estimaba el que con tanta asiduidad y celo se empeñase en su culto y veneracion. Estas tan favorecidas visitas animaban más y más á Nicolás á cumplir con sus obligaciones como monje, y buscar por todas partes prosélitos y servidores de su buena Madre, por lo cual, despues que la Señora hubo encontrado que este fruto estaba ya sazonado, le cortó del árbol místico de la Iglesia militante para ofrecerle la misma Vírgen como delicado regalo al Padre celestial, el cual, haciendo suyo el honor y homenaje tributado en María, colmó de dicha á su siervo Nicolás, habiéndose hecho notable aquí al mundo sus heróicas virtudes, y adquiriendo él por tanto el título de venerable con que desde la época misma en que vivia le distinguia ya su ilustre Orden y piadosa Congregacion.—G. R.

NICOLAS DE QUINQUEFRONDI (Fr.). Fué Fr. Nicolás de Quinquefrondi, que es un lugar de la provincia de Reggio, un religioso capuchino lego, de grande virtud y de tan rara obediencia y simplicidad, que mandándole el guardian del convento de Mileto una vez para experimentarla, que plantase en la huerta un ramo de higuera ya casi seco, y le regase todos los dias, y habiendo el religioso obedecido puntualmente, el suceso fué semejante al que refiere Casiano de aquel anacoreta antiguo, á saber, que el ramo creció y se convirtió en árbol perfecto, llevando copiosos frutos que los religiosos llamaban de allí adelante los frutos de la obediencia. Era tan contínua su oracion y contemplacion, que pasaba en ella ordinariamente todas las noches. Meditando una vez la pasion del Señor, y llorando con muchos suspiros la sentencia que Pilato pronunció contra Su Majestad, se le apareció de repente el mismo Pilato, vestido de negro, y cercado de cuernos espantosos y horribles, y preguntándole porqué tan inícuamente juzgó y condenó á Jesucristo, y cómo se atrevió á dar tan injusta sentencia contra el Señor del universo, le contestó que la habia pronunciado contra su voluntad, y solo por el miedo con qué le impusieron; en seguida desapareció. Con infinitos favores que el cielo le dispensó, vivió conocido y reputado por santo

en la religion, y despues de gran número de años, habiendo peleado animosamente contra el comun enemigo, subió á ceñirse la corona de justicia que le estaba reservada.—A. L.

NICOLAS DE RÁVENA (B.). Fué este distinguido religioso dominico natural de Rávena, y en cuanto tomó el hábito de su sagrada religion, se propuso con grande empeño y logró con el más feliz éxito venerar á Jesucristo Señor nuestro, padeciendo por nuestro amor de tal manera, que apénas oia referir alguno de sus padecimientos, se encendia en amor divino y prorumpia en afectuosos suspiros, cuyos ecos no podian reprimir ningun género de reflexiones, ni aun los mandatos expresos de sus superiores, que no conociendo la elevacion de espíritu de este buen religioso, no comprendian cómo podia llegar á tal estado de enajenacion y de union á Dios, que no sabia, puede decirse, lo que se hacia. Dios, que quiso favorecer á su siervo, le regaló con la impresion milagrosa de sus sacrosantas llagas; pero permitió que las tuviese ocultas hasta despues de su muerte, disfrutando el glorioso Nicolas de solo los dolores que le producian estas, sin que nadie llegára á apercibirse de que tales existian. Su espíritu de oracion era tal, que continuamente estaba ocupado en su práctica, y con muchísima frecuencia se extasiaba, verificándose muchas veces este prodigio cuando celebraba el santo sacrificio de la Misa, ó cuando se ocupaba en alguno otro de los ejercicios de su importante ministerio sacerdotal. Era extremada su penitencia, siendo casi milagrosa la manera de sostenerse; pues era apénas nada el alimento con que se mantenia, teniendo, sin embargo, tanta modestia, que para ocultar sus abstinencias casi continuas tomaba la parte de racion que le daban para sí, y la distribuia entre los pobres, á los cuales profesaba un afecto extraordinario. No era solamente la abstinencia la manera que tenia de mortificar su cuerpo, no; crueles disciplinas en las cuales derramaba sangre con abundancia, frecuentes silicios, que conservó hasta el fin de su vida, pues que al preparar su cadáver para enterrarle se le halló uno en la espalda con cinco cruces, cuyas puntas estaban enclavadas en la carne; cama muy dura y sueño brevísimo, tales eran las maneras de castigar á su inocente cuerpo con que hacia más resplandecientes las virtudes de su privilegiado espíritu: siendo además tan caritativo con todos que estos mismos rigores de penitencia los aplicaba en favor de quien le rogaba sus oraciones, diciendo que si á Dios parecia bien su sacrificio, justo era se sacrificase quien no tenia otro objeto en este mundo que agradar á su Dios. Consiguientemente al ejercicio de su augusto instituto, predicaba la divina palabra; pero con tal espíritu, fervor y buen éxito, que aquellos mismos que endurecidos en el crímen y avezados con el error, no habian nunca podido avenirse á obrar segun prescribian las leyes y consejos

del Evangelio, vieron en sí mismos, por la eficaz cooperacion del buen Padre, prodigios que apénas hubiesen creido si por otros se les hubiesen anunciado; pues llegaron á convertirse de corazon, detestando su pasado y enmendándolo con una conducta no solo ajustada sino ejemplar, no solo recta sino santa. Acumulando, pues, todos estos méritos, vivió Nicolás segun los designios de Dios, hasta que en estos entró el llevarle á poseer para siempre el reino que le estaba preparado en la patria de los justos, lo cual sucedió el dia 5 de Noviembre del año 1598 en el convento de Dominicos de Venecia. En su muerte se vieron muchas señales de la divina predileccion, que hasta entónces habian estado ocultas, y esto motivó el que hechas sobre sus acciones las averiguaciones que los cánones prescriben, y dando todas el más satisfactorio resultado, el Pontífice le declarase beato, y asignase á su memoria para toda la órden de Sto. Domingo el dia mismo 5 de Noviembre, aniversario de su muerte preciosa.—G. R.

NICOLAS Riccardi. Nació en Génova en 1585 á últimos del pontificado de Gregorio XIII. Sus padres, nobles y piadosos, no descuidaban su educacion, y tuvieron la satisfaccion de ver que en muy poco tiempo habia aprendido por via de diversion las letras humanas y las lenguas. Enviado despues á nuestro país para continuar sus estudios en las escuelas de Valladolid, se hizo desde luego admirar no ménos por profesores que por sus condiscípulos, cuando ardiendo en deseos de asegurarse la dicha eterna, más bien que lisonjeado de los elogios que le tributaban, fué á encerrarse en el convento de S. Pablo, donde tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en 1602. La aplicacion del jóven novicio á todos los deberes propios de su estado igualaba su ardor por las ciencias. Para conocer los progresos que hizo en un principio, tanto en los estudios como en la virtud, basta observar que desde 1613 ocupaba la primera cátedra de Sto. Tomás en el célebre colegio de San Gregorio, donde la órden de Sto. Domingo no enviaba más que sugetos elegidos que se habian distinguido ya en alguna otra de nuestras universidades. Riccardi, aunque extranjero, fué creido capaz de ocupar el primer puesto entre los profesores, y esto en ménos años que consagran los demás ordinariamente para merecer una plaza entre los colegiales. El resultado correspondió perfectamente con tan buen principio. El nombre de Riccardi y su reputacion se hicieron célebres en todas las provincias de España, viniendo desde muy léjos para oir sus lecciones. Diariamente crecia el número de sus discípulos, acudiendo con el mismo apresuramiento á oir sus sermones, pues sus talentos no eran inferiores en el púlpito que en la cátedra. Este fondo de erudicion ó este tesoro de ciencia, que habia tomado de los libros sagrados, de la lectura de los Stos. Padres y de los mejores escritores de la antigüedad, le realzaba además con una elocuencia natural,

noble y tan enérgica que le hacia en cierto modo dueño de los espíritus y de los corazones para dirigirlos segun su voluntad. Pronto veremos lo que escribia un sabio de su siglo á Leon Allacio, compadeciéndole porque no habia asistido á un sermon de Riccardi. El discurso que pronunció nuestro predicador en Madrid en 1615, durante la solemnidad de la beatificacion de Sta. Teresa de Jesús, fué inmediatamente impreso en la corte y leido con tanto placer como edificacion en todo el reino. El Rey quiso, por último, oir á un orador cuya reputacion era tan grande, y en esta ocasion fué cuando S. M., para expresar lo que pensaba de tantos talentos reunidos en grado tan alto, le llamó prodigio (*Monstrum*), título por que fué luego conocido tanto en Italia como en España, cuando poco tiempo despues llegó á Roma, donde se le habia adelantado su reputacion; los romanos, cuando le veian pasar por las calles, se le enseñaban unos á otros diciendo: *Il Padre Mostro*. Recibido en Roma de la manera más honrosa, su reputacion y sus ejemplos fueron en aumento hasta su muerte. Honrado con la amistad de Paulo V y de Gregorio XV, Riccardi enseñó por largo tiempo y con mucho éxito la teología en el convento de Minerva. Esta ocupacion no le impedia componer diferentes obras de piedad y de literatura, de crítica y de historia. El autor publicó algunas por entónces, y se reservaba para otra época la publicacion de las que queria perfeccionar paulatinamente. A pesar de estas ocupaciones no cesaba de anunciar la palabra de Dios, y el fruto de sus predicaciones no era menor en Italia que lo habia sido en España. Los fieles aprendian en ellas á conocer su religion y á practicarla, y los sabios encontraban un fondo inagotable de erudicion; los críticos admiraban la exactitud de sus razonamientos, su fuerza y solidez, ya tratase del dogma ó de la moral, y los que no eran aficionados á los pensamientos delicados, las expresiones agraciadas, el órden ó la armonía del discurso, no quedaban ménos satisfechos que los demás. Entre los cardenales á quienes agradaba oir á este orador cristiano, se hallaba Maffeo Barberini, tan distinguido entre los príncipes romanos por su saber y su amor á las letras como por el esplendor de la púrpura: este cardenal habia concebido una idea tan alta del mérito de Riccardi y de sus talentos, que le colocaba á muy grande altura sobre los predicadores de su siglo. Agradábale tambien hablar con él con frecuencia, y cuando fué elevado á la cátedra de S. Pedro en 1623, le eligió por su predicador ordinario. Riccardi desempeñó este cargo durante seis años sin dejar el de regente de los estudios en la Minerva. Pero el Papa no limitó á esto las muestras de su aprecio y de su afecto. Habiendo sido elegido general de la órden de Sto. Domingo en Junio de 1623 Nicolas Rudolfo, maestro del Sacro Palacio, dió Su Santidad este empleo al P. Riccardi, queriendo que fuese su teólogo sin dejar de ser su predicador. Estos dos cargos le dieron

bastantes ocasiones de parecer todo lo que era y de prestar buenos servicios á los que tenian necesidad de su proteccion; particularmente los sabios, cuyos loables esfuerzos favoreció siempre. Estaba en correspondencia literaria con todos los escritores de su época que se distinguian más por sus talentos y celo por la religion. Les comunicaba con gusto sus luces y sus propias obras. Leon Allacio habia visto sus comentarios sobre todos los libros de la Biblia y su excelente paráfrasis sobre la obra de los seis dias. El elogio que Allacio ha hecho de este escrito nos hace sentir que las grandes ocupaciones de maestro del Sacro Palacio no le permitieran darle la última mano y publicarle. El sabio Victorelli, en sus adiciones sobre la vida de S. Pio V, no nos ha dado ninguna idea de una historia del concilio de Trento que habia emprendido nuestro autor, tanto para exponer la doctrina del Sto. Concilio, como para vindicar la religion de los Stos. Padres, refutando las calumnias con que un anónimo tan impío como ignorante habia procurado ennegrecerla. Riccardi no tuvo tiempo de acabar esta obra, pero en 1527 la comenzó á imprimir en Roma con el análisis de la doctrina y los decretos del Concilio, y este análisis debia ser como el preludio ó la primera parte de su historia. La variedad de los negocios, de los cuidados y de las ocupaciones del teólogo del Papa, solo le dejaba muy poco tiempo para la composicion de sus obras. Sin embargo, todos los discursos que pronunciaba en presencia de Su Santidad y del Sacro Colegio no parecian ni ménos trabajosos, ni ménos llenos de nuevas bellezas. Hé aquí la manera con que se expresaba sobre esta materia Fernando Cárlos en la carta que escribió en 1631 á Leon Allacio. «Ayer oimos en el Quirinal al maestro del Sacro Palacio, Nicolas Riccardi, »este grande ornamento de la órden de Sto. Domingo, que habló sobre la »inmortalidad del alma; y no os hallábais allí, sabio Allacio, vos que teneis »la costumbre de presentaros el primero en los sermones de este padre, á »quien se puede con razon llamar una boca de oro y un rio de elocuencia; os »buscamos por largo tiempo con la vista, pero inútilmente. Ojalá os hubié»seis hallado en el auditorio! De seguro hubiérais creido que Roma no debe »envidiar á Atenas su Pericles. Todas las palabras de Riccardi, como las de »aquel antiguo orador, parecian otros tantos rayos capaces de anonadar la »ciudad. Ciertamente, si en todos los sermones es verdaderamente admirable, »puede decirse que en este se ha excedido á sí mismo, y que la abundancia »de su doctrina y la fuerza de los razonamientos correspondian bien á la dig»nidad del argumento. Nos hemos conmovido hasta derramar lágrimas; no ha »habido oyente que no las haya vertido tambien. No ignorais que es cos»tumbre de nuestro predicador enriquecer todos sus discursos con lo más su»blime que han producido los oráculos divinos, los escritos de los Padres an»tiguos y la sabiduría de los griegos; agota siempre la materia y nada omite

»de lo que pueda convenir á su objeto. Pero quizá nunca habiamos experi»mentado tan bien la fuerza victoriosa que le hace dueño de los espíritus para »dirigirlos segun su voluntad. Todos sabemos el sentimiento que experimen»ta nuestro espíritu al verse esclavizado, y no sé cómo hemos tenido tanto »placer en ser vencidos en esta ocasion y en aplaudir todavía á nuestro ven»cedor. Procurad asistir á su primer sermon para no carecer por segunda vez »de lo que causa tanto alegría á vuestros amigos.» No tenemos la respuesta de Leon Allacio, pero en una de sus obras hay una oda en elogio de Riccardi, en que no son ménos notables los elogios de este grande hombre que en la carta que acabamos de transcribir. Además de las obras de que hemos hablado ya, el maestro del Sacro Palacio escribió otras muchas sobre diferentes materias: 1.ª Un tratado titulado *De la verdadera manera de interpretar y explicar la Sagrada Escritura.* —2.ª Otro sobre la *Gracia de Jesucristo y la Concepcion de la Santísima Virgen.* —3.º Una obra mucho más extensa, que forma tres volúmenes, cuyo título es *El Teólogo ó de la Teología Cristiana, su naturaleza, sus propiedades y sus partes.* —4.ª Dos tomos de *Opúsculos teológicos.* —5.ª Una *Explicacion del Cántico de los Cánticos, y otra de la oracion dominical.* —6.ª *Notas sobre diferentes materias de Sto. Tomás.* —7.ª *Disertaciones sobre muchos puntos de teología, de filosofía ó de crítica.* Leon Allacio dice que el autor habia publicado ya setenta en 1633. No hablaremos de la coleccion de sermones que predicó, ya durante el adviento y la cuaresma, ya en los domingos ó fiestas. La mayor parte de ellos, que carecen de la última correccion, se conservan manuscritos en algunas bibliotecas de Roma. Parece que el autor escribia ordinariamente sus obras segun la ocasion le ponia la pluma en la mano, ya para refutar algun error, ó ya para responder á los que le consultaban y aclarar las dificultades que se le proponian. Apénas habia llegado Riccaldi á los cincuenta y cuatro años, y parecia poder trabajar aún por largo tiempo en honor de la religion y de la república de las letras, cuando le arrebató la muerte de repente á sus libros y á sus amigos en 30 de Mayo de 1639. No fueron sus hermanos los únicos que le lloraron; esta perdida afligió sensiblemente á toda la corte de Roma y á todos los hombres honrados. Los que no habian sido hasta entónces más que los admiradores de sus talentos, llegaron á ser los panegiristas de sus virtudes. Es verdad que la integridad de costumbres, la dulzura y la modestia de este digno religioso, su prudencia y su habilidad en los negocios, unidas á un natural franco, noble y generoso, daban un nuevo lustre á sus demás talentos. Todo esto le habia valido tan grande estimacion, que puede decirse que fué honrado constantemente hasta la muerte con el afecto de todos los cardenales y la más completa confianza del papa Urbano VII. El célebre Melchor Fucofer, sabio jesuita, superior del colegio de los Alemanes

en Roma, pronunció la oracion fúnebre del maestro del Sacro Palacio.—S. B.

NICOLAS DE RIEVA (Venerable). Fué este esclarecido sacerdote arcipreste de Sondrí, capital de Valtelina. Habia desde luego mostrado su ardiente celo por la religion de Jesucristo, pero donde más se demostró este y las muy bellas dotes que le adornaban para el importante ejercicio de su ministerio sacerdotal fué en los terribles vejámenes que los herejes grisones hacian sufrir á su patria, y en cuyos sufrimientos tomaba él la parte más activa, pues además de lo que era consiguiente sufriese por sí mismo, hay lo muchísimo que le hacian padecer los malos tratos que daban á sus hermanos, pues para él era cada uno de ellos tan apreciable ó más que su propia persona. Cesaron por un momento las persecuciones de estos enemigos de la fe, para que al punto comenzáran las de otros no ménos terribles, cuales eran los calvinistas. Concibieron el infernal designio de establecer en Sondrí su inícua secta, y para esto mandaron allá á uno de los más célebres sectarios de su error, el cual con el título pomposísimo de supremo ministro quiso no solo propalar las doctrinas de la secta sino hacerlas religion del Estado, á lo cual se opusieron enérgicamente los católicos, estando á su frente el venerando arcipreste Nicolás. No pudieron las más terribles amenazas ni los más lisonjeros halagos hacer mudar de opinion á este venerando ministro de la fe, por lo que los sectarios del error, desesperados de conseguir nada con palabras, ya empleasen las atractivas que seducen, ya las furibundas que aterran, resolvieron tentar el mortificar á este fidelísimo ministro de Jesucristo, á ver si de esta manera conseguian atraérsele, pero todo fué inútil: no consiguieron otra cosa que hacerle perder su preciosa vida, despues de haberle hecho sufrir muchísimos tormentos en la oscura cárcel, donde sin alimento ni descanso le tuvieron por muchísimo tiempo. De esta manera venció á Satanás, que queria seducirle, y ciñó la corona de la inmortalidad, obteniendo justa y merecidamente la nota de mártir de la Iglesia de Jesucristo, aun cuando no haya recaido sobre él el distinguido título de beato, acaso por no haberse cumplido alguna de las muchas formalidades que con razon exige la Iglesia para dar á sus hijos tan ilustre renombre. Esto aconteció á fines del siglo XVI.—G. R.

NICOLAS DEL ROSARIO (Bienaventurado). Perteneció este esclarecido mártir á la distinguida órden de Sto. Domingo, siendo alumno del colegio de Lisboa, adonde fué de Coimbra, su patria, sin otro objeto que el de profesar en la Religion Dominicana. Aprovechó mucho el tiempo que estuvo en aquella santa casa, ya en el estudio de las ciencias teológicas y canónicas, ya en la práctica de las virtudes; es verdad que en aquella época era su convento uno de los más notables tanto en santidad como en sabiduría. En

atencion á haberse distinguido en ambos extremos, fué designado Nicolás por sus superiores para que fuese á predicar el santo Evangelio á los de Mononcapata, á cuyo punto se dirigia, cuando cerca de Sena cayó en manos de los enemigos de la fe, que por lo tanto lo eran suyos muy terribles. Como tales se portaron, pues que cogiéndole entre muchos lo ataron fuertemente á un árbol, y á saetazos acabaron con su vida, no contentándose con haberle causado la muerte, sino llevando su furor al extremo de comérsele, despues de cocido, haciendo mucha solemnidad á su manera, porque habian quitado de en medio á un enemigo de sus dioses, segun ellos decian. Este acontecimiento, en que se muestra la barbarie de aquellos infelices y que se verificó en 1552, fué la causa de que el P. Fr. Nicolas del Rosario ciñera la corona de la inmortalidad, con que aparecerá refulgente el dia en que el soberano Juez declare ante la faz del universo lo agradables que le han sido los sacrificios de este y de los demás mártires que por la fe han sucumbido á manos de los enemigos. — G. R.

NICOLAS DE ROSCIANO (Fr.), religioso lego capuchino. Fué varon adornado de heróicas virtudes, y en particular de contínua oracion, por donde llegó á poseer espíritu de profecía y á pronosticar muchos casos futuros. Era muy notable su humildad y constante observancia, siendo sumamente querido de todos los religiosos por su mansedumbre y compostura en sus contestaciones y sus eminentes virtudes. Estando muy próximo á la muerte y batallando con el demonio, le acusó el comun enemigo de que por algunas cosas de poco momento que traia en la manga quebrantaba la regla de la regla de la santa pobreza; por lo que sacudiéndose y arrojándolas luego al punto se libró de la acusacion y descansó santamente en paz. Murió el siervo de Dios Nicolás de Rosciano en la provincia de Consenza, á mediados del año de 1595. — A. L.

NICOLAS ROSSELLI, cardenal presbítero del título de S. Sixto. La antigua y muy noble familia de Rosell ó de Rosselli, originaria de Arezzo, en Italia, se extendió en épocas remotas, segun dice un autor, en Inglaterra, en el principado de Cataluña y en la isla de Mallorca. En la capital de esta isla fué donde nació Nicolás Rosselli el 3 de Noviembre de 1314. Aunque el más jóven de sus hermanos, tuvo la fortuna de ser particularmente amado de sus padres, cuyos cuidados para procurarle una santa y noble educacion eran proporcionados á las excelentes cualidades que se notaban en él; génio fácil, exacto, vivo, penetrante, gusto exquisito, feliz memoria y tanto deseo de aprender como facilidad en comprenderlo todo. Tales son las prendas que hacian admirar al jóven Rosselli en una edad, en que la razon comienza apénas á desarrollarse en los demás niños. Esto fué lo que hizo que los maestros pusieran mayor atencion en cultivar y enriquecer su espíritu. Pero la

gracia obraba todavía con más fuerza en su corazon para dirigirle hácia Dios, y enseñarle á asegurarse la posesion de bienes futuros con el desprecio de todas las vanidades de este mundo. Apénas habia entrado en los trece años de su edad, cuando huyó de la casa de sus padres para ir á ocultarse en la del Señor. Despues de haber pedido con tanto fervor como humildad el hábito de Sto. Domingo, le recibió en el convento de Mallorca el 21 de Diciembre de 1326. Sus ilustres padres desaprobaron en un principio un paso que les afligia sobre manera, porque les parecia precipitado. Sin embargo, ya por temor de Dios, ya por rezelo de no conseguir su objeto, no se opusieron decididamente á los deseos del nuevo religioso; y éste aprovechándose de la tranquilidad en que le dejaban, no pensó desde entónces más que en adelantar en la perfeccion cristiana por la práctica de todas las virtudes. Sus continuos progresos en la piedad y en las ciencias divinas y humanas le hicieron bien pronto célebre en todas las provincias de Aragon, donde llenó los principales empleos á satisfaccion de sus superiores y con admiracion de todos sus hermanos. Hallamos su nombre en las actas de muchos capítulos generales. En 1348 Nicolás Rosselli fué enviado al papa Clemente VI para tratar algunos negocios que nuestros autores llaman importantes. No nos han manifestado el objeto particular de esta comision, pero nos aseguran que este sabio religioso se condujo en ella con tanta prudencia y habilidad, que se concilió desde entónces la estimacion del Padre Santo y el afecto de todos los cardenales. En efecto, por patente apostólica, fechada en Aviñon el 10 de Enero de 1349, Rosselli fué honrado con la cualidad de doctor, y el cabildo general de su Orden, reunido el mismo año en Barcelona, le confirmó con elogio el título que Su Santidad habia concedido á su mérito. El nuevo doctor continuaba dando lecciones públicas de teología en las escuelas de Barcelona, y habia comenzado ya algunas obras que publicó despues; pero se vió obligado á abandonar la primera de estas dos ocupaciones y á suspender la otra por corresponder á las intenciones de la corte de Roma y de su Orden. Un capítulo provincial, celebrado en Pamplona en Junio de 1350, acababa de poner á Nicolás Rosselli al frente de la provincia de España, y pocos meses despues el Soberano Pontífice le declaró inquisidor general en todos los estados del rey de Aragon. No tenia aún la edad prescrita por las leyes para este difícil empleo, pero el vicario de Jesucristo, que conocia ya su capacidad y su mérito, le envió la dispensa necesaria y le encargó emplease todo su talento, celo y vigilancia para la seguridad del sagrado depósito que se le confiaba. Así fué al mismo tiempo superior de una grande provincia y ministro del Papa en los reinos de Aragon, de Valencia, de Mallorca y el principado de Cataluña. Se añade que era tambien confesor de las infantas de Aragon,

Doña María y Doña Blanca, hijas del rey D. Jaime II. Estas dos princesas moraban ordinariamente en Barcelona, lo que era causa de que el siervo de Dios se detuviese en esta ciudad tanto como los negocios podian permitírselo. Sabemos que en el mes de Abril de 1351, predicando Francisco Baile, guardian de los Menores, en una iglesia de Barcelona, el viernes santo, dijo que la sangre de Jesucristo vertida en la pasion fué separada de su divinidad, y que por consecuencia no era adorable más que con el culto de latría, en los tres dias de la muerte del Salvador. Aunque ofendido Nicolás Rosselli de esta proposicion, que le parecia poco conforme á la sana teología y á la fe, no quiso sin embargo ordenar nada hasta despues de haber consultado á la Santa Sede. Escribió al cardenal Juan des Moulins, y habiendo éste propuesto la cuestion al papa Clemente VI, Su Santidad, despues de una asamblea solemne, mandó al inquisidor por sus cartas patentes, hiciese revocar públicamente este artículo como erróneo y herético, condenándole además solemnemente. Lo que ejecutó Nicolás Rosselli en la iglesia catedral de Barcelona. Así es como refiere este hecho Fleury, siguiendo al dominico Nicolás Eymeric. Otros pretenden que no hubo entónces cartas patentes ni ningun escrito del Papa, sino solo una carta del cardenal de Santa Sabina, que declaraba que Su Santidad habia ordenádo de viva voz que se obligára al predicador á retractarse solemnemente, lo que hizo en presencia del obispo de Barcelona y de una parte del clero. Más de un siglo despues se agitó la misma cuestion con grande ardor entre los teólogos de la órden de Sto. Domingo y los de la de S. Francisco, durante el pontificado de Pio II, que creyó conveniente imponer silencio á unos y á otros, prohibiendo á los unos predicar esta doctrina y censurarla á los otros. La vigilancia, sin embargo, de Nicolás Rosselli, le hizo descubrir muchos sectarios que dogmatizaban en secreto contra la doctrina de la Iglesia. No se le oscurecia que habian comenzado á esparcir en los reinos de Valencia y Aragon errores proscriptos mucho ántes en el concilio de Viena. El papa Inocencio, que acababa de suceder á Clemente VI, ordenó al inquisidor general proceder inmediatamente con el obispo de Valencia al exámen de las personas sospechosas y á la condenacion de sus errores. La carta escrita con este motivo de órden de Su Santidad, es de 28 de Noviembre de 1353. Algunos escritores españoles é italianos han alabado á este ministro de la fe por haber obrado con mucho vigor y firmeza para detener los progresos de la herejía, cuyo veneno se comunicaba insensiblemente como una gangrena, y podia llevar muy léjos la corrupcion. Pero todo el cuidado que daba á un negocio de esta importancia, no le impedia llenar al mismo tiempo los deberes propios de su cargo de provincial. Las grandes pérdidas que se habian sufrido los años anteriores, le obligaban á aumentar sus cuidados y solicitud. Tantos exelentes reli-

giosos, cuyo ejemplo sostenia á sus hermanos, arrebatados de repente por una mortalidad casi general, habian dejado un vacío en todas las comunidades que no era fácil de llenar. La enfermedad, por otra parte, habia sido una ocasion y una causa legítima para relajar el rigor y la observancia en el alimento y en lo demás, y por una consecuencia casi necesaria, habiéndose debilitado notablemente la disciplina regular durante el contagio, se iba á caer en una triste relajacion, si la prudente firmeza de muchos de los superiores no hubiera sido un recurso para algunas provincias particulares. España tenia en la persona de Nicolás Rosselli un jefe que en una edad todavía poco avanzada reunia todas las cualidades necesarias á un perfecto superior; la prudencia, el celo, la dulzura, la experiencia, la doctrina y la reputacion. Durante el tiempo de su gobierno reunió seis veces el capítulo provincial, y por la prudencia de sus reglamentos, tanto como por la vigilancia de sus visitas, si no devolvió á toda la provincia su primer esplendor, sostuvo al ménos y hasta aumentó lo bueno que existia aún cuando se puso al frente del gobierno. Cortó muchos abusos introducidos nuevamente, y dejó á sus sucesores grandes ejemplos que imitar, para llevar con el tiempo á su última perfeccion lo que no se habia podido afirmar bien en el transcurso de siete años. Todavía existen en Barcelona algunos hermosos monumentos de la piedad y del celo de este ilustre provincial. A ruego de varias personas de categoría y con su ayuda fundó en esta ciudad el célebre monasterio llamado de Monte Sion, y tuvo la fortuna de establecer en él desde un principio la misma regularidad que habia introducido Sto. Domingo en otro tiempo en el de Prouille. Así habia hecho venir de esta primera casa de su Orden muchas religiosas, que fueron como las primicias del nuevo rebaño, y sirvieron para formar en la observancia regular á las que las siguieron en la misma vocacion. Las dos infantas de Aragon de que hemos hablado, habian aprendido durante muchos años, bajo la direccion de Nicolas Rosselli, la práctica de todas las virtudes cristianas, y le confiaron al morir el cuidado de ejecutar su última voluntad. Se asegura que su exactitud en el cumplimiento de este deber le mereció el aprecio de la corte y las bendiciones de los pueblos. Como aquellas dos princesas eligieron para lugar de su sepultura la iglesia de Sto. Domingo de Barcelona, en esta fué donde el ejecutor de su testamento les hizo erigir dos mausoleos, dignos de su piedad y de su nacimiento. Desde mucho ántes la corte de Roma tenia algunos motivos de disgusto con el rey de Aragon; lo que se hizo público por una carta de 26 de Noviembre de 1350, en que el Papa hablaba así á este príncipe: «Las iglesias y el clero se hallan oprimidas en vuestros »Estados y violada la libertad eclesiástica. Si alguno lleva rescriptos de la »Santa Sede á los jueces eclesiásticos, vuestros oficiales no les permiten ser-

»virse de ellos, ni á los jueces proceder á la ejecucion de nuestras órdenes. »Hace algun tiempo que Bertrand Alayar, canónigo de Valencia y nuncio »nuestro, pronunció una sentencia de excomunion é hizo algunas persecu»ciones contra legos súbditos vuestros, que rehusaban con tenacidad pagarle »lo que debian á la Cámara Apostólica, sobre lo cual hicísteis comparecer al »Nuncio en vuestra presencia, y despues de haberle dicho muchas injurias, »indignas de vuestro rango, quisisteis obligarle con terribles amenazas á re»novar sus procedimientos; pero porque se negaba constantemente tirasteis »de la espada contra él, y habiendo contenido los presentes este movimiento »de cólera, le hicisteis conducir á una oscura prision, de donde no le sacas»teis sino para tratarle todavía con mayor crueldad.» Este breve contiene otras muchas reconvenciones al príncipe por su conducta y la de sus empleados, cuyos excesos contra los ministros del altar parecian en efecto haber llegado ya á un extremo deplorable. La corte de Aragon se quejaba, sin embargo, de las empresas de los eclesiásticos, y estas quejas recíprocas duraban todavía, cuando el papa Inocencio VI, ya para ganar el ánimo del Rey, ya para recompensar el mérito de Nicolás Rosselli y servirse despues útilmente de su ministerio para terminar por su mediacion un convenio comenzado hacia más de cinco años, comprendió á nuestro provincial en la promocion de cardenales que se hizo en el mes de Diciembre de 1356. El Padre Santo quiso manifestar por sí mismo esta noticia al rey de Aragon, Pedro *el Ceremonioso*, y al nuevo cardenal, á quien dirigió el siguiente breve :

« Inocencio..... A su querido hijo Nicolás, antiguo provincial de la órden »de Sto. Domingo en el reino de Aragon, y ahora Cardenal presbítero de la »Santa Iglesia Romana. Salud y bendicion apostólica. — Cuando el Señor de»cia por la boca de sus profetas : Yo reedificaré la casa de David, que está en »ruinas; Yo levantaré al que está caido y restableceré todas las cosas como se »hallaban anteriormente; instruia de antemano á aquellos que en la série de »los tiempos tendrian el honor de ser sus vicarios y los primeros pastores de »su Iglesia; los enseñaba la manera con que deben reemplazar á tiempo los »ministros á quienes la condicion humana no permite permanecer por largo »tiempo en las plazas que han merecido ocupar. — Por este motivo, despues »de haber hecho los últimos honores á muchos ilustres cardenales que se hu»bieran podido considerar en la Iglesia como firmes columnas, si acostumbra»se la muerte á perdonar á los que hacen sus virtudes tan respetables; hemos »pensado sériamente en sustituirles otros santos y sabios personajes, capa»ces de llenar con honor el mismo ministerio y de sostener el mismo peso, »para que por la eleccion que el Señor mismo ha hecho, segun creemos, no »carezca la Iglesia ni de sabios consejeros en sus dudas, ni de poderosos de-

»fensores en sus adversidades. Por lo que entre los sugetos á quienes hemos »destinado la púrpura, hemos pensado particularmente en vos, no pudiendo »ignorar cuáles son vuestras virtudes y las grandes cualidades con que el »cielo os ha favorecido. Nos os daremos, segun costumbre, el capelo y el tí»tulo de vuestra dignidad. Os ordenamos, sin embargo, por estas cartas »apostólicas, someter humildemente vuestra espalda á la carga que os im»ponemos, y no diferir el presentaros delante de la Santa Sede para prestar »con Nos vuestros servicios á la Religion, segun las necesidades de la Igle»sia. Dada en Aviñon el décimo de las calendas de Enero, el cuarto año de »nuestro pontificado (23 de Diciembre de 1356).»

Zurita, en los *Anales de Aragon*, dice que el Rey y el P. Nicolás Rosselli se hallaban en Zaragoza cuando recibieron las cartas de Su Santidad, el 21 de Enero de 1357. Este príncipe se dirigió en seguida al convento de Sto. Domingo para entregar por sí mismo al nuevo cardenal el breve del Soberano Pontífice. Añádese que los sentimientos que manifestaron ambos en aquella ocasion fueron muy diferentes. El humilde religioso, que no esperaba aquel honor, no podia volver de su sorpresa: debia manifestar reconocimiento á su soberano, pero su corazon no podia regocijarse; y en la carta que escribió al Papa le decia que toda la Iglesia veria con asombro que Su Santidad habia puesto los ojos en un súbdito que era el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo, para sacarle del polvo y hacerle sentar con los príncipes de la Iglesia. Las virtudes de este modesto Cardenal no permiten dudar de la sinceridad de los sentimientos que le animaban. El rey de Aragon manifestaba, por el contrario, tanta más satisfaccion y contento de esta promocion, cuanto que no sabia que ningun otro de sus súbditos hubiese sido honrado con la púrpura romana. Se proponia dar por su mano el capelo al nuevo Cardenal y hacer esta ceremonia con mucha solemnidad. Hizo, pues, suplicar al Papa por medio de su embajador, Bernardo de Thous, enviase el capelo al cardenal Rosselli como se le habia enviado á Pedro de la Forest, arzobispo de Ruan y canciller de Francia, que en la misma promocion acababa de ser creado cardenal presbítero del título de los Doce Apóstoles. Pero el papa Inocencio VI respondió á S. M. que el parecer de todos los cardenales era que no se debia derogar la antigua costumbre, y que el cardenal de los Doce Apóstoles no habia recibido el capelo en Ruan, aunque por razones particulares se le habia enviado á Burdeos, donde iba en calidad de nuncio apostólico para tratar de la paz entre Francia é Inglaterra. El convenio que nuestro Cardenal debia celebrar entre la corte de Roma y la de Aragon, le obligó á no diferir por más tiempo su partida. Habiendo pasado por Barcelona en ocasion en que los priores de la provincia se hallaban reunidos en esta ciudad para la eleccion de un nuevo provincial, para

manifestarle todos aquellos religiosos de una manera sensible cuán satisfechos se hallaban de su gobierno, creyeron no podian hacerlo de mejor manera que poniendo á su disposicion todos sus votos, y suplicándole nombrase él mismo su sucesor; no dudaban que un superior recibido de su mano dejára de marchar por sus huellas para perfeccionar cada vez más todo el bien que habia comenzado en aquella grande provincia, que comprendia todos los estados del rey de Aragon. El Cardenal correspondió como debia á esta prueba de confianza, y su sucesor no desmintió la esperanza del Cardenal. Habiéndole recibido el papa Inocencio VI en Aviñon con grandes pruebas de bondad, le dió desde luego el capelo y el título de S. Sixto, que conservó hasta la muerte. Así como se le habia suplicado nombrase al que le habia de suceder en el cargo de provincial, el Padre Santo nombró tambien inquisidor de Aragon al religioso que juzgó este Cardenal el más á propósito para este empleo; su eleccion recayó en el sabio Nicolás Eymeric, de quien ya nos hemos ocupado. Pero como los intereses de la Santa Sede y los de su soberano eran iguales para el cardenal de S. Sixto, trabajó con el mayor celo y éxito en hacer cesar todos los motivos de queja que hacia mucho tiempo turbaban la inteligencia entre las dos cortes, llegando al fin á una completa reconciliacion. Todos los artículos del convenio fueron redactados á satisfaccion de unos y otros, y firmados en Gerona á 14 de Setiembre de 1357. Para referir las demás acciones de nuestro piadoso y celoso Cardenal, seria necesario hacer la historia de los cinco últimos años del pontificado de Inocencio VI. Hemos visto que este Papa le habia ordenado dirigirse inmediatamente cerca de su persona para trabajar juntos, segun sus talentos y las necesidades presentes de la Iglesia, en todo lo relativo á la religion, y ésta fué en efecto la ocupacion más ordinaria del cardenal de S. Sixto. Los cardenales no eran entónces en gran número, porque en el cónclave de Inocencio VI determinó el Sacro Colegio que los cardenales no excediesen en lo sucesivo del número de veinte, y despues de la muerte de este Papa no se hallaron en efecto más que veinte para proceder á la eleccion de su sucesor. Algunos, sin embargo, eran demasiado jóvenes y carecian de experiencia, y los que habian envejecido en el servicio de la Iglesia se hallaban por lo comun empleados en diferentes legaciones. El cardenal Roselli no estuvo encargado en verdad de esta clase de negociaciones, pero no tuvo ménos parte con un pequeño número de compañeros en todos los negocios que se llevaron delante de la Santa Sede. Entre estas importantes ocupaciones siempre tenia tiempo para la oracion y otros ejercicios de piedad, pues al cambiar de estado, dice un autor, no habia cambiado en nada su manera de vivir: *Mutato verò statu pristinum vivendi genus non mutavit.* No solo llevó siempre el hábito de su Orden, lo que era comun en todos los cardenales regulares, sino que quiso observar

exactamente sus constituciones y vivir con la misma frugalidad, la misma modestia y el mismo recogimiento que lo habia hecho en el claustro. El más dulce descanso que concedia á su espíritu cuando tenia algunos momentos suyos, era la lectura ó la composicion de algunos libros. De todos los que se le atribuyen creemos que hay tres que publicó despues de ser revestido de la púrpura: 1.° *Su comentario sobre el Evangelio segun S. Mateo.* —2.° *Un tratado histórico de los pontífices romanos.* —3.° Otro relativo á la jurisdiccion de la Iglesia Romana en el reino de las Dos Sicilias. Nicolás Antonio menciona la primera de estas tres obras, y Giaconius asegura haber visto en Roma los manuscritos de la segunda y tercera, de que se conservan algunos ejemplares en la biblioteca del Vaticano. Este contínuo trabajo y una aplicacion infatigable á los negocios de la Iglesia alteraron la salud del piadoso Cardenal. Su enfermedad, más fuerte que los remedios, se aumentaba cada dia, y los médicos del Papa creyeron oportuno hacerle cambiar de aires, ocasion que aprovechó el enfermo para alejarse del tumulto de la corte, ménos con la esperanza de restablecer sus fuerzas, que con el deseo de entregarse más á Dios y á sí mismo en la tranquilidad del retiro. Partió, pues, de Aviñon á últimos de Noviembre de 1361, y se retiró desde luego á su convento de Mallorca. El poco tiempo que tuvo el consuelo de pasar en compañía de sus hermanos, le aprovechó sábiamente para no ocuparse más que de la esperanza de bienes futuros. Habiendo hecho repartir á los pobres todo lo que habia obtenido de los beneficios del Papa y del Rey, repartió su biblioteca entre el convento de su Orden de Barcelona y el de Gerona. Las religiosas de Monte Sion, de que era fundador, heredaron su capilla, es decir, sus cálices de oro y de plata y sus más preciosos ornamentos. Se conserva todavía en el mismo monasterio el testamento que hizo en presencia de todos los prelados de su Orden; Arnaldo y Gregorio, obispo de Urgel el primero, y el segundo de Marruecos. El 28 de Marzo de 1362, pocos meses ántes de la muerte del papa Inocencio VI, el cardenal de S. Sixto, de edad de cuarenta y ocho años, terminó su gloriosa carrera, llorado de la corte de Aragon no ménos que de la de Roma; pero todavía mucho más por sus hermanos, á quienes edificaba desde su tierna infancia, y á quienes no habia cesado de procurar toda clase de bienes. Aunque habia elegido en un principio por sepultura la iglesia de Dominicos de Barcelona, donde se hallaban sepultados los dos infantes de Aragon, quiso despues que fuera enterrado su cuerpo en el convento de Mallorca, donde hemos dicho que se habia consagrado al Señor desde la edad de trece años. Además de las obras de que hemos hablado, este sabio religioso habia escrito algunas otras ántes de su promocion. No creemos que sea suyo el tratado de la *Unidad de la Iglesia contra el cisma*, aunque se le ha atribuido Guillermo Eysengrin. Pero en los archivos

de la Orden en Barcelona se halla una *Historia compendiada de la religion de Sto. Domingo*, que lleva el nombre de Nicolás Roselli. El ilustre Francisco Peña, auditor de la Rota, que cita algunas veces este escrito, ha hecho en pocas palabras el elogio de su autor, diciendo que se habia hecho célebre en los estados del rey de Aragon, tanto por su rara erudicion como por la santidad de su vida: *Erat in regnis Aragoniæ ea tempestate, eruditione et sanctitate clarus Nicolaus Rosell S. R. E. cardinalis.* Franc. Peña *in Vita Nic. Eymerici.* — S. B.

NICOLAS de Salazar (P.). Entró en la Compañía de Jesús en el año de 1631. Fué canónigo de S. Salvador en Sevilla, de muy aplaudidas letras y grande ejemplo de vida; fué muy ruidoso su recibo, pero de poca admiracion, á quien le habia respetado; así empezó su noviciado, pasmando á su maestro aquel candor de ánimo, que igualaba á la ternura de los cortos años de sus connovicios en la edad de más de cincuenta años, en que se hacia niño con los niños. Habia sido muy virtuoso en el siglo, canónigo con bastante renta, abandonado al cuidado de una ama, que le asistia con suma delicadeza y conveniencia: el uso y el trato, ó su descuido, el menor reparo ó la costumbre, le excusaba la mortificacion, que no conocia, porque la naturaleza le olvidaba el regalo en que vivia. Entró en la religion, y el preciso silencio, la comida ménos gustosa, la cama nada delicada, la escoba en la mano, el no hallar las cosas hechas en cuanto estaba en oracion, sin saber lo que en su casa se trabajaba, le empezó á hacer novedad, que pasó á hastío, y hubiera parado en desesperacion, á no gobernar Dios la prudencia de su maestro de novicios, que viéndole triste y notando que no era tan frecuente en darle cuenta de su conciencia, y hallando su aposento ménos limpio y compuesto de lo que pide la decencia religiosa, le dijo: que bien conocia que á su edad, y en el quebranto de sus estudios, necesitaba y aun era de su obligacion aliviarle de algunas cargas anejas al noviciado, aunque no pareciesen bien; por lo tanto habia ordenado á otro hermano que barriese su aposento, le hiciese la cama y le sirviese en todo aquello á que no estuviese acostumbrado; que le proporcionaria todas las conveniencias posibles, pero que no podia dispensarle de una grande obediencia. Fué tan grande el bochorno que experimentó, que en seguida se presentó al superior, y con lágrimas como niño, que expresaban la afliccion del hombre, le abrió su pecho que el superior le habia leido en su triste disimulo, y le suplicó suspendiese la órden dada, y prosiguió siendo tan ejemplar que como á dechado le mandaron continuase en el noviciado el oficio de maestro de novicios, luego que acabó los dos años de tal. En este oficio estaba por el año de 1640, cuando la devastadora peste asolaba á Sevilla, y entónces el P. Salazar clamó á los superiores, valiéndose de la obligacion del oficio que

le tocaba por derecho atender á los enfermos, y con efecto, mudando de habitacion, se pasó á la enfermería á cuidar espiritual y corporalmente de los que le remitian enfermos de peste. Era singular su alegría y más singular su trabajo; atendia al regalo de los enfermos, á su curacion, á sus remedios, sin omitir un punto el principal asunto de servir á sus almas; les confesaba, les administraba los Sacramentos, y ayudaba en aquel último trance, sucediendo muchas veces pasar toda la noche en este penoso oficio, y ser este el descanso del trabajo de todo el dia; y como á la caridad no la vence la muerte, para que los difuntos de la Compañía no fueran con ménos decencia á la tierra, y esto se pudiese verificar, no iban á la huesa sin la cota de la sotana, que en vida tanto les habia defendido del comun enemigo; por sí mismo los vestia, despreciando el miedo ú horror de alguno que excusaba esta modesta ceremonia. La comunicacion tan contínua con los contagiados, no podia ménos de ocasionarle el padecimiento que le acometió con tal vehemencia, que en corto tiempo acabó con aquel cuyo cuidado habia sanado á muchos, y el dia 4 de Mayo faltó en el noviciado un ministro, cuyo hueco fué necesario sustituirle con varios sugetos para llenar y desempeñar sus empleos. —A. L.

NICOLAS DE S. ALBANO, religioso de esta casa y abad despues de un monasterio de la Congregacion de Cluni. Compuso dos libros sobre la Inmaculada Concepcion de la Santísima Vírgen, que dedicó á Hugo de S. Remigio, al cual dirigió además un volúmen de cartas. Floreció por los años de 1140. —S. B.

NICOLAS DE S. SATURNINO, varon segun dice el P. Echard, verdaderamente ilustre por su piedad, su espíritu, su doctrina, sus empleos y dignidades. Era natural de Clermont, en la Auvernia, y se consagró al Señor en el convento de los Dominicos de la misma ciudad. Desde su entrada en el claustro sus adelantos en las ciencias correspondieron á la belleza de su genio. En 1364 habia tomado ya el grado de doctor en la universidad de París, despues de haber enseñado en ella con aplauso durante muchos años. Dos años despues fué elegido provincial de la provincia de Francia, y llenó este cargo con la mayor prudencia y celo por la observancia de las leyes, que continuó en él durante diez años consecutivos. En el mes de Mayo de 1372 asistió al capítulo general de su Orden reunido en Tolosa, donde obtuvo tres pequeños huesos de Sto. Tomás de Aquino. Habiendo sido llamado al generalato, Nicolás de S. Saturnino gobernó la Orden con mucha gloria y durante muchos años. Tenia sin duda todas las cualidades requeridas para ocupar dignamente este cargo, pero por la cronología de los generales de Santo Domingo, es muy dudoso ocupase aquel cargo que le conceden algunos autores. Leyéndose, por el contrario, en una antigua crónica, que ejercia aun

el de provincial de Francia, cuando habiéndole llamado á Aviñon en 1376 el papa Gregorio XI le concedió el cargo de maestro del Sacro Palacio, y le llevó consigo á Italia. Nicolás de S. Saturnino, que no se separó nunca de este Soberano Pontífice, ya en sus viajes, ya en sus residencias de Agnani y Roma, se halló á su lado en la hora de su muerte, y vió todo lo que pasó poco despues en la eleccion de sucesor. Declaró despues en su testamento, que testigo del tumulto, de los gritos sediciosos y de todas las amenazas del pueblo romano, estaba y habia estado siempre convencido de que la eleccion de Bartolomé, arzobispo de Bari, para el pontificado no habia podido ser canónica por falta de libertad en los electores. Los antiguos cardenales, retirados á la ciudad de Agnani desde el mes de Mayo, le enviaron al rey de Francia Carlos V, llamado *el Sábio*, para convencerle de lo mismo. Escribieron al mismo tiempo al rector y á los doctores de la universidad de París una carta en que decian: «Enviamos al Rey á Nicolás de S. Saturnino, maestro del Sa»cro Palacio y famoso doctor en teología, plenamente informado de nuestra »intencion sobre asuntos muy difíciles é importantes de la fe y el estado de la »Iglesia. Por esta razon os suplicamos le escucheis favorablemente, y le deis »tanta fe como á nosotros mismos.» La fecha de esta carta es de 15 de Julio de 1378. A mediados de Agosto, el obispo de Famagusta y el maestro del Sacro Palacio obtuvieron una audiencia del Rey, en que le presentaron las cartas de los cardenales, y suplicaron con instancia á Su Santidad se les uniese contra el arzobispo de Bari. Pero este prudente príncipe, aunque informado por otra parte de todo lo que habia pasado en Roma, creyó que en un negocio de esta importancia nunca podia proceder con la madurez necesaria. Por este motivo convocó un gran número de prelados y de sabios de su reino para el 8 de Setiembre. Sin embargo, Nicolás de S. Saturnino presentó sus cartas el 4 del mismo mes al parlamento de París, y no dejó de asistir con el obispo de Famagusta el 8 de Agosto á la asamblea indicada. Halláronse en ella seis arzobispos, treinta obispos, muchos abades con un gran número de doctores en teología y derecho. El Rey expuso delante de ellos lo que habia sabido, tanto por los enviados de los cardenales como por otras relaciones, y pidió consejo á la asamblea sobre un asunto que interesaba á toda la Iglesia y á todos los cristianos. Despues de un largo y maduro exámen, la mayoría era de parecer que el partido de los cardenales era el más justo; pero puesto que el Rey no habia recibido aun los procedimientos que habia prometido enviarle el Sacro Colegio, y para no apresurarse demasiado en un negocio tan grande, dejaron para otra vez el tomar la última resolucion. Lo que declaró el Rey públicamente á los enviados por medio de Juan le Febvre, abad de S. Vaast de Arras y obispo despues de Chartres. Un secretario que envió Carlos V á Italia regresó á París

el mes de Octubre llevando las cartas patentes selladas con los sellos de los cardenales y enteramente conformes á la relacion que habia hecho ya el obispo de Famagusta y el maestro del Sacro Palacio. El Rey permitió, segun los deseos de los cardenales, la publicacion de sus cartas patentes; pero difirió todavía su declaracion. Habiendo, sin embargo, sido elegido el cardenal Roberto de Génova por todos los cardenales que se hallaban en Italia, y habiendo consentido desde luego los de Aviñon en esta segunda eleccion, escribió el nuevo Papa por sí mismo al Rey cristianísimo, y los dos diputados, que se hallaban todavía en París, hicieron nuevas instancias para obligar á este príncipe á declararse. Mandó reunirse entónces en el bosque de Vincennes á los prelados, su Consejo y los nobles más distinguidos que se hallaban en París. El Rey les tomó juramento á cada uno en particular que le dirian su parecer sin favorecer á nadie, no consultando más que á Dios, á su conciencia, la justicia y el bien comun de la Iglesia. Todos le aconsejaron declararse sin diferirlo más por el papá Clemente, cuya eleccion hallaban canónica, en vez de que siendo el nombramiento de Urbano, segun decian, efecto de la violencia, no le habia adquirido ningun derecho para el pontificado. Este consejo decidió á Cárlos V á reconocer á Clemente VII por papa en 16 de Noviembre. Este, para hacer conocer la justicia de su promocion y sostener su partido, habia enviado ya á casi todos los reyes de la cristiandad legados ó nuncios, algunos de los cuales fueron recibidos con honor y otros desechados con desprecio, segun los príncipes y los pueblos se hallaban favorablemente prevenidos ó en favor de Urbano contra su competidor, ó de Clemente contra Urbano. Sin embargo, para tener siempre cerca de sí un número suficiente de cardenales, hallándose Clemente VII todavía en Fondi el viernes de las cuatro témporas, 18 de Diciembre de 1378, aumentó el Sacro Colegio con seis sugetos, entre los cuales era el quinto el maestro del Sacro Palacio. El P. Echard, siguiendo á un autor antiguo, pretende que habia rehusado ya la dignidad de cardenal que le habia sido ofrecida por el papa Urbano. Pero la aceptó sin dificultad de mano de Clemente. Nicolás de S. Saturnino continuaba su morada en París, cuando supo su promocion por una carta con que le honró el Papa, que se conserva todavía en el archivo del convento de Clermont; á principios de 1379 se dirigió á Aviñon, donde firmó en el mes de Marzo una carta que dirigian los antiguos cardenales á todos los fieles en favor de la eleccion de Clemente VII. Algunos meses despues salió al encuentro de este mismo Pontífice, que volvia á Francia, le saludó en Marsella el 25 de Junio, y entónces fué cuando recibió el capelo con el título de S. Martin de los Montes. Habiéndole acompañado despues á Aviñon, le sirvió con mucho ardor hasta la muerte. En el testamento que hizo el 10 de Diciembre de 1381, declaró que si en sus lecciones, sus disputas,

sus decisiones, predicando ó escribiendo, habia dicho alguna cosa que no fuera conforme á la fe y á la doctrina de la Iglesia, la retractaba y se sometia en todo á la sentencia de la Santa Sede. Y además, para que la posteridad no pudiera dudar de sus últimos sentimientos con respecto al cisma que afligia á la Iglesia hacia tres años, protestó este Cardenal de nuevo que queria vivir y morir en los intereses y bajo la obediencia de Clemente VII, á quien reconocia por único y verdadero papa. El cardenal de S. Martin hizo grandes donaciones á todas las casas religiosas de Aviñon, y á un gran número de conventos de su Orden en Francia; pero distinguió mucho al de Clermont, al cual además de una suma considerable, dió sus libros, sus ornamentos y su capilla de plata, queriendo por último ser enterrado entre sus hermanos. Su muerte acaeció el 21 de Enero de 1382. Los cuatro cardenales, á quienes habia nombrado testamentarios, cumplieron exactamente su última voluntad, y despues que se hicieron sus exequias en la iglesia de Aviñon, fué trasladado su cadáver á Clermont, donde Enrique de la Tour, obispo de aquella ciudad, acompañado de todo su clero y de una gran multitud de pueblo, le colocó con mucha pompa en una sepultura cuya descripcion ha hecho el P. Duchesne. Aunque este Cardenal tuvo reputacion de sábio, y por las palabras de su testamento parece que habia compuesto diferentes obras, no conocemos en la actualidad ninguna que le pertenezca ó al ménos que se haya dado al público con su nombre.—S. B.

NICOLAS DE SAXOFERRATO (Fr.), religioso de la órden de S. Francisco. Siendo general vicario de dicha Orden Fr. Elías, determinó una mision al Africa, nombrando superior de ella á Fr. Daniel, á quien acompañaron otros siete religiosos de la misma Orden, y entre ellos á Fr. Nicolás de Saxoferrato, varon de vida muy penitente y de muy fervoroso celo. Salieron de España para Marruecos despues de su llegada de Italia, para recoger palmas en aquel país bárbaro, terreno fértil con el reciente riego de la sangre de sus mártires. Llegaron á Céuta, ciudad entónces de los sarracenos, cuyo rey era un tirano llamado Arbaldo, hombre feroz y muy obstinado en el celo de su secta. Los misioneros se establecieron en el barrio concedido á los mercaderes de Génova, Portugal y Marsella. No queriendo estos santos varones permanecer ociosos, empezaron á cumplir sus fervorosos propósitos, instruyendo á los mercaderes, predicando, confesando y alentando con su ejemplo en penitencias y austeridades al desprecio de las vanidades del mundo y sus halagos. En esta ocupacion entretenian las ansias de su ardiente celo, pero ambiciosos de mayor gloria, se cautelaron de los mercaderes cristianos, y fortaleciéndose unos á otros con la santa fe, se presentaron en la plaza donde era mayor el concurso de los moros, y cubriéndose de ceniza las cabezas, empezaron á predicar la fe de Cristo, como único médio de

salvacion, abominando de la secta de Mahoma como de una sentina de engaños y lascivias. Amotináronse los moros oyendo los desprecios de su ley y de su profeta, arrojándose sobre ellos con tal furia, que si los ministros de justicia no lo impidieran, los hubieran quitado entónces las vidas. Llevárónlos á la presencia del rey Arbaldo muy estropeados y cubiertos de sangre los rostros de los golpes y malos tratamientos de que habian sido objeto. El Rey al verlos tan estropeados, se contentó en aquel momento con juzgarlos por locos, y los mandó encerrar en una carcel oscura con la esperanza de que la pena corrigiese su locura. No necesitaron los ministros la recomendacion de su príncipe para ejercer su crueldad en los santos misioneros, á quienes trataron con rigor y fiereza, sufriendo afrentas y tormentos indecibles los ocho dias que duró la prision. Los guardas se pasmaban, observando que en medio de tantas miserias y trabajos conservaban la mayor alegría é inalterabilidad; pues en vez de lágrimas y suspiros, indicios del dolor, oian cánticos de alabanzas divinas, señales de su interior satisfaccion y contento. Acechando de noche, los vieron libres de las prisiones y cepos, y la estancia bañada en admirables resplandores. Dieron noticia de estas extrañezas al Rey, quien por sí mismo quiso examinarlas, sospechando incrédulo fuese ilusion fantástica de los guardas; pero á su despecho halló ser verdad lo que le tenian referido, atribuyendo aquellos efectos sobrenaturales á arte mágica, y rezeloso de que por este medio se escapasen de la prision, y dejasen burlada su crueldad, trató de sustanciarles con brevedad el proceso para condenarlos al último suplicio. Mas ántes los mandó sacar de la cárcel y traerlos á su presencia, y con palabras de benignidad, les hizo presente su arrojo y loca osadía, haciéndoles ofertas si reconocidos de su error, deshacian el agravio hecho á Mahoma, profesando su ley, y abjurando de la de los cristianos; pero el Sto. Fr. Daniel y sus compañeros le contestaron, que no habian venido á buscar en su reino las delicias y riquezas que despreciaron por Dios en su misma patria. Que solo venian movidos de la compasion de ver condenadas á perdicion eterna tantas almas como seguian el engaño y mentiras del Alcoran. Se encendia en soberbia y coraje el bárbaro, viéndose despreciar con tan intrépida osadía mandó que los bonzos que se hallaban presentes confiriesen y disputasen con los mártires en puntos de religion, por ver si podian triunfar de su constancia; pero no consiguiéndolo, hizo señas á sus satélites para que los amenazasen con las cimitarras desnudas, para ver si por miedo conseguia lo que no podia por la persuasion. Los santos no dieron muestras de la menor alteracion en su ánimo quedando el tirano corrido y admirado. Los mandó apartar de su presencia, y que les quitasen la vida como á blasfemos y obstinados. Diéronse los santos los parabienes y los últimos abrazos con alegría indecible, viendo

ya tan cerca su pretendida corona. Sacaron á los santos del palacio á la plaza, haciendo en ellos crueles escarnios, queriendo todos ser verdugos en obsequio de su falso profeta. Les cortaron á todos las cabezas, cansados de otros muchos oprobios, y entregaron los cadáveres al pueblo y á los muchachos para que los escarneciesen. Los cristianos recogieron las reliquias y las ocultaron en la alhóndiga, obrando el Señor con su contacto muchos milagros. Poco tiempo despues se trasladaron á la iglesia y convento de Sta. María en Marruecos, donde era frecuentísimo el milagro de verse sobre sus cenizas y sepulcro luces y resplandores con admiracion de los sarracenos. De aquí fueron trasladadas á Portugal, como consta del Martirologio Romano. Créese, aunque no con toda seguridad, que estas santas reliquias estan en la iglesia mayor de la ciudad de Braga. Muchos años estuvieron estos santos sin culto concedido por la Iglesia. Pasados tres siglos, recurrió la Religion Seráfica al sumo pontífice Leon X, que los declaró verdaderos mártires, y los inscribió en el catálogo de los santos el año del Señor de 1516, dando oficio, y señalando el dia 9 de Octubre para su celebracion anual, que despues se trasladó al 13 del mismo mes con indulto apostólico. Padecieron estos santos su dichoso martirio el 9 de Octubre de 1227, poco más de un año despues de la muerte del glorioso patriarca S. Francisco.—A. L.

NICOLAS Sendita. Fué superior del monasterio de Studa, en Constantinopla, y era natural de la isla de Candía. Apénas contaba diez años de edad cuando fué puesto en 803 en aquel monasterio bajo la direccion de Teodoro Studita, á quien acompañó cuando fué desterrado por causa de los Iconoclastas, y estuvo preso con él padeciendo diferentes tormentos. Permanecieron en el destierro hasta el año 821 en que murió Leon *el Armenio*. Despues de su regreso mudaron, sin embargo, diferentes veces el lugar de su retiro. Murió al cabo Teodoro, y Nicolás, á quien era muy sensible su pérdida, manifestó á su cuerpo el amor que le habia tenido en vida, continuando al lado de su sepulcro en una isla inmediata á Calcedonia. Cuando el emperador Teófilo renovó la persecucion contra los que veneraban las sagradas imágenes, se ocultó Nicolás en una casa de campo cerca de Constantinopla. En 848 fué elegido abad de Studa por fallecimiento de Naveracio, cuya dignidad renunció á los tres años, volviendo á su amado retiro; pero en 855 se vió obligado á ponerse al frente de su monasterio, donde no tardó en sufrir diferentes persecuciones. Habiendo abrazado la causa del patriarca Ignacio, depuesto injustamente por el emperador Miguel III, que puso en su lugar á Bardas, fué desterrado de Constantinopla, no tardando, por último, en ser preso y encarcelado en su convento. En 867 restableció á Ignacio el emperador Basilio, y Nicolás volvió á gobernar su mo-

nasterio, mas no gozó por mucho tiempo del premio de sus trabajos, pues falleció al año siguiente á los setenta y cinco de su edad.—S. B.

NICOLAS DE TAULICIS (Fr.), religioso de la órden de S. Francisco é ilustre mártir en Palestina. Arrebatado de santo celo por el bien de las almas, este varon y otros tres compañeros abandonaron las conveniencias de sus patrias, saliendo á peregrinar con afanes y trabajos á la Palestina, lastimados de que tantas almas se perdiesen en las funestas sombras del error mahometano, sin abrir los ojos á la luz del cristianismo. Se hallaron en la visita de los Santos Lugares en Jerusalen, que Cristo nuestro Señor regó con su preciosa sangre y santificó con sus plantas, y haciéndose cargo del precio infinito que empleó su divino amor para sacar al mundo de la esclavitud de la culpa, y ponerle en la dichosa libertad de la gracia, eran sus ojos fuentes de lágrimas que sacaba la consideracion de ver tantas almas perdidas en el abismo de sus errores, teniendo tan á la vista y á la mano su remedio. Conferieron en secreto este punto para que no se embarazasen sus propósitos con atenciones políticas, siendo su objeto entrar á la conversion de los infieles en aquel paraje muy perjudicial á la manutencion de aquellos santuarios, de que se siguen mayores frutos. La resolucion fué salir de aquel distrito, y entrarse tierra adentro para dar principio á su apostólica tarea. Previniéronse para negocio tan árduo con penitencias y oraciones, alentándose recíprocamente para el combate, gastando algunos dias en estos santos ejercicios en que tomaba más y más fuerza la llama del amor divino que ardia en sus corazones. Habiendo llegado á una ciudad grande, esperaron al dia de viernes, que es el festivo para aquellos bárbaros, y con intrépida animosidad entraron en la mezquita donde estaban congregados, causando en todos grande admiracion su audacia, y esperando de ella alguna novedad favorable á los créditos de su falsa ley; porque no siendo permitido á ningun cristiano penetrar en sus mezquitas sin riesgo de grandes penas y con la sujecion de haber de abjurar la fe de Cristo para conservar la vida, les pareció que á éstos no les podria valer la ignorancia. El cadí ó sacerdote que se hallaba presente, pidió silencio á su numeroso auditorio para examinar los motivos de este irreverente atrevimiento. Y el bendito Fr. Nicolás, tomando la palabra por todos, dijo: que eran embajadores de Dios verdadero, en cuyo venerable nombre venian á intimarles delicias de paz y de salud eterna, y que si con ceguedad voluntaria no querian cerrar los ojos á la luz de la verdad, verian claramente los errores que con impuras sombras oscurecian su entendimiento con su falsa secta, pues que eran tan manifiestos que la luz de la razon natural los condenaba. Que Cristo, Dios y hombre verdadero, en la santa ley, toda conforme á la naturaleza racional, abria el camino derecho para que todos los hombres llegasen á la vida eter-

na; que solo en la ley de Cristo habia salud; en la de su fementido y falso profeta Mahoma eterna perdicion. Oyeron con asombro estas á su parecer blasfemias, y arrebatados del furioso celo de su profeta, acometieron atropelladamente con los alfanjes desnudos prontos á despedazarlos, como lo hicieran á no interponerse la autoridad del cadí, aconsejándoles suspendiesen sus iras, pues que no debia quitárseles la vida tumultuariamente sin que ántes precediesen las solemnidades del proceso, pues que así convenia al crédito de su ley y á la justificacion de su celo, que fuese por sentencia su castigo, si arrepentidos de su temeridad no diesen satisfaccion de los agravios hechos á su profeta Mahoma, negando la fe de Cristo. Pudo el cadí con sus diligencias reservar las vidas de los siervos de Dios, pero no evitar los malos tratamientos que ejecutó en ellos la rabiosa furia de aquellos bárbaros. Bañados en su sangre y más muertos que vivos, los llevaron á la cárcel para tener tiempo de sustanciar su causa. Puestos en un oscuro calabozo, cargados de cadenas, los tuvieron dos dias sin darles alimento, siendo el motivo de esta crueldad el que corrigiese la dieta el juicio que habia turbado, segun ellos pensaban, la destemplanza del vino, pues les parecia que solo unos hombres faltos de juicio pudieran haber ejecutado tan temerario arrojo. Los siervos de Dios se repararon en la cárcel de fuerzas á beneficio de la gracia, y salieron á presencia del tribunal tan enteros y robustos como si no hubieran padecido tales trabajos. El cadí, con benignas palabras, intentó reducirlos á que confesasen que su error pasado habia sido aborto de su turbado juicio, y que esperaba que restituidos á su acuerdo, darian satisfaccion del escándalo que dieron en la mezquita, pues este solo medio habia de salvar sus vidas y ornarlas con delicias y conveniencias, para las cuales les empeñaba su palabra y autoridad. Respondióle Fr. Nicolás, que por más que intentase disimular el veneno de su intencion con la dulzura de sus palabras y promesas, para ellos estaba conocido el veneno que encerraban; que no habian venido á aquel reino á solicitar conveniencias y delicias que hacia muchos años habian despreciado, y que solamente habian venido á buscar almas para Cristo, Dios y hombre verdadero, para cuya salvacion y rescate derramó el infinito precio de su sangre, de inmenso valor; y que les dolia mucho que las almas que le tuvieron tanta costa, se perdiesen enredadas en los lazos de su abominable secta; que se habia perdido para toda la eternidad su falso profeta Mahoma, y que ellos arrastrando aquella cadena caminaban al abismo si ántes no rompian sus eslabones con la invencible fuerza de la verdad que les predicaba; que en su sano juicio se les habia propuesto en la mezquita, y con el mismo acuerdo repetian la propuesta, y que entónces y ahora estaban en determinacion de rubricar con su sangre la misma verdad, y que si no la admitian y abrazaban desengañados, mori-

rian sin disculpa en su obstinacion y serian alimento inmortal de las eternas llamas del infierno en compañía de los demonios. Escandalizado el cadí, prorumpió en destempladas voces, llamándolos perros blasfemos, dignos de muerte. Pronunció sentencia que despues de exquisitos tormentos les quitasen las vidas. Azotáronlos por las calles públicas, porque la notoriedad del castigo curase el escándalo; pero los benditos mártires, constantes en el tormento, padecian con inalterable paciencia, y en el suplicio predicaban con animosas voces la fe de Cristo, y abominaban y maldecian la de Mahoma. El vulgo, impaciente de la cruel lentitud de los tormentos, trató de atajar los oprobios de su ley abreviándoles la vida, y todos con ambicion de ser cada uno el verdugo en obsequio de su falso profeta, con las cimitarras los hicieron pedazos tan menudos, que no se conociese en ellos ni la forma ni la figura de hombres. Entregaron á los muchachos los despedazados miembros, que arrastraban por las calles con algazara, con suma ignominia. El cadí, rezeloso de que alguna parte de sus cuerpos pudiese venir á manos de algun cristiano que con veneracion la guardase, dió providencia para que se recogiesen todas y en una hoguera se redujesen á cenizas. El fuego reverente tuvo suspensa su voracidad, y se dejó morir y apagar de hambre, como sintiéndose indigno de tan noble y precioso alimento. La luz de este milagro cegó más los enfermos ojos de aquella bárbara gente, y con nueva obstinacion y coraje volvieron á encender la hoguera con el mismo efecto que en el lance primero, pero ni la evidencia de este milagro repetido les dió por convencidos, atribuyendo el cadí á sugestiones sofísticas, á la magia y hechicería portento tan admirable. Tercera vez encendieron fuego, y en sus crespas llamas se levantaron como en refulgente trono los despedazados cuerpos. Les pareció á los bárbaros que esta vez no se daba por vencida la actividad del fuego, sin conocer que nunca más obsequiosas á los mártires estuvieron sus llamas, que cuando conglobadas formaban teatro para celebrar con lenguas de luz sus triunfos. Faltos, pues, de este conocimiento y firmes en su errada terquedad, cebaban la hoguera con nuevos materiales, dando más fuerzas al incendio para que pusiese en mayor altura la maravilla, hasta que desengañados, viendo exaltadas y en nada alteradas las reliquias, apagaron la hoguera y mataron al fuego como cómplice de sus agravios. Recogiéronse las reliquias con cuidado por órden del cadí, y con sumo secreto las ocultaron donde no pudiese hallarlas la devota codicia de los cristianos.—A. L.

NICOLAS DE TOLENTINO (S.), confesor. Nació este Santo en el siglo XIII en la aldea di Santo Angelo, de la ciudad de Fermo, en la provincia italiana de la Marca de Ancona, hijo de Campañano y de Amata, buenos y honrados cristianos, que habiendo carecido muchos años de sucesion estaban muy afligidos. Era tanto lo que deseaba Amata tener un hijo, que prometió á San

Nicolás, obispo, de quien era muy devota, ir á Bari á visitar su santo cuerpo si Dios la concedia sus deseos. Recibiendo por revelacion divina la noticia de que si hacian el propuesto viaje al reino de Nápoles, no solo se la conseguiria su deseo sino que hasta podria alcanzar favorables noticias sobre lo que de ella naciera, dicen sus historiadores que se pusieron ambos esposos inmediatamente en camino, y que llegando á Bari, su primera diligencia fué visitar el sepulcro de S. Nicolás. Añaden los autores, que apareciéndoseles el Santo les manifestó que tendrian un hijo al que pondrian por nombre Nicolás, el cual seria un servidor muy fiel á Dios y varon de ejemplar penitencia. Concibiendo Amata, dió á luz á su tiempo un niño al que pusieron por nombre Nicolás. Educado por los buenos principios de sus padres, desde muy niño se advirtió su santidad, pues que en parte alguna se le veia más contento que en la iglesia, y huyendo siempre de los juegos y de los muchachos de su edad, le gustaba mucho visitar á los religiosos y á los sacerdotes. Ayunaba casi diariamente, y gustando de la oracion, esta constituia sus juegos principales y sus más queridas distracciones, pues que en ella contemplaba la vida del Señor y los sacrosantos misterios de nuestra Religion, siendo sus libros de devocion los que más buenos ratos le proporcionaban. Habiendo estudiado lo necesario, fué nombrado canónigo de la iglesia de S. Salvador, pero en aquella vida no encontraba todo lo que necesitaba para llenar sus deseos, que era entregarse del todo á Dios para buscar por su medio el camino de la perfeccion, al fin del cual está la magnífica puerta de la gloria. Oyendo un dia predicar á un elocuente orador de la religion Agustina sobre el menosprecio del mundo, una centella de la divina gracia encendió su ya ardoroso corazon, y abrasado del amor divino renunció á todo lo del mundo y se decidió á entrar en el claustro, lleno de esperanza de que en él habia de encontrar el descanso en los brazos de Dios, por que tan de veras anhelaba su alma. Tomó, pues, el hábito de la órden de S. Agustin en el convento de la ciudad de Tolentino, en donde entró con gran contentamiento de todos los religiosos, que, conocedores de su virtud, concibieron desde luego toda la gloria que con el nuevo compañero habia de alcanzar la Orden. Ya religioso S. Nicolás, la oracion, el silencio, la humildad, la pobreza, la obediencia, el ayuno y la penitencia, no tuvieron campeon más esforzado, y así es que bien pronto fué el espejo en donde reflejaban todas las virtudes cristianas, y la admiracion de todos los religiosos. Fué tan extremada su abstinencia, que en los treinta años que estuvo en este convento jamás comió carne, ni huevos, ni cosa de leche, ni peces, ni manzanas, aun cuando estuviese enfermo y se lo propinasen los médicos. Llegó en esto á tal punto, que cuando en una grave enfermedad por consejo de los facultativos le mandó imperiosamente el prior, para obligarle,

comiese carne, probó la que le trajeron y suplicó al superior se contentase con aquella prueba de obediencia y no le hiciese quebrantar su propósito, considerando que Dios no estaba sujeto á la carne ni á los medicamentos para darle la salud, si así cumplia á su divina misericordia hacerlo. Solo los domingos, mártes y jueves decia que no ayunaba, y los demás lo hacia á pan y agua, habiendo ayunado desde los siete años de edad tres dias á la semana, imitando en esto á S. Nicolas, obispo, del que se dice que cuando se criaba no queria tomar el pecho más de una vez los miércoles y los viernes. Los ejercicios de penitencia de nuestro Santo eran severísimos : por las noches se disciplinaba con una cadena de hierro; la cama era durísima y tenia poca necesidad de ella, pues que la mayor parte de la noche la pasaba orando en el coro, y vestia del sayal más burdo que le permitian, y tan pobremente, que por obediencia se le mudaba. El diablo le acometia en medio de sus oraciones, prometiendo distraerle de su santa contemplacion de mil maneras; pero el Santo, siempre su alma en Dios, se cuidaba poco de sus arterías, y no consintiéndose jamás ninguna idea halagüeña, ni atemorizándose con las espantosas que aquel enemigo de nuestra salud le presentaba, seguia impertérrito en la oracion, con la que vencia siempre al mundo, al demonio y á la carne, implacables enemigos de nuestra alma. Viendo en uno de sus éxtasis á las ánimas del Purgatorio pidiéndole rogase á Dios por ellas, les tomó mucha devocion y les dedicaba muchas de sus misas y oraciones, rogando siempre por los difuntos con el mayor fervor. Su exquisita caridad le inducia á hacer frecuentes visitas á los enfermos, á los que consolaba en sus dolencias, animándoles á ofrecer á Dios sus padecimientos, socorriendo á los pobres con cuanto podia. Siempre celoso imitador de Jesucristo y fiel observante de sus divinos preceptos, los religiosos que venian á hospedarse en su convento eran considerados por él ángeles á quien obsequiar y servir; consolaba y procuraba alegrar á los afligidos, ponia empeño en dirimir las contiendas y en reconciliar á los enemistados, y se esforzaba en redimir á los cautivos y en que se diera libertad á los que gemian en prisiones. En fin, S. Nicolás, más que un hombre de la tierra, más que un monje virtuoso, parecia un ángel enviado del cielo para consuelo de la humanidad. Seis meses ántes de su muerte se le veia embebido en santas meditaciones, éxtatico y aun con las manos tendidas al cielo, como quien viera en él á la Majestad de Dios sobre su excelso trono, y como si escuchase las divinas salmodías de los angeles festejando á su Señor. Profetizó el Santo su muerte, y cayendo en su última enfermedad, luego que conoció la proximidad de su fin llamó á toda la comunidad, á la que rogó le perdonase; y pidiendo la bendicion al prior, suplicó le administrasen los Santos Sacramentos, los que recibió con admirable compuncion y fervor. Pidió una

cruz en la que estaba incrustado un pedacito de madera de la de nuestro Señor Jesucristo, la adoró con profundísima humildad, y despues, cantando lleno de gozo y de esperanza, alabó á Dios y á su Santísima Madre, pidiendo tambien gracia de amor y confianza á su gran padre S. Agustin, y viniéndole dulcemente la muerte en medio de sus cánticos de amor á Dios, exclamó levantando la vista y las manos hácia la cruz que tenia delante: *Deus meus, Deus meus, in manus tuas commendo spiritum meum*, y espiró el dia 10 de Setiembre, en que le celebra la Iglesia, del año 1306. Los religiosos, llenos de un sentimiento doloroso por la pérdida de tan santo compañero, y de esperanza de tener en el cielo un celoso abogado que pidiese por ellos y por la Orden Agustiniana, le enterraron en la iglesia de su convento, debajo del mismo altar adonde acostumbraba á decir la misa. La fama de sus virtudes y santidad, y los milagros obrados por Dios mediante su intercesion no pudieron ménos de interesar á la Santidad del papa Eugenio IV, que le canonizó el año 1446, mandándole poner en el catálogo de los Santos; ordenando el pontífice Sixto V el año 1585 se rezase de S. Nicolás de Tolentino con rito doble en toda la Iglesia Católica el 10 de Setiembre, rito que mandó Clemente VIII, en el Breviario que reformó, que fuese semidoble. El P. Fr. Lorenzo Surio, en el tomo V de sus *Vidas de los Santos*, da noticia de la vida de que acabamos de hablar, del cual hace tambien mencion el *Martirologio Romano* y algunos biógrafos.—B. S. C.

NICOLAS DE LA TORRE, de la Orden Tercera, venerable sacerdote y canónigo de la catedral de Segovia. Vivió y murió con opinion de insigne santidad, en grandes ayunos y abstinencias y ejercicios de caridad con los pobres de Cristo. Falleció en 1609, segun el ilustrísimo Guillistegui en su Apología.—O. y O.

NICOLAS DE TRIVET, hijo de Tomás Trivet ó de Trevets, uno de los primeros ministros del rey de Inglaterra Enrique III, es sin duda ménos ilustre por su nacimiento que por su acendrada piedad, su vasta erudicion y el mérito de sus escritos. No solo á su Orden y á su patria ha honrado con sus brillantes escritos, sino que podemos decir, sin añadir nada al juicio de los sabios desinteresados, que su trabajo, útil á todos los que cultivan las letras, le ha merecido justamente todos los elogios que los antiguos y los modernos le han dado como á porfía. Mr. Le-Gendre, en el prefacio de su *Historia de Francia*, dice así: «Nicolás Trevets, dominico inglés, hombre de elevada »condicion, buen religioso, buen poeta, buen filósofo, gran matemático y »profundo teólogo... ha escrito año por año, en estilo claro y con pocas pa»labras, la Historia de los Papas, de los Emperadores, de los reyes de Francia »y de los reyes de Inglaterra desde el año 1136 hasta 1307. Este mismo co»loca en el título de cada año á los reyes de Francia con los de Inglaterra. Su

»sencillez anima á creerle, su exactitud aumenta esta confianza; y lo que »acaba de persuadir que en lo que dice de bueno ó de malo no hay otra »mira que hacer justicia, es que no se ve en su obra que esté prevenido en »favor de uno ó de otro.» Para hacer un elogio completo de Nicolás Trivet, bastaria referir aquí una parte de lo que se dice de los demás historiadores que han tenido ocasion de hablar de su saber, de sus virtudes ó de sus talentos. Los mismos protestantes, de acuerdo en esto con los catolicos, le han elogiado con mucha frecuencia; pero es su historia y no su elogio lo que debemos dar; no se puede, por otra parte, alabarle más dignamente que dando á conocer el uso que supo hacer de las cualidades de su espíritu y de su pluma para enriquecer al mismo tiempo la Iglesia y la república de las letras. La ciudad de Norwick, capital de la provincia de Norfolk, fué patria de Nicolás Trivet, nacido, segun la opinion más comun, en 1258. La dignidad de gran juez ó justicia, de que se hallaba revestido su padre, le obligaba á seguir á la corte y á residir por lo comun en Lóndres, adonde fué dirigido el jóven Nicolás de órden suya, confiándole desde entónces al cuidado de los PP. de Sto. Domingo. Los encargados de su educacion le enseñaron desde luego con los principios de la religion los primeros elementos de la gramática y de las bellas letras. Trabajaban en un buen terreno, y comprendieron bien pronto todo lo que podian prometerse de la excelente disposicion de su discípulo, de la viveza, de la penetracion, de la exactitud de su ingenio y más todavia de las virtudes de su corazon. Insensible tambien á las frívolas diversiones de la juventud, é inclinado á los ejercicios de la piedad cristiana y á la lectura de los buenos libros, se aprovechaba de todo para perfeccionar los dones de la naturaleza y adelantar en la virtud. En cuanto estuvo en edad de conocer su vocacion la siguió, y el santo retiro en que habian querido sus padres que pasase los primeros años, fué el lugar que eligió para servir á Dios todos los dias de su vida. Se puede asegurar que al tomar el hábito de Sto. Domingo, Nicolás Trivet recibió tambien el Espíritu Santo, y honró verdaderamente su profesion, tanto por la inocencia y la santidad de sus costumbres, como por una aplicacion perseverante á todo lo que podia hacerle útil al prójimo y á la Iglesia. Deseoso de aprovechar las lecciones de sus maestros, llegó á ser él mismo un completo sabio en todo género de erudicion. Entre los más hábiles teólogos de su siglo se conocian pocos que pudieran comparársele. Despues de haber brillado en las escuelas de su Orden tomó el bonete de doctor en la universidad de Orford, y enseñó despues con mucho aplauso en las principales ciudades de Inglaterra. Segun Duboulay, no obtuvo menor reputacion en la universidad de París, donde se admiraron al par que sus luces en las materias teológicas, los grandes conocimientos que tenia en letras humanas. Ingenio feliz, vasto, extenso, habia hecho de

todas las ciencias el objeto de sus estudios, y parecia poseer á cada una en particular, como si se hubiera limitado á ella sola. Tenia extraordinario talento para la predicacion, y quizá no le tenia menor para el gobierno; no leemos, sin embargo, que se distinguiera particularmente en el ministerio apostólico, ni que haya ejercido ningun empleo en su Orden, y el gran número de sus obras no nos permite dudar que su principal ocupacion, despues de trabajar en su propia perfeccion, no fuera siempre la de escribir ó enseñar. El nacimiento de Trivet, su mérito tan universalmente reconocido, su reputacion, el crédito que tenian sus parientes en la corte de Inglaterra, y la costumbre que habia entónces de tomar en las órdenes religiosas sugetos para ocupar aun las sedes más distinguidas; todo esto debia naturalmente darle alguna categoría en la Iglesia. Pero nada pudo arrancarle á la soledad ni á los libros. Una profunda humildad, la aficion á las ciencias y el amor al estudio, le hicieron elegir siempre el último lugar en la casa del Señor. Sabia honrar las dignidades y los que se hallaban revestidos de ellas, pero el deseo de mandar y de verse elevado no le tentó nunca. Su vida siempre uniforme, siempre igual, fué la de un discípulo de Jesucristo que aprende todos los dias á morir para el mundo y para sí mismo, no como filósofo, sino como cristiano, ménos dedicado á enriquecer su espíritu de nuevas luces que á adornar su alma de todas las virtudes. Ya tenia sesenta años, y habia pasado cincuenta y cinco en la exacta práctica de todos los deberes de su estado, cuando murió en olor de santidad, llorado por todos sus hermanos, respetado de los sabios, querido y honrado de todos, á los que habia por largo tiempo edificado con sus ejemplos ó instruido con sus escritos y lecciones. Se engañó Antonio Posevino al poner la muerte de Nicolás Trivet en 1360. Colócasela comunmente bajo el pontificado de Juan XXII hácia el año 1328. Los historiadores, que han realzado por otra parte las grandes cualidades de este santo y sabio religioso con los más bellos elogios, no se han creido, sin embargo, dispensados de enseñarnos las circunstancias particulares de su vida y el detalle de sus acciones más que porque se han convencido de que era ya bastante conocido por sus obras. Escribió muchas sobre sagrada teología, sobre la Santa Escritura, sobre la historia y sobre otros diferentes objetos. Y la exactitud del autor, su erudicion, su modestia, en todas partes se presentan de la misma manera. Despues de habernos dado sus doctos comentarios sobre el Génesis, el Exodo, el Levítico, los dos libros de los Paralipómenon y el Psalterio; se propuso explicar toda la Biblia, refiriendo con tanta precision como exactitud las palabras ó las opiniones de los Stos. Padres sobre el texto del Antiguo y Nuevo Testamento, á imitacion de lo que habia hecho ya Sto. Tomás sobre los cuatro libros del Evangelio. Además de unos comentarios sobre los veintidos libros

de la *Santa Ciudad de Dios*, Trivet escribió muchas sabias disertaciones, ya para ilustrar las dificultades más principales, ó para hacer notar lo más hermoso ó más interesante para la religion en aquella grande obra del doctor de la gracia. Tambien nos ha dado explicaciones sobre la regla del mismo S. Agustin, que no vacilaba en preferir á las demás reglas que ha aprobado la Iglesia para las diferentes órdenes religiosas. No se contentaba con leer para su adelanto particular todo lo que ha producido la antigüedad sagrada ó profana, sino que para hacer más útiles al público las obras de los antiguos, tenia la costumbre de adicionarlas con notas. En muchas bibliotecas de Inglaterra, de Italia y de Francia existen todavía manuscritas las explicaciones de Nicolás Trivet sobre los libros atribuidos á S. Dionisio *el Areopagita*, sobre muchos de los de Boecio, sobre las declamaciones y las diez tragedias de Seneca y sobre otros diferentes opúsculos de este filósofo. Las hay tambien sobre el libro de Valerio Máximo á Rufino, sobre los problemas de Aristóteles, sobre Tito Livio y sobre Juvenal. Pero no habiendo ningun autor antiguo atribuido á Nicolás Trivet los comentarios sobre las Metamorfósis de Ovidio, ni sobre las cartas que se creyó en la edad media haber escrito L. Anneo Séneca á S. Pablo, y S. Pablo á Séneca, se puede dudar si las que se hallan hoy con su nombre en algunas bibliotecas son en efecto de él. Entre las obras de teología de nuestro autor es muy estimada la que se titula *De los vicios y de las virtudes*; otra sobre el oficio de la Misa, llamada el *Espejo de los sacerdotes*, y una tercera relativa á la perfeccion de la justicia. Algunos críticos han confundido este último tratado con el opúsculo que lleva por título el *Escudo de la verdad contra los que combaten el estado de perfeccion*. Si la piedad y la religion del siervo de Dios se deja sentir en todo lo que ha escrito sobre esta materia, la del lector no halla ménos en que edificarse, instruyéndose en sus obras históricas. Las principales de este género son: 1.ª Sus *Anales* desde la creacion del mundo hasta el nacimiento temporal del Hijo de Dios, y desde esta dichosa época hasta el siglo XIV de la Iglesia. Las diferentes ocupaciones del autor, sus enfermedades ó sus frecuentes indisposiciones le obligaron más de una vez á interrumpir esta grande obra, y la habia casi abandonado, cuando á ruego de un tal Hugo, arcediano de Cantorbery y nuncio del Papa, resolvió emprenderla al fin, y no la dejó hasta haberla dado la última mano.—2.° Además de los *Anales de los reyes de Inglaterra*, nuestro infatigable autor escribió una crónica exacta desde el año 1136 hasta el 1307. Trivet apunta en esta obra con la mayor exactitud la duracion del reinado de los papas, de los emperadores de Oriente, de los reyes de Francia y de los de la Gran Bretaña. Los grandes sucesos de los siglos XII y XIII se refieren en ella con regular extension, en particular los que se refieren á la historia de su nacion

y de su Orden. Algunas veces se detiene un poco más en los de ésta, faltando á los límites que se habia prescrito; mas segun la observacion de Dachery, que ha hecho imprimir esta crónica en el tomo III de su coleccion, la sinceridad y la modestia de su autor disimulan este defecto si lo es en realidad. Omitimos los títulos de muchas obras de Nicolás Trivet, algunas de las cuales pertenecen á la historia y otras á la moral, la filosofía, la astronomía ó la poesía. Puede decirse en general con un autor inglés, que si en los diferentes escritos de este sabio no se halla siempre la pureza de estilo, la belleza ó los adornos oratorios, que apénas se conocian en su siglo, no puede ménos de admirarse en ellos la gravedad y la importancia del argumento y la grande erudicion del autor; su vasta y profunda lectura, la fecundidad, precision de su genio privilegiado y su exactitud tan grande como su laboriosidad.—S. B.

NICOLAS Walshens ó Walhs, obispo, natural de Irlanda, donde floreció en el siglo XVI. Siguió su carrera con distincion en la universidad de Cambridge, mereciendo ser nombrado canciller de la iglesia de S. Patricio en Dublin. Elegido obispo de Assari, fué consagrado en Febrero de 1577, desempeñando su cargo con buen éxito y acierto por un largo período, hasta que habiendo hecho comparecer en justicia á un tal Jaime Dullard fué éste á la ciudad de Kikenni, y lo asesinó en su mismo palacio episcopal el 14 de Diciembre de 1585. Su cuerpo fué sepultado en su iglesia catedral en un sepulcro de mármol. Compuso una *Coleccion de sermones*, notables por su elocuencia, y comenzó desde su juventud la vasta empresa de traducir al irlandés el Nuevo Testamento. Impidióle la muerte llevarla á cabo, quedándole solo la gloria de la iniciativa, pues lo ejecutó despues Guillermo Daniel, doctor en teología y arzobispo de Toam, quien publicó esta traduccion por el texto griego hácia el año 1623.—S. B.

NICOLAS (S.) peregrino y confesor. Nació en Acaya al empezar el siglo XI Nicolás, hijo de padres tan pobres en medios de fortuna, como ricos en piedad cristiana. Educado en el temor de Dios, las lecciones sembradas en su inocente alma no tardaron en dar fruto de santidad. Dedicasele al cuidado de los rebaños que guiaba el pastorcillo con el mayor amor, estudiando en medio de las ovejuelas la doctrina cristiana y cantando las oraciones que le habian enseñado sus padres, dulces silvas á cuyo son le seguia el rebaño como si participase del gozo que su pastorcillo al cantar alabanzas al Señor. Dicen los historiadores que se han ocupado de este santo, que teniendo solo ocho años, se entusiasmó de tal modo su espíritu al reverenciar á Dios en las letanías de la Virgen, y dijo con tal fervor el *Kyrie-eleison*, que apareciéndosele Jesucristo, le enseñó la ciencia de la perfeccion, é instruido en ella la practicó admirablemente. A los doce años de edad dejó de apa-

centar los ganados, y abandonó su casa; y deseando vivir solo por Dios y para Dios, se retiró á una cueva desierta en donde se entregó á la más áspera penitencia y á la contemplacion. Buscáronle sus parientes por todas partes, y encontrándole al fin, le quisieron obligar á volver á su casa; pero Dios, que velaba por su siervo y quiso evitarle la tenaz persecucion que se le hacia, le inspiró la idea de irse á Italia. Obedeciendo Nicolás el mandato del Señor y en Italia, luego que se dió á conocer, si unos le tuvieron por santo, no faltó quien le calificase por demente. Despreciando Nicolás las incomodidades de los viajes y el rigor de las estaciones, y ofreciendo á Dios los desprecios é insultos que se le hacian, iba de ciudad en ciudad predicando las glorias del Señor; pero al llegar á Trani, en la Pulla, le llamó Dios á sí por medio de la enfermedad en que murió el año 1095, tal vez el 2 de Junio en que le celebra la Iglesia. Sus virtudes fueron tan agradables á Dios, que le debió conceder el don de hacer milagros, puesto que en el Concilio romano del pontificado de Urbano II se hizo especial mérito de milagros obrados por este santo peregrino y confesor de Jesucristo.—C.

NICOLAS (Beato). Perteneció este esclarecido varon á la ínclita órden de S. Benito, viviendo en su distinguida casa de Flandes. Fué dotado de muy buenas prendas, y entre otras de una extraordinaria caridad para con sus hermanos, siendo tan sensible á sus penas y disgustos, que aliviándolos siempre que le era posible, lo sentia vivamente cuando su capacidad no llegaba á repararlos. Era tambien muy amante de su Dios y de su divino Hijo Jesucristo, del cual mereció singulares favores, entre otros el que una vez se le apareciera para probar su grande caridad y para demostrar á los que pudieron observar el suceso cuán aceptos eran á su Divina Majestad los deseos de su querido siervo. Caminaba con su criado y en compañía de algunas otras personas en un dia de muy mal tiempo, y en que todo el camino estaba cubierto de nieve, y una fuerte ventisca hacia todavía más molesto el viaje; el criado se habia adelantado un poco, y él vió entre la nieve un hermosísimo niño como de unos tres años, con semblante hermoso y noble, con aspecto respetable aunque dulce, pero que por la mucha molestia que le causaba la nieve y todo el rigor de tan cruda estacion lloraba á lágrima viva, buscando un consuelo que imploraba en vano en cuantos habian hasta entónces pasado por allí. Apeóse el Santo de su caballería apénas oyó los llantos y lamentos, fué seguidamente al lugar donde estaba la delicada criatura, la tomó entre sus brazos, la estrechó en su seno, la abrigó con sus ropas é hizo cuantos esfuerzos pudo por acallarla, pero todo fué inútil; cuantas preguntas le hacia acerca de su madre y de las demás cosas en que podia hallar alivio, eran para él replicadas con más profundos suspiros, con más continuado llanto. Preguntado varias veces el por qué se lamentaba tanto y sentia tan vivamente

los rigores de la estacion, toda su respuesta era la más sentida queja de que le hubiesen abandonado, dejándole sufrir los rigores del frio, que ya se le iban haciendo casi insufribles. Nicolás le consoló como pudo, le prometió que él le prestaria abrigo, que proporcionaria quien le cuidase y prestára todos cuantos cuidados fuesen precisos, por lo cual él podia sosegar, seguro de que nada le faltaria de cuanto pudiera llevar por término á su crianza en condiciones adecuadas á la altura del linaje que demostraban las hermosas facciones del niño, y cierta nobleza que dejaba entrever una elevacion de carácter, una cierta cosa que no permitia se ocultase el que era de muy claro linaje, aunque por entónces sumido en la miseria y en la necesidad de mendigar el auxilio de un poco de abrigo. Tomólo por de pronto sobre sí mismo, y subió con él á caballo; pero entónces se le desapareció de entre las manos, quedándose sumido en el mayor desconsuelo, porque no comprendió que era Cristo, Señor nuestro, que se habia valido de aquella apariencia para cerciorarse más y más de la gran caridad de Nicolás con los pobres, cualesquiera que fuese su condicion, pues era esta tan grande que se privaba él mismo de lo preciso para socorrer á aquellos, en quienes no veia otra cosa que á su Dios, y por tanto los contemplaba acreedores á cuanto podia hacer en su obsequio y siempre mejores que él; es verdad que su profundísima humildad le hacia considerarse á sí mismo como el último de los séres criados. No perdia, pues, ocasion de obrar el bien para con sus semejantes, y en órden á sí mismo era tal la rigidez de su trato y la abstinencia y mortificacion con que vivia, que los pocos que lo observaban ó sabian, se asombraban, siendo muy de notar una circunstancia que hace más admirables sus virtudes, y es que las ocultaba de tal manera que apénas podian descubrirse. El nunca faltaba al refectorio ni á las demás cosas de comunidad; nunca pedia, es verdad, cosa alguna para sí, mas tampoco rechazaba lo que le daban; lo único que hacia era con el mayor disimulo ocultarlo para sus queridos los pobres, poniendo gran cuidado en regalarles siempre con aquello más delicado que se le proporcionaba, reservándose para sí, digámoslo así, lo peor, y aun esto sazonándolo con yerbas amargas, con ceniza ó de cualquier otra manera. Su oracion era contínua, y en ella le regalaba el Señor con éxtasis y arrobamientos extraordinarios, así como tambien tuvo espíritu de profecía, el cual administró perfectamente, pues le sirvió para sacar muchas almas del abismo insondable de la culpa, y ponerlas en el seguro y venturoso camino de la gracia, pues como todo cuanto él hablaba era de Dios y para Dios, sabia tocar admirablemente los corazones, sabia presentar á cada uno los motivos eficaces por los cuales debia animarse á servir á Dios, y de todos, hasta de los más libertinos, sabia sacar admirable partido, pues que á todos los atraia al conocimiento, amor y servicio de Dios. Ex-

cusado es decir que tan acreditados méritos habian de tener por parte de Dios una larga y magnífica recompensa, y así fué con efecto: lleno de estas buenas acciones, fortalecido de una gracia superior, ilustrado con la divina presencia y favorecido con los siempre eficaces auxilios que la Iglesia proporciona á sus hijos, pasó de esta á mejor vida, y entónces fué cuando comenzó á hacerse evidente lo mucho que valia el tesoro de virtudes que su corazon encerraba, y probadas estas canónicamente, la Iglesia le declaró beato, aprobó su culto, y señaló para su fiesta en la órden de S. Benito el dia 24 de Noviembre de cada año; siendo esta concesion extensiva á todo el reino de Flandes.—G. R.

NICOLAS (Beato). Fué este monje de la órden de S. Benito, lego y pastor, siendo además negro en su cuerpo, muy pequeño en estatura, pero en las virtudes tan grande y tan distinguido que todos los moradores del monasterio Villariense durante su época se admiraban de las grandes virtudes de que daba ejemplo. Su humildad era tan profunda que nunca se creyó él merecer ni aun la gracia de vivir en el mundo, mucho ménos la de ser cristiano y monje, por lo cual daba al Señor testimonio de su reconocimiento por contínuos y fervientes suspiros hácia su adorable grandeza, y por muchos y muy repetidos actos de conformidad con su voluntad santísima, ofreciéndose siempre víctima de su amor y declarándose esclavo para servirle. Era tal su mortificacion, que en órden á comida era abstinentísimo, de manera que aun de su racion daba mucho á los pobres, siendo muy de notar el que nunca les daba solamente la limosna material, sino que les daba tambien algun buen consejo, pero con tanta uncion y con tan buen espíritu, que á pesar de que ellos resistiesen, los atraia hácia Dios y los hacia conocer sus deberes, obligándolos dulcemente á que los cumpliesen. Era consigo mismo tan duro y tan poco mirado, que además de llevar contínuamente un silicio muy áspero, tomaba repetidas y sangrientas disciplinas, llegando algunas veces á quedar en el ejercicio tan llagado que era á los superiores indispensable obligarle por santa obediencia á que mitigase los rigores; bien es verdad que esto se hacia más necesario por cuanto su cama era ó el duro suelo ó unas mal colocadas tablas, y esto para tomar el brevísimo sueño que interrumpia siempre para dedicarse á la oracion, en cuyo ejercicio comunicaba con el Señor su espíritu, mereciéndole á Su Majestad muy distinguidos favores. Bajo tales auspicios vivió en la comunidad cincuenta años, despues de los cuales pasó á ceñir la corona de la inmortalidad, y fué declarado beato, siendo su fiesta para la órden de S. Benito el dia 9 de Noviembre de cada año, en cuyo dia todos le recuerdan con veneracion.—G. R.

NICOLAS (Armella). Esta virtuosa mujer, conocida en su país por el nombre de la *Buena Armella*, nació el 19 de Diciembre de 1606, en la parroquia de Campeneac, cerca de la ciudad de Foermel en la diócesis de Saint-

Malo; sus padres eran unos incultos aldeanos, pero sumamente religiosos, lo que les sirvió de mucho para educar á su hija en la moral y piedad cristiana. En la profesion de sirvienta doméstica que ejerció toda su vida, se distinguió extraordinariamente por su fervorosa piedad y por su ardiente caridad ejercida con sus amos y con los pobres, con quienes repartia sus salarios, y con todos los necesitados que á ella se llegaban. Extendió tanto la fama sus virtudes, que su nombre era la pesadilla de todas las malas criadas de servicio de aquellos alrededores, á las que los señores ponian por modelo á la buena Armella, que estaba reputada por santa en toda la comarca. Como en todos tiempos ha sido el servicio doméstico una dependencia grata para los buenos servidores y pesada para los malos, los primeros procuraban imitar á aquel buen modelo, que les enseñaba sus deberes, y los segundos se empeñaban en desacreditarla por medio de la calumnia, envidiosos de virtudes que no podian ni querian imitar, porque los vicios les avasallaban, y con el fin de oscurecerlas para que no resaltasen tanto sus defectos; pero Dios, que en su divina misericordia protege y premia siempre la inocencia y la constancia en la virtud, pulverizó la calumnia é hizo aparecer siempre pura y radiante de santidad á esta excelente servidora, que habia aprendido á servirle en la tierra cumpliendo sus deberes en el servicio de sus amos y en la práctica de las sanas máximas del Evangelio. Siempre que se lo permitian sus deberes, se ocupaba esta santa mujer en la oracion, y á esta se entregaba con tanto afecto, con tanto amor y dolor de haber ofendido á su Redentor, que gozaba en este estado de las delicias del cielo que concede Dios á los que con verdadera fe le veneran. Su diversion era rezar las oraciones que la habian enseñado sus piadosos padres, visitar los templos los domingos y dias festivos en que se lo permitian sus amos, visitar á los pobres enfermos y socorrerles cuanto podia, curarles por asquerosas que fuesen sus llagas y por peligrosas que apareciesen sus enfermedades, y consolar á los afligidos en sus dolencias corporales y espirituales. Cuando se ocupaba en estos actos, disfrutaba del placer del justo, que nunca está más alegre que cuando ejercita la caridad con sus hermanos, ni más contento que las veces que tiene que mortificarse por salvarlos; mortificacion que es un goce espiritual que contenta el alma y deja un delicioso recuerdo en el corazon sensible, que le compensa con usura de las incomodidades del cuerpo. Tan santa mujer, léjos de creer que llenaba su mision sobre la tierra, creia, por el contrario, que aun la faltaba mucho para granjearse el amor de Dios, y procuraba alcanzarle con la penitencia por medio del ayuno, de la oracion y maceracion de su carne, y de la frecuencia de los santos sacramentos, entusiasmándose con el de la Eucaristía, para el que se preparaba con privaciones y austeridades extraordinarias, porque nunca se juzgaba

digna de acercarse á la Sagrada Mesa á gustar del sacrosanto pan de los ángeles. ¡Qué modelo de criadas! ¡Oh si en los tiempos que atravesamos, se presentase una *Buena Armella* siquiera en cada pueblo de la cristiandad! No dejamos de creer que existirán en esta clase, como en todas, mujeres virtuosas que sabrán llenar sus deberes y merecer por ello el cielo, porque fué promesa de Dios que no puede faltar, de que la comunion de los santos subsistirá hasta el fin de los siglos; pero es hoy tal la desmoralizacion que existe en esta clase en nuestra turbulenta sociedad en lo general, que no parece sino que el demonio se ha apoderado de ella más que de otra alguna para engruesar el ejército infernal que le sirve. Si la piedad no se ha extinguido en la generalidad de esta clase, tan útil como indispensable en los pueblos, se ha perdido en ella mucha parte de la buena fe, de la caridad, del cariño de que debe estar adornada y de la fidelidad y obediencia, cualidades que exige su deber y su destino. Entregadas al lujo, olvidándose de su humilde condicion y queriendo competir con sus propias amas, deber y hasta muchas el honor y todo lo sacrifican á satisfacer este orgullo. Saliéndose de su esfera en el traje, no se conforman tampoco con los preceptos que les impone la obediencia, y la soberbia las avasalla obligándolas al descaro y descompostura con sus amas, á las que intentan disputar el mando de la casa, y de aquí las rencillas, los chismes y las quimeras que labran las más veces la perdicion y que perturban en las casas la paz doméstica. Envalentonadas con las ideas de independencia que ruedan en sus cabezas, varían de amas como de vestidos, y no pueden acostumbrarse á la reprension que rechaza su orgullosa ignorancia, y las más veces acaban por entregarse á la disolucion, por mal casarse, y en fin, por perderse y acabar sus dias infelizmente en un hospital, en una galera ó casa de correccion, y por desgracia algunas en el suplicio; porque perdieron la religion que aprendieran en sus primeros años, y perdida esta, ya no hay freno capaz de contener á la mujer, que sin ella y avasallada por las pasiones, es una fiera indomable y dañina aun más perjudicial que el hombre, en igual estado, á la sociedad cristiana. Tanto es así, que no pudiendo sufrir ya la buena sociedad la desmoralizacion en que ha caido esta clase, en Inglaterra, en España, en Francia y en la mayor parte de los países civilizados, han tenido que dictarse medidas sérias y formarse reglamentos para sujetarla, y como la buena sociedad haya aprendido que en vano intentan las leyes contener el desenfreno de las clases cuando estas se desmoralizan por completo, ha acudido á la necesidad de moralizar la de criadas, á cuyo fin ha creado las Escuelas dominicales. Tanto en Inglaterra como en otros países protestantes, las señoras hace tiempo que se toman el trabajo de educar á las sirvientas los domingos por la tarde en los templos, con lo cual han hecho un inmenso bien á la so-

ciedad. España, católica por excelencia, no podia ménos de procurar el bien de la clase sirvienta, y por lo tanto, buscando las señoras de la alta y de la media sociedad su propio bienestar en el de las jóvenes dedicadas al servicio doméstico, estableció hace algunos años en Madrid lo que se va generalizando en las provincias, las Escuelas dominicales, en las que los domingos y dias festivos por la tarde se las enseña la doctrina cristiana, á leer y escribir, las principales reglas de moral y de urbanidad y cuanto puede contribuir á moralizar la clase, por las mismas señoras de la primera grandeza y de la clase media, que asistidas de virtuosos sacerdotes, procuran dirigir sus almas al bien, y hacerles entender sus deberes, con un cariño y perseverancia admirable. Otra institucion creada por la señora condesa de Corbalan, que ha sacrificado sus intereses á esta caritativa institucion en Madrid y en las provincias, se encarga de recoger en los hospitales las sirvientas perdidas por el vicio, y acogiéndolas despues de curadas en sus piadosos establecimientos, procura moralizarlas para que no vuelvan á caer en tan feo pecado y sean buenas servidoras. La caritativa y pia asociacion de San Vicente de Paul, extendida hace algunos años por toda España, moraliza los varones en la clase sirviente, y aun pudiéramos citar otras sociedades caritativas que tienden tambien á este fin, si bien más indirectamente. El progreso que han alcanzado y en que van tan piadosas como civilizadoras asociaciones, nos hace esperar que al fin tendrá remedio el mal, y que se mejorará mucho la clase de sirvientes para bien suyo y de la sociedad en general. Murió la buena Armella Nicolás en Vannes, el 24 de Octubre de 1671, en opinion de santa, y desde entónces se la recuerda siempre como el modelo perfecto de la *sirvienta cristiana* en todo aquel país; y como tal debe presentársela en todos, poniéndola por ejemplo para que la imiten, para lo cual deberia ponerse la historia de su vida en manos de las que se dedican al servicio doméstico. Fué publicada en 8.° la vida de esta santa mujer, escrita por una religiosa del monasterio de Santa Ursula de Vannes, llamada Juana de la Natividad, en Vannes el año 1676, con el título: *El triunfo del amor divino en la vida de una gran sierva de Dios, llamada Armella Nicolás*, de cuyo libro se hizo otra edicion en 12.° el año 1707. Contiene esta obra los primeros acontecimientos de la vida de Armella, y de ella hizo un extracto el benedictino Mr. Echard, prior-párroco de Mont-Champs, que publicó intitulándole: *Sentimientos y prácticas de la Buena Armella*, Nantes 1683 en 12.° El P. La Marche, segun el biógrafo Prosper Levot, hizo otro compendio en la coleccion que publicó en Nantes en 1756. Poiret, escritor místico protestante, arreglando á su manera la vida de Armella, la publicó en su estilo habitual de iluminado con el título de *La escuela del puro amor de Dios, abierta á los sábios y á los ignorantes en la maravillosa vida de una pobre*

vírgen idiota de nacimiento, aldeana y criada de servicio de condicion, nombrada Armella Nicolás y vulgarmente la Buena Armella, escrita en Bretaña por una religiosa que la conocia; nueva edicion precedida de un prólogo; Colonia (Holanda) 1604 en 8.° Reproduce Poiret en su prólogo á esta obrita la singular opinion, que tenia consignada en su *Tratado de las buenas almas*, de que todo es posible al alma que cree, de cuyo principio saca por consecuencia que si un fiel cree que el cuerpo de Jesucristo está en la Eucaristía, para él está allí realmente, así como no lo está para el que rehusa creer la presencia corporal. Poiret es un protestante, y como tal habla en este prólogo; pero para el católico no hay duda alguna en la existencia real y corporal de nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar; beneficio que nos hizo por su divina misericordia para quedarse siempre con nosotros y para que nos mantuviésemos en la gracia comiendo su propia carne y bebiendo su propia sangre, con lo cual quiso igualarnos á su Divina humanidad, que más no pudo darnos, ni más elevarnos en el ardiente amor que nos tiene, y por el cual se sacrificó para redimirnos de la esclavitud del demonio. Estudien bien los católicos este principio, ley evangélica á la que no puede faltarse sin peligro de una eterna condenacion, y se librarán, creyendo con la fe que nos está encomendada, de caer en la más terrible de las herejías, y de consiguiente en la muerte eterna. —B. S. C.

NICOLAS Esteban del Baue (V.). Fué este esclarecido varon uno de los hijos predilectos de la congregacion de la mision de S. Vicente Paul, y discípulo de su glorioso fundador, quien comprendiendo sus excelentes disposiciones le educó desde luego como convenia á fin de que fuese un verdadero apóstol de la fe. La predicó, en efecto, en Francia desde los primeros dias en que ingresó en la congregacion, y fué muy abundante la cosecha de conversiones que se obtuvieron por su medio, por lo cual, cuando hubo de escogerse sugetos que fuesen en cumplimiento de su instituto á la gran isla de Madagascar, Nicolás fué uno de los primeros señalados, y partió para dicho lugar el año de 1648. Fué su viaje feliz, tanto en lo material como en lo espiritual, pues quiso el Señor que todos los que le acompañaban se enfervorizasen con sus buenos ejemplos, y los tibios se hicieran fervorosos, los descuidados entrasen en cuenta consigo mismos, y todos, por último, desembarcaron convencidos de que el servicio y amor de Dios requiere el que solo sea Su Majestad el objeto de nuestra predileccion, siendo todo lo demás que amemos, amado únicamente en Dios, por Dios y para Dios. Llegó, pues, la mision á Madagascar, y comenzaron los catequistas á ejercer su importante ministerio, cuando un indio de los principales de aquella comarca indicó sus deseos de instruirse particularmente y separado de los otros en la reli-

gion que aquellos desconocidos venian predicando. Nada pareció más conveniente á nuestro P. Nicolás que encargarse él mismo de la instruccion y gobierno de aquel que, convirtiéndose á la fe católica, podria dar buen ejemplo á los compatricios y aun atraerlos á seguir los consejos y preceptos de Jesucristo, por lo cual se alegró en gran manera; pero no eran estos los designios de Dios, queria que Nicolás se le sacrificase, y que su sangre fecundase aquella tierra estéril hasta entónces de virtudes; y por esto permitió que una de las ocasiones en que catequizaba al magnate, éste se alborotase contra él, le maltratára cruelmente, y por último, le diese la muerte, viniendo á ser así el primer mártir que en aquella isla sacrificó su ínclita congregacion. Es indudable que esta pérdida fué de gran importancia para la congregacion de la mision; pero Dios, que habia dispuesto las cosas de suerte que ella se verificára, hizo que por los ruegos de su siervo Nicolás se le concediera prosperidad y vida, y es muy verosímil sea este el motivo de verla hoy floreciente y difundida por todo el ámbito del globo. —G. R.

NICOLAS (Fr. Francisco de S.), natural de la Almunia de Doña Godina, en Aragon, religioso agustino descalzo, predicador y misionero en el convento de Sta. Mónica de Valencia en 1763. Dejó escritos varios sermones, noticia y novena del Sto. Angel de la Guarda, que se veneraba en su convento, la que se imprimió en Calatayud, en 12.°, en 1763.—C.

NICOLAU (Fr. Pedro). Nació en Almasorra, diócesis de Tortosa, y vistió el hábito de carmelita en el convento de Villa Real el dia 14 de Setiembre de 1712. Terminados sus estudios, graduóse de doctor en sagrada teología y fué definidor de su provincia. Enemigo de empleos y honores, aceptó con repugnancia el priorato del convento de la ciudad de Orihuela, que renunció despues para dedicarse al retiro. Escribió: 1.° *Sermon de la Asuncion de María Santísima, predicado en la villa de Elche el 17 de Agosto, tercero de la octava de dicha festividad en el año 1725;* Orihuela, 1727, en 4.°— 2.° *Clipeus Carmelo-Marianus infinitæ beatissimæ Virginis Mariæ, dignitate atque potentia munitas*; Valencia, 1738, en fólio.—3.° *Curso tomístico de Filosofía.*—M.

NICOLAU (D. Pedro). Enseñó teología en Perpiñan, su patria, aunque algunos dicen que nació en Millas, y fué comisario de la Inquisicion. A su celo y virtudes debió el priorato de Sta. María de Espira, en cuyo cargo creemos que murió despues de haber escrito la siguiente obra: *Noms, virtuts, perfeccions, gracias, tituls y exelencias de la Mare de Deu y Verge María en sa Imaculada Concepcio.*— M.

NICOLAU Sebastian. La villa de Felanitx ha sido la patria del sugeto de que vamos á hablar en la presente biografía. Ya en el año de 1447 la familia de Nicolau poseia en dicha villa una alqueria dependiente de ella. Conocida

con el nombre de Son Calderó, aún pertenece á los del mismo apellido, y conservan con orgullo la memoria de Sebastian Nicolau, nacido el 26 de Agosto de 1577. En los primeros años de su vida se le vió dedicarse á las faenas del campo. Sus padres quisieron que recibiese una educacion ejemplar, y dedicándole á los estudios literarios, lograron que la divina gracia revelase al jóven aplicado los arcanos, segun dice el evangelista S. Mateo, y juntase con un aprovechamiento extremo la piedad con la ciencia. Echándose, siendo niño, con otros muchachuelos á bañar en las aguas de un estanque, se hizo grave daño en la cabeza, quedando al mismo tiempo sumergido en aquellas; víctima de las cuales hubiera entónces sido á no haber los que en él estaban llamado en su socorro á otros para sacarlo. Creyó haberse librado de este peligro por la poderosa intercesion del purísimo esposo de María y padre de Jesús, del cual fué toda su vida muy amartelado devoto. Aún contaba muy pocos años, cuando niño en la edad, pero adulto en la cordura, conforme del segundo Tobías nos lo asegura el sagrado texto; en vez de muchachear ó de entretenerse en frívolas diversiones, gastaba el tiempo en la lectura de libros instructivos, y reteniendo lo que en ellos leia (lleno de luces procedentes de aquella sabiduría, que comunicando su inteligencia á los sencillos, hace, cuando le place, elocuentes las lenguas de los pequeñuelos, y hablar en voz de hombre á un irracional) lo referia despues á los vecinos del pueblo cuando en los dias festivos casi todos acudian á oirle como predicador de canas. Las acciones de su infancia fueron preludios nada equívocos de su posterior virtud. Así, cual lucero de la mañana en medio de la niebla del mundo, resplandecia este notable mallorquin en los primeros pasos de su vida racional; mas hallándose bien impuesto en los principios de latinidad, á fin de aprender las artes mayores, pasó á residir en la ciudad de Palma, donde aunque el demonio lo maquinó, no consiguió perderle, porque usando con Sebastian de su infinita misericordia el que teniendo su sólio sobre querubines, y siendo en su divina presencia como si no fueren todas las gentes, nadie puede hacerle cargo de que todo el género humano perezca, comunicó á nuestro venerable los auxilios oportunos; pues que á esfuerzos de su cuidado, y á beneficio de la doctrina del Excelso, hecho un libro místico entre punzantes espinas, ó una zarza en medio del fuego, viviese en aquella capital y entre sus condiscípulos como David con los habitantes de Cedar, como el jóven Daniel en medio de Babilonia, como Tobías en la cismática é idólatra Nínive, como Benito con los romanos, como Gregorio y Bilio entre los atenienses, y como un Francisco de Yepes, honor del suelo español, entre sus coetáneos. Disgustado del mundo Sebastian, y alarmado con el peligro de que habia escapado, habiendo estado con un amigo en el Real monasterio de Jesús Nazareno, órden de S. Bruno, de esta isla, y

observado las ventajas de la santa soledad, y el método de vida de los monjes residentes en aquella casa de seguridad y refugio, prendado de la vida que allí hacian aquellos ejemplares ascetas, principió á sentir dentro de sí deseos de desterrarse del mundo; de desviarse de la comunicacion de los hombres; de salvarse, cual Lot en el monte; de abrazar la vida monástica, y de seguir las huellas de los que, muertos á todas las mociones de la carne, creen que lo único necesario es saber vivir por Dios: y suspirando desde luego por ello como Bernardo por la region solitaria del Claraval, siguiendo el consejo de éste, *Fuge publicum, fuge et ipsos domesticos; recede ab amicis et intimis*, pidió con ansia, solicitó con ahinco, y renunciando para siempre las aparentes felicidades del siglo, vistió en aquel observante monasterio con particular gozo de su alma la sagrada cogulla del patriarca Bruno, á 15 del mes de Junio del año 1597. Libertado de los lazos de que está lleno el reino de Satanás, y colocado en el desierto y tranquila mansion de tan edificantes claustros, formando una eficaz resolucion de desempeñar completamente los deberes de cartujo, se aplicó con el mayor esmero á no buscar en este mundo sino lo que el mismo Dios hombre durante su peregrinacion, es decir, el reino de la gracia en su santificacion propia: y habiéndole cabido la feliz suerte de tener por pedagogo al célebre maestro de la vida espiritual el V. D. Vicente Mas, á la sombra y bajo la disciplina de tan hábil director, nivelando por las de este sus operaciones, y haciéndose digno discípulo de tal maestro, corrió con tanta rapidez y agigantados pasos el campo de las virtudes monásticas, y se dedicó con tal fervor y escrupulosa atencion á la puntual observancia de las leyes de su instituto, que haciendo en ella asombrosos progresos, más se le pudo dar el renombre de vivo retrato de la regla y estatutos de su Orden, que observador de los mismos. Así pues, siendo la cartuja la Sion y la ciudad santificada, donde desde su ingreso en ella tuvo Sebastian sus delicias en aquel jardin cerrado y escuela de santidad, descollando su principiante fervor, espiritualizó sus pasiones, hizo guardar silencio á sus sentidos, logró humillar su cuerpo, y exaltando su espíritu cual frondoso plátano en las playas, radicado junto á las aguas, exhaló desde luego y en mucha abundancia una fragancia igual al bálsamo más odorífero en todo género de virtudes, y cerciorado de que el reino de Dios, á que aspiraba, no puede establecerse dentro de una alma sino sobre las ruinas del amor propio, elevándose gradualmente sobre todas las pasiones hijas de nuestra corrompida naturaleza, y heredadas del primer Adan; con la humildad, refrenó la soberbia; con la liberalidad, la avaricia; con la castidad, la lujuria; con la templanza, la gula; con la caridad, la envidia; con la paciencia, la ira; y con la vida laboriosa y fervorosa, la pureza; llegando á subyugar por trofeo de sus triunfos, con su discrecion y práctica

constante de la regla de las reglas, todos sus apetitos y sentidos. Como la ociosidad es uno de los mayores enemigos del alma, con el fin de combatirla, impuso S. Benito á sus discípulos el trabajo de manos: con el mismo fin, escribiendo S. Gerónimo á Rústico, le dice: «Haced siempre alguna cosa para que el diablo os halle siempre ocupado;» y entre otras instrucciones que en persona de su Donato da el mismo doctor á los monjes, la una era: «Tened ó contínua oracion, ó leccion, hablando unas veces con Dios, y hable Dios con vos otras veces;» documentos que como dictados para sí, observó puntualmente nuestro venerable. Así, pues, sobre que jamás sino por precision fué visto fuera de su celda, esta siempre lo vió ocupado, ú orando ó leyendo, ó trabajando con sus manos, en cuyo ejercicio, conversando su corazon con Dios, y habitando contínuamente en el cielo, lleno de la actividad de aquel calor vivificante que nos estimula incesantemente á aspirar más y más con vehemencia hacia el sumo bien, ofreciendo al Omnipotente, como el santo rey David, á la mañana, al medio dia y á la tarde, y como Tobías á todas horas, el incienso de un sacrificio contínuo de alabanza, y ensalzando su santo nombre, cantaba en honor de este, regocijándose su corazon y su carne en el Dios vivo, los himnos del tiempo ocurrente, ú orando con tan dulce mezcla de jaculatorias, que enamorando á los oyentes, no caben en exageracion; ó meditando los hechos de nuestro Señor Jesucristo, su Santísima Madre y demás santos, y excitándose á imitarlos, lo consiguió de manera, que hecho una perfecta idea de la vida fervorosa, vino á ser mudo, pero severo fiscal, contra la perezosa desidia de los tibios, y un ejemplar poderoso al fervor de los perfectos; y disponiendo de esta manera en su dócil corazon los eslabones de la santidad, difundida la noticia de esta entre los baleares, como una luz tan apacible como la luna en su lleno, fué subiendo de virtud en virtud hasta unirse eterna é indudablemente con el Dios de los dioses en Sion. Fué Sebastian sumamente propenso á la lectura de los padres; y habiendo leido en el *Climax ó escala de perfeccion religiosa*, obra incomparable y digna de su autor S. Juan Clímaco, ilustre colono y abad de los monjes del monte Sinaí, que el monje debe tener perennemente su espíritu en Dios, y orar en todo lugar, tiempo y negocio; procuró con todas sus fuerzas practicarlo así, y de tal manera lo alcanzó, que desde entónces nunca separó el suyo de la presencia del Excelso, orando sin interrupcion. Altamente excitado Sebastian de las soberanas ideas que inspiró en su corazon la vista de los átrios de la casa del Señor, y sabrosamente engolosinado en lo divino, le fastidiaba todo lo terreno, y llevando con santa y tenaz impaciencia las ataduras de la carne, quisiera romperlas de una vez, y libre de las cadenas de este cuerpo corruptible, volar como el Apóstol y como S. Gregorio al reino de la verdad, al reino de

la paz, al reino del amor. Eran tan vehementes sus deseos de que llegase la época gloriosa de su ingreso en aquella mansion, que no poseerán la carne ni la sangre, donde no tiene entrada cosa manchada, y cuyos habitantes, descansando en el seno eterno, no conocen el llanto, el gemido, ni el dolor, que como el cuervo cansado y acosado de la sed busca ansiosamente el momento feliz en que poder apagarla en alguna fuente de agua viva, así su alma, arrebatada de un vivo deseo de habitar con Cristo, anhelaba contínua y ardentísimamente por la religion de los vivientes, por el solar de los predestinados, por la real tierra de promision, por el verdadero reino de Israel, patria y madre de los hijos de Dios. De aquí, como los judíos en su cautividad babilónica, derretíase en lágrimas á la memoria sola de la Jerusalen celestial. Por esto, hallándose en cierta ocasion en la iglesia de un monasterio, á tiempo en que se persuadia que nadie lo veia ni oia, lamentándose como el Profeta rey de que se dilatase su destierro, ó como Elías, de que se dilatase su muerte, inflamado su espíritu á presencia del Santo de los santos, del Dios escondido, del Salvador de Israel, de un impetuoso deseo de pasar cuanto ántes de las miserias de esta vida al tabernáculo admirable y augusta casa del Señor, para dar allí al autor y consumador de nuestra fe un estrecho y eterno abrazo, y bendecir perpétuamente su santo nombre; todo bañado en amorosas lágrimas con que lleno de ternura vertia el corazon por los ojos, soltando lo fogoso de su abrasado corazon su lengua, intérprete de su abrasado espíritu, desahogó el volcan de su enardecido pecho con estas afectuosas aspirantes exclamaciones: «Ay de mí, Señor, qué pro»longado es mi destierro! ¡Oh cuán admirables son vuestros tabernáculos, »Dios de los ejércitos! Péguese mi lengua á mi paladar, si llego á olvidarme »de vos. ¿Cuándo, pues, llegará el feliz momento en que rotas las ligaduras »que me tienen atado á la tierra, saliendo de este destierro, me presentaré »ante el trono de Dios? Y tú, alma mia, ¿por qué te turbas y entristeces? »Confia en el Señor, y espera tranquilamente que llegará tiempo en que »en su gloria lo alabarás.» Palabras todas indicativas de una contemplacion eminente, por donde se traslucian los fondos de aquella llama superior que nutria en su pecho, mediante la cual, su alma estática, fervorosa, ardiente, noble é impaciente fuera de su amado, suspiraba sin cesar por las dulces mansiones donde sin intermision se experimenta la ausencia de todo mal y la posesion de todo bien. Así como el amor á la patria forma los héroes del mundo, el amor á Dios engendra los héroes del cielo. Promovido al sacerdocio tratando santamente las cosas santas, vivió tan poseido del espíritu de compuncion, y tan inflamado del amor divino, que jamás ofreció á Dios en el sacrificio de la misa la víctima inmaculada y el pan santo de la vida eterna, sin que se le humedeciesen sus ojos. En la asistencia al coro,

fué tan puntual, que siempre era el primero que acudia cuando á él era llamada la comunidad para recitar el oficio divino. No estando gravemente impedido, era en él este teson indefectible, y tal el gozo interior que sentia en este celestial ejercicio, que liquidándose en ternura su corazon por sus ojos, destilaba por estos dulces lágrimas. Rezando sexta en una ocasion con un cartujo, confidente y admirador suyo, advirtió éste que durante el rezo, fué su rostro trasformado de varias maneras, ora parecia encendérsele como fuego, al momento se le ponia muy triste, luego muy alegre, y seguidamente bañado en lágrimas, articulando gemidos y suspiros, y quedándose tan absorto que apénas podia pronunciar palabra, efecto de aquella llama celeste, que ardiendo en su pecho, rebosaba en su exterior mediante la uncion del Espíritu Santo, de que abundaba su alma. Como el multiplicar intercesores para con Dios es poderoso medio de facilitarnos gracias, al paso de las heróicas virtudes de nuestro venerable eran sus devociones á varios santos, á que apelaba y de cuya piedad se prometia favores. Así pues, la tuvo singular á los santos patriarcas Joaquin y José, á S. Bruno, su fundador y padre, á Sta. Ana, á Sta. Gertrudis, á Sta. Clara, á Sta. Catalina de Sena, á Sta. Teresa y á la ilustre mallorquina beata Catalina Tomás; pero sobre todo, arrebataba como de lleno las delicias de su amante corazon la beatísima é inmaculada siempre Virgen María, cuyo rosario con otras oraciones rezó cada dia, incluso el en que pagó á la muerte el feudo con que todos nacimos. De la vida y pasion de nuestro Señor Jesucristo fué tan tiernamente enamorado, que cual otro Agustino parece era esta la sola materia que trataba y la única escuela que cursaba; y no siéndolo ménos del Santísimo Sacramento del altar, fuente de nuestra verdadera felicidad, teniale un afecto tan cordial y entrañable, que fué este su principal blason y el característico timbre de este abrasado serafin. De este principio de amor y afectuosa devocion á Su Majestad sacramentado, hecho un Sofonías, conocedor y contemplador de los misterios del Señor, nacian aquellas frecuentes visitas que le hacia en su iglesia, asistiendo siempre que podia en su presencia, donde ante el augusto trono del más pacífico Rey, exhalándose su corazon como el incienso á los piés del altar, en suspiros, acompañados de un deleite celestial, y embebida su alma en los más tiernos afectos hácia su Salvador, lleno de asombro y atónito de la inmensa é inestimable caridad que usó Dios con el hombre en su siempre adorable Sacramento de amor, pasaba horas enteras todo endiosado, y humillándose en actos de adoracion profunda hácia aquel Señor cuya divinidad admiraba. Asegurado Sebastian con tan sólidos principios de perfeccion, fué elegido prior de su monasterio, en cuyo oficio se manejó de manera que siendo un modelo el más cabal de todas las virtudes y un vivo dechado de santidad, nada enseñó de palabra que no lo pusiese

en obra; y como desde su ingreso en la cartuja procuraba levantar en su alma un hermoso palacio donde tuviesen efectiva residencia todas las virtudes, cual varon sabio que edifica su casa sobre una roca estable, quiso darla por fundamento la humildad, virtud que comprendiendo en sí todos los títulos y premios de nuestra fe, siendo el apoyo de todo espiritual edificio, precursora de la verdadera gloria y toda la delicia de Dios, manda este humanado que la aprendamos de él. Del ópalo, escribe S. Isidoro, que aunque contiene la belleza de las demás piedras preciosas, pero que su fondo y principal preciosidad es el albor de la leche; y siendo nuestro mallorquin ópalo místico en la diadema de los héroes que ilustran á este pueblo, aunque poseyó la belleza de todas las virtudes, la humildad fué al parecer su favorita. Así pues, tomando el P. Nicolau por piedra fundamental de las demás virtudes la humildad, esta fué la que sublimó su mérito y la de que hizo más ostension siendo superior. Cuanto mayor eres (decia este humildísimo prelado) humillate en todas tus cosas. Por eso en los dias destinados á barrer el pavimento del convento no se desdeñaba, cual Francisco de Paula, en ser el primero que tomaba la escoba para ejecutarlo; y en los dias en que la comunidad salia al campo, quedándose él en el monasterio, aderezaba las lámparas de la habitacion del Altísimo, tocaba las campanas y hacia todos los oficios de sacristan. Nunca ocupó la celda prioral, y habiendo admitido en la que habitaba seis sillas, solia, sonriéndose, decir: ¡Mirad cuál será aquel cuya autorizacion le viene de las sillas! En las visitas, conformándose con lo que está escrito en los divinos Proverbios, que el justo es acusador de sí mismo, jamás echó á otro la culpa de los defectos que se hallaban en los miembros de su comunidad, ántes decia: cómo no han de extraviarse las ovejas si el pastor no va por el camino real? Y deseoso de enmendarse de sus culpas personales, conservaba de estas en su oratorio una memoria para recordarlas á menudo. Y por último, fué tan humilde que ni en sus obras, ni en sus palabras ni en su semblante se le conoció en los dias de su vida la más leve señal de soberbia, ántes sí fueron siempre sus operaciones niveladas por las máximas de la santa humildad de nuestro Redentor, que hasta anonadarse y tomar la forma de esclavo se humilló para exaltarnos. De esta su eximia humildad y de los sentimientos de su propia nada, considerada como lodo y hollada como tal, fué hija su ejemplar obediencia, una de las principales bases de la vida regular. El fué tan exacto en esta virtud, que en la observancia de su santa regla y en la guarda de sus sagradas instituciones y ritos peculiares de su Orden y en la rendida sujecion á sus superiores, no pudo en toda su vida notársele el más leve defecto. ¿Y qué diré de su admirable continencia? virtud por la cual no halló elogio adecuado el Eclesiástico, que fué tanta y en tan alto grado,

que gozó por privilegio lo que por naturaleza poseen los ángeles. Así estos dos casos lo acreditan. Haciendo un monje novicio (como este refirió despues) confesion general con nuestro venerable, oyendo éste que el penitente se acusaba de haber hablado á unas mujeres palabras obscenas, todo admirado el casto confesor, exclamó despues así : ¡Oh buen Jesús! ¡y tales cosas dicen los hombres á las mujeres! Vejado de los estímulos de la carne otro monje, deseoso de reprimirlos, lo comunicó con nuestro héroe, esperando que éste le dictaria el medio; pero saliendo frustrada su esperanza, no se llevó más (segun el mismo monje lo reveló despues) que esta respuesta: No habeis leido lo que Sta. Teresa respondió á una hija suya que padecia el mismo mal que vos? ¿Que consultára con otro su enfermedad? De lo cual conjeturó el consultante que Sebastian, por particular gracia de los cielos, no padecia sugestiones ni mociones de la carne, y que viviendo en ella vivia como fuera de ella; prueba de que este humanado ángel tenia todas sus interiores y exteriores potencias cerradas al comun enemigo con la incesante elevacion de su entendimiento hácia Dios y con la no interrumpida práctica de todas las virtudes, señaladamente con las de la modestia y recato. Su fe humilde y sometida fué no ménos inviolable que operante, porque apoyada en los oráculos divinos, siempre la vivificaron obras agradables al Omnipotente, y en tal estado que con respecto á ella pudo decirse de Sebastian : Hé aquí que teniendo dentro de si, segun la locucion de la Santa Escritura, una fuente de agua perenne (esto es, de gracia y de caridad) que manaba de su seno, la fuerza de su fe le daba un ascendiente tal sobre los sentimientos de la naturaleza, que todo divinizado deseaba esta separacion; y si en unánime sentir de los teólogos, de la grandeza de la fe que reside en un sugeto, á la cual siendo ella el alimento del justo y el camino que nos lleva seguros á nuestra patria, da el Pico de oro los bellos dictados de raíz y cabeza de todo lo divino y por la cual, segun S. Pablo, fué Noé preservado de las aguas del diluvio, Henoch sacado del mundo para que no pereciese, se conoce la excelencia de su esperanza, siendo tan pura, oficiosa, activa y fecunda la fe de Sebastian, cual sería en él la firmeza y seguridad de aquel don celeste, por el cual siendo la columna de todo católico edificio, fundados en los méritos de Jesucristo, confiadamente esperamos la vida eterna; y los medios para llegar á ella túvolos en grado superior, y así, cuando la fe, esa luz que infundida por Dios en nuestras almas por ella creemos firmemente en el mismo Dios y en todo lo que ha revelado, le certificaba de la divina bondad la esperanza, mediante la cual, no ménos que Henoch, adoraba al Señor como principio, autor y conservador de su vida, le aseguraba de manera su eterna felicidad, que al parecer tenia consigo una prenda infalible de la eterna gloria; de estas dos teologales virtudes procedian en nuestro

:

héroe, considerarse de contínuo en la presencia de Dios, su fervorosa y perenne oracion, su encendido amor y tierna devocion al Santísimo Sacramento y aquel ansiar fervorosamente, como el Apóstol, verse desatado de las prisiones del cuerpo y poder libremente tributar al que con su misericordia llena la tierra eternos homenajes en la feliz region de los escogidos. En igual grado que la fe y la esperanza gozó nuestro Nicolau la virtud de la caridad. Así pues, en la obligacion ilimitada que todos tenemos de amar á Dios por el mismo Dios y sobre todas las cosas con todo nuestro entendimiento sin engaño, con toda nuestra voluntad sin olvido, con todas nuestras fuerzas sin tibieza, y en la necesidad de progresar más y más en el fervor de este deber, fué ejemplar. Excitado de esta su ardiente caridad, daba contínuamente creces á su santidad; de aquí al tiempo de siega y vendimia se decia á sí mismo: ¿Cuántos trabajos, si estuvieses en el siglo, pasáras en estos dias por la vida del cuerpo? Y por la vida del alma y rendir á Dios gracias por haberte librado de ellos, ¿no añadirás á la virtud algo nuevo? Y resolviéndolo al momento, sin demora lo ejecutaba. Efecto de la caridad que en el corazon de Sebastian difundió abundantemente el Espíritu Santo, y que en observancia del primero y máximo de los preceptos practicó hácia Dios, fué la que en desempeño de otro precepto semejante á aquel profesó al prójimo. Destinó los ejercicios diarios á rogar por alguna necesidad comun: un dia rogaba por la Iglesia, otro por los príncipes cristianos, otro por los pecadores, otro por los enfermos, otro por las almas del purgatorio y otros por otras necesidades, y teniendo su corazon lleno de caridad, marca distintiva de los hijos de Jesucristo, segun el cristífero mártir y nunca bastantemente aplaudido S. Ignacio, dignísimo sucesor de S. Pedro en Antioquía, sentia con intenso dolor la perdicion ajena. Del santo Job se lee, que levantándose al amanecer todos los dias, ofrecia al Excelso en holocausto matutino un becerrillo por sus hijos para que, teniéndoles el Omnipotente de su brazo, no delinquiesen en la ley de Dios. De los mismos sentimientos que éste estuvo poseido el caritativo corazon de nuestro venerable: de donde, y con el heróico objeto de evitar la perdicion de los que miraba como hijos en Jesucristo, lleno de aquella caridad, sin la cual no serían venerables los mártires, ni acreedores á nuestro respeto los escritores y santos de la Iglesia; de aquella caridad fraternal, digo, que en el Sto. Evangelio se llama amor más perfecto, que ofrecen toda suerte de holocaustos y sacrificios; los dias en que los monjes jóvenes lavaban las ropas destinadas al servicio de su templo, ofreciendo por ellos bien de mañana el santo sacrificio de la Misa, pedia á Dios que, teniéndolos de su mano, no permitiese que estando juntos pecasen, y lo mismo practicaba todos los dias en que se hacian obras comunes. Causábale el más vivo dolor la noticia de que alguno hubiese pecado, y llorando

amargamente la ceguedad de los herejes y la terquedad de los judíos, decia: «Como estas gentes no entienden aquello del Salmista rey: *Testimonia »tua credibilia facta sunt nimis*, repitiendo el adverbio *nimis*, *nimis*; esto »es, *Los testimonios, Señor, que de vuestra infinita grandeza dan todas las »criaturas son muy claros y nimiamente evidentes.*» Visitando á los enfermos los consolaba y caritativamente socorria, como futuros coherederos con él en el cielo, de donde sustituyendo en el enfermero todas sus facultades, le decia: «Yo como que jamás he estado enfermo, no he podido por propia expe»riencia aprender á ser compasivo con los que lo estan, y asi no quisiera errar »en esta parte; vos, que por razon de vuestro oficio sabeis ejecutarlo, so»corredles, asistidles de contínuo y no perdoneis gasto que considereis con»ducente al alivio de sus males.» Al reconocerse gravemente enfermo, pidió que se le leyese el tratado de la voluntad divina, que compuso Alonso Rodriguez, obra digna del grande ingenio de su virtuoso autor, lo que ejecutó otro monje confidente suyo; mas como éste (segun él mismo afirma) no poseyese el fervoroso espíritu que el enfermo, y á veces leyese algo acelerado, al advertirlo Sebastian le decia benignamente: «Despacio, hijo, no leas tan de prisa.» Y elevando de cuando en cuando á los montes eternos sus ojos, y bajándole de aquellos su auxilio, hacia, todo absorto, tales expresiones de admiracion que era preciso suspender por un rato la lectura. En este estado de sosiego, conformidad y resignacion se hallaba nuestro héroe, cuando tuvo que sufrir dos combates: el uno con dolores inhumanos que, asaltándole repentinamente, le molestaron toda una noche y todo el dia siguiente, y el otro con el enemigo comun. Llevó los dolores con ánimo tan plácido, que al parecer no le causaban sensacion alguna ni trabajo, y á beneficio del que si alguna vez abandona al justo á tempestades, luego le coloca en medio de la balanza; triunfó mejor que David de Goliath de las asechanzas del maligno espíritu, dando á una imágen de Cristo crucificado amorosos ósculos, y exclamando de cuando en cuando con gran firmeza: «Levántese Dios y queden disipados sus enemigos, y huyan de su presencia todos los que le aborrecen.» Vencida la hidra de muchas cabezas, fué el enfermo restituido al pristino sosiego, en el cual, y con gozo excesivo recibió los sacramentos de Viático y Extremauncion, y mirando, cual varon fuerte y sabio, con dulce y constante serenidad acercarse al último momento de su peregrinacion, diciendo: «En vuestras manos, Señor, encomiendo mi espíritu», rindiendo su alma con risueño semblante en manos del justo juez de vivos y muertos, acabó pacífica y felizmente un domingo, á 12 del mes de Febrero, año de nuestra redencion 1672, y siendo la muerte eco de la vida, murió como habia vivido: *Consona mors vitæ, moritur bene qui bene vixit.* Y muriendo en su venerable ancianidad, es decir, á los ochenta

y cuatro años, cinco meses y veinticuatro dias de su edad, quedando su rostro sin una arruga, más blanco que el alabastro y tan prodigiosamente hermoso como si su alma lo animára, parecia la de un hombre naturalmente dormido. A este tiempo se hallaban en su monasterio, con el carácter de visitadores del mismo, los PP. D. José de Illa y D. Simon de Billi, los cuales consignaron en honor del difunto en las actas de su visita esta laudatoria partida: *Abiit eorum unus in cœlum, nobis videntibus, non usione nostri judicii metu, sed factiscentis naturæ defectu, quippe plures annos, prioris munere functus, post longos et duros agones, duodecim et amplius lustris in ordine, laudabiliter exactis, sanctissimo fine quievit.* Sepultado el santo cadáver de nuestro Nicolau D. José de Lanuza, entónces virey de este reino, y su mujer, se tuvieron por dichosos, logrando por reliquia el conde el rosario, la condesa los libros de devocion del venerable; entre otros señores fueron al mismo fin distribuidas las alhajas que usaba el difunto, y los que no pudieron conseguir sino pajas de su pobre cama, con ellas se tienen por muy satisfechos; y los jurados de la ciudad de Palma, venerando la memoria de Sebastian, y deseando perpetuar por medio del pincel la fisonomía de aquel semblante donde se miraba impresa la penitencia y la modestia, costearon su retrato, que se conserva en las casas consistoriales de dicha ciudad. Otro existe en casa de D. Jacinto Nicolau, presbítero vicario de Sta. Eulalia, que pertenece á la familia de nuestro venerable, y otro en la casa de Ayuntamiento de la villa de Felanitx. El Sr. D. Joaquin María Bover, autor de la obra *Hijos ilustres de Mallorca*, ha dedicado un notable artículo á referir los hechos de este venerable religioso. Nosotros hemos tenido sumo gusto en extractarle para esta obra, seguros de prestar un servicio sobremanera grato á nuestro buen amigo y antiguo compañero.—O. y O.

NICOLE (Pedro), teólogo del siglo XVII, natural de Chartres, donde vió la luz primera en 13 de Octubre de 1625. Sus padres, Juan Nicole y Luisa Content ó Constant, aprovecharon sus buenas cualidades para dedicarle al estudio, en que hizo los más rápidos progresos. Bien pronto le fueron familiares las lenguas griega y latina, en que fué su preceptor su propio padre, y á los catorce años habia concluido ya el estudio de las humanidades y leido los libros griegos y latinos que tenia en su propia casa, y otros que pedia prestados á sus amigos. Esta facilidad, unida á un talento claro, memoria feliz y viva y profunda penetracion, le valieron mucho en toda su carrera, que siguió en París desde 1642 en que comenzó la filosofía, graduándose de maestro en artes en 23 de Julio de 1644. Estudió despues teología en la Sorbona, aprendiendo al mismo tiempo el hebreo y dedicándose asímismo á la enseñanza de los jóvenes de Porte-Royal. Terminada la teología tomó el grado de bachiller en 19 de Junio de 1649, y se prepara-

ba para licenciarse, cuando las disputas que agitaban á la universidad de París con motivo de las cinco proposiciones, le decidieron á abandonar por entónces aquel proyecto. Iba á ordenarse *in sacris* en 1676, pero decidió quedar como simple tonsurado á pesar de las instancias que se le hacian, y marchó á Grenoble y despues á Anneci á visitar el cuerpo de S. Francisco de Sales, que descansa en aquel lugar, regresando luego á París. Permaneció en esta ciudad hasta 1677, en que una carta que escribió á Inocencio XI por mandado de los obispos de S. Pons y de Arras le obligó á abandonar esta capital. Pasó á Chartres, donde acababa de fallecer su padre, y arreglados sus negocios domésticos salió de Francia en 1679, retirándose á Bruselas, despues á Lieja, y por último á Orval. Una carta que escribió en 6 de Julio de 1679 al Sr. Harlai, arzobispo de París, por medio del párroco de S. Jacobo, á quien dió permiso para presentarla ó nó segun conviniera, y que llegó en efecto á manos del prelado, le valió el poder regresar á Francia. El canónigo de la iglesia de París, Mr. Robert, le obtuvo despues permiso para volver á Chartres, aunque de incógnito, y allí continuó en sus ocupaciones ordinarias. En 1683 se le concedió permiso para volver á París, donde aprovechó las comodidades que presenta una grande capital para trabajar en nuevas obras. Sus graves enfermedades le obligaron diez años despues á resignar un pobre beneficio que tenia en Boves, y los dos que aún le quedaron de vida estuvo siempre muy enfermo, muriendo, por último, en 1675 á los setenta años de edad. Vivia en el patio de un monasterio que se concedió despues á la comunidad de S. Francisco de Sales, y de allí fué trasladado al dia siguiente á la parroquia de S. Medardo, donde fué sepultado bajo las gradas de la iglesia mayor del coro. Sus amigos aseguran que era muy sencillo y enemigo del trato y política del mundo; su vasto talento profundizaba con facilidad la metafísica, y su sólido raciocinio y poco vulgar erudicion, le hacia buscar los principales sabios, que se complacian además en su agradable conversacion. Era muy versado en la teología, y profunda y verdadera su piedad y religion. En un principio se dedicó á las bellas letras y consiguió imitar el estilo de los autores del siglo de oro de la latinidad, en particular el de Terencio. Escribia con una facilidad asombrosa este idioma, y pasa por uno de los clásicos franceses, asegurándose que han escrito muy pocos en este idioma con tanto vigor y solidez contra los calvinistas, los nuevos místicos y demás herejes de su época. El catálogo de sus obras es muy numeroso, pasando este autor por uno de los más fecundos de la nacion francesa. —S. B.

NICOLE DE LA CROIX (Luis Antonio). Murió el 14 de Setiembre de 1760 en París, su país natal, á los cincuenta y seis años de edad. No recibió más que las órdenes menores, continuando toda su vida ocupado en trabajos litera-

rios. Escribió: 1.° *Método de estudiar, sacado de las obras de S. Agustin*, traducido del italiano, en que le escribió Ballerini, 1760, en 12.°—2.ª *Geografía moderna*, 1756, reimpresa con aumentos en 1773; dos volúmenes en 12.° Esta obra tuvo mucho éxito, aunque no carece de faltas, muchas de las cuales hubieran sido fáciles de evitar.—3.ª *Compendio de Geografía para uso de los jóvenes*, en 12.° Es un extracto de la obra anterior.—S. B.

NICOLINI (Angelo). Nació en Florencia, de una familia distinguida, y perteneciente á la más antigua nobleza. Descubriendo sus padres en él una feliz disposicion para el estudio, le dieron hábiles maestros que en pocos años le pusieron al corriente de cuanto podia pedirse á un jóven de su edad y de su elevado nacimiento. Así que tuvo la edad necesaria, le mandaron á la universidad para que aprendiese el derecho, estudio al cual habia manifestado siempre mucho amor, y que abrazó con entusiasmo, llegando á ser un jurisconsulto distinguido. Las excelentes dotes que tenia de orador y los brillantes ensayos que hizo en la tribuna, fueron suficientes para que fijasen todos en él la atencion, prometiéndose que sería uno de esos genios que nacen de tarde en tarde para llenar una página gloriosa en la historia de su patria. Rara vez al empezar un jóven su carrera consigue dar agigantados pasos en la espinosa senda que se presenta á su vista; pero nuestro jurisconsulto empezó á progresar tan rápidamente, que no sabemos lo que llama más nuestra atencion, si sus méritos, ó el galardon que encontraba tan fácilmente. Al poco tiempo era consejero de Estado de Cosme de Médicis, gran duque de Toscana, quien teniendo ocasion de apreciar bien desde cerca su aptitud, le empleó en graves negocios dándole comisiones delicadas que desempeñó á toda su satisfaccion. Entre otros cargos importantes tuvo el de embajador cerca del sumo pontífice Paulo III, llegando á ser muy apreciado por su privilegiado talento, no solo por la Santa Sede, sino por toda la corte pontificia, que hacia alarde de estrechar su mano y darle el nombre de amigo. Más tarde, y despues de haber desempeñado gloriosamente su cometido, pasó á España á tratar otro asunto de grande importancia en la corte del emperador Cárlos V, donde recibió mayores pruebas de afecto si cabe que en Roma, pues á todas partes le acompañaba su prestigio alumbrando su camino la buena estrella que habia guiado sus primeros pasos. Dejó, como hemos dicho, satisfecho en extremo al Emperador, y volvió á dar cuenta á su soberano, quien en premio de sus buenos servicios le nombró gobernador de Siena. Como hemos visto, Nicolini avanzaba rápidamente en su carrera, y no sin motivo tenian los ojos puestos en él sus compatriotas; pero Dios, que es el único conocedor del destino de los hombres, sabia únicamente que el teatro donde habia de brillar con una luz más intensa el célebre jurisconsulto, no era la tribuna, sino la iglesia; vea-

mos cómo tuvo lugar este inesperado cambio. Dotado Nicolini de un corazon amante y de una imaginacion rica, habia sido muy susceptible de recibir grandes impresiones. La gloria que le rodeaba no era bastante para llenar el vacío de su corazon, y entónces buscó una compañera con quien compartirla, que fuese capaz de satisfacer la necesidad que tenia de ser amado tiernamente. En esto, como en todas cosas, la fortuna salió á su encuentro, presentándole la dulce esposa que habia soñado, llena de perfecciones y de encantos. Nicolini desde entónces veia deslizarse sus dias llenos de encanto; acaso su genio gigante se dormia demasiado en los brazos del amor, como si conociendo su cercano fin, quisiera apurar una por una todas sus delicias. Efectivamente, la muerte se encargó de desatar prematuramente el sagrado lazo que unia dos existencias, y desde aquel mismo instante no le quedaron á nuestro orador más que lágrimas ardientes en los ojos y desesperacion profunda en el corazon. Su genio, sin embargo, la pureza misma de su alma no tardo en indicarle el camino nuevo que debia emprender, el único que podia acallar su dolor por ser fecundo como ninguno en celestiales consuelos. Emprendió con afan la carrera eclesiástica, y como aun cuando su voz habia callado, no se habia podido oscurecer siquiera su memoria, al verle delante del altar, al escucharle en el púlpito sus compatriotas no hicieron sino cambiar el premio, siempre con el mismo entusiasmo, con la continua ovacion con que le habian saludado al salir de la universidad. Al poco tiempo fué nombrado arzobispo de Pisa, de lo que jamás tuvieron que arrepentirse, pues comprendiendo sus nuevos deberes, y deseoso de cumplirlos en bien de sus hijos, se dedicó á apacentar sus ovejas con tanto esmero, que no tardó el rebaño en dar muestras de lo que valia su pastor. Una vez colocado á esta altura, Nicolini se hacia más notable á pesar de la humilde modestia que se admiraba en sus obras lo mismo que en sus palabras. La fama de sus virtudes, compañera de la de su talento, volaba ligera de una parte á otra, haciendo resonar su nombre en todos los oidos, y nacer un afecto cariñoso en todos los corazones. El papa Pio IV quiso tenerle junto así, y premiar sus reconocidos méritos, por cuya razon le elevó á cardenal en el año de 1565. No sabemos hasta donde hubiera logrado subir, ni lo que hubiera llegado á realizar si la muerte, que habia llenado su corazon de amargura algunos años ántes, no hubiera cortado el hilo de su existencia el dia 22 de Agosto del año de 1567, á la edad de sesenta y seis años. Florencia, su patria, le dió honrosa sepultura en la iglesia de Santa Cruz, donde todavía se ve su tumba.—G. P.

NICOLINI (Sebastian), natural de Alicante é hijo de padres distinguidos. Fué doctor en sagrados cánones, oficial de causas pias y canónigo de la colegial de la ciudad de S. Felipe. Su aficion á las letras le habia movido á for-

mar una librería tan preciosa como escogida. Falleció este eclesiástico en 4 de Diciembre del año 1681, á los sesenta y cuatro años de edad, habiendo escrito las obras siguientes: 1.ª *Cabeza visible apostólica y vicaría infalible de Cristo en la Apostólica Cátedra Romana*; Valencia, 1659, en 4.° Esta obra es un compendio de la historia de los Pontífices, falta de crítica en algunos puntos.—2.ª *Resúmen de las grandezas de la ciudad de Játiva.*—3.ª *Orígen, fundacion y excelencias de la ilustre, augusta, muy noble y leal ciudad de Alicante.*—4.ª *Tratado de los varones ilustres en santidad y dignidades, naturales del reino de Valencia.*—5.ª *Observationes canonicæ, concilia provincialia et synodi archidiœcesanæ Valentinæ.* Además compuso otros varios escritos que citan los biógrafos de su patria.—M.

NICOLLE (Cárlos Domingo). Nació en Poville, Normandía, el 4 de Agosto de 1758. Principió sus estudios en el colegio de Ruan y los acabó en París en la célebre universidad de Santa Bárbara, donde descolló sobre sus discípulos por sus triunfos literarios: de modo que fué nombrado maestro de conferencias y prefecto de estudios. La revolucion le sorprendió en este estado; y fiel á los deberes que le imponia su carácter eclesiástico, rehusó prestar el juramento civil que se exigia al clero, y partió á Italia y á Grecia con el hijo del conde Choiseul Goufier, á la sazon embajador en Constantinopla. Habiendo llegado á la capital del Imperio Otomano cuando Choiseul acababa de ser acusado en la Convencion Nacional, dejó éste la embajada y se retiró á S. Petersburgo, adonde le siguió Nicolle y con la proteccion de la corte estableció en dicha ciudad un instituto, que en poco tiempo fué el asilo de muchos sacerdotes distinguidos que la revolucion habia obligado á salvar las fronteras de Francia. La nombradía de este colegio y la superior instruccion que en él se recibia, atrajeron los hijos de las más nobles familias, mas como la salud de Nicolle iba cada dia debilitándose, despues de diez años de estudios y constantes esfuerzos, se retiró á descansar de sus fatigas. Sin embargo, deseando el emperador de Rusia aprovechar todavía el celo y vastos conocimientos de este eclesiástico, le nombró visitador general de todas las iglesias católicas de la Rusia Meridional. Nicolle organizó algunas, engrandeció á otras y fundó cinco de nuevo; y arrastrado siempre de su amor al bien público, se asoció á los nobles sentimientos del Duque, á quien Alejandro habia elevado al cargo de gobernador general de aquellas comarcas. Habiendo el Duque fundado la ciudad de Odesa, el abate Nicolle redactó el plan de un colegio para dicha ciudad que él mismo estableció con un desinterés digno de los antiguos tiempos. Este colegio tomó el nombre de *Richelieu*, y luego se elevó á la más brillante reputacion. El deseo de volver á visitar su patria, y la necesidad de dotar á su colegio de profesores ilustres, le condujo en 1817 á Francia, con cuyo motivo Luis XVIII le nombró

su limosnero y se esforzó en retenerle á su lado; mas los deseos del monarca no pudieron quedar satisfechos, porque una promesa sagrada ligaba al abate Nicolle. De regreso á Odesa, su colegio fué visitado por el emperador de Rusia, su mérito fué recompensado con la órden de Santa Ana. Instado vivamente por el duque de Richelieu, á la sazon ministro de Luis XVIII, para que regresase á Francia, Nicolle se restituyó á su patria en 1820, y desde luego vióse colmado de las más honoríficas distinciones; pero Nicolle rehusó cuantas dignidades eclesiásticas y obispados le ofrecieron, prefiriendo continuar en la carrera del profesorado. Por mandato del Rey, este sábio eclesiástico pasó en 1821 al Consejo de Instruccion pública, nombramiento que fué combatido por Estanislao de Girardin en la cámara de diputados. Al mismo tiempo que recibia este testimonio honorífico del monarca, fué nombrado tambien caballero de la Legion de Honor y rector ó presidente de la Academia de París, cargo que desempeñó hasta que en 1824 fué suprimido el rectorado. En el corto espacio que desempeñó estas funciones, supo conquistarse la amistad y simpatía de todos, y dejar bien acreditada la reputacion de su talento. Otros títulos adquirió tambien al aprecio de los sábios, pues terminó la fábrica del colegio de S. Luis, fundó el de Santa Bárbara, actualmente colegio Rollin, restauró la Sorbona, estableció concursos para el profesorado y mejoró con sabios reglamentos los sistemas de enseñanza. Despues de la supresion del rectorado, continuó en el Ministerio de Instruccion pública, prestando importantes servicios con sus luces y experiencia. Destinado á dirigir los estudios del jóven duque de Burdeos, habia concebido un plan de enseñanza que no pudo ser ejecutado, porque la revolucion de 1830 puso un término á su carrera pública despojándole de los títulos y funciones que desempeñaba en el Consejo de Instruccion. M. de Queden, cuya memoria es grata todavía á la diócesis de París, le mostró hasta sus últimos momentos la más grande consideracion. Nicolle perteneció al capítulo de la metrópoli, y estuvo al frente de los negocios de la diócesis en calidad de vicario general. Falleció en 2 de Setiembre de 1835. M. de Feletz, colaborador de la *Biografía universal*, ha escrito una noticia de este abate que ha sido muy apreciada. Un discípulo suyo, jóven eclesiástico, se ocupó tambien en redactar la vida de su maestro. Existe una obra del abate Nicolle, fruto de sesenta años de experiencia, titulada: *Plan de educacion ó proyecto de un nuevo colegio*; París, 1833, en 8.° —M.

NICOLOSI (Juan Bautista). Nació en Palermo, en Sicilia, el 14 de Noviembre de 1610, y abrazó el estado eclesiástico. Graduóse de doctor en sagrada teología y poseyó extensos conocimientos en diversas lenguas. Captóse la consideracion pública, así por su elocuencia como por la prudencia de su comportamiento. Despues de haber permanecido algun tiempo en la corte de

Fernando Maximiliano, margrave de Baden-Baden, pasó á Roma y fué nombrado capellan de la iglesia de Sta. María la Mayor. Nicolosi falleció en dicha ciudad el 16 de Enero de 1670, despues de haber escrito las obras siguientes: 1.ª *Guid' allo studio geográfico;* Roma, 1662, en 8.°, que viene á ser una introduccion al estudio de la geografía.—2.ª *Plateórica del globo terrestre;* idem, en 8.°, obra elemental.—3.ª *Hércules sicurus sive studium geographicum*; idem, en fólio. Este tratado, aunque es más extenso que los anteriores, no ofrece el método ni los pormenores necesarios para formar una obra completa de geografía.—M.

NICOLUCCI (Juan Domingo), religioso dominico, natural de Forli ó su diócesis. Floreció en su Orden en el siglo XVII, enseñando filosofía por un largo período; no se hallaba ménos versado en la teología y cánones, como se deduce de sus diferentes obras. Ignórase el año de su muerte. Publicó: 1.° *Novus thesaurus sacerdotum*; Macerata, 1676.—*Tractatus theologicus de justificatione impii*; Bolonia, 1691.—*De paupertate religiosorum*; Forli, año de 1693.—S. B.

NICOMEDE (S.), presbítero y mártir. Fué arrojado al rio Tíber por órden de Flacco, despues de haber sido azotado cruelmente por haber dado sepultura á Sta. Felícula, mártir de la fe. Un clérigo llamado Justo buscó el cuerpo del Santo en la profundidad de las aguas, y habiéndolo recogido, le dió sepultura en un huerto suyo, cerca de los muros de la ciudad de Roma, en la via Nomentana. Los cristianos obtuvieron de Dios, por la intercesion de este Santo, grandes mercedes. Su martirio tuvo lugar en 15 de Setiembre, dia en que la Iglesia celebra su fiesta. En Roma se erigió un templo á su honor, y se construyó un cementerio que lleva su nombre.—M.

NICOMEDES Rafols (Sr. D.), presbítero: estuvo de escolar por los años de 1772; ganó por oposicion y obtuvo la plaza de primer violin de la catedral de Tarragona; figuró en primera línea entre los mejores violinistas de España; fué muy estudioso y amigo de los adelantos del arte: el señor Oller tiene del Sr. Rafols una pieza á canon, en compás de cuatro por cinco, del cual no se tenia noticia en aquella época. Se cree que escribió algunas noticias sobre música y referentes á la Escolanía de Monserrat; pero nosotros no hemos podido hasta ahora encontrar ningun escrito del afamado violinista.—O. y O.

NICON (S.), monje. Nació en el Ponto, y siendo muy jóven se apartó de la sociedad para vivir en el fondo de un monasterio. Doce años continuos de estudio, penitencia y oracion fueron provechosa escuela para amaestrarle en el ministerio de la palabra divina, siendo tan abundantes los frutos que recogia de sus predicaciones, que sus superiores le enviaron á anunciar el Evangelio á los habitantes de Armenia y despues á la isla de Creta, en don-

de mandaban los sarracenos. Venciendo todos los obstáculos y arrostrando peligros inminentes, este siervo de Dios recorrió el Peloponeso, Acaya, Epiro y otros lugares de la Grecia, haciendo en todas partes admirables conversiones, hasta que entregó su espíritu al Señor en el año 998, hallándose en el Peloponeso.—M.

NICON (S.). Véase MARCO (S.).

NICON y otros noventa y siete compañeros, santos mártires. Tan solo se sabe que padecieron martirio en Cesarea de Palestina, imperando Decio, en el año 250. Los martirologios citan su memoria en 23 de Marzo.—M.

NICOSIA (Fr. Ascanio de), religioso de la órden de Capuchinos. Fué varon dignísimo y de tan notable abstinencia que no comia nada más que una vez al dia, sin beber jamás vino ó rarísimas veces, y aun de lo poco que comia reservaba la mayor parte á los pobres, de manera que la comida de ellos venia á ser su ayuno. Experimentaba en la oracion un placer tan celestial, que arrebatado ordinariamente en profundos éxtasis, era perpétuo convidado del cielo en sus suaves delicias. Finalmente, en pago del amor encendido que tuvo á Cristo nuestro Señor en sus pobres, mereció la presencia de Su Majestad ántes de morir, que le prometió la gloria eterna, y brevemente le cumplió la palabra. Murió en Nicosia el año de 1590.—A. L.

NICOSIA (Fr. Vidal de). Entre los varones célebres de aquel tiempo (1583) fué Fr. Vidal de Nicosia, ciudad de Sicilia, situada entre Castro-Juan y Pluci. Varon no solo célebre, sino celestial, como se conoció claramente aun en los principios de su conversion, favorecido del cielo con mercedes particulares. Pasó los años de su juventud en la casa de sus padres, que eran los más nobles en aquella ciudad, no en estudios ni ejercicios loables, sino en mocedades vanas é inútiles, llegando á su edad viril tan altivo y tan lleno de presuncion, que despreciando á todos, solo se estimaba á sí propio, juzgando su honra y reputacion por cosa sagrada, sintiendo sobre manera la menor injuria que se le hiciese con tal extremo que le parecia pequeña satisfaccion la muerte y otras venganzas. Ocurrió un dia que se halló en una iglesia en el sermon, en que el predicador reprendia severamente á los hombres duros y porfiados, que sobre cualquiera cosa, aunque fuera muy leve, disputan con gran tenacidad, suscitando pendencias de tristes resultados, y oyendo con atencion la fuerza y verdad de las razones del orador, que cual si fuesen una espada muy penetrante, experimentó en el alma, herido gravemente de la reprension el error en que hasta allí habia vivido, produciéndose un completo cambio, favorecido por la piedad de Dios, cuyo acuerdo fué, sin duda, el reducir un ánimo tan feroz al suave yugo de la disciplina sagrada. Así fué, que experimentó una vision celestial, y saliendo de aquel rapto, oyó la Misa que se decia, siempre con me-

moria de la vision y tambien con suma reverencia; vió á Cristo nuestro Señor que al alzar el sacerdote la hostia, subia en ella en forma de un niño hermosísimo, cuya vista de tal suerte le recreó el ánimo, y le mudó á estado tan diferente al que llevó á la Iglesia, que al instante determinó despedirse del mundo é instituir un áspero modo de vida en penitencia y enmienda de la pasada. Eligió la religion de Capuchinos por la aspereza de su instituto, conveniente á su nuevo propósito, donde habiendo tomado el hábito, fué tal su humildad y el desprecio de todo y de sí mismo con que vivió, que los que le habian conocido ántes no juzgaban que era el mismo Vidal, sino un hombre diverso, y otros con juicio más atinado atribuian la mudanza á la diestra del Señor, en quien son fáciles los mayores milagros. Se propuso desde el principio aplicarse al estudio de aquellas virtudes que se opusiesen en particular á los vicios que habia ejercitado para desterrar del alma la mala costumbre, ya convertida en naturaleza, y cumplir con lo que se le dijo al ponerle el hábito, que le desnudase Dios el viejo hombre y le vistiese un hombre nuevo. En ejecucion de este intento seráfico, considerando que el principal de los vicios que mancharon su vida seglar, era la presuncion y soberbia, deseoso de honra y comodidades, se dió muy cuidadosamente á los ejercicios de menosprecio propio y de la humildad. Su hábito solo y simple, sin túnica, viejo, corto y lleno de remiendos, daba buen testimonio de la diligencia con que procuraba vencer la arrogancia y la vanidad, oprimiendo el orgullo del amor propio, abrazando en su lugar la pobreza evangélica. Llevaba igualmente de dia y noche debajo del hábito un áspero cilicio de cerdas de jabalí, que le atormentaban continuamente, sin riesgo de quitarle el mérito con el aplauso, como andaba escondido, añadiendo al intento de domar su carne y su presuncion disciplinas perpétuas, no llevando sandalias en ningun tiempo, y ayunando casi todos los dias, sin comer jamás carne aun en aquellos que no eran de ayuno. Fomentaba las virtudes referidas y las demás que concurrian en su ánimo, con una oracion tan continua que el tiempo que de dia no le era posible aplicarla por las ocupaciones inevitables de la obediencia, se le recompensaba de noche en vigilias igualmente fervorosas y largas. Las horas de orar señaladas por las constituciones eran para él una ley tan precisa, que ni aun enfermo se dispensaba de ellas jamás. Ordinariamente se levantaba dos horas ántes de maitines, y las pasaba orando en la iglesia. El Señor para probarle permitió que el enemigo del alma le acometiese con mucha frecuencia, castigándole y humillándole; pero el siervo de Dios, con la mayor paciencia y resignacion y con la señal de la Sta. Cruz, se libraba de sus muchos acometimientos. El Señor le favoreció con el espíritu profético y el de saber muchas cosas ocultas: innumerables hechos confirmaron poseia estos regalos y otros beneficios otorgados por el

Altísimo, como igualmente lo demostraron infinidad de milagros que obró por su intercesion. Despues de un ejercicio largo y constante de admirables virtudes y de favores tan divinos y celestiales, enfermó en Nicosia el siervo de Dios de un gravísimo mal, que reconoció ser el último, y habiéndolo dicho así á los religiosos, previniéndose cuidadosamente para morir, no trató más que de recoger el espíritu y anhelar por los bienes eternos. Murió en Nicosia, siendo ya de ochenta años, y los cincuenta gastados en la religion, sirviendo al Señor en santidad. —A. L.

NICOSTRATO (S.), mártir. Fué este Santo uno de los cinco famosos escultores mártires que mandó martirizar el emperador Diocleciano por no haber querido hacer un ídolo que les encargó, á fin de que no contribuyesen con sus manos á propagar la idolatría en perjuicio del cristianismo, cuya religion profesaban. Encargado el tribuno Lampidio de convencer á Nicostrato para que obedeciese al Emperador, usó con él de promesas halagüeñas con la mayor dulzura y despues amenazas; pero como nada bastase para obligarle, le puso delante los instrumentos del suplicio en que habia de morir si persistia en su negativa. No alcanzando nada hizo traer á sus compañeros Claudio, Castonio, Sinforiano y Simplicio, que era pagano, pero convencido de la verdad del cristianismo, y los mandó azotar cruelmente; pero estando en esto murió repentinamente el impío juez. Sabido esto por el Emperador, mandó hacer unas cajas de plomo, y metiendo en ellas á los cinco santos las mandó cerrar y arrojar al rio, y de este modo acabaron su vida aquellos mártires de la fe de Jesucristo, el dia 8 de Noviembre, en que los celebra la Iglesia. El piadoso cristiano Nicodemo hizo sacar del rio las cajas, y dió á los santos honrosa sepultura, venerándose hoy sus cuerpos en Roma en la iglesia de los Cuatro Santos Coronados, que dos años despues fueron tambien martirizados, segun cuentan de unos y de otros Adon, el *Martirologio Romano*, el sublime Beda y el piadoso Usuardo. —B. C.

NICOSTRATO Y ANTÍOCO (Stos.), mártires. Servian en el ejército romano y fueron decapitados con otros muchos de órden del prefecto, en la ciudad de Cesarea de Filipo en el año 302, por haberse convertido á la fe. Su memoria se cita el 21 de Mayo.

NIDARDO ABAD (Beato). Los monjes benedictinos celebran el dia 7 de Febrero la memoria del glorioso abad beato Nidardo, que floreció en su Orden en la familia Cisterciense, próximamente despues del bienaventurado S. Bernardo. Sin que se haga particular mencion de sus excelentes virtudes se comprenderá que debió poseer muchas y en alto grado, ya por correr en sus venas la ilustre sangre del santo Abad de Claraval, cuyo hermano era, ya por ser el designado por Dios para la grande obra de la fundacion del monasterio de nuestra Señora de la Espina, en tierra de Campos, provincia

de Castilla la Vieja. Desde luego se comprende que quien concibió y realizó una idea tan grande como la fundacion de una casa como la que él hizo, que en su mismo tiempo llegó á contar más de cien monjes, habia de tener una gran confianza en Dios, así como era necesario que el Señor le ilustrára con sus superiores luces si habia de regir con acierto aquella importante casa, cuyos individuos, alentados todos del mejor espíritu, habian de dar honor á la santa cogulla y sembrar en la Iglesia de Dios semillas de virtudes, cuyos ópimos frutos se recogerian en su dia. Excusado es manifestar que los primeros años que estuvo en la vida monástica en tiempo de su santo hermano, tuvo que luchar con la gran contradiccion que sus padres opusieron á su proyecto, como la habian opuesto, aunque inútilmente, al de S. Bernardo y los otros; así como es inútil referir que el desprecio de la cuantiosa hacienda que la entrada en la Religion de sus otros hermanos le habia hecho poseer, fué una abnegacion completísima que demostró mucho amor divino, porque este ya se traslucia en las reflexiones que se formó desde luego, cuando al anunciarle su santo hermano que quedaba heredero de cuanto todos sus mayores poseian, y que era por consiguiente en quien recaerian las haciendas y tierras todas de su familia, decia él entre sí, penetrado de un vivo sentimiento: es posible que tomando mis hermanos para sí el cielo, á mí me dejen no más que la tierra y sus bienes deleznables como ella misma? No! dijo, y esta idea, fortalecida más y más en su corazon conforme él iba conociendo mejor que este miserable mundo no es sino un valle de desdichas y un semillero de males, dió por resultado el que renunciando él todo lo que sus otros hermanos le habian cedido, es decir, haciendo él tanto como todos los otros juntos, vino á humillarse ante un abad, á ser obediente á un superior; si bien en premio de esta su misma sumision y humildad quiso Dios ensazarle y colocarle en un lugar verdaderamente eminente, pues que el cargo de fundador y de abad, desempeñado por él de una manera enteramente conforme á los designios de Dios, le habia hecho adquirir justa celebridad en toda la esclarecida Orden Benedictina, así como sus virtudes le merecieron la preciosísima corona que ciñe, y el que su venerando nombre, inscrito en el numeroso catálogo de los beatos que la Iglesia Católica y la órden de S. Benito cuentan de sus muchos hijos, dé á todos la idea de un siervo de Dios, que despreciando por el Señor el mundo y triunfando de las cosas de la tierra, acaudaló tesoros imperecederos, que hoy derrama profusamente sobre los que con admiracion bendicen á Dios en él é invocan su poderoso patrocinio. — G. R.

NIDER (Juan). En su *Viaje literario* Villanueva menciona el *Præceptorium divinæ legis* de Fr. Juan de Nider, impreso en París por Martino Miguel Udalrico, 1473. Hay otras ediciones raras de este mismo autor.—O. y O.

NIDGARIO (S.), obispo y confesor. En el siglo IX de la Iglesia floreció este excelente confesor de la fe de Jesucristo. Educado en ella por sus piadosos padres, fué dotado de una índole segun la cual se dedicaba con sumo afan y con esmero á cumplir todas las prescripciones de la Iglesia, aun aquellas de que su edad y circunstancias le excusaban completamente, con lo cual y con frecuentar el ejercicio santo de la oracion, pudo ilustrar su espíritu de suerte que á los muy pocos años de su vida ya se habia desengañado de que este miserable mundo poco, muy poco puede dar de sí, y que lo único que podemos prometernos que nos servirá para la vida eterna, serán las buenas obras que mediante la misericordia de Dios hiciéremos; así como se persuadió de que en medio de la molicie y regalo del cuerpo no le es posible al espíritu llegar á la importante altura en que Dios plugo constituirle; por todo lo cual trazó la conducta que habia de observar en lo sucesivo, y se decidió desde luego á ingresar en la religion del gran patriarca S. Benito, que entónces, como en todos tiempos, se distinguia por los grandes hombres que florecian en ella y que descollaban en virtud y en sabiduría, pero de una manera tal que siendo los más santos, eran los más sabios, y de una y otra excelente manera de ser vivian sin pretension de ningun género y sin más esperanza de recompensa que la eterna que Dios promete á sus fieles servidores. El monasterio que escogió para realizar sus deseos fué el Uttoburano, célebre en aquella época porque estaba acreditado por la presencia en él de hombres que con su ciencia y con su virtud se habian adquirido buena fama y merecida reputacion. Desde los primeros dias de su noviciado demostró Nidgario sus buenas disposiciones, pues reunia obediencia ciega, humildad profunda, extremada pobreza y un celo por el amor de Dios y por su gloria, mayor no solo á lo que puede expresarse sino á lo que se puede imaginar. Bajo tan buenos auspicios, el noviciado, como los primeros años de religion, fueron motivo para que Nidgario se acreditase, y que fijando todos sus miradas en él le escogieran por prelado, nombrándole abad de aquella santa casa donde recibiera su educacion monástica, y á la cual ilustró con los ejemplos raros de perfeccion extraordinaria de que más adelante fué dando muestras. Padre prudente, amigo sincero, religioso observantísimo, sabio sin afectacion, llevaba por estas dotes tras de sí á cualquiera que por acaso le observaba, y esta dulce atraccion que ejercia en el ánimo de los fieles era como el motivo de que todos le buscáran, y fué lo que decidió al pueblo y al clero de Augusta á elegirle obispo, ó más bien á proponerle al Romano Pontífice para este importante puesto, en el cual se portó á satisfaccion de todos, secundando así las lisonjeras esperanzas que acerca de él se habian concebido con gran fundamento. Si difícil fué á sus monjes el obligarle á que aceptára la abadía, mucho más difícil fué á su pueblo el hacerle aceptar la mitra;

pero en uno y otro caso la obediencia entró por mucho, así que el obispo, que lo fué solo por agradar á Dios, dirigió todos sus esfuerzos al cumplimiento de tan importante fin, y de la verdad de este aserto fueron testigos los muy dichosos fieles que tuvieron por pastor á un hombre tan apostólico. Con decir que se conservó en el obispado como en el monasterio, sin otra diferencia que la de hacer mayores limosnas por su mayor posibilidad, creo que está dicho todo y que se puede formar una idea, si no cabal al ménos algo exacta de su grande santidad. Puede decirse que usó bien de los talentos que Dios Señor nuestro le diera, y administró muy á satisfaccion la hacienda que el padre de familias encomendó á su cuidado, por lo que era consiguiente y muy justo se le diera el galardon merecido, se le colmase del honor, de la gloria y de la grandeza á que eran acreedores sus relevantes merecimientos. Dios quiso encargarse, por decirlo así, de esto, y la manera fué que habiéndole acrisolado por rigorosos padecimientos y ejercitádole en sufrir las dolencias que el Señor quiso, su vida concluyó con la más envidiable dulzura, y el año de 869 entregó su espíritu en manos de su Criador. Sus heróicas virtudes, probadas canónicamente, le declararon beato y despues santo, y muy venerado de sus hermanos y de su pueblo está en el cielo dispensando los favores más augustos, miéntras que en este valle de miserias se honra su memoria, tributándole la Orden Benedictina el homenaje de respeto y veneracion y el culto debido á los santos, siendo la festividad del abad S. Nidgario el dia 15 de Abril de cada año, peculiar para los monjes sus hermanos.—G. R.

NIDI (Fr. Raimundo), religioso dominico, natural de Milan. Fué inquisidor en Pavía en 1674. Escribió diferentes obras, todas las cuales se imprimieron en aquella ciudad. 1.ª *Lucerna Inquisitorum pro absolutione ab hæresi credentiali*, 1664.—2.ª *Lucernæ confessariorum de absolutione Hæreseo*, 1674.—3.ª *De conservatoribus regularium*, 1676.—4.ª *Commentaria in tit. de reg. juris. VI decret.*—S. B.

NIEM (Teodorico de). Nació en la ciudad de su apellido, diócesis de Paderbom. Despues de haber sido secretario en la corte de Roma, obtuvo los obispados de Verden y de Cambray. Algunos autores aseguran que era natural de Magdeburgo, y que murió durante el concilio de Constancia; pero está fuera de duda que falleció muchos años despues, porque de sus escritos se infiere vivia aun en 1417. Hardt, autor de su vida, la colocó al frente de las actas del concilio de Constancia. Sus obras son: 1.ª *Commentarius de regionibus orbis.*—2.ª *Vita Joannis XXIII, pontificis romani.*—2.ª *De schismatibus inter pontifices romanos per annos 39, libri tres.* Simon Scardio ha añadido á ellas un cuarto libro con el título de *Nemus unionis*, que sacó de los manuscritos de Niem.—S. B.

NIEREMBERG (Juan Eusebio), célebre jesuita español y uno de los escritores más ilustres que ha producido esta Orden. Nació en Madrid en 1590, y sus padres descendian de Alemania. Habia acabado el estudio del derecho en la universidad de Salamanca, cuando sintiéndose inclinado al retiro abandonó la ventajosa posicion que le ofrecia el mundo para vestir la sotana de jesuita. Sus padres, que de ningun modo querian consentir en la vocacion de su hijo, acusaron á los Jesuitas de haberle seducido, y aun obtuvieron del nuncio apostólico una órden que les mandaba devolver á Juan al seno de su familia. El jóven Nieremberg á pesar suyo debió salir del claustro y vivir al lado de sus padres, quienes por su parte emplearon cuantos medios creyeron oportunos para distraerle de su vocacion. Mas viendo que eran inútiles, y que cuanto más contrariada era la voluntad de Juan, más resuelto estaba á abandonar el mundo, consintieron al fin en que entrára en el colegio que la Compañía tenia en Madrid. Rápidos fueron los progresos que desde luego hizo Nieremberg en la vida espiritual, y así que hubo concluido su noviciado, sus superiores le enviaron á las montañas de Algaria á predicar el Evangelio á los pobres y sencillos habitantes de aquellas comarcas. El celo que animaba al jóven jesuita le hizo emprender con infatigable ardor tan penosa mision, trabajando sin descanso en extender las luces de la fe y consagrando los ratos de ocio al estudio de las plantas y los minerales. Los conocimientos que adquirió en esta parte de la historia natural fueron tan importantes, que se le llamó á Madrid para ponerle al frente de una cátedra de esta ciencia, la cual desempeñó con aplauso de los sábios por espacio de catorce años. Las lecciones fueron interrumpidas únicamente por los viajes que emprendió á los Pirineos, Francia é Inglaterra para examinar los fenómenos más curiosos. Despues explicó algun tiempo las Sagradas Escrituras, y renunciando al fin á la enseñanza para consagrarse á la direccion de las almas, los personajes más ilustres le eligieron su confesor, contándose entre estos á la duquesa de Mántua. Ocupado la mayor parte del dia en la oracion y el confesonario, dedicaba las noches á la redaccion de las obras que se proponia dar á la prensa. Conocedor de los deberes de su estado, y entregado siempre á la voluntad del Señor, no pudo alterar la tranquilidad de su alma la parálisis que sufrió en 1642, y que le privó hasta la tumba del uso de las manos y del habla. En tan triste afliccion dió edificantes pruebas de aquella filosofía cristiana que solo pueden inspirar los luminosos principios del Evangelio. El P. Nieremberg murió de resultas de este ataque en 7 de Abril de 1758. Escribió las obras siguientes: 1.ª *De arte voluntatis lib. VI in quibus platonicæ, stoicæ et christianæ disciplina medula digeritur succo omni politioris philosophiæ ex professo ex Platone, Seneca, Epicteto, Joanne Chrisostomo, Plotino, Fambricho et aliis*; Leon, 1631 en 8.° reimpresa varias veces. Luis Videl ha

traducido la primera parte en francés con este título: *L' art de conduire la volonté etc.*; Paris, 1657, en 4.°—2.ª *Historia panegyrica de tribus martyribus Societatis Jesu in Uruguay pro fide occisis*; Leon, 1631, en 8.°—3.° *Theopolitus sive brevis elucidatio et rationale divinorum operum atque providentia humanorum*; Amberes, 1641, en 8.°—4.ª *Doctor evangelicus ex variis selectisque opusculis*; Leon, 1659, en fólio.—5.ª *Sigalion sive de Sapientia mythica*; Madrid, 1629, en 8.°—6.ª *Stromata Sacræ Scripturæ in quibus enarrantur, explicantur et illustrantur variorum sive virorum sive fœminarum Sacræ Scripturæ vitæ et historiæ hunc commentationibus moralibus*, á la cual se añade—7.ª *Gnomoniphica, hoc est, plures Gnomæ morales*; Leon, 1642, en fólio.—8.ª *Doctrinæ ascelicæ sive spiritualium institutionum Pandectæ juxta religiosa instituta maxime Ordinum mendicantium et constitutiones Societatis Jesu*; Leon, 1643, en fólio.—9.ª *Homiliæ catenatæ sive collectaneæ et vetustis patribus sacris doctoribus et eruditis scriptoribus*, juntamente con—10. *Erotematum curiosæ lectionis (sive problematum ad Plutarchi exemplum) decades XXII*; Leon, 1646, en fólio.—11.ª *De origine Sacræ Scripturæ libri V*, en fólio.—12. *Historia naturæ maxime peregrinæ*; Amberes, 1635, en fólio. Esta obra, que consta de 502 páginas, con grabados sobre boj impresos en el texto, es un tratado muy curioso de la *Historia natural de las Indias*. El autor se ha valido á menudo de noticias poco exactas, y sus figuras han sido designadas con frecuencia segun la idea que se ha formado de descripciones exageradas. Sin embargo, en esta obra se encuentran particularidades muy importantes, que inútilmente se buscarian en otra parte. A continuacion se halla una reseña de las grutas, fuentes etc. más notables observadas por el autor en sus viajes, con este titulo: *De miris et miraculosis naturis in Europa.*—13. *De adoratione in spiritu et veritate*; Amberes, 1631.—14. *De perpetuo objecto festi Immaculatæ Conceptioni Virginis Mariæ*; Valencia, 1643, en 8.°—15. *Theoria compendiosa de solita veritate conceptæ Deiparæ absque labe originali ex canonicis atque ortodoxis fundamentis*, la cual va unida con la—16. *Sacras syllabas explicata ab Ecclesia et patribus Scriptura pro Immaculata Conceptione*; Valencia, 1656, en 8.°—17. *Exceptiones Concilii Tridentini pro omnimoda puritate Deiparæ expensi*; Amberes, 1656, en 8.°—18. *Dissertationes epistolicæ de eodem mysterio.*—19. *Trophea Marianæ seu de Victrice misericordia Deiparæ patrocinantis hominibus exquisitissimis SS. PP. sententiis rarissimis, historiis selectissimis, moralis doctrinæ præceptis et inusitatis per ejus simulacra perpetratis miraculis mirifice illustrata*; Amberes, 1605, en fólio.—20. *De consecratione in azymis et carne Deiparæ sine fermento Adæ apologetica dissertatiuncula*; ibidem.—21. *De virginitate sanctissimæ Dei Matris super admiranda, super excelsa et Deum decente ultra leges naturæ et virtutis moralis comprobante Immaculatam ejus Conceptionem etiam passivam*

apologetica dissertatio; Amberes, impresa con la que hemos indicado en el número 19.—22. *Supplex libellus pro Immaculata B. Virginis Conceptione et pace christianorum principum ac Sanctissimum Alexandrum VII*; Leon, 1659.—23. *Psalmos Salomonis è græco latino versos, notisque illustratos.*—24. *Succus prudentiæ sacræ politicæ*; Leon, 1659, en 12.°—25. *Hieromelisa bibliotheca de doctrina Evangelii imitatione Christi et perfectione spirituali*; Leon, 1659, en fólio.—26. *Silva catechistica*; ibid., 1659, en 4.°—27. *Silloque axiomatum et institutionum spiritualium christianæ philosophiæ*; ibid., 1659, en 4.°—28. *Virgo victoriata, sive de patrocinio V.*—29. *Obras y dias: manual de Señores y Príncipes, en que se propone con su pureza y rigor la especulacion y ejecucion política, económica y particular de todas virtudes*; Madrid, 1628.—30. *Centuria de dictámenes prudentes.*—31. *Práctica del Catecismo Romano y doctrina cristiana*; Madrid, 1640, en 4.°—32. *Diferencia entre lo temporal y eterno*; Madrid, 1654, y Venecia, 1656 y 1662, en 12.°—33. *Vida divina y camino real para la perfeccion*; Madrid, 1633, en 4.°, y 1655.—34. *Prodigio del amor divino y fineza de Dios con los hombres*; Madrid, 1641, en 4.°—35. *De la adoracion en espíritu y verdad*, impreso juntamente con él—36. *Tratado de la constancia en la virtud*; Madrid, 1647, en 4.°—37. *Hermosura de Dios*; ibid., en 4.°—38. *Avisos espirituales para conformar su voluntad con la de Dios, y conservar la paz del alma*; París, 1644, en 8.° y 1646, en 12.°—39. *Dictámenes de espíritu.*—40. *Cielo estrellado de María*; Madrid, 1656, en fólio.—41. *Epístolas*; Madrid, 1649.—42. *Causa y remedio de los males públicos*; ibid., 1642; Leon, 1644, en 8.°—43. *Corona virtuosa y virtud coronada*; Madrid, 1643, en 4.°—44. *Centuria de dictámenes reales.*—45. *De la devocion y patrocinio de S. Miguel, antiguo tutelar de los godos y protector de España*; ibid., 1643, en 4.°—46. *Del afecto y amor á Jesús.*—47. *Alimento del amor divino.*—48. *Codicia santa de gracia y merecimientos.*—49. *Devocion para con las almas del purgatorio*; Madrid, 1630, en 16.°; París, 1652, en 12.°—50. *Del afecto y amor con nuestra Señora la Virgen María*; Pálermo, 1656.—51. *Tratados espirituales.*—52. *Curiosa filosofía y tesoro de maravillas de la naturaleza*; Madrid, 1654, en 4.° Obra rara.—53. *Claros varones de la Compañía de Jesus*; Madrid, 1643, cuatro tomos en fólio.—54. *Gloria de San Ignacio y de S. Francisco Javier*; Madrid, 1645, en fólio.—55. *Vida de S. Ignacio de Loyola*; Madrid, 1631, en 8.°—56. *Vida del P. Marcelo Mastrillo.*—57. *Vida del B. P. Francisco de Borja*, tres tomos en fólio; Madrid, 1651, obra muy elogiada.—58. Tradujo del latin: *Imitacion de Cristo y menosprecio del mundo de Tomás de Kempis*; Amberes, 1650, en 8.°—M.

NIETO (P. Fr. Francisco). Nació en Madrid y vistió el hábito en el convento de Mercenarios calzados de su patria en el mes de Febrero del año

de 1654. Dedicóse con tanto fruto como aplauso al ministerio de la predicacion hasta su muerte, que acaeció en el convento de Madrid en el año 1690, á los setenta de su edad. Escribió tres tratados: 1.° *De Eucharistiæ Sanctissimo Sacramento.*—2.° *De Nativitate B. Virginis Mariæ.*—3.° *De Sancto Michaelo Arcangelo.*—M.

NIETO (Fr. Pedro), religioso descalzo de la órden de Menores de S. Francisco. Este virtuoso sacerdote y confesor, de grandes merecimientos, fué toda su vida un compendio de todas las virtudes; era muy señalado en la caridad, merced y dádiva particular de Dios; con los pobres puede decirse que era espléndido y muy compasivo y piadoso con los enfermos, como lo comprobó con infinitos hechos. Tuvo singular paciencia en los trabajos y persecuciones, con que quedó acrisolada su mucha virtud. Tenia sus pasiones tan rendidas y su carne tan sujeta al espíritu y á la razon, que aunque veia las sinrazones no las creia. Los que le conocieron le alaban de varon muy sufrido, obediente, humilde, espiritual, de ferviente y muy devota oracion, penitente y áspero consigo mismo, callado, recogido, siempre ocupado: lo que le restaba del coro y otras obediencias, gastaba en lecciones de santos libros. Escribió de oracion mental un tratado muy devoto, donde muestra bien el gusto que tenia de este santo ejercicio. Decia misa y se preparaba para ella con particular devocion, agasajándole el Señor en este excelso acto con particulares mercedes. Ayudándole un dia un religioso muy devoto, que despues fué provincial, detúvose en decirla más de dos horas; vió que al principio derramaba muchas lágrimas, y despues al concluir manifestaba un gozo tan grande que se le echaba de ver en el rostro; notó mucho esto, y cuando tuvo ocasion para ello, le rogó para su consuelo y espiritual edificacion le dijese la causa de aquellos tan contrarios afectos: á lo que le contestó reservadamente, que hacia pocos dias que el devoto Jaime, á quien habia confesado y dado el Santísimo Sacramento para embarcarse y pasar á Argel por órden del virey á poner fuego á una armada del Turco con cierto ingenio de granadas de fuego, llegó ántes del dia á la armada, y arrojándolas no hicieron efecto, le sintieron los enemigos y salieron en su persecucion con dos galeras; y que cuando le observó tan triste, le iban dando alcance y rogaba á Dios que le librase; concedióselo, y viéndole ya libre de tan manifiesto peligro y que habia llegado á puerto seguro, fué tan grande el consuelo de su espíritu, que bien se le pudo echar de ver, y que muy pronto le verian en casa. Estaba cuando esto pasó en el convento de San Juan de la Ribera de Valencia, y el Jaime desembarcó en el puerto de Cartagena. Notó aquel religioso el dia y la hora, y cuando vino se supo por su dicho que así puntualmente habia sucedido. Se conoció claramente que él Señor le dió muchos dias ántes fija noticia de su tránsito; era muy devoto

de la gloriosa Sta. Ana, y dijo que habia de morir en su dia; poco ántes se preparó, confesó y dijo misa con mucha ternura y devotas lágrimas, sabiendo que aquella sería la postrera; así fué, que en seguida enfermó y conoció que el Señor le llamaba, diciendo que no tenian que hacer más diligencia que encomendarle á Dios con mucho cuidado; hacianlo todos, pues sentian mucho la falta de tan buen padre y hermano; llegó el dia de la fiesta, y habiendo recibido todos los sacramentos con grande entereza y reposo, dió el alma al Señor, que se la habia dado tan hermosa, y dejando opinion de santo fué á gozar del premio de sus buenas obras. Está sepultado en el convento de S. Onofre de Játiva, y seis años despues fué hallado su cuerpo entero, muchos le visitan con gran devocion, aprecian sus reliquias y se encomiendan á él. Murió esto siervo del Señor á fines del siglo XVI.—A. L.

NIEUVENHOVE (Fr. Francisco de), religioso franciscano, natural de Flandes, donde se distinguió como teólogo y predicador. Fué prior de los conventos de Gante, Brujas y Dunkerque, donde habia anteriormente enseñado teología. Murió en 8 de Junio de 1562, dejando manuscritas las obras siguientes: 1.ª *Sermones de dominicis et festis.*—2.ª *Sermones cuadragessimales.*—3.ª *Commentarius in epistolam Pauli ad Ephesios.*—4.ª *Expositio regulæ ord. D. Francisci.*—5.ª *De casibus reservatis episcopo, à jure, à consuetudine.*—6.ª *OEconomia christiana de societati conjugali.*—7.ª *In Orationem Dominicam.*—8.ª *In Symbolum Apostolorum.*—9.ª *De septem Ecclesiæ notis sacris.*—S. B.

NIEVA (Fr. Bernardo de), religioso dominico, natural de la diócesis de Segovia. Escribió la siguiente obra: *Sumario manual de informacion de la cristiana conciencia*; Medina del Campo, 1556 en 4.°—M.

NIEVA (Fr. Domingo de), religioso dominico, natural de Villorias en tierra de Campos. Siendo todavía muy jóven abrazó el órden de los Padres Predicadores, en que manifestó la más sólida piedad. A la edad de veintidos años, y estando solo ordenado de diácono, pidió permiso para pasar á Filipinas, donde desde 1603 se dedicó á la conversion de los infieles, en que obtuvo los mejores resultados, consiguiendo elevar á algunos á la mayor perfeccion. Sus grandes talentos le merecieron ser elegido prior de Manila, cargo que ejercia en 1606, cuando fué enviado procurador de esta provincia cerca de Su Santidad y del rey de España. Embarcóse inmediatamente para venir á Europa: pero habiéndose levantado durante su travesía una grande tempestad, murió ahogado en el mar sin haber podido desempeñar su comision. Escribió diferentes obras y algunas en lengua china; hallándose impresas una *Gramática y un Diccionario: un Memorial de la vida cristiana; Tratado de la oracion y preparacion á la confesion y comunion.*—S. B.

NIEVA (P. Mtro. Fr. Tomás de), religioso cisterciense, natural de la Pue-

bla de los Valles, en el arzobispado de Toledo. Tomó el hábito en el monasterio de Monte Sion, donde fué lector de teología y presidente de aquella congregacion. Escribió una obra con el título *De rebus Hispanicis*, cuyo paradero se ignora.—S. B.

NIEVES (Nuestra Señora de las). El dia 5 de Agosto celebra la Iglesia Católica una festividad á la Vírgen Santísima con este título, que toman por nombre muchas señoras de la cristiandad; y habiéndonos propuesto dar razon en esta obra de todos los nombres de nuestra Señora que son adoptados por los fieles para distinguirse con ellos, vamos á hacerlo de este, siquiera sea con la menor extension que desearíamos hacerlo. Habia en Roma, en el pontificado de Liborio, un caballero de la primera nobleza casado con una matrona de la misma nobleza é igual á él en piedad y caridad cristiana, lo cual les hacia ser muy distinguidos por los fieles. Devotos ambos de la Vírgen María, y no teniendo sucesion, convinieron en gastar su caudal en obsequio de esta Señora, y empezando su piadoso objeto por repartir muchas limonas á los pobres, pidieron á la Señora les indicase el mejor medio de que pudiesen cumplir su deseo. Oyó la gran Madre de Dios las oraciones del virtuoso matrimonio, y una noche calorosa de verano les habló en sueños separadamente, manifestándoles que se daria por heredera de sus bienes y bien obsequiada, si saliendo á la mañana siguiente al collado Esquilino, la edificasen un templo en el mismo sitio que viesen cubierto de nieve. Dieron los esposos inmediatamente cuenta al Pontífice de su sueño, y como tambien hubiese tenido igual revelacion, hizo convocar al pueblo y al clero, y dirigiéndose en procesion al punto indicado, hallaron cubierto de nieve el terreno que podia necesitarse para poderse edificar una grande iglesia, la que levantó Patricio en seguida á expensas del caudal de su mujer y del suyo, y esta fué la primera iglesia edificada y consagrada en Roma á nuestra Señora, cuyo nombre fué el de *las Nieves*, por el milagro expresado, y tambien basílica de Liborio por haber sucedido en su pontificado. Tomó además esta iglesia el nombre de basílica Sixtina cuando la renovó el papa Sixto III, sucesor del pontífice Celestino, llevando tambien el de *Santa María del Pesebre*, por haberse colocado en una de sus capillas el pesebre en que fué puesto por la Vírgen María el niño Jesus cuando nació en Belen, dándosela, por último, el que hoy tiene de Santa María la Mayor, para diferenciarla de los templos Santa María Transtiberim, de la Rotunda, de *in Via Lata*, de la Estrada, perteneciente á los Jesuitas; de los Angeles, de Minerva, de *Ara cœli*, de la Paz, del Cármen, de Transpontina, de Monte Olivete, de la Nueva, de los Servitas, de *in Via* y de otros muchos dedicados á nuestra Señora que hay en la capital del orbe católico. Grandes excelencias se han concedido siempre á esta iglesia de nuestra Señora de las Nieves ó sea Santa

María la Mayor, y á ella hizo ir S. Gregorio Magno la solemne procesion de rogativa verificada con motivo de la terrible peste que asolaba la ciudad en su pontificado. Lo propio hizo el papa Esteban II para aplacar la ira del Señor, y Leon IV en tiempo del emperador Lotario, que hizo ir la procesion desde la iglesia de S. Adriano mártir para que Dios librase á Roma de una serpiente venenosa que la inficionaba. Se halla consignado en la historia de esta iglesia, que hallándose celebrando en ella el santo sacrificio de la Misa el pontífice S. Martin, queriendo Olimpio Exarco prenderle ó matarle por órden del Emperador, se quedó ciego é imposibilitado aquel hereje de poner sus sacrílegas manos sobre el vicario de Jesucristo. Muchos milagros ha obrado el Señor en este templo por intercesion de su Santísima Madre, y ciertamente que Juan Patricio y su piadosa mujer no pudieron haber hecho cosa mejor para bien de sus almas y gloria de sus nombres que haber hecho esta iglesia, conocida de todo el catolicismo hoy, en la cual sus piadosos fundadores son recordados siempre con gloria.—B. C.

NIEVES (P. Fr. Simon das), cisterciense portugués, natural de Montemayor el Viejo. Tomó el hábito y profesó en el monasterio de Ceiza, donde falleció en 1567 despues de haber escrito la obra siguiente: *Super caput secundum Evang. S. Matthœi.*—S. B.

NIGER, llamado por otro nombre Simon, de quien se hace mencion en los *Hechos de los Apóstoles*. Fué profeta y doctor, y uno de los que impusieron las manos á Saulo y Bernabé para el ministerio á que les destinaba el Espíritu Santo. Algunos creen que es el mismo Simon el Cirineo, que ayudó á llevar la cruz á Jesucristo en su tránsito al Calvario; pero no hay prueba atendible sobre que fundar esta opinion. S. Epifanio habla de un hombre llamado Niger, que era del número de los setenta y dos discípulos del Salvador. La Iglesia no menciona ni en el oficio ni en los martirologios el nombre de Simon Niger ó Simon el Negro.—M.

NIGER (Pedro Schwartz). Fué este sabio aleman, segun Weis en sus Biografías, uno de los teólogos más célebres del siglo XV, no habiendo podido averiguarse el lugar ni fecha de su nacimiento. Estudioso por naturaleza y sumamente inclinado á las sagradas letras y á la vida contemplativa, deseó dedicarse á Dios por entero, y huir del mundo y de sus vanidades y peligrosas hojarascas; y decidido á ello tomó el hábito en la órden de Santo Domingo, ó sea de Predicadores, con ánimo resuelto de buscar la perfeccion que pudiera proporcionarle la salvacion de su alma, que es la verdadera riqueza que debe el hombre ambicionar y el reino por cuya corona debe pelear sin descanso contra los enemigos del espíritu, que lo son tanto suyos como de Dios. A fin de perfeccionar sus adquiridos conocimientos, frecuentó las escuelas de Montpeller, de Friburgo, de Ingolstadt y aun la célebre es-

pañola de Salamanca, que en aquella época estaba á la cabeza de los liceos literarios del universo católico, y de la cual salieron multitud de sabios, que esparcieron la luz de la verdadera ciencia, y que asombraron á la sociedad por su saber y elocuencia. En su permanencia en esta célebre universidad española aprendió la lengua hebrea por las lecciones de algunos de los sabios rabinos que la frecuentaban, y se instruyó á fondo de las principales costumbres de los judíos, de suerte que cuando salió de España estuvo en el caso de hacer ver en su país que el nuestro estaba en ciencias teológicas y en letras humanas en situacion de tener poco que envidiar á los demás pueblos de Europa en aquella época. Recibió el grado de bachiller en la universidad de Ingolstadt y profesó la teología en Wurtzburgo. Encontrándose en Ratisbona en 1474 en las fiestas de páscua, con motivo de la demanda que tenia el obispo de esta ciudad contra los rabinos de la misma, sostuvo durante siete dias una reñida argumentacion, que terminó con hacer callar á sus enemigos, triunfo que extendió la fama para que creciera su reputacion, cómo así sucedió. Llegando la noticia de su gran capacidad á la corte de Hungría, le llamó el rey Matías Corvino, y obsequiándole mucho, luego que se informó por sí mismo de su extraordinario mérito y saber, le encargó escribir la defensa de la doctrina de Sto. Tomás de Aquino. Murió este sabio dominico en Baden hácia el año de 1481, muy sentido de cuantos conocian lo claro de su talento, y que habian tenido ocasion de tratarle ó de recibir sus lecciones. Segun su expresado biógrafo, se perdieron muchas de sus obras, que tal vez hayan aprovechado á alguna medianía para aparecer de gran tamaño, como sucede muchas veces con las obras literarias que quedan sin publicar á la muerte de sus autores, las cuales ó vienen á perderse entre las manos de los ignorantes que las pulverizan, ó á ser halladas por los que, sin ser sabios, tienen el suficiente talento para saberse aprovechar del de los demás cuando encuentran una ocasion feliz que se lo proporcione. Dos son las únicas obras que se conocen de este autor: la una es *Tractatus ad judæorum perfidiam extupendam confectus;* Essling, 1475, en fólio, cuya edicion es ya muy rara y se halla descrita por Fossi en el catálogo de su biblioteca. Dice el P. Laire en su *Index librorum ab invent. typograph.*, que este libro es el primero en que se encuentran caractéres hebreos; pero Weis manifiesta que en esta época existian ya imprentas de judíos en Italia mucho mejor montadas que la de Essling, y por lo tanto debe entenderse que este fué el primer libro que con los expresados caractéres vió el P. Laire, no que fuese el primero que se hubiese impreso con ellos en el mundo, si bien pocos pudo tener delante. Fué reimpresa esta obra en Nuremberg, en fól., el año 1477. Hay en aleman una traduccion libre con el nombre de *Stella Messiæ;* Essling, 1477, en 4.° Los autores de la obra titulada *Escritores*

de la Orden de Predicadores, han insertado el prólogo y el análisis de esta obra en la nota bibliográfica que han dedicado á Niger, y en la misma obra se ve un artículo, á la pág. 855, que se refiere á Pedro Niger (*Petrus Teuto*, ó sea Pedro el Aleman); pero por una falta tipográfica muy singular se hace allí de su *Tractatus adversus judæos* un tratado *ad Iudos*. — *Clypeus Thomistarum adversus omnes Doctoris Angelici obtrectatores*, un volúmen en fólio, impreso en Venecia en 1482 y reimpreso despues en 1504. Estas dos obras, en sentir de los inteligentes, bastan y sobran por sí solas para acreditar la capacidad y talento del P. dominico Niger. — C.

NIGRINO (P. Andrés), de la Compañía de Jesús. Nació en Glosgaw, en la Silesia, el año de 1600, hijo de padres honrados y favorecidos de la fortuna en sus bienes. Le habia tocado una alma bellísima y un genio apacible, naturalmente inclinado á la virtud, creciendo en ella y excitándole la vocacion el ver en comunidad á los hermanos de Jesús, estudiantes, cuando iban y volvian de funciones de escuela; por lo tanto Andrés, siendo estudiante gramático en Bruna, le agradó y enamoró la modesta alegría de los estudiantes novicios, parándose horas enteras en la calle por solo tener el gusto de verlos pasar y contemplar su modestia, circunspeccion y modo, lo que le excitaba el deseo propio de la edad de ser algun dia uno de aquellos jóvenes envidiables. No quiso publicar su deseo sin consultarlo primero con la Santísima Vírgen: con lágrimas y suspiros la suplicó se dignase dirigirle y enseñarle su santísima voluntad y la de su precioso Hijo. Dos horas permaneció en oracion con sus instancias y súplicas hasta que esta Madre, amparo de afligidos, le designó entrase en la Compañía. Pidió con la mayor firmeza ser admitido, pudiendo decirse fué jesuita ántes de ser recibido, tanto más cuanto en aquellos tiempos padecia la Compañía una persecucion activa y sin tregua á consecuencia de un incendio, cuyos autores les supusieron los herejes, obligando á salir á los padres de Bruna huyendo á pie, refugiándose en las selvas sudados, hambrientos y rendidos, sin más alivio que la paciencia para sufrir los trabajos, los baldones y malos tratamientos de la plebe. En este viaje acompañó de seglar como voluntario novicio á los padres jesuitas que se refugiaron en Turzan, hasta donde les siguió un cuerpo de soldados que les amenazaban de muerte á cada paso, y á pesar de ser amparados en la casa de Turzan tuvieron que rendirse á los soldados, que les obligaron á volver presos á Bruna á responder á la acusacion y causa que se les formaba como incendiarios. Bien pudiera Andrés, como seglar, haberse quedado en Turzan, ó, tomando el viaje para Glogovia, libertarse de la tribulacion; pero fervoroso pretendiente, abandonó el cariño de sus padres, la patria y riquezas con que en su herencia le brindaba la fortuna, siguiendo el peligroso destino de los Jesuitas cuando todos los perseguian. Quisieron for-

malizar una causa sin otro objeto que condenarlos al destierro; siguiéndoles Andrés constante en esta peregrinacion, llegando por fin á Viena; allí juzgó el P. provincial que merecia de justicia la sotana. Recibido en Viena el año de 1620, siguió su noviciado hasta que sosegada la turbacion volvió á Praga, donde se dedicó á Dios con los votos del bienio. Bien constante fué su deseo de la religion, y bien pública fué en la provincia la estimacion que toda su vida tuvo de su vocacion. Ningun año dejó de celebrar el dia de su recibo con penitencias públicas en refectorio, con muchas horas de oracion en la iglesia y con júbilo, reparado por todos aquellos á quienes edificaba. Acabado el noviciado empezó sus estudios por solo obediencia, porque por su voluntad instó para que sus superiores le aplicasen desde luego á oficios humildes, ó á lo ménos le diesen licencia para estudiar moral y dedicarse al bien de los prójimos: no le oyeron por entónces, y así repitió la súplica al tercer año de filosofía, con la ocasion de un padecimiento en los ojos que le puso en riesgo de perder la vista; tampoco fué oido, y en esta consagró á Dios su deseo y su salud, pues á no haber Su Majestad concurrido con milagro era muy próximo el peligro; su obediencia le hizo continuar sus estudios, aunque no podia; pero el dia en que se muestra al pueblo la tabla de manteles que sirvió á Cristo en la última cena, que ennoblece la catedral de Praga, al tiempo de adorarla Andrés llegó los ojos con devocion á la reliquia, quedando en el lienzo unas escamas, y los ojos limpios, claros, sin la menor señal del penoso y largo padecimiento de su vista. Terminando con aplauso la filosofía despues de este suceso maravilloso, en vez de leer gramática, segun costumbre en aquellas provincias, le señalaron compañero de un padre que venia á España por confesor de un embajador cesáreo. Este viaje tuvo de utilidad en el padre un continuo ejercicio de humildad, muy de su gusto, ocupando oficio y sirviendo de hermano coadjutor; y no fué el menor fruto haber aprendido la lengua castellana, adorno que tuvo este grande hombre, en todo excelente, pues logró aprenderla y saberla con la perfeccion que pudiera si fuera nativa. Restituido á Bohemia cursó teología, mas no queria detenerse en estudios por gozar cuanto ántes el fruto de su celo en bien de las almas; obedeció á la prudencia de sus superiores, que contuvieron su ardor para que luego fuese más digno ministro de la Iglesia de Dios; pero acabados sus estudios y ordenado sacerdote en el año 1633, instó con tantas veras que obtuvo lo que ya en aquel estado no le hubiera sido tan difícil, ni necesitaba de tanta eficacia; pues habiendo mandado aquel año el Emperador á la Compañía que enviase misioneros á la Bohemia para reducir á los recientemente inficionados con la pestilencia de la herejía y para fortalecer á los que habian permanecido católicos en la persecucion, fué nombrado para Trebona el P. Andrés Nigrino, haciendo allí

en pocos meses lo que otros no hubieran conseguido en muchos años; desde este punto, observando sus progresos y merecimientos, le mandaron con el mismo objeto á Rubra, Lhuta y Desna: en todas estas ciudades y en sus aldeas logró el mismo fruto que en Trebona y sus siete aldeas. Con tan felices sucesos empezó á cobrar vuelo la fama del celo fervoroso del P. Andrés, y como el Emperador tomó tan á su cargo el bien de las almas y la solicitud de que no se apestase toda la Alemania, tan arraigada en Gustavo Adolfo, rey de Suecia, mandó que viniesen jesuitas á prevenir y remediar el daño que se podia seguir á la religion católica en la perversion de las almas. Era el P. Andrés de Silesia, y como patricio de Opaw se juzgó útil su celo en aquella ciudad, donde fué sumamente beneficioso el apostolado gloriosísimo de este siervo de Dios; puede decirse que en este punto residió toda su vida, pues solo faltó del colegio tres años, que le ocupó la obediencia en el rectorado de Kuttemberg, el cual sirvió con prudencia y aceptacion, aunque con gran sentimiento del mismo que le eligió, porque se dió á conocer la gran falta que hacia donde no estaba; y como vivia tan necesitada la ciudad, luego que se acabaron los términos precisos del rectorado se restituyó á Opavia, principal teatro de sus proezas. Los triunfos de Gustavo Adolfo le hicieron apoderarse de la Silesia y Opavia, y los jesuitas, por usar de toda prudencia y cautela, se vieron obligados á desamparar la ciudad, quedándose como escondidos el P. Andrés con otro jesuita; desafiando el riesgo y el poder de sus enemigos estos dos religiosos, confortando á los que vacilaban en sus creencias, animando á los débiles, consolando á los afligidos: su trabajo mejor se concibe que se explica; todo el dia era afan y ninguna hora se concedia al descanso. Fué tanto el fruto que consiguió, que resentido de él Mons. Enrique Schlangius, general del sueco, despues de haber amonestado al padre que se contuviese, viendo que no le hacian fuerza sus consejos, le llamó y amenazó con la muerte, y que si no se enmendaba le mandaria ahorcar; á lo que el P. Nigrino le contestaba que no creia merecer la muerte, pero que si en su vida consistia que allí la tenia, pues creia ser menor inconveniente que él faltase muriendo dichosamente que entibiar la fe en los suyos, callando ó cediendo. No instó el general ni llevó adelante la amenaza, porque Dios guardaba aquella vida para remedio de muchos y consuelo de sus almas. A la guerra siguió la peste, con tal furia que en sola la ciudad murieron del contagio más de cinco mil personas; en esta comun tribulacion fué héroe en el trabajo, en la fortaleza, en la constancia y en el ejemplo: consolaba las almas y los corazones en el santo sacramento de la penitencia, administraba el viático, visitaba y animaba á los enfermos, les servia la comida, y á muchos pobres daba de comer con las limosnas que conseguia de los ricos; era médico como podia, consultando con los que sa-

bian la facultad; aconsejaba lo que habian de hacer para sanar y ministraba los medicamentos. Con el desórden de la ciudad á consecuencia de la epidemia é invasion de los enemigos, no habia órden en enterrar los muertos; tomando esta ocupacion como por oficio este varon santo. Por otro lado Dios le aumentó el trabajo, pues tuvo igualmente que ocuparse de dirigir los abastecimientos y subsistencias por haber enfermado el gobernador de la ciudad. Terminada la epidemia, sitió el ejército imperial á Opavia, que en breve recuperaron, saliendo con pactos la guarnicion sueca, dejándose en la ciudad ciento treinta heridos y débiles que no pudieron conducir. Aplicó su cuidado el P. Andrés á estos pobres miserables; cuidó de su sustento y de su regalo, que consiguió, parte en el buen gobierno y caridad cristiana de los generales, y la mayor parte de limosnas que á expensas de su rubor solicitó de devotos; ofrecieron los prisioneros dar cuenta á sus generales de la caridad y solícito amor del Padre, y cumplieron lo que ofrecieron, pues el general sueco le escribió una muy expresiva carta de gracias. No solo con los suecos enfermos sino con los difuntos ejercitó su caritativo afecto, pues los imperiales condenaron á ocho suecos malhechores al suplicio de horca, mandando no se diese sepultura á sus cadáveres, dejándolos pendientes para público escarmiento hasta que los consumiese el aire. Los asistió y auxilió en el suplicio el P. Andrés, y desde la hora en que acabó este oficio empezó el de la caridad, suplicando no se llevase á efecto la sentencia de no darles sepultura, lo que por fin consiguió, enterrándolos con el auxilio del verdugo el mismo padre al pie del suplicio. Esta era su caridad en obras, pero eran iguales ó mayores las que ejercitaba espiritualmente en bien de las almas. Su predicacion era muy fervorosa y sus razones tan persuasivas, que logró reducir al gremio de la religion católica á un turco y á un luterano, ambos personas notables y de suposicion. Al paso de su caridad y de su fervor religioso lucian en este benemérito Padre las demás virtudes. Su humildad sobresalia en sus acciones, siendo su delicia tratar con los pobres y gente vil. En el refectorio publicaba sus faltas. Su profunda humildad y el trato con el pueblo, que le tenia el mayor respeto, redundó en beneficio de sus almas. Introdujo en el año de 1648 las rogativas y peregrinaciones públicas con ocasion de una necesidad general; fué primero con mucha gente á Glovia, llevando todo el camino á pie el estandarte, con el fin de visitar y hacer rogativa á nuestra Señora de Loreto. El mismo año instauró segunda peregrinacion á un Via Crucis ó monte Calvario celebrado en los confines de Polonia. Su devocion rebosaba en actos exteriores; le debió la iglesia del colegio de Opavia una riquísima capilla de plata para sus aparadores en dias solemnes, candeleros y floreros de plata y otros adornos riquísimos, muchos ternos y vestiduras sacerdotales, y un empeño continuo en el culto y servicio divino.

Dotó varias fiestas y entre ellas la octava del Santísimo Sacramento, y lámparas de plata, que ardiendo y adornando fuesen perpétuos testimonios de su devocion. Fué singular su devocion al Santísimo Sacramento, y observóse en su devota misa que muchas veces se enternecia hasta llorar. Procuró promover, extender y adelantar cuanto pudo el culto de María Santísima; son muchas las congregaciones que bajo del nombre, patrocinio y en obsequio de esta soberana Reina permanecen en la Moravia y deben su fundacion al celo del P. Andrés. En España visitó todos los preciosos monumentos que se veneran respetuosamente; empezó por el estimado y venerado templo de Monserrate, donde á imitacion del Santo hizo una muy llorosa confesion general, sin más fin que la imitacion. Pasó de allí á Manresa, donde en la cueva del Santo lloró con mucha devocion, en memoria de la que el Santo tuvo en aquel retiro. Desde Madrid hizo viaje á Vizcaya por besar las paredes de la santa casa de Loyola, y singularmente aquel aposento, que hoy es devota capilla, donde el Santo mudó de milicia, y de capitan del mundo se alistó en las banderas de Cristo para fundar su Compañía. Pasó á Alcalá por visitar el hospital donde el Santo vivió siendo estudiante; y en Bohemia solia decir que por haber logrado estas devotas peregrinaciones y visitar estos monumentos tan preciosos á la Compañía, hubiera dado por bien empleado el viaje aunque le hubiera hecho á pie. Eran tantos los santos que tenia por patronos, que despues de su muerte se registró una larga letanía que rezaba todos los dias con las manos puestas ante el pecho, y á cuya intercesion decia que debia su salud, habiéndose recobrado de un accidente de gota en ambas manos que le persiguió bastante tiempo. Así vivió y así edificó á todos hasta los sesenta y cuatro años de su edad, en que á sus contemporáneos les quedó poca duda de que se acercaba su tránsito, porque estando sano y robusto al parecer, repetia á menudo que le quedaba poco tiempo de vida; dieron cuidado estas continuadas expresiones, y mayor un casual accidente que se notó como providencia. Estaba una noche el Padre en su aposento, y convocó Dios á varios jesuitas, que sin saber unos de otros concurrieron en él; y hablando el Padre de su próxima muerte se apagó la luz por sí misma sin que nadie llegase á ella; este accidente dió mucho que pensar y fué materia de muchos discursos, que todos llamaban al susto y al miedo; creció este cuando notaron que se le turbaban los humores y no podia disimular la indisposicion, pero los consolo ó los deslumbró cuando les dijo: que no podia morir hasta que recibiese su cruz. Era el caso que estaba disponiendo una riquísima cruz de plata para la iglesia, y como en todas partes los oficiales prometen mucho y cumplen tarde con las obras que ya tienen seguras, tardó el platero más de lo que deseára el P. Andrés, que ya anhelaba por su patria ó por la gloria. Llegó últimamente el dia en que el

platero llevó su obra, y estando allí otros jesuitas, exclamó diciendo: *Andrés, esta es tu cruz, con la cruz morirás.* Pagó su obra al oficial, y terminado aquel asunto empezó á concluir con su vida una intensa fiebre que en pocos dias le consumió. Durante la enfermedad se confesó generalmente tres veces; instó, recibido devotamente el viático, por el santo sacramento de la Extremauncion, é instaba eficazmente como quien sabia de cierto que habia poco tiempo que esperar; administrada por sus instancias, contra el parecer de expertos que le suponian aun más dias de vida, falleció á poco el 25 de Noviembre del año de 1665; dió plácidamente su alma á Dios á los sesenta y cuatro de su edad, cuarenta y cinco de Compañía y cuarenta y tres que en el mismo dia se habia consagrado á Dios en los votos del bienio. Escribió su vida el P. Matías Tanner, diciendo la habia sacado de los *Anales de la provincia de Bohemia* y del *Elogio* que escribió su provincia al tiempo de su muerte.—A. L.

NIGRI (Paula Antonia de). Engañado por el libro que escribió de esta religiosa Juan Bautista Fontana de Conti, el P. Hilarion de Coste, religioso mínimo, en su obra de las *Mujeres ilustres*, la colocó entre las de mayor santidad, haciendo de ella muchos elogios; pero sabiéndose que Julio III en 1552 la condenó por decreto de la Inquisicion por su soberbia, ha parecido darla lugar en esta obra para desengañar á los que hayan leido las dos citadas. Fué fundada la órden de religiosas Angélicas ó Guastalinas por Luisa Torelli, condesa de Guastala, que viuda de dos maridos á los veinticinco años, vendió su condado á Fernando de Gonzaga para consagrarse enteramente á Dios, y logró del papa Pablo III en 1534 un breve para establecer la Congregacion de doncellas consagradas á Jesucristo, que se habia propuesto: comprando con las sumas que le valieron la venta del condado una porcion de casas en Milan, edificó un monasterio, que se terminó en 1535, cuya iglesia dedicó á la Conversion de S. Pablo, y en 1536 recibieron sus monjas el hábito de Sto. Domingo, á cuya regla se sujetaron. Entre las primeras que tomaron el hábito lo fué Paula Antoñeta de Nigris, que fué en un principio modelo de santidad. Siguiendo las Angélicas las misiones con los clérigos regulares, tuvo tal preponderancia en la opinion pública la Nigris, que llegaron á consultarla los religiosos y hasta las personas más distinguidas como si fuera un oráculo; lo que llegó á engreirla de tal modo, que perdiendo su humildad, dió entrada en su corazon á la vanidad y á la soberbia, y se empeñó en que se la considerase como superiora y como profetisa que obtenia la gracia de la adivinacion. Viendo inútiles todos sus esfuerzos los clérigos regulares para hacerla entrar en razon y en obediencia, la denunciaron á Roma, y la congregacion del Santo Oficio, con anuencia del papa Julio III, decretó en 1552 que fuese esta religiosa expulsada del

monasterio de las Angélicas y encerrada en el de Santa Clara. Encontrando la Nigris el medio de salir del convento, rehusó obedecer el mandato de volver á él, y murió en su pecado el año 1555.—C.

NIGRONI (Julio), natural de Génova. Nació en 1555, y entró en la Compañía de Jesus á la edad de diez y ocho años. Despues de haber enseñado con mucho talento la retórica, filosofía y teología, fué prefecto de estudios en el colegio de Milan, despues rector de los de Verona, Cremona y Génova, superior de la casa profesa de Génova, y últimamente de la de Milan, en cuyo cargo fué reelegido tres veces. Nigroni falleció en 17 de Enero de 1725. Se conocen de él las obras siguientes: 1.ª *Dos discursos en elogio del B. Cardenal Borromeo, pronunciado el uno en Milan el 3 de Noviembre de* 1602, y el otro *en Génova, delante del Senado.*—2.ª *Sobre la ciencia del gobierno ó el modo de gobernar bien un estado*; Milan, 1610. Ambos escritos estan redactados en italiano. —3.ª *Orationes XXV*; Milan, 1608, en 4.°; Maguncia, 1610, en 8.° 4.ª *Regulæ communes Societatis Jesu commentariis asceticis illustratæ;* Milan, 1615-1616; Colonia, 1617, en 4.°—5.ª *Dissertatio succesiva de Caliga veterum*; Dilligen, 1621, en 8.°; tercera edicion revisada por el autor. En ella se hallan curiosas noticias sobre el calzado que los antiguos llamaban caliga, y del cual tomó el nombre Calígula el emperador Cayo. Por el mismo tiempo Benito Balduino, rector del colegio de Troyes, publicó en París una disertacion latina análoga, titulada: *Calceus antiquus et mythicus.* Estos dos opúsculos han sido reunidos é impresos juntamente varias veces, en especial en Amsterdam, 1667, en 12.° y en Leypsick, 1633, tambien en 12.°—6.ª *Dissertatio moralis de librorum amatoriorum, lectione junioribus maxime vitanda*; Milan, 1622; Colonia, 1630, en 12.°—7.ª *Tractatus ascetici;* Colonia, 1624, en 4.° Estos tratados, que son diez y siete, salieron al principio á luz separadamente.—8.ª *Historica dissertatio de S. Ignatio Societatis Jesu fundatore, et B. Cajetano Thieneo, institutore ordinis Clericorum regularium*; obra póstuma; Colonia, 1630, en 4.° Nápoles, 1631. Julio Nigroni publicó además con el anagrama de *Livius Loringius, Dissertatio de aula et aulicionis fuga,* reimpresa en Milan, 1626; y con el pseudónimo de *Pamphilio Landi* publicó los emblemas de la Academia Pareniana del Colegio Romano de la Compañía de Jesus, con una explicacion en italiano. Nigroni dejó manuscrita la obra siguiente: *De mendicitate domorum Societatis Jesu.*—M.

NIHUS (Bertoldo), en latin *Nihusius*, sabio controversista; debió á su mérito y talento el verse elevado á las primeras dignidades de la Iglesia. Nació en 1384 en Wolpe, en el ducado de Brunswik, de padres que á pesar de ser pobres, le dieron una educacion superior á sus recursos. Habiendo pasado á la edad de diez y ocho años á la ciudad de Helmstad, vióse precisado, para no perecer de hambre, á servir á Cornelio Martino, célebre profesor

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE TOLEDO

de lógica. El maestro de Nihus, que advirtió en él los destellos del genio, le permitió que se dedicára al estudio, y aun alentó sus esfuerzos, dándole él mismo lecciones. Sintiendo para con él cada dia más cariño, le recomendó al obispo de Osnabruck, en quien halló el jóven Nihus un verdadero protector. Animado con tantas muestras de benevolencia, el jóven Bertoldo concluyó rápidamente sus estudios, sosteniendo en 1614 varias tesis públicas. Los enemigos que tenia su maestro, eligieron esta ocasion para vengarse de él en la persona de su discípulo, y sintió tanto éste la injuria que se le habia hecho, que desde entónces empezó á apartarse de la Iglesia luterana. Encargóse despues de la educacion de algunos nobles á quienes acompañó á la universidad de Jena, siendo despues elegido institutor del duque de Weimar, tan célebre más adelante por sus talentos militares. Cansado cada dia más de la incertidumbre en que le sumian los contínuos debates de los ministros luteranos, huyó secretamente de Weimar y pasó á Colonia, donde en 1622 abjuró solemnemente sus errores. Algun tiempo despues recibió órdenes sagradas y fué nombrado director del colegio de Prosélitos, hasta que en 1629 le concedieron la abadía de Ilfeld. Lanzado de ella por los suecos, refugióse á Holanda, donde vivió muchos años, habiendo procurado conducir al gremio de la Iglesia católica á Bocius, con quien mediaban frecuentes relaciones. De regreso á Alemania, Nihus fué consagrado obispo de Mira, en cuya calidad era sufragáneo del arzobispado de Maguncia. Llenó los deberes de su cargo con todo el celo de que era capaz, hasta su muerte ocurrida en Erfur el 6 de Marzo de 1657. Además de algunos tratados de controversia y de varias ediciones, entre otras las tres obras de Leon Allacius Simmitta, *De Joanna papisa fabulæ confutatio: de Eccles. Occidental. et Orientalis perpetua consentione.* Nihus escribió las obras siguientes: 1.ª *Epistola philologica excutiens narrationem Pomponii Melæ, de navigatione*; Hanau, 1622, en 4.°, libro muy raro.—2.ª *Annotationes de communione orientalium sub unica specie*; Colonia, 1648, en 4.°—3.ª *Epigrammatum libri duo*; Colonia, 1641, en 16.° 4.ª *De cruci epistola*, 1647, en 4.°, reimpresa con el tratado *De Cruce Christi, etc.* Amsterdam, 1670, en 12.°—5.ª *Tractatus chorographicus de nonnullis Asiæ provinciis ad Tygrim et Euphratem, etc.*; Colonia, 1648, en 8.°

NILAMON (S.). Vivia este monje en Egipto en una pequeña celda, que se habia construido en el campo cerca de la ciudad de Geris, á dos leguas y media de Pelusa. Habiendo fallecido el obispo de la ciudad el año 401 de Jesucristo, los vecinos de Geris le eligieron por prelado, porque hacia tiempo le veneraban por su austera virtud y santidad. Nilamon se negó á recibir el obispado por más súplicas que se le hicieron. Estando en este empeño los gerisanos, llegó á la ciudad en aquella sazon Teófilo de Alejandría por acaso, y le exhortó á que recibiese el episcopado de sus manos, pues que esta-

ba dispuesto á ordenarle; pero el anacoreta, cerrando con piedras la entrada de su celda, le manifestó que queria orar ántes. Volviendo Teófilo algun tiempo despues, y viendo que á pesar de que le llamaba no respondia, hizo apartar las piedras que cerraban la entrada, y al abrir la puerta encontraron á Nilamon muerto. Admirados del suceso los asistentes, se le amortajó con ricos vestidos y se le sepultó á costa del público, á cuyas expensas se construyó una iglesia sobre su tumba, en la que se celebra una fiesta solemne todos los años. La Iglesia recuerda anualmente la memoria de este Santo el dia 6 de Enero.—C.

NILO (S.). Véase Peleo (S.).

NILO (S.), abad. Nació de una familia griega que habitaba en la Calabria por los años 910, y recibió en el bautismo el nombre de Nicolás, que despues cambió por el de Nilo. Hizo notables adelantos en los estudios á pesar de la general ignorancia que dominaba en su época; y si bien la aficion con que se dedicó á estudiar las letras sagradas parecia presagio de una vocacion eclesiástica, prefirió al retiro del mundo el estado del matrimonio. Naturalmente piadoso y amigo de las virtudes, tan bellas dotes fueron alejándose insensiblemente de su corazon, hasta el punto de entregarse sin rebozo á los descarríos de una vida disipada. Nilo no era ya aquel jóven, cuyas costumbres formaban el encanto de su familia y la admiracion de la ciudad. Mas la muerte de su esposa, llenando de dolor su corazon, hizo nacer de nuevo en él aquellos nobles sentimientos que brotaron mejores dias. Nilo abrió entónces los ojos, y viendo el hondo precipicio á que corria la salvacion de su alma, movido, pues, del arrepentimiento, abandona á sus amigos, renuncia para siempre los halagos de una vida perdida, y corre á llorar en el fondo de un monasterio los extravíos de su mocedad. En este retiro Nilo se consagra noche y dia á la oracion, á la penitencia y á las prácticas más austeras; el cilicio, el ayuno y la vigilia elevaron su alma á tan grande perfeccion, que era citado en la comunidad como el maestro más digno de guiar á los demás por el camino de la santidad. Cuando hubo purificado su alma en el crisol de la penitencia, sus superiores le permitieron retirarse á un bosque cercano á fijar su residencia junto á una pequeña capilla de S. Miguel. Allí abismado en la contemplacion de las cosas celestiales, sin más testigos que Dios y las mudas paredes de su celda, atesoró tanta copia de merecimientos, que pronto atrajo sobre él las bendiciones del Altísimo. La santidad de su vida y la sabiduría de sus consejos se extendieron á grandes distancias, y llamaron á su celda cenobítica las personas más ilustres en nobleza y en dignidades eclesiásticas. En efecto, leemos en su vida, que no sólo los príncipes y los prelados de la Iglesia, sino aun los papas mismos, le pidieron consejo y solicitaron sus instrucciones, no teniendo

nada de extraño distincion tan grande, si atendemos á que Dios se dignaba inspirar á Nilo en sus palabras. Este siervo de Dios, que desde la montaña alumbraba con su virtud y santidad aquellas regiones, no debia vivir mucho tiempo aislado. Varones tambien eminentes por la pureza de costumbres y su celo religioso acudieron presurosos á su lado á gobernarse por su ejemplo y á perfeccionarse en las vias del Señor. De ahí se formó una comunidad religiosa, cuyos indivíduos vivian en separadas cabañas, y se reunian para los negocios de piedad bajo la direccion del Santo, especie de abad de aquellos fervientes obreros del Señor. Mas las frecuentes incursiones de los sarracenos, interrumpiendo la paz de aquella soledad, obligaron á estos solitarios á abandonar su morada. Nilo, sin sus queridos anacoretas, se retiró al monte Casino; despues pasó diez años en el monasterio de Serperi, situado junto al mar, fijando al fin su residencia con sus discípulos en Tusculum, donde fundó el monasterio de Gotaferrata, entregando en él su espíritu al Señor el 26 de Setiembre de 1005, á la edad de noventa y cinco años. La Iglesia celebra sus virtudes en dicho dia 26 de Setiembre.—M.

NILO (S.), monje griego. Nació, segun la opinion más probable, en Ancira (Galacia) en el siglo IV, de padres ilustres. Fué discípulo de S. Crisóstomo, y elevado al alto cargo de prefecto de Constantinopla. Mas asombrado de la corrupcion que reinaba en la corte de Arcadio, y temiendo el contagio del vicio, persuadia á su esposa y su hija á que entráran en un monasterio y él con su hijo Teodulo se retiró por los años 390 á las soledades del Sinai. En aquel yermo se entregó con ardor á la práctica de las virtudes cristianas, pasando el tiempo en la oracion, el estudio y el trabajo. La reputacion de sus virtudes fué pública luego en todas aquellas comarcas, de modo que de parajes muy distantes iban las gentes á consultarle sobre los medios de progresar en la vida espiritual. Una partida de sarracenos, penetrando en los desiertos del Sinai, asesinó á muchísimos solitarios y se llevó cautivos á los más jóvenes con el objeto de venderlos. Nilo, no hallando entre los muertos el cadáver de su hijo, buscólo por todas partes y encontróle al fin en casa del obispo Elenso, que lo habia rescatado de los musulmanes. El piadoso prelado tuvo una satisfaccion indecible cuando devolvió á Teodulo á su padre, queriendo en pago de este servicio que ambos recibiesen de sus manos las órdenes sagradas, aun cuando la humildad de Nilo habia rehusado hasta entónces tan augusto carácter. Contaba entónces este Santo la edad de cincuenta años, y segun se cree fué despues abad de un monasterio de Constantinopla, bien que esta creencia solo se funda en conjeturas. De aquí en adelante se ignoran los pormenores de la vida de este Santo, sabiéndose únicamente que murió en edad muy avanzada, reinando Marciano. Sus reliquias fueron trasladadas á Constantinopla en tiempo de S. Justino y depo-

sitadas en la basílica de los Stos. Apóstoles el 12 de Noviembre, dia en que la Iglesia honra la memoria de este Santo con culto particular. S. Nilo ha sido considerado uno de los discípulos más elocuentes del Crisóstomo, mereciendo los elogios de Focio y Nicéforo Calixto por la nobleza de su estilo y la pureza de su moral. Escribió: 1.° Diez y nueve opúsculos traducidos al latin por Suarez, obispo de Bairon; Roma, 1673, en fólio, traduccion muy rara. Los principales se titulan: *Asceticus sive de vita et moribus monachorum.* Martene ha insertado en el tomo XI de su *Amplissima Collectio* una antigua traduccion latina de este opúsculo, que atribuye á Isidoro Clavio, ilustre miembro de la congregacion de Monte Casino.—2.° *Peristeria, seu de virtutibus excolendis et vitiis fugiendis.* Peristeria es el nombre de una dama célebre por sus virtudes y su caridad.—3.° *De voluntaria paupertate.*—4.° *De octo spiritibus malitia*, tratado de los pecados capitales.—5.° *De oratione.*—6.° *De monachorum præstantia, etc.* Suarez ha impreso en este tomo *El Manual de Epitecto*, revisto y recogido por S. Nilo.—7.° *Coleccion de cartas*, publicadas en griego y en latin por Allacio; Roma, 1668, en fólio. Este tomo, que se ha unido al precedente, es tambien muy raro. Allacio ha insertado al principio una disertacion muy curiosa, titulada: *De Nilis et eorum scriptis diatriba*, que Juan Alberto Fabricius ha publicado tambien con adiciones y notas en el tomo V de su Biblioteca griega. El P. Ponsines ha dado al público una coleccion de trescientas cincuenta y cinco cartas de S. Nilo, con una traduccion latina y notas: París, 1657, en 4.°; pero la coleccion de Allacio contiene seiscientas cincuenta y siete. Estas cartas son muy sucintas y casi todas son contestaciones á los escritos que le dirigian muchos personajes, pidiéndole consejo ó instrucciones. Los opúsculos y cartas de S. Nilo han sido insertados en la *Biblioth. Max. Patrum, tomos VII y XXVII.* Fontaine ha vertido al francés algunos opúsculos de este Santo solitario á continuacion de las obras traducidas de S. Clemente de Alejandría; París, 1696, en 8.°—M.

NILO, patriarca de Constantinopla en el siglo XIV, sucedió á Tacario en el año de 1370, y gobernó aquella iglesia cerca de veinte años.—S. B.

NILO, llamado *Doxopatrios archimandrita*, es decir, abad de un monasterio griego; compuso por órden de Rogero, rey de Sicilia, á últimos del siglo IX, un *Tratado de los cinco patriarcados* de Roma, de Antioquía, de Alejandría, de Jerusalen y de Constantinopla. Esteban Le-Moine ha dado una edicion griega y latina de esta obra; Leyde, 1685, en 4.°—S. B.

NILO, metropolitano de Rodas, adversario decidido de los barlaamitas. Floreció en el siglo XIV. Escribió una historia abreviada de los Concilios ecuménicos, que terminó en el de Constantinopla, dirigiéndola contra Barlaam. Esta obra se halla en la Biblioteca del Derecho canónico de Justel

y forma tambien parte de la última edicion de los Concilios. Leon Allacio publicó un discurso que habia compuesto este autor en alabanza de una señora de la isla de Chio.—S. B.

NIMIA (Sta.). Véase Quiriao (S.).

NINFA (Sta.). Véase Trifon (S.).

NINFODORA (Sta.). Véase Teuretas (S.).

NINFODORA (Sta.). Véase Menodora (Sta.).

NINGURANDA (Feliciano), religioso dominico natural de un lugar de la Valtelina, en la diócesis de Como. Adquirió tal reputacion en su Orden, que fué elegido por vicario general en Alemania, y desempeñó una cátedra de teología en Viena. Asistió á las sesiones del Concilio de Trento, que se celebraron durante el pontificado de Pio IV, en los años de 1562 y 1563, como procurador de Jaime Khuon de Belari, arzobispo de Saltzburgo, y cuatro años despues fué nombrado comisario y visitador general apostólico de todas las Ordenes religiosas de Alemania, cargo que desempeñó con el mayor celo, exponiendo con frecuencia á grandes peligros su persona. Gregorio XIII le confirió sucesivamente dos obispados en Sicilia, que cedió en 1588 por el de Como, donde falleció á 5 de Enero de 1565, á los setenta y ocho años de edad. Echard cita de este autor las siguientes obras: 1.ª *Assertio fidei catholicæ adversus confessionem fidei Annæ Burgensis;* Venecia, 1563.—2.ª *Defensio fidei majorum nostrorum;* Amberes, 1575.—3.ª *Enchiridion de censuris, irregularitate et privilegiis;* Ingolstadt, 1583.—4.ª *Manuale visitatorum;* Roma, 1589.—S. B.

NINI (Jaime), cardenal. Nació en Siena, de familia noble, y fué sucesivamente canónigo de S. Juan de Letran, mayordomo del palacio apostólico y arzobispo de Corinto. El pontífice Alejandro VII le creó cardenal con el título de Sta. María de la Paz en 13 de Febrero de 1666. Despues fué nombrado protector de la órden del Cister, camarlengo de la Santa Sede y tesorero del Sacro Colegio. Falleció en Roma el 11 de Agosto de 1680, á la edad de cincuenta años, y fué sepultado en Sta. María la Mayor.—M.

NINIANO (S.), obispo y confesor. Ilustre vástago, buen príncipe de los bretones que habitaban los condados de Cumberland y Gallowai. Era todavía muy niño cuando sus padres notaron en él una inclinacion marcada al ejercicio de la virtud, de modo que para perfeccionarse más en ella dejó su patria y pasó á Roma, en cuya capital vivió muchos años ocupado exclusivamente en la religion. Ordenado de sacerdote, su vista se volvió hácia su patria, habitada casi toda por idólatras, y deseando extender entre estos los progresos de las luces de la fe, fué consagrado obispo y salió para su destino. El ascendiente de su virtud y las luminosas y santas máximas que en el curso de sus misiones predicaba, fueron tan eficaces que cada dia obraba

numerosas conversiones. A su celo se debió en aquellas comarcas el imperio del Evangelio, y que las costumbres bárbaras del país se convirtiesen en ideas de templanza y hábitos de moralidad. Además instruyó á Tudobaldo, rey de los pictos, en la religion cristiana, la cual abrazó este príncipe con tanto ardor, que mandó edificar una basílica cristiana en Gallowai. Allí estableció S. Niniano su residencia episcopal, y dedicó el templo á S. Martin. El deseo de extender cada dia los progresos del Evangelio, le llevó á las provincias meridionales, habitadas tambien por los pictos, donde no perdonando fatiga y venciendo obstáculos, logró al cabo ver coronados sus esfuerzos con muchísimas conversiones. Despues regresó á su residencia, en la cual se reunieron al lado del Santo varones ilustres, que compartieron con su prelado los penosos trabajos de su piadosa mision. Naniano falleció en su ciudad episcopal el 16 de Setiembre del año 432, y en dicho dia la Iglesia celebra su memoria. El Señor ilustró las virtudes de este Santo con muchos milagros obrados así en vida como despues de su muerte.—M.

NINOT (D. José), natural de Santa Coloma de Queralt, diócesis de Vich, canónigo de Barcelona, fiscal de aquella Inquisicion y auditor de la Rota Romana. Tomó posesion por procurador á 5 de Marzo de 1665. Mas como en el ejercicio del último cargo habia tocado por sus manos los pleitos entre los obispos antecesores y el capítulo, no quiso venir á su sede sin haber concordado y apagado aquellas discordias; cosa que fué allí de gran consuelo é hizo muy estimable su venida, que fué á 27 de Octubre siguiente. Disfrutóle poco tiempo esta iglesia, habiendo sido trasladado á la de Lérida, noticia que llegó á 24 de Noviembre de 1667, y se verificó en 1668, despidiéndose el prelado á 22 de Junio.—O. y O.

NIMPHAS. S. Pablo escribe á los Colosenses, cap. IV, versículo 15, *Saludad á Nimphas y á la Iglesia que está en su casa.* En vista de este pasaje algunos latinos creen que Nimphas era una mujer; pero el texto griego manifiesta claramente que era un hombre. Los orientales celebran la festividad de S. Nimphas en 28 de Febrero, y le dan el título de apóstol. Segun ellos este cristiano falleció en paz. —M.

NINUS, hijo de Belo *el Asirio*. Fundó el imperio de Asiria en el año del mundo 2737, ántes de Jesucristo 1263, ántes de la era vulgar 1267, en la época que gobernaban á Israel los jueces Débora y Barac. Herodoto afirma que esta monarquía tuvo bajo su dominacion por espacio de ciento veinte años todo el Alto Egipto. Creso, Diodoro de Sicilia, Trogus y Justino, creen que Ninus venció á todos los príncipes del Asia, á excepcion de los judíos, y aunque Zoroastres, rey de los bactrinos, hizo una porfiada y larga resistencia, tuvo al fin que ceder y entregarse al vencedor. Julio *el Africano* supone que este príncipe reinó cincuenta años; pero Dionisio de Halicarnaso de-

muestra claramente en el primer libro de las Antigüedades romanas que los primeros reyes de Asiria poseian únicamente una pequeña parte del Asia.—M.

NINUS, llamado *el Jóven*. Sucedió á Sardanápalo en el trono de Asiria. Habiendo este príncipe perecido en el incendio de la ciudad de Nínive por no caer en poder de sus enemigos, Arbaces y Belesus fundaron dos monarquías de los restos del imperio Asirio, á saber, la de los Medas y la de los Babilonios. Desmembrado considerablemente de este modo el trono de Asiria, ocupólo el jóven Ninus, llamado en la Sagrada Escritura *Teglatphalasar* y *Tilgame* en Eliano. Eusebio en su Crónica dice que reinó diez y nueve años, empezando en el de 3257 del mundo, y falleciendo en 3276. Sucedióle *Salmanasar*, conocido así en los libros sagrados.—M.

NIÑO (D. Fernando), tercero de este nombre, año 1540. Fué promovido á la iglesia de Granada, con título de su presidente. Tomó posesion á 12 de Mayo de 1542, gobernóla cinco años, y fué promovido para la de Sigüenza con título de patriarca de las Indias, año de 1546. Se halla escrita su vida en el teatro de aquella santa iglesia. Tuvo por sucesor á D. Francisco Manrique.—O. y O.

NIÑO (Fr. Juanicio), religioso franciscano, natural de España. Obtuvo varios cargos en su Orden, y escribió: 1.° *Aphorismos prælatorum et subditorum*; Barcelona, 1625.—2.° *Tractatus varios de rebus sui instituti ad Gregorium XV, pro defensione ejusdem, ad Philippum III regem catholicum de eodem argumenta.*—3.° El interrogatorio en la causa de la venerable Sor Ana María de S. José, abadesa del convento de Salamanca. Precede á este interrogatorio una carta á la infanta Margarita con el título: *De veris et falsis visionibus et revelationibus*, y á continuacion otra carta que la misma Sor Ana de S. José le escribió haciéndole relacion de su vida, obligada de la obediencia; Salamanca, 1623.—4.° *La vida de Cristo*, que escribió en latin más dilatadamente Fr. Gandulfo de Sajonia, cartujo: contiene las dominicas y las ferias como se suelen leer en las religiones; Salamanca, año de 1623.—M.

NIÑO (P. Rodrigo), religioso venerable de la Compañía de Jesús. Fué el P. Rodrigo Niño de Guzman natural de Toledo, hijo de los condes de Villaverde, rama de la nobilísima casa de los duques de Medina-Sidonia, sobrino del cardenal D. Fernando Niño de Guevara, arzobispo de Sevilla é inquisidor general en los reinos y señoríos de España, en cuya casa se crió desde pequeño, porque el cardenal su tio deseó criarle para la Iglesia, lo uno por ser hijo segundo de sus padres, lo otro por verle tan dócil y modesto y tan inclinado á la virtud desde su tierna edad, que parecia haberla mamado en la leche y aprendídola desde el vientre de su madre: tal era su mo-

destia, su compostura, su devocion y el cariño que mostró desde niño á todas las cosas de piedad y al culto y reverencia de los santos. Aplicóse con gran gusto al ejercicio de las letras, y aprendió las latinas en Granada, siendo su tio presidente de aquella Chancillería, cursando en las escuelas de la Compañía, adonde con el trato y buen ejemplo de sus religiosos se aficionó á ser de esta religion, y entendiéndolo el cardenal, que era muy afecto á los Jesuitas, aunque no le pesó ver á su sobrino inclinado á dejar el mundo y consagrarse á Dios en el ara de la religion de la Compañía, no quiso que lo hiciese desde su casa sin dar cuenta á sus padres, que se lo habian entregado, y así le remitió en seguida á Toledo, manifestándoles los intentos de su hijo. El sentimiento de sus padres fué á medida del amor que le tenian, porque le amaban tiernamente por su buen natural y muchas prendas, y tenian esperanzas que á la sombra de su tio el cardenal y con su buena direccion, habia de seguir sus pisadas y alcanzar grandes puestos por la Iglesia y ser honra de su casa, que todo lo merecia, no menos por su virtud que por su sangre y por el caudal de ingenio y prudencia que mostraba; mas como eran tan temerosos de Dios, no quisieron violentar la voluntad de su hijo, ni quitarle el estado de perfeccion á que Dios le llamaba. Propusiéronle sus intentos y las esperanzas que tenian en su persona, y los estados que tenian y estimaban en su hermano, recayendo en él si faltaba, y de quien era heredero; el desconsuelo de su madre, que le amaba más que á hijo, y le habló con más lágrimas que palabras. A todo respondió el P. Rodrigo con la modestia y respeto que á sus padres debia, y con razones, no de niño, sino de muy anciano, porque nunca fué niño más que en el nombre, siempre grande en la virtud, en el seso, en la religion, en el celo de las almas, en la predicacion, y en la prudencia y en el gobierno y aplicacion á todo género de trabajo; y lo mostró bien en esta ocasion, pues poniéndole delante tantos honores, riquezas, delicias, regalos, honras y comodidades en el siglo, y la cruz de la religion con tanto número de afanes, obediencia, mortificacion, desprecios, vigilias y continuo trabajo, y estando en su albedrío escoger lo uno ó lo otro, echó mano de la cruz y de los desprecios de Cristo, dejando las delicias del mundo y sus honores; y así recibida la bendicion de sus padres, se ofreció en holocausto á Dios, adonde fué recibido, teniendo diez y seis años. Recibido en la Compañía, fué enviado por los superiores al noviciado de Villarejo de Fuentes, adonde estuvo dos años bajo la enseñanza del P. Nicolás de Almazan, diestrísimo maestro de espíritu, y mostró su gran talento en la cultura y aprovechamiento del discípulo, en quien como en blanda cera ejercitó su mano y labró un novicio santo, con toda la perfeccion que se pudo desear en un observantísimo religioso. Hizo renuncia entera de sí mismo, entregándose todo á Dios, y puso todo su estudio en hu-

millarse y mortificarse tanto cuanto era más alto y más regalado en el siglo. No se vió criatura más humilde, siempre á los pies de todos, y en los oficios más bajos y en los más trabajosos, aliviando á los demás por tomar sobre sus hombros el trabajo, besaba los pies, se postraba en el suelo, comia de rodillas, pedia de limosna lo que habia de comer, y muchas veces era de lo que sobraba á los demás, y no pocas salia á la puerta reglar á tomar en la escudilla de la comida que daban á los pobres, y luego se sentaba en el suelo en medio de la calle á comer con ellos como si fuese mendigo; barria, fregaba, traia agua y carbon sobre sus hombros y la leña que habia de servir en la cocina, como si fuera esclavo del cocinero, á quien obedecia y respetaba por la sombra que tenia de superior como si tuviera presente á Cristo; y para humillarse más, decia públicamente sus faltas y pedia á sus connovicios que le advirtiesen las que le notasen, recibiéndolo con agradecimiento y haciendo penitencia pública por ellas. No hubo linaje de humillacion que no ejecutase, ni mortificacion que no hiciese; ninguno más rendido ni obediente, ninguno más vil á sus ojos, respetando á todos como á superiores suyos, muy mortificado por extremo, y tanto que fué necesario mandarle por obediencia que tomase el alimento necesario para sustentar la vida, y tasarle las penitencias; porque las hacia tales que excedian á sus fuerzas y á las de otros más robustos, inventando cada dia nuevos géneros de disciplina y cilicios con que mortificarse. Aquellas eran tan recias y sangrientas que se oian en toda la casa, haciendo estremecer los tránsitos; los cilicios asperísimos, no quitándoselos sino por obediencia á sus prelados. En cuanto habia y hacia hallaba modo de mortificarse y de humillarse, viviendo siempre con la sed insaciable de verse crucificado con Cristo; guardó inviolable silencio, sin faltar á las reglas en lo más mínimo. Sus palabras eran escasas y siempre alusivas á cosas del cielo y de las vidas de los santos. Su modestia componia á todos, porque andaba con tal encogimiento y tan enfrenados los sentimientos, que parecia tenerlos sin uso; los ojos tan bajos, el rostro tan humilde, los pasos tan medidos, el espíritu tan concentrado, que parecia iba diciendo que no merecia pisar la tierra en que andaba; virtud que conservó toda su vida, porque así como cuando novicio fué anciano en la perfeccion, así tambien cuando anciano fué novicio en el fervor, hallando cada dia nuevos modos de humillarse. Y no fué menos perfecto en la oracion, y vigilias y en la presencia de Dios, y en la conformidad con su santa voluntad, que en el resto de las otras virtudes; porque tenia siempre la oracion de rodillas delante del Santísimo Sacramento ó en la capilla, en la presencia de la imagen de nuestra Señora, con tal respeto y reverencia como si la viera presente con los ojos del cuerpo; y no era mucho, porque tenia más vivos y vigilantes los del alma, ni era todo el tiempo destinado á la oracion el que en ella

gastaba, porque todo el dia era para el siervo de Dios tiempo de oracion, hablando con Dios y viviendo como los ángeles siempre en su presencia, ajustado y conforme en todas las cosas con la voluntad de Dios. Esta vida de ángel hizo en su noviciado el P. Rodrigo Niño, niño en la inocencia y en la pureza, rendimiento y humildad; y grande en todas las virtudes, en quien se miraban los demás como en espejo cristalino de perfeccion y santidad. Habiendo adquirido tan sólidos cimientos en su noviciado de humildad y santidad, hizo los primeros votos de la religion con gran júbilo de su alma por verse incorporado en ella, y luego le enviaron al seminario de Huete á que se perfeccionase en el latin para que pudiese enseñarle como maestro. De este colegio pasó al de Ocaña á oir la filosofia del P. Pedro de Arrubal, insigne maestro, que despues lo fué de prima de teología en varias partes, y la leyó en Roma y Alcalá, sucediendo en la cátedra al P. Gabriel Vazquez, y últimamente remató el curso de su vida leyendo en Salamanca con el crédito que declaran sus doctos libros. Tan insigne maestro preparó Dios á tan insigne discípulo. Acabado el curso de artes, entró en el de teología, la cual oyó en el colegio de la Compañía en Alcalá, del P. Gabriel Vazquez, sapientísimo maestro, y aunque aprovechó mucho en las letras, mucho más aprovechó en el espíritu, cuyo estudio fué siempre su principal ocupacion, dirigiendo todas las obras á Dios, y esmerándose en la observancia religiosa, y en la oracion y penitencia con una humildad tan profunda que á todos admiraba. Esta le movió á no inclinarse á las letras ni seguir el curso de las lecturas como otros condiscípulos suyos, teniéndole por muy lustroso y autorizado, y más expuesto al viento de la vanidad con la honra que en todas partes alcanzaban los lectores, y como era tan ambicioso de la humildad como otros de las honras y estimacion de los hombres, todos sus conatos se dirigian á emplearse en las ocupaciones más bajas y abatidas; así fué que con insistencia pidió á los superiores le pusiesen á leer gramática en la más ínfima clase todos los dias de su vida; y por darle consuelo condescendieron con sus ruegos, y le señalaron la cátedra de mínimos en el colegio de Belmonte, adonde fué en cuanto se ordenó y la leyó mucho tiempo con grande sentimiento de sus padres como gusto suyo, porque deseaban tenerle consigo, y lo pidieron con tan repetidas instancias que no fué posible el negárselo; y así le sacaron de Belmonte y le trajeron á Toledo con rigoroso mandato para su mortificacion, tan enemigo del regalo como amigo de la penitencia, si bien no le fué pequeña venir á su patria y vivir con sus parientes y amigos; pero tuvo que someterse á la obediencia y vivir, como otro San Alejo, á vista de sus padres y en medio de sus delicias sin gustarlas ni admitirlas, ni servirle más que de tormento y de mayor mortificacion teniéndolas á la vista. Por este tiempo era el cardenal D. Fernando Niño de Guevara, su

tio, inquisidor general, y para honrar el gremio de los calificadores, le hizo calificador del Consejo Supremo, dignidad que admitió por obediencia, pero con tal humildad que le sirvio de hacer alarde de la suya, porque la encubrió de manera que jamás hizo acto de calificador, ni fué á las juntas de Inquisicion, ni se puso la insignia, ni lo tomó en la boca, y aunque estimó la dignidad, la calló y ocultó tanto, que vino á ocultarse y sepultarse sin que alguno lo supiera; en tal grado, que cuando D. Andrés Pacheco Giron, obispo de Cuenca, entró á ser inquisidor general, conociendo las prendas del P. Rodrigo Niño, le hizo gracia de calificador del Consejo con otros de la Compañía, y entónces descubrió cómo hacia años que lo era, pues los los mismos del Consejo lo ignoraban. Volviendo á su humildad, era tan extremada, que siendo superior de la casa profesa, llevaba por las calles á la mano derecha á los hermanos coadjutores; no habia pobre ó desvalido que en estando enfermo no le tuviese á su cabecera, huyendo de los muy altos y nobles, tanto como buscaba á los humildes y pequeños. Asi fué que nunca pudo encubrir el fuego divino de ardientísima caridad que Dios encendió en el corazon de este siervo suyo, emprendiendo con energía el purificar á los fieles de la escoria de los vicios; estableció confesonario, no de mujeres, de las que huyó siempre, sino de hombres, en la casa profesa de Toledo, atendiendo con preferencia á los pobres y desvalidos, de quienes fué siempre padre amoroso; recibiéndolos como tal, los acariciaba y agasajaba de manera que siempre se veia rodeado de pobres y menestrales, aguardándole á la puerta de su aposento, que venian á confesarse. No se limitaba su celo á las puertas de su casa, sino que con la misma caridad visitaba las ajenas y buscaba los enfermos para confesarlos y consolarlos, recorria los hospitales y las cárceles, á todos invitaba á que fuesen á confesar las fiestas y á oir sermon y plática por la tarde; las mismas excitaciones hacia á los clérigos y estudiantes para que asistiesen á la oracion, disciplina y á los ejercicios espirituales, no perdonando trabajo para conseguir el bien de las almas. Juntó con esta misma solicitud el ejercicio de la predicacion, que fué la más continua y fervorosa que vió su siglo; llamas salian de su boca que abrasaban los corazones, haciendo admirar su celo, espíritu, elocuencia, su continuidad en el trabajo, pues predicaba las más de las veces por la mañana y por la tarde, en invierno y en verano, en la ciudad y fuera de ella, á todo género de personas en lo más ilustre y en lo más bajo de los arrabales. El fruto santo de sus sermones solo puede decirlo el que le dió el espíritu y la gracia para conseguirlo. Diez y siete años continuos predicó en Toledo con tal aceptacion, que cada dia era más oido y estimado, experimentando aquella ciudad tal reformacion de costumbres y tanto aumento de piedad, de limosnas, de frecuencia de sacramentos, de casas y hermandades, de

oracion y penitencia, de congregaciones y culto del Santísimo Sacramento y veneracion de los santos, que decian en el reino que todo Toledo estaba hecho una religion, y para ser un monasterio solo le faltaba poner celosías en los muros y porteros en las puertas. Se cerraron muchas casas de juego, se desterraron muchas malas mujeres, los teatros muchos meses estaban enteramente vacíos, ausentándose los representantes por falta de público. El P. Rodrigo fundó en la casa profesa una lucidísima congregacion, con el título de la *Anunciata*, de lo más granado de la ciudad, y otra de sacerdotes en el Colegio; poblaronse muchos conventos, así de religiosos como de monjas, y no pocos entraron en la Compañía de Jesus, que fueron lustre de ella. No paró aquí su fervoroso espíritu, pues extendió la esfera de su actividad por todo el reino y la comarca, saliendo á predicar por los lugares y haciendo misiones en varias partes con admirable fruto, como se observó en la Membrilla y Manzanares, despues de setenta años que predicó en aquellos pueblos, consiguiendo tal resultado, que ni la injuria de los tiempos, ni la flaqueza humana han podido borrarle, siendo eterna su memoria; y era tal su fervor, que ni por ser prepósito, ni rector, ni provincial, ni todas las ocupaciones del gobierno, pudieron menoscabar la continuidad en la predicacion, asistencia al confesonario, pláticas á las congregaciones y el consuelo á los enfermos; y era proverbio en la provincia que el P. Rodrigo por sí solo era un colegio entero, porque él solo hacia todos los oficios. Así era que alguna vez le aconteció estar confesando desde el amanecer, y luego salir á predicar, y á la tarde hacer plática á una congregacion, y en seguida salir á confesar á un pobre enfermo á lo último del lugar, volverse al anochecer y hacer plática á los de la casa, y luego ponerse á rezar y orar y disponer las cosas del gobierno con admiracion de todos, dando mil gracias á Dios, que le daba tal espíritu y tan robusta santidad que supliese las fuerzas para tantas obras juntas de su delicado natural. Los tres años que fué provincial hizo oficios de predicador, el uno en Madrid y los dos en Alcalá, y cuando visitaba la provincia, era raro el colegio donde no predicaba; y le sucedió no pocas veces llegar á un pueblo á la hora de misa mayor ó cuando tocaban á vísperas, despues de haber caminado muchas leguas, y el alivio que tomaba era subir á predicar una hora con el fervor acostumbrado, pues su mayor descanso le hacia depender del aprovechamiento para las almas. El mayor tiempo del camino le gastaba en oracion, y fué fama, aunque lo encubrió por su humildad, que le habló y recreó el Niño Jesús dándole aliento para las empresas que tomaba en su servicio. Se recogia entre año á los ejercicios de S. Ignacio, los cuales hacia con gran devocion y recogimiento, sin dar oidos á negocios por graves que fuesen, atendiendo al más importante que era el aprovechamiento de su alma; y algunas veces se retiraba al

noviciado á renovar su espíritu, y permanecia en él haciendo vida de novicio por muchos meses, edificando á todos con su ejemplo. Nunca se encargó de negocios seglares, ni tuvo otros más que los de su religion y del bien de las almas, ni salia de casa sino era á los ministerios y á cosas tocantes á su oficio. Cuando era superior y cuando salia de casa, aunque fuese á predicar, visitaba primero el Santísimo, como pidiendo licencia á Dios y gracia para servirle en aquella jornada, ofreciéndolo todo á su servicio; y cuando volvia, entraba de la misma manera á su presencia á darle gracias; y luego en su aposento se hincaba de rodillas delante de un santo crucifijo por un buen espacio, y examinaba lo que habia hecho y dicho con grande rigor y vigilancia, porque la tenia grandísima de su conciencia, velando á todas horas por que no le cayese alguna mancha de culpa por leve que fuese. El año de 1615 se juntó en Roma congregacion general para elegir sucesor al P. Claudio Aquaviva, que habia muerto poco ántes, y fué electo para ella el prepósito de Toledo, que entónces era el P. Alonso Carrillo, que fué asistente por las provincias de España, y en su ausencia le ordenaron al Padre Rodrigo Niño que fuese vice-prepósito, cosa que sintió infinito, porque todo su deseo fué siempre obedecer, y nunca le tuvo de mandar; pero el Señor, que se queria servir de él en este ministerio, puso en el corazon á los superiores que le hiciesen superior para descubrir el talento de gobierno que tenia encubierto, y se lució de manera que con universal aplauso quedó por propietario en el oficio de prepósito, en el que dió nuevos rayos de luz de su fervor, celo y del espíritu de su humildad, abatiéndose más cuanto más alto se hallaba, dando á todos ejemplo de observancia, de mortificacion y penitencia y de celo de las almas, porque no le detuvo el nuevo cargo para proseguir sus apostólicos trabajos, confesando y predicando como si no gobernára; pero no era tan extraño hiciese esto cuando se hallaba sano: lo más notable era que estando enfermo no perdonaba el trabajo, pues no pocas veces le hallaban con las calenturas y los dolores confesando á los penitentes, arrodillados á los pies de su cama, porque todo su alivio le hacia consistir en hacer bien á las almas y ganar alguna para Dios. Su blandura en el gobierno, la afabilidad de su trato y el amor y cariño que mostraba á todos era tal que cautivaba los corazones, y con una dulce violencia los traia á todo cuanto queria, y así vivian muy religiosamente y llevaban la cruz de Cristo gustosos y consolados con la suavidad y dulzura de su capitan. No era ménos vigilante en lo temporal de la casa que en la observancia, porque era liberalísimo con todos, cuidando, como solícito y amoroso padre, que no les faltase nada, descuidando de sí por cuidar á los suyos. Recibia á los huéspedes con el mayor agrado, y él mismo solicitaba su regalo y los servia personalmente. Trató con el mayor interés de edificar un templo más ma-

jestuoso que el que entónces habia, y desde luego dió órdenes para edificar la nueva iglesia. Embarazaba el proyecto un hospital que lindaba con la casa de los religiosos, manifestándole el arquitecto que no se podia levantar cumplidamente sin tomar parte del hospital. En este lance fué donde mostró el nuevo prepósito la magnanimidad de su corazon, porque emprendió una de las cosas más árduas que se le pudieron ofrecer. La fundacion del hospital fué manda de unos caballeros para curar pobres enfermos, con el título de nuestra Señora de la Misericordia, con la cláusula expresa de que nunca se pudiese enajenar, y para mayor seguridad dejaron por patronos al cabildo de la santa iglesia de Toledo, á la ciudad y á una cofradía de la nobleza, fundada en el mismo hospital, muros tan inexpugnables, que parecia imposible poderlos vencer; pero más invencible fué el ánimo del P. Rodrigo, porque tomó las armas de la oracion y la paciencia, y con esfuerzo varonil trabajó por más de un año sin perdonar medio ni desvelo, con ánimo infatigable, batallando de dia y de noche hasta vencer todas las dificultades y mudar el hospital á otro edificio mejor de los condes de los Arcos, adonde los llevó y acomodó y sirvió aquella noche, dándoles de cenar; y tomando posesion del hospital abrió puertas á la casa profesa, y le incorporó y dispuso para vivienda de los religiosos, tratando luego de levantar la iglesia, que fué su primer intento, aunque no lo pudo cumplir, como se dirá. Habiendo salido con gloriosa victoria en tan árdua y dificultosa lid, y ostentado en ella el gran talento que Dios le habia dado para el gobierno, ántes de acabar el de Toledo le eligió el P. General por provincial de su provincia, con grande gusto y consuelo de todos, gloriándose de tener un provincial santo, afable, liberal, cortés y de conocida prudencia y acierto en su gobierno; solo él lloraba cuando todos se gozaban, porque su deseo era darse á la oracion y al estudio, y emplearse en los ministerios de la Compañía, cumpliendo con su vocacion; pero no le valieron sus diligencias para no tomar el cargo, y así se sometió á la obediencia y tomó posesion del nuevo oficio, el cual ejercitó con el celo y vigilancia con que habia empezado á gobernar, atendiendo siempre á honrar á los humildes, alentar á los observantes y poner en las ocupaciones á los beneméritos, sin rendirse á intercesiones ni ruegos de los que se mueven por pasion; alentó los ministerios en todas partes y dió gran calor á las misiones, empezando desde luego y enviando doce padres por varias partes á fructificar la viña del Señor, esperando todos de tan buen principio gloriosos fines. Su blandura y mansedumbre le hicieron siempre muy amable; y aunque nunca más la mostró que cuando fué provincial, no le faltó valor y brio para oponerse á los rebeldes y hacer entrar por la carrera de la observancia los díscolos, castigando severamente. Los que abusaban de su blandura, la tomaban por ocasion para empeorarse y despreciar la obe-

diencia, por lo que á cierto padre, de buen ingenio y letras, á quien amonestó caritativamente que se enmendase de algunas faltas, no consiguiendo la correccion tuvo que valerse del rigor, prendiéndole y castigándole; y no bastando ni aun esto, se vió precisado á expulsarle de la Compañía. No le faltaron al nuevo Provincial ocasiones en que mostrar su paciencia, porque fuera de las muchas enfermedades que padeció en el discurso de su vida, que llevó con serenidad y gusto, conformándose en todo con la voluntad de Dios, tuvo no pocos combates de émulos y atrevidos, que refinaron el oro de su constancia con el fuego de sus injurias. Un dia de S. Miguel Arcángel, que fué á predicar á una parroquia de Toledo, adonde llegó un poco tarde por haber estado confesando, el cura, arrojado y atrevido, se descompuso delante de todos, agraviándole con mil injurias, tratándole como á un criado, siendo así que él no merecia serlo suyo, á cuya descarga el bendito Padre permaneció inmóvil, sin alterarse ni ver cambio alguno en su semblante; y lo que fué de más estima, sin destemplarse para predicar, porque enmudeció la lengua para responder á aquel atrevido y solo la movió para hablar á Dios, á quien ofreció aquella ocasion de sufrimiento, y llevándola con mansedumbre subió al púlpito y predicó el sermon con el mismo comedimiento y buena gracia, como si tal cosa hubiera sucedido. Mayor ocasion fué la que le dió un predicador de la Compañía, de más presuncion que letras, el cual movido de la ambicion de los sermones, siendo mozo é inexperto, pretendia los mejores y de más autoridad en la casa y fuera de ella; mas como el P. Rodrigo Niño le hacia incomparables ventajas más que maestro á discípulo, se los traian á él; y apurado el novel predicador de la envidia, puso la lengua en el Padre, que era su superior, y en el púlpito predicando y en las conversaciones platicando dijo muchas cosas de él, tan ajenas de la verdad como de su persona, con no pequeño escándalo del pueblo. Fué lance inexcusable el corregirle; más él con la correccion dió mayores voces, hijas de su despecho, siendo admirable la paciencia y mansedumbre del P. Rodrigo Niño, que con ser superior y ofendido, sin haber dado causa para sus desórdenes, se le rindió y humilló, entrándosele por sus puertas y ofreciéndose á su servicio, haciéndole caricias como pudiera á su mayor amigo; pero el mal aconsejado, como mozo sin prudencia, aunque fingió pesarle mucho de lo sucedido, dejó el encono la raíz en su corazon, brotando presto por la boca y volviendo á sus ambiciones, hasta que avisado y reprendido muchas veces por incorregible, fué despedido de la Compañía, llevando como ambicioso y soberbio su merecido castigo. Siendo rector del colegio de Madrid se levantó una borrasca contra la Compañía de las más pesadas que tuvo por aquellos tiempos, moviéndose el vulgo contra los Jesuitas, sin el menor freno, con atrevimiento popular, corriendo á los reli-

giosos por las calles y diciendo injurias á todos los de la Compañía en cualquiera parte que los encontrasen. Saliendo un dia á los ministerios que ejercitaba el P. Rodrigo Niño, le siguió una tropa de mozuelos, silbándole é injuriándole, las cuales sufrió el Padre con la sonrisa en la boca, ofreciéndolas á Dios y alegrándose de verse denostado, corrido y mofado por su amor; y cuando volvió al colegio contó á los padres lo ocurrido con alegre semblante, edificando á todos su paciencia y enseñados á sufrir injurias de su constancia. Tenia gran viveza natural, y era tan mortificado que le juzgaban los que más le trataban por flemático; de tal modo refrenaba sus pasiones, pues solo se aprovechaba de ellas para trabajar con fervor y cuidar con eficacia de lo que tenia á su cargo. En los diez meses primeros de provincial visitó toda la provincia y anduvo más de cuatrocientas leguas. La vida que hacia en los caminos y en los colegios que visitaba era una contínua leccion de santidad, porque no se aprovechaba de la autoridad de provincial sino para humillarse más y tenerse por obligado á dar mayor ejemplo, como efectivamente lo daba, tratándose pobremente y hablando á todos de Dios. En las ventas y mesones guardaba el mismo recogimiento que en la casa. Nunca salia fuera, porque siempre estaba dentro de sí mismo. Comia lo que hallaba como pobre, y ninguna cosa de regalo, y siempre la partia con los pobres. Oraba y rezaba, y ocupaba el tiempo como si se hallára en el colegio más retirado. A todos edificaba y dejaba contentos, y ni por llegar tarde ó cansado prescindia un punto de sus penitencias, guardando su distribucion en todas partes, pareciendo que el siervo de Dios hallaba el descanso en la penitencia. Usaba de varios cilicios, todos asperísimos, y treinta años tuvo un corcho por cama. Sus vigilias eran tan dilatadas que no se sabia cuando dormia, porque á todas horas le hallaban velando, orando, rezando, estudiando ó escribiendo; algunos le decian que mirase por su salud, á los que contestaba que harto miraba por ella y que el cuerpo se hacia á lo que le enseñaban. Cuando se ponia á la mesa besaba el pan, como quien lo recibia de limosna por amor de Dios. Era muy parco en la comida, y no admitia el extraordinario que solian dar á los huéspedes cuando llegaban de camino, repartiéndolo en los del colegio. Supo con la dignidad de provincial juntar la humildad y rendimiento de súbdito, porque ninguno lo fué más que él á las órdenes de sus prelados, obedeciéndolos puntualmente. Nunca obró sin tomar consejo, siguiendo con grande gusto el que le daban, inclinándose siempre al más blando y benigno. Nunca se precipitaba en las determinaciones, si bien era constante en observar las que tomaba, no rindiéndole ninguna dificultad. El vestido era tal, especialmente el interior, que más bien parecia de un mendigo que de un hijo de persona tan esclarecida; un coletillo llevó muchos años para abrigo, remendándole tantas veces, que

ya no se conocia la primera materia de que se habia hecho, porque tenia tantas y tan diferentes, que cada parte era de su clase, parte era de badana, parte de lienzo, parte de paño, parte de sayal, y todo raido y hecho pedazos, buscando en todo su porte la mortificacion y humillacion; siendo tal su caridad, que tomaba la penitencia á su cargo por los pecados de sus penitentes para facilitarles la confesion y enviarles consolados, y la que merecian los súbditos por sus faltas, imitando á Cristo; y finalmente, se dió tal vida que enfermó varias veces de puro trabajado, lo cual sabido por el P. general, le señaló un padre anciano á quien obedeciese en las penitencias, tasándole las que habia de hacer, por que no acabase con su vida. Hallábase tan cargado con la dignidad de provincial, que un año ántes de acabar hizo instancias al general para que le enviase sucesor, y que no le mandase gobernar más en adelante; lo primero fué concedido, pero no lo segundo por no privar á la religion de un tan excelente prelado; la patente del sucesor llegó á la una del dia y á las dos le habia puesto en posesion. Tal era su deseo de verse súbdito. El conde su padre, que aun vivia, en los últimos años de su edad hizo tal instancia por tenerle consigo, que no se le pudo negar, y así le ordenó la obediencia que volviese á Toledo á predicar como ántes. Obedeció el siervo de Dios, y ató el hilo de su predicacion con el mismo fervor y fruto que cuando era jóven. Hubo una congregacion por este tiempo, y eligiéronle para ir á Roma por procurador de la provincia, á instancia del P. Mucio, general de la Compañía, por el deseo que tenia de conocerle y de tenerle cerca de su persona para valerse de su consejo en el gobierno de la religion. Pero el conde su padre, que se hallaba enfermo y cercano á la muerte, impidió con sus instancias que se verificase; mas sucedido su fallecimiento, le señaló el general por rector del colegio de Madrid, el cual vino á gobernar con tanto gusto de todos como mortificacion suya. El rey D. Felipe IV, que le habia oido predicar y le estimaba como á santo, le hizo su predicador, y el conde-duque de Olivares, su primo, se valió de su consejo para cosas gravísimas tocantes á la monarquía, y todas tuvieron bonísimos resultados; pero el P. Rodrigo, siempre el mismo, ejercitó sus fervores en este oficio como en los demás, confesando á los pobres y mendigos, predicando en todas partes, hasta en arrabales y cárceles; y observándole algunos que mirase por la autoridad de predicador del Rey, que la hacia desestimar, respondia con su gracia acostumbrada que nunca estaba en más estima que sirviendo á los pobres de Cristo, y que estimaba más un alma que viniese movida de sus sermones que cuantas honras tenia en el mundo. No le faltaron ocasiones en este gobierno en que ejercitar su celo y paciencia, porque con ocasion de los Estudios Reales que la magnificencia del Rey fundó en el Colegio Imperial, se armaron las universidades

de España contra la Compañía y levantaron una de las mayores guerras que ha padecido en aquellos tiempos; y como el bendito Padre era tan hijo de su religion sintió estos sucesos y persecuciones en lo íntimo de su corazon, y solo por volver por ella y aclarar la verdad usó del valimiento que tenia con el conde-duque y con otros de los mayores ministros, con los cuales nunca intercedió por sus parientes ni se metió en pretensiones seculares; pero esta la tomó muy á pechos, hasta salir con ella y sacar á su religion á paz y á salvo. Fué mucho lo que trabajó en defender la Compañía, y con estar tan lleno de achaques, y la corte tan lodosa, y los oficios y secretarías en que negociaba distantes, nunca le pudieron vencer á que subiese en un coche, aunque fuese por breve tiempo, juzgando que desdecia de la pobreza y humildad de su estado. Fué devotísimo del Santísimo Sacramento, y más de veinticinco años tuvo el aposento junto al coro y ventana á su altar, viviendo en su presencia y como en su compañía; y cuando le descubrian, que era muchas veces, gastaba lo más de la tarde orando de rodillas, siendo raro el año que no predicaba treinta y más sermones de este sagrado misterio. No tuvo ménos devocion á la Santísima Vírgen, á quien amó como á madre desde sus más tiernos años, mostrando bien su afecto en la colocacion de nuestra Señora del Sagrario de la santa iglesia de Toledo en la nueva capilla que edificó el cardenal D. Bernardo de Rojas y Sandoval, su arzobispo, con la mayor grandeza y suntuosidad que se pudo desear. Fué la primera santa imágen que salió por las calles, y pasando por la Compañía, el prepósito P. Niño la hizo un recibimiento y un altar de lo más rico y curioso que vieron aquellos tiempos. La devocion que tuvo con las almas del Purgatorio fué muy notoria, hija de la ardiente caridad que siempre vivió en su pecho; oraba todos los dias por ellas, ofreciendo muchas misas, sufragios y penitencias, y ordenó que en su provincia se rezase todos los dias á la hora señalada por las almas del Purgatorio, como se usaba en otras provincias. Llegó el último año de su oficio y el de su vida juntamente, porque vida tan trabajada bien se deja entender que no pudo ser muy larga; dióle un dolor de costado de las contínuas fatigas, á tiempo que salia de unos largos y devotos ejercicios, con que Dios le previno para su muerte; cuando le dieron la nueva de que se llegaba, manifestando suma alegría, por ser grande el deseo que tenia de verse con Dios y el gozo de verle cumplido, recibió todos los sacramentos con admirable devocion, despidióse de los religiosos, ofreciéndoles hacer oficio de abogado por la Compañía y defenderla en el tribunal de Dios, como lo experimentaron, dando fin á las persecuciones con su muerte, la cual se verificó el lunes 25 de Noviembre de 1627, teniendo cincuenta y seis años de edad y cuarenta de Compañía. Su muerte fué celebrada con lágrimas y concurso de la religion y de la corte, aclamándole todos por

santo y procurando á porfía tener algo de sus reliquias; y los que nada conseguian besaban sus pies y manos y le tocaban sus rosarios, para lo cual estuvieron cuatro padres todo el tiempo del entierro guardando el cuerpo para evitar las consecuencias del gran concurso de gentes. Escribieron de su vida los PP. Pedro Benedicto de Rada y Alfonso Ezquerra.—A. L.

NIÑO DE GUEVARA (Doña Aldonza), religiosa carmelita. Esta santa y ejemplar hija de Sta. Teresa fué natural de Toledo, donde nació en el año 1557, y tuvo por padres á D. Rodrigo Niño y Doña Teresa de Guevara, de la nobilísima familia que dió al mundo entre otros varios ilustres varones al célebre cardenal D. Fernando Niño de Guevara, arzobispo de Sevilla y hermano de Doña Aldonza. Manifestó esta señora tanta virtud, aun en su edad más temprana, que demostró bien claramente la superior luz que le iluminaba; pues en medio de su grandeza se impuso tantas privaciones y se ejercitó en tan ásperas penitencias, que á todos los tenia absortos y confundidos. Cuando llegó á la edad adulta no desmintió aquellos principios, y dió muestras de alto juicio, entendimiento muy capaz y sumo cuidado y acierto en el gobierno de su alma y de su casa. Sus diversiones eran frecuentar los sacramentos, y sus placeres comunicarse con la Divinidad. Movida de los avisos é inspiraciones que recibia de Dios en la oracion, quiso abrazar la vida religiosa, y al efecto eligió el convento de S. Pablo de la ciudad de Toledo. Repugnaron sus padres esta idea, sintiéronla sus hermanos, y todos sus parientes se pusieron de acuerdo para que no lo verificase. No tuvo, pues, efecto su santa idea, quedando rendida á los preceptos de la obediencia. Trataron su casamiento con D. Garcilaso de la Vega y Guzman, quien hizo tanto aprecio de su esposa, que le dió ámplios poderes para que administrase su casa y hacienda, notando muy pronto cuán acertada era esta medida, porque su hacienda fué aumentándose y mejorándose, realizando Aldonza el ejemplo de la mujer fuerte que la Escritura propone. Colmó el Señor de felicidad al santo matrimonio, y le dió ilustres hijos, entre los cuales descolló D. Rodrigo de Guzman y Niño, conde de Añover, caballero de tan buenas prendas, tan apreciado en la corte de Felipe II que éste le nombró gobernador de Flandes con preferencia al archiduque Alberto, granjeándose con su conducta no solo la estimacion del soberano, sino el aprecio de los pueblos que gobernó; árdua empresa en los difíciles tiempos que corrian. Quedó Doña Aldonza viuda en 1562, á la edad de veinticinco años. Libre ya y dueña de su voluntad, soltó la rienda á sus devotos intentos y se dispuso á cumplirlos. Aunque sintió mucho la muerte de su esposo, porque le estimaba infinito, sufrió aquel golpe con resignacion, conformándose con la divina voluntad, tanto más cuanto que casada, segun el precepto evangélico, fué esposa sin serlo; es decir, que solo estuvo unida con los vínculos del santo amor, libre

de los deseos profanos y pensamientos carnales, y así como siempre habia vivido unida á Dios, aunque faltó la criatura quedó á su alma la compañía de su primer esposo. Dedicóse á criar sus hijos con virtud y recogimiento, manifestando tanto desprecio de las cosas del mundo, que habiendo tratado el primogénito de lo conveniente que le parecia poner y añadir algunos blasones más al escudo de sus armas, hizo subir la madre unos pobres á su gabinete, y presentándolos á sus hijos exclamó: «Los blasones más honrosos y »los que yo deseo que pongais en vuestras armas, son los de cuidar y vestir »á estos pobres necesitados, que los demás poca honra y poco fruto os pue»den proporcionar.» Casó muy honrosamente á su hijo primogénito, le encargó el cuidado de los demás hermanos, y resuelta ya del todo á separarse del mundo, se retiró á la villa de Cuerba, que pertenecia á su señorío en la provincia de Toledo, reedificando una casa junto á la iglesia parroquial para gozar más de cerca la augusta presencia del Santísimo Sacramento, reduciendo á esto sus jardines, sus palacios y demás placeres que los señores de su clase acostumbran proporcionarse para pasar cómodamente la vida, cambiándolo ella todo para gozar de Dios en el ejercicio de la oracion, en el que fué tan constante y asidua que muchas veces juntaba los dias con las noches. Llegando á noticia de Felipe II la viudez de Doña Aldonza y lo ejemplarmente que en su retiro vivia, así como lo mucho que favorecia á sus súbditos, quiso honrarla y le ofreció un sitio en su palacio y un elevado empleo en la servidumbre de la reina. Sus parientes, envanecidos con esta honra, la instaron para que aceptase; mas ella, agradeciendo la oferta, rehusó el admitirla, diciendo que por nada abandonaria su retiro, y que preferia el trato del Rey del cielo al de todos los monarcas de la tierra. Su generoso desprecio, en vez de herir al soberano, excitó su veneracion y su respeto, y pasando á los hijos las honras que pensaba hacer á la madre, contribuyó en gran parte á su prosperidad y á sus adelantos. Como no se habia extinguido en el alma de Doña Aldonza el primer deseo que concibió de ser religiosa, y como ya no tenia quien se lo estorbára, entró en el convento de S. Pablo de Toledo, perteneciente á las religiosas de S. Gerónimo, donde en un principio habia querido ingresar segun dijimos. Aquí conoció cuán grande cosa es el estado religioso, y cuánto se sublima el alma con el encerramiento, la sujecion y el trato frecuente con Dios, que en el claustro más que en ninguna otra parte se comunica con sus siervas predilectas. Pareciéndole, sin embargo, que la regla observada en aquella casa no era bastante rígida y austera, y hallándose con suficiente valor y fuerzas para soportar mayores fatigas, trató de fundar un convento donde se practicase mayor austeridad, y al efecto eligió la casa que habia reedificado junto á la iglesia de Cuerba, no determinándose á fundarle en otra parte por no que-

rer que pasando dicha casa á manos de señores y cuidado de domésticos, sufriese alguna profanacion, siquiera fuera involuntaria, aquel oratorio donde tanto habia gozado. No halló más inconveniente para realizar su designio que la mucha pobreza en que se encontraba, por haber partido la herencia entre sus hijos; pero como era rica de esperanzas y en el amor de Dios confiaba en el Señor, á quien incesantemente pedia que la favoreciese, estando un dia puesta en oracion ante una imágen de la Vírgen que en la celda tenia, exclamó dolorosamente por hallarse tan falta de recursos: «¿Es »posible, Dios mio, que no vea yo acabada esta obra que tanto deseo para »servicio vuestro?» Apénas hubo terminado dichas palabras, observó con tanto gozo como santa extrañeza que la imágen habia inclinado la cabeza como significándola que sí. Dilatándose mucho todavía el logro de su designio por varios incidentes que ocurrieron, consultó Doña Aldonza á una beata carmelita, llamada Ines de Jesús, que gozaba mucho crédito en Toledo, la cual, habiendo encomendado á Dios el negocio, tuvo revelacion de que aquella casa y fundacion no se haria hasta que el convento se diese á nuestra Señora. Como este habia sido el primer pensamiento de Doña Aldonza, no comprendia bien el oráculo, aunque examinando y meditando muy detenidamente despues tuvo revelacion de que la Vírgen queria que se pusiese bajo su amparo y advocacion del Carmelo. Ofreció desde luego Doña Aldonza tomarla por patrona y procuradora, y desde entónces desaparecieron todos los obstáculos y se vencieron todos los inconvenientes. Sin pedir directamente y solo significando su pensamiento, reunió hasta cuatro mil ducados que le dieron su hermano y sus hijos, obteniendo tambien de sus hijas, yernos y nietos los ornamentos, vasos sagrados y otros objetos necesarios para la fundacion, adorno del templo y mejor servicio del culto divino. Obtenida la licencia del padre general de la Orden de los Carmelitas descalzos Fr. Gerónimo Gracian y del arzobispo de Toledo D. Gaspar de Quiroga, trató de reunir las monjas necesarias para plantar aquel vergel de virtud y de penitencia. Fué elegida por priora la madre Ana de los Angeles, aquel vivo traslado y excelente imitadora de la seráfica madre Sta. Teresa, á cuyo lado estuvo en el convento de la Encarnacion de Avila, la cual, acompañada de otras varias religiosas de reconocida virtud y fervor, tomaron posesion del nuevo convento el dia 25 de Julio de 1585. No se colocó al pronto el Santísimo Sacramento, por no estar aún convenientemente dispuesta la clausura; pero tuvo efecto su colocacion en 18 del siguiente mes de Agosto con sumo gozo de todas las religiosas en un oratorio privado, sirviéndose para los sermones y otras ceremonias del culto divino de la inmediata iglesia hasta que edificaron la suya, la cual se puso bajo la advocacion y amparo de nuestra Señora del Cármen en el misterio de la Encarnacion. Este con-

vento, que fué poco á poco aumentándose en lustre y extension por la generosa piedad de los parientes de la fundadora, fué asimismo ejemplo de austeridad y de virtud y un completo traslado del que planteó en Avila la bendita Teresa, que en muchas ocasiones demostró con varios portentos y avisos milagrosos lo mucho que apreciaba aquella fundacion. Gozosa Doña Aldonza por haber cumplido sus deseos, no tenia placer más grato que contemplar sus religiosas, y á fin de estar más á vista de ellas, de participar de sus penitencias y disfrutar de sus goces, determinó vestir el tosco sayal de la Orden con asombro y notable admiracion de la corte y de los magnates, que no podian comprender tan grande exceso de humildad. Pero se asombraron más al ver cuán alto rayaba esta virtud en aquella señora; pues temiendo ella que algun dia intentáran hacerla prelada en justo agradecimiento, solicitó y obtuvo breve de Su Santidad para no profesar, permaneciendo siempre como una extraña á la religion, aunque viviendo en su seno, imponiendo á las monjas por lo mucho que las habia legado la ligerísima carga de asistirla con una pobre racion. Al entrar en el claustro se desnudó más aún de lo que estaba de todos los afectos y vanas formalidades del mundo, y renunciando para siempre su noble apellido, tomó el sobrenombre de la *Madre de Dios* en memoria de los beneficios que á esta Señora debia por haberla puesto en el camino de la salvacion. Largo de referir sería los actos de humildad, piedad y caridad que la evangélica viuda ejecutó en el convento de Cuerba, de los cuales hacen extensa relacion algunos graves y autorizados religiosos. Baste solo decir que no obstante hallarse colmada de achaques y continuas enfermedades, era la más asistente á la oracion y á las otras prácticas religiosas, y la que con mayor esmero cuidaba de sus hermanas enfermas, por lo cual mereció señalados favores de su divina protectora y de la seráfica madre Teresa. Aseguran que las virtudes de esta señora, con ser de las comunes á las demás religiosas, resplandecian en ella doble que en otra alguna, reconociéndose en esto la predileccion con que el Señor la miraba y la favorecia; pues conforme el sol resplandece más cuando se comunica á los cuerpos diáfanos, así su virtud era más notable, puesto que tenia el alma tan pura y resplandeciente. Habiendo pasado diez y ocho años en aquel convento, á que dejó aún más enriquecido con sus virtuosos ejemplos que con sus dones materiales, y habiendo sido probada su paciencia con una larga y penosa enfermedad, dispuso Dios que pasase á gozar el premio de sus merecimientos en la eterna bienaventuranza. Murió en 13 de Setiembre de 1603, á los sesenta y seis de su edad, habiéndola concedido el Señor la gracia que durante su enfermedad habia solicitado, y era recibir su sagrado cuerpo en el sacramento de la Eucaristía el mismo dia de su fallecimiento, como en efecto sucedió, recibiendo por la

mañana el pan de los ángeles y falleciendo al medio dia. Notaron sus hermanas de religion al amortajarla que sus manos, que habia tenido á causa de sus dolencias ásperas y denegridas, se pusieron de repente blancas, suaves y hermosas, queriendo Dios manifestar, sin duda, de este modo cuán agradables le eran los beneficios que con ellas habia practicado. Cuando su hijo D. Rodrigo supo el fallecimiento de la sierva de Dios, dispuso que se le celebrasen unos solemnes funerales, y que se le construyera un suntuoso sepulcro, tratando tambien de fundar una memoria para tributar perpétuas honras á la santa y humilde religiosa. Mas no consintió el Señor que ni aun despues de muerta quedase desmentida á la evangélica humildad que la habia distinguido, pues temiendo las religiosas que turbasen la paz de su convento la pompa y los cuidados del mundo, rehusaron la oferta del conde, así como tambien se negaron á entregar el cuerpo de la sierva de Dios que la familia pedia para sepultarle en otra parte. Más adelante, sin embargo, los hijos de esta señora, emulando todos en piedad y veneracion á su madre, eligieron el convento de Cuerba para su sepultura, edificando un panteon en que fueron colocados dignamente los restos de la bienaventurada.—M. B.

NIÑO DE GUEVARA (D. Fernando), cardenal. Nació en España, y ocupó varios puestos distinguidos en el estado eclesiástico. Elegido en 1584 presidente de la chancillería de Granada, su virtud y probidad, tanto como su saber, extendieron su reputacion por toda España, procurando que la administracion de justicia se ejerciese como prescriben las leyes, recta, pronta é imparcial, y hermoseando la casa destinada para tribunal con una magnífica portada. Pero mayor hubiera sido el ornato de esta obra, que por la hermosura de sus mármoles y la belleza del diseño estaba destinada á figurar entre los monumentos más memorables de Europa, si el monarca no hubiese mandado conducir los sillares, que estaban ya cortados, al monasterio del Escorial, como dignos de hermosear aquella fábrica, que á la sazon se construia y que ha sido y será la admiracion de propios y extraños. El Rey, que apreciaba en su justo valor el celo y demás virtudes del ilustre Guevara, quiso que fuesen coronadas con la púrpura cardenalicia, y al efecto interpuso todo el peso de su valimiento en el ánimo del papa Clemente VIII para que le elevase al cardenalato; distincion singular que sería una prueba, á no existir otras, del alto concepto que así en la corte como en toda España se habia labrado Don Fernando Niño de Guevara. Su Santidad, reconocido el mérito del protegido, accedió gustoso á los deseos del monarca español, y el presidente de la chancillería de Granada pasó á figurar entre los príncipes purpurados de la Iglesia. En 1596 salió para Roma, donde el Papa le consagró obispo de Macedonia. Durante la residencia del cardenal Niño en aquella capital, gozó de

la consideracion de las personas más distinguidas, y á su regreso á España fué nombrado arzobispo de Sevilla y despues patriarca de las Indias. Sus vastos conocimientos en materias eclesiásticas le promovieron al cargo de inquisidor general, en el que falleció, segun se cree, en Madrid; pero se ignora el año. Las cartas pastorales que dejó, y algunos escritos sobre el derecho, confirman el saber y celo religioso que adornaban á este cardenal.—M.

NIÑO JESUS (Fr. Francisco del), carmelita descalzo. Vamos á consignar en estas páginas la biografía de un varon extraordinario, de un ilustre español, honra del país que le vió nacer y de la religion que le contó en su seno; de uno de aquellos hombres pertenecientes al siglo XVI, tan fecundo en altos hechos y en seres privilegiados; de un varon, en fin, no tan conocido como debiera serlo, pues el siglo presente, que tan justificado pretende ser y que tantos nombres procura sacar diariamente del seno de los siglos y del polvo de las bibliotecas, miéntras que da lugar en los anales de la historia á muchas medianías y á no pocas nulidades, deja que permanezcan en el fondo de los archivos ignorados los nombres de los que, perteneciendo á alguna comunidad religiosa, fundaron su gloria en seguir y observar las prescripciones de la virtud. Muchas veces hemos recapacitado sobre la causa del abandono con que la edad presente mira á la historia de nuestras instituciones monásticas; muchas veces nos hemos preguntado por qué los escritores contemporáneos que ansiosos buscan noticias, rasgos históricos y antecedentes de los héroes y capitanes, de esos héroes á quienes, como dice muy bien el poeta francés Arnau *el lujo y las venganzas hacen sábios*, se desdeñan hasta de nombrar, cuanto más de tratar, de aquellos otros héroes más gloriosos que los del siglo caduco, y que conquistaron su envidiable aura popular enjugando lágrimas en vez de hacerlas derramar, y prodigando auxilios desinteresados á los prójimos, en vez de de arrebatarles el fruto de su trabajo y el precio del sudor de su frente. Esto nos hemos preguntado sin poder hallar otra contestacion más adecuada que esta: el siglo actual, al divorciarse de las antiguas creencias religiosas, se ha divorciado tambien de Dios, y ya no le conoce ni cree en él. Despues que ha derribado los monasterios y lanzado de ellos á sus pacíficos moradores, se juzga á mil leguas del tiempo en que existian los monacales; y con haberlos visto y conocido, con haber sido el destructor de su existencia, ya no se acuerda de que le llevaron en sus brazos, y que mecieron su cuna; y si alguna vez se le nombran, compáralos á los fantásticos personajes de las novelas, que forman la base de su ilustracion y de sus conocimientos. Y sin embargo, este siglo, que para conocer á Dios se atreve á pedirle milagros, no se cuida de buscar el manantial donde pudiera beber la clara y saludable agua de la verdad, y hallar la relacion de los milagros que pide, examinando las crónicas, donde á

millares se contienen, y donde se manifiesta con irrecusables datos la existencia de ese Dios á quien se jactan de desconocer, y que efectivamente se halla muy léjos de donde pretenden buscarle. La historia que vamos á trazar es una de las más claras pruebas de la divina omnipotencia, y la que mejor manifiesta las desconocidas vias por donde Dios suele llamar á los hombres para emplearlos en su servicio, convirtiendo en elementos de grandeza los más humildes medios, y realizando aquellas sublimes palabras del *Magnificat*, puestas en boca de la Santísima Vírgen por la suprema sabiduría: *Deposuit potentes et exaltavit humiles*. Es por otra parte muy digna de conocerse la portentosa vida del esclarecido español, que hizo en su tiempo tan principal papel en el gran teatro de la caridad, y á quien su patria no ha tributado en el tiempo presente otra memoria que el olvido más profundo. Demolido el convento en donde tomó el hábito, y desde donde voló su dichosa alma á las etéreas mansiones, y destruido al mismo tiempo el sepulcro donde descansaban sus restos, levantado por la piedad y la cariñosa admiracion de sus hermanos, nada queda de él más que su nombre contenido en las páginas de la Crónica de su Orden, páginas que muy pocos leen, porque hoy no se comprende, ó no procura comprenderse, toda la grandeza de la humildad, todo lo sublime de la mística virtud. Nosotros vamos con tosca y desaliñada pluma á extractar la vida de aquel apostólico varon, y á consagrarle este pequeño recuerdo en el siglo XIX, siglo que al llamarse despreocupado, pudiera tambien añadirse el título de incrédulo y materialista. Muévenos tambien otra consideracion á emprender este trabajo, y es el amor que profesamos á las glorias de nuestra patria. Aun no habia empezado á ejercer sus funciones el héroe de la caridad S. Vicente de Paul, todavía su nombre no era pronunciado por el labio reconocido de los infelices necesitados, que hallaban en su caridad inagotable el remedio de su orfandad y de sus desgracias, y ya nuestro humilde carmelita habia ejercido en toda su extension la más bella de las virtudes cristianas, aplicándola á los mismos objetos en que la ejerciera el ilustre fundador del instituto de las Hijas de la Caridad; y sin embargo, Vicente de Paul es ya venerado sobre los altares, y Francisco del Niño Jesús no tiene ni aun sitio conocido donde reposen sus cenizas. ¡Ingrata patria, que así olvida á sus más predilectos hijos! Mas no acusemos á la patria. Veneremos ante todas cosas los altos é inescrutables juicios de Dios. Si la divina omnipotencia no ha permitido aun que brille Francisco en los altares, razones poderosas habrá tenido para ello. No es tarde, empero: este siglo de corrupcion advierte con grande asombro que la infalible autoridad pontificia, en medio de sus desastres y tribulaciones, va enriqueciendo el jardin del catolicismo con nuevas y odoríferas flores. Tal vez le toque muy pronto á Francisco su turno, y

tal vez nosotros, tan pobres y humildes como él, al sacar su nombre de la oscuridad en que yace, contribuyamos sin saberlo á sentar la primera piedra del edificio de su mundana gloria: su mundana gloria, sí, pues no por estar ignorado en la tierra es más pequeña la que en el cielo disfruta. Interin llega el momento de la debida reparacion, principiemos á dar cuenta de su portentosa vida. En el año 1547 nació Francisco en el lugar de Villapalacios de la provincia de Toledo. Sus padres eran unos pobres labradores sumamente honrados, cristianos viejos, como entónces se decia, y muy dados á las prácticas de la virtud y de la devocion. Procuraron criar á su hijo en el santo temor de Dios, y darle la educacion que sus facultades les permitian; pero con grande asombro notaron que el Supremo Hacedor les habia dado un hijo estúpido, que obraba como por máquina, que se movia como por instinto, y que solo se diferenciaba de las bestias en poseer el don de la palabra. Conforme iba creciendo, manifestaba no tener el más leve conocimiento del bien ni del mal; pues con la mayor inocencia cometia infinitas torpezas, que luego confesaba cándidamente, no residiendo en él esa propension, que se advierte en todos los niños, á ocultar á disfrazar sus acciones cuando conocen que son reprensibles. Deseando sus padres emplearle en alguna cosa, y á fin de que les ayudase en sus fatigas, le pusieron á cuidar de una pequeña manada de ovejas que poseian. Diariamente las sacaba Francisco á pastar á un monte inmediato al pueblo, en union de otros pastores vecinos suyos. Hallándose en la estacion del invierno y en uno de los dias más crudos, le dijeron sus compañeros que sacase un poco de leña del bosque para hacer lumbre con que calentarse. El muchacho, aunque estúpido, era servicial y bien mandado, é hizo lo que le pedian, sacando un grande haz de leña que cortó de los árboles que mejor le parecieron, y sin reparar si hacia ó no daño alguno. Mas habiéndole sorprendido el guarda en aquella operacion, fué tras él, y quiso maltratarle cuando vió que por su estupidez no podia hacerle cargo ni obligarle á pagar los daños que habia causado. El instinto de la defensa, natural hasta en los irracionales, hizo que Francisco al verse maltratado procurára desquitarse, y desciñéndose la honda que todos los pastores llevaban siempre consigo, puso una piedra en ella, disparándola con tan fatal acierto, que dando al guarda en una sien le dejó muerto en el acto. Cometido este crímen, cuya gravedad ignoraba, dió Francisco la vuelta á su casa, donde refirió sencillamente lo que habia sucedido. Mucho se afligieron sus padres al oir aquel desastre; pero su afliccion creció de punto cuando vino la justicia en busca del delincuente. Este no procuró ocultarse ni negó el hecho. Confesóle con tanta ingenuidad, que bien comprendió el juez que la ley no podia extender su rigor sobre un homicida idiota; pero teniendo que cumplir con todas las

prescripciones de su alto ministerio, hizo pagar á sus padres los enormes gastos consiguientes á esta clase de negocios, y que disminuyeron en mucho su escasísima fortuna. Contristados con aquel suceso, temiendo la repeticion de otros semejantes, y notando que su hijo no adelantaba un paso en la senda de la discrecion, puesto que no se le conocian más afectos de persona sino la aficion que demostraba hácia la Iglesia y á ejecutar algunos actos de piedad, se resolvieron á apartarle de su compañía, enviándole por el mundo, á fin de ver si con el trato de gentes se avivaba algun tanto su embotada inteligencia. Aprovechando la ocasion de marchar un pariente suyo á evacuar varios asuntos en las Castillas, se le entregaron suplicándole le buscasen alguna colocacion. No demostró Francisco el más leve sentimiento al abandonar la casa paterna, y salió de ella con la impasibilidad que presidia á todos sus actos. El pariente que se encargó de él cansóse muy pronto de llevarlo consigo, tanto por la estupidez que demostraba, como por el improductivo gasto que le hacia. Así pues, habiendo parado en un meson de Alcalá de Henares, que pertenecia á una honrada y cristiana viuda, dijo á ésta si queria quedarse con aquel muchacho para que le sirviera. Enterada la viuda de las circunstancias de Francisco, accedió á quedarse con él, más por ejecutar un acto caritativo que por el deseo de utilizar sus servicios. Instalado Francisco en el meson, no valió para otra cosa que para hacer reir con sus sandeces á las personas que venian á la casa, pues aunque deseaba servir á todo el que le mandaba alguna cosa, su torpeza natural hacia que echase á perder cuanto en sus manos cogia. Sin embargo de su ignorancia y semibarbarie, no dejaba de acudir á las iglesias para oir Misa y rezar las devociones que le habian enseñado. Habiendo entrado un dia en la iglesia de los santos Justo y Pastor, quedóse sorprendido de ver la grandiosa bóveda, y preguntó cómo no se caia aquel techo que no estaba sostenido por vigas y pies derechos como el de la iglesia de su lugar. Fué tanto lo que le agradó aquel magnífico templo, que se le pasaban horas enteras contemplándole con un placer desconocido, y manifestando un gozo que nada tenia de humano; y era sin duda el impulso de la divina gracia, que ya empezaba á obrar en aquella cándida alma. Aunque á pasos muy lentos y casi sin dar señales de ello, su inteligencia fué desarrollándose, indicándolo así con algunos actos de voluntad y de afecto. Habia reunido algunas propinas que le daban los asistentes al meson y que ascendian á algunos reales, los cuales empleó en comprar en una feria una imágen del Niño Jesús, hecha de regular talla, y que habia cautivado su atencion. La posesion de este objeto puede decirse que ocasionó un notable cambio en sus facultades intelectuales, pues demostró que era capaz de sentir y de amar. Puso la imágen en el lugar más decente que le fué posible, iba á verla mil veces al dia, la acariciaba

como á un niño, la hablaba como á un amigo, la referia sus cuitas y la pedia consuelos. Murió en esto la dueña del meson, protectora de Francisco, y entónces éste manifestó que su alma empezaba á despertar del letárgico sueño en que habia yacido tanto tiempo; pues sin tener ninguna nocion del dolor y del agradecimiento, lloró la pérdida de la que le habia favorecido, y se empeñó en ayudar á los conductores para llevar el féretro al cementerio. Los parientes de la viuda, que heredaron el meson, no quisieron sostener por más tiempo la carga que ocasionaba el inocente idiota y le despidieron de la casa, hallándose el pobre Francisco en el mayor desamparo y sin otro patrimonio que su Niño Jesús, á quien nunca quiso abandonar. La firmeza que demostró en aquel apurado trance, dejaba muy atrás á la virtud de los célebres filósofos antiguos, que pertenecian á la escuela llamada estóica. «Puesto que nos echan del meson, dijo á su Niño Jesús, vamos á vuestra casa que de allí no nos echarán.» Y acto continuo se dirigió á la iglesia de S. Justo, como si aquella triste paloma, arrojada de su nido, presagiase que solo en el seno de la iglesia podia encontrar refugio y amparo. El sacristan, que ya le conocia, cuando se hubo enterado de su desgracia, le dijo si queria entrar á servirle, y Francisco accedió con sumo gusto. Mas al punto demostróle la ineptitud y extremada torpeza que le distinguia, pues quebraba los vasos y vinajeras que le mandaban limpiar, dejaba caer los candeleros y demás adornos de los altares cuando se ponia á arreglarlos, y si le mandaban tocar las campanas tocaba siempre á fuego por agradarle este toque más que ninguno de los otros que el sacristan le habia enseñado. Desesperábase éste y le reprendia con tanta acritud que Francisco, que ya iba conociendo la fuerza de las razones, pedia á su Niño Jesús, á quien siempre tenia colocado en el lugar más preeminente, que le diera acierto en las cosas que correspondian á su servicio. Tantos y tan fervorosos fueron sus ruegos, que pronto se vieron los efectos de la divina omnipotencia; pues sin perder nada de su inocente sencillez, comenzó á producirse con más juicio, á expresarse con más claridad y á proceder en todo con mayor prudencia y tino. Aprendió á ayudar á Misa y á leer algun tanto, aunque jamás le fué posible instruirse en la escritura. Cuidaba de la iglesia con mucho esmero, pedia limosna para repartir luego á los pobres, y rogaba contínuamente á su Niño que le anunciase lo que habia de hacer para servirle y complacerle. Hallándose una vez en oracion, le pareció que la imágen le hablaba y le decia: «Ve á servirme donde haya mucha gente.» Palabras que le traian confuso, porque su inocencia no le permitia comprender el verdadero sentido. Algunas personas que conocian su buen natural, le aconsejaron se hiciese ermitaño para servir á Dios en el retiro, entregándose á la oracion. Preguntó qué cosa es un ermitaño, y cuando se lo hubieron explicado, respondió: «No me llama el Niño Jesús

por este camino, porque un ermitaño está siempre solo, y yo debo servirle donde haya mucha gente.» Dijéronle entónces que se fuera á servir á Dios á un hospital, y preguntó tambien qué cosa es esa. Cuando se hubo enterado en qué consistia un establecimiento de esta clase, donde siempre se hallaban muchos pobres enfermos á quienes curar y asistir, conoció que allí debia ser efectivamente donde el Niño Jesús queria que le sirviera. Valiéndose de los conocimientos y relaciones que habia contraido, fué á presentarse en el hospital llamado de Allezana, establecimiento que, aunque era de patronato Real, se sostenia con las limosnas que facilitaban las almas caritativas. En esta casa fué admitido Francisco en clase de enfermero, cuyas obligaciones cumplió con el mayor celo y caridad, empezando á manifestarse desde el primer dia tal cambio en su inteligencia, que bien claramente se conoció ser aquel el camino por donde Dios le llevaba á servirle; pues de repente se halló dotado de la ciencia infusa, apareciendo brillante y pulimentada la preciosa perla del espíritu que en la tosca concha de su cuerpo permanecia encerrado. No se crea, sin embargo, que esta ciencia infundida por el Altísimo fuese una extensa série de profundos conocimientos; no, fué el conocimiento del amor al prójimo y el deseo ardiente de practicar la virtud en favor de sus necesitados hermanos, conservando empero, como adelante veremos, su inocente sencillez y natural simplicidad hasta el dia de su muerte. Apénas hubo entrado en el hospital, colocó la imágen de su Niño Jesús en una taquilla-alacena, diciéndole: «Vos, Señor y Dios mio, vais á »ser desde este dia el proveedor de la casa, pues á vos solo he de acudir en »todos los apuros y necesidades que ocurran.» Parecióle entónces oir la misteriosa voz que anteriormente le ordenára ir á servir á Dios donde hubiese mucha gente, y la cual le decia: «Emprende por mi amor lo que quisieres que yo te sacaré bien de todo.» Con esta seguridad empezó la profesion caritativa con tanto ardor, que muy pronto crecieron los recursos del hospital, y por acuerdo de los hermanos que formaban la cofradía encargada del cuidado del establecimiento, el que habia entrado como sirviente fué ascendido á la categoría de administrador con grande alegría de los pobres acogidos en aquel albergue y notable asombro de los ciudadanos de Alcalá, que no podian comprender cómo se habia transformado en aquel hombre activo é inteligente el jóven estúpido é ignorante. Francisco, dando mil gracias á Dios que le habia dispensado el alto beneficio de comprender la verdadera ciencia humana, que es la de saber amar al prójimo remediando sus necesidades, proseguia con incansable afan sus benéficas ocupaciones, haciendo al mismo tiempo la vida más ejemplar y penitente. No tenia otro deseo que allegar limosnas para socorrer á los pobres, á quienes en su sencillo lenguaje y deseando enaltecerlos, llamaba los caballeros del Niño Jesús. Por la ma-

ñana muy temprano daba el desayuno á los pobres, y les hacia rezar las oraciones matinales, ínterin que él, en union del enfermero, barria las salas y ponia las cosas en órden. En seguida se disponia á salir en busca de las limosnas, pidiendo ántes á su Niño Jesús proveyese de lo necesario. Preveníase para hacer la colecta oyendo dos misas por lo ménos; recorria luego la ciudad tomando lo que le daban, y volvia al hospital cargado de comestibles para disponer la comida, que servia él mismo á los enfermos, suministrando las medicinas á los que las necesitaban y curando á los llagados. Pasaba el resto del dia ocupado en la oracion y en recibir á los enfermos que se presentaban, y despues de darles las cenas y de rezar en su compañía el santo Rosario, recogíase á descansar algunos cortos momentos, no sin hacer ántes la última visita á su Niño Jesús para darle gracias por los favores recibidos en aquel dia y suplicarle continuára dispensándoselos en el siguiente. Cuando recibia á algun enfermo, aunque no fuera muy grave su dolencia, al punto disponia que el capellan de la casa le confesase y administrára el santo viático para evitar cualquier lamentable falta por olvido ó negligencia; pues lloraba amargamente cada vez que algun enfermo moria sin confesion, lo cual acontecia algunas veces por la gravedad del mal ó por lo intempestivo de la hora en que le acometia el accidente postrero. Antes de recogerse por la noche daba una vuelta á las enfermerías para consolar á los dolientes y ver si necesitaban alguna cosa, dirigiéndoles tiernas y amorosas palabras para exhortarlos á llevar con paciencia sus calamidades, y luego se retiraba por dos ó tres horas únicamente á descansar, si descanso puede llamarse el dormir vestido sobre la tabla de un banco en el verano, y sin más abrigo que una ligera y raida manta en el invierno, y esto cuando no se quedaba velando toda la noche al enfermo más grave; pues en semejantes casos el descanso que tomaba era reclinar la cabeza sobre la almohada del paciente, por muy grave y asquerosa que fuese la enfermedad que sufriera. Las demás particularidades de su vida corrian parejas con las que dejamos indicadas; pues aquel caritativo varon, que cuidaba con tanto esmero de amparar las necesidades de cualquier persona, descuidaba la suya, privándose hasta del preciso sustento para que no faltase á los pobres; y aunque recogia abundantes limosnas de todo género, jamás utilizó para sí cosa alguna de ropas ni de manjares, pues todo lo guardaba para los caballeros del Niño Jesús, como hemos dicho que llamaba á los pobres. Su alimento era el más frugal y escaso, y su vestido consistió por muchos años en un sayo de paño burdo, sin gastar jamás sombrero; pues una vez que se lo puso por consejo del médico á causa de hallarse sufriendo un grandísimo constipado, á los tres dias, cuando ya estuvo bueno, se le quitó para dársele á un pobre. Como era tan conocido en Alcalá, donde las personas necesitadas le consideraban

como su providencia, pronto voló la fama de su nombre y de sus virtudes por toda Castilla, llegando hasta la corte de los reyes. Reinaba á la sazon Felipe II, llamado *el Prudente*; y como blasonaba de piadoso, quiso deponer la régia majestad para comunicarse con su vasallo, que aparte de su condicion era su hermano en Cristo, é hizo un viaje á Alcalá, holgándose en extremo de conocer á aquel amparo de los pobres, y cuyas acciones eran las más meritorias, puesto que no procedian de otro orígen que del amor á la humanidad, ni reconocian otros móviles que el deseo de hacer bien. Habló el Rey á Francisco con dulce familiaridad, y Francisco le contestó con su tosca sencillez y natural inocencia, no envaneciéndose en lo más mínimo al ver que el soberano más poderoso entónces de la cristiandad se rebajaba hasta el que se consideró siempre como el más despreciable gusano de la tierra. Aplaudió el Rey el acertado nombramiento que habian hecho para administrador de aquella casa de un hombre, que en vez de utilizarse como otros de los bienes de los pobres, se privaba de lo necesario para que no les faltára á ellos. Dijo á Francisco que siempre que se viera en un apuro acudiese á él, pues daria órdenes para que tuviese libre entrada en su palacio, y se despidió dejando una cuantiosa limosna á beneficio del establecimiento, que unida á las que dieron los señores de la régia comitiva, excitados con el ejemplo de su señor, produjo una excesiva suma, que colmó los deseos de Francisco, porque veia en ella un nuevo manantial de elementos para satisfacer sus caritativas ideas. De este modo se cumplia la profética palabra que le anunció sacarle bien de todo cuanto emprendiera en el servicio de Dios, pues se le proporcionaban limosnas y recursos por los más raros y extraordinarios caminos, y cuando en más grandes apuros y necesidades se encontraba. Repartia las limosnas en primer lugar á los pobres que venian á la puerta, aunque cuidaba más de socorrer necesidades secretas buscando pobres vergonzantes, que habiéndose visto en buena posicion no podian acostumbrarse á mendigar. Algunas páginas necesitariamos para enumerar los muchos é ingeniosos médios de que se valia Francisco para distribuir socorros á los que aun hallándose muy necesitados no se los pedian por vergüenza, y en más de una ocasion demostró que se hallaba dotado por la Divinidad de un superior conocimiento, pues adivinaba dónde habia personas sufriendo perentorias necesidades y acudia á remediarlas aunque fuese á las altas horas de la noche, por lo cual los favorecidos miraban como milagrosos sus socorros. Amparaba á viudas y á doncellas desvalidas, enviando muchas veces dinero, comestibles, ropas y medicinas á quienes sabia hacian falta estos recursos, sin decir quien los mandaba. Hizo correr la voz de que recogeria los niños expósitos que pusiesen á las puertas del hospital, y admitió cuantos se presentaban, buscando amas que los criasen: so-

corria á los matrimonios pobres, dándoles alimentos cuando carecian de ellos por falta de trabajo ó á causa de enfermedad, y á muchos amparó poniéndoles un trato para ganarse la vida. Con esto era infinito el número de personas que acudian á él diariamente á buscar el remedio de sus necesidades, y como decia con mucha oportunidad un título de Castilla, muy afecto al caritativo Francisco, ningun ministro daba audiencia á más personas cada dia, pues llegaban al hospital sugetos de todas clases; viudas, huérfanas, militares, sacerdotes y estudiantes pobres. A todos escuchaba Francisco, y á todos socorria como le era posible, no verificándose nunca que faltase socorro, pues parecia que milagrosamente se le aumentaban el dinero y los artículos que acostumbraba á distribuir. Terminado el reparto de los socorros, iba á dar las gracias al Niño Jesus, refiriéndole las necesidades de aquellos pobres y pidiéndole medios para continuar amparándolos. Otro de los objetos donde más se fijaba su atencion era en las mujeres públicas, pues doliéndose del infeliz estado á que se hallaban reducidas, procuraba con sus exhortaciones sacarlas de su abyeccion, trabajando muy especialmente por reducir á las más bien parecidas, por ser la hermosura el incentivo mayor para la culpa. Al efecto fué á proponer al Rey, y por consejo de de éste al arzobispo de Toledo D. Gaspar de Quiroga, que se fundase una casa donde se recogiesen las públicas pecadoras que quisieran apartarse de los caminos del vicio. Pareció tan bien esta idea á los elevados personajes á quienes se la propuso, que al punto, venciendo todos los obstáculos y sin reparar en gastos ni en inconvenientes, se fundó en Alcalá el convento de Santa María Magdalena, destinado á admitir las pecadoras arrepentidas. Logrado este objeto, afanóse el piadoso Francisco en conducir á aquel redil todas las ovejas que encontraba extraviadas, y fué tal el acierto con que las buscaba, que de todas las que habló muy pocas fueron las que se negaron á seguirle; y aunque algunas bien halladas en su miseria, despreciaban las proposiciones que se les hacian, Dios, que sin duda se habia propuesto bendecir los trabajos de Francisco, movia los corazones de las más empedernidas, las cuales iban por fin voluntariamente en busca de lo que habian desdeñado. Entre las obras de caridad que Francisco ejecutaba, la más notable era el solemne convite que hacia por pascua de Navidad á los caballeros del Niño Jesús. Para esto reunia anticipadamente grandes cantidades de carne, tocino, pan, vino y legumbres. Los tratantes y ganaderos, gente por lo comun interesada y amiga de obtener el mayor beneficio en sus tratos, daban á Francisco cuanto necesitaba, sin ponerle precio ni pedirle el importe, pues estaban segurísimos del pago, y confiaban en la honradez y rectitud del buen administrador; contentándose con lo que les daba, porque sabian no les habia de faltar nada de su justo precio. El primer dia de pas-

cua acudian los pobres á tomar su racion, presentándole cédula de haber confesado, pues no repartia limosnas sino á los que cumpliesen con los deberes de cristianos. A los que tenian familia daba la porcion con arreglo á las personas que la componian, y para atender á los pobres que no tenian casa rogaba á muchas personas caritativas que guisasen las viandas para dárselas corrientes, y eran muchas las buenas almas que se ofrecian á cumplir con esta obra de caridad. Un año fué estéril, las limosnas cortas, la pascua llegaba y no habia medios de celebrar el convite. Puso Francisco su confianza en Dios, y cuando llegó la víspera de Natividad, sin tener cosa alguna para disponer el gasto, llamaron á la puerta del hospital á deshora de la noche, y un sugeto desconocido entregó una suma de dinero que á él le pareció ser de reales, y que habiéndola mirado aparecieron doblones. Otra vez hallándose en igual apuro, tambien víspera de Natividad, recibió una cuantiosa limosna del marqués de Villena, y otras de dos personas caritativas, que ascendieron en junto á seiscientos ducados, con lo cual se hizo el gasto cumplidamente. Entre los varios portentos que Dios obró para ayudarle al socorro de los pobres, es digno de mencionarse el siguiente. Hacia Francisco frecuentes viajes á Madrid con objeto de visitar al Rey y á los señores de la corte, que tenian mucho placer en verle y que no le dejaban volver sin darle abundantes limosnas y regalos para sus pobres. Volviendo de Madrid un dia próximo ya á la festividad del Nacimiento, iba pensando en hacer la provision para el convite, y gozoso sobre manera porque llevaba en su poder una buena suma de dinero. Habiendo visto en un campo inmediato al camino un labrador arando con una yunta de bueyes muy hermosos y lucidos, le preguntó si queria vender uno de ellos. El labrador contestó afirmativamente, y trataron y convinieron en el precio. Francisco, que no pensaba mal de nadie, juzgando que todos eran tan honrados como él, le entregó el precio de la res, y le dijo que aun podia trabajar con ella todo el tiempo que quisiese, pues no la necesitaba hasta dos dias ántes de la Natividad para enviarla al matadero. Despidióse del labrador, y éste, que no le conocia, quedó burlándose de aquel confiado hombre que le habia pagado el buey sin exigir resguardo ni garantía de ninguna especie, y se resolvió á no entregársele lucrándose con la cantidad recibida. Habiendo llegado el dia prescrito y no pareciendo el labrador, inquietóse algun tanto Francisco, y salió repetidas veces á la puerta del hospital para ver si llegaba la res temiendo que el hombre no acertára con el punto adonde debia conducirla. De repente vió llegar al buey solo, el cual entró en el hospital, y al poco tiempo llegó el labrador cansado y sin aliento, diciendo que se le habia escapado de su casa sin poderle detener por más que lo procuró, y pedia se le devolviesen. Mas al ver á Francisco y al reconocer al comprador quedó

absorto y confundido: reconociendo el portento y confesando su mala idea, pidió al siervo de Dios le perdonase la estafa que habia proyectado. Veintisiete años hacia que Francisco se hallaba al servicio del hospital; y estando ya bien preparado con tantos ejercicios de virtud para servir á Dios en más retirado sitio, oyó la voz interior que le llamaba para vestir el hábito de nuestra Señora del Cármen. Como su permanencia en el hospital era tan necesaria para el socorro de los pobres y para el buen gobierno de la casa, no se atrevió á disponer de su persona sin permiso del soberano, y al efecto se presentó á Felipe II, y le expuso su intencion diciéndole con su acostumbrada sencillez: «Señor Hermano mayor (que así llamaba al Rey por ser el »patrono del hospital), el Niño Jesús me ha dado á entender que es servicio »suyo tome el hábito de nuestra Señora del Cármen, y os pido permiso para »hacer los votos, abandonando el hospital.» El Rey se sorprendió de aquella idea y le dijo, que seguramente aquel pensamiento no era inspirado por Dios sino por el demonio, que intentaba quitar á los pobres su amparo y á él la ocasion de ejercitarse en aquellos actos de caridad, de que tanto provecho sacaban los necesitados. Contestó Francisco, que estando cierto y seguro que era voluntad de Dios entrase en el claustro, habia pronunciado ya el voto, á lo que el monarca repuso que esto no obstaba, pues siendo más necesario en el hospital que en el convento, él se encargaba de alcanzar del Papa la dispensacion del voto. Aconsejóle que consultase su intencion con algunos sabios teólogos, exhortándole hiciese más caso de lo que estos le dijesen que de su propio parecer, puesto que ellos son las luces que Dios tiene puestas para guiarnos en el mundo. Como deseaba tanto que Francisco no ejecutase su proyecto, envió á decir por medio de su ayuda de cámara, Ruiz de Velasco, á los letrados eclesiásticos con quienes habia de tener la consulta, que mirasen con mucha detencion aquel asunto y aconsejáran á Francisco lo que fuera más conveniente para la tranquilidad de su conciencia y para el bien general. Declararon los teólogos que era mucho más meritorio permaneciese en su actual ejercicio, y Francisco se aquietó algun tanto, creyendo firmemente que su rústica ignorancia debia someterse al parecer de aquellos ilustrados personajes. Al punto escribió el Rey á Roma solicitando la dispensacion del voto pronunciado por Francisco, y al punto que la recibió, hizo que se la entregasen á éste, que quedó en su vista sumamente tranquilo y sin escrúpulos de ninguna especie, persuadido de que nada habia que oponer cuando el mismo Papa le absolvia de su propósito. Continuó, pues, en sus antiguos ejercicios, creyendo que efectivamente Dios le llamaba por aquel camino, y que era su divina voluntad continuára sirviéndole en la asistencia de los pobres. Pero sintiendo cada vez más el deseo de abandonar el mundo por la quietud de la vida religiosa,

pidió fervorosamente á Dios iluminase su espíritu, y habiendo tenido segunda revelacion, en que se le mandaba abrazase la vida monástica, prescindió del parecer de los teólogos y volvió segunda vez á Madrid, sin atender á consejos ni advertencias. Antes de hablar con el Rey juzgó seria muy conveniente consultar su intento con algunos religiosos del órden del Cármen, que eran conocidos suyos, y en particular con el P. Fr. Domingo de Jesús y María, cuya fama de santidad le tenia muy acreditado en la corte. Conociendo el bendito padre, así como otros graves y pios religiosos, la bondad de aquella inocente alma y la verdad y fuerza con que hacia la reiteracion del voto religioso, aun despues de la dispensa pontificia, le pareció que aquel designio era obra del Señor, y que todos debian fomentarle. Solo el maestro de novicios fué de diverso parecer, pues decia que el hermano Francisco era ya viejo para soportar las pruebas y fatigas del noviciado, y mucho más estando acostumbrado á otro género de vida que, aunque meritoria, al fin se pasaba entre el rumor del mundo, y que se avendria muy mal por lo tanto al silencio y rigor de la clausura, concluyendo por decir tuvieran presente que cuando era la voluntad del Rey permaneciera en su antiguo ejercicio, no debian contrariar con su aquiescencia el gusto de S. M. Vencidos los padres por las razones de aquel fraile, que con su escaso criterio se atrevia á medir la extension de la divina omnipotencia, procuraron disuadir á Francisco de su invariable determinacion. No se aquietó con esto su ánimo, sino que presentándose al monarca le expuso haber hecho segundo voto, y pidiendo permiso para cumplirle, manifestando lo decidido que se hallaba. Procuró el Rey disuadirle de nuevo, y envió por segunda dispensacion. Rindióse el humilde Francisco á la fuerza de tan conformes pareceres, diciendo, no obstante, sentia en su interior una cosa que le era imposible explicar, y que le traia en extremo desasosegado. Por espacio de seis meses batalló con aquella idea, conteniéndose por el respeto que debia al Rey y por las dificultades que los Carmelitas le oponian, no queriendo recibirle sin el soberano permiso. Estando, pues, batallando con aquel conflicto tuvo una revelacion en que la Santísima Vírgen le dijo era su voluntad y al mismo tiempo el gusto de su divino Hijo que tomára el hábito carmelita. Siendo ya religioso describió la revelacion á su maestro en los términos siguientes. Hallándose aquejado por sus dudas y perplejidades acudió al remedio de la oracion, pidiendo al Niño Jesús le revelase cuál era su intento á fin de seguirle, y se sirviera alumbrar su espíritu, puesto que las luces de los hombres se le oscurecian cada vez más. Estando en lo más fervoroso de su ruego quedó sumido en un profundísimo sueño. Parecióle que se hallaba en una cárcel colocado entre otros muchos presos. Salió el juez, que era Jesucristo, á hacer la visita, y unos quedaron libres y otros condenados á muerte. Mu-

chos de estos últimos eran vecinos de Alcalá y conocidos de Francisco. Hallábase presente la Santísima Vírgen mirándole con gran ternura, y tomándole de la mano se le presentó al divino Juez, diciendo que aquel preso no habia de morir, porque le tomaba bajo su proteccion y le queria para su órden del Cármen. Con esto quedó libre, y la sagrada Vírgen le apartó de los demás. Vuelto del profético sueño, permaneció suspenso por mucho tiempo, aunque alegre sobre manera. No entendió entónces el significado de la vision, pero ocurriendo á pocos dias una peste en Alcalá fallecieron todos los que vió en su sueño condenados á muerte, quedando vivos los declarados por libres, entendiendo por esto que á no elegirle y separarle la Santísima Vírgen hubiera tambien fallecido en la epidemia. Resolvió, pues, entrar decididamente en el claustro, á pesar de cuantos obstáculos se le opusieran, salvando todos los respetos y humanas consideraciones. Volvió por tercera vez á hablar al monarca, y le dijo que no estaria tranquilo ni podria vivir sosegado hasta que S. M. le concediese permiso para ingresar en la Orden. Instábale el Rey para que no prosiguiese en aquel empeño y que tranquilizase su conciencia, puesto que el Sumo Pontífice le habia dispensado de sus votos y promesas. Mas el fervoroso varon, á pesar de su ignorancia, habló tanto y tan bien, pronunció tales discursos y propuso tales símiles para probar que su alma no se hallaba tranquila á pesar de las dispensaciones y pareceres de hombres sabios, que el Rey quedó persuadido de que era voz divina la que hablaba por aquella inepta boca, y que seria hacerle pasar un insufrible martirio el detener por más tiempo sus fervorosos intentos. Díjole, pues, que en vista de tal perseverancia conocia ser cierta su vocacion, y que por lo tanto le daba ámplio permiso para tomar el hábito religioso, quedando en manifestar á los prelados ser aquella su soberana voluntad. No obstante, el celo del maestro de novicios pasó á ser indiscreto y obstinado, y no queria acceder á la admision; pero vencidos los superiores tuvo que resignarse, aunque imponiendo la condicion de que no entrase el hermano Francisco en el convento hasta que hubiese pagado todas las deudas que tuviese contraidas en la direccion de su hospital, á fin de que no turbasen el silencio del claustro los ruidosos pleitos del mundo. Para cumplir tal extremo pidió Francisco prestados cuatrocientos escudos á un mercader, ofreciendo reintegrarlos en breve término, y pagó cuanto debia. Al vencer el plazo vino el mercader con objeto de saber cuándo podia cobrar. Faltaba solo un dia, y el hermano no contaba con la más leve suma para satisfacer aquella deuda. Pero lleno de fe y esperanza contestó al mercader: «Aún no se ha cumplido el término, espere tranquilo que buen fiador tiene en el Niño Jesús. No tema que le falte un solo real.» En efecto, al otro dia recibió Francisco una cédula ó letra de cambio que le enviaba el duque de Saboya

por valor de los cuatrocientos ducados, los cuales satisfizo al punto. El maestro de novicios, que estaba muy creido que prevaleceria su opinion, porque no pudiendo Francisco desenvolverse en mucho tiempo de los empeños que habia contraido no entraria tampoco en el convento, conoció que aquellos sucesos eran milagrosos y que andaba en ellos la mano del Omnipotente. Estando ya Francisco haciendo las diligencias para apartarse completamente del mundo, recibió un celestial aviso del Señor para demostrar tanto la predileccion con que miraba á aquel siervo suyo, cuanto el amor que éste profesaba á sus prójimos y el deseo de la comun salvacion. Rogó un dia el santo varon al P. Fr. Juan de San Francisco, conventual de Madrid, que le escribiese una carta para el vicario de Toledo, en la que le daba cuenta de algunos vicios graves que iban inficionando la diócesis, marcándole los lugares donde se cometian los pecados, indicándole al mismo tiempo que cierta persona residente en Toledo en un barrio que marcó, no habia recibido el agua santa del bautismo. Preguntóle el religioso que escribia la carta si conocia á las personas que citaba, y él contestó que no, pero que estaba persuadido de que era cierto, por lo cual el religioso conoció que Dios se lo habia revelado. Habiendo, por fin, pagado todas sus deudas, puesto en órden su hospital y cumplido con lo que el mundo exige, llegó para él el dia feliz, y más feliz aún para la Orden Carmelitana que lo recibia en su seno. Tomó el hábito de los descalzos de nuestra Señora del Cármen en el convento de S. Gil de Madrid el dia 12 de Abril de 1598, seis meses ántes de que muriese el rey Felipe II, su generoso protector y amigo particular. Conociendo que Dios le habia sacado del siglo para que le sirviese en el claustro con la mayor perfeccion y esmero, empezó su noviciado con tanto aliento y espíritu, que aunque siempre pareció grande en la perfeccion, vistiendo el hábito se mostró más grande todavía. Conocieron al punto los prelados y superiores que Francisco pertenecia á una patria muy diferente del mundo; pero el maestro de novicios, contra cuya voluntad habia entrado en el claustro, no deponiendo aún las dudas que abrigaba acerca de su vocacion, quiso probarle en la humildad y en la obediencia. Pero por mucho que hizo, por más que procuró hallarle en faltas, fué siempre tan obediente, tan puntual y tan arreglado, que el maestro se cansó en balde y tuvo precision de confesar que aquel novicio excedia á muchos graves religiosos en la piedad, en el fervor y en las angélicas virtudes. Sin embargo, para probarle más, cuando él confesaba sus faltas y sus descuidos solia castigarle como á los jóvenes novicios, ya poniéndole una mordaza en la boca, ya vendándole los ojos é imponiéndole otras mortificaciones por el estilo. En estos casos, si venia á visitarle alguna persona calificada, gozábase Francisco de que le vieran con aquellas insignias de la culpa; y si el visitante se admiraba de que tratasen

de aquel modo á un varon tenido por santo en el mundo, Francisco salia al encuentro diciendo que era un perverso, y que miéntras vivió en el siglo engañaba al público con sus apariencias de virtud, pero que en el claustro era otra cosa, porque allí se conocian al punto todas las faltas y culpas que eran dignas de correcion; y con tantas veras afirmaba esto y procuraba convencer á los seglares, que todos conocian sobradamente cuánto iba adelantando su alma en la espiritual perfeccion. Llegaba entre tanto el anhelado dia de profesar, y como era sugeto tan conocido en la corte, dispúsose que este acto se celebrase con toda la solemnidad y la posible ostentacion. Accidentalmente se hallaba en Madrid el obispo de Guadix, D. Juan Fonseca, y se ofreció á predicar en la ceremonia de aquel dia; pero habiéndole sobrevenido la víspera un fuerte catarro que le estorbaba hablar, mandó á decir con un capellan que buscasen otro predicador, porque su repentino accidente no le permitia cumplir su promesa. Recibió el hermano Francisco el mensaje, y dijo al capellan manifestase al señor obispo que si no era otra la causa no dejase de acudir, que el Niño Jesús le quitaria aquella enfermedad, la cual no era cosa de cuidado. Pasó la noche el obispo sumamente agravado de la indisposicion, y sin pensar en levantarse de la cama, temiendo que se le aumentase. Pero á la mañana siguiente se sintió tan bueno y tan alentado, que inmediatamente se dispuso á ir á la funcion, diciendo á los concurrentes que aquella mejoría era sin duda alguna milagrosa. Acudió á la iglesia de los Carmelitas no solo una gran multitud de pueblo, sino tambien todo lo más florido de la nobleza de la corte, aun cuando no hubiera mediado invitacion de convite. Acabada la misa y el sermon, hizo Francisco su profesion en manos del Rdo. P. General de la Reforma, que lo era entónces Fr. Elías de San Martin, el cual se la quiso dar por la antigua amistad que al siervo de Dios profesaba, teniendo lugar dicho acto el dia 11 de Abril de 1599 con todo el ceremonial que las constituciones de la Orden previenen, añadiendo Francisco en su fervoroso entusiasmo palabras que no estan prescritas en ellas, pues cuando le preguntaron si profesaba con entera vocacion dijo, radiante de gozo, *y con muy buena voluntad*; aumentando con estas sencillas palabras la tierna devocion de los circunstantes, que al considerar la alegría de aquella alma privilegiada al hacer el sacrificio de sus sentidos y potencias en las aras de la religion y de la observancia, consideraban tambien el superior impulso que le movia. Quedáronse á comer aquel dia con los religiosos algunos señores y varios amigos de Francisco, y á los postres de la comida salió el nuevo religioso á hacer una de sus acostumbradas mortificaciones; pues arrodillándose en medio del refectorio pronunció un discurso que no podia esperarse de un hombre tan falto de letras y tan privado de educacion. Manifestó en él que siendo un pobre y humilde pastor de ovejas le habia con-

ducido Dios por distintos caminos hasta llevarle al alto puesto de conocerle, trayéndole á aquella casa donde habian tenido la caridad de recibirle, puesto que por su edad y su ignorancia no podia servir más que de carga y de estorbo; y decia esto con tanta ternura y tan escogidas expresiones, que aunque el General se hallaba admirado de oirle, le mandó cesar para que no enterneciese á los oyentes. Al otro dia de haber tomado su puesto entre los demás religiosos y de ser colocado por su falta de letras en el número de los legos, empezó á servir en el monasterio, desempeñando las obligaciones que le ordenaron, tales como el cuidado de la cocina, limpieza de patios, caballerizas etc., y á todo se prestó y todo lo hizo con la mayor sumision y obediencia al mismo tiempo que con la mayor alegría. Esto no obstante, no impidió que obtuviese la honra más señalada, pues deseosas las Reales personas, que ya le conocian desde el tiempo del Rey prudente, de verle con su hábito de carmelita, le hicieron ir á palacio recibiéndole con la mayor distincion y amabilidad, rindiendo de este modo un tributo y un público testimonio á su mérito y á su virtud. Solo sintió el nuevo religioso en el estado que abrazára no poder asistir como ántes al socorro de los pobres, pues ligándole sus buenas inclinaciones los lazos de la obediencia, no era dueño de pedir para dar ni de consagrarse al servicio de los de fuera, teniendo obligacion de servir á los de casa. Sufrió esta mortificacion con ánimo valeroso, buscando empero trazas y medios para cumplir sus caritativas inclinaciones, aunque arrepintiéndose luego y confesando como una grave culpa las piadosas supercherías que inventaba para conseguir alguna limosna con que socorrer á los necesitados. En tanto fué tan grande el crédito de santidad que en el convento iba mereciendo, que todos los religiosos confiaban en él cuando ocurria algun grave apuro ó calamidad, seguros de salir bien, por algunas maravillas que le habian visto practicar. Hallándose una tarde la comunidad cenando, se levantó de repente una espantosa tormenta de agua, truenos y relámpagos, y tal, que temian quedase la casa arruinada hasta los cimientos. Viendo aterrorizados á los religiosos, exclamó el P. prior: Salga, hermano Francisco, á ese patio, y pida al Señor que no nos hunda y anegue. Salió gozoso el santo lego, hizo la súplica, y ¡cosa admirable! la tormenta cesó, quedando el cielo sereno y el sol tan claro como ántes. Mucho habia que decir si fuéramos á enumerar todas las virtudes que le distinguieron en el convento: algunas páginas necesitariamos para celebrar, por ejemplo, su evangélica pobreza; pero nos creemos dispensados de hacerlo, porque harto se deja conocer cuán grande sería esta virtud en el hombre que durante muchos años habia permanecido en el hospital manejando millares de escudos sin tener ni aun cama, no gastando más ropa que el humilde saco pardo que ántes dijimos, y absteniéndose en la comida de todo lo que le parecia exceso

de gasto ó de regalo. Respecto de su castidad, nada tenemos que decir, pues aunque trató tantos años con todo género de mujeres, jamás un pensamiento bastardo invadió su angélica alma. Las señoras principales, así como las mujeres de humilde esfera, que por la condicion de su sexo acostumbran á ser piadosas y sensibles, tenian un placer extraordinario en comunicarse con aquel ejemplo vivo de amor al prójimo y de evangélica caridad, y muchas de ellas en fuerza de su religioso entusiasmo y de su pio afecto le abrazaban y le besaban, sin que con tan inmediato contacto se sintiera tocado de la más leve chispa de la carnal concupiscencia. Su alma en estos casos era de dura piedra, ó mejor dicho, era un alma de ángel desnuda de todos los afectos y pasiones de los hombres. El resultado de su singular pureza, resultado que todos notaron, puesto que no cabe en el círculo de la humana posibilidad, fué el aromático y suave olor que exhalaba de su cuerpo; porque siendo la castidad la virtud que más agrada al Altísimo, y comparándose las almas vírgenes á las odoríferas flores, cuanto más grande sea esta virtud, más suave aroma debe exhalar el indivíduo privilegiado. Este hecho fué confirmado con la autoridad de muchos y muy respetables testigos. El celo con que Francisco procuró recoger en Alcalá á las mujeres públicas en una casa de arrepentimiento, le dió tanto crédito en España, que varios ciudadanos de Valencia deseando dotar á su pueblo natal de tan benéfico establecimiento, determinaron llamar al siervo de Dios á poco tiempo de haber profesado, con objeto de que la erigiese y venciera, á causa de ser tan experto en esta clase de negocios, los inconvenientes que pudieran ocurrirse. Corria el año 1599, y hallábase por entónces en Valencia el rey Felipe III, celebrándose las bodas de este monarca con Doña Margarita de Austria, y las del archiduque Alberto con la infanta Doña Isabel, hermana del Rey. Los autores del pensamiento de edificar la casa de Arrepentidas se valieron de la mediacion del arzobispo de Toledo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, entónces marques de Denia, luego duque de Lerma y favorito del Rey, quien como varon tan piadoso y amigo de hacer bien, al punto escribió al general de la Orden rogándole enviase al hermano Francisco á la ciudad de Valencia para el logro de aquel objeto, que tanto fruto habia de producir á la causa de la humanidad y de la religion, siendo por otra parte gusto de SS. MM. que el religioso emprendiera aquel viaje. Accedió el prelado superior, y mandó á su súbdito que pasase á Valencia, dándole á peticion suya ámplio permiso para que ejecutase en el camino todo el bien que pudiese, y por los medios que le parecieran más convenientes, á los pobres necesitados, á los queridos de su corazon. La marcha del santo lego fué una especie de visita general hecha para la reformacion de las costumbres en los pueblos por donde pasaba; pues todo su cuidado, toda su atencion se dirigia á evitar las muchas culpas

que se cometen en las ventas y paradores, muy frecuentados entónces con motivo del viaje de los reyes. Procuraba sobre todo con sus ruegos que los alcaldes y jueces echáran de los pueblos á las mujeres públicas, que eran entónces las que daban más ocasiones para pecar, y logró su designio en muchos puntos con notable aplauso de las almas sanas y verdaderamente piadosas. Llegado á Valencia, fué recibido con suma alegría manifestando las personas Reales con públicas demostraciones el placer que les causaba su venida, abatiendo la altura de la dignidad á los pies de la humilde virtud. La reina Doña Margarita, aquella preciosa perla que tan poco tiempo esmaltó el sólio español y que tan pronto fué á ser adorno de las etéreas mansiones, aun cuando no le conocia, sabiendo por su regio esposo quién era y lo mucho que el difunto Rey le habia estimado, le tomó tanto cariño, prendada á primera vista de su evangélica modestia, que le agasajó extremadamente, admitiéndole á cenar la misma noche de su llegada junto á su Real persona, renunciando y prescindiendo de las reglas de la etiqueta que por entónces se observaba en la corte más ceremoniosa y más grave de toda la Europa. De allí en adelante, reconociendo esta piadosa Reina cuánto valor se encerraba en aquella alma sencilla, gustó de comunicarse con el, á pesar de su falta de instruccion mundana, llamándole en muchas ocasiones para tratar de su espiritual aprovechamiento, pues notaba con sobrada claridad la rara prudencia, superior conocimiento del bien y acendrada piedad que le distinguian, cualidades que no se aprenden en ninguna cátedra del mundo y que solo se obtienen por medio del dispensador de la divina gracia, negada comunmente á la vana y presuntuosa sabiduría del mundo. Despues de haber visitado el hermano Francisco á los reyes, quiso ver al arzobispo de Valencia, que lo era entónces D. Juan de Rivera, patriarca de Antioquía, insigne prelado muy querido de los reyes y sumamente apreciado de la grandeza y del pueblo. Recibió el Arzobispo la visita con sumo placer, puesto que ya le conocia desde Madrid al hermano Francisco, y á las primeras palabras que mediaron entre ambos, conoció como todos el precioso tesoro que en aquella alma se encerraba, por lo cual le consagró al punto su amistad y su admiracion. Enteróle Francisco del intento que á Valencia le traia, pareciéndole muy bien la idea al prelado; mas juzgó imposible la ejecucion, lo uno porque ya existia en la poblacion una casa sostenida por la ciudad en la cual se admitia durante la cuaresma á las mujeres públicas, manteniéndolas toda aquella época en que las mancebías estaban cerradas, haciéndolas oir sermones y prácticar devotos ejercicios, colocando á las que se reducian á la buena vida en algunas comunidades religiosas ó proporcionándolas casamiento; y lo otro por el ejemplo reciente de haber fracasado un proyecto igual, formado por el doctor Diego Perez, cuya buena intencion, no obstante hallarse favorecida

por el rey Felipe II y por muchos nobles y principales personajes, no pudo tener efecto á causa de la notable oposicion que encontrára en los magistrados de la ciudad, en cuyo número excesivo (pues llegaban á noventa y tres entre los de sala, quitamento y concejo general) habia, como es de suponer, muchos y muy diversos pareceres. Mas no se desanimó el hermano Francisco con las palabras del Arzobispo, porque confiado altamente en Dios esperaba vencer estos y aun mayores inconvenientes. Al efecto, con la santa sencillez que siempre le distinguia le dijo al prelado : Patriarca y padre mio, puesto que sabe tanto, dígame, ¿convendrá al servicio de Dios que esta casa se establezca? Contestó el Patriarca que no dudaba sería aquella fundacion muy acepta á los ojos de la Divinidad y muy provechosa para las almas. Pues en ese caso, repuso el humilde religioso, no tenga cuidado V. R., que el Niño Jesús tiene bastante poder para verificarlo; y respecto al intento que tantos varones sabios no han podido realizar, Dios permitirá, para mayor gloria suya, que lo ejecute un torpe ignorante como yo. Palabras que dejaron admirado al Arzobispo, corroborando más la idea que habia formado de que la voz divina era la que hablaba por la boca de aquel inocente al par que fervoroso lego, proponiéndose ayudarle con su valimiento y con cuanto le fuera posible para el logro del objeto. Despidióse el hermano Francisco sumamente consolado con aquella promesa, y principió á tratar el negocio con los jurados de la ciudad, en los que halló efectivamente toda la oposicion que el Arzobispo habia indicado. Aunque á las estudiadas disculpas que se le daban oponia él las más elocuentes y poderosas razones, á las que muchas veces no sabian qué contestarle, los votos en favor de la fundacion eran escasos, y el establecimiento no llevaba trazas de plantearse. Conociendo Fray Francisco la fuerza de una de las razones que le dieron, y era que la ciudad se hallaba muy cargada de obligaciones para contraer otras nuevas, propuso al Rey le concediera un privilegio con el que, sin gravar á los pueblos ni al erario, se comprometia á dotar y sostener la casa de las Arrepentidas. El ministro á quien se encomendó el exámen de la propuesta informó mal, y el Rey la desestimó. Sentido el Hermano escribió una carta al dicho ministro, quejándose del mal despacho que á su negocio habia dado y haciéndole ver cuán pocos méritos habia contraido en aquella ocasion para la otra vida; quejas que hicieron tanta fuerza al mencionado personaje, que al punto varió de parecer y se propuso ayudarle en su santa obra, enviándole una cuantiosa limosna para dar principio á la fundacion. Hallábase en tanto el Rey disponiendo su partida á la corte por haberse terminado las fiestas de los casamientos, y temiendo Fr. Francisco que se ausentára sin haber logrado su intento, fué á verle cierto dia y le suplicó le diera un Real decreto para lograr cierto designio tocante á la fundacion. El monarca le oyó con su

acostumbrada benevolencia, ofreciéndole hacer lo que pedia tan pronto como llegase el ministro á quien correspondia aquel negocio; pero el sencillo lego, conociendo que las dilaciones gubernativas entorpecen y frustran los más bien pensados negocios, tomó el papel y tintero que habia sobre la mesa del soberano y con la mayor llaneza y naturalidad le dijo: No, no, Hermano mayor, escríbamelo él mismo por amor del Niño Jesús ántes de partirse, pues de lo contrario no se hará nada. El piadoso monarca, á quien aquella sencillez encantaba, escribió y firmó el decreto á gusto del pretendiente. Aunque con la marcha del soberano, que se verificó muy pronto, quedó Fr. Francisco privado del Real amparo, no se desconsoló, pues sabia que no le faltaba el auxilio del Rey de los reyes, y prosiguió con valerosa perseverancia su intento, comunicando con el Patriarca, que cada vez se le aficionaba más, los contratiempos que sufria y los desaires que le daban en su pretension. El Patriarca le dijo que todos sus esfuerzos serian inútiles interin no tuviese un jurado que apoyase en las juntas su mencionada pretension, tomando por su cuenta el convencer á los demás. «Y bien, padre, le dijo, parécele acertado que salga jurado el hermano Estéban Ros?» Este era un sugeto muy conocido y apreciado en Valencia. Bien me parece, contestó el Arzobispo, porque es un hombre de sana intencion y muy inclinado á obras de piedad. Pues en verdad, repuso Fr. Francisco, que hemos de encomendar al Niño Jesús el nombramiento. Acudió á la oracion, su comun amparo, y refugio, y adquirió tal seguridad del éxito de sus ruegos, que encontrando á Ros en la calle le dijo, como si ya tuviese el nombramiento en la mano: Prevéngase, hermano, porque tiene que ser jurado para que mi negocio se despache felizmente. El caballero, que estaba muy léjos no solo de ser nombrado sino aun de pretenderlo, le dijo en tono de chanza: ¿Eso es verdad, padre? Pues avíseme con tiempo para que nos vayamos haciendo el traje de la nueva dignidad. Entendió Fr. Francisco la broma, pero disimuló prudentemente, y de allí á pocos dias fué á buscarle, y hallando sola á su esposa la dijo: Hermana Violante, dígale al hermano Esteban que prevenga la ropa de jurado, pues el Niño Jesús quiere que lo sea, y presto tendrá el nombramiento. Cuando Ros tuvo noticia de la visita, fué en busca de Fray Francisco, bien persuadido de que hablaba con formalidad, y le dijo que contase con su voto y con su apoyo en la pretension, aunque juzgaba seria de poco peso si no salia tambien jurado algun amigo suyo que abrigase las mismas intenciones. Eso, repuso el confiado lego, ya lo encomendaremos al Niño Jesús. Sucedió, pues, que al verificarse las elecciones salieron nombrados el dicho Esteban Ros y Marco Antonio Gamir, que era muy amigo suyo. Este patente prodigio, que fué seguido de otro, admiró á los nuevos jurados y les indujo á favorecer el logro del proyecto que el siervo de Dios formára,

empleando para ello todas sus fuerzas y su valimiento. El segundo prodigio obrado por Dios en el suceso de la fundacion, fué el siguiente. Uno de los que más opuestos se mostraban á la ereccion del refugio de las Arrepentidas era Jaime Butian, jurado cuyo voto tenia mucha autoridad en la asamblea. Registrando casualmente el archivo de la ciudad halló un antiguo pergamino que contenia unas ordenanzas de más de doscientos años de antigüedad, confirmadas por el rey D. Pedro *el Ceremonioso*. En ellas ordenaba al Regimiento ó Concejo que se comprase una casa y se la señalára renta, á fin de que sirviese de refugio á las mujeres perdidas que quisieran apartarse de su mala vida, y que era precisamente lo que Fr. Francisco pretendia. Sorprendió este hallazgo al jurado, y su conciencia le dijo que ya que no ayudase al objeto anhelado, no debia tampoco oponerse á una determinacion formada tanto tiempo hacia por la ciudad, aunque no se habia cumplido; y á dicho hallazgo llamó milagro en su declaracion, por ser efectivamente un portento que apareciese aquel pergamino en las presentes circunstancias; pero ni esto ni la sobrenatural é inesperada eleccion de los jurados movió el ánimo de toda la reunion á acceder á los piadosos deseos de Francisco. Aunque Ros y sus amigos trabajaban cuanto les era posible, adelantaban poco terreno por ser muchos los votos contrarios. Era preciso que Dios, para mover los duros corazones de los hombres, produjese nuevas maravillas, y estas ocurrieron en efecto. A principios del año 1600 no se habia adelantado un solo paso en la fundacion, aunque tampoco desmayára la devota intrepidez de Francisco. Declaróse de repente una violenta epidemia en las cercanías de Valencia, haciendo grandes estragos en Játiva, Alcoy, Onteniente y otros pueblos circunvecinos, poniendo á la poblacion en grande apuro por la dificultad de cerrar las comunicaciones con los puntos infestados. A cada momento se temia que la ciudad fuera acometida, y en este conflicto acudieron las autoridades á pedir á Dios remedio, partido que generalmente se toma cuando falta el auxilio de los hombres. Pidieron á los conventos las oraciones de sus religiosos, suplicando al prior de los Carmelitas mandase á Fr. Francisco conjurára la espantosa tormenta. Igual súplica hizo al siervo de Dios su especial amigo el Arzobispo, confiado más que nadie en la predileccion con que sabia que le miraba nuestro Señor. Como todo cuanto redundaba en beneficio de sus prójimos era un motivo de júbilo para el tierno y amoroso Francisco, accedió al punto á lo que le proponian, y rogó fervorosamente á la Divinidad apartase de Valencia el riesgo que la amenazaba, acompañando sus ruegos con frecuentes ayunos, disciplinas y otros actos de penitencia. Una noche, despues de haber asistido á los maitines, se quedó el siervo de Dios en el coro y se aplicó una sangrienta disciplina, en cuyo acto invirtió muy grande espacio, pues su fervor y su amor excesivo al prójimo lo dió sobradas fuer-

zas para resistir aquel martirio. Acabado el penitente acto se hincó de rodillas junto á la reja del coro, delante del Santísimo Sacramento, siendo tan grande el entusiasmo con que oraba, que deseoso de que llegasen más pronto las súplicas á los oidos de la Divinidad, levantó la voz, creyendo encontrarse solo. Pero hallábase tambien allí casualmente su compañero y amigo el P. Fr. Manuel de la Cruz, quien despues de la muerte del santo varon declaró en las informaciones que se hicieron las palabras que le habia oido pronunciar, y son las siguientes : *Jesús de mi alma, ya ves la instancia con que los hermanos jurados os ruegan que no haya peste en la ciudad; y pues que sois poderoso para hacerlo, ahora es buen tiempo de conseguir nuestra idea y que nos funden la casa de las hermanas Arrepentidas. Suplícoos, Señor, libreis á la ciudad de esta afliccion, para que obliguemos á la ciudad á haceros este servicio y se estorben en adelante muchas de las ofensas que os infieren.* Concluida esta oracion quedó en silencio por largo rato, y luego le oyó el padre Cruz volver á tomar la palabra, dando gracias á Dios por el beneficio que habia acordado á la ciudad en libertarla de la peste. Segun luego se supo, habíase aparecido el Niño Jesús á Fr. Francisco, prometiéndole que si la ciudad se ofrecia á erigir la casa de las Arrepentidas se veria libre de la epidemia, no solo por entónces sino para miéntras conservase la fundacion sin alterar sus bases ni su objeto, mandándole que consultando ántes con el Patriarca esta vision, pusiese en conocimiento del Jurado los deseos del Altísimo. Antes de hacerlo procuró Fr. Francisco que le escribieran en un papel las formales palabras que á Dios habia oido, sin añadirles ni quitarles una sílaba, para que no perdiesen un punto de su eficacia. Fué luego á ver al Arzobispo, y lo que sucedió en la entrevista lo dirá mejor que nosotros la declaracion del dicho prelado conservada por la crónica. — «Siendo tan evidente el peligro de esta ciudad por hallarse rodeada »de lugares apestados, rogué al hermano Fr. Francisco se dignase suplicar »á nuestro Señor fuese servido de guardarnos de aquel riesgo. Accedió el »H. Francisco, y una mañana al punto de amanecer vino á mi casa y me »dijo: Nuestro Padre, sepa que encomendando anoche al Niño Jesús lo que »me encargó despues de los maitines, me ha dado á entender que si los ju»rados favorecen la ereccion de la casa de las Arrepentidas, el Niño guarda»rá la ciudad de peste sin que entre en ella ínterin se conserve esta casa, y »para que no se me olvidase hice que un Padre me lo escribiese en un pa»pelito,—y me mostró uno que traia en la mano, donde estaban escritas las »palabras que acababa de decir. Tambien me manifestó era voluntad divina »que los jurados supiesen por mi boca lo acontecido, á fin de que anotándolo »en los libros de la ciudad quedase para perpétua memoria.» Suspenso quedó el Arzobispo al oir la relacion de tan gran maravilla, y aunque al pron-

to no se atrevió á darla entero crédito por la circunspeccion con que debe obrarse tratándose de revelaciones, reflexionó que no dejaria de ser cierta atendiendo á la santa vida del declarante, á su acreditada veracidad y á los prodigios anteriores que Dios obrára por su mediacion. En su consecuencia le aconsejó que sin pérdida de tiempo, porque la dilacion es en estos casos muy perjudicial y dañosa, fuese á dar parte á los jurados. Marchó, pues, á casa de su amigo Ros, y sin darle cuenta de la revelacion, le dijo convenia que se reuniese el Jurado para enterarle de un asunto concerniente á la epidemia. Interin se reunian los magistrados fué el hermano Francisco al Real ó sea al palacio del virey, que lo era D. Alonso Pimentel, conde de Benavente, y hablando con su esposa, segun luego manifestó esta señora, le dijo que tenia suma confianza en Dios para que el negocio de la casa se terminára muy en breve, aunque el dia en que quedase resuelta la cuestion sería donde más oposicion se encontrára. Reunidos ya los amigos de Fr. Francisco, les enteró del objeto de la reunion, poniendo en su conocimiento la revelacion milagrosa que el Hermano habia tenido. Todos creyeron al pronto que era una piadosa superchería de su buen deseo, y altamente indignados por lo que juzgaban ser una ofensa á su autoridad, no querian escuchar al Hermano que estaba fuera esperando le diesen permiso para tomar la palabra; mas los ruegos de los jurados Ros y Gamir obtuvieron que se le permitiese la entrada. Puesto el religioso en presencia de la Asamblea é inspirado por la divina gracia, se expresó con tanta elocuencia y presentó argumentos tan claros y convincentes, que todos los corazones, tocados del celeste impulso, no pudieron resistirse, y unánimemente accedieron á la constante pretension del Hermano. En vista de la solemne promesa que de parte de Dios les hacia, no solamente edificó la ciudad la casa de las Arrepentidas, sino que tambien erigió junto á ella un convento para las que quisieran servir más fervorosamente á Dios. En la advocacion que se dió á dicha casa sucedió otro prodigio, y fué, que echando en una urna varias cédulas con nombres de santos para elegir uno, aseguró Francisco que saldria el de S. Gregorio, y así sucedió en efecto, poniéndole por lo tanto como patrono titular de la casa. Luego se formaron los estatutos, y se nombró el administrador, que debia siempre ser un eclesiástico, eligiéndose tambien los visitadores y demás funcionarios necesarios para su buen régimen. La peste no entró en la ciudad, pues aunque aparecian algunos casos, que hicieron dudar á los incrédulos, el confiado Hermano, asegurándose en la omnipotencia divina, dijo: «La palabra de Dios no puede faltar, véase qué apestados son esos.» Examinados se vió que los enfermos no eran de la ciudad, sino que habian venido de los pueblos atacados. Con motivo de haber sido invadida la ciudad de una terrible epidemia en los años 1647 y 1648, los impíos y los incrédulos qui-

sieron hacer un cargo á la Divinidad por haber faltado á la promesa hecha por boca de Fr. Francisco, de que Valencia se veria libre de peste, ínterin mantuviese la casa de Arrepentidas de S. Gregorio en el órden y manera con que fué establecida. Nótense bien estas palabras. Alarmados los ánimos de los timoratos y envalentonados los impíos cuando ocurrió la invasion del mencionado año 1647, hízose una exquisita informacion y resultó de ella que la casa de S. Gregorio habia decaido de su primitiva pureza, descuidándose mucho la observancia de las constituciones, relajándose su gobierno interior y faltando, sobre todo, al artículo que disponia fuese un eclesiástico el administrador ó director del establecimiento. Véase, pues, cómo la palabra divina no faltó hasta que los hombres faltaron á la observancia de su solemne compromiso. Volviendo al asunto principal, trataron los jurados de recompensar al Hermano por el alto beneficio que á la ciudad dispensára, pero no sabiendo qué premio darle, porque ninguna recompensa humana bastaba, ni él por otra parte tampoco la hubiera admitido, acordaron pintar su retrato y colocarle en la sala capitular de la ciudad como un cariñoso recuerdo y para perpétua memoria de su virtud y de sus merecimientos. Corria, pues, como se ha dicho el año 1600, y habiendo sido nombrado ministro general de la Orden el Rdo. P. Fr. Francisco de la Madre de Dios; éste, que era poco afecto al trato con los seglares, y que no le agradaba que sus religiosos se mezclasen en los ruidosos asuntos del mundo, le agradó ménos lo que en Valencia sucedia con el hermano Francisco, y queriendo más bien que sirviese á Dios en la clausura que en el mundo, no obstante practicar tantos actos beneficiosos para la humanidad, trató de hacerle volver á su convento, no respetando la licencia que su predecesor le habia dado. Escribió al efecto al provincial de Aragon para que intimase al hermano Francisco su regreso, mas cuando el virey y demás autoridades de Valencia se enteraron de que trataban de arrebatarles su consuelo, hicieron tantas instancias y movieron tantos resortes que por altos respetos tuvo el General que acceder á que el Hermano permaneciese en la ciudad por más tiempo. Largo espacio necesitariamos para enumerar todos los actos de piedad que ejecutó Fr. Francisco durante su permanencia en dicha poblacion. Como era tan universalmente querido y respetado, como todos veian en él un santo ángel en humana forma, todos le facilitaban abundantes limosnas cuando hacia sus cuestaciones, lo cual le facilitó los medios de satisfacer sus más vehementes deseos y llenar cumplidamente el ánsia que devoraba su caritativo corazon de servir y amparar á todos los menesterosos. Continuó, pues, ejecutando en Valencia los mismos actos que ejecutára en Alcalá, casando huérfanas, amparando á viudas, recogiendo pecadoras y criando los niños abandonados. Ayudaba á los

estudiantes pobres para que continuasen sus carreras, facilitándoles colocaciones donde les suministrasen ropas y alimentos; mantenia matrimonios honrados que se hallaban en desgracia, dándoles á muchos hasta la cama, y curaba radicalmente con su gracia especial las dolencias de muchos enfermos desahuciados por los facultativos. Por este medio celestial de todo sacaba partido en favor de los amados de su corazon, de los pobres menesterosos. Cuando le llamaban para alguna persona que estaba enferma, si el doliente era sugeto bien acomodado, pactaba con él que Dios le devolveria la salud, á condicion de que le diese alguna limosna para socorrer á los pobres: tierno y generoso arbitrio que su caridad le aconsejaba, logrando de tal modo dar rienda suelta á sus caritativos impulsos. Con las grandes sumas á que ascendian los donativos de los fieles, estableció en casa de un honrado ciudadano de Valencia una especie de almacen de ropas, calzado, camas y otros utensilios necesarios para la vida, á cuyo depósito llamaba en su tierno y expresivo lenguaje la *Aduana del Niño Jesús*, á la cual iban á proveerse todos los necesitados, encontrando en ella lo que más falta les hacia. Registrense los anales de la caridad moderna, de esa caridad pretenciosa y vana, que hace sus mezquinos beneficios á son de campana y anunciándolos con pomposos carteles, y que para arrojar un pedazo de pan á los indigentes tiene que fomentar los vicios dando impúdicos bailes ó halagando los instintos brutales con luchas de fieras y corridas de toros, y véase si ha producido ni producirá nunca tan admirables resultados. Preséntese aquí el egoista y frio protestantismo, que forma leyes en favor de los animales y que deja perecer de hambre á sus hermanos en la inaccion, ó que los mata con el excesivo trabajo de sus avarientas máquinas; preséntese aquí la filantropía moderna con sus juntas benéficas y sus brillantes asociaciones, y dígannos si han hecho entre todas, si hacen, si harán nunca lo que un solo hombre hacia. Y cómo lo ejecutaba? ¿Quereis saberlo? Pues bien: hacia tanto, porque consultaba con Dios y no con el mundo; producia tanto fruto, porque ansiaba servir á la Divinidad en vez de halagar las pasiones humanas, y porque toda institucion, toda empresa que no se halle bajo el amparo de la Iglesia ni á la benéfica sombra del árbol de la cruz, será vana é improductiva por muy bien concebida que se halle, por muy beneficiosa que parezca. Estas ocupaciones le producian inmensidad de trabajo, sin contar con las molestias que le causaba el trato frecuente con los pobres, que acostumbrados á ver en él su providencia y su refugio le molestaban grandemente, pidiéndole cuanto necesitaban, no faltando entre ellos personas desconsideradas que exigian al hermano más de lo que podia dar, manifestándose quejosos cuando no lo conseguian, lastimando con esto su amantísimo corazon y llorando lágrimas de sangre cuando no podia remediar á los que comunmente le pagaban con el

más negro y vil desagradecimiento. Pero ejecutando él todos sus actos solo por amor de Dios, importábale muy poco la ingratitud de los hombres, y compensaba sus sinsabores con las muestras de afecto que recibia de la multitud. Cuando salia á la calle, apenas podia dar un paso por la gente que se agolpaba para bendecirle, besarle las manos y el hábito ó tener por lo menos la grata satisfaccion de verle. Y no se crea que esto le envanecia, pues tenia formado tan humilde y bajo concepto de sí, que cuando el padre queria apartar la gente para que no le molestasen, solia decir el hermano: «No tome »pena, padre, y déjelos cumplir con su devocion, porque como no conocen »al rústico que va aquí, hacen mucho caso de él para honrar al Niño Jesús.» No le faltaron tampoco mortificaciones de otro género, pues el santo varon debia probar todas las bienaventuranzas, no faltándole la de la persecucion. No solo los seglares, sino tambien algunos religiosos muy apegados al mundo, no podian sufrir que un simple lego anduviese tan aclamado del público, que le cortasen pedazos de hábito para guardarlo por reliquia, y que le admitieran á su lado los reyes y los magnates. Comenzaron pues á murmurar de él y á difundir especies injuriosas á su buen nombre, diciendo que á pesar de tanta virtud no era extraño ni difícil que cayese alguna vez, teniendo por delante tropiezos; pues, como dice el *Eclesiástico*, el que anda con la pez, necesariamente ha de mancharse los dedos, él debia manchárselos puesto que contra las reglas de la santa pobreza y del recogimiento andaba siempre manejando dinero, y tratando además íntimamente con toda clase de mujeres; pero estas hablillas eran despreciadas por nuestro religioso, importándole más y dándole más cuidado los trastornos que pudieran ocurrir en el recogimiento de las mujeres perdidas, que como fundacion nueva y formada con gente poco afecta al silencio y al ejercicio de la piedad echaban muchas veces de ménos sus torpes deleites y sus depravadas dulzuras, hallándose gran parte de aquellas mujeres dispuestas á abandonar la pacífica mansion y á romper el freno para correr otra vez en pos de los engaños del mundo. Costábale al Hermano muchos disgustos y muchas fatigas destruir aquellos síntomas de insubordinacion, consiguiéndolo únicamente haciendo tiernas y amorosas pláticas á las recogidas, con las que convencia á las de mejor índole, é imponiendo severos castigos á las más obstinadas, afanándose extraordinariamente para que no quedase esterilizado aquel plantel de virtud que tanto trabajo le costaba edificar. Hacia, pues, dos visitas diarias al recogimiento, y cuando volvia al convento en que se hallaba hospedado, despues de trabajar todo el dia fuera y viniendo muchas veces lleno de agua y lodo, poníase de rodillas delante del Santísimo Sacramento, ejecutando sus actos de piedad con tanto gusto y devocion como si no saliera ni un solo momento de la vida contemplativa, permaneciendo inmóvil y en

oracion largas horas, recogiéndose á su celda un buen rato para ser el primero que volvia al coro á rezar los maitines, quedándose despues de ellos otra vez en oracion hasta la madrugada, en que se retiraba á descansar por unos brevísimos instantes. ¿Pero qué descanso necesitaba en verdad el que tenia su espíritu siempre fijo en el Señor, dispensador de toda fortaleza, y separado enteramente de las miserias y debilidades humanas? Habiendo realizado ya su intento de la fundacion de la casa de Arrepentidas, no debemos pasar en silencio lo mucho que trabajó para mantenerla en toda la pureza que presidió á la idea de fundarla. Habiendo sabido que en la casa de Alcalá iban olvidándose de los estatutos y admitiendo algunas doncellas, temió que en la de Valencia llegase á suceder lo mismo con el tiempo, y á fin de estorbarlo, escribió al sumo pontífice Clemente VIII, que le estimaba mucho á causa de las noticias que de él recibia por medio de su nuncio, y le pidió que para remediar con tiempo los males que temia y mantener el instituto en toda su fuerza y vigor, se sirviese expedir un breve en que terminantemente se prohibiese la admision de las doncellas honradas entre las prostitutas arrepentidas. El Santo Padre, convencido al punto, como todos los que trataban ó se comunicaban con el hermano Francisco, ordenó que sin demora se hiciese lo que pedia, y Francisco al recibir el breve dirigió al Sumo Pontífice una agradecida epístola, que por no alargar demasiado esta extensa biografía, y porque además su estilo, harto llano, no agradaria á muchos de nuestros lectores se omite, así como otra dirigida á uno de los ministros más allegados al Pontífice. En medio de tantos cuidados no se olvidó de hacer á los pobres de Valencia el antiguo convite de Navidad que en Alcalá ejecutaba, y hay memoria de dos prodigios que ocurrieron con este motivo. Despues de haber obtenido licencia del padre superior, sin cuyo requisito nada queria hacer, y puesto de acuerdo con el Patriarca, hallándose ya muy próxima la festividad del Nacimiento de su adorado Niño Jesús, dió principio á hacer los preparativos exhortando á los pobres á que concurriesen despues de cumplir con los preceptos de la Iglesia, á fin de celebrar dignamente la venida del nuevo Rey, que con tanto gozo se conmemora en tales dias, pidiendo al mismo tiempo á los ricos le proporcionasen medios para celebrar aquel suntuoso banquete, á que tantos convidados debian acudir. No le arredró al Hermano el sumo trabajo que cargaba sobre sí al tener que acopiar tantos artículos, pues descansaba en el apoyo y auxilio del que todo lo puede. A la voz del convite acudió multitud de pobres, no solo de la ciudad de Valencia sino tambien de los pueblos inmediatos, y tantos vinieron que parecia imposible poder socorrer á todos. Mandó el hermano cocer doce fanegas de pan que varios devotos le dieron ya amasado, y empezándose á repartir aquella cantidad tan corta respecto

de la multitud que acudia, no solo hubo para todos sino que aún sobró mucho, y se estuvo repartiendo en los siguientes dias, verificándose con esto otro nuevo prodigio, pues siendo el clima de Valencia tan húmedo que el pan cocido no resiste muchos dias, el que bendijo el santo lego se mantuvo tan fresco y regalado que los panaderos, llamados por el Arzobispo á emitir su parecer respecto del suceso, dijeron que aquel pan era reciente, y cuando se les dijo que su cochura databa de muchos dias, afirmaron que humanamente no podia ser sin mediar visible milagro. A la nueva del prodigio todos los habitantes de la ciudad quisieron obtener parte de aquel pan milagroso, y no habiendo para todos fué preciso distribuir algunos panes en pequeños trozos, los cuales guardaron como preciosa reliquia los que tuvieron la fortuna de alcanzarlos, poniéndole en escapularios ó guardándole en relicarios, segun la posibilidad de cada uno, curándose por su medio muchísimas enfermedades. No obstante la simplicidad del humilde siervo del Señor, gustaban, como hemos dicho, los grandes y distinguidos personajes tenerle en su compañía. El Arzobispo Patriarca, en una visita que hizo á los pueblos de la diócesis tuvo empeño en llevársele consigo, á fin de no privarse de los altos consejos y superiores luces que la Divinidad emitia por aquella sencilla boca. No fué esta determinacion perdida ni infructuosa para la salud de las almas. En entrando en algun pueblo, al punto se veia rodeado de una multitud de personas que de fama le conocian, y á las cuales exhortaba á practicar los santos ejercicios de la piadosa devocion, consagrando especialmente su atencion y su cuidado á los niños, obrando segun las instrucciones del Divino Maestro. Juntaba al efecto una porcion de ellos para enseñarlos y explicarles la doctrina cristiana, haciéndoles cantar unas coplillas que él mismo habia compuesto en honor del Niño Jesús, dándoles sabios consejos y luminosas advertencias, que como las pronunciaba en su sencillo lenguaje eran perfectamente comprendidas por los niños, que se penetran muy pronto de los discursos que estan ménos cargados de los adornos oratorios. Tanto se embebia en esta ocupacion, que muchas veces tenian que ir á buscarle los criados del Arzobispo para advertirle que su señor le esperaba en la mesa. Cuando volvia á la posada del prelado, encendido en el amor del Niño Jesús, no cesaba de hacer pláticas y exhortaciones á los huéspedes y á los demás de la casa, y por las noches, segun el mismo Arzobispo depuso, se entregaba á las prácticas de la penitencia y á la continua oracion. Tambien quisieron tenerle en su compañía los vireyes de Valencia, D. Juan Alonso Pimentel y Doña Mencía de Zúñiga, condes de Benavente, en una devota romería que hicieron al santuario de nuestra Señora del Puch, en cuyo viaje ocurrieron, entre otros, dos milagrosos sucesos. Llegando á un pueblo en que se detuvieron los condes para descansar algunas horas, salió el Hermano á la plaza

para ocuparse, segun costumbre, de sus piadosos ejercicios. A la fama de su venida acudieron muchos labradores y mujeres provistos de cuchillos y tijeras con objeto de cortarle algunos pedazos de su hábito para guardarlos como reliquia. Defendíase él para que no ejecutasen aquel piadoso atentado, y uno de los labradores, al ir á cortarle con un cuchillo la capa, habiendo extendido la mano el siervo de Dios para impedirlo, se la cortó por el medio, haciéndole derramar grande cantidad de sangre. Afligióse la condesa, que estaba presente, y quiso vendarle la herida con un pañizuelo interin llamaban al cirujano. Pero el siervo de Dios dijo sonriéndose á aquella señora: *No tenga cuidado, hermana Mencía, que la tierra con tierra se cura.* E inclinándose al suelo, le bendijo, tomó un puñado de tierra y le aplicó sobre la herida y se la vendó con el pañuelo que la condesa le daba. Partieron en seguida, y dos horas despues llegaron á un convento de Dominicos, donde pasaron algun tiempo, y habiéndose quitado allí el pañuelo el hermano Francisco, dijo enseñando la mano á la vireina: *Ve, hermana Mencía, cómo ya estoy bueno.* Acudieron los religiosos á mirársela, y la hallaron tan sana como la otra, por lo cual rindieron á Dios muchas alabanzas, como autor de este milagro. El segundo prodigio, de que tambien fueron testigos los condes, ocurrió en el lugar llamado de Rocafalla. Aquí, como en todas partes, le cortaron un pedazo del hábito para guardarlo como reliquia, el cual se distribuyó entre varias personas piadosas. Tocóle una parte á cierta devota mujer cuyo marido, mal informado, tenia celos de ella formando fatales intentos respecto de su persona. La misma noche que llegó el hermano Francisco, instigado por el demonio que se le presentó cubierto con la máscara de la honra ofendida, sorprendió á su mujer, que se hallaba durmiendo, y la dió muchas puñaladas en el pecho. No habiendo podido herirla con aquellos mortales golpes, altamente sorprendido la preguntó qué defensa tenia, puesto que así embotaba los filos de su puñal. La atribulada mujer, que en tan apurado lance habia perdido no solo la memoria sino hasta el conocimiento, contestó que no llevaba cosa alguna. Más irritado el marido por creer que le engañaba, y que adivinando ó temiendo sus intentos se habia provisto de algun acerado peto, la rasgó el jubon y no halló cosa alguna en el seno más que el pequeño trozo del hábito del religioso, que con devota intencion habia puesto la mujer en aquel sitio. A vista de tal milagro no pudo ménos de reconocer que sus sospechas eran infundadas y que la virtud de su esposa carecia de mancilla, por lo cual, variando de parecer y proclamando á voces la santidad del hermano Francisco, en adelante vivió quieto y sosegado, obrando Dios por la virtud de su predilecto siervo dos milagros en uno: salvar la vida de la mujer y reducir á buen camino á un marido extraviado. Próximos á terminar nuestra ta-

rea, tiempo es ya de que consagremos algunos párrafos á la sucinta enumeracion de las prendas morales de Fr. Francisco. Principiaremos por su humildad, en la cual fué tan extremado que igualó, por no decir que superó, á los santos más austeros que en la celeste Jerusalen habitan, despues de ilustrar al mundo con sus virtudes. Ya hemos dicho ántes el bajo y humilde concepto que de sí tenia formado el Hermano, y así era su mayor placer el que le rebajasen, le postergáran y le hicieran objeto de escarnio y de burla; y esto no solamente siendo ya religioso, sino desde que empezó á servir á Dios en el hospital y á tener algun conocimiento de sí mismo. Cuando no habia quien le ofendiese ó insultase, lo ejecutaba él mismo declarando ser el más vil y despreciable de los hombres. Los aplausos que recibia y que hubieran desvanecido á la mejor cabeza del mundo, le causaban sumo disgusto y confusion cuando juzgaba que iban dirigidos á él, aunque para obviar este inconveniente solia dirigir el aplauso á más elevado sugeto. Hablando un dia con D. Francisco Rivera, marqués de Malpica, del mucho crédito que con el pueblo gozaba, le dijo: «Mire, hermano Francisco, de qué cosa tan ruin se vale el Niño Jesús para que le aplaudan y le honren. En verdad os digo que me avergüenzo grandemente de los elogios y alabanzas que recibo, y las tolero algun tanto por saber que soy el medianero para que se las ofrezca al Niño Jesús.» Otras veces, cuando religiosos ó seglares le encomendaban algun grave negocio, confiados en su virtud y eficacia, solia decirles: «Miren, hermanos, que si el negocio sale bien, al Niño Jesús es á quien tienen que agradecerlo, y de ninguna manera á mí, pues soy un necio que no sé lo que me hago;» huyendo de este modo hasta del pensamiento de poseer la gran virtud que atesoraba, y huyendo cuanto le era posible del orgullo, causa de la caida del más bello ángel y de la perdicion del género humano. Ya hemos dicho ántes que el rey Felipe II le estimaba sobre manera, y que algunas veces le honraba con su compañía. Habiéndole invitado una tarde á ir con él á la Casa de Campo, le hizo subir en su coche; mas apénas hubieron salido de Madrid, reflexionó el Hermano en la grande honra que le hacia aquel poderoso monarca, y tanto por juzgarse indigno de merecerla, cuanto por temer algun ataque ó por lo ménos alguna sombra de vanidad, aun á riesgo de faltar al soberano que le protegia, hizo parar el coche y se apeó diciendo: «Señor Hermano mayor, déjeme salir que me va persiguiendo aquí el demonio,» y continuó á pié su camino hasta llegar á la régia posesion. Habiendo ido en otra ocasion á la ciudad de Alcalá el Rey con sus hijos, salió á recibirlos el Hermano, de lo que se alegraron mucho, llevándole en su compañía hasta palacio, y conversando familiarmente con él. Sintiendo, al ver tal deferencia, que le iba atacando el demonio de la vanidad, se volvió como si hablase con alguno y dijo: «¿No ves, pérfido enemigo, que esta honra

»no me la hacen á mí, pues soy un necio, que no servi ni aun para guardar »ovejas? ¿No ves que va dirigida al Niño Jesús, á quien veneran por medio »de este rústico?» Cuando estuvo en Madrid de vuelta de Valencia, le preguntó su compañero el P. Pedro de la Purificacion, si no habia tenido algunos impulsos de vanidad cuando veia en los pueblos los aplausos que le tributaban y el crédito que merecia. Respondió: «No, Padre, ántes por el con»trario, me avergonzaba y me confundia más, porque entónces el Niño Jesús »me hacia reconocer mis graves faltas, y yo me dolia de que aquellas bue»nas gentes me aplaudieran teniéndome por un santo.» Cuando por las calles arremetian las personas á cortar el hábito, solia decir: «¡Cuánto merece »Francisco! ¡Cuánta honra le hacen por Dios! ¡Ojalá me cortáran la carne »como me cortan el hábito, si de esto hubiera de resultar alguna pequeña »honra al Señor!» Y no solamente era humilde con los que le aplaudian, mostrábase más humilde aun con los que le injuriaban. Llegó una noche en Alcalá á pedir limosna á una posada, donde paraban varios caballeros ricos; y aproximándose á uno que estaba de mal humor, le hizo su acostumbrada demanda. Enfadado el caballero, y creyendo que era un simple por las palabras que le oia, mandó que le echasen fuera. Mas como el Hermano insistiese en su peticion, le faltó á aquel la paciencia, y dándole de bofetadas le derribó en el suelo. Acudió el dueño de la casa al ruido, y halló al siervo de Dios de rodillas pidiendo perdon al que le habia ofendido. ¿Qué es esto? dijo al huesped: así tratais al hermano Francisco? Al oir este respetado nombre, el caballero, que no le conocia, le rogó humildemente que le perdonase, y le dió una abundante limosna. Preguntándole á su vuelta al hospital, cómo le habia ido aquella noche, respondió sumamente alegre: «Muy bien, porque he encontrado á un caballero que me dió limosna para los pobres y para mí.» Otra vez hallándose velando á un enfermo, conoció que se moria, y no habiendo entónces capellan en el hospital, salió aunque era á deshora de la noche en busca de un eclesiástico, cuya habitacion sabia. El sacerdote, que ya se hallaba acostado, se levantó de mala gana á ver lo que querian. Rogóle Francisco que fuese á dar la Extremauncion á un enfermo; pero el cura le echó en hora mala, diciéndole que aquella hora no era á propósito para salir de su casa. Como el ardiente fuego de la caridad no se entibiaba por nada en aquella alma piadosa, insistió Francisco para que el sacerdote administrase al moribundo el último sacramento, temiendo falleciese sin él. Irritado el clérigo con la porfía, bajó á la calle y le derribó en el suelo, dándole muchas bofetadas y empellones. Levantóse el hermano Francisco como si nada le hubiera sucedido, y rogando al clérigo le perdonase la molestia que le causaba, le rogó por amor de Dios que asistiese á aquel moribundo, pues á no hallarse en tan apurada situacion, jamás le habria molestado. Vencido al fin

el clérigo, y conociendo lo mal que se habia portado con aquel fervoroso varon, se ofreció á acompañarle y á servirle, no solamente entónces sino cuantas veces le ocurriera. Respecto de su paciencia angélica, nada tenemos que decir, pues ya se colige la que tendria debiendo lidiar con enfermos, con pobres y con mujeres perdidas, gentes que, por su clase unas y por su estado otras, suelen ser las más cansadas y molestas. A pesar de lo mucho que trabajaba y de los disgustos que sufria, jamás se le vió con el semblante triste, ántes por el contrario, siempre mostraba la más completa alegría, sucediéndole lo propio cuando la envidiosa maledicencia (aun de los religiosos de su Orden) le criticaba por ir á palacio, si le llamaban para algun urgente negocio, pues decian que debiera excusarse de ir á partes donde el bullicio es muy grande, porque no está en los palacios verdaderamente el camino de la salvacion. Oia el siervo de Dios estas advertencias dando muchas gracias á los que se las hacian, como si realmente se reconociera culpable, sin manifestar pesadumbre ni mal semblante. Mucho alargariamos esta narracion si fuésemos á enumerar todos los casos en que Dios probó su inalterable paciencia con las muchas injurias y baldones que le hicieron sufrir; pero omitimos expresarlos, porque su falta en nada destruye la extension de mérito y de su gloria. Hallóse tambien dotado de la gracia superior de adivinar las miserias y necesidades ocultas; y así fueron infinitas las veces que socorrió á esos pobres más dignos de lástima que los mendigos, á quienes falta la osadía para implorar la pública caridad. Y no solo le servia aquel don particular para adivinar las necesidades ocultas, sino tambien para conocer en el hospital los enfermos que se hallaban en peligro de muerte; y así los exhortaba con tiempo á purgar de faltas su conciencia y á prepararse á hacer felizmente su tránsito á la otra vida. Sirvióle asimismo el mencionado don para descubrir el interior de sus semejantes, y con esta virtud infusa, que los teólogos llaman *discrecion de espíritus*, evitó muchos daños y graves culpas, como lo prueba entre otros el siguiente suceso. Llamando una tarde á cierta casa en Madrid, salió á abrirle un jóven á quien dijo: «Hermano, el Niño Jesús me envia para que evite cometa el pecado que medita: eche fuera á esa doncella con quien está para ofenderle, y estime mucho este aviso.» El enamorado mancebo negó el hecho al pronto, pero viendo las señales que el Hermano le daba y las amenazas que le hacia, confesó su mal intento y le entregó la doncella, á la cual, para evitarla ulteriores peligros la buscó una honrada colocacion. Estas acciones le proporcionaron muchos disgustos; pues como apartaba de la senda del vicio á varias mujeres y aun á señoras principales, sus amantes acudian á él aconsejados de su cólera á denostarle y ofenderle; pero como los recibia con semblante alegre, por lo regular quedaban confusos y arrepentidos, volviéndose mansos corderos los

que venian hechos unos fieros tigres. Acrecentándose cada dia la fama de santidad con que el pueblo aclamaba al hermano Francisco, y llegando á Madrid las noticias de lo que en Valencia pasaba, abultadas con diversos comentarios, temió el P. general Fr. Francisco de la Cruz los inconvenientes que pudieran ocurrir; trató de sacar al punto de aquella ciudad al Hermano, y para no verse obligado á ceder como otras veces á poderosas consideraciones, dispuso que la salida se verificase en secreto. Al efecto mandó en su busca al P. Fr. Pedro de la Purificacion, que era un religioso muy sagaz y entendido, llevando órden para el prior de los Carmelitas, á fin de que le entregase la persona del Hermano, y mandando á éste partir sin demora y sin dar cuenta á nadie. Intimadas las órdenes el mismo dia que llegó, el comisionado quisiera volver á partir; pero el Hermano, aunque dispuesto á obedecer las órdenes superiores, dijo que necesitaba algun tiempo para arreglar sus muchos negocios y pagar sus deudas. El prior, de acuerdo con el comisionado, le concedió dos dias y en este breve término trató el Hermano de arreglar sus cuentas, y cumplir con sus acreedores, aunque sin manifestar la causa por que lo hacia. Llegó el vencimiento del plazo, y aun no habia arreglado la mayor parte de sus asuntos; mas el prior, llevando al extremo su obediencia á las órdenes superiores, le dijo que marchára sin tardanza. Pero el Hermano le contestó: Mire, padre, que el Niño Jesús no quiere que parta hasta que lo deje todo arreglado. El prior no quiso ceder, sin embargo, y se dispuso la marcha. Al llegar la noche y tratando de ponerse en camino, empezó á caer una copiosa lluvia que detuvo á los viajeros y que duró todo el tiempo que Fr. Francisco tardó en el arreglo de los asuntos pendientes, habiéndole concedido el prior en vista de este suceso todo el tiempo que necesitase, porque su conciencia le remordia de haber tan ligeramente obrado. Arreglado todo, previno Fr. Francisco su marcha definitiva sin hablar palabra á nadie y sin despedirse más que de los religiosos del convento, despidiéndose tambien de las santas imágenes de su mayor devocion y especialmente de un santo Ecce-Homo, de antigua pintura, al que era muy afecto. Al salir de maitines la noche en que habia de partir, pasó por el claustro donde estaba la citada imágen, y al llegar frente á ella sintió un fuerte impulso que le obligó á detenerse. Oyó en esto una voz que parecia salir del cuadro, diciéndole que iba á morir á Madrid, señalándole en qué forma, y marcándole los ejercicios que habia de practicar en el tiempo que le quedaba de vida. Agradeció el favor con suma reverencia, y acto contínuo se puso en marcha. Cuando despues se supo en Valencia el caso de la milagrosa imágen se la colocó en una capilla de la iglesia parroquial de Sta. Catalina, donde fué venerada muchos años. A favor de las tinieblas de la noche salieron los viajeros sin que nadie los sintiera, y con tanta diligencia camina-

ron que al amanecer se hallaron ya cerca de la raya de Castilla. Cuando la ciudad supo por la mañana lo ocurrido, se contristó en extremo, pareciéndole que le faltaba su refugio y su amparo, y haciendo por mucho tiempo mil extraños comentarios. El Patriarca sobre todo sintió tanto lo ocurrido, que se quejó amargamente á los prelados del convento por haber sido engañado. En tanto marchaba el bienaventurado hácia Madrid, y á pesar del secreto con que lo hacia, los pueblos en masa salian á recibirle pidiéndole su bendicion y presentándole sus enfermos, y esto sin que nadie avisase con anticipacion, lo cual hacia conocer que la mano de Dios obraba aquellos prodigios. Paró en Alcalá de Henares, donde era tan querido, y donde se le recibió con un entusiasmo indescriptible, viéndose tan asediado de la gente, que estuvo á peligro de ahogarse, y fué preciso disponer que cada vez que saliera lo verificase acompañado de alguaciles, para separar la multitud, y aun esto no bastó ni contuvo la devocion; pues la gente atropellaba por todo, y muchas veces volvió al convento enteramente despojado de su hábito. Llegó finalmente á Madrid, donde tambien fué recibido con sumo aplauso, y al entrar en el convento le dijo el P. M. Fr. José de S. Francisco, que habia tenido revelacion: —Hermano, á qué piensa que le trae el Señor á esta casa? pues le trae á morir. —Ya lo sé, nuestro padre, respondió Francisco, refiriéndole más tarde la escena del Ecce-Homo. Su regreso á Madrid tuvo efecto cerca de la Navidad del año 1603, á tiempo que los Reyes habian regresado de Valladolid, donde tenian la corte, y que se alegraron mucho de ver al Hermano; pues aunque no habian dejado de comunicarse con él por medio de cartas, haciéndole cuantiosas limosnas, ahora gozaban más por tenerle á la vista. El primer dia que fué á visitarlos, le tuvieron consigo hasta la noche, y en los siguientes pasó largas horas en palacio en grata conversacion con la Reina, conversacion que, aunque tosca, era muy agradable para aquella señora, que decia encontrar en ella santos ejemplos y saludable doctrina. Como le miraban con tanta fe de santidad, quisieron fiar á su intercesion el logro de un gran deseo. Hallábase España sin príncipe, y acordándose los Reyes que por la intercesion y los ruegos del P. Indigno, tambien carmelita, habian logrado que el cielo les concediese á la infanta Doña Ana, despues reina de Francia, pidieron al H. Francisco rogase á Dios les concediese un príncipe en quien descansase el peso de la vasta Monarquía. Ofreció el Hermano hacerlo, y segun su antigua costumbre no quiso malograr la ocasion de obtener algun beneficio para sus pobres, y pidió á los Reyes le diesen alguna limosna si conseguian su intento; y habiendole prometido una respetable cantidad, recordó más adelante la oferta en una carta dirigida al Rey, y en la que se leen estas palabras, que trascribimos por su sencillez. *Nuestro Hermano mayor, digámoslo todo, porque si*

Dios me llevare no podré ir allá á decírselo. Bien se acuerda concertamos que si en este año de Enero á Enero estuviese preñada la hermana Margarita ó parida, me dariais dos mil ducados para limosnas; pues el Niño Jesús lo ha cumplido, y está ya de tantos meses. Acuérdense, pues, que son deudores, y así cuando algun padre vaya por allá, por amor del Niño Jesús hagan que le den recaudo, que es pagar lo prometido, y sea muy agradecido al Niño Jesús para que le dé más hijos y le guarde los que tiene. Esta carta fué dirigida al Rey hallándose en Valladolid, y aunque en ella no marcaba si lo que la Reina daria á luz seria hijo varon, S. M. afirmó repetidas veces que tal habia sido el concierto, y estando próxima al parto, era tanta su fe, que aseguraba ser varon lo que naceria, como en efecto sucedió, saliendo á luz el príncipe que más tarde reinó bajo el nombre de Felipe IV. Creciendo más cada dia en Madrid la devota concurrencia de gente que buscaba su remedio en el Hermano, y turbando la quietud del convento los muchos pobres y sugetos piadosos que acudian, le dijo el P. general que ya era tiempo de que abandonando el cuidado del prójimo pensase en el suyo, y que así no pidiese más limosnas; pues habiéndose trasladado la corte á Valladolid, la gente de Madrid estaba muy necesitada, y eran más los que pedian que los que podian dar. Para evitar que la gente continuára molestándoles, determinaron trasladarle de secreto á Pastrana, donde no era tan conocido; mas al punto corrió la voz de haber llegado el Santo de Alcalá y Valencia, y tambien principió á acudir la gente, tanto de aquel pueblo como de los circunvecinos y del mismo Madrid, por lo cual determinaron trasladarle al convento sito en el desierto de Bolarque, á dos leguas de Pastrana; mas aun en este lugar, donde no habia más voces fuera de las del convento que el canto de los pajarillos, se divulgó pronto la venida del Hermano, y el desierto paraje se vió poblado muy pronto por la multitud que acudia. En vista, pues, de no poder ocultarle en sitio alguno, le volvieron con gran secreto á Madrid, donde cayó enfermo con unas pertinaces cuartanas, que le ocasionaron sumas fatigas y dolores. Durante su larga enfermedad tuvo revelacion de que moriria en la pascua del Nacimiento de aquel año. Algun tiempo ántes de que llegase, se sintió tan mejorado, que el médico, que era el famoso doctor Bocangel, dijo que ya estaba bueno; pero el hermano le aseguró que se equivocaba, y que moriria de aquella enfermedad. Mofábase el médico del aserto del enfermo, y le decia estuviese seguro de no morir de aquella enfermedad, como si su criterio y su juicio fuese más exacto que el divino. Seguro de su muerte, empezó Francisco á disponerse para ella con la contínua oracion y santos ejercicios, notándose en él de repente un notable cambio; pues siendo tan comunicativo y tan amable y tan amigo de oir á los necesitados, manifestó que le causaba molestia y enfado recibir

á las personas que deseaban verle, y era que no queria le robasen un solo instante de los que consagraba á su Dios. Sin embargo de su repentina mejoría, cuatro dias ántes de Navidad le volvieron las calenturas complicadas con un dolor de costado. Conocieron entónces que su profecía iba á cumplirse, y más viendo cuán inútiles eran todos los remedios de la humana medicina. En su vista acordaron administrarle la Santa Eucaristía, que recibió con los actos más fervorosos de amor y de piedad, enterneciendo á los circunstantes con sus sentidas y amorosas pláticas, pidiendo luego que le administrasen la Extremauncion, cuyos sacramentos recibió contestando él mismo con voz clara á las preces de los sacerdotes. Advirtiendo que ya nada tenia que hacer en esta vida transitoria, exclamaba muchas veces: «Vamos, Señor, vamos, Señor, mucho se dilata esta partida. ¡Oh »mi Jesús, llevadme pronto con vos, que lo deseo de todas veras, pues con»fiado en vuestra infinita misericordia creo que me habeis perdonado mis »pecados, pero si esta peticion no es justa, hágase ante todo vuestra santa »voluntad.» Preguntáronle si queria que le enterrasen en Madrid ó en Alcalá, seguro de que cumplirian su deseo, á lo cual respondió: «Yo no quie»ro nada sino lo que la obediencia disponga. Lo que pido es que no me en»tierren en paraje donde la gente idolatre en mí, pues segun la he tenido »engañada en vida, creo continuarán venerándome en muerte si no me »quitan delante de sus ojos.» ¡Tierno, sublime y postrer rasgo de humildad! Entrando á visitarle varios graves personajes, les anunció muchas cosas del porvenir, y entre otras la vuelta y definitivo establecimiento de la corte en Madrid, cosa que era con extremo deseada. La víspera de Navidad se agravaron sus dolores, y pasó la más triste Noche Buena que pudiera imaginarse, aunque sus angustias se templaron considerando lo mucho que pasó el Redentor del mundo en la noche de su nacimiento. Al llegar el dia de pascua pidió para solemnizarle le dijesen las lecciones que se habian cantado en los maitines, y recibió sumo placer con esto. Tambien deseó oir algunas misas, para lo cual dispusieron un altar en su celda, y las oyó con tanta devocion y ternura que quedó sumido en un profundo éxtasis. Para despertarle de él se acercó el prelado y le dijo si no deseaba hacer el acostumbrado convite á los caballeros del Niño Jesús. A estas palabras abrió los ojos, y como si resucitase á la voz de la caridad, significó el gran placer que le causaria celebrar aquella Navidad postrera como siempre se habia celebrado. Trajéronle doce pobres y las viandas necesarias, las que él mismo fué repartiendo con todo el gozo que sentia cuando estaba bueno y sano. Trajéronle tambien para alegrarle la antigua imágen de su Niño Jesús, que nunca habia abandonado, preciosamente vestida, y al verla se regocijó tanto, que siendo la hora de vísperas principió á cantar con alegre tono las coplas

que habia compuesto en otro tiempo en alabanza del Hijo y de la Madre, y concluyó diciendo á la imágen: «Niño Jesús, ya sabe que en estos dias le »soliamos hacer muy buena fiesta, y así, para que mi gozo sea cumplido, le »ruego que pues no me ha llevado hoy no deje de esperarme mañana.» Pasó el segundo dia de pascua practicando los mismos devotos ejercicios, oyendo y consolando á sus hermanos de religion, que le pedian les encomendase á Dios cuando estuviese en la gloria; y á todos les contestaba con las más tiernas y cariñosas expresiones. A las ocho de la noche empezó á perder la vista, entrando poco despues en la tremenda lucha de la muerte con la vida. Para prepararse dignamente á dejar el mundo se abrazó con un crucifijo, y á las diez y media, despues de un cuarto de hora de dulce agonía, voló su seráfica alma al cielo el domingo 26 de Diciembre de 1604, á los sesenta años de su edad. Su último pensamiento fué inspirado por su ardiente caridad, pues exclamó como dominado por una idea fija á la vez que profética: «Gente ha venido de Valencia, deseára poder saber cómo está el recogimiento de las hermanas Arrepentidas.» Y en efecto, al otro dia se averiguó que á la misma hora en que pronunció aquellas palabras habia llegado un ciudadano de Valencia llamado March, que pertenecia al Ayuntamiento de la ciudad. Dejando aparte las revelaciones que de la muerte del Hermano tuvieron algunos graves religiosos de ambos sexos de su Orden, y con las cuales quiso Dios manifestar la gloria de su siervo, describiremos sucintamente sus solemnes funerales. Temiendo algun piadoso atropello, pusieron su cadáver en una capilla cercado de fuertes verjas, á fin de que pudieran verle sin tocarle. A las nuevas del suceso acudió la gente de Madrid y mucha de los pueblos inmediatos, clamando todos por reliquias de su hábito, y tuvieron que vestirle cuatro veces. Grandes y pequeños se disputaron con afan la posesion de sus pobres alhajas, y á instancias del pueblo permaneció expuesto cinco dias sin que la gente se cansára de venir á contemplarle. El dia 31 se verificó el entierro con grande asistencia de todas las clases de la sociedad concurriendo muchos nobles y títulos de Castilla. Celebró la Misa el vicario de Madrid, y dijo el sermon el P. Fr. Diego de Jesús Salablanca. Antes de darle sepultura se recibió jurídica declaracion á los médicos, los cuales declararon que contra todas las leyes naturales y á pesar de la rigidez en que por la estacion de los hielos debia hallarse aquel cadáver, se hallaba flexible y exhalando un olor impropio de un cuerpo muerto, lo cual se consideró como prodigio é igualmente el que sigue. Deseando conservar un retrato del difunto, se ofreció á hacerle el P. Fr. Juan de la Miseria, que era pintor, y dijo que al principiar su trabajo, el rostro del difunto, que estaba amarillo y descompuesto, se puso tan natural que parecia hallarse dormido. Verificadas estas diligencias, se depositó interinamente el ataud en el hueco de un

altar de la capilla mayor del convento. Las ciudades de Alcalá y de Valencia tambien le celebraron solemnes honras, siendo notables las que le hizo el arzobispo de este último punto, su especial y apasionado amigo, y las que tambien le celebró el Ayuntamiento en memoria de los beneficios que á la ciudad habia prestado. Al cabo de algun tiempo las dichas ciudades pretendieron que se les concediese la posesion del santo cuerpo, fundándose para poseer aquella joya en el agradecimiento que debian á la memoria de su bienhechor; pero Madrid sostuvo que á él solo competia aquel goce por haber profesado Fr. Francisco y muerto en el convento de esta poblacion, y á tanto llegó su devoto celo que hizo jurar á los prelados no consintieran en manera alguna la traslacion. No obstante, para dejar satisfechas á todas las partes y con acuerdo del señor arzobispo de Toledo, se dispuso enviar á Alcalá alguna parte del difunto para que la conservasen como reliquia, lo cual se efectuó con mucho sigilo á fin de que Madrid no se apercibiese. Cuando la reliquia estuvo en paraje seguro, la ciudad solemnizó su fortuna con públicas funciones, fuegos y luminarias. El arzobispo de Valencia, que por su afecto al bienaventurado era tambien acreedor á alguna distincion, pidió y obtuvo una mano del difunto, que fué colocada en un precioso relicario; y llevando hasta el extremo su piadosa amistad, empezó á hacer las primeras diligencias para el proceso de su canonizacion, en las que declaró como el principal testigo y uno de los más bien informados. Los sucesos posteriores, lás guerras y los desastres que ocurrieron en España, el cambio de dinastía y sobre todo la voluntad divina, que acaso no ha juzgado conveniente brille Francisco aun en el número de los santos, impidieron continuáran las diligencias necesarias al efecto. Sin embargo, sus hermanos de religion y sus numerosos amigos honraron su memoria erigiéndole un magnífico sepulcro de piedra costosamente labrado, que se puso en el crucero de la iglesia al lado de la epístola, en el que se veia su busto y se leia la siguiente inscripcion, breve compendio de su vida: *Francisco, pobre en el mundo, pero rico en la gloria y en la ardiente devocion del Niño Jesús, fué sacado por éste de guardar ovejas para apacentar grandes rebaños de pobres y para vivir luego entre los Carmelitas, trasladándose desde aquí al cielo. Este sepulcro guarda sus restos, habiendo fallecido el dia 26 de Diciembre del año 1604, á los sesenta de su edad.* El convento de S. Gil, que se hallaba frente á lo que hoy es el Real palacio de Madrid, fué derribado á principios de este siglo, y cuando empezaba ya á soplar el huracan revolucionario. El sepulcro de Francisco desapareció como han desaparecido tantos otros monumentos de nuestras glorias religiosas, sin que conste á qué sitio han ido á parar sus venerandas cenizas.—M. B.

NIÑO JESUS (Gertrudis), carmelita. Fué natural de Lérida, hija de pa-

dres bien acomodados y de notoria nobleza, que se distinguieron en el siglo por el apellido de Monzon. Habiendo quedado huérfana con otro hermano de menor edad, se encargó de ellos un tio suyo llamado D. Pablo Monzon, quien procuró mantener á su sobrina en la buena disposicion en que se hallaba por la cristiana y ejemplar educacion que de sus padres habia recibido. La doncella, que desde muy temprano tuvo la dicha de ser iluminada con superior y divina luz, en vez de tomar aficion á las cosas del mundo, las despreció por el contrario, no abrigando otro deseo que consagrarse á Dios en el claustro eligiendo en su mente la religion de los Carmelitas por lo muy afecta que era á la santa fundadora la seráfica Sta. Teresa, y por haber tratado largamente acerca del deseo que formára con el confesor que habia elegido, que era un P. carmelita. Hallábase, pues, Gertrudis en la florida edad de veintidos años, estando dotada de sumo talento y de perfecta hermosura, cualidades que le hacian muy apreciable de cuantos la conocian y muy querida de sus tios, que por no apartarla de su lado, habian rehusado muchas veces darla el consentimiento que les pedia para hacerse religiosa. Sus deseos, sin embargo, vinieron á realizarse cuando ménos lo pensaba, puesto que el destino de las criaturas está pendiente de la voluntad divina, que cuando juzga ser tiempo las llama para que la sigan. Guiada por la Omnipotencia y por lo que el escéptico mundo llamaria casualidad, cuando la M. Catalina de la Concepcion pasó del convento de Huesca al nuevamente fundado en Reus, para donde iba nombrada vicaria, hizo posada en Lérida, y se aposentó en la casa de D. Pablo Monzon, á quien venia recomendada. Gertrudis vió en la santa religiosa una enviada del cielo, y aficionándose á ella, tanto por el deseo que tenia de pertenecer á la religion Carmelitana, como por la amabilidad y cariñoso trato de la madre que á todos tenia encantados, le significó su intento y la oposicion que por parte de sus tios experimentaba para conseguirle. Animóla á perseverar en tan buena idea, ofreciéndola encomendar á Dios aquel negocio para que tuviese el éxito apetecido, y para que su Divina Majestad la guiase por el camino que más fuese de su agrado. Cuando la Madre partió, rogó Gertrudis á su tio que le permitiese acompañarla para servirla por el camino, y el tio accedió dejándola ir en compañía de otra venerable señora. Habiendo llegado á Reus, verificó su entrada en el convento recien fundado, donde fué la segunda novicia, y envió á decir á sus tios que no pensaba volver á Lérida, porque estaba determinada á permanecer como monja en aquella casa, y á tener la gloria de ser una de las primeras hijas de Sta. Teresa en la mencionada ciudad de Reus. Inmediatamente partió su tio á verla con objeto de disuadirla, poniéndola por delante su edad, sus prendas personales, sus riquezas y su nobleza, dotes por las que era uno de los partidos

más solicitados de Lérida, indicándola que si tan decidida estaba á servir á Dios, podia verificarlo en el siglo tan bien como en el claustro, porque no se oponia la santidad á las comodidades, ni la virtud era incompatible con el estado social. Pero la virtuosa doncella, cerrando los oidos á todas las sugestiones que acaso con la mejor voluntad le hacian, contestó que preferia la incomodidad de la penitencia, la estrechez del claustro y la frugalidad de la comida, á las galas, la abundancia y todos los regalos del mundo. Habiendo manifestado tan resueltamente su valerosa determinacion, no la importunaron más, y tomó el hábito carmelita en el mencionado convento de Reus el dia 21 de Setiembre del año 1660, profesando al siguiente, y abandonando su ilustre apellido para tomar el sobrenombre del Niño Jesús. Esta religiosa no solo es digna, á nuestro parecer, de figurar en la Biografía Eclesiástica por la razon ya indicada de haber sido la segunda piedra fundamental del convento de Reus, sino tambien por la firmeza con que perseveró en su santo propósito, resistiendo los mayores trabajos y privaciones. Virtud heróica, tratándose de una doncella criada con el mayor regalo y cercada de comodidades, que pasó de repente á la estrechez de una incómoda celda, y á vivir cubierta de tosco y pobre sayal. En efecto, la casa en que Gertrudis hizo su penoso noviciado para merecer la celestial corona, era tan pequeña, pobre y desabrigada que los vecinos de Reus estaban admirados de la paciencia y heróico valor con que aquellas tiernas vírgenes resistian tanta incomodidad, así como de la santa alegría que manifestaban, y se hubieran admirado más si penetráran en el interior de aquel humilde convento; pues hallándose ya reunidas hasta ocho religiosas, y habiendo consumido los escasos recursos que poseian, llegaron al extremo de padecer la más extraordinaria pobreza, no teniendo ni aun aquellos artículos estrictamente precisos para la vida. Pobreza que no fué conocida al pronto por nadie en los dias más fatales de la privacion: lo uno, porque las religiosas por su clase y su sexo no podian salir como los indivíduos varones en busca de su remedio; y lo otro, porque tímidas y apocadas no se atrevieron á molestar la caridad de los bienhechores, poniendo toda su confianza en su divino esposo Jesús, bien seguras de que no les faltaria, segun les prometiera su seráfica Madre y fundadora, y confiadas de que no las abandonaria, dejándolas perecer. No salió fallida su esperanza, y el socorro vino, aunque tarde, á tiempo suficiente para demostrar la grandeza del que todo lo puede, y del que sabe mover los corazones, infundiéndoles piedad, para que acudan al socorro de sus desvalidos hermanos. Cuando el señor arzobispo de la diócesis se enteró de la necesidad que las religiosas pasaban, las socorrió abundantemente, y no las abandonó hasta que fué trasladado á nueva sede. Tambien las prometió edificarlas iglesia, lo cual no pudo cum-

plir, así por los muchos trabajos con que el Señor le probó, como por haber sido presentado para la silla de Murcia, en cuya ciudad murió, asistiendo á los apestados con la abnegacion de un mártir y el celo de un buen pastor. El ejemplo del prelado fue seguido por otros muchos caritativos bienhechores, á quienes debe consagrarse un tributo de agradecida memoria, citándose entre ellos al conde de Sevalla, hermano de la primera vicaria la M. Catalina de la Concepcion, que favoreció la casa con abundantes limosnas, y el evangélico y piadoso eclesiástico Mateo Espasa, prior de la santa iglesia de Reus, el cual, guiado por los caritativos impulsos de su piedad, y sin otro deseo que aumentar el brillo de la fundacion, les sirvió de sacristan, de capellan, de procurador y hasta de demandadero, sin dejar de tocar resorte para que las religiosas gozáran de la más posible comodidad. En la imposibilidad de hacer más cumplido elogio de este ejemplar sacerdote, solo diremos que fué natural de Villanueva de Prades, y que obtuvo cuando terminó su carrera una prebenda en la iglesia de Reus, de la que, como ya hemos dicho, llegó á ser prior. Tambien son dignos de particular mencion José Figueras y su esposa Susana Orioles, los que cedieron generosamente una casa y huerta que poseian para que se edificase un convento más capaz, al que se pasaron las religiosas, y donde más tarde se levantó un edificio cómodo y arreglado, cuya iglesia se edificó á expensas de Gaspar de Ugued y de su esposa Doña Mariana de Sales, cuya primera piedra puso solemnemente el arzobispo de Tarragona D. José Canchiz, dia 23 de Abril de 1687. En este convento floreció, pues, la ejemplar vírgen Gertrudis del Niño Jesús, ilustrándole con sus virtudes, y volando al cielo á recibir el premio de su perseverancia al lado de su divino Esposo en los postreros años del siglo XVII.—M. B.

NIPHON ó NIPHONI, obispo de Cízico, fué creado patriarca de Constantinopla en el siglo XIV. Elevado á aquella silla en 1312, no tardó en ser expulsado de ella, á pesar de su no vulgar conocimiento del mundo.

NIPHON II, patriarca de Constantinopla, prelado docto y piadoso. Era natural del Peloponeso, y ocupaba la metropolitana de Tesalónica cuando fué elevado á la silla patriarcal. Desgraciadamente el gran señor le arrojó de su silla, á poco de su eleccion, en 1482.—S. B.

NISSELIO (Juan Jorge), natural del Palatinado y muy distinguido por sus conocimientos en lenguas orientales. En un viaje que hizo á Holanda imprimió á sus expensas una *Biblia Hebráica*, Leyde, 1662, en 8.°, la que fué muy bien recibida del público por la separacion de los versículos, títulos latinos, libros y epístolas y su exacta correccion. Ha publicado además, unas veces solo y otras con Teodoro Petreo, algunos fragmentos de la version etiópica y árabe de la Sagrada Escritura con la traduccion latina y algunas

notas. Los libros de la *Biblia* que ha dado á luz son : el de *Ruth*, *el Cántico de los Cánticos*, *Job*, *Jonás*, *Sophonías*, *Malaquías*, *las epístolas de Santiago* y *las de S. Juan y S. Judas*. Los críticos, sin embargo, no estan conformes en sus traducciones del *ethiope*, en que encuentran muchos errores. Nisselio murió en 1662.—S. B.

NISSEN (S.), abad y confesor. De este Santo, á quien recuerda la Santa Iglesia Católica el dia 25 de Julio, solo hemos podido averiguar que fué bautizado por el glorioso S. Patricio.—C.

NISSENO (Fr. Diego). Nació en Cástilla la Vieja y fué religioso de S. Basilio. Escribió : 1.° *Asuntos predicables para los domingos de Adviento y los demás hasta pascua de Resurreccion;* Madrid, 1632, en 4.°—2.° *Para los domingos, miércoles y viernes de Cuaresma;* Madrid, 1627.—3.° *Para todos los domingos despues de Pentecostés;* Madrid, 1630.—4.° *Para las festividades de los Santos.*—5.° *El gran Padre de los creyentes, Abrahan, en moral enseñanza y doctrina predicable;* 1636, en 4.°—6.° *Isaac, ó sea el político del cielo informado con las acciones del patriarca Isaac;* ibidem.—7.° *Jacob,* 1439.—8.° *El Fénix de la Grecia, S. Basilio Magno;* Madrid.—9.° *El lucero de la tarde, S. Juan, apóstol y evangelista y profeta, en asuntos predicables;* Madrid, 1649, en 4.° Fr. Diego Nisseno falleció en la corte de España el 16 de Octubre de 1656.—M.

NISSIER (Nicecio), obispo de Leon. Nació por los años 513, de una familia que pertenecia á la clase de senadores. Su padre Florentino dióle una educacion digna de su ilustre gerarquía, y deseando Nissier abrazar el estado eclesiástico, Agrícola, obispo de Chalons, le ordenó de sacerdote. Habiendo caido enfermo en París su tio Lerdot, obispo de Lion, recomendó su sobrino al rey Childeberto, el cual le nombró para suceder á su tio en aquella silla. Nissier asistió al concilio de Lion en el año 567, y falleció en 573.—M.

NITARDO (S.). Fué este distinguido eclesiástico apóstol de Suecia en compañía de S. Guadverto, obispo, á cuyo servicio estuvo como capellan ó más bien como compañero. Eran, puede decirse, de un mismo carácter, pues como en ambos dominaba un mismo espíritu y sus tendencias eran idénticas, no podian por consiguiente buscar medios diferentes para llevar á cabo un mismo fin, pues aunque en la forma difirieran algo uno de otro, lo que es en el fondo eran exactísimamente iguales, y así lo aseguró el santo Obispo cuando escribiendo á S. Anscario, que fué por cuyo mandato ellos vinieron á Suecia : *Es Natario como amoldado para mí, lo cual prueba prudentísima prevision y oportuna eleccion de sugetos.* Consiguientemente á este acierto y al celo con que ambos desempeñaban su cometido, la causa de la fe católica iba adquiriendo cada dia más prosélitos; los suecos se iban

disponiendo á establecer las reformas, que eran de todo punto indispensables para entrar en órden á aquella infeliz nacion; y esto en modo alguno podia complacer ni halagar á los que gobernaban, por lo cual creyeron evitarian su ruina con quitar la inocente vida del apóstol, y se prometian que podria por este medio el populacho, aprovechando los momentos de efervescencia que son consiguientes á un movimiento de esta naturaleza, apoderarse de los bienes de los ricos y facilitarse medios de subsistencia que les sacasen de la lamentable miseria en que estaban sumidos; por lo cual convenidos en el momento en que deberia darse el golpe de mano, vinieron en busca de S. Nitardo, le hicieron salir de su pobre vivienda con el oficioso pretexto de que iba á prestar los espirituales auxilios á un enfermo, y así lo iban ya á sacar fuera, cuando otra turba se echó sobre él con espada en mano, robaron cuanto encontraron, y al glorioso Santo, llenándole de cuchilladas y maltratándole de un modo inaudito, lo hicieron morir y por consiguiente le anticiparon la posesion de la corona del martirio, á ceñir la cual fué el dia 3 de Febrero de los años de 840 próximamente; habiendo todo el mundo que lo observó considerado como un verdadero atentado contra las sagradas personas del mártir y de su prelado, este hecho tan escandaloso y atroz. Sin embargo, este hecho tan indefinible, tratándose de personas que tanto debian al santo Nitardo y á su excelente compañero, dió un resultado favorabilísimo para él, pues no solo le proporcionó la dicha de la inmortalidad, como legítima consecuencia de su muy glorioso martirio, sino que como proto-mártir de Suecia hizo que su memoria fuese imperecedera, y que invocándole los suecos en todas sus necesidades y tribulaciones hallasen una confirmacion indubitable de cuán acepto era á Dios su querido siervo, pues pocas ó ninguna vez se verificó el que saliesen fallidas sus esperanzas, por lo cual pusieron todo el empeño que les fué posible en adquirir sus preciosas reliquias, y á ellas dan el debido culto, protestando de esta suerte su amor á Dios, y dando tambien gloria á la adorable majestad del Señor, que hace que por débiles medios se adquieran altísimos favores, y que cosas de por sí indignas y despreciables vengan á dar resultados muy importantes, y de los cuales es consecuencia necesaria el bien de los pueblos, como acaeció con el martirio de S. Nitardo, del cual se celebra misa y oficio en toda la Suecia desde tiempos muy próximos á su gloriosa muerte. — G. R.

NITARDO. Nació en Francia, pariente cercano de reyes, pues que fué hijo del conde Angilbert, que fué despues abad de S. Centulo ó S. Riquiero, y de Berta, hija de Carlo Magno. Muerto Luis *el Simple*, emperador y rey, entró á reinar en Francia su hijo mayor Lotario, y queriendo quitar á sus hermanos Cárlos y Luis los estados que les habia dejado, los inquietó y persiguió; pero reuniendo ambos hermanos sus hombres de armas, ambos

ejércitos se encontraron á fin de Junio de 841 cerca de Auxerre. No habiendo podido los dos hermanos convencer á Lotario en las proposiciones de paz que le hicieron, le presentaron la batalla en Fontenoy el 25 del expresado mes, dia siguiente de la festividad de S. Juan Bautista, y Lotario fué completamente derrotado. Deliberando los dos hermanos vencedores, si habian de perseguir al vencido, tuvieron lástima de él y de los pobres cristianos, y en vez de seguirle se dedicaron á hacer curar á los heridos y enterrar á los muertos, ofreciendo á los fugitivos perdonarles si volvian á entrar en sus deberes. Unidos los reyes Cárlos y Luis vinieron el año 842 á Aix-la-Chapelle, capital entónces del Imperio Francés, en cuya ciudad Lotario habia permitido muchos desmanes, y deliberaron qué harian de los estados abandonados por éste, y encomendaron la decision á los obispos, los que considerando los perjuicios que Lotario habia hecho cometer á los cristianos por su ambicion, cuántos homicidios, adulterios é incendios habia causado su incapacidad y mal carácter, decidieron que debia considerársele destronado por la voluntad de Dios, y herederos de él á sus dos hermanos si juraban gobernar el reino segun Dios exigia. Aceptando Luis y Cárlos el reino de este modo, eligió cada uno doce personas para hacer la particion del reino que Lotario habia abandonado, y uno de estos doce fué Nitardo, cercano pariente de los reyes y el que despues escribió la historia de estos acontecimientos. Nitardo habia sido siempre del partido del jóven rey Cárlos; pero disgustado de las disidencias que agitaban á la Francia, se habia retirado al monasterio de Centulo y le llegó á gobernar, aun cuando por pocos dias, pues que obligado á tomar las armas contra los Normandos, murió atravesado en un combate el año 842 de Jesucristo. —C.

NITHARD (P. Juan Everardo), jesuita célebre en nuestra historia por haber sido primer ministro durante la minoría de Cárlos II y regencia de la reina madre Doña Mariana de Austria, de quien era confesor desde ántes de venir á España. Nació en el castillo de Falkenstein, en Austria, á 8 de Diciembre de 1607, y descendia de una familia noble y antigua, proviniendo quizá de esta circunstancia su elevacion en la corte de Viena, donde figuraba desde mucho ántes de venir á nuestro país con la esposa de Felipe IV. Siguió sus estudios en el colegio de los Jesuitas de Viena, no tardando en pertenecer á la Compañía, que ya en 1633 le nombró profesor de filosofía y derecho canónico en Gratz. Pasó despues á otros colegios, en los que ejerció el cargo de rector con bastante acierto, de manera que cuando regresó á Viena venia ya acompañado de una excelente reputacion, y muchas señoras de la corte le eligieron por su director espiritual, hablando tan ventajosamente de él al emperador Fernando III, que no vaciló en nombrarle confesor de su hija Mariana y ayo ó preceptor del archiduque Leopoldo. Correspondió en

estos destinos á la confianza con que se le habia honrado, de tal manera que cuando Doña Mariana vino á España á casarse con Felipe IV, no quiso el Emperador que se separára de su lado, y le mandó seguirla á España en calidad de confesor. No tardó el P. Nithard, una vez en Madrid, en captarse el aprecio del monarca español, pues sabido es no carecia de talento para la política, y que procuraba estudiar el carácter de los que le rodeaban, ganándolos con insinuante amabilidad y aparentando seguir en un todo sus dictámenes. La corte de Austria tenia tambien un grande interés en conservar su influencia en nuestro país, y así no debe extrañarse la medida que tomó la Reina á poco de la muerte de su esposo, que habia estimado en vida al P. Nithard, por seguir sin duda la secular política de su dinastía. Felipe IV nombró en su testamento regenta del reino y tutora del príncipe, que solo tenia á la sazon cuatro años y medio de edad, á la Reina su esposa; eligiendo además por arzobispo de Toledo é inquisidor general al cardenal D. Pascual de Aragon, presidente de Castilla al conde de Castrillo, y consejeros de la Reina al conde de Peñaranda, á D. Cristóbal Crespí, canciller de Aragon, y al marqués de Aytona: especie de Consejo de regencia que debia presidir D. Juan de Austria, el hijo natural del Rey y de la Calderona, que era gran prior de Castilla en la órden de S. Juan de Jerusalen. Mariana de Austria tomó las riendas del gobierno apénas falleció Felipe IV, en Setiembre de 1665. Su primer acto fué llamar al cardenal de Aragon, nombrado arzobispo de Toledo é inquisidor general por la muerte del cardenal Sandoval, ocurrida veinticuatro horas despues de la del monarca, y para cuyo caso quedó hecha ya la eleccion del testamento, y entre ruegos y caricias obtuvo de él, aunque no sin dificultad, renunciára su segundo empleo que confirió la Reina á su confesor el P. Nithard. La corte miró desde luego con disgusto este hecho, llevado á cabo por Mariana en contra de la voluntad expresa de su esposo y sin consultar al Consejo, como debia hacerlo tratándose de cargo tan importante y concedido á un extranjero. Así auguraron desde luego muy mal de lo que iba á seguirse, y el deseo por una parte de conservar su autoridad y la envidia natural contra un valido, obligó á quejarse á los del Consejo, poniendo á la Reina en el caso de dar satisfacciones y aun de emplear, segun dicen las memorias de aquella época, caricias y agasajos para apaciguarlos, apelando á un recurso que debia costar muy caro á los coregentes que le aceptaron, cual fué el de conceder carta de naturaleza al P. Nithard, sin la cual por otra parte no podia desempeñar el destino para que habia sido nombrado. Sosegáronse los ánimos con esto en la apariencia, pero en la realidad el padre confesor no dejaba de tener muchos enemigos ó envidiosos de su fortuna, que veian con celos la grande confianza que de él hacia la Reina, quien no tomaba determinacion alguna

sin oir ántes su parecer, siendo tal su privanza que resolvia las cuestiones más árduas aun sin hablar una palabra á la regenta. Entre los enemigos del P. Nithard figuraba en primer término D. Juan de Austria, que comprendia muy bien que cuanto ganaba en favor el padre confesor, iba él perdiendo en poder y valimiento, del que no tardó en verse privado, cediendo por completo ante Nithard, á quien acababa de nombrar la Reina consejero de Estado. Retiróse entónces D. Juan de Austria á Consuegra, residencia ordinaria del gran prior de Castilla en la órden de S. Juan de Jerusalen, y dijo al despedirse en alta voz, que despues de haberse visto caudillo del Consejo secreto ó gabinete del Rey, su padre, no podia soportar un compañero que le era tan inferior. Sátira dirigida á la Reina, que no hizo caso de ella, atenta solo á los adelantos del jesuita aleman, dejando marchar al ministro, á quien tuvo por largo tiempo separado de la corte, no llamándole hasta mucho despues. Hallábase en la jornada de Aranjuez la Reina madre, cuando avisó á D. Juan se presentase en Madrid para comunicarle negocios de importancia. Presentóse sin demora en la corte el hijo de Felipe IV, y consultó con Mariana los asuntos para que habia sido llamado. Iba quizá á retirarse otra vez á la cabeza de su priorato, pues el odio que profesaba al P. Nithard, léjos de disminuir, iba en aumento, no recatándose de manifestarlo ni con obras ni con palabras, cuando se recibió la noticia del mal estado de los negocios de Flandes. Decidió desde luego la Reina enviar á D. Juan á unos paises donde su nombre, aunque heredado, no dejaba de tener cierta popularidad, y émulo en su interior del hijo de Cárlos V, ambicionó el del Rey poeta un puesto en que hubiera sido eclipsado, perdiéndose sus cortos méritos en la oscuridad que por su rivalidad merecia. Mas el destino dispuso las cosas de diferente manera. Decidióse la jornada de D. Juan á los Paises Bajos, donde continuaban las eternas pretensiones de la Francia sobre el Brabante y algunos otros estados. Hechos los preparativos se puso en marcha, llegó á la Coruña, embarcó sus tropas é iba ya á embarcarse él mismo; pero entre tanto da la Reina en la corte la órden de prender á un caballero aragonés, llamado José Mallades. A las once de la noche, y con un escrito firmado por Doña Mariana de Austria, se conduce á la cárcel al desgraciado aragonés, donde á las dos horas se le dió garrote en secreto. Mallades era íntimo amigo de D. Juan, quien al saber su triste muerte, confuso y sorprendido, creyéndola obra del Padre Nithard, detiene su marcha, y temiendo cupiese la misma suerte á sus demás amigos, decide no partir y se lo participa á la corte dando por excusa hallarse aquejado de una grave dolencia. No asustó esta nueva á la Reina ni al confesor, por más que se haya pretendido lo contrario, puesto que inmediatamente se mandó á D. Juan ceder su empleo al con-

destable y se le desterró á Consuegra, prohibiéndole acercarse á Madrid ni sus contornos. Obedeció el hijo de Felipe, pero no contenta con esto la Reina, presentó en el Consejo un decreto en que le acusaba por su desobediencia, manifestando lo falso del pretexto de su enfermedad. No se tomó por entónces resolucion alguna, y no hubiera quizá llegado á tomarse sin la declaracion de un capitan llamado D. Pedro Pinilla, que en una audiencia que obtuvo de la Reina la habló en secreto, y postrado á sus pies, por espacio de una hora, sin que se penetrase nada del objeto de tan extraña conversacion. No tardó sin embargo en presumirse que habia presentado alguna acusacion contra Don Bernardo Patiño, hermano del secretario de D. Juan, puesto que se le arrestó al dia siguiente con dos de sus criados. Al mismo tiempo se mandó al marqués de Salinas pasar á Consuegra con cincuenta oficiales reformados y prender á D. Juan. Avisado éste de antemano, se habia puesto en salvo, lo que dicen sus defensores fué muy ventajoso al de Salinas, porque el gran prior contaba con muchos amigos y criados que hubiesen dado con gusto su vida en defensa suya. Así el Marqués no trajo de Consuegra más que una carta que habia dejado D. Juan para la Reina, y en la que «le confesaba habria pasado á Flandes á no habérsele quitado la vida á Mallades, y otras cosas, y que se hallaba determinado á procurar la expulsion de España del P. Nithard, y que así suplicaba á S. M. tuviese á bien consentir en ella por razones diferentes que su capricho le sugeria,» añadiendo que tal era el deseo universal de los pueblos. Disgustó esto tanto á la Reina, que no vaciló en publicar un manifiesto en que declaraba, que tanto Mallades como Patiño no habian venido á Madrid más que á ejecutar los malos designios de Don Juan, y que habiéndolo sabido á tiempo, tomó contra ellos las decisiones que habian parecido más convenientes. Al mismo tiempo publicó tambien el P. Nithard una apología, diciendo que D. Juan habia intentado asesinarlo muchas veces, y declaraba y protestaba su inocencia en la muerte de Mallades y la prision de Patiño, de lo cual presentaba algunas pruebas harto inocentes por cierto aun para el carácter de aquella época. Procedieron de aquí divisiones y partidos en que tomaron parte las mismas damas de palacio, dándose los nombres de *Austriacas* y *Nitardinas*, con referencia á los personajes cuyos intereses llamaban su atencion. Miéntras sucedia esto en Madrid, se encaminaba D. Juan á Barcelona, donde apenas hubo entrado, dirigió á la Reina una carta en que sin faltarla al respeto, la pidió la expulsion del P. Nithard, objeto constante de todos sus esfuerzos, para lo que tenia razones que no satisfacian á la Reina, quien creia que el príncipe hacia mal en mezclarse en un asunto que no le competia, pues «el Consejo que el difunto Rey habia nombrado, añadia Mariana, no encontraba cosa que decir contra la conducta de este padre, no debia hacerle

fuerza la adversion que sin el menor fundamento le tenia el príncipe.» Miraba además la Reina como una cuestion de amor propio el defender á su confesor, creyendo debia hacerlo con constancia y firmeza, pues si le abandonaba á las iras de D. Juan, no tardarian en sufrir igual suerte todos sus amigos y criados, no tardando en no tener quien la sirviese, y quedando por lo tanto completamente dueño de la situacion el hijo de Felipe. El padre Nithard por su parte no sabia que hacerse, pues si bien era para él de grande aprecio la confianza de la Reina y sentia separarse de ella, pues podia decirse que la habia criado, se rezelaba por otra parte de D. Juan, adversario formidable, estimado del pueblo por su orígen y porque defendia los intereses españoles en contra de los austriacos, de que venia él á ser el representante. Muy bien sabia que el Consejo no se habia declarado en contra suya, mas no se le escapaba que eran muy pocos los amigos con que en él contaba, rezelándose de consiguiente que si llegaba á triunfar D. Juan, no solo se adheririan á su partido, sino tal vez no se contentasen con su extrañamiento. Comprendia además el grande peligro en que ponia á la Reina, obstinada en su defensa; así momentos hubo en que se arrojó á sus pies suplicándola le permitiese alejarse de su lado. Pero Mariana, decidida en su propósito, y con un carácter un tanto terco, muy propio de las razas germánicas, ni aun que se le hablase queria de semejante cosa, y siempre concluia por mandar al P. confesor que no se apartase de su lado. No contento en tanto el de Austria con haber escrito á la Reina, se dirigió tambien á los ministros expresándose en términos mucho más fuertes todavía y estrechándolos á adherirse á su partido y secundar su resolucion. Fué este un nuevo motivo de disgusto para el P. Nithard, y más sin duda para la Regenta, que concibiendo sérios temores de D. Juan, comenzó á tomar precauciones para evitar lo que pudiera sobrevenir. Mandó, pues, se reuniese alguna tropa de caballería en el Pardo y escribió al mismo tiempo á D. Juan para que se viniese á Consuegra, empeñándole su real palabra de que nada tenia que temer en lo relativo á la seguridad de su persona. Vaciló mucho el bastardo ántes de resolverse en tan grave asunto; los buenos oficios, sin embargo, del duque de Osuna, que se hallaba de virey en Barcelona, le decidieron á hacer las paces con la Regenta y ponerse en camino con tres compañías de caballería que para su escolta le dió el duque: aprovechóse muy bien de ella D. Juan para asustar á la corte, que al saber los honores, entónces inusitados, que le hacian sus partidarios á su tránsito por las ciudades de Aragon, doblemente rezelosa, despachó un correo mandando al de Austria despidiese aquellos pocos hombres que le acompañaban y de los que Madrid se hallaba temeroso, suponiendo que le amenazaba un formal asedio. No obedeció D. Juan, pero el gobierno, para acallar el pavor que este suceso habia hecho concebir al ve-

cindario de la coronada villa, publicó un extraordinario manifestando la obediencia y adhesion del prior de S. Juan á las órdenes de la Reina. Viendo ésta entre tanto que nada podia conseguir por la fuerza, echó mano de la prudencia y la dulzura, y escribió una carta á D. Juan, valiéndose de Don Diego de Velasco, familiar y amigo del príncipe. Contestó éste; pero sin cejar en su propósito, pedia con más decision que nunca el extrañamiento del P. Nithard, ofreciendo ser despues el más leal y sumiso de los vasallos. Léjos de agradar acabó esta peticion de indisponer á la Reina con D. Juan, quien decidió lanzarse á las últimas violencias. Convencidos de ello los principales personajes de la corte formaron un partido á cuyo frente se hallaba el nuncio Borromeo, enemigo secreto del confesor, para hacer mudar á la Regente de resolucion. El P. Nithard, temeroso entre tanto por su vida, renovaba sus instancias; pero Mariana más firme cada vez, se contentaba con llorar sin acceder á sus deseos, de manera que aquel se decidió á sacrificar su existencia por su señora. Acercábase en esto D. Juan á la corte con su pequeña escolta, á que se habian unido algunos aventureros, y la inquietud siempre creciente entre los amigos de la Reina, les obligó á arbitrar varios medios para alejar la tempestad que les amenazaba. Reunióse el Consejo de gobierno y suplicó al Nuncio llevase á D. Juan una carta que le habia escrito Su Santidad diciéndole que guardase á la Reina el respeto y consideracion que eran debidos á su clase y rango. Desempeñó el Nuncio su cometido volviendo á media noche en que era aguardado con impaciencia por toda la poblacion de Madrid, que deseando en su interior el triunfo de D. Juan, vagaba por las calles esperando el resultado de un viaje cuyo objeto no le era desconocido. Las noticias que trajo el Nuncio no agradaron á la Reina. Dijo que habia suplicado á D. Juan se retirase á Guadalajara y esperase algunos dias hasta que se tomasen medidas para darle alguna satisfaccion; pero que D. Juan se habia negado á aceptar este partido, proponiendo, ó más bien mandando, que saliese el P. Nithard de Madrid ántes del lunes próximo, para cuyo dia entraria él, echándole si no lo hubiese hecho. Esto fué lo que dijo el nuncio Borromeo; pero las cosas habian pasado de muy diferente manera, segun llegó á descubrirse despues de algun tiempo, pues Don Juan consentia en que quedase el P. Nithard al lado de la Reina, con tal que esta accediese á otras condiciones que él proponia. Pero el Nuncio que, como se ha dicho, era enemigo del confesor, ideó este medio para alejarle de la corte y hacerse dueño de la situacion que auguraba en lontananza, irritando á D. Juan más de lo que entónces pretendia. El P. Nithard, temeroso de la tempestad que contra él se levantaba y viendo el órden público próximo á alterarse, despues de confesar aquel dia á la Reina, se arrojó á sus pies y volvió á suplicarla no le expusiese á una muerte segura, pues debia temerlo

todo del rencor de un príncipe irritado, y que consintiese por tanto en su partida. Mas la Reina, firme aún en su resolucion, le contestó llorando que no podia avenirse con la idea de su ausencia, y que tenia esperanzas de obtener un favorable arreglo. Retiróse el confesor al colegio de la Compañía, decidido á sufrir las consecuencias de la obstinacion de la Reina, y en efecto, el pueblo, dirigido por los partidarios de D. Juan, invadió el patio de palacio, pidiendo el extrañamiento del P. Nithard, á quien suponia causa de todas sus desgracias. Corrieron entónces el duque del Infantado y el marqués de Liche al cuarto de la Reina, que no habia podido dormir en toda la noche, y estaba de consiguiente reclinada en la cama, hallándose á su lado una de sus damas, que procuraba consolarla, pero á cuyas razones respondia la desgraciada princesa: «¿De qué me sirven todos mis títulos y grandezas, si se me quita la libertad de conservar en mi asistencia un hombre »de bien que es todo mi alivio? No hay señora particular en España que no »tenga su capellan, y no se lleva á mal, y yo sola soy la únicamente perse»guida en este reino, á quien se quiere quitar su confesor.» Los amigos de la Reina, dolidos de su situacion, y comprendiendo que habia algo de injusto en las pretensiones de sus enemigos, procuraron buscar algun medio para que continuase el P. confesor á su lado, pero no pudieron hacer ya frente á las desencadenadas iras de los *austriacos*, que contando con el pueblo habian promovido una verdadera sedicion, imposible de acallar ínterin no se extrañase al padre jesuita; así, sin consideracion de ningun género, se presentó á la Reina D. Blasco de Loyola, llevando escrito un decreto que la entregó, en que se decia haber decidido el Consejo que saliera de Madrid dentro de tres horas el P. Nithard. La Reina leyó esta órden sin manifestar el menor sentimiento ni turbacion de ánimo, y la firmó con notable energía, sin derramar una sola lágrima; y como queria aparentar que no se creyese que se la habia impuesto el destierro del P. confesor, y que se llevase este á cabo de una manera delicada y honrosa, hizo que se le expidiese una licencia, redactada en los términos siguientes: «El P. Juan Everardo Nithard, de la Compañía »de Jesús, ministro de Estado é inquisidor general, me ha suplicado le permita »retirarse de estos reinos; y aunque esté yo tan satisfecha cual no lo puedo estar »más, no solo de su virtud y demás prendas en él muy apreciables, sino del »celo y aplicacion con que ha trabajado en servicio de esta corona; no obs»tante, habiendo considerado y atendido á sus instancias y ruegos, y por »otras justas razones, he venido en concederle la licencia que pide para que »se vaya adonde gustase y fuese servido. Y como es mi ánimo se ejecute esto »en el modo que piden su dignidad y méritos, he discurrido ser muy del »caso elija la calidad de embajador extraordinario en Alemania ó en Roma, »reteniendo todos sus empleos con los honores á ellos afectos. Dada en Ma-

»drid á 25 de Febrero de 1669.» Luego que se retiró D. Blasco, venciendo á la Reina la mujer pagó tributo á la naturaleza vertiendo abundantes lágrimas, acompañadas de suspiros, que haciéndola comprender su pequeñez en medio de su grandeza es fama la obligaba á prorumpir en estas profundas y verdaderas palabras: *Ay! de qué me sirve ser reina y regenta?* El Consejo habia encargado ya al cardenal de Aragon y al conde de Peñaranda que fuese á manifestar al P. confesor la órden que habia firmado S. M. El Nuncio, que tuvo una parte muy activa en todos estos acontecimientos, habia detenido al P. Nithard en su celda, diciéndole no fuese al Consejo, pues si salia á las calles era fácil que el pueblo irritado cometiese alguna tropelía con su persona. Permaneció, por lo tanto, en el colegio de la Compañía, y cuando llegó el cardenal de Aragon le halló muy afligido, aumentándose su dolor al saber tenia que partir en tan breve plazo y sin despedirse de su reina y bienhechora. El Cardenal, que le apreciaba en extremo y conocia sus buenas cualidades, no pudo contener sus lágrimas al considerar su caida y lo próximo que se halla al precipicio el que se eleva entre las nubes de la vanidad mundana. Ofrecióle mil doblones para el viaje y el conde de Peñaranda una letra de cambio de treinta mil ducados; pero no quiso admitir nada, diciendo que «como habia venido á España siendo un pobre religioso, queria volverse en la misma situacion.» Honrosa accion y respuesta, por la que pueden perdonársele todos los errores que hubiese cometido! El Cardenal, despues de consolarle, le dijo que volveria para acompañarle hasta Fuencarral, retirándose despues para darle tiempo de arreglar sus negocios. Volvió por la noche en un coche con la correspondiente escolta, y le preguntó si habia arreglado sus baules. A lo que le contestó el P. Nithard, que no tenia nada que llevar, si se exceptúan sus manteos y *Breviario*. Partieron á poco escoltados por los ministros de la Inquisicion, mas el pueblo, á quien no se habia ocultado lo que pasaba, estaba esperándolos, y así que vió al P. confesor comenzó á injuriarle y á amenazarle, y aun tiró algunas piedras que dieron en el coche. Pero el respeto á la elevada persona que le acompañaba contuvo á los más osados para gloria de nuestra patria, que en esta como en otras ocasiones dió una prueba de esa sensatez que domina al pueblo español aun en los momentos más solemnes. En cuanto el P. Nithard, que no sin dolor veia todo esto, parece que decia y repetia lloroso que Dios le probaba con el fuego de las tribulaciones, y que se despedia de cuantos encontraba, aun cuando le injuriasen, diciendo: «Adios, hijos mios! Adios, ya me voy!» Registrada su celda despues de su partida no se encontró en ella más que un cilicio y unas disciplinas. La Reina le escribió á Fuencarral, donde se detuvo, enviándole para el viaje dos mil doblones, algunos diamantes, y haciendo en su pension un aumento de dos mil escudos; ro-

góle tambien aceptase la embajada de Roma, pero el P. Nithard se negó á ello y no sin justo motivo, comprendiendo muy bien el estado de las cosas. D. Juan de Austria, sabida la partida del P. confesor, escribió á la Reina, felicitándola por haber alejado su enemigo y del Estado, y suplicándola le permitiese entrar en Madrid para saludar al Rey y besarle la mano. Negósela Mariana, ántes bien le mandó que permaneciese á doce leguas de la corte, teniendo así el triste consuelo de alejar á su rival de su presencia, pero no de librarse de su poder, pues D. Juan no cesaba de escribir tanto á la Reina como al Consejo, pidiendo se proveyesen en personas competentes los empleos del P. Nithard, se mejorase la situacion del pueblo y se hiciesen otras cosas que con frecuencia se obedecian como órdenes, sin embargo de que estas cartas y los términos sobre todo en que se hallaban concebidas disgustaban mucho á la Regenta, quien no olvidando lo sucedido le respondió despidiese su escolta como lo habia prometido y firmado. Mas D. Juan contestó que no lo haria hasta saber que estaba fuera del reino el P. Nithard, pues sin duda le inspiraba aún rezelos el pobre desterrado. Ejecutólo al fin por ser uno de los artículos del tratado, sin que cesase por esto en sus contínuas representaciones, acompañadas de otras tantas turbulencias, que al saberlas movia en Madrid su partido. Para sosegar los ánimos decidió al fin la Reina enviarle de virey á Aragon, y así se lo escribió á Guadalajara, donde se habia retirado. Aceptó D. Juan este cargo, que era un buen término medio en su situacion; pero al despedirse, sin embargo, envió una nueva representacion á la Reina, encargándola cuidase de la educacion del Rey, cuyo resultado la advertia, aunque no es él por cierto quien ménos culpabilidad ha contraido ante la historia por los tristes principios del desgraciado Cárlos II. Antes de ponerse en camino para Zaragoza, y continuando en su viejo sistema de representaciones y cartas, escribió una al Pontífice en contra del P. Nithard, á quien queria obligase Su Santidad á renunciar sus empleos. Captóse D. Juan en Aragon el afecto de la nobleza y el pueblo, sin que por eso llegára á ganar un ápice en el ánimo de la Reina, que no podia perdonarle el destierro de su confesor. Hallábase éste en Roma, no muy bien mirado, ó al ménos poco querido, como puede deducirse de la conducta que con él observó el Nuncio en Madrid. Fué en vano, por lo tanto, que la Reina trabajase en secreto para obtenerle el capelo de cardenal, pues las órdenes que dió al efecto á su embajador, aunque muy reservadas, no tardaron en traslucirse en España, quizá porque las divulgó la misma curia de Roma. Resucitaron con esto las antiguas enemistades, encendiéronse los odios, y todo hizo presagiar una nueva tempestad. Temíase, y no sin fundamento, que si el P. Nithard llegaba á obtener el capelo volveria á Madrid, y este rezelo pareció tanto más fundado cuanto que se creyó que la Reina para apoyo de este pensamiento habia le-

vantado un regimiento llamado de la *Chamberga*, que, como sostenido por ella, estaba á su devocion. El Consejo decidió entónces trabajar en contra de la Reina, y envió á Roma un extraordinario, proponiendo á Su Santidad diferentes personajes, dignos de ser elevados á la púrpura cardenalicia, y mandando al embajador de España apoyase esta pretension. Pero nuestro representante en aquella corte no era afecto á la Compañía de Jesús, y así no vaciló en adherirse á este mandato, desobedeciendo las órdenes de la Reina, de manera que Su Santidad excluyó de la creacion al P. Nithard. Fué todavía más léjos, y oyendo al partido que entónces dominaba en la política, le obligó á renunciar todos sus empleos y aun le condenó á una especie de destierro, valiéndose del general de los Jesuitas, con quien parece no habia guardado el P. confesor todas las consideraciones debidas á su carácter y persona, por cuyo motivo le envió á uno de los colegios de los alrededores de Roma. Obedeció el P. Nithard con la más profunda humildad: grande quizá por primera vez en lo más profundo de su desgracia, se retiró sin llevar para su compañía y asistencia más que al P. Bustos, que le habia seguido desde los primeros momentos de su infortunio. Más que al confesor anonadó este golpe á la Reina, que creia segura su pretension, y viéndose vendida y engañada cayó gravemente enferma, permaneciendo en cama por mucho tiempo. Amargábala el triunfo de D. Juan, y cada nuevo desengaño, cada disgusto, era un terrible dolor que la oprimia, y por mucho tiempo, el corazon. Aumentáronse sus sinsabores con la llegada de las bulas de inquisidor general para el presidente de Castilla D. Antonio de Valladares, y no podia disminuirse cuando sabia las pocas consideraciones que se guardaban con el P. Nithard, que continuaba en las cercanías de Roma sin ningun consuelo ni ninguna esperanza en su desgracia. Pero la actividad, ó por mejor decir la obstinacion de la Reina, no cesaba, á pesar de todos estos contratiempos, y así continuaba empleando toda su influencia en la corte de Roma para mejorar la situacion de su confesor, del hombre á quien poco ántes se obedecia como absoluto señor en la antigua monarquía, á que no bastando sus límites habia descubierto un nuevo mundo, y ahora era mandado, espiado, castigado quizá por el que poco ántes se hubiera contentado con pertenecer al número de sus criados. Pero tanto abatimiento y humillacion no podia durar por mucho tiempo; y así el mismo extremo á que habia llevado su abuso el partido vencedor debia costarle una derrota, como en efecto se verificó. Muerto Clemente IX en Diciembre de 1669, fué elegido papa el cardenal Altieri, con el título de Clemente X, y la Reina, que comprendia que habia variado el aspecto de las cosas, nombró al P. Nithard embajador extraordinario cerca del Pontífice, cargo que le habia ofrecido cuando salió de Madrid y que no quiso entónces aceptar. El deseo quizá de

volver á Roma le hizo ahora secundar el proyecto de la Reina, que tuvo los mejores resultados, pues poco despues fué nombrado arzobispo de Edessa y creado cardenal en Abril de 1672 con el título de San Bartolomé de Isola, obteniendo al mismo tiempo plaza en cuatro congregaciones. Grande debió ser en esta ocasion la alegría de la Reina; habia triunfado al fin, y sus contínuos trabajos, disgustos y sinsabores encontraban el anhelado fruto. Comprendiéronlo así sus partidarios cuando la cumplimentaron por ello, llamando tal vez con esto la atencion de D. Juan, que conservaba aun su omnipotencia y que quizá en secreto se preparaba á la venganza. No tardó en presentársele ocasion oportuna. El nuevo cardenal le escribió una afectuosísima carta, esperando abrir de este modo el camino para la reconciliacion y su regreso á España. Comprendiólo el bastardo, y para evitar el compromiso faltó á las leyes de la cortesanía negando la respuesta. Perdió con esto su última esperanza el P. Nithard, y aunque creia que cuando el Rey tomase las riendas del gobierno cambiarian las cosas de aspecto, sufrió una grave equivocacion, que tuvo tiempo de llorar ántes de su muerte, ocurrida en Roma á 1.° de Febrero de 1681, á los setenta y tres años de edad. Fué sepultado en el colegio de los PP. Jesuitas, cuyos bibliógrafos conservan la memoria de algunas obras que escribió sobre la Inmaculada Concepcion. Con negros colores pinta nuestra historia al P. Nithard: habla de su orgullo y su ignorancia, de las pérdidas que nos hizo sufrir, de los reveses que nos hizo llorar; añade que dejó al tesoro sin dinero, los puertos sin buques, las plazas sin murallas. Empero no nos dice cómo las habia recibido; se olvida de las funestas privanzas de los que le precedieron, de la incapacidad de Don Juan de Austria, igual por lo ménos á la suya, y que obligó á Cárlos II al único rasgo que dió de rey en toda su vida, á declararse á sí mismo mayor de edad. Olvida que gobernó en una minoría, teniendo que luchar con opuestas facciones, que sostenia los intereses de una casa que no tardó en caer y estaba ya herida de muerte por su sucesora, que tuvo un interés en ennegrecer estos acontecimientos. Pero no es un panegírico lo que estamos haciendo, y para biografía basta con lo referido ya. —S. B.

NITIDIO, obispo. Hállase en la Historia de la ciudad de Huesca, del antiguo reino de Aragon, y hoy provincia de su nombre, escrita por Ainsa, que el primer año del siglo IX regia la diócesis de la antigua Osca, el obispo Nitidio, varon esclarecido por su santidad. El erudito Fr. Ramon de Huesca definidor de Capuchinos, en su *Teatro Eclesiástico de Aragon*, dice en el tomo V á la página 130, citando la vida de S. Urbes, como lo hace aquel autor al hablar de Nitidio, que fué obispo de aquella ciudad desde la mitad del siglo VIII hasta fines del mismo, que es precisamente el tiempo en que S. Urbes vivió monacalmente y como ermitaño en las montañas de Aragon;

añadiendo que ambos piadosos varones fueron amigos, y que Nitidio escribió noticias de la milagrosa y prodigiosa vida del expresado Santo. —C.

NITIGISIO. El nombre del prelado que sucedió al obispo Lucense, que suscribió las *Actas del Concilio I de Braga*, se escribe con grán variedad en los códices manuscritos ó impresos, leyéndose en unos Nitigisio, en otros Nitigesio y en otros finalmente Nitigio. En los códices de los concilios se repite algunas veces el nombre en el primero de Braga, y leen constantemente Nitigisio, y del mismo modo debe leerse en los que solo escriben Nitigis. No se sabe el año determinado en que Nitigisio entró en el gobierno de esta iglesia pero se puede afirmar que comenzó á presidir poco despues del año 561, en que vivia su antecesor, como se hará patente por las memorias que se hallan de su presidencia, las cuales son como se siguen: «Convertida á la reli»gion católica no solo la familia Real de Carrarico, sino tambien todo el rei»no de los Suevos por disposicion del celoso rey Theodomiro y á exhortacion »del santo obispo de Dumio Martin, se celebró, como se ha dicho, el Conci»lio I de Braga con suma alegría de todos los prelados del reino de Galicia, »cuyos deseos no pudieron cumplirse en los tiempos anteriores por impedirlo »las guerras de los Godos y Suevos, y por ser unos y otros de la secta arria»na. En el principio de las actas del referido Concilio declararon los PP. el »gozo con que lo celebraban, por haber estado tantos años privados de po»der cumplir lo que estaba determinado en los Sagrados Cánones acerca de »la frecuente celebracion de concilios. Pacificado ya todo el Reino, y extin»guidas las reliquias de los Arrianos y Priscilianistas; el católico rey Theodo»miro deseó que los obispos de su reino tuviesen facilidad en el cumplimien»to de su obligacion, observando lo que la disciplina eclesiástica ordenaba »en aquel punto tan necesario para el gobierno de los fieles. Eran pocos los »obispados que habia en el reino de los Suevos, y la metrópoli era una sola, »por lo que se hacia difícil celebrar anualmente concilio y visitar con fre»cuencia las parroquias que tenia cada obispado. Para remediar, pues, un »tan grave inconveniente, que podia retardar ó impedir del todo la celebra»cion del concilio y las visitas de las iglesias, determinó proponer á los »obispos de su reino la necesidad que habia de aumentar las sedes episco»pales, y de establecer otra metrópoli, señalando á cada diócesis los tér»minos que debia tener para evitar las discordias que en punto de límites »podian originarse entre los obispos. Escribió efectivamente una carta á los »prelados de su reino, declarándoles sus piadosos deseos, para que juntán»dose, determinasen la ereccion de nueva metrópoli y el mayor número de »obispados, y arreglasen discretamente los límites de cada uno. En vista de »la resolucion real, se juntaron los obispos, y tratando de establecer otra »metrópoli, no hallaron dificultad acerca de la ciudad en que debia estable-

»cerse, concurriendo en la de Lugo su magnificencia, la dignidad que habia »gozado en tiempo de los Romanos, la situacion proporcionada para la con»currencia de obispos, y finalmente, el gran concurso de los suevos que »continuamente acudian á la misma ciudad en fuerza de su jurisdiccion y »del comercio que se hacia en ella. Erigida en metrópoli la ciudad de Lugo, »se establecieron nuevos obispados, y se señalaron por sufragáneos los obis»pados de Astorga, Britonia, Iria, Orense y Tuy, los cuales eran los más »cercanos á la ciudad metropolitana, facilitándose de este modo la celebra»cion anual de concilios, que era lo que los prelados deseaban. Acerca del »tiempo en que Lugo fué elevada á esta nueva dignidad, juzgó el maestro »Florez que se ignoraba el año fijo, siendo de parecer que esto se hizo entre »los años 561 y 572 en alguno de los concilios, que segun su sentir se ce»lebraron anualmente en la metrópoli de Braga. Despues de confesar su ig»norancia acerca del año determinado de la dicha elevacion, dice tambien »que no sabia qué obispo de Lugo fué el primero que obtuvo la dignidad de »metropolitano. De estas dificultades trataré despues largamente, manifes»tando que la ereccion de nueva metrópoli se determinó en el año de 569, y »que el primer metropolitano lucense fué Nitigisio, del cual se dice en una »de las escrituras que se llaman Concilios de Lugo: *Qui jam in Archiepisco»patum communi Concilio totius provinciæ Gallæciæ eidem Ecclesiæ Lucensi »fuerat electus.*» Consta tambien de otras escrituras antiguas de la iglesia de Lugo, que las posesiones que tuvo esta sede por asignacion que se hizo en tiempo del rey Theodomiro despues de la fundacion de nuevos obispados, le pertenecieron desde la presidencia de Nitigisio, siendo esta la causa de ponerse en los dichos instrumentos la posesion que continuadamente se verificó en esta sede desde el tiempo mismo en que la gobernó el expresado obispo, manifestando de este modo que él fué el primero que obtuvo la dignidad de metropolitano, y en quien se cumplió todo lo determinado por el concilio celebrado de órden del rey Theodomiro. En la misma escritura, que se dice Concilio Lucense, se ve patentemente que cuando los PP. trataron de la ereccion de nueva metrópoli, y de los límites que correspondian á cada iglesia, Nitigisio fué el que averiguó por el testimonio de los ancianos de su diócesis, y por la autoridad y série de las escrituras de su iglesia las posesiones que debia tener su sede. Así que es indubitable que este prelado fué el primer metropolitano de Lugo en tiempo de los suevos, lo que se hará más constante por lo que luego expondré, desvaneciendo la oscuridad que hasta ahora se ha padecido acerca de la verdad de los concilios llamados Lucenses. Supuesto lo dicho, ya se sabe á qué año se debe reducir la cláusula de una escritura del rey D. Alonso *el Casto*, en la cual dice este príncipe, que concedia á la iglesia de Lugo el fuero de metropolitana de toda Galicia

y Portugal, teniendo de este modo la dignidad que gozó la iglesia de Braga y la que ella misma habia logrado en el reinado de los suevos. *Sicut in tempore pacis*, dice, *in diebus videlicet Theudemiri, seu Ranimiri, jam electione omnium magnatum ejusdem Provinciæ præsulatum acceperat summum, ita ab hodierno die totius Gallæciæ, seu Portugalensis Provinciæ, summum suscipiat præsulatum ac cæterarum Urbium præsit præsulibus vice Bracarensis Ecclesiæ Sanctæ Mariæ.* Al mismo tiempo se debe referir lo que el piadoso Rey dice en otra escritura dada en el año 832, concediendo á la misma Iglesia que volviese á tener el principado que habia gozado ántes de la irrupcion de los sarracenos en España. *Placuit mihi, ut principatum totius Gallæciæ ipsa Luci obtineret Civitas, in qua Sancta Ecclesia Dei Genitrix obtinuerat principatum ab antiquo ante ingressum Sarracenorum in Hispania tempore pacis.* Celebrado el Concilio en que á Nitigisio se le concedió la dignidad de metropolitano, se celebró otro, pasados dos años, en la ciudad de Braga, en que se ve á éste prelado ejerciendo los fueros del honor con que habia sido condecorado. Nómbranse en el principio de las actas dos sínodos, palabra que en este lugar significa territorios, y son el *Bracarense* y *Lucense*, y juntamente dos metropolitanos, en primer lugar Martin de Braga, y despues Nitigisio de Lugo. Habla luego á los PP. que se juntaron en el Concilio el metropolitano Bracarense, exponiéndoles el motivo de haber concurrido á aquella Iglesia, é inmediatamente confirma lo mismo Nitigisio, obispo de Lugo, siendo los dos los que proponen igualmente lo que debia tratarse en el Concilio. Establecidos los cánones que parecieron convenientes, pasaron los PP. á suscribir las actas, las cuales se firmaron primero por Martin, obispo de la iglesia metropolitana de Braga, á quien siguieron inmediatamente los obispos que le eran sufragáneos. Hácese luego cierta division con estas palabras: *Item ex Synodo Lucensi*, y firma primero el obispo de Lugo en esta forma: *Nitigisius Lucensis Ecclesiæ Episcopus his gestis subscripsi*, y segun otros: *Nitigisius Lucensis Metropolitanæ Ecclesiæ*, etc. siguiéndose luego los obispos que en el concilio celebrado de órden del rey Theodomiro se le señalaron por sufragáneos, y son Andrés de Iria, Witimer de Orense, Avila de Tuy, Polemion de Astorga, Mayloc de Britonia. Despues que el glorioso S. Martin, metropolitano de Braga, vió á los suevos apartados de la secta arriana y convertidos á la religion católica, se dedicó con grande actividad á establecer en los pueblos del reino de Galicia la Regla de Fe, como dice S. Isidoro, y á confirmar las iglesias, fundar monasterios, y enseñar á todos copiosamente los preceptos que contiene la santa doctrina. Entre las grandes obras que compuso para instruccion y provecho de todas las iglesias, es digna de particular memoria y alabanza la *Coleccion de Cánones establecidos en los Sínodos Orientales*, que los antiguos PP. ordenaron para el buen gobierno de sus

iglesias. Aunque no era el santo prelado griego de nacion, como escribió *Loaisa*, se aventajó tanto en las letras y ciencias de los griegos en el viaje que hizo al Oriente movido de su devocion á los Santos Lugares, que segun el testimonio de S. Gregorio Turonense, no se conoció en su edad hombre más instruido. Salió muy aventajado en el conocimiento de las lenguas latina y griega, y reconociendo que las traducciones que se habian publicado de los *Cánones Orientales*, escritos primero en lengua griega, se hallaban defectuosas, se determinó á formar una coleccion de los dichos Cánones, traduciéndolos con mayor exactitud á la lengua latina para comun utilidad de las iglesias de España. Ordenada la coleccion con toda la claridad que le pareció conveniente, la dirigió á Nitigisio, metropolitano de Lugo, escribiéndole una breve carta, en que expone los motivos que tuvo para formar la dicha coleccion, supliendo lo que los traductores omitieron, y enmendando lo que otros escritores mudaron, por cuyo medio quedaban los cánones reducidos á la propiedad y pureza que tenian en su original, y de que los habian apartado con notable perjuicio de los lectores. Además de este beneficio hizo otro muy importante, que fué el de distribuir las materias de los cánones, separando lo que pertenecia á los obispos y clerigos de lo que tocaba á los legos, con lo que facilitó la leccion de los mismos cánones; de manera que se remedió la prolijidad y tardanza que ántes se tenia en hallar cada uno las doctrinas respectivas cuyo conocimiento deseaba. La inscripcion que San Martin puso en la referida carta es muy honorífica al metropolitano de Lugo, y dice de este modo: *Domino Beatissimo atque apostolicæ Sedis honore suscipiendo in Christo Fratri Nitigesio Episcopo, vel universo Concilio Lucensis Ecclesiæ Martinus Episcopus.* La palabra *Concilio*, que aquí se lee, fué ocasion de que Loaisa llegase á creer que S. Martin habia formado la coleccion de Cánones en un concilio de Lugo; por lo que intitularon algunos esta obra *Capitula ex orientalium Patrum Synodis à Martino Braccarensi Episcopo collecta apud Lucense Concilium.* Podriamos acumular pruebas bastante sólidas de que S. Martin no formó la coleccion en Lugo, y que el tiempo que solia gastarse en la celebracion de un concilio, no era bastante para el exámen y reconocimiento de este escrito, por ser muchos los cánones que necesariamente se debian coordinar, cotejando primero los textos griego y latino. Solo, pues, debe decirse que S. Martin dirigió desde Braga su coleccion de cánones á Nitigisio, obispo de esta ciudad y á todo el Concilio Lucense, significando esta palabra, no junta de padres que actualmente celebrasen sínodo, sino el territorio á que se extendia la jurisdiccion de Lugo como metrópoli, ó las sedes que le eran sufragáneas y cuyos obispos debian concurrir á concilio siempre que el metropolitano de Lugo los convocase. Está probado que la misma coleccion no merece el nombre de Concilio Lucense

ni Bracarense, por no hallarse en ella, como dice Juan Vazquez del Mármol, forma alguna de concilio, sino solo el nombre de capítulos recogidos de los Sínodos antiguos orientales. Es cierto que en el antiquísimo códice que fué de la iglesia de Lugo, y de órden de Felipe II se trajo á la Biblioteca de San Lorenzo del Escorial, donde pereció en el incendio del año 1671, se ponia esta coleccion por Concilio III Bracarense, siendo por esta causa cuatro los concilios celebrados en Braga, segun el códice citado, como hoy dia se muestra en la copia que se conserva en la Biblioteca Vaticana; pero tambien es constante que en dicha coleccion no se leen subscripciones de obispos, ni exordio de concilio, sino solo la carta de S. Martin, por lo que en el índice que se contiene en el Códice Vaticano, se lée entre los concilios de España *Braccarense tertium, sive potius excerpta Martini episcopi*, y luego *Braccarense quartum sive potius tertium*. Es creible que recibida la coleccion, Nitigisio como tan celoso de la disciplina eclesiástica, la publicaria en algunos de los sínodos que se celebraron anualmente en Lugo, ó remitiria copias de ella á los obispos sufragáneos, para que estos instruyesen conforme á la santa doctrina que en ella se contenia á los clérigos y demás fieles de sus respectivas iglesias. Por este medio y por la continua celebracion de concilios, y finalmente, por el celo y sabiduría de los obispos que en este tiempo presidian el reino de los suevos, llegó á florecer en Galicia la doctrina de la religion y la reforma de costumbres, de manera que se distinguia entre las demás provincias de España, las cuales estaban afligidas bajo el yugo de príncipes arrianos que perseguian á los obispos católicos hasta desterrarlos de sus iglesias, poniendo en ellas violentamente prelados de su misma secta. Duró esta felicidad á que Dios habia restituido el reino de los suevos por la piedad del rey Theodomiro y por la sabiduría y santidad de los prelados que gobernaban las Iglesias, siendo los principales los dos metropolitanos S. Martin y Nitigisio, hasta el año 583, en que el rey Leovigildo se partió con su ejército á Andalucía, y sitió la famosa ciudad de Sevilla, de que estaba apoderado su hijo S. Hermenegildo. Asistió á este sitio el piadoso príncipe de los suevos Miro, que tanto habia favorecido á las iglesias de su reino, no solo admitiendo con gusto cuanto enseñaban los santos prelados de su reino, sino tambien concediendo con gran liberalidad las posesiones con que se vieron dotadas en el concilio de Lugo, como consta de la escritura de confirmacion que se dió en el segundo de Braga, donde se le da por eso el glorioso título de *Rey Clementísimo*. Mencionando el *Cronicon del Biclarense* la concurrencia de Miro al cerco de Sevilla, usa de estas palabras: *Leovigildus rex civitatem Hispalensem, congregato exercitu, obsidet, et rebellem filium gravi obsidione concludit, in cujus solatio Miro, Suevorum rex, ad expugnandum Hispalim advenit, ibique diem clausit extremum*. Por este testi-

monio escribe Mariana que Miro, aunque católico, acudió con su gente en favor de Leovigildo, rey arriano; pero que pagó tan grande maldad con la muerte, falleciendo durante el cerco de Sevilla. Podia sospecharse que el texto del Biclarense se halla en esta parte adulterado por los arrianos, como han creido algunos autores; pero habiendo probado ya otros muchos la imposibilidad de este hecho, se podia recurrir para excusar á Miro á la distincion que el maestro Florez hace de las diversas líneas civil y espiritual, por cuyo medio se componen tambien los testimonios de los escritores que hablaron de S. Hermenegildo. S. Gregorio Turonense dice de Miro todo lo contrario, testificando que siguió el partido de S. Hermenegildo y que luego falleció en su reino, aunque de enfermedad que le sobrevino en el cerco de Sevilla. Sea lo que fuere de esto, el rey suevo murió en dicho año de 583 y le sucedió su hijo Euborico, tambien católico. En el año siguiente se levantó en Galicia el tirano Andeca, y pudo tanto que despojó del reino al nuevo príncipe, casándose con la reina viuda de Miro. Llegado el año de 585, el rey Leovigildo, habiendo ocupado la ciudad de Sevilla y los otros pueblos y castillos de que se habia apoderado su hijo, se dirigió contra Galicia, y entrando en este reino sujetó al tirano Andeca y robó las riquezas de toda la provincia, agregándola al reino de los godos. Con este triste suceso quedó el reino de los suevos reducido al error de la secta arriana, que obstinadamente seguia el nuevo monarca. De este se sabe, que para acabar con la religion católica perseguia á los varones más santos de su reino y desterraba á los obispos que se empeñaban en mantener la verdadera religion. No ha quedado memoria de los particulares trabajos que en esta ocasion padeció el obispo lucense Nitigisio; pero no se puede dudar que despreció las amenazas del rey arriano, conservando firmemente la fe, por cuyo aumento habia trabajado incesantemente en su larga presidencia. Es evidente la prueba de esta verdad, porque los monumentos de aquel tiempo nos han conservado la memoria de que Nitigisio fué echado de su sede por el rey Leovigildo, el cual puso en ella á otro de su faccion, llamado Becila. Duró poco esta calamidad del reino de Galicia y el destierro de Nitigisio; porque habiendo sucedido en el año de 585 murió en el siguiente el autor de ella, y entró á reinar su hijo Recaredo, el cual como católico no tardó en tratar de restituir á España la verdadera religion, que su padre habia perseguido. Los suevos, como acostumbrados mucho ántes al culto del Catolicismo, vinieron prontamente al gremio de la Iglesia, lo que causó extraordinario gozo en el corazon de Nitigisio. Este y los demás prelados echados de sus sedes fueron restituidos á ellas, y no debemos dudar del gran celo con que procuraria en este tiempo la conservacion de la fe en su obispado, en que la violencia del Rey habia introducido el arrianismo. En el año de 589 hizo el piadoso rey Recaredo

que se juntasen todos los obispos de sus dominios en su corte de Toledo para abjurar el arrianismo y reformar la disciplina eclesiástica, que con la gran revolucion de los tiempos pasados se hallaba relajada. La causa de este concilio era de tanta gravedad é importancia, que parecia gran delito dejar de concurrir personalmente, faltando impedimento que no pudiese remediarse fácilmente. Nitigisio no asistió á este concilio nacional, y es de presumir que la causa fuese su larga edad. Tales son las noticias que consignan á la posteridad los eruditos autores de la *España Sagrada*, y que en su mayor parte hemos creido conveniente trasmitir íntegras, ya porque son de suma importancia, cuanto por dar una prueba de nuestra consideracion á los sabios maestros Florez y La Canal.—O. y O.

NITIGISIO, obispo de Urgel. Carecemos de datos para formar su biografía, pero el Sr. Villanueva, en su *Viaje literario á las iglesias de España*, dice acerca de este prelado lo siguiente: «El año 898 se celebró un concilio en Porto, al cual no asistió el obispo de Urgel, acaso por estar vacante la sede, á no ser que fuese enviado suyo un *Nintigisus, Archipraesbyter*, que suscribe entre otros. En tal caso diriamos que era el mismo que poco despues fué hecho obispo, aunque sus memorias no comienzan aquí hasta el año 900. En este año dedicó la iglesia del monasterio de Matta, sito en el territorio de Cardona, á ruegos de su abad Sunila. Existe en este archivo la escritura original, que irá copiada otro dia, cuando se hable de los monasterios antiguos, y para lo de ahora no contiene cosa notable más que la fecha en el exordio de ella, que dice así: *Anno Incarnationis Jhesu Christi DCCCC., idus Decembris, anno II. regnante Karolo gloriosissimo rege, venit, etc.* De donde se debe inferir que los años del rey de Francia Cárlos *el Simple* se contaron en este país frecuentemente, no desde el año 900, como dice Marca, sino desde la muerte de Odon en 898, y que desde entónces fué tenido por rey en la Septimania y en la Marca Hispánica. Lo mismo se infiere de la escritura original que hallé en el monasterio de la Portella, que es la consagracion de las iglesias de Sta. María, S. Saturnino y S. Hilario del lugar de Lacorre, las cuales dice que ántes fueron *ecclesiæ idolorum*. Estas iglesias consagró nuestro obispo (llamado allí *Nangeticissus*), *anno ab Incarnationis Domini nostri Jesu Christi nongentessimo, era nongentessima XXXVIII, anno II regnante Karolo rege*. Lo mismo prueba otra dedicacion de la iglesia de S. Julian de Canavita del año 901. Era este el tiempo en que comenzaban á extenderse las conquistas de los cristianos en los condados pertenecientes á esta diócesis, y los fieles, en medio de su pobreza, iban restaurando las iglesias destruidas y edificando otras, y dotándolas de rentas, ornamentos, libros y otras cosas necesarias al culto divino. Nuestro Obispo acudia á todo con su autoridad, confirmando aquellas fundaciones, segun la

disciplina de la Iglesia. Esta es la causa de hallarse tantos instrumentos de esta clase, que aunque no añaden cosa particular á lo que ya sabemos de aquel tiempo, me han servido bien para fijar algunas épocas de este pontificado. Así hallo en escritura original la dedicacion de la iglesia de S. Jaime de Frontiñá, hecha por este obispo *anno Incarnationis Domini nostri Jesu Christi DCCCC.V, XII Kalendas Julii, anno VIII. regnante Karolo rege, post obitum Odonis regis, præsente Wifredo comite, et Mirone comite, et nemo dicat multitudinem abbatum, etc.* Estas noticias y otras que se dirán, vienen grandemente para mis Condes de Urgel. Aquí tambien se contaron los años del rey Cárlos desde el 898. Antes de cumplirse el mes de este acto, es á saber, á 14 de Julio del mismo año 905, le hallamos consagrando la iglesia *Sanctæ Mariæ in territorio Bergitanensi, in locum vocitatum villa Hichila in valle Roseto, in parochia Sancti Joannis Baptistæ... non eam constituens parochiam, neque ad decimas recipiendas, sed locum oratorii, et ad sacrificium celebrandum, in subjectione Sancti Joannis, et sacerdotis ibi ministrantis.* En el monasterio de Serrateix se conservan las actas de la consagracion de la iglesia de S. Martin de Avia *in loco*, dice, *de Avizano, qui hactenus absque ecclesia extiterat, et nuper à condam proienitore meo domno Wifredo illustrissimo marchioni... est ædificata.* Habla aquí el conde Miron, que es quien rogó á nuestro Obispo que consagrase la dicha iglesia. Hízolo con la obligacion *ut semel in anno persolvatur Synodus.* La fecha es : *facta dote anno Incarnationis dominice DCCCC.VII, indictione X, anno VIIII regnante Carolo rege.* El mismo año, dia 20 de Enero, y á instancias del mismo Conde habia consagrado la iglesia de S. Pablo de Castriserra, construida tambien por el difunto Wifredo. Esta escritura está en la Marca Hispánica *(Apéndice núm. LXIII)*. Estas y otras ocupaciones no le estorbaron asistir en el año 906 al concilio de Barcelona, y en el 907 á la continuacion de él en el monasterio de S. Tiberio, diócesis de Agde, en los cuales se trató el negocio del censo anual de una libra de plata que la metrópoli de Narbona exigia de la iglesia de Vique, cuyo obispo Idalcario fué, por último, absuelto de tributo tan injusto. Bien te acordarás que desde Vique envié nueva copia de las actas de estos concilios, que allí se guardan originales, y donde se ve que Teodorico, obispo de Barcelona, asistió tambien al concilio de S. Tiberio; cosa que negó Baluzio en la Marca Hispánica, col. 378. Asimismo se halló nuestro Obispo en Gerona en 908 en el acto de la entronizacion de Wigo, obispo de aquella iglesia, como se dirá en aquel viaje. Tambien se halló en otro concilio que Arnusto, metropolitano de Narbona, congregó el año 909 *in regno Septimaniæ, territorio Magalonensi, loco Iuncarias vocato (ibid.*, col. 92). Mucho más interesante era para nuestro Obispo otro concilio tenido en 911, como que fué convocado por su causa y en defensa de los derechos de su sede. Fué así que

habia ya veintitres años que Adulfo presidia en todo el condado de Pallás como su propio obispo, ó bien porque el intruso Schia quiso erigir de nuevo aquella sede, deseoso de extender los fueros de metropolitano, que, segun dicen, se arrogaba, ó bien por otras causas que ignoramos. Las actas del concilio de que hablo ahora dicen que Adulfo confesó que *ignoranter eam (sedem) tenuit*. Cualquiera que fuese el origen del nuevo obispado, es cierto que estaba en territorio consignado al de Urgel desde su primitiva dotacion en 819. No perdiendo de vista Nantigiso la restauracion de las iglesias de su diócesis, le hallamos de nuevo ocupado en la dedicacion ó consagracion de ellas en el año XV del rey Cárlos, 913 de Cristo. Consagró, pues, en dicho año la iglesia de Sta. Eulalia del lugar de la Torre, á instancias del conde Suniario (cartoral de S. Saturnino de Tabernoles). Otra tambien de Sta. Eulalia consagró el dia 3 de Junio en la villa de Salagosa en la Cerdaña *in pavo* Leovense. *Item* : allí mismo la de S. Jaime de Estullo (Estoll) dia 3 de Julio; por último, á 3 de Diciembre la de S. Pedro de Escales, que habia construido Magnulfo, sacerdote. No está averiguada la época de la muerte de nuestro Obispo. Hay quien la supone anterior al año 912; opinion desmentida con lo dicho hasta aquí. » Villanueva inserta á mayor abundamiento copia de la escritura con que se reunieron al monasterio de S. Saturnino de Tabernoles algunos otros cuya observancia habia decaido, lo cual se hizo á instancias del obispo Nantigiso, que firma en el instrumento : su fecha es de XII de las calendas de Abril, año 914 de Cristo, XVI del rey Cárlos. Le sucedió en la sede Engilberto, que murió hácia el año 926. — O. y O.

NITOCRIS. Herodoto hace mencion de una reina llamada con este nombre, madre del rey Labinetus, en cuya época Ciro tomó á Babilonia. La Sagrada Escritura dice que el rey en cuyo reinado fué tomada aquella ciudad se llamaba Baltasar, rey de Babilonia, hijo ó nieto de Nabucodonosor; y por lo tanto podria afirmarse que Nitocris era esposa de Nabucodonosor *el Grande* y la misma que la historia conoce con el nombre de Amit, hija de Astiages, rey de los Medas, princesa que ha merecido de Herodoto el dictado de heroina. Miéntras que su hijo obedecia únicamente el impulso de sus pasiones y olvidaba el gobierno del Estado para entregarse á la disipacion y á los placeres, esta Reina atendia al régimen del pais, empleando para la conservacion del imperio cuantos medios puede inspirar la prudencia y el saber. Imprimiendo en todos los asuntos del Estado la actividad de su carácter, que parecia varonil, practicó en él varias mejoras, y concluyó con increible celeridad los muros de las ciudades y demás obras que habia empezado Nabucodonosor. Al mismo tiempo que terminaba los trabajos que debian desviar el cauce del Eúfrates, mandó abrir una galería subterránea que comunicase por debajo del rio con el castillo que estaba á la orilla opues-

ta. En el año último de Baltasar, miéntras que la ciudad de Babilonia estaba sitiada por Ciro, aquel monarca dió un impío festin á sus concubinas, en el cual se profanaron los vasos sagrados del templo de Jerusalen. En esta ocasion apareció en la pared del salon una mano que trazó estas palabras: *Mane, Thecel, Phares*. La vista de este espectáculo llenó de terror al Rey y á todos los asistentes. La reina madre Nithocris, sabedora de lo que pasaba, corrió á la sala y dijo á su hijo que en el reino existia un hombre llamado Daniel, nombrado por su habilidad jefe de los magos de Caldea en tiempo de Nabucodonosor, y que seguramente era capaz de explicar la vision que conturbaba al monarca. Daniel fué llamado inmediatamente, y explicó aquellos signos misteriosos del modo que puede verse en los artículos de DANIEL y BALTASAR.—M.

NIVARDO (S.). Fué este distinguido monje educado en la vida monástica en la muy célebre casa Luxoviense, y en ella hizo admirables progresos en toda especie de virtudes, excitado por los raros ejemplares que habia en aquel monasterio célebre por más de un concepto. Como en Reims hubiese necesidad de un sugeto virtuoso y capaz que se pusiera al frente del monasterio que allí tenia la órden de S. Benito, y concurrieran en el P. Nivardo estas favorables circunstancias, por acuerdo unánime de la comunidad que le mandaba, y con singular complacencia de la que le recibia, pasó á aquella casa nuestro héroe, que verdaderamente puede llamársele tal considerando cómo llevó á cabo el ejercicio de su delicado ministerio. No habia, es verdad, en Reims ningun grave abuso que cortar con mano enérgica, pero no faltaban pequeñeces que enfriaban mucho el espíritu de fervor que es necesario para que una comunidad tenga la vida y vigor con que quisieron existiera sus celosos fundadores; pues es indudable que si una tibieza habitual no lleva á grandes crímenes ni á faltas de esas cuyo solo relato aterra, tampoco cabe duda en que con ella nada bueno se hace; siendo en sentir de muchos padres de la Iglesia más difícil de dominar ese estado de indiferencia que una relajacion marcada: por lo cual el abad Nivardo debió trabajar bastante para poner la comunidad en el estado que queria, lo cual consiguió más con sus obras que con sus palabras, pues estás las escaseaba por temor de que fueran estériles, al paso que las otras las hacia frecuentísimas para que diesen su apetecido resultado. Lo consiguió, en efecto, pues á muy poco tiempo de estar él al frente de aquella comunidad, vino á ser el modelo no solo de las de su provincia, sino de todas las de la Orden, conservándose todavía algunas de sus instituciones, no solo en aquella casa sino en otras varias, donde se llevaron como un buen establecimiento del que la experiencia habia acreditado que se podia sacar provecho. Y en esto podemos admirar la sabiduría y rectitud de fines de esta gran familia bene-

dictina, que quiere que todo lo bueno se comun que, así como se esmera en ocultar todo lo imperfecto que en ella pueda haber, para que nunca haya motivo de escándalo, y sí siempre de edificacion para todos sus hijos. Era consiguiente que por más que Nivardo tratára de aplicar á sus gobernados todo el mérito de su gobierno, y para sí no quisiera reservar sino el pequeño demérito de no haber podido dominar ciertas imperfecciones que son propiamente de naturaleza, el pueblo y el clero de Reims, viendo los heróicos esfuerzos que para conseguir el apetecido resultado habia hecho, á él atribuyese su éxito, por más que su profundísima humildad quisiera ocultarlo; y por esto pareció conveniente el que con ocasion de hallarse vacante la silla arzobispal del mismo Reims, se le colocára en ella aunque se opuso con todas sus fuerzas. Fuéle, pues, preciso aceptar la dignidad y el oficio, y en su desempeño mostró tanto celo, tanta capacidad, y al mismo tiempo tanta prudencia como habia mostrado en el monasterio Luxoviense, como habia mostrado en la abadía del mismo Reims. Su primera diligencia fué reunir en torno suyo á los sugetos dotados de mayor ciencia y prudencia de cuantos contaba su numeroso cabildo; hacerles ver á todos cuán importante era el cargo que respectivamente estaban obligados á desempeñar, así como la estrecha responsabilidad que gravitaba sobre cada uno, y que se concentraba en él, para que todos le ayudáran á llevar la pesada carga que Dios habia colocado sobre sus débiles hombros, y que por propia confesion suya se le hacia insoportable sin la ayuda de sus venerandos hermanos; por lo cual en Cristo les exhortaba á que mirando á lo augusto de su ministerio, tratasen de portarse en él como él mismo exigia, lo cual dió por resultado el que algunos tibios y algo descuidados, se enfervorizaron cuanto les fué posible, y ayudándole en su pastoral solicitud todos los clérigos de su tiempo se hacian cada vez más santos, cumpliendo perfectamente su cometido, y sin otra mira que la de agradar á Dios, pues á este fin queria él que dirigiesen todas sus aspiraciones y empeño. En órden á los fieles era tan esmerada su solicitud en favor de ellos, que para él no habia tregua ni descanso, ni nunca le parecia mucho el trabajo que era consiguiente á la visita de su vasta diócesis, que hizo siempre á pie, y sin séquito ni acompañamiento alguno, teniendo su humildad como recurso para cuando le exigian el que se hiciese acompañar por razon de su dignidad, el decir que caminaba como monje y no como arzobispo. Su bolsillo estuvo siempre abierto para socorrer toda especie de necesidades, siendo admirable la multiplicidad de estas, con recursos muchas veces menores á lo que se le veia distribuir; bien es verdad que en más de una ocasion se vió en su panera y en su tesoro el prodigio de llegarse jumentos cargados con grano ó con dinero, para que pudiese aliviar las miserias de

sus súbditos, las cuales sentia tan vivamente como si á él mismo le aquejasen. Y eran tan abundantes los recursos con que Dios le favorecia, que despues de socorrer á cuantos se le llegaban, comenzó la obra colosal del monasterio Altovillariense, que tuvo la complacencia de verle concluido, y dedicar por sí mismo al culto divino con extraordinario gozo de su espíritu. Y en verdad que podia tenerle, pues varones muy eminentes en ciencias y virtudes han salido de aquella santa casa, que habria tenido una existencia efímera é insegura sin los abundantes recursos de que la proveyó el obispo Nivardo; pues no contento con costear su fabricacion suntuosísima y á toda costa, y adornarla con ricos y abundantes ornamentos, vajilla y demás necesario, sino que dispuso que de las rentas de su mesa episcopal, se diesen cada año ciertas cantidades, con que pudieran los monjes ayudar á su sostenimiento, y en lo cual, á decir verdad, su mitra reportaba grande utilidad porque sobre la importancia que le daba tan benéfica conducta, tenia en su favor las frecuentes oraciones de los monjes y las memorias de misas y otros sufragios que estableció perpétuamente, ya en favor del cabildo, ya en favor del prelado y en sufragio de los fieles difuntos, como únicos acreedores á todos los bienes con que los vivos sostienen á la Iglesia, su culto y ministros. Con obras tan aceptables á los divinos ojos iba haciéndose acreedor á las celestiales gracias, y es indudable que el Señor se las concederia en justa correspondencia al esmerado afan con que siempre procuró la gloria de Dios y la santificacion de sí mismo, portándose en el obispado y en la abadía, no como podia atendido su carácter de superior y maestro, sino como el último de los monjes, sujetándose á la observancia de las más menudas prescripciones, como si de ellas no estuviera exceptuado, dando además mucho tiempo á la oracion, en que hacia grandes progresos, y á la mortificacion, en la cual puede decirse que excedia lo debido, si se atiende á la conservacion que pretexta siempre quien tiene ménos espíritu de Dios que el que tenia su siervo Nivardo. Lleno, pues, de estos merecimientos ofreció á Dios su vida, pasando á la eterna en medio del consiguiente sentimiento de los que admirando su celo y sus demás dotes apostólicas, no podian ménos de sentir el verse privados de los auxilios que prestaban siempre su excelente doctrina, sus muy acertados consejos, su bondad y su liberalidad acreditada en sus obras verdaderamente regias y espléndidas. Sus honras fúnebres pudieron muy bien pasar por solemnísimo triunfo, pues no hubo persona autorizada en Reims que no se creyera obligada á concurrir á honrar su memoria, bien es verdad que todos le debian algo, y despues que se le hubieron tributado los homenajes consiguientes á su altísima dignidad, su cadáver se depositó en un lugar conveniente de la iglesia del monasterio que fundó, donde hecho notable por los repetidos milagros que Dios obra

por su medio es venerado por los fieles que alaban á Dios en su siervo muy querido. Floreció S. Nivardo por los años de 670, y fué inscrito en el catálogo de los Santos, celebrándose su fiesta en la órden de S. Benito el dia 1.° del mes de Setiembre de cada año.—G. R.

NIVIBUS ó DE LAS NIEVES (Fr. Simon). Nació en Portugal, y abrazó la vida religiosa en un monasterio del Cister. Publicó: *Super cap. secundum Evangelii S. Mathei*, 1615.

NIZA (Fr. Angel de), sacerdote y religioso capuchino de la provincia de Piamonte. Varon muy notable en todo género de virtudes, pero especialmente en la virginal entereza que conservó desde su salida del claustro materno hasta el término de su vida. Experimentó en el noviciado, á consecuencia de su extraordinaria candidez, las astucias con que de él se burlaba Satanás, que apareciéndosele en rostro y traje de su maestro, le mandó muchas veces que bajase de noche á la iglesia, y tomase en ella disciplina, lo cual ejecutaba con prontitud el obediente, aunque entónces engañado novicio. Habiéndolo entendido así su verdadero maestro, le dió una órden opuesta, descubriéndole la malicia del enemigo, el cual instando á Fray Angel al mismo ejercicio que otras veces, y viéndose despreciado de él, se vengaba en llenarle de crueles y repetidos golpes. Adornado de virtudes, aunque jóven en la edad y la religion, fué á acompañar á los ángeles, hermano suyo en la excelencia. Murió Fr. Angel de Niza en esta ciudad el año de 1623.—A. L.

NIZA (Fr. Manuel de), portugués y religioso de la órden de Capuchinos. Vistió el hábito en la provincia de la Piedad, en Portugal, y escribió: *Historia da provincia da Piedade dos padres Capuchos*.—M.

NIZA (Marco de), viajador español y religioso de S. Francisco. El virey de Méjico D. Antonio de Mendoza le encargó la mision de explorar el Norte de este país. Salió el 7 de Marzo de 1539 de Culiacan con otro religioso, un negro y algunos indios que habian sido puestos en libertad. Durante su ruta atravesaron varios pueblos donde recibieron la más grata hospitalidad; mas despues de haber empleado cuatro jornadas en atravesar un desierto, y cuando se hallaban á poca distancia de la ciudad de Civola ó Civora, capital de la provincia del mismo nombre, supieron que sus habitantes les preparaban malos tratos en vez de la buena acogida que habian recibido en todas partes; lo que les obligó á regresar á Compostela en la intendencia de Guadalajara. Desde esta ciudad envió al virey una *relacion* extensa de este viaje, que duró tres meses, la que se halla impresa en el toma III de Ranucio. Esta *relacion* exaltó la imaginacion de los mejicanos, pues abundaban en ella las descripciones más fabulosas de la hermosura del país situado al golfo de California; de la magnificencia de la ciudad de Civola, su inmensa

poblacion. La sana crítica, desechando las exageraciones de Niza, admite que las ruinas de las *casas grandes*, descubiertas en la orilla del Fila, pueden haber dado márgen á las fábulas imaginadas por este religioso; por otra parte, es cierto que entre los indios que habitan las comarcas que aquel rio riega, se halló una civilizacion superior á la de los pueblos que viven más al Sur, como es cierto que los monumentos aztecas presentan á este país como la patria de los mejicanos. —M.

NOA, una de las hijas de Salphaat.

NOACHIDES, nombre dado á los hijos de Noé y generalmente á todos los que no pertenecen á la raza escogida de Abraham. Los rabinos suponen que Dios prescribió á Moisés y á sus hijos ciertos preceptos generales, que comprenden, segun el derecho natural comun, á todos los hombres y sin cuya observancia no pueden salvarse. Despues de la ley de Moisés, los hebreos no permitian á ningun extranjero, residir en su país, si no observaban los preceptos de los Noachides, y no se daba cuartel en la guerra á los que no los practicaban. Estos preceptos se compendian en ocho: 1.° *De Judicis*, obediencia á los jueces, magistrados y á los príncipes;—2.° *De cultu extraneo*, el cual prohibe el culto á las divinidades extranjeras, las supersticiones y los sacrilegios;—3.° *De maledictione nominis Sanctissimi*, que prohibe la maldicion del nombre de Dios, las blasfemias y los juramentos falsos;—4.° *De revelatione turpitudinum*, las alianzas, los comercios incestuosos é ilícitos; la sodomía, el delito de bestialidad y los crímenes contra naturaleza.—5.° *De sanguinis effusione*, el derramamiento de sangre de cualquier animal, el homicidio, las heridas, la mutilacion, etc.—6.° *De rapina*, el robo, el fraude, las mentiras, etc.—7.° *De membro animalis viventis*, en el cual se prohibe comer la carne de un animal que aun esté vivo, como usaban algunos paganos. Maimonides supone que los seis primeros preceptos se dieron á Adan y el séptimo á Noé; pero el rabino Chabana ha añadido á ellos la prohibicion de beber la sangre de los animales, Cluder la de mutilarlos, Simeon la de usar de la magia y de los sortilegios, y Eliecer la de emparejar animales de diferente raza. Esto es lo que dicen los autores; pero debemos dudar de la certeza de estos hechos, puesto que no los mencionan ni la Escritura Sagrada, ni los Onguelos, ni Josefo, ni Filon, además de que en las obras de Orígenes y de los antiguos padres no se hace la menor referencia á los Noachides.—M.

NOADIAS, mal profeta que se vendió á los enemigos de Nehemías para intimidarle á fin de que desistiera del propósito de restablecer las murallas de Jerusalen; Nehemías léjos de atender á sus pérfidos consejos continuó la obra comenzada (Esdras, VI, 14), año del mundo 3550, ántes de Jesucristo 450, ántes de la era vulgar 454.—M.

NOAILLES (Francisco de). Habiendo nacido en 1519, y dedicado al estado eclesiástico desde muy jóven, no pudo entregarse á los negocios en que tanto lució su familia, en la que parecia que el talento era un don hereditario: sin embargo de esto llegó á ser un hábil diplomático, y aun pudiera considerársele entre los mejores de su siglo. Habiéndole elevado su saber y posicion á la silla episcopal de Ags, Enrique II le envió en 1558 á Venecia, en cuyo estado hizo respetar el nombre y poder de su señor, aun contra el poder de Felipe II: despues de esta embajada fué encargado de igual mision sucesivamente á Inglaterra, Roma y Constantinopla. Hallándose en esta última legacion, el sultan Selim II sitió á los venecianos en la isla de Candía, y Noailles se presentó como mediador entre ambos poderes, con tan buen éxito, que logró restablecer la paz, circunstancia que le acreditó de gran diplomático, haciendo que su nombre fuese muy respetado en todas las naciones. Los reyes de Francia y Catalina de Médicis le honraron con su más íntima confianza, consultándole en cuantos asuntos de importancia se les ofrecieron. Dióles el consejo de hacer la guerra á España como un medio muy útil para calmar las disensiones políticas y religiosas que ensangrentaban á la Francia. En 1584, cuando á causa de la muerte de Guillermo de Orange los estados de los Paises Bajos, viendo que eran demasiado jóvenes para el gobierno sus hijos, vinieron á ofrecer á Enrique III el trono poniéndose bajo su dominio, Noailles, á quien consultó este soberano, le trató de obligar con sus razones á aprovecharse de tan ventajosa proposicion; pero no pudo persuadir á un príncipe tan débil, que no pudiendo apenas sostenerse en su reino, no trataba de acrecentar un poder de que ya estaba cansado. Eran en esta ocasion tambien los Estados generales demasiado débiles para resistir al poder de España, y por eso ántes de la muerte del de Orange habian ofrecido la soberanía de los Paises Bajos á Isabel de Inglaterra que la rehusó, defiriéndola en seguida al duque de Alenzon por el tratado de Plesisles en Setiembre de 1580, y hé aquí el verdadero motivo que les llevaba á entregarse al rey de Francia, conducta que se dice les dejó trazada el de Orange para que pudiesen defenderse contra España. Murió Noailles en Bayona en 1585, hallándose tomando las aguas de los Pirineos. Recogidos sus escritos diplomáticos por el abate Vertot, se imprimieron en París en tres volúmenes en 12.° en 1763.—C.

NOAILLES (Luis Antonio de), cardenal y obispo de París. Nació en 27 de Mayo de 1651. Fué el hijo segundo de Ana, primer duque de Noailles, capitan de guardias, y de Luisa Boyer, dama de la reina Ana de Austria, señora tan piadosa como digna del aprecio general. Despues de haber recibido Noailles una educacion sólida y esmerada, á la cual correspondió con odo el ardor de su talento, fué destinado al estado eclesiástico, pues su na-

tural piedad y la dulzura de sus costumbres le hacian más á propósito para las dignidades de la Iglesia que para servir á su patria en la carrera militar. Desde luego fué nombrado domero de Aubrac, antiguo hospital de la diócesis de Rodez. Recibió el grado de licenciado con mucho lucimiento, y en 14 de Marzo de 1676 obtuvo el doctorado en teología de la facultad de París. El crédito inmenso de su familia le elevó luego á las primeras dignidades de la Iglesia, de modo que contaba escasamente la edad de veinte años cuando fué nombrado obispo de Cahors en Marzo de 1679, siendo consagrado al siguiente año. Mas habiendo quedado vacante un año despues la silla de Chalons en Marne, el monarca la confirió al jóven Noailles: á esta prelacía iba aneja la dignidad de par de Francia. El obispo de Chalons asistió á la asamblea extraordinaria del clero celebrada en 1681, con motivo de los derechos de regalía, concurriendo tambien á la que se tuvo despues, en la cual fueron aprobados los cuatro artículos, llamados de 1682. Cuando se suscitó la ruidosa cuestion de Madama Guion, el obispo de Noailles fué consultado sobre los escritos de aquella señora por Madama Maintenon, y aun aquella solicitó que este prelado fuese uno de los examinadores nombrados. Las conferencias de Yssy, de las cuales formó parte Noailles, valieron á éste estrechas relaciones con los ilustres Bossuet y Fenelon. Habiendo sido condiscípulo de este en el colegio de Plessis, quiso ser uno de los obispos asistentes á la consagracion de aquel prelado. Corria el año 1693, cuando una enfermedad derribó á la tumba al arzobispo de París Arloi, y el monarca, que aprovechaba todas las ocasiones para acreditar la predilección que le merecia Noailles, le nombró para aquella silla. Al principio el obispo de Chalons mostró cierta repugnancia á aceptar el primer puesto de la prelacía francesa; pero Madama Maintenon, que era la protectora de la familia del prelado, triunfó de sus escrúpulos. Además, la piedad, la modestia, el candor y la sencillez que se revelaban entónces en Noailles justificaban la eleccion. Poco tardó en estallar la ruidosa controversia del quietismo: Noailles, guiado al principio de sus consejos conciliativos, medió entre Bossuet y Fenelon, mas pronto fué arrastrado por el asendiente de éste. Bossuet al escribir á su sobrino en 10 de Junio de 1697 sobre esta célebre cuestion, caracteriza á Noailles con las siguientes palabras: *El arzobispo de París teme al arzobispo de Cambrai, pero yo tambien le infundo respeto. Procuro contenerlo, pues de otro modo se entregaria fácilmente, y el arzobispo de Cambrai le arrastraria á sus opiniones..... Los arzobispos de París y Chartres son tan débiles que no obrarán sino instigados.* (*Obras de Bossuet*, edicion de Versailles, tom. XL, págs. 321 y 322.) Noailles publicó, pues, algunos escritos contra Fenelon, y él le contestó por medio de la prensa. Estos ataques y las defensas se hallan en la nueva edicion de las *Obras de Fenelon*,

tomo V. Despues parece que el arzobispo de París manifestó deseos de renanudar la amistad con el arzobispo de Cambrai; mas como éste se cuidó muy poco de gestionar para que renaciese la buena armonía con su antiguo amigo, Noailles se ofendió de este retraimiento, como lo demostró su proceder en varias ocasiones. En 1697 fué nombrado comendador de las Ordenes del Rey y en 21 de Julio de 1701 Su Santidad le creó cardenal, para cuya dignidad le habia presentado el rey Luis XIV. En este año pasó á Roma Noailles para asistir al cónclave, y con este motivo recibió de Su Santidad el capelo cardenalicio y el título de Santa María de la Minerva con las formalidades de estilo. Por este tiempo presidió la asamblea general del clero, y la moderacion y sabiduría que mostró en las sesiones mereció los elogios de todos. Al paso que tan dignamente correspondia á los deberes del difícil cargo que desempeñaba, el azobispo de París se consagraba tambien á extender en su diócesis los sentimientos religiosos y de caridad, por medio de la creacion de establecimientos tan útiles como piadosos. Todo parecia, pues, presagiar que bajo una administracion tan sábia como la de este prelado la iglesia de París iba á disfrutar de una paz profunda, pero por desgracia sucedió lo contrario; y si turbóse sencillamente la buena armonía, algunos autores lo atribuyen al poco acierto del Arzobispo en los primeros pasos y á la influencia que tuvieron en su ánimo consejos harto violentos. Era solo obispo de Chalons cuando aprobó las *Cuestiones morales* del P. Quesnel, y muy distante estaba de pensar Noailles que esta aprobacion fuese para él en lo sucesivo fecundo semillero de disgustos y de embarazos. El abate de Barcos, sobrino del famoso abad de S. Siran, publicó una *Exposicion de fe* conforme á los errores de las cinco proposiciones: el Arzobispo condenó este libro en 20 de Agosto de 1696; mas luego salió á luz un *Problema eclesiástico*, en el cual se preguntaba á quién debia creerse, si al que aprobó las *Reflexiones morales* ó al que censuró la *Exposicion*. Como este folleto era anónimo, todas las sospechas se dirigieron contra los Jesuitas; pero el tiempo demostró cuán injustas eran, revelando que el verdadero autor del escrito habia sido un fraile benedictino, llamado Tierre de Viaixnes, *jansenista rematado*, como le titula el canciller Aguesseau. Con razon el cardenal Noailles se irritó contra un proceder tan poco digno, y no puede negarse que la razon estaba de su parte cuando solicitó y obtuvo del parlamento de París un decreto de 19 de Enero de 1699 que condenaba al fuego el folleto en cuestion. Desde entónces el corazon del Arzobispo abrigó un mal encubierto resentimiento contra los Jesuitas, aun cuando, como hemos dicho, habian permanecido extraños á esas intrigas. La cuestion del *Caso de conciencia*, suscitada en 1702, dió lugar á que, tanto amigos como enemigos, calificaran la conducta del Cardenal de incierta y equívoca, pues la opinion

general era que habia tenido conocimiento de esta decision muy ántes de que se publicára, y que no la habia desaprobado. Mas cuando amagó la tempestad, afanóse á condenar el *Caso de conciencia*, poniendo de su parte todos los medios para que se retractáran los firmantes. El canciller de Aguesseau, en sus *Memorias sobre los asuntos de la Iglesia*, pinta las incertidumbres y la perplejidad en que las circunstancias colocaron al cardenal de Noailles. Por desgracia, en este estado la muerte vino á privarle de los consejos de un amigo tan ilustre como verdadero : Bossuet acababa de fallecer, y á esta pérdida atribuye el cardenal de Bauset la marcha vacilante y variable del cardenal de Noailles. En efecto, celebró el clero en 1705 una asamblea general, y el arzobispo de París, en su calidad de presidente, acreditó cuánta necesidad tenia de un guia seguro é ilustrado, pues al paso que atacaba á Fenelon en un discurso público, vertia máximas ofensivas á Su Santidad. Clemente XI se dirigió á los obispos de Francia : muchos de los prelados que concurrieron á la asamblea de 1705 consintieron enviar al Papa una explicacion que habia convenido en firmar el mismo cardenal Noailles. Mas cediendo luego á su carácter irresoluto, rehusó hacerlo. Solo despues de muchas dilaciones se determinó el prelado de París escribir en 1711 una carta á Su Santidad, en que le daba una satisfaccion tan digna como debida. A la sazon estaba tambien en controversia con los obispos de Lyon y La Rochela, y en este asunto se nota tambien el mismo proceder que tanto perjudicó á su reposo y á su reputacion. Creemos que el cardenal de Bauset ha acertado á retratarle con tanta justicia como moderacion, cuando en la *Historia de Fenelon* ha dicho que el cardenal de Noailles, con virtudes y calidades muy recomendables, ofrecia una extraña mezcla de obstinacion y de habilidad, bastante comun á los caractéres más dignos de elogio por la rectitud de sus sentimientos é inclinaciones que por la energía y extension de las ideas. Empleó su episcopado en discusiones en que á menudo tenia que retroceder, por haber avanzado demasiado, consiguiendo de esto disgustar á todos los partidos. Los sucesos que despues sobrevinieron, y en los cuales jugó el Cardenal un papel muy importante, confirmaron por completo la verdad de este juicio. De una manera la más inesperada y con todas las muestras de un resentimiento personal, interdijo de pronto á casi todos los jesuitas de su diócesis, sin que bastase á suavizar este inusitado rigor la influencia y las repetidas instancias de Madama Maintenon. Instado vivamente para que revocára la aprobacion de las *Reflexiones morales*, prometiólo al fin; mas esta promesa no tuvo su debido cumplimiento hasta despues de prolongadas dilaciones. La oposicion que hizo á la bula *Unigenitus* alimentó en su diócesis un partido poderoso, prolongando este ruidoso asunto con promesas y variaciones contínuas. El

abate Dorsanne, su confidente, nos dice en su *Diario* que el cardenal Noailles estaba convencido de que el partido mejor en este asunto era entretener á los dos bandos, pues que no participaba de la naturaleza de aquellos *que se gastan con el tiempo y la discusion*. Efectivamente falleció Luis XIV, y todavía el Cardenal continuó en su misma incertidumbre en una cuestion que agitaba las turbulencias de la Francia. El monarca, dice la carta citada en la *Historia de Fenelon*, acudió al ruego y á las lágrimas para vencer la resistencia del Cardenal; pero todo fué inútil, mereciendo de su soberano que le privára de presentarse en la corte. Vino despues el gobierno del regente, las cosas cambiaron de aspecto, pues restituido Noailles á su primitivo favor, fué nombrado presidente del Consejo de Conciencia. Declaróse entónces abiertamente jefe de un partido; apeló y volvió á apelar, y suscribió al fin una especie de acomodamiento en 1720. Anteriormente el regente, confundiendo el error y la verdad, impuso silencio á los dos partidos; mas esta ley del silencio, tantas veces recordada como infringida, envalentonó más á los apelantes, pues la experiencia de todos los siglos ha demostrado que á la sombra del silencio los sectarios se fortifican, y resueltos á levantarlo á la ocasion primera, consideran miéntras tanto como un triunfo la órden que lo impone á sus adversarios; y en efecto, para el error es siempre una satisfaccion el ver á la verdad cautiva. Miéntras tanto habia sonado la hora en que el Cardenal debia bajar á la tumba : Noailles reconoce de pronto, como él mismo lo proclama en alta voz, que le habian empeñado en un partido de facciosos. Los remordimientos que le martirizaban de mucho tiempo, unidos á una vejez de ochenta años, que le amenazaba una muerte próxima, le movieron á escribir deliberadamente al papa Benedicto XIII con toda la sinceridad de su corazon y en los términos más edificantes. Despues de manifestar que su avanzada edad le aseguraba solo breves dias de vida, y que en los umbrales de la eternidad su corazon le imponia el deber de rendirse á los deseos del jefe de la Iglesia, añade : « Dominado de estos sentimientos, »declaro delante de Jesucristo que me someto sinceramente á la bula *Unige»nitus;* que condeno el libro de las *Reflexiones morales* y las ciento y una »proposiciones que de esta obra se han sacado, del mismo modo que han »sido condenadas por dicha constitucion; y que revoco mi *Instruccion pas»toral* y cuanto en mi nombre haya sido escrito contra dicha bula. Prometo »á vuestra Santidad publicar lo más pronto posible un mandamiento, para »que sea fielmente observada en toda mi diócesis, y confieso al mismo tiem»po que desde que por la gracia del Señor he tomado esta resolucion, siento »mi conciencia tranquila, que los dias son para mi más serenos, y que mi »alma goza de una paz de que no habia disfrutado por mucho tiempo.» Estas promesas tuvieron el más exacto cumplimiento. El Cardenal Arzobispo

se prestó á todo, retractó su apelacion; su mandamiento de retractacion fué fijado en 11 de Octubre de 1728 y murió al siguiente año, á los setenta y ocho de edad. Sus caridades y sus limosnas eran tan extraordinarias, que vendidos sus muebles y pagados los gastos, su herencia no alcanzaba á quinientas libras. Hallaba un placer inexplicable practicando el bien. De un carácter dulce y sociable, ameno y aun brillante en la conversacion, abierto su corazon á la amistad, lleno de candor y de franqueza, el cardenal Noailles atraia á los hombres de corazon y de talento. Si algunas veces se dejó prevenir fué porque juzgaba á los demás por la elevacion de su alma, incapaz de engañar á nadie. Entregado á la buena fe, sostuvo á veces personas que carecian de ella; y si favoreció á los jansenistas, de ningun modo diremos que él lo fuese. En la lucha que sostuvo contra el Papa y los obispos católicos creyó sinceramente que solo se oponia á los Jesuitas, á quienes consideraba como sus enemigos irreconciliables; y esta creencia, por extraña que sea, está consignada en sus propias cartas y en las de sus corresponsales. Madama de Maintenon, contestando á una de sus cartas, le escribia así: «Una sola sospecha existe »contra vos, y ciertamente que no es imposible desvanecerla. Cuanto se »censura en vuestro proceder se reduce á la proteccion secreta que concedeis »al partido jansenista. ¿Quereis, pues, ser mártir por más tiempo de un par»tido al cual os avergonzais de pertenecer? Nunca como ahora han sido tan »impotentes y débiles los jesuitas; y si lograis desvanecer la nube que os »ofusca, vuestro poder y ascendiente serán extraordinarios.....» Su hermano Gaston Juan Bautista de Noailles le sucedió en el obispado de Chalons, y mostróse tambien contrario decidido de la bula *Unigenitus;* pero persistió en su error y no quiso reunirse con el cuerpo de los pastores imitando el ejemplo del Cardenal. Gaston falleció en 1720 á la edad de cincuenta y dos años.—M.

NOAIN (Juan de), hermano observante de la Compañía de Jesús. Este fervoroso santo, hermano de la expresada religion, nació en el reino de Navarra, en un pueblo pequeño que se llama Jayonal, aldea de Pamplona, distante una legua de la ciudad. Sus padres fueron labradores, personas honestas y de buena vida, los cuales criaron á sus hijos en el santo temor de Dios, pero con quien más se esmeraron fué con el hermano Juan, amándole tiernamente, así por su buen natural como por la obediencia y sujecion que siempre les tuvo y el descanso que les dió ayudándoles á cultivar sus tierras y beneficiar su hacienda; pero Dios, que le habia escogido para otra labor superior que la de la tierra, comenzó desde sus tiernos años á ilustrar su alma con luces y sentimientos celestiales, pues que apenas habia cumplido seis años de edad, cuando le representó vivamente los tormentos y penas del infierno, la desdicha de los condenados y la eterna duracion de sus sufri-

mientos, sin remision ni término de aquel fuego; y fué tan grande el temor que concibió de su condenacion eterna, que hizo firmísimo propósito de no pecar en toda su vida, por no caer en aquel fuego sin fin, que en un niño de seis años, que no sabia distinguir entre pecado grave y leve, fué obra de la mano poderosa de Dios, que en aquella tierna edad le previno con su santo temor, para que no cayese en culpa mortal, y conservase desde entónces su gracia y amistad. Asi pasó tres años, guardándose de todo pecado y apartándose de todo cuanto le podia separar de Dios, hasta que llegó á los nueve de su edad, en la cual estando solo en el campo mirando la grandeza y hermosura de los cielos, le produjo el Señor otra vision ó representacion de la gloria de que gozan los bienaventurados en su corte, tan alta y soberana que su alma se bañó de un gozo inefable, y una dulzura y consolacion tan extraña que no la podia declarar, y con deseos tan encendidos de alcanzar y gozar aquella bienaventuranza, que diera por ella mil vidas que tuviera, y como no sabia cómo lo podia conseguir, juzgando que rezar, oir misa y asistir en la iglesia, como sus padres le enseñaban, era el medio para conseguirla, comenzó á darse á estos ejercicios cuanto podia, hurtándose á los del campo y labranza, para servir en la iglesia y rezar á Dios y á sus santos para alcanzar la gloria que ellos gozaban. Diez y nueve años perseveró en este género de vida, dándole Dios al corazon contínuas voces para que dejase el mundo y le siguiese por el camino de la perfeccion, á que ni respondia ni resistia; deseaba alcanzar la gloria, y temia caer en el infierno; y espoleado con estos dos acicates, rezaba y trabajaba, apartándose de los pecados como de la muerte, hasta que apretado del remordimiento de su conciencia y de las voces que Dios le daba, determinó el hacerse ermitaño, pareciéndole que así serviria á Dios seguro de no caer en pecado; trató de la ejecucion, y halló tantas dificultades que desistió de su intento y tomó otro mejor, que fué hacerse religioso, que á su parecer era vida más segura para ir al cielo. Tomada esta resolucion, dió parte de ella á sus padres, los cuales mostraron tan grande sentimiento de ello, que le dijeron se echarian en un fuego si tal hacia, porque le tenian para báculo de su vejez y amparo de sus hermanas; traspasaron estas palabras el corazon de Juan, porque por una parte se hallaba combatido de las voces de Dios, y por otra de los gemidos y sentimientos de sus padres; éstos le detenian y aquellas le espoleaban á dejarlos, cuya perplejidad anegaba de lágrimas su corazon, y hallándose sin consejo en tan deshecha tempestad, se fué á los pies de la Santísima Vírgen, de quien era muy devoto; allí clamó, lloró, gimió y derramó su corazon pidiéndola favor y la mano para no anegarse en el combate de tantas y tan contrarias olas como combatian su alma, y luz para elegir lo mejor y lo que habia de ser para mayor gloria de Dios; no se hizo sorda á sus ruegos la

Reina del cielo, que como madre de aflígidos oye siempre á los que llaman á sus puertas, y ántes de levantarse de sus pies, le dió luz para conocer lo que habia de ejecutar y calor de espíritu para llevarlo á cabo, que fué abandonar el mundo y sacrificarse á Dios en el ara de una santa religion; y esto con tan gran firmeza, que en el acto hizo voto á Dios y á la misma Vírgen María de cumplirlo sin cejar un paso atrás, aunque por ello viese quemar vivos á sus padres; ántes le dió una ánsia tan grande del martirio, que quisiera hallarse entre moros y entre infieles que le despedazasen para derramar su sangre por su Redentor; y con esta resolucion, buscó á un clérigo amigo suyo para darle parte de su propósito y comunicar con él la religion en que habia de entrar; el sacerdote le disuadió al principio su resolucion, pero el fervoroso hermano fué más esforzado en esta lid, porque le habló con tal espíritu y le dió tales razones, representándole la importancia de la salvacion eterna, los riesgos del siglo para conseguirla, la seguridad de la religion, las penas del infierno y la grandeza de la gloria, y sobre todo la eternidad sin término ni fin, que le rindió y le hizo convenir en sus intentos, y ambos de un mismo parecer se determinaron á ser religiosos, y el clérigo le persuadió que tomasen el hábito de Sto. Domingo, á quien tenia devocion; pero oyendo el hermano Juan que los de la Compañía iban á tierra de infieles y derramaban su sangre por Cristo, como él estaba animado del deseo del martirio, se resolvió á entrar en la religion de la Compañía de Jesus. En este estado el enemigo de las almas comenzó á combatirle para estorbar sus intentos y detenerle en su ejecucion, produciéndole temores, congojas y aflicciones de lo que le habia de suceder, representándole montes de dificultades que vencer en la religion, y el desamparo de sus padres y hermanos, que dejaba en el siglo con necesidad; los amigos, los parientes, las comodidades y todo lo demás que tan astuto enemigo suele ofrecer para engañar á los que de otra manera no puede vencer. Quiso valerse en estos combates del amparo de la Santísima Vírgen, que era toda su defensa y el puerto de sus naufragios, para lo cual una noche de jueves santo, en que se halló muy acosado de estos combates, subió á una ermita suya, que estaba en un montecillo, adonde solia ir á orar, para pedirla remedio y favor en aquella lid, y para mayor reverencia y devocion, se descalzó de pié y pierna, y en las tinieblas de la noche comenzó á subir el monte, donde oyó voces y bramidos que le infundieron el mayor terror. El siervo de Dios se turbó oyendo á tal hora en aquella soledad tan espantosos ahullidos; paró un rato, y recobrándose con el favor de Dios, invocando el de su Madre Santísima, pasó adelante, llegó á su ermita, y postrándose á los pies de su imagen, oró devotísimamente, y fué confortado en su espíritu con tan fervoroso aliento que luego sin más dilacion se dirigió al colegio de la Com-

pañía de Jesús de Pamplona, y pidió ser recibido en ella, contando al superior los lances y contradicciones que habia experimentado, y en premio de su victoria le recibió el superior el año 1600, á los veintiocho años de su edad, con igual gozo suyo y de los religiosos del colegio por tener tal compañero, de cuyo fervor confiaban que habia de ser gran santo y firme columna de la religion. Bien se deja conocer el aliento y fervor con que comenzaria la carrera quien tanto tiempo la habia deseado y prevenido desde su niñez con tan singulares favores de Dios, y cuanto el demonio habia procurado detenerle, tanto con mayor brio y resolucion comenzó á caminar en el servicio de Dios; no cesaba de la oracion, dándole continuas gracias por la merced que le habia hecho en traerle á la religion, trabajando y descansando, caminando y estando quieto, en casa y fuera, comiendo y ayunando, de dia y de noche, siempre tenia su mente y su corazon en Dios; cuantos ratos podia ganar de sus ocupaciones, tantos gastaba en la iglesia en dulces coloquios con su Criador. Hizo tal renunciacion de sí mismo en las manos del superior, que no hubo criatura más rendida á su padre que él á la obediencia de sus prelados, más humilde que la tierra, tan continuo en el trabajo que nunca alzaba de él la mano; la misma caridad para con todos, sirviendo como un esclavo á cuantos le habian menester, sin airarse, enfadarse ni disgustarse con nadie, aunque le tratasen mal, á todos miraba y servia como á Dios. Ocupóse algunos años en los oficios humildes de cocinero y despensero, con más aplicacion y gusto que si fueran los más altos de la religion, y vista su grande caridad en una grande hambre que hubo por aquel tiempo en Pamplona, le encomendó la obediencia la limosna de los pobres; en esta satisfactoria ocupacion fué donde hizo alarde de su grande caridad, porque fuera de lo que le dieron los superiores para socorrer á los necesitados, buscó gruesas limosnas con que hacia todos los dias banquete franco á los pobres, de pan, carne y vino, á que acudian con la prisa que exigia su necesidad, pareciendo que Dios lo multiplicaba en sus manos, porque habia para todos y los dejaba contentos y gustosos, que no era poco, siendo tantos y dificultosos de contentar; él lo buscaba, él lo guisaba y él lo repartia agasajándolos y acariciándolos con más amor que si fuera á sus propios hermanos; y sucedió venir uno tan llagado que á todos causaba horror, mas el siervo de Dios con más caridad se llegó á él, le acarició y regaló de obra y de palabra con dulces razones y buena comida y la limosna que pudo. Le pagó el Señor de contado su extremada caridad en la moneda que suele pagar á sus escogidos, dándoles mucho que merecer, porque el olor que despedia el llagado de sí era tal que le turbó la cabeza y alteró el estómago al siervo de Dios, y le pegó el contagio con su aliento, con tal vehemencia, que le derribó en tierra sin sentido; le llevaron á la enfermería y

el mal le apretó de manera, que á los pocos dias le puso al extremo de la vida con grande sentimiento de todos; solo él parecia no sentir lo que lloraban los demás, llevando su enfermedad con tanta igualdad de ánimo y conformidad con la voluntad de Dios, que á todos consolaba el que habia de ser consolado, edificando y enseñando á sufrir los trabajos por amor de Dios, el cual enferma y sana, da y quita vida, como es servido; enfermó y sanó á este siervo suyo, y fué así, que llegando una noche el padre espiritual del colegio á visitarle, sintió que hablaba con algunas personas; entró en el aposento y le halló solo; preguntó con quien hablaba, y el hermano Juan le respondió con sinceridad y verdad, que con muchos pobres que le habian visitado, y una santa, que no conocia, le habia puesto sus manos sobre la cabeza, con lo que se habia aliviado y mejorado mucho; y el efecto declaró que no fué imaginacion, porque desde aquella hora estuvo otro diferente, y en pocos dias sanó del todo y pudo trabajar, restituyéndole Dios la salud por medio de los pobres, porque se la habia quitado para que esmaltase su corona la paciencia que le habia labrado la caridad y la limosna. Despues de haber servido en el colegio en los oficios más humildes con igual aprovechamiento de su alma y edificacion de todos, que por su grande humildad y ejemplo le miraban como á santo, le ordenaron los superiores que asistiese á la ciudad de Tafalla, cuatro leguas de Pamplona, á cuidar de la hacienda que tenia allí el colegio, oficio de igual trabajo y confianza, así por asistir allí solo y dueño de sus acciones como por tener á su cargo él toda la hacienda, dando de ella tan buena cuenta como la habia dado en el colegio de lo que tuvo á su cargo, y en lo primero que puso la mira, fué no descaecer un punto en el aprovechamiento espiritual de su alma que es el primero y principal cuidado que ha de tener siempre el religioso, que dejó el mundo y entró en la religion, no á aumentar haciendas, ni á solicitar pleitos, ni á ser eminente en el trabajo de los negocios, en que ponen algunos más cuidado y solicitud que en sus almas. Este santo hermano, ejemplo de su estado, aumentó en esta ocupacion sus devociones, y los ratos de oracion que tenia en el colegio, el silencio y la leccion espiritual, llevando siempre consigo al campo algun libro con que interpolar el trabajo de la labranza. Se levantaba una ó dos horas ántes de amanecer á tener su oracion con mucho espacio; á las cuatro de la mañana iba á la parroquia de S. Pedro de Tafalla, adonde cantaba los maitines, y asistia á ellos, y oia misa con mucha devocion y rezaba las estaciones, y luego volvia á casa y daba recaudo á los labradores, exhortándolos á que rezasen y se encomendasen á Dios, y él mismo los acompañaba llevando los azadones, las rejas y otras cosas necesarias, como si fuera su criado y ellos sus amos; y esto no solo por el campo, sino por la ciudad, á vista de toda la gente para ser

despreciado; y hubo vez que anduvo diez leguas cargado con más de una arroba de enseres de labranza. Los dias de fiesta los empleaba en la iglesia, confesando, comulgando y oyendo misas, y asistiendo á los divinos oficios y á los sermones y pláticas, sin permitir que le tratasen de negocio alguno, por importante que fuese, con tanto extremo, que llegando á hablarle una persona principal en materia muy grave, no le quiso oir hasta salir de la iglesia, diciéndole que aquel lugar sagrado era solo para los negocios de Dios, y no para los temporales, y ménos para los profanos, de lo que el seglar quedó muy edificado. Procuraba que los criados que trabajaban en la hacienda viviesen ejemplarmente, que rezasen, oyesen misa y guardasen las fiestas; y en jurando ó en dando mal ejemplo, los despedia, aunque supiesen mucho de labranza, anteponiendo siempre el servicio de Dios á todos los intereses temporales, que es el medio mejor para acrecentarlos, y los que toman el camino contrario, anteponiendo lo temporal á lo eterno, pierden lo uno y lo otro, los bienes del cuerpo y los bienes del alma. Sirva de ejemplo á esta materia lo que le sucedió un dia, en que se armó una recísima tempestad de truenos, rayos, piedras y granizo, que arrasaba los campos; el buen hermano Noain estaba en la viña, que era la mayor parte y mejor que producia para el sustento de la casa; y con una confianza grande, hincado de rodillas, hizo oracion á Dios, suplicándole que reservase aquella viña, porque se habia de decir misa con el vino de ella; y fué cosa milagrosa, á juicio de cuantos lo vieron, que todos los pagos de viñas y huertas que lindaban con ella, se apedrearon y asolaron, dejándola en medio entera, sana y sin lesion alguna, y dió vino en abundancia por los méritos y oracion del santo hermano, que con este nombre le llamaban todos los vecinos de Tafalla, merecido por sus heróicas virtudes y el ejemplo que les daba. La paciencia, humildad y honestidad de este siervo de Dios fueron tan ejemplares que muchas veces se vió solicitado por mujeres, de las que al punto se alejaba refugiándose en la iglesia, donde le suplicaba á Dios le libertase de aquellos acometimientos del enemigo de las almas, excitador de la sensualidad, rogándole que aquellos peligros se sirviese conmutárselos en alguna penosa enfermedad, que más queria padecer mil en el cuerpo que aquella guerra en el alma; y fué oido del Señor, porque le sobrevino un dolor en la cintura y el vientre y parte del estómago tan agudo, que le impedia la respiracion, y sentia en lo interior tal afliccion y tormento como si víboras y culebras le royeran las entrañas; y reconociendo que Dios le conmutaba las batallas de las tentaciones en estos martirios, los sufria con admirable paciencia, dándole gracias por ellos. Cinco años le duraron estos dolores contínuos, y el mal humor que los causaba bajó á una pierna, y se le atumoró de manera, que fué necesario abrírsela de la corva á los tobillos,

y hallándo los huesos careados, le cortaron tantos pedazos que llenaron una escudilla, quedándole un hueco del tamaño y mayor que un huevo; un año entero duró esta enfermedad, verificándose las curaciones con medicamentos muy irritantes, no habiéndole oido jamás un quejido ni una palabra de sentimiento; y confesó á su prelado que fueron tales sus dolores, que no alcanzaba á entender cómo podian ser mayores los del purgatorio: pero le sucedió lo que á Santa Teresa de Jesus en semejante ocasion, que estuvo considerando cuando á Cristo le tendieron en la cruz y le taladraron sus sagrados pies con los clavos; y con esta consideracion todos sus dolores tuvo por flores que su Majestad le enviaba del árbol de su santísima cruz, que aunque amargas en su cosecha, las hace dulces el baño de su sangre. Aunque con el ejercicio de tantas enfermedades sufridas con tanta paciencia, y las victorias conseguidas de su enemigo con tan grande gloria, quedó tan superior á él que le despreciaba como á una hormiga, y no hacia caso de sus batallas; con todo eso sentia verse en ellas, y temia no le dejase Dios caer por sus pecados, por lo cual, con el consejo de su confesor, pidió á los superiores que no le sacasen del colegio, para estar más seguro con el abrigo de sus hermanos y la direccion de sus padres espirituales; y atendiendo á su consuelo, señalaron otro que asistiese en las haciendas, y á él le dieron oficio de portero, por estar ya convalecido de la pierna: aquí entabló una vida de un S. Diego, portero del convento de S. Francisco de Alcalá, á quien tomó por dechado de sus acciones, imitándole en cuanto fué posible; era la misma caridad con los pobres, consolándolos, acariciándolos y dándoles largas limosnas, con todos era liberal, y solo escaso consigo, porque fué siempre pobrísimo, sin tener alhajas ni vestidos ni cosa propia más que lo precisamente necesario; con los seglares era muy agradable, manso y benigno, siempre les hablaba de Dios y de las cosas del cielo, palabras encendidas en el fuego divino que ardia en su corazon; y era esto de manera que muchos venian á la portería por solo oirle, y decian que no habia sermon tan fructuoso como un rato de plática del hermano Noain, que los enseñaba y movia á ser santos; las treguas que le daba la portería, empleaba de rodillas en la iglesia delante del Santísimo Sacramento en oracion y contemplacion de los misterios divinos, en que recibió muchas luces y noticias del cielo, de que se pondrán algunas para ejemplo y enseñanza. Por tener algun rezelo, como todo varon santo, de si habia hecho condigna penitencia de los pecados de su vida pasada, en particular de los que habia cometido en el siglo, pidió al Señor que le diese luz para conocerse y conocerlos y poder confesarlos, y con la luz interior vió en el centro de su alma una grande bola negra y asquerosa, llena de gusanos que andaban por encima de ella, unos pequeños y otros grandes, negros y blancos, y diósele á entender

que eran los pecados que habia cometido en el siglo, y que por virtud de la penitencia se le habian perdonado, con que se humilló en el acatamiento divino, y quedó tan deseoso de purificar su conciencia, que decia que si le dieran licencia, saldria por las calles diciendo á voces sus pecados. Estando otra vez encomendando á Dios tres doncellas que deseaban ser religiosas, se enajenó de los sentidos, y se le representaron de rodillas cerca del altar mayor donde él oraba: luego le cercó una luz celestial con que vió como en una cifra ó geroglífico, representársele en el Santísimo Sacramento todos los misterios de la humanidad de Cristo, desde la Encarnacion hasta su muerte en la cruz, y verle glorioso en los cielos á la diestra del Padre, adorándole todos los escogidos y con singularidad nuestros primeros padres Adan y Eva, á quien desde entónces amó con afecto singular. Representósele tambien el misterio inefable de la Santísima Trinidad, de que hablaba despues con acierto y tal inteligencia, que sobrepujaba á su capacidad; vió el trono soberano de la Santísima Vírgen, y la gloria de todos los Santos, el purgatorio y el infierno, todo lo cual miró con sentimientos muy singulares que le sirvieron para humillarse más y fervorizarse en el servicio de Dios, y en mucho tiempo no borró esta imágen de su alma, la cual tuvo por beneficio particular de Cristo y de su Santísima Madre, por la caridad que tenia con aquellas doncellas y las diligencias que hizo para que se consagrasen á Dios. Finalmente, á los sesenta y ocho años de su edad, habiendo gastado los cuarenta en la Compañía, lleno de años y merecimientos, le llevó Dios á descansar á su gloria, habiéndole declarado primero el dia y hora de su muerte, la cual predijo doce dias ántes que muriese, y sucedió puntualmente, que fué el primer dia de pascua de Espíritu Santo, á las siete de la tarde: treinta dias estuvo enfermo, en que se preparó para la jornada, recibiendo con grandísima devocion los Santos Sacramentos de la Iglesia, y con tiernísimos coloquios, cercado de todos los religiosos de la casa, partió de esta frágil vida á gozar de la eterna el año de 1640. Escribió su vida el rector de su colegio, y más extensamente un religioso que vivia en su compañía para edificacion y ejemplo de todas sus virtudes.—A. L.

NOBALES (M. R. P. Fr. José Antonio), franciscano de la provincia de Castilla, salió del colegio de lector de filosofía; concluido su curso, fué de maestro de estudiantes de teología al convento de Talavera; por muchos y graves motivos renunció el derecho que tenia á la cátedra, y pasó al convento de Madrid de predicador de Corte: tambien fué comisario general y procurador de las provincias de España en la misma Corte, secretario general de la Orden y custodio provincial de esta su provincia, y como tal prelado y conjuez del colegio de Alcalá, por cuyo honor y estimacion miró siempre.—O. y O.

NOBILI (el P. Domingo Maria) de la misma familia y tambien de dicha congregacion. Escribió: *Sermones y panegíricos*; 1768, en 4.°

NOBILI (Jacinto), religioso de la órden de PP. Predicadores. Es autor de una obra curiosa con este título. *Il bagabundo ouvero Sferza de Birbanti bagabundi: opera nuova nella cuale si scoprono le Frandi malicie ad inganni di coloro*, etc.; Venecia y Maserota, 1647, en 8.°—M.

NOBILIS (P. Roberto), de la Compañía de Jesús. Uno de los más ilustres sugetos de esta religion fué el P. Roberto Nobilis, ilustre por heredada sangre, por el desprecio de su nobleza, por el despego de sus nobilísimos parientes, por el celo de las almas, é ilustrísimo por haber dejado fundada la mision de Maduré, fruto de cuarenta y cinco años de inmensos trabajos, sudores, desnudez, pobreza, fatigas, peligros, cárceles y tormentos. Nació el P. Roberto de una de las más nobles familias de la Toscana, sobrino carnal del Sr. Cardenal Roberto de Nobilis, nepote de Julio III, y por parte de madre pariente cercano del venerando y respetado P. Cardenal Roberto Belarmino. Nació en Roma, por lo que tambien fué conocido por el aditamento de *Romano*, el año de 1577, y aunque criado en tan ilustres y finos pañales, le llamó Dios al corazon eficacísima pero suavemente; toda aquella aura fresca de su fortuna le molestaba como enfadosa, el regalo le empalagaba, la adulacion le disonaba, y solo en Dios y con Dios hallaba consuelo y gusto, teniendo su único placer y divertimiento en las iglesias. Esta inclinacion y recogimiento no les parecia mal á sus padres, porque como sus tios eran tanto por eclesiásticos, no siendo Roberto único, no les pesaba que se aplicase á la Iglesia, dejando su herencia á su segundo hermano; con este beneplácito insinuó á sus padres su inclinacion y cariño al estado religioso; tenia á la sazon diez y siete años, y ya dueño de su libertad, ocultó la grande aficion que tenia á la Compañía, por no malquistar á quien deseaba seguir; la asistencia á la casa profesa y á los muchos ejercicios espirituales que allí se conservan tan laudablemente, le habia aficionado, y consideraba que algun dia podria ser uno de aquellos maestros, á quien entónces asistia como discípulo. Conoció que esta eleccion no era del agrado de sus padres, y consultó sigilosamente con un padre jesuita, si sería posible su recibo sin que lo supiesen sus padres y tios; la respuesta que le dió era muy obvia y fácil; el novicio era apetecible, pero no era debido exponer á todo el cuerpo de la religion por un miembro que era por entónces de suma fortuna; pero que como habia de ser su resolucion de por vida, era preciso ver y examinar si era seguro su intento, y experimentarle con la constancia. Viéndose en esta dificultad, adoptó un medio bien raro para seguir á Dios; un dia que era de festejo en su casa, se salió sin despedirse de nadie, y emprendió el viaje para Nápoles, y por más diligencias que hicieron sus pa-

dres, no pudieron rastrear su camino: la idea de Roberto era en lo especulativo santa, pero su efecto nulo: se decia, *puesto que en Roma no soy digno de ser jesuita por ser conocido, en Nápoles no me daré á conocer, y con esta idea lograré mi fin*; así lo procuró, pero no manifestando quién era, no pudo obtener su recibo. En este estado no se desanimó, lo esperó todo del tiempo, y con el sobrenombre de *Romano* se acomodó por criado de la princesa de Stigliano Doña Ana Clarisa Carrafa, que vivia en Nocera; aquí vivió disimulado algun tiempo, pero su porte indicaba más esfera en sus acciones, que las que de suyo dicta la naturaleza á los que han nacido para criados; sus maneras en el servicio hicieron sospechar de su orígen; su virtud era ejemplo del palacio, pero su porte señoril y tan constante daba que discurrir; por lo que apercibido que podian conocerle, se escapó de la casa, y con el corto caudal que habia economizado, vivió prófugo hasta el año de 1597, en que contaba veinte de edad; ya al fin de tres años de pesadumbre de sus padres, volvió á Nápoles, y se dió á conocer al P. Provincial y Rector del noviciado, sabedores ambos de su fuga por haber sido tan pública. Hizo presente que su único objeto al pasar á Nápoles habia sido el de ingresar en la Compañía; pero viendo que el respeto á sus padres habia detenido á los superiores, no habia hallado otro medio para lograr su deseo, que dar tiempo al tiempo, y enfriar con la ausencia el paterno cariño, y que cuando supiesen de él, se contrapesase el sentimiento de verle religioso con el consuelo de saber que vivia; suplicando con lágrimas que en premio de tres años de penosa constancia le concediesen el deseado recibo, ofreciéndose á escribir á sus padres por mano del P. Cardenal Belarmino, quien con la autoridad que con ellos tenia como pariente, sería el íris de paz en negocio tan dudoso: tanto supo decir, tanto supo ponderar, tanto clamó é imploró, que venciendo las dificultades que se podian ofrecer, se determinó su recibo en Junio de 1597. Empezó y prosiguió tan fervoroso su noviciado, que su maestro el P. Orlandino, sondando su celo, le pronosticó que algun dia habia de ser gran misionero en la India. En este intermedio escribió el novicio al P. Belarmino, ya elevado á la púrpura, suplicándole que mediase con sus padres, á quienes escribió igualmente y á sus hermanos, con expresiones de ternura, llenas de Dios, con el fundamento de una irrevocable constancia en su vocacion. El Cardenal tomó á su cargo este negocio, y con su autoridad, con la intimidad de pariente y su inteligente esfuerzo, lo arregló todo, saliendo con éxito la idea que habia concebido el novicio, porque los padres por verle y saber de un hijo tan querido, llevaron con conformidad verle, aunque religioso, pidiendo por condicion del ajuste el cariño de madre que viniese á Roma para consuelo de sus ojos; esto era muy fácil, y así se le mandó, empezados ya sus estudios, y entró en Roma un jóven,

nuevo hijo prófugo, que sin ser pródigo, por buena causa habia andado perdido. En Roma acabó sus estudios viviendo en la ciudad con sus nobilísimos parientes, como si fuera un extraño, pobrísimo donde abundaban las riquezas, humildísimo entre las soberanías, ángel en el genio y en la viveza con que aprendió filosofía y teología, dedicado todo á la virtud, de suerte que era ejemplo á toda Roma; coronó al fin de los estudios estas prendas, ordenado ya de sacerdote, con suplicar instantáneamente licencia al P. General para dedicarse á las misiones de Oriente; al principio tuvo esta peticion las mismas dificultades que su entrada en la Compañía; pero ya más hombre y en Roma, se tomó un término medio en que convino la alta y expedita capacidad del P. Cardenal Belarmino. El General le concedió la licencia con expreso pacto de que lo consultase con sus parientes, pues si estos no convenidos reclamaban, la Compañía cederia, no queriendo misioneros léjos con quejas tan de cerca: admitió Roberto el partido, y publicó su licencia, respondiendo al General, que cuando se trata de obedecer á Dios que le llamaba, no debia ceder á nadie; que aguardaba cara á cara la contradiccion, y que si fué bueno el huir en menor edad, viviendo en patria potestad, pero que entónces libre de aquella suavísima dependencia, y ya sacerdote, sabria sostenerse contra todos; finalmente, sus santas y profundas reflexiones triunfaron de todos los obstáculos, logrando el consentimiento, ya que la ausencia no fuera del gusto y agrado de sus padres. Salió de Roma para Portugal, y de allí partió á Goa, y fué entre otros señalado á la mision de Maduré, nueva entónces, y tanto, que con razon se llama el Padre su fundador, pues un padre portugués que la descubrió, solo pudo dar algunos informes de sus reinos y de la disposicion de sus naturales para recibir la fe. Antes de entrar en aquellos países el P. Nobilis, le dictó Dios por medio de su prudencia detenerse en las vecindades á aprender el idioma, y tomar noticia de los usos, costumbres, vicios y dictámenes de aquellos naturales. Las lenguas eran tres, y en todas le dió Dios fortuna, pues las supo hablar como naturales, y con su estudio aplicado logró por fruto de poco tiempo el hacerse dueño de las noticias que deseó; fué esta la fortuna de la mision, que casual é inocentemente iba perdida, y al fin ya instruido, se determinó á entrar. El reino ó imperio de Maduré corresponde á la parte oriental de la India, teniendo al Occidente el Malavar, al Norte el reino de Carnate, al Mediodía el Mar Indico, y al Oriente el de la Pesquería, cuya ribera corre desde el cabo de Comorin hasta Sto. Tomé. El reino de Maduré es casi todo interior, y solo por el cabo de Comorin, donde está Trabancor, tiene comunicacion con el mar. La capital, de su mismo nombre, encerraba en su distrito murado y con foso más de tres mil almas, con magníficos palacios y pagodas. Fuera del palacio del Emperador se erigieron en la ciudad dos iglesias

de cristianos católicos, una de las cuales fundó y levantó desde sus cimientos el P. Roberto de Nobilis. Debe hacerse notar únicamente que el Padre se informó que habia unos penitentes llamados los Saniaz, que eran muy respetados, y considerando y consultando con Dios, con los superiores de Goa, con el obispo de Crangranor, discurriendo que una gente tan dada á la vanidad haria caso de ver convertidos á la verdadera ley algunos Brachmanes, y que seguirian muchos inferiores el ejemplo de cualquiera de ellos, tomó una resolucion tan áspera para sí como útil al bien de aquellas almas, y se entró tierra adentro en hábito y vestido de Saniaz, que era un hábito talar de muchas varas de telilla de seda muy delgada, ó coton, labor de China, que en el Oriente es de ínfimo precio, cuya longitud llega á los talones, con muchos pliegues y ceñida con una lista de la misma tela, que da en la parte inferior en varias puntas casuales; las mangas son angelicales, y en la cabeza una toca de muchas varas de aquella misma tela, á manera de turbante turco, y sobre ella un velo que cae sobre los hombros; por único calzado unas sandalias ó choclos; en la mano llevan los Saniaz ó penitentes una caña con un estandartillo como geroglífico de su devocion. Armado ya el P. Roberto con el vestido dicho de Saniaz, y bien instruido en todas las circunstancias, emprendió probar aquel nuevo género de vida: al principio, aunque el vestido y otras incomodidades eran tolerables, era insufrible el alimento insípido y nauseabundo; pero para vencer su repugnancia, volvióse á Dios, é hizo voto de no comer en su vida más que aquel arroz y yerbas cocidas. Prosiguió su camino, y entró no solo en el reino, sino tambien en la misma capital de Maduré; buscó arbitrio de tener casa ó cabaña proporcionada, y publicó entre algunos que era Saniaz Brachman y *Gourú*, nombre propio de los Saniaz que sobre su penitencia se dedican á maestros; recogió limosna para algunos dias, porque la novedad llamó á la curiosidad y misericordia; recogido en casa, publicó estudio ó aula para los que gustasen oir su doctrina; y claramente dijo era cristiano católico Brachman, llamado el *Gourú* romano, anunciándoles que venia á dar noticia de aquella cuarta ley, que ellos decian perdida y habia sido tan deseada; esto le consiguió un gran número de discípulos, los cuales en sus escuelas, al uso de las de Platon, en aquel reino oyen, pero no pueden ni preguntar ni argüir. Habia conseguido el P. Nobilis una rara facilidad en las lenguas de aquellos países, no solo en la talmúdica, que es como universal, sino en las inflexiones ó idiomas particulares de los reinos, y más que todo en la pulida y suprema lengua que ellos llaman Salmuchrada, que es en la que tienen escritos sus libros, y es la de los eruditos; en ella hizo en poco tiempo tanto progreso, que causaba admiracion á los otros Gourues, que se consideraban ignorantes en su presencia; leia la leccion á sus discípulos con gra-

vedad y magisterio, explicaba algo de la verdadera fe, valiéndose para ello de varios textos de sus libros que ellos veneraban, y el Padre habia tomado de memoria, porque como aquellos ciegos doctores tenian confusas especies, el Padre con la luz de fe, las unia y aclaraba, y convencia la verdad con mentiras ajenas y con verdades ignoradas. No fué este aplauso sin alguna contradiccion, porque los Saniaz se encendieron en envidia, y acudieron al Rey, á fin de que no se admitiese en la ciudad el Gourú maestro extranjero, y más en la clase y autoridad de Brachman, sin informarse bien de quien era. El Rey tenia deseo de conocerle, y no le disgustó el que se le examinase; las pruebas fueron fáciles, el Padre aseguró que era Brachman, y que habia nacido tal, y que su casta era toda de Brachmanes, y podia de cierto asegurarlo; replicaron los apasionados acusadores que era Paraba ó Paria, que es gente vil y de ínfima casta; pero como no lo probaban, quedaba deshecha la acusacion; pero insistian en que era Pranguis ó portugués, pero tambien los convenció, jurándoles que había nacido muchas leguas distante de la tierra de los Pranguis. Con el triunfo en estas informaciones verbales, siguió de nuevo con aplauso y con gran fruto en sus lecciones; empleando una nueva mortificacion, porque notando que los otros maestros vendian cara su doctrina, no trató de imitarlos con edificacion de los gentiles, admitiendo solo el preciso sustento de arroz y yerbas cocidas; pero sí les siguió en otro mortificado uso, cual era un perpétuo encerramiento, en el cual no daba audiencia, ni recibia visita alguna fuera del tiempo señalado para la leccion, cuyo aislamiento causa veneracion á aquellos bárbaros, por suponer que los gourues han menester de ocupar bien el tiempo en el estudio; este desacostumbrado y supersticioso retiro le realzó el P. Nobilis, divinizándole, porque á muchas horas del dia ponia un criado á la puerta que respondiese á cuantos venian, que el gourú estaba en oracion, consultando con Dios lo que debia enseñar; esta especie para ellos era muy nueva, pero agradable; pues ignoraban, y les hacia dulce consonancia saber que de Dios procede todo bien. Con este retiro unia una gran afabilidad y una amabilidad atractiva, con que ganaba los corazones: se le aficionó mucho entre otros un Brachman de autoridad, que le pidió audiencia para disputar algo sobre la Trinidad y sobre la trasmigracion de las almas; señaló el dia con gran gusto del Padre, convenciéndole de sus errores, implorando del bendito Padre el auxilio de sus autores y maestros, en cuya extrinseca autoridad debia afirmar su creencia. Este fué el primer acto público en que el P. Nobilis defendió la fe cristiana, y fué tan dichoso, que abriendo Dios la luz del entendimiento al Brachman, se arrojó á los pies del Padre, y le pidió le instruyese y le bautizase, como efectivamente lo ejecutó á pocos dias; y su ejemplo, y más que el ejemplo sus argumentos,

sus exhortaciones, sus consejos lograron que á brevísimo tiempo estaban ya bautizados y cristianos publicos más de setenta Brachmanes, y habia un número considerable de catequistas. A este mar de bonanza le sobrevino un aire que pudo turbarle, pero que solo quedó en amenaza: el Brachman hijo primogénito en la religion, era celebrado discípulo de un famosísimo Gouru muy apreciado de la corte, sintió mucho haber perdido su discípulo, y le riñó ágriamente, acusándole de ligero, y deshonrándole como voltario, de juicio poco sentado y de genio voluble; pero el discípulo le contestó con firmeza que habia cedido á la fuerza de la razon, que habia convencido su entendimiento; que si queria desengañarse, conferenciase con su Gourú, y que entónces le haria justicia. Convino á ello, señaló dia, y en esta segunda funcion hubo una extraordinaria concurrencia de sabios y letrados. La disputa fué larga, pero gloriosa en el triunfo, porque ilustrado de Dios el Gouru, convencido á la razon, interrumpió al Padre para dar á sus discípulos la verdadera leccion, confesando su confusion y su engaño; que ya se habia encontrado la luz; que el Gouru forastero les descubriese la cuarta ley que habian ignorado, que era la verdadera y la ley de gracia; que renunciaba á sus ídolos, y finalmente echándose á los pies del Padre le pidió el bautismo, que recibió luego que le halló bastantemente catequizado. Estos dos nuevos cristianos tomaron el oficio de catequistas, sin lo cual se hubiera frustrado el colmado fruto de las misiones, empezando el noviciado de su cristiandad con el ejercicio de misioneros con tanto fruto, que las envidias de algunos pérfidos Brachmanes, sin ver más que el numeroso concurso que acudia á la casa del nuevo maestro, inquietaron la ciudad fingiendo peligro de tumulto; pero los católicos, que ya eran muchos, pudieron refrenar su saña. De este accidente nació el deseo de formar templo en que concurriesen los fieles, cuya idea se tomó con la mayor actividad, construyéndose un templo á uso de Europa, segun el diseño que dió el Padre, el cual estaba deseoso de que le acompañasen algunos misioneros, porque ya la mies era tan copiosa, que no podia dar vado á tantos como se convertian; pero sus émulos (que en todas partes los hay, aun entre los que son hermanos) empezaron á levantar el grito, y paró en formal acusacion en Roma lo que habia empezado duda de la ignorancia en la India, tomando tanto cuerpo la envidia y la murmuracion pública, que fué menester toda la autoridad de ser el acusado pariente de dos papas, y tener el Emmo. Belarmino por pariente y por jesuita, para que no precipitase esta nueva ola al pobre naufragante. Continuó logrando copiosísimo fruto el celo de este santo religioso, fundador de esta vastísima mision, continuando su asperísima vida cuarenta y cinco años sin la más leve interrupcion ni el menor descanso, hasta que rendido á los muchos años, en cuya série contaba ochenta

y tres, por precision de la obediencia se retiró al colegio de Giafamatan, y despues al de Meliapor, lo que bien puede considerarse como descanso y premio, y lo es, comparado con el afan de vivir Saniaz, y téngase entendido que estos que se llaman colegios, son una junto ó agregado de cabañas de tierra súmamente incómodas, sin más abrigo ni conveniencia que el consuelo de vivir en comunidad y ejercitar los ministerios en la iglesia, donde el trabajo es grande y contínuo, por el numeroso concurso de neófitos que acuden á pedir socorro. Este trabajoso descanso no era proporcionado al celo del P. Roberto; y así, aun ayudando á los demás jesuitas en la iglesia y trabajando más que cada uno en público, en el retiro de su cabaña ó aposento, ordenó trece tratados ó libros utilísimos para la mision ó misioneros, logrando eternizar su celo y ser misionero despues de su muerte, dejando al mismo tiempo monumentos que expliquen lo precioso de sus talentos, pues despues de tantos años de vida rústica conservó prontas las especies teológicas y la piedad y devocion. El catálogo de estos libros es el siguiente, todos en lengua talmúdica para utilidad de las misiones. *Catecismo para el uso de los catecúmenos.—Compendio del Catecismo para los principiantes.—Ciencia del alma, esto es, verdades católicas pertenecientes al alma racional é inmortal, en cuyo tratado, demás de estas virtudes, se impugnan teológicamente los errores de Oriente, del hado, de la mortalidad del alma y de la transmigracion de las almas.—Apología contra las objeciones ó argumentos con que los éthnicos impugnan la religion cristiana.—De las señales de la verdadera ley: este tratado se alaba de utilísimo.—Diálogo de la vida eterna.—Diálogo de la fe á uso de los niños.—Diálogo en que se impugna la transmigracion de las almas.—Varios opúsculos*, en un tomo.—*Reglas de la perfeccion.—Sermones varios.—Vida de la Virgen en verso talmúdico:* este le escribió en las misiones, deleitándose en oir á los niños cantar en Maduré las alabanzas de María, patrona elegida de su mision. En todas estas obras maravilla la erudicion, piedad, trabajo y sabiduría del P. Nobilis: estando en contínuos viajes, con una cabaña por casa, es extraordinario lograse tiempo y gusto para escribir versos en lengua tan extraña como la talmúdica un venerable anciano de ochenta y tres años, con la salud rendida al trabajo, recogido en un colegio cuya habitacion son chozas, y sin un libro que siquiera pudiese recordarle las especies: gastar sus fuerzas en escribir tanto y tan bien á empeño de su discurso y de su memoria, bien puede ser que no sea maravilla de sabiduría, pero es portento del celo y monumento de veneracion á sus sucesores. Su vida fué de tanta edificacion, aun á los gentiles, que ellos y los neófitos no le conocian por otro nombre que por el de *Padre Santo*. Ultimamente, lleno de años, merecimientos y virtudes, á los ochenta y cinco de su edad y cuarenta y cinco de solemne profesion, despues de una larga preparacion

para su muerte, descansó en paz en Meliapor á 16 de Enero de 1656. En la casa profesa de Roma hay en la portería un retrato del P. Nobilis, que se debió copiar al tiempo de pasar á Oriente y se sacó al público al tiempo que se tuvo la noticia de su muerte, con esta inscripcion: *Robertus de Nobilis Politianus, Societatis Jesus, pietate et doctrina æque nobilis; 45 annis in Madurensium ethnicorum conversione, Oriza, oleribusque constanter victitans, exactis Meliapore sanctè obiit 16 Januarii* 1656. Escribió de este varon la *Biblioteca;* la *Historia de Nápoles* de Exchonoci, y el *Menologio de la Compañía de Jesús* de Patrignani, y últimamente Jubenci en el quinto tomo de la *Historia de la Compañía.*—A. L.

NOBILIS (P. Vicente María), descendiente de una ilustre familia de Luca. Perteneció á la congregacion de la Madre de Dios, y compuso la obra siguiente: *Opere predicabili continenti lectioni sacri é morali sopra la divina Scrittura;* 1780, cuatro tomos en 4.°—M.

NOBLETS (Miguel de), célebre misionero, natural de la Bretaña francesa, donde nació en 1577. Su padre Herveo Noblets, señor de Kerorden, era uno de los cuatro escribanos públicos que habia entónces en todo el país de Lyon, en la Baja Bretaña, siendo á la sazon este cargo muy elevado, pues sólo podian ejercerle los nobles, lo que tambien se verificaba en España, conservándose aún vestigios de esta costumbre en los títulos de nuestros grandes, pues el duque de Medinaceli, por ejemplo, se intitula Notario mayor de los reinos de Andalucía. El jóven Noblets comenzó á estudiar humanidades en Burdeos y las concluyó en Agen, en el colegio de los PP. Jesuitas, donde siguió tambien la filosofía. Volvió luego á Burdeos, y despues de haber cursado cuatro años de teología, pasó á París y terminó el estudio de esta facultad, aprendiendo al mismo tiempo la lengua hebrea. Ordenóse entónces de sacerdote, y regresó á Bretaña comenzando sus misiones en el obispado de Treguier con el P. Luintino, dominico del convento de Morlaix. Prosiguiólas luego en el país de Lyon recorriendo las islas de Ovessaut, Morliere y Baz. Llevado de su ardiente celo, pasó despues al promontorio de S. Mateo y demás lugares de la Baja Bretaña, siendo el primero despues de S. Vicente Ferrer y S. Ivo que introdujo en la diócesis de Cornuailles los catecismos y las instrucciones familiares sin las cuales vivia el pueblo en una deplorable ignorancia. Detúvose por largo tiempo en la corte marítima de Donarnenes, donde continuó sus trabajos apostólicos hasta la edad de sesenta y tres años, y regresando por último á Lyon, continuó dando muestras de su celo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas hasta su fallecimiento, ocurrido en 5 de Mayo de 1652, á los setenta y siete años de edad.

NOBOA (D. Pedro Yañez de). Mucho ha dado que hacer á los críticos el sucesor del famoso D. Juan, por las dificultades que ocurrieron despues de

la muerte de aquel prelado. En algunas partes suena vacante la iglesia por muchos años. En otras se la ve ocupada, ya con D. P. Yañez, ya con Don Fernando Perez. Muchas escrituras nombran obispo electo durante aquel espacio, pero como no estan publicadas, ni dieron luz ni aumentaron duda. Segun los años que Gil Gonzalez y Muñoz aplican al sucesor de D. Juan (diciendo que gobernó veinticinco años, y murió en el 1508) resulta que empezó en el 1283, y como D. Juan acabó en el 1276, quedan vacantes los siete desde el 76 al 83. En esto no reparó Muñoz cuando introduce á Don Pedro en el 1276, pues no puede empezar su pontificado ántes del año expresado en la memoria que alli alega, el cual correspondia al 83 en caso de estar puntual. Argaiz, viendo desocupado aquel espacio desde el 1276 en adelante, le llena con D. Fernando Perez, monje que dice haber sido de Celanova, pero no alega documento. El lugar que dice halla de su gobierno es desde el año 1276 al 1283 ú 85, pero no dice dónde halló tal gobierno. Parece se fundó en que no hay memoria en lo público del sucesor de D. Juan en todo aquel espacio, y por tanto llena los siete ó nueve años con D. Fernando. Esto se falsifica con escrituras públicas que señalan vacante la iglesia de Orense en el año de 1278, si se sigue á Colmenares, y en el 1279 como expresa el Bulario de Alcántara. Vacaba tambien la sede en el año 1284, de que el citado Bulario ofrece tres escrituras con la expresion de la iglesia de *Orens Vaga*. Que tampoco gozaba de obispo en el año de 1286, consta en escrituras publicadas por Berganza y otros, y consiguientemente no puede introducirse D. Fernando en aquel tiempo. Esto se acaba de convencer porque las escrituras de Orense nombran obispo electo á D. Pedro desde el año 1277, y van continuando con preciso título de electo hasta el 1286, desde el cual en adelante cesa aquel dictado, y le nombran obispo sin restriccion. No debe, pues, introducirse otro prelado en aquel espacio, en que se intitulaba electo D. Pedro, y en que la eleccion no fué de la naturaleza de otras, á causa de tener óbice, que tardó en vencerse todo el tiempo señalado. Por esto dice el ilustrado autor de la vida de este prelado en la *España Sagrada*, que unos reputaban á la iglesia vacante, otros expresaban al electo. El motivo de tan larga detencion se explicará despues. La entrada y consagracion de D. Pedro corresponde al año 1286, despues de los idus de Julio en que acaba su mencion con título de electo, y la expresion de los que nombran á la iglesia vacante, perseverando en esto hasta Julio de aquel año 86. Segun lo cual hay yerro en la copia del libro de *Dotaciones*, cuando aplica veinticinco años al pontificado del que dice murió en el 1308, pues rebajados de este los veinticinco, resultaba posesion en el 1283, lo que no debe afirmarse en vista de que tres años despues todavía publicaban á la iglesia vacante. Parece, pues, que murió en el año de 1308, habiendo gobernado su

iglesia veintidos años, desde el 1286 despues de Julio. Sábese que fué chantre de la catedral y procurador del cabildo en pleito movido en tiempo de D. Juan Diaz, entre el obispo, cabildo y ciudad, pretendiendo esta que se anulasen los privilegios pertenecientes al dominio y jurisdiccion de la ciudad de Orense. Este pleito continuó hasta el año de 1291, en que el rey Don Sancho, estando en Valladolid á 3 de Agosto, dió sentencia declarando por buenos los dichos privilegios. Consta lo referido por la misma sentencia que se conserva en el cuaderno de privilegios, por el cual vemos tambien que el dicho Rey, en el mismo año y ciudad declaró á 25 de Agosto, que aunque habia tomado algunas fosaderas y servicios de los vecinos de Orense con consentimiento del obispo D. Pedro, no perjudicase esto en algun modo á los privilegios de dichos vecinos. Desde el año 1273 empieza á intitularse obispo electo D. Pedro, y prosigue con aquel dictado hasta Julio del 86. En aquel intermedio se renovó la hermandad de esta santa iglesia con la de Astorga, á 10 de las calendas de Octubre del 79 y hasta hoy perseveran los dos cabildos muy unidos. La escritura en que acaba el título de electo es un codicilo del dean, D. Alfonso Perez, en que declara deberle el obispo electo D. Pedro cien florines, cincuenta libras tornesas y veinte marcos. Otorgóse en los idus de Julio del 86; y parece murió luego aquel dean, pues en el 95 suena ya el dean D. Pedro en escritura, que expresa era obispo de Orense D. Pedro Yañez (con este apellido) y rey de Castilla y de Leon Don Fernando (IV). Desde el año siguiente 1287 por Abril le nombra obispo, sin título de electo, la escritura del cuaderno 13, fólio 48, y así prosigue en adelante declarando otra escritura del año 1290 que tenia por vicario general al canónigo D. Rodrigo Perez. Martin Fernandez dejó en su testamento (del año 1294) un legado al obispo D. Pedro, en que le mandó cien maravedís. Sábese que en el mismo año de 1291, estando el rey Don Sancho en Valladolid, hizo declaracion de que el obispo D. Pedro Yañez y la Iglesia pueden librar á cincuenta y seis hombres de los pedidos y servicios concejiles. En el año de 1295 concedió el rey D. Fernando el privilegio publicado por Argote, fólio 165, y uno de los confirmantes fué D. Pedro, obispo de Orense, el cual compró en aquel año á María Yañez un casal en Ourantes, y al siguiente de 1296 perdonó el rey D. Fernando á los sobrinos del obispo D. Pedro los delitos que habian cometido contra los ciudadanos, y el quebrantamiento del convento de S. Francisco, de Orense, que fué quemado, y el incendio se atribuia á D. Pedro siendo chantre de la santa Iglesia, acerca de lo cual hay otra memoria con motivo de unas viñas que arrendó el cabildo al obispo D. Juan Diaz, con pension de treinta moyos de vino, y por muerte de aquel obispo entró el presente en el mismo arriendo con la misma pension, y condicion de que el cabildo le habia de

dar el sitio para fundar el convento de S. Francisco, como le concedió. Resistiéndose despues á pagar los treinta moyos, le condenaron los jueces electos para mirar la causa en Setiembre del año 1297. El caso sobre el convento de S. Francisco fué que un reo mató á un pariente del chantre, y éste hizo notables demostraciones de enojo y de dolor. El homicida se retiró al convento de S. Francisco, y los religiosos insistieron en defenderle, cerrando las puertas del convento, á lo que se siguió ponerle fuego. El Sr. Muñoz dice que D. Pedro fué llamado á Roma por letras del papa Bonifacio VIII, sacadas á instancia de los PP. Franciscos, que le imputaban el incendio. Así tambien Gil Gonzalez, que aplica las letras de Bonifacio VIII á su año segundo, y como éste fué electo en el 1294 corresponden las letras al 1295. Entónces no pudo ser electo obispo, pues consta que la eleccion fué diez y ocho años ántes, y que nueve ó diez años ántes estaba consagrado, y así la eleccion no puede dilatarse al tiempo de Bonifacio VIII, sino el pleito. Este sabemos que duraba en Roma en el año de 1037, segun el cuaderno 4.° de privilegios, pues entónces mandó el rey D. Fernando al adelantado de Galicia, que ni él ni otra justicia perturbasen la fábrica del convento de S. Francisco que el Obispo mandó quemar, de lo que se le habian quejado los frailes en Zamora. Segun esto el pleito duró mucho: y es creible que electo el chantre en obispo despues del incendio que se le atribuia, fuese esto ocasion de la vacante referida, dilatándose la consagracion hasta que se purgase de la nota. Aquel incendio del convento de S. Francisco tuvo fuera de la gracia del Rey al Obispo, clérigos y varios seglares de la ciudad, los cuales deseando congraciarse con el soberano D. Fernando IV, recurrieron á la mediacion de su tio el infante D. Juan, y por su empeño lograron el perdon, y órden al adelantado mayor de Galicia y justicia de la ciudad de Orense para que no les molestase; fecha en Valladolid á 7 de Julio del año 1300. En el 1301 le confirmó el Rey el privilegio del señorio de la ciudad, y otros en el año siguiente, prosiguiendo la mencion del Obispo hasta el 1307, así en escrituras de Orense como en otras del Bulario de Alcántara é Historia de Segovia. Los disgustos ocasionados por el mencionado incendio se iban enardeciendo cada dia, y no bastando las ordenes expedidas por el Rey, se propasó el adelantado á prender al Obispo y á algunos canónigos, confiscándoles sus bienes, de lo que se quejaron al monarca, y éste viendo que el pleito con los religiosos Franciscanos se estaba siguiendo en Roma, mandó que acudiesen allí las partes y que de ningun modo se atreviese ninguna justicia á prender ni inquietar al Obispo y canónigos, como firmó en Valladolid á 17 de Abril de 1307. Ni esto contuvo á los ministros, pues por Junio se volvieron á quejar el Obispo y canónigos de que el adelantado no obedecia las ordenes del Rey, segun todo consta por el cuader-

no 13, fólio 17. Yo creo que esto duró miéntras vivió el Obispo, que fué poco: habiendo fallecido en la era 1346 (año 1308) segun la memoria del libro de Dotaciones, que dice así: *Era MCCCXLVI. obiit Petrus Joannes de Noboa, Episcopus Auriensis, qui sedit in episcopatu annos XXV.* Arriba prevenimos deber leerse *annos XXII*, pues esto corresponde al año de 1286, en que acaba la mencion de obispo electo. Y segun lo referido, todos los veintidos años fueron poco sosegados, despues del sinsabor de estar unos nueve años sin consagracion. En tiempo de este prelado y del siguiente hay mucha mencion del maestro Juan de Sorbeira, canónigo de Orense, Don Juan Pelaez y D. Pedro Rodriguez, tesoreros; D. Rodrigo Perez, canónigo y vicario general del Obispo; el maestro Pedro, canónigo y apoderado del cabildo; D. Bartolomé Perez, canónigo y notario por el Obispo; D. Pedro Ordoñez, chantre; D. Pedro de Alban, arcediano de Lima. Deanes, D. Alfonso Perez y otro llamado Pedro. D. Fernando Rodriguez de Castro, pertiguero mayor de Santiago; D. Juan Fernandez era merino mayor en Galicia en el 1284, que menciona el erudito autor de la *España Sagrada*, del cual hemos tomado muchas de estas noticias, no habiendo logrado hallar otras más completas ni mejores.—O. y O.

NOBREGA (P. Manuel de), insigne religioso de la Compañía de Jesús y primer predicador y provincial del Brasil. Fué de nacion portugués, noble por su sangre y mucho más noble por sus grandes virtudes; su padre, de su mismo nombre, fué consejero del rey de Portugal, oidor de su Real Consejo y persona de toda estimacion, hermano del canciller mayor ó presidente del Consejo Real, muy valido del Rey, con quien tenia grande influencia; por lo cual su sobrino Manuel de Nobrega tenia muy fundadas esperanzas de alcanzar puestos de grande honra y autoridad, y valer mucho en el siglo, y con este designio fué á estudiar á la universidad de Coimbra, adonde con su buen ingenio y aplicacion descolló entre sus condiscípulos. Graduóse de bachiller con aplauso universal, y su presuncion era tal que cuanto habia en el reino se le hacia poco para lo que esperaba alcanzar; pero Dios, que le tenia destinado para otros empleos más altos y de su mayor servicio, le quebrantó los brios y moderó su presuncion, proporcionando el suceso siguiente. Vacó una colegiatura mayor en aquella universidad, cuya provision correspondia al prior y convento de Santa Cruz de Coimbra, cancelario que es de la universidad. Hizo oposicion Nobrega con tan fundadas esperanzas de llevársela, que no tenia duda de que sin faltarle voto sería suya, así por el grande favor que tenia por su padre y de su tio el canciller, como por sus buenas letras y opinion, porque el doctor Azpilcueta, navarro, su maestro, le habia dicho varias veces que era el más aventajado estudiante que habia en la universidad; pero no le sucedió como esperaba, porque

cómo suele acontecer en este mundo inconstante y engañoso, el ménos digno es honrado y el más digno desechado; así fué en esta ocasion, que la colegiatura se dió á otro, frustrándose sus esperanzas, y quedando tan sentido y afrentado que no se atrevió á salir en público. Se desalentó, mirando con enojo y rabia la beca en su coopositor, y concibió una ira mortal contra quien se la habia dado. Coincidió con esta ocurrencia la llegada á Coimbra de los PP. Pedro Fabro y Francisco de Estrada, insigne predicador de la Compañía, á quien oyó predicar Nobrega con el mayor calor y energía acerca de las vanidades del mundo, la falsedad de sus honras, de sus engaños é inconstancia, haciendo cotejo con la verdad y firmeza de las honras eternas, ponderando su constancia y la satisfaccion que dan al corazon, con otras verdades semejantes, con tan vivas y encendidas palabras, que penetraron su corazon y se le imprimieron en el alma de tal suerte, que estudiándolas á sus solas y obrando con su luz la divina gracia, se resolvió á dejar el mundo y sus locas esperanzas, desengañado por la pérdida de la beca, que tenia por tan suya; y resuelto á buscar los bienes eternos, renunció los temporales y sacrificó á Dios sus estudios, sus talentos, nobleza, sus riquezas, gustos, su voluntad y todas las esperanzas que tenia de valer en el mundo, abrazando la cruz de Cristo en la Compañía de Jesús, donde fué recibido el año de 1544, á 18 de Octubre, cuatro despues de fundada la religion, siendo su general S. Ignacio. Comenzó su noviciado este siervo de Dios con indecible fervor y aliento, entregándose con todo ardor á la oracion, mortificacion y penitencia y al estudio de todas las virtudes religiosas. Conservando toda su aplicacion y brillantez en obsequio de Dios y del nuevo estado que habia abrazado, despreciando al mismo tiempo todas las honras mundanas, sus presunciones y pretensiones, abatiéndose y pretendiendo ser hollado y despreciado de todos con el valor más admirable. Ninguno fué más humilde, más mortificado, sujeto, obediente; ninguno más recogido, ni callado, penitente y modesto; tan dado á la oracion, que vivia de ella, y toda su conversacion era con Dios. Era el ejemplo de todos y el que los enfervorizaba con sus palabras y acciones, y Dios obraba en su alma celestiales sentimientos, como á siervo escogido por su eleccion para llevar su nombre por mares y tierras y predicar á los hijos de la Iglesia y á las bárbaras naciones, por cuya razon ardia en su pecho un vivo fuego y deseo de volar como águila por el mundo, á llevar el nombre de Cristo y convertir las gentes á su servicio. Con este propósito comenzó á predicar y atraer los hombres del siglo al servicio de Dios, apartándolos de los vicios. Salia por las calles y las plazas á enseñar la doctrina cristiana á los rudos y á los niños; iba por las aldeas y lugares circunvecinos á predicar á los labradores, á pie y pidiendó limosna, con una sed y celo de ganar las almas,

que en todas cuantas partes se ofrecia ocasion trataba pláticas de Dios y de los bienes del cielo, aconsejándoles la confesion, la enmienda de la vida, la mudanza de costumbres. Hizo muchas misiones en varias partes con admirable fruto, y siendo corta esfera para la grandeza de su espíritu el reino de Portugal, salió á predicar al de Castilla; entró por Galicia y llegó á Santiago, y penetrando todo aquel reino llegó predicando á Salamanca. El año de 1547 entró por la provincia de Beira, predicando, persuadiendo penitencia y remision de los pecados, conquistando corazones empedernidos en la maldad, y haciendo siempre bien á las almas. Discurria por los pueblos á pie, mendigando como pobre la comida de puerta en puerta y viviendo en los hospitales; cuando llegó á la villa de Sabugal entró descalzo, los pies arrastrando por la tierra, por habérsele gastado los zapatos. Estaba en aquella villa el comendador D. Duarte de Castelblanco, conocido de su padre, y admirado de ver su pobreza, quiso aposentarle en su palacio; mas él, como amador de la pobreza, huyó y rehusó este regalo, pues en acabando de predicar se retiraba á unos espesos matorrales, adonde no podian hallarle; pero el comendador mandó á sus criados le siguieran, y le encontraron escondido, combatido del aire y molestado del hambre, y aunque se resistió á sus ruegos, por no ser descortés á persona tan noble que le esperaba, vino con ellos á su palacio, y agradeciéndole aquella honra y merced le suplicó que le dejase en su hospital. Convino, despues de fuertes debates; el comendador á que el Padre viviese en el hospital, pero con la condicion de que su comida y tratamiento corriesen por cuenta del comendador; pero el siervo del Señor no pudo tolerar este corto agasajo, y así abrevió la mision de aquella villa, y pasó á otra más incómoda que no pusiese en peligro su penitente rigor. Estas misiones y peregrinaciones fueron las estrenas de la predicacion y las primeras muestras que dió este apostólico varon de la grandeza de su espíritu y del celo que siempre tuvo de la gloria de Dios, y ocupado en estos ministerios llegó el año de 1549, en el que D. Juan III de Portugal pidió á S. Ignacio personas de la Compañía que fuesen á predicar al Brasil, gente indómita y voraz, que comian carne humana y se mataban unos á otros para celebrar sus festines y banquetes; vivian como fieras en los montes y selvas, encerrados en cuevas sin género de policía ni gobierno, dados á la idolatría y hechicería y carnalidades, sin otra ley que la de su gusto y los productos de la tierra para su deleite y regalo. La empresa era difícil, pero de grande gloria de Dios alumbrar aquella gente ciega, darles la luz del Evangelio y el conocimiento de Dios. S. Ignacio cometió la empresa al P. Simon Rodriguez, provincial de Portugal, y como tan espiritual y fervoroso la tomó para sí, y fué disponiendo las cosas para dejar otro en Portugal con el gobierno de la provincia y embarcarse para ir á esta conversion; pero aunque

más lo procuró, fueron tantos y tan graves los negocios que ocurrieron que no pudo lograr su deseo, y llegando el momento del embarque, envió á llamar á Coimbra con toda diligencia al P. Manuel Nobrega, para que fuese en su lugar, así por predicador como por superior de aquella apostólica mision. Recibió esta órden el Padre con gran alborozo, y sin detenerse partió á pie con un bordon en la mano, y llegó á Lisboa á tiempo que ya habian partido las naves para el Brasil; pero no desmayó por esto su fervoroso espíritu, se embarcó en una falua, y caminando con toda velocidad á vela y á remo alcanzó á la capitana á la vista de Lisboa, y entró en ella, adonde fué recibido con tanto gusto del capitan general como de todos sus compañeros, que iban apesadumbrados por dejarle en tierra. No le hizo impresion al padre Nobrega la larga travesía, ni el cambio de clima entibiaba su celo religioso, no rehuyendo el trabajo y la vigilancia, así de aprovechar su alma como la de sus prójimos, como se vió en esta navegacion, predicando y doctrinando á todos los de la nave, juntándolos á rezar y enseñándoles á guardar la ley de Dios y la frecuencia de los santos Sacramentos, desterrando las malas palabras y juramentos, manteniéndolos en paz y en fervorosa devocion. Despues de varios sucesos y de muchos riesgos y trabajos que pasaron en la navegacion, descubrieron la tierra del Brasil, adonde le habia señalado su apostolado Dios nuestro Señor. Aquí fué donde se alborozó su corazon, entonando el *Te Deum laudamus*, respondiéndole y ayudándole todos sus compañeros con admirable devocion, dando al Señor muchas gracias por la merced que les habia hecho, trayéndoles á aquella tierra, y pidiéndole su favor para servirle en ella publicando su santo Evangelio. En llegando al puerto tomó una grande cruz sobre sus hombros, como armándose para entrar en la batalla, y siguiéndole sus compañeros y los portugueses que iban en la nave, saltó en tierra con la cruz, cantando salmos y oraciones, y respondiendo todos llegaron á lo alto de un collado, adonde enarboló aquel glorioso estandarte, que fué el medio de nuestra redencion y el arma con que triunfó de todos los enemigos Cristo, nuestro redentor, para triunfar de los del Brasil por su medio y tomar la posesion de aquella tierra en nombre del mismo Señor. En seguida dispuso la habitacion de los suyos con la pobreza que siempre habia profesado y la que entónces tenian, porque todas sus rentas y posesiones eran la confianza en Dios y las limosnas que podian allegar entre los portugueses que habia en la tierra, que eran pocos y de pobres recursos, como recienvenidos y con designio de volverse á Portugal, y así padecieron mucha necesidad; labraron unas chozas pajizas y una pobre iglesia, adonde poder orar y decir misa y confesar á los que venian á buscarlos. El P. Nobrega era el capitan y el primero que llevaba la madera, el heno y el barro para la obra, el que servia á los oficiales, dándoles el

agua y los materiales y buscando de limosna lo que habian de comer, con sumo gusto y alegría por rendir aquel tributo á la santa pobreza, virtud en que siempre se esmeró. Pero no se olvidó del edificio espiritual por cuidar del material, entablando en aquella corta habitacion la distribucion y la observancia religiosa de la oracion, exámenes, silencio y ejercicios espirituales, como si estuviera en el colegio más formado de la Compañía, y como iba siempre delante con su ejemplo, fácilmente llevaba consigo á los demás. Su primer estudio fué aprender la lengua de aquellos naturales para predicarles en ella, y en el ínterin no estuvo ocioso, teniendo sumo cuidado en reformar las costumbres de los portugueses, que con la libertad de la tierra y la comunicacion con los gentiles, gente carnal y bárbara, necesitaban de reformacion, y su modo de vida era escándalo á los brasileños para no recibir la fe; y así les predicó con grande fervor, instándoles una y muchas veces en el púlpito y en las conversaciones ordinarias, persuadiéndoles la virtud y la detestacion de los vicios. Valióse tambien de la autoridad del gobernador y de todos los medios que pudo, y aunque le costó mucho trabajo y se vió en riesgos manifiestos de perder la vida, salió con su buen intento y reformó las costumbres de los cristianos antiguos, á quien miran como á norte los que de nuevo vienen á la fe, y en particular reformó las injusticias que se hacian á los indios y puso medio en los agravios que recibian de los portugueses, que eran de mucho impedimento para su paz y conversion. Y para conseguir tan felices resultados tomó el P. Nobrega á la Santísima Vírgen por patrona y abogada de todos, y por guia y norte de todas sus acciones; y para obligarla más labró por sus manos y las de sus compañeros una ermita á la misma Vírgen en la cima de un collado, que fuese como una atalaya para la defensa y seguridad de todos, y un refugio universal de los necesitados y afligidos; y la beatísima Vírgen María ha confirmado su devocion con muchos y grandes milagros, y desde entónces ha sido el santuario más célebre y frecuentado de todo aquel reino. Uno de los ministerios en que más se ocupaba este santo Padre era la explicacion de la doctrina cristiana á grandes y pequeños, á los fieles é infieles, porque esta enseñanza convenia á todos. Juntaba los esclavos y negros por las noches cuando venian del trabajo, y á los niños, así de los cristianos como de los gentiles, y les enseñaba el catecismo y las oraciones de la Iglesia; les daba premios con que los aficionaba, y al reclamo de los hijos, venian tambien los padres, que se alegraban de oirlos. Los llevaba por las calles cantando las oraciones, y por este medio trajo gran número de gentiles al conocimiento de Cristo, y se bautizaron muchos, atraidos con el ejemplo de sus hijos, los cuales creciendo en edad, retuvieron la fe santa que aprendieron cuando niños, y de unos en otros se fué así divulgando la católica

fe por todo el Brasil. El P. Manuel Nobrega fué el primero de la Compañia que entró en los extendidos países del Brasil á promulgar la fe de Cristo, y el primero que dió la luz de su Evangelio á aquel ciego barbarismo, el cual se componia de innumerables gentiles, que vivian como las fieras, y estando tan diseminados no podia el padre reunirlos para predicarlos y convertirlos, y andaba á pie con inmenso trabajo, padeciendo terribles efectos de la inclemencia del tiempo, por montes y sierras, por páramos y desiertos, con manifiesto peligro de ser comido de las fieras, durmiendo sobre los árboles y en las aberturas de las peñas, para hallarlos, hablarles y darles en su idioma noticia de la ley de Cristo; mas como no se les podia enseñar sin tiempo y perseverancia, para aprender los preceptos y los misterios de la Iglesia trató de reunirlos en poblaciones, cosa que le costó inmenso trabajo, por su natural indómito y su agreste condicion; pero al fin con el favor de Dios fundó muchas aldeas, no léjos de la poblacion de los portugueses, y levantó iglesias donde los reunia y enseñaba, y por este medio bautizó millares de gentiles, alumbrados con la luz del Evangelio, trocándolos de brutos en racionales, y de fieras en corderos; les dió leyes para gobernarse, señaló jefes y caciques á quien obedeciesen, y procuró que estos fuesen cristianos, para que con su ejemplo se convirtiesen los gentiles. Quitó el abominable vicio de comer carne humana y de matarse para esto unos á otros, desterró la embriaguez á que eran muy dados, puso freno á sus sensualidades, casando á cada uno con su mujer, estableció la paz de unos con otros, les derribó los idolos y quemó sus adoratorios, poniendo en su lugar cruces en que fuese adorado el Dios verdadero: persiguió las hechiceras que los traian engañados y desterró los hechiceros, y finalmente, cuando entró en el Brasil se halló en una selva habitada de pecados y vicios, y en treinta años que estuvo en él le trocó en un paraiso de virtudes, enseñando y domesticando á sus naturales, haciéndolos cristianos de gentiles, enseñándoles muchas devociones con Dios y sus santos, en lugar de sus idolatrías, siendo modestos, templados, pacíficos y devotos cristianos que gastaban sus vidas en rezar y trabajar en obras de piedad y devocion, empleando las fuerzas y el tiempo en el servicio de Dios y bien de sus almas. Visitaba el apostólico Padre las aldeas de los recien convertidos muy á menudo, á pié, con un báculo en la mano, y subia por los montes, aunque con mucho trabajo cuando estaba viejo, á buscar á los gentiles y atraerlos al gremio de la Iglesia, y bautizar los niños recien nacidos y los que estaban al pecho; los predicaba, los esforzaba, visitaba los enfermos y enterraba los muertos, administrando á todos con admirable caridad los sacramentos de la Iglesia; asistia á los moribundos, y poblaba de sus almas el cielo; amábalos como padre y los socorria como á hijos, defendiendolos con valor

de los agravios que pretendian hacerles, con lo que les tenia tan ganados que le amaban más que los padres á sus hijos, y cuando entraba en las poblaciones le recibian con ramos, flautas y tambores, y no encontraban mayores fiestas que hacerle, juntándose todos para oirle, y tomar el pasto de su doctrina que era el alimento de sus almas. No le faltaron á este siervo de Dios el crisol de los los trabajos y el fuego de las persecuciones en que refinar el oro de su caridad, porque con el celo que tenia de la gloria de Dios y del provecho de las almas, y en particular de la conversion de los indios, siempre que algunos portugueses, vencidos de la codicia, les hacian algun agravio, el P. Nobrega como valeroso capitan y defensor de la justicia, salia á su frente con ánimo varonil, y oponiéndose á las flechas de los mal intencionados, los defendia y resistia á los que los agraviaban, por lo cual le cobraron mortal odio y pretendieron acabarle, para poder ejecutar sus maldades con toda libertad. Pero el siervo de Dios, venciendo con paciencia y constancia sus demasias, con el favor de Dios y con el del rey D. Juan III de Portugal, á quien dió cuenta de las injusticias que usaban con los indios, haciéndolos cautivos siendo libres, y sirviéndose de ellos como de esclavos, robándoles sus haciendas y sus mujeres, puso término á sus desórdenes y refrenó sus tiranías, por las cuales los indios aborrecian á los cristianos y la ley que profesaban, y por el contrario por la santa vida de este padre benemérito, por su celo de la gloria divina y provecho de las almas, era reverenciado y alabado y recibida su ley como buena y santa; y fué tal su valor que estuvo resuelto á edificar una ciudad cien leguas de los portugueses, y llevar á ella los indios convertidos, por asegurarlos de sus escándalos y tiranías, y lo hubiera ejecutado si no se lo impidiera el gobernador, no siendo una sino muchas veces las que aventuró su vida y se ofreció á la muerte por esta causa. Los primeros diez años que estuvo en el Brasil, tuvo nombre de superior y viceprovincial, porque estaba subordinado al provincial de Portugal; pero el buen padre trabajó con tanta solicitud en el aumento de la Compañía en aquella tierra, y edificó tantos colegios, casas y residencias de Jesuitas, que formó una provincia muy cumplida, y como á tal la separó el Padre General de la de Portugal, y la hizo provincia separada, dando patente de provincial al P. Manuel de Nobrega, el cual fué el primero del Brasil, como fué tambien el primero de la Compañía que entró en aquel reino y el primero que predicó en él, y que convirtió y bautizó á sus moradores, alumbrándolos con la luz del Evangelio, por lo cual le dieron con razon título de apóstol del Brasil y primer fundador de aquella provincia, la cual gobernó con admirable prudencia, y promovió en espíritu y observancia, no ménos con el ejemplo de su santa vida que con sus exhortaciones y fervorosas palabras. No puede ménos de volverse á hacer mérito

del inagotable manantial de sus virtudes, encubiertas con su profunda humildad, huyendo de los aplausos del mundo, ejerciendo siempre una inimitable caridad para con los prójimos, y su grande amor á Dios, que le hacia entregarse con tantas veras á los peligros de la muerte y á trabajar infatigablemente por adelantar su gloria y traer las almas de los fieles é infieles á su servicio. Testimonio tambien es de esta verdad el estudio tan continuo que tuvo de la oracion, y el trato familiar con Dios, en que gastaba todo el tiempo que le quedaba de los ministerios con los prójimos; de dia los predicaba y confesaba y enseñaba á los niños y rudos, y bautizaba á los infieles, y las noches en que habia de descansar, velaba en oracion, teniendo todo su descanso con Dios. A pesar de verse cercado con tantas y tan continuas ocupaciones, ya del gobierno doméstico, ya de la conversion de los indios, ya de los portugueses que acudian á él como á un oráculo, por consejo en todas sus cosas, en acercándose al altar se transformaba en otro hombre diciendo la misa con tanta pausa, sosiego, quietud y devocion, como si no tuviera que hacer otra cosa en todo el dia. En las virtudes religiosas fué exactísimo, porque no hubo pobre mendigo más vilmente vestido que el bendito padre; casi siempre se sustentó de limosna en los colegios y casas, porque no tenian otra renta más de la limosna que les daban fuera de la casa en las misiones, no llevando bolsa, ni alforja, ni otra prevencion que la confianza en Dios, la cual le hizo magnánimo y capaz de emprender cosas difíciles y concluirlas con feliz suceso, como lo fué el fundar toda una provincia y sustentarla sin tener un real de antemano, pobre y mendigo pero rico con su grande confianza, con que la comenzó y gozó veinte años completamente formada y acabada. Sobresalió igualmente en la obediencia y castidad, no teniendo más voluntad que la de su prelado; su pureza fué más que humana, en tanto número de ocasiones como tuvo conversando con bárbaros carnales, que andaban enteramente desnudos y eran la misma sensualidad; vivia entre ellos como si no fuera de carne, ó fuera un angel del cielo imposibilitado de pecar, porque su pureza era tal que hacia castos á los que trataba, y los componia y refrenaba así con sus palabras como con su modestia, recato y compostura, que fué siempre ejemplar. Fueron muy grandes sus penitencias, mortificaciones y trabajos con que maceró su cuerpo, que tal pureza no se adquiere ni conserva sin gran aspereza, como la usó toda su vida este siervo de Dios, siendo verdugo de su cuerpo. Ejercitándose en estas y otras virtudes vivió los tres últimos años en el colegio que habia fundado en Rio Janeiro, empleando las pocas fuerzas que le quedaban en su vejez en la oracion y trato con Dios y en los ministerios de la Compañia con los prójimos; y llegando á los setenta años de su edad le llamó Dios para darle el premio de sus trabajos, y como á siervo fiel le reveló el

dia y hora de su muerte, y aunque la tuvo en silencio, el gozo y alegría que brotaba por el rostro de acercarse ya el fin de su destierro publicó lo que callaba la lengua. Salió luego por la villa á despedirse de sus amigos y conocidos y de sus amados hijos, á quienes habia engendrado en Cristo, abrazándolos tiernamente, y con más lágrimas que palabras les decia que se quedasen con Dios y perseverasen en el bien, excusando con todas sus fuerzas las ofensas del Señor, porque él partia donde no le verian más; y preguntándole á qué tierra ó lugar, respondia levantando con suspension los ojos al cielo, significando con esta accion que se partia á la bienaventuranza, adonde Dios le esperaba para vivir eternamente. Acompañáronle todos bañados en llanto hasta el colegio, donde se recogió á solas con Dios, recibió con suma devocion los santos Sacramentos de la Iglesia, y enternecido en devotos y dulces coloquios con Dios, le dió su espíritu á 18 de Octubre, dia del glorioso evangelista S. Lucas, que para él fué señalado y feliz, porque en este dia nació al mundo, en este fué admitido en la religion, y en este renació para el cielo, adonde vive y vivirá eternamente, gozándo el premio de sus merecimientos. Todo el Brasil lloró su muerte, por haber sido su padre, su pastor, su maestro y su segundo redentor, sacando á sus naturales de la ceguedad del paganismo. Su cuerpo fué sepultado con muchas honras y suntuosas exequias, y con innumerable concurso de la villa y su comarca, aclamándole todos por santo y estimando como de tal sus reliquias. El año puntualmente no lo dice su historia, pero segun el computo de lo que estuvo en la Compañía y en el Brasil, fué el de 1581. —A. L.

NOCE (Angel de la). Este eclesiástico fué arzobispo de Rossana, al que el papa Inocencio XI nombró presidente de la Archicofradía de Sacerdotes de la Doctrina Cristiana en Italia, fundada en Roma en 1560 en la iglesia de Apolinar por el caballero milanés Marcos de Sardir-Cusasi, que abandonó sus bienes y su patria para servir mejor á Dios, dedicándose á enseñar la doctrina á los pobres. —C.

NOCET (Guillermo del Broc de). Fué este prelado vicelegado de Aviñon, y el que estableció en esta ciudad, en union de Esteban Dulci, arzobispo de esta ciudad, las Ursulinas en la misma el año de 1623, para lo que fué con dos profesas la madre de Luines, que desde 1610 gobernaba esta comunidad, fundada por la bendita Angela de Bressa el año 1537. —C.

NOCETI (Cárlos), literato y teólogo genovés. Descendia de familia noble, y nació en Ponttremoli por los años 1695. Muy jóven todavía, profesó en el instituto de Jesuitas en Roma, y se dedicó á la enseñanza con tanto talento como brillante éxito. En 1756 fué nombrado coadjutor de su colega, el sabio dominico Turano, en la calidad de teólogo en la Penitenciaria. Las desgracias de la Compañía de Portugal le afectaron tan hondamente, que atacado

de una enfermedad bajó al sepulcro en 1759. A un gusto exquisito y una crítica ilustrada reunia el P. Noceti las virtudes de un digno ministro del altar. En Roma gozó de una gran reputacion, y tuvo el placer de contar en el Sacro Colegio y en otras eminentes dignidades de la Iglesia muchos alumnos, de quienes recibió constantemente inequívocas muestras de aprecio y confianza. Muchos sabios y literatos de su tiempo mantenian con él amistosa correspondencia, y le consultaban á menudo sobre los trabajos científicos en que se ocupaba. En aquella época llamaba la atencion de los sabios eclesiásticos la fuerte lucha que el P. Colsina sostenia contra el probalismo y la relajacion, ó á lo ménos lo que él así llamaba. La moral severa vióse comprometida algunas veces en este debate. El P. Colsina, llevado de su celo ardiente, guardó tan poca consideracion á los Jesuitas, que les presentó como cooperadores á la relajacion de la severa moral cristiana con sus punibles condescendencias, y fácil es suponer que estos padres hallarian elocuentes defensores de la pureza de sus principios. En efecto, Lecchi, Cordara, Lago, Marcini, Fech, Zacarías, Gravina, y especialmente el P. Noceti, tomaron la pluma para defender á esta corporacion. Este último publicó la *Verdad vengada*, en latin (Luca y Roma, 1753) y transcribe ciento cinco proposiciones de teólogos jesuitas, alteradas por el P. Colsina. Además escribió: *Refutacion en latin de dos cartas de Dinelli*, Roma, 1753 y 1754. Dinelli, colega de Colsina, habia querido sostener la veracidad de lo que el P. Colsina habia afirmado en sus escritos.—*Carta del P. Cárlos Noceti sobre la retractacion de Tamburini;* Roma, 1754, escrita en italiano, tambien contra Dinelli. El P. Noceti poseia un talento particular para la poesía latina, y de ello dió honoríficas muestras en sus *Eglogas*, impresas en Roma, 1741, juntamente con las de Rapin, y en los poemas de *Iris* y de la *Aurora boreal*, que el P. Boscobich publicó en Roma, 1747, con notas. Roucher, en sus *Meses*, ha imitado el segundo poema de Noceti. Se conocen además de este poeta varias composiciones latinas é italianas, estampadas en una coleccion de versos de los Arcades.—M.

NOCHERA (Fr. Antonio de), religioso lego de la órden de Capuchinos. Entre los varones ilustres y memorables que produjo la provincia de Cataluña, fué célebre y digno de perpetua memoria Fr. Antonio de Nochera, lego, á quien algunos manuscritos de la Orden llaman Fr. Antonio de Nápoles, tomando el apellido del reino en que se comprende la ciudad de Nochera, junto al rio Sarno, que fué la patria de este insigne varon. Nació en el siglo de padres sumamente honrados, de noble linaje. Desde sus más tiernos años manifestó su grande inclinacion al ejercicio de la virtud y á la vida religiosa. Más adelante, conociendo que el servir á Dios en la pobreza y en la humildad era la verdadera y mayor riqueza y lustre, renunció la so-

berbia de la vida seglar y abrazó el estado humilde de los legos entre los Capuchinos, en cuya religion procedió con tantas excelencias y perfecciones, que fué la admiracion de todos, y su ejemplo el más digno de imitarse, captándose la voluntad, el amor, aprecio y veneracion de cuantos le conocieron, habiendo conseguido el merecer singulares favores del cielo, aumentando dignamente el número de los sugetos más inclitos de la Orden Seráfica. Murió hácia el año de 1608. —A. L.

NOCHETO (B. P. Fr. Nicolao de), religioso mínimo de la órden de San Francisco de Paula, natural del lugar de su apellido, en la Calabria. Fué compañero de S. Francisco de Paula, y se distinguió en todo género de virtudes, por lo que le llama beato Silvestre Maurolico. «Vivia, dice el padre »Montoya, con los demás religiosos del convento de Paterno, primero que »fundó S. Francisco de Paula: como varones verdaderamente consumados y »perfectos, servian á nuestro Señor rendidos y sujetos á su gobierno pru»dentísimo, aprendiendo de él sus siempre santas costumbres, que les en»señaba no con las palabras solamente, sino siendo el primero en las obras »de humildad, caridad, celo, oracion, perpétuo recogimiento, penitencia »y rigor de su vida.» Este mismo padre fué uno de los testigos de los milagros de S. Francisco de Paula, que refiere así la crónica. «Como fuese ne»cesario poner algunos materiales sobre el altar que labraba, arrobóse en »espíritu con maravilloso éxtasis; como saliesen ya los compañeros al tra»bajo, el primero fué Fr. Nicolás Nocheto; reparó en tan grande maravilla, »viendo al glorioso S. Francisco más resplandeciente que el sol, elevado el »cuerpo sobre la tierra no poca distancia, y sobre su cabeza tres coronas »de piedras preciosas, brillando como estrellas, de aquella forma que son »las tiaras de los pontífices; el resplandor era como fuego encendidísimo, el »cuerpo y rostro lleno de gloria, transparente y diáfano. Quedó extraña»mente admirado Fr. Nicolás, y corrió de presto á llamar á algunos religiosos »que gozasen de semejante maravilla; salieron con él Fr. Angelo de Sarra»cina y Fr. Florentino de Paula: quedaron suspensos y como fuera de sí, »gozando de aquel milagroso espectáculo. Pasó esto con la vision, y el glo»rioso P. S. Francisco de Paula, como si nada hubiera sucedido, se ocupó »en el ejercicio de la obra. Publicaron con grandes lágrimas y regocijos es»tos religiosos lo que habian visto, dando infinitas gracias á nuestro Señor, »que así premiaba en la tierra los merecimientos de su gran siervo, que »por ser su humildad tan profunda le puso en la cabeza la corona de ma»yor estimacion, adornada de piedras preciosas, como dice David.» Estos hechos son los únicos que han llegado á nuestra noticia de la vida de este ilustre religioso. —S. B.

NODIN (Fr. Juan), franciscano. Era francés, doctor en teología por la

universidad de París y ministro provincial de la Orden. Escribió una importante obra titulada: *Victoriam hebræorum adversus egipcios catholicorum triumphum contra hæreticos præsignantem*, la cual es un comentario de los primeros capítulos del Exodo, muy útil á los predicadores. La muerte le impidió acabar y perfeccionar esta obra, que dió á luz algun tiempo despues de su fallecimiento Desiderio Ricardo, de la misma Orden, en el año de 1611.—M. B.

NODRIZA (Santa). Al hablar la historia eclesiástica de S. Remigio, obispo de Reims, en la antigua Galia, se hace mencion de esta Santa con especial cuidado. Los PP. de S. Remigio, Emilio y Celinia, ya de una edad avanzada, supieron por un solitario llamado Mantano, que á pesar de su senectud tendrian un hijo que se llamaria de aquel nombre, el cual venia á procurar la salud de los pueblos. Por prueba de su prediccion dijo á Celinia, que siendo él ciego, como lo era en efecto, recobraria la vista frotándose los ojos con su leche. Nació el niño el año 450, se le puso Remigio en el bautismo, y el solitario recobró la vista con la leche de la madre. Sin duda por lo avanzado de la edad de la madre se creeria necesario buscar en Laon, en cuyo territorio vivia Emilio, una nodriza que le criase, siendo lo cierto que se entregó el niño á una virtuosa mujer, llamada Balsania, para que le amamantase, la cual practicó tan perfectamente las virtudes cristianas al criar á un santo, que ella misma se santificó, y la Iglesia la cuenta entre sus santos. La ciudad de Reims levantó á Balsania una iglesia colegial que tiene el nombre de Santa Nodriza, la cual fué madre de Celsino, discípulo de San Remigio, su hermano de leche, el que fué venerado en Laon con el nombre de S. Soussin.—C.

NOÉ. ¡Cuántas ideas no despierta este nombre! La segunda creacion del mundo, la creencia de todos los pueblos, la verdadera época en que comienza la historia de las naciones, el diluvio en fin. Este patriarca, que sobrevivió á la catástrofe general, era hijo de Lamec, y nació en el año del mundo 1056, ántes de Jesucristo 2944, ántes de la era vulgar 2948. La Escritura nos dice que era un varon justo, lleno de integridad y que caminaba delante de los ojos del Señor. Contaba la edad de quinientos años cuando engendró á Sem, Cham y Japhet. Habíase multiplicado considerablemente el género humano, y en la tierra no reinaba más que la desmoralizacion: los hijos de Dios eran tan malos como los hijos de los hombres. Toda carne estaba contaminada y la tierra llena de iniquidad. El Señor se arrepintió de haber hecho al hombre, y tocado de íntimo dolor, quiso extender sobre él exterminio y sobre los animales, los reptiles y las aves del cielo: todo lo creado debia participar de la suerte del hombre, de este monarca caído. En vano concedió al mundo ciento veinte años para aplacar su cólera é implorar su

misericordia: el mundo continuó progresando en su corrupcion. Próxima estaba la hora de la venganza celeste, y solo Noé y su familia, compuesta de ocho personas, hallaron gracia á los ojos del Señor. La Sagrada Escritura dice: «Cuando vió Dios que la tierra estaba corrompida, porque toda »carne habia corrompido su camino sobre la tierra, dijo á Noé: llegado es »delante de mí el fin de toda carne. La tierra está llena de iniquidad delante »de ellos, y yo los destruiré con la tierra. Hazte una arca de maderas labra»das, harás departamentos en el arca, la embetunarás por dentro y fuera, y »de esta manera la harás: De trescientos codos será de latitud el arca, de cin»cuenta codos su anchura y de treinta codos su altura. Una ventana harás »en el arca, y darás un codo de alto á su cubierta y la puerta del arca pon»drás á su costado, y harás en lo bajo apartamientos y tres estancias en ella. »Hé aquí, yo traeré las aguas del diluvio sobre la tierra para destruir toda »carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo: todas las cosas que »hay debajo del cielo perecerán. Y estableceré alianza contigo: y entrarás »en el arca tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos contigo, y de »todos los animales de toda carne, meterás dos en el arca para que vivan »contigo, macho y hembra, de las aves segun su especie, y de las bestias se»gun su especie, y de todo reptil segun su especie: dos de cada uno entrarán »contigo para que puedan vivir. Tomarás, pues, de todo aquello que se pue»de comer, lo llevarás contigo, y servirá tanto á ti como á ellos para que »comais..... De todos los animales limpios toma siete y siete, macho y hem»bra, mas de los animales inmundos dos y dos, macho y hembra, é igual»mente de las aves del cielo siete y siete, para que se conserve la simiente »sobre la faz de toda la tierra, porque pasados siete dias yo lloveré sobre la »tierra cuarenta dias y cuarenta noches, y raeré toda sustancia que hice de »la superficie de la tierra.» Pocos son los comentadores que no hayan pretendido dar del arca una descripcion á su modo, sobre todo desde que la filosofía ha pretendido sostener que las dimensiones del arca no bastaban para contener ocho personas, los animales indicados en el relato de Moisés y las provisiones necesarias para el sustento de todos. Varios matemáticos se han dedicado á investigar próximamente la verdadera capacidad de esta nave; y sobre las disertaciones que al efecto se han escrito, descuella de un modo notable la de Lepellegnier de Ruan. Voltaire tampoco ha escaseado sus cálculos, acompañándolos con los sarcasmos tan naturales en el filósofo de Ferney, pero como el sarcasmo no es un argumento ni prueba nada, algunos hombres ilustrados han continuado desarrollando las ideas de Lepellegnier. El abate du Cortan de la Mollete en el *Génesis explicado*, lleva sus cálculos á una expresion casi fabulosa. Despues de haber dado al codo la medida de doce pulgadas y dos líneas conforme á la comision de Egipto, se expresa así: «Multipli-

»quemos unas por otras las tres dimensiones, y supongamos que el fondo que »cala la nave, la techumbre, el bordaje y las tres cubiertas, diesen cada una »tan solo un codo de espesor, tendriamos por resultado 1.781,377 pies cú»bicos de capacidad, equivalentes á 42,413 toneladas. Este inmenso volúmen, »por más que sorprenda á cualquiera, es bastante para el objeto que Noé ne»cesitaba, pues puede contener la carga de cuarenta naves de mil toneladas »cada una.» Sea cual fuere la exactitud de estas suposiciones matemáticas, ninguna autoridad merece el filósofo cristiano, pues la del Génesis lleva en sí los signos más brillantes de la revelacion divina. Los que arguyen de pequeña el arca, raciocinan como el autor del *Sistema de la naturaleza*, que concede al jesuita Needam el poder de crear anguilas, y niega á Dios el de formar el hombre. Noé cumplió exactamente las órdenes del Señor á la vista de la indiferencia y de la incredulidad de la raza humana, que comia y se entregaba al placer sin pensar en la suerte que le aguardaba. Terminada el arca, el patriarca encerró en ella los animales que Dios le habia mandado, empleando en esta operacion seis dias, y al siguiente sétimo, trasladóse á la nave con toda su familia y se encerró dentro. En el año 600 de la vida de Noé, 1656 del mundo, 2344 ántes de Jesucristo, 2348 ántes de la era vulgar, en el primer dia del segundo mes del año, que empezaba entónces en otoño, Dios rompió todas las fuentes del grande abismo, y se abrieron las cataratas del cielo, y hubo lluvias sobre la tierra cuarenta dias y cuarenta noches. En este tiempo cesaron las discordias y el género humano se abrazó. Sin duda que el hombre en este trance tan terrible quiso orar á Dios, pero sus templos estaban sumergidos por el agua; sin duda que huyendo de las olas que sucesivamente crecian, se retiró á los montes más altos y escarpados para evitar la cólera celeste. ¿Pero á dónde huir? ¿cómo salvarse de tan inminente riesgo? Las olas subian sin cesar, el agua caia á torrentes, uno á uno los picachos desaparecian, hasta que elevándose quince codos sobre las más altas montañas, la tierra no fué más que un inmenso mar, bajo cuyas aguas habia quedado ahogada toda la creacion. «Y pereció toda carne que se »movia sobre la tierra, dice Moisés, de aves, de animales, de bestias y »todos los reptiles que van arrastrando sobre la tierra: todos los hombres y »todo en lo que hay aliento de vida sobre la tierra murió. Y rayó toda sus»tancia desde el hombre hasta la bestia, y quedó solamente Noé y los que con »él estaban en el arca.» Y despues de ciento cincuenta dias que las aguas cubrieron la faz de la tierra comenzaron á menguar: un viento sopló sobre ella y al sétimo dia el arca se detuvo sobre el monte Ararad, en Armenia. En el primer dia del décimo mes, que corresponde á Julio, comenzaron á aparecer sobre la superficie de las aguas las cumbres de las montañas. Cuarenta dias despues Noé abrió la ventana del arca y soltó un cuervo, el cual no

osando adelantar hácia aquella mar sin orilla, iba y venia aguardando que las aguas se secasen. Despues soltó el patriarca una paloma, y no hallando ésta donde poner el pié volvió al arca, y Noé extendiendo la mano metió el ave dentro. Siete dias despues soltó de nuevo la misma paloma, y á la tarde del propio dia volvió con un ramo de olivo con las hojas verdes en su pico. Noé conoció entónces que de la tierra habian desaparecido ya las aguas; mas obrando con precaucion, esperó otros siete dias y soltó tercera vez la paloma y no volvió. El mes segundo, el dia 27, que corresponde al 601 de la edad del Patriarca, la tierra quedó seca. Entónces llamó Dios á Noé y le dijo: «Sal »del arca tú y tu mujer, los hijos y las mujeres de tus hijos contigo, todos »los animales que estan contigo de toda carne, tanto de las aves como de »las bestias y de todos los reptiles que andan arrastrándose sobre la tierra, »sácalos contigo y entrad sobre la tierra, y creced y multiplicaos.» Lo primero que hizo Noé al salir del arca fué edificar un altar al Señor y ofrecerle holocaustos; y fué tan grata para él esta ofrenda, que dijo: «No volveré jamás »á maldecir la tierra por causa de los hombres, porque el sentido y el pen»samiento del corazon humano son propensos al mal desde su juventud: no »heriré, pues, más á toda alma viviente como he hecho: todos los dias de la »tierra, sementera y siega, frio y calor, estío é invierno, noche y dia no »cesarán.» Aunque el Criador habia lavado la naturaleza de tantos crímenes como la deshonraban consumando la destruccion del género humano, sin embargo habia marcado en ella de un modo indeleble las señales de su cólera. Los despojos del elefante de las Indias se mezclaron con los hielos de la Rusia; las conchas y mariscos se hundieron en las canteras de Francia, y bancos enteros de cuerpos marinos coronaron las cimas de los Alpes y del Taurus. Estas pruebas generales y evidentes de la catástrofe diluviana no han bastado aun para convencer á la incredulidad humana. ¿Será, pues, preciso presentar á su vista el voto universal y la creencia unánime de todos los pueblos en este punto? La memoria de este grande acontecimiento ha subsistido en todos los siglos y en todas las naciones; y su tradicion se halla aun entre los Algontinos y los pueblos salvajes que hablan su lengua. En su historia tradicional se cuenta que un hombre llamado *Messú*, viendo á toda la tierra sumergida en las aguas, envió al fondo de este abismo un cuervo para que le trajese un poco de tierra, mas no habiéndolo conseguido esta vez, envió luego á un raton, el cual habiendo conseguido el objeto, Messú restableció el mundo á su primitivo estado con la tierra que le trajo el animal. Despues disparó varias flechas contra los troncos de los árboles que existian aun desnudos y se trocaron en ramas, y que despues de haber obrado otras maravillas por este estilo, agradecido del servicio que le habia hecho el raton, casó con una hembra de su especie, con la cual po-

bló el mundo, y que comunicó su inmortalidad á un cierto salvaje, entregándosela dentro de un pequeño saco, con la prohibicion expresa de abrirlo si queria guardar un don muy precioso. Si del diluvio de los Algontinos pasamos al de los indios, todavía hallaremos entre estos más conformidad con el relato de Moisés; de modo que el ánimo más prevenido no podrá dejar de reconocerla. «El dios Rutren tomó un dia la resolucion de ahogar á »los hombres, porque no estaba contento de ellos: á pesar del sigilo que exi»gia esta determinacion, traslucióla Wishnou, conservador de las criaturas, »y aun llegó á saber de fijo el dia en que debia suceder este diluvio. Si su »poder no se extendia á prohibir los proyectos del dios Rutren, los dere»chos que le daba su título de Dios conservador le permitian á lo ménos »oponerse á ellos y aun impedirlos, á fin de evitar los funestos efectos que »se seguirian de su realizacion. Hé aquí el plan que puso en obra. Presen»tóse un dia á Sattiabarti, su más íntimo confidente, y le confió el secreto »de que cuanto ántes sobrevendria un diluvio universal, que inundaria toda »la tierra, porque Rutren se habia propuesto exterminar á todos los hom»bres y animales. Sattiabarti le tranquilizó y le prometió hallar un medio, »que á pesar del Dios destructor, el mundo se conservaria y podria poblarse »de nuevo. Su intento era construir una barca inmensa, que apareceria »cuando ménos lo esperase el dios Rutren, y en la cual introduciria ocho»cientos cuarenta millones de almas y las semillas de todos los seres. Para el »buen éxito de este plan era preciso que Sattiabarti se hallase en la cumbre »de cierta montaña muy elevada en el momento en que empezaria el dilu»vio. Advertido ya Sattiabarti, vió el dia en que apareció una muchedumbre »infinita de nubes reunidas que pronto se desplomaron sobre la tierra en »torrentes de agua. Confiado en su proyecto Sattiabarti vió con impasible »tranquilidad formarse sobre la cabeza de los hombres la tempestad que »ameñazaba anonadarlos. Pronto los rios henchidos con la lluvia salieron de »sus cúneos, y se extendieron por la llanura. La mar rompió sus límites, y »uniendo sus aguas á las de los caudalosos torrentes, todo quedó sumergido; »hombres, animales, ciudades, reinos y hasta las montañas más eleva»das. Miéntras tanto Sattiabarti se retiró con algunos de sus amigos á una »montaña y esperó con ánsia el socorro prometido. El agua iba aumentando »considerablemente su fuerza, y avanzando con rapidez hácia su retiro, em»pezaba ya á amedrentar al confidente de Messú. Mas en el instante en que »se creia perdido, apareció la barca salvadora, en la cual entró luego con »los de su compañía, hallándose ya en ella los ochocientos millones de al»mas y las semillas de los otros seres. El riesgo estaba entónces en que la »furia impetuosa de las olas no estrellase la nave contra alguna montaña; »pero el dios Wishnou, que á toda costa queria salvar el mundo, convirtió-

»se al momento en pez y con su grande cola, que le sirvió de timon, gober»nó y dirigió el buque. El Dios pez y piloto al mismo tiempo condujo con »tanta habilidad la barca por entre las encrespadas olas, que Sattiabarti y sus »compañeros se creyeron ya salvados y esperaron tranquilos que las aguas »desapareciesen de la superficie de la tierra.» Estas tradiciones, que relata el P. Bouchet en la carta que escribió al obispo de Avranches, han sido confirmadas punto por punto por las memorias inglesas de la ciudad de Calcuta. En vista de estas historias adornadas con invenciones las más extravagantes de la imaginacion, ¿quién no creerá en la verdad del diluvio, del arca y de la conservacion de Noé y su familia, de que hablan las sagradas letras? Los diluvios de Orgigues y de Deucalion, cantados tantas veces por los poetas griegos y latinos, el de Scisutrus, conocido de los autores orientales, es el mismo diluvio de Noé desfigurado con las fábulas de estos pueblos. Cuvier dice que una de las fechas del diluvio de Orgigues es tan conforme con otra del diluvio de Noé, que parece imposible que aquella no haya buscado su orígen en esta. A pesar de tantas pruebas, el escepticismo del siglo XVIII con su locuacidad irreflexiva, con su audacia sin límites y con su deslumbradora corrupcion, osó atacar la autenticidad de este hecho, pero sin explicar á la razon y al buen criterio cómo un embuste ha podido pasar á ser la tradicion de la humanidad. Algunos han preguntado si el diluvio habia alcanzado á todas las partes del globo: la opinion más general está por la afirmativa, y la letra del Génesis no nos permite la menor duda sobre la universalidad de esta inundacion. Además, los cuerpos marinos acumulados sobre los Alpes, el Taurus y las cordilleras apoyan tambien esta creencia. «Las lluvias, objetan algunos filósofos, se forman de los vapores del mar: »de consiguiente las aguas de todos los mares no bastarian á cubrir la tier»ra á la altura indicada en las sagradas letras.» Pero la química moderna contesta victoriosamente á esa objecion demostrando que la atmósfera puede cambiarse en agua. Los libros sagrados han tambien resuelto esta cuestion: *al principio Dios creó el firmamento y separó las aguas de las aguas*: cuando el diluvio, las fuentes del abismo se rompieron, las cataratas del cielo se abrieron tambien y la tierra se halló en el mismo estado que ántes de la creacion. Pero ¿por qué no debemos acudir á las causas sobrenaturales para explicar ésta catástrofe? ¿acaso el hombre ha podido penetrar en el secreto del granizo para ser tan presuntuoso? Tambien se ha querido afirmar que el orígen del globo tiene más antigüedad que la que le señalan los libros santos. «La tierra, han dicho, es una vieja nodriza cuya caducidad »se halla consignada en todas partes: examinad sus fósiles, sus mármoles, »sus granitos, sus lavas y leereis en todo ello una série innumerable de »años.» Admitido aun esto, ¿probaria acaso algo contra el diluvio confir-

mado cada dia más con las conquistas de la ciencia? Si es notable que los primeros arranques de cada ciencia parecen contradecir el principio esencial de nuestra religion, más notable es aun el que á medida que sus preceptos son más extensos y sus progresos más considerables, van dando con sus nuevos descubrimientos más autoridad á esta verdad histórica. Al principio la historia, la astronomía, la física y la teología, ciencias que se hallaban en su cuna, concedian á los pueblos y á los hombres millones de años de existencia, mas los avances de estas ciencias han venido despues á probar que aquellos cálculos eran exagerados, y que el error estaba en los vicios de una mala cronología ó en la imaginacion de los que la interpretaban. Así las decenas de millares de años que se calculaban sobre las numerosas dinastías que han reinado en Egipto, han desaparecido desde que Champolion ha demostrado que estas dinastías, en vez de ser contemporáneas, eran sucesivas. Freret ha afirmado, como todos sabemos, que la antigüedad de la China no se remonta á más de ochocientos años ántes de Jesucristo, y la de la India es todavía muy posterior. Bailli ha reducido la cronología de los Egipcios y de los Caldeos al cálculo de los Setenta. Iguales testimonios se hallan en la física y fisiología á favor de la autoridad bíblica. Cuando estas dos ciencias se hallaban en sus primeros elementos, creíase que se necesitaban millones de años para formar el interior del globo, pero poco han tardado en reconocer que en la capa que habitamos, todo proclama á cada momento la catástrofe del diluvio, hallando pruebas indestructibles de su existencia en esa inmensa acumulacion de mariscos en las cumbres de las montañas, en esos restos indudables de pescados y plantas marítimas que existen en las entrañas de la tierra. Los progresos de la civilizacion y los descubrimientos modernos son tambien una prueba indirecta del relato de Moisés. Los rápidos y asombrosos adelantos que se han hecho en el espacio de algunos siglos, pueden servir de guia para conjeturar los que debieron hacer antiguamente, y darnos por resultado la conviccion moral de la juventud de las naciones. La historia nos la presenta siempre pasando sucesivamente á uno de estos tres períodos: infancia, engrandecimiento y virilidad. De consiguiente, tanto la naturaleza como los hombres estudiosos en su verdadero punto de vista, contribuyen á demostrar la existencia del diluvio: los talentos más eminentes la han admitido, los trabajos inapreciables de Leibnitz, Newton y Cuvier serán un testimonio imperecedero prestado á la fe religiosa. La incredulidad filosófica vacila delante de estas pruebas concluyentes, y si bien el cristiano las aplaude, porque glorifican á su Dios, no las necesita sin embargo para creer lo que el Espíritu Santo ha revelado por boca de Moisés. Su fe le guia para creer en la cólera divina, en el diluvio y en los méritos de Noé que la salvaron de la destruccion del gé-

nero humano. El Señor bendijo á este Patriarca y á sus hijos, diciéndoles: «Creced, multiplicaos y llenad la tierra, y vuestro temor y espanto sea so»bre todos los animales de la tierra y sobre todas las aves del cielo con todo »lo que se mueve sobre la tierra: todos los peces de la mar en vuestra ma»no estan puestos, y todo lo que se mueve y vive os servirá para alimento: »así como las legumbres y yerbas os he dado todas las cosas; á excepcion »de que carne con sangre no comereis, porque la sangre de vuestras ánimas »demandaré de mano de todas las bestias y de mano de hombre, de mano »del varon y de su hermana. Demandaré el ánima del hombre, todo el que »derrame sangre humana será derramada su sangre, porque á imágen de »Dios es hecho el hombre. Vosotros, pues, creced y multiplicaos, y entrad »sobre la tierra y poblad la..... Hé aquí yo estableceré mi pacto con vosotros »y con vuestro linaje despues de vosotros, y con toda ánima viviente que »está con vosotros, tanto en las aves como en los animales domésticos y »campestres de la tierra que han salido del arca, y en todas las bestias de la »tierra. Estableceré mi pacto con vosotros, y no perecerá ya más toda carne »con aguas del diluvio, ni habrá en lo venidero diluvio que destruya la tier»ra..... Esta es la señal de la alianza que establezco entre mí y vosotros y »con toda ánima viviente que está con vosotros por generaciones pérpetuas. »Pondré mi arco en las nubes y será señal de alianza entre mí y entre la »tierra, y cuando cubriere el cielo de nubes, aparecerá mi arco y acordarme »he de mi alianza con vosotros y con toda ánima viviente que vivifica carne, »y veré el arco y me acordaré de la alianza perpétua que ha sido concertada »entre Dios y toda ánima que está sobre la tierra.» Estas leyes claras, sencillas y cortas, amoldadas á la capacidad de un pueblo que nace, y llamadas por los rabinos *Noachidas*, fueron desenvolviéndose á medida que este pueblo querido de Dios se engrandeció y aumentó, hasta tanto que vino Jesucristo á confirmarlas y sellarlas con su martirio. Algunos años despues del diluvio, Noé que cultivaba la tierra plantó una viña, y habiendo bebido vino se embriagó. Miéntras permaneció bajo la influencia de este licor, hasta entónces desconocida, durmió descubierto en medio de su tienda; y vista por Cham la desnudez de su padre, salió de la tienda y fué á contarlo á sus hermanos Sem y Japhet, quienes se acercaron respetuosamente á su padre y le cubrieron, como debia haberlo hecho Cham. Cuando dispertó el Patriarca y supo lo ocurrido, maldijo á Chanaan en la persona de su hijo Cham diciendo: «Maldito Chanaan, siervo será de los siervos de sus »hermanos: Bendito el Señor Dios de Sem, sea Chanaan siervo de él: »ensanche Dios á Japhet y habite en las tiendas de Sem, y sea Chanaam sier»vo de él.» Esta ley santa, *Honra á tu padre y á tu madre para que tus dias sean muchos en la tierra*, existe virtualmente en esta maldicion de

Abraham, y tuvo una aplicacion anticipada. Cham insultando á su padre es castigado en su posteridad inmediata, al paso que Sem y Japhet reciben la recompensa que Dios promete á los hijos respetuosos. La historia sagrada nos demuestra despues el exacto cumplimiento que tuvieron las predicciones de este Patriarca. Tal es Noe pintado en la Sagrada Escritura: en su persona se reunen tres caractéres: el de profeta, el de pontífice y predicador de la verdad y el de reparador del género humano; figura en este último el carácter de Jesucristo, que nos ha salvado por medio de la cruz, y que compara su venida á los dias de la predicacion de Noé. Este Patriarca es el padre de la raza mejor, como Jesucristo es el jefe de la Iglesia que sucedió á la sinagoga, martirizadora de los justos y de los profetas. Moisés vivió aun trescientos cincuenta años despues del diluvio, y falleció á los novecientos cincuenta de su edad; tuvo únicamente tres hijos: Sem, Cham y Japhet, nuevos pobladores del mundo; y aunque algunos historiadores pretenden que aquel patriarca tuvo otros hijos, sin embargo sus conjeturas, léjos de tener ningun fundamento, son contrarias á la letra de la Sagrada Escritura. Noé ántes de su fallecimiento tuvo el pesar de ver comenzada la torre de Babel, este insulto dirigido á Dios, y el ser testigo de la dispersion de su posteridad, que fué castigo inmediato de aquella loca y gigantesca empresa. Se le atribuye un discurso para mover á los hombres á la penitencia, una oracion que se dice compuesta en el arca, y un testamento insertado en el código *Pseudotigraphus Veteris Testamenti*. Los rabinos, que con tanta frecuencia han desfigurado el Antiguo Testamento, han inventado las fábulas más extravagantes sobre el patriarca Noé, las cuales han sido reproducidas por el historiador Josefo. S. Pedro llama á este Patriarca predicador de la justicia, porque no cesó de predicar á los hombres ántes del diluvio con sus palabras, con su vida ejemplar y con la construccion del arca, demostrando en los veintiseis años que se ocupó en ella que la cólera del Señor estaba pendiente sobre los vicios de la raza humana. Pero sus predicaciones no alcanzaron el menor resultado, puesto que el diluvio encontró á los hombres sumidos en sus antiguos desórdenes y ocupados en provocar la venganza celeste. Entre los versos de las pretendidas Sibilas, hay un escrito titulado: *Descripcion de los hombres ántes del Diluvio y predicacion que Noé les hizo*. Teófilo y Antioco opinan que la palabra *Deucalion*, que evidentemente significa Noé, viene del griego *Deute* y *Calein*, venir y llamar; porque Noe, exhortando á los hombres, les decia: «Venid, que Dios os llama á la penitencia.» El mismo S. Pedro afirma que cuando resucitó Jesucristo en espíritu, fué á predicar á *aquellos espíritus que estaban en cárcel: los que en otro tiempo habian sido incrédulos, cuando en los dias de Noé contaban sobre la paciencia de Dios, miéntras que se fabricaba el arca, en la cual pocas personas, es á saber,*

ocho, se salvaron por agua. Algunos antiguos Padres, interpretando literalmente el sentido de estas palabras, han creido que en efecto Jesucristo despues de la resurreccion fué á predicar á los hombres incrédulos anteriores al diluvio, y que libró á algunos que habian creido en él y que se convirtieron. Otros toman la palabra cárcel por sinónima de cuerpo, como si dijéramos que el cuerpo es la cárcel en que está aprisionada el alma; y suponen que Jesucristo, por boca de Noé, que lleno de su espíritu predicó á los incrédulos ántes del diluvio, aprisionados en los cuerpos, pero que en la época de la resurreccion de Jesucristo estaban aprisionados en el infierno. El que desee enterarse de varios otros modos como ha sido interpretada esta frase de S. Pedro, puede leer los diferentes comentadores de este pasaje. Los orientales suponen que Dios mandó á Noé que tomára el cuerpo de Adan y lo depositára en el arca para librarlo de la necesidad de descomposicion que habia de sufrir con las aguas del diluvio, y que próximo á morir llamó á su hijo Sem, y confiándole este depósito, mandó que le llevase á Melquisedech, sacerdote del Altísimo, para que ambos lo enterrasen en el lugar que les indicaria el ángel del Señor. Sem fué, segun los orientales, á encontrar á Melquisedech, y depositaron los restos del primer hombre en la cima del Calvario, que es el centro de la tierra. Además de estas quiméricas invenciones creen tambien en la supuesta oracion de Noé, que recitaba estando en el arca, y la cual transcribimos aquí por erudicion. *Señor, vos sois el verdaderamente grande, y todo es pequeño comparado con vos : miradnos con ojos misericordiosos, libradnos de este diluvio de agua : os lo ruego por Adam, vuestro primer hombre; por la sangre de Abel, vuestro santo; por la justicia de Seth, objeto de vuestro amor. Que no seamos contados, os suplico, en el número de aquellos que han quebrantado vuestros preceptos; y extended, al contrario, sobre nosotros vuestras misericordias, porque sois nuestro libertador. Así todas vuestras criaturas publicarán las alabanzas de vuestro nombre.* Algunos sabios han notado que los paganos habian confundido á Noé con Saturno, Deucalion, Urano, Juno, Proteo, Baco, Osiris y otros falsos dioses. Los gnósticos llaman á la mujer de Noé *Novia.* S. Epifanio la titula *Barthenos* ó *Bathenos*, y los rabinos *Noema* ó *Cethirs*; pero todo esto no se apoya en ningun dato. En la explicacion arábiga del *Génesis*, atribuida á S. Hipólito, é impresa en el tomo II de sus obras, pág. 38, se lee que la mujer de Sem se llamaba *Nahalath Anhuk*, la de Cham *Zetdkathnabbu* y la de Japhet *Arathka*. Los musulmanes titulan á Noé padre y jefe de los enviados de Dios, ó sea de los profetas, y le dan el nombre de *Al-nogi*, que quiere decir *el Salvado* y *el Salvador de los demás*; y añaden que fué enviado por el Señor para predicar á los hombres la penitencia y la unidad de Dios, y que á pesar de su celo y sus esfuerzos solo convirtió á veinticuatro

personas, que se salvaron con él en el arca; que cuando empezó esta grande fábrica todos los hombres se burlaban de él, diciendo: «Trabajo os ha de »costar traer el agua para navío tan grande; por lo visto, progresais mu»chísimo, puesto que de profeta os habeis convertido en carpintero.» «Bur»laos ahora, les replicaba Noé, que ya llegará mi vez: entónces sabreis á »costa vuestra que hay en el cielo un Dios que sabe castigar á los malvados.» Ebn-Abbas supone que Noé, no sabiendo la forma que debia dar al arca, Dios le sacó de este apuro, revelándole que debia tener la figura del pecho de un pájaro, y que para su construccion debia emplear la madera de un árbol llamado en árabe *sag*, igual al plátano de las Indias. Noé lo plantó inmediatamente, y á los veinte años tuvo ya madera suficiente para emprender la construccion del arca, que terminó al cabo de dos años. Esta arca, segun los musulmanes, constaba de tres órdenes: el primero, ó sea la parte superior, era el destinado á las aves; el inferior para los animales domésticos y salvajes, y el centro la habitacion de los hombres. Llegado el tiempo del diluvio, el *horno empezó á hervir y á rebosar*. Los musulmanes creen que Noé heredó de Eva el horno en que empezó á cocer pan, y que cuando Dios quiere anunciar su venganza ese horno empieza á vomitar torrentes de agua hirviendo. De los veinticuatro fieles que entraron en el arca, solo Chanaan, hijo de Cham, no quiso acogerse á ella. Unos suponen que Noé se embarcó en *Couphat*, cerca de la embocadura del rio Tigris, en el golfo Pérsico; otros creen que fué en el mismo lugar en que despues se edificó la ciudad de Babilonia. Despues que el arca hubo empleado seis meses en dar la vuelta al mundo, continuan los autores musulmanes, Dios mandó á la tierra y la dijo: «Tierra, traga tus aguas: cielo agota las que has derramado.» Cumplida la voluntad del Señor, el arca se detuvo sobre la montaña de *Girudi*, donde se oyó esta voz del cielo: *Desgraciados de los impíos*. Tambien es opinion entre los mahometanos que Noé salió del arca el dia diez del primer mes del año arábigo, llamado *Meharram*, y que al saltar en tierra el Patriarca instituyó un ayuno, que aun se conserva entre los árabes, en memoria del dia en que quedó el mundo libre de las aguas del diluvio. Todos los hombres traen su origen de los hijos de Noé. Sem, segun ellos, es padre de los hebreos, de los árabes, de los persas, de los sirios y de los griegos; Japhet lo es de los escitas, mogoles, getas, tártaros, chinos, turcos, hiperbolios y de Gog y Magog, y Cham es el padre de los indios, africanos y de todos los pueblos meridionales. Además de estos tres hijos de Noé los orientales afirman que tuvo otro, llamado *Magheston*, que no se halla mencionado en los libros sagrados de los hebreos. A esto añaden que Dios envió varios libros á Noé y que dejó al morir diez volúmenes, en los que habia escrito las revelaciones y conforme á las órdenes del Señor; pero estos libros, si es

que han existido, no han llegado á noticia de ningun escritor. En Mesopotamia se dice que hay un monasterio llamado *Deir Abouna*, cerca del cual hay un castillo que contiene un sepulcro que la tradicion designa como guardador de los restos de Noé, al mismo tiempo que en la Arabia existe un lugar en la provincia meridional de este país, que trae el nombre de *Ardh-Nouh*, esto es, tierra de Noé. La fábula de Deucalion y de Pirra, su mujer, se ha inventado de la historia de Noé, la que por sabida no reproducimos en este lugar. Basta decir que los paganos han acuñado medallas para perpetuar la memoria de este acontecimiento. Si hemos insistido en las creencias de los pueblos de la antigüedad acerca de Noé, es porque su generalidad es la respuesta más concluyente que puede darse á los sofistas de todas las épocas: una creencia tan universal es sin duda el argumento más fuerte que puede oponerse á negaciones sistemáticas y parciales. Las objeciones que la ciencia hacia en otro tiempo han quedado anonadadas con los trabajos de Leibnitz y Newton; y las que posteriormente se han suscitado han quedado destruidas por la grande sabiduria de Cuvier. Por otra parte, para negar hoy en dia el diluvio es preciso que la ciencia retrograde, y esta desgracia inspira por fortuna poquísimo rezelo á todo hombre pensador.— M.

NOÉ (Marco Antonio de), obispo de Lescar y despues de Troyes. Nació en 1724 en el castillo de la Grimaudiere, cerca de la Rochela, y adquirió profundos conocimientos en teología, distinguiéndose entre los alumnos que en Paris concurrian á las cátedras de esta ciencia. Despues de haber obtenido la licenciatura, fué nombrado vicario general de Ruan, y en 1756 se le confirió la abadía de Simore. Elegido diputado para la asamblea del clero, convocada en 1762, al siguiente año fué promovido al obispado de Lescar en Bearne, y consagrado el 12 de Junio de 1763. Noé supo atraerse las simpatías de todos los corazones con la elevacion de su talento, sus modales nobles y atentos, su carácter amable y su presencia atractiva. Su vida hace notar que Noé fué uno de los cuatro obispos que no se adhirieron á los actos del clero en 1765, atribuyéndose este retraimiento á la influencia que ejercia en su ánimo su hermano el vizconde, estrechamente unido con el P. Lamber. En la época de la revolucion, Noé fué diputado del clero de Bearne á los Estados generales, pero no tomó asiento en ellos porque protestó contra la reunion de los tres órdenes, y se retiró luego á su diócesis. Suprimida su silla en 1790, estableciόse otra en Oleron, cuya jurisdiccion se extendia á todo el departamento de los Bajos Pirineos, en los que se hallaba situada la silla de Lescar. El prelado de esta diócesis publicó un mandamiento para censurar estas innovaciones, y pasó luego á España, trasladándose despues á Inglaterra, donde publicó en 1801 una coleccion de sus obras en 12.° En este año pre-

sentó la dimision de su silla luego que hubo conocido los deseos de Su Santidad, y de regreso en Francia fué nombrado en 1802 obispo de Troyes, falleciendo en su diócesis en el mismo año de su eleccion. Se ha dicho si pocos dias ántes de su muerte el gobierno le habia presentado á Su Santidad para un capelo de cardenal. El museo del Yonne y la Sociedad Académica del Auve, propusieron su elogio para un concurso, habiendo la primera de dichas corporaciones adjudicado el premio en 1804 á Luce del Lancibal, y el *accesit* á Mr. Humbert. Lancibal habia sido muy adicto del obispo, mas renunció despues á sus funciones para dedicarse á la carrera de la enseñanza y del teatro. Su discurso alaba quizá sin medida al antiguo obispo de Lescar, al cual le unian títulos de gratitud. De igual exageracion á favor de Noé adolece tambien el discurso del P. Humbert; uno y otro han sido impresos en Auxerre, 1804, en 8.° con una relacion crítica de Mr. Bernar, secretario del Museo, en la que se demuestra que no debe culparse á Noé sino á su siglo, si no se elevó á la altura de Bossuet y de Fenelon. Este prelado tenia imaginacion, talento y gusto. Su estilo es elegante y armonioso, y se conoce que se habia formado con el estudio de los mejores modelos. Las alabanzas que merecen los escritos que compuso, nos hacen lamentar el que su pluma no hubiera sido más fecunda, ó que á lo ménos no hubiese producido mayor número de composiciones. Si es digno rival del abate Beauvais, obispo de Senes, es superior al abate Boismon y al cardenal Mauri, sin pretender como algunos realzar á Noé, que ha compuesto dos ó tres discursos únicamente, al lado de los primeros modelos de la elocuencia. M. Anguis ha publicado las *obras* de este prelado, en 8.°, y esta edicion contiene algunos documentos que no se hallan en la de 1801, y especialmente una *Reseña histórica*, basada sobre el *Discurso* relativo al futuro estado de la Iglesia, que compuso el obispo de Lescar. Aparte de esta produccion, los escritos más notables de Noé son: un *Discurso* pronunciado con motivo de la bendicion de unas banderas en 1781; una *carta pastoral* con motivo de una grande mortandad de animales que habian hecho considerable estrago en su diócesis, en cuya carta abre una suscricion figurando el primero en ella Noé por la cantidad de cuarenta y cinco mil libras; varios *mandamientos*; un *elogio* de Evagoras, traducido de Isócrates; otro de todos los soldados muertos en la guerra del Peloponeso, que es un extracto de Tucídides y una paráfrasis de la epístola de S. Pablo á los Romanos. Varias otras producciones de este prelado se han perdido para el público: entre otras se citan un *sermon* sobre la limosna, que habia predicado en otro tiempo en París; un *panegírico* de Santa Teresa que habia pronunciado en Tolosa; un *discurso* sobre el sacerdocio, pronunciado en Ruan, y un *discurso* fúnebre del infante de Parma, Don Francisco, que debia serlo en París. —M.

NOE MENART (Juan de la). Véase MENART.

NOEL (Alexandre) conocido entre nosotros por Natal Alejandro, cuya reputacion y escritos fueron tan populares en su época; es uno de los autores más sábios y laboriosos del siglo XVI, cuyo elogio ha sido ya repetidas veces pronunciado. Pero cuanto más célebre es su nombre en la república de las letras, más obligados nos creemos á colocarle entre los de los hombres ilustres, cuya doctrina, virtudes y gloriosos trabajos han aumentado la fama y el honor de la órden de Sto. Domingo y de la escuela de Sto. Tomás. Noel Alexandre nació en Ruan en 19 de Enero de 1639, de padres ménos recomendables por sus bienes que por su probidad. Distinguido desde su juventud por las excelentes cualidades con que la naturaleza le habia favorecido, habia en él un gran fondo de razon, de talento, de juicio, de memoria y de prudencia, y una gravedad tan poco frecuente en su edad, que se creyó deber cultivar estas buenas disposiciones. La facilidad y la superioridad de su genio, le hicieron siempre distinguirse en los ejercicios del colegio, donde más de una vez llevó todos los primeros premios que se acostumbra á proponer para excitar la emulacion de los jóvenes. Tenia apénas quince años de edad, cuando pidió el hábito de Sto. Domingo y le recibió en el convento de Ruan, donde profesó el 9 de Mayo de 1655. Enviado poco despues á París, ocupó siempre en el colegio de S. Jacobo el mismo puesto que habia merecido en el de Ruan cuando aprendia las bellas letras. Sus conferencias, sus disputas, los actos públicos que sostuvo, ó en los que se le oyó argumentar, le ganaron desde entónces una reputacion que fué acreciendo de dia en dia. Sus lecciones de teología y filosofía durante doce años, no le ocuparon de tal manera que abandonase el ejercicio de la predicacion. Miraba este ejercicio como el fin principal de su Orden: algunos sermones que le mandaron predicar, le dieron mucho nombre, porque eran sólidos, sábios y bien compuestos. Pero como no tenia esa facilidad de enunciarse que tanto agrada en el orador, no desempeñó por largo tiempo el ministerio de la palabra. Sus superiores creyeron que sus talentos serían más útiles á la Iglesia, si se dedicaba únicamente al estudio de la Sagrada Escritura y de la tradicion. Fué el *presentado* de su orden en la licenciatura que obtuvo en 1672 y 1675, con un éxito increible. Recibió la borla de doctor en teología de la facultad de París el 21 de Febrero de 1675, y fué elegido al año siguiente por uno de los conventuales de la casa de S. Jacobo. Despues se le encargó de redactar los estatutos, ó de reformar los que se habian hecho anteriormente para el reglamento de estudios del mismo colegio. La aplicacion contínua del P. Alexandre á leer con las luces de la crítica los cánones y los decretos de los concilios, las obras de los Santos Padres, los escritos de los autores antiguos, las actas de los mártires y la historia de la

Iglesia, le habia puesto ya en el estado de aclarar muchas dificultades, y de manifestar en todas ocasiones una erudicion poco comun. El mismo año que tomó el grado de doctor, atacó á Mr. de Launoi, ya por su tratado de Simonía, ya por la Suma de Teología que habia querido este doctor plagiar á Sto. Tomás. Esta primera obra del P. Alexandre fué lêida y aplaudida de los sábios. Mr Colbert, ministro y secretario de Estado, celoso siempre por el adelanto de las ciencias y de las artes, quiso conocer á nuestro teólogo, y apénas le hubo conocido le estimó y favoreció. Este grande hombre, que no descuidaba nada para educar á su hijo el abate de Colbert, arzobispo despues de Ruan, formó una sociedad de las personas más entendidas para celebrar conferencias eclesiásticas que sirviesen á la instruccion del jóven abate: el P. Alexandre formó parte de ella; su talento, su erudicion, la luz que sabia arrojar á las materias más oscuras, todo le mereció desde luego la confianza del prelado, como obtenia ya el aprecio del ministro; ambos le honraron siempre con su amistad y su proteccion. Estas conferencias sin embargo hicieron nacer en el P. Alexandre el pensamiento de trabajar en la historia eclesiástica. Encargado de redactar todo lo que habia propuesto é ilustrado, lo hizo con tanta sencillez y método, que las personas ilustradas de esta asamblea le aconsejaron emprender un cuerpo entero de historia de la Iglesia. Mr. Colbert lo deseaba más que nadie y le animó á esta empresa, cuya difícil y espinosa ejecucion habria acobardado á otro escritor ménos laborioso que el P. Alexandre. La gloria de Dios, la utilidad de la Iglesia, la voluntad de los superiores, pudieron más que todas las consideraciones que hubieran valido para detenerle. Trabajó solo, sin ayuda, sin escribiente, buscando por sí mismo los asuntos, arreglándolos, poniéndolos en limpio con un órden que nadie habia hallado ántes que él, y escribiendo por sí mismo hasta los índices. Esta obra se intitula *Selecta Historiæ Ecclesiasticæ capita, et in loca ejusdem insignia dissertationes Historicæ, Criticæ, Dogmaticæ*, en que el autor manifiesta una profunda erudicion, un completo conocimiento de la antigüedad cristiana y de todo lo que concierne á la fe, las costumbres y la disciplina de la Iglesia en todos los siglos: la manera con que el público aplaudió desde luego su trabajo en casi toda la Europa fué para él una prenda segura de la utilidad que prestaria á la república de las letras. Los sabios y los curiosos hicieron de ella sus delicias. Los que se licenciaban en la facultad de París, creyeron haber encontrado una biblioteca en una sola obra, y los países en que no eran conocidos todavia esta clase de estudios, comenzaron á conocerlos y á dedicarse á ellos. No podemos continuar mejor la historia de este escritor, cuya vida entera fué consagrada á la oracion, al estudio y al trabajo, que haciendo aquí la historia literaria de sus obras, es decir, manifestando el año en que fueron publica-

das y dando al mismo tiempo una ligera idea de lo que contienen. Aunque el P. Alexandre escribió la *Historia del Antiguo y Nuevo Testamento* desde la creacion del mundo hasta el siglo XVII, la comenzó desde luego por el orígen del cristianismo. En 1676 la hizo imprimir en París en tres tomos en 8.° El primero contiene la historia del primer siglo de la Iglesia, compendiada á ciertos puntos principales, que comprenden los sucesos más notables como las persecuciones que ha sufrido, la cronología de los sumos pontífices que la han gobernado, la de las herejías y los herejes que han atacado su santa doctrina, los concilios que han defendido y consagrado sus dogmas, proscribiendo el error; los autores eclesiásticos que han combatido por la fe y que la han ilustrado con sus escritos; y por último, los príncipes, los reyes y los emperadores que reinaron durante los cien primeros años. A esta relacion histórica siguen muchas disertaciones sobre los puntos contestados de historia, de cronología, de crítica ó de dogma, que conciernen á este siglo. Todo está escrito con expresion y sencillez, y en un estilo fácil de comprenderse. Expónense los pasajes en toda su extension, y propónense las objeciones con argumentos y distinciones, segun la forma escolástica. El P. Alexandre siguió el mismo método en la *Historia de todos los siglos*. La primera disertacion del primer volúmen se refiere á los oráculos de las sibilas: el P. Alexandre prueba desde luego que estos oráculos, tales como han sido citados por los Santos Padres y por los autores antiguos eclesiásticos, no son meras ficciones de los cristianos. Sostiene, sin embargo, que los que tenemos hoy en ocho libros, insertos en la Biblioteca de los Santos Padres son supuestos ó corrompidos. Los años del nacimiento, del bautismo y de la muerte de Jesucristo son el objeto de la segunda disertacion. En la tercera prueba que las pretendidas cartas de Abagaro á Jesucristo y de Jesucristo á este rey, son completamente supuestas. Trata despues del orígen de la religion cristiana, de la primacía de S. Pedro, y de los pontífices romanos sucesores suyos; de la eleccion de los siete diáconos y del uso de la suerte en las elecciones eclesiásticas; del Símbolo de los Apóstoles, de los cánones y de las constituciones apostólicas y de la predicacion del Evangelio en España y en las Galias. Se declara por la tradicion segun la cual ha establecido S. Pablo la primera iglesia de España, y no admite la venida de Santiago á nuestro país, en lo que ha sido refutado por nuestros principales escritores. Sostiene la presencia de Magdalena, Marta y Lázaro en la Provenza, y la mision de S. Dionisio el Areopagita en Francia. El P. Alexandre examina además en sus disertaciones críticas lo que debe pensarse de las liturgias atribuidas en otras épocas á S. Pedro, Santiago San Mateo y S. Marcos, y las desecha lo mismo que las antiguas decretales, citadas bajo los nombres de los primeros papas hasta S. Siricio. Habla tambien

de las diferentes colecciones de derecho canónico, de los escritos de S. Dionisio y de las cartas de S. Ignacio mártir. Sus seis últimas disertaciones son una recopilacion de lo que han escrito los Santos Padres contra los errores de Simon el Mago, de Saturnino, de Basílides, de Cerintho, de Evion y de los Nicolaitas. Mr. Dupin dice que este primer volúmen contiene veintiocho disertaciones, pero en la edicion de 1699 son veintinueve. Los tomos II y III de la Teología positiva del P. Alexandre nos presentan toda la historia del segundo siglo de la Iglesia, ilustrada en veinte disertaciones. En la primera prueba el autor sólidamente que no se puede decir que haya salido de los infiernos el alma del emperador Trajano por las oraciones del papa S. Gregorio, sin sostener una fábula y un error, que combaten todos los principios de la religion y de la sana teología. Refuta en los siguientes los falsos dogmas ó los sueños de un gran número de herejes, helceseistas, valentinianos, gnósticos, marcionitas, montanistas, hermogenianos, etc. Se detiene con particularidad en combatir lo que habia escrito Juan Daillé, ministro calvinista, ya contra el sacramento de la Confirmacion ó sobre los ayunos, la cuaresma, la eleccion y uso de carnes. El P. Alexandre examina tambien lo que concierne á la famosa cuestion de la celebracion del dia de Pascua: disputa que hizo mucho ruido en el siglo segundo, ocúpando todavía en el cuarto á los PP. del Concilio de Nicea. Defiende despues la doctrina de S. Justino, de S. Ireneo y de S. Clemente de Alejandría. Confiesa que Tertuliano ha sido montanista, y que siguió los errores de esta secta; pero que no atribuyó cuerpo á Dios, ni combatió el dogma de la consustancialidad del Hijo. Trata, por último, nuestro autor de las versiones de la Sagrada Escritura que se han usado desde los cuatro primeros siglos de la Iglesia, y hablando de la de los Setenta, aprueba la opinion de los que dicen que habiendo trabajado estos intérpretes con separacion en diferentes celdas, habian trabajado todos de la misma manera. Esta opinion no carece de dificultades; pero el P. Alexandre la mira como la más probable, ateniéndose al testimonio de los Santos Padres y de los más célebres rabinos. Reconoce que Aristeo y S. Gerónimo no son favorables á esta opinion, pero les opone la autoridad de S. Justino mártir, de S. Ireneo, de Clemente de Alejandría, de S. Cirilo de Jerusalen, de S. Epifanio, de S. Agustin, de Philon etc. Antes de terminarse al año 1677 apareció el cuarto volúmen, en que ha encerrado nuestro autor y explicado en veintisiete disertaciones la historia eclesiástica del siglo tercero. Despues de una sencilla exposicion de muchas nuevas herejías y una relacion muy compendiada de diferentes persecuciones suscitadas contra la Iglesia por los emperadores Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Galieno, etc., el P. Alexandre habla del crímen de los libeláticos, y de la controversia que se suscitó entre los que habian caido du-

rante la persecucion y el clero de Roma, á quien S. Cirilo se habia unido por sostener la disciplina en todo su vigor. Trata tambien muy á la larga la cuestion de la penitencia pública, que cree haberse usado aun para los pecados ocultos en los seis primeros siglos, y responde á las autoridades que habia alegado Mr. Petit para probar lo contrario. Nuestro autor descubre despues el origen y los progresos de la contienda que hubo entre el papa S. Esteban y S. Cipriano sobre la rebaptizacion de los que habian sido bautizados por los herejes. Manifiesta que S. Cipriano y los obispos de Africa no habian considerado nunca esta cuestion como un dogma de fe, y sostiene que el papa Esteban no ha pretendido nunca autorizar la validez de un bautismo, que se diese por los herejes en otra forma que la que está prescrita en el Evangelio. Todo lo que se refiere á la vida, las costumbres, las virtudes, la ordenacion de S. Cipriano, sus opiniones, su martirio y sus defensores, se halla reunido en diferentes disertaciones. El P. Alexandre hace una para defender al papa Ceferino contra los que le han acusado de haber defendido á los montanistas, y otra para desechar como una fábula lo que se ha dicho de la pretendida caida del papa Marcelino y de su condenacion por un concilio de Sinuesa, que no existió nunca, como tampoco la ciudad de su nombre. La historia del siglo IV da tan vasta materia, que no debe uno sorprenderse de que el P. Alexandre haya encontrado bastante para hacer tres grandes volúmenes, y asuntos para cuarenta y cinco disertaciones. Pero podia uno sorprenderse justamente de ver aparecer así de año en año obras que exigian un grande trabajo y que suponen una lectura casi infinita. Estos tres nuevos tomos fueron, sin embargo, publicados en París en 1678. Sus principales disertaciones se refieren: I. Al concilio romano, bajo el papa Melquiades, en que fué absuelto Ceciliano y condenado Donato; — II. Al de Arlés, contra los donatistas; — III. Las conferencias de Cartago entre los obispos católicos y los que seguian el cisma de Donato; — IV. El cisma de Melecio y su orígen; — V. El segundo concilio de Alejandría contra Arrio; — VI. La época del primer concilio general de Nicea, su convocacion, sus presidentes, el número de los Santos Padres y el sentido de los cánones; — VII. El bautismo y la fe del emperador Constantino; — VIII. La autoridad y los cánones del concilio de Sardica contra la herejía de Arrio; — IX. Las apelaciones de los obispos á la sede apostólica; — X. La época y las diferentes fórmulas de fe del concilio de Sirmio; — XI. Las actas del concilio de Rímini; — XII. La convocacion del segundo concilio general, primero de Constantinopla, el símbolo y los cánones de este concilio, reunido contra los herejes macedonios, que niegan la divinidad del Espíritu Santo. El P. Alexandre habla además de las célebres disputas del siglo IV sobre los términos de consustancialidad é hypostasis, de la caida de Osio, de los combates y de los trabajos de S. Ata-

nasio, de los escritos de S. Gerónimo, particularmente de sus traducciones. Refuta, por último, el libro de David Blondel, y prueba contra este calvinista que la superioridad de los obispos sobre los sacerdotes es de derecho divino, verdad atacada en otro tiempo por Aerio y despues por los protestantes; pero establecida sólidamente por nuestro autor sobre los testimonios de la Sagrada Escritura y de la tradicion. El P. Alexandre, dice Mr. Dupin, corria así con extremada rapidez de siglo en siglo, cuando halló un obstáculo que podia retardar su carrera, por la necesidad en que se habia encontrado de replicar á algunos adversarios. Entre las personas que se aprovechaban de sus vigilias hubo algunas que formaron el designio de hacer notas críticas sobre su obra, y de tratar en su mayor parte las mismas cuestiones; pero de una manera más corta, más atrevida, y prescindiendo de los términos escolásticos. El trabajo no era muy difícil: se puede á bien poca costa adquirir el mérito de abreviador y unirle el de crítico. El mismo autor habia hecho de antemano las tres cuartas partes de la obra con que se le hacia oposicion, bajo un título que parece anunciar un adversario, y que oculta un plagiario en la realidad. Habiendo compendiado este con notas la historia de los tres primeros siglos, y comenzado la del cuarto, todo en un volúmen en 8.°, puso su manuscrito en manos de otro, que comenzó á hacerle imprimir en Ruan, bajo el título de *Animadversiones de la Historia eclesiástica del P. Noel Alexandre.* Salido este, se inquietó el editor del padre Alexandre mucho más que el autor. Obró con actividad, se encargó de reembolsar los gastos de la impresion y la hizo cesar; rompiéronse en su presencia todas las hojas ya impresas, y la nueva obra desapareció por completo. El P. Alexandre continuó la suya con su acostumbrada actividad, viéndose aparecer en tres años (desde 1678 á 1681) la historia de los siglos V, VI, VII, VIII, IX y X en siete nuevos volúmenes. Entre otras muchas herejías del siglo V, las de Pelagio, de Nestorio y de Eutiques causaron grandes turbaciones y ejercitaron por largo tiempo á los pastores y á los santos doctores de la Iglesia. El P. Alexandre ha tratado á fondo estas diversas materias: ha hecho la historia y el retrato de todos estos novadores, ha expuesto sus falsos dogmas y los diferentes estados de su herejía. Habla de sus defensores y de sus principales discípulos, lo mismo que de los escritores católicos más célebres que se propusieron combatirlos, y de los concilios que proscribieron sus errores, particularmente de los concilios generales, I de Epheso y de Calcedonia, en que las herejías opuestas de los nestorianos, que admitian dos personas en Jesucristo, y de los eutiquianos, que no reconocian en él más que una sola naturaleza despues de la union, fueron solemnemente anatematizadas. Reuniendo en seguida, aunque en compendio, lo que S. Agustin y S. Próspero dijeron contra el pelagianismo

y el semipelagianismo; lo que S. Cirilo de Alejandría escribió contra Nestorio, y el papa S. Leon contra Eutiquio, el P. Alexandre refuta los mismos errores con toda la precision y la solidez que se puede desear. La vigésimoquinta disertacion es contra la herejía de Vigilancio, que habia dogmatizado contra el culto y la invocacion de los santos, la virginidad, los ayunos y los milagros, á que llamaba prestigios diabólicos. Combatiendo á este heresiarca refuta nuestro autor al mismo tiempo al ministro Daillé, y ataca á los wiclefitas, luteranos y calvinistas en lo relativo á las reliquias, imágenes, invocacion y el culto de los santos, y explica en lo que debe consistir este culto. La historia del siglo XVI contiene la de treinta y siete concilios nacionales ó provinciales, reunidos en Francia y en España, para restablecer por lo comun la disciplina eclesiástica, y algunas veces para morigerar las desarregladas costumbres de los fieles, corregir diferentes abusos ó terminar algunas disputas. La llamada *de los tres Capítulos* turbó la paz de las iglesias de Oriente y Occidente, y no se terminó por completo hasta la decision del quinto concilio general, II de Constantinopla. Tratábase de definir sobre tres artículos ó tres capítulos, que no se referian directamente á la fe, sino solo á las personas y á los escritos de tres obispos, á saber: de Teodoro, obispo de Mopsuesto, de Ibas, obispo de Edesa, y de Teodoreto, obispo de Cyro. Todos tenian, aun entre los ortodoxos, ilustres defensores y ardientes adversarios. El emperador Justiniano, á quien gustaba mezclarse en los asuntos eclesiásticos, entró mucho más de lo que le convenia en la discusion de este; probó de más de una manera la paciencia del papa Vigilio, á quien habia hecho ir á Constantinopla. El P. Alexandre ilustra sábiamente todos estos puntos, y trata al mismo tiempo de los errores y de los nuevos defensores de Orígenes y de su condenacion. Habla tambien de la persona y de los escritos de S. Gregorio, papa, de S. Fulgencio, de S. Gregorio de Tours y de otros muchos autores eclesiásticos. Concluye la historia de este siglo con una disertacion contra los herejes llamados *agnoites*, porque suponian que Jesucristo habia ignorado el dia del juicio, y desechaban con desprecio todas las explicaciones que han dado los SS. PP. á estas palabras del Salvador: *En cuanto á aquel dia ó á aquella hora, nadie la sabe, ni los ángeles que estan en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre.* La herejía de los monotelitas, que no reconocen más que una sola voluntad y una sola operacion en Jesucristo, hizo mucho ruido en el siglo VII, y en este mismo siglo fué en el que apareció la secta de Mahoma, cuyos sectarios han causado tantos males á la Iglesia y á todos los pueblos cristianos en todas las partes de la tierra. Sábese que Mahoma, árabe de nacimiento, hombre de escasa instruccion y de no buenas costumbres, pero político y astuto, ayudado de un monje llamado Sergio, se propuso fundar una nueva secta, tomada de toda

:

clase de religiones. Reconoce en verdad que no hay más que un solo Dios, pero niega con Sabelio la trinidad de las personas divinas. Sostuvo con Carpocrates que Jesucristo no era Dios, sino un simple profeta; y más ridículamente todavía con Cerdon, que era imposible que Dios tuviese un hijo, puesto que no tiene mujer; que Jesucristo no ha sido crucificado; que los demonios se reconciliarán con Dios al fin del mundo; que Dios tiene cuerpo, y que la suprema felicidad de los hombres debe consistir en los placeres corporales. Tal es la nueva religion, tales son los dogmas que este falso profeta propuso desde luego á pueblos tan bárbaros como él, y que mandó á sus sucesores establecer en todas partes por la fuerza de las armas. Entre las disertaciones con que el P. Alexandre ha enriquecido la historia elesiástica del siglo VII, empleó la quinta en combatir el monotelismo, y la sexta en dar á conocer y refutar la religion mahometana. En el volúmen siguiente representa el orígen y el estado de la nueva herejía de los iconoclastas, sus progresos en el siglo VIII bajo la proteccion del emperador Leon Isáurico y de su hijo Constantino Coprónimo; los sufrimientos y los combates de los defensores de las santas imágenes, y las actas del sétimo concilio general, II de Nicea, que anatematizó el error. El P. Alexandre no ha olvidado la herejía de Félix, obispo de Urgel, y de Elipando, obispo de Toledo, que sostenian que Jesucristo no era Hijo de Dios más que por adopcion. Estas dos herejías son refutadas en dos sabias disertaciones. El autor combate de nuevo al ministro Daillé, y responde sólidamente á todas sus objeciones. Explicando el cánon segundo del obispo de Francfort, demuestra que aunque este concilio al condenar el segundo de Nicea se habia engañado sobre el hecho, ha sostenido la misma doctrina y seguido la misma fe. La traslacion del imperio de los griegos á Carlomagno; la degradacion y el restablecimiento del emperador Luis *el Bueno*; la fábula de la papisa Juana; el cisma de Focio y su condenacion en el octavo concilio general, IV de Constantinopla y último celebrado en Oriente; los errores de Gotescalco, acusado de renovar los antiguos errores de las predestinaciones, su condenacion, sus fautores y sus adversarios; todos estos puntos y otros muchos han dado ocasion al P. Alexandre de hacer otras tantas disertaciones para ilustrar la historia de los siglos IX y X. Hizo una para probar expresamente que en el X no hubo ningun cambio en la doctrina de la Iglesia en lo relativo á la Eucaristía. Habla, por último, de la institucion de los siete electores del Sacro Imperio, y contra la opinion de muchos graves autores, que atribuyen esta institucion al papa Gregorio V, en el concilio romano de 996, pretende el P. Alexandre, que fué hecha por los mismos príncipes del imperio en el siglo XIII, en el reinado de Federico II. Pero esta es una cuestion de hecho, y de un hecho puramente histórico, disputado entre los sabios. Hasta aquí eran ya catorce los volúme-

nes de la *Historia Eclesiástica*, publicados por el P. Alexandre, cuya obra se leia con placer en Francia y se buscaba con instancia en el resto de Europa. Cumplimentábanle los sabios, los obispos y los cardenales. El mismo papa Inocencio XI, de santa memoria, quiso que el cardenal Cibo manifestase al autor la satisfaccion de Su Santidad en una honorífica carta que insertamos á continuacion.

«*Reverendísimo Padre*: Ya habia recibido los libros de la *Historia ecle-*»*siástica*, que habeis publicado hace poco, cuando se me han remitido los »que habeis enviado para presentarlos al soberano Pontífice. Su Santidad, »que los ha recibido con mucha bondad, ha manifestado cuán ventajosa-»mente piensa de vuestra piedad y de vuestro celo por la fe católica, estando »bien persuadido de que no dejais escapar las ocasiones de manifestar pú-»blicamente con cuánta firmeza permaneceis siempre unido á las opiniones »de vuestra santísima Orden, ya en las cuestiones de disciplina ó de doctri-»na, ya cuando se trata de la autoridad ó de la dignidad de la santa sede. »Por todo lo cual me ha mandado Su Santidad daros de su parte la bendi-»cion apostólica, como una prueba de su bondad paternal para con vos. Al »ejecutar esta órden os doy al mismo tiempo mis acciones de gracias por »semejante regalo, como el que debo á vuestra atencion, y esperando una »ocasion para manifestaros más particularmente mi reconocimiento. Roma, »15 de Julio de 1682. — Dispuesto á servir á V. P. — A. CARDENAL CIBO.»

Cuando el P. Alexandre recibia esta carta, hacia imprimir tres volúmenes, que fueron publicados al año siguiente, y en los cuales, además de la historia de los papas que han ocupado la santa sede en los siglos XI y XII, de muchos sínodos que se celebraron, y de un gran número de escritores eclesiásticos que en ellos florecieron bajo su pontificado; se hallan trece eruditas disertaciones para la ilustracion de los puntos más difíciles ó más importantes. La primera explica muy á la larga todo lo que se refiere á la persona, el genio, las costumbres, los errores, la condenacion y la penitencia de Berenguer, arcediano de Angers, á quien se puede llamar el jefe de los sacramentarios y el precursor de los partidarios de Zuinglio y de los calvinistas. En la segunda disertacion trata el autor de las diferencias entre el papa Gregorio VII y el emperador Enrique III, de la paciencia, del valor, de la firmeza y de la constancia de aquel; de los crímenes, de las variaciones y del cisma escandaloso de éste, que se atrevió á reunir un conciliábulo para crear un antipapa y oponerle á Gregorio VII. La materia de las investiduras de los obispos y de los abades, que hizo tanto ruido en el siglo XI, está muy bien tratada en la cuarta disertacion. Despues de haber explicado el orígen y el uso de las investiduras, tal como existia en Alemania y en Inglaterra ántes del pontificado de Gregorio VII, el P. Alexandre

concluye que la Iglesia ha abolido sábiamente este uso, de que los reyes de romanos Enrique IV y Enrique V habian abusado en demasía para oprimir la libertad eclesiástica y hacer un tráfico vergonzoso de los beneficios. La sétima disertacion contiene la historia del célebre Abelardo y la refutacion de sus errores. El autor habla tambien de los tres primeros concilios ecuménicos, celebrados en Oriente y llamados el I, II, y III de Latran. El primero fué reunido para la conquista de la Tierra Santa; el segundo para la condenacion del antipapa Pedro, hijo de Leon; y el tercero contra los cismáticos, ordenado por el antipapa Victor IV. En la décima disertacion, dividida en nueve artículos, se encuentra la historia de Santo Tomás, arzobispo de Cantorbery; sus grandes diferencias con Enrique II, rey de Inglaterra, y todo lo que se hizo en pro ó en contra de este santo mártir. En estas tres últimas disertaciones trata finalmente el autor muchas cuestiones de controversia, relativas al uso del pan ázimo en el sacrificio de la Misa; la presencia real del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en el Sacramento del altar, y el bautismo de los niños. Hablando de las diferencias entre los papas y los emperadores y demás príncipes temporales, el P. Alexandre no ha tomado la precaucion de no dejar ver más que la persona del historiador que refiere simplemente los hechos. Ha querido tambien tratar estas delicadas materias como teólogo y como doctor, lo que se nota en particular en los artículos 9.° y 10.° de la segunda disertacion, en que sostiene que el papa Gregorio VII no tuvo derecho ni autoridad para deponer al emperador Enrique III, y combate todas las razones en que este pontífice se creia apoyado. Esto no podia ménos de prevenir contra él al pontífice reinante, y sus obras fueron proscritas poco despues por un decreto del papa Inocencio XI, dado el 13 de Julio de 1684. No se designa ningun error en particular, pero se condenan en general todos los escritos del P. Alexandre, con prohibicion de leerlos, guardarlos é imprimirlos bajo pena de excomunion *ipso facto* reservada al Papa. Antes de concluirse el mismo año de 1684, publicó nuestro autor, en tres tomos, la Historia de los siglos XIII y XIV, y firme como siempre en los mismos principios, siguiendo las máximas francesas, continuaba escribiendo con el mismo gusto, de manera que un erudito le aplicó estas palabras de un antiguo poeta: *Potuit fulmen meruisse secundum*. En estos tres volúmenes se halla la historia de muchas nuevas sectas, la exposicion y la refutacion de sus errores, de los que son los más conocidos los de los albigenses, wiclefitas, etc.: despues de la historia de los papas, de los concilios y de los doctores católicos que han proscrito ó combatido estas herejías, explica y defiende sábiamente al P. Alexandre la verdad del sacrificio de la Misa y la institucion divina de la confesion sacramental, contra los vaudenses, los albigenses, los discípulos de

Wiclef, de Lutero y de Calvino, y en particular contra el ministro Juan Daillé, á quien anonada con el peso de la autoridad de la Sagrada Escritura y de la tradicion, y del que refuta paso á paso todas las objeciones ó todos los errores contenidos en cuatro libros. El negocio de los templarios, los crímenes de que fueron acusados, sus confesiones, ó las variaciones de algunos, su condenacion y la supresion de su Orden por el papa Clemente V en el concilio general de Viena, todo esto forma parte de la Historia del siglo XIV. La del XV y XVI, que ocupa cuatro volúmenes, se publicó en París en 1686. En ella se refiere muy detalladamente todo lo que la Iglesia católica ha hecho durante doscientos años por la autoridad de sus primeros pastores, por la pluma de sus escritores ó en sus augustas asambleas; particularmente en los concilios de Constancia, de Basilea, de Florencia y de Trento, ya para obtener la conclusion del gran cisma de Occidente y el de Oriente, ó para exterminar las herejías nacientes de Juan Hus, de Martin Lutero, de Calvino, de los anabaptistas, de otros protestantes, de los socinianos, etc. La duodécima y última disertacion contiene en compendio toda la historia del Concilio de Trento, explicando sus cánones y decretos, y responde sólidamente á las objeciones y á las calumnias de los que se han atrevido á atacar la autoridad de esta santa asamblea. Toda la Historia Eclesiástica del P. Alexandre está contenida en veintiseis volúmenes en 8.° La primera edicion no se concluyó hasta 1686, haciéndose al año siguiente la segunda en igual número de tomos, lo que es una inequívoca prueba del aprecio con que la recibió el público. Dos años despues dió á luz nuestro infatigable escritor seis nuevos volúmenes, que contienen toda la Historia Sagrada del Antiguo Testamento. Para dar á conocer la intencion del escritor y todo el plan de su nueva obra, no tenemos más que traducir ó reproducir su prólogo, que es de muy pocas líneas. La época del Antiguo Testamento está dividida en seis partes principales ó seis edades. La primera se extiende desde la creacion hasta el diluvio. El P. Alexandre refiere desde luego la historia de tres maneras: segun Moisés, segun Josefo y segun los paganos. Hace notar que solo en la primera se halla la verdad en toda su pureza; en las otras dos está alterada por las imaginaciones ridículas de los autores judíos, ó por los errores groseros de la teología pagana. Da algunos ejemplos de estos sueños de los rabinos y de estas fábulas paganas. La opinion de que la noche era la madre de los dioses y de los hombres; las edades de oro, de plata, de cobre y de hierro; la caja que Júpiter dió á Pandora para castigar el robo de Prometeo en la persona de los Humanos, el diluvio de Deucalion y otras fábulas semejantes, son invenciones de los poetas, que han disfrazado ó alterado la verdad de la historia con sus ficciones. Despues de estos preliminares da diez disertaciones el P. Ale-

xandre: la primera es sobre la obra de los seis dias ó de la creacion; la segunda del Paraíso terrestre; la tercera de Adan y de Eva; la cuarta de la poligamia de Lamech; la quinta del robo de Enoch; la sexta de los alimentos de que usaban los hombres ántes del diluvio; la sétima sobre lo que se dice en el Génesis, de que los hijos de Dios se casaron con las hijas de los hombres; la octava de los años de los Patriarcas; la novena del tiempo de su vida; y la última del arca de Noé. En la tercera refuta el autor el sistema de los preadamitas, ó de los que han sostenido que ha habido hombres y mujeres ántes de Adan. Justifica en la cuarta la poligamia de los patriarcas que han vivido ántes del diluvio, pero condena la de Lamech. En la quinta prueba contra algunos rabinos que el robo de Enoch no puede atribuirse á su muerte, y habla del libro atribuido á este patriarca. En la octava disertacion, prefiere el P. Alexandre la cronología del texto hebreo á la de los Setenta, y la defiende contra el autor del libro *La antigüedad de los tiempos restablecida*. Hace ver en la última, que segun las dimensiones que Moisés ha dado al arca, podia contener toda clase de animales con los alimentos necesarios para sostenerlos durante el diluvio. La segunda edad se extiende desde el diluvio hasta la vocacion de Abrahan. La historia de todo este tiempo se halla referida en compendio en tres capítulos, y segun las diferentes maneras de que ha sido escrita por el autor sagrado, por Josefo y por los historiadores gentiles. Despues hay seis disertaciones. En la primera pretende probar el P. Alexandre que Japhet era el mayor de los hijos de Noé. Habla en la segunda de los preceptos del derecho natural, comunes á todas las naciones, y de los que los principales se reducen á siete: hay dos relativos á los honores de la divinidad y culto que se le debe; cuatro se refieren á la sociedad y á las costumbres de los hombres; y el sétimo prohibe la crueldad con los animales. La bendicion que Noé dió á sus hijos, y que nuestro autor llama perpétua, se halla explicada en la tercera disertacion. Sostiene en la cuarta que Cainan, que se halla en los Setenta entre los descendientes de Noé, entre Arpharat y Salé, es un nombre supuesto, y procura responder al testimonio sacado del Evangelio segun S. Lucas. En la quinta disertacion habla de la construccion de la torre de Babel y de la confusion de las lenguas. Sostiene que la única lengua conocida ántes y despues del diluvio, hasta esta época, es la lengua santa, que perseveró despues en toda su pureza en la familia de Heber y de Abraham. La sexta disertacion, por último, es del nacimiento de este patriarca y de su paso de la Mesopotamia á la tierra de Chanaan. La historia de la tercera edad del mundo no es ménos curiosa, ni está tratada con ménos habilidad. En el primer capítulo refiere el autor la historia de los 430 años, que han seguido á la vocacion de Abraham hasta la salida del pueblo de Israel de Egipto,

lo mismo que está escrito en los libros sagrados. Concilia de paso las palabras de Moisés con lo que ha dicho S. Esteban en las actas de los Apóstoles, relativo al sepulcro de Abraham; y en el segundo capítulo representa los cambios ó las alteraciones que los judíos y los paganos han hecho en la historia de esta edad. La relacion de los primeros sobre el sacrificio de Isaac está mezclada con una infinidad de fábulas. Dicen que cuando Abraham llevó á su hijo para inmolarle, se puso el diablo al lado de Isaac, y procuró convencerle de que se negase á ofrecerse en semejante sacrificio; pero que Isaac, para expiar el crímen que habia cometido faltando al respeto y obediencia á sus padres, se sometió al suplicio, sabido lo cual por Sara murió de dolor. Añaden por una invencion rabínica que el cordero que fué inmolado en lugar de Isaac, era tan antiguo como el mundo, que fué asado el sexto dia por la tarde. Los paganos pretenden haber tenido conocimiento de este sacrificio, y haberle imitado en los de Ifigenia y Elena. Los mahometanos han hablado tambien de Abrahan á su manera, han dicho que tuvo un nacimiento milagroso, que disputó con Nembrot sobre la unidad de Dios y sobre la resurreccion de la carne, y que habiendo dejado su país para ir á establecerse á la Meca, habia levantado allí los cimientos de un templo. El ignorarse los nombres de los padres de Melquisedec ha hecho que los paganos digan que era hijo del Sol y de la Tierra. Habiendo oido hablar del incendio de Sodoma y de la conversion de la mujer de Loth en estatua de sal, de esto inventaron la fábula de Niobe. En el tercer capítulo el P. Alexandre trata del orígen de los reinos que se fundaron durante la tercera edad del mundo, y habla mucho del gobierno, estudios y religion de los egipcios. Se dedicaban particularmente á la aritmética, astronomía y medicina. Aunque su religion estuvo llena de lamentables supersticiones, esto no impidió el que fuesen sabios en el gobierno, y que administrasen la justicia con mucha equidad. El que presidia sus juicios llevaba el retrato de la Verdad grabado en un diamante colgado al cuello con una cadena de oro. Al tratar nuestro autor de la teología de los egipcios, desecha la opinion de un sabio que sostiene que Moisés fué colocado por estos pueblos en el rango de los dioses con el nombre de Osiris y de Apis. No cree sostenible la opinion de los que han supuesto que Apis y Serapis eran símbolos, bajo los cuales honraron los egipcios á José como Dios. A estos tres capítulos siguen diez y seis disertaciones en las que el padre Alexandre trata: —I. De la morada de los hebreos en Egipto; —II. Del robo de Sara; —III. De lo que se refiere á la persona y á la calidad de Melquisedech, que algunos han creido falsamente haber sido el hijo de Dios, ó el Espíritu Santo, una virtud celestial ó un ángel; —IV. Habla de los límites de la tierra de promision; —V. Del casamiento de Abrahan con Agar; —

VI. De la institucion y de la antigüedad de la circuncision; refuta la opinion de los que siguiendo á Herodoto han referido su origen á los egipcios;— VII. Condena á Loth de pecado y de imprudencia por haber querido exponer sus dos hijas á la lubricidad de los sodomitas, aunque no lo hiciese más que para salvar el honor de dos extranjeros que habia recibido en su casa. La octava disertacion es sobre el sacrificio de Abrahan; la novena sobre la accion de Jacob, que engaña á su padre para hacerse bendecir en perjuicio de su hermano mayor; la décima sobre el crímen de los hijos de Jacob que engañan y degüellan á los sichimitas para vengar la deshonra de su hermana. En la undécima disertacion trata el P. Alexandre de la historia de Judá y de Thamar; no quiere que se atribuya á los cananeos la ley que obligaba á casarse con la viuda de su hermano muerto sin hijos, y refuta á algunos rabinos sobre la fornicacion, haciendo ver que ha estado siempre prohibida entre los judíos. La duodécima disertacion es para explicar el oráculo de Jacob y la bendicion que dió á su hijo Judá; la décima tercera se refiere á la historia de Job; la décima cuarta á las plagas que Moisés ocasionó en Egipto; la décima quinta á la aparicion del Señor á Moisés; la décima sexta, por último, es una recopilacion de lo que han escrito los intérpretes de la Escritura Sagrada sobre la Pascua de los judíos, su institucion, lugar, tiempo y manera de comer el cordero pascual. El P. Alexandre refiere despues la historia sagrada de la cuarta edad del mundo, es decir, desde la salida de Egipto hasta la construccion del templo; y no se sirve desde luego más que de los libros sagrados para hacer la historia de Moisés y del pueblo de Dios en el desierto, de Josué, de los jueces, y de los dos primeros reyes de los hebreos. Hace notar despues las alteraciones que han hecho los judíos; pues Josefo parece dudar si el paso por el mar Rojo debe atribuirse á una proteccion milagrosa del cielo, ó á causas puramente naturales. Disimula el crímen que cometieron los hebreos adorando al becerro de oro. Philon le disminuye tanto como puede, y le achaca á un corto número de personas para vindicar á la nacion. Rabbi Salomon le atribuye únicamente á los prosélitos egipcios, y otros acusan solamente á Jannes y á Mambrés. La vida de Josué, la historia de los jueces y de los reyes, no han sido ménos alteradas que la del santo legislador, como lo hace ver el P. Alexandre, manifestando estas alteraciones. Pero las variaciones hechas en esta historia por los paganos son mucho mayores todavía. La salida de Egipto está extrañamente desfigurada por la relacion que han hecho Manethon, Appion, Simmaco, Justino, Tácito y otros historiadores profanos. Algunos de ellos dicen que los israelitas fueron desterrados por el rey de Egipto porque eran leprosos. Otro añade que despues de seis dias de marcha, se llenaron de úlceras, que les obligaron á descansar, y

que de aquí ha procedido el dia del reposo, ó la institucion del sábado. Estos paganos han abusado todavía más de los libros sagrados, aplicando á Mercurio, Baco, Typhon y otros héroes y falsos dioses, lo que ha dicho la Escritura Sagrada de Moisés. La historia profana de esta cuarta edad forma tambien una parte del trabajo del P. Alexandre. Da la cronología y la historia de los reyes que han reinado en aquel tiempo en Egipto y Fenicia, en la Asiria, en la Argólida, en Creta, y refiere los sucesos más notables de la historia. Fija el tiempo en que fueron llevados á Grecia los caractéres de las letras, el de la institucion de los juegos istmicos; en el que se distinguieron las Amazonas por sus maravillosas hazañas; el de la toma de Troya; y el de la fundacion de Cartago, que es una prueba de que Eneas y Dido no se vieron nunca. El P. Alexandre ilustra la historia sagrada segun su costumbre, con muchas eruditas disertaciones en que habla: I. De los despojos de Egipto que se llevaron los israelitas licitamente;—II. De los preceptos naturales de la ley de Moisés, y particularmente de los del decálogo;—III. De las ceremonias de la ley, en que prueba contra Marsham, que estas ceremonias no procedieron de los paganos. Demuestra al mismo tiempo que Dios no solo habia permitido sino tambien ordenado los sacrificios, no porque le fueran agradables en sí mismos, sino porque eran verdaderamente útiles á los israelitas. En otra disertacion trata ampliamente el P. Alexandre del gobierno de los judíos, de sus leyes, de sus juicios y de sus magistrados. La adoracion del becerro de oro, la serpiente de bronce, la profecía de Balaam y la muerte de Moisés, son el motivo de otras cuatro disertaciones. El P. Alexandre examina, por último, quién es el autor del Pentatéuco, de los Salmos y de los demás libros sagrados que se han escrito en aquella edad, y trata de los puntos de cronología que conciernen á los libros de Josué y de los Jueces. Al hacer la historia de la quinta edad del mundo, que comienza en la fundacion del templo de Salomon y concluye en el tiempo en que los judíos fueron llevados cautivos á Babilonia, acuerda el P. Alexandre, tanto como le es posible, las contradicciones que parecen hallarse en los libros sagrados con motivo de los años de los reinados de los reyes de Israel y de Judá. Hace tambien un compendio de la historia del mundo, y representa la sucesion de los reyes de Egipto, de la Asiria, de Caldea y de Tiro, de los arcontes de Atenas, de Corinto, de Lacedemonia y Argos. Refiere sus guerras, y principalmente las que algunos de estos príncipes han tenido con los judíos, la varia fortuna de sus armas, el progreso y la decadencia de sus estados. Las leyes de Solon estan aplicadas con bastante amplitud, con los motivos que tuvo este legislador para hacerlas. Como el imperio romano se elevó sobre las ruinas del de los griegos, no refiere aquí más que el orígen de Roma y los primeros triunfos de sus armas durante los cinco reyes,

de los que el último es el anciano Tarquino que reinaba al fin de esta quinta edad, en la época en que los judíos sufrian el yugo de la esclavitud. En las disertaciones que siguen á esta narracion histórica prueba el P. Alexandre, contra un escritor moderno, que Salomon no imitó en la construccion del templo á los egipcios, ni á los demás idólatras, sino que siguió la órden de Dios, intimada á su padre David y á él mismo. — II. Habla de la reina de Sabá que fué á Jerusalen para admirar ó conocer la sabiduría de Salomon. — III. Agita la cuestion de la salvacion de este príncipe. — IV. Examina cuáles son los libros de que es autor. — V. Habla de la sedicion de Jeroboam y de la idolatría de Israel, que abandonó el culto del Señor para adorar los becerros de oro, y prueba que estos becerros de oro no eran símbolos del verdadero Dios, ni monumentos elevados para honrar la memoria de José, sino ídolos formados á imitacion de los de Egipto. — VI. Explica algunas dificultades relativas á los profetas Elías y Eliseo y Aman el sirio. — VII. Habla del signo milagroso dado al rey Ecechías, para asegurarle de su próxima curacion. — VIII. Concilia los libros de los Reyes y de los Paralipómenon con los evangelios de S. Mateo y de S. Lucas sobre la genealogía de Jesucristo. — IX. Refiere la vida de los doce profetas menores, establece la autoridad, y explica el cumplimiento de sus profecías. La persona y el libro de Tobías son el objeto de la última disertacion. En la sexta edad del mundo explica nuestro autor la historia del pueblo de Dios: I. Durante los setenta años de caul verio; — II. Desde el regreso de Babilonia hasta el tiempo de los macabeos; — III. Durante su gobierno y el reinado de Herodes, hasta el nacimiento de Jesucristo. Habla de las diferentes sectas de los judíos, de los samaritanos, de los saduceos, de los fariseos, de los escribas, de los esenianos, de los herodianos, etc. El P. Alexandre hace notar, segun su costumbre, lo que los judíos ó los paganos han cambiado ó alterado en esta historia, y da en compendio la de los griegos y de los romanos. Añade á todo esto diez disertaciones. La primera se refiere á los profetas que han escrito en esta sexta edad; prueba en particular que Daniel es autor del libro que lleva su nombre, y que la historia de Susana y de Bel es realmente suya. Explica en la segunda la profecía de las setenta semanas, y demuestra que se ha cumplido en Jesucristo. Fija en la tercera el principio y el fin de los setenta años de cautiverio. En la cuarta trata tres cuestiones sobre Esdras, á saber, si ha arreglado por completo los libros sagrados? Si es autor de los puntos de la lengua hebrea? Si procede de él la cábala? El P. Alexandre sostiene: I. Que Esdras no ha arreglado por completo, sino solamente revisado y corregido los libros canónicos; — II. Que los puntos de la lengua hebrea son mucho más modernos que Esdras, é inventados por los Masoretes; — III. Que Esdras conoció indudablemente la cábala, si se toma por el sentido

místico de la Escritura Sagrada; pero que si se entiende por esta palabra el arte cabalístico de los nuevos judíos, que consiste en cambiar ó combinar á su manera las diferentes letras de los libros sagrados, para sacar el sentido ó la prueba de los dogmas de la religion, la cábala no es más que un juego, una supersticion algunas veces, ó una impiedad que sin crímen no podria atribuirse á Esdras. El P. Alexandre habla despues de los autores de los libros sagrados escritos en la edad sexta y de la version de los Setenta. Trata despues de la patria de Herodes, y sostiene que siendo idumeo, debe pasar por extranjero entre los israelitas. Concluye por una crítica del célebre pasaje de Josefo relativo á Jesucristo, y sostiene que este pasaje es realmente de este autor. El P. Alexandre dió á esta obra la misma forma que á la precedente, porque la hizo con el objeto de que los jóvenes bachilleres pudiesen servirse de ella en sus argumentaciones, y encontrasen en este libro la materia digerida y arreglada. Durante la publicacion de esta série de volúmenes de la *Historia Eclesiástica*, nuestro autor dió á luz otras obras y algunas disertaciones separadas. Además de la que habia publicado en 1675 para combatir el tratado de Mr. de Lannoi sobre la simonía y vindicar á Sto. Tomás, á quien disputaba este autor la Suma Teológica, dió á luz otra segunda contra los editores de las Actas de los Santos, para probar que el oficio del Santísimo Sacramento es del santo doctor; una tercera en forma de diálogo entre un dominico y un franciscano, para combatir la opinion mal fundada de que Sto. Tomás hubiese sido discípulo de Alejandro de Halez; y una cuarta, que es un panegírico del ángel de las escuelas. Tuvo tambien una controversia literaria con el P. Frassen franciscano, de que referiremos el motivo. En uno de sus volúmenes de *Historia Eclesiástica* el P. Alexandre al hablar de la Vulgata, sostenia que despues de las correcciones de los papas Sixto V y Clemente VIII, quedan todavía faltas en esta version, que estas faltas pueden ser siempre corregidas por la Santa Sede, que los sabios pueden proponer sus conjeturas sobre estas correcciones; que el Concilio de Trento, al declarar la Vulgata auténtica, no la ha preferido al texto hebreo ni al texto griego, y que es un sueño decir que el texto hebreo haya sido corrompido por los judios. El P. Frassen atacó este sistema en sus *Investigaciones bíblicas*. No tardó mucho tiempo nuestro autor en defenderse, y publicó poco despues una *Disertacion apologética y anticrítica* contra el P. Frassen, en la que sostiene su opinion con nuevas pruebas, y responde sólidamente á todas las objeciones de su adversario. Esta disertacion, publicada en el año 1682, se ha insertado despues en la *Historia Eclesiástica* con aprobacion de los sabios. El P. Alexandre tenia admiradores no ménos que críticos, pero los mismos críticos no podian dejar de admirar la extension de sus luces y de elogiar la belleza de sus obras. El

autor de las *Reflexiones sobre las reglas y sobre el uso de la crítica* no es siempre de la opinion de nuestro escritor: hé aquí, sin embargo lo que dice de él: «La profunda erudicion del Rdo. P. Alexandre: el aplauso general de todos los sabios, la estimacion y la aprobacion del público, son legítimos augurios del mérito de esta gran lumbrera de la orden de Sto. Domingo. La extension solo del plan de su *Historia Eclesiástica* que contiene lo más notable que ha pasado desde el principio del mundo hasta el presente con relacion á la religion, no ha sido superior á las fuerzas del vasto genio, ni de la capacidad admirable de este doctor, aunque tuviese materia bastante para agotar la ciencia y ocupar las vigilias de muchos sabios. Tiene la gloria no solo de haber sido el primero en formar un proyecto tan vasto, sino tambien de haberle ejecutado. Que se recorra lo más elevado, lo más profundo y lo más misterioso que hay en la Escritura Sagrada, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, lo más espinoso, más difícil y más curioso de la historia eclesiástica y profana, y nada se ha escapado á la penetracion de sus investigaciones. Las controversias con respecto á la religion, que han ocupado y con frecuencia detenido á los mayores talentos: las dificultades más espinosas que se han formado hasta el presente sobre las cuatro grandes monarquías del mundo, sobre los soberanos pontífices y los emperadores, sobre las persecuciones y los concilios, sobre las herejías y sobre todo lo que hay más notable en lo que compone la historia de la Iglesia, ó que tiene alguna relacion con esta historia, ya con respecto á los tiempos, á los lugares, á los hechos, á las doctrinas, á las personas y á las diferentes órdenes; todo esto se halla perfectamente desarrollado y aclarado en las disertaciones históricas, cronológicas, críticas y dogmáticas de su *Historia Eclesiástica*. El talento, el saber, el buen sentido que reinan en toda esta obra, por no decir nada de los otros tratados de este hábil dominico; la crítica juiciosa, fina y desinteresada que ha hecho de los escritos de los Santos Padres y de los autores eclesiásticos y profanos; el orden natural; por último, la prodigiosa diversidad de las materias y la solidez con que las trata, le han adquirido una reputacion y una estimacion tan general, que subsistirá por tanto tiempo como las producciones de su espíritu continuen en manos del público: se puede decir, sin temor de engañarse, que jamás se ha hecho elogio más justo que el de los doctores, que han aprobado la *Historia Eclesiástica* de este grande hombre, cuando le han llamado una fuente pura é inagotable de doctrina, donde tanto los que que estan poco adelantados como los sabios pueden beber las aguas de la más profunda sabiduría. *Fons est doctrinæ purus et perennis, ex quo non tirones modo, sed et eruditi quique rencondittorem sapientiæ aquam haurisse possint.*» En la continuacion de su trabajo procuró el P. Alexandre nueva

ventajas á los literatos, y mereció recibir nuevas muestras de la satisfaccion pública. Escribió algunas obras en francés, entre otras un *Compendio de la fe y de la moral de la Iglesia, sacado de la Escritura Sagrada*. Este tratado, que se publicó en París en 1686, fué reimpreso en 1688 en dos tomos en 12.° Su *Teología positiva* fué seguida tambien bastante cerca de su *Teología dogmática*, que publicó en diez volúmenes en 8.° en 1694: al año siguiente se hizo en Venecia una nueva edicion de esta obra. Sin embargo, habiendo recomendado en 1696 el ilustre arzobispo de Ruan, Santiago Nicolas Colbert, á sus curas la lectura de la *Teología dogmática y moral* del P. Alexandre, hubo un teólogo que en el mismo año se dirigió á este prelado so pretexto de proponerle dificultades. El arzobispo dió una carta pastoral contra este escrito, que fué tratado de libelo, y el P. Alexandre publicó en 1697 una obra titulada *Ilustraciones de las pretendidas dificultades propuestas á Monseñor el Arzobispo de Ruan por un eclesiástico de su diócesis sobre diferentes pasajes de los libros cuya lectura recomienda á su clero*. A estas ilustraciones siguieron algunas cartas, en las que muchas personas creyeron que no habia tenido parte nuestro autor, pero un escritor de grande reputacion, que no era de este parecer, publicó sucesivamente nueve cartas contra él. El P. Alexandre respondió con otras seis que se publicaron en el mismo año de 1697. Su Majestad creyó oportuno imponer silencio á los dos partidos. Moreri dice que las cartas en pro y en contra del P. Alexandre fueron reimpresas aunque mutiladas en Lion, y que se hizo de ellas en 1698 una edicion más exacta en Self (Países Bajos). Habiéndose casi agotado en 1699 los ejemplares de la *Historia Eclesiástica*, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, hizo el autor una nueva edicion en ocho tomos en fólio, que dedicó al Rey. Habiendo encontrado el medio de hacerse con las notas que los autores romanos habian puesto á muchas de sus proposiciones, las publicó todas exactamente en 1684, poniéndola cada una en su lugar con la respuesta ó explicacion. No quiere esto decir que unas y otras sean siempre sólidas, pero al ménos es cierto que se nota en todas la modestia y la erudicion del P. Alexandre. Debemos traducir aquí una parte de su prefacio en que expone la manera de que ha hecho su apología y las razones que ha tenido para hacerla. «El solo »deseo, dice, de dejar la verdad en su lugar, y la necesidad de una justa »defensa, me han obligado á dar más explicaciones sobre las notas de los »religiosos censores. Lo he hecho con toda la moderacion y el respeto que »conviene, y las he colocado en todos los capítulos, en las disertaciones, »preguntas y artículos en que se habia creido hallar algo reprensible. Espero »que ningun amigo de la verdad ni de la equidad vituperará en esto mi con»ducta. Siempre se ha dejado á los autores acusados la libertad de defen»der sus escritos con justas apologías. Los sabios no ignoran que esto es lo

»que han practicado en otras épocas S. Dionisio de Alejandría, S. Geróni-»mo, Orosio, Julian obispo de Toledo; y en los siglos posteriores Alfonso »*el Tostado*, obispo de Avila, Juan Pico de la Mirándula, Luis Thomassin y »otros muchos ilustres escritores. A ejemplo de estos Santos Padres y de es-»tos célebres autores, he creido poder poner las explicaciones necesarias al »lado de las notas que los religiosos censores han puesto á mi *Historia Ecle-»siástica*. Explico mi pensamiento si ha parecido algunas veces oscuro. »Cuando la verdad es notoria, la defiendo, porque nada puede vencerla. Re-»conozco sinceramente lo que es mio, y rechazo lo que se me atribuye gra-»tuitamente. Lo que he referido simplemente como un hecho histórico y no »como un dogma, lo doy por lo que es y suplico que se tome lo mismo. Pro-»pongo como opinion lo que no es más que opinion. Y siempre que se pre-»senta la ocasion me apresuro á demostrar mi profundo respeto hácia la »santa sede apostólica, y mis sentimientos con respecto á la suprema auto-»ridad del Soberano Pontifice en todo el mundo cristiano y los privilegios »singulares que ha recibido de Jesucristo y que son reconocidos de toda la »Iglesia. No me creo tan arrastrado del amor propio, que esté convenci-»do de que no me he engañado nunca: los sabios habrán notado quizá que »me he perfeccionado trabajando, pero no me avergüenzo de confesar que »en la misma edad en que me hallo, me creo muy distante de la perfeccion ó »del privilegio de escribir sin errores. El mayor ó menor número de faltas »y la disposicion á reconocerlas ó la tenacidad en sostenerlas, forman toda »la diferencia entre los escritores. Me creo en seguridad, porque estoy sin-»cera y fuertemente adherido á la cátedra de S. Pedro, como al centro de la »unidad sacerdotal, de donde recibimos los oráculos de la verdad, los dog-»mas de la fe ortodoxa, las reglas de las costumbres y de la disciplina; en »una palabra, el sagrado depósito que ha recibido ella misma de los após-»toles y que por una sucesion no interrumpida de pontífices se ha trasmitido »hasta nosotros. Siendo la Iglesia Romana la madre y la maestra de todas »las iglesias, como el Papa es el primero y el supremo juez de todas las »doctrinas y de todos los libros, á su exámen y á su juicio someto con el »respeto y la obediencia de un hijo y de un discípulo dócil, no solo esta »obra, sino tambien todas las que he escrito hasta aquí ó pueda escribir en »lo futuro, para recibir de su autoridad la aprobacion necesaria y la correc-»cion de lo que debe ser corregido.» Acababa de publicarse esta nueva edi-cion que fué seguida de algunas otras, cuando dió el autor á luz una obra intitulada: *Paralipómenos de la Teología moral ó coleccion de cartas sobre el arreglo de las costumbres y la decision de muchos casos de conciencia*. Poco despues reunió este escrito con su *Teología dogmática y moral*, que fué im-presa de nuevo, dividida en cinco libros, con diferentes aumentos. Segun el

juicio de los autores del *Diario de los sábios*, se halla en esta obra una explicacion sólida de los dogmas de la fe y de los preceptos de la moral evangélica. El P. Alexandre no propone ni sus propios pensamientos, ni las opiniones particulares de ninguna escuela, sino la doctrina de la Iglesia católica, fundada en la autoridad de la Sagrada Escritura y de la tradicion. Sobre estos principios trata las materias que se refieren á los beneficios, la simonía, la usura, la mentira, los equívocos, y decide un gran número de cuestiones dogmáticas y morales. El P. Alexandre no se ha contentado con ejercitarse él mismo en la moral dogmática, sino ha querido tambien dar sus reflexiones sobre la moral de la cátedra y las reglas de la predicacion. En un libro que tuvo dos ediciones en 1701 y 1702 ha dado modelos de sermones ó de homilías, cuyos pensamientos estan sacados de la Sagrada Escritura ó de los Santos Padres. Su método consiste en explicar desde luego el Evangelio segun el sentido literal, sacando despues instrucciones morales. Los predicadores que quieran tratar sábia y sólidamente la palabra de Dios, leerán con fruto esta obra dividida en tres partes. Para no dejar ninguna parte de la teología sin ocuparse de ella, el P. Alexandre entró en la vasta carrera de la Escritura Sagrada, y como su primer obra en este género, dió en 1703 un *Comentario* perfecto sobre los cuatro libros del Evangelio. En cada capítulo pone el sentido literal y el sentido moral por separado. Su método consiste en comparar los pasajes de la Sagrada Escritura que se relacionan los unos con los otros, y sacar de los padres de la Iglesia las explicaciones de estos pasajes. Hace profesion de no decir nada suyo, sigue la Vulgata, y se abstiene de citar á los autores profanos y aun á los católicos que han dado sentido nuevo á algunos pasajes de la Sagrada Escritura. Pero escuchemos á nuestro autor, que nos enseña el motivo que le ha hecho emprender este Comentario y el órden que en él ha observado. «Habiendo publicado ya diferentes obras, he resuelto, dice, bus»car algun solaz en la lectura de las Escrituras sagradas y pasar el resto de »mi vida en esta clase de meditaciones. He tomado en mis manos el santo »Evangelio para alimentar mi espíritu, fortificarle y consolarle con la con»tínua lectura de los preceptos de Jesucristo y de sus ejemplos. Este estudio »tiene tanta dulzura y tanto atractivo para mí, que cualquiera otra ocupa»cion no puede ménos de disgustarme ó desagradarme. Casi me arrepentiria »de haber empleado el tiempo en otros escritos, si estos escritos no se refi»riesen á las cosas sagradas y si no se hubiesen emprendido por la utilidad »de la Iglesia. ¿Hay nada más dulce que escuchar al mismo Dios que habla, »y aprender de su Verbo la manera de conversar con la Divina Majestad? Mi »designio en este Comentario es dar una exposicion seguida del santo Evan»gelio, segun los cuatro evangelistas: proponer separadamente el sentido li-

»teral y el sentido moral, y sacar la explicacion, tanto de la comparacion de »los diferentes textos como de la doctrina de los Santos Padres, pues en esta »clase de estudios y trabajos no creo sea permitido buscar la originalidad, »ni quitar nada á la antigüedad. Asi he resuelto no presentar en toda esta »obra más que la doctrina pura y antigua, tal como la he aprendido en la »escuela de la Iglesia católica, apostólica y romana. La Vulgata, consagrada »hace tantos siglos por los decretos y el uso de la Iglesia universal, es la ver- »sion que he seguido religiosamente; pero no he dejado de observar algunas »veces la fuerza de la expresion que hallamos en el texto griego ó en las ver- »siones orientales. No se ha presentado ningun texto á propósito para esta- »blecer ó confirmar los dogmas de la fe y los preceptos de las costumbres de »que no haya procurado dar el sentido y notar el objeto. Y esto es, si no me »engaño, lo que deben hacer todos los intérpretes ortodoxos en sus co- »mentarios sobre las Sagradas Escrituras. Como muchos sabios han traba- »jado ya con éxito en explicar la concordia y la armonía de los cuatro evan- »gelistas, me he contentado con tocar ligeramente la misma materia, y no »me ha parecido digno de la grandeza del objeto mezclar las sentencias, »aunque por otra parte excelentes, que se hallan en los libros de los oradores »profanos, de los poetas y de los filósofos. Por la misma razon no he que- »rido aprovecharme de lo que me podrian proporcionar los rabinos, los he- »terodoxos y ciertos comentadores católicos demasiado poco afectos á la an- »tigüedad. Por el contrario, he hecho notar sus errores y los he combatido, »porque miro el deseo de manifestar su erudicion, dando á las sagradas »Escrituras nuevos sentidos, desconocidos de los antiguos, como una vana »ostentacion indigna de un ministro de Jesucristo. Consiento en que los »amigos de novedades hasta en la doctrina sagrada, se quejen aquí de mí; »siempre que no pueda acusárseme de haberme alejado en algo de la opi- »nion unánime de los Santos Padres, ó de la explicacion que la Iglesia ca- »tólica ha dado siempre á los textos que me he propuesto explicar; procu- »rando principalmente explicar el sentido espiritual por la misma palabra »de Dios y segun los santos doctores, he procurado particularmente la uti- »lidad de los predicadores y de los pastores de las almas, encargados de ex- »plicar el Evangelio á los fieles. La Iglesia se ha establecido y extendido por »medio de la predicacion, y por este mismo ministerio continua alimentando »la fe de sus hijos y arreglando sus costumbres. Era, pues, conveniente dar »á los ministros de la palabra divina materia abundante, tanto más preciosa »cuanto que estaba sacada del mismo fondo del Evangelio. Seria de desear »que los que ocupasen hoy las cátedras evangélicas, volvieran á seguir el »antiguo uso de proponer la palabra de Dios, uso tan familiar á los Santos »Padres y á los primeros obispos, que comenzando siempre por explicar el

»sentido literal de la Sagrada Escritura, sacaban de ella asunto para todas »sus reflexiones morales, para instruir sólidamente á su auditorio y para »conmoverles. Consideren los maestros de la elocuencia sagrada y nuestros »célebres predicadores, si esta práctica, consagrada por la antigüedad, no es »preferible al uso de hoy, de limitarse á un solo texto, concebido en po- »cas palabras y olvidado despues por el predicador, á quien no se ve ocupa- »do más que en llenar su discurso de hermosos retratos, de giros ingeniosos »y de todos los adornos de una elocuencia muelle y estéril, poco á propósito »para instruir, mucho ménos para interesar y conmover el corazon. De aquí »procede que las conversiones son ahora tan raras, aunque el número de los »predicadores quizá nunca haya sido mayor ni más grandes los auditorios. »Me creeria afortunado si este Comentario, la última quizá de mis obras, sir- »viese en algo para la edificacion y la utilidad de la Iglesia. Aunque viejo y »cansado, no me negaré sin embargo á emplear el resto de mis fuerzas en »el trabajo cuando lo ordenen los superiores, y pueda en esto contribuir á »la gloria de Dios y al servicio de la Iglesia.» El P. Alexandre no puso su nombre á muchas obras pequeñas que publicó á últimos del siglo XVII ó principios del XVIII. Tales son: 1.ª *Una coleccion de muchos documentos en defensa de la moral y de la gracia de Jesucristo*, impresa en 1698. —2.ª *La apología de los misioneros dominicos de la China, ó respuesta al libro intitulado: Defensa de los nuevos cristianos*, impresa en 1699. —3.ª *Conformidad de las ceremonias chinas con la idolatría griega y romana para servir de confirmacion á la apología de los misioneros dominicos de la China, por un religioso doctor y profesor en teología*, impresa en 1700. —4.ª *Siete libros de un doctor de la Orden de Sto. Domingo, sobre las ceremonias de la China.* Todos estos libros fueron traducidos al poco tiempo al italiano é impresos por segunda vez en Colonia. El autor recibió muchas felicitaciones no solo de parte de sus ilustres amigos, acostumbrados á escribirle desde los diferentes reinos de Europa, sino tambien de dos obispos, vicarios apostólicos en el país de los infieles. Estas dos cartas fueron la una de Mr. Cárlos Maigrot, obispo de Conon, fechada en Foquien, en la China, el 11 de Diciembre de 1701. La otra de Mr. Luis de Cicé, obispo de Sabula y vicario apostólico en el reino del Japon. Hé aquí los términos en que esta se halla concebida: «Siempre, Rdo. Padre, que leo las obras sobre las materias debatidas en- »tre los misioneros de la China, creo una gracia especial que ha hecho »Dios á las misiones de Oriente haberos inspirado un designio tan bello y »piadoso, siendo siempre muy útil, que en puntos de tan grande importan- »cia, un hombre tan ilustrado y sábio como vos dé su opinion, trate las co- »sas á fondo, haga sabias y doctas reflexiones, y no tema decir públicamente »su parecer. Os aseguro, Rdo. Padre, que vuestra opinion es de gran peso

:

»en el espíritu de las personas que tienen el honor de conoceros. Sea lo »que quiera lo que suceda en Roma, estoy convencido de que nuestros mi- »sioneros de la China tendrán un gran consuelo al saber que habeis abrazado »su causa. La censura de la Sorbona será tambien para ellos un augurio »muy cierto, y les dará esperanzas de que la Santa Sede confirmará lo que se »ha hecho por hombres tan sabios. Si tal es la decision, bendecirán á Dios. Si »les es contraria, le bendecirán tambien por haber hecho lo que se creian »obligados á hacer en conciencia; quedarán tranquilos y seguirán exacta- »mente las reglas que se les hayan prescrito; ellos en la China y yo en Siam, »esperaremos las noticias del fin de esta famosa lucha. Si dura algun tiempo »todavía, no dudo, Rdo. Padre, que os mezclareis en ella, y que hareis »otras obras; deseo por lo tanto que me envieis estas últimas obras: ten- »go las primeras, y desearia tener completas todas las que habeis hecho »sobre estas materias; las leeré con alegría, y espero aprovecharme mu- »cho de ellas. Os suplico sobre todo me encomendeis en vuestras ora- »ciones. Soy, mi Rdo. Padre, vuestro muy humilde y obediente servidor, »Luis de Cicé, obispo de Sabula, vicario apostólico de Siam, del Japon etc. »En Chandernagor, en el reino de Bengala, á 25 de Diciembre de 1702.» Despues de los pequeños tratados de que acabamos de hablar, el P. Alexandre no escribió más sobre esta materia, que fué, por último, solemnemente decidida segun sus deseos por una bula del papa Clemente XI, de 19 de Marzo de 1705. Habiendo elegido al año siguiente la provincia de París al P. Alexandre por su superior, trabajó con mucho celo durante cuatro años en llenar todos los deberes de su cargo, deseoso de sostener al mismo tiempo que de restablecer la disciplina regular y de hacer florecer los estudios. Esta ocupacion, á que la obediencia no le habia permitido negarse, interrumpió otras mucho más conformes á su genio y á sus planes. Libre apenas de su empleo, tomó la pluma é hizo imprimir en 1710 su *Comentario literal y moral sobre todas las Epístolas de S. Pablo y sobre las siete Epístolas Canónicas*. Habia escrito otro semejante sobre las profecías de Isaías, de Jeremías y de Baruch, que no ha llegado á imprimirse. Como este piadoso autor habia resuelto santificar sus últimos años con la meditacion contínua de las Sagradas Escrituras, se proponia dar al público sus reflexiones sobre los libros de los profetas; pero el Señor le afligió en los últimos años de su vida con la pérdida de la vista; ruda prueba para un hombre acostumbrado desde su juventud á no gustar de otro placer que el del estudio, y que se veia reducido á la impotencia de leer y de escribir. Sufrió, sin embargo, esta prueba con una paciencia cristiana y una completa resignacion en la voluntad de Dios. Habiendo enriquecido ya su espíritu con todo lo que los libros sagrados tienen más á propósito para alimentar la piedad y la

fe; si no leia estos divinos oráculos, continuaba meditándolos para que fuesen el único objeto de su consuelo. No se vió privado del de celebrar de tiempo en tiempo la santa misa, pues no se habia podido negar este permiso á su tierna piedad. Hallábase más atento á la voz de Dios y á su luz interior, cuanto que le entretenian ménos los objetos exteriores, y así continuó recitando siempre su breviario con un fervor, una devocion y un recogimiento que edificaba y enternecia al mismo tiempo á los que rezaban con él. Consultado además por los sábios, el P. Alexandre no negaba el socorro de sus luces en caso de necesidad. Sábese el peso de que era su voto en los negocios más importantes que se trataban en las asambleas de la Sorbona. Pocos doctores han recibido mayores aplausos durante una larga carrera de parte de los príncipes de la Iglesia. Pasan de cincuenta y cuatro cartas las que le escribieron catorce ó quince cardenales, casi de año en año, desde 1677 á 1711. Todas estas cartas, llenas de elogios, son otros tantos monumentos ó pruebas de la alta estimacion que hacian aquellos prelados del mérito de nuestro autor y de la excelencia de sus obras. El cardenal de los Ursinos (despues Benedicto XIII) en catorce cartas que dirigió al P. Alexandre, ha confesado con frecuencia que sus escritos le eran de la mayor utilidad, que los leia con tanto gusto como provecho, y que tenia la costumbre de servirse de ellos para hacer homilías á los fieles de su diócesis. En la carta de 15 de Febrero de 1689 le manifestaba este santo cardenal, que un terremoto acaecido en Benevento el 5 de Junio del año anterior habia arruinado su palacio arzobispal y destruido su biblioteca, por lo que habia recurrido á sus obras que hacian para él las veces de una biblioteca completa. No hablaremos aquí de las muestras de aprobacion y de estimacion que recibia nuestro autor continuamente, ya de los arzobispos de Santiago de Galicia y de Valencia en España, ya de parte de muchos sábios prelados de la iglesia de Francia. Nos contentaremos con dar á conocer las relaciones particulares que tuvo siempre con los más ilustres arzobispos del reino. Habiéndose licenciado el P. Alexandre con Cárlos Legoux de la Berchere, concibió éste tal idea de sus virtudes y talento, que la amistad que contrajo con él desde entónces no concluyó más que con su vida. Nombrado obispo de Lavaur y despues arzobispo sucesivamente de Aix, de Alby y de Narbona, fué constantemente el patrono, administrador y panegirista de sus obras, lo que se infiere de una multitud de cartas, cuyos originales se conservan todavía. Hallándose próximo á partir de Lavaur para dirigirse á Aix, en la Provenza, el prelado escribió en estos términos á nuestro autor: «Os estoy tanto más obli»gado por vuestro recuerdo, Rdo. Padre, cuanto que habeis querido em»plear estos momentos tan útiles al público en darme pruebas de vuestra »atencion. Creed que tendreis siempre uno de los primeros lugares en la mia,

»lo mismo que en mi estimacion, y que de todos los admiradores de vues»tra ciencia y de vuestra virtud no hay ninguno que lo sea tanto como »yo, etc. De Lavaur 18 de Diciembre de 1685.» — En la de 13 de Noviembre de 1686, escrita en Lambesc, durante la celebracion de los Estados de la provincia, el arzobispo de Aix comenzaba así la respuesta á una carta del P. Alexandre: «He recibido, Rdo. Padre, el regalo que habeis tenido »á bien hacerme de la última obra que habeis compuesto. Será muy útil á »los nuevos católicos y á los antiguos; pues hace nacer el deseo de ver en »compendio lo más hermoso que hay en la Sagrada Escritura. Los pasajes »estan muy bien elegidos, y las notas los ilustran perfectamente. Veré con »alegría lo que prometeis al público sobre el Antiguo Testamento, etc.» Despues de la muerte de Serroni, primer arzobispo de Alby, M. de la Berchere, nombrado para sucederle, recibió una carta del P. Alexandre y le contestó así: — «No ignoro, Rdo. Padre, la estimacion que obtenian vuestra vir»tud y vuestra doctrina en el espíritu del ilustre prelado, á quien llora»mos, y cuya plaza estoy destinado á ocupar en Alby. Siempre os conserva»ré la misma estimacion, y no olvidaré nada en las cosas esenciales para re»parar en cierto modo las pérdidas que habeis tenido. Sabeis que os aprecio »por la estimacion que hago de vuestra Orden y por vuestro mérito particu»lar, etc. En Aix 31 de Enero de 1687.» — «Me parece, dice el arzobispo »en otra carta, que hace mucho tiempo que no habeis publicado nada; co»mienzo á incomodarme, y os exhorto á no dudar que sois deudor á todos »los sabios de la cuenta de vuestros estudios y del fruto de vuestros traba»jos. Tomo más parte que nadie, etc. Alby 20 de Enero de 1688.» El deseo de este prelado de ver publicarse nuevas obras de nuestro autor fué satisfecho, y le dió gracias en dos cartas, escritas al año siguiente. Decia en la primera: «En las horas que me dejan libre los negocios, continúo leyendo »vuestra Historia Eclesiástica; me hallo ahora en los siglos XV y XVI. Des»pues de los cuales pasaré á la historia del Antiguo Testamento. Los veinti»seis volúmenes del Nuevo me han ocupado durante año y medio; estan to»dos marcados y apostillados de mi mano con notas al márgen. Alby 18 de »Enero de 1689.» — «El proyecto que me escribís de una Teología eclesiásti»ca, es muy de mi gusto y deseo verla acabada pronto. Hace mucho tiempo »que deseaba una obra de esta clase. Encontraba en el grande catecismo de »Canisius una parte de lo que deseaba; pero segun el plan que me referis »de vuestra obra, será completa en este género y de grande utilidad para »todos. Para que puedan comprarla muchas personas os aconsejo la impri»mais en 8.°, lo mismo que vuestra Historia Eclesiástica; no olvideis las fre»cuentes notas marginales, ni las tablas copiosas, lo mismo que el sumario »de lo que se trata en cada página, colocado á su cabeza. No podreis figuraros

»lo que estas cosas animan á los lectores y excitan su curiosidad. En cuanto »á mí, que quisiera saber desde luego todo lo que contienen los libros que »caen en mis manos, confieso que utilizo mucho estos pequeños socorros. »Sirven tambien para encontrar lo que se ha leido y recordar fácilmente »las materias. Yo me tomo el mismo interés por todos los autores; pero hay »una grande conformidad de genio entre vos y yo, por lo que miro vues»tras obras como si fueran mias propias, y leo vuestros libros con la misma »complacencia que si yo los hubiera compuesto: *Vestri sunt per laborem, »mei sunt per amorem*, decia en otro tiempo S. Gregorio..... Olvidaba deci»ros que acabo de leer vuestros seis volúmenes del Antiguo Testamento; tam»bien he leido por completo los treinta y dos volúmenes de vuestra Historia, »etc. Alby 27 de Setiembre de 1689.» —Omitimos algunas cartas que no contienen más que muestras de aprecio y de amistad ó cumplimientos ordinarios. En la de 1.° de Febrero de 1703, el arzobispo de Alby da gracias al P. Alexandre de haberle dado noticia de sus obras, y añade: «He sabido el »afortunado destino de vuestros dos volúmenes en fólio, presentados al Rey, »y deseo que se publique pronto vuestro Comentario sobre los Evangelios. Os »suplico, sin embargo, que dejeis el designio de abandonar el trabajo des»pues que hayais acabado este libro; vuestro destino es el de trabajar por »la Iglesia de Dios miéntras os dé la salud necesaria, etc.» El prelado, trasladado poco despues al arzobispado de Narbona, no tardó en recibir el Comentario que deseaba. Supo despues con nuevo placer que el autor habia continuado aún su trabajo sobre la Sagrada Escritura, y le escribió para felicitarle y animarle á no dejar de escribir. Hé aquí su carta, fechada en Montpellier, en 25 de Enero de 1709. —«Vuestra carta, Rdo. Padre, me »confirma en este nuevo año la seguridad de la amistad que me habeis con»cedido hace largo tiempo. No podiais darme una prueba más sensible, que »tomando parte en el justo dolor que la muerte de María de la Berchere me »ha causado, y os doy gracias con todo mi corazon de las oraciones que ha»beis hecho por esta señora, que muchas razones me obligan á estimar y á »querer infinito. Puesto que habeis concluido vuestros *Comentarios sobre »S. Pablo* y sobre las *Epístolas canónicas*, no dudo que la Providencia, que »os ha dado medio de concluir una obra tan grande, os proporcione bien »pronto medios de darla al público, para quien la habeis compuesto. Entre »tanto os exhorto á ocupar vuestros ratos de ócio en continuar vuestros *Co»mentarios sobre Isaías*. Vuestros trabajos pasados no deben disminuir vues»tro amor hácia el estudio, habiéndoos adquirido una reputacion tan gran»de y siendo de tanta utilidad para todos; y si un general debe morir en el »campo de batalla, un doctor tan célebre como vos debe prepararse á la »muerte con la oracion, la lectura y la instruccion. S. Gerónimo, á quien

»me citais, trabajó hasta el último momento, y aunque no hubiera leido »tantos libros ni compuesto tantos volúmenes como vos, no os negueis á se- »guir su ejemplo, en la seguridad de que el vuestro no dejará de animar á »los que os sucedan á trabajar, como lo haceis vos, en servicio de la Igle- »sia.» Despues de haber invitado tan frecuente y decididamente á nuestro autor á continuar su trabajo, el arzobispo de Narbona comenzó, por último, á aconsejarle que cuidase de su vista: «Aprovecho, Rdo. Padre, mi »primer rato de ocio despues del regreso de nuestros estados, para daros »gracias por las pruebas de afecto, asegurándoos que no se puede ser más »sensible que lo soy yo á vuestra amistad. Tengo más impaciencia que vos »mismo por que publiqueis vuestros Comentarios sobre Isaías y Jeremías. To- »das vuestras obras han tenido tanto éxito, que estas últimas no serán reci- »bidas del público con ménos aprecio que las anteriores. Sin embargo, no »dejeis de cuidar vuestra vista, que es imposible curar á cierta edad cuando »comienza á perderse. En cuanto á los mios estan tan buenos como los te- »nia á los veinte años, y la razon es que no trabajo tanto como vos. El Padre »Lequien ha hecho un grande servicio á la Iglesia con su nueva edicion de »S. Damasceno, que no dejaré de traer lo más pronto posible. Concluyo ase- »gurándoos que os tendré siempre la misma estimacion y la misma buena »voluntad que os profeso hace treinta y cinco años. Narbona 11 de Febrero »de 1772.» Parece por esta última carta que la vista del P. Alexandre se hallaba muy debilitada desde 1712 por sus largas vigilias y la continuacion de un trabajo constante; pero no la perdió completamente hasta dos años despues. Este acontecimiento nos ha hecho perder algunas buenas obras, que no esperaban más que la última mano del autor. Además de las ya mencionadas, el P. Alexandre habia revisado, corregido, considerablemente aumentado y enriquecido con muchas sabias notas la Biblioteca Santa de Sixto de Sienne. Puede creerse que el público hubiera recibido tambien con aplauso su *Viridiarum* ó Coleccion de fragmentos de erudicion y elocuencia, entre los cuales hay muchos discursos franceses, algunos de los cuales habian sido pronunciados por nuestro autor delante de la asamblea general del clero, y otros en presencia del rey Luis XIV cuando tenia el honor de presentar á S. M. sus nuevas obras. Murió en Paris en el colegio de S. Jacobo el 21 de Agosto de 1724, á los ochenta y seis años de edad. Con su muerte perdió un gran doctor la Orden de Santo Domingo. Tan modesto como sabio, no tenia el suficiente amor propio para creer que no se engañaba nunca, y su apelacion, que desmiente sus propios principios, demuestra que en efecto se habia engañado. —S. B.

NOEL Chabanel (P.), religioso de la Compañía de Jesús. Era natural de Tolosa, y entró en la Compañía, de edad de diez y siete años, en el 1630.

Pasó á la Nueva-Francia, trece años despues, en el de 1643, con vivos deseos de emplear su vida en la conversion de aquella gente infiel; y aunque hizo todo lo posible por aprender su idioma, no consiguió en cinco años poder entender algo de lo que le decian en ella. Vivia con el mayor desconsuelo por no hallarse apto para predicarles, forzado á valerse de intérpretes, y con este incompleto arbitrio trabajaba lo que podia; pero Dios le premió sus buenos deseos, porque viendo el despues venturoso mártir P. Cárlos Garnier el peligro que corria su vida con los rumores que circulaban de guerra, y la falta que habia de hacer en aquellas regiones, adonde habia tan pocos obreros y tan copiosa mies, le envió un dia ántes que viniesen los iroqueses con dos indios á la reduccion de Sta. María, que era la más cercana, les cogió la noche en el camino, teniendo que quedarse en un bosque, y caminando al dia siguiente, volviendo los iroqueses como victoriosos de la sacrílega matanza que habian hecho en la reduccion de San Juan, martirizando á tantos inocentes cristianos por el odio que tenian á la fe de Cristo, alcanzaron á ver al P. Chabanel, que iba con los dos indios; y adelántandose un apóstata, á quien el mismo padre habia bautizado y que despues habia prevaricado de la fe, le alcanzó en el puente de un caudaloso rio, y echándole mano le arrojó del puente abajo, ahogándose en las aguas, en retorno de la vida que el santo mártir le habia dado en las aguas del Bautismo. Esto sucedió el mismo dia que los tiranos habian muerto á su santo compañero con cruel martirio, el P. Cárlos Garnier, es á saber, el dia 7 de Diciembre del año de 1649, víspera de la Inmaculada pureza y Concepcion de nuestra Señora, habiéndolo Dios así ordenado para que fuesen consortes en la corona los que lo habian sido en los trabajos y conversion de los indios. Habia padecido este santo mártir grandes tentaciones de volverse á Francia, persuadido de la dificultad de aprender la lengua de los indios, ocurriéndosele que conseguiria más fruto en su tierra entre los franceses; pero para vencer esta tentacion hizo voto á Dios nuestro Señor, de palabra y por escrito, firmado de su nombre, de perseverar en la conversion de aquella gentilidad, aunque fuese solamente para servir á los que en ella trabajaban; y Dios le cumplió su buen deseo, quedando su cuerpo entre los indios, y coronando su alma con el lauro de mártir en el cielo. — A. L.

NOEL Deslandes, predicador del rey cristianísimo Luis XIII, y despues obispo de Treguier en la Baja Bretaña. Nadie quizá ha tenido un nacimiento más oscuro ni principios ménos proporcionados á lo que fué en lo sucesivo. Sus pobres padres eran unos campesinos de la diócesis de Blois, y aun fué privado de su socorro ántes de llegar á la edad en que hubiera podido conocerlos. Perdió á su madre al nacer, y su padre, labrador de profesion, murió tres años despues. Imagínase fácilmente cuál podia ser la educacion

de un pobre huérfano, sin bienes y sin protectores, tanto más miserable cuanto que ni aun se hallaba en estado de conocer la miseria. Pero la Providencia velaba en su conservacion, y el Señor, que queria hacer de él un excelente ministro de su palabra y colocarle un dia entre los príncipes de su Iglesia, no le abandonó en edad tan tierna. Una pobre mujer, que habia servido en otra época en la casa de sus padres, tuvo bastante caridad para recogerle y repartir con él el pan que ganaba con el sudor de su frente. Beneficio que no olvidó nunca Deslandes en cuanto se halló en estado de conocerle. Habiendo llegado apénas en 1580 á los once años de edad, é instruido quizá de los primeros elementos de la religion, se presentó con confianza á los Dominicos de Blois, y no temió pedirles desde luego el hábito de su Orden. Pero le dijeron que era todavía muy jóven para decidir su vocacion, y no tenia ni la capacidad necesaria para ser sacerdote, ni fuerza bastante para ser colocado en el número de los legos. «En cuanto al primer defecto, respondió el »jóven postulante, trabajaré para librarme de él todos los dias, y vosotros »podeis, reverendos padres, hacer que el segundo desaparezca bien pronto, »pues vengo aquí con la mejor voluntad del mundo, ¿y me desechareis siendo »el Señor quien me conduce?» Aquel aire de ingenuidad y de candor, y cierto fuego que brillaba en sus ojos, ganaron los ánimos en su favor. Quizá tambien la falta de religiosos en una época en que la herejía y el libertinaje tenian desiertos los monasterios, facilitó su recepcion por el superior del de Blois; Deslandes tomó el hábito, y profesó despues á su debido tiempo. Sin embargo, ya á causa de una larga enfermedad de que se vió afligido, ya que no se hubiera tenido el suficiente cuidado de cultivar y formar su espíritu entre las turbaciones contínuas, las calamidades y las guerras civiles que desolaron todas las provincias del reino bajo el reinado de Francisco II, de Cárlos IX y de Enrique III, los progresos del jóven religioso no correspondieron desde luego á las esperanzas que se habian concebido de él. A la edad de diez y nueve años fué cuando, semejante á un hombre que vuelve de un largo sueño, comenzó á aplicarse tan sériamente al estudio, que en el espacio de dos años se manifestó del todo diferente á lo que habia sido hasta entónces. Entre sus condiscípulos no habia ninguno que estuviese más adelantado en las bellas letras, ni en quienes la disposicion para las ciencias y el don de la palabra comenzára á manifestarse con tanto esplendor. Pero lo que le hacia más apreciable á todos sus hermanos era una dulzura de espíritu, un pudor natural y una modestia angélica que le ganaban ya todos los corazones, y que le distinguieron despues en los diferentes estados de su vida. Deslandes aprendió las humanidades en Bourges, y fué enviado en 1595 á las escuelas de París. Tuvo la fortuna de que fuese maestro suyo en el colegio de S. Jacobo el célebre Coeffeteau, y habiendo com-

prendido bien este grande hombre el terreno que cultivaba, hizo de él un uso particular. Le estimó y le amó con ternura, y el prudente discípulo, para corresponder á las bondades de semejante maestro, comenzó á seguir su ejemplo, á imitar sus virtudes, y, lo que no se atrevia á proponerse á sí mismo, le igualó bien pronto en reputacion. Sus talentos naturales, cultivados por el estudio y santificados por la oracion, se manifestaron con tanta claridad, ya en las escuelas de la Sorbona, ya en las cátedras cristianas, que el nombre de Deslandes llegó á ser celebre entre los teólogos y los oradores del siglo XVII. Tomó la borla de doctor en 1608. La oracion fúnebre del rey de Francia Enrique IV, que pronunció en la iglesia de S. Mederico en 1610, fué aplaudida desde luego por todo su auditorio, no ménos de sus lectores cuando se publicó á expensas del capellan de S. M. Durante los treinta y cinco ó treinta y seis años que vivió despues, Deslandes ejerció siempre con increible aplauso y con el mayor fruto el ministerio de la predicacion, sin que los empleos, que obtuvo, ya en su Orden, ya en la Iglesia, le sirviesen nunca de pretexto para dispensarse de este deber, que consideraba como el más esencial de su vocacion. Muchos obispos de Francia tuvieron la satisfaccion de oirle en sus catedrales, pero en la corte fué donde particularmente anunció las verdades de la salvacion. Muy léjos de cansarse nunca de oirle, los parisienses se apresuraban á asistir adonde sabian que debia predicar Deslandes. Su elocuencia no tenia ménos fuerza que dulzura, gracia que energía. Llegó tambien á adquirir tal imperio sobre los corazones, que parecia disponer de ellos á su voluntad y conducirlos siempre donde queria. Habiendo sido nombrado predicador del rey cristianísimo Luis XIII en 1615, obtuvo durante veinte años consecutivos los aplausos de la corte, como habia obtenido ya los de la ciudad. Se asegura que el cardenal de Richelieu, tan justo estimador del mérito, acostumbraba á decir que los talentos de nuestro predicador y su crédito eran tales, que hubiera podido arrastrar con facilidad á todo el pueblo de Paris á un partido si hubiera querido formarle. La misma opinion tenia el mariscal de Ancre y este extrangero, omnipotente durante un largo periodo en la corte del jóven monarca, solo deseaba un poco más de complacencia en su predicador. Para atraer á sus intereses á un hombre de este carácter, le hizo ofrecer una crecida pension; Deslandes tuvo valor de rehusarla, y esta negativa le atrajo las amenazas del favorito. Pero no hizo mayor caso de esta segunda tentacion. Demasiado prudente para mezclarse en las intrigas de la corte y demasiado religioso para prostituir sus talentos á las intrigas de los hombres, no se sirvió de ellas más que para combatir las pasiones, los vicios ó el error. Tal fué el uso que hizo el siervo de Dios del don de la palabra. No es por lo tanto extraño que se le atribuyan tan gran número de conversiones. Edificaba con sus virtudes,

instruia é interesaba con sus discursos; la solidez y la vehemencia de sus razonamientos anonadaban á los pecadores más obstinados, y les obligaban á reconocer su injusticia sin desesperar de la misericordia del Señor. Las nuevas herejías tan esparcidas entónces en casi todas las partes del reino, pusieron con frecuencia al ministro de Jesucristo en la ocasion y en la necesidad de atacar á este mónstruo que como una gangrena hacia diariamente los más funestos progresos. Tan hábil teólogo como elocuente predicador, probó en más de una ocasion á los partidarios de Lutero y de Calvino, que solo la Iglesia romana tiene todos los caractéres de la verdadera Iglesia de Jesucristo, única incapaz de error en lo que declara ser de fe, y que la nueva secta de los pretendidos reformados no puede gloriarse de tener este título, porque no ha existido siempre desde el establecimiento del cristianismo, porque no tiene ni la unidad de doctrina que ha dejado Jesucristo á su Iglesia, ni el depósito de la tradicion, ni ningun medio legítimo de conocer el cánon de las Sagradas Escrituras y su verdadero sentido; porque sus principios y sus máximas conducen á los hombres al fanatismo, al cisma, á la rebelion contra la autoridad legítima establecida por Dios; por último, porque sus patriarcas, personas sin autoridad y sin mision, no han dejado á sus sectarios con una doctrina falsa, absurda, impía y llena de blasfemias, más que ejemplos escandalosos de impureza y de libertinaje, ejemplos dignos del espíritu de tinieblas, de que se glorifican ser discípulos. No era esto una vana declamacion. La historia de la reforma y la de la vida de sus primeros autores, dan bastantes pruebas de todos estos puntos y de otros muchos que no manifiestan con ménos evidencia que separándose de nosotros los novadores han salido de la verdadera Iglesia de Jesucristo, fuera de la cual no hay salvacion. Todas estas verdades, desarrolladas con método y puestas con toda claridad, no podian dejar de hacer fuerte impresion en los espíritus; y la caridad del siervo de Dios, que no atacaba á los sectarios con tanta fuerza, más que porque deseaba su salvacion, le hacia más á propósito para sacarlos de su extravío. Los calvinistas de buena fe, es decir, los que habian sido seducidos sin ser corrompidos, se aprovecharon de las predicaciones de Deslandes, y la abjuracion de estos aumentó el ardor de su celo por la conversion de los que continuaban resistiendo á la verdad. No ignoraba que el cambio del corazon es siempre obra de la gracia, y que la virtud de la oracion ó las lágrimas de la penitencia obtienen algunas veces lo que los discípulos más elocuentes no sabrian operar. Tal es la máxima que se habia propuesto á sí mismo al entrar en el santo ministerio, y de la que no se separó nunca. Luis Doublet, religioso de su misma Orden, que habia vivido largo tiempo y con mucha familiaridad con Deslandes, ha escrito una relacion edificante de sus prácticas de piedad y de mortificacion, en particular de su tierna de-

vocion hácia la Santísima Vírgen, y de su asiduidad en la oracion en medio de sus mayores ocupaciones. No entraremos en los detalles de sus piadosas prácticas, que tanto le servian para sacar fruto de sus predicaciones; nos contentaremos con hacer observar que las mismas máximas que seguia con tanta fidelidad, acostumbraba á inculcarlas á todos los religiosos que se hallaban bajo su direccion. Habiéndole obligado la obediencia á aceptar por dos veces el cargo de prior del convento de S. Jacobo, y despues el de vicario general de la Congregacion de Francia, Deslandes ocupó ambos empleos con toda la capacidad y todo el éxito que se pudiera desear. Vigilante, activo y consagrado siempre á formar á los jóvenes religiosos segun el espíritu de su vocacion, era para los más antiguos una regla viva de todo lo que debian practicar para ser verdaderos hijos de Sto. Domingo. Su gobierno, lleno de moderacion y de dulzura, le hacia amar de todos; pero el celo por la regularidad no le permitia disimular las más pequeñas transgresiones; y apreciaba en particular á los que, amigos del silencio, del estudio y de la oracion, trabajaban con cuidado en su propia perfeccion, para hacer sus talentos más útiles al prójimo y á la Iglesia. Entre los discípulos que hicieron honor al hábil Main, que los habia formado, se distingue principalmente el P. Nicolás le Fevre, natural de Montfort, en la diócesis de Chartres. Tuvo la fortuna de consagrarse á Dios desde su más tierna infancia, puesto que, como Deslandes, no tenia más que once años cuando tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de Chartres el 19 de Enero de 1599. Habiendo tenido despues la ventaja de estudiar en París bajo la direccion del mismo Deslandes, que fué su profesor y su prior, se hizo un deber de tomarle tambien por su modelo; le siguió de cerca y casi le igualó, tanto en la práctica de las virtudes cristianas y religiosas, como por el talento de la predicacion. Entre las obras que nos ha dejado, su *Compendio de la Historia Eclesiástica desde el nacimiento de Jesucristo hasta* 1646 no se ha olvidado por completo. Nicolás le Fevre trabajó tambien mucho en la extirpacion de la herejía en Francia. Despues que la Rochela fué tomada por las armas victoriosas de Luis XIII en 1628, empleó tan útilmente sus talentos en la instruccion de los rocheleses, que consiguió no solo hacer restablecer en esta ciudad la iglesia y la casa de su Orden, destruidas desde muchos años ántes por los calvinistas, sino de volver á entrar en posesion de las tierras y de otros bienes que habian pertenecido al convento y de que se habian hecho dueños los herejes. Miéntras Le Fevre reedificaba las ruinas del santuario de la Rochela, Deslandes empleaba con acierto las pensiones que recibia de la corte para reparar su convento de Blois. El pobre niño á quien esta comunidad habia recibido en otra época como un huérfano desvalido, sin educacion, sin conocimientos, era entón-

ces el principal apoyo y el más bello ornato de su provincia. Decidido constantemente á desempeñar su deber y encerrado en los límites de su ministerio, no dejaba de tener la confianza del primer ministro y de muchos prelados de la iglesia de Francia. Habia rehusado ya el obispado de Nantes, la dignidad de auxiliar del obispo de Toul, cuando el arzobispo de Tours quiso obligarle á aceptar la misma dignidad en su iglesia, prometiéndose obtener sin dificultad la vénia de S. M. Pero este verdadero amigo y venerable varon, aprovechándose de la confianza del prelado para animarle á hacer reflexiones más sérias y más convenientes al estado de debilidad en que se encontraba, le llamó la atencion sobre otro objeto. «Monseñor, le dijo, arre»glad vuestra conciencia y pensad en morir bien. Dejemos las dignidades de »la tierra, y procuremos salvar nuestra alma.» La virtud siempre uniforme de Deslandes correspondia bien á las grandes verdades que anunciaba en el púlpito, y hacia que los grandes no se ofendieran nunca de la libertad cristiana con que les hablaba cuando su salvacion y la gloria de Dios lo exigian. Su prudencia igualaba sin embargo á su piedad; pasaba por entendido en los negocios, lo que influyó en que el cardenal Richelieu le enviase á la corte de Madrid cerca de Felipe IV para una negociacion secreta. La manera con que la condujo agradó á Luis XIII tanto como á su ministro, y á su regreso á Francia en 1635 le obligaron á aceptar el obispado de Treguier, en la Baja Bretaña. El papa Urbano VIII, que miéntras habia sido nuncio en Francia no admiró ménos la doctrina de Deslandes en las escuelas de la Sorbona que su elocuencia en las cátedras, mandó despachar en el acto las bulas, que acompañó Su Santidad con una carta llena de testimonios de estimacion y de amistad. Poco despues de su consagracion se dirigió el buen pastor á su iglesia para cuidar del rebaño que le habia confiado la Providencia, y se puede decir que se dió todo á él. Demasiado instruido y al mismo tiempo demasiado celoso del cumplimiento de su deber para descuidarle, la residencia y todo lo que encierra esta obligacion fué la primera ley que se propuso aprender con la mayor exactitud y en toda su extension; desde entónces no volvió á predicar fuera de su diócesis, siendo sus ovejas las únicas que recibieron sus instrucciones, y no cesó de darlas el pan de la divina palabra. Sus visitas episcopales se renovaban todos los años, con grande ventaja de los pueblos y consuelo de los buenos ministros, que hallaron siempre consejo en él, y todo el socorro de que necesitaban para llenar dignamente los deberes de su cargo. La vigilancia del celoso pastor le tenia cuidadoso de todo; su caridad y solicitud le ponian en estado de proveer á todo. La armonía que existió siempre entre el primer pastor y los que compartian con él las funciones del santo ministerio hizo un efecto maravilloso para corregir los abusos, hacer cesar los escándalos y poner órden

en todas las partes de la diócesis. Las instrucciones se hicieron con más regularidad, se tuvo mayor cuidado de la educacion de la juventud, y se proveyó con más atencion y abundancia á todas las necesidades de los pobres y de los enfermos. La mayor parte de las rentas de nuestro Obispo se hallaba siempre consagrada al alivio de los indigentes, y su ejemplo comprometia á las personas ricas á dar parte de sus riquezas, lo mismo que á los eclesiásticos á repartirlas de una manera conveniente con los socorros espirituales. Por fortuna, las nuevas herejías no habian hecho en la Baja Bretaña los mismos daños que continuaban causando en las demás provincias de Francia. Pero era siempre de temer que el veneno del error se introdujese, si los pastores cesaban de velar y de estar siempre en guardia contra los designios de los innovadores, que se extendian por todas partes, resueltos á no olvidar nada para hacer prosélitos. Esta consideracion mantenia al siervo de Dios en un santo temor y en una vigilancia contínua. De aquí el aumento de fervor en sus oraciones, y de atencion sobre todo su rebaño. De aquí las austeridades y prácticas de la penitencia que añadió á la oracion, para obtener nuevas gracias del cielo para sí mismo y para los fieles, de quienes debia procurar la salud. De aquí, por último, los laudables ejercicios de piedad que supo poner en vigor en toda su diócesis. No contento con instruir á los pueblos con sus frecuentes predicaciones y explicarles todas las verdades de nuestra santa religion, les recomendaba con vehemencia una devocion tierna y constante hácia la Madre de Dios, á cuya poderosa proteccion atribuye la Iglesia la extirpacion de todas las herejías. Para unir á los fieles por medio de este culto religioso y enseñarles á meditar los misterios del Hombre-Dios, promovió el establecimiento de la cofradía del Sto. Rosario en todas las parroquias de su diócesis. En esto, como en todo lo demás, daba siempre ejemplo de lo que queria hacer practicar. En el fragmento de una carta, que escribió el santo Obispo con la mayor confianza á uno de sus amigos, admiramos todavía los sentimientos de que se hallaba lleno su corazon; sentimientos de humildad, de modestia, de reconocimiento hácia Dios y de una devocion particular hácia su muy santa Madre.

«Confieso, decia, que he sido elevado á un rango á que no se hubiera »atrevido á aspirar un hombre de mi nacimiento. Pero no ignoro de donde »he sido sacado, ni quien me ha hecho variar de condicion. Si debo dar »gracias, es á la Virgen Madre, que me ha establecido por medio de su Hijo »entre los príncipes de la Iglesia. Ella es la escala por donde he sido subido »al trono, aunque hubiera preferido ser elevado á un madero semejante á el »en que el Salvador concluyó su vida mortal para ser un dia colocado en los »aires con los elegidos, cuando sean separados de los reprobados. Me con»suelo con esta esperanza, que fundo en la misericordia infinita de Dios,

»por los méritos de Jesucristo y la proteccion de la Reina de los cielos. Esta »Señora me da motivo de pretender allí un lugar, puesto que me ha hecho »tener uno tan eminente en este mundo, y tan contrario á mi carácter. Ha»bia rehusado una silla episcopal en la Iglesia militante, por el amor que »tenia á la humildad de mi profesion; mas espero un lugar en la Iglesia »triunfante, aunque mis deseos no sean escuchados tan pronto como yo »quisiera. La tierra me desagrada, la sociedad me es enojosa, los ornamen»tos episcopales deslumbran los ojos y me hieren el corazon. ¡Ojalá hubiera »dejado la tierra por el cielo, la compañía de los hombres por la de los ánge»les y las piedras preciosas de la mítra por las que adornan la diadema de los »bienaventurados!... No hago más que esperar, como otro Simeon, la venida »de mi Redentor, y para consolarme paso todos los dias en el templo, donde »le abrazo y le adoro, velado en las especies de pan y las santas tinieblas de »la fe. Pero ¡qué contento estaré cuando, quitados todos estos velos, le vea »á descubierto! Como le recibió Simeon de manos de la Vírgen espero que »me hará el mismo favor, y que seré semejante á este santo varon en la po»sesion del mismo tesoro.»

Aunque no nos hubiera enseñado un historiador que el piadoso Obispo se complacia mucho en la lectura de las obras de S. Bernardo, sería fácil notar en esta carta que los sentimientos y las expresiones del uno eran muy semejantes á las expresiones y los sentimientos del otro. El segundo imitaba además al primero en el amor á la soledad y al recogimiento. La comunidad de Guinceguanp, de la órden de Sto. Domingo, vivia entónces en una estrecha observancia de las reglas, por lo que merecia con frecuencia las visitas del obispo de Treguier. Le gustaba encerrarse con sus hermanos y edificarse con su fervor, cantar con ellos las alabanzas de Dios y practicar los mismos ejercicios de mortificacion. No dejaba nunca de dirigirse allí todos los años para celebrar la fiesta de Sto. Domingo: allí se hallaba en el mes de Junio de 1643, cuando su buen amigo, el P. Luis Doublet, pronunció en aquella iglesia la oracion fúnebre del rey cristianísimo Luis XIII. Despues de la muerte de este monarca y de la del cardenal Richelieu, creyó nuestro prelado que podria obtener lo que habia pedido hasta entónces inútilmente, es decir, el permiso de abdicar su obispado para concluir sus dias en el retiro. Pero el ministro de la Reina regente observó con él la misma conducta que su antecesor; el cardenal Mazarino no respondió á sus reiteradas instancias más que para exhortarle á coronar su bella vida con una perseverancia digna de su orígen. Sus cuidados eran todavía necesarios á su rebaño, y los continuó con la misma vigilancia hasta 19 de Agosto de 1645, que entregó su alma á Dios, á los setenta y cuatro años de edad, al noveno de su episcopado. Habia manifestado el deseo de que se le

enterrase en la iglesia de su Orden en Blois, para descansar en el mismo sitio en que habia recibido el espíritu de la vocacion religiosa. Pero los canónigos y los habitantes de Treguier hicieron tan fuerte oposicion que llevaron su peticion al parlamento de Bretaña, quien mandó que el cuerpo del Obispo fuese enterrado en su catedral. El doctoral del cabildo, encargado de hacer su elogio fúnebre, alabó al par que sus talentos sus virtudes cristianas y episcopales, la pureza y la inocencia de su vida, su tierna caridad hácia los pobres, su desasimiento de todas las cosas de la tierra, y esa rara modestia que no le permitió nunca olvidar su primer estado. Obispo y conde de Treguier, entre los honores que se hacian á su mérito y á su dignidad, se recordaba continuamente y decia algunas veces á los que le rodeaban que no era más que el hijo de un pobre labrador, á quien la órden de Sto. Domingo habia abierto su seno solo por caridad. El orador cristiano no omitió la obligacion esencial que se tenia á este santo Obispo por haber cerrado con su vigilancia la entrada de la herejía en la diócesis; lo que no era en efecto el menor servicio que habia hecho á su pueblo. Aunque en el curso de su vida escribió un número considerable de discursos, que fueron admirados y aplaudidos en la corte y en los primeros púlpitos del reino, nunca quiso darlos á la imprenta. Los religiosos y los eclesiásticos que se hallaron á su muerte cerca de él, se repartieron sus escritos, no habiendo llegado hasta nosotros más que la oracion fúnebre que pronunció en París despues de la muerte de Enrique IV, rey de Francia y de Navarra. —S. B.

NOEL (Esteban), jesuita, natural de Lorena, y tan hábil filósófo como físico célebre. Profesó muy jóven la regla de S. Ignacio de Loyola, en cuya órden descubrió luego la precocidad de su talento. Enseñó con mucho aplauso en el colegio de Fleche, del cual fué despues rector, y se cree que allí tuvo ocasion de conocer al célebre Descartes, con quien trabó una amistad que no se desmintió jamás. En lo sucesivo fué destinado para dirigir otros colegios de la Orden, y en 1646 lo era del de París, llamado despues colegio de Luis el Grande. Nombrado últimamente viceprovincial de la Sociedad, retiróse á la Fleche en el último tercio de su vida, y allí falleció por los años 1660 en edad muy avanzada. Aunque profesaba los principios de los peripatéticos, no estaba muy distante de adoptar las opiniones de Descartes, si hemos de atender al espíritu de las obras que publicó sobre las relaciones que median entre la antigua y la nueva física; sobre la comparacion de la pesantez y del aire; sobre la pesantez del mercurio; sobre el lleno de la naturaleza contra la opinion del vacío: sobre este último punto el P. Noel sostuvo un luminoso debate con el piadoso y sabio Blas Pascal á favor de Descartes de una parte, varios peripatéticos de otra. Noel escribió varias veces á Pascal para probar que no habia espacio que no fuese ocupa-

do por un cuerpo; al paso que aquel célebre filósofo se esforzaba tambien en convencerle que no existia la imposibilidad del vacío. En 1646, y cuando el P. Noel contaba la edad de sesenta y cinco años, envió á Descartes las siguientes dos obras que habia compuesto: 1.ª *Aphorismi phisici seu phisicæ peripateticæ principia breviter et dilucide proposita.*—2.ª *Sol flamma, seu tractatus de Sole ut flamma est ejusque pabulum.*—M.

NOEL (Francisco), sábio jesuita aleman, misionero de la China. Nació por los años de 1640, y despues de haber enseñado humanidades en su patria, se dió á conocer del público por un gran número de poesías latinas, algunas piezas de teatro, escritas en el mismo idioma, y un tratado sobre el arte gramatical. Estos sus primeros ensayos no revelaron el talento que acreditó despues con las demás obras que dió á la prensa. Destinado el P. Noel á las misiones de la China, partió de Lisboa en 1667, y no regresó á Europa hasta 1702. Cuatro años despues volvió á salir para la China, y hallándose de regreso en su patria en 1708, se consagró exclusivamente á la publicacion de sus obras. Por este tiempo se conocian únicamente del Padre Noel algunas observaciones astronómicas hechas en la China, insertadas por el P. Gouyer en la coleccion que contiene las del P. Richart y otros misioneros. Noel escribió: 1.° *Observationes mathematicæ et phisicæ in India et China factæ, ab anno* 1684 *usque ad annum* 1708; Praga, 1710, en 4.° Esta importante coleccion encierra varias observaciones de eclipses del sol, de la luna y de los satélites de Júpiter, hechas en diferentes lugares de la China y de las Indias, particularmente en la ciudad de Hoai-'han, en la provincia de Kiang-nal, con la tabla de las longitudes y latitudes de muchísimas ciudades de la China. Tambien se encuentra en esta obra la enumeracion de las estrellas australes, y abundantes y curiosos detalles sobre la astronomía de los chinos, sus años, meses, dias y horas; una lista de los nombres chinos de las estrellas con su sinonimia establecida para comparar los hemisferios de los PP. Verbies y Grimaldi, y los de los PP. Riccioli y Pardies; una noticia de los pesos y medidas de los chinos y varias observaciones sobre la declinacion de la brújula. De todos estos escritos, el más digno de mencion es el *Catálogo de los nombres chinos de las estrellas y de las constelaciones*, copiado y dado al público por M. de Guignes.—2.° *Sinensis imperii libri classici sex*; Praga, 1711, en 4.°, ó seis libros clásicos de los sacados de los del segundo órden, y que los colocan por su mérito despues de los cinco *king*. Estos libros deben saberlos de memoria todos los que se dedican á la carrera literaria y administrativa. De los referidos seis libros, tres habian sido ya traducidos por los PP. Intorcetta, Costa, Complet, etc.; mas el P. Noel, léjos de reproducir estas traducciones, las ha vertido inmediatamente del original, ayudándose para la más cabal inteligencia del texto, de los mejo-

res intérpretes y comentadores más célebres que tiene la China; de modo que atendida la escrupulosidad con que este jesuita procedió en su trabajo, podemos asegurar que nunca los libros de Confucio y de sus discípulos han sido tan bien interpretados, ni explicados tan extensamente como lo ha hecho el P. Noel. Pero al lado de este mérito no deja de encontrarse algun lunar, sobre todo cuando este jesuita, llevado del deseo de explicar cuanto encontraba oscuro, de desarrollar las ideas y los pensamientos expresados con excesivo laconismo, de suplir las elípsis y aclarar las alusiones, ha caido á menudo en el extremo opuesto, en que tan fácilmente dan los traductores de obras antiguas y de difícil comprension. En efecto, deseando ser en todo claro é inteligible, es á menudo difuso, prolijo y aun oscuro, mezclando con frecuencia entre las frases cortas y sustanciales del texto las glosas y definiciones de los comentarios que debian ir por nota; de este modo ha desaparecido completamente en la version el mérito que tiene el estilo en el original. En vano se buscará la enérgica gravedad de Confucio, la ligera malignidad de Mencias, pues solo se encuentra la pesada é indigesta latinidad de un escolástico de la edad media. Si la lectura de esta paráfrasis nos trasmite fielmente el sentido de las palabras de Confucio, no sucede lo mismo con el espíritu que las anima, ni con el giro de la frase, lo que en el siglo actual es de gran peso en las sentencias. Con injusta severidad ha tratado á los libros de la China de Paw, porque su conocimiento, lo mismo que el de su historia, nos ha venido de los misioneros; pero no puede negarse que ha tenido razon sobrada cuando ha dicho que el P. Noel habia ahogado el texto en frases latinas que no tienen fin, y en una especie de geringonza muy parecida á la de aquellos predicadores que dieron márgen á la fina crítica del P. Isla. Por lo mismo, dice un escritor, se ha equivocado lastimosamente el que ha creido que una traduccion francesa de esta paráfrasis, hecha por un autor que no puede recurrir al texto, era bastante para dar á conocer y hacer apreciar debidamente á los de esta nacion los moralistas de la China. —3.° *Philosophia sinica*; Praga, 1741, en 4.°, coleccion de extractos de los filósofos chinos de más nombradía, distribuida en tres tratados: 1.° sobre las nociones que los chinos han tenido del Ser Supremo y de su conocimiento del verdadero Dios; 2.° sobre el espíritu y sentido de las ceremonias con que honran á los muertos; y 3.° sobre la moral y los deberes del hombre con respecto á sí mismo, á la familia y á la sociedad.— Esta obra, poco leida, porque adolece del mismo defecto que la anterior, contiene una infinidad de principios dignos de ser meditados y otras particularidades tambien muy interesantes. Mas el autor se ha detenido á tratar en ella, con preferencia, las cuestiones que en su tiempo ocupaban á los misioneros de la China, y á fijar el sentido de las expresiones relativas al culto

del cielo y de los antepasados, á las ceremonias que se celebraban en honor de Confucio, etc. Siguiendo la opinion de la mayor parte de sus hermanos, ha presentado estas ceremonias como compatibles con la adopcion franca y sincera de las verdades del cristianismo; y es creible que la manera de que consideró estas cuestiones le ocasionó sérios disgustos, pues si hemos de creer á uno de sus biógrafos, algunas de estas obras fueron suprimidas de órden superior, y otras retiradas de la circulacion por el mismo autor, en cuanto le fué posible, poco despues de haberlas publicado. A esto sin duda debe atribuirse la grande dificultad de encontrar ejemplares de las obras del P. Noel; de modo que Unfinger y Bauyer, á pesar de sus deseos, no han podido procurarse ningun ejemplar, ni en Leypsic ni en Francfort.—4.° *Opuscula poetica*; Francfort, 1717, en 12.°, de 500 páginas, divididos en cuatro partes. Esta obra contiene las poesías que el P. Noel habia escrito en su juventud anteriormente á sus viajes. En su época merecieron los elogios de los literatos.—5.° *Theologia Summa seu Compendium*; Génova, 1732, dos tomos en fólio. Es un compendio de los tratados del P. Suarez, cuya coleccion, que consta de veintitres volúmenes, es difícil de reunir. Con objeto de formar un curso completo de teología, el compendiador ha unido á ella, con el título de *Apéndice*, un extracto del tratado de Lescius *De Justitia et Jure* y otro de el del P. Sanchez *De Matrimonio*. El P. Noel es autor del prefacio de esta obra, y es creible que en la época en que se publicó viviese todavía, pero debia contar ya una edad muy avanzada.—S. B.

NOELLET (Guillermo), cardenal. Nació en la diócesis de Angulema, y de auditor del Sacro Palacio de Aviñon pasó á refrendatario del papa Gregorio XI, quien le creó cardenal en 1371. Formó parte de la comision nombrada para examinar las opiniones de un tal Raimundo, llamado *el Neófito*, acusado de propagar errores en el dogma. Posteriormente pasó en calidad de legado en Bolonia, prestando en esta mision importantes servicios á la Sede Apostólica, y tomó parte en la eleccion de Urbano VI y Clemente VII. Noellet falleció en Aviñon el 4 de Julio de 1394.—M.

NOEMA, hija de Lamech y de Sella, y hermana de Tubal Cain. Se cree que fué inventora del arte de hilar la lana y de tejer la tela.—M.

NOEMA, esposa de Noé, segun algunos antiguos rabinos distinta de la anterior, que era hija, como hemos dicho, de Lamech *el Bígamo* y de la raza de Cain. Tambien dan este nombre á la esposa de Noé algunos orientales; pero otros la llaman Bathenos, Novia ó Tithæa.—M.

NOEMAN, hijo de Bela y nieto de Benjamin. Fué jefe de la familia de los noemanos en la tribu de Benjamin.—M.

NOEMI, mujer de Elimelech. Habiendo acompañado á su esposo al país de los moabitas, adonde se habian retirado huyendo del hambre y de la es-

terilidad, perdió á su esposo en aquellas comarcas y casó á sus dos hijos con naturales de aquel país; esto es, Mahalon, que se casó con Ruth, y Chêlion, que hizo lo mismo con Orfa. Habiendo muerto estos jóvenes sin dejar sucesion, Noemí se retiró á Judea, adonde querian seguirla sus dos nueras; pero se opuso á su resolucion, manifestándoles que en el desamparo de su viudez le era imposible establecerlas en su patria. Orfa creyó á su suegra, y se volvió á su país; pero Ruth la acompañó hasta Bethlehem. Habiendo circulado rápidamente la noticia de su llegada, la esposa de Elimelech dijo á las gentes: «No me llameis *Noemí* (esto es, hermosa) sino *Mara*, ó sea *amar»gura*, porque el Señor ha colmado mis dias de dolor. Salí de esta ciudad »engrandecida, y el Señor me ha conducido á ella viuda y desolada.» Habiendo Ruth ido un dia á espigar en los campos, acertóse á encontrarse en la heredad de un hombre llamado Booz, quien la instó para que siguiera á sus segadores, mandando que comiera con ellos. De regreso á la ciudad, Noemí le manifestó que Booz era próximo pariente suyo, y obrando con diligencia y acierto logró al fin que aquel se casase con Ruth, como puede verse en sus correspondientes artículos. Ruth concibió y parió un hijo, que llamó Obed; y las mujeres de Bethlehem, llenas de alegría, felicitaron á Noemí, diciéndole: «Bendito el Señor, que no ha permitido que vuestra familia quede »sin sucesor, y os ha dado un varon, que será el consuelo de vuestra alma »y el báculo de vuestra vejez.» Se ignora de fijo la época en que aconteció la historia de Ruth y de Noemí; mas se sabe que entre el matrimonio de Salmon en Rahab de Jericó, y el nacimiento de David, hijo de Isaí, median trescientos sesenta y seis años, ocupados por la existencia sucesiva únicamente de Booz, Obed y Jesé; de modo que debieron vivir dilatados años para llenar un espacio tan considerable.—M.

NOGA ó Noge, hijo de David (I Par. III, 7; IV, 6).

NOGAROLA (Leonardo), hermano de la ilustre y virtuosa Nogarola. Fué protonotario apostólico, y escribió dos tratados titulados, el uno *De mundi æternitate*; Vicenza, 1480, y el otro *De Beatitudine*; Bolonia, 1481.—M.

NOGAROLA (Tadeo). Nació en Verona el 24 de Diciembre de 1729, de una familia antigua, y profesó en el instituto de PP. Jesuitas en el año de 1748. Dedicóse á la enseñanza, y se hallaba desempeñando la cátedra de teología en Bolonia, cuando se decretó la supresion de los Jesuítas. Publicó una obra que le valió mucha reputacion, con el título: *Inmortalidad natural del alma demostrada*, al principio escrita en latin, y despues traducida al italiano por el autor; Venecia, 1780; á la cual siguió luego la publicacion de dos *Cartas* sobre el mismo asunto. Más adelante dió al público una *Disertacion teológica sobre la disposicion necesaria para recibir la gracia de la justificacion en el sacramento de la Penitencia*; Verona, 1800, en 8.°, que le

ocasionó largos y empeñados debates. En ella sostenia Nogarola que la atricion bastaba, y combatia especialmente la opinion de Tamburini, célebre profesor de Pavía, y tan conocido en el sínodo de Pistoya; pero sus argumentos fueron atacados por Gentilini y Muzzani, que no concebian la atricion del mismo modo que el autor. Nogarola, en defensa de su sistema, publicó consecutivamente seis escritos con el título de *apéndices ó contestaciones*. La última produccion que ha salido de la pluma de este jesuita es una *Explicacion y defensa de los cuatro artículos del clero francés*, 1682; Verona, 1808, en 4.° El autor debilita cuanto puede la doctrina de los cuatro artículos, y se esfuerza en conciliarla por medio de argumentos ingeniosos con la enseñanza que sobre los puntos de aquella doctrina se da en Italia. Ignoramos el año en que murió, pero vivia aun en 1809. — M.

NOGHENCIO (P. Nicolás), de la Compañía de Jesús. Fué irlandés, de casa ilustre, que engastaba este honor con el precioso de la firmeza en la religion católica. Cuando tuvo edad para aplicarse á las letras, salió de Irlanda para cursar en universidad y colegio en que no pudiese tener cuidado ó sospecha de estar su doctrina inficionada con el veneno de la herejía; llegó á Amberes, en cuya ciudad se dedicó al estudio en el colegio de su nacion; estudió bien letras humanas y filosofía, de que recibió la borla de maestro, y en este estado pasó á Roma, donde pretendió entrar en la Compañía; ya recibido y pasado su noviciado, le preguntó el general á qué provincia queria le aplicase para seguir los cursos de teología que le faltaban á su estudio, y respondió pronto que deseaba vivir en aquella provincia en que los padres gozaban el glorioso renombre de apóstoles. Condescendió el general, y estudiada en Evora la teología, y ordenado sacerdote, pasó de órden del padre general á su patria, Irlanda, donde con el mayor celo ejerció el oficio de obrero apostólico; como era tan noble y conocido de todos, no observó aquella cuidadosa cautela que otros, fiando mucho en el poder de sus parientes, y porque la persecucion que movian los ingleses contra la religion católica no ardia con vigor, por no estar aun apoderados de toda la isla, y siendo grande el número de los que se mantenian católicos, y temian prudentemente á estos si se encarnizaban en su sangre; pero como el virey inglés conociese el gran perjuicio que hacia á su falsa secta el P. Nicolás, con el pretexto de que predicaba públicamente la fe católica contra el edicto de su rey que prohibia la publicidad, le aherrojó en la cárcel pública, privando á los católicos del mayor consuelo y de los muchos auxilios con que los asistia y confortaba. Sus nobilísimos parientes se inquietaron, pero la perfidia del virey no cedió al rigor, y si bien el Padre no perdia tiempo en la cárcel, donde confirmó en la fe á muchísimos católicos que por esta causa vivian felizmente encerrados, todavía era mucho mayor el fru-

to que lograba en libertad, la que no pudieron conseguir hasta cuatro años, en que sobre la penalidad de tener aprisionado el celo, padeció grandes trabajos y todos aquellos malos tratamientos que inducia, no la justicia sino la rabia herética: á los cuatro años cedió el virey, obligado por las instancias de sus nobles parientes, sin más castigo que una rigurosa conminacion, si reincidia en el que llamaba delito de desobediencia al Rey. Salió á libertad conminado, pero por entónces todo el proceso verbal era recargando la publicidad, por lo que el Padre se vió precisado á apelar al disimulo y al secreto; para lograr estos, y favorecerse de su indulto, abandonó las casas de sus parientes, y anduvo prófugo toda la isla sin tener domicilio quieto; ya vivia en una ciudad, ya en otra, conforme le llamaba la necesidad de los católicos, ó segun le dirigian las noticias que podia tener de su estado; acudia con singularidad á los enfermos, confesándolos, administrándoles el viático, y auxiliándoles en el extremo lance: con los pobres era compasivo, y como no tenia con qué socorrerlos, daba de limosna su sonrojo, con que pedia á los ricos, y socorria las necesidades con la caridad que le hacian los poderosos. En las poblaciones grandes inventó estaciones ó colectas de católicos, citándolos para lugares desiertos; fué muy útil esta idea, pero muy penosa; porque sin que el Padre se diese á conocer, se citaban entre sí los católicos, y en un bosque, una quiebra de tierra ó un despoblado, oian todos el sermon, la explicacion de la doctrina cristiana, y la declaracion de los errores anglicanos, confortándolos en la verdadera religion, y enseñándoles con suma claridad la explicacion de los argumentos con que se debian defender de los sofismas de los herejes. Estas juntas en el campo tenian el necesario inconveniente de estar expuestas al temporal, y acaeció más de una vez, que lloviendo, y algunas nevando, permanecia el auditorio oyendo al predicador su sermon, batallando con la voz contra la herejía, y con la paciencia contra el temporal. Solia el Padre en Portugal ponderar estos lances para prueba de lo constantes que vivian en la religion sus paisanos, debiendo al mismo tiempo admirarse la firmeza con que el P. Nicolás ejercia su ministerio á mayor honra y gloria de Dios. Cuarenta años continuos duró despues de haber salido de la cárcel, y por si hubiera durado mucho más tiempo en su penosísima y amada mision; pero ya estaban los ingleses dueños de toda la isla, sin temor de guerra civil y con la más cruel persecucion contra la religion en Inglaterra, por lo que la prudencia de los superiores juzgó prudente acuerdo llamar á todos los misioneros de Irlanda, que por muy conocidos no era posible se ocultasen á los linces espías de los ingleses, y sustituir otros que no fuesen conocidos en el reino; con esta ocasion y á este precepto volvió el Padre á Portugal, de edad de noventa años, pero fuerte y robusto de fuerzas

como jóven: tuvo por destino el colegio del puerto de Oporto, donde pudo socorrer mucho á los de su nacion, que venian prófugos á reinos extraños y hallaban consuelo en el Padre, al mismo tiempo que alivio completo en lo espiritual de sus conciencias, y abundante en cuanto podian en lo temporal de su asistencia; pero como esta ocupacion era casual, segun las contingencias, tomó libremente por habitual empleo la asistencia al hospital en alivio espiritual de los pobres, y fueron algunos los que lograron la salud temporal del cuerpo con solo decir sobre ellos los evangelios el P. Nicolás, que lleno de años y merecimientos, reposó en paz en 2 de Noviembre de 1656, con tanta fama de santidad, que se buscaban las alhajillas de su pobreza por reliquia como de santo para socorro de enfermos. Descríbese su vida en el *Floro Anglo Barbárico*, y la compendiaron el P. Franco y el P. Patrignani en sus *Menologios*. —A. L.

NOGHERA (Juan Bautista), escritor distinguido y natural de Berbeno en la Valtelina. Nació en 1719, profesó la regla de S. Ignacio de Loyola en 1735, y pronunció los últimos votos en 1753. Además de los vastos conocimientos que poseia en la literatura griega y romana, tenia particular talento para la enseñanza, como lo acreditó enseñando retórica en Milan y elocuencia sagrada en Viena. Suprimida la Compañía de Jesús, el P. Noghera pudo entregarse más cumplidamente á la redaccion de obras, que tenian por objeto, unas el combatir las ideas y costumbres de su tiempo, y otras varios puntos de literatura. En estas tareas y en el cumplimiento de sus deberes, el P. Noghera falleció en su patria en Noviembre de 1781. Sus producciones más recomendables son las siguientes: 1.ª *Sobre la Oratoria sagrada moderna;* Milan, 1752.—2.ª *Discursos de Demóstenes, traducidos é ilustrados con notas;* Milan, 1753: esta traduccion es muy apreciada en Italia.—3.ª *Sobre los antiguos y los modernos;* Bassano, 1774.—4.ª *Reflexiones sobre la religion revelada.*—5.ª *Sobre la infalibilidad de la Iglesia cristiana.*—6.ª *Sobre la infalibilidad del Papa.*—7.ª *Sobre la potestad de la verdadera Iglesia de Cristo.*—8.ª *Modo de discernir la verdadera Iglesia cristiana de todas las sectas:* seis opúsculos en 8.°, que salieron desde 1773 á 1783.—9.ª *Observaciones sobre el análisis de las Prescripciones de Tertuliano*, por Tamburini; Bassano, 1784, en 8.°—10. *¿Qué es el Papa? Respuesta del P. Noghera;* Foligno, 1783: obra escrita contra el libelo de Eybel, con el mismo título: *¿Qué es el Papa?*—11. *¿Qué es un obispo?* Bassano, 1784. Despues de la muerte de este jesuita salieron á luz las obras siguientes: 12. *De natura et causa eloquentiæ*, 1786: esta obra es la única que escribió en latin, pues las demás lo son en italiano.—13. *Sobre la multitud de sistemas que se conocen para la enseñanza de las Humanidades.*—14. *Reflexiones sobre la devocion;* Bassano, 1786.—15. *Vida y muerte del hombre justo en los*

ejemplos de S. José; Bolonia, 1786 : segunda edicion.—Se cree que existe una traduccion francesa de esta obra, hecha por José Fierard, jesuita, que pasó á Italia despues de la supresion de la Compañía y murió en Milan. Las obras del P. Noghera han sido reunidas en una edicion de diez y siete tomos, publicada en Bassano, 1790. Dejó escritos algunos opúsculos, así en prosa como en verso. Tiràboschi le cita con elogio en su *Historia literaria de Italia*, y el conde de Grovio en los *Hombres ilustres de la diócesis de Como.*—M.

NOGUEIRA (P. Bernardo), religioso de la Compañía de Jesús. Nació el bendito mártir Bernardo Nogueira, ó Noguera, que así suena en castellano, en la ciudad de Fremona, cabeza del reino de Tigris en el imperio de Etiopía. Su padre fué portugués, natural de la ciudad de Braga, noble por su sangre y no ménos noble por su virtud. Pasó á la India en servicio de Dios y del Rey, y de Goa á Etiopía con cargo honroso, donde se casó con persona digna de su nobleza. Tuvo, entre otros, este hijo, que fué honra de su casa, porque en él corrieron parejas la virtud y el ingenio, la buena inclinacion y las letras. Desde niño mostró no solo habilidad para ellas sino facilidad en aprenderlas, por lo cual le puso en el seminario que allí levantó la Compañía para criar la juventud, así en letras como en virtud, y en el culto y ceremonias de la Iglesia Católica; y era cosa de admiracion, y que declaraba bien que Dios le habia escogido para ministro suyo, ver la diligencia y prontitud con que en sus tiernos años aprendió la doctrina cristiana y la lengua latina; las oraciones, preguntas y respuestas del catecismo, y la gracia con que las representaba y repetia, no solamente en la escuela sino en las plazas y los templos y delante del mismo Emperador, que se recreaba mucho con oirle. Toda su juventud empleó en el estudio de las letras divinas y humanas, con tanto amor y cariño á los PP. de la Compañía, que le enseñaban, que no podia apartarse de su lado, ni se hallaba sino en su casa; les ayudaba á misa y á componer los altares; servia en los quehaceres domésticos con admirable diligencia; era muy devoto y compuesto; frecuentaba los santos sacramentos, y en todo se mostraba un vivo ejemplo de virtud á sus condiscípulos. Creciendo en edad, creció juntamente en sabiduría, porque con la familiaridad de los de la Compañía y los muchos y buenos libros que le dieron, alcanzó mucha noticia de las letras sagradas y de los errores de Etiopía y de las verdades católicas, adquiriendo suficiencia para argüir y disputar de ambas, defendiendo estas y refutando aquellas, con lo que en pocos años sobresalió en la ciencia, y los PP. se valian de su gran inteligencia y de sus buenas prendas para el desempeño de aquellos ministerios. Cuando el P. Manuel de Almeida vino á Etiopía por superior de los de la Compañía y con título de embajador del P. general Mucio Vite-

leski al emperador Sultan Segued tendria el P. Bernardo poco más de veinte años de edad, pero muchos de virtud, letras y prudencia; y como le vió tan bien inclinado y tan afecto á los PP. que solo le faltaba el hábito para ser de la Compañía, se le aficionó sobre manera; y como le experimentó tan despierto y erudito en las letras de Etiopía, le tomó por su intérprete y compañero para la predicacion y para la inteligencia de los libros y escrituras de Etiopía y para los que compuso contra ellos; y le valió tanto su industria que se puede poner en duda á quién se debe más; al P. Almeida, que los compuso, ó al P. Bernardo que le ayudó para ellos, porque él dió muchos materiales y le descubrió muchas escrituras antiguas, interpretó lo que el padre no entendia, y de lengua portuguesa tradujo sus escritos en la de Etiopía; le acompañó en su visita, guiándole, sirviéndole, consolándole, pasando por malísimos caminos, por montes, selvas, valles y rios; sufriendo frios y soles y manifiestos riesgos de perder la vida, con tan grande afecto, amor y fidelidad que no le hizo ventaja alguno de la Compañía. Cuando despues llegó el santo patriarca Alfonso Mendez, y trató al P. Bernardo y supo sus buenas partes, no se le aficionó ménos que el P. Almeida, de tal manera que no le apartó de su lado todo el tiempo que estuvo en Etiopía; le ordenó de sacerdote, le hizo ministro suyo, así para lo espiritual como para lo temporal, valiéndose de sus buenas prendas para la predicacion y las disputas, catecismos y bautismos, y para repartir las limosnas, visitar los pobres y consolar los enfermos, siendo como un S. Lorenzo con S. Sixto; y así le acompañó en el destierro y despues en el martirio. Fué tan fiel compañero en sus trabajos, que nunca le perdió de vista; sirviéndole y ayudándole como un hijo á su padre; tal fué el cariño que siempre le tuvo; y cuando el emperador Faciladas le desterró con los de la Compañía, Bernardo le acompañó en el camino, regando la tierra con lágrimas, pero el santo patriarca le consoló, dejándole por su vicario en Etiopía, á falta de los de la Compañía, y ofreciéndole que no le faltarian mayores trabajos que padecer por el consuelo de las almas y por la defensa de la Iglesia, que los que él y los demás padecian, como se cumplió á la letra, padeciendo grandes persecuciones y rematando su santa vida con glorioso martirio. Tambien le fué recomendado el cuidado de los tesoros de la iglesia que dejaba en Etiopía, y los pobres católicos, para los cuales le envió desde Goa algunas cantidades de oro y plata que acaudaló de limosna, cuidando el santo patriarca de sus hijos, ausente como presente; y así le enviaba el P. Bernardo cartas muy regaladas, dándole saludables consejos y muchos y buenos documentos para portarse en aquella persecucion y confortar á todos, como lo hizo con admirable destreza, porque como era natural de la tierra, podia andar libremente, y conversar con todos sin rezelo, con lo cual recogia las noticias de

lo que pasaba, y las daba á los PP. que andaban escondidos, y al santo obispo de Nicea, para que se previniesen y guardasen, con cuyos servicios pudieron permanecer en el imperio seis años, consolando y confortando á los católicos, hasta que fueron presos y martirizados por Cristo. Desde este tiempo hizo oficio de vicario en aquella iglesia el P. Bernardo, con poderes que le dió el patriarca, y suplió su ausencia y la de los de la Compañía, exhortando á los fieles á la tolerancia en los trabajos y á la perseverancia en la fe santa de Cristo, administrándoles los santos sacramentos con los ritos de la Iglesia romana, catequizando y bautizando á los infieles que se convertian y á los hijos de los fieles, ayudando á los que morian para que no desfalleciesen en aquel trance, enterrando los difuntos y consolando á los pobres con las limosnas que podia, discurriendo por todo el imperio con un celo extraordinario, esforzando á todos á costa de inmensos trabajos y riesgos de la vida, que padeció por esta causa; y siempre que habia ocasion escribia al santo patriarca el estado de las cosas, y para hallar mensajeros fué varias veces á Mazua, que dista cien leguas de Fremona, por montes y desiertos fragosísimos, llenos de fieras y ladrones, arriesgando la vida por tener noticias de su amado padre y dárselas de su obispo. Asistió con suma fidelidad y cuidado al insigne católico, columna de la fe romana, Raz Cela-Cristos, hermano del emperador Seltan Segued, á quien tuvo preso más de veinte años su propio sobrino el emperador Faciladas, y últimamente le quitó la vida temporal por medio de la cual consiguió la eterna con glorioso martirio; y de la misma manera asistió á Claudio, hermano de Faciladas, á quien por la misma causa de la fe romana prendió este cruel tirano, y le degolló inhumanamente, esforzando y animando á estos dos esclarecidos príncipes y gloriosos mártires de Cristo. Recogió, como S. Lorenzo, los cortos tesoros que habia de las iglesias, cálices, cruces, imágenes, reliquias y ornamentos para las misas, y las limosnas que el patriarca le enviaba para socorro de los pobres católicos, de los cuales sedientos los cismáticos como el emperador Valeriano de las que guardaba S. Lorenzo, le prendieron y martirizaron como al Santo como se verá despues. Ocupado el siervo fidelísimo del Señor en obras tan heróicas, y de tanto servicio suyo, dió el patriarca cuenta al P. general de su grande virtud y del celo con que siempre habia ayudado á los de la Compañía. Y el P. Francisco Picolomini, en carta suya de 30 de Octubre de 1650, cuyo traslado se guarda en Roma en el Registro de las Cartas, envió licencia para que luego le recibiesen en la Compañía, como con efecto se hizo, aunque el P. Baltasar Tellez dice que esta licencia fué de su sucesor el P. Gosbino Nihel, y pudo ser que la enviasen ambos en cartas repetidas por diferentes vias, como se suele hacer en negocios graves cuando se remiten á tan larga distancia; lo cierto es que el

siervo de Dios fué recibido en la Compañía con inefable consuelo suyo por verse alistado en la bandera de la Compañía de Jesús, é inscrito en su santa milicia, en que se habia criado, y á quien tantos años tan de corazon habia servido; y fué el primero que se sabe haber entrado en esta religion, de los naturales de aquel imperio, mas éste solo valia por muchos. Alistado en la santa religion, se dió por obligado á nueva y más perfecta vida, habiendo sido tan santa la que habia tenido; mudó de casa, viniéndose á la de la religion que habia en Fremona, despreciando el riesgo de perder la vida, por cuanto el Emperador habia fulminado ley de ser ahorcados todos los jesuitas y cuantos siguiesen su doctrina contra la fe de Alejandría. Se dió más á la oracion, mortificacion y penitencia y á la observancia de las reglas y santo instituto; y como si hasta entónces no hubiera hecho cosa alguna, así se entregó todo con admirable fervor al bien de las almas de sus prójimos, infundiéndole Dios con la vocacion un nuevo espíritu de la Compañía; y encendido en este fuego sagrado, no cesaba de dia ni de noche, en los poblados y despoblados, en las casas y en los campos, de buscar á los católicos y esforzarlos, consolarlos y darles las limosnas que le remitia el patriarca para su alivio y sustento, curando á los enfermos y alentando á los sanos para perseverar en la fe y no descaecer en la horrible persecucion que la Iglesia padecia en aquel imperio, como lo hicieron los santos apóstoles y los pontífices y santos doctores antiguos en el principio de la Iglesia. Escribió por este tiempo al patriarca el suplicio de los dos príncipes, y el miserable estado en que se hallaba aquella cristiandad, perseguida y oprimida del impio Faciladas; y el patriarca le respondió con santas, espirituales y saludables cartas, y con tales consejos para valerse en aquella tempestad y confortar á los fieles, que podian correr parejas con las que S. Pablo escribia á su discípulo Timoteo, y como tales las leia á todos los católicos para su consuelo, y los animaba á perseverar con ellas. Recibió asimismo una buena limosna que le envió para repartirles, como lo hizo fielmente, distribuyendo la mayor parte en el reino de Tigris, adonde asistia más frecuentemente; y habiendo discurrido por él, pasó al de Goiama, que es muy opulento, y habia en él muchos católicos, para consolarlos y esforzarlos en el alma y en el cuerpo con su doctrina y con la limosna que llevaba para distribuírsela; comenzó su ministerio, y como ya los cismáticos le traian entre ojos, y sabian que habia asistido á los príncipes que martirizaron, oyendo que llevaba oro y plata, le prendieron, como á S. Lorenzo los ministros de Valeriano, y le llevaron delante del virey; el cual, puesto en su tribunal, le mandó traer ante sí cargado de cadenas; preguntándole quién era, contestó ser natural de Fremona, criado en aquel reino, y que era sacerdote católico y de la Compañía de Jesús, aunque indigno de serlo. Enfurecióse el virey

contra el mártir; juzgando que con aquella libertad le habia perdido el respeto, y con grande saña le dijo: que cómo siendo natural de Etiopía habia abrazado aquella infame religion, que contradecia á la antigua del imperio; á lo que el mártir le contestó: que no era infame sino santa y verdadera y la que enseña la salvacion y el camino del cielo; á lo que enfurecido le replicó llamándole miserable y loco, y engañado de aquellos falsos extranjeros, que mirase por sí y abandonase aquella locura, confesando la fe alejandrina, que es la que observaba el Emperador y todos los noble y sabios del imperio, y que desengañase á cuantos habia engañado con falsa predicacion y que sinó le haria morir en tormentos; á lo que el mártir dijo que hiciese lo que quisiese, que sus tormentos serian para él flores y sus máquinas le servirian de almenas para labrar su corona en el cielo, y que tomase su consejo, y que dejase su falsa religion, que da anchura á los vicios y los llevaba por el camino dilatado del infierno, que siguiese la romana, que era la santa y verdadera. Loco de rabia el tirano, viendo el valor y constancia del santo mártir, le mandó llevar á la cárcel, y luego sin más dilacion ponerle en una horca. Le arrebataron de su presencia con diabólico furor los impíos ministros, le cargaron de prisiones, ocaron trompetas y atabales que fueron reseña de su victoria y música de su triunfo, y le llevaron arrastrando, con pregones publicándole por traidor á la corona y por predicador de la fe romana, contraria á la alejandrina: lloraban todos los católicos, al paso que se alegraban los cismáticos, pero mucho más el santo mártir, por haberle Dios hecho digno, no solo de tener su fe, sino de dar la vida por ella; subiéronle á un árbol muy alto y le arrojaron con infernal ímpetu, atada al cuello una soga, y luego todo aquel pueblo impío le apedreó cruelmente. Su alma voló á los cielos, y su cuerpo estuvo algun tiempo colgado del árbol, hasta que los católicos le compraron de los verdugos por subido precio, y cualquiera fué corto para el valor de sus reliquias, que siempre serán de inestimable precio. Le enterraron en lugar decente, esperando que por sus méritos y por su intercesion habia de florecer en su patria la fe católica romana, pasado el tiempo funesto de aquella persecucion. Ocurrió su martirio el año 1653. — A. L.

NOGUEIRA (H. Manuel), jesuita portugués, natural de Fartel, en el obispado de la Guardia. Estudió latin en Portalegre, donde pretendió ser admitido en la Compañía: pero entró en Lisboa á 28 de Junio de 1702. En el mes de Noviembre del siguiente año fué trasladado al noviciado de Évora, donde pasó el tiempo que le faltaba hasta hacer los dos años y pronunció sus votos. Era muy distinguido por su santidad y pura conciencia; fué muy devoto de las ánimas del purgatorio y muy inclinado á todas las cosas de devocion. En su última enfermedad se encontró su conciencia tan pura que no tenia de qué confesarse. No causó ménos admiracion que, durante

la fuerza de los delirios, hacia santos coloquios con extraordinario afecto y fervor, pero con unas palabras tan concertadas, que no hubiera podido decirlas en su juicio ni más culta ni más devotamente. Unas veces hablaba con María Santísima, otras con S. José y con otros santos, pidiéndoles que no le desamparasen ni se separasen de su lado. En cuanto volvió en sí, no pidió á Dios la vida ni la muerte, sus palabras eran: *lo que Dios quiera, eso quiero.* Aumentada su enfermedad, recibió el santo viático con grande ternura y piedad; y finalmente, despues de recibir la santa uncion acabó esta miserable vida en el colegio de Evora, á 8 de Noviembre de 1704.—S. B.

NOGUERA (Diego). Nació en Madrid y vistió el hábito de religioso agustino calzado en Octubre de 1603. Falleció en la avanzada edad de ochenta años, á 6 de Agosto de 1670, despues de haber traducido del portugués al castellano el libro *Silva de sufragios.*—M.

NOGUERA (Venerable Luis de). Nació en Baeza, de padres nobles y piadosos, fué educado en el santo temor y amor de Dios, infundiéndole desde luego la idea de que nada aprovechan las más excelentes ventajas de este mundo, si no se asegura la gloria de la eternidad, acerca de la cual es vana toda esperanza que no se funda en el aprovechamiento con que la criatura corresponde á las gracias con que nuestro Dios, siempre benéfico, nos brinda. Desde luego mostró el jóven Luis que su capacidad no era vulgar, por lo que sus padres le dedicaron á estudios, cursando despues de la latinidad, en que salió muy aventajado, artes ó sea filosofía y sagrada teología. En todos los exámenes y actos que hubo de sufrir salió siempre con el mejor éxito, excediendo, digámoslo así, las esperanzas de sus mismos maestros; pues modesto por carácter y por conviccion, nunca demostraba en cátedra ni fuera de ella su aprovechamiento, á pesar de ser notable y capaz de satisfacer, no digamos solamente las aspiraciones, sino las exigencias del ménos considerado. Aprovechadísimo como hemos dicho, y dotado de muy buena capacidad, recibió los órdenes sagrados hasta el presbiterado con admiracion de todos, y con una santa envidia á sus acreditadas virtudes, porque todos veian en él la más fiel correspondencia á la divina gracia. La obediencia que siempre profesó á sus superiores, y á la cual se creyó más obligado luego que la hubo prometido en su ordenacion de presbítero, fué quien le hizo pasar á desempeñar el curato de Santa Cruz de Jaen; curato de muy pocos productos, es verdad, pero que era aun de sobrada utilidad en órden á lo que nuestro buen cura necesitaba y queria, y al cual se adhirió de tal manera, que en varias ocasiones se trató, ya por los obispos de Jaen, ya por su cabildo en sede vacante, promoverle á otros beneficios más lucrativos, y nunca pudo conseguirse de él el que accediese á tal deseo, diciendo siempre que de este asunto le hablaban, que á Dios habia placido colo-

carle en aquella parroquia, que hasta por su título recordaba el amor divino, y que de ninguna manera abandonaria él aquel lugar de delicias para ocupar otro donde tuviese ménos trabajo; respuesta que significaba bien á las claras el grande espíritu que le animaba, y en la cual se sostuvo aun en presencia del obispo Sarmiento, que quiso hacerle arcediano mayor, ó proveer en él alguna otra de las primeras sillas de su insigne iglesia; pero que oyendo la expresiva manera con que su profundísima humildad le hacia excusarse, no pudo ménos de conformarse con su opinion y dejarle en su curato. Ciertamente es de admirar que un hombre, que por nacimiento, por educacion y por todas cuantas circunstancias son apetecibles podia brillar, se contuviese dentro de los límites de una parroquia pobre, y no solo no pidiera, sino que no quisiese recibir otra posicion más ventajosa; pero es, sin embargo, muy cierto, que á tanto llegó la profunda humildad de este distinguido sacerdote, por cuyo motivo es admirado como ilustre en tan difícil virtud por cuantos con cualquier motivo han tratado de las cosas de este respetable párroco. Cómo cumplia los deberes de tal, puede inferirse de esa misma circunstancia de ser tan apegado á su primera parroquia: por supuesto que cuantas rentas le producia, con más lo que le daba su patrimonio y cuanto los ricos ponian en sus manos, que no era poco, pues sabian como habia de distribuirlo; todo, y además muchos buenos consejos que eran tambien un socorro no ménos abundante, todo lo distribuia entre los pobres, pero con un acierto, con un tino y prudencia que admiraba, logrando el dejar contentos aun á aquellos mismos á quienes no podia socorrer, y siendo esto debido, á que si no tenia limosna, tenia una frase de afecto y de la mayor ternura, razon por la cual ninguno se iba desconsolado de su presencia. Y no se crea que para remediar las necesidades necesitaba él que le instasen mucho en manifestárselas, no; con el desvelo de una cariñosa madre inquiria lo que habia menester cada uno de sus queridos hijos, y con extraordinaria prontitud iba al alivio de las necesidades más urgentes, privándose él algunas veces hasta de lo necesario, pues supérfluo nada tuvo nunca, en razon á que ropas y mueblaje eran en él muy modestos y solo lo preciso para ocultar, si cabe, bajo una decente apariencia los rigores de su verdadera pobreza, de su extremada abnegacion y de su caridad verdaderamente evangélica. Su mesa, franca siempre para el pobre, era para él muy parca y de los manjares más comunes, de suerte que admiraba el cómo podia sostenerse, pues no hacia sino una sola comida, y á las veces pasaba más de un dia sin que probase alimento alguno. En órden á su presteza y diligencia para administrar á su amada grey el pasto de la divina palabra, no hay manera de dar una idea cabal de su celo y exactitud, baste decir que era su verdadero cura, y que si alguno mereció tan distinguido nombre, fué sin

duda este varon completamente ajustado en su conducta á las prescripciones evangélicas, y dotado de un corazon todo benéfico, así como de un atractivo extraordinario; por lo cual su cuidadoso esmero en favor de las almas producia centuplicados beneficios, en atencion á que nadie podia excusarse del modo tan acertado con que se indicaba en cualquier ocasion en que necesitaba insinuarse. Y no se crea que porque manifestamos en este esclarecido sacerdote condiciones tan especiales y favores del cielo tan bien correspondidos, era él uno de esos sujetos que con tal de no alterar su sosiego pasan por todo, y toleran aun aquellas cosas que no debian tolerarse; todo al contrario, este excelente párroco reprendia cuando era necesario, castigaba si venia al caso; pero sus castigos y sus reprensiones iban acompañadas de un sentimiento íntimo, del sentimiento que producen en un buen padre los extravíos de su hijo, que por más que los lamente y los sienta los perdona en sí mismo, es verdad, pero los reprende para que sus futuras consecuencias no expongan á su mismo hijo á una ruina irreparable. Hemos dicho que con muy buena capacidad estuvo dotado de grande aplicacion, así que era el orador de más nota de su época, y como á su suficiencia se agregaba el vivo deseo que siempre tuvo de aprovechar cuantos recursos estaban en su mano para acrecentar la gloria de Dios, predicó mucho, muy bien y con un éxito inconcebible segun los medios humanos, y solo aplicables á que Dios, por su inmensa bondad, favorecia de tal modo las empresas de su siervo, que en todas le daba éxito favorable para aumentar en él el deseo de servir á su Dios, siquiera por hacerse merecedor de sus misericordias y propagador de su gloria y servicio. Es inconcebible cuánto trabajaba en los muchos puntos de su provincia eclesiástica, donde por mandato de los obispos fué varias veces á predicar, por componer enemistades y curar odios envejecidos que habian causado males sin cuento; así como no es posible reducir á expresion la infinidad de restituciones que se hicieron por su medio, ya de bienes tomados á sus legítimos dueños, ya de lo injustamente adquirido por tratos injustos ó adquirido en juegos, que con energía combatió, llegando á exterminarse por completo en su parroquia esta costumbre tan perniciosa para las familias. Esta era su conducta de un dia y de otro dia, hasta que llenándose los suyos con las buenas obras en que fué incansable, el Señor lo llevó á la posesion de su santa gloria, despues que le hubo fortalecido con los espirituales auxilios que en momentos tan terribles nos son tan consoladores, y en cuya recepcion el venerable se portó como en todo cuanto tenia relacion al culto de Dios, es decir, con una edificacion ejemplarísima. No puede caber la menor duda, conociendo lo mucho que Jaen le estimaba, en que el dia de su muerte lo fué de verdadero sentimiento para todos, no porque hubiese uno siquiera que dudase de su feliz suerte, sino porque todos

sentian muchísimo verse privados de la presencia y auxilios del que era padre para todos. El entierro del párroco de Santa Cruz fué una de esas solemnidades que los pueblos guardan y presentan de cuando en cuando, pues puede decirse que no hubo persona, desde el más rico al más pobre, desde el más noble al más plebeyo, que no quisiera con su presencia á esta solemnidad religiosa demostrar el aprecio que le merecia el difunto y la veneracion con que le honraban. Su cuerpo fué por el pronto depositado fuera de la grada del altar mayor de su iglesia, y despues de dos años se dió licencia por el Ilmo. obispo Sarmiento para que se le colocase dentro del altar mayor mismo, lo cual se ejecutó en 1616, habiéndose hallado incorrupto su venerando cadáver. Todo dió ocasion á que su buena memoria se conservase todavía por tradicion de unos á otros, y que la Iglesia nuestra madre haya autorizado el que el nombre del presbítero D. Luis de Noguera pase á la posteridad con el glorioso epíteto de venerable. — G. R.

NOGUERA (Fr. Vicente), natural de Valencia, profesó en 12 de Abril de 1605 en la religion de Sto. Domingo, y despues de haber seguido los estudios con mucho lucimiento, enseñó filosofía en la universidad de Valencia, graduándose en el mismo año de doctor en teología. Nombrado en 1616 examinador de ambas facultades, fué en el mismo año elegido calificador de la Inquisicion. En 1621 enseñó teología en su convento, y despues pasó á Roma dos veces en calidad de procurador de su provincia, desempeñando esta y otras comisiones que le confió la Orden, con tanta presteza como acierto. Falleció en 19 de Julio de 1645, despues de haber obtenido varios cargos en su religion. — M.

NOGUERAS (Fr. Andrés), franciscano. Fué natural de la isla de Mallorca, aunque no consta á punto fijo el lugar de su nacimiento. Distinguióse como teólogo profundo y como elocuente predicador, desempeñando varios destinos y cargos importantes de la religion en la provincia mallorquina. Vivió á mediados del siglo XVII, y es conocido por haber escrito un *Memorial de la órden de S. Francisco en la provincia de Mallorca*, cuya obra, que no llegó á publicarse, formaba un volúmen en 4.°, el cual se conservó mucho tiempo en la libreria del convento de S. Francisco el grande de Madrid, la que, segun dicen algunos bibliógrafos de la Orden, era sumamente interesante, por describirse en ella el estado de la religion franciscana en su tiempo en la provincia de Mallorca. — M. B.

NOGUERAS (D. Jaime), obispo. Se ignora el lugar del nacimiento de este prelado, si bien se sabe que fué aragonés por las actas y decretos del concilio de Trento, publicados en Roma en 1564, en donde se ve que firma *Jacobus Nogueras, hispanus aragonius, episcopus Alifanus;* en su obra de *Ecclesia Christi* solo se llama *Jacobus Noguera*. En 20 de Noviembre de 1556 tomó posesion

de la silla de dean de la catedral de Viena, cargo que renunció en 1559. Fué capellan y predicador del emperador Fernando I. En 1560 el papa Paulo IV le nombró prelado familiar, y en 8 de Agosto del siguiente obispo de Alife, en cuya dignidad asistió al concilio de Trento en Febrero de 1562. En este mismo año defendió con suma elocuencia la institucion divina de los obispos, lo que no le dejó de atraer algunos enemigos; pero esto no le arredró para que en 1563 disputase sábiamente sobre la residencia de los obispos, manifestando que no estaba conforme con el decreto del concilio: así lo dice Salmer, á la pág. 363. Defendió á España con tal vehemencia, que asegura el cardenal Palavicino que no se puso entre las actas del concilio la oracion que dirigió á los PP. congregados en la iglesia de S. Virgilio, porque los embajadores de Francia y de Viena se quejaron de que hubiera nombrado al rey de España ántes que á sus soberanos. Despues de haber pasado á Venecia, terminado que fué el concilio, en donde publicó la impugnacion de Gaspar Cardillo contra los herejes, murió en la misma ciudad el año 1566, cuando él apénas contaba cuarenta, por lo que Latinio le llamó *Juvenis*. Escritor puro, sabio y elocuente, dejó seis obras que acreditan su ciencia y fe religiosa, de las que dan razon Nicolás Antonio, La Tassa y D. Francisco Cerdá en su opúsculo *De Hispanis purioris latinitatis cultoribus*. —C.

NOGUIER (Francisco), autor de una *Historia cronológica de la Iglesia y de los obispos y arzobispos de Aviñon*, impresa en esta ciudad en 1659:—S. B.

NOIR (Juan le). Nació en Alenzon en 1622; siguió la carrera eclesiástica, y fué provisto en 1652 de la canongía doctoral de Seez. Ejerció el ministerio del púlpito en Normandía y en París, donde obtuvo la mejor acogida. Su ardoroso carácter le acarreó serios disgustos; algunos fanáticos, muy semejantes á los flagelantes y muy celosos contra el jansenismo, vieron con disgusto que se habia encomendado á Mr. le Noir el adviento y la cuaresma en Argentan, á pesar de que se sospechaba ser favorable á aquellas doctrinas. Colocaron en una plaza de la ciudad una imágen de la Santísima Virgen, en cuya presencia iba todas las tardes á cantar la letanía, en que introducian estas palabras: *Virgo extirpatrix jansenistarum*. A los pies de esta imágen habian colocado una gran serpiente, que decian ser el doctoral de Seez. No se contentaron con esto, sino que reuniéndose la víspera de Pentecostés, marcharon en procesion á un lugar dos leguas de Argentan, y se dirigieron á Seez, donde volvieron á cantar su letanía. Esta escena no fué más que ridícula; pero le Noir experimentó disgustos que sobrepujaban á todo el ridículo. No estaba bien con su prelado, que habia dado una órden para la explicacion del formulario, y le acusó de muchos errores en sus escritos públicos. Denunció un catecismo publicado en la diócesis por el Sr. Enguerran, con el título de *El Campesino cristiano*, donde se leia en términos expresos

»que habia cuatro personas divinas que debian ser objeto de la devocion de »los fieles, es á saber, Jesucristo, S. José, Sta. Ana y S. Joaquin. Que »nuestro Señor se hallaba en el Santo Sacramento del altar como un pollo »en la cáscara de un huevo.» La negativa que dió el obispo de Seez á satisfacer á esta acusacion indujo al doctoral á acusar juridicamente al prelado de favorecer estos errores. Presentó su queja al rey de Francia, y la acompañó con la denuncia de muchas proposiciones que creia heréticas. Mr. Le Noir publicó con este motivo algunos escritos en que traspasaba todos los límites de la moderacion, no solo con respecto á su obispo sino tambien á su metropolitano. Se nombraron comisionados para juzgarle, y con solo la presentacion de sus libelos fué condenado á galeras perpétuamente, despues de haber hecho una honrosa retractacion. Esta sentencia no fué ejecutada en todo su rigor, contentándose con hacerle conducir á St. Maló, de donde fué trasladado á las prisiones del castillo de Brest. Permaneció allí cinco años. Despues le enviaron á Nantes, donde murió á los dos años en el castillo de esta ciudad el 22 de Abril de 1692. Dejó las obras siguientes: 1.ª Una traduccion de la *Escala del Claustro*, obra atribuida á S. Bernardo.—2.ª *Las ventajas incontestables de la Iglesia sobre los calvinistas en las disputas de Monsieur Arnauld y del ministro Claude*, que dedicó al rey de Francia en 1673 en París y Sens.—3.ª *Las nuevas luces políticas, ó el nuevo Evangelio del cardenal Palavicino, revelado por él en su Historia del concilio de Trento.*—4.ª *Una carta á S. A. madama la duquesa de Guisa*, sobre la dominacion episcopal en 1679, y sobre el uso de las cartas patentes obtenidas por algunos obispos para oprimir al clero de segundo órden. El celo de Mr. Le Noir carecia de prudencia: mereció los malos tratamientos que recibió por la osadía con que atacó no solo la doctrina, sino tambien las costumbres de sus superiores. El principio que sostuvo de que desde que es culpable un obispo de algun crímen ha perdido el episcopado, aunque no sea juzgado, ni condenado, ni depuesto canónicamente, es muy peligroso y contrario á las antiguas leyes de la Iglesia.—S. B.

NOIR (Raoul le), monje de S. Germer. Este escritor ha merecido elogios de todos los que han leido su comentario sobre el Levítico. Era monje de la abadía de St. Germer de Flaix, de la órden de S. Benito, en la diócesis de Beauvais, y vivia, segun Alberico de Trois Fontaines, en el siglo XI. Las obras que se le atribuyen son: *Una explicacion del Levítico, un comentario sobre el Cántico de los Cánticos, otro sobre las Epístolas de S. Pablo, una historia de Francia y una Crónica.* Si este *Comentario sobre el Cántico de los Cánticos* es el mismo que se ha impreso algunas veces entre las obras de San Gregorio *el Magno* no es de Raoul le Noir sino de Raoul, abad de Fontenelles, ó de S. Waudrille, ó bien de Roberto de Tomblaine, abad de S. Victor

de Bayeux. Las demás obras atribuidas á Raoul le Noir no han llegado hasta nosotros. No nos queda más que la que hizo sobre el Levítico con la siguiente ocasion. Estando en conversacion con los religiosos, le habló uno de ellos de los motivos de la obstinacion de los judíos en su religion y de los argumentos de que se sirven para combatir las verdades de la Iglesia católica. Algunos combatieron sus razones y sus argumentos; otros no supieron qué decir, y hubieran permanecido en la incertidumbre de cuál de las dos religiones debian abrazar, si no hubiesen tenido presente la autoridad de la Iglesia. Raoul se entristeció al ver su perplejidad, y viendo que tenia su orígen en la ignorancia del verdadero sentido de las divinas Escrituras, creyó que debia dedicarse á desvanecerla. En efecto, aunque la verdad de nuestra religion esté bien fundada en los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles y en la sangre que tantos mártires han vertido, el principal argumento de la fe cristiana se saca del cumplimiento de las profecías en el Antiguo Testamento; en el Nuevo se ha visto cumplirse en Jesucristo lo que se habia dicho de él por los profetas mil años ántes. Raoul prueba por un gran número de ejemplos, sacados de las profecías de Isaías, Jeremías, Ecequiel y otros libros del Antiguo Testamento, que los misterios de la religion cristiana han sido anunciados no solo por los oracúlos y los profetas, sino tambien por diferentes figuras que eran como las sombras de la verdad. Estas figuras le parecieron mucho más desarrolladas en el Levítico que en los demás libros de Moisés, y eligió este libro expresamente para manifestar que todo lo que se ha dicho del tabernáculo y de los sacrificios era figurado y se ha cumplido realmente en la ley nueva. Este comentario está dividido en veinte libros, y para hacerle más exacto recurre algunas veces al texto hebreo y á la version de los Setenta, y en los lugares oscuros esparce la luz por medio de algunos pasajes de otros libros de la sagrada Escritura, que tienen relacion con la misma materia. Toma algunas veces los pensamientos y hasta las mismas expresiones de los PP. antiguos, sobre todo de S. Agustin y de S. Gregorio el Magno. —S. B.

NOITBURGA (Santa). Perteneció esta ilustre hija de S. Benito á una de las más distinguidas familias de Colonia, y fué desde luego de una índole angelical, prestando perfecta sumision á los preceptos de sus padres, y llevando á cabo sus determinaciones sin la menor réplica, aun cuando lo que la mandaban llevase en pos de sí algun grande sacrificio. Estas buénas disposiciones de la niña hicieron concebir á sus padres las más lisonjeras esperanzas acerca de la eleccion de ésta, es decir, que pensaban que Noitburga, así como habia sido y era obedientísima en todo, lo iba á ser tambien en dar su mano á aquel á quien sus padres creyesen la convenia por esposo. —Sin embargo, como ella obraba de esta suerte, es decir; obedeciendo, solo por

amor á su buen Jesús, éste la manifestó que ningun otro esposo es comparable á su augusta grandeza, y que pudiendo ella ser, por la gracia que él la comunicaria, esposa fidelísima suya, á nadie sino á su adorable soberanía debia de pertenecer por completo. Lo cual comprendió como muy adecuado á su amor á Dios, y puso en ejecucion oponiéndose abiertamente á las determinaciones de sus padres y familia, que por conveniencia de todos, habian ya combinado el enlazarla con un príncipe poderosísimo y muy noble, pero que no podia en su apreciacion hacerla feliz, porque la separaba de su Dios. — Sin mencionar aquí el prodigio de que los dos que principalmente se empeñaban en obtener la mano de la jóven, y habian resuelto apoderarse de ella, fueron muertos repentinamente, el uno á manos de sus enemigos, y el otro por una recia calentura que apenas le dió tiempo á recibir los espirituales auxilios, diremos tan solo que este empeño tan decidido de sus parientes aceleró el cumplimiento de sus deseos de ser religiosa, ayudando mucho para tan buen intento una tia suya religiosa profesa en un monasterio, que con el título de Sta. María, y perteneciente á la órden de S. Benito, acababa de fundarse en Colonia, y en el cual estaba la observancia en todo su rigor, y eran por consiguiente modelos de santidad todas aquellas buenas religiosas. Noitburga hubo de ocultar su linaje para no inducir sospechas en aquella santa casa, no sospechas de que no pudiese ella ser, como lo fué en efecto, modelo de todas las virtudes y dechado de religiosas, sino de que sus parientes pudieran arrancarla de allí, cuyo peligro, temido por las demás, no hubiera acaso podido disiparse, y hubiera dado lugar á que por ese temor no la hubiesen dado la profesion. Por esto se ocultó completamente, y tan completamente que solo su tia supo quién era hasta despues de profesar, pues ella á cuantos la preguntaban, no decia otra cosa de sí misma, sino que era la más indigna y miserable de las criaturas de Dios. — Su noviciado pudo admirar á las más perfectas, pues en vez de aprender ella en aquel tiempo de prueba y de ejercitacion, enseñó á las más adelantadas en virtud lo que debe de hacerse para agradar al Esposo que, admirable en perfecciones, tiene la mayor dignacion que imaginarse puede en unirse á criaturas tan imperfectas como lo son los hombres. Las virtudes de que Noitburga dió ejemplo, le hacian parecer entre sus hermanas como la más antigua y aprovechada, y por consiguiente el gozo de todas en el dia de su solemne profesion fué tan extraordinario como puede comprenderse tratándose de una persona tan digna. No se puede explicar el gozo de que en tal momento disfrutarian la profesa y su tia, que persona de tal virtud que fué luégo colocada en los altares, no podia ménos de complacerse en el triunfo que se habia conseguido sobre los intentos de todos sus parientes. Sin embargo, el triunfo no se consiguió, y todos ellos pudieron

alucinar á los superiores de la Orden, hasta el extremo de arrancar un decreto, por el cual, fundándose en que el ocultar su personalidad habia sido una circunstancia que habia obligado á la comunidad á obrar de otra manera que lo hubiesen hecho conociéndola perfectamente, se anuló su profesion; y en virtud de santa obediencia se la obligaba á salir de su convento, para que fuese al momento á ocupar el primer escalon de un trono, que poco despues habia de ser para ella, porque habia de ser para su esposo.—Sin embargo ella, ya desposada con su Dios, acudió á él, le rogó con instancias que aceptase el sacrificio de su vida ántes que consintiera en que saliese de su santa casa; y con efecto, su fervorosa oracion fué oida en el trono del Excelso, y Cristo quiso conservarse para sí el absoluto dominio de su esposa, y cuando todos esperaban verla salir del claustro para dar su mano al que segun las negociaciones era su esposo, la vieron salir de esta á mejor vida, muriendo para reinar eternamente allí donde la aguardaba su Dios para premiar su fidelidad, allí donde la aguardaba un escuadron de ángeles para cantar su triunfo y alabar por él á Dios que le habia proporcionado. Toda Colonia se conmovió con tan inesperado suceso, y éste vino á confirmar las presunciones que de su santidad se tenian, y permitió Dios que su misma familia, vencida por la gracia en vista de este prodigio, fuera la primera en honrarla, haciendo suntuosísimos funerales para su entierro, en cuyo momento queria el Señor comenzase la gloria de su sierva. En efecto, se celebraban sus exequias, entonaban los ministros del santuario los imponentes y misteriosos cánticos de la Iglesia, cuando los devotos de la sierva de Dios colocaron al lado de su cadáver el de otro que habia fallecido poco ántes; y el muerto resucitó, y de entónces se comenzó á aclamarla santa, y lo que comenzó como honras fúnebres, terminó por ser testimonio de su santidad. Esta, sin embargo, se justificó plenamente con la escrupulosidad que es debido en la Iglesia católica, y la consecuencia de todos los interrogatorios que se hicieron fué declarar á Noitburga santa, y asignar á su memoria el dia 31 de Octubre, aniversario de su muerte para el mundo, acaecida próximamente en el año de Cristo 700. —G. R.

NOIX (Pablo). Fué sacrificado por la fe en 1722 en Tonquin, cuando por igual motivo murieron el P. jesuita Bucharelli, Lucas Maix y otros muchos. Poquísimos son los detalles que nos han quedado acerca del jóven Pablo, solo se sabe que desde los primeros momentos en que vió á los misioneros, tuvo hácia ellos grandes simpatías, las cuales se aumentaron de una manera extraordinaria conforme él iba observando que toda la conducta de aquellos esclarecidos varones correspondia á su porte exterior; por lo cual continuamente estaba con ellos, hasta que un dia en que el P. Bucharelli observó su asiduidad en buscarles, le preguntó qué le llevaba á ser tan atento y com-

placiente con unos desconocidos, á lo cual él respondió, que la sola idea de que el Dios á quien ellos servian habia de ser muy bueno y benéfico, por cuanto muy buenas eran todas las obras que á ellos veia ejecutar. De aquí comenzó su catequesis, en la cual los misioneros con el mayor esmero procuraron acomodar á su capacidad los conocimientos que de la fe era necesario tener para recibir el bautismo, que el jóven anhelaba con todas sus ansias. No quiso Dios, sin embargo, que las primicias de su fe fuesen para la tierra, sino para el cielo; por lo que en su martirio recibió su justificacion, y su nombre va por esta razon agregado al de sus esclarecidos compañeros, con quienes compartió la gloria por haber compartido el sufrimiento.—G. R.

NOLA (Fr. Mauro de), franciscano. Fué natural de Nápoles, y perteneció á la regular observancia de S. Francisco. Publicó en el año 1610 una exposicion sobre la *Oracion dominical*, escrita en idioma italiano. — M. B.

NOLANO (Fr. Basilio), capuchino. Fué italiano, y aunque no se sabe á punto fijo el lugar de su nacimiento, créese que era natural de la ciudad de Nápoles, por haber tomado en ella el hábito y seguido los estudios. Fué profesor de sagrada teología y definidor de la Órden en la provincia napolitana, distinguiéndose por su erudicion y su elocuencia en varias ciudades de Italia, que ilustró con sus predicaciones, por lo cual adquirió célebre y bien merecido renombre. Dejó á la posteridad, como fruto de su talento, muchas y notables obras, de las que solo pueden citarse las siguientes que han llegado hasta nuestros dias: *Sermones cuadragesimales*, tres tomos en 4.°—*Sermones de Santos*, dos tomos.—*Cursus philosophicus*, tres tomos.—*Cursus theologicus*. Esta obra se halla escrita con suma profundidad y estudio, y se halla exornada con muchas cuestiones enteramente nuevas en su tiempo, la cual consta de cuatro tomos. Tambien es de este autor otra obra titulada: *Opera ad Rethoricam spectantiam*, la que se conservaba manuscrita en el archivo del antiguo convento de S. Ephren de la ciudad de Nápoles. Murió Nolano en el año 1667 en la antedicha ciudad.—M. B.

NOLEYSA (Fr. Hilarion de), religioso capuchino. Escribió la obra siguiente: *Historia del progreso de la Tercera Orden de S. Francisco*. — S. B.

NOLIBOS (D. Pedro Cayetano). Nació en Zaragoza en la segunda mitad del siglo XVII, de una familia ilustre en nobleza de sangre. Se recibió de doctor en teología en la universidad de su patria. Canónigo de la santa iglesia metropolitana de Zaragoza, el rey D. Felipe V le nombró abad de la Real casa de Montearagon en Enero de 1709; pero por las turbulencias en que la guerra de sucesion tenia á España en estos tiempos, las bulas no llegaron hasta 1711, y tomó posesion el 26 de Marzo de 1712, gobernando aquel célebre monasterio hasta el 18 de Julio de 1731, en que murió en Zaragoza, siendo sepultado con los hábitos pontificales en la santa capilla del Pilar.

Dejó escritas este abad las dos obras siguientes: *Explicacion de los Salmos* en cinco tomos en fólio, Mss. de la librería de la Ciudad.—*Sínodo que celebró en Montearagon en 29 de Junio de 1717*, que se copió en el Lucero de la Abadía. — C.

NOLIN (el abate), canónigo de la colegiata de S. Marcelo, en París, muy conocido en el siglo XVIII por su aficion al cultivo de las plantas. Ocupábase en sus viajes reuniendo árboles, plantas y arbustos curiosos, aclimatándolos en los jardines de Francia. Degrare, autor del *Buen jardinero*, cita á Nolin con elogios, porque dió á conocer la manera de arraigar estas plantas exóticas, hablando de él en iguales términos lisonjeros Delannay, continuador de esta obra. En fin, Delille hace mencion de Nolin en el segundo canto de las *Geórgicas francesas*. Se cree que este eclesiástico nació en Lorena y que fué nombrado inspector de los jardines reales. Publicó, en union con el abate Blabet y encubierto con el anónimo, un *Ensayo sobre la Agricultura moderna*, en la cual se trata de los árboles, arbustos, cebollas de flor y árboles frutales; París, 1755, en 12.° A su instancia el Gobierno fundó un criadero para el cultivo de árboles exóticos en el arrabal del Roule, en París. Nolin fué director de este establecimiento sumamente útil á la ciencia y cuya direccion fué últimamente confiada á Dupetit Thonars, botánico distinguido, y uno de los colaboradores de la Biografía universal. — M.

NOLLET (el abate Juan Antonio), excelente físico y celoso propagador de esta ciencia en Francia. Nació en 1700 en Pinpré, de padres hacendados, quienes deseando proporcionarle una educacion esmerada, le enviaron al colegio de Beauvais, para que se dedicase al estudio. Concluido el curso de humanidades se trasladó á París para seguir la filosofía, donde se encargó al mismo tiempo de la educacion del hijo del Taivout, escribano del ayuntamiento. Sus padres le destinaron al estado eclesiástico, pero la pasion que sentia por las ciencias le hacia emplear todos sus ratos de ocio en repetir los experimentos de física que le habian enseñado sus maestros en su pequeño laboratorio. Su talento y su constante aplicacion fueron bien pronto conocidos de los sabios de París, de modo que en 1728 fué admitido en una sociedad, creada bajo la proteccion del conde de Clermont, para el fomento de las ciencias. Dufai, conocido por el extraordinario incremento que dió á las ciencias, se asoció á Nollet en los experimentos que practicaba sobre la electricidad, y pronto le franqueó Reaumur su laboratorio, adonde halló medios con que satisfacer abundantemente su curiosidad. En 1734 emprendió un viaje á Inglaterra con Dufai, y solo por el placer de conversar con Musschenbroeck y otros físicos renombrados hizo un viaje á Holanda. De regreso á París, fueron tan apremiantes las instancias de sus amigos, que al fin se decidió á dar un curso de física, que le valió muchos y merecidos aplausos.

En 1739 la Academia de Ciencias le ofreció un puesto en su seno, y en el mismo año le llamó la corte de Turin para que hiciese sus hermosos experimentos delante del duque de Saboya. Cediendo á las repetidas instancias de los físicos de Burdeos, se trasladó á esta ciudad en 1742 para dar lecciones públicas de física, á las que acudieron los hombres más ilustres por su nacimiento y sus talentos, atraidos por la fama del profesor. El abate Nollet publicó dos años despues la primera parte de sus *Lecciones de Física*, obra la más clara y metódica que entónces se conocia en este género: de modo que los brillantes descubrimientos de Newton sobre la luz estan expuestos por primera vez de una manera comprensible á los ingenios medianos. La buena acogida que el público dispensó á esta obra movió al abate Nollet á perfeccionarla, aumentándola con el resultado de sus propios experimentos sobre la electricidad, ramo que fué en lo sucesivo el principal objeto de sus investigaciones. El delfin se declaró su protector despues de haber oido su curso de física en Versailles, y con este motivo refieren los autores, que habiendo el delfin recomendado á Nollet á un personaje que ocupaba un puesto muy importante en el Estado, acogió este con tanta frialdad las obras del ilustre físico, que le dijo al presentárselas: «Perdonad, no leo esta clase »de libros.—No importa, le respondió en el acto Nollet, los dejaré en vues»tra antesala y no faltará algun hombre bastante instruido que los lea.» En 1749 pasó á Italia comisionado por el Rey para obtener conocimientos exactos del estado de las ciencias en aquel país, y llenó esta mision como cumplia á un hombre de su talento, reuniendo muchos manuscritos que regaló á la Academia. Habiendo creado Luis XIV en 1756 una cátedra de física experimental en el colegio de Navarra, concedió este puesto al abate Nollet, sin que se lo hubiese propuesto nadie; y la numerosa afluencia de discípulos que concurrió desde luego á sus explicaciones, justificó la buena eleccion del monarca, quien queriendo honrarle con nuevas muestras de aprecio, le nombró profesor de física y de historia natural de los infantes de Francia. Poco tiempo despues fué elegido catedrático de física experimental de la escuela de artillería de Lefelze, de donde pasó á la de Mezieres en 1771. A pesar del celo y asiduidad con que desempeñaba los muchos deberes que tenia á su cargo, aún le sobraba tiempo para trabajar en su gabinete, pues acabó el *Arte de los experimentos* poco ántes de ser atacado de la última enfermedad. Esta obra contiene la descripcion de los instrumentos de física con el mecanismo de su construccion. Cuando Nollet conoció que se acercaba su última hora, se preparó á morir como filósofo cristiano, y espiró en brazos de sus discípulos y amigos el 24 de Abril de 1770, en las galerías del Louvre, donde le habia dado el Rey habitacion. Nollet no obtuvo la dignidad sacerdotal, y continuó toda su vida ordenado de diácono. Sus elevados

sentimientos morales rivalizaban con lo vasto de su talento. Su desinterés le movia á consagrar la fortuna, producto de su trabajo, al socorro de sus parientes pobres, cuya condicion no negó nunca. Grangeau pronunció su elogio en la Academia de Ciencias, y además de un extracto de la vida de este abate, inserto en el *Necrólogo de los autores de Francia*, tomo VII, se halla tambien otra noticia suya en la *Galería francesa*. Nollet escribió un sinnúmero de memorias que se imprimieron en la coleccion de la Academia de Ciencias desde el año 1740, entre las cuales son notables las que tienen por objeto tratar del órgano del oido en los pescados. Escribió además las obras siguientes: 1.ª *Lecciones de Física experimental*; París, 1743 y años sucesivos, seis tomos en 12.° Esta obra se ha reimpreso con frecuencia, y las más apreciadas son las ediciones de 1759 y posteriores.—2.ª *Investigaciones sobre las causas especiales de los fenómenos eléctricos;* 1749, en 12.°—3.ª *Ensayos sobre la electricidad de los cuerpos;* 1750, en 12.°—4.ª *Coleccion de cartas sobre la electricidad;* 1753, tres tomos en 12.° Algunas de estas obras han sido traducidas al inglés.—5.ª *El arte del sombrerero* en la *Descripcion de las artes* de la Academia de Ciencias.—6.ª *El arte de los experimentos*; París, 1780, tres tomos en 12.° con láminas. El primer tomo contiene los elementos y las prácticas más en uso de las principales artes mecánicas, y aun hoy dia es el mejor manual para aprender á trabajar el hierro y la madera, si no se pretende ser un artista de profesion.—S. B.

NOMBRE DE JESÚS (Santísimo). Aun cuando ya en la VIDA DE JESÚS, que con extension y perfectamente escrita se publica en esta obra en su respectivo lugar, y en el de la NATIVIDAD DEL SEÑOR, se ha hablado sobre cuanto concierne al Salvador del mundo, no tenemos por de más hablar alguna cosa en este lugar del *Dulcísimo y Santísimo Nombre de* JESÚS, cuya fiesta celebra la Iglesia católica el domingo 1.° de Enero como una de sus principales solemnidades. Despues de leido el precioso artículo que sobre este particular se publica en la *Leyenda de Oro ó vida de todos los Santos*, hemos creido más conveniente extractarle aumentando lo que nos dicte nuestra fe, que no hacer uno nuevo, que nunca hubiera llegado á ser tan bueno por más que sean idénticas nuestras ideas á las de su autor y por más entusiasmo que excite en nuestra piadosa alma el *Santísimo Nombre de* JESÚS. Segun la ley, que así lo prevenia entre los hebreos, á los ocho dias de su nacimiento se circuncidó al Hijo de María Santísima, y le pusieron por nombre JESÚS, segun el ángel Gabriel habia manifestado á la Vírgen de órden de Dios. JESÚS quiere decir *Salvador*. La ignominia que se podia seguir en los ojos de los ignorantes al ver á Cristo nuestro Señor circuncidado y con la divisa de pecador, el nombre de JESÚS la borra con la gloria de su majestad, así como el oprobio y afrenta de la Cruz se quitó con el título glorioso que se

puso sobre ella, en que se escribió: *Jesús Nazareno, rey de los judíos*. La divina sabiduría juntó siempre en los misterios de nuestra reparacion lo alto con lo bajo, lo divino con lo humano, pues que si Cristo tuvo madre en la tierra, fué madre vírgen; y si nació en un pobre portal, fué en él conocido por los pastores, adorado de los reyes y anunciado y alabado por los ángeles, y por la misma causa fué circuncidado y se llama Jesús. Segun la costumbre hebrea, la circuncision se hacia primero, y á esta seguia la imposicion del nombre, lo que ejecutaban así á fin de que la señal divina precediese á la terrena, lo cual se tomó del patriarca Abrahan, que al propio tiempo que se circuncidó, cambió el nombre que tenia de Abram, que quiere decir en aquella lengua padre excelso, por el de Abrahan, que significa padre de muchos pueblos. Dícenos el evangelista S. Juan que el nombre de Jesús vino del cielo, y que el ángel S. Gabriel le declaró ántes que fuese concebido, á fin de darnos á entender que dió el Padre Eterno este nombre á su Hijo, y que él solo podia dársele, porque solo él sabia su grandeza, su excelencia y majestad, y comprendia su naturaleza y el oficio y eficacia del Salvador que le habia dado. Al poner nosotros los nombres á nuestros hijos, tenemos en cuenta el dia en que nacieron y el santo que en él venera la Iglesia, el nombre de nuestros padres ó personas queridas; y á veces, introduciéndose en nosotros la vanidad y el orgullo, les damos nombres de héroes mundanos, y generalmente nos engañamos poniéndoles nombres que despues no han de corresponder al carácter ni á los hechos de aquellos á quienes hemos querido asemejarlos, don que concedió Dios á Adan, nuestro primer padre, que por esta virtud puso á las cosas el nombre que más le convenia, segun su naturaleza y la mision que recibieran de Dios. El dar nombre á las criaturas es propiedad de Dios; y siendo esto así, él solo podia dársele á su unigénito Hijo. Ninguno conoce al hijo sino el padre, y si es oficio del padre poner el nombre á su hijo, como lo mostró S. Zacarías cuando dijo: *Joannes est nomen ejus*; no teniendo el Salvador padre en la tierra, sino en el cielo, de allí habia de venir este divino nombre y ser publicado por boca de ángel, el cual no puso nombre á Cristo, sino que declaró el que el Padre Eterno le habia dado en el cielo. Llámase, pues, el niño Jesús, que quiere decir *Salvador*, porque como dijo el ángel á S. José, habia de salvar á su pueblo de sus pecados. Aun cuando la Sagrada Escritura nos enseña otros mortales que han llevado el nombre de Jesús y Salvadores, ninguno de ellos han sido ni lo uno ni lo otro. Llamóse Jesús *Josué*, capitan de los ejércitos de Dios, que conquistó la tierra de promision y la repartió entre los hijos de Israel; Jesús se nombró Sirach, escritor del *Libro del Eclesiástico*, y Jesús se llamó Jesedech, grande y piadoso sacerdote; pero ninguno de los tres fué sombra de Jesús que habia de vencer á todos nuestros

enemigos, enseñarnos, redimirnos y entregarnos la verdadera tierra de promision. Salvador llama la Santa Escritura á José, Gedeon, Sanson y Jepté, pero si á estos y á otros despues se les dió este nombre, porque salvaron sus pueblos, ninguno le mereció más que Jesús, que fué, es y será el salvador de todos los hombres que ha habido, hay y habrá en el mundo. Llamóse Jesús Salvador, porque su oficio fué de salvador de pecados, los que por muchos y graves que sean se lavan en las purísimas aguas de su divina fuente, fuente que fecundiza el árbol de la vida eterna, teniendo siempre firme, verde y fecundo el de la Iglesia militante. La fe que tuvieron los profetas, la esperanza de los patriarcas, la caridad de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, la humildad y devocion de los confesores, la pureza de las vírgenes, el adorno y atavío de virtudes con que resplandecieran todos los santos en esta vida, y la corona y gloria que ahora poseen en la otra bienaventurada y perdurable, todos son fruto de esta raíz y efectos del dulcísimo nombre de Jesús que los salvó. Si toda el agua de los rios mana de las fuentes, toda la luz del sol, todos los senos y brazos de mar son partes y como miembros del Océano; todas las gracias en sus principios, medios y fines se reducen á Jesús. Jesús es el que lava las inmundicias de nuestros pecados, el que cura nuestras llagas, rompe nuestras cadenas, mitiga el furor de nuestras malas inclinaciones, nos libra del pesado yugo de nuestros malos deseos y de la tiranía y servidumbre de Satanás, restituyéndonos la verdadera libertad; hermosea nuestra alma y la hace hija, esposa y templo de Dios. Jesús aquieta la conciencia, aviva los sentidos interiores, alumbra nuestro entendimiento, despierta y enciende nuestra voluntad, esfuerza nuestra flaqueza, nos concede la victoria sobre nuestros enemigos, y en fin, nos hace triunfar del pecado, de la muerte, del demonio y del infierno, porque es salvador, y salvador de pecados, y todo esto se comprende en el santísimo nombre de Jesús. Llevando á Jesús por guia, el camino de la virtud es facilísimo y no áspero, pues que él nos le franquea quitándonos todo obstáculo que pretenda detenernos. Dánse á Cristo en las Sagradas Escrituras los nombres metafóricos de leon, oveja, cordero, pastor, camino, puerta, luz, Emmanuel y otros muchos; pero ninguno le es más propio que el de Jesús, pues que le fué dado aun ántes de nacer al mundo por el Eterno Padre, y los demas pueden tenerse por apelativos. En el nombre de Jesús está el significado de Dios hombre más expreso que en otro alguno, y el de Salvador de los pecados, que es el que más nos favorece. El nombre de Jesús nos representa su pasion y muerte por redimirnos de la esclavitud del demonio; por eso es nombre de tanto amor para los hombres, de tanta reverencia para los ángeles y de tanto terror para los demonios. Es nombre sobre todos los otros nombres, al cual se humillan las potestades del cielo, se arrodillan

las de la tierra y tiemblan las del infierno. Es nombre dado por el Padre Eterno á su benditísimo Hijo, pronunciado por el ángel, declarado por los profetas, esparcido por el mundo, abrazado y creido de todos los fieles, en cuya virtud se salvan los que le invocan con ardiente amor. Este nombre fortificó á los mártires, haciéndoles dar con gozo su sangre por pronunciarle. Por este nombre fué apedreado S. Esteban, crucificado S. Pedro, degollado S. Bartolomé, asado S. Lorenzo y afrentados muchos mártires. Y en fin, con este santísimo nombre se han convertido á la Iglesia católica millares de millares de infieles, y hecho más conquistas que con los grandes ejércitos y con las armas, sosteniéndose aun con este nombre muchos países conquistados, que sin este poderosísimo fuerte que los sostiene más por el amor que por el temor, se hubieran emancipado y entregado á sus antiguos falsos dioses que halagaban sus pasiones, á lo que se opone el nombre de Jesús, pues que como salvador de pecados, desea poder dar en el cielo los verdaderos goces á los que hayan sabido despreciar los de la tierra, y pronunciado con el alma llena de fe y esperanza y el corazon ardiendo en la caridad su dulcísimo y santísimo nombre. Dadnos gracia, Señor, para que llevándole siempre impreso en nuestra alma, podamos pronunciarle en el último instante de nuestra vida temporal, para que el Jesús que salga de nuestro arrepentido corazon, nos conduzca al trono de tu Eterno Padre y de tu bendita Madre. —C.

NOMBRE DE MARIA (Dulcísimo). La católica España ha sido siempre fecunda en devocion á los misterios sacrosantos de la religion que fielmente profesa, todos los cuales celebra su Iglesia con la dignidad y ostentacion cristiana que se merecen y con la piedad y humildad que se debe al Señor de las misericordias, al Dios único y trino, al Dios verdadero por excelencia, al que todos se refieren, tómese por donde se quiera. Ha reverenciado á los santos y á todos los ángeles con fervorosas plegarias; pero despues de Dios, ninguno de los séres celestes ha sido y es obsequiado por todos los españoles con mayor grandeza ni con más entusiasmo que la PURÍSIMA VÍRGEN MARÍA, nuestra madre, nuestro consuelo y nuestra alegría. Y ¿cómo no habia de portarse así un pueblo que, como el nuestro, mereció la especial honra de ser visitado por la gran Madre del Criador del universo y del Redentor del género humano? Pues si con España hizo lo que no hizo con pueblo alguno, ¿qué de extrañar es que este pueblo exceda á todos los de la cristiandad en amor á María Santísima? Ingratitud grandísima sería lo contrario, y por lo tanto, la nacion que al propio tiempo que fué alumbrada por la divina luz del Evangelio, tuvo la dicha de que la Reina de los cielos y de la tierra viniera á acrecentar su claridad y á fijar su fe, no podia ménos de someterse como esclava, y esclava fiel y amante, ante la Señora que tanto bien la habia hecho y de la que tantos bienes y gracias podia esperar. Así

fué, que desde el principio del cristianismo en España fué reverenciada María por reina y señora de este país, proclamándola primero en sus corazones los españoles, y despues oficialmente su gloriosa protectora, su celestial patrona. Millares de pueblos españoles la reconocen por patrona especial de sus localidades, además de venerarla por la señora de la monarquía, obsequiándola con ostentosas fiestas y alegres romerías, en mil advocaciones con que manifiesta este país su acendrado amor á la excelsa Madre del divino Verbo. Todas las cosas que se refieren de algun modo á María llena de gracia, son veneradas y festejadas en España, y orígen tienen en este suelo muchas de las fiestas con que la tributa culto el mundo cristiano, siendo una de ellas la del *Dulcísimo Nombre de* María de que tratamos, como veremos despues. Refiriéndose Tomás Bozio á que siempre la Iglesia veneró y celebró el nombre de María, nos presenta á la reina de Etiopía Candace, contemporánea de los apóstoles, que convertida al cristianismo por S. Mateo, mandó edificar en la ciudad de Auxian un templo dedicado al nombre de María Santísima, que fué muy célebre y visitado de los peregrinos de aquel país. Empero como no conste que esto fuese ántes del feliz tránsito de María á los cielos, ó por mejor decir de su asuncion gloriosa, es necesario tener por cierto que ántes del expresado templo le habia ya España levantado, puesto que el del Pilar de Zaragoza fué mandado fabricar al apóstol Santiago por la personalidad humana de María Santísima, es decir, cuando aún vivia en carne mortal; de suerte que no puede haber habido otro templo dedicado á la Vírgen anterior al de Zaragoza, hecho de órden de la misma Señora en vida. Dice el florentino S. Antonio que no existe en toda la cristiandad pueblo ni aldea, por pequeña y miserable que sea, en la que no haya iglesia, ermita ó siquiera un altar dedicado á María Santísima, y esto puede afirmarse aun más con respecto á nuestra España, en donde no solo se venera á María en iglesias y ermitas á millares, sino que hay muchos pueblos, y en especial en el antiguo reino de Valencia, en donde es muy raro que no se vea su santa imágen, ya en altares, ya en ornacinas, ya en cuadros, en la mayor parte de sus plazas y calles, alumbrada con lámparas, á las que jamás falta luz, porque sobra para alimentarlas en mucho la piedad española. Esta costumbre piadosa en calles y plazuelas fué comun en toda España, hasta en las ciudades más populosas, entre las que las hay que aun la conservan, y tambien lo fué en la corte de las Españas, en Madrid, hasta que á pretexto de que se profanaban en las calles por continuos alborotos comunes y otras causas, las hicieron quitar, con disgusto de los devotos fieles, algunos neocatólicos, que se convirtieron, con más exceso de celo que de piedad, en nuevos iconoclastas, desconociendo que la presencia de las imágenes en los sitios públicos, además de fortificar la fe y excitar la devocion

y mantenerla entre el pueblo que no piensa, que necesita para creer mejor estas muestras exteriores de religion, evitaban muchos escándalos y contenian á sus productores por infundirles respeto aquellas imágenes á que solian aficionarse con más fe que conocimiento, y que todos saludaban reverentemente á su paso por muy manchada que estuviese su alma por el pecado. ¿De cuántos delitos no han librado las imágenes de las calles á la plebe y aun á la gente ilustrada? Larga sería nuestra tarea, si pretendiésemos solo apuntar los casos en que la casual vista de la imágen de María ha detenido el brazo del asesino, puesto un candado en la boca del blasfemo, detenido al ladron en su criminal intento, y á la mujer mala y al libertino en el camino del pecado. No podemos ménos de confesar que la tibieza de unos y la maldad de otros, causaban algunas irreverencias que ofendian á Dios; pero aún cuando se dió la órden en Madrid de apartar las imágenes de las calles, no estaba tan pervertida la sociedad católica en nuestro país, ni tan adelantada la irreligion que fuese necesaria esta medida tan contraria á las costumbres de los católicos españoles, tan amantes de esta especie de devocion. Ha sido tal la devocion que se ha tenido siempre en España al dulce nombre de María, que á él deben su orígen muchas religiones y órdenes de caballería, como la de la Merced, en Barcelona, cuya fundacion confirmó la misma Vírgen bajando desde el cielo; la de Calatrava en Castilla, y la de Montesa en Aragon, y otras varias que igualan casi en número á las fundadas en obsequio á la Señora en otros reinos. Multitud de congregaciones sustenta España dedicadas solo á dar culto á la Vírgen Santísima, y diariamente se crean otras al propio fin; empero la primitiva que se dedicó á honrar el dulce nombre de María y la más célebre en nuestro país, es la que en el siglo XVII fundó el beato Simon de Rojas, virtuosísimo trinitario, con el título del *Ave María*, de cuyo nombre y salutacion fué tan devoto, que se dice en su vida fué lo primero que habló de niño, y que jamás hubo dia que no lo repitiese muchas veces; congregacion en que se inscribieron los reyes y magnates, y de la que hablaremos más adelante en el artículo de la O, referente á nuestra Señora la Vírgen María. Si bien la devocion al dulcísimo nombre de María se extendió por España á sus estados de Flandes, Francia, Italia y otros países católicos, Polonia puede considerarse, despues del nuestro, el país más amante de la Vírgen; y es tanto lo que la veneran, que dice un autor piadoso, hablando de esto, que los polacos no ponen este nombre á sus mujeres, porque no creen justo tenga otra mujer el nombre que llevó la Madre de Dios, ni tampoco consienten que se llame Jesús ningun hombre, porque ninguno podria llamárselo con propiedad, y por respeto á tan alto y divino nombre. Dice el propio autor que Casimiro, primer rey de Polonia, casándose con María, hija del duque de Rusia, puso por condicion para su

matrimonio, que su mujer habia de mudarse el nombre, porque no juzgaba digna del nombre de MARÍA ni aun á la reina. Y como diga S. Pedro Crisólogo, que el nombre de MARÍA «es insignia de la virginidad, hermosura de »la honestidad, indicio de la castidad, sacrificio de Dios, virtud de la hos»pitalidad y colegio de toda santidad» las mujeres que llevan tan dulce nombre estan obligadas á mayores deberes que las demás; pues teniendo en cuenta lo que su nombre representa, deben no afrentarle ni ofenderle, y mantenerse en una pureza y santidad de costumbres que las haga ménos indignas de él. Si, como aseguran los Santos Padres, el dulcísimo nombre de MARÍA se escribió despues del de Jesús en el libro de la vida por el Eterno ántes del principio de todas las cosas y como primordiales obras del Criador; y, como dice el cardenal Cusano, jámas fué escrito en el de la muerte, es preciso confesar que, despues del de Jesús, MARÍA es el nombre más grande de los nombres, el más sublime, el más honroso; y por último, el más divino, pues que fué pronunciado y escrito por el mismo Dios ántes del principio de la creacion. Adan, segun el sentir de inspirados doctores de la Iglesia, supo ya por el Angel que le lanzó del Paraíso despues de su pecado, el nombre de MARÍA y lo que habia de suceder por su medio. Tambien le fué revelado á Elías en aquella nubecilla brillante que vió levantarse del fondo de la mar; y si hacemos cuenta de lo que dice Pedro Galatino, los maestros de la ley entre los judíos no ignoraban que la madre del deseado Mesías habia de llamarse MARÍA. Pretendiendo el Damasceno probar que los gentiles tuvieron tambien conocimiento de tan santo nombre, nos recuerda que dos de las doce sibilas le profetizaron, y que estas fueron Eritrea y la Tiburtina, añadiendo esta que habia de casar con un hombre llamado José, y que nacido su hijo del Espíritu Santo, sin obra de varon, se llamaria Jesús; de suerte que dejó profetizada en su realidad y nombres la sacra familia. Desearon los argonautas, guiados por el famoso Jason, dedicar dignamente el templo que habian levantado cerca de Galípoli en el estrecho llamado despues Cízico, y en el dia Spyga; consultaron, segun Cedreno en su *Compendio de las Historias*, al oráculo de Apolo, y éste inmediatamente les contestó que á la Madre del Verbo eterno, á MARÍA; y como ellos no entendieran el significado verdadero de aquella respuesta hicieron la dedicacion á Rea, madre de los dioses del gentilismo, y así siguió hasta que el emperador Cedron cumplió la voluntad de Dios, comunicada por el oráculo, dedicándosele á María Santísima. Revelado á Abrahan el nombre de su hijo Isaac y á S. Zacarías el de S. Juan Bautista, glorioso precursor del aun más glorioso Hijo de María Santísima, nada debe extrañarse que diese Dios á MARÍA esta excelencia, cuando su Hijo era mayor que aquellos en los cielos y en la tierra; y así es que por órden del Altísimo un ángel anunció á S. Joaquin y á Sta. Ana

el nombre de su excelsa Hija, así como á esta la reveló el de Jesús, segun hemos dicho al hablar de este santísimo nombre. Siendo María la primera mujer que recibió el nombre por revelacion divina, y que fué preclamado por el glorioso arcángel S. Gabriel, este divino nombre debe tenerse positivamente como dado por el mismo Dios, bajado de la gloria por providencia de aquel mismo Señor que habia de descender á humanizarse en sus divinas entrañas, formándose de su preciosísima sangre, y que al dar el nombre á su Madre le concedió en él todas las gracias, prerogativas y distinciones de que podian disponer los cielos y pudiera producir el mundo. Fundado en esto el glorioso Alberto Magno, dice: «Que á la congregacion de todas las »aguas llamó Dios *maria*, en lo que significó que María es la reunion de to»das las gracias.» A lo que añade el Cartujano «que el interpretarse *maria* »mar, es porque así como es imposible en lo humano poder contar las are»nas de este, ningun mortal podrá jamás calcular las excelencias de la gra»cia y gloria de la Madre de Dios.» — «Si, como manifiesta S. Buenaventura, »todas las aguas entran en el mar, mejor puede decirse de María, que cuan»tas excelencias hay en todos los coros celestiales y en todos los santos y »bienaventurados entran en María, que todas las absorbe y confunde en sí »este mar purísimo de la gracia del Eterno.» S. Ambrosio buscó con esmero en su piedad el significado del dulcísimo nombre de María, y le interpretó *Dios de mi linaje*, que vale tanto como si dijera Dios nacerá de mí; pero como en el lenguaje siríaco el nombre de María quiera decir Señora, siendo María, por Madre de Dios, señora de todo lo criado, nosotros, respetando aquella piadosa opinion, estamos más por este significado, que abraza cuanto la pobre inteligencia humana puede comprender. Llámase á María Santísima por sus devotos, desde los primeros tiempos del cristianismo, luz, sol, estrella del mar, luna clarísima, lucero de la mañana y norte de los que navegamos en este proceloso mar de aflicciones y de dolores; esperanza, maestra, consuelo (1). Pero todas estas grandezas, y cuantas se expresan en la mística letanía con que la ensalza nuestro cariño y amor, no dicen reunidas tanto como solo el nombre de María; porque aquellos nombres se los dan los hombres, y por más que los dicte la piedad más exquisita no pueden alcanzar de modo alguno á la grandeza y significado propio del de María, que, como inventado por el mismo Dios, cada letra encierra muchos misterios incomprensibles á nuestra limitadísima inteligencia. Difieren los autores sagrados acerca del dia en que recibió la Vírgen su dulcísimo nombre; porque si bien en las leyes sagradas de los hebreos se marcaba el octavo des-

(1) El trinitario Fr. Antonio Navarro, en su *Abecedario Virginal*, da á la Virgen doscientos veintiocho nombres, segun la Escritura y los secretos de la naturaleza. Véase tambien el *Trisagium Marianum*, de Linneo, y el *Elucidario* de este nombre del jesuita Poza.

pues del nacimiento para la circuncision de los niños, en cuyo acto recibian el nombre, no fijan el de las niñas, pretendiendo algunos que se las imponia á los cuarenta dias, cuando sus madres iban á purificarse y presentarlas al templo; si bien parece asegurar Nicéforo, que por especial providencia le fué puesto el nombre á la purísima Vírgen á poco de haber nacido, para que se diferenciase hasta en esto la mujer que habia de estar sobre todas las mujeres desde el instante mismo en que se obró el misterio de su Concepcion Inmaculada. Si hubiéramos de hacernos cargo para expresarlo en este lugar de cuanto los Santos Padres y los escritores místicos han dicho acerca de las excelencias del dulcísimo nombre de MARÍA, sería preciso extendernos hasta aumentar muchos tomos á esta obra; pero teniendo que reducirnos al espacio convenido en ella, solo apuntaremos lo que baste para comprender de algun modo lo mucho que no podemos decir. «Dióte, dice el sapientísimo »Idiota, ¡oh Vírgen MARÍA! la Santísima Trinidad un nombre que, despues »del de su benditísimo Hijo, es sobre todo nombre; porque á tu nombre se »arrodilla toda criatura del cielo, de la tierra y del infierno, confesando to»da lengua la gracia, gloria y virtud de tu dulce nombre... Tu nombre ali»via á los fatigados, sana á los enfermos, alumbra á los ciegos, y libra »á todos del yugo del demonio. La fama de tu nombre, despues de tu glo»riosa asuncion á los cielos, se divulgó por todo el mundo, llenándole de él »la predicacion de los apóstoles. A tu invocacion ¡oh Vírgen MARÍA! rie el »cielo, se alegra la tierra, los ángeles se gozan, los demonios tiemblan y los »infiernos se turban.» Elogiando el dulcísimo nombre de MARÍA dice S. Anselmo: «Algunas veces se alcanza más pronto la salud invocando el nombre »de MARÍA que invocando el de Jesús; no porque sea más poderosa la Madre »que el Hijo, sino porque llamado Cristo por su nombre no oye al punto, »por justas causas que tiene para ello; pero invocando el de MARÍA, aun »cuando los méritos del invocante no merezcan ser oidos, los méritos de la »Madre interceden para que el Hijo los atienda.» Y esto no debe extrañar á las almas piadosas que reflexionen que cuando invocamos á Jesús, si bien es nuestro padre, debemos considerar que tambien es nuestro juez, que se ve en el caso de detener con su justicia muchas veces á su misericordia, para no oirnos ó dilatar nuestro remedio; pero que cuando invocamos á MARÍA, lo hacemos á nuestra madre, que lo es siempre de misericordia, la que, si intercede por nosotros, no hay que temer que en su divino Hijo la justicia embarace á su misericordia, porque no negará á su Madre seguramente lo que le pida. Dice S. German «que el nombre de MARÍA destierra todo temor.» S. Buenaventura «que los que invocan á MARÍA no temerán en la hora de la muerte, alcanzando mucha paz los que veneran este nombre.» Alberto Magno dice «que apaga los deseos deshonestos, é infunde castidad.» Santa

Brígida «que le veneran los ángeles, le temen los demonios, y da salud á los hombres que le invocan, haciendo firme propósito de no volver á pecar.» S. Anselmo «que tan dulce nombre da seguridad á los que se encuentran en peligro.» S. Antonio de Pádua «que da alegría á los tristes, porque es júbilo en el corazon, miel en la boca y música en el oido.» Y en fin, apénas hay escritor religioso y orador sagrado que no haya expresado de algun modo las excelencias de tan dulce nombre. Muchos de los milagros hechos por los santos consta que fueron debidos á la invocacion del dulce nombre de María; y de ello podrá convencerse el lector piadoso con solo hojear las vidas de los bienaventurados, de que damos razon en esta obra, y especialmente las de S. Eustaquio, S. Alberto, el monje Guillermo, S. Bernardo, S. Gerardo, Josio, Francisco Senense y otros muchos, á los que María recompensó su devocion de mil maneras visibles; contándose de S. Eustaquio Cisterciense, gran devoto suyo, que despues de muerto le hallaron en la lengua escritas las palabras *Ave María*, que repetia siempre en el momento que veia ó pasaba por delante de una imágen de nuestra Señora. Si bien toda la Iglesia católica reverenció siempre desde su fundacion, y en especial desde su gloriosísima asuncion, el dulcísimo nombre de María, España ha tenido la gloria, como en otras festividades de la Vírgen, entre ellas la de su Purísima Concepcion, de ser la primera que le prestase culto público en solemnísimas festividades, y entre todas sus iglesias se lleva la palma por esta victoria la santa iglesia catedral de Cuenca. Servia en esta iglesia un canónigo piadosísimo, llamado D. Pedro del Poso, y teniendo mucha devocion al dulcísimo nombre de María, interesó al cabildo y á su prelado para que solicitase del vicario de Jesucristo permitiese fundar en aquella diócesis la festividad de este título. Fueron tales sus instancias y tantas las razones de que le proveyó su acertada fe y su amor á María Santísima, que auxiliado poderosamente por esta Señora consintió el prelado y el cabildo, animados del mismo religioso sentimiento, en pedir la gracia tan especial que demandaba aquel virtuosísimo sacerdote, máxime cuando ofreció éste no solo encargarse de los gastos de la fundacion, si que tambien dotar esta fiesta, para que se perpetuase en su iglesia, con seis mil maravedís, cantidad muy suficiente en aquellos tiempos para el objeto, atendiendo al valor relativo que tenia entónces el dinero, y esto sin contar con la generosidad de los fieles, que en asuntos de piedad ha sido siempre grande entre los españoles, como lo vemos aun hoy, á pesar del indiferentismo religioso y de la impiedad que corroe á la sociedad católica. En Roma la demanda de la santa iglesia de Cuenca no tardó en alcanzar una favorable acogida y feliz resolucion; pues el Pontífice, oido el parecer de la congregacion de cardenales que entiende en esta clase de asuntos, dió un breve apostólico, á con-

secuencia del cual se empezó á celebrar en la catedral de Cuenca en el mes de Setiembre, el octavo dia de la Natividad de la Vírgen Santísima del año 1503, la festividad del SANTO NOMBRE DE MARÍA con gran solemnidad, oficio propio y rito doble. Así siguió verificándose esta festividad hasta que Pio V, al reformar otras muchas fiestas, tocó á esta, quedando reducida en la iglesia de Cuenca á una sencilla conmemoracion, para no contravenir á las prescripciones del Pontífice. Empero, como la fe del fundador pasó como en herencia á su sobrino D. Juan del Poso, que tambien heredó la devocion de su tio D. Pedro al dulce nombre de MARÍA, siendo igualmente que aquel canónigo de la misma iglesia, la festividad solo sufrió una corta interrupcion. Imitando D. Juan la piedad de su tio, suplicó al papa Sixto V restituyese á la iglesia de Cuenca esta festividad, dando licencia para que se celebrase con la misma solemnidad que tuvo lugar desde su fundacion, aun cuando fuese preciso reformar el oficio propio primitivo, con arreglo á lo dispuesto por el concilio de Trento y por Pio V. Concediéndolo así el ilustrado Pontífice, varió el dia, ordenando que se celebrase la fiesta el dia 17 de Setiembre; y así consta por el breve y por el testimonio que dió de él el cardenal Deza al expresado canónigo, en Roma á 17 de Enero de 1587. La santa iglesia de Toledo, de que la de Cuenca es sufragánea por ser aquella la primada metropolitana, empezó tambien á celebrar esta festividad, que no tardó en extenderse por toda la diócesis. Y conociendo Clemente X lo mucho que agradaria á la piedad de los españoles la propagacion de fiesta tan meritoria como digna del alto objeto á que se dedica, dió un breve en Roma, á 16 de Enero de 1671, por el que mandó que en todos los pueblos de la monarquía y dominios sujetos al Rey católico de España, se celebre perpétuamente fiesta al DULCÍSIMO NOMBRE DE MARÍA el dia 17 de Setiembre de cada año, con las lecciones del oficio que suele decirse en la santa iglesia y arzobispado de Toledo. Toda España celebra el NOMBRE DE MARÍA con grandes fiestas, y nuestras mujeres prefieren llevar este dulcísimo nombre á los demás. —B. S. C.

NOMINANDA (Santa). Recuerda la Iglesia á esta Santa mártir el dia 31 de Diciembre, de la que solo se dice padeció el martirio por la fe de Jesucristo con sus santas compañeras Donata, Hilaria, Paulina, Serotina y Rústica, y que sus santas reliquias se conservan en Roma en el cementerio de Priscila de la Via Salaria. — C.

NONA ó NONNA (Santa), esposa de S. Gregorio Nacianceno, obispo de Nacianzo, madre de S. Gregorio Nacianceno el teólogo, de S. Cesáreo y de Sta. Gorgonia. — C.

NONANCOUR (Nicolás de), cardenal de la antigua casa de Nonancour. Fué creado cardenal por el papa Celestino V en 1294. Hallóse en Nápoles cuando la eleccion de Bonifacio VIII, á consecuencia de la abdicacion de

Celestino. La Sede apostólica le confió el desempeño de importantes comisiones, y tomó una parte muy activa en las cuestiones que á la sazon se suscitaron en la Iglesia. El cardenal de Nonancour falleció en 1298 ó 1299.

NONDINARIO, diácono y discípulo de Silvano, obispo de Constantina, capital de Numidia en Africa, y jefe de los donatistas el año 320 de nuestra era, el cual insurreccionó á sus secuaces contra la Iglesia. Habiendo echado de su lado al diácono Nondinario este obispo, porque le reprendió su traicion y sus vicios, éste le denunció á los católicos, dándoles las pruebas de sus crímenes, entre los que aparecian el haber entregado los vasos sagrados á los sediciosos, y el haberse hecho ordenar obispo por simonía. La informacion se hizo jurídicamente por Zenófilo, consular de Numidia en tiempo del consulado de Constantino Augusto *el Magno*, con Constantino César *el Jóven*, el dia 23 de Diciembre de 320, segun sienta Fleury, con relacion á otros autores, en el libro X del tomo III de su *Historia Eclesiástica*. — C.

NONFLEU (Fr. Cárlos de), religioso lego de la órden de Capuchinos. Era natural de Normandía y pertenecia á la Orden en aquella provincia, que en la asoladora epidemia de 1633 estuvo por espacio de dos meses sirviendo á los apestados; y aunque no podia suministrarles los sacramentos, les era, sin embargo, de grandísima utilidad, porque despues de haberles aplicado los medicamentos que pedia la dolencia, les ayudaba con fervorosas exhortaciones, segun convenian á la ocasion y peligro en que los hallaba. Tenia edificada á toda la ciudad de Ruan por la ardiente solicitud con que procuraba evitar pecados, que son la peste más venenosa. Componia aquel linaje de disensiones, que se originan de la multitud de dictámenes, y natural afecto que tiene cada uno de sus autores de poner el suyo en ejecucion. Corregia las palabras torpes ó blasfemas con prudente mezcla de rigor y suavidad, con que enmendando á los delincuentes quedaba dueño de sus afectos. Habia conseguido tal autoridad con los enfermos y con los sanos, que en ninguno hallaban contradiccion sus consejos y advertencias, y mucho ménos en lo que pertenecia á la salud y seguridad de las almas. La muerte, pues, que se determina á tantos como castigo, se dispensó á Fr. Cárlos por premio de sus heróicas operaciones y notables virtudes; porque invadido de la epidemia miró su pronto término como segura prenda del cielo, al cual se dispuso con la confesion, comunion y extremaúncion, y recibidos estos sacramentos con ánimo resignado y alegre, murió en Ruan con sumo sentimiento de aquella populosa república. — A. L.

NONIA (Santa). Fué esta mujer venerable por sus virtudes desde el momento mismo en que apareció en sociedad, siendo esta indudablemente la razon por la cual el glorioso S. Marcelo, mártir de Leon, la escogió por esposa, siendo por lo tanto madre de los doce santos mártires que con su pa-

dre fueron al cielo en la persecucion de Diocleciano, y estan en aquella venturosa mansion, interponiendo sus benéficos auxilios en favor de todo el católico reino español, siquiera por haber todos ellos nacido para el mundo y para Dios en la ciudad de Leon, fecunda en santos y venerables siervos de Dios. Solo esta circunstancia de haber dado al cielo y á los altares no ménos que doce hijos, dice muchísimo en favor de las virtudes de tan esclarecida madre; porque indudablemente muy buen ejemplo, mucho esmero en cumplir y enseñar la ley santa del Señor, debia de tener quien en doce hijos no tuvo uno siquiera que no fuese sacrificado á Dios, y no así como se quiera, sino como mártir, y mártir que lo era por no apartarse del sendero de virtud que una vez habia emprendido. Muy sensible es que no puedan darse pormenores de esta esclarecida madre de familia tan piadosa, porque no cabe duda que si pudiésemos llegar á saber el ejercicio de todo linaje de virtudes con que santificó á sus hijos y se santificó á sí misma, nos asombrariamos sin duda alguna y habríamos de dar á Dios la gloria que ciertamente merece por haber hecho surgir, en medio de una naturaleza tan corrompida, cuando habia tanta propension al mal, y cuando la infidelidad era una virtud segun el mundo, á criatura tan buena como lo fué Nonia, que proporcionó á Dios tanta gloria. Se conserva en Leon un pozo, en que dicen que fué sumida milagrosamente esta Santa, porque pidió á Dios que la apartase del tristísimo espectáculo de tantas víctimas inocentes sacrificadas por la crueldad de los tiranos; mas no se crea que este sentimiento que animaba á Nonia era por los que morian, no; sabia ella muy bien que esta muerte era instantánea, es decir, que apenas el espíritu se separa del cuerpo, adquiria una inmortalidad inamisible; lo que ella sentia era la ceguedad de los desgraciados tiranos, y que la pasion de Cristo, al mismo tiempo que en los fieles producia su efecto, no fuese tambien eficaz para los demás, como podia serlo atendido su infinito valor. Por esto debió á Dios el singular favor de que la quitase la vida para pasar á la eterna y venturosísima que posee. Su memoria se celebra el dia 29 de Octubre de cada año, y siempre que su proteccion se invoca, se encuentra eficaz por la misericordia del Señor. —G. R.

NONITO (S.), confesor. Pocas son las noticias que de este bienaventurado deponen los agiógrafos. Unicamente dicen que fué insigne en humildad y en santos favores por todo lo que atañe al servicio de Dios, y voló su alma al cielo á mediados del siglo VI. La Iglesia católica celebra su memoria en 5 de Setiembre. —S. B.

NONNA ó NONNITA (Santa). Esta bienaventurada es más conocida que con este nombre con el de *Sta. Melania*. Fué esta Santa hija de Buocan, príncipe de la Cambria, que es hoy el país de Gales. Descendia por su madre

Meneux, hermana de S. Nennock, del emperador Constantino el *Grande*, y debió nacer á fines del siglo IV ó á principios del V de nuestra era. Consagróse con sus diez hermanos y dos de sus hermanas desde sus más tiernos años al estado religioso, tomando el hábito en un monasterio de santas mujeres de su país, de donde la viene el nombre de Nonna ó Nonnita. La belleza de que la dotó Dios, fué para ella un don funesto, porque vista en una de sus peregrinaciones por Xantus, príncipe de la Cerética, que olvidado de sí mismo y de Dios, enfurecido por su brutal pasion la violentó, y naciendo de ella un niño fué célebre por su virtud y por los milagros que se atribuyen á su santidad. Fué este S. David solitario primero en la isla de Wight, y fundador despues de doce monasterios en el país de Galès, y por último arzobispo de Menevia, en donde murió el año 544. Honrado este Santo en la Baja Bretaña con el nombre de S. Devy ó Divy, es el patron de Pontscorff, de Pontivy, de una parroquia que lleva su nombre á tres leguas de Brest, de Loguivi-Plongras, y de Loguivi cerca de Lannion: á esta última parroquia vienen todos los años en romería el primer domingo de los meses de Marzo y Mayo sus apasionados á visitar sus reliquias. —Despues del brutal ultraje de que fué víctima Sta. Nonna, siguió con el mismo fervor y austeridad, procurando consolarse de su desgracia con la penitencia. No puede señalarse la época fija de su viaje á la Baja Bretaña; pero la constante tradicion de la parroquia de Dirinon, cerca de Landernan, es que vinó á vivir á esta parroquia, en la que murió á fines del siglo V de Jesucristo ó á principios del siguiente. En este lugar se enseña una roca, en la que se dice tenia costumbre de orar, y la credulidad de los sencillos aldeanos ve en ella impresas las rodillas de la Santa. Una capilla cercana á este lugar conserva su sepulcro, que está rodeado de bajos relieves, en los que se ven las imágenes de los apóstoles en el carácter artístico de los siglos XIII y XIV. En este sepulcro se ve acostada la estátua de la Santa sobre la roca, y á sus piés un dragon vomitando llamas, teniendo ella un libro en la mano. Sus reliquias, dentro de una caja de plata, se conservan en la parroquia de Dirinon que tiene su nombre y el de su hijo S. Divy, y ántes de la reforma se la veneraba tambien en una capilla de la iglesia de S. David en Menevia, y aun en nuestros dias los del país de Gales celebran el 1.° de Marzo una romería en honra de los dos santos. S. David está aun considerado como el protector del país, y por esto su bandera, flotada en Enero de 1842 con motivo del bautismo del príncipe de Gales, tenia al santo patron pintado en ella. Colgan, en las *Vidas de los santos de Hibernia*, ha escrito la de estos dos bienaventurados, y los Bolandos hacen tambien la debida mencion de ellos. Mr. Legonidec publicó un manuscrito del siglo XV, en 8.°, en que se escribió la vida de ambos santos, cuyo códice conservaba la parroquia de

Dirinon. Este manuscrito en lengua bretona anterior al siglo XII, se atribuye su primera publicacion al abate Sionnet; y Legonidec, que le tradujo al francés y aumentó una introduccion suya, le publicó en 8.°, en París, el año 1837. — C.

NONNECHIO I, llamado tambien *Nonnichius* ó *Nunchius*, obispo de Nantes, en Bretaña, elegido á últimos del año 461 ó principios del 462, en que asistió al concilio de Vannes, celebrado en este año ó en el siguiente, ántes de la Pascua. Sydonio Apolinar, autor contemporáneo, da á Nonnechio el nombre de papa, segun se acostumbraba hacer en aquella época con los grandes obispos, y habla de él como de un prelado distinguido por sus grandes méritos y relevantes cualidades. Durante su vida ó poco despues, entraron los sajones en el país de Nantes poniéndole á contribucion. —S. B.

NONNECHIO II, llamado tambien por los autores *Nonnichius, Novichius, Nonvichius, Monnichius, Monnechius* y *Munochus*, fué primo de S. Félix y el primer prelado de la silla de Nantes. Vivia aun en 592, cuando la peste que desolaba su diócesis le movió á disponer rogativas y procesiones públicas que aplacasen la cólera del Señor. Así se halla consignado en S. Gregorio de Tours, quien dice que el contagio cesó por las muestras de dolor y de devocion que dió el pueblo. El hijo de Nonnechio, pues éste habia sido casado ántes de suceder en la silla episcopal, fué acusado de conspirar contra Gontran, que dominaba á la sazon en Nantes, y tuvo que buscar un asilo en tierra extraña para salvar su vida. Sin embargo de que el padre no tuvo parte alguna en este suceso, se vió precisado á conjurar la tormenta que le amenazaba, enviando á Gontran ricos presentes, y así pudo escapar de la persecucion en que de lo contrario se le hubiera envuelto. Estos sucesos debieron ocurrir en 590, puesto que poco despues fué reconocido Childeberto en Nantes. —S. B.

NONNITO (S.). Los primeros años de este glorioso confesor se pierden en la oscuridad de su profundísima modestia, pues ocultó su cuna y patria cuando ingresó en la esclarecida orden monacal de S. Benito. Allí hizo con ventaja los estudios necesarios para poder ilustrar á la Iglesia con sus conocimientos, pero adelantó mucho más que en esta sabiduría humana en la importantísima ciencia de venerarse á sí mismo, dominar sus pasiones, y con este dominio acrecentar los méritos con que se hacia acreedor á mayores gracias del cielo. Entre los muchos que mereció, debe contarse un especial don para atraer á sí á los pecadores y hacerles con la confesion y enmienda volver al sendero de rectitud y gracia en que Dios queria constituirlos, y apartarse del camino de desdichas y de muerte, donde ellos se habian echado con sus culpas. Todo esto daba lugar á que, acreditado como predicador evangélico, y considerado por todos como un hombre cuyo solo anhelo era

la gloria de Dios, bien de las almas y prosperidad de la Iglesia y del Estado, en ocasion de hallarse vacante la silla episcopal de Gerona se la encomendaron á Nonnito, en cuyo desempeño mostró su capacidad y su virtud, siendo ejemplo para todos y prestándoles con sus buenas obras un ejemplo admirable que imitar. No dejó consignados sus vastos conocimientos en ninguna obra de ingenio; pero tuvo extraordinario acierto para evacuar consultas y responder á cuantos se le presentaban, con lo cual se hizo estimar de todos, apreciándole en gran manera. La muerte puso fin á sus dias, llenos de buenas obras, por los años 640 poco más ó menos; y sus virtudes, justificadas en debida forma y declaradas heróicas, le proporcionaron la dicha de que su nombre inscrito en el catálogo de los santos sea siempre glorioso. —G. R.

NONNO, poeta griego, natural de Panópolis en Egipto. Se le atribuyen dos obras de un carácter muy diferente. Suidas dice que floreció en el siglo V, y escribió en verso heróicos un poema titulado *Dionysiacorum libros XLVIII*, que fué impreso en Amberes en 1589 por Gerardo Falkemburgo sobre un manuscrito de la biblioteca de Juan Sambuck. Elkardo Lubins, profesor en Rostoc, tradujo esta obra en latin y la publicó en 1610 en Hanaw con notas de algunos eruditos. La segunda obra de Nonno es una paráfrasis en verso sobre el Evangelio de S. Juan, que publicó en griego Aldo Manucio; Venecia, 1501. Tradujéronla al latin Cristobal Hegendozph, Juan Bordat y Erardo Hedenecio, imprimiéndose repetidas veces con notas de Francisco Nannio, Daniel Heinsio y de Lillurgio; habiéndose colocado, por último, en la *Biblioteca de los Santos Padres*. A pesar de esto, las obras de Nonno carecen de las cualidades propias de los ingenios de primer órden. En el poema de las *Dionysiacas*, tanto en lo que respecta al estilo como en los discursos y en el plan y direccion de la fábula, no hay nada que pueda llamarse natural, ni tiene la bella sencillez que tanto admiramos en Homero. Su marcha no es libre y desembarazada, y carece de ese sabor propio de los tiempos primitivos. Mr. Dupin emite igual juicio sobre la paráfrasis del Evangelio de S. Juan, diciendo que es de estilo ditirámbico y pomposo. Otros autores, por el contrario, son de contraria opinion, y Moreri asegura que la paráfrasis es clara, pura, elegante y propia de este género de escritos. Añade que no adolece de hinchazon, y que siendo Nonno poeta, no tiene nada de extraño usase expresiones poéticas, que sin embargo no son hinchadas ni embarazosas. Casaubon lleva mucho más allá sus elogios y le llama *poetam eruditissimum*, y le mira como autor de grande importancia. Explicando este crítico una de las expresiones de este poeta cristiano dice es *poetice atque etiam attice*, y continua despues: «Si el estilo de Nonno es ditirámbico en sus *Dionysiacas*, porque lo requeria el asunto, no lo es en

»su paráfrasis, que es un comentario sobre S. Juan, donde explica repeti- »das veces una misma cosa por medio de muchas voces para ser más claro y »darse mejor á entender.» Este autor es ortodoxo, y léjos de haber apoyado el arrianismo como lo supuso Daniel Heinsio en su *Aristarcus Sacer*, combate decididamente á los arrianos, y sostiene la doctrina de S. Gregorio Nacianceno y S. Juan Crisóstomo, á los que fué posterior, sobre el misterio de la Santísima Trinidad. El *Aristarchus Sacer* de Heinsio, escrito principalmente contra Nonno, es una obra no falta de erudicion, pero no siempre estimada, habiéndose encontrado en ella no pocos errores en lo que se refiere á la persona contra quien esgrimia su pluma.—S. B.

NONNOTTE (Claudio Francisco), hermano del famoso pintor David, conocido por sus debates con Voltaire. Nació en Besanzon en 1711, y fué admitido en la Compañía de Jesús, donde reveló una decidida inclinacion al estudio. Sin perjuicio del exacto cumplimiento de sus deberes, consagraba todas las horas que le quedaban libres á adquirir todos los conocimientos necesarios para entrar con lucimiento en la carrera del púlpito. Sus superiores, que notaron en él disposiciones muy felices para este ministerio, alentaban por su parte sus esfuerzos, logrando en lo sucesivo ser escuchado con mucha atencion en las iglesias de París, Versalles y Turin. La fama de buen predicador le condujo á la corte de Cerdeña, donde le dió el Rey inequívocas muestras de su aprecio despues de haber asistido á sus sermones. En 1762 publicó, bajo el título de *Errores de Voltaire*, un exámen crítico del *Ensayo sobre la Historia Universal* del filósofo de Ferney. Como el orgullo de éste no toleraba la menor contradiccion, tomó por su cuenta al P. Jesuita, y en las *Ilustraciones históricas* que publicó en defensa de su obra, le prodiga los más insultantes epítetos á falta de buenas razones, siguiendo el modo de proceder, tan comun en Voltaire, que de antemano podia darse por injuriado cualquiera que le atacase aun con sobrada justicia. Nonnotte escribió en su defensa una *Carta de un amigo á otro amigo sobre los literatos honrados*, y una *Contestacion á las Ilustraciones históricas*, en la cual opone á las injurias y sarcasmos de Voltaire argumentos sólidos é indestructibles, de modo que su buena causa aumentó su mérito con el desprecio que mostró á los insultos de su adversario. Cuando la supresion de la Compañía de Jesús, Nonnotte marchó á Besanzon, y animado por los consejos de personas muy notables, se consagró por completo á la defensa de la religion. Admitido en 1781 en la Academia de esta ciudad, asistió constantemente á sus sesiones leyendo varios puntos sobre la historia de aquella provincia, que no habian sido tratados aun por los historiadores. En estos trabajos revelaba el P. Nonnotte tanto talento como variedad y extension de conocimientos. Falleció, por último, en Besanzon en 3 de Setiembre de 1793, á la edad de

ochenta y tres años, habiendo conservado hasta el último instante el libre uso de sus facultades intelectuales. Tenemos de él: 1.° *Errores de Voltaire*, Aviñon, 1762, dos tomos en 12.°; obra impresa muchas veces y traducida al italiano, aleman y español. El estilo de Nonnotte, dice el abate Sabatier, es claro y enérgico, reuniendo el autor á una sana crítica profundos conocimientos en la historia.—2.° *Diccionario filosófico de la Religion, en contestacion á las objeciones de los incrédulos*; Aviñon, 1672, cuatro tomos en 12.°, traducido tambien al italiano y al aleman. Esta obra ha sido confundida algunas veces con el *Antidiccionario filosófico* de Chardon.—3.° *Los filósofos de los tres primeros siglos de la Iglesia*; París, 1689 en 12.° traducida al aleman; Augsburgo, 1690, en 8.°—*Compendio y doctrina de los PP. de la Iglesia*. Estas tres producciones han sido impresas juntas con el título de *Obras de Nonnotte*; Besanzon, 1818, siete tomos en 8.° y en 12.° con el retrato del autor. El abate Nonnotte tradujo del italiano el tratado de Maffei, *Empleo del dinero*; Aviñon, 1787, en 8.° Se le atribuyen tambien: *Los principios de crítica sobre la época del establecimiento del cristianismo en las Galias*; Aviñon, 1789, en 12.° Puede consultarse una extensa noticia de este ilustre jesuita en el *Amigo de la Religion y del Rey*, tomo XXIII, página 385, además del elogio que pronunció Gappin en la academia de Besanzon en 1812.—S. B.

NONNUS (abad), autor de una obra titulada: *De narrationibus græcorum*. El manuscrito de esta obra existia en la biblioteca del Escorial.—M.

NONO (S.), obispo y confesor. Educado desde niño en los santos principios de la religion cristiana en Asia, su país natal, desde luego se hizo notar por su santidad y buenas costumbres y aun por su precoz inteligencia. Habiendo abrazado la carrera de la Iglesia, luego que se distinguió por su saber y doctrina fué elegido obispo de Edesa. Predicaba por las plazas y las calles el Evangelio con frecuencia á sus diocesanos, y habiendo ido á la ciudad de Antioquía para asistir á un concilio, se halló presente á su predicacion en la plaza de esta ciudad una mujer idólatra, á la cual dirigió la palabra con tal fervor y elocuencia que logró convertirla y bautizarla: esta mujer fué la célebre Santa Pelagia. Trasladado S. Nono al obispado de Heliópolis, predicó tambien allí con grande éxito, hasta que llamándole Dios para premiar en el cielo sus virtudes, murió en su iglesia el 2 de Diciembre del año 451, en que le recuerda la Iglesia.—C.

NONOSO (S.). En el siglo VI de la Iglesia floreció este glorioso confesor, viviendo en un monasterio que la órden de S. Benito tiene en Italia en el monte Soreste. Fué nuestro Santo de un carácter enteramente apacible, lo cual fué una gran ventaja para aquella comunidad, pues su abad era de un genio violentísimo, con lo cual tuvo no poco que sufrir nuestro Santo, á

quien por su dulzura y benignidad nombraron prior, para que neutralizase de algun modo la dureza de su superior. Como testimonio de la gran fe que en Dios tenia nuestro Santo, y que era el fundamento de todas las demás virtudes suyas, baste decir que al ver lo conveniente que sería al monasterio el que sus moradores tuvieran un lugar donde recrearse y hacer ejercicio, segun prescripcion de su santa regla, y no hallándolo por estar todo obstruido de canteras de inmensa mole, Nonoso rogó á Dios, Dios escuchó su plegaria y los monjes vieron retirada prodigiosamente aquella mole que tanto los obstruia, y el terreno por consiguiente en disposicion de labrarle, y no solo fructificar en hortalizas y demás cosas útiles, sino en flores preciosas que recogian con esmero para adornar los altares y dar honor á sus imágenes. No fué este el solo prodigio que obró Dios por su siervo, sino que le permitió multiplicase muchas veces prodigiosamente las cosas necesarias, le permitió repartir con profusion entre los pobres mucho más de lo que habia, hacer que los pecadores hallasen en él quien conociendo con superior ilustracion lo íntimo de sus conciencias; les facilitase los medios de salir del lamentable estado en que su culpa les constituyera; fué, en fin, padre universal, siendo al mismo tiempo profundamente humilde, muy modesto y ejercitado en la oracion, muy penitente, y por último tan virtuoso que era admirado de todos por más que á los ojos de todos trataba de ocultar sus buenas acciones. En premio de todas ellas y despues de una molestísima enfermedad en que el Señor ejercitó su paciencia, le llevó á su santa gloria el dia 2 de Setiembre del año 570, siendo desde entónces venerada su memoria con el mayor respeto, y habiendo dado ocasion esta veneracion misma, á que por una parte los fieles se encomendasen á él hallando en sus peticiones el éxito más favorable, y por otra se solicitase de la Iglesia el que probára, como sabe y acostumbra, sus virtudes para sancionarlas con la declaracion de su heroismo, y por todo colocarle en los altares y su nombre en el catálogo de los santos. Así fué, y desde época muy remota el glorioso S. Nonoso fué venerado en la Iglesia universal, y la órden Benedictina celebra su fiesta el dia 2 de Setiembre de cada año, aniversario de su muerte al mundo y nacimiento para la eternidad, donde vive para siempre con Dios en cuyo servicio se esmeró en este mundo.—G. R.

NORBERG (Jorge). Este capellan é historiador de Cárlos XII nació en Stockolmo el año 1677. Habiendo estudiado en Upsal con ánimo de seguir la carrera eclesiástica, se hizo sacerdote, y en 1703 fué nombrado limosnero del ejército sueco, acampado en aquella ocasion en las cercanías de Thorn. Siguió á este ejército á Polonia, á Sajonia y á Rusia, y á su vuelta fué nombrado en 1707 limosnero del Rey. Habiendo caido prisionero en la batalla de Pultawa, en 1709, fué mandado á Rusia con el conde de Piper,

y canjeado en 1715 por un oficial y otros dos sacerdotes, volviendo al lado de Cárlos XII, que se hallaba en la Pomerania. Poco despues obtuvo una prelacía en Stokolmo, en donde falleció el 14 de Marzo de 1744. Este sacerdote es especialmente conocido por su *Historia de Cárlos XII de Suecia*, cuya obra se le encargó escribir en 1731 y acabó en 1740. Conforme la iba escribiendo, estaba obligado á consultar el manuscrito con la reina Ulrica Eleonora, hermana de Cárlos XII, que se le corregia, haciendo en él las variaciones que se la antojaban con su propia mano, mandándose despues el manuscrito á una comision nombrada por el Rey, que le revisaba y aprobaba; y luego que estuvo corriente, se publicó en 1740 en Stockolmo en dos volúmenes en fólio. Warmholtz, literato sueco que habia vivido mucho tiempo en el extranjero, tradujo esta historia en francés publicándola en el Haya el año 1742, en tres volúmenes en 4.° Fué escrita esta obra á vista de los sucesos que habia presenciado el autor, y de los documentos que le proporcionaron los ministros, generales y demás funcionarios del gobierno de Cárlos XII, y la doble censura por que pasó la puso al abrigo de todo reproche por parte del gobierno de Suecia; pero se resiente de pesadez y de cosas inútiles que la afean en cierto modo, cuyas faltas se notan en la traduccion. Voltaire, que habia escrito sobre este mismo asunto, habia dejado escapar, á pesar de la superioridad de su talento en esta clase de escritos, errores geográficos é inexactitudes que le enmendó Norberg dándose en ello una grande importancia, de lo que se le burló el herético autor cuando se defendió burlescamente del capellan de Cárlos XII. Pasó Norberg en Suecia por un orador cristiano muy hábil y elocuente, especialmente en las oraciones fúnebres, de las que publicó algunas que hicieron mucho efecto en su tiempo, pero que despues se han relegado al olvido. — C.

NORBERTO (S.), fundador de la órden Premonstratense y arzobispo de Magdeburgo. Nació por los años 1092, de ilustre familia, en Santen, ciudad del ducado de Cleves. Su padre Heriberto era pariente del Emperador, y su madre Helbigo pertenecia á la ilustre casa de Lorena. La educacion de Norberto desde los primeros años fué digna del alto rango que ocupaba, de modo que entró en el mundo con todas las ventajas que pueden dar el nacimiento y las más brillantes dotes personales. Inclinado sinceramente al estado eclesiástico, cuando llegó á la edad conveniente recibió el subdiaconado. Dueño de un patrimonio inmenso y obtentor de dos canonicatos, uno en Santen y otro en Colonia, pasó á fijar su residencia á esta última ciudad, que lo era del arzobispo, donde llevó una vida disipada y fastuosa. Estrechos todavía los límites de aquella ciudad para su ambicion, trasladóse á la corte del emperador Enrique, y como se hallaba dotado de todas las cualidades que constituyen un buen cortesano, supo insinuarse tan há-

bilmente en el ánimo del monarca, que acabó por ser nombrado su limosnero y poseer su más absoluta confianza. No pudiendo vivir Enrique sin tener á Norberto á su lado, quiso que le acompañára á Roma, donde debia verificarse su consagracion. Partieron, pues, en Agosto del año 1110. Pascual II ocupaba á la sazon el trono de S. Pedro, y poco dispuesto á transigir con las miras del monarca respecto á la cuestion de investidura, este príncipe, llevado de su genio impetuoso, mandó prender al Papa y á todos los cardenales. Habiendo sido vanos cuantos esfuerzos hizo Norberto para aplacar la cólera de Enrique, presentóse al Papa, y le manifestó el hondo pesar que sentia por un trato tan cruel como inmerecido. Algun tiempo despues dió tambien á Su Santidad una nueva prueba del respeto con que acataba sus derechos, no aceptando el obispado de Cambray que Enrique V le ofrecia, mas á pesar de este proceder de un buen eclesiástico, Norberto continuaba en su vida disipada. Hallándose en Colonia en el año 1115, subió un dia á caballo, acompañado de un solo criado, para pasar á la poblacion inmediata de Frenden, donde sus amigos le aguardaban para consagrar algunos dias á la alegría y al placer; mas por el camino levantóse tan recia tempestad, que cual granizada, cruzaban los rayos toda la atmósfera, y retumbaba sin cesar el trueno. Una centella derriba á Norberto en tierra, y queda privado de los sentidos. Largo tiempo permaneció en este estado, y cuando volvió en sí, levantóse ya otro hombre. En efecto, no era ya aquel eclesiástico entregado al mundo y ávido de honores y riquezas; Norberto era un sacerdote penetrado de sus deberes, arrepentido y dispuesto á expiar con una vida de mortificacion sus pasados extravíos. Se aleja de la corte, y entra en el monasterio de Sigeberto, gobernado entónces por el abad Conon, para hacer su noviciado. Despues de haber pasado en esta casa el tiempo necesario, entregado á la oracion y á la penitencia, se presenta al arzobispo Federico para que le ordene de sacerdote. Para que su cambio fuese más público, se presenta el sábado santo del año 1116 en la iglesia, adornado de sus ricas vestiduras, y despojándose públicamente de ellas para vestirse con el traje de la pobreza y de la penitencia, recibe con edificante compuncion el diaconado y luego el sacerdocio. Cuanto más este espectáculo y la vida santa y mortificada, que continuó llevando Norberto, causaba la admiracion de los que le conocian, tanto más disgustaba á una parte del clero, que veia en el feliz cambio del limosnero de Enrique V una viva censura de su conducta; y como á toda costa querian librarse de un testigo, cuyos ejemplos les importunaba, le acusaron ante el concilio de Fritzlaz, convocado por Conon, arzobispo de Tenestre en 1118, de órden de Gelasio II, sucesor de Pascual. Norberto pareció en él dispuesto á vindicarse y á rechazar los ataques de sus enemigos: estos no teniendo ningun cargo que imputarle, le presenta-

ron al concilio como un hombre singular, de un carácter inquieto, predicando sin las debidas licencias, y afectando vestir un traje que no convenia ni á su nacimiento ni al estado clerical. Norberto contestó á los ataques con tanta moderacion y sabiduría, que Conon no solamente le declaró absuelto, sino que le dió los testimonios más honoríficos de aprecio y consideracion. Sin embargo, así para dedicarse exclusivamente á los trabajos de las misiones, como para evitar nuevas persecuciones, Norberto resolvió alejarse de Alemania é ir á postrarse á los pies de Su Santidad: mas ántes de llevar á cabo su propósito, renuncia sus beneficios en poder del arzobispo, vende su patrimonio, y distribuye el precio entre los pobres. Toma en seguida el bordon de peregrino, y á pié, y en lo más riguroso del invierno, emprende su ruta hácia S. Gil, cerca de Nimes, donde á la sazon se hallaba el papa Gelasio, quien se complace en conceder al ilustre penitente los más ámplios poderes. Norberto parte luego de S. Gil, y recorre las villas y ciudades predicando la moral del Evangelio, sembrando la paz, y reconciliando las enemistades. Habiendo perdido tres compañeros suyos en Valenciennes, asociados á su empresa, la vigilia del domingo de ramos, Norberto habia resuelto alejarse de esta ciudad, cuando supo que se hallaba en ella Burchart, obispo de Cambray. Le conocia el Santo de haberle visto en la corte del Emperador, á cuya silla le ascendió éste con motivo de la renuncia que hizo el Santo. Norberto creyó que debia hacerle una visita, mas el prelado de Cambray, despues de haberle devuelto los primeros cumplidos, no pudo reconocer á su antiguo amigo: tanta era la extenuacion de su semblante, y la pobreza del hábito que vestia; mas cuando Norberto se hubo dado á conocer por su nombre, Buchart le abraza, le colma de caricias, y no puede desprenderse de su buen amigo, que estrecha contra su seno. Sabiendo en esta ocasion Hugo de Fosse que aquel hombre, vestido tan miserablemente, y que su prelado abrazaba con tanta efusion, pertenecia á una casa de las más ilustres de Francia, que habia sido el amigo y el confidente del Emperador, y que todo lo habia despreciado para seguir la penosa carrera del apostolado, resuelve en el acto dar el último á Dios á las vanidades del siglo, y compartir con Norberto sus trabajos y su pobreza voluntaria. Juntos recorrieron la diócesis de Cambray, y se preparaban para hacer lo propio en la de Lieja, cuando supieron la muerte de Gelasio, y la exaltacion de Calixto II al trono de S. Pedro. Estaba convocado un concilio para el mes de Octubre en la ciudad de Reims, presidido por el Papa; resuelve Norberto presentarse á este, y llega en efecto en el dia señalado para la apertura. Grande y digno era el cortejo que acompañaba á Su Santidad; pero el aspecto y traje de Norberto y su compañero, daban de ellos una idea tan poco ventajosa, que les niega la entrada en la asamblea. Los dos misioneros se alejan tris-

temente de la ciudad que les rechaza de su seno, y emprenden el camino de Laon. Bartolomé, obispo de esta ciudad, sabe por boca de los dos varones apostólicos, que sus piadosos deseos han salido frustrados, y les ofrece presentarles él mismo á Su Santidad. Calixto queda admirado de la conversion de Norberto, y confirmando en el acto sus poderes, le hubiera retenido á su lado si el Santo no le pidiera con instancia el permiso de continuar exclusivamente consagrado á su obra. Este siervo de Dios vuelve á Laon acompañado de Bartolomé, el cual, no cesando de admirar los raudales de sabiduría y virtud que brotan de los labios de Norberto; desea á toda costa conservarle á su lado. Propónele al principio la direccion de la reforma de los canónigos regulares de S. Martin, que habitaban en un arrabal de la ciudad; mas rebeldes al yugo de la mortificacion, S. Norberto prodiga su celo inútilmente, y da cuenta al prelado de la imposibilidad de la empresa. Bartolomé le ofrece entónces un lugar en su diócesis para el establecimiento de un convento, y al efecto recorren juntos los parajes más á propósito. El Santo escoge un valle desierto y poblado de malezas, llamado *Premontre*. Aquí en 1122 abrió los primeros fundamentos de su Orden, cuyo objeto era la reforma de los canónigos regulares de S. Agustin. Toda su comitiva y todos sus partidarios consistian en esta época en un solo discípulo, en Hugo de la Fosse; y sin embargo, Norberto con fe viva y voluntad poderosa, planta la primera piedra de un edificio que dentro de poco debia ser celebrado en todos los ángulos de la cristiandad; y es que el Señor da á la débil caña la robustez de la corpulenta encina, y concede cuando le place á humildes instrumentos el poder de levantar empresas colosales. Norberto se propone desde luego atraer á su lado varones llenos de celo y virtud con que poblar su claustro, y con esta idea hace resonar su voz elocuente é inspirada en la escuela de Laon, dirigida por Raolio, y conquista en el acto siete jóvenes para su Orden. Estos discípulos no son gente ruda ni de condicion humilde; pertenecen á las principales casas de Lorena, y se distinguen en el colegio por su talento y aplicacion. Otros acuden al momento á aumentar la naciente colonia, y no habia espirado todavía el año cuando Norberto contaba ya cuarenta canónigos ilustres por sus virtudes y saber. En el dia de Navidad, todos con su santo fundador al frente, hicieron profesion solemne de la vida canónica. Desde luego el instituto se extendió con rapidez eléctrica, pues no habia trascurrido un siglo, y poseia ya mil abadías, trescientos prebostazgos, quinientas comunidades de religiosas, siete arzobispados y nueve obispados, cuyas sillas eran ocupadas por los canónigos regulares de esta Orden. El lustre de su regla y la gran fama del fundador, atrajeron á ella grandes personajes y damas de elevada gerarquía; tales fueron el conde de Cappemberg; Oton su hermano; Enrique

conde de Arnsberg; Godofredo, conde de Namur; Enrique, primo de Luis *el Gordo*; Roberto, primo del rey de Inglaterra; los dos Haiton, el uno rey y el otro príncipe de Armenia; Hermesinda, condesa de Namur; Ermengarda, condesa de Roussi; Inés de Bandemont, condesa de Braine; Beatriz, vizcondesa de Amiens; Anastasia, duquesa de Pomerania, etc. etc. No se crea que Norberto buscase entre la nobleza de su siglo el lujo y la utilidad de los bienes temporales: Thibaut IV, conde de Champaña, movido de la vida santa que se llevaba en Premontre, corre á depositar á los pies del Santo fundador sus títulos y la pingüe herencia que acababa de recoger. Norberto se deniega á admitir estos dones aun á nombre de sus religiosos, y aconseja al príncipe que se case; y fué tan sincero este consejo, que el mismo Santo pasa á Ratisbona á pedir para el conde la mano de la condesa Matilda, sobrina del arzobispo. Miéntras tanto, el Santo enviaba sus discípulos á las villas y ciudades para anunciar el reino de Dios, dando él mismo el ejemplo del fruto que debian prometerse de esta buena obra. Una herejía funesta habia penetrado en 1124 en la ciudad de Amberes; y si bien es verdad que Tanchelin, autor de ella, no existia, su ponzoña habia quedado infiltrada en el ánimo de los habitantes, y conducia á la perdicion á millares de almas. Norberto se presenta á la ciudad con dos discípulos suyos; y decididos á extirpar los errores de aquella secta, emprenden el curso de sus predicaciones con tanto fervor y feliz éxito, que en poco tiempo restituyen la religion á su pureza primitiva. Hasta entónces este instituto habia sido aprobado únicamente por algunos legados de la Santa Sede; mas Norberto pasa á Como, ciudad del Milanesado y corte del Papa, y obtiene de Honorio II, sucesor de Calixto, una bula que confirma su Orden y todos los establecimientos sometidos á la misma regla. Esta confirmacion lleva la fecha de 16 de Febrero de 1126. De regreso á Francia, Norberto accede á acompañar al conde Tibaut á Alemania, donde debia verificarse el matrimonio de la condesa Matilda. Al pasar por Epira encuentra en esta ciudad á Lotario II elegido recientemente emperador, que trataba prontamente con dos legados de la Santa Sede de la eleccion de un arzobispo, sobre la cual estaba discorde el capítulo de Magdeburgo. Deseóse oir el parecer de Norberto sobre este asunto; y éste se expresó con tanta elocuencia y de una manera tan persuasiva, que admirados todos, exclamaron que él era la persona en quien debia recaer la eleccion. Infructuosos fueron todos sus esfuerzos para declinar el peso de esta dignidad; preciso fué ceder ante la voluntad general, y llevado en triunfo á Magdeburgo, fué consagrado en 25 de Julio de 1126. Instalado en su silla, el primer acto de autoridad fué desterrar de su palacio la suntuosidad y el lujo, y tomando luego la segur de la reforma, reprimió con mano fuerte los abusos que se habian introducido en su diócesis, restable-

ciendo el órden y la buena disciplina. Natural era que estas medidas le atrajesen enemigos, que siempre los tiene quien con voluntad firme no transige con el vicio y la inmoralidad. Norberto los tuvo tan irreconciliables, que atentaron dos veces contra su vida, peligro del cual solo la Providencia le sacó ileso. Como su eleccion habia dejado sin jefe á la colonia premonstratense, indicó á sus hermanos la necesidad de proceder á la eleccion: su deseo era ver elevado á aquel cargo á Hugo de Fosse, su primer discípulo, pero se abstuvo de hacer en su favor la menor indicacion, porque ante todo Norberto preferia la libertad de los sufragios; mas como todos los discípulos estaban penetrados del espíritu del Santo fundador, Hugo fué aclamado por superior de toda la Orden. Este nombramiento se verificó en 1129. En el mismo año Norberto introdujo los canónigos regulares de su instituto en la iglesia de Sta. María de Magdeburgo poniendo al frente de esta comunidad á Ebermode, despues obispo de Ratzburgo, y últimamente canonizado. En aquella época levantóse un cisma en la Iglesia, y siendo Norberto personaje de tanta importancia y autoridad, no podia dejar de tomar parte en ese calamitoso acontecimiento que de tarde en tarde permite el Señor que se reproduzca en la Iglesia para purificar más á los fieles en el crisol de la verdad católica. Despues de la muerte de Honorio II, la cristiandad vió simultáneamente elevados dos papas al trono de S. Pedro, Pedro de Leon con el nombre de Anacleto, protegido por Rogerio, rey de Sicilia, y mediante la influencia que sus riquezas le proporcionaban en Roma, disputaba la tiara á Inocencio II. En medio de la perplejidad de este doble nombramiento, acudióse al gran S. Bernardo en el concilio celebrado en Etampes por órden de Luis *el Gordo*. Bernardo, cuya autoridad en la Iglesia era tan grande como su virtud y sabiduría, decidió á favor de Inocencio. Norberto siguió tambien su parecer, y aun decidió al emperador Lotario á que apoyase el fallo de S. Bernardo. Habiendo pasado en 1131 al concilio convocado en Reims con este motivo, presentó en la segunda sesion una carta del Emperador, en la que prometia emplear todas sus fuerzas para que el pontífice intruso bajára del trono, y colocar en él al verdadero papa. En efecto, este soberano reunió un pequeño ejército, y poniéndose al frente se dirigió á Italia, adonde le siguió S. Norberto desempeñando las funciones de archicanciller. El Emperador entró en Roma con Inocencio, quien tomada posesion del trono pontifical, coronó emperadores á Lotario y á su esposa Richilda. Su Santidad deseó al mismo tiempo recompensar los importantes servicios que S. Norberto habia prestado á la Iglesia, y agregó á la silla de Magdeburgo la primacía de las dos *Sajonias*. El Santo gozó poco de esta alta dignidad: las fatigas y las austeridades habian quebrantado de tal modo sus esfuerzos, que su vida marchaba visiblemente al ocaso. Cayó,

pues, enfermo al regresar á esta ciudad, y espiró en 6 de Junio de 1134 en los sentimientos de la más acendrada devocion. Los escritores contemporáneos han tributado los más grandes elogios á la virtud y santidad de Norberto. S. Bernardo, su íntimo amigo, cuando era consultado sobre cuestiones muy difíciles, las enviaba á Norberto por ser un varon inspirado de Dios, y hábil en penetrar las vias secretas del cielo. Es indudable que el célebre fundador de los premonstratenses escribió algunas obras; pero no han llegado hasta nosotros, porque fueron quemadas en un incendio. Solo ha quedado del Santo una *exhortacion* á sus hermanos, insertada en la Biblioteca de los Padres, y el discurso que dirigió á su pueblo al volver del destierro. Se le atribuyen los escritos siguientes: 1.° *De visionibus suis, libri tres.* —2.° *De obitu Sanctorum sermones ad populum.* —3.° *Comentarios sobre la Escritura Sagrada*, conservados en la abadía de Cappemberg en Westfalia. —4.° *Un oficio de la Inmaculada Concepcion.*—El papa Gregorio XIII le inscribió en el número de los Santos en 28 de Julio de 1582, y la Iglesia celebró su fiesta en 6 de Junio. La órden de S. Norberto honra la memoria de su fundador en 11 de Julio, conforme á un breve del papa Urbano VIII. Segun los deseos del Santo sus restos descansaban en la iglesia de Sta. María de Magdeburgo, mas habiendo pasado esa colegiata á poder de los luteranos, las reliquias fueron trasladadas á Fraga en 1626. La Bohemia cuenta entre sus santos tutelares á Norberto. Existen un sin número de *vidas* de este ilustre fundador, escritas en prosa ó en verso, siendo digna de especial mencion la de Luis Cárlos Hugo, abad de Estival, impresa en Luxemburgo, 1704, en 4.° —M.

NORBERTO (el P. Parisot). Habiendo tomado el hábito de capuchino este varon, que nació en Bar-le-Duc en 1697, se hizo tan célebre en la Orden, que fué nombrado procurador general de las misiones extranjeras en Pondichery. Indispuesto con los jesuitas en las Indias, los atacó sin compasion en sus escritos y en sus sermones. Volviendo á Roma, publicó su obra acerca de los ritos malabares, pero se ensañó tanto en ella contra los PP. de la Compañía de Jesús, que disfrutaban á la sazon de gran influencia en Europa, que persiguiéndole la curia romana, se vió en la necesidad de abandonar la capital del orbe católico para no caer en manos de sus enemigos. Durante su persecucion, que le obligó á andar errante el resto de su vida, escribió su obra titulada *Memoria histórica de los negocios de los Jesuitas con la Santa Sede*, que se imprimió y publicó en Lisboa en siete volúmenes en 4.° el año 1766, época en que ya los jesuitas iban cayendo de su colosal poder. Murió el P. Norberto el año de 1767. —C.

NORENA (Alfonso de), religioso dominico, elegido en 1541, no siendo todavía más que diácono, para la mision de las Indias Occidentales. A poco

de llegar á Méjico aprendió la lengua del país con otros dialectos, poniéndose en disposicion de prestar grandes servicios á la Iglesia, como compañero en un principio y como vicario despues de los misioneros. Su celo por la conversion de los infieles le concilió el afecto de los españoles y de sus prelados, que le nombraron para los primeros puestos de mando en la provincia de Chiapa, cuya diócesis llegó á gobernar, sede vacante, como solo y único provisor desde el año 1567 hasta 1574, por lo que Gonzalez Dávila le colocó equivocadamente en el catálogo de los obispos de esta ciudad. Murió en 1590, dejando algunas obras manuscritas, una de las cuales trata de la *eleccion canónica* y otra del *gobierno espiritual de los fieles en las Indias*.—S. B.

NORGAND (obispo de Autun), citado en la historia por una diferencia que tuvo con Hugo, abad de Cluni, en 1100, con motivo de los privilegios de esta abadía, la que fué á terminar Milon, creado con este objeto legado por el papa Pascual II. Antes de este acontecimiento se refiere de Norgand otro suceso no muy favorable en verdad para su memoria, porque es la diferencia que tuvo con Hugo, abad de Flavigni, en 1079. Dice la historia de éste que gozaba pacíficamente de su dignidad en 1099 cuando tuvo la desgracia de incurrir de tal modo en la indignacion de Norgand, obispo de Autun, que no le fué posible, por más que hizo, volver á su gracia. El orígen de este acontecimiento provino de que el abad de Flavigni, que tenia el derecho de ser el primero en votar al obispo diocesano, no pudo hallarse en persona, aunque envió un diputado, cuando se decidió elegir á Norgand, lo que se verificó el dia de la Ascension de 1099. El abad Hugo se defendia diciendo que desde la muerte del anterior obispo, acaecida en 25 de Junio del año anterior, se habian reunido muchas veces para darle un sucesor, sin haber podido convenirse, y que Hugo habia ido repetidas veces á Autun para asistir á la eleccion. Además, desde que recayó en Norgand, tuvo cuidado de ir á su lado para acompañarle á Lyon, donde se llevó á cabo su consagracion, siendo tambien el único abad que le acompañó. A su regreso á Autun le regaló lo mejor que pudo durante ocho dias á él y á toda su comitiva, en Couches, propiedad dependiente de su monasterio. Por último, habiendo ido el obispo á Flavigni le hizo el abad la más graciosa acogida. Pero un desgraciado incidente en que se creyó el obispo ofendido y dañados sus derechos, hizo revivir su primera indignacion, que llegó hasta prohibir al abad el desempeño de sus funciones sacerdotales, á sublevar contra él á sus propios hermanos y suscitarle toda clase de dificultades y disgustos. Hugo, desesperado de verse enemistado con su propio obispo, no perdonó medio para procurar apaciguarle. Fué en vano que le ofreciera darle todas las satisfacciones que pudiese desear y que se presentase á él á este efecto.

Fué en vano que hiciese muchos viajes á Autun con grandes gastos, pues los abades iban entónces con grandes comitivas. Fué en vano que interpusiese amigos comunes: no pudo conseguir que levantase su entredicho, que le volviese á su gracia ni aun que le hiciese justicia. Tuvo, sin embargo, el consuelo de ser absuelto de las censuras por comision del arzobispo de Lyon, que se hallaba ausente. Pero nada le consolaba al ver la decadencia de la disciplina regular en que se hallaba su casa, sin poder obtener el remedio. Tuvo necesidad de toda su virtud para poder sostenerse en medio de tantos disgustos, de los que el mayor era ver á sus propios hermanos en guerra con él. Esperando, sin embargo, que produjese su ausencia algun cambio, marchó de Flavigni, con gran pesar del pueblo, y se retiró á la tierra de Couches que dependia de su abadía. Se verificó esto á últimos de Setiembre del tercer año de su gobierno, y por consecuencia en 1099. Despues de alguna residencia en Couches, viendo que las cosas empeoraban cada vez más, tanto de parte del obispo como de sus súbditos, tomó el partido de renunciar á su dignidad y de retirarse á S. Benigno en calidad de simple monje. Se hallaba allí cuando en 1100 los legados Juan y Benito, enviados á Francia para celebrar concilios, comenzaron uno, cuya inauguracion se hizo el último dia de Setiembre en Valencia del Delfinado. Hugo y Jacenton, abad de S. Benigno, asistieron á él, y se reunieron entre todos veinticuatro arzobispos, obispos y abades. Desde su entrada en el concilio ofreció Hugo justificarse en presencia del obispo de Autun y de sus canónigos de las acusaciones intentadas contra él. Pero guardando silencio sus acusadores, y habiendo hablado en favor suyo el abad de Jacenton, se le dió la capa y la cruz en señal de su inocencia, y tomó asiento entre los padres del concilio. El obispo Norgand, su grande arcediano, tuvo una suerte enteramente opuesta. Habiéndole acusado sus canónigos de simonía y de disipacion de los bienes de la Iglesia, fué declarado suspenso de toda funcion episcopal y sacerdotal. Concluido el concilio, enviaron los legados á Hugo, mandando á los monjes de Flavigni y á los habitantes del lugar, bajo pena de desobediencia y amenaza de entredicho, salir hasta Dijon en busca de Hugo, á quien el concilio habia reconocido por su abad, y mirarle y tratarle como tal, acompañándole á su monasterio con el correspondiente honor. Estas órdenes de los legados fueron miradas con desprecio. Solo dos monjes salieron al encuentro de Hugo, y el abad se dirigió á Flavigni por las buenas promesas que le hicieron, y que no fueron ejecutadas. Pero en vez del honor y de la obediencia que se le debia dar, no recibió más que insultos y malos tratamientos. Se puso en camino para dirigirse al concilio de Poitiers, que debia seguir al de Valencia, y que se celebró efectivamente el 18 de Noviembre del mismo año; pero cambió de pensamiento y no fué, á consecuencia de algunos acontecimientos que se ve-

rificaron por entónces. La conducta, por otra parte, de los monjes de Flavigni para con su abad, procedia de que se habian figurado que queria poner su monasterio bajo la sumision del de S. Benigno de Dijon, lo que protesta haberse hallado muy léjos de su pensamiento. El obispo Norgand, entre tanto, aunque depuesto en el concilio de Poitiers, de que se acaba de hablar, se dirigió á Flavigni, y estableció allí como abad á Girard, prior de la casa y prior anteriormente de Couches. Esto era violar todas las leyes y hacer un insulto ultrajante á Hugo, que no habiendo sido ni citado anteriormente, ni oido en su defensa, apeló al cabildo de la catedral de Autun y á la sede metropolitana de Lyon, y en caso de que se negasen á hacerle justicia estos dos tribunales, apelaba á la Santa Sede. Hugo no obtuvo justicia, sin embargo, y se tuvo que retirar á S. Benigno, donde vivió como simple monje, ignorándose lo que fué de Norgand, de quien únicamente se sabe lo arriba referido, y esto por relacion de su mismo rival, que siempre, hablando en su defensa, habrá procurado amenguar la conducta de su prelado.—S. B.

NORIEGA (Fr. Benito de), franciscano. Fué español, y aunque no consta el punto de su nacimiento, se sabe que era oriundo de Asturias, á cuya provincia pertenece la noble casa de aquel apellido. Hizo sus estudios en la universidad de Salamanca, en cuya ciudad tomó el hábito de la órden de San Francisco de la regular observancia, y fué primer lector de sagrada teología en la provincia de Santiago. Habiendo pasado al reino de Nápoles, mereció por su virtud y su ilustracion ser ascendido á la silla episcopal de Acerra, y obtuvo los honores de consejero real. Agitándose en su época la cuestion de la sucesion á la corona de España, que dió lugar á la desastrosa guerra sostenida á principios del último siglo, declaróse Noriega por el monarca legítimo, publicando en el año 1705 una obra titulada *Sintagma teológico-jurídica*, en que se demuestra la injusticia de la guerra promovida por el Austria al rey D. Felipe V. No consta el año de su muerte ni el paraje en que ocurrió.—M. B.

NORIEGA (José de), canónigo premostratense, abad de la abadía de San Norberto de Salamanca y profesor real de teología de aquella universidad. Imprimió en Salamanca en 1723 dos disertaciones: en la primera procura probar contra el P. Hugo, religioso de su Orden, abad de Estival y despues obispo de Ptolemaida, que la Vírgen Santísima inspiró á S. Norberto la eleccion del hábito blanco para honrar el misterio de su Inmaculada Concepcion. En la segunda se propone por asunto demostrar que Sto. Domingo, fundador de la órden de PP. Predicadores, fué religioso premostratense en la abadía de la Vid, en España, ántes de fundar su religion. Cuestiones que trató con claridad y lucidez, dando pruebas que, aunque no siempre con-

vincentes, manifiestan grande erudicion. En 1729 publicó, por último, la *Vida del bienaventurado Herman José*, ilustrada con notas morales é históricas.—S. B.

NORIEGA (D. Juan). Fué natural de Comijanes, en la diócesis de Búrgos, siendo sus padres D. Francisco y Doña Teresa de Noriega, oriundos del principado de Asturias. Siguió la carrera eclesiástica, haciendo sus estudios en la universidad de Salamanca, donde cursó las facultades mayores con mucho aprovechamiento, obteniendo una plaza en el famoso colegio titulado *viejo de S. Bartolomé*, de la mencionada ciudad, en el cual ingresó en el año de 1726. En el dicho colegio concluyó sus estudios, y se recibió de licenciado en la facultad de sagrada teología en el año 1729, desempeñando inmediatamente la cátedra de artes del dicho establecimiento. En el año 1732 obtuvo la canongía lectoral de Escritura de la santa iglesia de Leon, en el desempeño de la cual demostró la mayor inteligencia y exactitud. En 1754, atendidos sus méritos y por los excelentes informes que de él se recibieron, le presentó S. M. para la dignidad de arcediano de Benamariel, en la misma iglesia, con retencion de la canongía de oficio, y poco despues el Sumo Pontífice le nombró conjuez, en union de D. José de Goiri, abad de S. Isidro de Leon, para la ereccion del nuevo obispado de Santander y designacion de sus límites, llevando con tal objeto no solo las letras apostólicas sino tambien los más ámplios poderes de S. M. Desempeñó Noriega la parte que le tocaba de este asunto con tanto celo é inteligencia, que todos los actos practicados por él y su compañero merecieron la aprobacion de la superioridad, sin que se les pusiera el más leve reparo, no obstante la oposicion que les hizo el arzobispo de Búrgos, citando de nulidad algunas de sus disposiciones, con motivo de lo que escribió á Noriega muchos y muy doctos papeles. Finalizada aquella importante comision volvió á su iglesia, permaneciendo en ella hasta el fin de sus dias, haciendo una vida ejemplar y virtuosa. Fué persona de tanta piedad como erudicion, poseyendo muchos y muy profundos conocimientos, por lo cual varias veces puso los ojos en él la autoridad suprema para elevarle á alguna de las prelacías que resultaban vacantes en el reino; proposiciones que él desechó por lo opuesto que era á ocupar sitios brillantes y distinguidos. Murió en el año 1764.—M. B.

NORIS (Enrique), cardenal sabio, ilustre y crítico juicioso, honor y gloria así de la Iglesia como de Italia. Nació en Verona, en 1631, de una familia que descendia de Inglaterra, y habia dado al mundo varones distinguidos. Jaime Noris, uno de los ascendientes del Cardenal, despues de haber defendido la capital de la isla de Chipre contra los ataques de los turcos en calidad de general de artillería, se retiró de la plaza y pasó á fijar su residencia en Verona. Alejandro, padre de Enrique, ha publicado entre otras

obras una traduccion italiana de la *Historia de la guerra de Alemania*, que terminó por el tratado de Lubeck. El jóven Noris reveló desde su infancia un talento precoz y una aplicacion extraordinaria al estudio. Cuando hubo estudiado humanidades se trasladó á Rimini para aprender la filosofía y despues la teología. La lectura detenida de las obras de S. Agustin le inspiró una veneracion tan profunda hácia este doctor de la Iglesia, que determinó profesar la regla de los religiosos que llevan su nombre. Poco tardó Noris en distinguirse entre sus cofrades; de modo que sabedor el general de sus rápidos progresos, le llamó á Roma, donde encontró en el trato de los sabios y en las bibliotecas los medios que necesitaba su talento para encumbrarse. Desde entónces empezó á dedicarse con tanta pasion al estudio, que empleaba en él catorce horas diarias, dando al descanso el tiempo más preciso. Despues de haber recorrido á pasos agigantados la teología, historia, antigüedades y numismática, confiósele la enseñanza de teología en diferentes conventos de su Orden, luciendo sus conocimientos en las escuelas de Pésaro, Perusa y Pádua. Durante su mansion en esta última ciudad, terminó su *Historia del Pelagianismo*, obra que al paso que sirvió de fundamento á su reputacion, le atrajo enojosas diatribas con los Jesuitas, que creyeron ver en ella resabios de jansenismo. Delatada á la Inquisicion, los adversarios no pudieron conseguir que este tribunal la condenára. El gran duque de Toscana, para indemnizar al P. Noris de los sinsabores que habia experimentado, le nombró director de su conciencia, y poco tiempo despues le confió la cátedra de historia eclesiástica de la universidad de Pisa, la que desempeñó con aplauso de los inteligentes, aumentando su reputacion varios escritos que cada año publicaba sobre diferentes puntos de la antigüedad. Cristina, reina de Suecia, le nombró individuo de la academia que habia establecido en su palacio y que dió despues orígen á la de los Arcades. Deseoso el papa Inocencio XII de tener en Roma una notabilidad científica como el P. Noris, le nombró conservador de la biblioteca del Vaticano, distinguida consideracion que suscitó nuevos enemigos contra él, quienes reprodujeron las antiguas acusaciones de jansenismo y obtuvieron el mismo resultado que la vez primera. Lo peor que tenian estos debates, era que robaban al P. Noris un tiempo precioso, obligándole á escribir constantemente en defensa de sus doctrinas. Para reducir al silencio á sus émulos por medio de un sello perpétuo, Su Santidad le creó cardenal en 1695; pero ni la púrpura pudo poner al P. Noris al abrigo de las imputaciones, ni aun la tumba fué bastante para detener el impetuoso celo de sus adversarios. Noris sucedió al cardenal de Casanate en la plaza de conservador en jefe de la Biblioteca del Vaticano. A pesar de las obligaciones que le imponia este cargo y los deberes de su elevado carácter, continuó empleando todos sus ocios

en sus trabajos literarios: y acababa de concluir la *Historia de los Donatistas*, cuando una hidropesía le derribó á la tumba el 23 de Febrero de 1704, á la edad de setenta y tres años. Si el cardenal Noris contaba muchos amigos, tambien los merecia por su carácter y sus virtudes. Sus principales obras son: 1.ª *Historia pelagiana et dissertatio de Synodo V ecumenica*, etc., Pádua, 1633; en fólio; Leipsick, 1677, en fólio; Lovaina, 1702, y Pádua, 1708 en el mismo tamaño. Estas últimas ediciones han sido aumentadas con cinco disertaciones que habian sido publicadas separadamente, en las cuales el autor contesta á las diferentes críticas que se habian hecho de sus producciones. El que más ocupó la pluma de este Cardenal fué el P. Musedo, á quien sin duda se dirigen sus contestaciones. El P. Harduino atacó tambien á Noris bajo el nombre de *un doctor escrupuloso de la Sorbona*, y aquel le contestó en 1795 con una disertacion histórica titulada: *De uno ex trinitate passo*. A pesar de haber la Inquisicion absuelto dos veces al P. Noris de la acusacion de jansenismo, esto no ha sido bastante para impedir que el P. Colonia haya colocado la *Historia Pelagiana* en su *Biblioteca Jansenista*, pero debemos tambien indicar que no figura en el *Diccionario de los libros jansenistas*, 1755, cuatro tomos en 12.°, que es considerado como la cuarta edicion de aquella *Biblioteca*. A ejemplo del P. Colonia el inquisidor general de España, Francisco Perez de Prado, obispo de Teruel, la inscribió en el *Index* en 1747, y continuó teniéndola anotada en él, á pesar de haberle dirigido el papa Benedicto XIV un breve de 31 de Julio, en el que reclamaba de esta determinacion. La *Historia Pelagiana* continuó, pues, registrada en aquel libro hasta que el sucesor de Perez de Prado, D. Manuel Quintano Bonitas, arzobispo de Farsalia, suprimió su artículo por decreto de 28 de Enero de 1758; de modo que Benedicto XIV logró ántes de su muerte que este asunto quedase terminado del modo que deseaba.—2.ª *Dissertatio duplex de duobus nominis Diocletianii et Licinii cum Auctario chronologico et votis decennalibus Imperator. et Cæsarum*; Pádua, 1753, en 4.°—Sallendre ha publicado esas eruditas disertaciones en el tomo I del *Nuevo Tesoro de antigüedades romanas*.—3.ª *Cenotaphia pisana Caii et Lucii Cæsarum dissertationibus illustrata*; Venecia, 1681, en fólio con láminas, publicada por Burmman en el tomo VIII del *Tesoro de antigüedades itálicas*, y reimpresa en Pisa, 1764, dos tomos en 4.° Esta obra contiene inmensa erudicion y está dividida en cuatro disertaciones. La primera trata del orígen de la ciudad de Pisa, de sus magistrados y sacerdotes; la segunda contiene la vida de Cayo y de Lucio, nietos de Augusto; la tercera comprende una descripcion de todas las ceremonias usadas en los funerales, y los honores tributados á los dos Césares; y la cuarta, finalmente, está destinada á examinar la antigüedad y estilo de las dos inscripciones.—4.ª *Epistola consularis in qua collegia 70 consulum*,

ab anno Christianæ epochæ 29 usque ad annum 219 in Vulgatis fastis hactenus perperam descripta, corripiuntur, supplentur et illustrantur; Bolonia, 1785, en 4.°; y en el tomo IX del *Tesoro de antigüedades romanas de Grævius.* Noris dedicó esta carta al P. Pagi, su amigo, que habia publicado poco ántes una cronología inexacta de los cónsules. — 5.ª *Annus et epochæ siro Macedonum in vetustis urbium Siriæ nummis præsertim Mediseis expositæ;* Florencia, 1789, en 4.°; idem, 1782, en fólio. La segunda edicion ha sido aumentada con dos disertaciones sobre el ciclo pascual de los latinos y el ciclo de 95 años conservado en la catedral de Rábena. Esta obra abunda en erudicion y crítica, y en ella el autor refuta la mayor parte de las paradojas del famoso P. Arduin. La compuso, como dice el mismo Noris, en vista de las medallas siriacas que se conservaban en el gabinete del duque de Toscana; pero las que posteriormente se han descubierto pueden servir para enmendar y completar esta obra, la cual por sí sola bastaria para dar á su autor un puesto eminente entre los sabios anticuarios. Las obras teológicas del P. Noris han sido publicadas con su *Vida* por el P. Zazzeri. Finalmente, el conde Mafei y Gerónimo Vallerini han coleccionado y publicado sus obras en Verona, 1729-41, cinco tomos en fólio. El tomo I contiene las obras teológicas; el II las que pertenecen á la cronología; el III las disertaciones sobre el cenotafio de Pisa; el IV la historia de los donatistas y algunos opúsculos hallados en el gabinete del autor. Finalmente, el V otras disertaciones y escritos sueltos que han podido reunir los editores. Al frente del tomo IV se halla una *Vida* muy extensa del P. Noris, escrita por los hermanos Vallerini. Además se conoce tambien otra *Vida* de este autor por Vianchini, impresa en el tomo I de las *Vite degli Arcadi.* Niceron ha publicado un extracto de la misma en el tomo II de sus *Memorias*, y tambien adicionada y corregida en el *Diccionario de Canfetie.* La medalla acuñada por la Academia de Pisa se halla grabada y descrita en las *Recreaciones numismáticas* de J. D. Koehler, pág. 265. — M.

NORIS (Felipe). Nació en Irlanda en el siglo XV y fué dean de la iglesia de S. Patricio de Dublin. Perteneció á la universidad de Oxfort, en la cual se graduó de doctor en teología. Dedicóse á la predicacion y escribió las siguientes obras: 1.ª *Declamationes.*—2.ª *Lib. lecturæ Scriptūrarum.*—3.ª *Contra mendicitatem validam.* Además varios sermones. Se ignora el año en que falleció. — M.

NORMANTE (D. Manuel), natural de Berdun (provincia de Aragon) y hermano del conocido abogado Normante. Era doctor teólogo, rector de Vinies, corregimiento de Cinco Villas; y socio de mérito de la Real Sociedad Aragonesa, honor que obtuvo por haber escrito una *Memoria y descripcion del partido de Cinco Villas*, cediendo á favor de la referida sociedad, en be-

neficio de sus objetos, cincuenta pesos asignados por dicho trabajo, de que hace honorífica mencion el compendio de las actas de dicho sabio cuerpo, correspondientes al año de 1799, páginas 26 y 27; acordando tambien el arreglo con que en esta Memoria se señalan el número de vecinos en cada pueblo, medios con que subsisten, escuelas de enseñanza de uno y otro sexo, clima, situacion, extension y calidades de los terrenos, frutos que se cultivan y podian cultivar con mayores ventajas, tratando al mismo tiempo con acierto de otros muchos puntos económicos interesantes á la felicidad de aquel partido de que, llamando al autor su digno socio, dice se darán noticias al público en papel separado. —O. y O.

NORONHA (Francisco), jesuita portugués, nació en Lisboa, de una antigua é ilustre familia, pues fueron sus padres D. Pedro de Noronha y Doña Catalina de Atayde, señores de Villaverde. Doña Paula de Villena, tia suya, le educó para la Compañía, de que era muy devota, en lo que obtuvo el consentimiento de sus padres. Habiéndose reunido congregacion en Lisboa, fué á ella el P. Vasco Pires, que era maestro de novicios en Coimbra, y se llevó consigo á Noronha, diciendo que era una rica joya para su relicario, pues así llamaba el siervo de Dios al noviciado de la Compañía de que era maestro. Entró Francisco á 22 de Abril de 1584, teniendo de diez y siete á diez y ocho años de edad. En la Compañía procedió siempre con mucha edificacion, y con tanta llaneza y humildad como si no fuera en el mundo de tan noble sangre y nacimiento. Se trataba como siervo de todos. Estudió en la Compañía latin, artes y teología, y despues se dedicó á confesar y predicar. Era muy obediente, haciendo con prontitud cuanto se le ordenaba. Siendo trasladado á la casa de S. Roque, trabajaba en ella con gran celo sin dar excusas y cuando se lo mandaban sus superiores. Habiendo algunos enfermos de calenturas malignas en el hospital de Lisboa, les fué á confesar, y cuando volvió á la casa de la Compañía se hallaba atacado del mismo mal, que se le pegó de los enfermos, y bien preparado para ir á ver á Dios, falleció santamente en la casa de S. Roque á 10 de Abril de 1609, que en aquel año fué dia de la Resurreccion del Señor, quien le daria el premio de acabar así su vida siendo víctima de la caridad. —S. B.

NORONHA (Fr. Guillermo de Santa María). Fué conde de Linares y pertenecia á una de las casas más ilustres de Portugal: heredero de un pingüe patrimonio, pues era el primogénito de la familia, despreció el título, las riquezas y el porvenir que le ofrecia el mundo, para entrar en la órden de ermitaños de S. Agustin, de la cual fué prefecto. Publicó en 1604 una obra titulada *Expositiones in VIII libros phisicorum*, juntamente con *Simonis de visitatione meteororum et de cœlo commentariis*. —M.

NORONHA (Sor Margarita de), clarisa. Fué natural de la ciudad de Lis-

boa é hija del conde de Linares, nobilísima familia de aquel reino. Aunque se hallaba dotada de superior talento y hermosura, prefirió consagrar á Dios los dones con que la habia favorecido, en vez de hacer al mundo partícipe de ellos, y al efecto tomó el velo de las hijas de Sta. Clara en el convento de nuestra Señora de la Anunciacion en la mencionada ciudad de Lisboa, renunciando á su noble apellido para tomar el sobrenombre de S. Pablo. Hízose notable en el convento, no solo por su virtud y su piedad, sino tambien por su rara sabiduría; porque además de poseer en alto grado el conocimiento de la lengua latina, se distinguió por la facilidad con que producia sus ideas y por su elocuente estilo, segun dicen varios autores, entre ellos Antonio Sausa de Macedo en su obra titulada *Flores de España*. Murió en el primer tercio del siglo XVII, habiendo escrito una *Regla de Sta. Clara* y un *Ejercicio espiritual* con varias oraciones á la Santísima Vírgen María, cuya obrita fué inserta al fin del libro titulado *Convento espiritual*, redactado por un capuchino de Granada é impreso en Lisboa en el año 1620. —M. B.

NOROÑA. Véase Matos y Noroña (D. Sebastian de).

NORRHELMO. Nació este monje y sacerdote de Lóndres en Inglaterra. Apasionado del bendito Beda, le rogó explicase el Evangelio de S. Lucas y las treinta cuestiones sobre el *libro de los Reyes*, lo que ejecutó este sabio escritor evangélico. Habiendo muerto Tatonin, arzobispo de Cantorberi, el 30 de Setiembre de 734, le sucedió Norrhelmo en este arzobispado, y mereció por su ilustracion y virtud ser consultado por S. Bonifacio en asuntos espirituales y de disciplina, rogándole el Santo le encomendase á Dios en sus oraciones en una piadosísima carta que trascribe Fleury en el tomo IX, libro 42 de su *Historia Eclesiástica*. —C.

NORRI (Juan de), arzobispo de Viena y despues de Besanzon. Floreció en el siglo V, fué hijo de Pedro, señor de Norri, en Aubernia, y de Juana de Montvoisier. Durante el reinado de Cárlos VI fué empleado en los asuntos más importantes del Estado, y en el año 1417 obtuvo la silla metropolitana de dicha ciudad de Viena. Hizo gala de su saber y de su profunda doctrina en el concilio de Constancia, celebrado en el mismo año de su promocion. Falleció en el año 1433, cuando se disponia á tomar posesion del obispado de Besanzon, para el cual fué elegido últimamente conforme hemos indicado. —M.

NORRIS (Silvestre). Nació en el condado de Sommersed y estudió en Roma en el colegio inglés, en donde se graduó de doctor en teología. Habiendo pasado á su patria en calidad de misionero, fué detenido y despues condenado al destierro. En 1606, hallándose en Douay, entró en el instituto de Jesuitas y volvió á Inglaterra, donde falleció en 1630, reputado por hábil controversista. Sus obras, escritas todas en inglés, son: 1.ª *Antídoto*, cuya

primera parte se publicó en 1616, y las otras dos en 1618 y 1622, en 4.° Esta obra consta de tratados polémicos contra Whitaker, Julk Wilson y Rainóls.—2.ª *Apéndice al Antídoto sobre la sucesion de la Iglesia*; 1621, en 4.°—3.ª *Guia de la fe contra los sectarios*; 1621, en 4.°—4.ª *Los falsos escriturarios*; 1623, en 4.°—5.ª *Tratado para probar que la sola escritura no basta para ser juez en las controversias*. — M.

NORTHOF (Leodo). Nació en el condado de la Marck el 21 de Enero de 1278. Fué primero canónigo de la iglesia de Lieja, y despues abad secular de Viseo en 1322. Tuvo á su cargo la educacion de Engelberto, príncipe del condado de la Marck, y le acompañó en los viajes que hizo por Italia. Obtuvo varios beneficios de la corte de Roma, y permaneció toda su vida constantemente unido á los condes de la Marck. Aunque vivia en el año 1360, se ignora la época en que falleció. Dejó escrita la obra siguiente: *Origines marcanas, sive chronicon comitum de Marca et Atenæ*. Esta obra, escrita en estilo bárbaro, ha sido corregida é ilustrada con sabias notas por Enrique Meibomius, Annóver, 1613, en fólio. Despues se insertó en los *Scriptorum rerum germanicarum*, tomo I, edicion de 1688. Tambien se atribuye á Northof un *Catalogus archiepiscoporum coloniensium*, publicado en el tomo II *De rerum germanicarum Scriptores*.—M.

NORLON (Fr. Gregorio), minorita. Era natural de Inglaterra, y florecia por el año 1400, siendo, segun dicen los biógrafos de la Orden, varon de sumo ingenio y grande talento y muy instruido en la filosofia y la teologia, manifestando al mismo tiempo una ejemplar conducta y unas costumbres de pureza sin igual. Escribió varias obras que se han perdido y de las que solo se tienen noticias por los cuidados de Enrique Willoto, el cual dió á conocer la que escribió sobre Nicolás de Lira, titulada: *Repertorium Liræ*, y de la cual hizo circular algunas copias, puesto que aun no existia la imprenta por los años 1433. Una de estas copias se conservaba aun cuando ocurrió la revolucion inglesa y la separacion de aquel reino de la comunidad católica, en la librería de la universidad de Oxford.—M. B.

NORSA (Fr. Gracian de), religioso capuchino. Resplandeció la fortaleza y constancia de este siervo de Dios, lo mismo que la de otros religiosos de la misma Orden, en los principios de la reformacion (año de 1534), pues como no se conociesen ni aun se hubiesen extendido por la Italia, les acontecieron sucesos que acreditaron su admirable virtud y paciencia. Entre ellos debe citarse á Fr. Gracian de Norsa, á quien acompañaba Fr. Benito de Bergamo, quienes dieron una insigne prueba en tolerar las adversidades y trabajos. Caminando de Norsa á Roma, cayeron en manos de los casanenses, los cuales como entónces anduviesen en guerras civiles y sangrientas con los espolentinos, y viesen á Fr. Gracian y su compañero, que en hábito

tan desconocido en aquella region se habian entrado en su ciudad; teniéndolos por espías de los contrarios, los mandaron ahorcar luego al punto, cuyo propósito trataron de llevar á cabo con tanto ímpetu y precipitacion, que el gobernador y justicia de la ciudad apenas podia conseguir que primero les diese tormento, para que por su boca confesasen su delito. Los religiosos, armados de invencible paciencia de ánimo, como de un fuerte arnés, se mostraban alegres y sin temor, no pronunciando más que alabanzas divinas, y deleitándose en perder la vida por la inocencia, y así, preguntados si eran espías enviados por parte de los Espoletinos, respondieron equívocamente y con ánsia de sacrificarse, muriendo por su amor á Dios. El gobernador entónces mandó que les diesen tormento, y desnudándolos para aplicárseles, les hallaron ceñidos los cuerpos de un cilicio asperísimo, y en los hábitos, que examinaron minuciosamente, no más que unas disciplinas de hierro y la regla de su Orden; convencido de que no eran espías sino verdaderos profesos de la religion seráfica, arrepentido de lo hecho, les honró mucho, pidiéndoles perdon, enviándolos libres con gran reverencia, suceso que acrisoló su valor y constancia religiosa. —A. L.

NORSA (Fr. Jacome de), religioso lego capuchino, de gran obediencia y pureza de ánimo, que no habiendo estado más que cinco años en la religion, atendiendo á sus perfecciones y santidad, murió religioso muy antiguo. Su caridad fué admirable con todos, especialmente con los enfermos, y no ménos su simplicidad, pero á pesar de eso fué muy favorecido por el Señor. Cuando llegó el término de su vida en el convento de Esio, envió á llamar al guardian para tomar su bendicion en ocasion en que estaba en el refectorio comiendo con los demás religiosos. El guardian, juzgando que su muerte no sería tan pronta, respondió que iria en comiendo; á cuya contestacion replicó con segundo recado, que el tiempo era breve, y que el Señor apresuraba su viaje, de modo que vendria tarde, si aguardaba á venir despues de comer; dejó la comida el guardian, marchando con todos los religiosos á ver al enfermo. Le hallaron echado en tierra y deseando morir allí, pero el guardian le mandó volver á la cama: preguntándole qué era lo que queria, replicóle Fr. Jacome, que nunca habia caminado hasta el presente dia sin la bendicion de su superior, y que así, estando para hacer el último viaje, le rogaba se la diese para emprender su caminata, pero el guardian trató de disuadirle, diciéndole que aún tenia más vida de la que pensaba, mas Fr. Jacome insistió en que era brevísimo el espacio que le quedaba á su espíritu, que estaba oyendo la voz de Dios que le llamaba, y que no permitiese que se fuese sin su bendicion; y poniéndose de rodillas recibió la bendicion, no dándole espacio la vida más que para producir unas cuantas exclamaciones, encomendándose á la Vírgen soberana, con lo cual, bendito de Dios y de

los hombres, se partió á gozar de las divinas bienaventuranzas este siervo del Señor, por premio de sus virtudes, en el año de 1566.—A. L.

NORSA (Fr. Juan Bautista de), religioso de la órden de Capuchinos. Fué este siervo de Dios desde sus más tiernos años de costumbres irreprensibles, inclinado á las cosas divinas, y muy honesto sobre todo. Cuando llegó á la adolescencia, su padre pretendió casarle; habiéndole buscado esposa, se hicieron las capitulaciones, no faltando más que celebrar las bodas. El casto mancebo, que hasta entónces habia conservado pura su virginidad, conociendo que en el nuevo estado era forzoso el perderla, y afligiéndole en extremo esta consideracion, acudió al socorro del cielo, suplicando al Señor le ayudase en la presente necesidad, y le diese consejo en aquel conflicto. Dios correspondió á su súplica, inspirándole para que consiguiese su honesto deseo, salvando su castidad y librándole de los que la perseguian, dejase el siglo y se pasase á la religion de los frailes menores de la observancia. Lo hizo así, y conformándose con el parecer celestial, renunció al casamiento y esposa, celebrando más seguras bodas con la religion, siendo de edad de diez y seis años, aun no cumplidos. Luego que entró en la Orden empezó á florecer en virtudes, y especialmente en el estudio de la oracion, á que se habia hecho tan familiar, que en nada se deleitaba tanto, recogiéndose á la quietud y dedicándose al estudio, deseoso solo de adquirir los conocimientos necesarios é indispensables para llegar al ministerio del sacerdocio, que en cumpliendo la edad propia se le dió, y desempeñó muy devotamente. Tuvo estrecha amistad en la religion con Fr. Francisco Esino, de quien recibió muchos documentos de consideracion, tanto para la observancia de la regla como para el aprovechamiento espiritual, entrando juntos en la religion de los Capuchinos el año de 1534. En la Capucha prosiguió Fr. Juan el ejercicio de las virtudes, y en primer lugar el de la observancia regular, guardando pobreza y notable rigor en el comer y vestir. Su oracion era tan constante, que sino en los actos inexcusables de comunidad no parecia jamás entre los religiosos. En cuanto á los edificios de los conventos, aborrecia á los que desamparaban las casas pobres, situadas en bosques y en soledades, léjos del consorcio y comunicacion de la gente, para fabricar otras nuevas y de mayor comodidad. Fué vigilante observador de la castidad, en que dió pruebas combatiendo y venciendo una porcion de tentaciones y asechanzas que le preparaba Satanás. Finalmente, estando en el convento de Perusa con los demás religiosos, asistiendo al oficio funeral que se hacia á Fr. Francisco Esino, su amantísimo compañero, advertido por revelacion celestial del dia de su tránsito, procuró que la caja que se prevenia para sepultar el cuerpo de Fr. Francisco fuese tan capaz que cupiesen en ella dos cuerpos juntos. Y para mostrar que habia de seguir á su amigo con brevedad y acompañarle

tambien en la muerte, dijo á los religiosos que no se admirasen de lo que se habia hecho, porque de la misma manera que se amaron en vida, así no debian separarse jamás en la muerte. Apenas se acabó de enterrar á Fr. Francisco, cuando sobrevino á Fr. Juan una fiebre intensa, que en seguida reconoció era su última enfermedad, de que habia de morir prontamente. Así fué que habiendo recibido los Sacramentos, derramando copiosas lágrimas, se previno para esperar la venida del divino Señor. A la hora de su muerte vió á Fr. Francisco Esino, que se le apareció glorioso y resplandeciente, por lo que manifestó suma alegría. En seguida, rezando el himno *O gloriosa Domina* con admirable fervor, miéntras los frailes que le asistian le iban ayudando á cantarle, ántes de concluirle entregó su espíritu al Señor, en medio de las voces devotas de los religiosos y de los resplandores de la luz celestial. Fué enterrado, segun su deseo, en el mismo ataud y en compañía de Fr. Esino; diez años despues los hallaron incorruptos y tan frescos como si acabasen de espirar, á pesar de estar la caja que los contenia podrida y casi destruida despues de tan larga fecha. — A. L.

NORTENSE (Fr. Celestino), religioso capuchino de la provincia de Tirol. Publicó la obra siguiente : *Libelli provocantes ad pugnam hæreticos.* — S. B.

NOTARII (Berenger), religioso dominico, natural de Arlés y predicador general de su Orden desde 1624. Se graduó en la universidad de París, donde terminó sus lecciones sobre las Sentencias en 1630. Despues de haber desempeñado diferentes cargos honoríficos, fué nombrado provincial de Provenza en 1652, en cuya época asistió á la reforma de la provincia de Tolosa. Despues de haber gobernado su provincia por espacio de tres años, continuó enseñando teología y predicando con muy buen éxito hasta su muerte, ocurrida en Montpeller, año de 1686. Dejó una carta circular á los religiosos de su provincia, que se halla impresa en el *Año Dominicano.* — S. B.

NOTCHER, abad de Hautvilliers. Se ha dado á conocer á la posteridad por la parte que tuvo en diferentes sucesos célebres en la historia, acaecidos en su época. Sucedió en la dignidad de abad de Hautvilliers, en la diócesis de Reims, á Pedro, que la ocupaba aún en 1085. Los errores del famoso Rosselin, clérigo de Compiegne, decidieron al arzobispo Renauld á celebrar un concilio para poner un remedio más eficaz, y le convocó para Soisons en 1093. Notcher asistió á esta asamblea, y tomó parte en calidad de abad en todo lo que se decidió en ella. Se halló en el mismo año en otras dos asambleas mucho más notables, y suscribió dos cartas diferentes, expedidas en favor de los monjes de S. Thierri : la una por el mismo arzobispo y la otra por Elmando, obispo de Laon, uno de sus sufragáneos. Transcurridos dos años, en 1095, asistió á la ceremonia de la consagracion de Felipe, obispo de Chalons sur Marne, y se aprovechó de la ocasion para representar á los prelados reunidos, que

poniendo muchas personas en duda que poseyese su monasterio el cuerpo de Sta. Elena, madre del emperador Constantino, les suplicaba tuviesen á bien hacer la identificacion. En su consecuencia les suplicó lo mandasen, y todos los prelados consintieron en ello, fijando el dia 20 de Octubre siguiente. Hugo, obispo de Soisons, y Felipe, de Chalons, fueron diputados á este efecto, é hicieron la ceremonia en el dia marcado. Además de los dos obispos asistieron muchos abades y una multitud inmensa de pueblo. Para dar más peso á esta identificacion, le hizo continuar Notcher por ocho dias consecutivos, en una asamblea general que se celebró en Mont-Sainte-Marie, en la diócesis de Soisons, hallándose presente el Rey, acompañado de muchos prelados y señores de la corte. Notcher vivió por lo ménos hasta 1099, pero su muerte se halla citada en diferentes dias del año á que nos referimos. Quizá viviese hasta el año siguiente, pues no tuvo sucesor hasta 1102, que ocupaba Hugo su lugar. Ignórase que Notcher dejase otra obra más que la que escribió para probar á la posteridad la historia de la identificacion de las reliquias de Sta. Elena, probando que se hallaban efectivamente en su monasterio de Hautvilliers, adonde habian sido trasladadas desde Roma en 849. Este escrito lleva la fecha de 28 de Noviembre de 1095, y tiene por título: *Carta del abad Notcher sobre la traslacion de la muy santa emperatriz Elena.* El escrito, á pesar de su sencillo título, no deja de ser bastante extenso, conteniendo diez y nueve capítulos. Además de la historia de la ceremonia de que se ha hablado, hay una relacion muy circunstanciada de los milagros obrados por la intercesion de la Santa; milagros tanto más auténticos, cuanto que el historiador asegura haber sido él mismo testigo ocular de ellos, ó haberlos sabido de las mismas personas en quienes habian sido obrados. Estan además muy bien escritos, aunque la modestia de Notcher le haya llevado á pedir á sus lectores gracia por su estilo. MM. de Sainte-Marthe han publicado un fragmento de esta obra de nuestro abad. El P. Mabillon ha dado despues el mismo fragmento, aunque con más extension. Está tomado del cuarto capítulo, que contiene hechos mucho más interesantes que los demás. Los sucesores de Bolando han impreso todavía más, y casi todos los diez y nueve capítulos, excepto los tres primeros, el catorce, el quince y el último. La obra entera se conserva en Hautvilliers, donde la han visto manuscrita muchos bibliógrafos. Al fin del ejemplar de que se han servido los últimos editores, se leian ocho versos heróicos, y la relacion de otros dos milagros, que han publicado en una especie de apéndice, despues de sus cortas observaciones sobre el escrito de Notcher. No hay más que leerla para no dudar que pertenece tambien á este abad, que advierte que entre un gran número de milagros solo ha elegido unos pocos para legarlos á la posteridad. Tampoco hay ninguna duda de que los ocho versos que siguen á continuacion no sean

tambien suyos. Dicen en resúmen que no podrán los franceses negarse á creer en lo sucesivo que Hautvilliers posee las reliquias de Sta. Elena, y que los grandes señores van con frecuencia á venerarlas. Aunque Notcher emplea términos tomados de Horacio, su versificacion es mucho peor que su prosa.—S. B.

NOTGER, obispo de Lieja, reunia á un elevado nacimiento una eminente virtud y una erudicion muy superior á su época. Nació en Suavia de una familia tan antigua como ilustre, y si se cree á un autor moderno era sobrino del emperador Oton I y primo hermano de Oton II, padre de Oton III. Habíale Dios dotado de tan buenas disposiciones, que desde su primera juventud voló siempre de virtud en virtud, yendo de lo bueno á lo mejor y de lo mejor á lo perfecto. Despues de haber hecho ventajosamente muy buenos estudios, pasó á la corte, donde se distinguió por su saber y la probidad de sus costumbres. Sus biógrafos no hacen mencion alguna de su profesion monástica; pero se halla atestiguada por otros que merecen ser creidos. Notger se consagró á Dios en la abadía de S. Gal. Al ménos de aquí fué de donde Odilon Stavelo le hizo salir para confiarle la direccion de las escuelas de su casa. Notger tuvo verisímilmente por discípulos á Adalmauno, que fué por su saber y su virtud el adorno de su monasterio, y quizá tambien al filósofo Eggihard, otro monje del mismo lugar, con Wolvodon, obispo despues de Lieja. Al cabo de algun tiempo volvió á su primer monasterio, de que fué preboste ó prior claustral, así fué de S. Gal, de donde pasó á la corte, donde segun todas las apariencias le llevó Brunon, hermano de Oton I, que tenia el noble deseo de llamar á su alrededor á todos los sabios que entónces se conocian. Habiendo muerto en 971 Everardo, obispo de Lieja, se eligió á Notger para ocupar su puesto despues de una vacante de algunos meses. Le consagró al año siguiente ántes del mes de Junio S. Geseon, arzobispo de Colonia, su metropolitano. El nuevo obispo hizo subir con él á la sede de su iglesia todas las eminentes cualidades que forman á los mejores prelados. Seria difícil decidir en lo que se aventajó más, si en la buena administracion de lo temporal de su iglesia ó en el buen gobierno de lo espiritual. En lo que se refiere á lo temporal, rodeó de murallas su ciudad episcopal, la libró de los insultos y saqueos de una fortaleza vecina, de que se hizo dueño por medio de una estratagema que no merece los elogios que se la dan, y que derribó hasta los cimientos; reedificó su iglesia catedral y la hizo mucho mayor y más hermosa de lo que lo era ántes; separó y aun reedificó de nuevo otras muchas iglesias, en particular la de S. Juan Evangelista. En una palabra, adornó y embelleció de tal manera la ciudad de Lieja, que segun el parecer de sus contemporáneos, merecia llevar el título de fundador más bien que la calidad de restaurador, lo

que se ha querido expresar en los dos versos siguientes de un autor anónimo:

Legia, lege ligans cum Prælatis sibi leges,
Notgerum Christo Notgero cætera debes.

Esta renovacion de los edificios materiales fué acompañada de otra todavía mucho más excelente que se operó en los templos espirituales del Espíritu Santo. Notger mezclando la dulzura con la severidad, segun las necesidades, declaró al vicio una guerra irreconciliable, é hizo ver que no amaba ni podia amar más que á la virtud. Su prudencia, sus instrucciones, sobre todo su ejemplo y sus buenas maneras, le ganaron el corazon de su pueblo y consiguió establecerle tan sólidamente en el amor y en la práctica de las principales virtudes cristianas, que conservaba todavía preciosos restos más de cuarenta años despues de la muerte del prelado. Siendo la juventud una de las más sólidas esperanzas de la Iglesia, llamó con particularidad la atencion de Notger. Se ha hablado en otra parte del extremo cuidado que tomaba por la instruccion de los niños y de otros más adelantados en edad. Llevaba la complacencia por sus adelantos en las letras hasta llevar muchos consigo en sus viajes; no haciendo caso de la dificultad de hacer llevar libros y las demás cosas necesarias para sus estudios; de su escuela salieron gran número de discípulos del mayor mérito, y algunos llevaron la doctrina de su maestro hasta Praga, Bamberg y el mismo París. Duram y Vazon, dos de sus sucesores, la hicieron revivir en su propia iglesia. Una de las grandes máximas del vigilante Obispo para con los clérigos era no permitirlos nunca estar ociosos. Les daba él mismo el ejemplo de huir de la ociosidad. O leia, ó dictaba, ó copiaba él mismo libros, ó rezaba, ó por último se ocupaba en las demás funciones del santo ministerio. No tuvo escasa parte en los negocios públicos, á lo que no pudo negarse durante la menor edad de Oton III, de quien fué ayo y era además próximo pariente. Tenia este príncipe tan grande confianza en él, que le hizo su principal consejero. Tantos títulos unian estrechamente á Notger á los intereses de los Otones, como se prueba en muchas cartas de Gerbert. Los papas le enviaban con frecuencia la decision de las diferencias que se suscitaban entre los obispos del otro lado de los Alpes, manifestándole así el aprecio que hacian de sus luces. Notger asistió á diferentes concilios. Se halló en particular en el de Mouson, celebrado en 995 para restablecer á Arnoul en la sede de Reims, y en el que se reunió en Francfort el 1.° de Noviembre de 1007 para la ereccion de una sede episcopal en Bamberg. Este fué uno de los últimos actos de su vida, que terminó llena de años, de gloria y de méritos el 10 de Abril de 1008 despues de un episcopado de treinta y seis años y algunos meses. La mayor parte de los escritores ponen su muerte en el mes de Marzo del año

anterior. Pero es un error manifiesto, y solo la fecha del concilio de Francfort, á que asistió el piadoso Obispo, bastará para destruirla. Por largo que fuera su episcopado, el clero y el pueblo de Lieja no dejaron, sin embargo, de estarle tan sinceramente unidos, que lloraron su desgracia por haberle perdido tan pronto. Tritemio y algunos otros quizá siguiéndole, le han confundido con el B. Notker *el Tartamudo*, que floreció ántes de finalizar el siglo IX. Nuestro prelado estuvo unido con una estrecha amistad con Adalberon, arzobispo de Reims, que le dirige muchas cartas entre las de Gerbert y que le califica de su padre, aunque más antiguo que Notger en el episcopado. Gerbert, admirador tambien de nuestro Obispo, le felicita en una de sus cartas por la grande reputacion que se habia adquirido en una época en que la probidad era extremadamente rara. Apreciaba en tanto su amistad que no olvidaba nada las malas prevenciones que habian querido inspirarle contra él, cuando sucedió á Adalberon. Folcuin, abad de Sauves, que escribia en vida de nuestro prelado, no atreviéndose á hacer entónces su elogio por temor de pasar por adulador, nos refiere únicamente como una cosa generalmente conocida, que el espíritu de Dios le habia agraciado con el singular don de la verdad y de la fe. Gozechin, escolástico de Lieja, no temia decir de él algunos años despues de su muerte, que habia sido el mejor obispo de todos los de su época. Queriendo otro escritor dejar á la posteridad una idea de su gobierno, hizo durante su vida, segun parece, ó al ménos poco despues de su muerte, los versos siguientes que pueden servirle de epitafio, y en los cuales el poeta ha conseguido pintar su solicitud pastoral.

Vulgari plebem, clerum sermone latino
Erudit, et satiat magna dulcedine verbi:
Lac tenebris præbens, solidamque valentibus escam
Sponte cadunt hæreses sub sorte milite Christi,
Fraus et ficta fides, tumor et commenta fugantur
Et deprensa tremunt tanquam sub judice morum.

Los escritos que se atribuyen á Notger son: 1.° *Historia y hechos de los Obispos de Lieja*, impresa en la coleccion de Chapeauville. Es casi indudable que nuestro prelado tuvo mucha parte en esta historia, que continuó hasta su época, aunque en la impresion continua en S. Remaclo. El fondo de esta obra, es decir, las memorias que han servido para su composicion, son fruto del trabajo de nuestro prelado, pero la forma pertenece á Heriger, con quien son comunes á este Obispo la mayor parte de las obras. Por esta razon Valerio Andrés y Sivert se las dan solidariamente á uno ú otro autor. Solo el prefacio es el que no pertenece á Heriger. De manera que se

halla tal como salió de la pluma de Notger, que le habia hecho para la vida de S. Remaclo, á cuyo frente se encuentra. Este prefacio está lleno de erudicion y tiene grandes pruebas de una antigua modestia, y aunque es un obispo el que habla á un simple abad, no tiene inconveniente en calificarle de su bienaventurado padre, *pater beatissime*, y de usar de términos que no convienen ordinariamente más que á un inferior con respecto á su superior. Por el modo con que el P. Le Long habla de esta historia de los obispos de Lieja, parece que no la creia impresa todavía. Vossio, Oudino y otros muchos bibliógrafos, dan sin vacilar á Notger la *Vida de S. Remaclo*, uno de sus predecesores en la sede de la iglesia de Lieja. Surio la ha publicado bajo su nombre, despues de haber cambiado el estilo y hecho algunas correcciones. El prefacio que ha respetado el editor y es el mismo que el que se lee al frente de la *Historia de los Obispos de Lieja*, como se acaba de decir, es indudablemente obra de Notger; pero el cuerpo de la vida no le pertenece más que por la parte que ha tenido en la historia general de los obispos de la misma sede, de la que se ha tomado esta vida, lo que atestigua el mismo Notger: *Vitam inde excerptam*. El prefacio se halla dirigido á Werinfrido ó Werenhario, abad de Stavelo, que le habia encargado hiciese una vida de S. Remaclo, mejor escrita y más completa que la entónces conocida. Werinfrido tal como nos le representa Notger, era un literato que trabajaba para la posteridad. Pero nadie nos ha dado á conocer en particular las obras de su pluma. A continuacion de esta vida ha impreso Surio dos libros de los milagros obrados por S. Remaclo, que ha truncado en algunos lugares, y cuyo honor ha querido referir á Notger. Le atribuye el primer libro, y supone que es autor del segundo. Pero esto es un error que se destruye por el texto mismo de la relacion, porque es obra de diferentes monjes de Stavelo, que han vivido en diferentes épocas. Mr. Dupin parece que ha mirado esta relacion de milagros como del mismo autor de la vida, y sin duda este falso principio se las atribuye ambas al B. Notker, porque el primer autor de la relacion manifiesta haber escrito hácia mediados del siglo IX y uno de los otros dice que escribia en 883. — 3.° Algunos escritores han querido honrar tambien á nuestro prelado con una *Vida de San Lamberto*, otro de sus predecesores despues de S. Remaclo. Pero se ha descubierto despues que no hay ninguna obra suya sobre este santo obispo. En efecto, las cuatro vidas diferentes que han publicado Surio, Canisio y Chapeauville, pertenecen á otros escritores, como hemos observado ya en otra parte. Surio ha añadido al escrito del obispo Esteban un apéndice diferente de las cuatro vidas. Pero no es debido á la pluma de Notger, porque es muy diferente su estilo, siendo evidente, por otra parte, que este escrito es una coleccion de fragmentos para completar lo que faltaba á la obra de Esteban

que merece la preferencia. Gil de Lieja, monje de Orval, nos asegura sin embargo que habia leido en S. Bavon de Gante una carta sobre la infancia de S. Lamberto, que creia pertenecer á Notger. No tenia su nombre, pero creia que conservaba todos los caractéres de su estilo. Lo que corrobora el juicio de este escritor es que esta carta se halla unida á otra de nuestro prelado sobre S. Laudoaldo, la misma en la apariencia de que se va á hablar. Como el apéndice de Surio contiene diferentes sucesos de la infancia de S. Lamberto, quizá se hayan tomado, en parte al ménos, de la carta de Notger sobre el mismo objeto. —4.° Vossio, Cave, Oudino no tienen ninguna dificultad en mirar á nuestro Obispo como el verdadero autor de la vida de S. Laudoaldo. Algunos le dan tambien la historia de la traslacion del mismo Santo y de sus compañeros. Pero no tiene otra parte en su vida que la de haber hecho recoger las memorias sobre que ha sido escrita, y de haber puesto el primer prefacio ó epístola dedicatoria á Womar, abad de S. Bavon de Gante, que se habia dirigido á él para obtener esta obra. Esta epístola en que se leen algunas palabras del prefacio que se halla al frente de la historia de los obispos de Lieja, y en que Notger ha dejado algunas muestras de su erudicion, le puede ser legítimamente disputada. Tiene la fecha del mismo mes de Junio de 980, el año noveno de su episcopado. Parece, sin embargo, que esta obra es del abad Heriger, y la otra fruto del trabajo de un monje de S. Bavon. —5.° Gil de Lieja añade que Notger habia escrito tambien algo sobre Sta. Laudrada, vírgen en la primera Bélgica, y que la habia leido con las dos composiciones anteriores de nuestro prelado. Pero no aparece hoy en ninguna parte nada bajo su nombre relativo á esta Santa. La vida que hay de ella es de Thierry, abad de S. Trou, á últimos de este siglo y á principios del siglo siguiente. —6.° Bolando ha publicado bajo el nombre de nuestro sabio Obispo con ámplias observaciones históricas y críticas la vida de S. Hadelin á Hadalin, sacerdote de Aquitania, fundador del antiguo monasterio de Celles, cerca de Dinaut en el Meuse. Los manuscritos de que se ha servido para esta obra no llevan el nombre de Notger; pero el editor, con su ordinaria sagacidad, ha descubierto sin mucho trabajo por el mismo texto que es un escrito de Notger, á lo que ha suscrito el P. Mabillon sin grande dificultad. El autor se da en efecto evidentemente por obispo de Lieja, y el prefacio, que contiene muchas cosas y conserva el estilo de los prefacios que se hallan al frente de las vidas de S. Remaclo y S. Laudoaldo, indica indudablemente que es de Notger. Hacia cerca de tres siglos que no se hallaba ya en el mundo S. Hadalin, habiendo muerto hácia 690, cuando se propuso Notger escribir su historia. Por esta razon no la ha escrito más que sobre tradiciones, como las que sin duda se conservaban en el monasterio del Santo, y las que le fueron comuni-

cadas por los monjes de aquel lugar que le animaron á tomar la pluma. Aunque se haya detenido con cierta complacencia en referir los milagros que obró el Santo durante su vida, no entra en ningun detalle de los que hizo despues de su muerte. Habla de sus virtudes, pero con demasiada generalidad. Las relaciones del Santo con S. Remaclo dieron ocasion á nuestro autor de hablar de este, lo que hizo con demasiada extension y sin referirnos nada que no estuviese dicho de antemano. El P. Mabillon ha suprimido de consiguiente casi todo lo que ha dicho en la edicion que ha dado de su obra despues de la de Bolando, que ha atribuido á un manuscrito de la abadía de S. Huberto. Este segundo editor ha suprimido tambien el prefacio, sin duda por la consideracion de que no contiene casi nada que no se halle en los demás prefacios del mismo escritor.—7.° Entre los manuscritos de la abadía de Pontigni se halla con el nombre de Notger un tratado de Retórica, otro de Computo, y dos libros sobre Astronomía. Pero como el autor no se intitula obispo de Lieja, no nos atrevemos á asegurar que pertenezcan á nuestro prelado. Lo mismo puede ser de algunos de los Notkecos de S. Gal, en cuyo nombre se haya cambiado la *g* en *k*. Es sin embargo cierto que Notker hubiera podido componer sus escritos ántes de su episcopado, y en este caso no sería de extrañar que no fuera titulado obispo. Se atribuye á Notker *el Tartamudo* la traduccion latina del célebre tratado de la Interpretacion, que se halla entre los escritos de Aristóteles. Mr. Huet dice positivamente que ha sido hecha por su Notger. Hemos alegado una razon que hace dudar legítimamente que sea de un monje de S. Gal, por lo que podia muy bien pertenecer á un obispo de Lieja. Gesner cuenta en el número de escritos de este último una *Coleccion de secuencias*, un *Tratado sobre la música y la sinfonía*, y otro de los *Intérpretes de la Sagrada Escritura*. Pero es evidente que este bibliógrafo confunde á nuestro prelado con Nortker *el Tartamudo*, á quien pertenecen estas obras. El baron de Crassier de Lieja conservaba en su gabinete dos textos de los Evangelios, escritos en 800. En la cubierta de ambos, que tenia riquísimos adornos, se veia en un bajo relieve, entre otras cosas, la figura del obispo Notger, orando de rodillas, con un libro abierto en las manos, con esta inscripcion, formada de dos versos que no pueden ménos de ser suyos:

En sic ego Notkerus peccati pondere pressus,
Ad te flecto genu qui terres omnia nutu.

Lo cual es una prueba de que estos dos textos del Evangelio debieron pertenecerle, y mandó hacer la cubierta. La tradicion refiere que regaló á la colegiata de S. Juan Evangelista, de que fué el principal fundador, el más

rico de estos dos libros, de donde el reconocimiento le trasladó á manos del baron de Crassier.—S. B.

NOTGERO (B.), obispo. Es indudable que este esclarecido prelado perteneció á una de las más ilustres familias del ducado de Suecia; siendo, sin embargo, dudoso si fué hijo de sus duques ó de un obispo muy célebre en su época. Se educó, sin embargo, tan desprendido del mundo, y tan desasido de las honras, distinciones y prerogativas mundanas, que á todo renunció para vestir la cogulla del patriarca S. Benito en un monasterio cercano á Leodio, de donde le sacaron más que por fuerza para que aceptase la silla episcopal del mismo Leodio, vacante por fallecimiento de su poseedor. Fué, pues, preconizado y consagrado obispo, y trató de cumplir cual conviene su importante mision, para lo que estableció la santa visita, que hacia por sí mismo, y en la que desplegaba un celo y esmero inmejorable, dando esto resultados muy felices para la Iglesia y aun para el Estado; pues muchos de los que estaban ántes obcecados por efecto de sus aberraciones políticas, conocieron estas por la oportuna predicacion del Obispo, y se dieron por consiguiente al sostenimiento y defensa de los buenos principios y de las instituciones estatuidas por la remota antigüedad. Además de estos beneficios que á su obispado dispensaba, les hacia otros no ménos señalados, cuales fueron el establecer la union y concierto entre todos para bien y seguridad de todos. Favoreció mucho á las artes, costeando edificios suntuosos, ya para monasterios, ya para santuarios, y algun que otro asilo benéfico donde se daban á los acogidos los socorros que muchas veces tenia él que mendigar; pues aun cuando era rico, y no gastaba nada para sí, su gran confianza en la Providencia divina le hacia darlo todo á los pobres sin reparar en que á él mismo podria acaso venir á serle necesario despues; es verdad que Dios nuestro Señor aumentó prodigiosamente sus recursos, pues de otra suerte imposible era que hubiese hecho tanto en unos años en que la guerra hacia necesarios grandes gastos en su reino, y á la cual guerra él ayudaba, porque era justa, con subvenciones que no es exagerado el decir que excedian á sus rentas, siendo admirable, como llevamos dicho, su liberalidad y desprendimiento. En órden á su casa y familia, si bien es cierto que nunca faltó aquello que conviene al decoro de un prelado, lo es tambien que nunca hubo esas superfluidades que son tan frecuentes en los palacios aun de los obispos; su mesa modesta, su lecho pobre, todo recordando su profesion religiosa, y diciendo á todos cuantos lo observaban con ese mudo lenguaje de los hechos, que si bien es cierto que él manejaba los intereses de los fieles, y era de ellos depositario, los pobres de toda clase eran los que de estos bienes se aprovechaban, y á su alivio y consuelo se dirigian todos los esfuerzos de su siempre creciente celo. El re-

sultado de una conducta tan digna, era, como no podia ménos de ser, un aprecio universal con que todos le miraban, un cariño filial con que todos compensaban sus paternales deseos, así que al haber de designarse un tutor al emperador Oton III, que fuese su guia y maestro, y que le condujera por la senda del honor y de la verdadera fe, nadie pareció más á propósito para que en él recayese tan importante cargo como el obispo D. Notgero, pues en él veian ciencia, prudencia y capacidad suficiente, no digamos para esto, sino para más importantes empresas. Así que la tutela de este monarca fué uno de esos acontecimientos, segun su especie, que la historia presenta como modelos, y en cuya imitacion ganarian muchísimo los pueblos, pues que el Obispo con sus instrucciones formó el corazon del Rey con los debidos sentimientos de honor y de piedad cristiana, de cuyas virtudes hubo de hacer ostentacion en las diferentes é intestinas vicisitudes por que pasó su reino en los largos dias que él ocupó el trono.—Y no se crea que estas ocupaciones políticas impedian al Obispo el desempeño siempre acertado de su ministerio pastoral, ni la santificacion de su persona; léjos de ello contribuian á tan altos fines porque ejercitaban su paciencia y le hacian ejercer unos tras otros los actos de sus diferentes encargos, con lo cual no le permitian ocio alguno; es verdad que tampoco él lo hubiera consentido, pues su carácter era enteramente activo, y no podia verse nunca quieto, teniendo además un deseo tan vivo de crecer en el servicio de Dios, que nunca dejaba de alabarle aun en medio de sus más importantes ocupaciones. El término de tanta tarea y fatiga fué que despues que hubo regido por espacio de cuarenta años su diócesis con todo acierto, y despues que hubo merecido bien de su patria y de la Iglesia por los servicios que á una y otra prestára; el Señor quiso recompensárselo todo llevándole á su patria celestial, despues de haberle acrisolado mediante el merecimiento de una penosísima enfermedad, que terminó por la muerte, acaecida el 2 de Abril del año 1007, despues que hubo recibido los santos sacramentos con un fervor edificante. Su sagrado cadáver, expuesto al público para que todos le veneráran, fué enterrado con el debido honor en la basílica de S. Juan Evangelista, y los flamencos comenzaron á tenerle en gran veneracion desde el dia mismo de su muerte, creyendo merecerle y mereciéndole en efecto singulares favores que fueron verdaderos milagros. Estos probados canónicamente, y hallados ciertos despues del riguroso exámen por que la Iglesia los hace pasar, así como sus virtudes declaradas heróicas, le merecieron el dictado de beato, asignando á su memoria y veneracion en toda la órden de S. Benito, y en el reino donde floreció, el dia 2 de Abril, aniversario de su muerte para el mundo y vida para el cielo.—G. R.

NOTINGO. Fleury, en el libro 48 de su *Historia Eclesiástica*, hace men-

cion de Notingo señalándole como obispo de Verona. Cita ese como contrario de la doctrina sobre la predestinacion que erronéamente predicaba el monje aleman Gothescale, llamado tambien Fulgencio, que habia abrazado la vida monástica en Orbais, diócesis de Soissons, y cuyo error motivó el concilio de Mayenza de 848. A la vuelta de la peregrinacion á Roma que hizo el monje expresado, se quedó algun tiempo en casa del conde Everardo, uno de los principales señores de la corte del emperador Lotario. En las reuniones á que asistió, habló tan erronéamente sobre la predestinacion, que disgustó mucho al obispo Notingo; y así es que cuando este prelado fué á Germania, en Longan, cerca de la Veteravia, para visitar al jóven emperador Luis, dió cuenta de los errores de Fulgencio á Ravan Mauro, arzobispo de Mayenza, conviniendo en escribir una carta á los demás prelados y á los fieles para combatir este error. En la carta que escribió Ravan Mauro manifiesta que nada es más contrario á la bondad y á la justicia de Dios que querer que se salven todos los hombres; es decir, que todo hombre destinado á la vida no puede condenarse, y que todo hombre destinado á la muerte no puede salvarse. La razon que da contra la predestinacion á la muerte, es que es injusto condenar á un hombre que ha pecado, no por voluntad sino por necesidad. Cita sobre esto muchos pasajes sacados de S. Próspero, de S. Agustin, del Hipognosticon, y del libro de Gennadio titulado *De los dogmas eclesiásticos*. Manifiesta en pocas palabras lo que se debe creer sobre la presciencia, la predestinacion, la gracia y el libre albedrío; á saber, que Dios ha previsto los que serán buenos y los que serán malos, que en su consecuencia ha predestinado los buenos á la vida eterna, pero que solo ha previsto que los malos perecerán eternamente sin predestinarlos por sí mismo á la muerte; que todos los que se salven se salvarán por la gracia de Dios; que aunque el libre albedrío haya sido corrompido por el pecado del primer hombre, cuando la bondad de Dios le dirija segun su voluntad el hombre puede merecer por su libre albedrío una recompensa eterna; que si abusa de su libre albedrío por orgullo, no es digno de gloria sino de castigo, y que nadie debe examinar ni profundizar los secretos de Dios.—C.

NOTKER (el B), monje de S. Gal, no es otro que el que generalmente conocen los autores con el título de *el Tartamudo*, porque lo era efectivamente, y porque esta cualidad ha servido para distinguirle de otros dos sabios del mismo nombre y de la misma profesion. Notker *el Físico* ó médico y Notker Labeo ó de *los gruesos lábios*, monjes ambos de S. Gal. El de que vamos á escribir la historia nació al fin del imperio de Luis *el Bondadoso*, de padres ilustres por su nobleza. Algunos escritores le hacen descender de la raza Carlovingia de los reyes de Francia, y aun le suponen sobrino de uno de los reyes Cárlos; pero su opinion está destituida de toda verosimilitud.

El lugar de su nacimiento fué Heiligon, en el canton de Turgon, á algunas leguas de la abadía de S. Gal. Desde su más tierna infancia fué educado en este monasterio, y se consagró al Señor despues en él bajo la regla de S. Benito. Tenia un excelente carácter, que unido á las costumbres que adquirió, hizo de él uno de los hombres más piadosos de su época. Aunque de un temperamento débil y delicado, no cedia á nadie en celo, en valor, en constancia en los ejercicios regulares. De la misma manera, aunque naturalmente un poco tímido en las ocasiones extraordinarias é imprevistas, era, sin embargo, tan intrépido en la tentacion como en la adversidad. Tenia una dulzura á toda prueba, y nadie parecia haber sido más favorecido con los dones de la naturaleza y de la gracia. Rígido observador de la regla, creia su principal deber no faltar á ella, estando por lo demás ocupado siempre, ó en rezar, ó en leer, ó en enseñar. Estudió las artes liberales bajo la direccion de Marcelo é Ison. Su genio le hizo consagrarse con particular aplicacion á la música, en la que llegó á ser muy hábil. No descuidó, sin embargo, las ciencias divinas, é hizo casi tantos progresos en la literatura como en la virtud. Vivió en estrecha union con Ratper y Tutilon durante muchos años, union que produjo los mejores resultados, y que era tanto más admirable cuanto los tres condiscípulos eran de un genio muy diferente. A la muerte de Ison, ó segun se cree despues de su traslacion de S. Gal á Granfel, le sucedió Ratper en las escuelas exteriores y Notker le reemplazó en las demás, donde encontró por colega á Marcelo, que habia sido su maestro. El empleo de profesor no disminuyó en nada su celo por la exacta disciplina, y se sirvió al contrario de su nueva autoridad para hacerla observar con más puntualidad todavía. El cuidado que ponia en la enseñanza no llenaba su tiempo de tal manera que no le tuviese aún para trabajar en obras de literatura y en copiar buenos libros. Se limitó á estas dos últimas ocupaciones en cuanto hubo abandonado la direccion de las escuelas. Entre sus principalos discípulos se nombra al monje Kerold, que comenzó á enseñar no siendo todavía más que subdiácono, y que fué despues uno de los grandes vicarios del imperio de Constancio. Se pone tambien en este número á Hartmanno, que fué maestro de S. Udalrico y Ratper *el Jóven*. Tales fueron los ejercicios en que Notker pasó su vida. Vivió hasta una grande ancianidad y murió en olor de santidad, no el 8 como Arnoul, Wion y otros autores han pretendido, sino el 6 de Abril de 912. Su muerte se halla marcada en este mismo dia en el necrologio de su monasterio y en su siguiente epitafio:

ECCE DECUS PATRIÆ NOTKERUS, DOGMA SOPHIÆ,
UT MORTALIS HOMO CONDITUR HOC TUMULO,
IDIBUS OCTONIS HIC CARNE SOLUTUS APRILIS,
CELIS INVEHITUR, CARMINE SUSCIPITUR.

El papa Inocencio III, sabedor de las virtudes de Notker, reconvino á Voldarico, abad de S. Gal, porque no habia designado culto público á su memoria. Este designio continuó, sin embargo, hasta el pontificado de Julio II, que dió á Hugo, obispo de Constancia, la comision de hacer las informaciones necesarias para su canonizacion. Hechas las informaciones, permitió Hugo á la abadía de S. Gal y á las iglesias dependientes de ella, celebrar el oficio de Notker, lo que se ha practicado hasta el presente sin ninguna intervencion de la Sede Apostólica. En su consecuencia, los sucesores de Bolando le han dado lugar en el dia de su muerte en su gran coleccion, donde han hecho imprimir la vida que escribió Ekkehard, autor del siglo XIII; monumento publicado ya por Canisio, pero sobre el que no puede establecerse nada seguro por lo lleno que está de fábulas y confusion. Sigeberto, Honorato de Autun, el anónimo de Molk y Tritemio no son quizá muy exactos en lo que dicen de la persona del B. Notker. Los dos primeros le suponen abad de S. Gal, lo que no fué nunca, y sin duda le confundieron con Notger, obispo de Lieja, lo que ha hecho Tritemio sin vacilar, colocándole bajo el reinado de Lotario hácia 850, más de un siglo ántes que Notger llegase al episcopado. No se engañó ménos el anónimo de Molk, haciendo á Notker abad de Richenon, aunque le hace justicia realzando su virtud y su saber. El carácter de las obras de Notker ha hecho dar á su autor los títulos de filósofo, de poeta y de músico hábil. —1.° Hay de él un escrito que se intitula en los manuscritos *Observaciones sobre los hombres ilustres que han trabajado en explicar en todo ó en parte los libros sagrados*. Dom Bernardo Pez, que le ha sacado del polvo en que se hallaba enterrado, por medio de un manuscrito de la abadía de Zwetlen, ha prescindido de este título, y le ha dado otro que dice lo mismo en ménos palabras: *Tratado sobre los intérpretes de la Escritura Sagrada*: obra que es propiamente un pequeño tratado de estudio, segun el genio de la época en que fué hecho. Notker le compuso para Salomon, obispo despues de Constancia, algunos años ántes que fuese elevado al episcopado, y por consecuencia hácia 886 ú 887. No se limita solo á dar á Salomon una noticia, indicándole algunas veces en detalle las partes de sus comentarios que le bastará leer, le anima además á dedicarse á la lectura de la *Historia de los Apóstoles*, de las *Actas de los Mártires*, de las *Vidas de los Santos* y de otros autores. A fin de inspirarle más inclinacion hácia esta clase de estudios, asegura que hallará en algunos de estos escritores, particularmente en Juvenco, Prudencio, Sedulio, San Ambrosio y S. Avito de Viena, bellezas que valen tanto como las que contienen los escritos fabulosos del paganismo. Hablando de la explicacion griega que ha dado Orígenes al *Cántico de los Cánticos*, dice Notker que si encuentra alguna vez uno bastante hábil para traducirle del griego, aprove-

chará la ocasion para imprimirle. Se deduce de aquí, ó que este comentario no habia sido traducido aun, ó que su traduccion no era conocida en S. Gal, y además que Notker no sabia bastante griego para comprenderla, aunque se enseñase esta lengua en su monasterio. Hacia tan poco caso nuestro autor de sus obras, que no quiso darlas su nombre; y suplicó á Salomon no dijese que era suya, por temor que no le hiciese honor entre el público. No carece sin embargo de mérito. Tiene alguna erudicion, aunque una erudicion falta de crítica. Atribuye á S. Próspero, como casi todos los escritores de su tiempo, el *Tratado de la vida activa y contemplativa*, y le da la cualidad de obispo. Hace á Germadio, natural de Marsella, obispo de Toledo, y confiesa ingenuamente que ignora quién sea ese Euquero que ha explicado con tan buen éxito tantos libros de la Escritura Sagrada. —2.° La *Coleccion de pronos* (Sequences) de Notker, fué más conocida en los siglos que le siguieron inmediatamente que la obra anterior. Honorato de Autun y el anónimo de Molk, le citaron mucho ántes que Tritemio. Se sabe por lo demás que por *Secuencias pronos* se entienden esas prosas ú oraciones rimadas puestas en cadencia, que se cantan en las misas de las fiestas solemnes inmediatamente ántes del Evangelio. Género de estudio que fué uno de los primeros á que se dedicó Notker con séria aplicacion. Algunos escritores han sostenido que fué el primer inventor de esta clase de oraciones; pero declara él mismo lo contrario, manifestándonos que fué sobre el modelo de las que halló en el *Antifonario* de la abadía de Jumieges en Neustria, sobre el que hizo las primeras que compuso. Cuando tuvo algunas, se las manifestó á Marcelo, que dirigia sus estudios, y habiéndole gustado á este, las puso en música y se las dió á cantar á los niños que se educaban en S. Gal. Notker continuó este trabajo, y en cuanto reunió un número suficiente de esta clase de composiciones, formó una coleccion que dividió en dos partes y dedicó á Lintward, obispo de Verceil, abad de Bobio, protector de la abadía de S. Gal, y al archicapellan de Cárlos *el Gordo*. Como este príncipe es nombrado emperador en la epístola dedicatoria y no se le da su título distintivo, han creido algunos autores que se trataba de Carlo Magno, y han tomado de aquí ocasion para hacer vivir á Notker más de un siglo entero ántes de lo que vivió. Siendo quizá este el único fundamento que ha tenido Tritemio para caer en este error. Habiendo encontrado Dom Bernardo Pez una parte de esta coleccion en un manuscrito del siglo XII perteneciente á la abadía de S. Emmeram de Ratisbona, le ha publicado á continuacion del *Tratado de los intérpretes de la Sagrada Escritura*. No hallándose al frente de esta obra en el manuscrito la epístola dedicatoria de Notker á Lintward, y leyéndose por el contrario en otro manuscrito de la abadía de Cluni, en el que le ha hecho imprimir Mabillon, y que contiene otros pronos de Notker, hay, me parece, derecho

de concluir de aquí, que la parte publicada por Don Bernardo Pez es la segunda de la coleccion. El editor no ha vacilado en reimprimir al frente esta epístola, aunque faltase en su manuscrito. Entre las piezas que contiene su edicion, las hay para las fiestas de la Asuncion de la Vírgen y de su Natividad, para las de los Santos Inocentes y de Todos los Santos. El autor ha insertado en ellas algunas muestras de las tradiciones de su época, en el que se confundia á S. Dionisio, obispo de París, con el Areopagita, y si no es una adicion hecha *ex professo*, se creeria desde luego que sus reliquias han sido trasladadas á S. Emmeram. En esta coleccion no se encuentra el prono para la fiesta de S. Afro, mártir en Augsburgo, que se lee bajo el nombre de Notker en el compendio en verso de sus actas, manuscrito todavía. A excepcion de los sentimientos de piedad, no debe esperarse hallar ninguna otra belleza en estos pronos; solo son una prosa harto ruda, puesta en mala rima y en cierta cadencia. No dejan, sin embargo, de ser muy apreciados en las iglesias de Francia y Alemania, siendo esto lo que más contribuyó á entretener el mal gusto por la poesía. En cuanto á las iglesias de Italia, los han despreciado hasta aquí, dice Tritemio, aunque los aprobó el papa Nicolao, no I, como dice este autor, sino III. Ekkehard *el Jóven*, autor de una larga vida de Notker, ha querido hacerle el honor de la secuencia del Espíritu Santo, que comienza con estas palabras: *Sancti Spiritus adsit nolis gratia*. Dice con este motivo, que habiéndole enviado Notker á Cárlos *el Gordo*, este príncipe, que era aficionado á la poesía, contestó con el célebre himno *Veni, Creator*; pero este hecho no merece más fe que casi todos los que avanza este autor sobre la vida de Notker. Mas verdad dice, cuando nos refiere que la prosa ó secuencia *Veni, Sancte Spiritus*, es del papa Inocencio III, en cuyo pontificado vivió. —3.ª Además de la coleccion de pronos de que se acaba de hablar, compuso tambien Notker muchos himnos sobre diferentes materias; título que llevan tambien las secuencias en el manuscrito de Cluni. He aquí la enumeracion de los himnos que estan adornados de su nombre entre las poesías de los monjes de S. Gal, impresas primeramente por Canisius, y despues por Mr. de Barnage: 1.° una composicion en versos yámbicos dímetros para la recepcion de un rey. 2.° Letanías por el estilo de las que hemos hablado ya en otro lugar, y que se usaban tanto en S. Gal. Comienzan por dos versos elegíacos, que se repetian alternativamente despues de cada invocacion. Aunque estas invocaciones, que son generales en su mayor parte, estan dispuestas en forma de versos elegíacos, carecen, sin embargo, de toda medida regular. 3.° Un himno bastante largo en versos yámbicos dímetros para las vísperas y los laudes del oficio de S. Columbano. 4.° Varios versos exámetros dirigidos á Lintward, obispo de Verceil, los que se leian al fin de la primera parte de las secuen-

cias de Notker. 5.° Un himno de trece estrofas en versos yámbicos dímetros, que se acostumbraba á cantar en la fiesta de Todos los Santos. 6.° Un canto lúgubre ó lamentacion sobre la nada y miseria del hombre. 7.° Cuatro himnos, de los que tres más largos son en versos sáficos sobre el martirio y los milagros de S. Esteban protomartir. Notker los compuso para Ruodbert, antiguo monje de S. Gal y entónces obispo de Metz, cuya catedral se halla bajo la advocacion de S. Esteban. 8.° Un himno muy largo sobre S. Columbano en versos epodos, y á cuyo fin se leen seis versos exámetros, en los que el autor nos refiere que se hallaba en la vejez y atacado de una grave enfermedad cuando compuso este himno. Viene despues un fragmento de otra composicion en versos exámetros sobre la psalmodía; no pudiéndose asegurar si estas poesías son en todo ó en parte las mismas que los versos trópicos que Honorato de Autun cuenta entre los escritos de Notker. —4.° Aunque muchos autores hubieran trabajado ya en la vida de S. Gal, y que existiese la que habia compuesto en verso el poeta Grimald, no impidió esto que emprendiese Notker á su vez el mismo trabajo y en el mismo método de escribir. Parece por los términos que habla á Lintward, á quien hacia esperar esta vida desde que le dedicó los pronos, que tardó mucho tiempo en ejecutar su designio. Dividió su obra en tres libros, y la puso en forma de diálogo; pero no existian de ella ya en S. Gal á principios del siglo último, más que algunos fragmentos de versos sáficos y elegiacos que formaban como su preludio, y que ha tenido cuidado de publicar Canisio con las piezas anteriores. Este fragmento está mejor trabajado que las demás poesías de Notker, aunque no esté exento de algunos defectos demasiado comunes en la versificacion de aquella época. —5.° Sigeberto y Tritemio nos refieren que Notker habia hecho un tratado sobre las notas empleadas en la música, y sobre los tonos usados en la sinfonía; por cuyo medio podia cada uno comprender el valor de las notas y del intervalo, ó el grado que hay que dejar entre uno y otro tono. Hay tambien de nuestro autor una explicacion de los caractéres alfabéticos que se usaban antiguamente en la música, en lugar de notas que no se han introducido hasta épocas muy recientes. Está dirigido á Santbert, y hay grande verosimilitud de que el tratado de que hablan los bibliógrafos no es otra cosa que este pequeño escrito. —6.° De todas las obras de Notker no hay ninguna más interesante que su Martirologio. Se compuso, como lo indica él mismo, bajo el pontificado del papa Formoso hácia 894. Marcó en el original la fecha del año en que trabajaba en él, pero se ha omitido en las copias que se han hecho despues, y no se halla por esta razon en los impresos. Si M. Dupin hubiera leido aquel manuscrito, no hubiese dudado de la época del Martirologio, y no hubiera vacilado en designarle tiempo. Notker le comenzó en 1.° de Enero,

y le continuó por todos los dias del año hasta el último de Diciembre. Por desgracia faltan los cinco últimos dias de Octubre, con los meses de Noviembre y Diciembre completos. El autor tuvo grandes auxilios para llevar á cabo una obra tan grande. Este género de literatura era muy cultivado por los escritores de su siglo, y muchos ántes de él habian publicado producciones semejantes; Notker, sin embargo, siguió particularmente los Martirologios de Ravan Maur y de S. Adon de Viena, haciéndolo de tal manera, que parece haberse propuesto fundirlos en uno solo. Puede verse lo que dice M. Chatelain en su prefacio de su traduccion del *Martirologio Romano*, páginas 25 y siguientes, en que da una idea exacta de este escrito, que es no solo el principal sino el mejor de cuantos pertenecen á este autor. Merece ser leido, y contiene muchos hechos interesantes para la historia de los Santos. Notker corrige en él lo que habia avanzado en una de sus secuencias con motivo del areopagitismo de S. Dionisio de Paris. Marca en 3 de Octubre la muerte de S. Dionisio Areopagita, á quien hizo S. Pablo, dice, obispo de Atenas, y en el 9 del mismo mes pone la de S. Dionisio de Paris, que dice haber sido enviado á las Galias por uno de los sucesores de S. Pedro. Muchas iglesias de Alemania adoptaron este martirologio y se sirvieron de él durante un período muy largo, hasta que fué sustituido por otro. Habiéndole descubierto Canisius entre los demás manuscritos de la abadía de S. Gal, le creyó digno de aparecer en el público, y le hizo imprimir en el cuarto volúmen de sus *Lecciones antiguas*. Despues ha sido reimpreso en la hermosa coleccion de la misma recopilacion de Mr. Barnage, que ha añadido algunas nuevas observaciones á las del mismo editor.—7.° Tritemio y D. José Metzler, al hacer la enumeracion de los escritos de Notker, ponen en ella una coleccion de cartas á diferentes personas; pero no dan pruebas de que las hubieran visto ó que existiesen en su época. Es indudable que un hombre de letras y bien reputado, como lo era nuestro autor, tendria muchas relaciones, y estas relaciones le darian frecuentes ocasiones de escribir cartas; solo puede dudarse de que se haya procurado jamás hacer una coleccion semejante. Dom Bernardo Pez ha publicado una que cree pertenecerle, porque lleva en el manuscrito el nombre de Notker. Está dirigida á Ruodpert ó Ruodbert, del que se ha hablado ya. El autor se justifica en ella de haber dicho nunca nada que pudiese herir su reputacion, como se le acusaba falsamente. Es de alguna importancia, por las falsas relaciones de que se ocupa, y manifiesta ser con frecuencia orígen de enemistades irreconciliables, y con cuyo motivo prescribe reglas muy prudentes. Pero los rasgos que contiene de la historia del autor no nos parecen convenir con los de Notker *el Tartamudo*. Se nos ha conservado un solo verso de otra carta de este escritor á un abad de Richenon. Habiéndole preguntado

éste en una de las suyas cuál era la naturaleza del país que habitaba, Notker se le describe en estos términos, bastante enérgicos :

Dura viris, et dura fide, et durissima gleba.

8.° Un manuscrito del siglo XII, perteneciente á la abadía de Tegernsée, en Baviera : contiene un fragmento del tratado sobre la fraccion de los números y bajo el nombre de Notker : *De collectione et compositione fractorum numerorum.* Dom Bernardo Pez, á quien se debe este descubrimiento, no duda sea obra de Notker *el Tartamudo*, que habrá escrito tambien sobre aritmética, como otros muchos literatos de su época. — 9.° Goldast ha intentado hacerle autor de su historia de Carlo-Magno, escrita, dice, segun el estilo de Ciceron, es decir, en forma de diálogo : pero es evidente que Goldats ha tomado aquí la vida de S. Gal, abad, por la historia del monasterio de su nombre, y que de una sola obra, en la que Notker habia realmente trabajado, ha hecho dos diferentes la una de la otra.—10. Pedro Canisio y tantos otros no han conseguido mejores resultados al quererle hacer el honor de la vida de S. Fridolino, escrito que pertenece en efecto á Balthermonje de Seckinger, que le dedicó á Notker, elogiando su ciencia y reconociéndole por uno de sus maestros, bajo cuya direccion habia sido educado en la escuela de S. Gal. Pero algunos sabios creen que este Notker es diferente y posterior al de que aquí se trata.—11. Cuando Mr. Dupin comprendió entre las obras de nuestro escritor las vidas de S. Laudoaldo y de San Remaclo, con la relacion de los milagros de este último, confundió á Notker *el Tartamudo* con Notger, obispo de Lieja, á últimos de este siglo. La calidad de monje de S. Gal, que da Martenne á este prelado, llamándole Notker, y la manera un poco velada de que habla de sus escritos, hace revelar que ha caido tambien en el mismo error.—12. Se ha atribuido por largo tiempo á Notker *el Tartamudo* una traduccion tudesca del Salterio, que se conserva todavía en la abadía de S. Gal, y que se llama comunmente el *Salterio de Notker*. Pero Dom Bernardo Frank, bibliotecario de la casa, ha demostrado en una erudita disertacion, como hemos observado ya en otra parte, que esta traduccion pertenece á Notker *Labeo*, posterior un siglo entero al de que ahora nos ocupamos.—13. Aseguran otros escritores que el de cuyas obras tratamos habia traducido del griego al latin el famoso tratado *De la Interpretacion*, que se halla entre los escritos de Aristóteles. Puede, sin embargo, dudarse del hecho, por lo que dice el mismo Notker de un comentario de Orígenes, que deseaba traducir; si hubiera sabido griego le habria traducido, y no se hubiera explicado de aquella manera. Pero si no poseia bastante bien esta lengua para verterle al latin, la sabia al ménos escribir. Se nos refiere con este motivo que habia hecho una copia de las

Epístolas canónicas en griego, para uso del obispo de Verceil, de que ya se ha hablado. Concluida la obra y próxima á remitirse, experimentó lo que sucede con demasiada frecuencia en los monasterios; que habiendo personas que no son aficionadas á las letras, no pueden resistir á los que se dedican á ellas y procuran ocasionarles disgustos. Un tal Sindolfo, hombre de este carácter, que habia hecho con frecuencia sentir á Notker su mal humor y á sus dos compañeros inseparables, cogió la copia y la hizo pedazos.—14. Por último, Notker dejó algunas cartas ó fórmulas de actos públicos, tales poco más ó ménos como las de otros tantos escritores de su época. Goldart, que ha publicado cinco ó seis de Notker, asegura que tenia á la vista los mismos originales de estas cartas.—S. B.

NOTKER (Labeo), monje de S. Gal, nació en el siglo X, y se le designaba con aquel nombre porque tenia los lábios muy abultados, y para distinguirle de otros dos monjes de su propio nombre y monasterjo. Durante un largo período dirigió las escuelas de su abadía, siendo muy respetado de sus compañeros por su saber y virtudes. Dejando Notker la costumbre de los sabios de su época, que por lo general escribian en latin, redactó sus obras en lengua teutónica, traduciendo á ella el *Salterio de David*, el *libro de Job*, las *Morales de S. Gregorio*, *Boecio*, el *Organon* de Aristóteles, y Marcianus Capella, *De nuptiis Mercurii et Philologiæ*. De estas traducciones se han perdido el *libro de Job* y las *Morales de S. Gregorio*. Las tres últimas existen manuscritas en la abadia de S. Gal. Los anales de este convento aseguran que Notker gozaba aun de muy buena salud cuando predijo su muerte la vigilia de S. Pedro, y que habiendo distribuido la limosna á los pobres, por ser esta su obligacion en el convento, falleció acabado el oficio de la festividad del Santo, en 29 de Junio de 1022. Sus manuscritos permanecieron olvidados por muchos siglos en su convento, hasta que á mediados del siglo XVI, Vadiano, burgomaestre de S. Gal, dió á conocer al público estos preciosos monumentos de la lengua teutónica, sin embargo de que no se imprimió por entónces ninguno de ellos. Un siglo despues, en 1675, habiéndose procurado en Suiza una copia del Salterio de Notker Simon de la Loubere, la comunicó al sabio Schilter, ocupado á la sazon en recoger los restos más antiguos de la literatura teutónica. Trascurrió todavía medio siglo más sin que se imprimieran estos manuscritos. Falleció Schilter, y hasta 1786 no publicó el sabio profesor Frick, en Ulma, el tesoro de Schilter. En el primer volúmen se encuentra el referido Salterio con el título siguiente: *Notker testii Labeonis Psalterium Davidicum é latino in theoticcam veterem linguam versum*, etc. Va precedido de un sabio y juicioso artículo sobre Notker por el P. Frantke, bibliotecario de S. Gal. Antes de que saliese al público esta coleccion, descubrió Lamberto en un castillo de Austria otro

Salterio en lengua teutónica, y acordándose de que el abad Tritemio habia hablado de una obra de este género, escrita por Ottfried de Weinsemburgo un siglo anterior á Notker, le atribuyó á aquel. Su opinion fué adoptada por el P. Mabillon y otros sabios, y aun el mismo Schilter, vacilando sobre su primitiva opinion, no se atrevió á decidirse por Ottfried ni por Notker, adoptando el término medio de considerar á Ottfried traductor de los Salmos en teutónico, y á Notker por su reformador al siglo siguiente. A pesar de esto se halla hoy fuera de duda que Notker es el verdadero autor de este escrito, contado por los alemanes entre los monumentos más antiguos de su literatura. Ekkehard *el Jóven*, monje de S. Gal y discípulo de Notker, cita el Salterio entre las obras de su maestro. El manuscrito que existe en la biblioteca de dicha abadía, escrito en pergamino y perteneciente al siglo XII, contiene estas palabras: *Incipit translatio barbarica Psalterii Notherii tertii*, y acaba con este dístico del copiante:

Notker teutonicus finitur amicus;
Gaudeat ille locis in paradisiacis.

La misma biblioteca poseia dos copias manuscritas de esta obra que han desaparecido. Las demás que se conservan de Notker se parecen enteramente al Salterio en cuanto al estilo y al modo como estan traducidas. Con respecto al Salterio de Ottfried, del cual trata Tritemio, se halla comunmente en tres volúmenes y en estilo rimado, y no debe confundirse con el de Notker. Como la abadía de S. Gal ha encerrado en sus claustros á muchos monjes del mismo nombre, comunmente se ha confundido al autor de las traducciones teutónicas con sus homónimos. Los tres religiosos más distinguidos que han llevado el nombre de Notker se hallan diferenciados en cinco versos latinos, escritos en una de las copias antiguas del Salterio de Notker, *el de los gruesos labios*, y empiezan así:

Balbus *erat Notker*, Piperis granum *fuit alter*;
Tertius hic Labeo *datus est cognomine lato*, etc.

Mr. Gley ha publicado el principio de Notker, con una noticia sobre los diversos manuscritos que se conocen de este apreciable documento, en su *Lengua y Literatura de los antiguos francos*; 1814, en 8.°, pág. 253-57. —S. B.

NOTKER, llamado el *Picante* ó el *Grano de pimienta* (*Piperis granum*), floreció en el siglo X. Fué abad del monasterio de S. Gal en 973 y murió en 981, dejando grande fama por sus virtudes y doctrina. —S. B.

NOTO (Fr. Clemente de), religioso de la órden de Capuchinos. Este ex-

celente varon, habiendo nacido con una señalada inclinacion al ejercicio de las virtudes y llegado á la edad de diez y seis años, trató de renunciar al siglo y acogerse al estado de perfeccion que proporciona la vida religiosa. Elegida la religion de Capuchinos con este objeto, empezó el noviciado dando en los progresos virtuosos que en él hacia no poco que imitar y aun que admirar á los religiosos; pues la juventud de este fervoroso novicio podia ser espejo en que se compusiese la ancianidad más aprovechada á mayores ejercicios de perfeccion. Reconocida de sus ilustres méritos la provincia de Zaragoza, le puso cuatro veces en el grado de provincial, y la de Cosenza, con la fama de sus virtudes, le eligió otra vez por su primer prelado. Fuera de estos cinco trienios, en que ejerció gloriosamente el oficio de provincial, le tuvo tambien de comisario general en las tres provincias de Mesina, de Palermo y Calabria. Emula de la fortuna de estas provincias, la ciudad de Roma consiguió tener en su gremio á este esclarecido varon en el puesto á que fué elegido de procurador general. Por esta razon se vió obligado á pedir audiencia muchas veces al Sumo Pontífice, que entónces lo era Paulo V, el cual se pagó tanto de la discrecion y prudencia que desde luego descubrió en Fr. Clemente, que puso en él su mayor cariño, y llamándole á su palacio con gran frecuencia, solia repetir muchas veces que habia hallado un varon religioso muy medido á su corazon. Era el puesto de procurador general á la verdad gravoso por la multitud y variedad de negocios que de todas las provincias ocurrian, para cuyo despacho solia las más veces faltar el tiempo; pero Fray Clemente le daba tan dilatado á la oracion, como si no le necesitára para otra cosa. Despues de un breve sueño se levantaba dos horas ántes de maitines, y consumia en profunda contemplacion todo el intermedio de las dos horas; llegado el dia, empleaba parte de él en la obligacion del oficio, gastando lo demás en su acostumbrado recogimiento. El grande crédito que habia adquirido con sus ilustres operaciones, obligó á los PP. del próximo capítulo general á que le eligiesen por cabeza universal de toda la Orden. Luego que llegó á entender el Sumo Pontífice que su favorecido Fr. Clemente habia sido llamado al generalato, envió una persona muy señalada, que le certificase haber sido grata á Su Santidad aquella eleccion, y poco despues mandó llevar al convento una pella de manteca grandísima, que representaba en su hechura todo el castillo de Santo Angel, y una ternera de cuerpo mayor que su edad, y de gordura medida al cuerpo. Además de esto, el mismo Pontífice manifestó el singular aprecio que hacia del varon santo, porque admitidos todos los vocales á la funcion de besar el pie, perseveró inmoble el Pontífice; pero luego que llegó el General, le levantó con sus mismos brazos y le estrecho en ellos con singular cariño y estimacion. Conciliáronsela grande al nuevo prelado con los que le habian llamado al puesto,

congregados de tan diversas partes del mundo, las demostraciones que vienen dichas, y todos quedaron persuadidos á que eleccion que se habia logrado en sugeto tan benemérito habia de ceder en grande utilidad de la causa pública. Luego que Fr. Clemente empezó á visitar las provincias, comenzó tambien á hacerse dueño de los afectos, así del Emperador como de los reyes y potentados á cuyos dominios iba llegando. Todos le tenian por hombre venido del cielo, y en las más de las poblaciones por donde pasaba, le salian á recibir en crecidas tropas, como si fuera profeta dispensado por Dios, y le ponian á la vista multitud de enfermos y endemoniados, para que mediante su bendicion é intercesion consiguiesen la sanidad. No les mentia su esperanza, porque muchos de los dolientes quedaban libres de la enfermedad que les afligia, y no en menor número los endemoniados se hallaban redimidos del cautiverio en que los habia puesto la tiranía de los espíritus infernales. Habiendo entrado en una ciudad de los Cantones, cierta matrona puso en su presencia una hija enferma de mucho riesgo, para que formase sobre ella la señal de la cruz. Ejecutólo así Fr. Clemente, y sin tardanza alguna se vió la enferma libre del accidente que padecia. Un caballero de Aquitania solicitó el mismo remedio, y le vió logrado con igual eficacia en una hija suya enferma de peligrosas calenturas; las mandó el santo General, en el nombre dulcísimo de Jesús, que dejasen á la muchacha, y obedeciendo á precepto tan poderoso, no volvieron á afligirla más. Aunque tenia esta gracia de curaciones, debidas al favor que Dios le dispensaba, tímido al aplauso popular las ejecutaba siempre con repugnancia, y cuando el devoto pueblo le salia al encuentro para este fin, exclamaba llorando y diciendo á sus compañeros que desviasen aquel concurso léjos de sí, que no queria engañarle con apariencias de piedad; pues no dejaba de ser pecador, ni ménos indigno de todo bien, porque le tuviese el pueblo por santo. Con un ilustre ejemplo manifestó Dios cuán eficaces fuesen las oraciones de su siervo. Hallándose en el oficio de general, determinó pasar á Malta para visitar los religiosos de aquella isla. Iba navegando con próspero viento el buque que conducia á tan ilustre varon, cuando descubriendo el piloto banderas turcas, llamó la atencion del religioso General, diciéndole: «Padre, padre, somos perdidos; sobre nosotros estan ya los enemigos de nuestra fe, dura servidumbre nos amenaza la mahometana cadena.» Extendida esta noticia, exhortó Fr. Clemente á todos los que navegaban con él á que pidiesen socorro al cielo, y en seguida comenzó á rezar con devota y viva esperanza la Letanía de nuestra Señora, suplicando á la piadosa Madre del Redentor los librase de tan grave é inmediato riesgo. No fué tardo el auxilio de esta clementísima Reina; porque apareciendo luego una nube, ocultó el tímido bajel, tan del todo, que no pudieron descubrirle los turcos; án-

tes llenos de un extraño pavor, mudaron las velas y tomaron diferente derrota. Libró la beatísima Vírgen á este su siervo de peligro tan grande, quizá por la entereza virginal en que se conservó hasta la muerte, segun lo depuso el sacerdote con quien para morir hizo confesion general. Finalmente, falleció como habia vivido, y lleno de virtudes y méritos acabó su vida en Zaragoza á 22 de Setiembre del año de 1631. —A. L.

NOTO (Fr. Juan María), capuchino. Fué siciliano, y esta es la única noticia que acerca de su orígen y procedencia se tiene. Las memorias de su Orden dicen que fué varon de tanta sabiduría, piedad y rectitud que mereció ser comparado con aquellos antiguos y ejemplares héroes que ilustraron el cristianismo. Desempeñó los cargos de provincial en Sicilia, y de ministro general de la Orden. Escribió las siguientes obras que no llegaron á ver la luz pública: *Annotationes in octo libros phisicorum.* —*Annotationes in libros methaphisicorum.*—*Annotationes in quatuor libros Sententiarum.*—*Epístola* á todos los hermanos de la Orden, en la que les da saludables consejos para la observancia de la regla y de la altísima pobreza. Esta carta se publicó en Roma en el año 1528. Escribió tambien un *Ceremonial para uso de los Capuchinos*, y pasó á la eterna vida en el año 1634. —M. B.

NOTTINGHAM (Fr. Guillermo, franciscano minorita). Era natural de Inglaterra y hermano de German, monje agustino á quien elevó Clemente V al obispado de Laodicea. Hizo sus estudios en la célebre universidad de Oxford, en la que recibió el grado de doctor en sagrada teología, cuya ciencia enseñó despues en varios conventos de su Orden. Por la fama de sus méritos fué agraciado con el título de canónigo de la iglesia de Evora, y desempeñó además por espacio de catorce años el cargo de ministro provincial, pasando despues que hubo cumplido este destino á Italia, siendo atacado en Génova de la peste; de la que se salvó milagrosamente, dando en seguida la vuelta á su patria. Fué varon docto, prudente y piadoso, elocuente orador, de ingenio sutil, de graves costumbres y de maduro juicio, cuyas dotes manifestó principalmente cuando desempeñaba los cargos de maestro y de provincial. Descolló en el estudio y exposicion de las Sagradas Escrituras, como lo prueban sus diversas obras, que todas por desgracia han quedado manuscritas. Murió en Leicester en el mes de Marzo de 1303, y fué sepultado entre sus hermanos de religion segun él lo habia pretendido. He aquí el catálogo de sus obras: *Concordantia quatuor Evangeliorum*, obra dividida en doce libros y que da principio con estas palabras: *Da mihi intellectum scrutabor*, obra que se conservaba aun á principios del siglo XVIII en la biblioteca Penbrokiana en Cambridge. —*Commentarios Evangeliorum.* De este escrito se conservaban varias copias en Oxford y Cambridge, y de él hizo más tarde un compendio Juan Viccano. —*Quæstiones in Evangelio.* —*Sermones domi-*

nicales sobre los Evangelios para todo el año.—*In omnes D. Pauli epistolas super magistrum Sententiarum, quatuor libros.*—*Quæstiones de oratione dominica.*—*Lecturas Scripturarum*, un tomo.—*Quæstiones ordinarias*, un tomo. *Distintiones teologicas.*—*Pro rege christianorum*, un tomo.—*De lege christianorum*, un tomo.—*De obedientia*, un tomo.—*Regula vivendi*, un tomo. *Contra errores Pelagii*, un tomo.—M. B.

NOUE, ermitaño célebre en el siglo XVII por su ardiente amor al retiro, sus penitencias y la santidad de su vida y de su muerte. Nació en París, y desde niño reveló ya el tesoro de virtudes que anidaba en su seno. Jóven aún, salió de su patria y pasó á Italia á consagrar sus dias en la famosa ermita de S. Angelo, cerca de Viterbo, recibiendo en ella el hábito de manos del Rdo. P. Angel Massen. Verificóse este acto en 1606 á 1607. Noue, sin embargo, no encontró satisfechas sus esperanzas en aquel yermo, y regresó al poco tiempo á Francia, eligiendo por residencia el Monte Valeriano, á tres leguas escasas de París. Sepultóse en aquella soledad para no salir jamás; era el quinto anacoreta que poblaba aquella ermita, en la cual fué encerrado solemnemente el 1.° de Mayo de 1608 por el obispo de París y abad de S. Dionisio. Pasó allí toda su vida en la austeridad y en la oracion, viviendo únicamente de las limosnas que enviaba la reina Margarita al pobre Serafin, pues con este nombre era conocido Noue en aquellas comarcas. Este cenobita santificó aquel lugar con su presencia, y se santificó á sí mismo con el ardiente amor de Dios, dándole el Señor el premio que merecian sus virtudes con una muerte santa y tranquila.—S. B.

NOUE (Francisco de la), religioso mínimo, nació en París en 1597, é hizo tan grandes progresos en el estudio de la teología, que fué bien pronto nombrado profesor de esta facultad. Ocupó con distincion las cátedras más notables de su Orden. Fué superior de muchas casas, entre otras de la de París, y elevado á los cargos de provincial, definidor, vicario y visitador general. El P. de la Noue, ejerció estos cargos con mucha prudencia y celo. Su humildad le hacia temer el peso de estas dignidades, que renunció siéndole admitida la dimision por su general. Se encerró entónces en la soledad, ocupado exclusivamente de los deberes de su estado y de la composicion de sus obras. Así pasó el resto de sus dias hasta su muerte acaecida en 1670. El P. de la Noue poseia muchas lenguas muertas y vivas; escribió en diferentes géneros, mas de todas sus obras, que se han conservado en la biblioteca de su Orden, en París, no se han impreso más que las siguientes: 1.ª *Chronicon ordinis Minimorum*; París, 1635, en fólio.—2.ª Un *Ensayo*, publicado en 1629, de una gran obra *sobre las concordancias hebráicas, griegas y latinas del Antiguo Testamento*. El P. Le Long dice que la obra de que se trata en este *Ensayo* se halla entre los manuscritos de este autor. La cró-

nica impresa en 1635 no es más que un ensayo de una obra mucho más notable escrita en latin. —S. B.

NOUET (P. Santiago), jesuita. Nació en Mans en 1607 y entró en la Compañía de Jesús en 1623, donde enseñó humanidades, dedicándose con muy buen éxito al ministerio de la predicacion. Cuando apareció el libro de la *Frecuente union* de Arnauld, tronó este jesuita desde el púlpito contra esta obra perniciosa, y si bien algunos han querido suponer que la habia aprobado en un principio, esta opinion no se funda en ningun dato positivo. Los prelados que habian admitido este libro llevaron á mal que Nouet hablase de él en el sentido que lo hacia, y le citaron á un concilio, que se celebró al efecto en París, obligándole á retractarse de lo que habia dicho. Así lo refiere Dupin en su *Historia Eclesiástica del siglo XVII*. Nouet fué por espacio de veinticinco años rector de los colegios de Alenzon y de Arras, y uno de los adversarios más decididos de Lenoir, canónigo doctoral de Sacy, predicador de las nuevas doctrinas que se difundieron en su época. Juzgándole por su celo, parece increible la opinion que le atribuye el escrito titulado *Gratitud que el consistorio de N. demuestra á los teólogos de Alenzon, discípulos de San Agustin*, escrito dirigido contra Lenoir y sus amigos. Lo que más ha dado á conocer á Nouet son sus obras ascéticas, en cuyo género ha publicado: 1.° *Meditaciones sobre la vida oculta, paciente y gloriosa de Jesucristo*, siete tomos en 12.°—2.° *La vida de Jesucristo en los santos*, dos tomos.—3.° *El hombre entregado á la oracion*, cinco tomos; reimpreso en 1767.—4.° *La devocion á Jesucristo*, tres tomos en 4.° Todas estas obras se dieron á la estampa desde 1674 á 1678. Aunque su estilo es anticuado se encuentran en ellas profundos conocimientos de las cosas espirituales, de modo que son aun hoy dia muy apreciadas de las personas versadas en estas materias. Nouet vivia en el año de 1676 en la casa profesa de París, y segun Dupin falleció en el de 1680. —S. B.

NOULLEAU (Juan Bautista). Descendia de una familia muy acomodada de S. Breuch, donde nació en 1604. Jóven aún, pues no tenia la edad de veinte años, entró en la congregacion del Oratorio, descollando particularmente en el ministerio de la predicacion. M. de Villacel, su prelado, le nombró arcediano y despues teologal de su iglesia. El talento y las grandes virtudes de este padre del Oratorio hubieran dado frutos más sabrosos si no hubiesen sido perjudicadas por un carácter inquieto y tan innovador que deseaba llevar inconsideradamente la reforma á todos los estados y condiciones, sin conocer valla ni respeto capaz de moderar su celo extraviado. Mr. de Laborde, sucesor de Villacel, le retiró las licencias de predicar; mas como Noulleau continuase predicando, ya que no podia en la capital, en las calles, en los caminos y en pueblos subalternos, fué preciso al ordinario suspender-

le en todas sus funciones y privarle de decir misa. Noulleau, que se creia injustamente castigado, acudió al Rey, á los ministros, á los obispos y á los magistrados, fatigando con sus quejas y escritos al público y á las autoridades. Prescindiendo de esto, este eclesiástico era un modelo de todas las virtudes, y la pureza de sus costumbres hubiera hecho honor al hombre más venerado. Amigo de la caridad, distribuíalo todo entre los pobres, y si predicaba la mortificacion era el primero en dar el ejemplo, macerando su cuerpo con inauditas austeridades, y obligando á su doméstico á que le azotára fuertemente. Cuando se vió aislado de todos, retiróse al fondo de una peña escarpada, donde llevaba una vida penitente, propia de los anacoretas más rígidos. Para decir misa en S. Güel, diócesis de Dol, hacia cada dia siete leguas á pié, y este penoso ejercicio, unido á sus ayunos, maceraciones y vigilias, terminaron su penosa carrera en 1672 en el áspero retiro que habia escogido. Habia compuesto muchos escritos sobre teología moral y la reforma del clero. Los principales son los siguientes: 1.° *Augustinus Nolleavii de gratia Dei et Christi*; Paris, 1666, en 4.°, en el que se propuso conciliar á tomistas y molinistas.—2.° *Amistosa composicion de las disidencias de la época.* En él censura sin condescendencia á los arnaldistas y jansenistas, circunstancia que prueba cuán infundada era la acusacion de jansenismo que algunos le dirigian.—3.° *Velitationes contra Amœdeum* quemædeum *cloacam sterquilinium latrinam casuistarum*; 1666, en 4.°—4.° *Política cristiana y eclesiástica que debiera observar cada uno de los diputados de la asamblea del clero*; 1666, en 12.° Las personas á quienes se dirigia no hallaron los consejos de Noulleau dignos de ser atendidos. Las obras que acabamos de apuntar bastan para dar una idea de los demás escritos que publicó este eclesiástico.—M.

NOURRI (D. Nicolás), religioso benedictino de la congregacion de San Mauro. Nació en Dieppe en 1647 y profesó en la Orden referida en Julio de 1669, á los diez y ocho años de edad. Dedicado al estudio de la antigüedad eclesiástica, consiguió en un breve período los mayores adelantos, trabajando con el P. Garet en la edicion de las obras de Casiodoro. Teníale en tan buena opinion su compañero, que le confió la redaccion de la vida de Casiodoro y de los prefacios é índices que adornan esta edicion. Despues pasó á S. Onen de Ruan, donde se dedicó con los PP. D. Juan du Chesne y D. Julian Belasio á la edicion de las obras de S. Ambrosio, que continuó despues en Paris con el P. D. Diego Frisches. Publicóse el primer volúmen de esta obra en 1691, y luego que se hubo terminado comenzó á trabajar con el referido P. Frisches en una edicion de S. Gregorio Nacianceno. Muerto este en 13 de Marzo de 1693, se dedicó el P. Nourri á coleccionar la Biblioteca de los Santos Padres, que se publicó por entónces en Lyon. Escribió primero

el *Apparatus ad Bibliothecam Patrum*, que se imprimió en dos volúmenes en 8.°, siéndolo despues en París en 1703 en uno en fólio, que concluyó en San Clemente de Alejandría. En 1715 publicó otro segundo volúmen sobre los autores latinos del siglo III, concluyendo en Lactancio. Esta obra abunda en muchas disertaciones llenas de investigaciones curiosas y doctas, acerca de las vidas, escritos y opiniones de los Santos Padres, de los que explica muchos textos ó pasajes difíciles. En 1710 dió á luz el libro de *Lucius Cæcilius de mortibus persecutorum*, que sostiene contra la opinion comun no ser de Lactancio, lo que pretende probar en una disertacion que le acompaña y en la que explica, aclara é ilustra los textos ó pasajes dudosos, difíciles ú oscuros, y desarrolla con gran claridad y precision las diferentes opiniones de este autor; pero otros muchos autores han sostenido contra el P. Nourri que esta obra es de Lactancio, demostrándolo con claras razones y evidentes pruebas. El P. Nourri murió en París en 24 de Marzo de 1724 á los setenta y siete años de edad. —S. B.

NOUVELLET (Claudio), doctor de la Sorbona, canónigo de la catedral de Génova é individuo de la Academia Florimontana de Anneci. Nació á mediados del siglo XVI, y cultivó con mucho éxito en su tiempo la poesía y la oratoria. Compuso varias obras jocosas, cuyos principales títulos son: 1.° *El Braequemar*, poema en cien sonetos.—2.° *Odas sobre los funerales del caballero de Soyer;* París, 1571.—3.° *Adivinaciones en estilo burlesco;* Lion, 1571.—M.

NOUVELLET (Claudio Esteban). Nació en Talloire, pueblo de Saboya á orillas del lago de Anneci, por los años 1510, y despues de haber terminado su carrera en París, profesó la órden de S. Benito. Manuel Filiberto de Pingon, historiógrafo de Saboya y discípulo de Nouvellet, elogia sumamente el talento de este religioso, y la claridad y erudicion que distinguian sus sermones. Publicó: *Petri Aurioli franciscani cardinalis, compendiosa in universam Sacram Scripturam commentaria, edita à Claudio Stephano Novelleto Talluerino;* París, 1685.—M.

NOVA (Fr. Jacobo de), religioso lego de la órden de S. Francisco. Fué natural de la ciudad de Nova, muy ilustre en virtudes y de oracion profunda y contínua. Siendo cocinero en el convento de dicha ciudad, entre las ollas y con los utensilios de la cocina en las manos, se quedaba muchas veces absorto, y algunas, con la vehemencia de los impulsos del espíritu, elevado en el aire. Le pareció que la demasiada ocupacion de su oficio distraia su interior, y no daba tanto lugar á las dulzuras de la contemplacion como pedia su deseo, y rogó al guardian le relevase de aquel cargo y le diese otro en que pudiese con más libertad y más tiempo darse al ejercicio de la oracion. Condescendió Fr. Jacobo á sus antojos bien disimulados con pretexto

y capa de mejor perfeccion, pero presto halló el desengaño en el conocimiento de su inadvertida veleidad. El prelado se dejó obligar de la importunidad de sus ruegos; pero Fr. Jacobo se halló burlado en sus esperanzas, porque salir de la cocina y secarse toda la fuente de sus consuelos espirituales y esterilizarse su alma, fué todo una misma cosa. Sentia en lo íntimo de su corazon un desamparo de Dios grande, una impenetrable oscuridad en que se perdia, un desabrimiento y disgusto á las cosas de la virtud tan extraña, que en lo más fácil encontraba dificultades insuperables, y le parecia vivir sepultado en un abismo de sombras de la muerte. Reconoció su error y cuán mañoso es el amor propio para introducir engaños con el hermoso pretexto de más virtud. Vertia muchas lágrimas, notando que por su veleidad y mal formado juicio habia perdido el norte de su seguridad, y escarmentado ofreció rendir ciegamente en todos sus dictámenes al arbitrio de la obediencia. Se postró á los pies del prelado, pidiendo perdon del mal ejemplo que pudo haber dado con su importunidad cuando le rogó le quitase el oficio, y pidió con gran instancia le volviese á su cocina, para consuelo y bien de su alma. Concedióle su peticion, y se restituyó el siervo de Dios á su primer estado, bien advertido de que los hijos de obediencia que asisten sus oficios y empleos con resignacion, no padecen distracciones en su ocupacion, y hallan en ellos muchas veces las dulzuras y suavidades interiores que buscan y no hallan en el retiro de los oratorios. Otra vez, por páscua de Navidad, ansioso de que en tiempo tan festivo y de misterio tan tierno le celebrase su alma con más recogimiento, previno la noche ántes toda la comida del dia siguiente. Por la mañana muy temprano encendió lumbre, arrimó sus ollas, y cerrando la puerta de la cocina se fué á la iglesia, pareciéndole que estando dispuesta la comida podia estarse en la oracion toda la mañana hasta la hora precisa. Eligió para mayor quietud un rincon oculto, donde estuvo algunas horas. El guardian, cuidadoso del regalo de sus frailes, entró en la cocina á ver el órden que tenia el cocinero y la halló cerrada; acechó por los resquicios, juzgando que Fr. Jacobo se hubiese encerrado para guisar con desembarazo, asombrándose al ver desbaratada toda la lumbre del hogar, las ollas quebradas, y que todos los gatos del convento se entretenian con los desperdicios. Irritóse viendo tal fracaso, y afligido de la falta en dia tan festivo, salió en busca del cocinero y le halló con gran sosiego en un rincon de la iglesia, bien ajeno del estrago que habia en la cocina. El guardian le riñó con gran severidad y aspereza, tratándole de inobediente, cargándole todo el mal recado ocurrido por su descuido y por su impertinente devocion. El pobre lego se afligió extraordinariamente, y fué á ver en la cocina si el daño tenia algun remedio; y viendo que no tenia ninguno y la hora de comer tan próxima, no dando ningun lugar para gui-

sar otra comida, se recogió á su interior acongojado, y pidió al Señor le favoreciese, perdonándole su indiscrecion, y atendiendo á la necesidad de sus pobres hermanos. En este estado ocurrió una cosa maravillosa; toda la lumbre se recogió al hogar, se reunieron los pedazos de las ollas quebradas y en ellas toda la provision para el sustento. No tuvieron que esperar ni un instante los religiosos, y les dió la comida de más gusto y sazon, y con más abundancia que jamás comieron. Este aprieto, de que Dios le sacó tan airoso milagrosamente, le dejó enteramente persuadido á que la cocina era para él el más devoto y quieto oratorio. El guardian, que se escandalizó con su descuido, quedó satisfecho con la evidencia del milagro, y los religiosos tan contentos, que no les pesára, como no fuesen culpables, que su cocinero tuviese algunos descuidos por el estilo. Murió este siervo de Dios en el convento de Nova, y acudiendo por la devocion que le tenian los clérigos á su entierro con el pretexto de solemnizar sus exequias, con ayuda tambien de otros seglares arrebataron el cadáver y se le llevaron á su principal iglesia. Sintieron los religiosos esta burla; pero reconociendo de que el hurto fué llevado á cabo por piedad y devocion, cedieron de su derecho, no sin satisfaccion de la parte, que voluntariamente deshizo el agravio, haciendo muchas honras al convento.—A. L.

NOVA Curia (Fr. Francisco), franciscano. No consta en las noticias biográficas de la órden de S. Francisco la patria y antecedentes de este sabio religioso; pues las que hacen mencion de él solo dicen que fué guardian de los conventos de su Orden en Gante, Brujas y otras varias ciudades de Flandes, las que ilustró con sus elocuentes sermones y con sus virtudes, siendo al mismo tiempo profesor de sagradas letras. Murió en la ciudad de Gante el dia 8 de Junio de 1562, habiendo dejado escritas una multitud de interesantes obras, de las que á continuacion citamos algunas. Habiéndose coleccionado los muchos sermones que predicó durante su larga apostólica tarea, formáronse tres voluminosos tomos que contienen los siguientes: Tomo primero, *Sermones para todas las dominicas del año.*—II. *Doctos sermones sobre el Evangelio diario que propone la Iglesia para honrar la memoria de los santos, con ejemplos de la vida de los mismos.*—III. *Sermones del Evangelio de cuaresma, ampliados para la semana de Pasion.*—*Commentarium in epistolam Pauli ad Ephesios.*—*Expositio regulæ fratrum Minorum.*—*De casibus reservatis episcopo à jure, consuetudine et statutis synodalibus, saltem tornacensibus.*—*Œconomiam christianam in qua agit de societate conjugali herili et externa.*—*De septem Ecclesia notis sacris vel sacramentis axiomata.*—*In Orationem Dominicam.*—*In Symbolum apostolorum.*—*In hymnum evangelicum Gloria in excelsis Deo.*—*In hymnum Veni Sancte Spiritus.*—*Collationes quatuor ad sacerdotes in primitiis.*—*Tractatus de virginibus et viduis ex utroque Testa-*

mento. — *De visu et aspectu Dei.* — *Sermones in professione monachorum et religiosorum.* — *De septem doloribus gloriosæ Virginis Mariæ.* — *Tractatum de fructibus spiritus*, escrito bajo el tema de las palabras de S. Pablo, *fructus autem spiritus*. Muchas de estas obras, cuyos títulos solos revelan su importancia y su perenne utilidad, no han llegado á publicarse. —M. B.

NOVAES (Antonio Gonzalez), eclesiástico portugués, fué canónigo de la iglesia de Elvas y publicó: *Relacion de la Sede de Elvas* y *Memorias de sus obispos*; Lisboa, 1635. — S. B.

NOVAES (P. José de). Nació en Villarreal, diócesis de Braga, en Portugal, en 13 de abril de 1736, y entró en la Compañía de Jesús en 1751. Fué teólogo consultor del cardenal Zondadari, y falleció en 1815. Publicó las obras siguientes: 1.ª *Introducione alle vite di Sommi Pontefice ó siano dissertazione, storico e critiche per servire d'intero rischiarimento à diversi punti nelle vite medessime contenuti, conminciando dall' elezione, coronatione è possesso di pontefici medessime*, etc.; Roma, 1797, en 8.°— 2.ª *Elementi della storia de' Sommi Pontefici da S. Pietro sino al felisámente regnante Pio Papa VII ed alla Santitá sua dedicati*, catorce tomos en 8.° — El primero se imprimió en 1802 y el último en 1806. —S. B.

NOVAIS (P. Pedro de), jesuita portugués, natural de la villa de S. Pedro de Sul, en el obispado de Viseo, é hijo de Francisco de Novais y de Felipa Barros. Entró en la Compañía en Coimbra á 16 de Abril de 1598, cuando contaba quince años de edad; era sobrino del P. Mtro. Simon Rodriguez, á quien tenia grande afecto por su santidad. Leyó por espacio de muchos años teología en la universidad de Evora, habiendo ántes enseñado filosofía en la misma; allí se graduó de doctor en teología, y fué tambien canciller de la Universidad. Era de muy sano juicio, lo que se demostraba bien en el acierto de los pareceres que se le pedian y daba. Fué calificador del Santo Oficio, y muy respetado en el tribunal por sus muchas letras y virtudes. En la Compañía ejerció los cargos de rector del colegio y universidad de Evora, asistente del provincial y visitador, procurador de la Congregacion en Roma, prepósito dos veces de la casa de S. Roque y una provincial. Procuró siempre administrar estos cargos con aprovechamiento de los súbditos, aumento de lo espiritual y reputacion del buen nombre de la religion. Era naturalmente compasivo de las desgracias, y hacia cuanto estaba en su mano por aliviarlas. Siendo rector de Evora en tiempo de la peste, además de la limosna que se daba á los pobres en la portería, se acercaba á una ventana que daba á la calle, y llevando pan, se lo arrojaba á los pobres. Cuando salia de la casa, siempre se le llegaban los pobres, porque nunca dejaba de llevar que darles, y despues de darles lo que llevaba, solia quitarse su propia ropa para cubrir su desnudez. Los estudiantes pobres le decian en las calles:

Venit pater pauperum, venit dator munerum, consolator optime, porque á todos hacia bien. Siendo rector del colegio de Evora fué el primero que introdujo con su ejemplo en la provincia el santo uso de ayunar en adviento. Muchas veces bajaba á la portería para repartir por sí mismo limosnas á los pobres. Siendo provincial, la provision que se le daba para las jornadas casi toda la repartia entre los pobres, y llevaba mayores provisiones cuando caminaba por tierras pobres, en que sabia que eran muchos los que le habian de pedir limosna. En Lisboa, cuando era prepósito, iba muchas veces al hospital, llevando siempre algo que repartir á los enfermos. Su trato, así con los de casa como con los de fuera, fué siempre muy religioso y humilde, y modesto sin ninguna ostentacion. Su descuido en el trato de su persona hacia necesario que se tuviese de él especial cuidado. De todo lo que se le daba se mostraba contento y satisfecho, manifestando siempre mucho agradecimiento á quien le socorria. Uno de los mayores elogios que se pueden decir de este padre, es que hasta la edad de noventa años, á que llegó, siguió siempre las prácticas de la comunidad, no queriendo privilegio alguno para exceptuarse de sus costumbres. Era muy penitente, siendo provincial no se quitaba el cilicio ni para andar por los caminos. Hacia muchas penitencias particulares, además de las públicas en el refectorio, á que nunca faltó hasta que se lo impidieron su mucha debilidad y edad; una de las mayores penas que tuvo fué cuando postrado en una cama no pudo acompañar á la comunidad en sus ejercicios, y tuvo tambien que dejar de celebrar misa. Fué hombre muy recogido en su celda, procurando no tratar con los seglares, de cuyas conversaciones sacan poco ó ningun fruto los hombres religiosos. El P. Novais fué muy caritativo para con los enfermos de la casa, visitándolos muy á menudo y consolándolos en sus enfermedades, de que se compadecia mucho. No le gustaba oir cosas ó noticias que fuesen dañosas á la reputacion de las personas, en particular de las de la casa; y si alguna vez se le decian, replicaba en el acto: *No, no*. Pero cuando se le decian cosas que eran elogios de los demás, y en particular si eran de personas de la Compañía, mostraba gran placer y alegría. Finalmente, los que le trataban y conocian le tenian por un siervo de Dios y verdadero religioso de la Compañía, venerándole como á tal. Falleció en santa ancianidad, siendo de noventa y un años de edad y á los setenta y cuatro de Compañía, en la casa profesa de S. Roque de Lisboa, á 18 de Enero de 1642. —S. B.

NOVAIS (P. Sebastian de), jesuita portugués natural de Braga. Entró en la Compañía á 11 de Octubre de 1632. Enseñó humanidades y retórica por espacio de siete años, teologia moral nueve, y teología especulativa seis. Fué rector del colegio de Santaren, y se distinguió mucho en la predicacion de la divina palabra. Murió en la casa profesa de S. Roque de Lisboa, des-

pues de haber dado á luz un libro que compuso en honor de la Inmaculada Concepcion de María Santísima con el título de *Lilium inter spinas, sive Conceptus Dei Genitricis incontaminatus*, en Coimbra, 1618.—S. B.

NOVAR (P. Melchor de), jesuita español. Tradujo al castellano la obra del P. Framiano Estrada y del P. Guillermo Doudino, titulada: *Guerra de Flandes*; Colonia, 1681, tres tomos en fólio.—S. B.

NOVARA (Fr. Francisco de), religioso de la órden de Capuchinos. Era de la provincia de Génova. Este ilustre varon fue tan perfecto y tan exento de vicios, que fué considerado como un modelo de virtudes. Aborrecia de tal manera los deleites de la carne y de los sentidos, que reprimió el gusto con una perpétua abstinencia; la vista con traer siempre los ojos bajos; el oido con huir de familiaridades y conversaciones, prefiriendo siempre la soledad; la carne con ásperas disciplinas muy frecuentes; el cuerpo con ejercitarle en la vigilia contínua, concediendo solo á su naturaleza un sueño muy corto, y quitándola aun lo que pedia con justo título la necesidad del descanso; y finalmente, cuanto era sensual, lo perseguia tan cruelmente, que no lo dejaba reinar ni vivir en sí; teniendo la soberbia tal freno en su humildad y desprecio propio, que se reputaba por el más vil de todos los hombres, pareciéndole que todos le excedian en mérito y virtudes. Su voluntad y albedrío, vivia tan sumiso á la obediencia, que pendia totalmente del imperio y dictámen de los superiores. Los desórdenes de la incontinencia se hallaban tan sujetos en este siervo de Dios con las armas de la vergüenza y la castidad, que ni aun les permitia sus primeros impulsos. La abundancia de las cosas terrenas que sirven de distraer el espíritu y apartarle de la alta pobreza, haciéndole siervo de los apetitos y deseos desconcertados, era tan odiosa para este santo religioso, y la aborrecia tan de muerte, que aun de lo necesario excusaba la mayor parte, y nada llegaba en su concepto á ser tan preciso, que no juzgase que le bastaba ménos. Con la práctica de tan excelsas virtudes, teniendo Fr. Francisco en Cristo, Señor nuestro, su única vida, siendo el blanco de todos sus deseos y pensamientos, andaba en perpétua presencia suya, y conversando con Su Majestad en contínua y fervorosa oracion, sin defraudarla del menor instante de tiempo, sino el que ocupaba en el sueño breve y limitadísimo, de que viene hecha mencion. Decia misa con tal devocion y tan abundante de amor divino, que al tomar la hostia en las manos se le apareció en ella Cristo, en forma de niño, varias veces. Fué algunos años maestro de novicios, procediendo en el ministerio con gran caridad, prudencia y todos los demás ejemplos de la vida apostólica que adornaban tan perfecto varon. Y últimamente en el convento de Sta. María de los Campos en la ciudad de Turin, siendo en él guardian, consumido ya el cuerpo con las austeridades, pero fuerte y

robusta el alma con las virtudes, pasó de las miserias del siglo mortal á las felicidades de la gloria eterna en el año de 1603. Manifestóse su dicha y su gloria con los innumerables milagros y maravillas que se siguieron á su muerte, conservándose su cuerpo incorrupto y sin ninguna muestra de descomposicion, lo mismo que los paños en que se hallaba envuelto y amortajado. —A. L.

NOVARA (Fr. Francisco de), religioso capuchino. Nació en la ciudad de Novara del distrito de Lomelin, fundada en un cerro de mediana altura, sujeta un tiempo á la jurisdiccion de los duques que eran de Milan, y despues de la corona de España. Su linaje fué noble, de la familia de los Tornelios, muy ilustre en aquella ciudad y celebrada por varios títulos. Le previno el Señor desde su niñez con tanta dulzura de bendiciones, que desde luego empezó á dar muestras de su santidad y de lo que andando el tiempo habia de ser; porque aprovechándose de la buena educacion que le dieron sus padres, y ejercitando su inclinacion á las cosas divinas con que el cielo le favoreció, jamás admitió en su ánimo vicio pueril, representando anticipada en sus pocos años una vejez madura. Su ocupacion era oir muchas misas, obedecer á sus padres con prontitud, apartarse no solo de los juegos y travesuras de los demás muchachos, sino aun de su trato y conversacion; y despues, en la edad de la adolescencia, el leer libros devotos, frecuentar los santos sacramentos, y aplicar todas sus acciones al estudio de la modestia y honestidad, por lo que los que observaban el modo de vivir de un mancebo tan virtuoso, juzgaban desde luego que no habia de ser para el mundo, sino para Dios. Y no fué su parecer incierto, pues cuando llegó á los diez y seis años se despidió del siglo y de sus mentirosos deleites, entrando en la órden de los Menores de la Observancia, donde lució con tan claras virtudes, que fué uno de los PP. más graves que hubo en la religion. Despues pasó con otros muchos religiosos á la órden de Capuchinos, siendo singularmente bien recibido. Era un varon adornado de todo género de virtudes, no habiendo nada en él que no fuera grave y modesto; señalándose entre los demás en humildad, abstinencia, aspereza de vida, mortificacion, silencio, oracion y prudencia, que por ser un vivo ejemplar de disciplina religiosa y seráfica, ordinariamente tenia en la Orden el cargo de maestro de novicios. Los enseñaba con gran excelencia á buscar las virtudes, y en particular les alababa la del silencio, diciéndoles que era el principio de cuantos bienes hay, por ser la guarda cuidadosa de las virtudes, quien las fomenta, recoge y detiene para que saliendo por la boca no se derramen, y que si querian distinguir al varon religioso del que no lo era, no tenian que hacer más que observar, cuando viesen á un sugeto templado en la lengua que se acomodaba de mejor gana á oir que á hablar;

que viviese retirado consigo, aborreciendo la mentira y murmuracion; que excusase las palabras ociosas, apartándose de los corrillos, hallándose bien en la soledad; que hablase si lo requiriese la necesidad en voz baja, y que tuviese larga conversacion con Dios, y muy corta con las criaturas; que este fuese en el concepto de los novicios el varon religioso; que le mirasen y admirasen, imitándole como á ejemplar y perfecto dechado. Mas si por el contrario viesen algun fraile hablador, amigo de conversaciones; que anduviese de celda en celda, acudiendo adonde se trata de vanidades y cosas inútiles; que le impacientase el silencio, y fuese enemigo de la soledad, inclinado á la murmuracion, censor de las acciones ajenas, dispuesto á contiendas y alteraciones, y que no supiese enfrenar la lengua, á este no debian llamarle religioso ni tenerle por tal. Con estos y otros muchos preceptos informaba los ánimos de sus novicios en la vida espiritual y evangélica, añadiendo á la doctrina el ejemplo, mostrándose en todo varon perfectísimo, especialmente en el estudio de la oracion, tan familiar en él, tan fervorosa y tan llena de lágrimas, que siempre tenia los ojos humedecidos en tanto grado, que solia abstenerse de decir misa, por no poner á la vista de los seglares el llanto que le sobrevenia sin poder contenerle. Le enviaron á Novara á fundar convento, y para mostrar que estaba ya muerto para el siglo, no quiso ser huesped de sus parientes, aunque los tenia ricos y poderosos en aquella ciudad, eligiendo por posada una humilde y vieja casilla, donde vivia como en un monasterio á fuer de pobre. Habiendo pasado algun tiempo en ella con gran edificacion de su patria, ilustrada más que con su nobleza con la excelencia de su perfeccion, cayó en una enfermedad algo larga, que le obligó, por no ser molesto á los extraños, á irse á curar en casa de Alejandro Fornielo, deudo suyo y amigo íntimo. Fué para él la enfermedad un contínuo ejercicio, ya de paciencia, ya de menosprecio de sí propio, y de otras virtudes, que confirmaron habérsela enviado el Señor, para que la fuerza del mal le ocasionase más alto bien. Cuando reconoció el peligro, y que se le acercaba la última hora, pidió los santos sacramentos, y que le pusiesen en la tierra desnudo para pelear con armas más fuertes con su enemigo, muriendo en extrema pobreza, para acreditarse por imitador verdadero de su seráfico Padre, y para declarar que no habia en su ánimo cosa que estuviese asida del siglo. Hízose, y suelto así y desembarazado de lo temporal, caminó más ligero á lo eterno. Habiendo vivido tan santamente y buscado la gloria de Dios con tanto cuidado, no podia faltarle en la muerte la gloria, que tambien á él le era debida, y así fué que luego que murió Fray Francisco empezó la bondad de Dios á calificar la santidad y méritos de su siervo con insignes milagros y maravillas. Fué el año de su dichosa muerte el de 1562.—A. L.

NOVARA (Fr. Gerónimo de), religioso capuchino, sacerdote de la provincia de Milan del ilustre linaje de los Abogadros: en la misma flor de su juventud empezó á llevar fruto para el Señor, entrando en la religion de los PP. Menores de la Observancia. Vivió allí con gran perfeccion en todo género de virtud, hasta que oyendo en el convento de Plasencia la carta de Fr. Francisco de Canobio que escribió á Fr. José de Ferno, movido de celestial y divino espíritu, se pasó con Fr. José y otros tres religiosos de aquella familia á la órden de Capuchinos. Era ya cuando se pasó hombre de mucha edad y de costumbres verdaderamente admirables, y así no tuvo necesidad de más diligencia para hacerse un varon apostólico, que de perfeccionar la vida comun que habia en la Capucha, establecida con santas leyes, y bastantes como se observen con ánimo fervoroso, para constituir religioso perfecto al que las guardare. Ayunaba lo mismo que la comunidad, sin añadir singulares ayunos; pero comia con tanta moderacion, que no se levantaba jamás de la mesa harto ni satisfecho, cuidando siempre en esto y en lo demás de que en sus acciones no hubiese circunstancia que desdijese de la obligacion religiosa y seráfica. Su primer cuidado al sentarse á comer era apartar del pan y de lo demás que se le ponia delante lo mejor y á lo que más se inclinaba la naturaleza, y como si Cristo hubiera de venir á pedírselo, disfrazado en hábito de algun pobre, tenerlo guardado para él. De tal suerte amaba á la pobreza, que bien comiese en las casas de los seglares ó bien en el refectorio de los religiosos, siempre escogia las comidas más viles, así usando de los manjares comunes, su principal estudio se encaminaba, conforme al consejo del Apóstol, á tratar con descuido su carne, y á apartar de sí la atencion de la gula, y cuanto podia el sabor de los alimentos que pudiesen lisonjear el gusto. Para lo cual ántes de ir á comer, acostumbraba prevenirse con oracion, y continuarla miéntras estaba comiendo, para que el gusto material de lo que comia se desvaneciese con la dulzura de otro gusto mayor espiritual, y apenas se dejase sentir. El comer fuera del refectorio á las horas no acostumbradas, era á su parecer un grave delito, y así á los que veia tal vez comiendo fruta ó cualquier otra cosa, por leve que fuese, en tiempos no destinados en la Orden para comer, los reprendia ásperamente, diciéndoles que la comida que no viene santificada ó con la bendicion comun de la mesa, ó con la licencia del superior, viene derechamente por mano de Satanás. En cuanto á la pobreza, se proponia tambien una ley que no pasase á extremos ni singularidades, pero de tal manera se abstenia de lo supérfluo, que de más de lo que la regla permite no tenia cosa ninguna, y en el uso de lo muy necesario, se inclinaba más á quedarse sin llegar á la raya de la necesidad, que á exceder un solo punto de ella. La pobreza de espíritu era la que más procuraba, desnudándose de

todo apetito y afecto, sujetando la soberbia con profunda humildad, desprecio de sí mismo y negacion de la voluntad y juicio propio; la ira con la paciencia y la mansedumbre; la lengua con estrecho silencio; la libertad desenfrenada de los sentidos con el freno de la mortificacion; la carne con durísimas disciplinas; y en fin, cuantos vicios suelen manchar la pureza del ánimo con cuantas virtudes suelen ilustrarle y ennoblecerle. Con la práctica de estas virtudes habia ya adquirido un dominio tan universal sobre los sentidos, y los traia tan sujetos á la razon, que ni hablaba una palabra ociosa, ni consentia á la naturaleza el menor alivio. Consiguió tambien una tan maravillosa simplicidad, que no sospechaba cosa indigna de nadie; y en oyendo delitos ajenos, los lloraba como sucedidos generalmente y sin autor particular, no juzgando que lo era al que se los atribuian. Ultimamente subió á tal grado de integridad de vida, y á poseer una conciencia tan pura, que no hallaba en las confesiones de qué acusarse, sino de las ligeras imperfecciones de que apenas hay quien pueda librarse por la corrupcion de la naturaleza. Conservaba un estado tan feliz y perfecto, y le aumentaba más cada dia con el estudio perpétuo de la oracion, en que ponia la defensa de todos los males y la consecucion de todos los bienes, aplicándola no solo á las horas de la comunidad, sino cualquier parte ó momento de tiempo, así de dia como de noche, que le sobraba despues de cumplir con los ejercicios ordinarios de la religion, con los oficios domésticos de la caridad, ó con la ocupacion de los ministerios en que solia ocuparle la Orden, porque tuvo muchas veces cargo de guardian y de maestro de novicios; ni dejaba tampoco de orar en ninguna de estas ni otras ocupaciones; ántes, ó ya hablando con los demás, ya en la mesa, ya en sus negocios, ó ya en la administracion del oficio, por más que tuviese de grave ó embarazosa, siempre se hallaba con recogimiento para hacer oracion, y la hacia mirando al cielo continuamente, para que el rostro y el espíritu se conformasen, y quedándose muchas veces arrobado sin sentido ni movimiento. Padecia varios achaques que jamás le faltaban, pero en las oraciones no queria valerse del privilegio de los achacosos, orando siempre de rodillas, y el cuerpo derecho, sin arrimarse á pared ó á banco, en que decia que se le aumentaba la fuerza del ánimo para contemplar con más atencion. Asistia á las oraciones de la comunidad con tanta puntualidad y afecto, que cualquier rato que le ocupase en aquellas horas la obediencia ó la caridad, en acabándose la ocupacion, se le restituia á la oracion doblado, y solia hablar de su excelencia, encargándosela mucho á los religiosos, y en especial á los novicios cuando era su maestro. El principal tema de sus oraciones y el que más frecuentaba, era la pasion del Señor, cuya meditacion ordinariamente aumenta las fuerzas del espíritu, y le armaba contra los

vicios y contra los enemigos del alma. Ejercitábase en ella de dia y de noche, tan altamente y con tanta copia de lágrimas que era admirable su sentimiento y consuelo á la vez. La memoria de la pasion del Señor tan continua en que se ejercitaba su siervo, habia engendrado en su ánimo tal devocion al santo sacrificio de la Misa, en que se representa, aunque sin sangre, la misma pasion, y le trataba con tal reverencia, que como no se preparase por largo espacio de tiempo, y despues de una dilatada oracion, jamás se ponia á celebrar. La decia con tal religion y culto, y gozando una suavidad tan copiosa y divina de la contemplacion del amor de Dios, que se ofreció á morir por todos con tantas penas, que se derramaba desde él en las almas de los que asistian oyendo su misa. Era tan angélica la pureza con que celebraba y tan seráfico el amor y caridad que en aquella ocasion se encendia, que solia verse una llama resplandeciente que salia de su cabeza miéntras estaba en el altar; y en el convento de Cremona la vió muchas veces una señora de ilustre linaje, como ella misma lo afirmó en varias ocasiones. Ni se contentaba su devocion con decir misa todos los dias, sino que oia otras atentísimamente, no rezando salmos ni oraciones vocales, sino meditando la pasion del Señor, y la caridad con que amó á los hombres, en que se deleitaba con gusto tan indecible, que allí tenia su hambre y su hartura y alimentándose del cuerpo y sangre de Cristo sacramentado, no tanto los convertia en si, como alimento espiritual, cuanto él se convertia en ellos por el amor, que le vaciaba de su ser totalmente, y le trasformaba en ser divino. Despues de la Misa acudia al coro, siéndole tambien ejercicio de tanta delectacion, que se juzgaba, no en coro de religiosos, sino de los espíritus puros y angélicos, que repiten al Señor en los suyos perpétua alabanza. Allí se le miraba el rostro inundado de alegría, y levantado al cielo contínuamente, cantando en él con un mismo compás la alegría y la veneracion. No se apoyaba jamás en cosa ninguna, aunque la vejez y una enfermedad en las piernas, que le debilitaba, pudieran pretender algun privilegio, pagando siempre su deuda en pie. Y si tal vez por la enfermedad se hallaba sin fuerzas para ir al coro, pedia á otros que le llevasen, teniendo por la estancia mejor del convento y más agradable aquella en que los príncipes celestiales asisten á los religiosos cuando con sus voces alaban á Dios. Cantaba con tal advertencia, atendiendo al sentido de las palabras, que de cada una de ellas, como de flores, iba sacando divina y dulcísima miel para el ánimo, á fuer de abeja espiritual. Rezaba el oficio de nuestra Señora, con quien tenia especial devocion, tan atenta y distintamente, que buscaba los lugares más solitarios para rezarle con entera quietud. Amaba tambien las soledades por otra particular circunstancia; esto es, porque allí se miraba seguro de pláticas y conversaciones, que ordinariamente son

peligro y aun mancha para el espíritu, y á la lengua le faltaba ocasion en que ejercitarse, si bien era muy templado en cualquier lugar, y de tan riguroso silencio, que una sola palabra que hablase sin muchísima necesidad la tomaba por materia de reprension, y se acusaba de ella públicamente, sujetándose á la pena de las Constituciones. Era asímismo devotísimo de los santos, y principalmente de Sta. Catalina de Sena, á quien reverenciaba con afecto tan singular, que si le vencia el sueño en alguna ocasion, para quitársele y conservarse siempre despierto no reconocia remedio más eficaz que suscitarle plática de la Santa bendita. En testimonio de sus virtudes y perfecciones, que le adquirieron fama de santidad, quiso Dios que el cielo le contestase con divinas comprobaciones. Entre ellas fué en manifiesta calificacion de su pureza y virginidad, que las aves se llegaban á estar en su compañía, y jugaban con él domésticas y familiares; hecho que consta por papeles auténticos, sin otros muchos que sería prolijo referir. Del mérito y eficacia de sus ruegos hubo tambien comprobaciones celestiales. Nos limitaremos á referir una muy señalada, entre otras muchas, que sucedió el año de 1578. Estaba todo el término de Cremona tan destruido con la sequedad, por hacer mucho tiempo que no llovia, que los frutos se iban perdiendo. Fr. Tobías de Milan, señalado en virtudes, que era entónces guardian de Cremona, llamó á Fr. Gerónimo, cuya santidad no ignoraba, y le dijo: que viese cuán seca estaba la tierra y cuán sin provecho por la falta de agua, y cuántos peligros amenazaban á la religion con aquel suceso tan deplorable; que le suplicaba ayudase con sus oraciones y pidiese á Dios enviase agua del cielo con que se remediase la necesidad. Apénas el guardian lo acabó de decir, cuando Fr. Gerónimo empezó á obedecer, presentándose en la iglesia, donde hincándose de rodillas derramaba copiosas lágrimas, rogando á Dios por el pueblo. Era á la sazon la hora de medio dia, sin haber en toda la atmósfera la más pequeña nube, ni señal alguna que anunciase la lluvia; y en cuanto comenzó su ardiente oracion fueron tantas las nubes que cubrieron el horizonte y tan abundante el agua que despidieron, que la tierra, ya estéril y falta de jugo, se fertilizó y produjo más frutos que los que eran de costumbre. Finalmente, habiendo vivido treinta y ocho años en la religion, con admirable ejemplo de vida apostólica, y siendo para los demás un dechado perfecto de observancia regular, digno de imitarse, se fué al monasterio de Bresa, donde habia tomado el hábito de la Orden, y allí enfermó del mal de que vino á morir. Pocos instantes ántes de espirar dijo que queria acabar esta vida mortal con las alabanzas del Señor soberano; y efectivamente se puso á rezar las completas, que era lo único que aquel dia le faltaba de todas las horas, porque las demás, aunque agravado de mal tan fuerte, las habia rezado ya, despues de haberlas dicho hasta el fin con sen-

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

tido cabal y con gran devocion. Murió alabando el nombre divino, para comenzar á vivir con los celestiales contentos, y proseguir en ellos eternamente las alabanzas á su Criador. Le cogió la muerte á los setenta años de su edad, y á infinitos siglos de virtudes y méritos, con que dejó en la tierra nombre de santo, y en el cielo adquirió el premio que califica la verdad de su santidad. Ocurrió su dichoso tránsito el año de 1581.—A. L.

NOVARA (Fr. Nestor Dionisio), religioso Mínimo. Publicó: *Vocabulario latino;* Milan, 1483. Obra que ha tenido diferentes reimpresiones.—S. B.

NOVARA (Fr. Pacífico de), religioso de la órden de S. Francisco. Fué natural de esta ciudad de Cerdeña, y tambien fué apellidado por otros de *Ceredano*, ferventísimo predicador apostólico, y de especial gracia para instilar en el ánimo de los jóvenes y doncellas el amor al estado religioso, por cuyo medio muchos y muchas, desertando del partido de la vanidad, dieron el nombre en la milicia del cielo, vistiendo el hábito de varias religiones. Fué doctísimo en la teología moral, de que es buen testigo el libro que escribió en idioma latino de casos de conciencia, intitulado *Suma pacífica*, la cual tradujo en italiano el Rmo. P. Fr. Francisco de Tarvisio, carmelita de la antigua observancia. Imprimióse en Venecia, año de 1574, y despues se han repetido muchas impresiones. Murió lleno de dias y merecimientos, y á su entierro concurrió una gran multitud del pueblo, aclamando su santidad y solicitando sus reliquias, como remedio de todas necesidades. Consérvase incorrupto en el hospicio de la observancia de Ceredano, y el dia 6 de Junio, acaso porque en ese dia fué su traslacion á aquel sepulcro, concurren los pueblos circunvecinos todos los años en numerosas cuadrillas á visitarle y pedirle mercedes.—A. L.

NOVARASCHI DEL ANGEL CUSTODIO (V. H. Francisco). Nació en Albenga, en Génova, y vivió muchos años en Roma, donde fué compañero de S. José Calasanz en los últimos años de su vida, quien le miró con grande predilección y afecto. Cuando murió el santo patriarca se hallaba este siervo de Dios en la casa de S. Pantaleon, y estando la comunidad reunida por la noche en el oratorio al rededor del féretro en que se encontraba depositado el venerable cadáver, se acercó á él este religioso, cuya virtud y caridad era muy conocida de todos sus compañeros, hizo oracion por un largo rato al lado del cuerpo, y obtenida despues licencia del superior para hablar, se expresó de la manera siguiente: «Padres y hermanos mios, nuestro padre »está difunto como vemos, tambien está aquí con nosotros, y eficazmente »nos encomienda que seamos exactos en la observancia del instituto y de »nuestras reglas, y que estemos fuertes y no temamos ninguna adversidad; »y si no me creen á mí, me basta el ánimo para que aquí lo diga él mis»mo, como me dé licencia el padre superior.» Negósela éste, mas como es-

te hermano tenia tan buena fama por su grande religiosidad, se supuso y con razon, que provino su accion de superior inspiracion, y que sin duda la hubiera seguido algun hecho extraordinario, si no lo hubiese impedido el superior con su grande prudencia. Ejerció por muchos años en Roma el oficio de portero, y habiéndose quedado una noche á hacer oracion despues del exámen, lo que hacia todas por lo general, se le apareció S. José y le dijo con tiernas y cariñosas palabras que se preparase para morir, porque dentro de tres dias estaria con él en el cielo. No durmió en toda la noche de alegria, y terminada la oracion, se fué á la mañana siguiente en busca del superior, al que dijo estas palabras: «Padre, tome V. R. las llaves de la »portería, y sírvase de dar á otro mi empleo, porque yo debo morir dentro »de tres dias. Así me lo ha dicho nuestro padre fundador que se ha dignado »visitarme esta noche; y por eso le ruego me permita lugar para disponerme »á la muerte.» Creyó el superior su discurso efecto de su grande sencillez; pero como era tan corto el plazo que debia venir á manifestar la verdad de sus palabras, no quiso negarse á sus deseos y le quitó de la portería. Consagróse desde aquel momento el buen religioso al recogimiento y continua oracion, hizo confesion general y recibió los santos sacramentos hallándose ya enfermo, aunque tan ligeramente, que algunos supusieron que habia fallecido sin enfermedad. Murió con grande tranquilidad de espíritu al dia tercero como lo habia profetizado, en 17 de Febrero de 1672, á los setenta y ocho años de edad. —S. B.

NOVASI DE S. BERNARDO (V. P. Alejandro), sacerdote de las Escuelas Pias. Nació en Dian, diócesis de Alberga, en el estado de Génova. Desde sus más tiernos años hizo voto de castidad, consagrando su pureza á María Santísima, conservándola toda su vida no obstante las continuas tentaciones de que se vió acometido por gozar de grandes ventajas personales. Entró en el instituto en 1629, y se distinguió desde luego por sus virtudes que rayaron en la perfeccion. El amor que manifestó á la enseñanza de la juventud desvalida le hizo cumplir con todos los deberes de su regla, en que fué extremado durante su vida. Ordenado de sacerdote, se aumentaron en él las virtudes de que siempre habia hecho profesion, correspondiendo así á la nueva dignidad de que habia sido revestido. La sencillez de corazon solo podia compararse á su rectitud y temor de Dios. Desempeñó el cargo de superior en muchos colegios de Italia, y conocidas sus buenas cualidades y en particular su amor á la observancia regular por el santo fundador de su instituto, le envió á Alemania donde tuvo que luchar con grandes obstáculos en la época de la decadencia de su religion para conservarla y devolverla á su antiguo esplendor. Estuvo adornado de espíritu apostólico, y se dedicó con grande fruto á la conversion de los herejes: no fueron menores las dificulta-

des y trabajos que pasó en las invasiones que hicieron los suecos, húngaros y cosacos en Bohemia, Moravia y Polonia y en el establecimiento de las Escuelas Pias en Litomislia de Bohemia y Ressavia de Rusia. Hallándose en Litomislia durante una de las invasiones que hicieron los suecos en aquel país, huyeron los demás religiosos del colegio, temerosos del bárbaro furor de la soldadesca desenfrenada que lo llevaba todo á sangre y fuego. Pero el P. Novasi continuó en su puesto con otro compañero, exponiendo su vida y pasando grandes disgustos, los que refirió despues en una carta dirigida á la Excma. Señora Doña Febronia Herula, princesa de Pernstein, fundadora de aquel colegio, quien se habia retirado tambien á Praga á la aproximacion de los enemigos. La mencionada carta dice así: «En el dia 14 del »corriente entró el enemigo en esta ciudad, pasando á cuchillo y entregan»do al fuego cuanto encontró, sin distincion de sacro ó profano. Mi compa»ñero y yo estuvimos escondidos debajo de unas ramas, y casi enterrados »en la huerta; pasamos dos dias sin comer ni beber, y amparados del cielo, »escapamos con vida.» Esta carta mereció contestacion de la piadosa señora, la que transcribimos en muestra del afecto que merecia el P. Alejandro aun á las personas más encumbradas de aquel país. «El corazon me ha traspa»sado el trabajo y riesgo en que se hallaron VV. RR. como tambien la ruina »de esa ciudad; aunque igualmente me consoló saber que ninguno de mis »amados padres cayó en manos de los bárbaros suecos. VV. RR. tengan »buen ánimo, porque mi corazon y todo cuanto tengo está destinado para »las Escuelas Pias.» Libre de todos estos peligros, no por eso tuvo que dejar de atravesar por otros crueles quizá para él, aunque de bien distinto género: reservóle sin duda Dios en aquellos para que sirviese de firme columna á su religion en aquellos países, en particular en el tiempo en que corria deshecha tormenta y cuando todos la abandonaban, creyendo por su debilidad que no podria resistir á los golpes que sobre ella descargaba el destino. Tuvo sin embargo la fortuna de verle salir triunfante de todas estas dificultades, pues cuando falleció se hallaba ya en el instituto elevado á la clase de congregaciones de votos simples. Lleno de méritos y virtudes, pasó finalmente á mejor vida en 16 de Abril de 1657, á los cincuenta años de edad. — S. B.

NOVARIA (Fr. Gerónimo), capuchino. Era italiano, sin que conste su pueblo natal ni su apellido, aunque algunos bibliógrafos dicen, no con entera seguridad, que su familia se nombraba Nisia. Tomó el hábito de los menores Capuchinos en la ciudad de Novara, de donde le quedó el sobrenombre religioso, é hizo sus estudios en Milan. Distinguióse por su piedad y por su mística elocuencia, entregándose tan asiduamente á la oracion que muchas veces se quedaba extasiado en la contemplacion de los divinos mis-

terios, notándose más su devoto fervor en la dominica de pasion y durante la semana santa. Profesó tambien sumo afecto á la Purísima Vírgen María, á quien dedicaba sus venerantes obsequios, por lo cual mereció que esta divina Señora le honrase con celestiales favores. Escribió unas meditaciones sobre la pasion de nuestro Señor Jesucristo, que fueron impresas en Brescia en el año 1579, y otras sobre la Oracion dominical, dadas á luz en 1582.—M. B.

NOVARIENSE (Fr. Francisco), minorita. Fué italiano, sin que conste la época de su nacimiento ni el apellido de su familia; pues el sobrenombre con que se le conoce le tomó por la ciudad de Novara, en la que recibió el hábito de la órden de S. Francisco. Fué varon de tanta virtud como instruccion y muy versado en los derechos civil y canónico. Floreció por el año 1460, y produjo un libro titulado *Suma de los casos de conciencia*. — M. B.

NOVARIN ó NOVARINI (Luis), religioso teatino de Verona, falleció en su patria el 14 de Enero de 1750 á la edad de cincuenta y seis años, despues de haber desempeñado varios cargos importantes en su Orden. Conocia á fondo el hebreo y las demás lenguas orientales, y supo captarse la amistad de los príncipes y sabios de su época. Aunque compiló muchísimas obras, por desgracia no ha habido el mejor discernimiento en la eleccion de las que se han dado á la prensa. Las principales son: 1.ª *Comentarios sobre los cuatro Evangelios y sobre los hechos de los Apóstoles*, cuatro tomos en fólio.—2.ª *Eleta Sacra*, seis tomos en fólio. —3.ª *Adagia Sanctorum Patrum*, etc., dos tomos en fólio. —4.ª *Calamita de cuori*; Verona, 1647, en 16.° Con este título ha tenido el autor la ocurrencia de escribir la vida de Jesucristo en el seno de la Virgen Santísima. —5.ª *Paradiso di Betlemme*; Verona, 1646. Estas dos últimas obras son muy buscadas por su originalidad. —S. B.

NOVATI (Juan Bautista). Este sacerdote fué general de la Orden de clérigos regulares menores, ministros de los enfermos, llamados tambien Agonizantes porque auxiliaban á los moribundos, cuyo fundador fué el venerable Camilo de Lelis, que logró ver confirmado su instituto por el papa Sixto V en breve de 8 de Marzo de 1586: el P. Novati publicó muchas obras en que se acredita su acendrada piedad y su exquisita caridad, como puede verse en los Anales religiosos de esta Orden por Cosme de Lenzo. —C.

NOVATO (S.), presbítero. Nació en Roma y perteneció á una familia de santos. Su padre, el senador romano Pudente, fué coronado con la aureola de los santos, lo mismo que las hermanas de Novato, Santas Credenciana y Práxedes. Fiel á la fe y á los preceptos del Evangelio, vivió esta familia en Roma, siendo el natural y hospitalario asilo de los cristianos perseguidos. Nada sabemos de las particularidades de la vida y muerte de este Santo, sino lo que hallamos en una carta del presbítero romano Pastor que dice así:

«Despues de la muerte de su hermano habitaba Sta. Práxedes en la casa del »mismo título, viviendo muy afligida por la muerte de su querida Puden- »ciana. Fueron á visitarla, para consolar su tristeza, muchos ciudadanos »principales, y entre ellos el mismo papa S. Pio, y entónces fué cuando con »este mismo motivo S. Novato, su hermano, la consoló y dió muchas »limosnas á los pobres en honor y gloria de la santa vírgen Práxedes. Des- »pues de un año y veinte dias que Novato hacia todos los dias la misma ope- »racion, cesó de repente de ir á visitar á su hermana por hallarse este en »cama de una grave enfermedad. Esta noticia afligió á todos, y particular- »mente á Sta. Práxedes, la cual propuso al pontífice Pio pasára á visitar á »su hermano y reclamar la misericordia del Señor por medio de oraciones. »Por espacio de ocho dias fueron á visitar al Santo su hermana y todos los »de su casa, y en el trece entregó su espíritu al Señor, asistido Novato de »Práxedes y del papa S. Pio.» El Martirologio Romano dice que la casa de estos Santos fué consagrada en iglesia con el título de *Pastor*. Se ignora el año en que falleció, pero los Bolandistas suponen que fué en 151. La Iglesia honra su memoria en 21 de Junio. —M.

NOVATO, monje que se cree vivia en el siglo IV, y de quien nos queda una exhortacion á los monjes, que se halla en la Biblioteca de los Stos. Padres, corregida por un manuscrito de S. Victor de París. Su título es: *Sentencia ú homilía de nuestro Sto. P. Novato católico á sus hermanos sobre la humildad y la obediencia*; lo que hace suponer que Novato era abad. Los monjes á quienes habla llevaban hábitos de color oscuro. Eran todos iguales, pero estaban sometidos á un abad, que era el padre de la comunidad. Novato los exhorta á no contentarse con esta igualdad. Quiere que cada uno se crea inferior á todos los demás, lo que no puede hacer más que por medio de la humildad, orígen de las demás virtudes. Es preciso marchar por la via de la salvacion con sencillez y humildad delante de Dios y no delante de los hombres. El que quiera parecer humilde á los ojos del mundo es un hipócrita. Las demás virtudes que procura inculcar á estos monjes son la obediencia y la caridad entre sí; esta última cierra la puerta á los escándalos que pueden ocasionar el alimento, el vestido, las buenas obras, las vigilias y los empleos de la casa. Se debe sobre todo trabajar en establecer una paz duradera entre el alma y los mandamientos de Dios, pues solo por este medio se puede triunfar de la concupiscencia y de la carne. El pecador es un enfermo, y el hábito del pecado una enfermedad, que el que es atacado de ella no puede sobrellevar más que uniéndose contra ella con el médico. Este médico es Jesucristo, que con mucha dificultad procurará la curacion si el enfermo se une con la enfermedad contra él. En este sentido es en el que Novato entiende lo que se dice en S. Mateo: *Poneos de acuerdo con*

vuestro adversario cuando estais en camino con él; este adversario, dice, son los preceptos del Señor, porque se oponen á nuestros hábitos y á nuestros pecados. En cuanto está uno de acuerdo con ellos, la enfermedad sucumbe, y el yugo del Señor se hace ligero. Un religioso no debe tener otro cuidado que el de cumplir la voluntad de su abad. El estado que abraza no le permite cuidarse de sus necesidades, pues hay otros encargados de proveerlas. La verdadera humildad de un monje consiste en recibir todo lo que le ha dado su abad como si viniese de la mano del mismo Dios. Si el abad favorece en la apariencia á otro más que á él, si le pone á comer en una mesa diferente, debe mirar la voluntad de su superior como si fuèra la de Dios, sin cuidarse si le llegará ó no su vez. El que no recibe lo que pide, debe persuadirse, ó que no lo hay en el monasterio, ó que se ha creido que no se le debia dar. Como el abad no puede ni verlo ni oirlo todo, y se halla algunas veces obligado á salir fuera; es preciso que cada monje sea el abad de su hermano, es decir, que se tiendan la mano unos á otros cuando caigan en alguna falta, que se corrijan y que se reprendan mútuamente. Deben sobre todo distinguirse por la humildad, la obediencia y la caridad, pues aunque el ayuno y las maceraciones son de un gran socorro para domar las pasiones, nada es más peligroso para los monjes, que creen hacerse superiores á los demás con sus ejercicios. Tal es en resúmen el libro del monje Novato, de que nos hemos ocupado en este artículo. — S. B.

NOVATO, obispo de Stefa, á quien se halla dirigida la carta 84 de San Agustin. Su objeto es que el Santo tenia en su diócesis un diácono llamado Lucilo, á quien estimaba mucho á causa de los grandes servicios que prestaba á la Iglesia y por la facilidad con que hablaba la lengua púnica. Novato, hermano de Lucilo, queria tenerle á su lado para servirse de él en las necesidades de su diócesis, que se cree era la de Stefa, capital de una de las Mauritanias. Para obligar S. Agustin á Novato á dejarle á Lucilo, le hace presente que la dispensacion de los tesoros del Evangelio se hallaba muy atrasada en la diócesis de Hipona por la falta que habia de obreros que supiesen el púnico; miéntras el uso de esta lengua era familiar en la diócesis de Novato. Le insta manifestándole tambien el sacrificio que habia hecho de uno de sus clérigos para el servicio de otra iglesia, y le dice por último: «¿Creeis que sería desear la salud de los fieles privarnos de un hombre que posee un talento de que tenemos tanta necesidad y que tan dificilmente encontramos? El Señor en quien habeis puesto todo el afecto de vuestro corazon, dará á vuestros trabajos una bendicion que os recompensará del bien que nos hagais.» — S. B.

NOVELL (Guillermo de), canónigo y arcediano de Liminiana, en Urgel. Testamentario del cardenal de Tolosa Pedro, muerto ántes del año 1417, dió

á dicha iglesia 5150 sueldos para construir una cabeza de plata, con las armas de dicho cardenal, donde colocar la de Sta. Lefana, regalo del mismo cardenal. Menciona este hecho el erudito Villanueva en su *Viaje literario á las iglesias de España*. — O. y O.

NOVELARA (Fr. Victorio de), religioso capuchino de la provincia de Normandía, dió á la prensa las obras siguientes: *Quotidianum punctum ortus solis*; Parma, Imprenta ducal, 1718, un tomo en fólio. — *Apologia temporis*; Plasencia, por Bazachio, 1718. —S. B.

NOVELLA (D. Francisco). Nació en Castellfavi en el obispado de Segorbe, y graduóse de licenciado en teología. Cultivó con elogio la poesía, y fué muy versado en idiomas. Despues de haber enseñado cuarenta años retórica, falleció por los años 1645, llorado de cuantos frecuentaron su escuela. Entre las muchas poesías y epitafios que dedicaron á su memoria transcribiremos el siguiente:

Jam resupinus humum defuncto vertice pulse,
Qui tulit Aonidum per juga aprica gradus.
Jam silet (ó nunquam) pressoque obmuluit ore,
Qui dabat Ambrosios pulchra per ora, senos.
Jam prius æthereo fluitur super astra theatro,
Qui coluit celebri laude theatra, soli.
Rumpite luctificos mœsto de pectore quœstus
Gimnasii lacrimas angulus omnis agat.
Vix capitur quantæ fuerit mors causa ruinæ,
Temporis hæc lapsu fiet aperta nimis.

Escribió Novella las obras siguientes: 1.ª *Relacion de las fiestas que la muy noble y coronada ciudad de Valencia ha hecho á la beatificacion del Santo Fr. Luis Beltran, de la órden de Predicadores*; Valencia, 1608, en 8.° 2.ª *Breves rethoricæ institutiones, cum quodam panegirico gratulatorio in laudem cujusdam rectoris Universitatis Valentinæ*, Valencia, 1621 y 1641, en 8.° — 3.ª *Oratio in laudem Divi Lucæ*. — 4.ª *Fiestas de nuestra Señora de la Sapiencia en la universidad de Valencia, con un certámen poético del que fué secretario*. — 5.ª *Adiciones al vocabulario de Bartolomé Bravo*. Se cree que estas dos últimas obras no han sido impresas. — M.

NOVELLA (P. Mtro. Fr. Manuel), natural de Teruel. Este religioso de la órden de la Mérced fué maestro de la provincia mercenaria de Valencia, secretario de la misma provincia y general de su Orden, en ocasion de ser maestro general y provincial de la misma el sabio y piadosísimo arzobispo de Tarragona, Fr. José Sanchiz, cuyo prelado falleció el 26 de Marzo de 1694.

El Mtro. Novella fué de la noble familia de D. Gaspar Vicente Novella, arzobispo de Caller y virey y capitan general de Cerdeña en 1585. El P. Novella publicó en 1672 una obra titulada : *Ramillete de sermones y oraciones*, predicados aquellos y escritas estas por aquel prelado, su pariente; edicion que mereció la elogiasen el cronista Rodriguez, en la *Biblioteca Valentina*, y el Dr. Gimenez en sus *Escritores valencianos*. —C.

NOVELLA Y DOMINGUEZ (D. Vicente de). Nació en Calatayud el 14 de Diciembre de 1746. Haciendo sus estudios en la universidad de Zaragoza, recibió en ella el grado de bachiller en jurisprudencia civil, y la canónica en la de Huesca, en la que se doctoró. En 1767 obtuvo por oposicion una beca en el colegio de S. Vicente Mártir de esta última ciudad, en el cual llegó á ser rector y de su universidad. Fué uno de los que compusieron la Junta del nuevo método de estudios en 1771. En 1775 fué nombrado por el Rey canónigo de la colegiata de Daroca, y catedrático de sexto, decretos y de vísperas de cánones de la universidad de Huesca, de la que fué despues canónigo doctoral, y obtuvo tambien los cargos de juez sinodal de la Santa Cruzada, Subsidio y Excusado. El 10 de Setiembre de 1800 fué electo canónigo de la metropolitana de Zaragoza. Amigo de la conservacion de los monumentos antiguos, y con especialidad de los piadosos, renovó en 1791 el pozo donde estuvieron los cuerpos de los santos mártires Nunilo y Alodia, en Huesca. Latassa, en su *Biblioteca Aragonesa*, da noticia de las preciosas obras que dejó manuscritas. —C.

NOVELLI (Arnaldo), cardenal, y descendiente de una de las familias más nobles y ricas de Guyena. En edad tierna vistió el hábito de monje del Cister, y más adelante fué elegido abad de Fuentefria, en la diócesis de Narbona. Amigo íntimo del papa Clemente V, debió á su particular afecto el empleo de vicecanciller de la Iglesia, y en 19 de Diciembre de 1308 fué creado cardenal. Su Santidad utilizó más adelante su celo y sus conocimientos, nombrándole legado en Inglaterra, colmándole de distinciones á que le hacian acreedor sus virtudes y la nobleza de su carácter. Este príncipe purpurado falleció en Aviñon en 1327. —M.

NOVELLON, obispo de Soissons, hijo de Gerardo, señor de Cherisi y de Muret, y muy célebre en el siglo XII por su virtud y elocuencia. Fué promovido á la silla de Soissons en 1175 ó 1176, y se cruzó para hacer la guerra santa, hallándose con el ejército frances en la toma de Constantinopla en 1203, en cuya ocasion fué nombrado para elegir emperador. Preconizado al año siguiente, 1204, arzobispo de Tesalónica, el papa Inocencio III le permitió continuar en posesion del obispado de Soissons hasta que los franceses conquistasen todo el imperio. Despues pasó á Francia en busca de socorros, y regaló á la abadía de nuestra señora de Soissons muchas y apre-

ciables reliquias, cuya historia se conserva en los archivos de la catedral de aquella ciudad. De regreso en Constantinopla, en 1207, condujo á aquella ciudad socorros considerables, como lo refiere el continuador de Sigeberto. Habiendo sido enviado poco despues en comision á Roma, murió en París, donde sus restos fueron sepultados en la iglesia de S. Nicolás.—S. B.

NOVELO, obispo de Cyzico, condenado en el conciliábulo de Cartago con Ceciliano, sin haber sido oidos ni darles lugar á defenderse. Su sentencia, en cuanto á Ceciliano, se fundó en tres cosas, á saber: que no habia querido presentarse á su concilio; que habia sido ordenado por traidores, y que siendo diácono habia impedido que se llevase la comida á los mártires que se hallaban presos, de manera que habian muerto de hambre. A Novelo de Cyzico le condenaron como á traidor, por pertenecer á la comunion de Ceciliano. Despues de este juicio, que S. Agustin califica de sentencia de una precipitacion imperdonable y de una horrible temeridad, dictada por el furor que animaba á los cismáticos, procedieron á la eleccion de otro obispo de Cartago en lugar de Ceciliano, y ordenaron á uno llamado Mayorino, criado de Lucila, que habia sido lector cuando Ceciliano no era más que diácono.—S. B.

NOVELO ó NONELO. Vivia y florecia en el año de 579, en que se hallaba de obispo en Compluto, al tiempo de la persecucion de Leovigildo. El nombre y dignidad de Novelo se halla perpetuado en el Biclarense, que al hablar del año XI de Leovigildo, que concurrió con el 579 de Cristo, dice: *Novellus, Complutensis episcopus, floret.* Esta es una ilustre recomendacion de los méritos de Novelo, por hallarse elogiado de un coetáneo tan insigne, que solo hizo mencion de lo que más sobresalia en aquel siglo. Pero la desgracia es que no ha quedado vestigio de las cosas individuales, pudiéndose inferir únicamente que este venerable prelado sobresalia en fama de virtud y letras; por lo que mereció que el Biclarense le elogiase. Tambien es consiguiente que se esmeraria en combatir á los herejes arrianos, que entónces dominaban en España, y por tanto seria uno de los motivos del citado elogio el celo de la fe, y lo que padeceria en su defensa como buen pastor para bien del rebaño; pues el Rey se esmeraba en perseguir á los obispos que más sobresalian en la fe católica. Tuvo Compluto la fortuna de mantenerse sin mezcla de ministro arriano, pues aun despues de los dias de Novelo no hay vestigio de ningun hereje intruso, segun vemos por el catálogo de los arrianos convertidos, ninguno de los cuales perteneció á esta iglesia; y por tanto se mantuvo siempre en pureza de fe. La duracion del pontificado de Novelo fué bastante notable; porque el ponerle el Biclarense floreciente en la sede Complutense por el año de 579, permite y aun obliga á que le reconozcamos consagrado en esta iglesia algunos años ántes, por ejemplo, en el 577. Per-

severó en la silla hasta el año de 589, en que se tuvo el concilio tercero de Toledo, y entónces vacaba aquella cátedra, segun muestra el que ni por vicario concurrió aquella iglesia; y por tanto habria fallecido Novelo poco ántes, habiendo presidido allí por espacio de unos doce años, segun podemos inferir en fuerza de los fundamentos alegados, deduciéndose por ellos que si tuvo la pena de ver tan funesta persecucion como la de Leovigildo, tambien logró el consuelo de la conversion de los godos y paz de Recaredo, acontecida más de dos años ántes del concilio tercero.—O. y O.

NOVI (Fr. Ambrosio), religioso capuchino de la provincia de Génova. Publicó la obra siguiente: *Parochus instructus ad concionandum;* Génova, Franchelo, 1719.—S. B.

NOVI (P. Fr. Querubin de), religioso capuchino, célebre en su Orden por los elevados empleos que desempeñó en ella y fuera de ella. Fué definidor general de su religion y procurador de las misiones de Oriente por nombramiento del soberano pontífice Benedicto XIII, quien le eligió tambien para las sagradas congregaciones de *Indulgencias* y del *Indice*. Ejerció, por último, el cargo de teólogo consultor en la curia romana del Sermo. rey de Polonia Estanislao.—S. B.

NOVIDIO, obispo de Astorga en el reinado de D. Ramiro I. En el Tumbo negro de Astorga, fólio 3, número 6, (que es una cédula real de D. Ramiro III) refiere sucesos muy notables de los reinados precedentes desde Don Ramiro I, y en ella expresa al obispo Novidio. Hay una escritura que dice: que en tiempo de D. Ramiro el I se juntó, en presencia del mismo Rey, un concilio de obispos, de religiosos y de hombres bien nacidos, los cuales resolvieron y alabaron que fuesen restituidas á la sede de Astorga y á su obispo D. Novidio todas las iglesias que en lo antiguo pertenecieron á su diócesi, las cuales por la irrupcion de los bárbaros y por otras sedes vecinas fueron destruidas ó enajenadas. Esto no solo fué otorgado solemnemente por el rey D. Ramiro I y prelados de su tiempo, sino que lo confirmó su hijo D. Ordoño, como añade la escritura, asegurándonos con ello que habla del tiempo de D. Ramiro I (quien solo fué padre de D. Ordoño I), pues el segundo no tuvo por padre á D. Ramiro sino á D. Alfonso III. Consta, pues, con certeza por testimonio de esta cédula real que Novidio gobernó la sede Asturicense reinando D. Ramiro I, que empezó en el 842. Entónces, considerando los antiguos límites de su diócesis, y hallándola sin posesion de lo que la pertenecia, reclamó como buen ministro por sus bienes, proponiendo ante el Rey, prelados y señores de la corte el derecho de su iglesia sobre las comarcanas de Braganza, por donde corre el rio Tuella, hasta entrar en el Duero contra Zamora, por el Oriente y dentro de Aliste, Sanabria, Tibres, Caldelas, Caurelle, Quiroga y Valdeorres; todas las cuales justificó

ser propias de su diócesis por derecho antiguo; y el Rey, con los prelados, religiosos y señores decretaron y alabaron que la sede Asturicense fuese reintegrada en aquellas jurisdicciones, que hasta hoy perseveran con sus nombres en la diócesis de Astorga, á excepcion de Braganza, desmembrada por la diferencia de coronas. Todo esto debe aquella Iglesia al celo y solicitud del obispo Novidio, que en el reinado de D. Ramiro I vindicó su derecho, recobrando lo que las guerras y otros prelados comarcanos la habian usurpado. — O. y O.

NOVIS (José de), capuchino. Era italiano, aunque no consta en las memorias que de él nos quedan el punto de su nacimiento y las demás circunstancias de su vida. Se sabe, sí, que pertenecia á la provincia de Génova y que fué guardian en varios conventos de la Orden. Vivió á fines del siglo XVII y escribió dos importantes obras, que dió á luz en idioma italiano. Titúlase la una: *Método para hacer el exámen de conciencia*, la cual se imprimió en Génova en el año 1686. La otra, titulada *Instruccion de los nuevos confesores*, permaneció inédita mucho tiempo y la publicó, traducida en idioma latino, Juan Gaspar Morgenteimense, de su mismo instituto, añadida con algunos tratados de escrúpulos, indulgencias y proposiciones condenadas. — M. B.

NOVOA (Fr. Gabriel), franciscano. Fué natural de Galicia y probablemente de la ciudad de Santiago de Compostela, en la cual residia en el convento de S. Francisco de la regular observancia. Hizo sus estudios en la ciudad de Salamanca, recibiendo en su célebre universidad el grado de doctor en teología. Manifestó mucho talento y disposicion para el púlpito, y escribió, pronunció y dió á luz las siguientes obras. *Sacro epicedio, panegírico en las exequias de la V. M. Manuela de la Trinidad, que falleció con distinguida y ejemplar nota en el convento de las Descalzas de la ciudad de Salamanca*, impreso en dicha ciudad en 1696. — *Oracion fúnebre, pronunciada en las exequias del doctor Diego de Sierra, catedrático de la Universidad*; 1701. — *Oracion fúnebre en las exequias de Cárlos II, rey católico de España*; 1702. — *La misma oracion exornada con inscripciones, geroglíficos y versos.* — *Oracion dirigida á la Congregacion Laurinense, llamada vulgarmente del Confalon*, año 1702. — *Palestra Mariana apologética en favor de la venerable madre María de Agreda*; 1699. — *Apología de los regulares*, obra interesante dada á luz en 1702. Ignóranse las demás particularidades de su vida. — M. B.

NOVO Castro (Fr. Andrés), minorita. Era francés y pertenecia á uno de los conventos de la orden de S. Francisco en la Lotaringia. Fué, como dicen los historiadores de la Orden, varon de gran mérito, sabio, docto y sutil teólogo. Vivió en el siglo XVII y escribió y dió á luz las obras siguientes. *Commentarium in primum librum Sententiarum*; un tomo en fól., impreso en

París, año 1546. — *Commentarios in quatuor libros Sententiarum*, impreso sin fecha, lugar ni nombre del tipógrafo. — *Tractatus Immaculatæ Conceptionis Virginis*. Se ignoran las demás particularidades de su vida. — M. B.

NOVO-CASTRO (Fr. Hugo), franciscano. Era inglés, aunque no consta en qué ciudad de aquel reino habia visto la luz. Obtuvo el grado de doctor en sagrada teología, y fué discípulo del famoso Juan Dunsio Scoto, cuyas huellas siguió, defendiendo infinitas veces las opiniones de su maestro. Por su sabiduría y elocuencia fué apellidado en su tiempo *el Doctor escolástico*, y asistió á muchos capítulos de la Orden, y especialmente al celebrado en Perusa, donde se discutió la célebre cuestion de la pobreza de Cristo y de los Apóstoles. Murió en París por el año 1322, y fué sepultado en la iglesia del convento de Franciscanos de la mencionada ciudad. Escribió las obras siguientes: *Super magistrum Sententiarum quatuor libros.* — *De finale judicio.* — *De victoria Christi contra ante-Christum.* — *Collatio de mystherio Immaculatæ Conceptionis Virginis Mariæ.* — M. B.

NOVO-CASTRO (Jacinto de), franciscano. Fué natural de Normandía y desempeñó el cargo de catedrático de sagrada teología en varios conventos de su Orden, siendo tambien elocuente predicador y confesor de las religiosas del real monasterio de Santa Isabel de París. Floreció á mediados del siglo XVII. Escribió y publicó en idioma francés dos obras místicas, tituladas: *Salmodía interior ó meditaciones sobre las divinas perfecciones y excelencias de la vida gloriosa de nuestro Señor Jesucristo sobre todos los estados de la vida mortal.* — *Liturgia interior ó Meditaciones sobre las excelencias de ambos sacrificios ó sea el de la cruz y el del altar.* Estas dos obras fueron publicadas en el año 1644. — M. B.

NOVOCOMO (Fr. Juan de), religioso capuchino, sacerdote y predicador tan insigne, que fué extraordinariamente notable en aquella órden religiosa. Era natural de Novocomo, ciudad del estado de Milan junto al lago Lario. Entre las muchas virtudes que le adornaban, sobresalia la de la castidad, reputada por la más difícil de todas, y la cual dejó bien demostrada, pues que siendo de edad de diez y seis años y de noble familia, se desposó con una doncella no ménos noble, la cual abandonó el mismo dia de la boda sin llegar á ella, á imitacion de S. Alejo, marchándose en seguida al convento de Capuchinos á contraer matrimonio más puro con la religion, donde el provincial, que sin duda por disposicion divina se hallaba entónces en aquel convento, le concedió en el acto el hábito, fuera de la costumbre y estilo comun, que no admite semejantes aceleraciones. Llegando al padre la nueva, acudió al punto al monasterio, acompañado de muchos parientes, y lleno de dolor y aun de enojo é iras, procuró reducir á Fr. Juan, primero con palabras suaves y blandas, y despues con amenazas á fin que desam-

parase su vocacion y se volviese con su esposa. Mas él se resistió con tal valentía que al fin hizo desistir á su padre cansado de porfiar, y perseverando en la Orden, procuró que la virginidad que habia traido intacta á la religion, se viese acompañada de nuevas virtudes. Conociendo que para conservarla eran importantes y aun necesarias austeridades y penitencias, comenzó á afligir su cuerpo de tal modo con trabajos, con vigilias, con disciplinas, con ayunos y asperezas de todos géneros, y á cuidar tanto de la mortificacion de los sentidos, é inocencia del ánimo, que alcanzó de la inmensa bondad de Dios, pagador siempre liberalísimo de cualquier cosa que se hace en su servicio, el no abrigar jamás pensamientos deshonestos. A estas virtudes tan heróicas se juntaban en él la humildad, la obediencia, la mansedumbre, la caridad, la oracion y cuantas perfecciones constituyen un varon apostólico. Por ser conocidas en la religion, y hallarle medianamente instruido en los estudios de letras humanas, le enviaron á Roma á que aprendiese artes y teología, y de allí por mandado del general se volvió á la provincia de Etruria, donde residió hasta el dia de su muerte. Predicaba con tan evangélico espíritu, y con tan admirable fervor, que no habia entre sus oyentes quien no llorase, y á él tambien le sobrevenia tal llanto sin poder contenerle, que hubo de abstenerse de la predicacion. Su caridad con los pobres era tan entrañable, que cuando hacia oficio de guardian, no permitia que ninguno de los menesterosos que llegaban á la puerta á pedir limosna se fuese sin ella, y si faltaba pan para socorrerles, ordenaba que se les diese de la fruta ó legumbres que ordinariamente solia haber. Vivia en su ánimo una compasion tan verdadera de los afligidos, que se vestia de sus propios afectos, y como si fueran parientes suyos, y sobre parientes amigos íntimos, compadecia con sentimientos vivos del corazon sus miserias y calamidades. Era varon de suma piedad, afable con todos y de todos amado. Tenia tal aficion á los niños, por la pureza interior y exterior, en que convenian con él, que en viéndolos tenia la mayor complacencia en hablarlos, y le deleitaban notablemente con su conversacion y simplicidad. Sus ejercicios más gustosos y familiares eran la oracion y la asistencia en el coro con los demás religiosos, repartiendo tan oportunamente estas ocupaciones, que la una sucedia á la otra sin intermision. De donde nació que siendo una vez guardian del convento de Pisa, miéntras cantaba maitines la comunidad, en que él por mostrarse más humilde servia de acólito, una imágen de Cristo crucificado, que estaba sobre el atril, desclavó invisiblemente un brazo de la cruz, y le extendió para abrazarle, permaneciendo en concederle tan alto favor, y gozando el bendito religioso de abrazo tan celestial, todo el tiempo que duro el cantar los maitines; de que recibió un gozo tan inefable, y le ocupó de tal manera la atencion del espí-

ritu, que desde entónces no pudo articular la menor palabra. Así se lo refirió él mismo á su compañero acólito, á quien sintió admirado de lo que le habia visto callar, mandándole que no lo revelase á ninguna otra persona. Adornado, en fin, de virtudes tan excelentes, con que dió ilustre ejemplo á los religiosos, vivió hasta los sesenta y cinco años, y llamandole Dios á su reino para que recibiese el laurel debido á su virginidad, y el galardon de lo trabajado en su viña, dejó en Arecio la carga mortal del cuerpo, y subió ligero y desembarazado á que el alma consiguiese la dicha que le habia de durar perpétuamente. Fué su feliz y dichosa muerte el año 1585. —A. L.

NOYA (Miguel de), ilustrado vicario de la diócesis de Lérida, mencionado en las memorias de su época. Gobernó con el mismo acierto que el cardenal de Santa Sabina Francisco de Loris, y por muerte del obispo D. Pedro de Cardona. —O. y O.

NOYERS (Hugo de), obispo de Auxerre en 1183. Era hijo de Miles, señor de Noyers, y sostuvo grandes cuestiones con Pedro de Courtenai, conde de Auxerre, quien procuró denigrarle con todo género de calumnias, viéndose el Obispo obligado á excomulgarle, lo mismo que á todos sus dependientes y criados, privándoles de sepultura eclesiástica. El conde, para vengarse de una pena que tenia merecida, arrojó á todos los eclesiásticos de la iglesia catedral, y enterró el cuerpo de un niño en una de las salas del palacio episcopal. Duró esta excomunion por un largo período, y no se levantó hasta que dió satisfaccion el conde de Auxerre, viéndose obligado á desenterrar el cuerpo del niño y llevarle descalzo y con una túnica á enterrar al cementerio, lo que ejecutó á presencia de todo el pueblo. Estos usos sagrados en aquella época que llamamos bárbara, y que tan extraños nos parecen en la actualidad, tenian la saludable influencia de castigar y contener la violencia de los hombres malvados y poderosos, que tanto abusaban de la fuerza que tenian en sus manos. Hugo falleció en Roma en 1206, y asistieron á su entierro el Papa y gran número de cardenales. —S. B.

NUADATO (S). En Irlanda floreció por los años de 810 el glorioso San Nuadato, el cual fué distinguido en ciencia y santidad. No se sabe nada de los pormenores de su nacimiento é infancia, solo que fué muy ejercitado en toda clase de virtudes aun ántes de tomar la cogulla de S. Benito, en cuya Orden las aprendió y ejerció en grado heróico. Desde luego se distinguió por una muy profunda humildad y por una obediencia ciega á cuanto acerca de él disponian no solo sus prelados sino cualquiera que queria ocuparle, pues él con el mayor placer se dedicaba al servicio de todos. Dios por su parte premiaba con extraordinarios favores los esfuerzos que hacia por agradarle, pues se le vió muchísimas veces en la oracion extasiado al contemplar los misterios de la vida de Cristo, al penetrar los arcanos de la

inefable Providencia; y de las luces que el Señor le comunicaba en este santo ejercicio eran legítima consecuencia los admirables frutos que producia su predicacion, pues de todas partes concurrian á oirle, porque explicaba con la mayor sencillez las cosas más difíciles, y tenia un don especialísimo para mover á cuantos le escuchaban á la práctica del bien, apartándoles con toda benignidad y dulzura de cualquier mal en que por su fragilidad pudieran estar incursos. Como brillaban tanto en él las dotes que constituyen un buen superior, su sagrada religion quiso utilizarlas nombrándole primero abad del monasterio que tenian en Armacan y despues obispo de la diócesis, en cuyos cargos se portó con tal tino, prudencia y caridad, que logró corregir cuantos abusos habia introducidos, y poner tanto la casa como el obispado bajo el pie de una exactísima sujecion á lo prescrito por los cánones y á lo sancionado por los soberanos pontífices, ya en órden á las obligaciones y ministerios con que debia cumplir el cabildo, ya tambien en la conservacion de los derechos que á este pertenecian y que la incuria ó malicia de algunos habia hecho perder, resultando de aquí un perjuicio á la corporacion que reparó en cuanto estuvo de su parte, disponiendo las cosas de tal suerte, que aun aquellos para quienes sus resoluciones tenian algo de gravoso, las llevaban á cabo con el mayor gusto, teniendo la más viva complacencia en hacer en todo y por todo cuanto el prelado dispusiese. Como en su diócesis producia tan buen resultado su gobierno, quiso el Romano Pontífice que pasase por algun tiempo á la provincia eclesiástica de Connacia, en la cual se habian introducido lamentables abusos, que corrigió, sustituyendo las virtuosas prácticas que era debido á las perniciosas costumbres que allí predominaban. Esto, como es consiguiente, le produjo disgustos y trabajos, pero sufriendo unos y tolerando los otros, se hizo acreedor á que el Señor premiára sus merecimientos, y los premiára con esa largueza con que su adorable majestad suele retribuir los servicios que por amor suyo se prestan á la miserable humanidad; y como los de Nuadato fueron tan extraordinarios, muy grande fué su recompensa, pues no solo la gloria sino el ser calificado como santo, fué el término de sus buenas acciones. Su eficaz patrocinio lo han experimentado cuantos le han invocado, y la Orden de S. Benito, á la cual perteneció, celebra y recuerda su gratísima memoria con la veneracion debida á sus heróicas virtudes el dia 19 de Febrero de cada año.—G. R.

NUCES (Fr. Francisco), religioso lego capuchino. Perteneció al convento de la provincia de Bari en Cupersano, pueblo de la diócesis; fué excelente varon, de tan altas virtudes, que á su obediencia, á su pobreza, á su castidad, á su humildad de espíritu, á su desprecio propio, á su frecuencia de oracion, y finalmente á su estudio perfecto de toda observancia regular, no parecia posible haber nada que añadir. Era extremadamente caritativo con

los pobres, y muy solícito para con los enfermos, de quienes no se separaba, procurándoles de dia y de noche una esmerada asistencia, sin faltar por eso en el cumplimiento de todos sus deberes religiosos. Era persona de gran capacidad y sumamente entendido en arquitectura; así que toda su vida fué maestro de obras, y habiendo fabricado en el mismo tiempo un edificio espiritual que agradó mucho á Dios, despues de haber anunciado el dia de su muerte, alcanzó el premio de sus trabajos en bienaventurada y perpétua quietud. Murió el año de 1584 en dicho pueblo de Cupersano, correspondiente á la provincia de Bari. —A. L.

NUCI (Fr. Luis de), franciscano. Fué natural de Italia, y perteneció á los menores observantes de la órden de S. Francisco en la provincia de Etruria. Era doctor en sagrada teología y graduado en la universidad de Pisa. Escribia por los años 1640 en el idioma patrio, ó sea el italiano, una importantísima obra histórica que desgraciadamente no ha llegado á publicarse y que llevaba por título: *Varones ilustres de los Capuchinos*. La muerte le impidió concluir y dar á luz este trabajo, que tan útil hubiera sido en los tiempos modernos, ignorándose las causas que pudieron estorbar la publicacion de lo que tenia redactado, puesto que el manuscrito se encontró despues de su fallecimiento, y se puso á disposicion de los superiores de la Orden, los cuales en nuestro sentir y para la futura gloria de su instituto debieran haber procurado dar al mundo este trabajo, que no por ser incompleto dejaba de prestar grandes servicios á la historia. —M. B.

NUCIBUS (Fr. Modesto de), religioso lego de la órden de Capuchinos. Fué uno de los varones más célebres y esclarecidos de su tiempo, que ilustraron y ennoblecieron con mayores ejemplos de vida apostólica y evangélica la provincia de Bari; era natural de Nucibus, pueblo de la Pulla, á quien sucedió lo que en el Evangelio del apóstol S. Mateo se reputa por cosa admirable, porque de la espina de una culpa mortal, cogió el fruto suavísimo de su conversion, y de los abrojos de sus primeros vicios los dulces efectos de la santidad que alcanzó despues. El suceso que dió origen á este virtuoso cambio fué que habiendo sorprendido á su mujer en un adulterio, la mató con sus propias manos, quedando con tanto dolor y remordimientos de su arrebato, que en penitencia entró sin la menor dilacion en la órden de Capuchinos para que la penitencia fuese perpétua; siendo tan perfecta su conversion, que desde que tomó el hábito en el número de los legos, se propuso seguir los pasos de S. Francisco su padre, y de los varones más insignes que han brillado en la milicia seráfica. De allí le nació renunciar totalmente las vanidades y delicias del mundo; de allí el negar con solícito estudio su propia voluntad y juicio, de enfrenar los afectos desordenados, de mortificar los sentidos; de allí el fatigar la carne continuamente con ayunos

y otras asperezas y austeridades, de privar á su cuerpo de cualquier desahogo, aunque fuese lícito y permitido; de allí el abrazar la pobreza y el profesar verdadera y profunda humildad; de allí el guardar templanza y moderacion, de ser defensor acérrimo de la castidad, y finalmente, de adornar su ánimo de las demás virtudes en que consiste la excelencia de un varon evangélico, entre las cuales ocupaba un lugar preferente la caridad, tan viva en él y tan afectuosa con enfermos y sanos, con pobres y ricos, que por cualquiera sacrificára su vida de buena gana, deseando servir á todos y ganarlos para el Señor. Mereció con tantas virtudes favores tan celestiales, de los que se comunican á pocos, que sanaba los enfermos con su oracion, ó con hacerles la señal de la cruz. De estos hechos milagrosos conserva la fama y la tradicion infinitos ejemplares; y no se limitaban las maravillas que el Señor celestial obraba por intercesion de su siervo á las enfermedades que sanaba con soberana y divina virtud, sino en otros muchos casos y acontecimientos de la vida. De haberle ilustrado el Señor con espíritu altísimo de profecía, son comprobaciones muchísimos ejemplos que pudieran referirse. Ultimamente, habiendo trabajado muchísimos años en servicio de la religion, falleció en el convento de Tranio, pasando desde él á gozar el premio de sus trabajos en una vida imperecedera; su muerte se verificó en el año de 1611.—A. L.

NUCIBUS (Fr. Querubin de), religioso capuchino de la aldea de Nucibus, correspondiente al distrito de Bari. Fué predicador célebre y apostólico, y la tercera flor de aquella provincia que llenó de la fragancia suave de sus virtudes la Seráfica religion. Apénas entró en la edad de quince años, cuando escogió con la ayuda divina el estado religioso, ofreciéndose voluntariamente al yugo en la órden de Capuchinos, y para corresponder á sus costumbres angélicas en el nombre, se llamó en ella Fr. Querubin. Comenzó bajo la disciplina de su maestro, religioso de gran esperiencia y virtud, un noviciado de admirable excelencia de vida, lo primero guardando la lengua de palabras vañas ó inútiles, huyendo ordinariamente las conversaciones de los religiosos, y buscando los lugares más solitarios, en donde la inocencia tiene su habitacion, y si alguna vez por no ser notado, le era preciso hablar, todas sus pláticas se encaminaban á la perfeccion del instituto, al modo de adelantarse en el aprovechamiento espiritual, al estudio de las virtudes, y á la observancia de la regla, que conviene á los frailes Menores. Si le trataban de negocios seglares, nuevas del mundo, ó cosas que pasaban en la ciudad, ni las atendia ni respondia, siendo este silencio lo más eficaz para facilitar la mayor perfeccion; así produjo en Fr. Querubin una pureza de ánimo más de ángel que de hombre, una modestia singularísima, un rigor grande de disciplina regular, una templanza tan corregida del apetito de

la gula, que se abstuvo por espacio de muchos años de comer carne, huevos y leche, contentándose solo con la comida de que en las cuaresmas se suele usar. Finalmente concurrian en él tantas y tan altas virtudes, que conociéndolas los religiosos, le eligieron más de una vez por provincial de la provincia de Bari, y de allí enviado á París, gobernó tambien su provincia con alabanza igual de prudencia y de observancia de la regla seráfica. Porque como no buscase otra cosa sino la honra y gloria de Dios y el provecho de su rebaño, que consiste no tanto en la doctrina y la voz del pastor, cuanto en la vida y el ejemplo, hacia una vida tan ejemplar, que para persuadir á sus religiosos en las pláticas familiares, el desprecio de los bienes del siglo, el amor á la santa pobreza, la honestidad de las costumbres, el estudio de la oracion, la frecuencia del coro, la humildad, la paciencia, la mortificacion de los sentidos, la compostura religiosa de todo el cuerpo, y las demás virtudes que pertenecen á la profesion de un verdadero capuchino, si la modestia no se lo embarazára, la doctrina que les diera más eficaz fuera ponerles delante sus obras, y la retórica más elocuente decirles que miráran su vida. Y para que se vea algo en el particular de lo mucho que pudiera referirse, aborrecia de tal suerte la provision, aunque fuese mínima, de cualquier cosa, que ni un poco de pan ni de vino permitia que llevasen los que caminaban, para repararse del cansancio, tal vez juzgando que era ya algun linaje de provision, de quien la excelencia de la pobreza altísima de los frailes Menores ha de estar tan léjos, que no atienda más que al socorro de la presente necesidad, dejando totalmente á Dios la providencia de lo futuro. No por eso condenaba el guardar en los conventos el pan, vino ó fruta para dos ó tres dias, excusándolo con ser para poco tiempo, y con la utilidad y mayor sosiego de espíritu que de ello se sigue á los religiosos que se ocupan en pedir la limosna. Pero el proveerse de comida los caminantes en contravencion manifiesta de las constituciones, lo prohibia rigurosísimamente, ya con palabras, y ya con el ejemplo de su vida evangélica. Ni faltó testimonio del cielo en confirmacion de doctrina tan apostólica, porque caminando una vez siendo provincial de la provincia de Bari, y hallándose en medio de una larga jornada que habian hecho él y su compañero, fatigados de hambre y cansancio, sin tener que comer ni fuerzas para proseguir lo que les faltaba de camino, despues de haberse arrimado á un árbol el siervo de Dios y orado un brevísimo espacio, dijo á su compañero se llegase á un cerro inmediato, y trajese un pan que hallaria en él; fué el compañero, y hallando un pan blanco y reciente, como si acabasen de sacarle del horno, le tomó con mucha alegría, y se le llevó á Fray Querubin; le partieron entre ambos, reparándose con él de tal manera, que volvieron vigorosamente á continuar su marcha. De donde alabando la

pobreza seráfica, y encomendándola en sus pláticas á los frailes con nombre de perla preciosísima de la religion, les enseñaba el modo de abrazarla y seguirla. Estimaba con tal extremo la virtud de la pobreza, que preguntándole un religioso cuál virtud era la más conveniente para conseguir con brevedad la gracia de Dios, le respondió instantáneamente que la pobreza era la más eminente, porque como desvia del ánimo el apetito de todas las cosas, haciendo al hombre imitador de Cristo y su semejante, no puede imaginarse cosa ninguna que sea más á propósito para adquirir su agrado y su amor. Las palabras de los prelados tienen más fuerza, y persuaden más vivamente cuando se les juntan las obras; y las de Fr. Querubin para corresponder á su propia doctrina, eran tan conformes á lo que aconsejaba en ambos géneros de pobreza que en cuanto á la exterior, nunca llevó mas que un hábito solo y viejo, sin querer túnica; las sandalias, los paños menores, los pañuelos, la cuerda, y en conclusion, todo lo que era necesario para su uso, siempre era lo más viejo y más remendado. Y el ánimo, principal parte de la pobreza, vivia en él tan pobre y desnudo de afectos, que no deseaba más que su celda, por tener allí sus mayores bienes, tratando con Dios solamente, y olvidándose de todo lo demás. Observaba la asistencia al coro con tal estudio, que ni el cansancio de los caminos, ni el embarazo de los negocios, ni otro algun accidente, le impedia el acudir á las horas con la comunidad de dia y de noche. Su devocion al santo sacrificio de la misa, en que el amor inmenso de Dios comunica á los hombres los tesoros de su Omnipotencia, era tan ardiente y tan fervorosa, que miéntras celebraba, solia arrebatarse, y quedar levantado en alto á vista del pueblo, tan vivamente deseaba unirse con Dios, que caminando á la union el alma, se llevaba el cuerpo tras sí, efecto sin duda de su oracion, en que ejercitándose continuamente, por más cargado de ocupaciones que se viese, llegó á un grado de contemplacion tan supremo, que hallándose estrecho en el mundo su espíritu, subió luego al cielo para dilatarse en los extásis frecuentisimos que le sobrevenian. De un incendio tan vehemente de amor de Dios como el que ardia en el pecho de de Fr. Querubin, y del celo que tenia de su honra y gloria y de la salud de las almas, no debe extrañarse que su predicacion fuese tan apostólica, que convirtiese fácilmente los ánimos, ya al aborrecimiento del vicio y ya al deseo de la virtud. Habiendo ido una vez á Aquaviva á predicar la cuaresma, viendo allí que los tres dias últimos de carnestolendas prevenia el pueblo diferentes regocijos ó desórdenes públicos, predicó algunos sermones contra ellos con tal espíritu, que atemorizada y compungida la gente, dejó aquel año tan peligrosa festividad, y la trocó por la asistencia segura en el templo á oir la palabra de Dios. En el mismo lugar predicando contra los magos hechiceros, fueron tantos los li-

bros prohibidos é instrumentos de este arte diabólico que le llevaron, que habiendo llenado un grande cajon, se quemaron despues por el Santo Oficio públicamente á instancia suya. Un dia que predicaba en Madurio, que es un pueblo de los Salentinos, introdujo Satanás en la iglesia unas golondrinas, tan copiosas en número y tan importunas por el ruido que hacian, que no dejaban oir el sermon. Detúvose un poco Fr. Querubin, y dijo á sus oyentes que invocasen dos veces con devocion el dulcísimo nombre de Jesús. Así lo hicieron, y aun no lo habian acabado de pronunciar, cuando se fueron las golondrinas y no volvieron más á la iglesia. Tenia una sed tan ardiente de la conversion y salud de las almas, que predicaba al dia dos y tres veces si lo requeria la necesidad, no perdonando trabajo alguno, tanto que cuando se celebraba la oracion de las Cuarenta Horas, porque en cada una hubiese un sermon, predicaba en todas con tal fervor, que solia quedar desmayado y rendido, pero tan lleno de despojos ganados á Satanás en las almas que dejaba convertidas á Dios y puestas en el camino de la virtud, como él mismo lo declaró en alguna ocasion. Jamás subió al púlpito para predicar sino despues de una larga oracion, en que gozaba favores tan celestiales, que ordinariamente le sucedian en ella éxtasis profundísimos, quedando levantado en el aire á bastante altura; de que fué testimonio lo que le pasó en Triciano, lugar del distrito de Bari, predicando allí en una ocasion. Estaba orando en su aposento la noche ántes del dia que habia de predicar, y el huésped de la posada, curioso y con deseo de saber lo que hacia, fué á acecharle por la puerta entreabierta y le vió arrebatado y suspendido en el aire, distante del suelo más de un codo. Como esto era efecto de la oracion, lo era tambien el vivir ilustrado con luz tan clara del soberano espíritu, que pronosticaba muchas veces los sucesos futuros; así se reconoció en el lugar de Salvio, donde habiendo una esterilidad y falta de trigo, que tenia muy afligido al pueblo, predicándole le anunció que la falta se convertiria en abundancia con brevedad; y sucedió tan puntualmente, que de allí á tres dias vinieron de Sicilia unas naves cargadas de trigo con que se remedió la poblacion. Es asimismo cosa cierta haber Dios obrado por él algunos milagros, bastando para muestra los siguientes. Una mujer tenia un hijo lleno de lamparones, y viendo al santo varon levantado de la tierra un dia que estaba diciendo misa, concibió tan firme opinion de su santidad, que le cortó despues unos hilos del hábito sin que él lo advirtiese, y colgándoselos al cuello á su hijo, le aplicó medicina tan saludable que brevemente tuvo entera salud. Caminando un dia con su compañero, en ocasion que habia gran falta de pan en los lugares del término de Salentino, encontró una pobre mujer que iba comiendo unas bellotas, sin otro alimento que las acompañase. Lastimado de su necesidad, preguntó al compañero si llevaba

algo consigo que se la pudiera dar para que comiese; pero aquel, no llevando cosa alguna, pues Fr. Querubin no lo permitia, le respondió que nada llevaba. Replicóle el varon de Dios que mirase la alforja con cuidado, que en ella hallaria con que socorrer la pobreza y hambre de aquella buena mujer. El compañero le contestó que bien sabia que era diligencia vana, pero que lo haria por obedecerle; así lo hizo, y hallando en la alforja dos granadas, conoció que era milagro de la divina Providencia, obrado por la oracion de Fr. Querubin, para que la pobre mujer quedase socorrida en su necesidad. Adquirió con su vida apostólica y con sus prodigios y maravillas opinion tan comun de santo, dentro y fuera de la religion, que ya no se le daba otro nombre, ni parecia que le faltaba más para serlo de todo punto, que la corona de la gloria inmortal que se debe á la justicia de los siervos de Dios. Esta quiso su Majestad que alcanzase, no estando ocioso, sino trabajando en su viña valientemente; y así, habiendo acabado de predicar la cuaresma en la ciudad de Aquaviva con sumo aprovechamiento espiritual de los que acudieron á sus sermones, y rematando su predicacion evangélica con la oracion de las Cuarenta Horas que instituyó, le sobrevino luego la última enfermedad. No fué para él cosa nueva, porque tres dias ántes lo habia pronosticado del modo siguiente: un sacerdote, vecino de Putiniano, deseaba hablarle para un negocio particular; le escribió una carta manifestándole su deseo, y pidiéndole que le esperase en Aquaviva que él iria allá con brevedad; á lo que el varon de Dios contestó, que si tenia algun negocio que comunicarle, procurase venir con toda prisa, porque si no, perderia la ocasion y sería imposible el hablarle. Se le fué agravando la enfermedad, y desahuciado ya de los médicos, tratándose de traerle el Santísimo Sacramento por viático, pidió que le llevasen á la iglesia los religiosos, para que el siervo fuese al Señor, no el Señor al siervo. Comulgó allí con grande devocion, y luego hizo á los frailes que le asistian una fervorosísima plática, exhortándolos al amor de Dios, á la observancia de la regla y al aprovechamiento de las virtudes, llorando todos con infinitas lágrimas la muerte de un padre tan amoroso (que entónces era su provincial), y echándoles él su bendicion con notable ternura. Recogióse despues á lograr el tiempo que le quedaba, ejercitándose en alabanzas divinas y en actos ardientes de caridad, en que no pudo durar mucho, porque empezando á correr la voz del peligro en que estaba su vida, fué tanta la gente del lugar que acudió á recibir su bendicion ántes que muriese, y tanto el ruido que habia sobre el caso, que el guardian hubo de disponer para sosegarlos y satisfacerlos, que fuesen entrando de dos en dos á que los bendijese como querian. La marquesa de Aquaviva, por otra parte, rezelando que en muriendo el santo varon habian de querer llevar su cuerpo á diverso lugar, por no perder una joya tan rica,

puso guardas en los caminos que lo estorbasen, siendo esta demostracion testigo no ménos abonado que la frecuencia y concurso del pueblo, del concepto comun que en todos existia de la santidad del siervo de Dios. Llegó al octavo dia de la enfermedad con juicio y sentido entero, y en la última hora vió á Cristo nuestro Señor rodeado de resplandores, que se le apareció diciéndole: *Querubin, ven conmigo*; el que al instante respondió: *Ya voy, Señor, de muy buena gana*; y de esta manera pasó de una vida terrena y caduca á otra celestial y perpétua, llevando por guia del camino y por compañero al soberano Autor de la muerte y de la vida. En cuanto se divulgó su muerte por la ciudad y lugares de la comarca, fué tal la muchedumbre de gente que concurrió, que no cabia en el monasterio; al mismo punto se levantó una grave contienda entre la marquesa de Aquaviva y los religiosos, pretendiendo dicha señora y el pueblo que el cuerpo bendito habia de depositarse en la iglesia parroquial de Aquaviva, y los religiosos al contrario, alegando que no era razon que á los huesos de su padre comun se les negase el descansar en su convento propio, sobre cuyo particular, habiendo precedido larga cuestion, finalmente se hizo la siguiente transaccion: que el clero y los frailes fuesen con el cuerpo en forma de entierro hasta la iglesia parroquial, donde el clero le hiciese las honras, y los frailes le volviesen luego á su monasterio. Verificóse en la forma dicha, y fué tal el concurso que acompañó al entierro, tanta la abundancia de luces y tan continuadas las voces y lamentos de hombres y de mujeres, invocando al varon de Dios y su patrocinio, que no parecia entierro de cuerpo difunto, sino procesion solemne en que se llevaban las reliquias preciosísimas de algun santo. Se colocó el ataud en la iglesia para que se celebrase el oficio, y durante los sufragios creció de tal suerte en el pueblo el ímpetu de la devocion, que no fué posible impedir que la multitud se llegase al cuerpo y le cortasen á porfia pedazos del hábito, el cabello y las uñas, y que besándole los pies y las manos le aclamasen santo á una voz con veneracion y aplauso. Despues volvieron los religiosos el cuerpo á su casa, y queriendo enterrarle, no les fué posible hasta el cuarto dia, por la concurrencia de los pueblos comarcanos que continuamente iban llegando; notándose en este tiempo dos claros indicios de la santidad del siervo de Dios y de la bienaventuranza que poseia. El primero la fragancia suavísima que exhalaba de su boca; y el segundo, permanecer su carne tan blanda y sus miembros tan dóciles y flexibles, que nadie los juzgára de cadáver, sino de hombre dormido; por fin se cerró el ataud, enterrándole detrás del altar mayor. Su dichoso tránsito se verificó en el año de 1590. — A. L.

NUENARIUS ó NUENAR DE NOVA AQUILA (Hernan), conde del Sacro Imperio romano. Nació en el ducado de Juliers en 1491, y fué en su época uno

de los más ilustrados protectores de las letras. Elegido preboste ó prior claustral de la iglesia metropolitana de Colonia, y despues de la colegial de Aquisgran, le comisionó Cárlos I de Austria, rey de España, para obtener de los príncipes de Alemania la corona imperial. Nuenarius falleció en 1530, á la edad de treinta y nueve años, cuando se celebraba en Augsburgo la dieta convocada por el Emperador. Escribió: 1.° *De origine et sedibus episcorum francorum;* Basilea, 1532; impreso en los *Sermones convivales* de Pertinger, edicion de Jena, y en el *Divæus*, edicion de Lovayna, 1557.—2.° *De Gallia Belgica commentariolus;* Ambéres, 1584. Este escrito contiene noticias muy curiosas.—3.° *Annotationes aliquot herbarum*, continuadas en el *Herbario* de Oton Brousfeldt; Basilea, 1540.—4.° *Vita Caroli Magni, per Eginhardum scripta;* Colonia, 1521. Nuenarius fué el primer editor de esta obra.—5.° *Carmina aliquot quibus historia mortis Jesu in septem horas distributa est;* Leisick, 1592. Los himnos son de Jorge Fabricio. Se ha acusado á Nuenarius de ser el autor de las *Litteræ obscurorum virorum*, y en un principio dió realmente motivo á esta acusacion, pues engañado por la hipocresía de Lutero se habia declarado su amigo, y aun su protector; pero habiendo descubierto despues la artera política de este heresiarca, le retiró su amistad y fué uno de sus más ardientes adversarios.—S. B.

NUEROS (P. Gerónimo Perez de), jesuita, natural de Zaragoza. Enseñó con mucho aplauso la Sagrada Escritura, y publicó: *Lapidisinam Sacram, ex qua eductus primus lapis Sanctissima Virgo;* Leon, 1678, en fólio. S. B.

NUEROS (D. Jacinto Perez de). Nació en Calatayud, siendo descendiente de la ilustre casa de este apellido. Graduóse de doctor en derecho canónico, y despues de haber acreditado sus conocimientos en esta ciencia obtuvo un canonicato en la iglesia del Santo Sepulcro. Fué síndico en las Córtes generales de Aragon, y con motivo de una disputa de precedencia, que se suscitó en dicha reunion, publicó: *Recopilacion de los derechos y razones que se han alegado por dicha iglesia colegial del Sepulcro, y respuesta al tercer memorial que ha dado la de Sta. María sobre precedencia en corte;* Zaragoza, 1677, en fólio.—S. B.

NUESTRA SEÑORA (P. Mtro. Fr. Manuel de), religioso de la órden del Cister, natural de la quinta de Teixeira, en el concejo de Filgueiras. Tomó el hábito de la religion de S. Bernardo, en el monasterio de Bouro, donde murió en 10 de Junio de 1783, habiendo dejado escritas las obras siguientes: 1.ª *Direccion espiritual*, en portugués; Coimbra, por Antonio Simoens Ferreira.—2.ª *Ceremonial para todas las funciones solemnes que celebran los cistercienses de Portugal;* cuatro volúmenes Mss.—3.ª *Suplemento á las definiciones de la Orden;* id. id., y 4.ª *Un Epígrama*, publicado en la

colecion de las obras recitadas en Alcobaza á la inauguracion de la estátua ecuestre de D. José I.—S. B.

NUEVE IGLESIAS (Lorenzo), natural de Cádiz. Fué hijo de D. Francisco Nueve Iglesias y de Doña Antonia Roland. Nació el dia 28 de Julio de 1751. Viendo sus padres los progresos que habia hecho en sus primeros estudios, y deseosos de darle una carrera en que pudiera lucir su talento, le llevaron al seminario conciliar de S. Bartolomé, de su obispado, donde se dedicó al estudio de la filosofía y de la teología con el aprovechamiento que era de esperar. Algunos años despues empezó á recoger el fruto de sus tareas con mucha alegría de sus padres, quienes no podian ménos de tenerla grandísima, viéndole desempeñar una cátedra de filosofía en el mismo seminario y en la misma aula donde tantas veces se habia sentado como discípulo. Era muy aficionado á las ciencias exactas, en las que hizo tambien rápidos progresos, pero en lo que más se distinguió sin duda alguna fué en la teología. Era sumamente virtuoso y de apacible condicion, por cuya razon se inclinaba al estado eclesiástico, con preferencia á todo, y no tardó en seguir esta carrera, con exclusion de todo lo demás. En 24 de Setiembre de 1774 se ordenó de presbítero, y en 2 de Julio de 1781 recibió el grado de licenciado en teología en la universidad de Sevilla, donde tomó tambien el de doctor en el mismo mes y año. Ganó un curato de Cádiz por oposicion, destinándolo por especial asignacion á la parroquia del Rosario. Hizo tambien oposicion á varias canongías de oficio, hasta que obtuvo en riguroso concurso la lectoral de la catedral de Almería en el año 1784. Fué examinador sinodal de algunas diócesis, y murió de maestrescuela de la citada iglesia de Almería en el año de 1813, habiendo sido su gobernador en sede vacante. Dió á la prensa los cuadernos siguientes: *Ad inclytum Carolum III, Hisp. et Ind. regem, Carmen; Gadibus*, sin fecha.—*Sermon dogmático sobre la insuficiencia de nuestra razon y la existencia de la divina revelacion.*— *Oracion fúnebre á la memoria de D. Pedro Virgili;* impresa en Sevilla, en 1777, en casa de Manuel Nicolás Vazquez.—*Paz y fecundidad, sermon de la Inmaculada Concepcion;* Cádiz, en la imprenta de la viuda de Alcántara, en 1784; y *Sermon de S. Cayetano.*—G. P.

NUGENTIUS (Fr. Francisco), del órden seráfico de los Capuchinos. Era flamenco, y tomó el hábito de la mencionada Orden en la ciudad de Bruselas, donde hizo sus estudios, llegando por su virtud y su instruccion á ejercer el cargo de guardian en el convento de la mencionada ciudad, y definidor de la Orden en la provincia de Méjico. Instituyó las misiones de Ibernia y fundó en Colonia un convento, del que fué mucho tiempo comisario. Distinguióse por su piedad y sus virtuosas costumbres, no ménos que por sus extensos conocimientos, especialmente en las lenguas antiguas, siéndole

familiares el griego y el hebreo, descollando además en el conocimiento de la teología mística, en la enseñanza de la cual se ejercitó por largo tiempo. Escribió una luminosa obra en defensa de Taulero, bajo el siguiente título: *Taulerus expensus ac deffensus, ejusque doctrina, velluti erronea ab œmulis vindicata.* Escribió tambien un libro bajo el título de *Secreta itinera orationis.* Se ignora la época en que falleció este religioso.—M. B.

NUIT (Fr. Francisco), capuchino. Era francés y vivia á mediados del siglo XVII en uno de los conventos de la provincia francesa, perteneciendo á la órden de los menores Capuchinos. Fué elocuente y evangélico predicador y profesor al mismo tiempo de sagrada teología. Escribió y publicó una obra latina, titulada: *Turris David ædificata, cum propugnaculis, millegni Clypei ex illa pendentes, ad deffensionem constitutionum regularium FF. Cappucinorum;* un tomo en 8.°—M. B.

NUIX (D. Juan), jesuita. Nació en Tora (Cataluña) el 2 de Enero de 1740, y entró en la Compañía de Jesús el 25 de Junio de 1754. Fué profundo teólogo, como lo acreditó en un certámen de esta ciencia, y poseia dotes poco comunes para la enseñanza. La ciudad de Vich admiraba su genio y su talento en la cátedra de retórica, cuando fué extrañado del reino juntamente con sus cofrades. Habiendo pasado á Italia fijó su residencia en Ferrara, y publicó en italiano una *Apología* contra los escritores extranjeros que se habian permitido expresiones injuriosas al nombre español en cosas pertenecientes á América. Esta apología, que despues vertió al castellano, se titula: *Reflexiones imparciales sobre la humanidad de los españoles en las Indias contra los pretendidos filósofos y políticos, para ilustrar las historias de Rainal y Roberson*, escritas en italiano por el abate D. Juan Nuix, y traducidas con algunas notas por D. Pedro Varela y Ulloa, del Consejo de Su Majestad, su secretario con ejercicio de decretos en la tercera mesa de la secretaría de Estado y en el despacho universal de Marina; Madrid, 1782, por Joaquin Ibarra, en 4.°—El Sr. Sempere, al ocuparse de esta obra, se expresa en estos términos: «Es muy digno de alabarse el buen celo del abate Nuix, cuyas reflexiones pueden servir para reparar en algun modo la »maldad con que algunos extranjeros han hablado de los españoles tocante á »su conducta en el descubrimiento y gobierno de las Indias; pero es menester confesar que sus relaciones no han carecido enteramente de fundamento. »Antes que Roberson ni Rainal escribieran sus *Historias de América*, habian »notado ya nuestros mejores políticos é historiadores la mayor parte de los »vicios que aquellos han publicado.» El Sr. Campillo trató de ellos con mucha individualidad en una obra titulada: *Nuevo sistema de gobierno económico de América*, escrita en 1743. «Si el que las Indias, dice en el cap. I de la primera parte, produzcan tan escasamente consistiera en la benignidad del

trato que se diera á los naturales no queriendo cargarlos demasiado de tributos, sería cosa tolerable. Pero bien al contrario, la suerte de aquellos infelices es la miseria y la opresion; y sin que ceda en beneficio del soberano, y bajo el dominio de los reyes más piadosos del mundo y de las leyes más humanas de la tierra, estan padeciendo los efectos de la más dura tiranía. Las descripciones modernas del Asia nos dicen, y es evidente, que el gran Mogol tiene doscientos millones de pesos de renta, siendo así que sus estados no equivalen á las Indias de España, ni estan sus vasallos tan oprimidos, ni tienen sus ministros las luces que pueden tener los nuestros. Sin salir de América, sabemos que Méjico y el Perú eran dos grandes imperios en manos de sus naturales y en medio de su barbarie. Y bajo de una nacion discreta y política estan incultas, despobladas y casi totalmente aniquiladas unas provincias que podrian ser las más ricas del universo. ¿Pues en qué consiste esta enorme contradiccion? Consiste sin duda en que nuestro sistema de gobierno está totalmente viciado, y en tal grado, que ni la habilidad, celo y aplicacion de algunos ministros, ni el desvelo ni toda la autoridad de los reyes, han podido en todo este siglo remediar el daño y desórden del antecedente, ni se remediará jamás hasta que se funde el gobierno de aquellos dominios en máximas diferentes de las que se han seguido hasta aquí.» Todo el resto de la obra está lleno de semejantes expresiones y de pruebas del mal gobierno de la América, indicando los remedios que se le podian aplicar. Despues de ella se han puesto ya muchos en práctica, y el Sr. Nuix hubiera hecho un servicio más importante y más honroso á la nacion, manifestando á los extranjeros las providencias útiles que se van tomando por el ministerio español para cortar los abusos del gobierno de América, que no con disculparlos. Estas consideraciones no disminuyen en mi concepto el mérito de la obra del abate Nuix, ni por eso dejo de tener por muy justos los elogios que se han hecho de ella, particularmente el que se lee en las *Efemerides de Roma* de 15 de Julio de 1780, donde se dice: *Egli medito somma lode per l' intreppideza con cui socorre alla patria nella piu' pressante necesitá, pel coraggio con cui si opone al torrente di tutti li pretessi policisi per essere stato in primo e l' unico nell' intraprendere quest' opera, e finalmente per haberla condotta á una perfecione forse non aspetata... In somma il chiarissimo Ab. Nuix si dimostra patriota teologo, politico, filosofo uomo di eloquenza.*—M.

NUIX (Rafael), jesuita y tambien hijo de Torá, como el antecedente. Nació en 17 de Febrero de 1741. Fué extremadamente laborioso, como lo acreditan las obras que compuso, y esta asiduidad en el estudio le condujo más precipitadamente al sepulcro. Falleció en Ferrara en 1802 despues de haber escrito las siguientes obras con el nombre de *Alestino Philolai*: *orationes quinque ad romanos pro humanæ reipublicæ felicitate adversus incre-*

dulam seculi XVIII philosophiam; Asís, 1778 á 1797, cinco tomos en 8.°—*De vita et moribus Blasii Barrasii veneseis apud Franciscum Andreola*, 1798, en 8.° — *Titi Caritii Perpennæ ad Quirites pro romani pontiphicis in controversiis fidei dirimendis auctoritate adversus falsos Catholicæ Ecclesiæ cultores orationes quinque*; Asís, 1784, en 8.°, tres tomos. Obra tan sólida en razones, como elegante en el estilo. *Perpennæ* es tomado de Perpiña, apellido de su madre. — M.

NUMAI (Cristóbal), cardenal. Nació en Forli y profesó en la religion de Franciscanos, de la que fué superior general. En 1.° de Julio de 1517 el papa Leon X le creó cardenal, añadiendo algunos autores que fué confesor de Luisa de Saboya, madre de Francisco I; pero si esto no ha quedado justificado, es á lo ménos cierto que hizo un viaje á Francia despues de su promocion. Hallábase en Roma cuando esta ciudad, tomada por las tropas imperiales, fué entregada al saqueo; y como los soldados protestantes no hallasen en el palacio del Cardenal nada con que satisfacer su codicia, le maltrataron cruelmente. Este príncipe de la Iglesia habia ocupado la silla de Seigmá y de Alatros, y falleció nueve ó diez meses despues de aquel acontecimiento, en la ciudad de Ancona, el 23 de Marzo de 1528. — M.

NUMANCIA (Santa). Fué esta esclarecida sierva de Jesucristo natural de Caller en el reino de Cerdeña, donde educada religiosísimamente, vivió segun esta misma educacion que se la daba santa y perfectamente. Ningun detalle podemos dar de su preciosa vida, ni aun de la manera con que fué sacrificada á la rabia de los tiranos y gloria de Jesucristo; solo se puede decir algo de su gloriosa invencion, acaecida en 8 de Noviembre de 1633, y por la cual se descubrió no solo su precioso cadáver, sino su sepulcro, en el que habia muchas inscripciones que la inconcebible fiereza de los sarracenos habia destrozado, como sabemos destrozó cuanto pudo en este y los demás reinos á que extendió su bárbaro dominio. Como la aparicion de esta insigne reliquia fué acompañada de prodigios singulares que Dios quiso se verificáran por la poderosa mediacion de su sierva, pareció conveniente colocarla junto á S. Pompeyano en la basílica de su mismo pueblo, y desde entónces hasta ahora se la viene tributando un culto y veneracion extraordinarios, como legítima consecuencia de sus singulares méritos, y como una confesion implícita de que aquella iglesia y sus fieles se complacen en rendir los homenajes debidos de veneracion y respeto á aquellos en quienes Dios se complació más durante su vida mortal. Mas la piedad de los fieles no paró aquí en sus deseos de honrar á Santa Numancia, pues consiguió y obtuvo el que con toda pompa y ostentacion se verificase solemnemente su traslacion á la iglesia catedral, donde se la colocó en un muy magnífico sepulcro, y con cuyo motivo se alcanzó de la Iglesia el privilegio de que en

toda Cerdeña se rece de esta Santa el 8 de Noviembre, aniversario de la invencion de su cuerpo y de su traslacion. —G. R.

NUMENIUS, hijo de Antioco. Jonatás Macabeo le comisionó para firmar de nuevo la alianza de los judios con los romanos y los lacedemonios. Algunos años despues Simon Macabeo, hermano de Jonatás, se valió de su talento para el mismo objeto. Escasas son las noticias que se tienen de este personaje, pero juzgando por la importancia de las comisiones que desempeñó y por el buen éxito con que siempre coronó sus esfuerzos, debemos suponer que era persona muy entendida y hábil en negociaciones diplomáticas. Flavio Josefo ha conservado en sus *Antigüedades* varias cartas del Senado romano á favor de Juan Hircano, en las que se titula á Numenius embajador de los judíos. —M.

NUMERIANO (S.), obispo y confesor. Floreció en el siglo VII y gobernó la iglesia de Tréveris con celo inextinguible y ejemplo de sus virtudes. Falleció en el año 657, y fué considerado como uno de los prelados más sabios de su época. La Iglesia recuerda sus virtudes en 5 de Julio. —M.

NUMIDA (Santa), mártir, natural de la ciudad de Caller, en Cerdeña, donde fué educada con el mayor esmero en la religion cristiana. No se ha podido hallar una noticia exacta de los pormenores de su vida, ni aun acerca de su estado, solo se ha sabido que fué ilustre en todo género de virtudes, y se presume que permaneceria sin darse á nadie en desposorio, porque no aparece ni un vestigio siquiera que nos revele nada de una cosa tan importante y esencial para comprender perfectamente el mérito de sus acciones heróicas desde luego. La Santa, que murió en la persecucion de Diocleciano y Maximiano, alcanzó algunos dias de quietud para la Iglesia, por lo cual no es muy extraño que en ellos aprovechase mucho para acreditarse en las virtudes, cuya confesion habia de llevarla despues al feliz término de una dicha imposible de comprender. Pero vino la época en que las pasiones de los tiranos se desarrollaban grandemente á la vista de los invictos mártires, y Numida fué entónces delatada como sierva del verdadero Dios, su nombre inscrito con ignominia en las tablillas del tirano, pero con gloria en el libro de la vida, y se la obligó á comparecer ante el inicuo juez para dar testimonio de su fe. Cualquiera creeria que una mujer que habia pasado su vida toda en el recogimiento y retiro, que apenas sabia la manera de tratar á las gentes, porque se habia desprendido voluntariamente de todo lo humano, al verse ante un tribunal imponente, rodeada de sayones, cuya atrocidad se comprende en el mero hecho de dedicarse á tan inicuo ministerio, interpelada por el soberano ya en un tono afectuoso, ya con una severidad incomprensible, y todo para dar por término ó una absolucion completa que haria surgir el mayor júbilo en toda aquella gente,

ó una condenacion irremisible, de la cual sería consecuencia el que castigos atroces vendrian sobre Numida, hubiese sido motivo más que suficiente para perturbarla, para hacerla vacilar siquiera ó aun lo que es ménos, para hacerla turbar de una manera que sus expresiones no fueran espontáneas ó que se vislumbrára en ellas el efecto de esa coaccion que debia necesariamente imponerla cosa tan inusitada para ella; pero no fué así. Numida se presentó al tribunal como hubiera podido aparecer en medio de sus más íntimos amigos, allí con una franqueza digna de quien confesaba la verdad, no se contentó con hacerle al tirano comprender lo segura que estaba en su creencia, y lo inútil que sería el que intentasen hacerla ceder un punto de su fe y de sus buenos propósitos, sino que le hizo ver cuán equivocados estaban en pensar que ellos podrian alcanzar dicha y ventura por el camino que llevaban, le hizo comprender lo falso de sus mentidas deidades, lo inútil de sus sangrientos sacrificios, y que solo era verdad la fe de Cristo, y por consiguiente como verdad una, como una indivisible, y como indivisible de ninguna manera se podria apartar de ella quien una vez hubiese tenido la dicha de conocerla. Puede comprenderse el efecto que tal confesion haria en el tirano, cuando se fije la atencion en que era un poderoso, y en que se le llevaba la contraria, por lo que aun cuando moderó su enojo por ver si de esa suerte podia atraer á la Santa con cariñosas promesas, luego que vió que todas ellas eran inútiles, que la constancia de Numida era invencible y que no habia medio de reducirla á que se apartára del catolicismo, decretó la cortáran la cabeza, lo cual se ejecutó y quedó consignado en una lápida que sobre su sepulcro tuvieron los cristianos cuidado de colocar, para que el dia en que el Señor, movido á compasion por su Iglesia, quisiera darla la prosperidad y dicha á que era acreedora, se pudiese venir en conocimiento de quién era quien allí reposaba; así que pusieron sobre su tumba el siguiente epitafio: *Numida cui cultro caput absciderunt, vixit annos* 51, *et mensib. quinque. Quievit in pace...* y los tiempos han borrado la fecha ó la precipitacion con que se haria la lápida no permitió tiempo de consignarla. Plugo á Dios, pasados muchos siglos, en 1621, que el dia 6 de Octubre fuese para Caller un dia de verdadero júbilo por la invencion del cuerpo de la Santa, y lo fué con efecto, ya porque su piedad encontraba este nuevo motivo de dar á Dios la gloria que á Dios es tan debida, ya porque tambien se les presentaba esta nueva abogada para con el Eterno, que podria interpelar por sus necesidades. La invencion fué solemnísima y hecha en presencia del virey, del arzobispo y de otros muchos obispos, prelados y magnates, del cabildo catedral, eclesiástico y secular, y de un inmenso pueblo que apenas supo el nombre de la Mártir comenzó á invocarla y á recibir de Dios, por la realizacion de sus peticiones, la prueba de lo acepta

que le habia sido en vida Numida, y lo agradable que le era el que se honrase su memoria. Hiciéronsele, pues, solemnísimas fiestas, y su cuerpo se colocó en la catedral, donde estan los de los santos mártires de mayor veneracion, habiéndose desde luego pedido las facultades necesarias para que con un relato de lo poco que de su vida se sabia pudiese componerse oficio divino y Misa, que desde el tiempo mismo de esta preciosa invencion viene celebrándose en toda Cerdeña con extraordinaria veneracion. Ha llamado muy particularmente la atencion de cuantos la han fijado en los santos de Cerdeña, el que la Santa que nos ocupa, y cuya fiesta es el dia 6 de Octubre, lleve el nombre de primera, en competencia, digámoslo así, con otra doncella santa y mártir del mismo nombre cuya invencion se celebra en Abril, y cuyo martirio se verificó ántes. Sin embargo, hay una razon que justifica esta aparente contrariedad: Numida, esta del 6 de Octubre, fué hallada en 1621, aunque martirizada en tiempo de Diocleciano, y la otra, que habia sido martirizada ántes, no se encontró hasta 1625; por lo cual, como ya entónces era conocida ésta, no se atrevieron los sardos á poner por órden de martirios las santas en su catálogo, sino que las dejaron por el órden de invencion, sin que por esto se atribuya en manera alguna más importancia á la una que á la otra, sino solo que Dios quiso que la que ántes obtuvo su gloria tardase más en obtener su triunfo, no con otro fin sino con el de que fuese este aún más precioso y más glorioso, si mayor gloria cabe en la gloria de ser poseedores de Dios en el cielo, y al mismo tiempo poseedores de la alta dicha en que inscritos en el libro de la vida, la memoria de ellos como santos pase de generacion en generacion hasta el fin de los tiempos. —G. R.

NUMIDA (Sta.). No son á la verdad muy abundantes las noticias que de esta Santa mártir han podido reunirse. Sin embargo, consta de una manera indudable que este es el nombre de una doncella distinguida de la ciudad de Caller, en cuyo punto floreció en virtudes cuando Adriano, sucesor de Trajano, hacia ostentacion de igual ó si era posible de mayor crueldad que la que habia demostrado su antecesor en odio, y si posible hubiera sido, total exterminio del cristianismo. Numida pues, á quien por diversos medios habian querido seducir y atraer á su servicio los adversarios del cristianismo, se conservó firme siempre en la fe de Cristo, confesándola en toda ocasion y contestando con la mayor firmeza á cuantas razones y argumentos la presentaban en contrario, negándose abiertamente á ofrecer incienso á los ídolos y clamando á voz en cuello que no habia sino un Dios verdadero. Esta firmeza de su fe acreditando sus demás virtudes, hizo que todo el odio y toda la implacable saña de los tiranos cayese sobre ella para ver si ya que no los halagos, los rigores al ménos daban por resultado el que

se pudiese vencer su resistencia y siquiera por una vez confesase que se habia hasta entónces equivocado; pero la invicta doncella, alentada muy mucho por un compañero suyo de suplicio llamado Pablo, que como ella experimentaba los rigores del inicuo juez, no quiso ceder por más que para obligarla hicieron, y puso por último fin á sus dias en la ignominia del patíbulo segun el mundo, en la gloria de la confesion segun Dios. Los cristianos, que carecian de libertad para hacer á los cadáveres de los mártires no solo los honores que merecian, sino aun aquel homenaje que conviene á los despojos de un ser racional que lleva en sí la imágen de su Dios, tuvieron que andar acelerados para poder cubrir á Numida con una lápida que reservase su cuerpo de la profanacion á que pudieran traerle los enemigos de la fe, del olvido y cambio que pudieran causar en él los trastornos y vicisitudes del tiempo, que entónces á la verdad se veian más inminentes, porque se veia cómo perseguian los supremos imperantes á los cristianos, sin esperanza de tregua; por esto como no tenian á la mano un lugar donde estuviesen separados los cadáveres de los mártires, y era preciso prevenir á las generaciones venideras del inmenso valor de aquellos escondidos tesoros, no fuese que un dia pasaran tambien desapercibidos los que merecian tanta atencion; juntando en un solo sepulcro á Numida con S. Pablo, el jóven que habia sido su compañero de tormento, pusieron en una lápida quebrada y ya servida los nombres de los dos, sin más detalles, porque les era imposible el consignarlos. Vino la época venturosa en que Cerdeña quiso hacer valer, digámoslo así, los imprescriptibles derechos de su catolicidad, mediante la veneracion de los héroes que ella produjera para el cielo despues de haberse aprovechado de sus ejemplos y virtudes; y amaneciendo el dia 22 de Abril de 1627, á merced del celo de los prelados y gobernadores de la importante ciudad de Caller, se vió la lápida y sepulcro de los santos; se hicieron las comprobaciones convenientes acerca de las circunstancias que en ellos pudieran concurrir, y mediante la autorizacion consiguiente de quienes en tales casos deben mediar, se aprobó el culto á Sta. Numida y el de su compañero S. Pablo, habiendo ántes hecho la solemnísima traslacion de sus cuerpos á la iglesia catedral, donde fueron recibidos con verdadero entusiasmo y veneracion por parte de los fieles que cantaban á porfía las misericordias de Dios en permitir que triunfos y glorias de su Iglesia, ocultos por tantos años, se manifestasen entónces para alentar más y más la piedad de los fieles, pues no otro fin podia tener el que el Dios de toda bondad hiciese ostentacion de lo aceptable que le era la veneracion de sus siervos, prodigando los milagros de su mano omnipotente en favor de cuantos le invocaban. Desde entónces quedó consignada en todo el reino de Cerdeña una solemne conmemoracion de este fausto acontecimiento, verificándose la memoria de él con rezo, oficio y

misa el dia 22 de Abril de cada año, para que así se conserve más viva la memoria de la importantísima invencion de los santos cuerpos. —G. R.

NUMIDICO Y OTROS MUCHOS COMPAÑEROS (Stos. mártires). Vivian estos cristianos en Africa, cuando el emperador Valeriano suscitó contra la Iglesia de Cristo la más cruel persecucion. Presos por los paganos y presentados al tribunal del prefecto, Numidico, que por su nacimiento y sus virtudes era el más distinguido, los animó á que confesasen la verdad de la religion cristiana. La constancia coa que se negaron á abjurar sus creencias, les valió luego la palma del martirio, pues fueron arrojados al fuego, donde perecieron, excepto Numidico, que por un milagro evidente de la Providencia, salió vivo de las llamas, pero no sin muchas quemaduras, que la ternura filial de su hijo procuró curar con el mayor cariño. Ordenado despues de presbítero en la iglesia de Cartago por el obispo S. Cipriano, consagróse con todo su celo al ejercicio de este ministerio, en el cual falleció colmado de virtudes y milagros. Los martirologios citan su memoria en 9 de Agosto. —M.

NUMIDIUS, obispo de Africa á fines del siglo IV de nuestra era. Convocado por el emperador Graciano el año 379 el concilio de Aquilea, tuvo principio el 3 de Setiembre de 381 en la iglesia de esta ciudad, presidido por S. Ambrosio, metropolitano del vicariato de Italia, cuya capital era Milan, y por S. Valeriano, obispo de Aquilea, y entre los prelados que á él asistieron se cuenta á Numidius, obispo de Africa, de cuya region solo asistió con él otro prelado llamado Felix. —C.

NUM, hijo de Elizama y padre de Josué, de la tribu de Efraim. Los griegos le llaman *Navé* en vez de *Num*. La historia solo le menciona por haber sido padre de Josué, pues no ha conservado la menor noticia de su vida. — M.

NUNCIA (Santa). Fué natural de Nápoles, donde pasó su niñez y juventud, hasta que sus padres por conveniencia de familia resolvieron darla en matrimonio á un distinguido siciliano, que unia los blasones de una familia muy principal de Sicilia á los de una de las ramas de la de nuestra gloriosa Santa. Pasados aquellos dias que se dieron al regocijo de ambas familias por un enlace ventajoso en todos conceptos, pero principalmente en cuanto él aseguraba la felicidad del esposo, pues habia su esposa de rogar mucho á Dios por él; emprendieron, por convenir así á los intereses de la casa, el viaje á Sicilia, donde Nuncia quedó, por decirlo así, aislada; pues no tenia verdaderamente relaciones ningunas, pero las adquirió bien pronto, porque su carácter angelical atraia á cuantos la llegaban á ver, siquiera fuera por una sola vez. Estaba muy satisfecha en su estado, porque vivia bajo la conviccion de que era allí donde Dios la llamaba para santificarla en su servicio; pero Dios mismo queria atraerla de un modo más especial, por lo que cuando y como

ménos lo pensaba, la privó de su querido esposo, para hallar así manera de ser su adorable grandeza el único blanco de sus aspiraciones, el único objeto adonde se dirigieran todos sus esfuerzos, todos sus heróicos sacrificios. En efecto, apénas dió su esposo su alma á Dios, cuando aun en medio del sentimiento profundísimo que esta pérdida la causaba, resolvió desde luego no solo no adquirir nuevamente el estado de matrimonio que acababa de perder, sino pasar toda su vida ocupada en santas obras, dando así á Dios cuanta gloria pudiera, y aplicando á su vez en sufragio de su esposo el mérito que necesariamente habian de tener sus buenas acciones. Seguidamente distribuyó entre los pobres sus cuantiosos bienes, pero con tal desprendimiento y abnegacion, que no dejó para sí ni aun lo preciso para vivir, poniéndose enteramente en manos de la providencia con una confianza asombrosa, y con un firme propósito de amoldarse en todo y por todo á lo que Dios quisiese de ella, para lo cual en oracion fervorosa y contínua suplicó rendidamente al Señor le hiciese conocer los designios inefables de su soberana y augusta providencia. Dios, que nunca desoye las súplicas de los que con fe le invocan, que atiende y despacha benigno las peticiones de sus fieles, concedió á Nuncia cuanto deseaba, haciéndola ver que sus designios hácia ella eran que se ciñese con el santo cordon de su siervo Francisco, lo cual hizo de buen grado, inscribiéndose en su Tercera Orden, y dedicándose desde aquel mismo momento al servicio de Dios con tal ahinco, que muchas de sus obras parecen superiores á lo que puede dar de sí la miserable y frágil naturaleza humana; sin embargo, cuando la ayuda la gracia, hace prodigios como vemos en esta predilecta sierva de Dios. Está dicho que renunció á todas las aspiraciones que hubiese podido tener con fundamento en el siglo, con decir que se sumergió en el claustro para santificarse obedeciendo y hacerse superior á sí misma por su sumision á los demás. Seguirla en el paso de gigante con que acreció en el ejercicio de las virtudes que constituyen una religion, seria lo mismo que pretender penetrar aquella íntima comunicacion que estuvo establecida entre Dios y ella, comunicacion que solo ella comprendió; y así se explica el cómo admira á todos el que en los primeros dias no hallase cosa difícil, que siempre deseára mayor rigor, y que nunca se encontrase fatigada, ni por las penalidades, ni con las mortificaciones; ántes por el contrario ansiando siempre hacer más para servicio de su amado, que lo era en tal extremo, que se propuso hacer todas las obras de su vida, por cuanto tiempo esta durase, sin otro fin ni designio que el de agradarle más y más. Parecióla que su amado habia de complacerse en que ella visitase los santos lugares donde estaba la casa de su amada madre Maria Santísima, y donde estaba el príncipe y pastor universal de la Iglesia, así que emprendió su caminata á pie, muchas veces descalzo, sin

más abrigo que su tosco hábito, sin más recursos que la caridad de los fieles, y con estos auxilios llegó á Loreto, visitó su santa casa, pasó á Roma, visitó frecuente y repetidamente sus monumentos más notables, no con curiosidad, sino por fe; no por visitarlos, sino por adorar los designios de Dios en todas las cosas que ellos recuerden, y como era consiguiente, se penetró tanto de un espíritu de piedad, que resolvió no moverse de aquella santa ciudad, buscó una habitacion cerca del Vaticano y no léjos de *Campo Sancto*, y allí estableció su vivienda, porque el sitio era á propósito para que ella pudiese dar rienda suelta á sus piadosos sentimientos, sin obstáculo de ninguna clase que se lo impidiera. En efecto, su iglesia y su retiro, la oracion prolongadísima y la abstincncia más completa, rigores indecibles de penitencia, pobreza suma, frecuencia de sacramentos, un contínuo trato con Dios, y un afan siempre creciente de que la gloria del Señor se difundiera por do quiera; estos eran los sentimientos, afectos, deseos é intentos de la gloriosa Sta. Nuncia. La legítima consecuencia de esto no era ni podia ser otra que una admiracion extraordinaria con que la miraban todos y una profunda veneracion con que todos admiraban sus virtudes; si bien es verdad que no debe sorprendernos el que los hombres admiraran tanta virtud, cuando los mismos ángeles se esmeraban en rendirla homenaje, digámoslo así, ofreciéndola desde luego sus servicios, presentando sus oraciones ante el trono del Señor, buscando en fin manera de indicar lo muy agradables que eran á Dios las obras de su sierva, mediante el esmero con que estos mismos ángeles la servian en el ministerio importantísimo para el cual Dios los ha criado. Y no se crea que por esto se ensoberbecia, ni aun se engreia en nada la sierva del Señor; léjos de eso, cada una de esas gracias extraordinarias, cada uno de esos especiales favores del cielo, eran para ella un motivo de confusion, con cuya confusion obraba su dicha, y su dicha eterna, porque humillándose, preparaba la corona con que un dia habia de ceñirla su buen Jesús. Llegó por fin este dia en que separados el cuerpo y el espíritu, este pasase á la patria de los justos, y Nuncia, que habia sabido por su ángel bueno, que aquel era el último dia de su vida, hizo que la administrasen los santos sacramentos, que recibió con todo fervor y con edificacion de cuantos la veian; bendijo á Dios mil veces, y repitió con todo anhelo, conviccion y consuelo las oraciones de la Iglesia, y dió plácidamente á Dios su espíritu el dia 2 de Noviembre de 1596, quedando su cadáver hermoso y fresco, con lo cual se demostraba que su alma inocente habia pasado á mejor morada. Es imposible describir el afan con que las gentes se abalanzaron á recoger hasta las más pequeñas cosas de su humildísimo ajuar, así como no es posible tampoco describir la veneracion con que todos la miraban, llegándose al lecho donde estaba depositada para

admirarla con el mayor respeto como que en ella veian una verdadera sierva de Dios. Sus honras fúnebres fueron solemnísimas, su cadáver fué depositado en una capilla dedicada á la Santísima Vírgen, habiendo la fama de sus virtudes dado ocasion á que probadas canónicamente y halladas heróicas, se la declarase santa, y se señalare para su culto en toda la órden de S. Francisco el dia 2 de Noviembre, aniversario de su dichosa muerte.—G. R.

NUNCIBAY (Fr. N.), religioso mínimo del órden de S. Francisco de Paula, natural de Málaga, donde vivió casado por espacio de más de cuarenta y dos años, teniendo dos hijos, que fueron regidores de aquella ciudad despues de sus primeros pobladores. El P. Nuncibay tomó el hábito despues de la conquista de esta ciudad, de manos de los compañeros de S. Francisco de Paula, que vinieron á España á fundar su religion, dejando su hacienda y veinticuatría á su hijo mayor. No obstante su avanzada edad, se distinguió mucho por sus penitencias y humildad, negándose á ser sacerdote, y contentándose con ser lego y dedicarse á la postulacion, con cuyo motivo refiere un notable caso la crónica de su Orden: «Tomaba una espuerta, y se »iba á la marina á pedir de limosna pescado, y lo traia el buen viejo sobre »sus hombros, con tanto gusto y humildad, que todo el pueblo estaba gran»demente ejemplificado. Sus hijos, empero, no dejaban de hacer como se»glares algun sentimiento; si bien cuando le topaban, se apeaban de sus ca»ballos, y le porfiaban que ó no hiciese aquello, ó les diese la espuerta, que »á ellos les estaria mejor llevarla. Respondíales á esto el santo varon: *An»dad, que más honrado soy yo con ella, que vosotros en vuestros caballos.*» Obtuvo por estos hechos fama de santo, y fué venerado como tal en vida y en muerte. Falleció en Málaga hácia 1540.—S. B.

NUNCIO Espera (V. P. Fr.), religioso de la órden de S. Juan de Dios, natural de Nápoles, en cuyo convento tomó el hábito, fué varon ejemplar y celoso por el adelanto de su Orden. Sus grandes virtudes le valieron ser nombrado dos veces general, en cuyo cargo se distinguió por las buenas determinaciones que tomó para la observancia de la regla, cortando muchos abusos. Retiróse lleno de años y de méritos al convento de Santa María de la Paz, en Nápoles, donde edificó una nueva y suntuosa iglesia, dejándola enriquecida y casi acabado el hospital. Elegido general por segunda vez, falleció miéntras desempeñaba este cargo en el hospital de Roma en 1646.—S. B.

NUNCIO José (P. Fr.), religioso de la órden de S. Juan de Dios, natural de París, donde se distinguió por su grande caridad para con los enfermos. Era de complexion muy delicada, mas no fué rémora esto para que trabajase con grande celo en el servicio de los pobres. Para desempeñar bien este

ejercicio tomó por modelo la admirable vida de S. Juan de Dios, á quien procuró imitar en todas ocasiones. Era muy dado á la oracion, experimentando en ella tan grandes consuelos que siempre se hallaba entonando himnos y salmos en alabanza del Criador. Era muy notable en la facultad de cirugía, haciendo admirables curas, muchas de las cuales se miraban como debidas á su virtud más bien que á una ciencia en extremo atrasada en aquella sazon. Mereció el nombre de padre de pobres, y todos le miraban como un hombre extraordinario enviado por el cielo para la salud de las gentes. Discípulo aventajado de su santo Patriarca, murió como habia vivido en el hospital de París á 7 de Junio de 1652.—S. B.

NUNDINARIO. Con relacion al siglo V y al año 464, hallamos en la *Historia Eclesiástica* que Nundinario era obispo de Barcelona. Nómbrase á este obispo por el hecho siguiente que produjo el concilio celebrado en Roma el año 465. Ascanio, obispo de Tarragona, con todos sus sufragáneos, escribieron al papa Hilario quejándose de que Silvano, obispo de Calahorra, habia ordenado á un obispo que no pedia el pueblo y hecho obispo á pesar suyo á un sacerdote de otro obispado. El obispo de Zaragoza advirtió á todos los obispos cercanos se separasen del cismático Silvano, y los obispos de la provincia de Tarragona suplicaron al Papa les prescribiese lo que debian ordenar en su concilio. Muriendo á este tiempo el obispo Nundinario, complicó esta cuestion por la declaracion que hizo al morir, de que deseaba le sucediese en Barcelona Ireneo, ya obispo de otro pueblo dependiente de esta iglesia, á quien dejó por heredero de sus bienes. Los obispos de la provincia de Barcelona, teniendo presente la voluntad del difunto prelado, el consentimiento de la clerecía, del pueblo de Barcelona y de la parte más considerable de la provincia, consintieron en la traslacion de Ireneo y solicitaron la confirmacion del Papa. Fueron examinados estos asuntos en un concilio verificado en Roma bajo el consulado de Basilisco y de Hermenerico, el 17 de Noviembre de 465, en la basílica de Santa María, con motivo de celebrarse la fiesta de la ordenacion del Papa. Asistieron á él cuarenta y ocho obispos, contando al Papa y á dos de Africa, y leidas que fueron las cartas de los obispos de España, no sin muchas interrupciones por los más celosos canonistas, se acordó la decretal de 30 de Diciembre del mismo año, por la que, con respecto á Silvano, se perdonó lo pasado con tal de que en lo sucesivo se observasen los cánones; que no se consagrase ningun obispo sin el consentimiento del metropolitano; que se prohibian las traslaciones; que Ireneo volviese á su iglesia sopena de ser excomulgado; que Ascanio hiciese elegir entre los clérigos de Barcelona un obispo digno de ocupar su silla y que le consagrase; que no se considere jamás hereditario el episcopado, que solo se concede por gracia de Jesucristo; que jamás haya dos obispos en

una misma iglesia; y en fin, que no se ordene ni á bígamos ni á penitenciados, mutilados, ni hombres ignorantes, aun cuando lo pida el pueblo. El Papa permitió continuasen siendo obispos los consagrados por Ascanio, siempre que no tuviesen estos defectos. — C.

NUNECHIUS, obispo de Loadicea, en Frigia. Este fué uno de los prelados que asistieron en el siglo IV al concilio de Nicea, celebrado en tiempo de Constantino el Magno, y que terminó el 25 de Julio del año 325, que era el veinte del reinado de este Emperador, concilio que los griegos y los orientales conservan entre las fiestas de los santos. Terminado que fué el concilio, se encargó por Constantino á los obispos, á los que hizo magníficos presentes, hiciesen conocer en sus provincias las providencias tomadas por el concilio y que las hiciesen observar á los fieles, y Nunechius fué comisionado para extender la doctrina establecida por ambas Frigias, lo que hizo con piadoso celo y mansedumbre evangélica. — C.

NUNECO, obispo de Nantes, sucedió á Eusebio y asistió al primer concilio de Vannes, cuya época no se halla marcada en las actas, pero se conjetura con mucho fundamento por los nombres de los obispos que asistieron á él, algunos de los cuales habian asistido ya al concilio de Tours en 461, que se celebró en 465. La causa fué, como la de otros muchos concilios, la consagracion de un nuevo obispo para la iglesia de Vannes, en la Armórica, hoy la Pequeña Bretaña. S. Perpétuo, obispo de Tours y metropolitano de la provincia, marchó á Vannes para esta consagracion con Paterno y Albino, obispos de Quimper y de Treginer, segun se cree, Atenio de Rennes y Nuneco de Nantes, los cuales consagraron á Liberal para ocupar la sede vacante de esta iglesia. Considerando despues los seis prelados que los obispos no deben tener otro pensamiento ni otro cuidado, sobre todo cuando se hallan reunidos, que lo que se refiere á la religion, por cuya conservacion estan obligados á mirar, resolvieron hacer algunos estatutos, ó para arreglar las cosas que no lo habian sido todavía, ó para reformar abusos que se habian deslizado de la disciplina. Los motivos que dan de su resolucion son notables y dignos de la piedad de S. Perpétuo que presidió este concilio. Dicen que han creido conveniente hacer estos reglamentos en comun, porque si cada particular hiciese reglas segun su voluntad, era de temer ó que se engañase por ignorancia ó por falta de luces, ó que no se extraviára más peligrosamente todavía siguiendo su orgullo y sus pasiones. Además que la disciplina eclesiástica es un depósito que les está confiado, y que serian culpables si dejáran de corregir los abusos que en ella se introdujesen. Bajo estas consideraciones redactaron diez y siete cánones, muchos de los cuales no hacen más que repetir lo que se habia decidido ya en los dos primeros concilios de Angers y de Tours. El concilio de Agda, que se celebró al prin-

cipio del siglo siguiente, insertó entre sus cánones muchos de los del concilio de Vannes de que hablamos, pero sin nombrarle. Copia casi á la letra todo lo que se refiere á los homicidios y testigos falsos, á los clérigos y monjes vagabundos, las celdas separadas concedidas á los monjes, la muchedumbre de monasterios en manos de un mismo abad, la prohibicion hecha á los eclesiásticos de asistir á bodas, de comer en casa de los judíos, de entregarse al vino y de usar el arte de adivinar llamado la suerte de los santos. Como S. Victorio ó Victurio de Maus y Talasio de Angers, obispos ambos de la provincia de Tours, no habian podido hallarse en el concilio de Vannes, les enviaron los PP. los decretos con una carta que se halla á su frente. Les suplican, que si acaso sus estatutos merecen su aprobacion, los apoyen con su autoridad y marquen su conformidad á continuacion. Terminan esta carta sinódica rogando á Dios los conserve para el bien de su iglesia. Liberal firma el último de todos, lo que es una especie de prueba de que es el obispo de Vannes recien consagrado, como sostiene Mr. de Tillemont contra la opinion de muchos que pretenden, sin fundamento alguno, que lo fué Paterno. Liberal, lo mismo que Paterno y Albino, no se hallan hoy en el catálogo de los obispos de la Bretaña francesa, en que, sin embargo, se han insertado otros muchos que no son conocidos en la antigüedad. Las actas del concilio de Vannes se han publicado en las colecciones generales de concilios y en la recopilacion particular de los de las Galias por el P. Sirmond.—S. B.

NUNILO (Sta.), vírgen y mártir. Abderramen III, príncipe de los musulmanes de España, que reinó sobre los árabes del califato de Córdoba en España treinta y dos años, ó sea desde el año 821 al 852, persiguió á los cristianos, queriéndoles convertir á la religion del profeta Mahoma. Entre los mártires que causó la persecucion del año 840 cuenta el Martirologio español á la vírgen Nunilo y á Alodia, que le sufrieron cerca de Nájera, en Navarra; sus cuerpos fueron dos años despues llevados al monasterio de San Salvador de Leyra, llamado entónces Legerense, y la Iglesia hace mencion de ambas vírgenes el dia 22 de Octubre.—C.

NUÑEZ Y FUERTES (D. Cristóbal). Solo se sabe de este eclesiástico y poeta aragonés que fué natural de Daroca, racionero de su iglesia parroquial de Santiago y de la metropolitana del Pilar de Zaragoza. Escribió: *Breve desengaño crítico de la Historia de España, por el Dr. D. Juan Ferreras*, bibliotecario que fué de la pública de Madrid, que se imprimió en Madrid en 1724, en 4.°— *Glosa poética en el certámen de la universidad de Zaragoza*, con motivo de la concesion del rezo de nuestra Señora del Pilar; se imprimió en 1724, en la relacion de aquel, que escribió el Mtro. Magdalena, y tambien un romance que habia merecido el premio.—C.

NUÑEZ (V. licenciado). Fué este esclarecido sacerdote discípulo del venerable P. Avila, y residió en Baeza, cuya ciudad asombró con los raros ejemplos de su extraordinaria virtud. No era muy acaudalado, si bien poseia una regular fortuna; pero se deshizo de ella para ayudar de esta suerte á la fundacion de las dos importantes obras que le han dado una fama imperecedera, y que fueron el hospital de la Concepcion y el convento de santa Magdalena. Era nuestro venerable Nuñez apacible y templado en su trato y maneras, esforzándose siempre en atraer hácia sí á cuantos hallaba extraviados, para ponerlos en camino de perfeccion, mediante sus buenos consejos y oportunísimas advertencias. Su oracion era contínua y tan fervorosa que muchas veces se le veia arrobarse extático, aun en medio de grandes concurrencias, lo cual era muy sensible á su profundísima humildad, pues él hubiera querido que estos favores, que Dios le prodigaba, hubiesen pasado solamente entre él y su augusto bienhechor; pero que el Señor queria sucediesen como sucedian por su mayor gloria. En el ejercicio de su santo ministerio obtuvo de Dios dos grandes favores: el primero un acierto tal, que por muy grande que fuese el concurso que para oirle se reunia, él siempre podia satisfacer las necesidades de todos, pues no habia una sola persona que no encontrase en sus pláticas algun punto adecuadísimo á ella, por lo que fructificaban en gran manera sus sermones; y el segundo favor fué que nunca se molestaba, ni su físico se resentia, siéndole enteramente indiferente el estar predicando todo el dia, y ocupar luego la noche en oir confesiones, para volver al dia siguiente al mismo ejercicio, con lo cual puede inferirse cuánto aprovecharia para gloria de Dios y bien de las almas, únicos deseos que moraban en su corazon, desprendido de tal manera de los afectos del mundo, que vivia como si no viviese, estando en él como si ya poseyese la eternidad. Su caridad para con los pobres fué tal, que ocurrió más de una vez desnudarse de su ropa interior para dársela á quien se la pedia, y en una ocasion dió á una pobre mujer, que llevaba en brazos un niño desnudito, el solo manteo que tenia, viéndose precisado á andar tres ó cuatro dias en sotana, solo por no tener otra cosa ni querer echar mano de sus bienes en provecho suyo, por no privar de ellos á los pobres, que decia él eran sus legítimos dueños. Era su espíritu de penitencia tal, que su abstinencia parecia un continuado milagro, y las maceraciones con que afligia su carne, tales que pasma solo el relato, y parece imposible que un hombre débil, como lo era nuestro venerable, pudiese resistir tanto. Su profundísima humildad le hacia dedicarse siempre al servicio de sus hermanos, y cuanto más bajos eran los oficios en que se habia de emplear, tanto más satisfecho estaba, pues decia que solo de esa suerte se llegaba algo á la confesion de su miseria y pequeñez. Lleno, pues, de todos estos méritos y acau-

dalando estos inmensos tesoros de virtud, recibió con extraordinario gozo su última enfermedad, en la cual sufrió mucho, pues que además de lo que el mal por sí tenia de aflictivo, hubo de experimentar la pena de una asistencia muy poco exacta, hasta que averiguada su pobrísima situacion por un señor muy principal de Baeza, mandó éste se le facilitase cuanto hubiera menester; pero se necesitó muy poco, pues al siguiente dia falleció dejando el buen olor de sus virtudes, las cuales demostradas públicamente por deposicion de los muchos testigos que las habian presenciado, dieron lugar á que con anuencia de la Santa Sede se considere al presbítero Nuñez como venerable de la Iglesia de Jesucristo.—G. R.

NUÑEZ (V. P. Alonso). No estan muy claras las noticias que acerca de este venerable sacerdote nos han llegado; solo sí se sabe que viviendo en San Lúcar de Barrameda por los años de 1550, se dedicó con esmerado afan al socorro de los pobres hambrientos, fundando para esto una cofradía, que todavía se conserva, con el título de *San Pedro pan de pobres*. Algunos han querido que este venerando sacerdote fuese natural de dicho San Lúcar, pero parece improbable, mucho más cuando el erudito marqués de Campo Ameno, en su precioso manuscrito acerca de los hombres ilustres de aquel pueblo, no cita al P. Alonso como natural de él, si bien le tributa una muy honorífica mencion como fundador de la expresada cofradía. Todo el resto de su conducta fué indudablemente muy virtuosa y llena de admirables ejemplos, así como á su celo y cuidado se debió en mucho el que los habitantes de aquel pueblo tuviesen conducta morigerada, vida ejemplar y un porte cual convenia, por lo que era muy apreciado de todos; y como la afabilidad misma de su carácter diera este apetecido resultado de que todos se acercáran á él, ya para exponerle sus necesidades, que remediaba, ya para pedirle consejos, que eran acertados siempre, era el Sr. Nuñez el sacerdote más buscado de su comarca, porque era en quien todos encontraban espíritu de Dios, y por consiguiente cuanto podia apetecerse. Era tambien muy hábil para la predicacion, y como esta la hacia eficaz con el ejemplo, sus resultados eran muy importantes, si bien él trataba siempre de ocultarlos, por efecto de su profundísima humildad. Con tales méritos pasó á recibir la eterna recompensa, sentido de todos y tenido en grandísimo aprecio, tanto que apénas acontecida su muerte, se colocó su retrato en el presbiterio de la iglesia mayor, y comenzaron á rendírsele los homenajes de la más profunda veneracion, hasta que llegada á Roma la fama de sus virtudes, y halladas heróicas, se le permitió el título de venerable.—G. R.

NUÑEZ (Fr. Bartolomé), franciscano. Fué natural de la ciudad de Granada y perteneció á la estrecha observancia de la órden de S. Francisco. Despues de haber seguido carrera literaria y ser ordenado sacerdote, ingre-

só en la mencionada Orden, donde vivió con notable fama de virtud y santidad. Floreció por el año 1621, y murió, segun dice la crónica de la provincia de Granada, con notable fama de beatitud, merecida por su ejemplar y sus arregladas costumbres. Escribió y dejó inédito un libro titulado *De objurationibus*, el cual se conservaba en el archivo del convento de Franciscanos de Ubeda. —M. B.

NUÑEZ (Fr. Berenger), religioso mercenario. Antes de abandonar el mundo fué catedrático de las universidades de Salamanca, Toledo y París. Renunció al siglo y sus honores, retirándose á morir en la religion de la Merced, convirtiendo el cuidado del estudio y de las letras en celo y fervor de caridad con los cautivos que seguian la bandera de la fe. Pidió limosnas para hacer rescates conforme al santo instituto de su Orden, y tuvo grandes deseos de que se le ofreciera ocasion en tierra de infieles de perder la vida por la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Conociendo este anhelo su religion, temerosa de perder un varon tan notable, y advirtiendo que á trueque de conseguir el fin de sus santos propósitos, excederia de los límites de las comisiones y órdenes que llevase para los rescates, no le permitió pasar á Africa á hacer redenciones, ni á acompañar los que las hacian. Murió, por último, lleno de años en el convento de Barcelona, donde dejó memoria de sus virtudes. —S. B.

NUÑEZ (Cristóbal). Nació en España y fué capellan de la iglesia de Sevilla. Escribió un libro que tituló: *Notables*, en los que se reseñan los hechos de Fernando III, rey de Castilla. —M.

NUÑEZ (P. Domingo). Fué natural de la villa de Idauha, en Portugal, é hijo de Marcial y de Catalina Nuñez, quienes le educaron cuidadosamente con el ejemplo de sus virtudes y de su vida cristiana, al par que con saludables consejos. Recibió el jóven esta educacion con mucho fruto, y no solo no se apartó de ella jamás, sino que siguió siempre adelantando por el camino que sus padres le habian trazado perfeccionándose en el bien. Despues de haber dado muchas pruebas de su vocacion y excelentes dotes en el penoso noviciado, profesó en la Compañía de Jesús en la casa de esta institucion, en Coimbra, en el dia 28 de Junio de 1657. Del aprovechamiento con que hizo sus estudios, solo debemos decir que fué maestro de letras humanas, retórica, filosofía y teología en Coimbra. Recibió las insignias doctorales en Evora el dia 20 de Junio de 1686. Fué rector del colegio de Lisboa dos veces, y una del de Coimbra, desempeñando con el mayor acierto su cargo, y á satisfaccion de todos, que veian prosperar mucho los colegios bajo su esmerada direccion. Fué prefecto de la casa profesa de S. Roque, donde no obró con ménos prudencia y discrecion segun era de esperar, y llegó á ser provincial y calificador del Santo Oficio, cargos todos á cual más

delicados y de más difícil desempeño, en los cuales pudo lucir sus excelentes dotes con mucho provecho de sus subordinados. Finalmente, murió en Coimbra el 30 de Abril de 1713, á los sesenta y ocho años de edad y cuarenta y seis de religion. Compuso: *Regula honeste vivendi sive brevis instructio ad recte operandum tradita*, en cuya obra se ve su erudicion y claro talento.—G. P.

NUÑEZ (Francisco). Vistió el hábito franciscano en la provincia de Santiago, y fué tan docto como elocuente en el púlpito. Escribió: *Retrato del pecador dormido*; Salamanca, 1575, en 8.°—*Tratado del Hijo pródigo*, 1575, en 8.°—*Advertencias sobre los cuatro evangelios de adviento*; id., 1575, en 4.° *Anotaciones á los evangelios de la cuaresma*; dos tomos, el primero publicado en Salamanca, 1595, y el último en 1599.—M.

NUÑEZ (Fr. Gaspar), religioso mercenario, natural de Sevilla. Fué maestro de sagrada teología, y escribió: *Rosario de nuestra Señora*; impreso en Granada en 1616. Este religioso floreció hácia 1518, aunque á Nicolás Antonio parece esta fecha muy dudosa.—S. B.

NUÑEZ (P. Mtro. Gerónimo), de la órden de la Merced. Fué catedrático de prima y de teología y hombre notable en su época.—O. y O.

NUÑEZ (P. Juan), de la Compañía de Jesús. En una corta aldea llamada Moens, de la jurisdicion y vecindad de Monte-Mayor el Viejo, en el obispado de Coimbra, nació en el año de 1593 el venerable P. Juan Nuñez, hijo de Antonio Fernandez de Simboga y María Fernandez, eran ambos de la gente principal de aquel país, y más que medianamente favorecidos de los bienes de fortuna: con estas conveniencias temporales, criaron al niño en bastante regalo, con aquel cariño y embeleso con que la riqueza mira bien á su heredero. Con este fin quiso el padre dedicarle desde su niñez al manejo de la hacienda, teniendo la idea de que muchos se perdian por querer ser más de lo que eran, y que él se veria rico por su moderacion, siendo buenos los estudios para aquellos que no se les presentaba otro porvenir, y finalmente, que el medio de hacerle afortunado era no sacarle ni ponerle en peligro de que quisiese salir de su esfera; la madre no abundaba en las mismas ideas, objetando que cuando Dios da en los hijos muestras de ingenio, debia favorecerse la inclinacion. Esta contienda la terminó el niño, que con la mayor eficacia, lágrimas y ruegos suplicó que le diesen estudios, siquiera los primeros rudimentos de gramática, para poder despues ocupar la imaginacion y el tiempo, que tanto sobra en los lugares. Visto su deseo, le aviaron para pasar á Coimbra, donde se aplicó al estudio con empeño y se fué criando en la virtud; esta le inclinó primero al estado eclesiástico, despues al de religioso, y últimamente á la Compañía de Jesús, que pidió con la prevencion de que debia ser recibido ántes que su padre lo supiese, por-

que estaba cierto, no solo de su disgusto, sino tambien de su resistencia; sus razones fueron tan eficaces, que logró su intento; y el dia 27 de Junio de 1609 entró en el noviciado de Coimbra. Confesaba despues su maestro, el P. Gonzalo Simones, que en su docilidad y genio suave se imprimia la virtud, afianzándosele con la mayor solidez para poder resistir las contradicciones á su vocacion. No fué pequeña la que se le presentó en la peregrinacion del primer año, porque pasando por un lugar cerca de Moens, sabiéndolo su padre, salió á su encuentro, y hallándole explicando la doctrina cristiana, le oyó si le pudo oir, porque bañado en lágrimas le contuvo la ternura, pero repuesto de aquel movimiento fué á la casa donde por caridad le habian alojado, y valiéndose primero de caricias y despues de ruegos y amenazas, contradijo su vocacion, solicitando se restituyese á su casa, pues tenia la libertad de novicio, exagerándole su riqueza y los bienes que le tenia prevenidos por herencia; á todo lo cual contestó que aquello y mucho más debia dejarse por la Compañía; que su maestro le enviaba por los lugares con otros novicios con la mayor libertad para probarles su vocacion; que se volviese á su casa á disfrutar de los bienes que Dios le habia concedido, y le dejase á él que se gozase en su prueba y en su pobreza; y que si queria darle una limosna como á pobre, le diese un ochavo ó un cuarto, y no le diese mucho como á hijo, que respecto á la herencia la habia renunciado cuando determinó y resolvió entrar en la religion. No pudiendo el padre recabar nada del hijo, le dejó proseguir en su noviciado, el que acabado felizmente, pasó á los regulares estudios de filosofía y teología. En Lisboa tuvo su tercer año de probacion, y en el mismo, que fué el de 1624, salió en una escuadra para juntarse con la armada que iba al Brasil á oponerse á los holandeses, posesionados entónces de tan rico país. La causa fué que el jefe de la escuadra, buen cristiano, conociendo los vicios y desórdenes que trae consigo la reunion de un ejército y armada, pidió al padre provincial algun jesuita de brío, de fuerzas, de salud y de espíritu, que sufriendo su vigor los trabajos, tuviese fortaleza para reprimir vicios y consejo para dirigirle en su conciencia y en sus dependencias. Designó el padre provincial para este objeto al P. Juan Nuñez, en cuya persona se reunian todas las prendas que pedia el dicho jefe. Cumplió con el empeño, dejando airoso en su eleccion al padre provincial: desde el dia en que entró en el navío empezó y nunca omitió visitar muy despacio el combés, hablando con toda la chusma y trayendo el crucifijo al pecho, censurando los vicios, desterrando los juramentos é introduciendo la devocion en el navío, singularmente con María Santísima, á quien tiernamente amó como á madre, cuyo rosario se rezaba todos los dias en comunidad. Llegaron al Brasil, y como su verdadero oficio y encargo era de misionero ó capellan de aquella gente, desem-

barcó con los soldados, y en tierra, de compañía en compañía, de regimiento en regimiento, volaba ángel de paz á componer discordias, embajador de Dios, que anunciaba su misericordia, y juez benigno, que en el tribunal de la confesion, juzgando conciencias, perdonaba culpas. Cuando dió su fervor más claras muestras de su celo fué el dia de la batalla; porque resistiéndose los holandeses, salieron al encuentro en el campo y fué preciso al Padre por el lance inevitable, acudir llevando colgada al pecho la santa uncion, cuyo sacramento administraba á los moribundos, andando entre muertos y heridos, arrojándose á los puestos más peligrosos, donde se cruzaban silbando las balas, salvándole el Señor de tanto riesgo por su valor y celo de las almas. De regreso á Portugal con el ejército, sufrió una violenta tempestad, en cuya aflictiva situacion enarboló el crucifijo, acudiendo á la faena, clamando al cielo por misericordia, aconsejando á todos la penitencia, confesando á la multitud de aquel modo que es lícito en aquellos apretados lances, y dada la absolucion, prosiguió exhortándolos á prometer á Dios una buena vida, enmienda de la pasada; á pesar de todo siguió la tormenta, y siendo juguete del viento la nave que conducia al P. Nuñez, sufrió un fuerte choque que deshizo el buque, salvándose el Padre agarrado á una de sus tablas, en cuyo angustioso estado permaneció nueve dias, sin más alimento que un poco de bizcocho que llevaba en las mangas, pudiendo al fin recogerle un buque de la armada, donde le abrigaron y recobraron del susto, del cansancio, de la fatiga y del hambre; no terminaron aun los contratiempos de tan desgraciada navegacion, pues á la vista de Lisboa se presentó un nuevo huracan que les arrastró hasta Cádiz, donde se encontró con toda la armada holandesa que estaba sobre la plaza, no permitiéndoles el aire volver la proa: sin embargo, atrevióse á proseguir fiado en su ligereza, y á todo trapo se arrojó la nave al puerto, tan ligera, que solo tuvieron lugar los enemigos para disparar algunas balas que sufrió el navío sin daño, y se refugió debajo de la artillería; con felicidad saltaron á tierra, caminando desde aquel puerto á Lisboa el P. Juan Nuñez sin las contingencias del agua. En la provincia, á pocos dias de descanso, le señalaron por maestro de moral del colegio de Braganza, donde estuvo poco tiempo, pues desde allí fué mudado al colegio de Oporto con la misma ocupacion. Estos dos oficios fueron en gobierno y no en propiedad, prueba de su virtud y experiencia de su religion, porque á la primer vacante del rectorado del Noviciado, que fué el de Coimbra, vino señalado por rector, ocupacion á que se resistió su humildad, pero le precisó la obediencia. Dirigiendo inimitablemente el nuevo destino, fué llamado á Lisboa, cuya órden le fué muy grata creyendo habia conseguido su pretension, tantas veces deseada, de pasar á las Indias á las misiones más distantes. Este gozo le obligó á despedirse luego de sus novi-

cios, y tomando uno por compañero, previno por todo equipaje el breviario, y por bagaje un báculo; y sin más provision, hizo su camino á pie, pidiendo su sustento de limosna, y predicando de mision todas las noches en el lugar donde le tocaba el descanso. Llegó de este modo á Lisboa, y cuando esperaba su anhelado nombramiento de Indias, le puso el Provincial en la mano la patente de prepósito de la casa profesa de Villaviciosa; aquí fué su congoja, lágrimas y suspiros, suplicando dispensacion de la obediencia, ó á lo menos treguas en su ejecucion, esperando lograr con la dilacion lo que no podia la eficacia; pero el teson de la obediencia le impuso preceptos y le obligó al consentimiento. Fué fiado en las fuerzas de la obediencia, y efectivamente, tuvo un gobierno quieto, edificativo, pacífico, y la Casa profesa, llena ya de sujetos de mérito, era en realidad noviciado de fervorosos. Por entónces introdujo la costumbre el caritativo Padre de llevar las comunidades en público la comida á los pobres de la cárcel, quedando fundada congregacion por el P. Prepósito para este santo y caritativo fin; asociando este beneficio con la limosna espiritual en lo que era incansable. — En Villaviciosa cumplió con la debida urbanidad con los señores duques de Braganza, que entónces vivian allí retirados, y despues se elevaron al trono; la señora duquesa gustaba mucho de su trato, y le rogaba frecuentase su estrado; pero el Padre se excusó siempre, siendo tanto su retraimiento, que cuando subieron al trono, solicitó se le señalase á un colegio apartado, y le dieron la ocupacion de operario en el colegio de Santaren; mas siendo ya reina Doña Luisa Maria de Guzman, preguntó por el P. Nuñez al Provincial, y respondida donde se encontraba, por su gusto y á peticion suya, aquella señora le ordenó le mandase llamar, pues deseaba tenerle en Lisboa, dándole el cargo de vicerector en el Noviciado de la capital, cuyo oficio desempeñó con el mayor placer, por ser muy de su gusto la direccion y educacion de los novicios. — En este tiempo de su rectorado asistia á palacio llamado de la Reina, que algunas veces por gusto se confesaba con el Padre, que en esto servia á S. M., pues no tenia más favor que la secreta confianza; pero habiendo fallecido el M. Rdo. P. Fr. Diego de Neyra, religioso capuchino, publicó la Reina por su confesor al P. Juan Nuñez. Llegó la noticia jurídica al Noviciado, y en el pliego un poderoso ejército de motivos para la confusion, sentimiento y turbacion en el ánimo del P. Nuñez: voló al P. Provincial á suplicarle se pidiese á S. M. dispensacion del precepto, pues se conocia ser solamente á propósito para confesar gente ordinaria y aldeanos, pero que la política, cortesía y etiqueta de palacio no la entendia ni la entenderia jamás, pues si bien la Reina le habia fiado su conciencia alguna vez, y le habia pedido en aquel tribunal consejo de cosas de su alma, habia sido en secreto, sin formalidad y desnudándose

S. M. de su soberanía, y que siendo mero sacerdote, usaba allí de su autoridad como con una persona particular; pero que el oficio en propiedad tenia cierta formalidad de aplauso, de publicidad y de ostentacion, que no deja prescindir de los miramientos que impone. No obstante sus humildes reflexiones, le mandó el P. Provincial aceptase, y que en su compañía y del P. Prepósito de la Casa profesa le siguiese á dar las gracias á S. M., de haberse valido de la Compañía para que la sirviese; así sucedió siendo ejemplarísimo el porte humilde del P. Nuñez en palacio. Quiso la Reina en adelante que usase coche ó mula de paso; pero en uno y en otro particular fué inexorable el Padre, alegando sería quebrantar la regla que tan escrupulosamente seguia. Jamás sirvió de empeño para nadie, ni aun para sus hermanos, ni entregaba otros memoriales que en los que imploraban socorro los necesitados, por cuya razon fué el limosnero privado de la Reina, sin nombramiento público que siempre desdeñó. — Tuvo en la oracion sumo estudio y continua asistencia; disimuló su frecuencia los primeros años, pero con ocasion de rector de los noviciados, ya allí el deseo del buen ejemplo de los novicios manifestó su ardor. Todos los dias, desde muy jóven, aumentó las horas de oracion, gastando una ántes de la ordinaria de comunidad, y añadiendo otra por la tarde, donde despues quedó justificado recibió celestiales favores. Fué grande su devocion al Santísimo Sacramento, y en el acto de la celebracion del santo sacrificio de la Misa, del mismo modo que á María Santísima, á quien nunca nombró sin el cariñoso nombre de Madre desde aquel lamentable naufragio del viaje del Brasil. Todas sus vísperas ayunaba y además de otras secretas penitencias salia públicamente con disciplina en las espaldas al refectorio. De la contínua oracion nacia en el P. Nuñez aquella caridad con los prójimos, y aquel abrasado celo de las almas; cuando superior fué larguísimo en las limosnas en la portería; no parece cuidaba tanto de la comunidad como de los pobres; cuando confesor de la Reina, cuanto tenia y cuanto le daba S. M., todo era de los pobres; en todos tiempos acudia á los pobres de la cárcel y de los hospitales á socorrerlos en la principal obra de caridad de confesarlos y reconciliarlos con Dios, y siempre para la despedida les llevaba algun refresco, título que daba á su limosna. Fué muy notable su profunda humildad y su raro sufrimiento y paciencia. No reparó en aquellas acciones externas de barrer la casa, fregar en la cocina, servir en el refectorio, hacer las camas á los pobres en el hospital y otros semejantes. Tantas virtudes no podian estar separadas de la penitencia; fué con todos sumamente apacible, guardando el rigor para consigo; todos los dias tomaba disciplina, y muchos era de sangre; procuró al principio ocultar este rigor, pero como su pobreza no permitia lavar la ropa aparte, sus camisas eran indudables testigos de sus rigores. Salia con disciplina pública

al refectorio repetidas veces al año. Ayunaba casi continuamente, pero los viernes y sábados y vigilias de la Vírgen á pan y agua. Las alhajas que en su aposento se hallaron de expolio fueron varios géneros de disciplinas y cilicios, todos ellos muy usados, y á quienes la sangre seca añadia mortificacion y daba fuerza al instrumento. En esta armería fué celebrado y admirado un crucifijo de bronce que traia al cuello, y en el reverso de la cruz, que era de palo, habia dispuesto se clavasen alambres con puntas, que se entraban en el pecho, porque le traia sobre la carne. De esto ya habian dado las camisas bastante noticia á los roperos, porque varias veces estamparon en el lienzo la forma de cruz, y algunas con individualidad de las puntas que habian abierto las llagas; pero cuando fueron á vestirle, despues de haber espirado, descubriendo el pecho, hallaron este instrumento de mortificacion sobre él, continuando su oficio aun despues de muerto el Padre, quien en veinticuatro dias de fiebre maligna tuvo paciencia para sufrirle y constancia para disimularle, muriendo al fin penitente para morir virtuoso.—Vida tan penosa, atareada, mortificada y afligida no podia ser larga, porque el valor que da el espíritu son fuerzas prestadas, que consumen al mismo tiempo que vivifican. Vivia el Padre alegre, porque vivia muriendo, y engañaba á la muerte con los esfuerzos de la prestada vida; la Reina gustaba de oir su Misa, porque la devocion con que la decia se comunicaba á quien la oia; este fué trabajo sobreañadido á su edad, y el ir y venir á pié, en ayunas todos los dias, sin consultar para esto con los varios accidentes del tiempo, ya lluvioso, ya frio, ya revuelto, le debilitó las fuerzas; su celo de las almas no lo creia ó lo disimulaba: vino un domingo de jubileo de decir misa á la Reina, y reparando la mucha gente que concurria, bajó puntual á la iglesia, así para asistir á muchas señoras que frecuentaban su confesonario, que nunca dejó su celo, como mucho más para dar vado á tanta gente como rodeaba á cada uno de los confesores; sentóse, á su parecer bueno, aunque con la pesadumbre, que callaba, de haber recibido la patente de provincial de Portugal, ocupacion contra el corriente de su humildad, y al medio dia se levantó con la enfermedad de la muerte, porque allí, sin conocerlo, le sobrevino calentura; aquella misma tarde llamó á su confesor, y le dijo que sabia de cierto que aquella era su última enfermedad, que Dios le llamaba, y que así queria vivir prevenido, que tuviese paciencia para oirle su confesion general. Trató el confesor de disuadirle, diciéndole no se pusiese á morir tan desde luego; por fin, confesóse generalmente con grande sosiego y quietud; vinieron los médicos, á quienes desagradó el pulso calificando la calentura de maligna; aplicaron al punto sus medicinas, y el Padre se aplicó á las del alma, instando tan eficazmente por el viático, que se le administró aquella noche con causa bastante, se-

gun los médicos, pero sin urgencia alguna. Supo la Reina el estado de su enfermedad, y la primer órden fué que todos sus médicos asistiesen continuos, y que teniendo todos los dias dos juntas, le diesen cuenta diaria del curso de la enfermedad; siendo tan frecuentes los recados para saber su estado, que bien puede decirse que S. M. asistia al enfermo, no omitiendo cuidado ni medicina alguna; mas no encontrando él alivio, á pesar de tanta diligencia, la Reina y la mayor parte de las penitentas acudieron al poder en cuya mano está la vida del hombre, y se vieron en Lisboa casi rogativas públicas, por las muchas é ilustres personas que se emplearon en hacerlas á Dios, quien oyó sus votos para premiar los trabajos y celo del enfermo, pues aumentándose el ardor de la calentura á medida que desmayaban las fuerzas, el dia 23 repitió la súplica de recibir el viático, que otorgada por manifiesto peligro, recibió con ternura y dulces sentimientos de religion. Llamó á su confesor, y le pidió fuese en su nombre á despedirse de la Reina para la larga jornada que emprendia. La Reina oyó con lágrimas la embajada, diciendo que sus desgracias, que empezaron con la muerte del Rey y del Príncipe, se completaban con la falta del P. Nuñez. Habia sido toda su vida esclavo de la obediencia, y tanto que en Santarem un rector jóven y ménos advertido, cayendo malo el portero, encargó la portería al P. Nuñez, quien sin replicar tuvo las llaves ocho dias, edificando á todos, como lo hizo en el presente caso, pues recibida ya la uncion llamó á su confesor y le rogó fuese al P. Rector y le pidiese licencia para morir; presentóse éste, y le dijo que no tenia en sus manos la vida ni la muerte de sus súbditos, que mucho se alegraria tenerla en aquella ocasion, pero que se conformase con la voluntad divina, pues que solo dependia de Dios. El enfermo le contestó que esto ya lo sabia, pero que estando próxima su última hora, en nombre de Dios pedia á su reverencia licencia para morir, para ser obediente hasta el último momento. El Rector, para que no se cansase y por complacerle, le dió la licencia, aunque de mala gana y mucho disgusto. *Hágase la voluntad de Dios*, exclamó el enfermo; y prosiguiendo en dulcísimos coloquios con Jesús y María, en suma paz y quietud dió su alma á su Criador, á 28 de Diciembre de 1656, á los sesenta y tres años de su edad y cuarenta y siete de religion. En cuanto las campanas anunciaron el suceso, la Reina, con piadoso cariño, mandó que al siguiente dia todas las misas que se dijesen en Lisboa fuesen de cuenta de S. M., en sufragio del alma del difunto; en la casa fué extraordinario el concurso, y el dia del entierro, á pesar de la precaucion, y con el pretexto de besarle los pies y las manos, le desnudó la dévocion, que besaba como reliquia el precioso hurto que les habia costado tanto aprieto y más arrojo. Se acordó depositar el cuerpo en la capilla del Espíritu Santo, y que el pueblo le vie-

se desde fuera de la reja, lo que se ejecutó con gran dificultad; volvieron allí á vestir el cuerpo, y aquella tarde muchas señoras acudieron á besarle los piés y lograr algunas de sus reliquias; y al darle tierra, el pueblo repitió el destrozo del vestido, hasta que se pudo cerrar la caja, aunque con alguna violencia, y se logró dar tierra al difunto, honrado de Dios en su muerte, y manifestando todos el concepto en que le tenian y por el que le habian venerado cuando vivo, y la estimacion en que le tenian aun despues de muerto. La Reina concurrió á esta obsequiosa veneracion, enviando órden á los superiores para que mandasen á S. M. alguna reliquia de las que habia dejado, expresando que queria que fuese de las que tenia el Padre en más estimacion. Este empeño fué fácil de satisfacer, remitiendo á S. M. la cruz del cilicio que quitó del cadáver; su pobre rosario, de materia vil y muy usado, y unos rosarios ordinarios de los que se dan á los niños por premio de doctrina. Recibió la Reina las que llamaba reliquias, repartiendo entre sus damas los rosarios de la doctrina, conservando toda su vida con suma veneracion aquel pobre rosario, que solamente usaba en algunas festividades, y aquella cruz de cilicio, que veneraba repetidas veces y besaba con ternura. Escribió la vida de este siervo de Dios el P. Diego Lobo, que habia sido su novicio, y cuando murió era afamado predicador en Lisboa, y la insertó en su *Imágen de virtudes del Noviciado de Lisboa* el P. Diego Franco.—A. L.

NUÑEZ (Juan), jesuita portugués, natural de la ciudad de Funchal. Sus padres se llamaban Antonio Fernandez y Antonia Lopez. Cuando fueron los jesuitas, en el mes de Marzo de 1570, á fundar el colegio de la isla de Madera, entró Juan Nuñez á estudiar latin en la segunda clase, teniendo la edad de trece años. De tal manera se imprimio en él el buen ejemplo que se daba á todos los estudiantes, que se aficionó en gran manera á la Compañía de Jesús, manifestando deseo de entrar en ella desde luego. Corriendo el tiempo, sucedió pasar por la isla el P. Ignacio Tolosa, provincial del Brasil, con otros PP. de la Compañía compañeros suyos. Determinaron algunos estudiantes pedirle los recibiese en la Compañía y llevase consigo al Brasil, y entre ellos fué Juan Nuñez uno de los que hicieron esta peticion. Viendo el Padre su buen natural y la firmeza que manifestaba tener en su propósito, se decidió á recibirle, y á esto mismo le animaban los PP. que iban con él. Estando ya el P. Tolosa casi determinado á llevarle consigo, algunos de los jesuitas que residian en el colegio le propusieron que debia considerar su reverencia, cómo Juan Nuñez no estaba acostumbrado á pasar trabajos, y que parecia peligroso en tan tierna edad pasar el Cabo Verde y la línea equinoccial, y que aunque entónces tuviera tan buena voluntad, viéndose despues en el peligro se podria arrepentir. Además de esto, que se debia con-

tentar con cuatro estudiantes que llevaba á la Isla y dejar á Juan en la provincia de Portugal. Movido el P. Tolosa con estas y otras razones, no quiso insistir en llevarle; pero dijo á los que le representaban estas cosas que pluguiese á Dios no se arrepintiesen en adelante. No faltó quien notase estas palabras y no le parecieran dichas acaso, como lo manifestó el efecto. Despues de partir para el Brasil el P. Tolosa, de allí á algunos dias tuvieron los PP. de la Isla noticia del reino, y de cómo ordenaba el Rdo. P. General que los que se recibiesen en esta provincia tuvieran diez y ocho años. De esta nueva órden resultó prolongarse mucho la entrada de Juan, á quien faltaban dos años para cumplir los diez y ocho. En este intermedio pasó de la segunda clase á la primera. Sabiendo que le era necesario esperar una órden para cumplir sus deseos, convino consigo mismo en acomodarse en cuanto pudiera al modo de proceder de los PP. Confesábase y comulgaba cada ocho ó quince dias. Era modelo de estudiantes virtuosos. En particular se veian en él tres virtudes, una mansedumbre que nunca se supo tuviese discordia con nadie, grande humildad y suma honestidad y pudor natural. Estas virtudes, juntas con otras buenas cualidades, le hacian bienquisto y amado de todos sus condiscípulos. Procuraba hacer bien á todos ayudándolos en sus estudios y trabajos y enseñándoles lo que sabia, y todo sin presuncion, ántes con mucha llanura y candidez. La misma estimacion hacian de él los principales del país. El provisor y los hermanos de la Misericordia le enviaban á pedir á su maestro para que cantase en las completas. Teniendo noticia de sus buenas prendas el capitan de la Isla, que fué conde despues, deseó tenerle en su casa para que le escribiese las cartas. Era costumbre antigua en la Isla dar los hombres principales sus hijos al capitan, que los tenia y educaba en su casa, no como criados sino como hijos; confiado en este estilo le pidió al padre de Juan que se lo dejase tener en su casa, manifestándole el gusto que en esto le daria. Manifestóse el padre deseoso de complacer al capitan, mas le pidió tiempo para meditarlo. Tan pronto como supo esto Juan, fué á toda prisa al colegio á dar cuenta á su maestro de lo que pasaba, manifestando gran sentimiento por temer que dejando de estudiar y mudando de ocupaciones, viniesen á enfriarse sus deseos y pretensiones. Pesábale de ver inclinado á su padre á hacer lo que le pedian, y decia que habia de resistir cuanto pudiese. Por esta causa puso alguna diligencia en frustrar los intentos del capitan sin ofensa suya, que vino al fin á desistir de esta pretension, quedando Juan libre de su temor y cuidado. Por otros medios procuró el enemigo comun de los hombres apagar en Juan estos santos deseos, de donde nacia que le ocurriesen muchas veces á la memoria las palabras del P. Ignacio Tolosa. Pero como Dios tenia puesto su dedo en Juan, siempre vencia las dificultades. Llegando á la edad que esperaba, faltaba la

licencia del P. Provincial para ser recibido para el reino. En este tiempo fué por visitador de los jesuitas el P. Pedro de Silva, á quien Juan descubrió sus antiguos deseos. Dióle el Padre buenas esperanzas. Antes de ir en busca del Padre se habia confesado y comulgado, y hecho muchas devociones á nuestra Señora. Sucedió en este tiempo que una persona, á quien tenia muchas obligaciones, queria ir á ver una hacienda suya que se hallaba en la otra parte de la Isla, hácia el Norte, y no sabiendo nada del negocio que tenia Juan entre manos, le pretendia llevar consigo. Pidió Juan licencia al Padre Visitador; concedióselá, diciendo que todavía habia tiempo hasta embarcarse, en caso de que lo recibiese, porque en este asunto no le daba palabra cierta. Habia en el puerto una nave de Italia, la cual viniendo para Portugal con otras que traian trigo de Sicilia, se encontraron en el Estrecho con piratas berberiscos; de lance en lance se fué la nave engolfando en el mar y perdió de vista, así á las naves de los moros como á las que la acompañaban. Hallándose sin agua quisieron tocar en las Canarias; pero el piloto, que era portugués, les persuadió á tomar esta isla. Llegaron á tiempo que habia grande necesidad de trigo en la tierra, por lo que la llegada de la nao se tuvo por gran merced de Dios. En esta nave determinó ir el P. Visitador al reino, porque no habia por entónces esperanza de tener otra mejor. Mas de repente se mudó el viento y llegó una pequeña carabela. Persuadieron muchas personas al P. Visitador se embarcase en esta, porque con aquel temporal era mucho mejor meterse en embarcacion que pudiera correr, como lo era esta, que en una nao que se habia de poner á resistir. Cuadróle el consejo, se metió en la carabela y llegó brevemente á Portugal. La nao, despues de tomar carga, se hizo á la vela de la isla de Madera para la de Puerto Santo, y cayó en manos de unos corsarios que la saquearon. Como la prisa de la carabela fué mucha, no tuvo lugar de dar aviso á Juan Nuñez. Dejó en manos de una persona de confianza una carta para el hermano Juan, en la que le daba cuenta de la prisa, y le decia, que partiendo para el reino, esperaba en Dios que en cualquiera parte que estuviese tendrian efecto sus deseos. Con esta carta se aumentó su entusiasmo, y el Señor por otra parte le despertaba, dándole grandes inspiraciones y muchos temores del juicio final. Por lo tanto determinó pasar á Portugal y exponerse á toda clase de peligros para entrar en la Compañía de Jesús. Se fué disponiendo en secreto para embarcarse en la primera nave sin que lo supiesen sus padres; pero no pudo hacerlo con tanto misterio que no llegase á noticia de estos. No tenian más hijos y amaban á este como único. Esta fué la mayor lucha de Juan, que era conseguir de sus padres que le dejasen ir á Portugal en tiempo de invierno, expuesto á toda clase de peligros. Pero no cesó de decirles que tal era la voluntad de Dios, y como eran gente piadosa y virtuosa dieron

á Juan la licencia que pedia con lo necesario para el viaje. Partido de la Isla y entrado en el mar, sobrevino una tempestad, y por ser pequeño el navío resistia poco á las olas que le entraban por la cubierta y combés. En este peligro mostró Juan grande ánimo. Siguiendo el viaje, descubrieron una vela que parecia ser de corsarios. Esta vista los atemorizó más que la tormenta, pero en breve se vieron libres de este rezelo. Divisaron al fin á Portugal, saltó nuestro estudiante en tierra en la ciudad de Viana, y de allí se fué á Coimbra, donde era vicerector del colegio de la Compañia el P. Pedro de Silva. Llegado á la portería del colegio, halló de portero á un religioso que habia sido en la Isla maestro suyo por espacio de tres años. Sintió con esto grande consuelo, habló con el P. Vicerector, entrególe las cartas de los PP. de la Isla, y en muy breve tiempo se arregló su entrada, que se verificó en 15 de Noviembre de 1575, teniendo diez y ocho años de edad. El resto de su vida correspondió en todo á su vocacion fervorosa y santa. Dió siempre á todos mucha edificacion. Nunca se excusó de nada que le mandasen por muy dificultoso que fuese. En estas ocasiones era cuando mayor alegría manifestaba su rostro. Era muy amado de todos; en las cosas de devocion tenia gran fervor. Hizo dos veces ejercicios con notable devocion. En la renovacion de los votos adornaba las imágenes y las ponia luces. Escribió un Martirologio para leérselo á los hermanos novicios. Ordenóle la obediencia que curase á los enfermos, tomó este cargo con notable alegría; siendo contagiosas las enfermedades andaba entre los enfermos con tanto valor que causaba la admiracion de todos. Suplicaba no le quitasen de este oficio é hizo al P. Maestro de novicios la siguiente peticion: «Yo, Juan, puesto que de mi parte, »como verdadero hijo de la Compañía, debia ser recibido en ella, y entrar »indiferentemente para lo que quisieren ordenar de mí, y se me recibió por »estudiante, yo, no teniendo nadie que me aconsejase, ni tomando consejo »como otros sino de mi propio motu, y considerando á veces conmigo mis»mo, delante de Dios, nuestro Criador y Señor, digo: que estaré contento »toda mi vida si siguen en el mismo parecer de tenerme de coadjutor tem»poral sirviendo en los ministerios de los coadjutores en la dicha Compa»ñia. De tal manera como si en ningun tiempo hubiera sido estudiante ni »se me hubiere recibido para esto. Por tanto pido á V. R. me conceda, con»fiando en el Señor, que así como me dá gracia para esto desear y ofrecer, »así tambien me lá dará en abundancia para cumplirlo. *Juan Nuñez.*» Haciendo ya mucho tiempo que servia á los enfermos, le queria el P. Maestro sacar de este cargo para que descansase, pero fué el Señor servido de premiar su fervor. Dióle la misma enfermedad que padecian los enfermos á que asistia. Enfermó en Abril, domingo de Pascua; ántes que cayese en cama dijo á un hermano algunas palabras, que daban á entender pedia á Dios se lo

llevase para sí en el tiempo del noviciado. Hicieron los hermanos por él muchas oraciones y penitencias. Recibió la sagrada Eucaristía y despues la Extremauncion, y diciéndole si tenia razon para estar tan consolado, respondió que sí la tenia y lo estaba. Falleció á 30 de Abril, víspera de Santiago el Menor, patrono de la ciudad en que habia nacido, año de 1577.—S. B.

NUÑEZ (Leonardo), jesuita portugués, natural de la villa de S. Vicente en el obispado de la Guardia. Llamáronse sus padres Simon Alvrés é Isabel Fernandez. Entró en la Compañía en Coimbra á 6 de Febrero de 1548. Al año siguiente de su entrada pasó al Brasil en compañía del P. Manuel de Nobrega, donde llegó á 29 de Marzo del mismo año. Estaban las cosas del Brasil muy estragadas en lo que toca á las buenas costumbres, porque los cristianos casi vivian como gentiles. En aquel mismo año llegaron noticias á Bahía de la falta de predicadores que habia en la capitanía de S. Vicente, distante al Sur de Bahía como doscientas cuarenta leguas; trató el P. Nobrega de remediar esta necesidad, no obstante ser muy corto el número de obreros con que habia ido, pues no eran más que cinco, y con él entre todos eran seis, y la Bahía y su distrito estaba tal, que necesitaba aunque hubiera habido muchos más. A pesar de esto envió á aquella capitanía al P. Leonardo Nuñez y al H. Diego Jacome, que habia traido consigo de Portugal. Partieron de Bahía el dia de los Santos del mismo año, y en el camino se recibió por hermano en la capitanía del Espíritu Santo á Mateo Nogueira, y se le llevaron consigo. En S. Vicente fueron recibidos con grande afecto por los moradores de la tierra, y con sus predicaciones y vida ejemplar les comenzó á conmover y á dar á conocer sus pecados, de manera que la mayor parte trabajaban por apartarse de ellos. Todos decian que si no fuese por la Compañía, se hubieran perdido aquellos lugares. Agasajaron al Padre, dándole casa y haciendo iglesia. Era tan grande el fervor, que los principales del país llevaban á espaldas la madera que habia de servir para la iglesia, ayudando con sus limosnas, de las que vivian el Padre y hermanos. Habia en aquel tiempo en toda la costa del Brasil algunos indios que fueron cogidos por los portugueses y puestos en cautividad. El P. Leonardo Nuñez fué el primero que los comenzó á poner en libertad con poder del gobernador Tomás de Sousa, y por mandado del P. Manuel de Nobrega, que fué siempre muy celoso de la libertad de los indios del Brasil, y para remediar tambien con esto las conciencias de los portugueses. Pretendia que fuesen llevados por el Padre á su país, para comenzar á predicar la fe á los de su nacion, que tenian fama de bondadosos y dóciles. No hubo por entónces medio de efectuar esta mision, y continuaron aquellos viviendo, aunque libres, entre los portugueses bajo la direccion de los PP., y en lo sucesivo fueron de mucha utilidad para la conversion de los gentiles. Ha-

biendo sacado el P. Leonardo Nuñez á muchos indios de la esclavitud, le mandó el P. Nobrega que los llevase en persona á sus tierras. Hizo esta jornada con muchos trabajos y peligros, aunque no sin fruto; todo lo cual refiere en una carta suya, de que insertamos aquí un fragmento para que se comprenda mejor el incansable celo de este misionero. «Habia, dice en »la carta, entre otros males de que se hallaban contaminados los cristianos, »uno muy arraigado y difícil de arrancar, porque tocaba al interés, el cual »era tener muchos indios cautivos injustamente; porque los iban á coger á »otras tierras, y los cautivaban con mañas y engaños. Mucho he trabajado »por esto para sacarlos de manos de los cristianos, pues no los podian tener »sin pecado, y algunos me los entregaban y dejaban libres en descargo de »sus conciencias. Ordenó el P. Nobrega que los llevase á sus tierras, y así me »embarqué con ellos. En la primera jornada desembarcamos en la capita»nía de Puerto Seguro, donde hallé al pueblo muy revuelto. Todo estaba »ciertamente á punto de perderse, si nuestro Señor no nos socorriera con »su misericordia, trayéndonos á paz y concordia. Para lo cual quiso nuestro »Señor moverlos de tal manera, que los más de ellos se perdonaron públi»camente y quedaron muy amigos. Volviendo á embarcarnos, fuimos á dar »en el puerto del Espíritu Santo. Al desembarcar nos vino á recibir alguna »gente de la tierra, con la cual venia el vicario de aquella capitanía. A rue»go suyo, y tambien por no haber hospedería en la tierra, fuí á parar á su »casa; prediqué el domingo siguiente, de lo que se alegraron todos mucho, »porque nunca se habia oido allí ningun sermon. La mayor parte de la gen»te de aquella capitanía vivia muy mal; mas quiso nuestro Señor que con »mi llegada se comenzasen á enmendar, de manera que en muy poco tiem»po obró el Señor mucho en muchas almas. Andaban muy alegres, y me »querian detener por fuerza para que no pasase adelante. Viendo yo la ne»cesidad que tenian, y por algunas dificultades que sucedieron á los del na»vío, me detuve con ellos un mes. Prediqué nueve ó diez veces, é hice »cuarenta confesiones, y se apartaron muchos del pecado mortal. Tenian »grandes deseos de aprender la doctrina, y trabajaban mucho en ello, di»ciéndose unos á otros: *Este es el verdadero que envia Dios, pues que no »busca interés, sino que enseña á todos de gracia las cosas de Dios.* Decian »otras muchas cosas que me confundia al oirlas, pues no era yo capaz de »ellas. Cuando llegó la noche en que me habia de despedir de ellos, les en»cargué que perseverasen siempre como hasta allí lo habian hecho. Queda»ron á pesar de esto muy desconsolados los esclavos por el amor que me te»nian. Al dia siguiente les hice el último sermon. Y despidiéndome al fin de »la gente, fueron tantas las lágrimas, así en los hombres como en las muje»res, que no pude dejar de ayudarlos, y tener compasion de su desconsue-

»lo, consolándolos en el Señor y en los deseos y buena voluntad de que »procedia su desconsuelo. Tornando á embarcarnos, á diez ó doce leguas del »puerto de S. Vicente llegamos un sábado al amanecer á vista de unas ca»noas de indios. Temiendo que fuesen contrarios de los cristianos, volvimos »atrás, para meternos más en el mar. Viendo ellos que huiamos, corrieron »para alcanzarnos. Como no llevábamos lengua que supiese bien responder, »dijeron y creyeron que éramos franceses, á los que tienen grande odio. »Uno de ellos dijo que llevaba allí la cabeza de uno de nuestros hermanos, »en la que bebia, lo que acostumbran ellos en señal de venganza. Diciendo »esto, comenzaron á cercarnos, porque eran siete, y cada una tenia treinta »ó cuarenta remeros, los cuales corren tanto que no hay navío, por ligero »que sea, que se atreva con ellos. Fueron tantas las flechas que nos tiraron, »que parecian una lluvia. Nuestro navío iba tan mal apercibido, que tenia»mos que servirnos de las ropas como paveses. Llevábamos dos tiros de hierro; »pero eran tales que al primer tiro saltó uno de ellos de la cámara al mar. »Yo me puse á un lado del navío pidiendo ayuda al Señor, pues que tenia»mos tan poco de nuestra parte. Comencé á animarlos y exhortarlos para »que se encomendasen al Señor con todo su corazon, y se arrepintiesen, »pidiendo perdon de sus pecados. Creo que todos decidieron consigo, que »si escapasen de aquella, mejorarian de vida. En este intermedio no nos da»ban espacio los indios, siguiendo y acometiéndonos por todas partes. Cier»to que parecian diablos; todos andaban desnudos como ellos acostumbran. »Pintados unos de negro, otros de verde, y otros llenos de plumas. No ce»saban de tirar flechas con grande gritería. Otros tocaban unos caracoles, »con que hacen alarde en sus guerras, que parecen el mismo infierno. Así »nos persiguieron por espacio de tres horas. De manera que si fuesen contra»rios y nos siguiesen un poco más, ninguno de nosotros escapára de ser co»mido por ellos. Hiriéronnos dos personas, una de ellas murió en llegando »á tierra, porque las flechas eran tales que pasaban las tablas del navío de »una parte á otra. Quiso nuestro Señor que conociesen que éramos portu»gueses, y nos dejaron ir libres hasta que desembarcamos en el puerto de »S. Vicente.» En S. Vicente recibió en la Compañía á algunos hermanos que fueron de mucho ejemplo en ella y de grande bien de las almas. Con ellos vivió en grandes penitencias, ayunos, mortificaciones y pobreza, pidiendo limosna de puerta en puerta para sustentarse. Edificaban con esto mucho á los habitantes, á cuyos esclavos, que eran gentiles de la tierra, procuraban enseñar. Con este objeto se comenzó á poner la doctrina cristiana en lengua brasileña por el H. Pedro Correa, la que ellos y las demás lenguas enseñaban á los esclavos y mestizos de la tierra, mujeres é hijos de los portugueses. El P. Leonardo Nuñez en especial era incansable, así en las

predicaciones públicas como en las prácticas particulares. Como habia falta de sacerdotes y curas, decia á veces misa y predicaba en una villa, é iba á decir misa y á predicar á otra dos leguas de allí, andando á pie por caminos muy ásperos con tanta ligereza, que apénas se hallaba quien pudiese alcanzarle, por lo que le llamaban los indios *el Padre que vuela*. Como el principal objeto de la ida de los dos de la Compañía al Brasil, era ganar las almas de los infieles, y porque junto al mar no habia poblaciones de ellos, se fué el P. Leonardo Nuñez al campo á diez ó doce leguas del mar por sierras ásperas y aldeas en lugares fragosos. Reunió en ellas muchos hijos pequeños de los indios, los que daban sus padres de buena voluntad para que los enseñasen y bautizasen. El Padre los llevó á la casa de S. Vicente, donde con los mestizos de la tierra y otros huérfanos que habian ido de Portugal, fueron enseñados en la doctrina y costumbres cristianas, á leer, escribir y hablar portugués. Algunos comenzaron á aprender latin. De esta manera se los criaba fuera de las costumbres gentílicas, para atraer despues con ellos á los del país. Con esta esperanza, que no fué vana, se sustentaban con grande dificultad, por ser la tierra pobre y no bastar las limosnas para todos. Los hermanos padecian muchas necesidades por acudirlos, hasta que se mudaron despues al campo de Piratiminga, donde fué el principio de la conversion de los del Brasil. De allí se extendió despues por toda la costa con gran ventaja para las almas. No se olvidaba por esto el Padre de los moradores portugueses, ántes en un pueblecito de estos, que estaba cerca del de los indios, les decia Misa y predicaba y procuraba sacar de su mal estado á algunos envejecidos en sus malicias; por los cuales hacia á Dios muchas oraciones. Por esta época hizo el P. Leonardo Nuñez dos viajes por mar, uno á los indios Tamoyos, grandes enemigos de los portugueses, llevando consigo al H. Pedro Correa. Con la gracia de Dios rescató, por medio del hermano, algunas mujeres mestizas de los portugueses, de que se habian apoderado, y se hallaban no solo en gran peligro de sus vidas, sino tambien de sus almas, porque despues de usar mal de ellas por algun tiempo las mataban y comian con cualquier ocasion. Otra vez fué al rio ó laguna de los Patos, á unas cien leguas de S. Vicente, en tierra de los Carrijoz, donde habia muchos castellanos honrados é hidalgos con sus mujeres, que yendo al rio de la Plata aportaron allí, y el Padre, despues de muchos trabajos, los llevó á S. Vicente, donde fueron muy bien recibidos por los portugueses, hasta que tuvieron oportunidad de navegar al rio de la Plata. Para defensa de ellos, y porque no fuesen muertos por los indios amigos de los portugueses y enemigos de los castellanos, mandó el P. Manuel de Nobrega al H. Pedro Correa, siendo esta la causa de su muerte. Fué muy notable la caridad de los hermanos jesuitas bajo la direccion del Padre

Leonardo Nuñez, los cuales para sustentar á los niños indios se dedicaban á varios oficios, que les enseñaba la caridad. El hermano Diego Jacome se hizo tornero. Otros hacian alpargatas que daban á la gente ordinaria para los caminos; otro se hizo carpintero y aprendió por sí el oficio con grande perfeccion. El hermano Mateo Nogueira, que era ántes herrero, se ocupaba en hacer azadones, palas, picos y otras herramientas, acudiendo de esta manera al sustento de los niños. Tal era la caridad de aquellos santos misioneros, por lo que les amaban los indios como á sus padres, pues con el sudor de su rostro les proporcionaban el necesario sustento. Fué cosa muy notable lo que experimentó un hombre desalmado, queriendo matar al P. Leonardo. Pasó el caso de la manera siguiente. Habia en S. Vicente un tal Juan Ramajo, hombre de costumbres desarregladas, el cual estaba excomulgado. Cuando el Padre estaba ya en la iglesia para decir Misa, le mandó á llamar con cortesia, y al salir el Padre levantó la espada para herirle en la cabeza; pero al descargar el golpe se le quedó el brazo suspenso en lo alto, y de este modo libró Dios á su siervo á quien tenia que emplear en otros nuevos servicios. No era el P. Leonardo Nuñez hombre que en cosa que se refiriese al bien de las almas esquivase el trabajo; por ganar una ó dos andaba por montes y valles. En una carta dice estas palabras hablando de los portugueses que andaban por el monte perdidos entre los indios, habiéndose hecho tan salvajes como ellos. «Son muchos, dice el Padre, los »que andan por la tierra adentro, así hombres como mujeres, que se pier»den por falta de socorro, cosa que nos hace llorar á todos continuamente. »Dos hombres estan de aquí cosa de ochenta leguas en una tierra de unos »indios, que está de paz con los cristianos; por no tener un padre que que»dase con los hermanos no los fuí á buscar, porque hay camino para dos »ó tres meses á causa del tiempo, y tambien para traer á tres mujeres que »se hallan allí entre unos indios enemigos nuestros.» Estas son sus palabras, bien significativas por cierto de su gran caridad. Sabiendo que un portugués, casado en el reino, hacia muchos años que vivia perdido unas treinta leguas de S. Vicente, junto al mar, fué allí el Padre con cinco hermanos. En este camino pasaron muchos rios á nado, en que se helaban con el frio, padecieron muchas hambres, no teniendo otro sustento más que palmitos de coco y frutas de lo mismo. Con todos estos trabajos trajo consigo á la oveja descarriada y la puso en mejor estado. Finalmente, el P. Nuñez en los seis años que estuvo en el Brasil hizo grande fruto en el distrito de S. Vicente, desterrando pecados muy inveterados. Era necesario, segun la costumbre de la Compañía, enviar algun padre á Roma á dar cuenta á San Ignacio de Loyola de las cosas del Brasil. No habia, á excepcion del P. Nobrega, otro más práctico del pais y condicion de los naturales que el Padre

Leonardo Nuñez. Fué elegido para este viaje, que comenzó á hacer en Junio de 1554; pero naufragó en el camino, siendo muy pocos los que escaparon con vida. Estos refirieron cómo el Padre, con un crucifijo en la mano, procuró animar á todos hasta exhalar el último aliento y exhortarlos al bien de sus almas. Fué este naufragio en 30 de Junio del año referido.—S. B.

NUÑEZ (Marcelo). Nació en Portugal donde hizo grandes progresos en la carrera eclesiástica, á la cual se habia dedicado desde muy jóven con la mayor solicitud y esmero, por lo que era muy querido por sus maestros. Contó entre estos al célebre Avila, y á su lado se perfeccionó tanto como era de esperar no solo de la habilidad del maestro sino de las excelentes prendas del discípulo, que llegó á hacerle mucho honor. Fué primer vicario del monasterio de la Magdalena, monjas agustinas de Baeza, y uno de los principales que ha tenido el mencionado monasterio, como lo atestigua el respeto y el cariño que le tenian sus subordinados, considerándole como á un padre. Era humilde como convenia á una persona de su virtud, y caritativo con los pobres, acaso en demasía, pues muchas veces les daba de lo que necesitaba él mismo para su sustento, pareciéndole, con fundamento por la divina gracia, que él no necesitaba para alimentarse más que ver bien alimentados á sus hermanos, no solo espiritual sino temporalmente. Murió por los años 1576, y se le sepultó en la iglesia del citado monasterio de la Magdalena, debajo del altar mayor en la bóveda con los dos santos doctores Caslevales, Pedro de Ojeda y el venerable Pedro Ruiz, todos presbíteros muy venerados en Baeza.—G. P.

NUÑEZ (Doña María). En el convento de Santa Clara la Real de Murcia fué religiosa de muy grande opinion en todo ejercicio de virtud; por esto y por su gran prudencia y gobierno fué abadesa del convento tres veces, y á la tercera rehusó mucho en serlo; pero forzada por la obediencia, fué á consultar el caso con Dios en la oracion; y estando en el coro alto, vió á la imágen de un santo crucifijo que está en él, que apartó la mano derecha del clavo y de la cruz, y le dió por tres veces la bendicion, con el cual favor aceptó la prelacía tercera vez.—O. y O.

NUÑEZ (P. Melchor), jesuita portugués, misionero en las Indias Orientales. Pasó á Goa en 1554, donde fué rector del colegio de la Compañía y viceprovincial de las Indias por nombramiento de S. Francisco Javier, quien dejó mandado al partir para el Japon, que caso que muriese el P. Gaspar García le sucediese el P. Núñez. Pero éste resignó al poco tiempo su cargo, para marchar tambien al Japon, donde cumplió con todos los deberes de un buen misionero. Su piedad y vastos conocimientos le granjearon de tal manera el afecto de S. Francisco Javier, que no contento con el cargo para que anteriormente le habia nombrado, le eligió para suceder al P. Cosme de

Torres, cuya mucha edad le impedia dirigir las misiones del Japon. En Abril de 1555 entró en este reino el P. Nuñez, sucediendo, no ya al padre Torres sino al mismo S. Francisco Javier, que acababa de morir en la China. El P. Nuñez no fué, sin embargo, muy afortunado en el Japon, pues el rey de Bungo faltó á la palabra que habia dado á S. Francisco Javier, y aun á él mismo, de convertirse á la religion cristiana, teniendo que sufrir diferentes persecuciones por la astuta conducta del político monarca.—S. B.

NUÑEZ (Nicolás), jesuita portugués, del que se ignora el lugar del nacimiento, lo mismo que si entró en la Compañía en Coimbra ó en la casa de S. Antonio de Lisboa, que eran las que en aquella época tenia la Compañía en Portugal. No siendo todavía sacerdote, fué enviado á las Indias en la tercera mision, año de 1546. Al año siguiente fué mandado á Malaca, con los PP. Juan de Beyra y Nuño Ribeiro, donde encontró á S. Francisco Javier, de cuyo trato y conversacion se aprovechó mucho. Siendo todavía hermano, fué enviado con los dos padres á las islas Molucas, en las cuales sirvió á Dios con incansable celo. Pasando en una jornada por un lugar grande predicó con tanto espíritu, que convirtió á todos los presentes. Despues de instruirlos, bautizó á mil trescientos por sí mismo, retardando el bautismo de algunos que no estaban del todo instruidos en los misterios de la fe. Resintiéronse de esto en gran manera los gentiles, y le prendieron, presentándole encadenado al rey de Geloilo, grande enemigo de los cristianos. Pero sobreviniendo los portugueses le dejaron en libertad. Otra vez le mandó matar, por odio á la fe, el rey de Ternate; pero le libertó el Señor, lo mismo que al P. Beyra. De una de sus jornadas se lee lo siguiente en una de sus cartas: «Fuimos á »visitar el P. Juan de Beyra y yo las islas del Moro, donde por los muchos »trabajos de hambre calores y persecuciones cayó malo de unas calenturas, »y con pocas esperanzas de vida se vino á curar á esta fortaleza. Yo quedé »allí doctrinando á los cristianos; y por dos veces estuve en peligro de »muerte y me vinieron á buscar los moros para matarme. Libróme el Señor »milagrosamente. Despues vine á la fortaleza, donde estoy al presente ense»ñando á leer á los niños, hasta que vayamos otra vez á visitar á los cristia»nos. Ahora, cuando venia á esta fortaleza, naufragué con el navío y los li»bros que traia á los padres, y milagrosamente me salvé á nado con mucho »trabajo, padeciendo grande hambre y sed, con peligro de que me mata»sen. Vine desnudo hasta la fortaleza, aunque me aproveché poco de estas »mercedes de nuestro Señor. Con verdad pueden decir estos padres: *Pro»pter te mortificamur tota die*, pues pasan su vida durmiendo unas noches en»cima de los árboles, en desiertos y sierras muy frias; otras sin comer, co»mo no sea pan de maíz, que es el único que produce esta tierra, y lo comen »como regalo. Algunas veces son vendidos, presos otras y cautivos de los

»infieles, y otras se escapan medio ahogados.» Hasta aquí sus palabras, aunque lo que dice de los otros se puede entender de sí mismo. En el año 1556 fué con el P. Juan de Beyra á Goa, donde le ordenó de sacerdote el patriarca de Etiopía Juan Nuñez Barreto. Vuelto á su mision de las Molucas y á sus acostumbrados trabajos, continuó convirtiendo á un gran número de moros y gentiles. Habia meses que bautizaba novecientos niños de dos años, poco más ó menos, muchos de los cuales se iban á gozar de Dios ántes de tener uso de razon. Siendo los cristianos muy perseguidos de los moros, pasó de aquella isla á Ternate, y de aquí á Goa para pedir al gobernador del estado algun socorro de gente y de armas contra los enemigos de Jesucristo. Como no fuese socorrido, intentó volver á morir entre sus perseguidos neófitos, entre los que no podia hallar otro socorro que el de las lágrimas. Como habia empleado veintiseis años en aquella penosísima mision, se hallaba en extremo débil, por lo que no consintieron sus superiores que volviese á las Molucas, sino que se quedára en el colegio de Goa para edificarle con su buen ejemplo. En él pasó el resto de su vida, suspirando siempre por sus amados cristianos. Falleció en Mayo de 1576. Sabia las lenguas malaya y la moluquesa, con tanta perfeccion que aventajaba en ellas á los naturales. Fué de los primeros fundadores de la residencia de Ternate, y el primero que fundó la de Amboyno, de que desapareció el catolicismo, lo mismo que de otras muchas, á cual más florecientes, á la entrada de los holandeses en aquellos países. —S. B.

NUÑEZ (Pedro), coadjutor temporal de la Compañía de Jesús. Nació en Olivenza, y entró en la Compañía en 30 de Enero de 1562. Decia que deseaba servir en la Compañía no como religioso, sino como esclavo. Se dedicó al servicio de los apestados, á peticion suya, y pegándosele el contagio falleció en Lisboa á 22 de Agosto de 1569.—S. B.

NUÑEZ (Pedro Juan), sacerdote natural de Valencia, segun Escolano. Siguió con grande aprovechamiento su carrera literaria, marchando á continuarla á la universidad de París, donde recibió el grado de bachiller en artes en 15 de Mayo de 1546 y el de maestro en 17 del mismo mes y año. A su regreso á España obtuvo en la universidad de Valencia la primer cátedra de griego, para que fué nombrado en 1548, regentándola al año siguiente otro profesor, segun asegura Fuster. En 12 de Mayo de 1553 fué provisto en la cátedra segunda de súmulas, habiendo publicado anteriormente la obra *De Constitutione artis Dialecticæ*, segun dice el mismo Nuñez en la dedicatoria á Miguel Juan Pascual de su obra *Institutiones phisicæ*, impresa en Valencia en 1554. En este año y el siguiente desempeñó la cátedra de segundo de filosofía, en cuya época escribió la obra titulada: *Apposita Marci Tullii Ciceronis*, impresa en Valencia en 1556, que dedicó á Don

Francisco de Navarra, arzobispo de esta ciudad. Posteriormente fué elegido catedrático segundo de oratoria ó retórica, cuya provision, dice Fuster, «no »se halla continuada hasta el año 1581, y es de presumir que en los que »median desde 1563 fué cuando estuvo en Zaragoza, en cuya ciudad se de»tuvo cerca de cinco años, segun dice Jimeno; pero debemos creer estaria »más tiempo, pues no volvió á Valencia hasta 1581, en que fué nombrado »catedrático de oratoria ó retórica, dia 15 de Abril, con el salario de dos»cientas libras al año (cosa por entónces muy excesiva).» Continuó regentando la misma cátedra de retórica en los años de 1582 y 83, hasta que en 15 de Mayo de este último fué nombrado catedrático de griego, ausentándose poco despues de Valencia, porque en 15 de Setiembre del 83 fué nombrado catedrático de griego durante su ausencia Gerónimo Boninfant. Parece que en este intermedio estuvo en Barcelona explicando lengua griega y retórica. Vuelto á su patria, léjos de consagrarse al reposo de que en su avanzada edad tanto necesitaba, continuó regentando la cátedra de retórica, que le fué concedida en 26 de Agosto de 1598, «con la notable circunstancia, dice Fuster, de que el apuntador de la uni»versidad no apuntase los dias que faltase á leer, atendida su avanzada »edad; nombrándole al mismo tiempo superintendente de los gramáticos, »artistas y griego, para que respectivamente les ordenase lo que debian hacer »los que leyesen las dichas facultades, y constituyéndole examinador de los »estudiantes que quisiesen pasar de una facultad á otra, con salario de dos»cientas libras, en que no se incluia lo que cobraba del repartimiento de »Orihuela.» Desempeñó esta cátedra de retórica con los cargos á ella anejos hasta Marzo de 1602, época de su fallecimiento, en que le sucedió su discípulo Vicente Blas García. Murió á la edad de setenta y tres años, y fué enterrado en el monasterio de las monjas de Jerusalen. Sus obras, segun las apunta Fuster corrigiendo á Jimeno, son las siguientes: 1.ª *Grammatistica linguæ græcæ*, impresa por primera vez en Barcelona por Pedro Malo, 1573, en 8.°; hay otras ediciones.—2.ª *Institutiones Grammaticæ linguæ græcæ;* Valencia, por Juan Mey, 1455 ó 56, en 8.° Tambien se ha impreso otras veces. —3.ª *In Phrynicum de vocibus atticis Notæ;* obra que se ha reimpreso en la librería mayanziana con el nombre de *Phrynici ecloga nominum et verborum Atticorum, cum versione latina P. Jo. Nunnesii, et ejusdem ac Davidis Hoeschelii notis, ut et notis Jos. Scaligeri in Phrynicorum et Nunnesii notas prodiere curante Jo. Corn. de Paw, qui notas suas quoque addidit. Trajecti ad Rhenum apud Jo. Evelt.*; *an.* 1739, en 4.° *Hoeschelius Nunnesii, notas (sic) vocat et doctas et copiosas.*—4.ª *Typus institutionum grammaticarum;* Barcelona, 1577, en 8.°—5.ª *Tirocinium ling. græcæ institutionibus grammaticis P. Jo. Nunnesii, collectum à Philippo Mey;* Valencia, por el referido Mey,

1611, en 8.°—6.° *Progymnasmata oratoria;* Zaragoza, por Jo. Quartanet, 1608, en 8.° Tambien se imprimió con las *Institutiones retóricas* de Francisco Novella, que corrigió, ilustró y dió á la prensa Vicente Ferrer, en Valencia, por Gerónimo Vilagrasa, 1655, en 8.°—7.ª *Ratio brevis et expedita conscribendi genera epistolarum illustrata;* Valencia, por Felipe Mey, 1602, en 8.°, y Barcelona, por Jaime Cendrat, sin año, en 8.° Mayans la reimprimió despues con la obra titulada: *Institutiones oratoriæ;* Valencia, por Francisco Burguete, 1774, en 4.°—8.ª *De recta atque utili ratione conficiendi curriculi philosophiæ;* se reimprimio juntamente con la obra *Studii Philosophici ratione*, de Sebastian Fox Marcillo, en Lugd., Batav., 1621, en 8.°—*Vita Aristotelis ex veteri translatione, cum ejusdem notis.*—10. *Oratio de causis obscuritatis Aristoteleæ*, reimpresa por Mayans en las *Orationes clar. Valentinorum.*—11. *Institutionum Phisicarum, quatuor libri priores collecti ex Decretis Aristotelis;* Valencia, por Juan Mey, 1554, en 8.°—12. *De usu logicæ;* manuscrito en 4.°—13. *Epitome in Homerum.*—14. *In Aristotelem observationes.*—15. *De situ orbis explanationes in Dionisium Afrum*, manuscritas.—16. *Dialectica Petri Ramicum Scholiis Thalaei et Nunnesii Valentini.*—17. *Joannis Nunnesii Commentaria in somnum Scipionis*, manuscrita.—18. *Notas á Proclo*, impresas en la *Biblioteca Mayanziana.*—19. *Notas al fragmento de Censorino; Cantabrigiæ*, 1696, en 8.°—20. *Epistola de patria Pomponii Melæ, et annotata in proemium atque duo priora capita libri I ad Andr. Schotum*, la cual se halla en la segunda edicion de Mela, hecha en Holanda por Abrahan Grocio, 1748, once volúmenes en 8.°, pág. 519. Nuñez escribió además otras muchas obras, segun dice Jimeno, aunque las más notables son las que aquí hemos referido.—S. B.

NUÑEZ (D. Tomás), auditor de la Rota y electo presidente de Granada. Fué natural de San Martin de Ondas, en la diócesis de Oviedo, é hijo de D. Pedro y Doña Tomasa Ponce. Siguió la carrera literaria, é inclinándose al estado eclesiástico, obtuvo el grado de bachiller en cánones y una plaza en el colegio de la universidad de Salamanca, titulado de los *Verdes* por el color del manto y beca que usaban los colegiales del mismo, desempeñando por algun tiempo la cátedra de vísperas de cánones en la mencionada universidad de Salamanca. En el año 1707 fué recibido de colegial, capellan de manto en el titulado viejo de S. Bartolomé, desempeñando en el mismo las cátedras de prima y decreto de la antedicha facultad, graduándose de licenciado y doctor en la misma durante su permanencia en el colegio. En el año 1726 obtuvo la penitenciaría de la santa iglesia catedral de Salamanca y ejerció la judicatura metropolitana de Santiago, y en 1722 le nombró S. M. auditor de la Sagrada Rota por la corona de Castilla, cuyo destino desempeñó hasta su muerte; no habiendo querido nunca ascender al

obispado, ni admitir ninguno de los muchos y distinguidos empleos que le propusieron. En el año 1728 entabló el colegio de S. Bartolomé la pretension de que se extendiese á toda España y demás dominios sujetos á la corona el rezo particular de S. Juan de Sahagun, concedido únicamente á las diócesis de Burgos, Salamanca, Leon y á los conventos de la órden de San Agustin. Solicitó el colegio cartas del Rey y de los prelados más influyentes de España, y dirigidas á Roma al doctor D. Tomás Nuñez, se logró por su eficacia, diligencia y reconocida actividad que el Sumo Pontífice condescendiera á los deseos del soberano y á las súplicas del colegio, concediendo á todos los dominios de España rezo con rito doble del antedicho S. Juan de Sahagun, que ántes se hallaba limitado á las diócesis de Búrgos, de donde fué canónigo; á la de Leon, donde tuvo su felíz cuna; á la de Salamanca, donde fué colegial del de S. Bartolomé, prior del convento de S. Agustin y apóstol de la ciudad. Todos los gastos que para la consecucion del objeto fué preciso hacer en la corte de Roma, los costeó el mismo Nuñez, por lo cual la patria y la religion deben estarle sumamente agradecidos. A pesar de ser Roma la ciudad que entónces encerraba en su seno los hombres mas sabios de Europa, obtuvo Nuñez tanto crédito de inteligente, que en la Sagrada Rota y en otras congregaciones á que era llamado casi siempre, se asentia á su dictámen sin la más leve contradiccion, pues era tan consumado en el conocimiento del derecho canónico que en la ciudad eterna, así en los círculos de la gente elevada como en los de las personas de la clase media, se decia á manera de proverbio, que Monseñor Nuñez era *un sapientísimo é doctísimo huomo*; por lo cual representó á su país y sostuvo su crédito con la mayor dignidad, llenando de noble orgullo su patria y de satisfaccion á la corona, haciendo respetable el nombre español en la ciudad que era por entónces el emporio de la sabiduría á la vez que cabeza del mundo católico. En el año 1736 le nombró S. M. presidente de Granada, no hallando otro puesto eclesiástico con que poder premiar sus servicios, puesto que en muchas ocasiones habia manifestado que sería inútil presentarle para ninguna de las mitras que vacasen, puesto que se hallaba resuelto á no admitirlas, estando provisto al efecto de especial indulto de Su Santidad para que no le obligasen á admitir, porque tenia tanta repugnancia á obtener dignidades que traen consigo graves cuidados y responsabilidad, como afan y gusto por cultivar el estudio y el derecho canónico, en cuyo ejercicio se hallaba tan contento que rogó á S. M. le dispensase de aceptar la merced que le ofrecia, alegando su mucha edad y que necesitaba para cumplir fiel y debidamente las obligaciones de este empleo, hacer un nuevo estudio de objetos y negocios que no conocia y en los que podia errar muy fácilmente; siendo además su único deseo acabar en su pacífico ejercicio los pocos dias

que de vida le restaban. Accedió la régia bondad á esta súplica, pues á más de conocer que era justa, comprendió la alta penetracion del monarca cuánto crédito adquiriria la nacion teniendo en Roma un sugeto de sus prendas y sabiduría que era el oráculo de aquella ciudad, y del que aseguraban que si llegaba á perderse el derecho canónico, era capaz de trasladarle de la memoria. Murió en la corte pontificia en el año 1744, dejando tanto crédito en pos de sí, que sus decisiones, informes, alegatos y otras piezas jurídico-canónicas (que escribió durante su larga carrera y que coleccionadas más tarde formaron algunos volúmenes) sirvieron por mucho tiempo de norma y guia á los jurisconsultos elesiásticos, teniendo el doble mérito de que su autor no consintió que durante su vida se imprimieran con su nombre. — M. B.

NUÑEZ DE ANDRADE (Fr. Andrés). Nació en Lisboa y fué hermano ó sobrino del insigne varon D. Fr. Diego Lopez de Andrade, obispo de Otranto en el reino de Nápoles. No sabemos casi nada acerca de su vida en el siglo, pues acontece con la de nuestro Fr. Andrés lo que con otras muchas de insignes varones que han florecido en la Iglesia, cuyas biografías se hubieran perdido por completo si la misma Iglesia no se hubiera encargado de conservarlas cuidadosamente para que fuesen ejemplo donde aprendiesen otras generaciones. Conocemos, pues, á nuestro religioso en el momento mismo en que abandonando las vanas pompas del mundo, renuncia las comodidades y los placeres con que pudieran brindarle, trocando su bulliciosa vida por la santa quietud del claustro, muriendo para el siglo y naciendo para la religion. Profesó en la órden de Ermitaños de S. Agustin de la provincia de Andalucía, y desde el mismo instante de su profesion, ó mejor dicho, desde el punto mismo que vistió el hábito, fué un modelo de todas las virtudes. Constante en la oracion, fiel observador de la rígida regla que habia abrazado, humilde de corazon, caritativo no solamente en las obras, sino en las palabras, pues jamás consintió que se lastimára á nadie en la conversacion, discreto como pocos, y obediente como ninguno; se hacia querer entrañablemente por sus superiores, hermanos, y finalmente, por cuantos llegaban á conocerle. No solo fué notable en este concepto de la virtud, que es el más principal y conforme con su estado, sino por otras dotes no ménos brillantes á los ojos del mundo, entre otras por su elocuencia admirable y la asidua aplicacion con que se dedicó al estudio de las obras de los Santos Padres, que llegó á conocer perfectísimamente. Antes de morir quiso dejar una prueba de la verdad de lo que acabamos de decir, emprendiendo una obra digna de él, que desgraciadamente no llegó á concluir. Intentó reducir á órden alfabético los lugares comunes de la Sagrada Escritura, ilustrándolos con varios comentarios. Principió su obra lleno de fe y con el

mayor esmero; sin embargo, Dios tenia dispuesto concederle el premio de sus virtudes ántes de que la concluyera, y solo pudo escribir una parte, que comprende las letras A y B, porque la muerte la puso fin lo mismo que á su vida. Púsola por título *Vergel de la Divina Escritura*, y fué publicada por órden del Rey con la censura que mandó escribir al Mtro. Fr. Diego de Avila, religioso de la órden de la Santísima Trinidad.—G. P.

NUÑEZ DE LA ASCENSION (Fr. Simon). Nació en Portugal, de una familia distinguida. Desde luego se inclinó mucho al estado religioso, y con motivo de haber pasado á Castilla separándose de su familia, se propuso llevar á cabo su plan. Pasó á Andalucía donde vistió el hábito de la Santísima Trinidad, saliendo tan gran teólogo que explicó como catedrático de esta facultad en la universidad de Osuna. De este religioso hacen mencion Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca Hispana nova*; Barbosa y Machado en la *Lusitana*, y otros varios. Escribió en el año 1609 un tratadito *De mistica cruce Ordinis Sanctissimæ Trinitatis*; fólio, manuscrito. De esta obra lo mismo que de su autor hace mencion F. Bernartd.—S. B.

NUÑEZ DE AVENDAÑO (Fr. Francisco). Fué natural de Valencia é hijo de Gaspar Nuñez y de Francisca Serra, quienes le educaron con esmero en las sólidas máximas de nuestra santa religion católica. Hizo en ella rápidos progresos el jóven con mucha alegría de sus padres, que le veian caminar por la espinosa senda de la virtud á grandes pasos, al mismo tiempo que veian su aplicacion al estudio de la filosofía y de las sagradas letras. Comprendiendo lo ilusorio y engañoso de los goces terrenales, los trocó gustoso por el hábito humilde de religioso, que solicitó con gran instancia en el convento de San Agustin, que era de la Orden de dicho Santo: recibiéndole al fin y profesando con gran contento de su alma en manos del P. Mtro. Fr. Gerónimo Saturnino Ferrossi, que era el prior, en el dia 19 de Setiembre del año de 1591. Fué religioso sumamente virtuoso y docto, por lo que era el ejemplo y la admiracion de todos, su consejero y su padre, en una palabra, considerándole así todos los religiosos. Fué además gran filósofo, excelente teólogo y célebre predicador. A pesar de su humildad, su fama, como hemos dicho, le hacia buscar y notar en todas partes como persona muy principal de quien se esperaba sacar mucho fruto; y efectivamente fué así, pues fué maestro en artes, y más tarde catedrático de filosofía en la universidad de Valencia, donde tuvo muchos y buenos discípulos que le honraron toda su vida. Las aspiraciones de nuestro Avendaño eran hacer oposicion á una cátedra de teología, y como estuviese muchos años esperando inútilmente á que vacára alguna en Valencia, se decidió á pasar á Tarragona, donde habia una vacante que ganó por fin despues de una brillante oposicion en que lució su singular talento y extraordinario estudio.

Desempeñó esta cátedra algunos años con mucha sabiduría y provecho para los estudiantes, que se tuvieron por dichosos en tener tan excelente maestro. Fué tambien durante algun tiempo rector del colegio de S. Fulgencio de Valencia, por los años de 1608, siendo muy dignas de alabanza las mejoras que introdujo en en el colegio y el orden admirable que reinó en él durante el período de su rectoria. Los religiosos del convento de S. Agustin de Castellon de la Plana quisieron tenerle por prior, esperando conseguir muchos adelantos por el acierto y prudencia de su gobierno. No salieron defraudadas sus esperanzas, pues trasladándose nuestro virtuoso y docto varon á dicho convento en el año 1617, vivió en él hasta el de 1620 en compañía de sus religiosos, quienes le miraban como á un padre, correspondiendo dignamente á quien como á hijos solamente los miraba. En sus ratos de ocio, ó mejor dicho, en los destinados á su descanso, que eran pocos por destinar á la oracion el tiempo que no le embargaban sus naturales ocupaciones, escribió un *curso completo de filosofía*, en latin, y lo imprimió en Valencia con el título de *Compositio totius Artis Dialecticæ etc.*; obra en que manifestó bien claramente su grande ingenio. Murió, como hemos dicho anteriormente, en el convento de S. Agustin de Castellon de la Plana, siendo prior en el mes de Octubre del año 1620. Hacen mencion de él Fr. Jaime Jordan, en su *Historia de S. Agustin, de la provincia de Aragon*, y algunos otros que omitimos. — G. P.

NUÑEZ DE AZA Ó NOVOA (D. Gonzalo). La historia del rey D. Alonso XI, cap. VI, le da el apellido de Osorio. Consagróle en Salamanca D. Fr. Berengario, arzobispo de Santiago. Celebró sínodo el año 1328, y murió en 1331, y yace sepultado en su iglesia. Concedióle el rey D. Fernando IV muchos privilegios, y le sucedió D. Basco Perez Marino. — O. y O.

NUÑEZ BARRETO (Juan). Nació en Oporto y fué hijo de D. Fernando Nuñez Barreto y de Doña Isabel Ferraz, ambos nobles y pertenecientes á una de las familias más principales de Portugal; fué hermano de Melchor Nuñez Barreto, de quien daremos cuenta. Esmeráronse sus padres en la educacion de sus hijos, ambos muy dispuestos para el estudio y virtuosos ambos como no podian ménos de serlo, teniendo en los que les habian dado el ser un dignísimo ejemplo que imitar. Despues de terminar los primeros estudios con el aprovechamiento que era de esperar por su manera de empezarlos y las condiciones en que estaba para seguirlos, solicitó pasar á Salamanca á emprender los mayores en aquella célebre universidad, peticion á la cual accedieron gustosísimos sus padres, prometiéndose excelentes resultados. Sabida es la preponderancia que habian adquirido en el siglo XVI los estudios canónicos y los excelentes canonistas que brillaron en la citada época. Era, por otra parte, este estudio el más conforme con las inclinaciones de nuestro

jóven, y le abrazó gozoso, continuándole con perseverancia hasta ver colmados sus deseos, recibiendo el grado superior en esta facultad. De vuelta á Portugal preponderó más en él la virtud que el amor á la ciencia, deseando vivir retirado del mundo y sus peligros en una abadía, cuyo deseo realizó en breve, llegando á ser abad en el monasterio de Freiris. En este cargo desplegó tanta actividad, tanta prudencia y tanta santidad en el ejemplo, que no era conocido más que por el *Santo Abad*, amándole sus subordinados como á un padre, pues lo era realmente para ellos en el amor con que les dirigia por el camino de su salvacion. Su hermano Melchor, que á la sazon era ya jesuita, deseoso de traerle á su lado, influyó cuanto le fué posible para que dejára la abadía y solicitase el hábito de la Compañía, solicitud que tuvo por último feliz resultado, influyendo, si se quiere, más que los ruegos de su hermano un misterioso sueño, en el cual creyó el venerable Abad ver manifiesta la voluntad de Dios, y dejando efectivamente la direccion de la abadía, solicitó su admision en el colegio que tenia la Compañía de Jesús en Coimbra, siendo admitido en él el dia 11 de Noviembre del año 1544. Más de tres años estuvo en aquella santa casa siendo un modelo de virtud y llenando con la mayor perfeccion todos los deberes que la estrechez de su estado le imponia; pero no era sin embargo su patria el teatro donde más habian de brillar sus excelentes prendas, sobre todo su inagotable caridad. Antes, pues, de los cuatro años pidió permiso á sus superiores para pasar al Africa y emplearse allí en consolar á los cautivos y asistir á los enfermos temporal y espiritualmente. No quisieron los superiores oponerse á tan piadoso deseo, y le otorgaron la licencia que pedia, confiados en que en ello ganaban mucho los enfermos y los cautivos, pues no solo se limitaria á cumplir su promesa, sino que se extenderia á hacer todo el bien que pudiera imaginar. No salieron, en efecto, fallidas sus esperanzas, pues pasando á Tetuan y arrostrando toda clase de peligros, visitó las hediondas mazmorras donde gemian los cristianos, fortaleciéndoles en la fe y dándoles fuerzas para soportar sus desgracias con resignacion. No contento con procurar el bien temporal y eterno de sus hermanos en religion, predicaba con notable riesgo de su persona, convirtiendo á muchos infieles que recibieron el bautismo de su mano. Administraba los sacramentos; asistia con paternal solicitud en los hospitales, prodigando á los enfermos celestiales consuelos; y sentado muchas veces en la cama de un hereje convaleciente, disputaba con él y le convencia, dándole la vida espiritual al paso que la temporal. Supo triunfar de Mahoma en mil ocasiones desilusionando á sus creyentes, lo mismo que á los que seguian los perniciosos errores del Talmud, y á los israelitas que esperaban aun la venida del Mesías poderoso, del afortunado guerrero que habia de sentarse sobre un trono y devolverles una patria. Pero no fué

esto solo, sino que á fuerza de privaciones, trabajos é industria rescató doscientos cautivos en el espacio de seis años que estuvo allí, devolviendo muchos padres á sus hijos, muchos esposos á sus esposas, muchos hijos á sus padres. De esta manera el nombre del P. Juan era pronunciado con veneracion por todos, y con lágrimas en los ojos por muchas familias que le debian su salvacion, ya temporal ya eterna, cundiendo su fama de tal manera, que llegando á oidos de S. M. D. Juan III, así que el santo varon llegó á Lisboa le presentó para patriarca de Etiopía. Bien hubiera querido el agraciado excusar la merced que el Rey le hacia, por parecerle demasiada carga para sus débiles hombros, y trabajó cuanto pudo por excusarla, tanto que fué menester, para obligarle, que se lo impusiera por obediencia un precepto de su santidad Paulo IV, á cuya soberana autoridad se vió precisado á someterse, siendo consagrado en la iglesia de la Santísima Trinidad el dia 24 de Mayo del año 1555 por el Ilmo. Sr. Obispo de Puerto Alegre, D. Julian de Alba Emoler. Una vez admitida la dignidad, no era capaz de dilatar un punto el cumplimiento de su mision, y se apresuró á salir de Lisboa, efectuándolo el dia 28 de Marzo de 1556, embarcándose en la Garza, de la cual era capitan D. Juan de Meneses. Llegó á Goa, y se esforzó cuanto pudo por entrar en su patriarcado, donde hacia suma falta su presencia, porque su grey estaba dividida y lastimada por los errores del cisma desgraciadamente. Sería prolijo enumerar todos los esfuerzos que hizo por conseguir su propósito, desvelándose siempre por el bien de su rebaño, que se prometia salvar si llegaba hasta él; pero la Divina Providencia lo tenia determinado de otra suerte, y cada vez se aglomeraban más obstáculos en su camino, obstáculos que llegaron á ser insuperables para él. Otro que no hubiera sido el P. Juan se hubiera vuelto entónces á la corte á gozar en ella de las prerogativas de su elevado puesto y de la buena fama que sus virtudes le habian proporcionado; pero nuestro santo Patriarca, léjos de hacerlo así, determinó quedarse en Goa predicando á lo más ínfimo de la plebe con mucho provecho para la salvacion de sus almas. En la isla de Chorao, poco distante de allí, edificó unas humildes casas junto á una iglesia que habia en aquel sitio bajo la advocacion de nuestra Señora de Gracia, y en ellas retirado del comercio hablaba mútuamente con Dios, pasando su vida en ásperas penitencias por los pecadores, y en dulzuras solo conocidas de los que han tenido la dicha de gustarlas, sacrificando sus bienes y su vida por su Dios, y viviendo para él solo en la soledad de los claustros, de los desiertos, y en la práctica constante de las virtudes que ejercitaban con infatigable celo. Cuando el número de sus dias estaba ya completo, le asaltó una aguda fiebre que le obligó á trasladarse á su colegio de S. Pablo, donde fué recibido con el mayor amor, dedicándose todos á su asistencia con tierna solicitud. El ilustre Patriarca

conocia que se aproximaba el momento de recibir el premio de sus buenas obras, y así lo declaró con el mayor júbilo, pasando efectivamenta á otra vida más dichosa el dia 22 de Diciembre del año 1562, á los cuarenta y cinco de edad y diez y ocho de compañía. Escribió varias cartas en sus viajes.—G. P.

NUÑEZ Barreto (Melchor). Nació en Oporto en el año de 1520, de una familia distinguida y noble. Fué su padre D. Fernando Nuñez Barreto, señor de Freroz y Penagate, y su madre Doña Isabel Ferraz, nobles ambos y de igual virtud que nobleza. Aunque no tuvieron á este hijo solo, se esmeraron mucho en su educacion por la excelente disposicion que manifestaba. Veíanle crecer perfeccionándose en la virtud al mismo tiempo que en la ciencia que seguia, que eran los sagrados cánones, y esperaban con afan ver premiados sus esfuerzos el dia en que el jóven tomára el grado de doctor. Ya habia terminado los estudios indispensables, llenando todos los requisitos que le eran exigidos, cuando Dios dispuso determinar que se manifestase en él una decidida vocacion de vestir el hábito de la Compañía de Jesús, y dejando en tal estado sus estudios, pidió muy encarecidamente su admision al P. Simon Rodriguez, quien no quiso recibirle hasta que hubiera tomado el grado, siendo así más condescendiente con su familia y más útil para servir á Dios en la Compañía. Obedeció gustoso el jóven, doctorándose con toda solemnidad, despues de lo cual fué admitido el dia 11 de Marzo de 1543, á los veintitres años de edad. Nada diremos de las virtudes que manifestó en su noviciado, ni de la humildad con que atendia las menores indicaciones de sus superiores, pues en el curso de su vida las hemos de encontrar á cada paso. Pareciéndole Portugal muy pobre teatro para practicar el bien á medida de sus deseos, suplicó á sus superiores le permitieran pasar á las Indias. Obtenido el permiso se embarcó en la nave Esperanza, de la que era capitan D. Diego Lopez de Sousa Tabares. Llegó felizmente á Goa, donde fué recibido por S. Francisco Javier, quien al poco tiempo de haberle tratado, conociendo sus dotes y sobre todo su ardiente deseo de servir á Dios ejercitándose en actos de caridad, le hizo superior de la presidencia de Bacaim, donde habia copiosísima mies para los operarios de la religion. Agradeció en el alma al Santo la comision que le encargaba, por los mil peligros que le ofrecia y el mucho provecho que podia alcanzar en la salvacion de aquellas almas empedernidas en el mal. Recibió su bendicion, con la cual iba casi seguro de la victoria, y se encaminó al punto de su destino lleno de fe y decidido á morir confesándola, si Dios le tenia preparada la gloriosa palma del martirio; pero no habia determinado que muriese la divina Providencia, que sábiamente dispone todas las cosas y economiza la sangre del martirio, no permitiendo que se derrame sino cuando es preciso para sellar la verdad del Evangelio ante los más empedernidos corazones, y abatir el orgullo im-

potente del verdugo con la heróica constancia de la víctima. Era más necesario en aquel punto un celoso predicador que propagase entre los salvajes las verdades eternas, un varon prudente y fuerte que reprimiese las demasías de algunos malos cristianos, un ángel de virtud que confirmase con el ejemplo la verdad de su doctrina, y un soldado valeroso que combatiese el ponzoñoso error que difundian los herejes. Todo lo realizó nuestro celoso misionero con ardiente celo, sin que fuera capaz de detenerle ninguna clase de obstáculos. Predicó, bautizó, convirtió centenares de aquellos desgraciados, extendió con el ejemplo el amor á la caridad curando á los enfermos y asistiendo con cuantos medios estaban á su alcance á toda clase de necesitados, sin distincion de ninguna especie; reformó las costumbres de los cristianos, administró los santos sacramentos, expulsó á los herejes obstinados; en una palabra, puede decirse que era el ángel del bien que iba difundiendo la luz de la verdad y repartiendo consuelos celestiales á todos sus hermanos. Como no tenia más aspiraciones, seguia cada vez más fervoroso en su trabajo, sin que nunca pensára salir de aquel estado; pero la muerte del venerable P. Gaspar de Barzeo vino á cambiar su destino bien á su pesar, pues habiéndose extendido la fama de sus merecimientos, fué electo provincial de las Indias, por cuya razon tuvo que volver á Goa, y desde allí dispuso su viaje al Japon en compañía del célebre viajero Fernando Mendez Pinto. En la embarcacion dió á todos sus compañeros muestras de su santidad, pues no fué nada suficiente para alterarle, ni aun las borrascas monstruosas que mil veces amenazaron abrir su sepultura en los abismos insondables de aquella mar impetuosa que crugia en derredor suyo. En medio de las espumosas olas que venian á chocar con estrépito en la débil tabla de su salvacion, el P. Nuñez, impávido como si fuesen juguete de los hombres, animaba á unos, movia á penitencia á otros, era en fin el diestro misionero que sacaba partido para convertir y consolar del imponente espectáculo de una cercana muerte, sin cuidarse siquiera de pensar en su propia vida. Pasaron felizmente este y otros peligros semejantes, llegando á Malaca el dia 5 de Junio de 1554, y como fuese aquel el primer punto de su arribo, quiso dejar en él feliz memoria de su esfuerzo entregándose por algun tiempo con incansable ardor á sus tareas. En premio de su trabajo recogió frutos muy copiosos, con los cuales se dirigió lleno de gozo á Canton, metrópoli de una de las provincias de la China, donde fué el primer operario evangélico. Visitó á los neófitos de las iglesias de Costas, Travancor, Pescaria y Coromandel; y asistido de cuarenta portugueses preciosamente vestidos, llevó una solemne embajada al rey de Bungo, á quien habia llevado ya otra del mismo San Francisco Javier y con el mismo fin, que era moverle á que profesase públicamente la religion cristiana. Recibióle el mencionado príncipe con amor,

tratándole, miéntras le tuvo á su lado, con la mayor consideracion; pero no se determinó á practicar lo que se le pedia por temor de sus súbditos. Convenció en pública disputa á Mar José, obispo nestoriano, que andaba por las sierras de Malabar vertiendo el veneno de sus doctrinas cismáticas. Nuestro celoso Provincial no solo le derrotó cumplidamente, sino que le obligó á abjurar por escrito de sus errores. Despues volvió á Goa, y allí terminó dichosamente su carrera, llena de merecimientos, con una muerte dulce y tranquila el 10 de Agosto del año 1571, á los cincuenta y uno de edad y veintiocho de religion. Hacen mencion honorífica del P. Nuñez casi todos los más célebres escritores de la Compañía de Jesús. Escribió varias cartas en las que da cuenta de sus viajes.—G. P.

NUÑEZ DE CASTRO (Fr. Pedro), franciscano español. Pronunció sus votos en la provincia de la Concepcion, y fué prefecto del convento de Rioseco. Escribió: *Santoral seráfico*; 1618, en fólio; *Apologético por la impresion de las llagas que hizo Cristo á S. Francisco*: *Discursos predicables para los domingos de Adviento y principales fiestas que en él la Iglesia celebra*; Valladolid, 1643, en 4.°—M.

NUÑEZ DE CEPEDA (Francisco). Nació en Toledo y entró en la Compañía de Jesús. Es conocido por una obra que escribió titulada: *Idea del buen Pastor, copiada por los santos doctores, representado en emblemas sagrados*; Leon 1648.—M.

NUÑEZ CORONEL (D. Fr. Gregorio). Nació en Lisboa, de padres muy principales y conocidos, pues fué hijo del doctor Leonardo Nuñez Fisico Mor, hidalgo de la casa real y caballero profeso en la Orden de Cristo, y de Doña Leonor Coronel. Tuvo por hermano al doctor Ambrosio Nuñez, caballero tambien de la ya citada Orden de Cristo. Vino á Salamanca á cursar en su célebre universidad, donde hizo rapidísimos progresos literarios con mucha envidia de sus condiscípulos y emulacion de sus maestros, que admiraban su ingenio, segun asegura el portugués D. Diego Barbosa y Machado. A los diez y ocho años de edad conocia perfectamente cuanto podia dar de sí la sociedad en que vivia, y lo poco que valian los falsos placeres del mundo. Muchos aplausos académicos habia recibido, muy claro se le presentaba el glorioso camino que debia recorrer; pero aun veia más hermosa la estrecha senda de una virtud sin tacha, más apacible el retiro de un claustro, y más conforme con sus deseos la compañía de los virtuosos religiosos. Olvidó sensatamente lo ilustre de su linaje, la felicidad de su ingenio y cuanto pudiera ligarle al mundo, y movido de superior impulso, dejó la universidad para vestir el hábito de ermitaño de S. Agustin en el convento de Salamanca, en el dia 8 del mes de Mayo del año de 1576. Trasladado algun tiempo despues á la provincia de Portugal, continuó con la mayor aplicacion los

mismos estudios que habia empezado siendo seglar, y tomó parte en los acontecimientos políticos de su época, decidiéndose á favor de D. Antonio, pretendiente del trono en oposicion al rey D. Felipe II. Sabido por todos es el resultado de esta oposicion; y cómo tuvieron que ponerse en fuga todos los partidarios del Prior, temerosos del enojo del Rey. Entre estos tocó la misma suerte á Fr. Gregorio, quien tuvo que retirarse á Saboya, donde, conocedor de sus méritos, el duque Cárlos Manuel le nombró su predicador. Despues pasó á Roma, donde no fué ménos apreciado, tomándole por confesor el cardenal Aldobrandino, quien despues de su exaltacion al solio del Vaticano con el nombre de Clemente VIII, le hizo su teólogo y secretario de la congregacion celebrada en Roma en 1602, en que se disputó la materia de los auxilios entre la religion dominicana y la jesuítica. La santidad de Paulo V, formando de los méritos de Fr. Gregorio el mismo concepto que su antecesor, le nombró obispo de Ostia, ciudad de la Toscana, cuya dignidad desempeñó humildemente, protestando ser incapaz su edad de tan gran peso, por lo cual suplicó al Pontífice confiriese su obispado á Fr. Hipólito Fabriano, general de la órden de Ermitaños de S. Agustin. En el capítulo general, celebrado en Roma en 6 de Junio de 1620, fué elegido definidor general, cuyo cargo desempeñó hasta la hora de su muerte, acaecida en el año 1623. En sus exequias pronunció la oracion fúnebre Fr. Nicolás Laurinories, ermitaño de S. Agustin, cuya oracion se imprimió en Roma en el mismo año. Hacen mencion de este religioso multitud de autores, entre ellos el ya mencionado Barbosa y Machado en su *Bibliotheca Lusitana*, Nicolás Antonio en la suya *Hispana*, Herrera en su *Alfabeto Augustiniano*, y otros muchos. Compuso algunas obras, cuyos títulos son los siguientes: *De Vera Christi Ecclesia; Romæ apud Jacobum Lunam in typographia externarum linguarum. De optimo Reipublicæ statu; ibi apud eumdem typographum.— De Sacris Apostolicis traditionibus liber unus.— De Materiis in congregatione de Auxiliis agitatis*, fólio Ms. y *Variæ consultationes spectantes ad S. Officium*. Estas dos obras, que comprenden dos grandes volúmenes, se conservan en la biblioteca de religiosos Agustinos en el convento de dicha Orden en Roma.— G. P.

NUÑEZ Delgadillo (Fr. Agustin). Nació en Cabra, pueblo de la diócesis de Córdoba, y vistió el hábito de carmelita. Fué maestro en sagrada teología y religioso de vasta doctrina y memoria feliz. Enseñó teología en las ciudades de Córdoba, Valencia, Granada y Zaragoza, acreditando en todos estos parajes sus relevantes dotes para la enseñanza. Escribió varias obras; pero solo han visto la luz pública las siguientes: *De la victoria de los justos, celebrada por David en el salmo* 17; Granada, 1618, en 4.°—*Primera y segunda parte de Sermones de cuaresma*; Madrid, 1629, en 4.°—*Breve decla-*

racion del arte de Raimundo Lulio; Alcalá, 1622; Madrid, 1633, en 8.°— *Abecedario espiritual dedicado á la infanta Margarita*; Madrid. Dejó manuscritos varios tratados que citan los autores.—M.

NUÑEZ Delgado (Pedro), porcionero de la santa iglesia de Sevilla y catedrático de humanidades. Antonio de Nebrija y otros autores le honran con los mayores elogios. Falleció, agobiado de dolores, en 30 de Noviembre de 1535. Publicó las obras siguientes: *Epigrammata Petri Nunez Delgado cum expositionibus ejusdem Christophori*; Sevilla, 1531, en 4.°— *Aurea himnorum totius annis expositio cum annotationibus Petri Nunez Delgado, unaque orationes sacræ quæ per annum cantantur.—Epistolæ D. Pauli et aliorum quæ cantari solent et homilia diversorum sanctorum etc.; ibid.*, 1527, en 4.°— *Expositio Threnorum, id est, Lamentationum Jeremiæ necnon novem lectionum quæ pro defunctis in ecclesia decantari solent una cum acervissima Christi passione secundum Matheum excerpta ex Nicolao de Lira per licenciatum Nunez Delgado presbyterum in studio Hispalensis cathedralium*; Sevilla, 1530.— *Chrónica corónica troyana*; Toledo, 1512, en fólio.—M.

NUÑEZ de Figueroa (Fr. Cristobal de), religioso de la órden de S. Juan de Dios, cuya patria se ignora. Despues de haber navegado por muchos años y tomado una parte muy activa en la conquista de América por los españoles, se estableció en la ciudad de Mizque, situada en la provincia del reino y ciudad de la Plata, donde comenzó á distinguirse por su cristiana vida y buenas obras. Habia padecido grandes necesidades en su larga y aventurera vida, y era por lo tanto muy compasivo y aficionado á socorrer á los pobres. Vestia á los que veia desnudos, ayudaba á casar, dotando á las doncellas virtuosas, favorecia á las viudas necesitadas y daba, en fin, á los pobres todo lo que tenia. La caridad del siervo de Dios le condujo al hospital de Santa Bárbara, recien fundado en aquella ciudad, donde pidió una celda, á la que se retiró abandonando las comodidades de su casa por hallarse más cerca de los pobres enfermos. No abandonó por esto á los que ántes habia socorrido, pues salia á visitarlos y acudiendo á las cárceles, no eran pocos á los que daba libertad con sus cuantiosas limosnas. Hallábase muy cerca de su celda la capilla del convento, y con tal motivo la visitaba con frecuencia para consagrarse á la oracion, rezar sus devociones y hacer grandes mortificaciones. Viendo lo pequeña que era la iglesia, decidió hacerla mayor, lo que puso por obra con no pequeños gastos; mas no contento todavía, la regaló muchos retablos, lámparas de plata y toda clase de ornamentos y servicio de altar. No se olvidaba por esto del socorro de los pobres enfermos del hospital, pues á pesar de los grandes gastos que hacia para la construccion de la iglesia, los socorria diariamente. Estas obras descubrian su inclinacion á ser religioso de S. Juan de Dios, lo que sabido por algunos amigos, le dijeron que

ya que Dios le llamaba para servirle en el estado religioso, que cuánto mejor sería entrar en convento, adonde fuese hombre grave y de importancia, sacerdote, predicador y confesor, como lo pedia la autoridad de su sangre y nobleza, y no quedarse en servidumbre de los pobres un sugeto de tanta importancia como él. Oyóles con alguna impaciencia y les respondió despues con no menos cordura que templanza. «El dia del juicio, que contí»nuamente estoy considerando, me parece que no me han de preguntar si »fui hombre de autoridad, porque eso de serlo es solo bueno para la autori»dad del mundo, no lo es para Dios. Lo que á todos nos han de preguntar »es lo que á mí me han de preguntar y lo que dice S. Mateo: *Si di »de comer á quien tenia hambre, si di de vestir á quien estaba desnu»do, si di de beber á quien tenia sed, si visité á los enfermos y encarce»lados.* Señores mios, todos se pueden ir al cielo, porque para todos hay »caminos, pero á ninguno dará razon Dios de haberle dado la gloria, sino »al que cumpliese con estas obras de caridad y misericordia. Yo quiero »buscar el cielo por este camino, y obligarle al Señor á que me le dé, dán»dole la razon que Su Majestad dará para darlo. Bien reconozco cuán alta »dignidad es la del sacerdocio; pero por eso no hace mayor dificultad, que »no es fácil que yo sepa cumplir con ella. ¿Seré yo más santo que S. Fran»cisco, que es de los mayores que la Iglesia tiene? Una alma tan santa y tan »pura temió, y no he de temer yo teniéndola llena de maldades y ruindades? »Grande ocupacion es tambien la del predicar la palabra de Dios, pero tiene »gran riesgo la vanidad y el haber de predicar como se estila y no como se »debe. En no predicando á Cristo crucificado, que es lo que S. Pablo y San »Vicente Ferrer predicaban, ¿para qué se ha de predicar? Y para eso es me»nester más espíritu y valor que el mio. Venero tambien el confesar, por»que es verdaderamente oficio de apóstol, y que el que confiesa hace muy »grandes servicios á Dios, siendo instrumento de restituir la gracia al alma, »que por la culpa la ha perdido, y que la vuelva de enemiga amiga de »Dios; pero no me negarán que para todo ha menester ser un hombre án»gel en la vida y en el ejemplo. Yo no lo soy, sino un hombre cargado de »miserias, ¿pues cómo he de entrar en ministerio de ángeles? Tengo escogi»do lo que sé que me conviene, y solo en esta santa religion puedo lograr mi »destino, que es servir y asistir á los enfermos pobres, y no dejarlos hasta »morir, porque tengo asegurado el premio de la misma boca de Dios.» Quedaron con este discurso convencidos sus amigos, y no tardó el P. Nuñez, en tomar el hábito de la órden de S. Juan de Dios con grande alegría de los religiosos, que ya de antiguo le miraban como compañero y hermano. Repartió entónces su hacienda entre los pobres de la ciudad, dando lo restante á su convento, sin reservarse para sí la más pequeña cantidad. Aconse-

járonle que conservase alguna renta, aunque fuese poca, para sus necesidades, porque no siempre podria aliviárselas ni socorrerle el convento. Tratólo con su prelado, y este le dijo que obrase como mejor le pareciese y conforme le dictára su espíritu é inclinacion, á lo que contestó: «Yo no he menester nada; »y si lo hubiese menester, tengo viva fe que Dios me lo ha de dar y que no »me ha de faltar.» Repartió pues cuanto tenia, creyéndose feliz con verse vestido de un humilde saco y dedicado á servir á los pobres. Consagróse por completo á la oracion, á que dedicaba la mayor parte de la noche, asistiendo en estas horas y en las del dia á los enfermos, con tanta constancia, que no sabia salir de la enfermería. Acompañaba este santo ejercicio con muchos ayunos y penitencias; era en extremo humilde, porque siendo de grande capacidad y muy buena sangre, se creia un idiota y el hombre más ruin de la tierra; siendo la mayor mortificacion que se le podia hacer sufrir, el recordarle que habia hecho limosnas y fabricado la iglesia, porque decia: *No hay dolor más sensible para mí, que ofrecerme á la memoria lo que ya tengo tan olvidado. ¿Qué he hecho yo por el Señor en esta vida, que Su Majestad no haya hecho mucho más por mí? Aunque yo hubiera hecho mucho más, ¿no quedo á deberle mucho más á Dios? Todo era de Dios, y yo no he hecho nada en darle lo que era suyo.* Era ciego en la obediencia y ejemplar en la humildad: no solo hacia, sin replicar nada, lo que le mandaban los prelados, sino cuanto le mandaban los demás religiosos, como si fuesen sus prelados. Si estimado fué ántes de haber tomado el hábito religioso, mucho más lo era ahora por sus sanos consejos y consuelo que daba á cuantos á él se aproximaban. Quiso al fin el Señor premiar sus trabajos con una grave enfermedad que sufrió con la mayor paciencia é igualdad de ánimo, dando ejemplo de grande sufrimiento á cuantos le asistian, porque no le oyeron quejarse ni aun en la violencia de los mayores dolores en que se deshacia en contínuas alabanzas al Señor. Desahuciado por los médicos, pidió los santos sacramentos, y se los administraron con la asistencia de un numeroso concurso de caballeros, clérigos y religiosos de todas las religiones, que se habian apresurado á visitarle al saber se hallaba de peligro. Comprendiendo que eran llegados sus últimos instantes, pidió que le hicieran la recomendacion del alma, y estándosela haciendo, se levantó, incorporó y sentó en la cama, y dijo levantando las manos y los ojos al cielo: *Señor, Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu;* y espiró. Estuvo dos dias sin enterrar, siendo grande la concurrencia que fué en ellos á verle en el convento, deseando todos obtener alguna reliquia para recuerdo de tan venerable religioso. Hiciéronle un suntuoso entierro con asistencia de los cabildos y las religiones, y le dieron sepultura en la iglesia que habia edificado á su costa.—S. B.

NUÑEZ FRANCO (Fr. Juan). Nació en Andalucía, y pronunció sus votos

monásticos en la religion de nuestra Señora de la Merced. Fué en ella maestro en sagrada teología, y sus virtudes le presentaron como modelo de religiosos. Escribió: *Ejercicios espituales;* Sevilla, 1625, en 4.°; y *Conciones á muchos Evangelios.*—M.

NUÑEZ GACHUPIN (D. Alonso), obispo de Popayan electo. Fué natural del lugar de Sigüenza, en la diócesis de Burgos. Hizo sus estudios mayores en la universidad de Salamanca, dedicándose á la carrera eclesiástica y recibiendo las órdenes del sacerdocio, así como el grado de doctor en teología, en la mencionada poblacion. Perteneció al ilustre colegio viejo de S. Bartolomé, donde fué admitido en el año 1639, y en el cual desempeñó por el de 1644 la cátedra de artes y despues la de física. Deseando utilizar en el bien comun las funciones de su elevado ministerio, aunque fuera empezando con humildes pasos, aceptó el curato de la villa de Alcorcon, en la provincia de Madrid, y en el año 1645 hizo oposicion al del pueblo del Casar, en la provincia de Toledo, que se encontraba vacante, el cual consiguió, como asímismo el de Horche, en la misma diócesis, que valia por entónces tres mil ducados de renta. En 1656 le hizo merced el Rey del obispado de Popayan, en América; pero no llegó á tomar posesion de él por haber fallecido en 1658 en el mencionado lugar de Horche.—M. B.

NUÑEZ DE GOUVEA (Enrique), jesuita portugués, natural de Oporto, é hijo de D. Sebastian Nuñez de Gouvea y de Doña Bárbara Dutra. Huérfano de padre á los diez y seis años de edad, se distinguió por sus buenas costumbres y aplicacion al estudio, aprendiendo con grande perfeccion la lengua latina y la filosofía. A los diez y ocho años le casó su madre con Doña Beatriz de Madureyra, de la cual tuvo algunos hijos, dos de los cuales fueron de la Compañía, á saber, el P. Cristóbal de Gouvea y el P. Juan de Madureyra. Otro de sus hijos, Fr. Pablo de Oporto, fué de la religion de San Francisco. Algunas de sus hijas entraron tambien religiosas. En su juventud vivia Enrique Nuñez entregado á las vanidades del mundo, pero habiendo llegado á la ciudad de Oporto el P. Francisco Estrada, célebre por sus predicaciones y conversiones, comenzó á predicar en aquella ciudad en 1546, con grande concurrencia, entre la cual se hallaba Enrique Nuñez, que contaba á aquella sazon treinta años de edad. Continuando en oir las predicaciones del P. Estrada, obró de tal manera en él la gracia del Espíritu Santo, que dejando sus vanidades se entregó á Dios por la frecuencia de los sacramentos, uso de la oracion y santos ejercicios. Esta mudanza, como ocurrida en persona tan principal, fué tenida por maravillosa. Vivia el P. Estrada en el hospital, y allí fué á buscarle Nuñez y le quiso tener algunos dias en su casa, para manifestarle mejor su corazon y tomar de él los consejos necesarios para la mejor direccion de su vida. Se deshizo entónces de todas las

amistades, y puso todo su cuidado en servir en la casa de la Misericordia, visitar los hospitales, curar á los enfermos y remediar á los pobres y necesitados. Los grandes adelantos que hizo en el camino de la virtud fueron causa de que cuando el P. Estrada marchó de Oporto le tuvieran todos por maestro de espíritu, y fuesen á su casa de dia y de noche, donde empleaban largas horas en santas prácticas y trataban de las obras de caridad que habian de hacer. Los ejemplos de Enrique Nuñez aumentaban el amor á la virtud en los buenos y causaban grande confusion en los mundanos, llegándole á cobrar tal miedo los que no seguian este camino, que cuando le encontraban se escondian ó huian de él. Pero por lo que más se distinguió fué por la virtud de la caridad, pues todos los dias reunia en su casa á más de doscientos pobres, y á todos les daba de comer por su mano. Enviaba á los enfermos á los hospitales, y se recogian y curaban por su cuenta. Finalmente, durante dos meses en que reinó en Oporto una terrible hambre, se asedió el siervo de Dios, por decirlo así, á sí mismo, sin aflojar de dia ni de noche en este santo ejercicio, aumentando el número de los pobres á que socorria; para que fuesen todos participantes de este bien. Por aquel mismo tiempo fueron otros padres de la Compañía á la ciudad de Oporto, siendo el principal el santo P. Gonzalo de Silveyra, á quien no tardó mucho en seguir S. Francisco de Borja con otros compañeros. Yendo el santo padre á hospedarse al hospital, le trajo á su casa Enrique Nuñez y le tuvo allí consigo, aprovechándose de sus religiosísimos ejemplos. Viendo el P. S. Francisco de Borja que aquella ciudad podia tener colegio de la Compañía, en que se hiciesen muchos servicios á Dios, comunicó su pensamiento con Enrique Nuñez, y como sus deseos no eran otros, aprobó los intentos del Santo y los ayudó en cuanto pudo, procurando vencer todas las dificultades que se presentaron. Púsose luego con toda diligencia á buscar dentro y fuera de la ciudad algun sitio donde se pudiera edificar la casa de la Compañía; y como no le hallase, ofreció Enrique Nuñez sus casas, en las cuales era entónces su huésped el P. S. Francisco, y aunque eran poco acomodadas le hizo donacion de ellas, con consentimiento de su mujer, para que se recogiesen allí los padres entre tanto que se encontraba otro sitio. Aceptólas el Santo, y determinó hacer en ellas colegio y colocar el Santísimo, como en efecto lo puso por obra. No faltaron, sin embargo, algunas contrariedades, urdidas por el enemigo de las almas, contra el nuevo colegio; las cuales solo sirvieron para animar más á Enrique Nuñez, que continuó á su costa toda la obra. Muriendo á esta sazon el rey D. Juan III de Portugal, quedó gobernando por su nieto D. Sebastian la reina Doña Catalina, la cual teniendo noticia de las muchas virtudes y talentos de Enrique Nuñez, le envió á llamar á Lisboa con ánimo de enviarle por embajador al rey de Angola, que

deseaba comerciar con los portugueses y recibir nuestra santa fe. Manifestándole la Reina sus intentos, se excusó el siervo de Dios diciendo que tenia mujer é hijos y otras obras de la gloria de Dios entre manos en la ciudad de Oporto, como eran la iglesia de la Misericordia y el colegio de los padres de la Compañía; y que por lo tanto tuviese á bien la Reina excusarle de tal jornada. Respondióle esta que tomaba á su cargo á su mujer y á sus hijos, y los llevaria á palacio hasta que acabasen los estudios, y despues los colocaria bien. A lo que respondió Nuñez: «Yo, señora, tengo criados á mis hijos para otro mayor y mejor palacio;» dando á entender que era para el cielo por medio de la religion. Finalmente, la Reina no le quiso excusar hasta que buscó otro pariente suyo que no tenia obligaciones, el cual fué enviado á aquella jornada. Viéndose el siervo de Dios libre de este compromiso, volvió á su casa, y continuó las obras que tenia comenzadas, así en la casa de la Misericordia como en el colegio. Fué muchas veces proveedor de aquella santa casa. Ordenó tambien que en un hospital, llamado de Roque Amador, hubiese cuatro mujeres virtuosas que tuviesen cuidado de los enfermos y peregrinos, y que fuesen enfermeras por semanas, con muchas ayudantas, por cuyas manos corriese todo el gasto del hospital. Hizo señalar á cada una la renta anual de mil quinientos reis y aposento en que viviesen con vestido pardo, y estuviesen recogidas como en un monasterio. Además de esto proveyó este hospital de botica, médico y capellan, que dijera misa todos los dias festivos y administrase los santos sacramentos á los enfermos. Teniendo ya cuarenta y cinco años, poco más ó ménos, y deseando recogerse en la Compañía con todos sus hijos, trató con su mujer, que pasaba á esta sazon de cincuenta años, que entrase monja con sus hijas en el monasterio de Sta. Clara, para acabar la vida léjos de los disgustos del mundo. Respondióle que se alegraba de ello, y tomada esta resolucion, procuró Enrique Nuñez obtener dispensa de Roma, viviendo de allí en adelante separados como hermano y hermana, y haciendo vida más de ángeles que de hombres. Hallándose las cosas en estos términos, quiso el Señor premiar las obras de su siervo, pues cayó gravemente enfermo, y despues de recibir los santos sacramentos mandó llamar al P. Rector y demás individuos de la Compañía que se hallaban en Coimbra, á los que dirigió las siguientes palabras: «Padres y hermanos mios en Cristo: bien sabeis cuáles fueron siempre mis deseos para con la Compañía, y pongo á Dios por testigo de cuantas »veces le tengo pedido de que llegase tiempo de poder entrar en ella con »todos mis hijos, pues fué su divina bondad hacerme tan grande merced; »mas ahora, padres y hermanos mios, que me veo en esta hora, pido que »quieran aceptarme por hermano suyo, y para esto quiero hacer profesion; »y vuestra reverencia, P. Rector, pido me ayude á pronunciar los votos.»

Usando luego de la licencia que tenia de S. Francisco de Borja hizo los votos de hermano estudiante, y entró religioso de la Compañía. Hechos sus votos, dió muchas gracias á nuestro Señor por conseguir este favor, y pasada cosa de una hora, que se estaba consolando con los padres y hermanos, oyendo hablar de Dios, tornó á preguntar qué hora era. Habiéndole dicho que eran las ocho, mandó encender unas velas que estaban en el altar y que le llevasen un crucifijo, que le dió el santo mártir Ignacio de Acebedo, á quien tenia mucha devocion, y dijo al P. Rector que comenzase el oficio de agonía. Comenzando el P. Rector, puso los ojos en el crucifijo con mucha devocion, sin separarlos nunca de él. Acabó el padre el oficio, y queriendo hablarle, halló que estaba ya muerto, lo que sucedió sin que ninguno de los presentes comprendiesen que acababa ni hiciese movimiento alguno, sino quedando como si estuviese vivo. El dia de su muerte fué el 21 de Marzo de 1570. Fué enterrado en la bóveda del colegio de Oporto, donde algunos años despues se encontró su cuerpo entero é incorrupto. Su hijo Fr. Pablo de Oporto escribió su vida poco despues, la cual termina con estas palabras: *Ego, frater Paulus, ejus filius minimus natu, ordinis Minorum seraphici patris nostri Francisci provincia, pietatis hæc omnia scripsi, auribusque meis audivi à matre, antequam moriretur, et oculis meis vidi in vita ipsiusmet patris, et testis est mihi Deus, quia non mentior. Laus et gloria Omnipotenti Deo.*—S. B.

NUÑEZ DE MIRANDA (Antonio), jesuita mejicano. Solo se sabe de este discípulo de S. Ignacio que escribió: *El dia derecho* y el *Instituto y reglas de la Purísima Concepcion*; impresas ambas obras en Méjico.—M.

NUÑEZ MORQUECHO (Fr. Gerónimo), religioso de la órden de la Merced, redencion de cautivos. Nació en España, y enseñó teología en su convento de Valladolid. Brilló tanto por su piedad como por su ciencia, y dejó escrita en la biblioteca de dicho convento esta obra: *In tertiam partem Sancti Thomæ*; un tomo.—M.

NUÑEZ DE OSMA (Pedro). Notable por sus virtudes. Natural de Osma. Dejó manuscritos los *libros de los Macabeos*, traducidos en castellano á instancias de Lope de Acuña; una *Suma del virtuoso deseo*, y un *Sumario de los reyes de Castilla y Leon desde D. Pelayo á los Reyes Católicos.*—M.

NUÑEZ PEREIRA (Domingo), natural de Lisboa é hijo de Diego Ribeiro y de Brígida de la Costa. Se dedicó al estudio de la música, en la que hizo rápidos progresos, sobre todo en la religiosa, en la cual llegó á ser insigne profesor. Despues de haberse ordenado de presbítero, fué nombrado maestro de la casa de Misericordia de Lisboa, desde donde pasó á ejercer igual cargo á la catedral durante muchos años, al cabo de los cuales se retiró al lugar de Camarate, y allí espiró en 29 de Marzo de 1729. Fué sepultado en la capilla

mayor de la ermita de S. Pedro de la iglesia de Santiago en Camarate, donde dejó una misa cotidiana por su alma. Entre las obras de música que dejó escritas fueron las principales las siguientes: *Responsorios da Semana Santa*, á ocho voces. —*Responsorios do oficio dos difuntos*, á cuatro. —*Confitebor*, á ocho. —*Laudate pueri Dominum*, á ocho. —*Laudate Dominum omnes gentes*, á cuatro. —*Vilhancicos e motetes*, á cuatro, seis ú ocho voces. G. P.

NUÑEZ PIMIENTA (H. Diego), de la Compañía de Jesús, coadjutor temporal, varon notabilísimo por sus virtudes humanitarias y caridad con el prójimo. Este religioso, en la mortífera epidemia que asoló á Murcia en el año de 1648 fué incansable en el servicio temporal y espiritual de los contagiados; y si bien no salió de la casa á servir en el Hospital, como deseó y pidió, por no ser posible condescender con su santo deseo, porque en el colegio era precisa su expedita habilidad para los oficios de su estado, dentro de la misma casa sirvió á toda la ciudad, cuidando de los que la servian; fué incansable en el trabajo, haciendo solo los oficios de muchos, hasta que logró ocasion de sacrificarse á servir á los apestados, porque la enfermería ó patio de estudios y aulas se llenó de enfermos, así de los que servian á los apestados como los de la casa hermanos coadjutores, que con el sudor y trabajo corporal les acometia la peste; y como á algunos les cogió en edad avanzada, se ensangrentó en ellos el contagio. El P. Rector vivia con sumo cuidado, pues fiados á dos seglares, cuyos motivos de caridad, cariño y cuidado se resumian en la utilidad de su salario y en la seguridad de no ser visitados, pues la vigilancia del P. Rector, que era contínua, no podia podia pasar del encargo y noticias con que frecuentemente asistia al torno, pidió el hermano Diego al P. Rector, logrando la ocasion, que al ménos le dejase pasar á la enfermería para cuidar de los religiosos y hermanos contagiados: aceptó el Rector este sacrificio, con que desahogó su aflicion y descansó mucho de sus asiduos cuidados; y pudo quedar bien satisfecho, porque el H. Pimienta explicó su gran caridad y su celo verdaderamente santo; puso en órden las cosas, así en la cocina como en la enfermería; cuidó tanto y con tanta caridad de los enfermos, que por su mano les daba la comida, se abrazaba con ellos al tiempo del frenesí, por que no se maltratasen; y cuando supo que en alguna comunidad, por el horror á la peste, daban de comer á sus enfermos poniendo la comida en una pala, el H. Pimienta, por el contrario, por su misma mano les entraba la comida en la boca y les servia las medicinas, levantando con una mano el cuerpo y la cabeza, y dando con la otra el vaso de la bebida, no faltando ninguna medicina en las horas prescritas por los médicos. Este cuidado tuvo el feliz efecto de que convaleciesen muchísimos y sanasen enteramente de la peste; de

suerte que de diez que fueron los que enteramente se dedicaron á los apestados, de los cuales nueve padecieron el contagio, solo faltaron el H. Pimienta y el H. Valentin Navarro. El mucho cuidado por la curacion de los apestados, y el humanitario fin de conservarles las vidas, le costó la propia á este benemérito religioso, pues rendido al trabajo, le acometió con tal energía y actividad el contagio, que á las veinticuatro horas le acabó el dia 8 de Junio del expresado año de 1648, entre intensísimos dolores del cuerpo y eficacísimo dolor de sus faltas, que manifestó con fervosos actos de contricion, concediéndole Dios en premio de sus fatigas, su juicio muy entero hasta el tiempo de espirar, lo que sucedia á pocos apestados. Su Majestad recibió el obsequio de los jesuitas, sosegando el contagio á fines de Junio, y poco despues de la muerte del H. Diego se vió purificado el aire. Esta noticia quedó archivada en el colegio de Murcia y en la carta circular, que de los difuntos y sus virtudes escribió aquel mismo año el P. Juan de Almazan, rector del mismo colegio. —A. L.

NUÑEZ QUILEZ (D. Cristóbal). Fué natural de Daroca, de cuya parroquia de S. Miguel sirvió la plaza de racionero á fines del siglo XVII. No se saben más noticias de este historiador y poeta aragonés, sino que escribió la obra: *Antigüedad de la ciudad de Daroca é Historia de sus parroquias*, que dedicó á la princesa de Cariati, Doña Artemisa María de Borja Centellas y Aragon, cuya obra imprimió Diego Dormen en Zaragoza, por los años 1691 en 4.°, y sus poesías, *Sagrados elogios del Nacimiento de Cristo*, dadas á luz por Gabriel Colomer, en 4.° y en la misma ciudad el año 1690. —C.

NUÑEZ DE SILVA (Andrés). Nació en Lisboa en 30 de Noviembre de 1630; fueron sus padres Francisco y Mariana de la Cruz, con quienes pasó á Rio Janeiro. Estudió en el colegio de PP. Jesuitas de esta ciudad, no solo las letras humanas sino tambien la filosofía, con singular aprovechamiento, llegando á recibir el grado de maestro en artes. Conocedores de su excelente disposicion y notable aplicacion, fomentaron sus dignos maestros el amor al estudio de su jóven discípulo, que seguramente no necesitaba que le animasen para consagrarse á él con ardor. Habíase despertado su aficion á los estudios canónicos, á los cuales se inclinaba con preferencia á los demás, y deseoso de seguirlos y de perfeccionarse en ellos, decidió pasar á Portugal para realizar esta idea, embarcándose el dia 12 de Julio de 1650. Fué su viaje feliz, mas por desgracia no fué el fin tan afortunado, pues nadie hubiera creido al ver llegar aquella flota, compuesta de veintidos navíos, cerca del puerto de Lisboa, que dentro de breves instantes habia de trabarse un sangriento combate, que sería origen de que muchos desgraciados exhalasen el último suspiro ántes de pisar el suelo de su patria, teniéndola á la vista y encontrando sepultura en los abismos del mar, á la faz de un cielo sereno y des-

pejado y navegando sobre unas aguas tranquilas que apenas mecian suavemente los navíos. Tuvo lugar esta encarnizada lucha con una flota inglesa, compuesta de treinta navíos, al mando del célebre Alberto Black, que reclamaba asilo en el mismo puerto para los príncipes palatinos Roberto y Mauricio, sobrinos de Cárlos I de Inglaterra. En esta ocasion cayeron muchos prisioneros en manos de los ingleses, y esta suerte fué la que cupo tambien á nuestro Nuñez; pero obtuvo la libertad en Cádiz, y restituido por el Algarbe á Lisboa, donde estuvo algun tiempo restaurando su salud, quebrantada por tantas molestias, ántes de emprender sus estudios. Matriculóse al fin en la universidad de Coimbra, donde estudió con incansable afan como se habia propuesto, sobresaliendo cada vez en la difícil ciencia á que se habia dedicado. Recibió el grado de bachiller el dia 3 de Noviembre de 1656, y se ordenó despues de sacerdote, olvidando desde este mismo instante cuanto pudiera distraerle exclusivamente al desempeño de su santo ministerio, con la mayor solicitud y esmero. No solo practicaba todas las virtudes, sino que era entusiasta admirador de ellas, que hacia que otros las tuviesen el mismo amor que él, oyéndole ensalzar las de sus hermanos y viéndole practicar las principales con tanta constancia. Fué uno de los más célebres alumnos de la academia intitulada de los *Singulares*, donde llegó á explicar los oráculos de la política en la historia de Tácito, y las poesías del laureado é insigne épico portugués Luis Camoens, logrando merecer por sus eruditos discursos entusiastas aplausos de sus colegas. No era esta, sin embargo, la gloria que ambicionaba, y todo el brillo que rodeaba sus obras no era suficiente para llenar el vacío de su corazon. Habia gustado las dulzuras que proporciona la virtud, habia entrevisto al mismo tiempo la viva luz con que la religion alumbra el camino de los que la siguen con verdad; y penetrado de un heróico desengaño, despreció todas las conveniencias temporales, y en el dia 6 de Julio de 1684 se recogió en la religiosa casa de PP. Teatinos, en cuya Compañía siguió una vida retirada, apacible y ejemplar, dedicándose á muchas obras piadosas por espacio de veinte años. Fué defensor ardiente de la Inmaculada Concepcion de María Santísima, á cuyo asunto escribia todos los años un soneto, que dedicaba á su divina protectora. Habiéndole concedido el cabildo de la catedral de Lisboa una capilla en la iglesia de nuestra señora de las Mercedes para que la adornase á su gusto, puso tal esmero en ello y desempeñó con tal presteza su cometido, que fué la admiracion de cuantos la vieron, pudiendo comprenderse únicamente tanta actividad explicándola por su ardientísima devocion y el favor que le dispensaba la Santísima Vírgen. Edificó un altar nuevo, debajo del cual mandó abrir su sepultura, y como si estuviera esperando verla terminada para descansar en ella, á los setenta y cuatro años de edad fué acometido de un accidente de

perlesía el dia 29 de Abril de 1705, cuando acababa de decir misa, y despues de recibir con grande devocion el sacramento de la Extremauncion, falleció en 3 de Mayo del mismo año. Su cadáver fué conducido en hombros de los sacerdotes de la venerable hermandad de S. Pedro y S. Pablo, y sepultado, como habia deseado poco ántes, al pie del altar que dedicó á la Purísima Concepcion, donde tambien habia instituido una misa perpétua por su alma, aplicándola un juro de seis mil quinientos reis; D. Manuel Cayetano de Sousa, en memoria de la sincera amistad que le unia con el finado, escribió un discurso histórico ó panegírico de su vida. El venerable Nuñez Silva dió á la prensa las siguientes obras: *Poesías varias, sagradas y profanas: Sonetos de la Concepcion de la Virgen nuestra Señora: Oracion recitada en la Academia de los Singulares en 12 de Febrero de 1664*; y otras varias del mismo género. —S. B.

NUÑEZ DE TORRES (Fr. Juan), religioso franciscano y definidor de su provincia de Santiago. Es autor de la siguiente obra: *Instruccion de todos los estados de la Iglesia, autoridad y potestad de los prelados*; 1618 en 4.° —M.

NUÑEZ VARELA (Juan). Fué natural de Portugal. Fué bautizado en la parroquia de Santa Ana, en el término de la villa de Ourique, provincia Transtagana, en el dia 13 de Julio de 1701. Tuvo por padres á Gregorio Nuñez y Margarita Mesotin, quienes emplearon todos los medios de que pudieron disponer para darle una esmerada educacion. Correspondió el jóven á sus bien fundadas esperanzas estudiando constantemente con la mayor aplicacion. Concluidos los primeros estudios y estando ya en el caso de decidirse por una facultad, prefirió á todas la de teología, resolviéndose á abrazar el estado eclesiástico como el más conforme con sus gustos é inclinaciones. Empezó, pues, á estudiar teología moral é hizo rápidos progresos, tanto, que tuvo pública palestra durante cinco años y llegó á ser excelente maestro, como lo atestiguan sus discípulos, algunos de los cuales ocuparon elevados puestos, y otros hicieron señalados servicios á Dios y á los hombres administrando en el confesonario el santo sacramento de la Penitencia. Fué durante algun tiempo notario apostólico, y más tarde confesor del reformado convento de religiosas de nuestra Señora de los Remedios, situado extramuros de Lisboa. Escribió algunas obras de meditaciones útiles, otras para los confesores, y una coleccion de las obras de Santa Teresa, á más de otros tratados morales ménos importantes. —G. P.

NUÑO I, obispo de Astorga, estaba elegido en 10 de Octubre del año 1226 y confirmó un privilegio de aquel año y dia, diciendo: *Nuño electo Astoricense*. Segun el bulario de Alcántara, pág. 26, ascendió del deanato á la sede, porque las escrituras particulares de Astorga, núm. 174 y 526, citan como arcediano á D. Nuño en los años 23 y 25, y el nombre, dignidad y

tiempo favorecen al que en el año siguiente vemos electo obispo. Fué consagrado luego; y en 8 de Enero del siguiente firma sin título de electo: *Nunnonè Astoricense Ep.*, como asegura el citado Bulario. Las escrituras de Astorga dan noticia de él como prelado desde el mismo año 1227, en 18 de Febrero (núm. 696) y en 15 de Julio (núm. 724), por dos haciendas que compró á Pedro Natal y á Fernando de Osiego, en la villa llamada Gallegos, entre Pobladura y S. Adrian, en el Páramo. Evacuó al año siguiente las competencias entre su iglesia y la metropolitana de Santiago, sobre la jurisdiccion y derechos en el riego, jardin y hospital de Sancho Ordoniz, iglesia de Cacabelos y de Santiago de Senabria, de que se hizo concordia á 1.° de Octubre de 1228 con las individualidades del núm. 724. A 5 del mismo mes deslindó el Obispo los términos de la heredad de Santibañez del Monte, que tenia Doña Acenda, nombrando cuatro hombres de Antoñan juramentados sobre los evangelios, y quedó declarado lo que pertenecia á la iglesia (número 728). En este mismo año de 1228 llegó á Astorga el Nuncio apostólico D. Juan, obispo de Sabinense, y arregló las iglesias y señoríos pertenecientes á la mesa episcopal de esta diócesi (que estaba sin ordenacion confundida con los bienes del cabildo), lo que sería por influjo de D. Nuño que presidia á la sazon. Refiere este suceso el instrumento del núm. 192, y entre los apostólicos el 101, que contrae dicha visita y ordenacion de legado al mes de Setiembre del expresado año, conociéndose por ello el yerro de quien reduce el suceso á tiempo del antecesor, como tambien una decretal de Gregorio IX, que no alcanzó á D. Pedro, sino al presente D. Nuño, porque Gregorio IX no empezó á ser papa hasta el 1227. La decretal es la del cap. 18 del lib. 5, tít. 6 *De Judæis et Saracenis*. A este tiempo suele reducirse el principio de las raciones diarias de pan y vino, que hasta hoy reciben los canónigos de Astorga, que ántes comian de comun en refectorio; pero hecha separacion de las rentas, fueron algunas aplicadas con la carga de que la dignidad posesora diese las raciones de un mes, y estas se nombran dignidades meseras, que son doce. En el año 1275 supone ya una escritura la costumbre antigua de las mencionadas porciones en cada mes: *Dñus Episcopus teneat unum mensem cum pertinentiis suis antiquis*, etc. Y en vista de alegarse entónces costumbres, no se halla mejor origen que la separacion de bienes arreglada en tiempo de este Obispo. Tenia la religion de Santiago algunas diferencias con la iglesia de Astorga sobre derechos espirituales en las iglesias de Distriana, y deseoso nuestro Obispo de disolver competencias, se ajustaron amigablemente en 19 de Marzo de 1229 en la conformidad que expresa la escritura 725. En aquel mismo año hizo el Obispo, con acuerdo del cabildo, una donacion *ad vitam* á Gonzalo Fernandez de cuanto D. Nuño tenia á la sazon en la villa de Moral (cerca del puente de Orbigo); en el Toral

(cerca de Palacios de la Valduerna) y en S. Juan de la Isla, recibiendo el Obispo por gratificacion mil maravedis de moneda de Leon, para empleo y aumento de la mesa episcopal, segun declara la escritura 726. Prosigue su memoria en los años 1230 y 31 en privilegios del bulario de Alcántara y en escrituras de Astorga. Pero una muy principal es, que en falleciendo el rey de Leon D. Alfonso IX, padre de S. Fernando, al punto escogió el partido del hijo contra la pretension de las hermanas, siguiendo con su iglesia y ciudadanos la voz del santo Rey, á cuyo fin se unió con otros prelados, y todos contribuyeron á la paz, como escribe el arzobispo D. Rodrigo (lib. 9, cap. 14). Esto fué en el año 1230, y luego apuntaremos lo reconocido que se mostró el santo Rey á tan oportuno servicio. Las escrituras refieren (entre otras cosas) los aumentos que hizo en sus dias por medio de varias compras. Una de la villa de Espina, entre Baeza y Omaña (que le vendió Don Juan de Salaman en cuatrocientos maravedís). Otra de la hacienda de Valouro, en término del lugar de Vilela, so campanas de Sta. Marta, entre límites de Canes, Valtruille y Orta, en doscientos cincuenta maravedís, con todos sus montes, fuentes, pastos y demás pertenencias, como expresan los instrumentos 729 y 702, que son del año 1231. En el mismo año donó el rey S. Fernando á la iglesia y obispo D. Nuño la villa de Sta. Marina del Rey, por el grande y laudable servicio que dice le hizo al principio de su reinado, exponiendo (añade) su persona é iglesia á todo peligro: *Proter magnum et laudandum servitium, quod mihi in principio regni mei*, etc., como refiere el núm. 43 de los reales, fecho en Zamora á 1.° de Enero de 1231. Prosigue la memoria de D. Nuño en varias escrituras del 1232, 33 y 34, en cuyo año logró breve de Gregorio IX, dado en 15 de Junio de su año octavo, en Reate, para que dispusiese de los bienes adquiridos, y que adquiriese despues en favor de su iglesia con acuerdo del cabildo (núm. 6 de los apostólicos). Esto lo dispuso tan plausiblemente que el diácono de Leon, su coetáneo, considerando las muchas cosas buenas que engrandecerian á D. Nuño, escribió lo siguiente: «El noble Nuño, obispo de Astorga, entre otras cosas que hizo »prudentemente, se aplicó á reparar los muros de la ciudad de Astorga, la »casa del obispo y el claustro de la catedral, todo con fortaleza y hermosu»ra.» Logró despues (en el año 1235) que Fernando Petriz, clérigo de Vecares, le hiciese donacion á él y al cabildo que tenia en la iglesia de su lugar, estando para ir á Tierra Santa, como expresa la escritura 703. La 554, entre las particulares, nos asegura que sucedió á D. Pedro, refiriendo que en tiempo de aquel se habia controvertido con los vecinos de Villafafila sobre los diezmos y primicias de la sal, mediando el rey D. Alfonso IX, pero que no se hizo escritura. Prosigue su mencion en los años de 1238, 39 y 41, de que hay firma en el bulario de Alcántara, y en el mismo año obtuvo Don

Ñuño del rey S Fernando confirmacion de todo el derecho real que el rey D. Fernando II concedió á su iglesia en el de 1170 de la iglesia de Sta. Leocadia, y en Torenillo, Nuvelan, Berciego, Mallo, Villa-Martin, Vilarino y Laugre. La fecha de esta confirmacion fué en Valladolid á 2 de Noviembre del 1241, en que aun vivia D. Nuño; pero falleció poco despues. Sabemos, pues, que tuvo un pontificado de quince años, y que mereció ser elogiado por S. Fernando y por los escritores de su tiempo. —O. y O.

NUÑO II, obispo de Astorga, en 1347 en que le confirió el Rey las Aljamas de los judíos en privilegio dado en Segovia á 3 de Mayo. Sábese tambien que D. Nuño era notario mayor de Andalucía, con cuyo título confirma el privilegio otorgado por el Rey en Valladolid á 2 de Julio de 1348, á favor de los concedidos al monasterio de Santa Marta de Tera (Reales número 212). En 16 de Agosto de aquel año se hallaba el Rey en Cuellar, y allí favoreció á D. Nuño, declarando y confirmando el derecho y posesion, en que el obispo y cabildo estaban de poner en Astorga escribanos públicos. Falta desde aquí mencion de obispo hasta Julio del 50, en que ya presidia el sucesor. Se ignora si falleció ó ascendió á otra iglesia. Acaso pasó á Sevilla; pues por este mismo tiempo vemos allí un D. Nuño, que empezó cuando faltaba el de Astorga en 1349. El gran juicio y diligencia de Ortiz de Zúñiga confiesa, sobre el mismo año, que no descubrió noticia alguna de D. Nuño hasta hallarle arzobispo. Así correspondia si ascendió desde Astorga, pues ni podia hallarse entre los capitulares de la santa iglesia de Sevilla, ni debia constar allí la consagracion, como en otros que gobernaron ántes otra iglesia. Lo cierto es que el nombre de D. Nuño es tan raro en Sevilla, que es único el del presente obispo, que figura allí en el mismo año en que falta en Astorga. Además de que para aquella ilustrísima metrópoli solian escoger prelados ya con otra mitra, y así juntas las referidas circunstancias, puede ser que formen una no mal fundada conjetura de que el D. Nuño único de Sevilla es el segundo de Astorga. Quede á lo ménos apuntada la especie; por si con ella se descubren otras pruebas. —O. y O.

NUÑO (D.), arzobispo de Sevilla, y acaso el mismo que el anterior. Concurrió á las Córtes en 1350, segun consta de algunas confirmaciones. Celebró concilio provincial, el primero de que se tiene noticia despues de la restauracion, el 21, 22 y 23 de Mayo de 1352, en el cual se hallaron Don Sancho, obispo de Cádiz; D. Arias Perez, su arcediano, y D. Alonso Martinez Barrasa, su maestrescuela; por D. Vasco, obispo de Silves, D. Martin Gil, su maestrescuela, y Arias Rodriguez, canónigo; por Sevilla su dean D. Bartolomé Martinez; por el convento de S. Isidro del Campo, entónces cisterciense, su abad D. Fr. Toribio; Martin Garcia, prior de la Algaba; Andrés Alfonso, abad de la universidad de Beneficiados; á los cuales nombra el abad

Alonso Sanchez Gordillo, escribiendo este concilio en los *Arzobispos de Sevilla*, de cuyos cánones poca noticia se tiene; mas por nota de sínodos se limitó el número de compadres en los bautizos, y que se remediasen algunos abusos en los matrimonios. El autor de los *Anales de Sevilla*, con referencia á este concilio, leyó en unos apuntamientos del Dr. Juan de Torres Alarcon, que vió instrumentos de este Arzobispo en el archivo de la colegial de S. Salvador, en que pendia un sello y en él cinco flores de lis y por orla ocho calderas, blason de la casa de los señores de Fuentes de esta ciudad, é indicio para presumir era de la misma ascendencia D. Nuño, acerca de cuya calidad no se encuentran más noticias. Al siguiente año de 1353 otorgó escritura con ciertos pobladores para dar vecindad á su lugar de Rianzuela, en el Aljarafe, que estaba casi despoblado, cuyo instrumento original consta en el archivo de la santa iglesia. Para dar mayor estimacion á los canónigos y á los beneficiados de S. Salvador de Sevilla, les hizo donacion en 17 de Julio de 1353 de los diezmos de las heredades que poseian, obligándoles á que los pagasen de las que adquiriesen despues. Continuándoles sus favores, les concedió la tercera parte de lo que ofrecieran los fieles por honor de sus sepulturas, segun se habia señalado en el concilio provincial del año 1352, mandando cumplir esto á los mayordomos de fábricas que lo repugnaban. Debieron mucho á este prelado las iglesias parroquiales y sus clérigos, á cuyas rentas propias mandó poner cobro, y atendió á que se reparasen y reedificasen, porque muchas permanecian en la humildad de su orígen, y á sus ruegos el rey reedificó las de S. Miguel, Omnium Sanctorum, Sta. Marina, S. Roman, aunque algunos memoriales atribuyen á penitencia impuesta de culpa contra el decoro de la Iglesia, ó restitucion de usurpacion de ella. ¡Infeliz Rey que hasta en las obras de piedad se buscan motivos de culpa! En estas iglesias las armas reales atestiguan su favor, y de la capilla mayor de la de S. Miguel hizo donacion á su criado Yañez de Aponte. No se cita fijamente en los *Anales de Sevilla* el año en que falleció el arzobispo D. Nuño, pero es lo cierto que murió en esta ciudad y se enterró en su iglesia, pues lo afirman los catálogos. Con certeza tambien se puede asegurar que falta su memoria en el año 1361, y comienza en el siguiente la de D. Fr. Alonso de Toledo y de Vargas. — O. y O.

NUÑO. Unico de este nombre obispo de Toledo. Gobernó su iglesia veintiun años. En su tiempo Abdalá, rey moro de Toledo, poderoso en aquella sazon, dice Julian en su Cronicon, que con intervencion y consejo de Vicente, arzobispo de Toledo, envió con embajada particular á Geroncio, arcediano de Toledo, y á Mustafá Morabito á la ciudad de Leon al rey D. Alonso V, niño de pocos años, y á su ayo, y acompañaban á los embajadores Men Gonzalez, Alvaro Lopez, Munio Gudiel, caballeros mozá-

rabes. El objeto de la embajada era pedir el Moro al Rey que le diese por mujer á su hermana la infanta Doña Teresa. El arcediano Geroncio llevaba órden secreta del Arzobispo para que no tuviese el tratado efecto, como pernicioso, de mala nota y ejemplo, y que dijese en público, que el matrimonio se hiciese, porque el Moro irritado con la respuesta contraria, mandaria matar, como despreciado, á todos los cristianos mozárabes de Toledo. Así lo practicó el arcediano, sin coger fruto de su buen celo y deseo. Vino la Infanta á Toledo, y entró con pompa real y solemne, saliéndola á recibir dos leguas el rey moro Abdalá, acompañado del Arzobispo y de Geroncio, obispo de Alcalá, del arcediano Julian y de caballeros mozárabes y moros. Aposentóla el Rey en una casa real que tenia no léjos de la iglesia de San Andrés, y visitándola el Arzobispo, que lo era Geroncio, por haber muerto Vicencio, la consoló y pidió estuviese de buen ánimo, y que no consintiese en su boda con el Moro, principalmente habiendo hecho y prometido á Dios voto de virginidad, en que no repararon los del Consejo de Estado del rey D. Alonso cuando se hizo la entrega de la Infanta, porque el primero que votó en el Consejo fué el temor de que siendo el Rey de pocos años, la conservacion de su corona y estado se pondria en grande peligro si no se la concedian. Siguióse este parecer, y se hizo como el Moro lo queria. Abdalá señaló para celebrar sus bodas el dia 29 de Marzo del año 1008, y con halagos y regalos pretendia enjugar las lágrimas de la Infanta, que pedia la conservacion de su voto, y le protestó al Moro, que no la tocase, porque si tal hacia le avisaba y protestaba que vendria sobre él un rigoroso castigo. Mas el Moro no temió las palabras de la Infanta, y al punto el ángel de Dios castigó su insolencia y atrevimiento, y temeroso de mayor castigo llamó al Arzobispo y le pidió que acompañase á la Infanta hasta Leon, dándola muchos ricos y preciosos dones. Así se hizo, y la fueron sirviendo y acompañando muchos de la nobleza mozárabe, y de la nobleza de la corte de los moros. El Rey dentro de muy poco tiempo murió desastradamente. Hasta aquí Julian en su Cronicon. El obispo Nuño tuvo por sucesor en la sede á D. Servando.—O. y O.

NUÑO (V. Francisco). Fué este esclarecido sacerdote natural de la Nava del Rey en Castilla, y puede decirse que fué hijo de la limosna, pues su madre, afligida porque no tenia sucesion, rogó á Dios esta gracia con repetidas instancias, y obtuvo del cielo á D. Francisco, que si bien es cierto que heredaba de sus padres una religiosidad suma, no lo es ménos que en nada desdijo de las grandes virtudes que en su familia venian siendo hereditarias. Era desde que el uso de la razon se desarrolló en él tan obediente á sus padres, que la más ligera indicacion de ellos, ó de cualquiera en su nombre, le hacia obrar conforme á sus designios. Todo esto era ocasion de

que sus padres estuvieran con él muy satisfechos alabando á Dios cada vez más porque le habia traido al mundo; pues desde luego se dejaban comprender las grandes virtudes de que en adelante habia de dar ejemplo. Pensando el padre como hombre de juicio y prudencia en los adelantos que eran convenientes á su casa y familia, en darle un estado, le aconsejó algunas veces el matrimonio con jóvenes cuya ventajosa posicion aseguraba los intereses de esta casa misma; pero el jóven, sin presentar nunca una abierta oposicion á las determinaciones de su padre; pues esto lo hubiese considerado como una verdadera desobediencia, nunca puso sin embargo cara á unirse á ninguna, previendo los altos é importantisimos designios de Dios acerca de él. Con efecto, apénas se pudo su suerte fijar para tomar una resolucion, cuando no dudando en el partido, si bien vacilando porque comprendia que la miserable pequeñez del hombre no es capaz de cosa alguna perfecta, se decidió á ser religioso; pero las indicaciones de su padre le hicieron por fin ser sacerdote secular, pues de esta suerte podia, como lo hizo en efecto, contribuir á la fundacion del hospital de Nava, en el cual empleó cuantiosas sumas y no poco trabajo. Decidido á abrazar tan perfecto estado, comenzó por hacer unos ejercicios espirituales de los que alcanzó gran provecho, y despues de ellos fué sublimado á la altísima dignidad sacerdotal, no sin que ántes se hubiese prevenido con el estudio, el retiro, la mortificacion de sus sentidos y cuantas otras cosas contribuyen á que negándose la criatura á sí misma, y no viviendo sino en Dios y para Dios, este sea el único objeto de todas sus atenciones, y cuantas obras ejecute redunden en gloria de este soberano é inefable Señor. El contínuo trato que con Dios tuvo en el importante ejercicio de la oracion, le hizo comprender perfectamente toda la voluntad de Dios acerca de él, y para acceder á esta se constituyó todo de sus hermanos, mediante un incansable celo para predicar y administrar el santo sacramento de la Penitencia, sacando de una y otra cosa tan admirables frutos, que nunca le dejaban descansar los párrocos, no solo de su pueblo, sino del contorno; pues con afan querian llevarle á misionar á sus respectivas parroquias, seguros de que de su mision se habian de alcanzar ópimos frutos. Si se quiere una prueba de lo mucho que valia como director espiritual, diremos que además de las muchas gentes que de todas clases, condiciones y sexos venian al pie de su confesonario, y eran por él gobernadas en lo espiritual con extraordinario acierto, pueden hablar en su favor las monjas Capuchinas de la Nava, de las cuales fué capellan, fundador y confesor por mucho tiempo, y que hicieron en su época grandes beneficios á su pueblo; admirándose todos de que él pudiese emprender tan importantes obras como emprendia y llevarlas á cabo con un éxito verdaderamente maravilloso; bien es verdad que puede con razon ase-

gurarse que Dios obraba por medio de su siervo, puesto que este no daba un paso sin estar bien cerciorado de cuál era la voluntad divina acerca de aquello mismo que iba á hacer; lo cual averiguaba en su constante oracion, de que llevamos hecho mérito. Tambien se debieron á su direccion los grandes adelantos que en la virtud hizo el V. H. Antonio Alonso Bermejo, acerca de cuya beatificacion se estan haciendo activas diligencias. Por supuesto que luego que fué sacerdote perteneció á todas las asociaciones religiosas donde se podia proporcionar algun provecho al prójimo, y por consiguiente fué hermano de la Santa Escuela de Cristo, corporacion escondida es verdad, pero provechosísima, porque concurriendo á ella solo para aprender á mejor servir á Dios, se logra este intento mediante el ejercicio de la oracion y aprovechamiento de los excelentes consejos con que Dios favorece á sus discípulos, por medio de los sacerdotes encargados de dirigirles la palabra. Aquí se vió muy á las claras la virtud y predileccion de Dios con que estaba dotado el Sr. Nuño, pues en los catorce cuadrimestres que fué obediencia y en las otras épocas en que como padre ejercitante dirigia su voz á los hermanos; estos aprovechaban muchísimo, porque él, muy práctico en cosas de espíritu, las amoldaba á la capacidad de todos con indecible provecho de la mayoría. Los mismos buenos resultados producian sus frecuentes pláticas en la Orden Tercera de S. Francisco, siendo muy de admirar, por una parte, el que no se cansaba nunca, y por otra el que por muchas que hubiesen sido las veces que habia tenido precision de explicar un asunto, las formas podrian variar algo, pero lo que es el fondo quedaba siempre el mismo; de suerte que el que no habia oido hasta entónces la doctrina, la oia entónces, y la podia aprender; el que la habia oido, refrescaba sus ideas; y todos podian sacar y sacaban con efecto gran provecho del celo y caridad de aquel buen sacerdote. Mas hacia todavía otras cosas que no aparentando nada en las formas, eran sin embargo muy grandes, y demostraban suma virtud en el fondo. Los domingos y fiestas por la tarde salia con una porcion de chicos enseñándoles la doctrina, y cantándola por las calles, y de esta suerte atraia á muchísimos que se venian con ellos á la iglesia, donde les explicaba el Evangelio, y les hacia dos favores inmensos: primero, enseñarles doctrina cristiana, y el horror que á los vicios debe tenerse, asi como el anhelo con que debe irse siempre en pos de la virtud, y segundo; el apartarles de lugares, cuando ménos peligrosos, donde indudablemente hubieran perdido el tiempo lastimosamente si es que no malversaban allí los intereses que con gran sudor y fatiga habian adquirido, y les eran luego necesarios para el sosten de su familia. Viendo que las gentes concurrian gustosas á estos ejercicios espirituales, estableció los de S. Felipe Neri, en los mismos domingos y fiestas, y para que las

gentes no se descuidasen en concurrir, hacia él mismo el llamamiento llevando consigo como ántes á los niños, y cantando con ellos la doctrina cristiana, por cuyo medio la aprendian mejor, y era por consiguiente más difícil el que la olvidáran. La fundacion de la casa de Capuchinas fué para él una atencion muy preferente, y produjo los apetecidos frutos en provecho no solo de la comunidad, sino de todo el pueblo; porque claro es que allí como en casa suya trabajaba él con toda asiduidad, y tenian en él todos lo que habian menester, puesto que era para el rico consejero imparcial que le señalaba la conducta que debia seguir, sin que á ello le indujese otra mira que la del bien de aquel mismo á quien aconsejaba; para el pobre era alivio y socorro á su necesidad, puesto que con mano generosa le socorria, y cuando él no tenia con qué darles la limosna que habian menester, él mismo la demandaba para que á costa de su sufrimiento y vergüenza hallase alivio la necesidad del indigente; como alivio hallaba en él siempre el enfermo, pues no contento con establecer á costa de su padre y de sus tios el hospital con todas sus dependencias, él iba allí á todas horas á prestar á los enfermos cuantos servicios se les ofrecian; viéndole en aquel asilo de caridad alternar entre el desempeño de sus importantes oficios, como sacerdote, y el conducir sobre sus hombros los moribundos, curar sus llagas por asquerosas que ellas fuesen, darles por su mano el alimento ó medicinas cuando ellos no podian tomarlas, mullirles el lecho, cambiarles de postura cuantas veces lo habian menester, portarse en fin con ellos mucho mejor que la cariñosa madre con un hijo único y muy querido. Si alguna vez algun enfermo publicaba estos rasgos de su invicta caridad, era para el Sr. Nuñez un verdadero disgusto; pues decia repetidas veces que si algo puede hacer la criatura en este miserable mundo (que todo cuanto bueno hace es de Dios), á Dios solo debe referirse é ignorarse de todos, sino es de aquellos que tengan indispensble intervencion en la obra. Por esta manera de pensar, conforme á la cual eran todas sus operaciones, es por lo que nos vemos privados de muchas noticias acerca de rasgos de virtudes muy sublimes, que no puede ménos de haber practicado quien hacia lo que llevamos expuesto. Por esta su misma humildad y reserva nos son desconocidos los rigores de su mortificacion, si bien nos deja inferir el que ella sería mucha la consideracion de que en todas sus conversaciones, en todas sus obras, en todos sus escritos se dejaba este venerable señor decir que él no buscaba más que á Jesucristo y este crucificado, por lo cual preciso es que crucificára él tambien su carne con los rigores de la abstinencia, disciplina y otras mortificaciones frecuentadas de los santos. Habia él ya adquirido un verdadero dominio sobre las cosas de este mundo, de tal suerte que nada que no tuviese relacion con la eternidad, ni le afectaba, ni le causaba sensacion alguna,

disfrutando de esa paz del espíritu con que Dios favorece á algunos de sus escogidos, y que indudablemente viene á ser una anticipacion del paraíso. Así pasó su vida ocupado en el servicio de Dios, procurando que el culto se diera no solo con decoro sino con esmero, y á su fallecimiento dejó por herederos de sus bienes al hospital y al convento de Capuchinas, instituyendo en uno y otro piadosas fundaciones, ya en honor de Dios, ya en honor de la Vírgen, y fundando una solemnísima fiesta al Sagrado Corazon de Jesús, del cual era muy devoto, porque decia ser el orígen de todo bien, y cuyo culto comenzaba por entónces á propagarse en España. Tambien fundó una misa los sábados á la Santísima Vírgen María, de quien fué muy devoto, y aguardó tranquilo y muy prevenido á que Dios quisiera llevarle á la eterna recompensa, que bien merecida tenia por sus acreditadas virtudes. En efecto, una enfermedad violenta y molestísima le dió apenas tiempo para que recibiese los santos sacramentos, y cuando se le hubo dado el sacratísimo viático, y hubo él rezado con extraordinaria efusion el *Te Deum*, espiró quieta y sosegadamente el dia 6 de Noviembre de 1762, á los sesenta y dos años de su edad, y dejando una memoria imperecedera por sus heróicas virtudes, por sus piadosas fundaciones, y porque la gloria de la caridad no se extingue ni se marchita, ántes se acrecienta cada dia por los nuevos triunfos que se adquieren mediante la imitacion de las virtudes de nuestros mayores. Por esto es y será imperecedera la memoria del venerable sacerdote D. Francisco Nuño, fundador y capellan del convento de Capuchinas y del hospital de la Nava del Rey.—G. R.

NUÑO (Fr. José). Nació en la ciudad de Borja en 1640. Entró religioso en los Mínimos de S. Francisco de Paula en el convento de Cascante en 1665, y dedicado á la enseñanza fué lector, y despues provincial de Aragon y de Navarra. Ejerció los cargos de calificador de la Inquisicion de Aragon y su juez ordinario, y de examinador sinodal del arzobispado de Zaragoza y diócesis de Huesca y de Barbastro. Escribió la obra titulada: *Medicina moralis tripartita juxta mentem et praxim Inquisitionis Hispaniæ;* Zaragoza, 1692, en 4.°—Murió en su convento el 12 de Marzo de 1725.—C.

NUÑO ALVAREZ (S.). Fué este singularísimo varon hijo de los muy ilustres señores marqueses de Astorga, y vino á ser uno de sus más admirables blasones, proporcionándoles muy señalada honra por el ejercicio de sus notabilísimas y muy heróicas virtudes. La primera en que se acreditó fué en una obediencia tal á los mandatos y aun advertencias de sus padres y mayores, que nunca se le vió no solo oponerse, pero ni aun formar propósito que pudiese ser contra lo que le indicaban, reuniéndose en él otra buena circunstancia, y era la de que nunca le parecieron molestas las cosas más trabajosas, é inferiores á su condicion los ministerios más bajos; por lo cual

era, se puede decir, criado de sus criados, pues que con todo esmero y atencion se dedicaba á servirlos, cual si él fuese quien estuviera en su lugar. Bajo tan buenos auspicios hizo en su pueblo, que lo era uno bastante pequeño de Galicia, los primeros estudios de humanidades y latinidad, y luego, viendo sus padres la decidida inclinacion que mostraba por la carrera y estado eclesiástico, lo remitieron á Bolonia, donde se educó en el justamente celebrado colegio, que con el título de *Españoles* fundó el inmortal cardenal D. Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, en cuyo colegio mereció los mayores elogios, tanto por su capacidad como por su aplicacion, pues que si notable era en la una, no lo era ménos en la otra, juntando así dos extremos que por lo general suelen ser enteramente divergentes. Aun cuando cursó con provecho sagrada escritura y teología, todo su esmero y atencion se fijó en los sagrados cánones, asignatura en la cual se aventajó tanto, que vino á ser consultado en muchísimas cuestiones, pues tenia extraordinaria fama y muy bien merecida, pues sobre lo profundo de sus conocimientos habia en él la especial circunstancia de un tino sumo para comprender las cuestiones, lo cual daba por resultado un acierto extraordinario, que alguna vez se calificó de milagroso, para la resolucion de los casos y para la prevision de otros muchos incidentes que podian ocurrir dentro de los mismos sucesos. Esto dió ocasion á que adquirida una buena fama universal como canonista, acudiesen á él todos, y se creyera conveniente el encomendar al cargo de quien tan diestro parecia en teórica, la práctica de esta misma en ciencia de gobierno, teniendo á su cargo el del colegio donde se hubo educado y donde se le obligó á residir como catedrático, con tal estima, que era un verdadero sentimiento para todos la sola anunciacion de que D. Nuño iba á dejar su rectoría, lo cual era tambien muy de sentir, porque verdaderamente él la desempeñaba con gran celo é inteligencia, y no se podia prever lo que haria cualquiera que le sucediese, sin dejar de notarse por eso que todo lo sumo á que podria llegar cualquiera, sería á igualarle, pero superarle era muy difícil, pues reunia como rector fuerza sin violencia, energía sin despotismo, asiduidad sin que fuese molesto, y más que nada tenia en favor suyo el que en todo y por todo obraba por amor á Dios, lo cual era motivo de que le prodigára el Señor sus eficaces auxilios, para hacer de él el depositario de sus consejos, que por un medio tan ordinario llegaban á aquellos á quienes los dirigia; pues en efecto, palabras de Dios parecian siempre las que llenas de una uncion toda celestial pronunciaba, no solo á los colegiales, sino al pueblo y á todos los fieles, nuestro distinguido y sabio rector, el célebre canonista, el docto jurisconsulto doctor D. Nuño Alvarez, presbítero. Bajo la buena fama de tan acreditada sabiduría, y como consecuencia tambien de sus acreditadas virtudes, que ya en Bolonia

y desde los primeros dias de estudiante vinieron á ser muy notorias, pareció conveniente traerle á su patria, para que en ella ilustrase con su virtud y ciencia, por cuyo motivo, á pesar de su viva resistencia, pues nunca quiso representar cosa alguna y le pareció mucho aun aquel cargo de director y maestro que allí ejercia, fué traido como canónigo á su santa iglesia de Cuenca, donde poco despues fué nombrado dignidad de chantre. No se crea que su nueva eleccion cambió en lo más mínimo su ejemplar conducta; léjos de eso, si hasta que vino á España habia sido abstinente, carítativo, compasivo y benéfico en extremo; entónces, como que se le aumentaron los medios para ejercer estos actos de misericordia y se le facilitaron los caminos para observar un órden de vida aún más ajustado y rigoroso, lo hizo de tal manera, que el que por su casa y prebenda podria haber manado en riquezas, por su voluntad y por su desprendimiento tenia apenas lo necesario para vivir, verificándose no pocas veces desnudarse de su ropa interior para dársela á los pobres, y pasarse sin comer por haber distribuido cuanto habia en su casa entre los pobrecitos, á quienes tenia una especial predileccion; llevándole tanto la atencion esta desgraciada clase de la sociedad, que al ver que la misma carencia de recursos privaba á jóvenes muy virtuosas de dedicarse al servicio de Dios como religiosas de la órden de San Bernardo, porque no podian disponer del dote que les era indispensable para ingresar en aquella sagrada familia, fundó un convento en Cuenca, que dotó espléndidamente, y en el cual las que entraban tenian pagado su dote con las rentas, y él podia gloriarse de que por su medio se habia establecido un coro de vírgenes, que contínua y constantemente elevaria á Dios plegarias en favor suyo, pues no cabe duda en que es natural el sentimiento de gratitud hácia la persona que nos proporciona un estado conforme á nuestros deseos, y este sentimiento tiene por precision que recibir un acrecentamiento, si el deseo es tan perfecto como el de la vida monástica, en que ponia á aquellas pobrecillas, que de otra suerte no hubieran podido lograr ver realizados sus deseos, aun cuando ellos eran tan buenos. Por supuesto que esta obra colosal le costó grandes dispendios, mas éstos no fueron capaces de aminorar sus rentas hasta el extremo de que no alcanzáran para el socorro de todos los demás pobres de Cuenca, de los cuales tenia formado como un padron, y lo llevaba con tal exactitud que si alguna nueva necesidad ocurria, no se sabe cuándo ni cómo él la notaba al punto, pero es lo cierto que la notaba y que se hacia cargo de ella para remediarla, teniendo tal oportunidad, que muchas veces sus socorros llegaban precisamente cuando los que los recibian no contaban ya con recurso alguno y su triste situacion les inclinaba á tomar determinaciones que despues les hubieran sido muy sensibles y trascendentales. En los dias de mayor so-

lemnidad reunia en su casa á gran número de pobres, y despues de darles una abundante comida, que les servia él por su propia mano, los entretenia con sabrosas platicas sobre el amor divino, y sobre la gran facilidad que tenemos de hacernos muy felices, solo con conformarnos con la voluntad de Dios, en todo lo cual pasaba el tiempo preciso para que pudiese su caridad conmemorar á lo vivo el importante y muy humilde acto del lavatorio que Cristo hizo á sus apóstoles, verificado lo cual por nuestro esclarecido canónigo con los pobres, los remitia á sus casas despues de haber puesto en sus manos una limosna para que se remediáran tambien al siguiente dia. Por supuesto que si alguna vez era necesario ó conveniente buscarle para que prestase algun servicio de caridad y de misericordia, se le hallaba ó en los hospitales consolando á los enfermos y aliviándolos en lo posible, ya con mullirles el lecho, ya con aplicar á sus heridas bálsamos ó emplastos lenitivos, ó en las cárceles haciendo conocer á los más endurecidos criminales cuán equivocados iban en pos del mal, y cómo podrian evitar muchas desgracias con solo seguir una conducta conforme á los preceptos de nuestro adorable Redentor, cuya ley es suave y cuyo yugo no pesa, ó suscitando en ellos la confianza que á todos inspiraba, para aprovechar en favor de los mismos sus buenas relaciones, ya consiguiendo indultos, ya alcanzando perdones, haciendo reconciliaciones y transacciones en negocios cuyos pagos muchas veces verificaba él mismo, sin que ni aun los interesados llegáran á apercibirlo. Su caridad le hacia considerar piadoso lo mucho que sufririan los infelices que en poder de infieles sufrian la dura suerte de la esclavitud, y esta le hacia alargar caritativo su mano á esta necesidad tan grave é importante, y no dejar en ninguna ocasion que se presentaba favorable de enviar, ya el rescate de alguno ó algunos, ya una suma para que se remediasen las necesidades de todos, excitando él á su vez la caridad de los que podian, para que se cumpliese esta importante obra, en que ganaban no solo el infeliz que salia del cautiverio, sino su pobre familia que lloraria durante la separacion con el doble motivo de la privacion que él sufria y la falta que de él mismo experimentaban los que quedaban de su familia. Todas estas cosas habian de producir un gran efecto á la persona que las hacia, y como la conducta de nuestro canónigo era por demás tan ejemplar, y su celo tan incansable por el bien de las almas, necesariamente habia de suceder que sus apostólicos trabajos, sus afanosas tareas por el bien de todos, los felices resultados que de unos y otros obtenia, llegáran alguna vez como llegaron con efecto á noticia de los prelados y de los reyes, y unos y otros quisieron distinguir y adelantar á quien ciertamente era acreedor á adelantos y distinciones, así que prescindiendo de las importantes comisiones de toda especie que sus prelados le confiaron, y en cuyo desempeño mostró una vez

más que él obraba siempre á impulsos de la gracia, merece mencionarse el decidido empeño con que se le ofrecieron varias veces las más altas dignidades eclesiásticas del reino, las cuales renunció con la más perfecta abnegacion, siendo entre otras dejada por él la silla arzobispal de Santiago, donde los reyes tenian interés tal en colocarle. Cuando alguna vez las personas que le trataban con intimidad y aun sus prelados le hacian algun cargo, eran tan decisivas las razones con que él se afirmaba más y más en su profunda humildad, que no podian ménos de convencerse y admirar la abnegacion y desprendimiento de tan ínclito varon. Su conducta particular era más rígida que la de los más observantes religiosos, teniendo siempre á raya sus pasiones, no dándolas cebo alguno con ninguna cosa que pudiese halagarlas, y castigándolas con muy rigorosa severidad para que no se le desmandasen. Era muy dado al ejercicio santo de la oracion, y en él consiguió los adelantos y progresos, que son legítima consecuencia de una asiduidad nunca interrumpida y de un cuidado esmeradísimo de corregir cada vez aquello que se encuentra defectuoso ó ménos perfecto; y nuestro Santo en este particular no se conformaba coa una débil correccion cualquiera, sino que aplicaba á la culpa una gran satisfaccion en aquel mismo órden y por aquel mismo camino por donde la culpa se cometiera. Era tambien muy afecto á visitar y acompañar al Santísimo y hacer la corte á la siempre Virgen María, para lo cual le favorecia mucho el tener muy próxima á su vivienda la iglesia, y este incidente dió tambien lugar á que el Señor acreditára por un milagro lo aceptable que le era la oracion y visitas de su siervo. Pareció conveniente al cabildo trasladarle de habitacion, y fundándose en su acostumbrada docilidad, no se ocuparon siquiera de averiguar si le acomodaba ó no la mudanza de que se trataba. El, cuando le manifestaron la determinacion del cabildo, hizo presente que en manera alguna le agradaba este cambio, pues le privaban de la proximidad á la casa de su Dios, único asilo donde él podia dar espansion á su espíritu y poner por obra sus deseos de conocer, amar y servir fielmente á su bien amado. No le atendieron, ántes despreciando como fanáticas sus apreciaciones, le obligaron á que emprendiese cuanto ántes su mudanza, y entónces él fué en amorosa queja á la Madre de Dios, y por medio de esta sucedió que á la mañana siguiente apareció derruida la parte de casa donde debia mudarse el canónigo Nuño, y no pudieron ménos de convencerse los canónigos de que era muy especial la predileccion con que Dios le distinguia, así como muy temeraria en ellos la empresa de oponerse á lo que la gracia exigia de él, y él hacia con gusto para secundarla. Así siguió este varon santo la carrera de su vida, asombrando con sus virtudes, admirando con sus ejemplos y acaudalando para la eternidad tesoros inmensos de gracias celestiales, hasta que contando ya

la avanzada edad de setenta y seis años, quiso Dios que cesase la lucha para que ciñera la corona, que se acabasen los trabajos para que comenzasen los goces; sin embargo, á estos no llegó sino mediante una enfermedad cruelísima que sufrió con indecible paciencia, y en la cual recibió los santos sacramentos con extraordinaria devocion, y falleció tranquilamente el jueves 14 de Agosto de 1477, siendo su muerte sentidísima; su entierro, que se verificó el 16 en la catedral, fué muy concurrido, y su fama imperecedera, tanto que acreditadas sus virtudes en debida forma, fué inscrito en el catálogo de los santos, y despues de su muerte se ha dignado Dios obrar por su medio muchos y señalados prodigios. —G. R.

NUÑO Alvarez (D.), obispo de Leon, era arcediano de esta santa iglesia, con cuyo título firmó la constitucion dada por su antecesor en el año precedente, cuando fué elegido obispo. «La memoria que he hallado de este prelado, escribe en su *Viaje* el ilustrado Villanueva, en el archivo legionense, concerniente al año de su eleccion, es una escritura de concierto y convenio que hizo él mismo con los vasallos que tenia en Valdemadrigal, en los lugares de Santaxana, etc. La iglesia de Leon poseia por este tiempo el castillo de Castro-Tierra, como se decretó en la confederacion de Cabreros, mencionada en otro lugar. Los vecinos de los referidos pueblos tenian la obligacion de reparar con el trabajo de sus manos el castillo, siempre que hubiese necesidad y fuesen llamados. Deseando, pues, el Obispo exonerarles de esta pesada carga y atender al mismo tiempo al provecho de su iglesia, conmutó la dicha obligacion por el foro de dos sueldos leoneses, que habian de pagar por cada uno de los vasallos en la fiesta de Todos los Santos. La escritura fué hecha en 4 de Diciembre del año 1242, y está escrita en romance de aquel tiempo. Los expresados pueblos quedaron muy agradecidos á la merced que recibieron de su Obispo y del cabildo, y expresaron su gratitud al fin de la escritura por estas palabras: «He nos conceios de Mataxana, de Santa Chris»tina, de Galegos, de Vega, et de Castro rendemos gracias he mercedes a »vos D. Munia Alvarez, pela gracia de Dios eleyto de la Eglisia de Leon, he »a todo el cabillo dessa misma Eglisia deste bien et desta mercet que vos nos »facedes, etc.» En el año siguiente se dieron varias escrituras, y en todas se nombra D. Nuño ó Munio Alvarez con el título de obispo electo. Por una hace este prelado con su cabildo arrendamiento de las casas que tenia la fábrica de la iglesia en la calle de Francos, en favor de Juan Diez, por diez y seis maravedises de moneda leonesa. Las otras dos son de convenio, hecho por el Obispo y cabildo con el concejo de Aguilar y los frailes de Carrion, las cuales estan copiadas en el libro grande, con el yerro de llamarse este prelado Martin Alvarez, en lugar de Munio Alvarez, que debia haber leido el copiante en los originales. El mismo título tiene D. Nuño en otra escritura

del archivo de S. Anton de Leon, por la que Juan Dominguez y su mujer Doña Matea y sus hijos venden á Pedro Martin, confesor del hospital de S. Lázaro, una viña con su tierra, que tenian en Trobajo Cogombrero, era 1282, año de 1244, reinando en Leon, Castilla, etc., D. Fernando con su mujer Doña Juana. En el año siguiente se llama todavía electo á 16 de Setiembre en la donacion que hicieron al hospital de S. Lázaro Miguel Martinez, con sus hijos Pedro Miguelez, etc., de toda la heredad que tenian en Villaquiramre de Torin, hoy Villaquilambre de Torío. Hay una escritura de 1246 que trata del priorato de S. Miguel de Escalada, que está cerca de Leon, y cuya iglesia es tan antigua que se ignoran sus principios; por la que se sabe que el primero y antiquísimo edificio del templo dedicado al glorioso Arcángel fué bastante reducido, y que habiéndose arruinado estuvo así hasta el reinado de D. Alonso III. Por este tiempo huyeron de Córdoba algunos monjes con su abad Alonso, y vinieron al reino de Leon, donde podian vivir libres del bárbaro furor de los árabes. Este abad, que acaso es el mismo que fundó el monasterio de Sahagun, tomó posesion con sus compañeros de S. Miguel de Escalada, y levantó sus ruinas haciendo una pequeña iglesia. Creciendo luego el número de monjes, se fabricó en doce meses un hermoso templo, que se concluyó en el año de 913, reinando D. Garcia, hijo de D. Alonso III. De todo esto se hace una relacion muy puntual en una lápida que está fuera de la iglesia de S. Miguel, colocada sobre una puerta, y dice así: *Hic locus antiquitus, Michaelis Archangeli honore dicatus, brevi opere instructus, post ruinis abolitus diu mansi dirutus, donec Adefonsus Abba cum sociis adveniet à Cordubensi patria ædis, ruinam erexit sub valente sereno Adefonso Principe. Monachorum numero crescente, Deum hoc templum decorum miro opere à fundamine exundique amplificatur erigitur. Non jussu imperiali vel oppresione vulgi, sed abbatis Adefonsi et fratrum instante vigilantia duodenis mensibus peracta sunt hæc opera Garsea, sceptra regni, peragens Mumadomna cum regina.*» El Sr. Villanueva, cuyo trabajo hemos fielmente reproducido, no encontró otras noticias que las que consigna en las anteriores líneas. Hubiéramos extractado algo, si no nos los vedára nuestro buen deseo de contribuir con los mejores datos, ya á formar la historia general eclesiástica del país, la de cada provincia, ó la de un prelado en particular.—O. y O.

NUÑO ALVAREZ DE OSORIO (V. D.). Nació este venerando sacerdote en Fuenteencalada, pequeña villa del obispado de Astorga, siendo sus padres riquísimos y descendientes de la ilustre familia de los condes de Trastamara, duques de Astorga. Desde niño dió muestras de virtud y santidad, así como demostró una decidida inclinacion al estado eclesiástico, siendo aun en sus primeros años muy amante de la soledad y retiro, lo cual daba indicios de

la santidad con que despues habia de acreditarse. Como sus padres vieron su decidida inclinacion por el estado eclesiástico creyeron que convenia al lustre de su familia y era debido á la capacidad y despejo que demostraba el que su carrera fuese completa, por lo cual le mandaron á Bolonia, donde en el colegio mayor de españoles cursó con feliz éxito cuanto allí se enseñaba, distinguiéndose entre todos los de su época y aventajando á muchos que ya llevaban mucho tiempo en el colegio. Concluida su carrera y obtenida la borla fué ordenado, y despues le hicieron catedrático, y por último rector de aquella casa, con lo cual ella ganó muchísimo, porque si bien es cierto que no habia en ella abusos ni crímenes que reprimir, tampoco cabe duda en que se permitian ciertas imperfecciones que desdecian mucho del espíritu que debia imbuirse á los eclesiásticos; pues que de su conducta depende sin duda alguna la conducta de los pueblos como de las familias. Mas como la conducta de D. Nuño era ejemplarísima, y él desde luego parecia ser cenobita en aquel importante y visible puesto, todos tenian que asemejársele, pues contrastaria en gran manera una conducta ejemplar como la suya al lado de una conducta disipada. Hemos dicho que su conducta era ejemplar, y nos convenceremos de ello si la examinamos atentamente. Comencemos por decir que no usó de la exencion que le concedia su cargo de rector sino para tener más libertad en sus ejercicios de penitencia y mortificacion, que eran extrardinarios, pues además de usar asperísimos silicios, tomaba cada dia, y muchos dos ó tres veces al dia, disciplinas tan crueles, que si alguna vez por acaso las oian los criados del colegio se asombraban, y no les hubiese parecido posible el que un hombre hiciera tanto, si no hubieran visto que lo hacia en efecto. Su alimento era siempre escaso, y los advientos, cuaresmas y cuatro dias de cada semana reducido á solo pan y agua, sin beber en toda su vida otro vino que el que le era preciso para celebrar el santo sacrificio. Dormia sobre el duro suelo, y tan brevemente que causaba admiracion el cómo pudiese sostenerse con un tan breve sueño. Todos los dias celebraba con extraordinario fervor la santa misa, en la cual experimentaba dulces consolaciones de su espíritu que le hacian derramar abundantísimas lágrimas, lo cual servia de muy grande edificacion á los fieles, que se agolpaban á la hora en que él acostumbraba celebrar para disfrutar de tan tierno espectáculo, que claramente mostraba lo mucho que amaba á Dios este su siervo, que al recibirle se llenaba de afectos tan tiernos. Con ocasion del jubileo del año santo, que se promulgó en Roma en 1425, pasó á la ciudad santa y allí fué reconocido como persona muy recomendable por el muy venerando Sr. D. Alvaro Hisorna, obispo de Cuenca, el cual no quiso desperdiciar la ocasion de traer á su cabildo á un sugeto de tales prendas, y le hizo canónigo y chantre de su santa iglesia, en la cual ilustró ciertamente

con sus raras virtudes y admirables ejemplos. No le fué posible por más que hizo renunciar el importante cargo que se le confiára, pero sí renunció repetidísimas veces el asistir como asesor en Roma y en la corte cerca de la persona del católico rey D. Fernando V, así como renunció repetidas veces las dignidades eclesiásticas más lucrativas y honoríficas, y aun la mitra de Granada y de Santiago con que le brindaron con el mayor interés. No quiso, sin embargo, nada de esto, y decia con la más profunda humildad que vano intento era cargar mucho peso á quien tenia poca resistencia. Era su conducta en Cuenca tan ejemplar como lo habia sido en Roma, en Bolonia y en todas partes, y entre las prácticas piadosas á que nunca faltaba, debe mencionarse una que produjo resultados muy provechosos para las almas. Esta se reducia á que todos los sábados, cualquiera que fuese el rigor de las estaciones, salia el señor Chantre despues del coro de la tarde, descalzo de pié y pierna, á recorrer las iglesias de la Santísima Vírgen rezando el rosario, pero con una humildad, con un decoro y modestia tan admirables que llegó á hacerse un motivo de edificacion para las gentes el tránsito del canónigo con sus acompañantes. En esta y en otras muchas cosas se mostraba nuestro prebendado como un precioso modelo que Dios habia puesto para edificacion de su pueblo. Hemos dicho que por su familia era inmensamente rico, y se hace necesario conocer el uso que de sus caudales hacia un hombre que para sí habia menester tan poco, pues que era modestísimo su vestido, pobre y escasa su mesa y nada suntuoso el servicio de su casa. Pero no nos extrañará esto cuando sepamos que todo pobre que se le acercaba era socorrido conforme á su necesidad, que en una casa que compró para este fin reunió más de cuatrocientos niños expósitos, siendo de su cuenta no solo el coste y vestuario de las amas de lactancia, sino el vestir y educar á aquellos infelices, á los cuales daba luego oficio, así como para las niñas tenia un asilo donde las recogia y educaba hasta que encontrabán proporcion de casarse, para lo cual las dotaba bastantemente, por lo cual contraian matrimonios bastante ventajosos. En los dias más solemnes invitaba á trece pobres, á los cuales servia una espléndida comida en rica vajilla de plata, que conservaba solo para estos casos, y despues de haberles lavado los pies, calzádolos de nuevo y dado una limosna, los despedia con toda afabilidad, complaciéndose en que le hubiesen concedido la satisfaccion de comer en su casa. Tenia una larga lista de pobres vergonzantes, presos y enfermos, y á estos los visitaba con frecuencia, los socorria con largueza, los consolaba y les daba aliento para sufrir sus respectivas penalidades, con lo cual hacia que estas se convirtieran en bien para ellos, pues los reducia á tener paciencia en el mal como en el bien, pues que de Dios procede todo. Siempre que sabia habia proporcion mandaba rescates para cautivos, y así no es ex-

traño que apenas alcanzase para él un peculio que era cuantiosísimo. Animado de un vivo deseo de visitar los célebres santuarios de Santiago, Oviedo, Peña de Francia, Guadalupe y Toledo, emprendió el viaje á todos estos puntos á los sesenta y seis años de edad, habiendo vuelto á Cuenca bueno y sano despues de tan molesto y largo viaje que hizo á pie, y sin excusar las penitencias y mortificaciones con que acompañaba sus visitas á los venerandos objetos de su atencion en estos diferentes puntos. Cuando volvió á Cuenca se estaba construyendo la ermita de S. Cristóbal en un cerro, y para ayudar á esta empresa, además de dar muchas limosnas, iba despues de que concluia su coro y obligaciones, y subia cargado con materiales ó arrastrando un carrito que los conducia. Pensando, como no podia ménos, en que un dia daria á la naturaleza el tributo que le debe todo hombre, construyó á sus expensas en la catedral de Cuenca la capilla que se dedicó al glorioso Arcangel S. Miguel, y que dotó, no solo de alhajas y ornamentos ricos y abundantes, sino de capellanías que aseguraban un culto decoroso y fijo. Como era tan caritativo, le dolian en el alma las desgracias de sus hermanos, y cuando él veia que cada año costaba algunas víctimas el vado del rio Júcar que corre por aquellas cercanías, resolvió y ejecutó la construccion de un muy valiente puente que existe en esta fecha, llevando en memoria suya el nombre de *puente de Chantre*. No tienen número los prodigios que Dios hizo por la mediacion de su siervo, y entre los muchos que pudiéramos citar, diremos solo que curó milagrosamente á una religiosa que padecia de muchos años terribles convulsiones; y convirtió, con solo una mirada cariñosa, á un moro que abrazó nuestra santa religion, fué bautizado despues que estuvo bastantemente instruido, y el Chantre le señaló una pension vitalicia, que se pagó puntualmente. Lleno de todos estos merecimientos y sin cesar ni un instante de trabajar por la gloria de Dios, objeto de todas sus aspiraciones y deseos, vió acercársele el término de sus dias á los rigores de una enfermedad en que probó hasta la evidencia su invicta paciencia y heróico sufrimiento. Imponente fué el momento de administrársele el sagrado viático, que recibió en el duro lecho de tablas que le servia de cama, y á cuya solemne ceremonia concurrió todo el cabildo, presidido por su Obispo, que llevaba el Santísimo, precedido de todos los dependientes de la catedral, de todos los niños huérfanos y de un inmenso pueblo, que conmovido, admirado, veia la suma devocion, extraordinario recogimiento y viva fe con que aquel siervo de Dios tomó en sus manos por última vez y aplicó á sus labios la sagrada Eucaristía, derramando al hacer esta comunion copiosas lágrimas, como las derramaba cuando celebraba el incruento sacrificio. Cuando sus síntomas se hicieron más alarmantes recibió con igual devocion la santa Extremauncion; se despidió nominalmente de todos los que le ro-

deaban, dejó encomendado á sus herederos el cuidado del colegio de huérfanas y de la casa de expósitos, y entre los ahogados suspiros de los que presenciaban tan crítico momento, al eco de las campanas de la catedral y de toda la ciudad, que anunciaban al pueblo fiel que al siguiente dia se recordaba con júbilo el gran triunfo de la Madre de Dios y de los hombres, entregó á Dios su espíritu el dia 14 de Agosto del año 1467, á los setenta y seis de su edad y más de cincuenta de prebendado de aquella santa iglesia. En el momento mismo de su fallecimiento se difundió por toda la habitacion un olor suavísimo, que parecia indicar lo acepta que habia sido á Dios su alma al partir de esta vida; y el cabildo, reunido para vísperas, tomó despues acuerdo acerca de sus funerales, conviniendo unánimes en que habian de hacerse solemnísimos, siquiera por los favores que á todos habia prodigado. En efecto, depositado en su casa con grande ostentacion durante todo el dia 15, al siguiente fué llevado á la catedral, donde se le hizo el oficio correspondiente, y celebró la misa el señor Obispo; luego se depositó su cadáver en la capilla, que para este fin construyera, y nunca se borró la memoria de sus heróicas acciones. Pasados años pareció al cabildo secular y eclesiástico de Cuenca dar más honrosa sepultura á este distinguido canónigo, y se resolvió unánimemente que sus venerandos despojos, convenientemente colocados en una caja de terciopelo carmesí, con franja de oro, se conservasen siempre en la sacristía, y allí estan, con lo cual se hace imperecedera la memoria de este varon verdaderamente benéfico. Además de esto los muchos rasgos de caridad con que se distinguió en su vida, hubieron de llegar á Roma, y se mandó de oficio proceder á la averiguacion de ellos, de que resultó, que quien de tal manera se habia portado en vida, merecia muy bien despues de su preciosa muerte que su imperecedera memoria llevase adjunta la idea de su venerando recuerdo; por lo cual, con anuencia de la Iglesia misma, es venerable el Sr. D. Nuño Alvarez de Osorio, varon ilustre por su linaje y caridad y chantre de la iglesia de Cuenca. —G. R.

NUÑO DE ARÉVALO (Fr.), religioso de la órden de S. Gerónimo. Despues de haber gobernado la casa del arzobispo de Santiago de Galicia tomó el hábito en el monasterio de Guadalupe, distinguiéndose por su fervor en los santos ejercicios y celo de la observancia de la regla. Estas cualidades le valieron ser elegido prior de su convento, cargo que desempeñó con el mayor acierto. Trasladado despues de prior á Yuste, gobernó aquella casa dos trienios sucesivos, contribuyendo en gran manera á sus aumentos, así espirituales como temporales. Enviado despues de prior á Guadalupe, encontró la casa sumamente atrasada, y consiguió desempeñarla en muy breve tiempo, en lo que le ayudaron no poco los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, que iban continuamente á aquel convento, ya por su devocion á

María Santísima, ya por ser paso para sus marchas contra Granada, no conquistada todavía. Con este motivo decidió Fr. Nuño edificarles una hospedería donde pudiesen aposentarse dignamente, á lo que le ayudaron los Reyes con cuantiosas limosnas y algunas haciendas confiscadas á los judíos y herejes en auto de fe que se hizo en la misma Puebla de Guadalupe. Reedificó tambien la granja de Mirabel, próxima al convento, para recreo de los Reyes, y les construyó una capilla de madera, cerca del altar mayor, para que asistiesen á las funciones solemnes. Cuando la guerra de Granada llegó á su mayor incremento, hizo el donativo de dos mil doblas de oro, que apreciaron los Reyes en todo su valor, en particular Doña Isabel la Católica, que ofreció al prior y al convento la abadía de Cabañas y el curato de Haia para ayuda del gasto de los pobres y peregrinos que en gran número acudian á aquel convento. Mas no admitió el prior esta donacion, porque los religiosos á quien habia mandado con la suya, llevaban órden de no recibir nada de lo que les diesen los Reyes, por lo que se excusaron de aceptar esta dádiva. Miraron los príncipes esto como cortesanía y nobleza del prior y conventos, y lo agradecieron despues haciendo grandes limosnas á la casa, y concediéndola muchos privilegios. Entónces fué cuando nombraron al prior Nuño inquisidor de aquella Puebla, dándole por compañeros al doctor Francisco Sanchez de la Fuente, que fué despues dean de Toledo, y al licenciado Pedro Sanchez. Verificóse este suceso en 1485, célebre en la historia de aquel convento por el gran número de milagros que hizo su soberana patrona en confirmacion de las verdades de la fe que defendia Nuño, cuyos esfuerzos fueron premiados con el mejor éxito posible, pues desaparecieron de aquel país todos los herejes y judíos. Tres años despues invadió á España una terrible peste, que causó infinitas víctimas, y en la que se distinguió mucho Fr. Nuño, pues á pesar del número crecido que de ellas hizo en su monasterio y contornos, no los abandonó ni por un momento, ántes desafiando el peligro, socorria á todos y los animaba y consolaba para que sobrellevasen con ánimo las desgracias que les amenazaban. Ordenaba al mismo tiempo á los religiosos que estuviesen en contínua oracion, suplicando á nuestro Señor y á su Santísima Madre tuviesen misericordia y aplacasen el terrible azote que los tenia atemorizados. Hacia tambien procesiones y rogativas, y recordando que aquella santa imágen habia sido, segun una piadosa tradicion, la que socorrió al pueblo de Roma en una situacion semejante, determinó que la sacasen en una procesion solemne. Lleváronla por el claustro y el cementerio, y desde aquel momento comenzó á decaer visiblemente la epidemia. Sabiendo tambien el P. Nuño que morian algunos pobres del pueblo por carecer de quien los socorriese y les diera lo necesario en sus enfermedades, llamó á un vecino y le encargó que los visitase y diese todo lo

necesario, proveyéndole de dinero. Despues de haber sido prior por cuatro trienios sucesivos, en que hizo las referidas y otras muchas santas obras, comenzó á enfermar gravemente, y manifestando tanto sufrimiento y paciencia en esta ocasion, como caridad habia demostrado en otras, terminó la vida temporal y fué á gozar de la eterna en 1495. —S. B.

NUÑO CHAMIZO (D.). Ilustre gallego, maestre de Alcántara, que en el reinado de Alonso XI, y desde el año de 1338 en que fué electo, se distinguió por los buenos servicios que prestó á la religion contra los infieles, mereciendo ser estimado en los anales de la Orden. —O. y O.

NUÑO MASCAREÑAS, jesuita portugués, natural de la villa de Montemayor el Nuevo, en el arzobispado de Evora. Llamáronse sus padres D. Vasco Mascareñas y Doña María de Mendoza, ambos de la más ilustre nobleza de Portugal. Tenia diez y seis años de edad y era estudiante de la universidad de Evora cuando entró en la Compañía, á 8 de Enero de 1578. Fué admitido cuando apenas tenia los principios de gramática, atendiendo á lo mucho que con su persona se autorizaba la Compañía. El P. Nuño tuvo gran celo por el bien de las almas, por lo que hizo varias misiones á diferentes tierras, donde consiguió la mejora de las costumbres, compuso muchas y graves disensiones, y obtuvo de todos grande respeto y veneracion, así por sus virtudes como por el esplendor de su sangre. Cuando iba á las misiones se portaba en todo como el más humilde de los religiosos. Un hermano suyo, que era obispo de Algarve, le pidió para hacer una mision en su obispado. Allí dió muchos ejemplos de su grande celo y caridad, y explicaba todos los dias la doctrina á los pobres ántes de repartirles la limosna. Los domingos la explicaba en la plaza con grande concurso, muchas lágrimas de los oyentes y fruto de las almas. Algunas veces llevaba limosnas á los presos, yendo acompañado de mucha gente honrada, que seguia su buen ejemplo. A todos los presos consolaba, haciéndoles pláticas. Tambien acudia á los hospitales, consolaba á los enfermos, así con manjares que los llevaba como con santas exhortaciones. Haciales las camas y otros ministerios humildes y caritativos, con lo que todos se edificaban mucho, así los grandes como los pequeños. Ponia Dios grande eficacia en las palabras de este Padre para ablandar los ánimos exasperados con el odio; predicando á los paisanos de la villa de Arrayolos, fué tal el efecto que hizo en los oyentes, que al fin de su sermon se buscaban los enemigos en la iglesia y se abrazaban con muchas lágrimas y perdonaban las injurias. En 1598 volvió el P. Nuño Mascareñas al Algarve, á peticion del obispo su hermano, que era tan amante de la Compañía, que no se podia pasar sin padres de ella. Hicieron muchas predicaciones con no poco fruto de las almas. Además de predicar estaban contínuamente en el confesonario, iban á los hospitales y explicaban la doctrina

á los pobres. Convirtió á un moro que residia desde mucho ántes en Portugal, é introdujo la celebracion de algunas funciones, á imitacion de las que se hacian por la Compañía. Les tenia tanto afecto el Obispo, que los visitaba algunas veces cuando estaban comiendo, y no consentia que se levantasen de los bancos en que estaban asentados, haciéndolo él en las camas; y cuando les faltaba el criado les daba lo que necesitaban, sin que pudieran disuadirle de este exceso de amor ó caridad. Era el P. Nuño Mascareñas de condicion benévola y cariñosa, y por esto bienquisto de todos. Hizo por algun tiempo el oficio de doctrinero en la casa de S. Roque, y le autorizó mucho con su persona y virtud. Como era de la principal nobleza del reino y primo de la mujer del virey D. Cristóbal de Moura, causaba grande edificacion ver á persona tan ilustre enseñar frecuentemente la doctrina por las calles y plazas á los niños y gente baja, y como á esto se juntase su agradable natural, toda Lisboa acudia á oir su doctrina. La mayor parte del tiempo se sirvió de él la Compañía para su gobierno, porque tuvo para ello grande talento. El primer cargo que desempeñó fué el gobierno de la casa profesa de Faro, que fundó el obispo su hermano. Fué procurador general en Madrid, consiguiéndose por su respeto cosas de grande utilidad para la provincia de Portugal y para las de India y Brasil. En las épocas que no gobernaba, trabajaba como los demás religiosos en confesar y predicar. Gobernó asimismo los colegios de S. Anton y Coimbra, y fué prepósito de la casa de S. Roque. Cuando se hallaba ocupado en esto murió el P. General, y fué el P. Nuño Mascareñas uno de los elegidos para ir á Roma; asistió á la congregacion en que fué elegido el P. Mucio Vitelesqui, siendo él nombrado asistente de las provincias pertenecientes á Portugal, sucediendo á su hermano el P. Antonio Mascareñas, que acababa de ser asistente. Desempeñó este cargo por más de veinte años. En Roma tuvo singular aceptacion con los príncipes seculares y eclesiásticos. Alcanzó algunas gracias y uniones de iglesias que se le pidieron y encomendaron para la provincia de Portugal. Era en Roma comun refugio de todos los portugueses que concurrian allí á sus negocios. Consiguióse por aquel tiempo la canonizacion de los santos patriarcas San Ignacio de Loyola y S. Francisco Javier, en cuyo asunto, que era de tanta importancia, tuvo gran parte el P. Nuño Mascareñas, así por tener gran cabida con el Papa, como con los demás príncipes de la Iglesia, de quienes era generalmente estimado. Falleció, por último, en Roma, en 17 de Junio de 1657, teniendo la edad de setenta y seis años. Su muerte fué generalmente sentida en su Orden, y aun en la curia romana, por ser grande la estimacion que se hacia de su persona.—S. B.

NUÑO PEREZ (D.), obispo de Tuy, nombrado en 20 de Mayo de 1274 segun se infiere del siguiente documento. «Muerto y sepultado D. Gil, se jun-

»tó el cabildo de Tuy para elegir sucesor en el año de 1274, al otro dia del »de pascua del Espíritu Santo (que en aquel año fué el 20 de Mayo, pascua »de Resurreccion en 1.° de Abril) y unánimes pusieron los ojos en la vene- »rable persona del dean, llamado D. Nuño Perez, como lo expresa la carta »remitida por el cabildo á su metrópoli de Braga, que dice así: *Noveritis, »quod Ecclesia Tudensis, post mortem reverendi patris domini Egidii, bonæ »memoriæ Episcopi, ejusdem pastoris solatio destituta, corpori ipsius tradito »sepulturæ, etc.*» Aceptado el nombramiento, salieron con el electo cantando el *Te Deum laudamus* hasta el altar mayor; y luego enviaron dos prebendados á Braga, dando cuenta por la carta referida de lo practicado, y pidiendo su confirmacion. El arzobispo se hallaba fuera de España por haber sido llamado para el concilio general de Lion, que á la sazon se celebraba: pero el vicario dió su confirmacion el dia jueves 14 de Junio del mismo año 1274, segun consta por el Tumbo, fólio 209 v. En 16 de Setiembre del mismo año continuaba con título de electo, segun escritura mencionada por Sandoval, que añade llega su memoria hasta últimos de Mayo de 1276, y que no le vió nombrado de allí adelante. Su pontificado fué muy corto, pues á los cuatro años despues de su eleccion, presidia ya en Tuy su sucesor D. Fernando, sin constar su entrada ni el año en que empezó. En el 77 estaba vacante la iglesia de Tuy, segun consta de la Escritura 184 de Berganza, aunque carece del mes y dia. Su autor puso al márgen el año de 1277, por ser la data en el año 25 del reinado de D. Alfonso X. Este empezó en 1.° de Junio de 1252, añadidos los veinticinco, prueba que fué despues del 1.° de Junio de 1277. Al tiempo de otorgarse el privilegio vacaba la iglesia de Tuy, y por eso introducimos al sucesor en el año de 78.—S. B.

NUÑO Ribero (P.), religioso de la Compañía de Jesús. Este siervo de Dios y mártir de Jesucristo, aunque por poco tiempo, pues lo fué solamente por el espacio de año y medio, trabajó en la India Oriental, tanto como otros pudieran hacer en un siglo; y así mereció dar la vida por Cristo, pues en su servicio la empleó con un fervor y obras de apóstol. Era el P. Nuño portugués, y por su mucho celo partió de Lisboa para la India con otros ocho de la Compañía el 8 de Abril de 1546. Desde luego comenzó á acostumbrarse á los trabajos, y á dar admirables resplandores de religion y celo de las almas, y así era tenido por uno de los más principales Padres de la Compañía y fieles ministros del Evangelio. Poco despues de llegar á Malaca, pasó solo por órden de S. Francisco Javier á la isla de Amboino, adonde trabajó con tanto fruto y provecho de toda aquella gente, que en solo cuatro meses trajo á la fe de Cristo casi seiscientas almas, y en no mucho más tiempo bautizó por sí mismo más de dos mil. Mas no se contentaba con trabajar en aquella viña del Señor por su persona, sino que tam-

bien procuraba instruir ministros idóneos para que le ayudasen en aquella empresa, con ayuda de los cuales conservaba aquella cristiandad, y aprovechaba mucho el santo varon con excesivo trabajo suyo, haciendo pedazos los ídolos, derribando sus templos, y alumbrando con la luz del Evangelio á los que estaban sentados en las tinieblas y sombra de la muerte. Ni solo cultivaba los indios, sino tambien á los demás cristianos portugueses, con increible provecho de todos, con los cuales tenia grande autoridad por sus raras virtudes, y por la caridad y misericordia que con ellos ejercitaba, siendo en todas ocasiones remedio universal de todos, á quienes acudia en sus necesidades, hasta desnudarse muchas veces de parte de sus vestidos para darlos á los más necesitados, y alguna vez de todos ellos, quedándose solo cubierto con una manta, y visitando de esta manera sus poblaciones, algunas veces con grande falta de salud, no reparando en sufrimientos, por el bien de aquellos que habia tomado á su cargo, sustentándose de ordinario con raíces del campo, y cuando mucho con algun poco de arroz ó de maiz. No queria para sí cosa de esta vida, ni ser molesto, ni gravoso á nadie, sino provechoso á todos; á ninguno buscaba de quien hubiese de recibir, sino á quien hubiese de dar ó hacer algun bien. Todas estas virtudes y cualidades hacian al santo varon muy respetado y amado de los indios y portugueses, y juntamente el reconocer su espíritu de profecia, con el cual les anunciaba lo que les habia de acontecer. Un dia viéndose aquella isla muy en peligro de ser tomada por los moros, y los moradores ya sin esperanza de remedio, porque venia una numerosa armada, y estaban próximos á verificar el desembarco, el P. Ribero con grande seguridad y sosiego les dijo que no habia que temer, porque tenian cierto el socorro de nuestro Señor. Así fué, porque delante de sus mismos ojos se deshizo y desbarató la armada enemiga, echando cada galera por su parte, quedando los isleños libres como por maravilla. Por estas mismas causas era el P. Ribero aborrecido de los moros, que le tenian grande ojeriza, persiguiéndole en todas ocasiones. Pegaron una vez fuego á su pobre casilla, para que muriese abrasado dentro; pero lo libró el Señor con su providencia, que todo lo alcanza. Otra vez se escapó de sus manos, huyendo en un barco muy desacomodado, y como tal se hundió dentro del mar, y hubo de salir el siervo de Dios gran trecho á nado, si bien tal maltratado de los golpes que se dió en las rocas y peñascos, de modo que no se podia tener en pié, y así anduvo dos ó tres dias arrastrando por la tierra en los campos desiertos, hasta que Dios le deparó un hombre, que compadeciéndose de él, le llevó á una poblacion de cristianos, adonde se reparase; y no fué esta sola vez la que padeció naufragio este verdadero imitador de S. Pablo. Viendo los moros que con el incendio no habian conseguido dar muerte al santo Padre, de-

seosos de vengar las injurias hechas á su falso profeta, se concertaron con un hombre perverso que le diese la muerte con veneno, ofreciéndole buena cantidad de plata si salia con ello. El ministro de la maldad, en cumplimiento del concierto, el dia de la Asuncion de nuestra Señora, despues de haber dicho misa el bendito Padre con singular devocion y sentimiento, entre la comida le dió el veneno, que en seguida comenzó á causarle grandes bascas, excesivos dolores de estómago y una recia calentura. Bien juzgó el siervo de Dios que la enfermedad era mortal; pero por no dejar ni aun entónces de aprovechar á las almas de sus feligreses, se hacia llevar en peso, como otro S. Juan Evangelista, á visitar las poblaciones, enseñando y alentando á todos á perseverar en la fe, seguir la virtud y huir el vicio, hasta que el séptimo dia con increible tormento, y mayor paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, abrazando devotamente un santo crucifijo, dió el alma en sus manos, con increible sentimiento de los cristianos, y admirable opinion y fama de su santidad, el año de 1549. El martirio de este dichoso confesor de Cristo le describieron el P. Nicolás Orlandino y Rutilio Benzonio, obispo de Recanate. — A. L.

NUÑO RODRIGUEZ, jesuita portugués, natural de la ciudad de Evora. Sus padres se llamaron Juan Antonio de Beja y Lucrecia Froes. Entró en la Compañía, en el noviciado de la casa de S. Roque, á 7 de Enero de 1560; pasó á la India en 1574 con el P. Alejandro Valignano y otros treinta y nueve misioneros de la Compañía. Antes de entrar en la religion ya se habia distinguido por sus virtudes, despues de religioso, continuó siendo tan asiduo en la oracion como anteriormente, y como alguno notára el mucho tiempo que empleaba en la oracion teniendo á su cuidado otros muchos negocios, respondió: que más oracion hacia cuando era seglar que desde que habia entrado religioso. Desde su noviciado fué tenido por santo, no solo por sus compañeros, testigos de sus virtudes, sino tambien de los extraños que tenian noticia de ellas. Su celo por la salvacion de las almas le llevó á las Indias, donde se aventajó todavía más en las virtudes. La segunda vez que le quisieron hacer rector del colegio de S. Pablo de Goa se fué á ver con un consultor de la provincia, le dió menuda cuenta de sus faltas como si fuera novicio, á fin de persuadirle que semejante hombre no era para superior de los demás. Cuando le hicieron provincial, empleó toda su diligencia en librarse de este cargo protestando que no servia para tal ocupacion. Nunca, despues de salir de los gobiernos, le oyeron decir si habia hecho tal ó cual cosa siendo provincial ó rector, huyendo de toda palabra que pudiera redundar en honra suya. Aunque era de padres muy honrados, nunca se los oyeron nombrar los religiosos. En cuarenta y tres años que vivió en la Compañía, manifestó siempre en sus acciones una igualdad que se venera mucho en los hombres reli-

giosos. Observaba exactamente el consejo que el sumo pontífice Paulo III en la bula de la fundacion de la Compañía da á sus superiores, en que los amonesta imiten en el gobierno la mansedumbre de Jesucristo; y las palabras con que se halla escrito este aviso, las tenia escritas el P. Nuño Rodriguez en un papelillo que ponia de registro de breviario. En el tiempo en que era provincial habia tambien visitador; nunca hizo caso de la extension de su jurisdicion, ántes la limitaba cuanto podia. Despues de concluidos los gobiernos, se portaba delante de los superiores como si fuese un novicio. Fué por algun tiempo compañero del P. visitador Nicolao Pimenta. Gobernó cinco años la provincia de Indias. Fué propuesto por el visitador Alejandro Valignano para obispo del Japon, proposicion que no fué admitada, porque se exigia hombre letrado como lo requeria tan dificultosa prelacia. Dos meses ántes de morir, hablando con el P. Francisco de Cunha, le declaró lo mucho que sentia ser rector del colegio de S. Pablo, y acabó con estas palabras: «Pero en fin esto poco ha de durar, yo acabaré, y V. R. será rector de S. Pablo.» Así aconteció, y por la manera que tuvo de verificarse, se creyó que no fué casual el dicho. Murió en Goa en 1.° de Marzo de 1604. Su cuerpo fué inhumado en la misma sepultura en que estuvieron los de los PP. Antonio de Cuadros y Rui Vicente, provinciales que habian sido, y hombres de mucha virtud, en la capilla mayor de la iglesia de S. Pablo, al lado del evangelio. Fué el P. Nuño Rodriguez rector dos veces del colegio de S. Pablo; la primera por siete años, y la segunda por cinco. En 1583 fué elegido de procurador á Roma y marcharon con él los embajadores del Japon. — S. B.

NUÑO SANCHEZ, canónigo de Elna. Fué hijo primogénito D. Nuño de D. Sancho, conde del Rosellon, al que sucedió en sus estados, y de Doña Nuña, que pertenecia á la famosa casa de los Laras, habiendo sido su padre hermano de Alonso II de Aragon, abuelo que fué de D. Jaime el Conquistador. Militar ántes que sacerdote, D. Nuño asistió á la famosa batalla de las Navas de Tolosa, habiendo merecido por su valor que el mismo dia de la victoria le armase caballero el rey D. Pedro. Declarado D. Nuño por Jaime I en las diferencias que se suscitaron á la muerte del rey D. Pedro en la batalla de Muret el año 1213, asistió á su coronacion en las cortes de Lérida en 1214, y ya no volvió á dejarle, sirviéndole en todas las guerras que el Conquistador mantuvo contra los sarracenos. Los autores elogian de tal modo el talento militar y el valor de D. Nuño, que no vacilan en reconocerle como la primera figura, despues de la colosal de D. Jaime, en la conquista de Mallorca, y muy especialmente la de Ibiza, en la que acompañó al arzobispo de Tarragona y al infante D. Pedro de Portugal en 1235. Aconsejando á D. Jaime la conquista de Valencia, le acompañó á ella; pero fué tanto lo que trabajó en esta empresa, llevada á cabo por su consejo, para que tuvie-

ra al fin un feliz resultado, que perdió la salud y quedó sumamente enfermizo el tiempo que vivió despues. Ya retirado de los azares y fatigas de la guerra y desengañado de los oropeles mundanos, abrazó el estado religioso haciéndose sacerdote y despues canónigo de Elna, lo que hallamos confirmado por Bosch y combatido por otros autores; mas todos convienen en su notable piedad, testigo de ella la isla de Mallorca, en la que dejó varios monumentos, y entre ellos el hospital de S. Andrés. Los Dominicos de Palma le fueron en mucha parte deudores de su iglesia y convento, y los Bernardos de la fundacion de su monasterio, que dotó con grandes rentas, cediéndole algo de la octava parte de esta isla, que le tocó en el reparto que hizo de su territorio el rey D. Jaime despues de conquistada á los sarracenos. Murió D. Nuño el año 1241. — C.

NUPINA (Santa), mártir. Fué esta esclarecida sierva de Dios compañera de martirio del glorioso S. Adon, ambos del reino de Cerdeña, y ambos sacrificados por no querer quemar á los ídolos incienso y por sostenerse firmes en la fe, que aprendieron de sus mayores, y cuya defensa fué para ellos la más sagrada é imprescindible obligacion, en cumplimiento de la cual daban con gusto su sangre, para ceñir despues una inmortal corona que les asegura de su verdadera dicha. Diocleciano y Maximiano que á tantos mártires como sacrificaron proporcionaron la inmarcesible corona de la inmortalidad, fueron tambien los que tejieron la de esta ilustre Santa, pues habiéndola hecho varios interrogatorios en que acaso se presumia que las amenazas ó los halagos podrian hacerla caer, y viendo que cada vez más firme confesaba su fe sin temor alguno, despreciaba con sus obras y con sus palabras cuantas promesas se la hacian, é invicta perseveraba en su propósito, fué entregada en manos de unos sayones desalmados, que despues de prodigar en ella las más atroces ignominias, y haciéndola padecer dolores y afrentas, le hicieron pasar de esta á mejor vida, siendo su cuerpo depositado por los cristianos junto al del glorioso S. Adon, su compañero, y guardado con el mayor esmero donde se conservaban los de los respetables mártires que en no escaso número habian ilustrado su patria. La paz de Constantino que dió á la Iglesia forma de vivir por sí misma, y que la repuso de los crueles tratos que sus antecesores la habian dado, facilitó honrar la memoria de estos esclarecidos mártires Adon y Nupina, colocando sus restos en un lugar decoroso, y honrando su invencion con la solemne memoria que la Iglesia hace de sus hijos más esclarecidos; así que con el concurso de todos los principales del reino en ambos estados, secular y eclesiástico, se desenterraron los cuerpos de Adon y Nupina del lugar donde habian estado desde su preciosa muerte, se llevaron por de pronto á la basílica de Caller, miéntras de una parte se construia su sepulcro en la catedral, y de otra se

satisfacia la ansiedad de los fieles en adorarlos y venerarlos como era debido; y luego que ambos extremos se hubieron cumplido, con solemnidad todavía mayor que la que hubo para su desentierro, se les colocó en el relicario en la insigne catedral, se publicaron sus virtudes heróicas y sufrimiento invicto, así como la bula de su canonizacion, con el extracto de su proceso, y desde entónces mismo se estableció que de acuerdo con lo prescrito por el Soberano Pontífice se celebrase su fiesta el dia 5 de Octubre de cada año, por haber sido en el de 1621 cuando se hizo su segunda traslacion de la basílica á la catedral. Fueron muchos los prodigios que Dios obró por medio de sus siervos, y por consiguiente grande la veneracion con que son mirados por sus paisanos, viéndose aun hoy muy concurrido de fieles que los invocan en su sepulcro glorioso por más de un título, y en cuya posesion se complacen sobremanera los fieles moradores de Cerdeña. —G. R.

NURCIA (Sor Lucía), religiosa de la órden regular de Penitencia de San Francisco. La venerable vírgen Sor Lucía de Nurcia nació en una pequeña poblacion del territorio de Nurcia, llamada Caldara, hija de padres nobles y temerosos de Dios, que en su niñez pusieron todo cuidado en su buena educacion, y lo lograron con felicidad, por ser el natural de la niña dócil, apacible y en todo muy inclinado á la virtud. Murieron sus padres, y la dejaron heredera de su opulenta hacienda en edad de diez y seis años, competente para el estado de matrimonio á que la tenian destinada para la sucesion de su casa, si bien siempre la observaron tenia aversion á este estado y careada á los encogimientos de la virtud. Jamás la hablaron del particular, esperando á que la edad la despertase de aquella apacible quietud, en que descansan dormidas las potencias al abrigo de la inocencia, que tiene puesto silencio á la malicia. Quedó en la tutela de parientes, y pareciéndoles á estos que se perdia tiempo, empezaron á tratar con mucho calor de su casamiento; mas la doncella los desengañó con santa resolucion, diciéndoles que excusasen diligencias que no habian de tener efecto, porque ella tenia hecha eleccion de esposo, que fuese guarda y no peligro de su virginal entereza, á Dios, á quien tenia hecho voto de perpétua castidad. No hicieron á esta proposicion considerable repugnancia, acaso porque por este medio pensaron quedar interesados en su opulenta hacienda, que son los intereses muy comedidos para la conformidad. La santa doncella, guiada del númen de superiores y divinas luces, tomó resolucion no tan conforme á sus esperanzas, haciendo eleccion de algunas doncellas amigas suyas, de su virtuoso genio, con las cuales se retiró á una casa capaz, que la dejaron sus padres, junto á la ciudad de Nurcia. Aquí para vivir en recogimiento, hizo de su hacienda porciones, que bastasen al abasto de su familia, que se compuso de otras siete doncellas, que en vida solitaria se consagrasen al servicio de

Dios, gobernadas por los prudentes y santos dictámenes de Lucía. Para este fin escogió de la hacienda lo más florido y lo necesario, y del resto hizo largas limosnas á beneficio de viudas y huérfanos pobres, dando en esta distribucion, para que fuese más justa, el primer lugar á los parientes necesitados. Algunos años vivieron estas vírgenes en este retiro sin salir de casa, sino todas juntas al templo en las horas de ménos concurso. Eran sus ejercicios sacrificio voluntario, y muy agradable á los divinos ojos; pero Lucía, que se hallaba con medios para hacer mas autorizado su retiro, sacó licencia del patriarca de Jerusalen, llamado Fernando, que era administrador del obispado de Espoleto, á cuya jurisdiccion pertenecia la ciudad de Nurcia, para erigir en su casa un oratorio con la advocacion de S. Gerónimo, donde se les pudiese decir Misa, y estar asistidas de ministros eclesiásticos que gobernasen sus espíritus. Así se ejecutó, y dicho patriarca tomó en su proteccion aquel recogimiento con el nombre de colegio, y señaló para especial ministro, que cuidase de su direccion espiritual á Fr. Rainaldo de Nurcia, religioso de la órden de S. Francisco, varon docto, de mucho espíritu, que con facultad de los prelados de la religion vivia en el eremitorio de Santa María del Monte Santo. Era Fr. Rainaldo hermano de padre y madre de Sor Lucía, á cuyo cuidado corria todo el gobierno del colegio. El traje que desde su principio eligieron las colegialas, era hábito cenicienta, con cordon, como las Terceras de la venerable Orden de Penitencia. Fr. Rainaldo, como práctico en la vida regular, les dió leyes y constituciones para que en uniformidad de estilos hiciesen vida comun. Las austeridades y admirables ejemplos con que vivian, les ganaron grande crédito, y fueron de suma edificacion en toda aquella tierra. La villa de Valcaldara, donde nació Lucía, con emulacion á la ciudad de Nurcia, solicitó fundar otro colegio y lo consiguió, para cuya fundacion salió una de sus compañeras y discípulas, llamada *Sor Ticia*, mujer de grande capacidad y singular virtud.—Aunque vestian ambos colegios el hábito de la Tercera Orden de San Francisco, no tenian forma de vida perfectamente religiosa, por no tener entónces señalada regla para hacer profesion solemne con votos esenciales. Florecia en este tiempo Angelina de Corvaria, que tenia conseguida ya de la silla apostólica regla para vida religiosa, y Sor Lucía se valió de ella y de su apostólico indulto, pidiendo dos de sus discípulas para que instruyesen á los dos nuevos colegios en su regular instituto. Consiguió el logro de sus deseos, y vió su colegio y el de Valcaldara en forma de convento regular con profesion solemne. Con los bienes que tenia reservados de su pingüe hacienda, y con las limosnas que recogió su piadosa industria, amplió su casa, y entrando en ella el oratorio, tomó sitio para las principales oficinas del servicio de la comunidad, y fabricó un nuevo templo con la advocacion

de Sta. Clara. — De las virtudes de esta venerable virgen se tienen muy escasas noticias de los cronistas, pero que fueron heróicas lo comprueban los muchos é insignes milagros que obró el Señor por intercesion suya, despues de su dichosa muerte, que fué en el año de 1430, á doce dias del mes de Enero. En sus exequias fué universal la aclamacion de su santidad, quedando su cadáver con todas aquellas señales maravillosas que son índice de singulares virtudes, como son hermosura, flexibilidad y fragancia. Diósele sepultura en el antiguo oratorio de S. Gerónimo, que quedó dentro de la clausura. Aquí fueron tantos los milagros, y á su fama tan numerosos los concursos, que turbaban la quietud de la comunidad é incomodaban para la celebracion de los divinos oficios. Fr. Rainaldo, hermano de la virgen y su confesor, para atajar este inconveniente, la mandó por santa obediencia que no hiciese milagros, y la que ya estaba libre de humanas jurisdicciones, oyó la imperiosa voz de esta santa virtud, y dió con la suspension de los milagros este raro ejemplo de obediencia. Lo más admirable fué que duró la suspension lo que duró la vida de su hermano, y volvió á tomar posesion de la virtud que Dios le habia comunicado para consuelo de sus devotos. Pasaron más de ciento sesenta años sin registrar su sepulcro, pero el año de 1599, en que se continuaban sus milagros y estaba muy fresca la memoria de sus virtudes y fervorosa en los ciudadanos la devocion, con acuerdo y licencia del obispo de Espoleto se registró y se halló el cuerpo entero, incorrupto y de suavísimo olor, como si aquel dia se hubiese sepultado. Estaba el hábito tambien incorrupto, y por la parte del pecho se veia un tumor ó bulto que obligó á la curiosidad devota á su registro. Tomóse, como se puede creer, con superior impulso la resolucion de abrir el pecho y descubrir el misterio que tenia aquel tumor, y hallaron el corazon de extraordinaria grandeza, y en él formado de la misma carne, con admirable perfeccion, á Cristo crucificado. Quedaron pasmados á vista de maravilla tan estupenda, discurrieron haber sido efecto y premio de la vehemente contemplacion que esta cándida virgen tuvo en la dolorosa pasion de su dulcísimo Esposo, cuyas virtudes copió tan amante y con teson tan fervoroso, que llegó á conseguir el que quedase estampada en su corazon la perfecta y verdadera imágen de su amor crucificado y de su crucificado amante. Trasladóse el cadaver á sitio más decente, pero con poca advertencia tan húmedo, que en pocos años se redujo á cenizas la carne, y quedaron solo los huesos, con admirable circunstancia de olor y color parecidos al oro y á los más suaves aromas. Goza por inmemorial veneracion el título de *Beata Lucía de Nurcia*, pero no por especial indulto apostólico, ó con especial y tácita permision de la santa silla. — A. L.

NURSIA (B. Fr. Juan), religioso franciscano. Floreció en el convento de

S. Bartolomé, junto á Fulgino; fué hijo de nobles padres y muy opulentos, el cual, habiendo dado de mano al mundo y á las falaces esperanzas con que le brindaba, tomó el hábito de lego en la Seráfica religion. Fué varon insigne en todo género de virtudes; de austerísima penitencia, extremada pobreza, y de paciencia admirable en las muchas adversidades y trabajos, con que probó su constancia la mano de la Providencia divina. Resplandeció en milagros en vida y muerte, entre los cuales uno de ellos fué la singular fragancia que se percibió en su celda luego que su bendita alma voló á la gloria, durando la suavidad de aquel celestial olor por muchos meses. Murió este siervo de Dios el año de 1554. —A. L.

NURSIA (Fr. Sixto de), religioso de la órden de Capuchinos. En la provincia de la Umbría resplandeció en virtudes y milagros este esclarecido predicador, que apénas salido de la niñez, entró en la religiosa familia de los padres Conventuales, tomando ocasion para dejar el mundo, al ejemplo de su madre y hermana, que huyendo de sus peligros habian profesado vida religiosa despues de muerto su padre al rigor de sus enemigos. Tomó á los doce años el hábito, y habiendo permanecido cinco en aquella congregacion, no sin grandes virtudes, con deseo de vida más estrecha hizo tránsito á la de los Capuchinos. En el año del noviciado, palestra de los más penosos y ásperos ejercicios, consiguió tanta perfeccion que quiso abstraerse de todas las cosas humanas, siendo tenido al pronto por de tardo ingenio y poco á propósito para el instituto que habia abrazado, de que se siguió entrar la comunidad en determinacion de quitarle el hábito, la cual sin duda se hubiera ejecutado, si el general ministro, que se hallaba entónces allí y habia examinado con mejor peso la capacidad del novicio, no le hubiera conservado en su vocacion y agregádole al número de los profesos. Despues de algunos años le aplicó la provincia á los estudios de la filosofía y teología, en que consiguió progresos no vulgares, ayudado más de las virtudes que de los libros, porque era continuo en ayudar á Misa, en llevar agua y leña á la cocina, en barrer la casa y en asistir á los enfermos, á cuyo alivio se aplicaba con grande alegría y solicitud. Aunque estos ejercicios le traian muy ocupado, no faltaba, sin embargo, á la obligacion del estudio, ántes dedicando con singular atencion el ánimo á conseguir las facultades de filosofía y teología, salió en ambas docto y dispuesto al oficio de predicador. Ilustrábase en él la sabiduría con la gracia de predicar, adquiriéndose con maravillosa eficacia el afecto de los oyentes; y aunque en conferencias particulares estaba reputado por tibio, en subiendo al púlpito se encendia en ardor grande de caridad, llamando á los pecadores á la contricion de sus culpas y excitándolos al amor de Dios y del prójimo. Bien mostró este afecto en el modo suave con que trató al mismo que habia quitado la vida á su padre, logrando éste en su

comunicacion aquellos agasajos y cariñosas demostraciones, con que se concilia el mútuo afecto entre los amigos más íntimos. Visitábale muchas veces, apagando con todos los posibles actos de caridad aquel primer y natural movimiento de odio, que á vista del homicida de su mismo padre era forzoso alterase su corazon. No ignoraba el pueblo esta valentía de caridad, y con su noticia, sobre venerar á Fr. Sixto con singulares estimaciones, no podia resistirse cuando le oia en el púlpito á la obligacion de perdonar á los enemigos. La caridad del varon de Dios era comun á los ricos y á los pobres; á todos se extendia su obsequio, en viendo que alguno se hallaba necesitado de él; miraba las personas sin cuidarse de la diferencia de las fortunas, reconociéndose todos obligados, aclamando que Fr. Sixto era digno de que todos le amasen y respetasen. Fué prelado por espacio de treinta años, siendo más bien súbdito en todo este tiempo, porque más se valia de la prelacia para servir á todos que para mandar. Su principal conato era que los religiosos dijesen Misa con grande devocion y atencion, y que con la misma asistiesen á las divinas alabanzas en las horas del coro. Era observantísimo celador de todo lo que contenia la regla y constituciones, sin exceptuar á alguno, por más graduado que fuese, de la pena que merecia su transgresion. Sin embargo, corregia con tanta prudencia y templanza, que los presentes estimaban y los ausentes deseaban vivir debajo de su obediencia. Así era más bien padre que juez este varon insigne, cuidando de sus súbditos en comun y en particular, como cuida de sus hijos el padre cuando con mayor afecto los ama. Y no se limitaba esta ardiente caridad á los religiosos, sino que la hacia extensiva á toda persona que padeciese afliccion, dolencia ó enfermedad, como se experimentó en el año de 1591, en que siendo guardian del convento de Asís, se halló ocupada é invadida toda la Italia de un universal y cruel contagio. Asistió con caridad heróica á los enfermos de la ciudad, sin que la peste se le atreviese, venerando, si así puede decirse, á quien tan alentado sacrificaba su salud á la pública conveniencia. Mostróse entónces esta ciudad agradecidísima á su bienhechor, durando en ella tan constante la memoria del beneficio, que despues de treinta años, habiendo enfermado Fr. Sixto con mucho riesgo, nada omitieron sus devotos que pudiese conducir á su mejoría. Hallábase el siervo de Dios con más de setenta años de edad, y continuándose su dolencia no la hallaban más remedio los médicos que el aconsejarle volviese á respirar los aires nativos, poniéndose luego en ejecucion este dictámen, y fué llevado el venerable anciano á Nursia. Por presagio infeliz tuvo Asís verse desposeida de su presencia, conociendo que perdia de un golpe amigo, protector y padre, y que muriendo en otro convento careceria del apreciable tesoro de sus reliquias. Salióle acompañando lo más ilustre de la ciudad, manifestando todos en las lágri-

mas la ternura del corazon. Igual á ella fué la alegría y alborozo con que recibió Nursia su antigua prenda. En cuanto llegó al convento, desde aquel dia fué cotidiano el concurso, así de la nobleza como de la plebe, con el comun deseo de ver y aliviar al enfermo, viéndose muchas veces obligados los religiosos á sacarle á la iglesia para consuelo universal de los que gravados de alguna dolencia solicitaban su bendicion. Dificultoso fuera contar los que por ella consiguieron la salud de que carecian. Entre otros muchos, una mujer llevó á la presencia del varon santo una hija suya muda, la cual solo con la señal de la cruz que formó sobre ella, quedó libre del impedimento que la aprisionaba la lengua. Lleno, pues, de años y merecimientos murió en el convento de Capuchinos de Nursia, su patria; y aunque en esta ocasion estaba el camino de la ciudad al convento muy cubierto de nieve, y apénas era posible el tránsito de una parte á otra, concurrió casi todo el pueblo á su iglesia á venerar al difunto, que tanto en vida se habia hecho digno del comun cariño y afecto por sus sobresalientes virtudes. Fué necesario tenerle expuesto tres dias consecutivos, para satisfacer el deseo de todos los que querian verle, siendo necesario tres distintos hábitos en los mismos tres dias, que sucesivamente le fueron vistiendo, para saciar el anhelo que todos tenian de poseer sus reliquias. Sepultado ya, fueron innumerables los que por sus méritos consiguieron milagrosa salud, dejando algunos á vista del sepulcro preciosas presentallas, que en adelante testificasen el poder de Dios en su siervo. Murió el santo varon Fr. Sixto de Nursia el año del Señor de 1620.—A. L.

NUVILIONA (Santa), mártir. La vida de esta gloriosa Santa corre inseparablemente unida á la de su hermana Alodia, la cual, algo menor que nuestra mártir, estuvo siempre unida á ella, siendo este acaso el fundamento de la gran dicha que hoy posee en la patria de los bienayenturados. Nacieron estas criaturas cuando nuestro católico reino estaba en poder de los moros, y su padre fué un individuo de esta secta, si bien su madre era cristiana. La ley prohibia que se enseñase la santa religion de Jesucristo á aquellos cuyo padre no fuese cristiano, y por consiguiente tuvo la piadosa madre de estas dos inocentes criaturas que sufrir mucho para educarlas, pues el padre, tímido como lo son naturalmente los de su secta, y convencido de lo mucho que podria perjudicarle el que se averiguára su tolerancia, muchas veces habia sostenido con su esposa cuestiones sobre el particular, que no habian dejado de producir disgusto. Murió su padre, y entónces ya su madre quedó libre de los sinsabores que con él tenia, solo por este motivo; mas Dios no quiso que la durára mucho su sosiego, ó por mejor decir, quiso solo que educadas santa y cristianamente aquellas buenas niñas, hubiese ocasion de que pronto vinieran á ceñir las preciosas aureolas que Dios

previene á sus escogidos, y las cuales son de refulgente brillantez, de toda extraordinaria hermosura. De esta misma gracia participó la madre, pasando á mejor vida y dejando á las hijas de sus entrañas bajo el gobierno de un tio suyo moro, de muy buenos sentimientos, es verdad, pero que privado de esa preciosa luz que la fe enciende en el corazon, ménos pensaba en las cosas de la eternidad que en las del tiempo, y por consiguiente, hallándose con sus sobrinas, á quienes apreciaba, pero que tenian una tacha legal imperdonable, pues el ser cristianas se consideraba como crímen de lesa majestad, comenzó á catequizarlas para su secta, valiéndose de cuantas reflexiones le sugeria, de una parte el amor á su sangre y de otra el amor á su ley; pues de ambas cosas era verdaderamente entusiasta. No pudo adelantar nada con aquellas santas jóvenes, ni porque les hizo ver los inconvenientes que llevaba consigo la confesion de su fe católica, ni porque les presentaba las ventajas de seguir el mahometismo, ventajas que podian redundar en provecho de toda la familia. Nada, nada les hizo moverse de su creencia; y es más, que así que hubo visto que nada podia adelantar con ellas, y para asegurar su hacienda y bienestar las hubo delatado, ellas se convirtieron en predicadoras de la fe, y contrastando notablemente con muchos hombres que podrian y deberian haber confesado y predicado ésta para alentar á los débiles y habian apostatado, ellas no perdieron ocasion ni momento para ofrecer el testimonio de su creencia ni para alentar en la misma fe á cuantos tenian ocasion de hablar, con lo cual redujeron al cristianismo á muchos que estaban sumidos en las tinieblas de la infidelidad. Esto no pudo permanecer oculto, y el gobernador de la comarca, noticioso de lo que para ellos era un gran crímen, las llamó á sí y fueron, y despues de haber confesado su fe ante todos los criados y ministros del tribunal, que algunos se hicieron cristianos, comparecieron ante el juez, por el cual examinadas con toda atencion, volvieron á confesar su fe y á declarar Nuviliona en nombre de las dos, que en esta misma fe persistirian aun cuando les fuese preciso sufrir los más atroces tormentos, pues que la verdad, dijo, ha de confesarse á pesar de cuanto pueda oponerse, y nosotras decimos la verdad, sola la verdad y toda la verdad. No tomó el tirano muy á lo vivo la importante y significativa respuesta de Nuviliona, y por esto acaso las dejaria ir libres otra vez, como habian venido; pero ellas, que ya por la penalidad del camino que hicieron descalzas, ya por el aspecto del tirano que les pareció algun tanto asequible á la dicha de reunirse á su Dios, se aficionaron al martirio y volvieron á Castroviejo, es verdad, pero dejaron sus almas en Oca, con el intento de ofrecer allí á Dios el sacrificio de sus vidas; pues decian, y con razon sobrada, que nunca esta podia tener mejor empleo que cuando se daba por la gloria de Dios y confesion de la fe. Sin embargo, volviendo á

su pueblo hubieron de entrar en serias reflexiones consigo mismas, y sacar por consecuencia que era necesario acaudalar más méritos para obtener esta preciosa recompensa, y comenzaron desde luego á adquirir nuevas virtudes, ó más bien á aumentar el fruto de la virtud que ellas mismas practicaban, y esto mediante la mayor caridad posible con sus hermanos, en especial con los encarcelados por la fe, á los cuales prestaban todos los auxilios espirituales que necesitaban y los materiales que estaban en sus manos, viéndoselas muchas veces demandar la caridad pública para ayudar así á costear lo que para el alimento de sus hermanos no podian haber de otra manera. Esto, que como vemos era heróico, aumentaba los rezelos de su tio, que nunca dejó de insistir en su propósito de disuadirlas de ser cristianas y atraerlas consigo á la ruina del mahometismo. Por esto las delató de nuevo no ya al gobernador, que ántes las habia absuelto, sino al superior de la comarca que era como rey de toda ella, y cuya dureza y crueldad era lo que ponia en apuro al desalmado tio. Zumail, que así se llamaba, las hizo conducir á su presencia, y mandó que al traerlas fuese sin consideracion de ninguna especie, vejándolas todo lo posible en el camino y tratando de fatigarlas con una marcha desigual, unas veces tan lenta que las molestára, otras tan rápida que las causase violencia, creyendo sin duda que por este medio podria atraer á su misma secta á las que por otros mucho más adecuados, cuales eran el afecto de sus parientes y otros miles, nada habian cejado de su firme propósite de ser todas de Dios, únicamente dedicadas á su servicio y confesoras de la fe verdadera, que es la sola que salva en este valle de miserias. Llegando, pues, á presencia del tirano, éste las preguntó con furia indecible porqué se habian atrevido á infringir la ley del Estado, que prohibia fuesen cristianas aquellas en cuyos padres hubiese habido algun moro, mas ellas respondieron que daban gracias á Dios y á su madre de haber aprendido la fe de Cristo desde los primeros momento de su razon, pero que si á su madre no la hubieran merecido tal dicha, el Señor las habria dado medios de conseguirla, y entónces hubieran ellas dejado la absurda doctrina de sus padres para tomar la muy verdadera de su Dios. Parece que habiéndose excitado tan vivamente el furor de Zumail á la sola presencia de las vírgenes, esta respuesta debia llevar tras de sí un castigo cruel, pues no fué así; es verdad que él premeditaba un medio de atraerlas á la confesion de su error, porque en esto conseguia un gran lauro para su secta, y por esto lo único que hizó fué, despues de haberlas hecho comprender que estaban muy equivocadas y que su manera de pensar acerca de la religion era errada, las puso al cuidado de dos distintas familias de personas de su confianza, para que sin permitirlas comunicacion alguna, las obligasen á abjurar de la verdadera fe y á inscribir sus nombres en la

secta del error, con escándalo y disgusto de los verdaderos fieles. Por esto el trato que sus huéspedes daban á las santas niñas era un trato que excedia en un todo á sus deseos, pues era delicado, fino y hasta exquisito, buscando siempre la manera de agradarlas y no teniendo otra contra que la sujecion, y el que de cuando en cuando se mostraba su tendencia á atraerlas á su secta, para lo cual aseguraban á cada una que su otra hermana habia ya conocido cuán conveniente les era seguir la religion del pais, y los graves perjuicios que iban á seguírselas en caso contrario; por lo cual lo que debian hacer era ponerse buenas á buenas en armonía con el Rey, que muy bondadoso las recibiria y las colmaria de favores y de distinciones, y no que con su pertinacia iban á excitar su ira y á ponerse en ocasion de experimentar los más rigorosos castigos. Como si todas estas promesas, halagos y bienes y toda la amenaza de los castigos fuesen á la inversa, delicias estos y tormentos aquellos, así los recibian las santas doncellas, y la única réplica que daban, era el afirmar cada una la fidelidad de su hermana con más ahinco, con más certeza aun que acerca de ella misma; lo cual hacia comprender á los tiranos, á quienes se daba por los dueños de las casas en que estaban cuenta diaria del estado de las doncellas, la ninguna esperanza que podian fundar de obtener un cambio en su opinion, ántes por el contrario, que se confirmarian más y más, y que llegarian á hacer vacilar á las familias mismas de aquellos que tenian la comision de pervertirlas. Dios por su parte las inundaba de celestiales consuelos, haciendo comprender á Nuviliona la heróica fidelidad de su hermana, é ilustrando á las dos con celestiales visiones, que servian para confirmarlas más en su fe y para darles mucho mayores ánimos, haciendo que fuesen cada dia más esforzadas y que padeciesen esa verdadera sed de sufrimientos que purifica, que eleva á Dios, y que muestra por parte de su Majestad una predileccion toda especial. En la antevíspera de su dichosa muerte recibieron revelacion de que ésta iba á verificarse, y al siguiente dia los huéspedes convinieron en que sería oportuno reunirlas para que así se viese si se conseguia algo de ellas; juntáronse en efecto, pero fué para animarse más y más á sufrir cuanto fuese necesario por la gloria de Dios. Presentaba Nuviliona á la consideracion de su hermana la idea de la brevedad de los tormentos en comparacion de lo que duraria la gloria; pero ella, asegurándola que solo la movia á confesar su fe el amor divino, y que ningun otro resorte ni respeto la inducia á ello, la consoló en gran manera con esta respuesta, y la hizo fundar esperanza de que ambas á la vez recibirian la inmarcesible corona con que Dios nuestro Señor, cuyo amor hácia ellas era tan grande, las queria favorecer, en justa recompensa de que ellas hacian cuanto podian por amor divino. Como por revelacion habian conocido que las

iban á quitar la vida al siguiente dia, resolvieron prepararse á su martirio con un ayuno más rigoroso, con oracion más frecuente, con unas aspiraciones más vivas hácia su amado, así como con mayor abnegacion y desprendimiento de las cosas del mundo, habiendo sido tal la firmeza de su fe y tan arraigada su constante conviccion, que lo poquísimo que aquel dia hablaron fué para ver si atraian á sí á los mismos encargados de su custodia, á los cuales, si bien es verdad que no les hicieron convertirse, les dejaron vacilantes, pues no les parecia posible tanta constancia ni tanta fidelidad sino por una cosa que fuera toda de Dios y para su santo servicio. Llegó el siguiente dia, que ellas esperaban con más ánsia que el náufrago su apetecido puerto, y alabando á Dios en aquel dia venturoso que habia de ser para ellas el de su gran triunfo, vieron impasibles que se las conducia á la presencia del tirano, que éste las hacia las reflexiones todo lo cariñosas que le era posible para disuadirlas de su propósito firme; las ofrecia cuantiosos bienes, posicion brillante, ricas preseas y hasta tributos que se les rendirian si negando la fe seguian la religion del país; mas ellas á nada atendian, lo despreciaban todo, y por única respuesta decian al tirano, que todas las riquezas, honores y placeres del mundo, si se comparan á la preciosa joya que ellas iban á engastar en su corona, eran nada, ménos aún que nada, objetos enteramente despreciables, y que no debian siquiera ser mirados ni aun de reojo por quienes podian poseer como ellas lo poseian, la suma dicha de ser esposas verdaderas y muy queridas no ya de un soberano más ó menos poderoso, sino de todo un Dios, y no como quiera sino del solo Dios verdadero, por quien y para quien son todas las cosas, y por el cual nosotros todos nos movemos, vivimos y somos. Luego que vió que las súplicas y promesas no eran capaces de mover el corazon de las inocentes niñas, ántes, por el contrario, cuanto mas las advertia y más las amonestaba, tanto más ellas se mostraban firmes en su opinion y en su modo de pensar, acudió al otro extremo, es decir, á la furia y rigor; descargó sobre ellas las más terribles execraciones, las llenó de los dicterios más atroces y agotó completamente los términos del descomedimiento para ver si así, aterrándolas, lograba algo: más su intento fué vano, inútiles sus esfuerzos, y todo cuanto pudo conseguir de ellas, fué el oir de su boca muchas veces que deseaban morir por Dios, y que por consiguiente que no les retardára el cumplimiento de sus deseos. Luego que las hubo reprendido severamente, las hizo llevar de su presencia y conducirlas otra vez á la oscura cárcel donde se guardaban los reos más criminales, y allí hizo que bajase un sacerdote pusilánime, que habia renegado, para que á las tiernas criaturas las obligase á esto mismo. Fácilmente se comprende que aquel infeliz, siquiera por disimular algo su enorme crímen, las ha-

ria cuantas observaciones le sugiriese su talento, llegando al extremo de asegurarlas que su retractacion de la fe católica no se haria sino delante de él y de algunos otros testigos, y que puestas en libertad podian irse con sus hermanos los cristianos donde quisieran, y que acaso les serian más útiles ayudándolos con su ministerio que no muriendo por la fe, que ya estaba acreditada por el testimonio de personas de más suposicion é importancia que ellas. Mil otras cosas les dijo, á las cuales no tuvieron que responder más sino que tomarian desde luego su consejo si no estuviese tal conducta reprobada por el Evangelio, y así que en vano era intentase disuadirlas, pues no era fácil conseguirlo en quienes por la misericordia de Dios vivian bajo el aliento de su gracia santísima. Reprendiéronle mucho por su inconstancia y por la poca confianza en Dios que habia mostrado, y le aseguraron que, confiadas en la gracia de Dios, le prometian que no vacilarian como él habia vacilado, sino que firmes y constantes esperarian y sufririan, sintiendo solo la tardanza, pues cuanto tardáran en morir por su Dios, otro tanto tardaban en ofrecerle el sacrificio, único que puede la criatura ofrecer en aras de su supremo dueño y Señor inefable. En cuanto aquel desgraciado se persuadió de que no podia adelantar cosa alguna con las inocentes niñas, fué á comunicárselo al tirano, el cual luchando con los sentimientos de la naturaleza, que le decian que era injusto que sacrificase á estas inocentes, y con los de la preocupacion, que le reclamaba la sangre de las que no confesaban á Mahoma, creyó encontrar todavía manera de salvarlas, haciendo comparecer ante ellas al verdugo, armado de su gran cuchillo, el cual por su parte tambien las excitaba á que no se dejasen arrastrar del fanatismo en que las imbuyeran, sino que ofreciesen á los dioses un solo grano de incienso, y serian mucho más felices que lo que podian presumir, pues se las pasearia en triunfo en vez de ir con ignominia, como iba á verificarse, y se las colmaria de honras y de riquezas en vez de que no podia él asegurar todavía los tormentos á que se las sujetaria, solo sí que habrian de ser atrocísimos. Sean los que fueren, dijeron á una voz las inocentes criaturas, nada de lo que puede hacerse contra nosotras será de mérito adecuado á la alta honra de servir á nuestro Dios; y con estas palabras emprendieron el camino á la presencia del tirano, el cual por otras tres veces las volvió á manifestar que mirasen bien lo que hacian, y por consiguiente, que se avinieran á sus razones y no sacrificasen su vida por una preocupacion; pero fué inútil todo; así es que mandó que las cortasen el cuello, pues de esta suerte únicamente se podia ver libre de sus reproches, que eran verdaderas sentencias que herian su corazon. Animáronse mútuamente á la muerte ambas hermanas, y el verdugo segó sus cabezas, habiendo sido necesario dar dos golpes en la de Nuviliona, porque el primero se marró, y ella le rogó que no

dejase la obra comenzada, ántes la terminase para gloria de Dios. En efecto, el jueves 22 de Octubre del año de Cristo 842 pasaron de esta á mejor vida Nuviliona y su hermana, ofreciendo su mismo martirio una prueba inequívoca de la gloria á que habian sido llevadas por Dios, y un testimonio muy claro de la predileccion del Señor hácia ellas. Sus cuerpos fueron dejados á merced de los perros vagamundos y otros animales que se mantienen de carne muerta, y ellos, con la mayor veneracion, en vez de hacerles daño alguno, como que los acataban con acciones muy expresivas del aprecio que como siervas de Dios, su Señor, les merecian. Habiendo llegado el encono de los moros contra las santas vírgenes hasta el extremo de llevar sus cadáveres á otro lugar, donde las aves eran esencialmente carnívoras, y sin embargo tambien los respetaron, porque eran los despojos de unas verdaderas servidoras de su Dios. Los cristianos, á pesar de la poca libertad que tenian, pudieron conseguir permiso para enterrar los venerandos cuerpos de Nuviliona y su hermana, é hicieron esta ceremonia con la posible solemnidad; siendo Dios nuestro Señor servido obrar por medio de ellos repetidos milagros, entre los cuales merece citarse la aparicion de unos resplandores que rodeaban el sitio donde las santas vírgenes habian sido enterradas, por lo cual mandó el gobernador poner una guardia que custodiase aquel lugar, pues tuvo aviso de que los sacerdotes cristianos, habiendo ya conocido por esto que el Señor demostraba la gloria de sus siervas, querian retirarlas de allí á un lugar más decoroso, pues no tenian en donde estaban señal alguna de que estaban allí; lo cual ciertamente se confirmó, pues algunos devotos, acompañando á un sacerdote muy piadoso, que luego dió tambien su vida por la fe, fueron á ver si podian sacar las sagradas reliquias, y hallaron que los soldados lo impedian, teniendo que apelar á la fuga para evitar un mal suceso á su piedad. Por esto el presidente Zumail mandó que las sacasen de allí y las llevasen á otro lugar muy distante, donde las hizo ocultar, más bien que no sepultar, entre infinidad de piedras y otros materiales, que quitaban todo vestigio de que allí se encontrasen restos humanos. Por supuesto que no fué necesaria su presencia material para que á ellas se tenga extraordinaria veneracion, pues desde los primeros dias de su martirio se ha comenzado su culto, y Dios, agradándose mucho de esta veneracion que las rendian los fieles, las ha hecho gloriosas por muchos y muy insignes milagros, habiendo sido este el motivo de que algunas iglesias, entre las cuales podemos citar la episcopal de Huesca, hayan pedido á Roma facultades para rezar de ellas en particular, haciéndose mencion de ellas en el *Martirologio español* y en cuantos documentos citan las persecuciones y martirios de nuestro católico reino en la época en que lo sufrieron Nuviliona y su hermana.—G. R.

NUZZA (Angelo), religioso dominico, natural de Crotona en Sicilia. La gran fama que adquirió en su Orden le valió ser nombrado penitenciario apostólico de Sta. María la Mayor en 12 de Agosto de 1647 por el papa Inocencio X; pero ocho ó diez años despues se retiró á Florencia renunciando su cargo. En 1669 emprendió un viaje á Roma con el objeto de visitar la santa Basílica; mas arrojado al mar de la falúa en que iba embarcado por un golpe de viento, pereció ahogado. Sus obras, que son numerosas, se conservan en la biblioteca de Florencia, habiéndose impreso únicamente una cuaresma en dos tomos con el título de *Tromba evangelica quadragessimale;* Roma, 1655.—S. B.

NUZZI (Fernando), cardenal. Nació en 1645 en Orta, poblacion de los Estados Pontificios, y á la edad de nueve años fué enviado á Roma para empezar sus estudios literarios. Despues de haber estudiado humanidades con grande aprovechamiento, consagróse al derecho civil y canónico, haciendo en él progresos tan rápidos, que luego fué contado entre los jurisconsultos más sabios de Italia. El papa Inocencio XI le nombró en 1686 comisario de la Cámara apostólica, y canónigo de la basílica de S. Pedro. Nuzzi continuó mereciendo la confianza de los soberanos pontífices que se sucedieron en el gobierno de la Iglesia, haciéndose cada dia más acreedor á ella por el celo é inteligencia con que desempeñó los varios y difíciles negocios que le confiaron. El papa Clemente XI le creó cardenal en 1715, y despues le dió la silla de Orbieto. Nuzzi falleció en 30 de Noviembre de 1717 á la edad de setenta y dos años, y sus restos fueron inhumados en el coro de la catedral, donde su sobrino le habia hecho edificar un magnífico mausoleo. Este cardenal publicó: *Discorso intorno alla coltivacione della campagna di Roma*, impreso en la imprenta de la Cámara apostólica, 1702, en fólio. Este opúsculo, en el cual el autor expone los tristes efectos de la falta de cultura del territorio romano, no alcanzó el resultado que era de esperar, y que con razon se prometia Nuzzi. Inocencio Nuzzi, sobrino del anterior, camarero honorario de Benedicto XIV, tradujo al italiano la *Historia de la Bula* Unigénitus; Colonia, 1747, en 4.°—M.

NYDER (Juan), teólogo y legado en el concilio de Basilea. Mr. Dupin habla de este sabio dominico como de un teólogo de grande reputacion en la universidad de Viena, y segun el P. Echard no era ménos famoso como predicador en las provincias de Alemania por su celo por la salvacion de las almas, pureza de la fe, conservacion de la disciplina eclesiástica y regular, hallándose siempre dispuesto á todas las obras de piedad y de religion. Pero su vida debe sacarse principalmente de sus escritos y de las actas del concilio de Basilea. Descendiente de una antigua familia de Alemania, Juan Nyder fué consagrado desde su infancia á la piedad y al estudio de las letras. Continuó

cultivando siempre ambas, y las ventajas que sacó de ello no sirvieron ménos á la utilidad del prójimo que á su propia santificacion. Los escándalos del siglo, multiplicados en particular en una época de cisma y de muchas nuevas herejías, le indujeron á buscar desde muy temprano un retiro, donde al abrigo del contagio pudiera ser el primero en alimentarse de la palabra de Dios, y aprender todas las verdades que debia enseñar algun dia á los demás. El P. Conrado de Prusia, lleno del espíritu de Sto. Domingo, trabajaba entónces en hacer revivir este espíritu de celo, de oracion y de penitencia en algunos conventos de la Alta Alsacia; y el de Colmar, de que era superior, correspondia perfectamente á sus cuidados y deseos. Bajo la direccion de este siervo de Dios se puso Juan Nyder en un principio, y habiendo recibido de sus manos el hábito religioso en 1400, tuvo la fortuna de seguir por largo tiempo sus ejemplos y sus lecciones. Poco despues de su profesion solemne fué enviado Nyder para recibir la tonsura clerical y las primeras órdenes del obispo de la diócesis; hace la observacion de que sus superiores le dirigieron á este prelado, porque distinguido por su piedad era enemigo de la simonía: *Vir omni labe simoniæ purus*. Habiendo marchado despues á Viena, hizo grandes progresos en la filosofía y la teología bajo la direccion de dos célebres profesores de su Orden, Francisco de Rethsa y Enrique Rotstock, que enseñaban con fama en esta universidad. Volvió á su país despues de la muerte de su padre, pero no se detuvo más que lo que juzgó necesario para dar algun consuelo á su afligida madre, de cuya virtud poco comun hace grandes elogios. Enviado despues al estudio general de Colonia para perfeccionarse en las ciencias, fué ordenado de sacerdote en aquella ciudad, y comenzó desde entónces á llenar las funciones de su santo ministerio. Apenas se hubo reunido en 1414 el concilio de Constanza, cuando pidió permiso Nyder para dirigirse á esta ciudad, el que obtuvo, porque no obraba en esto por un espíritu de curiosidad, sino por el laudable deseo de conocer á los grandes personajes de todos los reinos cristianos, y aprovecharse de sus luces, si llegaba á conversar con ellos. «Aunque no era, dice, más »que un jóven predicador sin experiencia, puse grande atencion en todo lo »que pasó en el Concilio, y no podia ménos de regocijarme en el Señor, vien»do el celo con que se procuraba, no solo la paz y la union, sino tambien la »reforma de la Iglesia.» Ignoramos si Nyder tuvo la satisfaccion de detenerse en Constanza tanto como duró el Concilio; mas parece que ántes de 1418 habia tomado la borla de doctor en la universidad de Viena, donde explicaba públicamente la Sagrada Escritura y el libro de las Sentencias. El infante D. Pedro de Portugal, deseoso de ir á Palestina, llegó á Viena con su ejército en 1420, y la reputacion de Nyder le mereció el honor de tener muchas entrevistas particulares con este príncipe. Continuó durante muchos años

sus lecciones de teología en la misma ciudad, y sus predicaciones en aquel país, puesto que en 1424, estando todavía en Viena, administró los últimos sacramentos al P. Francisco de Rethsa, que habia sido anteriormente su maestro en las escuelas de Viena. Habiéndole elegido despues para su superior los religiosos de Nuremberg en el círculo de Franconia, se prestó Nyder con tanto más gusto á sus deseos, cuanto que se proponia trabajar al mismo tiempo en el establecimiento de la más exacta regularidad entre sus hermanos, y en la instruccion de los fieles en todos aquellos países, muy expuestos entónces al veneno de la herejía de los husitas ó á sus persecuciones. Sin estar revestido de la calidad de inquisidor que le atribuye Mr. Dupin, el celoso y sabio ministro de Jesucristo velaba con mucha atencion en conservar entre los pueblos la pureza de la religion, en separar ó destruir los nuevos errores, y en manifestar á los que se atrevian á sostenerlos la condenacion de sus dogmas, marcada ya en el Evangelio, ántes que hubiera sido pronunciada por el concilio general de Constanza. Cuando en 1428 llegó á Nuremberg el general de los Dominicos para visitar los conventos de su Orden que habia en aquella provincia, el P. Nyder se unió á él para trabajar de concierto en la obra del Señor, y le fué de un grande auxilio para establecer en todas partes el buen órden y las prácticas de piedad, con los ejercicios escolásticos en las casas que no habian recibido aun la reforma. Pero sin limitarse á este único objeto, recorrió Juan Nyder muchas provincias, y entró en el país de los suizos para anunciar el Evangelio, combatir los vicios, los abusos, las supersticiones, y sobre todo el desarreglo de costumbres. En estas excursiones evangélicas le gustaba asociarse para el santo ministerio á algunos de sus hermanos, que conocia estar llenos del espíritu de su vocacion, ser fieles observadores de su regla, y celosos por la salvacion de las almas. Nos ha dado á conocer algunos de este carácter, con los que se habia unido en una santa amistad para trabajar con más ventaja en extender el reino de Jesucristo con la destruccion del de Satanás y del pecado. El P. Echard ha creido que Nyder se habia hallado en el capítulo general de su Orden, celebrado en Aviñon en Mayo de 1431; y parece que puede inferirse de lo que ha escrito este antiguo autor relativo á algunas conferencias que habia tenido con un santo religioso del convento de Lion, cuyas predicaciones hacian entónces gran fruto en la diócesis de Autun. Es cierto de todas maneras que en el curso del mismo año fué elegido prior del convento de Basilea. La circunstancia de reunirse entónces un concilio en esta ciudad, decidió sin duda á los superiores á poner al frente de esta comunidad á un hombre del temple de Nyder. Se comprendió todavía más su importancia cuando los Padres del Concilio eligieron este convento por el lugar ordinario de sus reuniones. Las virtudes del

sabio superior, su probidad, su prudencia, su firmeza, el celo por la religion, y sus luces ya conocidas de la mayor parte de los prelados de Alemania, lo fueron bien pronto tambien de todos los que componian el Concilio, se le nombró desde luego del número de los teólogos, que debian ser empleados en el exámen de las materias relativas al dogma ó la disciplina, y se empleó despues su ministerio en los asuntos que parecian exigir mayores talentos. Mr. Dupin cree que el P. Nyder fué uno de los doctores enviados por la universidad de Viena al concilio de Basilea; no tenemos pruebas de lo contrario, mas por lo que acabamos de decir, parece que se hallaba ya en aquel lugar independientemente de esta diputacion. El objeto principal del concilio de Basilea, segun lo que se habia proyectado en el de Constanza, era trabajar sériamente: 1.° En la reforma de la Iglesia, es decir, de muchos abusos que se habian introducido en la disciplina ó contra las costumtumbres. —2.° En la reunion de los griegos con los latinos. —3.° En la conversion de los discípulos de Juan Hus. En este objeto fué en lo que se empleó particularmente el celo y los talentos del P. Juan Nyder. El emperador Segismundo y muchos príncipes habian empleado ya diferentes medios para intentar la reduccion de los husitas, ya por medio de la fuerza ó por la persuasion. Se les habian enviado legados apostólicos, y empleado contra ellos ejércitos poderosos; pero estos orgullosos herejes habian despreciado los primeros y derrotado los segundos. Los ministros del Papa no habian podido hacerse escuchar, creyéndose felices más de una vez con conseguir escapar de las manos de aquellos hombres sin religion y sin humanidad. Juan de Preziban, que debia conocerlos bien, pues habia pertenecido á su secta por largo tiempo, los retrata así en una de sus obras. «Los husitas, dice, »son en la apariencia dulces, modestos, humildes, complacientes, de una »vida arreglada y de un exterior edificante; pero en el fondo son tiranos, »impíos y crueles, avaros, soberbios, mezclándose en todo, y despreciando »hasta á los mismos sabios; personas desarregladas, sin compasion, atre»vidos, temerarios y capaces de los mayores excesos.» Se debe convenir, sin embargo, en que eran hombres intrépidos con las armas en la mano. Un ejército de estos sectarios, paisanos y labradores en su mayor parte, pero convertidos en soldados bajo la direccion del célebre Ziska, habian batido y destrozado con frecuencia á las tropas imperiales, tomado ciudades y llevado el terror hasta el corazon del imperio. El designio del concilio de Basilea era volver á las vias de dulzura y de persuasion, y para atraer á los husitas al seno de la Iglesia, se deseaba comprometer á los bohemos, á enviar sus diputados al Concilio; en que se proponian recibirlos con bondad, escuchar sus razones ó quejas, explicarles las verdades de la fe por medio de los libros santos, cuya autoridad reconocian aun, y demostrarles

claramente que los habian seducido sus doctores. Pero despues del suplicio de Juan Hus y de Gerónimo de Praga, á quienes se habia visto morir impenitentes hacia poco en medio de las llamas en la ciudad de Constanza, no era fácil persuadir á sus obstinados discípulos á presentarse en el Concilio. Hasta habia grande exposicion en atreverse á hacerles esta propuesta. El emperador Segismundo, como el más interesado en la reduccion de los bohemos, sus súbditos, les invitó el primero por medio de cartas en todo conformes al carácter del país; fundaba su principal gloria en haber nacido en él, y recordaba á sus compatriotas el dulce y moderado gobierno de sus antecesores, prometiéndoles por su parte un dominio tanto ó más moderado en lo futuro. Añadia que si iba á Roma, era ménos por coronarse que por dejar con su ausencia á sus súbditos de Bohemia en completa libertad de dirigirse á Basilea y permanecer allí todo el tiempo que les pareciese; permitiéndoles por lo demás ir tan bien acompañados que no tuviesen nada que temer. Para acabar de decidir, por último, á los bohemos á dar este paso y disipar por completo todas sus sospechas, el concilio de Basilea les envió al mismo tiempo sus nuncios, y nuestro Juan Nyder fué el segundo de los seis diputados. Habíase elegido bien; aleman de nacion, era conocido de los bohemos, conocia tambien su genio, sus costumbres y la manera de que habia de tratarlos. Durante todo el tiempo que habia combatido sus nuevos dogmas, ya con sus escritos en la universidad de Viena, ya por medio de sus predicaciones en las diferentes provincias de Alemania en que se habian propagado los husitas, habia manifestado siempre tanta prudencia y moderacion, como doctrina y celo, no atacandó más que la herejía, prescindiendo de las personas hácia las cuales manifestaba mucha ménos indignacion que compasion. Esta conducta, que le habia hecho estimar de los mismos jefes de los sectarios, no le hacia sospechoso á ninguno, y le ponia en estado de entrar en negociaciones con ellos, si no con seguridad del buen resultado, con poco riesgo al ménos. Pero ántes de penetrar en la Bohemia, Juan Nyder se dirigió en nombre y de parte del Concilio á la corte de Federico, marqués de Brandemburgo, á la de Guillermo, duque de Baviera, y cerca de otros príncipes de Alemania, para empeñarlos á dar á los bohemos salvoconductos y todas las seguridades que pudieran desear; á lo que accedieron los príncipes sin dificultad. El nuncio suplicó al mismo tiempo al duque de Baviera se dirigiese en persona lo más pronto posible al concilio de Basilea, que le habia elegido por uno de sus defensores. Desde Munich fué á reunirse á sus colegas en Nuremberg, donde se detuvieron bastante tiempo para esperar la respuesta á las cartas, que habian enviado á los bohemos, y responder á las que recibieron de ellos. Nyder, sin embargo, se aprovechó de la residencia que hizo en esta

ciudad, ya para consolar y afirmar en la fe á los pueblos próximos á Bohemia (lo que era, dice Brovins, una parte de la comision de que se hallaba encargado), ya para decidir á los electores y á los prelados, reunidos entónces en una dieta del imperio, á tomar una resolucion á propósito para adelantar los negocios del Concilio. Aun se hallaban los nuncios en Nuremberg en el mes de Enero y de Febrero de 1432, y si no habian obtenido todo lo que deseaban de los bohemos, tenian al ménos las mejores esperanzas, y no olvidaban nada para inspirar una entera confianza á aquellos con quienes debian tratar. Infiérese esto de dos cartas que ha tenido cuidado de insertar Brovins en sus *Anales Eclesiásticos*, y que merecen ser traducidas en la historia del que fué su autor. — «Al clero y todo el pueblo del reino »de Bohemia, el hermano Juan Nyder, de la órden de Sto. Domingo, prior »del convento de Basilea, y el hermano Juan de Mulbrem, de la órden del »Cister, nuncios del santo concilio de Basilea para los asuntos que se men»cionan en estas cartas, la paz que deseais segun el Señor. Aunque la espe»ranza de una cosa que se desea con ardor no carezca nunca de inquietud »cuando se retarda; la inquietud debe sin duda ser mucho más sensible, »cuando por este retardo se hallan las almas en peligro de perderse para »siempre. La santa y célebre asamblea de Basilea, viendo con dolor que las »diferencias que os separan de nosotros son cada dia más funestas á almas »rescatadas con la sangre de Jesucristo, no se contenta con deplorar, como »una buena madre, tan grande perdida, y de afligirse de esta serie de males »originados por nuestras divisiones; procura además remediarlos para pro»curar vuestra salvacion, que es lo que más desea. Podeis conocer cuál es el »ardor y la extension de sus deseos por las cartas llenas de caridad que os »dirige. Despues de haberos escrito tres diferentes veces, el santo Concilio »no se cansa de hacerlo de nuevo; y á sus cartas añade hoy el ministerio »de sus nuncios para no omitir nada de todo lo que puede acelerar la con»sumacion de un negocio, cuyo término desea con ardor. Vosotros, pues, que »sereis en breve nuestros queridos hermanos en Jesucristo, no desprecieis »la gracia que se os ofrece, y este medio de conciliacion que se os presenta »con espíritu de caridad; recibidle, por el contrario, con respeto, como si un »ángel de paz viniera á proponérosla de parte del mismo Dios. Elegid hom»bres de buena voluntad para obrar en vuestro nombre, y enviadnos vues»tros diputados con los cuales se puedan arreglar todas las cosas, segun las »leyes de la justicia y los principios de la religion. Con autoridad y en nom»bre del santo Concilio, tendremos cuidado de proveer á la seguridad y á la »comodidad de vuestros diputados, para que puedan corresponder á la »confianza con que los honrais; y llenando su comision y vuestras órdenes, »gocen de una completa libertad para volver á detenerse con nosotros; y

»para retirarse cuando les plazca, de modo que quedeis satisfechos por com»pleto de nuestra conducta con respecto á ellos. Si ántes de elegir vuestros »embajadores para el Concilio creeis conveniente enviar á Nuremberg algu»nas personas de confianza, las recibiremos aquí con la mayor cortesía, y »buscaremos juntos los medios más seguros para que este negocio tenga un »pronto y feliz éxito. Hacednos saber vuestra resolucion en este punto, por»que esperaremos con gusto á vuestros diputados, tanto tiempo como nos lo »permitan los Padres del Concilio.—Os suplicamos, sin embargo, y en lo que »de nosotros depende os exhortamos en el Señor, que os pongais desde luego »de parte de la paz, para que solo hagais proposiciones razonables, y que no »se rehusen las que hagamos segun la equidad. Esta conducta, que es una »nueva garantía de vuestra seguridad, favorecerá tambien nuestra reconci»liacion, y dará á conocer que buscais lo que interesa á la verdad, sin fal»tar á la caridad. No quiera Dios que en una negociacion de paz, en que la »buena fe y la rectitud son tan necesarias de una y otra parte, aparezca que »no pensamos más que en sorprendernos mútuamente con términos equí»vocos, como si nos cuidásemos ménos de procurar una paz sólida á nues»tros hermanos, que de enriquecernos con sus bienes ó en vivir de su su»dor. Que no se pida, pues, más que lo que la justicia, la razon y la hon»radez permiten conceder; y esmerándonos unos y otros en estos justos limi»tes, trabajemos de concierto en procurar el reposo de las conciencias. No »difirais el enviarnos vuestros diputados, por temor de que un retardo de»masiado largo no fuera quizá un obstáculo á la grande obra de la reforma, »que debe ocupar principalmente al Concilio, y que atrae hoy las primeras »atenciones de los pastores entre tantos otros negocios como tienen que »tratar. Es mucho más justo y más digno de la profesion de cristianos, unir»nos santamente con los vínculos de la paz y del amor de la virtud, para no »hacer la guerra más que á los vicios, de que somos esclavos; armémonos »unos contra otros para verter la sangre y perseguir sin piedad las almas »que se encuentran ya en los mayores peligros.—Elevémonos sobre las ba»jas pasiones, y con el socorro divino, olvidando las injurias pasadas, no »pensemos más que en reconciliarnos con Dios y en renovar entre nosotros »las antiguas muestras de amistad y de paz. No permitais que ningun afecto »desarreglado por los bienes de este mundo, ni el recuerdo de las últimas »hostilidades, os hagan abandonar estos sentimientos. Si guardais de buena »fe las condiciones de la paz en que convengamos, no tendreis ya ni pretex»to para hacernos daño, ni motivo de temer nada por nuestra parte. Ten»dreis á todo el mundo cristiano por garante de la seguridad que os prome»temos en nombre del Concilio. Venid, pues, con toda seguridad y sin ningun »temor; el poder que el Concilio ha dado á hombres cuya rectitud cono-

»ce, lo mismo que la manera de que estamos resueltos á usar de él, nos ha»cen esperar el más feliz término, siempre que contribuyais á él, viniendo »aquí á tiempo. Prescindiendo de los artículos que nos dividen en lo relativo »á la fe y cuya decision no puede pertenecer más que á la Iglesia, examina»remos con hombres sabios y prudentes, que tendreis cuidado de enviarnos, »lo que teneis razon de pedir en lo relativo á la reforma de la disciplina y de »las costumbres, cuyo desarreglo en el pueblo de Dios es por desgracia de»masiado sensible. El fruto de este útil trabajo será un motivo de consuelo »para todos los fieles. Podrán esperar ver en lo sucesivo el aumento y la »perfeccion de lo que se haya comenzado así, y unirán sus oraciones para »alabar juntos al primer autor de la paz, al único capaz de dar una que sea »sólida y eterna. Se conocerá que este Dios, infinitamente justo y miseri»cordioso, no ha permitido que nos hayamos visto afligidos por un diluvio »de males, más que para que no fuéramos confundidos por el fuego de »nuestras pasiones; ha hecho servir el castigo para nuestra enmienda, y »la tentacion para nuestra salud, á fin de que habiendo sembrado aquí »con lágrimas, merezcamos recibir con alegría de la patria la corona de »la justicia y de la inmortalidad. Debemos esperar esta corona de la »caridad infinita del hombre Dios, puesto que no es más que para hacernos »vivir de su espíritu y revestirnos un dia de su gloria, por lo que ha querido »descender él mismo hasta tomar las debilidades de nuestra carne y sufrir la »ignominia de la cruz. Una humildad tan prodígiosa le ha merecido un nom»bre que es superior á todo nombre, y por cuya virtud debemos salvarnos. »Humillémonos tambien á ejemplo de nuestro divino Maestro; y en lugar de »elevarnos en nosotros mismos, busquemos todos con espíritu de paz y senci»llez cristiana lo que es bueno, lo que es verdadero, lo que es santo. Comu»niquemos sin envidia lo que parezca poder conducirnos á este fin, y no du»demos de que el cielo recompense nuestros trabajos con el reposo de que »se puede gozar en esta vida y la bienaventuranza en la otra. La esperanza »sostiene nuestros deseos, y no cesaremos de suplicar al que se ha inmolado »como el cordero de la nueva ley. Denos por medio de su misericordia un »nuevo espíritu para gloria suya, para vuestra salvacion y para consuelo de »todo el pueblo fiel, que no dejará de regocijarse de vuestra vuelta á la paz. »Escribidnos en este sentido y enviadnos cuanto ántes la favorable respuesta »que deseamos con ardor y esperamos con confianza. Dado en Nuremberg »con el sello del P. Juan Nyder, prior de la órden de Sto. Domingo y de que »me sirvo tambien ahora.—*P. Juan Mulbrun.*—5 de enero, 1432.» Esta carta, tan prudente y mesurada, hizo muy buen efecto. Los jefes de los husitas, olvidando un poco su natural ferocidad, respondieron favorablemente á los diputados del Concilio, y les hicieron esperar recibirian bien pronto un envia-

do con su última respuesta, lo que se deduce de una segunda carta de estos mismos nuncios concebida en estos términos. «Los diputados del concilio de »Basilea á los Bohemos. Vuestras cartas nos han hecho concebir nuevas espe»ranzas del próximo restablecimiento de la paz; por esta razon redoblamos »nuestras oraciones para obtener del que debe ser él mismo el lazo, que »concluya con su gracia lo que ha comenzado para la gloria de su nombre y »salud de los que quiere unir por la profesion sincera de una misma fe y los »sentimientos de una verdadera caridad. Dispuestos siempre á manifestaros »por los efectos la sinceridad de nuestro afecto, esperaremos aquí la res»puesta que nos prometeis, y que llamais definitiva. No dudamos que el san»to concilio de Basilea, cuando haya visto el contenido de vuestras cartas, »reciba con gusto vuestras excusas, y espere tambien la respuesta que ha»ceis esperar. En cuanto á los portadores de vuestras cartas y seguridad de »vuestros diputados, escribimos de parte del Concilio á los sabios magistra»dos de Egra, como á fieles mediadores de la paz, para suplicarles reciban »favorablemente á estos diputados, ya en su ciudad ó en cualquiera otro lugar »que quieran elegir, y los hagan conducir aquí en toda seguridad. Les se»rá permitido permanecer con nosotros tan largo tiempo como lo exijan los »negocios, y volverse cuando lo juzguen conveniente. Si creeis algo más ne»cesario para la seguridad de los encargados de vuestras cartas, pueden di»rigirse con confianza á los mismos cónsules de Egra; pues no dudamos que »se presten todos á vuestros justos deseos, pues deberian encargarse ellos »mismos del cuidado de enviarnos vuestras cartas. Cuando hayais elegido »los embajadores, que os proponeis presentar al Concilio de parte vuestra, »no dudeis que con el favor de los señores y de los príncipes, que nos han »manifestado hasta aquí su benevolencia, y que continuarán, como debe espe»rarse, dándonos pruebas de su buena voluntad, dispongamos todas las cosas »de manera que vuestros embajadores tengan motivo de alabar nuestro cui»dado para cumplir fielmente nuestras promesas. Permitid, sin embargo, »que reiterando las oraciones, llenas de caridad, que hemos hecho ya, os con»juremos de nuevo para aprovechar un tiempo tan precioso, tan conveniente para tratar nuestros negocios con utilidad y terminarlos. Olvidemos por »ambas partes todo motivo de descontento, para que reunidos con un espí»ritu de paz no parezca nada que pueda turbarla, ó hacernos creer, lo que »Dios no permita, que hemos trabajado en vano. Hecha en Nuremberg 12 »de Febrero de 1432.» — Miéntras que los nuncios halagados cada vez más con la dulce esperanza de llenar felizmente su comision, segun los deseos del Concilio y para consuelo de los pueblos, procuraban con grande atencion prevenir en todo á los bohemos y remover los obstáculos para la paz, el papa Eugenio IV manifestó deseos de querer disolver el concilio de Basilea ape-

nas reunido. Los motivos de este cambio fueron desde luego: 1.° El pequeño número de prelados que se hallaban en Basilea. 2.° La falta de seguridad, á causa de la guerra encendida entre los duques de Borgoña y de Austria. 3.° La union deseada entre la Iglesia griega y la romana, union que Su Santidad creia poder hacerse más fácilmente en cualquiera ciudad de Italia donde el Soberano Pontífice se hallase en persona. Estas razones, y quizá algunas otras más secretas, habian decidido al Papa á despedir á los Padres de Basilea, para convocar otro concilio que se celebraria año y medio despues en Bolonia, en Lombardía. Estas noticias esparcidas bien pronto por todas las provincias de Alemania, turbaron en extremo á los fieles, en particular á los más cercanos al reino de Bohemia; porque hallándose más expuestos al furor de los husitas, serian los primeros en experimentar su crueldad, y en el temor de verse acosados todavía por nuevos males, no habian esperado su socorro ó libertad más que de la prudencia del concilio de Basilea. Nyder fué testigo de la extrema afliccion de estos pobres pueblos, de sus quejas y de sus gemidos. Para consolarlos ó tranquilizarlos, disimulaba con prudencia la profunda tristeza que le habian causado estas tristes nuevas, sintiéndolas tanto más cuanto que veia la salvacion de una multitud de almas como pendiente del éxito del concilio de Basilea. Perdiendo ocasion tan favorable de atraer á los husitas, se debia naturalmente temer que estando cada vez más obstinados en sus errores y más enemistados con los católicos, no volvieran á ejercer sus primeras hostilidades contra todos los que no abrazáran sus falsos dogmas. No se ignoraba de lo que eran capaces, pues en corto tiempo habian hecho tantos apóstatas y un número mucho mayor de desgraciados; lo pasado debia hacer temer para lo futuro. Estas tristes reflexiones agitaban mucho el espíritu y el corazon del núncio, quien esperaba, sin embargo, que no permitiria la divina Providencia todos los males de que estaba amenazado. El Señor, en efecto, no tardó en consolarle con noticias mucho más favorables, que llegaron muy á propósito de Basilea. Los Padres, para impedir que los rumores que se esparcian de la próxima disolucion de su asamblea no hicieran volverse á los demás prelados á quienes se esperaba, escribieron á todos los fieles el 21 de Enero de 1432, para manifestarles que habian resuelto y decidido por unanimidad continuar el concilio convocado y comenzado legítimamente, y que no abandonarian la ciudad de Basilea, hasta que no estuviera enteramente terminado. Exhortaban á todos les ayudasen; ordenaron á los prelados ausentes, bajo las penas de derecho, dirigirse prontamente al Concilio, y por ultimo suplicaron á los reyes y á los príncipes le defendiesen. El nuncio no recibió estas cartas del Concilio hasta seis dias despues del en que acababa de escribir á los bohemos por haber venido

por el camino de Egra, y tomó en seguida la pluma para informar á los Padres de Basilea de lo que pasaba en Alemania. Traduciremos tambien este escrito de Nyder, que nos manifiesta algunos de sus hechos y da á conocer bastante el celo de que se hallaba animado por la gloria de Dios y la salvacion de las almas. «*A los Padres del concilio de Basilea, sus nuncios en el* »*reino de Bohemia, Fr. Juan Nider, prior, y Fr. Juan de Mulbrun, etc.*— »Muy reverendos Padres y señores, dignos de la mayor veneracion, por »la sabiduría, la virtud y la firmeza, que os hacen célebres en todo el uni- »verso: desde el dia en que plugo al Señor reunirnos en un mismo lugar, »en particular despues de esa aurora de paz, que vuestra santa asamblea »ha hecho entrever á los pueblos de Bohemia, la tristeza que desde mucho »ántes se habia apoderado de los espíritus, ha dado lugar á un rayo de es- »peranza, y esta esperanza ha consolado á muchos corazones, que no pue- »den mirar sino como un favor del cielo ese cuidado caritativo que tomais »por todos los que gimen en la opresion. Dénse gracias al Padre de las mi- »sericordias por haberos inspirado un celo tan prudente y tan ardoroso, por- »que hay la persuasion de que triunfaremos con más facilidad de la dureza »de nuestros enemigos por las vias de la dulzura y de la virtud de la di- »vina palabra, que por la fuerza y el terror. Este segundo medio no ha sa- »lido bien, y nuestras pérdidas pasadas deben hacer perder el deseo de em- »plearle de nuevo. Los fieles, batidos con tanta frecuencia por los herejes, »han caido en un gran desmayo, y si no les hubierais ayudado caritativa- »mente, no pensaban más que en procurarse algun reposo con las condicio- »nes que hubiesen querido imponerles los sectarios.—Pero cuando se ha es- »parcido despues el rumor de que se iba á disolver el Concilio en que ha- »bian fundado sus esperanzas, llenos de una doble tristeza y de un frio »mortal, estos pueblos fieles y afligidos se han llenado de espanto, no sa- »biendo qué partido tomar ni á qué decidirse. Los unos han venido á »abrirnos su corazon, y los otros nos han enviado á preguntar lo que debian »creer de estas noticias, ó lo que les quedaba que hacer en el triste aban- »dono en que se les dejaba. Lo que llegaba á nuestros oidos de todas partes, »lo que habiamos visto, y lo que leiamos, no afligia ménos cruelmente »nuestro corazon; pero sin manifestar nuestro particular dolor, nos conso- »lábamos lo mejor que podiamos con los fieles, y llenos siempre de confian- »za en vuestra prudente firmeza, no cesábamos de trabajar en el desempe- »ño de nuestra comision; pues desde nuestra partida de Basilea no hemos »recibido directamente ni carta ni enviado vuestro. Así flotando entre la es- »peranza y el temor, miéntras que haciamos esfuerzos para alejar la turba- »cion de nuestro espíritu, y del de las personas á quienes no podiamos »tranquilizar completamente, hemos visto llegar, por último, lo que espe-

»rábamos á cada instante. Los cónsules de Egra nos han enviado un expreso »con sus cartas y las que habian recibido del Concilio.—Nuestra alegría no »ha sido, sin embargo, completa y nos quedaba siempre alguna duda, por»que estos escritos no nos indicaban vuestra voluntad, y cuál debia ser »vuestra suerte, aunque lo que más nos importaba era saber la una y la »otra. No hemos dejado de responder á los magistrados de Egra, segun el »parecer de algunas personas prudentes. Pero apenas habiamos despachado »vuestro expreso, cuando hemos tenido el placer de recibir las cartas cla»ras y detalladas que nos habeis dirigido. Nuestro primer cuidado ha sido »desde luego traducir en la lengua vulgar de este país las que escribís á to»dos los fieles. Habiéndoseles comunicado despues todo á los magistrados de»Nuremberg, que os son particularmente afectos, han pedido copia de estas »comunicaciones; y al presente se hallan llenos de esperanza y de consuelo. »Miéntras uno de nosotros ha quedado aquí para el despacho de los nego»cios, el otro se ha dirigido cerca del marqués de Brandemburgo para infor»marle de todo. Este príncipe ha manifestado una grande alegría, sabiendo »estas noticias que ha querido tener por ciertas. No solo ha prometido ayu»darnos con sus consejos y todo su poder, sino despues de haber asegurado »que no habia recibido nunca noticia más agradable, y que le parecia que »se disipaba toda la tristeza de su corazon, como la de un hombre que des»pierta despues de un largo sueño, ha añadido estas palabras en presencia »del obispo de Hildestein y de otros muchos señores de su corte: *Me he ha»llado en el concilio de Constanza y sé muy bien que el de Basilea se ha re»unido á consecuencia de un decreto de este Concilio. No puedo ménos de creer »que los sabios prelados que le componen, no esten verdaderamente animados »de un santo deseo de procurar la gloria de Dios, trabajando en el consuelo y »en la salvacion de todos los pueblos cristianos, que se hallan hoy en la tribu»lacion. Distantes de las fronteras de los crueles enemigos, que nos atacan »tan de cerca, los Padres de Basilea no temen sus insultos, pero se compade»cen de nuestros males; la caridad les hace tomar parte en nuestras penas, »y los anima á querer proporcionarnos la paz. Os concedo, pues, con placer »lo que nos pedís de parte del Concilio, resuelto á adherirme á ello constante»mente con todos mis súbditos. En cuanto al obispo de Abelberg, de quien co»nozco la sabiduría, la prudencia y el celo por el éxito del Concilio, se halle »restablecido de su enfermedad, me dirigiré á Nuremberg con todos los prín»cipes que pueda llevar, para que deliberemos juntos; primero, sobre las »seguridades que deben concederse á los diputados de Bohemia á cualquie»ra parte que vayan. Segundo, sobre los medios de favorecer la continua»cion del santo Concilio de Basilea; y por último, sobre la pronta partida de »los prelados, doctores y demás personas notables que es preciso enviar*

»*al Concilio.*—Despues de hablar así este príncipe, comenzó á efectuar »sus promesas, con las órdenes que dió á todos sus oficiales de tratar con »honor á los diputados de Bohemia y de dejarlos pasar con seguridad por »sus tierras, ya quisiesen venir á vernos ó ir derechos al Concilio. Mandó »sacar despues muchas copias de las cartas que yo le habia presentado y »unió á ellas las suyas, que envió á los príncipes, obispos y señores y á to»das las comunidades vecinas, para tranquilizarlas y consolarlas. Cuando le »pregunté si podia manifestaros lo que habia hecho ya en favor del Concilio »y lo que me habia prometido.—*Sí*, me respondio, *escribid decididamente á »los Padres de Basilea, y aseguradles que cumpliré fielmente mis promesas.* »Despues de todo lo que me ha dicho, no puedo dudar que no os dé en efec»to muchos motivos de consuelo, tanto por su poder como por medio de sus »vasallos ó de sus amigos. Sería tambien conveniente que el Concilio obtu»viera cartas favorables del Serenísimo Rey de romanos, para atraer á »los demás príncipes, comunidades y demás súbditos del imperio, á obrar »con el mismo espíritu. Por las mismas razones el Concilio podria dirigir »nuevas cartas á todos los electores, particularmente al marqués de Brandem»burgo y al duque de Sajonia, ya para darles gracias por el celo que mani»fiestan y la asistencia que no cesan de darnos, ya para suplicarles nos en»vien inmediatamente sus obispos con sus embajadores. La fiel adhesion de »los magistrados de Nuremberg merece tambien las atenciones del Concilio. »El obispo de Hildesheim, de quien ya he hablado, ha respondido bastante »favorablemente á mis preguntas, aunque haya suspendido su última reso»lucion, hasta que haya propuesto el asunto á su consejo. Aquí se habla »de algunos prelados sospechosos de no favorecer vuestra asamblea ni la de»putacion de los bohemos; pero esperamos que disiparán ellos mismos esta »sospecha, enviándoos diputados lo más pronto posible. Si sucediese, lo »que Dios no quiera, que su conducta confirmando el rumor bastante públi»co, desmintiera nuestras esperanzas, y que en vez de favorecer al Concilio »trabajasen en impedir su buen resultado, no podrian ménos de ser las pri»meras víctimas de su política. Desde que estamos en este país, ocupados »continuamente en asegurar el reposo de los pueblos, debemos conocer sus »sentimientos y sus opiniones. De todo lo que vemos y oimos todos los dias, »no podemos concluir otra cosa, sino que estos prelados y los que piensan »como ellos, estan amenazados de un peligro mucho mayor que los demás. »Hé aquí la prueba. Los bohemos, con quienes tenemos que habérnoslas, »han llevado con frecuencia el hierro y el fuego á vastos reinos, y llenado de »espanto muchas provincias de Alemania, sin que se haya encontrado ningun »medio de resistirlos ni de tranquilizarlos sino un Concilio general. Este con»cilio, reunido por último con un espíritu de paz, ha animado desde luego

»á los bohemos de una manera propia para ganarlos, y han comenzado por »su parte, como podreis verlo por sus cartas, á querer entrar en negocia- »ciones. Este paso ha llenado de alegría y hecho renacer la esperanza entre »los fieles, sobre todo en el reino de Bohemia. Por lo que si despues de ha- »ber sido llamados de esta manera, no fuesen los bohemos esperados en Ba- »silea, y si los fieles vieran frustradas sus esperanzas, miéntras los husitas »se creyeran engañados y burlados, qué sucederia? Los sectarios, deseosos »siempre de sangre, no tomarian en seguida las armas con mucho más fu- »ror que anteriormente? Y sus primeros golpes no se dirigirian sobre los que »en la apariencia hubieran querido engañarlos? Veis, pues, nuestros muy »queridos y piadosos Padres, que no es ménos necesario que conveniente, »que permaneciendo siempre firmes en vuestra sábia resolucion, espereis »en Basilea á los que habeis invitado á dirigirse á esa ciudad, y que no ol- »videis nada para su conversion; lo que os cubrirá de gloria delante de Dios »y delante de los hombres. Una conducta contraria solo podria servir para »vuestra confusion y la de la Iglesia. Sería inútil querer probarlo con un lar- »go discurso á personas cuyo espíritu es tan penetrante. No vemos porqué »debemos retirarnos como hombres sin armas, sin luces y sin consejo, pues »sabemos todos con certidumbre que lo que se ha definido una vez por los »santos concilios y por la fé de los Padres no puede ponerse en duda. Re- »cibid, pues, á los que habeis llamado por vuestro medio, y segun la palabra »que les hemos dado de parte vuestra. Escuchadlos, pues, con bondad, no »para hacer vacilar á los que estan ya firmes en la fe, y á quienes ha sido »dado conocer el misterio de Dios; pero á fin de que por las vivas luces y »sólidas razones de nuestros doctores, los que estan hoy en las tinieblas del »error, reconozcan la pureza de nuestra fe, si el Señor se digna ilustrar su »espíritu. El mismo remedio servirá para curar á otros muchos, seducidos »nuevamente por los herejes, que no se ocultan para insinuar su mala doc- »trina, sino la publican descaradamente. Si os negais hoy á sus necesidades, »vereis bien pronto los progresos del mal y no podreis contenerle con vues- »tras lágrimas. La parte que habeis querido darnos en vuestros glorio- »sos trabajos, nos permite suplicaros con respeto pensar sériamente en »alejar las desgracias de que estan amenazados los fieles; las vemos aquí »de cerca esas desgracias en las huellas sangrientas de lo que ha pasado. »Os hablamos con rectitud y sencillez: segun las invitaciones reiteradas y »las promesas con tanta frecuencia hechas á los bohemos, no solo sería un in- »conveniente, sino un grande escándalo, quizá un mal sin remedio, si se »les faltase á la palabra. Eso es lo que no debeis hacer ni permitir nunca, »aunque os costase la vida, pues como decis con mucha prudencia, nuestra »profesion nos obliga á combatir por la casa del Señor, oponiéndonos como

»un muro de bronce á todos los asaltos y á los mayores peligros. Por distante »que parezca la conversion de los que habeis invitado con tanta caridad, no »se debe desesperar de su salvacion, y pues no rehusan venir á conferenciar »con nosotros, es preciso no solo esperarlos, sino tambien recibirlos con ale- »gría, escucharlos con paciencia, instruirlos con dulzura, manifestarles el »camino de la verdad y de la salvacion, y si quieren, por último, entrar en »él, darles el beso de paz como á hermanos nuestros. Esto no contribuirá »poco á la tranquilidad y á la reforma, en la que os proponeis trabajar con »eficacia; y los fieles que han puesto su confianza en la sabiduría de vues- »tros consejos, edificados siempre de vuestra conducta, se fortificarán cada »vez más en la fe, concibiendo nuevas esperanzas. Hé aquí lo que nos ha »dictado para vuestro consuelo el amor, que hace algunas veces olvi- »dar el respeto. Perdonad con bondad la sencillez con que os hemos escrito, »como á padres y maestros llenos de indulgencia. No es solo la brevedad del »tiempo, sino tambien el conocimiento que tenemos de vuestra bondad, lo »que nos ha animado á dejar sin corregir lo que hemos puesto precipitada- »mente en el papel. Por lo demás, si lo juzgais conveniente, sería bueno »encargar á algunos abades del Cister, los más proximos á estos países, ó á »otras personas á quienes os agrade, hacernos remitir vuestras cartas, ó »manifestarnos de vuestra parte todo lo que pueda servir aqui para nuestro »consuelo y el de los fieles. Os enviamos la copia de la carta que el comun »de Nuremberg y nos hemos escrito á los habitantes de Praga, con la res- »puesta que estos nos han dado. Está conforme á lo que han escrito los »magistrados de Nuremberg y de Egra, que se emplean con celo en esta ne- »gociacion. Hemos recibido tambien, por medio de algunos fieles, ciertos »artículos, en que se asegura que se han convenido los doctores y el clero »de Praga. Si quereis hacerlos examinar en una congregacion, no permi- »tais que se esparzan copias, hasta que hayamos recibido la última res- »puesta que esperamos, porque pudiera muy bien suceder que en la pró- »xima asamblea general de los bohemos nos diesen alguna cosa más satis- »factoria. Convendria, sin embargo, que algunos teólogos, nombrados por »el Concilio, examinen la materia con cuidado, para que á tiempo oportuno »se hallen en disposicion de hacer ó de responder lo que convenga. Como »los bohemos habian escrito estos artículos en su lengua, se han traducido »en latin y aleman, y os enviamos ambas traducciones para que se pueda »comprender con más facilidad el verdadero sentido de los autores, y que »se pueda así disipar el error con mayor facilidad. No será sin duda ménos »difícil convencer á los husitas en conferencias regulares y pacíficas, que »triunfar de ellos por medio de la espada. La uncion del Espíritu Santo, que »reside en vos, os enseñará todo lo que sea conveniente hacer; no cesaremos

»de pedir vuestra conservacion en nuestras oraciones; no nos olvideis tam»poco en las vuestras. Dada en Nuremberg el 16 de Febrero de 1432.»

Esta carta de nuestro autor da bien á comprender la necesidad que era la continuacion del concilio de Basilea, no solo para atraer á los husitas al seno de la Iglesia sino tambien para la tranquilidad de los pueblos y la conservacion de la fe en todos los reinos próximos al de Bohemia. Este era tambien el motivo más justo que podia animar á los Padres á no consentir la disolucion del Concilio, y el papa Eugenio IV no fué insensible á esta consideracion: pues insistiendo en la necesidad de trasladar el Concilio á un lugar más cómodo, para tratar de la union de los griegos, Su Santidad consentia en que los Padres de Basilea se detuviesen en esta ciudad todo lo que fuese necesario para tratar el negocio de los bohemos. El celo del P. Nyder no le permitió, sin embargo, tomar descanso alguno; interin trabajaba por una parte en sostener á los de Bohemia en las buenas disposiciones en que parecian estar, y pedia por otra al marques de Brandemburgo hiciera despachar lo más pronto posible un salvoconducto, el más ámplio que pudiera, recibió el que el concilio de Basilea habia firmado el 28 de Marzo de 1432, es decir, en cuanto los Padres recibieron la carta que se acaba de referir. Habiéndolo dispuesto así todo, el Nuncio se dirigió en persona á la ciudad de Egra, donde debia celebrarse la asamblea general de los estados de Bohemia, y Nyder tuvo desde luego algunas conferencias con los principales, en particular con los jefes de la nobleza, que le fueron muy útiles. Cuando se deliberó en la asamblea si se responderia favorablemente á la última invitacion de los Padres de Basilea se dividieron las opiniones. Los llamados *taboritas*, los *huérfanos* y el pueblo, siguiendo las máximas de Ziska, sostenian que no se debian enviar diputados á Basilea, dando como razon el ejemplo de Juan Hus y de Gerónimo de Praga, á quienes no habia podido librar el salvoconducto del Emperador del suplicio que se les hizo sufrir en Constanza. Mas siendo de otro parecer todos los nobles, manifestaron que no se debia permitir á los que introducian nuevos dogmas y nuevos usos, hasta que hubieran sometido su doctrina al juicio de las personas ilustradas y dado cuenta á la Iglesia de sus opiniones. Esta opinion venció sobre la otra; y habiendo decidido toda la asamblea que se enviase la diputacion, se nombraron muchos sugetos, de los que fueron los principales Guillermo Kosca y el célebre Procopio, por la nobleza, y Juan de Roquesane con otros dos por el clero. Nyder, que habia asistido á la seccion con otro nuncio, se apresuró á llevar por sí mismo la noticia al Concilio para instruir á los Padres de todo lo que les convenia saber ántes de la llegada de los diputados de Bohemia. Dedúcese la alegría que recibió todo el Concilio de la carta que escribió á los bohemos. Se leyó públicamente, y fué aprobada en la cuarta sesion el viernes 20 de Junio de 1432.

«Alabamos, dicen los Padres, y bendecimos al Señor, que nos procura el »más hermoso dia de nuestra vida. Vemos todos los caminos dispuestos para »la manifestacion de su gloria y los adelantos del pueblo cristiano. Ninguno »de nosotros ha dejado de verter lágrimas de alegria, miéntras nuestros di»putados nos han referido lo que ha pasado entre vosotros. Nuestras entra»ñas se han conmovido al ver un principio tan feliz, que será sin duda se»guido de un resultado mucho más dichoso. Levantamos, pues, nuestras »manos al cielo, y damos gracias á Jesucristo de haber dado una paz tan »próxima, que le habiamos pedido con tanta frecuencia. Sí, se acerca la hora »en que la Iglesia nuestra santa madre, que ha estado afligida tanto tiempo de »ver sus hijos divididos, comience á regocijarse de la paz y de la unidad que »nos haceis esperar. Ya es tiempo de que los que han sido marcados con el »sello de Jesucristo, y que han sido regenerados por el mismo bautismo, de»jen todas las disensiones, se revistan del mismo espíritu de caridad y de »unidad, trabajen con todas sus fuerzas en aumentar la gloria del nombre »cristiano, y protejan la fe ortodoxa, que despedazan los herejes y que quie»ren aniquilar enteramente los paganos.»

Hallábase en Basilea Juan Nyder cuando llegaron allí los diputados de Bohemia, á principios de Enero de 1433; vió con placer los honores que les hicieron en la ciudad y en el concilio, en que fueron recibidos con las mismas ceremonias que los embajadores de las testas coronadas. Pocos dias despues de su llegada, estos mismos diputados hicieron sus proposiciones delante de los Padres, las que habian reducido á cuatro artículos, prometiendo unirse, si se les aprobaban, con toda su nacion á la santa Iglesia católica. — «Os presentamos, dijeron, estos artículos para que con la mira de contri»buir á la paz y á la caridad tan deseada de todos los hombres, consintais »que se observen con toda libertad sin alterarlos en nada; que se enseñen y »guarden irrevocablemente, tanto en la Bohemia como en la Moravia y de»más lugares que de ellas dependen. 1.° Que haya libertad de administrar á »todos los fieles el sacramento de la Eucaristía bajo las dos especies de pan y »vino, por ser una práctica útil y saludable. 2.° Que todos los pecados mor»tales, y principalmente los pecados públicos, sean reprimidos, corregidos y »castigados por aquellos á quienes corresponde. 3.° Que la palabra de Dios »sea predicada fiel y libremente por los prelados y los diáconos que sean á »propósito para ello. Y 4.° que no sea permitido al clero en la ley de gracia »ejercer ninguna autoridad secular sobre los bienes temporales.» Era ya demasiado haber obligado á los husitas á reducir por sí mismos todas sus peticiones á estos cuatro artículos. Pero además de que en el primero atacaban la actual disciplina de la Iglesia, y que el segundo podia ser con razon sospechoso en su boca, algunos de estos diputados no habian prevenido favo-

rablemente al Concilio alabando sin miramiento la doctrina de Juan Hus y de Wiclef, á quienes no habian tenido dificultad en llamar doctores evangélicos, injustamente condenados hacia poco en el concilio de Constanza. No ignoraban además que los bohemos estaban divididos en diferentes sectas, de modo que no se hacia nada completo, aunque se conviniese con sus diputados en las cuatro proposiciones. Esto obligó al Concilio á tomar la nueva resolucion de enviar de nuevo sus nuncios á Bohemia para procurar reunir estas diferentes sectas, á fin de conseguir así una sólida paz. El sabio Nyder fué encargado por segunda vez de dirigirse á algunos príncipes de Alemania y al reino de Bohemia. Ignoramos si precedió ó si siguió de cerca á los diez nuncios que partieron de Basilea el 14 de Abril de 1433, entre los cuales habia dos obispos y ocho doctores, teólogos ó jurisconsultos. Pero nos refiere él mismo, que hallándose en Ratisbona con Juan Polemar, arcediano de Barcelona, uno de los diez nuncios, tuvo algunas conversaciones con una mujer obstinada, que infecta de la nueva herejía, se dedicaba á dogmatizar, y sostenia tan tercamente sus errores, que ni la elocuencia ni las decisivas razones de Polemar pudieron reducirla. El Señor no la habia abandonado, sin embargo, para siempre á la dureza de su corazon, y el modo de que la habló Nyder, hizo tal impresion en su espíritu, que abrió por último los ojos á la luz de la fe y abjuró la herejía. Llegado á Praga ántes de concluir el mes de Mayo, Nyder, de concierto con los demás nuncios, trabajó con algun éxito en ganar los ánimos para hacerlos más dóciles á la voz de la Iglesia. Puede verse en los *Anales Eclesiásticos* lo que prometieron los nuncios á los bohemos sobre el primero de los cuatro artículos, para hacerles aceptar la declaracion que el Concilio habia creido necesario añadir á los otros tres. Pero habia demasiados entre los sectarios que parecian ser más intratables cada vez, á proporcion que se tenia con ellos más dulzura y condescendencia. Despues que hubieron tentado inútilmente los nuncios todos los caminos que les habia hasta entónces abierto la Providencia para exhortar á los grandes y al pueblo, y sobre todo al clero, á la paz y unidad de opiniones, acudieron á otro expediente que era bueno en sí mismo, pues no tenia otro objeto que el de libertar á los fieles esparcidos por todo el país del cruel yugo de los herejes. No se ignoraba que la nobleza y la clase media de Bohemia, más adherida á la verdadera religion que el clero y el vulgo, no se habian declarado en favor de los husitas más que á la fuerza, despues de haber sido abandonados del Emperador y de los príncipes del Imperio. Se sabia por lo tanto que esta considerable parte de la nacion se hallaba en un estado violento, expuesta siempre á los insultos del vil populacho y al capricho de los soldados ó de los paisanos; no se dudaba tampoco de que estuviese siempre pronta á volver á sus antiguos deberes, en cuanto se le diese la es-

peranza de mejorar de situacion. Notólo esto el P. Nyder durante la morada que habia hecho el año anterior en Nuremberg ó en Egra, y en las conferencias que tuvo con muchos señores del país. Sirvió esto á los nuncios para dar á entender á los caballeros y á los ciudadanos el mal que se harian á sí mismos no obedeciendo al Emperador, su legítimo soberano, para entregarse á la tiranía de Procopio; y dejando el gobierno de la Iglesia por el de Roquesano, sacerdote cismático, cruel, ambicioso, que no conocia más leyes que las de su capricho. Haciaseles notar que en lugar de los cuatro estados de que se habia compuesto en otro tiempo la nacion de Bohemia, el ejército, que formaba á la sazon el quinto, usurpaba entónces la autoridad sin repartirla con los demás; de manera que al renunciar á la fe, los nobles habian perdido al mismo tiempo sus bienes y la libertad. Concluian de aquí los nuncios que todos los bohemos, cuyo corazon y espíritu no habia corrompido aun la herejía de Juan Hus, tenian un doble interés en sacudir cuanto más pronto el yugo de los husitas, para volver á la obediencia de su soberano y de la Iglesia. La nobleza y la clase media se hallaban demasiado convencidas de estas razones; pero aquella no tenia dinero, y ésta no recibia bastantes seguridades para prestárselo. Los nuncios se propusieron remover este obstáculo; las cartas apremiantes que dirigieron al Concilio, hicieron que se abriese en Basilea un empréstito para las necesidades extraordinarias de Bohemia, en que se reunieron diez y ocho mil escudos. Esta suma, aunque poco proporcionada á las necesidades, no dejó de producir el efecto que se proponia; se puso desde luego en manos del célebre Mainard de Neuchaux, uno de los caballeros más hábiles y más celosos de Bohemia, militar lleno de valor y de intrepidez, que pretendia ser el libertador de su patria. En cuanto tomó todas las medidas necesarias para una empresa tan grande, comenzó Mainard por la ciudad de Pilseu, de donde arrojaron los católicos á los husitas. Habiéndose dividido al mismo tiempo los jefes de los *taboritas* que mandaban en la antigua Praga, y los de los *huérfanos* que estaban en la nueva, Mainard, como hombre de experiencia, se aprovechó de estas divisiones de los sectarios para hacerse dueño de ambas ciudades. El gran Procopio, que habia sucedido á Fiska, se hallaba entónces de seguro en Basilea, y se puso en seguida á la cabeza de los husitas para sostener ó restablecer sus negocios. La sola presencia de un general de tan grande reputacion, habia puesto ya dos veces en fuga á todas las fuerzas del Imperio; aumentó tambien en esta ocasion el valor de los husitas, que quisieron recobrar las dos ciudades de Praga ántes de que los católicos hubieran acabado de fortificarse en ellas. Pero su loca presuncion fué la causa de su pérdida. Se les volvió á hablar de paz y la desecharon con altivez, ó no propusieron más que condiciones tan duras, que indignados los católicos, pidieron que se

les condujese en el mismo instante contra los enemigos. Mainard no dejó enfriar este ardor; marchó en seguida á la cabeza de tan bravos soldados, atacó por todas partes á los sitiadores, forzó por todas partes sus trincheras, y despues de un rudo combate de más de cuatro horas, en que fueron muertos los dos Procopios, se hizo dueño del campo enemigo, y obligó á todos los que se hallaban en él á rendirse á discrecion. Usó de la victoria con una extrema severidad, porque estaba persuadido de que la clemencia no convenia por entónces, y que nada podia ser más peligroso á la monarquía de Bohemia, que dejar vivir á más de veinte mil hombres nacidos en el ejército husita, acostumbrados desde la niñez á matar, robar y perseguir á amigos y enemigos, sin respeto por lo sagrado ni lo profano, y sin conocer más ley que su brutal humor y una insaciable avaricia. No hablaremos aquí de los artificios, llenos de crueldad, de que se sirvió Mainard para acabar la ruina de los vencidos. La Providencia permitió que estos desgraciados, que habian hecho correr rios de sangre en las provincias del Septentrion, y entregado á las llamas tantos católicos, experimentasen á su vez un suplicio que habian merecido demasiado. El P. Nyder, que no habia aconsejado ni podido impedir la carnicería que se hizo en los husitas, refiere que habia sabido de ellos mismos la crueldad más que bárbara, que se alababan de haber ejercido contra un religioso de Sto. Domingo, á quien toda la violencia del fuego no pudo impedir confesar la fe católica y predicarla en alta voz hasta su último suspiro. Despues de la derrota de los husitas, acaecida el domingo en la octava del Santísimo Sacramento de 1434, se dirigió Nyder á Austria para persuadir al emperador Segismundo se aprovechase, aunque con moderacion, de la situacion presente de los negocios, para restablecer su autoridad y la de la Iglesia en todo el reino de Bohemia. No se ignora que este príncipe, inclinado siempre á la clemencia y á la paz, arreglaba su conducta por estas máximas; si algunos le vituperaron por haber manifestado demasiada condescendencia para apaciguar las turbaciones de Bohemia, recibió despues los aplausos que merecia. Nyder aprovechó la morada que hizo en Viena para aconsejar á sus hermanos vivir en la más exacta observancia de su regla. Un antiguo manuscrito, que se conserva en el convento de Viena, da fe de que se introdujo la reforma en esta casa el año de 1434 por el cuidado y celo de Juan Nyder, ilustre teólogo, profesor del convento de Colmar.—Vuelto despues á Basilea, continuó todavía durante algun tiempo prestando servicios á los Padres del Concilio, aunque no aprobaba la conducta de todos. Se lee en uno de sus libros, que aunque en casi todas las bulas del sínodo se habló de reforma, aunque se celebraron con este objeto muchas asambleas y estableció una congregacion; y como él mismo añade, aunque se cantase todos los dias en nuestras iglesias el salmo *Deus*

venerunt gentes, para obtener del cielo las gracias necesarias para la perfeccion de esta obra, se veia con dolor no haberse hecho aun nada al sexto año de la apertura del Concilio. Era, pues, á principios de 1437 cuando Nyder escribia esto, y no tardó en manifestar su descontento y toda la viveza de su celo. Miéntras que las contínuas diferencias entre el papa Eugenio IV y los Padres de Basilea parecian poder acomodarse, y estos, ocupados útilmente en ganar á los herejes ó en hacer reglamentos para la reforma general de la Iglesia, se contuvieron dentro de estos límites, Nyder se prestó con el celo que hemos visto á todo lo que podia contribuir á un fin tan glorioso. Muy léjos de consentir en la disolucion del Concilio, de que se habia hablado con tanta frecuencia durante muchos años, miraba, por el contrario, la necesidad de continuarle, como esencial al reposo de toda la cristiandad, á la gloria de la Iglesia y á la salvacion de una infinidad de almas. No se ha olvidado la manera de que se ha explicado sobre este artículo en su carta escrita en Nuremberg el 12 de Febrero de 1432. Hombre firme y celoso siempre por la casa del Señor, obró constantemente segun los mismos principios; en tanto que creyó lo reclamaban su conciencia y el honor de la religion. Pero cuando por las miras secretas de los miembros del Concilio, cuyos pasos poco mesurados ofendieron aun á muchos príncipes cristianos, fueron llevadas las cosas á su último extremo, Nyder no pudo callar ni olvidar lo que todo católico debe al vicario de Jesucristo. El temor de ver sumida por segunda vez á toda la Iglesia en los horrores del cisma que se habia procurado evitar con tanto cuidado, le hizo estremecerse, y si no tuvo el suficiente poder sobre los ánimos para retraerlos de un golpe tan atrevido, quiso al ménos manifestar cuán distante estaba de aprobarlo, y se retiró de sus asambleas. Hizo todavía más; pues segun el testimonio de un autor italiano, habiendo inspirado á todos los religiosos de la comunidad de Basilea los mismos sentimientos para la defensa del papa Eugenio IV, hizo cerrar las puertas del convento para no permitir reuniones, en que no se veia reinar ese espíritu de verdad y de paz, que debe animar siempre á los primeros pastores, teniéndolos inviolablemente unidos á su jefe. La firmeza de Nyder le atrajo rudas persecuciones, pero no decayó su constancia. A ejemplo del cardenal Julian Cesarini, del título de S. Angel, que despues de haber presidido durante muchos años el concilio de Basilea, fué á reunirse al papa Eugenio en Ferrara, Nyder hubiera podido retirarse cerca de este pontífice, seguro de ser recibido con bondad; pero la historia no nos refiere que tomase este partido. Habiendo vivido siempre sin ambicion, no corria en busca de las recompensas de este mundo; y su edad, ya avanzada, le hizo preferir las dulzuras del reposo á todo el bien que hubiera podido hacer todavía en un trabajo acompañado siempre de agitacion. No pasó, sin embargo, el

resto de sus dias en la ociosidad; y á los ejercicios de la oracion que le servian de preparacion para la muerte, unió otra clase de trabajos para santificar su retiro; dió la última mano á alguna de sus obras, y compuso otras nuevas. Hé aqui la lista de las que se le atribuyen: 1.° Un *Tratado sobre los diez preceptos del decálogo.*—2.° Otro titulado *De la lepra espiritual.* —3.° Un *Manual ó pequeño tratado para la instruccion de los ministros de los sacramentos.* 4.° *El consuelo de una conciencia timorata.*— 5.° Una obra dividida en tres libros relativa á la reforma de los religiosos. — 6.° *El alfabeto del amor divino*; este tratado, que un autor de la órden del Cister, llama una obra de oro, se halla, dice Mr. Dupin, entre las obras de Gerson.—7.° Un *Tratado relativo á los tratos de los mercaderes en la coleccion de contratos de derechos.* —8.° Otro *sobre el modo de vivir bien*, citado algunas veces bajo el nombre de S. Bernardo. 9.° *Sermones para todo el año.* —10. *Cartas á los bohemos* y otros documentos insertos en las actas del concilio de Basilea. Además de estos tratados de moral y de piedad, que se han impreso con frecuencia en los siglos XV y XVI en Nuremberg, Douay, Amberes, Strasburgo, Paris y en Roma, compuso nuestro autor algunas otras obras, que se ven todavía manuscritas en muchas bibliotecas. Tales son sus tratados del *Estado de los canónigos secularizados; de la dispensa canónica; la fuerza de la costumbre; la perfecta pobreza en las personas del mundo*, y el *de las disposiciones para bien morir*. Pero de todas las obras del P. Nyder la que parece haberse escrito con mayor cuidado y haber retocado en los últimos años de su vida, es una coleccion curiosa de diálogos, dividida en cinco libros y titulada: *Formicarium: hormiguero*; porque el autor se sirve en ella del ejemplo de la hormiga para instruir en sus deberes á los cristianos de todas edades y de todas condiciones. Esta obra, histórica y moral al mismo tiempo, se halla toda llena de excelentes máximas y de un gran número de ejemplos sacados de la historia sagrada y de la profana; encuéntranse en ella muchos hechos curiosos que habian pasado en presencia del autor ó en su época, y de ellos se han valido todos sus biógrafos para escribir su vida. Apenas apareció la imprenta, se publicó esta obra con el siguiente título: *Hormiguero de Juan Nyder, ó exhortacion á la vida cristiana, diálogos históricos, en los que se habla con frecuencia de príncipes, obispos, superiores, sacerdotes, religiosos, religiosas, mendigos y mendigas, repúblicas y ciudadanos, personas casadas, viudas, doncellas, y de otras muchas cosas que se refieren á los incubos, la invocacion de los muertos, y la nigromancia, ó el arte para comunicar con los demonios.* El autor, dice el P. Touron, no habla de estos asuntos más que para mostrar su impiedad y falsedad. Pudiera causar sorpresa que habiendo sido tan laboriosa la vida de este sabio religioso desde su juventud hasta últimos del año 1437, hubiese tenido lugar de escribir tan diversas obras, algunas de las cuales exi-

gen mucha atencion, y suponen una grande lectura. Pero además de su ingenio, su memoria y su facilidad de escribir, estaba acostumbrado desde muy temprano á aprovecharse de sus momentos de ocio, que consagraba á la lectura, siendo tan enemigo de la ociosidad como de los demás vicios de que es ocasion y orígen. Por corta que sea la vida de un hombre puede hacer muchas cosas, si dedica su tiempo á lo que puede contribuir á su propia perfeccion ó á la utilidad del prójimo, y esto es lo que parecia haberse propuesto Juan Nyder, al ménos desde su entrada en el claustro. Ignórase hoy el lugar y el año de su muerte. Molan de Nuremberg pretende que terminó su carrera en Alemania en 1438, miéntras, dice, llenaba todavía la comision de que habia sido encargado por el concilio de Basilea. Pero hemos visto que volvió por segunda vez á esta ciudad, quizá ántes del año de 1436. Además en el cuarto libro de sus diálogos, capítulo V, refiere que escribia tres años despues de la muerte de Ladislao, rey de Polonia. Es cierto que algunos autores han colocado la muerte de este príncipe en 1434; pero otros muchos, como un sabio historiador de Hungría, no la ponen hasta 1437. Así el P. Echard ha supuesto que la de nuestro autor no ocurrió hasta despues de 1440. —S. B.

NYEL, misionero francés. Nació en Alsacia, y despues de haber estudiado con los Jesuitas ingresó ente instituto. Destinado despues á compartir con sus hermanos los trabajos de la penosa mision de la China, Nyel emprendió un viaje en que tuvo que luchar con todo género de dificultades. Trabajada España por la guerra de sucesion, no pudo dirigirse á su destino por la via ordinaria; pues Inglaterra tenia cerrado á los buques franceses el paso de los estrechos de la Sonda y de Malaca que habia que atravesar si se tomaba el rumbo del Este. Creyóse, pues, más conveniente seguir el de Oeste, salvando el estrecho de Magallanes, y cruzar desde allí el Occéano en toda su extension. Nyel salió, pues, de S. Malo con tres compañeros de mision el 26 de Diciembre de 1703. Hallábase el buque fondeado en una bahía, cuando una ráfaga inesperada rompió uno tras otro cuatro cables y dos áncoras. Imposible era continuar de este modo el viaje. Los capitanes de todos los buques, que se encontraban en el propio estado que el en que era conducido Nyel, resolvieron en 11 de Abril de 1704, variar de rumbo y dirigirse hácia el cabo de las Vírgenes, con objeto de buscar el estrecho de la María. Apénas lo hubieron salvado los buques, cuando arrojándoles el temporal hasta los 57° de latitud, los arrolló rudamente durante quince dias. El buque que montaba Nyel fondeó al fin en 15 de Marzo en el puerto de la Concepcion, y haciendo despues escala en Arica, Ilo y Pisco, tomó tierra en Callal. Despues de haberse repuesto de las fatigas del viaje en Lima, donde Nyel y sus compañeros permanecieron

cuatro meses, aguardaban ya de nuevo el instante de emprender la ruta para llegar al término de su viaje, cuando con grande pesar de los pobres religiosos les manifestaron los capitanes que en el estado en que se hallaban sus buques, no podian emprender tan largo viaje, y habian resuelto regresar á Francia. No les quedó entónces á los misioneros otro recurso que pasar á Méjico, y trasladarse desde allí á las Islas Filipinas, desde donde les seria fácil ganar la China. Ignórase si se ejecutó este intento, solo se saben estos pormenores por una carta que escribió el P. Nyel desde Lima, con fecha de 20 de Mayo de 1705, al P. de La Chaise, confesor del Rey. En otra de 26 del mismo mes, dirigida al P. Rector del colegio de Strasburgo, se lee una *Relacion de otras dos nuevas misiones establecidas años ántes en la América Meridional*. En ella le encarga que envie al P. Le Gobien la historia de la vida y muerte del P. Cipriano Borase, uno de los primeros fundadores de esta mision que fecundó con su sangre derramada en el martirio despues de haber trabajado por espacio de veintisiete años en la conversion de los moros. Nyel habia sacado esta biografía de un escrito español compuesto en Lima por órden del obispo de la Paz. El viaje marítimo de este misionero se halla descrito en las *Cartas edificantes*, con ese sencillo abandono que tanto cautiva la atencion del lector, y en ellas se encuentran noticias geográficas muy interesantes, y lo concerniente á los moros es en particular muy importante para la *Etnografía*. Esta mision tomó el nombre de aquel pueblo, porque este país fué el primero que recibió la luz del Evangelio. Estas naciones habitan una inmensa comarca que se extiende desde Sta. Cruz de la Sierra á lo largo de una cordillera de montañas que van desde el Sur hasta el Norte. Mr. Alcides d'Orbigni, que ha visitado recientemente aquellas remotas regiones, dice en su libro titulado *El Americano*, que existen entre los moros muchos cristianos, que este país jamás se ha rebelado contra los jesuitas, y que sus naturales son agricultores, cazadores y navegantes, manifestando todos las más felices disposiciones para las artes y para la industria. Las cartas de Nyel llamaron desde luego la atencion de los hombres pensadores, y han sido reimpresas en el tomo III de los *Viajes de Coreal*.—S. B.

NYKKEL. Véase Nickel.

NYLEN (Arnolch), religioso dominico, natural de Nimega. Fué prior del convento de su Orden en Groninga desde 1584, y gobernó con el mayor celo aquella diócesis en sede vacante, siendo nombrado despues obispo en el año de 1590. Los desórdenes que agitaban entónces aquel pais no le permitieron consagrarse, ántes bien por espacio de cuatro años tuvo que sufrir repetidas persecuciones de los herejes, quienes le tuvieron preso en diferentes ocasiones; manifestando con este motivo su grande paciencia y vir-

tudes, pues jamás cedió de sus principios á pesar de los tratamientos á que fué sometido por los enemigos de nuestra religion, que nunca pudieron vencer su irresistible fortaleza y constante ánimo en los mayores peligros ni en los más crueles tormentos. Tomada Groninga por el príncipe Mauricio de Nassau, se retiró á Bruselas, donde murió en 7 de Marzo de 1603. Escribió un *Tratado sobre los sacramentos y controversias*, que desapareció en el bombardeo de esta ciudad.—S. B.

O.

(NUESTRA SEÑORA DE LA). Al empezar esta letra en la presente obra, creemos que no podriamos hacerlo de una manera más digna que con uno de los especiales nombres de María, nombre misterioso que recuerda la aurora de nuestra redencion en la venida de todo un Dios, que quiso participar de nuestra naturaleza, y que por último, despues de habernos enseñado la verdad y mostrarnos el camino más corto y directo que debemos seguir en esta transitoria morada para alcanzar la vida eterna, quiso morir para redimirnos de la esclavitud del demonio. Cuéntase tambien esta letra simbólica de la omnipotencia de Dios entre los nombres de algunos bienaventurados, porque en memoria de la Virgen Santísima se impone á muchos fieles en las pilas bautismales; y por esto y por honrar en cuanto podamos á la Reina de los Angeles, vamos á biografiar esta letra, dando razon de la parte mística que comprende, cabiendo á España la honra de haber establecido la festividad que designa y celebra la Iglesia católica el 18 de Diciembre. Persuadidos los Padres del décimo concilio de Toledo de la obligacion, que tienen los cristianos, por amor y aun más por gratitud, de solemnizar el dichoso dia en que el Verbo Eterno se vistió de nuestra carne en las purísimas entrañas de María Santísima, que cae á 25 de Marzo, y que por estar la Iglesia ocupada generalmente en estos dias en llorar la pasion de nuestro Redentor Jesucristo, no podia celebrarle con el regocijo y alegria que debe, acordó, dándolo por ley, que se

celebrase ocho dias ántes del nacimiento de Jesús esta festividad con toda la solemnidad posible, á fin de que se guardase la prescripcion de algunos concilios que ordenaron que en la Cuaresma, tiempo de ayuno y de penitencia, no se celebrasen fiestas de mártires, que eran las solas que se hacian en aquellos tiempos. Mandó el Concilio referido que se diese á esta fiesta el nombre de la Anunciacion, habiendose entendido siempre en ella por los fieles la *Expectacion del parto de la Santísima Vírgen María*, nuestra Reina y Señora. Y se entendió así por mandato del glorioso S. Ildefonso, arzobispo de Toledo, digno de su antecesor S. Eugenio, que murió el año octavo del reinado de Recesvinto en el mismo que tuvo lugar el referido Concilio, porque habiendo aquel Santo, protegido ostensiblemente de la Vírgen Santísima, de quien fué escogido capellan, disputado, convencido y desterrado de Toledo á unos herejes que habian ofendido con impías palabras la pureza virginal de María Santísima; despues de haberla defendido con enérgica doctrina, y lanzado de la ciudad á los culpables, mandó que en lo sucesivo se celebrase la fiesta con el título de la *Expectacion del parto*, y así se verificó y verifica desde entónces en todo el arzobispado que es el primero que la ha celebrado. Como muchos nombres al caer en el dominio de la multitud suelen cambiarse, tomando, porque gusta á esta abreviar las voces, una parte por el todo, con tal que no desnaturalice la significacion de la cosa á que se refiere, empezóse á llamar, desde muy al principio de su instalacion, á esta fiesta de nuestra Señora de la O, porque desde sus vísperas se rezan unas antífonas al *Magnificat* que empiezan en O en el oficio divino, las cuales continúan diciéndose hasta las vísperas de la Natividad del Señor. Otros autores dicen que la fiesta tomó este nombre, porque al acabar la oracion de las vísperas en la santa iglesia de Toledo, todos los canónigos y eclesiásticos que asisten al coro, dan voces pronunciando la letra O, á fin de dar á entender con aquella voz misteriosa los deseos que tenian los Santos Padres de la venida del Salvador del mundo. Y fué su venida, como dice un autor piadoso, «porque luego que el hombre cayó y comió del árbol vedado, y »con su desobediencia condenó á toda su posteridad y á todos sus hijos que »habian de nacer de él, el Señor, por su inmensa bondad y clemencia, le dió »esperanza de remedio, diciendo á la serpiente seductora de la mujer para »que ésta lo fuera de su marido: *Yo pondré enemistad entre ti y la mujer, y »entre su simiente y la tuya; y esta te quebrantará la cabeza, y tú andarás »siempre acechando á sus calcañares:*» lo que queria decir que la armaria lazos en todos sus pasos. De suerte que de las mismas tinieblas del infierno, puede decirse que salió la clara luz de la gracia que dió al mundo Dios como prenda de esperanza de salvacion á la humanidad, que habia de recobrar la salud por los mismos pasos de su enfermedad, teniendo en la mujer el re-

medio del veneno que de ella habia heredado; y esto era lo que los justos que sufrian en el Limbo pedian con tantas ansias, porque por medio de la mujer que aguardaban habia de venirles la gracia de subir á los cielos á recibir el galardon de sus virtudes, lo que efectivamente consiguieron por la gloriosa resurreccion de Jesucristo, Hijo de la Santísima Vírgen María, que les abrió el reino de la bienaventuranza en que habitan por eternidad de eternidades. La promesa de Dios á nuestro primer padre y las muchas señales que dió despues á los hombres de su deseo de salvarles por la mediacion de la mujer, hacia á los Padres desear la nueva Eva y pedirla á Dios los justos que vivian en su gracia, que si no alcanzaban el tiempo en que habia de tener lugar tan fausto suceso, le veian y creian con los ojos de la fe; y á esto aluden sin duda las palabras del Salvador cuando dijo á sus discípulos, que creian y esperaban como debian creer y esperar: «Bienaventurados son »los ojos que ven lo que vosotros veis; porque muchos soberanos y profetas »desearon verlo y no lo pudieron alcanzar.» Y sigue el autor á quien seguimos en este punto: «Por esta misma causa dijo á los judíos que Abraham »habia deseado ver su dia, y que le habia visto y gozádose cuando le vió; y »por esto, estando para morir, dijo el patriarca Jacob, echando á sus hijos la »última bendicion: No faltará el cetro de Judá ni capitan de su casta y familia »hasta que llegue el que ha de ser enviado, que será la expectacion de todas »las gentes. Señor, yo esperaré á vuestra salud y á vuestro Salvador.» Recibiendo Moisés la órden del Señor de marchar á Egipto á librar á su pueblo, le dijo con gran deseo: «Yo te ruego, Señor, envies al que has de enviar;» y en este sentido clamaba David diciéndole: «Excitad, Señor, vuestro poder, y venid para salvarnos;» así como su hijo Salomon, explicando la verdadera sabiduría, que reside en Jesucristo, oraba diciendo: «Enviad, Señor, la sabiduría del trono de vuestra grandeza y majestad, á fin de que acompañándome trabaje conmigo.» Hallándose Tobías en la hora de su muerte, expresó el mismo deseo con estas palabras: «Bendice, alma mia, »al Señor, porque librará á Jerusalen de todas sus tribulaciones. ¡Oh qué »dichoso sería yo si alguno de mis hijos ó de mi linaje viviese para ver la »claridad y gloria de Jerusalen cuando la visite Dios!» Y por lo mismo gritaba el profeta Isaías: «Enviad, Señor, al inocentísimo cordero que ha de »enseñorear á todo el mundo. Cielos, enviad vuestro benéfico rocío de lo alto, »y que la nube llueva al justo; ábrase y brote la tierra, produciendo al Salva»dor con el que ha de nacer la justicia. Oh! si rompieses ya, Señor, los cie»los y descendieses y acabases de venir!» Los patriarcas, los profetas, los santos de la antigua ley y todos los justos creian la venida del Salvador, y la esperaban por medio de la Vírgen sin mancilla, representándole de mil maneras simbólicas, y alabándole sin cesar, llamándole el Salvador y el de-

seado, diciendo entre ellos el profeta Ageo : «Vendrá el deseado de todas las naciones;» y siguiendo hablando en nombre del Señor, continúa: «Y con su presencia ilustraré y llenaré de gloria este templo.» Siendo tan grande y magnífico el que habia de venir, y esperándose de su llegada el verdadero bien y la salvacion eterna, ¿qué mucho que los que gemian bajo el peso de las cadenas con que Satanás sujetaba al mundo gritasen sin cesar para mover á la misericordia de Dios, para que mandase cuanto ántes á aquel que habia de darles la verdadera libertad y la posesion del reino de los cielos? ¿Y cómo no habian de desear conocer á la heróica mujer, por cuya mediacion, por providencia de Dios, se habia de obrar tan portentoso milagro? A la que habia de remediar los males producidos por Eva, nuestra primera madre, que se convirtió en madrastra cruel de sus hijos, siendo ella la Eva de salvacion y de la vida, como aquella lo fué de la perdicion y de la muerte? Todos aguardaban con ánsia la venida del Salvador, y de consiguiente que la santa mujer, predicha por Dios, llenase su divina mision, pues que con su parto habia de dar la vida eterna, librar al mundo de las cadenas del demonio, y abrir las puertas de la bienaventuranza, para que jamás volviesen á cerrarse á los justos. Cuando tal clamor levantaban los justos hácia el Eterno, pidiendo la llegada del Mesías, si consideramos ya nacida y sin mácula á la nueva Eva de salvacion, hija del Criador y esposa del Espíritu Santo, elegida para ser la madre del Verbo encarnado en sus purísimas entrañas, y como tal madre, instruida en la salvadora mision del hijo que llevaba en su sagrado vientre, tabernáculo á la sazon de la majestad de un Dios, su Dios, su esposo y su hijo á un propio tiempo, ¿qué deseos de su salida al mundo no debemos suponer en la que se hallaba aleccionada en todos los misterios que habian de obrarse por su venida? ¿Con cuántas ánsias no esperaria la Eva divina el nacimiento del nuevo Adan de gracia, que habia de salvar lo perdido por el Adan del pecado? ¿Y con cuánto placer no sentiria moverse en sus entrañas al divino Cordero, que balaba ya en su vientre el perdon que habia de conceder á los pecadores, por los que iba á nacer y no tardaria en morir, sin que la muerte le alejase de entre sus queridos hijos, entre los que quedaria eternamente de toda voluntad, para librarnos para siempre de la esclavitud en que nos hallábamos, y de que venia á sacarnos? Muchos santos Padres y piadosos autores se han esforzado en vano, por más fe que les haya acompañado, en pintar los ardientes deseos y las gozosas súplicas y lágrimas con que la purísima Vírgen María, en su dichosa expectacion, aguardaba el nacimiento de su bendito Hijo; pero no juzgamos á ninguno tan feliz que lo haya conseguido, porque es un asunto tan grande y tan magnífico, que solo la mano potente de Dios puede pintarle. Y por lo tanto, creemos que en lo humano no puede decirse más

de la que sabia quién venia, por qué venia y á qué venia; y por último, quién era el que de ella habia de nacer; que deseaba verle y adorarle como su Dios, reverenciarle como su padre y señor, respetarle como su esposo, y amarle y besarle como su hijo. Al contemplar lo grande del misterio del nacimiento de nuestro Redentor de la Vírgen sin mancilla, y el deseo de los justos y de la misma coredentora del linaje humano por que este se verificase, la Iglesia católica, despues de haber alcanzado tanta dicha y de haber conseguido lo que tanto deseó la antigua, no podia dejar de acordar solemne festividad á estos deseos, y por esto instituyó la de la Expectacion de la Vírgen, llamada por el vulgo de la O, por las razones indicadas al principio, lográndose por medio de esta justa providencia que mantengan los fieles más viva la gratitud, por el gran bien que recibieron en la venida del Mesías, la devocion á su santísima Madre y la memoria de los deseos ardientes de la Señora, de que se verificase el parto, para que de él naciese el sol de justicia tantos siglos aguardado por los justos. Y pues que nosotros felizmente no tenemos que esperar al que ya ha llegado, ni pedir que venga el que está con nosotros, al cantar himnos de felicidad por nuestra dicha y manifestar nuestra gratitud por habernos hecho nacer Dios cuando el mundo está ya redimido, y por consiguiente, libres de la esclavitud en que vivieron nuestros primeros padres, pidamos con igual fervor que lo hacian aquellos, ya que no su venida, que nos mantenga en su gracia y nos lleve á su santa gloria, verdadero paraíso de eternos goces y alegría. En él reina con él la que como él fué tambien deseada de las gentes, siempre propicia á pedir gracia para los pecadores; y si nos dirigimos á ella con fe y esperanza, es bien seguro que no ha de faltarnos su divina proteccion. «De tres nombres misteriosos y admirables hace mencion la Sagrada Escri»tura; de uno en la ley escrita y de dos en la ley de gracia. Es aquel miste»rioso nombre de Jehová, con que significaban los hebreos el sacrosanto »nombre de Dios, grande y terrible, el que no se atrevian á pronunciar sin »un gran respeto y veneracion. El primero de los de la ley de gracia es el »admirable nombre de Jesús, nombre sobre todo nombre, á quien adoran »arrodilladas todas las criaturas que hay en los cielos y en la tierra, y aun »los mismos espíritus infernales y los desgraciados que se hallan en aquellos »abismos. Este es el nombre santo y excelso con que quiso Dios, hecho hom»bre por la salud de los hombres, manifestar el oficio de Salvador; pues »en él, y no en otro, se afianza la esperanza de nuestra eterna salud. El ter»cer nombre misterioso de quien se hace mencion es el evangelio de la ley »de gracia, es el dulcísimo nombre de María, nombre excelente y admirable »con que quiso el Omnipotente distinguir y ennoblecer á la Señora que es»cogió para verdadera madre suya; siendo esta dignidad, inefable y casi in-

»finita, el principio de donde se origina en María el insondable Occéano de »perfecciones y gracias; de aquí nacen las excelentes prerogativas que en»cierra en sí este dulcísimo nombre, y de aquí las justas alabanzas que des»de que dió á luz esta Señora y Vírgen purísima al mismo autor de la gracia, »le han tributado todos los santos Padres de la Iglesia, apropiándole con la »debida proporcion todas las prerogativas que al admirable nombre de su »Hijo y nuestro salvador Jesús. A celebrar este dulcísimo nombre de María »dedicaron sus devotas tareas y excelentes ingenios, entre otros muchos, los »Stos. Ildefonso, Bernardo, Domingo y Francisco, y otros de los más cer»canos á nuestros tiempos; y en los que la devocion á este nombre dulcísimo »parece que se habia resfriado, quiso el Señor renovar el espíritu de devo»cion de aquellos hácia su Madre Santísima en su amado y fiel siervo el Bea»to Simon de Rojas, cuyo virtuoso trinitario debió á esta Señora singulares »favores desde su infancia, en que empezó á ser fiel y fervoroso devoto de »María. Y no contento con venerarla y obsequiarla cuanto por sí podia, y »deseando que todas las criaturas se empleasen en adorarla y servirla, juz»gando como fino capellan de María, que en alabarla y obsequiarla con de»vocion piadosa y verdadera, obsequiaba á la Beatísima Trinidad que la »elevó á tanta grandeza y adornó con tanta gracia, se empeñó toda su vida »en propagar la devocion de la gran Madre de Dios, dedicando todos sus ta»lentos y trabajos á extender la devocion de su adorada Reina y Señora, y »propagar el culto de su dulcísimo nombre por toda la tierra.» Todos los nombres de María eran adorables para su humilde siervo el Beato Simon de Rojas; pero se fijó muy especialmente en el de la Expectacion del parto, como uno de los actos más sublimes que prepararon el más grande de los milagros, el más grande de los misterios, y en este nombre cifró la esperanza de alistar muchos fieles á sus piadosas banderas; y no se engañó, porque la misma Señora le auxilió en su gloriosa empresa. La sabiduría y virtudes del Beato Simon de Rojas, que explicaremos por extenso al tratar de su vida en esta obra, le habian llevado, á pesar de su modestia y humildad, á ser confesor de la reina de España Doña Isabel de Borbon, y maestro de los infantes sus hijos, y muy estimado del Rey y de toda la corte: acudian á él los poderosos para que les sirviese en sus pretensiones en la real cámara; pero ajeno de toda pretension mundana, empleó todo su favor y valimiento para conseguir los santos fines á que le arrastraba la fervorosa devocion que tenia encendido su corazon por la Vírgen Santísima, y su deseo ardiente de propagar el culto de su dulcísimo nombre. A este fin pidió á los reyes protegiesen, como lo hicieron, sus devotos y fervorosos deseos por medio de una congregacion que habia ideado, y se interesasen con el Pontífice para que «aprobase su pensamiento y le diese su bendicion apostólica concedien-

»do gracias é indulgencias á la congregacion, que á mayor honra y gloria de »Dios iba á establecer en su convento de la Santísima Trinidad de Madrid, »con el glorioso título del *Ave María*, para que resonasen más y más las ala»banzas de la Santísima Vírgen por todas partes, y se extendiese la devocion »á su nombre dulcísimo» considerando á la Señora en su mística expectacion del parto, aurora brillante del sol de gracia que habia de salir de sus purísimas entrañas. Accedió el vicario de Jesucristo á los piadosos deseos del Beato Simon, y establecida la congregacion, con arreglo al breve que la concedia piadosos dones y privilegios, el 20 de Noviembre del año 1611, se acordaron las constituciones que habian de regirla, y se fijó por fiesta principal de los esclavos y esclavas la de la Expectacion del parto de María Santísima, logrando tal crédito esta devocion que, adhiriéndose á ella los soberanos, toda la real familia y muchos señores de la corte, no tardó en llenarse el número de setenta y dos esclavos y setenta y dos esclavas de que habia de constar y consta hoy precisamente, número fijo porque se refiere á los setenta y dos años que vivió María Santísima en la tierra. Con grande consuelo vivió y murió el Beato Simon de Rojas despues de haber logrado extender el culto al dulce nombre de María, cuya salutacion angélica de Ave María debe pronunciar setenta y dos veces todos los dias el que pertenezca á esta congregacion, y no fué corto el gozo que recibió ésta al saber que su glorioso fundador habia sido beatificado. No solo se dedicó y dedica, pues que felizmente subsiste, á pesar de los impíos que tratáran de acabar en este siglo en España con todo lo santo y aun con lo benéfico, esta congregacion á los fervorosos actos de piedad que marcan sus estatutos, debidos á la sabiduría de su fundador, si que tambien tiene por principal deber la caridad de dar de comer á setenta y dos pobres todos los terceros domingos de mes, el dia de la fiesta de la Expectacion, que es la principal, y en otros dias; acto benéfico al que asistian los reyes de España personalmente con su real familia y corte, como todavía ha alcanzado á verlo en el convento de Trinitarias de Madrid el que esto escribe, y al que hoy acuden los hermanos de todas gerarquías, llenos de amor y de alegría, que al servir por sus manos á los desgraciados que allí acuden, deseosos de gozar un dia de la comida de los ricos, porque esta es abundante y regalada, les saludan con la mayor dulzura al entregarles el plato, diciendo: *Ave María*, á lo que contestan los pobres al recibir su refaccion: *Gratia plena*, único lenguaje que se usa en aquel festin, que se celebra ante la santa imágen de nuestra Señora en su advocacion y actitud de la Expectacion beatísima, asistida de los ángeles y del glorioso Beato Simon de Rojas. Muchas fueron las indulgencias concedidas á la congregacion del Ave María por los pontífices Paulo V, Urbano VIII, Benedicto XIV y otros, hasta por Pio IX, que felizmente rige la Iglesia en es-

tos tiempos tormentosos para la Santa Sede, y de todas ellas y de las prerogativas que gozan los Trinitarios y redentores de cautivos, disfruta la corporacion en su altar de nuestra Señora de la Expectacion del parto, en el convento de Sto. Tomás de Madrid, y en su capilla pública y propia, que disfruta desde la fundacion, en el convento que fué de la Santísima Trinidad, y hoy Ministerio de Fomento é Instruccion, calle de Atocha de la misma capital, capilla que á pesar de la impiedad de los tiempos ha podido sostener hasta el dia, y en la cual se venera la misma imágen y mantiene el refectorio ó comedor de los pobres. Cerrada la iglesia de la Santísima Trinidad en lo más fuerte de nuestra revolucion política, el año de 1835, y convertida la Iglesia en colegios de niñas de ambos sexos y cátedras públicas por la sociedad del Instituto español, á la que se cedió por el gobierno; el que esto escribe, con el hermano mayor actual de la congregacion, el Sr. D. Juan Ruiz, ambos esclavos del Ave-María y miembros de la junta de gobierno de la expresada sociedad, lograron sostener como capilla pública dedicada á la Expectacion de nuestra Señora, para uso del Instituto y de la congregacion, el espacioso crucero de aquella magnífica iglesia, separándola del resto por un gran muro, y en esta capilla se sostuvo el culto del Ave-María miéntras que el Instituto poseyó el local; pero lanzada de allí la sociedad para establecer el Ministerio, se cerró y deshizo la capilla, llevándose á Sto. Tomás la imágen de la Vírgen, y á la parroquia de Santa Cruz el cuerpo del B. Simon de Rojas, en donde continuan. —La congregacion de la Expectacion ó del Ave-María fué la fundadora de la casa de Misericordia de esta corte, llamada Hospicio, que construyó de limosnas en la calle de Atocha desde 1668 á 1673; y su beato fundador lo fué de las constituciones del Santo Oratorio del Espíritu Santo de Madrid, y de la primera se originaron todas las asociaciones piadosas del Ave-María que existen en España, Alemania, Flandes, Italia, Francia, en las Indias y otros puntos de la cristiandad, en las que se venera la misma imágen. El rey D. Felipe III y su esposa Doña Margarita de Austria, los reyes sucesores D. Felipe IV, y todos los demás de las casas de Austria y de Borbon, que han reinado en España, inclusa la reina Doña Isabel II, *la Caritativa*, que reina felizmente, se han hecho un deber en ser esclavos del Ave-María en la santa Expectacion de la Vírgen Santísima é igualmente lo fueron desde D. Cárlos y D. Fernando de Austria, todos los príncipes de Asturias hasta el actual Don Alfonso, y todos los infantes desde Doña Ana, que casó con Luis XIII, rey de Francia, Doña María que fué esposa de Fernando III, rey de romanos y emperador de Alemania, D. Fernando, Infante, cardenal y arzobispo de Toledo, hasta los que hoy viven; siendo todos devotos siervos de María Santísima. Cuenta tambien esta Real Congregacion entre los esclavos de la Ex-

pectacion y del Ave-María, pontífices como Clemente IX y otros cardenales, prelados, títulos y grandes de España, que, como los reyes mismos, servian la comida á los pobres, y algunos continuan hoy en este devoto ejercicio, y religiosos de ambos sexos; y además del beato fundador Simon de Rojas, se gloria de contar entre las esclavas á la bienaventurada infanta Sor Margarita de la Cruz, monja profesa en el convento real de las Descalzas de Madrid, cuya causa de beatificacion se halla pendiente en Roma.—La Expectacion de nuestra Señora recuerda desde luego su pureza virginal, y al fundar el B. Simon de Rojas el culto del Ave-María, quiso que se recordase el signo más característico de nuestra redencion, de la que fué aurora la salutacion del ángel, y que esta se repitiese constantemente como la mayor honra que en gloria de Dios podia hacerse á su Santísima Madre, que fué la mujer santa que volvió al mundo la gracia que la primera le habia quitado. Dícese en uno de los himnos de la Vírgen: *Sumens illud* Ave *Gabrielis ore, funda nos in pace, mutans* Evæ *nomen*, por lo que se ve que María es Eva al reves, razon por la que estan al reves las letras de Eva en la palabra Ave de la salutacion del ángel. Colígese, como dijimos en nuestra reseña histórica de la Concepcion, que en defensa de la definicion dogmática hecha por nuestro santo Padre Pio IX publicamos en 1855; colígese fácilmente la consecuencia de esta reversion, que en María sucedió todo al revés que en Eva, pues que si esta fué no solo pecadora, si que tambien causa del pecado original, María fué el Ave que hizo todo lo contrario, porque siempre fué santa, causa de la gracia y en la que nada hubo de pecado original. Por esto dijo S. Epifanio en su libro III *adversus hæreses*, que esta Señora fué enigma con elegancia, *enigmæ igitur Maria*, porque en ella sucedió todo lo contrario que en Eva. Séanos permitido continuar algun tanto lo que en aquel escrito dijimos acerca de la salutacion angélica en este lugar, porque dirigiéndose á la honra de la Señora y á las prácticas de la congregacion de Nuestra Señora de la Expectacion, de la que nos honramos ser humilde esclavo, nos llena de gozo cuanto ensalza á la gran Madre de Dios, gozo de que creemos participarán con nosotros todos los fieles verdaderos amantes de la Señora. «La palabra Ave significa alegría, lo que da á entender que se »concibió en gracia, y que logró las luces del cielo, y así es que el piadoso »Ruperto, abad (lib. III, *in Gant.*) dice que los ángeles en el cielo fueron »los primeros que celebraron la fiesta de la pura Concepcion de María; y sien»ta Pedro Galatino (*lib. de arcanis*) que la Vírgen fué concebida en gloria, y »que vió la luz de la gracia en su Concepcion, opinion que confirmaron mu»chos santos Padres. Siguiendo este asunto el erudito Mellado dice que debe »advertirse: que cuando el ángel saludó á la Vírgen, no dijo María, sino solo »*Ave, gratia plena* (S. Lucas, c. I), y que esto fué porque se encontró con la

»gracia primero que con María,» de lo que se infiere fácilmente que ántes estuvo la gracia en María que la naturaleza, y de este modo opinó S. Juan Damasceno. Conforme con esta idea S. Epifanio hizo ver en su oracion laudatoria á la Vírgen, que hubo primero que en María, disposicion en sus padres para concebirse, razon por la que se llamó su madre ANA, que quiere decir *gracia*, y el padre IOACHIN, que significa *disposicion*. Siendo la disposicion primero que la forma, en opinion de los filósofos, la disposicion gracia fué ántes que la forma María, habiendo querido Dios que todo se dispusiese para recibir á su Santísima Madre, se hiciesen los oidos á oir disposicion de gracia ántes de que oyesen el nombre de María, y se purificasen los labios con la gracia ántes de nombrarla, y los elementos para repetir y recibir el divino eco de tan dulce voz. Los demás santos tienen una parte de la gracia, pero, como dice S. Gerónimo en su sermon de Asuncion, en María se halla esta en toda su plenitud; porque como se dice en el libro de los Cantares, no hubo mancha alguna en ella, *et macula non est in te*. Dice S. Agustin al hablar de la natividad de la Vírgen, que en las palabras *Dominus tecum* quiso decir el ángel á María: el Señor está en tu alma, Señora, mejor que en mí, ni que en todos los coros de los ángeles; y este mismo santo doctor en el lib. III *De civitate Dei*, cap. IX, dice: «que los ángeles fueron creados en gracia desde el primer instante de su ser; y confesando la fe que fué María reina de los ángeles, no habia de ser la soberana ménos que sus vasallos;» y por lo tanto debió tener esta gracia en su primer ser, siendo más que ellos despues, porque algunos de aquellos llegaron á pecar despues de su gracia especial, y María estuvo siempre tan asistida de los auxilios divinos, que no pudo cometer ni aun pecado venial, por haberla confortado y prevenido Dios, que la confirmó aun en mayor gracia que sus apóstoles. Las palabras del ángel, *Benedicta tu in mulieribus*, contienen, en el sentir del P. Mellado, la justicia original, porque la palabra *benedicta* equivale á la de *libera* ó *exempta*, como lo fué María entre todas las mujeres en su pura Concepcion. El referido autor ve una significacion profética del triunfo de la Vírgen sobre el demonio en lo que cuenta la Sagrada Escritura de la famosa Jahel que quitó la vida al tirano Sísara con un clavo, pues que si aquella con el clavo libró al mundo de un enemigo de Dios, María, con los clavos de su divino Hijo, hizo tiro á la cabeza de los pecados, que es el original provenido de la cabeza de Adan, alcanzando victoria del demonio. *Et benedictus frutus ventris tui*, dijo el ángel, y no podia ser otra cosa, pues que siendo bendito el árbol, debia serlo tambien el fruto, sintiendo S. Bernardo sobre esto en su homilía IV, *super missus est*, que Jesucristo fué tan santo por ser Hijo de María, que aun cuando no fuera hijo de Dios, lo fuera por serlo suyo; y se funda el Santo en que el ángel dijo á María (S. Lucas, c. I), *Señora*,

lo que nacerá de Vos Santo, será llamado Hijo de Dios, de lo que deduce que segun el ángel, para nacer de su vientre sería santo, por lo que bastaba á Cristo nacer de esta Señora para ser santo, aunque no fuese santo por ser Hijo de Dios. Dice el P. Mellado que la voz Jesús vale tanto como Salvador, y Salvador significa propiamente salvar á uno de un peligro ántes de caer en él, en lo que se diferencia de *Redentor*, que expresa el salvar ántes ó despues de haber caido, pretendiendo en esto que se pone Jesús en la salutacion angélica, para dar á entender que Dios salvó á María ántes que la tocase la culpa original, y así parece decírselo la misma María cuando exclama: *Magnificat anima mea Dominum, quia fecit mihi magna qui potens est et exaltavit spiritus meus in Deo salutari meo* (S. Luc. cap. I). El nombre de Señora, que se da á la Vírgen, la conviene pues que no fué esclava de la culpa sino de Dios, segun se deduce de la contestacion que dió al ángel: *Ecce ancilla Domini*; y el ser Madre de Dios la hace imposible de pecado original, como se deduce por S. Ulpiano en su libro *De Lege Principis*. En efecto, no cabe en el entendimiento humano que la Reina de los ángeles dejase de gozar de la misma hidalguía de su Hijo, que fué libre por su naturaleza de todo pecado, razon por la que no podemos ménos de decir con Gerson en la Concepcion de la Vírgen: *quid si ad datur ad posse Dei, quod Ave debuit ipsam dare matri suæ*. En fin, llamamos á María nuestra abogada, y siéndolo, no puede ser rea comprendida en la culpa de aquellos por quien aboga é implora, sino limpia completamente, como aquel de quien fué hija á la par que madre y esposa divina. Y siendo así, y sabiendo todas sus excelencias y lo que de ella habia de venir, pues que lo llevaba en sus purísimas entrañas, ¿cuán ardientes no debemos suponer piadosamente sus deseos, al acercarse su parto, de ver cuanto ántes hecho hombre á su Dios, á su Padre, á su Esposo y á su amantísimo Hijo? ¿Cuánto no debemos considerar en su divina expectacion, y cuanto no esperar de su gracia y de la misericordia divina los que nos tenemos por dichosos en contarnos entre los esclavos de María, conservadores de este culto? Considerada tambien en la expectacion del parto la Purísima Concepcion de María, no podemos resistirnos á los impulsos del amor que profesamos al Señor, que nos obliga á repetir en este lugar el cantar de los sevillanos cuando el año 1617 declaró el papa Clemente XI fiesta de precepto la de la Purísima Concepcion de María, cancion dirigida al Santísimo Sacramento en la octava del Corpus, que ya dimos á conocer en nuestra citada defensa de esta definicion dogmática:

Dios para darse en comida
En este pan celestial
Tomó la carne escogida

De María concebida
Sin pecado original.
En esta mesa tan bella
Puso la carne María,
Porque Dios no la tenia
Si no la tomára de ella.
Dios á los hombres convida
Y les da su cuerpo real,
En la carne recibida
De María concebida
Sin pecado original.
Si para contra el pecado
Hizo Dios este manjar,
¿Cómo habia de tomar
Carne donde hubiera estado?
Es el manjar de la vida
En que Dios puso el caudal,
Y es la sangre esclarecida
Que le dió la concebida
Sin pecado original.

Nuestra Señora, en su santa expectacion del parto, que el vulgo llama de la *O* por las razones dichas en un principio, así como en todas sus excelencias y nombres, es, segun el lenguaje de los esclavos del Ave María, amaestrados por su dichoso fundador el expresado B. Simon de Rojas, «paraíso de deleites, en quien se plantó el árbol de la vida, con cuyo fruto nos libramos de la muerte; arca verdadera de Noé, maravillosamente fabricada por el artífice soberano del cielo, para guarda de los hombres; arco hermosísimo y señal de paz con cuya vista se acuerda Dios del pacto y confederacion de amistad que tiene hecho con los pecadores; esclarecida zarza de Moisés en quien estuvo la llama de fuego sin quemar su integridad y virginal pureza. Y en esta consideracion sus esclavos se acogen á María saludándola como el ángel, y así como el santo profeta David hablando con Dios, le decia que era suyo y le salvase, así ellos dicen á su señora: «Tuyos »somos, domésticos de tu casa y no dudamos de conseguir la salud, pues »que si á los foragidos alienigenas y etiopes amparas y reduces á la luz de la »fe, cuánto más no lo harás con tus domésticos? Es verdad, Señora, que somos »grandes pecadores, pero tú eres Madre de pecadores y por ellos Madre de »Dios, y por lo tanto no puedes menos de recibirnos si no por hijos, á lo »ménos por esclavos. Muchos son, Señora, los títulos por donde nos has de »mirar como tuyos, porque si los esclavos se compran, tú nos compraste »dando materia para nuestra redencion, que fué tu virginal sangre. De

»esas barras de oro se hicieron las doblas que dió nuestro Jesús por nosotros, »dándoles á ellas valor con el sello de su divinidad. Y si los esclavos se he»redan, vos nos heredasteis muriendo vuestro hijo Jesús en la cruz sin hijos »naturales, despues de habernos comprado con su sangre. ¿Y quien sino »vos, Señora, nos habia de heredar? Y si por conquista algunos son es»clavos, tú nos conquistaste pisando la cabeza á Satanás y sacándonos de su poder, por lo que de todas maneras eres nuestra señora, y nosotros esclavos »de MARIA, que quiere decir señora. Y pues somos tuyos, os suplicamos »nos selleis como á esclavos con el sello de vuestras reales armas, y sean las »letras AVE MARIA en lugar de S, y en vez de clavo traspase nuestro cora»zon un amor fortísimo que dure en nosotros hasta que muramos diciendo: »AVE MARIA. Y si por nuestra malicia nos entregáramos á Satanás, desde »ahora decimos que no se atribuya al nombre de esclavos, porque tú no »pierdas algo de tu honra, sino á nuestra flaqueza, de la que solo puede »esperarse este fruto, que como tierra ingrata, en lugar de flores da espi»nas.» Seguramente que no puede verse plegaria más fervorosa y que más dignamente manifieste la devocion y amor de los fieles á la Vírgen Santísima, que esta que sin duda inspiró la misma Señora á su humilde esclavo el B. Simon de Rojas para que la enseñase á sus hijos del Ave Maria, que la pronuncian al profesar en esta pia congregacion y en todas las festividades de la Señora. — B. S. C.

O (Fr. Juan de nuestra Señora de la), y Fr. Lorenzo de S. Nicolás. Padre é hijo religiosos recoletos de S. Agustin. Fr. Juan, en el siglo Juan Martin, hijo de Domingo Martin y de Ana Rodriguez, nació en la Mata, pueblo de la tierra de Maqueda, arzobispado de Toledo, año de 1565, y se crió en Madrid, donde estudió la arquitectura, y llegó á ser uno de los buenos profesores de aquella corte. Contrajo matrimonio con María Gerbao, natural de Madrid, año 1589; adquirió razonable caudal, y se hallaba con cuatro hijos varones, cuando persuadido de un señor, determinó pasar á Indias con buen sueldo. Llegado á Sevilla, murió allí su mujer de una pesadumbre, movida de un robo acaecido en la casa adonde fueron á parar en la calle de Francos, atribuido á Juan por ser forasteros. Iban á prenderle los alguaciles sin otro exámen; pero un amigo suyo los disuadió de ello, informándolos de su honradez, y quedando por fiador de su inocencia: empezó la peste en Sevilla, año 1598, y duró hasta 1600, de cuyas resultas le quemaron la mucha ropa y otros muebles que sacó de Madrid, conservando solo algun dinero, con el cual determinó volver á esta Corte, trayéndose á su hijo último, Fr. Lorenzo, que solo tenia seis años, por haber muerto los otros tres de la peste. Hizo el viaje á pie, porque no pudo hallar quien le vendiese ni alquilase una caballería. Por venir de lugar apestado, tampoco

halló posada en todo el camino: dormia al descubierto, ó en algun pajar: en los lugares le daban la comida en la punta de una vara. Para complemento de sus trabajos le acometió la peste, de que se curó él mismo. Llegado á Madrid, pudo entrar á costa de algun dinero; mas olvidando los sentimientos de humanidad y los lazos fraternales, no quiso recogerle una hermana suya. Se fué á la Mata, en donde los parientes le albergaron, y dejando en poder de uno de ellos al niño Lorenzo para que aprendiese á leer y escribir, pasó á la Puebla de Montalban, donde estuvo trabajando cuatro años como oficial; y despues de varios acontecimientos, el principal de los cuales fué haberle atribuido una muerte violenta que acaeció en la Puebla, por lo que estuvo un año preso, hasta que despues de varias sentencias, por la última de apelacion en la chancillería de Granada salió de la cárcel libre y sin costas, declarándole inocente y honrado. Tornó á la Mata despues de este tiempo, y habiendo recogido á su hijo, que ya tenia once años, se restituyó á Madrid, donde tomó el hábito de lego descalzo agustino el dia 17 de Diciembre de 1606, víspera de la Expectacion de nuestra Señora, ó de nuestra Señora de la O, cuyo nombre tomó entónces. Le trasladaron inmediatamente á Jarandilla á pasar el noviciado, y á dirigir y construir la obra del colegio que tiene allí su religion, donde profesó al año siguiente, y continuó trabajando otros cuatro. Cuando Fr. Juan pidió el hábito para sí, le pidió tambien para su hijo, al que se le negaron por tener poca edad; pero le enviaron á estudiar la gramática á Jarandilla, donde le encontró su padre, y de donde se huyó á Madrid á aprender la arquitectura. —Construyó varias obras en conventos de su Orden; la primera fué la del dicho colegio é iglesia de Jaramilla, en que ocupó cinco años. Otra fué la iglesia del de la Nava del Rey; ántes de ir á la Nava volvió á Madrid, donde halló á Lorenzo adelantando en su profesion; pero muy ajeno de ser religioso como deseaba Fr. Juan. Pudo, no obstante, lograr que le acompañasen á la Nava, donde ambos permanecieron dos años construyendo la iglesia, con lo que adelantó el hijo mucho en la práctica; despues trabajó en la de Recoletos de Madrid, de órden toscano arquitrabado, concluida el año 1620. Reedificaron más adelante la cornisa de la capilla mayor y crucero con diseños de Donoso, cuando se colocaron los sepulcros de los marqueses de Mejorada. Murió en Toledo por los años 1647, á los ochenta de su edad, habiendo sido cuarenta religioso, seis viudo y diez casado. Antes de ir á Toledo, donde murió, residió Fr. Juan por los años 1633 en el convento del desierto de la Viciosa, término de la villa de Deleitosa en el condado de Oropesa, el que tambien construyó con su iglesia, por haberse incendiado el antiguo el año 1606. — Acerca del año de su muerte copiaremos lo que consta en el libro primitivo de estado del convento de Recoletos de Toledo, que al fólio 5 dice así:

«El año 1637 principió la nueva planta de iglesia y casa, que trazó el her»mano Fr. Juan de la O, maestro de la religion. Prosiguió esta fabrica maes»trándola el dicho H. Fr. Juan de la O hasta el año 1645, á fin de Enero, »en que Dios nuestro Señor se lo llevó para premiarle tantos y tan lucidos »trabajos, como hizo en toda la religion para gloria de Dios y crédito de »ella.»—Fr. Lorenzo de S. Nicolás nació en Madrid el año 1595, y fué bautizado en la parroquia de S. Ginés; despues de haber aprendido las primeras letras en la Mata, vino á Madrid con su padre, y resuelto éste á entrar religioso, pidió y consiguió el hábito para los dos. Como Fr. Lorenzo no tenia más que diez á once años, no se le dieron entónces, y le enviaron á estudiar á Jarandilla. A poco tiempo abandonó la vocacion y el estudio, y se volvió á Madrid. Su padre lo puso con un arquitecto amigo para que estudiase la profesion á que le veia inclinadísimo. Empezó por las medidas del Romano, siguió con otros autores, y se aplicó al diseño. Cuando su padre fué á construir la iglesia de la Nava del Rey le llevó consigo. A los dos años volvieron á Madrid, y renovándose la vocacion de ser religioso, tomó el hábito de lego de la misma Orden que lo era su padre, á la edad de diez y seis años. Ya profeso en Madrid desde el dia 25 de Diciembre de 1612, y con más quietud, buscó maestros que le enseñasen fundamentalmente la aritmética y geometría, y continuó el estudio y práctica de la arquitectura con su mismo padre. Ascendió despues Fr. Lorenzo al sacerdocio á los veinte años de lego, y en el de 1631, ó á lo más en el de 1632, pidiéndolo su padre á la religion en premio de lo que él habia servido, empezó á dirigir por sí solo algunas obras.—Viendo la gran falta que hacia en nuestra lengua un libro que comprendiese los principios de la aritmética y geometría, y la teórica y práctica de la arquitectura (pues aun cuando en varios idiomas habia muchos escritos de esta profesion, con dificultad se alcanzaban estos libros, por ser raros y de mucho precio, y cuando los principiantes lograban algunos, los revolvian ansiosos sin entenderlos), se dedicó á escribirle. El año 1633 publicó la primera parte con el título de *Arte y uso de la Arquitectura*, que examinó y aprobó de órden del Consejo Real Martin de Godayre. Luego que salió á luz, otro arquitecto, llamado Pedro de la Peña, puso á esta obra varias objeciones, y las presentó al Consejo, pretendiendo se suprimiese. «Hizo mucho ruido en la corte, los bien intencionados hablaban bien y de»fendian el libro, como lo hizo D. Luis Carduchi, catedrático de matemá»ticas, y otros que seguian su parecer, como el maestro Martin de Goday»re; pero los poco afectos seguian á Pedro de la Peña, y se dejaban decir »que porqué habia de haber impreso el arte un fraile.» El Consejo no impidió la venta del libro, pero mandó á Fr. Lorenzo respondiese á las objeciones. Hízolo así, y el Consejo impuso silencio al impugnador, y permitió al

impugnado imprimiese la respuesta. No lo ejecutó por entónces, reservándolo para cuando publicase la segunda parte de su obra, que salió á luz el año 1664, y se puede reputar por suplemento y correccion de la primera. Como su ánimo en una y otra fué escribir para los principiantes en la facultad, y darles en un solo libro la doctrina de los autores clásicos en cuanto á la organizacion y dimension de los órdenes, puso en la segunda parte un resúmen de lo que sobre este particular enseñan Vitruvio, Sebastian Serlio, Andrea Paladio, José Viola, Diego Sagredo en las *Medidas del Romano*, Juan de Arfe, Jacome de Vignola y Vicencio Scamozi; dando tambien una ligera noticia de las obras de Pedro Cataneo, Antonio Labaco, Leon Baptista Alberti y Juan Antonio Busconi, y poniendo al fin una traduccion de los libros quinto y sétimo de Euclides, con los comentarios de Clavio, hecha la del quinto por Antonio de Nájera, cosmógrafo mayor en los tres partidos de la costa de Cantabria, y la del séptimo por D. Juan de la Rocha, maestro de los caballeros pajes del Rey. Reimprimió la primera parte el año 1667, y añadió á ella el primer libro de Euclides, tambien con los comentarios de Clavio, traducido por el mismo Nájera. Esta obra sería muy útil si Fr. Lorenzo hubiera sabido darla el método y precision que debiera tener para que fuese fácil el cotejo de unos autores con otros, como lo ejecutó despues un arquitecto de Vicenza en Italia, en un libro en fólio en el año 1741, con este título: *Architettura di Andrea Palladio vicentino, nella qualle sono ridotta in compendio le misure è le proporzioni delle cinque ordini de architettura del medessimo insegnate ed anche da molti altri è trate de fabriche antiche*. El método que sigue es poner en una estampa cinco columnas de cada órden segun las medidas y proporciones de Vitruvio, Serlio, Vignola, Palladio y Scamozi, y en frente una tabla de estas medidas, en la cual con solo una mirada se ve la diferencia de todos los órdenes; despues otras estampas con los diseños de cada órden en grande, segun la doctrina de cada autor separadamente, y al fin de cada órden los diseños y proporciones de algunos edificios antiguos: todos con sus tablas y medidas por menor en frente.—Es tan conocida esta obra de Fr. Lorenzo, que podemos dispensarnos de dar más noticias de ella. Merece estimacion, y es útil para canteros y albañiles; pero ignora lo que es arquitectura quien crea que con ella se pueden hacer arquitectos. Escribia con naturalidad, pero sin arte, órden, método ni erudicion; por falta de lo cual cae en equivocaciones que manifiestan ignorancia. Compendió esta obra José Ignacio de Arizavaleta en Vergara el año 1724. No se ha impreso, y el manuscrito se conserva en aquella villa. De Vitruvio dice que fué griego.—Fué este religioso el último arquitecto del siglo pasado que conservó en parte la solidez y el buen gusto que reinaba al fin del antecedente. Hizo muchas obras, aunque no de

considerable magnitud, porque como él mismo decia, alcanzó un tiempo en que no estaba España para emprender edificios grandes, sino para conservar los ya construidos. Diez y seis fueron las iglesias y capillas que planteó con sus manos. Lo dice él mismo en la segunda parte de su obra, capítulo 55. En Madrid construyó la capillita dórica del Desamparo de Cristo de la iglesia de Recoletos; la iglesia de las monjas de S. Plácido, que así en la planta como en la elevacion es muy linda, usando en el anillo de la media naranja la cornisa compuesta de Vignola; la cúpula de la parroquia de S. Martin, y la capilla del Santísimo Cristo, en la cual tuvo muy poco acierto. En Salamanca trazó la iglesia del convento de su Orden, que ejecutó Fr. Pedro de S. Nicolás, discípulo suyo. En Talavera construyó la capilla mayor de la iglesia de nuestra Señora del Prado, donde puso una cornisa compuesta, de invencion propia, que no merece elogio, é hizo el cuarto cimborio de madera que se vió en España, á imitacion del que Francisco Bautista habia hecho en el colegio imperial de Madrid: ántes habia ejecutado Fr. Lorenzo el segundo en la capilla expresada de Recoletos, y trazado el tercero para la iglesia de su convento de Salamanca. En Toledo la cúpula de la iglesia de la Vidapobre, en Villaseca otra cúpula, y en Colmenar de Oreja la iglesia de las monjas descalzas Agustinas.—En la primera parte de su obra pone algunos fachadas de iglesias que ejecutó; pero no dice donde. De resultas de haber publicado esta primera parte, le ofrecieron títulos de maestro mayor de la Alhambra de Granada, de la catedral de la misma ciudad y de toda Andalucía. No quiso admitirlos, y se manifiesta pesaroso de ello, sin duda porque recaerian despues en malas manos.—El año 1667, cuando publicó la segunda parte de su obra, tenia setenta años de edad. Ignórase cuánto vivió despues, y sin duda moriria en Madrid, en su convento, en el último tercio del trienio del priorato, que comenzó en Abril de 1677, segun la breve apuntacion del libro de definidor del mismo convento, que viene á ser el año de 1679, á los ochenta y cuatro años de edad.—Dice el P. Fr. Pedro de Jesús en la descripcion del templo nuevo de los Agustinos descalzos de Granada, que publicó en aquella ciudad el año de 1695, «que cuando se trataba de hacer la planta de la iglesia, y dar »principio á la fábrica, fueron de Madrid dos maestros religiosos del mismo »Orden, siendo uno de ellos Fr. Lorenzo de S. Nicolás, el que escribió un »libro de Arquitectura.» Por lo que es creible que hubiese hecho la traza de aquella iglesia.—O. y O.

OBADIA, hijo segundo de Ozi, de la tribu de Isacar. (I Par., VII, 3.)

OBANDO (D. Francisco de Rivera y), único de este nombre entre los obispos de Segovia. Tuvo por patria á Cáceres, en el obispado de Coria, y por padres á D. Francisco Rivera y Doña Leonor de Vera y Mendoza. Fué

del hábito de Alcántara y colegial en el colegio que tiene la órden de Alcántara en Salamanca, inquisidor de Barcelona y del Consejo supremo de la santa Inquisicion, y sirviendo al rey D. Felipe II en el viaje de Aragon le presentó por obispo de Segovia. Pasó la gracia la Santidad de Sixto V, y despues de haber asistido en una junta, donde se trató de la correccion de los moriscos de España, fué á su iglesia y entró en ella en 22 de Julio de 1587. Vivió en el obispado ocho semanas, y murió en 15 de Setiembre, y su cabildo le dió sepultura entre los dos coros de su iglesia.—O. y O.

OBANDO (licenciado Ivan de), bachiller en leyes. Natural de Castro-Cesaris, Cáceres, del obispado de Coria. En el colegio viejo de S. Bartolomé, en donde entró en 1547, se graduó de licenciado en leyes, y llevó la cátedra de código. Salió el año de 1556 por provisor de D. Fernando Valdés, siendo arzobispo de Sevilla, quien por los méritos que le adornaban le hizo muchas mercedes y le dió comision de inquisidor apostólico, como inquisidor general, de que no usó por su modestia. Despues, el año de 1559, hallándose vacante una canongía en la iglesia de Sevilla por muerte del licenciado Alderete, se le confirió tambien. Residiendo en su oficio y canongía, por la gran satisfaccion que de su saber y virtud tenia la ciudad de Sevilla, suplicó esta á S. M. le hiciese regente de la Audiencia, lo cual no tuvo efecto. En el año de 1564 fué nombrado reformador de la universidad de Alcalá, y en el de 68 le hizo el Rey visitador del Consejo Real de Indias y de su Consejo de la Inquisicion, y por el mes de Setiembre de 71 le hizo presidente del Consejo de Indias, con la mayor potestad y jurisdiccion que se habia visto. Tres años despues era presidente del Consejo Real de Hacienda, el primero que obtuvo en él esta dignidad. Murió en 8 de Setiembre de 1575.—O. y O.

OBANDO (M. Rdo. P. Fr. Juan de), hijo del ilustre colegio mayor de Alcalá de Henares y de la provincia de Santiago, como quiere Wadingo. Natural de la noble é ilustre villa de Cáceres, en Extremadura. Pertenecia á una familia muy conocida en aquella tierra. Despues que acabó las tareas de la cátedra, enseñó muchos años teología en la universidad de Salamanca. El Rmo. General de la Orden, sabiendo su ciencia, talentos y acertado manejo de negocios, le eligió secretario suyo. Dió á la prensa muchas obras eruditas, cuales son : *Expositionem in symbolum Apostolorum;* Alcalá, 1593, en 4.°—*In tertium Sententiarum.—Ceremoniale officii divini ab aliis compositum;* Toledo, 1597, etc. Vivia este docto Padre el año de 1609, por testimonio del citado Wadingo.—O. y O.

OBDIA ú Obdías, hijo de Arnan y padre de Sechenías. (I Par., III, 21.)

OBDIA, hijo de Asel, de la raza de Saul. (I Par., VIII, 38.)

OBDIA, hijo de Semeia, de la familia de los levitas. (I Par., IX, 16.)

OBDIAS, uno de los valientes del ejército de David, que fué á reunirse

con él en el desierto, con otros muchos de la tribu de Gad. (I Par., XII, 9.)

OBDIAS, uno de los que el rey Josafat comisionó para enseñar al pueblo de las ciudades de Judá. (II Par., XVII, 7.)

OBDIAS, personaje de los principales de Judá, que con otros firmó la alianza que Nehemías renovó con el Señor. (II Esdras, X, 4.)

OBECO, obispo de Tuy, cuyo nombre, segun Sandoval, significa Diego, y Argaiz dice que Eneco. Era nombre bastante usado entre los antiguos, y se halla con las terminaciones de Obecus y Obeco. El tiempo en que vivió este obispo lo declara una escritura de D. Ramiro II, hecha á favor de San Isidro de Dueñas en la era 973, año de 935, que entre otros fué confirmada por *Obeco*, *Tudensis sedis episcopus*, como refiere Sandoval tratando de esta iglesia. Esto fué despues de D. Alfonso IV, y por tanto, sucedió Obeco á Naustio; pero vivió poco tiempo, pues luego hay noticia del que le sucedió, llamado Vimara ó S. Bimarasio.—O. y O.

OBDULIA (Sta.), vírgen. Lo único que se sabe de esta Santa es lo que dice Florez, tomo VI de su *España Sagrada*, esto es, que hacen memoria de su santidad y la llaman vírgen el *Martirologio Romano*, el *calendario Muzárabe* y el *Breviario Toledano*, anterior á la edicion del Muzárabe. Los oficios nuevos de aquella iglesia le añaden el título de mártir. Se venera su memoria el 5 de Setiembre.—M.

OBED, padre de Gaal. (Judith, XI, 26.)

OBED, hijo de Booz y de Ruth, padre de Isaí y abuelo de David. (Ruth, IV, 17.)

OBED, hijo de Ophlal y padre de Jehú, de la tribu de Judá. (I Par., II, 37.)

OBED, padre del profeta Azarías. (II Par., XV, 1.) El texto hebreo y muchos ejemplares latinos y griegos dicen Oded y no Obed.—M.

OBEDEDOM, hijo de Idithun, levita, y padre de Semeias, de Jozabad, de Joaña, de Sachar, de Nathanael, de Ammiel, de Issachar y de Phollatí, Y fué tan numerosa su progenie, dice la Sagrada Escritura, porque el Señor le bendijo, y he aquí el motivo de esta bendicion. Cuando David trasladó el arca de la alianza á la ciudad de Jerusalen, Ozza, creyendo que iba á caer, se atrevió á sostener con sus manos el arca del Señor, y en castigo Dios le hirió y mató instantáneamente. David, atemorizado con este suceso, no se atrevió á trasladar el arca al lugar que le tenia preparado en su casa y la depositó en la de Obededom, que estaba situada cerca del lugar en que murió Ozza. Mas léjos de causar la presencia del arca el menor perjuicio á la familia de este levita, la colmó el Señor de bendiciones, lo que animó á David á trasladarla algunos meses despues al paraje que la tenia reservado, y Obededom y sus hijos fueron en adelante los guardas de las puertas del templo.

El libro II de los Reyes llama Etheen á Obededom, sin duda porque era natural de Gethremmon, ciudad de los levitas, situada á la otra parte del Jordan. (Josué, XXI, 24, 25.)

OBEJERO y LLAMAS (D. Gregorio de), cura párroco de Olmillos de Valverde de la provincia de Zamora y obispado de Astorga, cerca de Benavente, nació en esta villa el 28 de Junio de 1779. Allí empezó desde niño sus estudios de humanidades y latinidad, y en la universidad de Valladolid la filosofía, en la que se graduó de bachiller. Siguió los estudios de la teología en dicha universidad, donde regentó algunas cátedras, y concluyó su carrera eclesiástica con el mayor lucimiento. El pueblo de Olmillos, su patria, brindaba á la imaginacion del jóven Llamas y Obejero con todos los encantos de la vida. Obtenido este curato, renunció á cuantos otros pudieran darle superiores en categoría y en rentas, y á lucir en las catedrales é iglesias importantes sus dotes oratorias, como sin gran dificultad lo hubiera conseguido, en especial en épocas en que se le ofrecieron ventajas considerables. Su curato, situado en posicion amena, alegre y cómoda, era más á propósito para sus estudios filosóficos y poéticos que el ruido y pompa de las ciudades y grandes poblaciones. Presto dió á conocer su gran facilidad y erudicion en la poesía: varios prelados conocieron su mérito, y algunos, en especial el Ilustrísimo Sr. Amat, le animaron á que continuase su obra de versificacion castellana de toda la Sagrada Biblia en diferentes metros; trabajo ímprobo, y en el que empleó bastantes años el tiempo y horas que se lo permitia su sagrado ministerio de párroco. No se contentó con la versificacion, cuyo mérito principal está en la fidelidad y sentido exacto del sagrado texto, sino que además la enriqueció con notas muy eruditas para la inteligencia de su poesía y trabajo bíblico. Diez tomos regulares en 4.° tenia para dar á la prensa, pero la escasez de medios le privó de realizar este deseo, é igualmente á muchos que lo solicitaban, y por último, la muerte que le acaeció en 18 de Setiembre de 1851, á los setenta y dos años de su edad.—O. y O.

OBERBIN (Jeremías Jacobo), sabio francés, nació en Estrasburgo en 1735, estudió teología y se dedicó especialmente á la parte arqueológica de los libros santos; estuvo sucesivamente encargado de varias cátedras, y despues de la direccion del gimnasio de Estrasburgo (1787). En 1793 sufrió un arresto de tres meses, y de regreso á su ciudad natal, explicó todavía con bastante éxito un curso de bibliografía; murió en 1806. Habia sido nombrado socio de la Academia de Inscripciones y corresponsal de la del Instituto. Se le deben muchos manuales elementales (en aleman) que se adoptaron en varias escuelas de Alemania, y ediciones muy estimadas de Horacio, 1788; de Tácito, 1801. Su hermano J. Federico, párroco en Ban-de-la-Roche (Vorges), fué uno de los bienhechores de toda aquella comarca.—O. y O.

OBERDORFF (Fr. Lucio de), religioso de la provincia del Tirol. Habiendo nacido en un lugar ilustre y sido educado en cristianas y religiosas virtudes, deseoso de más perfeccion determinó abrazar desde muy jóven el estado monástico, y quien en el siglo habia logrado vida tan piadosa, en el taller más apto para las virtudes, aprovechó de modo, que poseyendo aquella perfeccion á que llegan los más provectos, admiraban todos en el jóven Oberdorff la abundancia de la divina gracia. Entre todas sus prerogativas sobresalia la continua práctica de la oracion, por lo cual, ansioso de aprovechar el tiempo cuanto amante del retiro, daba á la contemplacion lo que le quedaba despues del estudio de la filosofía y teología. Encendíase su corazon, cuando oraba, en ardientes llamas del amor de Jesucristo; y por eso, luego que mereció el título de predicador, se inflamaba y derretia en el deseo de dar al Señor muchas almas. Armado de este celo ardiente y dotado de una facundia rara en el decir, no solo sacó del cieno de sus culpas á muchos católicos, sino que igualmente convirtió á muchos herejes, con especialidad en Augusta, donde predicó con más frecuencia. Y aunque era tan fuerte y poderoso en la predicacion, se mostraba tan afable y risueño en las disputas con los herejes, como humilde con su modestia, con la solidez de su doctrina, con lo que se conciliaba la amistad de sus contrarios. Fueron muchos los que atrajo á la fe católica con la suavidad de sus conversaciones; y cuando su doctrina, celo y piedad ofrecian en la comun esperanza colmados frutos para la católica Iglesia, lo arrebató la temprana, aunque piadosa muerte, en Augusta.—O. y O.

OBERHAUSER (Benito), religioso benedictino y canonista. Nació en Waizenkirchen, en Austria, en 25 de Enero de 1719, y estudió en Salsbourg. Despues de haber enseñado el derecho canónico en Gurch y Fulda, se vió obligado á salir de esta última ciudad con motivo de sus *lecciones sobre las decretales*, publicadas en 1762, las cuales favorecian la nueva jurisprudencia canónica que se trataba de introducir á la sazon en Alemania. El papa Clemente XIII escribió á Mr. de Bibra, obispo de Fulda, que despidiese al profesor indiscreto, y este se retiró á la abadía de Lambach, en donde habia profesado en 1740. Como era entónces la época en que José II y algunos obispos trataban de introducir un nuevo sistema teológico, los esfuerzos de este religioso benedictino le dieron cierta reputacion, y aun le valieron que el príncipe de Collorero, arzobispo de Salsbourg, le nombrára su consejero eclesiástico. Oberhauser falleció en Lambach en 2 de Abril de 1786. Publicó las obras siguientes: 1.ª *Prælectiones canonicæ in tres priores libros decretalium*; Ambéres (Lanterbach), 1762, tres tomos en 4.°, por cuya obra fué alejado de Fulda. Despues publicó una continuacion en 1765 que el autor no ha querido reconocer por propia, porque el editor dice la ha plagado de ul-

tramontanismo. —2.ª *Apología histórico-crítica diversarum potestatum in legibus matrimonialibus impedimentorum dirimentium*; Francfort, 1771, en 8.°, especie de contestacion al P. Pech, benedictino de S. H. Warzach, en Franconia, y sucesor de Oberhauser en Fulda. —3.ª *Sistema historico-criticum diversarum potestatum; ibidem*, 1782, en 8.°, continuacion de la obra precedente. —4.ª *Compendium prælectionum canonicarum*; Francfort, 1773, en 8.° —5.ª *Thomasinus abbreviatus*; Salsburgo, 1774 y 75, tres tomos en 4.° Y á buen seguro que Tomasino no se hubiera conocido en este compendio, en el que Oberhauser ingirió notas conforme á su sistema. —6.ª *Manuale selectorum conciliorum et canonum*; ibidem, 1716; en 4.° — 7.ª *Specimen cultioris jurisprudentiæ canonicæ*; ibidem, 1777, en 8.°, en el que trata de la primacía del Papa, segun los principios de su escuela. —8.ª *Causa dessisa diversarum potestatum*; Francfort y Leipsig, 1777, en 8.° Este escrito va dirigido contra el jesuita Schmit, profesor de derecho eclesiástico en Eidelberg, quien en sus instituciones habia atacado la doctrina de Oberhauser sobre los impedimentos dirimentes del matrimonio. —9.ª *Fragillæ volantes de causa dessisa;* 1782. Este folleto, con un título tan singular, es una contestacion á otro adversario, el P. Marco Antonio ó Eslad, capuchino de Maguncia, autor de un escrito titulado: *Disquisitio canonica in causam dessisam.* —10.° *Una nueva edicion de sus lecciones sobre las decretales;* Calsburch, 1785, cuatro tomos en 8.° El autor hizo en ella muchos cambios segun mejor le convenia.—11.ª *De virginitate cleri tam secularis quam regularis;* Salsbourg, 1785, en 8.° Coleccion sacada de los Padres y de los Concilios, pero el autor solo vió publicada la primera parte, porque falleció de resultas de una hernia. Las obras de este religioso benedictino han caido en descrédito desde que los acontecimientos posteriores han revelado la tendencia de esos nuevos sistemas. — M.

OBERHAUSER (D. Bernardo), religioso de la órden de S. Benito y natural de los estados del príncipe obispo de Salsbourg. Pronunció los votos monásticos en la abadía de Estal, en Baviera, y enseñó filosofía en Salsbourg y Frisingue. Se conoce de este religioso un curso de filosofía con este título: *Viretum philosophiæ Thomisticæ*, 1725, cuatro tomos en 8.° En 1729 salió un suplemento en 4.° — M.

OBERMAYR (Francisco Javier). Recibido en el noviciado de Viena, en la Compañía de Jesús, hácia el año de 1709, enseñó la filosofía en Buda y en Klagenburf, la teología moral y el derecho canónico en muchas ciudades, y murió en Pasau el 18 de Diciembre de 1760. Escribió varias tésis filosóficas; Buda, 1728. — O. y O.

OBERT (Luis Francisco). La *Biblioteca de los PP. Jesuitas de Backer* le cita como autor de la obra titulada: *Ludus poeticæ viridicæ, sive disserta-*

tiones aramaticæ, piæ, justa ac lapidæ : omnibus veræ pietatis ac Leporis Poetici Amantibus ac Studiosis et expressæ et impressæ tum litteris, tum iconibus. Accedunt elegiæ, epigrammata, etc., 1583.—O. y O.

OBERTO (Beato). Fué aleman, de familia distinguida; pero tuvo gran cuidado en ocultar su ilustre ascendencia para poder seguir los impulsos de la gracia, que le llamaba al monacato, pero que no queria fuese sacerdote, por ser esta, segun su apreciacion, una dignidad muy sublime y superior á los pocos méritos que él decia haber en sí, lo cual ciertamente, aun cuando él lo confesaba con esa ingenuidad propia de las almas grandes, se lo hacia ver así su profundísima humildad, virtud que con la obediencia mas ciega y con un espíritu de suma pobreza fueron los blasones con que se distinguió todo el tiempo que estuvo en el monasterio. Era extremadamente caritativo y muy mortificado, por lo que la mayor parte de los dias daba á los pobres lo que á él le servian en el refectorio, teniendo por toda réplica para cuando alguna vez le hacian alguna reflexion sobre el particular, haciéndole ver la necesidad en que estaba de reservar más para sí, respondia: *No solo del pan vive el hombre;* con lo cual era preciso dejarle en su abstinencia, respetando esa su manera de sacrificarse á su Dios completamente. Bajo tales auspicios le pareció á su abad que nada le cuadraria mejor que el cuidado y asistencia de los hermanos y enfermos, por lo cual le encomendaron este cargo, y para decir cómo lo desempeñó basta saber, por una parte, que duró más de treinta años en este ejercicio, y por otra que él consideraba en todos y en cada uno de los enfermos á la adorable persona de Jesucristo, y como si á su augusta grandeza sirviera, así servia al menor de sus hermanos, y por consiguiente, presteza suma, esmerada exactitud, cuidado el más atento, eran las circunstancias de que se adornaba para el desempeño de su importantísimo cometido. Y no se crea que en este cargo no tenia contrariedades y sufrimientos; léjos de eso, los tenia muy graves, pues que la enfermedad abate siempre y amilana el espíritu, y este amilanamiento y sus consecuencias, más ó menos lamentables, conforme al temperamento del enfermo, caen todas en el enfermero, que unas veces porque no sabemos lo que hacemos, y otras por dar un desahogo á nuestra miserable naturaleza, tiene siempre que sufrir nuestras impertinencias, y el hermano Oberto lo llevaba todo tan bien, que no habia cosa en él que fuese indiferente, pues todas le eran meritorias, atendido el gran espíritu con que hacia desde lo más fácil, sencillo y pronto hasta lo más penoso, molesto y pesado. No hay para qué decir que los pobres enfermos veian en Oberto su verdadero padre, que no solo procuraba para ellos el bien, alivio, consuelo y mejora material, sino lo que más importante es de todo, el alma de todos y de cada uno era para el enfermero un motivo de atencion tal, que para

salvarles ponia él en juego cuantos medios estaban á su alcance, logrando, no sin auxilio de Dios, el que todos los que por él fueron asistidos conocieran y cumplieran con las prescripciones que predisponiendo al hombre para el viaje á la eternidad, le hacen ménos temible el momento en que el Señor pronuncie á cada cual la sentencia que ha de decidir su suerte. Cumplió, pues, perfectamente su cargo por el larguísimo espacio de treinta años, despues de los cuales quiso el Señor que su favorecido siervo experimentase los beneficios de su gracia, cuando ella es una participacion de la cruz de Cristo, redentor nuestro. Acometió al hermano Oberto una enfermedad extraña, nada peligrosa, pero muy molesta, sin que le dejára en su cuerpo un lugar para que se pusiera el dedo que no estuviese sentido y que no experimentase vivísimos dolores, y esto de noche y de dia, en primavera y en otoño, en invierno y verano, por espacio de más de veinte años, que fué una prueba bien grande con que el Señor quiso acrisolarle, y en la cual le encontró sumamente fiel, pues no solo no se le oyó exhalar una queja, sino que con el mejor espíritu y con el más vivo deseo se le veia apetecer mayores sufrimientos, cuando eran sus dolores tan vivos que su rostro marcaba la fuerza con que era acometido por la enfermedad. Así como él era puntual para observar con los enfermos puestos á su cuidado todo cuanto prescribian los médicos durante su enfermedad, apenas quiso que le prestasen ni aun aquellos auxilios que á todos, sino que satisfaciéndose con muy poco, solo lo indispensable les molestaba, y esto rogándoles mil y mil veces un perdon por ningun concepto merecido. Tiempo fué ya, despues de tan largo sufrimiento y de tan invicta paciencia, de que el Señor le concediera un descanso duradero; pero ántes quiso su adorable grandeza recrear el espíritu de su siervo, para que comenzasen por su favor extraordinario los goces eternales que le tenia dispuestos. En efecto, cercano ya el momento de pasar de este mundo al otro, en la noche de la fiesta de S. Esteban protomártir fué arrebatado en éxtasis, donde vió la gloria de Dios, oyó los cánticos celestiales, y pudo contemplar el lugar á que Dios lo destinaba; por lo cual, vuelto en sí, recibió los santos sacramentos, oyó la recomendacion de su alma, fijó los ojos en el cielo, despues de haberse despedido de sus hermanos, y entregó su espíritu á Dios. Sus virtudes comenzaron á propalarse; la Iglesia las declaró heróicas, y permitió en la órden de S. Benito rezar de él con rito doble el 26 de Diciembre de cada año.—G. R.

OBERTO (Francisco de), poeta provenzal, más conocido por el renombre de *Monge de las islas de Oro*, que se retiraba con frecuencia á una ermita de las islas de Hieres. Nació en Génova y descendia de la más antigua é ilustre familia de Cybo. Muy jóven aun, determinó abrazar la vida monástica, á cuyo fin pasó á la famosa abadía de Lerins, donde su nacimiento y su ta-

lento precoz le proporcionaron la más lisonjera acogida en aquel sagrado recinto. Profundo en teología, y tan elegante poeta y buen retórico como versado en las demás artes liberales, sus cofrades le confiaron el arreglo y orden de su biblioteca, que era considerada la más famosa de Europa por haber sido enriquecida por los condes de Provenza, los reyes de Nápoles y de Sicilia y otros grandes personajes. En la clasificacion y distribucion de su inmenso número de volúmenes halló Oberto una coleccion que contenia las obras de los poetas provenzales, formadas por Ermantere, uno de sus predecesores en el cargo de bibliotecario. Sacó de ella una copia para Luis II, padre de Renato, y así, dice J. de Nostredame, dió lugar á que estos soberanos poetas saliesen del olvido en que yacian para ser expuestos á la luz pública. Oberto, añade el mismo antiguo autor, escribia perfectamente en todos géneros, y pintaba é iluminaba con gusto exquisito. Entre las varias obras que salieron de su pincel se citan las *Horas*, que ejecutó para la princesa Yolanda de Aragon, madre de Renato, las cuales enriqueció con raras figuras en oro, azul y en otros bellos colores. A la variedad de sus talentos reunia todas las virtudes de un verdadero religioso, y falleció en la abadía de Lerins en 1408, á la edad de ochenta y dos años. Además de algunas obras en rima provenzal, fruto de su juventud, dedicadas á la señora de Baulx, se citan de Oberto: una coleccion titulada *Flores de diferentes ciencias y doctrinas*; otra coleccion de *versos provenzales*, *italianos*, *gascones y franceses*, de los cuales se conoce una copia en la biblioteca del Vaticano; otra que contiene las *victorias de los reyes de Aragon y condes de Provenza*; y finalmente, varias *vidas de poetas provenzales*, á las que ha acudido con bastante provecho Juan de Nostredame, y de aquí hemos sacado principalmente estas noticias. No será inútil recordar que los autores tildan de inexacto y exagerado á Nostredame. — M.

OBICINI (Tomás), celoso misionero de Levante. Nació en Nou, cerca de Novara, de donde tomó el nombre de *Thomas à Novaria* con que comunmente se le designa, diversidad que ha hecho incurrir á algunos en el error de creer que eran dos autores distintos. Obicini pronunció sus votos religiosos en la orden de Menores de S. Francisco, y desde luego fué destinado á las misiones de Levante. Su inextinguible celo y el abundante fruto que recogió, fueron recompensados con el nombramiento de comisario apostólico y el de guardian del convento de su Orden en Jerusalem. El mismo Obicini nos dice que durante su permanencia en Oriente, empleaba los momentos que le dejaban libre los deberes de su ministerio en el estudio de la lengua y literatura árabe, en la siriaca y copta. De regreso á Roma, se le encargó la enseñanza de estos mismos idiomas en las escuelas de su convento, situado en la cumbre del antiguo Janículo, el cual existe aún con el nombre de

S. Pietro in Montario. Por este tiempo fué cuando acabó de dar la última mano á la edicion de su gramática árabe titulada *Djaroumia*. No satisfecho con haber confrontado el texto árabe con muchísimos manuscritos, dió á continuacion una traduccion latina y un comentario, para el cual se valió de los mejores gramáticos árabes. Esta edicion es muy apreciada, pues M. Silvestre de Lacy, en su *Gramática árabe*, cita con elogio los comentarios de Obicini. La edicion que hemos indicado salió de las prensas de la Propaganda con este título: *Grammatica arabica agrumia appellata, cum versione latina, ac dilucida expositione*; Roma, 1631, en 8.° Obicini habia empezado su carrera de escritor literario publicando una pequeña introduccion á la lógica que usaban los novicios de su convento y llevaba este título: *Isagoge i. e. breve introductorium arabicum in scientiam logicæ, ac theses sanctæ fidei*; Roma, 1625, un tomo de treinta páginas en 4.° En los ultimos años de su vida este autor preparaba una edicion de un *Vocabulario siriaco*, ordenado por materias y compuesto en el siglo XI por Elías Barsinee, metropolitano de Nisibe. Este manuscrito fué luego confiado á uno de sus discípulos, que le dió á la estampa en 1636 con el título de *Thesaurus arabico-syro-latinus Thomæ à Novaria*; impresion plagada de faltas tipográficas. Wadingo cita otras obras que el P. Obicini dejó manuscritas, y añade que falleció en su convento de S. Pedro *in Montorio* en 1638; pero debemos creer que esta fecha es poco exacta, porque Aquiles Venerio, editor del *Thesaurus* que hemos ya indicado, impreso en 1636, dice terminantemente en su carta dedicatoria que el P. Tomás Obicini habia fallecido algun tiempo hacia. — M.

OBICIO (S.) confesor. Fué un caballero ilustre y esforzado de Brixia. Tenian entre sí guerra los de esta ciudad contra los de Cremona, y con estos estaban confederados los de Bergonio por los años de 1191, y habiéndose dado batalla, en la cual salieron victoriosos los de su partido, siguieron el alcance y pasando el rio Oliv por un puente, rompiéndose este con el gran peso de gente, cayó con los demás, y habiéndose estos ahogado, le guardó á él Dios milagrosamente, y le sacaron al dia siguiente de entre los cuerpos muertos de sus enemigos; y dijo públicamente que habia sido llevado á los infiernos, y que habia visto que habian bajado á ellos innumerables almas, que eran allí atormentadas con inauditos é intolerables tormentos. Luego que se halló recobrado y convalecido, dejó la milicia, y menospreciando la nobleza de su sangre, que habia estimado demasiado, siendo causa de su vanidad y soberbia, se alistó debajo de la de Jesucristo, en vida pobre y humilde de religioso, y dedicándose perpétuamente al servicio del monasterio de Santa Julia, de monjas Benedictinas, en aquella ciudad, recibió el santo hábito como hermano lego, y resplandeció en gran santidad, obrando por él nuestro Señor muchos milagros. Entre otros fué la sanidad de un arqui-

tecto, cuya mano se habia hecho pedazos cayendo sobre ella un madero; cubrióla y abrigóla con su hábito, y descubriéndola sana, le envió á trabajar á la obra. Llevándole á enterrar, rociaron á muchos enfermos con el agua con que habia sido lavado su cuerpo y todos sanaron, y como una pobre esclava no pudiese alcanzar al agua, tocando la tierra en que habia caido fué libre de una fístula y de otros muchos achaques. En su túmulo sanaron un ciego, un baldado y otros muchos. Celébrase con gran solemnidad su fiesta á 4 de Febrero, dia de su tránsito. —O. y O.

OBICIO Brixiense, canónigo regular de S. Lorenzo Justiniano. Hecho minorita en los Capuchinos de Brixia, provincia ejemplarísima, dió constantes pruebas y grandes testimonios de sus muchas virtudes. Escribió la obra: *Vitæ et gesta Sanctorum Ecclesiæ Brixiensis, figuris plurimis exornata;* 1589, que goza de reputacion entre los bibliógrafos, segun consta en la Biblioteca latina franciscana. —O. y O.

OBIDOS (Gonzalo de). Entre el cardenal D. Antonio Martinez Chaves y éste puso Cerqueira en la reimpresion de Acuña al obispo D. Durango. La cronología de Acuña no permite este órden, porque en el mismo año de 1447 en que murió el cardenal, dice que fué provisto D. Gonzalo, y esto, segun los eruditos autores de la España Sagrada, no permite otro prelado, ni D. Durango puede introducirse despues del cardenal. De todos modos consta que Gonzalo Yañez de Obidos cuidó, como pastor vigilante, de reformar las costumbres de las ovejas. En el año siguiente de 1448 empezó una gran competencia con los Padres de Sto. Domingo, pretendiendo el Obispo extinguir una cofradía que tenian con el nombre de Jesús, sobre lo que excomulgó á los Padres que no le quisieron obedecer, y fulminó la misma sentencia contra cualquiera que entrase en dicha cofradía. Duró la disension más de cinco años. Los Padres apelaron á Roma. El papa Nicolao V dió la mision al prior de Sta. Cruz de Coimbra para el conocimiento de la causa. La sentencia salió en favor de los Padres, que dice Acuña mantuvieron la cofradía y el santo crucifijo que le da el nombre de Jesus. Casi seis años gobernó el obispado, pues de todo aquel tiempo hay escrituras que le nombran con su vicario D. Diego Diaz, canónigo de la misma iglesia, á quien el prelado fiaba los principales negocios. — Falleció en 1454, ó muy cerca. O. y O.

O'BIERNE (T. L.), muerto obispo de Meath, en Irlanda. Nació en 1748 en el condado de Longford. Murió en 1822, y dejó varias obras, una *sobre la muerte de Jesús*; otra, *el impostor generoso;* y una anónima *sobre la última sesion del Parlamento* (1781). — O. y O.

OBITECZKI (Juan). Nació en Podiebrad, poblacion de Bohemia, en el año de 1618, y falleció en Giczin en 1679. Entró en la Compañía de Jesús, á

cuyo enaltecimiento contribuyó con su celo y sus conocimientos. Dejó una obra titulada: *Annus Dominicæ passionis*; Praga, 1670, un toma en 12.°—M.

OBITES (Fr. Gerónimo Cisternes), religioso trinitario calzado, natural de Valencia. Enseñó filosofía en su universidad, y fué varon de gran doctrina y de esclarecidas virtudes; de modo que en Valencia era citado como modelo de pureza en las costumbres y en la direccion de las almas. Su Orden le nombró ministro de varios conventos, y sucesivamente visitador, vicario provincial, definidor y asistente general por su provincia de Aragon. Obtuvo el grado de maestro en 1665, y falleció en su convento de Valencia el 16 de Mayo de 1671. Aunque le adornaba un mérito poco comun, solo se ha impreso de este religioso un *Sermon panegírico de los gloriosos patriarcas S. Juan de Mata y S. Felix de Valois*; Valencia, 1661, en 4.° — Tambien se ocupó en escribir sobre matemáticas, pero estos trabajos no han visto la luz pública porque se perdieron. —M.

OBIZON, canónigo regular de S. Victor y anteriormente médico del rey de Francia Luis *el Gordo*: despues de la muerte de este monarca eligió aquel lugar para su retiro, donde concluyó sus dias, y se le puso el siguiente epitafio en su sepultura:

RESPICE QUI TRANSIS, ET QUIS SIS DISCE, VEL UNDE;
QUOD FUIMUS NUNC ES. QUOD SUMUS, ISTUD AIS.

S. B.

OBORSKI (Nicolás Estanislao Roque), jesuita polonés. Nació en el gobierno de Mazovia y entró en el noviciado de Roma el 3 de Octubre de 1602. Habiendo vuelto á su patria, gobernó sucesivamente los colegios de Dantzig, Lublin y Lemberg. Trabajó con constante empeño en la beatificacion de Estanislao de Koska, y murió en Cracovia el 22 de Octubre de 1646. —O. y O.

OBREGON (V. Bernardino), padre y fundador de la congregacion de hermanos enfermeros del hospital general de Madrid y de otros del reino y del de Portugal, y fundador de otras obras pias en su patria. La caridad en España no es manantial, fuente ni rio, sino torrente abundantísimo del agua de la gracia, que fecunda todo el país, inundándole con sus tesoros. Es planta originaria de nuestro suelo, que da frutos ópimos que mantienen á todos sus naturales en el amor de la humanidad, y roca fortísima contra la que se estrella siempre la impiedad, y que defiende á la pobreza de los ataques de la miseria. La caridad en España no es esa llamada filantropía, que por egoismo y por cálculo socorre al pobre, no para que goce con la limosna, sino para impedirle pedir más de lo que se le quiere dar importunando al poderoso, y para librar á este de los males que traer puede contra él la miseria de los demás; la caridad española es la del Evangelio, aquella caridad

que salió á torrentes del corazon del Salvador del mundo en lo alto del Gólgota, caridad tan grande que le hizo dar generosamente la vida por socorrernos, y hasta enriquecernos á costa de su sangre. Esta caridad predicada y ejercida por el Hombre-Dios, está encarnada en el corazon de los españoles, y pocos pueblos pueden presentar de ella una historia tan brillante, ni tan gran número de héroes que imitasen en esto al Redentor, al divino fundador y maestro de la verdadera caridad cristiana; si alguno lo duda, abierto dejamos el palenque á los que con la razon y los ejemplos quieran romper lanzas con nosotros en honrosa justa, y en ella les esperamos seguros de vencerlos en leal lid y con la fuerza que da la verdad á sus mantenedores; si bien basta para probar nuestro aserto presentarles la vida de Bernardino de Obregon, español heróico en caridad, cuyo retrato vamos á bosquejar con nuestro débil pincel, fiados más en nuestra buena voluntad que en nuestras fuerzas, si bien contamos con el auxilio de la gracia que le pedimos nos alcance de Dios, para que podamos presentar su imágen moral lo ménos imperfecta posible á la piedad cristiana en esta obra. Fué Bernardino de Obregon, segun su historiador el ilustrado prior de la encomienda de Villela de la veneranda órden de S. Juan, y canónigo de Leon Fr. Francisco de Herrera y Maldonado, caballero del hábito que viste con mucha honra el autor de este artículo en la expresada Orden, varon muy señalado en virtudes y excelencias, perpétuo amparador de la desnudez y de la pobreza, refugio de los enfermos necesitados, alivio de los desconsolados, consuelo de los tristes y punto fijo y firme adonde halló su centro la virtud. Conociendo como pocos nobles que la verdadera ejecutoria es la que á fuerza de buenas obras franquea el cielo, y da en su divina corte asiento de grandes á los más humildes, despreció las vanidades mundanas, y no haciendo caso de los rancios pergaminos de su familia, buscó sus timbres en el amor de Dios y de la humanidad, y cambió todos los cuarteles de su escudo de armas por un solo blason, el de la caridad cristiana, coronado por la humildad y sostenido por la piedad y por la virtud. —Nació este glorioso español en las Huelgas de Burgos, al que da nombre el famoso monasterio de monjas agustinas que en 1209 fundó el rey D. Alfonso VIII para enterramiento de los reyes de Castilla con el título de Sta. María la Real de las Huelgas, el martes 20 de Mayo del año de 1540. Fueron sus padres Francisco Gomez de Obregon y Doña Juana de Obregon, parientes, y ambos de la antigua y noble familia de los caballeros Obregones de la casa solariega de Pinilla y lugar de Obregon en el valle de Cayon, montañas de Santillana; esposos que lucieron tanto en linaje como en la virtud que supieron comunicar á sus hijos con el ejemplo. Diéronle el nombre de Bernardino, por haber nacido en el dia que la Iglesia católica celebra la festividad del glorioso S. Bernardino de Sena, para que le amparase con

el escudo de su santidad, y al cual tuvo tanta devocion nuestro Obregon, que en el dia de este Santo se apartó del mundo, fundó la congregacion que tan célebre se ha hecho, vistio en ella el hábito y recibió los primeros hijos, votando una piadosa asociacion de que tantos bienes ha reportado la humanidad. Célebre fué tambien el año en que nació este lucero de la caridad cristiana, puesto que fué famoso por el hambre y mortandad que en él hubo en España, y por haberse fundado y confirmado en él, á 27 de Setiembre, la religion de la Compañía de Jesús por el gloriosísimo español S. Ignacio de Loyola, á quien tanto se asemejó Obregon en el celo y salvacion de las almas, en el amor y caridad al prójimo, en el amparo de los menesterosos y en procurar por todos los medios la mayor honra y gloria de Dios. Al nacer Obregon gobernaba la Iglesia católica Paulo III, y se sentaba sobre el trono español de S. Fernando y de Pelayo el emperador Cárlos V, cuyo valor, grandeza, religion, fe y humildad admirarán los siglos. Deseando el caballero D. Fr. Francisco Herrera Maldonado acreditar el orígen de la nobleza é hidalguía de su héroe Bernardino por la ilustre familia de los Obregones, se remonta hasta el siglo VIII, época de la irrupcion de los árabes en España, y contando las debilidades del malhadado D. Rodrigo, último rey de la primera línea de la raza goda; la traicion del conde D. Julian, gobernador de Tarifa; la del traidor arzobispo D. Opas; la infausta batalla de Guadalete, por la que quedó España sujeta al yugo musulman; la restauracion de la monarquía en Asturias por el esforzado D. Pelayo, vástago de los godos, en quien empezó la segunda línea de su estirpe en el trono español; y haciendo la historia de los nuevos reinos de Asturias y de Leon; hace descender á Bernardino de Rodrigo de Borbon, hijo del conde Enrique de Borbon, de la sangre real de Francia, que vino al servicio de D. Pelayo, cuya hermana Frailiuba casó despues con Favila, segundo rey de Asturias, y de Adosinda. Este D. Rodrigo fué tan leal servidor de D. Alonso III, rey de Asturias, y de Fruela su sucesor, que le concedió muchas tierras de las conquistadas en señorío. Añade este autor que los montañeses corrompieron el apellido de Borbon en Abregon y Obregon, nombre que se generalizó perdiendo sus sucesores el de Borbon y dando origen al de Obregon, que fué pasando á la descendencia del conde D. Rodrigo, hasta nuestro famoso Bernardino Obregon, cuya casa solariega dió nombre al pueblo así llamado, siendo infinitos los privilegios que los reyes concedieron á esta ilustre familia de los Obregones, que se ilustró y ensalzó con la muy noble de los Nuñez de Asturias, con quien se enlazó, habiéndose hecho heróica por sus hazañas y por los importantes servicios hechos á la monarquía, si bien fué muy notable y perjudicial su enemistad con la noble familia de Rueda en las montañas. Habiendo manifestado lo más indispensable

á nuestro propósito de la noble familia de los Obregones, de la que puede muy bien decirse lo que Virgilio manifestó en elogio de la estirpe de la reina Dido,

Fortia facta Patrum Series longissima rerum
Per tot ducta Viros antiquæ ab origine sentis,

vamos á dar razon de la ilustre persona de nuestro Bernardino con respecto á sus primeros años. Dice el Espíritu Santo que el hijo sabio y bueno es gloria que le engendró; y siendo esto así, debe ser afrenta el ignorante y mucho más el perdido, peligro no fácil de remediar porque nace con el hombre y se cria en la voluntad, si bien puede vencerse en cierto modo con una resolucion firme si se implora con fe y confianza la misericordia de Dios, único que tiene poder para variar las inclinaciones que salen á luz con el hombre y para variar las leyes é impulsos de la naturaleza cuando así conviene á sus altos designios. Dichosísimo fué nuestro Bernardino al nacer, pues que sus padres no solo le dieron la honra con la sangre que jamás manchó con sus hechos, ántes la acrisoló extraordinariamente, si que tambien la virtud y las costumbres cristianas en las que le amaestraron, con lo cual obtuvo las dos noblezas, la que conduce al cielo y la que se considera en la tierra. Educáronle sus padres á Bernardino en la virtud desde la cuna, para que tomando el gusto á las cosas divinas no le fuesen tan agradables las humanas; diéronle maestros ejemplares para que le enseñasen las primeras letras y le instruyesen sábiamente en los principios de nuestra sacrosanta religion, y aprendió tan perfectamente sus lecciones y se amaestró de tal modo en lo bueno con su ejemplo, que desde niño fué ejemplo loable, creciendo con la edad su cordura, su entendimiento y su virtud. Para que en este siervo de Dios fuese todo maravilloso, vivió sin los achaques que mortifican por lo comun á la infancia, sin los resabios inherentes á la edad, sin enojos, sin rencillas, y amado de Dios y de los hombres, con semblante grave y sereno y tranquilidad de alma. El historiador Herrera se deleita en describir su retrato del siguiente modo: «Tenia hermosura y gentileza, talle »envidiado, discrecion rara, donaire amable, semblante alegre, mirar suave, habla dulce y gallardía en el brio. Así es que Bernardino granjeaba con »su vista los corazones, persuadia cuanto queria, manifestando con su lengua la belleza de su alma; en fin, le enriqueció Dios con todos los bienes »que reparte la naturaleza y que tanto apetecen y admiran los hombres, á »fin de que tuviese mucho que dar á su dueño y Señor divino cuando lo pidiese, y pudiese aumentar su valor menospreciándolo en servicio suyo.» De este modo se crió Bernardino sin mancharse con los vicios comunes á la

niñez, sin que la mentira saliese jamás de su boca. Quiso Dios, para ejercitar á nuestro héroe, privarle de sus padres aún muy jóven, dejándole dos hermanitas y con muy pocos posibles para atender á su sustento y colocaciones. Viéndolos en tanta penuria un tio suyo, chantre de la santa iglesia de Sigüenza, se constituyó padre de sus sobrinos, y llevándoselos consigo, puso á la más pequeña de las niñas de educanda en el monasterio de las Huelgas, en donde se hizo religiosa y murió santamente, y casó á Doña María en Burgos muy con arreglo á su clase. Llevóse en su compañía á Bernardino á Sigüenza, en donde le acomodó en casa del Obispo de la diócesis para que se criase é instruyese como convenia á su calidad. Murió este buen tio á poco, y quedó nuestro Bernardino desamparado de todos ménos del prelado, que le alentó en sus estudios y consoló en su afliccion, pues que le tomó grande afecto; y ¿cómo no habia de querer al que desde su niñez ejercitó ejemplarmente la virtud de la humildad, que tuvo toda su vida por guarda de todas las demás virtudes, diciendo que nos hacia agradables á Dios y á los hombres, ser grandes en merecimientos y pequeños para nosotros mismos? ¿Cómo un prelado no habia de estimar al que guardaba extremada pureza, grande honestidad en el trato, medida en sus palabras, que jamás salian de su boca sin meditacion, y que odiaba la alabanza creyéndola veneno peligroso que emponzoña el alma y suele aniquilar muchas veces la más sólida virtud? Ciertamente que con estas y las demás loables prendas que adornaban al jóven Bernardino, nada le hubiera faltado al lado del Obispo para que este procurase sus adelantos y fortuna; pero Dios le quitó este auxilio casi de repente llamando á sí al prelado, que dejó al jóven en la mayor orfandad. Viéndose Bernardino en la imposibilidad de seguir sus estudios, sin tener con que sustentarse, y como algunos de sus jóvenes conocidos le instasen á tomar el estado militar, que tanto convenia á su clase de noble, trocó los hábitos de familiar del Obispo, y la pluma y los libros, por las galas de soldado, y en la guerra de España contra Francia, que se agitaba en aquella época, mostró su valor y esfuerzo, especialmente en la batalla de S. Quintin. Habíase enemistado con Cárlos V y con su hijo Felipe II, reyes de España, el papa Paulo IV, cegado por el nepotismo que tanto favoreció á los Carrafas, potentados de Italia muy dados á usurpar estados ajenos; los cuales, engreidos con la proteccion del Pontífice que queria poco á los españoles, incitaron á los franceses para que les auxiliasen contra nosotros. Encendióse la guerra el año 1551 entre españoles y franceses, siendo rey de estos últimos Enrique III, sobre la rebelion de la república de Sena, á la que atacaban los imperiales y defendian los franceses, cuestion que agriaron los Carrafas, y que siguió ensangrentando la Italia. Muerto el Emperador en 21 de Setiembre de 1558, mandó Felipe II continuar la guerra al famoso D. Fer-

nando de Toledo, duque de Alba; éste logró castigar á la soberbia Italia, y poniendo freno á los enemigos de España, logró hacer las paces. Empero dejando la tarea de describir estas guerras á los historiadores, nos reduciremos á la parte que tuvo en la que Felipe II puso á Francia nuestro valiente Bernardino. Fué éste alférez de la compañía mandada por el capitan Juan Delgado, que tan bien supo dejar el pabellon español, que fuese acatado con respeto por sus más encarnizados enemigos. Pasó Bernardino con su capitan á Flandes y á Italia en las galeras del Rey Católico, en las que tambien fué el jóven Juan Andrea Doria, que tan gran capitan fué despues, y defendiendo á Douay en la Flandes atacada por los franceses, dieron á conocer á estos lo mucho que valen los leones de Castilla cuando son insultados, siquiera sea por doble número de gentes como en aquella ocasion. La falta de fe de los franceses decidió á Felipe II á declararles la guerra, y al efecto reunió un poderoso ejército de españoles, flamencos y alemanes, y como desde 1554 era rey de Iglaterra por haberse casado con la reina D. María, pasó en este año 1557 á Inglaterra, en donde logró romper la tregua que los ingleses tenian con Francia, de suerte que se declararon aquellos aliados de los españoles en esta guerra, hecho lo cual volvió á Flandes el rey Felipe, que nombró capitan general de sus ejércitos al duque de Saboya. El rey de Francia Enrique III, que tenia en Italia la mayor parte de su ejército contra el duque de Alba, que defendia el reino de Nápoles que aquel queria usurpar, hizo grandes esfuerzos para reunir gentes y pertrechos para poder contrarestar á los españoles que tan de cerca le acosaban. Italia, la Flandes y alguna parte de Francia ardia en guerra desoladora, y la parca corria por estos paises segando cabezas con su terrible segur. Dirigiéndose las huestes españolas sobre la plaza de S. Quintin, la que sitiaron el 3 de Agosto de 1557 las tropas del duque de Saboya, en las que iba nuestro jóven alférez Bernardino, y la cercaron tan perfectamente, que á pesar de la mucha gente que guarnecia la plaza, y del fuerte ejército que fué en su socorro, no pudieron los franceses entrar en ella socorro alguno, si se exceptuan doscientos caballos que en una intentona introdujo una noche Meric, hijo del almirante de Francia, por un golpe estratégico que acreditó el valor y destreza de aquel y de su padre. Empezó el ejército español á batir la fortaleza de S. Quintin, ciudad llamada en tiempo de los romanos Augusta Vermandarum, por estar en el condado de Vermandois, y llegando el rey D. Felipe con un buen número de caballeros para animar á sus gentes, impidieron toda clase de los inmensos socorros que vinieron á favorecer la plaza por todos lados, lo cual causó sangrientas batallas, en las que quedó siempre triunfante el pabellon español. Destruidas las fortificaciones de la plaza y ocupados los fosos por el ejército español, presentóse el rey Felipe II armado de guerra á

mandar el asalto, acompañado del obispo de Arras, que fué despues el cardenal Grambela, virey de Nápoles, se entusiasmó de tal modo el ejército á su vista que despues de dar fuego á las minas, asaltó el duque de Saboya con su gente la plaza, entre los que fué de los más bravos y de los primeros que salvando la brecha pusieron el pié en la plaza nuestro jóven alférez Obregon, llamado en la relacion de los que se distinguieron más en aquella famosa hazaña Bernardino Gomez de Obregon, natural de tierra de Burgos y de la compañía del capitan Delgado. A pesar del furor de los soldados del ejército español, que pasaban á cuchillo á cuantos encontraban en la vencida ciudad, pudo ponerse á salvo de su furor en la tienda del duque de Saboya al almirante de Francia y á los principales generales y señores franceses que quedáran prisioneros. Recorria el rey D. Felipe las calles de la ciudad salvando víctimas del furor de sus soldados, y evitando la profanacion de los templos, horrorizado de tanto desastre, en lo cual por su parte trabajaba sin descanso tambien Bernardino de Obregon, procurando contener á sus soldados. Las llamas consumian muchos edificios, y por más que lo procuró el rey Felipe, no pudo evitar se quemase casi del todo la iglesia de S. Lorenzo, cosa que le causó gran sentimiento, tanto por ser templo del Señor, cuanto por estar dedicada á un santo mártir de la iglesia de España, en cuyo dia precisamente se tomaba la plaza (el 10 de Agosto), á cuya honra levantó despues el suntuosísimo templo y monasterio de S. Lorenzo del Escorial en Castilla, llamado con razon la octava maravilla por su suntuosidad, riqueza y grandeza. Siguióse la guerra entre españoles y franceses, quedando siempre triunfantes nuestras armas, y en todas las acciones á que asistió se distinguió notablemente nuestro Bernardino Obregon por su valor y por su generosidad con los vencidos, hasta que se hizo la paz en 3 de Abril de 1559. Contratóse en esta el casamiento del rey Felipe, viudo de Doña María de Inglaterra desde el año anterior, con Isabel de Valois, hija del rey de Francia y de su mujer Catalina de Médicis, el que se verificó por medio de poderes conferidos al efecto al duque de Alba. Murió á pocos dias de la toma de San Quintin el papa Paulo IV, cuyos escudos, estatuas y retratos destrozaron los romanos en cuanto espiró, con lo que por este lado quedó libre tambien España del enojo de la santa sede, y el rey Felipe regresó á España en Enero de 1560, en la que hizo la novedad de establecer la corte en Madrid este mismo año, abandonando las antiguas de Valladolid y de Toledo, ciudades que no eran de su agrado. Volviendo á España con el Rey los caballeros españoles, vino entre ellos el duque de Sesa, el cual aficionado á Bernardino Obregon le habia hecho dejar el estado militar y le trajo á la corte á su servicio en la honrosa clase de caballerizo. Ya tenemos al bravo Bernardino Obregon en Madrid, teatro de sus

principales hazañas, en el que ha de probar con heróicos hechos que el valor de su alma era igual en toda clase de combates, y muy especialmente contra el demonio, al que venció con su piedad, con su penitencia, con las invencibles armas de la caridad cristiana y con el amor de Dios, que encendia su pecho y le vigorizaba y animaba á la pelea con tan terrible enemigo. Protegido y honrado nuestro D. Bernardino por el poderoso duque de Sesa, era considerado de toda la corte; y su buen carácter, modestia y piedad le hacian amar de todos los que le conocian, que presagiaban que con tal proteccion y tan recomendables prendas no tardaria en subir por la escala del favor, y aun por la de los merecimientos, á los primeros empleos del estado. Asi parecia deberse esperar del saber, favor y gallardía del jóven caballerizo; pero Dios lo tenia dispuesto de otro modo, y el que pudo y en camino estaba de haber vestido el uniforme del privado cortesano que se acerca á la silla del poder, vino á vestir con más gloria y á mayor satisfaccion suya el tosco sayal del pobre enfermero de un hospital, al lado de la miseria de la doliente humanidad, sin otro deseo que el de asistirla y consolarla. Engreido con los halagos de la corte, se iba haciendo á ellos nuestro Bernardino, cuando Dios detuvo su carrera mundanal como á S. Pablo en la suya, al apóstol S. Mateo en su tráfico, y á S. Francisco de Borja, gran duque de Gandia, en su privanza y grandeza, pues que deseándolos para sí, no les permitió continuar en un camino que podia alejarles de su gracia. Caminaba Bernardino un dia muy apuesto y galan, vestido con la elegancia que requeria en aquella época la seductora moda, su posicion y juventud, por la calle de Postas de Madrid, cuando un barrendero de la villa, que limpiaba el barro que habia en ella, le salpicó de lodo el traje con la escoba; viéndose manchado Bernardino se indignó, y lleno de soberbia dió una fuerte bofetada al barrendero. En lugar de enojarse el humilde barrendero por aquella afrenta y devolverle las tornas ó de denostarle con insultos, como parecia natural y propio á tal ultraje en su condicion y en el ímpetu fogoso de nuestros poco sufridos compatriotas, estuvo tan sobre sí, ó mejor dicho tan en Dios, que hincándose de rodillas ante Bernardino, le dijo con la mayor humildad que le agradecia mucho la honra que le habia hecho, y aun le demandó perdon de haberle ensuciado sin querer hacerlo. Golpe fué este tan sorprendente para nuestro caballerizo, que le dejó atónito, considerando su soberbia y la humildad de aquel pobre hombre, y compungido por lo hecho, con un ejemplo de tanta paciencia, le pidió perdon muy pesaroso de haberle maltratado. Entró despues, andando su camino, en sí mismo, é iluminado por la divina gracia conoció su desliz en toda su deformidad, pues que fué hijo de la soberbia; y cavilando cada dia más en ello, vino á concebir la idea de humillarse cuanto debia á su Dios, sirviendo á la humanidad, resolviendo,

para mejor ejercitar la caridad, ir al hospital general de la Corte á dar de comer á los pobres enfermos, sirviéndoles como lo hacian otros caballeros. Acudió, pues, Bernardino al hospital, lleno de su propósito, un dia á la hora en que el administrador y sus dependientes daban la comida, y ofreciéndose á ayudarles, fué admitido por aquel con mucho agrado, y en este primer acto el corazon de Bernardino recibió tal gozo y satisfaccion tan grande, que puede decirse se imprimió ya en él desde luego el reglamento de la Congregacion que le debió el ser. Quedó desde aquel dia amigo del administrador, que era un sacerdote ejemplar que asistia por devocion á la cura de los enfermos con la mayor caridad y amor, el que con su buen ejemplo aficionó tanto á Bernardino á estos actos, que abandonando sus devaneos y otras ocupaciones ménos buenas, se hizo un deber de asistir la mayor parte de los dias al hospital, no ya solo á dar de comer á los pobres, sino á limpiarles, mullirles la cama, darles las medicinas y consolarles. La presencia diaria de los enfermos, sus diversas enfermedades y causas que las producen, hicieron conocer fácilmente á Bernardino la fragilidad de nuestra pobre naturaleza y de las cosas humanas; pero lo que más le convenció de esta verdad y contribuyó á su completa conversion, fué el caso siguiente. Hallábase un dia en el hospital dando de comer á un pobre enfermo, que parecia empezaba á convalecer de su penosa enfermedad, cuando se le quedó muerto de repente. Reflexionaba á la vista de esto la nada que somos y en que nos hallamos, cuando llegando el administrador le sacó de su enajenacion, haciéndole reflexiones cristianas de gran fuerza, en las que le manifestó la duda que podia tener de su salvacion, si tan de repente como á aquel pobre enfermo le llamára Dios á darle cuenta de su vida pasada: expresóle el peligro del estado en que habia vivido, y que para que escogiese el más seguro, le habia hecho Dios presenciar aquella escena de la existencia humana, tragedia que dura tan poco que el más leve soplo la deshace; y en fin, le ponderó de tal modo los peligros del mundo, lo muy agradecido que debiera manifestarse al Señor por haberle librado de muchos de ellos, y las delicias de una vida consagrada al servicio de Dios, ejerciendo la caridad para con el prójimo, que convencido Bernardino de tantas verdades, experimentó en su alma un movimiento extraordinario que la encendió de amor divino, inflamando su ya preparado y sensible corazon la llama ardiente de la caridad. Entre Bernardino y el piadoso administrador acomodaron el cuerpo del difunto con la mayor humildad despues de haber orado por el descanso de su alma, y fijándose aquella mortaja en su imaginacion, se le presentaba diariamente y á todas las horas como el fiel retrato del valor del mundo y de sus grandezas, y fué tan fuerte esta llamada á su completa conversion y tan vivo el dolor de su arrepentimiento,

que se resolvió á una hazaña más grande y honrosa que la de su salto por la brecha de S. Quintin, al paso que de mayor valor á los ojos de Dios, que favoreció la determinacion de su siervo, coronándola con un feliz éxito. Determinó, pues, abandonar las pompas y vanidades del mundo, retirándose á puerto en que pudiera procurar mejor su salvacion en el proceloso mar por que navegamos la mayor parte, sin más piloto que nuestras malignas pasiones, cortando aun verdes sus esperanzas ántes de anteponerlas á un caso dudoso en que pudiera peligrar su salud eterna; y considerando cuántos reyes y príncipes trocaron sus púrpuras por la tosca gerga de los humildes monjes, y los artesonados y dorados palacios por la estrechez de una celda ó por las asperezas de una cueva ó frágil cabaña, viviendo más tranquilos y felices en el yermo, en la penitencia y en la pobreza, que en las bulliciosas y ostentosas cortes, entre los regalos y rodeados de riquezas; vinieron á servirle de tormento las comodidades de que distrutaba y el tiempo que tardaba en abrazar la vida que se habia prometido, en la que sabe Dios convertir la gerga más despreciable y humilde en manto de gloria riquísimo con que engrandecerse en el cielo, corte de la verdadera grandeza y única estancia de la vida eterna. Consultó su propósito Bernardino de Obregon con religiosos doctos y varones de santa sabiduría, y como todos conviniesen en lo acertado de su resolucion, ya no vaciló en creer que Dios le llamaba al camino de la bienaventuranza por el estrecho sendero de la penitencia, y solo le ocupó la idea de la clase de ejercicios en que debiera emplearse para responder mejor á la voluntad de su criador. Sus diarias visitas al hospital, en el que llegó á ser el sirviente más diligente, cariñoso y celoso, le llamaban con preferencia á los ejercicios de la caridad; pero como aun cuando pidió consejo al piadoso administrador sobre el estado en que habia de servir á Dios, y este buen eclesiástico no se le determinase, porque tal cosa debe ser de exclusiva decision del hombre y no del consejo para que la vocacion no sea falseada, anduvo dudoso sobre este punto muchos dias, hasta que pidiendo á Dios de todas veras le designase el camino que debia seguir, se le señaló fijando su voluntad de que le sirviese en aquel mismo hospital en que se habia dignado llamarle á sí. Firme en su inspirada resolucion, manifestó sus deseos al administrador; pasmóse éste de tal mudanza, y procuró disuadirle de su idea, poniéndole de manifiesto lo humilde y trabajosa que es la asistencia de los enfermos, la gran contradiccion que hallaria en los principios en esta ocupacion, lo asqueroso del oficio de enfermero y aun lo peligroso para la salud á causa del contagio que producian ciertas enfermedades, y sobre todo que la diferencia de esta humilde condicion con el regalo y grandeza en que á la sazon vivia, podria hacerle arrepentir muy pronto de la mudanza de estado, y desear

volver al mundo cuando este ya no le admitiese bien. Aconsejóle que entrase en una religion de las muchas que habia en la corte, con lo cual al servir á Dios en ella, daria mayor gusto á sus parientes y amigos, que no podrian verle sin repugnancia sirviendo en un hospital en condicion tan diversa de sus principios. Hízole tambien presente, que tomando el hábito en cualquiera religion, podria aprovechar para sus adelantos los estudios que tenia hechos, y adquirir otros que le dieran lucimiento y nombradía, al paso que sirviese á Dios; y en fin, el virtuoso sacerdote hizo cuanto pudo por apartarle de su idea, y por encaminarle al estado religioso en el que creia podria ser muy útil á la religion, temiendo que el servicio del hospital no llegase á cansarle y abandonar una vocacion no hecha con todo conocimiento de la cosa y verdadera vocacion. Oyóle deshecho en lágrimas Bernardino, y con un fervor que salia de su corazon abrasado por el fuego de la caridad, le contestó: «que con sobrada deliberacion habia hecho eleccion de aquellas humildades, y que eran tan conformes á su natural, que el servir á los pobres enfermos sería para él lo más agradable en el mundo. Que al dejar el siglo, deseaba verse adonde nadie le estimase para entregarse enteramente á Dios en obras de piedad y de misericorcordia, teniendo por cierto que en aquellas tan humildes le agradaria más, y encontraria la quietud y sosiego que deseaba por ser inclinacion suya aquel humilde ejercicio.» Convencióse despues de muchas sesiones el sacerdote administrador de que la vocacion de Bernardino era verdadera, y ya procuraban ambos el medio de llevarla á cabo, cuando un incidente vino á precipitarlo. Habia el rey Felipe II notado la gallardía, gentileza y donaire con que se ponia y marchaba á caballo el caballerizo del duque de Sesa, que por lo mismo tenia vanidad en llevarle á su lado, y se le alabó tanto por varias veces, que el duque creyó de su deber ofrecerle al Rey si otra vez le hacia su elogio. Avisóle á Bernardino del afecto que el soberano le profesaba por su maestría en el oficio de caballerizo, y la determinacion que habia tomado de que pasase á servir á S. M. si volvia á recordársele. Bernardino, que trataba ya el medio de apartarse del mundo, tembló al saber esto; pero sin desconcertarse ni dar sospecha alguna en su respuesta, pidió el auxilio de Dios para librarse de este lazo que le tendia el demonio para apartarle de su vocacion, y con el auxilio del venerable sacerdote del hospital que oró tambien al propio fin, encontró el medio de salvarse del peligro que le amagaba. Pidió, pues, Bernardino licencia al Duque para ir unos dias á su tierra á arreglar los asuntos de su casa, y obtenida que fué, y llegando á las Huelgas, dispuso de su hacienda entre parientes y criados, segun sus méritos y sus necesidades, y dando á los pobres una parte, y despues de que lo dió todo, y se quedó pobre, se despidió de todos que quedaron maravillados de

tanta generosidad, y volviendo á Madrid, no fué ya á la casa del Duque su señor, sino al hospital de la Corte en el que dió cuenta á su venerable administrador de lo que habia hecho, suplicándole de todas veras y con las lágrimas del corazon le admitiese al servicio del hospital. Viendo el administrador lo firme de su vocacion, accedió á sus deseos, y desnudándole de sus preciosos vestidos y de las galas cortesanas que con tanto gusto dejaba Bernardino, le vistió una túnica de buriel pardo encima de otra de gerga, que desde entónces le sirvió de camisa puesta encima de un áspero cilicio, que llevó toda la vida, y debajo del buriel el hábito de la Orden tercera de San Francisco, gala con que vivió Bernardino de Obregon hasta su muerte. Ya establecido Bernardino en el Real hospital de la Corte, como uno de sus últimos sirvientes, pues que no permitió estar en otra categoría, escogió para su habitacion de descanso un cuartito oscuro tan reducido, que solo cabian en él una tabla, una piedra y una manta que le servian de cama, de almohada y de colcha, y esto cuando no pasaba noches enteras y seguidas en la enfermería asistiendo á los enfermos ó en la iglesia en oracion, que eran sus dormitorios más comunes. Era tan estrecha la puerta de su pequeña celda que apenas una persona delgada podia entrar por ella, y aun así nadie pudo verle en esta, porque ocupado siempre en sus santas contemplaciones y deberes, se negó á toda conversacion y visita, encerrándose en aquella sepultura como muerto para el mundo y vivo solo para Dios. Empezóse á hacer sospechosa la tardanza de su caballerizo al duque de Sesa, y como su asistencia á los enfermos era tan asídua, no faltaron gentes de la corte que admiradas de verle en tal estado se lo avisasen. No cogió al Duque de nuevo enteramente la noticia de la mudanza de su criado, pues testigo de su virtud, habia previsto en cierto modo su fin, si bien no le juzgó tan próximo. Fuése al hospital el Duque, y viendo á su buen servidor en tal traje y estado, le reprendió por haberle abandonado, máxime en una época en que el Rey habia puesto en él la mira para más honrarle, lo que calificó de locura. Al terminar el Duque su reprension, dice su historiador que replicó el siervo de Dios con la mayor humildad: «Señor, esta que V. E. llama »locura, tengo yo por principal remedio del mal que me ha traido loco »tanto tiempo, siguiendo las vanidades del mundo, y ójalá que ántes hu»biera enloquecido como ahora. En esta casa he hallado la verdadera ri»queza y el favor y privanza de que más necesitaba, y tan dichoso me tengo »de estar en ella, que ni los palacios de los reyes ni las mercedes que V. E. »me hacia me hacen falta, porque teniendo á Dios todo me sobra.» Dicho esto, le pidió perdon con la mayor humildad, por no haberle descubierto su propósito, á fin de que no se lo estorbase, suplicándole le dejase vivir en aquella pobreza que tanto le enriquecia, porque por ninguna cosa del mun-

do saldria del camino que habia emprendido. El Duque no pudo ménos de enternecerse al ver tanta virtud; pero como le amaba de veras y sentia perderle, trató de disuadirle de su intento con nuevas razones; pero cuando le vió persistir en su intento, se despidió de Bernardino con lágrimas en los ojos, dejando admirados á todos del amor del príncipe y de la humildad de su criado. Mucho se asombró el Rey de la noticia cuando se la contó el Duque, pues que no juzgaba hubiese tanta virtud en aquella época, sintiendo verse privado de tan excelente caballerizo, porque habia consentido en tenerle á su servicio, y deseando verle y hablarle por ver si la majestad del Rey podia más con él que la grandeza del Duque, para que abandonase la miserable vida que habia elegido. Luego que le tuvo en su presencia, preguntóle qué le habia movido á tomar aquella tan extraña resolucion, y haciéndole conocer el deseo que tenia de honrarle con su servicio, le invitó á dejar aquel grosero hábito ántes que se divulgase más esta aventura. Inclinóse á su Rey y señor natural este buen vasallo, de cuya fidelidad no podia dudar, pues que con tal valor y arrojo le vió defender su causa real y la de su patria en la rota y toma de San Quintin, y con la mayor humildad le manifestó: «Que Dios le habia llamado por aquel camino, y que no tenia por nove»dad haber respondido al llamamiento y abrazado aquel género de vida, por »haberse encomendado muy de veras á Dios ántes que respondiese á su vo»cacion; que le besaba los piés por la merced que le hacia, pero que no se »atrevia á recibirla en otro estado, porque aquel era el más conveniente »para su salvacion y para servir á Dios y á su Rey, y que por lo tanto le su»plicaba tuviese á bien dejarle proseguir en él.» Volvió el Rey á insistir, dándole nuevas razones; y viéndole persistir en su determinacion, complacido de sus razones, le dijo con el mayor cariño: «Bernardino, muy bien »me han parecido vuestros intentos; mirad bien lo que haceis, que si per»severais y salís con vuestro propósito, os haré merced en todo lo que me »pidiereis, porque quedo muy contento de lo que habeis hecho y de lo que »os he oido.» Bernardino besó la mano al Rey; y dice su historiador que confesaba que el Rey le cumplió su palabra, puesto que le concedió siempre cuanto le pidió. Una turba de curiosos, que habian conocido á Bernardino en su destino de caballerizo, y como uno de los jóvenes más elegantes de la corte, admirados de su mudanza al verle con aquel extraño hábito, le siguieron desde palacio al hospital, en donde volvió á encerrarse, muy satisfecho y contento por haber podido, con el auxilio de Dios, vencer el nuevo lazo que le tendió el demonio para apartarle del camino de la gloria. Dedicóse desde entónces Bernardino al servicio espiritual y corporal de los pobres con tanta asiduidad y cariño, que mirándole éstos como un ángel mandado por Dios para consolarles en sus aflicciones, este mismo concepto merecia á las mu-

chas personas que los domingos particularmente visitaban el hospital, ya por verdadera caridad, ya por curiosidad ó por necesidad de visitar á algun enfermo. Al ver Bernardino la mucha gente que les visitaba, hizo un decoroso oratorio, en el que despues de haber cumplido con sus deberes de enfermero, se recogia con los que querian acompañarle en la oracion, pláticas santas y disciplina, siendo él el primero que practicaba lo que enseñaba; y así es que desde luego fué considerado con justicia, por lo mucho que estudió para hallar el camino de la perfeccion con santas obras y palabras, como padre, predicador y maestro. Veintisiete años tenia Bernardino de Obregon, cuando el año 1567 tomó esta nueva vida y despreció las galas y vanidades del mundo, edad en que por lo regular imperan las pasiones con toda su fuerza y en la que el hombre se deshace en placeres mundanos, y se liga al infierno por medio de los goces con que le engaña el mundo, el demonio y la carne, que son los más terribles enemigos de la humanidad y los que más acosan al católico que trata de huir de ellos. Conociendo nuestro Bernardino el poder de estos tres enemigos del alma, procuró vencerlos, dándose todo á la oracion y á la penitencia, y para más fortificarse contra las tentaciones observaba la práctica de las virtudes con grande esmero, particularmente el cumplimiento de la pobreza, castidad, caridad y obediencia, guardándolas consigo y con el prójimo; y todo esto lo sellaba con la virtud de la humildad, que es la que más aleja al demonio, porque es el más eficaz y fuerte contraveneno de la soberbia, delito que le arrojó del cielo. Ejemplo de tanta santidad no podia ménos de tener secuaces en una nacion tan cristiana como la nuestra, que es la católica por excelencia, y en un pueblo como Madrid, que siempre fué dechado de religiosidad, y especialmente en aquel reinado; testigo de ello los templos que en él se ostentan aún de aquella época, á pesar de los muchos más que la impiedad, con capa de conveniencia y necesidad pública no probada, ha derribado en nuestros dias. En efecto, el ejemplo hizo maravillas en la corte, pues que se poblaban los conventos de la corte de jóvenes que desengañados del mundo fueron á encontrar en ellos el sendero de la gracia, y edificados otros con la conducta de nuestro Bernardino, quisieron imitarle completamente en el servicio de los pobres y vivir bajo las órdenes del que les habia enseñado este seguro puerto de salvacion para los que se acogen á él con entera fe. Accedió Bernardino, con anuencia del piadoso administrador del hospital, á recibir al servicio de los pobres en su humilde condicion á los que lo solicitaban; y no nos parece fuera del caso citar aquí los nombres y circunstancias de los seis primeros que tomaron este ejercicio, puesto que fueron los benéficos cimientos sobre los que puede decirse fundó nuestro héroe su grande obra. El primero á quien Bernardino de Obregon concedió su hábito para que le ayudase

á asistir y curar á los pobres enfermos, fué Juan de Mata, que entró en el mismo año 1567, hombre de gran caridad, que murió en opinion de santo el año 1593; el segundo el segoviano Juan de Mendoza, que pasando del servicio del hospital á la religion franciscana, fué guardian de su convento de Medina del Campo; el tercero Juan de Montes, caballero natural de Madrid, que fué despues fraile de S. Francisco de Paula, y murió en el convento de la Victoria, de Madrid, que hemos visto demoler estos años, lleno de santidad; el cuarto fué Pedro Hurtado, natural de Cuenca, que entró despues en la Compañía de Jesús, y fué martirizado en el Japon, predicando la fe católica, el cual veneramos hoy como santo en los altares, por haberle canonizado nuestro actual santo padre Pio IX el año pasado 1860, con todos sus compañeros de martirio; el quinto Juan García, llamado tambien Juan de Jesús, á quien debe Madrid la imágen de Ntra. Sra. de Loreto que trajo de Roma, y que tanto hizo por la prosperidad del colegio de doncellas de este nombre, que aún subsiste, debido á la piedad de nuestros reyes; y fué el sexto Juan de Dios, que murió en la Congregacion reverenciado por su virtud. Con compañeros de tal valía intentó Bernardino de Obregon una grande y benéfica hazaña que fuese capaz de proveer de caritativos ministros á los hospitales de España; fué esta la fundacion de la Congregacion de los Siervos de los pobres, idea que fué alentada y proseguida por el celoso administrador del hospital de la Corte. Decidido Bernardino á llevar á cabo su pensamiento, se fué á ver al Rey, al que se le comunicó, y fué tan del agrado de Felipe II, que declarándose protector, le dió su real licencia para fundar la Congregacion jurídica y legítimamente con el nombre de *Minima de los Siervos de los pobres*, en lo que intervino, como debia, el ordinario de Madrid, confirmada por el arzobispo de Toledo y por el nuncio de Su Santidad, de lo cual se hizo despues informacion auténtica ante D. Decio Carrafa, arzobispo de Damasco, nuncio y colector general apostólico en España, segun se testifica en su breve del año 1609. Empezó Bernardino á recibir hermanos á su hábito, que fué el mismo que él escogió al entrar en el hospital, sin la cruz morada que concedió á la Congregacion Paulo V, consistente en túnica y ferreruelo de buriel pardo, aquella ceñida con una correa ancha encima de otra túnica de estameña, sombrero negro, y para casa ropas y bonetillos pardos para servir á los pobres con más desembarazo y limpieza. Luego que nuestro Obregon vió reunidos en su Congregacion tantos hermanos, entre ellos algunos caballeros de calidad que habian imitado su ejemplo, les repartió los oficios de la casa, sujetándose él y todos á las órdenes del administrador al que obedecian ciegamente, siendo llamado Bernardino por los congregados el *Hermano mayor*, único título que permitió este glorioso fundador se le diese, y el cual han conservado despues los jefes de los hospita-

les. Repartidos los oficios, se señalaron tambien las horas de oracion y de disciplina en el oratorio, que eran aquellas en que menos falta hacia su asistencia á los enfermos, y como á la vista de tal esmero y cuidado de los enfermos se aumentaron las limosnas, los pobres recibian cada vez más comodidades, ya en lo bien dispuesto de sus camas, siempre limpias, ya en mejores comidas y ya tambien hasta en los medios de una cómoda convalecencia. No se limitaron ya los cuidados de Bernardino de Obregon solo á los enfermos del hospital de la Corte, mandaba á sus hermanos á visitar, y como auxiliares, á los demás qué habia en Madrid y á los enfermos de las cárceles, y por todas partes llevaban delante de sí el consuelo á la misera humanidad doliente y el ejemplo de la verdadera caridad cristiana. Informado por los curas de las parroquias de los feligreses verdaderamente necesitados, los socorria secretamente en su casa para evitar abatimiento á los vergonzantes, que por haber tenido mejor fortuna, se sonrojaban de demandar la caridad pública. Sabido esto por Felipe II, dió órden á su limosnero mayor para que, sin más aviso ni limitacion alguna, diese al hermano Bernardino Obregon el dinero, efectos y medicinas que pidiese, persuadido de que varon tan justo no habia de abusar de su generosidad malgastando el caudal; facultad que jamás se diera á vasallo alguno, y que prueba la piedad y confianza de aquel soberano y la santa opinion de nuestro héroe. Los reyes católicos Isabel I, á quien tanto imita en grandeza y caridad la segunda, nuestra soberana, si es que ya no la excede en ambas cosas, y su esposo D. Fernando V de Aragon, deseando que tuviesen el debido socorro los que enfermaban en sus ejércitos ó caminando con su corte en las conquistas contra los moros, fundaron un hospital ambulante provisto de los enseres necesarios y del número competente de facultativos y asistentes, fundacion que hicieron por los años de 1492, en que entraron en la ciudad de Granada lanzando de España á los moros, que por espacio de setecientos setenta y siete años la inquietaron. De seguir este hospital á la corte tomó este nombre, y sujeto al capellan mayor de la Real Capilla, habiéndole incorporado al patronato real despues la reina Doña Juana, en lo que la imitó el rey Felipe II. Siguió este hospital á sus reyes, y estuvo ya en Toledo, ya en Valladolid, hasta que fijada la corte en Madrid el año 1560, se señaló sitio para su fábrica, la que despues se suspendió por volver la corte Felipe II á Valladolid el año 1601; pero volvió á continuarse el 1606, en que convencido el Rey de la bondad del suelo y cielo de Madrid, volvió la corte á esta villa, de donde no ha vuelto á salir. Labróse el hospital é iglesia en la Puerta del Sol, esquina á la carrera de S. Gerónimo, en donde ha estado hasta hace unos cuantos años que se derribó para dar ensanche á la gran plaza de la Puerta del Sol, que hoy se está terminando precisamente por la parte que ocupaba este hospital é iglesia,

llamada del Buen Suceso, nombre de la imágen de nuestra Señora la Vírgen María, que siempre acompañó al hospital de la Corte, y que como propiedad del real patronato pasó desde que se decidió la demolicion de su iglesia á la Real Capilla del palacio de nuestros Reyes, en donde es muy venerada por estos y visitada de su devoto pueblo de Madrid. Como fué este hospital en el que se santificó Bernardino, y esta santa imágen traida y colocada en aquel santuario por un hermano de la Congregacion de los pobres, no creemos fuera de este lugar manifestar que fué traida por el hermano Gabriel de Fontanet, de un humilladero cercano al Grao de Valencia, en donde estaba como olvidada, el cual la llevó consigo á Roma, cuando en compañía del hermano Guillermo Rijola, fué á pedir en nombre de la Congregacion el distintivo de la cruz morada para el hábito, cuya gracia la hizo el papa Paulo V como primicias de la profesion y perpetuidad que habia de concederla la santa sede apostólica. De vuelta de Roma, Fontanet fué destinado al servicio del Hospital general, y en él colocó la santa imágen; pero siendo nombrado en 1611 hermano mayor del hospital real de la Corte, y en su iglesia, que hacia pocos dias se habia acabado, la situó en un altar decoroso, en donde ha persistido hasta la época citada, habiendo sido obsequiada por los papas con innumerables indulgencias y gracias á sus devotos, por los reyes con muchos dones y por los fieles con multitud de ofrendas. Las muchas gracias celestiales que los vecinos de Madrid han alcanzado por la devocion que han tenido á la imágen de nuestra Señora del Buen Suceso, fué causa de que se hayan multiplicado sus copias, que se veneran en muchas ciudades y pueblos de España, de que nos da cuenta Maldonado en su *Vida del siervo de Dios Obregon*, siendo todas ellas tenidas por milagrosas por los fieles que las dirigen sus oraciones con fervor. Volviendo á nuestro Bernardino Obregon, diremos que se acreditó de tal manera su Congregacion, que llovian limosnas y dones sobre el hospital en beneficio de los pobres, y que fueron tantos los que le pidieron el hábito, que se puso en disposicion de poder servir con sus hermanos todos los hospitales de la corte; y saliendo la fama por toda España pregonando los bienes que proporcionaban á la pobreza desvalida los siervos de los pobres, que desde aquí llamaremos Obregones, pues que el vulgo les dió este nombre, tomado de su fundador, en todas partes suspiraban por ellos. La primera ciudad que les pidió fué Burgos, patria, por decirlo así, de Obregon, en la que se puso á su cuidado el Hospital Real de aquella ciudad fundacion de los condes de Castilla, desde el famoso conde fundador de la ciudad, D. Diego Porcelos. Despues pidieron hermanos para sus hospitales las ciudades de Guadalajara, Murcia, Nájera, Belmonte, Cuenca, Alcalá, Toledo, Sevilla, Medina del Campo, y á todas estas poblaciones mandó ministros el fundador, que se

encargó igualmente del servicio de los enfermos de las cárceles, en las que no solo lograba la Congregacion por su esmero y buena asistencia la cura de los cuerpos, si que tambien la de las almas, pues que no pocos foragidos se convertian por sus piadosas exhortaciones. Mucho sentimiento causaba á Bernardino Obregon ver salir á los enfermos del hospital á tener una convalecencia trabajosa en sus pobres casas, cosa imposible de remediar, porque el gran número de enfermos no permitia que convaleciésen en él por falta de camas; y buscando su caridad medios de remediar este mal, no encontró otro que el de fundar un hospital de convalecientes, y con el auxilio de Dios puso manos á la obra con decidido empeño. A este fin, además de dedicarse á demandar la caridad pública, acudió al Rey, que convencido de la necesidad y confiado enteramente en la caridad del hermano Obregon, le dió licencia para esta nueva fundacion, prometiéndole protegerle en ella. Con tal auxilio alquiló Bernardino una casa en la calle de Fuencarral, que despues fué convento de Bernardos, y en el año 1579, dia de la gloriosa Sta. Ana, cuyo nombre llevó, le abrió al público, estableciendo al principio un corto número de camas, que fueron aumentándose despues, así como el terreno con casas contiguas que le donaron Doña Juana Calderon y D. Francisco de Alcántara, con lo que pudo ensancharse y hacerse iglesia á este hospital. En el mismo hospital fundó Obregon un seminario y escuela de niños huérfanos, á los que mantenia y educaba, siendo en un principio el maestro de ellos, sobrándole aun de las muchas limosnas que recogia para tantas obligaciones para socorrer en sus propias casas á los pobres vergonzantes. El historiador de la vida del Caballero de Gracia, fundador del convento de monjas Franciscas de este nombre, que ya no existe, y del Oratorio que aún lleva este nombre, le hace tambien autor del hospital de convalecientes; pero no fué así, por más que contribuyese con alguna limosna al efecto, pues que este hospital no tuvo más fundador que nuestro Obregon, y así consta de las informaciones que se hicieron y publica el expresado Maldonado. Diez y ocho hospitales contaba Madrid; pero aun cuando eran tantos, los pobres lo pasaban mal en la mayor parte de ellos, porque carecian de las rentas necesarias á su sostenimiento. Haciéndose presente esto á Felipe II, se convino en reducir el número, para que los que quedasen, á los que se unirian las rentas de los demás, pudiesen seguir con mayores ventajas para los enfermos. Determinándose así por el Consejo y dándose cuenta de ello al papa Pio V, que regia entónces la santa Iglesia católica, este Pontífice dió dos bulas para que el Rey pudiese hacer la determinada reduccion, á cuyo fin, por órden de D. Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, se giró una visita á los diez y ocho hospitales, á fin de determinar los que habian de suprimirse y los que habian de quedar. Verificada esta, resultaron que-

dar libres de la reduccion el Real de la Corte, por pertenecer al real patrimonio y deber seguir siempre á la corte, do quiera que vaya; el de los Italianos, por pertenecer á aquellos naturales y no mantenerse de limosnas; el de Sta. Catalina de los Donados, por ser fundacion particular del caballero Pedro Fernandez de Lorca, tesorero que fué del rey D. Juan II, para cuyo sosten dejó suficientes rentas; el de la Inclusa y su seminario de niños de la Doctrina, por la necesidad de que esté siempre separado de los demás; y el llamado de la Latina, fundacion de Doña Beatriz Galindo, camarera mayor y maestra de la reina católica Isabel I, porque sus rentas bastaban para su sostenimiento. Al hospital de la Pasion se redujo el hospital del campo del Rey, fundacion del obispo de Astorga D. García de Toledo en 1486, solo para la cura de mujeres enfermas. Los hospitales de nuestra Señora de la Paz, donde se curaban los éticos y estaban los incurables, y el de S. Lázaro para leprosos y tiñosos, se redujeron al de Anton Martin, fundacion del caballero de este nombre, para enfermedades contagiosas y vergonzosas, cuyo noble, natural de Requena, levantó, demandando por sí mismo la caridad pública, este monumento de caridad, y á imitacion del venerable S. Juan de Dios, que fundó la religion de su nombre, comunidad que tantos servicios ha hecho á la humanidad. Al recogimiento de mujeres se unió el hospital de niñas huérfanas; y en fin, al Hospital general, entónces muy reducido en la carrera de San Gerónimo, en el sitio que despues estuvo el convento de Sta. Catalina de Sena, se redujeron los hospitales de nuestra Señora de la Merced, S. Ginés, de los Caballeros, de Convalecientes y otros de menor importancia. Conformóse el hermano Obregon gustoso á la reduccion expresada, á pesar de que esta le dejaba sin su hospital y á sus hermanos sin casa; pero Dios no tardó en premiar su humilde conformidad. Llamando Felipe II á Obregon, le confirió la direccion del Hospital general, mandándole pasar á encargarse de él con todos los hermanos de su hábito, prometiendo proteger esta nueva institucion; y admitiendo con gusto el siervo de Dios tan pesada aun cuando honrosa carga, entregó las niñas del seminario de Convalecientes al rector del colegio de niños de la Doctrina, que pasaron á este en procesion el 30 de Junio de 1587, y todos los efectos de su hospital para el general, de que se volvió á hacer cargo. Dispuestas las cosas todas á este fin, el dia 24 de Julio de 1587 llevó Madrid, representado por su Ayuntamiento, en una lucida procesion al Hospital general, al hermano Bernardino de Obregon, á sus hermanos de hábito, que serían treinta y seis, y á unos cuarenta enfermos que entónces habia en el de Convalecientes, en donde con el título de hermano mayor, que le dió el Rey, se le dió posesion de esta benéfica casa, con grande alegría de todos los dependientes de ella, que tenian á grande honor y gloria tener por jefe á tan santo varon. En

cuanto se vió Obregon con sus hermanos en el Hospital general y se enteró de sus localidades y necesidades, estableció su plan de asistencia y económico, repartiendo los cargos segun los carácteres y capacidades, y trabajó en un reglamento para el Hospital y regla para la Congregacion, con el deseo de someter á leyes uno y otra; pero este deseo tardó aun algun tiempo en conseguirle. El inventario que publica Maldonado de los bienes y haciendas que tenia el hospital de Convalecientes á su extincion, á pesar de los pocos años que llevaba de fundacion, prueba suficientemente el aprecio grande que el pueblo de Madrid hizo de Obregon y lo que confiaba de su honradez y caridad, pues que parece imposible que en tan corto tiempo pudiese reunirse tanto caudal para un asilo de beneficencia de su clase. Con la reduccion de los demás hospitales creció tanto el número de enfermos en el general, que no bastando la casa para recibirlos fué preciso tomar otras antiguas. Entraban en él, como hoy, toda clase de pobres enfermos, y además los mendigos, ancianos, impedidos, ciegos, lisiados, sacerdotes pobres, cautivos, peregrinos, soldados, estudiantes y pretendientes que carecian de hogar adonde albergarse. Para el servicio de tantos se instituyó una hermandad, titulada *Junta de Caballeros*, que acudian por semanas á dar de comer á los pobres, hacer las camas á los enfermos y enterrar á los muertos, devociones entónces muy comunes en los piadosos madrileños, y que aún por fortuna no se han extinguido del todo, como puede ver el curioso que visite el Hospital general, en el que verá, en especial los domingos, ocupados muchas señoras y caballeros, aun de elevadas clases, en peinar, cortar las uñas, lavar y asear á los enfermos, haciendo sus camas y consolándolos y socorriéndolos de mil maneras. Como dijimos al principio de este artículo, Madrid es un verdadero pueblo de caridad evangélica, pues que pidiendo nadie murió ni muere en él por falta de sustento, siendo hoy tan grande su fervor en esta parte, á pesar de los graves trastornos políticos por que durante tantos años ha pasado el país, y de la indiferencia religiosa que corroe cual peste arrasadora la sociedad europea, que no creemos haya ninguna capital en el mundo que ostente más número de establecimientos y de asociaciones piadosas y de beneficencia que esta, ni en la que más limosnas se den para tan caros objetos. Multiplícanse en el dia en Madrid los hospicios á costa de los particulares, y las casas de educacion para los pobres, lográndose por cuantos arbitrios puede sugerir la caridad medios para socorrer la pobreza, curar á los enfermos necesitados, consolar á los tristes y orar á Dios por su salud espiritual y corporal, y esto no por pura filantropía, no por egoismo de unos y vanidad de otros, sino por verdadera caridad cristiana y solidez en los principios de nuestra santa religion. En las asociaciones de caridad los mismos pobres se asocian á los ricos, juntán-

dose el óbolo de los primeros con el oro de los segundos al propio fin; además de los hospitales, hoy bien servidos, la hospitalidad domiciliaria, desarrollada en grande escala, socorre al indigente en su propia casa con mano pródiga, no solo en los medicamentos y asistencia facultativa y de las personas encargadas honoríficamente de su cuidado, sino hasta en los ramos de manutencion, estando aun prevenidos los casos fortuitos en casas de socorro, bien acondicionadas, servidas y situadas convenientemente. En esta corte de las Españas, el pobre que no educa bien á sus hijos ni los instruye es porque no quiere, pues que la caridad se extiende á este ramo de una manera asombrosa; y el que cómete el hurto no es porque le falte el pan, que por do quier se le da si le pide, y aun sin pedirle si se trasluce su miseria, sino porque le seduce y arrastra el vicio. En fin, si la caridad cristiana es fama siempre imperó en Madrid, hoy en este pueblo todo es caridad; pero qué mucho, si imita á una reina, á una Isabel II, que por sus liberalidades para con los pobres se apellida, con justicia, *la Caritativa?* Mucha parte de las rentas anuales de esta señora pasan al tesoro de los pobres, los cuales la miran como su madre más tierna y cariñosa, pues que sus augustas manos jamás se cansan de darles, y por do quiera que vaya la sigue un rio de caridad evangélica que fecunda el país, por los ópimos frutos que produce la limosna que va derramando para el socorro y alivio de la pobreza. ¡Plegue al cielo que imite su ejemplo su augusto heredero para bien de la humanidad y gloria del país y de su nombre! —A pesar de las buenas limosnas que recogia Bernardino Obregon y de las rentas que se dieron al Hospital general, el gran número de enfermos y desvalidos llegó á ser tal, que su manutencion y cuidado lo absorbia todo, llegando muchos casos de faltarle recursos, lo cual afligia en sumo grado á los hermanos Obregones; pero Bernardino, siempre tranquilo sobre este particular, porque jamás perdió la confianza en Dios, se ponia en oracion, y el cielo le sacaba de ahogos, inspirándole recursos desconocidos á los demás, y proporcionándole cuantiosas limosnas como llovidas, que le llenaban las arcas, siendo infinitos los casos milagrosos que en este concepto refiere el erudito Maldonado, publicando los informes de testigos presenciales, libres de toda excepcion. Probado está que llegando un dia á tal extremo la falta de recursos que faltó la comida á los pobres, el siervo de Dios, con semblante alegre y sereno y lleno de esperanzas, salió demandando limosna á voces por las calles de la villa, y llegando á la casa de un rico, que siempre habia despedido malamente á los Obregones, llamó para pedírsela. Los criados, que sabian la poca voluntad que su amo tenia de dar para los pobres, al paso que gastaba sus tesoros en la crápula y en todos los vicios, le despidieron bruscamente, y como Bernardino insistiese y oyese

las voces el caballero, informado que fué del caso, le sacó dos fuentes de plata de mucho valor y algun dinero y se las dió, diciéndole: *Tomad y vendedlas, que pues que tanto doy al diablo diariamente, bueno será que dé esto para Dios;* con lo cual y con las muchas limosnas que recogió al paso de los que transitaban, pudo satisfacer la necesidad del Hospital por algunos dias.—Creció tanto la fama de los Obregones que no tardó en haber cuantos hermanos podian necesitar para su servicio los hospitales de Madrid y los demás del reino que los pedian, habiendo entre ellos muchos caballeros, que siguiendo el ejemplo del fundador, lo abandonaron todo para servir mejor á Dios en tan humilde condicion. Pidió á Obregon hermanos para el hospital que en la villa de Puente del Arzobispo habia fundado el prelado de Toledo D. Pedro Tenorio, D. Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, y le fueron mandados. Pidiéronlos para sus hospitales Talavera de la Reina, la Coruña, Valencia, Zaragoza, Toledo, Valladolid, Medina del Campo y Oropesa, y á nadie faltó Obregon, que se gozaba en estas peticiones, pues que por muchos hermanos que saliesen, muchos otros venian á reemplazarlos al Hospital general.—El gran trabajo que le causaba la administracion y gobierno del Hospital, no le impedian el dedicarse á los actos de la más áspera penitencia á nuestro Bernardino. Para él todo el año era un dia de ayuno; en las cuaresmas los viernes y vigilias los pasaba solo con yerbas, y los demás con pan y agua: su paciencia, su humildad y su castidad fueron ejemplares; mortificaba su cuerpo con diaria disciplina y con áspero silicio, que llevó toda su vida; comulgaba cada cuatro dias con gran devocion y vertiendo siempre lágrimas de amor y gratitud á su Dios; la mayor parte de la noche la pasaba en oracion y visitando á los enfermos para que no les faltase el consuelo espiritual; tres veces al dia se retiraba á orar, y en fin, jamás se le vió airado, y ni aun en las contradicciones que sufrió, nunca le oyeron una sola palabra de queja.—Deseando Bernardino de Obregon perfeccionar su instituto, quiso que él y sus hermanos viviesen por voto de hospitalidad sujetos á los jueces ordinarios eclesiásticos en cuyas diócesis tuviesen fundaciones, y él procuró atar su voluntad con el voto de castidad y pobreza, y aprobándolo así el Rey, á quien manifestó su deseo, así como al cardenal de Toledo Quiroga, se consultó el designio del hermano Obregon al Consejo y al vicario de Madrid, y declarada la utilidad de la Congregacion para el bien de los hospitales, se otorgó la gracia y fué admitido Bernardino y sus hermanos de hábito á los votos, los que hicieron bajo la regla de la tercera órden de S. Francisco, en manos del doctor D. Juan Bautista Neroni, vicario de Madrid, á 7 de Diciembre del año 1589, de cuyo solemne acto se publicó testimonio ante el notario apostólico Juan Gutierrez. Verificóse la solemne funcion en la iglesia del Hospital con grande y lu-

cido concurso, vistiendo el vicario á todos los que votaron el hábito con las ceremonias y bendiciones del *Ceremonial Romano*, y volviendo á entregar á Bernardino el Hospital general, le confirmó el vicario con el título de hermano mayor de su Congregacion, autorizándole para que en adelante los hermanos que recibiesen su hábito hiciesen á los dos años de su aprobacion los mismos votos, y que él, como cabeza de la Congregacion, les vistiese el hábito de profesos y repartiese los oficios de la misma. La virtud, dice un autor, es la principal nobleza, la mejor defensa del honor, amparo poderoso en la adversidad, y puede considerársela discrecion en el obrar, prudencia en el hablar y modestia en el vivir. El virtuoso es sabio, rico y fuerte, y tiene cuantas cualidades buenas pueden adornar al hombre, cuantas le perfeccionan y cuantas bastan para ganar la gloria, para adquirir la opinion y para dilatar la fama. Con justa razon dijo Ciceron que solo la virtud es señora libre y reina absoluta, y que todas las cosas sin ella estan sujetas al poder de la fortuna. La virtud, añade el mismo célebre romano, está quieta y tranquila en la mayor borrasca, no la vence la más cruel tormenta, luce en medio de las mayores tinieblas, y aunque vaya por todo el mundo, siempre vive en patria propia, siempre tiene lucidísimos esplendores, é intacta y pura queda entre las mayores manchas, limpia y cándida entre las más terribles desventuras, porque la define de este modo: *Nihil aliud quam in se perfecta ad summum producta natura*. S. Agustin, S. Ambrosio, S. Gerónimo, el cardenal Hugo, Propercio y otros muchos explicaron las excelencias de la virtud y la estimacion que de ella se hace en el cielo y en la tierra. Siendo esto en general la virtud, qué de excelencias no deben considerarse en el que no solo la practica sino que la enseña? Bernardino de Obregon fué maestro de esta ciencia del cielo, que tan útil es á la tierra; y por lo tanto no es de extrañar fuese tan considerado de su Rey, que tanto estimaba á los virtuosos, y que con tan exquisito cuidado los buscaba para premiarlos. Por esta razon admirando Felipe II la gran virtud del fundador de los Obregones, le encargó le advirtiese de todas las necesidades de su corte, para remediarlas, encargó á sus limosneros diesen al siervo de Dios cuanto pidiese para socorrer á los pobres y necesitados, le nombró visitador general de todos los hospitales del real patrimonio, y le cometió el honroso cargo de ir á reformar los hospitales de Portugal, cuyo reino demandaba con súplicas fervientes al hermano Obregon á este fin, pues que la fama habia llevado allí su nombre con el mayor aplauso. Habíase perdido, por decirlo así, la hospitalidad en Portugal, afligido por una larga peste, por las desgracias que en el pueblo y la nobleza habia causado la desgraciada derrota en Africa del rey D. Sebastian, y por otras causas no ménos lamentables, y por lo tanto el cardenal Alberto, que gobernaba el reino, hizo fuerza á Feli-

pe II para que le mandase al hermano Obregon, único que creia capaz de resucitar la casi extinguida hospitalidad. Aun cuando con mucho sentimiento por tenerse que privar de él, accedió el Rey á que el hermano Obregon partiese para Lisboa, recomendándole como á persona que tanto queria y merecia por su virtud y santidad. Llegó Obregon á la fidelísima corte, y empezó su tarea evangélica, que no tardó en producir ópimos frutos de caridad. Arregló los hospitales, dotándoles del número conveniente de hermanos de su hábito, y fervorizó de tal modo á los portugueses, que muchos de ellos, hasta de calidad, le pidieron les admitiese en tan santa Congregacion. Escribió el siervo de Dios, de órden del Rey, estatutos para el gobierno de hermanos y hospitales, aconsejándole en carta particular muy afectuosa, se retirase á alguna parte fuera del hospital en donde pudiera hacerlo con descanso sin que le inquietasen, y obedeciendo Bernardino, se retiró al monasterio de la órden de Cristo, llamado de nuestra Señora de la Luz, á una legua de Lisboa. Acometió al rey Felipe II la última enfermedad, y conociendo que se moria, mandó á buscar en posta al H. Bernardino Obregon, deseando tenerle á su lado en sus últimos momentos. Por mucha diligencia que se puso en el regreso desde Lisboa, la enfermedad del Rey adelantó más en el camino de la muerte que Obregon en el de Madrid, y así que llegó á la cabecera del moribundo Rey no tan pronto como deseaba. Alegróse, sin embargo, mucho de verle ya á su lado el soberano, y cuando se acercó á él, le dijo poniéndole la mano sobre el hombro: «Tarde ha»beis llegado, Bernardino de Obregon, mucho ántes os quisiera yo aquí, »porque ya estoy muy al cabo de la vida, y no puedo cumplir el deseo que »he tenido de asentar y acomodar vuestras cosas, por la gravedad de mi en»fermedad; rogad á Dios por mí.» Y dicho esto le mandó dar mil seiscientos ducados para que los repartiese entre los pobres, mandándole que no se fuese de San Lorenzo, sino que asistiese á su entierro, y que despues acompañase al príncipe su hijo á Valencia, para que asistiese á sus bodas. Cumplió Obregon la voluntad del Rey, y sintiendo mucho su muerte oró por él. Pocos han sabido distribuir el tiempo con mejor economía y órden que nuestro Obregon. Estudiando á este fin encontró, como siente Maldonado, que el Evangelio cifra muy graciosamente en Marta y María la distribucion que ha de hacerse del tiempo. Levántese en buen hora el pensamiento en la oracion fervorosa á cosas superiores hasta poner el alma en Dios; pero acúdase al propio tiempo á la necesidad del prójimo, y entónces hallará el hombre la perfeccion y el verdadero fin de la caridad en su propio provecho y bien ajeno. Dice S. Pablo que deben disponerse las ocupaciones de tal modo, que ni la oracion se pierda, ni la caridad se acabe, y esto fué lo que procuró precisamente Bernardino de Obregon como buen prelado de su

Congregacion, que acudia á una y á otra sin faltar á las obligaciones domésticas y á las propias, no teniendo hora ociosa, y dándose todas á Dios y á los enfermos. Sujetaba sus pasiones con la oracion, huyendo de las ocasiones peligrosas y velando en la cura de los pobres, siendo el primero que acudia á remediar sus trabajos, y á dar ayuda á sus cuitas, de suerte que fué ejemplo para todo espiritual aprovechamiento y para todo remedio humano. Consideraba el siervo de Dios la oracion en todo su valor real, conociendo, como S. Juan Crisóstomo, que es causa de toda virtud y justicia, y que ninguna cosa de cuantas son necesarias para la verdadera piedad puede existir en el alma adonde falta de todo punto la oracion; porque ella constituye todos los nervios espirituales con que se gobierna la perfeccion cristiana. Añade á esto S. Juan Clímaco, que la oracion es union del alma con Dios, madre de gracia, puente seguro para pasar las tribulaciones de la vida, fortaleza contra la tentacion, arma fuerte para las batallas espirituales, principio de la alegría del cielo y lumbre del entendimiento. Llámala S. Basilio compañía en la soledad, escudo contra los temores de la noche y descanso de los trabajos del dia; S. Bernardo, sacrificio acepto á Dios, música de los ángeles, convite para los bienaventurados, miedo de los demonios, compañía de los buenos y remedio de los malos. En fin, la oracion es el medio más eficaz para alcanzar el cielo, pues que además de deber entregarse á ella el hombre por gratitud, está acordada por el mismo Dios cuando nos dice tan generosa y paternalmente: *Pedid, y recibireis; buscad, y hallareis; llamad, y se os abrirá*, en lo que se nos encarga la oracion como el remedio más eficaz y seguro de nuestra salud. Por lo persuadido que estaba Bernardino de Obregon de lo que puede con Dios la verdadera oracion, oraba con sus hermanos en comunidad tres veces al dia: al alba, al medio dia, y á la tarde, disponiéndola de tal modo, que la oracion y la caridad fuesen siempre unidas sin perjudicarse en el tiempo la una á la otra. La flojedad en el servicio de los pobres la reprendia severamente, prediciendo que cuando sus hijos desmayasen en la caridad, padecerian persecucion, y así se cumplió, y así es que más bien perdonaba defectos de devocion que de caridad, en lo que era un juez inexorable y rígido. Ya hemos mencionado entre los primeros que siguieron el ejemplo de Obregon entrando á servir en el hospital de la Corte y vistiendo su tosco hábito en 1569, á Juan García de Jesús, natural de Cercedilla, que yéndose despues á Roma profesó en aquella santa capital del orbe católico la regla de la tercera órden de S. Francisco, sin que por eso mudase el hábito de la Congregacion. Y puesto que así le consideramos, bueno será digamos algo de este hermano, porque cede en honra de nuestro Bernardino, que llevó despues con él á cabo otra obra piadosísima en Madrid. Pasó este hermano de los Obregones de Roma á Lo-

reto en romería, en donde se venera la casa en que nació y vivió la Santísima Vírgen María, y adonde la piadosa opinion cree se obró por el Espíritu Santo el inefable misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios; y dejando para los historiadores sagrados el describir esta gloriosa casa, y hacer su historia que puede ver el curioso en extracto en la vida de nuestro héroe por el ya citado Maldonado, solo diremos que inspirado Juan García de Jesús á la vista de la milagrosa imágen de Loreto, hizo ejecutar una exacta copia de ella de talla, y la trajo consigo á España con el propósito de pedir en Madrid limosnas para fabricar una iglesia en que establecerla con el propio título. Llegó á esta corte con tan precioso tesoro el año 1581, á tiempo que se fabricaba en su calle de Atocha un gran colegio para doncellas huérfanas, obra insigne de piedad y grandeza del rey Felipe II, al que ayudaba en esto la villa de Madrid, y alentaba el cardenal Quiroga, arzobispo de Toledo. Como es de suponer, Fr. Juan vino á parar al hospital con sus antiguos hermanos, y depositando la Vírgen de Loreto en su iglesia, manifestó á Bernardino de Obregon su intento, el que aprobó muy gozoso de poderle ayudar en obra tan santa y meritoria. Dando éste cuenta al Rey de todo, el soberano se manifestó muy complacido de tener en su corte tan preciosa imágen, y aun ideó labrarla un suntuoso templo; pero manifestándole lo bien que estaria en el nuevo colegio de doncellas, consintió en ello, dándole su santo nombre. Acordado todo al efecto, se llevó la imágen con regia pompa y notable solemnidad desde el hospital al colegio, el año 1587, acompañándola los hermanos Obregones presididos por Bernardino y por el piadoso Fr. Juan, que quedó hasta su muerte en su servicio en aquel real colegio que unió el Rey á su patrimonio como patrono, estableciendo en el un rector, capellan de honor, con el competente número de sacerdotes y asistentes para el servicio del templo, en cuyo estado sigue hoy, habiéndose librado como propiedad real de la devastacion con que nuestra revolucion ha hecho desaparecer en esta corte tantos templos y conventos. Grande fué la devocion que tuvo Obregon á esta santa imágen, y grandes han sido los prodigios que ha obrado la Señora en favor de sus devotos, por lo cual es muy frecuentada su iglesia del devoto pueblo de Madrid. Fuerte fué Bernardino de Obregon, como vamos viendo, en la caridad, pero no lo fué ménos en la castidad, en la pobreza, en la obediencia y en el cumplimiento de las obras de misericordia. Llamó S. Gerónimo *prima christianarum virtus* á la caridad, porque con ella se da comienzo á la salud del alma, y es el esmalte de las demás virtudes sin las que no lucen ni campean sus divinos tesoros, y habiéndolo todo dejado Bernardino por ella para ejercitarla con la humanidad en su estado más lamentable y asqueroso, puede considerarse si supo conocer su valor. Con esta virtud, dice su historiador, salió victorioso

de todas sus persecuciones, alegre de sus tristezas y rico de sus necesidades, cosa no extraña, pues que la caridad es antidoto universal de todas las desgracias que persiguen é inquietan á nuestra cortísima vida temporal. Guiado por esta virtud, procuraba que el primer alimento que tomasen los enfermos al entrar en su hospital fuese el pan de los ángeles, preparado por la penitencia, manjar divino que aprovechando al cuerpo sustenta al alma, poniéndola en gracia; les limpiaba los pies y el cuerpo si lo permitia la enfermedad y les mudaba la camisa, de modo que quedaban limpios los buenos de cuerpo y alma; recogia el pobre ajuar que traian para cuando sanasen, y si morian, su valor se les aplicaba en misas por su alma, piadosa costumbre que desde entónces se observa en nuestros hospitales. La castidad de Bernardino no le permitia mirar á ninguna mujer, y de este modo pudo quitar ocasion de pecar á los ojos, que son las puertas por que se introduce este pecado excitando los deseos en detrimento de nuestra frágil voluntad y daño del cuerpo y del alma; y Maldonado nos da razon del combate en que venció al demonio de la carne en la tentacion de una mujer poderosa y hermosa, que se enamoró del siervo de Dios. En la pobreza fué tambien Bernardino campeon esforzado. Tres géneros de pobreza define Hugo Cardenal: una, la falta de bienes temporales; otra la del espíritu, y otra la que los filósofos llaman frugalidad, que no llega del todo á la pobreza; y en todas y cada una de ellas llenaba el siervo de Dios las cualidades con que S. Agustin señala el verdadero pobre. Su obediencia la prueba la resignacion que hizo de su voluntad por voto y todos los actos de su vida; y fué tan notable en la práctica de las obras de misericordia, que bien pudiera decirse de él lo que expresó S. Gerónimo de Sta. Paula: que su liberalidad y misericordia no tuvieron límite, como en aquella santa; que creció con él desde su niñez la misericordia; que no comió bocado de pan de que no diese al pobre; que siempre tuvo abierta la puerta de su casa para el pasajero peregrino; que no negó al pobre enfermo lo que habia menester para su salud; que amparó á la viuda sin dilatar sus promesas; que remedió al necesitado y no desmereció á su vista jamás el pobre por verle asqueroso y sin abrigo. Todo esto hizo tambien el santo varon, al que concedió Dios el don de lágrimas, gracia que vale tanto, que aconseja S. Gerónimo se pida á Dios incesantemente; porque, como dice Niseno, las lágrimas son guardas, confidentes, escudo y defensa del varon santo, del hombre justo y del dichoso que marcha por el camino de las virtudes. Ciertamente que debió bien estudiar nuestro Bernardino Obregon esta leccion cuando tan bien la enseñó con su ejemplo, llorando dia y noche por sus pecados y por los de sus semejantes, implorando la misericordia divina que vuelve las lágrimas del verdadero arrepentimiento en bálsamo eficacísimo que cura las profundas llagas que causa al alma el pecado. Una

vez que la hospitalidad fué la virtud en que Bernardino de Obregon elevó el glorioso monumento que le inmortalizó, y sobre la cual estribó principalmente su heróica caridad, séanos permitido discurrir un breve rato, siquiera sea solo para instruccion de los que lo ignoren, sobre el orígen de los hospitales y hospicios para albergar á los peregrinos y curar á los enfermos. Dios es caridad, dijo el apóstol S. Juan Evangelista, y el que la tiene, tiene á Dios, porque la caridad es el primero de los dones del Espíritu Santo, y aun el más noble y real de todos ellos, pues es raíz de todos los bienes y remedio de todos los males. S. Agustin llamó á la caridad precepto dilatado, mandamiento con extension y largueza, y S. Fulgencio doctor que nos enseña la salvacion, y sin duda por esto dijo S. Juan Clímaco que la caridad tenia poder y señorío sobre el mar de nuestro corazon; que puede aquietar las olas borrascosas de nuestros pensamientos, y que con el poderoso brazo de esta virtud divina, desbarata y rinde á nuestros contrarios, y anima y fortalece á nuestros amigos. «Mas, ¿qué me admira, prosigue el Santo, si la »caridad es dadora de las profecías, obradora de milagros, abismo y fuente »de luz, rio caudaloso de la sabiduría, raíz de la inmortalidad, templo de »la gloria, imitacion verdadera del estado de los ángeles y el mayor aprove»chamiento de los escogidos?» Alabando esta virtud manifiesta S. Agustin que es cumplimiento perfectísimo de la ley y de las profecías; S. Fulgencio que la caridad sola puede lo que no alcanza la naturaleza; y S. Bernardo concluye que el estímulo de la caridad es Jesucristo. Asegura S. Agustin en otro lugar que es la caridad como la muerte en la mucha igualdad con que se porta, pues que mira ántes á los enfermos que á los sanos, y á los débiles que á los fuertes, siendo camino ordinario de Dios para los hombres, y de estos para Dios. Sin duda por esta doctrina el católico observó desde el principio de la Iglesia apóstólica la caridad, pues que viendo por camino tan corto que podia lograr su deseo de vivir en Dios, la tuvo siempre por la principal de las virtudes. Nadie que haya leido la historia con aprovechamiento puede ignorar que todos los pueblos pusieron especial cuidado en curar á los pobres enfermos y remediar á los necesitados, desde el punto en que les alumbró un rayo de civilizacion, y pocos pueblos bárbaros, por idiotas que hayan sido, han dejado de atender á esta importante necesidad de la humanidad. Es tan antiguo este género de defensa contra la pobreza, que así opina con muy buen juicio Maldonado, que empezó en el mundo cuando nació nuestra miseria, para que de este modo campease más el amor y la misericordia del Altísimo. Por la Sagrada Escritura, fuente de la verdadera historia, sabemos que Abraham y Lot se ocuparon ya en hospedar y curar á los peregrinos, jactándose Job de que jamás se cerraron las puertas de su casa, hallando siempre abierta el profeta Eliseo la de la viuda de

Sarepta. Esta misericordia con los pobres del pueblo de Dios en la ley antigua, se comunicó á la ley de gracia, pasando de profeta en profeta y de justo en justo; y hé aquí porqué son famosas en el Evangelio la piedad de Marta y el hospicio de Zaqueo, pues que Jesucristo prometió el reino de los cielos á los que albergasen á los pobres. Hospedóse el príncipe de los apóstoles, S. Pedro, segun el evangelista S. Mateo, en casa de Simon Coriario, y los demás en la casa de la mujer Purpuraria, llamada Lydia, ponderando S. Lucas la buena acogida que halló el apóstol S. Pablo en las casas de los fieles cuando le llevaron preso á Roma. Alaba S. Juan á Cayo por el hospicio que tenia para recoger á los pobres, y bendijo S. Pedro á Onesifo, porque recibia y curaba en su casa á los discípulos y los alimentaba. Hasta aquí, dice Maldonado, no hallamos hospitales públicos para curar enfermos ni albergar peregrinos; pero la piedad lucia en las casas de los primeros fieles, y por lo tanto suplian su falta. Discurriendo este erudito autor por la historia, nos dice que la primera noticia de hospitales que encuentra en la antigüedad es por Sabelico, que manifiesta que Cimon Ateniense convirtió su casa en hospital público, y que gastó su hacienda en curar enfermos y albergar peregrinos. El primer hospital español de que nos habla la historia antigua fué el fundado por Julio Poziaco, por quien dijo Quintiliano que cuando ménos pensaban los vivos, el artífice de la inmortalidad socorria en comun para que los hombres unos á otros se favoreciesen en particular; y por lo que dijo Séneca: Haz bien y no sepas á quien, y hacerte han á ti bien. Dice Pineda en su Monarquía Eclesiástica, lib. III, cap. 3, que el rey Cárlos encargó á los godos la hospitalidad con tanto rigor, que dió por ley: que al que se le probase que por tres veces habia negado posada á los peregrinos le quemasen la casa. Asegura Egesipo que Hircano fué entre los hebreos el primero que fundó hospitales para hospedar peregrinos, curar enfermos, criar niños expósitos, sustentar huérfanos y alimentar ancianos é impedidos, estableciéndose despues en Jerusalen, á instancia suya, hospitales de todas clases, cuya costumbre se extendió despues con la predicacion del Evangelio. San Pedro, colocado al frente de la Iglesia universal, aumentó los hospicios y hospitales para que se acogiesen á ellos con mayor desahogo los muchos que de todas partes venian á consultarle casos dudosos de la fe, segun se dice en las constituciones apostólicas que recogió S. Clemente. Despues del martirio del príncipe de los apóstoles, el papa S. Lino hizo un grandioso hospital en Roma para los peregrinos sanos y enfermos, cuyos ministrantes llevaban en la mano por insignia una cruz, lo cual ha hecho opinar á algunos autores que éste fué el orígen de la órden religiosa de los Crucígeros. Añade Maldonado, refiriéndose á S. Clemente, Santiago y á los concilios Cartaginense, Neocesariense y de Aquisgran, que la órden de diácono, establecida por los

apóstoles, se instituyó en la Iglesia para hospedar peregrinos y curar pobres enfermos, á lo que acudian aquellos siete varones señalados como tales con S. Esteban por los apóstoles, para que no les estorbase á ellos este cuidado para la predicacion; y por lo mismo le encomendaron á los diáconos, cuyo oficio fué en la primitiva Iglesia servir á los pobres, darles de comer y albergarles. El papa Evaristo aumentó despues en Roma el número de diáconos hasta catorce para el mejor servicio de los hospitales, pero no tenian todavía estos diáconos casas propias para ejercer su oficio, á lo cual atendió el pontífice Fabiano que les fijó sitios con el nombre de diaconías. Desde entónces los pobres tuvieron ya hospitales en cada colacion ó barrio, y oratorios para recibir los sacramentos; cuando celebraba el Pontífice, los diáconos servian el altar, privilegio que les concedió la Iglesia, así como el ministrar al sacerdote en el sacrificio, decir el Evangelio al pueblo y predicar y bautizar en ausencia de los presbíteros. S. Silvestre papa aumentó el número de los hospitales, diaconías y diáconos, erigiendo otros muchos San Gregorio, segun manifiesta en su vida Juan Diácono. Al hablar de S. German Constancio Preste, dice que las casas de los obispos antiguos servian de hospitales á los fieles, y luego que se instituyeron las religiones todos los monasterios tuvieron hospederías y enfermerías generales para los pobres, en donde los alimentaban y curaban los religiosos, como puede ver el curioso en la vida que el abad Casiano publicó y escribió S. Gerónimo de los PP. del Yermo, y en la que escribió S. Atanasio del glorioso S. Antonio. Simeon Menafrastes nos dice cosas notables sobre este particular de Teodosio Monje, diciéndonos Anfiloco, obispo de Iconio, que S. Basilio Magno con las grandes riquezas que para tales fábricas le dió el emperador Valente, edificó grandiosos hospitales para la cura y albergue de todo género de necesitados. Estos fueron los primeros hospitales que nos descubre la historia hubo para la cura de males contagiosos, de donde tomaron orígen las órdenes de S. Lázaro, de Sta. María de la Escala de Sena, de la caridad de Santa María en Francia, de S. Anton del Templo, de S. Jorge de Alga, del hospital de S. Juan, S. Estéban, S. Mauricio, Juan de Dios y otras que se ocuparon de la caridad en este sentido; pudiéndose presentar como modelo de todas ellas en la antigüedad, y principio heróico de los institutos de esta clase en los tiempos modernos, la Congregacion de los hermanos Obregones ó siervos de los pobres, fundada por nuestro bienaventurado compatriota Bernardino de Obregon, el varon más ilustre en caridad despues de Jesucristo, que fué la caridad misma y de donde esta emana, que vieron los siglos. Si España en cuanto á caridad puede considerarse orgullosa á la cabeza de todos los pueblos de la cristiandad, siendo de las primeras que atendió á la hospitalidad doméstica con mil asociaciones, entre ellas la rica y de ejem-

plar administracion y economía, Santa Hermandad del Refugio, cuya fama es europea por los cuantiosos tesoros que derrama anualmente entre los pobres, que alberga, cura y mantiene de mil modos; no le fué en zaga Portugal, que como parte mal y contra la natúraleza separada de España, de cuya península forma un rinçon, pues que acreditan su caridad los suntuosos palacios, que tal pueden llamarse por su magnificencia, que levantó para hospicios y hospitales, imitando á España que en esta corte cuenta el magnífico hospicio de S. Fernando, el grandioso Hospital general, la casa Inclusa y otros muchos dignos de la grandeza española en la mayor parte de nuestras capitales. Empero el mal estado en que por algun tiempo se halló Portugal con la desaparacion del rey D. Sebastian y las pestes, y en la época que describimos, con la lejanía de su gobierno supremo que residia en Madrid por haberle conquistado, ó heredado como otros quieren, el año 1580 el rey Felipe II, fué causa de que la hospitalidad decayese y desmayase la caridad en aquel reino. El cardenal Alberto, sobrino de Felipe II, que gobernaba por España á Portugal, creyó, como ya dijimos, que nadie mejor que Bernardino Obregon podria ordenar la hospitalidad en aquel reino, y pidiéndole al Rey, éste le mandó con doce hermanos é hizo sus estatutos. Mas como á pesar de haber ya dicho algo de esto, nos quedase por decir algo interesante, no queremos pasarlo por alto, y lo diremos, si bien con la mayor brevedad posible. Al partir Obregon para Lisboa quedó haciendo sus veces de hermano mayor el H. Juan Ortiz de Villa, que gobernó el Hospital general con grande acierto. En cuanto llegó Obregon á Portugal, en Julio de 1592, y se puso á su disposicion la hermandad de la Misericordia, hizo las elecciones de oficios y repartió las enfermerías entre los hermanos, y nombrado hermano mayor, puso el gobierno de aquella casa, en cuanto pudo ser, á estilo y ley del Hospital general de Madrid, y entregándose de todos sus bienes por mandato de D. Miguel de Castro, arzobispo de Lisboa, estableció una administracion prudente y económica, no tardando en captarse la amistad del prelado, el aprecio de las autoridades y de la grandeza, y el cariño de todos los portugueses, que vieron bien pronto, por sus obras, que la fama se habia quedado corta en su elogio. Describe minuciosamente el erudito Maldonado con este motivo la historia y grandezas de Lisboa; pero no siendo esto de nuestro propósito, remitimos al curioso á la vida de Obregon, publicada por este autor en Madrid en 1634, y solo nos haremos cargo á la ligera de la fundacion del Hospital Real de Todos los Santos. Fundóse este Hospital por el rey de Portugal D. Juan II, apellidado *el Perfecto*, esposo que fué de la infanta de Castilla Doña Isabel, hija de nuestros Reyes Católicos, y en el año de 1592 se empezó su fábrica á 15 de Mayo, dándole el nombre expresado, reduciendo á él otros muchos de la capital, y seña-

lándole rentas que aumentaron sus sucesores los reyes D. Manuel y Juan III. Su suntuosidad como edificio no cede á los famosos de la cristiandad, entre los que sobresalen el de los Españoles en Roma, de Sancti Spíritus en Sena, de Santiago en Galicia, del cardenal Tavera en Toledo, el famoso de Guadalupe, ni el afamado de París, que eran los más nombrados en la época de Obregon; y efectivamente que puede juzgar suntuosa esta fábrica el que lea la detenida descripcion que de ella hace Maldonado, que no llegó á conocer nuestro actual Hospital general de Madrid, que si éste hubiese sido concluido, hubiera llegado á ser el primer edificio del mundo en esta clase como edificio, si bien no muy á propósito para hospital, por haberse descuidado el estudio detenido que requiere la construccion de casas en que ha de habitar y padecer la humanidad doliente, para que sufra lo ménos posible y el servicio pueda ser lo más á tiempo. Destinóse desde luego este hospital, como el nuestro, á la cura de todas las enfermedades, inclusa la locura, y en un principio le gobernaron los frailes de S. Aloy, llamados en Portugal los *Azules de San Juan Evangelista*, que no son otra órden que los Celestinos de Italia, ó sean los canónigos celestinos, llamados por otro nombre de *San Jorge de Alga* ó *Dalfamense;* pero fundándose la cofradía de la Misericordia, que empezó como nuestra piadosa hermandad de la Paz y Caridad para los reos, el rey D. Manuel puso el hospital de Todos los Santos bajo su gobierno y direccion. La hermandad de la Misericordia, al decir de Maldonado, existe en todas las poblaciones de Portugal, por pequeñas que sean, y tuvo su orígen del modo siguiente. Acostumbrábase en Lisboa á llevar á ajusticiar á los delincuentes con solo los ministros de la ejecucion, sin ninguno que les acompañase y auxiliase para bien morir. Viendo un dia pasar á uno de estos miserables un fraile trinitario, castellano, natural de Segovia, se condolió tanto de ver desamparado al reo de todo auxilio espiritual; invitó á acompañarle al suplicio á los que iban paseando en su compañía, y llegándose al infeliz delincuente le empezó á auxiliar en alta voz, con lo que lo que llamó la atencion de los pasajeros, que siguieron todos aquel tristísimo cortejo. Aprovechándose de este caso Fr. Miguel, ponderó lo cristiano y caritativo que era asistiesen los fieles al auxilio espiritual de los reos, y lo aceptable que sería á los ojos de Dios fundar una cofradía con este objeto. Dióse cuenta de esto al arzobispo de Lisboa D. Miguel Meneses, quien lo aprobó; y dando cuenta á la infanta Doña Leonor, que gobernaba el reino por ausencia de su hermano el rey D. Manuel, que habia pasado á Castilla en 1497, pareció tan bien á esta señora la propuesta, que mandó que se hiciesen las ordenanzas para la fundacion de la cofradía que se deseaba. Hechas estas, las aprobó la Infanta á 15 de Agosto de 1498, y se creó en una capilla de la Iglesia mayor, con los indultos y aprobaciones necesarias, am-

pliando la cofradía por todo el reino D. Manuel, por su decreto de 25 de Setiembre de 1550, dándola grandes privilegios, é impetrando gracias y jubileos de los pontífices. Los estatutos de esta caritativa hermandad pueden consultarse en la referida obra de Maldonado, bastando á nuestro intento referir que nuestro Bernardino Obregon la encontró encargada del Hospital general de Lisboa, y que la gobernó como hermano mayor, estableciendo nuevos estatutos para el mejor gobierno y direccion del Hospital, que no tardó en mejorar en todo; por lo que fué alabado y venerado nuestro compatriota de la cofradía, de la corte y de todo el reino, y bendecido de los pobres, que disfrutaron bajo su gobierno comodidades y ventajas en sus dolencias, que se habian desconocido en aquella benéfica casa hasta entónces. El aprecio de Bernardino subia cada vez más de punto entre los portugueses; ¿y cómo no habia de ser así, cuando siendo tipo seguro de la verdad regulaba á nivel sus palabras y sus obras, poniendo de manifiesto el alma en las unas y la virtud en las otras? Amaba la verdad y aborrecia la mentira; hacia cuanto bien podia sin interés de ninguna especie, sino el de captarse la bondad de su Dios, interés noble y sublime que todos debemos aspirar; sufria los males y trabajos con ejemplar paciencia, sin que ni aun de imaginacion procurase el mal ajeno; jamás vengó las injurias, y al contrario, tuvo por premio el tenerlas y por felicidad el sufrirlas. En el gobierno que tenia á su cargo guardaba fielmente la ley del Evangelio, y la regla del sabio Séneca, el prudente, para serlo en el buen cumplimiento de sus deberes; porque al ordenar y disponer lo presente, se acordaba de lo pasado y prevenia lo futuro, á fin de no faltar incautamente á todo, acordándose de que S. Isidoro, glorioso arzobispo de Sevilla, dijo que el prudente era *quasi prævidens*, porque ha de tenerlo todo presente para poder remediarlo y disponerlo. Llama S. Agustin á la prudencia amor que elige con sagacidad aquellas cosas que se ayudan y se impiden; y Séneca manifestó que era conocimiento presente que descubre y trata suceso de lo porvenir. Siendo conocedor y observador Obregon de estas reglas, no es de extrañar arrastrase las voluntades de los portugueses, como se habia granjeado la de sus compatriotas, por lo que pudiera decirse de él lo que dice S. Ambrosio, que el sabio y el prudente es natural de adonde se halla, es ciudadano de todas las ciudades, le entienden en todas partes, en ninguna es peregrino y toda la tierra es su patria. Tal ejemplo de virtudes fué causa de que muchos portugueses le pidiesen su hábito y de que pululasen por Portugal los Obregones como en España, y así es que pudo mandar hermanos á los hospitales todos del reino y de sus islas, y en especial al del Espíritu Santo de Evora y al de Villaviciosa, para el que se los pidió la duquesa de Braganza, princesa piadosísima, nieta del rey D. Manuel. Ya dejamos apuntado ántes

que Bernardino Obregon fundó el seminario de niñas huérfanas de Lisboa, lo que hizo movido de la caridad á que excita el Evangelio por boca del Salvador, que tanto amó y encargó el cuidado de la infancia. Supo con dolor que al morir los soldados dejaban muchas niñas desamparadas sin recursos para mantenerse, y por lo tanto expuestas con la edad á mil tragedias; y esto le inspiró la idea de acudir al remedio de tanto mal, fundando un benéfico albergue en donde pudieran recogerse, alimentarse é instruirse en la virtud aquellas desgraciadas. Manifestó el siervo de Dios su deseo al arzobispo D. Miguel de Castro, prelado de conocida y sólida virtud, y condescendiendo en ello, como cosa tan útil á la religion y á la república, pidió á la ciudad ayudase á obra tan meritoria como necesaria, y los portugueses no se hicieron sordos á este llamamiento, pues abrieron sus bolsillos á la caridad. Comprando Bernardino una casa á propósito con el producto de la limosna, la alhajó convenientemente y estableció en ella el colegio de doncellas, poniendo á su frente como directora á una señora de suma virtud, dotándole con el competente número de asistentas y de criados, proveyéndole de un meditado reglamento para su gobierno y direccion. Grandes fueron las limosnas que hicieron para el sostenimiento del colegio la princesa de Braganza, el Arzobispo y todos los señores principales de Lisboa, con cuyo auxilio recogió en este albergue el hermano Obregon muchas niñas, que recibieron en él una sólida instruccion. El rey D. Felipe II, al que dió cuenta de esta fundacion pidiendo la amparase, pues que carecia de rentas para sostenerse, le mandó mil seiscientos ducados y órden al conde de Portalegre, capitan general de aquel reino, para que le entregase los sueldos que se debiesen á los soldados difuntos que tuviesen hijas ó parientas en el seminario creado, todo lo cual tuvo lugar en el año 1588. Como en este mismo año saliese para Inglaterra una escuadra mandada por el duque de Medinasidonia, en la que fué mucha parte de la nobleza de Castilla, mandó Bernardino en ella veintidos Obregones de su Congregacion para que asistiesen y curasen los enfermos, que por desgracia no fueron pocos en aquella desgraciada jornada, pues que una borrasca destruyó la armada en el canal de Inglaterra, llegando solo de retorno á Lisboa, con ménos averías que los demás, el buque en que iban los Obregones con la enfermería, lleno de muchas alhajas, que mandó Felipe II entregar al hermano Bernardino para el servicio y mantenimiento de las niñas huérfanas. Dice el piadoso Maldonado, tantas veces citado en este artículo, que la tribulacion es una escuela en que los siervos de Dios aprenden á ser santos, á tener valor para vencer los trabajos y librarse de los peligros y estorbos que pone el diablo para que tropiece la sólida virtud y la santidad más confirmada. A fin de alcanzar la gloria en la universidad de la gracia, es preciso hacer ejercicios y actos en la ciencia del sufrir,

y cursar en el general de confiar y padecer. Aquilata en esta vida la tribulacion á la paciencia sirviendo de crisoles los sucesos humanos, que al fuego del disgusto, á las llamas de la persecucion y de la pena, saca purísimo el oro del valor de la virtud para comprar el cielo. Los vasos de barro, dice el Eclesiástico, aprúebalos el horno y los valora el fuego, así como á los justos la persecucion, pues como el reino de los cielos ha de ganarse á fuerza de armas, y la vida del hombre es campo de batallas y dilatado asedio, es forzoso el valor para ganar la victoria. Hé aquí por lo que nuestro Redentor llama bienaventurados á los que saben sufrir las persecuciones, y á los que pelean contra los disgustos y contradicciones de la vida, diciendo que son dignos de la eterna, premio concedido á la fortaleza que es necesaria en tales casos. Grandes fueron las contradicciones que experimentó Obregon en su vida, algunas de las cuales dejamos apuntadas; pero de todas le sacó á salvo su humildad y su paciencia, y aun cuando en Portugal no le faltaron y tuvo grandes contradicciones, hasta el punto de tener que mediar el Rey en algunas, su virtud le sacó triunfante de sus malignos é injustificables enemigos, á los que, descubiertos que fueron, jamás permitió se hiciese daño alguno, perdonándoles con el mayor amor, y oponiéndose fuertemente á que se divulgase el delito de aquellos, ni su inocencia personal, por mas calumniosa y pública que hubiera sido la ofensa, y por más pertinaz y cruel que fuese la persecucion. La humildad del siervo de Dios resistió cuanto pudo el ser limosnero mayor del rey Felipe II, y con más fuerza el cargo de visitador general y reformador de los hospitales de sus reinos, por temor de engreirse en tan elevados cargos, y ya dijimos cómo por órden del soberano escribió la regla de su instituto en el monasterio de la órden de Cristo, desde el que pasó para poder escribir con más descanso al hospital real de la ciudad de Evora, en el que acabó sus constituciones. A este tiempo supo que en Madrid la envidia habia calumniado de tal modo á sus hermanos los Obregones, que habia logrado deponer del gobierno del Hospital general al hermano Juan Ortiz, á quien habia dejado de hermano mayor durante su ausencia, y á los demás hermanos enfermeros; y aun cuando Bernardino escribiendo lo que pasaba al Rey hubiera logrado inmediatamente el remedio para su Congregacion, escribió á sus hermanos encargándoles el valor en aquella tribulacion y que obedeciesen á los diputados de la Junta sin tratar de defenderse, que Dios lo haria por ellos, y así lo hicieron los Obregones para los que las insinuaciones de su superior eran órdenes que veneraban, y á las que jamás faltaban. Entendió el Consejo Real en las diferencias que los diputados del Hospital general suscitaron entre sí, y descubierta la verdad, volvióse á encargar la direccion á los Obregones, reponiendo en su cargo de hermano ma-

yor á Juan Ortiz, y en las enfermerías á los demás hermanos, lo cual fué aplaudido de todo el vecindario de Madrid, que habia conocido la intriga que habia tenido lugar, y admirado el gran ejemplo y humildad que habian dado los Obregones, cuya fama aquilató aquella injusta persecucion. Despues de haber escrito el siervo de Dios la regla de su instituto, que puede servir de modelo á las más caritativas asociaciones del mundo y á las órdenes religiosas de más estricta observancia y austeridad, volvió á Lisboa, y viendo la estrechez en que por el mucho número estaban las doncellas de su seminario, escribió al Rey pidiéndole el antiguo palacio, llamado el Castillo, que no ocupado ya por personas reales, servia de cuartel á los soldados castellanos. Pidiendo informe sobre esta demanda el soberano al arzobispo y á los agentes de su gobierno, como todos respondiesen de la utilidad y conveniencia de la medida, dió las necesarias órdenes para que se entregase el Castillo al hermano Bernardino de Obregon. Verificado así, y hechas las obras necesarias, pasaron las niñas del seminario á ocupar el Castillo el 9 de Octubre de 1597, yendo al efecto en una lucidísima procesion, en la que fueron todas las religiones y autoridades de Lisboa, y en la que ofició el arzobispo, haciendo aquel dia gran fiesta la ciudad con este motivo. Ya dijimos en otro lugar que cayendo Felipe II en su última enfermedad en el Escorial, y sintiéndose próximo á la muerte, mandó llamar á toda prisa á Bernardino de Obregon, y que por más diligencia que puso éste para venir, no llegó tan á tiempo como el Rey hubiera querido. Maldonado trae una minuciosa descripcion de los últimos dias del rey Felipe II, y de su régio enterramiento, y á este autor puede consultar el que por necesitarlo ó por curiosidad quiera enterarse de ella, bastando decir á nuestro propósito que á todo se halló presente Bernardino de Obregon por la voluntad del Rey difunto, y por la de su sucesor Felipe III. Mandó este soberano á Obregon que viniese con él á Madrid desde el Escorial, para continuar á su lado, lo que alegró á todo el vecindario, que amaba á Bernardino como á un padre benéfico y cariñoso. Imposible seria describir el gozo de los Obregones, y de todos los sirvientes del Hospital general, al volver á ver á su jefe querido, y aun el de los enfermos, para los que la noticia de su llegada fué una eficacísima medicina que alivió á muchos sus dolencias. Entró Bernardino primero en la iglesia del Hospital á orar con sus hermanos, y dando gracias á Dios por haberle permitido volver á su querido albergue, se dirigió en seguida á visitar las enfermerias, causando esto grande alegria á los enfermos, á los que fué repartiendo expresiones de consuelo y de cariño paternal; consolando con expresiones propias á aquellos á quienes más próximamente parecia asestar la muerte. Volvió Bernardino Obregon, despues de haberse enterado por sí mismo del estado del Hospital, de haber conversado

con cada uno de los hermanos para descubrir su capacidad, y de entregar los despachos que traia de Lisboa, y recomendando á los ministros las casas de beneficencia de Portugal, para que atendiesen á sus necesidades, á continuar sus ocupaciones de hermano mayor, sus ejercicios piadosos y penitencias; pero tuvo que suspender muchas de estas cosas para obedecer la órden que le dió el rey Felipe III de acompañarle á Valencia, adonde iba á casarse con la reina Doña Margarita de Austria, hija del duque Cárlos, y nieta del emperador Fernando y de Ana, hija de Ladislao rey de Hungría y de Bohemia, cuyo matrimonio habia dejado ya concertado el difunto Felipe II. Hízose este real enlace en Roma por el Pontífice, que ofició en él, siendo el duque de Sesa, embajador de España, el que hizo de esposo en la ceremonia por su rey Felipe III, siendo tanto el recibimiento de esta señora como sus bodas una de las fiestas más ostentosas que se han verificado en la capital del orbe católico. Salió Bernardino de Obregon con su Rey y toda la corte para Valencia el 29 de Enero de 1599, en cuya ciudad les hizo una magnífica recepcion D. Juan Alonso Pimentel de Herrera, conde de Benavente, virey entónces de aquel reino, y despues de Nápoles, á quien acompañó en los obsequios el duque del Infantado y el marqués de Denia, á quien encomendó el soberano el cuidado del hermano Obregon. Hace Maldonado una curiosa descripcion de la ciudad de Valencia y de las bodas reales, que podrá ver el lector en su citada obra, debiendo solo hacer presente en este artículo, que el enlace de los reyes se confirmó de presente el 18 de Abril; pero el 22 de Marzo del año anteriormente citado, entró la Reina en España, desembarcando en Binaroz, donde la recibió con gran solemnidad el Rey. Recibióles en la iglesia el famoso patriarca don Juan de Rivera, venerable prelado de quien tan grandes y piadosos recuerdos conserva Valencia, y el nuncio apostólico D. Camilo Caetano ratificó el matrimonio del Rey y el del príncipe Alberto con la infanta hermana del Rey; debiendo consignar aquí, que ántes de las bodas vino á Madrid el príncipe Alberto á visitar á la Emperatriz su madre y á su hermana la infanta Margarita, que eran monjas del real monasterio de las Descalzas, y que tomando su bendicion, volvió á casarse á Valencia, para pasar despues á gobernar los estados de Flandes que le estaban confiados. Deseando el hermano Bernardino Obregon abandonar el bullicio de la corte y volver á su hospital, es decir, trocar las grandezas de la corte por la humildad del servicio de los pobres, que era en él una verdadera pasion, rogó á Felipe III le permitiese volver á Madrid y no le obligase á seguir la corte á Barcelona, y consiguiéndolo, no sin repugnancia del monarca que le deseaba á su lado, y de la corte que le apreciaba mucho, emprendió su viaje lleno de alegría por poder volver á sus tareas ordinarias y adonde no le estorbasen sus ora-

ciones y penitencias, que eran sus verdaderas delicias, el dia 29 de Abril, en el que tambien salió de Valencia la corte para Barcelona. Hallábase casada en las Huelgas de Burgos la hermana del siervo de Dios Doña María Agueda de Obregon, y como esta señora le hubiese suplicado hacia mucho tiempo le hiciese una visita, cosa que deseaba toda su familia y sus compatriotas, determinóse Bernardino á darles gusto de vuelta de este viaje á Madrid. Grande fué la alegría de su hermana al verle y no poca la de todos sus compatriotas que pudieron juzgar de su santidad, porque habiéndose prendido fuego aquella noche á la cama en que dormia, le vieron salir ileso entre las llamas que respetaron su cuerpo hasta el punto de no hacerle la menor señal, no obstante lo voraz que fué el incendio y lo tarde que se acudió en su remedio, en cuyo caso aún dormia sin apercibirse de lo que sucedia. Abandonó su patria Obregon, adonde parece fué para despedirse por lo poco que vivió despues, con gran sentimiento de su hermana y de todos los que tuvieron la satisfaccion de admirarle, y llegando á Madrid, fué recibido con alegría por los Obregones y por todos los del hospital que le miraban como á su padre y señor, venerándole por su santidad. Como empezase á continuar sus penitencias, á pesar de sus achaques y ya avanzada edad, le advirtió su confesor debia aminorarlas, dándole consejos saludables y aun piadosos á este fin; pero Bernardino, que deseaba ya volar cuanto ántes al seno de su Criador, y que sabia que la mejor y más saludable filosofía que debe estudiar el hombre cuerdo es la meditacion de su muerte, y que tenia presente lo que dijo Séneca, que aunque se puede despreciar la muerte, no puede excusarse, y solo se desprecia con pensar en ella muchas veces y tener presente que ha de suceder presto, atendia á las reflexiones que se le hacian; pero léjos de amenguar las penitencias las arreciaba, con el deseo de hacerse por ellas más meritorio á los ojos de su Dios. Habia en aquellos tiempos, y ha subsistido hasta hace algunos años, una ermita de S. Blas, cerca del santuario de nuestra Señora de Atocha, patrona de Madrid, en el cerrillo que hoy lleva el nombre del Santo. Hallábase recogida en ella una señora, que habia abandonado el mundo para hacer penitencia, á la cual alentaba el siervo de Dios, visitándola cuando iba á orar al templo de la Vírgen, á cuya imágen tenia especial devocion, y haciéndolo el último dia que hizo la santa visita, notó la señora un afecto extraordinario y lágrimas en sus ojos. Preguntóle la causa, y Bernardino le dijo que habiendo de morir dentro de poco tiempo, andaba despidiéndose de sus amigos, y que no volveria á verla, lo que prueba que este santo varon habia tenido la dicha de que Dios le participase la proximidad de su muerte. Habíase cerrado ya la puerta del Hospital, y visitaba el santo varon las enfermerías, segun costumbre, cuando oyó en la calle unos ayes lastimeros de un pobre hombre que habia sido

atacado de la peste que entónces afligia á Madrid, haciendo bastantes víctimas. Informado el Santo de esto, deseaba darle entrada y cama; pero vacilaba entre su caridad y el temor de que se contagiasen sus enfermos, pues para los apestados tenia la villa un hospital especial. Venciendo al fin la caridad en esta lucha, mandó al portero le recibiese en el portal, hasta que por la mañana se le llevase al hospital de la Villa. Hízolo así el portero, que se contagió inmediatamente, y murió con su acogido al dia siguiente, así como un alférez de Flandes que pretendia el hábito de Obregon, que les asistió. Esto retrajo á los Obregones ménos á su jefe nuestro Bernardino, que excitando en él más el peligro la caridad, asistió asíduamente al último apestado hasta que falleció quedando él infestado. Cayó en cama el hermano Bernardino, sin que hubiese esperanza de salvarlo por su mucha edad y por lo debilitado que le tenian su abstinencia y penitencias. Todo el tiempo de su última enfermedad le empleó el siervo de Dios en acciones de gracias y oraciones. Dijo Sócrates que el bueno y justo ha de ser porfiado hasta el fin en la perseverancia del bien, y estar siempre tan firme en él, como lo está una estatua de mármol sobre su pedestal, y el hermano Obregon lo estuvo así toda su vida. Pidió con fervorosa devocion los sacramentos, que recibió con gran contricion y lágrimas, y reparando que se acercaba su fin, mandó reunir á su alrededor á todos sus hijos de hábito, y haciéndoles una devota plática, en la que les animó al servicio de los pobres, á conservar la virtud, á la mayor perfeccion de su instituto y á la obediencia y sumision á la santa Iglesia romana, les echó su bendicion, y con alegría y abrazándolos amorosamente se despidió de ellos. Mandó que le vistiesen con su hábito, y haciendo que le pusiesen en el suelo, y un santo crucifijo en las manos, al que dirigia tiernísimas oraciones, esperó lleno de gozo espiritual que Dios dispusiese su tránsito. Consolaba Bernardino de Obregon á los que lloraban asistiéndole, que no sintiesen con lágrimas la dicha que le preparaba el cielo, y con los himnos de alabanzas al Dios de las misericordias, que salian de su boca, le acometió la muerte al fin el dia 6 de Agosto de 1599, á la edad de sesenta años, yendo su alma al seno de su Criador á recibir el premio á que se habia hecho merecedor por su virtud y santidad. A pesar de haber muerto de peste, y de ser lo más ardiente del verano, no pudo enterrársele en tres dias, por impedirlo las muchas gentes que querian verle, sin que el mal de que habia muerto les atemorizase, ántes bien todos se acercaban al cadáver, procurando tomar de sus vestidos alguna reliquia, por lo que casi le desnudaron y se llevaron á pedazos los madrileños su cama y cuanto le pertenecia que pudieron recoger como reliquia. Grandioso fué el entierro del V. H. Bernardino de Obregon. Lleváronle descubierto para que pudiese verle el pueblo que así lo exigió; le acompañaron todas las religiones que habia

entónces en Madrid, y le dieron sepultura en la iglesia del Hospital general. Todos los hábitos del siervo de Dios, sus rosarios, silicios, disciplinas, libros y enseres, se repartieron entre las personas principales de Madrid, que los pedian con súplicas fervorosas y porfiadas. Haciendo el piadoso Maldonado el elogio de este bienaventurado, nos pinta su retrato del modo siguiente: «Era el siervo de Dios Bernardino de Obregon de agradable presencia, de »galan y airoso talle, abultado de cuerpo, de color blanco, de pelo rubio, »de alegres ojos, de carácter afable, curioso y aseado, de muy dócil condi»cion, discreto y bien entendido, y airoso á pié y á caballo, y habiendo sido »cuando cortesano muy asqueroso, decia que Dios le habia mudado la con»dicion para ajustarle mejor al servicio de los pobres.» Los retratos que se conservan de este bienaventurado se deben al empeño que tuvo un señor de la corte que le veneraba mucho, el que estando persuadido de que no habia de dejarse retratar, hizo que el pintor se colocase en una ventana del hospital y le fuese haciendo cuando salia á tomar el sol al patio los dias festivos en la hora destinada para el recreo de los Obregones, á los que acompañaba para que no se entregasen á juegos y otras disipaciones. Gran copia de milagros, obrados por Dios por la intercesion de su siervo, nos da el expresado Maldonado en el capítulo 53 de su erudita *Vida de Obregon*, de que no nos hacemos cargo por habernos extendido ya demasiado en este artículo, y porque podrá verlo en toda su extension en la referida obra el que lo desee. Tampoco nos haremos cargo de la fundacion y antigüedad de Madrid, de que da razon el mismo autor en su siguiente capítulo, por no hacer á nuestro propósito, y solo diremos que de la calle del Prado, en que estuvo primero el Hospital general, se mudó con gran solemnidad al sitio que hoy ocupa en la calle de Atocha (cuyo edificio empezó á levantarse en 1590) el dia 9 de Junio de 1603, en cuya procesion llevaron los Obregones en una urna el cuerpo de su fundador y padre, colocándole en un sepulcro particular, hasta que se labró en el que hoy se conserva en la capilla de este santo Hospital, al que fue trasladado con fúnebre fiesta el año de 1621. Costearon la fábrica los tres reyes Felipes; pero el que verdaderamente quiso hacer un hospital grandioso, cuya fábrica es fuertísima, fué el celoso Carlos III, de cuya época es la parte nueva que hoy se redondea separándola de la fábrica antigua para prolongar la calle de Santa Isabel hasta la estacion del ferro-carril del Mediterráneo. Habiendo estafado al público algunos malvados pidiendo limosna para el Hospital fingiéndose Obregones, la Congregacion creyó poder poner remedio á esto, pidiendo al Pontífice se concediese algun distintivo ó cruz que los distinguiese, y al efecto mandaron á Roma al hermano mayor del hospital de Valencia, Gabriel de Fontanet, por cuyas instancias se consiguió de la Santa Sede les concediese llevar una cruz morada sobre el

pecho y en el manto, como se acredita por el breve que á 14 de Octubre de 1609 expidió á favor de la Congregacion, en nombre de Su Santidad D. Decio Carrafa, arzobispo de Damasco y nuncio del Pontífice en estos reinos, en el cual se fulmina pena de excomunion á los que lleven esta insignia no perteneciendo á los hermanos Obregones. —Puesto que tanto se merece la memoria del hermano Obregon, uno de los hombres que mejor han ejercitado la caridad en el mundo católico y que fundó la más ilustre Congregacion que ha existido y existe en este género para gloria de la religion católica, nos parece muy á propósito para honrar la memoria del bienaventurado Bernardino, dar razon por final de este artículo biográfico, que le dedicamos, de algunos de sus más esclarecidos hijos, á fin de que redunde en honra y gloria de la benéfica Congregacion de los Obregones y de nuestra España, que tuvo la dicha de producir un hijo que crease asociacion tan digna de su religiosidad y tan útil á la humanidad doliente. Dijo el celebre historiador Tácito, que mejor que con grandes ejércitos se perpetuaban las grandezas del imperio con copioso número de buenos hijos, porque su loable educacion defiende de las mayores desventuras y ampara de las mayores desdichas. De la raíz santa salen las ramas santas, dijo S. Pablo, y así sucedió en esta Congregacion, cuya raíz fué Bernardino de Obregon. Preséntasenos entre los Obregones, en primer lugar por su antigüedad, el caballero de Toledo, D. Juan Carcamo, de la órden de Santiago, amigo desde la infancia de Bernardino, que convencido por éste de la nada de nuestro ser y de las vanidades del mundo, tomó el hábito de Obregon, y despues de haber servido con fe y cariño á los pobres enfermos, murió en este servicio santamente. Alvaro de la Cruz, que abandonó su destino en la corte y entrando obregon, acompañó al fundador á Lisboa, en cuyos hospitales le sucedió de hermano mayor, haciendo importantes servicios durante la peste, y murió en Madrid en opinion de santo. Juan Ribero, portugués, doctor en ambos derechos, que fué ejemplo de paciencia. Diego Lopez Pardo, portugués, de la villa de Mora, caballerizo mayor del conde de Setubal, amigo del fundador y del famoso Fr. Luis de Granada, cuya vida desde su entrada en la Congregacion fué un perpétuo ayuno y oracion. Fructuoso Francisco, portugués, á quien dió el hábito el fundador, que le llamó el *Santo simple*, porque nunca se le conoció malicia alguna, ejemplo de mortificacion y penitencia, que jamás se cubrió la cabeza, que no comió nunca lo que le hacia falta, y que murió en fama de santidad. Juan Rodriguez Escribano, natural del Campo de Criptana, de notable caridad para los pobres, de vida inculpable y muy dado á la oracion, que fué á reformar los hospitales de Portugal, muriendo de hermano mayor de los Obregones de Lisboa, despues de haber sufrido muchas persecuciones y trabajos con una paciencia ejemplar. Diego Ruiz, docto cirujano portugués,

que murió de hermano mayor del hospital del Espíritu Santo, de Evora, cuya santidad y virtud aún recuerdan los portugueses. Andrés de la Cruz, que desde muy niño se ejercitó en obras santas; aprendió un oficio, solo para ganar con que dar limosnas, sustentando con su trabajo á los pobres que podia, y atendiendo á su manutencion solo con lo que ganaba pidiendo limosna por la noche de puerta en puerta, nuevo método de caridad que seguramente pocos habrán imitado. Tomó el hábito de la Congregacion á los cuarenta y cinco años, y despues de haberse mortificado con severas penitencias, murió á los tres años en santa opinion. Siguiendo la relacion de los ilustres Obregones, no podemos ménos de hacer mencion del platero portugués Pedro Fernandez, al que califica de divino Maldonado. En la peste que en 1593 afligió á Portugal, y hallándose éste casualmente en su pueblo adonde habia ido desde Lisboa á ver á sus deudos cuando estalló la epidemia, se propuso dedicarse á servir á la humanidad en aquel conflicto. Volvió á Lisboa, y vendiendo cuanto tenia, se puso en un camino á sustentar á los pasajeros, gastando en esta caridad cuanto habia sacado de sus bienes, sin reservar nada para sí. Desde entónces empezó á pedir limosna para sustentarse, haciendo al propio tiempo muchas obras de caridad. Tomando el habito de Obregon, se hizo un verdadero padre de los enfermos y mereció ser nombrado hermano mayor del hospital de Oropesa, confiando en su santidad grandes cosas el conde de Oropesa, D. Juan García Alvarez de Toledo. Fué tan exagerado en sus penitencias que por camisa traia un punzante silicio que le cubria la mayor parte del cuerpo, apretado y ceñido con una cadena de fierro, creyéndose que no cometió durante su vida penitente pecado mortal alguno. Murió en el hospital de Villaviciosa bendecido y admirado de cuantos le conocieron. Gabriel de Fontanet, del que ya hemos hablado, hermano mayor del hospital de Valencia, su patria, que fué á Roma á pedir la cruz de los Obregones; que trajo á Madrid la imágen de nuestra Señora del Buen Suceso, que hoy se venera en la Real Capilla del palacio de Madrid, y que habiendo imitado perfectamente al fundador de la Congregacion, fué tambien hermano mayor del hospital de Madrid, en donde murió y en donde descansan sus cenizas. Antonio Sanchez Valerio, natural de Almoguera y de familia rica, de mucha instruccion en letras. Fue maestro de novicios en el convento de Franciscos de Oropesa, de donde se fugó para hacerse soldado, y como tal marchó á la guerra de las islas Terceras, en las que hizo proezas de valor á la par que de caridad, por lo que se granjeó el aprecio de todos y la opinion de virtuoso. Yendo hermanos Obregones á cuidar á los pobres enfermos de aquellas Islas, gustó tanto á Antonio Santes su instituto, que de aficionado que empezó á asistir á los enfermos acabó por tomar el hábito, que le dió con gran solemnidad, mediante la licencia que

para ello mandó desde Lisboa Bernardino Obregon, el Obispo y el Gobernador, el dia 24 de Diciembre de 1592, tomándole con él Diego Ruiz de Aivar, natural de Granada; Antonio de Vives, de Segovia; Francisco de la Puente, de Pareja; y Juan Sanchez de Valdelamar, de Almendral; soldados todos á quienes habia catequizado Antonio. Hízose este tan notable por su caridad que le llamaban el Santo en las Islas, y así, que llegando su fama ántes que él á Lisboa, fué recibido con gozo por la nobleza y por el pueblo. Fué seis años hermano mayor del hospital de Villaviciosa, y despues desempeñó este mismo cargo en los de Évora, Viseo, Oporto y de Lisboa despues de la muerte de Bernardino, y últimamente acabó su vida santamente gobernando la Congregacion y el Hospital general de Madrid. Juan de Dios, digno imitador del fundador de los hospitalarios de este nombre, obregon ejemplar y penitente, muy estimado por su virtud del fundador y de los reyes Felipe II y Doña Ana su esposa, el cual jamás se calzó ni cubrió la cabeza. Domingo Alvarez, cuyas severas penitencias le dieron santa opinion. Pedro de Casas, notable por su devocion al Santísimo Sacramento y por sus penitencias, al que jamás se pudo hacer entrar en cama. Alonso Murillo, natural de la Puebla de Alcocér, alférez que fué en Flandes, al que muerto se vió su cuerpo hecho todo una llaga á causa de lo terrible de sus penitencias. Otros muchos hermanos Obregones se habrán sin duda distinguido por su saber y santidad; pero ignoramos sus nombres, y por lo tanto solo diremos que para entrar y morir sin separarse de esta Congregacion, es preciso un fondo de caridad y de piedad tan grande que se acerque mucho á la santidad. Si bien no llegó á tomar el hábito de obregon, puede considerársele como tal por haber hecho los ejercicios y trabajos de este instituto á Felix de Vega, amigo del siervo de Dios Bernardino, y padre del Fénix de los ingenios españoles, el famosísimo y fecundo poeta Lope de Vega Carpio, honor de las musas españolas. Acudia casi todos los dias D. Felix al hospital con sus hijos á hacer la cama á los enfermos, barrer sus salas y velar á los que fallecian, dando á sus hijos ejemplo de caridad, que tomó tan perfectamente su hija mayor Doña Isabel del Carpio, que vivió en la virtud y murió en opinion de santa el año de 1601. Añadir más elogios en honor al venerable Bernardino de Obregon sería querer apurar estos, sin que por esto lográsemos honrar su memoria tanto cuanto merece quien fué modeló de todas las virtudes, y especialmente de la caridad cristiana, que le cuenta por uno de sus más heróicos campeones, y por lo tanto concluiremos este artículo con el epitafio que á su buena memoria se ostenta sobre su sepulcro en la iglesia del Hospital general de esta corte.

Aquí estan los huesos del hermano Bernardino de Obregon, fundador de la humilde Congregacion de los Siervos de los pobres, el cual dejó el mundo á los

veintisiete años de edad, y dió principio á esta santa obra el dia de S. Bernardino de Sena del año mil y quinientos y sesenta y seis en el Hospital de la Corte, y continuó en él y en otros treinta y tres años; y murió en este Hospital general en seis de Agosto de mil quinientos noventa y nueve, dia de la Transfiguracion del Señor. Trasladóse aquí año de mil seiscientos veinte y uno.

Además de Maldonado han hecho el elogio de este venerable español, Domingo de Guvennatis en su *Orbe Seráfico*, tomo II; José Micheli en su *Tesoro militar de caballería*, y Moreri en su *Gran Diecionario histórico y geográfico*. —B. S. C.

OBREGON (Exmo. é Ilmo. Sr. Doctor D. Francisco Rodríguez de). En la universidad de Valladolid, su patria, fué donde cursó el Sr. Obregon doce años de facultad mayor, á saber, tres de filosofía, siete de teología y dos de cánones; y despues de varios actos y ejercicios literarios, incorporó sus estudios y grados en la universidad del Burgo de Osma, donde recibió el de licenciado y doctor en teología en Agosto de 1803. Por entónces mismo desempeñó en la universidad de Valladolid por espacio de tres años, y con nombramiento del claustro, la cátedra de lugares teológicos, y en 1805 la de Sagrada Escritura: en este mismo año, hechas ya varias oposiciones á cátedras y prebendas, que le fueron aprobadas, y de que salió con el lucimiento que era de esperar, hizo oposicion á curatos en el obispado de Calahorra, en virtud de la cual se le nombró por Real órden de 20 de Abril de 1806, cura propio de la iglesia de S. Andrés, una de las parroquias unidas de aquella ciudad, á la que está aneja la presidencia del cabildo parroquial, á cuyo título se ordenó de presbítero *extra tempora*: le halló la guerra de la independencia al frente de su parroquia, aun en los mayores riesgos y conflictos, asistiendo á los enfermos, únicos habitantes que solian quedar al llegar el enemigo. Terminada la guerra hizo varias oposiciones á prebendas en su catedral, y las de Palencia, la Calzada y Valladolid, hasta que en 1826, obtuvo, tambien por oposicion, la canongía penitenciaria de la santa iglesia de Leon, á la que está anejo el cargo de prior. Contento vivia el Sr. Obregon en su puesto de penitenciario, aunque con un penoso trabajo de confesonario, cuando la fuga del célebre Sr. Abarca, obispo de su diócesis, le envolvió en otros asuntos más comprometidos. Eligióle el cabildo gobernador de gracia de la diócesis, en Setiembre de 1834, y en virtud de las facultades que habia dejado el Sr. Obispo, continuó gobernando, usando de su sello, armas y nombre en todos los actos. El gobierno de Madrid mandó á los gobernadores de aquella época, que no usasen el nombre ni sello del Obispo á quien el gobierno habia privado de sus honores y condecoraciones; mas habiendo contestado aquellos, que ni su prelado habia perdido por eso la jurisdiccion espiritual, ni ellos tenian otro medio de

legitimar la suya que su delegacion, el gobierno contestó á este argumento con una de las soluciones que se usaban entónces para dirimir todas las cuestiones canónicas, mandando el Sr. Becerra, con fecha de 20 de Enero de 1836, que el Sr. Obregon pasase inmediatamente desterrado á Cartagena, y el gobernador de justicia en igual clase á la plaza de Alicante: conmutósele despues el confinamiento á la villa de Alba de Tormes, y de allí á Palencia, sin conseguir que se le alzase el destierro, ni aun despues de regresar los obispos, hasta que á fines del 45 se le permitió volver á su catedral, no sin haber tratado ántes el consejo de ministros de trasladar á otras varias catedrales á los cinco confinados de Leon. Al recibir el Sr. Obregon, año y medio despues, el nombramiento de obispo, lo resistió cuanto pudo, mas comprendiendo que un nombramiento tan inopinado y contrario á todas las probabilidades humanas era una señal clara de que la Providencia le destinaba á tan alto honor, hubo de aceptar el cargo, y pasar á consagrarse, lo que no le hubiera consentido su honrosa pobreza, á no haber sufragado los gastos el Excmo Sr. Duque de Osuna y del Infantado. En esta dignidad continuó hasta el fin de su existencia, dando pruebas de las excelentes dotes que le adornaban, y de sus virtudes que le granjearon el amor de todos sus diocesanos. —O. y O.

OBREGON (Lope), párroco de S. Vicente, en la provincia de Avila. Escribió la obra intitulada: *Confutacion del Alcorán y secta mahometana*, sacado de sus propios libros y de la vida del mismo Mahoma. La dedicó á D. Diego de Alava y Esquivel, obispo de Avila, y se imprimió en Granada el año de 1555, en fólio. —O. y O.

OBREGHT (Ulrico), sabio jurisconsulto y filósofo distinguido. Nació en Strasburgo el año de 1646, de una familia ennoblecida por el emperador Rodulfo XI en recompensa de los servicios que habia prestado al Estado. Su padre, procurador general del pequeño consejo, fué decapitado en 1672 por haber publicado algunos escritos, en los cuales proponia el cambio de la forma de gobierno. Ulrico vivia entónces léjos de su patria. Enviado sucesivamente al gimnasio de Montbeliart y á la academia de Altdorf, hizo rápidos progresos en las lenguas antiguas, en la historia y en la jurisprudencia, y como por via de recreo aprendió el francés, el español y el italiano. A una excelente memoria reunia el buen órden y el método con que estudiaba, tan admirable como sencillo. A la edad de quince años publicó una arenga latina, que fué muy aplaudida. Despues de haber tomado su título, se encargó de la educacion del hijo de Kellerman, embajador de Rusia, al cual acompañó despues á Viena y á Venecia, aprovechando en sus viajes para adquirir nuevos conocimientos con su frecuente trato con los sabios. Poco despues de su regreso á su pais natal casó con la hija del célebre Boe-

cler, á quien sucedió en la doble cátedra de elocuencia y de historia, la cual no le impidió dar lecciones particulares de derecho natural á los gentiles hombres que su reputacion atraia á Strasburgo de todas las partes de la Alemania. Conquistada la Alsacia, Luis XIV volvió á Strasburgo conduciendo á Pellison, que se empeñó en ver á Obrecht, y tuvo con él algunas conferencias sobre religion; pero aún no habia llegado el momento de la gracia. Hasta el año 1684 Obrecht no se decidió á entrar en el seno de la Iglesia católica. Hizo su abjuracion en manos del gran Bossuet, que estaba encantado de su vasta erudicion, y le llamaba *Epitome omnium scientiarum et homo omnium populorum*. Al año siguiente fué nombrado pretor real de Strasburgo, que era la primera plaza de la magistratura. Luis XIV le envió en 1678 de comisario á Francfort para los negocios de Madama, y Obrecht se encargó al mismo tiempo de demostrar la legitimidad de los derechos de Felipe V á la corona de España, atacados por el Austria. El exceso del trabajo le enflaqueció sobremanera, por más que ocultaba la causa de su mal, que no atribuia sino al clima de Francfort. Así que terminó los asuntos que le detenian en esta ciudad regresó á su patria, en la cual murió á los pocos meses como cristiano el 6 de Agosto de 1701, á la edad de cincuenta y cinco años. Se le deben las estimadas ediciones de Dyitis de Creta, de Quintiliano, de los escritores de la historia de Augusto, de las notas sobre el tratado de Grocio *De jure belli et pacis*, y una version latina de la *Vida de Pitágoras* por Yamblico. Entre sus producciones se encuentra su elogio, lo mismo que en las *Memorias de Trevoux* (1701), ó segun la opinion comun, en la Coleccion de Ranusio, primera edicion de 1563, tomo II, pág. 245. Apóstolo Zeno, citado por Tiraboschi, hace mencion de una impresion anterior, publicada bajo la inspeccion de Póntico Virunio en 1513. Hagin no habla de ella; pero cita una traduccion italiana del mismo Oderico, por un anónimo, bajo el título: *Oderichus de rebus incognitis, tradoto en italiano da un anónimo, Pesaro, Soncino*, 1573, en 4.° La relacion de Oderico se encuentra inserta en la publicacion de Hacbubuy, en latin y en inglés (*Viajes*, tomo II). Los Bolandistas la incluyen tambien en la vida de Oderico (*Acta Sanctor.*, tomo I, 14 de Enero). Los autores de la historia de los viajes la han por el contrario desdeñado, asegurando que no merecia crédito. El biógrafo más moderno de Oderico ha hecho una edicion con el texto de un manuscrito latino de 1401, pero está todo adulterado. (*Venni, elogio histórico del beato Oderico;* Venecia, 1761, en 4.°)—El Padre Basilio Asquini, barnabita, habia ántes publicado *La vita e viaggi del beato Oderico da Udine*; Udine, 1737, en 8.°—O. y O.

OBRENSBSKI (José), jesuita polaco. Fué superior en Varsovia y rector del colegio de Brzese desde 1743 á 1747; al año siguiente se le nombró pe-

nitenciario. Se cree por conjeturas que su muerte acaeció en 1752.—O. y O.

OBRICIUS (Roberto), natural de Hermanville, en Artois. En un principio fué cura de la parroquia de la Magdalena en la ciudad de Arras, y despues canónigo de la iglesia catedral de la misma ciudad. Fué un buen poeta latino, teólogo y predicador, y murió en Arras el 30 de Octubre de 1584, dejándose escrito el siguiente epitafio:

BIS PLUS SEX LUSTRIS PROTRAXI SÆPIUS ÆGRAM
CORPORE IN AFFECTO PER MALA MULTA ANIMAM.
VITA LABOR FUIT ET STUDIUM CONSCRIBERE LAUDES
CŒLITIBUS, MAGNO CŒLITUMQUE PATRI.
VIXI: MORTE CADO. VITA EST MEA, MORS MEA CHRISTUS;
UNAS, HONOS UNI, GLORIA ÆTERNA DEO.

Valerio Andrés hace mencion de otra, cuya poesía no es más elegante que esta. Dejó Obricius las obras siguientes: *Eydillia sacra in utrumque Testamentum*; en doce libros en 8.° con el elogio del autor, por Francisco Mosch, impresa en Douai en 1587. — *De Atrebatensis urbis liberatione à sectariorum factiosorum oppressione anno* 1578; Ambéres, 1590, en 4.° Siete libros de *himnos*. — Dos de *epístolas*. — Una coleccion de epitafios de hombres ilustres y de los condes de Artois, con el título de *Cœmenterium*; Arras, 1592, en 4.°— *Metaphrasis Cantici Canticorum*.— *Progymnasmata ad veram pietatem*; véase Valerio Andrés en su *Biblioteca belga*, edicion de 1739, en 4.°, tomo II, en donde se relacionan estas obras y las pocas noticias que tenemos de este eclesiástico. — C.

OBRIEN (P. Dr. D. Fr. Tadeo), del convento de Killosia, en Irlanda, que desde su creacion fué creciendo en posesiones y rentas, de modo que era uno de los más acomodados de la provincia y sustentaba con el prelado treinta y siete religiosos. El bendito Tadeo pertenecia á la casa de los condes de Tomonía, y fué electo ministro del convento, así por los superiores como por el convento, con el ánimo de que su talento, autoridad y posicion de su casa, ya que del todo no pudiese ser la santa casa defendida no fuese al ménos maltratada. Habia sido ministro de Kilkenia, y aquí estaba detenido cuando llegó la noticia de su eleccion. Pasó á ejercer su ministerio, y fué uno de los doctores que firmaron los carteles de Dublin, causa por la cual estaba tildado y sentenciado á afrentosa muerte, siempre que pudiera ser habido por cualquiera audiencia ó alguno de los ministros del Rey. Mas aun cuando algunas veces le habian encontrado, disimularon y no se atrevieron á prenderle por ser de tan alto linaje. Sentíalo el bendito P. Obrien, porque deseaba ansioso la palma del martirio, y pedia á Dios en sus oraciones y con

lágrimas se lo concediese. Fueron tan sobresalientes sus prendas, que se pudiera escribir un libro con los actos de este venerable varon. Fué humildísimo, á tal punto, que ni por los suyos ni por su religion se le pudo vencer jamás á que admitiese una mitra, de muchas que le ofrecieron, diciendo que estimaba su santo hábito más que la tiara del Sumo Pontífice. Obediente á su prelado y tan pobre, jamás se puso hábito entero nuevo, porque siéndolo el escapulario no lo era la muceta, y si esta, no lo era la saya. Admiró en lo estudioso el tiempo que gastaba en escribir, cuyos trabajos le quemaron los herejes. Estas ocupaciones no le impedian asistir á coro, ni por ellas quitaba en la noche las horas que destinaba á la oracion. Para cumplir la observancia de su regla, más allá de lo que exigia, añadió muchas penitencias y mortificaciones de ayunos, disciplinas y cilicios. Su caridad fué muy ardiente, rara su paciencia, dechado perfecto en todas las virtudes, de modo que religiosos y seglares le daban el renombre de Santo. Cuando fué á tomar posesion del cargo de ministro, con las revueltas que habia sufrido el reino, halló el convento malparado y los religiosos muy necesitados. Les exhortó á que fuesen imitadores de los otros sus hermanos en sufrir violencias é injurias hasta dar la vida por la verdadera fe. Antes de mucho, les dijo por último, se nos va á ofrecer la ocasion á todos, que caminan muy aprisa las insolencias y las tiranías. Y como para procurar, cuenta la crónica de la persecucion de los ilustres Trinitarios de Irlanda, para su convento le fuese forzoso hacer un viaje, la noche ántes de salir, juntó á la comunidad y la hizo una plática llena de fervor y celo, concluyendo: «Ya no nos veremos más.» Juzgaron los religiosos que era por retirarse y dejarlos; y con muchas lágrimas le replicaron: «Padre, ¿cómo nos desamparas y nos dejas en este desconsuelo? ¿Si vienen los carniceros lobos, qué ha de hacer el rebaño sin pastor? Mira, el buen pastor (como dice Cristo, nuestro bien) ha de dar por sus ovejas la vida: muere con nosotros, que nosotros moriremos contigo.—El pastor de este rebaño, les dijo, es la Santísima Trinidad, y yo solo una oveja que no os ha de desamparar. Clamad y clamemos, y si deseais que os asista, mejor será os dé ejemplo: así, habiendo oido mi fin, demos la vida por la verdad, que la junta mejor es en el cielo que en la tierra: así lo ordena Dios, será porque así conviene. Confio en la Santísima Trinidad que nos ha de dar igual palma á todos.» Despues de esto el bendito Padre se vió obligado á emprender su camino, y al llegar al puente de Bronsbitisch se encontró con el virey que iba á Killocia, y parándose en la entrada del puente, uno le conoció y le dijo: «Este es el doctor Tadeo, uno de los que firmaron los carteles de Dublin; mas como es de la casa de Tomonía han disimulado los ministros en Kilkenia y Killocia. Muy mal han hecho, replicó el virey, aunque fuese de la casa del César.» En su consecuencia, y por defender á

los verdaderos católicos, fué mandado poner en cuatro caballos, y atado de pies y manos á las colas destrozaron el cuerpo del bendito religioso, quedando muy satisfecho el virey de haber ejecutado tan rigoroso castigo. A causa de esto le vino tan profunda melancolía, que á los pocos dias murió rabiando y desesperado, consumido y viéndosele los huesos de su cuerpo. Al concluir su existencia este infeliz, exclamó: «No te perdí yo, Tadeo, sino tú á mí me has perdido;» y cuando espiró se puso el cadáver horrible, despidiendo tan mal olor que tuvieron que darle anticipada sepultura. El cuerpo del bendito Padre, juntados los trozos, fué unido y sepultado en el campo de los católicos, siendo el dia de su martirio el 25 de Abril del año del Señor 1545. El virey, con el enojo que habia concebido, despachó luego sus ministros á Killocia, al convento de los Trinitarios, con órden expresa de que de no obedecer al Rey y jurarle por cabeza de la Iglesia, que en todos los frailes se ejecutasen nada ménos rigorosos castigos. Llegaron los ministros del virey al monasterio, y hallaron á los religiosos tan firmes y constantes en no acatar tan impíos mandatos, que les aplicaron inmediatamente las sentencias, y unos fueron arrastrados en zarzos de mimbres, otros atados á las colas de los caballos para que los despedazáran como al bendito Fr. Tadeo, y otros fueron ahorcados ó quemados. Fué tal el favor que con ellos usó la Santísima Trinidad, que además de ir muy alegres al suplicio hasta el último instante de sus vidas alababan á su divina Majestad y predicaban la santísima fe. Fué el triunfo de estos gloriosos mártires el 27 de Abril de 1575.—O. y O.

OCA y Cabana (Ilmo. P. y Sr. D. Fr. Antonio de), hijo de la santa provincia de Valencia y provincial de ella. Clemente VII, por bula, le hizo comisario general de la familia Cismontana, y el emperador Cárlos V, bien informado de su virtud, fortaleza, prudencia y sabiduría le nombró inquisidor del reino de Valencia. El Sr. Arzobispo de aquella diócesis, viendo el celo de este religioso, fió á su cuidado el catequismo de los moros recien convertidos en su arzobispado; por todos estos méritos el Rey le nombró obispo de Tortosa, donde acabó su vida, quedando perpétua su memoria y fijo su retrato entre los de los hijos ilustres del colegio mayor de Alcalá de Henares. —O. y O.

OCA y Sarmiento (Dr. D. Alvaro de). Natural de la ciudad de Orense. Recibido en el colegio viejo de S. Bartolomé de Salamanca el 4 de Julio de 1610, y cuando á la sazon lo era del de S. Pelayo. En el colegio se graduó de licenciado en cánones el año de 1617, y tres despues obtuvo la cátedra de sustituto de sexto por el Consejo. Fué dean y canónigo de la santa iglesia de Zamora; despues, habiendo muerto el doctor Briones, consiguió su cátedra en propiedad el año 1624. El Consejo Supremo le dió la asignatura de vispe-

ras y se graduó de doctor. Concluido el tiempo del colegio salió de oidor de Granada, y en este empleo permaneció hasta el año de 1633, que pasó al de regente del consejo de Navarra. Al año siguiente hizo oficio de virey de este reino, y en otra ocasion, por muerte de D. Luis Bravo, se le hizo merced de consejero del de las Ordenes con hábito de Santiago. En el año de 1637 pasó de auditor general de los ejércitos de Flandes para que asistiese al Serenísimo Sr. Infante Cardenal, con título de consejero del Supremo de Castilla. Murió el año de 1638. — O. y O.

OCAMPO (D. Fr. Fernando), religioso de la órden de S. Francisco. Tomó el hábito en el convento de Salamanca, y en él y en su religion alcanzó gran crédito. Fué natural de Madrid, y sus padres Fernan Lopez de Ocampo y Doña María de Santa Gadea. Fué electo obispo de Santa Cruz, donde murió y está sepultado en su iglesia. Gonzalez Dávila, en su *Teatro de los prelados de Indias*, no da otros pormenores históricos acerca de este religioso. — O. y O.

OCAMPO (Florian de), célebre historiador español é historiógrafo de Cárlos V. Nació en Zamora al principio del siglo XVI, y despues de haber dado relevantes muestras de su talento en la universidad de Alcalá, donde tuvo por maestro al sabio Antonio de Nebrija, abrazó el estado eclesiástico y obtuvo un canonicato, al que siguió poco despues el nombramiento de historiógrafo del Emperador. Dedicando todo su ardor á la investigacion de las antigüedades españolas, visitó las bibliotecas y los archivos de los principales monasterios, y dió á la prensa el fruto de sus vigilias con este título: *Los cinco primeros libros de la corónica general de España;* Zamora, 1544, en fólio. Ambrosio de Morales sucedióle en el cargo de historiógrafo, y reimprimió la obra de Ocampo en Alcalá, 1578, con la continuacion. Prescindiendo del estilo y la poca crítica, achaque comun á los escritores de su época, la crónica de Florian es digna de aprecio, y aun muy útil hoy dia á los historiadores modernos, por las muchas y variadas noticias que contiene. Algunos escritores le acusan de plagiario, porque se ha apropiado varios manuscritos inéditos de su predecesor Lorenzo Padilla. — M.

OCAMPO (Rdo. P. Francisco Carrillo de), hijo de la villa de Mora y del ilustre colegio mayor de Alcalá de Henares. Fué lector jubilado, examinador, juez sinodal del arzobispado de Toledo, calificador de la suprema y general Inquisicion, guardian del convento de S. Juan de los Reyes de la misma ciudad, y definidor de la provincia de Castilla. Murió siendo confesor del Real convento de religiosas de S. Pascual de Madrid, con sentimiento de los que conocian su saber y lucimiento que hubiera logrado en empleos más honoríficos. — O. y O.

OCAMPO (D. Gonzalo de). Fué hijo del factor Fernan Lopez de Ocampo

y de Doña María de Santa Gadea, vecinos de Madrid. No se puede puntualizar el año de su nacimiento, por el mal estado en que se hallan los libros de aquel tiempo. Hizo sus estudios mayores en la universidad de Salamanca, en compañía de sus hermanos, en donde se graduó de licenciado en cánones; y habiendo heredado un mayorazgo de siete mil ducados de renta, pasó á Roma y sirvió siete años, con título de camarero secreto, al pontífice Clemente VIII. Fué canónigo de Sevilla y arcediano de Niebla, juez sinodal y provisor del arzobispo D. Pedro de Castro, vicario general y ordinario de la Inquisicion y subdelegado de la Santa Cruzada. Fundó en Sevilla un colegio para estudiantes pobres y virtuosos, con título de la *Concepcion*, que puso bajo el gobierno de los PP. de la Compañía, en cuyo edificio gastó cien mil ducados. El rey Felipe IV le presentó para el obispado de Guadix, de que no tomó posesion, porque fué electo arzobispo de Lima en 13 de Julio de 1625. Consagróle en el convento Real de las Descalzas de Madrid D. Luis Fernandez de Córdoba, arzobispo de Sevilla, y entró en su iglesia á 20 de Abril de 1625. Su virtud, su celo, su liberalidad y talento prometian un gran prelado, como lo fué el poco tiempo que vivió, pues no cesó un instante de trabajar, ya en la instruccion de los indios, ya en poner en órden las iglesias parroquiales, que las más de ellas estaban sin sacramentos, ó ya en adelantar las letras y animar al clero al trabajo y estudio. Halló casi acabada la iglesia catedral, y la consagró en 19 de Octubre. Sirvió al Rey con ochenta mil pesos, para lo que hizo almoneda del menaje de su casa. Salió á visitar su diócesis, y estando en el pueblo de Recuay, de la provincia de Guaylas, un indio principal, á quien por el servicio de Dios habia quitado una india, le dió un veneno tan fuerte, que á pocas horas falleció en 19 de Diciembre del año 1626, á los cincuenta y cuatro de edad, segun cuenta Antonio Leon Pinelo. Su cuerpo se depositó en la iglesia de aquel pueblo, que era de la doctrina de PP. Mercenarios, hasta el año siguiente, que se trasladó á su santa iglesia, que lloró mucho su falta. Escribió: *Del gobierno del reino del Perú, así civil como eclesiástico*, manuscrito, que contenia cincuenta y dos capítulos.—*Un edicto para el mejor gobierno del arzobispado*, su data en Lima á 20 de Febrero de 1626.—*Carta pastoral á todos los doctrineros, á cuyo cargo estaba la enseñanza de los indios.*—O. y O.

OCAMPO (D. Ivan de), cuarto de su nombre de entre los obispos de la santa iglesia de Leon. Fué abad comendatario del convento de S. Pedro de Cardeña, de religiosos Benedictinos; siéndolo le escribió el rey D. Alonso XI una carta, en que le manda le remita la cruz con que el Cid entraba en las batallas, y que por lo curiosa y notable transcribimos á continuacion.

«D. Alonso, por la gracia de Dios rey de Castilla, etc.: Que por la gran »devocion que avemos en la cruz de hi monasterio: la cual levamos la otra

»vez cuando fuimos sobre Gibraltar; tenemos por bien de enviar por ella, »para la levar con nusco en esta ida que imos á Portugal. Enviamos allá para »que nos la trayan á Alvar Roiz, é á Juan García, nuestros ballesteros, é »vos damos así, como de vos fiamos, que luego, sin otro detenimiento, vista »esta nuestra carta, nos enviedes la dicha cruz con los dichos monges, é con »los dichos ballesteros. E sed cierto que desde que Dios nos traya de allá, »luego la enviaremos al dicho monasterio, así como lo fecimos la otra vega- »da. E non fagades ende al por ninguna manera, nin nos pongades escusa »ninguna; si non sabed que avriamos de vosotros muy gran querella, é de- »mas no sería vuestra pro, etc. Dada en Madrid á 8 de Marzo, era de 1375.— »Nos, el Rey D. Alonso.»

El Rey envió al Abad con los abades de Valladolid y Covarrubias por embajador á la corte del sumo pontífice Juan XXII; suplicándole por medio de ellos le concediese algunas gracias para hacer la guerra á los moros, y las consiguió. Este prelado fué obispo de Oviedo, de Cuenca y Leon, que gobernó durante veinte años, y fué el que persuadió al reino ayudase al Rey con algo para la guerra; y todos accedieron, porque le veian trabajar por su persona en servicio de la fe católica y bien de los suyos, siendo por esto muy querido y amado. Este Obispo fundó en su patria un convento de religiosas Dominicas, dedicado á Sta. María, y en él fué sepultado. En su iglesia de Leon dotó una procesion en 24 de Febrero, otra en Mayo y otras varias. Dotó más de doce misas rezadas, para que se dijesen en la capilla de S. Hipólito, y dejó buena memoria en su diócesis. Murió el año de 1346.— O. y O.

OCAMPO (Pedro de). Nació este jesuita en las minas de S. Juan de Tazco, diócesis de Méjico, el 29 de Junio de 1671. Entró en la Compañía el 10 de Julio de 1690, y fué rector de los colegios de Méjico y de Guadalajara. Ejerció con posterioridad el santo ministerio en su país natal, y murió el año de 1737. Los eruditos hermanos Backer le incluyen en su celebrada *Biblioteca* como autor del escrito intitulado: *S. Ignacio de Loyola convertido de adalid de la milicia terrestre en caudillo de la celestial. Sermon en la nueva fiesta de su conversion, celebrada en la casa profesa de esta ciudad de Méjico, el dia segundo de Pascua del Espíritu Santo, 5 de Junio de 1724, á devocion, solicitud y á expensas del Dr. D. Juan Ignacio de Castorena y Orsúa... Predicóle el Rdo. P. Ocampo, de la Compañía de Jesús;* Méjico, viuda de Rodriguez, 1724, con las aprobaciones, que son más extensas que el discurso. Tambien escribió: *Espejo de virtudes, taller de abogados y de jueces, y aun ejemplar de religiosos. Elogio fúnebre del Sr. Dr. D. José Miranda Villasain; oidor decano de la Audiencia de Goatemala;* Méjico, 1725; y por último: *Sermon moral de dedicacion de iglesia;* Méjico, 1734, en 4.°—O. y O.

OCAMPO Y MATA (Dr. D. Bartolomé de). Entró en el año 1663 congregante de la venerable de S. Pedro, de sacerdotes naturales de Madrid, siendo entónces agente general del Supremo Consejo de la Inquisicion, fiscal del tribunal de la Corte y letrado de la cámara del Sr. inquisidor general D. Diego de Arce. En 1666 fué fiscal de la Inquisicion de Llerena, de donde pasó á inquisidor general del reino de Aragon, y en 30 de Abril, uno de los inquisidores que recibieron al Sr. D. Cárlos II en la casa del tribunal de Zaragoza, llamada la Aljafería, que está fuera de la ciudad. Luego vino de inquisidor del tribunal de Toledo, y siendo el más antiguo de él, asistió en 30 de Junio de 1682 al auto general de fe, que se celebró en Madrid á presencia de S. M. Despues fué ascendido á ministro del tribunal de Corte. En 2 de Julio del mismo año su venerable Congregacion le eligió por presidente, cargo que no pudo aceptar por no permitírselo el inquisidor general. En 1683 fué nombrado fiscal del Consejo Supremo, y últimamente inquisidor de él, empleo que sirvió hasta el año de 1699 que le presentó el Rey para obispo de la santa iglesia de Plasencia, dignidad que aceptó el dia 6 de Abril, y Su Santidad pasó la gracia en 1.° de Junio. Gobernó su diócesis solo tres años, pues con general sentimiento por su virtud y piedad le asaltó la muerte en 22 de Setiembre del año de 1703 en su propia iglesia. O. y O.

OCAÑA (Fr. Andrés), franciscano descalzo de la provincia de S. José. Publicó, segun consta en la *Biblioteca nueva* de D. Nicolás Antonio, la obra titulada: *Primera parte de discursos eucarísticos*; Madrid, Imprenta Real, 1722, en fólio. — O. y O.

OCAÑA (Rmo. P. Fr. Francisco de), hijo de la santa religion Franciscana, y de los más ilustres del colegio mayor de Alcalá de Henares. Dos veces fué ministro provincial de aquella, y pasó como hombre muy docto en la teología entre sus contemporáneos. Despues de obtener el honroso título de lector jubilado y visitador general de la provincia de Santiago, le nombró el Rey comisario general de Indias, y la reina Doña Isabel de Borbon, mujer del rey D. Felipe IV *el Grande*, le tomó por confesor suyo, y murió en este empleo. En memoria de sus muchos méritos conservó el colegio su retrato. — O. y O.

OCAÑA (Fr. Gonzalo de), natural de esta villa. Monje gerónimo en el monasterio de Cisla, en Toledo. Tradujo del latin, á instancias de Fernando Perez de Guzman, la siguiente obra: *Diálogos de S. Gregorio*; impresa el año de 1532, en fólio. — O. y O.

OCAVIR (Fr. Pedro), de la órden de Ntra. Sra. de la Merced, varon clarísimo en todo género de virtud y santidad. Era caritativo al extremo de hacerle recordar algunas veces la obediencia. Tenia perpétuo don de lágrimas,

y así su contínuo ejercicio era derramarlas por los fieles que estaban cautivos en tierra y en poder de los infieles, y por los que se dejaban llevar del demonio por alguna culpa mortal. — O. y O.

OCCAM ó Ockham (Guillermo), célebre franciscano inglés, y uno de los que figuran en primera línea en la historia de la filosofía escolástica como jefe del partido llamado de los *Nominales*. Habia nacido en el pueblo de Occam, condado de Surrey, y estudió con mucho aprovechamiento en el colegio de Merton en Oxfort. Habiendo rehusado en 1300 el arcedianato de Stow (Lincolnshire), se le dió en 1302 la primera prebenda de Bedford, y en 1305 la de Stow, que tambien renunció en 1319. Aunque discípulo de Scot, no le privó por esto de ser en lo sucesivo uno de sus adversarios más ardientes. Con un talento vasto y una penetracion poco comun, recorrió rápidamente el campo de las ciencias que se cultivaban en su época, y se hizo notable en los debates de escuela por la vivacidad de su espíritu y la rapidez y energía de su argumentacion, con las cuales á menudo ponia en duro aprieto á sus mismos maestros. Eliminado de la universidad de Oxfort por haber promovido alborotos entre sus condiscípulos, que no serían ménos aficionados que él á las disputas escolásticas, pasó á París donde enseñó teología. Amigo de las opiniones estrepitosas, y en busca siempre de lucha su carácter inquieto, tomó la defensa de Felipe *el Hermoso* contra el papa Bonifacio VIII, y sostuvo, que en cuanto al poder temporal los príncipes no dependen sino de Dios. En 1322 fué elegido provincial de los Franciscanos ingleses, y en esta calidad asistió al capítulo que su Orden celebró en Perusa, donde tomó parte en la discusion suscitada sobre el artículo de las constituciones que prohibe á la Orden poseer bienes en propiedad. Occam sostuvo en ella que Jesucristo y los apóstoles nada habian poseido en comun ni en particular (asercion falsa segun muchos autores) y que sus discípulos, imitando su ejemplo, debian renunciar absolutamente á los bienes de la tierra. Los de la opinion contraria, despues de haber expuesto sus razones, acudieron á Su Santidad, quien se dignó imponer silencio á Occam. Despues volvió á Francia, donde apoyado de Miguel de Cesena, general de su Orden, continuó declamando contra los vicios que atribuia á los sumos pontífices, por lo que mereció ser excomulgado en 1330, censura que segun Wadingo le fué despues levantada. Refugiado á la corte de Luis de Baviera, que le acogió con entusiasmo, porque entónces se hallaba en guerra con el Papa, sostuvo con violencia su partido hasta el punto de decirle: «Señor, prestadme vuestra espada para defenderme, que yo os prestaré mi pluma para sosteneros.» Wadingo supone que Occam murió en Cápua en 1330, pero es más seguro, en opinion de otros autores, que falleció en su convento de Munich en 7 de Abril de 1347 en una edad muy avanzada. Sus escritos, olvidados

hoy en dia, le valieron en su época el dictado de *Doctor invencible, venerable, singular*. Goldast reunió en el tomo II de la *Monarchia Sancti Romani Imperii*, los que compuso para sostener los derechos de los emperadores de Alemania. Brown ha insertado algunos del mismo género en el *Appendix* al *Fasciculus rerum expetendarum*. Entre las muchas obras que podriamos citar de este religioso franciscano, indicaremos las siguientes: 1.ª *Dialogorum libri septem adversus hæreticos etc.*; París, P. Cæsaris et J. Stal., 1476, en fólio, edicion original y muy rara.—2.ª *Quodlibeta ex emendatione Cornelii Oudenbrik*; París, P. Rubens, impresor real, 1487, en 4.°—3.ª *Super quatuor libros sententiarum*; 1495, en fólio.—4.° *Super potestate summi pontificis quæstionum octo decisiones*; Lion, Tresclut, 1496, en fólio. Se dice que Occam era el único escolástico á quien Lutero miraba con cierto respeto, temiendo la cuchilla de su dialéctica. El nombre de *Nominales*, de cuya secta fué jefe, se daba á los que explicaban principalmente las cosas por la propiedad de los términos, y sostenian que las palabras y no las cosas eran el objeto de la dialéctica. Preciso es convenir, dice Feller, que esas sutilezas de los *Nominales* han podido contribuir á perfeccionar la lógica y á dar más claridad y precision á las ideas: y con tanta parcialidad como sinrazon se ha procurado ridiculizar esos antiguos debates, cuando tenemos á la vista ilustres sábios que se ocupan en especulaciones del mismo género sin llevar un objeto más real y discreto.—M.

OCEANO (S.) mártir. Recuerda la Iglesia á este Santo mártir el dia 4 de Setiembre. Fué natural de Grecia, y acusado del delito de cristianismo en tiempo del emperador Maximiliano, viendo que era en vano cuanto se hizo para hacerle renegar de la fe de Jesucristo, le cortaron los piés y le arrojaron con los santos Teodoro, Amiano y Julian á una caldera de aceite hirviendo; pero conservándolos Dios sin lesion, se fugaron al desierto. Vueltos á prender, les rompieron las piernas, rajaron el cuerpo con garfios de hierro y los lanzaron á una hoguera, en la que murieron llenos de gozo cantando alabanzas al Señor, por cuyo bendito nombre les fué agradable y gozosa la muerte y todos sus sufrimientos.—C.

OCES (Fr. Juan de). Nació en Sevilla el año de 1617, y profesó en el convento Casa grande del Cármen de dicha ciudad. Entregóse desde luego al ejercicio de las virtudes, y en especial al de la castidad, cuyos candores conservó ilesos mediante una rigida y continua mortificacion. Su oracion era fervorosa y frecuente, y su celo lleno de prudencia y discrecion. Rezaba cotidianamente además del oficio divino, el de nuestra Señora y el de San José. Dos veces fué provincial de su provincia, pero los cuidados de este ministerio no le hicieron aflojar en sus espirituales ejercicios. Murió el año de 1681.—O. y O.

OCHAN (Guillermo), de la órden del P. S. Francisco. Fué uno de los que estuvieron más firmes en cuanto á sus contumacias, pero solicitó la absolucion de sus censuras, y dió muestras de su arrepentimiento dos años ántes de su muerte, que sucedió el de 1349. Dos años ántes Ochan y Fr. Buenagracia de Bergamo, viéndose muy ancianos y sin fuerzas para comparecer en la curia pontificia, suplicaron al General y al capítulo pidiesen perdon y misericordia al sumo pontífice Clemente VI, para que los admitiese á su gracia y obediencia, dándoles plenaria absolucion de su contumacia, y dispensando con ellos por su mucha vejez y enfermedades el que compareciesen en la curia. Oyó el Pontífice esta súplica con benignidad, y dió facultad al general de la Orden para que los absolviese, poniendo en la bula la fórmula que habian de guardar en su protestacion. La bula empieza: *Petitio pro parte tua et dilectorum filiorum capituli generalis tui Ordinis*, etc. Ochan, en señal cierta de su verdadero arrepentimiento, entregó al General los sellos de la Orden, que habia retenido en su poder sin motivo fundado desde la muerte de Fr. Michael de Cesena. Escribió un doctísimo tratado *De Potestate Papæ* contra todo lo que habia ántes escrito en odio de Juan XXII y en favor de Ludovico Bávaro, dando á entender que su oposicion no habia sido contra la dignidad, sino contra la persona; y parecia ser así, porque no le nombra con el nombre de Juan, que tenia como papa, sino con el de Jacobo de Ossa; y otras veces por más desprecio de Caturco, recordando con la patria la bajeza de su orígen. No disculpó, ántes abominó esto como insolente; porque las distinciones que entre la dignidad y la persona hace la soberbia, son infame pretexto de la terquedad y contumacia. La humildad sí que sabe bien jugar con provechosa sutileza de semejantes astucias, porque no mirando á la persona, mira siempre con respetuoso rendimiento á la dignidad.—En los libros de Ochan, que tocan en la materia y adyacentes de este cisma, se hallan sus errores y su justa prohibicion; pero en los *Comentarios teológicos sobre el Maestro de las Sentencias*, y en los de la *filosofía*, que se leen en las escuelas, no hay proposicion alguna digna de censura. El sentir de algunos autores graves es que nunca fué hereje, sí empero temerario, contumaz y rebelde al Sumo Pontífice. Sandero dice de él estas palabras: «Aunque Ochan escribió contra el Papa, sin duda ni controversia algu»na, escribió contra la persona, no empero contra la fe de la Iglesia ó su »autoridad; porque de su fe con la romana iglesia, abiertísimamente con»fiesa en el prólogo del libro que escribió *De Sacramento Altaris*.» Jacobo Gualtero dice: «Michael de Cesena, con Guillermo Ochan, fueron notados »con censura eclesiástica por cierta proposicion, aunque ninguno de los dos »en mi entender haya hecho fuga de la Iglesia católica.» Pedro Maturo dice: «Aunque Ochan contra Juan XXII haya escrito los tratados que estan pues-

»tos como suyos en el libro y repertorio de los libros prohibidos, con todo »eso, no tanto hizo sus invectivas contra el Sumo Pontífice como contra »Juan, ó por mejor decir, contra Jacobo de Caturco como siempre le nom»braba.» Por último, en cuanto á sus escritos escolásticos vea el curioso sus elogios en Belarmino, Tritemio, Posevino, Pitseo y otros, y hallará que por su singularísima sutileza tuvo en las escuelas estos honrosos epítetos y renombres. El *venerable inceptor y doctor singular*, *la flor de los modernos*, *el Corifeo de los Nominales*, y otros.—O. y O.

OCHIN (Bernardino), llamado *Ocellus* en latin. Nació este religioso en el año 1487, sin que nos diga Moreri, que hace mencion de él en su *Gran Diccionario histórico*, el lugar de su nacimiento. Tomó muy jóven el hábito en la órden de S. Francisco; pero cansándose pronto de la vida claustral, dejó los hábitos y volvió al mundo, en donde se dedicó al estudio de la medicina. Logró hacer amistad y captarse el aprecio del cardenal Julio de Médicis, que fué despues elegido pontífice con el nombre de Clemente VIII, y sea que este pontífice le inclinase á ello ó que se arrepintiese de haber vuelto al mundo desde el claustro, lo cierto es que volvió á entrar en la Orden que habia abandonado, deseoso de hacer penitencia, y no tardó en distinguirse por su piedad, celo y talento. Estas cualidades le ganaron el aprecio y consideracion de los religiosos de su Orden, que no tardaron en elegirle definidor general, colocándole en posicion de poder ser nombrado general. Deseoso de mayor perfeccion, entró el año 1534 en los Capuchinos, cuya reforma, iniciada en mismo año, principiaba á acreditarse, y esto lo decimos á fin de hacer ver el error de los que pretenden hacerle fundador de esta Orden. El gran celo que desplegó por la observancia de la regla y lo que edificaba su religiosa conducta, fueron causa de que se le eligiese en 1538 vicario general de la Orden en el capítulo que se celebró este año en Florencia, y gobernó con tanta prudencia haciendo observar exactamente la regla, que en 1541 fué reelegido en la misma dignidad en el capítulo que tuvo lugar en Nápoles. El P. Ochin fué sabio, elocuente y atrevido, y pocos han predicado con mayor éxito y con más aplauso. Los prelados más ilustrados, los príncipes y los magnates, se hacian un honor en considerarle y procuraban su amistad, y las principales ciudades de Italia le suplicaban fuese á predicarles, llegando á tal grado su reputacion, que de muchas partes acudian curiosos á su convento para tener la satisfaccion de conocerle y de oirle. Religioso tan ejemplar, no pudo por su ignorancia en teología contestar á las asechanzas que le tendieron los luteranos, y terminó por abrazar sus errores, separándose del gremio de la Iglesia católica. Hasta aquí podemos contar á Ochin como ortodoxo, pero habiendo muerto hereje en Slancow de Moravia, en 1564, á la edad de setenta años, el resto de su vida

como luterano la daremos en la parte heterodoxa de esta obra con su propio nombre de Ochin. —C.

OCHOA (Ivan), bachiller canonista, natural de Vizcaya, obispado de Calahorra. Entró en el colegio viejo de S. Bartolomé el 4 de Diciembre del año de 1498. Murió siendo canónigo y vicario general del obispado de Málaga. Dejó gran opinion de varon doctísimo y de singular virtud. —O. y O.

OCHOA (D. Joaquin). Nació de una familia noble en Almansa el 5 de Junio de 1737, y fué recibido en el instituto de los Jesuitas de la provincia de Toledo el 17 de Octubre de 1753. Enseñó la retórica en el colegio de Nobles de Madrid el año de 1766. Al restablecimiento de Compañía de Jesús, volvió á esta Corte, y fué catedrático de hebreo hasta el año de 1816. Escribió poesías latinas y griegas con motivo del casamiento de los Sres. marqués de Pauluci y condesa Doña María Magdalena Borromeo (1780), y por esto le incluyen en su obra ilustrada los eruditos jesuitas Backer. —O. y O.

OCHOA (Juan). Nació en Colima en la América Septentrional, y entró en la Compañía de Jesús el año de 1650. Enseñó las bellas letras, la filosofía, la teología, y fué rector de la Puebla de los Angeles, donde murió con la reputacion de gran teólogo y distinguido predicador. Escribió: *Vida ejemplar y muerte dichosa del P. Pablo Salceda, profeso de la Compañía de Jesús*; Méjico, por Benavides, 1689, en 4.°, y certámen en verso y prosa para celebrar á Jesús recien nacido el año de 1658, bajo el símbolo de alegoría de Augusto César, cuyo trabajo se conservaba manuscrito en la biblioteca universitaria de Méjico. —O. y O.

OCHOA (Fr. Juan), dominico, maestro de sagrada teología. Escribió: *Omnes primarias conclusiones omnium et singulorum articulorum partium D. Thomæ additionumque in carmen redactas, qui facilius memoriæ mandari possint*; Roma, 1565. —O. y O.

OCHOGAVIA (D. Pedro Matías), natural de Fabes, obispado de Pamplona. Bachiller en leyes, colegial en Huesca, y catedrático de Digesto viejo en aquella universidad. Recibido en el colegio viejo de S. Bartolomé de Salamanca en Enero de 1638, se graduó de licenciado en cánones en 1643, y fué al poco tiempo elegido canónigo doctoral de la catedral de Pamplona, creando de nuevo el capítulo esta prebenda para lograr un sujeto tan grande, y que en tenerle ganaba tanto como perdió la universidad en que se retirase con no pequeño sentimiento del colegio. En el año de 1650 le hicieron inquisidor de Valencia. —O. y O.

OCHOGAVIA Y MAULEON (D. Pedro), natural de Fabes, obispado de Pamplona. Graduóse de licenciado en teología en el colegio viejo de S. Bartolomé en 1605, en Diciembre obtuvo el canonicato magistral de Leon, con cuarenta y cuatro votos en el primer escrutinio, habiendo cincuenta y

cinco en el capítulo. De dicha dignidad pasó con la misma á la catedral de Salamanca. Murió el año de 1624. Dejó escrita la tan estimada suma que lleva por título: *De Sacramentis in genere.*—O. y O.

OCHOZAT, amigo de Abimelec, rey de Gerara. Fué con este príncipe y el general Phicol al encuentro de Isaac, para hacer alianza con él. Muchos intérpretes, siguiendo al Caldeo y á S. Gerónimo, toman á Ochozat en sentido apelativo, ó como una multitud de amigos que acompañaban á Abimelec. Los Setenta llaman á Ochozat *Paranypho.*—M.

OCHOZIAS, rey de Judá, hijo de Joran y de Athalía, sucedió á su padre en el reino de Judá el año del mundo 3119, ántes de J. C. 881, ántes de la era vulgar 885: tenia veintidos años cuando subió al trono y su reinado duró solo un año. Siguió las huellas de la familia de Achab, á la cual estaba unido en parentesco por parte de madre, con lo que basta para conocer que obró el mal delante del Señor. Llamábase tambien este príncipe Joachab y Azarías. El texto de los Paralipómenon, II Par., XXII, 2, dice que tenia cuarenta y dos años cuando comenzó á reinar, edad que difiere de la que hallamos en el libro IV de los Reyes, donde se le conceden solo veintidos años. Habiendo dado á creer esta discrepancia á los intérpretes, que ha sido corrompido este pasaje de los Paralipómenon. Habiendo ido á atacar á Ramot de Galaat Joran, rey de Israel, recibió una peligrosa herida que le obligó á pasar al lado de Jezrael para curarse. Ochozías, amigo y pariente de Joran, le acompañó en esta expedicion, y fué tambien con él á visitar á Jezrael. Miéntras tanto Jehú, hijo de Nanti, encargado de continuar el sitio de Ramot, se sublevó contra su príncipe, y de órden del Señor se preparó á exterminar toda la casa de Achab. Joran y Ochozías, que ignoraban su intento, le salieron al encuentro apenas supieron su venida. Mas Jehú mató de un flechazo á Joran, y Ochozías emprendió la fuga que no bastó á salvarle la vida, porque las tropas de Jehú le esperaron en el monte de Gaver, y le hirieron mortalmente. Pudo, sin embargo, llegar á Maggedo, no obstante su herida, donde falleció. Colocado en un carro por sus criados, fué conducido á Jerusalen y depositados sus restos junto á los de sus padres en la ciudad de David. Tal es la historia de Ochozías, sacada del libro IV de los Reyes, capítulo IX, versículos 21, 22 y siguientes. En los Paralipómenon la relacion de este hecho difiere algun tanto, aunque no sustancialmente. «Cuando Jehú, »dice, salió á exterminar la casa de Achab, encontró á los príncipes de Judá »y á los hijos de los hermanos de Ochozías que le servian y los mató. Bus»cando tambien al mismo Ochozías, le halló oculto en Samaría, y habiéndo»sele llevado le condenó despues á muerte. Se le dieron, sin embargo, los »honores de la sepultura; porque era hijo de Josaphat.» Seguramente que en este pasaje Samaría no está tomada en sentido de ciudad, sino como in-

dicacion de la provincia que tenia este nombre, pues de este modo concuerdan ambos pasajes. — M.

OCHOZIAS, hijo y sucesor de Achab, rey de Israel, III Reg., XXII, 40. Reino dos años, parte de ellos con su padre Achab, que le asoció á su gobierno ántes de su muerte, y lo restante imperó solo. Este príncipe gobernó desde 3606 del mundo hasta 3608, y Achab pereció en 3107, ántes de Jesucristo 893, ántes de la era vulgar 897. Ochozías siguió las huellas de su padre en la impiedad y adoró á Baal y Astarte, cuyo culto habia introducido en Israel su madre Jezabel. La Escritura dice que habiendo el rey Josaphat equipado una flota en Asiongaber, Ochozias le pidió que le permitiera que sus criados se embarcasen para pasar á Ophir. Segun el libro III de los Reyes parece que Josaphat opuso algun reparo; mas de los Paralipómenon se deduce que al fin consintió en ello, puesto que dice que habiendo estos dos príncipes equipado juntos una flota para ir á Tharsis, enojado el Señor de que Josaphat se hubiese aliado con un monarca tan impío, permitió que su escuadra fuese destrozada por los vientos, y que no pudiera realizarse el viaje proyectado. Los moabitas, que hasta entónces habian obedecido á los reyes de las diez tribus desde su separacion del reino de Judá, se sublevaron despues de la muerte de Achab, y rehusaron pagar el tributo acostumbrado. Ochozías no pudo reducirlos á su deber, porque habiendo caido de la azotea de su palacio quedó enfermo, y envió sus criados á Accaron para consultar á Beelcebut el pronóstico de su estado. El profeta salió al encuentro de los mensajeros por órden del Señor, y les dijo: «Acaso no hay Dios en Israel que »así vais á consultar á Beelcebut, dios de Accaron? Esto, pues, dice el Señor: »No te levantarás de tu cama y tu muerte es cierta.» Pronunciadas estas palabras el profeta se retiró. Sabedor el príncipe de tan fatídica profecía, interrogó á los mensajeros sobre el aspecto y el traje del hombre que les habia dicho tales cosas. El varon que nos ha salido al encuentro, le contestaron, iba vestido de piel y llevaba ceñida en la cintura una correa. Es Elías de Thesba, replicó el monarca, é inmediatamente mandó que un capitan con cincuenta soldados saliera á prenderle y le llevase á su presencia. Mas como el jefe al encontrar al profeta le habló con tono imperioso, Elias hizo descender fuego del cielo y los soldados fueron devorados. Igual suerte sufrieron otros soldados que envió Ochozías con el mismo objeto. Habiendo mandado que otra partida pasase á prender al profeta, el jefe de ella se presentó á Elías, y postrándose á su presencia le pidió que le conservára la vida y se dignase pasar adonde se hallaba el Rey. Entónces el ángel del Señor permitió á Elías que accediera á los deseos del monarca, asegurándole que no corria ningun riesgo. Levantóse el profeta y siguió al jefe hasta encontrarse en presencia del monarca, á quien repitió las mismas palabras

que habia dicho á los mensajeros, asegurándole que era vana toda esperanza de curacion. En efecto, este príncipe murió conforme la palabra del Señor y ocupó el trono su hermano Joran en el año del mundo 3108, ántes de Jesucristo 892, ántes de la era vulgar 896. — M.

OCHRAN, padre de Phehiel, de la tribu de Afer.

OCILIA (Beata). Fué natural de Leodio, donde pasando su juventud en vida bastante regular, fué pedida y dada en matrimonio á un varon de su misma clase y condiciones, que era natural y propietario de Metas. Vivió feliz con él por espacio de algunos años, despues de los cuales quedó viuda sin familia. Era de extraordinaria hermosura, y ya fuese esta circunstancia ó que Dios lo permitiera para su mayor gloria, es lo cierto que se enamoró de ella un prebendado de la catedral de su mismo pueblo, el cual la llevó consigo y la ocultó á la vista de todo el mundo, de tal suerte que ni siquiera la permitiera ir á la iglesia para cumplir los preceptos de cristiana. No cabe duda en que si la criatura no procura su justificacion, la gracia la abandona, y es precipitada por su infidelidad misma en los más repugnantes crímenes, que fué exactamente lo que sucedió á Ocilia con su desgraciado amante. Pero Dios, que es enteramente misericordioso, dispuso que en sus ultimos momentos el prebendado diese muestras de arrepentimiento y retirase de consigo á la que con él habia contribuido á la ruina de ambos; y lo penoso de su enfermedad, larga y molesta, pareció ser la satisfaccion que Dios exigia de aquel pobre pecador. Desde el momento en que comprendió con la luz que la gracia le inspiraba su muy triste y peligrosa situacion, la gracia misma la infundió un vivísimo arrepentimiento, efecto del cual fué que viendo los progresos que hacian en la virtud cierta especie de benedictinos de uno y otro sexo, á los que se llaman reclusos, porque tienen una vida toda interior y muy estrecha, se decidió á entrar en esta familia, de la cual han salido en todas épocas personas que con sus extraordinarias virtudes han ilustrado á la Iglesia y se han hecho célebres en los fastos del cristianismo. No habia en estas reclusiones la profesion solemne que en los monasterios; pero no por esto dejaba de haber una observancia y rigor extraordinarios, hasta el extremo de tener muchas veces el abad encargado, que solia serlo uno de los jubilados del contorno, que hacer valer toda su autoridad y revestirse de toda la energía de su superioridad para contener los excesos, que de buena fe hubieran dado ocasion á que algunos ó algunas de las reclusas se hubiesen desgraciado. Se comprende muy bien el cómo eran tan excesivos esos rigores, porque siendo la mayor parte de los recoletos personas que por algun tiempo habian estado extraviados, y que iban allí atraidos de una gracia muy superior que les habia hecho conocer su error, querian reparar del modo posible el mal que se habian hecho á sí mismos y el escándalo que en muchas

ocasiones habian dado; siendo en efecto admirables los frutos de penitencia que germinaban hermosos en aquellas casas verdaderamente notables. Por esto no es extraño que Ocilia, cuyas ofensas á Dios habian sido tan graves, tratase de repararlas con rigores extraordinarios. En efecto, desde el momento mismo en que entró en aquella santa casa y vistió el santo hábito, que aceptó un órden de vida enteramente contrario al que observára hasta entónces, y todas sus liviandades se convirtieron en lágrimas, sus pasados extravíos fueron llorados á lágrima viva, y contínuos silicios, crueles disciplinas, cadenas asperísimas, descanso escaso y sobre un duro leño, abstinencia continua, oracion muy frecuente y fervorosa, y un dolor de sus culpas tan vivo que alguna vez la obligó á derramar sangre, era la conducta que oponia á su conducta anterior, tan poco conforme no ya con el buen ejemplo á que estan obligadas las viudas, sino aun con las libertades que se permiten las mujeres de mundo, pues aun á estas excedió quizá en sus desarreglos. Mas no se crea que esta pasada conducta, tan extraña y tan poco conforme á los designios de Dios, habia de agotar la infinita misericordia de su adorable Majestad; todo al contrario, esto fué un motivo para que el Señor la mirase con especial predileccion, y como á Magdalena en el huerto el dia de su resurreccion, la dijera: Mujer, ¿á quién buscas? ¿por qué oras? para que ella, como la penitente feliz, pudiese en Dios consolarse, y en las palabras todo verdaderas de Dios tuviese ella un fundamento de esperanza, llegando la bondad del Señor hasta el extremo de asegurarla más de una vez que sus pecados la habian sido perdonados; lo cual, sin embargo, no fué para ella motivo de presuncion, ántes por el contrario la excitaba vivamente á corresponder con nuevos sacrificios por via de agradecimiento, así como ántes los sacrificios, mortificaciones y sufrimientos eran por via de súplica del perdon que tanto necesitaba. Todas estas cosas que en Ocilia se veian, y se veian como el efecto de su profunda conviccion, producian grande edificacion en los fieles, que si bien es verdad que se habian escandalizado de sus culpas, no podian ménos de enfervorizarse con sus buenas obras; por lo que estas eran muy aceptas á Dios, en razon al buen ejemplo que de ellas procedia. Llena, pues, de estos merecimientos y expiados por completo sus antiguos delitos, pasó de esta á mejor vida; y la Iglesia, pesando las circunstancias con la madurez que suele, y en virtud de lo dispuesto por todos, la declaró beata, siendo su fiesta para la órden de S. Benito, á que perteneció, el dia 11 de Noviembre de cada año.—G. R.

OCILIA (Beata), vírgen. Nació en Namur, ciudad de los estados de Flandes, fué compañera de Sta. Juliana Corneliense, devotísima del Santísimo Sacramento, por cuya honra é institucion de su fiesta trabajó mucho en esta vida, y en premio de su devocion mereció la eterna en 710.—O. y O.

OCIMIANO (Fr. Buenaventura de), religioso capuchino en la provincia de Génova, escribió las obras siguientes: *Tractatus de portione canonica, et de quarta funeralium.* — *Responsiones ad Nonnullam quæsita, proposita occasione sepulturæ electa in ecclesia Regularium.* — *Resolutiones aliquorum quæstionum seu difficultatum circa largitionem munerum, quæ á Regularibus fiunt, tam secularibus, quam inter Regulares, non servatis Constitutionum conditionibus Clementis VIII et Urbani VIII De largitione munerum.*—S. B.

OCIO (Magdaleno). Nació en Guanajuato el 28 de Noviembre de 1746, y entró en la Compañía en Zepozolan el 1.° de Febrero de 1762. El decreto de Cárlos III le arrojó de las costas de Italia, pero siempre y hasta el fin de sus dias se mantuvo fiel á sus votos. Escribió un poema en honor de S. Ignacio de Loyola.—O. y O.

OCON (D. Ivan). Fué la patria de este prelado el Redal de la villa de Ocon de la Rioja, y le dieron el ser Juan Alonso y María Chancros. Entró en Alcalá de colegial de S. Ildefonso: tuvo ocho actos de toda teología, y se graduó de doctor, y regentó la cátedra de teología. Distinguido por su excelente comportamiento como cura de Elechofa, en el arzobispado de Toledo, y de la parroquia de Sta. Cruz de Madrid, el rey D. Felipe IV le presentó para el obispado de Yucatan en 9 de Marzo de 1632, y Urbano VIII pasó la gracia en 8 de Julio del mismo año. Consagróle en su santa parroquia Don Diego de Castejon, obispo de Lugo y presidente de Castilla, y á cuyo acto solemne asistieron los prelados de Siria y Aspan. Partió á su residencia, y visitó su arzobispado, y confirmó seis mil ochocientas cuatro personas. A la parroquia en que fué bautizado dejó una custodia y un arca de plata para guardar el Santísimo Sacramento, y otra para las reliquias de S. Cosme y S. Damian; otras donaciones hizo á la parroquia de Sta. Cruz, y con destino á los pobres de Madrid. De Yucatan pasó á la iglesia del Cuzco en 1642, y tres años despues sirvió al Rey con ocho mil pesos, y se empleó visitando su diócesis, y aliviando á los habitantes de la misma que sufrieron un terrible temblor de tierra, cuando á la sazon se encontraba en Lima ejerciendo la santa visita pastoral. En esta última ciudad fundó los colegios de S. Antonio y S. Bernardo, en los cuales estableció enseñanzas de gramática, filosofía y teología, y dió á todas las iglesias cálices, lámparas de plata y otros ornamentos. Durante el tiempo de su gobierno confirmó á setenta y tres mil personas, y dotó la fiesta de S. Ildefonso en memoria de haberse consagrado en su dia. La hermoseó con pinturas, y adornó en particular la capilla del bautismo. En 20 de Marzo de 1651 fué promovido al arzobispado de Charcas, en donde concluyó santamente su vida, dejando gratísima memoria de sus virtudes y ejemplos inolvidables de su conducta. Cuando el temblor de tierra del Cuzco, que arruinó la ciudad, los edificios sagrados y profanos,

su riqueza, y expuso á la muerte á muchos de sus hijos, escribió una epístola á la desolada ciudad tan consoladora como digna de ser leida.—O. y O.

OCONOR (Fr. Cornelio), nacido en la ciudad de Atharia. Fué hijo de padres nobles y católicos, descendientes legítimos de los fundadores del convento de Atharia, de Trinitarios. Estudió en la ciudad la gramática, y pasando desde Hibernia á Francia, se aplicó aquí al estudio de la filosofía y teología, y salió buen filósofo y buen teólogo. Ordenado de sacerdote, celebró su primera misa en Burdeos en presencia de la señora duquesa de Guillon, á cuyas expensas vivió Cornelio el tiempo de sus estudios y de su residencia en Francia. Pasó desde Burdeos á París, y pensando recobrar el convento que la religion Trinitaria tuvo en Atharia, y que sus ascendientes habian fundado, se vió con el P. General Fr. Luis Petit, y le pidió le vistiese el santo hábito, y juntamente que le diese poder ó facultad para cobrar en nombre suyo el enajenado convento. No quiso el P. General proceder sin el mayor fundamento, y así le remitió al obispo Limerique de Hibernia, D. Ricardo Artur, delegando en su Ilma. su autoridad para que le favoreciese en sus pretensiones. Desembarcó en Inglaterra, consolando durante su viaje, en los puntos de su tránsito, á los católicos, á los que fortalecia en la fe. Llegado á Londres, ejecutó lo mismo. Observáronlo esto algunos herejes, teniendo por forastero á Cornelio, y hallándole una vez oyendo la confesion á un católico, le prendieron con furia, y le hubieran dado allí la muerte; pero un hereje, viéndole mozo, de buena estatura y arte, é informado de que era un irlandés noble, le notificó dejase la fe católica romana, y le ofreció por esposa una de dos hijas doncellas que tenia, dotándola de rica cóngrua, y so pena de cruel muerte en caso de no admitir. Respondió el V. Cornelio, que ni se apartaba de la fe católica, ni manchaba así la santidad de su sacerdocio. Irritado el desairado hereje, y tambien los de su compañía con semejante respuesta, dispusieron luego, con acuerdo del gobernador, se llevase á cabo la ejecucion. Ya preparado para recibir el golpe, vino un nuncio de parte del Rey con la gracia de que no se quitase la vida á Cornelio, y se le dejase ir libre fuera de Inglaterra. Con esto no murió; pero aunque quedó vivo, no sin el mérito de mártir. Libre pasó á Hibernia; mas ántes de pasar á su patria, supo que era hijo de una madre mártir, que siendo viuda, la habian dado muerte unos herejes por ser católica romana. Pasó á Atharia, y se ejercitó en consolar á las almas católicas, y sufriendo con paciencia las controversias que á sus pretensiones oponian los herejes poseedores del convento. Despues de haber dado pruebas constantes de sus virtudes, murió en defensa de la religion que profesaba el dia 15 de Enero de 1644, siendo arrojado al mar, juntamente con otro ilustre mártir, llamado Roberto Eugenio, tambien trinitario.—O. y O.

OCTAVIANO (S.), y un sinnúmero de compañeros santos mártires. Era aquel arcediano de Cartago, y todos fueron sacrificados por los vándalos en distintos lugares de Africa á principios del año 484, por haber confesado la fe de Jesucristo. La Iglesia celebra su memoria en 22 de Marzo. — M.

OCTAVIANO. Ciaconius, Onofre y Baronio en sus *Anales*, citados por Moreri, nos dan un cardenal de este nombre, natural de Roma, del que dicen fué hecho cardenal por el papa Lucio III el año de 1182. Fué nombrado legado en Sicilia y en Francia con motivo del asunto matrimonial del rey Felipe Augusto, que habiéndose divorciado de su esposa Igeburga de Dinamarca, tomó por mujer á Igues de Merania. Este cardenal fué tambien obispo de Ostia, y se ignora la época de su muerte, que fijan algunos autores en el año 1206. — C.

OCTAVIANO Frascati. Este antipapa romano, perteneciente á la ilustre familia italiana de los condes de Frascati, fué creado cardenal por el papa Inocencio II el año 1140, que le envió en seguida de legado *ad latere* á Alemania. A la muerte del pontífice Adriano IV, fué elegido en su lugar Alejandro III, y como Octaviano pretendiera al propio tiempo el pontificado, se hizo elegir por dos cardenales, y tomó el nombre de Victor IV. El emperador Federico sostuvo á este antipapa, y en un conciliábulo que tuvo en Pavía el año 1161, se depuso al papa Alejandro, en cuyo caso se vió obligado á huir á Francia, asilo ordinario de los Pontífices perseguidos. Gozó el antipapa de su triunfo siendo tiránica su dominacion en sentir de Moreri; pero se dice que murió frenético en Luca en la fiesta de Pascua del año 1164, segun Roderico, Othon de Frisinghen, y el cardenal Baronio, en el tomo XII de sus *Anales*. — C.

OCTAVIANO (Preconio), arzobispo panormitano, minorita conventual y doctor teólogo. Felipe II, digno apreciador de los méritos y saber de todos los eclesiásticos, le propuso para la iglesia Cefaludense en Sicilia, en el arzobispado panormitano. Despues el mismo monarca le envió con otros varones célebres por su gran doctrina al Concilio Tridentino, en el cual demostró cumplidamente cuánta era su elocuencia y profundos conocimientos en las letras sagradas. Escribió: *Summam de Sacramentis.—Expositionem perlucidam in orationem illam, seu Offertorium mysteriosum, quod in Missa Defunctorum pio rito canitur*, etc. — *Tractatum de Passione Domini, versiculo sermone.—Præconium Sacramenti, hoc est, dispositio et præparatio ab altissimum Eucharistiæ Sacramentum;* Panormi, 1566.— *Historiam sacræ imaginis Dei Genitricis à Scalis Messanam, insigni miraculo devectæ, cum officio de eadem;* 1565.—*Conciones plures.—Discursus de sancto sacramento Extrema-Untionis;* Nápoles, 1567.—*De peccatore converso meditationes;* y dejó inédito el escrito titulado: *Adhortatio consolatoria, pariter et devota ad Illmi. et*

Excmi. D. D. Joannis de Vega, Sicilliæ Pro-Regem pro obitu suæ illustrissimæ consortis. Murió este prelado el año de 1568 el dia 18 de Julio, y está enterrado en la iglesia panormitana, leyéndose en su sepultura el siguiente epitafio :

FR. OCTAVIANUS PRÆCONIUS,
ORDINIS MINORUM CONVENTUALIUM,
SICULUS A CASTRO-REGALI,
ARCHIEPISCOPUS PANORMITANUS,
PIETATE INSIGNIS, ERUDITIONE CLARUS,
POST MULTOS CURÆ PASTORALIS
QUATUOR ECCLESIARUM
MONOPOLITAN., ARIANENS., CEPHALUDEN. ET PANORMITANÆ
EXANTLATOS LABORES, QUIETURUS TANDEM.
OBIIT DIE XVIII JULII, SUÆ ÆTATIS ANNO LXVI,
CHRISTI VERO NATI M.D.LXVIII.

O. y O.

OCTAVIANO DE RAVENA, teólogo, minorita y autor de la obra *Comentarios en cuatro libros á los escritos de Juan Duns. Scoti.* La citan Wadingo y Sannig en su *Sinopsis.* — O. y O.

OCTAVIANO SPATARIO DE INCISA, provincial de Toscana, en la órden de S. Francisco, de la cual fué tambien erudito definidor. Demostró grandes conocimientos en la sagrada teología, especulativa y moral, en Toscana, Lombardía, Alemania, Francia y Roma, en donde fué distinguido profesor. Fué célebre intérprete de la sagrada religion, apreciado en toda Italia por Cosme II y por el serenísimo Fernando I de Etruria. Escribió : *Methodum de modo corrigendi regulares*; Venecia, 1620 : se encuentra esta obra en la *Biblioteca Barberina.* — *Centuriam concionum quadripartitam*; id., 1611. — *Conciones quadragessimales,* en el mismo punto. Murió en Roma, siendo lector de sagrados cánones, en el convento de Araceli, cerca del año 1626. Marracio cita con elogio á este religioso en su *Biblioteca Mariana*, y lo mismo la *Biblioteca latina franciscana.* — O. y O.

OCTAVIANO (Ubaldino), de la ilustre casa de este nombre. Segun Onufrio en su *Historia de los Papas*, Ciaconius y Auberi en la *Historia de los Cardenales*, hubo un cardenal llamado Octaviano, creado por el pontífice Inocencio IV el año de 1244. Fué natural de Florencia y obispo de Bolonia, de cuya santa iglesia habia sido canónigo y archidiácono. Promovido al capelo, fué nombrado legado en Sicilia y en la Romanía contra Manfroi, y sucesivamente á Venecia, Lombardía y Francia, y murió el año 1274. — C.

OCTAVIO (S.) mártir. S. Ambrosio, arzobispo de Milan, predicó un sermon, que se publicó impreso en esta ciudad, en el que hace el panegírico de

S. Octavio, al que con sus compañeros de martirio, los Stos. Aventor y Salutor, recuerda la Iglesia católica el dia 20 de Noviembre. El *Martirologio Romano* nos da una sencilla noticia de estos valerosos soldados de Jesucristo, diciendo solamente que murieron por la fe católica en el reinado del emperador Maximiano.—C.

OCTAVIANO DE SAN FRANCISCO, lector de sagrada teología en Sta. María de Araceli y comisario general de la familia franciscana. Escribió una *Introduccion á la lectura teológica y á la predicacion del Evangelio;* una *noticia de los libros de sagrada teología, publicados por Fr. Diego de Estrella y Francisco Panigarola;* Roma, 1693.—O. y O.

OCTAVIO UBORS, capuchino, natural de Amsterdam, en Flandes, varon muy erudito en la teología y otras facultades como lo testifica el largo catálogo que publica la *Bibliotheca latina franciscana* de las obras que escribió, y entre las cuales merecen citarse las siguientes: *Summum et infallibile Orbis christiani in rebus fidei et morum decidendis Tribunal ex quo nihil erroneum fidei, etc.—Vindiciæ augustinianæ catholicæ, seu vera demonstratio Operum S. Augustini, quæ Theologi Lovanniensis typis mandarunt annis salutis* 1566: *Sol in eclypsi, seu S. Augustinus in Cornelio Jansenius.—Flores Paradisi. Cursus philosophicus et cursus theologicus, etc. etc.* Murió este doctísimo varon en Antuerpia el año de 1670, á la edad de setenta y cinco años.—O. y O.

OCZKO D'WLASSIN (Juan). Este cardenal y arzobispo de Praga, del que hacen mencion Agustin Moraw en sus *Obispos*, Olmue, Auberi, en sus *Cardenales*, Thierri de Niem, Ciaconius, y Moreri en su *Gran Diccionario Histórico*, fué hijo de una de las casas más ilustres de Bohemia, pero nada nos dicen acerca del lugar y fecha de su nacimiento, y empiezan las noticias que nos dan de él diciendo que fué capellan del emperador y rey de Bohemia, Cárlos IV, de quien obtuvo una gran proteccion. Por influencia de este soberano fué nombrado obispo de Olmutz y despues arzobispo de Praga, creándole cardenal Urbano VI el año 1379 en tiempo del cisma, que tan funesto fué á la Iglesia al fin del siglo XIV y principios del XV. Temiendo Urbano VI que el Emperador protegiese á su competidor Clemente VII, le hizo muchas ofertas, y para granjearse su voluntad, aprobó la eleccion que se habia hecho de su hijo Wenceslao para rey de romanos, y puso en el número de los cardenales á Juan Oczko, al que nombró al propio tiempo su legado en Bohemia. Muriendo poco despues el emperador Cárlos IV, este cardenal hizo su elogio fúnebre. Sucedió en el imperio su hijo Wenceslao, que tuvo una vida muy desarreglada, pues que se entregó á los vicios más vergonzosos por los que se atrajo el desprecio público. Solo oyó este soberano las amonestaciones de Oczko, que le reprendió ágriamente sus vicios, si bien no logró apartarle de ellos. Llenó este cardenal completamente los deberes de un

buen prelado, se opuso fuertemente á los husitas que empezaban á esparcir sus errores, aunque secretamente, é hizo diversas fundaciones piadosas. Murió Oczko en opinion de santidad á principios del año 1381.—C.

ODACRE, obispo de Beauvais. Nació en el siglo IX, tal vez en la diócesis de su obispado. Hallábase en perturbacion esta iglesia desde la muerte de Odon, que era abad de Corbia, cuando fué elegido para ocupar la silla, y el cual durante su episcopado hizo grandes bienes á esta iglesia, y aumentó hasta cincuenta el número de sus canónigos. Despues de la muerte de este obispo, ocurrida el año 881, el pueblo de Beauvais eligió á Rodulfo para sucederle, pero esta eleccion se anuló en el concilio, que se celebró el mismo año en la iglesia de S. Macre, en Fimes, diócesis de Reims, el cual fué presidido por el arzobispo Hincmar. Diputáronse varios miembros del concilio al rey Luis III para que concediese el permiso de elegir otro obispo, y al ver los ciudadanos de Beauvais fracasar su eleccion, nombraron obispo á Honorato; pero el Rey, no haciendo caso más que á los obispos diputados del concilio, hizo elegir á Odacre su capellan. Al saber esto Hincmar, escribió una carta muy fuerte al jóven Rey, manifestándole que esta eleccion no era válida, pero obstinándose el Rey en llevarla adelante y poniendo en posesion de los bienes del obispado de Beauvais á Odacre, fué causa de otra carta aun más fuerte del arzobispo; y como el Rey no hiciese tampoco caso de sus amenazas, poniéndose de acuerdo con sus sufragáneos, excomulgó á Odacre por medio de una carta dirigida á todos los obispos, y la muerte del rey Luis, que sucedió el 4 de Agosto de 882 detuvo las consecuencias desagradables que hubiera podido acarrear este negocio, del que da cuenta el referido Hincmar en el tomo segundo de sus obras.—C.

ODAIA, personaje de la Biblia. Fué hermano de Naham. Otro Odaia existió perteneciente á la raza de los Levitas.—O. y O.

ODANO (S.). Nació en Irlanda, monje cisterciense, discípulo de S. Malachías, arzobispo, muy célebre varon en doctrina, integridad de costumbres y amor á las virtudes, el cual estando en su monasterio deseando solamente servir á Dios, dispuso su Majestad que le eligiesen obispo de Armachano; y habiendo gobernado esta diócesis y dado claros indicios de santidad, fué á gozar de Dios el año de 1059.—O. y O.

ODAREN ú ODAVEN, aliado de Bachides. Enemigo de los judíos. Fué muerto por Jonatás Macabeo con algunos otros arrastrados como él al partido de los sirios.—O. y O.

ODDI DE LUNGARO. Nació en Perusa el 6 de Marzo de 1685, y entró en la provincia romana de los Jesuitas el 2 del mismo mes del año 1702. Desde 1764 á 1771 fué prefecto de la Congregacion de Nobles, establecida en la casa profesa de la ciudad de Roma, en la cual murió dos años despues, y á

poco de la supresion de la Compañía. Escribió: *Vida de la infanta sor Margarita de la Cruz, monja descalza de Sta. Clara, de la sagrada religion seráfica;* Roma, 1735, reimpresa en Venecia. *La vida del venerable siervo de Dios P. José Anchieta, de la Compañía de Jesús, y llamado el Apóstol de los negros,* en el Brasil, 1738. *La del P. Pedro Claver*, del mismo instituto, sacada del proceso auténtico para su beatificacion; Turin, 1828. En esta corte se ha hecho una reimpresion de esta obra por D. Eusebio Aguado el año de 1851. Asimismo fué autor de la *Vida del venerable siervo de Dios, el maestro Juan de Avila, sacerdote secular, llamado el Apóstol de Andalucía*: obra que hizo en idioma italiano y se publicó en Nápoles y tradujo al castellano D. Luis Duran y de Bastero, presbítero, canónigo de la santa Iglesia de Barcelona; y finalmente, entre otras, las de los *ilustres PP. Pedro Canisio, Francisco de Virolamo, Juan Bautista Pignatelli, Luis de Ponte, y Estanislao de Koska*, todos de la Compañía de Jesús, y de la venerable Verónica capuchina, algunas ya muy afamadas y traducidas en diversos idiomas. — O. y O.

ODDIS (Nicolás de). Nació en Padua este religioso en el siglo XVI. Tomó el hábito en la congregacion de Monte Oliveto, y sus merecimientos le elevaron á la dignidad de abad de su monasterio. Se hizo célebre por sus virtudes en el siglo VII, y murió el año de 1626. Santiago Tomasini escribió el elogio de este buen religioso, entre los de los hombres ilustres de la ciudad de Padua.— A. C.

ODDI (Santiago de), cardenal, descendiente de una noble familia de Perusa, donde nació por los años 1690. Ocupó cargos muy importantes, y en todos ellos dió relevantes muestras de talento y suma habilidad en el despacho de los negocios. De regreso de Portugal, á cuya corte habia pasado con la calidad de nuncio apostólico, fué promovido al cardenalato por el papa Benedicto XIV, y en seguida nombrado legado de Rávena. Su gobierno produjo inestimables bienes en aquella legacía, pues protegió las letras y se captó el aprecio general con su virtud, su carácter justiciero y su liberalidad. Nombrado despues obispo de Viterbo, desplegó tambien allí las recomendables dotes que le adornaban, señalando su administracion pastoral con actos de beneficencia, manteniendo la disciplina entre el clero, y consagrándose dia y noche, con un celo ejemplar, á propagar entre su grey las ideas morales y religiosas. Su piedad, su amor á los pobres y su abnegacion evangélica, dejaron edificada toda la diócesis. Este cardenal falleció en su ciudad de Viterbo en 1770, á la edad de ochenta años, y es inútil que digamos que su muerte fué llorada de toda su grey, puesto que la muerte de un pastor como Oddi sumerge en el dolor á todos los hombres de bien. Dejó escritas las dos obras siguientes: 1.ª *Constitutiones editæ in diœcesano synodo habitæ in cathedrali ecclesiæ Sancti Laurentii Viterbiensis, anno* 1662; Vi-

terbo, 1663, en 4.°—2.ª *Viterbiensis synodi indicatio*; ibidem, 1664 en 4.°—M.

ODED, profeta de la ley antigua. Esfe profeta reprochó á Phaces, rey de Israel, su inhumanidad por haber matado en un solo dia ciento veinte mil hombres, y hecho prisioneros doscientos mil, entre mujeres, niños y ancianos, en la batalla que ganó á Achaz, rey de Judá, el año del mundo 3294 y 706 ántes de Jesucristo, segun se dice en la santa Escritura.—C.

ODELIRI, natural de Orleans é hijo de Constancio, vecino de esta ciudad, pasó á la conquista de Inglaterra con el duque Guillermo, *el Bastardo*, yendo entre los caballeros de Roger de Montgomeri, de quien llegó á ser el confidente. Habiendo recibido este señor de la liberalidad del nuevo rey el condado de Scrobesburi, dió á Odeliri una capilla, y despues una casa de su dependencia. Odeliri era sacerdote, aunque habia sido casado, teniendo al ménos tres hijos; Orderico Vital, que fué monje de S. Evroul, y se hizo célebre por sus escritos; Ebzad, que parece concluyó sus dias siendo seglar; y Benito, á quien destinaba su padre al estado monástico cuando no tenia aun más que cinco años. La capilla de Odeliri se hallaba construida de solo madera, pero hallándose en Roma en 1082 le inclinó su piedad á hacer el voto en la tumba de los apóstoles de construirla toda de piedra. Hizo todavía más: la ofreció con su casa y todo lo que dependia de ella para convertirla en un monasterio, á fin de determinar al conde Roger á hacer los gastos del resto de la fundacion. Aceptada la oferta, se empezó desde el año siguiente á ejecutar este proyectado designio, y dotó el conde la nueva abadía con un arrabal entero de la ciudad de Scrobesburi. Odeliri añadió por su parte doscientas libras, que eran entónces una suma considerable, además de quince libras esterlinas que habia dado ya para poner los cimientos de los edificios, y consagró allí á su hijo Benito al servicio de Dios. Abrazó él mismo la profesion monástica despues de la muerte de Roger, la que recibió el 27 de Julio de 1094. Pero no se nos refiere si fué en seguida ó cuánto tiempo despues. Odeliri vivió siete años enteros como buen discípulo de S. Benito, y murió en olor de santidad, viernes en la octava de Pentecostés del año 1102 ú 1103 quizá, lo que depende del tiempo en que se hiciera monje despues de la muerte del conde Roger. Orderico Vital, hijo primogénito de Odeliri, nos ha conservado un hermoso y bastante extenso discurso, que supone dirigió su padre á aquel señor para obligarle á la fundacion de que se acaba de hablar. El discurso es elocuente y se halla lleno de elogios al estado monástico. Se encuentran en él la mayor parte de los sucesos de la vida del escritor, y los primeros rasgos de la historia del monasterio de S. Pedro de Scrobesburi. Pero diciendo lo que pensamos, parece una de esas arengas hechas exprofeso para fingir las han pronunciado aquellos en cuya boca se ponen.

Parece efectivamente que está compuesta por Vital, que habrá hecho, sin embargo, entrar en ella las principales razones que habia empleado su padre para decidir al conde de Scrobesburi á la fundacion de la nueva abadía. —S. B.

ODERICO ú Odeuco, segun Feller (Gaspar Lucio), sabio matemático y anticuario. Nació en Génova el 24 de Diciembre de 1725, y habiendo entrado en el instituto de la Compañía de Jesús, fué destinado á los ejercicios del púlpito; pero su aficion al retiro le hacia más propio para el estudio tranquilo de la antigüedad, por lo que obtuvo el permiso de consagrarse exclusivamente á sus tareas favoritas. Mas á pesar de su aislamiento, la fama de su talento era tan general que el cardenal de Spinelli le brindó con una cátedra de teología, que acababa de fundar en el colegio de Escoceses en Roma; invitacion á que creyó deber acceder Oderico, sin embargo de que era poco aficionado á las discusiones escolásticas. Mas señaló sus huellas en esta enseñanza, introduciendo útiles reformas en el estudio de la teología, que el tiempo ha consagrado despues. Durante su permanencia en Roma se entregó con más ardor á sus estudios de la antigüedad, como campo donde podia hacer en más grande escala y con mayor aprovechamiento sus investigaciones históricas. Y como á la actividad de su genio era imposible el descanso; empleaba los pequeños momentos de ocio en la redaccion de varias disertaciones muy eruditas, que le abrieron un lugar entre los anticuarios más eminentes de Italia. Estas producciones son notables, particularmente por el tino é ilustrado criterio con que discute las opiniones de los autores que le han precedido en este género de trabajo. La Academia Etrusca de Cortona le ofreció un asiento, y en ella figuró con el sobrenombre de *Teodencio Ostracinio*. Apreciado de todos y querido especialmente de sus cofrades, Oderico gozaba tranquilo de los encantos del estudio, cuando le sorprendió el decreto de supresion de la Compañía á que pertenecia: fué tan hondo su pesar, que ni las instancias de sus amigos ni la consideracion con que le distinguia el Soberano Pontífice pudieron hacerle variar la resolucion de trasladar su residencia á Génova, de cuya universidad le nombraron desde luego bibliotecario sus compatriotas. Agradecido Oderico á las lisonjeras muestras de aprecio que de estos recibia todos los dias, concibió el proyecto de escribir la historia de su ciudad natal; mas las instancias de la emperatriz de Rusia para que escribiera con toda brevedad una *Memoria sobre la Crimea*, de la cual habian sido dueños los genoveses por espacio de dos siglos, vino á interrumpir su trabajo comenzado. Oderico acompañó en 1782 á su hermano á Turin, en cuya corte habia sido representante de la República; y durante los seis años que permaneció en la embajada, tuvo á su cargo el despacho de la parte reservada de las negociaciones. La revolucion de Génova le despojó

de la plaza de bibliotecario, y no fué repuesto en ella hasta que se procedió á nueva reorganizacion de la universidad : al mismo tiempo Oderico fué nombrado como por aclamacion individuo del Instituto. Como por su edad avanzada no le era ya posible asistir á las sesiones de la seccion de literatura, á la cual pertenecia, el presidente le manifestó, á nombre de la Academia, el pesar que por ello tenia, y le pidió varias veces su autorizado parecer sobre algunas cuestiones literarias. Poco tiempo despues Oderico se retiró á una casa de campo, al lado de su hermano menor, donde un ataque de apoplejía puso fin á su vida el 10 de Diciembre de 1803. Fr. Carrega, su sobrino, ha publicado el *Elogio histórico* de este sabio anticuario, opúsculo de 35 páginas en 8.°, y su análisis se halla en el *Magasin encyclopledique*, año 1806, tomo I, con la lista de las obras impresas y manuscritas. Este jesuita tenia un talento penetrante, un juicio exacto y una memoria prodigiosa; pero su panegirista, conforme con los demás sabios en esta parte, conviene en que sus explicaciones son insuficientes, porque concretado Oderico á notar defectos en los demás anticuarios, ha descuidado sustituir á ellos sus propias opiniones, más ó ménos fundadas. Las obras más importantes de Oderico son : 1.ª *Dissertationes et annotationes in aliquot ineditas veterum inscriptiones et numismata;* Roma, 1765, en 4.° Esta obra es muy apreciada, y contiene muchas disertaciones en italiano y latin, además de varias inscripciones que habian pasado desapercibidas de los más célebres anticuarios.—2.ª *De Argenteo Orgetorigis nummo conjectura;* ibid., 1767, en 4.° Su objeto es demostrar que esta medalla pertenece á Orgetorix, príncipe de la Helvecia, de quien César trata en sus *Comentarios.*—3.ª *Ragionamento apologetico in defessa dell' architettura egizia e toscana.* Este discurso se halla impreso al frente de la *Coleccion de Piranesi*, 1769, en fólio.—4.ª *Numismata græca, non ante vulgata, cum notis et animadversionibus;* Roma, 1777, en 4.°—5.ª *De marmorea didascalia in urbe reperta epistolæ duæ;* ibidem, 1777-84, en 4.°—6.ª *Lettere ligustiche, ossia oservazione critiche sullo stato geografico de la Liguria sino ai tempi di Ottoni il grande, con la memorie storiche di Caffà;* Bassano, 1792. Este trabajo fué escrito expresamente para la Emperatriz.—7.ª *Cartas sobre una medalla inédita de Carausius; sobre el valor de la moneda antigua y el peso de la libra romana; sobre una cruz antigua conservada en el tesoro de la catedral de Génova; sobre una moneda atribuida equivocadamente á Ariolfo, duque de Espoleto*, etc. M. Carrega se proponia publicar algunas de las obras que Oderico dejó inéditas, entre las cuales figura una *Notizie istoriche sulla taurica fino all anno* 1475.—M.

ODERICO, llamado comunmente de *Portenau*, célebre viajador del siglo XIV. Nació en el distrito de Podernone, en el Frioul, por los años 1286. Terminados sus primeros estudios, pronunció sus votos en la religion de San

Francisco, en el convento de Odina, cuyos claustros fueron por mucho tiempo testigos de sus austeridades y de su continua oracion. Modelo de virtud y observancia monástica, era Oderico la admiracion de sus hermanos, cuando buscando un campo más vasto á su ardiente celo, deseó dejar su compañía y pasar á las distantes misiones del Asia. Eran á la sazon aquellas comarcas teatro de santas y piadosas empresas; hácia allí, pues, se dirigieron los ojos de Oderico, y allí llevó sus pasos el anhelo de consagrar su vida á la salvacion de los infieles. Llegado á Constantinopla, atravesó el Mar Negro, arribó á Trevisonda, y dirigiéndose por la grande Armenia llegó á Orbus. Embarcóse en este puerto para Malabar, y despues de haber permanecido aquí algun tiempo, tomó la ruta de Ceilan. Segun su itinerario visitó esta isla, recorrió luego las de Sumatra, Java y Borneo, y se trasladó despues á las costas meridionales de la China. Animado siempre del mismo deseo, atravesó este vasto imperio de Norte á Sur, y llegó al fin á su capital que llama Kambaleth. Despues de algunos años de residencia en ella, dió la vuelta para Europa, y caminando cincuenta dias al Oeste, entró en el país del sacerdote Juan. Despues viajó por la provincia de Kassan, cuya longitud es de sesenta jornadas y de cincuenta su latitud, deteniéndose en Thibet. Sumamente difícil es seguir á Oderico en esta parte de su viaje, y más todavía precisar el camino que siguió para volver á Europa, adonde llegó por los años 1330, despues de diez y seis de ausencia. Inmediatamente pasó á Aviñon para obtener del Papa los socorros necesarios para la conversion de los infieles; mas los deplorables asuntos de la Iglesia en aquel tiempo, el cisma de Pedro Corbario y la enfermedad que sorprendió á Uderico en Pisa, fueron los únicos y poderosos motivos que destruyeron el logro de sus planes. De regreso á Padua, Oderico, cumpliendo una órden de sus superiores, dictó la relacion de sus viajes á Guillermo de Solagna, despues volvió á entrar en su convento de Odina, donde falleció el 14 de Enero de 1331 en olor de santidad, apoyada, segun algunos escritores de su vida, con muchísimos milagros. Este viaje de Oderico, emprendido veinte años despues del regreso de Marco Polo, no ha añadido ningun descubrimiento á las noticias que se sabian ya de la geografía del Asia; y siguiendo el mismo sistema del viajador veneciano dictó su relacion de memoria, y sin órden ni metro. Al parecer tenia conocimiento del itinerario de Marco Polo, y no es fácil asegurar si realmente ha visitado todos los paises de que trata, pues hay motivos para dudar de que haya abordado en las referidas islas de Java, Sumatra y Borneo. Su relacion es más circunstanciada, y al parecer más exacta, cuando trata de la costa de Malabar, donde vivió mucho tiempo, que dedicó á estudiar las costumbres y usos de la India; de modo que algunas de sus observaciones han sido despues confirmadas por el relato de viajadores mo-

dernos. Oderico da á la China Meridional el nombre de India Superior; y si atendemos á las dificultades que cuenta que hubo de vencer para llegar á Caltay, debemos suponer que entró en este imperio por las comarcas pantanosas de Pegu y de Aba. Oderico no se presenta tan buen observador como Marco Polo; pero le excede en credulidad, cualidad poco favorable en un viajador científico. No es extraño, pues, que encontremos en sus viajes tantos hombres con dos cabezas, comarcas llenas de genios y de espíritus, y todos los cuentos árabes, y todos los sueños que llenan sus leyendas. Su biógrafo, sin embargo, atribuye una parte de estas fábulas á los que despues le han copiado. Solo se conoce de la relacion de este viajador franciscano algunos fragmentos, que han sido impresos por primera vez en la coleccion de Ranusio, primera edicion de 1563, tomo II, pág. 245. Apostólo Zeno, citado por Tirabosqui, hace mencion de otra anterior debida á Polusico; Virennio, 1513. Haim, sin hacer mencion de esta, indica una traduccion italiana de Oderico, hecha por un anónimo con este título: *Oderichus De rebus incognitis tradotto in italiano da un anonimo;* Pesaro, Sonsino, 1573, en 4.° — La relacion de Oderico se halla tambien impresa en la coleccion de Hackluy, en latin y en inglés, y tambien la han dado cabida los Bolandistas en el tomo I de sus *Actas Sanctorum*, 14 de Enero, pág. 486; y con poca justicia los autores de la *Historia de los Viajes* se han desdeñado de comprenderlo en ella por no considerarle digno de crédito. El biógrafo más moderno de Oderico ha publicado una edicion, siguiendo el texto latino, de un manuscrito del año 1401; pero esta edicion es truncada. Además el P. Basilio Asguini, barnabita, habia ya publicado anteriormente, la *Vite e viaggi del beato Oderico da Odine;* Odina, 1737, en 8.° — M.

ODERICO ú Odri, abad de Vendome en el siglo XI. Se hizo célebre este religioso en su época por su exquisito celo y exactitud en observar y hacer guardar la disciplina monástica. Al fin del año 1044 fué nombrado abad de Vendome, sucesor de Rainaud, dignidad que llenó con tanta sabiduría y edificacion que en pocos años se aumentaron considerablemente las rentas de su monasterio, al que concedió el papa Alejandro II muchos privilegios. No solo puso este Papa esta abadía en contacto inmediato con la Santa Sede, conforme al deseo de sus fundadores, sino que confirmó todas sus posesiones, y añadió á ella la iglesia de Sta. Prisca sobre el monte Aventino, con el título de cardenal sacerdote para el abad Oderico y todos sus legítimos sucesores á perpetuidad. La bula de este privilegio se dió en 1063, y se ve inserta en los *Anales* del P. Mabillon más completa que en la coleccion de los concilios y en los rescriptos de los papas. A los tres años de estas gracias, concedió el mismo Pontífice el monasterio contiguo á la iglesia de Sta. Prisca, dependiente de la abadía de S. Pablo, con la condicion de que los abades

de Vandome habian de sostener en ella doce sacerdotes para atender al servicio divino. Murió Oderico el 4 de Octubre de 1082, habiendo gobernado dignamente su monasterio treinta y ocho años, tres meses y cuatro dias, nombrándose al año siguiente á David por su sucesor. En la biblioteca de este monasterio se ha conservado un manuscrito que contiene un tratado de *vicios y virtudes*, que aun cuando no tiene el nombre de Oderico, se ha considerado siempre como obra suya. Además de este libro se ha conservado su carta á Gerardo, obispo de Ostia, legado de la Santa Sede, para manifestarle se habian terminado las diferencias entre las abadías de Vendome y de S. Aubin de Angers con motivo de la dependencia del monasterio de Graon; carta que publicó Mabillon en el libro LXIV de sus *Anales*. Puede consultarse sobre este celoso abad el tomo VIII de la *Historia literaria de Francia*, por Rivet, al que se refiere Moreri en su *Gran Diccionario histórico*, cuando hace la biografía de Oderico. — C.

ODERISIO (B.). Fué nobilísimo por su nacimiento, pues que sus padres eran los esclarecidos condes de Marsos, mas él comprendió que ni la nobleza ni los bienes del mundo pueden asegurar la bienaventuranza de la gloria; por lo cual se resolvió á buscarla en el asilo donde ella se encuentra, es decir, en el claustro; pues que no la proporcionan las vanas grandezas del siglo, y para conseguirla es necesario no solo renunciar á sus cosas sino renunciarse á sí mismo. Tomó el santo hábito de monje benedictino en el Monte Casino, en aquel lugar de donde han partido para el cielo tan ínclitos varones, y de los cuales ha sido uno de los más ilustres nuestro Emmo. Oderisio. Educado desde luego por otros monjes de rara virtud, y viendo incesantemente los adelantos que en ella hacian cuantos tenian la felicidad de habitar aquella santa casa, tuvo lugar de dar rienda suelta á los sentimientos de su inocente corazon, y ejercitándose en todas las virtudes, pero principalmente en el desprecio de sí mismo, en la humildad y en la obediencia, llegó á adquirir un dominio sobre sí que puede decirse que extinguió el gérmen de amor propio que es natural á la humanidad contaminada con la prevaricacion de Adan. Cuando Oderisio estuvo en situacion de radicar en su corazon las heróicas virtudes que habian de formar un dia su preciosa corona, gobernaba al Monte Casino aquel gran Padre de tan ilustre casa, que nunca olvidará ella, y que fué el esclarecido Desiderio. Como tan respetable varon enseñaba con el ejemplo, la instruccion se pegó tanto á la dócil y muy excelente alma de Oderisio, que formó un decidido empeño en seguir sus huellas, y lo consiguió con el éxito más feliz, pues fué su predilecto discípulo; pero mereció bien tan señalada distincion, porque en todas las ocasiones que se se ofrecian, obraba este como habia obrado su maestro, y su maestro no desdeñó en muchas circunstancias el buscar á su discípulo y pregun-

tarle la conducta que debia de seguir. Como los monjes de aquella santa casa veian esta union íntima en la cual vivian aquellos dos varones tan eminentes, y comprendian perfectamente que si faltaba Desiderio, Oderisio sería quien gobernaria el monasterio, de modo que no se apercibiria la falta de su maestro, le eligieron por unánime consentimiento, siendo desde luego notable la manera con que tomó posesion de su cargo; pues reunida como estaba para la eleccion toda la comunidad, el P. Oderisio protestó ante toda ella su inutilidad, y comentando aquellas palabras del Bautista, *no soy digno de desatar la correa de su zapato*, trató, aunque en vano de disuadirles de su propósito, y les rogó encarecidamente le ayudasen todos y cada uno con sus luces y con sus oraciones, única manera de poder desempeñar el importante cargo que desde entónces gravitaba sobre sus hombros. Y no se crea que esta manifestacion era una de esas palabrerías con que los del mundo tratan de alucinar á sus semejantes para adquirirse mejor sus simpatías, era la expresion de sus sentimientos; pues aunque excelente en virtudes y tan favorecido por Dios con celestiales dones, nunca llegó á persuadirse de que valia más que otro alguno, siendo al contrario su íntima conviccion el que todos eran mejores que él. Nada varió de lo que estaba establecido por Desiderio; siguió en todo sus huellas, y con un celo extraordinario, con un ahinco incansable, procuró con palabras y con obras el mejoramiento de aquella santa casa, si mejoramiento es posible en donde todos á porfía procuraban ser á cual más perfectos. Hablamos del método y órden con que Oderisio guiaba la casa tan importante del Monte Casino, aun en tiempo de Desiderio, no cuando éste estaba al frente de ella, sino cuando ocupaba la silla de S. Pedro bajo el título de Victor III; pues queriendo conservar el honroso título de abad de su monasterio, hizo que fuese elegido prior Oderisio, para que el órden y método no variase en nada, y sin embargo, pudiese tener confianza de que nada se le echaria de ménos. A esta sazon habia ya nuestro héroe sido nombrado cardenal por el papa Nicolao II, siendo admirable que adornado con la púrpura, conservaba las costumbres de monje, y en nada variaron su trato, ni en órden á sí mismo ni en órden á los demás, las distinciones con que los supremos pastores Nicolao II, Victor III, Urbano II y Pascual II le honraron. Era como siempre el primer monje para el trabajo y molestias de la vida comun, sin excusarse en nada de cuanto se hacia en beneficio de los fieles, así es que cardenal y todo predicaba, confesaba, auxiliaba los enfermos, visitaba á los pobres, distribuyendo entre ellos cuantiosas limosnas, y no parecia más que por el traje lo que era, si no es en que tenia mucho mayor cuidado, y ponia más atencion para que no se le escapase sin observar ni aun la más menuda prescripcion de la Iglesia ó de su Orden; pues decia con mucha oportunidad que sería

una vergüenza haber de reprender á quien estaba constituido en la suprema categoría de los ministros de Dios. En esto hay muchísimo que alabar al Señor, pues otro ménos humilde que nuestro Cardenal hubiese, por honor á la dignidad de que estaba investido, exigido más consideraciones, y él no solo se contentaba con ser el último de su monasterio, sino que se le disgustaba en gran manera cuando se le obligaba á recibir algun homenaje de respeto debido á su altísima dignidad. Por fin, de prior pasó á abad á la muerte del papa Victor III, y fué entónces más libre para no admitir siquiera aquellas consideraciones y preferencias con que le honraban, y que todas cesaron desde el momento en que fué constituido superior; siendo el resultado de esto, que muchos que estimaban en algo las preferencias, y que no solo las aceptaban, sino que alguna vez se las procuraban, y esto se debió á que el ejemplo del distinguido prelado general de aquella numerosa familia, como que reprochaba la conducta de los otros, y claro está que si él, con más derecho, por decirlo así, á preferencias por ocupar un puesto único en la Orden, no solo las queria, sino que no consentia se le hiciesen; nadie podia obtenerlas sin que pasase plaza de ser tan espiritual como era debido; y esto por lo ménos, pues mirada la cosa más desimpresionadamente induce cierta presuncion en quien admitiera estos obsequios. De aquí que tambien este beneficio se debió al nuevo abad y cardenal Oderisio. Mas no fué esto lo único que le mereció la casa, pues que en la parte material del edificio continuó la obra que Desiderio habia emprendido, restituyó á la casa muchos bienes que las diferentes vicisitudes por que pasára les habia hecho perder, y la táctica conciliadora y caritativa de este esclarecido prelado hizo que muchas iglesias y monasterios, que no estaban anejos al Casino se le unieran, poniéndose así en un estado más floreciente y evitándose disgustos y perturbaciones que algunas veces habian ocurrido por motivos muy frívolos, pero que no por serlo dejaban de producir hondos pesares, y que fueron cortados de raíz por la prudente previsión de Oderisio, que reuniendo en un centro comun á todos los que pudo, y constituyendo á su casa como madre de todos ellos, los obligó á que por el afecto á esta cedieran en algunas cosas, así como esta por el afecto natural á sus hijos habia tambien de tener con ellos cierta tolerancia. Porque no hemos de creer que este respetabilísimo prelado era intolerante, léjos de eso; él no podia con las imperfecciones, esto es muy cierto, y no transigia con las faltas por ligeras qne fuesen, pero en órden á los que las cometian, esto ya era otra cosa, con muy buenos modos, con conviccion y sin exasperarles los reprendia hasta conseguir su correccion, sin que haya habido ejemplo de uno siquiera á quien una palabra indebida, un ademan ménos conveniente de Oderisio haya podido ser ocasion de disgusto ni motivo de desazon ó sentimiento. ¡Hasta este extremo llegó el domi-

nio que sobre sí mismo adquirió por el ejercicio de las virtudes! Al mismo tiempo que conservaba con sus súbditos y con las iglesias comarcanas esa union íntima que demostrando la suma bondad de su carácter le hacia tan apreciable á súbditos y compañeros, á monjes y á seculares, á los clérigos y á los fieles, se habia sabido, por sus virtudes y por el esmero con que trataba á cuantos se le acercaban, captar la benevolencia de los soberanos imperantes, siendo notable el que aquel Enrique IV, emperador de Occidente, que siempre fué acérrimo enemigo de la Iglesia y de sus verdaderos hijos, no solo apreciaba á Oderisio sino que le tenia cierta veneracion, y en algunas ocasiones hasta prestó obediencia á sus determinaciones; es verdad que siempre que tuvieron ocasion de hablarle le hizo ver el Abad, con razones indubitables, pero con maneras las más respetuosas, que él iba equivocado, y por consiguiente cuanto decia el Abad era lo recto, exacto y debido. El emperador de Oriente, que lo era á la sazon Alejo Comneno, quiso y procuró ponerse en relacion con este distinguido prelado, y lo consiguió, tratándole muy familiarmente, enviándole muchos presentes para su monasterio, pues sabia que para su uso particular de ninguna manera recibiria cosa alguna, porque entre sus convicciones estaba la de que en la vida moral todo debe ser de todos, y esta doctrina se practicó en su monasterio hasta el extremo de no reservarse ningun monje cosa alguna, ni por preciosa ni por insignificante, sin que hiciese completa donacion de ella á la casa, y el uso de reservarse para todo monje, á quien por cualquier concepto le conviniese echar mano de ella. Los sumos pontífices Urbano II y Pascual II, que veian lo mucho que aprovechaba á Montecasino la prudente direccion de su ilustre prelado, colmaron de beneficios y de gracias espirituales á esta santa casa, sin dejar tampoco de favorecerla con dádivas de cosas temporales, pues veian la buena administracion que allí se llevaba y los muchos beneficios que á la humanidad entera resultaban de que aquel monasterio tuviese todo cuanto habia menester. Hemos visto, pues, á Oderisio prudente, observante, celoso y caritativo, muy á propósito para el desempeño del importante cargo que se le confió, humilde en medio de las más encumbradas elevaciones; preciso es que ligeramente le notemos como sabio, y hallaremos que si en virtud y gobierno era excelente, no lo era ménos en ciencia, y si tenia acierto para santificarse y santificar á los demás, tampoco le faltó para esclarecer la verdad, y apareció á la faz del mundo como un sabio verdaderamente tal, si bien ocultaba su ciencia bajo los primeros atractivos de su modestia. Sabido es que el cisma de Guibertino causó á la Iglesia graves disgustos, y al papa Gregorio VII y á muchos prelados profundos sentimientos; pues bien, en defensa del Papa, en defensa de la Iglesia y en favor de los prelados, discutió, escribió y aconsejó, y dió por resultado el que el cisma

terminó, los obcecados vinieron á verdadero conocimiento, y Oderisio se acreditó de tan sabio como prudente, porque evitó las fatales consecuencias que hubiese tenido este acontecimiento. Muy justo era que el sempiterno descanso viniese á premiar tantos méritos, viniese á compensar tantas buenas acciones como en la vida de este verdadero siervo de Dios hemos podido admirar; así es que en su última enfermedad concentró todas las fuerzas de su espíritu para ofrecérselo al Señor, y logró de su buen Dios los más regalados carismas, ya en los solemnísimos momentos en que recibía los auxilios con que nuestra piadosa madre la Iglesia favorece á sus hijos, ya en aquellos momentos en que, solo con su Dios, podia comunicarse el Hacedor supremo con su agradecido y muy fiel servidor. Por último, el 2 de Diciembre del año 1105 cesaron sus méritos para comenzar sus triunfos, pues pasó á la gloria de la bienaventuranza á recibir de Dios la recompensa de sus virtudes heróicas. Estas se acreditaron de la manera que lo suele hacer la Iglesia de Jesucristo, y á quien las practicó se le colocó en el dichoso número de los beatos, habiéndose, desde tiempo muy próximo á la muerte, autorizado á su Orden para rendir el culto público y solemne, siendo la fiesta del beato Oderisio el dia 2 de Diciembre de cada año, aniversario de su preciosa muerte al mundo para vivir en Dios y por Dios.—G. R.

ODERISIO I. Perteneció este cardenal del siglo XI á la casa ilustre de los condes de Marses, en la tierra de Labor. Inclinado á la carrera de la Iglesia desde sus primeros años, tomó el habito en la órden de S. Benito, y su virtud y conducta religiosa hizo predecir al abate Richer que sería uno de los hombres grandes de su época, y no se engañó, pues que despues de haber progresado maravillosamente en las ciencias y en la virtud, el papa Nicolás II le creó cardenal del Sacro Colegio el año 1059. Fué elegido despues abad de Montecasino, y murió en reputacion de santo por su gran piedad el dia 2 de Diciembre del año 1105. Es de lamentar no hayan llegado hasta nosotros las obras que escribió en prosa y en verso, segun Pablo el Diácono en su *Historia de Casena*, Leon de Ostia, Aubert y Ciaconius que le citan.—C.

ODENISIO II, abad de Monte Casino, sucedió á Gerardo en 17 de Enero de 1123. Informado el Papa de su eleccion por los monjes de la abadía, le mandó ir á Roma para recibir la bendicion abacial. La ceremonia se celebró durante la celebracion del concilio de Latran. Los obispos aprovecharon aquella ocasion para quejarse de los monjes diciendo: «No falta más que quitarnos la cruz y el anillo y ponernos á su servicio. Poseen las iglesias, las tierras, los castillos, los diezmos y las oblaciones de los vivos.» Dirigiéndose despues al Papa, añadieron: «La gloria de los canónigos y de los clérigos está oscurecida desde que olvidando los monjes los deseos celestiales, pretenden los derechos de los obispos con una ambicion insaciable, en vez

de contentarse con vivir en el reposo segun las intenciones de S. Benito.» Con este motivo se hizo el canon décimoséptimo, en que se prohibió á los abades y á los monjes imponer penitencias públicas, visitar á los enfermos, dar la uncion y cantar misas en público. Tambien se les ordenó recibir los santos óleos de los obispos diocesanos, que debian además consagrar los altares y ordenar sus religiosos. Despues que se hubieron dado estas y otras muchas quejas contra los monjes, uno de los abades presentes se levantó por órden del Papa y tomó la defensa de sus hermanos. Un obispo de Liguria, llamado Pedro, demostró que habia equidad en las donaciones hechas á los monasterios por los obispos. Habiendo impuesto silencio, elogió el Papa las ventajas que S. Benito habia proporcionado á Monte Casino, purgando aquel lugar de los restos del paganismo y haciéndole célebre en todo el mundo, ya con sus milagros, ya haciéndole cabeza de una órden monástica; por lo que le declaró exento de toda jurisdiccion y bajo la sola proteccion de la Iglesia romana.—S. B.

ODERIZ (Ilmo. Sr. Dr. D. Juan José). El dia 8 de Octubre de 1848 falleció en la ciudad de Frascati el Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Juan José Oderiz, caballero gran cruz de la real órden americana de Isabel la Católica, prelado doméstico de Su Santidad y refrendario de una y otra signatura, canónigo cardenal de la santa iglesia metropolitana de Santiago de Galicia, y subdecano del tribunal de la Rota de Madrid, del Consejo de S. M. é inquisidor que fué de Logroño. Su cadáver estuvo expuesto en la catedral de dicha ciudad, y fué enterrado en las sepulturas del Cabildo, cediéndolas á este efecto generosamente los señores prebendados de este.—O. y O.

ODESCALCHI (Marco Antonio), gentil hombre nacido en Como en el Milanesado. Abrazó la carrera eclesiástica y fué ordenado sacerdote terminados que hubo sus estudios. Su primo el cardenal Benito Odescalchi, que fué papa en seguida con el nombre de Inocencio XI, le llevó á Roma, pero á pesar de la brillante carrera que se le preparaba, rehusó todas las dignidades que su mérito, saber, virtud y posicion merecian. Empleóse solo en obras de piedad, especialmente en consolar y socorrer á los pobres en sus aflicciones y miserias. Daba la subsistencia honrosamente á pobres familias vergonzantes, procuraba trabajo á los que se encontraban en disposicion de trabajar para mantenerse, y se cuidaba con mucho esmero de las enfermos y achacosos que no podian trabajar. Viendo este santo eclesiástico, que aun cuando habia en Roma un gran número de hospitales para nacionales y extranjeros, no habia las suficientes casas de caridad para recoger á todos los forasteros y extranjeros, y que muchos de ellos tenian que guarecerse en las puertas de las iglesias y en los pórticos de los palacios, donde dormian expuestos á las injurias de las estaciones é insultos y atropellos de los pasaje-

ros, hizo su propia casa hospital para recibir en ella á los pobres del campo y á los extranjeros de todos los países que fuesen sin medios de subsistencia á Roma. Compró otras casas cercanas á la suya, á fin de poder alojar á mayor número de pobres, y en poco tiempo consiguió tener hasta mil camas, una para cada pobre. Servia personalmente á los pobres, los instruia, mantenia sastres para componerles la ropa y hacérsela nueva cuando la necesitaban. Se veia á Odescalchi frecuentemente por la ciudad buscando pobres y cuando encontraba alguno, le hacia subir á su coche y le conducia á su hospicio. Así siguió ejerciendo la caridad este piadosísimo eclesiástico hasta su fallecimiento en 1670, legando por su testamento todos sus bienes á este hospital, del que cuidó despues su primo el cardenal Odescalchi. Hallándose este hospicio y hospital contiguo á la iglesia de Santa María in Porticu, se unió á él con el nombre de Santa Gala, en memoria de que esta Santa habia fundado un hospital en el mismo sitio. Luego que fué papa el cardenal Odescalchi reconstruyó de nuevo esta iglesia, y poniendo con magnificencia el hospital, puso en él más de tres mil camas para los pobres. — C.

ODESCALCHI (Pedro Jorge), obispo de Alejandría de la Paille. Nació en Como, en el Milanesado, en el siglo XVI. Dedicado á la carrera eclesiástica, fué muy conocedor del derecho canónico; pero enamorado, cuando estudiaba, de una bella señora, abandonó su primera vocacion y se casó con ella; mas como Dios le queria para su servicio en el templo, murió su mujer, y en seguida se hizo sacerdote. El crédito que habia adquirido su pariente Pablo Odescalchi, obispo de Civita de Penni y gobernador de Roma, le llevó á la corte pontificia de Sixto V, que le hizo protonotario participante, refrendatario de las dos signaturas, y prefecto de los breves llamados de *Justicia*. Fué tambien nombrado despues protonotario asistente en la canonizacion de San Diego, en la cual pronunció su elogio ante el Sacro Colegio, escribiendo al propio tiempo la vida del Santo. Subiendo al pontificado Gregorio XIV, le nombró gobernador de Fermo, y despues el papa Clemente VIII le hizo obispo de Alejandría de la Paille, y le envió de nuncio apostólico á Suiza. Desempeñó Odescalchi tan perfectamente este alto cargo, que mereció los aplausos de ambas cortes. Terminada su nunciatura, volvió á su diócesis, que gobernó de una manera muy edificante. Abolió costumbres perniciosas, que el tiempo y el poco celo de los gobernantes habia introducido, restableció la disciplina, y se hizo un sagrado deber en imitar en todo al glorioso S. Cárlos, al que profesaba particular devocion. Desde este obispado pasó al de Vigevano, en donde continuó su mision piadosa y gubernativa del mismo modo que en Alejandría, y en santas prácticas falleció en él el dia 6 de Mayo de 1620. Compuso algunas obras de piedad segun Ughel en su *Italia Sacra*, y Ghilini en su *Teatro*. La familia de Odescalchi ha producido grandes hom-

bres, entre ellos Benito Odescalchi, cardenal en 1645, obispo de Novara y papa con el nombre de Inocencio XI, elegido en 1676. —C.

ODESCALCHI (Tomás). Este noble italiano, natural de Como en el Milanesado, fué pariente del papa Inocencio XI. En su juventud fué muy inclinado á las armas, pero yéndose á Roma luego que concluyó sus estudios, á imitacion de su pariente Marco Antonio Odescalchi se empleó en obras de caridad. Subiendo al pontificado Inocencio XI, le nombró su limosnero secreto y mayordomo de su guardaropa, y conociendo la aficion y cariño que tenia á los pobres, descansó en él en cuanto al buen uso de las limosnas, encargándole el cuidado del hospital de Santa Gala. Viendo este prelado que venian á este hospital muchos jóvenes sin educacion é instruccion alguna, trató de separarlos de los demás pobres, y al efecto compró una casa en 1684, en donde pudiese recibirlos é instruirlos en la piedad, y el Papa dió la direccion de las escuelas que se establecieron en este nuevo asilo á los clérigos regulares de las Escuelas Pias. En un principio solo se reunieron treinta y ocho niños, y cuando llegó su número á setenta, mandó el Papa se les diese todos los meses cien escudos romanos para su manutencion. Durante el dia se mandaba á estos muchachos á diversos talleres para aprender oficios, y creyendo Tomás Odescalchi que sería mejor hacer venir á los maestros al hospicio para enseñarlos, puso talleres de tejidos de lana para evitar que saliesen y se viciasen con el contacto de los demás muchachos. Llegando á ser reducido este establecimiento para el número de acogidos, el caritativo Tomás hizo construir en 1686 otro más espacioso en Ripegrande. En él hizo hacer talleres suficientes para los obreros y para los jóvenes, que fueron trasladados á la casa nueva el año 1689, aumentándose el número hasta ciento cincuenta por el papa Inocencio XII, que les señaló una renta además de lo que pudiese producir su trabajo. Aumentó aun Tomás este edificio, y se le vió trabajar en la obra como si fuese un albañil. Murió este santo varon el dia 9 de Noviembre de 1692, dejando un legado á este hospicio llamado de *S. Miguel de Ripegrande*. Concedió el derecho que tenia como fundador á D. Livio Odescalchi, sobrino del papa Inocencio XI, y cediéndole éste al papa Inocencio XII, este pontífice aumentó el edificio con mucha magnificencia, elevando el número de acogidos hasta doscientos cincuenta, y estableciendo en él una fábrica de paños. D. Livio Odescalchi, que fué duque de Braciano y caballero del Toison de Oro, murio en Roma el 7 de Setiembre de 1713, dejando grandes bienes al hijo de su hermana Lucrecia Odescalchi, Alejandro de Erba, senador de Milan, con la condicion de llevar su nombre y armas. — C.

ODESPUN ú Odespunck de la Meschiniere (Luis). Nació este eclesiástico en Chinon de Turena. Dedicado á la Iglesia se hizo sacerdote, y estuvo siem-

pre empleado en los asuntos del clero, de cuya materia escribió cinco libros que imprimió en 1638. Continuó esta coleccion por encargo del clero, y siguió la publicacion de sus *Memorias* en 1646, en París, en dos volúmenes en fólio, si bien lo hizo con demasiada precipitacion, causa de que tenga muchos defectos. Contiene el tomo las arengas de los diputados hechas al Rey con respecto á las asambleas generales, al personal del clero, y á las subvenciones hechas á los reyes por la clerecía. El tomo II contiene los edictos, ordenanzas, patentes y memorias presentadas al Rey por el clero con respecto á la policía y á la autoridad de la Iglesia, á los beneficios eclesiásticos y á la administracion temporal de los bienes de la Iglesia, inmunidades, franquicias y privilegios eclesiásticos. En 1652 publicó un volúmen en 4.°, que fué una especie de suplemento de esta coleccion. Publicó tambien en 1646 una coleccion de los concilios en Francia despues del de Trento, manifestando en el prefacio que solo faltaba el de Embrun, que no pudo encontrar. Añade á esto *Avisos y decretos de las asambleas generales de la clerecía* en latin y en francés; y otras muchas piezas que no insertaron en sus colecciones de concilios los PP. Labbe y Cossart, porque pertenecen á las *Memorias* de la clerecía, cuyas piezas aumentan la coleccion de Odespunck inútilmente. Publicó además este autor una obra sobre las órdenes de caballería y discursos sobre la coleccion de estampas que habia reunido en muchos volúmenes, que no son muy buscados. Se ignora cuándo murió, pues que nada nos dicen sobre esto Long en su *Biblioteca histórica de Francia*, Morelle en la obra que publicó sobre los autores que le habian regalado sus obras, Salmon en su *Tratado de los Concilios*, ni Miré en sus *Escritores del siglo XVIII*, que son á los que Moreri se refiere en el artículo de este eclesiástico en su *Gran Diccionario histórico*. —C.

ODET, padre del profeta Azarías.

ODET, profeta del Señor, que con algunos de los principales de Samaria empeñó eficazmente á los israelitas de las diez tribus á enviarles libres y aun con provisiones á los cautivos que conducian aquellos de Judá. —O. y O.

ODILA ú Obila (Sta.), hija de Athico, duque de Alsacia. Floreció á principios del siglo VIII. Nació ciega, por lo que irritado su padre mandó que la matasen; pero su madre cuidó de que la criáran secretamente en un monasterio de las inmediaciones de Besanzon. Odila recibió la vista con el agua del bautismo, y creyó poder presentarse ya á su padre; mas el bárbaro duque maltrató al hermano de Odila, que hizo la presentacion, en tales términos, que causó la muerte del jóven príncipe. Entónces Athico dulcificó su carácter, recibió con bondad á su hija y la cedió su palacio de Odemburgo, en el cual fundó un monasterio, en el que vivió y murió santamente. La Iglesia celebra su fiesta el dia 13 de Diciembre. — O. y O.

ODILARD, obispo de Nantes. Hácia el año de 790, ó un poco ántes, Cárlo-Magno, dudando si el territorio de Lauriacum en los tiempos antiguos, y en los modernos Liré, de la diócesis de Nantes, en los dominios de Anjou, pertenecia á su corona, comisionó á este prelado para que se informase ó inquiriese la verdad sobre este asunto. La encontró Odilar, y manifestó al monarca en su consecuencia que en dicha villa fué donde Cárlos *el Calvo* reunió un concilio en 843, de cuya asamblea quedaron seis cánones. Los editores de los concilios que solo han señalado cuatro, padecen equivocacion. Dichos cánones versan sobre el respeto que se debe á las leyes de la Iglesia y á la majestad de los príncipes, y condenan á los que opinan en contra de esto. Algunos escritores dan el título de santo á Odilard, y fijan la fiesta el 4 de Setiembre, pero no existen pruebas que confirmen esta cualidad ni semejante culto. Véase la *Historia compendiada de los obispos de Nantes* de Mr. Travers. —O. y O.

ODILBERT, arzobispo de Milan. Dupin en la *Biblioteca de autores eclesiásticos del siglo IX* hace mencion de este prelado. Dícese de él que á fin de recordar á Cárlo-Magno, escribió un tratado sobre las ceremonias del bautismo, que se conservaba manuscrito en la biblioteca de Mr. Colbert, y el P. Mabillon publicó en el tomo IV de su obra la carta que sirve de prefacio á esta importante obra, que es de sentir no se halle impresa. —C.

ODILON (S.), abad de Cluni en el siglo XI. Nació este bienaventurado en Auvernia el año 962, teniendo por padres á Berald, apellidado el *Grande*, y á Guiberga, que fué despues religiosa de la abadía de S. Juan de Autun, ambos de la antigua familia de los señores de Meroeur. Recibida su primera educacion familiar, fué colocado en la clerecía de S. Julian de Brionde, en donde hizo rápidos progresos en las letras y en la práctica de todas las virtudes. Deseando observar una vida más perfecta, se resolvió á abrazar la profesion monástica, y abandonando á su país y á sus padres se retiró á Cluni el año 991, en el que le vistió S. Mayeul el hábito monacal. Aun no habia terminado Odilon su noviciado, cuando el santo abad, agobiado por la edad, puso en él la mira para que le sucediese. Hízose poco despues esta eleccion con toda ostentacion ante una porcion de personas de calidad que la aplaudieron, siendo solo Odilon el que procuró resistirla con el mayor empeño. El tiempo que le dejaban sus deberes, le empleaba Odilon en la oracion y en el estudio, y de este modo adquirió un gran conocimiento de la santa Escritura y el fondo de doctrina que se admira en sus escritos. Al propio tiempo que él cultivaba las letras, favorecia y hacia ejercitar los estudios en los monasterios de su dependencia, y su doctrina puso á la abadía de Cluni en reputacion de santidad y de buenas costumbres sobre todas las de Francia y aun del extranjero. Esto fué lo que acreditó á Odilon, granjeándole la es-

timacion de los papas y de los reyes que procuraron tenerle por amigo. El emperador S. Enrique le hacia ir de cuando en cuando á su corte para tener el gusto de conversar con él; el conde de Poitiers puso en él toda su confianza y puso bajo sus órdenes muchos de los monasterios de sus estados, en los que estableció Odilon las reglas y observancia de Cluni, y especialmente en S. Juan de Angeli, en Saintonga; y en fin, el rey Hugo Capeto le ordenó reformar la abadía de S. Dionisio. Reformó Odilon otra porcion de monasterios, y creó otros en Italia, España, Francia y Borgoña, y al fin de sus dias estableció en una tierra de su familia el monasterio de la Bonté. Unida al pueblo la clerecía de Lion, propusieron á S. Odilon este arzobispado, pero el Santo le rehusó. El pontífice Juan XIX le envió el anillo y el pálio con el mandato de aceptar esta dignidad, amenazándole en que de rehusarla, incurriria en la desgracia de la Santa Sede, pero todo fué en vano, pues que el santo abad persistió en su negativa. Hallándose haciendo la visita de los monasterios de su Orden, murió S. Odilon en Souvigni, en la noche del sábado al domingo 1.° de Enero de 1049, á los ochenta y siete años de edad y cincuenta y seis de prelatura. Fué enterrado en el mismo lugar, y la Iglesia celebra el mismo dia de su muerte. El carácter dominante de S. Odilon fué una suma bondad, que le valió el nombre de piadoso, y lo que más célebre le ha hecho, es la institucion de la fiesta de la conmemoracion de los difuntos, que estableció en su Orden el dia 2 de Noviembre de cada año, fiesta fúnebre que adoptó despues la Iglesia y sigue celebrándose en toda la cristiandad. Dupin quiso concederle tambien el honor de haber fundado la festividad de Todos los Santos; pero su establecimiento llevaba ya más de un siglo ántes que Odilon figurase. Compuso este santo abad una vida de la emperatriz Sta. Adelaida, mujer del emperador Oton I, que se ve en la obra de Canisio, titulada *Antiq. lect.*; en la biblioteca de Cluni y en la coleccion de monumentos sobre la historia del ducado de Brunswick, por M. Leibnitz. Tambien escribió un elogio de S. Mayeul, que se inserta en la biblioteca de Cluni en las *Acta Sanctorum*, á 11 de Mayo; *Sermones sobre diversos puntos, cartas y varias poesías.* Los que deseen más noticias acerca de S. Odilon pueden consultar á Rivet en su *Historia literaria de la Francia*, tomo VII, pág. 414; la vida de este Santo, escrita por su discípulo Jostand, cuya mejor edicion es la publicada por Mabillon en el tomo VIII de sus *Actas* sobre los santos de la órden de S. Benito; el *Diccionario histórico de Moreri* y otros autores biográficos. — C.

ODILON, monje de S. Medardo en Soissons; nos es poco conocido por los acontecimientos de su vida. Concentrado en la oscuridad del claustro, no se distinguió de sus compañeros más que por su humildad y su constancia en el cultivo de las letras. Lo que nos resta de sus escritos, en los que no toma

otros títulos más que los de pecador y del más vil de los monjes, induce á á creer que habia hecho bastante buenos estudios, y que tenia algunos conocimientos de la lengua griega. Hallábase unido con estrechos vínculos literarios con Hubaldo de San Amand, y se enviaban mútuamente las producciones de su pluma para revisarlas ántes de darlas al público. Era ya Odilon de una edad muy avanzada cuando le comunicó Hubaldo la vida de S. Lebwin, que habia compuesto en los primeros años del episcopado de Baldric en la sede de Utrech; circunstancia que nos hace creer que Odilon no vivió mucho despues de 920. Otra prueba de que florecia hácia aquel tiempo es que emprendió sus principales obras á solicitud de Ingranne, preboste ó dean de S. Medardo, que fué obispo de Laon en 932. Sus principales escritos son: 1.° Una larga *Historia de la traslacion de los cuerpos de S. Sebastian y del papa S. Gregorio el Grande, desde Roma á S. Medardo de Soissons.* Aunque esta traslacion, que fué hecha en 826 por Radoin, prior de aquel monasterio, se halla atestiguada por autores contemporáneos, como Enginhard, el historiador de Luis *el Bondadoso*, Waudalbert, Nithard y por los diplomas de los reyes de Francia, se llegó, sin embargo, á principios del siglo siguiente á ponerla en duda. Parece que era particularmente en Italia donde se contestaba su autenticidad, y fácilmente puede adivinarse el motivo, que fué el que dió orígen á la historia de que se trata aquí. Ingranne encargó á Odilon escribirla para acallar á sus adversarios y hacer constar un hecho tan interesante como glorioso para Francia. Costó algun trabajo vencer la modestia de Odilon, pero se rindió, por último, y se apresuró á ejecutar este designio, porque se presentaba una ocasion favorable para hacer pasar su escrito al otro lado de los Alpes. Rodoin habia escrito tambien una relacion de los milagros operados por S. Sebastian, la que se leia en el *Cartulario de S. Medardo*, en la época en que escribia Odilon. Es seguro que forma el fondo de la historia de nuestro escritor. Hubiera ido más léjos, si no se hubieran dejado de escribir los milagros que se habian operado despues, de lo que se queja en su prefacio dirigido á Ingranne. Los hechos estan muy bien detallados, y referidos con mucho candor y buena fe. Además de los que se refieren á la traslacion y los milagros de S. Sebastian y S. Gregorio, refiere incidentalmente algunos otros, interesantes para la historia de la abadía de Maulieu, en la Auvernia. Ha insertado tambien una especie de queja en nombre de Luis *el Bondadoso*, con motivo de la sublevacion de sus hijos. Pero este fragmento, que no forma parte de la *Coleccion de historiadores de Duchesne*, no es obra de aquel historiador, á quien Odilon hace hablar en él. El estilo de nuestro historiador es sencillo, pero claro y conveniente á su objeto. Bolando publicó desde luego su historia, aunque bajo el nombre de un anónimo y sin el prefacio, de que carecian los manuscritos

de que se sirvió este editor. Habiendo encontrado el P. Mabillon la obra entera en todos los manuscritos, perteneciente el uno á M. Joli y el otro á la abadía de Rebais, ha dado una nueva edicion con observaciones preliminares y notas. La historia lleva el nombre de Rodoin en el manuscrito de Rebais, á causa, sin duda, de lo que se dice de él al fin de la obra. Pero debe corregirse por el de Mr. Joli, que la hace de Odilon, lo que se confirma por la carta de éste á Hubaldo.—2.° A continuacion de la historia precedente ha publicado el P. Mabillon otra, que pertenece tambien á Odilon. Su nombre se halla expresamente marcado en la inscripcion del pequeño prefacio ó epístola dedicatoria á Ingranne. Esta segunda historia es para referir la traslacion que se hizo en 828 desde Roma á la abadía de S. Medardo, de las reliquias de muchos santos mártires, S. Marcelino, S. Pedro *el Exorcista*, San Tiburcio y otros doce. El mismo motivo que habia obligado á Ingranne á mandar escribir la anterior, animó á Odilon á componer esta, para confundir el disimulo y la incredulidad de los que aparentaban ignorar, y aun negaban claramente, que aquellas reliquias hubieran sido trasladadas á Francia. Eguinkard habia recibido ya, en 827, una parte considerable de las de los dos primeros mártires nombrados, y en su consecuencia escribió la historia de su traslacion. Odilon se manifiesta en la suya conforme á este célebre escritor. No hace, como en la primera, relacion de milagros, por la razon de que hallándose aquellas santas reliquias en la misma iglesia que las de S. Sebastian y S. Gregorio, se atribuia á la virtud de estos últimos, más bien que á las de los demás, las maravillas que se operaban.—3.° De Odilon existe tambien una carta á Hubaldo de San Amand, en que hace un grande elogio de aquel sabio monje y de su *Vida de S. Lebwin*, que le habia enviado para que le dijese su parecer. Habla tambien de la historia de la traslacion de S. Sebastian, que habia comunicado á Hubaldo. Por esta carta sabemos el comercio literario que habia entre estos dos sabios. Odilon la concluye con tres versos, que manifiestan que su prosa vale más que su poesía.—4.° Entre los monumentos de literatura que contiene la *Biblioteca de Fleury*, impresa por el P. Juan Dubois, celestino, se hallan tres sermones bajo el nombre de un anónimo, que nos parecen pertenecer á Odilon. Está probado que el primero es obra de un monje de S. Medardo de Soissons, y que no se hizo hasta mucho tiempo despues que aquella abadía llegó á ser la depositaria del cuerpo de S. Sebastian. Caractéres que convienen perfectamente á Odilon, y que unidos á la conformidad de estilo entre sus escritos y el documento de que se trata, forman una fuerte prueba para creerla suya. Trata en su mayor parte de la historia del monasterio de S. Medardo. El autor refiere en ella con grande reconocimiento las liberalidades de los reyes franceses, comenzando por Clotario hasta Luis *el Bondadoso*, para con esta abadía. Elogia

sobre todo la magnificencia con que edificaron la primera iglesia y la renovaron despues para hacerla mayor. Se detiene un poco en referir lo que padeció aquella abadía en el siglo VII por parte de Warimberto, obispo de Soissons, que habia hallado medio de ser su abad. Al fin de su discurso dice unas pocas palabras del obispo de S. Medardo, patrono del monasterio, y toma de aqui ocasion para exhortar á sus hermanos, á quienes dirige siempre la palabra, á tener siempre en su corazon aquella eterna bienaventuranza de que goza su santo patrono. No hay las mismas pruebas para hacer de S. Odilon los dós sermones siguientes, aunque se encuentra en ellos el mismo estilo, y se sabe que se hallaron en el mismo manuscrito y á continuacion de los otros. Podemos añadir tambien que revelan un autor lleno de devocion hácia S. Medardo y celoso por su culto. El segundo discurso es propiamente un panegírico de los dos hermanos, S. Medardo y S. Gildard, en que se elogian inseparablemente las virtudes, pero con lugares comunes, que podrian convenir tambien á otros santos confesores. No hay más de particular que la circunstancia singular de su vida, que les supone nacidos, bautizados, ordenados y muertos el mismo dia: lo que no ha dejado de manifestar el autor. El tercer discurso, que no está entero, es el principio de un panegírico de S. Medardo, que fué pronunciado el dia del aniversario de su fiesta. Si el autor continuó en la parte que nos falta los detalles de las acciones del Santo, que comenzó en la parte que nos queda, su discurso debió ser muy largo.—S. B.

ODINEAR, de la raza de los reyes de Dinamarca. Estudiando en Bremen se convirtió á la fe cristiana y fué bautizado por el arzobispo Adalgague. Su sucesor Lubencio le ordenó obispo para la conversion de los gentiles. Por la santidad de su vida y por sus predicaciones sostuvo dignamente la religion católica en los estados de Dinamarca.—O. y O.

ODINGTON. Pitseus, en su obra de *Ingleses ilustres escritores*, hace mencion á la pág. 362 de este religioso. Sábese de él que pertenecia á la órden de S. Benito el año 1280, y que fué un gran profesor de filosofía y de matemáticas, en cuyas ciencias se distinguió en su epoca. En Inglaterra, su patria, compuso las dos obras siguientes: *De motibus planetarum.—De mutatione aëris.* Libros que acreditan lo que sobre esta materia se conocia en el siglo XIII, razon por la que ambos tratados son muy curiosos para la historia de la ciencia.—C.

ODISENDO (obispo). La eleccion de Odisendo para prelado se verificó á la muerte de Aton, que en el mes de Mayo del año 955 ya se firma como obispo en una sentencia dada por el conde de Ribagorza y Pallás y por otros jueces, á favor del monasterio de Lavax, contra un tal Regimundo sobre algunas posesiones. Murió, pues, Aton por el mes de Abril, en cuyo dia 2

se halla su firma y 1.° de Mayo. Sucedióle Odisendo, que era su hermano, y como sospecha el P. Pascual, los condes de Pallás se apresurarian á que se consagrase luego para impedir la resistencia que podria hacer el obispo de Urgel reclamando sus derechos declarados en el concilio de Fuencubierta. Pero, ¿quién le consagró? ¿Y cómo pudo hacerse esta consagracion sin que llegase á noticia del obispo de Urgel? Nada se sabe. Lo cierto es que continuó su jurisdiccion en los tres condados desde el año 955 hasto el 57 en que se trasladó la sede á Roda, en cuya villa habia comenzado á edificar una magnífica iglesia la piedad y munificencia del conde de Ribagorza y Pallás D. Ramon; y como en dos años no era posible que se concluyese la obra, debemos suponer que se habia dado principio á ella en el obispado de Aton, quien tendria el proyecto de fijar su silla en aquel pueblo. Esta traslacion es memorable en la *Historia Eclesiástica*, como dice el P. Pascual, quien no quiere admitir que fuese una nueva ereccion, y rebate sólidamente la opinion de los autores de la historia de Langüedoc. Estos sabios aseguran como un hecho cierto que el conde de Pallás y su mujer Ermisenda, habiendo mandado construir una iglesia en Roda, resolvieron establecer un obispado en esta ciudad. Recurrieron para esto á Aimerico, arzobispo de Narbona, quien aprobó la idea; y viniendo á Roda con los obispos de la provincia, consagró por obispo de Roda á Odisendo. Lo mismo dicen los autores de la *Galia Cristiana* cuando tratan de Aimerico, arzobispo de Narbona; pero como unos y otros se refieren al documento copiado por Balucio en la *Marca Hispánica*, pág. 875, núm. 95, examinado por el P. Pascual, no se halla que Odisendo hubiese sido consagrado por Aimerico en esta ocasion, y consta por el documento citado ya que Odisendo era obispo dos años ántes de esta consagracion de Roda. Y en efecto, el acta de la consagracion que copió Balucio de la existente en el archivo de la iglesia de Urgel, se reduce á decir que el conde Ramon y su mujer Ermisenda se movieron á edificar un templo en honor de nuestro Señor Jesucristo y Salvador en la ciudad que se llama Roda, para que sea sede episcopal, *como lo habia sido antiguamente*; que la consagró Aimerico, y que el obispo Odisendo la titula de S. Vicente Levita y Mártir. Esta consagracion se hizo en el año tercero del rey Lotario, que corresponde al de 957 de Cristo.—Pero es notable que en el ejemplar de Urgel, de que la copió Balucio, y en otros de Roda, se hallen las palabras *sicut antiquitus fuerat*, y que faltan en las dos copias de este instrumento que se encuentran en dos cartorales de Roda. ¿Cuándo habia habido sede episcopal en esta ciudad? Será posible que estas palabras den á entender que la silla de Lérida hubiese pasado á Roda, que era territorio de su obispado, y de Roda á otro punto, para volver á aquel, reconquistado que fuese, y más adelante á Barbastro, y últimamente á su orígen Lérida. Lo cierto parece

que los dos cartularios en que se omite la expresion deben ser posteriores á los pergaminos de Urgel y de Roda, que es más probable que hagan relacion á esto, que cuanto puede decir Balucio, y cuanto contra él alega el P. Pascual, quien á nuestro juicio incurre en contradiccion cuando afirma contra Balucio, que cesó de ser Roda cabeza del obispado de Pallás, ó en la que Adulfo colocó su sede por los años de 886, no era regular que se titulase obispo de Pallás sino de Ribagorza, habiendo confesado en la pág. 10 de su carta que Aton fué obispo de Pallás, Ribagorza y Sobrarve. ¿Y por qué no lo sería igualmente su sucesor y hermano? Esto es tanto más notable cuanto por confesion del mismo autor, en la consulta hecha para nombrar abad del monasterio de Alaon, de que hablaremos luego, se llama á Odisendo obispo Ripacordense. No era, pues, únicamente obispo de Pallás, y siéndolo de los tres condados pondria indiferentemente el título que más le acomodase al escribiente.—Atento Odisendo á propagar el culto y reedificar las iglesias arruinadas por los moros, segun les hacian ir retirando de las montañas, erigió una junto al rio Esera, en el sitio que hoy se llama Campo, que es del monasterio de S. Victorian, y la consagró en los idus de Noviembre de 960, año sexto del rey Lotario. Promovia tambien la reedificacion y dotacion de los monasterios, y entre otros dió al de Alaon varias iglesias y posesiones en Ribagorza, desde el rio Isabena hasta el Noguera. En la escritura de esta dotacion se lee que el obispo Odisendo era hijo del conde Ramon, fundador de la catedral de Roda, y hermano del conde Unifredo, á cuya súplica hacia esta dotacion. En 970 murió el abad de dicho monasterio, por nombre Frugello, y tratándose de darle sucesor, de comun acuerdo, nombraron á Oriolfo *tam religione tam genere clarissimum et prædictum gemmis virtutum*, al que bendijo el obispo de Ribagorza Odisendo. Segun otras varias escrituras de donaciones y consagraciones se alargó su existencia hasta el año de 975, y en ellas se firma unas veces con el nombre general de *Præsul*, otras expresando el título de obispo de Roda, y lo más comun es llamarse obispo Ripacurciense, pero se ignora el año en que murió. Fué sepultado en el túmulo de los siete obispos, segun consta del epitafio descubierto en el año de 1716, copiado por el canónigo de Roda D. Francisco Jovellar en 1745, y comprobado por el P. Jaime Pascual. Dice así:

Pontificum difinita quorum sunt nomina scripta, corpora sunt
Sacrario condita: quippe loco hoc vivit tumulu sanctus
Raymundus in ipso primus: Odisendus, Ato fuit relatus tertio,
Borellus, Aymericus quoque quartus, et quintus: prior fuit Arnulfus
Et ipse lumen: septimus est Jacobus justus, castus, reverendus:
Cunctis propitius sit Deus, ipse pius.

Este epitafio se halla grabado en una columna de la santa iglesia de Roda, que es la que remata sobre la media columna inmediata á la capilla de S. Miguel, y espaldas á la sillería derecha del coro: tiene seis palmos y un dedo de longitud y dos de altura, y se compone de seis líneas ó renglones sobre tres piedras, que forman una hilera de la dicha columna. —O. y O.

ODIVALDO, obispo de Utrech en 866. Asistió al año siguiente al concilio de Colonia y fué muy apreciado de Zwentibold, rey de Lorena, que le concedió la emancipacion y la inmunidad de todas las tierras fiscales que comprendia su diócesis. Murió hácia el año 900. —S. B.

ODOARIO obispo. El nombre de este prelado se halla en varias escrituras relativas al obispado de Astorga, las cuales, segun Risco, pueden ocasionar confusion para quien no repare en las circunstancias de que tales firmas son confirmaciones de cosas otorgadas por otros; pues á veces firman una escritura tres ó cuatro obispos de una iglesia, como sucede en la de S. Pedro de Montes del año 898, donde leemos tres prelados con expresion de esta iglesia, y el nombre del presente, sin que viviese entónces más que Ranulfo. El catálogo de los que se autorizan por otros documentos, da luz para no tropezar en tales sombras, y en lo que mira al presente, hallamos una escritura del 952, á 5 de Diciembre, en que empieza á citarse la dignidad con nombre de Odoardo (que comunmente se escribe Odoario), como consta por el tomo V de Yepes, escritura 14. No expresa allí la sede; pero otras inmediatas muestran ser la indicada, porque el Tumbo negro de Astorga, en la escritura 497, dice era obispo Odoario en 1.° de Abril del 956. La escritura 288 le nombra en el año 959. Al siguente le hizo una donacion el presbitero Mauregato, por haberle apartado del pleito que le puso Goderleo, y además de esto por haberle donado una piel. Mauregato dió al obispo Odoario la heredad que le pertenecia en Valleteodisclo, territorio del Bierzo, fecha en último de Julio de la era 998, año de 960, y es la escritura 329 del Tumbo; donde precede otra del mismo año en el número 145. Por la 417 vemos que el mismo Obispo dió el monasterio de S. Pedro y S. Pablo de Castaniaria á Teudemundo confesor, y Pedro diácono, con todas sus heredades, segun y cómo le habia tenido Atilano abad, fecha en el último de Setiembre de la era referida, año de 960. Sandoval, en el *Monasterio de Sahagun*, cita dos escrituras del 960 y 961 confirmadas por Odoario, obispo Asturicense, fólio 49 v. Otras escrituras hay del mismo año y prelado en los núms. 297 y siguientes del Tumbo negro de Astorga. Por la 471 vemos que vivia en el 962; pues en 12 de Febrero de la era 1000, compró en sesenta sueldos una heredad en el lugar de Vega de Orbigo, cerca de la iglesia de S. Mamed. Esta es la última memoria de Odoario; y todas se han alegado individualmente, para que no se pon-

ga duda en que fué obispo de Astorga por el tiempo referido en que ocurre grave dificultad con motivo de un prelado llamado Teudemundo ó Teodemundo, á quien en el año de 956 concedió el rey D. Ordoño *el Malo* el gobierno de Robledo, Tribes, Caldelas y Quiroga, segun las obtuvo el obispo D. Fortis; de suerte, que todos los monjes de aquel distrito obedeciesen sus órdenes. Otra hay en el núm. 353 de 7 de Marzo del 954, año tercero del rey D. Ordoño III, firmada de los obispos Teodemundo y Odoario, sin expresar las sedes; y si Teodemundo lo era entónces de Astorga, habia dos obispos á un tiempo. No ha faltado quien procure resolver la cuestion, diciendo que Odoario renunció ó tomó por coadjutor á Teodemundo. Mas parece difícil autorizar la renuncia de Odoario, cuando le vemos ejercitar su jurisdiccion total en decision de pleitos, compras, ventas y cesiones, del mismo modo que el prelado más firme en el gobierno. Sin duda Teodemundo es el obispo de Salamanca, que llevaba aquel título en el 960, y acaso en las turbaciones del rey D. Ordoño *el Malo* siguió su partido, y obtuvo para su sustento las cuatro villas referidas; y en esta suposicion no puede colocarse en el catálogo de Astorga. Mayor dificultad presenta lo relativo á los años de 952 y 956, en que se dice obispo de Astorga D. Gonzalo en las escrituras 621 y 619, era 990 y 994, dando valor al rasgo de la X, que tienen las escrituras, y no despreciándole como Yepes, que en el tomo IV, folio 273, leyó era 964 (que es año de 926), en el cual ni era rey el D. Ordoño que la escritura expresa, ni obispo de Astorga D. Gonzalo. Débese, pues, considerar 40 la X con el rasgo, formando la era 994, año 956, en que reinaba D. Ordoño *el Malo*. En aquel año, y en los cuatro antecedentes (952), nos ponen las escrituras mencionadas como obispo de Astorga á D. Gonzalo. En estos mismos años hallamos mencionado á Odoario, lo mismo que en los siguientes.—O. y O.

ODOCEO (S.), obispo. Solo se sabe de este Santo, que fué obispo y confesor, sin saber de dónde, que murió á fines del siglo VI de Jesucristo, y que la Iglesia le recuerda el dia 2 de Julio.—C.

ODOIA, uno de los principales de la tribu de Manasés, y distinguido por su valor.—O. y O.

ODOLRICO, abad de S. Marcial. Escritor eclesiástico y uno de los más celosos partidarios del apostolado de S. Marcial despues de Adesnar de Chabanois. Entró en su primera juventud en el monasterio de S. Marcial, en Limoges, impidiéndole la ligereza muy frecuente en esta edad aprovechar en las instrucciones que se le daban. Habiendo cometido en un dia muy solemne una falta muy notable cuando cantaba la epístola en la misa mayor, se incomodó tanto el chantre que le dió una bofetada en presencia de todo el pueblo. El jóven Odolrico se avergonzó tanto, que huyó en seguida. Pero esta vergüen-

za le fué muy saludable, inspirándole el deseo de instruirse. Formó desde aquel momento el designio de frecuentar las más célebres escuelas. La de Fleury, que se hallaba en este número, le pareció la más conveniente, y la eligió por lo tanto. Despues de haber estudiado muchos años bajo la direccion del docto Abdon y Gaulin, su sucesor, adquirió un gran fondo de saber, y regresó á su monasterio de S. Marcial. Distinguióse tanto por su virtud como por sus vastos conocimientos, y pasó despues por uno de los hombres más sabios de su época, lo que atestigua un autor contemporáneo, dirigiéndole uno de sus escritos, con el título de *hábil gramático (grammatico doctissimo)*. Apreciaba tanto su mérito su abad Hugo, que le eligió por compañero en sus viajes. Favor que procuró con frecuencia á Odolrico la satisfaccion de ir á la corte. En una de estas ocasiones asistió á una célebre conferencia que se verificó en París en el mismo palacio, entre gran número de personas distinguidas por su rango y su saber, sobre el apostolado de S. Marcial, hallándose presente el rey Roberto. Habiendo muerto Hugo en 1025, convino toda la comunidad en elegir á Odolrico en lugar suyo, quien recibió la bendicion abacial de manos de su obispo Jordan. Gobernó su monasterio durante quince años con tanto fruto como prudencia, y murió en 1040 segun la opinion más comun, despues de haber asistido a la dedicacion de la iglesia de Vandoma, que se celebró el último dia de Mayo del mismo año. Odolrico hizo llevar á cabo la de la basílica del Salvador, en 1028, donde se celebró despues un concilio á que asistieron once obispos, comprendiendo entre ellos á Godofredo, arzobispo de Burdeos, y se agitó la cuestion del apostolado de S. Marcial. Pero esta célebre cuestion fué discutida todavía con más cuidado y celo en otro concilio celebrado en 1031 en la misma ciudad, igualmente que el anterior. El abad Odolrico, que parece trabajó mucho para su convocacion, asistió á él é hizo un gran papel, lo que nos induce á creer que fué quien tuvo cuidado de recoger las actas, que son muy prolijas, y que eran interesantes para su monasterio. Nuestro juicio no es aventurado en este punto. Además del interés particular que tenia Odolrico en conservar estas actas á la posteridad, como parece por el fin de la primera parte, los discursos que pronunció este abad en la asamblea de los obispos se encuentran más detallados en las actas que los discursos de ningun otro de los concurrentes, y aunque se halla calificado de reverendísimo abad, no se ve que se elogien su saber y su erudicion, como se hace con respecto á todos los demás que hablaron en la misma asamblea. No es creible que si cualquiera otro que Odolrico hubiera trabajado en esta coleccion, no hubiese hecho algun elogio de su gran capacidad en las letras. Se ha manifestado que la reputacion que se habia adquirido se hallaba ya atestiguada por escritores de algun mérito. Estas actas se hallan divididas en dos partes, cada

una de las cuales contiene lo que se dijo y estableció en las dos sesiones del concilio que se celebró el 19 de Noviembre de 1031. Baronio, Binio y otros no le colocan hasta 1034, pero es una falta evidente: asistieron nueve obispos con Aimoin de Borbon, arzobispo de Bourges, que los presidia. La primera parte de las actas, que es la más larga, contiene todo lo que se dijo en favor del apostolado de S. Marcial. Pero todos estos discursos se refieren á la decision del papa Juan XIX y á la del concilio celebrado en Bourges con alguna antelacion al de Limoges, sobre el mismo asunto. Decisiones por lo demás, que no estan fundadas más que en la falsa leyenda del Santo, que le representa como discípulo del Señor, ordenado obispo por el mismo Jesucristo el dia de la Ascension, y enviado por él á las Galias. La otra parte de las actas del concilio es más interesante. Se habla en ella del apostolado de S. Marcial, pero contiene particularmente muchos reglamentos de disciplina, y entra en grandes detalles de lo que se dijo é hizo para establecer la paz que se llamaba antiguamente la tregua de Dios. Estas actas de que no tenemos el fin, se hallan muy bien escritas para su época. Baronio y Binio habian publicado ya algunos fragmentos, cuando aparecieron enteras en la *Coleccion de Concilios*, impresa en el Louvre en 1644. Se designa á este concilio en esta edicion el año 1034, pero es un error como se ha notado más arriba. Habiendo revisado despues el P. Labbe las actas de que se trata, sobre un manuscrito de la biblioteca de Thou, de que se habian servido los editores precedentes, las dió lugar en el segundo volúmen de la biblioteca de manuscritos. Por último, el mismo editor y su compañero, el P. Cossart, las han impreso en su *Coleccion general de Concilios*. Estas actas mencionan otro concilio anterior, celebrado en Limoges pocos años ántes, *ante hos annos*, que la nota marginal refiere á 1029; pero sin duda es falta del impresor, que han copiado casi todos los escritores que han hablado de este primer concilio de Limoges. El texto mismo demuestra que se celebró en 1028, pues que fué en la dedicacion de la Iglesia del Salvador, que se hizo el mismo año. Se hallan insertos en estas actas, siguiendo las ediciones de Louvre y del P. Labbe, los reglamentos del concilio de Bourges, celebrado el 1.° de Noviembre de 1031. Fueron en efecto leidas, confirmadas y adoptadas excepto en algunos puntos particulares, en el segundo concilio de Limoges. Estos reglamentos, el primero de los cuales se refiere al apostolado de S. Marcial, tratan de puntos muy importantes de la disciplina de la iglesia y del claustro. Son obra del arzobispo Aimoin y de cinco obispos reunidos con él: Esteban du Puy, Remon de Clermont, Ragamon ó Reimon de Meude, Emilio de Albi y Diosdado de Cahors. Estos mismos prelados asistieron despues al concilio de Limoges con Jordan de Limoges, Isembert de Poitiers, Arnaldo de Perigueux y Rohom de Angulema. — S. B.

ODON (S.). Nació en Cataluña, y segun dicen los autores descendia de la nobilísima casa de los esclarecidos condes de Barcelona y de los de Gascuña y Urgel. Fué hijo de D. Artal, conde de Pallas, y de Doña Luciana, de noble estirpe. Las virtudes de este ilustre vástago dieron tan resplandeciente brillo á los esclarecidos timbres de sus antepasados, como los heróicos hechos con que otros los enaltecieron. Recibió desde niño una educacion digna de su rango, siendo luego tan rápidos los progresos que hizo en virtud y letras, que pudo ya augurarse que la ilustre casa de Pallas contaria un santo entre sus nobles varones. Siguiendo la costumbre de la época, instruyóse Odon en la carrera de las armas; arte que si bien repugnaba á sus sentimientos pacíficos, conoció que era el más conveniente para sostener los fueros de la justicia tan poco respetados en su tiempo. Además, las vejaciones que muchas iglesias sufrian de los nobles sublevaba el religioso corazon de Odon, y para poner coto por su parte á aquellos desmanes, necesario era saber gobernar el corcel y menear la espada. Cuando hubo ya adquirido un nombre Odon, acertó á caer enfermo el obispo de Urgel, y conociendo este prelado que se acercaba su último momento, renunció el obispado con muestras de arrepentimiento por haber adquirido la mitra contra lo prevenido por los sagrados cánones, legando á la Iglesia los bienes de su patrimonio. Reunidos los condes de Pallas y de Urgel con todo el clero y pueblo, deliberóse sobre la persona que debia ocupar aquella silla. Y como las virtudes de Odon resplandecian con tanto brillo, todas las miradas se fijaron en él para llenar la vacante. Su condicion apacible, la pureza de sus costumbres y la entereza con que habia sostenido los derechos de la Iglesia en distintas ocasiones, fueron títulos muy valederos que contribuyeron á decidir en su favor á todos los presentes. Por lo mismo Odon subió á la silla episcopal de Urgel por la eleccion unánime del pueblo y clero, y desde luego acreditó con sus hechos el acierto del nombramiento. Odon se mostró incansable en la propagacion de los sentimientos cristianos, reformó en cuanto pudo las costumbres de su grey, por desgracia harto pervertidas, combatió sin tregua el vicio y el crímen, y se constituyó en padre de los huérfanos, defensor de la viudez y escudo del perseguido. Los veintiocho años que duró su episcopado fué una série no interrumpida de beneficios para la diócesis de Urgel, hasta que el Señor se dignó premiar la santidad de sus obras con la aureola de los justos. Su glorioso tránsito tuvo lugar en 7 de Julio de 1122 gobernando la Iglesia el papa Inocencio II, y siendo el conde D. Ramon Berenguer, el tercero de este nombre, y pariente inmediato del Santo. Su muerte fué llorada de todos sus diocesanos, y su memoria tenida desde luego en grande veneracion. La vida de este Santo se halla en el *Breviario de Urgel* y en una leyenda antigua de los santos de esta iglesia. Tam-

bien hacen mencion de S. Odon Domenech, Villegas, el *Martirologio Romano* y Baronio en sus *Anotaciones*. Si en vida el Señor obró por su intercesion muchos milagros, despues de su muerte su sepulcro fué todavía más fecundo en maravillas, pues muchos de los que le invocaron con fe viva hallaron la curacion de sus dolencias, los mudos recobraron el habla, movimiento los impedidos, vista los ciegos y la paz del alma los angustiosos del mundo. La Iglesia recuerda sus virtudes el 7 de Julio. —M.

ODON (S.), abad de Cluni, fué en el siglo X la más brillante lumbrera de la Iglesia de Francia, al mismo tiempo que uno de los más ilustres restauradores del órden monástico. Nació en el país de Maine en 879, de padres tan distinguidos por su nobleza como por su piedad. Abdon, su padre, obtuvo este hijo por medio de sus oraciones, cuando su mujer, cuyo nombre no nos refiere ningun historiador, era ya de edad avanzada. Confió desde luego su educacion á un sacerdote de su casa, y apenas el niño hubo recibido la primera tintura de las letras, Foulque *el Bueno*, conde de Anjou, se encargó de su educacion por algun tiempo. Abdon le puso despues al servicio de Guillermo *el Piadoso*, duque de Aquitania, para formarle en el ejercicio de las armas. Pero desde la edad de diez y seis años el jóven Odon se sintió llamado por Dios á otra profesion mucho más santa. No lo ejecutó, sin embargo, hasta los diez y nueve años, en que entró canónigo de San Martin de Tours. Cumplió así una especie de voto que habia hecho su padre, ofreciéndole á S. Martin desde los primeros meses de su nacimiento, á cuyo santo tenia una grande devocion que heredó su hijo y que llevó mucho más léjos todavía. El estudio fué una de las principales ocupaciones de Odon en cuanto entró canónigo. Volvió á ocuparse de Virgilio y demás autores profanos de la antigüedad; pero una vision que tuvo en un sueño le disgustó de esta clase de lectura, y le hizo preferir la de los Santos Padres. Habiendo caido en sus manos la regla de S. Benito le agradó tanto, que comenzó desde entónces á practicarla en su mayor parte, sin haberla profesado. Llamóle, sin embargo, á París el deseo de perfeccionarse en las ciencias, donde encontró al sabio Remi de Auxerre, que daba lecciones públicas. Odon estudió bajo la direccion de este hábil maestro la dialéctica, la música y demás artes liberales. Se dedicó en particular con tanta aficion á la música, que pasó despues por el hombre que más conocimientos tenia en ella en su siglo. Vuelto á Tours, se ocupó de nuevo del estudio de los Santos Padres. Entre estos escritos, las *Morales* del papa S. Gregorio, llamaron tanto la atencion de Odon, que hizo un compendio de ellas. Se pretende que dirigió la escuela de San Martin y que obtuvo el oficio de rector, cuyo título le da realmente Sigeberto. De todas maneras la saludable impresion que hizo en su ánimo la regla de S. Benito, decidió su vocacion y resol-

vió al fin renunciar por completo al mundo y abrazar la vida monástica. Despues de haber buscado durante algun tiempo un lugar conveniente á la ejecucion de su designio, encontró, por último, en la Beaume en Borgoña, lo que deseaba con tanto ardor. El B. Bernon gobernaba entónces aquella abadía, y presintiendo que Odon sería un dia un ilustre personaje le recibió con placer; y como era hombre letrado, le encargó de la instruccion de la juventud. Odon llevó consigo cien volúmenes, en lo que consistia quizá toda su biblioteca. Tenia entónces treinta años de edad, y poco despues fué órdenado, aunque á pesar suyo, de sacerdote, por Turpion, obispo de Limoges, su amigo particular. Sintiéndose atacado Bernon en 927 de la enfermedad de la muerte, suplicó á los obispos vecinos fuesen á visitarle, y habiendo renunciado en su presencia, exhortó á sus hermanos á elegir abad. Sin vacilar, condujeron estos á Odon á la fuerza delante de los obispos, los que á pesar de su repugnancia, le dieron la bendicion abacial. Entre los monasterios que gobernaba el piadoso abad, segun la costumbre de la época, se confió á Odon la direccion de Cluni, de Massau y de Deols ó Bourg-Dieux. Despues de la muerte de Bernon fué á establecerse á Cluni, el principal de los tres monasterios. Esta abadía se distinguió en poco tiempo de las demás. El estudio, el buen órden, la exacta disciplina que estableció Odon, la hicieron la escuela más célebre de toda la Francia. Desde allí se comunicó la observancia regular á los demás monasterios que se han nombrado arriba, y que formaron lo que se llama la órden y la congregacion de Cluni. Ventaja que no fué exclusiva de la Francia, sino que se extendió tambien á muchas provincias de España, Italia y aun á la misma Roma. De manera que Odon era mirado como el jefe ó director de los monasterios de todos estos países en que se hallaba en vigor la disciplina regular. Su reputacion se extendió por todas partes. Los papas concibieron tanta estimacion por su mérito, que le llamaron con frecuencia á su corte para valerse de su prudencia en los negocios de la Iglesia, y ser el mediador de la paz entre los príncipes de Italia. Se trataba principalmente de la mortal division que reinaba entre el rey Hugo y Alberico, patricio de los Romanos. Odon ganó la confianza y el respeto de ambos. El primer viaje que hizo á Roma fué en 936, el segundo dos años despues, el tercero en 942, y quizá se pudiera aumentar un cuarto. Durante la mansion que hizo en todas aquellas ocasiones en la capital del mundo, si los negocios públicos y particulares que le ocupaban le dejaban algun tiempo libre, le empleaba en el estudio que tuvo siempre para él tantos atractivos, que á pesar de todos los cuidados y dificultades que le causaban las funciones de su cargo, y la atencion que se vió obligado á consagrar á los negocios públicos, halló todavía tiempo para componer gran número de escritos, con

que enriqueció la Iglesia y la república de las letras. No pudo, sin embargo, resistir á las fatigas de su último viaje á Italia; habiéndole atacado en Roma una fiebre violenta, comprendió que su enfermedad era mortal. Pero el deseo que tenia de volver á ver el sepulcro de S. Martin, y de dar el último suspiro donde habia recibido el primer soplo del espíritu vivificante, le hizo pedir á Dios tiempo y salud para llegar á Tours. Le obtuvo, y despues de su llegada, eligió por última morada la abadía de S. Julian, donde habia restablecido poco ántes la exacta observancia de la regla. Hallábase próxima la fiesta de S. Martin, su especial patrono. Odon tuvo el consuelo de asistir al oficio nocturno en la iglesia consagrada á su advocacion, poco distante de S. Julian; pero habiéndole vuelto la fiebre con más violencia que ántes, le arrebató en pocos dias. Murió, despues de haber recibido el santo viático, el mismo dia de la octava de S. Martin, 18 de Noviembre, y fué enterrado por Theotolon, arzobispo de Tours, su amigo, en la bóveda de S. Julian, á la derecha del altar del Sto. Mártir. Los antiguos y algunos modernos varian en el año de su muerte. El monge Juan, su discípulo, que escribió su vida, no marca el año de su fallecimiento. Nalgod, historiador tambien del santo Abad, la pone en 945; Alberico de Troisfontaines en 937; y otros cronistas en otros años. Pero la mejor cronología es sin duda la de Frodoard, autor contemporáneo, que pone esta muerte en 942. S. Odon tenia entónces sesenta y tres años cumplidos poco más ó ménos. Tuvo por sucesor en Cluni al V. Aymar, uno de sus discípulos, que habia nombrado coadjutor suyo ántes de su primer viaje á Roma. La santidad de nuestro Abad fué reconocida poco despues de su muerte, y no tardó en dársele culto. Ambas cosas son atestiguadas por diferentes martirologios. Todos los historiadores que han tenido ocasion de hablar de él, lo han hecho con grandes elogios. Frodoard le presenta como el pacificador de Italia, el restaurador de muchos monasterios y el reparador de la regla de S. Benito. Aimoin de Fleury le miraba como un hombre de una santidad incomparable: *Egregiæ sanctitatis Odo.* «Si, (decia de él S. Odilon, uno de sus primeros sucesores) su »celo y sus cuidados por la obra de Dios han anunciado á todo el mundo »cristiano el extremo á que ha llegado en la perfeccion de todas las virtudes.» «Era (dice Glaver) un abad de una sabiduría tan profunda, y de una pie»dad tan conocida, que los principales monasterios de Italia y de Francia »hasta el Occéano, se juzgaban dichosos de verse bajo su direccion.» Además de Chabanois, que elogia su santidad, elogia tambien su erudicion, y el celo con que procuró restablecer, tanto con su ejemplo como con su doctrina, la disciplina regular en su primitivo estado. Sigeberto reconocia en él la delicadeza de su ingenio, *elegans ingenium*, el talento singular de escribir y de pronunciar discursos con facilidad, y sobre todo, de componer

oficios en honor de los santos. «Odon, añade Pedro de Poitiers, monje de »Cluni, no se ha hecho ménos célebre por su doctrina que por la santidad »de su vida y el esplendor de sus milagros.» En medio de una multitud de ocupaciones inseparables de su dignidad y de su estado, no olvidó escribir para la posteridad, y ha dejado á todos sus sucesores, como á título de herencia, el cuidado de hacerlo de él á su vez. Se puede ver al frente de sus escritos la série de testimonios ventajosos que han prestado á su memoria los escritores que le han seguido. Si, segun la opinion del anónimo de Molk, nuestro santo Abad fué la gloria de sus discípulos, los discípulos fueron recíprocamente la gloria y la corona de su maestro. Sería imposible hacer una completa enumeracion de todos los que formó á las letras y á la virtud, en aquella multitud de monasterios en que hizo revivir la integridad de la regla. Entre los principales se puede contar á Adlogrin, quien á persuasion de Odon renunció á las ventajas que le ofrecia una brillante reputacion, adquirida por sus hazañas militares, y un lugar que ocupaba en el consejo de Foulques *el Bueno*, conde de Anjou, para retirarse á la Beaume, donde pasó algunos años, yendo despues á vivir como recluso cerca de la abadía de Cluni, practicando toda clase de austeridades. Los discípulos de Odon, que se distinguieron más por su piedad, fueron Aymar, Arnoul, Laudric, Hildebrand, Baudoin, Gottifroi, Vulfald, Aligerne, Elizcard y otros muchos, algunos de los cuales habian sido ilustres en el mundo, y muchos se vieron elevados á la dignidad de abades. Algunos obispos abandonaron sus mitras para hacerse discípulos suyos. El más conocido entre los que se han hecho una reputacion por las letras, es el monje Juan, que abandonó un canonicato que poseia en una de las iglesias de Roma, para seguir á Odon á Cluni, y que tuvo cuidado de escribir su historia. Bernon, que fué el maestro de san Odon, se dedicó ménos al estudio que al restablecimiento y á la propagacion de la disciplina monástica. Pero S. Odon reunió estas dos ocupaciones á la par y manifestó con su ejemplo que no tienen nada de incompatibles. Compuso diferentes escritos y en bastante número, en todos los estados de su vida. El P. Martin Marrier y Andrés Duchesne han trabajado en su época en recoger las producciones de la pluma de este piadoso y sabio Abad. Lo que pudieron encontrar lo publicaron al frente de la *Biblioteca de Cluni*, título que dieron á la coleccion en que han reunido las obras de los primeros abades y de algunos antiguos monjes de este ilustre monasterio, con otros diversos monumentos, que hicieron imprimir en fólio en París en 1614. Desde esta fecha se han descubierto otros muchos escritos que pertenecen á S. Odon, como se va á ver en el siguiente catálogo razonado: 1.° Para conformarnos al órden cronológico comenzaremos por el compendio que hizo de las Morales del papa S. Gregorio *el Grande* sobre el libro de Job. Esta es sin contradic-

cion una de sus primeras obras. La comenzó algun tiempo despues de haber abandonado la universidad de París, y cuando era todavía canónigo. Viéndole sus compañeros de S. Martin dedicado casi continuamente á la lectura de este comentario moral, concibieron el deseo de leerle ellos mismos. Pero les asustaba el tamaño del libro. Para remediar este inconveniente animaron á Odon á hacerles un compendio. Odon, despues de negarse por algun tiempo, cedió al fin á sus instancias. Lo ejecutó de una manera que no puso nada suyo, ni aun las expresiones, habiendo tenido cuidado de no emplear más que las del autor original, cuya division ha seguido tambien, distribuyendo en compendio, como él, la obra entera en treinta y cinco libros. Lo que contribuyó más á quitarle los escrúpulos que tenia de consagrarse á este trabajo por temor de alterar el texto de un Padre de la Iglesia tan respetable, fué el ejemplo de Patere, discípulo de S. Gregorio, que no habia tenido dificultad en otra época de compendiar otros escritos de este santo Papa. Esto nos lo refiere el mismo S. Odon en un pequeño prefacio ó prosa que pone al frente de su compendio. Despues se halla un poema suyo en versos heróicos, en que hace un hermoso elogio de la obra original; pero la versificacion no tiene otro mérito que los rasgos de piedad de que se halla salpicada. El P. Martin Marrier no tuvo conocimiento alguno de este compendio cuando publicó con Duchesne la *Biblioteca de Cluni*. No tardó, sin embargo, mucho en descubrirle. Habiéndole encontrado en un antiguo manuscrito, le hizo imprimir en París, en 1617, en un volúmen en 8.° El compendio ha pasado á la *Biblioteca de los Santos Padres* despues de esta edicion. Se halla al ménos en la de Lion, tomo XVII.—2.° Se ha visto que Sigeberto alaba en S. Odon el talento de hacer oficios de santos. Este bibliógrafo no ha especificado ninguno, sin embargo. Tritemio reconoce lo mismo, y nombra en particular el de S. Martin, *Laudes S. Martini*. Pero no parece que nos quede de este oficio, que el autor habia notado, más que doce antífonas é himnos, de que se hablará despues. Las antífonas se hallan impresas en la *Biblioteca de Cluni* y en la de los *Santos Padres*, á continuacion de otros escritos de nuestro santo Abad. Nalgot y S. Udalrico, que escribian en el siglo XII, manifiestan que entónces eran todavía muy célebres, y que se cantaban en casi todas las iglesias. En Cluni, en particular, se empleaban en el oficio de maitines y en las demás horas canónicas. Se han conservado algunos versículos, y aun algunos salmos enteros, en ciertos Breviarios, usados todavía en nuestros dias. El P. Mabillon supone que las compuso S. Odon cuando era todavía canónigo de S. Martin. Pero el primer historiador del piadoso Abad, que refiere la ocasion con que fueron hechos, dice que no hacia más que seis años que los habia arreglado S. Odon, cuando escribia su vida. No se descubre nada, por lo demás, que pueda justificar el aprecio con que se

los ha mirado en los siglos anteriores. Contienen ciertos rasgos de la vida de S. Martin, adornados de expresiones piadosas y nada más. Quizá el tono en que se hallaban notadas estas antífonas, y que no se ha cuidado imprimir con el texto, les daban nuevo valor.—3.° Tritemio cuenta en general, entre los escritos de S. Odon, muchos himnos. El monje Juan, su discípulo, marca tres, en particular sobre S. Martin, y copia la primera estrofa del que comienza así: *Rex Christe, Martini decus.* Este himno se halla impreso con otros dos, uno sobre la Eucaristía y otro sobre Sta. María Magdalena, á continuacion de las antífonas precedentes, y forma parte del oficio de S. Martin en algunos Breviarios de la órden de S. Benito, en que se ha dividido en dos. El P. Mabillon ha publicado otro sobre el mismo Santo, el mismo, segun todas las apariencias, de que habla la *Crónica de Tours* como escrito por el autor en el lecho de muerte. S. Odon se nombra él mismo al fin, y nombra tambien á Theotolon, arzobispo de Tours, lo que sirve para confirmar que fué compuesto en aquella ciudad en tiempo de aquel prelado. El tercer himno de que hace mencion el historiador del santo Abad no ha llegado á encontrarse. La versificacion de los que se nos han conservado es muy imperfecta, y no tiene otro mérito que los sentimientos de piedad que respira. El himno sobre la Eucaristía es más bien un epígrama en doce versos exámetros, que son mejores que los precedentes. Son sobre todo admirables por el fondo del asunto. El autor expone en pocas palabras la naturaleza del sacramento, sus efectos y las principales disposiciones para acercarse á él. Además de en las ediciones marcadas de los escritos de S. Odon, este epígrama se halla tambien impreso en Arnoul Wion, en Posevino, en el tomo III de las *Anécdotas de Muratori*, y quizá en otras partes. Posevino, despues de haberle contado en el número de los escritos de nuestro sabio Abad, ha dicho tambien que habia hecho un tratado sobre el mismo objeto contra ciertas personas, *adversus aliquot*, y que habia dirigido á Odon de Cambrai. En esto hay dos notables errores. El primero, que supone falsamente que el santo Abad de Cluni combatió á los sacramentarios, procede de Posevino, que ha tomado de Wion el epígrama de que se habla; leyó en él por inadvertencia *adversus* por *versus aliquot*, algunos versos. El otro error, que es de cronología, consiste en hacer vivir en el siglo X á Odon, obispo de Cambrai, que no floreció hasta últimos del siglo XI y principios del siguiente. El himno de S. Odon sobre Sta. María Magdalena ha estado en otras épocas muy en uso en la Iglesia romana. Se halla en versos rimados, cuyas rimas estan algunas veces entremezcladas, como las de los versos masculinos y femeninos de la poesía francesa. El autor confunde evidentemente á Sta. María Magdalena, María de Betania, hermana de Lázaro, y la mujer pecadora del Evangelio, y hace de las tres una sola y misma persona. Las rimas em-

pleadas en los versos latinos son bastante notables.—4.° Una de las principales obras de S. Odon son sus *Conferencias*, divididas en tres libros é impresas con sus demás escritos. En la edicion del P. Marrier y de Duchesne se hallan acompañadas de algunas notas, que las ilustran mucho. De aquí proviene que lleven el título de *Ocupaciones* en un manuscrito de Souvigni, á cuya cabeza se leen los siguientes versos, que dan una ligera idea de la obra:

Dogmate cœlesti plenus hunc Oddo libellum,
Sumens dicta Patrum, pluriumque exempla piorum
Composuit, multisque utilem fore ritè ..... novit.

El segundo verso es un poco diferente en otro manuscrito de S. Martin de los Campos de París, donde se halla concebido en estos términos:

Florida composuit doctorum prata peragrans.

El P. Mabillon asegura que ha encontrado tambien estas conferencias con el título de *Ocupaciones* en un manuscrito de la abadía de Cluni. El anónimo de Molk, que habla de ellas como de un libro excelente, cuya lectura es, dice, útil á los monjes, las ha conocido bajo el mismo título. Algunos modernos las dan el de *Tratado del sacerdocio*, título que proviene de lo que ha dado orígen á la obra. Habiendo sido ordenado Odon de sacerdote, no podia consolarse al verse cargado de un peso tan grande. Habiéndolo conocido el abad Bernon, le envió á Turpion, que le habia ordenado, con la esperanza de que podria aliviar sus penas. El Obispo tuvo con él una conversacion sobre la dignidad del sacerdocio y el estado actual de la Iglesia. Odon tomó ocasion de aquí para deplorar los desórdenes de los malos sacerdotes, á quienes aplicó la profecía de Jeremías extendiéndose mucho sobre este asunto. Conmovió tanto á Turpion este discurso, que le suplicó se le diese por escrito. Odon se excusó en un principio, diciendo que no le era permitido hacerlo sin órden de su abad. El Obispo no se desanimó, haciendo un viaje expresamente para que Bernon le obligase á ello. Odon obedeció entónces y redactó su discurso en tres libros, que envió en seguida á Turpion con una epístola dedicatoria, en la que da cuenta de su designio en pocas palabras. Propónese tratar principalmente de dos clases de personas; primero de los malos legos, que eran peores cada dia, y que despreciando las leyes y censuras de la Iglesia, oprimian inhumanamente á los débiles; en segundo lugar de los eclesiásticos, que léjos de llenar las obligaciones de su estado, le desmentian con su conducta y no se ocupaban más que

de las vanidades del siglo. Tratando este argumento S. Odon hace en su obra una triste pintura de las costumbres corrompidas de los cristianos de su época. Recorre todos los estados, y deplora los desórdenes que se han introducido en ellos. Habla en particular, como de los más generales, de la impureza, del lujo y de la violencia, del desprecio manifiesto de la justicia y de la verdad. No olvida el abuso que se hacia de la Sagrada Eucaristía con comuniones indignas. Opone en esta ocasion el uso de los primeros siglos de la Iglesia á la práctica del en que él vivia. Se ve en este lugar, lo mismo que en su pequeño poema del Sacramento del altar, cuáles eran entónces las creencias sobre este misterio. Toda la obra es de un estilo un poco difuso, pero todo en ella es edificante y respira cierto aire de piedad. En los manuscritos de Inglaterra lleva otros títulos diferentes de los que se han manifestado ya. Tan pronto se intitula: *De virtutibus vitiisque animæ*, como *De perversitate pravorum qui semper in malum succrescentes*, etc. Este último título está formado por lo demás de los mismos términos que emplea el autor en su epístola dedicatoria á Turpion. — 5.° Ya era abad S. Odon cuando compuso la vida de S. Geraldo, conde d'Aurillac, que Tritemio pone á la cabeza de sus escritos y que se halla impresa tambien en la Biblioteca de Cluni. Emprendió este trabajo á instancias de Turpion, obispo de Limoges, del abad de Aymon, hermano de este prelado, y de algunas otras personas de grande importancia. Pero ántes de tomar la pluma en la mano, quiso tomar todas las precauciones posibles para asegurarse de la verdad de los hechos. Como estaba entónces en Tulle, donde le habia conducido la reforma de los monasterios, hizo un viaje á Aurillac á la tumba del Santo. Hallábanse allí muchas personas que habian conocido al Santo, entre ellas cuatro de sus discípulos, de los que el uno era sacerdote, el otro monje y los dos restantes legos de la primera calidad. Odon no se contentó con el testimonio que le dieron en comun. Les preguntó separadamente para ver si se contradecian en lo que habian manifestado. Instruido así de la vida del Santo, se puso á escribir su historia, eligiendo entre todo lo que se le habia dicho, y la dedicó por medio de una pequeña epístola á Aymon, que era entónces, segun se cree, abad de Tulle, y lo fué despues de S. Marcial de Limoges. La obra se halla dividida en cuatro libros. En el primero se extiende el autor de una manera un poco difusa sobre el nacimiento y los primeros actos de su héroe. En el segundo trata tambien un poco más á la larga de sus más notables actos de piedad, comenzando por la fundacion de la abadía de Aurillac y de los milagros que obró durante su vida. Emplea el tercer libro en referir las últimas acciones de su vida y de su muerte; y el cuarto en los milagros que se verificaron despues por su intercesion. El autor ha puesto un prefacio al frente del primer libro, y otro á la cabeza del segundo, en que defiende la

santidad del personaje cuya vida escribe, contra ciertas personas que, por ignorancia ó prevencion, se negaban á creer que un lego que habia vivido como gran señor, pudiera ser santo y obrar los milagros que se le atribuian. De aquí se deducen las prudentes precauciones que tomó el sabio escritor, para no avanzar nada en su obra que no fuese exactamente verdadero. Se debe la primera edicion de esta vida á las investigaciones del P. Marrier y de Duchesne, que habiéndola encontrado manuscrita, la han colocado en el lugar ya referido. Se halla ilustrada con notas que se han colocado en el apéndice. Los últimos editores de Surio la han aumentado despues á su coleccion en 18 de Noviembre, dia de la muerte de S. Geraldo. El P. Mabillon no ha creido conveniente reimprimirla, aunque se ha creido obligado á dar en sus actas el elogio del Santo, á quien la orden de S. Benito debe tan grandes obligaciones. Solo ha tomado de ella lo que puede servir para ilustrar la historia monástica de la misma Orden. Parece, sin embargo, que no debia haber omitido los dos últimos capítulos de esta vida, que faltan en la edicion del Padre Marrier, y quizá tambien en la de Surio, y que se leen en un manuscrito del Cister, del que los habia copiado. En el mismo manuscrito se hallan á continuacion, pero sin nombre de autor, un pergamino de S. Geraldo, dividido en ocho lecciones, para ser leido en el oficio de maitines. No se dice por lo demás que sea esta produccion de la pluma de S. Odon. Pero se puede presumir que el fondo de la composicion habrá sido tomado de su historia de S. Geraldo. Sin duda por el mismo original se hizo un compendio de su vida, que el P. Mabillon vió manuscrito en las bibliotecas de las abadías de Compiegne y de Couches. Es al ménos cierto que no contiene nada que difiera de lo que se lee en la historia original. Hay dos traducciones francesas de la *Vida de S. Geraldo* escrita por S. Odon. La más antigua, que no ha llegado á imprimirse, fué hecha por órden de Felipe, duque de Borgoña y conde de Flandes. La otra traduccion es debida al trabajo de Mr. Compoing, cura de Savenes, en la diócesis de Tolosa, y ha sido impresa en 8.° en Aurillac, por Vialane, en 1715.—6.° Se atribuye tambien á S. Odon la *Vida de S. Gregorio*, obispo de Tours, muerto en 597, lo que no carece de fundamento, pues lleva el nombre del piadoso abad en diferentes manuscritos. En el de la abadía de S. Gregorio de Angers se lee despues del prefacio la inscripcion siguiente: *Incipit vita S. Gregorii Episcopi Turonensis, ab Odone edita.* Lo mismo repite al fin de la obra, y este Odon, reconocido por autor de esta vida, no es otro que el santo abad de Cluni, del mismo nombre, que lo fué tambien de S. Julian de Tours, y que habia sido ántes canónigo de S. Martin en la misma ciudad. Esta opinion se halla robustecida por la semejanza de estilo. No es tan cierto el tiempo en que la escribió S. Odon. El P. Ruinart sostiene que fué en sus primeros años cuando dirigia la escuela

de S. Martin y ocupaba la dignidad de rector. Pudo tambien ejecutarlo despues de la morada que hizo en S. Julian, para reformar aquel monasterio en calidad de restaurador de la disciplina monástica. En ambos estados tuvo motivos suficientes para prestar su pluma á esta obra. El cuerpo de S. Gregorio descansaba entónces cerca del de San Martin y en la misma iglesia. El santo prelado habia sido además un insigne bienhechor de la abadía de S. Julian. Otro motivo que le condujo á emprenderla, y que sabemos por él mismo, es que era muy justo publicar las acciones meritorias de un Santo que habia trabajado tanto en dar á conocer las de tantos otros. S. Odon no se propuso dar en esta vida una historia extensa y detallada de S. Gregorio. Se limitó á extractar de sus obras y de las de Fortunato de Poitiers los hechos que juzgó más convenientes para su designio. Así se nota que, á excepcion de algunos milagros, no se encuentran los principales sucesos de la vida del Santo. Está escrita por lo demás con mucha piedad; pero el estilo, aunque conforme en algunos puntos al de los demás escritos de S. Odon, es sin embargo ménos sencillo, ménos natural y más afectado; lo que parece confirmar la opinion que supone que fué una de las primeras obras de S. Odon. José Clichtone, canónigo de Chartres, publicó en 1511 esta vida sin nombre de autor, con otros opúsculos que llevan el de S. Odon, y otros diferentes escritos, tanto de Severo Sulpicio como de S. Gregorio de Tours y de Fortunato de Poitiers. Lipoman y Surio la hicieron entrar despues en sus colecciones con el nombre general de *Clérigos de la iglesia de Tours*. Se halla colocada en el tercer volúmen del primero y en Surio en 17 de Noviembre. Algun tiempo despues revisó el Padre Ruinard el texto sobre los manuscritos, y la hizo imprimir al frente de las obras de S. *Gregorio*, que publicó de nuevo en París en 1699, en un volúmen en fólio. Esta edicion es, sin contradiccion, preferible á las demás, ya por la integridad del texto, ya por las notas de que se halla adornada, y en las que el editor ha tenido cuidado de manifestar los lugares que se hallan tomados de los escritos de S. Gregorio.—7.° Sigeberto asegura que S. Odon tenia tanta habilidad en componer homilías ó discursos familiares, como gracia para pronunciarlas. Casi todos los que han tenido ocasion de hablar de este asunto suponen que dejó un gran número de ellas. Sin embargo, no llegaron á imprimirse, y no se conocen más que cinco con su nombre; cuatro en la *Biblioteca* de Cluni y en la de los Santos Padres, y una quinta en las anécdotas de los PP. Martenne y Durand. El primero de estos discursos es sobre la fiesta de la cátedra de S. Pedro, y fué pronunciado en una iglesia que se hallaba dedicada á su advocacion, y que le honraba como su especial patrono, lo que conviene á Cluni. El autor habia leido con fruto lo que los Padres antignos, y en particular S. Agustin y S. Leon, dicen sobre

las palabras del Evangelio, que se refieren á las prerogativas de este príncipe de los apóstoles. Aun tomó algunos pensamientos que supo colocar en su discurso. Habiéndole descubierto los PP. Martier y Duchesne en un manuscrito de la *Biblioteca* de S. Martin de los Campos en París, fueron los primeros que le dieron al público. En el segundo discurso, que es sobre la devocion á Sta. María Magdalena, hay una homilía ó explicacion mística de lo que se dice en el Evangelio, ya de esta Santa, ya de María de Betanía, ó de la mujer pecadora, las cuales confunde S. Odon, como lo hace en un himno sobre el mismo asunto. Debe notarse que no dice una palabra ni de la llegada de Sta. María Magdalena á Marsella, ni de su sepultura en S. Maximino; de lo que debe deducirse que esta opinion fué posterior á su siglo. El P. Juan Dubois publicó en 1605 este sermon en la *Biblioteca* de Fleury, sobre un manuscrito que manifestaba más de seiscientos años de antigüedad, y que por consecuencia se remontaba hasta cerca de la época del autor. Los continuadores de Bolando la han hecho imprimir despues, en 22 de Julio, por las ediciones hechas en las *Bibliotecas* de Cluni y de los Stos. Padres. La coleccion de sermones manuscritos con el nombre de S. Odon, que Mr. de la Curne de Sainte-Pelaye ha hallado en las bibliotecas de Italia, y que no manifiesta ni el número, ni da más noticias, comienza por las mismas palabras que el de Sta. María Magdalena. El editor de la *Biblioteca* de Fleury ha colocado inmediatamente ántes de este sermon una larga prosa rimada, que tiene veintitres estrofas, sobre la misma Santa. No la atribuye á S. Odon, y manifiesta no haber tenido otro motivo para publicarla, que legar á la posteridad un monumento que le parecia antiguo. Aunque sea más apreciable por la piadosa intencion del autor que por el arte, la delicadeza y demás bellezas que exige esta clase de piezas, las que rara vez han sido buenas en ninguna época, se encuentran muchas, sin embargo, que valen mucho ménos que esta. Parece haber sido hecha sobre la homilía precedente, con la que tiene muchos pensamientos comunes. El estilo no es muy diferente del que empleaba nuestro santo Abad en sus poesías. El tercer sermon de la coleccion de que damos cuenta es un panegírico de S. Benito; S. Odon le pronunció en Fleury el mismo dia de su traslacion, que se celebra en Francia el 11 de Julio, cuando se hallaba ocupado en establecer en este monasterio la reforma de Cluni. Esta fiesta era entónces muy célebre, y asistia á ella un gran concurso de personas de todas clases. El autor no se detiene en la historia de la traslacion, sobre la cual no se habian suscitado aun controversias. La supone fundada en los milagros sin número que se habian operado en Fleury en la tumba del Santo, y que en su mayor parte se habia tenido cuidado de escribir desde entónces. En cuanto á los pormenores de la vida de S. Benito, remite á los que quieran instruirse de ellos á los diálogos del papa

S. Gregorio, y demuestra que no ignoraba que habia una traduccion griega. Habla como de un hecho cierto de la mision de S. Mauro en Francia. Aimoin de Fleury, autor del mismo siglo, en el cap. IV de su libro II, de los *Milagros de S. Benito*, habla de este panegírico como de un escrito que pertenece incontestablemente á S. Odon. Parece un poco más trabajado que sus demás composiciones. Las moralidades estan colocadas en su lengua y convienen al asunto. Por todas partes se dejan sentir la piedad y la uncion. Habiendo encontrado el P. Juan Dubois un manuscrito de la misma fecha casi que el anterior, le hizo imprimir en su coleccion, de donde pasó á las *Bibliotecas* de Cluni y de los Stos. Padres. Mabillon ha dado sobre la primera una segunda edicion, cotejada con los manuscritos. Hay otra más moderna todavía en la coleccion griega y latina para la *Historia de S. Benito de Monte Casino*. El cuarto y más largo discurso de los que nos quedan de S. Odon se intitula: *Del incendio de la basílica de S. Martin*. Este incendio, causado por los normandos en 904, dió ocasion á personas debíles en la fe y á los insensatos á injuriar la memoria de S. Martin. Los canónigos, afligidos ya por la pérdida de su iglesia, concibieron nuevo dolor en vista de tan funestas consecuencias. Se dirigieron á su compañero Odon y le animaron á hacer algun escrito con este motivo que pudiera servir para consolarlos, y afirmar en la fe á los temerarios é indiscretos. Tal fué la ocasion del discurso de que aquí se trata. El autor insiste sobre tres puntos principales. Demuestra que el incendio se ha verificado en castigo de sus pecados, y sobre todo, del desarreglo que se habia introducido en su casa, en vez de la exacta disciplina que se observaba anteriormente. Deduce de aquí la necesidad de recurrir á la misericordia divina, y de llevar una vida más conforme á su estado. Por último, hace ver por muchos ejemplos y diferentes razonamientos, que la desgracia sucedida no debia ni escandalizar á nadie, ni debilitar la devocion hácia S. Martin. S. Odon ha insertado en este discurso muchos sucesos históricos, algunos de los cuales son muy interesantes para saber cuál era la forma de la iglesia destruida. No parece, sin embargo, que se hiciese este escrito para pronunciarse de viva voz. No hay que se sepa otra edicion más que las dos referidas. El que han publicado los PP. Martenne y Durand, y que contamos como el quinto, es una corta exhortacion para animar al auditorio á vivir cristianamente. San Odon le pronunció en Tours en una de las fiestas de S. Martin, y en presencia de una comunidad; y segun todas las apariencias durante la mansion que hizo en S. Julian para reformar este monasterio. No dice más que dos palabras sobre S. Martin, y habla en seguida de la moral, que trata á su modo, es decir, con tanta piedad como solidez. Los editores han sacado este discurso de un antiguo manuscrito de Mr. Vigot, en que se halla tambien el

escrito sobre el incendio de la iglesia de S. Martin. Pero el que ha dirigido la copia de este último se ha equivocado al decir que fué á peticion del obispo Teotelon el que compusiese S. Odon este escrito; pues este prelado no fué elevado hasta muchos años despues á la silla arzobispal de Tours.—8.° Se debe poner en el número de los escritos de S. Odon la relacion abreviada de su nacimiento y de los primeros años de su vida, que su discípulo Juan puso en su historia, donde la refiere tal como la habia sabido de su propia boca. Es el fragmento más bello, más interesante y más instructivo de toda la obra. Se ve, por una parte, en toda su claridad la humildad profunda de nuestro santo Abad, y por otra, el retrato natural de su padre Abdon: retrato que podria servir de excelente modelo á los grandes del mundo que quisiesen vivir segun la piedad cristiana, y unir á la piedad un saber conveniente á su condicion.—9.° El mismo historiador refiere en otro lugar algunas instrucciones en los mismos términos, que las habia recogido de la vida de S. Odon. Consisten principalmente en ejemplos mezclados con algunos sueños y propuestos para conservar á los monjes en la exacta observancia de la regla. Aunque no tengan la misma solidez que en la relacion anterior, no dejan, sin embargo, de ser monumentos de la doctrina del piadoso Abad.—10. Hay otra grande obra de S. Odon, que no se ha impreso todavía, y que no lo será nunca segun todas las apariencias. Se halla en verso, y dividida en cuatro libros bajo el título de *Ocupaciones*. Se halla en dos antiguos manuscritos, uno de la abadía de Cluni, el otro perteneciente á los Carmelitas descalzos de París, y en un principio á la abadía de S. Julian de Tours. Su autor ciertamente se llama Odon; pero se califica sencillamente de abad, sin que diga el lugar de que lo era, lo que no debe impedir la creencia de que no sea el santo abad de Cluni, quien lo fué tambien de S. Julian y de otros muchos monasterios en que estableció la reforma como ya se ha referido. Esta opinion no se halla por lo demás apoyada solamente en los lugares en que se han encontrado ejemplares de esta obra; lo está tambien en la antigüedad del escrito, que se remonta hasta la época de S. Odon, que es el asunto de este artículo, y el título del escrito, el cual es el mismo que llevan sus conferencias en algunos ejemplares. El libro primero trata de la obra de Dios: *De opificio Dei*; es decir, de la obra de los seis dias; el segundo de la creacion del hombre en particular; el tercero de la caida y de la corrupcion de la naturaleza humana á consecuencia de esta caida; el cuarto, por último, de los padres del Antiguo Testamento hasta el Redentor de los hombres. El autor, al tratar tan vastos asuntos, ha prescindido completamente de la historia. Habla de la gracia conforme á los principios del gran Padre y Doctor de la Iglesia S. Agustin. En cuanto al mérito de la poesía que ha empleado, se puede juzgar por los versos que copiamos

á continuacion, y que estan tomados del principio de la referida obra.

Frater amande nimis, te pius implet amor, gaudeo:
Justitiæque sitis, pectoris est quod honor, est decus.
Cor gemis esse fluens, quæris et unde tamen de tuo,
Inde poema voles, forte quod hoc negliget, ne fluat.

11. S. Odon empleó los grandes conocimientos que tenia en la música para escribir sobre ella un tratado en forma de diálogo. La obra ha sido conocida con el nombre de su autor por el anónimo de Molk, escritor del siglo XII, que habla ventajosamente de ella; Mr. de Sainte-Pelaye, cita esta obra manuscrita en sus viajes á Italia, no nombra el lugar, dice únicamente que comienza por esta interrogacion: *Quid est musica?* Y que le falta algo al fin.—12. El P. Mabillon cuenta entre los escritos de S. Odon, una coleccion de ciento ochenta y ocho cartas, que fueron hechas en favor de la abadía de Cluni durante los diez y seis años que gobernó este monasterio en calidad de abad. Pero el motivo que hay para mirar á S. Odon como autor de esta recopilacion, proviene más bien del cuidado que tomó para hacerla escribir, que de lo que hizo en ella por sí mismo. Está fuera de toda duda el que además de las obras de que acabamos de dar el catálogo razonado, nuestro piadoso y santo Abad dejó otras muchas que no han vuelto á encontrarse despues; de lo que vamos á tratar haciendo la enumeracion de las de esta clase de que se ha conservado alguna memoria.—1.° Sabemos por él mismo que dos años ántes que trabajase en su compendio de las Morales de S. Gregorio sobre Job, habia hecho un comentario sobre los libros de los Reyes. S. Odon siguió el mismo método que los demás intérpretes de su época, que en particular en esta clase de obras no hacian más que copiar, extractar y redactar segun su gusto y su designio lo que otros habian escrito ántes que ellos. Manifiesta que para llevar á cabo su proyecto habia recogido los mejores lugares de los Stos. Padres sobre el mismo texto sagrado; pero que habia acudido principalmente al papa S. Gregorio: *Aggregatis omnibus Patrum sententiis, maxime autem Sanctissimi P. Gregorii.* Aunque la modestia del humilde Abad no le permitia ordinariamente elogiar las producciones de su pluma, no temió sin embargo sostener que este comentario no era despreciable.—2.° El monje Juan, primer historiador de S. Odon, menciona un tratado que habia escrito sobre la llegada del cuerpo de S. Benito, abad del Monte-Casino, al Orleanés, es decir, á Fleury. Aimon, monje del mismo monasterio á últimos de aquel siglo, conoció aquel tratado. El autor refiere un famoso milagro que se habia verificado á su vista cuando asistia en aquel monasterio á una de las fiestas de S. Benito. De aquí puede deducirse el

tiempo en que compuso este escrito. No fué hasta despues de 930, que es la época de la reforma que estableció en la abadía de Fleury. El Padre Mabillon deploraba la pérdida de este tratado, en que se hubieran podido encontrar noticias sobre la traslacion del cuerpo de S. Benito á Francia contra los italianos, que lo negaron en lo sucesivo. — 3.ª En el penúltimo ó último viaje que hizo S. Odon á Roma, trabajó en aumentar con notas la *Vida de S. Martin* por Severo Sulpicio, lo que hizo á ruegos de Baudoin, abad de S. Pablo, donde se hallaba Odon hospedado y donde habia establecido la reforma. En esta ocasion sucedió un milagro. Habiendo tocado un dia á vísperas cuando se hallaba el Santo ocupado en su trabajo, le abandonó en el acto, como ordena su regla, y no pensó más que en dirigirse al coro. Llovió tanto á la noche siguiente, que el sitio en que S. Odon habia dejado sus papeles se inundó de tal manera, que se mojaron por completo los forros del manuscrito de Sulpicio, sin que la parte interior, que contenia el texto se mojase absolutamente nada. — 4.° Un autor anónimo, que escribia á últimos de 1447, dice que S. Odon habia hecho un *Compendio de los Diálogos del papa S. Gregorio el Grande*. Quiza se sospecha que este escritor ha confundido aquí los *Diálogos de S. Gregorio* con sus *Morales sobre Job*, que compendió realmente nuestro santo Abad. Pero Sainte-Marte aleja toda sospecha asegurando que S. Odon ocupa el primer lugar entre los que se han dedicado á compendiar los *Diálogos*. Añade en esta ocasion que en la abadía de S. Evroul, en el país de Ouche, en Normandía, habia un compendio manuscrito de cerca de seiscientos años. Por lo demás, no existen pruebas ni indicios que puedan autorizar á hacer á S. Odon, ó á cualquiera otro, autor de este compendio. — 5.ª Adelmar de Chabanois, que vivió en el mismo siglo que S. Odon, le atribuye un *Tratado del menosprecio del mundo*, cuya utilidad elogia. Entre los escritos que nos quedan del santo Abad no hay ninguno que lleve este ni otro título que se le asemeje. Estamos, por la tanto en el caso de contar este trabajo en el número de sus obras perdidas. Pero Duchesne, en sus notas sobre la *Biblioteca de Cluni*, ha hecho la observacion de que bajo este especioso título solo se ha querido indicar las conferencias de S. Odon. Opinion que por una parte parece apoyada en que el autor trata verdaderamente del objeto espresado en el título del tratado, y por otra en el texto de Adelmar, en que se dice que el escrito fué hecho á ruego del obispo Turpion, lo que conviene tambien á las conferencias. Si se atendiera únicamente á los diferentes títulos, de que estan adornados en los diversos manuscritos, habria una razon aparente, aunque falsa al mismo tiempo, de multiplicar los escritos perdidos de S. Odon. Ya se ha visto que en unos se intitulan *Ocupaciones*, en otros *del sacerdocio*, en aquellos *de las virtudes y de los vicios del alma*, en estos *de la corrupcion de los*

malvados. No es esto todo. En un manuscrito de la abadía de Savigni, de la órden del Císter, que parece haber sido copiado de otro de la abadía de Fleury, las conferencias llevan el título: *Del estado de esta vida: De hujus vitæ qualitate*. De la misma obra tuvo tambien un manuscrito Wolfgago Lazuis en Viena, bajo el título: *De la institucion divina*. No importa que Simler diga que la obra se hallaba dividida en seis libros, y que las conferencias lo esten solo en tres. Esta diferencia no tiene quizás otro orígen que el error del copista ó del impresor. La obra, segun la inscripcion del manuscrito, se halla dirigida al obispo Turpion, lo que confirma la opinion que establecemos aquí. — Ha sido tal la fama que ha gozado la fecundidad de la pluma de S. Odon. que además de los escritos suyos que se conocen y los que se han perdido, se le han atribuido otros muchos que no le pertenecen. 1.° De este número hay una *Historia de la traslacion del cuerpo de S. Martin á Borgoña para sustraerle al furor de los normandos, y de su vuelta de la ciudad de Auxerre á su propia iglesia de Tours*. Historia que comienza con una corta relacion del levantamiento del sitio de esta última ciudad, hecho por los bárbaros á las órdenes de Harting, uno de sus duques, y del establecimiento de la fiesta de la subvencion de S. Martin, en recuerdo de aquella victoria, que se atribuia á su intercesion cerca de Dios. Este escrito ha llevado por largo tiempo el nombre de S. Odon, y se encuentra al frente de todas las ediciones. Alberico de Troisfontaines le da como una obra incontestablemente suya. El autor de la *Historia de los condes de Anjou* le ha insertado tambien en su obra bajo el nombre de S. Odon. Todos los que han hablado despues de él, han marchado sobre las huellas de los que les han precedido, y no ha habido por mucho tiempo tradicion más constante ni ménos interrumpida. Los más hábiles críticos, tales como MM. Fleury, Baillet y el P. Mabillon, han seguido el mismo camino que los demás. Al fin se descubrió que era produccion de un impostor, y la obra dió por sí misma las pruebas suficientes. Sin recurrir al cuerpo de la historia, en que no se reconoce el estilo de S. Odon, la carta que el falsificador, para ocultar mejor sus miras, ha puesto á su frente como escrita por Foulques *el Bueno*, conde de Anjou, á nuestro santo Abad, revela su designio y contiene pruebas visibles de la falsificacion. Júzguese de los demás hechos por los dos siguientes, á que nos limitamos aquí. Es constante, como se ha visto ya, que este conde tuvo por algun tiempo cuidado de la educacion de Odon, y que en su consecuencia tenia más edad que él. La carta les supone, sin embargo, hermanos de leche: *quem mater in lactis participem accivit*. Un poco más arriba se hace hablar á Foulques de una manera de que ningun soberano lo ha hecho nunca con ningun particular. *Condescendat igitur meæ parvitati vestra sublimitas*. ¿No es ridículo ver á un conde de Anjou, hablando á un monje, usar el término de *vuestra grandeza*? Pero

sería inútil detenerse más en manifestar la falsedad de este escrito que el abate Thuilleries demostró ya en 1716. Puede verse su disertacion con este motivo en el *Diario de Trevoux*, en el mes de Junio del mismo año. La obra supuesta se halla en muchas colecciones. José Clichtone la ha insertado en la que publicó la *Vida de S. Gregorio de Tours*, y esta es la primera edicion. Margarin de la Bigne la hizo imprimir despues en la suya, de donde pasó á otras ediciones en la Biblioteca de los Santos Padres. Se halla tambien en la coleccion de Surio y en la biblioteca de Cluni. Se encuentra, por último, en la *Historia de los condes de Anjou*, en el lugar marcado más arriba.—2.° En las mismas colecciones, excepto en la de Surio, se halla á continuacion del anterior escrito un tratado bajo el nombre de S. Odon, en que procura el autor poner á S. Martin al par de los apóstoles. Pero este tratado, aunque adornado con el nombre de nuestro santo Abad, no le pertenece. El único fundamento para habérsele atribuido, es que se halla su nombre en un manuscrito de Cluni, y que el asunto que en él trata convenia mucho á la devocion de S. Odon á S. Martin. Los demás manuscritos le dan, sin embargo, el nombre de Adan: lo que ha obligado á los editores á dejar este nombre que se lee en el mismo texto. Y como le suponian, sin embargo, de S. Odon, han tenido cuidado de añadir este correctivo: *Adam, alias Odo*; y en el título *Tractatus beati Adæ, alias Odonis*. Pero no queda duda alguna de que este tratado es de Adan, abad de Persegne, de la órden del Cister, en el Maine, despues que los PP. Martenne y Durand han publicado la coleccion de sus cartas, de la que es la décima novena en el órden de la coleccion.—3.° Muchos manuscritos, y por ellos diferentes escritores, atribuyen á S. Odon una sucinta crónica, que comenzando en la creacion del mundo, conduce los sucesos históricos hasta el año de Jesucristo 937. Pero el monje anónimo de Marmontier, autor de la *Historia de los condes de Anjou*, que escribia á mediados del siglo XIII, nos refiere que esta obra es produccion de la pluma de Tomás de Loches, que habia creido deber publicarla bajo el nombre de S. Odon; lo que habia sabido, segun asegura, de boca del mismo cronista. El abate le Beuf, que pone la falsificacion de esta crónica á principios del siglo XI, la da doscientos años más de antigüedad de lo que tiene efectivamente.—4.° Jacobo Branche, en su *Historia de los santos de Auvernia*, dice que es de S. Odon la *Vida de San Mari* ó *Marius*, solitario en Mauriac y mártir, desconocido en S. Gregorio de Tours, que nos ha dado á conocer otros tantos santos del mismo país. Pero además de que Branche no apoya con ninguna prueba la opinion que sostiene, se halla destruida por la misma obra. No es más que un tejido de absurdos, de hechos imaginarios y fabulosos, indigno por consecuencia de la pluma de S. Odon. El autor quiere convencernos de que S. Mari era uno

de los discípulos que habian visto al Señor en carne mortal, que habia seguido á Roma á S. Pedro y á S. Pablo; y que, sin embargo, vivia en tiempo de S. Austremonio, primer apóstol de la Auvernia, el cual por confesion del mismo Branche habia muerto más de cien años ántes de la muerte de S. Odon. A pesar de que estas actas se hallan llenas de falsedades y tonterías, los continuadores de Bolando han sido bastante complacientes para darlas un lugar en su célebre coleccion. El P. Mabillon ha publicado tambien la parte que convenia á su designio. Ántes de que se hubiese publicado el texto latino, habia dado una traduccion francesa que se halla con las demás vidas de los santos de la Auvernia, impresas en Puy en Velay, 1652.—5.° Un manuscrito de la biblioteca de Utrech contenia en otra época un sermon sobre la Asuncion de la Vírgen Santísima, atribuido indistintamente á S. Odon y á S. Agustin, el cual es sin duda el mismo que se halla en el apéndice de los sermones de este Santo doctor y que lleva igual título. Pero los últimos editores, que dicen haberle hallado en muchos manuscritos bajo el nombre de S. Fulberto, no hablan de S. Odon.—6.° Leyendo algunos escritores con demasiada imparcialidad el lugar de la primera vida de S. Odon, donde se habla de la obra que compuso á ruego de Turpion, obispo de Limoges, han tomado ocasion de sostener que el santo Abad habia hecho un comentario sobre el profeta Jeremías. Frisio, y despues de él el P. Lelong, se han adherido de tal manera á esta opinion, que han dicho existia este comentario en fólio en la biblioteca de Viena. Pero no se trata de otra cosa en este lugar que de las conferencias de S. Odon, á que se ha dado tambien el título *Del sacerdócio* y tantos otros, como se ha dicho arriba.—7.° Baronio, ó el que ha redactado el índice del tomo X de sus Anales, confundiendo á S. Odon de Cluni con Odon ó Eudes, abad del Fosses, atribuye al primero la vida de S. Mauro, discípulo de S. Benito.—8.° Otros, por último, tomándole por Odon, obispo de Cambrai, que no floreció hasta últimos del siglo XI, han querido hacerle el honor de una exposicion del cánon de la Misa, que Margarin de la Bigne publicó en un principio en el tomo IV de su coleccion, y que se ha reimpreso despues en las demás ediciones de la misma, conocida posteriormente con el título de *Biblioteca de los Stos. Padres*. Pueden haber ocurrido otros casos, los cuales habrán hecho que se den á S. Odon de Cluni escritos que pertenecen á autores del mismo nombre. Pero los que acabamos de indicar son los más notables y los más conocidos.—S. B.

ODON (S.), arzobispo de Cantorberi. Nació en Inglaterra á últimos del siglo IX, de padres originarios de Dinamarca. Sus cualidades personales llamaron la atencion del duque Athelmo, que servia entónces en la corte del rey Alfredo, y este señor fué quien proveyó lo necesario para que el jóven Odon siguiera la carrera de las letras. Ordenado Odon de sacerdote, su pro-

tector le escogió para acompañarle á Roma, cuando en el año 887 fué á depositar sobre la tumba de los santos apóstoles las limosnas del rey de los Sajones occidentales. Sus virtudes le dieron mucha influencia en la corte; de modo que así Alfredo como Eduardo, su hijo y sucesor, le confiaron negocios de suma importancia. Más adelante el rey Atelstono le nombró su capellan, y despues le promovió á la silla episcopal de Wilton; y cuando la muerte terminó los dias de este príncipe en 941, su hermano Edmundo, que le sucedió en el trono, guióse constantemente por los consejos de este santo prelado. Despues fué promovido Odon á la silla arzobispal de Cantorberi, habiendo recibido préviamente el hábito de la órden de S. Benito de manos del abad de Fleury, sin cuya recepcion no podia instalarse en su silla. Esta formalidad da lugar á creer que hasta entónces los arzobispos de Cantorberi debian salir de la Orden Benedictina. Sucedió á Edmundo su hermano Ebredo, y á éste Ewique; fué consagrado por manos de S. Odon en la iglesia de Kingston. Este soberano, léjos de imitar los ejemplos de sabiduría que le dejó el reinado de su padre, gobernó con tanto desacierto que los súbditos se rebelaron contra él y le derribaron del trono para poner en su lugar á su hermano Edgar. Este príncipe acudió luego á los consejos de Odon, quien con S. Dunstan, obispo de Worcester, le ayudó á llevar el peso del gobierno contribuyendo á la formacion de sabias leyes y á reparar los males que habia ocasionado la tiranía de Ewi. Eran tan públicas y reconocidas las virtudes de S. Odon, que ya en vida la Inglaterra le enaltecia con el dictado de *Bueno*, al cual se unió despues de su muerte el de *Santo*. Su fallecimiento tuvo lugar en el año 961, y su nombre se halla en todos los Martirologios de Inglaterra en 4 de Julio.—M.

ODON (V.) Fué este esclarecido prelado de la Iglesia monje benedictino en el monasterio de San Marcos Tornacense, donde se esmeró tanto en la observancia de las santas constituciones y reglas, que cuando hubo de nombrarse abad de aquella santa casa, se fijaron en él las miras de todos los monjes, y por consiguiente por comun acuerdo fué constituido en tan importante cargo. Desempeñóle tan á satisfaccion de todos, que aun aquellos mismos á quienes habia de reprender ó castigar, recibian sus determinaciones de buen grado: es verdad que las daba un tinte de la angelical dulzura que formaba su carácter, y por consiguiente nadie veia en ellas lo amargo que contenian sino el fruto sazonado que de ellas habia de resultar despues. Tanto fué el aprecio que mereció su conducta, que al vacar el obispado camaracense se acordaron de este distinguido abad, y como su profundísima humildad le hacia renunciar á este y á los demás importantes cargos en que más de una vez quisieron constituirle, fué preciso que sus superiores, autorizados por el Romano Pontífice, le obligáran á aceptarlo, y consagrándole

poco ménos que por fuerza, le constituyeron en su importantísimo puesto. Comenzó por reunir al clero y dirigirle su paternal voz, haciéndole comprender lo importante y conveniente que es que todos caminen unidos para procurar el bien general, y que era una necesidad imperiosa que los sacerdotes dieran buen ejemplo, en razon á que son el espejo en que se miran y han mirado siempre los fieles. Luego que les hubo hecho estas paternales amonestaciones, les indicó que estaba dispuesto á hacer observar todas y cada una de las prescripciones canónicas, acerca de cuya observancia exigiria á todos la responsabilidad que procediese; pues solo caminando con estricta sujecion á las leyes de la Iglesia, es como él se creia capaz de gobernar su diócesis, algun tanto relajada, no en vicios pues estos no eran frecuentes ni en el pueblo ni mucho ménos en el clero; pero sí en esa especie de apatía que sin ser por sí un verdadero mal, es el principio de todos los males. Luego que hubo preparado con tan oportunas advertencias á todo su clero, comenzó su santa visita, haciéndola con toda diligencia y esmero, siempre á su costa, y no permitiendo que los pueblos ni los curas hiciesen gasto alguno, y contentándose para su manutencion y la de sus compañeros con los manjares más vulgares; pues decia con mucha gracia que en la visita como en el resto del año, el señor Obispo era un monje y nada más. A pesar de que le vemos tan humilde, y que con indecible facilidad se amoldaba á las circunstancias para comer, descansar y residir en los pueblos de su tránsito, lo que es en atacando á los derechos ó prerogativas de la iglesia que Dios habia puesto á su cuidado, las defendia hasta la sumo y no tenia reparo en hacer á los reyes ó potentados los cargos que creia convenientes, sin ceder su lugar á ninguna de las exigencias, y sabiendo muy bien decirles, si llegaba la ocasion, que si ellos eran soberanos en su órden él lo era en otro, y que debian respetarse mútuamente. Esto fué sin duda lo que dijo al emperador cismático Enrique IV, y lo que le exasperó, de modo que decretó su destierro y mandó que inmediatamente se le hiciese alejar de su diócesis, sin otra razon que la de que no consentia que se alterase en lo más mínimo la fe católica, ni que se introdujesen las variaciones que el monarca queria; pensando que esta contemporizacion con el error le podia salvar, ó mejor dicho, olvidándose de que fuera de la Iglesia católica y apartándose siquiera un ápice de las prescripciones y dogmas, es imposible encontrar salud ó salvacion, aun cuando aparentemente sean ligeras las variaciones que se quieran introducir. No hay necesidad de manifestar que el Obispo padeceria mucho en su destierro, pues por una parte el abandono en que quedaban sus feligreses, y por otra su carencia absoluta de recursos, le hacian sufrir necesidades y privaciones, que ofrecidas por él al Señor, le servian de mérito como el martirio, pues que ciertamente sus padecimientos

eran por la fe y sus servicios á la Iglesia como los de sus más ínclitos mártires. En paz y en Dios pasó los dias que el Señor quiso concederle, y como no se restableció la unidad católica, y el usurpador no quiso venirse á buenas en la confesion de todos los artículos del Símbolo, la muerte le acometió en Aquiscinto, y sus sagrados despojos esperan allí la resurreccion de la carne. Profundo disgusto produjo este acontecimiento en todo su clero, que tenia en él un padre y un apoyo; pero se consolaban con que además de las virtudes que como obispo practicaba era tambien muy bueno como particular, observando las mismas reglas y constituciones que si estuviese en su monasterio, donde tambien se sintió su pérdida, si bien se consolaron con la noticia de que el fundamento de su persecucion habia sido la firmeza de su fe y la constante adhesion á la Iglesia que mostró en las pastorales que dió á su pueblo y á su clero, animando á todos á sufrir las persecuciones y hasta la muerte, ántes de condescender en apartarse un punto de lo que les habia enseñado su buen prelado, que era toda la verdad y solo la verdad. Escribió con mucho acierto un precioso tratado *De incarnatione Domini*, y fué el primero que disertó sobre el cánon de la Misa, demostrando en ambas obras profundos conocimientos y la misma firmeza que habia hecho notar en sus contestaciones con el inicuo emperador. —La época en que floreció este distinguido prelado fué el año de 1100, mas la circunstancia de su destierro fué un motivo de que no pueda detallarse fijamente su muerte, si bien es de creer que acaeciera esta el dia 9 de Octubre de uno de los primeros años del siglo XII, porque en este dia es en el que su venerable órden Benedictina celebra su gratísima memoria, pues aun cuando no está declarado santo ni beato, la Iglesia ha sancionado el que se considere y proclame como venerable al constantemente fiel obispo Odon, monje benedictino. —G. R.

ODON, cardenal obispo de Ostia, que forma el objeto de este artículo, ha sido confundido por algunos autores con el papa Urbano II, que llevaba el mismo nombre ántes de su pontificado y habia ocupado tambien la sede episcopal de Ostia. Pero es un personaje muy diferente, y no era ni sobrino ni pariente próximo de este Pontífice, como lo han sostenido los historiadores de los cardenales franceses, y otros muchos ántes y despues de ellos. Si hubiera tenido esta circunstancia, Baudri, abad de Bourgueil, contemporáneo suyo, que ha referido en su elogio otras tantas particularidades mucho ménos notables, sin duda no hubiera olvidado esta. Todo lo que se nos refiere como cierto de los primeros actos de su historia, se reduce á darle como francés, hombre bien formado, de buena estatura, de carácter agradable, de fácil y gracioso acceso, y que tenia bastante buenos estudios para merecer los títulos de orador, de poeta, de filósofo, y que en su juventud habia abrazado la profesion monástica en la abadía de Cluni durante el

gobierno del célebre S. Hugo. No estamos mejor instruidos del resto de su historia, desde su elevacion á las dignidades eclesiásticas, habiendo llegado hasta nosotros muy pocos de sus hechos. Habiendo sido creado papa Odon de Lageri en Marzo de 1088, bajo el nombre de Urbano II, como se ha dicho en su artículo, dejó vacante el obispado de Ostia, primer sufragáneo de Roma. Poco despues le llenó, colocando en él al personaje de que nos ocupamos, á quien creó cardenal. Urbano habia conocido bastante bien su mérito en Cluni, donde habian profesado juntos la regla de S. Benito. Segun todas las apariencias, Odon se hallaba entónces tambien en Roma, donde no estaria sin duda en la inaccion, habiendo sido verisímilmente del número de aquellos monjes sabios y virtuosos que el papa Gregorio VII habia pedido al abad de Cluni para ayudarle contra los esfuerzos de los cismáticos. Elevado Odon á la doble dignidad de cardenal obispo, hizo mucho honor al episcopado, y llegó á ser uno de los principales consejeros del Papa y una de las más firmes columnas de la Iglesia. Aunque rígido observador de las reglas de la justicia, era, sin embargo, muy afable, y sabia hacerse lugar con todos. Amaba apasionadamente la poesía, que cultivaba en sus ratos de ocio. Apreciaba en su consecuencia á los poetas, los protegia, los animaba con sus buenos oficios y con recompensas. Sostenia aun en Francia relaciones literarias con ellos, en particular con Baudri, abad de Bourgueil, que le ha celebrado en gran manera en sus versos. El afecto que tenia Odon á su iglesia no le permitió seguir á Francia al papa Urbano II, como hicieron otros tantos obispos de Italia. Así no asistió al gran concilio de Clermont, y tampoco sucedió á este Pontífice en el trono de S. Pedro, como se lo profetizaban los poetas. Pero tuvo el honor de hacer en 1099, asistido de otros cardenales obispos, la ceremonia de la consagracion del que le sucedió, es decir, de Pascual II. Odon vivia aun en el año siguiente en que suscribió con Milon una bula del Papa en favor de la abadía de Cluni. Murió en 1101, sin que se sepa el mes ni el dia de su muerte. Entre los elogios que el abad Baudri hace de nuestro prelado, elogia mucho su gran saber: *Ditat*, le dice, *littera dives*, y le presenta en particular como orador incomparable: *maximus orator*. No se sabe, sin embargo, que ensayase Odon su pluma en producciones considerables. Si publicó algunas en su tiempo, se ha dejado no solo de trasmitirlas á la posteridad, sino aun de conservar su memoria. Todo lo que de él nos queda se reduce á lo siguiente: 1.° Una *elegia* en veinticuatro versos, dirigida al mismo Baudri, de quien elogia extremadamente un escrito que acababa de leer, y que parece ser la coleccion de sus poesías. No habiendo hallado Odon su nombre entre el de otros tantos grandes hombres que el poeta celebraba en ellas, le reconviene agradablemente en esta elegía, y le insta á hacer al ménos un distico en que se hallase el

nombre de Odon. Baudri le dedicó con este motivo una elegía de ciento ocho versos, á que siguió poco despues una mucho más corta que la anterior. De la de nuestro prelado se infiere que tenia algunas ventajas en cuanto á la versificacion sobre el vulgo de los versificadores de su siglo.—2.° Se ha hablado en otro lugar de Sta. Milburga, cuyo cuerpo fué descubierto en 1101, ocurriendo diferentes milagros, que tuvo cuidado de recoger Aton, cardenal obispo de Ostia. De lo que infieren con mucha verosimilitud los primeros sucesores de Bolando, que este Aton no es otro que el prelado de cuyos escritos nos ocupamos. Se presenta, es verdad, una dificultad, que es que no se ve el motivo que tuvo para hacer esta relacion, y con qué ocasion puso en ella la mano. Pero la dificultad desaparece cuando se reflexiona que los mismos críticos observan con mucho juicio que el papa Pascual pudo muy bien enviar á nuestro Cardenal obispo, despues de su consagracion, á Inglaterra, á desempeñar el cargo de legado de la Santa Sede y á hacer conocer al nuevo Papa contra Guibert, que continuaba siempre obrando como tal. De manera que Odon se hubiese hallado en el mismo lugar, y hubiese sido quizá testigo del descubrimiento del cuerpo de Sta. Milburga y de algunos otros milagros que le siguieron. Se ignora, por lo demás, lo que se ha hecho de la relacion que escribió, y que no se halla en ninguna parte.—S. B.

ODON. Este canónigo regular pertenece al siglo XII. Monje en la abadía de S. Victor de Paris, fué sacado de ella para ser primer abad del monasterio de S. Pedro de Auxerre, entre el año 1167 y 1178. En este año cesó en esta dignidad y se quedó de simple canónigo regular; pero siempre fué considerado por Guillermo de Toncy obispo de Auxerre. En las cartas de este prelado de 1118 y 1181, concernientes al monasterio de S. Marien, se le denomina *Magister Odo, canonicus sancti Petri*, ó simplemente *Magister Odo*, habiendo tomado equivocadamente Mr. Papillon en su *Biblioteca de autores de Borgoña* estas cartas por de Odon. Consérvanse de este canónigo siete cartas escritas á diversas personas, impresas por Lucas Acheri, en su obra. En la primera carta trata Odon de la observancia regular de los canónigos regulares y de sus votos y obligaciones; la segunda es una carta consolatoria á uno de sus cofrades, aconsejándole permanezca en su monasterio, y en la tercera elogia la virtud de la obediencia. Da avisos en la cuarta sobre las precauciones que deben tomar los religiosos cuando se hallan fuera del monasterio; la quinta contiene interesantes avisos sobre el buen uso que deben hacer de la ciencia; en la sexta prueba que las cosas del siglo conducen á despreciarle; y en fin, la sétima es una exhortacion á la práctica de los ejercicios á la vida religiosa, y habla en ella de las tentaciones y de su utilidad, de la castidad y de los medios de conservarla. El abate Beuf es de opinion que por *Apponi-Villa*, de que habla en su segunda carta, debe en-

tenderse, no el Appoigny, cerca de Auxerre, sino Amporville, priorato dependiente de S. Victor de París, situado en la diócesis de Sens. El mismo opina tambien, que la sexta carta fué escrita á Gilles, ministro del reino, que segun la *Crónica de S. Marien*, cayó en desgracia con la muerte de Luis *el Jóven*, cuyo Gilles fué hermano de Garmond, abad de Pontigny. La *Coleccion de sentencias*, impresa al fin de la obra de Hug de San Victor, pertenece á Odon, segun los mejores críticos, y dejó tambien varias obras manuscritas, para lo que puede consultarse la *Biblioteca de autores de Borgoña*, el *Catálogo de escritores de Auxerre* y las *Memorias del abate Beuf sobre la Historia Eclesiástica de Auxerre*.— C.

ODON, discípulo de la escuela de S. Evroul, monje despues de esta abadía y luego uno de los fundadores de la universidad de Cambridge, donde marchó con cinco compañeros. Establecido en Cotenham, cerca de la ciudad, iban á ella todos los dias y daban lecciones públicas, reuniendo muy en breve gran número de discípulos. El segundo año se aumentó este número prodigiosamente, de modo que el sitio que habian alquilado para sus ejercicios literarios fué demasiado pequeño, y la iglesia más grande era demasiado estrecha para contenerlos. Tomaron, pues, el partido de separarse, para dar sus clases unos despues de otros, conformándose con el método que siguió desde entónces en la Academia de Orleans. Por la mañana temprano; el monje Odon, que poseia perfectamente las bellas letras, enseñaba á los niños y á los ménos adelantados la gramática, siguiendo las reglas de Prisciano, aumentadas por Remi de Auxerre. A las seis de la mañana, tambien su compañero Terrico, que era un hábil dialéctico, explicaba á los jóvenes la lógica de Aristóteles con las introducciones y los comentarios de Porfirio y de Averroes. A las nueve daba Guillermo lecciones de retórica, tomando principalmente por modelos á Ciceron y á Quintiliano. Por último, todos los dias que no eran de fiesta, Gilberto, sabio profesor de teología, explicaba la Escritura Sagrada á los literatos y á los sacerdotes que iban á oirle. Pero para hacerse útil á todos, predicaba este profesor al pueblo en diferentes iglesias los domingos y otros dias de fiesta. Procuraba en particular en sus instrucciones la conversion de los judíos, que eran en gran número en aquella ciudad, segun parece, y consiguió convertir á muchos. El venerable Jofrido, elegido abad desde 1109, tenia cuidado de visitar á sus hermanos de tiempo en tiempo, y no lo hacia nunca sin predicar tambien al pueblo. Tenia un talento privilegiado por la palabra, y aunque sus discursos no estuvieran más que en latin ó en romance, que no solian entender la mayor parte de sus oyentes, no por eso dejaban de correr á escucharle, no solo de la ciudad, sino tambien de los lugares vecinos. Sucedia con frecuencia que los que ignoraban la lengua del país, se enternecian al oir sus discur-

sos hasta derramar lágrimas; tanta era su habilidad para hablar en público. Siempre que lo hacia, tenia la seguridad de ganar al ménos tres ó cuatro personas, fueran de letras ó de otra clase. Tal fué el orígen de la universidad de Cambridge, que desde el tiempo de Pedro de Blois, es decir, ántes de la conclusion del siglo XII, habia tomado tal incremento, que proporcionaba maestros y doctores á casi toda Inglaterra. — S. B.

ODON, discípulo de S. Roberto de Moleme, y conocido por una carta que dirigió á este prelado sobre el estado de su conciencia; fué sucesivamente canónigo regular, y despues abad de S. Quintin de Beauvais cerca de Gabon. Murió en 4 de Octubre de 1105, sucediéndole Raoul. —S. B.

ODON, abad de Marmontier, conocido por una carta que le escribió San Bernardo, exhortándole á terminar un proceso que tenia su comunidad con algunos eclesiásticos, con motivo de un altar, es decir, de una iglesia parroquial con el diezmo. Se habian remitido de ambas partes á la decision del obispo de Chartres Thibaud, conde de Champaña. La sentencia arbitral no fué favorable á la comunidad de Marmontier, y algunos de los monjes quisieron apelar, aunque el asunto habia sido propuesto por el abad con el parecer de los ancianos. S. Bernardo demuestra lo injusto de esta oposicion, ya con la autoridad de la regla de S. Benito, que ordena á los religiosos de una comunidad someterse sin resistencia á lo que haya resuelto el abad, despues de haber recogido sus votos, y porque en el caso presente, la causa de los clérigos era más justa que la de los monjes. En efecto, la parroquia que era objeto de la cuestion, se hallaba servida exclusivamente por eclesiásticos, y los monjes de Marmontier no la prestaban ningun servicio, por lo cual les dice: «¿Con qué frente os atrevereis á beber vino de una viña »que no habeis plantado; á tomar la leche de un rebaño que no apacen»tais? Si pretendeis tener derecho á ello, bautizad los niños, enterrad los »muertos, visitad los enfermos, celebrad matrimonios, enseñad á los igno»rantes, reprended á los libertinos, excomulgad á los rebeldes, absolved á »los que confiesan sus faltas, reconciliad á los penitentes, haceos oir en me»dio de la iglesia, vosotros, cuyo principal deber es escuchar y callar.» Conviene, sin embargo, S. Bernardo, en que los monjes de Marmontier tenian derecho de gozar del diezmo despues que el obispo les habia investido de él, y se reduce á condenarlos por la transaccion que habian hecho con los canónigos. El P. Mabillon pone en sus notas sobre esta carta el acta de donacion de una iglesia y de una capilla á Odon, abad de Marmontier, en consideracion del celo que manifestaba en hacer celebrar á su comunidad los oficios divinos. — S. B.

ODON, abad de Marimond. La historia de este autor se halla embrollada en un caos de que no es fácil desembrollarla. Todos los modernos que he-

mos consultado convienen en decir que Odon cisterciense, despues de haber sido prior de Morimond, fué abad de Beaupré, de donde le sacaron para colocarle en la silla abacial de Morimond, cuyo cargo murió desempeñando en 2 de Mayo de 1161. Pero todo esto no puede conciliarse con lo que se refiere en el tomo IX de la *Nueva Galia cristiana*, donde se ve en efecto en la lista de los abades de Beaupré, que habiendo muerto Thierri II, abad de esta casa, en 1160, fué reemplazado por un Odon, que gobernó hasta 1190, y aun hasta 31 de Agosto de 1200, segun su epitafio que asigna su muerte en esta época. Dedúcese de aquí que Odon, abad de Morimond, no ha podido ser el abad de Beaupré; á ménos que no se suponga que este último monasterio ha tenido dos abades de este nombre en el siglo XII; que nuestro Odon fué solo por poco tiempo abad de Beaupré, ó que lo fué, lo que es ménos verosímil, al mismo tiempo que lo era de Morimond; por último, que está equivocado el epitafio de Odon de Beaupré, al ménos en lo que asegura que fué el tercer abad de esta casa. Es verdad que el autor del epitafio, que verisímilmente no es del siglo XII, ha podido engañarse, porque no habrá reconocido por abades de Beaupré más que á aquellos cuyas tumbas se hallasen visibles en su época, ó al ménos cuyos nombres estuviesen consignados en las actas de la casa. De todas maneras Odon, abad de Morimond, era segun el testimonio de uno de sus discípulos, un hombre dotado de grandes cualidades, de un genio fecundo, de una elocuencia viva y tierna, de una vida ejemplar, de una prudencia y una caridad, que le atraian el amor y la veneracion de todos sus hermanos. Fiel á una de las más esenciales obligaciones de un superior, distribuia con frecuencia á su comunidad el pan de la palabra divina. Escribió algunas de sus pláticas; pero no lo hizo con la mayor parte, sin duda porque su modestia le ponia en el caso de creer que no merecian pasar á la posteridad. Sus discípulos, que juzgaban de diferente manera, obtuvieron de él, á fuerza de importunidades, el permiso de escribirlas miéntras él las pronunciaba. Pero más deseosos de conservar el sentido que las palabras, cada uno arreglaba su copia á la impresion que el orador hacia en su espíritu, y de aquí procede que sus sermones varian tanto por el estilo como por el arreglo de los diferentes ejemplares que de ellos poseemos. Uno de estos copistas confiesa que si Odon se hubiera querido tomar el trabajo de ponerlos en estado de ser publicados, tendrian muchas más bellezas. Estos sermones, cuyo fondo principal consiste en la explicacion del sentido místico de la Sagrada Escritura, no tienen en verdad, segun lo observa el P. Tissier, la misma nobleza de estilo que las demás obras de Odon. Prueba de ello son los cinco fragmentos que ha publicado el P. Combefis en su *Biblioteca de predicadores*, y que son los únicos que han visto la luz. No podemos determinar el número de los que contienen los

manuscritos. Oudin dice haber descubierto dos colecciones diferentes en la abadía de Long-Pont, la primera de las cuales contiene cincuenta y seis sermones sobre las dominicas de adviento, las de cuaresma, las principales fiestas del año, y en particular las de la Santísima Vírgen. Este manuscrito se hallaba en los Carmelitas descalzos de Clermont en la Auvernia. Oudin no da noticia alguna de la segunda coleccion. Parece, sin embargo, que en la Biblioteca Imperial de Francia hay un ejemplar de los sermones de nuestro autor, en número de cincuenta y cuatro, diferente de los de la coleccion de Long-Pont. El texto del sermon versa sobre estas palabras de Isaías: *Sibalavit Dominus muscæ quæ est in extremo fluminum Ægypti;* y la segunda parte comienza por estas de S. Pedro: *Deponentes omnem dolum, etc.* El treinta y cuatro, que es del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, es el mismo que el publicado por el P. Combefis. Los demás se refieren en su mayor parte á diferentes objetos de moral, y lo mismo convienen á una fiesta que á otra. Créese tambien que pertenecen á Odon algunos sermones que se hallan en los manuscritos de Bec. Tienen simplemente el título de un abad de Morimond, sin expresar el nombre del autor. Si pudiéramos comparar los manuscritos de los sermones que se atribuyen comunmente á Odon, abad de Shirton, en Inglaterra, á Odon, abad de S. Martin de la Bataille en el mismo reino, y á Odon de Soissons, quizá podriamos descubrir muchos que pertenezcan á nuestro autor. Lo indudable es que debe reconocerse como suyo un sermon sobre estas palabras de S. Juan: *Stabat juxta crucem mater Jessu*; sermon que algunos atribuyen á S. Odon de Cluni, y que se halla citado bajo el nombre del abad de Morimond en una lista de escritores eclesiásticos redactada en 1440. El reconocimiento de los demás escritos de este autor, sumidos todos en la oscuridad de las bibliotecas, no es difícil de hacerse. En la biblioteca de S. Benito de Cambridge se conserva un comentario sobre el Pentateuco, que Tomás James cree ser de Odon de la Bataille. Otro sobre los Salmos, que se ve en Oxford en la biblioteca de Bailleul, le es tambien atribuido por el mismo crítico, lo propio que una explicacion sobre los Evangelios contenida en otro manuscrito. Como estos tres comentarios son del género místico, Odon piensa que podrian formar parte de una obra de nuestro autor, de que hay ejemplares en Morimond y y en Goigni, bajo el título de *Explicaciones místicas y morales de diferentes lugares del Antiguo y Nuevo Testamento.* Las palabras por que comienza esta produccion son: *Ut in novo opere Veteris recordemur Testamenti.* Sin embargo, en otros manuscritos que dice haber visto Oudin, tiene el nombre de Guillermo, abad de Auberive; pero en el prólogo se nos da la clave de esta diferencia de atribuciones, diciendo que la obra sería mucho más perfecta, si la hubiese redactado el mismo Odon. Solo los argumentos son de él: la for-

ma y el estilo pertenecen á otro, y este otro es el abad de Auberive, que habia sido discípulo suyo. Oudin refiere que éste tuvo la misma parte en otra obra de Odon, que tiene por objeto la significacion mística de los nombres. Se halla dividida en diez libros bajo el título de *Análisis de los nombres*. Lo místico de esta produccion no se halla al alcance de todos. Pero lo que tiene literal es muy curioso por su relacion con el modo de contar de los antiguos. Los bibliógrafos conceden otras obras al abad de Morimond por conjeturas falsas ó inciertas. En el catálogo de la *Biblioteca Paulina* de Leipsick se le hace autor de un escrito sobre la muerte de S. Bernardo: *De transitu Sancti Bernardi*. Balec le atribuye un diálogo sobre la religion cristiana, de que son interlocutores Leon y Odon. Pero esta produccion pertenece á Odon, obispo de Cambrai. El mismo bibliógrafo cita tambien una cronica entre sus escritos. Pero sin duda se refiere á la de Othon de Frisinga, que habia sido abad de Morimond, ó la que llevó en otro tiempo el nombre de S. Odon de Cluni, y que pertenece en realidad á Tomás de Loches. Por último, se pretende que Odon de Morimond ha escrito un *Enchiridion ó Manual sobre la Música*, en forma de diálogo, entre el maestro y el discípulo. En realidad existen manuscritos en la Biblioteca Imperial de Francia, que contienen tratados de música que llevan el nombre de Odon. Pero como no hay ninguna prueba de que sean de nuestro autor, más bien que de otro cualquiera del mismo nombre, no nos atrevemos á dar nuestra opinion en el asunto.—S. B.

ODON, abad de S. Remi de Reims, fué sacado de la abadía de Maurigni, casa de Etampes, de donde era profesor, para ser abad de S. Crispin *el Grande*, de Soissons. El celo con que ejercia la hospitalidad le valió la ventaja de recoger los últimos suspiros de S. Godofredo, obispo de Amiens, que murió en S. Crispin el 8 de Noviembre de 1115. Habiendo abdicado Azenario, abad de S. Remi de Reims, Conon, legado de la Santa Sede, hizo nombrar á Odon para reemplazarle. Halló su nueva abadía en un desórden que le costó mucho trabajo el mejorarla. En 1126 se dirigió á Roma para hacer confirmar la sentencia de excomunion que habia obtenido de Renaud de Martigné, arzobispo de Reims, contra Guiter, conde de Rhetel, que saqueaba los dominios de S. Remi. En el curso de este viaje pasó por la gran cartuja, cuyo prior, Guignes I, le recibió con una política y una cordialidad verdaderamente cristiana. Admirado de los grandes ejemplos de virtud que observó en aquella soledad, concibió el designio de establecer una cartuja en la diócesis de Reims. Habiéndolo propuesto á su capítulo á su regreso, le halló en disposicion de secundar sus miras. El territorio, llamado despues Mont-Dieu, dependiente de la abadía, fué destinado á este establecimiento. Odon puso en 1130 la primera piedra de la nueva cartuja; pero la obra fué

interrumpida por un viaje que hizo para dirigirse al concilio de Pisa, celebrado en 1334. Al volver de esta asamblea participó de la suerte de los prelados franceses, á quienes una banda de ladrones detuvo, maltrató, despojó y puso en prision en Monte-Cremoli en la Toscana. Su libertad siguió de cerca á su detencion. Odon acabó en 1137 los edificios de Mont-Dieu; su gobierno fué señalado tambien por otras buenas obras. Los papas Honorato II, Inocencio II y Eugenio III le dieron muestras de su estimacion. Fué acogido de una manera no ménos distinguida por el emperador Conrado, cuando salió á su encuentro á Polonia en 1138 para asuntos que no refiere la historia. Habiendo ido á la corte del mismo Emperador siete años despues, obtuvo un diploma, fechado en Maestricht en 1145, en que se dice que el rey de Romanos será en lo sucesivo el protector de S. Remi por los bienes situados en los límites del imperio. Este respetable abad murió en el ejercicio de las virtudes religiosas el 10 de Julio de 1151. Fué enterrado en la iglesia de S. Remi, á la puerta del coro, frente de la tumba del arzobispo Raoul-le-Vert. Sobre la suya se halla la figura de un cartujo con una plomada de albañil en la mano, para manifestar la construccion de la cartuja de Mont-Dieu. El papa Eugenio le colma de elogios en la carta que escribió á su sucesor Hugo. Dos epístolas y una carta es todo lo que nos resta de sus escritos. La primera, publicada por el P. Mabillon en el tomo primero de sus *Analectas*, se halla dirigida al conde Tomás, que el editor cree sea el famoso Tomás de Marle, señor de Concio. A ser esto cierto, debió escribirse no en 1139, como piensa el P. Mabillon, sino ántes del año 1135 que es la época de la muerte de este señor. Las cosas que refiere en esta carta no son de ningun modo dignas de crédito, sin perjuicio sin embargo de su sinceridad. Odon dice haber visto en Roma un arzobispo de las Indias, acompañado de dos embajadores del emperador de Constantinopla, el cual atestiguaba que un rio que rodeaba la capital de su metrópoli se secaba todos los años ocho dias ántes y ocho despues de la fiesta del apóstol Sto. Tomás; que habiendo hecho exhumar el cuerpo del Santo, vió con asombro que le tendia la mano, cuando se postraba para venerarle; que este milagro se repetia siempre que los fieles le llevaban ofrendas; pero que cuando se presentaban los herejes, en vez de abrir la mano, la tenia el Santo fuertemente cerrada, como para desechar sus dones. El Papa trató esta relacion de fábula y de impostura conforme lo merecia. No dejó, sin embargo, de obtener crédito entre el pueblo, y nuestro autor fué uno de los engañados por el prelado indiano. La segunda carta, publicada por el P. Martenne y el P. Durand en el tomo II de su grande coleccion, se halla dirigida á Wibaldo, abad de Stavelo, cuyo nombre, segun la mala costumbre de la época, no está marcado mas que por la letra mayúscula. Odon, le da parte de la muerte de

Esteban; *nuestro monje*, dice, y *vuestro apoderado*. Le envia sus cuentas, *depositum*, tales como se las habia dictado Esteban ántes de su muerte, le suplica encomiende al difunto en sus oraciones, y nombre otra persona en su lugar. La escritura se refiere á la fundacion de la cartuja de Mont-Dieu. Está muy bien dictada. Menciona á los que habian contribuido á este establecimiento. Detalla las tierras que formaban su dotacion, y marca sus límites. Habiéndola publicado imperfecta y llena de faltas el P. Marlot, lo fué despues de nuevo por el P. Mabillon, de una manera más correcta, en sus *Anales de la órden de S. Benito*.—S. B.

ODON, abad de Santa Genoveva. Fué canónigo regular de la órden de S. Agustin en la abadía de S. Victor de París, donde se distinguió de tal manera por su ciencia y su piedad que en 1140, despues de la muerte del célebre Hugo de San Victor, le sucedió en las funciones de prior, bajo el gobierno del abad Guildin. Ocupó este puesto hasta 1148, es decir, hasta la época en que llamado por Suger para reformar el monasterio de Santa Genoveva, fué el primer abad regular de aquella comunidad. En esta calidad y como administrador de sus bienes, hizo las transacciones, concesiones y cambios de que dan cuenta los autores de la *Nueva Galia cristiana*; pero que no pertenecen de ningun modo á la historia de la literatura. La última de estas actas es de 1152, y se deduce de ella que abdicó Odon poco tiempo despues las funciones de abad para retirarse á San Victor, pero no se le ve reemplazado en Santa Genoveva por Aubert ó Albert hasta 1163, ó lo más pronto 1161. Odon fué, sin embargo, en 1165 uno de los padrinos de Felipe Augusto. Murió en S. Victor en 1165 segun Du Boulay, en 1166 segun Oudin, en 1167 segun la antigua *Galia cristiana* y en 1173 segun la nueva, no hallándose noticia alguna en los manuscritos de Santa Genoveva que pueda decidir sobre estas fechas. El *Necrólogo* dice solamente que Odon terminó su carrera el dia tercero ántes de las calendas de Mayo. El P. Dumolinet, que ha escrito su vida y que la ha llenado de largos detalles sobre los desórdenes monásticos que reprimió este primer abad de Santa Genoveva y sobre los obstáculos que tuvo que vencer, como lo atestigua San Bernardo, no nos refiere ni los escritos que compuso en los años que vivió despues de su retiro de San Victor. Mercier, abad de San Mercier, que ha aumentado un gran número de notas manuscritas á un ejemplar de la *Bibliotheca mediæ et infimæ latinitatis* de Fabricio, no ha aumentado nada al sucinto artículo que concierne á este Odon. En una palabra, ignoramos lo que autorizó á los redactores de la *Galia cristiana* á fijar su muerte en 1173. Ponen, por otra parte, su epitafio que se hallaba en Oudin y Malingu. Atendiendo al escaso mérito de esta composicion nos abstendremos de copiarla íntegra, y así no reproduciremos aquí más que los dos últimos versos, que

igualan y aun exceden un poco en mal gusto á los ocho que les preceden:

Ne pereas per eum te, Parisius, Paradiso,
Orbe parente, para, non paritura parem.

A este Odon se atribuyen dos *Cartas* que imprimió el P. Beaugendre á continuacion de las de Hildeberto, las cuales se hallan con otras cinco del mismo autor en el *Spicilegio* del P. Dachery. La primera de estas cartas expone las obligaciones de los canónigos regulares. En la segunda se consuela y exhorta con ardor á uno á no abandonar su monasterio. La obediencia monástica es el argumento de la tercera. La cuarta trata de las precauciones que deben tomar los religiosos fuera de sus conventos. El autor enseña en la quinta á hacer buen uso de la ciencia; en la sexta á despreciar el siglo ó el mundo, y en la última á amar las prácticas de la vida religiosa. La sexta es la más importante de estas cartas, porque se halla dirigida á un ministro ú hombre de estado en la desgracia. «El Rey, dice el autor, os persigue »como si fuerais su enemigo, á vos que viviais cerca de él en la más hon»rosa familiaridad. Todo lo que habeis establecido en París á fuerza de tra»bajos, ordena la Reina destruirlo.» Estas cartas se han atribuido tambien á Odon, abad de San Pedro de Auxerre, como hemos dicho en su artículo y aun á otros muchos personajes que en el siglo XIII llevaron el mismo nombre, por no ser fácil distinguir el que compuso estas siete epístolas ascéticas. Oudin y los autores de la *Nueva Galia cristiana* han probado bastante bien, sin embargo, que no pueden ser ni de un Odon benedictino á quien las atribuye Cave, ni de otro Odon designado por Pagi, pero que fue obispo de Cambrai, y no fué nunca canónigo regular, calidad que toma expresamente el autor de estas cartas: tampoco se han comprendido por esta razon entre los opúsculos de Odon, abad de Morimond, opúsculos de que han dado una lista muy completa, ó de la que al ménos no han separado más que un tratado sobre los misterios de los números, citado por el abate Lebeuf; así para indicar el autor de las siete cartas ascéticas, no puede vacilarse entre nuestro autor y el del mismo nombre, que fué abad de San Pedro de Auxerre—S. B.

ODON, médico y abad de Santa Genoveva. Dos concilios de Francia, dice el abate Lebeuf, prohibieron á los religiosos dedicarse á la medicina, á saber: el de Montpellier en 1162 y el de Tours en 1163; y en 1212 el vigésimo cánon del concilio celebrado en París ordenó que los regulares que habian salido de su claustro para el estudio de la medicina y del derecho, serian obligados á volver á él. Pero puede dudarse que este cánon fuese llevado á la práctica, pues se ve algun tiempo despues á un abad de

Santa Genoveva de París calificado, por honor, del título de médico ó de práctico en la medicina. Se asegura tambien en su convento que habia escrito libros de medicina. Y añade en una nota: «Encuentro en el catálago de los abades de esta casa, bajo el reinado de S. Luis, un *Odo medicus*. En el claustro delante del capítulo se lee sobre su sepulcro que fué *medicina et logices methodo pollens*, y que murió en 1270. Los redactores de la *Galia cristiana* nos ponen en estado de rectificar esta fecha. Segun ellos se leia en la sepultura:

Sacra doctrina doctor bonus et medicina,
Ac logices methodo pollens jacet hìc pa ter Odo.
Cujus anima requiescat in pace. Amen.

Y al rededor de la cúpula ó cabeza: *Anno Domini M.CCLXXV. Id. Novembris, obiit Odo, quondam huius ecclessiæ abbas.* El *Necrologio* de Santa Genoveva indica tambien el óbito en 13 de Noviembre. No se conocen, sin embargo, los escritos de medicina atribuidos á Odon, y aunque parece que los Benedictinos iban á publicar una disertacion sobre este punto, se cree que no llegó á escribirse.—S. B.

ODON, abad de S. Pedro de los Bosques. Floreció este religioso en el siglo IX de nuestra era. Tomando el hábito llegó por su saber á ser elegido abad del monasterio expresado y del de Glanfeuil. Escribió la historia de la traslacion de S. Mauro, á la cual asistió el año 869. Publicó la primera vida de S. Mauro que se conoce, lo que hizo con el nombre de Fausto, amigo del Santo, habiéndola adquirido del modo siguiente. Al volver de Glanfeuil de Borgoña, adonde habia dejado el cuerpo del santo abad, se sentó á aguardar el paso de un buque en las orillas del Saona. Llegó allí al propio tiempo una caravana de peregrinos, que venian de Roma, y entre ellos un clérigo llamado Pedro del Monte de S. Miguel, en la diócesis de Avranches. Este eclesiástico enseñó á Odon algunos cuadernos antiguos manuscritos que traia de Roma, entre los que estaba la vida de S. Benito y de sus cinco discípulos Honorato, Simplicio, Teodoro, Valentiniano y Mauro. Comprándoselos Odon, pasó veinte dias corrigiendo la vida de S. Mauro, que dedicó á Adelmado, archidiácono de Mans, pero segun Moreri, con relacion á Rivet y al jesuita Langüeval, que la publicó en el tomo IV de la *Historia de la Iglesia Galicana*, esta vida peca contra la verdad de la historia y está llena de anacronismos.—C.

ODON, abad de *Saint-Pierre* ó S. Pedro de Auxerre, fué canónigo regular de S. Victor de París, de cuya abadía ó de una de sus dependencias salió en 1167 para ser primer abad de la comunidad de S. Pedro, que no habia

sido gobernada hasta entónces más que por deanes. Odon obtuvo en 1174 una bula de Alejandro III en favor de los canónigos de S. Pedro; pero en 1178 abdicó la dignidad de abad. Desde esta época se halla ya citado su sucesor. Simple canónigo regular, continuó gozando una grande consideracion, y es nombrado como testigo y calificado de *magister Odo canonicus Sancti Petri* en las cartas de Guillermo de Toucy, obispo de Auxerre, fechadas en 1180 y 1181. Sábese tambien que vivió hasta entónces, ignorándose en cuál de los años siguientes terminó su carrera. Ha sido sin duda bien fácil confundir á este Odon con el abad de Sta. Genoveva, de que nos ocuparemos despues, por ser contemporáneo suyo y haber alguna semejanza en los hechos más notables de sus vidas. Canónigos regulares los dos, salen para la abadía de S. Victor de París para ser primeros abades de dos comunidades recien transformadas en abadías. Abdican ambos la dignidad abacial, y conservan igualmente despues de su retiro, crédito, ascendiente y honores. Pero el uno fué abad de Sta. Genoveva, en París, el otro de S. Pedro, cerca de Auxerre, y este último sobrevivió diez años y quizá más al primero. Para distinguir á cuál de los dos pertenecen las cartas ascéticas de que nos ocupamos en el artículo de aquel, no existe indicio alguno ni en el texto ni fuera de estas epístolas, á no ser el que presenta la segunda de estas cartas dirigida á un ministro en la desgracia, y que ve desaparecer todos sus trabajos por las órdenes de una reina. Nos parece, como al abate Lebeuf, que este ministro no puede ser otro que Gil Clemente, que despues de haber gozado durante algun tiempo de la confianza de Felipe Augusto, cayó en el desagrado de la reina madre Alix, y fué separado de la corte en 1182, ó solo en 1184, segun la crónica de S. Marien de Auxerre. La epístola sexta no puede, por lo tanto, ser de Odon de Sta. Genoveva, cuya vida no ha prolongado nadie más allá de 1173. Oudin y los autores de la *Galia cristiana* que le atribuyen estas cartas, no apoyan su opinion en ninguna prueba sólida, y no deshacen del todo la objecion que resulta del texto aplicable á Gil Clemente. Odon de S. Pedro firmaba aún cartas en 1181, y hay motivos para creer que vivió hasta 1184 y aun mucho despues. Es, pues, sin duda el autor de estas cartas, que pertenecen á un Odon, autor del siglo XII. Los manuscritos de la abadía de S. German y de la abadía de Bec contienen con estas siete epístolas ocho sermones del mismo autor; uno sobre la palabra de Dios; otro sobre la Epifanía; dos sobre la Pasion y tres sobre la Ascension; nunca se han impreso, como tampoco una carta consolatoria al papa Alejandro III, citada por el P. Montfaucon. En la Biblioteca de Sta. Genoveva existe un pequeño manuscrito en 8.°, cuya letra parece del siglo XIV, y que se intitula: *Oddo abbas, sententiæ ex Sanctis Patribus excerptæ.* Al final se lee: *Explicit à sanctæ memoriæ domne Odone excerptus*; y un dístico de poco mérito. Obra

compuesta de tres libros de extractos de los Santos Padres sobre materias dogmáticas y morales. Quizá este manuscrito no difiere de los que se han indicado en otro lugar, bajo los títulos de *Magistri Odonis sententiæ* ó *Summa* ó *Philosophia moralis*. Esta suma, esta coleccion de extractos ó de sentencias, ¿es de Odon de Sta. Genoveva ó de Odon de S. Pedro? Los catálogos de los manuscritos de Sta. Genoveva atribuyen al primero los tres libros de extractos; pero estos catálogos no son antiguos, y no hay nada en la obra que haga dar la preferencia á un Odon sobre otro. El P. Dumoulinet, autor de la vida de Odon de Sta. Genoveva, no dice que este abad haya dejado ninguna produccion literaria; y es, por último, Odon de S. Pedro á quien los bibliógrafos indican con más frecuencia como autor de una suma ó de un libro de sentencias. — S. B.

ODON (D.), de nacion francés, de la provincia de Gascuña. Fué obispo de Cuenca, á cuya santa iglesia donó las salinas y molinos de la villa de Monteagudo. Murió en 5 de Diciembre de 1335, y su cuerpo fué llevado á Gascuña, donce yace, segun escribe Gil Gonzalez Dávila. — O. y O.

ODON. Refiérese Dupin en su *Biblioteca* expresada en otros artículos, á otro Odon, monje benedictino de Ast, que vivia en el siglo XII, en el que escribió un comentario sobre los Salmos, dedicado á Brunon, obispo de Signi, el cual se puede ver entre las obras de este autor. — C.

ODON ú ODARD, profesor célebre del siglo XI, natural de Orleans. Habiendo adquirido una gran reputacion como profesor en Toul, le invitaron los canónigos de Tournay en el año 1090 para que desempeñase una cátedra en su escuela. Aceptó Odon, y en los cinco años que enseñó en Tournay adquirió tan gran reputacion, que llegó á tener hasta doscientos clérigos por discípulos, y de lo más interior de la Sajonia iban muchos á Tournay por oirle. Era muy excelente en la dialéctica, y tenia especial gusto en las cuestiones abstractas. Era realista, y como tal vivamente opuesto á la nueva doctrina de los nominales á la que Rambert daba en Lille mucha reputacion. De esto se suscitaba entre maestros y discípulos una emulacion que degeneraba las más veces en odio. S. Anselmo fué tan opuesto á los nominales, que decia que eran ménos dialécticos que herejes en materia de dialéctica. Habiendo comprado casualmente Odon el *Tratado de San Agustin* sobre el libre albedrío, le colocó en su biblioteca, no pensando que dentro de poco habia de ser la causa de su conversion. Ocupado entónces enteramente en las sutilezas de la dialéctica, y en la lectura de autores profanos y del filósofo Platon, casi despreciaba los escritos de los Santos Padres de la Iglesia, á los que solo conocia por el nombre. Explicando algun tiempo despues á sus discípulos el cuarto libro de la *Consolacion* por Boecio, en el que se trata del libre albedrío, se acordó de que tenia un tratado de S. Agus-

tin sobre este asunto, y le mandó á buscar. Apenas habia leido cuatro páginas de este libro, exclamó con el mayor calor: ¡Ay de mí! Hasta ahora habia ignorado la elocuencia de S. Agustin; arrojó el Boecio, y se puso á explicar á sus discípulos el tratado de la gracia del Santo doctor. Cuando llegó al lugar en que S. Agustin compara la miseria del pecador separado de la gracia, y reducido por sí mismo á la condicion de un esclavo condenado á limpiar una cloaca infestada, rompiendo en amargo llanto exclamó: Acabamos de leer nuestra condenacion, nosotros que ponemos todo nuestro esmero en adquirir una vana ciencia, que descuidamos el servicio de Dios, y nos hacemos indignos de la gloria inmortal para adquirir una gloria frívola y perecedora. Dicho esto, bajó de la cátedra, y dirigiéndose á la iglesia oró con la mayor compuncion. Admirados sus discípulos que le siguieron, se sorprendieron, igualmente que los canónigos de Tournay, de semejante accion. Desde este momento se vió á Odon más asistente á la Iglesia que á su cátedra, dar más tiempo á la oracion que al estudio, y repartir entre los pobres, y especialmente á los necesitados eclesiásticos, el dinero que recibia de sus discípulos. Asocióse Odon al abate Odon, que no era pariente suyo, á Gerbert, Rodulfo y Guillermo, y conversando sobre lo que más les convenia para la salvacion de sus almas, resolvieron consagrarse á Dios de una manera especial. A fin de decidirse si abrazarian la vida monástica ó la canonical, se encerraron, por decirlo así, en una pequeña iglesia cerca de Tournay, cuya iglesia era la de una antigua abadía destruida en la época de la irrupcion de los bárbaros. Edificados los habitantes de Tournay de las virtudes de los cinco anacoretas, suplicaron á Ratbade, obispo entónces de Noyon y de Tournay, les obligase á no alejarse de la ciudad; y no pudiendo conseguir el obispo esto de Odon, le envió al efecto á Gillebert, monje de S. Amant, hombre de gran virtud, que se pretendia tenia el don de profecía. Rindióse Odon al fin á las súplicas del monje, y recibiendo con sus cuatro compañeros el hábito de canónigos regulares, les condujo el obispo en procesion el domingo 2 de Mayo de 1092 á la iglesia de S. Martin, que les cedió para que viviesen en ella bajo la regla de S. Agustin. Restableció Odon esta abadía, y algunos años despues abrazó en ella la vida monástica, recibiendo el hábito de manos del abad de Auchin. Habiendo depuesto por simonía el papa Urbano II á Gancher, obispo de Cambray, Manasses, arzobispo de Reims, reunió en esta ciudad en 1105 un concilio para elegir otro obispo, y fué elegido Odon, al que se ordenó para llenar las funciones de prelado. Tenia Odon el talento y virtudes necesarias para consolar á su iglesia y reparar los males que la habia hecho su predecesor; pero el emperador Enrique IV, continuando en proteger á Gancher, no permitió saliese de la ciudad, y Odon tuvo que limitarse á ejercer sus funciones en el resto de la diócesi. Muerto el

Emperador, quedó Odon pacífico poseedor de toda la diócesi, y se dedicó á instruir y edificar á sus pueblos. El deseo que tenia de un santo descanso y su gusto á la soledad, le obligaron á retirarse al monasterio de Auchin, en el que habia tomado el hábito de monje ántes de su elevacion al episcopado, y en él murió santamente el 16 de Junio de 1113 de nuestra era, quedando en aquellas comarcas su nombre con el honroso dictado del *Bienhechor*, el *Benéfico*. Quedan de Odon algunas obras que se han impreso en la *Biblioteca de los Padres*, á saber: una *Exposicion del Cánon de la Misa*; un *Diálogo sobre el misterio de la Encarnacion contra los judíos*; una *Homilía sobre el Evangelio*, y un libro de *Conferencias*. Atribúyesele un tratado *acerca del pecado original* en tres libros, y otro *del blasfemo contra el Espíritu Santo*, cuyos tratados están tambien, como los anteriores, en la referida *Biblioteca de los Padres*, unos y otros escritos en latin. En un bellísimo manuscrito que se conservaba en la Biblioteca de los Jesuitas en París, se halla una paráfrasis en versos latinos sobre el principio del mundo, que se atribuye á Odon, pero lleva el título de *Odon*, obispo de Orleans; pero como no ha habido en Orleans obispo de este nombre, sin duda se refiere á la patria de Odon, obispo de Cambray. Para la época en que floreció debe considerarse á Odon un buen poeta. En su juventud compuso un poema sobre la guerra de Troya, segun asegura Godefroi, que le alabó en su pieza titulada *Somnium de Odone Aurelaniensi*, en que el poeta hace un bello elogio de las bellas cualidades de Odon y de la bondad de sus obras, pieza que se veia tambien en la expresada Biblioteca de los Jesuitas. Entre las poesías de Hildelberto de Mans hay una composicion en verso dedicada á Odon, en la que le manifiesta este obispo que no debia imaginarse hacer fortuna con sus versos por bellos que fuesen. El P. Bengendre, benedictino, al que se debe una bella edicion de las obras de Hildeberto, se engañó creyendo que esta composicion del obispo de Mans se dirigia á otro Odon muy conocido, que de monje de Cluni llegó á ser papa con el nombre de Urbano II; nadie ha dicho que este papa fuese poeta. Multitud de autores hablan del Odon que da lugar á este artículo, de los que los principales se hallan citados en su artículo por Moreri en su *Gran Diccionario histórico*. —C.

ODON, monje de S. Mauro. Este religioso, segun se ve en las pesquisas sobre la *Biblioteca de Cluni*, columnas 67, 68 y 117, y en el tomo VII de la *Historia literaria de Francia, por Rivet*, vivia hácia la mitad del siglo XI. Compuso en 1058 la *Vida del venerable Bouchard, conde de Melun*, y de *Corveil, restaurador de la abadía des Fossés*, en la que acabó sus dias el año 1012, siendo monje de esta Orden. Esta interesante obra fué publicada por los Duchesne en sus *Colecciones de historiadores*, y por Du Breul en su *Suplemento de las antigüedades de París*; Sebastian Bouillard la tradujo al francés y la

publicó á continuacion de su *Historia de Melun*. Murió Odon en su monasterio de Benedictinos de les Fossés, sin que podamos señalar la fecha. — C.

ODON ú OTHON, obispo de Gerona. Fué ántes monje y abad del monasterio de S. Cucufate del Vallés, antiguamente Castro-Octaviano. Se sabe que en el año 986, dia 1.° de Julio, sitiaron los moros la ciudad de Barcelona, tomándola en seis dias. Nada se reservó de su furor, y hasta de las escrituras se llevaron unas y quemaron lo que no podian llevar. El monasterio de S. Cucufate, distante como ocho millas de Barcelona, fué destruido y quemadas sus escrituras. Antes de un mes habia reconquistado el valor catalan su capital, y cada uno cuidó de asegurar las posesiones cuyas escrituras faltaban. Odon pasó luego á Francia y se presentó al rey Lotario, que se hallaba en Compiegne, el cual le recibió favorablemente, y expidió un decreto, que extractado dice así: «Lotario, por la divina clemencia rey de los »francos: No dudamos que será provechoso á nuestras almas si damos firmeza con nuestra autoridad á las posesiones dadas en algun tiempo á los »santos en los lugares que destruyó la tiranía de los paganos. Por esto hace»mos saber á todos los fieles de la santa Iglesia, nuestros súbditos, presentes »y futuros, cómo se ha presentado ante Nos cierto abad del monasterio de »S. Cucufate, llamado Oton, pidiendo que confirmasemos las cosas del di»cho monasterio, situado en un lugar que se llama Octaviano, á ocho millas »de Barcelona, lo cual hacemos. Concedemos, pues, á dicho monasterio todo »lo que por precepto de nuestros predecesores Carlomagno y Luis mi padre, »ó por escrituras de otros cristianos quemadas en la irrupcion de los paganos, »poseia.» Señaladas las posesiones, permite á Odon y á sus sucesores tenerlas bajo las fórmulas de uso, y que puestos los abades elijan los monjes sucesor segun las reglas de S. Benito. Dada la confirmacion en el palacio de Compiegne, año de la encarnacion 987, XXXI del reinado de Lotario. En el año siguiente sacó Odon otra confirmacion, sin duda por los pleitos que le movieron. Estos documentos se hallan en la coleccion del Sr. Caresmar, copiada por el P. Tragia, núms. 168 y 169. Por una escritura de cambio, hecha entre el monasterio de Rodas y un tal Guistrimiro en 5 de Febrero de 995, se sabe que ya era obispo Odon, pues firma la escritura hecha en dicho dia, y año VIII del reinado de Hugo, en estos términos: *Odo, ac si indignus gratia Dei, humilis episcopus sanctæ ecclesiæ Gerundensis.* Desde este año hasta el de 1002 no se halla noticia alguna del obispo Odon; pero en este tenemos una bula ó carta de Silvestre II á Odon, confirmatoria de cuanto poseia la iglesia de Gerona en aquel condado, en el de Besalú y Peralta. No interesa mucho la mencionada bula; el mencionado Villanueva, no obstante, la incluye en el apéndice núm. 25, siquiera porque se cita en ella á S. Narciso. En el año 1004 accedió el conde de Besalú á la peticion del obispo Odon, que se quejó

en juicio formado en Besalú, de que el conde poseia contra justicia la parroquia de S. Pedro de Monteagudo y la de S. Félix de Becuta, siendo, como eran, de la iglesia de Gerona. Oyóle el Conde con gusto y examinó con cuidado si era cierto lo que alegaba el Obispo, y averiguada la verdad, las cedió á éste y á los canónigos que estaban allí con él y eran quince, cuyos nombres se expresan en el documento que en obsequio del amor de la justicia de un conde que pleitea ante los jueces puestos por él, y del celo del Obispo, dió tambien á luz el referido escritor, copiándole del cartulario y confrotándole con el libro verde, fólio 186. En el año siguiente pidió al mismo Conde las iglesias de Fortellá y Argelaguer, alegando derecho á ellas por la definicion que años atrás habia hecho el obispo Wigo, como se puede ver en el armario 49, legajo 2.°, núm. 19. En 8 de Diciembre consagró por abad de Besalú al monje Adalberto, que sucedió á otro Adalberto en dicha abadía. Hay tambien memorias de los años 1008 y 1009, reducida la primera á una compra que hizo en el Mercadal, cerca de los muros de Gerona, y la segunda en la restauracion de la canónica de Barcelona, decretada en la junta de obispos tenida en dicha ciudad, cuyas actas firmó el segundo nuestro Odon con estas palabras: *Odo, ac si indignus gratia Dei, episcopus sanctæ sedis Gerundensis et nutu Dei Abba.* En esta misma junta se trató de la expedicion de Córdoba, verificada al año siguiente, en la cual murió el obispo Odon de Gerona, Aecio de Barcelona y el conde Urgel Ermengando, saliendo gravemente herido Arnulfo de Vich, que no tardó en morir en el castillo Colónico. Las equivocaciones que hemos hallado en los autores que tratan de esta desgraciada batalla, los errores cronológicos en que puede hacer caer el epitafio de Odon, que se supone en S. Cugat del Vallés, y en fin, la defensa del honor catalan y castellano, amancillado en este hecho por el P. Mariana, adoptado por Marca, obligaron á Villanueva á escribir una breve disertacion, en la cual pudiese descansar el lector de la lectura fastidiosa de citas y épocas sin interés particular. Dice así: «*Disertacion sobre el dia y circunstancias de la batalla de Córdoba, en que murió el obispo Odon y otros.* El hallazgo casual de dos ó tres documentos auténticos, originales y fidedignos, suele trastornar á veces de tal modo el sistema histórico ó cronológico de un aficionado á la historia, que obligado á desconfiar de lo que ha leido, cae en un pirronismo involuntario, hasta que la combinacion, el exámen, la meditacion y el estudio, le obligan á adoptar otro. Destruye, por decirlo así, un edificio mal formado y ruinoso, y poniendo en los cimientos materiales sólidos, es decir, documentos firmes y seguros, levanta sobre ellos otro que es indestructible. Creia yo ántes con todos los lectores del P. Mariana que á principios del siglo XI, cuando entre los moros de España se habia encendido el fuego de la discordia y la ambicion del mando, en lugar de unirse los príncipes cristianos para acabar con

la morisma, se dividieron para dar auxilio á los varios pretendientes del trono de Córdoba, y que el conde D. Sancho de Castilla, favoreciendo al pretendiente Zulema y en union con él, habia peleado en el año 1010 contra el otro pretendiente Almahadi y contra los condes de Barcelona y de Urgel, D. Ramon y Armengol. Me lamentaba, dice el erudito Villanueva, del éxito infeliz de una batalla en que murieron tres obispos y un conde, y me decia, ¡qué mengua! Acaso una lanza manejada por algun cristiano privó de la vida á estos tres discípulos del Crucificado, sucesores de los apóstoles y pastores de tres rebaños que los echan de ménos! Resonaban en mi alma estas palabras sentidas y expresivas de Mariana: *¡Cosa torpe y afrentosa que tales varones tomáran las armas en favor de infieles!* En vano queria disculparlos con las circunstancias del tiempo ó con las resultas de la batalla, lisonjeándome con lo que en defensa del honor catalan estampó en sus *Memorias históricas del Real monasterio de S. Cucufate del Vallés* D. Benito Moxó y de Francolí, monje sacerdote del expresado monasterio. Siempre quedaba en mi espíritu la sensible consecuencia que el citado monje se libra bien de tocar, á saber: *Pero en fin, pelearon cristianos contra cristianos en favor de dos partidos de moros enemigos.* Salve el monje catalan como pueda el honor de sus compatriotas victoriosos; pero por lo mismo queda mancillado el de los castellanos vencidos, ó para decirlo francamente, es un borron más este en la historia de Castilla y de Cataluña. La precision en que me he visto de registrar cuanto pudiese servir á la continuacion de nuestra obra, y por consiguiente á la de los obispos de Gerona, puso en mis manos documentos, que á primera vista me hicieron conocer las equivocaciones siguientes: 1.ª en el dia de la batalla; 2.ª en el año; y 3.ª en haber habido en ella cristianos contra cristianos. Estas tres equivocaciones, en que han caido nuestros historiadores, ya en todo, ya en parte, se desvanecerán con el discurso siguiente. Pongamos primero la relacion del hecho, prescindiendo de fechas. Reinaba en Córdoba Hissen-Bel-Alhaca, ó por mejor decir Mahomat Ibne Abenhamir, su general, tan feliz en sus expediciones, que los moros le llamaron por esto *Almanzor*, que es lo mismo que defensor; y tan orgulloso, que la pérdida de la batalla de Calatañazor le desesperó hasta el extremo de dejarse morir de hambre. Ocupó su lugar Abdelmelich, por sobrenombre *Almodafar*, el cual queriendo vengar la mengua de las armas moriscas, hizo luego una entrada hasta Leon; pero tuvo que volverse vergonzosamente huyendo delante del conde D. García, que le picó vivamente la retaguardia, escarmentándole en términos que no le quedó gana de emprender otra expedicion, aunque duró siete años su vireinato. Muerto, le sucedió su hermano Abderramen, tan vicioso y tan perverso, que hecho aborrecible á todos, le asesinaron á los cuatro meses y medio de mando. Un

rey inepto y niño de por vida y un virey detestable, dieron ocasion á varios descontentos, ambiciosos del mando, á fomentar discordias y suscitar alborotos. El más notable por su posicion y carácter atrevido era Mahomad-Almahadí, el cual con algunos cómplices se apoderó del alcázar y de la persona de Hissen, fingió que habia muerto, presentando para persuadirlo el cadáver de uno muy parecido á él, y se sentó en el trono de Córdoba; pero ya sea por su conducta desarreglada, ya por el odio excitado en los cordobeses, que le creian asesino de su rey, ó ya por uno y otro, se levantó contra él una conjuracion, cuyo principal caudillo era Hissen Araxit. Seguian el partido de éste muchos berberiscos aventureros, que reunidos á los naturales descontentos, formaron un cuerpo de ejército que se atrevió á presentar batalla al de Almahadí. En la primera accion llevó éste la peor parte; pero en la segunda salió vencedor, hizo prisionero á Hissen y le quitó la vida como á otros muchos de su bando. Enconáronse más los ánimos de los partidarios del difunto Hissen, y deseosos de venganza, eligieron por su caudillo á Zulema, sobrino del dicho Hissen, el cual, despues de deshacerse de un competidor primo suyo, llamado Monhuan, contándose ya por rey de Córdoba, hizo treguas con el conde de Castilla D. Sancho, y á poco tiempo imploró su auxilio contra Almahadí. El conde, aprovechándose de la coyuntura que le ofrecian las divisiones de los moros, marchó al reino de Córdoba, y reuniendo su ejército con el que Zulema tenia ya, trataban de arrojar del trono á Almahadí. Este, por su parte, no se descuidaba. Habia llamado gente de Medina-Celim y otros pueblos, y nombrando por general á Alhameri, salieron á recibir á sus enemigos, que venian en busca suya. Encontráronse los ejércitos en Cantiche, y se trabó el combate, decidido por el conde D. Sancho, el cual, entrando con furor en la accion, arrolló cuanto se le puso por delante. Quedaron en el campo treinta y cinco mil moros, y los demás huyeron á Córdoba, siguiéndoles el alcance el conde y Zulema, que se apoderaron de los arrabales. Almahadí recurrió entónces al expediente de sacar al rey legítimo Hissen Ben Alhaca, creyendo que el pueblo y los restos de las tropas se electrizarian al verle, y defenderian el trono y al Rey; pero saliendo vana su esperanza, se escondió en casa de Mohamad Toledano, y pudo venirse con él huyendo á Toledo. Zulema y D. Sancho entraron en la ciudad; ocupó Zulema el sólio por espacio de siete meses, y viendo desde luego el descontento de los cordobeses, se salió á vivir con D. Sancho y su ejército combinado fuera de la ciudad. En fin, fué apaciguando el descontento con dádivas y gracias, en términos que de allí á poco le convidaron á que entrase en la ciudad; pero al mismo tiempo hubo quien le propuso que permitiese acabar con los cristianos, cuya victoria humillaba demasiado el orgullo morisco: mas Zulema, agradecido, desechó con

indignacion la propuesta, y temeroso de que la presencia de D. Sancho y su ejército ocasionase nuevos alborotos, colmó al conde de dones, pagó bien los servicios del ejército, y éste se volvió á Castilla. — No pudo el revés cruel de la fortuna hacer desmayar á Almahadí. Desde Toledo envió circulares á los pueblos que le parecieron fieles, para que fuesen reuniendo gente, y destinó á su virey ó general Alhameri á Cataluña, para lograr el auxilio del conde de Barcelona D. Ramon. Por los efectos se echa de ver que este embajador llegó á Barcelona en el año de 1009, pues hallamos en este año congregados allí los condes y obispos, deliberando sobre la expedicion á Córdoba. Decretóse en efecto, y moviéndose los ejércitos combinadamente, marcharon contra Zulema. Este animó á los cordobeses para que saliesen á batir al enemigo; pero sacó poco partido, y se excusaron con frívolas razones. Alentáronle los berberiscos, que se ofrecieron á pelear por él hasta vencer ó morir: y con los que pudo salió á recibir á los enemigos hasta Accavatalvacar, pueblo distante cuatro leguas de Córdoba. Los acometió ántes de dejarles ordenar sus huestes, y fué tan vigorosa la carga, que hubiera acabado con ellos á no rehacerse algun tanto los moros de Almahadí, y entrar en accion formal los catalanes, que arrojándose como leones sobre los enemigos, les quitaron la victoria de las manos, y los pusieron en precipitada y vergonzosa fuga. Zulema tomó el camino de Zafra y de allí pasó á Citana. El ejército vencedor siguió el alcance al vencido, y volviendo á Córdoba Almahadí con los aliados despues de descansar algun tiempo, regresaron estos á su pais colmados de gloria y regalos por el Rey: pero dejando el campo de Accavatalvacar regado con la sangre de un conde, dos obispos muertos en la accion, otro herido y muchos de menor nota. — Esta es en compendio la relacion que hace D. Rodrigo de las primeras guerras civiles de Córdoba, y de ella se deduce claramente que fueron dos batallas muy diversas la de Cantiche y la de Accavatalvacar. Ganó la primera Zulema ayudado del conde D. Sancho; y la segunda quedó por Almahadí, auxiliado del conde D. Ramon. Debieron distar una de otra siete meses, pues que segun hemos insinuado, este espacio de tiempo ocupó Zulema el trono hasta la batalla en que fué vencido. De esta tratamos, y entrando á examinar el dia en que se dió, decimos: que fué en 21 de Junio, no en 1.° de Setiembre. — Sea la primera prueba de nuestra asercion, que acaso parecerá temeraria, el testamento de Arnulfo, obispo de Vich, á quien casi todos los autores suponen muerto en la batalla á la cual el Rmo. Florez dice que no asistió. — Este documento, copiado del original, que con la firma del mismo obispo se conserva en el archivo de la catedral de Vich, encierra en sí muchas pruebas de las verdades que intentamos establecer; pero limitándonos por ahora al dia de la batalla, parece evidente que no pudo ser

ni á principios de Agosto, ni á fines de este mes, ni en el primero del siguiente. La fecha del testanento es del 29 de Julio del año 14 de Roberto, que corresponde al 1010. Se hallaba el obispo enfermo y herido en el castillo Colónico de vuelta de la expedicion de Córdoba. Necesariamente, pues, debió ser la batalla muchos dias ántes. Las fechas del original estan muy claras y se han copiado exactamente. Tampoco cabe duda en la autenticidad del documento que reconoció el canónigo archivero Ripoll. Luego la batalla se dió mes y medio ántes del dia que señalan los autores; pero gracias á los documentos, podemos señalar con ellos el dia. En el año 1010, décimocuarto del reinado de Roberto, la feria cuarta fué el miércoles de Pentecostés, cuya dominica cayó en 18 de Junio, letra dominical *A*. Se habla de la última batalla dada contra los bárbaros, lo que supone haber precedido á lo menos algunas escaramuzas: y en fin, para nuestro intento sobre el dia, le señala tan expresamente, que si el documento no llevase consigo pruebas claras de su antigüedad, se le creeria hecho de propósito para desmentir la fecha del epitafio del obispo de Gerona Odon, y á cuantos siguiéndole, ó fundados en otros monumentos, ponen la batalla en otro dia. El mencionado epitafio se me hizo sospechoso desde que leí los documentos que acabo de copiar y otros varios que pudiera añadir, si no sobrase el último para el fin propuesto. Moret dice en el libro XII de los *Anales de Navarra*, cap. 2, las siguientes palabras: «Dióse esta batalla célebre entre los moros, el año de Cristo 1012. Algunos la señalan dos años ántes, en el de 1010. Y unos versos del epitafio puestos al obispo de Gerona Oton, muerto en ella, señalan ese mismo año, y el dia primero de Setiembre. Y pudieran hacer fuerza, añade Moret, á saberse se habian puesto luego. Pero ellos mismos estan indicando se pusieron mucho despues, colgados al sepulcro en tabla movediza.» Los versos son los siguientes, segun la copia de Marca:

In ac urna iacet Otho quondam Abbas inclytus
Qui dum vixit toto corde fuit Deo deditus.
Hic cum ad præposituram Vallensis pergeret,
Contigit quod sic iacturam mortis evaderet.
Nam tunc fuit Barchinona à Paganis obsita
Atque domus huius bona cum personis perdita.
Tandem Mauris hinc pulsatis Otho cito rediit,
Et hanc Sancti Cucufati domum viris muniit
Mox electus in Abbatem Monachos instituit
Quos secundum facultatem domus pavit, induit.
Sic protectus Dei dextera curas egit omnium

Quod ditavit intus extra præsens Monasterium
Tunc Gerunda hunc vocavit Præsulis ad gloriam
Et utramque gubernavit prudenter Ecclesiam,
Ita hunc prævenit Deus benedictionibus.

O. y O.

ODON, diácono de la iglesia metropolitana de Auch, conocido por una carta que escribió á su arzobispo Garcías I. Fué escrita en 983 con el motivo siguiente. Queriendo casarse Guillermo, conde de Estarac en la Gascuña, con una parienta suya, este prelado hizo todo lo posible para alejarle de su intento. Pero no habiendo podido conseguirlo, se halló en la necesidad de consentir, lo que solo hizo con ciertas condiciones, encargando á Odon levantar un acta. Sintiólo mucho éste, y escribió á Garcías la repugnancia que tenia de prestarse á ello y las razones en que se fundaba. Añade que se habia decidido, sin embargo, á obedecerle, en vista del bien que debia resultar á la iglesia de Aquitania. Esta carta se halla, por otra parte, llena de barbarismos y otras faltas contra la construccion gramatical, y es poco interesante. —S. B.

ODON, llamado *Cantianus*. Nació este religioso en Kent, provincia de Inglaterra, en el siglo XII. Dedicado al claustro, tomó el hábito en la órden de S. Benito, en la que su saber y piedad no tardaron en elevarle á la dignidad de prior, y despues á la de abad. Sto. Tomás de Cantorberi fué su amigo, y Juan de Salisburi su panegirista. Escribió: comentarios sobre el Pentateuco, sobre el libro IV de los Reyes, morales sobre los Salmos, sobre el Antiguo Testamento, sobre los Evangelios, y un tratado titulado: *De onere Philisthiim*; otro *De moribus ecclesiasticis*; *De vitiis et virtutibus animæ, etc.*; pero solo nos queda de este autor la carta escrita á su hermano, novicio en la abadía de Igni, publicada por el P. Mabillon en el primer tomo de sus obras, y otra carta escrita el año 1171 á Filipo, conde de Flandes, con motivo de los milagros de Sto. Tomás de Cantorberi: esta última carta se encuentra en el tomo I, pág. 882, de la *Amplissima collectio* de los padres DD. Martenne y Durand. Odon de Kent sobrevivió á Sto. Tomás, y murió en el año 1180, segun expresa Pitseus en sus *Ingleses escritores ilustres*; Possevino en su *Aparato Sacro*; Arnoul, Wion y Mabillon ya citado. —C.

ODON ú Eudes de Chateau-Roux. Nació en la diócesis de Bourges, y fué canónigo y canciller de la iglesia de París. Sus merecimientos llamaron la atencion de Inocencio IV, y le elevó á la dignidad de príncipe de la Santa Iglesia Romana, creándole cardenal el año 1244, acompañó al rey S. Luis de Francia en su viaje al Oriente, en calidad de legado de la Santa Sede, y á su vuelta de esta expedicion murió en Orvieto el dia 25 de Enero del

año, 1273 de nuestra era. Segun Guillermo de Nangis, Sponde y Joinville, se tienen de este Cardenal dos volúmenes de *Homilías*.—C.

ODON, Clemente, ó hijo de Clemente, era inglés ú oriundo de Inglaterra. Algunas veces se le llama *Coutier*, nombre de una antigua familia de aquel país. Habiendo entrado en la órden de S. Benito, llegó á ser abad de S. Dionisio en 1229. Dos años, despues á solicitud de la reina Blanca y del jóven rey Luis IX, emprendió el restablecimiento de la iglesia de este monasterio. En 1234 asistió á la coronacion de la reina Margarita en Sens. Una enfermedad que reinó en 1237, le arrebató cuarenta y cuatro de sus religiosos. Figura al frente de su comunidad en las ceremonias que tuvieron lugar en 1239 á la llegada de la santa corona de espinas. Fué padrino de un hijo del Rey en 1244, año en que la enfermedad del monarca hizo exponer y sacar en procesiones á los cuerpos de los santos mártires. Los demás actos del abad Odon Clemente son estatutos monásticos ó litúrgicos, concesiones particulares que apenas pertenecen á la historia, y mucho ménos á la literatura. Nombrado arzobispo de Ruan en el mes de Marzo de 1245, asistió en el mismo año al concilio de Lion. Su episcopado no duró más que veintitres mses; murió en 5 de Mayo de 1247, y tuvo por sucesor á Odon Rigaud, á quien no se debe confundir con él. Mateo Pacis acusa á Odon Clemente de ambicioso y orgulloso, y pretende que la muerte repentina de este prelado, fuese el castigo de sus vicios y de sus faltas. Pero su memoria se halla, por el contrario, recomendada en el *Necrologio* de S. Dionisio, como la de un abad vigilante, á quien su ciencia y sus buenas costumbres han elevado sobre una sede metropolitana. Tritemio le cuenta en el número de los hombres ilustres de la órden de S. Benito; elogia su erudicion, su aptitud para los negocios y sus virtudes religiosas: *Vir doctus et eruditus, in disponendis Ecclesiæ negotiis peridoneus, non minus religione quam dignitate venerabili.* Pero Tritemio, que ha redactado un largo catálogo de escritores eclesiásticos, no ha insertado el nombre de Odon Clemente, que no habiendo dejado en efecto ninguna produccion literaria, no merece apenas la sucinta mencion que acabamos de hacer de sus dignidades.—S. B.

ODON De Deuil. Fué este religioso abad de S. Cornelio de Compiegne, y sucesor despues del famoso Suger en la abadía de S. Dionisio, en cuya dignidad murió el año 1168. Compuso este religioso una *Relacion del viaje de Luis VII, rey de Francia al Oriente*, que publicó el P. Chiflet en su *Tratado sobre la nobleza de S. Bernardo*, en París, el año 1660. Se vé un juicio decisivo dado por Odon con motivo de la disputa entre el rey Luis y Enrique, obispo de Chartres, con relacion á los beneficios de esta iglesia vacantes desde la muerte del obispo Alberico, y que fuesen vacando en lo sucesivo. La contestacion dada en 1144, con consentimiento de ambas partes, que acredita

el juicio de este abad, se imprimió en el tomo I de la *Coleccion amplísima* de los PP. DD. Martenne y Durand. —C.

ODON DE GAND (Beato), flamenco. Catedrático de leyes fué el beato Oddon de Gand en Flandes; pero para seguir con más mérito á Jesucristo, renunció el aplauso del siglo y entró en la órden de Sto. Domingo. Pero en lugar de disminuirse creció más su fama, porque unida con las ciencias la santidad, se hizo respetable á todo el mundo. Fué sumamente austero consigo mismo, y á imitacion de los santos del yermo, no comió jamás carne, ni pescado, ni huevos, ni otra cosa más que solas yerbas y legumbres. Cuanto más estimado era de los hombres, tanto más se envilecia en el bajo concepto que de sí tenia; y alegrándose en los desprecios, no habia cosa que tanto le afligiese como el ser alabado y aplaudido. Esta vida, que pasó con tantos ejercicios de virtudes, que le levantaron á una elevada santidad, fué coronada con una preciosa muerte, la que revelándosela el Señor sucedió cerca del año 1239, segun se lee en el *Diario Dominicano* en este dia. El entristecerse en las alabanzas es señal de gran humildad, y el alegrarse en los desprecios es el carácter de una virtud consumada. —O. y O.

ODON DE HOUNDESLOW, religioso trinitario, inglés de nacion é hijo del convento de Houndeslow. Fué doctor teólogo oxoniense, y por su cristiana ciencia y por sus virtudes fué provincial de su provincia de Inglaterra. Varon muy piadoso, y que como tal resplandeció así por sus hechos como por sus escritos que fueron: *De hierarchia ecclesiastica*, sobre la Epístola de S. Pablo á los romanos, sermones y otros tratados. Murió el dia 3 de Abril, mas se ignora el año, si bien consta que florecia por los años de 1320 y que fué sepultado en su convento. —O. y O.

ODON RIGALDO, tambien Reginaldo, segun Wadingo. Docto franciscano, sobresalió por sus ejemplares costumbres y grandes conocimientos en las ciencias teológicas, figurando en primer lugar entre los doctores de París. Distinguióle el sumo pontífice Inocencio IV nombrándole obispo de Rothomago, de cuya dignidad fué consagrado en Lóndres el año de 1247. Tambien le honró el rey D. Felipe el año de 1270, designándole con otros célebres varones para tratar asuntos de la mayor gravedad é importancia. Murió en 1275. Dejó escritas é inéditas varias obras, siendo notable la titulada: *Sermones de las fiestas de los Santos*. Todas las menciona la *Biblioteca latina franciscana* de S. Antonio que cita á este religioso, tributándole merecidos elogios. —O. y O.

ODON DE LA SALE, arzobispo de Pisa, primado de Cerdeña, despues patriarca titular de Alejandría y administrador de la iglesia de Monte Casino. Segun el abate Ughel, en el tomo I de su *Italia sacra*, Odon de la Sale, llamado con frecuencia *Otton de Sala*, pertenecia á la nobleza más distin-

guida de Pisa; pero habiendo renunciado desde su juventud á todas las grandezas y á todas las esperanzas del siglo para abrazar la vida evangélica en la órden de Sto. Domingo, se hizo útil á la Iglesia y á su patria; y sus talentos, santificados por el uso que hizo de ellos, le elevaron mucho más allá que hubieran podido hacerlo el crédito y las riquezas de sus ilustres padres. Desde su entrada en el claustro pareció Odon haber olvidado lo que habia sido en el mundo. Mucho más recomendable por su piedad, su talento y su erudicion, que por las prerogativas de su nacimiento, no estimó más que lo que podia hacerle más virtuoso ó más sábio en la ley de Dios. Sus progresos en las ciencias le merecieron el grado de doctor que tomó en la universidad de Paris, segun Vicente Fontana; y la direccion que se le dió desde luego de la comunidad de Pisa, fué como su primer ensayo para aprender á gobernar las diferentes diócesis, de que fué sucesivamente encargado por tres soberanos pontífices. Bonifacio VIII obligó el año 1297 al P. Odon de la Sale á aceptar la silla episcopal de Terranova, en el reino de Cerdeña. Habiendo desempeñado durante cinco años todos los deberes de un buen pastor, en esta pequeña diócesis, que se unió despues á la de Castel Aragonese, le trasladó Bonifacio á la iglesia de Pola, en la parte meridional de la Istria, bajo el patriarcado de Aquilea. El celo apostólico de nuestro prelado, y la solicitud pastoral que manifestó en la direccion de ambas iglesias, decidieron al clero de Oristan á reclamarle para obispo. En 1308 le envió las bulas para esta metrópoli el papa Clemente V, con órden de corresponder inmediatamente á los deseos y á las necesidades de los fieles que imploraban su socorro. Hacia ya diez ú once años que el siervo de Dios vivia entre estos isleños con la bondad de un padre y la vigilancia de un pastor caritativo, atento siempre á conocer las necesidades espirituales y temporales de los pueblos, á visitarlos, instruirlos, reformar sus costumbres, retirarlos para su instruccion de sus antiguas supersticiones, terminar él mismo sus procesos ó sus querellas, y sobre todo darles ministros á propósito para edificarlos y capaces de dirigirlos en el camino de la salvacion. Su máxima, que fué siempre la de los obispos más santos, era mirarse como responsable al soberano Pastor de la pérdida de sus ovejas, si por falta suya llegaba á carecer de instruccion, de ejemplo ó de socorro en sus más apremiantes necesidades. Se comprende fácilmente los bienes que puede hacer en la Iglesia un sucesor de los apóstoles, cuya conducta está regulada por tan bellos principios, y cuya vida merece ser propuesta como modelo á su rebaño. Un pastor de este carácter es sin duda el don más precioso que acostumbra el Señor hacer á los pueblos á quienes mira en su misericordia; no debe pues causar sorpresa, si todas las iglesias en que eran tan conocidos los méritos de nuestro celoso pastor, procuraban á porfía tener la dicha de po-

seerle. El buen órden, la paz, la tranquilidad que se veia reinar entre los pueblos que la Providencia habia confiado á sus desvelos, hacian esperar á sus vecinos que con sus atenciones y su prudencia les procuraria las mismas ventajas, si les era dado vivir bajo su direccion. La silla de Oristan fué la tercera que el siervo de Dios se vió en la precision de aceptar, y no hacia más que cuatro años que desempeñaba sus funciones pastorales en esta metrópoli, cuando se dirigieron sus compatriotas á la Santa Sede, pidiendo fuese nombrado pastor suyo Odon de la Sale. Juan de Pole, santo y sabio religioso de la órden de Sto. Domingo, era arzobispo de Pisa desde 1299; pero habiendo sido trasladado en 1312 á la silla de Nicosia, capital de la isla de Chipre, pidieron los pisanos con tanta instancia que fuera su sucesor el arzobispo de Oristan, que el papa Clemente V no pudo negarles este consuelo. Estas frecuentes traslaciones, poco conocidas en los primeros siglos de la Iglesia, eran muy comunes en el siglo XIV, y así como parecen siempre contrarias al espíritu de los cánones, cuando no tienen otros motivos que la ambicion ó miras personales, no deben, sin embargo, vituperarse nunca cuando las necesidades de los pueblos y el bien de la Iglesia las hacen necesarias; el obispo al pasar de una sede á otra, debe seguir en esto ménos su inclinacion particular que los votos de los fieles y las órdenes expresas del vicario de Jesucristo. Odon de la Sale se hallaba en estas felices disposiciones; ménos inclinado á sus propios intereses que á los de la Iglesia, no buscó nunca puestos elevados, y jamás se negaba al trabajo en cuanto le era conocida la voluntad de Dios. En el mes de Mayo de 1312 fué cuando el nuevo arzobispo de Pisa tomó posesion de esta silla entre las aclamaciones y los aplausos de sus conciudadanos, y para corresponder como obispo á la confianza ó al amor que le manifestaba su patria, se consagró por completo al gobierno y direccion de sus diocesanos. Dedicado á aumentar cada vez más todo el bien que habia comenzado su antecesor, no manifestó ménos celo en destruir los antiguos abusos y en oponerse con fuerza á los que se introducian insensiblemente contra la disciplina. Si se dedicó alguien á escribir sus bellos hechos, sus apuntes no han llegado hasta nosotros. El abate Ughel se contenta con decir que la virtud de este grande hombre se manifestó en todas partes con el mismo esplendor, y que llenó con mucha gloria todos los deberes de un buen ciudadano para con su patria, y de un pastor para con su rebaño. Otro autor italiano añade que en la persecucion que le fué suscitada, defendió los derechos y la libertad de su iglesia con una grandeza de alma y un valor que nada fué capaz de vencer. Veremos bien pronto que fué en cierta manera víctima de su firmeza, habiendo preferido perder su silla á permitir fuesen usurpados sus derechos. Pero esto no se verificó hasta el décimo año de su gobierno. Sus principios fueron más felices y más tran-

quilos. A pesar de las agitaciones que turbaban entónces á casi toda la Italia, con motivo de la entrada del emperador Enrique VII y de su ejército, la ciudad de Pisa, por consejo de nuestro Arzobispo, tomó desde luego sábiamente su partido. Los Gibelinos y los Güelfos habian vuelto á ejercer sus depredaciones con nuevo furor. Aquellos pretendian aprovecharse de la presencia del Emperador y de sus fuerzas para abatir á sus enemigos, hacerse ellos mismos más temibles y oprimir al clero coartando los derechos de la Iglesia. Y estos, so pretexto de su antigua adhesion á la Santa Sede, se oponian con obstinacion á todos los designios del Emperador, cuya coronacion en Milan y en Roma querian impedir. Tan pronto le cerraban las puertas de sus ciudades, como le armaban emboscadas ó le presentaban batallas; y como si los italianos hubieran proscripto ya todos los derechos del imperio, los ménos fanáticos de los Güelfos, que no miraban á Enrique de Luxemburgo como enemigo, le trataban como á un príncipe extranjero, á quien no debian, segun ellos, ni tributos, ni homenaje, ni ninguna muestra de sumision. Odon de la Sale dió á los pisanos consejos más moderados y más conformes á la equidad. Sin perjuicio de los derechos de la Iglesia Romana, ó de la libertad de los pueblos, creyó que se podia y se debia dar al César lo que era del César; se hallaba además entónces en circunstancias tanto más favorables para conciliar estos diferentes deberes, cuanto que el Papa y el Emperador obraban entónces de concierto y en la más perfecta inteligencia. Los habitantes de Pisa no entraron, pues, ni en el complot de los Gibelinos contra la autoridad del Soberano Pontífice, ni en el partido de los Güelfos contra los intereses del Emperador, sino conforme á las intenciones de uno y otro, favorecieron con todo su poder la coronacion del príncipe, á quien Su Santidad habia enviado ya sus legados en Italia. Habiéndose dirigido á Pisa Enrique VII, acompañado de muchos señores de su corte, fué recibido con los más grandes honores. Nuestro Arzobispo se vió bien pronto honrado con la amistad de este príncipe, y en estado de obtener de él todas las gracias que creyó conveniente pedirle. Solicitó dos en particular, que merecen llamar la atencion tanto más, cuanto ambas solo se referian al bien público, ó la gloria de la ciudad y de la iglesia de Pisa. La primera fué el establecimiento de una universidad y academia, que se hizo despues célebre segun el testimonio del abate Ughel, y la segunda la renovacion ó confirmacion solemne de todos los privilegios, derechos y prerogativas que se habian concedido hasta entónces á la iglesia de Pisa por los emperadores romanos Enrique III, Enrique IV, Conrado y Federico II. Todo lo que la religion de estos príncipes habia hecho en diferentes tiempos para favorecer ú honrar al clero, lo autorizó Enrique VII de nuevo, por su bula de oro, que dirigió á nuestro Arzobispo. Este decreto imperial no fué expedido, sin embargo, hasta 19 de Mayo de 1313,

y habiendo muerto el Emperador el 25 de Agosto del mismo año, en un lugar llamado *Bonconvento*, cerca de Siena, manifestó nuestro Arzobispo su reconocimiento, no solo con los honores fúnebres que le hizo, ó con los oficios que mandó celebrar en toda la diócesis, sino tambien por el cuidado que tuvo de hacer erigir un magnífico mousoleo de mármol en su iglesia metropolitana, donde trasladó el cuerpo del príncipe dos años despues de su muerte. Odon continuó todavía durante un largo período gobernando su diócesis con mucha vigilancia, conservando con cuidado la paz entre los fieles, haciendo florecer la piedad y las ciencias en la nueva academia, y procuró en particular conservar la disciplina en el clero, é impedir que no se menoscabasen los derechos de la Iglesia. Pero el enemigo halló al fin medio de sembrar la zizaña en el campo del padre de familias; cundió la division entre el pastor y el rebaño. Los que tenian interés en turbarlo todo para mejorar sus negocios, consiguieron tambien sus designios, que el prelado se vió obligado en 1322 á retirarse á la ciudad de Florencia, miéntras que el populacho amotinado prendia fuego á su palacio en la de Pisa. El abate Ughel, que alaba aquí el favor y la firmeza de nuestro Arzobispo, no manifiesta el motivo de esta conmocion popular. Pero en su primer tomo de la *Italia Sacra* parece insinuarlo, diciendo que Odon de la Sale, partidario decidido del papa Juan XXII, era por consecuencia contrario de Luis de Baviera, cuyos partidarios habian comenzado ya á turbar el reposo de Italia. Estamos, pues, decididos á creer que fué la faccion de los Gibelinos la que excitó esta tempestad, y que el celo del arzobispo de Pisa por los intereses de la Iglesia, era lo que hallaban reprensible los facciosos en un pastor que durante diez años habia sido el amor y las delicias de un pueblo entero. Así cuando el clero de Pisa pidió al célebre Simon Saltarelli, de la órden de Sto. Domingo, por sucesor de Odon de la Sale, se hallaron algunos entre los pisanos, que tuvieron desde luego dificultad en consentir en este nombramiento, so pretexto de que el sugeto elegido era natural de Florencia, y de consiguiente muy favorable á los Güelfos. El papa Juan XXII dió, sin embargo, las bulas á Simon Saltarelli para la iglesia de Pisa, nombrando al mismo tiempo á Odon de la Sale patriarca de Alejandría, y abad, ó más bien primer obispo de Monte-Casino, pues esta antigua abadía fué erigida desde entónces en catedral. Nuestro prelado la gobernó con su piedad y vigilancia ordinaria, aprovechando los preciosos momentos que la Providencia parecia haberle concedido, para que con ménos cuidados pensase más eficazmente en su propia salvacion, continuando en trabajar en la de los demás. Su administracion no fué larga. Fernando Ughel dice que murió en esta santa montaña el año 1323. El sabio autor que nos ha dado la segunda edicion de la *Italia Sacra*, señala esta muerte dos años despues; porque segun él, se halla en

los archivos de Monte-Casino una órden de Odon de la Sale, fechada en 1325. Vicente Fontana ha seguido algunas veces la cronología del abate Ughel; y no deja de citar los monumentos del convento de Pisa, para probar que el patriarca titular de Alejandría, primer obispo de Monte-Casino, no murió hasta el año 1334. No dudamos que se ha engañado este autor, pues es cierto al ménos que Raimundo, monje de Clugny, sucesor de Odon en la sede de Monte-Casino, fué nombrado para esta dignidad en Abril de 1326, el décimo año del pontificado de Juan XXII. —S. B.

ODON, llamado *el Severo*. Este prelado fué originario de Dinamarca y natural de Inglaterra. Hijo de padres idólatras, tuvo la suerte de hacer amistad con algunos cristianos, que le hicieron conocer las excelencias de nuestra religion, y convencido de ellas, y despues de prepararse convenientemente, se hizo bautizar, resuelto á dedicarse al servicio del verdadero Dios. Como sabia la lengua latina y la griega, las que hablaba, y en las que escribió algunas poesías, le dieron á conocer al rey Eduardo de Inglaterra, que le cobró grande aficion. Nombróle este soberano obispo de Salisburi y despues arzobispo de Cantorbery, y murió, segun Pitseus en sus *Ingleses ilustres escritores*, el año 959 de nuestra era. Publicó este prelado diversos poemas, epístolas, ordenanzas sinodales, un tratado de la presencia real de nuestro Señor Jesucristo en la Eucaristía, y algunos tratados históricos de que hace mencion Dupin en la *Biblioteca de Autores eclesiásticos* del siglo X. —C.

ODON DE SHIRTON Ó CERITONENSE. Segun Cárlos de Visch, en la *Biblioteca Cisterciense*, vivió este religioso en el siglo XII hácia el año 1181, bajo el reinado de Enrique II de Inglaterra, de cuya nacion fué natural. Tomando el hábito en la órden del Cister de Inglaterra, estudió en este país y en Francia, y fué doctor en teología, llamándosele ordinariamente el maestro Odon. Escribió homilías, una Suma de penitencia y otras varias obras, citadas por el autor arriba mencionado y por Pitseus. —C.

ODON DE SULLY, obispo de París. Nació en Berry, en la Chapelle Damgilon, en el seno de una familia muy ilustre. Su padre, Erchambaud ó Archambaud de Sully, descendia del conde de Champagne Esteban, y de Adela, hija del rey de Inglaterra Guillermo *el Conquistador*. Además de su parentesco con las casas de Champagne y de Inglaterra, Odon se hallaba tambien emparentado con la de Francia; pues su abuelo Enrique era tio de Alix de Champagne, tercera esposa de Luis *el Jóven*. No llamó, pues, sin fundamento á Odon Pedro de Blois pariente de príncipes: *regum consanguineus*, título que se le ha concedido algunas veces aun en los oficios divinos. Su hermano mayor Enrique era arzobispo de Bourges: mucho ántes de ser obispo de París habia llamado la atencion Odon, tanto por el esplendor de su nacimiento como por los adelantos y las virtudes de su juventud: Pedro

de Blois, al ménos, dice de él lo siguiente: «Le he conocido, dice, desde su »infancia, cuando estudiaba los primeros elementos de las letras, y su pre»ceptor Pedro de Vernon, anteriormente discípulo mio y despues mi amigo, »me ha referido con frecuencia las buenas obras del jóven Odon, sus pia»dosos ejercicios, sus limosnas santas, su decision á ser virtuoso más bien »que á ser sabio. Dios le habia colmado de sus bendiciones, llenado de su »gracia, y por el don especial de una rara humildad le habia preservado »de los escollos de una ciencia tan precoz. Cuando llegó á la edad de la pu»bertad, hizo un viaje á Roma en la época en que Gregorio VIII sucedió á »Urbano III (lo que se verificó á últimos de 1187). Yo me hallaba allí, añade »Pedro de Blois, y ví con placer que el Papa y los cardenales le hacian los »mismos honores que á los obispos. A medida que crecia en edad, se fortifi»caba en virtud, y aunque se conservaba puro, era tan vigilante y tan aus»tero como si hubiera tenido que reparar debilidades y evitarse caidas. Dis»tribuia á los indigentes una pingüe renta que le pasaba Inglaterra, y »enriqueció en particular á tres jóvenes estudiantes, recomendables por su »aplicacion y su buena conducta. Despreciaba las grandezas humanas, no »estimaba de su rango y su fortuna más que la facilidad de hacer bien; no »ambicionaba ninguna prelacía, y se contentaba con la modesta dignidad »de chantre de la iglesia de Bourges,» (durante el arzobispado de su hermano Enrique). He aquí un magnífico elogio y el preludio de un edificante episcopado. Rigord, sin embargo, que es tambien autor contemporáneo, al indicar en el año 1196 la promocion de Odon á la sede episcopal de París, despues de la muerte de Mauricio de Sully, añade que se perdió mucho en el cambio, que las costumbres del nuevo prelado no retrataban las costumbres de su antecesor: *longè à prædecessore moribus et vitâ dissimilis.* Una tradicion desfavorable al obispo Odon de Sully se ha perpetuado hasta los tiempos de S. Antonino, que le cuenta en el número de los prelados poco recomendables; pero no podemos ser de la misma opinion por los datos irrecusables que presenta el autor que le sirve de guia. Volviendo á la relacion de Pedro de Blois; leemos que despues de la muerte de Mauricio se presentaron un gran número de aspirantes á sucederle. Eran ancianos en su mayor parte, y el cabildo tuvo la prudencia de desechar sus solicitudes, y despues de algunos dias de deliberacion obtuvo los sufragios Odon, el chantre de Bourges, hombre distinguido por su nacimiento, por sus talentos literarios y por su piedad, dice el cronista Roberto de Saint-Marien, que habla aquí de una manera muy diferente que Rigord. Aunque Mauricio y Odon llevaban ambos el apellido de Sully, no tenian entre sí ninguna relacion de parentesco: Mauricio habia nacido de padres pobres y oscuros á orillas del Loire; Odon, como se acaba de ver, era de la casa de Sully, y un distin-

guido personaje. Su episcopado no comienza hasta 1197, lo que se deduce de todas las fechas que ha dado á sus propias cartas. No se hallaba todavía consagrado sino solo electo, cuando arregló en 1197, por medio de una sentencia, los derechos de visita del arcediano de París en la abadía de Chelles. El año siguiente S. Juan de Mata y S. Félix de Valois, que trabajaban para fundar la órden de la Santísima Trinidad, fueron remitidos por Inocencio III al obispo de París, que de concierto con ellos y con Absalon, abad de S. Victor, redactó su regla, á la que dió el Papa poco despues su aprobacion definitiva, haciendo algunas adiciones en ella. En 1198 y 1199 trabajó Odon con grande celo en la abolicion de la fiesta de los locos, creyendo deber emplear la autoridad del legado Pedro de Capua, que se hallaba entónces en París, y que dió una órden contra aquellas profanaciones insensatas, amenazando excomulgar á los que intentasen renovarlas, y aconsejando celebrar con más devocion y decencia la Circuncision del Señor. Estos mandatos, justos en sí mismos, excedian sin duda las facultades de un legado; pero Pedro de Capua elogiaba al mismo tiempo á la ciudad de París, á que llamaba el lugar de las luces y el templo de la política. Odon, y con él el dean y cabildo de su iglesia, publicaron esta órden, añadiendo un acuerdo en que se arreglaban para lo sucesivo las ceremonias de las fiestas de la Circuncision, haciendo una mencion particular de los órganos que debian emplearse. No se cometia un exceso ménos escandaloso en la fiesta de S. Esteban; aquel era un dia de licencia para los diáconos, lo mismo que el 1.° de Enero para los subdiáconos. Odon, por un segundo reglamento, se esforzó en corregir á la vez ambos abusos; asignaba una retribucion á los canónigos y clérigos que asistiesen aquel dia á maitines y á misa, á condicion de que impidiesen toda clase de excesos. Deseaba en particular, que se celebrase dignamente la memoria de S. Esteban, patron de la iglesia de Bourges, en que habia sido educado. Pero reformas tan prudentes no eran posibles todavía, y se vió obligado á renunciar á ellas. Aquellas farsas semipaganas, especie de saturnales, como se las llamaba algunas veces en la edad media, han continuado hasta 1444 y aun mucho despues. — Un asunto mucho más serio todavía ocupó á Odon en 1199 y 1200. Inocencio III acababa de poner un entredicho á las iglesias de Francia, con motivo del divorcio de Felipe Augusto, que habia repudiado á Ingeburga para casarse con Inés de Mevania. Odon y su cabildo se apresuraron á someterse al entredicho, con un celo no conforme con las máximas de la Iglesia galicana. El Rey, que reparó despues el agravio que habia hecho á Ingeburga, reprimió ántes el atentado del clero de París; el Obispo, arrojado de su iglesia y de su casa, privado de sus bienes, de sus muebles y de sus equipajes, huyó á pié y anduvo errante por espacio de ocho meses. Al-

gunos historiadores modernos se quejan amargamente de los tratamientos bien rigurosos, en efecto, que sufrió Odon de parte de los soldados de Felipe por las órdenes de este príncipe. Mas levantando al fin el entredicho, se apresuró el Rey á establecer en su silla al obispo, y para indemnizarle de sus rigores, le exceptuó durante su vida de la obligacion de seguir al ejército (*ab omni exercitu et equitatione*), servicio á que se hallaban entónces obligados los obispos de París. Despues de haber perdido á su hermano Enrique, asistió Odon en Noviembre de 1200 á la eleccion de un nuevo arzobispo de Bourges, reuniéndose por su influencia los votos en Guillermo, abad de Chalis. En 1201 Odon y el abad de Lagny fueron encargados por el papa Inocencio III de volver á los clérigos de Rebesis á la obediencia del obispo de Meaux. Habiendo consentido el Pontífice en la misma época en reconocer como legítimos los hijos que Felipe Augusto habia tenido de Inés, el obispo de París dió su aquiescencia en una carta de 1.° de Enero de 1201, es decir, de 1202, segun nuestro actual modo de contar; se halla fechada en Sens, sin duda en un concilio provincial. Odon de Sully sostenia entónces contra el abad y la comunidad de Sta. Genoveva un pleito, en que se trataba de la parroquia de S. Esteban-du-Mont y de la capilla de Sta. Genoveva des Ardens. Pretendia Odon que debia presentársele el cura nombrado, y quedar sumiso á él, aunque canónigo regular. Se recurrió al juez supremo Inocencio III, quien encargó á los comisionados examinar el asunto en los mismos lugares. Aunque fué muy viva la disputa que se empeñó en presencia del legado Octaviano, que habia ido á visitar al obispo á Sta. Genoveva, se acomodaron, sin embargo, las partes, y ratificó el Papa su convenio. Odon conservó su jurisdiccion episcopal sobre esta parroquia, y el nuevo cura Thibaut le prestó juramento de fidelidad. Satisfecho de estas deferencias, dejó el prelado poderes muy extensos á los regulares, especialmente al abad de S. Victor. Hizo estatutos para el limosnero de la Croix-Reine (*de Cruce Reginâ*) lo mismo que para los monasterios de S. Maglorio y de S. Medardo, que visitó por órden de Inocencio III en presencia de muchos abades, en particular de los de Sta. Genoveva y de S. German. En el mismo año de 1212 hizo tambien algunos reglamentos para los colegios de canónigos de su diócesis, y otros decretos sobre la residencia del dean y chantre de S. German l'Auxerrois. Sus actas de 1203 y 1204 tienen por objeto reservar á su cabildo, bajo la condicion de algunas limosnas anuales, la disposicion del canonicato y de la vicaría que habia poseido la comunidad de Sta. Genoveva en Nuestra Señora, y á los que aquella renunciaba; aceptar la donacion piadosa de Adan de Montreuil, canónigo de París; enriquecer cada vez más su cabildo; establecer cuatro capellanes que con tres legos debian guardar la iglesia dia y noche, y defenderla de los ladrones y de los libertinos; aceptar, por último,

un feudo cedido por Guillermo de la Ferté, que situado en Port-Rois, parece fué despues orígen de la abadía de Port-Royal. Odon instaló allí, en efecto, religiosas que recogieron las liberalidades de Matilde de Garlande, esposa de Mateo de Marly, y en particular las de la casa de Montmorency. Hé aquí, lo que dice Racine sobre este asunto. «La abadía de Port-Royal, casa »de Chevreuse, dice, es una de las abadías más antiguas de la órden del »Císter. Fué fundada en 1204 (ó 1206) por un santo obispo de París, llama»do Odon ó Eudes de Sully, de la casa de los condes de Champagne, pa»riente próximo de Felipe Augusto, y cuya tumba de bronce, de dos pies de »elevacion, se ve á la entrada del coro de Nuestra Señora de París.» La fundacion no fué más que para doce religiosas; así que el monasterio no poseia grandes bienes, sus principales bienhechores fueron los señores de Montmorency y los condes de Montfort. Habiéndose desbordado el Sena en Diciembre de 1206, ordenó Odon de Sully una procesion, en la que se llevaron á Nuestra Señora las reliquias de Sta. Genoveva, y en seguida descendieron las aguas, segun dicen los autores de la *Nueva Galia Cristiana*, siguiendo á los cronistas contemporáneos. Alberico de Trois-Fontaines dice que en 1207 el venerable Odon hizo nombrar, con su poderosa influencia, á Alberico de Huntbert, arcediano de París, para el arzobispado de Reims; á Hervé para el obispado de Troyes, y á Haymon, chantre de la iglesia de Reims, para la de Soissons. Godofredo le debió tambien el arzobispado de Tours, segun la crónica de Auxerre, y como ya hemos visto, Guillermo de Chalis el de Bourges. Todos ellos eran, dice la crónica, hombres de un saber eminente, *insignioris doctrinæ viros*; pero es todavía más cierto que Odon era un protector muy poderoso. Uno de los actos notables de su episcopado es haber establecido en su iglesia la festividad de S. Bernardo, abad de Claraval; lo que se halla indicado en un decreto de Agosto de 1207 para el 25 del mismo mes. En el mismo año hizo tambien prestar juramento de residencia al canciller Præpositions. El papa Inocencio III publicó á su instigacion en 1408 la cruzada contra los albigenses. El obispo de París empleó los últimos meses de su vida en excitar á esta guerra. En sus constituciones sinodales ha dejado huellas de este celo, de que no tuvo tiempo para ver los efectos, pues murió el 13 de Julio del año 1208, el duodécimo año de su episcopado, á la escasa edad de cuarenta ó cuarenta y dos años, acaso un poco más jóven todavía, pues Pedro de Blois le ha representado en 1187 como al salir de la adolescencia, lo que da motivo para creer que habia nacido hácia 1170, y que apenas vivió treinta y ocho años. Sus escritos se reducen á las cartas que hemos indicado y á las constituciones sinodales que se han recogido con frecuencia, y que hasta han sido consideradas como el código más antiguo de los estatutos eclesiás-

ticos para uso del clero parisiense. Muchas de estas constituciones se hallan esparcidas en las compilaciones de Du Boulay ó del P. Dubois, ó entre las pruebas de la historia de París. Pero las constituciones de Odon se hallan reunidas, primero á continuacion de la pragmática de S. Luis, impresa en 1578, despues con las obras de Pedro de Blois, ó bien en la Biblioteca de los Stos. Padres, en la Coleccion de los Concilios de Labbé, y mucho mejor todavía en el *Synodicon ecclesiæ Parisiensis*, publicado en 1674 por el arzobispo Francisco de Marlay. Las veintidos primeras páginas de esta última coleccion contienen los estatutos de Odon, que se intitulan así: *Statuta Synodi prioris; in nomine Sanctæ Trinitatis incipiunt prohibitiones et præcepta observanda ab omnibus sacerdotibus, data à venerabili Odone Parisiensi episcopo.* Los sínodos se celebraban el primer jueves despues de S. Lucas, y el tercer jueves despues de Pascua, segun lo anuncia en estos versos:

Fit Jovis in luce Synodus, quæ proxima luce;
Lux Jovis hæc replicat tertia, Pascha sequens.

Despues de decir la manera de ir al sínodo, de asistir y de presentarse en él, consisten estos primeros estatutos en instrucciones relativas á la administracion de los santos sacramentos. Las del segundo sínodo explican los deberes generales y particulares de los curas, cómo deben dirigirse ellos mismos, y gobernar sus parroquias. Se prohibe á los sacerdotes mandar á los legos redactar sus testamentos, miéntras, por el contrario, los clérigos recomendarán á los legos no hacer los suyos sino en presencia de un sacerdote. Para completar las constituciones y las cartas de Odon, hay que unirlas la en que se hallan confirmadas muchas de sus disposiciones y donaciones por su sucesor Pedro de Nemours en 1208. Conviene observar, por lo demás que hubo en el mismo siglo un Odon, obispo de Toul, cuyas actas, poco importantes por otra parte, podrian confundirse con las del obispo de París. Hablando con propiedad, Odon de Sully no escribió nada; pues las cartas y las epístolas eclesiásticas no son producciones literarias, y no nos hallamos por otra parte seguros de que haya sido el redactor de los estatutos sinodales que llevan su nombre, y que han sido muy celebrados, aunque no contienen casi ninguna disposicion que no se halle en otros lugares. La más notable quizá es la que acabamos de citar relativa á los testamentos. Pero este prelado estuvo en relaciones con personajes que, ménos encumbrados que él, han sido mucho más célebres, en particular como literatos; tales fueron Pedro de Blois, Esteban de Tournay, y aun Adam de Perseigne, que le dirigieron dos ó tres cartas cada uno. Diremos, sin embargo, que Adam de Perseigne, en una de sus dos epístolas á Odon de Sully, le predica el

amor de Dios y la humildad, dándole gracias, por otra parte, por haber socorrido á dos pobres mujeres en tiempo de hambre; pero la otra contiene la reconvencion de haber impuesto una especie de contribucion á los sacerdotes y demás personas de la diócesis de París. Añadiremos que la primera carta de Pedro de Blois á nuestro prelado no es más que un tejido de exhortaciones morales muy respetuosas, es verdad, tales como se presentan á un jóven de alto nacimiento, cuya amistad se mira como un grande honor; pero que en la segunda Pedro de Blois, relegado á Inglaterra hacia veinte años, se queja de los obispos de Francia, ninguno de los cuales le habia proporcionado todavía los medios de volver á su patria. Dice que deberá este beneficio á Odon, y le pide con instancias un lugar en su casa, un asilo donde pueda morir en medio de sus compatriotas. No sabemos que el opulento y noble obispo de París procurase llevarle á su lado; un hombre de tanta instruccion y de un talento tan experimentado le hubiera sido muy útil, aunque sin duda poco agradable. Roberto de Saint-Marien de Auxerre, á quien hemos oido alabar á Odon en su promocion al episcopado, le prodiga muchos más elogios todavía en el momento de su muerte: *Vir æmulator virtutis, et vitiorum egregius insectator, qui inter cætera bona quibus emicuit, id habebat præcipuum quod in beneficiis ecclesiasticis conferendis, non ad genus, non ad munus, non ad preces, sed ad mores scientiamque respiceret, nec nisi dignos ad dignitates ecclesiasticas promoveret.* Es en efecto uno de los deberes de los obispos no considerar en la distribucion de los beneficios eclesiásticos, ni el nacimiento, ni los regalos, sino la ciencia y las costumbres que hacen dignos de las funciones eclesiásticas. Se lee en el *Speculum Morale*, atribuido á Vicente de Beauvais, que Odon sentaba los pobres á su mesa, como lo hizo despues S. Luis. Pero es muy probable que el *Speculum Morale* no fué compilado hasta el siglo XIV, y si se quiere por otra parte un panegírico completo de este prelado, basta con el epitafio que se lee en su tumba, de que nos ha hablado Racine:

QUEM CATHEDRÆ DECORAVIT HONOR, QUEM SANGUIS AVITUS,
QUEM MORUM GRAVITAS, HIC JACET ODO SITUS.
PRÆSULIS HUJUS ERAT, QUOD HABENT HÆC TEMPORA RARO,
MENS SINCERA, MANUS MUNDA, PUDICA CARO.
LENIBUS HIC LENIS, TOGA NUDIS, VIRTUS EGENIS;
VITA FUIT JUVENIS CLARA, PROBATA SENIS,
BIS SEXCENTEM CHRISTI, QUARTOQUE BIS ANNO
TREDECIMO JULII TRANSIIT ODO DIE.

Gil Corrozet, Du Breul, Du Boulay y otros muchos autores han insertado

este epitafio; Malingro, que le ha trascrito tambien, dice que ántes de ser obispo de París, habia sido Odon canónigo de S. Victor. Los victorinos le han reclamado en efecto algunas veces, pero no han podido sostener esta pretension, que no se halla autorizada por ningun documento ni testimonio contemporáneo, ni aun por ninguna tradicion anterior al siglo XIV. Todos los años de Odon que precedieron á su episcopado se hallan bastante ocupados con su educacion, sus viajes y su morada en Bourges en calidad de chantre; no queda, pues, lugar para su residencia en S. Victor. No debemos terminar este artículo sin decir que Odon de Sully vió acabada siendo obispo la catedral de París; pero el honor de esta construccion pertenece por completo, como lo ha probado el abate Lebeuf, á su predecesor Mauricio, que se ocupó de esto durante treinta y seis años con un celo infatigable. Si Odon se ocupó tambien de esta fábrica, no se hace mencion alguna. Este prelado no se ha distinguido, ni por sus talentos ni por los actos de su administracion; solo brilló por el esplendor de su nacimiento. Secundó las empresas de la corte de Roma contra la independencia del rey de Francia, trabajó en los últimos dias de su vida en llevar á cabo la guerra contra los albigenses; hé aquí los principales hechos de su historia. No pretendemos acusarle por ellos, pues si erró, este error fué propio de todo su siglo; pero sentimos no verlos recompensados, como en otros muchos de sus contemporáneos, por eminentes servicios ó por trabajos útiles.—S. B.

ODON (Fr. Gerardo), general de la órden de S. Francisco. Era Fr. Gerardo francés de nacion, de la provincia de Aquitania, hombre de grandes letras, virtud y costumbres, y de singularísima discrecion para el gobierno, y particular amigo del papa Juan XXII. Luego que fué electo, procuró premiar la virtud y castigar los vicios, lo cual hizo con mucha prudencia. Era muy compasivo y humilde, y muy grato á los frailes por su natural condicion, que la tenia tal cual se puede desear en un sujeto querido de todos. Mucho gusto dió á Su Santidad esta eleccion, así por ser el electo francés y amigo, como por la mucha opinion y fama que tenia de religion y celo de la observancia regular, la cual llevó adelante en todo el tiempo que le duró el oficio y aun la vida. Escribió algunas obras muy acertadas, señaladamente sobre los cuatro libros de las Sentencias, que comienza, *Vobis etc.* Escribió un *libro de varias cuestiones*; otro *sobre la lógica*; otro *sobre la filosofía*; otro *sobre las éticas de Aristóteles* y otro *de las figuras de la Biblia.* Tambien compuso *el Oficio de las llagas de nuestro P. S. Francisco*, que hoy se canta en la iglesia; las cuales obras todas fueron de mucha estima y mostraron bien su ingenio y erudicion. Fué celosísimo de la honra de la fé católica. Pasando una vez por Bosnia (caminando para Hungría) que á la sazon estaba sembrada de mil herejías, movido de celo de la fe, con ánimo

cristiano, se fué al príncipe de aquella provincia, y con razones y argumentos le trajo al verdadero conocimiento de la fe y de los errores en que estaba; y luego envió muchos frailes á diversas provincias para que predicasen la verdad de la fe, lo cual fué de mucho provecho, porque por medio de su doctrina se convirtieron muchos y dejaron el yerro y la herejía en que estaban enlazados, y edificaron muchas iglesias y conventos, y fundaron en aquella provincia una vicaría, que se llama la de Bosnia. Tambien envió muchos frailes de su provincia de Aquitania á la de Armenia para predicar el santo Evangelio de Jesucristo á instancia de Zacarías, obispo de los armenios, hombre de mucha doctrina y ejemplo. De estos religiosos que fueron de la provincia de Aquitania, uno de ellos, llamado Fr. Rogerio Guarino, pidió al soldan de Egipto el lugar de Monte Sion del Santo Sepulcro, y se lo concedió, y lo tienen los frailes de esta santa Orden. Tambien les dió el cenáculo de Sion, donde celebró Jesucristo la cena, y el lugar donde descendió el Espíritu Santo en lenguas de fuego sobre los apóstoles. —Despues de catorce años que gobernó la órden Fr. Gerardo Odon, el papa Clemente VI le hizo patriarca de Antioquía, y perpétuo administrador de la iglesia Catanense en Sicilia, donde murió, dejando buena memoria de su vida á los que le trataron. Escribió, siendo general de la Orden, una carta á Fr. Miguel de Cesena, digna de quien él era; quien la quisiere leer, la hallará escrita en la *Historia de la seráfica religion de Pedro Rodulfo*, en el II libro, foja 185. —O. y O.

ODON (Fr. Jacome), de la religion de S. Francisco. Compuso un libro de los PP. de la Orden dignos de memoria, ordenado por los lugares comunes de las virtudes, al cual puso título de *Espejo de los Menores*, y otros le llaman *Francisquina*, y se leia continuamente en la segunda leccion de la mesa en santa María de los Angeles de Porciúncula. —O. y O.

ODORANNE, monje de San Pedro le Vif. Baronio hace florecer á este escritor en 986, pero nació el año precedente. Era todavía jóven cuando abrazó la profesion monástica en San Pedro le Vif en Sens, donde encontró todos los medios necesarios para adquirir una buena educacion. Habiendo reedificado este monasterio el arzobispo Seguin, algunos años ántes de su muerte que se verificó en 999, puso por abad á Rainard, personaje de un gran mérito. Trabajó éste con éxito en hacer revivir allí la disciplina monástica, formó una biblioteca, renovó los buenos estudios y tomó él mismo el cuidado de enseñar las letras. Bajo este hábil maestro las estudió Odoranne, en compañía de otros discípulos de grandes esperanzas, de los que el más conocido era Thierri, sobrino del abad Rainard y obispo despues de Orleans. Odoranne hizo todos los progresos que podia permitirle el estado de su siglo, gracias á la penetracion de su espíritu y á su aplicacion al trabajo. Adquirió tambien conocimiento de las bellas artes, todo lo cual concurrió á ha-

cerle un hombre célebre y útil á su monasterio, al que procuró las mayores ventajas. Su conocimiento en la platería le permitió hacer un Cristo pendiente de la cruz, que pasó por una obra digna de ser conocida de la posteridad. Esta clase de objetos formaban la menor ocupacion de Odoranne. Dedicábase principalmente al estudio de las grandes verdades de la religion. Experimentó, sin embargo, lo que sucede algunas veces á los solitarios, que deseosos del retiro llevan una vida séria y santamente ocupada, en compañía de personas de un genio enteramente opuesto. Odoranne halló dos hermanos de este carácter en S. Pedro le Vif. Su conducta les fué odiosa, porque era una censura viva de la suya. En su consecuencia fué odiado, injuriado, calumniado y tratado de hereje antropomorphita. Se llevaron las cosas hasta tal punto, que á pesar de sus justas defensas se vió en peligro de perder la vida. No lo evitó más que cediendo á la violencia, y tomó el partido de retirarse á S. Dionisio, cerca de París. Verificábase esto en 1022 y 1023, y algun tiempo despues volvió á su monasterio, donde fué recibido con los mayores honores. Su habilidad en las bellas artes era tan conocida, que queriendo el rey Roberto y la reina Constanza ejecutar el dibujo de una urna que habia prometido en 1016 regalar la reina para encerrar las reliquias de S. Sabiniano, eligió á Odoranne para esta piadosa ejecucion. Le llamaron á Dreux, donde se hallaba entónces la corte, y le dieron las órdenes para recibir el oro, la plata y las piedras preciosas necesarias á este efecto. Odoranne desempeñó la comision tan á gusto del Rey, que le encargó este príncipe hacer una urna para San Potenciano, y le hizo dar la plata necesaria para ejecutarla. Se ignoran los demás sucesos de la vida de este ilustre monje, solo se sabe que vivia aun en 1045, y que tenia entónces la edad de sesenta años. Segun lo que el mismo Odoranne nos refiere de sus escritos en general, parece que tenia una coleccion en que se hallaba cierto número de ellos. No se conocen, sin embargo, más que los siguientes: 1.° Una crónica que comienza en 675 y concluye en 1032. Pero además de que el autor pasa en ella en silencio un gran número de años, sin manifestar ningun suceso, es muy sucinta en los mismos que refiere. Apenas contiene más que los años 999, 1031 y 1032, de los cuales trata con una extension conveniente. Lo que dice sobre este penúltimo año, relativo á la ejecucion del dibujo de la urna ofrecida por la reina Constanza de que habia hablado, está tomado de la *Historia de la traslacion de S. Sabiniano*, que nos parece haber precedido al fin de la crónica. Este fragmento, que ocupa más de dos páginas en fólio, forma el capítulo XXVI y los dos siguientes de esta historia, y la concluye, siendo tambien por el que concluye la crónica. No hay más que cuatro versos, en que el autor pide misericordia á Dios por el rey Roberto, cuya muerte ha notado ántes, y en que se recomienda él mismo á S. Pedro y á S. Sabiniano. Despues sigue lo

que dice sobre el año 1032, en que nos refiere que habia enriquecido de oro y plata la parte superior de la urna de S. Sabiniano y de su hermana Santa Beata. Baronio y el P. Le Cointe demostraron bastante bien que la cronología de Odoranne no tiene nada de exacta, y que ha confundido algunos hechos al referirlos. Defectos que Clarius, monje tambien de S. Pedro le Vif, ha copiado en su mayor parte, en las épocas en que ha seguido á su colega Odoranne. Roberto, monje de San Marien de Auxerre, advierte que ha tomado tambien noticias de cuatro cronistas. Pithou habia copiado ya parte del escrito de Odoranne, cuando le dió Du Chesne más entero sobre un manuscrito de Alejandro Petau. No se puede decir precisamente porqué esta crónica no refiere los sucesos históricos más allá del año 1032, siendo cierto, como se lee á su frente, que su autor vivió al ménos hasta 1045. —2.° El P. Mabillon ha hecho imprimir la *Historia de la traslacion de S. Sabiniano*, acompañándola con observaciones preliminares en que da razones muy plausibles para manifestar que pertenece á Odoranne. La manera de que el autor habla del arzobispo Leoteric es una prueba de que escribia ántes de 1032, que es el año de la muerte de este prelado. Por esto mismo hemos sostenido que habia separado la parte que se lee en la crónica del mismo escritor, ántes de pasarla de la crónica á la historia. Odoranne comienza este segundo escrito, remontándose hasta el arzobispo Wenilou, en el siglo IX, y refiere todo lo que sabia del descubrimiento y las diferentes traslaciones de los santos mártires Sabiniano y Potenciano, con la relacion de los milagros que los habian acompañado y seguido, y le concluye con la traslacion de las reliquias de S. Sabiniano, de la urna de plomo en que se hallaban depositadas, á la que la reina Constanza habia mandado hacer bajo la direccion del mismo Odoranne. Lo que hace este escrito más interesante son diferentes hechos que se leen en él sobre la historia de los arzobispos de Sens y de los abades de S. Pedro le Vif. —3.° Las calumnias de que Odoranne se vió cargado, le obligaron á escribir una carta apologética para justificarse. El P. Mabillon ha publicado el principio por un manuscrito de la catedral de Orleans, en que falta la continuacion. Se halla dirigida al maestrescuela de la misma iglesia, á Ayfrer, abad de San Abito y á Hugo, arcediano de la iglesia de Sens. —4.° Odoranne menciona en esta carta otro escrito, que se habia visto obligado á publicar sobre el mismo asunto, y que habia intitulado *Queja* ó *gemido in lamentatione mea*. Algunos manuscritos citan esta crónica y opúsculos, pero indudablemente nadie los ha visto todavía. —5.° Hay otro escrito del monje Odoranne, relativo al orígen de la abadía de San Pedro le Vif, que hace remontar á la reina Theodechilda ó Theudechilda, hija de Thierri, rey de Austrasia, que casó con un rey extranjero. Pero sin duda este escrito es de poca importancia cuando el Pa-

dre Mabillon no ha creido conveniente hacer ningun uso de él en la historia de aquel monasterio. —S. B.

ODORICO, franciscano español, misionero en Cochinchina. Habiéndose entregado él mismo á consecuencia de la promulgacion de un edicto de 6 de Enero de 1833, que ordenaba buscar á los sacerdotes catequistas, se le condujo á la capital y fué condenado á ser extrangulado. Conmutósele esta terrible pena por la de detencion perpétua, y murió en 25 de Mayo de 1834 en la provincia de Laos, donde sufria su destierro. — O. y O.

ODORICO (Fr.), de Forojulio de Porto Naono, lugar de la provincia de S. Antonio. Hombre de mediana estatura y encorvado el cuerpo un poco y de corta vista. Estos y otros estragos habian hecho en su cuerpo los trabajos de su cristiana vida. Su peregrinacion fué una de las mayores que se sabe de hombre en la tierra, porque despues de haber andado casi toda la Europa, pasó á Asia y dejó poca parte de ella por visitar, enseñando la fe de nuestro Señor Jesucristo, convirtiendo y bautizando á muchos. En su mocedad tomó el hábito de nuestro P. S. Francisco y ejercitóse en gran aspereza de vida, trayendo cilicio de ordinario, unas veces de cerda, otras de cota de malla. No quiso aceptar oficio de la Orden por su gran humildad, por no ser preferido en cosa alguna á los otros. Era abstinentísimo y penitentísimo en el comer. Ayunaba casi siempre, y muchas veces á pan y agua. Anduvo descalzo y con solo el hábito sin túnica. Dábase al ejercicio de la oracion, y por poderla tener con mayor quietud, con licencia de los prelados escogió un lugar solitario, donde hizo una ermita pobre y pequeña, en que estuvo algun tiempo, La fama de su santidad se extendió por aquella tierra, y atrajo á mucha gente de todos los pueblos y lugares á ver y conocer al siervo de Dios; y el Señor, á la vista de todos, le honró con muchos milagros. Despues de haber estado muchos años en la religion, comenzó sus peregrinaciones, con licencia, que para ellas alcanzó de sus prelados, con gran deseo de predicar el Evangelio á los infieles y morir en su defensa. Y no fué solo este deseo de martirio el que le desterró de su provincia, vida quieta y sola, sino tambien el que tenia de huir de la honra que toda clase de gentes le ofrecian. Su peregrinacion duró diez y seis años. La crónica antigua dice que convirtió y bautizó veinte mil personas, mucho mayor número que éste debió ser el que este siervo de Dios cristianó, en tan anchas y apartadas tierras y en tan largo tiempo como estuvo en ellas. Los trabajos que padeció en tales viajes tampoco se pueden reducir á número, ni los favores que de Dios y su Madre Santísima obtuvo. En la Etiopía le sucedieron extrañas cosas, predicando y sembrando la fe, é instruyendo en los principios de ella á aquella gente bárbara é infiel. Y pasando á la India hizo lo mismo. Y habiendo muchos dias que navegaba, aportó á la ciudad de Tana, donde padecieron martirio otros

cuatro religiosos, que fueron los santos Fr. Tomás de Tolentino y sus compañeros, y cogiendo sus huesos los llevó á la ciudad de Palumbo, y de allí á Zeyto. Visitó el cuerpo de Sto. Tomás apóstol. De las regiones Orientales vino á las del Mediodía, y navegando cincuenta dias llegó á la isla de Lamorin, donde se desaparece el polo Artico y descubre el Antártico, y la gente que allí vive andan desnudos por el calor del sol, que es grandísimo. Vióse este siervo de Dios con el emperador de los Tártaros, llamado gran Can, donde halló religiosos de su Orden que se sentaban con el Emperador á la mesa, y daban la bendicion y gracias al fin de la comida. Allí estuvo dos años cumplidos, por gusto y voluntad del Emperador, y fué á Italia á enviar frailes que predicasen la fe católica en aquel reino. Venido, pues, Fr. Odorico á Italia con este santo propósito, y yendo á besar el pie al Papa que estaba en Aviñon, diéronle unas recias calenturas. En llegando á Pisa los médicos le desahuciaron. En esta enfermedad, cuenta la Crónica se le apareció S. Francisco, cercado de una nube resplandeciente, y le dijo: «Hijo mio, »Fr. Odorico, no quiero que vayas á la corte del Papa, porque yo iré y con»cluiré el negocio que tú habias de hacer; levántate y vuélvete á Utino, por»que allí es la voluntad de Dios que mueras.» Fr. Odorico se levantó de la cama confortado con esta vision y se volvió á Utino, donde habiendo recibido los sacramentos con mucha devocion, lunes á la hora de tercia, un dia despues de la octava de la Epifanía, pidió al guardian y frailes, que en torno de su cama estaban, le hiciesen la recomendacion, que conforme al estilo de las religiones, se dice cuando se acerca la hora de la muerte y en aquel postrer artículo. Alzó luego los ojos al cielo Fr. Odorico, y juntas entrambas manos, dijo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* Y al punto salió aquella bienaventurada alma de la cárcel de su cuerpo, y fué á gozar del descanso eterno del cielo, que con tantos trabajos tenia merecidos en la tierra. — O. y O.

ODRIANO (S.), obispo. Se ignora el tiempo en que floreció, pero se sabe que nació en Irlanda y que fué patrono tutelar de la ciudad de Waterford. En su patria se celebraba el 8 de Mayo. — M.

ODULFO (S.), confesor. Al recordar la Iglesia á este Santo el 18 de Julio, nada nos dicen los autores, sino que floreció como confesor á mediados del siglo XI.—C.

ODUVALDO (S.), abate escocés, de noble estirpe. Fué gobernador de la provincia de Landon, y cansado del mundo vistió el hábito en la abadía de Meldos con una alegría extraordinaria. Durante su vida monástica fué cada dia mayor el fervor de su espíritu, más continua la oracion y más continuo el don de lágrimas. Al fin el Señor satisfizo sus deseos llamándole á la gloria en el año 698, pocos dias despues de la muerte de S. Cuthutberto. — M.

ODVIN, célebre discípulo de Alcuino, bajo cuya direccion hizo tantos progresos, que fué juzgado digno del sacerdocio. Queriendo su maestro ponerle en estado de desempeñar con buen éxito tan sagradas funciones, le escribió una carta en que detallando las ceremonias que se practicaban en la administracion del bautismo, las explica todas. Advierte que no es permitido omitir ninguna, porque han sido establecidas por los Santos Padres. Estas ceremonias son las mismas que se practican en la actualidad, á excepcion de tres inmersiones que se practicaban entónces. Tambien se daba á los recien bautizados los sacramentos de la Confirmacion y de la Eucaristía, lo que no hacemos ya. —S. B.

OECUMENIUS, escritor griego de época desconocida. Sixto de Sienne le atribuye los *Comentarios sobre el Pentateuco y sobre los demás libros del Nuevo Testamento*. Sin embargo, nada se ha publicado todavía de Oecumenius sobre el *Antiguo Testamento*; y con respecto al Nuevo no conocemos más que sus *Comentarios sobre las Actas de los Apóstoles*, *sobre las epístolas católicas* y *sobre las de S. Pablo*. Fronton le Duc ha dudado de que fueran de Oecumenius, porque en muchos manuscritos no tienen nombre de autor y no llevan más título que el de *Extracto de los Santos Padres*. Pero Donato de Verona y Heutenio han manifestado con razones tomadas de diferentes lugares de estos comentarios, el uno sobre el último capítulo de la *Epístola á los Colosenses*, y el otro sobre la cuarta *á los Efesios*, que son de Oecumenius. El autor no se ha limitado á extractar los antiguos intérpretes, sino que despues de haberlos consultado, ha dado él mismo el sentido literal de la Sagrada Escritura, haciendo suyo lo que habia tomado en los escritos de los antiguos. Da pruebas de su acierto y juicio, y se explica con mucha claridad. Sus *Comentarios sobre las Actas de los Apóstoles*, las *Epístolas de S. Pablo* y las *siete católicas*, fueron impresos en griego, en Verona en 1532, en fólio, con el *Comentario de Arethas sobre el Apocalipsi*. Donato de Verona cuidó de esta edicion, que dedicó al papa Clemente VII. Se sirvió de un manuscrito que habia dado Juan Lascaris á Mateo Gibert, obispo de Verona. Bernardo de Verona hizo una traduccion latina de los *Comentarios sobre las Actas* y las *Epístolas católicas*, que fué impresa en Basilea, en 1552, y en Venecia, en 1556, en 8.°, y dedicada al cardenal Alejandro Farnesio. Heutenio hizo una nueva version de todas estas obras, y publicó una edicion griega y latina en Amberes, en 1545, que fué reimpresa el mismo año en París, seguida de la edicion que se hizo en Basilea, en 1553, en dos columnas en 8.°, y de la traduccion de Máximo Florentino. Pero esta edicion no comprende más que los *Comentarios sobre las epístolas de S. Pablo*, y la de Francfort, en 1610, en 4.°, los *Comentarios sobre las siete epístolas católicas* de la traduccion de Heutenio, con notas de Bartolomé Coppen. La última de

todas es del año 1631, París, por Federico Morel, en dos volúmenes en fólio, y comprende todas las obras de Oecumenius. Los antiguos que cita son Papias, S. Justino, S. Ireneo, S. Hipólito, S. Clemente, José, S. Dionisio de Alejandría, Cirilo, Eusebio, S. Anastasio, S. Gregorio Nacianzeno y Niceno, S. Basilio, S. Juan Crisóstomo, Severiano, S. Epifanio, Germadio, Methodio, Orígenes, Isidoro, Teodoreto, Tito, Phocio y el mismo Oecumenius.—S. B.

OEKLEY (Simon), eclesiástico y orientalista inglés. Nació en Eveter en 1678. Fué vicario de Swavessey, en el condado de Cambridge, y en 1711 profesor de lengua árabe. Publicó en 1706: *Introductio ad linguas orientales*. Dió á luz tambien una *Historia de los sarracenos*, y una *Narracion sobre los árabes, sobre Mahoma y su secta*, en 1718, en inglés, traducida por Jaulo en francés, dos volúmenes en 12.°—*Descripcion de la Berbería*; Lóndres, 1713.—*Noticias acerca de muchos autores*; y otros tratados. Sus talentos no le impidieron ser pobre, y llevado por deudas á una cárcel, en la que murió hácia el año de 1720. Se cita además de Oekley una *Historia del estado presente de los judíos dispersos sobre el globo*, traduccion del italiano de Módena al rabino.—O. y O.

OENGUS Mac. Tiprait. Waræus, en su obra *De clariis Hibern. Scrip.*, hace mencion de este religioso del siglo VIII de nuestra era, en el que dice fué abad del monasterio de Clainfate-Bætan, en Irlanda, y que se le conoce por un himno que compuso en honor de S. Martin. Murió el año 745 de Jesucristo.—C.

OERTEL (Juan Santiago Maximiliano). Nació en Ausbac, reino de Baviera, el año de 1161, y enviado desde niño al colegio, mostró buenas disposiciones para el estudio, en el cual aprovechó de modo, que á la edad de diez y nueve años era ya alumno de la universidad de Erlangue, donde estuvo cinco años regentando una cátedra de importancia. En vista de sus buenas disposiciones le ordenaron de sacerdote en la iglesia luterana, é invitado por la sociedad de misioneros evangelizadores de Prusia, abandonó su país para ir á la América del Norte á ponerse al frente de los protestantes alemanes. En 1837 huyó á Nueva York, y estuvo desempeñando sus funciones por espacio de diez y ocho meses. Despues pasó á reunir los protestantes alemanes emigrados por Missouri, y estuvo con ellos hasta Noviembre de 1839, en cuya época volvió á su primitiva congregacion. Tenia, sin embargo, un grave disgusto por las excisiones y contradicciones de los luteranos de Alemania, cuyas divisiones eran tales, que apenas se encontraban dos ministros que pudieran explicar de un mismo modo su doctrina. Esto le hizo cavilar mucho, y mucho más cuando se convenció de que la misma corrupcion de costumbres de Alemania era el orígen de tantas variaciones,

pues no eran estas tan frecuentes ni con mucho en América, donde la corrupcion era ménos. Y como á este rezelo con que él caminaba se agregase el haber hallado, cuando llegó á Missouri, que el obispo luterano acababa de ser excomulgado como hereje, él hubo de fijar un tanto su atencion en estas cosas, y por consecuencia de ello, fijarse algo en que no habia en su secta la apetecida verdad cuando tales contradicciones sufriera. Quiso Dios que esto, que habia principiado de un modo humano se terminára por su gracia: pues habiendo Oertel conocido casualmente á Mr. Cuarter, conferenció varias veces con el, presentándole su duda, y el católico, animado de los mejores deseos, y no dudando que aquel conjunto de circunstancias que se habian reunido eran disposicion de la Providencia Divina para que no se perdiese un hombre de tan buen juicio y condiciones como lo era indudablemente Oertel, le hizo fijar la atencion en la invariabilidad de la doctrina católica, le hizo conocer que desde los apóstoles hasta nuestros dias habia sido siempre una la creencia como unos los sacramentos; le hizo comprender que nunca habia permitido Dios en su Iglesia esa variedad lamentable que habia en las falsas iglesias, que no son el cristianismo, y por último, consiguió de él palabra de examinar con atencion las creencias del catolicismo y decidirse á abrazarle si veia que no habia habido diferencia esencial en un largo espacio de tiempo. Promesa semejante, hecha formalmente por un sugeto de la probidad de Mr. Oertel, no podia ménos de satisfacer á Mr. Cuarter, así que dando á Dios gracias por sus infinitas bondades, y poniendo en manos del ministro luterano los preciosos folletos *La Foi des catholiques* y *Fin de la controverse*, de Mr. Milnes, dejó á Dios mismo el éxito del asunto, y Dios no se hizo esperar para remitir eficaces auxilios de su gracia al ya bien dispuesto corazon de Oertel, sino que secundando los piadosos intentos de su buen amigo, y valiéndose de él mismo para que lo hiciese oportunas advertencias, Oertel se convenció de que nada hay como la fe de Cristo, y resolvió aceptar nuestra sacrosanta religion como única sociedad donde es posible el sosiego, paz y ventura del espíritu, y donde puede endulzarse en cierto modo las infinitas amarguras de que está siempre rodeada nuestra existencia. Amaneció el venturoso dia 15 de Agosto de 1840, y Mr. Oertel, ministro protestante, asistió en la iglesia de Santa María de Nueva York á una gran solemnidad, á uno de esos solemnes momentos en que el hombre se confirma en la verdad de la fe y en la bondad de su Dios, si acerca de estas cosas pudiera caber vacilacion, si acerca de estos asuntos cupiese duda en la mente de una persona de mediano criterio. La Iglesia está llena de fieles, Mr. Cuarter, cura de ella estaba al frente de su numerosa grey, y Mr. Oertel se acercó al sacerdote que acababa de propalar los títulos y distinciones que en su secta reunia este esclarecido varon, y él

protestó solemnemente que abjuraba de su secta, que confesaba la fe católica, cuyo símbolo recitó, é hizo que se dijeran las razones en que apoyaba la resolucion que acababa de tomar. Al propio tiempo permitió Cuarter que se hiciesen las observaciones que quisieran los que allí estaban, acerca de la verdad ó falsedad de la religion de Cristo; pero todos los argumentos fueron pulverizados por el recien convertido, que recibiendo en el acto el santo bautismo bajo condicion, llenó de júbilo á cuantos presenciaron aquel acto solemnísimo, y él se aseguró una felicidad que hubiera sido ilusoria para él, si no hubiera sabido aprovecharse de las inspiraciones de la gracia. —El cura leyó despues un luminoso folleto, en que el mismo antiguo ministro luterano exponia concienzuda y razonadamente los errores de su secta; y es de presumir que esta confesion tan explícita de parte de uno de los corifeos de la secta, produjera un efecto notable en los demás, los cuales, aunque en el acto no se atrevieron á acercársele, no dejaron de hacerlo cuando tuvieron oportunidad, pero todos llevaron por respuesta á sus atrevidas indicaciones una série de razones fundamentales de la fe católica que la prestan apoyo contra todos los embates del error, bien es verdad que es imposible la reunion de la oscuridad con la luz, pues que esta destruye inmediatamente á aquella, como sucede con la verdad católica en materias de religion. Añadió Oertel que la fe católica seria para él la creencia hasta la muerte, y que queria vivir como cristiano para tener la inexplicable dicha de morir como tal, y con efecto desde el momento mismo de su conversion renunció á sus pasados extravíos, fijó en Dios su mente, y Dios y sus prójimos han sido el único objeto de sus aspiraciones, ofreciéndose á la Iglesia para con todas sus fuerzas procurar el triunfo de la verdad y la confusion del error. No se saben más pormenores acerca de su vida despues de convertido, pero todas las probabilidades estan en favor de que quien obtuvo de Dios una gracia tan singular como la ilustracion que hubo menester para dar el gigantesco paso que dió; quien por otra parte mereció al Señor esa invencible firmeza con que desde luego abjuró sus errores, y esa tan constante decision con que fué en pos del cristianismo y de sus muy gratos consuelos, obtendria de Dios tambien la fuerza de espíritu necesaria para que se concluyera bien la obra que la gracia y solo la gracia habia comenzado; así que Oertel, una vez católico, tuvo que ser, permítase la espresion, buen católico, porque no podia venir á ser inexacto el dicho de S. Pablo: *No en vano se recibe la gracia del Señor*; y los últimos dias de Oertel, su penitencia y amor de Dios, repararian los extravíos é ignorancias de su juventud, de las cuales es seguro que el Señor no se acordaria. — G. R.

OETERIUS. Preséntase á este lionés por algunos historiadores como á eclesiástico, y si no lo fué está considerado como un hombre virtuoso y de

gran piedad. Nació en Lion de Francia de la nobleza más sobresaliente del país, y colocado en la córte de Gontran, sus virtudes y talento le granjearon la estimacion y la amistad de su señor, hasta el punto de nombrarle este príncipe conde ó gobernador de Lion. Muerto Prisque, obispo de Lion, la clerecía y el pueblo le proclamaron para sucederle, pero rehusó esta dignidad. Amigo Oeterius de Austregisilo, tuvo una gran parte en su santificacion. Nacido éste en Bourges, de una distinguida familia, ganó de tal modo la voluntad del rey Gontran, que este príncipe no podia separarle de su lado. El favor de que disfrutaba le disponia á la más brillante fortuna, cuando una imprevista desgracia de esas que son tan frecuentes en las cortes, le disgustó del mundo y le hizo despreciar su ostentacion y vanidad. Un cortesano llamado Betelenus, convencido de haber sacado inmensas sumas del tesoro Real con órdenes falsas, acusó al virtuoso y honrado Austregesilo de haberlas hecho, lo cual negó éste bajo juramento. Infatuado el Rey lo mismo que su pueblo de la verdad de los duelos para probar la inocencia de un acusado, monstruosa costumbre de muchos pueblos en la edad media, deseando que su favorito se justificase de una manera más brillante, ordenó que la querella se decidiese por medio de un combate á su presencia en campo cerrado; bárbaro espectáculo que acredita por sí solo la ferocidad de costumbres é ignorancia de aquella época. Presentóse el obediente Austregesilo armado para el combate, y todo estaba dispuesto para él, cuando vinieron á decir al Rey que Betelenus habia sido arrojado por su caballo y habia muerto del golpe. Este acontecimiento singular, que hacia ver al pueblo la victoria del acusado como si la hubiese logrado en el duelo, pues que Dios mismo se habia encargado de vengarle para probar su inocencia y la maldad del acusador, no varió de modo alguno la firme resolucion de Austregesilo para retirarse de la corte; y arrojándose á los brazos de Oeterius, le suplicó de todas veras obtuviese del Rey el permiso para dimitir de su empleo y abandonar la corte. Oeterius, que era un santo en la opinion de la corte, obtuvo con sus ruegos del Rey lo que su amigo deseaba, y le mandó á Amarius, obispo de Autun, para que le ordenase de subdiácono, lo que hizo el prelado admitiéndole al servicio de su iglesia. Quedando vacante de nuevo el obispado de Lion, la clerecía y el pueblo rogaron otra vez al Rey les permitiese elegir obispo á Oeterius, y consintiéndolo al fin el soberano, fué elegido. Informado Austregesilo de la eleccion de Oeterius, volvió al instante á Lion, en donde el virtuoso Obispo creó en favor de su piadoso amigo un título nuevo, haciéndole abad de S. Nizieno, es decir, superior de toda la clerecía de esta iglesia. Al hablar de este nuevo título el abate Pernetti en su obra *Lioneses dignos de memoria*, dice que no debe confundirse el nombre de abad canónico, con el de abad regular, pues que sus iglesias tuvieron por

muchos años estos abades canónicos á su frente, los cuales eran nombrados por los arzobispos para que vigilasen la disciplina eclesiástica; que la semejanza de estos nombres y la vida comun que hacia la clerecía de cada iglesia, ha hecho creer á los que no estaban suficientemente instruidos, que sus eclesiásticos eran todos monjes. El título de abad con las funciones que le eran anejas, estaba ya en uso en algunas iglesias, cuando el concilio de Aix-la-Chapelle prescribió á los obispos vivir en comunidad con su clerecía: construyéronse á este fin grandes y soberbios claustros, proporcionados al número de personas que servian las iglesias, lo que dió á los eclesiásticos el aire monacal que ha engañado á los que les tuvieran y consideráran como monjes. Esta costumbre no pasó del siglo XII, y se ve en una bula de Inocencio IV á la clerecía de S. Niziero de 1251, que llama á su jefe rector. —Adquirió Austregesilo tan gran reputacion en la iglesia de Lion, que la de Aquitania vino á buscarle para hacerle obispo de Bourges, y aceptado, llevó á ella las reliquias de Sta. Blondina, las que colocó en una gruta muy frecuentada aún por aquellos pueblos. El arzobispo Oeterius, por su santidad, piedad y buen gobierno, se hizo el ídolo de los lioneses, y hacen el elogio de este insigne prelado las íntimas relaciones que mantuvo con S. Gregorio, *el Grande*, siendo de opinion los Bolandistas de que, por comision del Santo Padre expresado ordenó al santo abad Agustin, obispo y apóstol de los ingleses. Murió Oeterius en olor de santidad al fin del siglo VI de nuestra era. La confusion de nombres, tan comun en la época que tratamos, se hace sentir mucho sobre Oeterius y Asterius; hay uno de ellos que presidió el concilio de Chalons y dos abades del mismo nombre de la isla de Barbe. El primer camarero de S. Paulo que se conoce y que los registros de la iglesia de Lion suponen ser el sétimo, se llamaba tambien Oeterius, y nada puede asegurarse acerca de su parentesco con el que ha sido objeto de este artículo. —A. C.

ŒUBRE (Santiago de la), eclesiástico de la diócesis de Coutances: es conocido únicamente por la edicion de Plauto *ad usum Delphini*, que publicó en 1679, con el nombre de *Operarius*, edicion poco apreciada. Camusat se ha equivocado, como lo han advertido ya Moreri y otros biógrafos, al sostener contra Baillet, que *Operarius*, el editor de Plauto, se llamaba Donbier; pues basta solo echar una ojeada á la dedicatoria, para ver que está suscrita por De ŒUbre. Es verdad que Donbier era un literato de aquella época, pero de ningun modo puede confundirse con el autor objeto de este artículo. Ya Pelain le ha calificado en sus *Memorias* de este modo: tiene talento natural, mediano saber, y el estilo de su latin es puro y florido; pero con respecto al francés, corre parejas con su compatriota Sorbiere: tiene un talento especial para el estilo lapidario, y es muy aficionado á los motes, etc. —M.

OFFA (Beato). Los principios de este ilustre varon fueron en medio de la grandeza del mundo; pues nació del rey de Sajonia Oriental, cuya corona ciñó por muerte de su padre. A los atractivos que para todo soberano tiene su corona tenia que agregar Offa un extraordinario afecto de parte de sus súbditos, los cuales viendo y admirando sus buenas circunstancias, se complacian en depender de él, y se esforzaban en llevar á cabo las útiles mejoras que continuamente proponia en su pueblo, y que hacia consistir en la más exacta observancia de los consejos evangélicos, de cuyo ejercicio procede todo bien y sosiego. En sus dias pasaron á Inglaterra los monjes Benedictinos, y como ellos han sido siempre observantísimos de sus reglas, y para la importante empresa de evangelizar á aquella isla de santos, le escogieron desde luego los más aventajados en virtudes; el verlos solo animó á Offa, de modo que ya le pareció insoportable el peso de su corona; le parecieron superiores á sus fuerzas los cuidados que es indispensable prestar para el gobierno de su reino; le pareció por fin que la grandeza y elevacion del trono no son el verdadero camino de la gloria, porque esta no se alcanza sino por el áspero camino de la cruz, y resolvió dejar la corona, renunciar el reino, desprenderse de todas las riquezas que á este importante cargo son anejas, y vivir modestamente en la órden de S. Benito, por haberle parecido más conforme á la pobreza de Cristo aquella humilde y grosera vestidura, que no el manto real y diadema que él dejaba. Esta resolucion que tomó, tan heróica, y que denotaba desde luego que Dios en la religion le prevenia para grandes cosas, se confirmó más y más con el ejemplo de otro personaje tan ilustre como Offa, que renunció tambien otro reino para hacerse asímismo hijo del glorioso S. Benito. Coenredo, rey de los Medos, fué su esclarecido compañero, y ambos partieron para Roma á fin de obtener del Sumo Pontífice la confirmacion de los sucesores que habian designado para sus tronos. Aunque ellos intentaron desde luego ocultar sus nombres y condicion para evitar el que las gentes fijáran en ellos su atencion, no lo pudieron conseguir, porque quiso el Señor para su mayor gloria, que todos los conociesen, y que en la capital del orbe, donde ordinariamente residen sugetos de todas las naciones se viese á estos hombres, cuya abnegacion era tan grande, presentarse á la faz del mundo dando ejemplo de una virtud, que parecia oponerse á los sentimientos de una época verdaderamente ambiciosa. Lo primero que hizo el Soberano Pontífice fué probar su vocacion, ofreciéndoles á la consideracion algunos motivos por los cuales otros se hubiesen apartado de su propósito, cuales eran el que acaso en la religion tendrian que ocuparse en ejercicios molestos, y desde luego humildes; que tal vez se les mandaria ir á sus mismas provincias y las gentes les mirarian con desprecio despues que cuando eran reyes los rendian todo el homenaje

debido á su alta dignidad; que acaso serían en los últimos lugares del monasterio despreciados de todos, y otras cosas á este tenor, y ellos á todo daban por respuesta su perfecta conformidad con la voluntad divina, y que no ansiaban otra cosa sino ocuparse en su santificacion para compensar de alguna manera el tiempo que habian disipado en las vanidades del mundo, y que hubiera sido para ellos de mucho más provecho si ántes hubiesen atendido á este importante asunto. Con cuyas resoluciones firmísimas el Santo Padre, lleno de consuelo, determinó admitirles á la sagrada religion de S. Benito, fundando la esperanza de que en ella brillarian y se harian dignos de la inmortal corona con que Dios ciñe á sus escogidos; pues que verdaderamente eleccion de Dios es el dejar un cetro por la cogulla, un reino por sujetarse á la obediencia de su superior ó mejor dicho de todos los monjes, pues que á todos deben servir los que aspiran á la perfeccion en el claustro. Así lo hicieron Offa y su compañero luego que el Santo Padre, invistiéndoles solemnemente el hábito de S. Benito, los remitió á dos distintos monasterios para que en ellos florecieran. En efecto, florecieron grandemente; pues Offa, de quien ahora nos ocupamos, olvidó completamente su grandeza para hacerse perfectamente humilde; olvidó que habia sido rico para constituirse verdaderamente pobre; olvidó que habia sido superior para sujetarse en un todo á la voluntad, no solo de los abades y prelados de su casa, sino de todos los monjes, á cuyo servicio se dedicaba con el mayor esmero; se olvidó que habia sido educado entre los halagos y delicias de la corte y del trono, para ejercer la más rigurosa penitencia, y á todas estas cosas agregó un espíritu de oracion tal, que logró de Dios los más afectuosos carismas y los más apetecibles obsequios de su siempre entrañable amor. Logró de sus superiores, despues de repetidas súplicas, el que le dejasen en el estado laical, y se esmeró mucho en ejercer los oficios que le destinaron, como si toda su vida hubiese estado ocupado en ellos, creciendo mucho en virtudes, aun cuando no fué mucho el tiempo que estuvo en la Orden; pues que Dios quiso llevarle á su posesion luego que se hubo ejercitado en las heróicas virtudes, que son camino para la eterna dicha. El precioso tránsito de este esclarecido siervo de Dios se verificó, segun todas las probabilidades, el dia 25 de Octubre del año 710; inmediatamente se procedió á formar el proceso de su beatificacion, y fueron tan rápidas las diligencias, que en el año de 725 ya era Offa beato, y muy poco despues se comenzó á celebrar su fiesta en la órden de S. Benito en el mismo dia, aniversario de su dichosa muerte.—G. R.

OFIDA (Beato Bernardo de). Gózase España con razon de haber producido héroes en todos sentidos, que la ennoblecen por sus heróicas hazañas, cuyos ilustres varones y esforzadas heroínas han engrandecido su nombre,

aumentado su poder y formado su gloria. El mundo todo proclama el valor de los hijos del Cid y de Pelayo, de Cortés y de Pizarro, del gran capitan Fernandez de Córdoba y de Alarcon, que en ambos mundos pusieron el pabellon español tan alto, que pocos pueblos llegaron á igualarle, y el cielo ostenta entre sus bienaventurados, entre los que ocupan un trono de gloria en las gradas sobre que se sienta el Autor divino de todo lo criado, á los hijos de Santiago, de S. Hermenegildo, S. Fernando, S. Ignacio de Loyola, Sta. Teresa de Jesús, Sto. Domingo de Guzman, S. Lorenzo, Sto. Tomás de Villanueva y de tantos otros héroes, que venciendo con las armas de la gracia y con la luz del Evangelio á las tinieblas del infierno, son soles refulgentes que alumbran al mundo católico para honra y gloria de Dios y honra de nuestra España. Entre estos soles gloriosos hállase un humilde capuchino, que admiró al mundo con su santidad y virtudes, el beato Bernardo de Ofida, cuya vida vamos á bosquejar, procurando retratarle lo mejor que se alcance á nuestro pobre pincel, deseando que lo que de él digamos y representemos sirva de leccion á los fieles para imitarle y poderle contemplar y acompañar en el cielo, en donde disfruta de las gracias á que se hizo acreedor por su heróico valor en la tierra, en donde venció al demonio en campal pelea. Escribió la vida de este siervo de Dios con grande extension, en un tomo en 4.°, de más de 400 páginas, el Rdo. P. Fr. Francisco de Villalpando, cronista de la órden de Capuchinos, cuyo libro publicado en Madrid en 1795 nos va á seguir de guia en este artículo, para el que tomaremos lo que más nos convenga en la parte histórica y doctrinal, dejando lo demás para que el curioso que desee más noticias, las tome de aquel original. Dice S. Agustin, en su libro preciosísimo *sobre la Predestinacion*, que todo lo que pertenece á los santos entra en la economía de su predestinacion, y que nada puede decirse que salga de aquel órden inmutable de disposiciones, que desde la eternidad ha establecido y ordenado el Señor sobre ellos. Aun los sucesos que parecen casuales y nada dignos de consideracion, añade, tienen su lugar y emanan de estos mismos decretos, ordenándose innumerables veces á acrecentar el esplendor de la virtud de estos hombres verdaderamente extraordinarios. Nació el beato Bernardo el dia 7 de Noviembre de 1604 en el pueblo de Ofida, diócesis de Asculi, y en la presidencia de Montalto, instituida por el pontífice Sixto V; siendo de notar que en el mismo dia que mandaba el cielo un bienaventurado á la tierra, subió otro á las mansiones de la gloria, pues que murió S. Serafin de Montegranario, religioso lego capuchino, canonizado hace muchos años; de modo que al arrebatar Dios un santo al mundo le mandó otro, para que no faltase el fuego perpétuo de su caridad, y siga sin interrupcion la generacion de los santos. Fueron los padres de Bernardo unos pobres pastores; pero de tal honradez

y santidad que merecieron de sus paisanos y convecinos les diesen el honrosísimo dictado de la *Familia santa*, cognomento ilustrísimo que se ha dado en este siglo, tambien por su virtud y santidad, en Zaragoza, á la de los condes de Bureta por su piedad, de los que salió aquella heróica condesa de este título, madre de la actual marquesa de Nibbiano, Doña Dolores Lopez de Heredia, viuda del no ménos virtuoso marqués de Nibbiano el señor D. Agustin de Azara, sucesor del famoso diplomático D. José Nicolás de Azara, primer marqués de este título. José Peroni, natural de Ofida, y Dominga de Apiñano, pueblo de la misma diócesis, fueron los nombres de los padres de nuestro Bernardo, al que pusieron por nombre Domingo en la pila bautismal. Tuvieron además otros siete hijos; pero solo este, que fué el tercero, fué el que, cual otro David, hijo de Isaí, eligió el Omnipotente para dar lustre con su santidad á la Iglesia católica. Contentos con su pobreza amaban el trabajo, al que se dedicaban con asiduidad para mantener á su numerosa prole, sin que esto les estorbase para cuidar de amaestrar á sus hijos en el santo temor de Dios. Aun cuando rústicos aldeanos, no dejaron de comprender que la niñez es el nuncio de la vida del hombre, como la aurora lo es del dia, y en este sentido tuvieron buen cuidado en no descuidar la de este niño, que desde su nacimiento se anunciaba como un destello de la gracia. Tobías, que no se descuidó en esta edad tan delicada, perseveró con constancia en los caminos del Señor, y lo propio se advierte en Isaac, José, Samuel y otros escogidos, como el glorioso S. Juan Bautista, cuya santidad presagiaron los habitantes de las montañas de Judá. No fué el niño Domingo mandado á las aulas para aprender las ciencias y las letras, ni tuvo maestos asalariados que se las enseñasen, porque la pobreza de sus padres se lo impidió; pero tuvo un maestro más excelente que le enseñase cuanto habia menester para caminar por el sendero de la perfeccion, que es la verdadera ciencia, y esta fué la gracia á que se asoció su virtuosa madre, de cuyos labios, que, segun S. Juan Crisóstomo, son los mejores libros de los niños, recibia las lecciones elementales de la fe y los principios de la segunda vida, que nos dió Jesucristo. Aquella virtuosa mujer, cuya piedad fué despues tan acreditada por su hijo, adiestró á su Domingo tan de buen hora en la sana doctrina, que las primeras palabras que pronunciaron sus cándidos labios fueron las de *Jesús y María*, repitiendolo tantas veces, que ya en la cuna le llamaban todos los convecinos *el Niño santo*. Cuando la gracia se encarga, dice Villalpando, del magisterio de un alma, imprime en la naturaleza misma sus preciosos y apacibles rasgos, y hace que la índole, el semblante y los modales sean una expresion é imágen de aquella bondad que adorna interiormente el ánimo, lo cual nos da á entender el Espíritu Santo, cuando en el *libro de la Sabiduría* dice de un

justo que le cuyo en suerte un alma buena. Tan dócil, obediente, afable y obsequioso fué el niño Domingo, que se le ponia por modelo á los demás niños en toda la comarca, pues jamás pidió nada á su madre que no fuese con las manitas juntas, en accion de orar; y cuando esta queria castigar las faltas de alguno de sus hermanos, siempre se interponia, y con lágrimas en los ojos la decia: «No os enojeis, madre mia, yo haré lo que no quiere hacer mi hermano, castigadme á mí por él;» con cuyo humilde ruego desarmaba el enojo de aquella. Queriendo los padres de Domingo enseñarle desde luego sus deberes, le pusieron, aun muy niño, á cuidar un pequeño rebaño que tenian, cargo que los antiguos solian imponer á sus más tiernos hijos, como ocupacion muy conveniente á la inocencia de esta edad, de que la simplicidad es tan perfecto símbolo, que el Salvador mismo se complacia en representarse en ella como en imágen, y en la de su pastor, segun lo vemos expresado en los escritos del evangelista S. Juan y en Isaías. Por la Escritura sabemos que las más ostentosas apariciones que hizo Dios en la ley antigua, las hizo á sencillos pastores, y que de ellos hacia uso ordinariamente para las profecías, leyes, prodigios, y aun para elevarlos al trono de su pueblo escogido: ejemplo de esto el rey David; pero llegó un tiempo en que el demonio se apoderó de los pastores, y la inocencia huyó de las cabañas. Atrájola el pastorcillo Domingo á la suya con su virtud, y los campos de Ofida se trasformaron entónces en los de Thecué, que santificó el pastorcillo profeta Amós. La piedad empezó á ser noble pasion en el pastorcillo Domingo, que guiado de ella iba cuantas veces podia á orar á la cercana iglesia de S. Lázaro, y hacia diaria oracion ante la imágen de la Vírgen, pintada toscamente en una pared de aquellos campos, y cuando no podia ir ni á uno ni otro lado, procuraba reunir á su alrededor á los demás pastorcillos, les hacia arrodillarse con él y cantar alabanzas á Dios, á la Vírgen y á los Santos. Amábanle todos los niños de su edad, sobre los que tomó grande ascendiente por su carácter angelical que jamás se cambiaba, y por lo tanto, mirándole hasta con respeto, hacian de buen grado cuanto él les mandaba, y admitian sus correcciones sin ofenderse cuando les reprendia por alguna falta. En la juventud de Domingo no se desenvolvieron las pasiones, como sucede naturalmente, pues que supo desde luego contener su orgullo guardando rigorosamente sus sentidos, que son los despertadores de aquellas y enfrenar sus primeros impetus, por lo que se aligeró en el camino de la virtud segun nos aconsejó el Redentor. Provisto de las luces del Señor, siguió sus buenos intentos sin respetos humanos que su sencillez no comprendia, y como si ya estuviese instruido de que el divino Maestro nos enseña, que si el pie, el ojo ó la mano nos es ocasion de escándalo, conviene arrancarlo y apartarlo de nosotros ántes que permitir nuestra perdicion, prevenia

cualquier movimiento que pudiera dar lugar á libertades que perjudicasen á su inocencia. Retirábase el pastorcillo siempre que podia, sin faltar á sus deberes, á los sitios más apartados á hacer oracion, lo cual fué causa de que sus compañeros le llamasen el ermitaño. Las iglesias eran sus delicias, y siempre le costaba trabajo salir de ellas, tal era su amor á la oracion en el templo, en el que creia era más agradable á Dios, y así es que hacia los dias festivos comunmente dos millas de camino para visitar el templo de Ofida. Buscaba siempre en la iglesia el sitio más escondido para que no le perturbasen ni tener lugar de distraerse, y poder considerar mejor al Señor sacramentado, leyendo en los libros de oracion ó haciendo oracion mental, en la que parecia arrobado de amor divino. Allí examinaba cuidadosamente su conciencia, viendo faltas en las cosas más nimias de sus acciones, y lleno de lágrimas se disponia á la penitencia con verdadera contricion. Dice San Agustin que la intencion del amor es en razon de la intencion del dolor que se experimenta por los ultrajes hechos al objeto amado, y á esta regla sujetaba el jóven Domingo su conducta, ántes de acercarse á los piés del confesor, y con estas buenas disposiciones iba á presentarse á la mesa de los ángeles á recibir el pan eucarístico que da la vida al que lo recibe con el alma pura y el corazon lleno de amor y de ardiente deseo. La palabra de Dios era para Bernardo, entónces Domingo, un encanto indecible; y por lo tanto acudia á los sermones lleno de alegría, y despues de haberlos oido, meditaba sobre el asunto profundamente, complaciéndose en repetirlos con su buena memoria á sus compañeros, encargándoles la observancia de los preceptos evangélicos que habia aprendido. Deseaba con tal ahinco instruirse en las cosas divinas, que no solo no perdia ocasion de acudir á la escuela parroquial, sino que en cuanto veia á algun sacerdote corria á besarle la mano, suplicándole le instruyese en alguno de los misterios de nuestra sacrosanta religion. Santificando los domingos, dice su historiador, que encargaba á sus ovejas no se apartasen del sitio en que las dejaba para ir á misa y á sus devociones, y que como si tuvieran conocimiento, allí mismo las encontraba á la vuelta; favor igual que dispensó tambien Dios á Santiago de la Marca en igual edad y oficio. Deseando su padre eligiese ocupacion más conveniente á su edad, le consultó sobre ello, y el siervo de Dios escogió el oficio de vaquero, como más humilde y trabajoso. Solicitó de su padre sujetar al yugo á dos becerros que jamás le habian sufrido, y como se le negase creyendo que esto podria ponerle en peligro, los llamó el Santo, y como si fueran unas mansas ovejuelas, se dejaron uncir sin resistencia; lo cual dejó admirados á todos los que lo presenciaron, que no pudieron ménos de conocer que la mano de Dios protegia á su siervo. Tenia el jóven Domingo por costumbre no empezar obra alguna sino en el nombre del Señor, haciéndo-

la en su nombre y dándole gracias al concluirla, precepto que dió á los corintios el Apóstol, y esto fortificaba de tal modo su espíritu, que se creia capaz de todo. Desarrollóse en él la caridad hasta el punto de privarse del alimento para darle á los pobres, lo cual hacia que viniesen á buscarle los necesitados como á un padre cariñoso que partia con ellos el sustento. Flor tan preciosa no era ciertamente propia de los agrestes campos en que se ostentaba, y necesitaba un ameno jardin en donde pudiese lucir su mérito y adquirir nuevas galas con un esmerado cultivo. Desde muy niño le habia Dios inspirado la idea de vivir en religion, y su inclinacion le llevaba á la de los Capuchinos, á los que tenia suma aficion. Temeroso de incurrir en la desgracia de aquellas almas, que por su negligencia en atender y responder á las divinas inspiraciones malogran su vocacion y ponen en riesgo su salvacion, escuchaba atento la voz del Amado, que llamaba á su corazon, para entender bien sus órdenes y no errar en negocio tan grave como lo es la eleccion de estado, y aun cuando ignoraba la Sagrada Escritura, hacia uso de aquella oracion de Samuel. «Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha» y lo logró cual deseaba. Visitando frecuentemente á los PP. Capuchinos del convento de Ofida, pasaba en él cuanto tiempo podia, enterándose de sus costumbres y género de vida; y llegó á comprender en vista de ella, que en religion alguna podria perfeccionarse mejor que en esta; y bien instruido de que si hoy se oye la voz del Señor, hoy mismo se debe obedecer, desde luego que tuvo la inspiracion hubiera tomado el hábito; pero la falta de la edad que se requeria se lo impidió. Con pena veia Domingo el tiempo que le faltaba para llegar á la edad que deseaba para poder ser recibido en el convento, y hubiera apetecido que corriese más veloz su camino la vida para llegar á la deseada suerte. Grande fué la alegría de Domingo, cuando no habiendo aun comunicado á sus padres su intento, le aconsejaron estos la vida religiosa, invitándole á elegir la religion que más le agradase, pues que les habia ocultado su designio por temor de que se opusiesen á ello. Al cumplir los veintidos años, pudo contemplársele como aquel árbol misterioso de que nos habla el Salmista, que debia trasplantarse junto á la corriente de las aguas para crecer abundantemente y producir á su tiempo sazonados frutos de virtud y union con Dios. En el mismo dia fué á ver al superior de los Capuchinos de Ofida, y manifestándole su vocacion, las pruebas de ella y el consentimiento de sus padres, quedó acordada su recepcion en el convento, alegrándose el prelado de que viniese á su redil oveja de tanto precio, cuya fama de virtud era tan pública en el país. Prometió el superior hacer cuanto de su parte estuviese para que ingresase cuanto ántes en la comunidad, y esta promesa llenó á Domingo de satisfaccion y de esperanza. La inspiracion, que procede del Espíritu Santo, dice un Santo Padre, no deja

en reposo al alma á quien agita, inflamando sus afectos é impeliéndola con dulce fuerza á romper por cuanto es capaz de retardar el logro del bien deseado. Tal era la impaciencia de Domingo en su deseo de hacerse capuchino, y así es, que puesto diariamente en oracion, pedia á Dios acelerase el tiempo y moviese el ánimo del provincial, á quien el superior habia consultado, á que le permitiera tomar el hábito en tan cristiana milicia. Llegó la órden del provincial mandando aguardase á que él viniese á visitar el convento de Ofida, en cuyo dia, si le encontraba idóneo, le recibiria en la Orden, y esta noticia le puso en el caso de aplicarse al estudio, y de sujetarse más á la oracion y á la penitencia, para encontrarse mejor preparado. Gobernaba á la sazon la provincia capuchina de la Marca el P. Felipe de Rapaguano, varon de gran reputacion, que habia sido tres veces provincial, siéndolo la primera el año de 1604 en que nació Domingo. En cuanto llegó á Ofida para hacer la visita, se presentó Domingo á él, y como encontró tan divulgada la opinion de virtud del neófito, no se detuvo en informaciones, sino que le recibió de seguida en la Orden, acordando se le diese el hábito é hiciese su noviciado en el convento de Carinaldo, bajo la obediencia del P. Miguel Angel de Ripatransone, guardian y maestro de novicios en el mismo convento. Enséñanos Jesucristo, segun San Lucas, que no se alimenta solo el hombre con el pan material, sino que puede hacerlo con ventaja del espiritual, y como si Domingo supiese esta leccion, no comió el dia que recibió la carta del provincial, sino el pan de la gracia, y tanto se hastió del material desde entónces, que comiendo solo por sostener el cuerpo para mejor mortificarle, se asemejó en esto á S. Bernardo de Claraval, capuchino tambien, al que se pareció en muchas cosas, y especialmente en el hambre de las celestiales. Despidióse Bernardo de sus padres con enternecimiento de todos; y llegando al convento de Carinaldo el dia 15 de Febrero de 1626, cambió su nombre de Domingo en el de Bernardo, y recibió el hábito de capuchino con la mayor alegría. «Ya tenemos »sembrado, dice Villalpando al dar razon de este suceso, en el campo del »Padre de familias, el grano de mostaza de que nos habla el Evangelio por »S. Mateo, veremos cómo creció prodigiosamente hasta hacerse aquel árbol »que en parábola nos pinta Jesucristo en el Evangelio.» Fervorosa fué la entrada de Bernardo en el noviciado de Capuchinos, y no desmintió en nada su vocacion en todo el tiempo que estuvo en él. Deseoso de informarse de la vida de los santos para imitarles, tenia ya noticias de otro capuchino de Ofida, llamado como él, que en el principio de esta Orden logró, aunque lego, ser ascendido al gobierno de este convento; y prometiéndose seguir estrictamente su ejemplo en su noviciado, llegó á superarle en santidad. Con razon puede considerarse el año de noviciado de un religioso el de las

tentaciones, por el empeño que pone el demonio en volver al siglo las almas que se ha complacido Dios en separar de sus peligros: tuvo Bernardo que sufrir los embates de tan terrible enemigo, pero salió siempre victorioso de ellos; por lo que admirados los religiosos preveyeron su santificacion desde entónces. En vano se tienden las redes, dice el Espíritu Santo (*Proverbios* I, 17) á la vista de las aves adornadas de alas para volar, en lo que nos significa que con dificultad puede sorprenderse á un alma que está vigilante y atenta á los movimientos de sus enemigos; y como la de Bernardo, amparada de la gracia, estaba alerta y fija en el amor de Dios, no pudo ser sorprendida, por más lazos y asechanzas que le tendiese Satanás. Sobresalia Bernardo entre los demás novicios en ejemplos de virtud, tanto que el Padre Miguel Angel de Ripa, su maestro, varon práctico en la direccion de las almas, le ponia frecuentemente por modelo á los demás jóvenes, y aun decia á los religiosos, que tenian mucho que aprender en Bernardo. Al propio tiempo era tambien novicio en el mismo convento Fr. Antonio María de Mantebrandone, que se distinguió despues mucho en santidad y milagros en la provincia de la Marca; y á pesar de que fué considerado en su noviciado como un bienaventurado, aun creyeron los religiosos que no igualaba á Fr. Bernardo. Pasó Bernardo con los demás novicios á continuar sus ejercicios de prueba al convento de Camerino, y como en él se acercase el fin de su noviciado, por que ansiaba y que tambien deseaban los religiosos con el fin de asegurar para la Orden y provincia de la Marca tan importante adquisicion, se preparó Bernardo convenientemente para el solemne acto de su profesion segun la regla de los Capuchinos; y despues de que estuvo convencido de su vocacion y de que se convencieron sus superiores, hizo sus votos en manos del expresado guardian Fr. Miguel el 15 de Febrero de 1627, mandándole despues de la profesion á ejercer el oficio de cocinero al convento de Fermo, bajo la direccion de su guardian. Ya tenemos á Fr. Bernardo en el estado que tanto deseaba, y en el que Dios habia fijado su destino, para que léjos del bullicio del mundo y de sus engaños, procurase su perfeccion y glorificase su santo nombre con la práctica de las virtudes, por las que le iremos siguiendo de aquí adelante. Dice S. Gregorio *el Grande*, que el religioso consagra al Ser Supremo la porcion más noble del hombre, que es la voluntad, restituyéndole voluntariamente lo que hemos recibido de más excelente, y podriamos recibir de su mano; tal es la virtud de la obediencia, á la que llama S. Agustin justamente custodia y madre de todas las otras. S. Bernardo, gran maestro de la vida monástica, coloca como el primer grado de la obediencia la pronta y espontánea disposicion del ánimo con que está aparejado el verdadero obediente á ejecutar el mandato ántes que este se verifique, y esta prontitud de corazon y de vo-

luntad distinguió al siervo de Dios, de quien tratamos. Solia decir Fr. Juan de Lama, que vivió con Bernardo en el convento de Ofida, que una seña, un movimiento de los labios, una mirada ó cualquiera otra señal, era para el siervo de Dios un mandamiento que le excitaba una santa impaciencia para la ejecucion, sin que jamás se le notase demora; pues que estaba como sacrificado en el altar de la obediencia, y como internado en la voluntad misma de sus superiores; y por esto cuando fué trasladado á Ascoli, no tardó en ponerse en camino con el mayor regocijo, á pesar de la pena que debia causarle dejar su patria, á la que volvió con igual regocijo cuando sus superiores se lo mandaron, á peticion de sus compatriotas, que no querian se separase de ellos. Por gravoso que fuese el trabajo, y por incomodidades que padeciese, jamás pidió al provincial le eximiese de nada, no queriendo depender de otra cosa que de la obediencia, opinando que esta virtud preciosa es ajena á las cavilaciones. A pesar de su deleite en la oracion, el toque más ligero de la campanilla cuando era portero, interrumpia sus delicias para acudir al que llamaba, como si aquel toque fuese del mismo Dios, porque se persuadia que nada hay más dulce que dejar á Dios por Dios, y volver despues á él de nuevo. A fin de seguir el divino precepto, segun S. Mateo, de que oremos en secreto al Padre celestial, se retiraba á hacer oracion á lo más espeso del bosque del convento, y á pesar de la distancia, cuando oia tocar la campana de la portería, se encontraba en ella como por encanto. Siendo tambien limosnero, cuando despues de sus viajes volvia cansado al convento, en vez de descansar se ponia á ayudar á sus compañeros, ó á trabajar en la huerta, ó á cultivar el huertecillo de la portería, para obsequiar con sus productos á los pobres y á los bienhechores de la comunidad. Muchas veces los pobres que se juntaban al medio dia á tomar la comida del convento, solian corresponder con insultos á sus caritativas atenciones; pero acordándose de que la obediencia á sus superiores le tenia en aquel puesto, toleraba con alegría todas las injurias sin entibiarse por ellas su celo. Cuando el siervo de Dios obedecia con alguna repugnancia á sus superiores, era cuando le mandaban cosas ó que cedian en su honor, ó en su buena fama, ó en alivio de sus trabajos ó penitencias, tal como que diese alguna cosa de las que usaba á los que le estimaban, que se le dispensaba de algun trabajo, ó que se le prohibia levantarse á maitines ó algunas penitencias, en razon á su edad y á sus achaques. Cuando se le privó de levantarse á rezar maitines, buscó medios de satisfacer su ardiente devocion, sin ofender las leyes de la obediencia, y como reinaba el Espíritu Santo en su corazon por la caridad, le inspiró un modo fácil que no contrariaba las intenciones del superior, porque segun el venerable Beda, es tan brillante la llama de la caridad, que reverberando en el espíritu, hace que se evite todo engaño,

que se ame la verdad y se juzgue segun ella: este invento consistió en que Bernardo sustituyó las oraciones de media noche con las que hacia en otras horas que no estaban comprendidas en el mandato del provincial. La obediencia es mejor que el sacrificio, dice el Eclesiástico; pero si no se cumple con alegría y placer, desagrada á Dios y la priva del mérito, porque solo estima al que da con alegría: este principio tuvo siempre presente Fr. Bernardo, por lo que llegó á ser modelo de obediencia ante los hombres y digno de premio para con Dios, á quien tan fielmente sirvió en ella. La pobreza es tan amada de Dios como aborrecida de los hombres: extraña oposicion entre el divino legislador y sus vasallos, dice Villalpando, entre la cabeza y los miembros. No tiene nada de extraño que los filósofos paganos la aborreciesen llamándola pésima condicion; pero si el que la odien los que profesan la verdadera religion, que no pueden ignorar su valor. Los fundadores de las sagradas órdenes, y en especial las de estrecha observancia, fueron encargados por Dios de la árdua empresa de reintegrar en su honor á la pobreza. Segun la sapientísima doctrina de Jesucristo, la bienaventuranza es el premio de la pobreza voluntaria, y mucho más de la del espíritu, que es en la que estriba principalmente la santidad del estado religioso, pues que los que á él se afilian, hacen voto de ella al Señor, obligándose con juramento. La pobreza de espíritu, que consiste en el despego del alma de las cosas caducas de la tierra, obliga á todos como precepto del Evangelio, y recomendada por el Apóstol en aquella sentencia: «Usen de este mundo como si no usasen;» pero la pobreza material fundada en el pleno desapropio de las mismas cosas, ó contentándose con solo lo necesario, solo obliga á los religiosos. Profesó Bernardo un instituto obligado á ambas pobrezas, pero aun se excedió en esto, y elogiando frecuentemente la pobreza decia: Hermanos, guardad hasta la muerte esa virtud que habeis prometido. El contento en la escasez ha sido siempre el carácter del verdadero pobre, pero la alegría y el anhelo por nuevas penurias constituye la pobreza más sublime y heróica, segun la opinion de S. Bernardo; y por este principio los pobres eran los mayores amigos del siervo de Dios, á los que al paso que les repartia la limosna del convento, consolaba espiritualmente con las palabras más cariñosas. Bernardo superó la pobreza de aquellos siglos de oro, haciéndola aparecer del modo más sublime en todas las cosas y en todo lugar. Jamás permitió estrenar hábito, y el suyo fué siempre el más gastado y remendado; pero como la pobreza no está reñida con el aseo, no debe ser asquerosa, y así lo hacia nuestro Bernardo, cuyo remendado hábito siempre iba limpio, y sin que en él faltase nada de lo que conviene á la decencia de un religioso. El Hijo del hombre, dice el sagrado texto, no tiene donde reclinar su cabeza; y tampoco lo tuvo Bernardo ni la menor comodidad en su

estrecha celda; pues que su lecho consistia en dos estrechas tablas, que solo por obediencia cubrió con un poco de paja; y los únicos adornos de su celda eran un crucifijo y una estampa de la Vírgen, las disciplinas y los cilicios con que mortificaba su cuerpo. Las necesidades de la vida, dice juiciosamente el P. Villalpando, se reducen á muy poco para quien percibe la voz de la sencilla naturaleza; y por el contrario, la sensualidad no tiene límites; por lo que es menester cortar á esta los vuelos y á la multitud y ardor de sus deseos, si se trata de limitarse á lo necesario para procurarse el bienestar. Esta doctrina evangélica, practicada por los santos, la comprendió tan perfectamente Fr. Bernardo, que la ejecutó ejemplarmente, siendo guarda vigilantísimo de los movimientos de su corazon, pues que se limitó á lo puramente indispensable, sin permitirse todo lo suficiente, pues que, segun Plutarco, no puede llamarse pobre el que tiene todo lo necesario. Premió Dios el amor á la pobreza de su siervo, haciendo no faltase nunca en el convento de Ofida lo indispensable al sustento de los religiosos, oyendo las oraciones que le hacia en las épocas de la falta de todo recurso, en cuyo caso aparecian como por encanto las limosnas que remediaban aquellos apuros. Tiene la castidad tantos enemigos, dice Villalpando, que el poseerla es efecto de una reñidísima pelea y el fruto de una victoria la más difícil y árdua; porque las demás virtudes no tienen más que enemigos exteriores, pero ésta nos tiene á nosotros mismos por sus más temibles enemigos. Intimanos Jesucristo la observancia de las demás virtudes; pero la continencia no quedó sujeta á precepto, aconsejándosenos únicamente con mucha cautela su cumplimiento: la castidad que es compatible con cualquier estado es la que solo obliga á todos. La Escritura y los Santos Padres alaban la virginidad, llamando á los que la profesan más celestiales que terrenos, porque es prueba de heroismo, siendo una virtud que no puede observarse sin estar acompañada de las demás. Fr. Bernardo guardó la virginidad de tal modo, que bastará decir que se conservó toda su vida tan puro é inocente como despues de recibir las aguas del bautismo. No quiso Dios preservar á su siervo de los incentivos con que Satanás procura manchar la pureza de las vírgenes, sino que permitió la tentacion, para que venciendo en ella al enemigo, se presentase victorioso á su presencia. Empero le fué fácil el vencimiento, pues ocupado siempre en Dios, no tenia tiempo para dar entrada á los pensamientos vanos, negando toda libertad á los sentidos; y habiendo aprendido de S. Gregorio que los ojos entre todos los sentidos son los nuncios más fieles del alma, siguió la ley de Job y ninguna mujer pudo alabarse de haberle visto los ojos, y él murió sin conocer de vista á mujer alguna. Muchas fueron, segun el autor de su historia, las conversiones que la fama de la pureza de Fr. Bernardo hizo, pues que muchos encenagados en el

vicio acudieron á buscar el remedio en su consejo y doctrina y le hallaron tan activo y eficaz, que lograron su salud. Admirable fué siempre en los santos la asociacion de la inocencia con la penitencia, porque parecia que los rigores de esta no debian de ser para los inocentes, los que parece tienen derecho á conceder á su carne alguna satisfaccion no siendo culpable; pero á pesar de lo razonable de esta doctrina, conoció Fr. Bernardo que sería muy peligrosa en la práctica, porque la experiencia tiene acreditado que es muy fácil perder la inocencia cuando no la asiste la penitencia. Era tal la austeridad de Fr. Bernardo, que consideraba á su cuerpo como á su mayor enemigo, y para tenerle siempre á raya y evitar sus movimientos desordenados, le castigaba cruelmente valiéndose para vencerle de las poderosas armas de la penitencia, que son los silicios, los ayunos, la desnudez las vigilias y los azotes. Pareciéndole suaves las disciplinas de los Capuchinos, las hacia más crueles, de suerte que desgarrasen sus carnes á cada golpe, de manera que su cuerpo era una lastimosa llaga todo él, causando compasion á los religiosos que al pasar por su celda sentian tan tremendas flagelaciones. Dice San Gregorio que la penitencia es una especie de martirio voluntario y prolongada muerte; y este espíritu, que fortalecia á los mártires, animaba á nuestro Fr. Bernardo. Tratóse por los superiores de obligarle á que moderase tan sangrientas flagelaciones, y sabiéndolo, se retiraba al bosque á castigar su cuerpo para que no lo notasen. Los silicios con que se ajustaba el cuerpo por todos lados eran tan punzantes y terribles, que no hubiera podido vivir mucho tiempo en este martirio, si no le fortaleciese la mano de Dios. Si bien asistia al refectorio con los demás frailes, aparentaba comer; pero solo se alimentaba las más veces con las yerbas del bosque, y así es que su ayuno era perpétuo y exagerado, y solo el deber de obediencia, cuando ya anciano, pudo obligarle á tomar algun alimento. Dormia poquísimo, y esto interrumpiendo el sueño siempre que podia con oraciones, y cuando hacia los oficios del convento generalmente andaba descalzo, obedeciendo en esto el mandato de Jesucristo á sus discípulos, cuando les dijo, segun el evangelista S. Lucas, que no usasen calzado ni dobles túnicas. Su postura era siempre ó en pié ó de rodillas, y solo por obediencia se sentaba. La oracion, segun la doctrina de los doctores, es el reposo del alma, descubriéndosela al Señor y bañándola de sus espirituales dulzuras; pero ya que Fr. Bernardo no podia impedir estas suaves efusiones, queria que al propio tiempo su cuerpo sufriese el mayor rigor posible, y por eso procuraba mortificarle aun en estos actos. —Jesucristo fué el maestro de la humildad que practicó para que sirviese de modelo, y la preceptuó cuando dijo, como se ve por S. Mateo: «Aprended de mí que »soy manso y humilde de corazon,» por cuya razon es imposible ser santo

sin ser humilde, porque sin humildad no puede imitarse á Jesucristo. La soberbia, que es un juzgar de sí mismo con hinchazon é injusticia, puede considerarse un vicio hereditario, y como tal hereditario en el hombre, al cual debe costar un gran esfuerzo destruirle. Casiodoro llamó á la humildad virtud tan preciosa como rara; á lo que añadió un doctor, que es la virtud de los perfectos, y esta fué la que procuró ganar desde un principio Fr. Bernardo, para lo cual se propuso por modelo al mismo Jesucristo. A fin de alejar de sí todas las asechanzas de la soberbia, repetia siempre á los que le consideraban de alguna manera: «Yo soy gran pecador, soy un pobre lego,» y se golpeaba el pecho al propio tiempo con tanta vehemencia, que acreditaba la verdad de lo que de sí pensaba. Lleno de humildad, asistia á los enfermos gozoso cuando podia prestarles algun auxilio corporal ó espiritual, lo que hacia con el mayor cariño; y si tenia que limpiarles inmundicias de que otros huian, él lo hacia con el mayor gusto, llevado de la caridad que abrasaba su corazon. Cuando confiados en su virtud llegaban á él algunos enfermos á que les diese para sus dolencias, les decia: «¿Qué puedo yo hacer que soy un infelicísimo pecador? vamos á S. Félix de Cantalicio;» y les llevaba al altar de este glorioso capuchino, ante el cual se ponia á pedir con ellos al Santo, intercediese con Dios para que aquellos fieles adquiriesen la salud. Jamás permitió se le besase la mano, y cuando se la pedian, les presentaba la cruz de su rosario para que besasen, diciendo á los que le besaban el cordon: «Besadle en hora buena, porque no es mio, sino de mi padre S. Francisco, y yo le llevo indignamente.» En fin, Fr. Bernardo resplandeció en la humildad hasta el punto de que su pequeñez en la tierra le valió la mayor de las grandezas en el cielo.— Dos cosas tiene Villalpando con razon por imposibles: «Agradar á Dios sin fe, y ser santo sin una fe »heróica. Efectivamente, una fe ociosa no será jamás el carácter del cris»tiano, y mucho ménos del perfecto. No basta el hábito de la fe que se nos »infunde en el bautismo, si éste no pasa á ejercitar sus actos. *Por las obras*, »dice Santiago, *te mostraré yo mi fe;* y si no se quiere forjar de ella una »virtud inútil y un nombre vacio y quimérico, es menester hacerla obrar, »y no engañarse con aquellos de quien dice el citado Apóstol que se reputan »cristianos con solo la fe, sin que la acompañen las obras.» Muchos son por desgracia hoy los que se cuentan entre los católicos; pero no fué de este número nuestro beato, que acreditó extraordinariamente su fe con innumerables obras que le granjearon la santificacion en que le veneramos. Con fe abrazó el estado religioso, con fe persistió en él, con fe procedió en sus oraciones y penitencias, y con fe practicó todas las virtudes, tomando ejemplo en el divino Maestro de la fe, y siguiendo sus pasos con constancia hasta el fin de su carrera, en el que halló abiertas para él las puertas de la

bienaventuranza, en donde encontró el premio de su fe. En su niñez, en su juventud, en su ancianidad y hasta en su muerte, la fe acreditada por sus obras fué su salvadora guia. La fe le hacia responder á los que le pedian remedios para sus padecimientos. «Sufrid con paciencia, encomendaos al Señor, que él os ayudará con su gracia; eso toca á Jesucristo, porque yo soy un gran pecador.» Lleno de fe y confianza enseñaba á los más rústicos á pedir la gracia de Dios con esta sencilla oracion: «Señor, tomad en vuestra custodia mi alma; así os lo suplico por aquella corona de espinas que penetró vuestra cabeza; por aquella lanza que abrió vuestro costado, y por aquellos clavos que traspasaron vuestros santísimos pies y manos.» Exhortando á los mismos á la oracion, les decia: «Hijos, cuando entreis en la iglesia, no os quedeis á la puerta; porque allí, por razon de los que entran y salen, hay más ocasiones de distraerse: acercaos al altar mayor para estar más próximos á Dios.» Siempre que se hablaba de las coronas de la fe, y del valor de los que las confirmaron con su sangre, se encendia su rostro y prorumpia: «Oh, si pudiese lograr la suerte de derramar mi sangre por la santa fe! El Señor no me concede esta gracia, porque no la merezco.» Pero si, como dice el Crisóstomo, el valor del martirio se toma de la resolucion del ánimo más que del suceso, nuestro Beato fué mártir de mérito y deseo. Su fe no se acrecentaba, pues que siempre fué igual, sino que se encendia en las solemnidades en que la Iglesia nos anuncia los divinos misterios, y entónces la oracion le extasiaba y llevaba en alas de su fe y de su ardiente deseo á las regiones celestiales, en donde su alma disfrutaba temporalmente de las delicias de que hoy disfruta por toda una eternidad. — La esperanza es entre las virtudes teologales la única que puede estar sujeta á engaño, pues que si se espera demasiado, dice Villalpando, es presuncion; si poco, es desconfianza; si nada, es desesperacion; y si se pretende apurarla más de lo justo y remover todo deseo de utilidad espiritual, se cae en el peligro de destruirla. La esperanza aborrece el exceso; una confianza ó desconfianza nimia son motivos de desnivel que destruyen el equilibrio de la esperanza. A la primera, que confia demasiado en sus méritos y poco en la divina bondad, debe oponerse el temor saludable que nace del conocimiento de la instabilidad de nuestra voluntad y del choque de las pasiones. A la otra, que rehusa entregarse á la bondad divina y se entrega á su misma debilidad, se ha de contraponer la confianza que se apoya en las promesas de Dios y en su Omnipotencia; todo lo cual prueba que es difícil no faltar ó excederse en esta virtud, y que solo las almas sencillas como ricas de fe, estan más seguras de estos escollos tocando la perfeccion de la misma. Si la esperanza, segun la opinion de S. Máximo, es uno de los primeros y más hermosos retoños de la fe, de cuya luz se alimenta y conforta; muy lleno de

esta virtud estuvo el beato Bernardo de Ofila desde sus primeros años; pues jamás dudó de la misericordia de Dios, y esperó en ella, si bien creyó que debia corresponder con sus esfuerzos para conseguir un buen fin. Efecto de la dulce esperanza fué su resolucion de abandonar al mundo y entrar á servir á Dios en la religion Capuchina, el fervoroso método de vida que practicó, y cuanto hizo para buscar la gracia de su Señor. En sus alegrías espirituales repetia con S. Francisco, lleno de gozo:

«Es tan grande el bien que espero,
Que en mis penas me deleito.»

Y cuando el cuerpo le dolia á efecto de sus penitencias le decia: «¿No quieres tu padecer, oh cuerpo vilísimo? Pues sabe que si has de gozarte algun dia no hay más camino que este:» lo que acredita su esperanza. La esperanza que le animaba queria que pasase á todos los que le rodeaban, y por lo tanto solia decir á los religiosos. «No lo dudeis, el paraiso es nuestra patria. Así lo quiere Dios: aquí estamos en un valle de lágrimas; pero vendrá tiempo en que se recogerá una gran mies de gozo.» El siervo de Dios tuvo siempre tal confianza que no esperando nada sino en él, ni buscando nada más que á él, decia á cada paso que todo lo esperaba de Dios, de suerte que ni pecaba por exceso ni por falta en esta virtud, sino que la mantenia en su fiel exactamente. La caridad es el centro, la reunion de todas las virtudes, pues que las alimenta, embellece, ensalza y habilita para que produzcan frutos de vida eterna. Solo en esta virtud no es vicioso el exceso, sino por el contrario, loable y necesario á la santidad, adelantándose en ella á proporcion de lo que se ama, porque la caridad es amor. La fe y la esperanza son las fuentes de la caridad, en ellas se distinguió extraordinariamente el B. Bernardo. El amor, dice S. Agustin, no es soñoliento y desmemoriado, sino vigilante, y jamás pierde de vista su objeto; y por eso hallamos en la Esposa de los Cantares: «que miéntras dormia, velaba su corazon y no se apartaba un punto del Amado,» y esto puede decirse del siervo de Dios, cuyo ardiente amor á su Dios velaba siempre en su presencia sin permitir tregua. ¿Quién puede imponer leyes á la caridad? «Ama, y haz cuanto quieras,» decia S. Agustin, para enseñarnos que las operaciones de la caridad son libres, y tan varias que á veces parecen extrañas. La alabanza de Dios constantemente en boca de Fr. Bernardo, acreditaba su amor vehemente, y así que muy frecuentemente se le oia decir: «Dios es tan digno de ser amado, que hasta las piedras le amarian si fueran capaces de ello,» y así es que se regocijaba cuando se leia la historia de los santos, ó se le decia de persona que amase mucho á Dios. Consecuencia natural es del verda-

dero amador, amar todo lo que agrada al amado, y aborrecer lo que le disgusta; y sabiendo Fr. Bernardo lo mucho que ama Dios la virtud, la amó y practicó para agradarle, y por la propia causa aborreció al pecado. «La caridad es fuerte como la muerte, dice el libro de los Cantares: el calor, el frio, el hambre, la sed, la enfermedad y los dolores, y las dificultades y peligros, toman bajo el misterio de la caridad nuevos temperamentos y formas; en vez de afligir al alma con su nativa amargura, la llenan de alegría y de dulzura.» Este cáliz, que presentado por mano del amor divino, llama David cáliz preclaro, por la nobleza del objeto por quien se bebe, y cáliz que embriaga por el vigoroso regocijo que infunde en el corazon, fué el que bebió hasta apurarle Fr. Bernardo con tanta alegría y prontitud de ánimo, que todos sus contemporáneos atestiguan, que siempre se le vió alegre, efecto del interior fuego de caridad que le animaba, y por cuyo impulso lo hacia todo. El glorioso S. Bernardo, que se abrasaba en una ardiente caridad para con su Redentor, llama á Jesucristo crucificado el primero y más vivo estímulo del amor de Dios. La creacion de todas las cosas, la conservacion de las mismas, la providencia y otros beneficios temporales, son objetos que impelen al alma con una afectuosa sensacion; pero aquel acto inefable de su misericordia, por el cual quiso vestirse de nuestra carne, padecer y morir por nosotros, con todas las otras delicadísimas circunstancias que entran en la economía de la Redencion, no pueden ménos de conmover un corazon que no sea de piedra. No es fácil de comprender como un exceso de amor de parte de Dios, no se paga sino con otro exceso de amor de parte del hombre. «Oh generoso Jesús, exclamaba S. Bernardo, ¿qué maravilla »es esta? A nosotros se nos debia la muerte, y tú mueres por nosotros: nos»otros habiamos pecado, y tú pagas la pena. Esta es una obra sin ejemplar, »una gracia sin mérito y un amor sin medida.» Mucho reflexionaba en esto nuestro Beato, que al contemplar el infinito amor de Dios al hombre y la ingratitud del hombre, vertia lágrimas del corazon, y quisiera dar hasta la última gota de su sangre para borrar con ella la maldad del ingrato. Dice el Profeta que la séria meditacion de las divinas misericordias, era para su alma lo que para el fuego próximo á apagarse el soplo de un recio viento, y que como el fuego volvia á encenderse, así sucedia al santo ardor de su corazon. De aquí tomaban fomento las ternuras de Bernardo con su Salvador, y sus oraciones y penitencias mantenian la llama de su amor, queriendo satisfacer por su parte tanto bien recibido con su propio sacrificio. Opinando como S. Bernardo: «que el ocuparnos en la consideracion de los trabajos de nuestro divino Redentor, es la más sublime filosofía y el ápice de la verdadera sabiduría,» meditaba sin cesar en la pasion y muerte de Jesucristo muerto por nuestro amor para librarnos de la esclavitud del demonio.

«Todos quieren ir á Cristo, dice S. Bernardo, pero muy pocos ir tras de Cristo;» pero no fué de estos últimos nuestro Beato, que procuró toda su vida seguir los pasos de su Salvador, llevando con amor la cruz que se le distribuyó, y deseando que se le diese aun otra más pesada para más acercarse al divino Maestro, cuya leccion estudiaba con pasion y perseverancia. La cruz de Cristo fué para Fr. Bernardo lo que S. Máximo deseaba fuese para todos los fieles: la guarda de la virtud, la guia del alma y la vida misma del amoroso discípulo del Nazareno. Cierto es que el amor no tiene recompensa más grata que el amor; pero como dice nuestro glorioso ascendiente, lumbrera de la Iglesia española y honra de nuestra familia de Castellanos, en su sermon de la Magdalena, «es tal esta nobilísima llama, que se ceba más y más en un objeto, al paso que este presenta más motivos de dileccion, y estos no pueden faltar, no como quiera, sino más y más obligatorios á quien ama á Dios.» Lloraban los apóstoles la ausencia de Jesús cuando se despidió para la pasion; pero lleno de amor hácia ellos y en ellos á nosotros, les dijo: No lloreis, amados mios, porque léjos de abandonaros, estaré en vuestra compañía hasta la consumacion de los siglos, y realmente está y estará en la divina Eucaristía, instituida por él ántes de morir. Este excelentísimo sacramento, este compendio perfectísimo de los amores de Dios, fué objeto de los de Bernardo muy especialmente desde sus primeros años hasta su muerte. Delante del Santísimo Sacramento estaba como inmoble y extasiado, y nada era capaz, por fuerte que fuese, á distraerle de la contemplacion en el sacrosanto misterio, y de dia aun más particularmente; de noche visitaba el tabernáculo, de cuya presencia se separaba siempre con pena, deseando el momento de volver á prosternarse ante aquel objeto predilecto de su amor. En sus viajes, la primera visita por los pueblos que pasaba, era á Jesús sacramentado; y si bien se abstenia de comulgar diariamente como pudiera hacerlo, comulgaba á la semana algunas veces, y jamás faltó á la mesa de los ángeles cuando la comunidad se acercaba á recibir el pan de vida en el festin celestial, dictado todo de amor, que dedicaba entero á Dios. Nadie que se honre con el dictado de cristiano, se atreverá á dudar, que ni hubo ni habrá cosa alguna criada que sea más grata al Hijo de Dios que María Santísima su madre. Y participando nuestro Beato de esta creencia, ¿cómo podia dejar de amar á la que habia sido coredentora con el Maestro de la gracia del género humano, y á la que es tenida en nuestra creencia por hija del Eterno Padre, madre del Dios Hijo, y esposa del Espíritu Santo, y á la que fué dada por madre á los pecadores por Jesucristo desde el árbol de la cruz? Gran devoto fué Fr. Bernardo de la Señora, cuyo santo rosario era uno de sus favoritos ejercicios de devocion. Confiaba tanto en la intercesion de la Señora, que la ponia siempre por mediadora en sus

oraciones para con su divino Hijo, y no fué estéril su confianza, pues que María Santísima le asistió siempre y prodigó distinguidísimos favores. Todos los santos merecieron la admiracion y devocion de Fr. Bernardo, que fué devoto ardientísimo del glorioso fundador de su Orden; pero tuvo especial predileccion por el capuchino S. Félix de Cantalicio, á cuyo altar iba diariamente á pedirle interpusiese su valimiento para con Dios en favor de su alma, y para rogarle hiciese lo propio por las personas que á él acudian creyéndole virtuoso, siendo así que se tenia por un pecador obstinado. Queriendo Dios perfeccionar al hombre, estableció por medio de su unigénito hijo Jesucristo un nuevo mandamiento de caridad: el amor al prójimo, sean amigos ú enemigos; y amaestrado en esta doctrina nuestro Beato, poseyó en toda su perfeccion este amor fraterno. Su amor al prójimo fué puro, universal, sincero, activo y constante, y así que teniendo presente que dice el Redentor que sus fieles deben amarse unos á otros como él los amó, tomándole por modelo, fué el héroe de la caridad, pues que se acercó cuanto pudo á la doctrina del divino Maestro. Amó á sus hermanos más que á sí mismo, pues que al paso que no perdonaba para sí mortificacion alguna, procuró evitárselas á ellos por su parte. Grandes y frecuentes milagros hizo por permision de Dios el B. Bernardo por el amor del prójimo, milagros que refiere en su vida el P. Villalpando, en los que se acredita la bondad de Dios con su siervo, pues que quiso pagarle aun en vida el amor que le tenia al amar al prójimo; pues que sin este amor no es posible el de Dios. Tan pronto como Fr. Bernardo sabia la sentencia de un delincuente, no solo corria á consolar á éste y obligarle con las armas de la religion al arrepentimiento y propósito de la enmienda, sino que imploraba la caridad de los jueces para que le perdonasen ó amenguasen el castigo; y no bien le informaban de algun desgraciado que gemia en la indigencia, ó que era perseguido por la soberbia de un poderoso, que corria á consolar y socorrer al primero y á impetrar gracia del segundo, por más que el hacerlo pudiese costarle su indignacion. Al oir hablar mal de una persona, se entristecia y procuraba restablecerla en la buena opinion de todos, incluso del que la infamaba, y cuando veia que por un mal entendido celo se censuraba á alguno, les decia á los que tal hacian con S. Pedro: «que la verdadera caridad compadece y no agrava, cubre y no revela las culpas;» y en fin, era siempre un centinela avanzado, dispuesto á defender al prójimo de todo ataque, á socorrerle y á consolarle en sus necesidades y aflicciones. Mediaba Bernardo en todas las querellas del convento, del pueblo y de las familias, lo que siempre hacia con tanto éxito, que mereció le llamasen en aquellas comarcas con justicia *Pacificador universal* y *Angel de paz*. La caridad, dice el Príncipe de los Apóstoles en su *Carta á los Corintios*, todo lo cree, todo

lo espera y todo lo vence, porque no busca su provecho, sino el de los prójimos; y siendo esto asi, Fr. Bernardo, que fué la más viva imágen de la caridad, no es de extrañar que alcanzase los más grandes favores del Padre de la caridad. Lágrimas derramó Jesucristo sobre el sepulcro de Lázaro, entristeciéndose por su muerte; se entristeció al ver la necesidad de las turbas hambrientas que le siguieron al desierto, y se conmovió al ver la tristeza de la viuda de Nain: esto acredita el amor del Salvador á la humanidad, y nos enseña la caridad para con los necesitados y para los pobres de todo recurso material. La caridad sin la religion es fria filantropía, que se quiebra al menor golpe como el vaso de frágil vidrio; y para que fuese fuerte, la unió á si el Señor en el mismo santo madero de la cruz, razon por lo que se la llama caridad cristiana. Por esta razon el beato Bernardo fué á la par que modelo de religion, modelo de caridad en todos sentidos, y ya hemos dejado dicho la mucha y amorosa que tuvo con los necesitados, y en especial con los pobres enfermos. Despues de la comida de los religiosos recogia con cuidado todos los residuos, á los que unia frecuentemente su racion, para que la comida que se daba á los pobres fuese más abundante; y cuando viajaba, temiendo encontrar algun pobre en el camino á quien no poder dar, economizaba su racion para darla al primero que se presentase, ó irla repartiendo á manera de viático de caridad, en cuyo caso el pan se reproducia en sus manos para que á ninguno faltase; y asi era que cuando los pobres no tenian, solian decir: iremos á Fr. Bernardo, que seguramente nos alimentará; y así sucedia en efecto. Largamente se extiende Villalpando sobre las excelencias de la caridad en general, y de la practicada por nuestro Beato, y á la vida de éste remitimos al estudioso que desee una sábia doctrina sobre este particular, bastando á nuestro propósito lo que hemos expuesto; y concluiremos que si en esta materia de caridad no hemos encontrado en las acciones del beato Bernardo más que el cumplimiento literal del Evangelio, un retrato del Salvador y una imitacion de Dios, tenemos en él un heroismo de caridad que admirar y un grande ejemplo que imitar; pues que fué este capuchino perfecto modelo en este sentido. Dice el gran padre S. Bernardo que la virtud, sin tener por compañera á la prudencia, seria vicio ó estulticia, pues que la prudencia es guia y ley de la virtud; por lo que se confirma el axioma de Platon, que dijo: Tanto tiene el hombre de virtuoso cuanto de prudente. Segun Sto. Tomás, la virtud que sin la prudencia se hace vicio, consiste en los oficios de juzgar y aconsejar: el primero se ordena al gobierno de sí mismo, y el segundo el de los otros en la eleccion de aquellas providencias y medios que más conducen al último fin, que es la felicidad eterna; en esto se distingue la prudencia evangélica de la carnal: aquella trabaja y dirige las cosas á su verdadero fin, y para ello aplica los medios justos y loables

que participan siempre de la cualidad del fin, y la otra no se propone sino un fin terreno, y por consiguiente lo son tambien los medios. Reuniendo en sí Bernardo las dos partes, que por declaracion del Salvador forman el sistema de la prudencia, y con la sencillez y la cautela era simplicísimo en seguir las luces interiores de Dios sin exámen y artificio, ignorando las astucias y dobleces de la prudencia humana. Gozó tal opinion de prudente en el buen sentido que acabamos de exponer, que en los casos más árduos se acudia á él, en la creencia que ninguno mejor que él podia aconsejar lo que convenia; y así era, porque le asistia Dios en el consejo. Fué este siempre tan acertado, y sus predicciones tan ciertas en su cumplimiento, que se le llamó el oráculo en el país, y aun fuera de él en luengas tierras, desde donde le consultaban, lo cual mortificaba mucho á su exquisita modestia y excesiva humildad. Vióse en este sentido la pobre celda de Fr. Bernardo asistida por los principales personajes de la provincia, que venian á consultarle hasta en los más árduos asuntos de gobierno. A pedir sus consejos fueron Fadulci y Massimis, obispo el primero y gobernador de Ascoli el segundo; Frigeri, presidente de la misma ciudad; Monseñor Grimaldi, gobernador de Fermo; el marqués Odoardi, M. Filengeri, el cardenal Corvaro y otros cardenales y prelados de la Iglesia, que no querian resolver sin oir al siervo de Dios ciertos asuntos. Le dió tanta opinion su insigne prudencia en aconsejar y resolver, que la fama lo divulgó en Alemania y Francia, de donde venian consultas al Guardian de Ofida para que las resolviese el lego Bernardo; y suscitándose discordia entre algunos duques de Lombardía, remitieron el juicio á Fr. Bernardo, el que dió tan acertada solucion, que todas las partes quedaron contentas y agradecidas. «La gratitud, la liberali»dad, la pureza, la afabilidad, la reverencia al órden gerárquico de la Igle»sia, que son partes potenciales de la justicia, se vieron resplandecer en »Bernardo: cortés en sus modales y de mucha sensibilidad en el corazon, al »recibir la limosna de algun bienhechor le manifestaba su gratitud y la de »sus religiosos; y luego que volvia al convento, se ponia en la presencia del »Señor, suplicándole remunerase aquella caridad, encargando á los religio»sos hiciesen lo mismo. El sensible reconocimiento no debe esperarse sino »de los hombres justos y virtuosos, cuya escasez produce el corto número »de los agradecidos y la multitud de los ingratos. La gratitud del pobre ja»más viene á ménos, dice el Crisóstomo, y quien tan agradecido era á los »hombres como Bernardo, no podia dejar de serlo mucho más á Dios.» Por todas estas excelencias pudo muy bien aplicársele el nombre de justo. Sin acudir á la religion no puede tenerse una idea exacta de la fortaleza, á la que algunos filósofos calificaron como la audacia favorecida de la fortuna y teñida de la soberbia; otros la hicieron consistir en la robustez de los miem-

bros; y los impíos en el fermento de las pasiones y en la incredulidad; pero la religion nos enseña sin error su naturaleza y sus oficios. La fortaleza, explicada por nuestra religion, tiene por objeto las cosas grandes y árduas, á cuya ejecucion se ordenan sus dos principales actos, que son emprender y sufrir. Si es verdad que el emprender denota una intrepidez más noble, el sufrir animosamente indica, segun el Angélico Doctor, una verdadera y varonil fortaleza de ánimo más difícil en la ejecucion; y si bien nuestro Beato no pudo emprender cosas capaces de excitar la admiracion, fué heróico en la fortaleza cristiana, con respecto á sufrir animosamente, pues que si el acto más sublime en este género de fortaleza es el martirio que la Iglesia prefiere en la clase de los santos, nada faltó al siervo de Dios para ser víctima cruenta de la fe, sino el tirano y los tormentos, pues que fué mártir de voluntad y de mérito, aun cuando le faltase la ejecucion; si no se le quiere conceder ésta, aplicada por sí mismo en lo cruelmente que martirizó á su cuerpo con todo género de daño. A los males que causaba con sus terribles penitencias á su cuerpo, puede agregarse una hernia que padeció toda su vida y que no quiso curarse, erisipelas, parálisis y otras enfermedades que padeció sin quejarse, ántes bien muy contento de que Dios le diese medios con que poder acreditarle su amor; y así es que sus ayes eran voces alegres, como la de Paraíso, que pronunciaba con entusiasmo, por el deseo que le animaba de ir á él cuanto ántes. Sufrió Fr. Bernardo muchos agravios hasta de algunos religiosos de su convento, que porque daba mucho á los pobres escaseándoles las raciones, esto en su sentir, le llamaban disipador de los bienes de la comunidad; pero todo lo sufria con paciencia y fortaleza de ánimo en obsequio de la caridad que ejercia con los pobrecitos, que eran sus amigos predilectos, probando en su sufrimiento en esta y en todas las ocasiones la certeza de la opinion de S. Ambrosio, que dice: que lo que á los ojos del siglo parece debilidad, es fortaleza á los de la religion. Si mucho se distinguió nuestro Bernardo en la fortaleza en todos los sentidos que aplaude la religion, no fué ménos ilustre en la templanza, que es la grande moderadora de los deseos humanos, y sin la cual, como siente Villalpando, todo es exceso en el corazon. Desde la niñez puso un fuerte freno á sus pasiones, y fruto fué de esta virtud el dominio que alcanzó sobre el mundo, al que abandonó, y sobre sí mismo, que es lo que importa al cristiano dominar más que otra cosa, pues que el mayor enemigo que tiene el hombre es á sí mismo, y la victoria en este sentido es la más gloriosa que puede alcanzar. Es imposible vivir en paz aun nosotros mismos, si la templanza no entra á ordenar las pretensiones de nuestros afectos, y bien persuadido el siervo de Dios de esta verdad, siguió en la templanza el camino marcado por su Dios, que le proporcionó por ello señaladas mercedes y pruebas inequívocas de lo acep-

table que le eran sus acciones. Siendo Fr. Bernardo tan práctico observador de las virtudes del cristianismo, y con una vida que fué una oracion continuada, no podia ménos de granjearse el afecto y proteccion de su Criador, que jamás deja sin premio á los que le sirven fielmente. Así sucedió á este siervo de Dios, al que este Señor quiso recompensar aun en vida concediéndole obrar en su nombre milagros de que el P. Villalpando nos da una buena copia en su vida. Concedió tambien el Ser Supremo á su siervo el don de profecía, que es uno de los dones que más honor dan á la santidad; y el que reflexione que la profecía es el sigilo innegable de la Divinidad (así le llama Tertuliano, porque Dios es el rey de los siglos, para quien todo está presente) no podrá ménos de sentirse poseido de una justa y tierna veneracion al beato Bernardo, viéndole adornado del nobilísimo don de profecía, y marcado con aquella luz luminosa que fué siempre el carácter de los hombres más grandes y extraordinarios, como fueron en el Antiguo Testamento los profetas, y los apóstoles y varones evangélicos en el Nuevo. Dos clases de profecía distingue el Doctor Angélico: la una por revelacion expresa, aunque muy oculta, y esta es la más perfecta; y la segunda por revelacion oscura, que el mismo Santo llama instinto profético, la cual es mucho menos perfecta en su género. Manifestóse Dios á Bernardo del primer modo, y muchas son las pruebas de ello que nos da Villalpando en su obra citada, de las que son buenos testimonios las familias nobles italianas de Mozzochi, Bastoni, Odoardi, en Ascoli, Massiasi, Frigieri, Apignano, Catalamesa, Costantini, Torzi, Muciarelli y otras muchas en quienes se cumplieron exactamente las profecías de nuestro capuchino, lo cual no podia menos de ser así, porque, como dice el Crisóstomo, *el profeta no es más que el labio de Dios*. La gracia de curar á los enfermos, que dió el Señor á su dilecto siervo, fué una de las cosas que más acreditaron su santidad y que más extendieron su nombre por Italia; pues de todas partes venian enfermos, ya en persona ya en consulta, á que les curase este médico celestial que no sabia la medicina mundana, pero que profesaba la del cielo, en donde se hallan remedios infalibles que siempre sanan y que nunca se enrancian y pierden: al autor citado puede acudir el que desee informarse de las muchas curaciones milagrosas que hizo en su convento y fuera de él. Hemos llegado al fin de nuestra tarea, pues que nos acercamos al de la vida del siervo de Dios. La muerte, dice el cardenal Bona, es como un eco de la vida del hombre: si esta ha sido buena lo será tambien aquella; y así lo acreditó Bernardo, pues que habiendo sido santo en sus principios y en el discurso de sus dias, lo fué igualmente al terminar estos. Al pasar el siervo de Dios de los ochenta años de edad, la caridad obligó á sus superiores á aliviarle del peso de los oficios del monasterio, movidos de sus erisipelas y hernia intestinal que agravaban

los achaques de la vejez. Los años, sus enfermedades y sus penitencias, le pusieron en estado de no poder andar sino con el auxilio de muletas; pero si bien su cuerpo manifestaba lo mucho que padecia, su alma, retratada en la alegría de su rostro, expresaba lo mucho de que disfrutaba y la dicha que esperaba. Al dejar Bernardo los oficios del convento, empezó á prepararse para la muerte, que deseaba con santa impaciencia, lo que le hacia exclamar con el Apóstol: «Desatad mis vínculos, Señor, porque yo deseo estar de una vez con vos.» Encaminábase como mejor podia con el auxilio de las muletas á la iglesia, y en ella pasaba los dias embriagado con la oracion y extasiado á la presencia del Santísimo Sacramento del altar, y aunque dispensado de la portería, no por eso olvidó á los pobres, que acudian á ella en demanda del sustento, sino que les cedia su racion, y muchas veces iba á ayudar en su faena al que le habia sucedido en este encargo. Al llegar el año noventa, que fué el último de su vida, supo por revelacion divina su próximo fin, lo que comunicó á Francisco Capelli, caballero de Ascoli; viéndosele desde entónces más jovial y alegre que de ordinario, gozo que se acrecentaba conforme se aproximaba el mes de Agosto en el que habia profetizado su dichoso tránsito. Al llegar este mes cayó enfermo con una maligna é incurable erisipela, que le causaba terribles dolores, pues que era cancerosa, que se acrecentó y exasperó con el calor de la estacion. Sufria con resignacion ejemplar el siervo de Dios tan fiera enfermedad, y quien le considerase en su pobre lecho, creeria ver una imágen ó del enfermo Tobías, ó de Job cubierto de llagas, admirándose que en tal estado manifestase su semblante tan grande alegría. Habiéndose preparado convenientemente Fr. Bernardo desde el principio de su enfermedad con una tan perfecta confesion general, que hizo exclamar á su confesor que el siervo de Dios en toda su vida habia ofendido voluntariamente á Dios, y que se habia conservado como salió de la fuente del bautismo, pidió el 21 de Agosto, víspera de su tránsito, le administrasen los santos sacramentos, y como el guardian, el Padre Bonifacio de Ascoli, no lo creyese necesario, el Beato le instó diciendo que no habia que perder tiempo, por lo que lo creyeron así de un profeta que habiéndolo sido para los demás, no podia ménos de serlo para sí mismo; y se acordó como lo pedia. Decir el afecto de amor y fervor con que recibió la sagrada Eucaristía, no es para dicho, segun Villalpando, bastando referir que fué necesario sujetarle para que no se arrojase del humilde lecho para ponerse de rodillas, y que la recibió con la uncion y entusiasmo de un santo, vertiendo á raudales lágrimas de amor y gratitud. Teniendo siempre el santo crucifijo en sus manos, le apretaba contra su corazon, le besaba y bañaba con sus lágrimas y tenia con él frecuentes y dulces coloquios, burlándose de este modo de los ineficaces asaltos del infernal enemigo. Despues

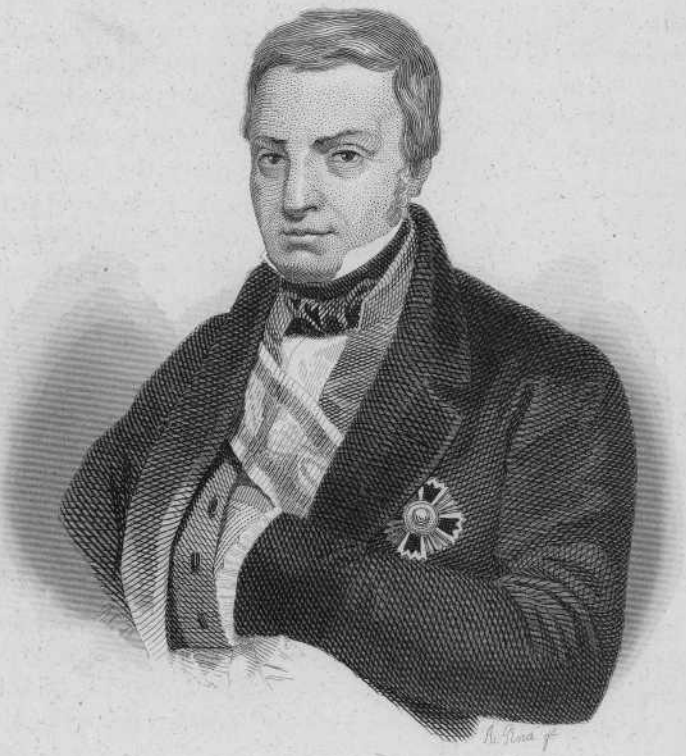
de recibir la comunion, pidió perdon al guardian y á los religiosos de los escándalos que hubiera podido darles en el discurso de su vida, y deseando morir en la perfecta pobreza que su seráfico padre S. Francisco, se desapropió de cuantos objetos habia tenido á su uso, y volviéndose al guardian le suplicó le dejase por caridad el pobre hábito que tenia puesto, ú otro con que se pudiese cubrir su cuerpo despues de muerto. Recomendó á los religiosos, que cercaban su lecho el cumplimiento de su regla, la concordia de los ánimos y la caridad con los pobres, la cual encargó tambien á los vecinos de Ofida que fueron á visitarle en esta hora. Advirtieron los religiosos al llegar la noche, que se acercaba la muerte y le administraron la santa uncion, que recibió al amanecer con perfecta presencia de espíritu, en cuyo caso empezaron á recomendarle el alma, á lo cual acompañaba con actos virtuosos sin perder los sentidos. Cuando el sacerdote llegó á aquellas palabras de la Iglesia: *proficiscere anima christiana*, etc., movióse Fr. Bernardo dulcemente, y recogido en una amabilísima tranquilidad de espíritu, dijo con aire de celestial alegría: « Padre Guardian, dame tu bendicion para irme al cielo. » Al oir estas palabras todos se conmovieron y lloraron, envidiando tan preciosa muerte; pero volviendo en sí el Guardian de su sorpresa le dijo: «Aguárdate, Bernardo, quiero en virtud de santa obediencia, que ántes nos bendigas á mí y á todos los presentes.» A esta voz de obediencia, á la que jamás faltó el capuchino, les bendijo inmediatamente, y recibida del superior la bendicion, espiró tranquilamente al amanecer del dia 22 de Agosto del año 1694, muriendo con el mérito de la obediencia quien vivió siempre con ella y con la virtud. El panteon glorioso que erige la virtud á los héroes de la Iglesia, no consiste en piedras inanimadas, sino en el corazon de los pueblos en que queda grabada su memoria, sin rezelo de que los olviden con el tiempo. La muerte de Ofida fué llorada en los condados de Ascoli, Montalto y en toda Italia, y en cuanto se divulgó, todos los habitantes de Ofida se acercaron al convento, gritando muchos de ellos: «Ha muerto el Santo, el padre de los pobres y el consolador de los afligidos.» Fué tal el concurso de gentes que acudió al convento de Ofida, deseosos todos de ver al Santo y de tomar de él alguna reliquia, que fué necesario interviniese la fuerza armada para que no se le llevasen los fieles en pedazos, pues que acudian á arrancarle las barbas y el pelo para tener algo de él. Todas las autoridades civiles y eclesiásticas de Ofida, el clero, las personas principales, y puede decirse que todo el pueblo, asistió á su entierro, que se verificó á los tres dias, poniéndole dentro de una caja, y en parte separada del enterramiento comun. De la causa que sobre la santidad de Fr. Bernardo de Ofida se formó por la autoridad apostólica, constan los milagros de este siervo de Dios, de los que publica copia exacta el P. Villal-

pando en el último capítulo de la historia de la vida del mismo, ya citada, los cuales dice que pasaron de ciento; y remitiendo á este lugar al que desee enterarse, terminaremos este escrito diciendo que el V. Fr. Bernardo de Ofida es reverenciado como beato en aquella comarca, que le tiene como uno de sus gloriosos protectores en el cielo, y como pieza honrosa del blason que engrandece á su patria, que le cuenta entre sus más ilustrados hijos, así como la Religion Seráfica, y en especial los Capuchinos, como lumbrera de santidad de su Orden. — B. S. C.

OFIDA (Fr. Pablo de), religioso capuchino de la provincia de la Marca, escribió: *Disputationes Theologicæ complectentes totum cursum theologicum secundum mentem Scoti*, tres tomos en 4.° — *Disputationes de Ente metaphysico, et de ejus proprietatibus;* tomo I, en 4.° — *Disputationes Logicæ complectentes libros Prædicamentorum, et Universalium Porphirii, Analyticos Aristotelis, ac etiam librum Formalitatum juxta mentem Scoti;* un tomo en 4.° — *Disputationes Phisicæ complectentes libros de Generatione et corruptione, de Cœlo et mundo, et de Elementis*; un tomo en 4.° — *Disputationes in libros Aristotelis de Anima et de ejus potentiis*; un tomo en 4.° — S. B.

OG, rey de Basan. Es Basan una parte de la tierra prometida por Dios á los hebreos, y situada entre las montañas de Galaad al Oriente, el Jordan al Poniente, el Líbano y los montes de Hermon al Septentrion, y el torrente de Jabok al Mediodía. No hay acerca de este personaje más detalles, sino que su gigantesca estatura le hacia necesitar un lecho de nueve codos de largo por cuatro de ancho, y que Moisés refiere que habiendo vencido á Sehón, rey de los Amorréos, se dirigió á Basan, donde reinaba Og; que habiendo el caudillo de Israel ido con sus fuerzas adonde este rey les dió una batalla, despues de haber en ella hecho los mayores esfuerzos los hijos de Israel, se vió el rey Og precisado á abandonarse á una vergonzosa huida, en la cual pereció él con sus hijos y con los principales de su pueblo, siendo consiguiente el que Moisés se apoderase de aquella parte y la distribuyera como el Señor queria entre sus fieles servidores. Así refiere este acontecimiento, que concluye la historia del rey Og, el Deuteronomio, cap. I, y los Números, capítulos XXI, XXIII y siguientes. — G. R.

O'GAVAN (D. Juan Bernardo), auditor de la Rota Romana y dean de la santa iglesia de la Habana. El Excmo. Sr. D. Joaquin Francisco Pacheco, eminente orador y jurisconsulto, y ministro que ha sido de la corona en el reinado de Doña Isabel II, escribió y publicó en Madrid en 1848 la biografía de este célebre eclesiástico americano, con toda extension y con el buen estilo y pureza de lenguaje que caracterizan siempre los escritos de tan distinguido español; cuya notable biografía se reimprimió en 1861 en la *Revista biográfica de los hombres más notables del siglo XIX*. De muy buena gana hu-



JUAN BERNARDO O-GAVAN.

biéramos insertado íntegra en este lugar la biografía citada, tal cual el Señor Pacheco la publicó; pero no permitiéndolo su mucha extension, nos limitaremos á hacer un ligero extracto de ella, siquiera nos veamos precisados á privarnos de muchas de sus bellezas literarias, prefiriendo esto á hacer un trabajo nuevo que nunca podria competir con el de tan ilustrado publicista, por empeño que pusieramos en ello. Hecha esta salvedad y esperando que el distinguido historiador de O'Gavan nos dispensará con su característica indulgencia, y hecho cargo de la índole de esta obra, las supresiones que haremos de algunos bellísimos períodos y notables giros políticos y literarios de su expresado escrito, vamos á empezar nuestra difícil tarea con más temor que seguridad del acierto.

Costumbre fué de todos los pueblos y de todas las edades, dice el Señor Pacheco en el citado escrito, la de trasmitir á la posteridad así los nombres como los hechos dignos de estima y alabanza de los insignes ciudadanos que en ellos y en ellas se habian distinguido. Hace 1800 años que llamaba Tácito antiguo á este uso, y que se excusaba ó autorizaba con él para escribir la vida de Julio Agrícola, modelo inmortal de semejantes narraciones. Lo mismo, pues, que al célebre autor latino podrá y deberá servirnos á nosotros de justificacion para los apuntes que emprendemos ahora: lo mismo que él, y ciertamente con más razon que él, por los diez y ocho siglos que despues han pasado, podremos estampar como principio de esta biografía: *Clarorum virorum facta moresque posteris tradere antiquitus usitatum, ne nostris quidem temporibus..... ætas omisit.*

Semejante costumbre es justa y es útil á la vez: nace de buena causa y produce fructuosas consecuencias. Es digno y razonable que las personas á quienes sus conciudadanos, á quienes su patria, á quienes la humanidad debieron la ofrenda de sus cuidados y el ejemplo de sus nobles acciones, reciban una corona que consagre su conmemoracion en el recuerdo de todos los hombres de bien. Es al mismo tiempo oportuno que la nueva generacion, que en pos de ellas se levanta, encuentre alzados esos fanales de gloria que la guien y la esclarezcan en el oscuro y difícil derrotero de la vida. Premio y estímulo á la par de virtudes pasadas y de futuras virtudes, cumplen la inteligencia y la piedad con un deber sublime cuando celebran al hombre ilustrado y benéfico, que consagró asiduamente sus horas en provecho de su país, llenando las elevadas obligaciones que éste le impusiera, ilustrándole con el esplendor de su talento, y fomentándole con la llama de su filantropía ó de su caridad.

No se extrañe, pues, que queramos hacer objeto de unas breves notas biográficas al Sr. D. Juan Bernardo de O'Gavan y Guerra, ni que dediquemos estas páginas á la sencilla narracion de los hechos que constituye-

ron su existencia pública. La conciencia general recibirá con agrado esta obra, porque el nombre del Dean de la Habana era conocido, y su memoria apreciada justamente por todas partes; y la multitud de los que fueron sus principales amigos, y la multitud todavía mayor de los que sintieron el efecto de sus virtudes; esos, unos y otros, la recibirán con gratitud y con aprecio, como verán recordadas las distinguidas acciones de aquel á quien debieran ó franco y cordial cariño, ó caritativo y consolador interés. En cuanto á nosotros, que vamos á dedicar algunas horas á este agradable trabajo, queremos todavía confesar un nuevo motivo, que nos le hace más lisonjero y satisfactorio. Parécenos razon, tenemos por justo, consideramos tan debido como conveniente, que las personas que en España nos ocupamos en el cultivo de las letras, así como las que se ocupan en todo género de negocios públicos, no limitemos por más tiempo nuestro horizonte á los hombres y á las cosas de la Península, sino que trasladándole á los verdaderos términos de nuestra nacionalidad, incluyamos en él las vastas, ricas, admirables posesiones que forman parte de la corona de Castilla en las últimas lindes del Océano Atlántico. Parécenos razon, tenemos por justo, consideramos tan debido como conveniente, que provincias sujetas al propio monarca, que habitantes que proceden de un mismo orígen, que llevan iguales apellidos, que hablan una idéntica lengua, sean, como siempre debieron ser, hermanas y hermanos; y que, salvas solo las indispensables diferencias que se derivan de su particular situacion, confundan en único y brillante haz todas sus glorias, como todas sus esperanzas literarias, políticas y sociales. Es una mala vergüenza que seamos recíprocamente desconocidos unos á otros los españoles de Europa y los de Ultramar; es peor aun que semejante ignorancia se convierta en desden y en indiferentismo, aflojándose del todo unos lazos que por provecho comun se deberian asegurar de una manera más sólida. Persuadidos, como lo estamos, de que difícilmente recobrará España su antiguo poder, si no es por medio de sus Antillas, y estas no podrán ser grandes ni felices sino por medio de su metrópoli; protestaremos con todas nuestras fuerzas contra lo que ayude ó coopere á esa separacion intelectual y social del uno y otro país, y pondremos todo nuestro conato en aproximarlos, relacionarlos, hasta confundirlos y hacerlos uno solo, si por acaso fuera posible. Sentimos, pues, una verdadera satisfaccion empleando algunos instantes en consignar el mérito de tan distinguido americano como el Sr. O'Gavan; y la tendriamos mayor y sería nuestro placer tan puro como completo, si en esta ligera obra reconociesen aquellos españoles una prueba del interés que nos inspiran, y la aceptasen como el homenaje sincero de un peninsular, que no tiene otro medio de acreditarles ese verdadero interés de que se halla poseido.

D. Juan Bernardo O'Gavan y Guerra nació en Santiago de Cuba el 8 de Febrero de 1782, hijo legítimo de D. Bernardo y de Doña María de las Nieves Guerra, que ambos pertenecian á familias distinguidas y ricas de aquella ciudad. Como puede sospecharse desde luego por el apellido de su padre, descendia éste de una noble familia de Irlanda, de la que habia venido á España uno de sus abuelos en la época del dictador de aquel pais, el famoso Cromwell, huyendo de la persecucion que se le hiciera por haber sido elevado á la dignidad de caballero de la órden del Baño por el desgraciado Cárlos I de Inglaterra. No era ménos noble la alcurnia de la madre, tambien conocida por su apellido en el país; porque llevado siempre con honra, blasonaba títulos y ejecutorias que distinguen á las familias nobles españolas, circunstancia que, como dice el Sr. Pacheco oportunamente, «si »no es un requisito esencial para la elevacion y lustre de las personas, es, »sin embargo, un accidente agradable cuando le trae y le proporciona la »suerte. Ha podido hacer la filosofía que no sea un baldon el nacimiento en »una condicion oscura; pero nunca ha hecho, ni podrá hacer jamás, que »no sea una fortuna la procedencia de orígenes claros y distinguidos.»

El ser acomodados los padres de O'Gavan, lo mismo podia servir para la buena educacion de su hijo que para extraviarla en aquellos tiempos. Lo mismo en las Indias que en la península Española, la posesion de la riqueza era á fines del siglo XVIII un título para la nulidad, un estímulo para la holganza. El que por entónces habia debido á la fortuna un nacimiento feliz, se hallaba excusado por ese mismo hecho de cultivar su inteligencia y de educar su corazon. Todavía muchos años despues hemos visto, si no proclamada la misma doctrina, profesada al ménos la misma práctica. Han sido precisas las grandes convulsiones del siglo presente, para hacernos ver todo lo vacío y todo lo deleznable de las riquezas que no se apoyan en el mérito personal. En este, como en otros puntos, llevamos conocidas ventajas á nuestros mayores. Hoy es el hecho comun la educacion de las clases ricas: setenta años há era una excepcion no ciertamente extraña, pero sí, de seguro, notable.

Conociendo por fortuna los padres de O'Gavan, aunque ricos, el valor de la ciencia y del saber, hicieron estudiar á su hijo desde la primera edad á fin de que pudiera ser útil á su patria y á sí propio. Si bien la amistad que tuvieron con el célebre ministro D. Francisco Saavedra les hizo pensar en destinar á su hijo á la carrera diplomática, la muerte de este hombre de Estado les obligó á desistir de este intento, y le dedicaron á la eclesiástica, á cuyo fin ingresó D. Juan en el seminario de San Basilio de la ciudad de Cuba, en el que á los diez años de edad (1792) empezó los estudios de lógica y moral con precoz inteligencia. Obteniendo en 1794 una beca de número

en el mismo colegio, y terminada la carrera de artes, cursó despues con mucho lucimiento las instituciones de jurisprudencia civil y canónica; pero no pudiendo continuarla en el estrecho círculo de un seminario, salió de él á los diez y seis años, é ingresó en la universidad de le Habana, en la que perfeccionando sus estudios, recibió los oportunos grados académicos por unánime aprobacion. Notando el obispo de la Habana la gran capacidad intelectual del jóven O'Gavan, le confirió la fiscalía de su juzgado en 1803, á poco de haberse graduado de licenciado en cánones, cuyo cometido desempeñó con notable talento. En 1805 pusieron á su cargo la cátedra de filosofía del Real seminario de San Cárlos, cuya propiedad obtuvo por oposicion en el mismo año con general aplauso; de suerte que si fué elegido representante de la ley á los veintiun años de edad, á los veinticuatro la enseñanza le acogió con júbilo, envaneciéndose con tan distinguido maestro.

Convertido en O'Gavan en verdadera vocacion el propósito que hicieran sus padres de destinarle á la Iglesia, alcanzó en 1802 del arzobispo de Cuba letras dimisorias para ordenarse en la Habana, en donde luego que cumplió la edad obtuvo con general aplauso el sacramento que deseaba. Ministro de la Divinidad, adquirió aquel carácter altísimo, que no rebajó nunca en medio de sus ocupaciones mundanas, sello de caridad y de amor para el prójimo, que le distinguió por donde quiera, y que no dejó un solo momento de brillar y de reflejarse en sus obras. El sacerdocio elevó y purificó sus sentimientos, ilustró su beneficencia, encendió su caridad y le hizo apóstol de justicia y de amor para con todos los fieles, sus hermanos en Jesucristo.

Admitido en 1804 miembro de número en la Sociedad Patriótica de la Habana, no tardó en ser nombrado vicesecretario y despues secretario de la misma, en cuyos importantes trabajos dió á conocer su fecundo ingenio y profundo talento, por lo que llegó á adquirir una autoridad suma su opinion, que pocas veces dejó de ser acogida con general aplauso. El sistema de educacion de Pestalozzi era en aquellos tiempos objeto de discusion y de exámen, y ocupada en este sistema la Sociedad Patriótica de la Habana, deseó que uno de sus indivíduos le estudiase de cerca para que se pusiera en disposicion de juzgar una materia tan controvertida. Elegido O'Gavan por la Sociedad para esta honrosa comision, é interesado por las principales personas de la Isla y hasta por el obispo de la Habana, vino á Europa el jóven secretario, y estudiando detenidamente el sistema, se apasionó á él considerándole como un gran adelanto social, cuya opinion consignó en una Memoria con la que volvió á su país, en donde fué recibido con júbilo por todos y con gratitud por la Sociedad. La Memoria que tan buen efecto hizo en la Isla de Cuba, fué censurada ágriamente en Méjico, solo porque en ella se

llamaba admirable á Condillac, y á Locke profundo, y denominándoles genios inmortales, aplicando estas palabras á sus doctrinas científicas, y de ningun modo á sus creencias religiosas; pero esta censura, hecha con la idea de desprestigiar á O'Gavan, se estrelló en la buena opinion que de él tenia todo el mundo civilizado, á cuya noticia llegó la fama de sus virtudes y de lo acendrado de su piedad. Así fué que á pesar de la referida censura, cuyo poco efecto la dejó malparada, léjos de perjudicar esto á O'Gavan, se le vió elevar en 1809 al alto rango de provisor y vicario general de la diócesis de la Habana, cargo que le confirió el ilustrado prelado D. Juan José Diaz de Espada y Landa, modelo de espíritu apostólico, y en que le confirmó el Gobierno español por Real cédula de 1811.

Recibiéndose de abogado en 1810 por la Real Audiencia de Cuba, en el mismo año fué nombrado examinador sinodal de la diócesis. Haciendo oposicion en 1811 á la canongía doctoral de su iglesia, ganó la aprobacion *némine discrepante* de todos sus actos, y obtuvo tan elevado puesto en su cabildo.

En este estado encontraron á O'Gavan los memorables sucesos de la gloriosa guerra de la independencia española, entre los que figura en primer término la adopcion del gobierno representativo creado en Cádiz para ejercer el poder y dirigir los grandiosos esfuerzos que hacian los buenos españoles para sacudir el yugo extranjero, que procuraba en vano sujetar al bravo leon español. Convocadas las Córtes en Cádiz, y no habiéndosele ocurrido á nadie todavía que las regiones americanas dejasen de tener representantes como las europeas, porque todos los súbditos libres del Rey de España eran en sus respectivos estados ciudadanos de esta gran nacion; los países sujetos á España en América eligieron sus diputados, y D. Bernardo de O'Gavan lo fué por su país natal, la ciudad de Santiago de Cuba. Esta eleccion es una de las circunstancias que más honran á este insigne patricio, porque con razon, como dice el Sr. Pacheco, «entónces sí que de seguro se buscaron los mejores »entre los buenos para conferirles la diputacion: entónces sí que los que re»cibieron este encargo pudieron ostentarle con orgullo y llamarse á boca »llena legítimos mandatarios, verdaderos representantes del pueblo.»

Ya en Cádiz O'Gavan, no desmereció en las Córtes la ventajosa idea que produjo su eleccion, y su saber, cordura y patriotismo sin exageracion le valieron, á pesar de su juventud, ser nombrado secretario primero, y despues vicepresidente de aquel célebre congreso nacional. No fué O'Gavan ciertamente de los atrevidos oradores que tocando con insinuante ó punzante elocuencia hábilmente las fibras del corazon humano, le arrastran por el camino de las pasiones que halagan; pero si se supo contener en una prudente reserva, sea por un exagerado temor y desconfianza de sí mismo que de

ningun modo tenia motivos de abrigar, ó por otras causas que se ignoran, cuando fué necesaria su voz para defender la religion, la patria ó á los ministros del Señor de ataques intencionales ó bastardos, se levantó sonora y enérgica, y supo expresar sus ideas con la debida dignidad y hacerse oir con atencion y respeto: así lo hizo «sosteniendo al cabildo eclesiástico de »Cádiz contra el espíritu exagerado de los que, viendo en cada clérigo un »enemigo, habian de concluir por hacerse tantos enemigos como clérigos.» A los discursos de O'Gavan, que nos conservan los *Diarios de las Sesiones* de las Córtes de Cádiz, se les tiene que conceder «regularidad en la distribu»cion, ciencia y lógica en los argumentos, facilidad en el estilo, y nobleza »y dignidad en el tono.» Representante de su país en las Córtes generales de España, no podia dejar de hacer algo que revelase á la Isla de Cuba el cariño que la profesaba aquel su hijo predilecto, y en la sesion de 19 de Abril de 1813 presentó á las Córtes un bien meditado proyecto sobre la capitalidad de Santiago de Cuba, cuyo proyecto supo dirigir con tal tino y maestría, que se vieron realizados sus dorados sueños y los de sus compatricios los santiagueses, quedando la Isla dividida en dos provincias, Santiago y la Habana. Pretender demostrar todos los méritos que contrajo O'Gavan para su patria en aquella famosa asamblea, seria prolongar nuestro trabajo mucho más allá de los límites que nos estan prescritos en esta obra, y por lo tanto nos concretaremos á repetir con el Sr. Pacheco: «La comision ecle»siástica principalmente le debió una gran parte de su brillo. Pocos cano»nistas se colocaron con más prudencia y más sabiduría que él en el tér»mino de lo ideal y lo posible. Pocos sintieron y señalaron mejor el punto »en que se confunden los derechos de la Iglesia y del Estado. No dependia »esto solo de su buen juicio y de la templanza de sus doctrinas: dependia »tambien de sus antecedentes: dependia de que era hombre teórico como »catedrático; de que era hombre práctico como provisor; de que en él no »dominaba ninguna consideracion exclusiva, sino por el contrario alcan»zaba á todas y sabia ordenarlas todas en una fecunda síntesis. Queriendo »el bien como quien más, sabia hasta dónde debia llegarse, y no se empe»ñaba en lo inútil ó en lo absurdo.»

Cayendo del poder el coloso del siglo, Napoleon I, en 1814, recobró Fernando VII, preso en Valençey, la libertad, y vuelto al trono de sus mayores, empezó su reinado aboliendo la Constitucion que se habia dado la Nacion Española durante su ausencia; y ciertamente que no fueron muy bien tratados por su Gobierno los que habian formado aquel célebre código en 1812, ni los demás que se habian adherido á las nuevas ideas políticas liberales. Empero O'Gavan, como diputado en aquellas Córtes solo habia dispensado beneficios, obrado el bien sin pasion de partido, y abogado

siempre por la buena causa y por las regalías de la iglesia y de la corona; nada tuvo que temer de nadie, y ántes por el contrario no solo fué respetado hasta de los más terribles adversarios del sistema constitucional, si que tambien fué bien considerado y aun se le dispensaron gracias y confirieron honores por el Gobierno del Rey. En efecto, el Gobierno de Madrid le otorgó el año 1815 los honores de magistrado de la Real Audiencia de Cuba, primer eclesiástico á quien fué concedida esta distincion. Jurando esta categoría en el Consejo de Indias en 9 de Febrero del expresado año, volvió en el mismo á la Isla de Cuba, en la que fué recibido con aplauso de la parte más ilustrada de la Isla.

Ya en su país y en su iglesia el ilustrado O'Gavan, practicó con la piedad y celo que le caracterizaban las obligaciones de su oficio como alto dignatario eclesiástico de la diócesis; y vuelto al seno de la Sociedad Patriótica en que tanto habia ya lucido su ingenio y talento, la sostuvo, por decirlo así, en su decadencia producida de resultas del cambio político que se habia experimentado. Por dos veces le confirió el obispo de la Habana el gobierno de la diócesis, miéntras él se ocupaba en sus visitas, visitas que tambien hizo O'Gavan por comision especial, de las capellanías, hermandades y establecimientos piadosos de la diócesis. Nombrado presidente de la Diputacion de primera enseñanza de la Isla, puso todo su conato en la enseñanza de la niñez, muy descuidada en aquella epoca; y no perdonando sacrificio alguno, y ayudándola con sus propios intereses, logró mejorarla y que fuesen más considerados sus maestros que lo que estaban. Se encomendó á nuestro D. Juan Bernardo el ejercicio de la jurisdiccion castrense, cargo que desempeñó á satisfaccion de todos los que dependian de ella. En tan útiles tareas pasó O'Gavan los años desde 1815, en que volvió á su país, hasta 1820.

Restablecido en la Península el sistema constitucional, de que ya hemos hablado, á causa de la revolucion de 1820, las Antillas tuvieron que volver á nombrar diputados para que los representasen en las Córtes; pero esta vez no fué ya Cuba la que eligió á O'Gavan, sino la Habana, cuyos ciudadanos se adelantaron á escogerle para sí; y aun cuando aquella eleccion se declaró nula por haber resultado cuatro personas electas, al renovarse la eleccion reunió O'Gavan todos los sufragios, lo que acredita su popularidad. En 1822 se le quiso proponer para uno de los obispados vacantes en España, y en 1823 se le ofreció el arzobispado de Cuba, que quedó vacante; pero ni uno ni otro tentaron la ambicion de O'Gavan, y prefirió su posicion de doctoral á la elevacion del episcopado.

Volvió á caer el sistema constitucional en 1823, y el restablecimiento del poder absoluto en nada perjudicó á D. Juan Bernardo, no obstante la po-

pularidad de que disfrutaba entre los liberales, porque el mismo aprecio tenia entre los realistas, admiradores, como aquellos, de sus virtudes. Avanzado en edad el obispo de la Habana, y agobiado por sus achaques y enfermedades, que se iban agravando cada dia más, vió la necesidad en que se hallaba de tener un auxiliar entendido y activo que le ayudase á llevar el peso de la mitra. Buscando quien mejor reuniese entre los eclesiásticos de la Isla las cualidades necesarias para el episcopado, no encontró otro más á propósito por sus virtudes, por su acendrada piedad, por su ardiente caridad y por su privilegiado talento que D. Juan Bernardo de O'Gavan, el que á tan laudables circunstancias reunia la muy atendible de ser amado por todos sus compaisanos. Fijo el anciano prelado en esta idea, no vaciló en la eleccion, y así lo pidió al Gobierno del Rey en una comunicacion oficial. Ya cuando esto hizo, y como para facilitar más el camino que condujera al logro de su deseo, le habia nombrado gobernador del obispado, que era cuanto en sus facultades podia hacer; pero « al acudir á los pies del trono, »suplica que se eleve á O'Gavan á la dignidad apostólica, y que se le consagre »y revista del carácter y de la jurisdiccion con que está él propio revestido y »consagrado.» « ¿Quién más á propósito para desempeñar cumplida y dignamente este cargo, dice, que el gobernador actual de la diócesis, que ha nacido en esta Isla, que ha hecho aquí su noble carrera, manejando siempre »los negocios eclesiásticos de este obispado, desempeñándolos honrosamente, »mereciendo el aprecio y la confianza de estos jefes, de estas corporaciones, »y de los habitantes de todas clases, y habiendo obtenido tambien la aprobacion de V. M. para los diferentes ministerios á que se le ha destinado? Accediendo á la propuesta de su auxiliatura, no solo consulta al bien y á la necesidad de esta Iglesia, sino que dará V. M. un nuevo testimonio de que sabe »apreciar y recompensar las virtudes de los naturales de esta Isla, que han »dado tan heróicas pruebas de lealtad y amor al Soberano.» Una peticion tan justa como digna, hecha por un prelado virtuoso, no solo fué desatendida, sino que puede decirse fué penada con perjuicio de D. Juan Bernardo, al que se queria favorecer. En el mes de Mayo hizo el Obispo esta peticion, y por Real órden de Diciembre del propio año se llamó á O'Gavan á Madrid, á pretexto de recibir órdenes del Gobierno; pero en realidad porque se le habia propuesto para coadjutor, de suerte que su mérito, como acertadamente dice el Sr. Pacheco, fué el orígen de su desgracia; y la estimacion en que se le tenia en la Habana, fué causa de que se le arrancase de allí, á instancias de ocultos enemigos que engañaron cobarde y vilmente á su Rey en daño de su patria. A pesar de que O'Gavan conocia toda la malignidad que encerraba tan arbitraria medida, era hijo de obediencia, y como tal se trasladó á Madrid tan pronto como pudo ser, y en la corte ú en otros puntos algunas tem-

poradas estuvo siempre considerado de los buenos hasta el año de 1827. Pasada esta borrasca, en la que los enemigos de O'Gavan nada habian podido lograr contra él, más que tenerle alejado de su querido país, queriendo el Gobierno darle una satisfaccion que apareciese bien á la vista del público, le nombró arcediano de la Habana, declarándose al propio tiempo «que su »llamamiento y venida á la Península, léjos de perjudicar á su honra, le »sirviese de especial y de relevante mérito en sus carreras.» La arbitrariedad, dice el Sr. Pacheco, se avergonzaba de sus propios golpes, y rendia á la ilustracion y á la virtud la forzada ofrenda de sus tardíos, pero no ménos apreciados homenajes.

La llegada de O'Gavan á la Habana fué un dia de júbilo para toda la Isla de Cuba: el pueblo entero se sentia vencedor, y favorecido en la victoria y en el triunfo del nuevo Arcediano. Dedicóse sin tregua el Arcediano á llenar sus deberes eclesiásticos con aquel celo piadoso que tanto le acreditó en sus anteriores empleos, y á ejercer la beneficencia con la ardiente caridad cristiana que siempre abrasó su corazon, y que le valió con justicia el honroso título de padre de los pobres con que estos le designaban, agradecidos á sus beneficios.

El amor que siempre profesó á su familia se aumentó, cuando léjos de los azares de la política, en la que le metiera más el empeño de sus conciudadanos, que buscaron en él un defensor, que no su voluntad propia, pudo consagrar más tiempo á su educacion y cuidado, lo cual fué muy bonanciblé para su sobrino y sucesor, hoy Senador del Reino, el Excmo. Señor D. Bernardo de Echevarría y O'Gavan, marqués de O'Gavan, de quien hablaremos despues, puesto que pudo recibir lecciones de tan buen maestro, que dirigió su educacion con el acierto y maestría indispensables para que no decayese en su persona el gran nombre que habia de legarle.

La Isla de Cuba, gozosa de hijo tan aventajado, buscó todos los medios posibles de hacerle conocer el aprecio y estima en que le tenia; y así es que todas las corporaciones filantrópicas y todas las sociedades útiles se apresuraron á abrirle sus puertas, considerándose muy honradas en tenerle en su seno. Y en fin, nada de público interés se emprendia en aquella region sin pedir consejo á varon tan esclarecido. O'Gavan inspiraba muchos de sus fecundos propósitos y sostenia en sus provechosas resoluciones al conde de Villanueva, á quien tantos beneficios debe la Isla de Cuba, y se puede decir que ambos representaban dignamente la Providencia en el país. «Las »ciencias y las letras, ese alimento de las almas privilegiadas, ocupaban »tranquila y dignamente los ócios del Arcediano; y considerándole la Acade»mia Greco-Latina de Madrid por el mejor helenista y latino de la Isla, le »comisionó para organizar en ella una dependencia de este instituto, dejan-

»do á su eleccion exclusivamente el nombramiento de todas las personas que »habian de componerla:» los que tal encargo le daban, sabian bien que su juicio constituia el mejor criterio que pudiesen emplear para su propósito.

En 1829 se le confirió por el Gobierno la dignidad de dean de la santa iglesia de la Habana, el destino de comisario de la Santa Cruzada, uno de los tres que habia en la Isla (de los que sirvió el de segundo lugar, y despues el primero) y el de juez de medias anatas. Llegó ya el caso de quererse honrar tanto á su persona que no vacaba destino ni dignidad alguna en el órden eclesiástico que no se le ofreciese, ó para la cual no se le buscase; no habia distincion que tanto el Gobierno como sus compañeros de iglesia no se apresurasen á poner á su disposicion. «Parecia, dice el Sr. Pa»checo, que avergonzado aquel, que pesarosos estos de la no concesion »del obispado para que le propusiera el dignísimo pastor de la diócesi, »querian remunerar ó consolar en lo posible á O'Gavan, confiriéndole todos »los demás cargos que eran compatibles con su brillante y elevado puesto. »De todas partes seguian viniéndole muestras de estimacion; de todas ar»rancaba ese homenaje, ese sistema de abnegacion propia y de sacrificio al »bien público, que se le viera seguir constantemente como regla de sus »acciones.»

De grande satisfaccion debió ser para D. Juan Bernardo verse honrado en 1832 por el Gobierno, por su cabildo y por sus compatriotas á la vez; pues como siente el mismo autor citado, «despues del íntimo y propio con»tentamiento, de la satisfaccion de la conciencia, que es en este mun»do el primer galardon de los hombres de bien, ningun otro puede ha»ber tan alto y satisfactorio como el que partiendo de distintos orígenes, »justifica así la universalidad ó concordancia de los sentimientos que lo »produjeron. Aquel cuyos elogios dimanan solo de un punto ó de una clase, »puede en efecto no haberlos merecido sino bajo una consideracion. El que »los recibe á la vez de sus superiores, de sus inferiores, de sus iguales, es »muy difícil que no los merezca real y verdaderamente.» El Gobierno condecoró á O'Gavan en este año con la gran cruz de la Orden americana de Isabel la Católica, distincion que entónces era de mucha valía, porque no habiéndose vulgarizado, conservaba todo su aprecio todavía, y era tanto mayor honra para O'Gavan esta gracia, cuanto que entre los eclesiásticos que no habian llegado al episcopado, tal vez fué el primer americano á quien se concedió. Al propio tiempo que esto sucedia, el cabildo de la Habana le conferia sede vacante el gobierno de aquella diócesi, cuyo nombramiento, hecho canónicamente, acreditó el verificado ántes de autoridad propia por el difunto prelado. La ciudad de la Habana nombró á D. Juan Bernardo director de su Sociedad Económica, cargo entónces de los más honrosos del

pais; y al restablecer la ciudad de Santiago, años anteriores, su Sociedad, O'Gavan apareció honorariamente al frente de los asociados, como una prueba inequívoca del amor, consideracion y gratitud de sus conciudadanos.

Vivia D. Juan Bernardo tranquilo y feliz, cuanto puede serlo el hombre en este piélago de miserias, en medio de una familia, de la cual era el jefe, y bien pudiera decírsele el padre, por la tierna solicitud con que la amaba, y proveia á sus necesidades con el mayor esmero; en fin, diremos con el señor Pacheco, era dichoso en medio de sus virtudes y rodeado de la estimacion universal, cuando aconteció la muerte de Fernando VII, la elevacion al trono de su augusta hija la reina Doña Isabel II, y con ella el restablecimiento del sistema representativo. Tan luego como se reorganizó el nuevo gobierno bajo la base del Estatuto Real, primer código fundamental de esta nueva época, los cubanos desearon revestir por cuarta vez á O'Gavan con el cargo de representante en las Córtes españolas por su Antilla, y hubiera así sucedido si no saliera empatada la eleccion entre él y D. Juan Montalvo y Castillo, en cuyo caso la suerte á que tuvo que jugarse esta candidatura, se decidió á favor de éste: despues de las legislaturas de 1834 y 1836, no se han vuelto á nombrar diputados en las provincias ultramarinas, porque los autores de la Constitucion de 1837 juzgaron ó inoportuna ó imposible la conservacion de unos propios derechos en el diverso estado de esta y de aquellas regiones. Empero si la variacion de sistema en este punto privó á las Córtes de un buen diputado ya acreditado en el parlamento, el célebre literato D. Francisco Martinez de la Rosa, que presidia entónces el Gobierno de la Reina, y que conocia el saber y virtudes de O'Gavan desde 1811, le propuso á S. M. para auditor de la Rota Romana por la corona de Castilla, empleo que se hallaba vacante y para el cual fué nombrado. Volvió D. Juan Bernardo á Europa con este motivo; pero como nuestras relaciones con Roma estaban en suspenso, á pesar de aguardar durante tres años que se restableciese la concordia entre el Gobierno español y el Pontífice, como esto se retardó aún mucho tiempo, no pudo ir á Roma, y desde Paris, en donde habia fijado su residencia y sido muy obsequiado y distinguido en la buena sociedad, regresó á su querida patria determinado á no volver á salir de ella sino para la eternidad, verdadero presagio que no hizo tardar mucho su cumplimiento. Amante D. Juan Bernardo de su familia, á la que servia de cariñoso padre, no podia ménos de gozar al ver los adelantos que en la carrera literaria habia hecho su querido sobrino D. Bernardo de Echevarría, al que amaba en extremo. Habia éste hecho sus primeros estudios en el seminario de S. Cárlos de la Habana, terminando la carrera de leyes en Sevilla, en cuya Audiencia obtuvo el título de abogado, y ejercido tres años en Madrid tan distinguida profesion, la Academia

de Bellas Letras de Sevilla le habia recibido en su seno como miembro honorario en 1832, y en el mismo año se le nombró tambien caballero de la Real Maestranza de la misma ciudad. El Ayuntamiento de la Habana, apenas regresado de la Península, le habia elegido por unanimidad procurador síndico general, cuyo destino sirvió con mucho acierto; la Real Casa de Maternidad le tenia por su secretario. Invadida la Habana por el cólera en el año 1833, fué nombrado vocal de la Junta permanente creada en el cuerpo capitular con este motivo, y de la Junta Superior Central de Caridad, en las cuales prestó importantísimos servicios humanitarios á su país, distribuyendo de su propio caudal á los hospitales cuantiosos socorros que le valieron acciones de gracias por las autoridades, y una popularidad conquistada por los beneficios hechos á sus compatricios en todos sentidos. Entendido hombre de negocios y conocedor de documentos, habia tomado á su cargo, y la desempeñó con felicísimo éxito, la traduccion y la compulsa de los protocolos antiguos del archivo del cabildo, asunto de gran interés, por el que tenia el público en la conservacion de los títulos de dominio de sus propiedades, así como tambien habia calificado los aranceles generales vigentes en las aduanas de la Isla; la noticia de su capacidad le habia valido ser nombrado sucesivamente juez asesor general de la Real casa y patrimonio de la Isla en 1836, cediendo, como lo hizo tambien en los demás anteriores destinos y comisiones, los derechos que le correspondian para las obras públicas y establecimientos de beneficencia. Todos estos hechos de su querido sobrino D. Bernardo de Echevarría, hoy marqués de O'Gavan y senador del reino, regocijaban el corazon de nuestro Dean de la Habana, que considerándole un digno sucesor suyo, que sabria mantener con dignidad su noble apellido y su memoria, continuando los beneficios que él habia establecido, le nombró su heredero, y ya quedó tranquilo viéndose reproducir en su sobrino, del que concibió esperanzas que ciertamente se han confirmado para prez y gloria de su patria y de su familia.

La hora suprema se adelantaba para D. Juan Bernardo de O'Gavan, y el deseo que tuvo de volver á su país en el último viaje, era un verdadero presagio. Su apreciable vida debia entrar muy pronto en el seno de la eternidad. El rio se deslizaba mansamente en las llanuras del Océano. A tan hermosa tarde iba á suceder una profunda noche. La muerte iba á ser la corona de la existencia. El llanto de la patria iba á regar el sepulcro del insigne patricio. Aun no habia cumplido cincuenta y siete años, cuando Dios llamó á sí al ilustrado dean de la Habana D. Juan Bernardo de O'Gavan, que falleció en esta ciudad el dia 7 de Diciembre de 1838, á los treinta y siete dias despues de su llegada de París. Al terminar esta noticia, debiéramos echar algunas flores sobre la tumba de tan insigne varon; pero nos dispensa de

hacerlo el mismo ilustre nombre de O'Gavan, cuya memoria se ve coronada diariamente por gratos recuerdos del pasado y no ménos beneficios del presente, con que sigue la cadena de bienes empezada por aquel, su ilustre sobrino el Marqués de este título, bien conocido en este sentido por propios y por extraños. «Tal ha querido Dios, concluye el Sr. Pacheco, que sea la na»turaleza de la bondad, que baste con presentarla para que el mundo la »respete y la adore. No hay monumento permanente sino el elevado por las »propias obras. Todo lo demás es falso y deleznable, todo lo demás se des»vanece como el humo.»

Al terminar esta biografía cumple á nuestro deber manifestar que Don Bernardo de Echevarría y O'Gavan tuvo siempre por modelo á su generoso tío, prestando los más desinteresados servicios á su patria en Cuba y en la Península, abundando en los sentimientos de todo hombre honrado que comprende las necesidades de la sociedad y los sacrificios que ella impone, para impedir en determinadas circunstancias el extravío de la conciencia pública. Por eso le elogió tan honrosamente el sabio y malogrado Sr. Arzobispo de Cuba, D. Manuel María Negueruela, su ahijado de consagracion, en la pastoral que dirigió al pueblo y clero de su diócesis á su ingreso en ella en Marzo de 1860. Distinguióse como buen patricio en la defensa que hizo en el Senado de los intereses de la reina de las Antillas con la misma lealtad y patriotismo que lo hiciera ántes en los congresos su renombrado tio. Tan importantes y generosos servicios hechos al trono y á la patria fueron recompensados por nuestra excelsa Soberana con la dignidad hereditaria de Marqués de O'Gavan, y ántes y despues de ella con los más elevados empleos y comisiones en los varios ramos de la administracion pública, que desempeñó con notable acierto. Los cuerpos científicos y literarios, nacionales y extranjeros, le acogieron con la propia consideracion que la buena sociedad, que todas las clases y todos los partidos; viendo en este ilustre repúblico un digno sucesor del inolvidable dean de la Habana, D. Juan Bernardo de O'Gavan.—B. S. C.

OGER ú Otger, apellidado el *Danés* en los romances antiguos franceses, era oriundo de la Francia Austrasia, y se le conoce en la historia con el nombre de *Autecaire*. Segun los enemigos de su nacion y de sus compatriotas, fué un gran guerrero. Fué muy considerado en la corte de Carlo-Magno; pero decidiéndose por los hijos de éste, á los que trató poner sobre el trono lanzando de él á su padre, se atrajo por esto la indignacion del Rey, y tuvo que huir á la corte de Didier, rey de Lombardía. Poniéndose Carlo-Magno á favor del pontífice Adriano I, enemigo de Didier, pasó los Alpes con un poderoso ejército para vengar las injurias de la Iglesia romana. Al acercarse el Rey, Didier se encerró en Pavía con Adalgiso, su hijo, y Hu-

nald, duque de Aquitania, aliado del Rey lombardo, y Oger se fué á Verona con la viuda é hijos de Carloman. Puso Carlo-Magno sitio á Pavía, y como esta plaza se resistiese fuertemente, atacó á Verona, que no tardó en caer en su poder, y la princesa, los príncipes y Oger se entregaron á él, y aquí acabó la vida secular de este último personaje. Disgustado Oger del mundo, é iluminado por la gracia, tomó el hábito de religioso en el monasterio de Meaux, cuyo repentino cambio fué acompañado de una circunstancia especial que no debemos omitir. Despues de haber titubeado Oger algun tiempo sobre la casa que debia elegir por retiro, visitó varios monasterios, en los que no encontró la regularidad que deseaba; pero entrando en el coro de S. Faraon de Meaux disfrazado de peregrino, cuando los religiosos cantaban el oficio, dejó caer el baston, en el que habia atado una porcion de campanillitas, á fin de ver si el ruido distraia á los religiosos, como le habia sucedido en otros; pero más recogidos y atentos á la oracion los de Faraon, no levantaron sus ojos para informarse de lo que causaba aquel estrépito, á excepcion de un novicio, que fué castigado en el acto por su padre maestro. Encantado Oger de este recogimiento y severa obediencia de la regla, pidió á Carlo-Magno licencia para retirarse á este monasterio, la que obtuvo con mucho trabajo á fuerza de súplicas. Su ejemplo atrajo al mismo monasterio á su amigo Benito, que se consagró á Dios como él; y en consideracion á esto, dió Carlo-Magno á esta abadía la tierra de Rez con otros bienes. Murieron estos dos religiosos en este monasterio en el siglo IX, edificando á los monjes con su piedad y en olor de santidad, y en él se les levantó un sepulcro, que es uno de los más ilustres monumentos antiguos del Bajo Imperio; descubriéndose en su epitafio que Oger tenia una hermana llamada Auda, que fué esposa del célebre Rolando. Chene y el P. Antonio Yepes creyeron que este sepulcro pertenecia á un gentilhombre, llamado Oger, señor de Charmentrai, cerca de Meaux, que tomó el hábito de religioso en la misma abadía al fin del siglo XI, con motivo de tener una hermana, llamada Gibelina, que vivia reclusa cerca del monasterio; pero Juan Mabillon prueba sólidamente en el cuarto siglo de la órden de S. Benito que el expresado sepulcro pertenece al primer Oger. Así puede considerarse del epitafio de este Oger y de Benito, compuesto por Foulques ó Fulcoins de Beauvais, que habia estudiado en Meaux y escrito en el siglo XI, ántes de morir Charmentrai; aunque bárbaro, este epitafio es muy digno de llamar la atencion de los anticuarios, y Gabriel Simeoni de Florencia hace mencion de él en sus *Viajes*, pero no explica de quién era. Tratan de Oger el padre Longeval, en su *Historia de la iglesia Galicana*; Toussaint du Plessis en la *Historia de la iglesia de Meaux*; Yepes en sus *Anales benedictinos*; el P. Mabillon, ya citado; Moreri en su gran *Diccionario histórico*, y el monje de S. Gal en

su obra *De rebus Caroli Magni*, lib. II, columna 26; y otros biógrafos en sus obras. — C.

OGER, abad de Lucedia, en la diócesis de Verceil, es conocido por algunos sermones sobre las palabras de Jesucristo á sus apóstoles en la cena, que se hallan impresas entre las *Obras de S. Bernardo*.—S. B.

OGER DE CHARMENTRAI. Duplesis, en la *Historia del monasterio de Meaux*, tomo I, hace mencion de un religioso llamado Oger, que fué señor de Charmentrai sur le Marne, á dos leguas de Meaux, el cual disfrutaba en el siglo XI de una posicion social muy distinguida. Habiendo abandonado el mundo Gibelina, hermana de este gran señor, que se encerró para hacer vida penitente en una casa aislada, cerca del monasterio de S. Faraon, fué tanto lo que edificó esta resolucion á su hermano Oger, que se consagró tambien á Dios en el monasterio de S. Faraon, en el que Oger *el Danés* habia sido tambien religioso en el siglo IX. Al tomar el hábito de monje el señor de Charmentrai, tuvo el consuelo de que le acompañasen en su retiro sus dos hijos Juan y Walon. Se ignora la fecha de la muerte de Oger y de sus dos hijos; pero el señorío de Charmentrai, que cedió aquel á la abadía, siguió como parte de los bienes del monasterio hasta la extincion de los oficiales claustrales, que formó parte de la mensa conventual.— C.

OGIER (Francisco), hermano de Cárlos, abogado y secretario del conde de Avaux, Claudio de Mesmes, en su embajada de Suecia, Dinamarca y Polonia, nació en París en el siglo XVI. Dedicado á la carrera eclesiástica se hizo sacerdote, y no tardó en adquirir una gran reputacion por su contundente elocuencia y pasmosa erudicion. Acompañando al conde de Avaux, se halló con él en la paz de Munster el año de 1648, época en la que era ya muy conocido como excelente predicador, y por su obra titulada *Juicio y censura de la doctrina curiosa del jesuita Francisco Carafa*; 1623, en 8.° En 1627 habia tambien publicado la *Apología* por Balzac, en la que refuta en particular á un jóven llamado D. Andrés de San Dionisio, que habia escrito contra este académico una sátira que corrió manuscrita con el título de *Conformidad de la elocuencia de Mr. Balzac con la de los más grandes personajes de los tiempos pasados y presentes*. Tuvo por tan bella la apología Balzac, que manifestó á Ogier su deseo de que le permitiese darse á conocer su autor, lo cual fué causa de que se rompiese la amistad entre ambos. Existe un soneto de Ogier sobre la muerte de Balzac, que acaba con los siguientes versos que dirige al mismo Balzac:

Je voudrais toutefois pour ton contentement
Répendre quelques fleurs dessus ton monument,
Et de quelques lauriers parer ton effigie;

Mais tes manes jaloux des ouvrages parfaits,
Joignant ton épitaphe à ton apologie,
Pourraient bien se vanter des vers que j'aurai faits.

Volviendo Ogier á París, despues de la paz de Munster, hizo imprimir la relacion de los viajes de su hermano Cárlos por Dinamarca, Suecia y Polonia con el conde de Avaux, y escrita esta relacion en latin, la publicó en 8.° en París el año 1656, viéndose en ella algunas cartas de Nicolás Bourbon al conde de Avaux. Murió Ogier el 28 de Junio de 1670, y no de 1678 como han sentado algunos autores. Encuéntranse muchas de las cartas de Ogier al fin del *Viaje de Munster*, de Mr. Joli, impreso en 1670, las cuales fueron escritas al mismo Joli, que le dedicó su viaje en los años 1647 y 1648. Se sabe por la quinta de estas cartas que Ogier escribió un elogio, de ciento cincuenta versos, para honrar la memoria de Antonio de Meaux, baron de Surviliers, que murió en Munster, en donde se hallaba con el conde de Avaux al fin de 1647. Fué tambien el autor del epitafio grabado en el sepulcro de este varon, de que se da razon en esta carta, con un epigrama sobre el mismo asunto. Escribió una larga carta crítica sobre la égloga de Mr. Segrais, titulada *Climéne*; esta carta, dirigida á Mr. Lengüestz, y fechada en París en 6 de Setiembre de 1655, se encuentra en la Segraisiana con la respuesta que dió en ella á Mr. de Segrais y dirigió á Mr. Huet, antiguo obispo de Avranches: tambien se ven ambas cartas en la nueva edicion de las églogas de Mr. Segrais, publicada en Paris en 8.° en 1755. Publicó igualmente Ogier la coleccion de sus sermones con el título de *Actions publiques*, en dos volúmenes en 4.° El primero se publicó en 1652, y contiene el elogio de Mr. de Avaux, panegíricos de muchos santos, la oracion fúnebre de Luis XIII, pronunciada en la iglesia de S. Benito el 1.° de Julio de 1043, y otros sermones. El segundo volúmen, impreso en 1665, solo contiene sermones y cuatro panegíricos de santos. En la traduccion de las epístolas de Ovidio, en prosa, del abate Morales, impresa en 8.° en 1661, se ve una larga carta de Ogier, que sirve de prefacio á esta traduccion. En esta carta dice Ogier hablando de sí mismo, que á la edad de veinte años compuso una epístola á imitacion de las heróidas de Ovidio, con motivo de la aventura siguiente, que dió mucho que decir en París, y que cuenta de este modo: «Un »tal F., despues de apasionadas solicitaciones, se casó con la señorita de N., »doncella de mucho mérito, pero pobre; é incontinenti, despues del matri»monio la abandonó. Sus parientes, para favorecer el divorcio, dijeron que »habia sido forzado, y él mismo para justificar su infidelidad se fingió de»mente. Poco despues M. X., caballero y buen mozo, empleó todo su talen»to y bellas prendas en seducir á una bellísima doncella de una ilustre casa,

»y triunfando de ella fué causa de que la pobre jóven fuese encerrada en un »convento.» Los que se complacian en aquella época en imitar, escribieron sobre estas aventuras en favor de las dos afligidas señoritas, haciendo correr sus nombres en cartas dirigidas á sus amantes, como una traduccion del mismo Ovidio, y Ogier se confiesa autor de la primera carta que circuló: «que esta carta chocase tanto en medio de lo lamentable de esta causa, de »que estaban encargados los más excelentes abogados del Parlamento, como »Mantelier y Galand; que otros la atribuyesen al predicador, autor del *Sol-*»*dado francés*, la diferencia del estilo desengañó de tal modo á Mr. de Mes-»mes, lugarteniente civil en aquella época, que hizo pesquisas tan exactas »sobre el autor de ella, que al fin le encontró. Acarició al jóven autor (dice »el mismo Ogier), y animándole á obrar bien, le honró con su familiaridad, »que le valió algun tiempo despues la proteccion de Mr. Avaux y las aven-»turas de Munster. Hé aquí (añade Ogier), por qué puerta ó por qué brecha »he conseguido entrar en la reputacion en que me hallo.» Puede verse sobre este particular á Mr. Habert, abad de Cérisy. Dice Ogier en la misma carta que habia estudiado bajo la direccion del viejo Gallandius, y que despues de la epístola de que acabamos de hacer mencion, intentó traducir algunas de las heroidas de Ovidio en versos franceses, á ejemplo del cardenal de Pezron y de Meziriac, y que empezó la version de la segunda epístola de Philis á Demophon y no la acabó, y que mandando lo que habia hecho al abate Marolles, lo insertó en sus ilustraciones sobre esta epístola de Ovidio en 1661. Una de las razones que detuvo á Ogier para seguir su traduccion, fué las cuestiones que tuvo entónces con el jesuita P. Carafa, cuyas cuestiones dice Ogier que detuvieron su furor poético y le obligaron á pensar en estudios más serios. Terminó esta carta Ogier con un epigrama en seis versos latinos al abate Marolles, sobre la traduccion que hizo éste de los Fastos de Ovidio y del Breviario romano. —C.

OGIER (José), natural de Cremien en el Delfinado. Abrazó el estado eclesiástico, y despues de haber consagrado la mayor parte de su vida á predicar la palabra divina á los pueblos de la diócesis de Viena, falleció en el mes de Enero de 1831. Ogier publicó varias obras elementales de piedad é instruccion religiosa, que fueron muy bien recibidas del público, tales como: 1.ª *Modos de perfeccionarse una vírgen cristiana*; quinta edicion, Lyon y París, 1827, en 12.°: opúsculo traducido libremente del *Memoriale vitæ sacerdotalis*, del abate Arbisanet, que falleció siendo vicario general de Troyes en 1831. —2.ª *Medios de salvacion á los cristianos de ambos sexos y de todas edades y condiciones*; Lyon, 1817; en 12.°, extracto de la *Sapientia Christiana*, de dicho abate Arbisenet, quien habia ya vertido su obra al francés en 1083, con este título: *Sabiduría cristiana*. La traduccion del abate Ogier

ha sido reimpresa varias veces con un título semejante. — 3.ª *Breviario del penitente*; Lyon, 1817, en 8.° — 4.ª *Conferencias y discursos sobre diversos puntos de moral para uso de los eclesiásticos;* Lyon y París 1821-1822, dos tomos en 12.° Esta obra puede servir de igual utilidad á todos los fieles. Algunos han atribuido á Ogier: *Preparaciones y acciones de gracias para uso de personas piadosas*, sacado de las *Preces ante et post Missam* del abate Arbisenet; Lyon y París, 1817 y 1825, en 18.°, pero generalmente se cree que esta traduccion pertenece al mismo autor. — M.

OGILVIO (Juan). Nació este escritor escocés en 1733, dándose á conocer muy jóven aún por su talento en poesía. A la edad de diez y seis años compuso en verso una paráfrasis del salmo 148, de tal mérito que se la atribuyeron á escritores del primer órden. Destinado á la carrera eclesiástica ejerció este ministerio en Midmar, en el condado de Aberdeen, considerándosele católico hasta que murió á principios del año 1814. Las obras que escribió y por las que se le conoce, son las siguientes: *El dia del Juicio;* poema en 4.°, publicado en 1759. — *Poemas sobre diversos objetos;* en 4.°, en 1762. — *La Providencia,* poema alegórico; en 4.° 1764. — *La Soledad ó Elíseo de los poetas*; en 4.°, 1766. — *Sermones sobre diversos objetos;* en 8.°, 1767. *El Paraíso,* poema en 4.°, en 1769. — *Observaciones filosóficas y críticas sobre la composicion;* dos volúmenes en 8.°, 1777. — *Roma*, poema en 4.° 1777, *Pesquisas sobre las causas de la incredulidad y del escepticismo*; en 8.°, 1783. *Teología de Platon, comparada con los principios de los filósofos orientales y griegos*; en 8.°, 1783. — *Britania*, poema épico precedido de una disertacion crítica sobre lo maravilloso en la epopeya, en 4.°, 1801. — *Exámen de testimonios sacados de las profecías en favor de la religion cristiana*; sermon en 8.°, 1803. *Y varios manuscritos.* Segun Mr. Lefevre, Ogilvio fué miembro de la Sociedad Real de Edimburgo. — C.

OGLERO (B.) Fué este esclarecido monje benedictino alumno del monasterio de Locedo, en Italia, y desde luego muy señalado en virtud y muy aplicado en los estudios, pero particularmente al estudio del crucifijo y de los atributos de Dios y miras del hombre en el ejercicio santo de la oracion. Bajo tales auspicios y con una profundísima humildad y desprecio de sí mismo logró, sin él pretenderlo ni presumirlo, fijar sobre sí la atencion de todos sus hermanos, que viéndole dotado de tan buenas prendas, y sobre todo de una condicion extraordinariamente apacible y de suma benignidad, sin que por esto cediera un punto de lo que podia y debia exigirse en órden á observancia monástica, fué nombrado abad en el monasterio donde tomó el hábito, y desempeñó su cargo tan á satisfaccion de todos, que no era posible mejorar la eleccion, y esto mismo sirvió para su provecho y santificacion, pues que tomando él á empeño el ser cada vez más perfecto y casti-

gando rigorosísimamente en sí las más mínimas imperfecciones de los otros, se hacia todo para todos y acrecentaba el inmenso caudal de sus méritos ya por su invicta paciencia, ya por las demás prendas que hacian de él un verdadero padre de sus súbditos, mejor que no un superior que gobernaba á inferiores. Lleno de méritos, pasó de esta á mejor vida, donde recibió de Dios el galardon de sus virtudes, las cuales probadas canónicamente, le alcanzaron la extraordinaria prerogativa de que sea considerado como beato, y su memoria, imperecedera ya por esto, lo sea más porque se celebra su fiesta en toda la Orden el dia 10 de Setiembre de cada año. —G. R.

OHAN. Fué este rey de Hebron uno de aquellos cinco de que nos habla el libro de los Números que asediaron al ejército de Israel hasta el extremo de obligarle á la reñida batalla en que Josué los venció; batalla llamada de Gabaon por haber sido aquel el lugar que escogieron para obligar al pueblo de Israel á venir á las manos, ó más bien para sufrir ellos la derrota sensible que les hizo perecer, y no solo perecer en sus personalidades, sino tambien perecer para mucho tiempo las naciones, de por sí impotentes, que acaudillaban. —Ohan fué cogido prisionero en la accion y muerto despues por órden de Josué, el cual mandó colgarle, ya por escarmiento, ya tambien para que el pueblo fiel diese á Dios gracias por la singular merced que le habia hechode que superase por los ruegos de su caudillo á los cinco reyes con sus ejércitos, que indudablemente en número eran más que los hijos de Israel, pero que destituidos de la fuerza y poder con que Dios favoreció siempre á los suyos, tuvieron que presenciar con la muerte de Ohan su total exterminio, y con el exterminio de ellos la confusion y vergüenza de sus familias y la pérdida de sus bienes, que fueron por consiguiente presa de triunfo del pueblo fiel. —Esto aconteció el año del mundo 2553, ó sea 1447 ántes de Jesucristo y 1451 ántes de la era vulgar. —G. R.

OILDA (Beata). La órden de S. Benito celebra el dia 30 de Abril la memoria de la esclarecida sierva de Dios Oilda, de nacion francesa, é hija de una familia muy distinguida, al lado de la cual la auguraba una vida de completa satisfaccion, sin que la faltase cosa alguna, y como pudiéndose procurar su adelantamiento espiritual por la quietud y sosiego con que la brindaban su misma buena posicion. Sin embargo, ella estimó en más dedicarse al servicio de Dios en el estado de vírgen consagrada á él, y eligió como instituto más de su agrado el del gran patriarca S. Benito. Hizo su entrada con notable admiracion de cuantos la conocian; y despues de pasar por todas las pruebas con que en tan excelsa religion se experimenta á las pretendientes á la dicha de esposas de Jesucristo, profesó solemnemente con júbilo extraordinario de toda la Orden. Cuantos adelantos hiciera en la virtud y perfeccion, lo demuestra bien claro el que á muy pocos dias de su fallecimiento

la repeticion de favores que Dios hacia por su medio, puso en precision de que estos mismos favores se confirmasen y certificáran canónicamente, dando lugar á que la sierva de Dios Oilda, apenas habia pasado breve espacio de su preciosa muerte, fuese contada en el abundante número de los beatos de su Orden.—G. R.

OJEDA (Diego de). Este religioso dominico nació en Sevilla en el siglo XVI. Inclinado al claustro desde sus primeros años, sus padres se opusieron á su designio deseando que abrazase otra carrera; pero él, que tenia una firme vocacion, se fué al Perú y en el convento de Dominicos de Lima tomó el hábito y profesó el dia 1.° de Abril de 1591. Su piedad y virtud, de las que fué modelo toda su vida, le elevaron á la dignidad de superior de su convento, del que pasó con el propio empleo al del Cuzco. Murió este venerable religioso español en olor de santidad el 24 de Octubre de 1615, á los cuarenta y cuatro años de edad. Fué autor del poema español en octavas, titulado *La Cristiada* ó sea vida de Jesucristo en doce libros, y de él hace el debido elogio Echard en los *Escritores de la Orden de Predicadores.*—C.

OJEDA (Fr. Fernando de). Fué este esclarecido varon hijo de una de las principales familias de Sevilla, de suerte que sus circunstancias le hubieran hecho brillar en gran manera si él no se hubiese persuadido de que todas las pompas, atractivos y vanidades del mundo son nada en comparacion de la virtud, cuyo bello atractivo era el imán á que tendian todas sus aspiraciones y designios. Examinó detenidamente dónde y cómo podria él dedicarse á la práctica de estas virtudes mismas, de modo que llegase á la altura en que él creia debia constituirse quien con eficaz designio aspiraba al ilustre dictado de siervo de Dios, y le pareció que la Orden Seráfica y su casa grande de Sevilla serian lugar muy á propósito para la realizacion de sus designios. En efecto, apenas se acercó á aquella santa casa para pedir el que se le recibiese como alumno de ella, que con universal contento y verdadera complacencia de todos se accedió á sus deseos, y se le constituyó en estado de ilustrar á sus hermanos con ejemplos de verdadera perfeccion. Efectivamente, apenas entró en el noviciado, que fijó su vista en el singular fervor que Dios le dispensaba llamándole á su santo servicio, y al mismo tiempo en la estrecha obligacion en que se constituia de servir á su divina Majestad en tal estado, por lo cual, penetrado de la más profunda humildad, y conociéndose el menor no solo de su casa y comunidad, sino de los redimidos por la preciosa sangre de Cristo, se hizo grande sobre este solidísimo fundamento, pues crecia de dia en dia en virtudes, sin apercibirse de ello, ó más bien confesando nuevamente su indignidad, como si tal fuese la fiel correspondencia con que secundaba las abundantes gracias con que el Señor le favorecia. El trato para consigo mismo era el más rigoroso que imaginarse

puede, afligiendo su cuerpo con muchísimas y muy terribles penitencias, sufriendo con invicta resignacion los rigores de las estaciones, las molestias de los cargos importantes, aunque difíciles, que ponian á su cuidado, y haciendo de todas las cosas un motivo de sufrimiento y de padecer que referia siempre á Dios como una satisfaccion, decia él, muy ligera de las menores culpas con que ofendia á su adorable majestad; pero esto se lo hacia ver de tal suerte su profundísima humildad, su total desprecio de sí mismo. En el ejercicio de la oracion puede decirse que se excedia á sí mismo, empleando en tan importante práctica no solo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, sino el que gastaba en estas mismas, durante las cuales se elevaba siempre á Dios. Tenia para con los demás un trato tan afable, tan benigno y dulce, que quien se acercaba á él una vez no se separaba sin el consuelo que necesitaba, ni mucho ménos sin llevar consigo el gratísimo recuerdo de este hombre verdaderamente virtuoso, que á la gran rigidez que para consigo mismo observaba, unia un afabilísimo trato para con los demás, sirviendo esto tambien á su modestia para ocultar sus rigores, pues ciertamente no parecia lo que era quien ostentaba una franqueza verdaderamente tal, como la demostraba el P. Ojeda. Por esta circunstancia pareció conveniente á su comunidad el ponerle al cargo de la sacristía de esta tan importante casa de Sevilla, y les acreditó el suceso que su idea habia sido buena, pues que aprovechándose de su dulzura y benignidad de carácter los religiosos, los hacia dulce violencia para que se ocupasen del bien de los fieles, mediante advertencias que les dirigia siempre con el mayor respeto como á ministros que eran de Jesucristo, dulce encanto de su inocente corazon, y á los fieles los atraia, porque aun en aquellas circunstancias en que no le era posible complacerles, lo hacia siquiera con la dulzura y encanto de sus maneras afabilísimas, y de sus siempre sinceras protestas de atender á su necesidad ó exigencia conforme fuese conveniente. De aquí resultaba que cuando Fr. Fernando hacia presente alguna necesidad, ya de objetos para el culto divino, acerca del cual procuraba siempre el mayor esmero, ya de limosnas para su comunidad, al momento era remediado, porque sabian todos que él nunca habia de faltar á la verdad, ni de exponer necesidades, por decirlo así, de poco momento, sino que lo que él dijera y para lo que pidiese habia de ser una realidad. Así vivió por espacio de algunos años, hasta que en 1606 permitió el Señor que le acometiera la enfermedad que habia de llevarle al sepulcro, y de la cual, recibidos los auxilios abundantísimos y muy eficaces con que la Iglesia favorece á sus siervos, falleció en 20 de Marzo. Apenas se difundió por la ciudad la noticia de su muerte, que se esparció por do quiera la fama de su santidad, complaciéndose todos en conocer su nombre como el de un siervo de Dios,

y muy especialmente algunos atribulados en pedir al Señor, por medio de su siervo, el remedio de sus necesidades, á las cuales acudió Dios benigno por la poderosa y eficaz intercesion de su siervo tan predilecto. En los primeros momentos despues de su muerte se le sepultó ante uno de los altares que se encuentran á la entrada de la iglesia del dicho convento de S. Francisco de Sevilla; pero despues, ya por la fama de sus milagros, ó ya en justa veneracion de sus virtudes, se logró de los Sres. Marqueses de Ayamonte, patronos de la capilla mayor, permiso para que los restos del P. Ojeda se depositáran en el presbiterio de ella, y allí yacen bajo una lápida, en que se consignan en compendio sus grandes virtudes, motivo de que desde el momento mismo de su fallecimiento obtuviese y hoy conserve tanta veneracion y merecido nombre.—G. R.

OJOS Negros (Fr. Antonio de). Sin que haya un testimonio irrecusable acerca de la patria de este esclarecido varon, parece muy probable que fuese natural de un pueblo no muy grande del antiguo reino de Aragon, que se llama Ojos Negros; y el más seguro fundamento con que se apoya esta aseveracion es porque todos, ó la mayor parte de los religiosos de la Orden Seráfica, á cuya numerosa familia perteneció el P. Antonio, suelen agregar al nombre de pila el patronímico con que son distinguidos. Sea de esto lo que fuere, está fuera de toda duda que en el convento de religiosos de Daroca tomó el santo hábito franciscano é hizo sus estudios, profesion y demás. Desde luego demostró grande ingenio y suma aplicacion, por lo cual aprovechó muchísimo en sus estudios, siendo á poco tiempo lector en sagrada teología; y habiéndose conocido siempre sus cursos por el aprovechamiento que sacaban sus muchos discípulos, debiéndose esto en gran manera no á que él tuviese en sus explicaciones sutilezas y superficialidades que le diesen fama, sino á que con severa lógica y con una ilacion muy conveniente, hacia que de deduccion en deduccion llegáran al completo conocimiento de cuanto la humana inteligencia, tan limitada como es, puede alcanzar á comprender. Por supuesto que la fama del P. Antonio salia fuera de su convento, y las más distinguidas academias, las más sabias reuniones, se complacian mucho en que las dirigiera algun escrito, ó las contestase á algun informe, porque en uno y en otro encontraban la grande erudicion que les admiraba, el profundo saber que les hacia respetar á este hombre, tanto más respetable, cuanto que á pesar de todas estas sus ventajosas condiciones, siempre se consideraba y tenia por el último de su convento, verificándose en este acreditado religioso que brillaba sin presuncion, así como se hacia notable sin apenas apercibirse de ello. Luego que vieron los demás religiosos que no era únicamente en la carrera de las letras donde este hombre singular podria acreditarse, sino que tambien podia hacerlo en la carrera de los

importantes y difíciles cargos de que depende no solo la perfeccion, sino aun la existencia de un instituto religioso, le encomendaron varias prelacías de diferentes casas, pues en todas partes á porfía querian tener el placer de contarle, siquiera fuese por algun tiempo nada más, entre sus moradores, seguros como lo estaban de que este hombre, que desde luego hacia bien á cuantos le trataban, pues siquiera buenos consejos y oportunas advertencias se le habian de deber siempre; serviria tambien de honra en su dia, pues tanto sus virtudes como su ciencia se habrian de esclarecer, y una vez esclarecidas, no podian ménos de refluir en pro de aquellos con los cuales las hubiese ejercido. No se sabe á punto fijo de cuántas casas de la familia seráfica fué guardian; pero sí que en todas deseaban su reeleccion, y él iba siendo llevado de una á otra, con el fin sin duda de que en todas se difundiese su espíritu verdaderamente religioso, sus deseos de observancia, y de que esta misma observancia se conservase con el mayor esmero; celebrando nosotros esta ocasion de consignar una opinion del esclarecido Ojos Negros, que le honra mucho y que dice gran cosa en pro de sus virtudes. Sabido es que la conventualidad franciscana, es decir, esa absoluta y completa comunidad de vida que el santo Patriarca prescribió á sus religiosos, tuvo muchos adversarios, entre ellos personas de buen criterio, de virtudes y hasta de santidad, las cuales, no pudiendo desconocer las ventajas de esta vida primitiva, digámoslo así, querian contemporizar con la miseria de las legumbres, permitiéndola alguna amplitud más, alguna independencia en estas pequeñas cosas, que no afectaban en gran manera al fin del instituto. El P. Antonio, sin embargo, nunca quiso que hubiese más que conventuales, y en las casas que gobernó, cortó muchos abusos que se habian introducido acerca del particular, tratando de dejar las cosas tal y como estaban mandadas por el seráfico Patriarca. Fué ministro provincial en Aragon, segun unos en 1438, y segun otros en 1444, siendo para nosotros lo más probable que el señalarse esta segunda época como la en que ejerció tan importante destino no sea porque no estuviese en él ántes, sino porque por entónces fué cuando él hizo mayores beneficios á su instituto, ya librando á algunas de sus casas de vejámenes indebidos, con que las molestaban los enemigos del instituto, ya procurando á otras beneficios muy señalados, con los cuales aseguraba más y más su porvenir, ya defendiendo á otras de acriminaciones injustas; pero es verdad que si se hubiesen dejado desapercibidas hubieran producido el fatal efecto que indudablemente se proponian los que las propalaban con descaro, y que fueron confundidos algunas veces personalmente por el Padre, siendo muy de notar el que para acometer estas empresas se valia de grandísima prudencia; esperaba su oportunidad y daba el golpe, por decirlo así, tanto más seguro, cuanto que era más premedi-

tado y razonado. Seriamos muy prolijos si copiaramos aquí los justos elogios con que los cronistas de su Orden refieren sus acciones, todas encaminadas al bien de sus conciudadanos; así que sin referir pormenor alguno, diremos tan solo que acaso uno de los menores beneficios que produjo á su posteridad sería el que ha resultado de sus luminosas y bien escritas *Disertaciones acerca del Maestro de las Sentencias*, obra que si bien es cierto que aún no se ha publicado, ha sido muy leida de los padres más graves de su instituto, por conservarse con el debido aprecio entre los importantes papeles de la Orden. No se sabe á punto fijo la época ni lugar de su fallecimiento; sin embargo, es preciso consignar, para honra suya, que todos recuerdan su nombre con veneracion, á consecuencia de que su gran fama, de que ya gozaban sus virtudes en vida, no se ha podido acallar despues de su muerte, por lo cual y atendiendo á lo muchísimo que él hizo para bien y provecho de su Orden, podemos pensar piadosamente que el P. Antonio Ojos Negros gozará de Dios en el reino que nunca concluye, y donde se disfruta la verdadera paz del espíritu en la inamisible posesion de Dios, nuestro bien. — G. R.

OKOLSKI (Fr. Simon). Este historiador polaco era provincial de la órden de los Jacobinos á la mitad del siglo XVII. Publicó la obra titulada *Orbis polonus*, la cual se imprimió en Cracovia en tres volúmenes en fólio el año 1641. Esta obra, que contiene importantes noticias, está llena al propio tiempo de hipótesis poco sólidas sobre los sármatas, y de genealogías de familias polacas que solo tienen un interés local, y que lisonjean la vanidad de algunos individuos, segun Mr. Gateau Calleville, sin prestar utilidad alguna á la historia. — C.

OLAUS (Nicolás), arzobispo y palatino de Hungría. Nació en Enero de 1493 en Hermanstadt, de una familia ilustre que descendia de los príncipes de Valaquia. Su talento le mereció la confianza de María, viuda de Luis II y gobernadora de los Países Bajos, á cuyos estados la acompañó Olahus en la doble calidad de consejero privado é intendente de Hacienda. Despues de algunos años, no pudiendo ya ser útil á María de Austria, volvió á la corte de Hungría, donde fué muy bien recibido por el rey Fernando, que le confirió la dignidad de canciller, y le nombró en 1594 obispo de Sagrab. Cuatro años despues fué nombrado obispo de Agria, contribuyendo poderosamente á la defensa de esta ciudad, sitiada en 1552 por los turcos. Por este motivo su celo fué premiado con el arzobispado de Gram ó Strigonia. Olahus admitió los Jesuitas en su diócesis, é influyó para que obtuviesen el colegio de Tirnan, el primero que poseyeron en Hungría y que fué un fecundo semillero de muchísimos matemáticos y de sábios astrónomos. Estableció en esta ciudad un seminario para los jóvenes eclesiásticos, y celebró dos sínodos,

cuyas actas se imprimieron en Venecia en 1560. Nombrado en 1562 palatino de Hungría, le cupo el honor de coronar á Maximiliano II en Presburgo. Este ilustre prelado falleció en Tirnan en 1568. Era eclesiástico de vasta erudicion, y durante su permanencia en Bruselas, escribió varios opúsculos que se proponia dar á la prensa despues de haberlos revisado escrupulosamente; pero fueron tantos y tan importantes los asuntos que le tuvieron ocupado, que falleció sin haber podido satisfacer sus deseos. Existen de él: 1.° *Historia de Atila*, publicada en 1538 y reimpresa á continuacion de la *Historia panonica de Antonio Bonfill*.—2.ª *Hungaria sive de originibus gentis etc., liber singularis: Compendiarium cronicon*. Estos dos interesantísimos opúsculos han sido publicados por la primera vez por Mateo Belius en el tomo I de la *Notitia Hungariæ Novæ*, con un prefacio que contiene varios pormenores sobre Olahus. Collar ha publicado de ellos otra edicion con el *Atila*; Viena, 1763, en 8.° mayor; pero donde se hallan noticias más extensas de la vida y obras de este prelado es en la *Historia de los palatinos de Hungría* por el padre Muzka; Tirnan, 1752, en fólio.—M.

OLANO (Fr. Pedro de). Fué natural de Zaragoza, donde hizo sus primeros estudios con decidida aficion al estado religioso, lo cual sin duda le decidió á que en 1640 tomase el hábito de la Merced en S. Lázaro de Zaragoza, profesando en Tudela á 14 de Junio de 1641, á los catorce años de edad. Le dedicaron los Padres de aquella santa casa á los estudios, en atencion á que presentaba un ingenio muy claro, y daba inequívocas señales de un talento privilegiado; y su aplicacion nada comun en los jóvenes de su edad y circunstancias, hacia esperar de él un porvenir que le haria ilustre, como ya se iba haciendo conocer por las enunciadas propiedades altamente apreciables. Sin que tengamos más pormenores acerca de lo que pasó á este jóven en los primeros años despues de concluida su carrera, ni mucho ménos sepamos si fué al púlpito ó á la cátedra adonde pareció á sus superiores oportuno dedicarle; tenemos al P. Olano, comendador de nuestra señora del Olivar, luego de Estella, despues de Tudela y de Pamplona; y por último de Zaragoza. En esta ínclita ciudad, como recompensa de sus servicios, ó mejor como una expresion de lo mucho que esperaban sus paisanos podria servirles en el desempeño de algun cargo importante, recibió en 18 de Octubre de 1676 el importantísimo de rector de su casa-convento y colegio, no equivocándose á la verdad cuando le eligieron, pues no solo mejoró muchísimo en la parte moral de la casa, quitando resabios, corrigiendo abusos que, si bien es cierto no eran de trascendencia, podian ser de interés, pues perjudicaban en gran manera esa exactísima observancia, que forma á un tiempo la vida y la importancia de una corporacion; y obligando á todos á obrar como era debido, no solo con exactitud, sino con perfeccion, intro-

dujo muchas mejoras en el órden material, pues desde el edificio hasta los utensilios más insignificantes, todo en su mano adquirió una nueva forma, en que sin faltar en lo más mínimo á la modestia y aun pobreza requerida en su Orden, de cuyas constituciones era exactísimo observador, se procuraba el esmero debido, y al propio tiempo la comodidad y duracion convenientes, á fin de que no se hallasen los venideros privados de las cosas mismas, que á los de entónces eran de uso, por haberse hecho estas no más que digámoslo así, para pasar el momento. Todas estas cosas, para cuya consecucion no cabe duda que hubo el Padre de emplear trabajo y pasar incomodidades y molestias, no podian pasar desapercibidas, ántes al contrario, tenian que decir mucho en favor de quien las planteaba; y como en las religiones saben los superiores cuanto ocurre con sus súbditos, por más que por circunstancias especiales parezca á las veces que ignoran aun aquello que es, por decirlo así, de más bulto y trascendencia, no pudieron desconocer que el P. Olano era muy á propósito para todo lo que pudiese interesar á la comunidad, y por esto resolvieron hacerle servir para el bien de todos, ya en la defensa de sus intereses, ya en procurar á cada uno cuanto le fuese conducente á su eterna felicidad.—Por estas circunstancias lo mandaron de comisario al reino de Cerdeña, donde se portó tan bien como se habia portado hasta entónces. A su regreso recibió el nombramiento de definidor general, y fué tambien designado como vicario provincial y aun como padre de la provincia de Aragon, ya como una recompensa á los servicios prestados hasta entónces, ya tambien porque atendido su celo y su carácter incansable no le permitirian estarse quieto; es decir, no le permitirian dejar de procurar el bien de su religion: por medio de este nombramiento y autorizacion se conseguia el que pudiera ejercer sus buenos deseos en cualquier parte donde quisiera hacer algo dentro de su reino de Aragon.—Excusado es decir cuán bien correspondió á la deferencia que le hacian, y lo mucho que satisfizo á todos el que aceptára tan importante cargo, pues reuniendo las consideraciones de superior y de maestro, indudablemente cifraba en sí cuanto podian apetecer los que por cualquier circunstancia querian aprovechar sus buenas dotes. Estas mismas excelentes dotes que en el P. Olano concurrian, las supieron apreciar varios prelados de España, y entre ellos el arzobispo de Zaragoza, pues le nombraron su examinador sinodal, y no se crea que como una mera señal de deferencia, ó tal vez como una legítima prerogativa consiguiente al encumbrado puesto que en su Orden llegó á alcanzar, sino como tal sinodal para que ejerciera, á cuyo fin le daban comision de examinar á muchísimos clérigos, ya al haber de recibir los órdenes sagrados, ya al haberles de renovar las licencias, llevando en esto los prelados dos objetos: primero, salvar su responsabili-

dad por la idoneidad del sugeto ; segundo , proporcionar al mismo sugeto medio de salir airoso, pues el Padre, cuando á alguno le encontraba ménos capaz de lo que era debido, le instruia y adiestraba bien ántes de aprobarle; y solo en el caso en que no podia instruirle, era cuando con el mayor sentimiento suyo le desechaba por medio de la reprobacion. Así pasó los dias en que Dios quiso que le sirviera, pensando siempre en cumplir su vocacion, y en la muerte que habia de acometerle como á todos los hijos de Adan; pero como estaba tan prevenido para este momento inesperado y cierto, cuando le acometió la última enfermedad, no tuvo que hacerse violencia alguna para disponerse á este último y tan terrible trance, ántes por el contrario, con envidiable sosiego, con mucha resignacion y recibiendo con aprecio y devocion todos los espirituales auxilios con que la Iglesia nuestra santa madre favorece á sus queridos hijos, rodeado de todos los religiosos de la casa de S. Lázaro donde estaba, entregó á Dios su espíritu el dia 13 de Diciembre de 1698, á los setenta años de edad, quedando buena fama de sus virtudes y un inolvidable recuerdo de su interés por la Orden, acreditado en los diversos beneficios que la procuró. Tambien dejó consignada su ciencia en sus escritos ; de los cuales el folleto que tituló *Compendio histórico del santísimo misterio de los corporales de la ciudad de Daroca*, dedicado al señor Rey D. Cárlos II, fué impreso en Zaragoza en el penúltimo año de su vida , y las *Reflexiones políticas y morales sobre el tercero y cuarto libro de los Reyes* , y un gran número de *Oraciones panegíricas y morales*, que aunque no se imprimieron, se han conservado con mucho esmero en el archivo de su convento; habiendo por una y otras obras merecido no solo el que los padres de su Orden le hayan colocado entre los escritores de ella , sino el que el Sr. Latassa en su *Biblioteca nueva de Aragon*, consigne el nombre y circunstancias de este autor, señalándole como uno de los varones de más nota que la religion Mercenaria, y su patria la capital del reino de Aragon, produjeron en el siglo XVII , en que á la verdad no escasearon los varones ilustres. —G. R.

OLARTE (B. Diego). Fué este esclarecido religioso natural de Medellin, y uno de los que fueron en compañía del gran conquistador del Nuevo Mundo Hernan Cortés. Por supuesto que Olarte iba como soldado, ó más bien como oficial en aquella expedicion, y por consiguiente peleaba con denodado esfuerzo, y sufria con heróica paciencia para procurar el triunfo de la importante empresa, que tomó á su cargo un valiente, y que parecia temeraria aun á aquellos mismos que le acompañaron. Es consiguiente que nuestro Olarte corriera todas las vicisitudes, y pasase por todos los estados consiguientes á la empresa arduísima de que formaba parte, así como fué consiguiente á su mismo decidido afan por acompañar á Cortés en sus más difíciles operaciones, el que viese por una parte lo inútil que es todo es-

fuerzo por conquistar lauros en el mundo, pues que ellos nunca llegan á satisfacer á los que los han ansiado, y por otra parte, lo mucho que se expone nuestra eterna salud, toda vez que permanezcamos en el valle de miserias, donde no otra cosa que las miserias mismas se pueden esperar, y donde nos es preciso sufrir mucho para con nuestro sufrimiento alcanzar nuestro galardon. Así que todas estas consideraciones, labrando en el ánimo del valiente soldado, le hicieron comprender, que si bien no era imposible el alcanzar la vida eterna por la carrera de las armas, era sumamente difícil, pues que los escollos son muy frecuentes y casi insuperables, y por consiguiente ménos seguro el éxito. Comprendió perfectamente que donde era más fácil alcanzar la vida eterna, y llegar al logro de una perfeccion que asegura la esperanza de poseer á Dios, era en el claustro; y que seguramente la religion Seráfica reunia condiciones que la hacian preferible á otros institutos en que hubiera podido entrar, se decidió á inscribir su nombre en esta numerosa familia, para lo cual en la flor de su edad renunció sus esperanzas, renunció su porvenir, y renunció á todo cuanto de más halagüeño podia ofrecerle la ya terminada empresa de la conquista; y sin siquiera volver á su patria, en Méjico mismo tomó el hábito del Seráfico Patriarca, habiéndose señalado tanto desde los primeros dias de su noviciado, que no hubo dificultad alguna en igualarle á aquellos doce excelentes varones que fundaron dicho convento. En efecto, sin que digamos nada del gran mérito que tuvo en ponerse, ya en edad madura, no solo á estudiar los rudimentos de las ciencias sagradas, sino lo que más es, el idioma de aquellos naturales, para cuya comprension hubo de trabajar bastante, y no haciendo mérito alguno de la excelente preparacion con que tomaba su nuevo estado, para dejar de ser suyo y ser todo de todos, así como de las excelentes condiciones bajo las cuales fué sublimado á la importante gerarquía sacerdotal, veremos su conducta como religioso franciscano, y le hallaremos muy obediente aun en aquellas cosas para las cuales era necesaria toda la abnegacion y todo el desprendimiento de sí mismo, que solo se adquiere despues de muchos años de religion; le hallaremos muy observante no solo de las reglas y constituciones, sino de aquellas prácticas, en las cuales se han distinguido otros varones eminentes en santidad; le hallaremos tan penitente, que más de una vez tuvo la obediencia que mitigar sus rigores, obligándole á que hiciere ménos, para que conservándose más tiempo pudiera hacer más. Le hallaremos celosísimo por el bien de sus hermanos, y buscándole de tal manera, que infatigable predicaba la divina palabra, oia á todos cuantos á él acudian en el tribunal de la penitencia, y nunca se cansaba, ni habia modo de verle fatigado aun cuando hubiesen sido muchas y graves las ocupaciones que sobre él pesáran. Poseyó por término de

sus muchos desvelos el idioma de aquellos desgraciados infieles en medio de los cuales vivia; y por consiguiente apenas llegó á este apetecido término de sus deseos, fué su única ocupacion el misionar por aquellas regiones el reino de Dios, sin acordarse siquiera de que estaba en este mundo, donde todas son necesidades, ó mas bien posponiendo la idea de sus necesidades á la de la gran necesidad espiritual de aquellos infelices, siendo el resultado que Dios le premiaba, ya con hacer que sus trabajos evangélicos produjeran muy abundante fruto, ya tambien con que sus necesidades pareciesen satisfechas, ó bien no sintiéndolas, ó bien teniendo heróico valor para resistirlas. A pesar de que la profunda humildad del P. Diego le obligaba á considerarse como el último de todos sus hermanos, y de que él hubiese querido no salir nunca de la esfera comun, permaneciendo siempre en el desempeño de los cargos ménos importantes, aun cuando más difíciles, no fué de la misma opinion su respetable comunidad respecto á él, pues le eligió primero guardian, y luego que vió lo mucho que valia como hombre de gobierno, le hizo definidor, y por último, ministro general de su provincia. Todos los cargos los desempeñó admirablemente, tanto que la buena fama de sus excelentes condiciones de superior, llegó hasta el monarca católico Sr. D. Felipe II, el cual tuvo decidido empeño en que Fr. Diego de Olarte fuera obispo, ya lo hubiera sido en España, ya en Ultramar; pero fueron vanas todas las gestiones que hiciera sobre el particular, pues el Padre, con el mayor respeto y con razones al parecer convincentes, renunció repetidamente tan importante cargo, rogando al poderoso monarca eligiese otro que fuera más idóneo que él para tan alto puesto, lo cual como se desprende del relato de sus virtudes, era una prueba de su muy profunda humildad, y en modo alguno una razon que pudiera servirle de excusa. Ocupábase con constante asiduidad en el ejercicio de su altísimo ministerio, sacando abundantes frutos, y atrayendo á muchos al conocimiento del verdadero Dios, y á los que ya le conocian, reduciéndolos á su servicio; siendo muy de notar el cómo toleraba las grandes molestias que causa el misionar, contando ya con una edad tan respetable como de setenta años, y padeciendo algunos achaques, á los cuales él no daba importancia alguna, pero que en otro hubiesen sido más que suficiente motivo para que decayera completamente, y no hubiese cuidado más que de reparar sus fuerzas, ó de sostener su misma decadencia. Fr. Diego, todo al contrario, no solo no excusó ningun trabajo en su casa y provincia, sino que habiendo recibido órden de pasar á la corte para saber una determinacion del mismo monarca, que tantas veces habia querido distinguirle por recompensa de sus servicios, hizo el viaje no solo sin precaucion alguna que le pusiese á cubierto de su misma delicadeza, sino de igual manera que lo habria verificado en lo me-

jor de su juventud, viniendo desde la costa del pueblo en pueblo, á pié, y á grandes trechos descalzo, porque decia lo exigia así el instituto que abrazára con tanto gusto. Felipe II, que como hemos dicho hubiera tenido gran complacencia en que el P. Olarte hubiese sido obispo, se habia disgustado algo con su negativa, y acaso por esto dió oidos á ciertas imposturas que contra el Padre se habian propalado, por lo cual en alguna de las audiencias que con él tuvo, se le proporcionó ocasion de demostrar una vez más su invicta paciencia y heróico sufrimiento; sin embargo de que Dios quiso que se pudiese sincerar de todas las acusaciones que se le habian hecho, y que no solo el soberano sino todo el capítulo de su Orden, al que asistió por expreso mandato del Rey, no ya le considerasen, como lo era, exento de todas aquellas cosas que la maledicencia habia inventado contra él, sino que se admirasen de sus virtudes y de los ejemplos grandes de invicta paciencia, de profunda humildad, de perfecto anonadamiento y de todos los demás caractéres que constituyen un verdadero religioso; siendo el resultado final, que el que habia sido llamado poco ménos que para castigarle y que en su castigo sirviera de escarmiento, vino á ser el primer tipo que se ofrecia á todos para su imitacion, como que era un verdadero religioso, en quien las merecidas honras con que se le habia distinguido, no habian producido más efecto que el de obligarle á ser más y más puntual en el desempeño de sus cargos, cuanto que estos eran más importantes, delicados y difíciles. Luego, pues, que se hubo excusado de las calumnias con que habian querido manchar su altísima reputacion, y que se vió quién era y cuánto valia, pareció conveniente que volviera á su antiguo destino, y él tambien lo deseó, ya para tener el consuelo de volver á ver á sus hermanos queridos y dar á Dios su alma en medio de ellos, y ya tambien para que pudiese aquietarse en ellos el desasosiego, que naturalmente producia la idea de que habia él sido lo que sus enemigos decian de él: anciano, pues, y muy achacoso, emprendió de nuevo su viaje á Ultramar y le hizo con toda felicidad, hasta que llegando á la Puebla de los Angeles descansó en su convento de S. Francisco. Allí fué acometido de una violentísima enfermedad, que sirvió para acrisolarle más y más mediante los atrocísimos sufrimientos que el Señor permitió padeciera, así como sirvió para demostrar más y más su virtud é inocencia; pues se le vió, no solo contento sino complacido en medio de sus dolores, animar á sus hermanos, dirigirles cariñoso su voz y complacerse en repetir con ellos las oraciones de la Iglesia, hasta que con un sosiego envidiable, con una paz verdaderamente angelical, dió á Dios su espíritu en medio del profundo sentimiento, no solo de la religion sino de cuantos habian tenido ocasion de conocerle. Sus honras fúnebres fueron suntuosísimas, y desde el momento mismo de su fallecimiento, comenzó á

susurrarse la fama de su grande santidad, y el Señor se sirvió acreditar sus virtudes con sucesos extraordinarios, los cuales probados en debida forma, dieron por término el que la Iglesia declarase beato al P. Diego de Olarte, asignando á su memoria en la Orden el dia 18 de Setiembre de cada año, por haber sido en esta fecha en la que dió su espíritu al Criador. No se sabe á punto fijo el dia de su fallecimiento; pero no cabe duda en que la época en que más se distinguió fué por el año de 1550, de modo que este debió acontecer casi á los últimos del siglo XVI; pues no pudo ménos de pasar este tiempo para dar lugar á los grandes sucesos de la vida de este varon esclarecido, á que la fama de su virtud le designára para la mitra y á que sucediesen, con respecto á él, todas las cosas importantes de que llevamos hecha mencion en esta breve reseña biográfica, que puede ampliarse consultando las crónicas de su Orden. — G. R.

OLAUS ú Olao (Pedro), de la orden de Menores. Nació en Roskild, en Dinamarca, y vivia aun por los años 1560. En la biblioteca de Copenhague existe un manuscrito de Olaus titulado: *Petriolai collectanea paralipomena, chronica adversaria*, y de este manantial ha sacado Langebech para insertar en su coleccion: 1.° *Una crónica de Dinamarca desde Dan hasta el rey Juan.*— 2.° *Una continuacion de los príncipes de esta nacion, desde Klag hasta Waldemaro.*—Y 3.° *Annales rerum Danicarum.* Además se encuentran en dicho manuscrito *excerpta ex itinerario Joannis de Mandeville.* — *Historia de inchoatione ordinis fratrum minorum provintiæ extra Daniam*; etc. Pedro Olao habia continuado la *Historia danesa de Saxo gramaticus*, desde Canuto VI hasta Federico II, y traducido al latin los ocho primeros libros de las *Revelaciones de Sta. Brígida.*—M.

OLAVE (P. Martin). Fué natural de Vitoria en el señorío de Vizcaya, y desde los primeros dias de su infancia dió muestras de la gran capacidad con que el Señor le dotára, y de la suma aplicacion con que él aprovechó esta capacidad misma. Era en él notabilísimo que dotado de una extraordinaria precocidad, no se aceleraba en la emision de su parecer, ni mucho ménos juzgaba con precipitacion, ántes por el contrario, en sus juveniles años, cuando ménos de esperar era el que tuviese el debido aplomo y sosiego, era ya notable en estas dos circunstancias que le hacian muy apreciable á cuantos tenian ocasion de conocerle. No es fuera de propósito, para venir luego á conocimiento de muchos y extraordinarios favores que recibió del cielo por la mediacion del gran siervo de Dios Ignacio de Loyola, el referir que cuando este esclarecido varon se presentó por primera vez en Alcalá de Henares el año 1526, viniendo de Barcelona, el Sr. Olave, entónces estudiante de dialéctica, fué el primero que socorrió al desconocido fundador, teniendo así anticipadamente en estima el instituto grande que habia de ser un dia mo-

tivo de honra y gloria para Dios en las virtudes, y ciencia con que fundador é hijo habian de acreditarse. Concluyó Olave sus estudios en Alcalá con gran reputacion; y pasó á perfeccionarse á París, cuya universidad gozaba entónces de justísima fama. Allí no solo aprendió cuanto se enseñaba, sino que fué obligado á ser maestro, teniendo en mucho los hombres más grandes de su época el alternar y terciar en las conferencias y certámenes que él sostenia, lo cual le hizo estar en aquella importante asamblea mucho más tiempo del que hubiera querido, pues aunque su ánimo no fué ir allí más que como discípulo, tuvo que resignarse con quedar mucho tiempo por maestro para satisfacer los deseos de los que anhelaban con afan oir de su boca la doctrina, que además del encanto de la verdad llevaba consigo el dulcísimo atractivo de una manera de decir extraordinariamente admirable. Su trato con los más aventajados sábios de su siglo era tan familiar é íntimo, que desde luego se dejaba comprender el que reconocian en él con justicia una superioridad absoluta; por lo cual en toda dificultad, en todo lance, por decirlo así, importante, á él se acudia como á hombre de extraordinaria erudicion y profunda sabiduría. No estaba él satisfecho, sin embargo, viviendo en Francia, por lo que en cuanto encontró ocasion de encomendar su cátedra á persona competente, y halló medio de que sus mismos compañeros consintiesen en el cambio, abandonó á Francia y vino á la corte de Cárlos V, donde desde luego fué nombrado capellan del Rey y deputado exclusivamente para decirle la santa Misa. Esto, como es consiguente, le relacionó con las personas más importantes de la corte, y entre otras con el muy distinguido P. Pedro de Soto, confesor de S. M., el cual, como admiró las prendas y circunstancias del Dr. Olave, entabló con él estrechísima amistad, haciéndole confianzas que ciertamente decian mucho en pro del extraordinario aprecio con que desde luego le miraba. Sabido es que en la época á que vamos haciendo referencia pasó á Flandes el Emperador, y que en esta expedicion no le acompañó el P. Soto, por cuyo motivo en Alemania, donde hacia grandes progresos en la enseñanza el señor Olave, se estrecharon más y más las relaciones de estos dos importantes personajes. Ocurrió casi al mismo tiempo la fundacion de la muy acreditada universidad de Dilinga; y las miras del cardenal fundador se fijaron desde luego en Olave y en Soto, pues eran la expresion viva de los más adelantados progresos en la ciencia que podian presentarse en los siglos que se atravesaban. No sirvió que se deseára hacer esta fundacion tan benéfica para la juventud estudiosa, ni que se vencieran muchos y los más graves inconvenientes, todo fracasó ante otros que era imposible prever, por lo cual hubieron de resignarse el fundador á quedarse sin su obra por entónces, y los sábios maestros á renunciar á la honra de hacer conocer lo mucho que

para la enseñanza valian ambos. Creyó Olave que donde Dios le llamaba era á las Indias, donde trabajando por la conversion de aquellos infieles, podia hacer mucho en favor de la gloria de Dios, y se resolvió á ir á ella, para lo cual hizo llevar á Sevilla cuantos libros poseia, pero Dios no queria, sin duda, que le glorificase de esta suerte, pues dispuso que continuando por órden de Julian III el interrumpido concilio de Trento, fuese allí Olave en representacion del mismo cardenal Othon, que deseaba ponerle al frente de la universidad de Dilinga, y en el concilio se distinguió muchísimo por su erudicion y buen talento, por su sabiduría no fastuosa sino fundamental y concienzuda; razon por la cual se le confiaron muchas é importantes comisiones, se le dieron encargos de gran trascendencia, y en todos salió muy airoso, acreditando á su vez á su patria, como que en verdad ha sido cuna de una porcion de eminentes varones que han brillado en todo estado y en todas las carreras. Comenzó á agitarle de nuevo la idea de ir á Indias luego que se concluyeron las tareas del concilio, y con tal objeto escribió al Padre Polanco, amigo íntimo suyo, y sugeto muy acreditado en la Compañía de Jesús, el cual estaba en Roma, y á éste decia le diese instrucciones acerca de la manera de gobernarse con los infieles que observaba la Compañía, pues que él queria seguir en todo su marcha, y aun dirigirse por sus consejos para ayudar tambien por su parte á tan importante obra. El Padre, que tal vez conoceria por ilustracion superior que Dios le llamaba á tan excelente varon como era Olave, para que fuera, como lo fué, ornamento de esta misma Compañía, le dijo en contestacion á su carta, que era muy difícil satisfacer por escrito, que lo mejor era que ántes de su regreso á España pasase por Roma, donde él se hallaba, y allí podrian hablar largamente de tan importante asunto; esperando desde luego el Padre en que no sería inútil la entrevista, es decir que daria por resultado el que viniese á ser sacerdote de la Compañía el muy distinguido Sr. Dr. Martin de Olave. Parecióle á nuestro venerable varon que aquella respuesta era como una viva expresion del deseo de su amigo, y resolvió desde entónces no consultarle más ni pedirle parecer, pues tenia mucha aversion á la santa Compañía de Jesús; formó pues resolucion de ingresar en cualquiera otro instituto, y para obtener de Dios el acierto en la eleccion, gastó una cuaresma entera en oracion y penitencias, pidiendo siempre á Dios estas dos cosas: primero, que le dijera cuál era su voluntad; segundo, que su voluntad no fuese la Compañía de Jesús. Sin embargo, Dios le queria en ella, y así se lo manifestó en una ocasion en que derramando lágrimas le pedia le ilustrase; y el Señor le dijo no hiciese vanos esfuerzos contra la gracia, sino que diera su nombre á la Compañía, pues allí queria Dios santificarle y que fuese de ejemplo y de instruccion á los demás. Esto pasaba en la época

que medió desde la conclusion de su cometido en el concilio, hasta la en que se resolvió su vuelta á Roma, y en aquel intervalo, despues de haber prometido eficazmente á Dios seguir sus inspiraciones y entrar en aquella santa familia, comunicó su idea con los PP. Lainez y Alonso Salmeron, los cuales admirados enteramente de que un hombre que poco ántes habia despreciado las invitaciones que se le hicieran para entrar jesuita, y luego habia manifestado abiertamente su decision de entrar en cualquier parte, que no fuera en la Compañía, quisiera ahora con tanto empeño abrazar el instituto: hicieron en él grandes pruebas para cerciorarse de su vocacion, pero tuvieron el consuelo de hallarla muy firme y decidida, por lo cual el mismo santo Patriarca le dió la sotana el año de 1552.—Decir los grandes progresos que hacia en la virtud desde los mismos primeros dias de su noviciado, seria á la verdad empresa superior aun á los mejores deseos, pues no pudo nunca saberse de él sino que era uno de los más observantes, acaso el más puntual; pero tan reservado y tan ensimismado, digámoslo así, que para no dar lugar á presuncion ni vanagloria, ni siquiera dejaba ver los rasgos característicos de su extraordinaria virtud. Creció esta por el trato familiarísimo que con el P. Olave estableció S. Ignacio, pues parecia dominarle el deseo de hacerse enteramente conforme á él en virtudes, ya que Dios habia querido le fuese muy superior en ciencia, si bien es verdad que Loyola tuvo tambien en abundante porcion la ciencia de los santos, que es la que da verdaderos resultados para la práctica. Fuera que él tomase con extraordinaria atencion las lecciones del ilustre S. Ignacio, ó fuera que Dios quisiera comunicarle una íntima y muy estrecha participacion del instituto de la Compañía para que fuera en cierto modo el apoyo y sosten de ella; es lo cierto que el P. Martin de Olave pudo muy pronto hacer sus solemnes votos, porque muy pronto estuvo instruido en todos los pormenores de la Compañía y tan al alcance de ellos como su mismo santo fundador. Como en Olave concurria la especial circunstancia de un tan claro talento como acreditada ciencia, pareció á los padres conveniente ponerle al frente del célebre Colegio Romano, y que su idea fué feliz lo acreditó el tiempo, que es verdaderamente quien desengaña acerca de todas las cosas de este miserable mundo. Puesto él al frente de este gran centro de educacion, pudo dar rienda suelta, de una parte, á su capacidad inmensa; de otra, á sus vivos deseos de formar un seminario de santos allí donde se reunia una asamblea de sabios; y una y otra cosa consiguió, pues en su época vino á ser el Colegio Romano el emporio del saber, y además el lugar donde sus virtudes eran á un mismo tiempo muy sólidas y muy eficaces los buenos ejemplos que allí se daban. Estos grandes progresos que en ciencia y en virtud se hacian por su medio en el colegio de su cargo, fueron sin duda el fundamento de que habien-

do pedido el santo padre Marcelo II que se le designasen dos teólogos de la Compañía, que estuviesen continuamente á su lado, ya para aconsejarle cuando lo hubiese menester, ya para resolver en su nombre cuando él se lo mandase, la Compañía designó á Lainez y á Olave, los cuales estuvieron en el Vaticano el breve tiempo que duró la vida del Soberano Pontífice, volviendo otra vez Olave á su destino de rector del Colegio Romano, luego que á Dios plugo disponer de la vida del que les comisionára para estar continuamente á su lado. Aun cuando el sucesor de Marcelo II no llamó á su lado á éste ni á ningun padre de la Compañía, no por esto desmereció, ántes aumentó su crédito como sabio, y á este mismo crédito que tenia, se debió el que habiéndose presentado á la Santa Sede un informe de la universidad de París, en que con aseveraciones gratuitas, pero muy injustas, se queria echar por tierra el gran instituto de Ignacio de Loyola, á Olave se confiára el responder, respuesta que habia de ser como suscrita por la Santa Sede, decisiva, terminante, y al propio tiempo tan exacta como lo debia ser en asunto de tamaña importancia. El éxito fué completamente favorable para la Compañía, y se supo el Padre poner tan bien en el verdadero terreno de la contestacion, que no se ofendió ni aun la Universidad, y pudo ver que se habia equivocado en su juicio, sin siquiera tener esa especie de vergüenza que es consiguiente á una equivocacion de su índole, pues era la contestacion prudente, moderada, atenta y llena de erudicion y de doctrina.—Hemos indicado anteriormente que Olave gozaba gran familiaridad con Ignacio de Loyola, y por consiguiente fué uno de los que acompañaron al Santo en su última enfermedad, de los que bebieron en su propio manantial los designios de él hácia su nuevo instituto, uno de los que hubiesen servido de mucho para la Compañía si á Dios hubiese placido conservarle por algun tiempo. Pero no fué así, los últimos dias de Ignacio de Loyola conmovieron grandemente el espíritu de su amigo Olave; la circunstancia de haber de oficiar como preste en las exequias de su grande amigo y venerado padre; el tener que intervenir en su sepultura y cumplir esos deberes tan sagrados, tan meritorios es verdad, pero tan tristes, le hizo caer enfermo inmediatamente y que su muerte se verificára pocos, muy pocos dias despues de la del Santo Patriarca. En efecto, diez y seis dias no más mediaron desde que Ignacio pasó á la patria de los justos, hasta que le acompañó á ella Martin Olave; pero ¡qué diez y seis dias! En ellos el gran rector del Colegio Romano acreditó que si bien merecidos tenia los honores y títulos y consideracion con que le miraban, era más acreedor aún á los excelentes premios de la virtud, pues ni exhaló una queja, ni lanzó un suspiro que dijera siquiera remotamente que no estaba conforme con su suerte, ni tuvo en sus labios otra cosa que frases con las cuales demostraba su conformidad con la vo-

luntad divina, y su deseo de que su querida Compañía le perdonase la aversion que tan sin fundamento la habia tenido y de la cual tan vivamente se lamentaba. Así es que todos sus hermanos elevaban á Dios fervientes plegarias para que les dejára disfrutar más tiempo de la presencia de este hombre tan segun los designios de Dios; pero el Señor no quiso que estuviese por más tiempo expuesto á los embates del comun adversario quien con tan heróico valor le habia tantas veces vencido, y el P. Martin Olave falleció el dia 16 de Agosto de 1556, despues de una penosa enfermedad, manifestando en la tranquilidad de su muerte el sosiego de su espíritu, y dejando á todos los que le conocian sumidos en el mayor desconsuelo, si bien muy alentados, porque sus heróicas virtudes hacian presumir que la recompensa de ellas la encontraria en la patria de los bienaventurados. Este fué indudablemente el sugeto á quien se refirió S. Ignacio de Loyola, cuando en contestacion á la tierna y diligente solicitud con que el Papa se enteraba de su estado, en los últimos dias de su vida, le pidió la bendicion apostólica para él y otro compañero; y esto sin duda el motivo de la gran tranquilidad de espíritu con que el sabio y venerable P. Olave entregó á Dios su alma, para que en gloria y amor de Dios gozase vida interminable é imperecedera. Muchas obras dió este esclarecido varon á sus discípulos, que tal vez coleccionadas hubiesen hecho una excelente biblioteca; pero como muestra, digámoslo así, de lo que hizo como escritor, dejó: *Assertiones de conditione, lapsu et reparatione hominis;* que era como una especie de compendio ó norma más bien de las lecciones que él dió en el Colegio Romano, una *Disertacion*, que consta publicada con los trabajos más delicados y célebres que se hicieron en el concilio de Trento, y que el Padre hizo ántes de ingresar en la Compañía, y la muy célebre Memoria que tituló: *Modesta responsio ad decretum Parisiense a sobornicis doctoribus contra societatem Jesu in ipsis suis initiis latum.* En todas ellas se vé lo mucho que valia el esclarecido Martin de Olave de la Compañía de Jesús.—G. R.

OLAVO (S.), mártir, rey de Noruega y libertador de su patria, subyugada por los suecos. En 1013 pasó á Inglaterra á auxiliar á su rey Etelredo en la guerra que sostenia contra los dinamarqueses, y despues llevó sus armas al mismo país de los suecos. Firmada la paz por el rey Olavo Escot, mediante el enlace de la hija de éste con Olavo, este ilustre rey se dedicó á promover la felicidad de sus súbditos con la promulgacion de leyes muy importantes y la difusion de las doctrinas del Evangelio, para cuyo efecto llamó de Inglaterra varios monjes y eclesiásticos célebres por su piedad y sabiduría. Consagrado obispo el más digno de estos sacerdotes, le retuvo á su lado y se guió por sus consejos. Pronto desaparecieron las prácticas supersticiosas, los saerilegios y aquellos abusos inveterados que solo pueden tener

cabida en corazones dominados por la idolatría, contribuyendo al planteamiento de estas reformas la paz de que gozaban los pueblos de todos sus dominios de Noruega é Islandia. Aquellos varones apostólicos se derramaron por todas las comarcas del país anunciando las verdades evangélicas, ilustrando á las gentes y morigerando con el ejemplo y sus exhortaciones las costumbres públicas. Y el Rey, que en obra tan santa no le era dado permanecer inactivo, recorria los pueblos, y él mismo les exhortaba á que abrazasen la religion cristiana. Y para que la venda de la preocupacion cayese de sus ojos y quedase evidente la impotencia de sus ídolos, mandaba derribar los templos en presencia de los idólatras, y destrozar aquellas imágenes que con su ineficacia probaban que no representaban más que polvo y mentira. El celo de este buen monarca fué mal comprendido de sus súbditos, quienes olvidando los beneficios de la paz que le debian, los frutos de las sábias y útiles leyes que habia dado, se rebelaron contra él, y auxiliados por Canuto, rey de Inglaterra, le arrojaron de sus estados. Olavo pudo aun refugiarse en Rusia, de donde volvió algun tiempo despues para organizar un ejército; pero fué luego vencido, y murió asesinado en 29 de Julio de 1030, despues de haber ocupado el trono diez y seis años. Si la Noruega perdió un rey piadoso y sabio, la Iglesia al año siguiente ganó un santo, pues tan poco tiempo tardó en ser elevado Olavo en los altares del cristianismo.—M.

OLAZABAL Y OLAIZOLA (Dr. D. Francisco). Fué este distinguidísimo eclesiástico natural de Sevilla, donde hizo toda su carrera, señalándose desde luego por la precocidad de su ingenio y por una compostura, aplicacion y decoro, que eran á la verdad superiores á lo que era de esperar en su edad y condiciones, pues que este aplomo y dignidad violentaban su carácter muy vivo y extraordinariamente avisado. Hizo sus estudios con el aprovechamiento de que llevamos hecha mencion; y el resultado fué, como no podia ménos, que cuando llegaban las épocas en que se confieren los grados académicos, el Sr. Olazabal los obtuviera, sin que para dárselos hubiese la más mínima discrepancia. Luego que hubo concluido su carrera, el ilustre chantre de Sevilla se alegró muy mucho de poder contarlo en su seno, y no solo le admitió con la mayor benevolencia, sino que le confió desde luego importantísimas comisiones, que desempeñó tan á su satisfaccion, que por este medio se hacian más íntimas las relaciones y más fuertes los vínculos que con sus compañeros le ligáran. Bien es verdad que él era todo para todos, pues si le exigian algun favor, lo hacia con presteza y con agrado; si veia alguna necesidad á que él pudiera subvenir tambien lo hacia, y en todo y por todo se portaba como un hombre que comprendia perfectamente lo que merecen los que en Cristo son una misma cosa con nosotros, porque son redimidos como nosotros por su preciosísima sangre. Con tan buenos auspicios

se dedicó al estado sacerdotal, llegando á tan alta dignidad, despues de haber dado pruebas irrecusables, no solo de su capacidad como hombre de talento y de ciencia, sino tambien de su idoneidad como hombre de virtud, y de virtud no como se quiera vulgar, sino excelente, como lo acreditaron muchos rasgos que de ella se vieron, y cuya enumeracion sería muy prolija y de ninguna importancia. Fué muy distinguido como orador sagrado, siendo por lo tanto muy apreciado y buscado con grande afan por toda la comarca, y llegando su fama justísima hasta el extremo de que casi por fuerza le hicieran imprimir sus sermones, para que de ellos se aprovecháran los muchísimos, que con el auxilio de la gran obra del Sr. Olazabal consiguieron nombre en el púlpito, pues que podian decir bien alguno de sus admirables trabajos, y por consiguiente sacar el apetecido fruto de ellos. Todos son notables en su género; pero más aún los que predicó, uno con ocasion de la muerte de Doña Mariana de Austria, reina viuda de Portugal, y el otro con motivo del regreso de los capitulares á la asistencia de su iglesia catedral, en el año 1755, en que con motivo del terremoto estuvieron, como es sabido, privados por mucho tiempo de celebrar los divinos oficios, miéntras se hicieron las reparaciones convenientes. En ambos discursos se ve en el orador, no solo una erudicion poco comun y un fondo de doctrina admirable sino un gran sentimiento, es decir, una íntima persuasion de aquello mismo que predicaba, lo cual rodeado de las bellísimas formas con que él sabia revestirlo, daba por término una composicion acabada, y acabada en toda regla, reuniendo además la circunstancia de ser un verdadero excitativo á la virtud, y difundir los sentimientos de la más sólida piedad, agregándolos á las más bellas formas de la oratoria; verificándose en estos discursos del Sr. Olazabal, que verdaderamente admiraban, complacian y movian á cuantos tenian ocasion de oirle. Fué nombrado canónigo de la santa iglesia de Sevilla, y desempeñó su cargo con grande acierto y muy á satisfaccion, no solo del cabildo sino del obispo, y la prueba de que esto fué así, es que no satisfecho con que fuera tal canónigo, en la primera dignidad vacante, que fué la de chantre, lo colocó con aplauso universal, pues que nadie podia desconocer las excelentes y muy relevantes prendas, circunstancias y cualidades de este hombre verdaderamente insigne. Despues de haber desempeñado su chantría por algun tiempo, aunque á punto fijo no se sabe cuánto fué, lo promovieron al deanato, y ya como consejero del obispo, ya como presidente del cabildo en sus ausencias y enfermedades, se señaló muchísimo, especialmente por su grande prudencia y por su carácter altamente conciliador, pues verdaderamente le producia un disgusto la más ligera desavenencia, por lo que trataba de cortar cuantas llegaba á apercibir, procurando que todos se tratasen como hermanos y en todos hubiera

un mismo fin, que fuese la santificacion de si mismos y de todos los que estuviesen encomendados respectivamente á su cuidado. En la vacante que produjo la muerte del obispo, ocasionada por la impresion vivísima que habia hecho en su ánimo el terremoto, fué nombrado gobernador de la mitra el Sr. Dean D. Francisco de Olazabal, y se hizo notable, ya porque en todo el tiempo de su gobierno no produjo disgusto ni vejacion á ninguno de sus súbditos, ya tambien por el esmero con que procuró gobernar, haciendo en todo lo que veia algun bien, evitando lo de que podia resultar algun mal, y atrayendo siempre á sus súbditos á la confianza y confesion de Dios, para lo cual dirigió á sus fieles una muy sentida comunicacion en forma de edicto, donde llamándoles la atencion sobre los terribles resultados que podria producir la ira de Dios descargando sobre sus cabezas, y que no habia otro medio de apartar los inminentes males que agobiaban á la diócesis, sino la oracion y recurso á Dios, haria que todos recurriesen á su Majestad, esperanzados en que así y solo así podrian conseguir dicha y ventura, piedad y misericordia, segun les era necesario. Agradeció mucho el obispo que vino despues de su gobierno el que éste hubiese sido tan acertado, y el Dean habria obtenido acaso la mitra, si no hubiese hecho la mayor insistencia para permanecer en su puesto, bajo la idea de que en ningun otro superior podia brillar como era debido; y no se crea que esto era en él presuncion, léjos de eso, era el sentimiento de su vivo deseo de corresponder á los designios de Dios, allí donde el Señor le llamára. Acometióle una terrible enfermedad, que fué la que puso fin á sus dias, y en ella demostró la grandeza de su espíritu por su admirable resignacion, y dió testimonio de su piedad por los afectos en que se le veia deshacerse cuando se le hablaba de Dios y de los medios de poseerle. Rodeado de sus hermanos, cuyo sentimiento en su pérdida era muy grande, mirando al cielo como á la patria donde se encaminaban todos sus pasos, y recibidos los consuelos espirituales que ayudan tanto en aquellos momentos tan críticos como terribles, dió á Dios su espíritu el Sr. Olazabal el año 1769, y su muerte, con razon sentidísima, fué llorada por cuantos le conocieron, pues es verdad que él era á todos simpático. Su cadáver se enterró en la iglesia catedral con toda la ostentacion que convenia á su empleo y prendas.—G. R.

OLBERT, abad de Gemblou. Pertenecia á una familia honrada y cristiana, de la diócesis de Lieja ó de Cambrai, en un lugar llamado entónces *Leclerva*. Siendo todavía niño fué colocado en la abadía de Laubes, para ser educado en el conocimiento de las letras y de la religion. Abrazó la vida monástica, á la que parece que le habian destinado sus padres. Los primeros progresos que hizo en la virtud y en el estudio de las ciencias anunciaron desde entónces su glorioso porvenir. Apenas hubo tomado algun conocimiento de las

artes liberales, bajo la direccion del sabio abad Heriger, concibió un ardor insaciable por el estudio. Por esta razon, cuando oia hablar de algun hábil maestro que sobresaliera en las letras, se apresuraba á buscarle para escuchar sus lecciones. Recorrió así muchas escuelas célebres, y cuantos más conocimientos adquiria, más deseaba adquirir. Estuvo en un principio en San German de los Prados, en París, donde estudió durante algun tiempo, sin dejar de tomar los ejemplos de virtud que tenia á la vista. De París pasó á Troyes, donde empleó tres años en perfeccionar sus conocimientos, y de Troyes fué á Chartres á oir las lecciones del Dr. Fulbert. Tales fueron los medios por los que adquirió un gran fondo de literatura eclesiástica y seglar, lo que elogiaba en él el mismo Sigeberto. Habiéndose enriquecido así con tan grandes tesoros de doctrina, continuó ocupándose con su ordinaria asiduidad de los ejercicios del claustro. Apenas comenzaba á gozar de algun reposo, cuando Baldric, obispo de Lieja, le envió á Bouchard, recien ordenado obispo, que le habia pedido algun hombre hábil que pudiera ayudarle á perfeccionar sus estudios. Bouchard halló en la persona de Olbert todo lo que deseaba; y aunque revestido de la dignidad episcopal, no tuvo dificultad en hacerse discípulo suyo. Se notaron bien pronto sus progresos en las ciencias eclesiásticas bajo la direccion de tan hábil maestro, por la *Coleccion de cánones*, que dió á luz en 1007 ó el año siguiente. El prelado deseaba tener á Olbert en Wormes, para recompensarle los servicios que le habia prestado; pero Olbert prefirió el partido de regresar á Laubes. Al cabo de algun tiempo el obispo Baldric le hizo elegir abad de Gemblou, ó Giblou, cuyo gobierno tomó en el mes de Setiembre de 1012, despues de haber recibido la bendicion abacial. Desde aquel momento se consagró Olbert principalmente á llenar á la letra todos los deberes de un buen pastor. Encontró en qué ejercer su celo, hallándose el monasterio extremadamente decaido, tanto en lo espiritual como en lo temporal. Pero el vigilante abad trabajó con tanto celo y sagacidad en remediar lo uno y lo otro, que tuvo el consuelo de conseguirlo en poco tiempo. Reedificó la iglesia y el convento, y consiguió establecer entre sus hermanos una exacta disciplina, y para conservarla sólidamente les dedicó al estudio de los libros sagrados, de los escritos de los santos padres y de otros expositores sagrados, de que tuvo cuidado de proveer la biblioteca de su monasterio, reuniendo hasta más de cien volúmenes, lo que pasaba entónces por una cantidad considerable. Quiso tambien que tomasen alguna tintura de las bellas letras, como útiles para adquirir la ciencia eclesiástica, y les proporcionó cincuenta volúmenes sobre esta materia. Ejemplo instructivo para todas épocas, que es una nueva muestra de la conexion entre el rigor de la disciplina y los buenos estudios. Estos ejercicios se hallaban sostenidos en Gemblou por un trabajo arreglado, que consistia prin-

cipalmente en copiar libros. El servicio que hizo con este acto Olbert á sus hermanos lo extendió á un gran número de personas extrañas, para las cuales tenia abierta una escuela en un monasterio, donde enseñaba él mismo. De esta escuela salieron muchos discípulos de mérito, algunos de los cuales hicieron honor á la Iglesia con su buena conducta, y llegaron á serla útiles por su doctrina, miéntras otros brillaron en la corte por la suficiencia con que desempeñaron sus cargos. Distinguiéronse entre sus discípulos Misac, ó Mascelin, Folcuin, hermanos ambos de Olbert; Guiric, ó Gueriu, pariente suyo próximo, y Lietard. Folcuin, despues de haber dirigido por algunos años las escuelas de Stavelo, llegó á ser abad de S. Vicente de Metz. Los otros tres lo fueron sucesivamente de Gemblou, donde Guiric en particular tomó tan buenas medidas para perpetuar los buenos estudios, que durante todo el resto de aquel siglo, y aun á principios del siguiente, no faltaron allí monjes muy sabios. Tanta sagacidad manifestó Olbert en restablecer los negocios de Gemblou, como amor al buen órden para hacer florecer las letras y dar vida al primitivo espíritu de S. Benito, como buen gusto y magnificencia demostró en el decorado y ornato de su iglesia. La reputacion que se adquirió con este motivo fué causa de que se le llamase á S. Jacobo, en la isla á la puerta de Lieja, para prestar los mismos servicios, de que habia allí una extrema necesidad. Olbert fué nombrado abad de este monasterio en 1021, sin dejar de gobernar á Gemblou, y en el espacio de tres años renovó todo aquel monasterio. Lo temporal, la disciplina monástica, los buenos estudios, todo lo restableció. Tantos trabajos de parte de Olbert en favor del órden monástico le hicieron contar entre los más ilustres abades de aquel siglo de restauradores, entre los que se cuentan á S. Odilon de Cluni, al B. Guillermo de Dijon y otros. A pesar de los muchos gastos que se veia obligado á hacer Olbert en la reedificacion y embellecimiento de los edificios de sus monasterios, tuvo siempre la religiosa atencion de reservar algo para aliviar la miseria de los pobres. La grande hambre que desoló toda la Francia en 1043, fué un motivo de multiplicar sus limosnas hasta lo infinito. Parece que como otro José habia previsto esta época calamitosa, y que habia reunido expresamente granos para remediar las necesidades. Léjos de aprovecharse de las desgracias del tiempo para venderlos caros, los dió con una profusion de que hay pocos ejemplos. Todos los estados del país, los monasterios, las casas de la nobleza y el pueblo, todos en fin hallaron recursos abundantes en su ternura y paternal liberalidad. Fué esta una buena obra, con la que se preparó un tesoro en el cielo, que no tardó en gozar. Murió el 14 de Julio de 1048, cuando tenia cerca de treinta y siete años. Fué enterrado en el monasterio de S. Jacobo de Lieja, donde habia fallecido y donde se le erigió un sepulcro con el siguiente epitafio, cuyo autor nos es desconocido;

pero que supo hacer en pocas palabras el más cumplido elogio de Olbert.

HIC JACET ABBATUM SPECULUM, DECUS ET MONACHORUM,
ABBAS OLBERTUS, FLOS PARADISE TUUS.
PRÆFUIT ECCLESIIS NORMALI TRAMITE BINIS.
LEGIA CORPUS HABES, GEMBLA CARENDO DOLES.

Sigeberto de Gemblou, que habia estudiado bajo la direccion del venerable Abad, nos ha dejado una noticia de sus escritos, segun el conocimiento que tenia de ellos. 1.° Nos refiere en tres de sus obras, su crónica, su catálogo de escritores y la historia de los abades de Gemblou, que Olbert tuvo la principal parte en el famoso decreto, ó coleccion de cánones, que lleva el nombre de Bouchard, obispo de Wormes, y de que hay muchas ediciones. Las expresiones de Sigeberto no tienen nada de equívocas. No se puede decir nada más enérgico para sostener lo que refiere. Despues de haber dado una idea exacta de este decreto, diciendo que es una compilacion de sentencias escogidas de autores eclesiásticos, que cita con el término de *Scripturarum*, añade que Bouchard habia compartido este trabajo con el sapientísimo abad Olbert, su maestro: *collaborante sibi in hoc magistro suo Olberto abbate, viro undequaque doctissimo.* En otro lugar se explica con más energía aun, y dice que Olbert fué quien hizo las investigaciones nenesarias para esta obra, y que las redactó por escrito; *ejus studio, ore et manu;* ó como habla en otro lugar: *dum Olberto dictante et magistrante magnum illud canonum volumen centonisavit.* Esta coleccion, que se halla dividida en veinte libros, es tan conocida, que no exige que nos detengamos á tratar de ella. Haremos, sin embargo, algunas observaciones. Como empieza tratando de la autoridad del papa, se ha tomado de aquí ocasion para darla en un manuscrito del siglo XI, que existió en la abadía de San Benedetto en Italia, el título siguiente: *De potestate et primatu sedis apostolicæ.* Pero su título es *Magnum decretorum volumen;* siendo en efecto la coleccion más notable en este género que se habia publicado hasta entónces. Bouchard y su compañero de trabajo tomaron mucho de Reginon, de quien copiaron hasta las faltas, que cambiaron con frecuencia los términos, y que estos cambios les hicieron cometer algunas veces faltas notables. A pesar de sus defectos, la coleccion de Bouchard ha sido muy útil á Graciano para su famosa compilacion de la misma naturaleza.—2.° Sigeberto añade que Olbert hizo su nombre inmortal escribiendo las Vidas de los Stos. Padres: *Vitas SS. Patrum describendo.* Acerca de lo cual observa M. Dupin que este bibliógrafo no dice que Olbert compusiese estas vidas, sino solo que las habia copiado de su mano. Observacion fuera de su lugar y con-

traria al verdadero sentido de Sigeberto, que concederia la inmortalidad á un hombre de letras por solo copiar las obras de otro. No se puede, en efecto, poner en duda que este escritor ha querido decir que Olbert era, no el simple copista, sino el mismo autor de estas vidas de que aquí se trata. La prueba se obtiene por otra obra de Sigeberto, en que hablando de este mismo trabajo literario de nuestro sabio Abad, dice positivamente que habia compuesto en diferentes lugares algunas vidas de Santos, y que lo habia hecho en un estilo claro y elegante: *Vitas aliquas Sanctorum aliquibus in locis liquide et polite composuit.* De todas estas vidas no nos ha dado á conocer Sigeberto más que la de S. Veron, confesor, que escribió Olbert á ruego de Reginer, conde de Hainaut. Esta vida, que es otro prueba de que Mr. Dupin no ha comprendido el sentido de Sigeberto, fué impresa en un principio en Mons por Juan Havart en 1696, bajo la direccion del P. Jorge Galopin, monje de S. Guiulain, que la ilustró con notas. Los continuadores de Bolando la han dado despues con nuevas observaciones en el dia 30 de Marzo en su gran coleccion, donde la intitulan: *Historia de la invencion de los milagros y de la traslacion de S. Veron*; por Olbert, abad de Gemblou, título que no haciendo mencion alguna de la historia personal del Santo, conviene perfectamente con el escrito, donde no se habla de las acciones de su vida más que para anunciar que se ignoraban por completo. Nótase aquí la laudable retentiva del juicioso autor, que ha preferido pasar en silencio lo que ignoraba, á suplirlo, como otros tantos autores, con hechos controvertidos ó tradiciones inciertas con frecuencia. De modo que Olbert no hace entrar en su narracion más que lo sucedido en su época, es decir, la invencion del cuerpo de S. Veron, que se verificó en 1004, los milagros que la acompañaron y la siguieron con su traslacion de Lemblec á Mons, llamado entónces el Mont de Chateaulieu, suceso que se coloca en 1012. Todos los hechos se hallan referidos con mucho órden y revestidos con todas sus principales circunstancias. A la cabeza se lee una corta epístola dedicatoria al conde Reginer, despues de lo cual viene una descripcion compendiada de los daños causados en otro tiempo en las Galias por los humnos, los vándalos y los normandos, que manifiestan que el autor habia estudiado con fruto la historia civil. Este lugar se halla escrito con una piedad encantadora. Se hallarian en gran parte en toda la obra las bellezas que encontraba en ella Sigeberto, sin las consonancias afectadas que se notan continuamente.—3.° Este bibliógrafo atestigua, por último, que Olbert habia empleado los grandes conocimientos que tenia de la música en componer cánticos, es decir, himnos, responsos y antífonas en honor de los Santos. Lo hizo en particular para los oficios de S. Veron y de Sta. Vaudra, honrados principalmente en Mons. 4.° Amberto le Mire y otros bibliógrafos modernos atribuyen tambien á

Olbert una historia del Antiguo y Nuevo Testamento, que no han conocido Sigeberto ni Tritemio. Pero hay motivo para creer que esta pretendida obra no tiene otro fundamento que lo que se lee en la historia del venerable Abad, en que se habla del cuidado con que procuró enriquecer con buenos libros la biblioteca de Gemblou; diciéndose con este motivo que hizo copiar ó que copió por sí mismo en un solo volúmen, toda la Historia del Antiguo y Nuevo Testamento: *Plenariam Vetus et Novum Testamentum continentem in uno volumine transcripsit historiam.* No ha faltado quien suponga que las Vidas de los Stos. Padres compuestas por Olbert podrian muy bien ser las que existieron en un manuscrito de Cantorbery con este título: *Worici abbatis historiale, seu legenda de vitis Patrum.* Pero esta conjetura no se halla apoyada más que en la suposicion de que los copistas escribirian *Worici* por *Olberti*, lo cual es muy aventurado. Los doctos continuadores de Bolando han sospechado, como hemos dicho en otro lugar, que OEtbert, que se da por autor de las actas de S. Federico, obispo de Utrech, podria ser el célebre Olbert. Pero como no se han detenido á probar esta idea, y hemos demostrado en otra parte que Olbert se hallaba entónces muy ocupado para ir á Utrecht y detenerse allí por algun tiempo, lo que hizo el autor de estas actas; esta idea no pasa de ser una mera suposicion. —S. B.

OLDCORNO (P. Eduardo). Fué este esclarecido varon ingles, y uno de los ornamentos más preciosos de que la Compañía de Jesús ha podido gloriarse en el siglo XVI de la Iglesia. No se han podido reunir datos acerca de la época en que este ilustre hijo del gran Loyola ingresó en esta sagrada familia; pero se sabe que fué desde muy niño inclinado á la virtud, celoso por el servicio de Dios, y por tal motivo y concepto lo aplicaron desde luego al estudio de las Santas Escrituras y de las ciencias teológicas, en el cual adelantó en gran manera, siendo verdaderamente notable la erudicion que demostraba en sus sermones, así como la uncion con que acompañaba no ya sus frecuentes y muy fructuosas misiones, pues en estas sabido es que hacen los padres cuantos esfuerzos estan á su alcance para que produzcan fruto, sino aun en las ligeras amonestaciones que como de paso y por via de entretenimiento dirigia siempre que para ello se le presentaba ocasion favorable, no como quiera á sus amigos y familiares, sino á todos aquellos que á él se acercaban con cualquier motivo. En el colegio de la Compañía de Jesús, donde se inscribió con el único deseo de procurar la mayor gloria de Dios, quiso el Señor que éste se manifestára en los admirables ejemplos de virtud con que su querido ministro ilustró á aquellas gentes y en la perfeccion suma con que observó todas y cada una de las prescripciones de sus santas constituciones. Merece mencionarse la manera con que pasaba la vida este gran siervo de Dios; el brevísimo sueño con que

recuperaba sus cansadas fuerzas era interrumpido por rigorosas disciplinas que aplicaba á la expiacion de los pecados que veia en el pueblo; despues se dedicaba á la oracion mental, en la cual aprendió el gran secreto de amar á Dios, y de referir á su servicio y gloria todas las acciones que ejecutaba. Luego en el confesonario oia á cuantos se le acercaban con una benignidad y una dulzura que arrebataban, con una firmeza para la correccion de los vicios y una caridad en favor de los pecadores, que eran enteramente pasmosas. Celebraba despues el santo sacrificio de la Misa con un inmenso júbilo, con una devocion imperturbable, con un ejemplo y edificacion tal, que atraia á venerar los misterios que en tan inefable sacrificio se recuerdan á cuantos por dicha suya le veian celebrar siquiera una vez; y luego que dadas gracias era, digámoslo así, libre el P. Oldcorno, se ponia bajo las órdenes de sus superiores, y en particular á disposicion del P. Garneto que era entónces el superior de Inglaterra, y puede decirse que desde entónces no habia que contar para nada con nuestro distinguido sacerdote, hasta haber desempeñado mil importantes ministerios, en los cuales procuraba gloria á Dios; y procuraba esta gloria divina por su firmeza en atraer al gremio católico á todos cuantos vacilaban por las diferentes apreciaciones á que les inducia la pretendida reforma, que era por entónces en Inglaterra el gran suceso que agitaba á todos los que por miras particulares buscaban en esta misma universal agitacion el logro de sus deseos egoistas. Aprovecharon los enemigos de la Compañía de Jesús, que lo eran todos los enemigos de la Iglesia, una ocasion que encontraron favorable para causar á su juicio grave daño, y en verdad el supremo beneficio posible á los PP. Garneto y Oldcorno, que era contra los que tenian más aversion, sin otro motivo que el ser los que frente á frente se oponian al error, y por consiguiente destruian sus maquiavélicos planes. El suceso fué el siguiente: unos poderosos de aquel reino, á quienes la religion católica no permitia el continuar en los abusos y perjuicios con que se habian enriquecido, se llenaron de encono contra el Rey y los grandes, porque vieron el apoyo y decidida proteccion con que fomentaban en el reino la única institucion donde es posible alcanzar dicha en el mundo. Para que cesára de una vez esa proteccion decidida á la Iglesia de parte de los magnates y del César, quisieron quemar en una ocasion en que todos estuvieron reunidos para una solemnidad religiosa el templo mismo donde esta se verificase, mas Dios, que vela por la suerte de su esposa, quiso que fracasára este designio, si bien en el mismo hecho de fracasar el intento de los malos, iba á envolverse la ruina de algunos buenos; pero la ruina aparente material, que daba por último término la vida eterna con muy preciosa aureola de un galardon extraordinario, como recompensa de extraordinarios servicios. El plan de incendio fracasó, y los

amotinados que lo procuraron hallaron medio de echar la culpa á los padres de la Compañía, y como de estos los más distinguidos eran Garneto y Oldcorno, contra ellos fueron asestados los tiros todos de la impiedad, que logró ver en un suplicio á los que eran inocentes. En efecto, se reunió un inicuo tribunal, que no quiso oir á los confesores de la fe de Cristo, sino que los sentenció, despues de haberlos tenido encarcelados como á criminales, á que fuesen ahorcados y descuartizados como se verificó el dia 7 de Abril de 1606, cuyo dia fué de terror para los verdaderos cristianos, que veian con horror tratados como criminales á los que eran la inocencia misma, y privados los católicos de Inglaterra del auxilio grande de la ciencia y ejemplos de estos dos hombres verdaderamente eminentes, tanto en saber como en virtudes, y sobre todo en prudencia y celo. Así concluyeron los dias llenos de merecimientos del P. Eduardo Oldcorno, el cual mereció de su Dios un testimonio de predileccion en la portentosa duracion del fuego en que quisieron se consumieran sus entrañas y las demás partes que no eran colocadas á la pública vergüenza; en sentir de los tiranos, pero á pública veneracion, segun el verdadero sentido y apreciacion del hecho. Por supuesto que los católicos recogieron inmediatamente aquellos venerandos despojos, y la Compañía hizo las más vivas instancias para que se esclareciesen bien los hechos, á fin de tener todas las cosas preparadas para el dia en que á Dios plazca que sea completo el triunfo de sus siervos; pues si morir por la fe en medio de los tormentos ha sido y es la gloria de los mártires, no se puede negar esta gloria á los PP. Garneto y Oldcorno, pues que ellos sufrieron la indebida persecucion por la confesion de la verdadera, y el ser tan celosos por la gloria de Dios, y no el crímen que se les imputaba, del cual todos conocian cuán ajenos estaban, fué lo que hizo se desplegára contra ellos la inconcebible saña con que se les trató; de todo lo cual se deduce que merecen bien el título de mártires estos ínclitos confesores. Esperemos, sin embargo, el fallo de la Iglesia, que maestra de verdad, declarará un dia para consuelo de los verdaderos creyentes, cuanto haya de singular en las virtudes y mérito del P. Eduardo Oldcorno de la Compañía de Jesús. — G. R.

OLDEMBURGO (Wildebrando de), obispo de Utrech. Era hijo de Juan, conde de Oldemburgo, y despues de haber sido canónigo de Paderborn, preboste de Utrech y de Zutphen, fué nombrado obispo de Paderborn, de cuya silla pasó á la de Utrech en 1226, por mediacion de su pariente Florencio IV, conde de Holanda. Fué elegido encontrándose en Italia encargado en los negocios del emperador Federico II. Apenas tomó posesion de su obispado se armó para vengar la muerte de su antecesor Oton II, dirigiéndose contra Rodolfo que la habia ocasionado. Habiéndose apoderado de su persona despues de una guerra bastante larga, le hizo expiar su crímen en

la rueda conforme lo pedia el pueblo. Este prelado murió poco despues en el año 1233.—S. B.

OLDOINUS, Oldoini ú Oldoino, llamado así indistintamente por los biógrafos (Agustin). Fué historiador y biógrafo de escaso mérito, y nació en Spezzia, ciudad de la república de Génova, en 1612; pronunció los votos religiosos en el instituto de PP. Jesuitas en la ciudad de Nápoles, y se dedicó al principio á la enseñanza de las humanidades. Despues de haber regentado varios colegios de su Orden, entre otros el de Perusa, fué llamado á Roma, donde publicó una edicion considerablemente aumentada de las *Vidas de los Papas y Cardenales*, de Alfonso Chacon. Se ignora la época y lugar en que falleció, pero se sabe que vivia aun en 1680; de edad septuagenaria. Sus *Compilaciones* carecen á menudo de exactitud, aunque han servido de alguna utilidad á los biógrafos italianos que las han consultado. Además de una *Gramática italiana*, publicada en Ancona, 1637 en 8.°, olvidada desde mucho tiempo, se citan de Oldoinus las obras siguientes: 1.ª *Necrologium pontiphicum et psedo-pontiphicum romanorum cum notis*: Roma, 1671, en 8.°—2.ª *Clementes titulo sanctitâtis vel morum sanctimonia illustres cum animadversionibus;* Perusa, 1675, en 4.°—3.ª *Atheneum romanum in quo pontiphicum, cardinalium et scripta exponuntur*; ibidem, 1676, en 4.°—4.ª *Atheneum augustum in quo perusinorum scripta publice exponuntur*; ibidem, 1678, en 4.°—5.ª *Atheneum ligusticum seu syllabus scriptorum ligurum necnon sorzaanentium ac sirnentium reipublicæ Genuensis subditorum;* ibidem, 1680, en 4.° Estas tres últimas obras son todavía muy buscadas.—6.ª *Cathalogus eorum qui de romanis pontiphicibus scripserunt*; 1742, en 4.°—Oldoinus ha dejado manuscritas las producciones siguientes: *Atheneum pistoriense*; completado por el P. Zacarías, y publicado en la *Bibliotheca Pistoriensis*; Turin, 1552 en fólio. *Atheneum italicum*; un tratado *De Titulis Cardinalium*, y otros trabajos biográficos que no han visto la luz pública. Los que el mismo autor ha publicado, son únicamente una especie de catálogos faltos de pormenores sobre las personas, y refiriendo á menudo exactamente los títulos de las obras. A pesar de esto, puede aun consultarse provechosamente.—M.

OLDOM, monje español del siglo XIII. Al principio de la obra de este religioso, consta que tomó el hábito de la Congregacion de Cluni; y que fué muy dado al estudio de las sagradas letras, con grande aficion á escribir sobre asuntos religiosos y á procurarse una erudicion de las cosas pertenecientes á la iglesia, por lo que leia mucho buscando orígenes y costumbres religiosas antiguas. Escribió un tratado de los divinos oficios, titulado: *Rationale divinorum Officiorum*, que fué muy apreciado en su época. Además su piedad le hizo escribir tambien muchas vidas de Santos; pero Moreri,

que lo dice así al hacer mencion de él en su *Gran Diccionario Histórico*, no nos dice cuáles fuesen. —C.

OLEA (D. Fernando). Tuvo por padres á D. Fernando Olea y Doña Isabel de San Roman, vecinos no de Laredo sino de Lardero, diócesis de Calahorra, en el partido de Navarrete. Entró en el colegio de S. Antonio de Sigüenza. Siguió la teología y obtuvo grado de doctor. En 4 de Julio de 1614 fué admitido por colegial mayor en el de S. Bartolomé de Salamanca, y á los cuatro años salió de magistral de Leon. Obtuvo igual canongía en Salamanca en 1626, con mucho aplauso por la gran concurrencia de opositores graduados. Despues que el Sr. Villafañe fué propuesto para el obispado de Osma, le eligió el Rey para Mondoñedo en el 1633. Pero sin más título que el de electo: falleció en el mismo año á 19 de Mayo. —O. y O.

O-LEARI (Arturo), teólogo católico que nació en 1729 en Cork en Irlanda. Siendo muy jóven pasó á Francia, estudió en el colegio de S. Maló y entró en la religion de Capuchinos. Ordenado de sacerdote fué encargado durante la guerra de los siete años de atender á los auxilios espirituales que necesitaban sus compatriotas detenidos en los hospitales y prisiones de Bretaña; pero como se exigió de él que interpusiese su crédito para que los irlandeses se alistasen al servicio de Francia, O-Leari prefirió retirarse á su patria ántes que faltar á la voz de la conciencia que le aconsejaba lo contrario. Allí estableció en Cork una iglesia católica, á la que consagró todo su celo. A la sazon un médico publicó en aquella ciudad un libro titulado: *Pensamientos sobre la naturaleza y la Religion*, en los que se envolvian ataques directos contra el Cristianismo. Los protestantes permanecieron indiferentes ante una publicacion tan impía; pero O-Leari, impulsado de su celo católico, rompió el silencio y contestó con una *Defensa de la dignidad de Jesucristo y de la inmortalidad del alma*. Cuando el parlamento de Irlanda se mostró dispuesto á modificar las leyes penales contra los católicos y renovó el juramento, todavía en uso, para gozar del beneficio de las nuevas concesiones, O-Leari publicó un escrito titulado: *La lealtad probada y el juramento prohibido*, con el cual se decidieron muchos católicos á prestar este juramento. Cuando la guerra de América en ocasion en que las flotas combinadas de España y Francia amenazaban las costas de Irlanda, publicó un *Llamamiento á los Católicos* en el que les exhortaba á mantenerse fieles al gobierno establecido. A este escrito siguió otro en 1784 con motivo de los pillajes nocturnos cometidos en el condado de Cork con los arrendatarios de diezmos del clero protestante, de modo que tanto en esta circunstancia como en otras semejantes, empleó toda su influencia para calmar el justo resentimiento de los católicos irlandeses, exasperados por una larga opresion. Estos sentimientos generosos y prudentes le conquistaron amigos aun entre los mis-

mos protestantes y personas de importancia, cabiéndole la satisfaccion de que su nombre fuese citado muchas veces con elogio en los debates del parlamento irlandes, y que el gobierno de Inglaterra le señalase una pension de doscientas libras esterlinas. Por este tiempo cediendo á las instancias de los católicos de Lóndres, pasó á fijar su residencia en esta capital, donde erigió una iglesia católica dedicada á S. Patricio. En 16 de Noviembre de 1799 el P. O-Leari pronunció en esta iglesia, delante de un numeroso concurso la *Oracion fúnebre del papa Pio VI*, que fué impresa y despues traducida al francés por el abate Queguet; Lóndres, 1805, en 8.° El P. O-Leari falleció en dicha ciudad el 8 de Enero de 1802, de edad muy avanzada. Buller en sus *Memorias históricas sobre los católicos ingleses*, nos pinta á O-Leari como un hombre que bajo de un exterior sencillo y apático ocultaba un carácter enérgico y un talento especial para la discusion. Además de los escritos que hemos indicado y otros que circularon sin su nombre, O-Leari escribió un *Sermon* para una fiesta celebrada en 8 de Marzo de 1797, una *Defensa de su proceder y de sus escritos* en contestacion al Dr. Woodward, obispo protestante de Cloine, 1788; varias *Observaciones sobre la defensa de las sociedades protestantes de Wesley;* un *Ensayo sobre la tolerancia;* una *Réplica sobre la absolucion que se conserva en la Iglesia católica á los criminales condenados á muerte;* una *Revista de la controversia entre el Dr. Carrol y M. M. Hawkils y Warton;* y finalmente, una *Representacion á la Cámara de los Lores del parlamento de Inglaterra, sobre un bill contra las religiosas.* Esta representacion, que lleva la fecha de 31 de Junio de 1800, ha sido despues reimpresa en Lóndres, en 8.°, de 55 páginas. Este escrito es una elocuente vindicacion de los católicos ingleses. El estilo de O-Leari, aunque vivo y figurado, es siempre puro; pero su *Defensa contra Woward* y sus *Observaciones contra Wesley* son consideradas como hermosos modelos de sátira y de fina y vigorosa ironía. Acerca de este religioso irlandés se hallan otros interesantes pormenores en el elogio fúnebre que pronunció M. Morgan de Arsi, eclesiástico adjunto á dicha iglesia, el 14 de Enero de 1802 en la capilla de Soho-Squore. En él se aplaude el celo y la caridad de O-Leari, y especialmente aquel espíritu de moderacion y tolerancia que tantos elogios le valió de Gattan y de otros miembros del Parlamento.— M.

OLEARIO. Wadingo, Ciaconius, Angelo Portaneri, y Moreri en su *Gran Diccionario histórico*, nos dan razon de este Cardenal, príncipe de la Santa Iglesia romana del siglo XIV, llamado por algunos *De Ulariis*. Fué natural de Pádua; y aficionado desde niño á los actos piadosos, se encontró con decidida vocacion al claustro, y tomó el hábito, aun muy jóven, en la Orden mendicante de S. Francisco. Luego que por sus estudios dió á conocer su capacidad y que se hizo sacerdote, empezó á sobresalir mucho por su saber y

piedad; y llamando la atencion pública y de la corte, fué elevado á la dignidad de obispo de Florencia. Distinguióse como prelado por su celo religioso y buen gobierno de su diócesis, de tal modo que deseando tenerle á su lado el papa Bonifacio IX, que gobernaba entónces la santa Iglesia católica, le elevó al principado eclesiástico, creándole cardenal el año 1389. A fin de sacar partido de su suficiencia en servicio de la religion, empleó este Pontífice á Oleario en diversos asuntos importantes, y le mandó de legado al reino de Nápoles, en cuyo reino y en la ciudad de Gaeta murió el dia 16 de Abril del año 1396 de la era cristiana, muy sentido de los religiosos de su Orden y de la corte romana.—C.

OLEARIO (Godofredo). Nació en Leipsick en 23 de Julio de 1672, siendo su padre Juan Oleario, que enseñaba entónces lengua griega en aquella ciudad y fué despues profesor de teología. Se distinguió desde su primera juventud por su extraordinario amor al estudio y un ingenio capaz de hacer en él los mayores progresos. Apenas hubo terminado los estudios universitarios, hizo un viaje á Holanda, á la edad de veintidos años, desde donde pasó á Inglaterra. La reputacion de la universidad de Oxford y de la biblioteca Bodiciana le llamó á aquel reino, en que permaneció más de un año, ocupado en ampliar sus conocimientos en filosofía, lengua griega y antigüedades sagradas. A su regreso á Leipsick fué agregado en 1699 al primer colegio de aquella ciudad, donde obtuvo poco despues una cátedra de profesor de los idiomas griego y latino. Renuncióla en 1708 para desempeñar la de teología, vacante por el fallecimiento de M. Seeligman. Obtuvo además una canongía en Meissen en 1709 y el cargo de director de los estudiantes; siendo, por último, nombrado, en 1714, asesor en el consistorio electoral y ducal. Falleció en 10 de Noviembre de 1715, á los cuarenta y tres años de edad, dejando las obras siguientes: 1.ª *Dissertatio de miraculo Piscinæ Bethsaides (Joan., cap. III.)* Leipsick, 1706.—2.ª *Dissertatio theologica de adoratione Dei Patris per Jesum Christum;* Leipsick, 1709, en 4.°—3.ª *Philostratorum quæ supersunt, omnia ex manuscriptis codicibus recensuit, notis perpetuis illustravit, versionem totam fere novam fecit Gottfridus Olearius;* Leipsick, 1709, en fólio.—4.ª *Historia philosophiæ, vitas, opiniones, resque gestas et dicta philosophorum, secta cujusvis complectens, auto Thoma Stanleio, ex anglico sermone in latinum translata, emendata, et variis dissertationibus atque observationibus passim aucta: accessit vita auctoris;* Leipsick, 1712, en 4.°—5.ª *Observationes Sacræ in Evangelium Matthæi;* Leipsick, 1713, en 4.°—6.ª *Jesucristo el verdadero Mesías*, en aleman; Leipsick, 1714, en 4.°—7.ª *El Colegio pastoral*, en aleman; Leipsick, 1718, en 4.°—8.ª *Introduccion á la historia romana y á la de Alemania desde la fundacion de Roma hasta el año* 1699, en aleman; Leipsick, 1699, en 8.°—9.ª *His-*

toria symboli Apostolici, cum observationibus ecclesiasticis et criticis ad singulos ejus articulos; Leipsick, 1708, en 8.°—S. B.

OLEASTER (Gerónimo). Este religioso portugués del siglo XVI nació en Lisboa, capital de Portugal, y segun otros en Azambuja, pueblo de las riberas del Tajo, y sin duda por esto le llamaron los portugueses Oleaster de Azambuja. Sintiéndose desde sus primeros años inclinado al retiro, luego que pudo conseguirlo tomó el hábito en la órden de Predicadores de Sto. Domingo, en el convento de su Orden de Lisboa; y dedicándose con asiduidad y celo á los estudios de las sagradas letras, que prefirió á todos los demás, llegó á formarse un buen filósofo, segun lo que se exigia entónces á los que aspiraban á este nombre; un profundo teólogo, y muy entendido en las lenguas hebrea, griega y latina, con cuyo auxilio hizo grandes progresos en el estudio de las santas Escrituras, que fué el único objeto que llevó al estudiarlas. Antonio de Sena, en la *Bibliotheca Dominicana*, el célebre bibliófilo Nicolás Antonio y Andrés Schotus, en su *Bibliotheca Hispana*, hacen mencion honorífica de este religioso; y no le elogian poco por su saber Le Miré, en sus *Escritores del siglo XVI*, y Echard, en sus *Escritores de la Orden de Predicadores*. De estos autores, citados por Moreri en su *Gran Diccionario histórico*, resulta que fué tanta la fama de sabio teólogo que alcanzó el portugués Oleaster, que su reputacion se extendió por toda la cristiandad, y especialmente llegó con grande aplauso á la corte pontificia. Con el deseo de adquirir nuevos conocimientos fué á Roma el año de 1545; y agradando al papa Juan III, que le cobró grande aficion, luego que conoció su capacidad, le nombró teólogo delegado para asistir por parte de Portugal y de la suya al célebre concilio de Trento, en el que se distinguió. Queriendo el rey de Portugal premiar sus servicios á su vuelta á Lisboa, le nombró obispo de S. Thomé de Africa; pero rehusó esta dignidad, y solo admitió despues el cargo de inquisidor de la fe. Ejerció Oleaster los principales cargos de su Orden en su provincia, y murió el año de 1563. Diversos fueron los comentarios que escribió este sabio dominiquino sobre la Santa Escritura; pero solo han llegado hasta nosotros, por lo que dicen los autores citados, los que hizo sobre el Pentateuco y sobre Isaías, y en la Biblioteca Real de Lisboa se conserva un manuscrito, en el que consta la asistencia de Oleaster al concilio de Trento.—C.

OLEGARIO (S.), obispo de Barcelona y arzobispo de Tarragona. La historia de este gran Santo se enlaza con la historia de una época memorable del principado de Cataluña, ó más bien forma parte de ella. Escribió la vida de este Santo en 1617 el Sr. D. Antonio Juan García de Caralps, canónigo penitenciario de la santa iglesia de Barcelona, y en 1630 el P. Presentado, Fr. Jaime Rebullosa, de la órden de Predicadores, y ántes que ellos la habia escrito un canónigo de Gerona, cuyo manuscrito se halló, como dice Dome-

nech, en el archivo de la santa iglesia de Barcelona. Hizo de la primera un resúmen el Dr. D. Luis de Duran y de Bastero, canónigo de la misma iglesia, que se imprimió en 1815. Habla tambien de este santo Obispo el Señor Torres Amat en sus *Memorias para formar un diccionario de escritores catalanes*, en su lugar correspondiente, refiriéndose á la biblioteca de Castro, á Domenech y á Nicolás Antonio; porque S. Olegario dejó tambien algunos escritos, como veremos despues. La historia de este Santo se lee tambien continuada en la edicion del *Novísimo Año Cristiano* publicado en Barcelona en 1847. Pero sobre todo, en donde se hallan consignados los hechos principales de la vida de S. Olegario es en la *Crónica universal del principado de Cataluña*, por Gerónimo de Pujades, en el libro XVII. En vista, pues, de todos los autores citados, extractaremos lo más interesante de la vida del santo prelado. Uno de sus modernos biógrafos empieza así: «Por muchas ra»zones puede Barcelona, ciudad nobilísima de Cataluña, llamarse dichosa y »afortunada, llenando cabalmente su primitivo nombre de *Favencia*, que »significa la favorecida ó dichosa; y lo es, así como lo fué en todos tiempos »por los hijos insignes en dignidades, letras, valor y armas; por lo cual »merece llamarse con justo título la favorecida del cielo y de la tierra. Pero »uno de los blasones de que hace más gala y con que se ennoblece mucho »Barcelona es mirarse patria de S. Olegario, dignísimo prelado de ella y ar»zobispo de Tarragona, cuya prodigiosa vida, sacada ya de papeles auténticos »que se conservan en los archivos reales de Barcelona, ya de otras historias »antiguas y verdaderas de Cataluña, etc.» Nació, pues, Olegario en la capital del Principado en el año 1060, ocupando la silla de S. Pedro Nicolao II, ciñendo el Imperio romano Enrico IV, y siendo Guislaberto obispo de Barcelona. Gobernaba entónces el condado, como príncipe soberano, D. Ramon Berenguer, primero de este nombre, en cuyo palacio fué educado; pues su padre Olegario era secretario y privado del Conde, de quien era muy querido por su nobleza, valor é inteligencia en los negocios. Así es que tuvo el niño Olegario por maestros á los que lo fueron de los príncipes, hijos del Conde reinante, D. Berenguer, D. Arnaldo y D. Pedro Ramon, y de su primera esposa Doña Isabel; siendo despues educado con D. Ramon Berenguer, llamado *Cap de Estopa* y con D. Berenguer Ramon, hijo del mismo Conde y de su segunda mujer la condesa Doña Almodis. El padre de nuestro Olegario era del órden ecuestre ó militar, y fué caballero secretario y muy valido en la corte. La madre se llamó Guilia, de la nobilísima raza de los godos, tan ilustre matrona como madre solícita, pues cumplió en realidad con el deber de madre, de que ahora parece eximir á muchas lo elevado de la alcurnia ó el oropel de la riqueza. Alimentó por sí misma y en sus pechos al agraciado niño, y contribuyó á inspirarle los primeros sentimientos de

piedad y de heroismo que despues brillaron en él. Porque las madres que desprecian este sagrado deber, no solo privan á sus hijos de su natural alimento, sino que les roban el alimento, mil veces más precioso de sus primeras y maternales inspiraciones. Azarosa era por cierto aquella época de guerras y de disturbios, de errores y de venganzas. Duraba todavía en nuestro suelo la lucha con los invasores agarenos, y la herejía alzaba su cabeza por todas partes. En el concilio Lateranense acababa de ser condenado el heresiarca Berengario, que despues abjuró sus errores, y la Iglesia se veia agitada por los escandalosos cismas de Gerardo, que se llamó Benedicto X, y por Cadolo, obispo de Parma, que tomó el nombre de Honorio II, y quiso conquistar á Roma con dinero y con la fuerza de las armas. Preciso era, pues, que la Providencia suscitase grandes lumbreras de santidad y fuertes atletas para la Iglesia, y hombres escogidos como Olegario, que con sus virtudes y esfuerzos fué un firme baluarte de la verdad y uno de los personajes más eminentes de su siglo. La infancia de Olegario fué, como la de casi todos los grandes hombres, un feliz preludio de lo que habia de ser aquel privilegiado niño. La modestia, la afabilidad, el candor, la docilidad, aquel atractivo irresistible de la virtud que embellece todas las gracias de los primeros años, aquel gérmen de santidad que despunta como una flor del cielo y embalsama ya el aire con sus primeros perfumes. Añadid á esos encantos un talento precoz, una aplicacion asídua, un amor al retiro y á la plegaria, un alma benéfica, generosa, expansiva, toda caridad hácia Dios y hácia los hombres, y tendreis un fiel retrato del niño Olegario, dotado además de una figura simpática y agraciada. Los más graves maestros de aquella edad le instruyeron en las letras y en las ciencias, en las cuales, segun se aprendian en aquella época, fué hallado hábil á los quince años de su edad. A los siete habia muerto D. Guislaberto, obispo de Barcelona, y en su lugar fué elegido D. Berenguer ó Berengario, descendiente de la ilustre sangre de los condes de Barcelona, en el año 1067, y en el inmediato 1068 el pontífice Alejandro II, que habia sucedido á Nicolao II en la silla de S. Pedro, envió á España al eminentísimo cardenal Hugo de S. Clemente, legado *á latere* con el objeto de reformar el clero. Y como en España se observaban todavía las leyes de los godos, así en lo espiritual como en lo temporal, el mismo Cardenal convocó un concilio en Barcelona, en el cual se determinó dejar las ceremonias góticas y el rito mozárabe, y adoptar el Breviario y Misal Romano. Olegario despuntaba principalmente en gramática, retórica, dialéctica y filosofía, que eran los estudios preparatorios de aquella época, educándose en compañía de los príncipes, y adquiriendo con la finura de los modales cortesanos los hábitos de la más profunda humildad y el espíritu de caridad que le hacia las delicias de todo el pueblo. Apenas cumplidos diez y seis años,

sus ilustres y piadosos padres, imitando el ejemplo de Joaquin y Ana y el de otros progenitores, así de la antigüedad judía como de los siglos cristianos, le consagraron al servicio del Señor; resolvieron que aquel hijo tan querido como virtuoso le sirviese perpétuamente en su templo. Y como habia entónces la costumbre de que los padres dotasen con algun predio las iglesias de las cuales querian que sus hijos fuesen canónigos ó beneficiados, para que jamás les llegase á faltar el necesario sustento, los padres de Olegario hicieron dotacion á la mensa capitular de la catedral de Sta. Cruz y de Sta. Eulalia de Barcelona, de una heredad con una viña, que poseian en el condado de Ausona, en un lugar llamado de Ermengol, á 24 de Mayo de 1076. Era entónces costumbre el admitirse niños aun á los canonicatos y prebendas, miéntras aguardaban la edad de entrar al sacerdocio, ejercitándose entre tanto en los ejercicios de piedad y en las funciones eclesiásticas. El niño Olegario fué desde luego un ejemplar de modestia y de puntualidad en el cumplimiento de sus deberes, y un objeto de edificacion para todo el cabildo, así como lo habia sido ya para todo el pueblo de Barcelona. Por sus altas virtudes fué desde luego elevado á la dignidad de paborde, que despues fué dividida en doce preposituras de la misma iglesia. Entónces fué cuando se dedicó más asiduamente á sus estudios teológicos, que eran á la sazon muy prolongados, á causa de tener que escribir de su mano los cursantes toda la Biblia, las obras de los cuatro doctores de la Iglesia, y otros libros y papeles de varios santos, por no haberse inventado aún el arte de la imprenta; y no se ordenó nuestro Santo hasta haber concluido con toda perfeccion el curso de teología; pues se encuentra que en el año de 1089 suscribió como diácono en un auto que hizo como sucesor de su padre, en el cual el conde D. Berenguer Ramon, tio de D. Ramon Berenguer el tercero, empeñó un castillo del Panadés á Gerardo Alemany de Cervelló; y en 1095 suscribe como sacerdote, siendo entónces de treinta y cinco años de edad, ordenado por D. Beltran, que era á la sazon obispo de Barcelona. ¿Cuál sería la causa de que tardase tanto en ordenarse para el sacerdocio? No puede dudarse que sería su más profunda humildad, pues despues de veinte años de un asiduo estudio de teología y de un talento tan perspicaz como el suyo no es posible atribuirlo á otra causa que á sus eminentes virtudes, las cuales le hicieron renunciar poco despues todos los destinos y dignidades para entrar en un monasterio de canónigos regulares de S. Agustin, fundado por el prelado de Barcelona en 1092, cerca de las riberas del mar, á una legua de la ciudad, en una antiquísima iglesia llamada de San Adrian, á cuyo fin hizo venir varios canónigos de la Provenza, en la cual habia sido canónigo y abad del monasterio de San Rufo ántes de ascender á la silla de Barcelona. Eran entónces estos monasterios de canónigos regulares de muy estric-

ta observancia, y en ellos se ejercitaban en alto grado las virtudes monásticas. Olegario quedo edificado de la perfeccion y santidad de aquellos ejemplares cenobitas recien venidos de la Provenza para inaugurar el nuevo monasterio de San Adrian, y sintióse impulsado á entrar en él renunciando á todo lo del siglo. Interpuso para ello la mediacion del mismo prelado; pero este se resistia para no disgustar al Conde Rey, el cual tenia en Olegario un sabio director para su alma y un consultor para los negocios del Estado. Rompió por fin el santo jóven, y para acabar de una vez hizo renuncia de la canongía catedral y de la dignidad de propósito, y á fuerza de ruegos logró que le admitiesen los canónigos de San Adrian cuyo hábito recibió con la mayor humildad y con la devocion más ferviente. Entró Olegario para humillarse y abatirse, y fué su profesion en el año 1096. Pero llegó á tal grado de perfeccion y de encumbrada virtud, que esto mismo le impidió el abatirse tanto como hubiera deseado, pues habiendo concluido el priorato en la persona del que lo tenia, todos aquellos regulares le aclamaron á una voz y le eligieron canónicamente prior de S. Adrian, en cuyo cargo siguió algun tiempo, con nuevas creces cada dia de virtud y de perfeccion. Pero nuestro Santo deseaba ser súbdito, y no lo habia conseguido: ardia para saborear esa dulce virtud de la obediencia que tanto repugna al orgullo del hombre, y deseaba al propio tiempo alejarse del bullicio y de los compromisos de la corte, que miraba como obstáculos á la perfeccion religiosa, y que no podia evitar por vivir tan cerca de Barcelona. Renunció, pues, al priorato de San Adrian, y emprendió la marcha hácia el monasterio de San Rufo de la misma órden en la Provenza, adonde llegó fatigado por haber ido á pié, y fué allí recibido por el abad y demás canónigos de aquel monasterio con las mayores muestras de júbilo y de admiracion, pues todos deseaban verle y tratarle por la grande fama de su eminente santidad. Y es tambien de notar que cuando el Santo iba allí para obedecer, encontró al contrario que todos le obedecian y respetaban, porque así se lo habia mandado el abad. Hé aquí un alma humildísima que era siempre exaltada, verificándose lo que dijo María en su cántico sublime: *Y exaltó á los humildes*; como lo dijo despues el mismo Salvador: *El que se humillare será exaltaao*. Falleció á poco tardar el abad de aquel monasterio, y todos naturalmente fijaron en Olegario los ojos y el corazon para hacer de él su prelado, porque era en realidad el más santo y ejemplar de todos ellos. Presidió, pues, aquel monasterio con la mayor prudencia hasta el año 1115, en que fué elegido obispo de Barcelona. En todos aquellos períodos de su vida sus superiores le mandaron predicar la palabra de Dios, cuyo ministerio desempeñó con tal energía, gracia y fruto que á todos arrastraba suavemente con el fervor y las galas de su elocuencia. Mas como era un vivo ejemplar de lo

que decia, primera y necesaria calidad de todo orador sagrado, su voz tenia un poder irresistible como la de un apóstol, así para destruir los errores como para sembrar donde quiera la semilla de las virtudes. En tanto el conde D. Ramon Berenguer III se habia coronado de gloria en sus luchas incesantes contra los sarracenos, y habia humillado su orgullo con repetidas victorias. La condesa Doña Dulcia, que se hallaba en Provenza, deseaba dar por sí misma el parabien al héroe catalan, cuyas empresas contra los infieles habia protegido el Señor con el éxito más brillante. Comunicó la Condesa sus deseos á Olegario, á la sazon abad de San Rufo, y le rogó que la acompañase á Barcelona, á lo cual condescendió el Santo, á pesar de lo que sentia el dejar su querida soledad; pero no pudo resistir á la voluntad que tenia de complacer á su soberana. Dió el parabien á la Condesa, y emprendieron entrambos con su comitiva el viaje á Barcelona. Santas y edificantes en alto grado fueron las pláticas que entre aquellos dos personajes mediaron en el camino, y edificada quedó aquella señora de las eminentes virtudes de Olegario, resuelta á protegerle en todas sus empresas y á elevarle cuanto pudiese en las dignidades de la Iglesia, cuando él solo suspiraba por la humildad, por la obediencia y por la abnegacion. Aquella piadosa princesa fué recibida en Barcelona con muestras del más vivo entusiasmo y con toda la solemnidad debida á su alto rango; todas las corporaciones se apresuraron á cumplimentarla y obsequiarla, y fué tambien el cabildo de la Santa Iglesia Catedral con los cuarenta canónigos que contaba entónces, pero sin el obispo, por haber muerto el que lo era D. Ramon Guillen en la última jornada en las Islas Baleares al lado del mismo conde D. Ramon Berenguer en defensa de la fe. Gratamente sorprendidos quedaron aquellos capitulares al ver que venia con la Serma. Condesa un Abad tan venerable por sus canas, tan atractivo por su trato, tan edificante por su conducta. Los más viejos le reconocieron luego, y no tardó en ser la delicia de todos los barceloneses que fueron á visitarle y decian entre sí: ¡Cuán feliz sería Barcelona si le cupiese en suerte un tal obispo! Como si Dios empezase ya á disponer los ánimos á todos y á mover sus labios para tan venturoso suceso. Estaban, dice el cronista Pujades, los esposos condes platicando entre sí sobre este negocio; y como los barceloneses tenian ya de tanto tiempo sabidas y algo probadas las virtudes, nobleza, letras y santidad del venerable abad Olegario, cuando canónigo de la misma catedral y prior de S. Adrian, llegáronse á los condes y les rogaron con instancia que fuesen servidos nombrar al dicho Olegario por su obispo y pastor, de lo cual se holgaron mucho los mismos condes. Cabalmente se estaba tratando de la eleccion de obispo, y la Iglesia hacia sus oraciones y rogativas para que Dios la favoreciese en la eleccion; y muy discordes estaban los electores ántes de

acordarse de Olegario. En aquellos tiempos de fe general y de ferviente celo por la gloria de Dios y el de su Iglesia, á mas del voto decisivo de los canónigos, á quienes de derecho tocaba la eleccion, concurria tambien la voluntad del soberano y el consentimiento del pueblo. Hallábanse entónces en Barcelona la mayor parte de los obispos de la metrópoli Tarraconense y muchos abades y priores. Ordenaron los condes que se celebrase la junta general, habiendo ántes exhortado á todos que para la eleccion se despojasen de toda pasion personal, fijándose únicamente en la persona que reconociesen más digna del obispado y propia para reformar el clero, cuyas costumbres, por razon de las contínuas guerras ydisturbios con los moros, se habian algun tanto relajado. Juntáronse, pues, los electores, y los que en otras reuniones habian estado tan varios y discordes, convinieron todos unánimemente en la eleccion de Olegario. «Acudieron á él, dice la crónica, dándose á sí mismos mil parabienes y otras tantas enhorabuenas por haberle elegido por su padre, prelado y pastor: mas el Santo, como verdaderamente humilde, lo rehusó con todas sus fuerzas, confesando de si no hallarse digno de tan alta dignidad y cargo. Decia que sus fuerzas eran flacas y sus hombros muy débiles para llevar un peso tan grande como el que ha de llevar un obispo: añadia que él conocia su espíritu y pobre talento, que era pecador y sin merecimiento alguno. No valieron empero sus razones y excusas para nuestro Conde, ni para el pueblo y clerecía: ántes bien, cuanto mayor era la resistencia de Olegario en no querer aceptar el episcopado, tanto más el pueblo insistia y se ratificaba en la eleccion hecha, y arrebatándole casi por fuerza, le llevaron á la iglesia mayor, en donde le entronizaron en la silla pontifical y le dieron posesion de aquella.» Confiaban todos en que el Santo cederia al fin á los votos y deseos de todos; la alegría y el contento era general: todos alababan á Dios por una eleccion tan santa. ¡Qué bello entusiasmo el de un gran pueblo, rebosando de júbilo por la esperanza de tener un pastor y un padre como Olegario! ¡Qué épocas tan distintas de las nuestras, en que la eleccion de un buen prelado ocupaba tan grata y exclusivamente la atencion de todo un pueblo sin distincion de clases! Puesto el Santo en oracion, no pudo resistir á los impulsos de su humildad; y cuando la ciudad toda estuvo entregada al sueño, tomó á sus compañeros de viaje, y con la mayor precaucion y sigilo fuéronse los tres apresuradamente alejando de Barcelona, emprendiendo á pié el camino de su monasterio y abadía de S. Rufo. La virtud tiene tambien su ambicion santa, y el alma de Olegario ambicionaba las espirituales delicias de la soledad y de la vida contemplativa para llegar á la cima de la perfeccion cristiana. Cuando por la mañana siguiente algunos obispos, magnates y ciudadanos fueron á felicitar al Santo en su propia casa por su nueva eleccion, ¡cuál seria su sorpresa al ver que

el santo Abad de Rufo se habia ausentado durante la noche para volver sin duda á su querida soledad! Esta sospecha quedó confirmada con el relato de algunos recien llegados, que dijeron haberle visto ya muy adelante por la via de Perpiñan, que caminaba muy aprisa con sus compañeros. Afligida quedó con su Conde la ciudad entera por la ausencia de Olegario, viendo que la Iglesia de Barcelona quedaba huérfana de tan buen padre, pues el afecto y el respeto que se tenia entónces al prelado era verdaderamente filial. Trocóse, pues, en llanto la general alegría; diciendo todos á una voz, que en aquella inesperada huida resplandecia más la santidad de Olegario, y le hacia mucho más digno del obispado. Atribuian otros esta calamidad á los pecados públicos y secretos de la ciudad, y con la ausencia de Olegario crecia de punto el deseo general de que él y no otro fuese obispo de Barcelona. El Conde, ansioso sobre todos para tan deseado logro, aceleró el viaje que tenia proyectado de pasar á Roma, no solo para participar á Su Santidad Pascual II las señaladas victorias que contra los moros habia obtenido, sino tambien para suplicarle que se dignase interponer su autoridad para que Olegario aceptase el obispado de Barcelona. Partió realmente el Conde para Roma, acompañado de varios caballeros, prelados y dignidades; pero no pudiendo pasar de Pisa por obstáculos imprevistos, envió á Su Santidad cartas y embajadores para el logro de su pretension. Condescendió Su Santidad á las súplicas del Conde y le envió la confirmacion de la eleccion del abad de S. Rufo para obispo de Barcelona. Y aun hizo más el Papa, pues junto con los embajadores, envióle tambien al Eminentísimo cardenal Bossoni, legado *à latere*, para que con autoridad apostólica consagrase á dicho Abad, el cual no pensó ni un momento en resistirse á la voluntad del Papa, humillándose ante la de Dios tan abiertamente declarada, y realmente fué consagrado el año 1115, en el mismo monasterio de S. Rufo, ó como dice Pujades, en el mismo condado de Provenza en la catedral de Magalona, no léjos de la ciudad de Mompeller, desde donde se vino luego á la iglesia de Barcelona, ó acompañado del Conde ó sin él, pues esto no aparece bien claro; pero es lo cierto que unos y otros se hallaron en Cataluña en Abril de 1117. Todos fueron recibidos en Barcelona con las mayores distinciones y muestras de regocijo y de respeto. El santo Obispo resplandecia en todas las virtudes, enseñando con el ejemplo más aun que con las palabras: ángel de paz en todas las contiendas, consuelo y amparo de los pobres, reparador de los templos y monasterios destruidos por los moros, puntual en el rezo y en la oracion, asistia al coro y cantaba en él con los canónigos y beneficiados, tanto de dia como de noche. En Enero de 1118 murió Pascual II, y sucedióle en la silla apostólica Gelasio II. Y como Olegario considerase por un deber el pasar á felicitar al nuevo Papa personalmente, y ponerse á su obediencia,

haciendo la acostumbrada visita llamada *Limina Apostolorum*, sintió vivos deseos no solo de cumplir con aquel acto de obediencia y de besar los pies á Su Santidad, sino tambien de venerar las santas reliquias de Roma, y visitar la Iglesia de los santos apóstoles Pedro y Pablo. Y despues de una ferviente exhortacion á sus feligreses, llena de uncion y de santos consejos, en medio del llanto universal por su partida, partió para Roma, en donde llegó fatigado ya por los trabajos del camino, ya por su continua y rígida penitencia. Hizo allí sus santas visitas y exhortaciones con general edificacion, y llenando toda Roma con la fama de su santidad. Y tuvo que llegar hasta Gaeta donde á la sazon se hallaba retirado el papa Gelasio con muchos cardenales. Al tiempo de pedir permiso para hablar al Papa, díjole su secretario que Su Santidad habia recibido cartas del serenísimo conde de Barcelona D. Ramon Berenguer, en las que le recomendaba al obispo Olegario, del cual hacia los mayores elogios. Preguntóle el secretario si habia predicado en Roma, y habiendo respondido que sí, dijo á los circunstantes que el obispo Olegario era aquel grande orador cuya fama habia llegado á oidos de Su Santidad y del Sacro Colegio. Manifestaron todos vivos deseos de oirle, y le invitaron á que se explicase en medio de aquel respetable consistorio. Y despues de haber levantado sus ojos al cielo, y con la más profunda humildad, habló del estado de su iglesia de Barcelona, y refirió las proezas y virtudes del ínclito conde D. Ramon Berenguer III, proponiéndole como un dechado de príncipes cristianos y generosos. Expuso asimismo que la antigua metrópoli de Tarragona se hallaba ocupada por los moros, destruida y asolada su iglesia, sin pastor ni sacerdotes, suplicando á Su Santidad que se lo diese. Leyó el Papa las cartas del Conde en que le suplicaba confirmar la eleccion que él habia hecho de la mitra de Tarragona en la persona de su obispo Olegario, con retencion de la de Barcelona. Aquí empezó de nuevo la lucha con la humildad del Santo, el cual habia ya rehusado la eleccion del Conde, y hasta con lágrimas rogó al Pontífice que no recayese en él la confirmacion. Pero manifestóle el Papa que tal era la voluntad de Dios, y Olegario hizo este nuevo sacrificio de sí mismo al divino querer y á la voz del Pontífice. Partió Olegario de Italia con la bendicion del Papa, y se volvió á Barcelona, en donde fué recibido con júbilo sin igual y con felicitaciones de todo el pueblo, cuando este supo que la mitra de Tarragona no le separaba de su primera diócesis. Reconocido por los obispos sufragáneos, tomó posesion de la sede de Tarragona, á cuya ciudad habia ya el Conde librado del yugo de los infieles. Reedificó su catedral lo mejor que pudo, y restableció el clero canonical, al cual encargó el gobierno de la Iglesia y de la ciudad, de la cual el Conde habia hecho donacion. Muerto Gelasio, cuyo pontificado no duró más que un año, fué elegido Calixto II, el cual convocó un

concilio en Roma en el palacio Lateranense, al que fué llamado Olegario. Y así le fué preciso volver á Roma. Concluido el concilio, le hizo Su Santidad su legado *à latere*, dándole comision para predicar la santa cruzada que en pro de España, á instancia del mismo conde D. Ramon, habia concedido. La bula se expidió en 1119. Y aunque sintió mucho Olegario que en esta cruzada santa no se pudiese juntar en España un ejército tan formidable como el que años ántes se habia juntado para la conquista de Jerusalen, por medio de ella conquistó dicho Conde las ciudades de Tortosa y Lérida con todas sus comarcas, y la mayor parte del reino de Valencia, haciendo tributarios á algunos reyes moros. No pudiendo adelantar más, tuvieron que ajustarse treguas entre moros y cristianos en el principado de Cataluña. Reedificada y ordenada por Olegario la iglesia de Tarragona, sintió vivísimos deseos de visitar la tierra santa de Jerusalen, recien recuperada por los cruzados, pasando á visitarla innumerables peregrinos con mayor seguridad que ántes, por haberse instituido en tiempo del papa Gelasio la órden insigne y religiosa de los caballeros Templarios. Fomentaba este santo deseo el de obtener durante tan largo camino la palma del martirio á manos de los infieles, por lo cual se propuso predicar durante todo el camino para su conversion. No le concedió el Señor que derramase su sangre por la fe; pero le concedió si una especie de don de lenguas como á los apóstoles, por el fruto incalculable de su predicacion. Entendianle todos, ya fuesen griegos, ya hebreos, caldeos, latinos, bárbaros ó árabes. No se sabe si hablaba todas las lenguas, ó si hablando una sola era de todos entendido. Su antigua historia dice que predicó en España, en Francia, en Italia, en Jerusalen, en Siria, Alejandría, Antioquía, Trípoli, y en otras muchas partes, en provecho de todos. Mucho sintieron el cabildo y todos los barceloneses aquella nueva partida para tan larga jornada. Rogóles ántes que le encomendasen á Dios, y les prodigó todo género de consuelos. Emprendió, pues, Olegario su largo viaje, siendo ya de más de sesenta años, y á pesar de su doble dignidad, á pié, con solos dos criados, un capellan y un paje. Y despues de haberse encomendado á sus santos predecesores Severo y Paciano, y á Sta. Eulalia patrona de la ciudad, con lágrimas de devocion y ternura, se despidió de los amigos que le acompañaron á cerca de una legua de la ciudad, los cuales llorando y sin poder articular palabra, se despidieron del Santo. Como el Santo hizo su peregrinacion, acordándose en todos los momentos de sus ciudades queridas y de sus iglesias, y sin dejar de ser penitente, aunque anciano y fatigado, llegó á su término con salud. Al entrar en la Tierra Santa, postróse en tierra, y la besó con lágrimas, y al descubrir la santa ciudad de Jerusalen, volvió á postrarse, y empezó á entonar aquel piadoso himno:

Urbs Jerusalem beata
dicta pacis visio,
quæ construitur in cœlis
vivis ex lapidibus, etc.

Y de su ejemplo, aprendieron los peregrinos que van á Jerusalen á cantar este himno al descubrir la santa ciudad. Iba, pues, cantando y meditando juntamente hasta llegar á las puertas de ella. Mas como algunos peregrinos y compañeros suyos de viaje se hubiesen adelantado, dieron noticia de su llegada al patriarca Guarimundo, el cual salió á recibirle junto con algunos otros cristianos que habitaban allí. Grande fué el regocijo con que lo recibieron, maravillados de que á su edad hubiese emprendido tan larga y peligrosa peregrinacion. Hospedóle muy afectuosamente el patriarca, con quien tuvo santos coloquios, deseando detenerle largo tiempo. Mas el deseo de Olegario de visitar todos los santos lugares, y el ánsia y solicitud que de sus queridas iglesias tenia, no le permitieron condescender con los ruegos del patriarca. Donde quiera que visitaba era seguido de una multitud, á la que férvidamente exhortaba, ya que no le era posible gozar de su amada soledad. Comenzó por Nazareth, fué despues á la casa de Zacarías, de allí á Belen y así sucesivamente. No pasó por alto el Jordan, en donde fué bautizado el Señor, ni el desierto en donde ayunó cuarenta dias; ni el Caná de Galilea, ni el Tabor, testigos de los milagros de Jesús; ni el Cenáculo, ni el Getsemaní, ni los lugares que vieron los misterios adorables de la pasion y muerte del Hombre Dios; el calvario y el sepulcro, el castillo de Emaus y la Betania, testigos tambien de su gloria y de sus triunfos. ¡Con qué ardiente devocion adoraba al Señor, sobre el suelo mismo que fué teatro de sus misericordias y de sus prodigios! Dióse prisa para el regreso, y á su vuelta pasó por Alejandría, Siria, Antioquía y Trípoli, siendo en todas partes hospedado y festejado por los prelados, que le reconocian como un santo. Altamente fatigado llegó de Jerusalen al monasterio de S. Rufo en la Provenza, de donde habia sido abad. Hospedáronle aquellos canónigos con sumo afecto, y le besaban las manos y las orlas de sus vestidos. Refirióles su viaje, envidiándoles aquella soledad en donde habia sentido tan santas delicias. Despidióse de su abad y canónigos del monasterio, y en pocos dias llegó á Barcelona una tarde despues del ocaso. Entró secretamente en la ciudad, sin que nadie supiese de él hasta que le hallaron de rodillas ante las puertas de la catedral, que ya estaban cerradas. Abriéronselas al momento, y se hizo pública su llegada. Acudieron en tropel el clero y el pueblo trasportados de júbilo, y dada la accion de gracias, le acompañaron á su palacio, llevándole como en triunfo. Al dia siguiente por la mañana fué aquel inva-

dido por la multitud, que loca de alegría venia á felicitarle por su próspero viaje y regreso, y á recibir de él bendiciones y consuelos. Dió luego cuenta de su viaje á los serenísimos condes, que se alegraron mucho de su vuelta y buena salud; regalóles algunas reliquias que de la Tierra Santa habia traido, del pesebre, del sepulcro y de otros sagrados lugares. Participó al instante á Su Santidad, que era aun Calixto, su arribo á Barcelona, como ántes le habia dado cuenta de su partida, y en tan devota peregrinacion empleó el Santo poco más de un año. En adelante continuó sus funciones episcopales, con mucho mayor fruto que ántes, de suerte que todos le aclamaban por un gran santo, llegando su veneracion al extremo, pues hasta los pies le hubieran besado si lo hubiese consentido. Incalculables son las conversiones que producia su palabra, así como las enemistades que cortó y los pleitos que compuso, así entre el clero como entre particulares, pues era grande amigo de la paz. Y en los compromisos que en él hacian se firmaba: *Ollegarius indignus Tarraconensis Metropolis minister*. Pero ardiente amigo tambien de la justicia, procuraba que se verificasen las restituciones de lo usurpado ó mal adquirido, y que se reparasen las injusticias, hasta fulminar excomuniones á los renitentes. En tiempo de S. Olegario y á su instancia, se celebraron muchas veces córtes en favor de las inmunidades eclesiásticas, y en particular el Conde y los caballeros renunciaron en manos del Santo todas las iglesias y cementerios, con sus rentas y ofrendas, y todo lo que hasta entónces habian poseido y poseian, y por cualquier título pudiesen pretender, dando entera libertad á los ministros de dichas iglesias, sin reservarse jurisdiccion alguna sobre ellos. Así se desprende de los instrumentos del archivo de la catedral de Barcelona en el libro de las *Antigüedades*. Y no solo procuró la concordia entre sus feligreses, sino tambien entre el serenísimo conde D. Ramon Berenguer III y la república de Génova, y realmente la consiguió. Como el mencionado Conde habia hecho donacion á Olegario de la ciudad de Tarragona, á fin de poner allí un príncipe poderoso que atrajese moradores á aquella ciudad, y acabase de echar de ella á los moros, que eran tributarios; en prueba de su desinterés, en Marzo de 1128 con anuencia del Conde y de los obispos comarcanos, dió en feudo dicha ciudad y campo de Tarragona á Roberto de Aguiló, por sobrenombre Bordeto, con título de príncipe, reservándose para sí y sus sucesores los diezmos de tierra y de mar. Era este príncipe un fuerte y experimentado caudillo. Regia entónces la nave de la Iglesia Honorio II, que habiá sucedido á Calixto II, muerto en Diciciembre de 1124. Envió S. Olegario á Su Santidad embajador para prestarle obediencia, excusándose de ir personalmente á Roma á causa de los achaques propios de su vejez, y por hallarse muy ocupado en la legacion de la santa cruzada. Dióle parte de las dos

iglesias de Tarragona y Barcelona, que estaban á su cargo, y de la que Calixto II le habia nombrado legado *à latere*. En 1130 murió tambien Honorio II y le sucedió Inocencio II. En Julio de este mismo año, queriendo el serenísimo Conde arreglar sus asuntos y tomar el hábito de los Templarios, ó caballeros del Temple, enfermó y murió, dejando á nuestro Santo por el primero de sus albaceas. Hizo además, á instancias de Olegario, otras muchas restituciones para tranquilizar su conciencia. Verdadero padre de los pobres el santo y solícito pastor, y viendo la indigencia del hospital de enfermos, hizo una constitucion por la que se ordenaba que todas las camas de los clérigos que muriesen se entregasen al hospital, junto con sus ropas, ménos las de seda. En este mismo año, 1130, hallábase en Francia el papa Inocencio II, huyendo del furor del antipapa Anacleto, que se habia apoderado de la silla de S. Pedro; y acordándose Inocencio del valor, doctrina y virtudes de Olegario, pues siendo cardenal le habia visto y oido en Gaeta, y de la doble dignidad episcopal de que su antecesor le habia revestido, le escribió por sí mismo, participándole cómo habia publicado un concilio general en Clermont, y que gustaria se hallase en él, como se habia encontrado en el Lateranense de Calixto II, en el cual tanto valor se dió á su parecer y á su voto, añadiéndole que el concilio que iba á celebrarse era de tanta importancia como aquel, si no más. Manifestó Olegario la carta pontificia á su cabildo y al conde D. Ramon Berenguer IV, que empezaba á gobernar sus estados con tanta prudencia como acierto en la eleccion de los consejeros. Y tomada de comun acuerdo su resolucion, partió para el concilio Claramontano, donde le recibieron el Papa y los cardenales con el mayor entusiasmo, poniéndole de manifiesto los documentos, para que examinase la eleccion de Inocencio II en competencia con la de Anacleto; y despues de pesarlas en la balanza del derecho, dió por nula la de Anacleto y por justa y canónica la de Inocencio II, y así le rindió la obediencia con los demás obispos que se hallaban en el concilio, en el que fué declarado Anacleto por antipapa, cismático y excomulgado. En este concilio fué Olegario el único obispo español que asistió; y como primado de las Españas pudo suplir la ausencia de los demás, á quienes tal vez privaron de asistir la opresion y vejaciones de los infieles mahometanos, pues Olegario disfrutaba de paz en su diócesis. Concluido el concilio y recibida la bendicion de Su Santidad, regresó luego á Barcelona, donde llegó muy fatigado del viaje por sus años y penitencia. Instruyó al Conde, á su cabildo y á los obispos de su provincia, de la obligacion que tenian de obedecer al papa Inocencio II, declarado verdadero vicario de Jesucristo. Dedicóse en seguida á proseguir sus obras de reparacion y reedificacion de templos destruidos, profanados ó robados por las inmundas huestes de Mahoma, de

que habian sido víctimas muchos sacerdotes y fieles. La fama de la santidad y sabiduría de Olegario llenaba ya todas las provincias y reinos; y habiendo llegado á oidos de los reyes de Castilla y de Aragon y de varios príncipes y caballeros de España, y habiéndose suscitado sérias contiendas entre los reyes D. Ramiro de Aragon y D. Alonso de Castilla, el cual pretendia tocarle el reino de Aragon por su tio D. Ramiro, monje profeso y obispo de Barbastro, escribieron algunos caballeros al santo metropolitano, y superior que era en lo espiritual, pues no era entónces metrópoli Zaragoza, sino uno de los obispados sufragáneos de Tarragona, que por el bien de la paz interpusiese su autoridad para arreglar tan empeñado debate, del cual podia resultar mucha efusion de sangre. Se puso el Santo en camino para Zaragoza, trató allí con ambos contendientes, y con la fuerza de su ejemplo y de su palabra logró concertar tan peligrosas diferencias, que podian producir los desastres de una guerra civil, quedando D. Ramiro, rey de Aragon, y San Olegario muy estimado de ambos reyes, altamente reconocidos á su mediacion saludable. Medió tambien el Santo para que se concertasen y terminasen los funestos disturbios, que habia años atrás entre los condes de Barcelona y los de Tolosa. Tiempo era ya que tan santa y trabajosa vida encontrase su recompensa, esto es, su descanso en la tierra y su triunfo en el cielo. El Señor le quiso favorecer muy particularmente, revelándole el tiempo en que habia de morir, como él mismo se lo habia suplicado, á fin de mejor disponerse para aquel dia tan deseado de los santos. Y efectivamente, en el sínodo celebrado en Noviembre de 1135, dijo que aquella seria la última reunion sinodal á que él asistiria; y en los tres dias que solia durar predicó con una uncion y ternura extraordinaria, y con abundancia de lágimas, de modo que derretia el corazon de sus oyentes, exhortándoles á que ejerciesen con amor y celo el oficio pastoral. Al verse Olegario enfermo de gravedad, despues de haber hecho y otorgado solemnemente varias donaciones de fincas ó predios á su cabildo de Barcelona, fatigado de años, penitencias, viajes y cuidados incesantes por el celo de la casa de Dios, exhortaba ardientemente á los párrocos que habian acudido á Barcelona para la celebracion de otro sínodo; y miéntras les pedia rogasen á Dios por él, ellos le pedian que rogase por ellos. En todos los templos de Barcelona se hicieron rogatigas por el Santo, que así él lo habia ordenado. Recibió los santos sacramentos con ejemplar devocion, y juntas las manos delante de un crucifijo oraba y comunicaba con Dios, entre los fervores de la más elevada contemplacion. Y despues de haber proferido aquellas palabras *In manus tuas, Domine*, etc., cerró suavemente los ojos y entregó su alma al Criador. Todo el mundo exclamaba: *Ha muerto el Santo.* El duelo fué general, pero se consolaban invocándole como á santo: *S. Olegario, rogad por*

nosotros. Besábanle las manos, y cortaban como preciosas reliquias pedacitos de su vestido. Murió S. Olegario á los setenta y seis años de su edad, á 6 de Marzo de 1136, y desde entónces hasta el presente, 1863, que median 727 años, como un prodigio se conserva su cuerpo entero, incorrupto y flexible. No ménos que el pueblo lloraba su muerte el conde D. Ramon Berenguer IV, por la pérdida de su santo consultor; pero alentábale la confianza de que tenian un intercesor en el cielo. No hubo persona en la ciudad que no fuese á rendirle el último homenaje en los magníficos funerales que se celebraron en la catedral, con asistencia del Conde, de todo el clero y pueblo. Postrados ante su sepulcro como delante de un altar, cada cual pedia á Dios lo que más deseaba por intercesion del Santo, por medio de la cual refiere la historia haberse obrado innumerables milagros en toda clase de personas, necesidades y dolencias; por manera que en 1151, catorce años despues de la muerte del Santo, el arzobispo de Tarragona D. Bernardo, en una escritura ó instrumento público, le llama rendidamente *Beato Ollegario*. A los diez y seis años de haber muerto ardian ya lámparas delante de su cuerpo. D. Pedro II de Aragon pidió su canonizacion al papa Martin IV. El papa Paulo V siendo legado apostólico, y otros legados, príncipes y reyes, han visitado y venerado á S. Olegario en sus sagrados restos, y se han encomendado á sus oraciones. La mitra de que usaba el Santo se conserva milagrosamente. San Vicente Ferrer le llamó santo, y S. Raimundo de Peñafort pidió su canonizacion. El Sr. Coloma, obispo de Barcelona, mandó averiguar y consignar por escrito muchos milagros que obró el Señor por intercesion del Santo, muchos de los cuales se hallarán referidos en la vida del mismo, que en 1617 escribió el ilustre García de Caralps, canónigo penitenciario de la santa iglesia de Barcelona, de la que, así como de su compendio, escrito por el Doctor D. Luis de Durán y de Bastero, canónigo de la misma iglesia; de la Crónica de Cataluña por Pujades y de las Memorias biográficas del Sr. Amat, hemos redactado este artículo. Tenemos de S. Olegario un sermon ú homilía que segun el carácter del manuscrito parece del siglo XII, en que murió el Santo. Y es digno de observarse el título, dice el hábil anticuario D. Juan Antonio Fernandez, archivero general del órden de Santiago, en que aun no se le da el dictado de santo. Por este documento descubrimos que nuestro Santo debió colocarse entre los escritores eclesiásticos de España. Y lo merece además, segun el otro anticuario D. Jaime Pascual, por no ser este el único parto de su ingenio del que tenemos noticia. Ya el cardenal de Aguirre, en su *Coleccion de Concilios de España*, publicó dos cartas de nuestro S. Olegario que lo constituian tal; y en efecto, D. José Rodriguez de Castro, en el tomo II de su reciente *Biblioteca Española*, colocó al santo Arzobispo entre los escritores españoles del siglo XII por razon de las mismas, aunque con la

solemne equivocacion de hacerle subir á la sede de Tarragona desde la de Ostia, en Italia. No es fácil atinar de donde sacaria Rodriguez tan palmaria equivocacion, cuando todos los historiadores del Santo, la historia de la Iglesia, la tradicion, las crónicas catalanas y todos los documentos estan contestes en que desde la abadía de S. Rufo, en Provenza, subió á la silla episcopal de Barcelona, cuya dignidad retuvo hasta la muerte, sin embargo de haber ocupado la metropolitana, de modo que su antecesor Berengario habia sido á un tiempo arzobispo de Tarragona y obispo de Vich. Y es más aun de extrañar este error, en cuanto cita al P. Mtro. Florez en su *España Sagrada*, que dice todo lo contrario. Es altamente honorífico para S. Olegario, que luego despues de su muerte fué ya calificado con el título de santo, y como tal invocado y venerado, como consta por un documento del año 1149, en que una junta ó concilio de obispos le da el dictado de santo. Esta sentencia, despues de haber pasado apenas doce años de su dichoso tránsito, equivale á una canonizacion de las más solemnes de aquel siglo, cuya noticia hubiera sido muy eficaz si se hubiese alegado en Roma en el siglo XVII, cuando se promovió por la Santa Iglesia de Barcelona la causa de la pública y universal canonizacion de S. Olegario. Algunas otras particularidades pudieran añadirse para enaltecer la gran figura de este santo Obispo, como por ejemplo, la de presentarle como restaurador de la regla canonical en España, y especialmente en su provincia Tarraconense, entónces muy dilatada; pero las omitimos en obsequio de la brevedad. Las dos cartas de que hemos hablado, y que atribuye á S. Olegario el cardenal Aguirre, son una al papa Inocencio II en defensa de S. Raimundo, obispo de Roda, contra Esteban, obispo de Huesca, el cual habia echado á aquel de su silla á impulsos del rey de Aragon D. Alfonso el Batallador. Y la otra carta la escribe al mismo Papa consultándole acerca de la consagracion del obispo de Roda, elegido por los canónigos. Y el Sr. Cormina en su Apéndice á las *Memorias* del Señor Torres Amat, aumentó el artículo de S. Olegario con la noticia de haber existido ó existir en el archivo de la municipalidad de Reus, segun un índice, la obra en catalan: *Ordinacions practiques y reglaments escrits per lo mateix Sant Olaguer, donats al poblador de Reus escrits en llatí y sobre pergami.*— R. y C.

OLESNIKI (Sibignée), cardenal y obispo de Cracovia en el siglo XV. Si hemos de dar crédito á Auberi en su *Historia de los Cardenales*, y á Cromer en su *Historia de Polonia*; á Moreri, con relacion á ambos, en su *Gran Diccionario histórico*, y á los biógrafos que han hablado de Sibignée Olesniki, es preciso confesar que fué uno de los más grandes hombres que ha producido el antiguo y heróico reino de Polonia. Hijo de una noble, antigua é ilustre familia, recibió una fina educacion y una esmerada instruccion, segun la

que se acostumbraba á dar á los nobles en su época. La capacidad intelectual en que se le consideró al salir de sus estudios, le elevó al cargo honroso de secretario del rey Ladislao Fagellan, á cuyo príncipe siguió en sus expediciones militares, y en una de ellas tuvo la fortuna de salvarle la vida, derribando de un bote de lanza á un caballero que venia directamente á dar la muerte al soberano. Hubiera el Rey honrado sobre el campo de batalla á su secretario con la honrosa órden de la caballería, tan estimada en aquella época, si no hubiese conocido en él más inclinacion al estado eclesiástico que al de las armas, y por lo tanto le premió mandándole poco despues á Roma con otros dos caballeros poloneses, para que prestase en su nombre obediencia al papa Juan XXII. Despues le mandó con otro señor de su corte cerca del emperador Segismundo, para manifestar á S. M. Imperial, que él y el duque de Lithuania apelaban de una sentencia arbitraria que habia dado contra ellos y en favor de los caballeros de Prusia. Indignado el Emperador de esta apelacion quiso hacer ahorcar á los dos embajadores; pero le detuvieron las reflexiones de su Consejo, y por lo tanto se contentó con maltratarles de palabra, despidiéndoles sin darles respuesta alguna. Fué mandado tambien de embajador á los caballeros de Prusia, y otra vez cerca del mismo Emperador, al que ofreció el auxilio del Rey su amo, para obligar á los husitas á entrar en su deber. Al volver de estas honrosas embajadas fué elegido obispo de Cracovia, y en seguida se sirvió de él Ladislao para que fuese á demarcar los límites de la Prusia y de la Samogitia. Volvió á mandarle de embajador á la corte del duque de Lithuania, en la que habia estado otra vez en la misma calidad. Tenia este príncipe el designio de erigir en reino sus estados, á lo cual no se acomodaban los polacos. La decision de este asunto se cometió á los estados de Polonia, en los que habló el obispo de Cracovia con tanta energía y elocuencia en contra de la proposicion del Rey, que los estados, convencidos de sus razones, se opusieron á ella, diputándose á Olesniki á Vitold, duque de Lithuania, para que tratase de disuadirle de su empeño. La respuesta de este príncipe fué demasiado ambigua para que pudiese satisfacer á los polacos, y por lo tanto volvieron á mandar al obispo de Cracovia para ofrecerle su corona; pues que Ladislao, su rey y su primo, tenia ya demasiada edad para que pudiese conservarla por mucho tiempo. Temiendo el Duque se escondiese algun lazo en semejante oferta, dió las gracias á los polacos, y contentándose con hacerse rey de Lithuania, título que le ofrecia el emperador Segismundo, no le causaron efecto las amenazas del obispo de Cracovia. Volviendo otra vez Olesniki á Lithuania, obtuvo que el Duque se avistaria con el rey Ladislao en un sitio convenido, en donde se juntarian como casualmente con motivo de una partida de caza por una y otra parte. Te-

miendo los polacos de que la avanzada edad del Rey, debilitase su espíritu hasta el punto de hacerle condescender á los ambiciosos designios del Duque, le suplicaron llevase consigo á esta entrevista á los principales miembros de su Consejo, y muy especialmente al obispo de Cracovia, del que habian sabido que el Rey no decidiria nada. El Duque, que conocia el ascendiente que tenia este prelado con el rey Ladislao y con los polacos, no perdonó medio alguno para ganarle; pero ni los honores, ni las sumisiones, ni las súplicas, ni las amenazas pudieron vencerle, respondiendo siempre al Duque que preferiria toda su vida el bien de su patria al favor, honores y tesoros de todos los monarcas del mundo, y que por lo tanto estaba resuelto, no solo á perder su obispado, sino la vida, ántes de faltar á lo que él creia ser de su deber. La muerte del duque Vitold, que tuvo lugar poco despues en 1430, puso á este prelado á cubierto de las funestas medidas que habia tomado este príncipe contra él. En cuanto el rey Ladislao supo la muerte del Duque, envió al obispo de Cracovia á Polonia, temiendo no se opusiese á su idea de poner á Struigillon, su hermano, en posesion de la Lithuania en vez de unirla á la Polonia, rogándole la viuda del Duque á su partida se trajese los tesoros y muebles del difunto, para que los usase durante su vida y repartiese á su fallecimiento entre las iglesias de la diócesi; pero él rehusó generosamente esta rica ofrenda. Revestido el ingrato Struigillon con la dignidad de duque de Lithuania, detuvo al Rey su hermano como prisionero en Vilna, capital del ducado, bajo el pretexto de que Podolia, que dependia de él, habia declarado no querer reconocer más autoridad que la del rey de Polonia. Poniéndose el obispo de Cracovia á la cabeza de algunos principales caballeros de la Corte, voló en socorro de su señor; pero se detuvo en el camino al saber que se le habia dado libertad. Queriendo castigar el Rey la ingratitud de su hermano, envió poco tiempo despues á siete de sus caballeros consejeros á Lithuania, que desposeyeron del ducado á Struigillon, y le sustituyeron con Segismundo, hermano de Vitold, á quien el obispo de Cracovia, que fué el jefe de este consejo, puso la espada en la mano, por lo que el duque de Lithuania vino á ser confederado del rey de Polonia. Si este prelado tuvo tanto celo en servicio de su soberano, no le tuvo ménos por los intereses de la iglesia. Koribut, jefe de los herejes de Bohemia, que despues de la muerte de Ziska *el Ciego*, su general, se llamaban los huérfanos, vino con algunos á ver á Ladislao á Cracovia, y en cuanto llegaron hizo el Obispo cesar el oficio divino hasta el punto de ir el jueves santo fuera de ciudad á celebrarle. Visto esto por el Rey, despidió inmediatamente á los bohemios, que al marcharse maldijeron y amenazaron al Obispo. Estos herejes mandaron poco despues embajadores á Polonia pidiendo la alianza del Rey con los caballeros de Prusia, los que manifesta-

ron que los PP. del concilio de Basle no desaprobaban absolutamente sus opiniones particulares, y que el arzobispo de Guesne, primado del reino, y algunos otros prelados les habian recibido á su comunion. El obispo de Cracovia hizo cesar segunda vez el oficio divino en cuanto llegaron los embajadores; quejáronse amargamente estos al Rey de la conducta del prelado, y se indignó esta vez de tal modo contra él, que sin hacer caso de las reflexiones de este grande hombre, fiel y buen servidor, no solo le maltrató de palabra, sino que formó la resolucion de hacerle asesinar en la siguiente noche. Advertido el prelado, no se extrañó de la conducta del Rey; pero en lugar de encerrarse en su palacio, salió á media noche para asistir á maitines á su catedral, acompañado solo por un limosnero y un criado. Volviendo el Rey de su enajenamiento, le obligó el Obispo á lanzar de la corte á un sacerdote hereje que se habia introducido en ella, y llegó hasta á amenazarle con censuras eclesiásticas, si no restituia á las iglesias particulares ciertas tierras que habia usurpado para darselas á algunos caballeros durante la guerra. Nombrando el rey Ladislao al obispo para dirigir la embajada que habia resuelto mandar al concilio de Basle, ántes de partir reconvino sériamente al Rey en plena asamblea de los Estados generales, representándole los abusos con que perjudicaba al reino, reprochándole su vida poco cristiana, tanto más lamentable, cuanto que para ser rey de Polonia habia abrazado la religion católica, y le pidió aboliese muchas infames supersticiones que conservaba aun del paganismo; añadiendo que pues que las vivas exhortaciones que le habia hecho en particular y aun á presencia de algunos de sus confidentes, nada le habian servido para mejorar su conducta, era de su deber hacerlas en público, porque si aun así no se convertia, se veria obligado á tratarle como pecador público; y terminó diciéndole que él hubiera podido disimular como otros y adquirirse por este medio su benevolencia; pero que esto hubiera sido hacerse prevaricador de su ministerio, y portarse como un obispo mercenario, y como mal consejero: que lejos de esto, preferia el bien de su patria á sus propios intereses, y que en reconocimiento de los beneficios que habia recibido de su Rey, siempre procuraria más por su salud espiritual, que por conservarse en su gracia. El Rey no se atrevió á interrumpirle en su arenga; pero al fin de ella la calificó de imprudente, por haberle hablado de aquel modo, sin la anuencia del arzobispo de Guesne su metropolitano, de los demás prelados, y de otros señores que estaban presentes; pero cuando vió el príncipe que todos los presentes aplaudian la generosa firmeza y energía de este digno sucesor de S. Estanislao, entró en sí mismo, y resolvió cambiar de vida y amar á aquel prelado, que manifestaba ser el más fiel de sus consejeros, y así fué que al morir, poco tiempo despues, le legó por medio de su testamento, como

prueba de su benevolencia, el anillo que habia recibido de la reina Hedu-vige su primera mujer, como la cosa que estimaba más en el mundo. Sabiendo nuestro prelado la muerte de su Rey cuando caminaba á Basle, se detuvo en Posuania, en donde en una asamblea que convocó bruscamente, hizo declarar rey al hijo mayor del difunto en 1434. La juventud de este príncipe fué causa de que murmurasen los polacos sobre su eleccion; pero volviendo el obispo á Cracovia, reanimó los espíritus y sofocó con su prudencia la division que habia empezado á promoverse. Informado el papa Eugenio IV del extraordinario mérito del obispo de Cracovia, le creó cardenal el año 1439, é igualmente lo hizo el antipapa Felix V, que le queria atraer á su partido; pero Olesniki no recibió el capelo sino de manos del pontífice Nicolao V el año de 1447. Habiendo el jóven rey Ladislao sido nombrado rey de Hungría, le acompañó el obispo de Cracovia á tomar posesion del nuevo reino. Muerto este príncipe en la funesta batalla de Varnes, el año 1444, el Obispo hizo elegir para sucederle al príncipe Casimiro, su hermano, que era duque de Lithuania. Queriendo mucho los lituanos á su señor, no le dejaron salir del ducado, por lo que aprovechándose de esta circunstancia algunos polacos descontentos, eligieron por rey á Bolestar, duque de Masovia; pero no tardó el Cardenal en hacer se anulase la eleccion, y saliendo al fin Casimiro de Lithuania, reunió los Estados generales en Petricovie. Indispúsose en esta asamblea el obispo de Cracovia con el arzobispo de Guesne de tal modo sobre puntos de etiqueta y de política, que este prelado abandonó la asamblea arrastrando consigo muchos señores de la Gran Polonia que no podian sufrir que un prelado de la menor, aun cuando fuese cardenal, ocupase el primer puesto. A fin de no turbar á los Estados se retiró tambien el cardenal Olesniki, y de este modo quedó la asamblea en libertad de decidir sobre la contienda. Los estados decidieron en favor del cardenal, pero al propio tiempo acordaron que en lo sucesivo ningun prelado polaco pudiese aceptar el cardenalato ni la legacion en el reino, sin una órden expresa del Rey y de los Estados. En otra asamblea que tuvo lugar en la Polonia Menor, reprendió con su acostumbrada libertad las faltas públicas del rey Casimiro, reprochándole especialmente por el perjuicio que causaba á Miguel, hijo de Segismundo, duque de Lithuania, reteniéndole la herencia de sus padres; exhortándole á que se la entregase, y declarando que no queria seguir siendo su consejero, á fin de que no se creyese que aprobaba sus vicios, y que si se quedaba en la corte seria solo para proteger á los oprimidos. En otra ocasion reprendió tambien Olesniki al Rey por las amenazas con que habia respondido á los embajadores del duque de Masovia, haciéndole conocer que un Rey no débe ofender jamás á nadie de obra ni de palabra y ménos á los embajadores de un antiguo alia-

do de la Polonia y próximo pariente de su augusta persona. Convenido el matrimonio del rey Casimiro con Isabel de Austria, hija del emperador Alberto V, la ceremonia de los esponsales fué causa de disputa entre el cardenal Olesniki y el arzobispo Guesne, y á fin de ponerles de acuerdo, se confirió este honor á S. Juan Capistrano, que se hallaba entónces en Polonia; pero como el Santo no pudo verificarlo, porque ignoraba el aleman y el polonés, se determinó que el Cardenal casaria á los reyes y que el Arzobispo los coronaria, lo que se verificó así. Este fué el último acto del sabio hombre de estado y piadoso cardenal Olesniki, pues que murió en Sandomir el dia 1.° de Abril de 1455, á la edad de sesenta y seis años. No queriendo tener más herederos que los pobres, á los que siempre amó mucho, legó todos sus bienes á diversos hospitales y monasterios. La Polonia perdió en Olesniki un grande hombre de estado, que durante su vida la libró de muchos desastres, y la religion un severo ortodoxo, que decia la verdad á los reyes sin temor alguno, obligándoles con sus consejos y elocuencia á alejarse de los vicios y á seguir por el camino de la virtud: si hubiera habido siempre prelados tan dignos al lado de los monarcas, de seguro que la adulacion no hubiera podido adormecerlos fácilmente al borde del precipicio, en el que no pocos han caido arrastrados por sus vicios y malas pasiones, sin que una mano benéfica y valerosa los detuviese en la pendiente para que no cayesen en él. Ejemplos mil tenemos de soberanos, que haciendo caso de las amonestaciones de los buenos prelados servidores, hicieron la felicidad de sus pueblos edificándoles con su conducta, al paso que nos presenta la historia otros, que despreciando la voz de la verdad, y engolfándose en el cieno de las pasiones, cayeron del trono como heridos por el rayo en castigo de su obcecacion y poco temor de Dios, á quien debian su elevacion. —C.

OLFINAD DE MEDICIS (Fr. Pedro). Nació en Valencia, de padres nobles, y vistió en dicha ciudad el hábito de Carmelitas observantes. La Orden puso tanta confianza en su rectitud, entereza y sabiduría, que le nombró dos veces prior, despues provincial de Aragon, Valencia y Navarra, y presidió varios capítulos provinciales que celebró su religion. Graduóse de filosofía y teología; fué catedrático de artes y metafísica, y entre los ilustres discípulos que salieron de su escuela, podemos citar al Excmo. Sr. D. Luis de Crespin y Borja. Felipe IV le nombró obispo de Orihuela, pero ántes de que pudiera consagrarse, falleció en Valencia el 26 de Abril de 1659, á la edad de setenta y tres años, aunque el canónigo Horti cree que falleció despues de la consagracion. Publicóse en Valencia un sermon que escribió con motivo de las fiestas que la universidad de su patria hizo en 1639 al seráfico Dr. S. Buenaventura. — M.

OLIER (Juan Santiago), cura de S. Sulpicio y fundador de una congre-

gacion de sacerdotes de este nombre. Nació en París el 20 de Setiembre de 1608, y desde jóven obtuvo ya la abadía de Febrac y un canonicato de Prionde. Terminados sus estudios en la Sorbona, graduóse de licenciado en teología, y despues se asoció con los jóvenes eclesiásticos, á quienes S. Vicente de Paul daba conferencias sobre materias relativas á su estado, todos los martes en la iglesia de S. Lázaro. Ordenado de sacerdote en 1633, se puso al frente de las misiones que se hacian en el territorio de su abadía de Febrac, recorriendo él mismo, como misionero, la Aubernia y el Velay. Nombrado coadjutor de Chalons sobre el Marne por Luis XIII, renunció esta plaza por no apartarse de sus tareas apostólicas, ocupándose tambien entónces en el proyecto de establecer una sociedad consagrada á la educacion de los jóvenes eclesiásticos. Poseido de un celo ardiente y sostenido con los consejos del P. Condren, su antiguo maestro, dió principio á la ejecucion de su plan en 1641 en Vaugirac, asociándose varios celosos eclesiásticos. Aunque al siguiente año fué nombrado cura de S. Sulpicio en París, no cesó sin embargo de dirigir el seminário que habia creado, cuidando de su progreso con todo el ardor que le animaba. Estudiaba con gran tino la vocacion particular de sus eclesiásticos, señalando á cada uno las funciones que le eran más propias: así destinaba á unos al ministerio exterior de la parroquia, y confiaba á otros el cuidado de formar á los jóvenes eclesiásticos en los deberes de su estado. Todos vivian en comunidad dirigidos por el abate Olier, quien atendia á todo con una actividad y fervor imponderable. A sus esfuerzos se debe la fundacion de la iglesia de S. Sulpicio, cuya primera piedra puso la reina Ana de Austria en 1646. Construyó un seminario cerca de la misma iglesia, y obtuvo la competente autorizacion para su establecimiento; y deseoso de interesar en su obra piadosa á todas las clases de la sociedad, creó en su parroquia una asociacion de nobles y militares, que secundasen sus humanitarias miras, consiguiendo que se obligasen públicamente del modo más solemne en 1651 á no aceptar ni provocar ningun género de desafío. Durante las disensiones á que dió lugar la minoridad de Luis XIV, procuró fomentar entre sus feligreses espíritu de obediencia y fidelidad debidas á su príncipe. Incansable en procurar el bien á las clases desvalidas, instituyó asociaciones de caridad para alivio de los pobres y enfermos, estableció escuelas gratuitas para los niños, fundó casas para los huérfanos de ambos sexos; y sin descuidar la instruccion de los ignorantes, consagró todos sus desvelos á proteger la desgracia. Si bien en 1652 hizo renuncia de su curato, no abandonó por esto la direccion de su seminario, fundando otros en Viviers, Pui, Vour-Saint-Andeol, Clermon, Montreal y el Canadá; pues hasta esta colonia se extendió su celo, fundando en París una asociacion destinada exclusivamente á propagar la ilustracion y las luces en-

tre los salvajes. Cuando más adelante la congregacion de S. Sulpicio compró la isla de Montreal, Olier fundó en ella establecimientos que han llegado al más alto grado de prosperidad, no habiendo tenido éste la satisfaccion de ver los grandes progresos de su obra; sus trabajos y austeridades abreviaron el término de sus dias y le condujeron al sepulcro en 2 de Abril de 1657. Tuvo la satisfaccion de ser visitado en sus últimos momentos por S. Vicente de Paul, con quien estaba íntimamente unido. La fama de su capacidad y virtudes era general en todo el reino de Francia; y Bossuet al tratar de él en una de sus obras, le titula *Virum præstantissimum ac sanctitatis odore florentem*. La asamblea del clero de Francia le apellida, en una carta dirigida al papa Clemente XII, *eximium sacerdotum insigne cleri nostri decus et ornamentum*; elogios justamente merecidos, porque el desprendimiento de Olier, su humildad y sus esclarecidas virtudes conocian pocos rivales entre las almas generosas. Los escritos que dejó este ilustre fundador son los siguientes: 1.° *Tratado de las Ordenes sagradas*; París, 1676, en 12.°, reimpreso recientemente. — 2.° *Introduccion á la vida y virtudes cristianas;* París, 1689, en 24.° — 3.° *Catecismo cristiano para la vida interior*; Lovaina, 1686; París, 1681, en 24.°; Colonia, 1703, en 12.° — En esta obra, que cita Poiret, se han hallado algunos resabios de misticismo. — 4.° *Camino del cristiano;* París, 1672, en 12.° — 5.° *Una coleccion de cartas*; 1674, en 12.° 6.° *Explicacion de las ceremonias del oficio de la parroquia;* 1655, en 12.° Conocemos un compendio de la vida de Olier, escrito por el P. Giri. Además de los extensos pormenores que se hallan acerca de él en las *Observaciones históricas sobre la parroquia de S. Sulpicio*, por el abate Simon de Doujont, en 1818 salió tambien á luz otra vida de M. Olier, Versailles en 8.°, escrita por el abate Nagot de S. Sulpicio, en la cual se pintan con los más vivos y verdaderos colores las eminentes virtudes del piadoso fundador. El abate Olier fué reemplazado así en el curato de S. Sulpicio como en la direccion del seminario, del cual dependia, por el abate de Lagois de Breton Viliers; mas despues de la muerte de éste separóse el curato de la direccion del seminario. De modo que la comunidad de sacerdotes encargados de servir la parroquia, era enteramente distinta de la asociacion de eclesiásticos del seminario; pues hasta se diferenciaban en el nombre. Los eclesiásticos del seminario formaban la verdadera congregacion de S. Sulpicio, la cual tenia ántes de la revolucion cinco seminarios en París y doce en las provincias. Los eclesiásticos, que se han dado más á conocer en la direccion de aquel seminario despues de la muerte del piadoso Olier, son el abate Tromson, que falleció en 1700, y el abate Emeri, que murió en 1802. Este piadoso establecimiento ha sobrevivido á la revolucion francesa, y continúa dirigiendo varios seminarios. El cardenal de Bauset le prodiga merecidos

elogios en su *Historia de Fenelon*, tomo I, lib. I, y aun este mismo prelado dejó un testimonio del aprecio que le merecia aquel cuerpo en estas palabras: *No existe institucion más apostólica ni más venerada que la de S. Sulpicio.* — M.

OLIGATO (Fr. Antonio de), religioso capuchino, conocido por haber escrito los *Anales de los Capuchinos.*—S. B.

OLIMPIA ú Olimpa y Rodion, mártires. San Pablo les enseñó en Roma la religion cristiana, y hace mencion del primero en su epistola á los Romanos, XVI, 15, diciendo: *Saluda á Olimpias ó á Olimpiade, que es uno de los más distinguidos por su mérito y virtud.* Los pormenores de su vida son completamente ignorados, solo hallamos en Galescinio que fueron discípulos é imitadores de S. Pedro, y que le siguieron en la corona del martirio, siendo degollados en la misma Roma por órden del emperador Neron. Los griegos honran la memoria de Olimpiade en 10 de Noviembre, en cuyo dia tambien se halla en nuestros martirologios. — M.

OLIMPIADA (Sta.), viuda, citada por el Martirologio Romano en 17 de Diciembre. Ocupaba un rango muy distinguido y era posesora de una fortuna inmensa. Nació en el año 368, y aunque huérfana desde la infancia, creció en la virtud y piedad. Viuda á los pocos dias de haber contraido matrimonio con un personaje tan noble como rico, hizo el propósito de conservarse viuda, y entregarse á las prácticas de una piadosa austeridad. Esta Santa falleció á principios del siglo V. — M.

OLIMPIADES (S.), mártir, descendiente de una familia patricia de Roma. Santa Firmina le convirtió á la fe cristiana, la que proclamó con tan heróica constancia en el potro, que mereció los honores del martirio, siendo degollado en Amelia de Hungría, lugar donde habia Olimpiades mandado degollar otros cristianos cuando era procónsul é idólatra. Su muerte ocurrió en el imperio de Diocleciano. La Iglesia recuerda su triunfo en 1.° de Diciembre. — M.

OLIMPIAS y Máximo (Stos.), mártires, naturales de Corduena de Persia. Conducidos á la presencia del emperador Decio, implacable perseguidor de los cristianos, proclamaron valerosamente su fe. No esperaba ménos el Emperador de la entereza de los hijos de la Cruz, pues la experiencia le habia enseñado que el cristiano, léjos de rehuir el martirio, se entregaba á él con todo el ardor de su corazon. Mandó, pues, que luego fuesen azotados estos santos mártires, y como el dolor y las profundas heridas que abrian en su cuerpo los verdugos no pudiese hacerles vacilar un momento, ordenó para evitar la afrenta que su autoridad sufria que fuesen decapitados. El martirio de estos héroes tuvo lugar en 15 de Abril del año 254, y sus cuerpos fueron recogidos y sepultados piadosamente en un lugar á propósito,

despues de haber estado cinco dias abandonados. Hablan de estos Santos Beda, Usuardo, Adon, Surio y otros. La Iglesia hace conmemoracion de sus nombres en 15 de Abril. —M.

OLIMPIO (S.), mártir. Una familia digna de la misericordia de Dios nos presenta la santa Iglesia católica el dia 26 de Julio, de la que podemos tomar leccion de constancia en el amor de Dios, de sufrimiento por su santa causa y de amor á la santa Religion que estamos obligados á defender aun á costa de toda nuestra sangre, desde que tuvimos la dicha de recibir las saludables aguas del bautismo, por las que nos hicimos hijos de Dios y herederos de su gloria. En los reinados de los emperadores romanos Valeriano y Galieno vivia en Roma un virtuoso matrimonio con su hijo, no ménos afecto á Dios que sus padres: Olimpio y Euxapenia se llamaban los primeros y Teódulo el segundo. Cristianos, observantes fieles de la ley evangélica, se entregaban á los ejercicios de piedad sin temor de la persecucion que durante el imperio de Galieno se hacia á los cristianos, porque estaban dispuestos al sacrificio para merecer la corona del martirio, premio glorioso de los que saben sacrificar la vida por su Dios en las santas aras de la religion católica. Acusados de seguir la religion de Cristo, fueron encerrados de órden de Valerio; pero puestos en libertad despues sin consecuencias, siguieron en sus religiosas tareas. Sabiendo que se habia condenado á la muerte al glorioso S. Sinfronio fueron á presenciar su suplicio, para afirmarse más en su propósito de morir por el Crucificado: y al ver á Sinfronio sufrir con tanta constancia y valor los tormentos, y maravillados de los portentos que obró Dios por medio de aquel heróico varon, llenos de amor y de esperanza de seguirle al cielo, y entusiasmados con la idea de sufrir la muerte por ello, los dos esposos confesaron á gritos á Jesucristo á presencia de los verdugos del santo mártir, y lo propio hizo su hijo Teodulo. Encerrados para ejecutarlos otro dia, tuvieron la dicha de ser bautizados por el papa S. Esteban: y como no se rindiesen á las amenazas de sus verdugos, al dia siguiente, que fué el 16 de Julio del año 256 de nuestra era, fueron abrasados vivos, y sus almas volaron al seno de Dios. —C.

OLIMPIO (S.). Véase Sinfronio (S.).

OLIMPIO (S.), obispo. Créese por algunos que habia nacido en España, sin que se sepa el fundamento de esta noticia, y leemos en el Martirologio Romano que fué obispo de Tracia, donde sufrió con valerosa constancia muchísimas persecuciones en defensa de la fe católica contra la herejía de los arrianos. Así lo dice S. Atanasio al ocuparse de este ilustre prelado y de la artificiosa é impía conducta de los discípulos de Arrio. S. Olimpio fué lanzado de su silla por los herejes, y acabó sus dias en el destierro. Se cree que escribió un excelente tratado contra los sectarios que negaban el

libre albedrío. La Iglesia recuerda el nombre de este Santo en 12 de Julio. — M.

OLIMPIO, obispo de Barcelona en el IV siglo, pues lo fué poco despues de S. Severo, por el año 316, y no debe confundirse con Lampio, que lo fué á últimos del mismo siglo y sucedió á S. Paciano. Aunque no es generalmente conocido este prelado de la primitiva Iglesia, el ilustrísimo biógrafo Torres Amat aduce autoridades respetables, que nos inducen á formarnos de aquel personaje una alta idea, así en santidad como en sabiduría. Nada ménos cita que á S. Agustin en el lib. I contra Juliano, cap. 3.°, el cual habla de él en estos términos: *Olimpius, hispanus episcopus, vir magnæ in Ecclesia et in Christo*, etc. Y añade que en el cap. 8.° del mismo libro le da el dictado de Santo: *Sanctus Olimpius dicit*, etc. Gennadio, en el capítulo 23, dice de él que fué español y obispo, y que escribió un libro contra aquellos *qui naturam et non arbitrium in culpam vocant*. El célebre historiador P. Enriquez Florez, en el tomo XXIX de su *España Sagrada*, dice que se ha de venerar como Santo. Gerónimo Paulo, natural de Barcelona y uno de los célebres anticuarios de su tiempo, en su obra titulada *Barcino*, tomo II de la *España Ilustrada*, dice de Olimpio: Ilustró tambien estos tiempos el obispo Olimpio, y con su ejemplo Poncio Paulino Aquitánico, electo obispo de Nola, fué ordenado de presbítero en esta nuestra ciudad de Barcelona. De él se conservan unas *cartas al poeta Liccio*, discípulo de Aurelio Agustin, llenas de religion y de urbanidad. Pero es de advertir, que tanto este autor como Diago, Pujades y algunos otros confundieron á Olimpio, que vivia á principios del siglo IV, con Lampio, tambien obispo de Barcelona, que pertenece al siglo V ó de últimos del IV en adelante; esto es, desde el año 392. Y este prelado fué el que ordenó á S. Paulino. Como no queda escrito alguno de Olimpio, dice el Sr. Torres Amat, es difícil averiguar si el *sermon* de que habla S. Agustin formaria parte del *Libro de la Fe*, de que nos dan noticia Gennadio y Honorio, bien que de lo que dicen estos dos escritores parecen ser dos obras distintas, y que en el *Libro de la Fe* se rebate la doctrina de los maniqueos, que atribuyen los pecados de los hombres, no al libre albedrío sino á la misma naturaleza; y en el *Sermon eclesiástico* se trata del pecado original y de sus funestas consecuencias. Por S. Oprati, milevitano (lib. I) sabemos que despues del Concilio Romano, en 313, ante el papa S. Melquiades, sobre la causa de Donato y de Ceciliano, envió el emperador Constantino Mauro á Cartago dos obispos para remover de aquella iglesia á los dos referidos competidores y nombrar un obispo. Esto acaeció, segun Tillenan, en 316, y los obispos se llamaban Eunomio y Olimpio, los cuales permanecieron allí cuarenta dias y declararon que la Iglesia católica era la esparcida por todo el orbe, y que no podia revocarse la sentencia

del citado Concilio Romano, la cual fué favorable á Ceciliano. Esto es lo que dice S. Oprato. Si Olimpio era obispo á principios del siglo IV no puede ser el que se supone que escribió contra los priscilianistas, ni asistir, como creyó Dupin, al concilio de Toledo del año 400. Paulino, en la carta á Pamaquio, se expresa en estos términos: *Scriptis enim Sancti viri fratris nostri episcopi Olimpii..... communis.... nuper accepi tam inopinatum mihi quam inopinatum sui mœroris (obitur Pauli conjugis) indicium.* Trata de este santo Obispo el cronista Pujades en los capítulos 24 y 27 del libro V de su Crónica. Y así el P. Caresmar como el Sr. Dorca tienen por indudable que es natural de Cataluña.—R. y C.

OLIMPIADORO. Belarmino en sus *Escritores Eclesiásticos*, Possevino, en su *Aparato Sacro*, y Sixto de Siena, en su *Biblioteca de los Santos*, hacen mencion de un monje griego de este nombre, que algunos dicen que fué peripatético, y otros que fué diácono de Constantinopla ó de Alejandría, variando los autores su existencia en los siglos IX, X y XI. Escribió *Comentarios sobre el Eclesiástico y sobre Job*, que se insertaron en la *Biblioteca de los Padres* y en otras obras. Sixto de Siena hace mencion de dos de este nombre, diciendo que el uno era monje y el otro diácono. —C.

OLIMPO (P. Baltasar), poeta italiano. Nació á últimos del siglo XV en Sassoferrato, poblacion de los estados de la Iglesia. Desde su más tierna juventud cultivó el campo de las letras, y especialmente la poesía, en cuyo género compuso varios escritos de amor y devocion. No fueron escasos sus contemporáneos en prodigar elogios á esos partos del númen de Olimpo; pero la posteridad les ha hecho justicia relegándolos al olvido. Sea que recibiese algun fuerte desengaño ó bien otras causas que se ignoran, es lo cierto que repentinamente resolvió abandonar el mundo y abrazar la regla de S. Francisco, en cuyo instituto murió por los años 1550. Las diferentes colecciones de sus poesías se titulan: *La Partemia, la Pegasea, la Olimpia, la Ardelia, la Camila, la Fenicia, il Linguaguio*, etc., reunidas posteriormente con este título: *Opere diverse poetiche*, y tambien con el nombre de *Libro nuovo d' amore*; Venecia, 1524; ibidem, 1538; ibidem, 1558, en 8.° Estas tres ediciones son todas muy raras, aun cuando no son las únicas que se han hecho de sus poesías. Algunos biógrafos atribuyen al P. Olimpo la *Potentia d' amore*, pero Quadro reivindica este tomo de poesías para Diomedas Guidaloppi. —M.

OLIPA (obispo). Muerto Memorio fué luego electo y consagrado Olipa como vemos en las subscriciones del Concilio XIII del año 683 por Noviembre, donde firma en el lugar antepenúltimo, denotando en esto que era muy moderno, y por tanto que su consagracion no puede retardarse del principio del año 683 ó fin del precedente. En el siguiente (683) asistió personalmen-

te al concilio XIV de Toledo, compuesto de los obispos de la Cartaginense, y aunque Loaisa y los manuscritos le colocan en el último lugar, consta deberse anteponer á Marciano de Demia, por cuanto este no era obispo en tiempo del concilio precedente, en que lo era ya Olipa; y así, este debe ocupar el número 16 y aquel el 17. Vivió poco tiempo despues de haber obtenido el obispado, pues en el año 688 presidia ya en su silla su sucesor Auterio.—O. y O.

OLIVA (Sta.), vírgen y mártir. Es patrona de algunas poblaciones de Cataluña y especialmente de Esparraguera. Esta Santa es muy distinta de la que con igual nombre se venera en 3 de Junio, de la que hablaremos luego, pues á la palma del martirio, que ganó con su heroismo en las persecuciones de los idólatras, reunió la inmarcesible corona de la virginidad. Su nombre se halla citado en 10 de Julio.

OLIVA (Sta.), vírgen, natural de Arnani. Desde niña siguió las huellas de Jesucristo por la áspera senda de la mortificacion y penitencia, de modo que le consagró su virginidad, á pesar del duro trato que tuvo que sufrir, porque no quiso admitir la mano de varios jóvenes, que le ofrecian un corazon rendido y un porvenir brillante. Sus éxtasis fueron muy frecuentes, y en ellos le permitió el Señor gozar anticipadamente de las dulzuras celestiales. En uno de sus raptos la fuerza del sentimiento y amor á Dios fué tan vehemente, que sucumbiendo el cuerpo, entregó su alma á Dios en medio de los mayores transportes. La Iglesia hace conmemoracion de su tránsito en 4 de Junio.—M.

OLIVA, monje de Ripoll. Vivió en tiempo del obispo de Vich, del mismo nombre. Sus obras manuscritas se hallaban en el archivo del monasterio de S. Juan de las Abadesas, y son las siguientes: 1.° *Epistolæ de paschali ciclo dionisiali ad Oliva Sanctæ Virginis Mariæ Rivipollonensis monacho editæ.* Palacio; que ha insertado esta obra en su libro IV, duda que pertenezca al monje Oliva; pero el P. Florez sostiene para este la propiedad, ya porque el obispo Oliva falleció de edad muy avanzada en el mismo año en que se hizo este códice, y por lo tanto no era regular que en sus últimos dias se dedicára á una obra tan difícil, ya tambien porque no hubiera puesto al frente el título de simple monje siendo obispo. El P. Jaime Villanueva publicó en el apéndice del tomo XI el prólogo de esta obrita, no haciéndolo de lo demás porque consistia en tablas de cómputo, difíciles de orillar. Tambien va unido á esta obra un cronicon, que el propio autor publicó en el tomo V.—2.° *De ponderibus et mensuris.*—3.° *Regulæ..... ab Oliva Virginis Mariæ Rivipollensis monacho editæ.*—4.° *De musica.* Los conocimientos de este monje en la música constan además en otro códice, en el que despues de haber explicado en versos latinos los ocho tonos, concluye de esta manera:

Jam nunc Petræ tibi placeant versus monocordii,
Quos prece multimoda machus tibi fecit Oliva;
Hic Petræ mente pia frater te possit Oliva,
Emendes recti quod videris esse necesse, etc.

Para más pormenores puede consultarse el tomo VIII de Villanueva, apéndice número 9.°— M.

OLIVA, obispo de Vich, floreció en el siglo X, y fué uno de los vástagos más ilustres de los condes de Besalú, así por sus escritos como por el resplandor de su vida. Era su padre Oliva Correta, conde de Besalú y biznieto de Bifredo *el Velloso*. Al principio profesó la regla de S. Benito en el monasterio de Ripoll. En 1002 y en 1008 fué elegido abad de aquella ilustre casa. Diez años despues, vacante la sede episcopal de Vich, pasó Oliva á ocuparla, á satisfaccion de sus diocesanos, pues acreditó con su gobierno las relevantes prendas que le adornaban y la entereza con que sabia defender la pureza de la fe y los derechos de la Iglesia. Una prueba de ello son los muchos decretos que dió contra los que, á mano armada y hollando los más sagrados derechos, invadian y se apropiaban los bienes de la Iglesia, siendo tambien abogado de su causa en el concilio de Narbona, presidido por el metropolitano Bifredo. La iglesia de Ripoll debió su existencia á los esfuerzos de este prelado, el cual mandó reedificarla desde sus cimientos, y la consagró en 15 de Enero de 1032. Dió tambien más ensanche á la iglesia catedral de Vich, y la hizo consagrar por Bifredo y otros sufragáneos de Narbona en el año 1038. Tan celoso prelado como amigo de la antigüedad literaria, amenazó con el anatema de la excomunion á las personas que poseyendo escrituras pertenecientes al monasterio de Ripoll, de cuyo extravío se lamentaba, continuasen reteniéndolas y no las devolviesen al famoso archivo de aquella casa. Oliva falleció en 30 de Octubre de 1046, en Cuxá; y su sepulcro se halla en la iglesia de Ripoll, donde se enseñaba pegado á la pared lateral del coro. En un Martirologio de Vich del siglo XIII, que describe la muerte de este prelado, se lee en estos términos el relato de las maravillas con que Dios ilustró la memoria de Oliva: *Tertio Kal. Novembris depositio domini Olivæ episcopi, tam vita quam sermone clarissimus, qui optima senectute mortuus est sexto decimo anno Henrici principis tempore, et sepultus est in loco Coxano, monasterio Sancti Michaelis, ubi cum multorum monachorum pater vita et miraculis clarissimus vixit.* No sabemos si con las vicisitudes de la guerra pasada, en que tanta parte ha cabido á la desgraciada villa de Ripoll, ha podido salvarse la *Encíclica* que existia en el archivo de su monasterio, que, segun costumbre de aquellos tiempos, escribieron los monasterios de Ripoll y de Cuxá, cuyo abad era el expresado Oliva, á más

de ochenta iglesias y monasterios narbonenses. El P. Villanueva ofrece para muestra dos de las contestaciones que se dieron á dicha encíclica, y con este motivo observa que estaba aun vigente en aquella época la costumbre de escribir los nombres de los difuntos en una tablita, que se tenia presente al tiempo del sacrificio de la misa, como ve en la respuesta del monasterio de S. Pablo: *Ejus (Olivæ) nomen impaginola super altaria in commemoratione conscripsimus.* De consiguiente, la costumbre de los *Dípticos* se conservaba aun á mitad del siglo XI. Este prelado escribió: 1.° *Sermo Olivæ episcopi in natali sancti Narcisi episcopi, confessoris et martyris Christi*, en el que refiere la conversion de Sta. Afra y su proceso.—2.° *Varias cartas muy eruditas*, de las cuales imprimió una, dirigida á D. Sancho, rey de Navarra, en 1025, el P. Florez, en el tomo XXVIII, apéndice 12, de la *España Sagrada.*—3.° *D. Olive, Auson. episcopi et abbatis Rivipollensis, Carmen in laudem monasterii Rivipollensis, editum post anno* 1302, publicado por el erudito Fray Jaime Villanueva. Este poema, que compuso el autor en el año 1032, empieza de este modo: *Hoc adiens templum genitricis Virginis almum, fac venias mundus humili, spiramine cultus*, etc. Entre las varias cartas de este prelado, que se hallaban en la biblioteca del monasterio de Ripoll ántes de la supresion de las órdenes monacales, habia una que venia á ser una especie de memoria á los sucesores en su abadía, que empieza así: *Karissimo Katedræ nostræ*; en ella les encomienda el cumplimiento del aniversario que habia establecido por todos los hermanos difuntos en el dia en que se lee el Evangelio de la resurreccion de Lázaro, lavando además los piés á trece pobres en reverencia de Jesucristo y sus doce Apóstoles, y sirviéndoles comida y vestido. Possevino le atribuye alguna otra obra. El latin de este prelado era más puro y correcto que el que se usaba en los siglos X y XI, en que vivió, pues segun el eruditísimo P. Andrés, debia considerarse como fenómeno el ver una cláusula latina de aquella época sin errores gramaticales y con alguna propiedad. La sabiduría que resplandece en todas las obras de Oliva, hace más sensible el que no se hayan publicado todas las que deben ocultar seguramente el polvo de varios archivos.—M.

OLIVA (P. Antonio), natural de Sampedor. Entró en la Compañía de Jesús en 19 de Setiembre de 1758, y falleció en 1797. Publicó sin nombre de autor: 1.° *Icomeliere servito.*—2.° *La dama servita.*—3.° *Lettera di Tilerimo ad Agatopisto Promagiano.*—M.

OLIVA (Fr. Eugenio de), apellidado en el siglo *Ferrando.* Nació en el reino de Valencia, y despues de haber estudiado humanidades en los colegios de la Compañía de Jesús, pasó á completar sus conocimientos en la universidad de Gandía. Las ciencias fueron para Eugenio el más fiel espejo de las vanidades del siglo, y aprendiendo por ellas á despreciar el mundo

vistió el hábito de S. Francisco en la órden de los Menores de la observancia, de donde pasó á la de Capuchinos, siendo el primer provincial de la provincia de la Sangre de Cristo en Valencia. Con su ejemplo animó á muchos á la perfeccion evangélica, y no fueron de poca utilidad al pueblo sus patéticas observaciones, su tierna caridad, su penitencia y su grande humildad. Poseia una ciencia tan profunda de las reglas seráficas, que los padres de la Orden acudian á consultarle sobre ella como si fuese un oráculo. Murió en grande opinion de santidad en 1613, á la edad de setenta y ocho años, despues de haber escrito una obra titulada: *Expositio super regulam fratrum Minorum secundum mentem S. P. N. Francisci.* — M.

OLIVA (Fr. Gombaldo), religioso de la órden de Sto. Domingo, natural de Cervera. Escribió una obra intitulada: *Commentaria in Magistrum Sententiarum.* — M.

OLIVA (Fr. José), de la órden de Mínimos. Nació en Cataluña, y escribió: *Gemma analoga ab Angelici doctoris Thomæ scholo gemmata*, que se imprimió en Barcelona en 1646, un tomo en 4.°, por Pedro Juan Dexens. — M.

OLIVA (P. D. Juan), monje cartujo y prior del monasterio de Monte Alegre. Nació en Cataluña, y gozó fama de varon tan docto como piadoso. Fomentó el engrandecimiento de su casa, y durante su priorato se construyó el primer claustro. Compuso las *Vidas* de algunos monjes de su monasterio célebres por su virtud, en cuya coleccion descuella la del memorable Padre D. Domingo Miró. Esta obra se conservaba manuscrita en dicho monasterio ántes de la revolucion. — M.

OLIVA (Juan). Este célebre bibliotecario del cardenal de Soubisa nació el dia 11 de Julio del año 1686 en Robigo, ciudad del estado de Venecia, residencia despues del obispo de Adria. Muy aficionado desde que empezó su instruccion á las ciencias y á las letras, estudió con mucho empeño, y ya empezó á tener reputacion en las escuelas. Promovido al órden sacerdotal en 1711, ántes de cumplir los veintitres años fué nombrado inmediatamente profesor de bellas letras en Azolo, cargo que llenó distinguiéndose extraordinariamente por espacio de ocho años. Llamado á Roma en 1719, sostuvo en la capital del orbe católico la reputacion que le habian adquirido sus estimables obras, y Clemente XI, que ocupaba entónces la silla de San Pedro, le honró con su amistad y con sus beneficios. En el mismo año que llegó Oliva á Roma, se encontró entre las ruinas de algunos edificios que se demolieron para ensanchar la biblioteca de Casanata, un mármol de Isis de cuatro caras, y este descubrimiento le proporcionó la ocasion de hacer ver ventajosamente los grandes progresos que habia hecho en el estudio de las antigüedades. En una erudita disertacion latina que publicó, probó que este monumento era un voto hecho á Isis por un particular á consecuencia de

creer que habia alcanzado por su medio la salud. En esta disertacion hace ostentacion Oliva de gran erudicion sobre la mitología de los egipcios, sobre su culto y orígen de Isis, Serapis, Anubis y Harpocrates, y por lo tanto encontró cabida la suma de esta noticias en la *Antigüedad explicada* por el P. Montfaucon, que da razon de ella en el tomo II del suplemento, libro III, pág. 54, en el artículo de los altares griegos, capítulo 3.°, titulado: *Altar de Isis, encontrado en Roma el año de* 1719, y al explicar este monumento el sabio Benedictino, hace mencion honorífica del abate Oliva. Despues de la muerte de Clemente XI fué elegido el abate Oliva para desempeñar las funciones de secretario del cónclave, es decir, para componer las cartas latinas que acostumbra el Sacro Colegio á enviar á todos los soberanos de la cristiandad católica romana, y lo hizo con tan buen éxito, que se captó la amistad del cardenal de Rohan. Buscaba este prelado en aquella época una persona idónea á quien poder confiar la direccion y cuidado de la biblioteca de Mr. de Thou, y poniendo la mira en Oliva, le nombró conservador de este precioso depósito. No tardó el Cardenal en darse el parabien de tan acertada eleccion, pues que su biblioteca vino á ser el centro de las musas y el liceo de los ministros extranjeros. A fin de atraerse la estimacion de los literatos franceses, publicó el abate Oliva en 1723 la edicion de muchas cartas de Pogge y Florentino, obra curiosa cuyo manuscrito pertenecia al cardenal Ottoboni. No hubieran sido solo estos primeros frutos los que hubiese obtenido Francia, si la multitud de visitas y la necesidad de formar el catálogo de su biblioteca no hubiesen ocupado tanto á Oliva. Este último trabajo era tan grande, que hubiese acobardado á cualquier otro bibliotecario, pues formó veinticinco gruesos volúmenes en fólio de esta prodigiosa coleccion de libros que se multiplicaron hasta la muerte del Cardenal, tanto por las adquisiciones hechas de obras antiguas, cuanto por las nuevas producciones de Francia, de Alemania y de otros países extranjeros que se tomaban diariamente, que la enriqueció extraordinariamente Oliva en los treinta y seis años que la sirvió. Hallábase este célebre bibliotecario formando un gabinete particular de obras escogidas, cuyo catálogo se ha impreso, cuando le alcanzó la muerte el 19 de Marzo de 1757. Dejó este erudito y laborioso eclesiástico las obras siguientes, además de la citada, que acreditan su inteligencia y saber: *Œuvres diverses de M. l'abbé Oliva, bibliothecaire de M. le prince Soubise*; Paris, 1768, en 8.° Contienen estas obras un discurso latino que pronunció en el colegio de Azolo, sobre la utilidad y necesidad de hermanar la ciencia de las medallas antiguas al estudio de los hechos históricos; *Disertacion latina*, en la que examina cuál fué en lo antiguo el estado de los gramáticos en Roma, y en qué pié se encontraba entónces esta profesion; la disertacion ya mencionada sobre Isis, y al prin-

cipio de esta *Coleccion* se ve el elogio de Oliva, que tambien se publicó en el catálogo de sus libros impreso en 1757.—C.

OLIVA (Juan Pablo). Nació este general de los Jesuitas en la ciudad de Génova el año de 1600, de una familia ilustre que dió dos dux á esta república. De gran fondo de piedad en su primera juventud, sin duda porque en su niñez se cuidó de instruirle bien en los principios y santos dogmas de nuestra sacrosanta religion, se consagró á Dios tomando con vocacion fervorosa el hábito en la insigne Compañía de Jesús, fundada por el glorioso y esforzado español S. Ignacio de Loyola. Distinguiéndose por su predicacion, fué encargado de la direccion del colegio de los Alemanes y despues del noviciado y llenando otros muchos cargos con aplauso de la Compañía, fué al fin elegido general de la Orden el año 1661. Esta dignidad no le privó continuar en los ejercicios del púlpito, ántes bien se dedicó á él con mayor asiduidad, y á fin de halagar sus instintos, el papa Inocencio X le nombró predicador del palacio apostólico, empleo que ejerció bajo el pontificado de los papas Alejandro VII, Clemente IX y Clemente X. Segun las memorias de su tiempo, murió Oliva en 1681 en la casa del noviciado de los Jesuitas de Roma, llevando más de sesenta y cinco años de religioso, y despues de haber sido más de veinte años general de la Compañía. Deseoso de que los templos tuviesen el decoro y ostentacion que conviene á la casa del Señor, construyó y pintó la iglesia de los Jesuitas de Roma, que es una verdadera maravilla por la riqueza y buen gusto de su ornamentacion. Muchos literatos y hombres de ciencia sostuvieron con Oliva una sincera y científica amistad, y nos han quedado de él muchas instructivas y curiosas cartas, que se imprimieron en coleccion en Venecia el año 1681, y por ellas puede juzgarse fácilmente la justa reputacion que habia adquirido por sus vastos conocimientos, que confirman sus demás obras impresas en Lion de Francia.—C.

OLIVA (Pedro Juan), religioso franciscano de Sevignan, en la diócesis de Bessieres. Fué celoso defensor de la pobreza, mas algunos de sus cofrades, que no estaban conformes con el yugo que queria imponerles, se esforzaron en hallar errores en el *Tratado de la Pobreza* y en el *Comentario del Apocalipsis sobre Oliva*. Creyendo, pues, librarse de un censor tan severo, denunciaron al capítulo convocado en París en 1292 estos supuestos errores; mas Oliva compareció en él y confundió á sus acusadores. Dícese que falleció en Narbona en el año 1297 en olor de santidad.—M.

OLIVALDE (Fr. Luis de), religioso capuchino de la provincia de Reggio. Dió á la prensa: *Cursus Theologicus*; impreso en Nápoles, año 1745.—*Cursus philosophicus*; Nápoles, 1745.—*Rhetoricæ*, ibid.—S. B.

OLIVAN (D. Agustin de). Fué este ilustre zaragozano hombre de mu-

cho ingenio y de una aplicacion grande aun en los primeros años de su carrera, en que se distinguió entre sus compañeros no solo por su aplicacion, sino porque hacia en cátedra oportunas observaciones, que daban por resultado el que los maestros hubiesen de ampliar su enseñanza para ponerse al alcance de este aventajado discípulo. Concluyó brillantemente sus estudios y adquirió con justicia el dictado de maestro, no solo en ciencias filosóficas sino en sagrada teología, en cuyo difícil estudio adelantó muchísimo para sí y para los demás, precisando las cuestiones, reduciéndolas á los ménos términos posibles y pulverizando, por decirlo así, los sofismas con que los enemigos de la fe querian hacer que triunfase el error sobre la verdad. — Estas buenas condiciones que se reunian en Olivan, dieron por resultado el que le hiciesen los prelados de aquella metropolitana iglesia ascender al sagrado órden del presbiterado, haciendo en él admirables progresos en bien de las almas, á las cuales ayudaba de una manera extraordinaria, ya como predicador del Evangelio, ya como juez y maestro en el confesonario, y la razon de esto es muy obvia, pues que se reunian en él cuantas buenas condiciones pueden apetecerse: profundo estudio y gran talento, constante anhelo por el bien de las almas y un vivo deseo de que la gloria de Dios, siendo conocida, fuese buscada. Los prelados de aquella santa iglesia se propusieron desde luego adelantar en su carrera al maestro Olivan, por lo que en premio de su infatigable celo le hicieron canónigo de la santa metropolitana iglesia de Zaragoza y su templo de la Seo, donde adquirió desde luego las simpatías de todos los capitulares, que se complacieron grandemente en que fuera su compañero un hombre tan distinguido. Entre los hombres de nota que tuvieron más afan por el trato y comunicacion con nuestro acreditado maestro, debe citarse con particular mencion al que luego fué obispo de Barcelona, D. Martin García, el cual estrechó tan íntimamente sus relaciones con el canónigo Olivan, que no solo mereció su entera confianza, sino que llegó á preponderar tanto en sus acciones, que el Sr. García hacia respecto del canónigo cuanto queria, aun cuando muchas veces el canónigo no quisiese. Y de esta confianza ha resultado un grande beneficio á la literatura eclesiástica; porque el tomar de la librería de Olivan un precioso manuscrito de *Sermones latinos*, fué lo que proporcionó al Sr. García el gusto de que esta preciosa obra se imprimiera en 1520 en casa de Jorge Coci, en Zaragoza, lo cual de otra suerte no hubiera sido posible dar al público una obra que le ha sido de grandísima utilidad. Si fuera nuestro propósito el examinar aquí la obra á que hacemos referencia, diriamos con toda exactitud, que escrita con tanta pureza de diccion como en la mejor época de la latinidad, y con tanta erudicion como puede desearse en un verdadero apologista, reune á estas condiciones la de un

grande órden en la exposicion de las pruebas, y una gran fuerza en los argumentos, consiguiéndose por estos sermones del Sr. Olivan mover y enseñar agradando, es decir, todo el atractivo que puede tener la verdad ayudada de un ingenio nada vulgar, ántes muy esclarecido.—Pero no es el objeto nuestro hacer un detallado exámen de la obra, sino la narracion de los sucesos en que intervino su autor; y á propósito de esto, es necesario hacer resaltar una cualidad que le era característica, por cuyo motivo acaso en su dia se viesen privados sus compañeros de cabildo de los buenos oficios que habria podido prestarles, y nosotros de los admirables ejemplos que indudablemente nos habria dejado. Hablamos de su extraordinaria modestia y suma desconfianza de sí mismo, por lo cual excusando siempre los cargos que creia conveniente imponerle, y haciendo conocer con especialidad á su prelado obstáculos que solo los formaba su fantasía, para que á el se le confiáran comisiones y encargos que ciertamente habria desempeñado muy bien, logró el que le dejáran, digámoslo así, alejado de todos los negocios que interesaban al buen gobierno de la diócesis, y quedar por consiguiente reducido á su coro, su confesonario, tal vez su púlpito y nada más; lo cual á la verdad era muchísimo ménos de lo que podia y debia exigirse de su extraordinaria capacidad, y aun de su buen deseo por la gloria de Dios y por la salvacion de las almas; pues tal era su deseo mismo, que de buen grado hubiese sacrificado él su existencia, no digo una, sino mil veces, tan solo por salvar á uno solo de las garras terribles del fatal adversario de todos los mortales. Así empleado en su santo ministerio, pasó el tiempo durante el cual quiso el Señor acrisolarle en este valle de miserias, y no sabemos á la verdad cuándo ni cómo pasaria de esta á mejor y perdurable vida el Dr. D. Agustin de Olivan; lo cierto es que su memoria se conserva y que en la edicion de sus sermones, hecha en la referida fecha, acompañan en un prólogo y apéndice, escritos por el entónces canónigo y despues obispo García, los más señalados elogios, elogios que la crítica más severa no permite calificar de indebidos, si se atiende á la merecida fama de veracidad y probidad que obtuvo el distinguido prelado que los consignó.—Otros muchos autores, que han publicado ya la *Historia de la Iglesia muy insigne de Zaragoza*, ya la de los *Escritores del Reino de Aragon*, han hecho la debida y honrosa mencion de este insigne canónigo y distinguido hablista latino, que siquiera por haber hecho el importante trabajo de que llevamos hecho mérito, en una época en que la latinidad en España iba ya decayendo, merece un lugar entre los hombres esclarecidos, no solo de su diócesis sino de nuestro país, y esta es la razon por que consignamos su nombre entre los muchos otros que han honrado á la iglesia de España con su conducta ejemplar y arreglada, á la literatura con sus acabados y siempre estimados trabajos,

que no tienen mayor mérito por haber sido muy grandes, sino por la manera con que estan desempeñados, como sucede en los sermones del esclarecido canónigo Olivan, gloria de su época y ornamento de la insigne catedral de la Seo. —G. R.

OLIVAN Y MALDONADO (Fr. Antonio). La sola enunciacion de los apellidos de este ilustre hijo de Zaragoza dice en pro de su augusta ascendencia cuanto puede decirse, pues en verdad que sus padres reunieron los más distinguidos timbres de dos familias tan antiguas como esclarecidas, y la fortuna que poseian, como la buena administracion con que la llevaban, hacia esperar que sus hijos hubiesen quedado herederos de un cuantioso capital, además de tener justo derecho á las consideraciones debidas á su tan esclarecido como acreditado linaje. Es consiguiente que la educacion fuera conforme á estas prendas tan notables que en los padres de Antonio se dejaban ver, por lo que todos cuantos medios se creyeron conducentes á su adelantamiento se pusieron en juego, habiendo sido el fundamento de todo una esmerada instruccion en los misterios de nuestra sacrosanta religion, no solamente teórica y especulativa, sino práctica, mediante las más excelentes virtudes de que daban ejemplo los nobilísimos padres de nuestro apreciable jóven. —No pudieron ménos de llamar su atencion estos ejemplos mismos de virtud, y como él, comprendieron que las grandezas del mundo, sus pompas y vanidades no son ni significan nada, pues se disipan fácilmente, y que detrás de esta miserable existencia ha de haber otra cuyo término no se verá nunca, pues ha de durar tanto como Dios, y en ella es donde el hombre habrá de recibir ó eterna recompensa ó castigo eterno; determinó buscar los medios de que su recompensa en la eternidad fuese segura, para lo que eligió como medio de adquirir derecho á esta el inscribir su nombre en el instituto esclarecido de los hijos del Carmelo; y siguiendo éste, practicar todas las virtudes que son lo único en que el hombre puede corresponder á los siempre misericordiosos designios con que Dios le atrae hácia sí. — Ingresó, pues, en la casa de Carmelitas de Zaragoza, y desde luego se distinguió por la suma piedad y constante aplicacion al estudio práctico de las virtudes con que se hizo verdaderamente notable en ellas. Profundísima humildad, perfectísima obediencia y completa abnegacion de sí mismo, si ya no un odio implacable contra sí, como acreditaban los rigores de su excesiva penitencia, fueron los caminos por donde llegó á la perfeccion; agregando á estos recursos la contínua y muy ferviente oracion en que pasaba todos los ratos que podia durante el dia, y muchísima parte de la noche. —Y no se crea que tal conducta, que parece le habia de embargar hasta el extremo de no dejarle tiempo para nada, le impedia el estudio y aun el dedicarse al bien de los demás, ya sirviéndoles en las mecánicas más

molestas del convento, ya procurando por sus intereses espirituales del modo más adecuado; no, para todo tenia tiempo aquel esclarecido carmelita, y todo fué luego para su justificacion en la presencia de Dios, para su honor y consideracion entre sus hermanos, y más aun en los siglos posteriores. Algun tiempo estuvo oculto lo que valia este esclarecido religioso, y por consiguiente estuvieron como fuera de circulacion los inmensos caudales de su capacidad y ciencia; pero luego que sus superiores vinieron en conocimiento de lo que valia, pusieron, por decirlo así, estos valores en circulacion, y pudieron sacar de ellos el apetecido fruto. Con efecto, primeramente le hicieron dar cursos de filosofía y sagrada teología, de los cuales salieron estudiantes muy aprovechados, ya porque él les ponia muy buen método para el estudio, ya tambien porque tenia muchísima paciencia para repetirles en público y en particular las explicaciones que les hacia, agregando á esto una dulzura y trato tan delicado, que desde el primer dia daba á los discípulos una muy respetuosa libertad que les hacia acercarse á él con entera confianza, sin dejar por esto de respetarle con toda la consideracion debida á hombre tan superior como lo era este distinguido maestro. Al ver por los resultados los Padres de aquella santa casa que el P. Olivan, al tiempo que enseñaba á sus discípulos las ciencias, les enseñaba tambien virtud, y no como quiera de una manera vulgar, sino con un órden y concierto tan especial, que insensiblemente aprendieron cuanto el se proponia, quisieron que fuera maestro de novicios; y al encomendarle tan importante cargo, prestaron á la verdad un gran servicio, no solo á su convento sino á toda su Orden, pues es imposible encontrar un hombre más á propósito para guiar los primeros pasos de la juventud en la espinosa carrera de la virtud; porque el P. Antonio, en primer lugar, conocia muy bien el corazon humano, sabia perfectamente qué faltas proceden de ignorancia, cuáles de malicia; conocia los medios de presentar á cada uno las reglas de su conducta particular, de modo que dando el apetecido resultado de atraerle á lo que era debido, no produjesen nunca la menor exasperacion; sabia tolerar por el momento las faltas, para despues hacer que el mismo que habia incurrido en ellas se lamentase de su descuido, y procurase repararle en cuanto estuviese en él; sabia tocar los sentimientos de cada uno y atraerlos á la perfeccion, segun el camino por donde Dios los llamaba; sabia en fin retirar y retirar de buena manera, es decir, con dulzura y sin ningun género de exasperacion, á aquel que veia que no habia de dar honor al instituto, ó por lo ménos no habia de encontrar el asilo apetecido para su justificacion y dicha, siendo por consiguiente el resultado del gobierno de los novicios de este Padre, el que todos ellos salian bien cimentados en la virtud, el que ninguno pasaba á hacer su profesion solemne sin saber perfectamen-

te las obligaciones que contraia, las privaciones á que se iba á sujetar, las necesidades que tenia que sufrir, los trabajos á que iba á exponerse; ninguno profesaba sin que supiese que la obediencia es á las veces violenta, pero siempre necesaria; que despues de emitidos los votos se coarta completamente la libertad del indivíduo, y que queda refundida en la voluntad del superior, sin pasar en fin por todos los estados más penosos, por todas las consideraciones más terribles á que pudiesen verse expuestos en todo el trascurso de su vida religiosa; siendo la consecuencia final de todo, que los religiosos que hicieron su noviciado con este Padre fueron un dia glorioso ornamento de la casa donde unos y otros vivieron. Mas no era justo que quien tenia tales dotes de gobierno no dejára de emplearlas en una escala mayor que la reducidísima de su noviciado; por esto luego que pudo formar unos cuantos religiosos, que como hemos dicho serian y fueron gloria de su instituto, era necesario que dirigiese y gobernase su santa casa, no porque no hubiera en ella cuantas buenas condiciones son de desear en un convento observante y arreglado, sino para que en todo demostrase que Dios le habia querido para maestro y director de todos sus hermanos. Con efecto, cuando el P. Olivan lo pensaba ménos, cuando él se creia ya asegurado en su cargo de maestro de novicios, y que no le sacarian de allí, hubo una reunion para elecciones, y por unanimidad (lo cual hacia muchos años que no habia sucedido) se le eligió prior; viniendo al mismo tiempo que su confirmacion una carta del P. General, en la cual le preceptuaba en virtud de santa obediencia, que sin excusa alguna aceptára el cargo, y estuviera dispuesto á lo que Dios quisiese de él en lo sucesivo; por lo cual nuestro Padre no tuvo más remedio que aceptar el cargo y comenzar á acreditarse en su desempeño como se habia acreditado siendo maestro de estudiantes, y luego siendo maestro de novicios. Restableció en la comunidad el espíritu primitivo de fervor y fe, que no digamos estaba decaido, pero sí algun tanto resfriado por la particular circunstancia de haber sido muy anciano el prior á quien él sucedia; hizo que todas las cosas se pusiesen en órden, pero lo hizo de tan buena manera, con una dulzura tal, con tal atractivo, que aun aquellos mismos que parecian interesados en sus disposiciones, y contra los cuales iban algunas de ellas, no solo aplaudian sus medidas, sino que de buen grado se sujetaban á sus disposiciones, siendo admirable el que ni como maestro ni como prior adquiriese enemistad alguna; y eso que defendió los derechos de su comunidad contra los rudos ataques que otras corporaciones le asestaban é hizo valer sus preeminencias á pesar de lo que contra ellas aducian sus enemigos, y reparó en gran manera no solo el edificio y dependencias de la comunidad, sino la iglesia y sacristía, y eso que para obras tan costosas no contaba más que con la caridad de los fieles; bien es

verdad, que como estos veian que sus intereses, léjos de defraudarse, se les hacia servir para un gran bien, se apresuraban á ofrecer sus dones al padre Olivan, siendo muy notable el que los pobres que no le podian ofrecer dinero ni cosa que lo valiese, iban á servir como braceros gratuitamente para cooperar así á los buenos deseos del prior. Excelente fué su gobierno, oportuna su direccion, y tan extendida su fama, que fué tambien conocida fuera de Zaragoza, y en la asamblea general de la Orden, que se reunió con el fin de proveer á la misma de un vicario general para el reino de Aragon, quien ménos se pensaba que fuese elegido era el P. Antonio Olivan y Maldonado, y sin embargo, ni un solo voto hubo para otra persona, por lo cual contra su voluntad hubo de dejar su priorato para ocupar este nuevo destino, en el que pudo realizar en mayor escala las grandes proezas que habia hecho como maestro de novicios y como prior de Zaragoza. En efecto, apenas llegó del capítulo provisto de los documentos que le acreditaban de ministro general, dirigió á todas las casas de su Orden una preciosísima pastoral, en la cual les manifestaba sus deseos y lo decidido que estaba á ponerlos por obra; les hacia ver su intencion de cerciorarse por sí mismo de todas las cosas relativas á la Orden, sus progresos y estabilidad, y anunciaba que su visita pastoral comenzaria muy luego, como sucedió con efecto, principiando por su misma casa de Zaragoza. Cualquiera pensará que un hombre que allí se habia criado para la religion, que allí habia enseñado no solo ciencias sino virtud, y que por espacio de algunos años habia sido superior en la casa, haria en ella una visita como General, ligera y de pura fórmula; pues no fué así, el P. General parecia que no habia entrado en aquella casa hasta este dia en que hacia su visita, y no pasaba por nada sin enterarse tan minuciosamente como hubiera podido hacerlo el prelado más desconocido. Es verdad que como él habia trabajado tanto, no tuvo grandes reformas que hacer; pero tambien es de creer que hubiese sido inexorable si por acaso hubiese encontrado algo en que hubiera tenido, por decirlo así, que tropezar. Bajo el mismo sistema visitó cuantos conventos pudo, hasta que en 1631 pasó, lleno de méritos y muy llorado de cuantos le conocieron, de esta á mejor vida. Dejó escrita y publicada la obra titulada *Gobierno moral del alma*, impresion de Barcelona; y manuscritos dos tomos de Sermones de Cuaresma y otros dos de Sermones de Santos, que se guardan en la biblioteca del Cármen de Zaragoza, así como varios opúsculos que acreditan al P. Antonio Olivan y Maldonado de tan buen escritor como religioso.—G. R.

OLIVAS DE TORRES (D. Juan Antonio). Fué natural de Teruel, donde hizo con muy grande aprovechamiento su carrera de teología y sagrados cánones, llegando en esta difícil facultad al honor del doctorado, no de una manera

vulgar sino con censuras brillantísimas y por medios enteramente desusados, como fueron el sostener conclusiones ántes de acabar los años escolares y el hacer argumentos á discípulos de escuelas ó cursos más adelantados, á cuyos difíciles y expuestos ejercicios no se creia se lanzaba por presuncion, sino que era obligado por terminante disposicion de sus maestros, que viendo en él las buenas dotes que le adornaban, no querian quedasen sin ejercicio tan buenas disposiciones, llevándose tambien la mira de excitar en cierto modo su delicadeza, para de esta suerte alentarle más y más, lo cual á la verdad no era necesario, pues que él tenia un pundonor sumo; y en órden á figurar y brillar, ni lo quiso ni era con su carácter extraordinariamente bondadoso, es verdad, pero al mismo tiempo tan modesto, que nunca se hubiese atrevido por sí mismo á tomar á su cargo comision alguna de importancia; por cuya razon fué tan feliz el éxito de cuantas empresas tomó á su cargo, pues como nunca lo ambicionaba, ni mucho ménos lo pretendia, no era su voluntad sino la de sus superiores la que se cumplia en él, y por consiguiente todo marchaba en buen órden y concierto. Se hizo eclesiástico y cumplió con celo, asiduidad y buen éxito los importantes cargos de su elevado ministerio, habiendo sido nombrado en virtud de sus méritos y prendas, racionero de la iglesia parroquial de S. Juan Bautista del mismo Teruel, la cual era patronato de siete iglesias, y en cuyo desempeño excedió las esperanzas de cuantos por él se interesaron, pues no solo cumplia los deberes de su prebenda, sino que estaba siempre dispuesto á proporcionar á todos y á cada uno el pasto de la divina palabra, ya por medio de elocuentísimos discursos en el púlpito, ya por el de acertados consejos en el confesonario. Despues fué nombrado vicario de Tartajada, y desempeñando este cargo predicó el dia 7 de Marzo de 1690 en la iglesia que fué convento de Padres Predicadores, y que entónces era colegio donde se seguian los estudios teológicos como una dependencia universitaria, un admirable *Sermon panegírico del Angélico Doctor Sto. Tomás de Aquino*, el cual se imprimió porque obtuvo general aplauso, y fué, por decirlo así, el principio de la justa consideracion y debidísima deferencia con que desde entónces le trataron, no solo el Obispo y cabildo, sino por indicacion y propuesta de estos el mismo gobierno, que le procuró de la corte de Roma honrosas colocaciones, á que á no dudarlo se iba haciendo acreedor, segun que se presentaba ocasion de que sus méritos se acreditáran más y más, y segun tambien que se iba dando á conocer. Por supuesto que para obligarle á imprimir este precioso discurso, fué necesario que un amigo suyo, de toda intimidad, lo llevase á Zaragoza, y él supiera de lo que se trataba tan solo cuando se le remitieron las pruebas, para que, corrigiéndolas él, pudiese castigar alguno que otro error, que acaso hubiese podido escaparse. El año 1707 ya se vió el eco que

habia hecho esta prueba pública de la gran capacidad de D. Juan Antonio de Olivas, pues fué nombrado, en virtud de sus grandes conocimientos en el dogma y en la disciplina, y de su moralidad y firmeza en la fe, acreditada en cuantas ocasiones le eran á propósito, inquisidor apostólico del tribunal de Sicilia, cuyo cargo desempeñó tan á satisfaccion, que con motivo de ciertas diferencias habidas, aunque sin un verdadero fundamento, entre los inquisidores de Cerdeña, por asuntos, no del Santo Oficio, pero sí de particulares apreciaciones acerca de los actos de unos y de otros como consejeros, fué mandado allá nuestro Olivas, y con suma prudencia, con singular tino y un acierto extraordinario, pudo arreglar aquellas diferencias, y componer á los sugetos de manera que todos quedaron íntimamente unidos, y era para cada uno y para todos un verdadero disgusto cuando por esos incidentes, que son comunes en la carrera de los hombres importantes, tenia alguno que separarse de los demás. Además de desempeñar cumplidamente, tanto en Saboya como en Cerdeña, el importante cargo de inquisidor, cuyo Santo Tribunal le encomendaba en una y otra parte muchos y los más difíciles asuntos, en vista de su expedicion y del acierto con que desempeñaba su cometido, él se ocupaba en los ejercicios de confesar y predicar como si fuera un sacerdote particular, y no desdeñaba nunca la ocasion de uno ú otro ministerio como fuese compatible con los cargos del Santo Tribunal. Tambien en Saboya se distinguió como orador sagrado, y obtuvo igual suerte que el de Teruel un sermon de circunstancias; y por lo tanto, más difícil y delicado, que predicó en Mayo de 1707 con motivo del estado interesante de la reina Doña María Luisa Gabriela de Saboya, sermon en el que pronosticaba grandes venturas para España, y daba gracias á Dios pidiéndole sus auxilios para tan fausto acontecimiento. La funcion solemnísima fué costeada por el Santo Tribunal de la Inquisicion, y él fué quien dió á la estampa el sermon, que fué obra maestra, y que á pesar de haberse repartido con profusion, todos desearon con ánsia, y hoy se lee con interés á pesar de haber, por decirlo así, pasado su epoca. Siguió, pues, desempeñando á satisfaccion su cargo, hasta que cansado ya de vivir en país extranjero, y deseando regresar á su patria, porque veia que se le abreviaban los dias de su vida, obtuvo el cargo de inquisidor en Aragon, y vino á Zaragoza por los años de 1714. No fué mucho el tiempo que disfrutó su importante cargo en su país natal, pues en 1715, despues de una penosa, aunque no muy larga enfermedad, entregó á Dios su espíritu, dejando vivo recuerdo de sus prendas; pues ya en lo personal, ya en el desempeño de su cargo de inquisidor, como de su ministerio sacerdotal, era un hombre cabal; pues que era afable, benigno, recto, atento, considerado, siempre propicio al bien, nunca dispuesto para el mal, y muchísimo ménos para las injusticias ni para someter al

desvalido; caritativo, sóbrio, moderado, sabio sin pretensiones, erudito sin ostentacion, un sugeto, en fin, digno de figurar en primera línea entre los muchos ilustres hijos de Aragon que florecieron en todos los siglos, pero particularmente en los XVII y XVIII, y que habiendo dado gloria á su patria, la han dado tambien á la Iglesia, porque en los cargos más difíciles de este importante estado han sabido distinguirse, han sabido sublimarse, sin dejar por esto de practicar las mismas virtudes que enseñaban, razon por la cual su doctrina ha sido tan fecunda.—G. R.

OLIVEIRA FERREIRA (Manuel de). Nació en Oporto á 31 de Diciembre de 1711, siendo hijo de Jorge Oliveira Ferreira y de Catalina Alvarez. Fué doctor en jurisprudencia canónica, y se ordenó de presbítero en 1736, obteniendo una rectoría y otros cargos eclesiásticos. Publicó muchas obras, la mayor parte en lengua latina, y dejó algunas manuscritas, entre las cuales se cita la comedia portuguesa *Sagrado timbre de dos valles*.—O. y O.

OLIVER (Fr.), natural de Cataluña. Ignoramos la Orden á que pertenecia, pero se sabe que escribió una obra titulada: *Tractatus de inquisitione Antechristi*, cuyo manuscrito se conserva en la biblioteca del Escorial.—M.

OLIVER (Fr. Bernal), natural tambien de Cataluña, segun se cree. Es autor de una obra que no llegó á imprimirse, titulada *Espertamiento de la voluntad de Dios*.

OLIVER (Fr. Bernardo), religioso de la órden de S. Agustin. Nació en Cataluña y escribió: *Exercitatorium mentis in Deum*.—M.

OLIVER (D. Gerónimo). Perteneció este eclesiástico distinguido al clero secular, habiendo llegado como término de su carrera á ocupar un lugar entre el cabildo de la abadía de S. Felipe de Játiva en la diócesis de Valencia. Su carácter especial, metido en sí y pusilánime, le hacian no aparecer ni aun como orador sagrado, sin embargo de que tenia para el púlpito bastante capacidad, y alguna vez que se le precisaba á desempeñar tan importante ministerio, lo hacia bajo buenas formas y con un fondo de doctrina que conmovia sin dejar de agradar. En el ejercicio del ministerio de oir confesiones fué donde se distinguió más, ó diremos, si cabe la expresion, que esto fué lo que le mereció la preferencia entre todas las importantes ocupaciones á que su sagrado carácter podia dedicarlo; por cuyo motivo fué sentidísimo de la multitud de familias que conocian sus buenas cualidades, por haberlas experimentado en sus consejos verdaderamente evangélicos. No hay tampoco pormenores acerca de su fallecimiento; todo lo que ha podido averiguarse es que se verificó en el año de 1850, y que en sus exequias fué donde más se notó el aprecio que Játiva profesaba al distinguido Sr. Oliver, pues que se vió concurrir á muchas gentes para honrar su memoria y encomendarle á Dios.—G. R.

OLIVER (Fr. Matías), religioso mínimo. Escribió : *Recopilacion de la vida y milagros de S. Francisco de Paula;* obra impresa en Barcelona, 1676, en 8.° Se ignora el año en que falleció, y se presume que era natural del antiguo principado de Cataluña.— M.

OLIVER (Fr. Reginaldo). Abrazó la religion de Sto. Domingo en Mallorca, aunque su patria era Valencia, segun Rodriguez; y despues de haber acreditado con sus progresos su talento y aplicacion, fué nombrado catedrático de artes y teología. Graduado de maestro, pasó en 1631 á su convento de Valencia, del cual fué prior, falleciendo en 22 de Marzo de 1649, despues de haber dado á la prensa el siguiente libro : *Rosario de la Virgen soberana nuestra Señora, con las indulgencias y privilegios concedidos á su cofradía.* Añádese una breve explicacion del *Pater noster* y *Ave María, Oracion mental y prácticas de la Confesion y Comunion ;* Valencia, 1647, en 8.°— M.

OLIVER (Fr. Vicente María), mercenario de Valencia. Tomó el hábito en 17 de Setiembre de 1688, y despues de haberse graduado de doctor en sagrada teología, fué nombrado rector del convento de S. Pedro Nolasco de su patria, comendador del convento de Orihuela, socio del P. Mtro. general de la Orden, definidor y provincial de la provincia de Valencia. A todos estos cargos, que desempeñó con tanto celo como prudencia y acierto, debe añadirse el de examinador sinodal, y últimamente el de predicador de S. M. Ignoramos el año en que falleció; pero acreditan su fama y laboriosidad los siguientes escritos : 1.° *Sermon en el célebre dia de nuestro Rey D. Felipe V;* Alicante, 1704.—2.° *Idea de un varon religioso, oracion en las exequias á la inmortal memoria del venerable P. Presentado Fr. Andrés Garrido, del Real y militar Orden de nuestra Señora de la Merced;* Valencia, 1728, en 4.°—3.° *Explicacion histórica, moral y mística de la secuencia del Santísimo Sacramento*, 1738, dos tomos en fólio, pero el segundo ha quedado sin concluir.—4.° *Oracion en la fiesta de S. Pedro Pascual de Valencia, mártir de Cristo y obispo de Jaen, que en ocasion de haber logrado una reliquia suya celebró el convento de la Merced de Valencia en el dia 28 de Octubre de 1743;* idem, en el mismo año en 4.°—5.° *Relacion crítico-histórica del milagroso hallazgo de las reliquias de S. Pedro Pascual y de la sentencia declaratoria y de la identidad de las mismas, con una breve memoria de las solemnes fiestas con que celebró la metropolitana Iglesia de Valencia el haber logrado una reliquia suya.*—6.° *Exposicion del cántico del* Magnificat *con dos doctrinas y dos sermones sobre cada uno de sus diez versos, con iguales doctrinas y sermones sobre cada una de las festividades de la Santísima Vírgen Madre María, que pertenecen á sus gozos.*—7.° *Pan de tribulacion y agua de angustia. Dolores de la Santísima Madre María explicados por medio de treinta meditaciones, iguales doctrinas y correspondientes sermones, fundados sobre quince dolores*

principales de la misma Virgen María.—8.° *Corona de la Virgen Santísima María, significada en las doce estrellas con que la vió coronada su hijo adoptivo S. Juan Evangelista en el Apocalipsi, y explicada por medio de veinticuatro doctrinas y correspondientes sermones, con otros de su gloriosísima asuncion á los cielos;* tres tomos en fólio.—9.° *Informes verídicos de la vida y virtudes del santo varon el B. Jofré Gilabert, compañero en la predicacion de S. Vicente Ferrer, fundador del Hospital general de esta ciudad de Valencia, cuyo cuerpo se conserva milagrosamente en el convento del Puche.*—10. *Cristo en su pasion y crucifixion sacrosanta.*—11. Veinte tomos de sermones, á saber: *Cinco de varios asuntos, tres de santos, cuatro de Cuaresma, uno de vespertinas, tres de dominicas y cuatro de varias invocaciones de la Virgen Santísima.* Se ignora el paradero de las obras manuscritas de este autor.—M.

OLIVER Y MIRANDA (D. Manuel). Fué este distinguido sacerdote natural de Zaragoza, y en esta misma ciudad hizo con extraordinario provecho los estudios necesarios para aspirar á los grados de bachiller en artes y despues en sagrada teología, que obtuvo con brillante éxito, y tan á satisfaccion de sus maestros que ellos mismos excitaron su timidez para que se presentase en algunos ejercicios y actos mayores, con que evidenció cuán justo era el alto concepto que de él habian formado. Pasó despues á Cervera á recibir en su célebre universidad la borla de doctor, y esto ya le puso en aptitud de hacer oposicion á cátedras y á prebendas de oficio, lo cual verificó siempre que tuvo ocasion para ello, con buen éxito en la parte literaria, es decir, obteniendo siempre los primeros lugares en la terna de mérito, pero no llegando á conseguir las colocaciones á que aspiraba, por no tener personas que le apoyasen, achaque fatal con que viene postergándose el mérito, para dejar que se adelanten los que pueden contar con relaciones y favor. Él por esto no desistia, ántes por el contrario, cada desengaño por que pasaba le hacia cobrar nuevos ánimos; más y más se alentaba conforme veia, digámoslo así, fracasar sus esperanzas, pues él nunca creyó que podia ser injusticia lo que con él se hacia, sino que atribuyéndolo á escasez de méritos en él, hacia esfuerzos grandes para en otra ocasion presentarse más bien dispuesto, dando al propio tiempo un clarísimo testimonio de su humildad y desprendimiento, con solo conformarse á tan inmerecidas como frecuentes reprobaciones de hecho, digámoslo así, por que le hacian pasar. Tambien intentó él oponerse á los beneficios curados, y en estos, como era atendida solamente la voluntad de los prelados, que con gran rectitud miran á los méritos sin atender á más, y colocan al frente de la grey espiritual á aquellos en quienes ven reunirse mejores condiciones de pastores; obtuvo mejor éxito, pues que en el concurso de 1778 se le confirió la vicaría de la iglesia parroquial de S. Salvador, en la villa de Ejea de los Caballeros, de

que tomó posesion y desempeñó cumplidísimamente su cometido. Es verdad que tenia cuantas circunstancias favorables podian apetecerse. Él era de muy grande erudicion, con una facilidad suma para expresarse, y con acierto especial para elegir los asuntos que en el púlpito desenvolvia de una manera singular. Era además muy asiduo en asistir al confesonario, muy solícito por remediar las necesidades de sus feligreses, muy propicio para ampararles en cualesquier contratiempo, y además de esto dé un trato tan fino que era la admiracion de cuantos á él se llegaban, siendo en verdad notable, que desde el primero al último de sus feligreses le tenian no solo respeto sino hasta veneracion, sin que esto fuera un obstáculo para que se acercasen á él y le preguntáran y consultasen despacio en todos sus asuntos, por delicados que ellos fueran. Además era todo caridad para sus feligreses, pues franqueaba su mesa á los pobres, y cuando alguna calamidad agobiaba á su querida parroquia, despues de subvenir él de la manera que podia al remedio del mal, no solo excitaba á los que estaban en aptitud de ayudarle á que lo hiciesen, sino que les inducia una santa violencia, por cuyo medio vió siempre remediadas en lo posible las necesidades de sus feligreses; y cuando esto no podia lograr, tenia el consuelo, para él muy grande, de que no era posible hacer más en favor de aquellos sus tan estimados hijos. Como él era hombre de poquísimas aspiraciones, estaba plenamente satisfecho en medio de su amada grey, y esta bien apacentada y sumamente complacida con su buen pastor, que puede decirse con verdad que miraba á todos y á cada uno como si todos y cada uno fuesen el solo objeto de sus cuidados; y por consiguiente su tierna solicitud daba por resultado el que todos estuviesen plenamente satisfechos. Mas á Dios plugo el que un hombre de tan gran mérito, de tanta aplicacion, y sobre todo de tanta moderacion en sus aspiraciones, así como de gran conformidad con los designios del cielo, fuese recompensado aun aquí en la tierra con un destino honroso y en su carrera, que le diese fundada esperanza de una vejez sosegada y tranquila, y que le permitiese tambien acrecentar el caudal que á ganancias, pero ganancias fijas, seguras, ponia en las personas de los pobres por sus abundantes limosnas. En efecto, era el mes de Junio de 1783, y la santa iglesia de Tarazona acababa de perder uno de sus más ilustres canónigos. Muchos eran los que deseaban esta prebenda, y no pocos los empeños que para su provision se habian de todas partes cruzado, mas no fué para ninguno de los pretendientes, sino que todos de comun acuerdo eligieron al distinguido párroco de S. Salvador de Ejea; y el Sr. Oliver y Miranda no tuvo otro remedio que dejar su curato y venir á ocupar en el coro de la catedral el asiento en que con sobrada justicia merecia sentarse. Ya que hemos visto la manera con que este distinguido párroco desempe-

ñaba su oficio, podremos venir en conocimiento, siquiera inexacto, del disgusto que causaria en el pueblo la noticia de que su pastor iba á abandonarles, disgusto que ciertamente no hubieran podido sobrellevar si no se hubiesen hecho cargo del adelanto y justa recompensa que de su carrera se daba al que verdaderamente lo merecia; porque todas sus acciones indicaban lo excelente de su corazon, y que en todo y por todo era un pastor vigilante, que despues del trabajo penoso que habia empleado para regir su grey, mereció bien el descanso que se le habia proporcionado tan sin él pensarlo siquiera. Demostraciones de toda especie fueron el testimonio del sentimiento, por una parte, y del regocijo, por otra, en el nombramiento de canónigo del Sr. D. Manuel Oliver y Miranda; mas el suceso que no se puede describir, el acto que quedó por mucho tiempo grabado en los ánimos de los de Ejea, fué el momento de su solemne despedida, que hizo por un patético discurso en que dejó ver no solo sus excelentes dotes como orador, sino sus prendas como hombre de virtud, pues agradeciendo en sus feligreses el interés con que habian secundado sus desvelos y héchose acreedores á estos desvelos mismos, haciendo de sí la más desventajosa pintura, que como se conocia, era dictada por su profundísima humildad, no pudo ménos de cautivar en favor suyo nuevamente á los que sentian más, porque su pérdida era irreparable. Queridísimo, pues, y muy sentido de sus feligreses, dejó la parroquia para pasar al cabildo, y en este como en aquella no pudieron ménos de apreciarle grandemente todos cuantos hallaron ocasion de conocerle. A él por su parte no se le borraban de la memoria los grandes consuelos que en su sensible corazon habia derramado la acreditada docilidad de sus queridos feligreses, así que les dirigia afectuosas cartas; y alguna vez pasaba en las temporadas de recreo varios dias en su antigua parroquia, dirigiéndoles su autorizada voz, y siendo de ellos oido con gran gusto y respeto, con el cual llevaban siempre á cabo sus determinaciones, cuando consultándole recibian de él las respuestas que nunca les negó. Siempre que habia en Ejea algun notable acontecimiento religioso, procuraban que les acompañára y tomase la parte que pudiera su siempre estimado cura, así que al fallecimiento del Dr. D. Francisco Gonzalez, presidente del Real Seminario de S. Cárlos Borromeo de la ciudad de Zaragoza, racionero de dicha villa en la iglesia principal del Salvador del mismo Zaragoza, y persona que habia hecho muchísimo bien á Ejea, y que por lo tanto le merecia no solo aprecio sino algun homenaje de respeto, todos de comun acuerdo pensaron en unas honras por su alma, en las cuales predicára el Sr. canónigo Oliver, y con efecto el dia 6 de Junio de 1783 tuvo lugar esta solemnidad en la que el antiguo cura predicó un sermon tan acabado y tan á propósito, que quieras que no quieras se le arrancaron de las

manos y los señores D. Simon Gonzalez y D. Salvador y D. Ramon, sus hijos, sobrinos estos y hermano aquel del difunto, lo publicaron en Zaragoza en el mismo año en que se predicó; y lo publicaron porque al mismo tiempo que redundaba en gloria, honor y apreciacion del difunto á quien se referia, aumentaba tambien la justa reputacion que ya por muchísimos títulos y conceptos habia adquirido el que lo predicó, y ciertamente ha sido una manera de que las generaciones venideras puedan admirar cuanto valió este esclarecido canónigo; pues no hay de él ninguna otra obra publicada, y sus manuscritos fueron mirados con tan poca atencion y cuidado que no se sabe lo que sería de ellos. Volvió á su residencia luego que hubo predicado este notabilísimo sermon con ánimo de no volver á salir más para ninguna otra parte, y sintió en el alma el que le hubiesen puesto en precision de dar á la estampa aquella bellísima produccion de su ingenio, lo cual no ha sentido en verdad la república literaria. No se sabe á punto fijo cómo ni cuándo puso Dios término á los dias de este venerable prebendado, pues unos dicen que falleció por los años de 797, y otros le hacen vivir hasta el de 801: lo que está fuera de toda duda es que en el primero de los citados años residia aun su canongía, y esto lo aseguran personas de maduro juicio y que merecen entero crédito, por lo cual lo más probable es que á fines del siglo pasase á mejor vida y en ella recogiera el fruto de sus trabajos evangélicos. Como no tenia familia alguna, al ménos que se supiera, no hay datos ningunos sobre sus últimos momentos; pero es de creer que sería como su vida, en órden á Dios de gratitud y reconocimiento, en órden á sus hermanos de edificacion y de consuelo, y en órden á los que le conocieron de gran sentimiento por su pérdida, pero de consuelo porque su buena vida hacia esperar que el Sr. D. Manuel Oliver y Miranda descansará en el Señor por toda la eternidad. — G. R.

OLIVERIO (B.). Fué este esclarecido confesor párroco de Quartaria, aldea de Toscana en la diócesis de Holterra. Es muy sensible que por un descuido inexcusable se halla dejado perder la noticia de sus heróicas virtudes y de los hechos verdaderamente notables con que seguramente se acreditarian, pues que llegó á merecer la honra de ser colocado en los altares para en ellos obtener el culto y la veneracion que la Iglesia de Jesucristo no da ni puede dar más que á la virtud, y no como se quiera á una virtud comun y ordinaria, sino á la virtud ejercida ó practicada en grado heróico. Los restos de su sagrado cadáver se conservan en la catedral de Colle, que en algun tiempo fué capital de Quartaria en la parte civil, y los adorna una inscripcion que dice: *Os. B. Oliverii mart. Rect. de Quartaria.* Se tienen en la debida veneracion, la cual ha aprobado la Iglesia y tambien su culto; pero no han podido adquirirse más detalles acerca de este esclarecido

sacerdote, que á la gloria de haber confesado la fe de Cristo en el ejercicio de su ministerio, atrayendo á muchos al conocimiento y servicio del verdadero Dios, apartándoles de las falsas doctrinas con que se queria seducirles, agregó la no menor de sellar con su sangre la firmeza de su fe, como testimonio incontestable de la verdad de sus dichos y la conviccion con que los aseguraba aun á costa de lo que para el hombre es más estimable, y que en persona de su juicio cabal no se sacrifica sino por una verdad tan palmaria y tan acreditada, tan fundamental y tan esencial para nuestra eterna felicidad como lo es la confesion de los dogmas del cristianismo, y la práctica de las virtudes que prescribe esta religion divina, por todas cuantas fases se la quiera considerar. No se ha fijado dia para la fiesta de este Santo, por no haberse apenas conocido ni aun su nombre fuera de la catedral donde estan sus sagradas reliquias, y del pueblo, que recordando la dicha que le cupo en tenerle por cura, le venera como su más decidido protector.—G. R.

OLIVERIO *el Breton*. Olivier, llamado Brito ó *Armoricus*, y algunas veces *Trecorensis*, porque era natural de Tregier, tomo el hábito de la órden de Sto. Domingo en el convento de Morlaix, y fué á estudiar á París en la escuela de su religion, calle de S. Jacobo. No puede decirse la época precisa en que tomó el grado de doctor, aunque fué entre los años 1280 y 1290. Pero es el 46 en una lista redactada por Bernardo Guidonis de los dominicos que desempeñaron en París las funciones del profesorado, y sucedió en una cátedra de teología á Guillermo d'Auxerre muerto en 1293. Oliverio fué despues prior y provincial, y murió en Angers en 1296. He aquí lo que nos dicen de su vida los autores de la historia literaria de Sto. Domingo, siguiendo á Bernardo Guidonis. Leandro Alberti, Altamura y d'Argentré, que por un error hace vivir á Olivier hasta 1310. Los escritos de este religioso consisten, segun Pignon, en *Comentarios sobre los cuatro libros de las Sentencias* y sobre el *Organon de Aristóteles*, si es este el sentido de las palabras *super omnes libros eleuchorum*; Simler añade algunos *Sermones* y explicaciones del cántico *Magnificat*, lo mismo que de las palabras evangélicas *Missus est*. No se conocen más que los títulos de estas producciones, que no han conservado importancia alguna. En una coleccion manuscrita de cuestiones escolásticas, que ha perdido casi todo su valor, se halla una cuyo autor tiene el nombre de *Oliverius prædicator*, que es quizá el dominico Olivier Breton.—S. B.

OLIVERIO de Colonia, Olivier ú Olibarius. El autor de la *Historia de las Cruzadas*, da al personaje de que vamos á hablar el título de escolástico; pero para justificar el de rector ó director de estudios, que creemos deber sustituirle, haremos notar que, generalmente hablando, el título de escolás-

tico se toma en dos sentidos diferentes, del que deberia de tener para unirle al nombre de Oliverio de Colonia. En el primer sentido significa elocuente, erudito, sabio en los estudios literarios, y en general se dice de todo hombre letrado. Así lo han entendido Vegecio, Papías, S. Agustin, Salizano y S. Gerónimo segun relacion de Ducange. Como los hombres de letras eran mirados como los únicos capaces de llevar la palabra delante de los tribunales, esta calificacion fué dada á los abogados por el código teodosiano, y por la mayor parte de los autores de la ínfima latinidad. En el siglo XII y posteriormente se ha calificado así á los que enseñaban y estudiaban la teología escolástica; por esta razon dice Fleury que los primeros escolásticos eran grandes hombres. El libro del Maestro de las sentencias era mirado como el cuerpo de la teología escolástica. Así en estos dos casos esta palabra tomada adjetivamente, no puede pertenecer á nuestro Oliverio, que fué colocado al frente de la escuela de Colonia, como Alcuino lo habia sido de la de Tours, Hincmar, y despues S. Bruno en la de Reims; pero estos personajes llevaban el título de maestrescuelas y no de escolásticos. Añadamos que ántes del establecimiento de las universidades se habian establecido escuelas cerca de las sedes episcopales, cuyos maestros, que eran ordinariamente los hombres más sabios de su época, tenian el título de maestre-escuela que han conservado en algunas iglesias catedrales, aunque variándole en otras. Oliverio era sajon del ducado de Westphalia. Le consideramos como escritor francés, tanto á causa de dos obras que ha dejado sobre la historia de las cruzadas, y en la que los hechos de los franceses ocupan un grande lugar, como en razon del puesto que ocupó por largo tiempo en la ciudad de Colonia, la que pertenecia á Francia en la época de cuya historia literaria nos estamos ocupando. Nada se sabe de positivo sobre sus padres; segun el analista de Paderborn, pertenecia probablemente á una de las familias nobles de Westphalia, que desde mucho tiempo ántes se hallaban en posesion de la silla episcopal de aquella ciudad. La fecha de su nacimiento es tambien incierta. Oliverio hizo sus estudios en Paderborn, se ordenó y llegó á ser canónigo de la iglesia de aquella ciudad. Habiéndose distinguido desde luego por su saber, fué llamado á Colonia para ser director de las escuelas. Parece que permaneció por largo tiempo en el ejercicio de este cargo, pues los tres empleos que ocupó en lo sucesivo no han hecho olvidar el título de *scholasticus coloniensis* con que siempre se le nombra. Una carta del papa Inocencio III al obispo de Génova y al abad de Bonneval en la diócesis de Viena, en que los manda el Papa representar al obispo de Grenoble la injusticia de su conducta para con Oliverio, nos manifiesta que este último gobernaba pastoralmente una pequeña parroquia de la diócesis de Grenoble, designada con el nom-

bre de *Ecclesia Aspersuadi*, que creemos ser Aspres, aldea situada sobre el Drac, á nueve leguas de Grenoble. Esta carta se halla fechada en el año duodécimo del pontificado de Inocencio, que corresponde al año 1209. El Papa en su carta dice que Oliverio, aunque digno de ocupar un rango más elevado, se habia contentado con un puesto modesto, que le ponia al abrigo de la pobreza y le alejaba de la opulencia; pero que este puesto que le habia sido asignado en recompensa de sus servicios, le habia sido quitado por el obispo de Grenoble, por lo que Oliverio se quejó al soberano Pontífice, quien se ocupaba en reparar la injusticia. El analista de Paderborn infiere de esta carta que Oliverio fué uno de los que se dirigierou á Tolosa y á las ciudades vecinas para combatir por medio de la palabra la herejía naciente de los albigenses. En efecto, en 1207 fueron enviados varios ábades de la órden del Cister y algunos otros personajes por el Papa para extirpar esta herejía y destruir la nueva doctrina, predicando la verdadera y pura. Se sabe por otra parte que Sto. Domingo, á su regreso de España con el obispo de Osma, se detuvo en Tolosa donde predicó á los albigenses, y que Oliverio, que habia ido allí por el mismo motivo, se unió en aquellas circunstancias con el fundador de la órden de los PP. Predicadores; de donde se deduce que despues de aquellos primeros trabajos pidiese Oliverio al Papa ó al obispo de Grenoble un puesto donde pudiera vivir modestamente; y en esto la fecha de su predicacion á los albigenses y la de la carta de Inocencio III concuerdan bastante bien. De todos modos, esta carta que el analista dice pertenece á Olivier, lo que no se atreve á asegurar Baluzio, no decide nada, pues parece extraño que un hombre que habia ocupado en Colonia un rango tan distinguido, fuese á encerrarse en una pequeña parroquia tan distante de su país. El año siguiente, 1210, Oliverio fué uno de los predicadores de la cruzada contra los albigenses, despues de haber desempeñado cerca de ellos las funciones de conciliador. Ejecutó este nuevo ministerio durante muchos años y adquirió en él grande reputacion, *multumque exindè celebrari cœpit Oliverius*, dicen los anales citados. Esta reputacion llamó la atencion del soberano Pontífice, que le encargó por medio de sus cartas ir á predicar la cruzada para la Tierra Santa, á Westphalia, Frisia, Brabante, Flandes, la diócesis de Utrecht y los países comarcanos. Al recorrer aquellas regiones exhortaba á los cristianos á cruzarse. No todos se decidian, pero el mayor número enmendaba sus depravadas costumbres, se imponia penitencias, y hacia sacrificios en compensacion de las penas del viaje de que se queria exceptuar. Cada uno daba con esta mira una cantidad de dinero segun sus facultades; los ricos daban á cinco marcos de plata, y este dinero, puesto en manos de Oliverio, era empleado en preparar la expedicion y en proveer á las necesidades de los que se cruzaban. Cuando

habia comenzado su obra en alguna ciudad durante algunos dias de predicacion, dejaba cooperadores para continuarla, é iba á otra. Despues de haber acabado sus predicaciones y sus preparativos entre los años de 1214 y 1217, se embarcó con los que habia ganado con sus discursos como lo expresa el analista: *Classi huic Oliverius se junxit, totius hujus expeditionis auctor, ac tuba sacra hujus belli.* Por esta razon dicen los cronistas contemporáneos que pasaba por el orador más vehemente y elocuente de su época. El maestrescuela de Colonia, convertido en guia por el oriente de los frisones y brabanzones de la sexta cruzada, renovando en el tránsito y en la expedicion aquellos antiguos tiempos en que los jefes de los pueblos eran tambien sus pontifices, se manifestaba á la vez capitan valiente y celoso sacerdote. El dinero que le quedó despues de los gastos de la expedicion, era empleado fielmente en mejorar la suerte de sus compañeros, y les consagraba su ministerio pastoral á todas horas del dia y de la noche. Su valor y su elocuencia recibian el realce de las dos cualidades que hace notar en él el analista, la integridad en su conducta y la modestia en sus acciones, y como estas cualidades serán examinadas en el análisis de su obra, pasamos á su regreso á Europa, que se verificó en 1222. Retiróse entónces á Paderborn, su patria, donde vacó la silla episcopal al año siguiente, resolviendo el cabildo elevarle á ella. Su eleccion dió lugar á algunos debates entre los canónigos, los nobles, los monjes y el pueblo; se presentó á la decision de Honorio III, que designó comisarios, por cuya autoridad se hiciera canónicamente esta eleccion. Con este motivo dirigió Honorio III á los notables, al clero de Paderborn y al mismo Oliverio cartas en que aprobaba esta eleccion. En 1225 hizo Oliverio un viaje á Roma con el arzobispo de Colonia Engelberto, con quien le unia la más íntima amistad. El Papa le consagró por sí mismo, y en recompensa de sus gloriosos hechos le creó cardenal obispo de Sabina. Al año siguiente fué enviado en legacion con el obispo de *Tusculum* cerca del emperador Federico; pero de regreso á su obispado murió en 1227, el mismo año que el papa Honorio, y tuvo por sucesor á un francés, llamado Juan Alegrin de Abbeville. El primer escrito que se ha publicado de Oliverio es la carta que dirigió desde Palestina á Engelberto de Colonia, y que lleva esta inscripcion: *Honorabilibus dominis suis, Engelberto Coloniensi archiepiscopo, majori præposito, majori decano, cæterisque prioribus, totique clero. Oliverius peccator, servus emptitius crucis, sic dictus coloniensis scholasticus: per viam salutis ad æternæ beatudinis consortium pervenire feliciter.* Esta carta da á conocer con bastantes detalles, que durante los cuatro años que permaneció en la Palestina se empleó Oliverio en dirigir las empresas de los cruzados, en hacerles practicar los ejercicios de la religion; y las horas que le quedaban libres, despues de sus trabajos, las consagraba á es-

cribir los sucesos, cuya relacion oia, ó los que veia por sí mismo; así como despues de la toma de Damieta, á que habia asistido, escribió lo que habia visto al clero y al arzobispo de Colonia. Esta carta, recogida en un principio por Gretrer y por Pablo Petan, fué impresa en la coleccion de Bougars, donde ocupa diez páginas en fólio. Se halla tambien en la coleccion de Tomás Gale sin nombre de autor, y Jacobo de Vitry, que parece haber tenido conocimiento de los manuscritos de Olivier, ha reproducido una parte de ella palabra por palabra en su *Historia de Jerusalen*, sin citar al autor á quien copiaba. Al copiar esta carta ignoraban probablemente todos estos compiladores que solo era una parte de los escritos de Oliverio sobre la Tierra Santa. El maestrescuela de Colonia habia compuesto, en efecto, durante su residencia en Oriente, dos obras, que son: 1.ª *La historia de los reyes de la Tierra Santa.*—2.ª *La historia de Damieta*, de que forma parte la carta al arzobispo de Colonia en 1619, época en que apareció la coleccion de Bougars: estas dos obras se hallaban todavía manuscritas y pertenecian á la biblioteca del obispo de Paderborn. En 1693, al publicar Schaten ó Schaterius los anales de aquella ciudad, manifestaba grande pesar porque los monumentos de la piadosa erudicion de Oliverio no hubiesen visto aun la luz; y por último, Echard en su coleccion histórica de la edad media, que se publicó en 1723, las ha impreso entre muchas obras debidas á escritores alemanes. Fuéronlo entónces por primera vez, no habiéndolo vuelto á ser posteriormente. La primera obra de Oliverio que tenemos que examinar es la que tiene por título: *Incipit historia regum Terræ Sanctæ, quam magister Oliverius Coloniensis scholasticus in obsidione Damietæ apud Ægiptios compilavit.* Esta historia se halla dividida en setenta y seis capítulos que llenan cuarenta y dos columnas en fólio. Comienza en el concilio de Clermont en 1085, y llega hasta 1216. Los hechos que se leen en ella son los mismos que los que se refieren en todas las historias de las cruzadas. Es propiamente hablando una crónica, que da cuenta casi año por año de los triunfos y sucesos que han tenido los cristianos en la Tierra Santa. Un análisis detallado nos llevaria demasiado léjos, un análisis sucinto no sería más que un índice cronológico: no nos ocuparemos, pues, ni de uno ni de otro. ¿Pero cuál ha sido el espíritu del historiador? ¿A qué tienden sus reflexiones? ¿Qué diversos conocimientos pueden hallarse en su obra? Hé aquí lo que debe ocuparnos en estos momentos. Este historiador es desde luego esencialmente religioso; mira la cruzada como una guerra santa inspirada por el Señor, y no ve más que la voluntad divina en las victorias y en las derrotas. Si los cristianos hacen inmensos preparativos para ir á Oriente, es porque Dios se propone castigar los crímenes de los sarracenos. Si al llegar delante de Autioquía se ven los cruzados anonadados de toda clase de males, es porque Dios los castiga por su conducta

depravada. Si cae en su poder Antioquía, despues de muchos padecimientos, es que Dios ha probado y recompensa á sus fieles. Si poco despues vienen á sorprender á los vencedores sesenta mil turcos en medio de su conquista, es porque lo permite Dios para castigarlos por haberse entregado á un criminal comercio con las mujeres extranjeras. Si estos infieles, aunque muy superiores en número, son derrotados en la llanura por los cruzados, es que ha querido el Señor disponer así de la victoria para remunerar la penitencia de sus siervos. Por último, si Saladino anonada con sus golpes á los desgraciados cristianos, es que Dios, que los habia puesto en posesion de la Tierra Santa, considerando su lujuria, su arrogancia y su avaricia los ha suscitado un adversario á quien no pueden resistir, desprovistos como se hallaban del socorro divino. Oliverio se muestra muy severo con los fugitivos traidores y los bárbaros; así marca con una eterna infamia á Esteban, conde de Beauvais, que viendo los males que sufrian delante de Antioquía, tomó la fuga y volvió á Francia; á los cruzados, que siendo dueños de Damasco se dejaron corromper por el oro de los enemigos; al rey de Jerusalen, que descontento de su pobreza, violó la tregua que habia hecho con los infieles; por último, á Renato, conde de Antioquía, que hizo atormentar á un patriarca con picaduras de moscas, haciendo cubrir su cuerpo con miel. Si se indigna contra los que deshonran el nombre cristiano, elogia á los que manifiestan grandeza de alma y valor. Cerca de Racha, dice, hubo un combate entre los partos y medas y los cristianos; estos fueron vencidos, sus jefes fueron hechos prisioneros; Bohemundo y Tancredo no conservaron la vida más que salvándose en lugares desiertos; otros muchos se expusieron honrosamente á una muerte segura, á ejemplo de los guerreros de Antioquía. Esta historia se halla llena de detalles sobre las principales ciudades de Siria y de Egipto. Su autor, á ejemplo de los antiguos, no cita un solo nombre geográfico sin recordar en pocas palabras su historia. Despues hace la descripcion de aquel puerto en que fueron á ponerse al abrigo los buques venecianos. Se dan detalles de este género sobre Jerusalen, el Cairo, los restos de Memphis y Antioquía. Menciona una ciudad llamada en un principio *Autarados*, despues Tortosa, donde se conservaba la antigua tradicion de que S. Pedro construyó una iglesia en honor de la Santísima Vírgen. Añade algunas particularidades sobre los califas y los diferentes jefes de la religion mahometana; sobre Saladino, sus emires, sus mamelucos y el resto de su milicia; sobre la tribu ó el órden de los asesinos y su jefe el *Viejo de las montañas*. Oliverio es esencialmente verídico en sus relaciones, aun cuando sean poco favorables á las personas que merecen su aprecio. «Ningun poder, dice, es de larga duracion, y con frecuencia lo que se ha adquirido con largos esfuerzos, se pierde por la astucia ó la locura,» reflexion que le su-

giere la conducta del rey de Jerusalen, que se perdió por querer invadir á Pelusa. «Los que escriben anales, añade poco despues, no ponen en sus relaciones lo que les es agradable, sino lo que les proporcionan los sucesos.» Esta reflexion precede á lo que dice en seguida de los reveses de los cruzados. La segunda obra de Oliverio tiene por título: *Oliverii Scholastici Historia Diamatina*, la cual es una consecuencia natural de la obra anterior, á la que excede en una tercera parte de extension, aunque los sucesos que retrata se hallan comprendidos en el espacio de cuatro años. El título de *Historia de Diameta* parece dar á entender que es historia de esta ciudad desde su fundacion, miéntras no es más que la relacion de los sucesos á que han dado lugar las guerras de los cristianos á los alrededores de esta ciudad. El historiador comienza su relacion en la fecha que ha terminado su primera obra, y la continúa hasta el momento en que abandonó el Oriente para regresar á sus hogares, es decir, desde mediados de 1217 á 1222. Este libro es una narracion hecha por un testigo ocular, por un hombre, que era más que testigo, pues segun los historiadores fué uno de los principales jefes de los cruzados del Brabante y de los países vecinos. Sin embargo, por importante que haya sido el papel de Oliverio en esta cruzada, por muchos servicios que hiciera á la causa que defendia, no hace mencion especial de su persona en su obra. No habla ni de sus predicaciones en muchas provincias, que duraron tres ó cuatro años, ni de los numerosos cruzados que reunió, ni de los preparativos que hizo para su viaje en que fué el jefe. Guarda igualmente silencio sobre todo lo que hizo en aquellas regiones durante los cuatro años que permaneció en ellas, aunque llevó una vida muy activa, estando siempre cerca de los combatientes, ya para animarlos con sus discursos y para consolarlos en sus reveses, ó para ayudarlos con sus medios y sus talentos. No pueden ménos de admirarse en Oliverio, como en otros muchos jefes de las cruzadas, cualidades tan grandes como el desinterés, la abnegacion y la modestia; miéntras por lo general los que presiden las grandes empresas no se olvidan en ningun tiempo, ni de la fortuna, ni de la fama, ni de los honores. La *Historia de Damieta* es una série no interrumpida de males, de desastres de todas clases que anonadan tan pronto á los cruzados como á sus enemigos, pero con mucha más frecuencia á los primeros. La lectura de ella no da una idea muy favorable del mayor número de los que hacian esta guerra. Los unos pierden el valor despues de algunos esfuerzos: los otros, asustados, toman el camino de Europa; estos no pueden entenderse con sus jefes; aquellos se reembarcan cuando piensan que han cumplido su voto, sin inquietarse de si su partida será perjudicial á los que quedan; muchos, por último, abusan de los triunfos pasajeros que obtienen y excitan las quejas del historiador. En medio de esta multi-

tud de acciones diferentes, cuyos detalles serian poco gratos al lector, no consideraremos más que algunos puntos principales, que darán á conocer el espíritu del historiador, y que harán formar una idea exacta de su libro. Así no nos detendremos en la toma de Jerusalen por los sarracenos, en la de Damieta por los cruzados, en la reconquista de esta ciudad por los sarracenos, y en dos cartas bastante largas, que forman parte de esta historia, una de las cuales dirigió Oliverio á Saladino y la otra á los sabios de Egipto. Miéntras que los cruzados, entre los que se encontraba el maestrescuela de Colonia, se hallaban ocupados cerca de Damieta, los sarracenos redoblaban sus esfuerzos para tomar á Jerusalen, lo que consiguieron, cuyo suceso refiere así Oliverio: «El año de gracia 1219 la reina de las ciudades, Jerusalen, fué destruida en el exterior é interior por Coradino, hijo de Saphadino; sus muros »y sus torres fueron convertidas en montones de piedras, á excepcion del »templo del Señor y de la torre de David. Los sarracenos deliberaron sobre »la destruccion del Santo Sepulcro, y aun anunciaron á sus hermanos de »Damieta, para consolarlos, que iban á destruirle; pero nadie se atrevió á »llevar las manos sobre aquel monumento, á causa del respeto que le tenian »ellos mismos. Pues, segun se halla escrito en el *Alcoran*, que es el libro »de su fe, creen que Jesucristo ha sido concebido y nacido de una vírgen, »que ha sido un profeta sin pecado, más todavía que un profeta.....; pero no »creen que su pasion y su muerte hayan sido divinas, que la naturaleza di»vina y la naturaleza humana hayan estado unidas en él, y que haya en Dios »tres personas. Mejor se los podria llamar herejes que sarracenos; pero el »uso ha hecho prevalecer esta falsa denominacion. Durante las treguas su»bian sus sabios á Jerusalen, se hacian enseñar las colecciones de los Evan»gelios, los besaban y los veneraban, á causa de la pureza de la fe que en»señó Jesucristo; tambien, además, porque el arcángel S. Gabriel fué en»viado para anunciar la luz del Evangelio, lo que repiten con frecuencia »sus sabios. En cuanto á su ley, que ha sido compuesta en Arabia por el »monje apóstata Sergio, bajo la inspiracion del diablo, y que dió Mahoma »á los sarracenos, ha comenzado por la espada, se conserva por la espada y »concluirá por la espada. Este Mahoma fué un hombre ignorante, como se »atestigua en el *Alcoran*; se encargó de promulgarle y de hacerle adoptar »por la fuerza. Fué lujurioso y belicoso, y dió una ley sobre la lujuria y el »valor, que observan fielmente sus sectarios, en particular en su primera »parte. Y lo mismo que la verdad y la pureza forman el fondo de nuestra »ley, así su error halla su apoyo en el temor y la voluptuosidad.» Tales son las reflexiones que hacia nuestro historiador sobre Jerusalen, y sobre aquellos en cuyo poder habia caido. Hé aquí cómo se explica al hablar de Damieta. «Los cruzados habian equipado su armada, y se preparaban á subir

»el Nilo para llegar cerca de Damieta; pero fueron detenidos en su marcha »por una torre. Se trató del ataque de esta torre, pero fué en vano; las es- »calas, las piedras, las flechas, todo fué inútil; perdieron durante muchos »dias un buen número de hombres, y tenian que sufrir las burlas de los »sarracenos. Construyeron una máquina para atacar esta torre; cuando es- »tuvo terminada, continua el historiador, los que la habian acabado pidie- »ron la aprobacion de los jefes. Todo el mundo la miraba con asombro. Se »invocó el auxilio divino por medio de procesiones y penitencias; despues »se arrastró esta máquina hasta el Nilo, se la acercó á la torre, y comenza- »ron un terrible combate, que duró un dia y una noche. Se tomó al fin la »torre.» Nos hemos detenido en este hecho, porque fué principalmente obra de nuestro Oliverio, aunque guarde escrupulosamente silencio sobre sí mismo. «El Señor, dice, inspiró este pensamiento á un arquitecto que habia proporcionado.» El analista de Paderborn le atribuye toda la gloria de este hecho, ya en cuanto á la invencion, ya en cuanto á los gastos que exigió, y está de acuerdo en esto con Mateo de París, que no designa en general más que á los frisones, los que se hallaban dirigidos por Oliverio. Este hecho tuvo lugar en el mes de Agosto de 1218. Los cruzados se aproximaron á Damieta y formaron el sitio, que duró hasta el mes de Noviembre del año siguiente, en que la ciudad, reducida al último extremo, cayó en poder de los sitiadores. «Fué tomada, dice Oliverio, sin rendirse ni defenderse, sin »tumulto y sin saqueo, para que la victoria no pudiera atribuirse más que »al Hijo de Dios. Los soldados cristianos, á su entrada en Damieta, hallaron »las plazas cubiertas de los cadáveres de las víctimas de la peste ó el ham- »bre. Las casas, los cuartos, las camas, todo se hallaba desordenado. Un »olor pestífero reinaba por todas partes, y el aspecto de esta ciudad inspi- »raba compasion; los muertos habian matado á los vivos.» Despues de la toma de Damieta los cruzados vieron caer sobre ellos todas las fuerzas de sus enemigos; habian conservado aquella ciudad hasta Agosto de 1221, en medio de los ataques contínuos que se les habian dado. Por último, ya por el desórden que habia habido entre ellos, ya por el hambre, á que les habian sometido sus enemigos, ya por la marcha de un gran número de los que se habia apoderado el terror, ya en particular por la traicion de algunos de sus jefes, principalmente por la de uno llamado Imbert, que se entregó al Soldan con su gente y le dió á conocer el mal estado de los que se halla- ban encerrados en la ciudad, ya tambien á causa de los males que les oca- sionaba la inundacion del Nilo, se retiraron los cruzados despues de haber hecho un tratado con el Soldan de Egipto. Los jefes de ambos partidos jura- ron observar el tratado, que consistia principalmente en entregar los cau- tivos hechos por ambas partes; los sarracenos restituyeron el madero de la

cruz á los cruzados de Damieta. Oliverio felicita á los cristianos por este tratado; á causa de la imposibilidad que tenian de conservar la posesion de aquella ciudad, y de la ventaja de haber sacado del poder de los sarracenos el madero de la verdadera cruz, y con esta ocasion refiere cómo esta reliquia despues de su descubrimiento habia caido en sus manos. Despues habla de la pérdida de Damieta, que atribuye á las faltas de los cristianos, y añade: «Los romanos, que eran paganos, dedicaron á Apolon un vaso de oro como »la décima parte del botin que les habia proporcionado la victoria. Los is»raelitas, vencedores de los madianitas, quisieron que Moisés hiciera al Se»ñor un donativo del oro y piedras preciosas que habian tomado al enemi»go. Pero esta nacion valerosa, sumisa y verdaderamente digna de elogio, »que se dirigió á Damieta desde su llegada, que alimentó con las provisio»nes que trajo una parte del ejército, que tomó por sí sola la torre del rio; »que puso los puentes sobre este mismo rio, la parte que se la dió fué nula »ó de poco valor á la última.» Compréndese fácilmente que el historiador habla aquí de una cosa que le tocaba personalmente. Sus frisones habian manifestado ardor, generosidad y valor, y él era quien los mandaba. Ni el jefe ni los soldados tuvieron motivo para elogiar la justicia de los jefes de la cruzada en el reparto de los despojos. Lo que parece manifestar que la generalidad de los que se alistaban en esta milicia procuraban más bien adquirir botin que la gloria de Dios, y que un gran número de descontentos de Europa iban quizá á Oriente para adquirir medio de mejorar en su patria. Cuando estuvo puesto en ejecucion el tratado entre los cristianos y sarracenos, escribió Oliverio á Mechi-Kemel, soldan de Babilonia, una carta que forma parte de la historia compuesta por nuestro autor. Esta carta que tiene por título: *Epistola salutaris regi Babylonis ab auctore hujus operis conscripta*, ocupa seis colunas en fólio. El objeto de Oliverio es solicitar del soldan la devolucion de Jerusalen á los cristianos, ó exigir que su hermano les ceda esta ciudad, pues habia sido tomada por Coradino. Le refiere su historia y le explica los derechos que los cristianos tienen sobre ella, le manifiesta que las creencias y las prácticas cristianas se hallan fundadas en la verdad y en la palabra de Dios; le conjura á poner el sello al bien que ha hecho ya á los cristianos, y toma ocasion de aquí para manifestarle su reconocimiento personal, dando al soldan los elogios que merecian sus grandes cualidades. «Yo, dice, que soy un esclavo rescatado por la cruz, y vuestro »liberto, no seré nunca ingrato á vuestros beneficios. Nunca se ha oido decir »que los prisioneros, en medio de una muchedumbre de enemigos, hayan »sido tratados con tanta bondad. Pues aun cuando el Señor hubiese permi»tido que cayésemos en vuestras manos, no hemos encontrado en vos ni un »tirano, ni siquiera un amo; pero habeis sido para nosotros un padre con

»vuestros beneficios, un apoyo en nuestros peligros, un amigo de nuestros »generales, y de una paciencia admirable en nuestras insolencias. Hallán»dose los principales de nosotros en rehenes en vuestro campo, han experi»mentado los placeres que ofrece el Egipto, los habeis enriquecido con vues»tros regalos y los habeis honrado con vuestras visitas con vuestros herma»nos. Habeis suavizado nuestro cautiverio, aunque nosotros no somos más »que sus subordinados. Todos los dias nos llegaban por órden vuestra de »veinte á treinta mil panes, lo mismo que el forraje necesario para nuestros »caballos. Habeis querido dejarnos gozar de la facultad de poder comprar »los demás alimentos, construyéndonos un puente y haciendo reparar los »caminos que habian deteriorado las lluvias; habeis cuidado de nosotros y »de nuestros bienes como de la pupila de vuestros ojos. Si se extraviaba una »de nuestras bestias de carga, mandabais que fuese traida á nuestro campo »y volvia á poder de su dueño. Nuestros enfermos y nuestros convalecientes »eran conducidos á expensas vuestras por tierra y por agua al puerto de Da»mieta; y lo que es más admirable, habeis prohibido con un terrible edicto »á vuestros súbditos molestarnos, ya con sus reconvenciones, sus injurias ó »sus burlas..... Con justa razon llevais el nombre de *Kemel*, que quiere decir »*Completo*, porque teneis todas las virtudes propias de los reyes y de los prín»cipes; y sois tanto más digno de elogio, cuanto que vuestras costumbres no »se parecen en nada á las costumbres disolutas de vuestra nacion. Acabad »pues, os lo suplico, lo que habeis comenzado. Despues de la libertad de los »cautivos, volvednos la Tierra Santa, la herencia del Señor, la sagrada ciu»dad con todos sus derechos. Vuestro hermano, que la tiene en su poder, es »vuestro vasallo y no se atreverá á negárosla.» Oliverio, que tuvo la franqueza de reconocer tantas y tan buenas cualidades en este sarraceno, hubiera sentido quizá tener que combatir con un enemigo tan humano, y sobre todo tan diferente de muchos jefes de las cruzadas, si el primer objeto de sus pensamientos no hubiera sido la reconquista de la ciudad santa. En la segunda carta, escrita á los sacerdotes y sabios de Egipto, se propone Oliverio probar la verdad de la religion cristiana por los libros sagrados de los hebreos que un monarca egipcio hizo traducir en griego por setenta y dos intérpretes, y los cuales se hallan desde aquel tiempo en su poder. En efecto, les refiere detalladamente todos los actos y la vida entera de Jesucristo en los diferentes textos que extracta con mucha exactitud del Antiguo Testamento. Les manifiesta el establecimiento de la religion cristiana, operado segun las palabras proféticas de hombres inspirados, cuyas obras se hallaban en sus bibliotecas ántes de su establecimiento. Por último, si no nos dice la acogida que merecieron estas cartas, nos da al ménos una idea favorable de la dialéctica y de la moderacion de su autor, tanto como de la claridad y de la naturali-

dad de su estilo. No nos resta más que mencionar una carta bastante corta que escribió Oliverio en 1225 al abad y al cabildo de la órden Premostratense. En ella se califica de *cancellarius coloniensis*. Acusa á la justicia del cabildo á Heldric, prior de uno de sus conventos en la Frisia, que por su avaricia y la dureza de su autoridad excitaba contra él las quejas de todo el pueblo próximo al monasterio. Mr. Michaud, en su *Historia de las Cruzadas*, ha dado un análisis de las dos obras de Oliverio, al que se debe recurrir aun despues de leido este artículo; pero es de sentir que tan ilustre sabio nos haya dejado el cuidado de analizar las dos cartas de Oliverio con más extension y precision que lo ha hecho; pues estas dos cartas no estan, como se ha dicho, escritas ambas para demostrar la divinidad de Cristo, lo cual es solo el objeto de la carta dirigida á los doctores de Egipto; pero la primera, dirigida á Kemel, tiene por motivo los más tiernos testimonios de reconocimiento, y por fin definitivo la restitucion de la Tierra Santa, lo que no permite decir que no ha manifestado Oliverio la ocasion con que fueron escritas estas cartas, sino solo que se ignora cómo fueron recibidas. —S. B.

OLIVERIO *el Templario*. No conocemos ni el verdadero nombre ni la patria de este autor, citado por los historiadores de las cruzadas bajo el título del *Caballero del Temple*. Solo por inducciones, comparando entre si cuatro denominaciones diferentes, puede suponerse que era de Arlés, y que pertenecia á una familia, cuyo nombre era Olivier, de modo que el Caballero del Temple no es otro que Oliverio *el Templario*; pertenecia á la familia de los Oliverios de Arlés, y á su regreso de Palestina fué denominado *Oliverio de la Mar*. La identidad de fechas y otras circunstancias autorizan quizá esta suposicion. De todos modos, el autor conocido por el Caballero del Temple es quien merece fijar más nuestra atencion. No es conocido más que por una sola composicion, pero es de grande interés. Mr. Raynouard la ha publicado y traducido casi entera, y Mr. Michaud ha reproducido una parte de esta traduccion en su *Historia de las Cruzadas*. Soldado de la cruz, el Caballero del Temple se hallaba en Palestina cuando los legados del papa Urbano IV, reuniendo á los soldados en medio del mismo ejército cristiano, les libertaban de su juramento y les concedian indulgencias para enviarlos á Italia á combatir en la cruzada predicada contra Manfredo. Calamidades de todas clases llovian entónces sobre los cristianos en la Siria y la Palestina. La ciudad de Cesarea habia caido en poder de los mamelucos, la fortaleza de Assur acababa de ser tomada; sucedia esto por lo tanto en el año 1265. Lleno de indignacion y disgusto exclama el guerrero trobador: «La tristeza »y el dolor me anonadan de tal manera, que estoy cercano á la muerte; ha »sido vencida, ha sido envilecida esa cruz de que nos habiamos vestido en »honor del que espiró sobre la cruz para rescatar nuestros pecados. Ni este

»signo venerado, ni nuestras santas leyes, nada nos garantiza contra los »bárbaros turcos. ¡Dios los maldiga! Pero ay! parece, si es permitido juz»gar á un hombre, que el mismo Dios los sostiene para perdernos. Desde el »principio han reconquistado á Cesarea, la fortaleza de Assur ha cedido á »sus armas. ¡Oh Dios! ¿qué se ha hecho de esa multitud de bravos caballe»ros, de hombres de armas, de ciudadanos que llenaban los muros de Assur? »¡Ay, el reino de Siria ha tenido pérdidas tan desastrosas! Siento confe»sarlo, no es posible que su poder llegue á extenderse en ningun tiempo. »No creais que se aflige la Siria; por el contrario, ha jurado que trasfor»mará en mezquita el monasterio de Sta. María, y pues que Jesús lo permi»te, él, su hijo que deberia irritarse; puesto que esta desgracia le agrada, »por qué no ha de agradarnos á nosotros?

»*E pus son filhs, qu'en degra dol aver,*
»*O vol nil'y play, ben den à nos plazer*, etc.»

Es evidente que la guerra de que habla el autor es la de Cárlos de Anjou contra Manfredo y Coradino, que comenzó en 1265, y quizá se puede tambien deducir que el poeta es de Arlés, pues dice que el ejército de Cárlos se componia de arlesianos y de franceses. Es tambien verosímil que el Caballero del Temple designa á los provenzales con la palabra arlesianos, porque era él ciudadano de Arlés. —S. B.

OLIVET (Fr. Bernardo), valenciano y religioso de S. Agustin. Graduóse de doctor en teología en la universidad de París, en cuya escuela adquirió gran fama, mereciendo que D. Pedro IV de Aragon le honrase con el dictado de teólogo de los más ilustres de su tiempo. Teniéndolo en tan buen concepto, no es extraño, pues, que le nombrase su predicador, y depositára en él tanta confianza, que le encargára el despacho de negocios muy importantes. En 1336 fué promovido al obispado de Huesca, y en 1341 el rey D. Pedro le nombró su embajador extraordinario cerca de la corte de Francia, en cuya calidad pasó despues á la de D. Jaime, rey de Mallorca. Dos años despues, Su Santidad el papa Clemente VI le asoció al cardenal D. Bernardo de Roders, que llevaba la comision de conciliar las enemistades de dicho soberano con motivo de los dominios del Rosellon, Monpeller, Sardaña y otros. Al siguiente año, ó sea en 1344, fué promovido á la silla episcopal de Barcelona, y en 1346 á la de Tortosa, donde falleció en 14 de Julio de 1348, al regresar de una embajada que hizo al rey de Aragon á nombre del antiguo principado de Cataluña. Algunos han supuesto si estaba destinado para la púrpura romana; pero no hay dato alguno en que fundar

esta creencia (1). Suponemos que su sepulcro existe todavía en la capilla de Santa Candia, en la catedral de Tortosa, pues aparecia aun allí en el siglo pasado, segun un escritor de su Orden; en su tumba se puso el siguiente epitafio:

Anno Domini MCCCXXXXVIII pridie idus Julii obiit Reverendus Pater et Dominus Fr. Bernardus Olivarii, episcopus Dertur. ac magister in sacra pagina: hìc tumulatur.

Escribió: 1.° *In Magistrum Sententiarum, libri IV.* — 2.° *In cap. II Math. de celebratione missarum*, ó sea *quæstiones quodlibetales.* — 3.° *De divinis officiis liber singularis.* — 4.° *Exercitatorium in mentes in Deum ad Raymundum Gastonem episcopum Valentinum*, cuyo manuscrito se halla en la biblioteca del Escorial. Nicolás Antonio se equivocó al suponer que esta obra habia sido dedicada á D. Rodrigo, obispo de Valencia, y despues papa con el nombre de Alejandro VI, pues como advierte muy bien Fuster, por el título se ve que no se dedicó á aquel prelado. Jimeno advirtió ya este error de D. Nicolás Antonio cuando dijo que esta obra no podia ser dedicada á D. Rodrigo, porque su autor habia fallecido ochenta y cuatro años ántes que aquel naciese, y que la inicial *R* con que se designaba el nombre de obispo, debia probablemente leerse *Raymundum* y no *Rodericum*, pues en vida del autor vivia D. Raimundo Gastó, á quien sin duda lo dedicaria. En la propia biblioteca del Escorial se halla tambien traducida esta obra por un autor anónimo con el siguiente título: *Despertamiento ó levantamiento de la voluntad en Dios*, cuatro libros. Tambien compuso Fr. Olivet otro libro titulado: *Tractatus contra judæos*, que existe en la biblioteca real de Francia, segun afirma un biógrafo de este ilustre valenciano. — M.

OLIVET (José Thoulier de), uno de los mejores gramáticos que cuenta la Francia. Nació en Salins en 1682, y su padre era consejero del parlamento de Besanzon. Aficionado al cultivo de las letras inspiró el mismo gusto á su hijo José, quien despues de haber concluido el estudio de las humanidades entró en la Compañía de Jesús, donde sus talentos le prometian un lugar muy distinguido. Entónces fué cuando dejando el nombre de Pedro José que llevaba, tomó el de Thoulier con que le notamos y ha sido conocido en la república de las letras por deferencia á la voluntad de uno de sus tios

(1) El P. Mtro. Diago, escribiendo sobre esta asercion, dice: Hasta ahora no he visto ninguna escritura ni en ningun autor de los de esta corona de Aragon, que escriba lo que dice Fr. Gerónimo Roman. Zurita afirma, que el rey D. Pedro le propuso a Clemente VI para el cardenalato, y que el Papa usó de esta peticion con mucha largueza, pero no dice claramente que tuviese efecto el nombramiento.

maternos. En 1700 pasó al colegio de Reims y durante su permanencia en esta ciudad trabó amistosos conocimientos con los sabios Mabillon y Maucroix de quienes recibió particulares muestras de aprecio. Despues se trasladó á Dijon, donde le fueron muy útiles los consejos del P. Oudin y la constante y sincera amistad del presidente Vohuier. Enviado á París á estudiar teología, las relaciones que tuvo con el grande Boileau le inspiraron esa grande pasion por lo bello y por los clásicos antiguos que tanto ha caracterizado la vida literaria de Olivet. Por este tiempo nació tambien la amistad que le unió con Huet Fraquier Boivin, Juan Bautista Rousseau Edoim, La Monnoye, todos entusiastas adoradores del culto de las musas antiguas. Al principio el abate Olivet se habia ensayado en la composicion de versos franceses; mas conociendo la esterilidad de este género de trabajo los arrojó al fuego, se dedicó al ministerio del púlpito, preparándose con estudios convenientes. Al efecto se formó á fuerza de meditacion y lectura en la elocuencia de los modelos antiguos, y le era imposible hablar de Ciceron sin que su imaginacion se entusiasmase en elogio de este príncipe de la elocuencia latina. Esta admiracion se halla en todos los escritos de Olivet, y no cesó hasta el último dia de su vida. Los superiores de la Orden, conociendo la vasta capacidad de este miembro de la Compañía de Jesús, le confiaron la continuacion de la *Historia de la Sociedad*, y al efecto pasó á Roma en 1713 donde fué muy bien recibido del P. Jouvanci, de quien debia recibir los documentos y demás materiales para su trabajo. La importancia amilanó, segun se dice, á Olivet, y desesperando de llevarla á cabo con el acierto que requeria, prefirió dejar á sus compañeros, no obstante los esfuerzos de los superiores para retenerle, ofreciéndole la plaza de institutor del príncipe de Asturias. Olivet prefirió á este brillante destino su libertad y una vida oscura pasada en el estudio y en la meditacion. Olivet habia publicado en 1710 en las obras póstumas de Macroix una traduccion de las filípicas de Demóstenes y de las Catilinarias de Ciceron; pero solo sus amigos sabian que él fuese el traductor; de modo que solo era conocido por la traduccion de una obra filosófica de su autor favorito, cuando la Academia Francesa le nombró individuo de su seno en 1723, en ocasion en que Olivet se hallaba ausente tributando á su padre los últimos deberes. Esta corporacion hizo el ejemplar de separarse de sus usos á favor de un sábio, cuya modestia no le hubiera nunca permitido colocarse en el número de los candidatos. Su discurso de recepcion sobre las causas de la decadencia del gusto en Roma, contenia reflexiones que el público creyó alusivas á algunos académicos. Y á la verdad, salvando siempre las buenas intenciones del autor, la sátira y el tono mordaz del discurso merecieron la crítica de los imparciales. Ya se habia notado este mismo tono en la traduccion de las conversaciones sobre

la naturaleza de los dioses. El desprecio con que habló de los comentarios de los PP. Lescalopie y Honorato acerca de aquella obra de Ciceron suscitó una viva polémica entre él y los redactores de las *Memorias de Trevoux*, quienes pretendieron que su libro tendia al ateismo ó al indiferentismo en materia de religion. La publicacion del tratado de Huet *De la debilidad del espíritu humano* dió pie á otro ataque que Olivet se apresuró á rechazar. Para mayor vindicacion presentó á la Academia el manuscrito autógrafo de Huet, de cuya suposicion ó falsificacion se le acusaba, publicando al propio tiempo su *Apologia*, que es asímismo la defensa del piadoso obispo de Avranches. Cansado de ese debate con dos sabios cuyas luces y carácter respetaba, Olivet emprendió en 1726 un viaje á Inglaterra con el duque de la Fosse. Así que llegó á Lóndres, su primer deseo fué conocer á Pope que por su aficion á los antiguos tenia á los ojos de Olivet dobles títulos á la consideracion de los sabios, no dejando de seguir su buen trato y sociedad durante su permanencia en Inglaterra. Olivet se habia comprometido á continuar la *Historia de la Academia Francesa*, empezada por Pellison y considerada como una obra maestra. Esta empresa ofrecia dificultades de diferentes linajes, y así no pudo escapar de que se le echase en cara el haber hecho el panegírico de Copin, como si á un historiador de la Academia le fuese posible pasar en silencio las relevantes cualidades de uno de sus miembros, mayormente cuando éste ha sido digno de los elogios de Boileau. Quizá con más justicia, dice un escritor, se le acusó en un epígrama de haber sido el censor de la Bruyere. El estilo de éste, dijo un autor, se apartaba mucho del de los antiguos para que Olivet le prestase la justicia y la consideracion que merece un escritor de mérito; y como este epígrama era por el estilo de los de Juan Bautista Rousseau, se atribuyó á este poeta para que Olivet se enemistase con él. Mas los autores de este ardid no solo no lo consiguieron, sino que al cabo se supo que el autor del epígrama habia sido un abogado de Reims, llamado Mahuel. Su salud delicada obligó á Olivet á interrumpir sus trabajos y á pasar á Bruselas en 1730 para dar vigor á su espíritu. Habia escrito con anticipacion á Rousseau, y este salió á recibirle hasta la parada de la diligencia. De regreso á París publicó una carta dirigida al presidente Boulier, en la que le escribia la historia de las famosas coplas, y que es uno de los documentos más interesantes sobre la cuestion que dividió por tanto tiempo el Parnaso. Es sabido que uno de los escritores más amables é idealistas de aquella época Mr. La Motte, ocupó el último tercio de su vida en sostener paradojas, entre las cuales como la más extravagante puede citarse la que suponia que era inútil buscar la armonía en el discurso. Los discípulos de La Motte sustentaban con tenaz empeño la doctrina de su maestro, y aun querian imponerla á los demás; y para combatirla Olivet compuso su

Prosodia, obra, dice Voltaire, que subsistirá tanto tiempo como la lengua francesa, á la cual vindica de las imputaciones que le han dirigido escritores poco versados en manejarla. Tambien contribuyó á revisar la edicion que la Academia preparaba del *Diccionario de la Lengua*; y tomó á su cargo con los abates Geduin y Rothelin la publicacion de una *Gramática francesa* más clara y metódica que la de Regnier Desmarais; pero Olivet fué el que llevó á cabo solo esta empresa. Animado de los unánimes votos de la Academia, el abate Olivet publicó en 1738 algunas observaciones gramaticales sobre Racine; yá ellas contestó Desfontaines con su *Racine vengado*; como si Olivet no hubiese tributado el más justo homenaje á la pureza de estilo de este genio, en cuyas obras, dice, á pesar del metro y de los trasportes de la poesía se notan ménos faltas que censurar que en los escritos en prosa más celebrados. Los periodistas llegaron á encarnizarse contra Olivet, hasta un punto que la buena crítica reprueba; pero no consiguieron aquellos turbar en lo más mínimo su reposo; de modo que iba á publicar acerca de las obras de Despleaux un trabajo igual al que habia hecho sobre *Racine*, en el momento que el ministerio inglés le propuso la publicacion de una edicion completa de las *obras de Ciceron*. Olivet manifestó al cardenal de Fleury las cartas que habia recibido de Inglaterra. Llevado de su amor patrio, destinó á la educacion del delfin un trabajo que habia pensado ofrecer al duque de Cumberlant. Entusiasta admirador de Ciceron, no perdonó investigacion alguna, ni el más escrupuloso cuidado, para elevar un monumento digno de la gloria de un escritor cuyas obras deseaba que fuesen saboreadas y admiradas de todos los que supiesen leer. Esta edicion, publicada en París, 1740-1742, nueve tomos en 4.°, no admite rival, así en su belleza tipográfica como en la correccion del texto, claridad, precision, talento y gusto que brillan en todas las observaciones escogidas de entre los mejores comentadores del orador antiguo y otras propias del mismo autor; no siendo estas últimas las que ménos carecen de mérito por su utilidad. En el sabio y bien escrito prefacio que va al frente de esta edicion, Olivet indica las fuentes en donde ha bebido, y la imparcialidad con que ha apreciado los trabajos de cuantos le habian precedido en esta empresa. Los desvelos de Olivet fueron al fin recompensados con una pension de mil quinientas libras que el Rey le señaló de su bolsillo privado. Precio mezquino de sus fatigas, dice Dealembere, pero que era lo que bastaba á los deseos de Olivet, porque á sus ojos era una muestra preciosa de la satisfaccion de su soberano. El extraordinario y lisonjero éxito que habian obtenido las traducciones del abate Olivet, era un compromiso que le obligaba á revisarlas de nuevo y á corregirlas con todo el esmero y escrupulosidad de que era capaz. Por lo mismo, cada edicion que publicaba salia más depurada, aprovechando con docilidad y aun

con gratitud las críticas ó consejos que consideraba dictados por la imparcialidad y el interés de las bellas letras. El mismo decia que el arte de traducir comprende dificultades que solo puede conocer y calcular su importancia el que puede vencerlas, y que entre el autor y el traductor debia existir un mérito relativo y proporcionado. Cuando tradujo á Ciceron y Demóstenes, el abate Olivet se excusa ante el público de su osadía, diciendo: «Solo puedo decir en abono de mi obra que soy traductor como otros poeta; esto es, que he cedido á la secreta fuerza de un ascendiente irresistible que no me ha permitido huir del peligro aun cuando le conocia y estaba presente á mis ojos.» La importancia que atribuia á la traduccion se explica claramente por los respectivos y multiplicados esfuerzos que continuó haciendo toda su vida por dar con precision y exactitud la gracia y energía del original; empeño que creia á mayor altura de sus fuerzas. A pesar del tiempo que le absorvian estas ocupaciones, nunca dejó de tomar una parte activa en las tareas de la Academia, dando el ejemplo del respeto que merece una corporacion literaria de tamaña importancia con la puntual y árdua asistencia á sus sesiones. Tan dulce, atento y amable en su juventud; tan rudo, brusco y severo fué despues con el trato del mundo: carácter que daba conocida ventaja al disimulo y política de sus enemigos. A pesar de un exterior tan poco atractivo, latia en el pecho de Olivet un corazon excelente. Fiel á la amistad, olvidaba fácilmente las ofensas y se complacia en ser útil aun á riesgo de criar ingratos, cosa que le aconteció con mucha frecuencia. Aun cuando vivia en íntima amistad con el cardenal de Fleury y el obispo de Mirepoix, distribuidores entónces de los honores y gracias, nunca pidió para sí la menor cosa. Así vemos que solo disfrutó de un pequeño beneficio en su provincia, tan pobre cuando se le confirió, que seguramente no bastaba para la congrua sustentacion de un eclesiástico. Aunque exento de ambicion, retirado al fondo de su gabinete y extraño á las insidiosas querellas de los literatos de su época, la envidia procuró morderle, y Duchos, Coller, Pirron y algunos otros, no temieron pasar plaza de ingratos é injustos con el placer de hacerle objeto de sus indignas é inmerecidas sátiras. El carácter severo de Olivet no podia ser del gusto de la brusca franqueza de Duchos, ni ménos de un Pirron. Coller, satírico y murmurador por necesidad, no aborrecia ménos el rigorismo de este abate; y este triunvirato era la torre que arrojaba sobre Olivet granizadas de epígramas. En los últimos años de su vida el abate Olivet dejó los trabajos que habian formado el encanto de su vida, y se preparó para bien morir con la lectura de la Sagrada Biblia; libro que ofrecia á su admiracion los más grandes y elocuentes ejemplos. Este abate falleció en París de un ataque de apoplejía el 8 de Octubre de 1768, á la edad de ochenta y seis años. Sucedióle en la Academia el célebre Condillac, gramá-

tico no ménos hábil, pero de miras más elevadas y filosóficas en la gramática de las lenguas. Las letras deben á Olivet, como á editor, muchos beneficios, pues ha publicado con sábios prefacios: 1.° *Huetii carmina*; 1709, en 12.°, nueva edicion, aumentada con documentos inéditos y varias poesías latinas de Fr. Guiet, 1729. —2.° *Obras póstumas de Maucroix.* —3.° *Huetianæ.* —4.° *Memorias para servir á la historia de Luis XIV, por el abate de Echoisi.* —5.° *Cartas históricas de Pellison*; París, 1729, tres tomos en 12.° 6.° *Banquete de Platon*, traducido por Razine; ibid., 1730, en 12.°—7.° *Diario de Enrique IV*; por Estoile.—8.° *Poetarum et academica gallica qui latine aut græce scripserunt carmina;* París, 1736, en 12.°—9.° *Edicion de la Haye;* 1740, en 8.°, más hermosa y completa que la primera, pero se encuentran en ella las tres disertaciones del abate Fraquiet sobre Sócrates. —10. *Ciceronis opera omnia cum delectu commentariorum.* —11. *Obras diversas* del abate Gedoin.—12. *Poemata didascalica nunc primum vel edita vel collecta;* París, 1749, tres tomos en 12.°; coleccion interesante reimpresa en París, 1813, con un cuarto volúmen que contiene poemas inéditos. 13. *Opúsculos sobre la lengua francesa*; por varios académicos como Huet, Dangeau, Choisi Patru, Olivet, etc.; París, 1754, en 12.°—El abate Olivet ha insertado en estos opúsculos su tratado de los *participios.* —14. *Harguini prolegomena ac censura veterum scriptorum*; Lóndres, 1766, en 8.°—15. *Coleccion de opúsculos literarios*; Amsterdam, 1767, en 12.° Esta obra contiene un discurso de Luis XIV al Delfin, seis cartas del abate Olivet al presidente Bouhier, de las que trataremos más adelante; varias reflexiones sobre el gusto, por el abate Gedoin y Tugas, preboste de los mercaderes de Lion, y varias poesías del abate Regnier-Desmarais. Este laborioso escritor tradujo además las obras siguientes: 1.ª *Pláticas de Ciceron sobre la naturaleza de los dioses;* París, 1721, dos tomos en 12.°, con observaciones de Bouhier, las que han sido publicadas despues por separado, idem, 1732, 1749, 1736, dos tomos en 12.° El autor ha unido á esta obra *Observaciones sobre la teología de los filósofos griegos*, las cuales fueron atacadas por el marqués de Argens en su *Filosofía del buen sentido.* Pero el abate Olivet, al paso que manifiesta que tiene á honra el haber sido atacado por aquel, declara que no contestará á una obra que ha sido condenada por el parlamento de París.— 2.ª *Filipicas de Demóstenes y Catilinarias de Ciceron;* París, 1627, en 12.° Esta traduccion es enteramente distinta de la que habia publicado en 1710 en las *Obras póstumas de Maucroix.* Despues se han hecho de ella varias reimpresiones en 1736, 1744, 1766, en 12.° El traductor ha unido á las *Filipicas* el análisis y la traduccion latina de la primera, hecha por el padre Joubanci; las observaciones de este crítico juicioso á la traduccion de este discurso por Toureil; una reseña de los paralelos de los antiguos con

los modernos, por Perraul, relativo á Demóstenes, y un índice geográfico, examinado por Anville, de todos los lugares que se citan en las *Filípicas*.— 3.ª Las *Tusculanas de Ciceron*; París, 1737, dos tomos en 12.°, 1744, 1776; el presidente Bouhier ha traducido la tercera y la quinta.— 4.ª *Pensamientos de Ciceron;* Paris, 1744, en 12.° Esta coleccion de trozos escogidos de este famoso orador es una de las mejores obras que pueden ponerse con fruto en manos de la juventud, de modo que por mucho tiempo ha figurado entre los libros elementales de los colegios y se han hecho numerosísimas impresiones. La Beaumelle ha publicado, siguiendo el mismo plan, una *Coleccion de pensamientos de Séneca*, que ha dedicado al abate Olivet. Finalmente, este traductor ha compuesto las obras siguientes: 1.ª *Apología ó comentario de los artículos insertos en las Memorias de Treboux;* Paris, 1726, en 12.° Es una contestacion á los PP. Ducerseau y Castel. Camusat la ha insertado íntegra en su *Biblioteca de libros modernos*; 1726.—2.ª *Historia de la Academia Francesa desde su creacion hasta el año* 1700; Paris, 1729, dos tomos en 4.°; idem, 1773, dos tomos en 12.° El primero contiene la historia de la Academia por Pellison, con observaciones é importantes adiciones; el segundo tomo empieza en 1652, en cuyo año Pellison terminó su trabajo. El estilo de esta obra es sencillo y natural, y con justicia podriamos decir que para evitar el autor la ampulosidad ha caido en una sencillez que raya en familiaridad. Los aficionados á la historia literaria hallarán en este libro análisis muy minuciosos de las producciones de los escritores que contiene. Olivet habia llevado esta obra hasta el año 1715; pero por no contraer el compromiso de elogiar á académicos que á su parecer eran más bien dignos de la censura de la posteridad, arrojó su manuscrito á las llamas; más sensible debe sernos la pérdida de la *Historia de la Academia de Atenas*, que este autor habia escrito.— 3.ª *Cartas al presidente Bouhier*, en número de seis, como hemos indicado. La primera es la relacion de su viaje á Bruselas y la defensa de Rousseau. La segunda comprende varias reflexiones sobre la vida del abate Genes. La tercera explica los motivos que le han inducido á destruir la continuacion de la *Historia de la Academia*. La cuarta trata de los usos y costumbres de la Academia en las recepciones. La quinta es una apología de la rima, atacada por los Meólogos, obra maestra y de buen gusto y criterio; y la sexta contiene anécdotas literarias, reflexiones sobre el verdadero autor del escrito, *Consejo á los emigrados*, que Olivet atribuye á La Roque. Estas seis cartas, publicadas separadamente, fueron despues reunidas en la *Coleccion de opúsculos*, de que hemos hablado. Además existen tambien otras dos cartas de este autor, que sin duda no creyó dignas de la reimpresion; una, dirigida al presidente Bouhier, es una réplica violenta á Credier, y la otra, dedicada á su hermano, consejero del parlamento de Besanzon, versa sobre el debate

de Voltaire y Travenol, violinista del teatro de la Opera.—4.ª *Ovigo salinarum burgundiæ*, égloga, que es una especie de metamorfósis por el estilo de las de Ovidio. Este pequeño escrito se imprimió por separado, y despues fué reimpreso en la coleccion de poesías latinas de los individuos de la Academia Francesa. — 5.ª *Tratado de la Prosodia francesa.*— 6.ª *Ensayo sobre la Gramática;* trabajo que habia Olivet emprendido con Gedoin y Rotelin. En él se trata de las cuatro especies de palabras declinables : los nombres, el artículo, los pronombres y participios.— 7.ª *Observaciones sobre Racine.* Estos tres opúsculos han sido reunidos é impresos con el título de *Reflexiones sobre la lengua francesa*; París, 1767, en 12.°—Tambien se atribuye á Olivet, pero sin fundamento, la *Vida del abate Choisi*; Lausana, 1748, en 8.° Para mayores pormenores acerca del abate Olivet puede leerse su elogio en el *Necrólogo para el año* 1770, en la *Galería francesa*, donde se ve su retrato, y en el tomo VI de la *Historia de los miembros de la Academia Francesa*, por D'Alemberg.— M.

OLIVET (V. Fr. Juan), religioso franciscano observante, natural de Valencia, en cuya provincia tomó el hábito. Pasó á Filipinas en 1581 á predicar el Evangelio á aquellos habitantes, no siendo escaso el fruto que recogió de su celo y fervor religioso. Ni los malos tratos, ni los crueles padecimientos, que detenian muchas veces sus pasos, pudieron vencer su paciencia, ni debilitar su ánimo, siendo la conversion de los idólatras el constante objeto de sus ánsias; el martirio hubiera sido muy poca cosa para este religioso, á trueque de poder ganar una alma para Jesucristo. En Manila ejerció la caridad en alto grado; pues no bien habia cumplido con los deberes de la regla, volaba al lado de los enfermos ó bien de las familias necesitadas, y socorria, ora con los recursos que presta la religion, ora con socorros temporales, á los que necesitaban de su ferviente caridad. Nadie hubiera traslucido al través de su rostro alegre y tranquilo, que bajo el hábito de Fray Juan Olivet se albergase un rudo silicio, y que con él trepase los montes, cruzára los pantanos y caminára noche y dia sin quejarse ni dar pruebas de cansancio. Despues de haber catequizado á muchos pueblos y edificado varias iglesias, falleció en Camarines el año 1597. Escribió : 1.° *Arte y vocabulario en el idioma de aquella provincia.*—2.° *Varios tratados*, tambien en el propio lenguaje, sobre varios puntos de religion y moral, con estos títulos : *De los beneficios divinos; de las miserias de la vida humana; sobre las ocho bienaventuranzas, de las postrimerías; sobre los siete pecados mortales; sobre la limosna; de la penitencia; del Santísimo Sacramento y de la disposicion para recibirle; de la fe; de la caridad; de la consideracion y de la meditacion; del Rosario y misterios de nuestra Señora.*—Tambien escribió cuatro catecismos: 1.° *Declaracion de la doctrina cristiana.*— 2.° *Para catequizar á los infieles.*—

3.° *De las buenas costumbres del cristiano.* — 4.° *Para saber confesar.* Todos estos libros han sido muy útiles á las misiones.— M.

OLIVETO (P. Angel). Fué este esclarecido varon muy distinguido desde que comenzó sus estudios, que hizo con extraordinario aprovechamiento, señalándose sobre todo en las ciencias filosóficas y en la jurisprudencia; estaba llamado á ser gran cosa en el siglo, pues á su grande capacidad y aplicacion unia una prudencia suma y un tino tal para comprender y resolver las cuestiones, que cuantos podian alcanzar el que se encargase de sus asuntos como abogado, podian, digámoslo así, descansar en los buenos oficios de este insigne jurisconsulto, pues él esclarecia perfectamente la verdad y hacia por consiguiente que á cada cual se diese lo que correspondia, protegiendo por consiguiente al inocente y siendo azote del malvado. Con tan buenos auspicios, es indudable que los progresos de su carrera científica hubieran sido muy rápidos; pero él fijó en su mente aquellas palabras de la Santa Escritura: *¡Qué importa ganar el mundo si se pierde el alma!* Y para asegurar la salvacion de esta, empleó cuantos medios estuvieron á su alcance. Claro es que comenzaria por buscarse un asilo donde pudiera estar á salvo de las miserias del mundo, no en el concepto de carecer de necesidades y privaciones, pues que esto sabia él muy bien que no es dado á la frágil naturaleza, sino en el concepto de estar seguro de que obraba bien, siguiendo un porte que habia de ser para él áncora de verdadera salvacion. Como él sabia muy bien, que lo que suele neutralizar los mejores deseos del hombre y hacer á éste sucumbir á aquellos mismos de que él huyera con afan y encenagarse en vicios y defectos que nunca pensó podrian dominarle, es el amor propio ó más bien la libertad de obrar, ó el obrar por nosotros mismos, pues que ofuscados muchas veces no sabemos ni dónde vamos ni de donde venimos, se determinó á buscar un instituto donde el hombre se desprendiera enteramente de su propio querer, donde no digamos que pudiera tener caprichos, pero ni aun voluntad, y por esto escogió el gran instituto de Ignacio de Loyola, pues sabia perfectamente que la obediencia es en él la virtud predilecta y más ejercitada, y por consiguiente muy seguro el éxito de todas las acciones que se emprenden bajo tales auspicios. Ingresó, pues, en este benéfico cuerpo, y no quiso hacer mérito de sus antecedentes, estudios ni valía; pero á Dios plugo que esto se revelara, y se revelara de una manera que no dejaba ocasion de dudar que era esta expresamente la voluntad del Señor para su gloria. Se hallaba Oliveto en compañía de sus hermanos en una recreacion, y se suscitó una duda acerca de un punto de disciplina eclesiástica, á cuya duda, olvidándose él de que trataba de ocultar lo que sabia, contestó, pero contestó con tanta erudicion y fluidez, con tan abundante copia de razones y datos, de una manera en fin,

tal, que los superiores no pudieron ménos de tomar esto en cuenta, y tomándolo le llamaron aparte, le examinaron detenidamente, y le obligaron á declarar sus antecedentes literarios, y á pasar de la clase de coadjutor á la de padre, con no poco sentimiento suyo; pues hubiera querido siempre quedase oculta su ciencia y capacidad para no tener ocasion de ponerse otra vez en evidencia como hombre que valia lo que valia ciertamente. Como ya entró de alguna edad en la Compañía y se descubrió, digámoslo así, de repente lo que él valia y sabia, le hicieron ascender de seguido á todos los sagrados órdenes hasta el presbiterado, y aquí sería de desear el poder entrar en detalles, ya acerca de las disposiciones con que se acercaba á los sagrados ministerios, ya acerca de la fidelidad con que correspondia al singular favor que Dios le hacia en este especial llamamiento; pero esto sobre no ser de nuestro propósito, tampoco podria esclarecerse mucho, pues entre los favores que pidió á sus superiores, y en especial á los que dirigian sus ejercicios espirituales, fué uno el de que le permitieran ocultar las extraordinarias mercedes con que el Señor se dignaba honrarle, sin mérito alguno por su parte, como él mismo decia muchas veces. Por fin, constituido sacerdote del Señor, no dejó por esto de permanecer sumiso, obediente y obsequioso, no solo con sus superiores sino con los últimos de la casa, ni nunca fueron sus miras y apreciacion de sí mismo otras, sino el ser considerado y tratado como el último de todos. Aun cuando por algun tiempo le dedicaron al ejercicio santo de la predicacion de la divina palabra, y en el desempeño de él alcanzó los ópimos frutos que son consiguientes á su buena intencion ayudado de una gran capacidad, pareció más conveniente á la mayor gloria de Dios el que nuestro padre se dedicára al confesonario. Allí podria ejercer y ejercia de hecho su prudencia, atendiendo con diligencia á los antecedentes, circunstancias y consecuencias de las enfermedades, cuyo remedio imploraban á sus pies los penitentes; su celo en atraer á los más pertinaces con la dulzura que era su carácter, tocando con extraordinario tino las fibras de su corazon, y sabiendo por ilustracion del cielo cómo habia de tratar á cada uno para que se lográra reformarle sin que se exasperára; allí ejercia su grande caridad, condoliéndose vivamente de las necesidades de sus penitentes y buscando en ellas todo género de remedios que encontraba abundantes de una manera no solo pasmosa, sino muchas veces sobrenatural, y por recursos que ni él mismo habria muchas veces pensado que estarian á su disposicion. Bueno será que fijemos nuestra atencion en la manera con que el P. Angel Oliveto ejercia el importante cuanto difícil ministerio de la administracion del santo sacramento de la Penitencia, porque ciertamente la manera admirable con que lo desempeñó, forma todo su elogio, como fué todo el fundamento del gran mérito que en la pre-

sencia del Señor contrajo. Excusado es decir que un hombre que se santifica, digámoslo así, en el importante ministerio de oir confesiones, no habia de desechar penitente alguno que se le acercase, ni mucho ménos desatender á los que pusiesen en sus manos la direccion de sus conciencias: lo que ha de decirnos mucho en pró de su virtud, es la gente que buscaba y cómo la buscaba. Es verdad que él se complacia mucho en esas almas privilegiadas á quienes Dios, por singulares favores, por medios extraordinarios lleva hácia sí, y son en el mundo como serafines, que abrasados en el amor divino, siempre buscan la gloria de Dios por el ejercicio de las virtudes, en grado cada vez más heróico; así como es verdad que para estas, cuando alguno se le acercaba, tenia el Padre todo el acierto que es consiguiente á un ejercicio de oracion y meditacion tan constante, que venia á ser como su vida; pero tambien es cierto que decia, y con mucha razon, dos cosas acerca de estas personas; primero, que su necesidad no era tan grande que fuese preciso atender á ellas con preferencia, pues Dios supliria con su bondad, y ellas comprenderian más y más los designios de Dios, con su docilidad á las gracias y con el aprovechamiento de las celestiales luces que Dios les mandaba; y segundo, que para confesar esta clase de personas, sobre bastar cualquiera, estaban dispuestos todos, pues siempre complace aun en el servicio de Dios, ver que los medios que ponemos en juego dan su resultado, y que lo que hacemos produce su efecto; por lo cual el Padre no queria esta especie de personas, sin que por esto dejára de mirarlas con la veneracion que ciertamente merecen, ni ménos les negase los auxilios y ayuda que pudieran necesitar de un hombre que con una sola palabra, con una mirada, atraia al amor y servicio de Dios. Sus delicias eran los pobres y los pecadores, para atraer á los cuales no perdonaba medio, ni se dispensaba fatiga alguna, diciendo muchas veces que no podia ménos de hacer esto considerando la conducta admirable de nuestro soberano y amorosísimo Redentor. De suerte que los presos y sentenciados á galeras, los criminales y mujeres perdidas, aquellos que con la mayor indiferencia miraban todas las cosas de Dios, aquellos eran para cuya conquista el Padre trabajaba de un modo especial; y no se crea que los halagaba en sus vicios para atraerlos; no, todo ménos que eso, les hacia comprender la enorme responsabilidad que la criatura tiene para con su Dios, cuando se olvida de los deberes que éste le impone, y le ofende; les hacia fijar la atencion acerca de la muerte y de lo que á ella es consiguiente, y así los reducia á un estado en el cual, mirándose y viéndose expuestos á sufrir los rigores de la inexorable justicia divina, tenian que implorar la misericordia del Señor, que era lo que el Padre deseaba, aprovechando estos favorables momentos para ponerlos en estado de recibir la absolucion de sus culpas, y procurando excitar en ellos

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

motivos de gratitud para que se sostuviesen en el buen camino, siguieran las inspiraciones de la gracia, obrasen en todo conforme á las promesas del Señor, y pudieran con su arrepentimiento y perseverancia dar al cielo ese regocijo que, segun el mismo Cristo, es en la conversion de un pecador mucho mayor que en la perseverancia de noventa y nueve justos, que no hubieran siquiera perdido la gracia del bautismo, porque es cierto que el pecador habia muerto y resucita, y el justo disfrutaba todavía de la vida que el Señor le dió para su gloria. Tal conducta del P. Oliveto no puede ménos de calificarse de heróica, y cuando se considera lo mucho que tenia que hacerle sufrir la índole de las personas á quienes dirigia sus exhortaciones, y con quienes ejercia su celo, no puede ménos de calificarse de invicta su paciencia y de grandes, muy grandes, sus méritos en la divina presencia. En efecto, Dios quiso que muriese mártir, no ya por la crueldad de un tirano, que segára su cabeza, sino por su caridad, que le proporcionaba sufrimientos que le hacian padecer y morir. En efecto, esto acontecia en Nápoles por los años de 1655, y era entónces afligida esta populosa ciudad de una terrible epidemia, que redujo al mayor desconsuelo á todos los napolitanos, pues que quedaron familias enteramente destruidas, y las demás reducidas á muy pocos individuos. Los PP. de la Compañía prestaron servicios como ellos suelen en esta pública calamidad, y el P. Angel hubiera querido tambien asistir á los apestados, si la obediencia al superior no le hubiese obligado á quedar en casa para desempeñar el importante ministerio de confesar á los que allí acudieran, que no eran pocos, pues es sabido que nuestra miserable condicion busca á Dios en los momentos de agitacion y de pena, por lo que, como era tan grande la que agobiaba á aquellas buenas gentes, por motivo de la peste, todos, que ignoraban cómo podrian librar en ella, acudian á ponerse bien con Dios por medio del sacramento; y el Padre, por tal motivo, tenia muchísima más ocupacion que ordinariamente, con despachar á todas aquellas gentes que acudian presurosas á sus piés. Sea que esta aglomeracion de trabajo obrase en él naturalmente, ó que Dios quisiera concederle el gusto de morir por su amor durante aquella epidemia, es lo cierto que por revelacion supo que sus dias iban á concluir muy en breve, por lo que se previno para la muerte con una más exquisita vigilancia al cumplimiento de sus obligaciones, con un más fervoroso afan por adorar á su Dios y comunicar con él los secretos de su corazon, y sobre todo con la ferviente súplica de que el Señor le concediera la gracia de que el confesonario, donde habia sido colocado por obediencia, fuese el último lugar que ocupára en el mundo, y fué así efectivamente, que el mismo dia en que pasó de ésta á mejor vida, estuvo bien de mañana administrando el sacramento de la penitencia á los muchos que á él se acercaron, luego

celebró el santo sacrificio con extraordinaria devocion, volvió al confesonario despues de haber dado gracias, y retirándose ántes de lo acostumbrado de aquella su favorita ocupacion, ya se vieron en él los síntomas de su cercana muerte, tan alarmantes, que sin perder momento le administraron la Extremauncion, le recomendaron el alma y espiró aquella misma mañana, á los sesenta años cumplidos, y lleno de méritos en la presencia del Señor. Su muerte fué muy sentida, pues habia sido siempre todo para todos, y sus honras concurridísimas fueron como el testimonio del grande aprecio que con estricta justicia merecia el muy respetable y venerando P. Angel Oliveto, de la Compañía de Jesús, el que además de sus méritos personales, reune el de haber sido en cierto modo mártir de su caridad, ejercida en la constante administracion del santo sacramento de la Penitencia, en circunstancias tan críticas é imponentes como la peste, que diezmó y más la populosa Nápoles y sus contornos en la primera mitad del siglo XVII. No se ha obtenido declaracion alguna sobre las virtudes de este Padre, acaso por no haberse querido prevenir la opinion acerca de los demás que intervinieron en este terrible acontecimiento; pero es indudable que fueron heróicas, como lo publica esa gran reputacion en que fué tenido, y el afan de grandes y de pequeños de adquirir alguna de las cosas que le pertenecieron, así como el haberse obtenido de Dios algunas gracias, porque los que las consiguieron habian implorado el muy eficaz auxilio del gran siervo de Dios, que agradándole en el tiempo, podia rogarle cuando desatado de los lazos de la carne y de la sangre, tiene ya la dicha de poseerle en la eternidad, como piadosamente se cree del P. Oliveto. — G. R.

OLIVETO (P. Fr. Gregorio). Nació en Valencia, y tomó el santo hábito de la Merced en nuestra Señora de Puch. Hizo toda su carrera con muy brillante éxito en los colegios de Barcelona y Lérida, pasando despues á perfeccionar sus estudios á Paris, que era en su época como el emporio del saber humano; en lo cual ya se demuestra que nuestro P. Gregorio no era una capacidad vulgar, pues que las comunidades trataban de mandar á la capital de Francia á aquellos que de una parte podian aprovecharse de las doctrinas que allí se difundian con esmerada profusion y de otra podian en un momento dado lucir, por decirlo así, acreditando á la casa ó nacion de que procedian. Adelantó muchísimo, y dotado de una especial aficion á las humanidades y literatura, fué desde luego señalado como uno de los que con mejor lógica y con formas más escogidas podian no solo predicar la divina palabra sino sacar de su predicacion abundantes frutos de vida eterna; pudiendo por otra parte servir de enseñanza sus discursos, tanto á los fieles como á los que habian de dedicarse á la difícil carrera del púlpito en que, sea dicho de paso, es necesario muy buen criterio y tino, no porque la pa-

labra de Dios necesite más que el serlo para ser oida con fruto, sino porque la miseria humana llega hasta á mirar al orador desconociendo á aquel en en cuyo nombre se predica. Comenzó sus tareas apostólicas por los pueblecillos que en la montaña de Barcelona necesitaban de instruccion, y el intento principal que desde luego se propuso en su predicacion, fué desarraigar los envejecidos odios que en aquellas poblaciones solian cobijarse; y que el que allí se refugiáran, era hasta cierto punto natural, pues que los más poderosos alejaban de sí á los que perseguian, y estos tenian que refugiarse en cualquier parte y de cualquier modo evitar la terrible persecucion que los poderosos les armaban. A moralizar á estas pobres gentes tendieron los esfuerzos de nuestro distinguido P. Oliveto, siendo el éxito favorable aunque le fué muy costoso el conseguir su intento. El no miraba lo que le costaba el acrecer de alguna manera la gloria de Dios, y por esto se daba por satisfecho cualquiera que fuese el fruto que sacase; pero el Señor, que veia con su inexcrutable vista no solo las obras sino lo que es más, los designios de su siervo, le premió con muchos sucesos portentosos el celo que por su gloria desplegaba. Merece mencion entre otros un acontecimiento, que dice mucho en favor de los altos juicios de Dios, y puede servir para sujetar el humano juicio y hacernos detener acerca de las apreciaciones desfavorables á nuestros hermanos, cualesquiera que sean las apariencias que veamos. Llegó el Padre á predicar un dia de fiesta á un pueblo, y encontró que sus vecinos estaban muy afligidos reuniendo cuantos víveres les era posible, y sin cuidarse de asistir al templo para oir la divina palabra. Informado del motivo de un proceder desusado entre aquella buena gente, que ansiosa le oia otras veces, y que le habia hecho ir en esta ocasion porque decia tener necesidad de su predicacion, pudo averiguar que el motivo de su zozobra era que un capitan de ladrones y su tropa les habian exigido gran cantidad de comestibles para aquel mismo dia, y como ellos no los habian podido reunir, se habian aterrado al contemplar que sus casas y los pequeños recursos con que contaban iban á desaparecer, porque estos se los llevarian los ladrones, y aquellas serían presa del fuego segun la amenaza que les habian ya intimado, y de cuyo cumplimiento no dudaban porque sabian que los bandidos eran hombres para todo. Los consoló como pudo, y les avino á que fuesen con lo que pudiesen reunir para cuando el capitan y su tropa vinieran; él mismo los acompañó, y apenas hubo descubierto á los malhechores comenzó con energía, conviccion y celo á hablar de la providencia divina, y de tal manera lo hizo, dejándose caer, por decirlo así, acerca de las injustas posesiones y de la gran responsabilidad que en la presencia de Dios tiene quien falta á la justicia tomando lo ajeno, que los bandoleros, y el primero su capitan, entraron en sí, depusieron los intentos

hostiles que llevaban contra el pueblo, dos de los soldados de aquella compañía de facinerosos entraron despues en religion, y la calma más apacible, la actitud más envidiable sustituyó á la zozobra y agitacion en que tenía á los naturales aquella compañía de malhechores. Como esto fué notorio, no solo en el lugar donde aconteció sino en toda la comarca, creció con tal motivo sobre manera el crédito y estimacion del P. Oliveto, hasta el extremo de rogarle con los mayores empeños para que del convento de Barcelona, donde estaba, pasase á los pueblos de la comarca para predicar á aquellas gentes y entrarlas en el camino recto del bien obrar, que aseguraba su dicha eterna, y que dándoles paz y sofocando sus pasiones, tambien ayudaba á su bien temporal. Resultado de este gran crédito que adquirió Fr. Gregorio, fué el que desde luego se fijáran en él como el más á propósito para dirigir y aconsejar las miras del P. General de la Orden, que lo era por entónces el muy esclarecido maestro Fr. Berengario, el cual apenas le designaron por compañero á un hombre que tanto valia, descuidó totalmente en él los más importantes negocios, llegando hasta el extremo de poner el General su firma en los documentos que redactaba el P. Gregorio, sin siquiera mirarlos, y con tan ámplia confianza no tuvo de que arrepentirse ni siquiera una vez, pues siempre salieron bien las cosas que este religioso dirigia. No es estraño que teniendo el P. Berengario trato íntimo, no solo con el rey de Navarra, sino con los de Castilla y Aragon, llegasen estos á conocer por las noticias que daba el P. General el mérito de su adjunto; y como consecuencia de ese conocimiento, excitándose en ellos la curiosidad de que no estan exentos los que se sientan bajo solio, quisieran admirar más de cerca á este hombre grande, especialmente el rey de Castilla, que lo era Alonso XI. Presentóse una ocasion favorable, y supieron de tal manera aprovecharla para satisfacer los deseos del monarca, que se logró el que se prendára completamente del P. Gregorio, y aun el que hubiera deseado poder tenerle á su lado. Con efecto, acababa de conseguir Alonso aquella célebre batalla que con el nombre del *Salado* obtuvo justamente universal celebridad, y pareció prudente el que á su regreso se le presentase en Andalucía una comision que le diera el parabien, y le manifestára el pláceme de los otros reinos por el feliz éxito de una empresa, en la cual todos estaban interesados tan vivamente. Fr. Gregorio de Oliveto fué una de las personas nombradas para tan honrosa comision, y como por una parte su carácter sacerdotal, y por otra su erudicion y lo acreditado que estaba, ya por su saber, ya por su prudencia, le daba cierta superioridad con relacion á sus compañeros de embajada, el unánime parecer fué que este religioso hablase, y así se consiguió satisfacer los deseos del rey D. Alfonso. Efectivamente, apenas supo el monarca que tenia en su presencia, digá-

moslo así, al célebre Padre mercenario que procuró detenerle á su lado colmándole de las más lisonjeras distinciones, concediéndole la señalada honra de recibirle cuantas veces se le presentaba, y haciéndole llamar muchas otras para disfrutar de su trato y conversacion, que era á la verdad muy apetecible, pues que á las simpatías que necesariamente habia de excitar un hombre de la erudicion y criterio de nuestro Padre, se agregaba el que él era de trato tan fino, delicado y atento que no cabe mejorarse, siendo muy difícil el llegar á igualarle. Por supuesto, que en los dias que estuvo en Andalucía para desempeñar su importantísima comision, no descansó ni un momento, ocupándose sin cesar, ya en la predicacion de la divina palabra, á oir la cual acudian ansiosos cuantos cabian en el templo, teniendo algunas veces que hacer sus pláticas ó sermones en la plaza ú otro paraje público, para que pudieran oirle mayor número de fieles, ya en el desempeño del difícil cargo de confesar, en cuyo ministerio pasaba muy largas horas, pero con un grandísimo provecho, pues muchos que hacia largo tiempo que no se habian acercado á los santos sacramentos, se confesaron con Fr. Gregorio, excitándoles á ello la gran paciencia con que les oia, la suma dulzura con que les advertia sus faltas, y la grande ayuda que les prestaba con una que otra palabra con que les hacia recordar sus extravíos; pero recordarlos de un modo todo conforme al espíritu del Evangelio, es decir, para más y más detestarlos, y en esta detestacion acrecentar motivos de justificacion por cuanto se hacia más eficaz la contricion. Esta conducta tan evangélica y ejemplar le daba una consideracion grande en la apreciacion de todos, y como si esto no fuese suficiente, permitió Dios un suceso singular, por donde esclareció notablemente y aumentó hasta donde era posible el crédito de este buen religioso, siempre dando á entender su conducta y acciones, por una parte, la plena satisfaccion con que en el ejercicio de su ministerio se señalaba, no esquivando nunca ocasion de trabajar y molestarse, y por otra la manera especial con que Dios bendecia sus intentos, haciendo eficaces para el bien todas las molestias que él tomaba. En el campo ó más bien en la capital, donde residia victorioso el Rey Católico, habia un judío inofensivo, no mal inclinado, pero que obcecado en su error y no habiendo nunca permitido entrar en contestaciones con nadie, ya porque unos le temian por la ciencia que decian tener, ya porque otros le temian, porque su posicion y relaciones podia producirles algun vejámen, él estaba envalentonado en su error, y no queria nunca buscar manera de salir de él, por lo cual con gran crédito, porque nadie le habia tanteado, se sostenia á una altura á que ninguno se acercaba. —Con ocasion de saber que el P. Olivet habia metido, por decirlo así, tanto ruido como teólogo y escriturario, se acercó á él; un dia le indicó que él era judío, que estaba muy versado en la Escritura Santa, y

que sería para él gran complacencia el departir un rato sobre las importantes verdades en ella contenidas. Fuese que Dios así lo disponia para su gloria y para justa recompensa del esmero con que Olivet procuraba su servicio, al mismo tiempo que para bien y ventura del judío, ó fuese que quisiera el Señor que ya que no los cautivos cristianos, los cautivos infieles fuesen desatados de sus ligaduras por el incansable celo de Fr. Gregorio, es lo cierto que tomando la cuestion sobre un pasaje de Isaías que se refiere al Mesías, y dando al judío razones tan convincentes como más no podia ser de que ya se habia verificado la redencion del humano linaje por la muerte de nuestro adorable é inocente Redentor; y pasando el Padre del tono de disputa escolástica, ó más bien filológico-escriturraria, al importante ministerio de predicador de la verdad; y abandonando el terreno de la curiosidad que el judío queria satisfacer, para tomar el de la honra y gloria de Dios que el religioso debia defender y procurar, consiguió que su palabra fuese eficaz en el corazon del judío, pues aunque aquella tarde se retiró al parecer aferrado en su error, y no dando muestra alguna de que cedia á las oportunas advertencias y sólidas razones del buen religioso; esto fué solo un motivo que Dios presentó para interesar más al Padre, para hacer que en la oracion de aquella noche rogase al Señor más y más por la conversion de aquel pobre; y para que su triunfo fuese más señalado, como lo fué en efecto cuando á la mañana siguiente se acercó al Padre y confesó su error, abjuró del judaismo y declaró que la sola religion verdadera era la cristiana, que Cristo era el Mesías esperado y prometido, y que el bautismo era el principio de salud y de vida, imposible de hallarse fuera de la Iglesia santa, católica apostólica. Recibió con tal disposicion el sagrado bautismo, y en esta solemnidad, á que asistieron varias personas muy principales, hizo el P. Gregorio un magnífico sermon, en que se despidió de Andalucía para regresar á Barcelona, donde le llamaban los cuidados del generalato impuestos á su cargo, por la circunstancia de que ya hemos hecho mérito de ser adjunto al Rmo. Maestro Berengario. — Antes que él llegára á Barcelona, llegó, como era consiguiente, la fama de los grandes servicios que á la religion habia prestado en Andalucía, y se imaginaba por todos una manera de compensárselos que fuese adecuada á la altura de los merecimientos, pero que no privase á la Iglesia de los importantes servicios que este hombre verdaderamente grande podia prestarla. Ofreciéronle una mitra que á la sazon estaba vacante; pero no hubo manera de hacérsela aceptar, pues que decia ser demasiado pesada carga para sus débiles hombros; pudo obtener y desempeñar los cargos más importantes de su sagrada religion; pero para esto se le ofrecian dos obstáculos, primero y más principal su humildad profundísima que la hacia aparecer como el único de quien no se podia esperar nada bueno; y

segundo, la necesidad que de él tenia el General, que hacia ver cuando se trataba de separarle de su lado, y que á la verdad no era egoismo ni exageracion, sino que era la realidad, pues ninguno podia desempeñar tan bien como él el cargo de adjunto, ni en ningun otro podia tampoco el General depositar su confianza como en él, ni por consiguiente adelantarian tanto los asuntos de la Orden, porque no era posible encontrar una persona que reuniese todas las circunstancias que á él le adornaban, así que la única honra que se le pudo hacer admitir como una compensacion de sus extraordinarios méritos fué el ser nombrado predicador del rey de Aragon, cuyo cargo desempeñó perfectísimamente bien, sin dejar por esto de acudir, cuando el tiempo se lo permitia, á ayudar al General, y llamando la atencion de todos por la manera de predicar y por el acierto con que con una erudicion como ha habido pocas, y con una oportunidad á ella semejante, sabia proponer los asuntos de manera, que siendo exclusivamente para el Rey, aprovechaban al más miserable labriego, y desde el prelado más ilustrado hasta el patan más ignorante, encontraban que aprender, sin que se resintiera una sola vez su estilo ni de bajo ni de hinchado, y fundando siempre sus asertos en la constante tradicion de la Iglesia, consignada en los concilios, que conocia perfectamente, y en los Santos Padres que le eran, puede decirse, familiares, segun acredita la manera de manejarlos. Aun cuando cumplia perfectamente su delicado cargo, no por esto le faltaron disgustos, siendo muy notable uno que le ocasionó el mismo Rey, del cual, sin embargo, le resultó despues mucha gloria. Fué el suceso el siguiente. Es sabido que las coronas de Aragon y de Mallorca sostuvieron por mucho tiempo enemistades terribles, y que la diversidad de carácter de unos y otros soberanos era motivo de disgustos para los pueblos; á disgustos que muchas veces trataba de poner coto la Santa Sede, sin que el éxito le fuese siempre favorable. En tal estado las cosas, vino al rey de Aragon como legado de Su Santidad Clemente VI el cardenal de Rodnes, acompañado del obispo de Huesca, para alcanzar de su Alteza alguna tregua ó composicion para con el rey de Mallorca, conde de Rosellon y de Cerdaña, que por su consideracion de rey habia creido estar exento de pagar al de Aragon los tributos que le debia como conde, y por esto el Rey le habia hecho la guerra y le habia causado algunos estragos, justos, es verdad, pero que la tierna solicitud del Papa trataba de remediar. Por más esfuerzos que los prelados hacian para obligar al rey D. Pedro á que desistiese de su empeño é hiciese una paz honrosa en que de ninguna manera se menoscabasen sus intereses, pero tampoco se afectasen los de Mallorca, siquiera en las personas, que como es consiguiente morian muchas en la guerra, nada podian conseguir, ni en sus reuniones habia nunca avenencia, ni de sus consejos hacia el Rey el caso que acos-

tumbraba de todo cuanto se le decia en nombre de la religion. Nuestro padre Gregorio, que como predicador acompañaba al Rey y sabia como consejero cuanto ocurria, aprovechó la ocasion de que en Claira se celebró una solemne fiesta á la Vírgen el dia 20 de Agosto de 1343, y en el sermon que predicó á toda la corte, hizo algunas referencias muy oportunas, hijas del más vivo interés, no solo por el bien general, sino por el crédito del Rey mismo; mas tuvo la desgracia de que desconociéndose sus miras, el Rey llevase muy á mal sus advertencias y le privase desde aquel momento de comparecer ante su alteza, ni de tomar parte en sus resoluciones. Tan inesperado éxito, hizo temer al Cardenal y á todos los consejeros que nada se adelantase ya en favor de la paz; pero sucedió todo al contrario, pues el P. Oliveto se presentó al Consejo á pesar de la prohibicion del Rey, le rogó por amor de Dios que excusára sangre y no causase víctimas; y el Rey, para compensar de alguna manera el desaire que le habia hecho no atendiendo á su voz, dió treguas por algunos dias, y luego ajustó la honrosa paz, que por lo bien meditado de sus condiciones puede decirse que comenzó á libertar á Aragon de la tiranía y arbitrariedad del reino de Mallorca. Todas estas cosas acontecieron, como hemos dicho en Agosto de 1343, y por Diciembre del mismo año llamó Dios para sí al P. Maestro Fr. Berengario; por lo cual quedó vacante este importante destino que todos quisieron confiar al Padre Gregorio Oliveto, por las razones que no se ocultan á quien sabe cuán bien ayudaba al finado en el desempeño de su importantísimo cargo. El Padre, sin embargo, presentando por razon el íntimo y muy profundo sentimiento que le causaba la perdida de su compañero, pudo evadir, digámoslo así, el compromiso y quitarse de encima esta pesada carga; renunció al mismo tiempo el importante empleo de predicador del Rey, y obtuvo de su Orden y del mismo monarca permiso para pasar á Valencia, su patria, hasta que Dios fuese servido poner término á sus dias. El más completo aislamiento fué su norte en los pocos años que vivió, no viéndosele más que ocupado en los ejercicios de su ministerio, predicando de dia y de noche, no solo en las iglesias, sino en los hospitales, cárceles, talleres y demás establecimientos; siendo modelo de caridad y paciencia, de humildad y dulcísimo en el trato, era apreciado de cuantos le conocian y buscado con afan para que predicase el reino de Dios. Hízolo miéntras sus fuerzas se lo permitieron, y luego que debilitado por los años le fué imposible hacer nada, ni aun moverse, en una celda del convento de nuestra señora del Puche, que fué donde tomó el santo hábito, espiró con el mayor sosiego, despues de una penosa enfermedad en que recibió todos los auxilios espirituales, y dejó testimonios clarísimos de que si grande habia sido en ciencia, en virtud habia sido mayor.—G. R.

OLIVI (José). Este célebre naturalista nació en 1769 en Chioggia, estados de Venecia. Habiendo terminado sus estudios á los diez y seis años, fué admitido en la Congregacion de los Filipenses; pero su poca salud le obligó á salir de ella, y se fué á Pádua á buscar en la medicina remedios para sus dolencias. Aconsejándole los médicos el ejercicio y cambio de aires, recorrió las playas del Adriático, recogiendo plantas é insectos, sobre los que hizo observaciones muy útiles. Rectificó en las Memorias dirigidas á la Academia de Ciencias, diversos errores de los naturalistas sobre la reproduccion de las plantas marítimas, aplicándose especialmente al exámen de los conferves, reunion de filamentos verduscos que se forman en ciertas aguas en mucha parte del año. A las observaciones de Fontana y de Corti, sobre estos filamentos, añadió otras nuevas, determinó sus diversas especies y quedó convencido de que eran unos verdaderos cryptógamos, que no tienen otro movimiento que el que les da el aire. Pero esta opinion, acreditada en Italia por Olivi, no ha sido despues la de los naturalistas, que estan de acuerdo en reconocer en los conferves muchas de las facultades animales, pudiendo ver sobre este particular el estudioso las observaciones microscópicas de Mr. Giraud Chantrans, obra impresa en París en 1802, y la *Historia de los conferves de agua dulce* por Vancher, que se publicó en Génova el año 1803. El trabajo que emprendió Olivi para determinar la influencia de la luz sobre los vegetales, le honra sobre manera y le dió mucha reputacion, mereciendo por él la estimacion de los sabios; pero la obra en que consignó sus principales observaciones, y que le dió un honroso lugar entre los naturalistas del siglo XVIII, fué la titulada: *Zoología Adriática, ossia Catalogo degli animali del golfo e della lagune de Venezia;* Bassano, 1792, en 4.° Despues de haber descrito en ella con exactitud las riberas del golfo de Venecia, la naturaleza y orígen de las sustancias que la componen, y de hacer relacion de los seres orgánicos con los sitios en que nacen y crecen, distribuye en cinco clases los animales que recogió, entre los que hay algunos que no conoció Linneo. Pone especial empeño en dar á conocer las especies nuevas que nombra y clasifica. Esta obra, que no tuvo Olivi la buena suerte de completar como se proponia, le dió un nombre europeo, y las academias de Berlin, Copenhague y Praga, se apresuraron á abrirle sus puertas. El Senado de Venecia, queriendo honrar á este sabio naturalista que tanto habia hecho en obsequio de la patria y de la ciencia, creó para él el empleo de superintendente de Agricultura y de Economía política, destino de que no disfrutó mucho tiempo Olivi, pues que agravándose cada vez más su enfermedad, murió de tísis en Pádua el dia 30 de Agosto de 1795, á la edad de veinticinco años. Cesaroli pronunció su elogio fúnebre y Pompilio Bozzeti escribió otro en el tomo IX de las *Memorias de la Sociedad Itálica*. En Pádua y en Chioggia, su

patria, se han levantado monumentos á su memoria. El *Compendio de transacciones filosóficas* está enriquecido con disertaciones de Olivi sobre las materias que hicieron su estudio especial, y acerca de la lava del Vesuvio y otras cosas. Moschini en su obra sobre la *Literatura veneciana*, da noticias de este sabio naturalista, y Lombardo lo hace en el tomo II de su *Historia de la Literatura italiana*. —A. C.

OLIVIER DE MALMESBURY, sabio benedictino inglés del siglo IX. Consagró su talento al estudio de la mecánica; se propuso, imitando á Dédalo, viajar por los aires. Lanzóse, pues, de lo alto de una torre, mas las alas que habia sujetado á sus brazos y pies, no habiéndole podido sostener más que ciento veinte pasos léjos de la torre, cayó y se rompió las piernas, falleciendo en Malmesbury el año 906. Este experimento, aunque desgraciado, prueba que al hombre no le es enteramente imposible sostenerse algun tiempo en el aire; y es sabido el éxito más ó ménos satisfactorio, pero siempre con algun resultado plausible, que han obtenido los esfuerzos del célebre Dantes, de Bacville, de Pablo Guidotti, de un jesuita de Pádua, de un teatino de París y otros. El mecánico Blanchart consiguió elevarse á cierta altura. No queremos decir con esto, añade un autor, que el hombre llegue algun dia á volar por los aires como las águilas, puesto que en los experimentos que hemos indicado casi todos sus autores perecieron en la caida, no alcanzándose un resultado definitivamente ventajoso. Monget, canónigo regular de la Congregacion francesa, ha pretendido demostrar en una memoria de la imitacion del vuelo de los pájaros, que el hombre no era creible que llegase á imitar este vuelo de las aves, cuya consecucion produciria en elmundo sublunar una revolucion espantosa. M. de la Lande, en una carta dirigida á los redactores del *Diario de los Sabios*, 1782, ha demostrado esta imposibilidad: *Pennis non obini datis*. —M.

OLIVIER (Juan), hermano de Jaime Olivier, primer presidente del parlamento de París. Nació en esta ciudad, y pronunció sus votos monásticos en el monasterio de Poitou, de la órden de S. Benito. De este convento pasó á la abadía de S. Dionisio, donde fué nombrado primer limosnero y vicario general. Habiendo pedido los religiosos de esta rica casa que los gobernára, renunció sus derechos á favor del cardenal de Borbon, quien por este medio fué el primer abad comendatario de S. Dionisio. La deferencia que en esta ocasion mostró Olivier á la voluntad del rey Francisco I, fué despues recompensada con la abadía de S. Medardo de Soissons. Olivier renunció ese beneficio en 1532, á favor de D. Francisco de Rohan, quien prévia autorizacion, le cedió en cambio la silla episcopal de Angers. En esta diócesis Olivier fué un modelo de prelados, dando al alto clero el ejemplo de la más rigorosa residencia, dedicándose al estudio de la Sagrada Escritura, y visitando así-

duamente los pueblos de su diócesis, á quienes ilustraba con sus consejos y doctrina, y edificaba con sus apostólicas misiones. Despues de haber consagrado todos sus desvelos al bien de sus ovejas, este celoso pastor falleció en el castillo de Eventard, cerca de Angers, el dia 12 de Abril de 1540, y sus restos fueron sepultados en la catedral, sobre cuya tumba se grabó un epitafio en versos latinos, que él mismo se habia compuesto. Olivier cultivaba la poesía, y ántes de su elevacion al episcopado escribia en verso por pasatiempo: pues además de una oda dedicada á Salmon Macrin, que como él tenia comercio con las musas latinas, y un epitafio de Luis XII, compuso un poema muy elogiado en su tiempo, y que fué despues publicado en 1542 con el título de *Pandora Jani Oliverii, Andium hierophante.* En este laconismo de expresion notamos la pasion supersticiosa que tenia Olivier por la antigüedad, achaque comun á Bembo y á muchos de sus contemporáneos. La *Pandora* de Olivier ha sido traducida en versos franceses por Guillermo Miguel de Tours en 1542. En 1518 se publicó en Reims una edicion del original en 8.°

OLIVIER (Pedro). Hace mencion Echard, en sus Escritores de la órden de Predicadores, de un religioso dominico de este nombre, natural de la Provenza, que floreció á mediados del siglo XVI. Dícese de él que hizo imprimir en París en 1540 un tratadito *De inventione dialectica*, en el que prometia tratar toda la filosofía por un nuevo método si gustaba al público este ensayo. Profesaba entónces este religioso la filosofía, y su obra le acreditó como hombre de talento. Nada más se sabe de él, y se duda si será el mismo teólogo que dice Du Verdier mandó imprimir un catálogo titulado: *Del conocimiento de Dios y de nosotros mismos*; y otro *De la gloria de Dios*, impreso en París en 1556. — C.

OLIVIER (Serafin), cardenal, natural de Lion. Nació en 1538, y empezó sus estudios en el colegio de Tournon, para terminarlos en Bolonia, patria de su madre. Graduado en esta universidad de doctor en derecho civil y canónico, viósele á la edad de veinticuatro años ocupar una cátedra de aquel establecimiento científico á satisfaccion de los sabios más acreditados de la universidad. Público su mérito en Roma, Pio V le atrajo á su lado, dándole una plaza de auditor de la Rota, á cuyo tribunal permaneció unido Olivier por espacio de cuarenta años. Su talento y la consumada experiencia que tenia en los negocios de la curia le merecieron la especial consideracion de los papas Gregorio XIII, Sixto V y Clemente VIII, quienes le confiaron varias é importantes nunciaturas. Este último Pontífice le nombró patriarca de Alejandría, y por recomendacion del rey Enrique IV, agradecido á los servicios que le habia prestado Olivier, el mismo Soberano Pontífice le designó para cardenal en 1604; pero Olivier defendió con tan decidido empeño los

intereses de la Francia, que la corte de España, creyéndose perjudicada, se opuso á su engrandecimiento, y este es el motivo por que fué excluido de las tres promociones consecutivas de cardenales, aunque fué elegido obispo de Rennes en reemplazo de Ossat: renunció este obispado ántes de tomar posesion de él, y falleció en 10 de Marzo de 1609, dejando una coleccion de reglas de jurisprudencia del tribunal, que por tanto tiempo habia ilustrado con su talento y doctrina. Esta coleccion llevaba por título: *Decisiones Rotæ Romanæ*, publicada en Roma en 1614; dos tomos en fólio, y reimpresa en Francfort, 1615, con notas y adiciones. Olivier era conocido generalmente en Roma por el nombre de Serafin, y así se le nombra tambien en los despachos de Ossat: la *Galia cristiana* supone pertenecia á la familia del canciller del mismo nombre. — M.

OLIVIERI (Agustin), obispo de Aretusa en el reino de Nápoles. Nació en Génova en 1758, de una familia muy bien reputada. Jóven aun, entró en la congregacion de los PP. de la Madre de Dios, y pronunciados sus votos pasó á Nápoles á estudiar teología. Rápidos fueron los progresos que hizo en las ciencias, mereciendo dentro de poco ser nombrado lector y profesor de filosofía en su convento; y descolló tan extraordinariamente en el arte de educar á la juventud, que el rey de Nápoles Fernando I le confió una parte de la educacion del príncipe real, despues Francisco I. Cuando las armas francesas obligaron á la casa de Borbon á buscar un refugio en Sicilia, Olivieri fué uno de los pocos servidores que permanecieron fieles á la causa de su soberano, y por lo mismo fué recompensado justa y dignamente, cuando su augusto pupilo, subiendo al trono, le nombró obispo de Aretusa y caballero de sus órdenes. Más adelante recibió todavía lisonjeras muestras de aprecio de los reyes de Cerdeña y España; y en 1830 Francisco I le honró además con el gran cordon de una de las primeras órdenes del reino. Olivieri falleció en 10 de Junio de 1834, despues de haber publicado una obra con el título de *Filosofía moral ó sea Deberes del hombre*; dos tomos en 12.° De ella se han hecho muchas ediciones, y sin disputa la mejor es la de Génova, 1828.— M.

OLIVIERI DEGLI ABBATI (Anibal Camilo), célebre anticuario, natural de Pesaro. Nació en 1708 y descendia de una noble y antigua familia. Desde su juventud mostró una aficion decidida al estudio de la numismática y de las inscripciones; y movido de esta aficion, se trasladó á Roma para aumentar el caudal de estos conocimientos con los monumentos que atesora aquella capital y frecuente trato con los sabios. Ordenado de sacerdote, bien hubiera podido aspirar á las dignidades de la Iglesia con su talento y su genio; mas prefirió volverse á su patria para poder entregarse enteramente y con todo su ardor á las investigaciones históricas. Nombrado secretario de la Acade-

mia de Pesaro, desempeñó este cargo con tanto celo como asiduidad, hasta que el papa Clemente XIII le honró con el título de su camarero. Olivieri era digno del aprecio de todos los hombres, así por su amor al estudio como por sus bellas prendas morales. Así no es extraño que contase entre sus más íntimos amigos al cardenal Cayetano Fantuci, á Apostolo Zeno, Tiraboschi, etc. Este sabio eclesiástico falleció en su patria el 19 de Setiembre de 1789, dejando á sus compatriotas su precioso museo de antigüedades y medallas y su rica biblioteca, con una renta anual para su conservacion. Pertenecia á muchas sociedades literarias, y entre ellas á la Academia Etrusca de Cortona. Fué escritor laborioso y erudito, sorprendiéndole la muerte ocupado en sus trabajos científicos, como lo prueba el considerable número de cerca de sesenta obras que compuso, de las cuales indicaremos, como más notables, las siguientes: 1.ª *Spiegazione di alcuni degli antichi pelasgui con alcuni oservazione*; Pesaro, 1735, en 4.°, y el tomo III de las *Memorias de la Academia de Cortona*. Esta obra es una traduccion de dos cartas de Luis Bourguet Amafei sobre el alfabeto etrusco, y dos pretendidas inscripciones pelásgicas. — 2.ª *Dissertazione sopra alcune medaglie San Nitiche*, impresa en los tomos II y IV de la coleccion de la misma Academia y en el tomo XVII de la *Raccolta Calogerana*. — 3.ª *Marmora pisaurensia notis illustrata*; Pesaro, 1737, en fólio. Coleccion de inscripciones muy apreciada y cuyo análisis se halla en las *Acta Eruditor. Lipsens.* del año 1741. — 4.ª *Dissertazione della fondacione di Pesaro*; ibid., 1747, en 4.°, junto con una carta al abate Bartolomé sobre las medallas griegas de Pesaro, y las más antiguas de Roma y de las principales ciudades de Italia. — 5.ª *Commentariorum Siriaci-Ancoritani nova fragmenta notis illustrata*; ibid., 1763, en fólio. — 6.ª *Esame del brolzo Justiniano, publicato dallo Spon*; ibidem, 1781, en 4.°— 7.ª *Spiegazione di una delle due antiche bassi di marmo scoperte nel 1740 dal cabaliere Domenico Bonamici*; ibid., 1771, en 4.°— 8.ª *Della fecca di Pesaro e delle monete pesaresi dei secoli bassi*. Esta disertacion ha sido publicada por Franetti, con un prefacio, en el tomo I de la *Nuova Raccolta delle monete*. — 9.ª *Lettera in defessa dell' inscrizione esistente nella sala di Matelica*, etc. Esta carta ha sido refundida y aumentada en la segunda edicion, publicada en la *Nuova Raccolta*, 1776.—10. *Memorie del porto di Pesaro*; ibid., 1774, en 4.°, escrito lleno de erudicion.—11. *Memorie di Gradara, terra nel contado di Pesaro*; ibid., 1775, en 4.°—12. *Di Terencio Martiro, protectore della cittá di Pesaro*; ibid., 1777, en 4.°—13. *Memorie di Novilara nel contado di Pesaro*; ibid., 1777, en 4.° — 14. *Memorie della chiesa di Santa Maria di monte Granaro fuor delle muro della cittá di Pesaro*; ibid., 1777, en 4.°—15. *Dell' antiquo battistero delle SS. Chiese pesarese*; ibid., 1777, en 4.°—16. *Memorie della badico di S. Tommaso in coglia*; ibid., 1778,

en 4.°—17. *Memorie dell' uditor Giam-Batt*; Pesaro, 1780, en 4.° Varias disertaciones sobre diferentes objetos de antigüedad, estampadas en la *Raccolta de Calogerâ*, tomos XXI, XXXI, XXXV y XXXVI. El sabio prelado Calixto Marini fué el encargado de pronunciar la oracion fúnebre del no ménos sabio Olivieri. Fortunato Marignoni escribió tambien otro elogio de este distinguido académico, que dió á la prensa en Pesaro, 1789.—M.

OLIVO (Fr. Juan), religioso de la órden de Menores. Escribió: *Postila y Job.* —M.

OLIVO DE ALBERNIA (D. Francisco). Nació en Tárrega, poblacion catalana, de una familia ilustre que contaba sus ascendientes entre los caballeros más ricos y principales del condado de Urgel. D. Juan Bautista Cardona, obispo de Vich, le nombró canónigo de aquella Santa Iglesia, prebenda que obtuvo desde 1585 á 1587, en cuya época fué nombrado arcediano de la iglesia de Santa María del Mar. Despues obtuvo una canongía en la catedral de Barcelona, fué nombrado vicario general del obispo Coloma, é inquisidor de la fe. Escribió un *Detrastichon* en elogio de su primo Jorva, por haber escrito la descripcion de las excelencias de Barcelona: *Francisci Olivonis equitis et J. V. D. præpositi Sancti Petri ab Argüellis itemque canonici Vicensis in laudem auctoris consobrini sui Petrastichon.*

Barcineam olim Hamilcar condidit urbem
Hoc solum artificis quod potuere manus;
Condidit et melius Jorva clarissimus illam,
Peremni laude dignus ob ingenium.

Olivo fué uno de los jueces del certámen poético que se abrió para juzgar las obras poéticas escritas en honor de S. Ramon de Peñafort. El P. Rebullosa se expresa con este motivo en estos términos. «Llegó Monseñor de Barcelo»na en su hora, y asentado sobre su silla en el tablado enfrente del púlpito, »en que se habian de leer los versos: no tardaron mucho cuando vinieron »los cancilleres, que se sentaron á izquierda del Obispo, en sus sillas, y des»pues dellos consecutivamente, los jueces del certámen, que eran los si»guientes: D. Francisco de Olivo y Albernia, arcediano de Sta. María del »Mar y vicario general del Obispo que hizo la sentencia de los geroglíficos en »catalan, etc.»—M

OLLA, de la tribu de Asser, tuvo tres hijos, Aree, Haniel y Resia, (I Par., VII, 39).—M.

OLLEME (Fr. Vicente), natural de Valencia. Vistió el hábito de carmelita, y falleció en su patria el 16 de Enero de 1701 á la edad de setenta años. Fué doctor y maestro en sagrada teología y definidor provincial. Escribió:

Tesoros de la liberalidad de Dios derramados en el centro del alma, guiados por la luz de la fe; Valencia, 1666, en 8.°—M.

OLLER (Fr. Bernardo). Nació en Manresa en una casa situada á una legua de dicha ciudad, llamada *Mas Oller*. Vistió el hábito de carmelita descalzo en el convento de su patria, y sobresalió tanto en virtud y ciencia, que en 1375 fué nombrado prior general en reemplazo de Fr. Juan Ballester. Despues enseñó teología en la universidad de París, de la cual era doctor, y últimamente regentó las escuelas de Aviñon. En el desastroso cisma entre Urbano VI y Clemente VII, aquel nombró general de la Orden carmelitana á Fr. Melchor de Bolonia; mas los que siguieron la obediencia de este último reconocieron por superior al P. Oller. Se conjetura que vivió hasta el año 1390, y segun Roig regaló á su convento de Manresa la cabeza de S. Urbano papa y mártir. Escribió: *De Ordinis sui origine liber unus ad Urbanum VI*, ó informacion histórico-jurídica en que se contesta á los que negaban á la Orden el nombre de la Vírgen María de Monte Carmelo. Este tratado se halla en el *Espéculo segundo de la Orden*, impreso en Venecia, 1507. Además: *De Immaculata Conceptione Beatæ Mariæ Virginis liber singularis.*—M.

OLLER (P. Rafael), mallorquin. Las Memorias solo indican su nombre. Fué acreditado predicador, celoso confesor y de gran caridad, la cual explayaba en los hospitales. Dió á luz: *Repertorio de la historia de Gerónimo Zurita*, en siete tomos, del cual dice el P. Rivadeneira *totam historiam non parum illustravit*. Falleció misionando en Menorca en 1821.—O. y O.

OLLIERES (Francisco Diosdado María de). Este misionero jesuita nació en Languyon, en el ducado de Bar, que es hoy el departamento de Maselle, de una familia noble, pero de mediana fortuna, el dia 30 de Noviembre de 1722. Terminando sus estudios con buen éxito en Luxemburgo, tomó el hábito de la Compañía de Jesús, y sus superiores, conociendo su capacidad para la enseñanza, le mandaron sucesivamente á diferentes colegios á profesar las humanidades; pero su vocacion deseaba otro campo más vasto en el que ejercitar su piedad. Tratóse de mandar á China una mision apostólica al empezar el año 1758, é inmediatamente se presentó uno de los primeros el Padre Ollieres para ser de la partida, á pesar del mal estado de salud en que se hallaba. En vano intentaron sus amigos disuadirle de una resolucion que podia serle funesta, persistió en ella y se embarcó el 7 de Marzo de 1758 en Lorient, en el Argenson, el segundo de los ocho buques de guerra de la expedicion. Fueron sus compañeros de viaje el P. Cibat de Limoges, que fué uno de los que más parte tomaron en la redaccion de las *Memorias* que los misioneros de Pekin mandaron á Francia, las que hizo imprimir Bertia, ministro de Estado, en las que no aparece el nombre de aquel por haberlo impedido su modestia; y un jóven chino. Los editores de las *Cartas edificantes*

recogieron la interesante relacion que el P. Ollieres escribió de su viaje en una carta dirigida á su hermano, párroco de Lexy, cerca de Longwy, la cual se insertó en su mayor parte en el tomo XIV de la coleccion publicada en 1819 en Lyon. Tambien se ve en el tomo XIII de esta obra una carta del P. Ollieres, fechada en Pekin el 8 de Octubre de 1769, en la que manifiesta las dificultades que tuvo que vencer para aprender la lengua china y poderse dar á entender de los catecúmenos que veia dispuestos á abrazar la religion católica. Teniendo que emplear los dias en el cumplimiento de los deberes de su ministerio, le fué preciso consagrar las noches al estudio, y de este modo aprendió tambien la lengua tártara. No obstante la órden del Emperador, que prohibia á los misioneros ausentarse de Pekin sin su permiso, el P. Ollieres no dejó por eso de hacer excursiones de cuarenta y cincuenta leguas, á fin de mantener las buenas disposiciones de sus queridos neófitos, como él los llamaba. Más de una vez corrió peligros en estas expediciones que habia previsto su prudencia, pero que su valor le hacia arrostrar. Por desgracia sus fuerzas físicas no correspondian á su celo, y no le faltaron por otra parte disgustos con algunos de sus mismos cooperadores. Al fin, consumido por su celo y por el excesivo trabajo que tenia, murió el dia 24 de Diciembre de 1780, de un ataque de apoplejía. Sobre los trabajos apostólicos del P. Ollieres puede consultarse una carta de Mr. Bourgeois, misionero de Pekin, inserta en el tomo XIV de las *Cartas edificantes* de la edicion de Lyon. Compuso Ollieres un *Catecismo chino*, del que hizo imprimir el P. Bourgeois más de cincuenta mil ejemplares. A pesar del ardiente celo del P. Ollieres y de lo mucho que trabajó para ello, no tenia confianza en el apostolado chino, y el tiempo ha venido á justificar sus prevenciones. «Nues»tra santa religion, decia, no podrá jamás, sin una gracia especial del cie»lo, llegar á ser la religion dominante del pais. La buena opinion que los »chinos tienen de sí mismos, la persuasion en que estan de que nada igua»la á la penetracion de espíritu en que se consideran, son obstáculos muy »poderosos.» J. Lamouroux escribió la biografía de Ollieres en la universal de Michaud, y otros autores hacen mencion honrosa de este ilustrado y piadosísimo jesuita. — C.

OLLERIA (Fr. José de la). Nació en Valencia y profesó la regla de Capuchinos en 6 de Agosto de 1668. Despues de haber enseñado artes y filosofía, fué nombrado varios cargos de su Orden, y falleció en 1716, despues de haber escrito esta obra: *Hagiographa prolegomena seu prohemialia in universam Sacram Scripturam*; Valencia, por Cabrera, 1700, en 4.°—M.

OLMEDO (Fr. Bartolomé de). En la época notable en que el favor que los Reyes Católicos prestaron á Hernan-Cortés para la conquista del Nuevo Mundo, y que el P. General de la órden de la Merced, Redencion de cautivos,

supo aprovechar, para que sus religiosos fuesen los primeros á llevar á aquellas desconocidas regiones la brillante antorcha de la fe, aparece como religioso grave y acreditado este P. Bartolomé de Olmedo, que con el no ménos distinguido P. Juan de Zambrano, fueron designados para ir con Diego Velazquez á la conquista de la Isla de Cuba, en una expedicion, que con el beneplácito del Rey, que sabia tambien que iban estos religiosos, surcó los mares para tan atrevida como favorable empresa. En la primera expedicion, que podemos decir terminó en Cuba, fué el P. Zambrano quien conquistó el ánimó de Velazquez y de quien éste se hizo confidente, por lo que en esta época Fr. Bartolomé poco ó nada puede decirse que demostró ni de sus intentos, que eran atraer cuantos más infieles pudiese al conocimiento y confesion del verdadero Dios, ni de los medios que pensaba emplear para llevar á cabo sus designios; pero luego que se hubo hecho cargo de que Diego Velazquez no iba á pasar de Cuba, sino que esta empresa importante y árdua se la iba á confiar á Hernan Cortés, que con intrepidez y denuedo extraordinario queria llevarla á cabo, y que en efecto consiguió un éxito tan feliz como sabemos, el P. Olmedo se aficionó en gran manera á Cortés, conferenció con él varias veces, y en todas las ocasiones que halló á propósito le hizo ver cómo su anhelo era conquistar para Dios todo lo que el héroe conquistára para España, haciendo que estas nuevas posesiones que se la adquirian llevasen como lo demás del reino el dictado de católicas, como la más ilustre de sus distinciones, como la más característica de sus señales. Hernan Cortés se franqueó desde luego al P. Olmedo, y en ello consiguió muchas ventajas, pues dotado el Padre de una prudencia y de una calma grandísima para examinar las cosas, pudo ver en las que al conquistador se le presentaban, las maneras de hacerle salir airoso en algunos lances que hubieran sido de muy fatales consecuencias, si el gobernador de Nueva España no hubiera tenido en el P. Olmedo el consejero imparcial que le acreditaba con las resoluciones que le hacia tomar, y que con mucho tino y gran reserva le hacia evitar las que indudablemente hubieran comprometido su reputacion. — Empezó por prestar al conquistador un gran servicio, pues que Diego Velazquez, que por una parte temia el que Cortés no concluiria su conquista, y por otra estaba ya cansado y aun satisfecho en Cuba, no pudo sin embargo desatender las voces de algunos, que con la intencion que no es de este lugar el calificar, querian apartar á Cortés de la empresa, por lo cual resolvió no solo retirarle los poderes que le habia confiado, sino reducirle á prision; lo cual supo el P. Olmedo, y participándoselo con el debido secreto, pero con tal seguridad que no le dejó manera de dudar, le hizo emprender su viaje con más precipitacion; pero le permitió evitar la trama de sus enemigos, y por consiguiente le aseguró la empresa, y le dió

nombre; pues con aquel contratiempo no hubiera tenido ni uno ni otro. Y no se crea que fué la sola manifestacion de lo que sabia lo que hubo de hacer el P. Olmedo, no; tuvo que disponer las cosas de suerte que no se pudiese ver comprometido Cortés, pues hubiese significado muy poco el anunciarle lo que contra él se intentaba, si no le hubiese dado traza de que evitára lo que hubiera, como hemos dicho, causado la total ruina de su persona, de su nombre y de su empresa. La llevó, pues, adelante Cortés con extraordinario denuedo, y Fr. Bartolomé tuvo la singular complacencia de colocar la cruz de Cristo en Nueva España, en nombre del Rey Católico, con admiracion de cuantos veian en un hombre, pacífico por condicion y por profesion, un valor, un denuedo tal en las ocasiones oportunas, que si bien nunca tomó las armas para guerrear, porque esto era contrario á su mision, en los momentos más rudos del ataque iba siempre de uno para otro sitio en busca del peligro, acercándose á los necesitados para prestar á los heridos socorro, á los pusilánimes valor, y á todos lo que habian menester para llevar á cabo la grande obra de la conquista de esta parte desconocida del globo. Apenas los caciques, que en el primer encuentro que tuvieron con Cortés y los suyos, se persuadieron de lo mal parados que quedarian si continuaban obstinados, ofrecieron á éste los tributos que sabemos, de oro, tela y veinte mujeres, entre ellas la hija de uno de los principales del país; el conquistador confió al P. Olmedo el importante cargo de instruirlas en la religion católica, y á esto se dedicó con tan buen éxito, que á los pocos dias no solo convirtió á la mayor parte á nuestra fe, sino que la hija del cacique estuvo en disposicion de bautizarse, lo cual hizo nuestro Padre, así como dedicó á honra y gloria del verdadero Dios un altar en uno de los oratorios que para sus falsos dioses tenian los indios, despues que le hubo purificado y blanqueado para que al mejor decoro se agregase una expresion que para ellos fuese viva del gran respeto que merecia el Dios verdadero, y de la poca estima en que tenian los templos de sus falsos dioses, puesto que para convertirlos en iglesia era menester purificarlos, no solo moral, sino materialmente. En este templo se celebró la primera misa que se dijo en Nueva España por nuestro P. Olmedo, y allí exigió á los naturales el juramento de obediencia, respeto y sumision al católico rey señor D. Cárlos V, siendo por consiguiente por la mediacion de este Padre por donde se hizo el rey de España señor de Tabasco, y luego de los otros puntos sucesivamente conquistados. Siguiendo adelante las conquistas, seguian tambien los servicios que Fr. Bartolomé prestaba no solo á la Iglesia, mediante ese celo infatigable por la salvacion de las almas, y esa asiduidad, que podemos decir continua, en obrar y en enseñar de palabra, para que por uno y otro medio llegasen al conocimiento del verdadero Dios, sino que tambien prestaba ex-

traordinarios servicios á su patria, ayudando mucho á la conquista, ya con sus consejos á Cortés que bendecia muchas veces á Dios por las buenas dotes de que habia adornado al P. Bartolomé, ya con la suma vigilancia en que estaba para evitar las rencillas y disensiones entre los indios y los conquistadores, disensiones que no cortadas, habrian dado un fatal resultado, porque habrian tenido por término una aversion grande de parte de los naturales á los conquistadores, los cuales como prevalidos de su superioridad, habrian venido muchas veces á las manos con daño, pérdida y descrédito, no solo del ejército conquistador, sino de la nacion de donde provenia y de la religion santa y conciliadora á que se gloriaba pertenecer, y en la cual su más estricta observancia protestaban vivir hasta exhalar el último aliento. Como los pueblos conquistados protestaban obediencia al Rey Católico, Cortés queria que abrazasen el catolicismo, y para ello la enérgica voz del P. Olmedo les hacia ver lo equivocados que estaban y lo expuestos fuera del gremio católico; que sus falsos ídolos eran mentidas deidades que no podian producirles bien alguno por cuanto no lo tenian en sí mismos, así como tampoco podian evitarles el mal porque tampoco á esto alcanzaba su ningun poder; siendo el resultado de sus enérgicas advertencias el que se derribaron los ídolos, se plantó la cruz, se colocó la imágen de María y todos estaban muy complacidos en que se les enseñase la doctrina del Crucificado, porque aprendieron ser el único medio de adquirir la salvacion y dicha á que Dios queria llevar al hombre. —Pero dejemos por un breve espacio estas conquistas espirituales, que el Padre hacia para examinar su conducta como agente diplomático, digámoslo así, en el seno mismo de un ejército conquistador, en aquellos hombres que yendo de triunfo en triunfo debian haber estado con esto satisfechos, pero que ambiciosos de gloria todo les parecia poco. Con ocasion de mandar Cortés unos presentes al Rey Católico se armó una conjuracion de unos cuantos afectos de Velazquez que querian ir contra Cortés, y resolvieron que una noche se escaparian en un barco ligero para ir á Cuba, dar cuenta de cuanto pasaba á Velazquez y perder decididamente á Cortés; al mismo Cortés que á ellos los habia adelantado en sus carreras, que con ellos tenia todo género de consideraciones, que les habia repartido el botin cuando le habia habido, que se portaba con ellos, no como jefe con sus súbditos, sino como compañero con sus iguales: pues bien, supo Olmedo esta conjuracion en el momento en que estaban para hacerse á la vela, rehizo los ánimos de todos haciéndolos desistir de su temeraria empresa, obligó á Cortés á contener su justo enojo, y aun cuando permitió dos ó tres castigos para escarmiento, hizo que recayesen en las personas más culpables y no toleró en manera alguna que se hiciese por Cortés ninguna manifestacion del vivo sentimiento que indudablemente produciria en él un

proceder tan indebido, tratándose de su persona y cosas. Siguió la expedicion su camino hácia Méjico, y en todo él los grandes trabajos, molestias y sinsabores, y la zozobra con que iba produjo una grave enfermedad á Fray Bartolomé, que por concomitancia produjo tambien un gravísimo disgusto á Cortés, pues él sin su P. Olmedo se hubiera visto perdido, no porque el Padre le ilustrára en los medios materiales con que habia de coronar su heróica empresa, sino porque le hacia muchas veces deponer esos sentimientos naturales en quien emprende una gran obra, que ponen en peligro el éxito de esta obra misma, sin más razon que porque se aprende á confiar demasiado en el hombre y se quita un poco la confianza en Dios, y resultando las obras así ejecutadas obras humanas, tienen que tener la imperfeccion que á todos comunicó la culpa de Adan. Pero Dios, que bendecia la empresa de Cortés, no quiso privarle de su buen consejero y la enfermedad del Padre no fué más que un aviso para que tuviera todavía en mayor estima sus consejos, consejos que fueron tan útiles, que sin ellos fracásara toda la acometida empresa y gastos y molestias vienen á hacerse inútiles, porque para nada habrian servido. Hizo Fr. Bartolomé paces entre los tlascaltecas y Cortés, y pudo lograr el que muchas mujeres oyesen sus explicaciones de doctrina cristiana, con lo cual se convirtieron á la fe; él las bautizó y así estableció ya los fundamentos de familias cristianas en aquellos lugares que por la gracia del Señor se mostraban mucho más dóciles de lo que de ellos podia esperarse. Continuaron su marcha hácia Méjico, y allí fué donde mayores dificultades hubo de vencer el P. Bartolomé, para que despues de conquistada se les permitiese el culto del verdadero Dios; y no fué como en otros pueblecillos de los avasallados anteriormente, derribando los ídolos y enarbolando la cruz, sino que hubo de dejarse á los ídoles cabe la cruz, que como fuerte y vigorosa en pocos dias destruyó á todos sus adversarios, no sin esfuerzo, ántes con incesante trabajo de nuestro buen mercenario, que con valor heróico enseñaba á todos y en todas partes la fe de Cristo como el único medio de adquirir la salvacion, y la veneracion de los ídolos como el camino que irremisiblemente lleva á la eterna condenacion y completa ruina de las almas que tienen la desgracia de permanecer obcecadas en su fatal error. Puso el Padre en juego cuantos medios le dictó su prudencia para que los mejicanos se convirtiesen á Dios, sin que esta conversion de ellos pusiese en alarma á Motezuma y á los demás caciques; mas miéntras de esta suerte trabajaba para bien y provecho de la religion y del monarca de España, llegó aquella escuadrilla que se habia permitido salir contra Cortés y que mandaba Narvaez, que llevaba órden de aprehender al caudillo y amarrado traerlo á Cuba á la presencia de Velazquez. —Lo expuesto de esta accion se comprende atendiendo al carácter de Cortés, y lo imprudente

de ella con solo fijar la atencion en que ambos eran caudillos españoles, y no habia por consiguiente de producir buen efecto esta mútua obstinacion de unos y de otros. Narvaez habia entablado amistad ó más bien relaciones con Motezuma, y esto perjudicaba en gran manera á las armas de España, y Cortés estaba de esto incomodadísimo, como era consiguiente, agregándose á este motivo, que ya era grave de por sí, otro no ménos grave, que era los malos tratos que Narvaez se habia permitido con las personas respetables que á nombre de Cortés, y por su órden, habia encontrado en las poblaciones por donde habia tenido que pasar. —No se oculta, pues, que el resultado habria sido fatal, si el P. Olmedo no hubiese tomado este asunto por su cuenta. Comenzó por obligar á Cortés á que desistiese de toda medida violenta durante él sondeaba á Narvaez, y para conseguir esto se acercó á él acompañado de un soldado del ejército de Cortés, y provisto de una carta en que éste, despues de manifestarle complacencia en que se hallase allí, le hacia ver el mal efecto que no podia ménos de producir sus rencillas en los indios; que procurasen una avenencia, que no era ni difícil ni extraña, puesto que ambos iban á Nueva España para un mismo fin, que era la gloria de Dios y de las armas españolas, cuyos dos intentos se defraudaban si no se lograba el que estos caudillos de ejércitos poderosos y acreditados estuviesen de comun acuerdo. La favorable acogida con que fué recibido el P. Olmedo por Narvaez, á quien le unian relaciones de orígen, fué ya una buena señal de que por último se avendrian, como sucedió en efecto, pues que tanto las reflexiones del Padre como la carta de Cortés dieron por resultado el que al principio se trabára entre Narvaez y unos pocos de los más escogidos y los más valientes de Cortés una accion pequeña, insignificante; pero que por la destreza con que se manejó, segun habia dispuesto el Padre Olmedo, produjo el que en un descuido pilláran á Narvaez, y de esta suerte vino á ver la injusticia con que su remitente habia emprendido esta accion no muy noble, y se decidió á estrecharse íntimamente con Cortés para quitar á Motezuma el dominio de Méjico, y que el poseer esta importante ciudad los fieles servidores del Rey Católico fuese la respuesta que se diese á las improcedentes exigencias de Velazquez. Unidos, pues, Narvaez y Cortés, era preciso neutralizar el mal efecto que habia producido la anterior discordia, y por consiguiente, era necesario, indispensable, obligar á Motezuma á que cediese á los españoles á Méjico ó sostuviesen con ellos nueva lucha que decidiera para siempre la suerte de unos y de otros. Estos consejos, que no podian ser ni más prudentes ni más convenientes, atendidas las circunstancias por que entónces se atravesaba, procedieron del P. Olmedo, el cual le dió á Cortés al tiempo que le reprendia ciertos desmanes, que con buena intencion, es verdad, cometiera, pero que habrian tenido un resultado fatal

si á tiempo no se les hubiese atajado, pues comenzaba á introducirse la discordia en el ejército, á causa de que Cortés, para demostrar que no tenia prevencion alguna contra los de Narvaez, ántes por el contrario le eran tan afectos como su misma tropa, concedió algunos adelantos á estos, y confió á los oficiales algunas comisiones y aun puestos importantes, lo cual no fué del mayor agrado de los suyos, por lo que sin la mediacion del Padre acaso habria habido algun incidente desagradable, que hubiera sido obstáculo al éxito de la empresa principal. En esto se ve que para el P. Olmedo no habia en manera alguna distincion de personas, y que así como aplaudia lo bueno cualquiera que fuese quien lo hiciera, asi tambien censuraba lo malo en cualquiera que se viesen los deslices; y como prueba puede servir lo que llevamos referido, que no fué ciertamente la sola ocasion en que este Padre, con un valor que acaso habria parecido osadía, reprendió vivamente al mismo caudillo porque no hacia lo que era más conveniente á los intereses de la importante empresa que realizaba con tan buen éxito. Motezuma no podia imponer á los mejicanos para que guardasen con los españoles la moderacion y prudencia de que ellos daban buen ejemplo, y así para imponer á los unos, como para enseñar al otro lo que podian y hasta dónde se extendia el valor de los españoles, Cortés cansado de los inicuos tratos que recibia contra lo pactado, resolvió prender á Motezuma y lo hizo, siendo esto motivo para que los mejicanos se insubordináran nuevamente, hasta el extremo de que en una ocasion fué preciso que Motezuma se les presentára y ni siquiera le respetaron, ántes bien dirigieron á él sus tiros y le ofendieron dos piedras y una flecha, de resultas de cuyas heridas falleció. En el tiempo que Motezuma estuvo encarcelado y especialmente en los dias que le duró la herida que le condujo al sepulcro, resolvió Hernan Cortés que toda la guardia que le custodiaba estuviese bajo las órdenes del P. Bartolomé, á quien desde luego confió la custodia del preso, porque estaba convencido de que desempeñaria muy bien este importante cargo, haciendo resultar esta desgracia en favor de todos, aun de aquel mismo á quien le sucedia. Y con efecto fué así, pues la delicadeza y buenas maneras con que fué tratado por todos el ilustre prisionero, se convenció él mismo que procedian de las terminantes órdenes del buen religioso, que no ponia su atencion en otra cosa más que en que nada le faltase, al propio tiempo que con confianza y conviccion hablaba al prisionero de la eterna dicha á que podria llegar si secundando las benéficas misericordias con que Dios le favorecia, abjuraba de su errónea creencia y profesaba la fe en el verdadero Dios; y, cosa admirable, tuvo tal tino y tan extraordinario acierto para tocar las fibras de aquel corazon decaido, es verdad, pero grande porque recordaba su antiguo esplendor, que pudo lograr su conversion á la fe de Cristo, y que instruido

en los misterios de nuestra sacrosanta religion, siquiera en la parte necesaria para recibir el bautismo y con él la vida eterna, que el gran Motezuma salió de esta á mejor vida purificado con las aguas regeneradoras, y este fué uno de los grandes triunfos que el P. Olmedo obtuvo para gloria de Dios y para gloria de la religion de Redencion de cautivos, que bien puede complacerse en la redencion de éste, á quien es verdad que no aprisionaban las cadenas de la esclavitud bajo poder de infieles, pero le aprisionaba una cadena mucho más pesada, que era la de la misma esclavitud. Muerto, pues, Motezuma, es consiguiente que acabó de apoderarse de los mejicanos el terror y el espanto, y tambien es consecuencia de esto el que si con su caudillo á la cabeza nada pudieron hacer, por decirlo así, de provecho, hicieron mucho ménos luego que éste les faltó; por lo que el ejército mejicano desapareció: los españoles entraron y tomaron cuanto oro y riquezas hallaron, pero no con órden y concierto, sino á quien más podia, lo cual disgustaba sobre manera á nuestro P. Olmedo, que habria querido con razon que todo el botin se repartiera con justicia entre todos los que habian tomado parte en las acciones y eran por consiguiente acreedores á recompensa, y segun se habia hecho en otras ocasiones, lo cual en esta no se verificó porque el ejército creyó que el Padre se habia quedado fugitivo en alguno de los muchos lugares peligrosos por donde hubieran de pasar hasta asegurarse de una vez y establecer por decirlo así sus reales de una manera segura y estable. Apenas se llegó á este apetecido estado, le propuso á Cortés mandára que lo poco que habia de botin en la última expedicion, se diese á los cojos, mancos, lisiados y enfermos, pues que si entre todos se repartia tenian que tocar á muy poco, y para aquellos todavia podria ser algo. Con lo cual todos se convinieron y demostró el Padre una vez más, no solo su desinterés sino el espíritu grande de caridad que le llevaba á las heróicas empresas que hacia acometer al gran conquistador de Méjico, el cual por su parte secundaba con mucho afan los buenos deseos de este tan esclarecido mercenario, de modo que así como Cortés llevaba á aquellas apartadas regiones la luz de la civilizacion para el bien material de ellas, así el P. Olmedo llevaba y enarbolaba la cruz, emblema de la caridad para su bien moral, y uno y otro personajes pueden decirse conquistadores: el uno de los estados, por el valor de su espada y aguerrido ejército; el otro de los corazones, por la conviccion que en ellos ponia de que fuera de Dios y sus caminos, el hombre obcecado perece, y que solo es posible la dicha cuando para procurársela se busca el cumplimiento de los dos grandes sentimientos que forman la vida del corazon, el amor de Dios como término, el amor del hombre como medio. —Mas dejemos las reflexiones á que se presta la siempre evangélica conducta de nuestro venerando P. Olmedo, y ven-

gamos á considerarle en aquella época, digámoslo así, feliz de su vida en que prometido por Cortés un terreno para que en él se edificára un convento de religiosos Mercenarios, esperaba con ánsia el ver realizado este proyecto que no se sabe en verdad de quién salió, pues todos á porfía indicaron á Cortés, aunque éste no necesitaba indicacion, pues estaba animado de los mismos sentimientos, convencido de que si un solo religioso mercenario habia hecho tan grandes favores y prestado tantos servicios á la iglesia y á su patria, de esperar era que una comunidad de Mercenarios podria ser para el recien conquistado país fecunda en importantísimos sucesos, y desde luego se prometian obtener éstos si, como habian suplicado al Rey, se les concedia la gracia de que viniesen algunos religiosos para que con el P. Olmedo á su cabeza, se estableciese allí la comunidad de Redencion de cautivos. Miéntras estas súplicas, que se remitieron á España casi al mismo tiempo que la noticia de la conquista, obtenian el éxito que no podia ménos de esperarse, se reunian en Méjico fondos, y aun algunos objetos para la nueva casa de Mercenarios, llegando en este particular la delicadeza del P. Olmedo á un extremo increible, pues no quiso solo disponer de un solo real, sino ni aun dar él por sí direccion á las obras que con tal motivo se proyectaban, lo cual indudablemente fué el motivo de que no se aclimatára por decirlo así, en Méjico, la religion Mercenaria tan pronto como parecia consiguiente á la gran parte que en su conquista tuvo su ilustre hijo Fr. Bartolomé, porque éste, como hemos dicho, no tomó parte alguna en los negocios de fundacion, esperando como era justo las órdenes, ó al ménos las instrucciones de sus superiores, falleció cuando estas todavía no habian podido llegar, y esta desgracia sirvió para que adelantándose otras religiones á la posesion de aquel país, no llegase la de la Merced la primera, como estaba llamada á ser, sino una de las últimas, en lo cual quiso el Señor hacer ver lo que para ella valia su hijo Olmedo, pues viviendo él, de seguro el primer instituto que en Méjico hubiese prevalecido, habria sido el de su gran patriarca San Pedro Nolasco. Su muerte fué como su vida, sin más ánsia que la gloria de Dios, sin más aspiracion que el que todos se amasen como hermanos, y el que las armas españolas adquiriesen cada dia nuevos triunfos en justa recompensa de los heróicos esfuerzos con que sus valerosos campeones lidiaban, y es consiguiente, que aquel que tantas simpatías se habia sabido granjear en vida, porque á todos y siempre habia servido, segun que todos y cada uno habia necesitado, fuese su muerte sentida de todos; y con razon, pues que el P. Bartolomé de Olmedo no era á la verdad un hombre vulgar, era un sabio sin pretensiones, prudente sin afectacion, ejemplarísimo religioso en el que nunca desdijo de su instituto la más insignificante de sus acciones, y un diplomático, en fin, á cuyos sabios y acertados consejos se

debe en muy gran parte la obra del justamente celebrado Cortés. — G. R.

OLMEDO (Fr. Sebastian de), religioso dominico español. Vistió el hábito en la provincia de Castilla, y floreció por los años 1660. Escribió una *Cronica de su Orden*, y aunque sucinta, comprendia desde su orígen hasta su época. — M.

OLMI (Valeriano), canónigo regular de S. Juan de Letran. Tradujo en lengua italiana las *Obras de S. Juan Areopagita;* Venecia, 1663, en 8.° Nació en la ciudad de Bergamo en el siglo XVI, pero se ignora el año en que falleció. — M.

OLMO (Fortunato), religioso de Monte Casino y natural de Venecia; floreció en el siglo XVI, y á sus investigaciones se debe el hallazgo de los manuscritos que el Petrarca regaló á la república veneciana, que habian quedado sepultados entre el polvo de la basílica de S. Marcos. Escribió: 1.° *Historia de la invencion y traslacion del cuerpo de S. Nicolás el Grande;* Venecia, 1626. — 2.° *Historia de la paz que se concluyó en Venecia en 1177 entre el papa Alejandro III y el emperador Federico Barbaroja.* — M.

OLMOS (Francisco Andrés). Este misionero español, natural de Oria en el distrito de Burgos, ó más bien del pueblo de su apellido en las cercanías de Valladolid, en donde otros dicen que recibió su instruccion, pertenece al siglo XVI. A los veinte años de edad tomó el hábito en el convento de Franciscos de Valladolid; y habiendo llamado la atencion los rápidos progresos que hizo en teología, fué nombrado compañero del P. Fr. J. de Zumarraga, enviado por el emperador Cárlos V en calidad de comisario del Santo Oficio de la Inquisicion contra los pretendidos hechiceros de Vizcaya. Desplegó tanto celo y suficiencia en esta comision, que nombrado obispo de Méjico en 1528 el P. Zumarraga, le llevó consigo al Nuevo Mundo. Su ardor religioso en aquel país le hizo conocer la necesidad que tenia, para llenar bien sus funciones apostólicas, de estudiar los idiomas de aquellas comarcas; y dedicándose á ellos, aprendió con suma facilidad el mejicano, el totonaca, el tepehua y el guaxteca; y despues que se halló suficientemente instruido en esto, compuso gramáticas y vocabularios de las dos primeras lenguas, trabajos que han sido despues muy útiles á los demás misioneros. Además de un gran número de tratados relativos á la religion, que escribió en las diversas lenguas de las tribus, entre las que pasó la mayor parte de su vida, y en medio de males y privaciones de todo género, compuso una especie de misterio ó cuadro del juicio final, que fué representado en mejicano en la capital, en presencia del virey D. Antonio Mendoza. A él se debe el haberse escrito los curiosos avisos de los padres y madres mejicanos á sus hijos, que se leen en la traduccion de Clavigero por Cullen. Tradujo el P. Olmos en latin, en verso castellano, una obra sobre la herejía por el P. Fr. Alonso de

Castro. Murió Olmos de avanzada edad en el convento de Tampico el 8 de Octubre de 1571. Además de las quince obras que cita Wadingo como impresas muchas veces en Méjico, cuyas ediciones no expresa, dice Mr. Lefebvre Canchy que dejó el P. Olmos muchos importantes manuscritos para la historia de Méjico, con relacion á los primitivos tiempos, despues de la conquista de este país y de los que la precedieron. — C.

OLMOS (Beato Andrés de). Fué español, originario de un pueblecillo de la provincia de Burgos, en cuya capital estudió humanidades y derecho, tanto civil como canónico, habiendo hecho todos sus trabajos escolares con muy buen aprovechamiento, razon por la cual era muy apreciado de todos, hasta tal punto que cuando llegó á la edad requerida en los reglamentos de aquella escuela para obtener las cátedras, se le confirió la de instituciones canónicas, en que seguramente se distinguió, tanto por sus profundos conocimientos, cuanto porque desde el primer dia en que se puso á regentarla lo hizo con tanto órden, acierto y método, que más bien que catedrático novel parecia profesor asendereado en la práctica de muchos años. Con esta tan admirable manera de desempeñar su importante cargo, no hay que decir que le auguraba un porvenir enteramente lisonjero, pues es indudable que hubiese desempeñado siempre con buen éxito los destinos más árduos en el magisterio, lo cual le hubiese producido laureles muchísimo más apreciables, si se atiende á que la difícil carrera del derecho canónico no tiene tantos profesores como las otras, acaso porque sus conocimientos no son de tanta aplicacion. Mas el jóven Olmos miró bajo su verdadero prisma la prosperidad y ventura con que el mundo le brindaba; halló que todos su halagos, muy fútiles y perecederos, desaparecen cómo y cuando ménos lo pensamos, y encontró un medio de asegurar una posicion que nunca se empeora, que causa suma y eterna felicidad, pues que identifica al hombre con Dios en una posesion sempiterna; y á buscar esta dicha dirigió todos sus esfuerzos, á alcanzar esta felicísima suerte encaminó todos sus trabajos y molestias, para lo que examinó con detencion cuál sería el instituto que le prestára un asilo donde pudiese con quietud y sosiego buscar y hallar su perfeccion; y luego que hubo examinado todos los institutos, todas las religiones y congregaciones donde podia santificarse, escogió la Orden Seráfica, y la casa de Valladolid tuvo la gloria de contar entre sus religiosos al hoy beato Andrés de Olmos. Desde el dia en que ingresó como novicio en aquella santa casa comenzaron á dejarse ver en él las más inequívocas señales de la alta elevacion á que llegaria y de lo mucho que por la gloria de Dios y bien de las almas habia de hacer con el tiempo. Por supuesto tenia suma exactitud en el desempeño de las más menudas reglas, un deseo tal de sujecion y un espíritu tan grande de obediencia, que la más ligera indicacion le hacia obrar

como si se le dictase la órden más terminante; un celo incansable por aprender lo que habia de practicarse en la casa, para ponerlo en ejecucion luego á luego, á fin de que les resultase algun alivio á sus hermanos, para los cuales era tan caritativo, que ya era extremo, si extremo cabe acerca del bien. Por supuesto que él ocultó su gran capacidad, y no dió á entender la posicion que habia tenido anteriormente; pero su talento no dejó de descubrirse, y los padres, tratando de utilizarle, le dedicaron al estudio de la sagrada teología, en el cual salió tan aventajado como lo habia sido en los anteriores, haciéndose por lo tanto notable en más de un concepto, es decir, haciéndose un verdadero sabio en ciencias eclesiásticas; por lo cual encomendaron á su cuidado la enseñanza, y en ella se obtuvieron frutos muy abundantes y una gran reforma para lo sucesivo, pues él estableció en su colegio cierto órden en los estudios, que no habia tenido hasta entónces, y en el cual, dándose la mayor parte á la ciencia teológica, se dejaba alguna otra tambien para las ciencias auxiliares, como Escritura, cánones, filosofía y lenguas; porque el P. Olmos en humanidades habia estudiado bastante bien griego y hebreo, y podia, con lo que aprendió y con lo que luego ejercitó miéntras fué profesor, sacar partido de sus conocimientos, siempre en provecho de sus discípulos. Como al gran Cárlos V interesaban en gran manera las posesiones ultramarinas de España, tenia todo su conato en proveer á aquellas apartadas regiones de sugetos, que á su capacidad y estudio agregáran buena fama de virtud y santidad; y este fué el motivo por el cual con verdadera tenacidad puede decirse insistió el Emperador en que pasase á Méjico el distinguido P. Juan de Zumarraga, el cual habiendo estado mucho tiempo de guardian en el convento que vulgarmente se llama *el Abrojo*, en la provincia de la Concepcion, y conociendo allí á nuestro buen P. Olmos, concibió desde luego el proyecto que realizó de llevarle consigo, toda vez que vió que no podia renunciar el importante cargo de obispo de Méjico. Como nuestro P. Olmos comprendia que allí tendria que sufrir sobradas molestias y padecer grandes trabajos, no hizo gran resistencia á este mandato de ir á la Nueva-España con el Obispo, y á éste le fué de gran provecho: desde el momento mismo en que se le dieron por compañero empezó á servirle de tanta ayuda, que puede decirse que él solo dispuso cuanto era necesario para la consagracion del nuevo prelado, y luego las mil y mil cosas precisas para un viaje de tantas leguas y á una region donde habia que luchar con tantos obstáculos, todos ó en su mayor parte mucho más imponentes, por no haber forma de prevenirlos, en razon á que se desconocian. Por último, se hizo la navegacion del Obispo y su reducido acompañamiento, sin que á la prevision del P. Olmos se hubiese escapado cosa alguna que pudiera serles precisa; tomóse por el nuevo Obispo posesion de su cargo,

y entónces puede decirse que comenzaron ellos á obrar, como era de esperar de varones de tan apostólico celo y de tan acreditada virtud como el Padre Zumarraga y el P. Olmos, personas tan respetables, que ambos han merecido la gloria de los altares. El primer cuidado que tomó á su cargo el Padre Olmos fué estudiar el idioma, y no solo el principal, sino los dialectos, en cuyo estudio, además de admirar á quien lo considera lo mucho que por su parte hacia el pobre y santo varon en sujetarse á ser contado poco ménos que como niño, y por consiguiente despreciado y tratado mal por algunos, aunque sin merecerlo; es tambien de admirar el que pudiera salir adelante con su empresa, dadas sus condiciones, y no salir como quiera de una manera ordinaria y vulgar, sino salir con un éxito tal, que en ménos de dos años aprendió correctamente cuatro dialectos, además de la lengua madre, por decirlo así, del país. Es consiguiente que poseyendo la manera de hacerse entender de todos aquellos indígenas, aprovechase esta circunstancia para cumplir con su más importante ministerio, para llenar sus más ardientes deseos; es decir, que predicando contínuamente al verdadero Dios, hiciese á aquella gente aficionarse, por decirlo así, á las verdades de la religion, y buscar en ella el consuelo, el asilo, la vida que fuera de ella no es posible llegar á conseguir, y por esto, incesantemente ocupado en su sagrado ministerio, alcanzaba grandes frutos, siendo muchas veces la consecuencia de sus apostólicas fatigas el destruir los ídolos, que quemaban sus mismos adoradores, y sustituir en lugar de aquellos simulacros de ningun valor é importancia la cruz santa de nuestro adorable redentor Jesucristo, que representa la caridad más grande que un Dios pudo tener para con una especie de seres que fueron para él todo lo ingratos que imaginarse puede, pues que despreciaron y hollaron con vil planta un solo precepto, que más bien que gravámen, era el testimonio que la Divinidad les exigia de la superioridad y dominio que solo el hombre se atrevió á negar á su soberano Dueño. Como tras de la cruz iban esas máximas del Evangelio que no pueden ménos de atraer á cuantos fijan en ellas su consideracion, y los pobres á quienes Olmos dirigia su autorizada voz, veian en los dogmas que él enseñaba esa verdad y sublimidad extraordinaria que en sí tienen, y en las costumbres que observaba esa moderacion y modestia propias de su evangélico ministerio, los mismos infieles se hacian intérpretes de los sentimientos del misionero, y como que le ayudaban en su espinoso cargo, previniendo los ánimos de aquellos mismos á quienes habia de dirigir la palabra, haciéndoles ver cuán bien lo pasaban ellos bajo los consejos, direccion y doctrina de este varon tan bueno; siendo el resultado final que muchos, muchísimos se convertian á Dios, muchos, muchísimos abrazaban el cristianismo, aun en pueblos y regiones que no sabian siquiera que habia en el

mundo esa brillante antorcha de la fe, así como acerca de ellas el mundo á su vez ignoraba el que existiesen sobre su ámbito. Esto, como es consiguiente, contribuia en gran manera á adelantar la civilizacion de aquel importante país, y al paso que á la religion seráfica la alcanzaba lauros inmarcesibles por la conducta ejemplar de su esclarecido hijo, al obispo de Méjico le daba mucho consuelo la noticia de todas estas cosas, sin saber que estimar más, si la gran bondad de Dios en haber hecho al P. Andres de Olmos capaz de acciones tan heróicas de celo por la religion del Crucificado, ó la especial providencia del Señor en haber determinado que un operario tan útil se le agregase para el importantísimo desempeño del ministerio encomendado á su cuidado. Bien es verdad que Dios sabe unir para las grandes empresas los corazones que á ellas son adecuados, así como sabe tambien facilitar los medios de que se identifiquen los que por él estan puestos en este mundo para idénticos fines. No ménos que cuarenta y tres años empleó el P. Olmos en enseñar, bautizar, gobernar y dirigir á aquellos pobres, que sin su auxilio, ú otro especial que Dios hubiese podido prestarles, habrian permanecido sumidos en las tinieblas de su infidelidad; y es, por consiguiente, como imposible el fijar ni aun de una manera aproximada el número de personas que tan diligente ministro de Dios ganaria para gloria de su Señor; pues como para el Padre no habia distancia, pues por retirado que estuviese el lugar donde convenia que ejerciese su ministerio, allí iba; no habia temporales que no fuesen á propósito, pues ni el calor, ni el frio, ni la lluvia, ni las demás incomodidades de las estaciones, le hacian retraerse un punto del cumplimiento de su importante deber; no habia necesidad ninguna, pues por todas pasaba como si no las sintiese, ni habia por consiguiente ese reparo de horas y de momentos para que no se perturbase el órden de sus ejercicios; nada de esto habia, no habia más que necesidad y remedio: un ignorante que desconocia á Dios, pues allí el Padre para traerle al conocimiento del benéfico Dueño del mundo: un pecador que parecia duro á las inspiraciones de la gracia, pues allí el Padre para buscar todos los recursos y medios para tocar, permítasenos la vulgaridad, todos los resortes, y hacer triunfar á la gracia aun á pesar de aquel que la resistia. Habia una necesidad material que remediar, y esto podia ser un medio de que se remediasen tambien necesidades del espíritu; pues allí estaba el P. Olmos buscando el remedio del mal primero, para procurar despues el remedio del mal segundo, que aunque más importante en la realidad, tenia que subyugarse muchas veces al mal material, para que no diese un éxito desfavorable el intento respecto á lo principal, por no atender á lo accesorio. En fin, era un verdadero ministro del Señor, que lo sacrificaba todo y siempre al servicio de su dueño, como si él hubiese podido desprenderse de sí mismo.

y no quedar más que en la apariencia de su ser humano, y en efecto fuera un ser celestial colocado entre aquellos infelices que sin este ú otro semejante recurso habrian indispensablemente perecido, no en el órden físico, sino en el órden moral, porque no habrian llegado á conocer á Dios, y no conociendo á Dios, no es posible amarle y ser felices, así como conociéndole es imposible inclinar á otro objeto nuestro cariño, y por consiguiente tenemos que ir en su busca; por cuya razon todos los esfuerzos del P. Olmos se encaminaban á hacer ver los atributos de Dios para que á vista de ellos, todos y cada uno se excitáran á buscar hasta encontrarle á este mismo Dios cuyos atributos eran tan amables. Así pasaba su vida pública, digámoslo así, el P. Andrés de Olmos, de la Orden Seráfica, y ciertamente que es de admirar que se portára de esta suerte, pues pocos, muy pocos son los que corresponden de un modo tan ventajoso á la vocacion que Dios ha hecho de ellos, siquiera los cargos que les haya confiado sean tan importantes como el que tomó sobre sí el P. Olmos, porque tambien es de advertir, pues que esto realza su mérito, que la comision que la obediencia confió al Padre, no fué más que la de acompañar al obispo de Méjico, y las demás cosas que hizo siempre de acuerdo con su superior y prelado no eran más que de supererogacion, dictándoselas su buen corazon, su viva fe y fundada esperanza en que la misericordia de Dios no podia querer otra cosa que el que todos se identificasen en los sentimientos de verdadera caridad y que tuviesen á Dios por principio y por fin, para que procediendo de Dios terminára en Dios, y su fruto fuese fruto de vida eterna. Daremos siquiera algunos pormenores de su vida, digámoslo así, particular, por que se venga en conocimiento de cuán heróicas fueron sus virtudes, y por consiguiente cuán digno él del aprecio, veneracion y estima en que justamente le tuvieron todos. Comenzó por penetrarse muy bien de la estrechísima obligacion que le imponian los tres votos que solemnemente emitió en su profesion, y por consiguiente se hizo desde luego pobrísimo, pues siempre tomaba para sí lo más vil y despreciado por otros; se hizo obediente hasta el extremo de prestar alguna vez sumision hasta al lego encargado de la limpieza y demás menesteres de la casa, y en órden á la caridad dió de ella el más acabado ejemplo, pues parecia habia el Señor extinguido en él hasta el sentimiento natural. Hay más, vivia en el mundo como si no viviese; porque habia establecido con su Dios un trato, una comunicacion tan íntima, que considerando al Señor presente, como lo está en efecto, ante todas cosas, y viendo todas ellas como un destello de su misericordia infita, como un efecto de la bondad ilimitada, á ella referia él todos sus actos por medio del ejercicio de la oracion, que le era tan habitual, que puede decirse que hasta durmiendo ejercia esta manera de culto á Dios, pues si

bien es verdad que dormido no cabe ejercicio voluntario de las potencias de nuestra alma, tambien lo es que apenas despertaba volvia otra vez á poner su espíritu en comunicacion con su Dios. En órden á los demás, hemos dicho que nuestro Padre era bondadosísimo y de un trato extraordinariamente afable y delicado; pues bien, esto le obligaba, como era consiguiente, á tratar á los inferiores con dulzura, perdonando con gusto cualquier descuido en que incurrir pudieran; á los iguales con afecto, poniendo todo su esmero en ayudarles siempre que su ayuda les pudiese ser conveniente; á los superiores con respeto, como que representaban á Dios. Mas este hombre que para todos era tan benigno, para sí era rigidísimo, pues asombra el considerar cómo se trataba. Su ayuno era casi contínuo, y su comida en pequeña cantidad yerbas, ó cuando más los resíduos que la comunidad hubiese dejado, pues consiguió como gracia el que no se le apartára, y eran muy pocos los dias en que el desempeño de su ministerio le permitia llegar á la hora de refectorio. En el camino era mortificadísimo, pues sus pies iban siempre descalzos, su paso ligero, y nunca descansaba por tal de tomar descanso, pues si alguna vez lo hacia, era movido de caridad para remediar alguna necesidad en sus hermanos. Sus disciplinas eran diarias y de sangre, curando, por decirlo así, las llagas que necesariamente habian de abrirle con ásperos silicios, de cuyo instrumento usaba mucho, teniendo algunos tan ásperos, que imponian aun á aquellos que por precision tenian que ver todas las celdas, y por consiguiente veian los de todos los religiosos. Así fué, pues, todo virtud lo que nuestro Padre practicaba; así era tan invicta su paciencia en sufrir cuanto el Señor permitió para su gloria en órden al importante ejercicio de su ministerio; así, en fin, esa incesante ánsia de buscar á su Dios, porque el fuego del amor divino, que avivaba en su corazon por estos medios, le hacia no darse con nada por satisfecho, y haber de emprenderlo todo para su gloria y servicio. Pasó, pues, de esta manera poco más ó ménos la vida de este glorioso siervo de Dios, hasta que su Majestad quiso acrisolarle más y más con los padecimientos que le permitió experimentar, pues que en efecto su última enfermedad, que fué cruelísima, demostró hasta la evidencia lo mucho que por amor de Dios podia y sabia hacer su siervo, el cual exhortando á todos al amor de su Señor, y fijando en él sus miradas, dejó este miserable mundo para conseguir en el otro la verdadera dicha que no termina nunca. Sus virtudes comenzaron á propalarse desde que su fallecimiento aseguró que ya no se resentia su modestia, y no solo se propalaron cómo quiera, sino que se hizo de ellas canónica averiguacion, lo cual dió por resultado el que no solo fuesen declaradas heróicas, sino que al P. Andrés de Olmos se le inscribiera en el catálogo de los bienaventurados, haciéndose de él mencion como

beato en todas las iglesias de la Orden, que ilustró en vida, el dia 8 de Agosto de cada año, sin duda por ser el aniversario de su muerte, aunque acerca de esta particularidad no hemos podido encontrar nada consignado con la claridad y certeza que sería de desear para no emitir un juicio aventurado; lo cual sería en verdad ofender con esto la memoria de un hombre de quien puede decirse con exactitud que amó la verdad y la paz, y por consecuencia de ello obtuvo la posesion de quien es esta y proporciona aquella. — G. R.

OLNEY (Juan). Petreius, en su *Bibilioteca Cartusiana*, y Pitseus, en sus *Escritores ingleses*, á quienes se refiere Moreri, hacen mencion de este religioso cartujo de Inglaterra en el siglo XIV, hácia el año 1350. Dicen solo de él que compuso varios tratados piadosos, y entre ellos uno sobre los milagros de la Santísima Vírgen, Madre de Dios, y otro de Meditaciones solitarias, en los que se revela el gran fondo religioso que le animaba, y el amor y devocion que profesaba á la Reina de los ángeles. — C.

O-LO-PEN, ó segun la ortografía portuguesa Olopen. Si hemos de dar crédito á un monumento encontrado en Si-'an-Fou, este religioso ha sido el primero que ha anunciado el Evangelio en las vastas comarcas de la China. Es verdad que algunos han creido que la conversion de los chinos al cristianismo habia sido iniciada por Sto. Tomás, fundados en la indicacion que se encuentra en el breviario caldeo de la iglesia de Malabar. El cánon del patriarca Teodosio habla de un metropolitano de la China, título que reunia el patriarca que gobernaba á los cristianos de Tonchin cuando los portugueses abordaron en la costa de Malabar. Entre las varias opiniones que reinan sobre este punto citaremos á Arnobio, que cuenta á los serg, ó chinos, entre los pueblos que en su época abrazaron el cristianismo. Y si aun quisiéramos creer á Deguignes, que supone que los chinos han confundido á Fou con Jesucristo, y á los sacerdotes sirios con los religiosos del Indostan, hariamos ascender la introduccion del cristianismo en la China á mediados del primer siglo de la era cristiana; pero concretándonos á lo que arrojan de sí los monumentos de una autenticidad incuestionable, no cabe la menor duda que O-Lo-Pen fué el primero que llegó á Tchang-'an (Si-'an-Fou) en el año noveno Tching-kouan (635), bajo el reinado del grande emperador Thai-Tsoung, el verdadero fundador de la dinastía de los Thang. O-Lo-Pen era un varon de virtud eminente, que habia llegado á aquellas tierras del Imperio romano, segun el sentido que los historiadores chinos acostumbran dar á esta denominacion, ó bien de la Judea, segun la aplicacacion más circunscrita que le ha dado el autor de la inscripcion de Si-'an-Fou. El Emperador, al saber la llegada de O-Lo-Pen, envió á su encuentro varios oficiales de su corte, que salieron á recibirle hasta el arrabal de la parte

de Occidente, y le introdujeron en su palacio, mandando despues que se tradujesen los sagrados libros que llevaba. Luego que estos fueron examinados, el Emperador declaró que nada reprensible hallaba en su doctrina, y que por lo tanto podian publicarse. El decreto que se expidió con este motivo está consignado en la inscripcion de Si-'an-Fou. En él el Emperador no se produce como un hombre convertido al cristianismo, sino como un filósofo chino que considera buenas todas las religiones segun la época y los lugares. Este modo de opinar, que la historia atribuye efectivamente al emperador Thai-Tsoung es otra de las pruebas de la autenticidad de la inscripcion en que se halla consignado. En ella se dice en elogio de la doctrina enseñada por O-Lo-Pen, que la ley de verdad, ofuscada en la China cuando la decadencia de la dinastía de Tcheou, y llevada al Occidente por Loadsen, parece que vuelve á su orígen primitivo para aumentar el esplendor de la dinastía de Thang, á la sazon reinante. El Emperador, que por lo visto era de opinion tolerante, permitió que se elevára una pagoda por el estilo de las del Grand-Thsim, esto es, una iglesia, en el arrabal de I-ning, y se señalaron veintiun bonzos ó sacerdotes para servir dicho templo. El número de iglesias y de personas que abrazaron la ley del Grand-Thsim fueron aumentando considerablemente durante el reinado de los sucesores de Thai-Tsoung, por los celosos esfuerzos de los sucesores de O-Lo-Pen. Por lo mismo no puede negarse que efectivamente este religioso fundó una iglesia, ó bien en el lenguaje de los misioneros, una cristiandad en la capital del Imperio chino. La inscripcion de Si-'an-Fou, en la que se halla la historia de esta iglesia desde la llegada de O-Lo-Pen, en 635, hasta la época en que esta inscripcion ha sido erigida (781), presenta respecto á este punto un testimonio que no deja lugar á la duda. Grande ha sido la dificultad de los que han querido determinar la nacion á que pertenecia este misionero. Unos, atendiendo á la doctrina de la Iglesia que fundó, y que se halla expuesta en el monumento de Si-'an-Fou, creen que era nestoriano ó jacobita; otros, atendiendo á los nombres sirios de los sucesores de O-Lo-Pen, grabados al borde de la inscripcion, y á la situacion señalada al país del Grand-Thsim, de donde venia O-Lo-Pen, creen que este propagador del cristianismo fué sirio ó monopolita. Su mismo nombre, tal como los chinos lo han conservado, parece que tiene un orígen siríaco. Deguignes veia en las dos primeras sílabas el nombre de Eloho, Dios en lenguaje sirio. — M.

OLORIS (D. Francisco Javier). Nació en Valencia, y entró en el instituto de S. Ignacio de Loyola. Habiéndose separado despues de esta comunidad, fné nombrado capellan mayor del Real palacio, fué doctor en sagrada teología, y poseyó un beneficio en la catedral de Valencia, donde murió á la edad de ochenta y seis años en 18 de Julio de 1814. Escribió: 1.° *Oracion*

al santo tribunal de la Inquisicion de Valencia, dicha en miércoles, cuarta semana de cuaresma del año 1771; Valencia, en 4.°, en dicho año. —2.° *Panegírico de Santo Tomás de Aquino en la fiesta celebrada en 7 de Marzo de 1768 en la iglesia parroquial de S. Nicolás de Valencia*; en 4.° —3.° *Oracion de la Presentacion de María Santísima, dicha en el colegio mayor de Sto. Tomás de Villanueva de la ciudad de Valencia;* 1776, en 4.°, por José y Tomás Orga. —4.° *Panegírico en honor de S. Fermin*; Valencia, por la viuda de Orga, 1776, en 4.° —5.° *Testamento del hombre feliz; el idiota sábio, que presenta un vivo retrato de los caractéres de este sigio.* Discurso preliminar en que el testador, como si otorgára un solemne testamento, nombra á la inocente é incauta juventud española por su heredera universal y sucesora de todo el sábio idiotismo que ha podido adquirir, poseer y disputar en el espacio de cuarenta años, tres cuadernos en fólio; Valencia, por Orga, 1741. Esta obra era una produccion periódica que no continuó. —6.° *Elogio del beato Juan de Rivera, patriarca de Antioquía, predicado en la iglesia de Corpus Christi, donde es venerado como fundador*; Zaragoza, 1797, en fólio, por Magallon. —7.° *Capilla Real palatina.* Esta produccion no llegó á imprimirse ni quizá á redactarse, puesto que el autor falleció despues de impreso el primer pliego, en 8.°, en la ciudad de Perpiñan. — M.

OLORIZ (P. D. Juan Crisóstomo Benito de). Nació este esclarecido varon en Zaragoza en 1711, de unos padres muy distinguidos en piedad, y que gozando de muy buena posicion, tuvieron el esmero consiguiente para que la educacion de su hijo estuviese en armonía con las circunstancias que á ellos rodeaban, y que las acreditadas proezas con que sus mayores se habian distinguido, merecian se diese á quien tenia que ser un dia heredero de sus timbres más queridos, de sus más ansiados blasones, y de aquellos mismos recuerdos que, fijándose en su corazon, tenian necesariamente que engrandecerle. Agregábase á todas estas otra razon, que si no más fundamental, por lo ménos era de gran peso para excitar á los padres de Juan á esmerarse en dirigir bien sus primeros años, y era que el jóven daba muestras inequívocas, lo primero de un talento superior á lo que se podia esperar, y además de una aplicacion y docilidad tales, que hacian presagiar que con el tiempo llegaria á ser uno de los más distinguidos en su línea, cualquiera que fuese la carrera por la cual se decidiese al fin. El formó desde luego su plan y aprovechó los talentos de que Dios le dotára, tomando una resolucion heróica, importantísima, y para él de muy grande provecho, que fué el renunciarse á sí mismo, el hacerse todo para todos y entregarse al servicio de Dios afiliándose á un instituto religioso. Con efecto, á la tierna edad de trece años cumplidos, y renunciando á la halagüeña perspectiva que le ofrecia su familia y condiciones, resolvió y lo llevó á cabo ingresar en el monasterio

cisterciense titulado de Ntra. Señora de la Fe, situado extramuros de su pueblo natal. Allí hizo su carrera, adelantando al mismo tiempo en virtudes, á las cuales era muy dado, singularizándose en una modestia y humildad profundísimas y en un espíritu de oracion tal, que estaba unido á su Dios, aun en medio de las más importantes ocupaciones. Concluyó su carrera, llegando al mismo tiempo á la alta dignidad del sacerdocio, y entónces fué cuando los superiores, vacilantes, no sabian de qué modo habrian de aprovechar las excelentes cualidades de este nuevo ministro del Señor, pues si se dedicaba á la predicacion para bien de los fieles, no podia ocupar en la cátedra un lugar que sería muy provechoso á los estudiantes, y si entre estos se sepultaba, por decirlo asi, no se lucrarian las muchas almas que habia esperanza de lucrar mediante sus buenas dotes como orador y su grande espíritu de devocion y fervor como sacerdote y religioso. Por fin, sin que dejára de predicar de cuando en cuando, siempre con una destreza admirable y con un espíritu evangélico, superior con muchísimo á su habilidad, le dedicaron á leer, primero filosofía y luego teología, en la casa donde él habia hecho su educacion y carrera, siendo notabilísimos los resultados que obtuvo, pues que enseñaba con un órden y precision matemáticos, con una claridad suma y con una erudicion tal, que aun los profanos al asunto se extasiaban solo de oirle, siquiera careciesen de los fundamentos necesarios para comprenderle perfectamente. Viendo cuán bien desempeñaba su cometido, lo llevaron de catedrático de prima á la universidad de Huesca, ejerciendo al mismo tiempo la magistratura ó enseñanza completa de sus monjes, en los cursos que con él se comenzaban y concluian desde filosofía, y alguna vez desde humanidades, pues tambien este ramo enseñaba cuando conocia haber habido algun descuido, ó por parte de los maestros ó por parte de los discípulos, siendo lo admirable en estas circunstancias, que cuando se veia en tal precision hacia retrasar á los discípulos, sin que ellos ni sus maestros tuviesen ocasion de ofenderse, y despues los ponia en estado de adelantar en breve tiempo lo que habian retrasado, siendo, por consiguiente, este retraso aparente en órden al tiempo, pues ninguno se perdia, y un verdadero adelanto en órden á su educacion, pues que echaba firmes fundamentos para que ella fuese todo lo sólida y concienzuda que era debido. Por supuesto que en cuantos actos literarios habia, ya en su monasterio, ya en la universidad, el P. Oloriz tomaba una parte muy activa, distinguiéndose siempre, y siempre luciendo, cualquiera que fuese el cargo que tomára. Todas estas buenas disposiciones y pruebas inequívocas de su gran capacidad, sirvieron para que se le confiriera el entónces honrosísimo grado de maestro de justicia, que era á lo sumo que podia llegarse, tanto en las religiones como en las universidades. La Real Academia Española le

admitió como individuo de ella en 1737, siendo muy notable la sesion en que tuvo lugar esta solemnidad literaria, pues que los discursos que con este motivo se pronunciaron, revelaron de parte del P. Oloriz que era muy acreedor á la importante distincion que se le concedia, y de parte de la Academia se demostraba su misma importancia, pues dejaba ver el caudal de ciencia que poseian los individuos que la formaban. Fuese por esta circunstancia de haber sido nombrado individuo de la Real Academia Española, ó fuese porque alguno de sus eruditos escritos hubiese llamado la atencion al ilustre y santo Tribunal de la Inquisicion, ello es que venciendo la repugnancia de nuestro P. Oloriz, y aun casi sin él saberlo, se encontró nombrado calificador del Santo Oficio en el reino de Aragon, con fecha 17 de Febrero de 1739. Desempeñó este cargo con tanta religiosidad y buen juicio como hasta entónces habia demostrado en las muchísimas y muy delicadas comisiones, que ya en congregacion, ya otros varios prelados, cabildos y aun particulares de distincion le dieran á porfia, para así acreditar lo mucho que estimaban su aplicacion, capacidad y prendas. En literatura y en bellas artes fué una cosa especial; mereciendo señalados elogios en su época, y que su nombre pasase de generacion en generacion como el de un verdadero ingenio; así como el que confiando á su cuidado el ejercicio del importante ministerio de la predicacion del Evangelio, de esta manera se consiguieran abundantísimos frutos en conversiones de pecadores envejecidos en su error y descuidados hasta el extremo en el cumplimiento de sus obligaciones, que viendo cómo el Padre les explicaba la importancia de estas y la grave carga que su cumplimiento imponia, se resolvian eficazmente á soltar esta mediante la completa observancia de todos los divinos preceptos. Tantos trabajos, ya evangélicos, ya literarios, fatigaron al P. Oloriz de tal suerte, que haciendo se temiese que su preciosa vida peligraba, dieron ocasion á que por sus superiores se le obligára á cesar en toda especie de trabajo y apartarse de todo aquello que pudiera, digámoslo así, excitarle; por lo que renunciando á todo estudio y sin continuar siquiera los trabajos que tenia comenzados, se concentró en sí mismo, y dedicó sus últimos años al ejercicio más esmerado de las virtudes, en la preparacion para la muerte, siendo admirable el fruto que sacó en el silencio de su vida enteramente oculta, fruto que no fué exclusivo para él, sino que se extendió tambien á cuantos conociéndole, veian en sus virtuosísimos actos una confirmacion práctica de que la gracia de Dios nunca abandona á aquellos que la invocan, ántes por el contrario, hay de parte del Señor un especial esmero en hacer que sus siervos ilustren de cuando en cuando á su Iglesia con destellos de extraordinaria virtud y de gran amor al Todopoderoso. Bajo estos sentimientos no de pura teoría sino de verdadera práctica, se con-

cluyó la vida del P. Oloriz de una manera tan edificante como toda ella se habia pasado, y cuando el dia 17 de Junio de 1783 se le vió exhalar el último suspiro y entregar su alma en manos del Hacedor supremo, entónces fué cuando se comprendió perfectamente lo que valia este hombre como religioso, como sacerdote y como literato y hombre de ciencia. Durante el tiempo que estuvo expuesto al público, se abalanzaban á rodear su féretro todos los habitantes de Zaragoza, y la voz universal era que este hombre habia sido verdaderamente sabio, pues que habia hecho servir su gran capacidad para adquirirse las virtudes que le hacian ser estimado como santo. Como escritor dejó algunos testimonios de su gran capacidad en sus obras, cuya enumeracion, aun cuando sea algo prolija, vamos á consignar así como la época é imprenta en que salieron á luz, sin más objeto que el de facilitar á aquellos que duden de nuestras apreciaciones acerca de este esclarecido aragonés, ocasion de que por sí mismos se cercioren de la verdad de nuestro aserto. 1.ª *Oracion panegírica en la fiesta de la Purísima Concepcion de María Santísima*, que dijo en Zaragoza á 11 de Noviembre de 1732, y que imprimió en el mismo año y lugar Pedro Jimenez.—2.ª *Oracion evangélico-política que predicó á la muy ilustre ciudad de Zaragoza el dia tercero de Pascua del Espíritu Santo en su santo metropolitano templo del Salvador*; publicada por D. Martin de Altarriba y de Egea, del Consejo de S. M., alguacil mayor de la Real Audiencia de Aragon, regidor de la misma ciudad, impreso en la Real imprenta de ella en 1733.—3.ª *Oracion para ántes de proceder á la eleccion de vicario general de la Congregacion Benedictina Cisterciense de los reinos de Aragon y Navarra, que se hizo en el Real monasterio de nuestra Señora de Beruela el dia 2 de Mayo de 1741*, impresa en Zaragoza por Francisco Moreno, el mismo año de su data, y dedicado al Sr. Secretario universal del despacho de Hacienda.—4.ª *Sermon de miércoles de cuaresma* que dió á luz D. Francisco Antonio de Arbizu, Comisario de Guerra, y dedicó al muy ilustre Sr. D. José Fons de Viela, señor de la Abadía de Les é intendente de Valencia, impreso en el mismo Valencia, casa de Antonio Bordaraz, 1741.—5.ª *Desagravio de la perfecta oratoria en cinco disertaciones apologéticas para convencer á la malicia*; publicóse en Zaragoza en 1735, por José Fort, pero tuvo el éxito fatal de que le recogiera el tribunal de la Inquisicion, no por malo sino porque tenia algunas frases atrevidas, que podian parecer ofensa á personas respetables y que eran en verdad muy respetadas por el autor.—6.ª *El por qué más antiguo de la aficion*, dedicado á Dios nuestro Señor; Zaragoza, por Francisco Moreno, año 1742.—7.ª *Oracion que en el Domingo de Ramos dijo en el santo templo metropolitano del Salvador de Zaragoza, dia en que el Ilustrísimo y Reverendísimo Señor D. Francisco Ignacio Añoa y Busto, arzobispo de esta ciudad, hizo en ella*

su entrada pública el año de 1743, predicando su cuaresma, y dedicó al mismo ilustrísimo prelado; impreso en Zaragoza en dicho año, por Francisco Moreno.—8.ª *Oracion de despedida de la referida cuaresma*; Zaragoza, el mismo año é imprenta. — 9.ª *Oraciones sagradas diversas*... que dedi có á la Excma. Sra. Doña Ana María del Pilar Silva y Portocarrero Fernandez de Hijar, condesa de Aranda, etc. etc., en Zaragoza, por Moreno, año de 1743. De esta utilísima obra se publicó tan solo el tomo primero, pues el segundo aunque se anunció no llegó á ver la luz, al ménos que no se presentára anónimo despues del fallecimiento de su autor.—10. *Cuaresma que en el templo metropolitano del Salvador de Zaragoza predicó en* 1743, dedicada á la Excelentísima Sra. Doña María Magdalena Carrillo, hija meritísima del Excelentísimo Sr. Duque de Montemar; en Zaragoza, 1744.—11. *Sermones sobre el Miserere*, dedicados á la Excma. Sra. Doña Isabel María Tellez Giron, Marquesa de Villena, Duquesa de Escalona, etc. etc.; en Zaragoza, por Moreno, año de 1744. — 12. *Molestias del trato humano, declaradas con reflexiones políticas y morales sobre la sociedad del hombre*; en Madrid, por Marin, año 1745, y en vista de la grande aceptacion que mereció se hizo otra edicion algo corregida en 1788.—13. *Sermon de San Bernardo y diseño de su vida*, predicado en el monasterio de Santa Fe; impreso en Zaragoza, año de 1761.—14. *Duda contra certeza y certeza contra duda, si hay alguno que pase buena vida*; Zaragoza, Imprenta Real, 1765.—15. *Sagrado Novenario del dulcísimo Mariano Doctor S. Bernardo*; Zaragoza, por Franciso Moreno, sin año, aunque puede decirse casi con seguridad que sería el 1662 próximamente. Estos son los impresos que nos dejó el señor Oloriz, pero entre sus manuscritos hay preciosidades que se conservan en el archivo de su convento. Solo citaremos, para comprobacion de nuestro aserto, cinco libros de cuaresmas y sermones de todas clases; muchas cartas y memorias sobre asuntos varios, los preciosos materiales que recogió para la vida del glorioso abad S. Bernardo, y por último, su obra póstuma *Idea de Dios*, que hubiese, por decirlo así, puesto el sello á su muy justa celebridad si el haber sido atacado de la epilepsia que lo llevó al sepulcro, no hubiese sido ocasion para que sus envidiosos y émulos, agarrando cuantos apuntes encontraron, los hicieran desaparecer, para que así desapareciera tambien la memoria de este ilustrado escritor y distinguido monje; pero nada adelantaron, pues habia dejado ya consignada su capacidad en los escritos que anteriormente publicára y en algunos que despues se vieron. Este precioso tratado, que sin duda alguna sería acabadísimo, hubiese sido muy provechoso, sin embargo, para aprender mística, filosofía, teología, y en fin, cuanto sabia su autor que era mucho, muchísimo, segun todos confesaban en su tiempo y segun hemos visto despues.—G. R.

OLORIZ (Fr. Juan), fué natural de Zaragoza, habiendo venido al mundo de padres distinguidos y piadosos en 1689. Siempre presentó inclinacion al estado eclesiástico, y conforme crecia, se iba convenciendo de que la cura de almas es difícil, delicada é impone no solo sacrificios, sino dificultades que no siempre se pueden superar, y el vivir en el estado clerical á la sombra de un beneficio ó patrimonio no suele dar los resultades que apetece quien ante todo busca en su estado la gloria de Dios y bien de las almas; por lo que examinando todas las religiones con sus ventajas é inconvenientes, se decidió á recibir el hábito de Sto. Domingo, y lo hizo en 26 de Octubre de 1704, con general complacencia de toda la comunidad, que veia en el jóven Oloriz un hombre de esperanzas, tanto por su edad y talento, cuanto por su constante aplicacion y acreditada virtud. En efecto, no padecieron equivocacion, todo al contrario, adelantándose en él la reflexion á la edad, y convencido, digámoslo así, ántes de tiempo de lo importante que es obrar siempre con exactitud, cualquiera que sea la obra á que nos dediquemos, empleó todo su conato, primero, en estudiar con el fundamento y solidez que siempre se ha hecho en las casas de su Orden, y luego á su vez en enseñar bajo las mismas bases, añadiendo como era consiguiente en la enseñanza de los demás, lo que á la que á él le dieron habia agregado el concienzudo estudio que venia haciendo al par que corrian sus años escolásticos. Dotado de una facilidad extraordinaria para explicarse y de una erudicion grande, debida á una memoria privilegiada, y con un estudio tan asiduo que muchas veces fué preciso hacerle que se reprimiera; eran sus discursos en el púlpito oidos con sumo gusto por un concurso que siempre era numeroso y daban un gran resultado; pues que aquellos mismos que tal vez entraron al templo solo por la curiosidad de oir al orador, se vieron movidos de la eficacia de su palabra, y no pudieron resistir á la gracia divina que se valia de aquel medio, sino que tuvieron que aceptar sumisos sus designios, abriendo á Dios su corazon para manifestarle sus pasados extravíos, y recibiendo eficacísimos auxilios que aseguraban su porvenir. Con tales disposiciones, á las que agregaba las más á propósito para el gobierno, obtuvo los cargos de la Orden hasta el de P. Presentado, desempeñándolos todos tan á satisfaccion, que era un verdadero sentimiento para los que dejaba cuando habia de cambiarse, así como los que le recibian tenian una verdadera satisfaccion, ocasionada porque sabian que al momento se impondria de sus obligaciones, las desempeñaria muy bien y sin ningun género de vejámen, pues que nunca procuraba incomodidad alguna á nadie, ántes por el contrario evitaba cuantas podia, fuese quien fuera el sugeto que hubiera de tenerlas. Muy apreciado de todos sus súbditos, y estimado como era debido de cuantos tenian ocasion de verle siquiera una sola vez, el P. Oloriz acabó su carrera en este

miserable mundo el dia 7 de Setiembre del año 1760, á los setenta y uno de su edad, dejando á todos un perenne recuerdo de su amabilidad y buen trato, así como de su sabiduría y de su don de consejo, que verdaderamente le tenia. Tambien quedaron de él tres obras impresas; la una fué *Impugnacion de muchas doctrinas que enseña el Rmo. P. Mtro. D. Antonio José Rodriguez, monje benedictino cisterciense de la congregacion de Aragon y Navarra, en el Real monasterio de Beruela, en sus dos tomos del Nuevo Aspecto de teología médico-moral; y ambos derechos ó paradojas físico-teológico-legales*; impresa en Zaragoza en 1750; la otra es *Carta á un amigo religioso en que da respuesta á la que escribió el Rdo. P. Mtro. D. Antonio José Rodriguez á un sabio doctor teólogo de Zaragoza*; impresion de 1752; y la tercera es *otra carta en que insiste en volver por la verdad contra las muchas falsedades del P. Rodriguez en su obra*, impresa en 1754.—Todas fueron muy aplaudidas por sus censores y leidas con gusto en su época, si bien en nuestros dias es probable que tanto ellas como las que refutaban carecerán de importancia. — G. R.

OLOT (Fr. Hermenegildo de), natural segun se cree de Cataluña. Fué religioso capuchino y provincial de su Orden. Escribió: *Joyell religios*, para la tercera órden de N. P. S. Francisco; impreso en Barcelona en 16.° Murió en la poblacion de Olot, y dejó manuscritos cuatro tomos de *Sermones predicables*. — M.

OLOT (Fr. Luis de), tambien de la misma religion. Vivió en el convento que su Orden tenia en Barcelona, y en ella publicó una obrita con este título: *Orígen y arte de escribir bien, que contiene varias reglas y métodos para aprender á escribir con mucha facilidad los seis caractéres de letra que entónces se usaban en España, y los que se habian usado desde el siglo X al XVI*. La divide en cuarenta capítulos, y en ellos se dan instrucciones muy útiles para leer los epitafios é inscripciones góticas, y escribir en griego, hebreo y siríaco. — M.

OLOT (Fr. Rafael de), capuchino tambien y provincial en Cataluña, su patria; continuó el *Curso de Filosofía* empezado por Fr. Jacinto Olp, de quien hablaremos luego. — M.

OLPENSE (Fr. Jacinto), religioso capuchino de la provincia de Cataluña. Dió á la prensa la obra siguiente: *Cursus philosophicus ad mentem S. Bonaventuræ;* Barcelona, 1691, tres tomos en 4.°—S. B.

OLSINA (P. José), jesuita, natural de Barcelona. Entró en la Compañía de Jesús en 1633 á la edad de diez y seis años, y enseñó retórica, filosofía y teología con grande elogio de los demás profesores. Falleció en su patria el 26 de Setiembre de 1677 despues de haber escrito: 1.° *Commentaria in octo libros phisicorum*. — 2.° *Institutiones oratoriæ*; impreso en Barcelona,

1652, un tomo en 4.°, por Catalina Mattebat.—3.° *De Inmaculata Conceptione Beatæ Virginis Mariæ*; Barcelona, 1653, en 4.°— Además existe de este jesuita una traduccion española de la *Vida del B. Juan Beereckman*, lego de su Orden, impresa en Valencia, 1633, en 4.°— M.

OLSINE Y SEMPERE (P. Vicente), jesuita y natural del lugar de Gorja, poblacion del antiguo reino de Valencia. Nació en 1731, y entró en la Compañía de Jesús en 1747, hallándole en el colegio de Alicante el decreto de supresion. Escribió: *Documentos morales contenidos en varias fábulas, cuentos, símiles, casos ó ejemplos sacados de varios autores y en tres parábolas*; Valencia, por Salvador Paoli, 1800, en 8.°—Estas fábulas contienen un gran fondo de moralidad digno de ponerse á la vista de la juventud estudiosa.—M.

OLZINELLAS (D. Fr. Roque de). Difícil es, dice el Sr. Torres Amat, el trazar la historia de un hombre que ha pasado toda la vida empleando su vasto talento para ocultarse á la vista del mundo ilustrado, al mismo tiempo que no descansaba á fin de ser útil á sus semejantes. La historia de la meditacion y del estudio es casi siempre oculta y silenciosa como la de la virtud, y los goces y esfuerzos de la inteligencia son muchas veces tan poco conocidos como los del corazon. En este embarazo se hallaria el que intentase seguir en todas sus fases la brillante carrera del Sr. D. Fr. Roque de Olzinellas y de Miguel, nacido en Igualada, diócesis de Vich, en 17 de Enero de 1784, monje, sacerdote y paborde de Aja, del suprimido monasterio de Ripoll, de la Congregacion Benedictina claustral, á quien la muerte descargó su golpe fatal el 13 de Octubre de 1835 en Osseja, pueblo de la Cerdaña francesa, llenando de desconsuelo y amargura los corazones de cuantos tuvieron la dicha de conocerle y de tratarle. Ya en los primeros años de su vida desplegó todas las dotes intelectuales y morales de un grande hombre, un entendimiento sublime, activo, universal, memoria felicísima, aguda penetracion, vivacidad de ingenio, elevacion de ideas, fecundidad inagotable en los discursos, exquisito gusto en las bellezas literarias, con aquel amor innato é insaciable de saber que le hacia dar rápidos pasos y hacer adelantos asombrosos en la carrera de las ciencias. Los brillantes actos de filosofía y de teología que públicamente defendió en el suprimido Real Colegio de S. Pablo del campo de Barcelona, en donde se formaban los escolares de la ilustre Orden Benedictina, por los años de 1800 y 1803, le granjearon ya la estimacion y las simpatías del numeroso é ilustrado concurso que á aquellos actos acudia, testigo ya entónces del admirable despejo y vastísimos conocimientos que desplegaba el jóven escolar, así en la claridad, rapidez y maestría con que desvanecia los argumentos contrarios, como en la robustez, lógica y variedad de erudicion con que defendia los propios. Así es que, no obstando su tierna edad de diez y nueve años aún

no cumplidos, fué destinado por la Congregacion á la enseñanza del indicado colegio de S. Pablo, que en todos tiempos produjo excelentes y aventajados discípulos. Para demostrar el modo con que se portó aquel sabio profesor en su honroso y delicado cometido, copiaremos las palabras mismas del Sr. Torres Amat, que fué su íntimo amigo, y que muy á fondo le conocia. «Desempeñó Olzinellas este encargo con aquella delicadeza, con »aquel honor y con aquella puntualidad propias de un sabio, no solo con»servando el buen gusto en estas dos facultades (filosofía y teología), que »siempre ha distinguido al colegio de S. Pablo, sino mejorándole mucho »con exquisita eleccion de memorias interesantes. La lozana y atrevida ju»ventud, particularmente cuando va acompañada de estas atractivas cir»cunstancias, y que regularmente es tiempo fatal y funesto para la inocen»cia, no corrompió el corazon de Olzinellas, porque no amaba más que la »virtud y el estudio, ni dejó en él impresas aquellas flaquezas de las que, ó »nunca se levanta la criatura, ó arrastra sus funestos resabios hasta el se»pulcro. Enseñar, dirigir, formar buenos y aprovechados discípulos, era »todo su anhelo, y la gloriosa ocupacion á que le habian destinado la na»turaleza y la obediencia. Cual antorcha luminosa que, colocada en lugar »eminente, esparce en todas direcciones ráfagas de luz, Olzinellas comuni»caba con indecible actividad y celo sus luces, depositando la multitud y »sublimidad de conocimientos que adquiria con su ímprobo estudio en una »porcion de jóvenes, para ser algun dia el honor de su nombre y las deli»cias del claustro y de la patria. Es imposible dar una ligera idea de la dul»zura y amabilidad con que los trataba, con que los instruia y los esforza»ba á que emprendiesen con gusto la carrera literaria, y de aquí nació »aquel puro amor que le profesaban, escuchando contentos sus agradables »y profundas explicaciones.» Hasta aquí la exacta y viva pintura de su profesorado; pero concluido este, no podemos dejar de seguir al mismo biógrafo en la pintura de su vida privada como religioso y monje. No se advertia en Olzinellas aquella relajacion, efecto de los tiempos, que por desgracia habia hecho degenerar á la célebre Orden Benedictina (como á algunas otras) de su antigua observancia y esplendor. Olzinellas, como algunos otros virtuosos monjes, era una honrosa excepcion y un vivo reflejo del espíritu de su instituto, con el cual el gran Benito supo fundar en los primitivos siglos tantas generaciones de sabios y de santos. «Retirado á su monas»terio de Ripoll, despues de concluida su brillante carrera, que siguió con »especialísimo aplauso de todos por espacio de doce años, no interrumpió »jamás su constante estudio. Un exacto y cabal conocimiento de toda la teo»logía, de los derechos canónicos y decisiones de la Iglesia, acompañado de »una contínua lectura de los Santos Padres, de los Concilios, de la Historia

»Eclesiástica y otras obras clásicas y escogidas, hasta enterarse á fondo de las »preciosidades de aquel rico archivo para la mejor ilustracion de la historia »de España, sin olvidar por esto las ciencias naturales, fué el fruto abun»dante y admirable de su noble ingenio é infatigable aplicacion. Todo lo te»nia en su feliz memoria con tan buen órden y con tanta exactitud, que en »cualquiera materia se le oian proferir sentencias graves, doctrinas exquisi»tas y puras, no solo con fluidez, elegancia y fuerza de estilo, sino de una »manera superior tan encantadora, que con razon le veneraban como el Ma»billon catalan. ¡Qué claridad en las ideas! ¡Qué eficacia tan vehemente en »sus discursos! ¡Qué atractivo en las expresiones! ¡Qué uncion en los senti»mientos! Sin haberle conocido es imposible formar concepto de sus reco»mendables prendas. ¡Cuán sensible es no poder pintar aquí los rasgos de su »caridad, en extremo generosa y universal; la tierna sensibilidad, aquel en»tusiasmo divino de hacer bien, que de contínuo hervia en sus entrañas, y »le hacia buscar al pobre en la lobreguez en donde gime. No cesaba de enju»gar las lágrimas, mitigando los infortunios, ora suavizando las penas con »la profusion de sus limosnas, ora sosteniendo el peso de los grillos y cade»nas que abruman á los desdichados. Reverenciado de los sabios, aplaudido »de todos por sus virtudes, por la sublimidad de sus talentos y excelencia »en los estudios sagrados y eruditos, llegó al más alto grado de reputacion y »verdadera gloria. Todos á porfia le destinaban para las dignidades más ele»vadas, y solamente él se resistia á admitir el menor destino que le distin»guiese de sus hermanos. El solo nombre de una eminente dignidad le asus»taba y confundia, considerándola muy superior á sus fuerzas, porque el »manto de su misma humildad le ocultaba su mérito extraordinario, y no le »permitia ver en sí propio sus bellísimas circunstancias, capaces para des»empeñar debidamente todos cuantos destinos le hubiesen confiado, por di»ficiles y espinosos que fuesen. De aquí es que nunca admitió sino una pre»benda que escasamente le daba para una decente manutencion.»El Sr. D. Ro-que de Olzinellas, como casi todos los hombres verdaderamente grandes, po-seia en alto grado el sentimiento de la humildad cristiana. Este sentimiento, que realmente eleva al hombre delante de Dios, le abate delante de sí mis-mo, y veces hay en que no le deja conocer su propia grandeza, y aunque se conozca, no le deja emprender empresas colosales de que seria muy capaz, pero que teme acometer por no darse á sí mismo demasiada gloria. Pre-ciso es entónces que, ó bien un mandato superior, ó la fuerza de las cir-cunstancias, ó la gloria misma de Dios, á la cual lo consagran todo estos hombres humildes, hasta hacer el sacrificio de su propia humildad, no les impelen á salirse, por decirlo así, de sí mismos, y hacer este sacrificio, el más costoso de todos, á la satisfaccion de un deber ó de un sentimiento

aún más generoso. Así sucedió con nuestro sabio, el cual tenia tan pobre concepto de sí mismo y de sus propias fuerzas, que todo lo suyo le parecia despreciable. ¡Cuántas producciones llenas de sabiduría hubieran visto la luz pública, si se le hubiese podido desvanecer esta idea de sí propio, que llegaba á ser hasta equivocada, y que hubiera sido vituperable á no estar sostenida por otra virtud más noble aun que la de la sabiduría, como es la humildad! Sus ilustres biógrafos nos han dejado consignada la noticia de las que vieron la luz pública, y una de ellas tuvo que ser póstuma. Por las *Contestaciones* que hizo á *Llorente* en los años 1821 y 1822, con motivo de la *Constitucion del clero* que este publicó en 1820, y la obra del *Cristiano pacífico* que dió á luz en 1835, aún bajo el nombre de D. Sebastian Driala, se puede formar concepto de la rectitud de su juicio y de sus vastos y elevados conocimientos. «Léanse y examínense sin preocupacion, dice el Señor »Torres Amat, y se admirará la erudicion sagrada y profana esparcida á »manos llenas con buen órden y justa distribucion. Allí brillan la cari»dad cristiana, la exactitud, la claridad, el decoro, la hermosa sencillez, »la penetrante elocuencia. ¡Qué pruebas tan luminosas y decisivas! ¡Qué só»lida filosofía para raciocinar acerca de los hechos que refiere! ¡qué crítica »tan recomendable para discernir, para graduar la fuerza de las razones, »y dar á cada una el peso que realmente merece! Y lo más admirable es el »modo tan cariñoso con que habla al autor de la *Constitucion del clero*, »no tratándole con desabrimiento, ni exasperándole con desprecios y amar»gas reconvenciones, sino corrigiéndole en lo que conoce haber errado, con »aquella dulzura y caridad evangélica inseparables de su apacible carácter; »de manera que más parece un padre amoroso, que con suavidad procura »ganar á su hijo descarriado, que un crítico severo.» Por esta misma publicacion se echa de ver que Olzinellas solo se dió á luz cuando la gloria de Dios y la conservacion de la pura disciplina de la Iglesia lo exigian, sentimiento más poderoso en un sacerdote tan puro como él que el de la propia humildad. Aquí me es preciso consignar en breves líneas el hecho aciago y desastroso que dejó abatida y postrada la grande alma de Olzinellas, y que fué minando rápidamente su existencia, pues solo dos meses pudo sobrevir á ella. Tomaremos las palabras de un cronista modesto é imparcial, D. Eudaldo Miralpeix, notario de Ripoll, que hemos tenido ocasion de consultar, aunque permanece todavía inédita. En Junio de 1835 el general Llauder vino á Ripoll, y dejó en la villa sobre quinientos migueletes para perseguir á la faccion en todas direcciones. Con el fatal ejemplo de los asesinatos é incendios de conventos de Madrid, Reus y Barcelona, los monjes estaban aterrados, pero guardaban aún cierta confianza á pesar de los avisos que se les daban. Los más jóvenes resolvieron marcharse, continuando los demás y

poniendo en salvo lo más precioso que tenian. Reinaba un fatal silencio, cuando á las ocho de la mañana del 9 de Agosto llegó todo el batallon de migueletes: á su llegada se hicieron públicos los horrorosos sucesos de Barcelona y su impunidad por la fuga de quien debia castigarlos. Aterrados quedaron los monjes al ver el batallon, pues harto se dejaron conocer luego sus siniestros designios: todo anunciaba una catástrofe. El abad y algunos monjes se marcharon sin perder tiempo; los demás, no creyendo el golpe tan pronto ni tan terrible, se conservaron dentro del monasterio. Tocóse á vísperas, segun costumbre, á las tres de la tarde; se percibia una sorda agitacion y un rumor siniestro, precursor de la tormenta. Se daban repetidos avisos á los monjes sobre el peligro que por momentos amenazaba, pero ellos quedaban indecisos. Por fin, á las cuatro de la tarde estalló la tempestad. El grito dado por los migueletes *los facciosos estan aquí*, fué la señal de alarma. Dispararon algunos tiros esparcidos en pelotones por las calles, los vecinos cerraron luego todas las puertas y tiendas. El monasterio fué entregado al saqueo y al pillaje. Acudió luego la milicia nacional y otros intrépidos vecinos mezclados con los migueletes para poder salvar á los monjes, que aun se hallaban en el monasterio, sacándolos de él disfrazados en el mejor modo que se pudo, y ocultándolos en las casas de los particulares para proporcionarles su fuga en el primer momento oportuno. Uno de los primeros actos fué asesinar bárbara y cobardemente al jóven monje D. Fernando de Ru, que bajo la salvaguardia de la ley se hallaba todavía preso en una casa del monasterio. Pedia perdon y misericordia, se abrazaba postrado con los pies de sus verdugos, pero fueron inútiles sus ruegos y sus llantos; los bárbaros asesinos lo sacrificaron en su furor. Fué tambien asesinado Don Manuel de Llisach, monje de conocida virtud, ajeno del todo á la política, retirado en su casa é ignorante de lo que pasaba. El monasterio quedó abandonado al pillaje y al furor de aquella desenfrenada soldadesca. Pusieron fuego al preciosísimo archivo; la iglesia fué completamente saqueada, profanada y entregada á las llamas con las más sacrílegas abominaciones. El batallon se declaró en completa insubordinacion, no obedeciendo á jefes ni oficiales. Ni el cuerpo municipal, ni el alcalde con sus insignias pudieron contener el desórden, y viendo amenazadas sus vidas tuvieron que retirarse. En vano algunos paisanos intrépidos acudieron á apagar el fuego del archivo: uno de ellos fué muerto de un tiro, los demás tuvieron que retirarse. El jefe del batallon hizo cuanto pudo para contener el desórden; pero no era obedecido ni respetado: se hicieron todos los esfuerzos para que el saqueo no se extendiese á las casas particulares, por haber invadido ya y saqueado la casa de D. Agustin Deop, so pretexto de ocultar alhajas y muebles del abad, amenazando saquear otras casas que con gran dificultad y con dinero logró

salvar el ayuntamiento. Tres dias y tres noches duró el saqueo y el desórden; las imágenes de la iglesia eran paseadas por las calles con mofa y con escarnio, los panteones de los condes de Barcelona fueron profanados y hechos pedazos; hasta las tumbas de los monjes fueron abiertas y desenterrados sus cadáveres con la más horrible impiedad. Los preciosos altares é imágenes, cuadros, monumentos y vasos sagrados y demás ornamentos fueron objeto del robo y del pillaje y entregados á las llamas, no quedando de aquella hermosa iglesia sino las paredes y bóvedas descarnadas y ennegrecidas. El comandante despachaba repetidos partes á distintos puntos reclamando fuerzas para hacer cesar el desórden y hacer entrar al batallon en su deber, pero nadie venia en su auxilio; pues en muchas ciudades y villas se hallaban en circunstancias y apuros análogos más ó ménos graves. Pasáronse tres dias en las más terribles angustias: el jefe, conservando serenidad, tenia reuniones con los oficiales y sargentos para hacer entrar el batallon en el órden y disciplina; hasta movia él mismo alarmas, suponiendo que iba á ser atacada la villa por los facciosos, y por el peligro de un ataque, mandaba reunir de noche las compañías en los alojamientos de los oficiales para evitar nuevos excesos. Vino por fin el gobernador de Berga con una columna de cuatrocientos hombres, y á su llegada se acabaron aquellas escenas de horror y de destruccion que parecian imposibles. Aquel monasterio, que tantos siglos de guerra habia resistido, recientemente mejorado con esplendidez en altares, imágenes, cuadros, sillería, pilas de mármol, etc.; el palacio abacial, las casas de los monjes, todo desapareció en pocos momentos. El archivo de más de mil años que guardaba títulos, privilegios pontificios y reales, códices preciosos, protocolos de muchos notarios y otros muchísimos documentos de interés histórico y particular (uno de los más ricos y celebrados de España), todo fué presa de las llamas, ménos ocho cajones de manuales que fueron trasladados al archivo de la Audiencia de Barcelona. Hasta aquí el cronista y testigo ocular de aquellos hechos desastrosos. Hemos querido consignarlos aquí, porque ellos fueron realmente como la relacion del martirio del Sr. Olzinellas, pues le condujeron en breve plazo al sepulcro. No hay duda que hubiese preferido el martirio más cruel, á ver por sí mismo como cristiano y como sacerdote la desolacion del lugar santo, como monje la destruccion de su monasterio, y como sapientísimo anticuario y archivero la desaparicion súbita de su querido archivo, del cual era él un trasunto viviente. Conviene además que queden pintados con sus verdaderos colores aquellos actos vandálicos y sangrientas escenas del vértigo revolucionario, para que sirvan á las edades venideras de leccion y de escarmiento. Despues de publicadas las *Memorias biográficas* del Sr. Torres Amat, no dejaron de repetirse merecidos elogios al Sr. Olzinellas por sus ilustrados patricios.

Y el ilustre autor del suplemento de aquellas memorias, Dr. D. Juan Corminas, canónigo de la santa iglesia de Búrgos, publicado en la misma ciudad en 1849, se hizo un deber de completar la biografía del famoso benedictino, añadiendo las glorias póstumas á las glorias de su vida. En 1842 se dió á luz en Barcelona, imprenta de José Torner, la *Disertacion sobre la division de obispados, en la que se demuestran los errores críticos y teológicos en que han caido el Sr. Llorente, la Comision eclesiástica de las Córtes extraordinarias de 1823 y la Diputacion provincial de Barcelona del mismo año*; obra póstuma del Sr. Olzinellas. Precede una advertencia del autor, dando razon de no haberse impreso en 1823 por el cambio de circunstancias. En ella, segun el Sr. Corminas, deslinda y somete el autor á crítica juiciosa los errores en que incurre y suposiciones gratuitas que se permite el Sr. Llorente en el exámen de varios diplomas en su *Disertacion sobre el poder que los reyes españoles ejercieron hasta el siglo XII en la division de obispados*. Sobre esta materia es digna de tenerse presente una observacion de Morales en la *Crónica general de España*; lib. XII, cap. III, núm. 5. «Confiamos, continúa »este biógrafo, que los ilustrados paisanos que participaron de las generosas »comunicaciones del Sr. Olzinellas, no permitirán se hundan en el olvido, »que ya fuera irreparable, los frutos del incesante trabajo de aquel ilustre »monje en el reconocimiento del archivo de Ripoll, y otros que el furor de la »última guerra civil entregó á las llamas. De aquel desastre vandálico fué víc»tima el Sr. Olzinellas, el cual estuvo por tres dias oculto, rezelando que el »puñal asesino que se cebó, como hemos dicho, en dos de sus inocentes »hermanos de hábito, le sacrificasen tambien á él. Huyó de su ingrata patria, »refugiándose en Osseja, pueblo de la Cerdaña francesa, donde al saber que »el templo, monasterio, archivo y la propia librería, con todos sus trabajos »manuscritos, habian sido pábulo de las llamas en el incendio del 9 de »Agosto, cual otro Heli, al oir que el arca santa habia caido en manos de los »enemigos, si no murió en el acto, se agravó de tal modo su pesar, que »víctima de aquel grande infortunio, murió como hemos ya indicado »en 15 de Octubre de aquel mismo año 1835.» Advierte el Sr. Torres Amat, que despues de la fatalidad imprevista que redujo á cenizas la selecta librería y todos los trabajos y manuscritos del Sr. Olzinellas, quedaron en poder de sus amigos, hoy difuntos, D. Próspero Boffarull, D. Jaime Ripoll y Don Juan de Zafont, una infinidad de cartas escritas del difunto, y apuntes interesantes de documentos del perdido archivo, relativos en particular á los condados de Barcelona, Gerona, Besalú, Rosellon y Cerdaña, y á otras varias materias. — R. y C.

OLUJA (Fr. Ferrasio de), mercenario. Concurrió como vocal en el capítulo general de 1317. Pertenecia á una noble familia, pues á Gombaldo de

Olaje le dió Pedro Ponce de Fales en rehenes para la observancia de la concordia que hizo en 1124 con D. Ramon Guillen de Boxadors. Tambien existió otro Oluja, llamado Jaime, que en 1286 era religioso templario y comendador de Villell. —O. y O.

OMEDES (Juan de), gran maestre de la veneranda órden de S. Juan de Jerusalen, aragonés y baile de Caspe. Fué elegido hallándose ausente en 11 de Octubre de 1536. Llegó á Malta en 21 de Enero de 1538, y en el mismo año envió socorros á Muley-Hassen, rey de Tunez, aliado de la religion, para ayudarle á conquistar á Susa, plaza marítima, situada á nueve leguas de Tunez, de que no se llegó á apoderar por la traicion de un renegado. En 1541, las galeras de Malta unidas á las del príncipe Doria, obtuvieron grandes ventajas sobre los turcos, y en el de 1546 concedió el emperador Carlos V en la dieta de Ratisbona la cualidad de príncipe del Imperio al Gran Prior de la órden de S. Juan de Jerusalen en Alemania. En 1551 el bajá Suien y el célebre Dragut desembarcaron en la isla de Malta, á cuya capital pusieron sitio, teniendo, sin embargo, que levantarle con grandes pérdidas. Marcharon, sin embargo, á la isla de Gozo, cuyo castillo se rindió por cobardía de su gobernador Galaciano de Sessé; caro pagó éste su mal comportamiento, pues Sinan hizo comenzar el saqueo por su propia casa, y cargó varios muebles sobre sus espaldas, los que tuvo que conducir á bordo de los buques corsarios, quedando despues prisionero y siendo embarcado con todos los habitantes del castillo. Sinan marchó despues á poner sitio á Trípoli, que fué defendido con mucha bizarría por Gaspar Valier, mariscal de la religion. Pero habiéndose sublevado contra él parte de la guarnicion, se vió obligado á capitular y á rendir la plaza. El Gran Maestre mandó arrestar y formar causa á Valier, quien fué condenado á pesar de la energía de sus defensores. Strozzi, prior de Cápua y general de las galeras, emprendió despues á invitacion del Gran Maestre la conquista de Zoara, ciudad marítima de la provincia de Trípoli. Llegó Strozzi á introducirse en la plaza con sus tropas, mas se vió obligado á abandonarla despues de haber recibido varias heridas, verificando su retirada con toda la pericia que podia esperarse de general tan aguerrido. Se hizo al mar ántes de que estuviesen cerradas sus heridas, y recorrió el Mediterráneo, siendo el terror de los corsarios. Flotas enteras cayeron en su poder, y las condujo á los puertos de Malta, llenando á la isla de abundancia y riquezas. Testigo de estos sucesos, murió Omedes en 6 de Setiembre de 1553, acusándole de ambicioso algunos historiadores, y de enemigo de todos los que por sus hazañas se distinguieron durante su gobierno. —S. B.

OMER, Omero ú Odemarus (S.). Nació en el valle de Goldenthal, cerca de Constancia, á lo alto del Rin, de noble y rica familia. Retiróse en su juven-

tud al monasterio de Luxeuil, y fué nombrado obispo de Turena en 636 á instancia del rey Dagoberto. Su celo no perdonó fatiga para que floreciese la religion en su diócesis, y fundó el monasterio de Sithiu, al cual ha dado su nombre S. Bertin, su segundo abad. La muerte de este prelado, así como su vida, fué la del justo, y entregó su espíritu al Señor el 9 de Setiembre del año 670, segun opinan la mayor parte de los biógrafos. —M.

OMS (D. Ignacio). Nació en Manresa en 6 de Octubre de 1748, y estudió los primeros rudimentos de la lengua latina en su patria. Deseoso de abrazar el estado eclesiástico pasó á Cervera á estudiar filosofía y teología en su universidad, y dió en su carrera tan relevantes pruebas de su aprovechamiento, que desempeñó con general aplauso la cátedra de vísperas y de teología en aquella misma escuela en que pocos años ántes aprendiera dicha ciencia. Tenia una inclinacion particular á la enseñanza; y tanto á su talento como á sus dotes especiales se debió el sinnúmero de discípulos aventajados que salieron de su escuela. A pesar de su jubilacion continuó enseñando algunos años; y cuando fué nombrado *pro universitate* canónigo de la catedral de Tarragona, echó de ménos tanto la escuela y á sus queridos discípulos, que renunció su prebenda y volvió otra vez á Cervera á continuar las tareas del profesorado. Al fin se determinó más adelante á aceptar una canongía en Lérida, y aquí falleció en 1817. De las varias obras que escribió este sabio profesor, unas han visto la luz pública y otras han quedado inéditas. Las primeras son las siguientes: tres sermones, uno predicado en 1783 con motivo de las fiestas de los santos mártires, patronos de su patria, Fructuoso y Mauricio; otro de difuntos en dicho año 1783, y otro del santo Cristo que se venera en la ciudad de Cervera; unas conclusiones de teología, tituladas: *Specimen doctrinæ theologicæ ad sanctorum doctorum Augustini et Thomæ formulam accommodatam;* Cervera, 1797; obra escrita con elegancia y pureza, y que ha merecido los elogios de sabios teólogos. — *Reflexiones sobre la pretendida explicacion de algunas conclusiones que el Rdo. Fr. Francisco Daniel presentó al cancelario de la universidad de Cervera.* Las producciones que han quedado sin publicarse, propias de este autor, son varios discursos de recomendable mérito, que pronunció con motivo de apadrinar á los graduandos en teología. Estas oraciones hubieran sido muy bien recibidas del público, si cediendo D. Ignacio Oms á las instancias de D. Ramon Lázaro de Don, cancelario de Cervera, y del en aquel entónces catedrático, el señor D. Joaquin Rey, los hubiese dado á la estampa. El Sr. Amat, autor del *Diccionario de Autores catalanes*, en quien hallamos estas noticias, habia tenido ocasion de poseer algunas de dichas oraciones que le merecieron tanto aprecio, que, segun él mismo dice, habia instado á los sobrinos del finado para que las imprimiesen todas. D. Ignacio Oms poseia un talento claro y

despejado, vastos y sólidos conocimientos en las ciencias eclesiásticas, y especialmente en la teología dogmática. Habia leido con suma detencion las obras de los Santos Padres, y le eran sumamente familiares las de S. Agustin y de Sto. Tomás de Aquino. Pero el libro que formaba el constante objeto de su estudio era la Sagrada Escritura: en ella hallaba el gozo del alma, el descanso del espíritu, la esperanza, el consuelo y la ciencia. En medio de la pública consideracion que todos cuantos le conocian le tributaban, contrastaban notablemente la humildad y el carácter sencillo y franco de Oms. Ocurrió en cierta ocasion, que habiendo un discípulo de otro catedrático interpretado de un modo distinto del que éste habia explicado un pasaje de Sto. Tomás; sabiendo el profesor que aquella era la inteligencia que le daba Oms, manifestó en plena cátedra que á la suya propia prefiriesen siempre la opinion de aquel ilustrado teólogo, porque era grande y reconocida su sabiduría en estas materias. Testimonio el más honorífico que puede consignarse á la memoria de este varon ilustrado.— M.

ONAN, hijo de Judá y nieto del patriarca Jacob. Judá dió á su hijo mayor Her una mujer llamada Thamar; pero Her murió sin dejar posteridad. Judá casó á su nuera con su hijo segundo Onan, para que viviese el nombre de su hermano y le diese sucesores; pero Onan, no queriendo que sus hijos se considerasen como fruto de su hermano, impedia que Thamar concibiese por medio de una abominable accion, que fué castigada por el Señor con su muerte. De qué linaje fué ésta, es punto imposible de decidir; pero puede conjeturarse que falleció de una enfermedad extraordinaria. El *Testamento de los doce patriarcas*, libro enteramente apócrifo, dice que Onan permaneció un año con Thamar sin consumar el matrimonio, y que ésta, ofendida de tamaño desprecio, se quejó con Judá, quien reprendió á Onan por su proceder. Este, siguiendo el consejo de su madre, que como buena cananea aborrecia á Thamar, impidió por un medio detestable que su esposa fuese madre, y en castigo el Señor le hirió de muerte.— M.

ONDEANO (D. Miguel Gerónimo), natural de Zaragoza, en cuya universidad estudió artes y teología, y siguió con lucimiento la carrera de los concursos á curatos de este arzobispado. Obtuvo en él los de las Pedrosas de Luna, de Albacete, del Azobispo, y últimamente la rectoría de Moyuela. Fué tambien doctor teólogo, orador evangélico de mérito y un párroco estimado por su sabiduría, probidad y celo del bien de sus feligreses. Imprimió: 1.° *Sermon panegírico á la Purísima Concepcion de María Santísima*, que dijo en Zaragoza en su festividad; en esta ciudad, por Francisco Moreno, 1752, en 4.°—2.° *Diferentes otras oraciones sagradas*, que dijo en varios tiempos. Los censores de aquel sermon ensalzan su mérito y el de su autor, juntamente con D. Pedro Antonio Casaleras de Amat, en su *Narracion his-*

tórica de la Virgen de los Arcos, páginas 5, 6, 13 y siguientes. — O. y O.

ONEL (Ilmo. Fr. Rogerio). Fué de alto linaje, de los príncipes de Onel, en Hybernia, y consanguíneo del ínclito mártir Fr. Marcos Onel. Aunque hyberno de nacion, se crió en Inglaterra, y por especial afecto á la Orden Trinitaria, tomó el celeste hábito de esta religion en el convento de Lóndres. Despues de profeso fué á estudiar á Oxonia, en donde mostró ingenio sutil y delicado, y se graduó á su tiempo de doctor teólogo. Volvió despues al convento de Lóndres, y aborreciendo las prelacías y todo cargo que indicare superioridad se entregó al amor y práctica de las virtudes. Teniendo de esto noticia el rey Enrique IV, le nombró confesor suyo, cargo difícil, que en vano resistió y hubo de aceptar con sentimiento. Propúsole el monarca al poco tiempo para obispo de Lóndres, y tambien se vió obligado á no resistir esta prelacía. Comenzó, pues, el gobierno de su obispado con grande acierto, y tambien con profundo pesar por el mucho tiempo que esta ocupacion gravísima le quitaba, y con tal idea pidió al Rey permiso para renunciar el obispado. Queríale mucho Enrique, y conociendo obraba así para retirarse del bullicio de la corte, para tener más tiempo de cuidar de su alma, consintió en esta parte; pero no en que dejase de ser prelado, ántes más bien le propuso al Sumo Pontífice para el arzobispado Eboracense, en cuya elevada dignidad le confirmó Su Santidad, pasando el Ilmo. Fr. Rogerio Onel á su destino, huyendo del palacio y de la corte. El cronista de los varones ilustres y de algunos inquisidores y predicadores no ha podido averiguar con certeza el tiempo que fué obispo y arzobispo, ni tampoco el año en que murió, solo dice el libro de defunciones que falleció en 19 de Agosto dejando grandes testimonios de su gobierno prudente y acertado, de su ardentísima caridad con los pobres, y de otras admirables virtudes; y que en suma murió con aclamacion de santo y que fué sepultado en su iglesia catedral Eboracense en muy honroso sepulcro. — O. y O.

ONESÍFORO (S.), mártir. Habla de este santo mártir el apóstol S. Pablo, su maestro, de este modo en su segunda carta á Timoteo: «Haga el Señor »merced á la casa de Onesíforo, porque sin tener vergüenza de mi cadena »me consoló muchas veces, y por el contrario vino á Roma y me buscó »cuidadosamente hasta que me encontró. Espero digas al Señor que halle »misericordia delante de su presencia en aquel dia. Tú mejor que yo sabes »cuánto servicio me hizo en Efeso.» Este Santo, al que recuerda la santa Iglesia católica el dia 6 de Setiembre, fué martirizado con su criado Porfirio, segun se dice en los martirologios griegos y romanos, en el estrecho de Galiópolis de órden del procónsul Adriano. Primero fué azotado cruelmente, y viendo que esto no le obligó á renunciar á su Dios y á adorar á los ídolos, como pretendian sus verdugos, le ataron á la cola de un caballo, al que azo-

tando con un látigo obligaron á huir rápidamente, y llevando al Santo arrastrando largo trecho; en este tormento recogió la corona del martirio, subiendo al cielo su bendita alma el dia 6 de Setiembre en que le recuerda la Iglesia. — C.

ONESÍFORO (S.), mártir, discípulo de los apóstoles. Habitaba en el Helesponto, y fué martirizado bajo el reinado del emperador Domiciano. Faltan absolutamente las noticias históricas y documentos sobre su muerte. La Iglesia celebra su fiesta. — O. y O.

ONESIMO (S.). Son tales los encantos de la religion cristiana y tan grande su poder en el corazon del hombre, que por muy criminal que éste sea, si logra un momento de luz que hiera su alma, en el momento cesa de existir el vicio y le sustituye la virtud; y esta y no otra es la razon de que la historia de la Iglesia nos presente tantos hombres que habiendo pasado en el crimen mucha parte de su vida, no solo hayan llegado á practicar la virtud, alejando al vicio, sino que hayan alcanzado un distinguido lugar entre los buenos ántes de su muerte, y despues un asiento en la gloria. Entre los hombres de su clase podemos contar al glorioso S. Onesimo, al que recuerda la Iglesia el 16 de Febrero; pues que si bien, gentil, pecador y aun ladron doméstico en un principio, arrepentido despues llegó á tal punto su santidad que le veneramos en los altares, porque es uno de los príncipes de la gloria, como lo es S. Dimas y otros criminales. Esclavo de Filemon, amigo del apóstol S. Pablo, era Onesimo; el cual faltando á sus deberes y á la gran confianza que tenia de él su amo, le hizo un robo de gran consideracion. Escapándose Onesimo de casa de Filemon, temiendo el severo castigo á que se habia hecho acreedor, se fué á Roma, en donde creyó hallarse seguro de toda persecucion. A pesar de ser Onesimo gentil, hizo amistad con S. Pablo, el que viendo su capacidad, procuró convencerle de su error y atraerle á la religion cristiana. Ya casi convencido Onesimo de la verdad evangélica, se arrepintió del robo que habia hecho á Filemon y se le confesó á S. Pablo, que acabó de enterarle de los deberes cristianos, á fin de que fuera mayor su arrepentimiento por la gran ofensa que habia hecho á Dios y á su amo. Luego que S. Pablo vió bien dispuesta el alma de Onesimo para recibir con cristiano conocimiento el santo sacramento del bautismo, le bautizó. Conociendo S. Pablo la virtud de su amigo Filemon, mandó á Onesimo que fuese á pedirle perdon por su delito; entregándole una carta tan sublime y tan tierna y expresiva, al recomendarle á su esclavo contándole su conversion, que se hizo mencion de ella en el cánon de los santos libros. Mucho se regocijó el piadosísimo Filemon al volver á ver á su esclavo, arrepentido ya de su pecado y miembro de la Iglesia cristiana; y así es que no solo le perdonó con el mayor cariño y generosidad la ofensa que le habia hecho,

sino que le concedió la libertad, enviándole otra vez á Roma; á fin de que reuniéndose con el apóstol S. Pablo le sirviese y acompañase. S. Pablo, que vió en la fe con que Onesimo abrazó el cristianismo un hombre elegido por Dios para la bienaventuranza, se sirvió de él en muchas cosas piadosas, y le comisionó para llevar una carta suya á los colosenses, mision que desempeñó á satisfaccion del Apóstol, el que despues de haberle empleado en el ministerio evangélico en el que le vió exacto, celoso y entusiasmado por el servicio de Dios, le consagró obispo de Efeso. Ya prelado el que ántes fuera esclavo y esclavo criminal, procuró distinguirse en todo lo bueno aun más que se distinguiera en lo malo, y se dedicó para no abandonar su oficio de ladron, á robar almas para el cielo á los gentiles, sin temor de gravar su conciencia con lo que robaba al demonio, arrebatándole los pecadores que habia atesorado para enriquecer al infierno. Onesimo se distinguió mucho en su diócesis por su gran piedad, por su ardiente caridad, por su celo en bien de la religion y por la penitencia con que procuró granjearse el aprecio de Dios; y así es que S. Ignacio, obispo de Jerusalen, al hablar de este santo prelado de Efeso, lo hace con mucho elogio, señalando sus virtudes cristianas como para que sirvan de ejemplo á los fieles. Ignórase no solo el nacimiento, mas tambien la fecha de la muerte de Onesimo, y si esta fué en paz ó en el tormento, aunque se cree que murió mártir en Roma durante el imperio de Trajano, en que sufrieron el martirio no pocos cristianos, por lo que la vida de uno de los más grandes hombres que han ocupado el trono de los Césares, dejó afeada su brillante historia con dos enormes borrones; uno el no haber abrazado el cristianismo á pesar de dar en sus ojos la clara luz del Evangelio, y el otro la persecucion que consintió se hiciese á los cristianos, y que nos duele tanto más cuanto que tan grande Emperador fué hijo de la católica España.—C.

ONESIMO Leal (Fr. Luis), dominicano, natural de la isla de Palma, religioso, teólogo y elocuente maestro de su religion. Fué provincial dos veces de su provincia. Se halló en Roma á nombre de ella, á la celebracion del capítulo general en que fue electo el Rmo. Ripoll. Retirado al real convento de Candelaria, de cuyo santuario fué Alcides, ayudando á sostenerlo y adornarlo con nuevas fábricas y primores, se consagró á escribir, movido de su devocion á la santa imágen que se venera en él, la historia de su aparicion y milagros, en un gran tomo en fólio, que se hubiera dado á la prensa á no fallecer su autor en 1757, de más de setenta años.—O y O.

ONFROY (María). Una de los seiscientos protestantes que Veron convirtió hácia el año 1630 en Caen y sus cercanías, demostrándoles la contradiccion de los principios del protestantismo con la Sagrada Escritura y las obras de los Santos Padres.—O y O.

ONÍAS, sumo sacerdôte de los judíos, hijo y sucesor de Geddoa ó Jaddos. Fué establecido gran sacerdote de su nacion en el año del mundo 3682. Gobernó la república de los hebreos veinte años, hasta el 3702 del mundo, 298 ántes de Jesucristo y 302 ántes de la era vulgar. Onías tuvo dos hijos, Simon y Eliazar. El primero, llamado el *Justo*, le sucedió en el pontificado. — M.

ONÍAS, hijo de Simon, llamado el *Justo*, de quien acabamos de hablar en el artículo anterior, fué sumo sacerdote de los judíos y no sucedió á su padre inmediatamente despues de su muerte, porque era de muy tierna edad. Eliazar, su tio paterno, ocupó este supremo cargo por espacio de treinta años, y á su muerte, ocurrida en el de 3744 del mundo, no fué investido su sobrino Onías II heredero legítimo de esta dignidad, sino Manasés, su tio segundo, que falleció en el año 3771. Hasta esta época Onías no entró en pacífica posesion del supremo pontificado, en el cual permaneció hasta 3775 del mundo, ántes de Jesucristo 215, ántes de la era vulgar 219. Josefo dice que este Onías era hombre mezquino, pobre de espíritu y tan codicioso, que faltó poco para que su avaricia costase la pérdida de su patria; pues los otros sumos sacerdotes predecesores suyos, habiendo acostumbrado á pagar de sus rentas un tributo que el país debia al rey de Egipto de veinte talentos, Onías, aconsejado de su avaricia, se negó á ello. Tolomeo Evergetes, rey de Egipto, irritado contra él, le envió un mensaje amenazándole con abandonar toda la Judea á la rapacidad de sus soldados si no pagaba á su Rey el tributo debido. El pueblo escuchó lleno de pavor estas amenazas; solo Onías insensible á todo. José, sobrino de este supremo sacerdote, obtuvo de él el permiso de presentarse á su nombre y en el del pueblo al rey de Egipto para exponerle las razones que autorizaban el proceder de Onías; y fué tan afortunado en su empresa, que supo captarse la confianza de los reyes de Egipto, y obtener todo lo que deseaba. Sucedió á Onías Simon su hijo, elevado al supremo pontificado en 3785. Algunos creen que el elogio de Jesús, hijo de Sirac, se refiere á este Onías á quien llama Simon en el cap. L de su obra. — M.

ONÍAS, hijo de Simon II, sumo sacerdote de los judíos, establecido en el año del mundo 3805, ántes de Jesucristo 195, ántes de la era vulgar 199. El historiador Josefo relata la historia de la sucesion de este Onías, de un modo diferente de la que se halla en el libro II de los Macabeos. Hé aquí cómo se expresa el historiador de los judíos. El sumo sacerdote Simon tuvo tres hijos, *Onías III*, *Jason* ó *Jesús*, y *Onías* llamado tambien *Menelao*. Onías III al morir dejó un hijo en infantil edad, llamado como su padre. Como éste no se hallaba en aptitud para ejercer la suprema magistratura, el rey Antioco Epifanes nombró para aquel cargo á Jason, su hermano. Poco tiempo

estuvo en él, porque habiendo incurrido en el desagrado del monarca, este príncipe le despojó del supremo sacerdocio para conferirlo al otro de sus hermanos Menelao, llamado tambien Onías. Así los tres hijos de Simon *el Justo* ocuparon consecutivamente esta suprema dignidad; pero los dos últimos la poseyeron excluyendo á Onías IV, hijo de Onías III, á quien pertenecia por derecho hereditario. Tal es lo que se halla consignado en la historia de Josefo. De distinto modo se expresa el libro II de los Macabeos con respecto á este punto. En él se dice que la historia de Heliodoro ocurrió en el pontificado de Onías III, y que habiendo sido enviado aquel por el rey Seleuco para arrebatar los tesoros del templo de Jerusalen, los ángeles volaron al socorro de los judíos y privaron la entrada á Heliodoro; que en seguida acusado Onías delante del Rey de traidor á la patria por un tal Simon, y de promovedor de los disturbios que ocurrieron cuando se hallaba Heliodoro en Jerusalen, creyó prudente trasladarse á Antioquía para justificar su conducta y restablecerse en el buen concepto del monarca. En este intervalo el rey Seleuco falleció, y su hermano Antioco Epifanes, que habia regresado de Roma, le sucedió. Entónces Jason, hermano de Onías, pasó á la corte de aquel monarca, y por medio de una considerable suma de dinero alcanzó para él el supremo sacerdocio en perjuicio de su hermano Onías, ejerciendo esta autoridad miéntras que éste permanecia en la corte esperando en vano obtener justicia de Antioco. Tres años despues Jason envió á Antioco á Menelao, hermano de Simon (el libro de los Macabeos no expresa que éste fuese hermano de Jason ni de Onías), para entregar en las arcas reales una cantidad de dinero y consultar con el monarca asuntos importantes del Estado; pero Menelao supo captarse tan bien la benevolencia y amistad de Epifanes, que alcanzó para sí la suprema magistratura mediante el precio de trescientos talentos más de lo que Jason habia satisfecho. Privado éste de su dignidad, retiróse al país de los ammonitas; pero como Menelao no pudo satisfacer con toda la puntualidad prometida el pago de aquella cantidad; Lisimaco, su hermano, le despojó de ella y se sentó en su lugar. Como Antioco Epífanes debió pasar luego á Cilicia para requerir algunas ciudades que se habian sublevado, Andrónico, gobernador de Antioquía en ausencia del monarca, se dejó seducir por el oro de Arquelao, y mandó matar á Onías III, supremo sacrificador legítimo de los judíos. Hé aquí cómo está consignada esta historia en el indicado libro de los Macabeos. Menelao, luego que supo que el Rey habia salido para Cilicia, se dirigió á Antioquía, llevando consigo algunos vasos de oro que habia sustraido del templo de Jerusalen y el precio de otros que vendiera en Tiro y otras ciudades circunvecinas; y ofreciendo una parte de los vasos sagrados á Andrónico gobernador del país en ausencia del soberano, le pidió que le librase de Onías III, que

sin cesar le echaba en cara el sacrílego robo que habia cometido. Mas Onías, que conociendo á sus enemigos temia que le asesinasen, no satisfechos aún con haberle usurpado su dignidad, se habia refugiado en el interior de los bosques de Dafné. Andrónico pasó á encontrarle en aquel asilo, y despues de haberle atraido fuera de él con juradas promesas de que no le causaria el menor perjuicio, le mató inhumanamente. La muerte de este buen varon llenó de indignacion á los judíos y paganos, de modo que no bien el Rey hubo regresado de Cilicia, cuando mil quejas cayeron á los pies del trono contra tan bárbaro asesinato. Antioco, si bien poco afecto á los judíos, derramó lágrimas de ternura y de dolor al recordar la sabiduría y moderacion que habia mostrado siempre Onías; y en castigo de crímen tan inaudito, despojó á Andrónico de la púrpura, mandó que le paseasen ignominiosamente por la ciudad y despues le hizo perecer allí mismo donde Onías fué asesinado. Así el Señor le castigaba con el mismo hierro con que habia herido. Pocas serán seguramente las personas de quienes la Escritura Sagrada haga elogios más grandes que de Onías III. Algunos creen fué dirigida á él la carta de Areus, rey de Lacedemonia, que se halla en el primer libro de los Macabeos, cap. XII, v. 20 y siguientes. Sin embargo, Calmet opina que esta carta fué remitida a Onias I, porque en la época en que florecia aquel supremo sacerdote no solo no existió ningun rey en Lacedemonia llamado Areus, sino que no existia tampoco título ni calidad de rey en persona alguna; pues las dos familias reales de Lacedemonia se habian extinguido mucho ántes de que Areus viniese al mundo, y el gobierno de esta ciudad habia tomado ya otra forma despues de haber pasado por las manos de algunos tiranos. Además, el sumo sacerdote Jonatás, refiriéndose á esta carta de Areus (I Macchab. XII, 10) dice que era de fecha muy antigua, y seguramente no se hubiera expresado así si la carta de Areus hubiese sido escrita á Onias III, porque desde el año 3834 hasta el de 3843, en que empezó á reinar Jonatás, media solo un espacio de nueve años. Por lo tanto, quizá seria más acertado decir que Areus ó Arius I, rey de Lacedemonia, escribió á Onías I, sumo sacerdote de los judíos. Este príncipe es seguramente contemporáneo de Onías, y sobre ello la historia está acorde. El autor del libro II de los Macabeos tributa al sumo sacerdote Onías III los mayores elogios, expresándose de esta manera. «Pues como la ciudad santa fuese ha»bitada en paz y las leyes se observasen muy exactamente por la piedad del »pontífice Onías y por los corazones que aborrecian la maldad, nacia de esto »que aun los mismos reyes y príncipes daban sumo honor al lugar y enri»quecian al templo con muchos dones, por manera que Seleuco, rey de »Asia, de su cuenta suministraba todos los gastos que pertenecian al minis»terio de los sacrificios. Mas Simon, de la tribu de Benjamin, puesto para

»la custodia del templo, procuraba con empeño hacer algun mal en la ciudad »aunque le resistia el príncipe de los sacerdotes, mas como no pudiese ven»cer á Onías se fué á Apolonio, hijo de Tharseas, que en aquella sazon era »gobernador de la Celesiria y de la Fenicia, y le contó que el erario de Je»rusalen estaba lleno de sumas de dinero y de riquezas del comun, que no »pertenecian al ramo de los sacrificios, y que se podria hallar medio para »que todo cayese en poder del Rey. Este hizo llamar á Heliodoro y le dió ór»den de transportar todo el dinero..... El ministro de Hacienda se trasladó »á Jerusalen, y conforme á la órden que tenia de su soberano, insistió en »quererse llevar todo el tesoro..... mas en el acto de ejecutarlo se apareció »un caballo, sobre el que estaba montado uno de espantosa vista, vestido »noblemente, y el caballo se echó sobre Heliodoro con los pies delanteros, y »luego aparecieron otros dos mancebos de varonil hermosura, llenos de ma»jestad, ricamente vestidos, y le hirieron con azotes. Heliodoro cayó en tier»ra, y puesto en una silla de manos fué echado fuera..... Entónces, algunos »de los amigos de Heliodoro rogaron con instancia á Onías que invocase al »Altísimo para que concediese la vida á aquel que estaba ya reducido á los »últimos momentos. Y considerando el sumo sacerdote que tal vez podria »sospechar el Rey alguna trama urdida por los judíos contra Heliodoro, ofre»ció sacrificio saludable por la salud de aquel hombre. Y miéntras oraba el »sumo sacerdote, aquellos mismos mancebos, vestidos con las mismas ropas, »poniéndose junto á Heliodoro, le dijeron: Dale gracias á Onías el sacerdo»te, pues por amor de él el Señor te ha dado la vida. Mas tú que has sido »azotado de Dios, anuncia á todos las maravillas de Dios y de su poder. He»liodoro dió las gracias á Onías y se volvió con los suyos.» Tambien se trata de este mismo Onías en el cap. XV, versículos 12, 13 y siguientes de dicho libro de los Macabeos, con motivo del regalo de una espada que se hizo á Judas Macabeo.—M.

ONIAS IV, hijo de Onías III, de quien acabamos de hablar. Este no disfrutó jamás de la suprema magistratura, porque le excluyeron de ella la ambicion de sus tios Jason y Menelao y la injusticia del rey de Siria. Conservaba aún algun resto de esperanza de entrar en esta dignidad con la muerte de Menelao, mas cuando vió que este habia perecido de mano airada, y que Antioco Eupator habia nombrado en su lugar á *Alcimo* ó *Casimo*, que era de la familia de Aaron, y que Licias, su gobernador de la Siria, aconsejaba al Rey quitase para siempre de la familia de Onías el sumo sacerdocio; éste, perdida ya la menor esperanza, se refugió á la corte de Tolomeo Filometor, rey de Egipto. Allí supo conquistarse el favor de este príncipe y de la reina Cleopatra, su esposa, y obtuvo el permiso de edificar un templo en el distrito de Eliópolis que llamó *Onion*. Onías levantó este templo en Egipto por los

años 3854 del mundo, ántes de Jesucristo 156, ántes de la era vulgar 150, segun la planta del de Jerusalen, estableciendo en él sacerdotes y levitas de su nacion. Onías se decidió á esta obra, movido principalmente de un pasaje de Isaías, que habia predicho seiscientos años ántes que el Señor tendria un templo en Egipto, y que éste sería edificado por un judío. Si bien Josefo no cita las palabras del profeta, es indudable que tiene aplicacion á este hecho la siguiente prediccion. *Por aquel tiempo existirán en la tierra de Egipto cinco ciudades que hablarán la lengua cananea* (que es la misma lengua hebrea), *y jurarán por el Señor Dios de los ejércitos. Una de estas ciudades se llamará la ciudad del Sol.* (El hebreo dice la ciudad del Anatema.) *En aquel tiempo habrá un altar en medio de la tierra de Egipto, y un altar erigido en honor del Señor en las fronteras de este país para servir de testimonio al Señor en la tierra de Egipto.* Onías se expresaba en estos términos en el memorial que presentó al rey Tolomeo. «Miéntras guerreaba con mis judíos á »vuestro servicio y recorria las diversas provincias de vuestro reino, he no»tado que mis compatricios tenian templos particulares en la Celesiria, la »Fenicia y en la ciudad de Leontópolis, cosa que de ningun modo conviene, »porque esta variedad de templos puede suscitar entre ellos muchas di»visiones, como acontece entre los egipcios por la diversidad de culto y de »altares. Habiendo, pues, hallado en la fortaleza llamada *Bustave la Desier»ta* un lugar á propósito y en el que abundan buenos materiales y animales »sagrados, suplico á V. M. se digne concederme un antiguo templo arruina»do que allí existe y no está consagrado á ningun Dios, para levantar en él »un nuevo templo al Dios de los judíos sobre la planta y de las mismas pro»porciones que el de Jerusalen, á fin de que cuantos de esta nacion residen »en Egipto, puedan celebrar en él sus asambleas religiosas, y por este medio »conservarlas entre ellos, que redundará en vuestro provecho y de la obe»diencia que os deben. Así se cumplirá la palabra del profeta Isaías, cuando »predijo que existiria un templo consagrado al Señor en Egipto, sobre el »cual vaticinó otras muchas cosas.» El rey y la reina accedieron á los deseos de Onías, pero sin querer consentir ni asumirse la responsabilidad de lo que en esta accion hubiese contrario á la ley de Dios. En su respuesta dicen que con dificultad pueden persuadirse de que sea grato á Dios un templo consagrado en un lugar impuro y lleno de animales; pero ya que segun él el profeta Isaías habia predicho este hecho, le dan permiso sin participar del pecado que pueda cometerse contra la ley del Señor. El templo que edificó Onías, si bien era igual en la planta al de Jerusalen, como hemos dicho, no era ni tan hermoso ni tenia tanta majestad. Habiendo hallado levitas y sacerdotes poco escrupulosos, celebráronse en él las ceremonias judáicas, conforme á los ritos prevenidos en la ley. Josefo describe del siguiente

modo el templo Onion: hallábase situado á 180 estadios de Menfis, esto es, cerca de cuatro leguas. El territorio en que se levantó se llamaba el Nomo de Heliopolis, y el templo tenia una torre muy parecida á la de Jerusalen, edificada con piedras muy grandes, alta sesenta codos. El altar tenia la misma estructura que el de Salomon. Onías decoró este templo con dones y monumentos preciosos que la liberalidad de los judíos de Egipto le suministró; mas en vez del candelero del templo de Jerusalen, habia en el de Onion una lámpara de oro para alumbrarle. Rodeábalo un muro con puertas de piedra. El rey Filometor habia asignado á este lugar santo una grande extension de tierra, y considerable renta para la subsistencia de los sacerdotes. Este templo, cuya ereccion fué censurada por los levitas y sacerdotes de Jerusalen, produjo excisiones entre los egipcios y los de Palestina. Cuando los romanos asolaron el templo de la ciudad santa, temiendo Vespasiano que los judíos se reuniesen en el de Onion, mandó á Lupus, gobernador de Alejandría y prefecto de Egipto, que lo demoliese; pero éste se contentó con cerrar las puertas del templo por los años 73 de la era comun, 286 de su fundacion. Paulino, su sucesor, mandó despojarle de todos los ornamentos y riquezas que contenia, y no permitió que se celebrára en él ningun rito religioso. Este templo quedó, pues, desierto, y así acabó la grande obra de Onías. Josefo, en el segundo libro contra Appion, dice que fué tan grande la confianza que los reyes de Egipto depositaron en los judíos Onías y Dositeo, que les entregaron el mando de su ejército, y que despues de la muerte de Filometor, queriendo la reina Cleopatra afirmar la corona de Egipto en las sienes de su hijo, legítimo heredero, se valió de Onias IV para sostener en el terreno de las armas el trono que le disputaba Tolomeo Evergetes, llamado por otro nombre Phiscon. Onías se adelantó hasta Alejandría con un pequeño cuerpo de tropas judías, y calmó la sedicion levantada en esta ciudad; mas habiendo Tolomeo obligado á la Reina á casarse con él, mandó asesinar á todos los partidarios del jóven príncipe, y aun con su propia espada mató á éste en los brazos de su madre, en medio del aparato de las bodas. La historia no dice si Onías sufrió la suerte de los defensores del príncipe, pero es muy probable que pereciese juntamente con los demás. — M.

ONIAS V, llamado tambien Menelao, hermano de Simon *el Justo* y de Onías III, segun Flavio Josefo; pero siguiendo lo que se lee en el libro II de los Macabeos, fué hermano de un tal Simon, de la tribu de Benjamin, enemigo particular de Onías III, á quien acusó. Este Onías V fué creado sumo sacerdote en el año del mundo 3832 y condenado á muerte en 3842, ántes de Jesucristo 158, ántes de la era vulgar 162. Recurriendo á la Sagrada Escritura, sabemos que Jason, usurpador de la suprema magistratura, habiendo enviado á Menelao á la corte de Antíoco, como hemos dicho en los

artículos anteriores, insinuóse aquel en el ánimo del monarca, y compró la destitucion de Jason por trescientos ducados, más de lo que á este le habia costado la dignidad que ejercia. Jason se retiró al país de los ammonitas y Menelao entró en Jerusalen investido de la nueva dignidad. Como éste, cegado por la ambicion de mando, habia prometido más de lo que podia cumplir, se halló en descubierto con la deuda contraida con el Rey; y como Sostrate reclamase el pago vanamente, Antíoco mandó que ambos se presentasen en la corte; y despojando á Menelao de su dignidad, confirió la suprema magistratura á su hermano Lisímaco. Mas como poco despues el monarca salió de su corte para sufocar la rebelion que habia estallado en Cilicia, Menelao aprovechó la ocasion de ganar á Andrónico, gobernador del reino, y logró hacer condenar á muerte á Onías III, acusándole de haber despojado al templo de los vasos sagrados. Hemos visto ya en el artículo antecedente el castigo que el monarca impuso á su infiel gobernador. En cuanto á Menelao, se sostuvo aún algun tiempo. Lisímaco, supremo sacerdote, guiado por los pérfidos consejos de aquel, cometió tantos excesos y violencias en el templo, que el pueblo se amotinó y le quitó la vida. Acusóse á Menelao defautor de estos desórdenes y responsable de la sangre que se habia derramado; pero como el dinero era una recomendacion muy poderosa en la corte de Antíoco, no solo consiguió Menelao evitar la muerte que temia, sino que hizo condenar á los diputados que el pueblo judío habia enviado para acusarle, regresando orgulloso de su victoria á Jerusalen y cometiendo mayores fechorías. Por este tiempo divulgóse el rumor de que Antíoco habia perecido; y agitando esta nueva la bastarda ambicion de Jason, pontífice ilegítimo, corre con mil hombres á sitiar á Jerusalen, se apodera por sorpresa de la ciudad, y obliga á Menelao á encerrarse en la ciudadela, donde se hallaban las tropas de Siria. Mas acreditada la falsedad de aquella noticia, Jason se retiró á escape y Menelao se estableció de nuevo en Jerusalen, tiranizando con su autoridad á los judíos. Murió al fin Antíoco Epífanes, dejando por sucesor del trono á su hijo Antíoco Eupator, quien enviado por Lisias, regente del reino, marcha al frente de sus tropas contra Jerusalen. Menelao le acompañaba; y disimulando la perfidia de sus sentimientos, aparentaba interesarse por la suerte de los judíos, creyendo que de este modo recobraria su autoridad en Jerusalen; pero Lisias reveló á Eupator que Menelao era el oculto instigador de todos los disturbios de Judea; y el Rey, como medida de precaucion, mandó prenderle hasta su regreso. Conducido á una torre elevada, situada en Bereo sobre la cúspide de una roca escarpada, que ofrecia por todos lados precipicios insondables, fué arrojado desde lo alto, muriendo abismado en una inmensa cantidad de ceniza amasada al intento, que le sirvió de tumba.—M.

ONIAS. Así se llamaba un hombre justo que vivia en la Judea en tiempo en que Aristóbulo hacia la guerra á Hircano, príncipe y sumo sacerdote de los judíos. Las súplicas de este varon eran sin duda gratas al Señor, pues con ellas obtuvo del cielo abundante lluvia en una época de grande sequedad. Ardiendo la Judea en el fuego de la guerra civil, Onías se habia retirado al desierto; mas durante el sitio de Aretas, partidaria de Hircano, los judíos que se hallaban en el campo de este príncipe buscaron á Onías y le suplicaron que atrajese sobre Aristóbulo y su partido todo linaje de males. Onías resistióse al principio; mas obligado al fin por sus instancias, colocóse en medio del campamento y dirigió á Dios esta plegaria: *Señor del universo, puesto que aquellos con quienes me hallo forman vuestro pueblo, y aquellos á quienes atacan son vuestros sacerdotes, os suplico que no escucheis ni á unos ni á otros en las súplicas que cada partido os dirige contra sus hermanos.* Estas palabras fueron oidas de algunos de los judíos que se hallaban presentes, los que recompensaron los sentimientos fraternales de su corazon matándole á pedradas.— M.

ONKELOS, famoso autor de la *Paráfrasis caldaica sobre el Pentateuco.* Los judíos pretenden que Onkelos era gentil y que se habia convertido al judaismo en tiempo de Hillel, que vivia poco ántes de la venida del Señor. Su paráfrasis, en opinion de los sabios, es sin disputa la mejor, la más sensata y la más literal que tienen los judíos; de modo que es sensible que no hubiese explicado todos los libros hebreos del Antiguo Testamento como lo ha hecho con el Pentateuco. El P. Morin se ha detenido á probar que esta paráfrasis no tiene la remota antigüedad que le atribuyen los judíos, pues coloca su fecha entre el Talmud de Babilonia y el Talmud de Jerusalen; y como no hace mencion de ella S. Gerónimo, es muy creible que ha sido redactada con posterioridad á la existencia de este Santo. Algunos judíos han querido sostener que Onkelos era hijo del emperador Tito: otros que era su sobrino, hijo de una hermana suya, y varios sostienen que el autor de esta paráfrasis era más antiguo que el emperador romano, y suponen que era un famoso nigromante, que con el objeto de reunir prosélitos habia evocado las almas de Tito, de Balaan y de Jesucristo para interrogarlas y saber el secreto de diferentes cosas. En fin, otros rabinos sostienen que Onkelos el parafrasta es el mismo Aguila, célebre intérprete griego de la Sagrada Escritura. Pero todas estas conjeturas han sido sólidamente refutadas por el P. Morin en sus *Disertaciones bíblicas.* Los que sostienen la identidad de persona de Onkelos y Aguila se apoyan: primero, en que estos dos nombres significan lo mismo; segundo, así Aguila como Onkelos eran prosélitos; tercero, uno y otro vivian en la misma época, esto es, 150 años despues de Jesucristo. Pero estos datos se desvanecen atendiendo á que existe notable

diferencia entre Onkelos y Aguila para que sean ambos una misma persona; que carece de fundamento la opinion que supone prosélito á Onkelos, y que el tiempo en que éste vivia es diferente del en que existió Aguila. Este último vivió en el segundo siglo de la Iglesia, y Onkelos floreció en tiempo de Hillel, y de consiguiente ántes de Jesucristo. Y aun cuando fuese cierto que hubiese alcanzado la muerte de Gamaliel, nieto de Hillel, que falleció diez y ocho años ántes de la destruccion de Jerusalen, siempre esta fecha distaria con mucho del tiempo de Aguila. Si bien es verdad que Bereshit Rabba ha escrito un *Comentario rabínico sobre el Génesis*, y que algunos rabinos posteriores á él hacen mencion del Targum de Aguila; sin embargo, este Targum es la misma version griega del mismo Aguila; pues es sabido que Targum en su acepcion general así puede significar una version como una paráfrasis. El de Onkelos ha sido siempre muy apreciado entre los judíos. Sabemos por Elías, levita, que los judíos se creian obligados á leer cada semana en sus sinagogas una seccion de la ley, y que la primera vez lo hacian en hebreo, que es el original, y la segunda en el Targum, que es el caldeo, y para esta última lectura se valian del Targum de Onkelos. Sabemos por el mismo Elías que en su tiempo, ó sea al principio del siglo XVI, se observaba aún esta práctica. Detrás se sigue, segun nota el mismo autor, que este libro era muy conocido entre los de su nacion, al paso que los demás eran raros, en términos que con dificultad podia encontrarse un solo ejemplar de los otros Targums en una provincia, al paso que el de Onkelos abundaba en todas partes. La opinion del P. Morin relativa á que el libro de este autor ha sido compuesto despues del Talmud de Jerusalem, probaria tan solo que el texto de Onkelos ha sido adicionado y alterado con algunas palabras, pues no cabe duda que el cuerpo de la obra data de los tiempos de Jesucristo. El silencio de S. Gerónimo sobre este libro es únicamente un argumento negativo de poca autoridad en este punto de crítica. Pudo el Santo, dice un autor eclesiástico, ignorar la existencia de esta obra, y aun sabiéndola no hacer mencion de ella. Los judíos, en muchos ejemplares de sus biblias, insertaron á continuacion el Targun de Onkelos con las mismas notas musicales que se hallan en el hebreo; de modo que pudo en las sinagogas cantarse con el mismo aire que en el original. Aunque Onkelos sigue palabra por palabra y con escrupulosa exactitud el original, algunas veces se detiene en explicaciones que exige la oscuridad del original: por ejemplo, en la mayor parte de los pasajes de la Sagrada Escritura, donde halla la palabra *Jehobaah*, la sustituye con el nombre de *Menra*, *Verbum Jeobá*, *la palabra de Jeobá;* distinguiendo *Menra* de *Pitgama* que significa *el discurso*. Este *Menra* es el mismo á quien se atribuye la creacion del mundo, y el que apareció á Moisés en el monte Sinai y le dió

la ley. Al mismo hizo tambien Jacob un voto diciendo: «Si el Verbo me conduce y vuelve á la casa de mi padre, él será mi Dios.» Este mismo Verbo apareció tambien á Abraham en la llanura de Mambre, y á él tomó tambien por testigo Jacob entre él y Laban. —M.

ONO, hijo segundo de Lot (I Esdras, II, 33). Algunos autores creen que Lot es la ciudad de Lidda, y que Ono es su hija, pues en la Sagrada Escritura las aldeas son llamadas hijas de las grandes poblaciones á las que deben el orígen. —M.

ONOFRE (S.), varon de obras admirables, y encanecido en la vida eremítica del desierto. Moraba en un monasterio de Tebas llamado Edico, donde cien monjes, verdaderos siervos del Señor, poblaban sus claustros, cuando el deseo de mayor perfeccion le movió á dejar el convento y vivir en el desierto, á imitacion del profeta Elías y S. Juan Bautista. Toma, pues, las provisiones necesarias para el camino, puesta su confianza en Dios; sale del monasterio, y entra en el desierto. Guiado por una luz celestial, se internó en aquella soledad venciendo obstáculos, y quebrantado de fatiga, y cuando habia andado como unas siete millas, llegó á una cabaña cuya puerta estaba cerrada. Onofre llama, y un venerable ermitaño de larga y canosa barba aparece al instante á su vista. El jóven monje de Tebas cae á sus pies penetrado de admiracion, mas el santo anciano levantándole le dijo: «Te aguardaba, »Onofre, que como ves, sabia de antemano tu nombre: ni me son desconocidos tus deseos, ni ignoro para lo que el cielo te reserva: persevera, pues, »hijo, en tu propósito, y entra en mi choza á descansar algunos dias.» Durante la estancia de Onofre al lado del santo ermitaño, éste le instruyó en la vida del yermo y en las reglas que debia observar, y cuando lo creyó conveniente lo llevó á un paraje que estaba cuatro dias más adentro del desierto, donde hallaron una palma que daba sombra y frescura á una pequeña choza. «Este es el lugar que Dios te señala, díjole el anciano.» Y allí se quedó Onofre, visitando una vez al año á su guia y maestro. Treinta años despues el Señor llamó á su gloria á aquel venerable ermitaño, y Onofre acudió á su choza á tributarle los últimos deberes. La vida de este santo ermitaño en el desierto era tan austera, que excede á toda descripcion. Desnudos sus miembros, ora tiritando de frio, ora abrasándose bajo los rayos de un sol insoportable, tan pronto devorado por el hambre como pronto á perecer por la sed y el cansancio, nunca decayó el ánimo de Onofre, ni fué ménos viva su confianza en el Todopoderoso. Sus austeridades y su larga y continua oracion aumentaban todavía las penalidades de una vida que solo pueden sobrellevar esos grandes hombres que se ofrecen como víctimas expiatorias del género humano. El Señor lanzó una mirada de compasion sobre este digno siervo, y viniendo en su ayuda, mandó que la palma produjese

los dátiles necesarios á su sustento, y que un ángel depositára en la pobre choza de Onofre el pan y agua cotidianos. Tan visible misericordia del Señor empeñó á Onofre á proseguir con mayor fervor su carrera de mortificacion, y redoblando las penitencias, y consagrando los dias y las noches á la oracion y meditacion de las bondades celestiales, probó al Señor cuánta era la gratitud de su alma y el ardiente deseo de caminar siguiendo las huellas del Redentor del género humano. Despues de sesenta años de una vida penitente sin comunicacion alguna con ningun hombre, entregado enteramente al Señor, retirado del mundo y de sus cosas, vió un dia Onofre á un varon respetable, que estaba á cierta distancia postrado de fatiga. Acércase á él con paso presuroso, mas el aspecto salvaje que le daban su desnudez y sus maceraciones infundieron tal temor á Pafnucio, que así se llamaba el recien llegado, que huyó á lo alto de una colina. Onofre le sigue hasta la falda del monte, y tranquilizándole en altas veces acerca de su presencia, le exhorta á que deponga el temor y baje al llano. Pafnucio accede al fin á los ruegos del Santo ermitaño, y juntos se dirigen á la cabaña de este donde hallan preparada la comida milagrosa debajo de la palmera. Allí le cuenta Onofre su vida toda, los grandes beneficios que habia recibido del Señor, y el modo como habia pasado más de medio siglo en el desierto. Le pintó con vivos colores la paz que el alma disfruta en la soledad, cuán hermoso es el cielo para un corazon puro, cuán tierna es la oracion que se eleva al Señor entre el gorgeo de las aves y el blando susurro de los bosques, y cuán dulces son las lágrimas que se derraman en la meditacion de la grandeza del Criador. Despues le instruye de que su mision no es vivir en el desierto; pues cuando el Santo haya terminado sus dias, que son ya contados, la voluntad del cielo le ordena volver al lado de sus monjes para que el relato de la vida del Santo ermitaño les sirva de edificacion. Al siguiente dia, y despues de haber pasado la noche orando uno y otro, Pafnucio observa que un vivo y desusado color anima las mejillas de Onofre, y preguntándole la causa le dice que es el anuncio de su próxima muerte. En efecto, S. Onofre se retira á un extremo de su cueva, dobla sus rodillas, y entra en una meditacion profunda: al cabo de algun rato su cuerpo cae inerte, el alma habia volado ya al Señor á recibir la corona de los santos. Pafnucio rasga su propio hábito, cubre la desnudez del venerable anciano, y le da honrosa sepultura. Para que las palabras de S. Onofre llevasen el más completo sello de la santidad, cae luego la choza, y un poder invisible derriba la alta palmera: Pafnucio debia volver á su monasterio para contar las maravillas de Onofre; así se lo habia dicho el ermitaño ántes de morir, y para que el olor de santidad que respiraba aquel paraje no retuviera sus pasos, el Señor sopló sobre la choza y la palmera, y se convirtieron en despojos. El monje

Pafnucio cumplió la voluntad del Santo, y escribió además su vida, que oyó de sus propios labios, que es en compendio la que nosotros hemos descrito siguiendo á Metafraste y Surio. El tránsito de S. Onofre fué el 12 de Junio, en cuyo dia le cita el Martirologio Romano, y el Menologio de los griegos. — M.

ONOFRE Almodovar, natural y ciudadano de Valencia, de quien afirma Rodriguez en su *Biblioteca Valenciana*, que fué insigne en letras humanas y diestro en la poesía en su idioma nativo. Escribió la obra intitulada: *Instruccion para oir devotamente la Misa*; Valencia, 1571, y dió á luz las que llevan el título de *Lo somni de Joan Joan y la Brama dels Llauradors*, que compuso Jaime Gazull en lengua valenciana, y á cuya impresion puso una epístola proemial dirigida á los lectores. — O. y O.

ONOFRE Bernardino de Arriaga (V. y Rdo. P. Fr.), de la provincia de la Concepcion, lector jubilado, con iguales créditos de docto y santo en la universidad de Valladolid. Siendo guardian de aquel célebre convento salió una tarde á bañarse al rio, y sin poderle socorrer se ahogó: causó esta desgracia universal sentimiento á todos los ciudadanos, que tenian formado un gran concepto de las virtudes y talentos de este religioso, y le aclamaban por santo, no solo vivo si tambien despues de muerto. Algunos aseguran tuvo noticia del dia y modo de su muerte, y que así se lo manifestó á varios religiosos de su convento. — O. y O.

ONOFRE, Capella ó Capilla, buen poeta, que floreció muy á los principios del siglo XVI, discípulo, ó por lo ménos amigo del sevillano Juan Partenio Tovar, maestro de poética en la universidad de Valencia. Nuestros bibliógrafos no conocieron las obras de estos dos poetas, las cuales se imprimieron en Valencia por Jorge Suriano, año 1503, de cuya edicion hay un ejemplar muy raro, que se conserva en la biblioteca del convento de San Onofre. Es un volúmen en 4.°, que tiene por título: *Torrentis tarraconensis carmina*, y contiene otras poesías latinas, igualmente desconocidas, en loor de la Concepcion de nuestra Señora. Allí, pues, hay una correspondencia epistolar en verso entre Tovar y Capilla; y consta que este era hijo de Gandía de un Tetrastichon de Tovar en que habla así á su amigo

Musæum danaum, aut Album te credo
Tibullum, Diosceum aut vatem, Gandia quem genuit.

O. y O.

ONOFRE Lorens, natural de Valencia, religioso agustino, hijo del Real convento de S. Agustin de esta ciudad, en el cual hizo su profesion el dia 8 de Marzo de 1598. Siguió con tanto lucimiento la carrera de sus estudios,

que en el año 1615 obtuvo el grado de doctor teólogo en la universidad de Valencia; y habiendo sustituido en 1633 en la cátedra del Maestro de las sentencias por el sabio Mtro. Fr. Sebastian García, en el siguiente de 1634 ganó por oposicion dicha cátedra, y fué juntamente examinador de teología, maestro en su religion, calificador del Santo Oficio y examinador sinodal de aquel arzobispado. Ocupóle su provincia varias veces en el empleo de rector del colegio de S. Fulgencio de aquella ciudad, en el de prior del convento del Socorro, dos veces en el de S. Agustin, una en el cargo de definidor provincial, y dos en el de provincial; y en todos estos oficios procedió con suma prudencia y ejemplo. Murió invocando á la Vírgen Santísima de Gracia, de cuya milagrosa imágen era cordialísimo devoto, el dia 8 de Abril del año 1658, á los setenta y siete de su edad. Imprimió: *Sermon de la Bula de la Santa Cruzada*; en Tarragona, por Gabriel Roberto, 1640, en 4.° El Mtro. Jordan añade que escribió muchos y admirables tratados sobre la sagrada teología y otros muchos sermones, los cuales no sacó á luz por falta de medios. — O. y O.

ONOFRE DE LA MADRE DE DIOS (Fr.). Fué elegido provincial de la órden de Agustinos descalzos en 6 de Febrero de 1624; fué la eleccion muy digna por ser el elegido benemérito de otros mayores puestos. Fué natural de Perpiñan, en el condado de Rosellon, hijo del convento de Zaragoza, en Aragon, donde estudió artes y teología. Fué prior del convento de Zuera, despues maestro de novicios en el de Madrid, con gran ejemplo de observancia y virtud. Pasó á las Indias con celo de la predicacion de la fe de Cristo nuestro Señor. Ocupó dignamente algunos puestos con tanta satisfaccion de los religiosos, que le mereció el ser primer provincial de aquella provincia. Acabó de perfeccionar la buena disposicion y economía de las casas, siendo los medios de que usó la continua asistencia al coro, aplicacion grande al culto divino y ornato de los templos; modestia en sus acciones, que edificaban á todos; suavidad en su trato, con que se hacia querer; destreza en el manejo de los negocios, extremada pobreza y perpétua mortificacion. — O. y O.

ONOFRE PELECHÁ, natural de la ciudad de Valencia, sacerdote secular, catedrático de astronomía en la universidad, hombre prudente y acertado como astrólogo en sus predicciones. Dió á luz las obras siguientes: *Tablas astronómicas y argolísticas para averiguar el punto del Zodiaco, de donde viene la direccion de las Natividades;* la refiere Rodriguez en su *Biblioteca Valenciana*, sin señalar año. — *Libro segundo del juicio de las Natividades*: le consigna como manuscrito el Mtro. Fr. Juan Aparicio, mercenario, á lo último de su tratado *De Sphera mundi* en el año 1676, y dice la compuso este autor para su sobrino Gerónimo Jesa. — *Discurso de la naturaleza, cau-*

sas y efectos de los cometas, primero en general, despues en particular, de los que se vieron en los años 1618, conforme con la opinion vulgar de los filósofos y astrólogos, y verdadera de S. Juan Damasceno y otros; Valencia, 1619, en 8.° — O. y O.

ONOFRE Pol (D.), monje del Real, electo abad por los conventuales á 7 de Setiembre de 1583. De sus loables prendas se hizo panegirista D. Fr. Simon Bauza, de la órden de Predicadores, obispo de Mallorca, en carta que escribió al general del Cister D. Nicolás Boucherat I, excusándolo por sus achaques de la asistencia personal al capítulo general del Cister, al cual envió procurador suyo á D. Pedro Mayans, que despues le sucedió en la abadía. Fué tan amante de la justicia, que para evitar que sus oficiales cometiesen fraudes en la administracion de ella, estableció leyes justas y señaló salarios á cada uno de los oficiales, correspondientes al trabajo de sus oficios. Despues de haber ilustrado su vida con hechos muy dignos, descansó en la paz del Señor á 19 de Marzo de 1616. — O. y O.

ONOFRE Salt (Fr.), no aragonés como quisieron el canónigo La Nuza y D. Nicolás Antonio, el cual tambien padeció engaño creyéndole jesuita. Fué natural de Valencia, religioso trinitario calzado y despues servita, de cuyos asertos está convencido el bibliógrafo Rodriguez. El primero por las mismas obras, en las cuales se llama valenciano el autor; y el segundo por monumentos antiguos que se custodiaban en el archivo del convento del Remedio de aquella ciudad. Consta por ellos que en 1.° de Junio, domingo de la Santísima Trinidad, del año 1597, firmó su profesion en la referida santa casa, lo cual parece hizo en aquel dia. Leyó artes en el convento de la misma Orden en Villafranca de Panadés, en Cataluña, y teología en el convento de Barcelona. Desde éste fué á proseguirle al de Valencia, y en esta su nativa casa compuso de órden de sus superiores la vida del V. P. Fr. Francisco Davon, escribiéndola con las informaciones de sus virtudes, que á la sazon se hacian en la provincia. —En la misma obtuvo el grado de presentado, y fué presidente *in cápite* del convento de S. Juan Bautista de la villa de Estadilla, en el obispado de Lérida; despues pasó á la religion de los servitas, segun se halla notado en el libro de las profesiones, aunque ignórase el año en que firmó. En esta segunda religion gozó tambien los honores de presentado en teología, fué prior del convento de S. Marsal, en la diócesis de Tarragona, y despues de la Vírgen del Buen Suceso de Barcelona, y en una y otra Orden mostró, de palabra y por escrito, su piedad, erudicion y buen estilo, así en el púlpito como en las obras que compuso, y son las siguientes: *Epítome de la milagrosa fundacion de la sagrada órden de mendicantes de los siervos de Nuestra Señora, colegido de sus historias y bulas apostólicas*; Barcelona, 1611, en 8.°— *Historia de la maravillosa vida, evangélica conversacion y*

preciosa muerte del glorioso S. Onofre, rey, anacoreta y confesor; Barcelona, 1620. — En esta obra manifiesta mucha inteligencia y estudio. — *Vida, conversacion y muerte del bendito P. Francisco Davon, valenciano, del órden de la Santísima Trinidad*; se guardaba ms. en 4.° con las informaciones citadas. Rodriguez expresa que pone esta nota el P. Salt en la referida vida, concluida en el real convento de la ciudad de Valencia el dia 2 de Abril del año 1605. —O. y O.

ONOFRE DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, capuchino de la Congregacion de España, cuyo apellido en el siglo fué el de Guerrero. Nació en Quintanar de la Orden, en Castilla la Nueva, y desde niño hizo en él más adelanto la virtud que los años. Empleó los de su juventud en ejercicios de devocion y en los de estudios, y quiso desde luego asegurarse en la religion y plantear en ella sus mejores esperanzas. Vistió el hábito en Pastrana, y con sus virtudes logró llamar hácia sí la atencion de sus prelados. Del noviciado, en el cual profesó el año 1586, le llevaron al colegio de Alcalá, porque su talento, sin poder ocultarse en su mismo recinto, prometia muchos adelantamientos á la Orden. Agregábase á esto su buena voluntad para ocupar el tiempo en el estudio y amar lo verdadero, consiguiendo con esto ser maestro excelentísimo. Leyó algunos años teología en el colegio de Alcalá, y sacó tan aventajados discípulos que sirvieron despues en los puestos más principales; y como siempre les inculcó las sanas doctrinas de la verdad, fueron buscados y pretendidos para maestros y catedráticos en aquella florida escuela. Fué maestro de novicios en Pastrana, y llegó á conseguir en semejante plantel grandes ejemplos de virtudes, que se admiraron por singulares. La humildad y la sinceridad realzaban su talento, y más cuando se confesaba inepto, porque era excesiva su modestia. El amor á la pobreza fué inseparable compañero de Fr. Onofre, el que profesaba á sus prójimos excelente. Corriendo el tiempo, la oracion fué su principal estudio y ocupacion; gozando su alma en la contemplacion religiosa, en estar fervoroso y recogido, tan dentro de sí que le debian muy poco los sentidos. Parco en el sueño, parecia milagro lo poco que dormia. En la devocion del Santísimo Sacramento y cuando decia misa, no solo su corazon, sino su carne, como afirmó David, se alegraba de Dios vivo. Tomaba rigurosas disciplinas, y con cilicios y cadenas ásperas, segun acredita el cronista de los Capuchinos, contínuamente aprisionaba su cuerpo para que el alma gozase de perfecta libertad. Predicaba, siendo inmenso el fruto que recogia de sus sermones, que era muy eficaz la voz de la penitencia. Estando enfermo luchaba con los médicos para que no le recetasen medicinas que le pudieran aliviar, tomándolas obligado por la obediencia, y regándolas primeramente con sus lágrimas. Con tan buenos antecedentes y para que ilustrase la Orden de Es-

paña en otras provincias del extranjero, fué Fr. Onofre enviado al convento de Génova por superior y maestro de novicios. Ejercitó uno y otro oficio en aquella casa, hasta que el año de 1597 los fué á continuar á la de nuestra Señora de la Escala, que en dicho año se habia fundado en Roma, y fué el primer maestro de novicios que allí plantó la severa observancia de la Descalced, que dió tan escogidos frutos á la Iglesia. Gozosa aquella familia con la posesion de sugeto tan sobresaliente y experimentado, le volvió á la cátedra; y en 1601 le hizo prior y lector del convento de Sta. Ana de Génova, del cual pasó al de Nápoles con los mismos oficios, que desempeñó hasta celebrarse el capítulo general el año de 1605, en el cual salió electo definidor general. Reeligiéronle para aprovechar su talento y virtud, que eran tales, que además de tenerle por padre y por oráculo muchos cardenales y príncipes, dijo uno de ellos que aun en vida merecia ser canonizado. Estando en Nápoles, en 1608, adolecia de una recia disentería, que á 7 de Julio le abrió el camino de la eterna vida. Lloró la religion la pérdida sensible de un varon tan eminente, y sintiéronlo tambien los hombres ilustrados, que conocian su santidad y sus méritos, en cuya comprobacion el Señor obró singulares maravillas que sería prolijo enumerar. Refiérese que durante los oficios, habiendo ardido mucha cera ante su féretro, ninguna se consumió, quedando tan cabal y entera como se habia comenzado. —O. y O.

ONOFRE VIDAL (Venerable Fr.), valenciano. Nació este insigne religioso en Traiguera. Fué hijo de la ilustre órden de Santo Domingo en su real convento, y muy observante de sus sagradas constituciones. Distinguióse por su admirable silencio, pues jamás habló sino cuando le preguntaban, no queriendo tampoco hablar ni una sola palabra durante su última enfermedad, respondiendo por señas. Así celebráronle en su tiempo como espejo de humildad y modestia. De sus coetáneos se cuenta al venerable padre Onofre Pineda, varon de grande espíritu y oracion, y que llegó á imitar en el silencio perfectísimamente al P. Vidal. Ambos murieron con la misma santidad que habian vivido, recibidos los santos sacramentos, á 20 de Noviembre de 1582, segun escribe el venerable P. Pradas y Falcó. O y O.

ONOFRE (Fr. Cristóbal de S.), religioso agustino descalzo, que en el poco tiempo que estuvo en la religion adelantó á muchos en la puntualidad de todo lo que en ella santamente se ejercita. Tomó el hábito en Roma, para el coro, siendo casi de diez y nueve años, y en uno solo que vivió no tuvo quien le notase una falta. Estaba en oracion contínua, con la ventana de la celda muy cerrada, y allí recibia tales luces del cielo, que con no saber más que unos cortos rudimentos de gramática, exponia los salmos como si fuera muy docto y versado en la Escritura. Así murió con opinion no pe-

queña entre los suyos, y guardáronse con otras cosas, como si fuesen preciosas reliquias, su rosario y su correa.—O. y O.

ONOFRIO (Fr.), siervo de Dios de la órden de S. Francisco, en la comarca de Sena. Fué sepultado este venerable fraile en el monasterio de Norsia. Durante su vida fué muy esclarecido por su santidad y milagros. Despues de su muerte y por algun tiempo se sintió un suavísimo olor junto á su sepultura, y por mucho así monjes como seglares ofreciéronle á Onofrio imágenes de cera en reconocimiento de los beneficios y milagros que por sus merecimientos obraba el Señor.—O. y O.

ONOFRIO (Juan). Nació en Palermo en 1607 y entró en la Compañía en 1625. Enseñó sucesivamente las humanidades, la retórica, la filosofía y la teología escolástica, y fué rector del colegio de Palermo, en cuya ciudad murió el 17 de Noviembre de 1671. Dejó escritas algunas oraciones y otros trabajos, entre los que merecen citarse una *Física* y un *Tratado de Metafísica*. Los eruditos jesuitas Backer le incluyen en su Biblioteca y tambien habla de Onofrio con elogio el autor italiano Mongitore.—O. y O.

ONTANAR (Fr. José Antonio Lopez de). Nació en Daroca despues de la mitad del siglo XVII. Su tio D. Miguel Lopez de Ontanar, vicario de la parroquia de San Miguel de la referida ciudad, varon literato y piadoso, de quien hacen memoria las constituciones sinodales del señor arzobispo de Zaragoza el Excmo. Sr. D. Antonio Ibañez de la Riva, año de 1656, cuidó de su instruccion. Fué religioso Mercenario, presentado de cátedra, y en su religion obtuvo los cargos de comendador de los conventos de nuestra Señora del Olivar y del de Daroca, el de rector del colegio de Huesca y el de definidor de su provincia de Aragon. Se empleó con frecuencia en la oratoria evangélica. Escribió muchos sermones é imprimió: 1.° *La Palma feliz de los trofeos de María Santísima*, sermon de su gloriosa Asuncion que dijo en la colegial de Alfaro, que dedicó al muy ilustre Sr. D. Joaquin Antonio de Beaumont, Navarra, Ezcurra, y Messia, marqués de Santa Cara, vizconde de Castejon, señor y abad de Ezcurra y de las baronías de Nestares, Lagunilla y Ventasblancas, maestre de uno de los tercios del reino de Navarra. En Pamplona, por Domingo de Berdala, 1688, en 4.°—2.ª *Sagrados pasos de Cristo en su triunfante Ascension*, sermon que predicó en la iglesia parroquial de Santa Lucía de Daroca. En Zaragoza, 1689, en 4.°—3.° *Discurso en derecho á favor del maestro mercenario Fr. José Nicolás Cavero, sobre la cátedra de Escoto de la universidad de Zaragoza*; en esta ciudad, 1696, en fólio.—4.° *Sermon de accion de gracias á la Santísima Trinidad, por los felices sucesos de las armas del Católico Rey D. Felipe V*, predicado en la parroquial de la villa de Albalate del Arzobispo, con asistencia de su dueño y señor el Excmo. Sr. D. Antonio Ibañez

de la Riva Herrera, dignísimo arzobispo de Zaragoza etc., á quien lo dedicó: en dicha ciudad, por Diego de Larrumbe, 1707, en 4.°—O. y O.

ONTIVEROS (Fr. Diego). Fué natural de la villa de su apellido, en Castilla la Vieja, é hijo de padres nobles y ricos. Criáronle desde su juventud con el mayor esmero, como quien era, y le encaminaron á la virtud desde sus primeros años. Era de natural dócil, y él la abrazó con sumo agrado, siendo, desde que en la escuela aprendia la gramática, modelo de los buenos entre sus compañeros. Acercábase á los bien inclinados y huia de los que le parecian inquietos. A los primeros llevaba á la iglesia y trataba con ellos las cosas buenas y santas. Sus buenas prendas le proporcionaron el cariño de sus convecinos y de sus padres, que se prometian para lo futuro dichosas esperanzas. A la edad de catorce años el niño Diego hablaba al Señor de corazon, deseando seguir fielmente sus inspiraciones. Parecíale que que no estaba en el mundo para vivir en él, porque en todo contemplaba lazos y estorbos para servir á Dios. Veia á los hombres afanarse por adquirir bienes temporales, y esto le movia á dejarlo todo y retirarse á una religion, donde pudiera desahogar sus ánsias. Por esto, anhelando no le impidiesen sus padres llevar á cabo semejante pensamiento, tomando el consejo del Evangelio, por seguir la voz del Señor que le llamaba, dejó su patria, parientes, la estimacion que hacia de él el pueblo, las esperanzas que podia abrigar en el mundo con su hacienda, y se encaminó segun los impulsos de su corazon. Fué á Extremadura y al primer convento de Descalzos de la provincia de S. Gabriel, que encontró, pidió el hábito, que, practicadas las diligencias necesarias, se le dieron en el santuario del Hoyo, en donde estuvo hasta trascurrido un año, que hizo su profesion. Ejercitóse en la virtud, entre tantos varones que á la sazon tenia la provincia, y entre ellos logró sobresalir Fr. Diego. Hechos los estudios, salió gran predicador y muy celoso de la honra de Dios. Reprendia con severidad los vicios, procurando arrancárselos, no con las palabras, sino con el ejemplo de su santa vida. Entre las virtudes con más frecuencia ejercitadas, fué la de corregir á los murmuradores y la de su ardiente caridad, pues socorria á los necesitados de una manera prodigiosa. Siete veces fué guardian, dos definidor. Prelado, buscaba á los frailes viejos y enfermos, y les miraba, no como era costumbre, cual cosa inútil, sino con la estimacion debida en quien se preciaba de religioso, no olvidando cuánto habian trabajado en los conventos en sus años floridos. Así Dios le protegió á tal punto de atender á todos en cuanto necesitaban, á pesar de estar lleno el convento de impedidos y menesterosos. Guardó perfectamente la regla, siendo sumamente pobre y no usando cosa por ella no concedida. Cuando caminaba no llevaba ni un pedazo de pan, reprendiendo con aspereza si algun compañero le tenia, haciendo

que le diese á los pobres y pusiese su confianza en Dios. Amó tambien tiernísimamente la virtud de la castidad; y para conseguirla, mortificó sus sentidos, siendo muy contínuo en la oracion y muy fervoroso. Comunicóle el Señor el don de profecía; algunas de sus predicciones se vieron cumplidas, observando todos que Fr. Diego era un varon apostólico, á quien el Señor revelaba los secretos más retirados del corazon. Habiendo pedido al prelado permiso para ir á morir al convento del Hoyo, que le dió el ser para dedicarse á Dios, se le concedió liberal; y en dicho santuario permaneció haciendo la vida más angélica, aguardando preparado con muy buenas obras y virtudes, á que el soberano Señor le llamase. Sufrió con sin igual paciencia una enfermedad, y pidió le trajesen un manto de nuestra Señora de los Angeles, de cuyo simulacro era devotísimo, para ver si se le aliviaban los dolores que padecia; mas á poco de traerle pidió con mucha devocion y con lágrimas le diesen el viático, diciendo á los religiosos que moriria al dia siguiente y que aconteceria su muerte sin que la viese nadie. Cumplióse esto como queda dicho, hallándole difunto, cual si lo fingiera. Murió el año de 1623. A su entierro acudió toda la gente de la villa, porque le veneraban por santo, y fueron acompañando su cuerpo hasta el convento, en cuya capilla le enterraron.— O. y O.

ONTIVEROS (Bachiller Hernando de), religioso de S. Francisco, natural de Ontiveros, del obispado de Avila; bachiller en artes y teología, electo en 5 de Mayo de 1472, colegial en el llamado Viejo de S. Bartolomé. Tomó el hábito de S. Francisco en Salamanca al año siguiente, y fué provincial en aquella provincia. Ejerciendo este cargo, hizo el coro que existe en ella con las armas de Toledo, segun consta en la *Historia del Gran Cardenal*, libro II, capítulo II.— O. y O.

ONUFRIO (Beato), en Italia. El bienaventurado Onufrio, primer abad de la Congregacion sagrada de los Colectinos, la estableció impulsado por sus religiosos sentimientos, y con ejemplo de observancia y prudentísimo gobierno. Lleno de méritos y con gran renombre por sus muchas y buenas obras, fué á gozar el premio de la gloria el año de 1300.— O. y O.

ONUFRIO Pauvini. Este religioso, natural de Verona, tomó el hábito en la órden de S. Agustin en el siglo XVI; y con gusto para escribir, continuó las *Vidas de los Papas*, que Platina habia empezado, dedicándoselas á Pio V en 1566. Su amigo Santiago Estrada de Mántua le habia acogido esta obra y publicádola en Venecia en 1557; y viendo Onufrio las muchas faltas con que fué impresa, la corrigió. Se hallaba confecionando una historia general de los Papas y de los Cardenales, cuando murió en Palermo de Sicilia en 1658, á la edad de treinta y nueve años. Además de la *Historia de los Papas* escribió otras obras, entre ellas las siguientes: *De primatu Petri.—Chroni-*

con Ecclesiasticum.—De antiquo ritu baptizandi catechumenos, et de origine baptizandi imagines.— Festi e triomphi Romanorum.— De Sibyllis.— Commentarius Reip. Roman.— Comment. de triumpho. — Comment. in fastos consulares.—Lib. IV de Imp. Rom. Græc. Latin., etc. El papa Benedicto XIV, en la carta circular que dió con motivo del jubileo del año 1750, cita una obra de Onufrio Pauvini, titulada: *De præstantia basilicæ Vaticanæ*, que se conserva aún manuscrita. Pueden consultarse sobre este religioso á Pablo Manucio, en sus *Epístolas*; á Curtius, en sus *Logios;* á Possevino, en su *Aparato Sacro*; y la *Historia de Thou*; citados todos por Moreri en este artículo. — C.

OÑA (Pedro de). Nació este ilustrado obispo español en la ciudad de Burgos, antigua capital de Castilla la Vieja, en la segunda mitad del siglo XVI. Inclinado á la iglesia desde su niñez, cuando estuvo formada su razon y hechos los primeros estudios, tomó el hábito muy jóven en la órden de la Merced, Redencion de cautivos, en la que se hizo muy entendido en la filosofía escolástica. La reputacion que adquirió como profesor en su monasterio de Alcalá de Henares, fué causa de que reunidos los profesores de esta célebre universidad, fundada por el inmortal cardenal D. Francisco Gimenez de Cisneros, arzobispo de Toledo y esforzado conquistador de Oran, decidiesen no enseñar otra lógica que la del P. Oña, publicada con el título de *Artium Cursus*. Compuso este Padre: *Comentarios sobre la dialéctica y sobre la física de Aristóteles*, y una *Coleccion de Sermones*. El rey Don Felipe III le nombró el año 1602 para el obispado de Venezuela en la América Meridional, y poco tiempo despues fué elevado al de Gaeta, en Italia, en donde murió ejerciendo sus funciones pastorales el año 1626, y no el 1634 como dice Ughel, habiendo sido enterrado en su iglesia catedral, en donde se ve su epitafio. Hacen mencion de este prelado, Nicolás Antonio, en su *Biblioteca Hispana nova*, Ægidius Gundisalvus y Dávila, en su *Teatro Eclesiástico de Indias*. — C.

OÑATE (Pedro), presbítero, de la Compañía de Jesús, en la provincia del Paraguay, en América. Escribió, segun dice D. Nicolás Antonio: *De contractibus tria volumina: quorum primum de contractibus in genere;* Roma, año 1646: *alterum de contractibus lucrativis;* 1647, en fólio: *tertium, duabus partibus divisum, de contractibus onerosis*; 1654. — O. y O.

OONSEL (Guillerm. Van), religioso de la órden de Sto. Domingo. Nació en Amberes en 1571, y despues de haber terminado los estudios en su patria y adquirido extensos conocimientos en literatura, se trasladó á España para aprender la filosofía. En este reino fué donde nació su vocacion á la vida religiosa, entrando en el instituto de Santo Domingo el 19 de Marzo de 1593. Residió todavía algunos años en España y regresó despues á su patria

para graduarse de licenciado en Lovaina, y recibir en seguida el bonete de doctor, de manos del general de su Orden. En lo sucesivo gobernó los conventos de Gante y de Bruges, distinguiéndose así por su talento y piedad como por la elocuencia y fervor de su predicacion. Oonsel falleció repentinamente el 3 de Setiembre de 1630, de regreso de un viaje. Se conocen de este religioso dominico las obras siguientes: 1.ª *Consolatorium animæ migrantis, sive brevis ac succinta méthodus visitandi ac consolandi ægrotos etc.* Gante, 1617, un tomo en 16.° — 2.ª *Enchiridion concionatorum ex roseto aureo F. R. Silvestris Prioritatis; Ord. Prædicatorum;* Amberes, 1619, en 8.°—3.ª *Sintaxis instructissima ad expeditam divini Verbi tractationem, etc.*; Amberes, 1622 en 12.° reimpresa varias veces.—4.ª *Officina sacra biblica locupletissima in duas partes divisa, quarum quælibet quatuor alphabeta complectitur*; Douay, 1624, en 8.°—5.ª *Victoria ac triumphus sponsæ Christi apostolicæ catholicæ ac romanæ Ecclesiæ: item casus ac ruina calvanisticæ, evangelicæ, hæreticæque synagogæ*; en flamenco; Gante, 1625, en 8.°—6.ª *Libellus præcum ex intimis ad Deum soliloquiis Sacræ Scripturæ*; en flamenco; Gante, 1625, en 8.°—7.ª *Gerogliphica sacra etc.*; Amberes, 1627, en 12.°—8.ª *Tuba Dei, etc.*; Gante, 1629, en 8.°—9.ª *Concionum moralium breve ac succintum compendium*; Douay, 1630, en 8.°—10. *Sermones de tempore et de Sanctis*, manuscritos. 11. *Clavis sellarii divinæ et humanæ sapientiæ, etc.*—M.

OPHER, hijo segundo de Madian y nieto de Abraam de Sethura (Génesis, XXV, 4). Opher pudo haber sido uno de los pobladores de la isla de Urphe, en el Mar Rojo ó la ciudad de Arphea, en el Diarbec. S. Gerónimo cita á Alejandro Polihister y Cleodemo, apellidado *Mal*, que aseguran que Ophor, llamado tambien Apher, se internó por la Libia, la conquistó y le dió el nombre de *Africa*. Se dice que en esta guerra tuvo Opher por compañero á Hércules.—M.

OPHI. Jeremías, c. XI, v. 8, hace mencion de los hijos de Ophi nacidos en Netophat.

OPHIM, llamado tambien Upham, hijo de Benjamin (Génesis, XLVI, 2). Este fué padre de la grande familia de los Ophamitas (Núm., XXVI, 39).

OPHIR, hijo de Gectan. Moisés dice que la patria de los hijos de Gectan se extendia desde Messa hasta Sephar, montaña del Oriente. Se cree que Messa es el monte *Massius*, en la Mesopotamia, y que el monte *Sephar* es el país de los *Sepharbaim* ó de los *Saspiros*, que separan la Media de la Cólchida. No leemos en la Escritura cuáles fueron los descendientes de Ophir, ni qué provincia pobló de las que existian entre la Messa y Saphar; pero sin ningun género de duda puede admitirse que el país de Ophir, sea el que fuere, fué poblado por los descendientes del hijo de Gectan. La tierra llamada Ophir es tan célebre en la Sagrada Escritura y los críticos se han detenido

en hacer sobre ella tantas conjeturas, que creemos conveniente ocuparnos de ella en este artículo, aunque no sea más que como punto de erudicion. Se sabe por Moisés que Gectan tuvo trece hijos, y que habitaron las comarcas situadas entre Messa y Sephar. Mas como ambos lugares son tan desconocidos en la historia geográfica como el mismo Ophir, preciso es dar otro rumbo á las investigaciones. Consultados todos los pasajes que mencionan este país, se ha notado la particular circunstancia de que todos los buques que tocaban en Tarsis se detenian tambien en Ophir; que estas naves se equipaban en el puerto de Asiongaber en el mar Rojo; que la flota de Salomon empleó tres años en el viaje que hizo á Ophir; que sus naves regresaron cargadas de oro, pavos reales, monos, aromas, marfil y ébano; y en fin, que el oro de Ophir es el más celebrado en la Sagrada Escritura. (III Reg., XXII, 49: II Par., XX, 36 y III Reg., IX, 28; X, 22: III Reg., IX, 26; XXII, 49: III Reg., X, 22: III Reg., IX, 29; X, 11, 12: I Par., VIII, 18; IX, 10, etc.) Teniendo en cuenta estos indicios los intérpretes, se han propuesto fijar la verdadera situacion de Ophir, emprendiendo para ello vias diferentes. Josefo dice que éste se halla en las Indias, y que se llama el país del oro por la abundancia de este metal que en él se encuentra. Probablemente que el historiador judío pretendió hablar del Chersoneso de oro, conocido hoy dia con el nombre de Malaca, península opuesta á Sumatra. Lucas de Olstein, despues de muchas indagaciones, cree que este país debe hallarse en la India, y particularizando más su situacion en la ciudad de Supar, situada en la isla de Celebes: otros le encuentran en el reino de Malabar ó de Ceilan, ó bien en la isla de Taprobana, tan célebre entre los antiguos: tal es tambien la opinion de Bocchard. Eupolema ha creido hallar el país de Ophir en la isla de Durfe, en el mar Rojo; pero Mafeo conjetura de distinto modo, y le coloca en el Pegú, cuyos habitantes creian descender de los judíos que Salomon habia enviado á trabajar en las minas de este país. Lipenius, que ha escrito expresamente un tratado sobre el país de Ophir, le situa á la otra parte del Ganges, ó sea en Malaca, Jaba, Sumatra, Siam, Bengala, Pegú, etc. No acaba aquí la diversidad de opiniones sobre la posicion topográfica de esa tierra privilegiada del oro. Algunos, separándose de los autores que hemos indicado, abandonan las comarcas de la India y van á buscar el país de Ophir en la América, en la isla llamada Española. Cristóbal Colon, que en 1492 fué el primero que la descubrió, acostumbraba á decir que habia hallado el Ophir de Salomon. En esta tierra existian cuevas tan profundas, que se internaban diez y seis millas, y de estos antros creia que el hijo de David habia extraido en abundancia el oro. Postel y otros intérpretes suponen que Ophir estaba situado en el Perú, tierra clásica del oro. Otros, dirigiendo sus miradas al Africa, suponen que los habi-

tantes de Melinde ó Sofala, situada en la costa oriental de Etiopía, saben por tradicion, y aun lo hallan anotado así en sus libros, que Salomon enviaba cada tres años una flota para cargar de oro, muy comun en este país. Juan de los Santos relata que en la Mesopotamia existe una montaña llamada *Fura*, abundante en minas excelentes, y sobre ella se eleva un castillo muy antiguo, que la tradicion designa por morada de la reina de Sabá: este país es, pues, segun él, el de Ophir. Varios le colocan en Angola, situada en la costa oriental de Africa; otros en Cartago, aunque esta ciudad fué edificada posteriormente al templo de Salomon, y no falta quien venga á buscarlo en España. Grocio opina que las flotas de Salomon no llegaban hasta las Indias, pues se detenian, segun él, en el puerto de una ciudad árabe, que Arrian llama Aphar, Plinio Saphar, Tolomeo Sappera y Estéban Saphivina. Esta ciudad estaba situada en las costas de Arabia, bañadas por el Océano. Allí traian los indios sus mercancías, de donde pasaban á la flota de Salomon. Mr. Hué, antiguo obispo de Avranches, dice en su disertacion sobre los viajes de Salomon que el país de Ophir estaba situado en la costa oriental de Africa, llamada por los árabes Zanguebar; que el nombre de Ophir se aplica más especialmente á la pequeña tierra de Sophala, que está en la misma costa; que la flota de Salomon, saliendo del puerto de Asiongaber, entraba en el Mediterráneo por el canal que une á ambos mares; que doblaba el cabo de Guadarfui, y costeando el litoral de Africa iba á Sophala, donde encontraba en abundancia cuanto apetecia Salomon. Pero Calmet ha probado en su disertacion sobre este país, impresa al frente de su *Comentario del Génesis*, que dicho canal de comunicacion entre los dos mares no fué acabado hasta mucho tiempo despues de Salomon. Goroppe, Becan y Vivarius son de parecer que la flota de Salomon no salia del mar Rojo, sino del Mediterráneo, en cuyas costas cree que estaba el puerto de *Asiongaber*. Segun dichos autores, fundados en la Sagrada Escritura, este puerto se hallaba en la Idumea, país confinante con el Mediterráneo, en cuyo litoral Estrabon designa *Gastrion Gabria*, y Tolomeo *Beto Gabria*, nombres que seguramente quieren designar la ciudad de *Asiongaber*. Y si bien es verdad que la Sagrada Escritura coloca este puerto en el mar Rojo ó en el *mar de Zuph*, segun el hebreo, esto no sirve de obstáculo á dichos autores, porque en su sentir aquella palabra puede significar en general el *mar de los límites*, y esto tanto es aplicable al Mediterráneo como al mar Rojo. Honnius participa tambien de esta opinion. Pero los que la combaten se apoyan: 1.° en que el *mar de Zuph* ha designado siempre el mar Rojo, porque *Zuph* significa pineo, que servia á los bordes de aquella mar: 2.° en que Asiongaber estaba situado en el golfo de Elar en el mar Rojo, en que la Idumea podia extenderse hasta el Mediterráneo en tiempo del geógrafo Tolomeo,

pero no en la época de Salomon. A este cúmulo de conjeturas debemos añadir la opinion del abate Choisi, que cree que Ophir estaba situado en el reino de Siam. Calmet en sus investigaciones ha seguido un parecer distinto. Nosotros creemos, dice, que Ophir, hijo de Gectan, pobló con sus hermanos todo el país que media entre Mossius y los montes de Saphar, que seguramente son los Taliras ó Sáfiros hácia los confines de la Armenia, la Media y los orígenes del Tigris y del Eufrates, pues en vano se pretenderia hoy designar con certeza los límites de este país; basta, pues, indicar en general la demarcacion donde existia, y que su existencia debió ser en Armenia: lo creen tambien así Eustaquio de Antioquía y el emperador Justiniano. Estrabon le coloca entre los pueblos llamados *Sarapenes*. Cuadratus habla de los *Obavienos* ú orillas del rio Sirus, y Plinio de los *Suarni*, situados entre las puertas Caspianas, los montes Gordeos y el Ponto Euxino. El oro de Pharbain ó *Sepharbain* es igual al de *Ophir*; pues á menudo se ha añadido una S al principio de las palabras para marcar su aspiracion; de modo que los Setenta leen algunas veces *Sophir* por *Ophir*. Es verdad que en contrario de esta opinion podrá decirse que en el país indicado por nosotros no se halla todo lo que la flota de Salomon iba á buscar; que la tierra donde colocamos á Ophir no es marítima, y por lo tanto las naves no podian ir allá, y que para hacer este viaje tampoco se necesitaban tres años; pero á todo esto contestaremos que la flota de Salomon regresaba al tercer año de su viaje, y durante la navegacion se detenia en varios puertos, donde cargaba lo necesario. En las costas de Etiopía compraba monos, ébano y loros: en Ophir ó en el lugar en que los comerciantes de este país se reunian, podia adquirir el oro; y en varios puertos de la Arabia haria abundante provision de aromas; pues esta flota al salir de Asiongaber, podia navegar por las costas de Arabia y por las de Etiopía, el mar Rojo, y aun visitar las de la otra parte del Estrecho cuando hubiese entrado en el Océano. De allí iba costeando el litoral de la Arabia bañado por el Océano, acopiando las preciosidades que encontraba en los puertos de los mares por donde navegaba. Internándose despues en el golfo Pérsico, podia visitar todos los puertos mercantiles que se hallasen á uno y otro lado, y remontar el Eufrates y el Tigris hasta el punto en que son navegables. Sabemos por los antiguos algunos lugares á orillas de estos rios, que fueron en otro tiempo centro de un grande movimiento mercantil ántes de que se hubiesen construido diques en el Tigris, y sangrado el Eufrates tan considerablemente, que ha llegado á dificultarse la navegacion. Los gerreos, que habitaban á orillas del golfo Pérsico, subian con sus canoas por el Eufrates hasta la ciudad de Tapsaque. De modo que aun cuando los países de que hablamos no fuesen marítimos, los viajes se

hacian por mar, puesto que se remontaban ambos rios. Y aun cuando fuese verdad que Ophir no estuviese situado en la orilla de uno y de otro rio, bastaria que se hallase á sus inmediaciones, para que fuese depósito de mercancias y quedase justificada nuestra hipótesis. En suma, aún cuando no sea verdad que se necesiten tres años para hacer este viaje, es muy posible invertir en él treinta meses, esto es, dos estios y un invierno, suponiendo, lo que es muy verosímil, que la flota se detuviese en diferentes puertos para vender ó permutar lo que llevaba con productos y frutos del país. Los hebreos anteriores á David no ejercitaban el comercio marítimo, y los cananeos y fenicios estaban en aquella sazon en posesion de todo el tráfico del Océano. Como los hebros tenian muy pocas relaciones en ese mar, y enteramente ninguna en el Océano, nada tiene de extraño que no se dedicasen á los viajes marítimos. Por otra parte, desde Josué hasta David solo se habian gozado algunos años de paz en el reinado de Saul, habiéndole sido imposible ocuparse en la navegacion; pero David, que conquistó la Idumea y fué dueño de Elaph y de Asiongaber en el mar Rojo, conoció la utilidad que podia reportar de su situacion para el comercio del Océano, y equipó flotas, con las cuales es probable que se proporcionó los tres mil talentos de oro que destinó á la construccion del templo. *Tria millia talenta de auro Ophir..... ad decorandas parietis templi.* Salomon continuó despues de su padre el comercio con el país de Ophir, de donde le trajo su flota en un solo viaje cuatrocientos cincuenta talentos de oro, y perfeccionando la obra que David habia empezado en Elath y Asiongaber, pasó él mismo á estas ciudades, mandó construir en ellas varios buques, fortificó estos dos puertos, y tomó las disposiciones necesarias no solo para continuar con ventaja el comercio de Ophir, sino tambien para extenderle á otros lugares atravesando el mar Rojo. Con el objeto de poblar las ciudades de Elath y Asiongaber con gente propia para llevar á cabo su intento, atrajo á estos dos puntos muchísimos habitantes de la costa de Palestina y de la ciudad de Tiro, cuyo rey Hiram, su amigo y aliado, le auxiliaba en esta empresa. De allí sacó Salomon la principal parte de aquellas inmensas riquezas que le hicieron en poder, así como lo era en sabiduría, superior á todos los reyes contemporáneos; habiendo inundado de oro á Jerusalen hasta tal punto que este metal era tan apreciado como el pavimento de las calles. Los reyes de Judá sucesores de Salomon, y posesores tambien de la Idumea, continuaron útilmente este comercio, y frecuentaron el puerto de Asiongaber hasta el tiempo de Josafat; mas habiendo naufragado una flota que uno de aquellos reyes equipó con Ochocías, soberano de Israel, para Ophir, este puerto perdió gran parte de su celebridad. Estas naves al salir de dicho puerto se estrellaron impelidas por el viento contra una cordillera de rocas que habia á la entrada de

aquel; castigando Dios así la union del príncipe de Judá con un rey idólatra. Al siguiente año Josafat mandó equipar otra flota tambien para aquel puerto, y no quiso admitir en ella la participacion de Ochozías. En el reinado de Joran, hijo y sucesor de Josafat, los idumeos habiéndose sublevado contra Judá, se declararon independientes, y los soberanos de aquel reino perdieron las ciudades de Elath y de Asiongaber, que eran los puntos por donde conservaban el comercio con Ophir. Mas Ozías rey de Judá, habiendo de nuevo conquistado á Elath al principio de su reinado, fortificóla otra vez, poblóla de vasallos suyos, restableció el comercio de Ophir, que duró hasta el reinado de Achab. Entónces Gascin, rey de Damasco, se apoderó de dicha ciudad, lanzó de ella á los judíos, y la pobló con sirios, deseoso de aprovecharse del comercio de Ophir y de la mar del Mediodía. Al siguiente año Teglatfalasar conquistó á Elath, y la poseyó pacíficamente; pues el mal estado de los negocios de los judíos no permitió á estos pensar más en Ophir ni en su comercio.» —M.

OPHLIAS ú OBLIAS, nombre que tambien se daba á Santiago el *Menor*. Eusebio, S. Epifanio y el falso Abdías, así como Nicéforo, leen Oblias, otros Joblías y otros Ophlias, de modo que con tantas variaciones no estan aún acordes los sabios acerca de la verdadera significacion de estas palabras. Unos leen *Hosleam*, que significa la fortaleza del pueblo; otros *Hapleam* que vale tanto como muralla del pueblo; otros *Chablia*, lo mismo que piloto del pueblo. Los críticos de más nota opinan que *Ophlia* era el nombre que se daba á este santo apóstol. Los griegos, dice un autor, han sustituido la *B* á la *Ph*, porque en su idioma la *B* se pronuncia con una aspiracion muy semejante á *Phi*. Miqueas, capítulo IV, versículo VIII, habla de Ophel en estos términos. *Et turris gregis nebulosa filiæ Sion*, y del hebreo, *et tu, turris gregis Ophel, filiæ Sion*. En el libro segundo de los Paralipómenon, cap. XXVIII, v. 14, se lee Ophel en el sentido de una parte de las murallas de Jerusalen. Los nathineos tenian su residencia en ella, segun se deduce del libro II de Esdras. *Ophlias* significa literalmente la altura de la fortaleza de Dios. —S. B.

OPHOVIUS (Miguel), obispo de Bolduc ó Bois-le-Duc, ciudad considerable de los Países Bajos, en el ducado de Brabante, que fué su patria, el primer teatro de sus trabajos, y la silla de su obispado. Nació de padres católicos hácia el año 1570, en un tiempo en que la herejía de Calvino habia comenzado á infestar aquellas comarcas, donde los calvinistas trabajaban para hacer recibir sus errores. Procuraron sus padres por esta razon alejarle del peligro y velar por su educacion. Por fortuna todas las inclinaciones del jóven Ophovius se dirigian hácia el bien; desde su tierna infancia amó la virtud, respetó la religion, y se presentó lleno de celo contra todo lo que le parecia opuesto á una ú otra. Habiendo seguido en su patria los pri-

meros estudios, fué enviado á Amberes, cerca del duque de Parma Alejandro Farnesio, gobernador de los Países Bajos, apenas hubo tomado esta ciudad á los holandeses para ponerla bajo la obediencia de Felipe II, lo que se verificó en Agosto de 1585 despues de un sitio de cerca de un año. Aún no habia terminado este cuando tomó el hábito de Santo Domingo en el convento de S. Pablo de Amberes. Pronunciados sus votos, fué á terminar sus estudios á las escuelas de Lovaina, donde hizo tan grandes progresos, que en el capítulo de su provincia celebrado en San Omer en 1592, fué nombrado lector de filosofía. Terminados sus estudios, pasó á Italia y se detuvo durante algun tiempo en Bolonia, para adquirir mayor conocimiento de la teología. En 1597 se hallaba ya de regreso en Lovaina, en cuya célebre universidad tomó los grados literarios, comenzando desde entónces á consagrarse al ejercicio de la predicacion para la edificacion é instruccion de los pueblos. El celo por la salvacion de las almas que le habia dirigido siempre en sus estudios, le hizo emplear todos los medios que puede inspirar la caridad más ardiente para atraer á la verdadera fe á los que la herejía habia separado ya del camino de la Iglesia, ó para conservar en ella á los fieles á quienes el contagio del mal ejemplo podia reducir todavía. No ignoraba los peligros á que exponia su libertad y su misma vida en aquellos desgraciados tiempos, en que un falso celo persuadia á los moradores que era un sacrificio agradable á Dios degollar á los discípulos de Jesucristo, que combatian por la ley y la religion de sus padres. Pero la presencia del peligro no le impidió predicar siempre con libertad las santas verdades que se atacaban, y aun de prestarse á la direccion de las almas para asegurar todavía más el fruto de sus predicaciones. Resuelto á no omitir nada de todo lo que podia hacer su ministerio útil al mayor número; visitaba los enfermos y los presos, y si no podia procurarles libertad, procuraba al ménos suavizar sus penas y aliviarlos en sus miserias. Esto es lo que hizo durante muchos años, y con no poco fruto, en muchas ciudades de los Países Bajos, particularmente en Bolduc, en Gante, Bruselas, Malinas y Amberes. Su ilustrado celo no fué solamente útil á los simples fieles, lo fué tambien á los religiosos, cuya direccion se vió con frecuencia obligado á tomar. Siendo prior de su convento de Amberes, reedificó sus ruinas, á cuyo estado le habian reducido los herejes, hizo reparar la iglesia y la aumentó un magnífico coro. En 1611 fué elegido en Bruselas provincial de su provincia de la Baja Alemania, y el mismo año asistió en esta calidad al capítulo general reunido en París por el P. Agustin Galamini, superior entónces de toda la órden de Santo Domingo. Las conversaciones que tuvo con el P. Michaelis le inflamaron de un nuevo celo por la hermosura de la casa del Señor, y resolvió hacer en su provincia lo que este ilustre restaurador de la vida regular

hacia con tan buen éxito en la suya. Todos los reglamentos que propuso en un capítulo celebrado en Bolduc en 1613 no tendian más que á este fin. Consagrado á hacer florecer las ciencias y á sostener ó extender la vida regular, restableció el colegio de Douay, arruinado por las calamidades de la época. Sus pasos, arreglados por la prudencia y su firmeza acompañada siempre de dulzura, le habian conciliado la estimacion y el afecto de todos sus religiosos. Un superior se halla en estado de hacer grandes bienes con estas cualidades y estas ventajas. Todos los que el sabio provincial habia procurado á su órden, renovando en ella en cierto modo el celo apostólico, los utilizó despues para honra de la Iglesia y para la salvacion de los fieles. Sabedores de su talento y su mérito los cardenales de la congregacion de la Propaganda, le nombraron prefecto general de las misiones en las provincias unidas. Este cargo, que le exponia á grandes trabajos y á no menores peligros, era conforme al deseo que tenia de servir al prójimo y de morir por la confesion de la fe. Los oprobios, las prisiones, la muerte misma de que se hallaba amenazado, no le impidieron predicar en alta voz los dogmas católicos en algunos países infestados de la herejía y llenos de herejes. Recorria continuamente aquellas provincias, ya para animar á los misioneros á ejecutar dignamente su cargo, ya para sostener por sí mismo, consolar y asistir á los fieles en la apremiante necesidad en que se encontraban en medio de una nacion enteramente pervertida.—Hacia muchos años que llenaba con el celo de un apóstol todos los deberes de su cargo, cuando hallándose en 1623 en Heusden, en las fronteras del Brabante, cayó en manos de los calvinistas que habian resuelto quitarle la vida si no conseguian hacerle apostatar. Le acusaron desde luego de haber hecho traicion á su patria, le cargaron de cadenas, y habiéndole conducido á la Haya, le arrojaron en una oscura prision. Su fe y su fidelidad fueron tentadas de muchas maneras. A los insultos y á las burlas añadieron los malos tratamientos y las amenazas del último suplicio, si rehusaba seguir el ejemplo de los que habian renunciado al mismo tiempo la obediencia á la Santa Sede y al Rey Católico. Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; Ophovius manifestó que temia á Dios y que despreciaba la injusticia de los hombres. Persuadidos los calvinistas de que el resultado de su pretendida reforma seria más favorable si de una manera ó de otra podian atraerse á un hombre de tales condiciones, trataron de atacarle por todos lados. No habiendo podido hacerle vacilar por el temor, ni vencerle con los tormentos, ni sobornarle con las más lisonjeras esperanzas, trataron de reducirle sometiéndole á una controversia. Llamaron en su ayuda á sus más sabios correligionarios; Rosay, ministro de los Estados de Holanda, y Fatus Homnius, profesor de la universidad de Leyden, oráculo entónces de aquel

país. Estos dos hábiles protestantes entraron en polémica con Miguel Ophovius sobre materias religiosas, las cuales estudiaban hacia mucho tiempo, más bien para ocultar que para aclarar la verdad. Es de creer que en esta ocasion se valieron de su ingenio, de todos los sofismas de sus maestros y de todas las sutilezas de la lógica. El siervo de Dios se hallaba más instruido que ellos en el fondo de la religion; sin embargo, solo ponia su confianza en los divinos auxilios, que no le faltaron jamás. No solamente no adelantaron nada con él sus contrarios, sino que desbarató sus tramas y demostró la debilidad y falsedad de sus razones, y les dirigió tan rudos ataques, que si no les hizo variar de opinion, lo cual es obra exclusiva de la gracia, al ménos los confundió y les hizo ver claramente la verdad de nuestros dogmas y la ilusion de las locuras de su pretendida reforma. Sainthe Marthe no ha olvidado este rasgo en el compendio de la vida de nuestro prelado, inserto en su quinto tomo de la *Galia cristiana*. Pero es preciso añadir que lo que disgustó más á los dos ministros y lo que obligó á los que les habian llamado á romper bien pronto las conferencias; es que en vez de atraer, como se habian lisonjeado, á su ilustre cautivo á su secta, éste por el contrario les arrebató muchos prosélitos, los cuales se hallaban presentes á la disputa, y convencidos con las sólidas razones de Ophovius volvieron de su extravío y renunciaron á sus errores para volver al seno de la Iglesia católica. El confesor de Jesucristo dió á Dios toda la gloria, y participó este suceso al procurador general de la órden de Sto. Domingo por medio de su carta de 3 de Enero de 1625, en la que se explica así: «Despues de un cau»tiverio de cerca de dos años, la gracia de Dios me ha hecho salir de la pri»sion con gloria y con fruto para la salvacion de muchos; pues por un efecto »de la Divina Providencia he servido mejor á la Orden, á la Iglesia y á la »monarquía de España en mi prision, que hubiera podido servirla en plena »libertad. Se me ha hecho disputar con dos célebres ministros protestantes, »y el fruto de estas disputas ha sido la conversion de muchos ministros cal»vinistas, que han abierto los ojos á la verdad, y han vuelto á la obediencia »de su príncipe legítimo. Gloria á Dios.» La prision del P. Ophovius fué tambien ventajosa á la religion católica por otro motivo. Miéntras se hallaba preso, vió en manos de un ministro calvinista un catecismo escrito en indiano por un ministro que habia pretendido enseñar por este medio á los neófitos del Nuevo Mundo la doctrina y las máximas de Calvino. Obtuvo y consiguió á fuerza de astucia apoderarse de este catecismo; se le dió despues á leer al P. Santiago Bouvert, que le habia sucedido en el cargo de prefecto de las misiones de Holanda; y habiéndoselo manifestado éste á la Congregacion de la Propaganda, ordenaron los cardenales traducir el catecismo en latin, y enviarle con la version, para que compusiese otro que sirviera de

antídoto á este pernicioso catecismo.—La princesa Isabel Clara Eugenia, gobernadora de los Países Bajos por el Rey Católico, trabajaba en tanto con celo cerca de los estados de Holanda para obtener la libertad del P. Ophovius: sus repetidas instancias tuvieron efecto al fin; el prisionero de Jesucristo obtuvo la libertad en 1625, y habiendo muerto en el mismo año el obispo de Bolduc, desearon los católicos ver su silla ocupada por Ophovius. Fué en efecto propuesto por la archiduquesa, nombrado por Felipe III, y preconizado por el papa Urbano VIII, que mandó despachar las bulas. Desde que la ciudad de Bolduc habia sido erigida en 1559 por el papa Paulo IV en obispado sufragáneo del arzobispado de Malinas, el cabildo y la corte de España habian tenido cuidado de no nombrar para esta silla más que personas de un mérito reconocido, de una virtud experimentada y de una capacidad distinguida. Las circunstancias del tiempo y del lugar exigian principalmente que se tomasen estas precauciones. Bolduc no habia tenido aún mas que cinco obispos, á saber: Francisco Sonnius, Lorenzo Mersi, Clemente Trabellis, Gisberto Masius y Nicolás Zoes. Miguel Ophovius era el sexto, y el primero que habia nacido en la misma ciudad, de que era obispo: su eleccion fué tanto más aplaudida por los fieles, cuanto que además de su rara erudicion y de sus virtudes, reconocian el ardor de su celo por la religion y la salvacion de las almas. En 17 de Setiembre de 1626 fué consagrado en la iglesia catedral de Amberes por Santiago Boonen, arzobispo de Malinas, asistido de los obispos de Amberes y de Gante. Poco despues de su consagracion se dirigió á Bolduc, donde le recibieron sus compatriotas con grandes aclamaciones y todos los testimonios de una alegría pública. Habia merecido estos testimonios de estimacion y afecto por la conducta que habia tenido en diferentes empleos y en medio de las más rudas pruebas. La gracia que recibió en su ordenacion, y á la que se habia preparado por medio del ayuno y la oracion, dió nuevo lustre á su caridad, y le hizo aparecer mucho más santo como obispo que lo habia sido como religioso. El celoso prelado se convenció al ménos de que las virtudes de ambos estados no eran incompatibles, y debia perfeccionar las unas con las otras, y lo consiguió. Para trabajar en su propia perfeccion trabajando en la salvacion de los fieles, no abandonó los ejercicios de la vida regular, sino que añadió á ellos los cuidados de la más tierna solicitud pastoral; su asiduidad en los oficios divinos, la frugalidad de su mesa, la modestia en los hábitos, en los criados, en los muebles y en su equipaje; su constancia en la oracion y en la meditacion de los libros sagrados; su desapego de todos los bienes de la tierra; su liberalidad para con los pobres, y una tierna compasion hácia todos los afligidos: todo esto no podia ménos de edificar á su pueblo. Pero no contento con instruirle por medio de sus acciones, tenia cuidado de ali-

mentarle con el pan de la palabra, no cesando de exhortarle á afirmarse en la fe católica y en los sentimientos de una sólida piedad. El desarreglo de costumbres que notaba en algunos diocesanos, le hacia gemir con tanta más amargura, cuanto que temia que los pecados de los particulares atrajeran quizá la cólera del Señor sobre todo el rebaño. No ignoraba, por otra parte, los designios de aquellos republicanos, que habiendo sacudido el yugo de la monarquía española, no esperaban más que una ocasion para extender sus estados por medio de nuevas conquistas. Todo esto tenia al prelado en una vigilancia y un temor contínuos. Sus exhortaciones eran frecuentes, y sus atenciones, tanto sobre el clero como sobre el pueblo, no podian ir más allá. Por desgracia no tardó en realizarse lo que tanto habia temido. Habiendo aumentado su ejército los holandeses con algunas tropas francesas é inglesas, pusieron sitio á Bolduc á principios de Mayo de 1629. La plaza fué defendida y atacada durante más de cuatro meses con igual valor. El baron de Grobendouc, que mandaba en ella, hizo todo lo que se puede esperar de un capitan fiel y experimentado, y nadie secundó sus esfuerzos con más celo que el piadoso prelado. No pueden explicarse la multitud de medios que empleó para impedir la toma de la ciudad, porque preveia las consecuencias, que no podian ménos de ser funestas no solo para la fortuna, sino tambien para la religion y la salvacion de los ciudadanos. No contento con rezar, ayunar y levantar, como otro Moisés, las manos al cielo para atraer sobre los afligidos un espíritu de fuerza y valor, animaba él mismo á los oficiales y soldados á combatir generosamente por la causa de Dios y la salvacion de la patria; asistia á las tropas segun sus fuerzas y les hacia distribuir víveres y dinero. Mandaba hacer al mismo tiempo rogativas públicas en las casas religiosas y en todas las iglesias de la ciudad. Los enemigos continuaban, sin embargo, los ataques, y los más interesados en la conservacion de la ciudad no marchaban á su defensa. En el mes de Agosto escribió nuestro Obispo la siguiente carta á la princesa gobernadora de los Países-Bajos. « Señora : el Gobernador y el Magistrado de esta »ciudad han tenido el honor de escribir muchas veces á S. A. S. para ma»nifestarla el extremo peligro en que nos hallamos, y la necesidad que tene»mos de socorro. Hace dos meses que no hemos recibido ni respuesta ni »consuelo alguno de V. A., y se acaba de descubrir la traicion del capi»tan Campagne, que se hallaba en correspondencia con los enemigos; no »dudamos los haya avisado para que sorprendan á nuestros mensaje»ros, y se apoderen de nuestras cartas. Os enviamos esta para pedir so»corro con toda diligencia y sin ningun retardo. Habiendo ocupado el »enemigo todos nuestros fuertes, ó destruido nuestras fortalezas, pone »ya por dos partes el pie en las murallas de la ciudad, y abre brecha

»con su artillería; carecemos además de muchas cosas necesarias para »una resistencia más larga; el peligro no puede ser más inminente, ni »venir el socorro demasiado pronto. Suplicamos, pues, á V. A. S. ten»ga á bien proveer inmediatamente á las necesidades de la ciudad; y su»plicamos al Señor le dé buen éxito en todos sus negocios, etc.» Esta carta, firmada por el obispo de Bolduc, el abad de Berna y el dean del cabildo, no tuvo mejor suerte que las anteriores. Los que se habian encargado de ponerla en manos de la gobernadora fueron cogidos y conducidos á presencia del príncipe de Orange. Así, no llegando el socorro esperado por tanto tiempo, se vieron los sitiados en la necesidad de capitular y de entregarse el 14 de Setiembre. Miéntras que el gobernador con los oficiales de la guarnicion procuraba hacer una capitulacion honrosa, nuestro Obispo y el magistrado hacian por su parte los mayores esfuerzos para obtener un arreglo ventajoso á los ciudadanos y al clero. En el segundo de los veintiocho artículos, firmados por las dos partes, se determinó que todos los eclesiásticos y todos los religiosos saldrian de la ciudad en el término de dos meses; en el tercero que los bienes de los referidos eclesiásticos y religiosos (de cuyas rentas gozarian durante su vida) pertenecian á los Estados generales; y en el cuarto que las religiosas podrian permanecer en la ciudad; pero que los Estados generales podrian señalarles otras moradas ó dejarlas en sus monasterios. Por duras que fuesen estas condiciones las hicieron los holandeses ménos soportables todavía por la manera con que usaron de ellas contra los católicos. Muchos fueron despojados de sus bienes, y todos quedaron privados de los socorros espirituales, de que necesitaban. En ménos de cinco semanas despues de la rendicion de la plaza, los protestantes arrojaron de la ciudad y del corregimiento de Bolduc á todos los sacerdotes ortodoxos, para poner en lugar suyo á los ministros de su secta. Esto consta por una de sus órdenes, dada en Bolduc el 20 de Octubre de 1629. Pidieron á los religiosos y á las religiosas el estado de sus bienes y títulos, y les prohibieron al mismo tiempo ejercer la religion católica en sus conventos; y el Obispo, resuelto á sacrificarse por el consuelo de los fieles que habitaban en la ciudad, no pudo obtener la libertad de permanecer con ellos. Salió, pues, de Bolduc, haciendo llevar la cruz delante de sí, acompañado de todo su clero secular y regular, y seguido de una multitud de pueblo, que se deshacia en lágrimas. ¡Espectáculo tierno é interesante á los ojos de la religion! Los fieles á quienes no era dado romper sus lazos y seguir la suerte de su Obispo y de sus hermanos, envidiaban en cierta manera la suerte de los que emigraban de su patria, por no verse expuestos á perder su fe, despues de haber perdido sus bienes. La tristeza de unos y de otros no podia compararse á la del caritativo pastor, que amando tiernamente á su ovejas, sufria por sí solo

todo lo que padecia el rebaño entero. Los ornamentos sagrados, los vasos preciosos, las santas imágenes, todo lo que nuestro prelado pudo librar de las manos ávidas de los herejes lo depositó en la iglesia metropolitana de Malinas, y se detuvo él mismo en Lyra, ciudad de los Países Bajos españoles, en las fronteras del Brabante holandés. Eligió este lugar, no solo porque durante su provincialato en 1612 habia hecho edificar allí un convento, en que podia vivir tranquilo en compañía de sus hermanos, sino tambien á causa de la proximidad á Bolduc, que le ponia en estado de dar de tiempo en tiempo algun socorro á su desconsolado rebaño. La Divina Providencia le proporcionó otra ocasion, de que se aprovechó, para asistir, consolar y afirmar en la fe á los fieles, que llevaba siempre en su corazon, y cuya pérdida sentia con más viveza que las suyas propias. A pesar de la cruel vigilancia de los herejes y de sus ministros, cuidadosos siempre de arrebatar á los ciudadanos de Bolduc todo lo que pudiese contribuir á mitigar sus penas, los visitó el santo Obispo algunas veces, pero siempre con las justas precauciones que la prudencia no permitia olvidar en aquellos tiempos tan críticos. El celo que le devoraba por la salvacion de las almas no le permitia limitar sus atenciones á esto; llevábalas más léjos todavía. Se asegura que por los buenos oficios de sus hermanos procuró diferentes socorros espirituales á los católicos, expuestos á la persecucion en otras partes de Holanda, y además á los de Holstein, Dinamarca, Noruega, Suecia y demás países septentrionales. El P. Denis añade que nuestro Obispo habia comenzado á establecer con este objeto un seminario de misioneros de su Orden en la ciudad de Amberes, y que habiéndose esparcido muchos de ellos por aquellos países, habian obtenido gran número de conversiones y recogido preciosos frutos de sus trabajos. Es verdad que Miguel Ophovius habia concebido este gran designio desde el año 1604, no siendo aún más que prior de Amberes. Elegido despues provincial y por último prefecto de las misiones de Holanda, comenzó á ejecutar su proyecto; y habiéndole elevado la Providencia á la silla de Bolduc, redobló sus esperanzas y tomó nuevas medidas para la fundacion del seminario de misioneros. La Congregacion de la Propaganda aprobó este designio, y no se debe dudar, atendidos su celo y prudencia, que hubiera dejado de poner las cosas en muy buen pie, si al arrojarle los herejes de su iglesia no le hubieran privado de los medios de fundar un establecimiento tan útil. Dios se contentó con la buena voluntad de nuestro prelado; y el buen pastor se limitó á suplicar al amo de la cosecha enviase obreros á su viña. Exhortó tambien á los superiores de su Orden no descuidasen esta parte de su deber; y este fué quiza el principal motivo que le animó á dirigirse al capítulo provincial celebrado en Amberes en 1637. Se hallaba entónces en el duodécimo año de su episcopado y el octavo de su

destierro. Los tristes años que habia pasado en el ejercicio continuo de la penitencia y de la oracion, en una completa sumision á las órdenes de Dios y en un deseo ardiente de ser llamado á la patria celestial, no habian podido borrar de su corazon el recuerdo de sus ovejas. La situacion en que sabia hallarse los fieles de Bolduc, la debilidad de los unos, la caida de los otros y el peligro de todos, le tenian en continua alarma. No cesaba de ofrecer por ellos sus oraciones dia y noche; y asegura un autor que el vivo dolor de que se hallaba penetrado cortó el hilo de su vida. Murió santamente en Lyra, en brazos de sus hermanos, el 4 de Noviembre de 1637, á la edad de setenta años. Su cuerpo, trasladado despues á Amberes, fué enterrado en la iglesia en que habia tomado el hábito de Sto. Domingo. El P. Jacinto Choquerins, religioso de la misma Orden y doctor de Lovayna, pronunció su oracion fúnebre, que se dió á la prensa. Se le erigió un magnífico mausoleo de mármol, con una inscripcion latina, que se lee en la actualidad todavía. No tenemos otra obra de este prelado más que los estatutos que hizo para la cofradía del Dulce Nombre de Jesús, y en los que procuró inspirar mucho horror á las blasfemias y juramentos ilícitos.—S. B.

OPHNI Y FINEES, hijos del sumo sacerdote Helí. Eran, dice la Sagrada Escritura, hijos de Belial (I Reg., II, 12, 13 y siguientes), hombres malvados, perversos y corrompidos, que no conocian más rey ni regla que su voluntad y avaricia. Como no temian al Señor, no le tributaban el culto del modo que le era debido, ni desempeñaban su ministerio en el tabernáculo como la ley prescribia, «pues cuando cualquiera habia inmolado la víctima, iba el criado del sacerdote con un tenedor de tres dientes, y le metia »en el perol ó en el caldero, en la olla ó la marmita, y todo lo que sacaba el tenedor lo tomaba el sacerdote para sí. Esto hacian con todos los de »Israel que venian á Silo. Y asimismo ántes que quemáran el sebo, venia »el criado del sacerdote, y decia al que sacrificaba: Dame carne que cuezca »para el sacerdote; pues no tomaré de ti carne cocida, sino cruda. Y el que »sacrificaba le respondia: Quemaré primero hoy el sebo segun costumbre, »y despues toma de cuanto quisieres. Mas él respondia diciéndole: No, que »ahora me la has de dar, y sino la tomaré por fuerza. Era, pues, muy »grande el pecado de estos jóvenes delante del Señor, porque retraian á la »gente de sacrificar.» Para entender bien este pasaje, es preciso hacer la observacion de que el texto no habla de holocaustos ni de víctimas para el pecado; sino tan solo de hostias pacíficas ó de devocion, de las cuales se ofrecia al Señor únicamente la sangre, el sebo, los riñones y la tetilla que cubre el hígado y el redaño. El resto pertenecia al dueño de la víctima; pero debia dar al sacerdote por su ministerio la espaldilla y el pecho de la víctima. Moisés no dice en el Levítico de un modo categórico si esto debia

ser crudo ó cocido, pero de lo que se lee en el cap. X, puede deducirse que estas partes no se entregaban sino despues de cocidas, y que el sacerdote no tenia derecho á pedirlas ántes de que el sebo fuese consumido por el fuego del altar. Helí, sumo sacerdote, no ignoraba las órdenes de sus hijos, ni tampoco que dormian con las mujeres que iban á velar á la puerta del tabernáculo, y como les reprendió con demasiada dulzura, el Señor suscitó uno de sus profetas, y le dijo para que le hablase en su nombre: « Por ventura no me he »manifestado visiblemente á la casa de tu padre cuando estaba en Egipto en »la casa de Faraon?..... ¿Por qué has maltratado mis víctimas y los pre»sentes que mandé que fuesen ofrecidos en el templo, y has honrado á tus »hijos más que á mí, comiéndoos las primicias de todos los sacrificios de »Israel, mi pueblo? Por tanto, esto dice el Señor Dios de Israel..... Hé aquí »que llegan los dias en que cortaré tu brazo, y el de la casa de tu padre, »de modo que no haya viejo en tu casa..... Y la señal que tendrás, es lo »que ha de acaecer á tus hijos Ophni y Finees: en un dia morirán en»trambos.....» Algunos años despues el Señor por boca del jóven profeta Samuel, amenazó otra vez á Helí y á sus hijos, diciendo que la iniquidad de su casa no podria expiarse nunca ni con ofrendas ni con víctimas; porque caerian sobre ella todos los males con que la habia amenazado. Al efecto, declararon los filisteos la guerra á los israelitas, y como huyeron éstos al primer encuentro, los ancianos del pueblo llevaron el arca al campo, como un escudo impenetrable á los enemigos. Ophni y Finees fueron los encargados de conducir el arca; pero el Señor permitió á pesar de esto, que perdiesen los israelitas otra batalla, en la que perecieron treinta mil soldados de Israel; Ophni y Finees quedaron entre los muertos y hasta el arca cayó en poder de los enemigos. —S. B.

OPHRA, hijo de Moanati, de la tribu de Judá (I Par., IV, 14).

OPITER (Cristiano de), religioso de la órden de Sto. Domingo, que floreció en el siglo XV. Nació en los Países Bajos, y se hizo religioso en Maestrich, en donde se conservaban aún sus obras en 1671. Los títulos de estas son los siguientes: *Expositio Cœremoniarum Missæ spirituali et mystica*; — *Tractatus de materia ecclesiastici interdicti*; 1451: — *Tractatus de materia Eucharistiæ*; y la historia de un milagro sucedido en Alci en 1326. — C.

OPMER (Pedro). Nació este consolador de los católicos en Amsterdam el 15 de Setiembre de 1525, y llegó á ser un varon muy instruido en las bellas letras, en las lenguas, la filosofía y la teología. Fué ménos ilustre por su erudicion que por su celo por la religion ortodoxa, en un país en que se perseguia á los católicos. Se ocupaba con notable caridad en acompañar á los católicos que llevaban al suplicio, y socorria á los que perseguian ó desterraban por esta causa, y estos importantes servicios al catolicismo lla-

maron de tal modo la atencion de sus ciegos compatriotas, que tuvo que huir de su país, y retirarse primero á Leyden y despues á Delft para librarse de su furor, y en este último punto murió el 10 de Noviembre de 1595 á la edad de sesenta y nueve años, muy llorado de los católicos que tuvieron en él un verdadero protector, razon por la que le hemos concedido este honroso lugar en esta obra. Escribió Opamer diversas obras, á saber: *Assertio historica;* — *De Officio Missæ;* — *Historia martirum Gorcomiensium, Hollandæque;* — *Opus cronographicum.* Al frente de esta última obra se halla su vida, que acabó en 1580, y que Beyerlink continuó hasta 1610. — C.

OPPAS, arzobispo de Sevilla y hermano de Witiza, rey de los visigodos. Destronado este monarca por Rodrigo en 710, Oppas se alió con su sobrino Zeban y Sisebuto contra el nuevo monarca. Con su grande influencia así en el Estado como en la Iglesia, fácil le fué formarse un partido poderoso, y poniéndose á su frente, se unió secretamente con el conde D. Julian é indujo á sus sobrinos á que llamasen los moros. Y miéntras que Oppas engañaba al Rey con apariencias de reconciliacion, animaba á los malcontentos y preparaba la ruina de su patria. Es fama que peleó en el sitio de Toledo bajo el estandarte de Mahoma, y que se cebó en el combate con tanto encarnizamiento ó más que los extranjeros. En 719 fué tambien con una expedicion, que se dirigió contra Pelayo en Asturias. Habiendo sido cogido con las armas en la mano, fué condenado á muerte por este príncipe. — M.

OPPORTUNA (Sta.), abadesa de Montreuil en la diócesis de Seez, y hermana de Godegrando, obispo de aquella silla. Falleció esta Santa en 28 de Abril del año 770, despues de haber pasado su vida en el ejercicio de la penitencia, y fué sepultada al lado de su hermano. En el tomo III de las *Acta Sanctorum* se halla escrita su *Vida* por Adelmo, y en 1655 Nicolás Gosset publicó otra en francés. — M.

OPSTRAET (Juan), célebre teólogo nacido en Beringhen, pequeña ciudad del país de Lieja en 1651. Empezó el estudio de las humanidades en esta última ciudad, y le terminó en Lovaina donde á los pocos años fué nombrado para enseñar lengua y literatura latina, en que tenia grandes conocimientos. Dedicado despues á la teología, aunque se inclinó en un principio á los casuistas, no tardó en ser uno de sus más decididos adversarios, en particular en cuanto leyó los Santos Padres con detencion. Ordenóse de sacerdote en 1680, y al año siguiente se licenció en teología, siendo en 1685, elegido catedrático del colegio de Adriano VI, del que pasó en 1686 al seminario de Malinas por nombramiento del arzobispo de la diócesis Alfonso de Berges. A la muerte de este prelado, su sucesor Humberto de Precipiano desposeyó á Opstraet de su cátedra en 1690. A su regreso á Lovaina tomó una parte muy activa en las disputas que habia iniciado Steyaert, y mereció ser

mirado como el escritor más hábil con que contaban los de Lovaina, adversarios decididos de las opiniones de Steyaert. Esta polémica le impidió tomar el grado de doctor. Desterrado en 1704 por órden expresa del rey de España Felipe V de todos sus estados, no regresó á Lovaina hasta dos años despues, cuando aquella ciudad, despues de la batalla de Ramelta, quedó bajo el dominio del archiduque Cárlos despues emperador de Austria. Despues de haber sido por espacio de once años director del colegio de Halcon, murió en este establecimiento á 29 de Noviembre de 1720. Hasta sus mismos adversarios convienen en que Opstraet tenia una vasta capacidad, y que escribia con grande superioridad la lengua latina, aunque descendiere al trivial estilo de los escolásticos. Su vida fué, segun general testimonio, tan ejemplar como austera, sin que la manchase nunca la más leve sombra de ambicion ó interés. Era mirado como un modelo de directores, y la precision de su ingenio y vastos conocimientos, hacian que los mejores curas del país y los principales eclesiásticos le consultasen en multitud de casos de conciencia difíciles de resolver. Rehusó uno de los principales y más pingües canonicatos de la catedral de Lieja. Fué enterrado en la iglesia de San Miguel, parroquia del colegio de Halcon, donde habia muerto, y en la que se ve su retrato revestido de los ornamentos sacerdotales. Dejó muchas obras, algunas de las cuales han llegado á ser muy raras, no obstante las investigaciones que hacen en su busca los eruditos. En su mayor parte consisten en opúsculos en prosa ó verso, cuyos títulos se hallan citados en el opúsculo latino de Opstraet. Hé aquí algunos de ellos: *Bellum poeticum adversus Hydram pro scholastico primum exercitio susceptum utilitèr, adversus novas et veteres hydromachiæ et Cœcilio Mastigys calumnias resumptum fortitèr, etc.*; en prosa y verso, *Dissertatio theologica de conversione peccatoris; tempestatis novaturientis novissimæ discutio et resolutio in ventos sophismatum*, contra un escrito intitulado: *Tempestas novaturiens novissima* que el P. Alejandro de Santa Teresa habia publicado contra el *Bellum poeticum; dissertatio theologica de praxi administrandi sacramentum pœnitentiæ; doctrina de laborioso baptismo, asserta ex sacris litteris, conciliis, sanctis patribus et theologis*, contra Steyaert; *Appendix ad doctrinam de laborioso baptismo expositio apologetica, cum triplici disquisitione; locus concilii Tridentini vindicatus*, contra Steyaert; *Via arcta cœli et via lasa Dom. Steyaert eversa; responsio pro responsione brevi pro Dom. Steyaert. Ecclessiæ Leodiensis summo pontifici Innocentio XII supplicans pro suo seminario, et doctrinam patrum collegii Anglicani Societatis Jesu Leodii denuntians; imposturæ libelli anonimi*, contra el P. Desirant. — *Dogma novum de fornicatione inter articulos oblatos eximis dominis Harney et Steyaert octavum denuntiatum Summo Pontifici, etc.* — *Doctrina de administrando sacramento pœnitentiæ, colle-*

ctis tum eminentissimorum cardinalium, tum illust. episcoporum dissertationibus, institutionibus et decretis; clerigus belga clericum romanum muniens adversus librum Francolini jesuitæ, cui titulus est clericus romanus; ad Tirones in academiis et episcoporum seminariis theologiæ alumnos institutiones theologicæ; sistema novum à Daelmanno defensum et per plures theses patrum Dominicanorum et discalceatorum Lovanii eversum; responsio ad articulos de quibus Joannes Opstraet accusatur in libello qui inscribitur præpositiones in Belgium disseminatæ jussu congregationis S. Officii collectæ, et coram eodem tribunali exhibita; pastor bonus, seu idea, officium, spiritus et praxis pastorum; theologus christianus, sive ratio studii et vitæ instituendæ à theologo; certitudo moralis in administratione sacramenti pœnitentiæ, à Martino Steyaert oppugnata, à Joanne Opstraet asserta, etc. —S. B.

OPTACIANO (S.), obispo. Fué consagrado por el papa Leon *el Grande*, pastor de Grecia imperando Valentiniano III. Sobresalió con su celo y sabiduría en el concilio de Milan celebrado por Eusebio, obispo de aquella ciudad, desplegando el mismo ardor para preservar á sus ovejas de los errores que infestaban en su época la grey de Jesucristo. Este prelado falleció en su ciudad episcopal, pero se ignora el año. Los Martirologios hacen conmemoracion de él en 14 de Junio. —M.

OPTAT, abad de Monte Casino, conocido por una carta que le dirigió S. Bonifacio para animarle á establecer entre los monjes de su comunidad y los de su monasterio una confraternidad, por la que se obligarian mútuamente á hacer una oracion en comun por los vivos, hacer otra tambien y ofrecer el sacrificio de la Misa por los difuntos, á medida que se enviasen de una y otra parte los nombres de los que acababan de morir. —S. B.

OPTATO (S). Fué martirizado en Zaragoza en el tiempo en que Daciano era gobernador de aquella provincia, y que fué bajo el imperio de Diocleciano, siglo IV de la Iglesia. No fué solo Optato quien sufrió la gloria de morir por Cristo, sino que otros varios sugetos, hasta el número de diez y ocho, fueron martirizados en un mismo dia. —No se han podido conseguir noticias exactas acerca de los antecedentes de estos esclarecidos mártires, ni aun de S. Optato; pues Prudencio, que es quien parece refirió con más exactitud y más detalladamente los sucesos de aquella época, no dice cosa alguna acerca de estos, sino que probablemente sería su martirio el dia 16 de Abril del año 304, lo cual asegura fundándose en que la Iglesia ha tenido, siempre que la ha sido posible, el cuidado de asignar á sus mártires para la veneracion de los fieles el mismo dia en que sufrieron la muerte por Jesucristo, y como á estos se les señala el dia 16 de Abril y en el año no cabe duda, por esto es esa noticia que ha pasado tradicionalmente y llegado hasta nuestros dias. En Zaragoza se celebra su fiesta y se conservan de ellos preciosas reli-

quias que se ponen á la veneracion de los fieles, juntamente con otras muchas de otros ilustres hijos de aquella esclarecida ciudad, que ha sabido corresponder con la fe de sus moradores á la señalada merced que Dios y su Madre le hicieron, y de la cual ciertamente se ha hecho digna.—G. R.

OPTATO (S.), obispo de Numidia, ciudad célebre por los dos concilios que en ella se celebraron á principios del siglo V. Escasos, pero interesantes, son los pormenores de la vida de este Santo, pues la historia eclesiástica hace mencion de él únicamente por el celo con que combatió la herejía de los donatistas. Nació Optato en Africa en el siglo IV, de padres que gozaban de todas las ventajas de la fortuna, y segun puede deducirse de un pasaje de S. Agustin (*De doctrina christianorum*, cap. II, núm. 60) asistió á las escuelas más célebres de su tiempo, y aun pasó á Egipto á escuchar las lecciones de los sabios más famosos del Oriente; pero conociendo luego cuán vana era su filosofía y la falsedad de los principios que profesaban, abrazó la fe católica, de la cual fué en lo sucesivo uno de los más valientes defensores. Sus vastos conocimientos y sus virtudes eminentes fueron los únicos móviles que le elevaron á la silla episcopal de Milevo. Por este tiempo Armenion, discípulo de Donato, ocupaba la silla de Cartago, y habiendo publicado una exposicion y una apología juntamente de la doctrina de su maestro, S. Optato temió que algunos espíritus débiles no se dejasen seducir de los errores de aquel prelado, adornados de las galas de un lenguaje artificioso, robustecidos con todos los recursos de la dialéctica, y se apresuró á refutarlos escribiendo un tratado *De Schismate donatistarum*. Los seis primeros libros los compuso este prelado por los años 318, siendo pontífice Dámaso, y quince años despues añadió el séptimo, que es resúmen corolario de toda la obra. El estilo de S. Optato es digno, noble y preciso, y sus razones son concluyentes. Este tratado, único escrito que ha quedado del obispo de Milevo, fué publicado en Maguncia, 1549, en fólio, por Juan Cochlee. Esta primera edicion se hizo teniendo á la vista un manuscrito muy defectuoso, y por lo mismo las que se hicieron despues adolecen de los mismos defectos. La más hermosa, y sin disputa la mejor y más completa, es la que publicó Dupin; París, 1700, en fólio, reproducido en la misma forma; Amsterdam, 1701, y Amberes, 1702. Este sabio editor la ha enriquecido con un prefacio, que contiene curiosas noticias sobre la vida y obras de Optato, y las diferentes ediciones que de ésta se habian hecho hasta entónces. Además va ilustrada con dos disertaciones, una sobre la historia de los donatistas y la otra sobre la geografía sagrada de Africa. A sus notas ha unido tambien este editor las de los primeros editores que le han precedido, terminando la publicacion con una coleccion cronológica de todos los actos relativos á la herejía de los donatistas desde su orígen hasta el pontificado de

Gregorio *el Grande*. La Iglesia honra la memoria de S. Optato en 4 de Julio. En el tomo VI de la historia de los autores eclesiásticos, por Ceillier, se halla un extenso artículo dedicado á este Santo. — M.

OPTATO (S.), obispo y confesor. A pesar de la poca duracion de su episcopado, pues solo gobernó la diócesis de Auxerre un año y ocho meses, fué uno de los prelados más aplaudidos por su celo y virtud que se sentaron en aquella silla. Falleció por los años 800. A su religiosidad se debe la ereccion de la iglesia de S. Cristóbal, donde fueron depositados sus restos. El sepulcro de este Santo fué famoso en milagros. Los Martirologios citan su nombre en 31 de Agosto. — M.

OPTTANCIO (S.), mártir. Fué este esclarecido mártir de Cristo natural de la ciudad de Caller, en el reino de Cerdeña, y originario de una de las más distinguidas familias. La educacion que recibió fué muy cristiana, y con esto acrecentó su deseo del martirio á que indudablemente le indujo desde los primeros albores de su razon el conocimiento del mérito grande que adquiere quien da por Dios lo más precioso que hay en el hombre, que es la vida, quien ofrece á su majestad con toda especie de tormentos su destruccion, su muerte, que es á la verdad lo más con que podemos honrar á nuestro Dios. No se sabe qué especie de tormentos serían los que emplearon para dar muerte á Opttancio, pero está fuera de duda que serían muy terribles, y esto se desprende de que no los escaseaban para todos los que caian en sus manos, y los hacian ser mucho más terribles en aquellos cuyas relevantes prendas ó extraordinarias circunstancias podian hacer presumir que de su muerte por Cristo resultarian otras nuevas confesiones de Cristo, el que otros acaso dieran tambien su vida por un objeto tan adecuado para que por él se sacrifique, no digamos la miserable existencia de este mundo, sino todo cuanto se puede comprender de más grande, de más excelente y sublime, bien entendido que todo será nada en comparacion del infinito valor que tienen Dios y su gloria, á la cual tienden y llegan los que sellan con su sangre y con su vida la verdadera fe, única que puede procurar y producir nuestra salud eterna. Los fieles que presenciaron su martirio enterraron su sagrado cuerpo como pudieron, es decir, secretamente y sin más que una indicacion del sugeto cuyos despojos era, con una noticia del modo con que fué sacrificado por Cristo nuestro Señor. Vino despues la paz de la Iglesia, y el templo de S. Lucífero, arzobispo que fué un dia de Caller, fué el lugar destinado para recoger en él los cuerpos de todos los Santos que andaban diseminados por una parte y por otra, y entre los recogidos lo fué el de S. Opttancio, segun acreditan los muchos y caracterizados testigos que concurrieron á la solemne traslacion que desde la iglesia referida á la catedral se hizo en presencia del arzobispo Esquivel, de su vicario y cabildo, y de

muchas de las personas distinguidas de la poblacion, habiéndose encontrado junto á su sepultura la lápida que detallaba los años que vivió sobre la tierra, que fueron cincuenta y dos, once meses y nueve dias, si bien el tiempo habia borrado la fecha de su martirio. — Desde esta gloriosa reaparicion de S. Opttancio son muchos los milagros que el Señor ha hecho por su invocacion, siendo este el motivo de que se celebre con gran solemnidad en testimonio de gratitud, y que el 15 de Abril, aniversario de su invencion tan estimada como apetecida, sea para Caller dia de verdadero regocijo, por recordársele una nueva prenda de afecto con que el cielo tuvo á bien distinguirla. — G. R.

OQUENDE (Sebastian de), religioso dominico, natural de Oviedo. Despues de entrar en la Orden fué enviado á las islas Filipinas, donde enseñó teología. Los deberes del profesorado no le impidieron dedicarse al ejercicio de la predicacion, que desempeñaba con tanta frecuencia como buen éxito, mereciendo los aplausos de cuantos le escuchaban, que á más de su saber en el púlpito solian admirar su prudencia en el consejo cuando acudian á consultarle sobre casos de conciencia. Ejerció por algun tiempo el cargo de subprior de su convento, y siendo ya anciano, fué elegido prior del de San Jacinto de Méjico. A pesar de su mucha edad y de las incomodidades de tan largo y penoso viaje, vivió de la misma manera que en Manila, en la más completa abstinencia y practicando todo género de virtudes. Murió en 1671, y se asegura que su cuerpo se hallaba seis años despues entero é incorrupto. Dejó de sí la mejor fama en todos los lugares donde habia vivido, y entre sus numerosas obras se citan unos *Comentarios sobre la Suma de Sto. Tomás*, y *Respuestas á cuestiones morales*; pero ninguna de ellas se ha dado á la prensa. — S. B.

OQUETE (P. Diego de), jesuita, de quien se ignoran los pormenores de su vida, sabiéndose únicamente que escribió una obra con el título de *Commentaria in Cántica Canticorum*. — S. B.

OR (Luis de). Fué natural de Berlin, y habiendo estudiado ciencias militares, por ser esta su inclinacion, entró como profesor en la academia de Sajonia, despues de haber acreditado su valor y destreza militar en muchas acciones de guerra en que intervino. Era protestante, pero no satisfecho con su secta, porque en ella no encontraba la verdadera satisfaccion, paz y sosiego de su espíritu, trató de rectificar sus creencias religiosas, y Dios se valió de este medio para hacerle conocer la antorcha brillantísima de la fe católica, que no solo ilustra é ilumina, sino que vivifica y alienta para pasar la triste peregrinacion de este valle de miserias. Confirmóse más y más en que la Iglesia católica era el único asilo de salud, segun que vió los excelentes resultados obtenidos por los católicos de todos los tiempos, en ór-

den al dominio y victoria de sí mismos, obra imposible de terminar favorablemente bajo ninguna otra creencia que bajo la fe de Jesucristo; y por esto, ó más bien porque la gracia divina le obligaba á secundar los designios de Dios, Luis de Or se hizo católico abjurando el protestantismo en manos del Rmo. cardenal Ostrue el dia 29 de Junio de 1836, en la capilla del palacio del nuncio apostólico de Viena. Luego que hubo recibido la gracia de la reconciliacion con Dios, se esmeró grandemente en corresponderla, siendo su vida ejemplarísima, y procurando tambien escribir en defensa de la religion católica, como lo hizo con muchísimo acierto, siendo sus escritos tanto más estimados, cuanto que proceden del exámen práctico de aquella misma, sobre la cual versan; pero de un exámen práctico, desinteresado, imparcial, el cual hace conocer y confesar el error, para que de esta confesion y reconocimiento resulte la verdad, que, como dice el mismo Luis de Or, ni se halla ni puede hallarse fuera del catolicismo, toda vez que esta religion es la unidad divina. — G. R.

ORAN (Juan), jesuita. Nació en Lieja, y habiendo tomado el hábito de la Compañía de Jesús, sus superiores le mandaron á Francia, en donde permaneció por algun tiempo en Bourges, haciendo estrecha amistad durante su permanencia en esta ciudad con el sabio jurisconsulto Cujas. Destinado á la enseñanza, profesó la teología en París, y por último murió en Mons, en el Hainaut, el último dia de Mayo del año 1603. Tradujo al francés la obra española de su compañero Pedro Rivadeneira, titulada: *De Officio principis christiani et institutione ejusdem*, obra escrita en tres libros contra Maquiavelo. Publicó el P. Oran: *Defensio brevis pro Societatis innocentia.* — *Epistolæ de rebus Japonicis, Mogorenicis, Chinensibus*, etc., de cuyas obras da razon Valerio Andrés, en el tomo II de su *Biblioteca Belga*, edic. de 1739. — C.

ORAN (Nicolás), religioso de la órden de Hermanos Menores Observantes, floreció á principios del siglo XVII. Fué profesor de teología y predicador. Su saber le elevó á la dignidad de guardian de los conventos de su Orden en Lieja, en Namur y en otras partes, habiendo sido elegido dos veces definidor por la provincia de Flandes; y en todos estos cargos se distinguió por su piedad, saber y prudencia. Publicó este religioso treinta sermones con el título de *Apostasía del traidor Judas*, en Mons, el año 1611, en 8.° — Veinticuatro con el título de *Exilium generis humani felicissimum;* Mons, 1611, en 8.° — Treinta y cuatro con el de *Benjamin evangelicus, seu conversio Sancti Pauli*, 1624. — *Conversio Cornelii Centurionis;* Mons, 1632, en 8.° — *Mysteria passionis Dominicæ.* — *Oratio moralis et historica de Sancto Alberto, Sacræ Romanæ Ecclesiæ Cardinale, episcopo Leodiensis et martyre.* De todas estas obras hace mencion Valerio Andrés en la pág. 917 del tomo II de su *Biblioteca Belga*. — C.

ORANTES (Francisco), religioso franciscano. Fué muy versado en las ciencias eclesiásticas, de modo que todavía muy jóven asistió al Concilio de Trento como teólogo del obispo de Palencia, admirando á aquella augusta asamblea con la profundidad de su doctrina y la elocuencia de su palabra. Nombrado despues confesor de D. Juan de Austria, y últimamente prelado de la silla de Oviedo por el rey D. Felipe II, falleció en su diócesis el 12 de Octubre de 1584. Escribió: 1.° *Locorum catholicorum pro romana fide adversus Calvini institutiones*: siete libros, dedicada al príncipe Carlos; Venecia, 1564, y París 1566.—2.ª *Concionem ad Patres Tridentini concessus habitam, etc.* Norb. 1662.—3.ª *Epistolam seu tractatum de quibusdam quæstionibus inter Philippum Marnixium Sanctæ Aldegondæ abbatem et Michaelem Bayum academiæ Novariensis Cancellarium, circa Ecclesiæ auctoritatem et judicem controversiarum fidei.*—4.ª *De justificatione.*—M.

ORATORICA, abadesa del monasterio de Arlue, á quien dirigió una carta S. Cesáreo sobre las cualidades que deben tener las que se hallan encargadas de la direccion de las almas. Algunos la han supuesto equivocadamente abadesa de Arles. — S. B.

ORBAIS (Guillermo de), abad en la diócesis de Soissons en 1180; no lo era ya en 1192, época en que su sucesor permutaba con el abad de San Remi. Todo lo que sabemos de Guillermo es que en 1180 hizo transportar á su abadía el cuerpo de S. Régulo, obispo de Senlis, y que escribió una corta historia de esta traslacion. Atestigua que los hábitos del Santo se hallaron intactos; cosa admirable, añade, despues de más de trescientos años. El milagro era todavía mucho mayor de lo que pensaba Guillermo, pues San Régulo habia muerto en 688, cerca de cinco siglos ántes de la ceremonia que describe el abad. — S. B.

ORBASSANO (Fr. Pedro de), religioso capuchino de la provincia del Piamonte. Escribió: *Altipolarium cum demonstrationibus de immovilitate terræ*; tomo I, en 4.°—*Novus baculus geometricus*; tomo I.—S. B.

ORBELLIS (Nicolás de), franciscano y natural de Angers. Falleció en 1545, y escribió un *Compendio de Teología, segun la doctrina de Scoto*; un tomo en 8.°—M.

ORCHAMPS (Claudio de), general de la órden de Mínimos. Nació en 1595, en Besanzon, de noble familia. Muy jóven aún, profesó la regla de S. Francisco de Paula, en cuya Orden se distinguió luego por su raro talento para la predicacion. Predicó con mucho aplauso en las principales ciudades de Borgoña, Saboya en Italia, y desempeñó diferentes empleos de su Orden hasta que en 1655 fué nombrado superior general. Habiendo pasado á España para visitar las casas de su Orden cayó enfermo en Madrid, donde falleció en 11 de Junio de 1658. Felipe III, que amaba sobre manera al Pa-

dre Orchamps asistió á sus fúnebres exequias con una antorcha en la mano. Este respetable religioso ha publicado un libro titulado: *Reflexiones reales de un jóven príncipe*; Lion, 1651, en 4.° Prescindiendo de su estilo, el fondo de su libro es muy excelente. — M.

ORCHE (Fr. Bartolomé de), religioso de la órden de S. Gerónimo; tomó el hábito y profesó en el monasterio de Villaviciosa, donde se distinguió mucho por sus virtudes, aunque estuvo dedicado á los oficios más humildes de la casa. Refiérense de él varias cosas notables, en particular respecto á apariciones. Vivió en la religion setenta y dos años con grande edificacion, llegando á la edad de noventa y ocho. Murió santamente el dia de S. Buenaventura, año 1655. — S. B.

ORCHE (Fr. Gabriel), religioso de la órden de S. Gerónimo; tomó el hábito y profesó en el Real monasterio de Guadalupe, donde se distinguió mucho por sus virtudes, llegando á tan alto grado de perfeccion que aseguran de él los cronistas, fué uno de los religiosos más señalados en la observancia y virtuoso ejemplo que ha tenido aquella comunidad; declarando su confesor despues de su muerte, que fué de conciencia purísima y que pasó á la vida eterna sin otra mancha que la del pecado original. — S. B.

ORCHE (José de), religioso de la órden de S. Gerónimo, tomó el hábito y profesó en el monasterio de nuestra Señora de la Armedilla, donde fué maestro de novicios y vicario durante algunos años, distinguiéndose por sus virtudes y santidad. Falleció hácia el año de 1606. — S. B.

ORCHE (P. Fr. Juan), religioso de la órden de S. Gerónimo, tomó el hábito y profesó en el Real monasterio del Escorial, distinguiéndose mucho por sus virtudes. Obtuvo varios cargos, que desempeñó con acierto, aunque algunos de ellos eran de muy difícil ejecucion. Murió en 1649 con fama de santidad. — S. B.

ORCHE (Fr. Juan), religioso de la órden de S. Gerónimo, natural de Castilla la Nueva. Escribió con el nombre del hermano Lorenzo Calvete la siguiente obra: *Historia de la vida del glorioso S. Frutos, patron de Segovia, y de sus hermanos S. Valentin y Sta. Engracia*; Valladolid, 1610, en 8.° — S. B.

ORCHE (Fr. Luis de), religioso de la órden de S. Gerónimo, profeso de la casa de Lupiano y general de su religion; fué varon ejemplar, discreto y animoso; muy celoso por la observancia de la regla y decidido en hacerla guardar, segun refiere el P. Sigüenza en el tomo II de su *Crónica de la órden de S. Gerónimo*. — S. B.

ORCHIO (Fr. Manuel), religioso capuchino de la provincia de Milan, publicó: *Lectiones theologicæ pluribus in tomis in quatuor distributæ;* Milan, 1650. — *Lectiones Philosophicæ*, Milan y Venecia, 1650, en 4.° — S. B.

ORDAS (Fr. Jaime), religioso de la órden de los Ermitaños de S. Agustin, natural de la provincia de Guipúzcoa. Compuso una *Vida de la venerable Madre Mariana de la Fe.* —S. B.

ORDERICO (Vital), monje de S. Evroul. Nació en Inglaterra en 16 de Febrero de 1075. Su padre Odeliri, de quien nos hemos ocupado en el artículo correspondiente, le puso el nombre del sacerdote que le bautizó, por lo que Orderico le llamó siempre su padrino. A la edad de cinco años fué puesto en manos del sacerdote Silwado para aprender los primeros elementos de las letras, es decir, la lengua latina. Aprendió tambien los himnos, los salmos y demás cosas necesarias para desempeñar su cargo en el clero de la basílica de los Santos Apóstoles, donde se le habia admitido. Esta basílica no era en su orígen más que una capilla de madera en un arrabal de Scrobesburi; Roger, señor del condado de este nombre, la habia dado á Odeliri, como hemos dicho en otro lugar, y éste, con la proteccion de su bienhechor, la construyó de piedra y convirtió en un monasterio. La carta de la fundacion por el conde Roger es del año 1082. Orderico no sirvió en esta iglesia más que hasta la edad de diez años. Su padre le envió entónces de Inglaterra á Normandía, bajo la direccion de un monje llamado Raynald. Aunque no habia aprendido la lengua del país la comprendía, y en esto se compara al patriarca José, á quien la lengua egipcia llegó á ser familiar tan pronto como entró en Egipto. Mainere, abad de S. Evroul, recibió á Orderico con bondad, le dió el hábito monástico y la tonsura clerical. En vez del nombre de Orderico quiso llamarse Vital, nombre de uno de los compañeros de S. Mauricio, mártir, cuya fiesta se celebraba el dia que recibió la tonsura; es decir, el 21 de Setiembre de 1086. Apenas habia llegado á la edad de diez y seis años, cuando su abad Gerlon le hizo ordenar de diácono por Gislebert, obispo de Lizieux; sirvió en este grado durante quince años, al cabo de los cuales fué ordenado de sacerdote en las temporas de Diciembre de 1107, por Guillermo, arzobispo de Ruan, que ordenó el mismo dia á ciento cuarenta y cuatro diáconos y ciento veinte sacerdotes. Tenia Orderico á la sazon treinta y tres años de edad. Contaba sesenta y siete cuando escribia todas estas particularidades de su vida, y habia vivido en S. Evroul durante el gobierno de seis abades: Mainere, Serlon, Roger, Guerin, Ricardo y Ranulfo. Por órden del abad Roger acometió la empresa de escribir la historia de su tiempo, que dedicó á su sucesor el abate Guerin. Se ocupó ménos en referir los grandes sucesos del estado, que lo que tenia relacion á los asuntos de la Iglesia, por lo que intituló á su obra *Historia Eclesiástica.* Comprendia bien que la hacia mucho más interesante refiriendo lo más notable que habia pasado en las iglesias de Roma y de Oriente; pero su voto de residencia en el monasterio de S. Evroul y las prácticas

de su estado, no le permitieron hacer investigaciones tan extensas. Se limitó, pues, á la Normandía y á las provincias vecinas en las cosas que acontecieron en su época. Dividió su historia en tres tomos, y el total en trece libros. En el primero hace un compendio de los principales sucesos desde la Encarnacion del Salvador hasta el año 1140; refiere las diversas opiniones de los antiguos sobre el número de los años que transcurrieron desde la creacion del mundo hasta el nacimiento y la pasion de Jesucristo, y entrando despues en los detalles de su vida, la da concordando á los cuatro Evangelistas, en los lugares en que no convienen en la apariencia; despues habla de todos los emperadores, empezando por Tiberio, de los reyes de Francia y de Inglaterra; de los duques de Sajonia, de Borgoña y de Normandía; de los seis primeros concilios generales y de algunos concilios particulares. Para este libro se ha valido de los escritos de S. Eusebio de Cesarea, de San Gerónimo, del sofista Hiberius, de Osorio, de S. Isidoro de Sevilla y del venerable Beda. Comienza su segundo libro por el compendio de los Actos de los apóstoles; los libros que llevan falsamente el nombre de S. Clemente y el de Arator, subdiácono de la Iglesia romana, que ha puesto en verso los Actos de los apóstoles, los combates y los padecimientos de S. Pablo. Lo que dice de S. Andrés lo habia tomado de un libro de que no conocia el autor, que son las actas que tenemos bajo el nombre de los sacerdotes y diáconos de Acaya. Cita para la historia de S. Juan al falso Meliton; y sobre el martirio de Santiago, hermano del Señor, los comentarios de Egesippo. Despues de haber escrito la vida de otros apóstoles y de algunos de sus discípulos, da la série de los papas, desde S. Pedro hasta Inocencio II, que fué elegido en 1130, tomando en las falsas decretales lo relativo á los papas de los seis siglos primeros. El tercer libro tiene un prefacio en que dice Orderico que le han ordenado sus superiores referir los sucesos de la guerra de los normandos en Francia, Inglaterra, la Pulla, las fundaciones de monasterios, la série de obispos y de abades en casi toda la Neustria, y las cosas memorables del reinado de Guillermo II, llamado *el Bastardo* y *el Conquistador*. Entiende por Neustria á lo que se ha llamado despues Normandía, y así se la nombraba en su tiempo. Cuenta por primer duque de Normandía, despues de la invasion de los daneses, á Rollon, que fué bautizado por Fraucon, arzobispo de Ruan, en 912, y renunció con todo su ejército al culto de los ídolos; sucesores suyos fueron los duques Guillermo I, Ricardo I, Ricardo II y Roberto I. Orderico refiere en su libro tercero lo que pasó bajo su gobierno; da grandes elogios á Thierri, abad de S. Evroul en tiempo del duque Guillermo; sabia hacerse amar de los buenos y temer de los malos. Asíduo en la oracion, le gustaba tambien el trabajo mecánico; copiaba muy bien manuscritos, arte útil, que no podia ser puesto lo bastante

en práctica, por lo que se le enseñó á los jóvenes religiosos de su monasterio, donde se llegó por este medio á formar una numerosa biblioteca. Además de los libros de iglesia, los misales, los leccionarios, los antifonarios, los graduales, copió él mismo é hizo copiar todos los libros de la Sagrada Escritura, las obras de S. Gregorio, de S. Gerónimo, de S. Agustin, de San Ambrosio, de S. Isidoro, de Eusebio, de Orosio y de otros muchos doctores de la Iglesia. Este Abad acostumbraba á decir á los monjes, á quienes queria librar de las tentaciones del demonio: «Orad, leed, cantad, escribid, ó dedicaos á alguna otra obra semejante.» Guillermo II sucedió á Roberto en el ducado de Normandía en 1066; despues conquistó á Inglaterra, de que se hizo coronar rey á la muerte de Harold. La historia de este conquistador y de los grandes hombres que florecieron en su reinado forma el asunto del libro IV. Hállase en él la edificante respuesta que Guitmond, monje de la Croix de Saint Leufroi, en la diócesis de Evreux, dió á este príncipe, que le instaba aceptase un obispado en Inglaterra. Su modestia fué admirada de toda la corte, y el Rey le permitió volver á su monasterio. Continúa Orderico en el libro V la historia del reinado de Guillermo II. Cita en él el testamento que Roger de Montgomeri, conde de Scrobesburi, hizo en favor del monasterio de S. Evroul, y el discurso que su padre Odeliri dirigió á este señor, para obtener de él la fundacion de la abadía de S. Pedro en Scrobesburi; Odeliri le cedió la mayor parte de sus bienes, y consagró en ella á Dios á Benito, su hijo segundo, abrazando él además la vida monástica. En el mismo libro se hallan muchas cartas de donaciones hechas á monasterios, sobre todo al de S. Evroul. La que le hizo Guillermo *el Conquistador* se halla referida en el libro VI. Orderico pide en él perdon á sus lectores, por haberles hablado tanto tiempo de los beneficios con que tantas personas habian enriquecido aquella abadía, y dice que no ha tenido otra intencion en ello que animar á los monjes, sucesores suyos, á acordarse de sus fundadores y bienhechores en sus oraciones. Refiere despues la vida de S. Evroul, por las memorias que habian dejado los que le habian conocido, y las de los abades que habian gobernado el monasterio despues de la muerte del Santo. El sétimo libro da desde luego la cronología de los reyes de Francia, desde Pipino hasta Enrique, hijo de Roberto, y las diferentes revoluciones acaecidas en el reino, de parte de los vándalos, los normandos y los sajones; las guerras entre los duques de Borgoña y los reyes. Vienen despues las diferencias de Enrique IV, rey de Alemania, con el papa Gregorio VII; las tentativas de Roberto Guiscard, duque de Pulla, sobre el imperio de Oriente. Orderico pone la muerte de este príncipe, que miraba como uno de los mayores héroes de su siglo en 1085, y dice que Robert se preparó á ella con la confesion de sus pecados y la saludable

comunion de la Eucaristía. Refiere despues la muerte de la reina Matilde y la del rey Guillermo, su esposo; la historia de la traslacion de las reliquias de S. Nicolás de Mira á Bari, y del robo de un brazo del Santo, guardado en un relicario de oro y plata por Esteban, chantre del monasterio de S. Nicolás de Angers. Roberto II sucedió á su padre Guillermo en el ducado de Normandía, y Guillermo *el Rojo* en el reino de Inglaterra. Enrique, que era el tercer hijo de Guillermo *el Conquistador*, solo recibió dinero de su herencia. Procuraron adornar con magnificencia la tumba de su padre; pero no imitaron ni su piedad ni su adhesion á la Iglesia. Orderico refiere sus principales hechos en el libro VIII. Describe en el noveno la historia de la primera cruzada bajo el pontificado de Urbano II y de Pascual II. Habia sido escrita ya en cuatro libros por Baudric, obispo de Dol, que la empezó en la partida de los cruzados, concluyéndola en la primera guerra que siguió á la toma de Jerusalen. Otros autores griegos y latinos trabajaron sobre el mismo asunto; pero creyendo Orderico más exacta que ninguna la historia del obispo de Dol, la siguió en todas sus partes, compendiando lo que le parecia demasiado difuso, y añadiendo algunas circunstancias interesantes que se le habian escapado. Dice que el entusiasmo por la cruzada era tan general, que solo las mujeres y niños dejaban de presentarse; que los señores vendian ó empeñaban sus castillos y sus tierras, aun á vil precio; que todos dejaban lo que tenian de más querido, mujer, hijos, padre y madre; que los mismos ladrones y los malvados confesaban sus pecados, esperando expiarlos por medio de la guerra santa. La ciudad de Jerusalen fué tomada por los cruzados algunos dias ántes de la muerte de Urbano II, acaecida el 29 de Junio de 1099. El antipapa Clemente habia muerto algun tiempo ántes. Enrique IV murió el 7 de Agosto de 1106, abandonado de todos sus amigos y excomulgado. Su cuerpo, que se habia enterrado en un principio en una iglesia de Lieja, fué desenterrado y puesto en un lugar profano. Enrique V, su hijo y sucesor, imitó la tiranía de su padre: vejó al pueblo y al clero, sitió á Roma, derramó mucha sangre, se apoderó del Papa y obtuvo de él todo lo que pretendia, en particular una concesion de investiduras. Hallándose en libertad el papa Pascual, reunió un concilio, en que, conforme á la opinion de los más hábiles jurisconsultos, se anuló todo lo que habia concedido á aquel príncipe contra su voluntad. Despues de haber referido lo que sucedió en aquella ocasion, pasa Federico á contar lo que se verificó por la misma época en Inglaterra, Normandía y en Mans; despues refiere la historia de la cruzada, y vuelve por último á la de Normandía é Inglaterra. Concluye su libro con la prision de Boemundo, príncipe de Antioquía, y su libertad por medio de Melaz, hija del príncipe Aliman. El undécimo li-

bro continua la historia de la cruzada ; pero se emplea en particular en dar á conocer el estado de la Normandía y de la Inglaterra bajo el reinado de los dos hijos de Guillermo *el Conquistador*, Roberto y Enrique. Habla tambien del viaje del papa Pascual á Francia, de la muerte del rey Felipe y de su hijo Luis, su sucesor; de S. Anselmo, arzobispo de Cantorbery; de Hugo, abad de Cluni; de muchos obispos de grande reputacion. Refiere Orderico, que hallándose el rey Felipe próximo á su fin, reunió á los señores de su corte á quien más apreciaba, y les dijo: «No ignoro que la sepul»tura de los reyes se halla en S. Dionisio ; pero considerando el gran número »de mis pecados, no me atrevo á hacerme enterrar cerca del cuerpo de un »mártir tan respetable, por temor de que en castigo de mis faltas no sea en»tregado al diablo, y me suceda lo que se dice sucedió á Cárlos Martel: ten»go mucha devocion á S. Benito, invoco humildemente al piadoso padre de »los monjes, y deseo ser inhumado en una iglesia edificada bajo su advocacion »en el Loire. El Santo es bueno y clemente, y recibe con bondad á todos los »pecadores que desean corregirse y reconciliarse con Dios, observando sus »reglas.» Este príncipe fué enterrado, conforme á sus deseos, en el monasterio de Fleury-sur-Loire, entre el coro y el altar, á los cuarenta y nueve años de su reinado, el 1108 de Jesucristo. En el duodécimo libro se halla la continuacion de la historia de Enrique, rey de Inglaterra; sus diferencias con Luis, rey de Francia; las actas del concilio de Reims en 1119, que presidió el papa Calixto; las del concilio de Monzon, la carta de Roger, abad de S. Evroul, á Enrique, rey de Inglaterra, en la que le suplica por razon de su avanzada edad y de sus muchas enfermedades, le libre del gobierno de aquel monasterio y se le dé á otro; el permiso que este príncipe concedió á la comunidad de elegir abad ; la órden del Rey al obispo de Lisieux, á los condes y á los barones de Normandía, de elegir por abad á Guerin que habia sido elegido por los monjes de S. Evroul, y de dejarle gozar pacíficamente de todos sus derechos, y otros muchos sucesos desde 1118 hasta 1131, que fué el año de la muerte del papa Honorio y de la eleccion de Inocencio II. Orderico refiere en el libro décimotercio los sucesos de la guerra que Ildefonso, rey de Aragon, tuvo que sostener contra los sarracenos; las tristes consecuencias del cisma ocasionado de dos papas al mismo tiempo, Inocencio II y Anacleto II; las calamidades que ocurrieron en diferentes lugares en 1134 y 1136; la muerte de Luis, rey de Francia, y de Enrique, rey de Inglaterra. Hace un grande elogio de este último, é inserta su epitafio. Sucedióle en el reino de Inglaterra Esteban Boulogne, sobrino de Enrique. Su reinado fué turbado por la rebelion de algunos señores hácia 1141. El dia en que debia atacarlos en el campo con las armas en la mano, cuando oia misa, se le rompió y cayó al suelo tres veces la antorcha bendita que tenia

en la mano. Los que lo presenciaron auguraron muy mal, saliendo cierto su agüero. La victoria fué de los rebeldes, y el Rey quedó prisionero. Tal es en resúmen la historia eclesiástica de Orderico Vital. Aunque tenga poco órden y método y muchas faltas de cronología, es sin embargo muy interesante por el gran número de hechos que contiene, y que no se encuentran en otra parte, al ménos tan bien detallados. Es además recomendable por su aire de sencillez y de sinceridad. Parece que el autor revisó su obra despues de haberla acabado, pues al terminar el primer libro dice que reinaba entónces Lotario en Alemania, Luis en Francia, Esteban en Inglaterra y Juan, hijo de Alejo, en Constantinopla. El emperador Lotario no murió, sin embargo, hasta 1136, y Orderico no terminó su libro décimotercio hasta 1142 en la época en que Esteban, rey de Inglaterra, se hallaba preso; y al principio de aquel libro menciona la muerte del abad Guerin, á quien habia dedicado su obra. Cuenta en el mismo libro otros dos abades despues de Guerin, á saber, Ricardo y Ranulfo. Todo lo cual hace ver que despues de haber terminado su historia, puso al fin del primero un resúmen de los principales sucesos que contenia. Francisco de la Croix habia prometido publicarla, y se asegura la razon que le impidió cumplir su promesa. Hízolo Andrés Duchesne dándola lugar en su *Coleccion de Historiadores de Normandía*, impresa en París en 1619 por Sebastian Cramoisy, en fólio, sobre tres manuscritos. Ha añadido á manera de apéndice, la historia anónima del rey Esteban, sucesor de Enrique en el reino de Inglaterra, escrita por un autor contemporáneo; una Crónica, anónima tambien, desde 1139 hasta 1259; otra Crónica de S. Esteban de Caen, que comienza en 633; diferentes catálogos de los señores de Normandía que siguieron al rey Guillermo á Inglaterra, y recibieron de él feudos en aquel reino; los nombres de los caballeros que llevaban las banderas en Normandía y en las demás provincias de Francia; muchas cartas de los duques de Normandía y de los reyes de Francia, con algunos otros documentos para la historia de Francia y de Inglaterra. No se dice el año en que murió Orderico Vital; pero nos refiere él mismo que no tenia más que sesenta y siete años cuando terminó su historia. —S. B.

ORDINAIRE (Claudio Nicolás), naturalista. Nació en Salins por los años 1736 de una familia que habia desempeñado puestos importantes en la administracion de los tribunales de esta ciudad. Concluidos sus estudios con mucho lucimiento, entró en la Congregacion del Oratorio, en cuyos colegios enseñó humanidades muchos años; pero su salud delicada no permitiéndole dedicarse enteramente á la enseñanza, salió de aquella Congregacion, y obtuvo un canonicato en la catedral de Riom. Los deberes de esta prebenda le permitieron satisfacer cumplidamente su aficion á las ciencias,

y como la Auvernia es seguramente la provincia de Francia que ofrece al naturalista más objetos de estudio, Ordinaire aprovechó su residencia en Riom para formarse un herbario y reunir en sus excursiones á los montes inmediatos varias muestras de productos volcánicos que clasificó con tanto esmero como inteligencia. A pesar de su modestia, la fama de su saber se extendió rápidamente; de modo que fué elegido para enseñar los elementos de historia natural á las princesas de Francia, las cuales recompensaron el mérito de su institutor, consignándole una pension. Resuelto á no prestar el juramento exigido á los eclesiásticos, fué desterrado en el año 1793. Despues de haber recorrido la Suiza y la Alemania, buscó un asilo en Inglaterra, donde el sabio Wiviam Hamilton le dió una generosa hospitalidad. En el año 1802 abriéronse las puertas para los emigrados, y Ordinaire se apresuró á volver á su patria, y poco despues fué nombrado bibliotecario de Clermont, donde falleció desempeñando esta plaza en 15 de Agosto de 1809, de edad muy avanzada. Escribió varias obras que han quedado manuscritas, y entre ellas una Estadística de Auvernia, cuya publicacion, si bien fué anunciada, no sabemos si se ha llevado á cabo. Antes de su muerte habia dado al público una *Historia natural de los volcanes y otros fenómenos análogos*; París, 1802, en 8.°; obra elemental muy bien recibida del público, y que apareció adornada de un interesante mapa-mundi volcánico, grabado por Tardieu. Esta publicacion habia visto un año ántes la luz pública en Londres, escrita en idioma inglés; pero la edicion francesa es más apreciable, porque está enriquecida de muchas observaciones sacadas de periódicos científicos. El autor ha conservado en esta edicion su dedicatoria á Hamilton, aun cuando habia ya fallecido al salir á luz la edicion francesa, como un testimonio de la veneracion que profesaba á la memoria de este ilustre autor de las ciencias. Este libro presenta una teoría fundada en hechos sobre la formacion de los volcanes y los diferentes accidentes que acompañan á este terrible fenómeno, y contiene curiosas observaciones sobre los volcanes más conocidos, recogidas por los viajeros y los naturalistas que los han visitado en épocas diversas. — M.

ORDOÑEZ (B. Alfonso), religioso franciscano de la provincia de Andalucía, de donde pasó de misionero á Méjico en 1538; aprendió allí los idiomas mejicano y otómico, y predicó en ambos á los naturales del país con no poco fruto de las almas. Distinguióse por el ejercicio de todas las virtudes, llegando á ser tan amado de sus hermanos como de los naturales del país, los que sintieron mucho su fallecimiento ocurrido en 1584. Sepultáronle en la iglesia de su convento, siendo su cadáver mirado desde entónces con particular veneracion. — S. B.

ORDOÑEZ (P. Fr. Andrés), séptimo general de la religion de S. Juan de

Dios en España, nació en Zaragoza en 1592. Dedicáronle sus padres al estudio, y despues de haber aprendido los primeros rudimentos de la gramática en su ciudad natal, pasó á Sevilla donde tomó el hábito en el convento de nuestra Señora de la Paz en 1622, cuando contaba apenas treinta años. Despues de profeso pasó al Brasil con otros veintidos religiosos, donde permaneció por algun tiempo, regresando despues á España. Nombrado en esta ocasion procurador de la casa de Sevilla, fué enviado despues á la fundacion del hospital de la villa de Priego, en que ejerció el cargo de prior. Pasó luego al convento de la Santa Misericordia de la ciudad de Cádiz, y fué, por último, secretario general de su religion. Nombrado superior de toda la Orden en España en 1644, cuando contaba cincuenta y dos años de edad, fué desde luego objeto de grandes persecuciones por haber tomado algunas medidas contrarias á las constituciones de la Orden, que se quejó de él al nuncio de Su Santidad, quien le puso preso en Madrid en el convento de Sta. Bárbara, formándole causa, de que resultó privarle del cargo de general. No faltaron defensores que procuraron sostener su partido, mas solo obtuvieron la confirmacion de la primera sentencia, que confirmó por último en definitiva el nuncio de Su Santidad, siendo el P. Ordoñez desterrado á Murcia y privado de su cargo. Hallábase en esta ciudad en el año 1648, cuando la invadió la peste, de que falleció, con grande arrepentimiento de los males que habia ocasionado durante su gobierno.—S. B.

ORDOÑEZ (Fr. Bartolomé), religioso español, conocido por haber escrito en octavas castellanas, la vida de Sta. Eulalia, ínclita vírgen de Barcelona; su poema lleva el título de *La Eulálida*, y se imprimió en Tarragona en 1590 por Felipe Robert.—S. B.

ORDOÑO, obispo de Oporto, sucedió á Ermogio, siendo estos los dos únicos prelados que dan á esta iglesia los historiadores en el siglo X por haber sido despues arruinada la ciudad por Almanzor. Segun una escritura del tumbo de Samos, continuaba Oporto como obispo titular en el año 931, era 969, en que el Rey confirma los privilegios de Samos á 31 de Agosto. En dicho documento se cita á Ordoño como obispo portugalense, año 931.—S. B.

ORDUÑA (Fr. Juan de), religioso de la órden de S. Gerónimo, natural de Valladolid, tomó el hábito y profesó en la Real casa de Segovia; despues de haber estudiado artes en la religion, cursó la teología, pero más que por sus adelantos en las ciencias se distinguió por los que hizo en la virtud, siendo tal su ejemplo, que por unánime eleccion de todos los religiosos se le nombró maestro cuando apenas contaba catorce años de hábito. Fué maestro de novicios por espacio de veinticuatro, en los que ejercitó en gran manera su paciencia, aunque dió á la Orden muchos sugetos notables por su

humildad y virtud. Fué muy observante de su regla y de todos los ejercicios de su religion. Fué vicario de su casa de profesion, cuya sacristía enriqueció con muchas alhajas y ornamentos. La Orden le eligió despues prior de Benavente; pero ántes de salir de su convento, le nombraron sus hermanos su prelado, á los que gobernó con mucha paz, amando y favoreciendo á todos y mucho más á sus enemigos. Pero solo desempeñó este cargo por espacio de seis meses, porque habiendo ido á S. Juan de Ortega á confirmar una eleccion, enfermó y murió en este monasterio con las mismas muestras de santidad en que habia vivido.—S. B.

ORE (Fr. Luis Gerónimo). Nació en América, y profesó la órden del seráfico P. S. Francisco. Dedicóse con grande provecho de las almas al ministerio de la predicacion: fué catedrático de teología y desempeñó varios cargos de su Orden en el Perú. Falleció en 1628, despues de haber escrito las obras siguientes: 1.ª *Rituale seu manuale peruanum ad brevem formam administrandi Sacramenta juxta ordinem S. Ecclesiæ Romanæ cum translationibus in linguas provintiarum peruanorum*; Nápoles, 1607, en 4.°—2.ª *Orden de enseñar la doctrina cristiana en las lenguas quichua y aimara*; 1598, en fólio. 3.ª *Símbolo católico indiano*, en el cual se declaran los misterios de la fe contenidos en los tres símbolos católicos, apostólico, niceno y de S. Atanasio. 4.ª *Una descripcion del nuevo orbe y de los naturales de él*; 1572, en fólio, Lima.—5.ª *Catálogo de indulgencias*; Alejandría, 1606.—6.ª *Sermones del año.*—7.ª *Corona de la Santísima Vírgen María*; Madrid, 1619, en 4.°—8.ª *Relacion de la vida y milagros del P. Fr. Francisco Solano;* en 4.°—9.ª *Relacion de los mártires que ha habido en la Florida*, 1604, en 4.°—M.

OREB, uno de los príncipes madianitas que perecieron con Zeeb, tambien príncipe del mismo pueblo, en el año del mundo 2759, ántes de Jesucristo 1241, y ántes de la era vulgar 1245. Cuando Gedeon seguia el alcance del ejército de los madianitas, envió á decir á los de Ephraim que se apoderasen de los vados del Jordan para que los fugitivos no pudiesen regresar á su país. Hiciéronlo así los de Ephraim, y habiendo caido prisioneros en su poder los dos príncipes del ejército derrotado, Oreb y Zeeb, mataron al primero sobre una roca llamada Oreb, y al segundo en el lugar de Zeeb. Algunos creen que la roca de Oreb era una poblacion, ó que á lo ménos se levantó posteriormente un pueblo en este lugar. Eusebio y S. Gerónimo hacen mencion de una aldea denominada Araba, á tres millas de Scythopolis, hácia el Occidente, y Herman Vander Har ha creido que habian salido de aquel lugar los hijos de Oreb que alimentaron al profeta Elías oculto en el torrente de Garith.—M.

O'REGIO (el cardenal Agustin), uno de los teólogos más célebres de su tiempo, cuya elevacion no tuvo otro pedestal que su virtud y sus propios

talentos. Nació en 1577, de padres pobres, en un pueblo llamado de Santa Sofía, situado en los confines de la Toscana y de la Romanía. A la edad de diez y siete años pasó á continuar sus estudios á Roma. No obstante de tener la edad de las pasiones, prefirió pasar una noche de invierno, desnudo y en medio de la calle, ántes que su virtud sucumbiera en un lance muy parecido al del patriarca José en Egipto. Sabedor el cardenal Belarmino del laudable proceder de O'Regio en una circunstancia tan crítica, le colocó en el colegio de Nobles, donde le mantuvo á sus costas durante muchos años. Despues O'Regio abrazó el estado eclesiástico, distinguiéndose luego por sus vastos conocimientos en la ciencia sagrada. Encargado por el cardenal Barberino, á la sazon legado en Nápoles, de examinar la opinion de Aristóteles sobre la inmortalidad del alma, publicó á instancia de su ilustre protector una disertacion titulada: *Aristotelis vera de rationalis animæ immortalitate sententia*; Bolonia, 1621, en 4.°, en la cual justifica á este filósofo de la nota de materialista. Cuando el cardenal Barberino subió al trono de San Pedro con el nombre de Urbano VIII, la fortuna de O'Regio quedó desde entónces fijada, pues nadie mejor que este soberano pontífice habia podido apreciar el mérito y las relevantes cualidades del jóven O'Regio. Por lo mismo le dió desde luego un canonicato en Faenza, y en 1634 le decoró con la púrpura romana, nombrándole arzobispo de Benevento. Este cardenal gozó muy poco tiempo de su alta dignidad, pues falleció al siguiente año en su ciudad episcopal á los cincuenta y ocho de edad. O'Regio escribió varios tratados: *De Deo, de Trinitate, de Incarnatione, de Angelis, de Opera sex dierum*; impresos separadamente y que por mucho tiempo han estado en uso en los seminarios de Italia. Nicolás O'Regio, su sobrino, ha reunido todos estos tratados y los ha publicado juntos en Roma, 1637-1642, en fólio. Algunos han supuesto que el P. Pelau habia sacado su Teología dogmática de las obras del cardenal O'Regio, pero el P. Oubin ha refutado sólidamente esta acusacion de plagiario, en una disertacion inserta en las *Memorias de Treboux*, Julio de 1718; en el *Diario de los Sabios*, de Marzo de 1719. Existe una *Vida de O'Regio* en las *Adiciones* que publicó Oldoini á las *Vidas de los papas y cardenales*. —M.

O'REILLY. Fué inglés de nacion y muy aplicado al estudio de la medicina, en cuya difícil ciencia hizo muchos progresos, siendo muy sensible para todos los que conocian su buen criterio y excelentes condiciones el que un hombre de mérito por una parte, y por otra de muy buenas costumbres, estuviese imbuido en las perniciosas ideas de Calvino, y fuera uno de los más acérrimos defensores de este desdichado heresiarca. Dios nuestro Señor, que mira por todos y que á nadie abandona, sino cuando la criatura se empeña en que se verifique acerca de él este abandono mismo, tuvo gran cui-

dado de su O'Reilli, y quiso dispensándole su favor atraerle á su servicio y amor; y para esto con ocasion de hallarse en Berlin, morada del célebre personaje que nos ocupa, el cardenal de la Tour de Auvergne, que venia de ser confirmado en su dignidad cardenalicia, excitó al sabio médico á que entrase en controversia con el no ménos sabio prelado, y que moviendo Dios el entendimiento de éste para convencer, y el de aquel para que fuera convencido, se lograse el importantísimo éxito de que O'Reilly conociese y confesase su extravío, diese gloria á Dios por la inspiracion especial con que le favorecia, y abjurando solemnemente sus equivocadas creencias en manos del prelado catequista, lleno de consuelo su espíritu, abrázara y confesára la fe de Cristo, única verdadera, en el mes de Abril de 1842, desde cuya fecha continuó portándose como verdadero católico, y como quien agradece en cuanto merece ser agradecido y es posible á nuestra frágil naturaleza, un don en que Dios da á la criatura cuanto puede darle, que es el que se acerque á su augusta grandeza, único fin adecuado del amor de la criatura. — G. R.

ORELLA (D. Joaquin Antonio del Camino), canónigo de Lugo. Nació en S. Sebastian de Vizcaya, y despues de haber estudiado con notable aprovechamiento, fué catedrático y doctor de la universidad de Oñate. Murió en Lugo en Setiembre de 1819, en cuya catedral habia obtenido una canongía. Historiador laborioso é infatigable, además de ser consumado en la ciencia del derecho civil y canónico, se dedicó á arreglar y ordenar el archivo de su patria, donde encontró tan preciosos tesoros para la literatura é historia de Guipúzcoa, que formó el proyecto de escribir la historia de San Sebastian, su patria. Orella vió, en efecto, al cabo de algunos años terminado este trabajo, que consiste en dos tomos llenos de noticias tan curiosas y amenas como abundantes en variada, erudicion y fina crítica, siendo lástima no hayan tenido la publicidad que merecen dándose á la estampa. Los especiales conocimientos que tenia de las cosas de su patria, como hemos indicado, le merecieron la honrosa distincion de que la Academia de la Historia le confiase la revision de la mayor parte de los artículos relativos á Guipúzcoa, que tuvieron cabida en el *Diccionario histórico y geográfico* que escribió aquella sabia corporacion, y además de las notas, adiciones y correcciones que en ellos hizo, suministró otros muchos y notables materiales. La Academia en justa recompensa le nombró socio correspondiente. Ocupó sus ratos de ocio en traducir las obras de S. Cipriano, version que mereció de los redactores de la *Minerva*, elogios muy honoríficos, así por la pureza y gracia del lenguaje, como por la fidelidad de la traduccion. Tambien tradujo las *Instituciones canónicas* de Berardi, con notas que acreditan la erudicion y juicio de Orella. Además de estos trabajos suficientes para labrar la reputa-

cion literaria y científica de este ilustre hijo de Guipúzcoa, dejó manuscritas varias obras como una traduccion con notas de las *Apologías de Tertuliano*; el principio de una *Historia de los servicios que prestó Guipúzcoa en la guerra de la Independencia* y otros trabajos dignos de ver la luz pública. El gobierno acudió varias veces á su celo y conocimientos, quedando siempre satisfecho de las comisiones que le confiára. — S. B.

ORELLANA (D. Francisco Vicente de), sacerdote, natural de Valencia, donde murió en 3 de Abril de 1717, y obtuvo un beneficio en la parroquia de San Martin despues de haberse graduado de doctor en jurisprudencia. Compuso un *Tratado de barnices y charoles*, que vió la luz pública en su patria en 1756, en 4.° Tradujo además del francés una obra escrita del obispo de Rodas, D. Luis Abelli, con este título: *Corona del Año Cristiano ó meditaciones sobre las principales y más importantes verdades del Evangelio de Jesucristo, dispuestas para todos los dias del año, segun el órden del oficio eclesiástico*; Valencia, 1744, cuatro tomos en 4.°—S. B.

ORELLANA (D. Pablo Vallejo de), sacerdote, natural de Andalucía. Escribió: *Reloj de horas canónicas para eclesiásticos, ó sea de la obligacion de recitar las preces canónicas*; 1644, en 8.° — S. B.

ORENCIO y PACIENCIA (Stos.), mártires. Las actas de estos dos santos esposos se han perdido en la noche de los tiempos; pero se cree con algun fundamento que eran naturales de Huesca, y que fueron padres de dos hijos muy ilustres en santidad; Orencio, arzobispo de Aux, y Lorenzo, glorioso mártir de Jesucristo. Habiendo fallecido primero Santa Paciencia, Orencio su esposo se retiró á los campos de Lavedan, donde es fama que obró varios prodigios. Tambien se dice que sobrevivió á la consagracion de su arzobispo, y que tuvo la gloria de saber que el otro habia ascendido al cielo triunfante con la palma del martirio. La oracion de este Santo que se lee en los antiguos breviarios de Huesca, nos indica que por su intercesion aquella ciudad y territorio experimentó muchos beneficios, acudiendo especialmente al Santo para librar los campos de la plaga de la langosta. Los Martirologios mencionan á estos dos Santos esposos en 1.° de Mayo. — M.

ORENCIO, HEROS, PARNACIO, FERMIN, FERMO, CIRIACO Y LONGINOS (Stos.), mártires, todos siete hermanos, modelos de valor y disciplina militar en las legiones romanas. Hallándose en Sataló de Armenia fueron acusados de seguir la religion de Jesucristo; y aunque gozaban de mucha consideracion en el ejército, el emperador Maximiano mandó despojarles de sus insignias y honores militares, porque no quisieron quemar incienso á los ídolos. Trasladados despues á diversos lugares y separados unos de otros, padecieron todos el martirio, no sin haber sobrellevado ántes con heróica resignacion los más crueles tormentos. La Iglesia recuerda su tránsito en 24 de Junio. — M.

ORENCIO, obispo de Granada, natural de Tarragona. Amat da sobre este escritor las noticias siguientes. «Vivió en el siglo V y escribió para los fieles un Comentario ó sea un poema latino en verso heróico, como dice Sigeberto, cap. XXXIV de su *Catálogo de varones ilustres*, para recrear al que le leyese con suave plática breve, con este título: *Commonitorium fidelium*. El P. Miguel de S. José, tomo III, pág. 387, dice que fué español natural de Tarragona, del cual hizo mencion S. Isidoro y Sigeberto en el *Catálogo de varones ilustres*, cap. XXXIV, diciendo: *Orientius commonitorium scripsit metro heroico ut mulceat legentem suavi breviloquio*. Gravesson le confunde con el obispo de Cobliure. Moreri dice que lo fué de Elna en la provincia Tarraconense. Asistió al concilio Elnense el año 516. Créese que es el autor de la obra *Commonitorium fidelium*, parte de la cual publicó Delrio en 1600, y Martenne la publicó entera en el tomo III de su *Thesaurus anecdotarum*, el cual niega que Orencio sea español, y quiere que sea francés natural de Aux, y el mismo que en tiempo del emperador Valente III convirtió muchos arrianos á la fe católica, y trató la paz entre Aecio, general de los romanos, y el rey Teodorico de los visigodos.» No habiendo, pues, de este Orencio más noticias que las expuestas, que únicamente prueban su existencia y de ningun modo sus hechos, nos hemos apresurado á trascribirlas para que el lector pueda formar de ellas el juicio que le parezca más acertado. — S. B.

ORENCIO, obispo de Coblliure, escribió una obra en verso, segun afirma Ferreras y varios otros escritores. — M.

ORENES (Fr. Rodrigo de), religioso de la órden de S. Gerónimo, tomó el hábito en el convento de Montemarta, de que fué prior posteriormente. Era natural de Orense y de una familia muy distinguida. Se hizo muy notable por su humildad, costando gran trabajo hacerle aceptar el priorato, y mucho más el generalato de su religion, para que fué elegido en 1477. Manifestó desde luego que no se habian engañado los religiosos en su nombramiento, pues dió grandes ejemplos con sus virtudes, y escribió varias cartas á los prelados, mandándoles vigilasen para la conservacion de la observancia regular, de que fué siempre muy celoso. Desempeñó por espacio de tres trienios sucesivos el cargo de general, falleciendo poco despues aunque se ignora la fecha de su muerte. — S. B.

ORESME (Nicolás), uno de los primeros escritores del siglo XIV. Estudió en la universidad de París, donde se le tenia inscrito como normando: Huet conjetura que nació en la ciudad de Caen, porque en ella se encuentra con mucha frecuencia el apellido Oresme en familias muy antiguas. Mas sea de ello lo que fuere, es cierto que Nicolás Oresme fué doctor en teología de la facultad de París, y que en 1355 fué superior del colegio de Navarra,

donde recibió su instruccion y á cuyo establecimiento dió poderoso impulso con su celo y su talento. Nombrado sucesivamente arcediano de Baieux, dean del capítulo de Ruan y tesorero de la Santa Capilla de París, sus vastos conocimientos filosóficos llamaron la atencion del rey Juan, que le atrajo á su lado para nombrarle preceptor de su hijo en 1360. Tres años despues Oresme fué enviado á la corte del papa Urbano V, en Aviñon, siendo notable por su energía el discurso que pronunció delante de Su Santidad y el colegio de cardenales sobre el lujo de los príncipes de la Iglesia. Este discurso, que *Flactius Illiricus*, inserta en su libro de *Testimonios de la verdad*, y que despues dió á luz separadamente Salomon Desner en Witemberg, 1604, atrajo al autor la acusacion de hereje; mas tan negra mancha quedó desde luego disipada. Cuando su regio pupilo subió al trono de sus mayores con el nombre de Cárlos V, acórdose del tierno afecto de su institutor, y le nombró obispo de Lisieux en 1667, siendo tan absoluta la confianza que tenia en su saber y fidelidad, que le pedia con mucha frecuencia su parecer en los asuntos más graves del Estado, siguiendo no pocas veces sus inspiraciones. Estos servicios eran premiados por el monarca con espléndida liberalidad, segun así consta en los registros del Consejo de Contabilidad. Oresme falleció en la capital de su diócesis el 11 de Julio de 1382, despues de haber escrito las obras siguientes: 1.ª *Una traduccion de Etica ó moral de Aristóteles;* escrita por órden de Cárlos V, París, 1486, en fólio.—2.ª *Una version de la política de Aristóteles;* París, 1489, dos tomos en fólio.—3.ª *Los libros del Cielo y del Mundo;* traducidos por el mismo autor.—4.ª *Remedios contra una y otra fortuna, traducidos del Petrarca;* París, 1535.—5.ª *Un tratado en latin sobre la comunion de los idiomas.*—6.ª *Ciento quince sermones*, entre los cuales descuella el que escribió sobre el *cambio de moneda*, insertado en la *Biblioteca de los Padres*, y atribuido sin razon á Guillermo Oresme, hermano ó sobrino de Nicolás. Otros escritores han supuesto si pertenecia á Guillermo de S. Amour.—7.ª Un escrito, bastante raro, impreso con este título: *Liber magistri Nicolai Oresme de Antichristo ejusque ministris, ac de ejusdem adventu signis propinquis simul ac remotis quatuor continens particulas.* Este libro ha sido impreso en el tomo IX de la *Coleccion de antiguos escritores y monumentos eclesiásticos*, publicada por Martenne y Duran. Borget, para probar que este libro no pertenece á Oresme, aduce lo que el mismo autor dice en el mismo capítulo XIV, esto es, que han trascurrido 1230 ó 1240 años desde que Jesucristo manifestó á sus apóstoles su ascension, lo que supondria una época muy anterior al nacimiento de Oresme. Segun Nicolás Gil, este autor habia compuesto todavía otra obra, en la que sostuvo la opinion de la Inmaculada Concepcion de la Vírgen María, un tratado en francés de la esfera, y diferentes escritos contra los partidarios de la astrología, muy elo-

giados de Pico de la Mirándola. Los sabios Launoi, Huet y Dupin creen que Oresme escribió tambien una traduccion de la Biblia; pero esta suposicion descansa únicamente en un simple mandato de Cárlos V para que el obispo de Misieux se ocupára en una obra semejante; de modo que la *Biblia* hallada en la Biblioteca Real no puede servir de prueba, porque no lleva el nombre del traductor. Esto áun prescindiendo de que hay razones para creer que salió más bien de la pluma de Raholio de Presnes, de quien sabemos que no habia confesado todas las obras que escribió. Simon, en su *Historia crítica de las versiones del Nuevo Testamento*, cree que fácilmente pudo atribuirse á Oresme una traduccion hecha un siglo ántes por Guiart des Moulins, canónigo de Aire, terminada en 1294 y publicada en 1487 de órden de Cárlos VIII. Estas versiones de la *Biblia*, hechas en lengua vulgar, parecen escritas con el objeto de oponer un antídoto á las que circulaban los baudenses y otros novadores. — M.

ORESTE. Entre los patriarcas de Jerusalen que menciona Moreri en su *Gran Diccionario histórico*, al hablar de esta célebre ciudad, manifiesta hubo uno de este nombre el año 1006 de nuestra época. — C.

ORESTES (S.) mártir. Nació en Capadocia, y en esta ciudad fué preso y azotado inhumanamente por órden de Maximiliano, porque no quiso ofrecer incienso á los ídolos. Perseverando el Santo en su fidelidad cristiana, se le sujetó segunda vez en en el martirio hundiéndole unos clavos en los talones. Como tan agudo dolor no bastase aún á doblar la entereza de su fe, fué arrastrado á una distancia de cuatro mil pasos de la ciudad, y allí espiró. Su muerte tuvo lugar en el año 304, segun Baronio, imperando Diocleciano. S. Basilio *el Grande* levantó en honor de este Santo una iglesia en su patria.

ORESTES (S.). Véase CUSTRACIO (S.).

ORESTES, obispo de Basas, conocido por la parte que tomó en el segundo concilio de Macon, convocado por el rey Gontran. Se celebró el 23 de Octubre del vigésimocuarto año de su reinado, 585 de Jesucristo. Se reunieron hasta treinta y tres obispos en persona, sin comprender otros tres que no tenian iglesia: Gerónimo de Agda, Promoto de Chateaudun y Faustino de Dax. Al frente de todos estos obispos se hallaban seis metropolitanos: Prisco, de Lion, que se halla calificado de patriarca y que presidió la asamblea; Evancio, de Viena; Pretestato, de Ruan; Bertran, de Burdeos; Artemio, de Sens; y Sulpicio, de Bourges. Los más célebres entre los simples obispos son: Siagrio, de Autun; S. Annacario, de Auxerre; S. Veran, de Cavaillon; y Mario, de Avrenches. Además de los obispos presentes, asistieron diez y ocho ó veinte delegados de otros tantos prelados que no pudieron asistir á la asamblea. Segun S. Gregorio de Tours, el principal motivo de la convocacion de este concilio fué para juzgar á los obispos acusados de haber

abrazado el partido de Gundebaldo. Se sabe tambien que Gundebaldo era un aventurero, que con el nombre de hijo de Clotario I, habia hecho un poderoso partido y grandes conquistas en toda la Aquitania. Se examinó efectivamente la causa de estos obispos. Faustino, que habia sido ordenado obispo de Dax por la autoridad de aquel pretendido príncipe, fué depuesto y colocado en otro lugar. Los Padres del concilio tuvieron, sin embargo, la precaucion de establecer que los tres obispos que habian tenido parte en la ordenacion de Faustino, le alimentarian sucesivamente, y le pagarian cien escudos de oro anuales. Estos tres prelados fueron Bertran de Burdeos, Paladio de Saintes, y *Orestes de Basas*. Fué excomulgado Ursicino, obispo de Cahors, por haber recibido en su casa á Gundebaldo. Se le impusieron tres años de penitencia, durante los cuales no podia afeitarse ni cortarse el pelo, se abstendria de vino y de carne, y no podria ejercer sus funciones sacerdotales, aunque conservára el gobierno de su iglesia. —S. B.

ORFANELL (Fr. Jacinto), religioso de Sto. Domingo y uno de los mártires que esta Orden cuenta en las misiones del Japon. Nació en Jana, del antiguo reino de Valencia, en 1578, y profesó la regla de Sto. Domingo en el convento de Sta. Catalina mártir de Barcelona. Habiendo estudiado en él con sumo aprovechamiento los cursos prescritos por los estatutos, movido de un ardiente celo por la fe, solicitó pasar á las misiones del Japon á compartir las fatigas y peligros que arrostraban sus cofrades. Los superiores le concedieron al fin el logro de sus deseos. Tan animoso como contento, embarcóse Fr. Jacinto para aquellas lejanas tierras. Lleno su corazon de aquella fe que traslada las montañas, llega al lugar de su destino y consagra desde luego sus fuerzas, sus vigilias y aun su vida á la conversion de los idólatras. Ni los malos tratos, ni las asperezas de un terreno inculto, el hambre, la sed, ni los peligros más inminentes, pudieron detener un momento el paso de Fr. Jacinto Orfanell. Su mision era la de predicar el Evangelio á aquellas gentes, y ante este deber sagrado este varon apostólico no conocia riesgos, y caminaba dias y noches al través de páramos inmensos buscando á los infelices, cuya salvacion apetecia. Ora ocultándose, ora arrostrando de frente las iras de la autoridad que perseguia de muerte á todos los misioneros apostólicos, iba nuestro Orfanell extendiendo las luces de la fe en aquellas comarcas, cuando un dia, hallándose en el pueblo de Yagomi, fué preso y conducido á la cárcel de Omura. Allí encontró más de treinta compañeros, cuyo único crímen era el amor á la verdad, que aguardaban como él la hora de sellar con su sangre la santidad de la religion cristiana. En medio de las vejaciones más crueles, gobernados por un carcelero, que con su bárbaro trato aumentaba aun la crueldad de su amo, Fr. Jacinto conservó la misma entereza de ánimo; desde el fondo de la cárcel continuó alentan-

do á los fieles por medio de cartas y otros escritos, en que contrastaba su humildad y paciencia con las privaciones de que era víctima. Llamaba su cárcel dichoso paraíso, y se regocijaba con la idea del próximo martirio, y animaba con fervor santo á los que la persecucion lanzaba cada dia al fondo de un calabozo. De los cincuenta y dos que se hallaban allí apiñados, veinticinco fueron sentenciados al fuego y los demás decapitados. Tocóle á este ilustre dominico ser del número de los que habian sido condenados á las llamas, y dando en él ejemplo de un valor á toda prueba, penetró en el fuego con paso firme, levantados los ojos al cielo y cruzadas las manos sobre el pecho. Este martirio tuvo lugar en la ciudad de Nangasaqui, siendo emperador de aquel reino Jogunsama, el 10 de Setiembre de 1722, á la edad de cuarenta y cuatro años. Escribió las obras siguientes: 1.ª *Historia Eclesiástica de los sucesos de la cristiandad en el Japon desde el año* 1602, *que entró en él la Orden de Predicadores, hasta el de* 1621, *añadida hasta el fin del año* 1622 *por el P. Fr. Diego Collado;* Madrid, 1632 y 1633, en 4.°—2.ª *Varias cartas escritas á su hermano José Orfanell, sobre puntos de religion y asuntos relativos á las misiones.* Estas cartas no han visto la luz pública, pero algun pariente suyo las guarda con particular esmero. La biblia que tenia para su uso, ha sido conservada como un recuerdo que merecian las heróicas virtudes y celo de este ferviente religioso. — M.

ORGAZ (Fr. Diego de), religioso de la órden de S. Gerónimo. Recibió el hábito en el convento de nuestra Señora de Guadalupe á los veinte años de edad. Fué muy notable por su humildad, y no ménos por su carácter pacífico y bondadoso. Desempeñó diferentes cargos, y todo con grande aplicacion y acierto. «El dia, dice el P. Sigüenza, le gastaba todo en el servicio de »su Reina; la mañana toda ayudando á las misas con singular devocion; lo »restante del dia en contemplar sus grandezas, pidiendo su favor y su socorro »en todo. Comenzó esta devocion en él desde muy temprano, casi desde mu»chacho, y fué la principal ocasion de tomar el hábito en el monasterio de »nuestra Señora de Guadalupe. Para servir mejor á la Reina de las vírgenes »procuró ser casto y honesto en cuerpo y alma. Hacia tambien la Vírgen á »su servidor grandes favores, porque no venia alguna de sus fiestas, en que »no se le apareciese y consolase dulcemente con su presencia, animándole á »proseguir el curso comenzado de sus virtudes, humildad, pureza, pobreza »y obediencia.» Tuvo grandes tentaciones, por lo que es célebre en las crónicas de su Orden, que le comparan á S. Antonio Abad. Falleció á 1.° de Enero de 1464, despues de haber recibido los santos sacramentos, y dejando la mejor fama de sus virtudes y santidad. —S. B.

ORGEMONT (Nicolás de), llamado *el Cojo*. Fué el cuarto hijo del canciller del mismo nombre. Era ya canónigo de nuestra Señora de París, arce-

diano de Amiens y dean de S. Martin de Tours, cuando en 1299 fué nombrado canónigo de S. German de Auxerre, en consideracion al mérito de su padre y á la influencia de su hermano mayor, Pedro de Ordemont, obispo de Turena y despues de París por espacio de veintiseis años. Este prelado, segun dice el *Suplemento de* 1789 *al Diccionario de L'Advocat*, dió las tierras de Champigni, que poseia de su padre, á Guillermo, baron de Montmorenci; pero segun Diganion de la Force, más digno de crédito en esta parte, el obispo de Orgemont vendió en 1404 el palacio de su padre á Juan de Francia, duque de Berri, el cual lo cedió en 1422 al duque de Orleans en cambio del palacio de Giac. Más adelante, cuando los franceses se apoderaron de París, el duque de Betfort, regente del reino durante la ausencia de Enrique V y la menor edad de Enrique VI, se apoderó del palacio de Tournellas, que así se llamaba el palacio de Orgemont, y fijó en él su residencia, haciendo en 1425 varias reformas en sus dependencias, que le dieron mayor capacidad. Lanzado de Francia por sus súbditos Cárlos VII, vivió casi siempre en el antiguo palacio del canciller de Orgemont. Volviendo á Nicolás, objeto de este artículo, diremos que la parte que le tocó de la herencia de su hermano el Obispo, muerto en 1409, vino á aumentar considerablemente su fortuna, sin menguar la influencia de que gozaba, pues vemos que en 1414 fué nombrado dean de S. German de Auxerre. De modo que el canónigo Nicolás de Orgemont era considerado como uno de los clérigos más ricos de Francia, mayormente si atendemos que á su patrimonio y pingües prebendas, que hemos indicado, reunia además diferentes cargos, y entre otros el de consejero del parlamento de París. Las funciones anexas á este empleo le comprometieron en los acontecimientos de intrigas tan diversas y complicadas de aquella época. Despues de los sucesos de 1383, en que su padre el canciller habia figurado como partidario entusiasta de la política de su protector Felipe *el Atrevido*, duque de Borgoña, léjos de disminuir el poder de este potentado, fué todavía en aumento con la sucesion de los condados de Flandes, Artois, Nevers, etc., que su suegro le dejó en 1384. El ambicioso Felipe no cesó, pues, de fomentar los partidarios de su causa en perjuicio de la autoridad Real; y el asesinato del condestable Flisson, ocurrido en 1393, y la demencia de Cárlos VI, que sobrevino luego, contribuyeron magníficamente á sus miras. Obteniendo primero el consentimiento de su hermano, duque de Berri, logró fácilmente que se le confiára la principal direccion de los negocios del Estado, excluyendo á Luis, duque de Orleans y hermano del Rey. Felipe continuó colmando de favores á Nicolás de Orgemont, y éste agradecido le sirvió con toda la adhesion y sinceridad de un fiel amigo; adhesion que en lo sucesivo habia de ser el principal ariete que causaria su ruina. Luis de Orleans habia empezado ya en

1397, á disputar el poder á su tio Felipe; y no cesando de redoblar sus esfuerzos, logró derribarle en 1401. Es verdad que dos años despues Felipe habia recobrado ya toda su autoridad; pero su muerte, ocurrida en 1404, selló perpétuamente sus proyectos, y entregó la Francia á su rival y á la reina Isabel de Baviera. Poco duró este triunfo, porque Juan Sinmiedo, hijo de Felipe *el Atrevido*, y más temible que su padre, se apoderó de la regencia y obligó á abandonar á París á la Reina y al duque de Orleans. Y este sucumbe asesinado en 1407, por órden del duque de Borgoña. A pesar de este crímen, que el autor tuvo la audacia de justificar plenamente, Juan Sinmiedo continuó dueño del poder hasta 1410. En esta época las facciones de los Armagnac y Borgoñones adquirieron una celebridad poco envidiable, pudiéndose decir lo mismo de los feroces *Cobaxienis*, capitaneados por los carniceros de París, y organizados contra los Armagnac por el conde de Saint-Paul, gobernador de la capital y celoso partidario de Borgoñon. El Rey declaróse al principio contra Cárlos Borgoñon, su sobrino; pero acabó por abrazar su causa en 1412. Sin embargo, Juan Sinmiedo continuó siendo querido de los parisienses, irritados contra los Armagnac, por los impuestos con que los agobiaban. Por desgracia la funesta batalla de Acincour, ganada en 1415 por Enrique V, rey de Inglaterra, á los franceses, vino á hacer más profundo el rencor que dividia á los dos bandos, Armagnac y Borgoñones. Es sabido que así Cárlos de Orleans como el duque de Borbon, cayeron en poder del enemigo. Y esta circunstancia era muy favorable á las miras de Juan Sinmiedo, que solo pensaba perpétuamente en el gobierno, sin intentar entónces entregar la Francia al extranjero; pero habiendo sucumbido en la batalla el condestable Albret, su baston fué entregado al conde de Armagnac, enemigo irreconciliable del duque de Borgoña. Además, como éste intentaba ausentarse con dos mil caballos, apresuróse á hacer entrar en la capital al Rey, y á situar las tropas necesarias por los alrededores. Mezerai dice que se mandó expresamente al Borgoñon entrar en la ciudad, acompañado tan solo de su compañero; pero guardóse muy bien de hacerlo, porque no se podia considerar seguro en ella, cuando se prendia á todos sus amigos y se ahorcaba á todos los soldados que podian encontrar. No es extraño, pues, que desde esta época de reaccion y de venganza las grandes riquezas de Nicolás de Orgemont, partidario acérrimo de la casa de Borgoña excitasen la codicia de los Armagnac. De otra parte, el duque de Borgoña se habia retirado á Lagny, sobre el Marne, cuna de la familia de Orgemont, en la cual era natural ejerciese grande influencia, aguardando dos meses habia el resultado de las negociaciones abiertas con los Armagnac ó de las secretas conferencias que tenia con los parisienses. Tan prolongada permanencia en Lagny tenia admirados á amigos y enemigos del duque, de

modo que á Juan Sinmiedo no se le llamaba sino Juan *el Largo*, ó Juan de Lagni, grande por su indolencia. Conviene tener en cuenta todos estos antecedentes, porque al paso que señalan á Nicolás de Orgemont como una víctima destinada al despotismo del condestable de Armagnac y de sus fieles servidores Barbazan y Tannegui Duchatel, preboste de París, nos tendrán precavidos para graduar el verdadero valor de los relatos y exageraciones de los contemporáneos, bastante parciales á los Armagnac. Esta conspiracion de los Borgoñones, preparada por cuatro emisarios del duque, en la cual los enemigos de éste acusaban á Orgemont de ser el principal cómplice, ha sido apreciada en su verdadero punto de vista por los historiadores más concienzudos. Mezeray consagra á este objeto pocas líneas, pero en ellas expone el grande odio que se tenia al condestable por sus exacciones sin tasa ni medida. Ni el clero era exceptuado de aquella extorsion, dice aquel autor, y hé aquí porqué los parisienses deseaban vivamente el regreso del duque de Borgoña. El presidente Enault y el abate Millot han guardado el más absoluto silencio sobre esta conspiracion en el sucinto relato que hacen de aquella época en sus obras. No así Mr. de Barante, el cual conforme con Mezeray, pinta al parlamento y á una parte de la universidad dispuestos á entrar en via de acomodamiento con el Borgoñon en los momentos mismos en que los destierros y las prisiones estaban á la órden del dia. Más de cuarenta doctores, dice, habian sido lanzados de la universidad y condenados al destierro. Y entrando en los pormenores de la conspiracion, Mr. de Barante nos revela, que aprovechándose los conjurados de la ausencia del condestable, ocupado contra los ingleses en Normandía, acudieron al duque de Borgoña. Sin negar redondamente la complicidad de Orgemont, á que el autor enumera entre los que fueron objeto de las pesquisas de la justicia; á Roberto de Belloi, rico comerciante y ex-regidor, y á un cura llamado Reynaud, maestro en artes, y varon tan honrado como digno del aprecio general. En seguida pasa á ocuparse con mucha reserva del proyecto de los conjurados, diciendo que su propósito, segun en aquellas épocas se hablaba, era apoderarse del monarca, matar á la reina de Francia, de Sicilia, etc.; pero Villaret, harto crédulo, admite buenamente todas las suposiciones exageradas, y sin tener en cuenta el espíritu de partido que pudiera dictarlas, dice: «El objeto de los conjurados era degollar sin distincion á todos los partidarios de la faccion Orleanista, asesinar al duque »de Berri, al rey de Sicilia y á todos los príncipes y señores, sin respetar »los dias del infortunado monarca..... Despues de haber asesinado al canci»ller debian entregarse los sellos á Guillermo de Orgemont (aquí Villaret »confunde los últimos hijos del canciller). Este horrible proyecto, que de»bia ejecutarse en el viernes santo, fué aplazado para la pascua.....» Al

ocuparse de Orgemont uno de sus biógrafos, dice: «Nos parece que el his»toriador Villaret se ha formado una idea muy poco exacta de las costum»bres y sucesos de aquella época, cuando añade que este indigno eclesiás»tico, colmado de gracias de la corte y agobiado con el peso de muchas dig»nidades, poseyendo solo más beneficios que los que bastaban para la sub»sistencia de cien eclesiásticos virtuosos, era el alma de la conspiracion....» Es sabido que Nicolás de Orgemont era cojo; pero Villaret, apoyado sin duda en datos fidedignos, le hace tambien tartamudo, y el eclesiástico más avaro del reino así como era el más rico. Basta, dice este último autor, para formarse una idea de sus grandes riquezas, el considerar que fué condenado á la multa de ochenta mil escudos. En cuanto á nosotros, dice otro biógrafo, si nos hallásemos inclinados á creer en la completa inocencia de Nicolás de Orgemont, estas mismas riquezas serian para nosotros motivo para sospechar de la justicia de los acusadores, pues para los Armagnac debian ser un objeto bastante seductor, y esta clase de seducciones no eran muy raras en aquella época. Fácilmente recordariamos el ejemplo de los judíos, víctimas tantas veces de su oro y de la codicia de los demás, y aun el de los mismos parisienses, cuando en 1383 el mismo canciller de Orgemont no escrupulizaba en contribuir á las rapaces maniobras del partido borgoñon, á que pertenecia, y al cual su hijo Nicolás permanecia tambien adicto. La noticia que se halla en el *Diccionario de Chaudon y de Landine*, respira el mismo espíritu de parcialidad que hallamos en Villaret. Mas sea lo que fuere, Nicolás de Orgemont, acusado del crímen de lesa majestad, fué despojado de sus prebendas por un decreto del Parlamento en 1416, y condenado á la exorbitante multa que hemos indicado, siguiendo á Villaret. El obispo y el capítulo de París lo habian reclamado como perteneciente á su jurisdiccion, para salvarle de la pena capital que le amagaba, y que ya habia sido fulminada contra Belloy y Regnault. Sin embargo, fué conducido con estos al lugar del suplicio, y bajada la cabeza y con el traje de aquel tiempo de los reos de lesa majestad, asistió á la sangrienta ejecucion. Bellog y Regnault fueron decapitados, y Orgemont, privado por el preboste de los beneficios que tenia en nuestra Señora de París, fué condenado á ser pregonado públicamente y encerrado por todos los dias de su vida á pan y agua. En su consecuencia, el capítulo mandó levantar un catafalco en el muro de nuestra Señora, y allí, en presencia de una multitud inmensa, Orgemont fué declarado convicto del delito de lesa majestad. Condújosele al principio á la Bastilla, prision tambien eclesiástica; mas temiendo que los partidarios del duque de Borgoña le facilitasen la fuga, fué trasladado á Meung, sobre el Loire, en la prision del obispo de Orleans, donde fué tratado con tanto rigor, que pereció catorce meses despues en 16 de Julio

de 1417. Se encontraron ocultos dentro de su casa diez y seis mil escudos. Esta suma habia de pertenecer al clero, porque todo el mobiliario correspondia al cuerpo eclesiástico; mas los oficiales del Rey creyeron ser más conveniente ser ellos mismos los guardadores de esta cantidad. — M.

ORIANI (el abate Bernabé), célebre astrónomo italiano, natural de Garegnano, cerca de Milan. Nació en 17 de Julio de 1752, de padres pobres y de condicion oscura, los cuales no pudieron dar á su hijo querido otra educacion que la que recibia la generalidad de los hijos del pueblo. A la edad conveniente le dieron oficio, y lo pusieron por aprendiz de albañil, y cuando más adelante Oriani se vió colmado de honores y títulos, recordaba con grande placer esta modesta condicion de su infancia, complaciéndose en enseñar una pequeña pared en que habia trabajado. Sin embargo, las alas del genio no reconocen trabas, y el que ardia en la frente de Bernabé Oriani era tan evidente, que cautivó la admiracion de los PP. Cartujos del convento inmediato. Estos le enseñaron las primeras nociones, y secundando luego eficazmente los precoces adelantos del jóven, le enviaron á estudiar al colegio de S. Alejandro de Milan, dirigido á la sazon por los PP. Barnabitas. Terminados sus estudios, el jóven Oriani ordenóse de sacerdote, se dedicó con el mayor ahinco á estudiar la teología y las ciencias exactas, asistiendo constantemente á las lecciones de mecánica que daba el abate Frisi en el palacio de Bresa. Despues se dedicó á las matemáticas, y sobre todo á la astronomía; de modo que apenas contaba veintitres años, cuando hizo oposicion á la cátedra de matemáticas del gimnasio de Como; pero habiendo debido competir con un hombre cuyos servicios y fama eran ya muy antiguos, no le fué posible obtener la plaza que deseaba, y fué en compensacion admitido alumno en el observatorio de Bresa. Hallábanse en él entónces los PP. Lagrange, Francisco Reggio y Cesaris: muerto el primero dos años despues, Oriani, que se habia dado ya á conocer por varias observaciones sobre las manchas del sol y su colaboracion en las *Efemérides*, fué nombrado tercer astrónomo, y en Mayo de 1786 enviado á Lóndres por el emperador José II, á fin de hacer construir á Ramsden un círculo mural de siete piés y medio, y varios otros instrumentos destinados para el observatorio de Milan. Durante su mansion en Inglaterra, adquirió íntima amistad con Herschel, y ambos mantuvieron en lo sucesivo seguida correspondencia. A su regreso se detuvo únicamente en París, donde La Place, Lalande y Mechain le recibieron honoríficamente. Habiendo llegado á Milan á últimos de Octubre, tomó parte en la medicion de un arco del meridiano, y ejecutó además con Reggio y Cesaris la triangulacion necesaria para levantar un nuevo plano de Italia. La invasion francesa, léjos de perjudicar á sus trabajos, les dió mayor impulso; y era ya tan grande en esta época la reputacion

científica de este ilustre italiano, que Bonaparte, cumpliendo las instrucciones de su gobierno, y sobre todo de Carnot, le escribió en 24 de Mayo de 1796 la carta siguiente: «Las ciencias que honran al espíritu humano, »y las artes que hermosean la vida y trasmiten á la posteridad los grandes »hechos, deben ser tambien honradas especialmente en los gobiernos libres. »Todos los hombres de genio y cuantos ocupan un rango distinguido en la »república de las letras son franceses, sea cual fuere el país donde vieron la »luz primera. Los sabios de Milan no gozan de la consideracion que les es »debida, porque retirados al fondo de sus retretes se creen felices con que »les dejen tranquilos en sus constantes estudios científicos. El pensamiento »es libre y hereditario, y como no existe inquisicion, ni intolerancia, ni »despotismo, invito á todos los hombres de genio para que se reunan y me »propongan sus ideas sobre los medios que deben adoptarse por las necesi»dades que deben satisfacerse para darse á las ciencias y á las bellas artes »una nueva vida y otra existencia. Cuantos deseen pasar á Francia, reci»birán del Gobierno la consideracion más distinguida, pues el pueblo fran»cés da mayor estima á la adquisicion de un sabio matemático, de un pin»tor famoso, de un genio distinguido, que de una ciudad rica y abundan»te. Sed, pues, ciudadano, el órgano de estos sentimientos entre los sabios »que existen en el Milanesado.» Esta carta era, segun se ve, una invitacion directa de abandonar á Milan por París. Los franceses no contentos de haber arrancado de Italia sus más preciosas obras maestras, querian tambien arrebatarle los hombres más eminentes. Oriani era harto buen patricio, amaba demasiado á su observatorio para responder á este llamamiento. Hé aquí, pues, la contestacion que dió al general Bonaparte. «La carta, mi Ge»neral, que os habeis dignado escribirme con fecha 3 Prarial ha visto la luz »pública ayer en todos los periódicos de Milan. Sin embargo, creo que es»toy en el deber de daros una contestacion. Si mi estilo es algo rudo y poco »conveniente á la distancia que media entre vuestro rango de general en »jefe de un ejército victorioso y mi estado de simple particular, en vuestra »mano está el rasgar la carta; pero á la verdad, confio mucho en las favo»rables intenciones que me mostrasteis cuando un mes atrás tuve el honor »de que me escribiereis. Los literatos no han sido hasta aquí despreciados »ni olvidados por los gobiernos; al contrario, cada uno en su profesion ha »gozado de una posicion honesta, y de una consideracion proporcionada á »su mérito. A pesar de los grandes gastos que ha motivado la guerra actual, »todas las pensiones han sido pagadas puntualmente cada mes; y este pago »solo ha cesado seis semanas ha, ignorándose el tiempo en que volverá á »regularizarse este servicio. Entre las familias de varios hombres consagra»dos á las letras, reina efectivamente la más viva consternacion por carecer

»de subsistencia de presente como para el porvenir. Me parece que el modo »más eficaz para que cesase su angustia y atraer su afecto á la república »Francesa, es dando inmediatamente la órden de que el cajero de Instruccion »pública les pague inmediatamente sus atrasos del mes pasado y los de Junio »próximo á espirar. No dudo que el General en jefe dará en este punto »cumplimiento al amor que profesa á la verdad y á la justicia, pues en cuanto »á mí, mis pocas necesidades me dan la ventaja de poder vivir en cualquier »parte, en tanto que en este mismo momento puedo, si quiero, aceptar una »plaza muy honorífica en una de las universidades más célebres de Europa »con una dotacion de rentas muy pingües (1).» Esta contestacion, escrita con el abandono y franqueza propios de los franceses, era en el fondo la sangrienta sátira de un gobierno, que al paso que hacia pomposa gala y alarde de su amor á las letras, dejaba sin paga á los profesores de la universidad de Pavía y de otras ciudades de la Lombardia por espacio de dos meses. Por lo demás la voz de Oriani fué escuchada, y cuatro dias despues, Bonaparte, que se hallaba en Liorna, dió las órdenes más terminantes para que se pagasen inmediatamente todos los atrasos. Otra ocasion se presentó á Oriani en lo sucesivo para dar tambien una prueba de la firmeza de su carácter. Cuando el Directorio ejecutivo establecido en la república Cisalpina, á instancia del de Francia, exigió de todos los empleados no solo el juramento de fidelidad al nuevo poder, sino tambien de odio á todos los gobiernos monárquicos, Oriani y sus dos colegas Reggio y Cesaris se denegaron resueltamente á prestarlo. Esta resistencia dió lugar á una verdadera negociacion diplomática, en la cual tomaron parte muchos personajes influyentes. «Yo »aprecio y respeto, decia Oriani al ciudadano Valdinori, comisario del Di»rectorio del departamento de Olonne, á todos los gobiernos bien constitui»dos; pero no puedo comprender que para observar los astros sea necesa»rio jurar odio eterno á este ó á aquel gobierno. Tenia la edad de veintitres »años cuando fuí empleado en el observatorio de Bresa por un gobierno »monárquico, y la poca reputacion que tengo la he adquirido y la debo á la »proteccion que me ha dispensado por espacio de veinte años contínuos. »Sería, pues, ahora el más ingrato de los hombres si jurára aborrecer al »que solo me ha hecho bien.» Al mismo tiempo añadia que estaba dispuesto á renunciar su empleo ántes que pronunciar tal juramento, sin que esta disposicion de su ánimo le impidiese hacer los más fervientes votos por la prosperidad de su patria. Pero como habia ya pasado aquel tiempo en que se decia que la república no necesitaba de hombres sabios, el valor de Oria-

(1) Oriani se referia á la plaza de director del observatorio de Leide que le ofrecieron en 1795. Ya nueve años ántes el rey de Nápoles le habia escrito una carta autógrafa para atraerle en vano á sus estados.

ni, léjos de atraerle sensibles consecuencias, aumentó aún la consideracion de que gozaba. El mismo ministro del Interior terció en el debate, y adoptando un término medio, respetó los justos escrúpulos del astrónomo, y se contentó con la primera parte del juramento, y así acabó este incidente. Este comportamiento tan digno como enérgico fué despues apreciado como se merecia por las potencias aliadas; pues al paso que la mayor parte de los sabios y literatos del país tuvieron que huir á la otra parte de los Alpes de los ejércitos austro-rusos, dueños de la victoria aunque por poco tiempo, Oriani, que se hacia respetable á todos los partidos, y que nada tenia que temer de ninguno de ellos, se quedó en Milan y continuó tranquilo sus trabajos. Despues de la batalla de Marengo, que sujetó de nuevo á la Lombardía á la dominacion francesa, recibió la comision de reorganizar las universidades de Pavía y de Bolonia. Al mismo tiempo fué nombrado presidente de la comision encargada de arreglar el nuevo sistema de pesos y medidas, y en una instruccion que publicó en italiano, 1801, en 4.°, resumió cuanto podia decirse sobre la materia. En este mismo año el célebre astrónomo Piazzi descubrió un nuevo cuerpo celeste, que tomó por un cometa, y desde luego dió parte de su descubrimiento á Oriani. Este, calculando la órbita del astro, conoció que era un planeta y que debia estar colocado entre Marte y Júpiter. Estos trabajos fueron interrumpidos por la obligacion de Oriani de asistir á los comicios de Lion, donde se habia nombrado á Bonaparte presidente de la república Italiana. Así el afortunado general empezaba ya á preludiar los primeros fulgores de su futura soberanía. Despues de la coronacion en Milan, Oriani fué nombrado caballero de la corona de hierro, conde, senador, y si hubiese querido tambien obispo de Vigebano; pero rehusó aceptar esta dignidad, que le hubiera apartado de sus estudios favoritos, y se limitó á recibir una pension de ocho mil francos sobre los bienes de la mesa episcopal. Todos estos honores y consideraciones no fueron parte á alterar la modestia del ilustre astrónomo de Milan, ni bastaron á cambiar la sencillez de sus costumbres de sacerdote y de hombre sabio. Más adelante el príncipe Eugenio, virey de Italia, le comisionó para la medicion del arco del meridiano que mediaba entre el zenit, el de Rímini y el de Roma. Muchos años ántes Woscovich, fundador del observatorio de Milan, habia ya medido este arco; pero La Place demostró en el Consejo de Longitudes de París la probabilidad de que fuese inexacto este primer cálculo, atendida la imperfeccion de los instrumentos y los métodos que entónces estaban en uso. En su consecuencia se acordó que se procediera á otra medicion. Oriani tuvo por compañero en este trabajo científico á su colega Cesaris. Más adelante ejecutó tambien con el baron de Zach la medicion del meridiano entre Milan y Génova, la cual no fué publicada hasta 1827. En

las efemérides de este año, cuando volvió á restablecerse en Italia la dominacion austriaca en 1814, Oriani fué confirmado en su nombramiento de director del Observatorio, al cual ilustró todavía con una larga série de observaciones. Y cuando la edad, no permitiéndole continuar al frente de este destino, le obligó á presentar su dimision, todavía trabajó en cuanto pudo en las efemérides, hasta que al fin falleció en 12 de Noviembre de 1832. Dignas son de mencion sus disposiciones testamentarias, pues tan modesto como sabio, quiso que la más grande sencillez reinára en sus funerales, y que no se leyera otra inscripcion que esta: *Rogad por el ánima del presbítero Oriani.* Fundó el seminario mayor de Milan y el hospicio de huérfanos, á quienes dejó herederos de las dos terceras partes de su fortuna, legando doscientos mil francos al Observatorio. No olvidó en su testamento á ninguna de las personas con quienes habia tenido trato seguido, sea cual fuere su condicion ó el rango que ocupára. Entre los principales legatarios debemos mencionar á M. La Plana, ilustre astrónomo de Turin, á quien Oriani habia concedido un premio de cincuenta mil francos con motivo de su hermosa *Teoría de la luna.* Carlini, su discípulo, y Genella, ingeniero y su ejecutor testamentario, hallaron tambien un recuerdo en el testamento de Oriani; pero á quien le tocó la mayor parte fué al profesor Angel Lotteri, pues á este le dejó, además de sus instrumentos más preciosos, todos los libros y manuscritos del autor. Estos últimos contienen los cálculos ejecutados para la triangulacion de la Lombardía, un diario de su viaje á Inglaterra y Francia, los diarios de las observaciones geodésicas practicadas para determinar el arco del meridiano entre Rimini y Roma, y diferentes escritos sobre la mecánica del Este relegados al olvido por el autor; y finalmente, una copiosa correspondencia con los más sabios de Europa y otros personajes eminentes. Casi todos los escritos de Oriani vieron la luz pública en las *Efemérides astronómicas de Milan*, desde 1778 á 1831. Los que son anteriores al año 1803 fueron escritos en latin, y los otros en italiano. Haremos un rápido análisis de estas producciones, dividiéndolas por clases: 1.ª Cuatro memorias sobre la luna, la primera titulada: *De interpolationibus latitudinum et longitudinum lunæ*, 1778. Oriani presenta para calcular el movimiento horario en longitud y latitud una fórmula mucho más sencilla que el método de la doble interpolacion, usado anteriormente, el que exigia fatigosos cálculos. En la segunda: *Observationes tres lunæ cum tabulis mayeranis et eulerianis comparatæ*, 1780, prueba de un modo incontestable la superioridad de las tablas de Eulet sobre las de Mayer, cuyas últimas estaban, sin embargo, muy en boga en su época. En la tercera: *Corpus horarii lunæ ad normam tabularum lunarium Eulerii*, 1781, aplica su fórmula á los movimientos horarios de la luna como más acomodada á los astrónomos,

y en fin en la nota sobre la interpolacion de los lugares de la luna 1830, extiende esta misma fórmula al cálculo de la ocultacion de las estrellas detrás de la luna. Esta nota fué publicada con motivo de la nota de interpolacion propuesta por M. Bessel, astrónomo de Koenigsberg, y segun la cual calculando las ascensiones rectas y las declinaciones de la luna de doce en doce horas, esto es, de medio dia á media noche, podian obtenerse fácilmente las cantidades para todas las horas intermedias. Oriani probó que esta fórmula era una deduccion de la que habia publicado en 1778 en las *Efemérides*. 2.ª *De reductione loci medii stellarum fixarum ad verum et veri ad apparentem*, 1781. Los catálogos de la Caille, de Bradley y de la Lande contienen las longitudes y latitudes de las estrellas calculadas, teniendo á la vista diferentes hipótesis, relativamente á la oblicuidad de la elíptica, y por lo tanto los valores consignados en estas tablas no estan conformes entre sí. Oriani se propuso suplir esta falta de conformidad, enseñando á calcular el ángulo de posicion, ó sea el ángulo que forma el círculo de declinacion con el círculo de latitud en el centro de la estrella, el cual no se halla en el catálogo de las fijas para deducir más fácilmente la aberracion, y demostrar con más seguridad los métodos de Bradley y de Clairaud. En seguida busca una regla para valorar tambien la variacion del referido ángulo de posicion y del ángulo paraláctico, deduciéndola de la aberracion misma de la luz, lo que hasta entónces nadie habia intentado.—3.ª Muchas observaciones interesantes *sobre los cometas de los años* 1779, 1807, 1809, 1811 *y* 1812.—4.ª Dos memorias *sobre el movimiento de los relojes*, la primera, publicada en 1782, contiene una descripcion minuciosa de los péndulos de Lepanto y de Megel, sus cualidades y sus defectos; los experimentos á que Oriani les ha sujetado durante tres años consecutivos, y en fin, varias consideraciones sobre el medio de perfeccionar los relojes. La segunda, publicada en 1787, se ocupa exclusivamente de los péndulos de que se servian los astrónomos de Greenwich, de Manheim y de Berlin. Durante el intervalo de estas dos memorias se dedicó á la gnomónica, componiendo un pequeño tratado que dió á la prensa con este título: *De horologio solari italico*, 1786. En él enseña el método más sencillo para construir todo género de relojes solares sobre superficies planas.—5.ª *De media perceptione equinocciorum ex veterum astronomorum observationibus collecta*, 1783. Sabíase ya de muchos siglos que la oblicuidad de la eclíptica al ecuador disminuia continuamente; pero se ignoraba hasta entónces la cantidad anual de esta diminucion. Este descubrimiento estaba reservado al glorioso Oriani, y á él se debe el haberle precisado de un modo fijo. Tienen relacion con esta memoria muchos trabajos importantes ejecutados desde 1811 á 1830 para determinar los solsticios, la oblicuidad de la eclíptica en diferentes épocas y la cantidad de su diminucion anual.

6.ª Dos memorias, publicadas en 1788 y 1816, *sobre las refracciones astronómicas* que han dado impulso extraordinario á esta parte de la ciencia y han abierto franca senda á los que despues se han ocupado en la misma cuestion.—7.ª *Trigonometria spherica*, la más importante y meritoria de las obras de Oriani, la cual publicó á trozos con el modesto título de *Elementos* en las *Memorias del Instituto italiano de* 1806, 1808 y 1810. Esta obra fué considerada clásica desde el momento de su aparicion, y sin disputa es el mejor tratado que se conoce en esta materia. En él el autor da la solucion de un problema que los sabios, juzgando por Euler, habian creido hasta entónces imposible. Tambien se le debe un *Ensayo para mejorar los anteojos acromáticos propuestos por Euler*, impreso en el tomo III de las actas de la Sociedad italiana, Verona, 1786: un *Tratado de astronomía y de la esfera;* Milan, 1824 en 8.°: y un *Manual de Astronomía*; Milan, 1826, en 12.° Tambien debemos hacer notar que Oriani fué el primero que determinó la órbita de *Uranus (observacio et tabulæ novi planetæ*, 1785 y 1787: *Investigatio correctionum tabularum Urani*, 1789: *De variationibus secularibus et periodicis novi planetæ Urani, à viribus perturbatricibus Saturni et Jovis pendentibus*, 1790 *y* 1791. *De elementis orbitæ Urani*, 1792, *etc.* Así como las perturbaciones de los planetas menores descubiertos al principio de este siglo. Tambien ocupó sus vigilias en la observacion de Mercurio, Marte y los satélites de Júpiter; y así estas observaciones como todas las demás de Oriani son notables por su rigorosa exactitud. Pertenecia á muchas corporaciones científicas y literarias, tales como el Instituto italiano, el de Francia, la Sociedad Real de Lóndres, la academia de Prusia, etc. Sus contemporáneos le han erigido dos estatuas, una en el palacio de Bellas Artes de Milan, y la otra en el Ateneo de Brescia. En la inauguracion de esta última Mr. Alberto Gabba pronunció el elogio de este ilustre astrónomo, que despues fué impreso con este título: *Elogio di Barnabá Oriani detto da Alberto Gabba all' Ateneo di Brescia con note ed ajjiunte;* Milan, 1834, en 8.°, de setenta y ocho páginas con el retrato.—M.

ORICHOVIUS (Estanislao), caballero polaco. Nació en la diócesis de Premislaw, estudió en Witemberg con Lutero y Melanchton, y despues en Venecia con Ignacio. De regreso en su patria entró en el clero, y llegó á ser canónigo de Premislaw. Su elocuencia le ganó el renombre de el *Demóstenes polaco*; pero su adhesion á los errores de Lutero causó grandes males al clero. Fué excomulgado por su Obispo, y se manifestó más obstinado. Volvió, por último, al seno de la Iglesia católica en el sínodo celebrado en Varsovia en 1591, é hizo imprimir su *Profesion de fe*. Desde aquella época se manifestó muy celoso contra los protestantes, y publicó un gran número de libros de controversia. Se imprimieron sus opúsculos en 1563, en 8.° Se le

deben tambien los *Anales del reinado de Sigismundo-Augusto*; en 12.°, en latin; y la *Institutio principis*. Su verdadero nombre era Ozzecososki; pero se sabe que en la lengua polaca, y en general en la esclavona, madre de otras muchas, desaparecen muchas letras en su pronunciacion, aun cuando los indígenas sostengan oirlas. — S. B.

ORICULO (S.), mártir. El dia 18 de Noviembre recuerda la Iglesia, con otros compañeros de suplicio, á este santo mártir. Los bárbaros del Africa en el siglo V estaban envueltos en una porcion de ridículas y monstruosas supersticiones, á las que obligaban los mandarines á someterse á todo el mundo, so pena de ser sacrificados á su furiosa ignorancia, ó por mejor decir, estupidez. Los cristianos, que vivian entre ellos, sufrian de mal grado prácticas tan contrarias á la religion verdadera; y cuando no podian ocultar su opinion ni sufrir que se maltratasen los santos fines de la religion del Crucificado, se presentaban hasta voluntariamente á los verdugos, confesando y alabando al que es verdadero Señor de cielos y tierra. Entre estos fieles servidores de Dios se encontraba Oriculo; y habiendo sido preso, como contrario á la religion que dominaba entónces en el pais, quisieron obligarle á renegar de la fe. En vano fueron todas las amenazas que se le hicieron para que renunciase de su creencia, pues firme en ella, no solo la confesó insultando á sus verdugos, haciéndoles ver el mal camino por que andaban, sino que alentó á sus compañeros de prision á preferir la muerte á faltar á su Dios. Los feroces vándalos, al ver semejante heroismo, que calificaron más de locura que de obstinacion, degollaron inhumanamente á Oriculo, despues de haberle atormentado con el sacrificio de sus compañeros, y su virtuosa alma subió á los cielos á recibir el premio merecido.—C.

ORIENT (Fr. Vicente), religioso lego de la órden de S. Francisco, natural de Valencia. Murió en su convento de la Corona el 11 de Noviembre de 1677, á la edad de cincuenta y cuatro años, despues de haber escrito un libro titulado: *Reino de Dios en el interior del alma*.— S. B.

ORIGENES. El nombre de este escritor célebre es una de las glorias del II y III siglo del cristianismo, y una demostracion práctica de que la religion del Crucificado no está reñida con los progresos de la ciencia y con los adelantos de la sabiduría. Sin embargo, la ortodoxia de este eminente varon, de esta lumbrera de las ciencias eclesiásticas, quedó en duda; de modo que en la antigüedad y en los tiempos modernos tuvo acusadores y defensores. Nosotros, al escribir este artículo, referiremos su historia, descendiendo á gran parte de sus pormenores y circunstancias; analizaremos su doctrina, expresaremos los errores que se le imputaron y la defensa que escribieron algunos autores, á quienes no se puede tachar de falta de pureza en la fe, ni de sostener opiniones arriesgadas. Orígenes nació en Alejandría, en el

año del Señor 185, siendo su padre un tal Leónidas, cristiano fervoroso, que sembró en el tierno corazon de su hijo las santas máximas del Evangelio y una vehemente aficion al estudio de la Sagrada Escritura. Los esmeros del padre se vieron tan cumplidamente satisfechos, como que se dice que aquel, lleno de un cariñoso entusiasmo, iba por las noches, cuando estaba dormido su hijo, á imprimir dulces besos en su pecho, que consideraba como el santuario del Espíritu divino. S. Gerónimo decia que Orígenes habia sido *grande desde niño*. Su padre Leónidas fué preso en la persecucion del emperador Severo, año 202; y lleno Orígenes de un santo deseo de obtener tambien la palma del martirio, quiso presentarse á los perseguidores; pero su madre se opuso fuertemente, llegando á esconderle la ropa para que no saliese de casa: sin duda se calmaria este arrebato, cuando leemos en algunos biógrafos que fué á exhortar á su padre en el calabozo, confirmándole con su elocuente palabra en la gloriosa resolucion de sufrir los más dolorosos tormentos ántes que renunciar al cristianismo; de modo que el padre y el hijo se fortificaron recíprocamente en la fe, acreditando el último lo mucho que le habia aprovechado su enseñanza. Fué discípulo Orígenes de S. Clemente, que enseñaba en la célebre escuela de Alejandría, obteniendo tan aventajado discípulo el título de *Adamantius*, diamante ó diamantino; porque, segun Focio, era vehemente en sus razonamientos; y segun S. Gerónimo, porque resistia á los errores con la fortaleza de un diamante. Muerto su padre y confiscados sus bienes, su madre, que quedó destituida de auxilios con seis hijos de corta edad, encontró su apoyo en Orígenes, que ejerció con tan recomendable objeto y para atender á tan sagradas obligaciones el profesorado de gramática. A los diez y siete años fué encargado de la enseñanza privada de los catecúmenos; y habiéndose retirado S. Clemente fué subrogado en su lugar por el obispo Demetrio. No solo los hombres, sino hasta las mujeres, concurrian en tropel á su escuela; y para evitar los tiros de la calumnia, cerrándole enteramente la boca, se hizo eunuco, creyéndose autorizado para ejecutar tan cruel como extravagante resolucion por un texto del Evangelio, que entendió en una manera material y exagerada, cuando su sentido es místico y moral. Continuó atrayendo la admiracion de los que concurrian á su cátedra hasta el año 211, en que bajo el papado de Ceferino fué á Roma. Despues de una corta permanencia en la metrópoli del cristianismo, volvió á Alejandría á desempeñar el cargo de catequista; pero un suceso inesperado le obligó á abandonar su patria; hubo un motin ó sedicion, y habiendo dirigido á dicho punto sus fuerzas el emperador Caracalla para reprimirla, se huyó sigilosamente Orígenes á la Palestina, y fijó su domicilio en Cesarea. Los obispos de aquella region, y principalmente Teoctito, obispo de Cesarea, y Alejandro de Jerusa-

len, prendados de su sabiduría, le rogaron con encarecimiento que tomase á su cargo la explicacion pública de las Sagradas Escrituras, no obstante que era todavía lego. Muy á mal llevó esta resolucion el obispo Demetrio; así que dirigió sentidas cartas á dichos obispos, llenas de amargas quejas, cartas que fueron contestadas en defensa de lo hecho, con la alegacion de ejemplos que acreditaban que no habia sido una novedad lo ejecutado, diciendo: «Que era una costumbre antigua y general servirse indiferentemente de los que tenian talento y piedad, y que era una injusticia cerrar »la boca á personas á quienes Dios habia concedido el don de la palabra.» Sin embargo, Demetrio no se dió por satisfecho con esta respuesta, y enviando unos diáconos en busca de Orígenes, pudo conseguir su vuelta, acreditando el hecho de haber continuado en Alejandría las explicaciones como catequista, que Demetrio sentia verse privado de este precioso auxilio, y que este fué principalmente el móvil de sus reclamaciones. Pero la Providencia no queria que Orígenes brillase solamente en Alejandría; así que varios sucesos le obligaron á salir de esta ciudad, en que pretendia retenerle su obispo. Suscitada la guerra entre los persas y los romanos, el emperador Alejandro se trasladó á Antioquía, acompañado de su madre Mamea, señora sumamente religiosa, que habiendo oido las alabanzas que se tributaban á la sabiduría de Orígenes, lo hizo venir á Antioquía enviando á buscarle por medio de delegados militares, habiendo tenido la satisfaccion de recibir de la boca de este hombre eminente conocimientos y noticias que aumentaron su piedad. Vuelto Orígenes á Alejandría, á instancia de Ambrosio, que facilitó los fondos necesarios, se dedicó á escribir comentarios á la Sagrada Escritura, habiendo dividido los cuidados de la enseñanza catequística con su discípulo Heracla; á entrambas ocupaciones se consagraba con energía, cuando con motivo de haber estallado diversas herejías en la Acaya, fué llamado para confundirlas con su sabiduría; pero al pasar por Cesaréa, el año 228, fué ordenado presbítero por los obispos Teoctisto y Alejandro en el año 42 ó 43 de su edad.— Este paso lo llevó muy á mal Demetrio, que desde entónces concibió una aversion tan decidida á Orígenes, que no se aplacó á pesar de una reconciliacion aparente. Así que varios autores atribuyen á este suceso la causa de los disgustos que emponzoñaron la vida de Orígenes, de las turbaciones que sobrevinieron en Egipto y que destrozaron durante largo tiempo la Iglesia. S. Alejandro le defendió, y volvió Orígenes á ocuparse en sus acostumbrados ejercicios; pero Demetrio, cuya reconciliacion no parece fué muy sincera, reunió un sínodo, en el que no solo se acordó su destierro de Alejandría, sino la privacion del sacerdocio; algunos pretenden que no solo en uno, sino en dos concilios, se fulminó esta condenacion, que fué confirmada en Roma y por casi todos los demás obis-

pos; pero las iglesias de la Palestina, de la Arabia, de la Fenicia y de la Acaya se mantuvieron en comunion con Orígenes; Demetrio siempre persistió en escribir contra él, haciéndole odioso, lo que contribuyó sin duda á su condenacion por Roma. — Esta desgracia le hizo abandonar otra vez á Alejandría el año 233 y volver á Cesaréa, donde obtuvo la estimacion general, dedicándose de nuevo á la enseñanza en una escuela donde brilló con el mayor esplendor, y de la que salieron varones esclarecidos, entre otros S. Gregorio, llamado tambien el *Taumaturgo*, y su hermano Atenodoro. Orígenes no consintió la condenacion que se le fulminó: se quejó de ella á sus amigos, negando haber incurrido en los errores que se le atribuyeron, confirmando hasta cierto punto su inocencia la acogida que le dispensó el obispo de Cesaréa Teoctisto, y la circunstancia de haberle puesto al frente de la enseñanza en aquella ciudad. Otras amarguras esperaban á Orígenes: á los dos años el emperador Maximino promovió otra persecucion contra los cristianos, especialmente contra los obispos y los doctores; por lo que consideró prudente huir de Cesaréa, trasladándose á la compañía de Firmiliano, obispo de Cesaréa, en Capadocia, con quien le unian vínculos de una amistad estrechísima; como el peligro arreciaba, se refugiaron entrambos en la casa de una matrona muy rica llamada Juliana, donde permanecieron escondidos hasta la muerte del emperador Maximino. Vuelta la paz á la Iglesia, dejó Orígenes á Capadocia y se trasladó á Nicomedia, donde permaneció muy poco tiempo, dirigiéndose á Atenas, en cuya ciudad dice Eusebio que escribió los *Comentarios á Ezequiel*, volviendo de nuevo á Cesaréa de Palestina. — Poco tiempo permaneció en la inaccion; los obispos de la Arabia le llamaron con motivo de la herejía del obispo Bostrense, llamado *Berilo*, que negaba que Jesucristo hubiese tenido ninguna existencia ántes de su encarnacion, pretendiendo que no habia comenzado á ser Dios sino al nacer de la Vírgen. Los obispos de la Arabia confiaban que la sabiduría de Orígenes extirparía en su nacimiento esta herejía, y con efecto no quedó defraudada su esperanza, pues se condujo con tal destreza y habilidad, que satisfizo á los que le llamaron en auxilio de la verdad. Al influjo de su elocuencia y de los enérgicos discursos que hizo en público, el obispo Berilo reconoció su error, lo abjuró, reconciliándose con la Iglesia, dando las más cumplidas gracias al que le habia sacado del abismo en que iba á precipitarse. Orígenes refutó más adelante tambien los errores de otros herejes que aseguraban «que la muerte era comun al cuerpo y al alma:» en el concilio á que fué llamado con este motivo, trató con tal fuerza de raciocinio la cuestion, que trajo de nuevo al camino de la verdad á los que se habian separado de él. La deferencia, dice un escritor, que los obispos de Arabia tuvieron para con Orígenes acerca de un punto que se cree constituia

uno de sus principales errores, le justificó cumplidamente; pero no anticipemos un punto que será objeto más adelante de nuestro discurso; y sigamos la historia de los padecimientos de este hombre célebre. Muerto el emperador Filipo, le sucedió en 249 Decio, que encendió otra vez la tea de la persecucion contra el cristianismo. Este triste acontecimiento sorprendió á Orígenes en Tiro, en donde hacia un año que estaba, y adonde habia ido desde Cesaréa. Natural era que condenándosele por su saber como una columna de la Iglesia, sufriese el embate de los perseguidores; se le redujo á prision, se le cargó de cadenas, se le puso una argolla al cuello y grillos en los piés, se le hizo sufrir otros varios tormentos, y se le amenazó con el fuego; pero no se quiso darle muerte, confiando en que con todos estos padecimientos se le haria ceder, y que su apostasía sería la señal de la defeccion de otros cristianos que tenian puestos los ojos en él; mas esta esperanza de los enemigos de la fe fué ilusoria, y Orígenes salió triunfante de esta prueba tan terrible, no obstante su edad más que sexagenaria, prolongando su vida hasta la época de Galo y Volusiano que sucedieron á Decio. Sin embargo, tantos padecimientos abreviaron el término de su vida, y murió en Tiro, reinando el emperador Valeriano, el año 254 de Cristo, á los sesenta y nueve de su edad, ó en edad mas avanzada segun otros. — Hemos trazado sucintamente y con laconismo la vida y principales hechos de un grande hombre, que consagrado á la religion de Cristo desde sus más tiernos años, mostró un celo ardiente por su propagacion, trabajando con incansable constancia por adoctrinar á los catecúmenos, y fatigándose en la explicacion de la Santas Escrituras y en la composicion de diferentes obras que han inmortalizado su memoria. — Guillermo Cave dice que sus costumbres eran purísimas, y que llevó una vida enteramente filosófica, y más rígida y severa que lo que puede creerse: que era un hombre de una erudicion y lectura casi infinita; instruidísimo en los idiomas griego y hebreo. S. Gerónimo (*De Scriptor.*, cap. LIV.) dice que aprendió tan profundamente la dialéctica, la geometría, astronomía, aritmética, música, retórica y todas las doctrinas de los filósofos antiguos, que formaban su cortejo los amantes de las letras seculares, á quienes se las interpretaba, recibiéndolos con el fin de que con ocasion de la literatura, pudiese instruirlos en la fe de Cristo. Vicente Lirinense aún le dispensa mayores elogios; pues encuentra en él cualidades distinguidas, singulares, admirables, haciendo sus principios adivinar cuál sería su fin. Si la vida da autoridad, encontraremos, añade, en la suya mucha industria ó laboriosidad, gran continencia, paciencia y tolerancia. Si se atiende á su familia, ninguna puede considerarse más noble que una casa que se halla ilustrada con el martirio, habiendo vivido entre las angustias de una pobreza santa, de haber perdido su padre por Cristo, teniendo la

gloria de haber confesado la fe diferentes veces. Hablando de su erudicion y de la fuerza de su ingenio, dice que era tan profundo, tan pronto, tan elegante, que superaba mucho á los demás, y tanta la magnificencia de su erudicion y doctrina, que eran pocos los puntos de la ciencia divina, y casi ninguno los de las humanas en que no estuviese instruido, amenizándolas con la lengua griega y hebrea. Califica de tan amena y dulce su elocuencia, que dice que más que palabras le parecian sus discursos un panal de miel. Continua elogiando con frases no ménos expresivas las demás dotes de este escritor. Su fecundidad fué grande, pues se le supone autor de más de seis mil producciones, contando por supuesto en ellas las homilias y las cartas: así es que sus adversarios le achacan el vicio de haber multiplicado infinitamente sus palabras, atribuyéndole un estilo claro y fácil, pero al mismo tiempo sumamente difuso y redundante, como que en el círculo de palabras nuevas repetia otra vez los mismos pensamientos. A pesar de estas cualidades de virtud y ciencia, vemos que Orígenes durante su vida fué perseguido, y que despues de su muerte ha sido atacado tambien, dudándose de la pureza de su doctrina, imputándole varios errores. Un escritor supone que el motivo de su persecucion y de las contradicciones que sufrió, proviene de su empeño en querer encontrar una conformidad entre las doctrinas cristianas y las de Platon. Ya veremos despues si es fundada esta asercion en que estriba uno de los cargos. El abate Bergier, en su artículo sobre Orígenes, dice que no hay ningun padre de la Iglesia que haya gozado de mayor reputacion, que haya estado expuesto á más crueles pruebas, y sobre quien se hayan formado juicios más opuestos. «Su vida, dice Tille»mon, su espíritu, su ciencia le han hecho admirar de todo el mundo: ha »sido todavía más famoso por la persecucion que en seguida se levantó »contra él, ora sea por culpa suya, ora por su desgracia, ora por los celos »que hizo concebir su reputacion. Se vió arrojado de su país, depuesto del »sacerdocio, excomulgado por su obispo y por otros, al mismo tiempo »que grandes santos sostenian su causa, y que parecia que Dios se decla»raba á su favor, haciendo entrar por medio de él en la verdad y en el seno »de la Iglesia á hombres que mira esta como sus mayores ornamentos. Des»pues de muerto tuvo la misma suerte que de vivo. Los santos mismos se »han encontrado en oposicion unos de otros. Ha habido mártires que han »hecho su apología, y otros que hicieron escritos para condenarle. Unos le »miraron como el mayor maestro que tuvo la Iglesia despues de los apósto»les, otros le detestaron como al padre de las herejías que nacieron con »posterioridad á él. Este último partido se hizo tan fuerte en Oriente por la »autoridad del emperador Justiniano, que quiso ser árbitro en los negocios »de la Iglesia, que Orígenes fué anatematizado, ó bien por el concilio quin-

»to ecuménico, ó por otro que se celebró por el mismo tiempo y que fué »seguido en este punto por todos los griegos.» (*Mem.*, t. III, pág. 494.) Hoy dia, continua Bergier, los juicios de los modernos con respecto á la doctrina de este padre no son más uniformes que los de los antiguos. Los protestantes, interesados siempre en deprimir á los padres, no le han tratado con piedad. Bayle, Le Cler, Beausobre, Mosheim, Brucker, Barbeyrac, y otros, le han censurado con un gran exceso de amargura: estos grandes predicadores de la tolerancia, que excusan á todos los herejes, se arman del rayo para aplastar á todos los padres de la Iglesia. Entre los críticos católicos unos han sido más moderados é indulgentes que los otros; los sabios editores de Orígenes lo han purificado contra la censura demasiado severa de Mr. Huet.—Antes de entrar nosotros en el exámen de las opiniones de Orígenes y en la censura ó defensa del mismo, nos parece más acertado hacer una reseña de sus obras y de su índole. Varios escritores manifiestan que cada uno de los libros de la Sagrada Escritura fueron ilustrados con la estudiosa pluma de Orígenes, ejecutándolo de tres modos ó bien con prolijos comentarios en donde se acina todo lo que le suministraban su fecundo ingenio y su doctrina, ó bien derramando luz sobre los puntos más oscuros con breves escolios ó anotaciones, ó bien exponiendo los lugares de la Escritura con sencillez, descendiendo hasta la comprension del pueblo en las homilías. Y para utilizar todos los recursos en este trabajo, trató de sacar el triple sentido, el histórico, el místico y el moral, principiando por el histórico, pasando despues al místico, y concluyendo por el moral; empleando regularmente este cuando se dirigia al pueblo y no á sabios, aunque no deje de alterar algunas veces este método, siendo muy digno de advertir que unas homilías las escribió por sí mismo y así las publicó, y otras las recitó y las copiaron los actuarios, y estas últimas las pronunció despues de los sesenta años, y se apellidan *extemporales*, existiendo muchas de las dos clases. Prévias estas advertencias vamos á enumerar las obras de Orígenes. — *Homiliarum mysticarum in Genesim*, lib. II. *Commentaria in Genesim*, lib. XIII. De estos se encuentran algunos fragmentos en Eusebio, Pánfilo, y en las Philocalias. Rufino tradujo diez y siete homilías diversas de las místicas, y que parecen ser de las extemporales, ó que copiaban los actuarios. — *Commentariorum tomi in Exodum.* Se encuentran fragmentos en el cap. XXVI de las Philocalias.— *Scholia in Exodum.*— *Homiliæ XII*, traducidas por Rufino, que parecen ser de las *extemporales.* — *Scholia in Leviticum XVI*; version de Rufino, parecen *extemporales.* — *Homilias duo in Leviticum.* Se encuentra un fragmento en el capítulo primero de las Philocalias, de la cual ni un ápice se encuentra en la homilía II de la edicion latina ni en otras; de lo que se infiere que hubo muchas colecciones de homilías

sobre el Levítico, pudiéndose formar un argumento igual sobre otros libros de la Escritura. —*Homiliæ in Números XVIII*, version de Rufino: parecen *extemporales*. Orígenes en algunas de sus obras declara que hizo varios discursos sobre el *Deuteronomio*. Casiodoro hace mencion de ocho homilías; S. Gerónimo apellida *Exameron* los tomos que Orígenes escribió sobre el *Pentateuco*. —*In librum Josue*, se conservan veintiseis homilias; *in librum Judicum*, nueve; *in librum Regum*, dos. Afirma Orígenes que predicó algunas veces sobre las dos meretrices cuyo litigio resolvió Salomon, y Casiodoro pretende que encontró cuatro homilías de Orígenes sobre el libro primero de los Reyes, una sobre el segundo, y otra muy prolija al segundo de los *Paralipomenon*. Tambien dice que vió dos sobre los dos libros de *Esdras*. *In Jobum homiliæ*, que trae traducidas del griego al latin S. Gerónimo; *In Psalmos Commentarii*, que se conservan en la biblioteca Cesárea de Viena y en otras partes, como tambien varias homilías y escolios. Hilario imitó ó interpretó muchos de estos comentarios, que segun S. Gerónimo tradujo cerca de cuarenta mil versos de Orígenes sobre Job y los Salmos. Tritemio dice que vió el Salterio de Orígenes. En Eusebio, Pánfilo, la Philocadia y S. Epifanio se hallan fragmentos de este trabajo, y tambien controvierten los críticos si Rufino lo interpretó. —*In Proverbia Commentarii*; *In Ecclesiastem explicatio*; *in Cantica Canticorum Commentarii*: escritos despues del año 238, de los que hizo dos ediciones Orígenes, una jóven todavía y otra de más edad, comprendida en diez tomos. —*In Isaiam Commentariorum*, lib. XXX; *Homiliæ XXV*; *Scholia*. —*In Jeremiam, homiliæ XLV*. —*In Threnos*, tomi IX. *In Ezechielem*, tomi XXV. —*In Danielem Expositio*. —*In XII Prophetas*, tomi XXV. — Tambien escribió Orígenes comentarios sobre Oseas, Zacarías y Malachías. —*In Mathæum Commentariorum*, libri XXV, escritos en el imperio de Filipo. —*In Marcum* dice Orígenes que escribió XXXV. —*In Lucam*, tom. V. Se conservan treinta y nueve homilías traducidas por S. Gerónimo; y Pearson dice que siendo Orígenes jóven escribió otras. Julio César Bulengero presenta algunas partículas de los comentarios que escribió Orígenes sobre S. Mateo, S. Lucas y S. Juan. —*In Joannem Commentariorum*, tomi XXXII, de los cuales los primeros fueron escritos por los años 212, y los otros con posterioridad al año 237. Eusebio vió veintidos de dichos comentarios. —*Homiliæ II*. —*In Acta Apostolorum*, algunas homilías. —*In Epistolam Pauli ad Romanos*. —*Commentariorum*, tomi XX. —*In I. ad Corinthios Commentarii*. —*In Epistolam ad Galatas*, tomi V. —*Scholia*. —*Tractatus varii*, segun S. Gerónimo. —*In Epistolam ad Ephesios Commentariorum*, libri III. —*In Epistolam ad Colossenses Commentarii*. —*In I. ad Thesalonicenses exegetica*. —*In Epistolam ad Titum exegetica*. —*In Apocalypsim*: prometió Orígenes una exposicion en su tratado sobre S. Mateo,

pero no consta si cumplió esta promesa. — Miéntras Orígenes estuvo oculto en casa de la matrona Juliana, escribió una obra interesante y utilísima, llamada *Texapla*, en la cual en la primera columna estaba el texto de la Escritura en caractéres hebreos; en la segunda en griego: la version de Aguila ocupaba la tercera; la de Símacho la cuarta; la de los Setenta la quinta, y la de Teodocion la sexta. A estas versiones añadió otras dos griegas, de las cuales una era la que un sugeto curioso descubrió en el imperio de Casandra, de las que habia en Jerusalen en las cubas de Hierichunte, y la otra hallada por un discípulo del mismo Orígenes en Accio, en tiempo de Alejandro, añadiendole asimismo otra version de los Salmos, que fué encontrada con el Código hiericuntino, de modo que el *Exapla* con estas adiciones vino á ser *Octapla*; pero como no eran completas las versiones de varios libros de la Escritura, esta obra en parte era *Exapla* y en parte *Octapla*. En obsequio de los estudiosos, que no tenian tiempo para adquirir ó comprar el *Exapla*, dió á luz tambien Orígenes el *Tetraplum*, que contenia las versiones de Aguila, Símaco, de los Setenta, y la de Teodocion. Entrambas obras perecieron. — *Libri de Resurrectione II.* — *De Resurrectione Dialogi II.* — *Stromatecen*, lib. X. En el libro sexto, de que cita un trozo San Gerónimo, Orígenes sostenia que en algun caso podia usarse de mentira. — *Protrepticus ad Martyrium*, escrito en tiempo del emperador Maximino. Orígenes escribió con igual argumento una *Epístola* á su padre, destinado al martirio, de cuya epístola refiere algunas palabras Eusebio. — *Libri Periarchon (de Principiis) IV*, escritos ántes del año 232, dificilísimos y oscurísimos, que vertió con poca exactitud Rufino, por lo que S. Gerónimo enmendó estos defectos para que la Iglesia pudiese descubrir los errores de Orígenes, y al mismo tiempo el fraude de Rufino. Esta es la obra que suministró materia para acusar y sindicar á Orígenes, con cuyo motivo un hombre estudioso en el ejemplar del *Código Corbeyense* puso el siguiente epitafio como si lo hubiese hecho el mismo Orígenes, cuyo epitafio encontró Mabillon, y que copiamos en seguida.

Ille ego Origenes, Doctor verissimus olim
Quem primum fidei gratia clara dedit.
Si mihi credere vis, libros tot millia scripsi,
Quos legio missos mittit in arma viros.
Nulla meos unquam tetigit blasphemia sensus,
Sed probus atque vigil, tutus ab hoste fui,
Sola mihi casum Periarchon dicta dederunt
His me conjectum undique tela premunt.

Contra Celsum, libri VIII, escritos á ruego de Ambrosio sobre el año 247,

contra un filósofo epicúreo que impugnó en un libro la religion cristiana. Se conserva. — *Interpretatio nominum hebraicorum et memorarum Novi Testamenti.* — *De oratione liber*, que compuso á instancias de Ambrosio y Taciana, en el que trata de los diferentes géneros de oratoria, y que se publicó en 1686 con una paráfrasis á la oracion dominical. — *Commentarii in veteres philosophos Philocalia.* — *Contra sectas et hæreses liber.* — Prescindimos de mencionar otras varias obras que se atribuyen á Orígenes, y que los críticos han demostrado que no fueron de su pluma. Las que como legítimas acabamos de mencionar bastan para asegurarle la gloria de escritor fecundo, erudito y laborioso. El religioso inglés Fr. Vernonio dice que vió en poder de un obispo de la isla de Chio muchas obras de Orígenes que no conocemos nosotros, lo que se supone constar de las cartas que escribió á Galeo. Omitimos tambien otras observaciones críticas sobre no ser de Orígenes la *Exposicion de la oracion dominical*, por no guardar conformidad con el estilo de este autor; pero nos parece del caso advertir que ese Ambrosio, á cuyo ruego escribió algunas obras, era un ciudadano opulento é ilustrado de Alejandría, á quien convirtió á la fe, y con quien habitaba algunas temporadas. Ambrosio proponia muchas veces cuestiones y dudas á Orígenes, obligándole á escribir y estudiar mucho para resolverlas. Las obras de Orígenes que se tienen en latin salieron á luz en París, segun Guillermo Cave, en 1512, 1522, 1530 y 1536: en Basilea en 1536, y más aumentadas en 1545 y 1571, y despues en París en 1574, al cuidado de Gilb. Genebrando en 1604 y 1619. Bergier dice que la mejor edicion de las obras de Orígenes es la que dieron los PP. de la Rue, tio y sobrino, religiosos benedictinos, en cuatro volúmenes en fólio, publicado el último en 1759: que el primero contiene algunas cartas de Orígenes, seis libros de los principios, un tratado de la oracion, una exhortacion al martirio y los ocho libros contra Celso, que los tres siguientes contienen los comentarios sobre los diferentes libros de la Santa Escritura; pero que habia compuesto mayor número, que no han llegado hasta nuestros tiempos: que en el cuarto tomo se colocó la obra de Mr. Huet, titulada *Originiana*, en la cual este sabio Obispo discute sobre las opiniones de Orígenes con mucha exactitud; que el tratado titulado *Originis Philocalia*, que se halla despues de los libros de Celso en la edicion de Speucer en 4.°, no es de Orígenes, sino que es una coleccion de pasajes escogidos de sus obras, hecha por S. Basilio y S. Gregorio Nacianceno.—Entrando ahora á hablar de los errores que se le atribuyen, no podremos ménos de decir, con Bergier, que todos sus censores, sin excepcion, se ven precisados á hacer justicia á la belleza de su genio y á la extension de sus conocimientos; ¿y cómo conciliar con la penetracion de su espíritu la grosería de los errores que tanto filosó-

ficos como teológicos se le atribuyen? Esto no es fácil de concebir. En los cánones griegos del quinto concilio se le condena por haber enseñado: 1.° Que en la Trinidad el Padre es más grande que el Hijo, y el Hijo que el Espíritu Santo. Sobre este punto Bullus, Bossuet y hasta el mismo Huet, como tambien los editores de Orígenes, le han justificado. S. Atanasio, San Basilio, S. Gregorio de Nacianzo, habian tomado anteriormente su defensa. ¿Podia haber apologistas más respetables? (V. Orig. *de Princîpiis*, lib. IV, núm. 28.) 2.° Que las almas humanas han sido criadas ántes que el cuerpo y que son encerradas en él por castigo de los pecados que cometieron. Mr. Huet demuestra que Orígenes no ha propuesto esta opinion sino en duda y sin aprobarla (lib. II, cap. 8, núms. 4 y 5 *de Principiis*). 3.° Que el alma de Jesucristo se habia unido al Verbo ántes de la Encarnacion. Mr. Huet manifiesta tambien que Orígenes no lo sostuvo dogmáticamente y de una manera positiva. 4.° Que los astros estaban animados, ó que eran la morada de una alma inteligente y racional. Esta era la opinion de los antiguos filósofos; pero Mr. Huet cita muchos pasajes que prueban que Orígenes dudaba de esto. 5.° Que despues de la resurreccion todos los cuerpos tendrán una figura esférica: los editores de Orígenes convienen en que esta fué su opinion, pero esto no tiene ninguna consecuencia. 6.° Que los tormentos de los condenados concluirán un dia, y que Jesucristo, que fué crucificado para salvar á los hombres, lo será segunda vez para salvar á los demonios. No puede negarse que Orígenes no hubiese creido que el suplicio de los condenados concluiria un dia, y que quizás los demonios se convertirian; pero léjos de haber pensado que Jesucristo sería crucificado segunda vez, forma argumentos fundados en el precio infinito de la muerte del Salvador, diciendo que la muerte del Salvador ha sido *el juicio del mundo*, etc. Añadamos asimismo, que aun cuando hubiese efectivamente enseñado todos estos errores, los retractó anticipadamente por la profesion de fe que puso en el prefacio de su libro *De los principios*, en el cual distingue los dogmas revelados en la Santa Escritura de las opiniones sobre las cuales es permitido á los teólogos examinar y proponer lo que les parece más probable: entre tanto declara formalmente *que no se debe mirar como verdad sino lo que no se separa de la tradicion eclesiástica y apostólica*. Si los partidarios de Orígenes, añade Bergier, hubiesen sido tan dóciles y sumisos á la Iglesia como él, no hubieran caido en el escollo de proponer como dogmas opiniones que solo propuso dudando, y no hubiesen atraido sobre él una condenacion que ha infamado su memoria. El mismo Bergier manifiesta que el protestante Brucker no solo se manifiesta poco satisfecho de la manera con que justificó Mr. Huet á Orígenes, sino que le atribuye otros errores más groseros, como son: el de haber enseñado, no la creacion, sino la emana-

cion de la materia fuera del seno de Dios; haber limitado la Omnipotencia divina; haber creido que Dios, los ángeles y las almas humanas no pueden subsistir sin hallarse revestidas de un cuerpo sutil; de haber admitido en Dios, no tres personas, sino tres sustancias, etc.: y aún pasa más adelante Brucker, que es á imputar á Huet la falta de conocimiento acerca del verdadero sistema de filosofía de la escuela Alejandrina, que pretende adoptó una filosofía que era una mezcla de la de Oriente y del platonismo. Pero Mr. Bergier, con su vasta erudicion y crítica, le defiende de estas imputaciones inmerecidas, diciendo que el que Plotino, Porfirio, Jamblico y otros filósofos paganos, instruidos en aquella escuela, sostuvieran algunos errores, no es prueba que se hallase contaminado de ellos Orígenes; y pasando despues á examinar las obras de este Padre, cita sus palabras en que combate á los filósofos que sostienen que la materia es increada y coeterna con Dios. De estas y otras palabras que copia resulta, segun el mismo Bergier, que Orígenes reconoció que Dios, con su inteligencia y voluntad libérrima, regló la cantidad, la extension, la capacidad y las propiedades de la materia; proposiciones incompatibles con la doctrina de la emanacion, fuera de que la creacion la comprueba Orígenes con los textos de la Escritura, y sobre todo con las palabras del Salmo CXLVIII, v. 5: *Dijo, y todo fué hecho: lo mandó y todo fué creado.* Desde el momento, dice Bergier, en que Dios opera por su sola voluntad, se sigue que su poder es infinito; que la creacion ha sido un acto de su voluntad libre; que la materia no existia ántes, y que Dios le ha dado los límites y la forma que le ha placido. Finalmente, sostiene Bergier que Orígenes no se valió nunca de la palabra *emanacion*, y se admira cómo Huet ha podido atribuirle este sistema y acusarle de que limitó el poder de Dios, ni cómo los editores de este Padre, que le defendieron de otros errores, no le defendieran de este, ni cómo Brucker ha podido llevar su ceguedad hasta el punto de sostener que el sistema de las *emanaciones* era la base de su filosofía, y que segun su estilo, todas las cosas habian sido creadas por *emanacion*; por el contrario, sostiene Bergier que, segun Orígenes, *creacion* y *emanacion* son dos cosas contradictorias. Tambien demuestra que Orígenes reconoció y probo la perfecta espiritualidad de Dios, y de consiguiente que es imposible suponer que la materia saliese de su seno por *emanacion*, ni que Dios no pudiese existir sin un cuerpo, puesto que éste debia ser de materia y existia aquel Señor ántes de haberla creado. Orígenes no se adhirió ciegamente á las doctrinas de los filósofos; á sus discípulos les encargaba que no se inscribiesen en ninguna secta ni escuela, sino que entre todas eligiesen lo verdadero ó probable; pero este precepto se le daba meramente en cuanto á las materias filosóficas, pues que en lo relativo á las teológicas, les recomendaba que no se fiasen sino en la palabra

de Dios, de los profetas ó en la de los hombres inspirados por Dios. Con una grande erudicion refuta el mismo Bergier la pretendida mezcla de la doctrina de la filosofía de los orientales con la de Platon en la escuela de Alejandría, ya porque en los libros de Zoroastro no se encuentra el sistema de las *emanaciones* ni las consecuencias que los filósofos de Alejandría dedujeron, y ya porque Plotino hizo su viaje á Oriente en 243, y Orígenes no estaba entónces en Alejandría, de donde salió en 242. Demuestra asímismo el abuso que hicieron sus críticos de atribuir á un autor errores por via de consecuencia de otros que no enseñó, y ántes bien contradijo: ataca vigorosamente el supuesto de que Orígenes tuviese una doctrina doble, una para el vulgo y otra para los lectores inteligentes ó instruidos, ántes bien dice que lo contrario está probado, con especialidad en su carta á San Gregorio Taumaturgo, en la que expresa que la filosofía no es más que un preludio y un recurso para llegar á la doctrina cristiana, que es el fin de todos los estudios; y añade que pocos de los que se han dedicado á la filosofía han sacado una verdadera utilidad, en razon de que muchos solo se han aprovechado de ella para producir herejías; y concluye diciendo que para entender bien la Santa Escritura es preciso que Jesucristo nos abra la puerta, y así que el mejor recurso era la oracion. Sin embargo, Bergier no deja de reconocer que es evidente que al salir, por decirlo así, de las escuelas de filosofía, compuso hácia el año 230 sus libros *de Principiis*, no para dogmatizar sino para ensayar hasta que punto se podian conciliar las opiniones de los filósofos con la Santa Escritura: que esta fué la base de sus especulaciones, pero que muchas veces en verdad no toma en el verdadero sentido los pasajes, bien que siempre habla con una tímida duda, como sucede en el prefacio sobre el Génesis. Sin duda á esta causa se debió el abuso que algunos hicieron de sus obras, abuso que tenia lleno de pasmo al mismo Orígenes, por lo que al fin de su vida escribió al papa S. Fabian manifestándole su arrepentimiento. *Epístola XLI de S. Gerónimo ad Pamach.* Puede decirse por lo tanto, segun Bergier, que cuando fué condenado en el concilio V, esta censura recayó más que sobre él, sobre los obstinados disputadores que querian hacer de sus dudas otros tantos artículos de fe: deduciéndose que murió en la paz y la comunion de la Iglesia. Ya hemos hablado de la conducta de Orígenes: Bergier dice, que ve con satisfaccion que Mostheim hace justicia á las virtudes morales y cristianas de Orígenes y que reconoce que nadie las practicó con más heroismo. Su mutilacion fué un hecho que tuvo, si se quiere, un fin recto, el deseo de evitar todo peligro de impureza y prevenir toda sospecha desventajosa para con respecto á las personas del otro sexo; pero el mismo Orígenes tuvo la buena fe de condenar su conducta en el tomo XV *in Math*, núm. 1 y siguientes. Disculpable

y digno de compasion es, por lo tanto, el que comete un error que reconoce y condena despues. Hecho Orígenes objeto de la crítica, no es extraño que se haya dudado de su constancia en el martirio; que se haya supuesto que sucumbió y que colocó incienso en el altar de los ídolos; pues S. Epifanio dice que para verse libre de la cárcel fingió ofrecerlo, y que esto se debió á la astucia diabólica del juez, que le amenazó le prostituiria de lo contrario á un etíope: que en este conflicto y para librarse de esta abominacion, se dejó Orígenes echar incienso en la mano y conducir delante del ídolo á quien se creyó lo habia ofrecido. Todavía se añade que los cristianos que estaban en las cárceles se separaron de su comunion, que no quiso recibirle la iglesia de Alejandría, y que habiendo ido á la de Jerusalen, subido á la cátedra para explicar, segun su costumbre, la Sagrada Escritura, abriendo la Biblia tropezó con aquellas palabras del salmo XLIX, que dicen: *Peccatori autem dixit Deus, quare tu enarras justitias meas et assumis testamentum per os tuum?* y que al leer estas palabras se deshizo en lágrimas, y todo el auditorio con él; pero los críticos dudan que sea de S. Epifanio, á quien se le atribuye, esta narracion, puesto que en otros lugares en que habla de Orígenes, no menciona semejante caida, ni tampoco S. Geronimo, Teófilo de Alejandría y Vicente Lirionense, que escribieron sobre Orígenes y que trataron de algunos de sus defectos. Ni aun la muerte eximió á este grande hombre de ser un motivo de controversia y de disputas. Su memoria fué atacada y defendida como en vida. En el cuarto siglo los arrianos se sirvieron de la autoridad de Orígenes para sostener sus recientes errores: San Atanasio, S. Basilio y S. Gregorio Nacianceno le defendieron como ortodoxo en punto á la divinidad del Hijo: Hilario, Tito de Bostres, Dídimo, San Ambrosio, Eusebio de Bercelis, Victoriano de Petaw y S. Gregorio de Nisa copiaron sus obras con elogio; pero Teodoro de Mopsuesto, Apolinario y Cesáreo no fueron favorables, y S. Basilio dice expresamente, que no pensó sanamente de la divinidad del Espíritu Santo. En el mismo siglo cuarto se suscitó ya la disputa sobre la ortodoxia de Orígenes, que la defendieron Juan de Jerusalen y Rufino, volviendo S. Juan Crisóstomo por los defensores de este padre, pero fué atacada ásperamente por S. Epifanio y S. Gerónimo, y Teófilo persiguió á los monges de Nitria, á quienes acusó de origenismo, y fueron condenados en un concilio de Alejandría, siendo aprobada la sentencia por el papa Anastasio y demás obispos de Occidente; pero Orígenes en Oriente tuvo al mismo tiempo muchos defensores, hasta que en el siglo VI el emperador Justiniano se declaró abiertamente su enemigo, escribiendo una carta á Menas contra su doctrina, promulgando un edicto contra él en 540, y haciéndole condenar en un concilio, que se celebró seguidamente en Constantinopla, y cuyas actas se agregaron á las del quinto conci-

lio general. Desde entónces quedó en problema y en duda la ortodoxia de Orígenes, habiendo habido mayor diversidad de pareceres. Además de las ediciones de sus obras, en que se controvierte este punto, otros autores lo trataron separadamente. Guillermo Cave, en su *Historia de los sagrados escritores*, da como ciertos los errores que se le imputan; pero los disculpa con diferentes raciocinios, que si los hubiésemos de reproducir nos obligarian á escribir, no una biografía sino un libro, ó á lo ménos una disertacion teológica; baste decir que en las vidas de Tertuliano y Orígenes, escritas por Mr. de Lamothe en la *Biblioteca de los autores eclesiásticos*, de Du Pin; en la *Historia de los autores sagrados de D. Ceillier*, tomos II y III, artículo *Pánfilo*; en la *Historia del Origenismo*, del jesuita Doucius; y en los demás autores que hemos citado, tendrán los curiosos abundante campo en donde satisfacer su curiosidad, y adquirir sobre esta materia una opinion fundada, que les tranquilice acerca del concepto que deben formar de Orígenes. Nosotros creemos que la decision es muy difícil, no estando completas sus obras, y habiendo sido adulteradas muchas por los herejes, que quisieron valerse de la autoridad del nombre de un varon esclarecido, á quien no pueden negarse ni ciencia ni virtudes. Abusó sin duda del sistema seguido en la escuela de Alejandría, y del que habla Bergier en su artículo *Platonismo*, de extractar algunas opiniones de los filósofos paganos, y demostrar que no eran contrarias á la fe; eclecticismo que, segun el mismo Bergier, constituia un sistema que no era pernicioso á la religion, y que contribuyó á refutar á los herejes y á convertir á muchas personas instruidas. No podremos ménos de citar sobre este punto lo que contestó Teotimo, obispo de los escitas, á Epifanio, que le acosaba para que condenase los libros de Orígenes; «que él no cubriria de una nota á uno que habia »muerto hacia tanto tiempo, ni condenaria lo que sus mayores no repudia»ron, mayormente cuando sabia que no se encontraban malas doctrinas en »los libros de Orígenes.» Dice por fin Guillermo Cave, de quien tomamos la cita anterior, que todo lo presentará contraido en las palabras de Aimonio, obispo estalberstatense: «Yo, dice, salva la fe de los Padres, creo ó que no »escribió tales cosas, sino que fueron malignamente fingidas por los here»jes, que para deslumbrar y confundir las rotularon con su nombre pre»claro; ó que si las escribió, no fundó dictámen, sino que habló como de »una cosa opinable, pues, como manifiesta, aprendió los dogmas de los fi»losófos y herejes para adquirir mayor aptitud de refutarlos, que la que hu»biera adquirido ignorándolos; y por eso, cuando tocó ó refirió estos erro»res, se creyó que los expuso como suyos; y si deliberadamente, como quie»ren algunos, escribió esas proposiciones heréticas, compadecerse debe á »un hombre que nos trasmitió tan precioso tesoro de erudicion, que si tiene

»vicios en sus escritos, los supera el esplendor celeste de las cosas, que con »arreglo á la fe escribió.» Esta solucion no es más que dejar la duda en pie, como no pueden ménos de dejarla todos cuantos escriban sobre un punto que tiene en favor y en contra testimonios tan respetables. Una cuestion que no pudieron resolver otros más próximos á Orígenes, otros más sábios, ¿podremos resolverla nosotros? Sería una temeridad en la que no tratamos de incurrir. Orígenes fué un grande hombre, pero su doctrina en varios puntos es sospechosa : esta es nuestra conclusion.— M. N. y S.

ORIGNI (Juan de), jesuita. Nació en Reims, á últimos del siglo XVII. Dedicóse alternativamente á la enseñanza y á la direccion de las almas, y se le conoce por autor de varias obras eclesiásticas, de las cuales las más importantes son las siguientes : 1.ª *Vida del P. Canisius;* París, 1707, un tomo en 12.°, de 438 páginas : traducida al latin por Phiton; Munich, 1710, en 8.°— 2.ª *Vida del P. Antonio Posevino;* ibidem, 1712, en 12.°: obra curiosa y muy buscada.—3.ª *Vida de S. Remigio;* Chalons, París, 1714, en 12.° El autor advierte en su prefacio que su obra va dirigida especialmente á los que con sabia y piadosa credulidad quieran aprovecharse de su trabajo.— 4.ª *Vida del P. Mundo Anger, confesor y predicador del rey Enrique III;* Lion, 1716, en 12.°— 5.ª *Historia de la institucion de la Congregacion de nuestra Señora*; Nanci, 1719, en 12.°— M.

ORIGO (Cursio). Nació este cardenal de la Santa Iglesia católica en Roma el 9 de Marzo de 1661. Protegiéndole desde que fué sacerdote el papa Clemente XI, empezó por nombrarle secretario de memoriales el 3 de Diciembre de 1700. En Setiembre de 1705 le concedió un canonicato de la basílica de S. Pedro del Vaticano. El 17 de Mayo de 1706 le nombró secretario de la Congregacion de la Consulta; y se hallaba ejerciendo este destino cuando fué creado cardenal el 18 de Mayo de 1712; pero fué solo entónces reservado *in petto*, pues que la declaracion no se hizo hasta el 26 de Setiembre. Se le concedió el título de San Eustasio el 21 de Noviembre del mismo año. El 12 de Abril de 1717 fué declarado legado de Bolonia. A su advenimiento á la silla de S. Pedro Inocencio XIII, le hizo en 9 de Mayo de 1721 prefecto de la Congregacion del Concilio, cargo en que le sucedió el cardenal Antonio Javier Gentili, natural de Roma, creado en 17 de Mayo de 1731. Murió Origo en Roma el 18 de Marzo de 1737, á la edad de setenta y seis años y nueve dias.— C.

ORIHUELA (Fr. Melchor de), religioso capuchino. Nació en Valencia, donde tomó el hábito. Fué varon de gran doctrina, ferviente celo y vida penitente. Dedicóse al ministerio del púlpito con extraordinario ardor, y vió coronados sus esfuerzos de numerosísimas conversiones. Obtuvo varios cargos en su religion, y murió siendo guardian del convento de Albaida,

en 1614. Imprimió : *Sermones aliquos de Passione Domini et de Beatissima Virgine;* Valencia, 1610.—M.

ORIHUELA (Fr. Pablo), religioso capuchino natural de Valencia, vistió el hábito en su patria en 16 de Mayo de 1663, y trabajó con celo infatigable en los progresos de la fe en las misiones de Indias, llegando á ser prefecto de las que tenia su Orden en Caracas y Maracaibo. Despues de haber agotado sus fuerzas en los penosos trabajos del apostolado, falleció en Congo, pero se ignora el año. En la librería de su convento de Valencia se conservaba de este autor un libro en 4.° manuscrito con este título: *Primera y segunda parte de las misiones de la provincia de Menores Capuchinos de Valencia en las Indias, con una relacion de varios sucesos ocurridos hasta* 1703.—S. B.

ORIO (Fr. Fernando), religioso mercenario de la provincia de Castilla y catedrático de teología en Madrid. Se ignora la época de su fallecimiento; pero se sabe vivia aún en 1655. Escribió: 1.ª *Quinti Septimi Tertuliani librum de pacientia novis illustrationibus pro casu concionatorum et politicorum exornatum;* Madrid, 1644, en fólio.—2.ª *El Pródigo Santo*; Madrid, 1644, en 4.°—S. B.

ORIOL (B. José). Véase Beato José Oriol.

ORIOL (Pedro), llamado en latin *Aureolus*, célebre teólogo, natural de la provincia francesa llamada Picardía. Gozó de extraordinaria reputacion al principio del siglo XIII, y sucedió á su maestro Juan Scoto en el desempeño de una de las cátedras de la universidad de París, conquistándose el renombre de *doctor elocuente*, *doctor fecundo*. Créese generalmente que Oriol pertenecia á la órden de S. Francisco, y que despues de haber ocupado en ella los principales puestos, fué elevado en 1321 á la silla episcopal de Aix. Casimiro Ouvin supone, sin ningun fundamento, que los Franciscanos han inventado el episcopado de Oriol para dar mayor esplendor á su órden, y afirma que este ilustre teólogo era religioso de Val-des-Ecoliers. Probablemente, dice un biógrafo, se habrá confundido á Pedro Oriol con Pedro despues arzobispo de Aix y cardenal en 1320; pues si debiere admitirse el episcopado del primero solo podia haber durado algunos meses. Segun los autores de la *Galia cristiana*, Oriol falleció en 27 de Abril de 1322; mas el abate Dutampe conjetura que renunció su obispado para continuar sus estudios teológicos, dilatando su muerte hasta el año 1339, que es la fecha de una de sus obras que se conservaban en la biblioteca de los Franciscanos de Toledo. Este célebre doctor fué uno de los defensores más celosos del misterio de la Inmaculada Concepcion, componiendo al efecto un tratado que aprobó la Iglesia y que ha visto la luz pública en 1514. Además de varios sermones, un *Compendio de Teología* y algunos tratados ascéticos, cuya lista

se halla en la *Bibliotheca Minorum* de Wadingo, compuso Oriol las obras siguientes: 1.ª *Breviarum Bibliorum*; Venecia 1507-1571; París, 1565-1585. Esta última obra lleva este título: *Compendiosa in universam Sacram Scripturam.* —2.ª Cuatro libros de *Comentarios sobre el Maestro de las Sentencias*; Roma 1595-1605, dos tomos en fólio, obra muy rara. Esta edicion ha sido publicada por el cardenal Constantino Seruano, con una vida del autor al frente de la obra. —S. B.

ORLANDI (Antonio Pelegrin), carmelita de la congregacion de Mántua é indivíduo de la Academia Clementina. Nació en Bolonia en 1660, y fué tan sabio como piadoso. Comenzó con ardor los estudios desde su primera juventud, llevando hasta la tumba la misma actividad y amor á las ciencias; siendo una prueba de sus laboriosas é incansables investigaciones las obras que publicó y que por falta de método y exactitud son hoy dia poco consultadas por existir otras más exactas y completas. Orlandi falleció en Bolonia en 8 de Noviembre de 1727. Sus principales obras son: 1.ª *Notizie degli scriptori bolognesi é dell' oppere loro stampate é manoscritte*; Bolonia, 1714, en 4.°—2.ª *Origine é progresi della stampa ó sia dell' arte impresoria é noticia dell' opera stampate dal 1475 sino al 1500*; Bolonia, 1722, en 4.°—3.ª *Abecedario pittorico d' proffesori piu illustri in pictura, scultura ed architectura*; Bolonia, 1704, 1719 y 1731 con adiciones del autor. Este Diccionario de pintores, escultores y arquitectos, útil á todos los que cultivan las artes, ha sido impreso muchas veces, mereciendo especial mencion las ediciones que se hicieron en Venecia (1753) con notas de Guariante, y en Florencia (1776 y 1778) sin notas, pero aumentada con las vidas de los pintores modernos. Esta obra ha sido traducida al inglés y publicada en Lóndres en 1730. Sin embargo, si algun mérito tiene en la actualidad, es solamente el que ofrece la facilidad de estar reunidas en un solo volúmen las vidas de todos los pintores dignos de pasar á la posteridad. En el tomo VI de las *Notizie degli scrittori bolognesi* del conde Fantuzzi se lee un artículo biográfico sobre este sabio, en el cual se inserta una lista de todas sus obras así impresas como inéditas. —S. B.

ORLANDINI (Leonardo). Nació en 1552 en Trapani y no en Palermo, como han sostenido algunos autores. Fué doctor en teología y en derecho civil y canónico y muy versado en las bellas letras. Es el primero que compuso versos líricos italianos á imitacion de Horacio. Fué canónigo de Palermo, luego abad, y por último juez sinodal y vicario general de aquella diócesis. Murió en Palermo á 13 de Setiembre de 1618, á los sesenta y seis años de edad. Sus obras son: 1.ª *Variarum imaginum liber tres.* —2.ª *Trapani in una brieve descrizione*; y manuscritas *Hortus geographicus; oracula Sybillarum cum expositione et comment. libri duodecim.* —S. B.

ORLANDINI (Nicolás), primer historiador de la Compañía de Jesús. Nació en Florencia, de una familia patricia, en 1554. No bien cumplió la edad de diez y ocho años cuando entró en la Compañía de Jesús. Despues de haber dedicado su talento á la enseñanza por espacio de algunos años, fué nombrado rector del colegio de Nola, y despues director del noviciado de Nápoles, puesto de grande importancia, y que á pesar de la grande experiencia que exige, desempeñó con mucho tino y prudencia en edad muy jóven. Llamado á Roma para ocupar la plaza de secretario del P. General, distinguióse tanto por la facilidad con que despachaba los negocios más importantes, que se le confió el delicado cometido de escribir la historia general de su instituto. Débil era su salud para empresa tan laboriosa, pero á fuerza de celo y constancia pudo concluir la primera parte de su importante obra, ántes de que falleciese en 27 de Mayo de 1706, á la edad de cincuenta y dos años. Además de los *Annuæ litteræ Societatis* de 1583 á 1585, y de la *Vida de Pedro Favre ó Faver*, uno de los primeros discípulos de S. Ignacio, Lion, 1617, en 8.°, traducida al italiano por el P. Alciati, por Landini, compuso *Historia Societatis Jesu pars prima*; Roma, 1615; Amberes, 1620, en fólio. Este tomo contiene la *Vida de S. Ignacio*, dividida en diez y seis libros. El estilo es puro y elegante, y los hechos estan sacados de los documentos más auténticos. Francisco Sachini, continuador de la historia de la Compañía, fué el que dió á la prensa el primer tomo, ilustrándolo con un prefacio, una sucinta vida de Orlandini y un índice de materias. El segundo volúmen encierra la vida del P. Lainez; Amberes, 1620. El tercero la de Francisco Borgia; Roma, 1649. El cuarto la de Verardo Mercuriano; ibidem, 1652. Y el quinto la de Claudio Aquaviva; idem, 1661. Cuando murió Sachini faltaba todavía perfeccionar la vida de Aquaviva, trabajo de que se encargó el Padre Posin, y despues lo dió á la estampa. El célebre Jouvanci fué el sucesor en esta empresa, continuando los trabajos de sus predecesores con tanto ahinco, que en 1610 publicó en Roma el tomo VI, que contiene los sucesos más importantes ocurridos en la Compañía desde 1591 á 1616. Finalmente, el P. Julio Jordara dió á luz en 1750 el tomo VII, que alcanza al siglo XVII. Esta coleccion es tan rara como buscada, y con dificultad se halla completa, porque se mandó rigurosamente suprimir el tomo de Jouvanci. —M.

ORLANDO de la Rubere, obispo de Orense. Era tesorero del pontífice Julio II y arzobispo de Nazareno, cuando le nombró el Papa para este obispado en 1.° de Octubre de 1511, eligiendo entónces Orlando á Pablo de Casafranga, clérigo de Zaragoza, por provisor y administrador de su diócesis, dándole poder para tomar posesion en 19 de Noviembre, lo que verificó Casafranga en 17 de Marzo de 1512. El canónigo y canciller del cabildo D. Rodrigo Vazquez, intimó al provisor Casafranga en 5 de Junio que le presen-

tase el proceso original de la residencia que el cardenal Regino habia mandado tomar al doctor Botello. Orlando ocupó desde 1513 la sede de Aviñon, con cuyo título, y no el de cardenal, que no llegó á tener, aunque se le han dado algunos autores, asistió á las sesiones del concilio Lateranense, celebradas en 1513. Lo mismo que de Aviñon era obispo de Orense, teniendo por coadjutor á D. Rodrigo, obispo Laodicense, quien en 1515 consagró el altar mayor de la catedral. Orlando de la Rubere continuó teniendo esta iglesia en encomienda hasta 1527, desde cuya época no se le encuentra citado en ningun documento ni escritura. Poco ántes habia fundado el caballero D. Francisco Mendez Montoto la ermita de nuestra Señora de los Remedios, junto al puente de Orense, la que es de grande veneracion en toda la provincia. —S. B.

ORLANDO (Mateo), religioso de Sta. María del Monte Carmelo. Sus méritos le elevaron al generalato de la Orden, de donde pasó á ocupar la silla de Cefalonia. Nació en el siglo XVII en Cilicia, y despues de haber desempeñado con particular acierto las importantes comisiones que le confió la corte romana, falleció en 1695. Se dice que escribió esta obra: *Cursus theologicus in III partem D. Thomæ ad methodum Escholast. ordinat.* —M.

ORLEANS (Fr. Anselmo de), religioso capuchino de la provincia de Aquitania, dió á la prensa la obra siguiente: *Experimentales demonstrationes intellectus, visus, auditus et tactus;* París, 1673, en cuyo tratado manifiesta lo futil y falso de los adivinos y adivinas. — S. B.

ORLEANS (Bertere ó Bertier de), clérigo conocido por haber compuesto en 1188 una prosa rimada para animar á los franceses á tomar la cruz, á ejemplo de los reyes de Francia y de Inglaterra, que se habian cruzado el mismo año para la defensa de la Tierra Santa, subyugada por el conquistador Saladino, que se habia hecho dueño de Jerusalen y apoderado de la verdadera cruz del Salvador. No carece este escrito del entusiasmo propio para inflamar el celo de los héroes de aquel tiempo, no ménos bravos que religiosos, y esto es lo que se habia propuesto el poeta en la animada pintura que hace de una profanacion tan grande. Esta composicion, que nos ha sido conservada, se halla compuesta de seis estrofas de doce versos, todas las cuales terminan con los seis siguientes:

Lignum crucis,
Signum ducis,
Sequitur exercitus,
Quod non cessit,
Sed processit
In vi Sancti Spiritus.

No citaremos más que las dos primeras estrofas.

Juxta threnos Jeremiæ
Vere Sion lugent viæ,
Quod solemni non sit die
Qui sepulcrum visitet,
Vel casum resucitet
Hujus prophetiæ.
Contra quod propheta scribit,
Quod de Sion lex exibit,
Numquid ibi lex peribit,
Nec habebit vindicem,
Ubi Christus calicem
Passionis bibit?
Lignum crucis, etc.

Ad portandum onus Tyri,
Nunc deberent fortes viri
Suas vires experiri,
Qui certant quotidie
Laudibus militiæ
Gratis insigniri.
Sed ad pugnam congressuris
Est athletis opus duris,
Non mollitis epicuris;
Non enim qui pluribus
Cutem curant sumptibus
Emunt Deum precibus, F. pressuris,
Lignum crucis, etc.

Procuremos ahora descubrir quién era este poeta. Sinforiano Guyon dice que Bertere era consejero de estado del rey de Inglaterra; pero Rogerio de Hoveden no le concede esta cualidad. Es más verosímil que este Bertier es el arcediano de Cambrai, á quien Esteban de Tournai dirige las cartas citadas por el P. Dumoulinet. Resulta de estas cartas que su amistad databa de antiguo, y que este arcediano de Cambrai podia muy bien ser el clérigo de que habla el citado historiador inglés. Aunque arcediano de Cambrai, dependia de Guillermo de Champagne, arzobispo de Reims, y á él es á quien recomendaba Esteban sus negocios cerca del prelado, porque tenia razones para no escribirle directamente. El abad de Sta. Genoveva, enviado á Tro-

yes por el arzobispo, fué detenido allí por una enfermedad, y temió haber incurrido en la desgracia del prelado por no haber regresado tan pronto. Escribió, pues, á Bertier que se habia puesto en camino en jornadas cortas, que deseaba hablarle ántes de presentarse al prelado. En otra carta á Bertier, el abad de Sta. Genoveva, temeroso de incomodar al obispo con repetidas solicitudes, se dirige á su amigo, encargándole lo hiciese por él. Basta esto para probar que Bertier residia ordinariamente cerca del arzobispo de Reims, que era muy protector de los estudiosos. Pero este amigo creyó que Esteban, promovido á obispo de Tournai, llenaba mal los deberes de su cargo, sin duda porque no se cuidaba bastante de la representacion. El obispo le representa en otra carta que si era reprensible en alguna cosa, hubiera debido su amigo advertírselo en particular, y no ponerle en público en ridículo, y con esta ocasion le refiere su método de vida enteramente episcopal. Este hecho prueba que Bertier vivia despues de 1192, pero no encontramos ninguna noticia para fijar el año de su muerte. En la misma época vivia tambien otro Bertier, abad de Saint-Euberte, desde 1194 hasta 1199, que era sin duda pariente del primero. — S. B.

ORLEANS (Pedro José de), jesuita. Nació en Bourges y entró siendo muy jóven todavía en la compañía de Jesús, consagrando toda su vida á estudiar la historia y escribir obras de este difícil é importante género. Murió en 1698, hallándose todavía en una edad en que podia producir nuevos frutos su pluma, siempre brillante y con frecuencia profunda. Sus obras son: 1.ª *Historia de dos conquistadores tártaros, Chunchi y Cambi, que subyugaron la China.*—2.ª *Historia de M. Constancio, primer ministro del rey de Siam, y de la última revolucion de este estado.* Libro bien escrito, pero compuesto sobre noticias poco exactas.—3.ª *La vida del P. Mateo Ricci*; obra la más débil del P. Orleans al decir de Moreri.—4.ª *Historia de las revueltas de Inglaterra desde el principio de la monarquía hasta* 1691; obra sin duda de las que más consideraciones merecieron á su autor. — 5.ª *La vida de María de Saboya, reina de Portugal, y de la infanta Isabel, su hija.*—6.ª *Historia de las revoluciones de España, desde la destruccion del imperio de los Godos hasta la entera y perfecta reunion de los reinos de Castilla y Aragon en una sola monarquía*; tres volúmenes en 4.° Esta obra no se publicó hasta despues de la muerte del P. Orleans, quien escribió hasta la pág. 449 del segundo tomo. La continuacion es del P. Artio, que no fué más afortunado que su antecesor, y del P. Brunoy, cuyas obras gozan de reputacion. — S. B.

ORMACHEA Guerrero (D. Gerónimo de). Fué natural de Asturias y canónigo magistral de la iglesia de Lugo. Escribió: *Commentaria in Cantica Canticorum Salomonis*; Lugo, 1727 en fólio. — S. B.

ORMAZA (Fr. Antonio), religioso dominico, de quien únicamente se sa-

be que escribió una *Vida de S. Jacinto;* Valladolid, 1594, en 4.°—S. B.

ORMAZA (P. José de), jesuita natural de Salamanca, tan distinguido por sus conocimientos como por las obras que compuso, que son las siguientes: 1.ª *Grano del Evangelio en la tierra vírgen; Cristo seminario de toda enseñanza;* Madrid, 1667, en fólio.—2.ª *Tesauro manual en el conde Manuel Tesauro:* 1.ª parte, *Genealogía de Cristo Salvador, derivada por las edades del mundo:* latino, castellano, con escolios, etc. etc.: 2.ª parte, *en que por todos los capítulos del Viejo y Nuevo Testamento se tratan las cuestiones principales con citas á los autores que mejor las resuelven;* Madrid, 1674, en 4.°—3.ª *Sermones diferentes;* Madrid, 1671, en 4.°—4.ª *Censuram eloquentiæ*, sin nombre de autor; Zaragoza, 1648.—S. B.

ORNAN, jebuseo, vendió sus eras á David, rey de Israel, para construir en ellas un altar, despues que se hubo detenido el ángel que exterminaba á su pueblo á causa de su nombramiento (I Paralip., cap. XXI, v. 18 y siguientes).—S. B.

ORNELLA (B. Catalina), religiosa franciscana, célebre por sus virtudes y santidad. Fué fundadora de un convento de su órden, que consagró á nuestra Señora de la Luz, en el que tomó despues el hábito, viviendo con grande abstinencia, humildad y caridad. Falleció hácia 1520.—S. B.

ORO (P. Mtro. Fr. Ignacio), religioso cisterciense, natural de Trasobares en la diócesis de Zaragoza, tomó él hábito en el monasterio, donde se distinguió por su virtud y estudio, siendo un excelente teólogo y rígido observador de la disciplina monástica. Nombrado abad de su monasterio, no tardó en ser elegido vicario general de la Congregacion de su Orden en Aragon, cuyo cargo desempeñaba cuando murió en el monasterio de Berrueco, durante una visita que hizo á su provincia. Fué sepultado detras del sagrario de aquel templo, siendo su sepulcro mirado con grande veneracion. Escribió: *Alegacion teológica sobre la obligacion que tiene todo el Orden del Cister de sujetarse á la reforma contenida en el Breve* In suprema *de Alejandro VII;* Zaragoza, 1671.—S. B.

ORO (P. D. Jorge de), religioso cisterciense natural de Trasobares en la provincia de Zaragoza. Tomó el hábito y profesó en el monasterio de Berrueco, de donde fué abad desde 1656 hasta 1660, durante cuyo tiempo engrandeció y aumentó su convento. Desempeñó con mucho aplauso una cátedra en la universidad de Huesca, y fué promovido al rectorado del colegio de S. Bernardo de la misma ciudad. Dejó manuscrita una obra, que terminó en 1649, con el siguiente título: *Logicales disputationes.*—S. B.

ORODI. En el libro III de los Reyes, cap. XXIII, vers. 25, se le llama *Semma de Orodi*, y en el mismo cap., vers. 33, se le denomina *Semma de Orori.* Era hijo de Sagé de Arari ú Orori. Véase SEMMA.

ORONCIO (S.), obispo de Auch. Todos los autores han hablado hasta aquí de este Santo de una manera tan contraria á la verdad como en oposicion consigo mismos. Los unos, sin dar pruebas sólidas, le han hecho florecer á principios del siglo VI ó del VII. Otros, siguiendo un monumento de la iglesia de Auch del siglo XII, pretenden que fué creado obispo en 323, y que despues de haberla gobernado cuarenta y un años, murió en 364. Le dan por sucesor á Armentario, que parece ser el obispo de este nombre que suscribió la carta sinodal de los obispos de las Galias al papa S. Leon en 451. De manera que entre S. Oroncio y Armentario se halla un vacío de casi cien años en el catálogo de los obispos de Auch. Pero nos parece que el monumento en que se apoyan para fijar el tiempo del episcopado de nuestro Santo es muy posterior á su siglo para que pueda servir de prueba. Por esta razon creemos que se le deben preferir las actas del Santo, que han dado los continuadores de Bolando, siguiendo al P. Labbé. Pues aunque estas actas no sean originales y puedan contener algunos hechos que no son exactamente verdaderos, parecen sin embargo mucho más antiguas que el monumento de que hemos hablado. Segun estas actas, S. Oroncio era un prelado muy instruido en la doctrina de la Iglesia. Apenas se vió elevado á la sede de Auch, se dedicó principalmente á la instruccion de su rebaño. Habia á la sazon muchos paganos en su diócesis, como los habia tambien por la misma época á los alrededores de Auxerre. S. Oroncio empleó con tan buen éxito su saber para sacarlos del error, que abriendo ellos los ojos, reconocieron á aquel de quien habian recibido la vida, renunciaron á la vanidad de sus ídolos, consintieron en abrazar el Evangelio, y en recibir el bautismo. La fe y la virtud del santo Obispo le hicieron tan respetable á los ojos de su pueblo, que bendecia á Dios por haberle dado un pastor tan digno. Parece, en efecto, por los escritos que nos quedan de S. Oroncio, que tenia una piedad tierna y sólida, y mucho celo para destruir el reinado del vicio y establecer el imperio de la virtud. Nos ha dejado tambien grandes pruebas de su humildad. Se califica en más de un lugar por uno de los pecadores más grandes, y conjura á sus lectores á acordarse de él para que con el socorro de las oraciones de los santos, pueda obtener el perdon de sus pecados. Era ya de una edad muy avanzada, cuando en 439 envió el Emperador á Aecio y á Litorio, con un ejército, contra Teodorico, el antiguo rey de los godos que reinaba á la sazon en Tolosa. Temeroso del éxito de la guerra, recurrió este príncipe arriano á S. Oroncio para obtener la paz por su mediacion. Interesado el Santo por el afecto de este rey, y mucho más sin duda todavía por los fieles que se hallaban encerrados con él en Tolosa, quiso encargarse de la embajada cerca de los generales romanos. Aecio le recibió con mucho honor y respeto, recomendándose con ins-

tancia á sus oraciones. A la fe que manifestó en esta ocasion se atribuye la fortuna que tuvo despues de escapar á los funestos resultados de esta guerra. Litorio, por el contrario, no manifestó más que desprecio hácia nuestro Santo, sin querer escuchar sus proposiciones de paz, por lo que fué víctima de su obstinacion, habiendo sido hecho prisionero por los que se hallaban en Tolosa. Todo lo relativo á la embajada de S. Oroncio parece bastante extraordinario, si no estuviese fundado en la veneracion que le han dado siempre los de Tolosa, y que se cree provenir del socorro que les prestó entónces. Se apoya tambien en un pasaje de Salviano, tomado del libro VII sobre la Providencia, donde dice expresamente que los godos, temerosos como se hallaban de los romanos, tenian más confianza en Dios que en sus propias fuerzas, y enviaron á aquellos dos obispos católicos para pedirles la paz; pero que enorgullecidos los romanos les habian despreciado sin haberles escuchado, lo que concuerda perfectamente con la embajada de nuestro Santo cerca de Aecio y Litorio. Sus actas hablan todavía con elogio del cuidado con que procuró socorrer á los pobres y á los extranjeros, consolar á los afligidos, rescatar á los cautivos y convertir á los herejes. Le atribuyen tambien la gloria de haber restablecido la paz en su país, y de haber hecho algunos milagros durante su vida y despues de su muerte. Se ha visto que S. Oroncio vivia aún en 439. Se ignora el año exacto de su muerte. La Iglesia le venera como Santo en 1.° de Mayo. Las ciudades de Auch y de Tolosa de Francia le reconocen como su patrono. En la primera de estas ciudades hay un célebre monasterio de la órden de Cluni, dedicado á su nombre, y al que se llama vulgarmente de S. Orens ú Orencio. Como S. Vicente pudo vivir hasta 440, es fácil tuviese por sucesor á Armentario, que es quien firmó la carta sinódica de los obispos de las Galias á S. Leon en 451. Tenemos bajo el nombre de S. Oroncio una obra en verso, titulada *Commonitorium*, que podemos traducir *Memoria* ó *Advertencia*, titulo que era bastante comun á principios de aquel siglo. Mario Mercator, Vicente de Lerins, y algunos otros que escribieron por la misma época que S. Oroncio, le pusieron como él al frente de algunas de sus obras. No hay, pues, motivo para dudar de que el que tenemos titulado de aquella manera bajo el nombre de S. Oroncio, no sea verdaderamente suyo. Se infiere de la misma obra, como lo ha notado bien el P. Martenne y Oudin despues de él, que fué compuesta por un galo, ó al ménos por una persona que habitaba en las Galias, y que habia sido testigo de las guerras que refiere de una manera tan patética. Es tambien cierto que la descripcion que el autor hace de las devastaciones que habian sufrido las Galias, es decir, de las guerras frecuentes, de los incendios causados por las guerras, de las violencias ejercidas por los bárbaros, de las traiciones, de la mala

fe que reinaba, del hambre que la habia afligido recientemente; es cierto que esta descripcion conviene perfectamente al triste estado á que se hallaban reducidos los galos durante los primeros años de aquel siglo. Para quedar completamente convencidos no hay más que comparar lo que han escrito diferentes autores contemporáneos y todos los galos; como el poeta anónimo en su poema sobre la Providencia, Salviano en sus libros sobre el mismo objeto, S. Próspero y su compendiador en diferentes lugares de sus Crónicas, y Claudio Mario Victor en su carta al abad Salomon. No solo el nombre de Oroncio se halla á la cabeza de la Memoria ó Advertencia de que hablamos, sino tambien en el cuerpo de la obra, que es de tal naturaleza que no se puede cambiar este nombre por el de Orosio, por ejemplo, sin corromper visiblemente el texto y hacer el verso defectuoso:

Ut peccatores vinceris Orientis omnes.

Este nombre ha sido conocido en los siglos que han seguido al en que vivió el Santo, y se ha conservado, segun parece, por medio de Fortunato de Poitiers y Sigiberto de Gemblous. Alabando el primero las poesías de S. Oroncio, dice:

Paucaque perstrinxerit florente Orientius ore.

Elogiando el otro su Memoria se expresa de esta manera: *Orientius Commonitorium scripsit metro heroico, ut mulceat legentem suavi loquio.* No hace falta más para convencerse de que esta obra pertenece al santo obispo de Auch, y para destruir las diferentes opiniones de los que la han atribuido, unos á Orosio, á quien dirigió S. Sidonio hácia 482 la segunda carta de su libro IX, y que es el Paulo Orosio de Tarragona, de que se hablará despues en esta obra, y otros á Oroncio ú Orencio, que asistió á los concilios de Tarragona y de Gerona en 516 y 517, que saber si Orosio y Orencio son dos personas diferentes. Oudino, que habia creido desde luego con el Padre Labbé, que S. Oroncio no floreció hasta el último del siglo VI, y que habia juzgado despues con Cave, que habia más apariencia de que era el mismo Oroncio de que acabamos de hablar, no ha tenido dificultad en lo sucesivo de cambiar de opinion; confiesa que despues que el P. Martenne publicó toda la obra de nuestro autor, aparece decisivamente probado que S. Oroncio es anterior al siglo VI, que era galo y obispo de Auch. Sería perder el tiempo entretenerse en refutar con más extension las opiniones contrarias. Basta leer con detencion la obra de que se trata, para ser del dictámen que acabamos de asentar. Esta obra se halla escrita no en versss heróicos, como

dijo Sigeberto, sino en versos elegíacos y dividida en dos libros. Es en realidad una instruccion que descubre el camino que se debe seguir y el que se debe evitar para llegar á la vida eterna. En el primer libro establece S. Oroncio desde luego este gran principio, que no nacemos más que para buscar é ir á Dios, que ha hecho el cielo, el mar y la tierra. Qué se debe creer en él con una fe religiosa y amarle, como él mismo nos lo manda, con todo nuestro corazon, con todo nuestro espíritu y todas nuestras fuerzas. Refiere despues los motivos de esta obligacion, manifestando que es Dios quien nos ha hecho lo que somos y de quien hemos recibido todas las comodidades de la vida. De aquí pasa al principio de amar al prójimo, que dice sernos enseñado por el afecto que las bestias de la misma especie se tienen unas á otras. Funda estos deberes en la última resurreccion y la inmortalidad del alma. Insiste mucho en la necesidad de evitar la vista y el comercio con las mujeres, y declama fuertemente contra la avaricia. En el libro segundo habla contra otros diferentes vicios, la vanagloria, la mentira, la glotonería, y en particular contra la embriaguez, cuyas vergonzosas y funestas consecuencias describe de una manera patética. Concluye con una viva descripcion de los tormentos del infierno para los malos y de las recompensas eternas para los buenos. En una palabra, todo lo que contiene esta obra es digno de un santo en lo relativo á los sentimientos, y aunque el estilo no tenga la elevacion de algunas otras poesías del principio de aquel siglo, es sin embargo conciso y nervioso segun el juicio de Mr. Dupin, y no tiene nada de lánguido ni de bárbaro. La memoria de S. Oroncio permaneció sumida en el polvo del olvido, hasta que el jesuita Martin Delrio descubrió el primer libro en un manuscrito de la abadía de Auchin, y le dió al público con notas; pero tambien con grandes vacíos. Esta primera edicion fué hecha en Amberes, no en la imprenta de Tornesio, como dice Mr. Dupin, sino en la de Joaquin Troguez, en un volúmen en 12.° en 1599, segun la *Biblioteca Española*, ó en 1600 segun las demás. Hay otra edicion de Salamanca por Antonio Tavernier en un volúmen en 4.°, año 1604. Fué tambien impresa en el mismo lugar y forma en 1644. Andrés Rivinus dió otra edicion con notas, que se publicó en Leipsick en 1551 en un volúmen en 8.° En 1618 formó parte de la *Biblioteca de los Santos Padres*, impresa en Colonia, y despues de las de París y Lyon. Todas estas ediciones no contienen, como hemos dicho, más que el primer libro de la *Memoria de San Oroncio*. Pero el P. Edmundo Martenne descubrió la obra entera en un manuscrito de la iglesia colegial de S. Martin de Tours, de cerca de ochocientos años de antigüedad, y la hizo imprimir de nuevo al frente de la *Coleccion de escritores antiguos* que publicó en 1700 en un volúmen en 4.° La publicó tambien en 1717 al principio del quinto volúmen de su *Tesoro de*

Anécdotas. A continuacion de la *Memoria* dió algunas otras pequeñas poesías del mismo autor que se hallaban en el mismo manuscrito. Son todas sobre asuntos piadosos y digna ocupacion de un santo. Las hay sobre la Santísima Trinidad, sobre la Natividad del Salvador, sobre los diferentes nombres propios ó impropios que se le dan, y sobre la explicacion de estos mismos nombres. Las demás son cánticos ú oraciones. Parece que no se hallan completas, pues el manuscrito habla de veinticuatro y no tiene más que dos. Al frente de la primera se leen estas palabras: *Incipiunt orationes Orientis, número XXIV*, y al frente del segundo hay esta inscripcion: *Incipit XXIV*. — S. B.

ORONCIO (S.). Véase VICENTE (S.).

ORONCIO (S.). Véase VICENCIO (S.).

OROPESA (Fr. Alonso de), religioso de la Orden de S. Gerónimo, y general de la misma religion en 1456. Tomó el hábito en el monasterio de Guadalupe, despues de haber estudiado artes y teología, donde se aventajó á todos sus compañeros por su aplicacion y buenas cualidades. No se hizo ménos notable en la religion, donde se dedicaba incesantemente á la lectura y meditacion de los sagrados libros, haciéndola con tanto provecho, que dice de él el P. Sigüenza: «Leyendo, pues, Fr. Alonso de Oropesa en ellas, se »vino á hacer un gran siervo de Dios, planta fructífera, que puesta á las »corrientes de las aguas, nunca perdió la frescura, y dió á su tiempo frutos »sazonados de doctrina, virtud y ejemplo.» Fué prior del convento de Santa Catalina de Talavera, siendo todavía jóven de corta edad, donde escribió un libro intitulado: *Lumen ad revelationem gentium*. Tambien se dedicó por entónces á predicar, distinguiéndose mucho en este santo ejercicio. Elegido prior general de la Orden por los PP. de S. Bartolomé de Lupiana, desempeñó este cargo con acierto y celo hasta su fallecimiento, ocurrido en una época de que no se halla mencion en las crónicas. — S. B.

OROPESA (Fr. Alonso de), religioso de la Orden de S. Gerónimo: tomó el hábito y profesó en el Real monasterio de S. Lorenzo del Escorial, donde se distinguió por sus vastos conocimientos y celo por la observancia de su regla. Fué oyente y pasante en el colegio de aquel monasterio, y despues le envió su religion de catedrático á Salamanca. Obtuvo las cátedras de artes, vísperas y prima, que regentó con singular aplauso. No estuvo ménos versado en la lengua hebrea, que interpretaba con grande facilidad, aumentando estas cualidades con su sólida virtud. Murió en lo florido de su edad, y cuando la religion y su Real casa esperaban coger el mejor fruto de sus contínuos trabajos. Tomó el hábito, como hemos dicho, en S. Lorenzo del Escorial, á 19 de Febrero de 1595, y murió en Salamanca regentando la cátedra de prima, á 19 de Noviembre de 1621. — S. B.

OROPESA (D. Martin Laso de), canónigo de la iglesia de Burgos, natural de la poblacion de donde tomó su apellido. Fué varon ilustre en doctrina y costumbres, y escribió: *Vulcano, traducido de verso latino en verso castellano;* Burgos, 1585, en fólio. Falleció en Roma, en 18 de Enero de 1558, y fué depositado en la iglesia de S. Apolinario mártir. Sobre la losa que cubre sus restos se lee la siguiente inscripcion:

D. O. M.
MARTINO LASSO HISPANO
EX VICO OROPESA PROV. ABULENSIS
ORIUNDO
CANON ECCLESIE BURGENSIS
FRANCISCO CARD. A MENDOZA
A SECRETIS OMNIBUS DISCIPLINIS
ORNATO VIRO
MORUM ETIAM COMITATE ING. REB.
GERENDIS FIDE ET INDUSTRIA
PERSPICUO
SEXAGESSIMO QUINTO SUÆ ÆTATIS
ANNO OMNIBUS SUIS REBUS
EX VOTO COMPOSITIS E MEDIO
SUBLATO.
PETRUS ORDOÑEZ DE ANAYA
EXECUTOR
ET JOANNES BAPTISTA BONELLUS
EX TESTAMENTO HÆRES
BENEMERITI PP.
OBIIT XVIII JANUARII,
MDLVIII.

M.

OROSIO (Pablo), sacerdote é historiador y una de las glorias de Cataluña en el siglo V de nuestra era. Todos los autores estan acordes en que Orosio nació en la ciudad de Tarragona, á excepcion del marqués de Mondéjar, que forceja para establecer que nació en Braga de Portugal, como se puede ver en las *Memorias de Trevoux*, del 17 de Marzo de 1703; pero el eruditísimo Ceillier, que escribió medio siglo despues, y cuya autoridad es de gran peso, sigue el comun sentir de que Pablo Orosio es natural de Tarragona. Si hemos de juzgar de él por los escritos que nos han quedado, podemos asegurar que tenia viveza de espíritu, facilidad y elocuencia en el hablar,

y que era tan hábil en las materias de la religion como en el conocimiento de la historia. Era muy jóven aún, cuando su país fué presa de los vándalos y de los alanos sobre el año 409; y segun dice él mismo, vió la primera vez con espanto aquellas hordas de bárbaros. Pero con la dulzura y humildad de su carácter logró suavizar la natural ferocidad de aquellos, cuando se hicieron dueños del país; y con su fino tacto y superior talento, al paso que se precavia contra su infidelidad, evitaba los lazos que le tendian. Y por intenso que fuese su dolor al ver la desolacion de su patria por aquellos salvajes invasores, mucha mayor fué su afliccion al ver la fe combatida en España por diversos errores, en particular por el de los priscilianistas, pues además de la piedad que profesaba, ardia en celo por la ortodoxia de la fe. A la sazon dos españoles, llamados ambos Avitus, que habian ido el uno á Roma, el otro á Jerusalen, trajeron de allá el uno las obras de Victorino, célebre retórico, que habia escrito contra los arrianos; y el otro el *Libro de los Principios*, de Orígenes, traducido por S. Gerónimo. Y si bien estos escritos contenian la verdad de la fe sobre diversos artículos de la religion, pero encerraban tambien algunos errores, sobre todo el *Libro de los Principios*; de modo que excitaron en España nuevos disturbios. Deseando vivamente Orosio ponerse en disposicion y con fuerza bastante para combatir los errores diseminados en su país, le dejó para pasar al Africa, en donde se prometió aprender de S. Agustin, que era la gran lumbrera de su siglo, todo cuanto apetecia saber sobre las materias que estaban en controversia, y de las cuales no se creia él asaz instruido para enseñar á los demás. Vióse obligado, segun parece indicarlo él mismo, á apresurar su partida, por temor de algun incidente con que le amenazaron los bárbaros, los cuales, en efecto, le persiguieron á pedradas cuando estaba ya en el mar, y ya estaban á punto de alcanzarle, á no mediar una especial proteccion de la Providencia, que haciendo descender una nube, ó podria ser una espesa niebla, le ocultó á su vista y le salvó. Y como ántes de partir de España era ya sacerdote, ningun cuidado le dió el salir de ella, seguro de encontrar, donde quiera se retirase, su patria, su fe y su religion. El Africa le recibió con la misma bondad que él habia confiado, como un amigo, como un hijo suyo, testimonio que él se place en tributar á aquella provincia, cuyo seno se abria con toda la ternura posible á cuantos le estaban unidos por los lazos de la fe y de la religion, llegando ella misma á invitar á los desdichados á que viniesen á recibir en su seno todos los deberes y toda la benévola acogida de la hospitalidad cristiana. Luego de llegado expuso á S. Agustin, que le recibió con amable alborozo, el objeto de su viaje, no presentándole desde luego la memoria de las dificultades sobre las que venia á consultarle, por haberle hallado ocupado en otros negocios. Y miéntras aguardaba la

oportunidad, llegaron dos obispos, llamados Pablo y Eutropio, que movidos por los mismos deseos que él, pidieron al santo Doctor una memoria relativa á ciertas herejías. Y como en aquella consulta no comprendian los dos prelados todas las que turbaban la España, dióse prisa Orosio en presentar la suya, en la cual marcaba muy distintamente cuáles fuesen las herejías de Prisciliano y de Orígenes, para que S. Agustin las refutase al propio tiempo que respondia á la memoria de los dos obispos. Considerando aquel gran padre de la Iglesia el ardor que mostraba Orosio para instruirse como un efecto natural de aquella caridad por la cual nos hace Dios pedir y buscar las luces que nos quiere infundir, le respondió por medio de un escrito dirigido á él, con el título *Contra los Priscilianistas y contra los Origenistas*, en el que se extendia poco contra los primeros, contentándose con referir á Orosio á las obras que habia escrito contra los maniqueos, porque los principios allí establecidos aniquilaban igualmente á los unos y á los otros. Con respecto á los errores atribuidos á Orígenes hizo su refutacion; pero hallándose algo embarazado en la cuestion que mira al orígen del alma, aconsejó á Orosio que fuese á la Palestina á consultar á S. Gerónimo sobre este punto, fundándose en que para conocer bien los errores de Orígenes seria lo mejor visitar el mismo país en que habian nacido, y en donde se les habia descubierto recientemente. Encargó á Orosio de dos tratados para S. Gerónimo: el uno sobre el orígen del alma, y el otro sobre aquel pasaje de Santiago: *El que es transgresor de un precepto es culpable de todos.* Tomando, pues, el consejo del gran Doctor, partió Orosio para la Palestina, en donde encontró á S. Gerónimo ocupado en refutar á los pelagianos. Retiróse á su lado en Belen, para aprender el temor de Dios á los pies de aquel á quien S. Agustin, que le llama su padre, le habia recomendado. Allí creia Orosio estar oculto, como un pobre y un desconocido, cuando fué llamado por los sacerdotes de Jerusalen para asistir á la conferencia que debia celebrarse con motivo de la herejía de Pelagio, que metia gran ruido en la Palestina. La conferencia se tuvo en 28 de Julio del año 415. Juan de Jerusalen, que allí presidia, hizo sentar á Orosio entre los sacerdotes. A sus ruegos explicó en pocas palabras cómo Celestio, denunciado á los obispos congregados en Cartago, habia sido allí mismo oido y condenado; añadiendo que S. Agustin trabajaba actualmente en refutar un libro de Pelagio, terminó aquella conferencia resolviendo enviar diputados y cartas á Roma al papa Inocencio, y que seguirian todos lo que él hubiese decidido; que entre tanto Pelagio guardase silencio, que se le impuso allí mismo, pues se hallaba presente; y que de otra parte sus adversarios se abstuviesen de hacerle ningun reproche, como si hubiese quedado convencido. En 13 de Setiembre del mismo año, dia de la fiesta de la Dedicacion, habiendo ido Orosio

á Jerusalen para acompañar al obispo Juan al altar, segun era la costumbre, Juan, en vez de saludarle, le dijo : «¿Cómo venís conmigo vos, que habeis blasfemado?—¿Qué he dicho, respondió Orosio, que blasfemia pueda llamarse?— Yo os he oido decir, repuso el Obispo, que el hombre, ni aun con el socorro de Dios, puede estar sin pecado.» Orosio, tomando por testigos á los sacerdotes y á las demás personas que presentes estaban, protestó que tal proposicion no habia salido de sus labios. Y añadió : «Cómo »el Obispo, que es griego y que no entiende el latin, ha podido entenderme »si no hablo sino latin? El hubiera debido paternalmente advertirme en el »momento que me oyó tal aserto.» Aunque Juan no fuese capaz de darle respuesta al cabo de cuarenta dias de celebrada la conferencia, Orosio creyó deber aprovechar la ocasion que le presentaba la Providencia para reprimir la insolencia de los herejes que abusaban de la paciencia con que los toleraba la Iglesia. Escribió, pues, una *Apología*, en la cual, defendiendo su inocencia contra la calumnia del obispo de Jerusalen, hacia ver la impiedad de la herejía de Pelagio. Orosio dejó la Palestina en la primavera del año 416. El presbítero Avito, que acababa de traducir en latin el relato de la invencion de las reliquias de S. Esteban, halladas en una aldea á veinte millas de Jerusalen, llamada Caphargamala, lo envió con algunas reliquias de aquel Santo mártir, á Palcomio, obispo de Braga en Lusitania, con una carta para él y para su Iglesia, en la cual les consolaba de las desgracias que les causaban las incursiones de los bárbaros. Orosio se encargó igualmente de la respuesta de S. Gerónimo á S. Agustin, sobre las cuestiones del orígen del alma y de la igualdad de los pecados. Llevó asimismo cartas de Heros y de Lázaro contra Pelagio y Celestio, de las que se desprende que Pelagio estaba en Jerusalen, infectando allí algunas personas con el veneno de su herejía, y hasta parece que S. Gerónimo encargó tambien á Orosio sus *Diálogos* para enviarlos á S. Agustin, pues que este Padre los cita en su carta á Occeanus, escrita poco tiempo despues. Orosio, de regreso en Africa, entregó todos estos documentos á las personas á quienes iban dirigidos, y encontrando á los obispos de la provincia de Cartago reunidos en aquella ciudad, puso en sus manos las cartas de Heros y de Lázaro. S. Agustin, á quien dió cuenta de su viaje y entregó los escritos que S. Gerónimo le habia encargado, le aconsejó escribir la historia general del mundo para servir de prueba á la obra de la *Ciudad de Dios*, cuyo tomo XI á la sazon estaba escribiendo. Orosio no supo cómo negarse á lo que de él exigia aquel grande Obispo; pero ántes de dar comienzo á una obra de tal importancia, despues de algunas detenciones en Africa, se embarcó para España. Mas como los estragos que estaban causando los moros no le permitiesen llegar allá, se detuvo por algun tiempo en Magola, pueblo de la isla de Menorca, hoy dia Mahon, en

donde depositó las reliquias de S. Esteban, de que el sacerdote Avito le habia encargado. Volvió despues desde allí á Africa, en donde trabajó su historia, que no terminó hasta el año 417. Esto es todo cuanto se sabe de Orosio, que florecia, segun Gennadio, en los últimos años del imperio de Honorio, muerto en el 15 de Agosto del 423. No se dice si sobrevivió á este príncipe. La *Historia general del Mundo*, la *Apología de Orosio contra Pelagio* y la *Memoria* que presentó á S. Agustin *contra los errores de los Origenistas y de los Priscilianistas*, son las únicas obras que de él nos han quedado. Como habia emprendido su historia á ruego de S. Agustin, ó bien, como afirma él mismo, por órden de este Santo, á él fué á quien la dirigió. Divídese en siete libros. En el prefacio da las razones que hacen como necesaria esta historia. Los paganos, que no se fijaban en el porvenir y habian olvidado el pasado, se aprovechaban contra la religion cristiana de la toma de Roma y de las demás desgracias que afligieron al Imperio, queriendo suponer que nunca hubieran estas llegado si no se hubiese creido en Jesucristo, si no se hubiese adorado á un solo Dios, y no se hubiese dejado en olvido el culto de los ídolos. Para responder á esta objecion refiere Orosio en esta historia todos los accidentes funestos y calamidades públicas que acontecieron en las diversas partes del mundo ántes de la venida de Jesucristo; las guerras, los contagios, las hambres, los terremotos, los desbordes de rios, los fuegos salidos de la tierra, los destructores pedriscos, las tormentas asoladoras, los crímenes mismos más horrendos y todos los demás trágicos sucesos referidos por los escritores, así sagrados como profanos; y por este minucioso relato se puede venir en conocimiento de si tales desgracias habian ó no aumentado despues de la venida de Jesucristo. Indica asímismo Orosio que él habia emprendido este trabajo á instancias de Juliano, diácono de Cartago, que le habia impulsado á ello, segun parece, por órden de S. Agustin. Pero ántes de darle publicidad lo somete al juicio de este Padre, deseando que lo haga pedazos si no lo juzga digno del público. Es indudable que mereció la aprobacion del santo Doctor, y así vemos á esta obra citada por el autor del *Libro de las promesas*, que escribia en el siglo mismo de Orosio. A éste califica aquel autor de hombre doctísimo: *Vir eruditissimus Orosius historiographus*. Gennadio, que habla con elogio de la misma historia, llama al autor un hombre elocuente y hábil: *Orosius presbyter, hispanus genere, vir eloquens et historiarum cognitor, scripsit adversus querulos, etc.* Añade que refuta con solidez las calumnias de los paganos, y por medio de la descripcion que hace de las calamidades, de las miserias, de los trastornos y de las guerras que han afligido á todos los siglos, demuestra que el Imperio Romano debe su conservacion, no á su poderío, sino á la religion cristiana, y que la paz de que gozaba en aquel mismo año era efecto de la libertad y de

la paz con qué en él era Dios adorado. La historia de Orosio fué no solamente aprobada en el concilio de Roma, presidido por Gelasio, sino que se le tributaron en él notables elogios, á causa de que encerraba mucho en pocas palabras, calificándola de necesaria, porque respondia á las calumnias de los paganos. Dignas son de reproducirse las palabras del Concilio: *Orosium virum eruditissimum collaudamus, quia valde nobis necessariam adversus Paganorum calumnias dignam ordinavit historiam, miraque brevitate contexit.* (Tomo IV Concilior.) No por esto dejan de notarse en ella algunas faltas de cronología, porque no entendiendo bien el griego, no habia leido en el original los autores que han escrito en aquella lengua. Y hasta se nota, segun advierte Orosio, que no siempre es consecuente consigo mismo en el modo de contar los años de Roma. Casi todos los autores griegos y latinos, que emprendieron el trasmitir á la posteridad las acciones de los reyes y de los pueblos, comenzaron su historia por Nino, hijo de Belo, rey de los Asirios, creyendo que el mundo no habia tenido ántes principio, y que hasta Nino los hombres habian vivido como bestias, sin forma alguna de gobierno político. Orosio empieza la suya por la prevaricacion del primer hombre, es decir, 3184 años ántes del reinado de Nino, en el cual Abraham vino al mundo. Refiere despues el nacimiento de aquel patriarca hasta César Augusto, ó hasta la venida de Jesucristo, que nació el año 42 de este príncipe, 2015 años despues. Como no conocia más que tres partes del mundo, el Asia, la Europa y el Africa, limita su narracion á lo sucedido en ellas, refiriendo los diversos acontecimientos que tuvieron lugar en las provincias y ciudades de que se componen estas tres partes. El primer libro de su historia empieza por Adan y termina con la fundacion de Roma. Pone 414 años desde la ruina de Troya hasta la sexta Olimpiada, y relata despues en el segundo libro lo que pasó en la república Romana hasta la toma de Roma por los galos, que fueron dueños de ella por seis meses, la abrasaron y redujeron al cautiverio á sus moradores. Conduce el tercer libro hasta el fin de la guerra de Macedonia, y empieza el cuarto por la relacion de la de Pyrro, de donde pasa á la guerra púnica, y termina este libro por la ruina de Cartago, acaecida 516 años despues de la fundacion de Roma, 50 despues de la segunda guerra púnica y 700 despues de su propia fundacion. Esta ciudad fué consumida por un fuego que duró diez y siete dias, reduciendo á pavesas todas sus piedras. Todos sus habitantes, á excepcion de algunos de los principales, fueron reducidos á servidumbre. Muestra Orosio en el quinto que Roma se ha engrandecido á costa del resto del universo, y habla del restablecimiento de Cartago, que él fija 22 años despues de su destruccion, y 627 años despues de la fundacion de Roma. Refiere en el sexto las guerras que tuvieron los romanos con diferentes pueblos, como con los galos, suevos, bre-

tones, sin omitir la guerra civil entre César y Pompeyo. El sétimo empieza por el nacimiento de Jesucristo, acaecido 752 años despues de la fundacion de Roma, y concluye en el año 417. De manera que la historia de Orosio abarca lo acaecido en el mundo durante el espacio de 5528 años. Y observa en este último libro, que segun la relacion que hizo Pilato á Tiberio de los milagros obrados por Jesucristo, este príncipe propuso al Senado el colocarle en el número de los dioses. Pero el Senado, á mas de rechazar semejante propuesta, dió un edicto para que todos los cristianos fuesen expulsados de Roma. Y dió por pretexto de esta negativa, que el Senado estaba resentido de que no se hubiese desde luego acudido á su autoridad para resolver acerca del culto que debia darse á Jesucristo, como era costumbre el practicarlo en casos semejantes. Refiere Orosio que Neron fué el primero que fulminó pena de muerte contra los cristianos, y ordenó una persecucion contra ellos en todas las provincias del imperio, y que por sus órdenes S. Pedro y S. Pablo fueron condenados á muerte y ejecutados, el uno por la espada, y el otro por el suplicio de la cruz. No pone duda alguna en que el emperador Filipo haya sido cristiano, lo mismo que su hijo, y que entrambos no hayan muerto en la profesion del cristianismo. Pero hablando del padre, no nos da una grande idea de su virtud, diciendo que al parecer no habia sido cristiano sino con el objeto de que el año milésimo de Roma se consagrase más bien á Jesucristo que á los ídolos. Así es como da al emperador Constantino el título de primer príncipe cristiano, aun cuando lo haya ya dado á Filipo. Refiere asímismo que el conde Teodosio, padre del emperador de este nombre, habiendo sido condenado á muerte por un motivo de envidia, esto es, porque con su valor habia subyugado á los moros, pidió ser bautizado en Cartago para la remision de sus pecados, y que al momento de haber recibido el sacramento de Jesucristo, presentó con firmeza su cabeza al verdugo, bien seguro de la eternidad de la otra vida. Percíbese en la *Apología* que lleva el nombre de Orosio el mismo estilo y el mismo genio que en la *Historia del Mundo*, que nadie le pone en disputa, y debemos añadir que en varios manuscritos se le atribuye esta *Apología*. Los que dudaron si era suya, se fundaron en que en seguida de este tratado se hallaban algunos pasajes tomados literalmente del libro de San Agustin *De la naturaleza y de la gracia*, que Orosio no podia haber visto. Pero en el dia se conviene en que estos pasajes no forman parte de la *Apología* de Orosio, con la cual no tienen ligazon alguna, y así se les ha separado en las más recientes ediciones. Compúsola Orosio no solo para defender su inocencia que Juan de Jerusalen atacaba, acusándole de blasfemo, sino tambien para demostrar la impiedad de la herejía pelagiana, la cual advierte que habia sido combatida aun ántes de nacer por S. Cipriano, S. Hilario y

S. Ambrosio, cuya doctrina es enteramente contraria á la de Pelagio; que S. Agustin y S. Gerónimo habian tambien publicado muchos escritos contra aquel heresiarca, aunque sin nombrarle, y que el móvil de haberse él juntado á aquellos grandes hombres, es el ver á Pelagio desafiar como Goliath á los servidores de Dios, y echarles en cara una baja cobardía, como si no hubiesen tenido valor para atacarle con su nombre. Orosio dirige su Apología á los prelados, por la que parece dar á entender los sacerdotes de Jerusalen con quienes habia asistido á la conferencia tenida en aquella ciudad. Refiere lo que allí pasó, y viniendo despues á la acusacion contra él formulada por el obispo Juan, protesta el no haber dicho nunca *que el hombre ni aun con el socorro de Dios no puede estar sin pecado*; pues tal era, como ya vimos, la blasfemia de que le acusaba el obispo de Jerusalen. Toma á Dios por testigo y á los sacerdotes de aquella asamblea de no haber proferido cosa semejante, y deja á Dios el juzgar si Juan habia creido con demasiada ligereza el error que se le atribuia, ó si lo habia inventado maliciosamente; ó si por fin le habia sacado de algunas palabras mal comprendidas, como era muy fácil, pues el obispo no entendia el latin, única lengua de que usaba Orosio. Y de ahí toma ocasion para explanar latamente su doctrina sobre la necesidad de la gracia, en conformidad á lo que enseña sobre este punto S. Gerónimo, á quien sin duda habria comunicado su Apología ántes de darla publicidad. Lo que dice sobre la gracia lo apoya en mumerosos pasajes de la Escritura, y se burla de Pelagio que habia osado adelantar que él estaba sin tacha y sin pecado. Y aunque conviene en que el hombre con el socorro de la gracia puede vivir sin pecado, sostiene empero que esto nunca ha sucedido ni sucederá jamás, y que no es tal el estado del hombre en la vida presente. Con todo, se ha dicho de Job que estaba sin crímen, y él mismo se objeta que S. Pablo, hablando de las calidades de un obispo, señala que es preciso esté exento de crímen. Pero Orosio distingue entre crímen y pecado. El pecado consiste ya en el pensamiento, al crímen se le conoce por la accion. Presenta pruebas de la fuerza de la gracia en la conversion de los gentiles, mostrando por diversos pasajes que el libre arbitrio no puede hacer el bien sin aquel socorro. Termina su Apología tomando por testigo á Jesucristo de que él aborrece á la herejía y no al hereje; pero, á causa de la herejía, añade, evito al hereje, porque despues de haberle reprendido no ha querido corregirse. Si quiere detestar su herejía y condenarla con la boca y con la mano, esto es, de palabra y por escrito, me adheriré á él con todos los lazos de la union fraternal. Se ha atribuido á Orosio un *Comentario sobre los Cánticos* y un *Tratado de hombres ilustres*; pero se cree que esta última obra es de Honorio de Autun, y la otra de un escritor del mismo nombre. La *Historia uni-*

versal de Orosio ha sido impresa en Colonia y París: su *Apología* en estas dos ciudades y en Lovaina, en varias fechas; y en cuanto á su *Memoria sobre los errores de los Origenistas y Priscilianistas* se halla en las diversas edigiones de las obras de S. Agustin. El Sr. Torres Amat habla tambien de Orosio como de un personaje célebre de su época, natural de Tarragona y de la familia Paternó, que era una de las más distinguidas del país; y cita textualmente lo que de él dice S. Agustin en la epístola 18 á S. Gerónimo. «Ha venido á verme el religioso jóven, hermano por la fe católica, hijo por »la edad, y copresbítero por la dignidad, nuestro Orosio, de despejado in»genio, bella conversacion y muy estudioso, que apetece ser vaso útil en »la casa del Señor para rebatir las falsas y perjudiciales doctrinas, que hi»cieron mayor estrago en las almas de los españoles que las espadas de los »bárbaros en sus cuerpos. Este, pues, ha venido con ánsia á verme desde la »España, movido de la fama de que podria oir de mi boca todo cuanto ape»teciese... Le he enseñado lo que he podido, y lo que no he podido le he »prevenido de quién lo podria aprender, etc.» Cita asímismo como panegiristas de Orosio á Casiodoro, Juan Sarosberiense, Casaubon, Juan Gerson, Belarmino y otros, y prueba con autoridades respetables que era natural de Tarragona. Añade que compuso siete libros contra diferentes herejías y que merecen del sumo pontífice Gelasio I y de setenta obispos congregados en el concilio el siguiente elogio: *Orosium virum eruditissimum collaudamus*, como hemos citado ya más arriba.—J. Roca y Cornet.

OROZ (Fr. Pedro), religioso franciscano. Fué misionero en Méjico y tan versado en la lengua de aquel país, que escribió: *Grammaticam artem linguæ ottonimæ.*—Dejó tambien: *Sermones varios pro singulis annis festivitatibus thipus conciones ad populum haberi solent.*—S. B.

OROZCO (Alfonso). Algunos llaman á este religioso Orosco ú Horosco, pero es porque cambian la *z* en *s*. Nació en la ciudad española de Oropesa, en la diócesis de Avila, en el siglo XVI. Sintiéndose con vocacion religiosa, determinó entrar al servicio de Dios en la órden de S. Agustin, y no de San Francisco como equivocadamente dice el P. Wadingo. Recibió el hábito en Salamanca de manos del glorioso Santo Tomás de Villanueva, que fué despues arzobispo de Valencia, y su celo y observancia le granjearon dirigir algunas casas de su Orden, que gobernó santamente como superior. Su piedad y doctrina llamaron la atencion del emperador Cárlos V que le nombró su confesor, en cuyo empleo le confirmó cerca de su persona su hijo el rey Felipe II, nombrándole tambien confesor de la reina. Estos empleos no le impidieron componer muchas obras piadosas, entre las que las más considerables son los *Comentarios sobre el Cántico de los Cánticos* y sobre el *Magnificat*. *Bonum certamen, seu de perfectione religiosa.*—*De arte concionandi.*—Segun

Juan Marquez, en su *Vida*, Andrés Schotus en la *Bibliotheca Hispana*, Nicolas Antonio en sus *Escritores Españoles* y Moreri en su *Diccionario histórico*, Orozco murió en olor de santidad el dia 19 de Setiembre del año 1591 á los noventa y un años de edad.—C.

OROZCO (Diego de). Fué este distinguido español, natural de Plasencia, donde estudió las primeras letras y latinidad, siempre bajo una decidida vocacion á consagrarse á Dios del todo para asegurar así su eterna felicidad, por la cual tenia muy grandes aspiraciones. A la edad de quince años, no pudiendo ya resistir por más tiempo á sus deseos de ser religioso, ingresó en la Compañía de Jesús y le destinaron á Méjico para que allí hiciera sus estudios, y para que la presencia ó proximidad de su familia, no pudiesen ser un obstáculo á los grandes adelantos que de él se prometian con fundada esperanza. Muy contento y satisfecho hizo allí sus estudios con los PP. Bernardo de Cisneros y Gerónimo de Moranta, aprovechando mucho y animándose mútuamente por una especie de simpatía que habia entre ellos, y que era provechosísima para su mútuo adelantamiento. Concluyeron filosofía y despues teología, y habiendo recibido las ordenes sagradas y adiestrados en el ministerio de la predicacion evangélica, pasaron el Padre Orozco y el P. Cisneros á Tepeguan con objeto de evangelizar á aquellas gentes y hacer que dejando el servicio de los ídolos, de quienes nada podian esperar, se consagrasen al del verdadero Dios de quien procede todo bien y á quien pueden refluir los méritos de todas nuestras acciones, siempre bajo la tendencia á una gloria imperecedera que aumenta en cuanto está de parte de la criatura la gloria accidental de Dios, ya que su gloria esencial no puede aumentarse en manera alguna. Habian excitado vivamente los ánimos de los indígenas las amonestaciones de los Padres, pues que ellos creian un insulto la predicacion de la verdad, y aun cuando toleraban el culto católico, no querian que sus ministros les echáran en cara sus imperfecciones, por lo cual se armó contra los cristianos una insurreccion, que en manera alguna se pudo sofocar con todos los esfuerzos que hicieron los ínclitos defensores de la fe. Así que viéndose, dígámoslo así, perdidos, y contando que solo el sacrificio de sus vidas podria aplacar la furia de aquellos desgraciados, reunieron en la iglesia á todos los fieles y allí se encerraron, esperando en la casa del Señor á que el Señor mismo resolviera favorablemente una cosa que no podia de otra manera terminarse que con el sacrificio de todos los fieles. Estos sufrieron con resignacion los trabajos que son consiguientes al sitio que pusieron á la iglesia donde se refugiaban, y esperaban con paciencia el éxito, siempre temido en lo material aunque anhelado de sus espíritus, de esta empresa de sus enemigos, los cuales con astucia infernal fingieron deponer las armas y hacer las paces, para que

se les permitiese la entrada en el lugar donde estaban los cristianos, llegando su ficcion á tal extremo, que aseguraron que ellos todos en masa iban á afiliarse al cristianismo, por lo cual era preciso les permitieran entrar á su reunion, con objeto de aprender perfectamente lo que fuera preciso para recibir el bautismo. Así engañaron á los fieles y aun á los Padres de la Compañía, los cuales en el momento en que los infieles penetraron en la iglesia llevaban en sus manos la adorable Eucaristía. Entrar y precipitarse sobre los sacerdotes con una saña de leones, todo fué uno, y como el número de los amotinados era inmensamente mayor que el de los fieles, pudieron á su gusto maltratarlos, apoderándose cada dos ó tres infieles de un cristiano para darle el género de muerte que fuera más de su agrado. A nuestro P. Orozco le dieron primero un terrible golpe en el pecho, que le hizo caer casi exánime, y despues secundaron contra él otros varios, á efecto de los cuales le despedazaron, no contentándose con quitarle la vida, sino que despues de muerto le dividieron con un hacha, poniéndole enteramente descuartizado y reducido á una apariencia que no era de hombre, y produciendo con esto un espectáculo que habria ciertamente causado horror á quienes tuvieran ménos fiereza que la de estos enemigos de la fe. Por supuesto que una muerte semejante á la que tuvo el padre Diego cupo á su compañero y á todos los fieles que se habian refugiado en la iglesia huyendo de la persecucion. Este acontecimiento se verificó el dia 18 de Noviembre de 1616, habiéndose despues practicado gestiones en averiguacion de estos importantes sucesos, cuyas gestiones han dado por término el que se declarase unánimemente la bondad y rectitud de proceder de estos PP. Jesuitas, sus muchas y buenas acciones como merecedoras de la gran veneracion con que fueron mirados desde luego procurando de esta suerte el importante fin de su instituto, es decir, la mayor gloria de Dios, y haciéndola consistir en la santificacion de sus hermanos por la fe, que acreditaron defendiéndola hasta el martirio.—G. R.

ORPHA, moabita, mujer de Chelion, hijo de Elimelec y de Noemi. Cuando murió su marido, esta hija del país de Moab se quedó al lado de su suegra á la cual siguió con Ruth cuando quiso retirarse á su país; mas habiendo observado Noemi que en la edad avanzada en que se hallaba podian serle de poca utilidad sus oficios, volvió Orpha á su patria, y Ruth siguió en su propósito de acompañar á su suegra.—S. B.

ORPHONA, jebuseo á quien David salvó la vida cuando tomó á Jerusalen. Orphona es el mismo que Arenna ú Ornan, jebuseo, de cuyos nombres se ha hablado ya en esta obra.—S. B.

ORPHORD (Roberto), dominico inglés; explicó teologia en el convento de su Orden en Oxford ó Cambridge y se hizo célebre por sus escritos que

no han llegado á ver la luz pública. Floreció hácia el año 1290, segun se infiere de los asuntos de que tratan sus obras, puesto que en dos distintas defiende la doctrina de Santo Tomás, contra Enrique de Gante y Gil Romano, ermitaño de la órden de S. Agustin. Se le atribuye tambien otra obra contra Diego de Viterbo, y un libro de *Determinaciones*. Pitseo le llama Roberto de Oxford; Selande Roberto de Ottenfford, y otros Rodulfo, por lo que se equivocó Possevino distinguiendo á Rodulfo de Roberto, y citándole veinte años ántes de lo que habia vivido.—S. B.

ORR. Este distinguido ingles estaba estudiando en Oxford, y recibió del Señor la gracia muy singular de conocer en cuanto ella vale la perfeccion del catolicismo y su superioridad á la religion reformada cuanto es superior la verdad al error y la luz á las tinieblas. Su claro entendimiento le dictaba estas cosas sin que quedára género de duda; pero habia en él cierta tenacidad en resistir á la gracia, y no nos atreveriamos á calificar de resistencia á la gracia esta tenacidad de Orr, si él no nos hubiera parecido muy dócil á toda otra indicacion en materias indiferentes, en asuntos que no se rozaban con religion, aun en opiniones de escuela, que sabemos ser el caballo de batalla donde se fijan todos los que siguen estudios. La gracia, sin embargo, le estrechaba, y como que le obligaba en cierta manera á seguir la verdad abandonando el error, hasta que vino para él el momento venturoso en que con ocasion de escribir en no sé qué libro un himno en honor de la siempre vírgen María, la Señora quiso demostrar que era la buena madre de aquel como de todos los hijos de Eva, y le inspiró el que llegándose á la iglesia de la Propaganda, allí diese fin á la obra de la misericordia divina, completando lo que el Señor le habia inspirado, es decir, abjurando sus errores y confesando la verdadera fe. Este gran consuelo para la Iglesia de Cristo, este gran triunfo para la Madre de Dios, que es un nuevo testimonio de su extraordinario amor á los hombres y de su decidida proteccion á los pecadores, aconteció el dia 15 de Junio de 1851.—G. R.

ORRIOLS (D. Francisco), escritor catalan. Fué doctor en sagrada teología, y paborde de Castel-Tersol en la diócesis de Vich. Escribió un *Catecismo de la doctrina cristiana*, digno de las reimpresiones que de él se han hecho por su buen método y claridad en la declaracion de los rudimentos de nuestra santa fe. Sus ejemplares virtudes sirvieron de grande edificacion al pueblo, y su catecismo fué el más general y popular de Cataluña. Infatigable en anunciar la palabra divina, predicó muchas misiones con extraordinario fruto.—S. B.

ORSBECK (Juan Hugo de), arzobispo de Tréveris. Pertenecia á una ilustre familia del territorio de Juliers, y era sobrino materno del arzobispo Cárlos Gaspar de la Pierre, y su coadjutor desde 1672, sucediéndole á su

muerte en 1676. Desde el año anterior se hallaba ya en posesion del obispado de Spira, que conservó juntamente con el de Tréveris. En 1680 defendió contra la cámara reunida en Metz unos terrenos que esta queria usurparle, valiéndose de unas cuentas que no fueron ajustadas hasta la paz de Riswick. El mariscal de Crequi, hallándose sitiando á Luxemburgo en 1684, hizo desmantelar la ciudad de Tréveris, que habia recobrado en 1681, y romper el puente de Consarbruck, donde fué derrotado en 1675 para impedir que los españoles y holandeses socorrieran por esta parte á la plaza. En 1692 se reunió con los electores de Colonia y palatinos para oponerse á la formacion del nuevo electorado. En 1702 firmó un tratado de alianza con la reina de Inglaterra y los Estados generales contra Francia. Murió en 1711, á la edad de setenta y siete años. —S. B.

ORSEOLO (Pedro I), dux de Venecia y jefe principal de la revolucion de sus compatriotas para sacudir el yugo de Pedro Candiano IV. Fué elegido para la suprema magistratura el 12 de Agosto del año 976. Habiendo la revolucion reducido á cenizas el palacio ducal y la iglesia de S. Marcos, Orseolo dispuso que desde luego se reedificáran de nuevo, y consagrándose luego á la recta y equitativa administracion de sus súbditos, en breve pudo contar con el amor y el más profundo respeto de los venecianos. El pueblo vivia contento bajo la obediencia de este dux, cuando S. Romualdo, fundador de la órden de los Camaldulenses, pasó por Venecia con el abad del monasterio de S. Miguel en Gascuña. La elocuencia de sus palabras y la uncion y ternura que rebosaban de sus sermones, inspiraron á Pedro Orseolo un deseo tan ardiente de retirarse á la soledad, que en la noche del 1.° de Setiembre de 968 huyó secretamente del palacio ducal, sin despedirse de su esposa ni de sus hijos, y acompañó á los misioneros al convento de S. Miguel, donde vistió el hábito de monge, y vivió diez y nueve años en las más austeras prácticas de la penitencia. Se ha dicho si el Señor premió sus virtudes con el don de los milagros; mas sobre esto lo que hay de cierto es que al principio fué venerado como santo en su convento y despues le prestó igual culto la ciudad de Venecia. Vital Candiano fué nombrado para sucederle. — M.

ORSI (José Agustin), cardenal. Fué hijo de Florencia, donde vió la luz primera el 9 de Mayo de 1692. Terminados sus estudios entre los jesuitas, abrazó en 1708 la órden de Sto. Domingo en Fiesole, enseñando filosofía y teología con extraordinario aplauso en el convento de S. Marcos de Florencia. Su reputacion se aumentó desde el momento que aparecieron al público algunas obras de crítica sobre materias teológicas. En 1732 el cardenal Medi Corsini, sobrino de Clemente XII, le llamó á Roma, y le nombró su teólogo. Orsi se mostró celoso defensor de las prerogativas de la Santa Sede, y en

su consecuencia fué nombrado sucesivamente individuo de varias congregaciones, teólogo de Casanate, secretario del *Index*, y maestro del Sacro Palacio en 1749, siendo al fin comprendido en la numerosa promocion de cardenales hecha por Clemente XIII el 24 de Setiembre de 1759. Esta dignidad no alteró en lo más mínimo la sencillez de sus costumbres, pues continuó viviendo en el retiro, y entregándose con gusto al trabajo. Orsi falleció en Roma el 13 de Julio de 1761, asistido hasta el último momento por su amigo Bottari, que se encargó de publicar el tomo XXI de su *Historia Eclesiástica*; compromiso que cumplió al siguiente año, acompañando la edicion con el elogio del autor. El primer tomo de esta grande obra salió á luz en 1746. Orsi, segun él mismo dice, habia emprendido su redaccion para oponerla al mismo Fleury, y para contestar á las censuras y á las alusiones más ó ménos directas, y algunas veces algun tanto malignas, que el historiador frances acostumbra dirigir á los papas. Pero la obra italiana es demasiado prolija, y á pesar del número de tomos que contiene, solo alcanza hasta el año 600. Natural era que una produccion de esta clase fuese juzgada diversamente segun la particular opinion de cada crítico. Así no nos extraña que unos hayan elogiado su estilo, sus principios y su crítica, al paso que otros no la hayan considerado más que como una compilacion hecha en vista de las obras de los historiadores que le habian precedido. Algunos han supuesto que Orsi era poco favorable á los jesuitas, fundándose en las relaciones que mantenia. Se conocen de este cardenal las obras siguientes: 1.ª *Una disertacion publicada en* 1727 *contra el P. Cattaneo, jesuita, sobre el uso material de la palabra.* —2.ª *Una disertacion latina sobre las Stas. Perpétua y Felicidad contra Basnage*, 1728.—3.ª *Otra disertacion teológica sobre la invocacion del Espíritu Santo en las liturgias de los griegos*, 1731.—4.ª *Una disertacion sobre el bautismo en nombre de Jesucristo*, 1733.—5.ª *Apología de Soto y de Gabestain contra la Historia del Paganismo del jesuita Duchesne*, 1734, un tomo de 400 páginas en 4.°—6.ª *Un tratado sobre el juicio irreformable del Papa en la decision de las controversias de fe*, escrito tambien en latin, 1739.—7.ª *Del poder del Papa sobre los concilios generales y sus cánones*, 1740, tres tomos en 4.°—8.ª *De la infalibilidad y autoridad del Pontífice romano sobre los concilios ecuménicos*, escrita en italiano. Esta obra parece ser un compendio de la precedente, que compuso en latin, 1741.—9.ª *Del orígen del dominio y soberanía de los Pontífices romanos sobre los estados, etc.*, 1742, escrita tambien en italiano. Fabroni publicó en 1667 una *Vida* del cardenal Orsi, con quien le unian estrechos vínculos de amistad. La *Historia eclesiástica* de este cardenal ha sido continuada por Felipe Angel Beccheti, tambien de la religion de Sto. Domingo, que nació en 1743; fué obispo de Citta della Pieve en 1800, y falleció en 1814. Este

preiado dió á la estampa en 1778 el tomo XVII de su continuacion, que comprende desde 1334 á 1378. Desde este tomo este continuador dió otro plan á la obra, y la prosiguió con este título: *Istoria degli ultimi quatro secoli della Chiesa.* — M.

ORSINI ú ORSINO (Fulvio), sabio anticuario é hijo natural de un comendador de Malta. Nació en Roma en 11 de Diciembre de 1529, aunque con manifiesto error Niceron supone que vino al mundo en 2 de Diciembre. Por un capricho de su padre Orsini y su madre se vieron abandonados y reducidos á tan miserable trance, que ésta debia alimentar á su hijo de las limosnas que recogia de la conmiseracion pública. Cuando el jóven Fulvio llegó á la edad de siete años, se logró que fuese admitido entre los clérigos de San Juan de Letran; pero su vivacidad llamó tan poderosamente la atencion del canónigo Gentilio Delfini, varon de mérito y entusiasta por las antigüedades, que tomó á su cargo la educacion del niño Orsini, y le dió maestros que le enseñaron los primeros elementos del griego y latin, encargándose él mismo de instruirle en la teología. Los progresos de este jóven fueron tan rápidos y asombrosos, que no tardó muchos años en exceder en sabiduría á sus mismos institutores. Cuando se determinó á abrazar el estado eclesiástico, su protector Delfini empleó todo su crédito para que obtuviera de pronto algunos pequeños beneficios, hasta que por último renunció á favor suyo su beneficio. Fulvio, cuya extraordinaria reputacion crecia cada dia con asombro de los sabios, fué nombrado bibliotecario del cardenal Farnesio, siendo desde esta época el ídolo de los sabios y literatos que más honraban las ciencias en la ciudad de Roma. Farnesio, Latino Latini, Pablo Manucio y el célebre Antonio Agustin eran otros de sus íntimos amigos. El rey de Polonia deseó atraerle á sus estados haciéndole los ofrecimientos más lisonjeros en 1578; pero Fulvio no quiso separarse de su querida madre, deseoso de ser testigo de la felicidad que le causaban su reputacion y su fortuna. A fin de poder entregarse sin descanso á sus estudios favoritos, no quiso recibir más que las órdenes del subdiaconado, logrando últimamente que se le dispensára de la recitacion del oficio y de la asistencia al coro. Además de los beneficios de que gozaba, el papa Gregorio XIII le señaló una pension de doscientos ducados sobre las rentas del arzobispado de Aversa. Orsini empleó casi toda su fortuna en la compra de cuadros, bronces, medallas, etc., formando un magnífico museo que legó á Odoardo Fernesio, sobrino de su protector. Los numerosos manuscritos que poseia, los legó á la *Biblioteca del Vaticano*, y mostró su agradecimiento, acordándose en su testamento de todas las personas que le habian hecho algun servicio. Fulvio falleció en 18 de Mayo de 1600, y sus restos fueron sepultados en la capilla de santa Magdalena, construida á sus expensas cerca de S. Juan de Letran. Nice-

ron ha conservado su epitafio en el tomo XXIV de sus *Memorias*. Si bien Tomasius y Casamboni han supuesto que Fulvio se habia apropiado los trabajos de algunos filósofos; sin embargo, este dicho queda aún para justificarse, y por lo mismo nosotros suspenderemos el juicio. Varias son las obras que publicó, así propias como en clase de editor; nosotros empezaremos su enumeracion por estas últimas: 1.ª *Novem illustrium feminarum et septem liricorum carmina*, etc.; Amberes, 1568, en 8.°—Las nueve mujeres de las cuales existen versos en esta coleccion son: Sappo, Eviune, Myro, Myrthis, Telesilla, Fraccila, Nossis y Anyte.—2.ª *S. Pompejus Fœstus de verborum significatione*; Roma, 1581, en 8.°—3.ª *Selecta de legationibus ex Coribio et alia fragmenta ex historiis quæ non exstant*, etc.; Amberes, 1582, en 8.° 4.ª *Los Centons de Lelio Capiluti*, en 4.°— *El tratado de Arnobio adversus gentes*; Roma, 1583, en 4.°, y varias notas sobre los antiguos autores de la agricultura, historiadores latinos, obras de Ciceron, etc. Como autor ha publicado las obras siguientes: 1.ª *Virgilius collatione scriptorum græcorum illustratus*; Amberes, 1568, en 8.° La edicion publicada por Luis Gaspar Valgenaer; Lewarden, 1547, en 8.°, es mucho más apreciada que el original.—2.ª *Familiæ romanæ quæ reperiuntur in antiquis numismatibus ab urbe condita ad tempora D. Augusti*; Roma, 1577, en fólio; y en el tomo VII del *Thesaurus antiquitatum romanarum*. Fatin corrigió y aumentó esta obra y la dió á la estampa en París, 1663, en fólio. Gorleo y Vaillan han continuado el trabajo de Orsini con respecto á las familias romanas.—3.ª *Imagines et elogia virorum illustrium et eruditorum ex antiquis latinibus et numismatibus expressa*; Roma, 1570, en fólio, muy rara; Amberes, Plantino, 1548, en 4.°, que contiene ciento cincuenta láminas, dibujadas por Teodoro Galle; idem, 1606, en 4.°, con un suplemento de 18 páginas. Esta ultima edicion es la más buscada, porque va además ilustrada con un *Comentario de Juan Lefebvre*; y puede decirse que por espacio de dos siglos no se ha conocido coleccion más completa y exacta que ofreciera los retratos de personajes ilustres de la antigüedad, sacados de monumentos más auténticos. Vaudelod de Dairbal ha traducido esta obra al francés con este título: *Retrato de hombres y mujeres célebres*; París, 1710, en 4.°—4.ª Notas sobre el tratado de D. Antonio Agustin, *De legibus et senatusconsultis romanorum*; y un apéndice á la obra del P. Chacon: *De Triclinio romanorum*, más extenso que la misma obra.—5.ª Un pequeño tratado *De bibliothecis*, inserto en los comentarios de Mader; Helmstadt, 1666, y reimpreso por J. A. Schmit en 1702 y 1705. Jon Castiglioni de Ancona ha publicado la vida de Fulvio en latin, con su testamento; Roma, 1657, en 8.° regular, de 39 páginas, en vista de un manuscrito de Lucas Hostenius. Hemos creido deber repetir este artículo de Orsini, por ser muy sucinto el que se ha insertado

con el nombre de Fulvio Orsini en el tomo VII de esta Biografía. — M.

ORSISE, solitario de Egipto. Este anacoreta, muy célebre en el siglo IV de nuestra era, fué el maestro de S. Teodoro, abad de Tabenna, que le sacó de su retiro de Moncoso, haciéndole venir á Paban para que visitase á sus hermanos como su verdadero abad. El mismo habia gobernado ya este monasterio por espacio de cinco años, despues de haber sido superior en el de Chenobosco. Decia S. Pacomio de Orsise, que era una lámpara de oro en la casa de Dios, y S. Antonio pretendia se le diese por honor el nombre de Israelita. Aún se hallaba Orsise en Paban, cuando murió S. Teodoro el 27 de Abril del año 367, á la edad de cincuenta y tres años. Al saber este fallecimiento S. Atanasio, suplicó á Orsise por cartas tomase el gobierno de Tabenna, y el Santo solitario le obedeció. Aplicóse desde entónces á gobernar bien á sus religiosos, y le concedió Dios un gran vigor é inteligencia de las Santas Escrituras y gobernó mucho tiempo en paz. En las instrucciones que daba á sus hermanos se servia de comparaciones y de parábolas, lo que hacia se le oyese con gusto y que se fijasen mejor las santas ideas en la mente de su auditorio. Despues del trabajo y de la comida, les predicaba inculcándoles santas máximas, explicándoles los puntos más difíciles de la Escritura, y encomendándoles la observancia de las órdenes prescritas por S. Pacomio y por los demás superiores. Mantuvo en vigor lo prescrito por este Santo acerca de que se reuniesen dos veces al año todos los hermanos, una en la Pascua y otra en Agosto: no se sabe el año de su muerte ocurrida el 15 de Junio. Gennade coloca á Orsise en el número de los autores eclesiásticos, atribuyéndole un libro que dice está sazonado de sabiduría divina. «En él se encuentra, dice, cuanto es necesario para la perfeccion de la disciplina monástica, y casi todo el Antiguo y Nuevo Testamento explicado de »una manera muy abreviada; pero adecuado y propio para las necesidades »de los monjes;» y añade, que poco ántes de morir dió á los monjes esta obra á guisa de testamento. Moreri cree que esta obra es la titulada *Sancti Orsiensis abbatis Tabennensis doctrina de institutione monachorum*, que se halla en la Biblioteca de los Padres y en el Código de las reglas antiguas recogidas por S. Benito de Agnana, que imprimió Lucas Holstenius, en 4.°, en París, el año 1663. Está dividida en cincuenta y seis artículos, y se compone de un tejido de pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, encontrándose en ella excelentes intrucciones tanto para los superiores, cuanto para los inferiores, y son tan bellas y sólidas, que no pueden leerse sin conocer la uncion y piedad que animaba á su autor. Se atribuye tambien á Orsise un tratado titulado: *De cogitationibus Sanctorum*, mencionado por Enrique Canisius, en el tomo I de sus lecciones antiguas. Hacen mencion de este autor Belarmino en sus *Escritores eclesiásticos;* Remi Ceillier, en el tomo V de

su *Historia de los autores sagrados eclesiásticos*; Gennadio en el *Catálogo de sus varones ilustres*; y Moreri en su *Gran Diccionario histórico*. El abate Guyon ha hecho mencion de los más bellos pensamientos de Orsise en su coleccion titulada: *Les Apophtegmes ou belles paroles des Saints*; obra apreciabilísima y edificante. —C.

ORSUCCI (Francisco). Nació en la ciudad de Luca, en Toscana, y haciéndose religioso de la órden de Sto. Domingo, se distinguió por su aficion al estudio. Recibido de doctor en 1611 profesó por muchos años la teología en las cátedras de su Orden, y en el capítulo general de la misma del año 1629 fué nombrado definidor por la provincia de Roma. Murió este Padre el año 1646. Se asegura compuso muchos tratados acerca del culto de la Vírgen Santísima, pero se ignora si se han impreso. Pronunció en Viterbo el elogio fúnebre del cardenal Montalto, el cual se conservó manuscrito, segun Echard, en la casa de su Orden en Florencia. —C.

ORTA (Fr. Juan de), religioso de la órden de S. Gerónimo, tomó el hábito en el monasterio de Montemarto, despues de haberse distinguido por sus estudios en la universidad de Salamanca. Su fervor religioso, su uncion y amor á las cosas santas eran extremados, de manera que dice de él el Padre Sigüenza «que murió de amores, pues era tanto su deseo de verse con »Cristo, que el Señor piadoso, condescendiendo á su deseo, se lo llevó en »lo mejor de su edad.» Murió siendo un dechado de virtudes en la santa casa donde habia vivido. —S. B.

ORTEGA (Fr. Andrés), religioso de la órden de S. Francisco. Compuso un *Tratado del camino del espíritu*, que se imprimió en Toledo en 1550, en 8.°, y ha pasado desapercibido á Lucas Wadingo. —S. B.

ORTEGA (Fr. Cristóbal de), jesuita muy versado en las ciencias sagradas. Fué profesor de filosofía, prefecto de estudios y censor teólogo de la Inquisicion. Despues de haber empleado más de veintinco años en la enseñanza, fué nombrado rector de Alcalá de Henares. Ortega vivia aún en 1676 en Madrid, y á su muerte, ocurrida despues de esta fecha, dejó manuscritas las obras siguientes: 1.ª *Allegationem theologicam pro frequentissima Augustino patribus conciliis et ecclesiæ propositione, « Deus asumpsit hominem»*; Toledo, 1657. —2.ª *De trinitate tractatum seu tomum sententiarum scholasticarum et dogmaticarum;* Leon, 1664, en fólio. —3.ª *De Incarnatione tractatum seu tomum controversiarum similium*; Leon, en fólio. —4.ª *De Deo uno et trino*; Leon, 1672, en fólio. —S. B.

ORTEGA (Fr. Juan de), religioso de la órden de S. Gerónimo, tomó el hábito y profesó en el monasterio de S. Leonardo de Alba, de donde llegó á ser prior. Habia estudiado en Salamanca, donde se distinguió tanto por su ingenio, que fué uno de las que en aquella época se atribuyó la composicion

del célebre libro titulado el *Lazarillo de Tormes*, aunque sin otro fundamento que haberle encontrado una copia manuscrita de esta ingeniosa obra. Sus buenas cualidades le valieron ser elegido general de su Orden, pero queriendo cambiar la forma de eleccion é introducir otras novedades en los estatutos, al resignar el gobierno fué penitenciado, por lo que renunció una mitra para que le habia presentado el emperador Cárlos V. De este religioso dice el P. Sigüenza: «Era hombre de claro y lindo ingenio y para mucho, y »no siempre son buenos los que ansí son para gobierno, que aquella natu»rál viveza muchas veces inquieta y busca cosas nuevas.» Nombrado despues obispo de Coria por los Reyes Católicos, á quienes prestó diferentes servicios, tuvo tambien algunas desavenencias con su Orden, las que se zanjaron oportunamente en 1489.—S. B.

ORTEGA (Fr. Juan de), religioso de la órden de S. Gerónimo, portugués de nacion. Fue monje muy ejemplar en todo género de virtudes y prestó grandes servicios á su religion siendo prior, maestro de novicios y vicario del monasterio de S. Juan de Ortega, que sin duda por la semejanza con su nombre habia elegido para profesar. Se ejercitó durante todo el tiempo que vivió en la religion, que fueron más de setenta años, en la lectura de los libros santos y en la oracion y meditacion. Era muy celoso por la observancia de su regla, y no ménos en la asistencia al coro y demás ejercicios. Gravemente enfermo desde la edad de setenta años hasta la de noventa en que murió, sufrió los más atroces dolores sin exhalar la menor queja ni gemido, ántes con grande paciencia y alegría; así, despues de su muerte fué muy elogiado por su santidad y virtudes.—S. B.

ORTEGA (Fr. Juan de), religioso mínimo de la órden de S. Francisco de Paula y maestro de teología. Era natural de Sevilla é hijo de padres nobles y ricos, los que llevaron el extremo de su amor á impedirle seguir los estudios por no separarle de su lado. Pero inclinado Juan á la vida religiosa, consiguió, no sin vencer grandes dificultades, tomar el hábito de los Mínimos en el convento de Triana en 25 de Agosto de 1544. Distinguióse mucho en los estudios, obteniendo el grado de doctor en teología en la universidad de Osuna, donde enseñó durante muchos años esta facultad. A pesar de sus vastos conocimientos en artes y teología, se aseguraba, sin embargo, que era en extremo sencillo, y se le engañaba con la mayor facilidad. Fué, sin embargo, un varon justo, recto y temeroso de Dios. Murió en Osuna lleno de virtudes, y cuando acababa de cumplir los setenta y cuatro años de edad y sesenta de religion.—S. B.

ORTEGA (Fr. Juan de), religioso dominico de la provincia de Aragon. Escribió un tratado de aritmética en español, reimpreso con varias correcciones con este título: *Tratado sutilísimo de Aritmética, de nuevo enmenda-*

do por Juan Logarto, y ántes por Gonzalo de Busto; Granada, 1563, en 4.°; Sevilla, 1637, en 4.° Segun Juan Marieta, Ortega floreció por los años de 1567.—M.

ORTEGA (D. Miguel Sanchez de), natural de Cuenca. Fué canónigo de la iglesia de Baeza y profesor de teología en el colegio de la misma ciudad. Escribió una obra ascética con este título: *Hombre nuevo, de lo que ha de obrar el cristiano;* Baeza, 1582, en 8.° Tambien compuso la siguiente: *Devocion de la sangre y llagas de nuestro Señor Jesucristo;* Cuenca, 1616, en 8.°—M.

ORTEGA (Fr. Pedro de), religioso de la órden de S. Gerónimo. Tomó el hábito y profesó en el monasterio de Baza, distinguiéndose mucho por sus virtudes y no ménos por sus buenas cualidades para el gobierno. Fué prelado en diferentes monasterios, en particular en los de Granada, S. Gerónimo de Sevilla, y por cinco veces en su casa de profesion, la que se puede decir reedificó por completo. Acabó la sacristía, hizo la reja de la capilla mayor, y dos retablos y otras habitaciones, sin disminuir por esto las limosnas que hacia frecuentemente, porque era muy caritativo. Fundó diferentes capellanías para algunos bienhechores que favorecieron con su piedad aquella casa, aunque sin carga alguna. Desempeñó tambien el cargo de visitador general de los monasterios de su Orden en Portugal, cuando se verificó la union de estos con los de Castilla; puesto que ocupó tambien en otras ocasiones en Castilla y Andalucía. Despues de haber terminado felizmente sus cargos y gobiernos, vivió todavía catorce años con grande recogimiento, oracion y penitencia, falleciendo en 1627.—S. B.

ORTEGA Y VALDIVIA (D. Andrés de), chantre de la iglesia de Mechoacan, en la América Septentrional. Escribió: *Descripcion del obispado de Mechoacan*, la que cita como manuscrito Gil Gonzalez Dávila, en el *Teatro* de esta iglesia.—S. B.

ORTELLS Y GOMBAU (D. Francisco), presbítero. Nació en Valencia, graduóse de doctor en teología y falleció en su patria en 21 de Junio de 1816. Escribió, siendo vicario de Poyos, un folleto para que se fomentase la industria de la seda, con este título: *Disertacion descriptiva de la hilaza de la seda segun el antiguo modo de hilar y el nuevo llamado de Vacanson;* 1783, en 4.°—M.

ORTER (Jorge). Nació este dominico en Frickenhausen, en la Franconia, en el siglo XV. Solo se sabe por Echard, al que se refiere Moreri en su *Diccionario histórico*, que Orter escribió tres libros sobre la Inmaculada Concepcion de la Vírgen Santísima, que no se han impreso, y son de opinion estos autores de que nunca se imprimirian, á lo cual añadiremos, y mucho ménos hoy, en que esta creencia es ya un dogma. Llevada á Leipsick la bula de Sixto IV sobre esta cuestion piadosa, publicó inmediatamente Sebastian

Braut, profesor imperial de esta universidad, tésis en las que parecia triunfar de los discípulos de Sto. Tomás. Orter emprendió la tarea de refutarle; y si bien lo hizo con gran esmero en la eleccion de los términos, dijo cosas demasiado atrevidas. El rodeo que tomó para parar el golpe que daba la bula á la opinion que él defendia, es singular en extremo: «El Papa, di»ce, declarando que los que sostienen la Inmaculada Concepcion no son »herejes, no pretende hacernos creer por esto que su opinion es la más ver»dadera; por los Padres parece que es una herejía formal, y no es per»mitido á los que pueden estudiarla seguir otra opinion que la establecida; »pero el Papa ha querido poner á cubierto á los sencillos, lo cual no es más »que una tolerancia de su parte solo para ellos, á fin de que no sean herejes, »así como el abate Joaquin no fué hereje aun cuando sostuvo herejías.» Este lenguaje del P. Orter sería hoy una completa y verdadera herejía, despues de la declaracion dogmática de nuestro santo padre Pio IX, definiendo de fe el misterio de la Inmaculada Concepcion de María; deseo que por tantos siglos abrigaban los fieles, y en especial los españoles, que puede decirse fueron los primeros que le acataron, veneraron, publicaron y juraron, colocándole por el principal blason del pabellon nacional de nuestra patria, á pesar de las argucias y tenacidad de los dominicos, que más por espíritu de escuela que por falta de piedad y amor á la pureza de la gran Madre de Dios, se han opuesto siempre á esta creencia ántes de su definicion dogmática. Además de aquellos libros, escribió Jorge Orter sermones para la cuaresma, para el adviento y panegíricos de los Santos.—B. S. C.

ORTÍ (P. Jacinto), natural de la ciudad del Cid, donde nació en 29 de Diciembre de 1702. Despues de haber estudiado humanidades, entró en la Compañía de Jesús en 1718. Enseñó artes en el colegio que la Compañía tenia en Segorbe; y pronunciado el cuarto voto de su profesion, fué nombrado rector del propio colegio, falleciendo en el desempeño de este cargo en 19 de Abril de 1745, á la edad de cuarenta y dos años. Dió á la estampa el siguiente libro: *Historia del hallazgo de la imágen de S. Cristóbal, sus milagros y fundacion del Real convento de religiosas canongesas agustinas de la ciudad de Valencia, con un compendio de la vida y milagros del mismo Santo*; Valencia, 1740, en 4.° Al parecer cultivaba tambien la poesía latina, pues en las *Fiestas centenarias* etc., de su padre D. José Ortí, existe un epígrama en aquel idioma con su traduccion castellana, propio de este autor.—M.

ORTÍ Y FIGUEROLA (D. Francisco), nació en Valencia el 7 de Mayo de 1695, de padres distinguidos. Despues de haber terminado sus estudios en la universidad de su patria, tomó pesesion en 1714 de un beneficio en la iglesia parroquial de S. Bartolomé, recibiendo dos años despues el grado de doctor en teología, con aplauso de los sabios que concurrieron á solem-

nizar este acto. En el mismo año fué nombrado canónigo de la metropolitana de Valencia, y en 28 de Diciembre de 1719 ordenóse de sacerdote, dedicándose desde luego á predicar la palabra de Dios con un ardor inextinguible. Sus sermones dieron extraordinario fruto. Con su elocuencia inspirada poseia el secreto de arrastrar los corazones y de disipar las tinieblas, que impelian á algunos á adelantar por el camino de la fe. La uncion de sus palabras era tan firme como autorizada, puesto que el P. Ortí no bebia en otras fuentes que en las sagradas Escrituras ó en los Santos Padres. Aparte de las relevantes cualidades de buen predicador, poseia este varon apostólico un talento elevado, aplicacion asidua, memoria prodigiosa, diccion fácil y elegante, y un caudal inagotable de virtud. Si su religiosidad y conocimiento le valieron en 1725 el nombramiento de calificador de la Inquisicion, su talento y el celo que desplegaba á favor de la enseñanza le elevaron en 1728 al honorífico cargo de rector de la universidad de su patria, el que desempeñó por espacio de tres años, con aplauso de catedráticos y discípulos y de cuantos se interesaban en el esplendor de aquel establecimiento literario. La muerte cortó la série de sus merecimientos en la prematura edad de cuarenta años, bajando al sepulcro en 2 de Abril de 1733, con general sentimiento de su patria, que habia fundado en él las más grandes y lisonjeras esperanzas. Se han publicado de Ortí los escritos siguientes: 1.° *Sermon fúnebre en las exequias de la venerable Doña Gertrudis Anglasola, religiosa cisterciense, dos veces abadesa en el Real monasterio de nuestra Señora de* Gratia Dei *de la ciudad de Valencia;* en dicha ciudad, 1728, en 4.°—2.° *Memorias históricas de la fundacion é insignes progresos de la ciudad de Valencia;* Madrid, 1730, en 4.°, por Antonio Marin.—3.° *Oracion fúnebre en las exequias que la Real universidad de Valencia consagró á la gloriosa memoria del Ilmo. y venerable Sr. D. Marcelino Sivri, obispo de Orense y despues de Córdoba;* Valencia, 1731, en 4.°, por Juan Gonzalez.—4.° *Panegírico del seráfico doctor S. Buenaventura, en ocasion de haberse instituido nuevamente en obsequio del Santo su cofradía, con el título de Milicia Seráfica, en el Real convento de religiosos Franciscanos observantes de Valencia;* en dicha ciudad, 1732, por José García. Además dejó al morir varios sermones manuscritos, que habia predicado, y formaban un tomo en 4.°—M.

ORTÍ Y FIGUEROLA (D. Marcos Antonio), sacerdote valenciano. Nació en 16 de Enero de 1669. Fué un eclesiástico tan laborioso como exacto en el cumplimiento de sus deberes y dejó al morir las obras siguientes: 1.ª *Manual del rezo y misa rezada, segun el órden del Breviario y Misal romano;* Valencia, 1739, en 12.°—2.ª *Modo de hallar perpetuamente la letra dominical, epacta, fiestas movibles, dias de la semana y letra del Martirologio romano,* por la Santidad de Gregorio XIII, año 1582.—3.ª *Prontuario moral de las*

sagradas ceremonias de la Misa, mayormente de aquellas sobre las cuales con más frecuencia suele dudarse; Valencia, 1746, en 16.° — M.

ORTIGAS ú HORTIGAS (Fr. Andrés), natural de Zaragoza, donde vió la luz primera en 1615, y entró en la órden de la Merced en 1629. Despues de haber estudiado con mucho aprovechamiento en las cátedras de su religion, se graduó de doctor en sagrada teología, fué catedrático de filosofía y utilizaron sus superiores sus conocimientos en varios cargos de su Orden siendo definidor de su provincia, comendador de varios conventos y comisario general del reino de Cerdeña. Propuesto para varias mitras, su modestia se negó siempre á admitir tan alta dignidad, falleciendo por último en su patria el dia 10 de Enero de 1665, despues de haber escrito las siguientes obras: 1.ª *Un libro de elogios de María Santísima, Madre de Dios.* 2.ª *Sermon que predicó en la capilla de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza el jueves 10 de Abril de 1643, dia quinto del solemne novenario que mandó S. M. celebrar pidiendo á Dios por la intercesion de su Santísima Madre, la paz de sus reinos y el buen suceso de las armas católicas*; Zaragoza, 1643, en 4.°—3.ª *Otros varios sermones.* Los bibliógrafos de su Orden tributan á este religioso los más honoríficos elogios. — S. B.

ORTIZ (Alfonso), natural de Toledo. Nació á mediados del siglo XV, y despues de haberse graduado de doctor en derecho, se dedicó con afan al estudio de las ciencias eclesiásticas. Canónigo ya de la catedral de Toledo, fué admitido á la gracia del cardenal Jimenez, que le empleó en la revision y correccion de la liturgia mozárabe, falleciendo por los años 1530, despues de haber escrito las obras siguientes: 1.ª *Missale mixtum secundum regulam beati Isidori dictum Mozfarades*; Toledo, 1500, en fólio, con un sabio prefacio. Pinius, Eugenio de Robles, Devure, Lesley y Zacarías han descrito este pequeño volúmen con muchísima exactitud. —2.ª *Breviarum mixtum secundum regulam beati Isidori dictum Mozfarades*; Toledo, 1502, en fólio él. Este tomo es mucho más raro que el anterior, y aparece como le ilustrado de un sabio y excelente prefacio. Pinius pretende que la tercera y última parte del *Breviario mozárabe* es ménos antigua que las otras dos. 3.ª *De la herida del rey D. Fernando* el Católico. — 4.ª *Consolatorio á la princesa de Portugal.* —5.ª *Una oracion á los Reyes Católicos*, en latin y español. — 6.ª *Dos cartas mensajeras á los reyes*, una que escribió á la ciudad y la otra al cabildo de la Iglesia de Toledo. — 7.ª *Contra la carta del protonotario Lucena.* Este protonotario habia elevado una representacion á los reyes Católicos para inclinarles á mitigar las penas que la Inquisicion imponia á los herejes. Ortiz manifiesta en su carta una opinion enteramente contraria. Los cinco últimos tratados se imprimieron en Sevilla reunidos; 1493, en fólio. Blas Ortiz, de quien hablaremos luego, dice en su *Descrip-*

cion de la iglesia de Toledo, que tenia en su poder varias obras latinas de Alfonso Ortiz.

ORTIZ (Blas), pariente y contemporáneo del anterior, y como él doctor en derecho civil y canónico. Nació en Villarrobledo, y fué al principio vicario general de D. Juan de Villalva, obispo de Calahorra; mas habiendo entrado en casa del cardenal Florencio, despues papa con el nombre de Adriano VI, siguió á este pontífice á Roma, y vivió á su lado todo el tiempo que dicho pontífice gobernó la nave de la Iglesia católica. Despues obtuvo el canonicato teologal de Toledo, siendo últimamente nombrado vicario general del arzobispado de dicha ciudad D. Juan de Tabera. Este ilustre eclesiástico era digno de los elogios que le tributaban sus contemporáneos, así por su vasta y sólida doctrina como por su eminente piedad. Ortiz escribió: 1.° *Itinerarium Adriani VI ab Hispania usque Romam ac ipsius pontificatus eventa*; Toledo, 1548, en 8.°, reimpreso tambien en las *Miscelánéas de Palucio*, obra curiosa llena de interesantes particularidades, y escrita con conciencia é imparcialidad. — 2.° *Descriptio graphica summi templi Toletani*; Toledo, 1544, en 8.°, reproducida en la *Coleccion de Opúsculos latinos del siglo XVI* por D. Francisco Cerdá. Esta obra abunda en útil y sabia erudicion; sin embargo, no pertenece enteramente á Ortiz, pues Juan Vergara es el autor de la parte relativa al oficio gótico. — M.

ORTIZ (Sor Catalina), religiosa franciscana, natural de la villa de San Clemente, en el obispado de Cuenca, donde tomó el hábito y profesó, distinguiéndose por sus virtudes y santidad. Murió en 1580 á la edad de setenta y dos años, dejando entre sus compañeras la más notable fama por sus penitencias y demás ejercicios piadosos. — S. B.

ORTIZ (Fr. Diego), religioso minimo de la órden de S. Francisco de Paula, natural de Sevilla é hijo de nobles padres. Recibió el hábito en el convento de Triana, donde comenzó la vida religiosa con tanto fervor, que se distinguió mucho en su época. Tuvo grande talento para educar novicios, enseñándoles con muchas obras y con muy pocas palabras, siendo muy abstinente en la comida y frecuente en la oracion. No le faltaba teoría, mas, como hemos dicho, preferia la práctica, siendo puntual observador de las ceremonias del rezo y canto, con cuyos medios educó á gran número de religiosos para dos provincias de su Orden. Fué tambien corrector del convento de Cabra, donde se distinguió mucho por sus hechos y aun por algunos casos milagrosos. Llegado el fin de sus dias, algunos ántes le avisó el Señor enviándole una grave enfermedad, y el de su muerte, que fué el 29 de Abril, dijo que moriria al tocar á maitines, lo que se verificó en efecto. Pidió que le llevasen las sagradas reliquias despues de haber recibido los santos sacramentos, y tomando en las manos un *Lignum Crucis* que

habia en el convento, le llevó á sus labios y espiró. Asegurándose se vieron entónces indicios milagrosos de su salvacion eterna. — S. B.

ORTIZ (Fr. Diego), dominico sevillano. Fué colegial del de S. Gregorio de Valladolid, maestro de sagrada teología y prefecto de estudios en el colegio de S. Pablo de Sevilla. Murió en 1640, cuando se hallaba imprimiendo la obra intitulada: *Logicæ brevem explicationem*. Fruto de su ingenio fué además la siguiente: *Brevem Summularum explicationem*, primera parte, que contiene *Octo libros Physicorum*; Sevilla, por Juan Gomez de Blas, 1640, en 4.°—S. B.

ORTIZ (Fr. Francisco), natural de Valladolid, religioso franciscano de la observancia de la provincia de Castilla. Fué varon de grande doctrina y recogió extraordinario fruto de sus sermones, á cuyo ministerio se consagró con infatigable afan. Escribió: 1.ª *De ornatu animæ;* Alcalá, 1648, en 4.°—2.ª *Quadragessimale sive expositionem Psalmi XL*, obra muy elevada; 1649, en 4.°—3.ª *Informacion de la vida cristiana*, en la cual se contienen tres tratados: *Erudimento de la vida cristiana, penitencia que es virtud, penitencia que es sacramento.* Lucas Wadingo le atribuye tambien la siguiente: 4.ª *Soliloquium inter animam et Deum;* Valladolid, 1651.—5.ª *Expositionem in orationem dominicam à S. Francisco notis illustratam et in alia sancti vir opuscula*; Alcala, 1551.—6.ª *Epístolas familiares, oraciones en romance y un sermon en latin*; Alcalá, 1552; y Zaragoza, 1552, en 4.° Fr. Francisco Ortiz falleció ántes del año 1547.—M.

ORTIZ (Fr. Juan), religioso franciscano, natural de Pedroñeras en el obispado de Cuenca. Tomó el hábito en esta ciudad, donde se distinguió por su vida penitente y austera. Murió al año siguiente del de su profesion, 1599, dejando grande fama por sus virtudes y santidad.—S. B.

ORTIZ (Fr. Pedro), religioso franciscano de la provincia de los Angeles. Escribió: *Modo de enseñar á los novicios*; Sevilla, 1633, en 8.°— S. B.

ORTIZ (Pedro), jesuita. Publicó: *Sermones de cuaresma sobre el Miserere.*—S. B.

ORTIZ Arias (Fr. Francisco), franciscano español. Vistió el hábito en la provincia de Castilla y graduóse de doctor en teología. Escribió: 1.° *Los misterios de la sacrosanta Pasion de Cristo nuestro Señor*, tres partes; Alcalá, 1578, en 8.°—2.° *Del remedio contra el pecado*; Madrid, 1603.—M.

ORTIZ Lucio (Fr. Francisco), religioso franciscano, natural de un pueblo de la diócesis de Toledo. Empleó los largos años de vida que pasó en el claustro en el cumplimiento de los deberes religiosos y en escribir las obras siguientes de piedad: 1.ª *Jardin de amores santos y lugares comunes:* Alcalá, 1589, en fólio, dividido en diez y nueve ó veinte tratados, como del amor de las mujeres: de la oracion: de la ociosidad y malas compañías: del

amor de padres á hijos: del amor de los casados: del amor de Dios: del amor á los enemigos: de paciencia: de las lágrimas: del pecado: del bautismo: de la penitencia: de la conciencia: de la dignidad sacerdotal: del sacramento del altar: de la consideracion de la muerte: del juicio final: de la gloria.—2.ª *Jardin de divinas flores del sacerdote cristiano, de su dignidad y obligaciones*; Madrid, por Miguel Serrano, 1601, en 12.°—3.ª *De los cuatro novísimos y remate de la vida humana*; Madrid, 1608, en 8.°—4.ª *Compendio de sumas, ó sea suma de sumas y avisos para todos estados.*—5.ª *Sermones del Miserere y penitencia*; Alcalá, 1595, en 4.°; Mallorca, 1599.—6.ª *Mística theología y tratado de sacramentos y remedios contra el pecado y consuelos del pecador*; Madrid, 1608, en 16.°—7.ª *República cristiana*; Madrid, 1604.—8.ª *Tratado del príncipe y juez cristiano*, espejo de jueces; Madrid, 1606.—9.ª *Compendio de declaraciones sobre la regla de S. Francisco*; 1585, en 8.°—10.ª *Consideraciones de Lucía*; Salamanca, 1597, en 4.°—11.ª *Flos Sanctorum, vida de Cristo, de nuestra Señora y de todos los Santos*; Madrid, 1605, en fólio.—M.

ORTIZ DE LUYANDO (Fr. Pedro), religioso de la órden de la Merced y Redencion de cautivos. Fué maestro de teología y muy perito en las lenguas sabias. Escribió: *Vida y virtudes de S. Nicodemus de Arimatea.*—S. B.

ORTIZ DE SALCEDO (D. Francisco), natural de Madrid. Fué notario apostólico y escribió: *Curia eclesiástica para secretarios y prelados, notarios apostólicos*, etc.; Madrid, 1610 y 1615, en 4.°—M.

ORTIZ DE IBARROLA Y AYALA (Fr. Lorenzo). Nació en Salamanca, profesó la regla de S. Benito y enseñó en el colegio trilingüe de su patria por espacio de veintidos años los idiomas griego y latino. La Orden le nombró su procurador en Roma para el despacho de ciertos negocios muy importantes, confiando á su celo y pericia el buen éxito de la comision. Escribió: *De politia et immunitate ecclesiastica*: *Tractatum theologicum, dedicado á Paulo V*; Roma, 1510, en 4.°—M.

ORTIZ Y SANZ (Dr. D. José Francisco), dean de la santa iglesia de Játiva, individuo de la Academia de la Historia y de mérito de la de Nobles Artes de S. Fernando. El ilustrado sacerdote que forma el objeto del presente artículo pertenece á una época en que las ciencias, la literatura y las bellas artes cobraron nueva vida en nuestra patria bajo el paternal gobierno del gran Cárlos III. Entusiasta de las últimas, historiador imparcial y distinguido arqueólogo, Ortiz empleó la mayor parte de su vida en propagar la aficion á los estudios útiles entre sus compatricios, ó en arrancar al tiempo sus secretos por medio de investigaciones penosas de que son un elocuente testimonio las obras que dió á luz y que harán imperecedera su memoria. Vamos, pues, á bosquejar el cuadro de la vida literaria de este personaje,

ya que carecemos de otros datos que harian doblemente interesante su biografía, y que por efecto sin duda de su rara modestia han pasado desapercibidos. Nació nuestro literato en Ayelo de Malferit, reino de Valencia, el dia 5 de Setiembre de 1739: fueron sus padres D. Francisco Ortiz y Doña María Sanz, labradores honradísimos y muy bien acomodados de dicho pueblo. El natural despejo que notaban en su hijo les impulsó á enviarle al colegio de PP. Jesuitas de la villa de Onteniente, donde aprendió las humanidades, haciendo rápidos progresos en las lenguas latina y griega. De allí pasó á la universidad de Valencia á proseguir sus estudios; pero su aficion á las bellas artes le hizo abandonarlos por algun tiempo, dedicándose á la pintura con tan buenas disposiciones, que por consejo de su maestro iba á emprender un viaje á Roma: sin embargo, hubo de ceder á la voluntad paterna que le habia destinado á la carrera eclesiástica, cursando jurisprudencia y teología en la precitada universidad, en la que recibió el grado de doctor en cánones. Ordenado de presbítero poco tiempo despues á título de patrimonio que le fundaron sus padres, cuando contaba unos treinta años de edad, sirvió el economato de la villa de Alcolecha, diócesis de Valencia, poco más de diez meses; el curato de Mislata, pueblo inmediato á dicha ciudad, ménos de dos años; y despues la vicaría mayor de la iglesia colegial de S. Felipe, ántes Játiva, por espacio de tres años y medio (1). Empero el Señor Ortiz estaba llamado á brillar en un horizonte más extenso, eran otras su vocacion y sus aspiraciones; así que estando desempeñando el último destino, su aficion á la arquitectura y la necesidad que sentia nuestra patria de una obra clásica en este género, le hizo emprender la traduccion del latin de *Los diez libros de Arquitectura de Marco Vitruvio Polion*, comentándolos. Bien pronto experimentó la dificultad de aquella empresa, no teniendo más auxilios que el de tres comentadores que habia recogido, á saber, Filandro, Bárbaro y Galiani; y persuadido de que para acabarla con felicidad era necesario tener á la vista algunos manuscritos de Vitruvio, y mucho más aún visitar los edificios antiguos que quedan en Italia, poseido de estos sentimientos y guiado por su ardentísimo amor al arte, renunció el vicariato á mediados de 1778, cuando contaba treinta y nueve años de edad; vendió todo su mobiliario, y emprendió su viaje á Roma, desde donde pasó á inspeccionar atentamente los restos de la antigüedad greco-romana que existen en sus cercanías, así como en Nápoles, Baya, Pozzuelo, Herculano, Pompeya, Pesto y otras circunvecinas; y habiendo recogido los apuntes y observaciones

(1) Por las partidas sacramentales hemos podido hacer este cómputo, pues firmó la primera en Alcolecha en 31 de Agosto de 1769 y la última en 1.° de Julio de 1770; en Mislata la primera en 4 de Octubre de 1770 y la última en 12 de Junio de 1772; y en S. Felipe la primera en 5 de Diciembre de 1774 y la última en 23 de Julio de 1778.

que convenian á su objeto, se estableció en la ciudad eterna por Agosto de 1779. «Tan iluminado, dice el autor, me hallé despues de aquellos via»jes, que apenas encontré dificultad en lo que ántes las veia insuperables, »por donde conocí que muchas de ellas lo eran solo por la desidia y negli»gencia de los comentadores.» Tres años llevaba el Sr. Ortiz en esta tarea, cuando agotado su peculio se veia imposibilitado de proseguirla, y por esta causa estuvo á punto de malograrse empresa tan patriótica. Hallábase á la sazon de embajador de la corte de España en Roma el sabio D. José Nicolás de Azara, que á su talento diplomático reunia una aficion decidida á las artes y á los artistas, de que fué magnífico protector: á él acudió Ortiz mostrándole su trabajo é informándole de su falta de recursos; y excusado parece añadir que el que protegió al famoso pintor Mengs é ilustró sus obras con preciosas notas, el que dirigió las excavaciones en Tívoli y otros puntos, y reunió una coleccion de bustos griegos y romanos que legó á D. Cárlos IV y que hoy se admira en el Real Museo de Madrid, no podia ménos de dispensar una favorable acogida á aquel jóven presbítero que era, como él, literato, artista y anticuario. En efecto, Azara, justo apreciador del mérito y de la utilidad de la obra comenzada, informó favorablemente al Gobierno español, y éste concedió á Ortiz una pension de treinta escudos romanos mensuales durante su permanencia en Roma, que se le habian de abonar, dice la Real órden, desde el dia de su llegada á la corte pontificia. Ya con estos medios pudo dar cima á la traduccion del Vitruvio y á sus comentarios, en lo que empleó muy cerca de ocho años, alternando con otros estudios con que nutrió su espíritu y meditando otras empresas que habian de echar el sello á su reputacion literaria. De regreso á Madrid, en 1786, presentó al Rey la obra de Vitruvio, y S. M. se dignó admitir la dedicatoria y costear la edicion, que se hizo en la Imprenta Real con esmero y con láminas magníficas; de modo que segun el erudito Fuster, en su *Biblioteca Valenciana*, «bien se mire el mérito de la traduccion y notas, ó bien el de la impresion, no posee nacion alguna un Vitruvio como el que tienen los españoles.» La vida de Vitruvio, que puso Ortiz al frente de su traduccion, aventaja en exactitud á todas las que se habian escrito hasta entónces.—Con la publicacion de la referida obra, el docto traductor cimentó su reputacion dentro y fuera de España, y se granjeó el favor de la corte, atribuyendo nosotros á esta época su nombramiento de bibliotecario de S. M. Nos confirma hasta cierto punto en esta creencia el que en su prólogo á *Los diez libros de Diógenes Laercio sobre las vidas, opiniones, dichos y sentencias de los más célebres filósofos de la antigüedad*, que tradujo del griego é ilustró con notas y con la vida de Laercio, se lee lo siguiente: «Desocupado de la impresion de mi Vi»truvio español el año 1787, el Excmo. Sr. Conde de Floridablanca, por

»carta fecha en S. Ildefonso á 29 de Julio del mismo año, mandó *me em-*
»*please en aquel trabajo que fuese más propio á mi inclinacion y gusto literario*
»*hasta que S. E. dispusiese otra cosa.* Desde luego puse la mira de traducir á
»nuestra lengua algun autor griego de gusto y útil á la patria, no muy rica
»de esta clase de libros.....» Continua en él el Sr. Ortiz lamentándose de la manía que se habia apoderado de los literatos españoles de traducir exclusivamente autores franceses desde que el P. Feijóo quiso sostener que era más útil el estudio de la lengua francesa que el de la griega. *Sea el autor italiano, aleman, inglés, holandés, polaco, etc.*, dice en el estilo que le es peculiar, *no entra su libro en España si no pasa primero por Francia y se viste á la moda.* ¿Qué diria el Sr. Ortiz si viviese en la época presente en que ha llegado á su apogeo el achaque de que adolecian ya sus contemporáneos? «Nuestra lengua pierde sus galas y su armonía, escribe con este moti-
»vo un juicioso crítico, y adóptanse en vez de las hermosas y naturales fra-
»ses de los Luises y Cervantes las trabajadas y oscuras de nuestros vecinos.»
El Sr. Ortiz se valió para su trabajo de la célebre edicion greco-latina de Laercio, dada por Enrique Westenio en Amsterdam, año de 1692; é interpretó en verso castellano, aunque sin rima, los versos que encontró en su autor ál tiempo de traducirle. Imprimióse dicha obra en la Imprenta Real, 1791 y 92, dos tomos en 4.°, siendo muy bien recibida de los doctos, y digno del más cumplido elogio el especial cuidado que puso nuestro traductor en disfrazar muchas expresiones poco decentes que el autor, como gentil, usa sin reserva. *Antes quiero*, dice, *que se me note de poco ajustado al original, que de inducir algun daño á las buenas costumbres. Me ha parecido esta una de las primeras obligaciones de quien pone en manos del pueblo piadoso un libro gentílico, aunque de ciencias humanas.* No nos detendremos ahora en enumerar otras producciones ménos importantes que salieron de la fecunda pluma de Ortiz en esta época de su vida, puesto que al final de nuestro artículo hallará el lector el catálogo de todas ellas: vamos, pues, á ocuparnos de su obra maestra, digámoslo así, de su *Compendio cronológico de la historia de España*, cuya publicacion emprendió en Madrid á fines de 1795 y la terminó en 1803, siete tomos en 8.° marquilla. Al final del prólogo del tomo VII se lee: *Cierro, pues, la obrita con la paz de Aquisgran, año 1748. No la continuo hasta donde puedo, sino hasta donde debo y conviene*; palabras que indican bien á las claras que tenia concluido su trabajo hasta el año 1800, como ofreció en el primer anuncio, y que si no vió por entónces la luz pública, fué á causa de la rigidez de la censura. Es indudable que Ortiz rindió con esta obra un verdadero servicio á las letras; en efecto, despues de la *Historia general*, escrita por el P. Juan de Mariana á fines del siglo XVI, conduciéndola hasta el año 1516, de que se ha dado extensa noticia en la presente

obra al hacer la biografía de este sabio jesuita, y que prescindiendo de su incontestable mérito, es harto prolija su lectura para los que en medio de sus ocupaciones desean consagrar una parte de sus ocios á conocer los sucesos tan variados y tan instructivos, por que en el trascurso de los siglos ha pasado nuestra patria; estos no tenian otro asilo donde acudir que al descarnado compendio de nuestra historia, que escribió en francés el P. Duchesne y que tradujo el P. Isla, adicionándole con varias notas poco considerables. Mengua era del orgullo nacional que la juventud estudiosa tuviese que manejar para aprender la historia de España esta ú otras obras de autores extranjeros, que, émulos de nuestras glorias, se empeñan en desfigurar los sucesos y empequeñecer á nuestros héroes por ensalzar á los suyos. Propúsose el Sr. Ortiz remediar este descuido, escribiendo un compendio de la historia patria, ni tan lacónico que omitiese cosas de particular importancia, ni tan difuso que desviase de su lectura á los ocupados. Escogió para guia la referida historia del P. Mariana, si bien no dejando cautivar su juicio por ella, y ayudándose con las luces de otros historiadores, y singularmente de una rara coleccion de privilegios antiguos que poseia. Los historiadores romanos Herodoto, Estrabon, Tito-Livio, Diodoro de Sicilia, Plinio, Justino, etc., le sirvieron para presentar un cuadro acabado de la historia de los primitivos tiempos, descartando los fabulosos, siguiendo los cómputos más acreditados respecto á la cronología, *fanal ó norte de la historia*, como la llama con mucha propiedad el Sr. Ortiz. Para los tiempos posteriores tuvo á la vista las crónicas de Idacio, Wulsa, el Biclarense, S. Isidoro, S. Julian, el Pacense, el cronicon de D. Alonso III *el Grande* y el Albeldense, que sirvieron de norma á los escritores españoles que más adelante compusieron crónicas, como Sampiro, el Silense, D. Pelayo, obispo de Oviedo, el arzobispo D. Rodrigo, D. Lucas de Tuy, etc. etc. Consultó tambien las escrituras antiguas de privilegios, donaciones, fundaciones de iglesias, monasterios y casas religiosas, publicadas por Manrique, Yepes, Sandoval, Berganza, Escalona, la *España Sagrada*, los bularios de algunas órdenes religiosas; y dió una atencion preferente á los epitafios, inscripciones, medallas, relieves, pinturas y aun ruinas de edificios antiguos, que son monumentos históricos perennes, y cuyo estudio se hallaba sumamente descuidado en aquella época, pues no se concedia á los trabajos arqueológicos el aprecio que por fortuna alcanzan en la actualidad, en que personas de indisputable talento y de la más alta gerarquía social se dedican con incansable afan á esta clase de útiles é importantes, á la par que penosas investigaciones. Por lo que llevamos dicho comprenderá el lector que Ortiz ha facilitado el camino, y ahorrado no pequeña parte de trabajo á los escritores contemporáneos que con tanta lucidez se han ocupado de las

cosas de nuestra patria, cultivando con feliz éxito el campo de su historia, desbrozado ya por nuestro literato y ántes que él por Mariana, Ocampo, Morales, Garibay, Zurita, Blancas, Abarca, Ferreras, etc. Adornado el Sr. Ortiz de las principales cualidades que se requieren en el historiador, á saber, una instruccion vasta y profunda y un exacto conocimiento del corazon humano, escribió su obra bajo un plan eminentemente patriótico que se echa de ver en todas sus páginas, reflejándose en ellas la nobleza y energía de su carácter. La narracion histórica de Ortiz se distingue por su unidad y método, por su claridad, brevedad y ornato en las formas, y sobre todo por un fondo de verdad que le hace desechar con buena crítica aquellos hechos que no se fundan ni en la tradicion ni en la verosimilitud, y que constan solo en algunas crónicas muy posteriores á los sucesos y de autores por lo comun poco verídicos. Sus descripciones siempre son oportunas é interesantes, no muy largas ni recargadas de circunstancias, lo mismo que las arengas que pone en boca de los personajes, cuyos retratos estan perfectamente delineados y sostenidos. Vituperable es el olvido funesto en que ha caido para algunos todo lo que es español puro, despreciando á veces hasta las cosas que más nos debieran honrar y aplaudiendo á porfía los sarcasmos é invectivas con que nos regalan los que amigos en la prosperidad son nuestros más encarnizados enemigos en la desgracia. Pues bien: Ortiz sale siempre á la defensa de su nacion tan torpemente calumniada por extranjeras plumas, y sin oscurecérsele las manchas que empañan el brillo de nuestra gloriosa historia, recuerda á nuestros émulos que en más de una ocasion se han valido del dolo y de la intriga para vencernos, que no han titubeado en dar armas contra nosotros á los enemigos del nombre cristiano, en usurpar nuestros territorios en plena paz, y por último en hacer abatir bandera á nuestras naves al mismo tiempo que solicitaban nuestra alianza. Al historiar el Sr. Ortiz una época en que esto acontecia, enardécese su espíritu, sublévase su conciencia de hombre honrado y escribe las siguientes palabras, duras es verdad, pero dictadas por el más ardiente patriotismo: *Tales vilezas usaba con nosotros el gran Luis XIV, á quien los franceses no hallan lugar bastante digno para colocarle.* — Procediendo con imparcialidad debemos ahora hacernos cargo de una objecion que suele hacerse á la obra que analizamos. Ortiz, llevado de su amor á la verdad, esgrime con harta frecuencia las armas de su crítica severa contra algunos hechos maravillosos que refieren otros historiadores, y que al consignarlos lo hicieron sin otro apoyo ni exámen que el verlos escritos en crónicas poco autorizadas, cometiendo á veces por esta misma razon grandes anacronismos de lugar y de tiempo. Convenimos en que se deben respetar aquellas creencias que léjos de inferir perjuicio á las buenas costumbres, alientan

la devocion de la gente sencilla; empero no debe tampoco tenerse por obra de virtud y de mérito el dar fácil asenso sin exámen á todas las historias de milagros que se refieren: esto tambien acarrearia grandes males. El P. M. Fr. Antonio Marin, agustiniano, en sus *Instituciones de Teología pastoral*, tomo I, cap. XVI, previene á los párrocos que pongan su mayor conato en enseñar á sus feligreses esta *verdaderísima doctrina* (son sus palabras): «Nuestro sapientísimo Dios y Señor de todo lo criado no obedece ó »sigue la voluntad de los hombres como ellos se figuran; ni por el antojo, »fantasía ó capricho de los mortales saca de sus quicios á la naturaleza ó »invierte el órden comun y regular de las cosas sin causas gravísimas diri»gidas á la utilidad del género humano. Consta por las historias que los »hombres crédulos se han engañado muchas veces juzgando hechos por vir»tud divina extraordinaria los que realmente no son más que fenómenos ó »efectos de la naturaleza desusados. Y en fin, testificando los PP. de la Igle»sia que ya fundada esta y establecida no son necesarios los milagros, á lo »ménos universal y frecuentemente, da motivo para una duda grave tan »gran copia de ellos como se cuenta.» Hemos copiado este pasaje de la obra del P. Marin, porque creemos hallar en él la mejor explicacion de las opiniones del Sr. Ortiz en este punto, el cual está muy léjos de combatir en su Historia los mil y mil hechos prodigiosos con que la Divina Providencia ha protegido de un modo visible á los que combatian en su nombre. Léase la descripcion que hace en el libro IX, cap. IV, de la batalla de Luchente, ganada á los moros por los maestres del Hospital y del Temple, y los caballeros que con sus respectivas mesnadas habian ayudado al rey D. Jaime de Aragon en la conquista de Valencia, y se verá consignado de un modo indubitable el milagro de los santos corporales de Daroca. Tampoco opone Ortiz género de duda á que en la conquista de Sevilla por el santo rey Fernando se reprodujese el prodigio obrado por Dios en favor de su pueblo escogido cuando el sol obedeció á Josué, que para completar la derrota de los cananeos le mandó detenerse en su carrera; ántes bien afirma que la ardiente fe de D. Pelayo de Correa alcanzó por intercesion de la Vírgen María esta singularísima gracia, peleando contra los sectarios de la media luna en aquel memorable sitio y en ocasion idéntica á la del caudillo hebreo. Algunos otros testimonios podriamos aducir, pero creemos que basta con lo dicho. Una obra tan bien escrita y tan útil á toda clase de personas no podia ménos de merecer buena acogida del público, como lo demuestra la copiosa lista de suscritores impresa en el tomo II, y valió á su autor los más sinceros elogios; mas viéndose imposibilitado de hacer una reimpresion por los sucesos que despues sobrevinieron, y agotados los ejemplares, sentia ya el público su falta áun ántes del fallecimiento del Sr. Ortiz. Empero veinte

años más tarde, en 1841 y 42, salió á luz una excelente edicion de dicha obra en nueve tomos en 8.° mayor, adornada con cincuenta y cuatro estampas históricas y noventa y seis retratos de los reyes y el del autor, grabados en dulce por los mejores profesores, y continuada por A. R. desde el año 1780 en que dejó de escribir su autor hasta 1843. Los editores, llevados de un celo que les honra, adquirieron, segun ellos mismos dicen en su prólogo, no solo el manuscrito original del autor que tenia preparado para la prensa con las correcciones que le pareció oportuno hacer en su primer trabajo, sino tambien con la relacion de algunos hechos que ántes habia omitido y varios documentos que los comprueban, los cuales ó no habian llegado á su noticia, ó no tuvo por conveniente publicarlos entónces. En efecto, entre estos aumentos se nota la *digresion sobre el voto de Santiago y batalla de Clavijo*, inserta á continuacion del cap. VIII del libro VII, y que ocupa las páginas desde la 164 á la 184 del tomo III de la citada edicion. No seremos nosotros quienes defendamos el empeño que muestra Ortiz en impugnar el célebre diploma atribuido á Ramiro I por el arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada, que escribia cuatrocientos años despues de estos sucesos; diploma de cuya autenticidad se han ocupado los más célebres escritores, y que dió orígen al famoso impuesto que era un semillero de pleitos y ruidosas disputas entre los que le exigian y los que le pagaban. Los estrechos límites de una biografía no nos permiten entrar en esta cuestion; solo sí diremos que Ortiz y Sanz, del mismo modo que el célebre Masdeu y otros literatos, combaten enérgicamente la batalla y el diploma de Clavijo, sin dejar de respetar y reconocer por eso la proteccion que ha dispensado á los españoles en todas sus empresas el apóstol Santiago, de cuya venida á nuestro suelo y de su predicacion tenemos un monumento perenne en el Pilar de Zaragoza. Considerado el asunto de que se trata como punto histórico, no cabe duda en que una discusion razonada podia difundir la luz para averiguar la verdad que tan envuelta entre nubes se presenta á los ojos del historiador; pero el Sr. Ortiz se muestra en esto un tanto apasionado, empleando en su digresion un lenguaje virulento que desvirtua en parte la fuerza de sus raciocinios. Débese tener en cuenta, sin embargo, que escribia en una época en que las Córtes de Cádiz de 1812 acababan de prohibir la exaccion del voto de Santiago, librando á los pueblos de una carga que á principios de este siglo se hallaba arrendada en diez y seis millones de reales, y que publicado este trabajo veinte años despues de la muerte del autor no puede saberse si éste le hubiera modificado algun tanto ántes de darle á la prensa, librándose así del estigma de demasiadamente despreocupado que han querido algunos imprimir sobre su frente. Aún hoy existen personas que miran con desden el *Compendio cronológico* solo por esta causa, y le atribuyen tendencias que

en nuestro concepto nunca estuvieron en el ánimo de su autor. Empero no necesita el Sr. Ortiz los esfuerzos de nuestra limitada capacidad para vindicarse de la mancha que se le imputa; tenemos en esa misma obra un elocuente testimonio, entre otros muchos que pudieramos citar, que demuestra su ortodoxia, su respeto á venerandas instituciones, y por último, que nada tenia de comun con los enciclopedistas que figuraron á fines del pasado siglo. En efecto, en el tomo VIII, que tambien habia dejado inédito el Señor Ortiz (y que comprende desde la paz de Aquisgran, año 1748, hasta el 1780) al dar cuenta de la eleccion de Pio VI para el supremo pontificado y de la alocucion que con este motivo dirigió el venerable Pontífice á los cardenales, que comienza con estas notables palabras: *Venerables Padres, vuestra larga asamblea se ha concluido, pero su resultado ha cundido para mí, me ha sido desgraciado*; como si Su Santidad presintiese sus futuras humillaciones, sus destierros, sus viajes, sus prisiones violentas, sus desacatos; el Sr. Ortiz se pronuncia en los siguientes términos enérgicos: «A la »verdad no podia prometerse ménos de la nueva orgullosa filosofía y de sus »detestables patronos. Estaban entónces en el colmo de la impiedad, dispu»tándose entre sí la preferencia en apologizar la irreligion y acabar con toda »subordinacion y gerarquía. Llamábanse filósofos á sí mismos con la mayor »impudencia, como si la sana filosofía enseñase á desconocer á Dios, al »autor de todo lo visible. *Filósofos*, siendo en la realidad unos libertinos sin »pudor, unos seductores, unos corrompedores de la juventud, de la hones»tidad, de las costumbres, del mundo.....» Y más adelante continúa: «En »efecto, cuantas calamidades hemos padecido en el último medio siglo fue»ron concebidas, fomentadas y abortadas por los que se llaman *filósofos*, »Bayle, Voltaire, Rousseau, La Metrie, Freret, Boulanger, Bolimbrok, Di»derot, Alembert, Dumarsais; hombres depravados, oscuros, ateistas y »sin vestigios de moral ni religion alguna; hombres á quienes podemos »preferir los judíos y musulmanes, los gentiles, los idólatras, los salvajes.» No le merecia más ventajoso concepto Federico II, rey de Prusia, pues le echa en cara el no tener religion alguna, citando al efecto unas palabras de Voltaire, refiriéndose á este monarca: *Moi, chambelan inutile d'un Prince endurci dans le mal et proscrit de l'Evangile.*—De iguales acusaciones que el Sr. Ortiz habia sido objeto el sabio italiano Muratori, por lo que se vió obligado á escribir á Benedicto XIV una carta llena de respeto y sumision en que le manifestaba sus inquietudes; mas el venerable pontífice se apresuró á tranquilizarle diciendo que si bien habia hallado en sus obras algunos pasajes reprensibles relativos á la jurisdiccion temporal, jamás habia intentado censurarlos, *porque creia que no era debido afligir á un hombre de puros sentimientos, porque haya errado sobre materias que no pertenecen ni al dogma*

ni á la disciplina. Permítanos los detractores de Ortiz, y en general todos los intolerantes, que les recordemos por conclusion tan sabia respuesta como norma á que deberian arreglar su conducta. — Siguiendo el interrumpido hilo de nuestra narracion, diremos que en el año de 1802 el Rey agració al Sr. Ortiz con la dignidad de dean de la santa iglesia de Játiva en premio de sus servicios, de cuya prebenda tomó posesion en 29 de Diciembre, y que la Real Academia de la Historia le habia admitido en su seno sin que nos conste fijamente la época. Por entónces se realizó en parte el viaje arquitectónico antiguo que le habia encargado el Sr. D. Cárlos IV en 1796, como á persona la más idónea para dar á conocer las innumerables y preciosas antigüedades de España, y en 1807 se imprimió en la Imprenta Real la *Descripcion latino-hispana del antiguo Teatro saguntino.* Los acontecimientos políticos que despues sobrevinieron, y que no son ignorados de nadie, obligaron al Sr. Ortiz á retirarse á su deanato, distinguiéndose en él por su piedad y celo, y prestando eminentes servicios á la causa nacional, como se demuestra en una exposicion que dirigió á la Regencia del Reino á causa de cierto agravio que se le habia inferido. Su avanzada edad y ana afeccion pulmonar crónica que padecia, le obligaron despues á domiciliarse en Valencia en compañía de su sobrina Doña Josefa Ortiz, viuda del célebre grabador D. Tomás Lopez Enguidanos, donde permaneció hasta su muerte ocurrida en 21 de Diciembre de 1822, á la edad de ochenta y tres años y tres meses, causando profundo sentimiento su pérdida á cuantos tuvieron ocasion de admirar sus excelentes prendas personales y sobre todo á los amantes de las letras y de las bellas artes. Por un singular privilegio, que solo concede Dios á los grandes talentos, conservó el Sr. Ortiz el pleno uso de sus facultades intelectuales á pesar de su vejez y de sus dolencias; ocupándose en tareas literarias y en el estudio de las antigüedades hasta pocos meses ántes de su muerte con todo el fruto de una lozana imaginacion. — Por no privar á los lectores del gusto de conocer todas las producciones literarias del muy ilustre Dean, insertamos á continuacion su catálogo en el mismo órden que lo hace el erudito Fuster en su *Biblioteca Valenciana*, si bien adicionándole en la parte que no alcanzó á conocer dicho escritor. 1.ª *Abbaton reseratum, sive genuina declaratio duorum locorum cap. ult. lib. tert. Architecturæ M. Vitruvii Pollionis, nusquam ad mentem Auctoris facta; scilicet* de adjectione ad stylobatas cum Podio, seu ad Podium ipsum, per scamillos impares. *Et item*, de secunda adjectione in Epistylkis facienda, primæ respondentes; Roma, por Barbiellini, 1781, en 8.º mayor con láminas. El P. Jackier y el Sr. Pezzuti, matemáticos de los más acreditados de Roma, hicieron de esta obra los mayores elogios; tambien las *Efemérides literarias de Roma* de 13 de Enero de 1782. — 2.ª *Risposta*

dell' Abate D. Giuseppe Francesco Ortiz alla censura fata al suo libro Abaton, etc. *al P. Ireneo Affo*; Madrid, Imprenta Real, 1785, en 8.° mayor. El P. Affo, de la menor Observancia, en la vida que escribió de Bernardino Baldi, habia censurado al Sr. Ortiz por haber éste criticado á Baldi, con cuyo motivo intenta rebajar el mérito de su descubrimiento, suponiendo que ántes que él lo habia conocido ya el marqués Galliani. Nuestro autor manifiesta en su respuesta las grandes equivocaciones de aquel padre, atribuyéndole cosas que no dice, y no entendiendo otras de las que habla sin conocimiento por su impericia y por no haber leido bien el *Abaton reseratum*. 3.ª *Los diez libros de Arquitectura de M. Vitruvio Polion*, traducidos del latin y comentados; Madrid, Imprenta Real, 1787, folio mayor con cincuenta y cuatro láminas.—4.ª *Carta del escenófilo Ortomeno (José Ortiz) al caballero de las cinco letras E. A. D. L. M. acerca del drama* Dios protege la inocencia y Elvira, reina de Navarra; Madrid, 1788, en 8.° El Caballero de las cinco letras era D. Cándido María Trigueros, y las letras significan *el Autor de los Menestrales*, comedia suya que fué premiada por la villa de Madrid en las fiestas de los infantes gemelos. El autor del referido drama *Dios protege*, etc. (que no se imprimió) fué D. Francisco Mariano Nifo. —5.ª *Il Teatro*, obra de D. Francisco Milicia, caballero siciliano, traducida del italiano é ilustrada con notas; Madrid, 1789, en 8.° —6.ª *Orestes en Sciro*, tragedia original en tres actos; Madrid, 1790, en 8.°: reformada despues en los coros y otros muchos lugares; Madrid, por Gomez Fuentenebro y Compañía, 1803, en 8.° En esta edicion se ha reducido á una duracion regular de dos horas: hay en ella una estampa dibujada por D. Antonio Rodriguez y grabada por D. Tomás Lopez Enguidanos, ambos valencianos, la cual representa á Hermione, acto I, escena 4.ª —7.ª *Los diez libros de Diógenes Laercio sobre las vidas, opiniones, dichos y sentencias de los más célebres filósofos de la antigüedad*; traducidos del griego é ilustrados con notas y la vida de Laercio; Madrid, Imprenta Real, 1791 y 92 en 4.°, dos tomos. Lo útil y agradable de esta obra solo lo conocian los doctos, y es preciso leerla para saber que es una gustosísima y divertida historia de los principios y progresos del espíritu humano en la Grecia, única nacion sabia en aquel tiempo en materias filosóficas y sus adherentes. Nuestro Ortiz la tradujo muy á satisfaccion de los sabios, que la recibieron con gusto. —8.ª *El azote de tunos, holgazanes y vagabundos que corren el mundo á costa ajena*. Se hicieron cuatro ediciones en Madrid, por Pacheco, 1793; Valencia, en la imprenta del Diario, 1793; y otras dos en Madrid, 1803, todas en 8.° Siempre hay gentes que abandonando su patria corren el mundo engañando á los incautos con sus trampas y sutilezas, resultando de esto muchos escarmentados. El autor recogió varios casos para enseñar á vivir con cautela, y no creer

en palabras y exageraciones de cosas extraordinarias, lo que da materia para pasar alegremente algunos ratos. —9.ª *Sermon de la beatificacion del P. Nicolás Factor*, traducido del italiano; Valencia, por los hermanos de Orga, 1794, en 4.° —10.ª *Notas, ilustraciones y apéndices á los tomos VII, VIII y IX de la Historia general de España del P. Juan de Mariana;* Valencia, por Monfort, 1791-1796, en 4.° mayor. —11. *Los cuatro libros de Arquitectura de Andrés Paladio*, traducidos del italiano é ilustrados con varias notas, con la vida y retrato de aquel autor; Madrid en la Imprenta Real, 1797, folio mayor: contiene 94 láminas. Solo se publicó el tomo I y las láminas del II se grabaron y deben hallarse en la calcografía Real. —12. *Compendio cronológico de la Historia general de España, desde los tiempos más remotos hasta el año de* 1800, siete tomos en 8.° marquilla; Madrid, Imprenta Real, 1705-1803. Segunda edicion, nueve tomos en 8.° marquilla, Madrid, por Gomez Fuentenebro, 1841 y 42. —13. *Diálogos sobre las artes del diseño; escritos en italiano por Monseñor Juan Cayetano Bottari, y traducidos é ilustrados con notas*; Madrid, por Gomez Fuentenebro, 1801, en 8.° —14. *Viaje arquitectónico anticuario de España ó descripcion latino-hispana del antiguo Teatro saguntino*; Madrid, Imprenta Real, 1807 folio mayor, con seis láminas ó vistas de su teatro. —15. *El Manual de Epicteto*, traducido del griego, y añadida una nueva traduccion latina más atada al texto para uso de los que estudian la lengua griega; Valencia, 1816, en 8.° marquilla. 16. *Discurso histórico sobre la legion fulminante;* Valencia, 1817, en 4.° —17. *Respuesta del Dr. D. José Ortiz á la carta que le dirigió D. Enrique Palos y Navarro, conservador de las antigüedades saguntinas*; Valencia, 1812, en 4.°—18. *Carta misiva del dean de Játiva á D. Vicente Pla y Cabrera, administrador de rentas en la ciudad de Segorbe*. Dáse en ella la interpretacion de una lápida romana hallada en Valencia, año 1807; Valencia, por Manuel Muñoz, 1820, en 4.°—19. *Noticia y plan de un viaje arquitectónico anticuario, hecho por órden del Rey;* en 8.°—20. *Historia Evangélica, escrita en francés por el P. D. Pablo Pezron*, traducida al español é ilustrada con notas; dos tomos en 8.°, impresos en la *Biblioteca de la Esperanza* sin el nombre del dean. — 21. *Demostracion de la existencia de Dios, escrita en francés por Monseñor Salignac de Fenelon*, traducida al castellano por Don José Ortiz, manuscrito en fólio.— 22. *Instituciones de Arquitectura, segun la doctrina de Vitruvio y del Antiguo*, manuscrito en fólio.— 23. *Discurso histórico-legal sobre el privilegio llamado de Santiago;* en fólio, manuscrito.— 24. *Oracion á las nobles artes en la distribucion de premios de la Real Academia de S. Cárlos de Valencia, celebrada en 4 de Noviembre de* 1804; Valencia, por Monfort, 1805, en fólio. Está inserta en las actas de dichos premios.— 25. *Compendio histórico del cisma grande de Occiden-*

te; Alcoy, por Pallá, 1849, un tomo en 8.° Por último en 1862 ha visto la luz pública en un elegante cuaderno en 4.° mayor una *Disertacion histórico-geográfica acerca del paraje de la célebre ciudad de Munda, junto á la cual venció Julio César á los hijos de Pompeyo*, de la que poseia un ejemplar la Real Academia de la Historia, y el original autógrafo el Señor D. Salvador Enguídanos, sobrino del autor. Este caballero la hace preceder de una advertencia, en que defiende con razones sólidas y vasta erudicion las opiniones del Sr. Ortiz en el asunto de que se trata, que habian sido impugnadas por los Sres. D. José y D. Manuel Oliver y Hurtado en su *Memoria* escrita para optar al premio de doce mil reales, medalla de oro, etc., ofrecido por la Real Academia de la Historia en el programa de 1857. Al mismo Sr. de Enguídanos somos deudores de algunos datos para escribir esta biografía.— A. G. R.

ORTIZ DE VELASCO (Fr. Diego), religioso de la Orden de S. Juan de Dios. Fué prior del convento hospital de Murcia, donde murió de la peste, que hizo grandes estragos en aquel país, siendo no corto el número de sus hermanos que con él perdieron la vida, víctimas de su celo y caridad cristiana. — S. B.

ORTOLANO (S.). Véase PAPINIANO (S.).

ORUMBELLA (D. José de la Torre y), natural de Valencia y obispo de Orihuela. Graduóse de doctor en la universidad de su patria; y despues de haber desempeñado el vicariato general de aquella diócesis ganó en ejercicios públicos el canonicato doctoral de la metropolitana de Valencia, donde desplegó profundos conocimientos en la ciencia del derecho. Fué juez y examinador sinodal de su obispado, diputado general del reino de Valencia en representacion del cabildo eclesiástico, y vicario general en sede vacante, granjeándose tan general aprecio en el desempeño de todos estos cargos, que Felipe V premió sus conocimientos con la mitra de Orihuela. Aprobado este nombramiento por el papa Clemente IX, Orumbella fué consagrado en la metropolitana el 21 de Diciembre de 1701 por el Excmo. Sr. Arzobispo de la misma, D. Fr. Antonio Folch de Cardona, siendo sus asistentes los ilustrísimos D. Antonio Ferrer y Milan, obispo de Segorbe, y D. Isidoro Aparici, obispo capitular de Troya. D. José Orumbella gobernó su grey por espacio de diez años, dando con frecuencia muestras de su sabiduría, religiosidad y prudencia en las azarosas circunstancias que con motivo de la guerra afligian al reino. Falleció en 1712, y dejó una librería tan copiosa y abundante en códices y libros raros, que se valió de ella el P. Rodriguez para muchos de los artículos de su *Biblioteca Valentina*. Antes de espirar dió á la estampa este prelado las obras siguientes: 1.ª *Disertacion histórico-jurídica sobre el derecho de interdecir procesiones y otros actos eclesiásticos;* Madrid, 1680,

en fólio.—2.ª *Discurso de la gracia del Excusado, sobre los abusos que se experimentó en el arrendamiento y administracion de las casas mayores diezmeras del arzobispado de Valencia;* 1693, en fólio.—M.

ORVAL (Gil de), llamado así porque era religioso de Orval, célebre monasterio de la órden del Cister reformado en el ducado de Luxemburgo. Nació en Lieja, y floreció en el siglo XIII. Dejó una historia de los obispos de Tongres y de Lieja desde S. Materno hasta 1246. Forma parte de la coleccion de los historiadores de Lieja, publicada por Chapeauville en 1622.—S. B.

ORVAL DE BETUNE (Ana Leonor), abadesa de nuestra Señora del Val de Gif, en la diócesis de París, célebre por su extraordinaria piedad, su espíritu elevado y sus escritos. Era hija del duque de Orval, Francisco de Betune, caballero de las órdenes del Rey, y escudero de la reina Ana de Austria. A la edad de tres años fué colocada Leonor en la abadía de Royal Mieu, donde bajo la direccion de su tia, abadesa de aquel monasterio, se instruyó en la virtud y en las ciencias en medio de la inocencia que respiraba aquella santa casa. Cuando hubo llegado á la edad propia para elegir estado, tuvo el mundo tan pocos atractivos á los ojos de Orval, á pesar del bello porvenir que le ofrecian su talento y hermosura, además del crédito de su familia, que no vaciló un instante en tomar el velo religioso en aquella misma casa donde habia aprendido á amar la virtud y honrar á Dios. Contaba la edad de catorce años cuando entró en el noviciado, á los quince vistió el hábito, y á los diez y seis hizo su solemne profesion. Habiendo pasado su tia á gobernar otra casa, experimentó Orval en Royal Mieu graves sinsabores, mas á pesar de la afliccion que causaron á su ánimo, no llegaron á debilitar el afecto que tenia á aquella casa. Algun tiempo despues pasó, sin embargo á la abadía de S. Pedro de Reims, donde permaneció por cinco años, dando constantes pruebas de la inocencia y el fervor religioso que abrasaba su alma. Su hermana, abadesa de esta santa casa, se complacia en ver cómo Leonor adelantaba cada dia en el camino de la virtud y saber, y era objeto de la admiracion y respeto de las demás monjas. No habia cumplido aún la edad de veintinueve años, cuando queriendo la señora de Clermont Monglat, abadesa de Gif, dejar el gobierno de esta casa, nombró á Orval para sucederla; eleccion que fué muy bien recibida de las monjas de Gif y de cuantos conocian las buenas prendas de la agraciada. Luis XIV aprobó la presentacion de la abadesa Monglat, y la Sra. de Orval pasó á tomar posesion de su abadía en 28 de Febrero de 1687, dando desde luego muestras de las relevantes prendas que poseia para el gobierno y direccion de las religiosas. Cuarenta y siete años administró esta abadía, y durante tan largo período no se desmintió un momento la grandeza de su alma, el celo y la virtud de esta ilustre superiora. A un fecundo genio que allanaba todos los

obstáculos con medidas fáciles y convenientes, reunia Orval un corazon tierno y una caridad ilustrada, la humildad más profunda, la generosidad más noble y un carácter franco y veraz, enemigo de la adulacion y el artificio. Su piedad era tan sólida como elevada, huia de la ostentacion en sus penitencias, y su amor á la regla, sin ser sospechoso, era fijo y constante. Sus prácticas eran regulares pero contínuas, y en el don de saber dirigir los corazones, y excitar en ellos los sentimientos de virtud, nadie de seguro la aventajaba: sus consejos deleitaban al par que instruian. Durante su largo abaciato solo salió una vez de su abadía, y esta para cumplir las órdenes del cardenal de Noailles; pues consagrada por completo al gobierno y felicidad espiritual de la comunidad, ninguna comunicacion tenia con el mundo, prescindiendo de los pobres que concurrian á la puerta de su abadía, y á los cuales auxiliaba tan generosamente como lo permitian los recursos del monasterio. La memoria de esta virtuosa abadesa vivió mucho tiempo despues de su muerte en el corazon de aquellas monjas, y su gobierno fué citado como modelo de regularidad y observancia. En medio de aquel piadoso rebaño que habia formado y edificado con su celo, falleció la abadesa de Orval en 28 de Noviembre de 1733, á la edad de setenta y seis años, sesenta de profesion religiosa y cuarenta de gobierno. Despues de su muerte se grabó su retrato, y con esta ocasion un amigo de la familia tributó el más justo homenaje á su memoria dedicándola los siguientes versos:

Si d'une abbesse illustre en grace, en pieté,
Dans ce portrait tu ne vois que l'image,
Contemple le troupeau que ces soins ont formé,
Ses vertus, ses regrets, t'en diront davantage.

Deseando esta abadesa pagar un justo tributo de respeto á su antecesora la Sra. de Monglat, á quien debió la abadía numerosos beneficios, escribió su *Vida*, que quedó manuscrita en su monasterio. Compuso además: 1.° *Varias reflexiones sobre los Evangelios;* impresas en París en 12.° —2.° *Idea de la perfeccion cristiana y religiosa para unos ejercicios espirituales de diez dias;* París, 1719, en 12.° Esta obra se halla dividida en dos partes, la primera contiene los ejercicios indicados, y la segunda varias meditaciones para prepararse á recibir la sagrada comunion, y para la octava del Santísimo Sacramento, con una paráfrasis sobre el *Te Deum;* y 3.° *Reglamento de la abadía de Gif con reflexiones.* —S. B.

ORY (Mateo). Fué natural este religioso de una ciudad llamada la Canne ó la Caune en la diócesis de S. Maló en Bretaña. A la edad de diez y ocho años abrazó la regla de Sto. Domingo tomando el hábito el año 1510. Pro-

fesando en la Orden, fué enviado á París al convento de la calle de Santiago, en donde se preparó para tomar el grado de la facultad de teología en aquella universidad. Se licenció el año 1526, y dedicándose al púlpito adquirió tanta reputacion, que el cardenal Francisco de Tortuon le nombró su predicador. El año 1534 le nombró el general de su Orden gran inquisidor de Francia, cuyas funciones desempeñó hasta su muerte. Dice Mr. Simon, á la pág. 243, tomo I de sus cartas, que el título de inquisidor de la fe era un título de honor que tomaban los teólogos que elegia el Rey ó el Parlamento para examinar los libros concernientes á la religion, pues que el tribunal de la Inquisicion no existia en Francia; pero el P. Echard refutó á Simon, probándole que Ory habia ejercido realmente los actos de inquisidor de la fe. El año 1534 fué elegido Ory prior de su convento, hácia el mismo tiempo que S. Ignacio de Loyola y sus ejercicios espirituales aparecieron, en cuyo caso examinando estos dió un dictámen favorable como inquisidor sobre el santo autor y su obra, lo que se ve en la vida de S. Ignacio escrita por el jesuita Maffée. El aprecio público de que disfrutaba Ory, obligó al rey de Francia Francisco I á valerse algunas veces de sus consejos, y por ellos dió este soberano algunos decretos contra los impíos, los blasfemos y los herejes. Renea, hija de Luis XII y esposa de Hércules II, duque de Ferrara, se declaró favorable á la nueva doctrina que se iba introduciendo, lo cual desagradó mucho á su marido, y deseando Francisco I desengañar á la princesa, la mandó al efecto al P. Ory, que hizo un viaje infructuoso, porque Renea despreció las exhortaciones de este religioso. Aprovechóse Ory de este viaje para ir á Roma, en donde tuvo el placer de agradar á S. Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús, cuya piedad elogió, segun cuenta Maffée. Acogiéndole favorablemente el papa Pablo III le nombró penitenciario apostólico. De vuelta á Francia fué nombrado Ory vicario general de su Orden en capítulo celebrado en Compiegne el año 1542, y en las *Actas* se le califica de inquisidor de herejías en el reino de Francia y de penitenciario del Papa. Fué, segun costumbre, tres veces vicario general. Dícese que volvió á Roma en tiempo del papa Julio III, que le recibió muy bien y le hizo predicar en su presencia. Este papa le confirmó en su calidad de inquisidor general en Francia como se ve por cartas de este pontífice de 7 de Mayo de 1552. Murió Ory en París el 12 de Junio de 1557, á la edad de sesenta y cinco años, y fué enterrado en la capilla de Sto. Tomás de Aquino. El exámen del Breviario del cardenal Quignon, que le habia sido pedido, fué reimpreso por Thibaut Payen, y en el privilegio de 4 de Marzo de 1552 se leen estas palabras. *Joint la correction et examen de Matthieu Ory, docteur en Theologie, inquisiteur général de la foi, avec aussi l'approbation de la Sorbone.* En 1544 se imprimió en París, en 8.°, una obra de Ory con este título:

F. Mathæi Ory, Dominicanæ familiæ theologia, hæreticæ pravitatis per Gallias inquisitoris, summique pontificis á pœnitentibus ad hæresum redivivas affectionis alexipharmacum. Esta obra contra las herejías fué impresa en 16.° en 1551 y en 8.° en 1558 en Venecia. El P. Echard, en el tomo II, páginas 162 y siguientes, de su obra de *Escritores de la Orden de Predicadores*, publica la lista de las demás obras que escribió el P. Mateo Ory. — C.

OSA (Bartolomé de), célebre canonista del siglo XIV. Nació en Bérgamo, aunque algunos, creyéndole pariente del papa Juan XXII por la semejanza del nombre, suponen que vió la luz primera en Cahors, patria de aquel pontífice; pero un manuscrito conservado cuidadosamente en los archivos de la catedral de Bérgamo, da sobre este punto noticias tan circunstanciadas, que no es posible señalarle otra patria que esta última ciudad. Segun este manuscrito, Osa vivió muchos años al lado del cardenal Guillermo Longo de Bérgamo, en calidad de canciller, que murió en Aviñon en 1319. Segun dicho manuscrito, Osa siguió al cardenal á Peronna en 1304: en 1309 se hallaba en Aviñon y en 1310 pasó á Bérgamo, donde al parecer residió hasta 1317, á cuya ciudad volvió en 1319 despues de una ausencia de dos años. Este eclesiástico tenia un talento despejado y poseia conocimientos poco comunes en las ciencias divinas y humanas. Al parecer se dedicó á la enseñanza en Mompeller, y entre sus discípulos se cuenta al ilustre Petrarca. Osa compuso en 1340 una *Historia general de los papas y emperadores*, que consta de diez y seis libros, obra cuyo paradero se ignora, aun cuando Tritemio haga mencion de ella y la haya indicado mucho tiempo ántes Miguel Carrara, en un discurso pronunciado en el capítulo general de Frailes Menores de 1460. Esta historia se halla tambien mencionada en la *Scena d' scrittori bergamachi d' Calvi*, pág. 64. Créese que este discurso se conservaba todavía en Bérgamo. Se atribuye además á Osa una obra titulada: *Glosa super historia de gestis longobardorum.* — M.

OSAÍAS, padre de Jeconías, uno de los principales judíos de Jerusalen en tiempo de Nehemías (II Esdras, XII, 32). — M.

OSBERNE. Pitseus, en sus *Escritores ingleses*, hace mencion de un religioso de este nombre del siglo XII, diciendo que fué un sabio teólogo de la órden de S. Benito; que vivia el año 1140, y que escribió *Comentarios sobre varios libros de la Escritura.* — C.

OSBERNE ú Osbert de Clarencia, en Inglaterra. Fué otro religioso benedictino del siglo XII, que vivia en 1136, y que segun Posevino escribió la *Vida de S. Eduardo* y otros diversos tratados piadosos. — C.

OSBERNE, monje de Cantorbery, autor de una vida de S. Dunstan, en que se aprovechó de las memorias de los autores que le habian precedido en tratar del mismo asunto, y no deteniéndose más que en los hechos ya refe-

ridos, los puso en estilo más puro y más castigado. La aumentó con la relacion de los milagros operados por su intercesion durante su vida y despues de su muerte. Osberne dice á los lectores lo que no sabia más que de oidas y de lo que habia sido testigo ó habia acaecido en su tiempo, y en gran parte durante el episcopado de Lanfranc, de quien recibió la comision de anunciar estos hechos al pueblo. Escribió, pues, el *Libro de los milagros de S. Dunstan* en 1070, que fué el primer año del episcopado de Lanfranc. Osberne escribió tambien la *Vida de S. Odon*, arzobispo de Cantorbery, predecesor de S. Dunstan, la que terminó por un pequeño poema en elogio del Santo, que consta de catorce versos elegíacos; el que puso al fin de la vida de S. Dunstan es de diez y seis versos de la misma medida. Se debe tambien á este autor la *Historia de la vida de S. Elfegus y de la traslacion de sus reliquias*. Parece que esta obra la escribió además en verso, aunque no ha llegado á imprimirse. Se encuentra manuscrita en el colegio de S. Benito de Cambridge. Baleo y Pitseo ponen en el catálogo de las obras de Osberne muchas cartas familiares y un libro titulado: *De la consonancia de las voces*, el mismo sin duda que el libro de la música; pues se dice que sobresalia en este arte. Con respecto á la *Panormia* ó *Vocabulario* se cree que es de Osberne, monje de Glomesten, que escribia hácia 1140. Warton atribuyó al de Cantorbery la *Vida de S. Bregenin*, arzobispo de esta ciudad hácia 759, pero conoció despues que no era más que un compendio de lo que habia dicho Eadmer, escritor del siglo XII. Los escritos de Osberne son recomendables por la claridad, la elegancia y la nobleza de estilo, tanto como por el cuidado que ha tenido de no sostener nada más que sobre testimonios auténticos; es decir, para servirnos de sus propios términos, por la relacion de los que habian visto las cosas, ó de los que las habian sabido de testigos oculares. Manifiesta en todo mucha piedad y modestia, y solo venciendo su grande amor á la verdad cambió el lenguaje bárbaro de las memorias que le habian sido proporcionadas. Fueron necesarias las órdenes de los que le mandaban escribir, para cambiar el estilo de estas memorias y poner más puros los hechos que contiene. Otros habian escrito ántes que él sobre las mismas materias, y habian procurado hacerlo con método y elegancia; pero sus escritos no existian ya, habian sido consumidos por las llamas en el incendio de Cantorbery por los daneses, no quedando de ellos ya más que el recuerdo. — S. B.

OSBERNE, abad de S. Evroul, muerto en Mayo de 1065, habia abrazado la vida monástica en Monte Sta. Catalina, cerca de Ruan, de donde fué sacado en 1061 para gobernar la abadía de S. Evroul. Osberne llevó consigo á Witmond, á quien estimaba por su saber y por su piedad, y por su excelencia en la música. Orderico Vital dice que en su tiempo se veian aún

en S. Evroul antífonas y respuestas de Witmond y muchos himnos que habia anotado en aires muy melodiosos. Osberne, sin embargo, no poseyó pacíficamente su abadía. El abad Roberto, que la gobernaba ántes que él, se habia presentado en Roma á quejarse contra las violencias de Guillermo, duque de Normandía; accediendo el papa Nicolás á sus súplicas, escribió en favor suyo y le dió dos cardenales presbíteros para restablecerle en ella. El duque Guillermo amenazó á Roberto de muerte si intentaba entrar en la abadía. Se retiró por lo tanto á Saint-Denis, donde citó á Osberne para que compareciese en Chartres delante de los dos cardenales. Habiéndose negado Osberne, le excomulgó Roberto con autoridad del Papa, como usurpador de la abadía de S. Evroul. Esta excomunion inquietó á Osberne y llenó de turbacion á su monasterio; una parte de los monjes fueron á reunirse á Roberto á Saint-Denis é hicieron con él el viaje á Roma; otros se retiraron á otros lugares, no quedando en S. Evroul más que los enfermos y niños á que se daba allí educacion. En tan tristes circunstancias tomó Osberne el partido de dirigirse á la Santa Sede para hacer levantar la censura impuesta por Roberto. El papa Nicolás habia muerto, sucediéndole Alejandro II; este último fué á quien Osberne dirigió su carta, estaba compuesta por Witmond y escrita de mano de un hábil monje, llamado Bernardo, anticuario. Guillermo, sacerdote de S. Andrés, la llevó á Roma. Orderico Vital la ha dado entera en el tercer libro de la *Historia Eclesiástica*. Contiene en resúmen que la abadía de S. Evroul que Osberne poseia entónces, habia tenido ántes por abad á Roberto, hijo de Guillermo, caballero normando, que habiéndolo dejado Roberto, de comun acuerdo con el duque de Provenza y los obispos, se le habia impuesto esta carga que solo habia recibido por obediencia; que, sin embargo de haber sido Roberto nombrado superior de un monasterio en la Calabria, continuaba en su odio contra Osberne y le amenazaba tratándole como usurpador, lo cual habia sido causa de division en el monasterio de S. Evroul. Osberne concluia rogando al Papa que en presencia de testimonios irrecusables que dieran las dos partes, á quienes mandase comparecer, decidiera si debia él seguir en posesion de su abadía ó renunciarla. Esta carta fué leida en pleno consistorio, se discutió el asunto con toda detencion, y el Papa, á ruego del mismo Roberto que se hallaba presente, levantó la excomunion. Tales son las noticias qne de este autor nos dan las historias eclesiásticas más notables de su época y posteriores. —S. B.

FIN DEL TOMO XV.

FIN DEL TOMO XV.

ESTANTE 18
Tabla 7.ª
N.º 1

BIOGRAFÍA
ECLESIÁSTICA

15

13.523

NO